Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo I

Alcide Dessalines d'Orbigny, nació el 6 de septiembre de 1802 en Couëron, cerca de Nantes. Desde muy joven, cuando vivía al borde del mar en la ciudad de La Rochelle, d'Orbigny comienza a interesarse en los moluscos y los cefalópodos microscópicos. Publica entonces sus primeros estudios, los cuales llaman la atención del Museo de Historia Natural de París, institución prestigiosa a la que ingresa en 1824. A los 23 años, poco antes de embarcarse hacia América, crea una nueva disciplina: la micropaleontología. Consciente de las acusaciones de impostura que se hacían a cierta literatura científica, d'Orbigny se propuso escribir un texto de gran rigor científico sustentado en una completa y rica colección de muestras. Este objetivo está anunciado desde las primeras páginas de su obra, la que será, según advierte, "lectura para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios y para el sabio, siempre ávido de aumentar el conjunto de sus conocimientos". Impulsado por una energía y una pasión inagotables, Alcide d'Orbigny, joven y apasionado como era, no escatimó esfuerzos y logró reunir, en cerca de ocho años, una impresionante serie de ilustraciones, de mapas,

(Continúa en la solapa posterior)

de apuntes científicos y una extraordinaria colección, en la que están comprendidos ejemplares de geología, de mamíferos, de pájaros de reptiles, de peces, de moluscos, de foraminíferos, de crustáceos, de insectos, así como de criptogamas y de palmeras que permitirán dar un verdadero salto a las ciencias naturales de la época. Todo ello lo confirma, por cierto, como un naturalista fuera de serie, que nos ha dejado una herencia científica excepcional.

Si bien su formación fue esencialmente en ciencias naturales, Alcide d'Orbigny mostró durante su aventura americana, una capacidad sorprendente para la etnología. Sus observaciones sobre las costumbres, los trajes, la música, las lenguas nativas, son de una rara riqueza. Este rasgo profundamente humanista queda manifiesto en la actitud que asumió frente a las injusticias cometidas en suelo americano.

De vuelta a Francia, Alcide d'Orbigny, naturalista excepcional, precursor de la etnología, ecólogo que antecedió a la disciplina, humanista determinado nos ofrece a través de las páginas de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, un documento científico, cultural y humano de un inmenso valor que alcanzó una gran resonancia en Europa y América. Paradójicamente, su difusión ha sido desgraciadamente restringida, en particular en los países que visitó como estudioso.

En el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Alcide Dessalines d'Orbigny, la Embajada de Francia en Bolivia y el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) decidieron reeditar el diario de viaje y dar a conocer, al menos en parte, las magníficas y sabias ilustraciones de d'Orbigny, de las que ofrecemos un centenar de ellas. Esta edición no habría sido posible sin la valiosa colaboración de TotalFinaElf, del IRD, (Instituto de Investigación para el Desarrollo) y de Plural Editores.

Françoise Le Bihan y Jean-Joinville Vacher, Embajadora de Francia en Bolivia y Director del IFEA, respectivamente.

ISBN 99905-64-49-3

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo I

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural
EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche
pour le développement

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo I: ISBN 99905-64-49-3
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

PRESENTACIÓN

El 21 de julio de 1826, el velero "La Meuse" zarpa del puerto de Brest con rumbo a Brasil. A bordo se halla el joven y todavía desconocido naturalista-viajero, Alcide Dessalines d'Orbigny quien era enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica en América Meridional. Por entonces aún no había cumplido 24 años.

Durante cerca de ocho años recorre sucesivamente Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia y Perú. De este importante viaje, el joven científico recogerá una inmensa y exhaustiva colección de especies animales y vegetales, de cristales y rocas, pero también de ceramios, mapas, partituras musicales y documentos históricos, precisas notas científicas y dibujos detallados. Toda esta vasta información, extraordinaria por su envergadura, será recogida y publicada entre 1835 y 1847 con el titulo de *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, en nueve tomos y once volúmenes, es decir una obra de cinco mil páginas y quinientas ilustraciones, un verdadero monumento de la ciencia del siglo XIX como bien lo señaló en su momento Charles Darwin.

Alcide Dessalines d'Orbigny, nació el 6 de septiembre de 1802 en Couëron, cerca de Nantes. Su padre, un ilustre cirujano, sería el encargado de transmitirle la pasión por las ciencias naturales y muy probablemente también por los viajes, ya que él mismo había nacido a bordo de un barco que navegaba desde Francia hacia Santo Domingo. Desde muy joven, cuando vivía al borde del mar en la ciudad de La Rochelle, d'Orbigny comienza a interesarse en los moluscos y los cefalópodos microscópicos. Publica entonces sus primeros estudios, los cuales llaman la atención del Museo de Historia Natural de París,

institución prestigiosa a la que ingresa en 1824. Al año siguiente presenta sus primeros resultados sobre los foraminíferos y a los 23 años, poco antes de embarcarse hacia América, crea una nueva disciplina: la micropaleontología. Será su impresionante y profundo conocimiento de las ciencias de la naturaleza y de la tierra y su gusto pronunciado por las excursiones y las experiencias científicas lo que le valdrá ser elegido por el Museo para realizar esa importante misión científica. Se sabe que d'Orbigny acepta de inmediato la propuesta de trasladarse al nuevo continente pero antes de partir pide algunos meses para consolidar sus estudios en las ciencias naturales y la geología, ampliar sus conocimientos en geografía, historia y etnología y sobre todo, para poder encontrarse con los viajeros más célebres del momento, en particular Humboldt, quién le dará importantes consejos y valiosas cartas de recomendación.

Consciente de las acusaciones de impostura que se hacían a cierta literatura científica, d'Orbigny se pone como objetivo escribir un texto de gran rigor científico sustentado en una completa y rica colección de muestras. Este objetivo está anunciado desde las primeras páginas de su obra, las que serán, según advierte, "lectura para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios y para el sabio, siempre ávido de aumentar el conjunto de sus conocimientos". Para él se trataba de lograr un saber que sea transmisible según las normas de clasificación valoradas también por el filósofo de Las Luces Jean-Jacques Rousseau.

Impulsado por una energía y una pasión inagotables y aunque no conocía de antemano los múltiples peligros que podían acechar en los todavía jóvenes estados sudamericanos, que atravesaban en esos momentos por diversos conflictos, en muchos de los cuales se vio varias veces envuelto, e ignorando los riesgos de la selva tropical, Alcide d'Orbigny, joven y apasionado como era no escatimó esfuerzos y logró reunir, en cerca de ocho años, una impresionante serie de ilustraciones, de mapas, de apuntes científicos y una extraordinaria colección, en la que están comprendidos ejemplares de geología, de mamíferos, de pájaros, de reptiles, de peces, de moluscos, de foraminíferos, de crustáceos, de insectos, así como de criptogamas y de palmeras que permitirán dar un verdadero salto a las ciencias naturales de la época. A esta contribución se suma la primera escala precisa de los tiempos geológicos y miles de especies de invertebrados fósiles que permiten retrazar la historia de la tierra.

Todo ello lo confirma, por cierto, como un naturalista fuera de serie, que nos ha dejado una herencia científica excepcional. Mas aún, y como lo señaló en una carta dirigida al presidente de Bolivia, Andrés de Santa Cruz, con quien mantuvo una estrecha amistad, Alcide d'Orbigny quiso, yendo más allá de su

pasión cognoscitiva, contribuir a la aplicación de los resultados de sus descubrimientos y ser útil al progreso del país andino. Sus numerosas observaciones y consejos, así como sus planes para el desarrollo de los caminos, de las vías fluviales, de la explotación racional de los ricos recursos minerales y vegetales (por ejemplo la quina), y su reiterada recomendación de no usar el fuego para el desbroce, muestran una preocupación ecologista antes de tiempo y una sorprendente capacidad de ingeniero (en el sentido más noble del término).

Si bien su formación fue esencialmente en ciencias naturales, Alcide d'Orbigny mostró durante su aventura americana, una capacidad sorprendente para la etnología. Sus observaciones sobre las costumbres, los trajes, la música, las lenguas nativas –como la de los moxos, chiquitanos, patagones, yuracaés–, son de una rara riqueza y demuestran, siguiendo en este sentido a Michel de Montaigne, un gran respeto por el otro y una gran apertura de espíritu. Este rasgo profundamente humanista queda manifiesto en la actitud que asumió frente a las injusticias cometidas en suelo americano. Condenó severamente y sin reservas los abusos y el trato inhumano de los cuales eran víctimas los indígenas y no dudó en denunciar a los funcionarios, religiosos, militares y terratenientes culpables de esas viejas prácticas coloniales. Según una concepción positivista, d'Orbigny planteó una mejora de la condición humana a través de la valoración de las potencialidades económicas.

De vuelta a Francia, Alcide d'Orbigny, naturalista excepcional, precursor de la etnología, ecólogo que antecedió a la disciplina, humanista determinado nos ofrece a través de las páginas de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, un documento científico, cultural y humano de un inmenso valor que alcanzó una gran resonancia en Europa y América. Paradójicamente, su difusión ha sido desgraciadamente restringida, en particular en los países que visitó como estudioso.

A pedido del presidente de Bolivia José Ballivián, se editó en 1845, en castellano, el primer y único volumen de una *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia*, libro importante pero que no representa más que una reducida parte de los conocimientos y hallazgos de d'Orbigny. Habría que esperar un siglo, para que en 1945 la Casa Editorial Futuro de Buenos Aires editase en cuatro tomos y mil seiscientas páginas, la parte histórica (el diario de viaje) del *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, edición agotada desde hace mucho. En cuanto a la versión francesa, que nunca fue reeditada, ha llegado a convertirse en una costosa rareza, muy buscada por los bibliófilos.

En el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Alcide Dessalines d'Orbigny, la Embajada de Francia en Bolivia y el Instituto Francés

de Estudios Andinos decidieron reeditar el diario de viaje en la traducción de Alfredo Cepeda, revisada a partir del original en francés por Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Para poder dar a conocer, al menos en parte, las magníficas y sabias ilustraciones de d'Orbigny, ofrecemos un centenar de ellas, la mayoría en colores.

Para finalizar, debemos decir que esta edición no habría sido posible sin la valiosa colaboración de TotalFinaElf, del IRD, (Instituto de Investigación para el Desarrollo) y de Plural Editores, a los cuales quedamos infinitamente agradecidos.

Françoise Le Bihan
EMBAJADORA DE FRANCIA
EN BOLIVIA

Jean-Joinville Vacher
DIRECTOR DEL INSTITUTO FRANCÉS
DE ESTUDIOS ANDINOS

PRÓLOGO

Alcide Dessalines d'Orbigny (1802-1857)
Del Nuevo Mundo al *pasado* del mundo

*Philippe Taquet**

En este año 2002 celebramos el bicentenario del nacimiento de Alcide Victor Marie Dessalines d'Orbigny, gran naturalista, viajero y científico de talento, quien nació en Couëron, cerca de Nantes en 1802.

Alcide d'Orbigny provenía de una familia de viajeros y de naturalistas. Su padre, Charles-Marie, médico en la Marina, le transmitió su entusiasmo por las ciencias naturales.

La familia d'Orbigny se instaló en La Rochelle en 1820 en cuyo litoral Alcide se apasionó desde muy joven por el estudio de un grupo de animales microscópicos que él denominó "foraminíferos" y le dedicó su primer estudio científico, sentando de esta manera las bases de una nueva ciencia, la micropaleontología. Esta ciencia tiene aún hoy en día, numerosas aplicaciones en geología estratigráfica y contribuye en la prospección petrolera o en grandes obras como la construcción del túnel bajo el Canal de la Mancha.

De 1826 a 1833 d'Orbigny recorrió América meridional en calidad de naturalista viajero del Museo Nacional de Historia Natural. Exploró Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú. De esta misión trajo una cosecha científica impresionante: más de 10.000 especies de animales y de vegetales y numerosas publicaciones referentes a botánica, zoología, geografía, geología y etnografía. La descripción que dio en "el relato del viaje a la América meridional" es uno de los monumentos de la ciencia del siglo XIX, tal como lo

* Profesor del Museo Nacional de Historia Natural, Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias.

escribió su ilustre contemporáneo Charles Darwin. En su obra "El hombre americano", el naturalista francés dirige su mirada de humanista sobre las sociedades con las que compartió la vida en el transcurso de sus viajes, declarando en 1839: "nuestra íntima convicción es que, entre los hombres, no hay más que una única y misma especie". Hoy en día el nombre de D'Orbigny sigue siendo más conocido en los países de América del Sur que en su propio país.

Al retornar a París, d'Orbigny da a conocer la descripción de todas las especies de invertebrados fósiles encontradas en las capas geológicas de Francia. Los ocho volúmenes publicados cuando aún estaba vivo y consagrados a la "Paleontología francesa" constituyen un notable compendio cuya re-edición crítica está en curso.

Le debemos a d'Orbigny la primera escala de los tiempos geológicos y la definición de numerosos pisos geológicos de referencia como el Toarciano, El Caloviano, el Oxfordiano, el Kimmeridgiano, el Apciano, el Cenomaniano. Estos pisos siguen siendo utilizados por los geólogos del mundo entero en la escala cronoestratigráfica standard.

La carrera de Alcide d'Orbigny se vio coronada con su nombramiento como profesor del Museo Nacional de Historia Natural de París, cuando la cátedra de paleontología fue creada para él en 1853. D'Orbigny ha legado a la posteridad inmensas colecciones y muchas obras científicas.

Durante su estadía en Uruguay, Argentina, Chile, Perú y finalmente en Bolivia, donde permaneció cuatro años por invitación del Mariscal Andrés de Santa Cruz, Alcide d'Orbigny recibió de los habitantes de estos países una calurosa acogida. Con las autoridades bolivianas tejió una relación privilegiada y obtuvo un apoyo total del gobierno de esta joven república, tan es así que durante sus viajes y exploraciones estuvo acompañado por un oficial y tuvo la asistencia de jóvenes científicos bolivianos. Justamente durante la estadía de d'Orbigny, Francia fue el primer país no americano que estableció relaciones oficiales con Bolivia. En el momento de su partida, d'Orbigny fue declarado ciudadano de honor de Bolivia.

Al volver a Francia, Alcide d'Orbigny dio a conocer con sus publicaciones, la riqueza y la diversidad de los paisajes, la flora y la fauna de América Meridional e hizo apreciar la generosidad y la calidad de su gente.

Por todo esto, son muy numerosos los que, en este año que se celebra el nacimiento de Alcide d'Orbigny, rinden merecido homenaje al científico de renombre, al profundo humanista, al hombre cuya vida y obra contribuyeron notoriamente a acercar a los pueblos de América del Sur y de Europa.

Retrato de Alcide Victor Marie Dessalines d´Orbigny

CAPÍTULO I

Primeros estudios y trabajos preparatorios del autor. Su misión. Partida de Francia. Arribo y estadía en Tenerife. Partida de Tenerife. Prosecución y fin de la travesía

Sometidos al gran movimiento impreso a todos los espíritus durante el curso del siglo pasado y el primer cuarto del presente, los viajes, como todas las demás ramas de la literatura científica, tuvieron que asumir un carácter más imponente y serio que el que les era generalmente reconocido con anterioridad a esta época de regeneración y progreso.

Los libros de viajes ya no están, como otrora, relegados al rincón más oscuro de las bibliotecas, entre las novelas y las obras de mera imaginación; y sin haber dejado de proporcionar una distracción agradable al hombre de mundo deseoso de deleitarse con sus goces, su lectura se ha convertido en una necesidad para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios, así como para el sabio, siempre ávido de aumentar la suma de sus conocimientos; de donde resulta que los libros de viajes se incorporan realmente, hoy día, al dominio de las clases ilustradas, y constituyen, gracias a los inmensos progresos que hicieron últimamente, y aún hacen, la materia general y particular, el complemento indispensable de toda educación liberal.

De ahí, dos disposiciones igualmente alentadoras para esta clase de trabajos: primero, el absoluto descrédito en el que ha caído, desde hace ya mucho tiempo, el injusto prejuicio que incluía, sin distinción ni crítica, en un mismo menosprecio, a las expediciones a tierras lejanas, imponiéndoles indistintamente el estigma de un viejo proverbio, cuyo texto trivial no es más que una sinrazón ridícula. En efecto, los viajeros se equivocan todavía, sin duda, o pueden equivocarse, puesto que son hombres...; pero los viajeros ya no *mienten* más... ¿Y cómo se atreverían a mentir ante un público en general tan descon-

fiado como ilustrado, dotado de un espíritu crítico siempre alerta, de una prensa siempre lista para revelar sus imposturas?

Una segunda disposición, no menos favorable a los trabajos del escritor-viajero, es la simpatía que viene a acoger y fecundar a la vez el pensamiento que le preocupa y el sentimiento que le agita, una vez que la franqueza y lealtad de su comienzo le ganan la confianza del lector receloso y establece entre ambos esa dulce comunión de impresiones, primera y a menudo única recompensa del hombre de letras delicado y concienzudo; ¿pero a qué precio el dichoso escritor obtendría tal confianza, gaje infalible de los éxitos más halagadores que puedan coronar sus esfuerzos?

El lector ya ha respondido al encontrar en estas reflexiones preliminares, no ya la apología gratuita sino la necesaria explicación de los detalles personales en los cuales a veces tendré que incurrir, en el curso de estos relatos. Justo y benévolo, no buscará la preocupación odiosa del egoísmo y la vanidad, sino que reconocerá el deseo natural y legítimo de identificarme, en cierto modo, con él, para hacerlo de manera más útil para sí mismo, el confidente más íntimo de todos mis sentimientos y todas mis ideas.

Listo para lanzarme con él, aún joven en medio de los azares de una carrera inmensa, necesito decirle que al consentir en aceptarme por guía, se digna también acordarme su apoyo; y si en nuestra ruta llegara a unirse a mis observaciones e investigaciones el elogio tan fácil de los hombres distinguidos que, como amigos, como maestros o émulos, afirmaron mis primeros pasos, también espero que el lector reconocerá en la expresión siempre tan franca como profundamente sentida de mi admiración y mi gratitud por unos, en la reserva y moderación de mi crítica a los otros, y en mi respeto por todos, un derecho más a esa confianza, cuya falta haría estática e infecunda para siempre la explotación de los más ricos tesoros de la naturaleza y de los campos más fértiles de la inteligencia.

Nacido con especiales disposiciones para las ciencias naturales, disposiciones que se manifiestan en mí desde mis primeros años, he debido al aliento de un padre honorablemente conocido en el mundo de los estudiosos, y a sus doctas enseñanzas, el desarrollo prematuro del irresistible instinto que me llevaba a su estudio.

Como vivía por entonces en el litoral de nuestra Francia, me dedicaba sucesivamente, bajo la dirección de aquel sabio Mentor, a las producciones variadas que sin cesar tenía ante mi vista, lo que no tardó en darme nociones bastante extensas sobre numerosas ramas de la zoología y la geología; y sin duda alguna es a estos estudios primarios, perfeccionados luego en París, que

debo el éxito de mi largo viaje, para el cual ya me preparaba a mis propias expensas el gusto acentuado por las excursiones científicas.

Sin dejar de instruirme en las generalidades de las distintas ramas de la historia natural, sentí pronto que necesitaba vincularme a una especialidad, a fin de profundizarla todo lo posible.

Tuve que detenerme en los moluscos radiados, entonces muy poco conocidos y que estaba en mejores condiciones de estudiar. Me ocuparon con ardor. Mis primeros ensayos fueron alentados por mi padre y por el Sr. Fleuriau de Bellevue, de la Rochela, las dos únicas personas que entonces se dedicaran seriamente a las ciencias naturales en la ciudad de Réaumur; y es incluso a la complacencia del Sr. Fleuriau, tan gentil como instruido, que debo los medios necesarios para estudiar las miríadas de pequeños seres que encontraba a cada paso en la arena de nuestras costas; y tras seis años de trabajo había preparado, acerca de los cefalópodos microscópicos, una publicación general, de la cual mi pronta partida no me permitió dar a conocer más que el pródromo.

El señor De Férusac me hizo venir a París, a principios de 1824. La idea quizá demasiado favorable que se había formado de mí le indujo a ofrecerme una participación en los diversos trabajos que emprendía. Yo contaba con numerosas observaciones y dibujos hechos del natural, de muchos animales de Francia, una parte de los cuales debía ser incluida en las publicaciones proyectadas. Recibido con bondad por los estudiosos de nuestra capital, pude satisfacer mis gustos predilectos en forma más especial y estudiar, bajo su dirección, una ciencia que se me hacía cada vez más querida.

Me dedicaba a ordenar mis numerosas observaciones sobre los moluscos, cuando con motivo de la partida de Europa de una compañía inglesa encargada de explotar las minas de Potosí, en Bolivia, la Administración del Museo concibió el proyecto de enviar a América un naturalista-viajero, y me hizo partícipe de sus intenciones al respecto. Esta comunicación despertó en mí el amor a los viajes, pronto moderado, no obstante, por el deseo de seguir estudiando. No me consideraba bastante instruido para aceptar semejante misión, que ambicionaba cumplir lo más concienzudamente posible. Quería trabajar algunos años más, a fin de adquirir, por lo menos en parte, los conocimientos variados, necesarios a un viajero que pretenda servir eficazmente a la ciencia y dar a conocer un país desde sus distintos puntos de vista... ¡Pero sucedió otra cosa!

Al principio de noviembre (1825) el Sr. Geoffroy Saint-Hilaire me hizo saber que durante una sesión de la Administración del Museo, de acuerdo con Cuvier, Brongniart y otros colegas suyos, había propuesto encomendarme el

viaje planeado, y que había sido nombrado. Me sentí extremadamente halagado por esta muestra de confianza, sin saber bien, por el momento, qué partido adoptar, Y pedí tiempo para decidirme: la Administración me lo concedió.

La idea de recorrer América con auspicios tan halagüeños no podía menos que agradarme. Mil cuadros, cada uno más seductor que el otro, se presentaban en mi imaginación. Ya me veía en el seno de esa naturaleza virgen, rodeado de cosas nuevas y observando en su suelo natal a los animales que caracterizan al otro hemisferio. Los consejos de ciertos viajeros experimentados no contribuían menos a determinarme. Fui a visitar a los señores profesores del Museo y acepté prontamente su propuesta, con la única condición de permanecer aún un tiempo en Francia, para reafirmar mis estudios y ponerme así en condiciones de realizar un viaje más ventajoso: la Administración tuvo a bien condescender a mis propósitos.

En su sesión del 15 de noviembre siguiente, me nombró naturalista-viajero y me señaló, como alumno del Museo, una dieta por todo el tiempo que insumiría en estudiar, a la espera del momento de partir. Desde entonces sólo me ocupó la adquisición de los conocimientos más necesarios a la misión que se me había confiado. La benevolencia de los señores profesores del Museo acudió en mi auxilio. El inmortal Cuvier se dignó concederme algunas de sus preciosas horas. De él recibí amplias instrucciones verbales acerca de lo que podría hacer en América para el conjunto de la zoología; y el interés que se tomó por un gran trabajo que yo había emprendido con Férusac sobre los cefalópodos cryptodibranquios y los gasterópodos nudibranquios[1], le llevó a permitirme estudiar en el gabinete de anatomía del Museo todo lo referente a estas dos series de animales.

Alexandre Brongniart, al que siempre encontré colmado para mí de una benevolencia no desmentida un sólo instante, quiso darme, con paciencia y bondad paternales, lecciones particulares de geología, y puso sus numerosas colecciones a mi disposición.

Geoffroy Saint-Hilaire me transmitió varias de sus observaciones fisiológicas, y he seguido, en fin, con empeño, los doctos cursos de los señores Crodier, de Blainville, Latreille y otros, para no descuidar ningún medio de instruirme en todas las partes de la historia natural que debían ser el objeto principal de mi viaje.

---

1 Este trabajo, ya completo, pero cuyo arreglo parcial exigirán los nuevos descubrimientos, aún está, tanto el texto como las láminas, en las carpetas de De Férusac. No tardará, sin duda, en aparecer.

Sentía que debiendo viajar solo me sería indispensable ocuparme de todo lo que pudiera hacer más completas y menos áridas las investigaciones de la naturaleza que iba a emprender; me refiero las ciencias accesorias, tales como la geografía, la etnología, la historia, etc. Movido por este interés, visité a nuestros viajeros más celebres. Humboldt tuvo la cortesía de plantearme multitud de cuestiones a resolver y de poner a mi alcance los medios de observación necesarios en esas lejanas comarcas. También debo a sus gestiones el haber podido llevar barómetros, únicos instrumentos que me hayan sido suministrados. Este sabio ilustre me ofreció, además, recomendaciones que su nombre, tan favorablemente conocido en América, debería hacerme tanto más preciosas. Todos los viajeros se empeñaron en indicarme el material necesario para el viaje. Los señores Quoy, Gaimard, Lesson y Garnot me proporcionaron los frutos de su experiencia en viajes marítimos; los señores Auguste de Saint-Hilaire y Milbert, los de su práctica en viajes por tierra firme. Obtuve del primero de ellos recomendaciones para muchos habitantes de Río de Janeiro y Montevideo, y logré de mis amigos notas detalladas sobre las cosas a observar, sobre todo en relación con la botánica. Adolphe Brongniart, en particular, no descuidó nada para ponerme en condiciones de ser útil a esta última ciencia. Isidore Geoffroy Saint-Hilaire acudió a las galerías del Museo a redactar para mí las notas más preciosas sobre las piezas a recoger en mamíferos y pájaros, y especialmente sobre las observaciones a hacer respecto a sus costumbres, todavía tan poco conocidas. Tuvo a bien, además, encargarse de guardar mis observaciones, a medida que yo hiciera llegar mis noticias.

Todo parecía favorecer mi expedición. Había recogido todas las informaciones deseables y me veía, por último, en condiciones de aprovechar mi estadía en América. Sólo una cosa me inquietaba aún. El Museo me había acordado 6.000 francos anuales para viajar, adquirir las piezas de historia natural y transportar las colecciones hasta los puertos. Aunque era el máximo de lo que había votado hasta entonces, estaba convencido de la insuficiencia de tal subvención para cubrir los gastos de un viaje de esa naturaleza, cuando informaciones ulteriores me lo reiteraron, y las siniestras palabras del sabio Desfontaines, profesor de Botánica en el Museo, pronunciadas en su última visita, resonaban sin cesar en mi oído: "No vaya a América con esta módica suma –me había dicho–; se morirá de hambre". ¿Qué hacer, empero? Mi partido estaba bien adoptado y difícilmente habría retrocedido, después de haber aceptado las condiciones del Museo; pero me quedaba un recurso. Conocía la generosidad con que el duque de Rívoli protegía a quienes se dedicaban a las ciencias naturales. Siempre bien recibido por él, me decidí a visitarlo en su residencia

de la Ferté Saint-Aubin. Le describí francamente mi posición; me escuchó tal cual lo esperara; me comprendió y me señaló 3.000 francos por año, hasta 1830.

Debo declarar aquí que sin este argumento de subsidios mi misión habría fracasado del todo. Entro en tales detalles, sin gran temor de cansar al lector; el lector me los perdonará, en atención al grato placer que siento al hacerle partícipe del reconocimiento que debo personalmente al duque de Rívoli, y que igualmente habrá de deberle quienquiera se tome algún interés por los resultados consignados en esta obra.

Al principio de mayo (1826), recibí del Ministerio de Marina el aviso de que la corbeta de carga *Meuse* estaba a punto de partir a América meridional y que tenía pasaje en el barco.

El 27 de mayo dejaba París. No me alejaba sin nostalgia de la hermosa capital. Me parecía que ya no volvería a este santuario de la ciencia. Pasé por la Rochela para despedirme de una familia querida; disfruté sus abrazos con inquietud, obligado como estaba a arrancarme pronto de su seno y a dirigirme al punto de embarque. Los que alguna vez se hayan separado de padres y amigos queridos, sobre todo para afrontar los peligros de una misión en la que casi todo está librado al azar, sólo ellos podrán hacerse una idea de los sentimientos que experimentaba al separarme de los míos; pero no sé qué instinto me decía interiormente: ¡volverás a verlos!

Una carta del Ministerio de Marina me había hecho partir demasiado pronto. Llegué a Brest antes de que lo hiciera el navío que debía llevarme, y lo esperé durante más de un mes; pero este tiempo no fue del todo perdido para mis estudios. Lo empleé en búsquedas por las cercanías de Brest, donde tuve la dicha de encontrar muchos animales marinos interesantes, e incluso nuevos géneros... Se va lejos para hacer descubrimientos, y las costas de nuestra Francia todavía son poco conocidas.

Es difícil figurarse la impaciencia que causan las demoras prolongadas, cuando una resolución está bien tomada. Todos los días iba al puerto a ver si avanzaba el acondicionamiento del barco; todos los días me decían: será para mañana, y me volvía tristemente a mi domicilio.

Me embarqué el 29 de julio. Y desde entonces sólo esperamos para partir la señal que debía darnos el buque comandante de la rada. Hasta esa señal se hizo esperar largo tiempo: se la vio por fin el 31, a las dos. En seguida se levó el ancla y se desplegaron las velas. Un cielo puro, una fuerte brisa del nordeste, todo presagiaba una partida feliz. Vimos alejarse la ciudad de Brest, pronto pasa-

1826
En el mar.
31 de julio

mos por la estrecha entrada del puerto y ganamos alta mar; poco a poco se desvaneció la costa; sólo la isla de Ouessant se mostraba a nuestra vista; pronto desapareció también y fue preciso dar el último adiós a la tierra natal. Una tristeza viva e indefinible se difundió pronto en nuestros corazones; pero por fin la noche, trayéndonos el sueño, puso término a las penosas reflexiones que nos agitaban.

Nos enfermó bastante esa molestia que no se puede evitar, y que provoca la hilaridad de los marinos: el *mareo* me atormentó durante varios días; era el último tributo que debía rendir al líquido elemento, porque jamás lo he vuelto a sufrir.

Creo innecesario entrar en detalles náuticos que a menudo cansan al lector, sin otra ventaja que la de ocupar mucho espacio. Me conformaré con decir que vimos, cerca de las costas de Portugal, unos fucos[2] y que diversos grupos de cetáceos pasaron junto al buque, en el paralelo del cabo Finisterre. Entre esos cetáceos, que pertenecían a especies diferentes, algunos medían de cincuenta a sesenta pies de longitud; expelían agua a gran altura; unos se distinguían por un tinte gris pálido y los otros por el color moreno. Gustosos seguimos con la vista a estos enormes animales, que nadaban a una velocidad bastante grande y que parecían jugar en la superficie de las ondas. Otro día, un grupo de pequeños delfines pasó cerca de nosotros; saltaban oblicuamente a más y mejor; algunos se lanzaban fuera del agua a más de tres pies y en seguida volvían a sumergirse, ofreciéndonos, durante largo rato, un espectáculo novedoso; luego desaparecieron. También creímos ver unas tortugas. En el mar se vuelve a la niñez; cualquier cosa divierte; se atrapa al paso, con avidez infantil, el menor objeto que venga a quebrar la aplastante monotonía de las jornadas siempre uniformemente iniciadas y concluidas.

9 de agosto

El 9 a la una, divisamos, todavía confundidas con las nubes, las elevadas montañas de la isla de Madera, cuyas crestas desgarradas coronaron un suelo antiguo, teatro de revoluciones volcánicas que parecen haber devastado todo el archipiélago de las Canarias. Muchas islitas que teníamos a la vista presentaban el mismo aspecto: por todas partes cimas aplastadas y recortadas, y colinas escarpadas que, vistas a una distancia de seis a siete leguas, ofrecen la imagen de murallas perpendiculares de gran elevación. La puesta del sol es de gran belleza en estos lugares: el horizonte nos mostraba montañas azuladas que venían a destacarse sobre su línea invariable aportando cierta diversidad a la uniformidad tan fas-

2 *Fucus longissimus.*

tidiosa en el mar. Los únicos seres animados que tuvimos cerca eran pequeños petreles de tempestad[3], que saltaban en el agua junto al buque; y de rato en rato, unos pusinos. En el seno de esa vasta soledad hay interés por el menor pájaro, por dedicarle un instante, y agrada seguirle, sea en su vuelo ligero o en su manera de alimentarse.

El oficial a cargo del cuidado de los relojes había olvidado poner en hora el cronómetro: parecía inevitable una escala y se había decidido que las operaciones necesarias se harían en Tenerife. Esta decisión nos gustó mucho, porque nos proporcionaba la esperanza de pisar, al día siguiente, una tierra nueva. Habría que ser naturalista y entusiasta para hacerse una idea adecuada de lo que sentía; lo que mis ojos, ávidos de novedades, esperaban encontrar era representado por mi imaginación en forma de mil quimeras. Desde aquel momento ya no hubo sueño para mí. El 12, la aurora me encontró en el puente tratando de atravesar con la mirada los vapores matutinos para divisar tierra. Esperé aún largo rato; por fin la tierra se presentó, a diez o doce leguas de distancia, semejante al comienzo, sobre el horizonte, a esas nubes que tantas veces han confundido a los marinos, en parajes desconocidos; pero que entretienen al viajero ocioso, feliz de engañar así por un instante al prolongado hastío de las largas singladuras. Poco a poco la tierra se destacaba más, sin que pudiéramos aún percibir el famoso pico, siempre oculto por las nubes apiñadas; por último, ese gigante africano mostró su cabeza por encima de un velo de vapores que lo siguieron envolviendo durante un rato prolongado, y desaparecieron muy lentamente, a medida que el sol cobraba fuerzas. Nunca había visto montañas que no fueran pequeñas, por lo que me costó trabajo creer que aquel cono truncado que forma la cima del pico fuera una continuación de la tierra que se veía nítidamente bajo las nubes. De vuelta de mi viaje al Perú no habría consignado esta observación. Pronto las nubes desaparecieron del todo y la tierra mostró sus contornos ondulados, dibujándose graciosamente contra un cielo del más hermoso azul.

En el mar
11 de agosto

A medida que los distintos mamelones se destacaban sobre el fondo y que otro punto se mostraba con mayor claridad, experimentaba en mi interior exquisitas sensaciones, que me sería difícil describir; pero las experimentaba solo, sin ver que de ellas participaran mis compañeros, acostumbrados a viajar. Sin embargo, la tierra parecía salir al encuentro de nuestros deseos; pronto se distinguieron unos puntos luminosos que un momento después se reconocían

3 *Procellaria pelagica*, Brisson.

como un grupo de casas, una ciudad. El viento nos llevaba con rapidez y no tardamos en reconocer la ciudad de Orotava, asentada sobre una meseta de ciento sesenta toesas de altura sobre el nivel del mar[4]. Observamos distintamente la parte baja, llamada puerto, unida a la ciudad por medio de un hermoso camino que se dibuja por la ladera de la montaña. Suponíamos que se podría desembarcar unas horas más tarde, pero no fue así. Los barcos de guerra no tienen acceso a Orotava; Santa Cruz es el único puerto de las Canarias en que se les recibe, por lo que tuvimos el pesar de cambiar repentinamente el rumbo; el comandante dio orden de cambiar de ruta; nos alejamos de tierra para echar una bordada y encontrarnos al día siguiente cerca del puerto de Santa Cruz.

Hacia el mediodía del día siguiente doblamos la punta de Anaga que nos ocultaba Santa Cruz y tuvimos la certidumbre de bajar a tierra la misma tarde.

12 de agosto

Costeamos la cadena de montañas desgarradas y áridas que bordean esa parte de la costa; en vano buscamos una vegetación activa; el catalejo nos mostraba, por toda riqueza vegetal, grupos de euforbiáceas con hojas de cactos, prendidas a los basamentos de las rocas, y algunas plantas achaparradas. Algo más tarde y siempre con ayuda del anteojo, descubrimos las torres de las dos iglesias de Santa Cruz; por fin, a eso de las tres, fondeamos a poca distancia de tierra, frente a la ciudad. No tardó en arrimar una lancha, que llevaba a bordo un oficial de la marina española y el vicecónsul francés. Después de las preguntas de rutina sobre la salud de la gente de a bordo, la lancha partió a transmitir al comandante nuestra intención de saludarlo; pronto se le saludó con veintiún cañonazos, enarbolando el pabellón español al tope del palo mayor; los fuertes costeros respondieron al saludo y el eco de las montañas repitió largamente a lo lejos sus sones belicosos.

Nos hallábamos en una gran bahía abierta que bordea, a cada lado, una hilera de montañas divididas por los lechos de los torrentes que las surcan de distancia en distancia. Detrás de la ciudad se extiende en anfiteatro un llano amplio, de más en más elevado; al primer vistazo la ciudad ofrece un aspecto bastante pintoresco que volví a encontrar en Valparaíso, Chile; desplegada al borde de la costa, se le advierte un aire de limpieza; las casas, bien edificadas y no muy altas, pues a lo sumo son de dos pisos, están pintadas de diversos colores con una línea negra que en los ángulos imita una pilastra: todas están coronadas por una terraza.

---

4 Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales*, T. I, pág. 248.

Tenerife

Bajamos a tierra de tarde; desembarcamos en el muelle, construido con piedras de sillería. Pese a esta avanzada construcción el desembarcadero es incómodo; los botes se rompen con frecuencia y es raro que se pueda bajar sin mojarse, porque el mar está siempre grueso y rompe con violencia. Primero vi un paseo público de poca extensión, plantado por entonces de unos tamarindos y álamos blancos, y adornado al estilo morisco con pequeñas lastras alineadas, pintadas de diversos colores, ornato que no encontré de buen gusto. Es cierto que todavía me hallaba poseído por el recuerdo de nuestros bellos monumentos de Francia. Me dirigí a la plaza, en uno de cuyos extremos hay una gran fuente en forma de pirámide cuadrangular. Esta plaza tiene veredas de piedras de sillería y ha sido artísticamente pavimentada con cantos rodados multicolores, ordenados simétricamente para formar dibujos bastante regulares. Por otra parte, en la ciudad no encontramos nada notable, salvo la extremada limpieza que la caracteriza.

Como aún era de día, no vi por las calles más que mujeres del pueblo; se visten a la española, con un echarpe o mantilla de lana blanca con la cual se envuelven la mitad de la cabeza y cuyas puntas penden o se cruzan sobre el pecho. Algunas llevan además un sombrero de hombre. Encontré análoga costumbre en las ciudades del Alto Perú. Los hombres tienen un pantalón que sólo les llega a las rodillas y cuyos extremos están descosidos a los lados. La mayor parte de los niños de ambos sexos pertenecientes a las clases inferiores andan completamente desnudos, de manera que su piel está curtida. Las mujeres tienen la fisonomía propia de todos los descendientes de los orgullosos castellanos; presentan en general rasgos bastante marcados y bellos ojos negros, lo que contrasta agradablemente con la blancura de las mujeres en las altas clases sociales. Estas últimas se encierran en sus casas y sólo salen para asistir a misa. No se las ve en las ventanas, como en Francia, y una especie de mirilla pequeña (postigo) practicada en las ventanas les permite mirar afuera sin riesgo de ser vistas.

No entraré en más detalles acerca de las costumbres de los habitantes. Es necesaria una larga estadía para pronunciarse al respecto, y un viajero que sólo observe de paso siempre debe temer equivocarse. Por lo demás, multitud de obras trataron el asunto, y lo mejor que podría hacerse sería esperar la sabia historia de las islas Canarias que preparan P. Barker Webb y Sabin Berthélot, quienes han residido mucho tiempo en todas estas islas y están en mejores condiciones que nadie para completar su descripción.

Al igual que en muchos países cálidos de América, vi gran número de mujeres de las clases inferiores bañándose todas las tardes en el muelle mismo;

se desnudaban del todo y dejaban a la semioscuridad de la noche el cuidado de velar sus formas; no parecían preocuparse para nada por la vecindad de gran número de hombres que la frescura del mar atrae al muelle, paseo vespertino de esos lugares. Entre los curiosos, advertí a varios clérigos cubiertos, como todos los que luego vi en América, con un sombrero de alas levantadas a los lados.

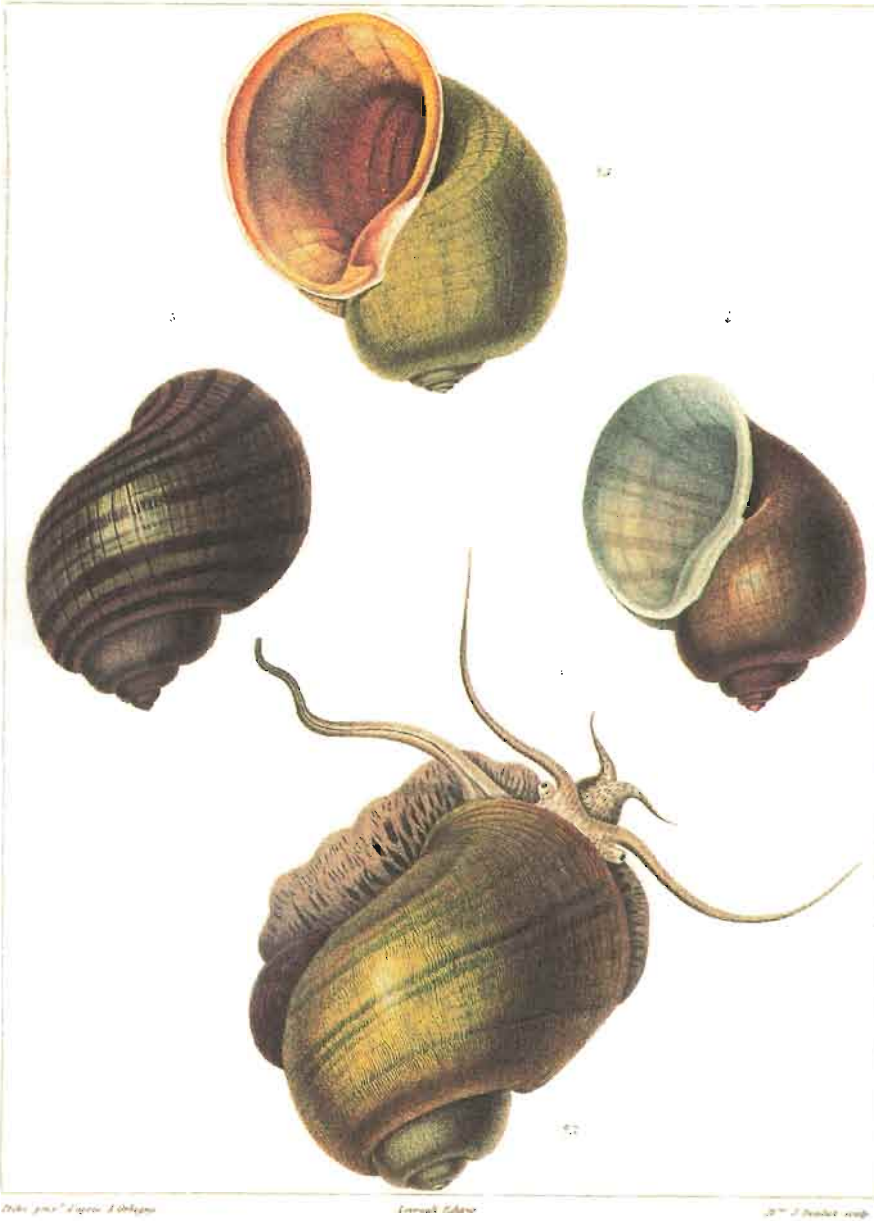
Quería bajar temprano al día siguiente para realizar observaciones de historia natural, pero el capricho del comandante de la *Meuse* lo decidió de otro modo. No permitió que se me diera una lancha, y me vi obligado a esperar que un barco pesquero consintiera en tomarme, pagando. Aprovecharé esta oportunidad para señalar una especie de rivalidad, tan perjudicial al progreso de la ciencia, que en aquella época existía entre ciertos oficiales de marina y los naturistas. No ignoro el origen de tal prejuicio, que parecía deseoso de hacer expiar a una clase entera la torpeza de uno solo, muerto luego en Madagascar; pero no es menos injusto. Lamento tener que decir que he sufrido mucho durante toda esa travesía por la absoluta falta de consideración de parte del comandante y su teniente, que llevaron su mala voluntad hasta obstaculizar incesantemente mis exploraciones. Me apresuro a agregar que la amable compañía de los demás oficiales de a bordo me indemnizaba holgadamente por el desdén de sus jefes; y pasando rápidamente sobre un tema tan penoso, anticiparé algo relativo al curso de mi viaje, para rendir aquí un público homenaje a varios otros oficiales de la marina del Estado, entre los cuales nombraré al Sr. Lefévre, comandante del Zélée, en 1826, y al Sr. Du Petit-Thouars, comandante del *Griffon*, en 1833. Con delicadeza, amabilidad y complacencia infinitas, todos hicieron lo posible para secundarme en mis trabajos, facilitando mis observaciones e investigaciones.

La barquita del pescador recién me dejó en tierra a las diez de la mañana. Ya había perdido toda la mañana y ya se hacía sentir un calor aplastante. Una vez desembarcado, sentí una gran alegría, que sólo se goza al pisar por primera vez una tierra extranjera y alejada del suelo natal. Me dirigí hacia el lecho de un torrente cercano, caminando sobre restos de basaltos llevados por las aguas. Admiraba esas masas imponentes, atormentadas por las tempestades y las antiguas erupciones que tantas veces, en tiempos pasados, cambiaron la forma de sus crestas elevadas. Por doquiera, rocas salientes, desnudas, que no dejaban crecer ni un desgraciado liquen. Sólo algo más allá encontré euforbiáceas que desafiaban el exceso de calor y sequía, agrupándose en los huecos de las rocas como lindos candelabros de un hermoso verde, de seis a siete pies de altura. Había unos arbustos muy pequeños, dispersos aquí y allá como para que se viera que la naturaleza no es del todo ingrata con ese suelo trastornado. Había

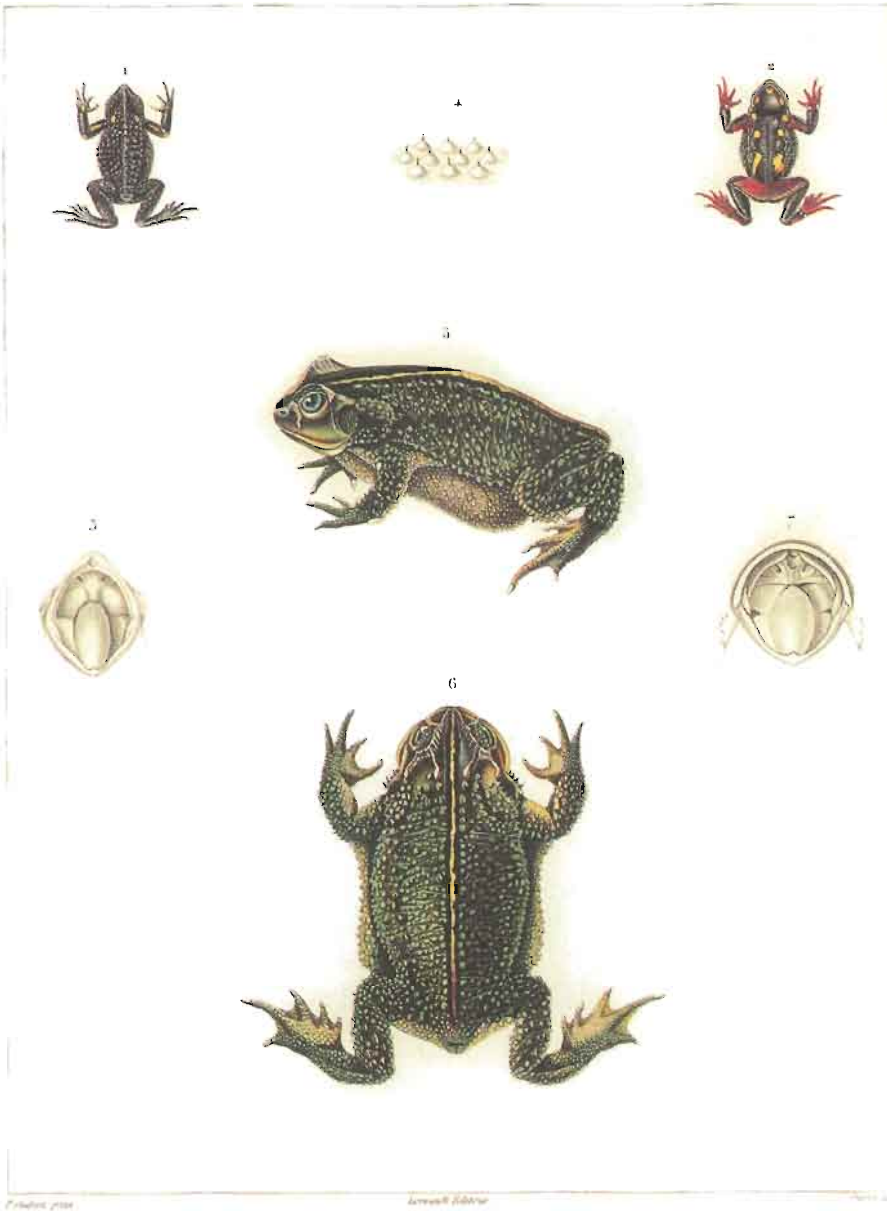
llevado sólo una escasa cantidad de agua: el ejercicio que hacía levantando piedras para buscar hélices abajo había aumentado mi sed devorante. Advertí en la hondonada, a una distancia bastante grande, unos arbustos cuyas hojas amarillentas denunciaban la falta de humedad; maquinalmente orienté mis pasos hacia ese lado, reconociéndolos con gusto como higueras blancas, cargadas de higos medio secos, que apaciguaron momentáneamente mi sed; luego me interné, prosiguiendo con mis búsquedas, en las sinuosidades del lecho seco del torrente. Pronto la sed volvió a hacerse sentir y con mayor violencia; el calor era sofocante; ni un soplo de viento venía a suavizarlo. El suelo negruzco ardía y me tuve por muy feliz al encontrar un pastor que había bajado de las montañas, en tanto que sus cabras pastaban libremente por las escarpadas laderas. Le pedí agua. Se mostró extremadamente cortés. Fue a buscar un barrilito que había escondido en una cabaña cubierta de ramaje, y me lo ofreció. Bebí a grandes sorbos y recobré las fuerzas necesarias para continuar mi excursión. A cierta distancia encontré una gruta espaciosa, socavada en la roca. Me pareció que esa gruta debió servir de vivienda a los célebres *guanches*, primeros pobladores de la isla. Entré y el hollín que ennegrecía la bóveda y las paredes justificó mi presunción. Más tarde descubrí una fuente de agua límpida. Allí me detuve para hacer una comida liviana con las provisiones que había llevado.

Breve rato después se me ofreció el más bello de los espectáculos. Ya el sol iluminaba sólo la cima de las montañas, cuyas crestas ardientes contrastaban con la sombra que se expandía por doquiera. Grupos de cereus cercanos y unos arbustos verdes aún denotaban un poco de vida; el agreste aspecto de las colinas, la soledad que me rodeaba, todo me decía que ya no estaba en Francia; y apenas me atrevía a articular una palabra, por temor de turbar el silencio salvaje de aquel desierto, apenas interrumpido por los silbidos de los pastores, que los ecos repetían sin cesar. Oía a esos pastores llamando a sus cabras desde lo alto de los picos, armados de una lanza larga, en tanto que los animales congregaban apaciblemente, a los sones que también conocían, descendiendo a pasos mesurados de la cima de los montes y separándose en majadas a una señal de sus guías. Las vi dirigirse a la entrada de la hondonada, y alejarse lentamente. Siempre en éxtasis seguía oyendo en la lejanía la nota aguda de los silbidos y el tintineo de las esquilas suspendidas al cuello de las cabras. Pronto los sonidos se desvanecieron del todo en la onda de los aires. Sólo entonces advertí que la noche estaba cerca y yo solo en las montañas.

Pronto resolví qué hacer. Me decidí a pasar la noche en la gruta de los guanches. Retorné, y antes de tomar posesión de mi improvisado cubil me demoré aún un largo rato afuera. La noche estaba tranquila y sin luna; el silen-



1, 2: *Ampullaria insularum*; 3,4: *Australis*.



1-4: *Phryniscus nigricans*; 5-7: *Bufo*.

cio, solemne; apenas se oía batir las alas de algunos murciélagos y el canto monocorde de unos pájaros nocturnos. Sin embargo, se hacía tarde; volví a mi gruta y me acosté para reparar el cansancio del día. Tal fue la primera noche que pasé campo afuera, noche luego seguida, durante mis viajes, de tantas otras semejantes, que llegué a aficionarme a no vivir bajo techo.

Al día siguiente retomé la ruta de Santa Cruz, por la que me encaminé a la capital de la isla, La Laguna de Mercedes. Sus naturales calculan en legua y media la distancia a Santa Cruz, y demoré unas dos horas para llegar. El camino no podía ser más áspero. Iba siempre subiendo por una pendiente bastante pronunciada y pisando fragmentos de lava, que en menos de una hora me habían roto los botines. Por el camino me había podido percatar que, pese a los obstáculos que les opone la naturaleza, los pobladores son laboriosos. Las tierras que bordeaban la ruta estaban labradas, y las laderas de las montañas plantadas de viñas cuyo verdor hacía un notable contraste con la aridez de la yerma tierra circundante. Llegué cansado a La Laguna. Esta ciudad me pareció bastante bien edificada, por el estilo de todas las ciudades americanas; es decir, dividida en cuadrados *(cuadras)* de casas iguales en tamaño. Las calles están bien pavimentadas. Los habitantes ricos de Santa Cruz acuden a la orilla del mar, para pasar el tiempo de los calores, que son muy intensos, y disfrutar de la hermosa vegetación de los alrededores. En efecto, la campaña es rica y presenta una agradable mezcla de naranjos, limoneros y plátanos.

Después de haber visitado la ciudad, me dirigí a uno de los sitios boscosos que tiene la isla. Atravesé hermosos campos y gané un bosquecito de árboles de poca talla. En las montañas vecinas se veían pinos[5] que dan a los lugareños una madera apta para todo uso, puesto que la emplean para vigas y también para los conductos del agua necesaria al consumo de Santa Cruz.

De vuelta a Santa Cruz encontré muchos camellos que se usan para el acarreo de mercancías a La Laguna, y alcancé también una multitud de mujeres que llevaban enormes canastos en la cabeza. Así es cómo llevan diariamente los frutos destinados al aprovisionamiento de Santa Cruz. No es raro verlas cargadas de fardos que pesan casi sesenta libras. Algunas van descalzas, lo que parece increíble al pensar en las piedras del camino.

Al bajar hacia Santa Cruz sentí un calor proporcionalmente más intenso que la frescura de que había gozado al subir a La Laguna. Después observé con frecuencia análogo fenómeno en mis recorridas por las altas montañas de Bolivia y Perú.

---

5 *Pinus conariensis.*

Aproveché los días siguientes para dibujar animales marinos y peces y para realizar investigaciones en la costa y las montañas. Mis búsquedas fueron bastante fructíferas: encontré numerosas especies de peces variados y muchos fucos y pólipos. Las montañas me ofrecieron más de diez especies de conchillas terrestres.

El 18 de agosto estaba de vuelta a bordo, esperando la hora de zarpar. Por entonces las nubes dejaban ver todo el pico de Tenerife, tanto tiempo sustraído a mis miradas. Su cono truncado, a la luz, parecía cubierto de nieve y resaltaba en un cielo azul oscuro. ¡Cuántas veces, luego, al recorrer las costas peruanas y al contemplar las cumbres nevadas de los Andes, he recordado la primera impresión que me causara la vista del pico de Tenerife! También fue allí donde encontré valles tan secos y desprovistos de vegetación como en las proximidades de Santa Cruz.

En el mar. 18 de agosto

A la tarde nos hicimos a la vela, obligados por las tinieblas a despedirnos de esa isla montañosa antes de lo que hubiéramos querido. Nos esperaba otro espectáculo. Por la noche se aleja de la costa una infinidad de pequeñas barcas pesqueras, valiéndose de fuegos para atraer los peces que se pescan de diversos modos. Nada más pintoresco que aquellas luces vacilantes, a capricho de las olas, y reflejándose en el agua en medio de una oscuridad que las montañas espesaban. Esta escena singular se alejaba de nuestra vista a medida que avanzábamos. Desapareció, por fin, del todo y volvimos a estar solos en el seno del océano.

Un hermoso tiburón que seguía el buque nos brindó un día una de esas diversiones infantiles que matizan las travesías prolongadas. Parecía jugar en el agua, agitando apenas sus enormes aletas. Le echamos un cebo que trató de atrapar en varias tentativas, volviéndose sobre el lomo para tragárselo, maniobra que hizo durante más de una hora. Le acompañaban tres *pilotos*[6] que, ubicados junto a su aleta dorsal, se lanzaban sobre la presa antes que él y volvían luego, espontáneamente, a su puesto.

Los pilotos son unos lindos pececitos, de un pie de longitud, agradablemente anillados de negro y azul. Es raro que el tirano de los mares no vaya acompañado por algunos de estos fieles compañeros de su fortuna.

Todos los días veíamos peces voladores. Nada más divertido que ver elevarse del seno de las aguas esos peces tan curiosamente conformados que se les tomaría, por sus alas plateadas, por mariposas marinas. Los bonitos les hacen

6 *Centronotus conductor*, Lacép.

la guerra a muerte y los persiguen con saña. Para escapar se lanzan al aire en bandadas, pero al mantenerse más o menos tiempo planeando sus alas se secan y caen al agua, donde los esperan sus implacables enemigos. Del decimoquinto al quinto grado de latitud norte nos acompañaron los peces voladores.

A eso de las cuatro de la tarde empezamos a ver unas medusas cyanées que pronto aparecieron por centenares. Desde entonces he pensado, y más tarde llegué a la convicción, en otros mares, de que estos animales son todos crepusculares o nocturnos. Sus formas y colores nos presentan las imágenes de las más lindas flores de nuestros jardines. A la noche se vuelven fosforescentes, y al tomarlas parecen globos de fuego. La substancia viscosa que dejan en los cuerpos con los que se las pone en contacto, proyecta también una viva luz, más brillante cuando hay choque o frotamiento. El mar estaba en calma, y lenta era la marcha del navío; pero como rozaba gran número de esos animales, un largo rastro de fuego prolongaba la popa, y la proa estaba igualmente iluminada Era un espectáculo encantador el del mar rompiendo ante el buque. Al soplar algo de viento, se extendía a apreciable distancia una gran superficie cubierta de una espuma de hermosa blancura, constelada en todos sentidos por grandes estrellas que titilaban con intermitencias, entre miríadas de chispitas que esmaltaban esa nieve flotante.

En medio de las alternativas de calmas y borrascas, de buen tiempo y lluvia, que caracterizan la zona equinoccial, en la línea de los vientos alisios, pudimos observar gran número de animales marinos de las especies más variadas. Aquí los glaucos desplegaban ante nuestra vista sus elegantes formas, brillando con los más bellos tintes plateados, sobre el azul marino que los colorea; allá, envolviéndose en sus mil brazos, las porpitas desplegaban sus discos violáceos, bordeados de azul; más lejos, con las velelas de vela diáfana, bogaban levantando en cresta sus velas las fisalias, las jantinas, los pterópodos de alas graciosas; y por todas partes se apretujaban a nuestro alrededor esos pequeños crustáceos pelagianos cuya abundancia aumenta la fosforescencia del agua; animados tesoros del océano que, todos, tendrían que constituir el objeto constante de mis estudios cuando, tiempo después, me dedicara ya a descubrir los misterios de su constitución, ya a intentar la fijación con el pincel, de los matices a la vez tan delicados, tan ricos y tan fugitivos, con que la naturaleza los ha ataviado, en alta mar.

Los únicos pájaros que vimos en varias oportunidades eran pequeños petreles de tempestad; sin embargo, a la altura de Cabo Verde, cuatro o cinco golondrinas de chimenea vinieron a posarse a bordo. El tiempo había estado calmo y no podíamos adivinar qué había obligado a esos pobres pajaritos a

alejarse tanto de las riberas, pues estábamos entonces a más de cien leguas de la costa africana. Parecían tan cansadas que se dejaron tomar sin dificultad, y su flacura mostraba que habían viajado mucho tiempo.

El 8 de septiembre cruzamos la línea a veintiséis grados de longitud oeste de París. El famoso bautismo del trópico tuvo lugar con el ceremonial ordinario, que revistió gran brillo debido a la circunstancia de ser la primera vez que el capitán y el buque pasaban al otro hemisferio. Sería superfluo extenderse sobre los usos tantas veces descritos por los viajeros.

8 de septiembre

Pocos días después nos encontramos de pronto en medio de esos inmensos bancos de pequeños crustáceos, tan numerosos que imprimen al agua su color rojo; una vasta superficie del mar se había coloreado intensamente: es lo que llaman los balleneros *el banco del Brasil*. Ahí acuden a pescar la ballena, que se alimenta solamente de esa multitud de pequeños seres, de los cuales el mayor no tiene más de una línea de largo[7]. Este banco parece extenderse a lo largo de una gran porción de la costa brasileña, y mantenerse siempre, aproximadamente, a igual distancia. ¿Es posible concebir cuántos animalitos hacen falta para alimentar centenares de ballenas y colorear el a agua? ¿Qué multitud debe ser supuesta en una superficie apreciable en cincuenta o sesenta leguas de longitud por dos o tres leguas de anchura? He tenido que pensar que el mar se halla poblado por un numero incalculable de tales seres; y esto en todas las latitudes, al menos teniendo en cuenta la gran cantidad que advertí por todas partes, incluso en el Cabo de Hornos, a cincuenta y siete grados de latitud meridional. Percibimos, a cierta distancia, unas ballenas que expelían agua a gran altura.

Supe por capitanes balleneros que tales cetáceos eran muy comunes en el banco, hace algunos años, pero que se habían alejado poco a poco, llegando a ser muy raros; de modo que actualmente (1834) ya no se los pesca con regularidad, debiéndose conformar con seguir el banco hacia el sur, donde las ballenas aparecen con mayor frecuencia. ¿A qué atribuir la desaparición de las ballenas del banco del Brasil, que les suministra tan abundante alimento? ¿Se deberá a la destrucción de todas las que pueblan el banco o a su emigración forzosa, al ser perseguidas por los barcos de todas las naciones? Me inclinaría más bien hacia esta última hipótesis, porque en las islas Malvinas y sus cerca-

---

7 Se trata de un género de crustáceos recientemente descritos por el Sr. Roussel-Vauzienne, con el nombre de *Cetochylus*; dio a su especie el nombre de *Cetochylus australis*. Ver los *Annales des sciences naturelles, zoologie*. Tomo 1, pág. 333, pl. 9, fig. IB a 9B.

nías, y más al sur, donde sólo se las pesca durante una estación del año, los pescadores temen esos parajes deshabitados y carentes de puertos, pues no abundan menos que hace unos años. Este banco nos anunciaba la proximidad de la costa y el fin de nuestra travesía.

23 de septiembre

El 23, el agua que hasta entonces había sido constantemente azul oscura cambió al verde. Poco después divisamos las rocas del cabo Santo Tomé, a cuatro leguas de distancia. Estábamos entonces rodeados por una multitud de aves marinas; había bandadas de *piqueros*, y la fragata de anchas alas planeaba a intervalos en torno nuestro. Hacia las diez vimos otras tierras elevadas, que pronto identificamos como las islas Santa Ana, en número de cuatro; y a medida que nos aproximábamos distinguíamos mejor sus panes de azúcar aplastados, aislados en medio de las aguas, su suelo de aspecto granítico, sus cimas cubiertas de una vegetación activa y grandes árboles. Deben haber sido raramente visitadas por los hombres, pues su contorno está cortado a pico y el desembarco se haría sin duda difícil. Las pasamos a sólo dos leguas de distancia.

Pronto quedaron atrás esas islas y comenzamos a reconocer otras que bordeamos más de cerca, las que ofrecían el mismo aspecto; por último, al atardecer, el cabo *Frío* nos mostró sus dos pezones descarnados que se perdían entre las nubes. Admiraba el aspecto general de las tierras, esa forma de pezón de las islas y de los puntos visibles de la costa. Luego volví a encontrar las mismas formaciones en medio de las llanuras de la margen oriental del Río de la Plata y entre los bosques de la provincia de Chiquitos, en Bolivia.

La puesta del sol y la noche, que llegó muy pronto, nos hurtaron el continente americano. Las reflexiones que me habían asaltado en cuanto divisé esa tierra tan impacientemente esperada, me ocuparon toda la velada, acortándola para mí. Había visto sin mucha tristeza los picos del cabo *Frío* perderse momentáneamente entre las sombras, y los sueños del día no me dejaron durante la noche entera, o más bien ocuparon el lugar del sueño.

A la mañana siguiente fui el primero en subir al puente para ver la tierra. Nos habíamos alejado de ella la víspera y no reapareció hasta las ocho. A la vista de unos puntos destacados se reconocía que estábamos a la entrada del puerto de Río de Janeiro, así llamada porque fue tomada en un principio por la desembocadura de un río, y vuelta a ver el 1 de enero de 1531, por Sousa. El gran número de islotes que cubren esa entrada se nos presentó pronto en forma clara. Uno de los situados al sur está coronado por una torre donde se tenía la intención de instalar un faro; pero a consecuencia de la guerra con la República Argentina quiso el azar que la máquina llegara a la Patagonia, donde la

he visto. El navío que la transportaba, con equipos militares, fue tomado por un corsario de esa nación, hacia el comienzo de 1828. Del mismo lado que esta isla, llamada *Ilha Rasa*, se encuentran otras cuatro o cinco de menor tamaño, dos de ellas muy próximas entre sí. Todas tienen forma de montículos cónicos, más o menos redondeados, cubiertos de zarzas y a veces de árboles.

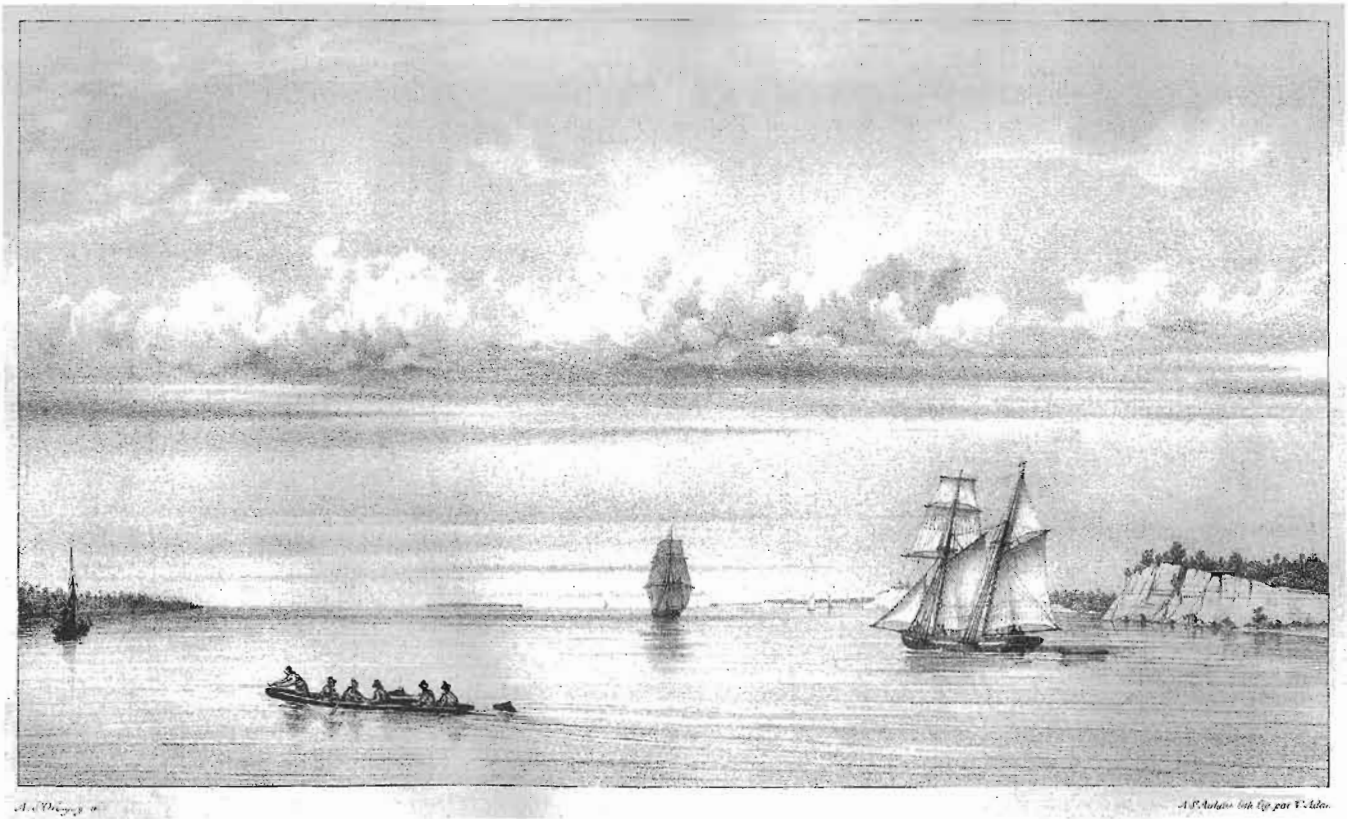
Nos aproximábamos sin cesar. El continente se hacía notar por una larga cadena de montañas de distintas formas, asentadas las unas junto a las otras. Al sur del canal de acceso se mostraba la montaña de la Gabia, llamada así porque se asemeja a la gavia de un barco, que por cierto aspecto representa, mientras que observada desde otro punto de vista remeda, junto con las montañas vecinas, un perfil acostado horizontalmente que recuerda al de Luis XVI. No lejos de allí se alza el famoso *Pan de Azúcar*, cuya forma, que es la de un cono truncado muy agudo, contrasta con los altozanos de las montañas vecinas. Sorprende ver en su cima algunos grandes árboles y muchos arbustos. Todas estas montañas están dominadas por la del Corcovado, cuya cima, cubierta de una madera color azul marino, atraviesa las nubes blancuzcas que se escalonan a su alrededor. Al norte de la estrecha entrada del puerto las montañas forman eminencias bajas de aspecto poco notable.

Un aire embalsamado por el perfume de mil flores ya venía a nosotros. Disfrutaba de una felicidad perfecta. A medida que los objetos se dibujaban más nítidamente ante mi vista, me exclamaba sobre la belleza del paisaje. No había un punto carente de verdura; las mismas rocas ornaban sus grietas con una bella vegetación; por doquiera los cocoteros y las palmeras de variadas especies se unían agradablemente a multitud de otros árboles de aspecto completamente nuevo. Las mariposas, apacibles habitantes de estas ricas comarcas, ya venían a visitarnos y los brillantes colores de sus alas matizadas me anunciaban las maravillas que la naturaleza prometía a mi imaginación en este suelo privilegiado.

Por fin entramos en el canal, entre verdeantes laderas y los valles más rientes; pasamos entre los dos fuertes de la entrada encontrándonos en esa inmensa rada, una de las más hermosas del mundo. Al norte teníamos la encantadora capilla de Nuestra Señora del Buen Viaje, ubicada sobre una roca cubierta de árboles, y la gran bahía a cuyo borde se alza el lindo pueblo de Santo Domingo; a la izquierda, toda la ciudad de San Sebastián o Río de Janeiro se nos mostraba dominada por altas cumbres arboladas. Del fondo de la rada sólo veíamos un azul lejano, coronado por las famosas montañas dos Orguas cuyas cimas en aguja se destacaban en el horizonte sólo por un tinte algo más oscuro que el azul plateado del cielo; pero un vistazo a la rada entera sólo mostraba un circuito bordeado de montañas.

En el momento de nuestra llegada, indefinibles emociones se habían apoderado de mí. Mi corazón desbordaba y me causaba vivo pesar la imposibilidad de comunicar a alguien los diversos sentimientos que lo agitaban a la vez. Por fin iba a poner el pie en la tierra tan deseada, cuya exploración y estudio había deseado casi desde mi infancia; en la tierra de los Colón y los Cabral que, bajo tan diferentes auspicios, se convertía para mí en teatro de investigaciones a las que involuntariamente ligaba nobles ideas de gloria y devoción a la patria y a la ciencia, dulces pensamientos de independencia y de reposo, en el seno del hogar paterno, después de tantas osadas correrías. Ciertas previsiones de fatigas, de decepciones, de disgustos, incluso de peligros, quizá, también venían, como las luces siniestras que anuncian las tormentas, a atravesar por momentos mi imaginación exaltada; pero joven y lleno de ardor, confiado y enardecido por las ilusiones juveniles, ¡qué me importaban entonces los peligros, los disgustos, las decepciones y las fatigas!

Nada me faltaba para ser feliz... Estaba en América.



Vista del Paraná, provincia Entre Ríos

CAPÍTULO II

Estadía en Río de Janeiro. Partida y travesía a Montevideo

Anclamos el 24 de septiembre a media legua de la ciudad, en medio de naves de todas las naciones. Pronto nos rodearon numerosas piraguas tripuladas por negros y cargadas de productos del país. Nos ofrecieron todos los frutos americanos: ananás, bananas, naranjas... Sobre todo estas últimas son deliciosas.

Lo que más me sorprendió al entrar en la ciudad fue la gran cantidad de hombres de color, comparativamente con la de blancos. Es lo que supongo ha de extrañar más a todo europeo que desembarque en Brasil. La vista acostumbrada al espectáculo de una población de color, por decirlo así, uniforme, se habitúa con dificultad a esa mezcla de tintes de todos los tonos posibles, del negro al blanco, pasando por el amarillo y el moreno, a tal extremo que todas las caras parecen idénticas al principio, siendo imposible distinguir a una persona de otra. Sólo una estadía prolongada permite discernir sin esfuerzo la diferencia que guardan los rasgos en los colores oscuros.

Los informes que recibí acerca de la guerra con Buenos Aires y los medios de pasar a Montevideo, no me auguraban nada bueno para la continuación de mi viaje. Gran número de barcos franceses habían sido apresados por la marina brasileña y sus capitanes me enumeraron toda clase de obstáculos. Averigüé sin embargo que tres o cuatro días más tarde debía partir un barco hamburgués para Montevideo. Fui a ver al Sr. De Gestas, nuestro cónsul general; le expliqué las dificultades que se me oponían; me prometió allanar algunas, sobre todo aquellas que podrían provenir del propio gobierno, pero no me dio ninguna espe-

1826
Río de Janeiro

ranza acerca de otro de los puntos más importantes. Me hallaba carente de dinero y ningún comerciante de Río de Janeiro quiso suministrarme fondos sobre mis letras de cambio que habían sido giradas sobre Buenos Aires, alegando que las comunicaciones con aquella ciudad estaban cortadas. Tuve que renunciar a esa esperanza e incluso a la de obtener alojamiento en la ciudad, donde todos los departamentos estaban ocupados por el gran número de extranjeros que por entonces eran atraídos con toda clase de ofertas. Tales dificultades me decidieron a aprovechar la ocasión que me ofrecía el buque hamburgués. En efecto, traté con el capitán, quien, mediante 200.000 reis (1.400 francos) como precio del pasaje, se comprometió a tomarme a bordo, sin garantizar mi seguridad contra los corsarios de Buenos Aires que solían recorrer toda la costa brasileña. Sólo disfruté de cierta tranquilidad después de haberme despedido de mis compañeros de viaje de la *Meuse* y de haberme instalado a bordo de mi nuevo buque.

24 de septiembre

La partida no fue todo lo pronta que supuse. Pasaron aún doce días, que dediqué a investigaciones de historia natural y recorridos por los alrededores de Río, a fin de tener una idea general de la región. Mi primer paseo fue realizado por el lado del Corcovado; escalé una colina bastante empinada hasta un lindo convento, construido sobre un hermoso acueducto que suministra el agua indispensable a las necesidades de la ciudad. Seguí por esta estructura, y pronto una pendiente bastante suave me permitió gozar la magnificencia del sitio. A un lado, una montaña sobre cuya ladera se pasa presentaba sus flancos escarpados, y al otro la vista se recrea en los más lindos valles. Chozas de negros, sembradas por la montaña en pintoresco desorden; elegantes viviendas rodeadas de campos cultivados; por todas partes, una verdura fresca, atestiguando la fertilidad del lugar. Este riente paisaje se extiende por el horizonte hasta el punto en que comienzan las selvas vírgenes. Allí toma la naturaleza un carácter más agreste, y mediante el pensamiento es posible retrotraerse a la edad primitiva de este hermoso país. Ya no se trata de los magníficos campos de cafetales, bananeros y cocoteros: se trata de árboles de todas clases, tan apretados unos con otros, y de tal modo enlazados por lianas, que forman una red tanto más impenetrable, por cuanto muchas palmeras espinosas vienen a erizarlo aún más con su ramaje. Mientras recogía gran cantidad de los hermosos insectos y mariposas, cuyos colores son tan variados, llegué a un lugar en que concluye el acueducto, y el agua, cayendo de roca en roca, en la selva virgen, forma un pequeño estanque natural que alimenta al propio acueducto. Sería preciso tener muy poca sensibilidad para no emocionarse ante semejante espectáculo. Los diversos árboles

entrecruzan su ramaje por encima del agua, que salta en cascada sobre rocas graníticas, y parecen querer preservarla, de tal modo, de los rayos solares y mantenerle la frescura tan preciosa al viajero, jadeante bajo el peso del día. A cada lado crecen naranjos silvestres, árboles de café, mimosas de follaje delicado, palmeras y sobre todo unos bellos helechos arborescentes, cuyas elegantes ramas de tierno verde parecen brotar de un trono como surtidores que cayeran en lluvia a su alrededor. Varía hasta el infinito la cantidad de especies de helechos, al borde del agua, que por otra parte adornan mil flores distintas, cubiertas de mariposas y picaflores que, con leve vuelo, acuden a abrevarse uno por uno en el néctar de cada flor. Muchos otros huéspedes de la floresta la animan con cantos agradables, y hasta la importuna cigarra viene también a celebrar aquellos lugares encantadores.

Volví con frecuencia a la cascada del Corcovado, que cada vez contemplaba con renovado gusto. Incluso quise subir hasta la cumbre de la montaña, pero sin guía, por un sendero apenas trazado, trepando por una pendiente de las más rápidas y recibiendo a plomo el sol ardiente de los trópicos; me vi obligado a renunciar a este proyecto.

Otra vez quise bajar a un profundo valle cercano a la cascada; descendí con dos compatriotas que me habían acompañado hasta allí para efectuar trabajos de historia natural. En el fondo del barranco vimos a la montaña elevarse como una muralla verdeante que ofrecía la reunión de todas las formas de vegetación. Después de haber admirado largamente los alrededores había que subir de nuevo y, sin vacilar, nos internamos en el bosque de la colina para cortar camino y ganar más pronto la carretera. La subida era de las más empinadas, pero un lindo caminito tortuoso, tapizado de verdura y muy sombreado, se ofreció a nuestra vista y nos sedujo. Lo tomamos, lo seguimos un rato con el mayor gusto, pero pronto apareció obstruido por lianas que nos cerraban el paso. Uno de mis acompañantes se alejó, creyendo encontrar un camino más cómodo. Me quedé solo con el otro y en grandes dificultades. La espesura se tornaba de más en más densa; había que desembarazar sin cesar el camino de lianas y ramas de palmeras espinosas y al mismo tiempo afirmarse por temor a resbalar y rodar hasta los espinos. Oímos a nuestro compañero que nos llamaba para tratar de unirse a nosotros porque se había sumido en una parte tan tupida de la floresta que se le hizo imposible seguir avanzando. Le respondimos, y después de haber gritado largo rato para orientar su marcha, le vimos llegar, por fin, cubierto de espinas. No estábamos en lo alto de la colina y hubiera sido difícil darnos cuenta de lo que aún faltaba para llegar. Los obstáculos crecían a nuestro paso, en progresión impresionante y ya nos iba a faltar

el coraje, pero hicimos un esfuerzo final y, una media hora más tarde, llegamos al sendero del Corcovado, jadeantes, agotados de cansancio, todos pinchados por largas espinas de palmera. Jamás olvidaré el interior de las selvas vírgenes brasileñas, tan magníficas por fuera pero tan difíciles de cruzar y muy diferentes de los majestuosos bosques que más tarde vi, en el país de los Yuracarés, en la República de Bolivia. Allá, pocas o ninguna traba se oponen a la marcha del viajero que las recorre en todos sentidos, bajo un palio de verdura de doscientos pies de altura, formado por el entrelazamiento de las ramas de distintas especies de árboles.

En otra oportunidad dirigí mis pasos a la entrada de la bahía, del lado del Pan de Azúcar; crucé tres vastas playas de la arena más blanca, formada de granos cuarzosos, cada una de las cuales se halla separada de las demás por colinas mamelonadas, compuestas de gneis, bastante elevadas y cubiertas de bosques. Ascendí a una colina regularmente alta y llegué por fin al borde del mar. Me hallaba entonces tras del Corcovado que, de ese lado, está cortado perpendicularmente y ofrece el aspecto de una muralla de tal modo elevada que apenas permite divisar el cuerpo de guardia señalero, construido en su punto culminante[1]. No obstante la verticalidad de esa ladera, algunas plantas e incluso unos agaves crecen entre las grietas de la roca. Las demás pendientes de la montaña son infinitamente menos rápidas, por lo que se las ve cubiertas de selva virgen, agrupándose y desplegándose en toda su pompa. El Corcovado se asemeja mucho a La Silla de Caracas, descrita por Humboldt[2]. El Corcovado, tal como La Silla, está compuesto de gneis y, como ella, presenta una escarpadura del lado del mar. En cuanto grandes acontecimientos geológicos los justifiquen, semejantes cotejos interesan y no son indiferentes para el progreso de la ciencia.

Los cereus espinosos y los agaves abundan junto al mar, entre las rocas que lo bordean. Las dunas de arena están cubiertas de los más lindos *convolvulus*, y los troncos de los árboles, sobrecargados de plantas parasitarias.

Estas correrías me procuraron muchos hallazgos interesantes de historia natural; uno de ellos me resultó especialmente provechoso; había recorrido ya mucho camino y volvía muy cansado, pero enriquecido por una gran cosecha, siguiendo el borde del mar por la linda caleta de *Botafogo*. Estaba vestido y equipado como verdadero naturalista: saco gris, bolsa plomiza, pera para pulverizar, pesada mochila a la espalda, fusil al hombro y la cabeza tocada con un

1 Freycinet, en su *Viaje alrededor del Mundo*. Tomo I, pág. 75, asigna al Corcovado 746 metros o 383 toesas de altura.

2 *Relación Histórica*, tomo IV, pág. 249.

enorme sombrero de paja que me había servido de caja para insectos y se hallaba cubierto de éstos. Iba pensando en los tesoros que llevaba, cuando interrumpió mis cavilaciones el ruido de los caballos de dos jinetes, uno de los cuales, de levita negra, tenía bigotes; el otro era una mujer vestida de amazona. Andaban muy despacio. Yo no tenía motivo alguno para tratar de conocerlos y, ya prevenido contra todos los demás individuos que había encontrado precedentemente por la altanería y el desprecio que me habían dispensado al verme *cargado como un hombre de color*, en un país donde los blancos jamás hacen nada, pasé junto a ellos sin parecer advertirlos. Me pasaron a su vez, luego volvieron sobre sus pasos y me llamaron. Me volví sin contestarles, ignorando lo que me decían, pues entonces comprendía muy poco del idioma portugués. Les hice señas de que no entendía, sin mostrarles la menor deferencia. Parecieron disgustados y, empujándome con sus caballos, me preguntaron si era alemán. Les respondí mencionando mi país; entonces se aproximaron y el jinete, en mal francés, me hizo unas preguntas acerca del objeto de mis investigaciones. La dama que lo acompañaba se expresaba mejor en mi idioma. Después de una conversación bastante prolongada, me desearon las buenas noches y prosiguieron su paseo. Cuando me hubieron dejado, recordé que tres personajes, uno de ellos cubierto de condecoraciones, se habían detenido al mismo tiempo que ellos, pero a cierta distancia y sombrero en mano. Esto me dio qué pensar. No suponía que mi interlocutor pudiera ser un gran señor de la corte, porque no tenía ninguna condecoración de las que había visto cubiertos incluso a niños de catorce o quince años. Pronto fui sacado de dudas. Los dos personajes volvieron a pasar y uno de los oficiales que los seguía, deteniéndose junto a mí, me preguntó si sabía con quiénes acababa de hablar; y ante mi respuesta negativa, "con el emperador y la emperatriz *do Brasil*, me dijo... Me quedé bastante sorprendido, poco acostumbrado a ver que las majestades se pasearan solas por las afueras de una ciudad, y le rogué que excusaran, en razón de mi ignorancia, la manera quizás poco caballeresca con que había contestado al príncipe. Luego observé que todos los naturales se descubrían a su paso, que por todas partes le eran rendidos honores de soberano, y supe que aquella linda caleta, bordeada de hermosas casas de campo y bellos jardines, era el paseo habitual de *Pedro Primeiro*.

Sólo había recorrido el interior y un lado del Pan de Azúcar. Me dirigí hacia Sao-Christovao (San Cristóbal), donde se halla el palacio de descanso del emperador. Allí vi primero las hermosas canteras de gneis que proporcionan la piedra de construcción a la ciudad. Las pequeñas entradas de la costa me depararon multitud de conchillas y pude asistir a una pesca bastante singu-

lar. Una manada de marsopas había entrado en una de esas ensenadas. Los negros pescadores cerraron su entrada con numerosas redes y lograron capturar varios de aquellos animales estrechándolos cada vez más, en círculos sucesivos de más en más cerrados.

Proseguí la caminata y encontré, en una arena barrosa, toda la ribera minada por millares de Ocypodos y Gecarcinos[3] que se escondían en sus orificios al acercarme. Cuando hube avanzado, vi pantanos cubiertos de mangle. La tierra estaba completamente roturada por los cangrejos, coloreados muchos de un rojo resplandeciente.

De regreso al pueblo de Sao-Christovao, los negros me ofrecieron el espectáculo de sus bailes, ejecutados al son de un tambor y de muchos otros instrumentos. Nada más original que sus muecas y contorsiones grotescas, que saben alternar sin romper el compás. Todos esos bailes negros son imitativos. Los músicos parecían muy animados. No sólo sus manos sino también sus pies y sus rasgos estaban en movimiento. Los viejos rodeaban a los bailarines, golpeando las manos; sus alegres rostros parecían sonreír recordando su país natal. ¡Es tan grato acordarse de la patria! Creí encontrar una prueba más de la veracidad de este sentimiento en la conducta de un viejo negro, sentado solitariamente en su piragua, al borde del mar. Empuñaba un instrumento de cuerda, hecho con una calabaza y un trozo de madera, al que arrancaba sonidos con una especie de arco, cantando con palabras de su país, sin que pareciera prestar la menor atención a lo que le rodeaba, tanto lo absorbían las ideas que sin duda evocaban en él los cantos y quizá la misma forma del instrumento grosero con el que se acompañaba. Me acerqué y le pregunté si quería venderme su instrumento. Rechazó mi pedido con un movimiento de impaciencia, que me produjo el temor de haberlo arrancado, con una pregunta indiscreta, de un ensueño cuyo encanto he experimentado ya más de una vez durante el largo tiempo que estuve separado de mi país y de los míos.

No trataré de hacer una descripción de la ciudad de Río de Janeiro. No entraré en ningún detalle estadístico ni histórico acerca del país, satisfecho de haber dado cuenta de las excursiones que me permitieron caracterizar sus principales lugares. Remito al lector a la descripción general hecha por nuestro excelente viajero, de Freycinet, en su *Voyage autour du Monde*, con la *Uranie y la Physicienne*; a la relación histórica de los sabios viajes realizados por Auguste de Saint Hilaire, por el interior del Brasil; y, por último, a la bella y pintoresca obra que actualmente están publicando Debret y Rugendas.

---

3 Cangrejos. (N. del T.).

La ciudad está situada en la costa de una rada inmensa a la que se entra por un estrecho canal defendido por varios fuertes que, bien provistos, harían imposible el acceso. Ocupa la costa y se prolonga, al este y oeste, en arrabales extensos; asentada al pie de los montículos de apreciable elevación que domina al Corcovado, tiene una edificación bastante buena; la mayor parte de las calles son de suficiente anchura y doble acera, tanto más necesaria por estar muy mal pavimentado el medio de la calzada. Las casas son bastante regulares pero de aspecto triste, con sus puertas y ventanas constantemente cerradas, aireadas sólo por una pequeña abertura. Nada digno de mención ofrecen los monumentos; el palacio imperial situado cerca del mar, con una arquitectura muy simple, parece una casa burguesa. La sala de espectáculos es una gran estructura de estilo uniforme, dentro del gusto moderno, bastante bien decorada, por otra parte; da el frente a una plaza en la que sorprende ver instalada una horca llena de ornamentos, destinada únicamente a *fidalgos*, o nobles, pues los plebeyos no tienen el honor de ser colgados en ella, por estarles reservada otra de madera.

Las iglesias son grandes. Me chocó la venta pública de las ofrendas de los fieles, que todas las mañanas se efectúa a las puertas de los conventos.

La población de Río de Janeiro constituye una mezcla de todos los colores y todas las naciones. Después de los brasileños, los franceses parecen ser los más numerosos. Ocupan con exclusividad calles enteras como la *Rúa do Ouvidor*. Desde el matrimonio del emperador hay afluencia de alemanes; pero, en medio de este conjunto racial, sorprende en forma desagradable no ver jamás en la calle sino mujeres de color, ya que los celosos habitantes no permiten a las mujeres blancas mostrarse en público.

Impaciente por proseguir mi viaje y llevar a mi lector al verdadero escenario de mis exploraciones, no dejaré empero la metrópoli del imperio brasileño sin mencionar, aunque sea con pocas palabras, una cuestión de etnografía transatlántica, de relación inmediata con esta localidad y cuyo interés capital, para el progreso de la geografía de estas regiones, se irá difundiendo necesariamente a lo largo de todas mis ulteriores incursiones por el interior del continente.

Se ha hablado mucho de los pueblos que habitaron primitivamente los alrededores de Río de Janeiro; siempre se les ha designado con sus nombres respectivos, pero sin ocuparse nunca, a este respecto, de una clase de investigaciones de primera importancia, puesto que se quería dar cuenta con exactitud de la distribución geográfica de las grandes naciones diseminadas por el suelo americano. Quiero hablar de los trabajos que determinarían en forma positiva la raza a que pertenecieron esos primitivos pueblos. Reconocí que ya

sus nombres, puramente guaraníes, podrían suministrar un dato concluyente, a mi juicio, sobre el hecho muy probable de su perfecta identidad con esa nación, como me parecen probarlo, entre mil, los nombres de los *Tamoyo*, palabra sin duda corrompida, que deriva de *tamoi*, abuelo o, mejor dicho, los ancianos[4]; de los *Goitacas*, palabra también corrompida con seguridad y compuesta de *guata*, viajero, y *caa*, madera o bosque (viajeros de los bosques) divididos éstos en tres tribus: 1ª los *Goitaca-guazú* (o grandes); 2ª los *Goitaca-moppi*, sin duda *mbopi* (o murciélagos); y 3ª los *Goitaca-caraya* (o gritones)[5] y, por último, los *Parahiva*, cuyo nombre deriva probablemente de *para*, mar, y de *iba*, fruto (el fruto del mar), y puede entenderse en sentido figurado para designar a los pobladores de la costa: palabras todas tomadas, sin excepción alguna, sólo del idioma guaraní.

Pero si estos argumentos no bastaran para justificar mi aserto, un simple vistazo a los nombres indígenas de los ríos cercanos a Río de Janeiro le daría el carácter de una demostración a la cual no veo que podrían oponer los que propugnan la opinión contraria.

Estos ríos, en efecto, tienen todos nombres tomados de la lengua guaraní y sólo de esta lengua, como los de las tribus mencionadas más arriba; por ejemplo: *Piray*, de pira, pez, y de *i*[6], agua, río (el río de los peces). *Boso-rahi*, de boso, nombre de animal, y *rahi*, joven (el río del animal joven llamado boso). *Uru-rahi*, de *uru*[7], pájaro parecido a la gallina, y *rahi*, joven (el río del pájaro joven). *Guarahi*[8], de *guara*, barrera, obstáculo, etc., e *i*, agua, río (el río con cascada a salto). *Igua*, de *i*, agua, río, y sin duda de *guag*, adornado (río adornado) o de *ygu'a*, rayado. *Pitanga*, proveniente de *pyta*[9], rojo (el río rojo). *Guapeasi*, derivado sin duda del sustantivo *guapeaso*, el Jacana (el río de Jacaná). *Suruy*, de *suru*, desbordado, e *i*, agua, río (río desbordado).

En suma, ¿qué conclusión extraemos de lo que acaba de enunciarse? Concluiremos naturalmente que esas pequeñas tribus, tan numerosas, citadas por los historiadores como primitivas pobladoras de los alrededores del Río de Janeiro actual, y por ellos señaladas de hablar otros tantos idiomas diferentes, no son

---

4 Es de notar que encontré el mismo nombre como designación de una tribu.

5 También podría traducirse *monos aulladores*, pues *Caraya* significa propiamente *mono aullador*.

6 Es la letra *i* con un signo que indica pronunciación nasal, intermedia entre el sonido habitual de esa vocal y el de la *u*.

7 Pronúnciese *uru*.

8 Pronúnciese *Guarají*, guturalmente.

9 Que se pronuncia *puitán*.

efectivamente otra cosa, salvo contadas excepciones, que ramificaciones de la gran nación guaraní; y anticipándome a mis observaciones ulteriores al respecto, cuyos detalles habrán de reproducirse en todo el curso de mi viaje, añado que la nación guaraní ha debido ocupar la mayor parte de los territorios que componen la América Meridional; que si la nación guaraní no es conocida tan bien como la mexicana o la peruana, es porque se mantuvo salvaje, o, al menos, porque no ha realizado tantos progresos en su civilización ni desempeñó un papel tan importante en la historia de la Conquista; pero me atrevo a afirmar (comprometiéndome a probarlo más tarde) que se extendía, de sur a norte, desde el Río de la Plata hasta el Amazonas, y quizás incluso hasta la Guayana, y de este a oeste, desde el pie de la Cordillera de los Andes hasta el Océano Atlántico, comprendiendo multitud de tribus pequeñas, más o menos conocidas, que hablaban lenguas más o menos distintas.

En el mar. 11 de octubre

El 11 de octubre de mañana estaban listos todos los aprestos de la partida y a las ocho aparejamos rumbo a Montevideo. Pasamos lentamente por el medio del canal, bordeando las masas de rocas primitivas. Al mediodía, la tierra desapareció otra vez de nuestra vista y no vimos otra cosa que mar y cielo. No estábamos solos, sin embargo. Un convoy de siete buques de transporte seguía la misma ruta que nosotros; medida entonces indispensable. Numerosos corsarios de la República Argentina recorrían sin cesar el litoral brasileño, para perjudicar el comercio del imperio, pues la República se hallaba en guerra con los brasileños, debido a que éstos habían ocupado la provincia de la *Banda Oriental*. Estos corsarios eran el terror de las embarcaciones mercantes, por los malos tratos que algunos de sus capitanes habían infligido a los pasajeros de los barcos apresados. Algún temor abrigaba al respecto ya que en tiempo de guerra y con los pueblos poco afectos a las ciencias, no podía confiar en que sería respetado. Mi buena estrella me evitó semejante prueba y los corsarios sí capturaron el barco que me llevaba, pero en su viaje siguiente.

Los peces voladores que nos habían escoltado, cuando pasamos por el trópico de Capricornio, desaparecieron por completo, igual que esos hermosos peces dorados o plateados, que los marineros llaman dorados[10], que como verdaderos camaleones marinos cambian mil veces de color antes de morir, cuando se los captura. Gran número de aves los sustituyó: reaparecieron los petreles de tempestad; los voraces dameros del Cabo[11] fueron fieles compañeros de via-

10 *Coryphoena ippurus*.
11 *Procellaria capensis*, Lin.

je hasta nuestro arribo a Montevideo, y se mezclaban a veces con grandes petreles[12] o *quabranta-huesos* de los españoles y con los petreles cenicientos[13]. Cazamos varias de estas aves, a menudo víctimas de su propia voracidad. Percibimos por primera vez, a 29 grados de latitud, esos enormes albatros[14] o corderos del Cabo, que serían cada vez más comunes a medida que avanzáramos hacia el sur.

Una mañana se acercó al buque un cachalote que nos cubrió con el agua que lanzaba al aire por su orificio nasal. Volvió a la superficie dos o tres veces, siempre cerca de nosotros. Tenía la misma longitud que nuestro barco; su cabeza cortada perpendicularmente al frente le daba un aspecto raro. De color grisáceo, su carencia de aletas dorsales nos hizo pensar que se trataba del *Physeter macrocephalus*.

Otra tarde, a pesar de la altura de nuestra borda, saltó a cubierta un calamar que reconocimos como el *loligo Bartramii*, de Lesueur. Su coloración era variada. ¡Qué fuerza debía encontrar este molusco en sus aletas caudales o en el retroceso del agua mediante sus brazos, para haber podido lanzarse a más de diez pies sobre el nivel del mar!

Esta cualidad sólo corresponde a una cantidad muy limitada de especies. La conozco en dos especies de calamares y en las jibias, cuyo aparato natatorio les permite saltar con mayor facilidad que un animal cilíndrico, en el cual la extremidad está munida de una aleta angulosa. Supongo que es para eludir la persecución de los peces que esos animales abandonan así el agua y franquean una distancia tan grande, pues he observado que es al retroceder o cuando huyen que nadan con la máxima velocidad.

22 de octubre

El 22 de octubre estábamos a 32 grados de latitud austral, en calma chicha desde medianoche. A la mañana la superficie del mar se hallaba cubierta por gran cantidad de moluscos y zoófitos. Tuve la suerte de obtener cinco especies del género *Salpa* y algunas difias. No podía cansarme de contemplar esos seres animados, cuya profusión alteraba la natural transparencia del agua, pero una fuerte brisa se levantó de pronto y los hizo desaparecer. El mismo día empezamos a sentir el cambio de temperatura. El termómetro no acusaba más de 10 grados centígrados y esta diferencia bastó para hacernos sentir vivamente el frío. Soplando del sur, el viento nos traía la temperatura correspondiente a una zona más meridional.

---

12 *Procellaria gigantea*, Gm.
13 *Procellaria glacialis*.
14 *Diomedea exulans*. Lin.

El 24 de octubre, a 34º30' de latitud, advertimos la considerable disminución del número de aves. Muchos lobos marinos[15] pasaron cerca del navío; se detenían con la cabeza fuera del agua y parecían querer preguntarnos qué íbamos a hacer por esos parajes, su dominio exclusivo desde hacía tantos siglos. Aún no habíamos avistado la tierra, que el cálculo del capitán ubicaba a unas quince leguas de distancia, la sonda dio veinticinco brazas con fondo de arena compuesta de restos de conchilla, entre los que encontré un hermoso espécimen de *trochus*.

24 de octubre

A la mañana siguiente, varias aves de tierra vinieron a descansar en el cordaje. Es así cómo nos procuramos un cuco, *guira cantara* de Buffon[16], una tijereta[17] de larga cola y un gorrión[18]. Las aves ribereñas, como las golondrinas de mar y las gaviotas, nos anunciaban el litoral. Efectivamente, al atardecer se divisó una tierra que fue reconocida como la *Punta de la Ballena* y *Punta Negra*, cerca de Maldonado. Nuestro barco estaba por entonces cubierto de moscas, libélulas[19] y mariposas venidas de tierra distante por lo menos seis o siete leguas y que probablemente no tardaron en morir en el mar. Al anochecer muchos relámpagos surcaron el horizonte y todo presagiaba una tormenta. Por prudencia, nos alejamos de la tierra; una abundante lluvia nos quitó el temor a una tempestad y el tiempo se puso bueno. Toda la noche fuimos molestados por los gritos de las aves marinas que nos rodeaban. Esos gritos, oídos a distancia, parecen un concierto discordante o la conversación animada de personas que hablan en diferentes tonos.

El 26 aún estábamos rodeados de lobos marinos. Disparamos sobre algunos sin acertar. A la tarde observamos que la superficie del mar estaba cubierta de insectos; echamos una red y en poco rato cazamos más de cincuenta especies sobre todo hemípteros, lepidópteros y coleópteros de la familia de los carábicos; unos muertos, otros aún vivos. Se extendían en el agua, formando una especie de banco, que podría tener más de dos leguas de largo por una anchura considerable, cubierto de estambres y gramíneas. Al principio supuse que habrían podido ser sorprendidos por las inundaciones del Paraná o el Uruguay y llevados mar afuera por el viento, mas reconocí pronto que tal hipótesis era inadmisible, porque las inundacio-

26 de octubre

15 Especie de *Otaria Péron*, cercana a la *Phoca jubata*, Gm.

16 *Cuculus cristatus brasiliensis*, Briss. *Cucullus guira*, Lin.

17 *Tyran* de cola bifurcada. *Muscicapa tyrannus*, Buff, enl. pl. 471, fig. 2.

18 Se trata no del verdadero gorrión europeo, sino de otra especie distinta, probablemente del chingolo. (N. del T.).

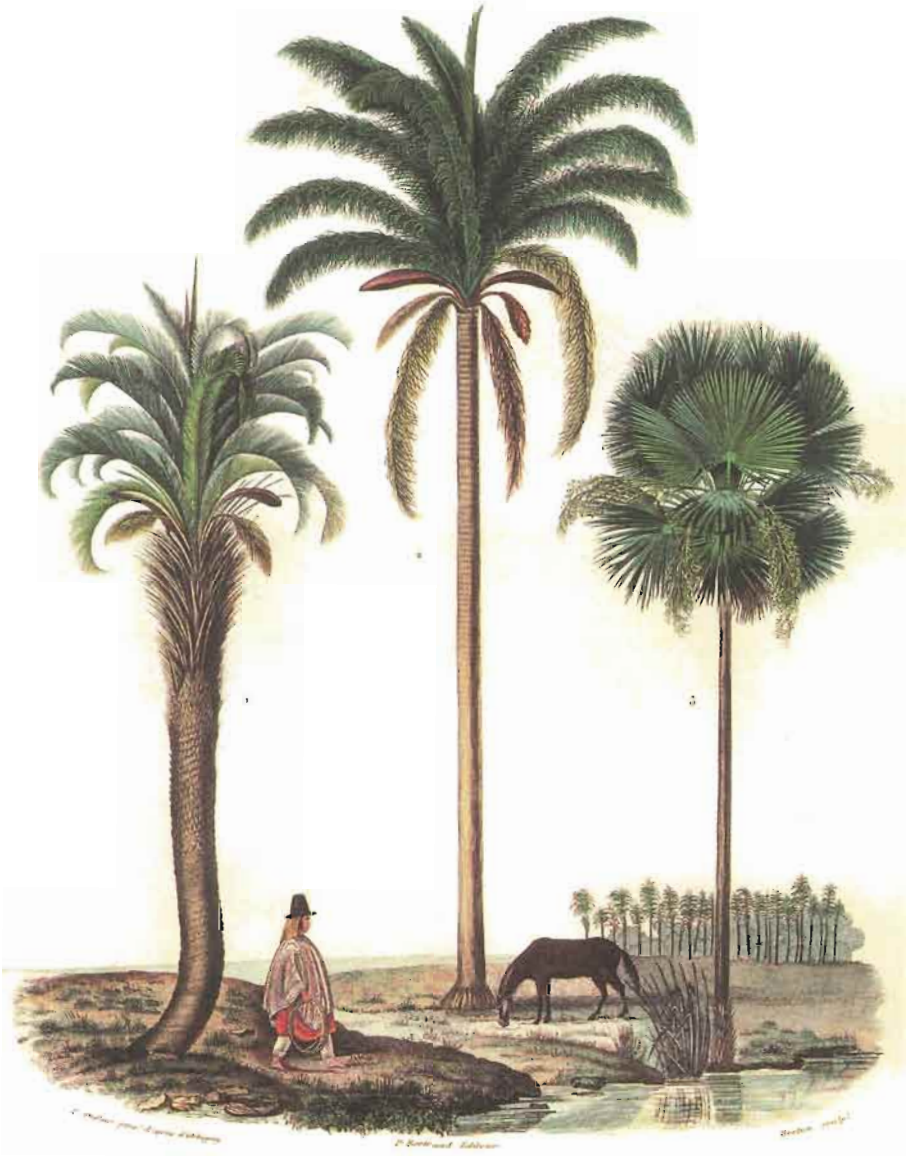
19 Especie vecina de la especie común en Francia.

nes de los ríos que acabo de mencionar no se producen en esta estación. Observaciones reiteradas me permitieron descubrir más tarde la verdadera causa de aquel fenómeno, muy natural, por otra parte.

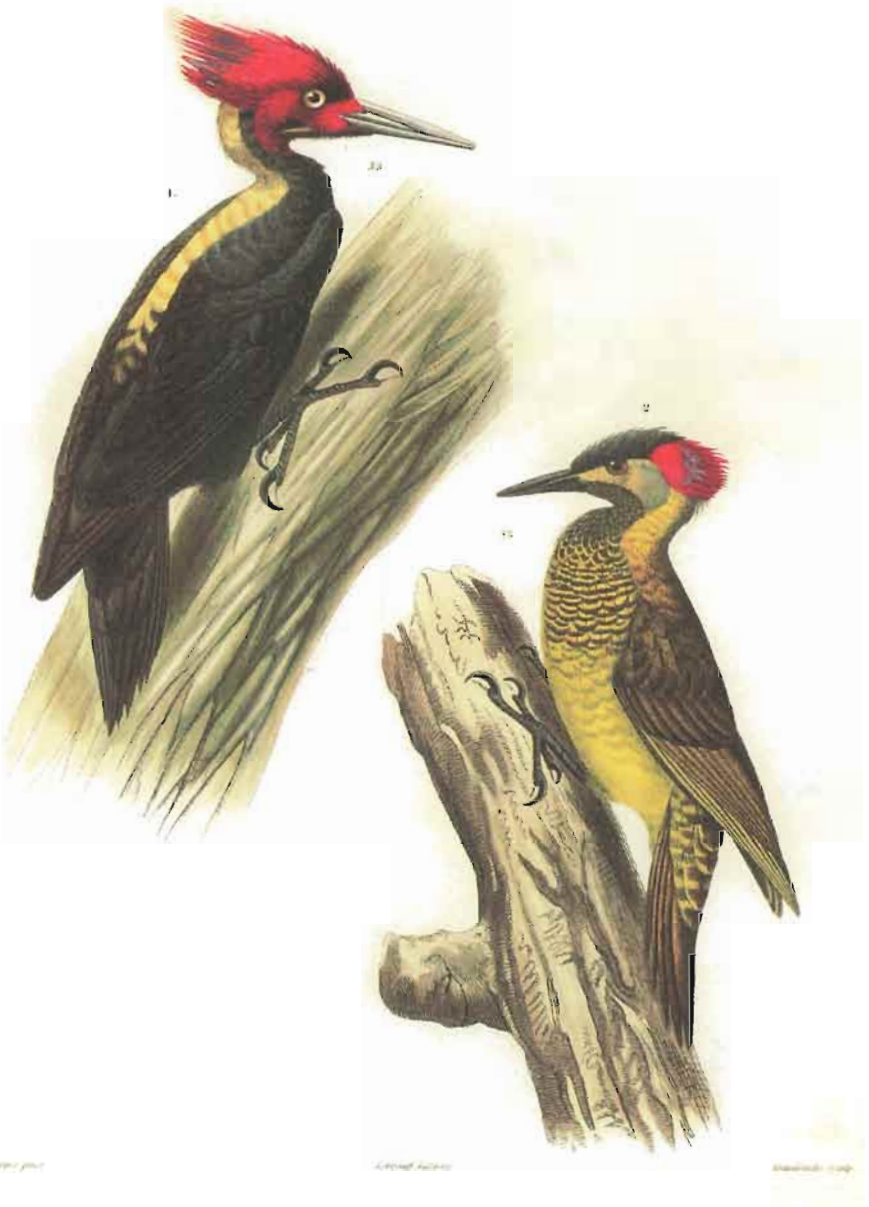
En esas regiones los vientos, más o menos durables, varían del nordeste al sudoeste. Al sur acumulan vapores acuosos que traen de las regiones más cálidas; el tiempo se va cargando, el calor se intensifica, la atmósfera se vuelve más pesada. Al acercarse el cambio de tiempo hay una calma perfecta, precursora de la tormenta. Entonces los insectos se elevan por el aire, donde pronto los atrapan las ráfagas impetuosas de un viento del sudoeste, que se llama *pampero* porque sopla de la pampa, y les impiden volver a tierra, arrastrándolos al mar. Luego viene la lluvia que los derriba al agua, donde se apilan en bancos hasta que el viento del nordeste los lleva a la costa y los amontona formando masas que llegan a tener un pie de altura, en las caletas arenosas próximas a Montevideo y Maldonado.

Como teníamos calma chicha y la corriente se dirigía al norte con fuerza, haciéndonos retroceder, se ancló esperando el día siguiente que nos permitiría llegar a destino. Volvimos a engañarnos. Durante la noche, el pampero, del que ya he hablado, empezó a soplar violentamente y el mar se puso tan grueso que el capitán no pudo levar anclas. Este viento duró tres días, durante los cuales fuimos cruelmente zarandeados. Pero por fin el 29 pudimos levar anclas y proseguir nuestro viaje. Nos acercamos a la costa; pasamos bastante cerca de la isla de Flores, y, a las diez de la noche, habíamos fondeado en la rada de Montevideo.

29 de octubre



1: *Cocos yatai*; 2: *Cocos australis*; 3: *Copernicia cerifera*.



2

1: *Picus atriventris*; 2: *Picus canipilcus*.

CAPÍTULO III

Estadía en Montevideo. Viaje a Maldonado. Vuelta y nueva estadía en Montevideo

Estadía en Montevideo

EL 30 de octubre al despuntar el día quise reconocer el aspecto de la ciudad de Montevideo. Ante todo busqué el Cerro, montaña de la cual tanto me habían hablado durante la travesía y que hizo dar a la ciudad el nombre que actualmente tiene. Esperaba ver altas cimas, pero ¡cuál no fue mi sorpresa al encontrar un territorio completamente llano! La tan mentada montaña era una simple colina de forma cónica aplastada a más no poder, dominando un poco los alrededores, sin elevarse más de cien toesas[1] sobre el nivel del Plata.

El aspecto general de la zona me inspiró tristeza. Me había acostumbrado a la brillante vegetación del Brasil y a su suelo accidentado, y me encontraba con una llanura continua, por decirlo así, desnuda de árboles o mostrando alguno que otro, dispersos en lejanos jardines o en los lugares cultivados; volvía a encontrarme en las riberas peladas de mi tierra natal y ya no reconocía, en esa naturaleza empobrecida, aquella América ideal que mi imaginación se había forjado.

La rada de Montevideo es una especie de mar abierto con bastante buen ancladero, aunque el fondo sea de légamo muy blando. Allí encuentran las naves abrigo para los vientos que soplan del norte y el nordeste, pero no para el pampero o viento del sudoeste; por eso los vigías señalan los numerosos

1 Antigua medida francesa de longitud, equivalente a un metro y 949 milímetros. (N. del T.).

restos de barcos perdidos en el fondo de la bahía. Al oeste se halla el Cerro, al que domina un fuerte rodeado de prados naturales, de aspecto bastante alegre; al este se halla la ciudad, primitivamente llamada de *San Felipe*, ubicada en una lengüeta de tierra que se eleva un poco sobre el nivel del agua. Las casas están dispuestas en anfiteatro, bastante bien construidas y de un hermoso blanco, munidas todas de una terraza superior o *azotea*. Las numerosas fortificaciones que rodean la ciudad estaban en ese entonces dotadas de centinelas y todo recordaba la guerra. El fondo de la rada aparece cubierto de médanos sobre los que se observan, aquí y allá, unas casas de campo rodeadas de árboles fáciles de identificar porque provienen de otro suelo: son álamos y durazneros. En aquel tiempo la rada estaba llena de buques de guerra brasileños y de barcos mercantes tomados o detenidos por ellos en razón de haber intentado forzar el bloqueo de Buenos Aires.

Creía posible bajar a tierra el mismo día, pero en esos países poco civilizados y sobre todo en la nación más desconfiada del mundo, la brasileña, sucedió de otra manera. Antes de serme acordado el permiso de desembarco, el gobernador debía considerar si, a su juicio, correspondía hacerme desembarcar o mandarme de retorno, cosa que ya se había hecho con varias personas, pero que me fue evitada, felizmente, aunque tuve que resignarme a contemplar Montevideo sólo en perspectiva, durante dos días.

Autorizado por fin a desembarcar, mi primera ocupación fue el arreglo de mis asuntos pecuniarios que me preocupaban sobremanera debido al bloqueo de Buenos Aires. El cónsul me tranquilizó, haciéndome saber que se encontraba en la ciudad un agente de la casa contra la cual tenía letras.

Este cónsul me sorprendió extraordinariamente con la noticia de que un *gran naturalista* que se decía enviado por el gobierno francés, había llegado cierto tiempo atrás y se disponía a reanudar sus expediciones por la Patagonia, que ya había recorrido durante siete años. Le pregunté su nombre. El cónsul me respondió que se llamaba D..., entonces conde de Potoski. Yo no conocía tal nombre y para quitarme las dudas que manifestaba acerca de la misión de un sabio cuyo nombre jamás había oído mencionar en París, el cónsul me mostró un pasaporte cuya falsificación me fue fácil advertir en los títulos de *hombre de letras*, *sabio naturalista* y *miembro de numerosas sociedades científicas*, que parecían haber sido puestos con posterioridad. Di a conocer mi deseo de ser presentado al señor conde, quien se hizo rogar bastante. Estaba cargado de condecoraciones de todos los países y asumía un tono adecuado al papel que estaba desempeñando. Sin embargo, no tuve dificultad en reconocerlo como un intrigante y desde entonces no le hice más caso; pero la indiferencia, por no

decir más, con que le trataba me resultó más tarde extremadamente perjudicial e incluso pudo ser funesta a la misión que llevaba, lo que hará sin duda que se me perdonen ciertos detalles, cuya gran publicidad en el país me impiden pasar en silencio, por más desagradable que me sea consignarlos.

El señor D ... se había presentado al almirante brasileño como naturalista enviado por el gobierno francés, exhibiendo recomendaciones, falsas a no dudar, de varios profesores del Museo de Historia Natural. Requirió y logró ser trasladado a Buenos Aires en uno de los buques de guerra a cargo del bloqueo. Este *gran naturalista* fue desembarcado en la ciudad por un parlamentario. Se le acogió con todos los honores debidos a un personaje noble y sabio, y pudo pasar, como llenas de preparaciones de historia natural, gran cantidad de cajas efectivamente llenas... pero de artículos de perfumería con los que puso un negocio. El gobierno portugués fue informado de la forma cómo había sido mistificado, y cuando yo solicité, a mi arribo, que se me hiciera llegar a Buenos Aires no sólo me fue negado pasar acompañado por un parlamentario, sino que incluso se me negó el paso aun por el continente y se me retuvo, en cierto modo como prisionero, durante tres meses, tiempo necesario para escribir al cónsul general de Francia en Río de Janeiro y recibir de las autoridades superiores la autorización para proseguir mi viaje.

Las mismas circunstancias desfavorables me acompañaron en Buenos Aires, donde el entonces Presidente[2] no quiso recibirme, confundiéndome con D..., a quien habían desenmascarado y que empezaba a ser conocido en el país por lo que era en realidad. Por ello no permanecí más que veinte días en Buenos Aires a la espera de circunstancias más favorables y la oportunidad de ofrecer una impresión mejor de los naturalistas viajeros. No me extenderé más sobre las restantes aventuras de D..., que desde entonces perdieron su originalidad y ya sólo inspiraron en América un profundo desprecio a su persona.

Después de haber cumplido con innumerables formalidades para poder desembarcar mis baúles, después de haberme agenciado un alojamiento y tomado unas disposiciones domésticas, pensé recorrer los alrededores de Montevideo.

La primera vez no pude salir, por carecer de una autorización del general, comandante de la plaza. Nuevos trámites, nuevas molestias... Obtuve por fin el salvoconducto indispensable, pero el oficial brasileño de guardia en la puerta, que a menudo no sabía leer, parecía sentir que lo usara, a juzgar por el mal humor y la extrema impertinencia con que acogía su exhibición.

---

2 Bernardino Rivadavia. (N. del T.).

Las cercanías de Montevideo eran entonces secas y áridas. El terreno primitivo sobre el que se alza la ciudad, extendiéndose a distancia, en dirección estenordeste, forma una pequeña colina baja, compuesta de gneis laminado, lleno de hermosas placas de mica y a veces de turmalina. Por todas partes se halla cubierta de plantas de poca altura, entre las que predominan las malváceas. Canteras abiertas y multitud de rocas removidas de sus emplazamientos me permitieron buscar en los huecos insectos bastante numerosos pero poco variados; los carábicos eran, entre todos los coleópteros, los más comunes. Bajé al mar que forma una hermosa playa de arena fina que ocupa todo el fondo de la bahía, interrumpida sólo de distancia en distancia por unos bancos de gneis. Encontré en la bahía algunas de esas conchas[3] afectas a la mezcla de agua dulce y salada que presenta el lugar, en el cual durante las fuertes ráfagas del viento este el agua es completamente salada, en tanto que cuando los vientos soplan algún tiempo del oeste o sudoeste, el agua es apenas salobre, y a seis leguas de Montevideo, en el río *Santa Lucía*, es del todo dulce. Esta misma playa, bordeada de médanos, me condujo a un arroyito que hacía las veces de límite entre la tierra brasileña y la ocupada por los patriotas que en aquel entonces bloqueaban por tierra a Montevideo. No quise avanzar más allá, temiendo caer en manos de los *gauchos o* soldados de guerrillas, de ese país, cuyos *ponchos* rojos[4] observara de lejos y cuyas cabalgaduras más parecían volar que correr. Regresé por el interior de aquellos médanos, donde volví a ver, no sin gusto, junto a lindas casitas, álamos y sauces mezclados con todos nuestros árboles frutales franceses. Nada difería esencialmente de nuestra vegetación; el propio sitio me recordaba hasta cierto punto la costa de la Vendée.

Un buque de guerra francés, la *Zélée*, se hallaba entonces en el puerto de Montevideo. Fui a visitar al comandante y oficiales, a los cuales ya tuve oportunidad de mencionar. Se me recibió con la franqueza y amabilidad que caracterizaban a todo el estado mayor de esa nave. Me propusieron llevarme al día siguiente al otro lado de la bahía, al Cerro, donde podría efectuar investigaciones científicas. Era indispensable utilizar los botes de la *Zélée* para dirigirse de aquel lado, porque allí sólo ellos estaban autorizados a hacer desembarcos, por efecto de las medidas militares adoptadas por los brasileños; incluso no lo hacían sin ser a veces molestados por la guarnición del fuerte de *Las Ratas*.

---

3 Una *Corbula* y un *Solen*.

4 Especie de manta provista de un orificio por el que se pasa la cabeza, y parecida a la casulla de un clérigo.

Al amanecer del día siguiente me encontraba a bordo de la *Zélée*. Algunos oficiales quisieron acompañarme. Nos embarcamos en un bote y después de haber pasado a escasa distancia del fuerte de *Las Ratas*, emplazado en el islote homónimo, desembarcamos al pie del Cerro, en una playita arenosa, rodeada de roca viva, compuesta del mismo gneis laminado que el del otro lado de la rada. Nos dirigimos hacia la llanura; todo me atraía, pero fue preciso optar y mi preferencia fue por los pájaros. Dejé que mis compañeros de viaje cazaran ese pequeño espécimen de *tinamu*[5] tan común en los llanos, donde reemplaza a nuestras perdices, y me puse como siempre a errar por el campo, dando caza sin orden a animales de todas clases. En el llano perseguía al estornino militar[6], de garganta y pechito rojos; los bonitos pico de plata[7], cuyo plumaje es de un negro tan lindo; el pecho amarillo[8] y multitud de otras especies menos brillantes.

Prosiguiendo siempre con mi cosecha ornitológica, abandoné la hermosa llanura verde para ganar un riacho de orillas boscosas; allí, entre los pinos y sauces, perseguí al *churrinche*[9], al que su lindo plumaje y la gentileza del porte valieron, de los indios guaraníes, el nombre quizá demasiado bello de *Quarahi rahi* (hijo del sol). Cazando encantadores picaflores llegué a la orilla del riacho, donde encontré valvas vacías de conchas de agua dulce. Deponer el equipo de caza y meterme en el agua fue cosa de un segundo y fui bien recompensado por la molestia, pues pesqué unios y aneodontas nuevos, que me pusieron tanto más contento por tratarse de los primeros que encontraba en América.

Cargado con mis tesoros, atravesé el arroyo y me uní a mis compañeros de caza, en una pequeña granja ubicada en la colina opuesta. Allí me reconfortó agradablemente un vaso de excelente leche. Comencé entonces a dedicarme a la botánica, recogiendo las plantas de las cercanías de la alquería; pero esa planta extranjera, ese alcaucil salvaje, que parecería perseguir por todas partes al hombre, en su vida pastoril[10], ya había invadido todos los aledaños y destruido completamente la vegetación indígena, por lo que me vi en la precisión de trasladarme a la colina opuesta para reanudar provechosamente mis investigaciones botánicas. Recogí gran número de gramíneas; otras plantas no me-

---

5 *Tinamus maculosus*, Temm. *Ynambui*, para los indios guaraníes y Azara. (Se trata de nuestra perdiz, o la perdiz americana, que reemplaza a la verdadera perdiz europea. N. del T.).

6 *Sturnus militaris*, Lin. (Pecho colorado, N. del T.).

7 *Clignot*, Buff., tomo VI, p. 127. *Aenante perspicillata*, Vieillot, Diet., tom. XXI, p. 133.

8 *Leistes suchii* de los ingleses: Zool. Journ., tom. II, 1826.

9 *Muscicapa coronata*, Lin.; *Churincho*, Azara, núm. 177.

10 Más tarde tendré la oportunidad de referirme a esta planta, que actualmente cubre más de doscientas leguas en la zona de Buenos Aires.

nos comunes, las bermudas o *sisyrinchyum*, con flores de colores variados, unas de un hermoso violeta, otras de un bonito amarillo, esmaltaban aquel paraje y formaban, junto con las gramíneas, la base de la vegetación de la llanura, pues las demás plantas, de la familia de las verbenáceas, compuestas, leguminosas (entre las cuales figuraba un lindo altramuz) y ophrydées son raras y se encuentran muy de tanto en tanto. El fondo de las hondonadas y las orillas del agua eran los únicos lugares donde crecía una vegetación más variada, donde las gramíneas y bermudas no prevalecen y se hallan sustituidas por las leguminosas. En general, esas plantas tienen un aspecto del todo europeo, sin tratarse, sin embargo, de las mismas especies. Al buscar plantas no encontré otra cosa que observar. Me llamó la atención una serie de bloques de cuarzo lechoso. Se advertía que eran los jalones de un antiguo filón que, más duro que el gneis que lo envolvía, había resistido más que éste, cuyos fragmentos divididos por la acción de los agentes atmosféricos, seguramente habían sido arrastrados por las aguas. Volví ya de noche a Montevideo, donde el trabajo de preparación hubo de reemplazar al placer de las investigaciones, y apenas me bastaron dos días para poner todo en orden.

Dediqué mis jornadas a recorrer los alrededores de Montevideo, al menos en todo lo que me lo permitiera el bloqueo; a recoger todo lo que pudiera interesar a las ciencias naturales; a redactar mis observaciones y dibujar las piezas que no fueran susceptibles de conservarse de otro modo, sean enteras o sin alteración notable de sus caracteres distintivos. A la tarde frecuentaba algunas casas españolas donde había sido presentado por nuestro vicecónsul francés, el Sr. Cavaillon. Asistía en ellas con frecuencia a las danzas de la región, en las que incluso llegué a participar de manera más o menos activa, sin demasiado temor de comprometer la gravedad de mi investidura oficial; y veía siempre, con renovado gusto, bailarse esas contradanzas nacionales, en las que las mujeres españolas despliegan tanta gracia.

Desde hacía varios días, los oficiales de la corbeta se referían al proyecto del comandante, de cruzar hasta la desembocadura del Plata y visitar algunos puntos de la costa. Pensé que sería la única forma viable de recorrer los alrededores, ya que me encontraba momentáneamente imposibilitado de proseguir mi viaje a Buenos Aires. Fui a ver al Sr. Lefévre y le pedí permiso para acompañarle en el viaje. Acogió mi pedido con gran complacencia, proponiéndome incluso desembarcarme en Maldonado y volver a recogerme, después de realizado un crucero mar afuera. Este ofrecimiento era demasiado seductor en su objeto y demasiado amable en su forma para que pudiera rehusarlo. Me dediqué, pues, a los preparativos del nuevo viaje.

Viaje a Maldonado

El 17 de noviembre me reembarque a bordo de la *Zélée* y navegamos sin novedad rumbo a Maldonado. El 19 nos acercamos a la costa y anclamos la misma tarde en la gran bahía de Maldonado, pero bastante lejos de la playa. Los brasileños tenían en aquel entonces en la rada, dos fragatas de línea y tres goletas encargadas de proteger la construcción de un fuerte que levantaban en el islote de Gorriti, que habían tomado pocos días atrás, expulsando aun puñado de soldados patriotas, sin disciplina, encargados de cuidarlo y defenderlo. Lo habían dotado de una fuerte guarnición.

17 y 19 de noviembre

La rada de Maldonado es una gran bahía formada al oeste por las rocas elevadas de la *Punta de la Ballena* y al sudeste por la *Punta del Este*, igualmente rocosa. El espacio existente entre ambas salientes tiene más de legua y media de una playa de arena bordeada de médanos, más allá de los cuales se observa una zona uniformemente llana al nordeste y matizada por algunos montículos al norte y sur. En el centro se ve una torre que señala la ciudad de Maldonado, oculta por los médanos y que no puede percibirse desde el mar. El fondeadero es bueno, con fondo arenoso. Los navíos pequeños están al abrigo, entre el islote de Gorriti y la costa, pero los de gran calado deben fondear fuera de la isla. La misma tarde los brasileños dispararon varios cañonazos para obligarnos a subir a su bordo: se les mandó un bote.

La mañana del 20 desembarqué con los oficiales de la corbeta, con intención de recorrer los alrededores. A nuestro arribo fuimos recibidos por *gauchos* armados y a caballo, que constituían la patrulla de reconocimiento de la costa. Era la milicia local, que en cualquier otra parte habría hecho retroceder de miedo y que ofrecía una idea bastante poco ventajosa de los fieles defensores de la independencia argentina. Tras un breve parlamento nos dejaron proseguir nuestro camino, siguiéndonos para hacernos compañía. Cruzamos casi un cuarto de legua de médanos erizados de espinos y de tierras pantanosas, para llegar a la ciudad donde el comandante patriota nos recibió perfectamente. También fui a ver a un compatriota mío, médico, casado en Maldonado. Tuvo a bien ofrecerme su casa y su mesa por todo el tiempo que debía quedarme en la región y siempre tuvo para mí toda clase de atenciones.

20 de noviembre

Emprendí una cacería que no me resultó infructuosa, pues recogí multitud de especies de pájaros e insectos. Los alrededores están desprovistos de árboles; por todas partes se ve únicamente la llanura inmensa. Sólo interrum-

pen la monotonía del paisaje unas casas de campo, *o quintas*, diseminadas por los lugares húmedos de las cercanías. Estas casas se hallan rodeadas de verleles donde abundan todos los árboles frutales de Europa. Al oeste de la ciudad encontré, con extrañeza, dispersos por el llano, conos de rocas redondeadas, algunos de los cuales se elevaban a mis de cien pies sobre el nivel del suelo. Subí a uno, reconociendo un granito con mucha mica, lleno de partículas del feldespato blanco. Me sorprendió un fenómeno geológico bastante curioso. En vez de hallarse dividida en la superficie por fisuras irregulares o verticales, la roca estaba, por el contrario, dividida en casquetes, modelados exactamente conforme a la forma primitiva de la masa. No sé a qué atribuir tal fenómeno que sólo podría provenir de una acción puramente exterior. En la cima de aquel montículo encontré plantas peculiares que no había visto por los alrededores y bajo los trozos sueltos, hermosos insectos de la familia de los melasomas e interesantes reptiles de los géneros anfisbena y ofidios.

Otro día, los oficiales de la *Zélée* me invitaron a acompañarlos en una partida de caza a caballo. Acepté con premura la propuesta que me ponía en condiciones de extender el radio de mis investigaciones. Nos dirigimos hacia el oeste, por el camino a Montevideo, pasando junto a los mamelones primitivos que acabo de describir. Llegamos a una colina bastante elevada, cubierta de tierra vegetal, que ocupa un buen trecho del nordeste al sudoeste, desde la Punta de la Ballena hacia el interior. Al igual que muchas otras que siguen la misma dirección, surca uniformemente la porción oeste del territorio, de Maldonado; pero todas afectan, a una distancia más o menos considerable, una especie de paralelismo. Debe advertirse que esta disposición del terreno no caracteriza únicamente las cercanías de Maldonado, sino también todo el suelo primitivo de la provincia de la *Banda Oriental*, como lo demostraré más tarde, dando cuenta de mi viaje a través de esa hermosa llanura.

Llegados a la cima de la colina descubrimos inmensos llanos o, mejor dicho, elevaciones poco pronunciadas, cuyo rico cultivo nos recordaba los campos de Beauce. Trigos del mejor aspecto brotaban en lugares donde la naturaleza se hizo cargo de todos los gastos para centuplicar la cosecha de todo lo que se quisiera sembrar[11]. En medio de los campos, sobre la pendiente opuesta, resaltaban varias lindas cabañas que, dominando la llanura, tenían un aspecto tanto más pintoresco por cuanto un inmenso *ombú*[12], el único árbol de los

11 Digo centuplicar y no es en sentido figurado, pues en la Banda Oriental y en Buenos Aires una medida dada rinde cien y aún más.

12 Especie de Ficus que caracteriza aquellas llanuras.

alrededores, coronaba el cuadro, quebrando la monotonía. Entre estas casitas y la altura donde estábamos, al fondo del valle, manaba un arroyo bordeado de sauces y cuyos numerosos meandros serpenteaban a lo lejos, en la llanura. Nos acercamos y sufrimos el asalto de centenares de pájaros de distintas especies, cuyos gritos denunciaban el miedo que les causaba nuestra presencia. Como era la estación de la incubación, supusimos que el verdadero motivo de su inquietud era el amor a sus nidadas. No nos habíamos equivocado y un vistazo por los alrededores nos bastó para ver toda una colonia de nidos, construidos unos por los trupiales, entre los juncos cercanos al agua y otros en los sauces, artísticamente entretejidos por el *bien-te-veo*[13]. Entre éstos se advertían los nidos de tierra, en espiral, del pájaro más ingenioso, el *hornero*[14]. Fui lo bastante bárbaro (lo exigía la ciencia) como para sacar todos los huevos de los distintos nidos. Entonces, los pobres pájaros redoblaron sus gritos y fue tan fuerte el ruido, que me aturdió. Me alejé rápidamente del arroyo; me siguieron largo rato reprochándome sin duda haber ido, como un infractor a las leyes de la hospitalidad, a turbar sus apacibles amores, que los naturales respetan siempre, lo que les procura gran seguridad y exime del cuidado de esconder sus nidos.

Atravesamos bellos campos de trigo y, sin dejar de cazar, llenos la cima de la colina frontera, que sigue el rumbo de la precedente y va a unirse con la *Punta Negra* de la costa, que no hace más que continuar; por eso es igualmente granítica. Nos acercamos a las cabañas de los agricultores ¡que habíamos visto e hicimos allí una breve merienda de cazadores a la sombra de aquel gran ombú que habíamos contemplado desde la otra elevación. De ahí, una admirable vista se ofrecía a nuestros ojos en todas direcciones y, mientras nos reponíamos, disfrutamos con delicia la belleza de la campiña vecina.

Satisfecho nuestro apetito, nos dividimos, en lo alto de la colina para dar caza a los ciervos o *venados*[15] que, con la cabeza erguida se alejaban velozmente de nosotros, aunque sin dar muestras de temernos mucho. Efectivamente, todos nuestros esfuerzos resultaron infructuosos, incluso con nuestros caballos, y vimos gran número de ellos sin haber podido acercarnos a ninguno. Sobre esta segunda colina descubrimos la famosa *Laguna del Pan de Azúcar*,

---

13 El nombre de *Bien-te-veo* proviene de la audacia con que este pájaro se aproxima a todos los que se detengan cerca de su vivienda y los gritos que emite. En Perú se le llama *Testigo*; es el *Lanius sulfuraceus*, Gm., Buff., enl. pl. 209.

14 *Furnarius rujus*, Vicillot.

15 *Es el Guazuti* de los guaraníes y Azara, o el *Mazame*, *Cervus campestris*.

que toma su nombre de una montaña cónica, llamada *Pan de Azúcar*, que se divisaba a lo lejos. Esa montaña nos recordó que no lejos de allí, al borde de un arroyo que ha conservado su nombre, el infortunado Solís, después de haber visto, por primera vez en 1508, el Plata –entonces llamado por los guaraníes *Paraná Guazú*[16]– regresó en 1515 y, víctima de una credulidad demasiado confiada en los pérfidos ofrecimientos de los terribles *charrúas*, bajó en ese mismo lugar, donde fue el primer español que regara con su sangre las regiones convertidas con el tiempo en teatro de tantas hazañas y crímenes.

Descendimos a la orilla del lago, donde perseguimos a los *carpincho*[17] sin lograr alcanzarlos; se sumergieron en su natural elemento y desaparecieron de nuestra vista. Este lago tiene más de una legua de largo por tres cuartos de legua de ancho; sólo lo separa del mar un angosto dique natural que a veces el mar franquea, cuando hay mal tiempo, lo que hace ligeramente saladas sus aguas. Lo bordeamos un largo rato, dando caza a los pájaros atraídos por algunos pequeños arbustos del litoral. También vi allá, por primera vez, al enorme lagarto que los guaraníes llaman *Teyú*[18] y otros, *salvalizardia*. El que encontré tenía más de cuatro pies de largo; presentaba una agradable mezcla de blanquecino y negro azulado, dividido en la cola por anillos alternos de ambos tintes. Vive en los montículos que bordean el lago.

Al fin, abandonamos la *Laguna del Pan de Azúcar* y *tomamos* otra dirección, para volver a Maldonado. En un país donde las propiedades no están separadas por ningún foso, donde el suelo se halla en su estado primitivo, es fácil dirigirse hacia un punto dado, sin seguir el camino trazado; es lo que hicimos. Cruzamos la primera colina y llegamos a otro lago, alimentado por el arroyo donde había saqueado tan inhumanamente las nidadas de los pájaros. Este lago, llamado *Laguna de los Sauces*, está poco menos que envuelto en juncos de gran altura que impiden aproximarse por muchas partes. De ahí tomamos el borde del mar y regresamos a Maldonado, luego de haber recorrido casi veinte leguas.

Dedique los días siguientes a la exploración de los alrededores, mediante recorridos cuyos objetivos variaba. De este modo, dedicándome un día exclusivamente a la botánica, recogía hermosos helechos[19] y licapodios, así como otras plantas de los llanos próximos, poco diferentes de las de Montevideo.

---

16 De *para o paraná*, mar o gran río, y *guazú*, grande.

17 El gran *Cabiai* de los autores, *Copiyguará*, de los guaraníes, e *Hydrochoerus cabybara* de Erxleben.

18 *Lacerta teguixin*, Lin.

19 Sobre todo, una especie de *Osmonda*, muy cercana a la *Osmonda regalis*, de Francia. El licopodio es también muy cercano al *Lycopodium inundatum*.

Otro día, mi paseo era completamente entomológico. Entonces los médanos me brindaban bellas especies de melasomas[20] y los lugares cultivados carábicas[21] y longuicornia[22]. Otra vez, en fin, cazaba pájaros, apoderándome así, a su turno, de todos los productos naturales del país, sin olvidar las conchas fluviales que abundaban en los laguitos de la costa.

Una de esas excursiones me llevó a la *Punta de la Ballena*, por la orilla del mar. Examine los animales marinos y la composición geológica de las rocas emergentes. Llegado a la cúspide de esa punta granítica que el mar socava sin cesar, rompiendo con violencia, quise bajar al borde del agua. Una piedra en que había afirmado el pie, desprendió del suelo y rodé con ella hasta el borde de las rocas, de más de veinte pies de altura. Quedé casi sin conocimiento; una fuerte contusión en la rótula me impedía caminar; sin embargo me arrastro lo mejor posible hasta Maldonado, donde pude reanudar dos días después mis caminatas habituales.

No dejaré Maldonado sin suministrar unos detalles acerca de su historia así como sobre el estado en que la conocí, en medio de las guerras que en esa época dificultaban el comercio e incluso la agricultura de toda la zona.

Con anterioridad a la llegada de los españoles a la desembocadura del Plata, los alrededores de Maldonado y la mayor parte de la Banda Oriental estaban poblados por los indómitos charrúas, pueblos cazadores que hacían vida errante y vagabunda por aquellas inmensas llanuras, persiguiendo ciervos, avestruces, o *ñandú* de los guaraníes[23], los numerosos tatúes o los innumerables tinamúes que cubren el suelo. En 1508 descubrieron junto a sus costas las velas europeas, que volvieron a ver en 1515[24], siempre bajo el mando del infortunado Solís, masacrado por ellos poco tiempo después. Once años transcurrieron luego sin que volvieran a ver europeos. En 1526 Gaboto apareció en sus costas, después de haber secuestrado cuatro niños a algunos de los principales jefes guaraníes que vivían algo más al norte. Desde esa época, asistieron sin cesar a nuevas expediciones, que se sucedían con rapidez, y pronto tuvieron que soportar la prueba del peso de las armas españolas en sangrientas batallas que, renovadas hasta nuestros días, no han podido aún abatir su coraje.

---

20 Sobre todo, los géneros *Scotobius*, de Germar, y *Nyctilia*, de Latreille.

21 De la familia de las harpálicas.

22 Y esa linda especie en que cada antena está ornada por una borla de pelos (*Callichroma plumigera*, Olivier, llamada *Cosmus equestris* en el catálogo de Dejean).

23 El avestruz, de Magallanes, o *el Struthio rhea*, Lin.

24 Estas informaciones han sido extraídas en parte del *Ensayo de la Historia. Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, por el doctor don Gregorio Funes.

No obstante, Maldonado seguía siempre inhabitado; y más de dos siglos transcurrieron sin que se pensara seriamente ocuparlo. Este lapso bastó para volver salvajes a los caballos y bestias diseminados por el campo en numerosas manadas, a consecuencia de los reiterados ataques perpetrados por las naciones americanas. Las de Europa enviaban periódicamente navíos armados en corso, que siempre encontraban el medio de procurarse despojos de aquellos animales mostrencos. Una de estas expediciones compuesta de cuatro buques franceses, fue la primera en ocupar la bahía de Maldonado, adquiriendo los cueros vacunos a los indígenas de la costa; pero el celo español pronto fue irritado por esos nuevos colonos. El capitán Don Martín José de Echaurri los atacó, forzándolos a reembarcarse. Trataron de establecerse más al norte, en el lugar denominado Castillo, del que fueron igualmente expulsados por orden de Zabala.

Temiendo los españoles que los portugueses, sus rivales encarnizados, intentaran establecerse en la costa, pues habían manifestado tal deseo, el ministerio de Madrid envió en 1730 a Zabala, gobernador de Buenos Aires, orden expresa de edificar en Maldonado una ciudad semejante a Montevideo, fundada ya hacía cuatro años. Zabala se trasladó personalmente al lugar, para practicar un reconocimiento y, en el informe elevado sobre la cuestión al virrey de Lima, dio una idea tan desfavorable de la bahía y sus alrededores, que se renunció por el momento a la fundación. En 1762, sin embargo, se fundó a dos leguas del actual Maldonado una ciudad denominada San Carlos, que aún existe. Tampoco Maldonado demoró en alzarse en medio de las dunas arenosas que bordean la costa y recibió, en 1786, el título de ciudad. En 1790 ya había, en ambas ciudades, ciento veinticuatro familias y seiscientos treinta y seis españoles, sin contar los numerosos indios a su servicio y los indios amigos.

En 1807 los ingleses, a las órdenes del comodoro Popham, atacaron y tomaron, tras una fuerte resistencia, Maldonado y San Carlos, que pronto devolvieron a España, con motivo de la capitulación del general Whitelock en Buenos Aires; Maldonado siguió prosperando hasta 1812, en que fue tomada por las tropas de Artigas; y entonces con parte de la naciente república del Río de la Plata dio el grito de libertad.

Desde esta época Maldonado fue muy castigada por sus guerras con España y Portugal, y sus luchas intestinas. Más de una vez fue devastada su campaña por los portugueses que la redujeron al último extremo. No hace mucho tiempo que, durante las guerras con Brasil, sus habitantes la abandonaron en parte, refugiándose en San Carlos, donde se consideraban a resguardo de los ataques brasileños. A mi llegada, la ciudad, evacuada por la mayor parte de sus pacíficos vecinos, sólo estaba poblada por gauchos y presentaba un aspecto muy belicoso.

Maldonado está edificada sobre una pequeña eminencia, en medio de un llano. Sus calles han sido bien trazadas, como en todas las ciudades de América, y divididas en *cuadras*. Tiene por monumentos, ante todo una hermosa iglesia, aún en construcción, cuyos trabajos fueron suspendidos por la guerra, pero que una vez terminada podrá adornar con ventaja uno de los lados de una linda plaza. Sobre una alta torre cuadrada construida en la entrada de la ciudad, por el lado del mar ondea la bandera azul y blanca de la República Argentina; desde allí mismo observan los centinelas los movimientos de los brasileños. En tiempo de paz, los habitantes no tienen otro que hacer que la ganadería, y esta aptitud es común a todos los pobladores de la *Banda Oriental*. *Su* carácter es altivo e independiente. Siempre hizo temblar a los brasileños la palabra *orientales*.

Poco antes de mi arribo a Maldonado, un hombre de carácter, corsario de alma pero bravo soldado, Fournier, harto conocido en la república de Buenos Aires, había adoptado una nueva modalidad estratégica. Rodeado de una tropa pequeña, compuesta por extranjeros de distintas procedencias, verdaderos piratas, la había adiestrado en el servicio triple de la caballería, la infantería y la marina. Tenía seis o siete grandes chalupas, mantenidas siempre en el interior; y en cuanto se enteraba, por medio de sus exploradores, de que en algún puerto de la costa había barcos mercantes brasileños, allá se dirigía de inmediato llevando su flota en carretas que la tropa escoltaba; la flota se hacía al mar y sus jinetes, vueltos de pronto marinos, abordaban resueltamente a los pobres brasileños, sorprendidos por semejante visita. Fournier capturó así un número apreciable de ellos, y los infelices, temiendo por igual a la tierra y al mar, habían terminado por no aproximarse sin terror a los puertecitos que su país poseía en toda la costa de la *Banda Oriental*.

Encontrándose un día en Maldonado ese mismo Fournier, una corbeta brasileña encalló sobre la costa, que sólo estaba dotada de un cañón y tres balas por todo parque. Comenzó por saludar a la corbeta, la cual le disparó toda su artillería, cosa que Fournier esperaba, pues le devolvía sus propios proyectiles a medida que los recibía, hasta que los brasileños cesaron el fuego, advirtiendo que no hacían más que dar armas a su enemigo, y sólo se escaparon porque éste carecía por entonces de lanchas para darles alcance.

El comercio de Maldonado, consistente sobre todo en cueros vacunos, había sido reducido a la nada y se me mostró más de diez mil pieles de lobo marino[25] almacenadas desde hacía dos años por falta de salida. Estas pieles

25 Especie de foca difícil de determinar, porque en su Onero, como en otros, no se puede aún separar las especies.

procedían de la isla de Los Lobos, situada fuera de la bahía de Maldonado, la que debe su denominación a la gran cantidad de esos animales que la pueblan. Esta isla estuvo desierta durante mucho tiempo; únicamente se iba en épocas determinadas, para efectuar una pesca reglamentada de lobos marinos; pero poco antes de la declaración de la guerra de los brasileños, un propietario se estableció allí. El fue quien había enviado a Maldonado la partida considerable que me mostraron. Ulteriormente se produjeron quejas acerca de la disminución de los lobos marinos, los que parecían abandonar su primer asilo para irse a formar nuevas colonias en el litoral de la Patagonia donde seguramente podrán seguir viviendo tranquilos, al menos durante largo tiempo.

La Zélée había regresado a Maldonado después de un crucero de varios días. El comandante me hizo saber que aparejaría el mismo día, rumbo a Montevideo.

En el mar. 30 de noviembre

Me apresuré a hacer embarcar mis colecciones y a la tarde nos hicimos a la vela. Por ser contrario el viento, recorrimos poco camino a la noche. A la mañana siguiente el tiempo estaba en calma y el barco bogaba lentamente. Toda la mañana una nube de libélulas revoloteaba a nuestro alrededor y por momentos cubría las velas a sotavento. Una cantidad extraordinaria de grandes langostas[26] de una sola especie invadió también el barco cubriendo por completo todos los aparejos y las velas. Eran de esta especie de langostas de la cual hablaré después, que migran por miríadas y asolan a veces las provincias ribereñas del Paraná. Parece que una de esas nubes se había abatido recientemente sobre la Banda *Oriental*, pues días más tarde pude ver, en la costa de Montevideo, todas las entradas llenas de despojos de esos insectos, llevados por el viento.

Por la tarde se levantó un poco de viento. Estaba en la mesa con los oficiales cuando sentimos una terrible sacudida y al mismo tiempo un crujido terrible conmovió la nave. Todos gritaron: "¡Varamos en el banco inglés!" Efectivamente, la corriente nos había hecho derivar más de lo calculado y estábamos en este banco, terror de los marinos. El vigía no había señalado su rompiente; dos minutos antes la sonda señalaba ocho brazas de fondo. Nos creímos perdidos. El comandante y el primer oficial dispusieron las maniobras que las circunstancias exigían.

El barco seguía golpeando con violencia, por su parte media a veces, mientras los extremos se plegaban sobre sí mismos. Se echó un bote al agua para sondear, pero el peligro no parecía ser menor. Recordaba un naufragio horrible que poco tiempo antes se había producido en el mismo banco. Por fin, tras

26 Especie cercana a la langosta migratoria, *Grillus Migratorius*.

2 de diciembre

media hora de inquietud y dificultades, las sagaces maniobras del comandante nos salvaron y tuvimos el gusto de re flotar, sin otra pérdida que la de la rueda del gobernalle; tanto más felices de haber nos librado a tan bajo por precio cuanto no pasa un año en que el banco resulte fatal para más de una embarcación.

A la noche fondeamos en el puerto de Montevideo, en medio de los barcos mercantes que entonces lo llenaban.

Nueva estadía en Montevideo

1826
Montevideo

Entre otras novedades políticas, nos enteramos al llegar que una proclama del general Alvear, comandante de las fuerzas patriotas, condenaba a muerte a cualquiera que a partir del 12 de diciembre intentara franquear la línea de observación de los brasileños, para pasar a la *Banda Oriental*. Esta rigurosa medida, a cumplirse pocos días después por otra parte, me hacía más difícil la elección de los medios a recurrir para mi salida de Montevideo donde me encontraba, diría, prisionero. Había escrito a Río de Janeiro con el objeto de obtener permiso para pasar a Buenos Aires; pero aún no había recibido respuesta alguna y confesaré que más de una vez maldije de todo corazón al intrigante cuyas bajas maniobras me depararon una situación tan crítica. Sin embargo tuve que tomar partido, y para aprovechar en la medida de lo posible mi estadía en Montevideo, me dediqué a efectuar observaciones harométricas relativas a las corrientes atmosféricas y proseguí las investigaciones de historia natural.

Durante una nueva excursión al Cerro, realizada en compañía de los oficiales de la *Zélée*, habíamos desembarcado cerca de la isla de las Ratas y, armados de nuestros fusiles, nos encaminábamos al lugar donde proyectábamos iniciar la cacería, cuando vimos correr hacia nosotros, a todo galope y con los sables desenvainados, de diez a doce *gauchos* que nos rodearon, tomándonos aparentemente por brasileños, y sin tener en cuenta para nada nuestras observaciones, nos dieron orden de seguirles al campamento patriota, que sabíamos distante más de una legua, agregando que allí nos explicaríamos con el comandante de la línea. Nos resignamos muy a nuestro pesar a seguirles, en circunstancias que los brasileños, desde lo alto de su montaña, al ver un grupo numeroso y sin preocuparse por averiguar si se componía de amigos o enemigos, nos apuntaron con un cañón cuya humareda advertimos y cuyo proyectil en el mismo instante rasgó la tierra a nuestros pies, cubriéndonos de polvo. En

seguida vi que un gaucho desaparecía de su caballo mientras se le caía el sombrero... Lo creí muerto, pero al momento se levantó, no habiendo hecho más que esconderse tras la cabalgadura, siguiendo la costumbre de los *gauchos*, en tal emergencia. El tiro había sido bien dirigido y hubimos de padecer a la Providencia por haberlo hecho dar en medio de nosotros sin que tocara a nadie. El fuerte nos envió otros dos disparos que no nos alcanzaron más que el primero, induciéndonos empero a buscar abrigo tras una colina cercana. El peligro que nuestra escolta había corrido al igual que nosotros, la hizo sin duda más tratable. Unos vasos de vino y unas monedas nos desembarazaron de los gauchos y proseguimos la caza sin otro incidente. Al volver, por la tarde, recogimos la bala de cañón que hubiera podido sernos fatal y se la devolvimos al comandante del fuerte con nuestro agradecimiento por su gentileza.

El coraje de los soldados patriotas o gauchos, llevado a menudo hasta la temeridad, contrastaba del modo más notorio con la pusilanimidad de los brasileños. Con frecuencia un gaucho se apoderaba de noche, e incluso de día, de un centinela avanzado, que enlazaba al pasar galopando a su lado, *sin que éste atinara a defenderse*. Otra vez un gaucho se llegaba al centinela de la línea interior, a pedirle fuego para prender el cigarro. No concluiría jamás si quisiera enumerar todas las jugadas que los patriotas hacían a los brasileños, quienes, cuando un solo hombre, se les acercaba, hacían resonar durante horas sus impotentes cañones y maniobrar todo el día, sobre los taludes de la ciudad, cinco o seis mil hombres con música, para impresionar a un puñado de pacíficos ciudadanos, soldados tan sólo por la emergencia.

Un día los brasileños habían soltado a pastar sus caballerías muy cerca del fuerte del Cerro y bajo su fuego, a medio tiro de cañón. Los gauchos de ronda, en número de diez o doce solamente, en una tentativa de tomárselos, se lanzaron al galope, rodearon los caballos Y efectivamente los arrearon. Eran las once de la mañana; quinientos hombres defendían la fortaleza y toda su artillería no fue capaz de inferir a esos Diómedes americanos otra pérdida que la de una de sus cabalgaduras.

Como sucediera con frecuencia que los gauchos llegaran incluso a pasar la línea brasileña ocultando sus armas bajo el poncho, se ordeno al centinela que no dejara pasar a nadie con esta vestimenta sin hacérsela depositar al paso. Tal medida costó la vida a uno de nuestros desdichados compatriotas. El comisario de la Zélée regresaba a caballo de una casa de campo donde vivía un francés; se había cubierto con un poncho; el centinela le gritó que se lo sacara; él no le oyó y un disparo de fusil, casi a boca de jarro, lo derribó: murió en un instante. Quizás haya sido la única víctima del sitio de Montevideo, pues los

brasileños no trataban nunca de forzar la línea patriota, contentándose con una observación inofensiva.

La armada encargada del bloqueo de Buenos Aires no hacía más honor a la bravura brasileña. Todos los días, la escuadra patriota, o con frecuencia una sola de sus unidades comandadas por el valiente general Guillermo Brown, salía del puerto, al que volvía a voluntad, cruzando una doble línea de bloqueo, compuesta por gran número de fragatas y corbetas. Durante mi estadía en Montevideo, ese mismo general no temió entrar al puerto, a bordo de una pequeña corbeta, en medio de numerosos barcos de guerra, incluso dos o tres fragatas. Bajo pabellón francés se acercó a una de las fragatas, le descargó una andanada izando el pabellón de Buenos Aires y antes de que los buques de guerra que asistían a esa extraña escena hubieran tenido tiempo de reconocerlo, había virado de bordo y estaba fuera de tiro.

En ocasión de una de las observaciones barométricas que efectuaba diariamente al borde del mar, un oficial brasileño había venido a preguntarme si tenía permiso para levantar un plano de Montevideo. Creía haberle respondido ampliamente, mostrándole el instrumento que utilizaba; pero muy pronto tuve a mis expensas la prueba de lo contrario, y se vera que ignorantes y a la vez meticulosos son los brasileños.

18 de diciembre

El 18 de diciembre a las nueve de la mañana, momento máximo de las corrientes atmosféricas, me había dirigido, como de costumbre, al lugar que tenía elegido para observaciones de ese género, cerca del fuerte de San José. Comencé mi operación, cuando vi que se me acercaba una veintena de soldados conducidos por el mismo oficial al que días antes mi barómetro había producido tantas sospechas. Igual pregunta por su parte, igual respuesta por la mía; y sin querer oír nada, orden impartida por él a su tropa, de llevarme al fuerte San José, adonde fui conducido de inmediato como un verdadero reo del Estado. Allí, un oficial que hablaba francés me hizo padecer un largo interrogatorio durante el cual me agoto en vano por explicar a todos ellos la imposibilidad de levantar un plano con un barómetro, sobre todo si no se varía el lugar de observación. Sin comprender en absoluto, en su ignorancia, el uso de este instrumento, del cual parecían ignorar hasta el nombre, celebraron un prolongado consejo y levantaron un atestado muy largo. A mi pedido de ser conducido al general comandante de la plaza[27] se me llevó con una escolta de doce soldados y un suboficial

27 Muller, uno de los hombres más amables, fuera de lugar entre los demás, Pretendidamente civilizados.

que no me perdía un instante de vista. Recibí el ultraje de atravesar de este modo la ciudad.

El general no se hallaba en su despacho; pedí hablar con su edecán; los soldados se opusieron, propinándome unos culatazos. Atraído por el ruido, el ayudante, en vez de intervenir en mi favor, dejó que se volviera a maltratarme. Tuve la imprudencia de querer oponer la fuerza a la fuerza. No se me permitió esperar al general y se me condujo al puesto del *portón*. Nuevo interrogatorio allí, tan desfavorable para mí como el primero; nuevas burlas por parte de los oficiales, nuevas órdenes impartidas al suboficial. Volví a partir... Se me llevaba a *las bóvedas* (los calabozos), cerca del muelle. Llegado al cuerpo de guardia, pedí papel y tinta al oficial del puesto: negativa; pedí quedarme en el cuerpo de guardia: nueva negativa. Oí correrse innumerables cerrojos; oí un ruido de cadenas. Se me obligó a penetrar en un subterráneo abovedado, del que salía un aire infecto y húmedo, y una doble puerta se cerró detrás.

Al principio no distinguía nada, tan aturdido estaba por todo lo que acababa de sucederme. Poco a poco, volví en mí y me puse a contemplar a la vez mi morada y mis compañeros de infortunio. La celda está por debajo del nivel del mar alto; es abovedada, de forma oblonga y no recibe luz sino por dos pequeñas aberturas: una que da al mar y la otra, a la calle, ambas tan bien enrejadas que apenas dejarían pasar la mano. El piso es tan húmedo y blando que cede a la presión de los pasos; no tiene ni siquiera un poco de paja para que el desgraciado preso dé reposo a sus miembros doloridos. Unas tablas de cada lado sirven de camas y unos bancos completan el moblaje de aquel horrible recinto. Lo ocupaba una veintena de prisioneros, verdaderos esqueletos ambulantes, negros o mulatos de los que no menos de quince estaban encadenados, unos por la cintura y otros por los pies. Esos desventurados me rodearon al instante para darme la bienvenida, muy sorprendidos sin duda al encontrar un camarada... de traje negro. Por suerte llevaba dinero; les di unas monedas y uno de ellos, que parecía ejercer cierta autoridad sobre los demás, a mi pedido se comprometió a procurarme papel e incluso a hacer llegar una carta a quien yo quisiera, siempre que aceptara gratificar al centinela próximo: le prometí todo lo que quiso. Llegó el papel. Escribí de inmediato al general Muller y al cónsul francés, y como debía pagar sólo a la vista de las respectivas contestaciones, aguardo con mayor paciencia el resultado de mi gestión. Hasta el mediodía me sumí en reflexiones nada lisonjeras. Por la ciudad había oído decir que de noche se asesinaba en las prisiones a los reclusos ricos, para robarlos, y también que se les cortaba en pedazos que luego eran echados al

mar; todo ello sin que el gobierno prestara la menor atención. Conocía además la costumbre brasileña de no comunicar a nadie la detención de extranjeros, a quienes detestaban, y dejarlos meses enteros privados de toda comunicación con el exterior. Envuelto en tales pensamientos miraba tristemente a mi alrededor, cuando oí correr el cerrojo de mi prisión... Un rayo de esperanza me iluminó, pero era tan sólo la comida de los prisioneros, consistente en un puñado de harina de mandioca, que se distribuía a cada uno de ellos. El carcelero me la ofreció también pero la rechacé. El alimento se veía apetitoso y las necesidades físicas no constituían, por otra parte, lo que entonces más me preocupaba. Para comer esa harina, los infelices la metían en agua y hacían bolas, que tragaban, librándose apenas de morirse de hambre.

Una hora más tarde recibí del señor Cavaillon una esquela anunciándome que inmediatamente iría a ver al general. No podría expresar el placer que me produjo esta misiva; la leí y releí muchas veces. A las tres un ordenanza vino a buscarme de parte del general. Este digno comandante, al que pronto agradecería mi salida, me rogó que excusara la conducta de sus oficiales, diciéndome que demasiado bien sabía a qué atenerse respecto a la ignorancia de su mayor parte, e invitándome a considerar el perjuicio que me fuera inferido como de la exclusiva incumbencia de ellos. Sin embargo, agregó que haría bien en no volver a hacer mis observaciones porque sería posible que, a pesar de sus órdenes, se me volviera a maltratar. Volví a mi casa, donde recibí gran cantidad de visitas de condolencia, con motivo de mi detención.

¿Será posible concebir que en pleno siglo XIX, oficiales superiores de un imperio como el del Brasil puedan desconocer un barómetro y creer que se puedan hacer levantamientos con un instrumento de tal naturaleza? Los salvajes más toscos de los lugares más retirados de América contemplarían con indiferencia lo que no conocieran; pero tengo la convicción de que no tendrían la torpeza de concebir temores.

Me perdonará el lector por haberlo entretenido tanto tiempo con un asunto personal. No creí que debiera omitirlo, porque se vincula con la situación política de Montevideo, en la época de mi residencia en esa ciudad, y describe a la perfección el carácter de la mayor parte de los militares brasileños... Bien se sabe, por lo demás, que tanto en el Brasil como en cualquier otra parte, se puede encontrar incluso en esa clase, gente instruida y educada.

Por haber desempeñado siempre Montevideo un papel de gran importancia en la historia de América, como capital de una inmensa provincia, poseída sucesivamente por España, Inglaterra, Portugal, la República Argentina y Brasil, y por haber llegado a convertirse en lo que hoy es, la capital de una pequeña

república, un breve resumen de su historia, desde la conquista hasta nuestros días, podrá tener algún interés para el lector[28].

El vasto territorio que se extiende de oeste a este, desde la orilla del río Uruguay hasta el océano, y de sur a norte, desde el Plata hasta el río Yi y los montes de San Ignacio, se hallaba, al arribo de los españoles, poblado en toda su parte meridional por la nación Charrúa y sus tribus, y al norte por otras pequeñas naciones cuyo espíritu de independencia se manifestó desde el comienzo por la resistencia que la primera de ellas supo oponer a Solís, que pronto fue su víctima, y por el persistente coraje con que todas se unieron contra el extranjero, para la defensa de su tierra.

En 1526 Gaboto[29] echó las bases del primer establecimiento español en la desembocadura del Río San Juan sobre la margen oriental del Uruguay. Erigió un fuerte, pero en 1530 los charrúas, celosos de su libertad, expulsaron a los españoles y quedaron dueños absolutos de su país, no sin seguir sosteniendo frecuentes escaramuzas con las diversas partidas de españoles, que sólo pensaron en establecerse definitivamente en el país, en 1566, época en que fundaron el primer poblado de la provincia, Santo Domingo Soriano, que todavía existe, a orillas del Uruguay[30]. Durante los primeros años del siglo XVII, en tanto que los españoles construían ciudades en el interior del continente, al borde del Paraguay, la región del Plata estaba habitada sólo por sus naturales poseedores. La ciudad denominada Colonia *del* Sacramento, luego tomada y retomada, con tanta frecuencia, por españoles y portugueses, fue fundada por estos últimos sólo en 1679[31].

Al principio del siglo XVIII, los españoles pensaron en fundar Montevideo, para eliminar el contrabando con el cual los extranjeros arruinaban el comercio de Buenos Aires. La corte de España ordenó a Zabala, gobernador de Buenos Aires, que fundara Montevideo, con una población llevada del Tucumán o de otros puntos; pero la cosa era imposible y Zabala se limitó a hacer recorrer continuamente la costa por un cuerpo de trescientos indios

---

28 Todas estas informaciones han sido extraídas de Funes, *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucumán*, y de otros historiadores.

29 Remontó entonces el Paraná hasta la frontera del Paraguay. Fue en la misma época que, habiendo visto trozos de plata usados como adorno por los guaraníes, cambió el nombre de *Río de Solís*, que había reemplazado al de Paraná Guazú, por el de *Río de* la Plata, actualmente en uso.

30 Santo Domingo de Soriano fue fundado en 1624, y no en 1566, por el gobernador de Buenos Aires, don Diego de Góngora, con los chanás de la isla del Vizcaíno. (N. *del T.*).

31 En 1680, no en 1679, por el gobernador de Río de Janeiro, don Manuel Lobo. (*N. del T.*).

guaranies, encargados de incendiar por todas partes los establecimientos portugueses; medida tan bárbara como bárbaramente aplicada, pero que no impidió a los portugueses, en 1723, entrar con cuatro barcos al puerto entonces desierto de Montevideo, donde fundaron una colonia que los españoles les obligaron a abandonar precipitadamente al año siguiente. Zabala levantó allí, en la misma época, un fuerte dotado de seis piezas de artillería, confiando su defensa a una guarnición de ciento cincuenta hombres.

En 1726, el gobierno español mandó allá veinte familias llevadas de las islas Canarias, que permitieron a Zabala fundar la nueva ciudad de *San* Felipe de *Montevideo*. *Otras* treinta, igualmente salidas de Tenerife, se unieron pronto a aquellas veinte primeras, de donde proviene el nombre de Canarios que hasta la fecha se aplica a los habitantes de Montevideo, cuyo número, tan pequeño al comienzo, se acrecentó rápidamente gracias a su comercio que no tardó en agregarles numerosas familias procedentes de Buenos Aires; a tal extremo que en 1730, Zabala, con el propósito de conferir mayor importancia a su nueva ciudad, le instituyó un *Cabildo* (consejo municipal).

En 1731, la brutalidad de un portugués llamado Martínez, que vivía en Montevideo, hubo de arruinar por completo la naciente colonia. Disputó con tres indios de la nación Minuan[32] y mató a uno de ellos. Los otros dos, furiosos, lograron levantar contra los españoles a sus compatriotas, quienes, reunidos prontamente en número de trescientos hombres, saquearon todos los establecimientos cercanos a la ciudad, y envalentonados por su primer éxito, provocaron al gobernador a una batalla, en la que las tropas unidas de Buenos Aires y Montevideo, después de haberse batido un día entero, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, fueron obligadas a abandonar todos sus caballos a los indios victoriosos. Zabala, deshecho y carente de tropas frescas para oponerlas a los indios, pidió quinientos guaraníes al padre Jerónimo Herán, provincial del Paraguay; éste, poco deseoso de exponer a sus guaraníes y confiando más, por otra parte, en las vías conciliatorias que en la fuerza de las armas, envió a los minuanes un mensajero de paz, que logró calmar su ira y concertó entre ellos y los españoles un tratado definitivo concluido en 1732.

En 1757, el gabinete español elevó a Montevideo al rango de cabecera de provincia o de gobernación[33].

---

32 Sin duda, una de las tribus charrúas.

33 El cargo de gobernador de Montevideo fue creado por la Corte de Madrid en 1749 y el primer gobernador, el coronel José Joaquín de Viana, se hizo cargo de su puesto a principios de 1751. (N. del T.).

Ese mismo año, los minuanes retomaron las armas y atacaron los establecimientos españoles. Fue en esta guerra que el gobernador de Buenos Aires, Andonaegui, dio la cruel orden, demasiado frecuente y harto bien cumplida en las guerras modernas, de degollar a todos los indios mayores de doce años porque, decía, el *verdadero bautismo de estos salvajes es el de sangre*; felizmente Viana, gobernador de Montevideo, no compartía su criterio, pues en los cruentos combates que sobrevinieron, los españoles tomaron noventa y un prisioneros. Fue en la misma guerra que un cacique, a quien los españoles habían arrancado datos sobre la posición militar de los suyos, se mató de desesperación, para no sobrevivir a la vergüenza de haber hablado.

La historia de Montevideo nada más ofrece de interés hasta 1807, año en que, el 12 de febrero, tras una prolongada resistencia, la ciudad fue capturada por los ingleses, luego evacuada por ellos en el siguiente mes de julio y reintegrada a los españoles en virtud del tratado de Buenos Aires; suceso al que me referí más arriba.

A partir de 1808, el liberalismo del gobernador Elío, quien fue el primero en atreverse a negar su obediencia al virrey de Buenos Aires, ya permitía presagiar los movimientos que dos años más tarde habrían de agitar el país. En 1810 fue lanzado el primer grito de libertad por un puñado de hombres, en la ciudad de Buenos Aires, y pronto tuvo eco por todas partes.

Sólo entonces, Elío cambió de actitud tratando de sostener el sistema monárquico español en América; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. En 1812 el general Rondeau tomó por asalto a Montevideo y esta ciudad se unió a la república de las Provincias Unidas del Río de la Plata, como capital de la provincia de la *Banda Oriental*.

Antes de aquel suceso decisivo, el gobierno portugués había pare*cido* deseoso de sostener las pretensiones españolas sobre la provincia de la Banda Oriental, con el objeto de disimular mejor sus designios *de* invasión de la margen oriental del Plata. Había hecho penetrar en el territorio un ejército de cuatro mil hombres y los habitantes de la república se preparaban para darles una buena recepción, cuando un embajador de la corte portuguesa negoció y concluyó con ellos un armisticio en virtud del cual las tropas portuguesas debían evacuar el país, lo que hicieron en mayo de 1812.

Después de la expulsión de los españoles de Montevideo, la provincia quedó bajo el mando del general Artigas, quien nunca reconoció a la república y reprodujo escenas de horror cuyo recuerdo aún aflige hoy día a esta provincia y a las de Misiones y Corrientes. Cansadas de verter gratuitamente la sangre americana, las Provincias Unidas terminaron por dejar las cosas en aquel estado, limitándose a unificar sus fuerzas contra el español, su común enemigo.

En 1816 y 1817 los portugueses invadieron la provincia con un ejército numeroso. El general brasileño declaró que sólo venía en calidad de mediador, a fin de prevenir la anarquía. Llegó incluso a suscribir un tratado, comprometiéndose a reintegrar al Cabildo las llaves de la ciudad, en cuanto el cese de las perturbaciones políticas del país permitiera evacuar las tropas. Este tratado puso término a la guerra general de la república pero no a la de la provincia. Los orientales siguieron en guerra con los portugueses.

El gran ejército brasileño, en lugar de pacificar el país librado a funestas querellas, sólo pensaba en apoderarse de Montevideo, cuyo Cabildo invitó a los pobladores de la campaña a concluir con los brasileños una paz que fue formalizada en los mismos términos del tratado de 1817; es decir, que la ocupación de la provincia sería meramente transitoria y que el ejército brasileño reconocería siempre a las autoridades locales.

Entonces la ciudad recobró la calma, pero el general hizo saquear toda la provincia; cosa que no obstante se realizó con orden y regularidad; porque jefes militares, asistidos por sus soldados, presidían en persona la retirada de los cueros de los animales que poblaban el campo en cantidad tal que, vendiendo, por ejemplo, una fracción de una legua cuadrada, se apartaba de la operación a todos los animales menores de dos años, no entregándose más que los mayores. En 1821, tras numerosas arbitrariedades, el general portugués hizo aprovisionar la ciudad y declaró la provincia anexada a Portugal, con el nombre de *Provincia Cisplatina*.

Poco tiempo después, Brasil sacudió el yugo portugués y se declaró independiente. Este acontecimiento debía ser aparentemente favorable a la provincia, pero no lo fue. La discordia pareció interponerse entre los jefes. El campo tomó partido por Brasil, la ciudad por Portugal, con la esperanza de acelerar la partida de las tropas portuguesas a Lisboa. Por fin, en 1823, los dos jefes divididos sólo en apariencia y para atraerse la opinión de sus respectivos partidos, se reunieron y convinieron que el barón de la Laguna tomaría posesión de Montevideo en nombre del Brasil y que el general Alvaro sería remitido a Lisboa con su gente. En la misma época y cansada del yugo brasileño, la provincia se puso bajo la protección de Buenos Aires, por medio de un acto auténtico, y declaró nula su incorporación forzada al imperio del Brasil. Sin embargo, el emperador brasileño reforzaba sin cesar la guarnición y dominaba en Montevideo.

En abril de 1826, el general Lavalleja, nacido en Montevideo, tomó la heroica resolución de expulsar a los brasileños. Salido de Buenos Aires con sólo treinta y tres hombres para lograrlo, no tardó en unirse al general Fruc-

tuoso Rivera; en pocos días, ambos habían ganado la campaña para la causa de la independencia. Obtuvieron varias victorias y pronto el Brasil no contaba más que con las dos plazas: la Colonia de Sacramento y Montevideo, e incluso ellas estaban bloqueadas por tierra. Buenos Aires no pudo negarse a sostener al general Lavalleja y, durante mi estadía en Montevideo, la capital de las Provincias Unidas se esforzó por ayudar a los orientales, suministrándoles tropas de línea, equipando para ellos barcos de guerra y corsarios.

Tal era el estado de cosas en la época en que me hallaba en Montevideo. Muchas batallas ya se habían producido entre ambas naciones; sobre todo en la de Sarandí, el general Lavalleja había mostrado a los brasileños que los orientales nada habían perdido de su antiguo valor y podían medirse ventajosamente con ellos. Poco tiempo después se organizó un ejército argentino y cubrió las fronteras; más tarde, la famosa batalla de Ituzaingó obligó a los brasileños a intentar arreglos, a los cuales les forzaban, por otra parte, las perturbaciones intestinas de Bahía y Permambuco, y la magnitud de su deuda pública, que crecía día a día, debido a la necesidad en que se hallaban de mantener tantas tropas bajo las armas. En fin, un enviado de Buenos Aires, don Manuel García, concluyó, en 1828, un tratado de paz muy favorable para Buenos Aires[34]. Las condiciones principales eran la partida de las fuerzas de ambas potencias y la separación completa de la República Argentina, de la provincia que desde entonces constituiría un estado particular, bajo el nombre de *República Oriental del Uruguay*.

6 de enero

El 6 de enero, día de Reyes, unas raras ceremonias atrajeron mi atención. Todos los negros nacidos en la costa de Africa se congregan por tribus, cada una de las cuales elige un rey y una reina. Ataviadas de la manera más original, con las ropas más brillantes que pudieron encontrar, y precedidas por todos los *súbditos* de las tribus respectivas, estas majestades de un día concurren primero a misa, luego pasean por la ciudad y, congregadas por último en la plazoleta del mercado, ejecutan, cada cual a su modo, una danza característica de su país. Allí he visto sucederse rápidamente bailes guerreros, simulacros de faenas agrarias y las figuras más lascivas. Allí, más de seiscientos negros parecían haber recobrado por un momento su nacionalidad, en el seno de una patria imaginaria, cuyo solo recuerdo al lanzarlos en medio de aquellas bulliciosas saturnales de otro mundo, les hacía olvidar, en un solo día de placer, los dolores y privacio-

34 El tratado firmado por García desató una tempestad de protestas en la Argentina y precipitó la renuncia del presidente Rivadavia. (N. del T.).

nes de largos años de esclavitud. Dichosa indiferencia por la desgracia que constituye la base de su carácter, y que, lejos de absolver a sus verdugos, agrava aún más sus errores a los ojos de la humanidad, al mostrar qué fácil les sería suavizar, sin comprometer sus propios intereses, los males de sus pacientes víctimas.

Tal vez jamás se encuentre mejor oportunidad de observar el notable contraste de las costumbres y usos propios de cada tribu africana, y todavía más singularmente el de los rasgos y color; pues según las observaciones que efectuara aquel día, no existen menos variantes entre las razas de Africa que entre las del Nuevo Mundo, en lo concerniente a los distintos grados de intensidad del color de la piel y la mezcla más o menos fuerte del amarillo con el matiz fundamental.

Ya he dicho que la ciudad de Montevideo se halla edificada sobre una lengua de tierra un poco elevada. Su forma es elíptica; muy regular y rodeada de murallas y fosos que la convierten en una plaza militar importante. A su entrada se halla emplazado un fuerte que rompe la apariencia monótona de las aglomeraciones de casas. Este fuerte es sin duda el que hizo construir Zabala en 1724. Aún existe el fuerte San José, situado al borde del mar; luego, por último, una ciudadela, en la parte oriental de la ciudad.

Sólo puede señalarse, como edificio público, a la iglesia Matriz, de estilo español, cuyas torres están cubiertas de cerámica pintada y barnizada.

Otro edificio, la primera casa de la ciudad que se apercibe desde la rada, es el que ocupaba, en 1826, Cavaillon, el vicecónsul francés. Esta casa, bastante alta, está construida en pisos de anchura decreciente, a medida que se elevan; de manera que le prestan, al culminar, el aspecto de una especie de pirámide.

La ciudad de Montevideo tenía por entonces un aire de riqueza, de vida y prosperidad comercial. Los negocios desbordaban de mercancías; hasta las terrazas de las casas estaban abarrotadas y diariamente llegaban más, que era forzoso desembarcar; pero estas mercaderías estaban destinadas todas a Buenos Aires. Se esperaba la terminación de la guerra para llevarlas allá y, sin salida, eran en aquel momento más embarazosas que útiles. Por otra parte, había en Montevideo a la sazón, gran número de oficiales brasileños de tierra y mar, que hacían muchos gastos; los últimos, sobre todo, a quienes el gobierno había atribuido la propiedad de todas las presas marítimas de Buenos Aires, privilegio que extendieron a tal punto que un juez designado por ellos mismos, declaraba buenas presas a todos los buques extranjeros que quisieran entrar a la capital de la República Argentina; de donde resultaban numerosas reclamaciones por parte de todas las naciones afectadas, lo que no contribuyó poco a cargar otro tanto al tesoro imperial. La fortuna temporal de esos oficiales exaltaba más el orgullo que les era propio, y los naturales sufrían mucho por su impertinencia.

El comercio ha brindado, mediante comunicaciones frecuentes entre los habitantes de todos los países, un aire de soltura y amabilidad de modales a los ciudadanos de Montevideo, dotados, por otra parte, como todos los argentinos, de mucha vivacidad y excelente aspecto. Los hombres son bien formados, con buena figura; las mujeres, bonitas, amables y muy espirituales. El porte de éstas últimas es noble, digno y reservado, a tal extremo que un francés, acostumbrado a la manera generalmente más simple de sus compatriotas, empieza por sentirse extrañado por los aires que se dan las damas de Montevideo, en las que ve afectación; pero pronto se acostumbra y concluye por admirar las gracias que antes le parecieran postizas.

Durante los primeros días de enero, había recibido por fin, del gobierno del Brasil, la autorización necesaria para proseguir mi viaje. El presidente de la provincia (*el Barao da Villa Bella)* me invitó a visitarle, recibióme con mucha amabilidad y me permitió partir, a mi elección, con un parlamentario o por tierra, agregando que las órdenes que había recibido le encomendaban protegerme con toda su autoridad. Feliz por este permiso, no me dediqué a otra cosa que a los preparativos del viaje por tierra, prefiriendo esta ruta a cualquier otra, con la esperanza de estudiar mejor así el interior de la provincia, tan elogiado por sus habitantes; pero había oído decir que la prudencia no aconsejaba viajar solo, a fin de no exponerse al peligroso encuentro con los desertores y bandidos que infestaban entonces, en gran número, la provincia de la Banda Oriental. Multitud de franceses, venidos para establecerse en Buenos Aires, estaban retenidos en Montevideo y no pedían nada mejor que seguir hacia su destino. Me fue fácil, pues, elegir entre ellos y organizar una pequeña caravana, compuesta de once hombres, dos de ellos con sus familias. Alquilé carretas para el transporte de los equipajes.

El feliz paso por Montevideo del señor de Mendeville, que regresaba a Francia con el objeto de recabar el puesto de cónsul general, me deparó una recomendación suya para el general Mansilla, por entonces comandante de la línea patriota, con la que me puse al abrigo de los efectos de la proclama del general Alvear que ya mencioné; proclama que, por lo demás, jamás fue puesta en práctica. Partí sin temor: dichoso de poder dejar por fin una ciudad en la cual, desde hacía tres meses, molesto en todos mis movimientos, me encontraba en cierto modo cautivo. Mis dignos amigos, los oficiales de la *Zélée*, vinieron a despedirme.

10 de enero

El 10 de enero franqueé las puertas de Montevideo, y pude desde entonces respirar, con tanto mayor placer, el dulce aire de la libertad.

CAPÍTULO IV

Viaje por la provincia de la Banda Oriental y primera estadía en Buenos Aires

Cerca del mediodía, la caravana cuyos bagajes estaban cargados en dos carretas se puso en camino, y marchamos alegremente hasta la noche. Estábamos en territorio de los orientales y pronto las avanzadas patriotas nos ordenaron detenernos hasta la mañana siguiente. Sacamos las carretas del camino y se soltó los bueyes en un hermoso llano donde debíamos vivaquear. El temor a los asaltantes nos indujo a organizar nuestro pequeño grupo; cada cual debía hacer dos horas de guardia, a su turno, y todas las armas tendrían que estar dispuestas, de forma tal que todo el mundo se hallara listo al primer aviso. Los soldados que habíamos encontrado no nos tranquilizaban; su aspecto no era de los que inspiraran confianza; el tono con que nos habían dado el alto tampoco nos había parecido muy cortés; sin embargo estábamos contentos; reunidos en torno a nuestras carretas, nos felicitábamos por haber salido de Montevideo y cada cual se comprometía a hacer lo posible para facilitar el viaje, que era para nosotros una fiesta. Por mi parte, a cada momento dejaba la conversación para perseguir luciérnagas[1]; en fin, como la noche avanzaba quise dar el ejemplo haciendo la primera guardia, de diez a doce de la noche.

1827
Banda Oriental
10 de enero

La noche estaba muy oscura aunque esmaltaran el cielo esas bellas constelaciones cuyo puro fulgor caracteriza al hemisferio austral. A más de diez pasos no podía verse nada más que la lumbre fugaz de los numerosos *elater* que, en su vuelo

1 Especie vecina al *Elater noctilucus*, Lin.

rápido, describían curvas variadas sobre el negro fondo del horizonte. No había visto una noche tan serena, después de la pasada en Tenerife[2]. Ni un soplo de viento se sentía; la naturaleza toda parecía adormecida y el hondo silencio no se quebraba sino a ratos por el canto siempre igual de algunos grillos[3] y por el de una especie de rana que dejaba oír sones argentinos, semejantes a un carillón de campanitas de tonos diferentes, que se tocara sin regla ni medida. Aquel silencio, tan lúgubre por sí mismo, infundía al prolongarse una melancolía de la cual vino a librarme el fin de mi guardia, sustrayéndome a los tristes pensamientos que me sugería la comparación de esos campos con los de Francia.

Al despuntar el día siguiente, se uncieron los seis bueyes a las carretas y reanudamos la marcha a través de inmensas llanuras en las que nada limita la mirada, y cuya fría monotonía sólo resulta alterada, sin mejora, por unos valles de mediana profundidad o por campos de esos alcauciles salvajes que ya he mencionado[4]. No seguíamos una ruta trazada; tratábamos de alcanzar el campamento patriota al que llegamos tras una hora de andar.

Para hacerse una idea de este campamento, es preciso concebir una reunión de gentes vestidas en todas las formas posibles, acostadas todas al aire libre. ¡Cuánto admiré entonces la simplicidad de esos valientes, consagrados a la defensa de su patria! Nunca tuvieron pan: carne, por todo alimento; expuestos día por día al fuego de un sol ardiente y sin otro lecho, de noche, que el cuero *(recado)* que les sirve de montura durante el día y que extienden en el suelo a la noche; sirviéndoles el cuerpo de la propia silla de montar, de cabecera, y su poncho de cobertor. Nunca pueden desvestirse. Cae el rocío sin impedir que esos bravos militares, hasta ayer pacíficos pastores, descansen esperando el día, que pasan vigilando sus fronteras y combatiendo a los usurpadores de su tierra. Apenas un galón en la gorra distingue a los oficiales de los soldados rasos. La vestimenta de los soldados gauchos consiste en un pantalón blanco o *calzoncillos*, un *chiripá*, de color azul o rojo escarlata, pieza de tela que les envuelve la cintura y las piernas; un poncho azul, orlado de rojo, que pliegan sobre sus hombros, lo que presenta un contraste de colores bastante subido. Por calzado gastan *bolas de potro*, es decir botas hechas con cuero pelado, sin curtir, de la pata de un caballo, y cuyo codo forma el talón[5]. Se tocan con un

2 Ver cap. I, pág. 15.

3 Espécimen del género *Grillus*, cercano al G. *campestris*, Lin.

4 Ver cap. III.

5 Con frecuencia los gauchos matan un caballo sólo para tener un par de botas, que ablandan frotándolas entre sus manos.

sombrerito, en forma de pan de azúcar, cubierto casi siempre por un pañuelo de color atado a la cabeza de manera que flote sobre sus hombros y los refresque mientras galopan. Como armas tienen un sable, una carabina y a veces pistolas; pero todos están munidos del terrible *lazo*[6], del que más de una vez tendré ocasión de hablar, así como de las no menos peligrosas *bolas*[7]. No existe nada más elegante que un gaucho al galope, alzado el poncho, con la tercerola apoyada en el muslo y en actitud oblicua.

Después de un largo parlamento con el oficial que comandaba el campamento, y gracias a mis cartas de recomendación, se nos autorizó a seguir nuestro camino. Me extrañó ver que fuerzas tan poco imponentes impusieran tanto miedo a los brasileños. Habían apenas doscientos milicianos orientales que vivían en el campo, acampando ya en un lugar, ya en otro, ¡y este puñado de soldados tenía en jaque a más de cinco mil hombres de las tropas de línea brasileñas!

Llegamos a un camino y proseguimos nuestro viaje siempre a través de la llanura. Cerca de las nueve percibimos a lo lejos un bosquecillo; nos fuimos acercando e hicimos alto en sus proximidades, dentro de una *estancia*[8] (establecimiento donde se crían animales), de la que formaba parte, con intención de permanecer hasta la noche, conforme a la costumbre de tal clase de viajes. Fui a visitar a los habitantes de la hacienda, quienes me recibieron con suma amabilidad. Les requerí permiso para recorrer el monte de naranjos y durazneros que rodeaba la casa. Me lo acordaron sin dificultad y maté varios pájaros interesantes; entre otros, el cardenal americano[9], lo que me granjeó los reproches del propietario que, desde hacía mucho tiempo, veía a los mismos casales anidar anualmente en su huerto. También maté varias perdices o tinamus, cosa que no desagradó a los compañeros de viaje encargados de la cocina.

Partimos a las tres, marchamos por los llanos hasta las diez e hicimos alto junto a un pantano fangoso, donde, cual nuevos tántalos, no pudimos durante toda la noche saciar la sed que nos devoraba.

---

6 El *lazo* es una trenza de cuero sin curtir, de doce a diez y ocho metros de longitud, uno de cuyos extremos se ata a la montura, mientras que el otro tiene un anillo de hierro que sirve para hacer el nudo corredizo. Describiré con mayor extensión esta temible arma, haciendo conocer sus aplicaciones.

7 Dos o tres bolas unidas a un eje común mediante otras tantas correas de más de un metro de largo, que se usan para detener a los caballos en plena carrera, derribándolos.

8 La palabra *estancia* significa propiamente un lugar de descanso o una casa de campo; pero en el país designa solamente un establecimiento en que se cría ganado, y el director del establecimiento se llama *estanciero*.

9 *Oxia cucullata*, Lath., subgénero *Paroare*, Lesson.

12 de enero

El 12 nos alejamos sin pesar, al amanecer, de un lugar que sólo nos deparara privaciones. Nos encontramos en una llanura perfectamente lisa, donde nada interrumpía la mirada; solamente a las ocho comenzamos a distinguir en el horizonte puntos a los que un extraordinario espejismo daba el aspecto de torres o monumentos elevados; pero tales puntos cambiaban de ubicación e incluso desaparecían por momentos. Pensamos entonces que no podían señalar una ciudad, y poco después los identificamos con tropas de caballos, de los que los primeros, agrandados por la ilusión, nos había parecido que corrían al borde del agua. Aquellas innumerables tropillas libres por el campo nos anunciaban la proximidad de un lugar habitado y no tardamos, en efecto, en divisar los campanarios de Canelones[10], una de las ciudades de la región. Era por entonces capital de la provincia y sede del gobernador. Pronto llegamos y la hubiéramos tomado a lo sumo por un villorrio, por cierto bastante extenso pero de triste apariencia. Cada casa está dotada de un gran recinto o *corral*, al que se introducen los caballos para enlazarlos con mayor facilidad. Estas casas están hechas de tierra y constan de una sola planta, seguramente por temor al pampero. Están cubiertas de tejas o juncos. Todos nosotros nos hicimos lenguas de la pobreza de la ciudad.

Hubo que visitar al gobernador, que nos obligó a sacar nuevos pasaportes para Buenos Aires, pero que fue lo suficientemente amable para no retenernos más que dos horas. En aquel tiempo, Canelones estaba desprovista de todo. No pudimos obtener pan ni bizcochos, lo que nos pareció muy extraño. Aún era demasiado bisoño para no hacer semejante observación, pero más tarde, ya acostumbrado a no encontrar en ningún lado, durante meses enteros, este alimento de los pueblos civilizados, terminé por encontrar muy natural comer sólo carne, que por otra parte constituía el único alimento del país. Todos los productos extranjeros tenían un precio excesivo, pues el bloqueo de Montevideo sólo permitía que llegaran de Buenos Aires por tierra, pero no ocurría la misma cosa con la producción local porque compramos caballos a cinco o seis francos por cabeza y los revendimos en Las Vacas con más del ciento por ciento de utilidad, después de haberlos hecho andar ochenta leguas.

A la salida de Canelones, el terreno sigue llano por un trecho y luego se ondula de golpe, en colinas de poca elevación, y cuatro leguas más lejos unos árboles que divisamos en el horizonte nos advirtieron de la cercanía de un

10 *Los grandes canales*, nombre asignado a esta localidad por los dos brazos de río que pasan junto a ella para luego unirse al río *Santa Lucía*.

curso de agua. En efecto, pronto tuvimos que cruzar un riachuelo denominado Canelón Chico, casi seco entonces, y a una media legua de allá cruzamos el otro llamado Canelón Grande, por oposición al primero, a cuya orilla hicimos alto. Es de notar que en la zona sur de la provincia oriental del Plata ya no se encuentran aquellos inmensos bosques que cubren los territorios situados en el grado 26°. Por el contrario, el suelo está desnudo, con algunos árboles que se agrupan a orillas de los arroyos o riachuelos.

El *Canelón Grande* es bastante ancho y da la impresión de tener un curso rápido en la estación de las lluvias; pero sus aguas estaban muy bajas y sólo a intervalos tenían remansos de alguna profundidad, en los que pesqué hermosas especies de cirenas[11], unios y anodontes[12]. Los *convolvulus*, bastante numerosos, que cubren las porciones húmedas de la ribera, me ofrecieron lindas especies de insectos, sobre todo cálidos de bello azul metálico. Los árboles de la orilla mostraban, de trecho en trecho, colgados de sus ramas, los gruesos nidos del ingenioso anumbí[13] que, en su inquietud y precipitación, hacíamos oír a ratos su canto acompasado, verdadera parodia del de su vecino, el hornero, no menos ingenioso y cuyas gamas cromáticas, ejecutadas por el macho y repetidas simultáneamente, una tercera más alto, por la hembra, llenaban el contorno, contrastando con los agudos gritos de las urracas[14] y de los cucos *guira cántara*, cuyas bandadas viajeras cambiaban de sitio cien veces por hora; en tanto que el silencioso pero brillante cardenal americano desplegaba el rojo fulgurante de su cabeza, en oposición al gris pizarra del resto de su cuerpo.

Reanudamos la marcha a las cuatro, como de costumbre, y al anochecer divisamos los árboles que bordean la orilla del *Santa Lucía;* pronto lo alcanzamos y atravesamos la localidad del mismo nombre que parece ser de las más pobres. Sus casas son de tierra, casi todas cubiertas de paja. La vista de este pueblo me recordó la historia de un español que había conocido en Montevideo. Hecho prisionero con muchos compatriotas en la primera guerra de independencia, época durante la cual la palabra español causaba horror en el país, el infeliz iba a ser degollado por orden de un enemigo bárbaro, junto con todos sus compañeros. Todos lo fueron, en efecto; pero un rosario que tenía al cuello desvió el hierro homicida y nuestro personaje, dejado por muerto en el sitio, en medio de los cadáveres y la sangre, volvió en sí, a la noche, aunque gravemente herido, y

11 Especie nueva que describiré entre los numerosos moluscos nuevos.
12 Especies nuevas.
13 *Anabates, Furnarius Anumbi*, Vieillot.
14 *Psittacus marinus*.

recibió, en un rancho cercano, una hospitalidad que lo volvió a la vida. Refirióme el infortunado que luego vio varias veces a su juez y verdugos sin poder evitar un escalofrío involuntario, al recordar el peligro que había corrido.

Dejamos la localidad y llegamos al río, un poco salido de cauce por entonces, bastante ancho y cuyas aguas corrían muy rápidamente.

Los bueyes entraron pero, al llegar al medio del lecho, perdieron pie. La corriente empezó a arrastrarlos junto con las carretas, en las que viajaban las mujeres de dos de mis compañeros, que daban gritos de terror. Ya el agua los rodeaba por todas partes. Felizmente, el conductor, que montaba a caballo, logró sacar a los bueyes del mal paso, tanto más temible cuanto que pocos de nosotros sabíamos nadar. En la mayor parte de América no se han construido aún puentes sobre los ríos; de manera que por lo general se los vadea cuando están bajos y, cuando se hallan crecidos por efecto de lluvias abundantes, se espera para cruzarlos que bajen las aguas o se los atraviesa en un cuero de buey, en la forma que más adelante habré de describir.

Las riberas del *Río de Santa Lucía* están arboladas en una extensión relativamente grande, lo que explica sus frecuentes desbordes, de donde proviene que se mencione siempre en la provincia *el monte de Santa Lucía*. Al salir del río nos tomó la noche y fuimos agradablemente sorprendidos por la gran cantidad de vampiros o luciérnagas que revoloteaban en todas direcciones y cuyo instantáneo fanal, encendido y apagado sin cesar, a voluntad del insecto, dibuja un horizonte luminoso y movible que sólo atino a comparar con el efecto producido por aquella multitud de cuerpos fosforescentes que brillan sobre el mar, en el trópico, cuando el tiempo está en calma. Esa nube titilante cubría una franja de un cuarto de legua, junto al río o por tierras más bajas y un poco pantanosas, favorables al género de vida de los animales que lo componen, y que más tarde fueron reemplazados por algunas luciérnagas, de vuelo más alto y veloz. Este espectáculo variado nos acompañó hasta cerca de un arroyito, donde acampamos para pasar el resto de la noche; carecía de árboles y sus aguas eran tan barrosas que no las pudimos beber.

13 de enero

Al día siguiente no encontramos ninguna vivienda por el camino. Aquella hermosa campaña estaba completamente desierta; aquel hermoso prado natural se hallaba entonces sin animales, y esqueletos o restos de osamentas, dispersos acá y allá, constituían el único testimonio de que existieron en la región con anterioridad a las últimas guerras con los portugueses. Al parecer, en aquel entonces cubrían, en efecto, la tierra; y muchas personas dignas de fe me dijeron en Montevideo que, entre 1810 y 1820, para atravesar sin riesgos la Banda Oriental, era preci-

so echar del camino a los innumerables rebaños de toros salvajes que, celosos de sus derechos de dominio, a veces disputaban el paso a los viajeros. Pero solamente alcanzamos a encontrar unas tropillas de ciervos y numerosas familias de ñandúes o avestruces americanos, a los que no intimidaba nuestra proximidad, sin duda acostumbrados a que no se les molestara en el desierto. Es de lamentar que una provincia que sus numerosos puertos sobre el Plata harían la más rica del mundo, por poco que fuera cultivada o solamente poblada por pastores, siga absolutamente despoblada por efecto de las guerras con los portugueses y de la poca estabilidad de sus nuevos gobiernos, símbolos perpetuos de discordia y anarquía.

A la tarde llegamos a un sitio bastante singular, desde el punto de vista geológico: la llanura aparecía cubierta de bloques graníticos, aislados, emergiendo de la hierba, sin seguir un rumbo dado, los que aunque pertenezcan a un mismo sistema de formación no parecen formar parte de una misma masa; presentan más bien el aspecto de rocas golpeadas y quizás también arrastradas mucho tiempo por las aguas, pues todas sus aristas están erosionadas, todos sus lados presentan superficies redondeadas y, hundidas por varias partes, mantienen unos arbustos entre sus grietas. Me hicieron recordar a las que Humboldt encontrara en las cercanías del lago de Valencia o Tacarigua[15], cerca de Caracas, en Colombia, y a orillas del Orinoco[16]. Es muy notable encontrar en todo nuestro globo los mismos fenómenos y el mismo aspecto cada vez que existe identidad en la composición del suelo y en las condiciones locales. Cuando la noche nos ocultó los accidentes del terreno, aquellos arbustos que sobresalían de los bloques de granito producían un efecto muy salvaje e inspiraban miedo a las mujeres de nuestros compañeros de viaje, que a cada momento creían ver jinetes o cualquier otra cosa terrorífica. Tales fantasmas desaparecieron al fin y la vasta llanura volvió a mostrarse ya sin ningún camino trazado, por lo que nuestros guías se detuvieron más de diez veces para buscar huellas conocidas en los lugares donde se desorientaban.

14 de enero

El 14 partimos muy temprano, siempre atravesando la hermosa llanura ondulada que caracteriza a aquella región. A las ocho vimos unos árboles a la distancia, lo que nos alegró. Esa arboleda bordeaba un brazo del río *San José*, que cruzamos, y seguimos teniendo bosques a la vista, hasta el río propiamente dicho, que también atravesamos más tarde, aunque con mucha dificultad, porque estaba muy crecido. Este río corre rápidamente entre árboles y espinos; más lejos confluye con el

15 *Viaje a las Regiones Equinocciales*; t. V. p. 160.
16 Ibíd., tom. VIII, p. 327.

Santa Lucía, del que es uno de los más grandes afluentes. Apenas cruzado el río, vimos a lo lejos el poblado de *San José*, situado en una pequeña eminencia. Pasamos a su lado y fuimos a detenernos al otro extremo, cerca de un arroyo agradablemente sombreado por sauces de gran altura, cuyo elegante follaje, muy semejante al del sauce llorón, sombreaba las aguas con sus ramas verdeantes.

Nuestras provisiones empezaban a disminuir y se hacía sentir la necesidad de renovarlas, por lo que convinimos que se mandaría a comprar, en San José, lo que nos hiciera falta. Pero el resultado de la gestión no compensó nuestra espera. En San José no había pan ni carne. Para obtenerlos había que esperar uno o dos días. Por fuerza hubimos de tomar partido y cada cual se dedicó a lo que satisficiera sus gustos. Estos se paseaban, mirando sin ver nada; aquellos cazaban o dormían para olvidarlo todo; y los demás maldecían a los pobres naturales, tratándolos de salvajes. Por mi parte, ateniéndome al viejo proverbio, según el cual no hay mal que por bien no venga, estaba encantado de un contratiempo que me permitía hacer en la vecindad abundante cosecha. Las conchas fluviales tuvieron preferencia al comienzo, debido a la proximidad del arroyo. Encontré ejemplares de la misma especie que los recogidos cerca del Cerro de Montevideo. Busqué luego las especies terrestres, pero sólo encontré una. La caza de insectos sustituyó a la de conchas; fue muy fructífera y me maravilló sobre todo un hermoso espécimen de escarabajo[17]. También quise ir a San José: es un villorrio muy pobre, la mayor parte de cuyas casas están techadas con juncos. La iglesia se halla a tono con lo demás. Sin embargo, San José conserva el recuerdo de la famosa batalla ganada en sus alrededores a los españoles, en 1811, por don José Artigas, uno de los jefes patriotas.

Al caer la noche, tomamos precauciones contra la posibilidad de un ataque. Nos hallábamos a menos de medio cuarto de legua de San José y bastante cerca de un bosquecito de sauces, que ya he mencionado. Pasamos la noche tranquilos. Al día siguiente tuvimos que resignarnos a permanecer aún más tiempo, por no haber podido obtener las provisiones que esperábamos. Nos desquitamos con las perdices, torcazas y urracas, entre las cuales hicimos una horrible carnicería. Siempre teníamos en la mesa una caza deliciosa, prodigada a tal punto que se echaba en la sopa hasta una docena de tinamus (perdices). Al llegar la noche, que confiábamos pasar tan tranquilamente como la anterior, concebimos temores al ver rondar, a cierta distancia, dos jinetes armados. Adoptamos precauciones extraordinarias, las que no fueron inútiles, pues a

17 *Scaraboeus mentor*. Guér., Inc. du règne anim.

medianoche nuestro centinela vio acercarse a nuestro campamento unos hombres a caballo, que parecían tratar de sorprendernos, así que nos despertó a todos, sin dejar que se acercaran. Nuestra actitud se les impuso, con seguridad, porque tras unas preguntas a que respondieron, según la costumbre, diciendo que eran soldados de la patria y que no querían otra cosa que encender sus cigarros en el fuego, se retiraron profiriendo insultos. Quedamos alerta el resto de la noche y nuestros guías pudieron referirnos a sus anchas los diferentes robos cometidos en la misma ruta, desde que empezara el bloqueo que obligaba a atravesar la Banda Oriental a los que viajaban a Buenos Aires. Entre otros robos, se menciona uno a cuyos protagonistas pude conocer, que se cometió en forma bastante curiosa. Dos franceses y seis ingleses acampaban, tal como nosotros, en pleno campo y cenaban junto al fuego, cuando cinco hombres que se presentaron como soldados de la patria se les acercaron, pidiéndoles fuego para encender sus cigarros. Se les ofreció de comer, lo que aceptaron, y en el momento en que los viajeros estaban más desprevenidos, tres de ellos se encontraron maniatados detrás de las carretas y los demás tuvieron que dejarse atar también, para salvar la vida, después de lo cual los bandidos tomaron de las carretas todo lo que les vino en gana y se retiraron con su botín; quisieron incluso matar a uno de los franceses, que fue salvado por los insistentes ruegos de una dama montevideana.

16 de enero

El 16 pudimos por fin conseguir pan. Compramos un buey que se derribó a la manera del país; es decir que, después de haberlo enlazado por la cornamenta, en medio de la tropa, y de haberlo llevado junto a nuestras carretas, se le volvió a enlazar por las patas; cayó y le hundieron un cuchillo en la garganta. Cuando un buey es muy bravo se lo desjarreta, cosa que hacen los gauchos con gran habilidad, sin apearse del caballo.

En general, todos los argentinos son buenos jinetes. La costumbre los hace diestros al punto de recoger del suelo una moneda, a todo galope; saben asimismo ocultarse en el flanco de sus cabalgaduras, de tal forma que a menudo, en lugar de un regimiento de caballería, sólo se ve una tropa de caballos; táctica que les permitió asegurarse la ventaja en las numerosas escaramuzas producidas durante las guerras de la Banda Oriental.

Dejamos finalmente San José, hacia las cuatro de la tarde, y cruzamos por tierras onduladas, cubiertas de esas rocas aisladas que ya he mencionado. Nuestro primer alto tuvo lugar cerca del arroyo Pavón, lleno de piedras y cuyas aguas rápidas caen en cascadas pequeñas, cavando estanques bastante hondos en que el agua es muy buena. El 17 por la mañana, antes de partir, fuimos

sorprendidos por la cantidad inmensa de perdices chicas, o tinamus, que cubrían el suelo. Otra especie de mayor talla[18] nos fastidiaba con su grito quejumbroso, que tiene un parecido notable con ciertas inflexiones del canto del mirlo. Esta especie se guarece entre los cardos, o alcauciles salvajes, de manera que resulta muy difícil capturarla. En cuanto a la pequeña, es tan común y tan fácil de atrapar que, en caso de necesidad, habríamos podido matarlas por centenares todos los días. Nuestros conductores mataban muchas con su picana, y nos mostraron cómo se capturan las que sirven al abundante aprovisionamiento de los mercados de Buenos Aires y Montevideo. Esta ave es muy estúpida, y en cuanto esconde la cabeza tras una mata de pasto cree hallarse a salvo. Los pobladores, para tomarlo, recorren la campaña a caballo, munidos de una larga pértiga, a cuya extremidad se ata un lacito, hecho con un canuto de pluma de avestruz. En cuanto el cazador ve una perdiz, da vueltas a su alrededor con grandes precauciones, aproximándose poco a poco hasta que la puede alcanzar con su percha y con un movimiento brusco hace pasar el lazo por el cuello del ave. Es raro que un hombre ejercitado yerre el golpe, por lo que toman así gran cantidad en un momento. La especie grande es cazada por medio de perros especialmente adiestrados al efecto.

17 de enero

Durante toda la jornada tuvimos a la vista, en medio de aquellas verdeantes llanuras, numerosas bandas de avestruces (ñandúes). Por desgracia sólo disponíamos de viejos carreteros y malos caballos, por lo que no nos hacíamos la ilusión de darles caza; pero al menos los quisimos perseguir, para observar cómo se escapan al advertir que son perseguidos. Se ponían a batir las alas, corriendo en zigzag; luego pasaban a un galope que pronto los ponía fuera de nuestro alcance. Encontramos un nido que sólo tenía veinticinco huevos, todos muy frescos y sin señales de incubación, pues la postura es más numerosa. Este encuentro constituía un considerable refuerzo para nuestras vituallas y con verdadero gusto nos comimos los enormes huevos. De una tropilla de avestruces jóvenes apenas pudimos capturar uno, que quisimos domesticar; lo que se hace muy simplemente, exponiendo al sol un pedazo de carne, cuyo olor atrae las moscas que el joven avestruz atrapa con extraordinaria destreza en cuanto se posan.

El campo mostraba siempre las mismas rocas aisladas. Nos detuvimos durante las horas de calor cerca de un arroyo, en el cual la forma que había tomado un bloque de granito atestiguaba evidentemente una lucha obstinada con

18 *Crypturus rufescens*, Lich., y *Tinamus rufescens*, Temm.: *Inambu guazú*, de Azara.

las aguas, durante un lapso muy prolongado. Tenía aproximadamente el aspecto de un hongo achatado, es decir que su parte superior se había redondeado y ofrecía mayor anchura que la base, en tanto que las caras presentaban tal pulimento que se lo habría podido tomar por una obra de arte más bien que por una obra de la naturaleza. El arroyo vecino sólo nos ofreció de notable la gran cantidad de nidos de avispas que cubrían los zarzales e incluso algunas rocas. Dejamos el lugar a la hora de costumbre y fuimos a dormir junto al arroyo del Rosario, no lejos de una humilde cabaña, ubicada entre macizos de árboles que crecían en los huecos de las rocas.

Quisimos entrar en la cabaña *(rancho)*, pero estuvimos a punto de sofocarnos, sin distinguir nada, de entrada, debido a la espesa humareda que llenaba el interior. Después pude reconocer a dos hombres y dos mujeres, sentados sobre cabezas de buey cuyos cuernos servían de brazos a esos asientos de nuevo tipo, y agrupados en torno a un gran fuego que brillaba en medio de la habitación, en la que se dedicaban a asar un enorme trozo de carne. Espíritus pusilánimes habrían podido asustarse de semejantes huéspedes, pero ellos se levantaron de inmediato y, con extrema franqueza, pusieron todo lo que tenían a nuestra disposición. Las mujeres fueron en seguida a buscar leche y todos se precipitaron a ofrecernos lo que nos pudiera aliviar el cansancio del viaje. Una de las mujeres era de tinte casi bronceado, los pómulos un poco salientes y el rostro redondeado, signos cabales de la mezcla de sangre americana con europea. Esta vivienda era un puesto de *estancia* o, mejor dicho, una división de una de las inmensas haciendas donde se crían animales. La choza constaba de dos piecitas, de las cuales una servía a la vez, primeramente, como se ha visto, de cocina, luego de comedor e incluso de dormitorio, pues advertimos unos cueros vacunos, extendidos en el piso, en un rincón, y sobre los cuales sin duda la familia se reponía de las faenas diarias. Por todo ornamento, estaban colgados en las paredes unos lazos, bolas y monturas a la manera de la región. La segunda pieza se destinaba a recibir en depósito las pieles secas de los animales muertos para la comida. Los ocupantes de esta humilde morada eran un viejo aún vigoroso, muy dispuesto a referir todas las guerras de los patriotas contra los españoles e incluso las antiguas guerras con los indios, su hijo casado y su hija. Acostumbrada a esa miseria aparente que hería nuestra delicadeza, la familia parecía estar muy satisfecha; y, en efecto, ¿qué podría faltarles para ser felices, si se piensa bien? Su ganado les suministraba alimentación; la falta de pan no constituía para ellos una privación; sus prendas eran tan sencillas que se les hacía fácil reponerlas. ¿Podría haber, entonces, así como me lo repetía sin cesar el viejo, algo preferible al género de vida de esas buenas

gentes, alejadas de las revoluciones, e instaladas en los mismos lugares que desde su infancia se habían ofrecido a sus miradas?

El candor y la bondad de aquel patriarca americano me recordaban involuntariamente al buen viejo de Galese, tan bien descrito por Virgilio[19] y, sin tener precisamente un espíritu proclive a las ideas bucólicas, no podía menos que rendir un homenaje tácito al genio al que los cambios de tiempos, lugares y costumbres jamás sorprenden en falta, cuando su modelo ha sido la naturaleza.

A la mañana siguiente, cuando amanecía, mientras mis compañeros aún dormían, fui a recorrer los alrededores y a pescar, en el arroyo, conchas de agua dulce. Mi cosecha fue de las más ricas. Encontré cinco o seis especies de unio y anodontes, y experimentaba tal gusto en pescar esas conchas, aunque estaba con el agua hasta la cintura, que olvidé por completo la hora de la partida. Mis compañeros me buscaban con inquietud, creyéndome perdido, cuando sus gritos terminaron por llegar a mí. Cargado con mis riquezas, volví corriendo al campamento, en el que los bueyes habían sido atados hacía largo rato y todo el mundo mostraba impaciencia por partir.

El arroyo del Rosario se divide en dos brazos, poco alejados uno del otro, entre los cuales se encontraba la cabaña hospitalaria que nos había albergado la víspera. Al pasar el segundo de ambos brazos nos sorprendió encontrar una enorme cantidad inmensa de buitres urubú[20] posados sobre los árboles, a lo largo del camino, a los que casi tocábamos sin que dieran muestras de inquietud. No lejos del mismo lugar, en la llanura, los había por centenares, disputándose con encarnizamiento los restos del cadáver de un animal abandonado, en tanto que muchos otros planeaban en redondo, a gran altura. Sin dejar de cruzar hermosos llanos ondulados, siempre sembrados a intervalos de rocas solitarias, nos detuvimos por fin junto a un arroyo que, más lejos, desemboca en el río del Rosario, en un sitio donde aislados bloques de granito cobran mayor altura y un color más oscuro. Allá recogí muchas piezas de historia natural.

Dos viajeros como nosotros, dos compatriotas, se nos unieron en esa parada. Salidos de Montevideo seis días antes que nosotros, los desdichados, pintor el uno, sedicente geómetra el otro, se habían aventurado solos de San José a Las Vacas y, al no haber un camino trazado, con el geómetra indudablemente poco hecho a guiarse por el sol o las estrellas, tal como lo hace la gente de la

19 Geórgicas, IV.

20 *Cathartes urubu*. Vieillot.

región, se habían perdido por en llanura, en la que erraban desde hacía cuatro días, muriéndose de hambre y sed y reducidos a comer las hojas de un árbol que estuvo a punto de envenenarlos, cuando finalmente tuvieron la suerte de encontrar a un sirviente de una estancia que los condujo a su señor, por quien fueron recibidos con esa noble y franca hospitalidad que caracteriza a los habitantes radicados lejos de las ciudades, y que desaparece tan pronto como se reside cerca de ellas. El digno estanciero les facilitó gratuitamente una carreta y un servidor para transportar sus efectos, con los que viajaban cargados hasta entonces, y para llevarlos a destino. No se demoraron en separarse de nosotros para proseguir su camino.

Poco más tarde, fuimos alcanzados por dos hombres y dos mujeres a caballo, cuya vestimenta nos permitió reconocer como hacendados o estancieros. Las mujeres estaban vestidas como todas las amazonas, es decir que llevaban un sombrero de hombre, adornado con hermosas plumas de avestruz, que les sentaba muy bien. Les ofrecimos vino o aguardiente; prefirieron este último licor y se pasaron el vaso de boca en boca, hasta vaciarlo. Se quedaron un rato con nosotros y luego nos dejaron. Al parecer, uno de los hombres no había podido resistir el placer de poseer una de mis pistolas a pistón, que había examinado largamente con una atención muy particular, pues después de su partida no volví a ver el arma.

Fuimos a bañarnos, lo que siempre hacía con la esperanza de pescar conchas fluviales. Habíamos dejado nuestras prendas al pie de una roca, en cuya vecindad no habíamos advertido la presencia de un enorme nido de avispas. El primero de nosotros que pretendió recobrar las suyas fue picado tan cruelmente que no sabíamos cómo rescatar las nuestras. Uno de los damnificados se sacrificó por los demás, pero sólo pudo librarse de esa plaga del desierto arrojando al agua el bulto con toda la ropa. La aventura terminó por causarnos mucha risa y tuvimos que reanudar la marcha todos mojados.

Proseguimos aproximadamente a las tres, siempre a través de la bella llanura; al llegar la noche encontramos un zorrino[21], animalito encantador, de piel negra ornada con dos líneas blancas, que levanta graciosamente su hermosa cola peluda. Sus movimientos eran graves y lentos y parecía domesticado. Uno de nosotros, que no había oído hablar nunca del animal, creyó que le sería fácil capturarlo; pero en el momento en que se creía a punto de hacerlo, el zorrino le hizo pagar, quizás algo cruelmente, el gusto que había sentido en

21 *Viverra mephitis*, Gmel., o espécimen próximo, pues este género es aún poco conocido, en cuanto a las especies que comprende.

observarlo, cubriéndolo de ese licor fétido cuyo olor se expande a más de una legua; y el desventurado cazador sólo encontró alivio despojándose de su ropa infectada.

A punto de llegar al término de nuestra primera etapa, probablemente parezcan de alguna utilidad unos detalles relativos a la forma de viajar por la región.

Nuestras carretas eran grandes, cubiertas de cuero de buey y munidas de ruedas sin herrajes. Tenían un tiro de seis bueyes y las conducía un gaucho a caballo, provisto de una larga pértiga armada de un aguijón. Tales carreteros, mal vestidos y de fisonomías algo equívocas, habrían parecido sospechosos en cualquier otra parte. A cada momento emiten la voz *vamos*, llamando a los bueyes por sus respectivos nombres. Esos gritos, unidos al ruido producido por el frotamiento de los ejes de madera, resonando a lo lejos, en el fondo de esas llanuras deshabitadas, sin que ningún eco los repitiera, inspiran un sentimiento de tristeza. Partíamos regularmente al despuntar el día; marchábamos hasta las diez u once; luego pararnos al lado de un arroyo o laguna. Se desataba los bueyes; se descansaba hasta las tres o cuatro de la tarde; luego se reanudaba la marcha hasta las diez u once. Entonces se volvía a desuncir hasta la mañana siguiente. A la noche nos acostábamos, sea en las carretas, sea debajo, y nuestros cocheros dormían en el suelo, sobre sus sillas de montar.

Están acostumbrados a una comida cuya preparación es de las más sencillas, resultando muy sabrosa. Cuando estábamos cerca de un arroyo arbolado, prendían una gran fogata. Una vez reducida la leña a un montón de brasas, le echaban encima un enorme pedazo de carne, cuya superficie pronto quedaba calcinada. Al considerarla suficientemente cocida la sacaban del brasero y, quitándole la parte quemada, comían la del medio, que era muy rica; pero, por lo general, esta forma de cocción les estaba vedada, pues en todos los campamentos donde no hubiera un arroyo con árboles, los cardos o alcauciles salvajes y la boñiga de vaca constituían los únicos combustibles de que podíamos disponer.

El 19 de enero, cruzando un campo de cardos, llegamos a un arroyito, cerca de una hacienda, donde aún comimos muchas perdices, de las cuales nos empezábamos a cansar.

Para mis compañeros ya era tiempo de que terminara el viaje, pues se estaban quejando en exceso por su extrema duración, que sólo era satisfactoria para mí, ya que diariamente me procuraba los medios de hacer nuevos descubrimientos. Sabía que al día siguiente llegaríamos a Las Vacas y lo que alegraba a los otros a mí me causaba tristeza.

Nos hallábamos bastante cerca de la *Colonia del Sacramento*, de la cual ya he hablado como una de las ciudades que en el mundo cambiaron de dueño más veces. En efecto, fundada en 1679 por los portugueses, después de una sangrienta batalla fue conquistada por los ejércitos españoles y por el valor de un jefe guaraní, Ignacio Amandau, en agosto de 1680; reintegrada a los portugueses, en cumplimiento del tratado de Badajoz, en 1683; evacuada por éstos, tras un prolongado sitio, en 1705; nuevamente devuelta a los portugueses en 1716, en virtud de un tratado suscrito con España en 1715. Soportó en 1737 un segundo sitio que se prolongó hasta 1751, época en que Portugal cedió por fin a España la *Colonia del Sacramento*, que fue pronto vuelta a entregar a los portugueses; sitiada en 1762 y tomada en el mismo año por los españoles. La ciudad, atacada en vano por los ingleses, en 1763, fue restituida a los portugueses, en 1764, por orden de España; volvió a los españoles en 1777, por efecto de una capitulación; fue atacada y capturada por los ingleses en 1807; devuelta por ellos a los españoles, en virtud de una capitulación; y finalmente retomada en 1817 por los portugueses, que no la entregaron a la República Oriental del Uruguay hasta 1828. Es bastante raro encontrar ejemplos de una ciudad que, en ciento cuarenta y nueve años, haya cambiado catorce veces de manos. Esta ciudad también ofrece en su historia un hecho bastante extraño. En 1733, una de las épocas en que la Colonia estaba en poder de los portugueses, se suscitó una cuestión relativa a los límites de la ciudad con el territorio circunvecino, siempre poseído por los españoles. Para zanjar la dificultad, que podría acarrear nuevos conflictos, el gobierno español resolvió que se emplazaría sobre las murallas de Colonia una pieza de veinticuatro, y que el lugar donde cayera una bala disparada por esa pieza determinaría el radio de las posesiones portuguesas en torno a la ciudad[22].

Al anochecer cruzamos el riacho de San Juan, en cuya embocadura Gaboto fundó, en 1526, un pequeño fortín, donde se le unió el único hombre que escapó de los charrúas, durante la segunda expedición de Solís. Hacía diez años que ese español, único de su nación, vivía con los indios que los primeros historiadores nos pintan como antropófagos, aunque creo que nunca lo fueron. Después de haber establecido su fortín, Gaboto envió con un bergantín a Juan Alvarez Ramón a que reconociera el curso del río Uruguay; pero ese oficial tuvo la desgracia de varar en un banco de arena, y al intentar el regreso por tierra al fuerte San Juan sufrió la suerte del malogrado Solís, cayendo como

22 Datos extraídos en parte de Funes, *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucumán*.

él bajo los golpes de los charrúas. Entonces Gaboto, dejando el fuerte a las órdenes de Diego García, partió a su vez para reconocer los cursos del Paraná y Paraguay. Durante su ausencia, su lugarteniente se hizo tan odioso a los charrúas que estos buscaron la forma de librarse de su yugo, y lograron sorprender dormidos a los españoles, masacrando a todos los que no tuvieron tiempo de refugiarse a bordo de las naves estacionadas junto a la desembocadura del río. Los vencedores recobraron la libre posesión de su territorio reconquistado, hasta 1555, cuando el capitán Juan de Romero con sólo veinte soldados trató de fundar la ciudad de San Juan; pero los charrúas, enemigos irreconciliables de los españoles y a quienes alarmaba la vecindad de hombres tan peligrosos, pusieron sitio a la ciudad naciente y la redujeron por hambre hasta el último extremo. Del Paraguay corrió a prestarle socorro el capitán Alonso Riquelme, que llegó sólo para salvar los restos miserables de una población agotada y se vio obligado a abandonar toda la colonia proyectada sobre este río.

El río San Juan sirve, por decirlo así, de límite entre las tierras primitivas de la provincia de la Banda Oriental y el comienzo de la arcilla calcárea endurecida, que forma todo el subsuelo de la cuenca propiamente dicha de las Pampas[23], del que más tarde tendré ocasión de hablar.

Nos detuvimos junto a una gran charca rodeada de juncos. A la noche, un individuo a caballo quiso acercarse a las carretas, pero el hombre de guardia le intimó a que se retirara, con un tono que no le dio lugar a insistir y se fue maldiciendo.

En marcha desde el amanecer, el 20 atravesamos llanuras completamente horizontales, y mucho más secas que las que habíamos visto los días precedentes.

20 de enero

El campo cambió de aspecto, cubriéndose de esa especie de acacia espinosa (*espinillo*)[24] de copa redonda, cuyas ramas entrecruzadas forman una trama difícil de romper, porque está erizada de espinas. Los anumbis y urracas suelen instalar sus enormes nidos en estos árboles, siendo raro encontrar uno libre de esos paquetes de espinas que los componen. Al cruzar los montes de espinos o espinillos, llegamos por fin a Las Vacas.

---

23 La palabra *Pampas*, que viene del *quechua* (idioma de los Incas), significa propiamente *plaza, terreno llano, gran llanura, sabana*, etc. Podrá sorprender que se encuentra el vocablo aplicado en un país tan distante de su fuente, pero debe advertirse que muchos quechuas poblaban Santiago del Estero, relativamente cerca de las Pampas, donde conservaron hasta el presente una jerga mezcla de quechua y castellano.

24 Esta especie cubre gran parte de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. Es propia de las tierras arcillosas. Es el *espino* de los chilenos, la *aroma* de los peruanos, etc., y una especie de *acacia* para los botánicos.

Este triste poblado está situado al borde de un arroyo que desagua en el Plata, cerca de la desembocadura del Uruguay. Se compone de barracas de tierra, mal construidas y techadas de juncos, señal de una profunda miseria, que no desmiente su aspecto interior. Tiene pocos habitantes y sólo encontramos bizcocho podrido.

Apenas llegados, nos ocupamos de los medios para pasar a Buenos Aires. Había entonces en Las Vacas varios patrones de barca, pero ninguno se atrevía a cerrar trato con nosotros por temor de ser capturado por los corsarios brasileños; temor, por lo demás, bastante justificado, ya que todo el día se habían oído cañonazos, que parecían provenir de la desembocadura del Uruguay. Finalmente, un patrón francés consintió en tomarnos e hicimos embarcar nuestros bagajes. La barca que habíamos alquilado no tenía puente y estaba completamente llena con nuestros efectos, de manera que carecíamos de sitio; pero hubo que encontrar el modo de acomodarnos de una forma u otra.

El patrón se negó a partir de día y no servían precisamente para tranquilizarle las detonaciones que se oían a ratos, ya que se sabía positivamente que diez o doce barquitos de guerra brasileños acababan de entrar en el Uruguay con el objeto de saquear sus márgenes. Esperó hasta las nueve y solamente entonces bajamos por el arroyito de Las Vacas hasta su desembocadura en el Plata. Una noche bastante oscura nos favorecía y teníamos buen viento. Pronto oímos un cañonazo, disparado sin duda por una de las embarcaciones ancladas cerca de la isla de Martín García, y cuyo ruido, expandido por el agua, en medio del silencio de la noche, atemorizó a nuestro grupo. Para el caso en que se viera perseguido, el patrón quería hacer naufragar su barca en los bancos de arena, medio de salvación que no nos sonreía más que la necesidad subsiguiente de ganar a nado las islas boscosas de las bocas del Paraná, cuyos únicos habitantes son jaguares, o tigres americanos.

1827
En el Plata

Por último, siempre inquietos y oyendo siempre cañonazos a intervalos, pasamos no lejos de la isla de Martín García, que por entonces servía de galera (presidio) y al mismo tiempo de prisión militar; lugar célebre en la historia de los primeros tiempos de la Conquista, por haber dado albergue durante un largo período a Zarata, después de haberse sustraído, en 1573, a la encarnizada persecución de los charrúas a quienes guiaba su gran jefe Sapican. Fue durante el embarque del comandante español, en el preciso momento en que alcanzaba a dejar la playa, que un indio charrúa, movido por el impulso caballeresco de las ideas de la época, se internó en el río con el agua hasta la cintura, para desafiar al español a medirse con él en combate singular; pero la respuesta

recibida por aquel valiente fue una bala que lo derribó muerto en el seno de las aguas. Aún se encuentra, en la misma tierra, en medio de las escenas más cruentas que los charrúas renovaban con excesiva frecuencia, un rasgo que atestigua, entre hombres que llamamos salvajes, la presencia de sentimientos elevados y generosos, que seguramente no estarían de más en las más civilizadas naciones de nuestra moderna Europa. En lo peor de una de las acciones más encarnizadas, un destacamento español fue rodeado por los indios. Los españoles luchaban desesperadamente cuando uno de ellos, Domingo Lares, a quien el enemigo le acababa de cortar un brazo, siguió combatiendo con el otro, pese a haber muerto ya todos sus compañeros, lo que inspiró tal respeto a los charrúas que, cesando la lucha, se echaron sobre él para desarmarlo y luego prodigarle los cuidados más delicados, hasta que se hubo curado del todo[25].

Un viento fresco nos empujaba sin cesar, favoreciéndonos tanto que pasamos sin haber sido vistos. Al alba, estábamos fuera de peligro, a la vista de Buenos Aires. A medida que nos acercábamos, cada uno de nosotros disfrutaba de su aspecto desbordante de vida y de la vista de los numerosos edificios públicos que dominaban la masa de las casas particulares. Buenos Aires se mostraba entonces en su aspecto más agradable. Una rada colmada de buques de guerra e infinidad de embarcaciones de todas clases; al borde del agua, incontables carretas; multitud de lavanderas cubriendo la playa y moteando de blanco la natural alfombra verde que se extiende a la distancia, hacia el norte, y parece terminar en un grupo de árboles; al sur, el bosque de mástiles correspondientes a mil barquichuelos que parecen estar en seco, en el arroyito de *La Boca*; y ante nosotros la ciudad de Buenos Aires, con su ringlera de casas ribereñas, que en conjunto, asentada horizontalmente en lo alto del acantilado, tiene el aire de una gran ciudad. En el medio se dibuja un fuerte, y no lejos, un edificio de estilo morisco, que contrasta con los numerosos campanarios o torres que erizan a todas las ciudades construidas por los españoles. Otra cosa me llamó la atención, y esta observación es aplicable a todas las ciudades americanas: es la diferencia de aspecto que generalmente las distingue de nuestras ciudades europeas. En éstas, las casas están siempre coronadas por multitud de chimeneas y tubos, dominando techos más o menos inclinados y de distintos colores; en América, por el contrario, el conjunto es más simple y elegante: es raro que una sola chimenea sobresalga de la techumbre, que siempre se construye en terraza *(azotea)* horizontal.

25 Funes, op. cit. t. 1°, págs. 217-220.

Para desembarcar nos acercamos todo lo posible a la costa, pero la playa es tan plana que al tocar fondo nos hallábamos a trescientos metros de la ribera. Fuimos rodeados por numerosas carretas de ruedas altas, cuyos conductores nos proponían ocuparlas para bajar a tierra. El patrón nos indujo a aceptar sin pérdida de tiempo esta única forma de desembarco. Hubo que acomodarse con esto e hicimos nuestra entrada triunfal en Buenos Aires.

Buenos Aires

De inmediato pensé en la descarga de mis baúles, que requirió varios trámites en la Aduana, Capitanía del Puerto y Cabildo. Obtuve lo deseado con bastante facilidad y volví a la playa a tomar una carreta para el acarreo de mis efectos; luego me dirigí al hotel, donde me encontré con multitud de franceses de todas las procedencias. Muchos oficiales de corsarios iban a comer.

Realicé varias visitas para entregar sendas cartas de recomendación. La acogida que se me dispensó en casa del Sr. de Mendeville fue de las más amables y se tuvo a bien hacerme conocer a las personas más recomendables de la ciudad y el país, entre las cuales he de señalar a los señores Roguin y Meyer, comerciantes, con quienes entablé relaciones frecuentes. La primera entrevista con el comerciante para quien tenía letras no fue muy tranquilizadora para la prosecución de mi viaje. El dinero de Buenos Aires era, entonces, papel moneda, que ya perdía más del cincuenta por ciento de su valor sobre el cambio de numerario, y además se me amenazó con liquidarme el importe de mis letras en moneda corriente del país, lo que hubiera reducido instantáneamente mis escasos recursos a la mitad de su valor efectivo. Quise hacer valer mis derechos y no se me respondió, porque la omisión de una sola palabra en mis letras debía reducirme al silencio y provocar todas esas argucias comerciales. Se hablaba de pesos (papel moneda) y no de *pesos fuertes*, como entonces se designaba a los pesos de plata.

Estas dificultades tuvieron funesta influencia en la economía ulterior de mi viaje. Proyectaba pasar luego a Chile, cruzando las pampas, pero el temor de carecer de fondos suficientes me limitó a conformarme con un viaje por los alrededores de Buenos Aires, a la espera de las letras procedentes de Francia, que apartaran los obstáculos financieros.

No tenía ideas firmes acerca del rumbo que daría a mis viajes por la República Argentina. No quería alejarme mucho, a fin de poder retomar, apenas resuelta la cuestión bancaria, el itinerario que me había trazado de antemano, y sin embargo no podía quedarme en Buenos Aires, donde no era retenido por ningún interés científico. Una conversación con Roguin disipó todas mis dudas. Este hombre ilustrado me describió con colores tan vivos la extrema va-

riedad de plantas y animales de la provincia de Corrientes, demostrándome la facilidad de regresar cuando quisiera, que juzgué de gran importancia científica visitar la región explorada por don Félix de Azara y estudiar, con su libro en mano, en su lar, infinidad de animales descritos por aquel concienzudo observador; animales de los que muchos aún no habían sido vistos por ningún otro, por lo que incluso pasaban por fabulosos entre los estudiosos. La idea me complacía tanto que rogué en seguida a Roguin que me reservara un pasaje en una goleta que expediría pocos días más tarde.

Sin dejar de hacer preparativos para este viaje que incluiría una prolongada navegación por uno de los mayores ríos conocidos, recorrí las cercanías de Buenos Aires para estudiarlas a la luz de la zoología. Mis primeras excursiones me llevaron a las orillas septentrionales del Plata. Recorrí esas hermosas alfombras verdes, tapizadas de plantas gramíneas, que ocupan el espacio comprendido entre los pequeños acantilados calcáreos de Buenos Aires y el propio río. Allá di caza, por varias lagunitas, a muchas especies de aves acuáticas y costaneras, entre los que advertí numerosos patos y chorlos[26], varias de los cuales se escondían entre los juncos y reemplazaban, en estas playas, a las becasinas europeas. El paseo me llevó insensiblemente más allá del antiguo convento de la *Recoleta*, donde el acantilado se aleja de la ribera y deja un espacio bastante extenso, plantado de sauces y cortado por muchas acequias de drenaje. Allá volví a ver parte de las aves que había encontrado en Montevideo y Maldonado, pero cambiando de objetivos me dediqué especialmente a la entomología y recogí gran cantidad de insectos, sacudiendo con una red adecuada los numerosos macizos de *convolvulus* que abundan en esos lugares; de tal modo obtuve bellos especímenes de cásidos y muchos carábicos bajo las cortezas, sobre todo de los géneros *brachinus*, *galerites*, etc. Mis correrías entomológicas me depararon el conocimiento de Lacordaire, hombre muy instruido en esta rama de las ciencias naturales. Luego tuve el gusto de hacer en su compañía mis excursiones científicas más agradables. En una de éstas nos dirigimos al sur, por los terrenos parcialmente inundados por las grandes mareas, que ocupan el espacio comprendido entre el final de los acantilados de Buenos Aires y un arroyo llamado La Boca o Barracas, adonde acude para descargar parte de las pequeñas embarcaciones que hacen cabotaje por el Paraná y Uruguay. Allí, entre viejos sauces, buscábamos carábicos bajo las cortezas, cuando oímos gruñidos de mamíferos carniceros que parecían partir del hueco de un árbol, y pronto

26 *Rhynchea Hilaria*, Mus. gal. de París; mucho tiempo antes, Azara los había descrito bajo el nombre de *chorlito*, con medio cuello blanco y el resto negruzco; t. IV, p. 285, n° 465.

reconocimos una comadreja hembra, que defendía con valor la boca de una cuevita en que se encontraba su familia. Entonces se trabó, entre el animal y yo, una lucha que sólo podía serme ventajosa. Sucumbió la pobre madre y quedé dueño de ella más nueve crías que constituían su camada. Se trataba de una de las primeras especies de mamíferos que encontraba, lo que me causó gran satisfacción, sin haberme podido librar, empero, de un sentimiento penoso que turbaba algo la alegría de mi encuentro. Tales excursiones, con demasiada frecuencia sangrientas, impuestas al natural viajero por necesidad científica, contra seres pacíficos que la naturaleza parecería abandonar sin defensa equiparable a la superioridad de las armas humanas, me hicieron sentir, más de una vez, algo que debe parecerse al remordimiento, y requieren de una especie de valor que jamás me ha faltado, pero que sólo la necesidad imperiosa puede inspirar y sostener.

Un domingo por la tarde fui al *Bajo*, paseo público de Buenos Aires, situado en la orilla del Río de la Plata y plantado de esos ombúes que ya he mencionado; árboles pequeños, achaparrados y de aspecto triste, están dispuestos en doble hilera cuyos intervalos ocupan bancos groseramente construidos en mampostería. Aquél es todas las tardes lugar de reunión ordinario de gran número de habitantes, por lo que pude formarme una idea muy favorable de la población de Buenos Aires, aunque me pareció encontrar muchos más extranjeros que nativos. El paseo da a la rada en la que fondean, en tiempo de paz, numerosos barcos mercantes. En una zona donde el elegante álamo crece tan fácilmente, extraña no verlo reemplazar a aquellos tristes ombúes.

Uno de los primeros días de febrero fui testigo de una gran fiesta pública. Por la tarde, la música militar recorría las calles, provista de grandes faroles; se detenía en cada *esquina*, ejecutaba la canción nacional y luego los curiosos, que la escoltaban en gran número, gritaban: *¡Viva el general Brown! ¡Viva la patria!* Esta alegría había sido motivada por la captura de quince a veinte barquitos de guerra brasileños que se habían internado por el Uruguay para saquear los poblados ribereños, pero el general Brown habíales cortado la retirada en el momento en que bajaban de vuelta por el río a fin de unirse a su escuadra, y se había apoderado de todos los que no fueron incendiados. Eran precisamente las embarcaciones que habíamos eludido en el Uruguay, durante el cruce de Las Vacas a Buenos Aires.

Me propongo remitir los detalles concernientes a Buenos Aires para otra oportunidad, en que nuevas luces me permitan describirla mejor, pero creo indispensable dar a conocer en pocas palabras la situación política y comercial imperante en mi primera estadía. Bloqueada hacía unos meses por los brasile-

ños, Buenos Aires había sufrido la interrupción de su comercio exterior, pero la gran cantidad de mercaderías almacenadas en los negocios circulaba mucho mejor porque la suspensión de las importaciones superabundantes permitía una salida más rápida de las reservas acumuladas con anterioridad al bloqueo; todos los comerciantes estaban, pues, contentos. Tan sólo los propietarios se quejaban por falta de compradores para sus carnes saladas y cueros, si bien los consolaba la esperanza en el fin próximo de la guerra, y postergaban para tal época la explotación de los ingentes rebaños que cubrían sus hermosos llanos.

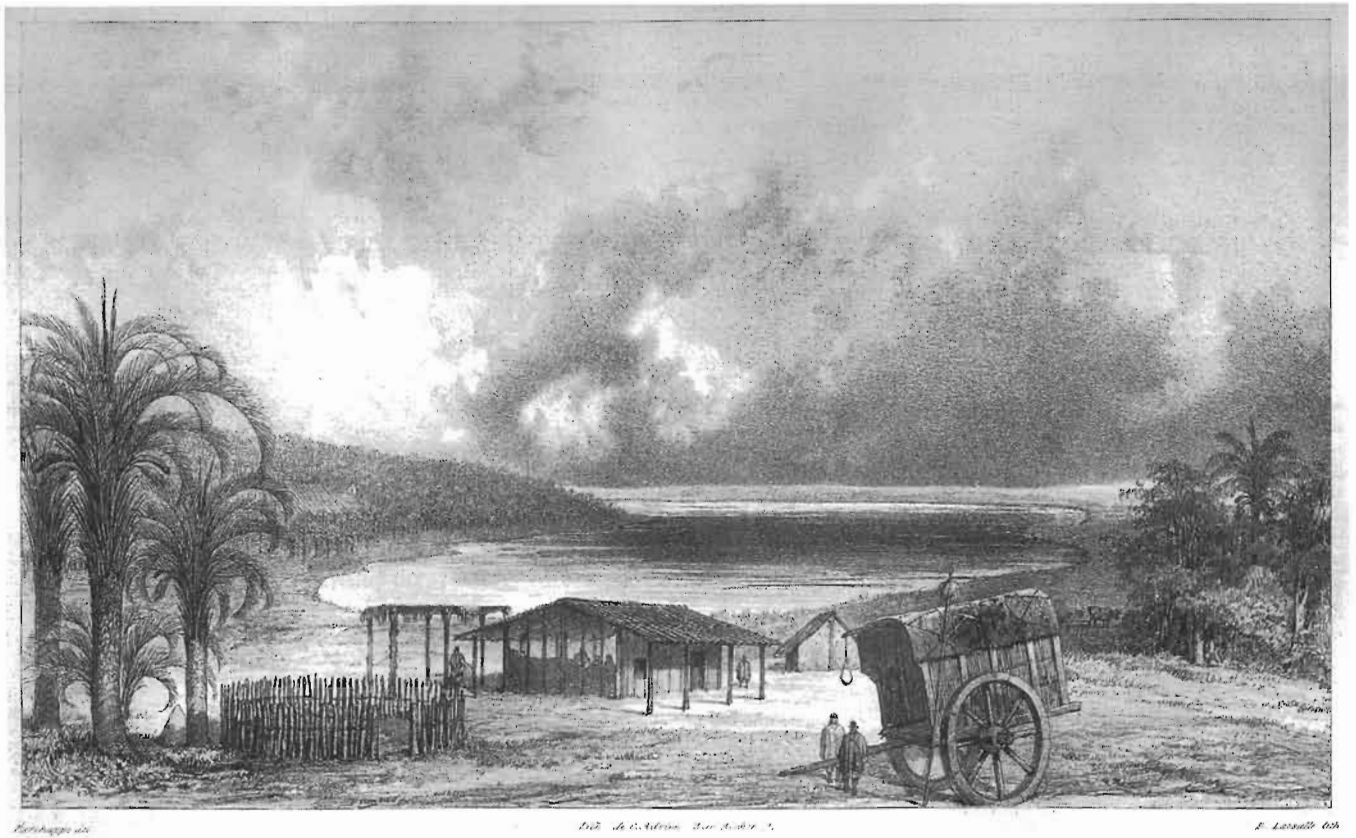
Aunque prematuro para el grado actual de civilización de la población, el gobierno de Rivadavia era tolerado porque todos los pensamientos estaban absorbidos por la guerra, hecha ya nacional, que la Banda Oriental hacía a los brasileños. Rivadavia quería hacer que las ciencias florecieran en Buenos Aires; al efecto se había procurado, mediante cuantiosas erogaciones, una hermosa colección de instrumentos de física y un laboratorio químico, y había hecho venir de Italia y Francia a hombres instruidos que enseñarían las diversas ramas de las ciencias. El desarrollo ulterior de los acontecimientos mueve a suponer que la generación actual habría cambiado totalmente el aspecto de las cosas en la República si su gobierno hubiera podido asentarse o pasar gradualmente de la servidumbre establecida por los españoles al régimen de libertad ilustrada que Rivadavia le ofrecía; por desgracia, un tránsito demasiado brusco de una a otra debía inspirar temores que se justificaron muy pronto. Aquellas innovaciones no habían tenido lugar solamente entre las ciencias, sino incluso en todos los ramos de la administración, en la que gran número de extranjeros había venido a llenar los puestos subalternos y también a encaminar en el desempeño de sus funciones a los jefes de diversos departamentos; pero atento al carácter algo ligero de los nativos, era difícil que empleados hechos a las leyes y viejas rutinas españolas adoptasen de primera intención un método nuevo, que acaso ni siquiera quisiesen comprender.

Los gastos extraordinarios realizados desde el comienzo de las guerras de la independencia habían reducido los recursos del Estado. La nueva guerra con Brasil implicó, a su vez, gastos enormes. Se había debido reparar la negligencia del gobierno precedente; efectuar con precipitación una leva que excedía las fuerzas de la sola provincia de Buenos Aires, y armarla a costa de grandes erogaciones; todo ello en una época en que la presencia del enemigo privaba a la ciudad de los derechos aduaneros, su única fuente de ingresos, lo que obligó al presidente Rivadavia a adoptar con urgencia indispensable, por cierto, pero llamada a acarrear los mayores males: fue la emisión de papel moneda que, lejos de sostenerse a la par de la plata, como tal vez lo esperase Rivadavia,

cayó poco a poco y, ya reducido al cincuenta por ciento de su valor primitivo, seguía bajando todos los días y amenazaba ya con una ruina completa.

La inmigración de extranjeros, iniciada en 1825 por orden de Rivadavia, aún imponía dispendios de consideración al gobierno, forzado a alimentar durante meses enteros a emigrados que no le reportaban ningún beneficio y cuya mayor parte se evadía antes de haber empezado a reembolsar los gastos hechos en su favor; sin que por ello merecieran todo el castigo que por esa indudable falta parecería corresponderles, ya que el mismo gobierno, en vez de darle el trabajo prometido, los enrolaba en el ejército o en barcos del Estado. ¿He de decir por qué medios? Con frecuencia, fuerzas policiales requisaban de noche una calle o bien un café, apoderándose de todos los que se encontraban, extranjeros especialmente, excepto los ingleses, que sabían hacer valer su tratado; así, los llevaban a la cárcel al día siguiente o la misma noche, y los regimentaban o arrastraban a bordo de algún navío de guerra. Semejante medida indisponía a todo el mundo, sobre todo a los extranjeros, y producía temor a salir de noche, tanto más cuanto que respetables vecinos de la ciudad habían sido capturados de ese modo y sólo a costa de trabajosas gestiones se los había podido libertar. Era tan grande el terror entre las gentes del campo que ya no acudían a la ciudad, temiendo la *presa*, amén de la antipatía por el mar, común a todos los hombres acostumbrados al caballo.

Todos mis preparativos para el viaje proyectado estaban concluidos. El 14 de febrero hice cargar mis efectos en una carreta y fui a embarcarme a *La Boca*, donde se me esperaba para zarpar.



Vista de un bosque de palmeras yatais.

CAPÍTULO V

Viaje por el Paraná, de Buenos Aires a Corrientes

Levamos anclas sin demora para aprovechar un viento bastante favorable y costeamos Buenos Aires, teniendo a la vista toda la ciudad y la animada orilla del Plata. Pronto pasamos ante los bosques de sauces que adornan la ribera hasta la proximidad de *San Isidro*, al oeste de Buenos Aires, donde se observan los campos más lindos de los alrededores; pero no pudimos gozar de su vista porque el gran número de islas de la desembocadura del Paraná[1] los ocultaban a nuestras miradas. A eso de las tres llegamos a uno de los numerosos brazos del Paraná, denominado *Paraná de las Palmas*, nombre tomado de algunas de esas hermosas plantas que ornan el interior de esa zona.

1827
Paraná
14 de febrero

Antes de unirse al Uruguay, el Paraná se divide en varios canales tortuosos, de los cuales sólo se frecuentan los mayores. En medio de esos canales hay uno mucho más ancho que los demás, y el más septentrional, que desemboca en el Plata. Es el Paraná Guazú (el gran Paraná), por el que pasan todos los buques grandes, por ser el más profundo. Alcanza la desembocadura del Uruguay, lo que obliga a las naves que se dirigen a una u otra orilla a pasar frente a la isla granítica de Martín García, que presenta un grado de

1 La palabra *Paraná*, en idioma guaraní, significa *gran río* y sin duda es un deminutivo de para, mar. Este vocablo se encuentra en la forma algo corrompida de *parava*, en los idiomas maypura y tamanaca, que, tal como lo prueban muchas otras analogías que habré de citar, no son otra cosa que dialectos del guaraní, lo que refuerza mis afirmaciones de capítulo II.

mayor elevación con respecto al grupo de islas bajas, a menudo inundadas, que separan las distintas bocas del Paraná. El canal más transitado, y el más meridional, es el río de las Palmas, frente a cuya entrada nos hallábamos. Su curso tiene bastante hondura; pero el gran número de bancos de arena situados en su desembocadura, impide por lo general la entrada de los barcos, que prefieren pasar por el Guazú. Entre estos dos canales principales figura un tercero, llamado *Paraná-miní* (pequeño Paraná), igualmente apto para la navegación. Todas las islas que separan el Paraná de las Palmas del Paraná Guazú, son bajas y libradas a frecuentes inundaciones, por lo que están cubiertas de plantas pantanosas y algunos árboles que favorecen la humedad. Son los *ceibos*[2], de los cuales más tarde tendré ocasión de hablar. Entre el Paraná de las Palmas y los acantilados de San Isidro o del *Tigre* se extiende gran número de islas más elevadas que las primeras, cubiertas de montes de durazneros o naranjos, entre las cuales corren muchos canales denominados *caracoles*, debido a los innumerables meandros que describen, hasta San Isidro o al poblado de *Las Conchas*. Durante la guerra con el Brasil pasaban por allá todos los barquichuelos, a fin de escapar a los piratas que recorrían entonces todo el curso del Plata y sus afluentes.

Estábamos en la temporada de los duraznos. Todas las islas que teníamos a la izquierda estaban cubiertas de durazneros y naranjos, y allí, diariamente, infinidad de canoas, remontando ese dédalo de arroyuelos que se ramifican desde la orilla al centro de las islas, acuden a cargarse de fruta que luego van a vender en Buenos Aires. A mi pedido, el patrón de nuestra goleta se decidió a parar para mandarme hacer provisión de las frutas que veíamos por todas partes. Me embarqué en el bote y entramos en un arroyito que remontamos durante un rato; luego bajé a tierra. Quedé encantado por el aspecto del lugar. Todo respiraba abundancia. Había por todas partes durazneros con frutos color rosa tierno y naranjos de hojas siempre verdes, cuyas manzanas de oro invitaban a recogerlas. La elegante palmera enriquecía con el lujo de su vegetación a ese cuadro ya tan variado, donde los largos pámpanos rojos del ceibo se abrazaban al ligero follaje del bambú, como para destacar aún más su fulgor, y admirábamos despreocupadamente todo esto, sin cuidarnos de las espinas que nos desgarraban sin piedad a cada paso, por lo ocupados que estábamos en nuestra recolección que en breve tiempo llenó el bote de duraznos, cuyo perfume embalsamaba los aires a distancia. Difícil sería hacerse una idea de la rapidez con que se multiplicaron los durazneros y naranjos en esa localidad, y

2 Es el *Erythrina Crista-galli*, Lin., o una especie muy próxima.

ello sin el menor cultivo. Para los habitantes de Buenos Aires constituyen el objeto de un importante comercio, pese a que las naranjas sean amargas, y anualmente, cuando maduran, familias enteras acuden a recolectarlas, cortarlas en trozos y exprimirles el jugo, que conservan en barriles para procurarse, en cualquier tiempo, una bebida refrescante, muy estimada en el país; el primitivo amargor del zumo toma con el tiempo un sabor ligeramente acidulado que no deja de ser aun agradable. Se ha dado también el caso de europeos que hicieron un negocio provechoso recolectando las flores, en su estación, para destilarlas y extraer agua de azahar; pero los nativos no explotaron esta rama de la industria. Otros extranjeros intentaron también aprovechar la inmensa cantidad de duraznos que se pierden cada año en las islas, extrayéndoles aguardiente por fermentación, y aunque lograron obtener un producto de excelente calidad, se vieron obligados a suspender el trabajo por falta de previsión o medios, o por efecto de las trabas que oponen a todas las explotaciones industriales que se emprenden en el país la carestía de la mano de obra y la pereza de los obreros. En el tiempo de la fruta, algunas familias pobres de Buenos Aires se conchaban para recoger y desecar los duraznos, a los que es muy afecta la población; pero es en el Perú y en las provincias de Mendoza, Córdoba, Tucumán y Salta donde más se entiende en esta preparación que se realiza en dos formas diferentes. Una consiste en cortar el fruto en rebanadas, alrededor del carozo, para desecarlo en seguida en rodajas y, una vez seco, enrollarlo de diversas maneras y hacer lo que se llama *orejones*, por la forma en que se enrrolla. Por el otro método, más simple, se deseca el fruto entero, con carozo, que recibe entonces la denominación de *pelones*. Estos frutos, junto con los higos y pasas de uva de las provincias de Mendoza y Córdoba, constituyen un apreciable objeto de comercio. Sólo se encuentran durazneros y naranjos en las islas altas y sobre todo en las próximas a Buenos Aires, porque son las únicas que no se inundan. Sin embargo, el señor Parchappe me manifestó haberlos visto en una isla del *Uruguay*[3], a cincuenta leguas de su desembocadura. Allí encontró también manzanos y suponía que tales árboles debían haber sido plantados por un grupo de carboneros que habían trabajado en aquella isla, varios años antes.

Los habitantes de la región no concuerdan acerca del origen de los árboles frutales que cubren las primeras islas del Paraná. Algunos atribuyen su plan-

3 El término *Uruguay* se compone de dos voces guaraníes: *uruguá*, caracol de agua, e y, agua; vulgarmente, *río de los caracoles*, nombre que proviene del gran número de estos invertebrados que pululan por sus costas. Es igual que *Piray*, de *pira* pez, y agua, río de los peces.

tación a los jesuitas; otros a los viajeros, cuyas embarcaciones se ven obligadas con frecuencia a detenerse en esos parajes; otros, finalmente, y tal es la versión más razonable, creen que su multiplicación se debe a los grupos de carboneros y traficantes en madera que pasan parte del año por las islas. Ninguna publicación señala en forma precisa la época en que aquellos montes se comenzaron a poblar con durazneros, pero, según las tradiciones verbales, creo poderla fijar a mediados del siglo XVIII, la del comienzo de su explotación.

El duraznero crece con extraordinaria rapidez en todas las zonas templadas de América. En Buenos Aires y sus cercanías se le emplea como madera para calefacción, y el primer cuidado de un hombre de campo es sembrarlos alrededor de su casa, ya que al tercer año le dan fruta y leña. Este árbol también crece al sur del río Salado; pero la violencia de los vientos le impide dar muchos frutos. A orillas del río Negro, a 46 grados de latitud, crece perfectamente; y observé bosques enteros de durazneros, a 27 grados, en los antiguos establecimientos de los jesuitas, donde los indios los habían plantado en sus jardines. En Chile son igualmente comunes, así como en todas las regiones templadas del Perú y Bolivia; pero no encontré que el durazno tenga la pulpa densa como en Europa ni que conserve el sabor que lo distingue en Francia, por ejemplo; lo que proviene sin duda de que los habitantes no sepan injertar sus árboles, por lo que los frutos son meros productos de la naturaleza, sin que el arte los mejore.

Las islas de la desembocadura del Paraná están pobladas de árboles peculiares, diferentes a los que se encuentran en el curso superior. Ya he descrito las islas bajas y parte de las que producen durazneros y naranjos; pero, independientemente de esta vegetación extraña, las islas poseen una indígena. Sus orillas o sus partes más bajas, más expuestas a las inundaciones, están cubiertas de sauces, que crecen bastante derechos y cuyo follaje verde tierno, graciosamente inclinado sobre el agua, adorna sus bordes. Por el contrario, en el interior no hay sauces; pero entre los durazneros y naranjos, más numerosos, crecen dos especies de laureles, distinguidas por los nombres de *Laurel-miní* (pequeño laurel), cuya corteza se aprovecha en la zona para curtir los cueros, y laurel blanco. Se encuentra también el ceibo, árbol muy espinoso, de mediana altura, que se cubre de hermosas flores púrpura y sería ornamento de nuestros bosquecillos más bellos. Su madera es blanda y sólo sirve para hacer escudillos y otros utensilios semejantes. Los nativos pretenden que su tronco es arañado con frecuencia por las garras de los jaguares, que lo buscan, en razón de su escasa dureza, para afilar sus armas, hecho que nunca pude verificar. Estos árboles se alzan y presentan en masa el aspecto de nuestras espesuras. A veces forman marañas tan tupidas que no se las puede trasponer sino hacha en mano.

En estos lugares, y algo más arriba en el Paraná, gran número de carboneros acude todos los años para hacer su provisión de carbón, llegando a ahumar el país a veinte leguas a la redonda. Su modo de fabricación es de los más viciosos, por lo que el producto resulta muy malo y se pierde mucha cantidad de madera, sin que por cierto la merma sea excesivamente considerable, ya que los bosques ocupan una gran extensión, y sin que los torpes explotadores se preocupen mayormente por el daño, porque las islas son de dominio público, de manera que cada cual puede disponer de la madera como le plazca. La leña que se lleva a Buenos Aires se denomina leña del monte, para diferenciarla de la leña de durazneros y sauces crecidos en las proximidades de la ciudad.

Vueltos al barco, que sólo esperaba nuestro regreso para aprovechar un buen viento sudeste, propicio para remontar el Paraná con velocidad, se desplegaron nuevamente las velas y seguimos navegando. El Paraná de las Palmas podría tener por allá doble anchura que el Sena frente a las Tullerías; el agua era profunda, revuelta y de color rojizo; la corriente muy rápida y las riberas bajas, sobre todo en la costa nordeste, donde muchas plantas acuáticas o ribereñas bordeaban las islas adornadas de ceibos, cuyas flores brillantes apenas dejaban ver unas hojas, contrastando con el fresco verdor del follaje circundante que formaba un césped alrededor. Este vergel natural, al que ya me he referido, nos acompañaba sin cesar y desplegaba a nuestra vista su floración embalsamada hasta las orillas, donde de rato en rato unas nutrias parecían estar al acecho, y desaparecían un instante para reaparecer con un pescado en el hocico. Sin embargo, la superficie del agua estaba surcada en todas direcciones por multitud de pequeñas golondrinas[4] para las que constituía fácil presa la gran cantidad de mosquitos que empezaban a nublar el aire, en tanto que innumerables bandadas del tropical *chopi*[5], cubrían los árboles con su color negro lustroso y hacían resonar ambas márgenes con su grito, fielmente expresado por el nombre que tienen en la región.

Este espectáculo variado me encantaba y entretenía sobremanera. Se trataba de mi primer viaje por aquellos ríos. Fui arrancado de mis reflexiones por el patrón que me llamaba la atención señalando a la izquierda, donde se levantaban distanciadas cruces de madera, cada una de las cuales señalaba, según me dijo, la sepultura de algún infeliz devorado por los jaguares, referencia que acompañó con el relato de varios episodios horrorosos. Deploré la suerte

4 Golondrina de cola cuadrada, de Azara.

5 *Icterus unicolor*, Spix pl. 64; *Chopi*, Azara.

de aquellos infortunados, víctimas ya de su imprudencia, ya de la necesidad de recorrer las islas, lo que me indujo involuntariamente a pensar en mi propia condición, teniendo en cuenta que durante mis excursiones el amor a la ciencia siempre me hacía confiar demasiado en las armas, sin impedirme penetrar solo, con excesiva despreocupación, en los bosques más tupidos. Pero semejantes pensamientos no podían ser duraderos, de modo que prontamente los relegué, para disfrutar de la frescura que el atardecer difunde por esos lugares, y observar lo más posible la forma de las islas que no dejábamos de bordear. Apenas se hubo puesto el sol cesó de pronto el viento y, obligados a detenernos, quedemos a merced de las picaduras de una nube de mosquitos que nos asaltaban por todas partes.

A la mañana siguiente me encontré, no sin extrañeza, envuelto en vapores que se levantaban del agua, tan espesos que me impedían divisar la costa, por más que nuestro barco estuviera amarrado a ella. Esos vapores, análogos a los que desprende un vaso en ebullición, eran perfectamente similares a las nubes acuosas que se detienen con frecuencia en las laderas de las montañas altas, y se mantenían aun después de haberse elevado el sol, rato hacía, sobre el horizonte. Atribuí el fenómeno a la diferencia existente entre las temperaturas del agua y el aire, la que no podía entonces apreciar con exactitud, pues carecía de termómetro; pero la sensación de calor que experimenté al meter la mano en el agua me quitó cualquier duda acerca del fenómeno, cuya explicación reside, a mi juicio, en la dirección general del Paraná que, al correr rápidamente de norte a sur, acarrea sin duda, de regiones más cálidas, una masa de agua naturalmente más caliente.

1827
Paraná

Apenas disipada la niebla reconocí que la isla en que habíamos atracado era, diría, sólo un llano dilatado, cubierto de grandes juncales y vegetación espinosa. Pese a tales obstáculos, bajé a tierra, pero no pude recoger otra cosa que unas plantas que embellecían ricos racimos de flores en forma de mariposas, de hermoso color rojo. Me puse a dibujarlas y luego echamos unas líneas, obteniendo en breve rato una pesca bastante satisfactoria. Pasamos toda la jornada al rayo del sol, en el puente de un barquito de cuarenta toneladas, a lo sumo, y en las más incómodas condiciones. A la tarde nos decidimos a hacernos a la vela con un viento muy tenue. Abandonamos la ribera de las islas para seguir la del continente, baja a aquella altura y compuesta de tierras inundadas. Pronto avistamos la costa propiamente dicha, las *Barrancas* arcilloso-calcáreas, análogas a las de Buenos Aires, cuyas cimas se mostraron coronadas por unas casas: *Zárate*, según se nos dijo, villorrio de aspecto mise-

rable. Navegamos parte de la noche y luego fondeamos, siempre entre las islas bajas, cubiertas de plantas espinosas. Al día siguiente seguíamos todavía anclados en el mismo sitio. La vista se perdía tristemente en un terreno uniformemente pantanoso y sólo se detenía con agrado en algunos ceibos. A la mañana se levó el ancla. Todavía costeamos lugares anegados, pero al atardecer un motivo muy singular nos obligó a hacer alto de nuevo. En casi toda América meridional, la población acostumbra incendiar los campos para quemar la paja seca, a fin de renovar los pastos que alimentan el ganado. Al parecer, se acababa de producir uno de esos incendios. Llamas y restos encendidos cubrían la ribera. Toda la orilla meridional estaba ardiendo. Altas llamaradas, un humo negro y denso que se arremolinaba, una impresionante crepitación, nubes de aves de rapiña planeando sobre el brasero para atrapar a los escasos animales que escapaban del desastre; todo esto ofrecía un espectáculo de destrucción que infundía en el ánimo un Sentimiento profundo de dolor y espanto. Tuvimos que parar por temor de que el fuego se propagara a bordo. Ya había encontrado rastros de un incendio semejante durante mi viaje a través de la Banda Oriental. El viento soplaba hacia la ribera, pero esperábamos que el fuego cesaría al alcanzarla, junto con el combustible que lo alimentaba, lo que sucedió, en efecto, por la noche, permitiéndonos reanudar el viaje.

17 de febrero

Durante la noche del 16 al 17 de febrero abandonamos el Paraná de las Palmas para tomar otro brazo del Paraná, denominado el *Baradero*, nombre originado en su escasa anchura, que ocasiona frecuentes varaduras a los barcos[6], accidente, por lo demás, poco temido por los marinos, en esos parajes, porque el fondo es fangoso y carente de peligros. Pasamos la noche cerca de los arroyitos que afluyen al riacho, llamados *del cuervo* y *del tigre*. Al amanecer ya habíamos remontado el Baradero a bastante altura. El aspecto de la ribera era poco matizado; no obstante, teníamos a la izquierda los mismos acantilados calcáreos que comienzan en Buenos Aires, coronados de tiempo en tiempo por establecimientos rurales, o estancias. Entre éstas y la ribera, un espacio más o menos amplio mostraba, junto a los acantilados, algunos árboles o por lo menos unas zarzas dispersas, y, cerca del agua, terrenos pantanosos, poblados de pájaros acuáticos. La margen derecha está constituida por islas bajas, expuestas a inundaciones, sobre las cuales unos ceibos aislados contrastaban con la uniformidad de esos prados naturales.

---

6 *Baradero*, del verbo castellano *varar*, encallar: lugar en que se encalla, donde se puede encallar.

Dos hermosas especies de cisnes, propias de la región, adornaban las lagunitas de la izquierda: la de la cabeza y cuello negros[7] y el pequeño cisne blanco[8]. Todos parecían mansos; apenas se dignaban apartarse a nuestro paso; lo mismo ocurría con gran número de patos de todas clases, que parecían hacerles la corte, nadando a su alrededor, en los lugares menos hondos. Innumerables bandadas de camichis moñudos[9], llamados *chajá* en el país, por imitar su grito, cubrían las partes circundantes en gran extensión y a intervalos nos aturdían con sus ruidosas explosiones, que pueden oírse fácilmente a gran distancia. Hicimos alto aproximadamente a las siete de la mañana, lo que aproveché para cazar. En un momento derribé varios cisnes y numerosos pájaros acuáticos; luego me dirigí hacia el pie del acantilado, donde me aguardaba otra clase de caza. Mientras unos ibis negros[10], que allá llaman cuervos, se encarnizaban en grupos sobre los jirones de unas osamentas de caballos muertos, haciendo en esa comarca las veces de las desagradables catartes de otros lugares, numerosas bandadas de torcaces y palomas cubrían las porciones de tierra seca buscando tranquilamente su alimento, y unos cardenales se pavoneaban en los arbustos que el bullicioso hornero animaba con sus cadencias siempre alegres.

Durante mi cacería, la gente de a bordo fue a comprar un novillo para la provisión del viaje, al poblado de Baradero, del cual nos hallábamos muy próximos y que toma su nombre del canal a cuya orilla está situado. Por largo rato sólo había pensado en cazar, y cuando me disponía a dirigirme hacia la localidad me anunció el patrón que era preciso partir para aprovechar un viento sur que soplaba con fuerza. Tuve pues que conformarme, por el momento, con saber sobre Baradero lo que cuentan los marineros, completado por lo que veía de la ribera. El poblado parecía compuesto por unas veinte o treinta casas miserables, cuyos moradores eran casi todos granjeros, y dos o tres pulperías, especie de tabernas donde se reúnen todos los ociosos y asesinos de la vecindad.

Una vez hechos a la vela, un viento fresco nos empujaba con fuerza; pasamos pues rápidamente cerca de los acantilados, que siempre seguían, y sobre los que se observaban de trecho en trecho casas y algunos árboles. Se cortan apenas para franquear el paso al riacho *Arrecifes* que, tras haber serpenteado largo trecho por las pampas y engrosar con el caudal del arroyo *Tala*, viene a desaguar en el Baradero, unas leguas más acá del Paraná propiamente dicho.

---

7 *Anas nigricollis*, Lin., Gmel. 67, sp. 48, 49.

8 *Anas hyperbórea*, Lin.

9 *Parra chavaria*, Lin.; *Channa Illig.*

10 Ibis de cuello variado; Azara, tomo IV, pág. 220.

Después de haber traspuesto esta boca, el Baradero se estrecha cada vez más y apenas tenía entonces el ancho suficiente para que nuestro barco pudiera virar de bordo. Siempre estábamos rodeados de pájaros de todas clases, que levantaban vuelo ante nosotros y volvían a posarse a nuestra espalda, bastante cerca. En esos parajes, donde los cazadores espantan raramente la caza, ésta abunda tanto que habría que verla para formarse una idea aproximada. Finalmente, hacia las cinco de la tarde desembocamos en el Paraná. Tuve un momento de extática sorpresa al contemplar ese río majestuoso, por fin libre de las islas por las que lo había visto obstruido antes, y que comparado al Baradero me parecía un océano. Tiene a aquella altura más de una legua de ancho, y sus aguas agitadas por olas, como las del mar en las costas, su inmensa anchura perdida en un horizonte lejano, me llevaban a admirarlo en religioso silencio. En su margen derecha aún se extienden campos moteados de árboles y a lo largo de la izquierda se prolonga siempre el acantilado de Varadero, en cuya cima se advierte un grupo de casas y un monasterio cuya iglesia parece bastante grande y se halla ornada por un campanario en forma de cúpula. Es el monasterio y localidad de San Pedro, al que me referiré después con mayores referencias.

Los bordes del Paraná estaban poblados por diversas especies de plantas, principalmente sauces. Los brillantes ceibos habían desaparecido por completo. Como el viento seguía soplando del sur, proseguimos nuestra ruta. Nos tomó la noche y perdí de vista la campaña. El viento sur había barrido a todos los mosquitos, de manera que esa noche fue de descanso. Pronto fondeamos, por falta de viento, junto a una isla de tal forma rodeada de árboles secos que a la mañana siguiente no pudimos bajar; pero como la brisa se hacía más fuerte a medida que el sol cobraba vigor, aparejamos a las siete y volvimos a navegar hasta las diez, cuando sobrevino la calma obligándonos a amarrar en la isla de San Nicolás, frente a la ciudad del mismo nombre. Bajé a tierra y disponíame a internarme, en circunstancias en que los marineros me gritaron que volviera sobre mis pasos porque en esa isla, muy arbolada, había un jaguar (*tigre*). Me refirieron que un animal de la misma especie, bautizado Simón por ellos, se había instalado en el lugar, unos años atrás, donde era muy temido. Había llevado su audacia al punto de saltar de noche a bordo de los barcos anclados, para apoderarse de la carne que se cuelga de los portaobenques. Muchas personas habían sido víctimas suyas, lo que denunciaba una cantidad de cruces puestas a lo largo de la ribera. Todas las tardes se le oía rugir espantosamente y asegurábase haberle visto muchas veces durante las crecientes trepado a un árbol. Todas las noches iba a tierra para matar animales y luego volvía nadando a su refugio habitual. No concluía más la conversación entablada sobre los

jaguares, y me enteré de cosas sorprendentes acerca de las costumbres de estos animales que reemplazan en América al tigre africano. Por ejemplo, se me hizo por primera vez la descripción de su forma de pescar, que no deja de ser ingeniosa. Se mete en el río, con el agua hasta el pecho, dejando caer su espesa saliva que atrae gran número de peces. En cuanto los ve juntarse en cantidad, los golpea, sacando sus enormes garras; la pata con que los acechaba siempre atrapa algunos, que lanza a tierra por detrás suyo, para luego devorarlos cómodamente. También se me describió una de sus estratagemas, con la que tiempo después fui frecuentemente entretenido por los estancieros de Corrientes. Aprovechando la costumbre que se tiene de atar juntos por el cuello a dos caballos, cuando se quiere acostumbrar a uno de ellos a su nueva morada, comienza por matar a uno y obliga a zarpazos al otro a arrastrarlo hasta un lugar donde pueda, lejos de las casas, devorar tranquilamente su presa; luego ataca al segundo, que también mata, muniéndose así de provisiones para varios días.

Como el patrón deseara un refuerzo de vituallas, interrumpió la plática para hacer que prepararan el bote que fuera a buscarlas en tierra firme. Me agregué a la partida y desembarcamos algo más abajo de la villa, al pie de una alta barranca arcilloso-calcárea, bastante escarpada, de altura análoga a las de Buenos Aires. Examiné sus capas con atención y después de haber observado algunos huesos de animales fósiles preferí buscar otros a seguir con los marinos a *San Nicolás de los Arroyos*. Mis búsquedas me procuraron huesos muy importantes de tres especies de mamíferos. Unos pertenecían a un animal de la talla de un buey: costillas y el coxis. Los demás correspondían a un animal carnicero de la talla del gato y a un roedor del tamaño de una rata. Estaban completamente ennegrecidos, al igual que los dientes, muy bien conservados, por otra parte. Fue allí también donde encontré, por primera vez, un lindo ejemplar de *copris* con élitros del más hermoso color dorado. Me dedicaba a cazar cuando volvieron los marineros; regresamos a bordo y navegamos toda la noche.

19 de febrero

El 19 de mañana habíamos dejado atrás un gran recodo del Paraná, llamado *Vuelta de Montiel* y seguíamos muy de cerca los acantilados altos y perpendiculares, siempre de la misma naturaleza, es decir, calcáreo-arcillosa. Pasamos ante la villa del Rosario, primer punto habitado de la provincia de Santa Fe, agradablemente situado sobre el acantilado, al borde del Paraná, y cuyo campanario tiene cúpula como el de San Pedro; esto, por lo demás, sólo lo pude apreciar por lo que vi de a bordo, porque no hicimos alto. Hacia el mediodía una calma nos forzó a parar cerca de una isla situada en medio del Paraná. Bajé de inmediato y me sorprendió agradablemente encontrar, en el terreno que acababa de aban-

donar el agua de la creciente, muchas buenas especies de conchas de agua dulce, del género ampular, nuevas algunas. También maté varios pájaros, el *tanagra rouge cap*[11], entre otros, y el rascón gigante, de Azara[12], conocido por los marinos con el nombre de *gallineta*, debido a la analogía de su aspecto con el de la gallina. Esta isla se hallaba del todo sumergida por las crecidas del Paraná y tuve que entrar con el agua hasta la cintura para ganar unos grupos de árboles en el interior. En tierra firme se veían sin cesar los acantilados elevados, sobre los cuales se alzaban espaciadamente casas de estancieros, fácilmente reconocibles por sus recintos o parques, hechos de troncos de árboles. Los parques, denominados *corrales* en la región, se utilizan para encerrar caballos o vacas.

Al atardecer volvió a levantarse la brisa. Anduvimos toda la noche y paramos a la mañana siguiente contra una isla sumergida. Mostraba unos grupos de sauces que alcancé a costa de meterme en el agua y sobre los cuales maté siniestros caranchos[13] atraídos sin duda por la multitud de peces muertos que las aguas habían arrojado allí. Encontré asimismo un bello espécimen de carpintero[14] de cabeza blanca, que hacía vibrar el bosque con sus gritos agudos y desagradables. El borde del agua estaba cubierto de patos y los espacios secos me proporcionaron notables ampularias. Esta isla se hallaba sumergida por completo, salvo un pequeño espacio accesible junto a los árboles, casi todos secos; lo que atribuí a la cantidad de plantas trepadoras, pertenecientes sobre todo a los convolvulus, que al envolverlos, a veces hasta la cima, llegan a asfixiarlos; o secas en el invierno sobre los propios árboles, los arrastran en su ruina, cuando las queman los marinos desocupados que se entretienen, con frecuencia, en incendiar las islas. Obtuve, por otra parte, de aquellas plantas, numerosas especies pequeñas de insectos, que hacía salir sacudiéndolas sobre un paraguas invertido. A la tarde soltamos amarras y fuimos a dar, del otro lado del Paraná, a una isla mucho más alta y toda cubierta de árboles, cosa que me hizo prever una caza más fructífera. Esta isla se denomina *Isla de los Pájaros*, sin duda en razón de la gran cantidad que la habita por lo general.

Fuertes contrariedades domésticas, experimentadas antes de partir de Buenos Aires, me habían producido una fiebre lenta que no me dejaba. Carente por completo de apetito, una firme voluntad me sostenía pese a mi debilidad

11 *Tanagra gularis*, Gmel.; *Demosia gularis*, Vieillot.
12 *Gallinula gigas*, Spix.
13 *Polyborus vulgaris*. Vieillot, Gal. pl. 7; *Falco brasiliensis*. Gmel.
14 *Picus dominicanus*, Vieillot.

extrema, como si estuviera bien de salud. Sentía que las fuerzas me faltaban poco a poco y empezaba a preocuparme, al encontrarme lejos de todo auxilio, en medio de las regiones más salvajes, sin otro alimento que carne salada y bizcocho roído por los gusanos. No variaba empero mi actividad ordinaria, metiéndome diariamente en el agua, salvo al sentir que redoblaba la intensidad de la fiebre y acostándome al volver de mis excursiones.

El ejercicio realizado la víspera me había debilitado sobremanera, pero ¿podía resistir el deseo de ver cosas nuevas? Una vez más hice lo que no había dejado de hacer. Sacrifiqué mi interés personal al de la misión que se me encomendara y bajé a tierra con mi red para insectos y mi fusil, fiel compañero de correrías, tratando de ganar el interior. Fue en vano. Gran número de arboles caídos, convolvulus por todas partes y plantas espinosas de seis a ocho pies de altura, oponían obstáculos invencibles a mi deseo. Miríadas de mosquitos aumentaban las dificultades. En efecto, en un instante las picaduras me hincharon toda la cara. Padecía sufrimientos horribles, desgarrado por un lado, mordido por el otro y con fiebre sobre todo. Por último, tras varias horas de tentativas, tuve que renunciar a mi proyecto y me conformé con seguir la ribera de la isla. Allí pude admirar un elegante aromo, de fino follaje, así como muchas otras especies de plantas, de las que recogí numerosas muestras.

Como no paraba el viento norte, permanecimos cuatro días en el mismo sitio. Aproveché la oportunidad para estudiar a fondo la constitución geológica de la isla. Al igual que las demás situadas en la misma latitud, está compuesta por tierras aluvionales, depositadas gradualmente por las corrientes durante las mareas anuales. Constituyen el suelo capas de arcilla, arena y detritus vegetales. Se halla toda cubierta de sauces enormes, que corresponden satisfactoriamente a nuestros bosques centenarios. La mayor parte de esos sauces están cubierto de lianas u otras plantas trepadoras, y entre los asfixiados por estas plantas, unos se mantienen de pie y otros yacen caídos; en sus intersticios prolifera infinidad de plantas acuáticas o ribereñas, entre las que advertí, sobre todo, un gran ejemplar de *polygonum* espinoso. El aspecto del monte es en general elegante; el fresco verdor de los sauces y sus plantas parasitarias forma un fondo de gracioso tinte sobre el que se destacan agradablemente las grandes flores blancas de los convolvulus. El borde del agua está esmaltado por las bellas alfombras rosadas de esa sensitiva que caracteriza las orillas del Paraná pero a las que no hay que aproximarse, debido a las ganchudas espinas de que está provista. Se diría que en estas islas tan risueñas el lujo de una vegetación de tal modo pomposa sólo se destina al deleite de los ojos, porque no se puede abordarlo sin exponerse a crueles picaduras.

Aunque muy penosa, la cacería me deparó mayor éxito que la herborización. A veces de mañana, a la hora en que toda la naturaleza despierta, también yo era despertado por el canto de mil pájaros diferentes. El croar ronco de las garzas me anunciaba con intermitencias su presencia al borde del agua, donde solas, en actitud estúpida, aguardaban la aproximación de los peces para atraparlos al paso y retomar fuego su impasibilidad acostumbrada. Otras veces venían a posarse familiarmente en las vergas de nuestro barco; pero, prevenidas del peligro existente, pronto volaban de vuelta a las soledades, en busca de seguridad. El bullicioso rascón gigante, presuroso explorador de las sinuosidades del riacho que recorría a grandes zancadas y en perpetuo movimiento, a la manera de una polla, hería los ecos vecinos con su voz sonora y desagradable, y articulaba con precisión su nombre guaraní *Ipacahá*, haciéndose oír a gran distancia. De rato en rato se le veía salir de las matas y, sin recelo, pasearse tan cerca de nuestro barco que, sin bajar, más de una vez le hice pagar muy cara su inexperiencia o excesiva confianza en el hombre, cuya dominación tiránica aún no había aprendido a temer en el fondo de aquellos despoblados. "Pobres pájaros –me decía con frecuencia, al recoger del suelo ensangrentado la caza que en cierto modo se había ofrecido a mis disparos–; pobres pájaros! ... ¡Cuando la civilización haya invadido esta ribera salvaje ya no habréis de recorrer con paso tan leve los meandros de vuestros pantanos! Vueltos más ariscos, ya no tendréis tranquilidad. Con demasiada razón, sospecharéis trampas y peligros por todas partes, y vuestros hábitos tan confiados cambiarán en razón del avance de vuestros nuevos dueños, por esta tierra donde aún imperáis". De acuerdo a estas reflexiones, extrañará que tuviera valor para hacer fuego contra aquellos pacíficos pobladores de las riberas; pero es que aun haciendo abstracción del interés científico no podía desperdiciar la oportunidad de sustituir los groseros alimentos de nuestra despensa por la carne tierna y delicada de una pieza que se ponía a nuestro alcance.

A menudo teníamos como vecinos a los martín pescadores; se posaban al extremo más alto de las ramas muertas que bordean el agua, efectuando movimientos de cabeza bastante vivaces; levantaban vuelo, planeaban un momento y como flechas se precipitaban al seno de las aguas sobre un pez que sacaban en el pico para tragárselo en seguida; luego reanudaban la pesca, exhalando sonidos agudos y entrecortados. Habias o tangaras, de grueso pico, también acudían a visitarnos en pequeñas bandadas bulliciosas; unos apacibles pico verdes, de colores oscuros, trepaban verticalmente a lo largo de los árboles grandes, en busca de alimento, mientras el pico[15] de cabeza purpúrea hacía

15 *Picus lineatus*, Lin.

vibrar, por los alrededores, la corteza de los árboles viejos, con los golpes repetidos de su pico agudo, maniobra que le ha merecido en la región el nombre de *carpintero*.

A fin de cambiar caza por pesca, nos dirigimos a la boca de un arroyo cercano, donde capturamos en un instante varios *dorados*, cada uno de los cuales nos podía alimentar durante dos días. Todos tenían a lo menos un metro de largo[16]. Este pez desempeña en los ríos americanos un papel análogo al que corresponde al lucio de los nuestros, destruyendo los peces jóvenes. Las líneas echadas al fondo nos proporcionaron multitud de ejemplares de siluros, de colores variados, unos con los flancos armados de lancetas huesosas, y por ello denominados *armados*; otros de gran talla, elegantemente jaspeados de negro sobre blanco plateado, a los que llaman *surubí* los guaraníes. Los tripulantes se querían bañar, pero la pérfida palometa de dientes filosos los obligó, por temor a un accidente, a salir precipitadamente del agua. Este pez se encuentra en todos los ríos americanos, en los que reemplaza a las voraces becunas de la costa africana, cuyas costumbres tiene. Sus dientes son tan aguzados que tiempo después vi que los indios los usaban para cortarse el pelo y en todos los usos que damos a las tijeras.

Cuando soplaba viento del sur, me hacía sufrir el frío que se sentía en el agua; pero durante toda nuestra estadía en la isla de los Pájaros sopló del norte, lo que nos impedía partir. De día había calma completa con calor aplastante, tanto más molesto cuanto que en la orilla no se encontraba un lugar donde se pudiera trabajar a la sombra. Había, pues, que exponerse al ardor del sol, y al anochecer, cuando la vuelta del fresco parecía prometer alivio por el suplicio de la jornada, tenía que envolverme en el mosquitero, desde antes de que se pusiera el sol, para no ser lacerado, al crepúsculo, por miríadas de mosquitos cuya picadura ponzoñosa inflama horriblemente las partes mordidas; puede así decirse que no existe reposo para el viajero cuando sopla viento norte. Poco práctico en el arte de preservarme de esos importunos insectos, cerraba mal el mosquitero, que por otra parte había elegido de gasa demasiado fina; cansado de mi insomnio, me levantaba de noche con frecuencia para pasear por el puente hasta la mañana; y de no ser por el tormento de los mosquitos, a veces habría saboreado con delicia el placer de esos ejercicios nocturnos. ¡Era tan agradable la frescura! ¡Tan perfecta la quietud de la naturaleza! Apenas se oía el susurro de las hojas tenuemente agitadas por el viento y el ruido de la corriente del río. Largos intervalos del silencio más profundo sólo eran interrum-

16 Especie vecina del *Miletes mycropo*.

pidos por el canto lúgubre del *ñacurutú*[17] o la voz chillona del rascón gigante, que sin conformarse con hacerse oír de día, también llena las noches con su alegre grito. En el seno de esta soledad el hombre de guardia no espera que un reloj, a menudo infiel, le indique el momento feliz en que su camarada debe tomar su puesto. Ahí encuentra, sin temor a equivocarse, su reloj natural, y el número de veces que el *chajá* o *camichi moñudo* haya hecho resonar su voz sonora, le indicará exactamente el número de horas transcurridas. ¡Cuántas veces, de un crepúsculo al otro, yo mismo he llevado la cuenta de los gritos del chajá, pasando noches enteras con los marineros y registrando ávidamente el menor ruido que viniera a quebrar el silencio imponente del desierto, desde el lejano rugido del terrible jaguar hasta el grito de terror del tímido cuis! Ocultos por la noche en la cala para librarse del sereno, los mosquitos salían a millares al despuntar el día e iban a esconderse en los montes, no sin redoblar la furia de sus ataques, como para aprovechar el tiempo disponible. ¡Qué bello es el amanecer en esas regiones! ¡Con cuánto gusto se oye suceder al insoportable bordoneo de los mosquitos el canto placentero de los habitantes del bosque! ¡Con cuánto gusto se asiste al despertar de una naturaleza aún virgen, viendo las acacias y aromas abrir lentamente sus hojas al sol naciente! Espectáculo mágico que el viajero, al volver de sus arriesgadas correrías, reconstruye con arrobo en su imaginación hondamente impresionada, y que le recuerda involuntariamente su *Olim meminisse jubavi*[18]: vinculando así el recuerdo de sus dulces trabajos infantiles al de las tareas más graves de su edad madura.

El 24 comenzó a cansarme el no tener sino un espacio de doscientos o trescientos metros que recorrer. Por suerte se cargó la atmósfera. Una tormenta formada en el sur nos permitió esperar un cambio de tiempo; y en efecto, una hora más tarde estábamos en marcha. Costeamos varias islas semejantes a la de los Pájaros; pero el torbellino de viento que nos había hecho posible partir cesó de pronto y nos obligó a parar junto a un banco de arena donde pasamos la noche. Al día siguiente nos hicimos a la vela e intentamos pasar entre dos islas, por donde el *baqueano* (piloto) creía encontrar bastante agua, pero se había formado un banco de arena en el cual varamos, sin podernos zafar antes de cinco horas o más de trabajo. Seguimos bordeando islas similares, teniendo pronto a la vista los elevados acantilados de la margen derecha, o provincia de *Entre Ríos*. Un viento contrario nos hizo parar de nuevo hasta el día siguiente. Al reanudar la

24 de febrero

17 Voz guaraní, verdadera onomatopeya del canto del pájaro. *Strix magellanicus*, Lin.

18 Virg., AEeis, lib. I.

marcha llegamos a la isla *Toros*, cerca de la *Colastina*, donde hicimos alto y encontré un pequeño espécimen de ampularia y numerosos insectos carábicos. Nos hallábamos frente a los altos acantilados calcáreos de la provincia de *Entre Ríos*, en las que está situada la capital de esta provincia, *La Bajada*, ciudad bastante grande, compuesta por un grupo considerable de casas y cuya iglesia, que parece ser vasta, dista un cuarto de legua de la costa del Paraná. Un puertecito donde se cargaban varios barcos, así como toda la ribera, tenían un aspecto tan vivo que rompió para mí la monotonía de tantas largas jornadas, en las que no había visto a otros hombres que mis compañeros de viaje. A lo largo del escarpado acantilado advertía, a diversos niveles, hornos de cal, que proveen parcialmente al consumo de Buenos Aires. Deseaba vivamente observar de cerca esas costas, sobre todo las porciones calcáreas que necesariamente habrían de tener, y examinar los bancos de ostras fósiles que me habían asegurado se encuentran en esos lugares; pero, sumiso a las órdenes del patrón, poco dispuesto a condescender a mis deseos en los que, por otra parte, sólo habría supuesto un capricho, tuve que contentarme con contemplar de lejos los acantilados, prometiéndome retornar más adelante.

Como la ribera de La Bajada se halla despejada en parte de árboles, o sólo tiene algunos diseminados por las alturas, los pobladores se ven en la necesidad de ir en busca de madera a las islas, para calentar los hornos de cal; pero como los obreros empleados en este trabajo jamás llevan una carga, hacen cruzar caballos a las islas de la otra margen del Paraná, pese a su gran profundidad y anchura que allá alcanza a media legua. El azar nos hizo verlos ocupados simultáneamente en la operación, para la cual emplean diversos medios; conforme a uno de los más simples, un hombre ata dos caballos juntos, monta uno de ambos, los lanza de la orilla de La Bajada, nada con ellos guiándolos al medio del río, luchando con la fuerza de la corriente, hasta alcanzar una isla. Con la vista seguí afanosamente a uno de esos intrépidos nadadores, que estaba a punto de alcanzar su objeto, cuando otro espectáculo más singular atrajo toda mi atención. Una barca chata, bastante parecida a las de nuestras riberas, pero de porte mucho mayor, estaba tripulada por seis hombres, tres de una banda y tres sobre la otra, cada uno de los cuales sostenía con una rienda a un caballo en el agua; guiaban a sus animales de manera tal que la embarcación con sus tripulantes fueran llevados hacia la ribera. Los vi llegar a tierra, donde los caballos fueron empleados en arrastrar árboles enteros, del centro a la periferia de la isla, por medio de un cabo atado a la cincha, no haciendo fuerza con el cuello, tal como en Francia, sino con el vientre; y como sus conductores se habrían cansado mucho de seguirlos a pie, los montaban, aumentando consi-

derablemente la carga de los pobres animales. En estas comarcas donde abundan los caballos, a éstos se los cuida poco; así, pueden darse por contentos si su dueño no los deja atados dos o tres días a un poste, sin darles de comer.

Navegamos muy lentamente todo el día, por falta de viento. Siempre teníamos a un lado los acantilados elevados de la provincia de Entre Ríos, adornados de trecho en trecho por casitas aisladas y unos árboles de escasa talla; y al otro, islas bajas, parcialmente cubiertas de agua. A la tarde cambió el viento y tuvimos que fondear en una isla donde permanecimos el 27 y 28 de febrero.

Deseaba vivamente ver la costa oriental del río para apreciar por mí mismo la composición geológica de los acantilados que tenía a la vista. Accediendo a mis insistentes ruegos, el patrón me hizo desembarcar en tierra firme, un poco más arriba del riacho *Las Conchillas*. El acantilado tenía más de ciento cincuenta pies de altura; estaba compuesto de tierras que me parecieron terciarias; sus capas más bajas se componían de asperón ferruginoso endurecido, recubierto alternativamente por arena ferruginosa y arcilla. Fue principalmente en medio de estas arenas donde encontré gruesos troncos de madera fósil, cuyo interior estaba convertido en ágata, lo que hizo creer a los nativos, según dijera Falconer[19], que el Paraná petrifica los árboles que caigan en su lecho, presunción del todo carente de fundamento. Además, encontré en dicha capa una tibia de un gran mamífero. Las arenas aparecen cubiertas por una arcilla endurecida que ocupa casi la mitad de la altura del acantilado. Esta capa contiene muchos riñones de yeso; está cubierta por un ligero manto de tierra aluvional moderna, en la que encontré gran cantidad de conchas de unios semidescompuestas. Estas conchas de agua dulce, actualmente vivas en el Paraná, ¿habrán sido llevados por los antiguos habitantes, en tiempos muy pretéritos, o provendrán del acarreo efectuado por las propias aguas? La última posibilidad parece poco probable porque hay casi ciento cincuenta pies de diferencia de nivel entre la capa donde hallé las muestras y el lecho actual del Paraná, lo que supondría la inundación completa de toda la llanura de la margen opuesta.

En lo alto del acantilado crecen árboles bastante grandes, de diversas especies, pertenecientes a los géneros acacia y aroma. Uno, el *timbó*, se distingue por un follaje espeso, verde brillante, del efecto más encantador. Allí despliegan también unas palmeras sus manojos de hojas en abanico, coriáceas y terminadas por espinas. Son pequeñas y achaparradas. Las supongo en uno de los extremos de su zona habitable, lo que explicaría por qué no alcanzan el desa-

19 *Descripción de las tierras Magallánicas*, trad. de Lausana (1787), tom. I, pág. 81.

rrollo propio de la especie. También encontré por allá numerosos ejemplares de insectos; entre otros, un escarabajo de gran talla; pero según la costumbre local, se había incendiado los campos y las plantas entre cuyas hojas o flores habría podido encontrar insectos; estaban destruidas, al igual que los viejos troncos tan preferidos por los entomólogos. Sólo vi unos pájaros destructivos: caranchos, catartas iribús y picos, que obtienen siempre su alimento bajo la corteza de los grandes árboles muertos que el fuego no alcanzara; o, en fin, ruidosas bandadas de cotorras que venían a abrevarse al borde del agua. Este fue el producto de un recorrido por la margen derecha, de la que volví a la opuesta.

En ocasión de nuestra llegada a la isla donde estábamos fondeados había tropezado con tales dificultades para penetrar en el interior, que tuve que conformarme con recoger insectos de las lianas que trepan a los sauces; hice, no obstante, otras tentativas, y logré descubrir un lugar por donde tuve acceso. Me sorprendió su extensión. La parte media se hallaba cubierta de árboles elevados. Allí descubrí un riacho en cuyas orillas maté varios pájaros interesantes, por lo que tuve que atravesarlo siete veces a nado, a fin de recoger la caza. De pronto hirió mi mirada el rastro nítido de pasos recientes de un jaguar, impreso en la arena, y me reproché la imprudencia que entrañaba haberme internado solo, lejos de cualquier auxilio, con un fusil cargado con plomo por toda defensa y en sitios donde reina sin disputa uno de los enemigos más peligrosos del hombre. Absorto en estas reflexiones me había detenido junto a las huellas del jaguar, cuando oí de súbito salir precipitadamente y con gran ruido, de unas matas cercanas, un gran animal. Me sobresalté, lo confieso, armando el fusil... quizás haya mudado incluso el color, pero enseguida me tranquilicé al ver un pacífico carpincho huir y desaparecer en el río, con un miedo por lo menos análogo al mío. Este pequeño incidente minúsculo me sirvió de lección; y prometíme tomar, en adelante, todas las precauciones que me sugiriera la prudencia, antes de aventurarme en el interior de los bosques.

La fiebre lenta que me consumía no daba muestras de querer abandonarme aún. Sufría a veces accesos muy fuertes, de vuelta de mis excursiones; pero en cuanto disminuía un poco, reanudaba la actividad como si hubiera disfrutado de la mejor salud, incapaz de resistir al amor a las investigaciones y descubrimientos, que me estimulaba sin cesar. Los reiterados baños que había tomado durante el día, el ejercicio forzado a que me había entregado, me provocaron una recaída terrible. Toda la noche deliré espantosamente y hubo que velarme por temor a un accidente. Al día siguiente me sentía mejor de lo que había estado en los últimos quince días. La fiebre había desaparecido; la fuerza de mi complexión se había impuesto. Ya no estaba enfermo, pero el remedio que

había producido esta feliz reacción tanto podía terminar conmigo como curarme; no lo recomendaría a mis lectores.

Un viento leve nos había hecho remontarnos hasta el extremo norte de la misma isla. Tomé unas balas y, esta vez precavido en compañía de un pasajero, armado como yo, volví a bajar a la isla, y me interné a más de una legua de la costa. En esta dirección hay tierras muy variadas, altos macizos boscosos, compuestos de muchos árboles de especies diferentes, que se ve reemplazan al sauce de follaje tan monótono. Marcadas ondulaciones del terreno manifiestan una formación más antigua; entre las plantas acuáticas serpentean cursos de agua y grandes lagos están rodeados de juncales. Todo vive allá; los pájaros hormiguean a millares. Innumerables bandadas de espátulas[20] que colorean de rosa las riberas de los depósitos naturales, se oponen a los cisnes de blancura deslumbrante, que juegan en medio del agua con centenares de patos de todas clases. Por un lado, garzas[21] de largo cuello se pasean gravemente por las orillas; del otro se alimentan tranquilamente los grandes ibis moñudos[22], haciendo resonar a la distancia su grito sonoro, comparado por los españoles al redoble del mazo de calafateo, por lo que los llaman *mandurrias*. Quise sorprender a los cuises que se paseaban por la explanada contigua a una laguna, pero me descubrieron y, con un grito de terror, se echaron al agua, donde enseguida los vi reaparecer, aunque sólo mostrando sus hocicos, más o menos como lo hacen los caimanes que acechan en los ríos de países más cálidos que aquél en que entonces me encontraba. Las lagunas estaban llenas de enormes peces que de vez en cuando subían a la superficie. Traté de pegarles un tiro, sin lograr hacer blanco en ninguno. En esos lugares, al parecer, las aguas están tan bien pobladas como la tierra, porque muchísimos restos de todas las especies de ampularias que había visto hasta entonces, se amontonaban en el suelo, permitiendo suponer la cantidad que podría albergar el agua. De vuelta a bordo, advertí que los jaguares no eran menos comunes que en los lugares ya mencionados anteriormente, pues encontré numerosas huellas en la ribera. También pude observar que los hay de diferentes tallas. Durante toda la noche siguiente los oímos rugir a nuestro alrededor. Esos roncos gruñidos, repetidos a distancia por el eco de los bosques y acantilados de la orilla opuesta, habrían podido helar de espanto a cualquier hombre que, del seno de una sociedad civilizada, se encontrara de repente en aquellas agrestes soledades.

---

20 *Platalea Aiaia*, Enl. 165.
21 *Ardea alba*, Enl. 886.
22 *Ibis albicollis*, Lin.

1 de marzo

El 1 de marzo partimos antes del alba y al día siguiente bordeábamos los elevados acantilados de la provincia de Entre Ríos, que ofrecen siempre igual aspecto. Los tripulantes me llamaron la atención, a lo lejos, sobre una cabaña del campo que me dijeron estaba ocupada por un portugués célebre en toda la zona por su pericia en la caza del jaguar. Se decía que ningún americano podía aventajarlo en esto. Para la caza del feroz animal, según se asegura, se arma solo de un largo cuchillo que esgrime en la mano dèrecha, envuelve su brazo izquierdo en un cuero de oveja y así ataca al jaguar que, tal como acostumbra, se abalanza parado sobre su agresor, desde una distancia de cinco a seis pasos. El valiente atleta recibe esta primera acometida con el brazo izquierdo y, mientras la fiera se agota en vanos esfuerzos para desgarrar el brazo cubierto por el cuero de oveja, le hunde su cuchillo en el flanco. Esta manera de cazar al tigre, que asimismo vi practicar en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, requiere extraordinaria presencia de ánimo y además gran vigor, pues el primer choque con un jaguar es terrible; así es cómo esos temerarios cazadores tarde o temprano pagan con sus vidas semejante imprudencia. Tan cierto es que en ciertas provincias de América se dice como proverbio: "Quien quiera cazar tigres debe aprender a morir". Todo el día y la noche siguiente costeamos aún los acantilados de la ribera oriental, que parecían ser menos elevados. Pasamos ante la punta de *Feliciano*. Por todas partes, las tierras que coronaban los acantilados estaban cubiertos de árboles color verde oscuro, cuyas copas redondeadas contrastaban con la forma esbelta de los sauces leños. Pronto observamos unas casas en el acantilado; los tripulantes me dijeron que era *Caballu quatia*[23]. Como al poco rato la margen oriental abundaba en bancos de arena, la abandonamos para seguir navegando entre las numerosas islas que obstruyen aquel tramo del Paraná. Tales islas ya no están pobladas por los mismos árboles que las de la desembocadura del río. No se encuentran sólo sauces y laureles; también hay multitud de árboles diversos. Los principales son: el *timbó*, cuya madera es muy apreciada en ebanistería; el *sangre-drago*, que produce una resina; y el *palo de leiche*, llamado así porque destila, de las incisiones practicadas en su corteza, un licor lechoso que también produce resina bastante fluida. Estos árboles, y muchos más, cu-

23 Este término constituye un ejemplo de la mezcla del idioma guaraní con el castellano. *Caballu*, deriva de caballo, corrompido por los guaraníes; *quatia* significa dibujo, pintura, escultura; y los guaraníes los aplican a la designación del papel en que veían dibujos y escritura. Creo que en el caso presente, *quatia* quiere decir pintura o escultura y no papel. Traduciré, pues, *Caballu quatia*, por *caballo pintado* o *caballo esculpido*.

bren las porciones altas de las islas, donde sobrepasan a la flora del litoral, muy diferente. Las masas de los primeros son con mayor frecuencia redondeadas, y el verde oscuro del timbó, el azul blanquecino del palo de leiche, contrastan con el tierno verde de los sauces. Vimos aparecer un nuevo ejemplar, llamado *aliso* por los pobladores, arbolito que cubre los bancos fangosos que el Paraná abandonaba, y que siempre precede al sauce en las nuevas tierras emergentes.

Se empezaron a ver patos almizclados[24]. Es la especie salvaje del gran pato doméstico que en Francia criamos con la denominación de pato de la India, que los españoles de América llaman *pato real* y los guaraníes, *ipe guazú* (gran pato). Aún nos encontrábamos al sur del grado 30 de latitud. Los cormoranes[25] aparecían en bandadas negras, posándose a ratos en los árboles que arrastraba la corriente y detenían los bancos de arena. De lejos se parecen a esas bandadas de *catartas iribús* que suelen cubrir los alrededores de las casas, en el campo. Aquellas aves esperaban el paso de algún pez; luego veíaseles zambullirse y permanecer mucho tiempo bajo el agua. Cerca de ellos, en todos los bancos de arena se abatían numerosas bandadas de golondrinas de mar[26], que recorrían con vuelo rápido los lugares en que la corriente es más veloz, zambulléndose allí la cabeza, primero, para atrapar a los peces que sostenían con el pico al reaparecer. Esas bandas chillonas parecían inquietas por nuestro paso, y apenas nos advertía la primera golondrina profería un grito, tras el que todas volaban sobre nosotros como para reprocharnos haber ido a turbar su tranquilidad, en medio de aquel gran río. Escenas de esta naturaleza se renovaban a cada momento, pues un viento muy fuerte del sur nos empujaba con violencia, haciéndonos vencer la fuerza de la corriente con extraordinaria facilidad, por lo que hicimos mucho camino la noche siguiente. No me disgustaba la proximidad del término del viaje y, sin embargo, veía con pesar cómo el barco avanzaba durante la noche, ya que la oscuridad me impedía apreciar con precisión la influencia atmosférica que pudieran ejercer, en los lugares que recorríamos, las diversas ondulaciones del suelo, sobre las plantas y animales, que variaban sin cesar.

3 de marzo

El 3 de marzo, de mañana, habíamos avanzado mucho entre las islas. Estaban adornadas cada vez más por árboles de especies diferentes. Teníamos entonces a la izquierda esa parte de tierra firme que antiguamente ocupaban los indios abipones, de quienes hablaré más tarde, tribu célebre por la descripción de que fue objeto por los historiadores, así como por la masacre que sufrió por los habitantes de

24 *Anser moschata*, Lin.; Enl. 989.

25 *Pelecanus graculus*. Lin.

26 *Sterna cayennensis*, Lin.; Syst. nat. gen. 77, p. 9.

Corrientes. Aun hoy día, en las mismas tierras, bandas de indios tobas realizan incursiones hostiles contra Goya, ciudad de la provincia de Corrientes, de la cual estábamos bastante cerca. Los bosques que cubren la tierra la hacen muy semejante a las islas, pero se distingue de ellas por una vegetación de carácter muy peculiar, consistente en que se mezcla con las otras especies arbóreas la palmera dátil de los españoles que residen en la región, que los guaraníes llaman *pindo*, cuyo tronco recto y delgado y el elegante penacho de hojas que exorna su cima, contrastan agradablemente con el follaje brillante de los otros árboles. Calculábamos hallarnos, entonces, a setenta u ochenta leguas de Corrientes, y a veinte o veinticinco de Goya. Seguimos navegando todo el día, pero la calma nos obligó a anclar a doce leguas de Goya, junto a una isla cubierta de árboles espesos, en la que me prometí, para el día siguiente, abundante caza de pájaros e insectos. Por la noche fui asaltado por los mosquitos de la cala, a punto de verme en la precisión de establecer mi vivaque en el puente. Mi mosquitero se hallaba en un estado tal de deterioro que ya no encontraría tranquilidad hasta nuestro arribo a Corrientes. Un marinero me dijo que desde hacía rato oía a un jaguar, que tal vez esperara la oportunidad de sorprendernos; y, en efecto, creí oír yo también a un animal que avanzaba a pasos cortos, cuya marcha apenas denunciaba el crujido de las ramitas secas, quebradas a su paso; pero no habría creído que fuera un jaguar si, a ratos, no hubiera sonado esa especie de ladrido o grito temeroso de los carpinchos, que expresa su miedo motivado. Al caer la noche había llovido un poco, en perfecta calma, sacando de sus escondrijos a miríadas de mosquitos. Cuando llueve, estos insectos abandonan en espesas nubes la floresta, donde los incomodan las gotas de agua, para venir a abrevarse, como nuevos vampiros, con mayor ensañamiento que nunca, en la sangre del infeliz viajero. Durante un tiempo, vi con placer moverse, en la sombría profundidad del bosque, millares de luces errátiles, producidas por otras tantas luciérnagas, cuya profusión multiplica el reflejo del agua, y que se confundían con las innumerables estrellas que lucían en el firmamento cuando grandes nubes no hurtaban su brillo a la vista. Verdaderos barómetros vivientes, indicadores de la tormenta, estos insectos parecían aprovechar, para recorrer con leve vuelo el aire aún calmo, el último momento de tranquilidad que les quedaba, antes que la tempestad desencadenada los forzara a buscar asilo para su debilidad en el fondo de los montes.

Admiraba la calma imponente de aquellos sitios salvajes, oyendo sólo muy a distancia el grito de algunos pájaros ribereños, confundiéndose con el bramido de los jaguares. De tiempo en tiempo, el crujido del ramaje parecía denunciar la aproximación de un jaguar que espiara silenciosamente el momento de lanzarse a bordo, tal como ocurriera algunas veces, o la salida del agua de un tímido carpin-

cho, para hacerlo víctima suya. Inspiraba tristeza la noche, que no podía ser más oscura. Traté inútilmente de dormir. Recuerdos muy queridos de la patria se agolpaban en mi imaginación, sugiriéndome comparaciones que me hacían ansiar más aún los goces de mi amada Francia. No habían transcurrido más que ocho o nueve meses desde mi partida de París y, del seno de esa rumorosa ciudad me veía transportado, solo, moralmente al menos, en una débil barca, entre jaguares y salvajes, amenazado de caer en cualquier momento bajo la garra mortífera de los primeros o las cadenas de los segundos, en cuanto el menor golpe de viento echara nuestro esquife sobre un banco de arena. Estos siniestros pensamientos me sumieron en una dulce melancolía que me hizo conciliar el sueño, que hasta entonces esperaba en vano; y confundiendo el Sena con el Paraná, los jaguares con los mosquitos, me olvidé de todo hasta la mañana siguiente.

4 de marzo

El 4 de marzo, como no había viento y nos hallábamos en un recodo del Paraná, el capitán quiso avanzar a la sirga. Para ello, mandó que se atara un cabo a un árbol, más adelante; los marineros lo jalaban hasta llegar al árbol y luego iban a atar otro cabo más lejos, recomenzando la maniobra. Se advierte que semejante forma de navegar no producía gran avance y que es necesario mucho trabajo para recorrer una legua de la ruta que se hace tan velozmente cuando hay viento. Hicimos alto cerca de una isla poblada de árboles elevados, pero tan cubierta de lianas y troncos caídos que era muy difícil entrar, sin empuñar continuamente el cuchillo de caza para franquearse un paso. Mil flores brillantes esmaltaban la orilla del bosque; el azul aparecía en manojos, junto al oro más puro y la más oscura púrpura. A la noche nos seguimos remolcando a lo largo de un inmenso pantano, perteneciente a la tierra firme de la provincia de Corrientes. A poca distancia había un banco de arena, sobre el cual observamos gran cantidad de patos almizclados. Un marinero, gran cazador, me invitó a cazarlos juntos. Al atardecer, se juntaron en tal número que apenas podía verse la arena y se advertían, por los alrededores, enormes jabirúes[27] de cuello rojo y cuerpo blanco, gigantes entre las aves costaneras de la región. Al venirse la noche, ocupo la piragua pequeña con el marinero cazador; cuando nos acercábamos a los patos nos echamos al agua, y, semiocultos por la piragua que empujábamos ante nosotros, llegamos junto a los confiados palmípedos, derribando a más de quince con una descarga simultánea de tres disparos de fusil, sin contar a los heridos que fueron a morir en el agua. Después de esta brillante proeza cinegética, consideramos inútil abatir más caza porque contábamos con provisiones para unos días.

27 *Mycteria americana*, Lin.; *Tuyuyu* o comedor de tierra, de los guaraníes.

Al día siguiente permanecimos en el mismo lugar. Traté de penetrar en el pantano junto al que nos hallábamos y lo conseguí al cabo de muchos esfuerzos, cruzando espesuras de cañas cortantes, de cinco a seis pies de altura. Encontré unas hermosas especies de pájaros, entre otras al estornino, de cabeza y cuello rojo fuego[28], que posado en los juncos más altos se pavoneaba, considerándosele, quizás con razón, el habitante más brillante de esos parajes. Capturé dos, demasiado preocupados en sí mismos para advertir el peligro que los acechaba. Volví al banco de arena en que la víspera hice una carnicería tan grande; allí di caza a cormoranes, con el agua hasta las rodillas porque el Paraná había crecido considerablemente la víspera. Me aturdían los gritos agudos de las golondrinas de mar, que me veían sin duda con inquietud, en la pequeña superficie arenosa que les servía habitualmente de morada. Numerosos *becs en ciseaux*[29], de largas alas y pico de forma tan extraña, recorrían la superficie del río, con el pico abierto, trazando con su mandíbula inferior una línea recta en la superficie del agua, costumbre singular que les ha valido por parte de los pobladores españoles el nombre de *rayador*.

5 de marzo

El viento se tornó favorable y lo aprovechamos un rato para avanzar un poco, pero pronto fuimos obligados a detenernos junto a un lugar arbolado, muy difícil de recorrer a causa de la gran cantidad de lianas de distintas especies y plantas crecidas que lo llenaban. Algunos colibríes revoloteaban entre las flores, embelleciendo el fulgor de sus vivos colores con la rapidez de sus movimientos oscilatorios que los acercaba y alejaba sin cesar de los rayos solares. Maté varios martín pescadores y, más que todo, un ave singular, de pico desmesuradamente largo y curvado: era el trepador de pico en hoz[30], que debía indudablemente estar conformado así para introducir esa especie de sonda en los huecos de la corteza, al trepar verticalmente a los árboles, y atrapar los gusanos que constituyen su alimento habitual.

6 de marzo

Anduvimos aún un poco a la tarde y pasamos frente al canal natural que conduce a Goya; pero nos detuvimos antes de las ocho. El tiempo estaba cargado. Gruesas nubes negras se amontonaban al sur y ese higrómetro de los marinos que es el gran mono gritón[31] hacía oír a lo lejos los sones roncos e intercadentes de sus ruidosos parloteos. Tales animales trepan, en grupos, a la cima de los grandes árboles y profieren, al salir y ponerse el sol, sobre todo

---

28 *Sturnus pyrrhocephalus*, laucht., n° 18; *Oriolus ruber*, Gmel.

29 *Rhynchops flavirostris*, Vieillot.

30 *Dendrocolaptes*, *Nov. sp.*, cercana al pico en hoz.

31 El caraya gritón. *Stentor caraya*.

cuando va a llover, espantosos clamores que podrían atemorizar a los viajeros poco experimentados, atribuyéndolos a seres más peligrosos. Los marinos pronosticaban mal tiempo. Efectivamente, los vientos se desencadenaron de golpe, golpeábanse los árboles entre sí: se habría tomado sus roces por gemidos quejumbrosos; las ramas secas se quebraban con estrépito; por todas partes huían los pájaros y la naturaleza toda parecía presa del terror. Pronto, torrentes de lluvia provocaron la disminución del viento que levantaba con violencia enormes olas contra nuestra nave. Es difícil concebir el malestar que se experimenta entonces, en esos barquitos, cuando debe cerrarse todo, tapiándose en un espacio de lo más reducido, donde falta aire y sofoca el calor.

7 de marzo

Al día siguiente el tiempo había mejorado, pero el viento del sur soplaba todavía con fuerza, cosa que aprovechamos para hacernos a la vela. Pronto dejamos atrás el grupo de islas de Goya, en las cuales las cúspides de los árboles están cargadas de clemátidas y coloquíntidas, para seguir nuevamente los acantilados de la margen derecha o de Corrientes. Pasamos a escasa distancia de la desembocadura del río Santa Lucía, que un islote nos ocultaba. Estos acantilados no son arcillosos, como los de la provincia de Entre Ríos; parecen compuestos de arena poco aglutinada, más o menos ferruginosa. El agua que cae de la cumbre cuando llueve forma en ciertos lugares grupos de conos unidos por la base, bastante semejantes a estalagmitas. Los acantilados tienen mucho menos elevación que los de *La Bajada*; su cima está por lo general desprovista de árboles y no tiene un aspecto más alegre que el de la mayor parte de las vastas llanuras de la Banda Oriental. Favorecidos por un buen viento, pasábamos rápidamente ante las costas escarpadas. A quince o diez y ocho leguas de ese punto nuevas islas obstruyen el Paraná. Hubo que dejar la margen derecha para seguir por la izquierda, entre las islas y tierra firme. Tanto las islas como el continente nos mostraban tierras bajas, anegadizas y cubiertas de grandes árboles. A la noche, proseguimos nuestra ruta; pero el viento cambió de pronto y echamos el ancla.

8 de marzo

El 8, de mañana, estábamos fondeados en medio del río a una distancia de las orillas que no nos permitió el desembarco. Al día siguiente hice una tentativa de exploración que no tuvo éxito. Habíame hecho bajar a una isla, donde me impidieron internarme toda clase de obstáculos, y volví a bordo acribillado a pinchazos, para escribir o contemplar de lejos las costas distantes o la vasta extensión de las aguas. Cada día aumentaba mi impaciencia por llegar a Corrientes. A cada rato dirigía infinidad de preguntas acerca de las producciones de la región al patrón y tripulantes, que, según la costumbre, contestaban con mil exagera-

ciones, con intención de satisfacerme. De creerlos, debía encontrar todo, sin esfuerzo, en los alrededores de la propia ciudad. Crédulo aún para ese género de informes, mi imaginación se exaltaba y pensaba en la llegada como en una fiesta; pero más tarde, después de haber sufrido frecuentes engaños por esos datos, más o menos maravillosos, creía más o menos la mitad. Indudablemente es cuestión de patriotismo, como de toda pasión simpática, embellecer un poco las cosas propias, pues desde el hombre más civilizado hasta el salvaje más ignorante siempre oí a los americanos hablar de sus países con igual entusiasmo.

Para que no nos atormentaran tanto los mosquitos, nos aproximamos a un inmenso banco de arena que se extendía en medio del río, y, como el viento no cambiara durante tres días, allí nos quedamos todo el tiempo. El banco tenía por lo menos media legua de longitud, por escasa anchura. Era elevado, con el extremo meridional cubierto de alisos jóvenes. Poco variado fue el empleo de mi tiempo; cazaba parte del día, en el banco, espantando a los pájaros, sus huéspedes ordinarios; o buscaba con el cuidado máximo las más pequeñas especies de insectos. Allá fue donde encontré mis primeros megacéfalos y los carábicos más curiosos. También encontré algunos fragmentos de conchas fluviales, que me hicieron esperar mucho acerca de futuros hallazgos; entre otras, la famosa castalia, que tanto valor tenía en Europa. El último día me sorprendió una tormenta en el banco, en medio de mis investigaciones, y privado de abrigo me mojé hasta los huesos; pero este temporal hizo cambiar el tiempo. Rápidamente regresé a bordo y un viento favorable nos permitió la prosecución del viaje.

Al partir, pasamos entre dos islas muy cercanas; vi allá, muy de cerca, grandes nutrias, llamadas lobos por los marinos. Durante el día tocamos la ribera del *Chaco*. Desembarqué y me comieron los mosquitos; pero habiendo advertido varias palmeras quise derribar una para observar más de cerca sus brotes y hojas. Así lo hice, encontrando incluso varios gorgojos en el corazón. Me llevé sólo parte de lo que quería estudiar de la palmera, con intención de volver a buscar el resto, pero apenas vuelto a la goleta un buen viento me hizo abandonarlo todo, y el barco prosiguió rápidamente.

El 15 de marzo el viento seguía siéndonos propicio y traspusimos rápidamente una costa arbolada y un poco alta; pronto divisamos las primeras casas de Corrientes. Pasamos frente a varios puertos y fondeamos en uno de ellos. Otra decepción... Al partir para Corrientes creí que encontraría una ciudad... y al llegar después de una travesía tan larga no encontré más que un gran poblado.

15 de marzo

CAPÍTULO VI

Corrientes y sus alrededores. Primer viaje a Iribucuá

Corrientes y sus alrededores

1827
Corrientes
15 de marzo

Pese a la poca regularidad de Corrientes, debo confesar que encontré muy agradables a la ciudad y sus habitantes. Una estadía de un mes en medio de comarcas deshabitadas, el continuo suplicio de la mordedura de los mosquitos, la carencia de pan y carne fresca desde mi partida de Buenos Aires hacía más de quince días me habían vuelto poco exigente; además, Corrientes debe un aspecto muy atrayente a su situación al borde del Paraná, a los bosques que embellecen sus cercanías y a la forma de sus casas, construidas para preservar del calor. Fui a entregar varias cartas de recomendación que tenía para sendos compatriotas establecidos en la región, quienes me recibieron como a un hermano. El señor Bréard, al que fuera especialmente recomendado por cuestiones de fondos, tuvo la bondad de instalarme en su propia casa, invitándome a considerarla mía. Fue también entonces que conocí al señor Parchappe, ex alumno de la escuela politécnica, hombre tan modesto como instruido, que tuvo a bien, desde el primer momento, ofrecerme su amistad y orientar mi inexperiencia en el nuevo género de vida que las circunstancias me imponían. Me hizo visitar, con otros franceses, al gobernador, y facilitóme el desembarco de mis baúles, así como el cumplimiento de las formalidades exigidas en el país.

Erame difícil permanecer mucho tiempo en la ciudad sin sentir deseos de cazar por los alrededores; al día siguiente de mi llegada, después de haber des-

embalado los objetos que pudiera necesitar, partí a explorar los alrededores, hacia el norte, pero no pude alejarme porque las tierras estaban inundadas, a intervalos, y cortadas por pequeños zarzales dispersos. Pude matar, sin embargo, un espécimen del mismo tinamu que había encontrado tan profusamente en la *Banda Oriental*. También di caza, no sin éxito, a los atajacaminos, de plumaje liviano y aspecto grotesco, que ocupaban en bandadas los parajes anclados, siendo mucho menos nocturnos en sus hábitos que las otras especies de su mismo género, ya que ven perfectamente de día y andan siempre por el suelo, sin jamás posarse en las ramas. Me intrigó durante largo rato una especie de maullido muy intenso y de lo más plañidero, que oía por todas partes. Inútilmente buscaba entre los arbustos el animal que suponía habría de ser su causante. Cuando me acercaba al lugar en que lo creía escondido, el grito cesaba y yo no encontraba nada; a menudo parecía brotar del agua. Buscaba hacía ya un buen rato, cuando un natural de la región que pasaba por allá me explicó que se trataba de un sapito al que sólo podía verse durante las inundaciones y que desaparece del todo en las épocas de sequía. A pesar de estos informes, me costó trabajo encontrarlo ¡y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que un grito susceptible de oírse a gran distancia provenía de un animal que apenas tendría la talla de un ratón! También encontré lindas conchas fluviales.

La misma tarde, Bréard me propuso que fuéramos juntos a pasar unos días en un establecimiento agrícola *(chacra)* que poseía, tres leguas al nordeste de la ciudad. Deseoso de conocer los alrededores, acepté con premura su invitación y, al despuntar el día siguiente, partimos a caballo para la chacra[1] *de la laguna brava*. Atravesamos cerca de dos leguas de campos inundados, cubiertos a intervalos de arbustos semejantes a los que rodean la ciudad, agrupados en macizos de forma redondeada, por lo general, y cuyos pies bañaban las aguas en ese entonces. Empezaba a cansarme la monotonía del terreno, cuando a una legua de la chacra cambió de aspecto por completo. Esas ciénagas temporales fueron sustituidas por hermosas campiñas muy pintorescas. Por todas partes se veían tierras arenosas y levemente onduladas, entrecortadas por lindas lagunas redondas, de agua límpida, y a los bordes de algunas se alzaban grupos de árboles verdeantes, coronando el cuadro de manera insuperable. Llegamos finalmente a la chacra, ubicada en una pequeña elevación, junto a una hermosa laguna rodeada de varias otras, en cuya superficie vi un caimán que desapa-

1 *Chacra*, establecimiento agrícola. Es lo mismo que *quinta* en Buenos Aires, *chaco* en el Perú y *chara* en Colombia.

reció al acercarnos. Era el primer ejemplar de su especie que se mostraba en su medio natural. Me impresionó el orden reinante en el establecimiento y, tras un almuerzo frugal, Bréard me llevó a pasear por sus dominios, explicándome con suma complacencia lo que su experiencia acumulara acerca de los cultivos del país. Visitamos bellos campos de caña de azúcar, algodón, maíz, batatas, mandioca, porotos y tabaco, las únicas plantas cultivadas en la zona. Daban la impresión de crecer con mucho vigor, sin que fuera necesario abonar la tierra; de no ser por las plagas accidentales, el agricultor encontraría en las cosechas amplia compensación por sus esfuerzos; pero un año de sequía o las mangas de langosta que al año siguiente hacen desaparecer en pocos días hasta el menor rastro de una plantación en pie, tornan muy aleatorias las especulaciones agrarias y por lo general arruinan a quienes se atrevan a emprenderlas.

Numerosas bandas de cotorras esperaban en los arbustos vecinos que una distracción de los guardianes les permitiera devastar maizales de siete pies de altura, parecidos a bosques, en los que era fácil perderse. Mujeres cuyo trabajo les había valido el nombre de *loreras*[2] recorren en todos sentidos los senderos abiertos entre las plantas de maíz, silbando, gritando o golpeando para hacer ruido; pero, pese a todas estas precauciones, en cuanto avanzan por un lado, las cotorras se abaten sobre el maíz por el otro y devoran una mazorca en un instante.

Después de los momentos consagrados a recorrer la chacra de Bréard, especie de homenaje que, como en Francia, casi en todas partes debe a todo propietario el extranjero recibido bajo su techo, como tácito precio de su hospitalidad; tras esta prestación de rigor, que la gentileza del huésped había hecho para mí tan instructiva como agradable, quedé libre para cazar por las cercanías. Tres lagunas y un inmenso pantano rodean la chacra. Pasé junto a la que diera su nombre al establecimiento, *la laguna brava*. El guía que me acompañaba no se hizo rogar para referirme, a mi primer requerimiento, el origen de esta laguna tan famosa en la comarca por los cuentos de que es objeto. "Poco tiempo después de la fundación de Corrientes –me dijo, tomando la cosa *ab ovo*, como se advierte–, mientras un carretero pasaba de noche cerca de la laguna, con su carreta y sus bueyes, los bueyes fueron arrastrados por una fuerza irresistible; y el conductor, después de mucho gritar y llamar a los bueyes por sus nombres, terminó por reconocer que sufrían la influencia de un demonio poderoso, dejó entrar la carreta en medio de la laguna, que está llena

2 *Loreras* deriva de loro y quiere decir que están encargadas de espantar a loros y cotorras para impedirles que hagan daño.

de plantas altas, escapó y corrió hasta Corrientes a implorar el amparo de la religión. El cura de la ciudad acudió en procesión para conjurar al espíritu maligno, pero éste no devolvió la carreta y desde entonces los habitantes temen pasar por allí de noche, y aún oyen al atardecer el ruido de las ruedas y el mugido de los bueyes.

La forma de la *laguna brava* favorece un poco semejantes cuentos entre hombres imbuidos de supersticiones. Es muy vasta, bastante profunda y toda cubierta de juncos o largas plantas acuáticas. En el medio se alza, a bastante altura, un grupo de árboles que forma como un islote al que nadie puede entrar: circunstancias todas, hay que reconocerlo, lo bastante propicias a la fantasía. Sea como sea, su aspecto es pintoresco y ofrecería una hermosa vista si la vecindad tuviera alguna animación, aunque se tratara de chozas; pero carente de esta clase de ornamentos, el paisaje más brillante pierde algo de sus encantos.

No lejos de la laguna encantada, al otro lado del bosque, se encuentra otra laguna, mucho mayor, más limpia de plantas acuáticas y agradablemente rodeada de grupos de árboles de follaje elegante y matizado. Allí encontré congregados a todos los pájaros acuáticos de los alrededores: numerosas bandadas de patos, ibis de gritos agudos, garzas de plumaje variado y leves sacanas[3], provistas de uñas tan largas que parecen pasearse, como por el suelo, sobre plantas que no se creerían capaces de sostenerlas. Habitantes del agua y las riberas, se les oye cantar alegremente sobre las plantas que cubren la superficie de las lagunas y se les ve adoptar una marcha suelta y graciosa. Con agrado habría dedicado mayor tiempo a recorrer esos campos tan diferentes de los meridionales, pero había que regresar a la ciudad. De vuelta en Corrientes, recorrí sus alrededores durante varios días e hice los preparativos necesarios para una estadía más prolongada en la chacra de Bréard.

Allá volví, efectivamente, el 22 de marzo y permanecí hasta el 10 de abril, explorando los alrededores en todos sentidos y recogiendo alternativamente insectos, plantas, pájaros o reptiles; hecho preparador, naturalista, viajero o geógrafo, sucesivamente.

No he de presentar a la chacra Bréard como un modelo absoluto, debido a que era un poco afrancesada por el género de su explotación y la forma de vida de sus habitantes, pero la describiré en detalle, convencido de que no se conocerá sin interés, en Europa, la organización de tales explotaciones en un suelo tan diferente del europeo. Los alrededores de la chacra presentan todos una formación del terreno muy notable, que se prolonga lejos hacia el nordes-

3 *Parra Jacana*, Lin.

te hasta *San Cosme*. Es lo que se denomina lomas en el país, pequeñas colinas o elevaciones arenosas, separadas por lagunas de agua límpida, más o menos redondas, y cubiertas de pantanos de juncos (*esteros*, según los naturales) y grupos espesos de árboles que llaman islas, porque, efectivamente, los toman por tales debido a las charcas y tierras arenosas que los rodean.

La chacra de la laguna brava posee una linda casa de un piso, que ocupa dos lados de un cuadrado. Sus habitaciones son amplias y las galerías de ocho a diez pies de anchura que la rodean por completo la protegen tanto del sol como de la lluvia. Esta clase de edificación es absolutamente necesaria en países cálidos Y la distribución no carece de atractivos. Como los de muchas casas correntinas, su techo está cubierto de una nueva especie de tejas, extraídas del tronco de la palmera llamada *corondai*, en la región. Este tronco se corta en dos partes, las cuales se ahuecan y disponen como tejas, de manera que bastan dos o tres listones para cubrir cada lado del techo. Dicha clase de tejado se usa igualmente en el interior del Alto Perú, en Santa Cruz de la Sierra y en todo el Paraguay; dondequiera, en fin, que crezca la especie de palmera aplicable.

En uno de los cuerpos de la vivienda está el cuarto del dueño y en el otro la cocina donde duermen los peones cuando llueve, pues de lo contrario se acuestan al aire libre; las instalaciones correspondientes a la exploración, que comprenden maderas y alambiques para destilar aguardiente, y por último los depósitos destinados a almacenar las producciones del año. Al frente de la casa hay un recinto cercado que encierra un jardín, y adosadas al recinto se encuentran varios corrales hechos con gruesos troncos hincados en el suelo, en los que se encierra todas las tardes las vacas y adonde se lleva la tropilla entera de caballos de la casa, cada vez que se necesita uno, para enlazarlo con mayor facilidad, pues estos animales van por el campo todo el año en libertad y sería difícil tomarlos de otro modo. A un lado hay otro recinto de menor amplitud donde se guardan todas las tardes las ovejas. Ante la parte trasera de la casa hay un patio encuadrado por las construcciones y fosos, y enfrente una ramada, especie de plataforma hecha con troncos de palmera abiertos en dos, sostenida por postes muy alto, donde se echan los señores cuando sopla viento del norte si los mosquitos se ponen excesivamente molestosos, cosa que obliga a guarecerse en algún sitio elevado, por que el menor soplo los mantiene a la altura de la planta baja. Al lado se eleva otra ramada, mucho mayor en la que se acuestan los obreros sobre cueros vacunos que hacen las veces de colchones. Estas ramadas son las primeras construcciones de la región; se las edifica aun antes de pensar en la casa, por lo que ninguna vivienda carece de ellas, y

en cuanto algún propietario se quiera establecer en cualquier lugar adonde lo retenga la tala de bosques o cualquier otra industria, empieza por hacerse una ramada para dormir más tranquilo a salvo de los mosquitos cuando haya viento y siempre a salvo de los jaguares. Junto a esta estructura, a la que se sube mediante una escala, está el molino de azúcar, máquina muy simple que consta de dos cilindros libres, entre los cuales se encuentra un tercero móvil que los pone en movimiento mediante engranajes de madera, y está atravesado por un orificio en el cual se introduce una larga percha, a cuyo extremo se atan dos bueyes que hacen girar todo con un espantoso ruido producido por el roce. Toda la tierra cultivada se rodea de fosos, que impiden a los animales devastar los plantíos. Estos están divididos en cuadros, y como el terreno tiene pendiente se ha reservado las partes inferiores a la caña de azúcar, que es de la pequeña especie. En más de la mitad de los cuadros superiores se cultiva maíz; el resto se dedica al algodón y diversas legumbres de la zona. En torno a los campos de cultivo, cerca de las lagunas, se extiende un hermoso prado natural donde pastan el ganado y los caballos que están sueltos en el campo. Guía a los caballos una yegua que está afincada en el lugar y retiene a la tropilla. Es lo que llaman los pobladores *aquerenciar*. Cada establecimiento posee cierto número de bueyes de labranza, vacas lecheras y caballos de silla, porque los obreros jamás van a pie. Estos, llamados *peones* en la zona, ganan cinco o seis pesos mensuales (25 a 30 francos). Reciben alimentación pero no albergue y deben munirse de caballos; todas las tardes, apenas terminado su trabajo, se van a sus casas o a las de sus amigos o vecinos, sea a pulsar la guitarra, sea a bailar el *cielito*, sea en fin a jugar, que es su pasión favorita. Por lo general, en las chacras se hallan bajo la vigilancia del propietario o de un regente llamado *capataz*, que también trabaja mientras dirige las tareas de los otros y tiene asimismo a su cargo el cuidado de los caballos y bueyes.

Pasaba los días estudiando los alrededores y buscando con cuidado las plantas de esas colinas arenosas y las de los inmensos pantanos circundantes. Si están pobladas de juncos, esas charcas se denominan, tal como ya lo dijera, *esteros*. Hay algunos de gran extensión y la mayor parte de los cursos de agua que tiene la provincia nacen en inmensos esteros que cubren su parte central. A poca distancia de la chacra y bordeando un extenso pantano, se extendía un gran bosque natural llamado *isla de la laguna brava*, al que acudía con frecuencia para cazar y herborizar. Este bosque se compone de árboles de gran talla que suministran la leña necesaria al consumo del establecimiento. De toda la vecindad, es el único al que se puede entrar sin esfuerzo, ya que todos los demás tienen espinos que impiden su acceso, listos para desgarrar al que

ose aproximarse. La llanura está generalmente cubierta de maleza o altos pastos. Cerca de todas las lagunas grandes se ven grupos de *carpinchos*, o grandes cobayos, grandes como nuestros cerdos de talla mediana. Estos animales tienen un lindo color pardo; pacen tranquilamente junto a las lagunas, sin alejarse en exceso porque son muy temerosos, aunque los pobladores no les den caza, considerando muy erróneamente que tienen mal sabor. En cambio los codician los indios de todas las naciones, y no sin motivo, pues su carne es blanca y delicada. En otra parte hice una descripción somera de sus costumbres. Cuando alguien se les aproxima levantan la cabeza y se mantienen en esta posición hasta que el miedo, si se sigue avanzando, les hace proferir un grito bastante fuerte, que se confundiría con el ladrido de un perro y que constituye, por lo general, una señal para que todo el grupo se eche al agua. Pero después de permanecer sumergidos, salen algo más lejos sin mostrar entonces, fuera del agua, otra cosa que los ojos y el extremo del hocico, igual que los caimanes.

Los caimanes también viven al borde de las lagunas mayores, donde pasan gran parte del día tendidos al sol. Por lo común, están dispuestos a zambullirse al menor ruido. Había ofrecido dinero a los gauchos de la región para que me procuraran uno. Pronto se pusieron en campaña y en pocos días obtuve más que los necesarios, todos vivos. Apenas los cazadores descubren de lejos un caimán en una playa, desenrollan su lazo, esa larga correa de cuero que ya he descrito, lo levantan sobre sus cabezas y, haciéndolo girar, lanzan sus cabalgaduras a todo galope, y sin dejar de correr a rienda suelta echan el lazo en torno al cuello del caimán, antes de que haya tenido tiempo de sumergirse, y sin detenerse lo arrastran tras el caballo hasta el lugar de su destino. ¡Cuántas veces admiré la destreza de esos Franconi del Nuevo Mundo!

Como no quería conservar todo, los saurios que me traían prisioneros de esta manera, un día hice que cortaran a uno la cabeza. Más de cinco minutos después de la ejecución fui a sacar el lazo trabado en las fauces de la cabeza cortada y estuve a punto de perder la mano. La boca se abrió con rapidez mayor de la que pudiera suponer y volvió a cerrarse de pronto con violencia. Me salvé, perdiendo la punta de mi dedo; pero de haber adelantado la mano algo más, aquellos músculos conservaban suficiente fuerza como para cercenármela del todo. La energía vital adquiere uno de los mayores desarrollos en los animales de sangre fría, sobre todo entre los reptiles quelonios y saurios. Fue otra de esas crueles experiencias que mi profesión de naturalista me expone a imponer a la delicadeza y sensibilidad del lector. Unos días después, apurado por partir de la chacra y deseoso de llevarme el esqueleto de un caimán que acaba-

ban de traerme, lo hice disecar vivo, para apreciar al mismo tiempo el grado de vitalidad de que era capaz. Ya le habían sacado toda la carne, incluso los músculos de la cabeza, y los ojos conservaban aún su vida ordinaria y bastaba tocarlos para imprimirles su movimiento normal.

Al margen de muchas pequeñas explotaciones agrícolas, más o menos distantes de la chacra de Bréard, una legua al este se encontraban las ruinas de una antigua misión, fundada en 1588, casi al mismo tiempo que Corrientes: la misión de los guaicarás, compuesta de indios guaraníes, subyugados en ocasión de la Conquista de esta parte del vasto territorio habitado por la gran nación. Este pueblo está agradablemente ubicado en medio de muchas lagunitas y junto a la mayor, llena de agua clara. Consta de una treintena de casas bajas, techadas con troncos de palmera cortados en forma de tejas, y de una iglesia muy sencilla, perfectamente acorde con el resto. Los habitantes son, en su mayor parte, indios guaraníes, de los que pocos comprenden el castellano, aunque tengan un maestro de escuela. Sólo se habla guaraní. Incluso el cura predica en este idioma que yo debía aprender para recorrer con provecho el interior de la provincia. Reducida originariamente por la fuerza, Guaicarás se había convertido luego en misión de los jesuitas en comunidad; y después de haberles pertenecido hasta su expulsión, empezó a mermar su importancia, bajo los corregidores y curas que los sustituyeron. Los indios trabajaban entonces cada cual por su cuenta y se dispersaron al no obligárseles a seguir viviendo juntos. Las últimas guerras libradas por Artigas consumaron la ruina de la misión, antes tan floreciente, y de no ser por la cantidad de casas aisladas de sus cercanías, cuyos propietarios acuden los domingos a la misa de la localidad, da la impresión de que ya habría sido abandonada hace mucho tiempo.

13 de abril

Pocos días después de mi vuelta a Corrientes llegó la Semana Santa y me fue dado observar los restos de aquellos ritos fanáticos que parecen haber presidido los comienzos de la civilización en esta región; digo los restos, porque lo que viera no era nada comparado a lo que se hacía cincuenta años atrás y lo que pude ver, más tarde, en el interior del Alto Perú, en medio de las misiones indias. El viernes santo la multitud se agolpaba, con ropas de duelo, para escuchar el sermón de un hermano, en la iglesia de la *Merced*. Allá fui también y fui testigo de una escena aún nueva para mí, que representaba la muerte de Jesucristo. Al lado del predicador se alzaba un enorme crucifijo, dispuesto en forma que un hombre, oculto detrás, imprimiera a la cabeza del crucificado, por medio de unas cuerdas, movimientos correspondientes a las palabras del clérigo, quien arrastrado por el asunto olvidaba a menudo lo que debía decir en castellano y se

interrumpía con exclamaciones en guaraní. Al llegar a la descripción de los últimos suspiros de Cristo, el hermano se exaltó tanto que la iglesia vibraba con los gritos y sollozos de las mujeres, que se arrancaban los cabellos y daban fuertes puñetazos en el pecho. Ni el fin del mundo las habría hecho incurrir en mayores demostraciones, y, como ya se me había prevenido que esta excesiva piedad meramente externa, solía cubrir, por lo general, un gran fondo de corrupción, dejé sin ruido el triste teatro de esta farsa religiosa, apenado por ver cómo se profanaban los misterios de una religión siempre respetada, cuando sus ministros saben hacerla respetable, respetándose a sí mismos.

Quería explorar el interior de la provincia; pero una medida protectora del comercio prohibía recorrerla a todo extranjero soltero. Me presenté ante el gobernador, don Pedro Ferré, para obtener el permiso necesario. Me prometió convocar al *congreso* para concedérmelo, y, en efecto, unos días después me remitió un pasaporte del gobierno que me recomendaba, en la forma más expresiva, a las autoridades rurales. Por lo tanto, me dispuse a visitar la provincia del lado este. Este viaje se me figuraba tanto más grato cuanto que habría de acompañar al señor Parchappe, a quien el gobierno le había encomendado un levantamiento topográfico.

Primer viaje a Iribicuá

22 de abril

El 22 de abril fuimos a almorzar a la chacra de Bréard, hacia el mediodía, hora consagrada en la comarca para esta comida, después de la cual nos pusimos en marcha. Ibamos a caballo y acompañados por sirvientes, o *peones*, que nos ayudaban a transportar nuestro equipaje, compuesto de provisiones e instrumentos. Pasamos por Gualcarás y luego entramos en el lugar llamado *Las Ensenadas*, sin duda por la gran cantidad de lagunas que caracterizan a esas tierras. En medio de un terreno arenoso, admiraba el contraste existente entre las lagunas grandes y llenas de agua límpida como el cristal o pobladas de juncos siempre verdes. Gran número de bosquecillos dispersos junto a las lagunas, de lindas casitas cubiertas de troncos de palmera, prestaban animación al paisaje, y hacían envidiar a los buenos pastores o los agricultores hechos a la soledad, felices por las riquezas que la naturaleza les ha deparado y la belleza del paraje. En efecto, ¡qué contraste deben encontrar entre el lugar de su residencia y los alrededores de Corrientes! ¡Con cuánto placer han de contemplar las orillas de sus lagunas cubiertas de tímidos carpinchos, en tanto que garzas de todas clases

surcan las hermosas aguas, junto a los alegres patos y bellos cisnes blancos, cuyo fulgor repite el cristal! En las lagunas orladas de juncos, vimos congregarse bandadas de miles de golondrinas, tal como nuestras golondrinas de agua en el tiempo de su partida. A no dudarlo, los pobres pajaritos se reunían entonces para ir lejos, a una zona más cálida, en busca de los medios de subsistencia que ahí estaban por faltarles.

La región tiene un aspecto agradable hasta San Cosme, cabecera de todos los poblados de la comandancia de Las Ensenadas, situada a once leguas de Corrientes, camino a Itatí. Esta comandancia o sede de división militar comprende las tierras más fértiles y mejor cultivadas de la región, las más pintorescas, sobre todo por sus lagunas, sus grupos diversos de árboles y sus puertos sobre el Paraná. De ella depende el villorrio de Guaicarás. Cuando no hace mucho tiempo se erigió a San Cosme como sede de la comandancia, la capillita que tenía pareció inadecuada. Como faltaba espacio para convertir la localidad en todo un pueblo, el actual gobernador dio orden de trazarlo a corta distancia, donde vi la iglesia casi concluida, a cuyo alrededor los propietarios de la vecindad construían sus casas con excesivo apuro, puesto que en el nuevo pueblo no eran de temer las grandes lluvias a que estaban expuestas las casas del anterior. La comandancia de Las Ensenadas ocupa todo el nordeste de Corrientes, a partir del territorio de Itatí. Está encuadrada por los cursos del Paraná y el Riachuelo, y la ciudad de Corrientes.

Entre las casas que rodeaban la antigua capilla, fundada apenas diez años atrás y cubierta de troncos de palmera, había una pulpería, en la que se despachaban algunos comestibles y sobre todo aguardiente. Es el único sitio donde puede descansar el viajero, ya que no existe un solo albergue en toda la provincia. Hicimos alto unos momentos para que sirvieran aguardiente a los sirvientes.

Me había sorprendido una costumbre, introducida sin duda por los jesuitas en esas regiones sometidas durante tan largo tiempo a su dominación, o quizás perpetuada desde la conquista. Me estoy refiriendo a la manera de saludar. A todos los que pasaban a mi lado, aun al galope, había oído gritarme, descubriéndose: *¡La bendición, señor!*, siguiendo luego su camino, a menudo sin esperar mi respuesta. Mi compañero de viaje hízome saber que se trataba de un uso establecido en el país, con otros muchos que más tarde conocería, desde los primeros días de la Conquista, y que a este requerimiento de bendición se debía contestar: *la tiene usted para siempre*. Ulteriormente advertí que la pregunta la dirigía siempre el más joven al mayor, o el inferior al superior, lo que en sus orígenes la convertía en algo más que una mera fórmula de cortesía, aunque hoy día no represente nada más.

Nos dirigíamos a una casa aislada, distante una legua de San Cosme, y conocida por mi compañero de viaje, donde debíamos pedir hospitalidad. Al llegar, Parchappe, acostumbrado a los usos locales, se puso a gritar en la puerta: *¡Ave María!*, a lo que el propietario respondió abordándonos: *¡Sin pecado concebida!* De inmediato nos invitó a apearnos y fuimos recibidos con la franca bondad que caracteriza a los habitantes de aquellos campos. A medida que los niños de la casa, o los sirvientes, entraban en la pieza donde nos hallábamos, venían a pedirnos la acostumbrada bendición. Hasta las ocho hablamos de cultivos, cosechas, del tiempo y sobre todo de los caballos y demás animales del propietario, gran tema de conversación en la zona, ya que, lejos de la agitación del mundo, la política aún no es asunto de moda entre estas buenas gentes. A las ocho, hora de rigor, se tendió la mesa a cuyo alrededor nos ubicamos con el dueño de casa; su mujer e hijos nos sirvieron la comida y luego comieron aparte. Primero nos dieron un plato de carne seca o *charque*[4], cortada en lonjas y asada al fuego de carbón, con queso en vez de pan. Desde mi llegada a América, siempre había comido junto con europeos, de manera que este primer plato me tomó muy de sorpresa, sin impedirme hacerle los honores. Como es de suponer, semejante manjar pronto me dio sed y como en la mesa no se veía líquido alguno, me animé a pedir agua, lo que pareció extrañar al dueño de casa. Sin embargo me la hizo traer por uno de sus hijos. Después del asado se sirvió guiso de pollo, que me hizo renovar el pedido. Nuevas muestras de sorpresa en nuestro huésped, quien quiso saber si era costumbre europea beber con la comida. Con mi respuesta afirmativa su sorpresa fue en aumento y no se cansaba de repetir, sonriendo: "*¡Rara costumbre la de beber comiendo!*". Ni él ni los suyos jamás bebían hasta después de las comidas, lo que por cierto hace la mayor parte de los americanos. Tras el guiso se nos sirvió la sopa. Era tiempo y por mi parte ya no contaba con ella. Finalmente, apareció un gran jarro de leche hervida. Me la ofrecieron el primero y bebí pasablemente, pero un compatriota, al tanto de los usos locales, me advirtió en francés que se acostumbraba beber un solo sorbo y pasar el jarro para que circulara de mano en mano y de boca en boca hasta vaciarse.

---

4 Esta palabra no es castellana, pues carne seca se dice *tasajo* en castellano. *Charque*, que proviene del idioma quechua, o de los incas, es una corrupción de *chharqui*, que significa carne seca y, figurativamente, designa a una persona muy delgada. Es curioso encontrar términos actualmente adoptados casi por toda la América meridional, entre los antiguos ocupantes de regiones alejadas, ya que esta clase de palabras son de carácter local. Ya he citado como ejemplo la palabra pampas, también quechua y generalizada

Antes de levantar la mesa, niños y sirvientes se arrodillaron y recitaron las oraciones, que respondía el jefe de la familia; luego todos vinieron, uno tras otro, a pedir la bendición de cada uno de nosotros y se fueron a cenar por su lado, no sin habernos previamente traído fuego y cigarros, que una de las señoritas de la casa encendía, fumaba un poco y ofrecía ya prendido. Tras una conversación que duró lo que los cigarros, nos preparamos para el descanso nocturno. No había llevado colchón por querer adaptarme a las costumbres del país y con el objeto de no recargarme de equipaje; en consecuencia, extendí en la galería, fuera de la casa, las piezas de mi montura o *recado*, y me eché envuelto en mi poncho, en esa nueva cama de campaña que me pareció un poco dura. Inútilmente traté de dormir; miríadas de mosquitos se abalanzaron sobre mí, atormentándome de tal manera que el día llegó antes que el sueño.

23 de abril

Al día siguiente no me fue difícil levantarme. Y apenas se asomaba el sol cuando ya estaba a caballo. Mi compañero de viaje tomó su mate y partimos. Para los pobladores de la comarca el mate es de una necesidad no menos indispensable que la misma comida. Se sentirían enfermos si no lo tomaran a distintas horas del día; pero el matutino es de todos el más necesario. El mate es la infusión de la hoja de un árbol, desecada al fuego y luego pulverizada, que se conoce en el comercio bajo el nombre de *yerba del Paraguay*[5]. Puede comparársele a nuestro té. Se prepara en una calabacita o en un vaso de plata también llamados mate, donde se introduce primero la yerba con azúcar; luego se echa encima agua caliente y la preparación está lista; pero como el polvo del vegetal podría resultar desagradable, en lugar de beberse se la succiona mediante un tubo o sifón de plata, denominado *bombilla*, munido de tres agujeritos que sólo dejan pasar el líquido. En cuanto uno ha absorbido el contenido del vaso se vuelve a ponerle agua y azúcar, se lo pasa a otro, que lo vacía a su turno, y así sucesivamente, mientras la yerba conserve un poco de ese ligero sabor amargo que constituye su atractivo. Es por lo general, con el cigarro, lo primero que se ofrece al extraño que entra en una casa.

Crucé por tierras parecidas a las de Las Ensenadas, elevaciones arenosas, cortadas por lindas lagunas y separados grupos de árboles. Allá vi, por primera vez, la palmera que los indígenas conocen con el nombre de *yatai*, lo que hizo que se llamara a esta localidad *Yataily*, que en guaraní significa bosque de yatais o lugar cubierto de yatais, así como decimos en francés *saussaie*, *chenaie*, *aunaie*, etc., por sauzal, encinar, robledal, etc. Esta palmera crece poco. Su tronco es

5 Es el *Ilex paraguayensis*, de Aug. Saint-Hilaire.

grueso y cubierto de antiguas marcas correspondientes a la inserción de las hojas, en las que arraigan con facilidad unos ficus que terminan por sofocar el árbol. Las hojas de esta palmera son elegantemente arqueadas y el verde azulino de sus foliolas que apuntan al cielo contrasta agradablemente con la vegetación de los alrededores.

Antaño cubría el yatai todos los arenales de esos parajes, pero la necesidad de preparar el terreno para la agricultura o el interés por el sabroso alimento que constituye su corazón, tanto lo diezmaron que desde la época de las guerras ya no se encuentra en pie más que un número escaso, triste resto final de la hermosa floresta que integraban y que pronto habrá de desaparecer por completo. Habíamos partido muy de mañana. Ya eran las once y mi compañero de viaje, que para nada hablaba de desayunar, respondió a una pregunta que no era del todo desinteresada (porque empezaba a sentir mi estómago), haciéndome saber que no se desayunaba en la provincia y que nuestra primera comida sería el almuerzo, servido regularmente al mediodía. La costumbre no me hacía feliz, pero hubo que esperar y aunque en general me someta con facilidad a los hábitos locales, el nuevo uso fue, lo confieso, uno de los que más trabajo me costó adoptar, sobre todo por tratarse de una región donde la mañana era la única oportunidad favorable para las excursiones, antes de que hiciera calor. Al mediodía llegamos a casa en que, tras los saludos de práctica, sus ocupantes ya sentados a la mesa nos invitaron con un cortés *¡A buen tiempo!* a compartir su comida, lo que aceptamos sin hacernos rogar. La composición del almuerzo era igual a la de la víspera, servida absolutamente en el mismo orden y siempre sin beber. Parchappe tenía asuntos que tratar con el dueño de casa, lo que me dio oportunidad de ir de caza por las lagunas y montes circundantes. Mi cacería fue bastante fructífera. A la tarde recibimos las mismas atenciones de parte de nuestros huéspedes, pero siempre el mismo suplicio de los mosquitos a la noche y, por consiguiente, nada de sueño, igual que antes.

Al día siguiente quise ir con mi peón a cazar los ciervos de la región, del lado de la costa del Paraná, donde eran comunes, según me lo aseguraron. Atravesamos muchos grandes pantanos semejantes a los que llaman esteros los pobladores de la provincia y cuyas aguas, aunque estancadas, jamás se corrompen ni producen enfermedades. Cerca del río las charcas han sido sustituidas por tierras cubiertas de espinillos, o acacias espinosas, que caracterizan los terrenos arcillosos, cuya vegetación es triste, sobre todo en esta época, que es la de la caída de las hojas en los lugares secos, porque todas las plantas propias de tales zonas tienen, como las de Europa, su época de descanso, en

tanto que las que crecen en lugares húmedos nunca pierden el follaje, que generalmente es más oscuro. Por fin descubrí un ciervo, un *guazú birá*[6], para los guaraníes. Mi peón desató en seguida sus temibles boleadoras y partió a todo galope, haciéndolas girar sobre su cabeza. Pronto lo perdí de vista, pero al momento regresó un poco avergonzado de haber errado al animal. La forma de bolear parece a los europeos extraordinaria: ya la he descrito, pero hay detalles sobre los que debe volver el lector muchas veces, para familiarizarse con la operación. El cazador se arma con dos o tres bolas de plomo o piedra, atadas al extremo de otras tantas correas que se unen a un centro común, formando brazos de igual longitud. Cuando percibe la pieza, lanza su cabalgadura al galope, sosteniendo una de las bolas en la mano derecha, mientras hace remolinear las otras por encima de su cabeza. Cuando se considera a tiro las dispara al animal, al que generalmente dan alcance, silbando por el aire; y por poco que le den en las patas, el animal está perdido, porque se le enredan, lo hacen caer y el cazador lo captura vivo. A la tarde se quemó paja mojada a puertas cerradas, para espantar los mosquitos. No sé sí habría preferido la mordedura de los crueles insectos a la peste del humo, pero el cansancio me venció; dormí bien y compensé el penoso insomnio de las noches precedentes.

El 25 ya estaba temprano a caballo y, siempre a través de campos arenosos, llenos de lagunas y grupos de árboles, llegué a la *estancia de la Cruz*, situada al borde de una hermosa laguna, cuyas límpidas aguas invitaban a aproximarse. Al salir de la Cruz hice dos leguas entre dispersos bosquecitos de *acacias espinillos, o espinillares*, propios de aquel suelo, que no es arenoso y variado como el de Las Ensenadas, sino arcilloso, bajo, parcialmente inundado y de triste aspecto, muy diferente al de los lindos parajes que acababa de recorrer; terreno constantemente llano, que sólo mostraba árboles redondos, espinosos, achaparrados, cuyas hojas caían por entonces dejando desnudas ramas entrecruzadas en todos los sentidos, casi siempre cargadas de nidos de cotorras y de algunas plantas parásitas, no menos ingratas. Así llegué a otra estancia, llamada *La Limosna*, una de las fincas más ricas en animales en la región, lo que atestiguaban visiblemente los amplios corrales que la rodeaban. Aún me faltaban tres leguas para llegar al término del primer viaje. La primera mitad de esta última parte del camino estaba bordeada por los tristes espinillos, y el resto presentaba tierras inundadas durante las lluvias, pero cubiertas por un hermoso pasto verdeante en la época de mi paso. La dirección que había seguido desde Corrientes era de este a oeste, entre el curso del Paraná, al norte,

6 *Cervus nemorivagus*, Fréd. Cur.

y el del riacho llamado *Riachuelo*, al sur. Elevados bosques, que entonces se mostraban al descubierto, crecían a lo largo del Paraná y hacia el sur limitaban el horizonte extensos pantanos mezclados a intervalos con grupos de árboles.

Llegué por fin a Iribicuá[7]. No me detuve en la casa de postas, distante una legua del Paraná, en la que había una estancia ocupada por una familia de indios guaraníes, único lugar habitado de las cercanías. Con premura llegué a la ribera del río donde un viejo francés, ex comerciante arruinado, hacía cortar maderas de construcción para expedirlas a Buenos Aires. Allí tenía resuelto establecerme durante unos días, para explorar y reconocer bien los alrededores.

La vivienda de mi pobre compatriota, choza del más humilde aspecto, estaba ubicada en lo alto del acantilado del Paraná, en medio de un prado situado entre dos bosques muy extensos. Un admirable paisaje se disfrutaba desde la casa, en todas direcciones. Por un lado el Paraná, allí con más de una legua de ancho, desplegando su curso poco tortuoso hasta donde la vista pudiera alcanzar y llevando majestuosamente, entre las riberas ornadas de altos bosques, sus apacibles ondas, que de trecho en trecho dividían bancos de linda arena amarilla o islotes ricamente arbolados, y que ya no obstruían, como en otras partes, aquellas grandes islas que sólo con dificultad permiten apreciar y admirar su perspectiva. Enfrente, del otro lado, se extendían las vastas llanuras del hermoso Paraguay, lo bastante cercanas para que se pudiera observar las estancias y oír, cuando los traía el viento, los mugidos de los animales que las pueblan.

Tomé el fusil, impaciente por recorrer la vecindad, y, acompañado por mis dos compatriotas, fui a pasear al bosque cercano donde desde hacía poco tiempo se habían abierto unos senderos destinados a facilitar el transporte, hasta el lugar de embarque de los cortes que deben llegar por el Paraná a los aserraderos de Buenos Aires. Era encantador el aspecto del interior de aquel bosque. Por doquiera se alzaban árboles de considerable altura que, por primera vez, veían al hombre dirigir sus pasos hacia su suelo natal, solamente hollado, hasta entonces, por los jaguares y pecaríes; por todas partes se abrían los verdeantes penachos de la palmera *pindo*, graciosamente ligados al follaje tupido y variado de los otros árboles, que parecían rodearlos para darles protección.

Aquel que no haya contemplado la naturaleza virgen, en su lujo agreste y salvaje, sólo puede hacerse una pobre idea de lo que tiene de imponente. Ante

7 Nombre guaraní, compuesto de *iribu*, catarata urubu, y cuá, cueva.

su vista el espíritu más impasible y frío se exalta y dirige involuntariamente su pensamiento hacia el autor de tantas maravillas. Los trabajos del arte podrán ser más regulares, pero las obras de la naturaleza ofrecen, en su mismo desorden, un atractivo, un encanto más. Largamente hubiera contemplado ese magnífico espectáculo, sin las miríadas de mosquitos que pronto me acometieron, y con la cabeza ya horriblemente inflamada, sufriendo un verdadero martirio, pero siempre entusiasmando pese a mis dolores, me vi finalmente forzado, para no agravarlos más, a volver al tugurio de mi viejo compatriota.

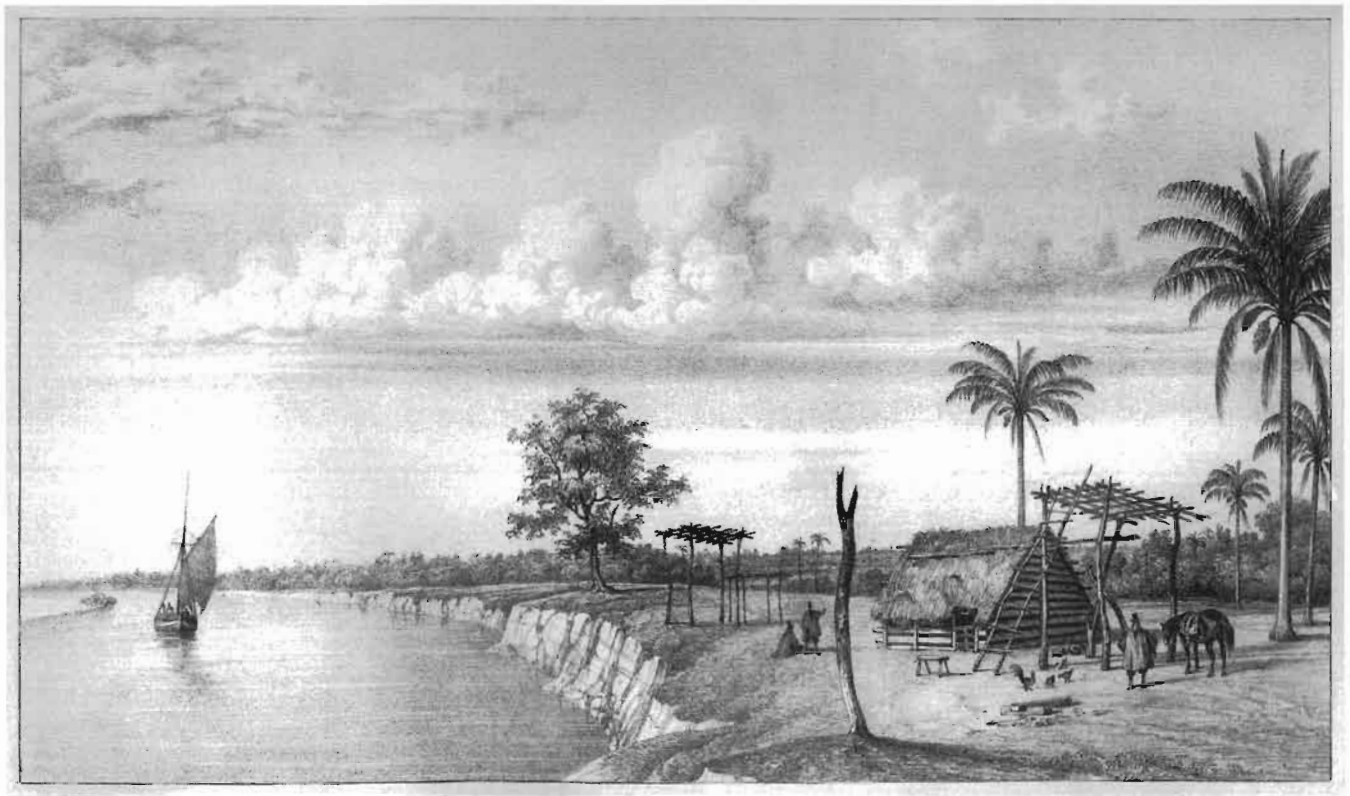
Esta choza estaba hecha de trozos de madera dispuestos como los de una tienda y cubierta de palmas que sólo podían preservar del sol, ya que la luz pasaba por ellas. Sus dos extremos se hallaban abiertos a todos los vientos, con el doble objeto de asegurar la circulación del aire en el interior e impedir que los mosquitos se instalaran durante el día. El moblaje constaba de dos o tres estacas puestas verticalmente sobre uno de los costados, que sostenían horizontalmente a otras, sobre las cuales se extendía un cuero que servía de lecho al propietario; de un banco, utilizado como mesa, y de uno o dos más, empleados como asientos; todo en una superficie de diez pies de largo por ocho de ancho. Afuera había una ramada hecha de ramas, mal construida y amenazando ruina a cada momento, la que servía de dormitorio cuando había muchos mosquitos. Como era muy alta, se subía por medio de una escala de construcción no menos descuidada, formada por dos varas torcidas a las que se ajustaban, de distancia en distancia, a manera de escalones, palos sujetos por cuerdas de cuero de vaca sin curtir. Bajo esta ramada se cocinaba al aire libre. En su proximidad se levantaban otros de esos andamiajes informes, para uso de los obreros que trabajaban en la tala de árboles.

Permanecí varios días en Iribucuá, recorriendo todos sus alrededores con el objeto de recoger animales y plantas. Podía vérseme, sucesivamente, hundirme en lo más espeso del bosque, bordear las orillas o examinar, en la llanura, la menor planta o el menor insecto. En aquel entonces el otoño comenzaba a ejercer su imperio sobre toda la naturaleza, por lo que mis correrías resultaron mucho menos productivas de lo que esperaba. La cabaña no era lo suficientemente espaciosa para darme albergue, de manera que me echaba afuera, sobre un cuero; pero allí los mosquitos solían atormentarme en tal forma que me veía obligado a subir a la ramada. Entonces, casi continuamente, el excesivo frescor del tiempo, contra el cual carecía de ropa conveniente, me privaba en absoluto de descanso. En esas difíciles circunstancias, haciendo de la necesidad virtud, pasaba noches enteras contemplando el cielo tan puro en América, en esta época del año, admirando la calma de la naturaleza, en que reina-

ba un silencio total, sólo quebrado por la agitación del follaje, los gritos de algunos pájaros ribereños o nocturnos y el continuo bordoneo de los mosquitos, mil veces más insoportable que los gritos más agudos. Los habitantes de nuestras ciudades, cuando leen tan cómodamente, cerca del fuego o en el tranquilo santuario de sus gabinetes, un relato de viajes, imaginan al protagonista siempre sumido en goces novedosos. ¡Qué lejos están de saber lo caros que se pagan esos goces, con cuántas privaciones los compra y de cuánta paciencia, coraje y perseverancia debe armarse para afrontar los disgustos, contrariedades y peligros de un viaje prolongado, lejos del centro de la civilización.

3 de mayo

El 3 de mayo partí de regreso a Corrientes, cazando durante todo el camino. Al mediodía tuve la dicha de encontrar en la Cruz un buen hombre que comía carne seca asada. Me brindó cordialmente parte de su modesta comida. La acepté con tanto mayor gusto, cuanto que aun estaba en ayunas; después fui a acostarme en una casa de Las Ensenadas y al día siguiente me hallaba temprano en Corrientes.



Vista de Tribucua, sobre el Paraná.

CAPÍTULO VII

Corrientes. Viaje a San Roque. Continuación al rincón de Luna

Corrientes

Al regresar a Corrientes reanudé mis investigaciones por los alrededores de la ciudad, sin dejar de estudiar las costumbres de los habitantes. Allá el comienzo de mayo no constituye, como en Europa, el anuncio de la primavera; por el contrario, señala una estación opuesta, aquélla en que la naturaleza empieza a tomarse el breve descanso de que goza en los trópicos. Todos los días veía a algunos árboles despojarse de sus hojas, o a los que no las pierden, trocar, al detenerse su savia, su verde tierno por el verde oscuro que caracteriza generalmente, en esa época, a las plantas siempre verdes. Los campos se volvían tristes; ya no se oía el animado canto de los pájaros innumerables, que otrora cubrían los matorrales cercanos a la ciudad. Dichos huéspedes pasajeros se habían ido a una zona más cálida, en busca de un alimento que estos lugares ya no les proporcionaban. Habían sido muy bien sustituidos por pájaros de latitud más meridional, pero menos brillantes y más taciturnos, que mostraban visiblemente que no se encontraban en su casa. Por otra parte, entre ellos figuraban muchos más habitantes de los pantanos que de los bosques. Ya ninguna planta florecía; raramente se veía un insecto o había que buscarlo con trabajo bajo la corteza de los árboles... Estación de reposo para la naturaleza americana, quizás; pero, por cierto, estación muerta para un observador insaciable como yo.

1827
Corrientes

Pero si el mes de mayo era en aquellos climas época de decadencia material, también lo era de regeneración política. Todos los argentinos recordaban

que el 25 de Mayo de 1810 una junta de nueve miembros había sido la primera en atreverse a lanzar el grito de libertad, y que este grito, pronto repetido en todo el territorio con la sugestión de un entusiasmo indescriptible, los había llevado a la conquista de su independencia. Cada año, pues, el menor villorrio se empeñaba en celebrar este glorioso aniversario. En Corrientes todo el mundo estaba ocupado: las autoridades, en buscar las diversiones que ofrecerían al pueblo, y el pueblo en concebir qué nuevos placeres podía esperar de la solicitud de sus autoridades. El gobernador quiso diferenciarse de sus predecesores ofreciendo a sus administrados un espectáculo que al menos tuviera el mérito de la novedad. Se trataba de la representación de una tragedia. Muchos hombres, en Corrientes, tenían una idea aproximada de lo que podría ser, porque habían viajado a Buenos Aires. Entre las mujeres, en cambio, sujetas a una medida administrativa que les impide salir de la provincia si no están casadas, posiblemente más de cuatro no supiesen de qué se trataba, por lo que la noticia monopolizaba los espíritus. El teatro era, desde hacía más de quince días, objeto de innumerables discusiones entre las cabezas más asentadas de la provincia, que se preguntaban con ansiedad qué sería el telón. Un francés había tomado a su cargo esa parte de la decoración, pero como nunca había manejado un pincel tuvo que abandonar la empresa, transfiriéndosela a un orfebre indio de la ciudad, quien se arregló como pudo. La sala fue hecha de tela, a un lado de la gran plaza y frente al *Cabildo*; se parecía bastante a esas tiendas que los saltimbanquis alzan en las ferias de Francia. En la parte delantera se alzaban dos anchas pilastras, destinadas simultáneamente a disimular los pasillos y encuadrar la tela. En cada una figuraba un soldado armado y, en la tela, como emblema de la República, brillaba un sol que mediría, con sus rayos, no menos de diez pies de perímetro y cuyo rostro circular, trazado a compás, contrastaba por su regularidad geométrica con dos ojos de proporciones desiguales, y bastante poco fieles, por otra parte, a la gran ley del nivel... Frente a este artefacto, ringleras de bancos aguardaban a los espectadores, y al otro lado de la plaza habían instalado un juego de sortija y cucañas.

25 de mayo

Por fin llegó el día esperado, anunciado por veintiún cañonazos que dispara la única pieza que defiende el paso del río, cerca de la aduana. Las campanas de todas las iglesias remueven el aire con sus sones discordantes. Los pobladores de la campaña afluyen a la ciudad por todos los caminos. Grandes propietarios con caballos cubiertos de plata, indios y esclavos negros, todos obstruyen un momento las calles con sus equipajes, y pronto, tras haberse ubicado en diversas casas, reaparecen muy ataviados, inundando la plaza. Durante todo el año, la policía

confisca, en provecho propio, los caballos de cualquier sujeto que galope; pero este día todo el mundo tiene derecho a hacerlo, en un antiguo juego que evoca los primeros tiempos de la Conquista. Dos hombres a caballo, enmascarados, disfrazados burlescamente y armados de rebenques, tienen derecho a perseguir a todos los demás jinetes y azotarlos al darles alcance. Todos los pobladores, montados en sus mejores animales gozan desafiando la destreza y celeridad de las máscaras, haciéndose perseguir por ellas a todo galope, a veces en grupos de más de doscientos, sea por los extremos de la plaza, sea en las esquinas, donde se apiñan de manera tal que rara vez termina la fiesta sin que haya algunos chicos pisoteados o adultos heridos.

Comenzaron las diversiones del día y, durante ese primer juego un poco salvaje, en tanto que los pequeños trepan a las cucañas, la brillante juventud provinciana rodea con sus cabalgaduras a los árbitros del juego de la sortija. ¡Honor a los buenos vecinos de Corrientes! Más de treinta corridas costó sacar la primera sortija; por fin, empero, el sonar de las fanfarrias proclama un primer triunfo. Entretanto, las autoridades de la ciudad, encabezadas por el gobernador y principales funcionarios de la provincia, se reunían bajo la galería del cabildo. También concurrieron algunas damas y yo mismo había logrado permiso para acudir. A breves intervalos, la banda militar ejecutaba valses y contradanzas españolas. Se platicaba mucho y la principal galantería masculina con las damas consistía en comprar y ofrecerles billetes de lotería que ellas aceptaban sin ningún escrúpulo, recibiendo luego con gusto los diversos objetos que les tocaban en suerte. Esta lotería, que se realiza todos los años, ha sido concedida a uno de los comerciantes de la ciudad, quien toma de todos sus colegas los premios que la componen, cuyo valor se estima previamente, en presencia de empleados de la administración, a fin de prevenir el fraude. Es uno de los juegos más gustados por la población, ávidamente entregada a cualquier clase de juego, por otra parte... Dos indios guaraníes, encaramado uno en zancos y el otro con la cara tiznada de negro, vinieron a divertir a la honorable asamblea, como verdaderos bufones, y recibieron unas monedas. Uno de ambos, sobre todo, con salidas más obscenas que espirituales, y con frecuencia acompañadas por gestos aun más indecentes, excitaba constantemente la hilaridad general, y por más que yo no perdiera gran parte de sus dichos, debido a la jerga medio castellana y medio guaraní en que se expresaba, no dejaba de enrojecer por cuenta de los espectadores a quienes todavía divertían, en Corrientes, escenas que no justificaría la ignorancia ni la grosería de las épocas bárbaras.

Al terminar la jornada llegó la hora del espectáculo, esperada con impaciencia por todos, y la multitud se congregó en torno al teatro. Se me quiso

instalar en un banco, pero preferí quedar libre y me ubiqué, junto con varios compatriotas, detrás de las personas sentadas. Varias veces pasaron ante la tela, de un pasillo al otro, cómicos ridículamente caracterizados, provocando las carcajadas de los espectadores con gestos aún más grotescos que sus figuras. La orquesta, formada con elementos que facilitaron al efecto varias iglesias, ejecutó una melodía muy poco adecuada a la ocasión. Por fin, se alzó el telón, no sin varios inconvenientes, y presentó a los ávidos ojos cuatro individuos, tres vestidos con trajes negros y el otro con uniforme de oficial y presentando armas con su sable. Estaban todos cubiertos y en posición de firmes, con el cuerpo inclinado hacia el frente. Así se mantuvieron un momento perfectamente inmóviles. Ya me preguntaba lo que harían, cuando la orquesta inició el preludio de la canción patriótica de la República Argentina. Entonces los cuatro se quitaron simultáneamente sus sombreros, sosteniéndolos en igual postura, sin mover la cabeza, los ojos ni el cuerpo; luego empezaron a cantar, lo que advertí sólo por los movimientos de sus labios, pues apenas mi oído captaba unos sonidos nasales, más fúnebres que guerreros. Concluido el canto, los cuatro alzaron sus sombreros, gritando *¡Viva la Patria!*, lo que fue enérgicamente coreado por los presentes. Se bajó el telón y durante una media hora los espectadores no tuvieron, para distraer el aburrimiento de otra espera, otra cosa que la reaparición de varios bufos y el espectáculo de algunos cohetes, cuyas varitas, lanzadas demasiado perpendicularmente, estuvieron a punto de matar a varias personas. Al fin volvió a levantarse el telón y empezó la tragedia. Los cuatro lados de la escena estaban flanqueados por sendos soldados vestidos de color rosa. En seguida aparecieron un rey y una reina. El rey era joven, bajo y grueso, mientras la reina... la reina era un hombre de cincuenta años, seco, flaco, más oscuro que el más moreno de sus conciudadanos y cuya negra mano contrastaba notablemente con el encaje y la seda que la cubrían. No he de referirme a su garganta descubierta ni a su cuello de un grosor muy ordinario. Después de haberse paseado, durante un rato, abrió la boca, y unos roncos sonidos demostraron en exceso que nada femenino había en su persona[1]. "¡Es la reina!", se había gritado por todas partes, al ver que avanzaba esta rara actriz, y un montón de gente pretendió subir a una mesa colocada junto a mí, para verla mejor; la mesa, aparentemente poco sólida, se rompió bajo su peso y arrastró en su caída a todos sus ocupantes; esto produjo, como es de

1 Era un doctor de Santa Fe, el cual, poco después, comprometido por sus relaciones con los indios de las misiones, fue cargado de cadenas y enviado como soldado al ejército nacional de Buenos Aires.

suponer, desorden, gritos, interrupción de la representación, intervención policial que quería impedir que gritaran incluso las víctimas del percance... Yo estaba muy cerca... Mi condición de extranjero podía llamar la atención sobre mi persona, y creí prudente eclipsarme, pues mis recuerdos de Montevideo me hacían temer cualquier cuestión con la policía americana.

La ciudad había sido iluminada con faroles que adornaban los edificios públicos y la residencia de las autoridades. Los festejos duraron tres días, aunque poca variación hubo en las diversiones. Así fue que la famosa tragedia, esperada con tanta impaciencia, sirvió pronto de soporífero al reducido grupo de personas que por deber o complacencia seguía al gobernador a la función.

¿Necesita el lector europeo la apología de estos detalles relativos a las solemnidades transatlánticas, y no los justificará bastante la especie de parodia de usos y costumbres del Viejo Mundo, en el territorio del Nuevo?

No fue sin embargo la curiosidad lo que me retuvo en Corrientes durante las fiestas. El corresponsal al que me dirigiera en procura de fondos atravesaba un período de malos negocios, y no pudiendo entregarme dinero optó por partir al sur de la provincia sin tomarse ni siquiera el trabajo de escribirme, de manera que me encontraba en situación tan embarazosa que ya me faltaba lo estrictamente necesario. Por suerte, varios otros compatriotas –justicia que me apresuro a hacerles– tuvieron a bien venir en mi ayuda, hasta que recibiera de Buenos Aires nuevas cartas de crédito, y debo incluso a uno de ellos los medios para emprender una gira por el sur de la provincia, acompañando a Parchappe, que había recibido la misión de levantar el plano de *Rincón de Luna*.

Aproveché el tiempo restante hasta el día de la partida en visitar los alrededores y hacer que los indios jóvenes cazaran con cimbra. Se trata de un arco munido de dos cuerdas entre las cuales, hacia su centro y sólo hacia su centro, hay un trozo de piel que las une en forma de presentar, en el espacio aproximado de una pulgada que las separa, una superficie plana o algo cóncava, de la que lanza el cazador una bola de tierra cocida, en lugar de flecha, imprimiéndole fuerza suficiente para aturdir e incluso matar pajaritos. Mil veces pude ver, ya sea en Corrientes, ya sea en Bolivia, a hombres y principalmente a niños que empleaban esta arma con tal destreza que algunos podían responder por lo menos de la mitad de sus tiros. Otra arma, no menos ingeniosa, les sirve para cazar aves grandes. Consiste en tres bolitas de plomo, atadas al extremo de otras tantas correas unidas. En cuanto el cazador divisa una bandada de cigüeñas, patos o aun pájaros aislados, corre hacia ellos, haciendo girar las bolas sobre su cabeza y lanzándolas sobre la pieza cuyas alas enlazan por efecto

del impulso recibido, en forma que el pobre animal, detenido en su vuelo, cae a tierra donde lo atrapa el cazador. En estas regiones donde la caza es tan abundante, la población se la procura con facilidad, pero en cuanto se haya difundido el uso del fusil, no hay duda de que los pájaros se volverán salvajes y este tipo de caza caerá en desuso por falta de ocasión de practicarlo.

Viaje a San Roque

Después de haber alquilado una carreta y comprado todas las provisiones que podían sernos necesarias, tales como bizcocho y carne seca, Parchappe y yo salimos de Corrientes el 22 de junio, a eso de las tres de la tarde, dirigiéndonos en dirección sursureste. Atravesamos un gran estero, de casi media legua de ancho, que en cierto modo rodea la ciudad de Corrientes, y hace dificultoso su acceso. No obstante, bastaría para desecarlo juntar sus aguas con las de un arroyito denominado *Santa Rosa*, que desagua en el Paraná al extremo sur de la ciudad. Una simple trinchera, de cien toesas a lo sumo, bastaría al efecto, y sería fácil practicarla en un terreno carente de piedras, aunque previamente habría que sacar a los habitantes de su apatía habitual, lo que difícilmente se logre sin provocar grandes cambios en su estancada civilización. Este pantano es muy difícil de cruzar. Nuestros caballos tenían agua o barro hasta el vientre, y el agua verde, que no estaba empero corrompida, ofrecía una superficie sembrada a cada paso de matas de ese hermoso arbusto de flores rosadas e infundibuliformes, que los guaraníes llaman *amandi yu-rú*, debido a la analogía que encontraron entre la semilla de esta planta y la del algodón. Al salir del pantano, el terreno tiene un aspecto completamente distinto. Se entra en la región llamada de las *lomas*, para diferenciarla del resto de las tierras circundantes, aunque quizá no haya ni veinte pies de diferencia entre su nivel y el de la charca vecina; pero estos términos de comparación tienen un valor muy relativo, basado en la mayor o menor uniformidad del suelo. Lindas casitas aisladas guarecían por todas partes a una humilde familia de agricultores, cuyos campos de algodón, caña de azúcar, mandioca y maíz, junto con unos animales, alimentan, visten y hasta permiten comerciar un poco. Esta parte de la provincia de Corrientes es la primera en que la agricultura haya hecho ciertos progresos, aprovechando las tierras arenosas y fértiles de las lomas. Arboledas de hermoso verde rodean parcialmente las fincas de cultivo,

1827
Camino a San Roque

22 de junio

en tanto que por las afueras las llanuras próximas ya no presentan división alguna. Allí se ve pastar juntos animales de distintos propietarios, que identifican su ganado por la enorme marca que se les imprime en el anca o por otra señal aún más bárbara, tal como una oreja cortada o hendida, un trozo colgante del cuero del cuello, etc. Viajamos hasta el anochecer y luego desatamos los bueyes de nuestra carreta. Se hizo fuego para asar un modesto pedazo de carne y preparamos nuestras camas. Mi compañero de viaje, por ser de mayor edad, puso la suya en la carreta, y yo me instalé debajo, en el suelo, residencia elegida para todo el viaje. Al principio, unos mosquitos resolvieron visitarme, pero el fresco de la noche los batió pronto en retirada y me dormí con sueño tan bueno como sobre el mejor lecho o en el departamento más cerrado.

Cuando se viaja nunca se duerme hasta tarde, y menos al aire libre; de manera que el canto de los pájaros anunciómе la hora de partir en el momento mismo en que la naturaleza despierta. Se calentó agua y mientras nuestros hombres ataban los bueyes y ensillaban los caballos, tomamos el *mate*, al uso del país. Nos hizo falta una hora de marcha para llegar al monte que bordea un curso de agua conocido por *Riachuelo*. El Riachuelo, que sólo tiene una legua navegable en todo su curso, cerca de la desembocadura, y esto sólo durante las crecientes, nace entre inmensos pantanos poblados de juncos y situados a treinta leguas al estenordeste de Corrientes, cerca de las márgenes del Paraná, en San Antonio. Riega llanos de dos a tres leguas de ancho que se cubren de juncos elevados; así pasa por Las Ensenadas, que ya he mencionado; luego se interna serpenteando en la campana, a través de grandes bosques, hasta verterse en el Paraná, tres leguas más abajo de Corrientes. En el lugar en que lo vadeamos, corría sobre un lecho de arena y el agua estaba baja; pero durante la estación de las lluvias desborda no menos de media legua y, entonces, a falta de canoas, se lo atraviesa en unos cueros que más tarde habré de describir. Sus orillas nos mostraban de lejos los macizos redondeados de la palmera *corondai*, diseminados por lugares famosos, pues jamás crece en tierra arenosa, donde es reemplazada por los *yatais*. La llanura prosiguió después de nuestro pasaje por el Riachuelo; llanura seca, aunque cubierta de ganados que pacían tranquilamente en un suelo uniforme, mostrando solamente, a grandes intervalos, arbustos espinosos, cargados de enormes nidos de ruidosas cotorras. Algunos ciervos también se dejaban ver a la distancia, con numerosas bandas de avestruces americanos. Dos leguas de marcha, a través de esas tierras uniformes, nos llevaron a los bosques que orillan la margen del *Sombrero*, mucho más

pequeño que el Riachuelo, el cual nace en los pantanos llamados *cañadas de los Sombreros*. Es de notar que la provincia de Corrientes sólo tiene bosques en los bordes de los cursos de agua o en medio de los pantanos. Una legua más allá encontramos el arroyo del *Sombrerito*, caudaloso solamente cuando se halla crecido por las lluvias y entonces tan difícil de pasar como los demás. Seguimos atravesando llanuras; pasamos otros dos arroyitos, el *Ooma y el Peguajó*, y luego, tras haber cruzado una charca bastante extensa, denominada *cañada del Empedrado*, hicimos alto junto al riacho *Empedrado*, así llamado por las piedras que cubren su lecho, cerca de una alquería con cuyos habitantes no tuvimos comunicación y ni siquiera dieron muestras de ocuparse de nosotros, especie de anomalía moral bastante extraña en un país por lo general tan hospitalario. La uniformidad de los llanos arcillosos que habíamos recorrido todo el día por caminos espantosos, no me había sugerido una idea muy elevada de la comarca; el tupido bosque de la orilla de los riachos constituía la única interrupción a su monotonía, y la estación muerta del invierno entristecía aún más su aspecto. Los arbustos de la llanura, en efecto, habían perdido su habitual verdor y el mismo follaje de los árboles ribereños había adquirido una tonalidad oscura. Encendimos el fuego de rigor y, tras una merienda de viaje, nos entregamos al reposo.

El 24 de junio estábamos temprano al borde del Empedrado. Después del Riachuelo, viene a ser uno de los cursos de agua de mayor caudal en la región.

24 de junio

Toma origen entre las extensas cañadas de *Maloya*, que ocupan todo el centro de la provincia de Corrientes. Por aquel entonces, estaba bastante bien encauzado en su lecho, y sus aguas bajas y sin corriente rápida se dirigían lentamente a unirse con el Paraná, quince leguas al sur de Corrientes. Sus bordes están agradablemente poblados de árboles de especies diferentes, pero la orilla correspondiente a la llanura se cubre de esos tristes espinillos, o acacias espinosas, que caracterizan a las tierras arcillosas. Al pasar este riachuelo advertí algunos restos de conchas de agua dulce y sin tener en consideración el frío penetrante que se sentía, me desvestí y eché a la corriente para extraer conchillas. Sentí intenso frío, pero obtuve una hermosa especie de anodonte... y quedé satisfecho. Volví a montar, retornando al galope el camino que había seguido nuestra pequeña caravana, a la cual pronto di alcance.

Poco después el campo pareció extenderse. Nos aproximamos a la ribera del Paraná y observamos sus aguas majestuosas que, desde lo alto de los acantilados, ofrecían un aspecto notablemente imponente. En aquel paraje el río está constelado de islas boscosas cuyo color verde oscuro, propio de la estación, contrastaba con el agua tranquila que reflejaba los rayos solares. Aunque

estuviera a más de doscientas cincuenta leguas de su desembocadura, su anchura era inmensa. Nunca volví a verlo sin experimentar un renovado deleite e incluso un sentimiento de admiración. Europa nada tiene de análogo en el género y sus ríos más hermosos vienen a ser delgados arroyos si se los compara a éste. Sumido en tales reflexiones llegué a la pequeña aguada de *Pedro González*, junto a la cual hicimos alto un momento. Recogí numerosos ejemplares de conchas fluviales y me dirigí, con mi compañero de viaje, hasta el borde mismo del Paraná con el objeto de examinar la composición geológica de las capas que ponían de manifiesto los escarpados acantilados de sus márgenes. Sólo encontré arenas arcillosas llenas de canto rodado, jaspes y ágatas. Puestos en marcha bien pronto, abandonamos la orillas del Paraná y llegamos al riacho *San Lorenzo*, que atravesamos. Esta pequeña vía de agua tiene origen, al igual que el Empedrado, en medio de las cañadas de la Maloya y no está bordeada de árboles frondosos. Cruza un terreno arcilloso, cubierto de pantanos donde se encuentran muy pocas casas, lo que aumenta la tristeza del campo, que no demoró en reanimarse; de lejos percibimos un poco de sombra a orillas del *Ambrosio* y nos detuvimos. Viene este riacho de los pantanos vecinos y recibe además en la estación de las lluvias el exceso de caudal del San Lorenzo. Habíamos acampado cerca de una humilde choza sombreada por un enorme *timbó*, la que habitaba una pobre familia de agricultores mestizos (de indio y blanco), quienes nos ofrecieron todo lo que poseían con tal desprendimiento que no pudimos rechazar el charque asado que para nosotros sirvieron en su mesa indigente. Tratamos de indemnizar su sacrificio, pero ¿cómo es posible pagar hospitalidad tan generosa?

Apenas doraba los campos el sol de la mañana siguiente cuando ya estábamos en marcha. Cruzamos el Ambrosio, en cuyos bordes pantanosos estuvo a punto de volcar la carreta que contenía nuestros efectos. Al otro lado, entramos en los grandes bosques que lo rodean. Seguimos estos bosques hasta una estancia cuyo propietario era conocido de mi compañero de viaje. Aproveché el alto que hicimos para preparar la caza de los días precedentes, y luego proseguimos el viaje, dejando a nuestro huésped dormir la siesta. La tierra mantenía su aspecto cenagoso, llena de aves ribereñas; poco a poco los pantanos fueron reemplazados por arenas interrumpidas por lagunas y grupos dispersos de árboles, en el lugar denominado *Las Islas*, por la forma que adoptan esos grupos de árboles, siguiendo la costumbre de la región. Estas formaciones vegetales, siempre situadas junto a lagunas de agua límpida como el cristal, incitan al viajero a detenerse; fue lo que hicimos. Alegre y animado por dos o tres ranchos de indios, el lugar podría en verdad inspirar a nuestros poetas y me

produjo tanto mayor embeleso, cuanto que una linda tarde invernal confería a la naturaleza un carácter solemne muy distinto del que la primavera le hubiera impuesto y hasta la temperatura algo baja agregaba otro encanto a aquellos bosques elevados que parecían haberse congregado en el lugar como por sortilegio, para contraponer su verdor con las lagunas y cabañas de una campaña, por otra parte yerma y arenosa.

Nuestros víveres se habían agotado, al menos en cuanto a la carne desecada que la caza reemplazaba para nosotros, no para nuestros servidores, poco entendidos en carnes, que preferían a los manjares más delicados una lonja de tasajo. Al pasar cerca de uno de los ranchos que he mencionado, advertimos que se había carneado un buey. Mandamos a comprar pedazos, pero los ocupantes, aparentemente menos hospitalarios que nuestros dignos huéspedes de la víspera, se negaron; de manera que tuvimos que limitarnos a comer los patos que habíamos matado por el camino. Luego nos dedicamos a renovar las provisiones para el día siguiente, cosa facilitada por la presencia de gran cantidad de aves atraídas por las lagunas. Los arbustos secos que cercaban campitos cultivados por los pobladores de las chozas, estaban llenos de apareas o cobayos salvajes, de lo que hicimos abundante caza. Habíamos establecido nuestro domicilio nocturno a apreciable distancia de las casas y estábamos junto al fuego, cuando un muchacho indio vino a vendernos *batatas* asadas al horno. La oferta no podía ser más oportuna y la aceptamos con premura. Las batatas constituyen un plato delicioso, del que nunca me cansé durante mi estadía en América.

Al día siguiente seguimos contorneando un trecho las mismas tierras, encontrando a cada momento límpidas lagunas. El temor de quedarnos privados de víveres me resolvió a hacer una batida de patos, que se posaban con preferencia en las lagunas de bordes cubiertos por juncales, en una de las cuales los veía por millares, al acercarme con precaución, cubierto por un arbusto. En cuanto estuve a tiro dispare sin apuntar al montón. Instantáneamente la orilla quedó sembrada de patos muertos o heridos. Recogí diez y siete y varios otros se me escaparon, pero ya nuestras provisiones recibían un refuerzo y consideré oportuno no proseguir la cacería, aunque viera a cada momento nuevas bandadas de patos de diversas especies, venidos sin duda del sur donde la estación fría los había espantado, ya que las aves americanas obedecen las mismas leyes migratorias que los del polo norte. Pronto desaparecieron las lagunas y los lindos grupos de árboles. El suelo volvió a ser arcilloso y un estero enorme, conocido por *cañada de las cebollas*, apareció ante nosotros, mostrando sólo una llanura inundada, por todos sus lados, hasta perderse de vista. Desde los

bordes contemplaba, con un sentimiento semejante al terror, su triste aspecto, su impresionante uniformidad; pero había que cruzarlo y entramos en el agua. Nuestros caballos estaban tapados hasta el vientre y a cada paso se hundían en un lodo blando. A intervalos había hierbas salidas del seno de las aguas, que se esmaltaban con la blancura de las garcetas, mientras los espacios que dejaban libres, aunque muy profundos algunos, se cubrían de plantas acuáticas entre las cuales innumerables bandadas de patos de todas las especies se revolvían con delicia. Nos estremecía la idea de que tendríamos que cruzar tres leguas de un camino semejante, no sin maldecir la indolencia de los habitantes, que no intentan verter aquellas aguas en el Paraná, resultado que podría obtenerse mediante un canalito de desagüe de dos a tres leguas de largo, a lo sumo, que tendría que abrirse en un terreno llano y no pedregoso; pero luego pensé que la región posee muchas tierras excelentes, que no están cultivadas ni pobladas de ganado y que, por consiguiente, el drenaje no era de urgencia absoluta para sus actuales habitantes, por lo que transcurrirían unos buenos siglos antes de que el aumento de la población y la escasez de tierra de laboreo hicieran necesaria tal medida. Nubes de patos levantaban vuelo al acercarnos, pero ni siquiera se nos ocurrió cazarlos. Nuestra marcha era muy penosa. Se tendría que haber cumplido largas jornadas entre pantanos de esa clase, para forjarse una idea justa de las dificultades que se nos oponían. Teníamos que mojarnos o mantener las piernas recogidas a ambos lados de la montura, posición imposible de mantener mucho tiempo. Nuestros caballos pisaban en falso a cada momento, haciéndonos tambalear, por lo que teníamos que marchar al paso, de la manera más fastidiosa. Tras dos leguas de marcha apenas sí nos hallábamos en el medio y exactamente como en medio de un lago, sin ver, de tanto en tanto, ante nosotros, sobre el horizonte, más que unos árboles dispersos que se dibujaban sobre una línea uniforme; al este, al oeste... nada. Me imagino el hastío del viajero que, extraviándose por los arenosos desiertos de África, no vea en perspectiva ningún punto que le indique el término de su penoso viaje, ningún oasis que le permita concebir la esperanza de descansar; pero si el aburrimiento lo devora, si lo agota el ardor del sol, por lo menos tiene, bajo sus pies, suelo llano y sólido, en tanto que, en esos inmensos pantanos que caracterizan el centro de América, durante días y días es preciso luchar con el fango y los baches, antes de tocar un suelo en que pueda asentarse el pie. Por fin, unas horas más tarde, llegamos a tierra firme no lejos de los árboles que habíamos divisado, cerca de un rancho indio abierto a todos los vientos, que tenía por todo mobiliario, en un rincón, dos cueros vacunos que servían de lecho a toda la familia, compuesta por la pareja y varios hijos de corta edad; en el

recinto, el fuego iluminaba a aquellos pobres ermitaños, semidesnudos, alegres, con la sonrisa de la felicidad pintada en rostros abiertos y serenos, sin quejarse de su suerte. ¿Quejarse? ¿Y de qué se iban a quejar? "¿Podían ser desgraciados? me decía el dueño de casa... Tenían de qué comer". Nos ofrecieron, con la mayor generosidad, compartir la escasa sombra que podía dar su techo y nos calentaron agua para mate, que invariablemente se proponía tomar mi compañero de viaje en cuanto había que engañar un apetito que no siempre había medios de satisfacer. Saludando cordialmente con un último adiós a ese humilde asilo de la indigencia dichosa, no pude dejar de sumirme en meditaciones naturalmente inspiradas por aquella familia de las soledades americanas, comparándola con las familias de nuestras capitales europeas. ¡Qué contraste, en efecto, entre aquellos laboriosos indios, satisfechos y contentos apenas tienen alimento, y tantos ociosos de nuestras ciudades que, agotados en todos los placeres, rodeados de una apoltronada opulencia, aún están sumidos en preocupaciones y tienen voz para quejarse de los rigores que les impone el destino!

Cerca de esta cabaña se extendía una inmensa cañada, a cuyo borde jugaba un grupo de carpinchos aún ajenos al temor. Más lejos nos detuvimos cerca de una casa y cenamos. Pronto llegamos al bosque que contornea la ribera del riacho *Santa Lucía*. Allí, entre los productos de una vegetación muy variada, observé de cerca, por primera vez, la palmera conocida en el país bajo el nombre de *corondai*. Nada más elegante que el follaje en abanico de este árbol; no podía, pues, cansarme de admirar sus macizos redondos, compuestos por hojas entrecruzadas en todos sentidos. Por entonces, el riacho se reducía a un mero lecho de veinticinco a treinta metros de ancho; pero durante las crecientes se forma otro lecho que a veces alcanza a un octavo de legua de ancho, convirtiéndose en un curso de vadeo peligroso, sobre todo en una región en que no hay embarcaciones y debe confiarse la vida a un enero de buey con los bordes levantados.

El riacho Santa Lucía no nace en la laguna Iberá, como podrían hacerlo creer los mapas de Azara. Atraviesa diagonalmente toda la provincia, en la que forma casi una isla triangular. Se forma en el fondo de los pantanos que ocupan el borde del Paraná sobre la frontera de Misiones, cerca del poblado de Barranqueras, a más de cuarenta leguas por debajo de Corrientes; se desarrolla en forma de cañada muy ancha, al sursudeste, bordeando las localidades de Caacaty, San Antonio y San Roque; se encajona cerca de este último; sigue entonces por un lecho bastante profundo y termina por perderse en el Paraná, dos leguas por debajo de la localidad de Santa Lucía, a 29 grados de latitud sur.

Cuando llegamos al borde del riachuelo, el villorrio de San Roque se nos apareció sobre la margen opuesta. Su aspecto nada tenía de pintoresco: un conjunto de casas cubiertas de paja o troncos de palmera, iglesia muy simple, todo carente de árboles o contando con unos pocos frutales que entonces no tenían hojas, pertenecientes a especies cultivadas en Europa. Era la época correspondiente a nuestro otoño. En esas comarcas jamás hay albergues; ni siquiera esas casas sin muebles, abiertas a los viajeros bajo la denominación de tambos, que existen en Perú y Bolivia. Por suerte mi compañero de viaje ya tenía relaciones en la población y pudo llevarme consigo a una casa. El reciente recuerdo de nuestro paseo por la cañada hacía más necesario un descanso.

1827
San Roque

Al día siguiente me presenté al comandante militar del lugar. Estaba enfermo. Como francés, se me consideraba necesariamente médico, de manera que fui consultado acerca de su enfermedad. En esta oportunidad, así como en muchas otras ulteriores, prescribía unos remedios sencillos que tomados con confianza y ayudados por la buena constitución del enfermo, produjeron la curación más perfecta, según supe más tarde. Por otra parte, fui tanto mejor recibido por cuanto, abstracción hecha de mi reputación médica, tenía del gobernador de la provincia recomendaciones que causaron el mejor efecto del mundo en las autoridades locales.

27 de junio

San Roque se fundó a fines del siglo XVIII. Consta de una gran plaza alargada, en la cual, según la costumbre del país, la iglesia ocupa longitudinalmente un lado entero, tornándola irregular. Los otros lados están rodeados de casas esparcidas y algunas chozas aisladas. La iglesia de San Roque, muy simple, es apenas una casa grande dotada de un campanario de tirantes. El cura de entonces era uno de esos pobres monjes que el déspota Francia había revertido en Paraguay por capricho, en calabozos y con grillos, y que por otro capricho echara sin haber tenido, quizás, mayores razones para expulsarlos que las determinantes de su prisión.

Mi compañero de viaje certificó un hecho que tiempo después me fue posible verificar: los habitantes de San Roque, así como los de todos los otros poblados de la parte meridional de la provincia de Corrientes, carecen de la benevolencia, la franqueza, la simplicidad, que caracterizan a los de Caacaty y de todo el norte de la provincia; son más orgullosos y sobre todo más jugadores. El amor al juego está generalizado en toda América meridional; pero es extremado en San Roque, pese a las severas prohibiciones del gobernador de la provincia. No sólo de día se juega, sitio también toda la noche; hasta me

mencionaron personas que habían estado jugando varios días y noches seguidos. Pude asistir a algunos partidos de *monte*, en que todo el talento del jugador consiste en trampear con habilidad. El que no trampea no sabe jugar, y de allí disputas, odios de familia... A menudo, una pobre madre se queda con sus hijos sin alimentos, mientras su marido se juega hasta el caballo, última cosa que abandona un *correntino*, ya que no sabe caminar. Este vicio reemplaza en América a la bebida de nuestra Europa. Al respecto, los correntinos son muy sobrios; jamás vi beodos entre ellos; pero he visto gran número de personas arruinadas por el juego. Observé allá también, por primera vez, practicarse una costumbre que después hubo de repetirse con frecuencia en mi presencia; costumbre que parece aliar el fanatismo de los primeros tiempos del cristianismo con la barbarie del estado salvaje; quiero referirme al *velorio*. En cuanto muere mi niño de corta edad, y esto se acababa de producir en una casa del pueblo, un alma aún sin mácula –dicen sus padres–, un ángel, va al cielo. Erigen un altar doméstico, donde colocan al niño un vestido con esmero y lo rodean de cirios encendidos. Vecinos, amigos e incluso todos los que se enteran de la noticia, invitados o no, acuden enseguida a la casa del velorio; extraños y parientes, indiferentemente, bailan el *cielito* y demás danzas del país, echan aguardiente, fuman, toman mate, todos locamente alegres. Así pasa la noche, en la exaltación del regocijo. Al día siguiente se presenta el cura a buscar el cuerpo del niño para el entierro, lo que hace escoltado al menos por un violín, como en algunas bodas rústicas de Francia; entonces la madre que la víspera cantara y bailara igual que los demás, recordando por fin que ha sido madre, se desespera, llora, grita, aturdiendo el villorrio, hasta que el cansancio y el recuerdo de la noche precedente extinguen y secan sus lágrimas. Estas fiestas congregan, generalmente, a los habitantes de dos leguas a la redonda. Las he visto en Corrientes, las he visto en el interior de Bolivia; se practican inclusive en Colombia, donde (¿se dará crédito al testimonio de un viajero concienzudo?) se llega a pedir prestado el cadáver de un párvulo que a menudo pasa de casa en casa hasta haberse descompuesto. ¡Monstruosa mescolanza de superstición y sensualidad, que desconoce los derechos de la humanidad borrando o pervirtiendo los sentimientos que la propia naturaleza ha impreso en el fondo del corazón del hombre! Esta costumbre no se desconoce en España; pero por lo menos es practicada en su aspecto conmovedor y respetable, que trata de sublimar el dolor maternal, divinizando su objeto.

A la tarde, dirigiéndome a cazar al riacho, atravesaba la plaza cuando me sorprendió encontrar trazada una serie de caminitos desprovistos de pasto, de seis pulgadas de anchura, a lo sumo. Los seguí, llegando a un centro del cual

irradiaban, bifurcándose en forma tal que cubrían una superficie circular de más de cincuenta metros. Era un inmenso hormiguero, cuyo ancho tendría de tres a cuatro metros. Cuando el sol brilla con más fuerza, multitud de hormigas van y vienen por cada sendero, llevando todas trozos de hojas e insectos muertos hacia el depósito general. De noche todas vuelven a su albergue subterráneo, para no reaparecer hasta el día siguiente, si el tiempo se lo permite.

Recorrí con cuidado los alrededores, dedicándome a la historia natural, al menos todo lo posible en una estación tan poco propicia. Luego nos dispusimos a proseguir el viaje al Rincón de Luna.

Continuación al Rincón de Luna

1827
Camino al Rincón de Luna

El 28 de junio, a la siesta, partimos de San Roque, dejando sus habitantes muy extrañados de haberme visto recoger insectos y preparar pájaros, cosas que les hacían decir a cada momento que era hechicero o loco. Primeramente cruzamos un campo descubierto, sin árboles. Una lejana masa azulada, de aspecto nuevo para mí, se desplegaba ante nosotros, presentándonos inmensos bosques de palmeras yatay. A medida que nos aproximábamos, distinguíamos primero las plantas separadas, luego las pequeñas copas que cubrían un tronco delgado; por fin llegamos a las primeras. Sólo las había visto bajas y achaparradas, en Yayaití, camino a Iribicuá. Allí las encontré grandes, llenas de vigor, sin que hubieran sido nunca atormentadas por el hombre. Estaba encantado con este nuevo género de vegetación. Por todas partes había palmeras cuyas copas redondeadas, de un verde azul, se componen de largas hojas más o menos curvadas en forma de surtidor, donde las viejas inserciones de las hojas caídas dibujan relieves naturales, en líneas tortuosas. A medida que avanzábamos, el bosque se espesaba y ningún otro árbol aparecía mezclado con las palmeras, que siempre observaba con el mismo gusto. El aspecto de un objeto bello al que no esté acostumbrada nuestra vista, nos produce una sensación difícil de expresar, pero que no deja de ser real; pronto se le agrega la admiración y un respeto más profundo por la naturaleza que toda se hace sentir involuntariamente. En medio de esas brillantes palmeras, se ofrecían a nuestra vista, por todas partes, lagunas que anunciaban infaliblemente la existencia de un terreno arenoso. Desde la verdura de sus bordes, sus aguas límpidas permitían ver la arena fina que tapiza el fondo de esos depósitos naturales. Pocos pájaros se mostraban en el lugar, cuyo triste silencio sólo era interrum-

pido por el tenue roce de las hojas que acariciaba un dulce céfiro y por el grito ronco de algunas aves de rapiña. No era uno de los bosques en que los pájaros revolotean de flor en flor, dejan oír su alegre canto o despliegan sus colores brillantes. El invierno había cambiado por completo el aspecto del paraje, y lo había revestido de sus tintes apagados.

28 de junio

La naturaleza era bella, imponente, pero su misma uniformidad inspiraba tristeza. Hollando sin cesar un suelo arenoso, ligeramente ondulado y bastante parecido a los antiguos médanos fijados que se advierten en muchas costas; atravesando siempre los mismos bosques de yatay, llegamos a una casa ocupada por la hija del comandante de San Roque. Esta vivienda situada a poca distancia de las cañadas del Batel, en medio de las palmeras, era a la vez finca de agricultura (*chacra*) y *estancia*, o establecimiento para la cría de ganado. Palmeras derribadas, cuyos troncos servían de barreras, rodeaban lotes que en enero se plantaban de tabaco, pero que en ese entonces estaban en barbecho. Me gustó mucho la ubicación de aquella casa. En medio de vastos bosques, varias leguas la separan de cualquier otra morada, reuniendo sin embargo todas las comodidades usuales en la región. No pudimos ser mejor recibidos y, mientras se nos preparaba la comida, Parchappe y yo fuimos a cazar en el palmar, pero mi cosecha de pájaros e insectos no fue todo lo fructífera que habría sido en cualquier otra estación. Se nos hizo dormir dentro de la casa y no afuera, como habíamos sido obligados a hacerlo durante todo el camino, y nos encontramos muy bien, pues se había levantado un viento del sur bastante violento, amenazándonos con una noche muy fría.

El 29 montamos muy temprano a caballo. Anduvimos todavía un trecho en medio de los bosques de yatay que caracterizan a las tierras arenosas comprendidas entre el río de Santa Lucía y los pantanos del río Batel, siguiendo, con rumbo sursuroeste, una línea de territorio que mediría más de cincuenta leguas de longitud por un ancho medio de tres, lo que hace una superficie de más de ciento cincuenta leguas, enteramente cubiertas de esta planta monocotiledónea sin mezcla de ningún otro vegetal, terrenos éstos igualmente bien caracterizados por las lagunas que aparecen de trecho en techo. ¿Se encontraría en Europa una superficie tan grande, ocupada por una vegetación absolutamente uniforme? Sólo los bosques de abetos de las landas de Burdeos podrían suministrar una idea aproximada; pero constituyen un producto artificial, en tanto que la floresta que acabo de describir es completamente natural, y desaparecerá, probablemente, cuando la población de la zona haya aumentado y despoje este suelo tan rico de las palmeras que lo cubren actualmente.

Pronto abandonamos las tierras arenosas y al mismo tiempo las palmeras yatay, para alcanzar las orillas del Batel, cuyos terrenos arcillosos, parcialmente inundados, estaban cubiertos con hermosas palmeras corondai, diseminadas al borde de un pantano. Nos hallábamos en el extremo de un inmenso juncal, formado por uno de los brazos del río Batel, que en aquel lugar podrá tener cerca de media legua de ancho. Como habíamos despachado un expreso al propietario del Rincón de Luna, situado entre ambos brazos del río Batel, se nos esperaba; se descargó, pues, la carreta, que ahí no habría podido vadear el agua, y como carecíamos de cueros para hacer almadías a fin de cruzar, fui a cazar por la vecindad, mientras se iba a buscarlos. No obstante me alejé, poco ya que esas grandes llanuras de juncos o altos pastos, que los pobladores llaman *pajonales*, eran preferidos al monte, como guarida, por los jaguares, y los lugares donde nos hallábamos tenían gran renombre al respecto.

El río conocido por el nombre de *Batel*, y también *Bateles*, debido a los dos brazos que forma hasta pasado el Rincón de Luna, nace en las inmensas cañadas de la laguna Iberá[2]. Se forma con dos anchos brazos de pantanos que corren paralelamente hacia el sursuroeste, dirección general de todos los cursos de agua de la provincia de Corrientes; luego se unen un poco al sur del paralelo de San Roque y, encajonándose, sus aguas siguen en la misma dirección hasta que entran en un gran pantano que mezcla su caudal con el río Corrientes, a unas leguas sobre la confluencia de éste con el Paraná, cerca del grado 30 de latitud sur.

En el lugar por donde habíamos de vadearlo, el Batel estaba cubierto de juncos altos, en un espacio de aproximadamente un cuarto de legua de anchura. A pesar de la sequía propia de la estación, esos pantanos eran tan profundos que los caballos sólo podían cruzar algunas partes a nado, por lo que tuvimos que resolvernos a cruzar en *pelota*, nombre que se da en el país a un cuero seco, cuyos cuatro lados se levantan y atan juntos. Llegó el cuero que se esperaba y vi confeccionar el esquife en que tendríamos que embarcarnos. En cuanto se terminó esa nueva clase de embarcación, cuyo aspecto hacía pensar bastante en el papel con que se envuelven los mazapanes en Francia, se le cargó parte del bagaje; Parchappe se embarcó, se ató una correa a un ángulo del cuero y el otro extremo fue asido por el conductor, quien, semidesnudo, montaba su caballo en pelo. Al partir el animal, vi alejarse por el pantano a mi compañero de viaje, que no denotaba el menor temor, veterano ya en el cruce

2 *Iberá* viene de *i*, agua, y *berá*, brillante, que luce (aguas brillantes). La palabra pertenece al idioma guaraní.

de cursos de agua mediante este procedimiento. Sólo en la ribera me puse a recorrer los bordes de la cañada y ya empezaba a aburrirme el aislamiento en ese lugar triste y salvaje, cuando el guía regresó con su cuero. Cargaron, con mis fusiles, dos de mis baúles y tuve que sentarme sobre uno; pero en cuanto el caballo perdió pie y, de nuevo a flote, advertí que el más leve movimiento podía hacerme naufragar, hubiera preferido mil veces el cruce a caballo. No obstante, el trayecto iba a durar el tiempo suficiente para acostumbrarme. Este vehículo, nuevo para mí, no tardó en parecerme tan cómodo como otros muchos, e incluso me encontraba dispuesto a pasar así cualquier río, pese a la flexibilidad de mi bote, que cedía al menor cambio de postura, lo que me obligaba a permanecer en perfecta inmovilidad. Varias veces el hombre que me remolcaba desapareció bajo el agua con su cabalgadura; pero mi bote sobrenadaba siempre, aunque se deformara de tal modo que había terminado por encontrarme en el fondo de una especie de embudo, donde apenas me podía mover. Tras una hora de esta extraña navegación, toqué sin accidente la otra margen; por desgracia estaba tan fangosa que no había forma de bajar. Se ensilló un caballo que me trajeron cerca de la pelota. Monté, pero jinete y caballo habrían de quedarse en el camino. El caballo cayó en un pozo profundo y me arrastró consigo. Al salir del mal paso, mi único daño fue haberme empapado de pies a cabeza. Descansamos el tiempo necesario para cargar nuestros efectos en otra carreta que se nos habían llevado, y partimos. Nos hallábamos en una especie de casi isla, cubierta de grupos de palmeras corondai, que prestaban animación a un llano parcialmente inundado, mezcla de macizos de árboles e inmensos pantanos, sitio de jaguares.

Rincón de Luna

Pronto entramos al Rincón de Luna[3] propiamente dicho, cubierto de hermosos campos de pastos. Ya no teníamos en torno nuestro tierras inundadas, sino extensas sabanas, arenosas y lo bastante altas como para no temer las inundaciones anuales de la estación de las lluvias. No llegamos hasta la noche a la estancia donde nos alojaríamos. Con regular anticipación, confusos sonidos llegaban a nuestro oído, aumentando su intensidad a medida que nos acercábamos, pero sin llegar a ser más distintos y produciendo un estruendo que no se podía comparar con nada. Casi al llegar, reconocí que se debía atribuirlo a una reunión de seis mil cabezas de ganado, bueyes, toros y vacas, encerrados en un inmenso corral donde iban a ser contados al día siguiente, y mugiendo en todas las gamas posibles.

Fuimos bien recibidos en la estancia. Encontramos allí al comandante del acantonamiento de Yaguareté Corá (corral del jaguar), llegado con varias otras

3 Esta estancia es llamada así por su forma embolsada y el nombre de su primer dueño.

personas a presidir el recuento de los animales y lucirse en la marca de novillos y terneras, una de las grandes diversiones de los habitantes de la región que los atrae por lo general sin salario, de seis a ocho leguas a la redonda, por el sólo placer de utilizar el lazo y demostrar su habilidad en ese ejercicio, pese a los riesgos que puedan correr.

Los mugidos incesantes de los animales hacinados unos junto a otros nos privó por completo del reposo nocturno.

Al día siguiente, ávido de conocer los detalles relativos a la explotación de una estancia, comencé muy temprano a observarlo todo. Vi aquella multitud de cabezas apretujadas, berreando siempre a más y mejor. Fuera del gran cerco del recinto se había puesto una serie de postes dispuestos en forma de triángulo con el vértice contra el cerco, de manera que los animales salieran por un lugar tan estrecho que sólo los dejase pasar de a uno, a fin de hacer más fácil el recuento. Llegó la hora en que debían empezar los trabajos del día. El comandante de Yaguareté Corá se ubicó a un lado de la salida, junto con varios estancieros, para contar los animales mayores de un año; del otro, varias personas contaban los terneros menores de esta edad. Se abrió la estrecha salida y los animales empezaron a salir, cosa que hicieron espontáneamente, durante un tiempo prolongado; pero en cuanto no se sintieron apretujados, rehusaban hacerlo. Entonces diez o doce jinetes entraron y rodearon el ganado por pequeños grupos que arreaban hacia la salida, forzándolos a franquearla; pero a menudo, espantados por los mugidos de esa reunión fortuita, los animales se les escapaban, corriendo sin rumbo por el corral y profiriendo mugidos también ellos. Un buey viejo, más experimentado, estuvo haciendo durante largo rato un manejo singular que resultó muy útil a los hombres que desempeñaban aquel menester. Había salido del recinto seguido por muchos otros, y volvía a entrar y salir sin cesar, llevando tras de sí, cada vez, cierto número de sus compañeros. Al verle repetir la maniobra, me preguntaba si semejante conducta no significaría algo más que instinto... La operación se prolongó hasta el atardecer. Tenía la cabeza cansada por el tremendo ruido que había soportado toda la jornada. Hay que figurarse, en efecto, la baraúnda causada por seis mil cornúpetos amontonados desde hacía dos días, sin comer, en el mismo lugar: toros mugientes que libraban sangrientos combates por la posesión de las vaquillonas; asustadas vaquillonas mugiendo a su vez sin poder escapar; terneros separados de sus madres, que llamaban con agudos gritos; vacas inquietas por sus terneros que no podían encontrar... Ruido ya infernal, seguramente, pero que lo fue mucho más cuando el potrero quedó semivacío, porque enton-

30 de junio

ces con frecuencia las crías estaban adentro y sus madres afuera y muchas vacas acometían con furor los postes del cerco, para tratar de unirse a los terneros. A medida que salía el ganado, varios hombres a caballo formaban a su alrededor un gran círculo o rodeo, en el campo, para impedirles dispersarse. De lejos se veía a estos hombres, siempre galopando, envolverlos y obligarlos a quedarse en el lugar; pero a medida que los animales que salían se precipitaban mugiendo para alcanzar al grueso del rebaño, gradualmente acrecido, los guardianes tenían que extenderse de más en más, de manera que una superficie de casi una legua fue pronto cubierta de cabezas, lo que daba a todo el establecimiento un ruidoso aspecto de vida. Los mugidos de tantos animales, los gritos de los jinetes, todo me parecía novedoso, todo era espectáculo para mí, mas mi satisfecha curiosidad no me libró de un sentimiento de tristeza que me acosó durante toda la velada. Como al día siguiente tendría lugar otra ceremonia, la de marcar el ganado, se hizo entrar de nuevo en el corral a todos. Esperaba impaciente la oportunidad de completar mis observaciones acerca de la economía de las estancias.

El 1 de julio, todos los vecinos atraídos por la *hierra* (marca de ganado) estaban a caballo, dispuestos unos a enlazar, otros a retener un pequeño número de animales cerca del lugar donde se marcaría. Quince o dieciséis hombres de a pie, con sus lazos, se preparaban a enlazar por las patas a los animales destinados a ser marcados, operación llamada *pialar* en la región. Varios marcadores calentaban los hierros que tienen las marcas de los distintos propietarios, y finalmente varios otros hombres estaban ahí encargados de mantener quietos a los animales durante la faena y castrar a los toros jóvenes. Se hizo salir del potrero un número escaso de animales, entre los cuales eligieron los jinetes a los que aún no habían sido marcados; luego, obligándolos a huir con sus gritos y golpes de lazo, los perseguían a todo galope... Ya he descrito en parte este procedimiento. Así lanzado, el jinete hace girar el lazo sobre su cabeza y cuando se considera a tiro despide la correa que rodea con su nudo corredizo los cuernos del animal. Al mismo tiempo frena su caballo y le hace presentar el flanco al toro enlazado. Este, detenido de golpe en plena carrera, cae por lo general por efecto del mismo choque, en tanto que el caballo se dobla en sentido contrario para resistir mejor. Mugiendo, el toro gira alrededor del hombre tratando de escapar, pero es inútil; el jinete tiene buen cuidado de oponerle siempre el flanco del caballo y mantener tenso el lazo, a fin de no ser desmontado por las terribles sacudidas que le imprime el animal, maniobra cuyo peligro es fácilmente concebible. No obstante, el toro, cada vez más irritado, se agita y brinca. Hombres de a pie tratan entonces de enlazarle

las patas traseras y al lograrlo se dejan arrastrar hasta que la acción del lazo, combinándose con la propia, haga caer al animal vencido. Por otra parte, con frecuencia reciben a tal fin ayuda de otros hombres, que como ellos trabajan a pie, tirando de costado al animal, por la cola que asen sin temor a las rodadas; así obtienen forzosamente su caída; luego los mismos hombres lo mantienen tendido e inmóvil, aguantándolo por los cuernos unos y por la cola otros; otros, en fin, oprimiéndolo con todo el peso de sus cuerpos; mientras tanto el marcador acude con su hierro enrojecido, se lo aplica en el anca, en medio del costillar o en el lomo, según la costumbre de su respectivo propietario, sin dejarse impresionar por los mugidos del animal ni por los esfuerzos que hace por zafarse. Esta marca tiene generalmente la señal del propietario, adornada de florones destinados a diferenciarla de todas las que se le podrían asemejar; y, en cada provincia, los pobladores de la campaña, cuya memoria está enriquecida por estos signos, los distinguen hasta de lejos, con extraordinaria sagacidad. Pero, independientemente de esta marca, existe otra, más cruel, consistente en mutilar al animal en alguna parte del cuerpo o la cabeza. Esta marca, en el Rincón de Luna, es un trozo de la mamella, que el marcador le saca con su cuchillo, en forma que penda ostensiblemente, en cuanto haya cicatrizado la herida. Terminada la operación se soltaban las terneras; no así los toros, que debían pasar por otra no menos dolorosa, la castración, consistente en extraerle los testículos, el cordón y todo... Luego se levanta furioso el animal; a menudo trata de lanzarse sobre quienes acaban de mutilarle; pero éstos, que ponen gran sangre fría en su trabajo, eluden el peligro con ligereza extrema, obligando al animal, con golpes de lazo, a alejarse. Los marcadores están continuamente expuestos a la muerte, lo que no les impide reírse de los riesgos inherentes a sus actividades, cuyo ejercicio constituye para ellos el mayor placer y que muchas veces practican sin otro interés que el de mostrar su destreza. El comandante de Yaguareté Corá desplegaba, con el lazo sobre todo, una habilidad realmente sorprendente. Montando un caballo ligero, hecho a esa especie de justas y perfectamente secundado por él, raramente fallaba a su animal. Las operaciones duraron seis días consecutivos, sin que los campeones se cansaran de ese ejercicio un poco bárbaro. Es verdad que incesantes fiestas contribuían a quebrar su monotonía. Por lo común se reserva para tales ocasiones el novillo o más bien la vaca más gorda, pues es preferida a aquél.

A la tarde, cansado de ver sufrir tantas pobres bestias, partí a visitar el brazo sur del Batel. Por el camino sólo encontré bandadas de palomas, de las que maté mas de doce de un tiro, tan amontonadas estaban unas de otras. Si América septentrional es rica en pájaros de esta especie, las porciones austra-

les de América meridional no los poseen en menor cantidad, sobre todo la Patagonia, donde en invierno sus bandadas forman una nube sobre el horizonte. El brazo del Batel que había ido a ver no estaba arbolado en sus márgenes; presenta sólo un ancho pantano cubierto de juncos, de donde le viene el nombre de *estero* que le da la población.

Esta planicie verde, uniforme, que se agita y ondula al menor viento, como las de la superficie del mar, también ofrece, de lejos y cuando el tiempo está en calma, el aspecto de un inmenso prado perfectamente horizontal, que la vista abarca con esfuerzo para distinguir las tierras de la ribera opuesta; singular variedad de formas que a cada paso presentan los desiertos de los continentes modernos y aún en estado natural, pero que en vano se buscaría actualmente en nuestra vieja Europa, demasiado civilizada. Tras de haber recorrido las orillas del pantano hasta una casita o *puesto de estancia*, distante más de tres leguas de la estancia misma, regresé a aquel escenario de intrepidez, destreza y sangre.

El Rincón de Luna está casi en el centro de la provincia de Corrientes, hacia el este, como ya lo he dicho; consta de una lengua de tierra, comprendida entre ambos brazos del Batel, que la circunscriben por completo, sin dejarle otra salida, amén del camino que había tomado para volver, que una abierta cerca de su extremo norte. Seducidos por la facilidad de vigilar los animales colocados en un lugar tan bien dotado al respecto, los jesuitas habían establecido una estancia que su expulsión hizo caer en poder del gobierno español. La liberación del país la convirtió después en propiedad provincial y la provincia la había vendido a una sociedad de comerciantes o grandes propietarios de Buenos Aires, que querían organizar allí una gran estancia y criar mucho ganado. Finalmente, esta sociedad había encomendado a Parchappe el levantamiento de su plano topográfico; a esta última circunstancia debí el encontrarme en compañía de ese amigo en el Rincón de Luna, que en razón de hallarse tan retirado quizá nunca hubiera conocido.

El Rincón de Luna tiene más de veinte leguas de longitud; pero su anchura se limita a una legua en ciertas partes y a menos aún en otras. Por toda habitación tiene una estancia, sus distintos puestos y una capillita, construida en tiempos de los jesuitas, cuyas estancias cubrían todas las costas del Iberá. Esta estancia tenía un gerente o mayordomo, en cuya casa nos alojábamos. El Rincón de Luna depende de la comandancia de Yaguareté Corá, cuyo nombre denota claramente que en esa parte de la provincia es donde más abundan aquellos terribles animales, atraídos por los numerosos llanos cubiertos de juncales, los grupitos de árboles y la proximidad de los inmensos pantanos de

Iberá, lugares frecuentados por grandes ciervos y multitud de carpinchos, alimentos habituales del jaguar.

Antes de proseguir con otro asunto, creo que debo proporcionar a mis lectores, en detalle, la descripción de una estancia de la provincia de Corrientes, a fin de constatar con ellos, cuando entremos juntos en las inmensas pampas, las diversas modificaciones que allí sufren los establecimientos del ramo[4]. Ya se sabe que una estancia es el lugar donde se crían animales; pero aún no se ha podido formar un juicio del conjunto de tales establecimientos, principales empresas de los propietarios que habitan las porciones australes de América del Sur. En los alrededores de Buenos Aires estas estancias tienen a veces treinta o cuarenta mil cabezas de ganado, distribuidas en diversos rebaños. La del Rincón de Luna, que voy a describir como modelo de las estancias de la provincia de Corrientes, sólo poseía seis mil vacas, bueyes y toros, sin contar los animales de otra especie, como caballos, en número de doscientos, aproximadamente, y unos ochocientos a mil lanares. La casa se componía de tres cuerpos de edificios: uno que servía de vivienda al dueño; otro que servía de cocina y alojamiento al personal, en invierno (porque durante la estación de los mosquitos, estos últimos duermen sobre una inmensa ramada hecha de troncos de palmera cortados en dos); y el tercero, que servía para almacenar las pieles y el sebo. En todas las regiones arboladas se construye alrededor de las casas enormes recintos *(corrales)*, por lo general de forma redonda y hechos con postes clavados en el suelo. Los del Rincón de Luna eran de troncos de palmera cortados en dos y perfectamente alineados. Dos de esos corrales sobre todo eran lo bastante vastos como para contener uno a seis mil cornúpetos, y el otro a todos los caballos de la finca. Los otros corrales debían encerrar las ovejas. En Buenos Aires se les rodea de fosos profundos que también protegen las estancias de las incursiones indias. Se emplean ya sea para reunir de tiempo en tiempo el ganado para impedirle que se vuelva del todo salvaje, ya sea para facilitar su recuento y marcado, como se acaba de verlo. Los caballos son encerrados en su corral con mayor frecuencia. Aparte de su casa central, cada estancia cuenta con varios puestos, entre los que se distribuyen los animales cuando son muy numerosos, o si no con el objeto especial de dispersarlos en una mayor extensión de terreno, para que puedan pastar con más facilidad. Entre el ganado que se cría en las estancias, las yeguas se consideran al solo

4 Debo a la amabilidad del señor Parchappe informaciones adicionales acerca de las estancias, fruto de su larga experiencia en la región y que, me atrevo a esperarlo, dejarán pocas cosas ignoradas al respecto.

efecto de suministrar los caballos indispensables a las necesidades del establecimiento. No se las estima objeto de comercio; y sólo cuando su número se hace excesivo, se las mata para desollarlas y vender su cuero; de manera que sin ningún escrúpulo, inclusive durante la estación de los mosquitos, se les corta la cola para vender la crin. La educación de los cornúpetos, así como los caballos, está absolutamente librada a la naturaleza; y si no se los juntara de tarde en tarde en los corrales, a fin de separar los que se quiere vender o sacrificar, o para impedirles alejarse en exceso y franquear los linderos del propietario, podría decirse que son del todo salvajes. Hay que distinguir, no obstante, las vacas que se atan para ordeñar y que son domesticadas al efecto. Sus terneros participan naturalmente de su mansedumbre. Estos animales se llaman *tamberos*, del término *tambo*[5]; es decir que están amansados para distinguirlos de los demás, llamados *cerreros*[6]. Entre los primeros es que se elige, por lo común, los toros para hacer de ellos bueyes de labor; pero por lo demás viven como los otros y pacen todo el año en los campos, sin conocer jamás el establo, igual que los caballos. Las vacas que han de suministrar leche a la finca también se eligen entre los tamberos. No se dejan ordeñar sin sus crías, como sucede con las de Francia. Para que den su leche se ata el ternero a un poste, cerca de la estancia; luego se deja libre a la madre, que va a pastar con los demás animales, pero vuelve a su ternero en horas determinadas, cuando la leche la apura. Entonces se la ata, a veces, y mientras la cría mama de un lado se la ordeña por el otro; pero si el ternero muere, la vaca cesa de dar leche; lo que se debe, sin duda, a que no se la ha acostumbrado a seguir dándola, pues una colonia de escoceses, establecida cerca de Buenos Aires, ha logrado sacar de las vacas el mismo provecho que en Europa. Los correntinos pretenden que ello es imposible y encuentran muy extraño que nuestras vacas den leche sin tener sus terneros.

Por lo general, la vaca que acompaña al rebaño pare por primera vez a los dos o tres años y después cada año. Cuando le llega el momento de hacerlo en el campo, va a desembarazarse de su carga en algún lugar solitario; luego la esconde tras una mata de pasto y vuelve al rebaño, dejándola, pero sin abandonarla, pues si por casualidad se la lleva al corral el mismo día, se la ve volver, sin equivocarse, a su escondrijo, a cualquier distancia que se encuentre, y proseguir con ese manejo hasta que el ternero tenga fuerza suficiente para seguirla, lo que sucede unos días más tarde. En las provincias boscosas a veces

5 Derivado del quechua *tampu*, que quiere decir albergue, hostería, etc.

6 Palabra local, más particularmente utilizada en Buenos Aires.

sucede que las vacas pierdan el rastro de su escondite y que el jaguar aproveche la circunstancia para devorar a los terneros aislados; por lo que los peones espían a las vacas que están por tener cría y, en cuanto lo hacen, juntan sus terneros con el resto del rebaño. También se ha visto, cada cierto tiempo, vacas que paren por primera vez y toman odio a su cría, dejándola morir de inanición, pero esto nunca sucede cuando tienen leche, porque entonces sienten necesidad de amamantarla. Hay otras vacas que no pueden ser fecundadas, a las que llaman *machorras*. Se las emplea a veces en los mismos trabajos que los bueyes. La mayor parte de las vacas comienzan a tener cría por el mes de agosto y prosiguen hasta pasado enero. Algunas, las menos, paren en invierno; por esto siempre se cuenta el ganado a fin del invierno o al empezar la primavera, para no incluir terneros demasiado jóvenes, y porque la estación es más adecuada para castrar novillos y marcar los terneros, sin contar con que entonces casi no se ven esas moscas carniceras que, en los países cálidos, depositan sus huevos en las llagas vivas y causan la muerte de muchos animales. Es, pues, en la primavera de cada año que todo propietario sabrá cuánto aumentaron sus riquezas, lo que le induce a no omitir nada para dar todo el brillo posible a la fiesta de la hierra, que atrae a su finca a todo el vecindario.

La marca es uno de los títulos de propiedad que más se respetan, y el uso autoriza a su propietario a apoderarse, en cualquier lugar que los encuentre, de los animales que tengan la suya; así, el extranjero demasiado confiado que compra un caballo, robado por lo general, corre el riesgo de quedar a pie, si su desgracia quiere que lo encuentre el dueño del animal. Es una prueba por la cual pasaron casi todos, y yo como tantos otros; y si el pobre viajero no obtiene que el propietario le permita conservar su caballo hasta la primera parada, se ve precisado a llegar a ella a pie, con la montura al hombro, vejamen por el cual en vano reclamaría la intervención de la justicia. Para enajenar un animal se le imprime por segunda vez la misma marca, sea junto a la primera, sea del lado opuesto; es lo que se llama contramarca.

Como dijimos, se castra al toro a cierta edad, sin reservar más que la cantidad necesaria a la reproducción. El toro castrado se denomina novillo, aplicándose el nombre de buey al toro manso y destinado al trabajo. Se sabe que el animal adquiere con la castración una corpulencia mucho más fuerte y formas que le asemejan tanto más a la vaca, cuanto más joven haya sufrido la operación. Los toros castrados después de los dos o tres años conservan siempre el cuello más grueso y formas más de macho. También el trabajo aumenta la talla y fuerzas de los animales, pues los novillos son siempre más finos y menos anchos de ancas que los bueyes propiamente dichos. La manera de domar un

novillo es bastante simple. Se ata un novillo con un buey viejo; el primero comienza por corcovear, salta y quiere romperlo todo; pero poco a poco toma los nuevos modales y termina por seguir al buey viejo en todo. Unos meses bastan para domar el novillo más salvaje; pero a veces resulta mucho más difícil reducir a los que nacieron en el campo y vivieron allí siempre.

Los novillos constituyen la riqueza de una estancia; ellos son los que se lleva en rebaños, para hacer carne salada, a los mercados de la ciudad o a Buenos Aires, en los *saladeros*, que más tarde tendré ocasión de describir; son ellos también los que tienen un cuero más valioso. Rara vez se mata los toros y nadie se deshace de las vacas hasta que su vejez agote o merme su fecundidad. Es bastante común en las estancias ver a los animales distribuirse y clasificarse naturalmente: los bueyes de trabajo y las vacas lecheras forman así rebaño aparte, mezclándose raramente a los demás animales salvajes, o cerreros, y entre los primeros novillos, vacas y toros pacen cada cual por su lado. Sólo en la época del amor los toros buscan a las vacas y se las disputan en terribles combates. En la región donde vagan en inmensos rebaños salvajes, como las que encontré en el centro de América, en la vasta provincia de Moxos, al llegar a sus dos o tres años de edad los toros se separan de vacas y terneros, viven aislados, se vuelven furiosos y constituyen un peligro para el viajero que ose acercarse a sus hordas errantes.

Los cornúpetos y caballos se vinculan notablemente con el suelo de su nacimiento o al que habitaron mucho tiempo; así, cuando se los ha hecho viajar, aun en distancias que alcancen a treinta o cuarenta leguas, con frecuencia se escapan y por sí mismos vuelven a su primer habitáculo, que los nativos llaman *querencia*. Los bueyes están dispuestos a regresar a la querencia, por lo que carreteros y boyeros deban ejercer sobre ellos una activa vigilancia, a fin de impedirlo. Se habla de bueyes que retornaron solos de Salta a Corrientes, teniendo que haber recorrido un trayecto de más de doscientas leguas y atravesar el Paraná, entre muchos otros ríos. Este instinto tan fuerte en los animales hace muy difícil lograr que olviden el suelo natal y se acostumbren a una nueva residencia, lo que no puede alcanzarse sino a costa de largos asiduos cuidados. Se advierte que los rebaños trasladados a nuevas estancias pacen durante largo tiempo apartados de los otros, a los que se incorporan muy gradualmente, y que encerrados con ellos en el corral, por la noche, también hacen rancho aparte y duermen sin mezclarse.

En sus diversas razas, los animales presentan varias importantes variedades. Entre ellas, es notable sobre todo la que tiene el hocico achatado y muy corto, por lo que se la denomina *ñata*. Su cabeza tiene la mitad del tamaño que

la de los demás, y el extremo del hocico es levantado, como el del dogo, lo que le da un aspecto repulsivo. También existe una variedad llamada *mocha*, completamente carente de cuernos, cosa que desfigura mucho al animal. Otra tiene la cornamenta muy larga y casi derecha. A estas vacas las llaman *chilenas*, sin duda porque las primeras que se vieron en la región procedían de Chile. Las hay, en fin, de talla muy pequeña, como las de la Baja Bretaña, llamadas por consiguiente *enanas*. La población tiene, asimismo, tanto para caballos como para cornúpetos gran número de nombres, mediante los cuales identifican sus distintos colores y matices.

Los productos de las estancias, tal como lo indica el objeto de estos establecimientos, son la carne y despojos de los animales; es decir, su cuero, sebo, grasa y cuernos, y finalmente, aunque sólo en Buenos Aires y las Pampas, los huesos, que se emplean como combustible en los hornos de ladrillos, jabonerías, etc., pues aún no se les ha ocurrido exportarlos a Europa, donde con seguridad hallarían otras aplicaciones. Cerca de Buenos Aires, los animales se venden a los saladeros; en Corrientes los venden en el mercado, donde se convierten en *charque* o *tasajo*, carne seca, preparada de diversos modos. Por lo general, se corta en lonjas pequeñas que luego se extienden en cuerdas, al aire libre, para desecarlas, sin otra preparación. Sin embargo, para el comercio y sobre todo en la vecindad de Buenos Aires, tras haber separado los huesos de la carne, se la corta en trozos, abriéndolos luego con un cuchillo. Al quedar reducidos a largas rebanadas, de varios decímetros de ancho y menos de un dedo de espesor, se las espolvorea con sal molida, se ponen en prensa durante una noche y al día siguiente se las expone al sol, sobre cuerdas, como ropa. Dos o tres días de verano bastan para desecar la carne, que puede, así, conservarse largo tiempo, no siendo susceptible de corromperse; sólo la humedad o pequeños insectos pueden deteriorarla. Esta manera de preparar la carne es muy ventajosa en un país donde se hacen largos viajes sin encontrar albergues y donde las gentes pobres, que sólo se alimentan de carne y rara vez carnean, carecen de otro medio de asegurar su subsistencia. Tal es, sin duda, el procedimiento empleado por los antiguos bucaneros.

Para desecar los cueros, se abre en su contorno una serie de orificios en los cuales se introducen estacas, las que se fijan en el suelo de forma que mantengan el cuero estirado, con el pelo hacia abajo, a cinco o seis centímetros del suelo. Tres o cuatro días de sol de verano alcanzan a secarlos por completo; se les cortan entonces todas las porciones salientes; se los pliega longitudinalmente por el medio, con el pelo hacia fuera, y se ponen en prensa. En el campo los cueros se venden generalmente por pieza, a comerciantes que hacen recorri-

dos para adquirirlos; pero cerca de los puertos se venden al peso y, en Buenos Aires, en fardos de treinta y cinco libras españolas de peso cada uno. La población consume gran número de cueros para su uso particular: para hacer sacos, cestos y baúles, para cubrir sus carretas, y sustituyendo a nuestras carretillas, para transportar a distancias cortas toda clase de bultos; los emplean a modo de tela para sus catres; para hacer sus colchones, sus jergones, en la campaña, acostándose sobre unos cueros en un rincón del rancho; en fin, los cortan en lonjas y correas de todo tamaño para hacer riendas, lazos y boleadoras, y los aplican a todos los usos que damos a la cuerda, el hilo, el piolín, etc. Casi podría decirse que no hay trabajo mecánico en el cual no intervengan para algo, pues son muy hábiles para sacarles partido. Los cortan con maravillosa destreza; saben descarnarlos, depilarlos, suavizarlos, dividirlos en tiras muy finas y delgadas, trenzarlos de mil modos, todo esto sin otro instrumento que su cuchillo. Cuando un cuero debe ser cortado o aplicado a algún uso de los que acabo de enumerar, en lugar de hacerlo secar, conservándole su forma natural, se lo estira en todos sentidos hasta darle una forma casi cuadrada. Se obtiene así lo que llaman en el país *cueros redondos*. También se aprovecha el cuero fresco, cortado en tiras, para usos más groseros; por ejemplo, para atar las piezas del armazón de una casa del campo; para fijar los tablones o el envarillado de las paredes, cuyos intersticios deben luego llenarse de tierra, e incluso para atar los postes que forman los corrales, en los lugares donde no se teme a los zorros, ya que en los demás, como en la Patagonia, al devorar las tiras éstos harían inútil el trabajo.

Se hace secar el sebo mesentérico en cuerdas, como la carne. En ese estado se lleva a Buenos Aires, se corta en pedacitos para derretirlo y verterlo en barriles. A veces se omite fundirlo y no se hace más que apilarlo apretadamente en los barriles, hasta que forme una masa compacta. Así se conserva muy bien durante varios meses. La grasa se funde y recoge en vejigas o tripas gruesas, en las que se la lleva a los mercados de las ciudades. La población la emplea exclusivamente en la cocina, con gran afición; la prodiga en todos sus guisos de carne, cuyos trozos nadan en un baño de grasa que tragan por cucharadas, sin mostrarse nunca incomodados, y lejos de sacar la que sobrenada el cocido de sus ollas, le agregan más cuando la carne les parece un poco magra o quieren agasajar especialmente a sus invitados. Las porciones más grasosas del animal son las preferidas, y un asado les parece mejor si la grasa apenas deja ver sus partes carnosas. He visto gente pobre que no disponía de grasa y sustituirla por sebo sin la menor repugnancia. Como la grasa que se consume siempre está mezclada con algo de sebo, y las vejigas o tripas que le sirven de enva-

se rara vez se limpian con cuidado, su uso se hace a veces desagradable a los extranjeros, poco hechos a esa cocina; pero hay que acostumbrarse.

En todo esto consiste la riqueza de las estancias de la provincia. Constituyen la especulación más fácil y sobre todo más segura. Como los pastos cubren el país, los animales se multiplican con extraordinaria facilidad y suelen dar hasta un rendimiento del cincuenta por ciento anual. Esta clase de empresa requiere tan poco capital que viene a ser, por decirlo así, el único negocio de Corrientes.

Los habitantes tienen poco escrúpulo en robar el ganado de sus vecinos, sin por ello, quizás en razón del carácter pacífico de sus hábitos, llevar la rapiña al extremo que alcanza en Buenos Aires, donde robar animales y robarlos en pleno día, bajo los mismos ojos de sus dueños, es una amabilidad para los gauchos. La mayor parte de los obreros empleados en las estancias del país no cobran salarios; reciben alimentación y vestimenta. Sólo los extranjeros les pagan, a razón de seis pesos –treinta francos– por mes. Es verdad que estos obreros trabajan poco; fuera del tiempo de la hierra no tienen otras obligaciones que llevar los caballos al corral, recorrer el campo a caballo y a veces juntar los rebaños. El juego es su principal ocupación. Se paga algo mejor al *capataz*, que los dirige y vigila, y está sometido a las órdenes del *mayordomo*, quien organiza en grande todas las operaciones que componen esta clase de empresas. Unas raíces de mandioca serían un lujo para esos obreros que sólo comen carne, si bien la consumen en cantidades extraordinarias. Generalmente la comen asada o hervida con un poco de sal; pero prefieren siempre el *asado*, y casi todo el tiempo que no emplean en jugar se les ve dedicados a asar carne o tripa gruesa, que les gusta mucho, sea ensartándola en un palo clavado verticalmente en el suelo, sea extendiéndola sobre las brasas, y sin otro aliño que rasparle ligeramente con el cuchillo lo más grueso de las cenizas que se le pegan durante la cocción. El pan, siempre y en todas partes muy escaso, se sustituye a veces con queso, comido como accesorio de la carne. También es común que sólo en las estanzuelas se tomen el trabajo de hacer queso, que resulta siempre agrio y poco sabroso; pero los nativos corrigen estos defectos tostándolo al fuego, con lo que se vuelve pasable. Hacen poca manteca, llegándola a preparar a veces con queso, y como se la vende en vejigas, igual que la grasa, toma un sabor bastante ingrato.

En los establecimientos que no cuentan más de dos mil cabezas de ganado se acostumbra llevarlo todas las tardes al corral o, al menos, juntarlo en una sola tropa, cerca de las casas, y se lo cuida a caballo, hasta que se haya acostado. Como los cornúpetos no se alimentan durante la noche, se tiene la seguri-

dad de que no habrán de levantarse hasta el amanecer para ganar el campo. Se ha observado que los animales acostumbrados a este régimen engordan más que los que viven en libertad completa, y no es raro verlos, a la siesta, acercarse por sí mismos al lugar donde sienten pasar la noche. De que los rumiantes no acostumbren pacer de noche resulta que consumen mucho menos pasto que los solípedos; la experiencia que en el país se tiene al respecto es que, en condiciones iguales, hace falta mucho menos espacio para criar vacunos que equinos. Además, aquéllos son menos exigentes en materia de forrajes; lo que les importa, sobre todo, es que el agua se encuentre en abundancia a su alcance. Las tierras bien regadas tienen, pues, un valor infinitamente superior a las demás, y esto es lo primero que se tiene en cuenta al instalar una estancia. Otro objeto importante para la prosperidad del ganado es la sal, que abunda en toda la provincia de Buenos Aires pero falta en Corrientes. Por consiguiente, los pocos lugares en que existen *salitrales* tienen gran ventaja sobre los que no los tienen. Allí se produce una carne mucho más sabrosa y los animales engordan con mayor facilidad. Este hecho, capital para la agricultura, y que me fue demostrado en las regiones de América que pude visitar, donde el suelo está tal cual lo constituyera la naturaleza, no sería quizás tan fácil de establecer en Europa, donde todos los campos son cubiertos anualmente de abonos que renuevan su energía productiva. En las provincias de Corrientes y Entre Ríos, donde generalmente el terreno no es salado, se ve que los animales buscan tales lugares, denominados *barreros*, con un instinto peculiar, ya al borde de una barranca, ya inclusive en medio del bosque, adonde acuden sin cesar para lamer ávidamente las eflorescencias salinas. Continuamente frecuentan así los terrenos salados, condición que basta para atraerlos desde gran distancia hacia los lugares en que saben que hay sal. Para suplir la falta, en Corrientes así como en ciertas partes de la República del Alto Perú, se entierra sal cerca de los parajes adonde se quiere atraer el ganado, dándose sal, allí mismo, a los caballos y mulas.

La sequía que a veces azota las estancias de la provincia de Buenos Aires no es de temer en las de Corrientes, debido a las aguas que las rodean; pero desde hace unos años se padece otro flagelo. Una enfermedad llamada *mancha*, análoga al *carbón* de Francia, ha producido grandes pérdidas a los propietarios. Este mal consiste en un botón o pústula que crece rápidamente, tomando un color negruzco. La zona afectada se inflama; esta hinchazón se propaga a los miembros, y el animal atacado perece en dos o tres días. La enfermedad parece ser contagiosa y los nativos que la contrajeron, al curar a sus animales, se la sanan a veces por la cauterización del tumor; pero es raro que se salven.

Ha llevado la desolación a las estancias. Se ha observado que la mortalidad aumenta en razón directa de la elevación de la temperatura, pues los habitantes del sur han sido menos afectados por la epidemia, y en Buenos Aires sólo se la conoce por las noticias que suministran los pobladores del norte.

Quería recorrer con cuidado los alrededores de la estancia y principalmente estudiar en detalle todo lo que se relacionara con el Rincón de Luna, cuya geografía es absolutamente desconocida; para lograrlo no tenía más que acompañar a Parchappe en sus levantamientos topográficos. Una primera salida me permitió conocer las márgenes arboladas del brazo norte del Batel. Pasé junto a varias lagunas pobladas de juncos, donde maté algunos pájaros interesantes, y llegué a los bosques que bordean la ribera. Los gritos roncos de los monos aulladores me anunciaron su presencia, en una espesura delimitada como una isla. Entré, pero entré solo, por el temor a los jaguares tan comunes en estos lugares, habiendo impedido a mi servidor que me siguiera.

Pronto advertí, en medio de la espesura, en la cima de un gran timbó, tres monos: un macho de hermoso color negro, una hembra y su cría, sentados en gruesas ramas. Apenas hube disparado, el macho, al que había herido, comenzó a proferir su grito ronco y desagradable, coreado por los otros, a rechinar los dientes, a orinarse de miedo e incluso peor mientras saltaba de una rama a otra. Prevenido, felizmente, de lo que podía ocurrir, no estaba debajo. El herido se colgó por la cola de otra rama y se quedó en esta posición. Tiré sucesivamente sobre los otros. El pequeño, herido de muerte, cayó; pero sus padres, que solamente estaban heridos, se quedaron en el árbol. La madre, que sangraba en abundancia, pareció tomar una hoja sin duda con la intención de restañar la sangre; pero un segundo disparo hizo inútil la operación. Cayó a su vez y tuve que volver a tirar para derribar al macho, que había herido primero. Luego los arrastré fuera del bosque, entregándolos para que los llevaran a la estancia, donde había establecido mi cuartel general de preparaciones. Proseguí mi excursión y recorrí el bosque de palmeras corondai, que tenía un aspecto encantador; fueron, sin embargo, la causa de que volviera sin pantalones porque sus espinas ganchudas hicieron tiras los míos, cosa que después me ocurrió casi en cada exploración, ¡y feliz de mí cuando no dejaba además, en los bosques, unos jirones de carne, volviendo todo ensangrentado a mi cubil! Son éstos apenas gajes del oficio. En efecto, sentirse noches enteras devorado por los mosquitos; correr a cada momento el riesgo de perderse en baches; verse constantemente expuesto a caer entre las garras de los jaguares; todas estas molestias, todos estos peligros y tantos otros, no sé por qué son vistos a menudo con indiferencia por los mismos que resultan sus beneficiarios, lejos de tener en

cuenta al viajero y su abnegación por el interés científico, en correrías siempre tan azarosas y con frecuencia fatales.

Algo más lejos encontré un caballo muerto por un jaguar la noche precedente. El lugar en que habían luchado estaba ensangrentado y el jaguar había arrastrado a su víctima a más de veinticinco pasos, sin duda para devorarla con más comodidad, entre altos pastos, cruzando el borde de una laguna. Ya le había comido todo el pecho, y el cuero del pobre animal estaba por todas partes surcado profundamente por sus garras. Siempre se ha subvalorado, como con gusto, la fuerza del tigre americano. Por el contrario, a menudo obtuve pruebas de que este animal es de los más vigorosos y puede arrastrar un caballo a apreciable distancia. Con frecuencia se los encuentra a más de cien metros del escenario de su combate, lo que parecerá tanto más extraordinario si se considera que sólo reculando arrastra la presa, asiéndola con los dientes y haciendo fuerza con las patas, operación que supone un extraordinario desarrollo de energía muscular. Quedé un rato sumido en contemplación silenciosa ante el cadáver del pobre caballo, no sin pensar que un género de muerte muy parecido me estaba acaso reservado; pero arrancándome, en fin, a esas ideas gratuitamente lúgubres, proseguí mi recorrida. Iba con el mayordomo, que prudentemente me dejaría adelantarme un buen trecho, y galopaba entre largos pastos en persecución de un ave de rapiña que por primera vez veía, cuando de pronto, en el momento que estaba más desprevenido, mi caballo se espantó, hizo un esguince de diez pasos y me lanzó al suelo, al lado de un objeto amarillo que distinguía muy imperfectamente, tomándolo por un jaguar. Por suerte no era sino uno de esos hormigueros en forma de círculo elevado, tan comunes en aquellas regiones y cuyo color se asemeja perfectamente al del jaguar que asusta a las cabalgaduras que ya han sido perseguidas alguna vez por este animal; de modo que para evitar ser desmontado en tales ocasiones, debe estarse al tanto de dicho defecto, común a casi todos los caballos de Corrientes. El mío había salido al galope y mi compañero, nada tranquilo, se disponía a emprender la retirada, creyéndome caído sobre un jaguar. Sin embargo, dio alcance a mi caballo y me lo trajo, en cuanto me vio de pie. Me reí del incidente, prometiéndome desconfiar de los caballos *pajareros*, como los llama la población, y sobre todo no adelantarme en lugares poblados por bestias feroces; promesa que ya me había hecho y que sin duda volvería a formularme, con seguridad; pero ¿la tuve en cuenta alguna vez?, y ¿la tendré algún día? ¿Y no me hará cometer constantes imprudencias el deseo de aumentar mis tesoros?

Al margen del Rincón propiamente dicho, o lengua de tierra comprendida entre los dos brazos del Batel, los inmensos pantanos que allá constituyen

al río forman varios islotes o casi islas, también denominadas *Rincón*. Una nueva salida me llevó a una de ellas, el *Rincón de San Luis*, sobre el brazo norte del Batel, y cuya entrada dista cuatro leguas de la estancia. Tras haber atravesado algunos montes de palmeras corondai, llegué al borde del Batel, en el lugar donde está separado del Rincón de San Luis, que viene a ser una verdadera isla, por pantanos de menos anchura. Al principio el pasaje era arcilloso y observamos que estaba todo cubierto por huellas de jaguares de distintas edades. Para que hubiera tantas y tan recientes, debía ser el camino que habitualmente los llevara del Rincón de San Luis a tierra firme, para dar caza a los animales. De cualquier manera atravesamos el pantano, bastante ancho y sobre todo apreciablemente profundo, y al otro lado seguimos viendo los mismos rastros de *yaguareté*. Los que nos acompañaban no estaban muy tranquilos. Todos rivalizaban en referir hazañas del tirano del nuevo mundo y, entre los relatos, que el miedo de los narradores seguramente condimentaba con algo de maravilla, recogí un hecho que de ser cierto ha de parecer bastante singular. Dos chicos de una estancia que recorrían el campo montados en un caballo, cuya montura tenía atado un lazo, como es costumbre, encontraron un jaguar dormido. Uno de ellos propuso al otro que lo esperara sin desmontar, mientras él iría a poner muy suavemente el lazo al cuello del animal, para atraparlo. Dicho y hecho. Uno contiene el caballo, corre el otro al jaguar, le pone el lazo, vuelve, monta y partiendo a todo galope los dos pequeños héroes enlazan la bestia y la arrastran en triunfo hasta la estancia, durante más de una legua. ¿Qué debe sorprender más en este episodio: la temeridad de los párvulos o su ignorancia del peligro? Me inclinaría por lo último, porque ¿qué ser razonable se pondría de tal modo y sin necesidad entre las garras de un jaguar dormido, que puede despertarse en un instante?

Como el Sr. Parchappe tenía que levantar el plano del Rincón, nuestros servidores, pese a su repugnancia, debían recorrer con nosotros todo su perímetro. El interior se halla cubierto de terrenos arcillosos, sobre los cuales han crecido bosques de la acacia espinillo. Por el camino encontré una gran culebra que no pude matar porque se escondió en un agujero que a no dudarlo era su refugio. En aquel lugar salvaje efectué una cacería bastante fructífera; pude matar, por primera vez, esa especie de ara azul, que los guaraníes llaman *araracá*. Ciertas hermosas especies de insectos también vinieron a aumentar mi colección entomológica. No vi ningún jaguar, pero sus huellas visibles a cada momento denotaban su abundancia en esos parajes que posiblemente les servían de vivienda diurna. El Rincón de San Luis es aproximadamente triangular, ubicado en medio de los esteros; su superficie está cubierta de montes que en

las porciones más secas sólo presentan espinillos dispersos, entonces despojados de sus hojas. En torno a esos bosques, al borde de aquellas aguas, crecen también esparcidas las palmeras corondai. El terreno es arcilloso y la estación no contribuía a alegrar el ambiente, donde todo inspiraba tristeza, tanto por su estado agreste como por el silencio de muerte que reinaba; sin pesar, pues, abandoné el Rincón de San Luis, aunque tenía la seguridad de que jamás volvería a verlo.

En la confluencia de los dos brazos del Batel aún existen, rodeadas de juncales, dos lenguas de tierra que se comunican con la tierra firme, conocida una bajo el nombre de *Rincón de Valingo*, y la otra por el de *Rincón de Cabrera*. La entrada del primer rincón está a cinco leguas de la estancia. Para tener tiempo de conocerlo partimos muy temprano y llegamos de una galopada. Me encontré con las mismas tierras que había en el de San Luis. Bajé de mi caballo, di las riendas a mi sirviente y me interné solo en el bosque, a pesar de las observaciones de Parchappe y del mismo servidor, quien se negó a seguirme; pero pronto renuncié a mi proyecto y me volví a unir a ellos porque un jaguar que apareció cerca de mí, saliendo de un matorral, y se alejó lentamente, me había hecho pensar en mi imprudencia. Hasta muy tarde, a la hora de cenar, no gané el campamento. En campaña, nuestra comida se componía de un trozo de carne que se asaba y comía sin mayor ceremonia. Los días precedentes habíamos tenido la suerte de encontrar agua; pero, aunque rodeados de pantanos, nos fue imposible obtenerla porque no se la podía alcanzar sin correr el riesgo de perderse entre los juncos que impedían su acceso.

La sequía era muy intensa, por lo que no encontramos agua en el extremo del Rincón de Valingo, donde habíamos parado a cenar. Ello me hacía protestar, pues tenía mucha sed, cuando un indio que formaba parte de nuestro grupo se echó a reír, alejóse un instante y volvió con mi taza de viaje llena de agua pura y límpida. Le pregunté dónde había podido encontrarla, en las tierras resecas que nos rodeaban. Me mostró una planta espinosa, de largas hojas, cuyo conjunto semeja un cáliz alargado, que conserva en todo tiempo el agua de las lluvias. Ante mí cortó la raíz y las espinas de la extremidad de las hojas, vertiéndome otra taza que contenía una sola planta. Di gracias a la Providencia que, atenta a las necesidades del hombre, ha puesto en los desiertos este vegetal bienhechor al que luego tantas veces he debido, con seguridad, librarme de sucumbir a la angustia de una sed devoradora durante mis exploraciones aventuradas por los países más salvajes. Esta planta, que los españoles llaman *cardo* y los guaraníes *caravuatá*, es una especie del género *tilandsia*, de los botánicos. Regresé ya muy tarde a la estancia, sin haber visto todo lo que

deseaba; por esto volví al mismo lugar uno de los días siguientes, sólo para cazar.

En aquella parte sudoeste del Rincón de Luna no me quedaba sino el Rincón de Cabrera por visitar. No quise partir antes de haberlo conocido. En consecuencia, acompañé a Parchappe en esta salida que fue de las más prolongadas, pues el Rincón distaba gran trecho de la estancia. Dejé que la caravana se adelantara hacia el interior de esa casi isla y me detuve sólo para cazar; pero cuando quise unirme a los demás seguí su rastro galopando por los claros a fin de darles alcance y, aún en ayunas, tuve que prescindir a pasarme de comida ya que los demás llevaban los víveres para toda la jornada. Languidecía de hambre, preocupado por la idea de encontrarlos. Unos frutos de cactus, de gusto amargo, engañaron mal que bien mi estómago, pero el hambre que me atormentaba se hizo sentir más tarde con más fuerza y sin embargo no lo pude saciar hasta el anochecer, después de haber hecho más de diez y siete leguas a caballo.

Desde mi llegada a la estancia no había permanecido ocioso un solo instante. Dedicaba los días enteros a recorrer la zona o a preparar las piezas recogidas en mis giras, cosa ésta que no era muy agradable, pero era el único para todo y forzado a recoger, observar y preparar, sucesivamente, era menester dedicarse a ello de día e inclusive de noche, cuando el día no era suficiente. Dispuesta mi partida, aún quise ir a dibujar las palmeras corondai y hacerme cortar unos troncos con destino al museo. El corazón de esta palmera no me pareció tener sabor desagradable, pero la población no lo come, a pesar de haberse antes alimentado abundantemente con el corazón de las palmeras yatay, debido a las guerras, carestía de animales o cualesquier otras causas.

12 de julio

El 12 de julio, después de haber pasado trece días en la estancia, me disponía a dejarla para recorrer la porción nordeste del Rincón de Luna. Cargamos nuestros efectos en una carreta que expedimos a la *Capilla* donde iríamos a pasar la noche y partimos de la estancia no sin haber agradecido la hospitalidad de sus ocupantes. Nos dirigimos hacia el brazo sur del Batel, que seguimos todo el día, haciendo sólo un alto al mediodía, cerca de una casa de indios aislada en el campo, donde recibimos una acogida de lo más cordial. Bastante temprano llegamos a la capilla, en la que otrora residiera el jesuita encargado del lugar. Esta capilla es muy pequeña y se halla rodeada de ocho o nueve casas. Como siempre, la del cura era la más linda del pueblo y daba a un hermoso monte de durazneros y naranjos. El cura vivía con gran sencillez, como buen eremita, con una gobernanta y varios niños, realizando, en cierto modo, la fábula de la rata que

se retiró del mundo. Obtuvimos permiso para acostarnos en el corredor, y el cura nos dio de comer lo mejor que pudo. Al empezar la noche, molesto por la cadencia monótona de un ruido que oía venir de bajo tierra, a intervalos, busqué su causa junto a unos montículos de arena echados hacia afuera, como lo hace nuestro topo europeo. Advertí que estos montículos se comunicaban por conductos subterráneos en los que vivía el animal que dejaba oír aquella música. Lo aceché largo rato con cuidado y pude matarlo en el momento en que apareció a la entrada de su cueva. Era un animal de piel sedosa, pariente de la rata y de su talla. Los guaraníes lo llaman *anguya-tutú*[7].

13 de julio

Al día siguiente proseguimos nuestro camino, siguiendo la misma orilla que la víspera, pero el viento recrudeció tanto que nos vimos obligados a hacer alto, después de haber estado dos o tres veces a punto de ser derribados de nuestras cabalgaduras. Un espectáculo nuevo para mí se desarrollaba sobre la margen opuesta del Batel, a nuestra vista. El fuego cubría todo el campo y el viento llevaba a lo lejos las llamas y torbellinos de un humo negro. Un bosque de palmeras corondai había sido ganado por el fuego que devoraba sus hojas secas y las hacía arder con impresionantes restallidos, mientras trepaba a la cima de los árboles, que convertía en antorchas encendidas y brillantes sobre el suelo ya ennegrecido. Más de dos leguas de terreno estaban carbonizadas, lo que deparaba una visión impresionante, si bien triste. Nubes de aves de rapiña de diversas especies se cernían en el aire, profiriendo agudos gritos y disputándose, en aquel escenario de muerte, al pobre animal escapado por casualidad a la furia del incendio. El más ávido y audaz de todos, el carancho, llegaba hasta atrapar, en medio de las cenizas ardientes, a los pequeños cuadrúpedos y reptiles chamuscados; en tanto que el cernícalo, menos osado, planeaba lentamente a cierta distancia, y el rápido halcón cruzaba en distintas direcciones, listo para asir al vuelo al tímido gorrión, envuelto por torrentes de humo y llamas en el momento en que acaso buscara pacíficamente, entre las gramíneas resecas, un alimento que el incendio habría de arrebatarle. Como un río salido de madre, el fuego invadía rápidamente el campo, sembrando por doquier el terror. ¡Qué contraste! A un lado del Batel, nubes de humo oscureciendo la atmósfera, gritos de pájaros, crepitación de las llamas, toda la naturaleza en confusión y espanto, constituían la viva imagen de una furiosa tempestad; en la margen donde nos hallábamos, todo estaba en perfecta calma; la campiña apacible, iluminada por un sol brillante; grandes llanos de gramíneas ondulando a merced del viento y

7 Especie del género *tenomis*.

reproduciendo con bastante fidelidad las graciosas oscilaciones de un mar levemente agitado, cuadro en verdad sublime que contemplaba con admiración y del cual no pude desprenderme sin pesar, para proseguir mi ruta.

El alto de la tarde fue de los más agradables. Una señora de edad, propietaria de una estancia, nos recibió con mucha gentileza. En cuanto hubimos llegado se apresuró a ofrecernos cigarros y mate, esforzándose para sernos agradable. Puso a contribución su despensa y nos hizo un favor aún mayor, consistente en mandarnos preparar una cama para cada uno, cosa que no se hace en todas partes, pues generalmente hay que dormir afuera.

14 de julio

El 14 de julio atravesamos el espacio comprendido entre ambos brazos del Batel, por un sitio en que el terreno podría tener más de una legua de ancho. La casa de un agricultor se alzaba junto al pasaje. Nos bastaron unos instantes para recorrer las cercanías que nada tenían de notable, pues sólo mostraban unos grupos de árboles aislados en la llanura. En aquel paraje el Batel tiene comparativamente escasa anchura, razón por la cual se hizo pasar por allí el camino que lo cruza, uniendo sus dos brazos al Yaguareté Corá. Franqueamos uno de esos brazos, entonces poco profundo, y lo seguimos algún trecho entre bosques de palmera corondai pronto reemplazadas por tierras arenosas, cubiertas por espesos montes de palmeras yatay. Nos hallábamos entre el río Batel y la margen del Santa Lucía, en las tierras notables donde crece el yatay. En medio de aquellos montes se extiende un pantano que tiene varias leguas de largo y sigue el rumbo nornoreste. Como en general sucede con todas las masas de agua en la provincia, el pantano nos impuso un gran rodeo para doblar uno de sus extremos, y proseguimos siguiéndolo en medio de los palmares cuyo aspecto, que empezaba a serme familiar, sin dejar de encontrarlo imponente y gracioso, ya no producía en mí la impresión de admiración estática que había experimentado al verlos por primera vez. Recibimos albergue en una casa que unía las características de estancia, por un lado, y establecimientos agrícola, por otro. Su propietario fue muy amable y llevó sus buenos oficios al punto de mandar a sus servidores que cazaran para mí, en el campo; pero después de haber esperado inútilmente el resultado de su cacería, yo mismo obtuve un resultado mucho más satisfactorio que el suyo. En lugar de perseguir ciervos quizá estaban en alguna casa vecina para jugar su partido de *monte*.

Río de Santa Lucía

No lejos de aquella casa, agradablemente emplazada entre las palmeras, se ofrecía a nuestra vista un obstáculo bastante pintoresco, cosa rara en un país tan uniformemente liso. Hacia la izquierda, sobre una pendiente muy sua-

ve, se dibujaba una pequeña finca, simple cabaña cubierta de hojas de palma, rodeada de varios corrales, todo recientemente construido a expensas de las palmeras agrupadas en la loma, que parecían abrirse de intento para acoger esta humilde morada. A la derecha había un grupo de árboles, contrastando por el tinte oscuro de su eterno follaje con las palmeras de un verde azulado. Esta arboleda se componía de distintas especies, en medio de las cuales se erguían grandes *ficus* denominados *guapohu* por los guaraníes, y la brillante palmera pindo, de copa liviana que sobresalía graciosamente sobre los demás árboles. En primer plano se extendía un terreno que había sido recientemente despojado de yatay a fin de edificar una casa de la cual sólo se había levantado el armazón; a la espera de que estuviera terminada, sus futuros propietarios vivían en una carreta. Entre esos tres puntos se desplegaba la napa de aguas claras de un gran lago uniforme como un espejo, sin que un soplo de viento turbara su tranquilidad. Allí nos detuvimos; mi compañero de viaje tomó una vista. Un poco más lejos la comarca cambió súbitamente de aspecto. Un espectáculo de devastación atraía las miradas hacia todos los extremos. El campo había sido quemado la víspera, a no dudarlo, y todo anunciaba la muerte. Las palmeras habían perdido sus verdes ornamentos; un amarillo negruzco sustituía su vívido tinte, tan agradable a la vista. Todas las aves habían huido de esta escena de tristeza, con excepción de algunos caranchos e iribús que aún lo recorrían en busca de cadáveres a medio consumir por el fuego. Por suerte, las llamas se habían detenido a dos leguas de allí. Al atardecer llegamos a una finca situada en el lugar que llaman *Pasto Reito*, donde Parchappe debía hacer alto para tomar unas medidas del terreno. El propietario en cuya casa paramos era un amante de la buena vida que nos recibió con los brazos abiertos, como todos los propietarios rurales, mostrándose con nosotros extremadamente atento. Difícil sería describir la franqueza y cordial lealtad con que los habitantes de la campaña correntina acogen a los extranjeros. Han conservado los hábitos hospitalarios que caracterizaban a los españoles antes de las guerras por la independencia, porque en aquellos parajes la guerra, ese azote de las virtudes sociales, no ha dejado rastros de su paso; pero en cuanto la civilización haya ganado esos campos aún vírgenes, habrá que temer la desaparición de todos estos modales, así como ya desaparecieron en la costa; habrá que temer que el egoísmo y la falsedad extiendan un día su funesto imperio, inclusive en el interior de esas selvas, que actualmente son pacíficas moradas de pobladores aún más pacíficos.

Ocho días pasé en Pasto Reito, observándolo todo, viendo todo, en lo más espeso de los montes, al borde de los pantanos, en el fondo de las lagunas

y riachos; interrogando sucesivamente a toda la naturaleza para formarme una idea completa de la región. Al día siguiente de mi llegada fui a cazar a un bosque enorme que bordea un inmenso pantano. Maté varios monos y guacamayos; también observé las diversas edades de las palmeras; sentía un placer indescriptible en internarme hasta el fondo de las arboledas más espesas, desafiando espinas y jaguares para contemplar la naturaleza virgen que resplandecía con todo su fulgor. Admiraba esos árboles enormes, aparentemente tan viejos como el mundo; aquellos elegantes pinos, de tronco recto y esbelto, coronado por un penacho cuya forma graciosa y follaje tan leve y de un hermoso verde, contrastaban con el oscuro verdor del *timbó*[8] de copa redonda, ubicado al lado del gigantesco *lapacho*[9], entonces desprovisto de sus hojas, en medio de otros árboles siempre verdes, recordando en aquellos bosques, por su desnudez, el invierno de nuestra Europa. Por todas partes crecía multitud de hermosos helechos, de hojas simétricamente recortadas y el modesto *capillaire*, cuyas hojas livianas se encorvan humildemente hacia el suelo. Ya no se oían las alegres canciones de las tijeretas, el arrullo de la torcaza, los silbidos de las urracas, ni las explosiones de voz de los cásidos, momentáneamente reemplazados por el canto de unos tangaras y el grito de los guacamayos, siempre duro e inarmónico. Esta soledad agreste me gustaba y érame grato disfrutarla solo. En semejantes sitios, en efecto, todo habla al alma, dejándole una impresión melancólica que me placía alentar porque me llevaba dulcemente al recuerdo de la patria, siempre tan grato al viajero, que le hace vivir tanto de los bienes que ha tenido como de los que espera y lo sostiene en su peregrinación. Con gran frecuencia me internaba en el bosque completamente solo para no ser distraído a cada momento por los temores pueriles de mi servidor, quien, miedoso por temperamento, siempre me describía con tanta elocuencia los peligros anejos a esta clase de paseos que a veces érame imposible dejar de prestarle atención.

15 de julio

Otras investigaciones, no menos fructíferas, me llevaron a los montes inundados que bordean el riachuelo Santa Lucía. En una de esas salidas encontré un magnífico jabirú; le tiré, quebrándole un ala. Tan grande como yo, el animal me hizo frente y, haciendo tabletear rápidamente, una contra la otra, sus dos enormes mandíbulas, como para intimidarme, defendíase con bravura. La lucha se prolongó por un rato, hasta que logré atraparle el pico; desde ese momento quedó inerme y pude adueñarme de él. En otra exploración por el

8 Especie del género *acacia*.

9 Gran especie de la familia de las bignoniáceas, muy común en las orillas del Paraná.

mismo lugar, fui de tarde porque había pasado toda la mañana preparando la caza de los días precedentes; até mi caballo a un árbol al llegar, internándome a pie en la espesura; pero como nada nuevo encontraba en ese bosque pronto pasé a otro, de la vecindad. La tarde avanzaba rápidamente y había escasa claridad. En el segundo monte sentí un momento de inquietud; oía cerca de mí los pasos de varios animales y rechinamientos de dientes que no me tranquilizaban nada y me hicieron pensar en que toda mi defensa se reducía a un fusil de poco calibre, cargado con plomo, y un sable corto. No me sentía con fuerza para inquirir la causa de aquellos ruidos, tanto más cuanto suponía que se trataba de un rebaño de pecarís, o jabalíes americanos, a los que no es siempre prudente atacar salvo que pueda uno subirse a un árbol, después de haberles hecho fuego, so pena de ser implacablemente destrozado. Ya no había nada que observar, pues la noche comenzaba a extender sus velos y se sabe que cerca de los trópicos el crepúsculo es muy breve. Consideré prudente regresar. Los rugidos lejanos de los jaguares me movieron a alcanzar a mi espantado caballo. Monté, pero durante el camino su miedo fue en aumento; todo le echaba sombra; a cada momento enderezaba las orejas, negándose a avanzar si no era a espolazos. Me hallaba rodeado de pastos muy elevados y, más experimentado que yo, parece que realmente había sentido la presencia de algún animal peligroso, porque apenas traspuestos los pastos altos se calmó, llevándome de un galope a la casa.

Hacía unos días que me interesaba un perro que servía de guardián, conductor e incluso pastor de una majada de más de cien ovejas. Todas las mañanas al despuntar el día hacía salir los lanares del corral y los conducía al campo, a lugares donde pudieran pastar. Habíalo seguido en su camino y le veía cuidar su rebaño, sin permitir nunca que una oveja se apartara de las demás; si había corderitos recién nacidos les dedicaba un cuidado del todo paternal defendiéndolos de las acometidas de los halcones, y sobre todo de los caranchos, aves de rapiña que acostumbran aprovechar tales oportunidades para desgarrar el cordón umbilical de los becerros, matándolos así, o reventarles los ojos, produciendo de este modo sensibles daños a la majada. El pobre perro se toma entonces gran trabajo para defender sus corderos y lograr que se aleje el feroz carancho. Se le ve saltar, ladrando, hasta atraer con sus gritos a alguien de la casa o lograr que el ave voraz suelte su presa. También velaba para que ningún animal se acercara al grupo; perseguía a los demás perros de las cercanías, salvajes o domésticos, y no permitía siquiera acercarse a ninguna persona extraña a la casa. Sería demasiado largo enumerar los cuidados que esta nueva especie de pastor prodigaba a sus ovejas. No podría vigilar mejor su majada el pastor

más activo e inteligente. A veces cazaba perdices en el campo y no regresaba a casa hasta que el hambre lo forzara a hacerlo. Encontraba entonces en la cocina su comida, a veces preparada, y en seguida volvía a unirse con sus animales. El dueño de casa, con el propósito de hacerme ver hasta qué extremo llegaba su instinto de perro, un día que acababa de comer lo mandó a buscar la majada. Partió de inmediato y breve rato más tarde lo vi volver trayéndola con mucho apuro. Por lo común se quedaba afuera todo el día sin volver hasta la tarde. Obligaba a las ovejas a entrar al corral, empujándolas y girando sin cesar a su alrededor; una vez entradas, se echaba entre ellas, sin dejar que ningún extraño se aproximara al recinto, hecho que pude comprobar con bastante frecuencia.

Pregunté al propietario de los lanares cómo podía adiestrar de tal modo a los perros, para una vigilancia tan activa. Se toma a los perros recién nacidos, se los separa por completo de sus madres y se los lleva al rebaño, tres o cuatro veces por día. Allí se les hace amamantar por la primer oveja que caiga a la mano. Se prolonga la maniobra hasta que los cachorros abren los ojos y caminan un poco; entonces se les acerca una oveja y maman por sí mismos. Poco a poco se acostumbran a ir a la majada, como si fueran de la familia, y terminan por identificarse con ella de tal forma que no la dejan hasta la muerte. Ya es muy notable que las ovejas se dejen mamar por un perrito, sin la menor dificultad; pero lo más sorprendente es el afecto que esos animales cobran al ganado que les proporcionara su primer alimento. Estos perros pueden compararse con los que servían para el mismo fin en la antigua Grecia, especialmente los del Epiro, tan célebres bajo el nombre de *molosos*. Se los llama *perros ovejeros*. Al comportarse así, ¿estos animales obedecen a un instinto ciego o es razonada su conducta? Se trata de una pregunta que no trataré de contestar, limitándome a admirarlos ya que, más que los europeos, están en estado salvaje y sin embargo prestan servicios tan grandes al hombre, sea cuidando sus rebaños, tal como acabo de referirlo, sea acompañándolo en la caza del jaguar, perdices, etc., como habré de relatarlo más adelante; y, no obstante, en ninguna parte se los trata con mayor crueldad, pues a cada momento reciben cuchilladas y bastonazos de sus bárbaros dueños, que nunca les dan de comer otra cosa que los restos de sus comidas, lo que no impide a los pobres animales serles absolutamente afectos, quererlos mucho y mostrarse mucho más fieles a ellos de lo que se nos manifiestan nuestros perros de caza civilizados, por lo general dispuestos siempre a seguir al primero que vean armado de un fusil. Las observaciones hechas acerca de la manera de ser de esos perros pastores y su voluntad (puesto que se les niega juicio y pensamiento), estas observaciones, digo, po-

drían llevar a reflexiones de la filosofía más elevada. ¿No es extraordinario, por ejemplo, que un animal cuyo género de vida difiere tanto del de los rumiantes, se vincule de tal modo a sus tiranos y tome, en su beneficio, cuidados tan continuos y delicados, si todo se reduce a un simple mecanismo de la costumbre? Lo dudo, y creo que hay en ellos algo más que en los animales de apariencia menos perfecta, a los que la naturaleza rehusó un tacto tan fino y maneras tan cercanas a las del ser llamado exclusivamente racional.

Estos perros pertenecen a una raza particular, caracterizada por su aspecto que recuerda un poco a la de los mastines: grande y fuerte. Tienen las orejas derechas como las de los perros lobos y los movimientos que les imprimen manifiestan las distintas sensaciones que experimentan; su cola es más o menos larga y peluda. El color es variable, de tinte por lo común uniforme, rojizo o amarillo; son a menudo rayados, del lomo a los flancos, en cuyo caso los nativos los llaman *barcinos*. Dichos perros, por todas partes salvajes en estas provincias, hasta hace algunos años, ya sólo lo son en las de Entre Ríos y la Banda Oriental, sobre todo en las partes septentrionales de esta última. Cazan los distintos animales salvajes, persiguiéndolos con habilidad. Cuando eran mucho más abundantes, causaban daños de importancia al ganado y hasta atacaban a los viajeros. Se me refirió de qué manera ingeniosa logran apoderarse de un caballo. Divididos en jaurías compuestas de varios perros, se ubican a intervalos, de manera que forman un gran círculo en torno al caballo que quieren atacar; luego algunos de ellos lo hostigan y persiguen, turnándose, hasta que el pobre animal se haya agotado en esfuerzos inútiles, dentro de un círculo que no puede franquear, y cuando no puede más se le acercan, lo acometen todos juntos y nunca dejan de tener éxito. Esto vendría a reforzar mi reflexión precedente acerca de la inteligencia superior de estos animales. ¿Es de creer, en efecto, que una táctica tan compleja sea producto de un instinto ciego? Parecería, por otra parte, que la táctica defensiva que los animales emplean en Europa contra los lobos se sigue en América, porque los toros, por ejemplo, oponen a los jaguares, y aun a los perros, un muro con sus cuernos, y los caballos les presentan las patas traseras.

Alrededor de varias lagunas vecinas vivían muchos carpinchos que en vano había tratado de cazar. Acostumbrados a eludir a los perros del lugar, se echaban al agua antes de que pudiera acercarme a ellos; cierta vez conseguí aproximarme lo suficiente para disparar sobre uno; creía haberlo alcanzado, pero se hundió en el agua y desapareció. A la tarde, paseándome por la orilla opuesta, lo encontré muerto. Era un macho muy viejo, de gran talla, que pesaba más de doscientas libras; tenía el pelo casi blanco, cosa que sólo ocurre a los

que habitan las lagunas de ciertas regiones, pues todos los que viven junto a los ríos lo tienen oscuro y rojizo. Lo hice arrastrar a la casa y actualmente se le puede ver en las galerías del museo de París.

Una salida semejante me llevó lejos, al borde del riacho Santa Lucía, por llanuras arenosas cubiertas de palmeras yatay. En aquel lugar distante más de catorce leguas de San Roque, el río sigue cubierto de juncos; sólo en su parte media ofrece unos espacios despejados; todavía es muy ancho y parece tener poca corriente.

Pasto Reito no depende de la comandancia de Yaguareté Corá ni de la de San Roque, sino de la de Saladas, de la cual me hallaba a unas leguas.

Había llegado a conocer Pasto Reito y sus alrededores; nada más podía retenerme por allá y partí, pues, el 25 de julio de vuelta a San Roque. Atravesé

25 de julio

más bosques de yatay, por terrenos arenosos en los cuales, desde hacía poco tiempo, numerosos agricultores habían venido a establecerse para desmontar esas tierras vírgenes. Por todas partes no se veía sino palmeras derribadas y casas recién construidas o aún en construcción. Todo anunciaba que en pocos años aquellos parajes, otrora incultos y agrestes, estarían cubiertos de tabaco y caña de azúcar y llegarían a ser el lugar más productivo de la provincia. Platicando acerca de Europa con mi compañero de viaje, que la había dejado más de nueve años atrás, olvidamos que estábamos en América. Llegó la noche, sorprendiéndonos en el campo, donde no había un camino trazado. Temíamos perdernos a cada momento y sólo tras siete horas de marcha advertimos la luz de la cocina de una finca, donde los perros nos denunciaron con sus ladridos. Sorprendimos a nuestros huéspedes, quienes no por eso dejaron de saludarnos, con gran amabilidad, con el acogedor ¡a *buen tiempo!* Todavía no habían cenado. Nos sentamos a su mesa, en la que, como postre, nos obsequiaron naranjas asadas entre las brasas, manjar del todo nuevo para mí y que encontré muy agradable. Se nos hizo acostar en el patio, bajo un galpón abierto a todos los vientos,

26 de julio

donde se hacía sentir un frío penetrante. ¡Y gracias por estar bajo techo! Al día siguiente bordeamos las orillas del Río de Santa Lucía cruzando llanos cubiertos de pasto y pasando, de tanto en tanto, cerca de establecimientos agrícolas. Llegué temprano a San Roque, donde fuimos demorados por dos días de intensas lluvias, fuera de estación, que me impidieron recorrer de nuevo sus alrededores.

Esas lluvias hicieron crecer y desbordar las aguas del Santa Lucía. Cubrían gran extensión de terreno y su lecho tenía un ancho por lo menos cuatro veces mayor que en la época en que lo había cruzado, en ocasión de mi primer

viaje a San Roque. Para volver a atravesarlo había que esperar la bajante, cosa que no estaba dispuesto a hacer o emplear la *pelota*, medio de transporte más ingenioso que cómodo, pero al que me había acostumbrado durante mi viaje al Rincón de Luna, y desde entonces me era indiferente.

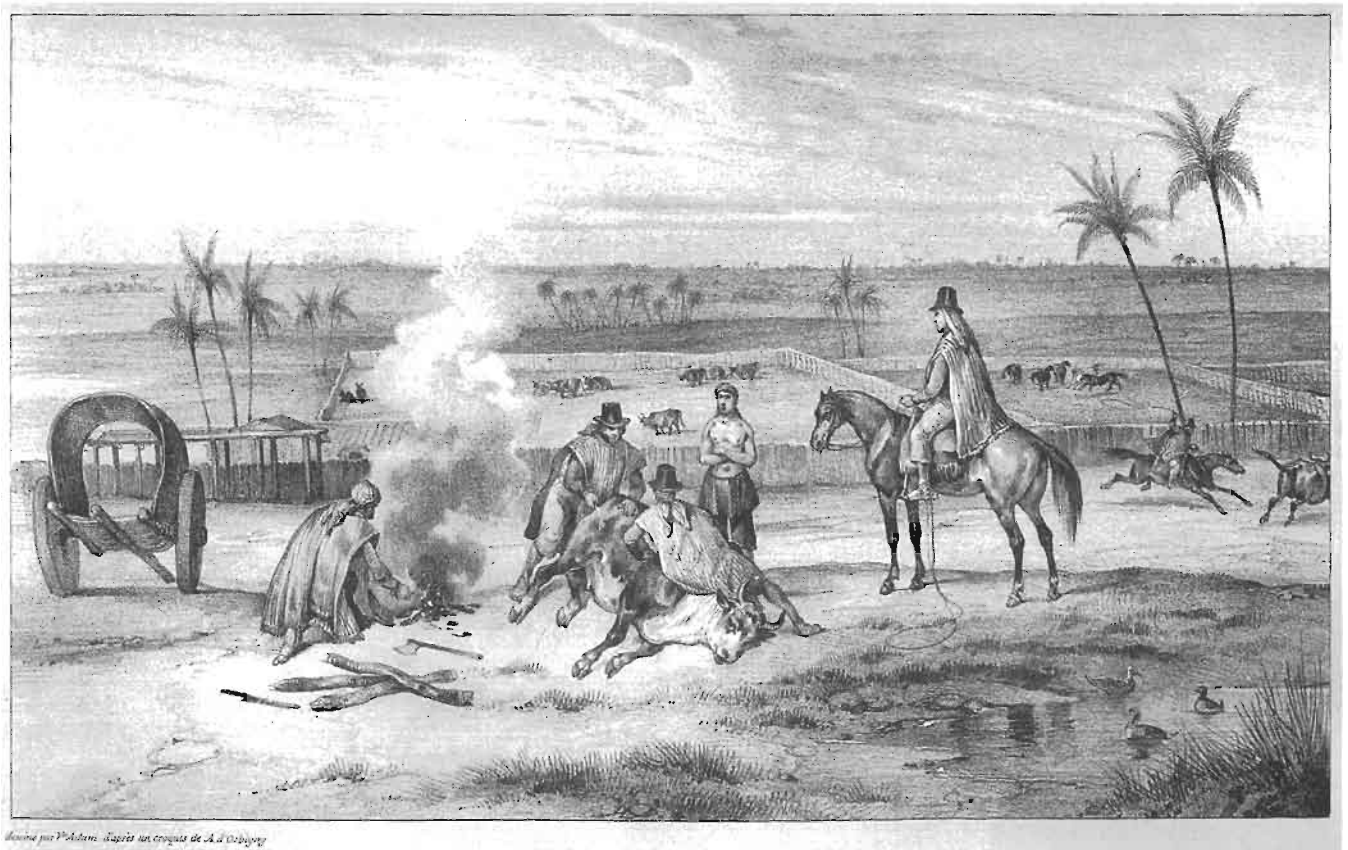
Se había cargado la carreta con nuestros efectos; se la descargó al llegar junto al río. Entonces, doblando los bordes de un cuero seco de buey, le pusieron dos de mis baúles sobre los que me instalé, y un nativo me remolcó nadando hasta el otro lado teniendo entre los dientes una correíta atada al artefacto. Esta navegación me hizo experimentar cierta inquietud, debida a las oscilaciones que la violencia de la corriente imprimía al cuero; sin embargo, llegué sano y salvo a la margen opuesta. Pronto siguióme mi compañero de la misma manera y sin novedad; pero faltaba pasar la carreta, aligerada del peso de nuestros bagajes, que previamente habían embarcado con nosotros en la *pelota*. Se la hizo rodar al borde del agua; luego se le ataron, con una larga correa, dos caballos que fueron inmediatamente lanzados a nado, bajo la dirección de un hombre de la región encargado de remolcarla así hasta la ribera de enfrente, mientras que, para impedir que volcara en medio del río, otro hombre trepado atrás la mantenía en equilibrio, haciendo contrapeso, tanto de un lado como del otro, según la mayor o menor resistencia opuesta a su avance transversal por la fuerza de la corriente. Así llegó a la otra orilla; volvieron a cargarle nuestro equipaje, ensillaron los caballos y nos pusimos otra vez en marcha.

¡Cuántos siglos quizás tendrán que transcurrir antes de que el aumento de la población y las necesidades de las comunicaciones más frecuentes, producidas por la extensión de las relaciones comerciales, induzcan a los pobladores a construir puentes sobre esos caminos, y cuántas dificultades originará la falta de piedras que ya se hace sentir en casi toda la provincia, porque las maderas que habrán de reemplazarlas jamás permitirán sino construcciones temporales!

Corrientes

Seguí la misma ruta que había tomado para dirigirme a San Roque. Tres días de marcha me llevaron a Corrientes, sin otro accidente digno de mención que el encuentro con unos ladrones célebres en el país, que llevaban a Corrientes después de haberlos capturado en el sur de la provincia. Los bandidos son raros en la campaña septentrional de la región, donde todavía reina la buena fe. Estos venían de *Curuzú Cuatiá*, el pueblo más austral de la provincia, donde los habitantes ya cambiaron de costumbres, adoptando para su desgracia las de Entre Ríos. Los miserables iban a caballo, mantenidos en la posición correspondiente por una barra de hierro que pasaba por sus piernas y aseguraba un candado. Además, llevaban esa especie de chaleco de fuerza que en el país se pone a los presos de

cuidado, pero que no deja de ser bárbaro. Consiste en un cuero de buey, aún fresco, con el que se los envuelve al arrestarlos; al secarse, este cuero se contrae de manera que los infelices se encuentran pronto como prensados, sin poder efectuar ningún movimiento ni alzar los brazos hasta la cabeza. Con frecuencia llegan a su destino con los brazos hinchados por la interrupción producida en la circulación de la sangre. A su llegada a la prisión se les saca el chaleco, cortándolo con un cuchillo. Cuatro o cinco hombres llevaban el grupo, sin otro armamento que una mala lanza y varios sables; ninguno tenía fusil.



Marca del ganado en Rincón de Luna.

CAPÍTULO VIII

Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itatí, sobre el Paraná. Estadía en Itatí y vuelta a Corrientes

Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itatí, sobre el Paraná

A mi regreso a Corrientes ya tenía mucho que hacer para ordenar mis observaciones y colecciones, y sin embargo me esperaban nuevas dificultades. El gobierno acababa de llamar a Parchappe a Buenos Aires, donde habría de ocupar un puesto de ingeniero geógrafo y proseguir sus observaciones en un escenario más vasto. Con anterioridad habíamos convenido asociarnos para la publicación general de los resultados correspondientes a las observaciones que habíamos recogido en nuestros viajes parciales. Favorablemente predispuestos por la idea habíamos proseguido con ardor ese género de investigaciones, pero como las circunstancias imponían a mi socio la renuncia a los viajes proyectados, me encontré solo y encargado de todo. Lo veía partir con vivo pesar ya que hasta entonces me había servido de guía y mentor en nuestras exploraciones comunes. Él y otro compatriota, el señor Lebon, eran los dos únicos amigos que tenía en la zona y ambos se alejaban.

25 de agosto

El 25 de agosto los acompañé a bordo de la embarcación que me los llevaba. Partieron. Su alejamiento me afligía. Me quedé otra vez solo, pero con la esperanza de volver a encontrarlos pronto en Buenos Aires, adonde tendría que ir después de haber efectuado varias giras indispensables al complemento de mis estudios acerca de la provincia.

Unos días después de su partida alquilé una lanchita y descendí por el Paraná hasta la desembocadura del Riachuelo. Allá se encuentran muchos de

esos dilatados pantanos que en la región llaman *bañados*; tierras bajas, anegadas en la época de las crecientes del Paraná, y la permanencia de las aguas transforma en lagos temporales las partes más profundas. Unos restos de conchas de agua dulce me hicieron sospechar que los estanques debían albergar esos animales. Entré al agua, y un avaro que encontrara un tesoro no habría experimentado un placer más intenso que el que sentí al extraer, de las arenas que tapizan el fondo de aquellos depósitos naturales, multitud de especímenes de anodontes y almejas.

Después de haber pasado todo el día en el agua, volví al caer la tarde, cargado de botín y encantado de mi buena suerte. Esta primera excursión me animó; hice otra no menos productiva, remontando el Paraná, a las islas de su margen izquierda. El río estaba muy bajo. Las islas, antes inundadas, se levantaban entonces a más de quince o veinte pies sobre su nivel. Sus contornos arenosos, que contrastaban en forma acentuada con el verdor que ya empezaba a apuntar, harían de ellas un lugar encantador si no fuera por los mosquitos y tábanos innumerables que me acometían, y los inequívocos rastros de jaguares impresos a cada paso en la arena y atestiguando con elocuencia que estos animales abundan en las islas, de las que van cada noche a cazar en tierra firme. La primavera renacía. Los tallos secos que permanecieran bajo el agua se cubrían de tierno verdor; la elegancia de los sauces coronaban las aguas con sus copas piramidales, contrastando con el verde glauco de los alisos que cubrían las orillas; y los timbós, que adornaban el centro de las islas. Esta exploración fue para mí agradable a la vez que útil. La caza me procuró muchas aves que ya volvían de regiones más cálidas para repoblar durante unos meses los bosques de esa latitud.

1827
Corrientes y alrededores

Hacía tiempo que tenía intención de penetrar en el *Río Negro*, que riega el Chaco y se vierte en el Paraná frente a Corrientes. Este río toma su nombre del color de sus aguas, que son en efecto negruzcas. Volví a encontrar aguas de este color en numerosos riachos, de la República de Bolivia sobre todo, y cursos de agua que surcan las inmensas cuencas casi horizontales del centro de América meridional; de ahí la profusión de ríos negros que se encuentra en todos los mapas. Los ríos *Colorado*, *Bermejo*, etc., no son menos comunes, igual que los salados *(Río Salado* o *Yuraj-mayo)* de los incas. Todas estas denominaciones se aplican cada vez que aparecen los fenómenos que designan. La aplicación del término *Río Negro* no es siempre correcta, pues también se la usa para designar cursos de agua que sin ser negros tienen el color verde oscuro,

Río Negro (Gran Chaco)

como por ejemplo el río Negro de Patagonia, a 41 grados de latitud sur, que en verdad no parece negro cuando se lo compara con el que me ocupa en este momento, pero que lo es si se compara al más cercano, Río Colorado, que desagua en el océano Atlántico, a 39°94'. A menudo traté de explicarme con hechos de dónde provendría la coloración tan variada de las vías de agua americanas; primero debía interrogar al respecto a los indígenas, que nunca me pudieron responder sino en forma muy vaga, atribuyéndola a veces a la maceración de raíces de zarzaparrilla, pero esta explicación no es admisible porque he visto ríos negros en los que no había zarzaparrilla y ríos blancos donde abundaba. Era preciso, pues, buscar otra. Numerosos hechos vinieron más tarde a darme una completa, cuando al recorrer centenares de riachos pude conocer sus fuentes verdaderas. Desde entonces el problema estuvo resuelto para mí. En efecto, a veces encontraba pequeños cursos de agua limpia, unidos a ríos muy coloreados, pero siempre advertía que este colorido sólo era intenso en los ríos de curso poco rápido que nacían entre pantanos o llanuras inundadas, donde las aguas cubrían, durante mucho tiempo, masas de plantas que a veces se descomponen pero que en todos los casos abandonan su principio colorante. El río Machupo, el Ivari y el Yacuma, en la gran provincia de Moxos me suministraron las mejores pruebas al respecto, cuando recorrí sus distintos afluentes hasta su fuente. Hasta agregaré que los ríos que nacen en los bosques tienen en ocasiones un tinte algo oscuro, siempre amarillento pero jamás negro. Es, pues, a la permanencia de las aguas en la llanura, esteros o turbas, que creo ha de atribuirse positivamente la coloración del agua. Después de haber fijado mis ideas al respecto, llegué a saber con anticipación dónde podría encontrar la fuente de un río o arroyo dados, y me atrevería a decir que rara vez hube de equivocarme.

La coloración al rojo de las aguas también me fue de explicación fácil. La encontré, por ejemplo, en el agua del río Bermejo que crucé por el Paraná antes de llegar a la confluencia del Negro. Las aguas de ese río no se mezclan en seguida con la masa del Paraná y conservan su color propio durante unas leguas más, hasta perderlo radicalmente. Los únicos ríos teñidos de rojo que haya visto son los que nacen entre esquistos ferruginosos de las montañas o últimos contrafuertes de los Andes, y me sería fácil citarlos en cantidad, como el río Colorado, que tiene origen en la Cordillera, al sur de Mendoza; el Bermejo, que nace en las montañas de las provincias de Salta, Jujuy y Tarija; el Pilcomayo, que atraviesa todas las montañas de la República de Bolivia; y el Grande, del mismo país, que también cruza casi todas sus montañas secundarias, cuyo basamento es ferruginoso. En tiempo de lluvia, materiales terrosos

desprendidos por el agua y arrastrados por la corriente comunican a todo el curso de esos ríos su principio colorante que se encuentra incluso en la época de las crecientes, en parte del curso del Paraná, al sur de su unión con el Paraguay, que le lleva las aguas rojizas de los ríos Bermejo y Pilcomayo, mientras que sus propias aguas son amarillentas, al norte de la confluencia.

He observado que todas las aguas blancas o, mejor dicho, incoloras de los ríos, provienen de la fusión de la nieve o de montañas muy arboladas, como lo pude comprobar mil veces en los ríos de la cuenca oriental de las cordilleras orientales de la provincia de Yungas, en Bolivia, o en los bellos y transparentes ríos andinos, o aun en aquel admirable lago Titicaca, cuyas aguas tienen pureza suficiente para ver el fondo a grandes profundidades, como sucede en algunos mares profundos, y muestra ese azul o verde azulado que sólo se ve en alta mar, pero ya me he dedicado bastante al color de las aguas fluviales. Vuelvo a mi viaje. Aparejé una lancha tripulada por varios remeros, y aprovisionada en forma crucé el Paraná y entré al río Negro.

Era uno de los primeros días de primavera, época en que todos los seres parecen reanimarse por influencia de un suave calor. A mis ojos la naturaleza presentaba un aspecto nuevo y parecía engalanada con colores más frescos; los pájaros parecían competir en la celebración del retorno de esta estación encantadora en que se regenera toda la creación; reaparecían las mariposas, ostentando un vivo fulgor, en busca de las primeras flores de la estación, y se confundían a veces con el pájaro mosca al embriagarse con el néctar de las flores. Bajo tan sonriente aspecto se me ofreció la desembocadura del río Negro, cuyas aguas tranquilas fluían apenas entre las ramas entrecruzadas, por bosques donde jamás resonaran los golpes redoblados del hacha del leñador. Estos montes se extienden, al principio, a más de media legua, pero su anchura disminuye poco a poco y terminan por formar una estrecha ceja, a su vez interrumpida a intervalos, para dar paso a vastos bosques de palmeras corondai, que prefieren las tierras anegadizas y cuyos elegantes globos, sostenidos por un tronco recto y cilíndrico, confieren un aspecto serio a todo el campo. A unas leguas de la boca, después de haber recorrido infinidad de meandros, advertí al seguir avanzando que las orillas volvían a exornarse con enormes timbós, los que se vieron hasta una distancia aproximada de cinco leguas de la desembocadura; luego el paisaje cambió de aspecto por completo. Sustituyeron a los pantanos llanos unidos y cubiertos de gramíneas, a veces de espinillos, elevándose sobre el nivel de las crecientes más fuertes del río; éste seguía bordeado de lindos árboles y su curso aparecía más encajonado, sin que la corriente fuera más rápida. Me hallaba en el inmenso territorio que separa la llanura de los

primeros contrafuertes cordilleranos de las provincias de Tucumán y Santiago del Estero, territorio que se ha denominado el *Gran Chaco*[1], porque se lo consideró muy apto para cultivos fáciles, aunque se encontrara todavía desierto o apenas poblado por algunas hordas salvajes. Señales de un campamento reciente nos anunciaron que la nación más cercana, la de los *Tobas*, no se hallaba lejos. Abandoné la lancha, internándome en el campo. A mi vista se presentó una llanura arcillosa, moteada de arbustos retorcidos; a lo lejos se veían grupos de árboles cuya especie denotaba la proximidad de pantanos. Acostumbrado a recorrer tierras semejantes en la provincia de Corrientes, había aprendido a reconocer las especies de árboles que las cubren. La vecindad de la noche me indujo a ganar la embarcación. Al día siguiente bajé a cazar, siempre solo, porque mis guías eran demasiado asustadizos para acompañarme, y desde la víspera su conversación vespertina me había hecho suponer que no debía contar con ellos para la ejecución de mi proyectado recorrido, de tal manera que debía temer cualquier cosa de su pusilanimidad. Al volver de mi exploración vi de lejos a varios indios que cruzaban el campo a caballo. Volví con mis hombres, quienes también los habían observado, y declararon positivamente que querían volver a Corrientes. Tras vanos esfuerzos para combatir su resolución me vi precisado a partir, y una nueva aparición de los indios a caballo les hizo precipitar su retirada, porque aquéllos se dirigían hacia nosotros. Incluso, avanzaron hasta la mitad del palmar, con la intención aparente de identificarnos, pero los pantanos de la rivera demoraron su marcha, y como mis remeros sólo veían los arcos y flechas con que estaban armados los salvajes, remaron con ardor extremado, haciéndome volar por el río, hasta el Paraná. Allí se apaciguó su vigor, pues estaban en casa propia y fuera de peligro. Había proyectado un viaje largo sin contar con tan súbito regreso; sólo la certidumbre de ser abandonado por mi gente apenas vistos los indios me hizo cambiar de intención, pero no hice más que postergar para otra oportunidad la reanudación de mis investigaciones en el Gran Chaco.

Unos días más tarde volví a atravesar el Paraná al solo efecto de cazar *carayas* o monos gritones, los únicos que se encuentran en esas latitudes. Es bastante fácil guiarse por sus gritos, porque se hacen oír a casi una legua de distancia. Aquella mañana parecían chillar con más fuerza que de costumbre. Se habría dicho que todos se habían reunido en el mismo sitio, para alborotar más. Quien desconozca el animal de donde salen ruidos tan

1827
Alrededores de Corrientes

1 *Chaco*, voz local que significa huerta.

enérgicos, nunca imaginaría que pudieran ser producidos por monos. Se trata de sonidos cadenciosos, roncos y fuertes, que van en *crescendo* a medida que los miembros de un grupo agregan sus voces a la de una especie de corifeo que parece darles la señal y es, por lo general, un viejo macho. Todos juntos fuerzan la voz, luego bajan gradualmente el tono hasta callarse del todo; después vuelven a empezar con mayor fuerza. El eco del bosque repite sus conciertos discordantes que franquean el Paraná y casi todos los días llegan a oírse en la ciudad de Corrientes. Guiado por ellos pronto llegué, del otro lado del río, a poca distancia de un gran bosque: su residencia. En efecto, después de haber atravesado con gran esfuerzo matorrales muy tupidos, alcancé un timbó de gran talla, sobre el cual había de veinte a veinticinco monos, tanto machos como hembras. Me acompañaba otro francés, que ansiaba matar monos. Apenas los vio se colocó bajo el árbol, cosa que yo me cuidé muy bien de hacer porque, luego de los primeros disparos, los gritos, suspendidos un instante, recomenzaron en otra gama, acompañados por una lluvia de inmundicias que cubrieron a mi desventurado compañero. Este había herido un mono; transportado por el placer de su triunfo no advirtió nada y siguió tirando. Yo me reía a carcajadas, al verlo empapado por esa lluvia infecta, en tanto que, ignorando el motivo de mi regocijo, me incitaba a avanzar, sin duda para compartir la gloria que bien poca envidia me causaba. Maté varios monos; mi compañero había hecho otro tanto, y volvimos a la lancha cargados con nuestro botín. Llegados a la orilla, las exclamaciones de nuestros hombres le revelaron su desgracia y tuvo que lavarse bien y lavar su ropa antes de que se le permitiera subir a bordo. Regresamos a Corrientes, donde hubo de sufrir nuevas bromas.

En aquel entonces el Paraná estaba bajo hasta el extremo, y mi deseo era recorrerlo durante la estación, a fin de recoger el mayor número posible de ejemplares de conchas de agua dulce. Alquilé una barca grande, contraté un guía y me muní de todo lo necesario para el viaje, más provisiones para permanecer unos días –según proyectaba– en el poblado de Itatí[2].

Paraná

Partí el 20 de septiembre por la tarde. Sucesivamente pasé frente a todas las puntas de arenisca ferruginosa cuyo conjunto forma los puertecitos de la ciudad de Corrientes, que ofrecían una visión encantadora. Pronto esta vista animada cedió el paso a los bosques que bordean el Paraná, coronando un acantilado, de por lo menos diez metros sobre el agua. A una legua de Corrientes desaparecieron los

2 *Itaty*, piedra blanca; de *ita*, piedra, y *ty*, contracción sin duda de *moroty*, blanco, como en muchas otras palabras.

acantilados, que fueron sustituidos por un pantano llamado *Bañado de Torre*, por el nombre del propietario ribereño. Este pantano, que sin duda ocupa el antiguo lecho del Paraná, forma un gran lago disimulado, del lado del río, por varias islas arenosas, cubiertas de sauces. Lo bordeamos lentamente y encontramos tierra alta cerca de una casa que reunía las condiciones de chacra y estancia, muy bien ubicada al borde del río y rodeada por un monte bastante espeso. Allí me detuve para pasar la noche y hacer, al día siguiente, que se carneara un buey para las provisiones del viaje. Durante esta operación y la sección de la carne en lonjitas, que luego se ponían a secar al sol, con el objeto de conservarlas, me fui con el propietario de la finca a recorrer los alrededores, tanto más pintorescos cuanto que los árboles, largo tiempo despojados de follaje, empezaban a cubrirse de hojas color verde tierno, que daba al paisaje una frescura que le faltaba pocos días antes.

Pude, no obstante, partir al mediodía. Después de haber contorneado riberas rocosas, bordeadas de acantilados bastante escarpados, cubiertos de árboles y flanqueados de bloques de arenisca ferruginosa, encontré la isla de *Meza*, la única en todo el curso del Paraná –desde Buenos Aires hasta Misiones– que es un resto del continente y no, como las demás, una isla baja, hecha de sedimentaciones y sujeta a las inundaciones. En un curso de más de trescientas leguas sólo se encuentran dos casos de islas altas, fenómeno singular sobre todo en terrenos de la horizontalidad que presentan los de las provincias costaneras. La primera es la que acabo de nombrar; la segunda, la mayor de todas las del Paraná, se denomina *Apipé*, y está situada a 59°12' de longitud oeste de París, cerca de la antigua localidad de Loreto, en Misiones. La isla de Meza, de que ahora se trata, pertenece al actual gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, que había iniciado en ella un establecimiento agrícola, pero pronto debió renunciar a la empresa porque una cantidad innumerable de hormigas destruía todas sus cosechas, cosa que también sucede por toda la zona, en el continente. Europa no ofrece ningún ejemplo de semejante multitud de insectos, que sobre todo cubren los terrenos arcillosos de algunas regiones de América. Otra plaga se suma a la anterior para que el propietario de las tierras no pudiera explotarlas tampoco como estancia y aun tuviera que abandonarlas del todo: los jaguares, acantonados en gran número en los bosques que ocupan toda la parte no desmontada, que en poco tiempo mataron todo el ganado. El terreno de que hablo, situado al nivel de los acantilados de tierra firme, está rodeado de rocas partidas que son los trozos más duros de los mantos de arenisca arrastrados por el agua. Pasamos por el brazo del Paraná que separa la isla del continente. Los bordes del río se vuelven luego bastante escarpados, quebrados y

cubiertos de vegetación. Encontré el mismo aspecto variado hasta la punta de Guaicarás, adonde van a pescar los pobladores del pueblo del mismo nombre, que ya he mencionado en la narración de mi viaje a Iribicuá. Allá cesan las riberas escarpadas, a las que reemplazan terrenos pantanosos y bajos, en los que desembocan algunos de los pantanos vecinos a la chacra de la *Laguna Brava*, por un arroyito llamado *San José*. Estas tierras bajas sólo ocupan un espacio reducido, dado que pronto los vuelven a sustituir formaciones altas o por lo menos rocosas. Una punta que doblamos me ofreció, del otro lado, una serie de rocas aisladas, dispuestas en círculos, por lo que los guaraníes la bautizaron *Ita-cora*, o corral de piedra. Pasamos luego junto a dos vastos bancos de arena, y después de haber doblado varias puntas llegamos a Tolero, gran isla boscosa, de orillas bajas y separadas de tierra firme por un canal natural llamado *riacho de Tolero*. Entramos en él, doblamos nuevas puntas e hicimos alto en el interior de la de Godoy, que está frente a las *Ensenadas*, a pasar la noche. La caleta donde nos habíamos estacionado estaba cubierta de árboles secos, acarreados por las corrientes y detenidos por las puntas adelantadas. Mis marineros levantaron, por diversión, una pira con más de treinta de esos árboles y pronto grandes torbellinos de fuego subían por el aire, iluminando a lo lejos las aguas majestuosas del Paraná y la orilla de bosques que las bordean. Aun en los países más calurosos, el fuego siempre es fiel compañero del hombre civilizado tanto como del salvaje, durante la noche. El espíritu incendiario (me atrevo a expresarme de este modo), o más bien, quizás, el de destrucción que lo acompaña, parece ser, para todos, una pasión innata, dominante, ciega, por lo menos a juzgar por el ensañamiento con que por todas partes queman, a su paso, sea la llanura, sea el bosque. Cuántas veces habré visto a mis indios en sus florestas y a mis marineros en sus lugares civilizados, como niños grandes, aun tras el largo y penoso trabajo del día, en vez de entregarse al descanso, preparar grandes piras para encender hogueras inmensas o aumentar su fatiga quemando el campo, y esto sin prever ni esperar ningún beneficio; ¡sin otro placer que el de ver las llamas luciendo en el aire! Y no se crea que dichos fuegos tienen aunque sea por objeto espantar los jaguares. Se los hace asimismo en lugares donde no se encuentran estos animales y, por otra parte, la generalidad de las naciones americanas no cree en la eficacia de esas precauciones que por error se consideran tan útiles en África. De ninguna manera el incendio constituye para ellos una necesidad, salvo cuando hay que renovar los pastos; pero siempre es una diversión. He de confesar que yo mismo, tan niño como ellos, gozaba viendo los alrededores iluminados por aquellos brillantes fenómenos tan fáciles de provocar junto a los grandes ríos americanos,

que reúnen todos los elementos de la combustión y los amontonan como para facilitar la acción del viajero.

Por ser contrario el viento, el 22 tuvimos que navegar en forma muy penosa, empujando nuestra barca con botadores; pero a menudo la corriente superaba los esfuerzos sumados de nuestros remeros, y determinada punta rocosa nos costaba más de una hora de trabajo inútil porque, en el momento de doblarla, la corriente arrastraba la lancha y era preciso recomenzar; entonces había que echar un cabo a tierra, y mientras parte de la tripulación hacía avanzar la barca el resto la arrastraba desde la costa, género de navegación muy poco favorable al avance, como se advertirá. Así doblamos la punta *Añasco*, a lo largo del pantano o bañado de *Payube*, y luego la punta *Rori*; pero la de *Vaca rahi cora*[3] nos tomó parte del día, debido a su fuerte corriente y las rocas que la erizan, y apenas sí pudimos llegar el mismo día a su interior, donde el agotamiento de los marineros nos hizo parar a cinco leguas del poblado de Itatí. Toda la noche el viento nos trajo, desde el otro lado del Paraná, los ladridos de los perros de un puesto de Francia, en Paraguay. Sólo el ancho del río nos separaba de ese Estado tan temido, donde reina el despotismo. Tres meses antes no me habría arriesgado a remontar el Paraná porque toda embarcación que lo surcara causaba recelos al dictador, que de noche hacía destruir hasta la piragua más pequeña de los pobladores ribereños. Pero a favor de un tratado suscrito, hacía poco, entre Paraguay y Corrientes, tenía derecho a navegar por el Paraná, con tal de no alejarme de la margen sur. Los marineros renovaron el fuego para entretenerse y quemaron hasta las lianas secas de los árboles de la costa.

23 de septiembre

Al día siguiente se volvió temprano a trabajar y, no sin cansancio, alcanzamos la punta *Yaguarí* (perro querido). Allí no tuvimos más remedio que hacer alto para tomar aliento. La lancha estaba cerca de un gran bosque. Oí gritos de *yacús*, especie de penélope con aspecto de faisán, que hace resonar el monte con su canto desagradable. En seguida entré en la espesura y tuve la suerte de matar dos que perseguía hacia el interior, cuando llegó a mis oídos el mismo castañeteo de dientes que me había impresionado, en una exploración anterior, en medio de los bosques del riacho Santa Lucía; pero ya más ducho, reconocí de inmediato que se trataba de pecaríes[4]. No obstante, quise tener la seguridad y pronto vi, no lejos de mí, varios de esos jabalíes de América que echaban espuma y re-

3 *Vaca rahi cora* significa en guaraní corral de la vaca joven o, más bien, del ternero.

4 *Dicotyles torquatos*.

chinaban los dientes de rabia, lanzándose sobre mí con la cabeza gacha. Volví a la lancha para prevenir a mi gente del encuentro. Estos animales no son tan peligrosos como los jabalíes de Francia, pero sería imprudente enfrentarlos solo. Hacen pedazos a quien los ataque, sobre todo si tienen la desgracia de herir a alguno, pues entonces toda la tropa baja la cabeza, rechina los dientes, echa espuma de cólera, y si el pobre cazador no tiene tiempo de subirse a un árbol, lo rodea y deshace en un momento. Aún tenia presente en la memoria la aventura reciente de mi viejo compatriota de Iribicuá, quien al encontrar un grupo de pecarés hizo fuego, hiriendo a uno. Al acudir los demás a los gritos del herido, apenas tuvo tiempo para abrazarse a un árbol y subir a unos pies del suelo. Los pecaríes rodearon el árbol y trataron de desgarrarlo a dentelladas, en tanto que el infeliz, en una posición muy incómoda, empezaba a sentir que perdía sus fuerzas e iba a caer entre ellos, cuando por suerte se fueron. Los nativos los cazan a veces, pero siempre con grandes precauciones. Los indios me aseveraron en varias oportunidades que hasta los jaguares les temen y nunca los atacan, salvo al último de un grupo o al que se aleja de los demás.

Era la época en que los ejemplares jóvenes de una especie voluminosa de garrapata[5], parecida a la que se prende a los perros en Francia, cubren los extremos de las plantas en pequeños montones, que se abren apenas se los toca y cubren a las personas en enjambres pululantes. Estos insectos se habían pegado a mi ropa por todas partes por donde había pasado y también cubrían a los marineros; pero ellos se habían librado, arrancándoselos hasta el último con sus cuchillos. Me indicaron que hiciera lo mismo, y más tarde descubrí que debí haber seguido mal sus instrucciones. Son insectos que se vuelven grandes como lentejas y entonces se hace más difícil desembarazarse de ellos. Los españoles los llaman *garrapata* y los guaraníes, *yatebu*. Constituyen la plaga de la región. Hunden su trompa en la piel y chupan la sangre, realizando así, en pequeño, la horrible fábula de los vampiros.

Pasamos ante la isla *Caa-berá* (bosque brillante), situada en medio del río, arbolada como las otras, pero cuyo aspecto pobre respondía mal al fulgor de su nombre guaraní. Por fin alcanzamos la punta *Guira-i* (agua del pájaro), último codo grande del río antes de llegar a Itatí. Allí el viento se tornó favorable y empezábamos a navegar a vela, con lentitud, cuando observamos varias personas que nos hacían señales con sus pañuelos, desde una roca, y se pusieron a llamarnos a gritos. Eran los padres de un joven que había llevado conmigo a Corrientes. Venían a darnos el encuentro, y con ellos había varias

5 Especie del género *Crotonus*.

señoritas de Itatí que nos esperaban con mate y cigarros, conforme a los usos del país. No podría describir la gracia candorosa con que me recibieron, ni expresar cuántas caricias me fueron prodigadas. Aún poco familiarizado con costumbres tan distintas de las nuestras, estaba realmente sorprendido. Por tierra se mandó un expreso al pueblo, para avisar nuestra llegada.

Estadía en Itatí y vuelta a Corrientes

1827
Itatí

Una hora más tarde, el alegre grupo desembarcaba en el arenal de Itatí. Todos se disputaban el privilegio de servirme de guía en el pueblo. Casi se me llevó en andas; era un triunfo. Se me instaló en una de las habitaciones de la casa de la curia. Era objeto de curiosidad para todos los habitantes, que pasaban y repasaban ante la casa para mirarme. Pronto la orquesta del lugar, compuesta por unos violines malos y arpas, restos del esplendor musical de los jesuitas, que tocaban mal que bien algunos indios, vino a darme una serenata y cantar coplas en mi honor. Agasajé a los músicos lo mejor que pude. El comandante, el cura y el alcalde también concurrieron a visitarme y me mantuvieron levantado hasta muy tarde.

La primera noche en Itatí no fue muy satisfactoria. Durante toda ella me atormentaron las garrapatas ya mencionadas, que me produjeron atroces irritaciones con fiebre ardiente. Estos insectos meten la cabeza en la epidermis y hay que armarse de mucha paciencia para poder arrancarlas.

Dediqué todos los días disponibles a recorrer los alrededores, cazando y pidiendo a los habitantes que me trajeran animales, conchas e insectos. Cada día veía enriquecerse mis colecciones. Con frecuencia extendía un lienzo en la plaza del poblado; colocaba encima dos velas encendidas y esperaba que los insectos nocturnos cayeran en la trampa. De este modo me procuré gran cantidad de insectos de todas las especies. La estratagema pareció extraordinaria a los pobladores, que se sorprendían al observar la trivialidad de mis ocupaciones; pero encontré la manera de acabar con sus preguntas, a veces inoportunas, diciéndoles que recogía esas muestras como médico, para convertirlas en remedios, y desde entonces se dedicaron a ayudarme, cosa que no habrían hecho con seguridad si hubiesen visto en mis investigaciones un mero propósito de curiosidad. Todos los chicos del pueblo me secundaron en la búsqueda de plantas, conchas e insectos.

En las cercanías de Itatí el campo es hermoso. La estación contribuía no poco a hacerlo agradable. Todos los árboles despojados de follaje durante el

invierno se cubrían de flores y hojas, y algunos frutos primaverales se veían aún antes que las hojas de ciertos árboles. En medio de esta vegetación nueva y de las más variadas, se veía el *lapacho* (*tayí*, para los guaraníes), gran árbol de la orilla de los bosques, cubierto de flores rojas, de forma atrayente, antes de tener una hoja. Su color de púrpura fulgurante y sin mezcla contrastaba con el verde oscuro del timbó, acacia de copa redondeada, y con el follaje leve del *curunpaí*, que por entonces desplegaba sus lindas hojas lanceoladas, tan graciosamente recortadas y lisonjeras en su conjunto, envolviendo manojos de flores en plumeritos no menos aéreos, cuyo perfume embalsamaba el aire. Este árbol, cuya corteza produce un tanino excelente, constituye un apreciable objeto de comercio en la comarca. Por otro lado, el *Iba-hai*[6], árbol grande como el lapacho, pero de fruto amarillo y grueso como una manzana, se diferenciaba de los demás ostentando sus frutos de primavera que tanto gustan a la población, aunque me parecieron amargos en exceso, y además de considerar con disgusto sus enérgicas propiedades laxantes. Mil lianas de todas clases empezaban a desenvolver sus flores de colores tan variados, ornando con sus guirnaldas naturales, del púrpura más puro o del oro más resplandeciente, la bóveda verdeante que forman los grandes árboles. Quien no haya conocido las selvas tropicales en la primavera jamás podrá concebir la imagen exacta de las bellezas desplegadas por la naturaleza en esa época del año. ¿Cómo imaginar, en efecto, aquellas hojas lanceoladas tan lindas, de los aromos y acacias, las anchas hojas lustrosas de ciertas higueras, el follaje elegante de la palmera? ¿Quién podría pintar esa diversidad de formas de los troncos; el tronco esbelto de las monocotiledóneas, junto a los demás, tan cargados de plantas parásitas que apenas se les ve la corteza; esta mescolanza de plantas de tamaños y follajes tan diferentes, que cubren el suelo a la sombra de los grandes árboles y abren sus hermosas flores de tintes y formas tan elegantes, al amparo de los rayos ardientes del sol y de los vientos impetuosos? Así era el cuadro que presentaban a mi vista los bosques de Itatí, donde todo parecía renacer y revivir, mientras las aves de paso acudían a matizar con su plumaje y alegrar con sus acordes estos lugares encantados. Los *curucús*[7] de plumaje verde metálico, mezclado al rojo más vivo, que pueblan los lugares oscuros de los bosques más sombríos, demostraban a cada momento que los pájaros expuestos al sol no son los únicos coloreados. Este pájaro de grito quejumbroso, que llora tarde y mañana –como dicen los indios guaraníes–, ocupa el centro de los bosques, en

6 Fruta agria; de *ibá*, fruta, y *hai*, que está agria (guaraní).

7 Curucú rojo, *Trogon Curuicui*, L.

tanto que el *cucú piaye*[8], considerado brujo por todas las naciones indígenas, vuela con ligereza hacia el curucú, abriendo su linda cola marrón moteada de blanco y desapareciendo, para en seguida reaparecer en medio del follaje donde hace oír su canto poco agradable, entrecortado por los gritos ruidosos de tantos papamoscas y tangaras que revolotean entre las ramas a la hora en que las currucas buscan minuciosamente entre las ramas los bichitos con que se alimentan. Entonces el bosque cobra plenitud de vida y se oye con gusto hasta las explosiones de voz de numerosos loros que viajan de un árbol a otro, así como los gritos matinales de tantas especies de tinamus o perdices de monte que, al esconderse y revolver las hojas secas, hacen oír su canto monótono, capaz de llegar a cubrir a veces los gritos desagradables de las *penélopes* o faisanes de esas latitudes. ¡Cuántas horas he pasado en lo más espeso del monte, observando ese mundo alado, sus formas y colores tan variados y sus diversas costumbres! Entregado entonces del todo a la observación, recreaba con avidez la vista en las riquezas diseminadas con tanta profusión en aquella naturaleza pomposa, y solía librarme a pensamientos melancólicos, de los que a menudo me arrancaba una mariposa leve y brillante que giraba a mi alrededor, como incitándome a perseguirla, o cualquier otro insecto posado en las ramas vecinas de los árboles. Luego reiniciaba tranquilamente mi tarea de observador, disfrutando de todo lo que me rodeaba. Confieso que más de una vez me olvidé del mundo entero, sumido en los dulces ensueños que el mismo espectáculo me deparaba y aun hoy me es grato descubrir en la imaginación hasta los menores rasgos que puedan atraer su recuerdo.

También recorrí las chacras de la zona. Son pocas, pero veía con gusto campos de caña de azúcar, mandioca, algodón, batatas (*yetí*, para los guaraníes) y sobre todo muchas plantaciones de maíz nuevo y porotos locales. El propietario de una de esas fincas se quejaba con amargura de las langostas que acababan de devastar su propiedad. En efecto, unos días después vi varias mangas de langosta provenientes del oeste, del Gran Chaco, sin duda. Se posaron en un campo donde permanecieron apenas unos días, devorando hasta las raíces de las plantas recién germinadas y destruyendo hasta la última esperanza del agricultor, porque las plantas comidas así rara vez vuelven a brotar o sobreviven muy débiles. Sin embargo, no era esta primera invasión de langostas sino sus consecuencias inmediatas lo que desolaba a los propietarios. Uno de ellos me

8 *Cuculús Cayanus*, Gmel. Es de notar que cada nación da a este pájaro un nombre equivalente al de *hechicero*, como el de *piaye* que señala Buffon, mera corrupción del *paye* (brujo) de los guaraníes. Los aymaras del Alto Perú también lo llaman *pijma*, que significa brujo.

condujo a su campo y mostróme, tanto en medio de los senderos como donde la tierra estaba limpia de pasto, un orificio de doce a quince milímetros de profundidad, bien recubierto de una argamasa blancuzca, impermeable hasta a las mayores lluvias y que, según decía, resiste al fuego, repleto de huevos puestos por la langosta. Más tarde pude observar, tanto en Itatí como en Corrientes y el resto de la provincia, los efectos de ese terrible azote, análogos en el país a los que producen en nuestros viñedos de Francia las fuertes heladas de mayo, pues quita a los plantadores toda esperanza de cosecha y destruye los frutos de su trabajo; por eso utilizan, pero en vano, todos los medios posibles para aniquilar a los devastadores insectos. Los huevos se abren seis semanas después de su primera aparición. Las mosquitas, entonces de color negruzco, cubren los espacios cercanos a sus nidos; luego forman falanges nutridas que se ponen en marcha pocos días después de su nacimiento, devoran todo lo que encuentran a su paso y de noche suben a las plantas altas, arbustos y árboles, para proseguir a la mañana siguiente en cuanto el sol disipe el rocío. Las plantas en que se posaron la víspera aparecen despojadas de hojas y sus tallos frescos, descortezados. Un montecito por el que hayan pasado ofrece el mismo aspecto que si hubiera sido incendiado. Lo destruyen todo, tanto y aun más que los incendios anuales del campo, que por lo menos no atacan las ramas altas de los árboles. Nada puede detener su avance invasor, ni desviarlo. A veces cubren gran extensión de terreno. ¡Que encuentran una casa? Se comen hasta el techo, si es de juncos, y ni siquiera la ropa se halla a salvo de sus ataques.

Durante tres meses estas hordas enemigas recorren los campos, sembrando la desolación por todas partes, cambiando el color dos veces durante dicho lapso, y de epidermis en cuanto la primera y la segunda resultan muy pequeñas para contenerlas. En este tiempo sólo se habla de las *langostas*. Se pregunta por los movimientos de sus distintas falanges, acerca de cuáles distritos ya recorrieron, cuáles atraviesan y qué dejaron, considerándose dichoso el propietario que no haya perdido más que una parte de su cosecha. Después de su tercera metamorfosis, las larvas de langosta aparecen provistas de alas y por fin abandonan la región que asolaron, en número suficiente para oscurecer la luz del sol poniente. Fue una de esas nubes animadas que había visto caer al mar, a mi llegada a Montevideo[9] y más tarde, en uno de los altos de las peligrosas viajeras, pude verlas cubrir los árboles de tal forma que las ramas se doblaban con el peso. El agua del Paraná lleva a veces bancos enteros de langostas aho-

9 Ver cap. II.

gadas que sirven de alimento a los peces. En estado larval, sus enemigos son los pájaros, los caranchos sobre todo, que las comen con avidez; pero la matanza que hacen resulta imperceptible. Un observador distinguido, el señor Roullin, me dijo que esas innumerables falanges de langostas se extienden hasta Colombia. Este sabio se refería con seguridad a hordas distintas que las que recorren Corrientes y el Paraguay, porque entre los países meridionales en que las langostas causan tantos daños, y la República de Colombia, se extienden territorios dilatados, las repúblicas de Bolivia y Perú, por ejemplo, por donde estos insectos no dirigen sus migraciones. Estas migraciones, por otra parte, no son anuales; de serlo no existiría más agricultura en Paraguay y Corrientes. Dejan con frecuencia unos años de intervalo entre una y otra. Aparecen sobre todo entre los 26 y 32 grados de latitud sur. Se puede suponer que nacen en los inmensos llanos despoblados del Gran Chaco, pues siempre llegan de allá. Los grandes territorios aún desiertos son los únicos expuestos a plagas de esta especie. Como América, los desiertos de Africa tienen sus langostas devastadoras. Las soledades americanas también suelen ser presa de legiones de hormigas que desalojan de sus rancheríos a los pacíficos indios yuracarés, habitantes de los bosques húmedos y calurosos que ocupan los últimos contrafuertes de la cordillera de los Andes, al este de Cochabamba, República de Bolivia; legiones no menos numerosas ni menos temibles que las de langostas y que, como éstas, destruyen todo lo que encuentran a su paso.

Itatí es una de las fundaciones más antiguas de la provincia de Corrientes. Su pueblo se fundó en 1588, casi al mismo tiempo que Corrientes y Guaicarás, por los indios guaraníes que se sometieron y convirtieron a la fe cristiana, en ocasión de los primeros combates con los españoles y después del pretendido milagro de *la Cruz*, al que me referiré al hablar de la historia de Corrientes. Se habían escapado y constituido en poblado, no en el lugar donde se encuentra el villorrio actual, sino a una legua más al oeste, cerca de la punta de Yaguarí, ya mencionada, y sólo en 1628 se estableció el pueblo definitivamente en el sitio que hoy ocupa, es decir, bastante próximo al Paraná. Se formó entonces con el viejo núcleo guaraní al que se agregaron unos indios que vivían más al este, en la gran isla Apipé, y otros traídos de Paraguay. Esta gente, según Azara, expulsó a los franciscanos, que la habían administrado hasta entonces, para llamar a los jesuitas, cuya administración más regular debía ofrecerles mayores garantías. Pero los franciscanos enjuiciaron a los nuevos poseedores, y el pueblo les fue reintegrado en 1616. El poblado subsistió así hasta 1748, en que fue destruido casi por completo por una invasión de payaguás que ya hacía tiempo saqueaban la provincia de Corrientes, y en 1718 mataron a numerosos jesuitas

y sus seguidores, cerca del mismo pueblo de Itatí. Es raro que la fundación de una misión o una reducción india no se haya efectuado por influencia de un milagro. Itatí no podía dejar de tener el suyo. Tenía pues una virgen llegada directamente del cielo, que efectuaba en las cercanías muchas curas de enfermos desahuciados. El hermano franciscano que dirigía la misión dijo haber visto cierta noche, al volver de una caminata por el borde del Paraná, bajar del cielo una virgen que se había parado en medio del río, la isla de Caá-berá, que iluminaba con fuerte luz. Al día siguiente fue en procesión a la isla con los jefes indios. Se encontró, en efecto, la virgen, modestamente hecha de madera, que se transportó con toda pompa a la iglesia. El rumor del milagro pronto se difundió por todas partes; hasta el de la cruz de Corrientes fue olvidado un momento. Todas las ofrendas, todos los votos, todas las novenas se hacían en nombre y en homenaje a la virgen de Itatí, al punto que la iglesia no tardó en llenarse de exvotos, de ricos ornamentos, y muchas tierras fueron donadas en limosnas a la virgen milagrosa. En ocasión de otro viaje que hice a Itatí el gobernador de Corrientes, con gran sorpresa de mi parte, me encomendó el reconocimiento del lugar en que la virgen había puesto el pie, en la isla de Caá-berá, porque se decía que había dejado impresa su huella. Por fortuna me pude valer de una creciente del Paraná para declarar al digno funcionario que había encontrado cubierta por el agua la piedra que tenía aquella marca, lo que había imposibilitado la verificación solicitada.

Hasta la época de la independencia de América se citaba a Itatí como una de las más lindas reducciones del país y sobre todo como la más rica. Su iglesia estaba guarnecida de ornamentos de oro y plata, y el pueblo de San Antonio, distante veinte leguas de Itatí, al este, había sido incluido como estancia en su jurisdicción, al igual que gran parte de las tierras intermedias que producían mucha plata; pero pronto Itatí se entregó a la administración de los *corregidores* del país, que favorecidos por las perturbaciones la pillaron a más y mejor. En poco tiempo, el ganado fue vendido o sacrificado sólo para sacarle el cuero. En 1826 se enajenaron las propiedades de la virgen. El gobierno se apropió los tesoros de la iglesia y el producto de las ofrendas. Un corregidor partió a Buenos Aires con dos barcos cargados de cueros y las últimas riquezas del pueblo. La virgen hizo un milagro último, privando del fruto de su crimen al corregidor sacrílego: un fuerte golpe de viento hizo naufragar sus dos embarcaciones, a poca distancia de la isla de Caá-berá; se salvó, pero quedó en la miseria.

Los indios guaraníes que poseían todos aquellos bienes en común, hechos a la disciplina de las misiones, a su abundancia y sobre todo a no pensar jamás en el futuro, no tardaron en sentirse vejados por sus nuevos administradores.

Los parientes de los empleados invadían sus casas, los obligaban a trabajar sin salarios y los castigaban a cada momento. Los desdichados abandonaron la localidad y se dispersaron por la campaña, maldiciendo la tan mentada libertad, peor para ellos que la esclavitud en la que habían vivido antes de la revolución. En el pueblo antes floreciente reinaba la miseria más profunda. Los habitantes de Corrientes compraban las casas al solo efecto de demolerlas y vender las tejas, comercio que no cesó, pese a la prohibición del gobernador, hasta que solamente quedaron pocas casas intactas.

Ya no se ve, pues, en Itatí la serie de lindas casitas uniformes, bien blancas y cubiertas de pinturas, que servían de morada a los indios; las que quedan están sucias, en desorden, semiderruidas, y las únicas aceptables son la del cura y el comandante militar, quien vino a sustituir a los *corregidores*. El pueblo aún cuenta, entre sus habitantes, con una docena de familias indígenas. Situado a cien toesas del borde del Paraná, en medio de un bosque, tiene una gran plaza rodeada de viviendas uniformes, bajas, cubiertas de tejas y todas dotadas de galerías al frente. A un lado de la plaza se alza una vieja iglesia fea y húmeda, abandonada por otra, bastante bonita, cuya construcción se terminó este mismo año (1827). Durante mi estadía en la localidad, el gobernador se vio precisado a hacer este gasto para imponer silencio a los testigos del saqueo y venta de los bienes comunales. Cerca de la plaza hay un excelente monte de naranjos, que también pertenecía a la reducción y ha sido cedido, casi por nada, al hermano del gobernador de la provincia, que le extrae una buena renta, pues en los alrededores las naranjas de Itatí tienen fama de ser las mejores. Este naranjal, que debería ser el paseo del pueblo, cayó en manos tan poco dispuestas a convertirlo en objeto de expansión, por lo que tuve que disentir con los cuidadores para poderlo visitar.

Ya he dicho que Itatí cayó en la mayor miseria. Su ubicación tan agradable no tienta mayormente a la población de la zona, incapaz, por otra parte, de apreciar la belleza de un lugar. También el comercio quedó reducido a poca cosa, pero el distrito cuenta con muchas estancias por tratarse de una de las tierras más aptas a esta clase de explotaciones, debido a la proximidad del Paraná, por un lado, y del Riachuelo, por el otro. Desde este punto de vista es uno de los distritos más florecientes de la provincia de Corrientes. Gracias a los indios guaraníes que poblaban el villorrio, se tiene preferencia por la agricultura. Casi todos se establecieron por las cercanías, donde producen frutos de la comarca: tabaco y algodón, o plantas comestibles como mandioca, porotos, batatas y sobre todo maíz y caña de azúcar. La mayor parte de los indios que permanecieron en la localidad se dedican con preferencia a la manufactura de

objetos de cerámica que envían a Corrientes y a los demás pueblos de la provincia donde la población no se toma el trabajo de hacerlos.

La industria, casi reducida a este pueblo, es digna de una atención particular. He seguido con el máximo cuidado todas sus operaciones. La tierra se extrae de varias canteras del monte, cercanas al poblado. Es una arcilla negruzca de grano bastante grueso. Se empieza por juntar una cantidad relativamente grande que se divide en porciones reducidas; luego se la amasa durante mucho tiempo, tratando de sacarle todas las piedritas y los mayores granos de arena. Así purificada la tierra, sin haberla lavado, se la guarda en recipientes de madera. Cuando las indias la quieren emplear (pues las mujeres, como entre la mayoría de los indios americanos, se dedican en general a este oficio), toman una porción de arcilla muy blanda aún, y empiezan a modelar con los dedos la base del vaso proyectado, sobre una plancheta de dimensiones proporcionales a las que piensan darle, puliéndola también con los dedos; luego dejan secar esta primera capa hasta que adquiera la consistencia suficiente para soportar otra superpuesta, teniendo cuidado, por otra parte, de humedecer con un trapo mojado la parte de la base que se cubrirá con la segunda capa, que se pone cuando la primera se ha solidificado y que se deja secar, a su vez, antes de cubrirla con la tercera. Prosiguen de este modo hasta completar el vaso, que recibe su forma circular y pulimento mediante la sola acción de los dedos; con frecuencia se lo supondrá hecho a torno –máquina desconocida en casi toda América–, tanta es la regularidad y precisión que despliegan las obreras más hábiles. Obtenido así el primer estado del pote, se le humedece la superficie, se la pule aún con suavidad y luego se deja secar del todo. Un vaso común se lleva entonces a cocer sin mas ceremonia; pero los que formarán parte del mobiliario de una casa, como los grandes jarros llamados *tinajas*, que se tienen en un rincón del comedor y sirven para guardar el agua de beber, vasijas de lujo que llegan a medir hasta cuatro pies de alto, requieren una última manipulación. Cuando la tierra está bien cocida, la obrera los frota con un grano de leguminosa muy pulido, que les da un lindo brillo; y si las quiere adornar con esas pinturas groseras que presentan siempre los vasos de esta clase, les aplica, antes de la cocción, óxidos de hierro más o menos coloreados, que le imprimen los distintos tintes, sabiendo por ejemplo que con óxido o hidrato de hierro en riñones se obtiene al fuego un hermoso color negro; que esta o aquella otra tierra coloreada da amarillo, rojo, blanco, verde, etc. Los potes así moldeados se depositan en galpones hasta tener la cantidad suficiente para una jornada, la que se hace de dos modos diferentes. Si se trata de vasos grandes, se ponen unos junto a otros, y a veces, en el campo, se los apila; luego se

cubren de una cantidad de leña seca puesta en forma tal que el calor resulte más o menos uniforme por todas partes. La leña se pone pareja si no hay viento, pero en cuanto sopla, aunque sea un poco, se agrega mayor cantidad en la dirección que traiga, para que lleve el calor sobre los vasos. Se enciende entonces el fuego, permaneciendo cerca para alimentarlo, a menudo más de un día, sin cesar hasta que se estime acabada la cocción, y dejando que la hoguera se extinga por sí misma, sin tocar los vasos hasta que se hayan enfriado por completo.

Cuando se quiere cocer vasos pequeños se emplea un pozo de seis a ocho pies de largo, dos de ancho y no más de diez y ocho pulgadas de profundidad. Me parece que su uso constituye un perfeccionamiento traído por los españoles, porque en general los indios sólo lo emplean para barnizar sus vasos pequeños. Antes de la Conquista los indios no conocían el barniz. En efecto, no encontré el menor rastro de barniz en los hermosos vasos que encontré en las tumbas de los antiguos incas y aymaras, ni en los restos muy antiguos que a veces dejan al descubierto las escarpaduras de los ríos, por las inmensas florestas de la parte central de América.

En Itatí, el barniz que se aplica a ciertos vasos es muy ordinario y demuestra que la industria aún está en pañales en esta comarca. Los indios se conforman con derretir en un vaso de barro plomo, que luego dejan arder hasta que se reduzca todo al estado de óxido; esperan que se enfríe, y después de pulverizarlo lo mezclan con yema de huevo, haciendo una tintura espesa con la cual untan en seco los vasos que quieren barnizar. En este estado los hacen secar; después disponen en la zanja mencionada barras de tierra cocida de manera que formen una parrilla sobre la que colocan los vasos atravesados, sin que se toquen, y encienden encima un gran fuego de ramas, manteniéndolo hasta que se calienten al rojo y el barniz se haya fundido. Entonces los sacan con suavidad y dejan al aire para que se enfríen. Este barniz es de lo más simple, pero no deja de hacer la delicia de los habitantes de la provincia que buscan con interés tales productos de su industria nacional.

Los vasos varían mucho de forma y reciben distintos nombres, en razón de su uso o aspecto[10]. Los mayores, esos que se emplean, por ejemplo, en la conservación del agua, son llamados *tinajas* por los españoles y *ñaetá-guazú* por los guaraníes. Tienen una copa de estilo etrusco, bastante elegante, la base esférica y de la mitad de la altura total, y bordes en embudo, tan altos como el

10 Puede verse en el Musco de la Manufactura Real de Porcelana de Sévres la colección de estos vasos que hemos llevado.

resto. Otros, los *cántaros* que las mujeres llevan en la cabeza, les sirven sólo para traer agua del río; también son esféricos, munidos de un orificio muy pequeño, con borde poco levantado, y su forma bastante elegante, por otra parte, fue adaptada con ingenio a su aplicación. Se reconoce que los indios les dieron el aspecto de las grandes calabazas que también usan para sacar agua. Esta forma es la más común en América y la encontré en casi todas las naciones que se relacionan con los guaraníes. Otros, en fin, más chicos, denominados *cantarillos*, tienen una forma muy conocida en España, semejante a los vasos con dos golletes laterales, puestos a cada lado de una asa superior, mediante los cuales los españoles, y en especial los catalanes, beben a chorro, con la cabeza echada hacia atrás y vertiendo el líquido en la boca desde cierta altura. Además se hacen pequeños recipientes para beber, y platos, todos bastante toscos; también, infinidad de potes de adorno que representan figuras más o menos grotescas de hombres, mujeres y animales. Otros objetos de alfarería también fabricados por las mujeres son los *braseritos*, con figuras de diversos animales de la región, como tatúes, ciervos, tortugas, etc., coronadas por una tacita en la cual se ponen brasas y se ofrecen al extraño para que prenda el cigarro. Estas piezas están barnizadas, y la necesidad de obtenerlas lleva a veces a Itatí a los habitantes de Corrientes, pues sólo allí se fabrican.

Ya he dicho que en todos los lugares, donde los nativos de América se hallan aún cerca del estado natural, las mujeres son las únicas que se dedican a la alfarería. La misma manufactura está sometida en algunos casos a ritos supersticiosos, bastante singulares, que tendré ocasión de describir en detalle cuando me refiera a los pueblos cazadores de los bosques situados al pie de los Andes, en la República de Bolivia. En estos pueblos los hombres no deben tocar los vasos. Las mujeres se ocultan en el fondo de los bosques para fabricarlos; guardan todo el tiempo el silencio más absoluto y considerarían inútil todo el trabajo hecho si fuera pronunciada una sola palabra o si un hombre llegara a aparecer durante el transcurso de la fabricación. Fue también en uno de esos pueblos que un vaso roto por uno de mis acompañantes estuvo a punto de revolucionar a todas las mujeres de una tribu.

Es muy sorprendente que los jesuitas u otros misioneros que trasplantaron tantos usos de nuestra vieja Europa al fondo de las sabanas o los bosques impenetrables de América, no hayan hecho conocer el torno de alfarero a los indios de las grandes misiones que organizaron. A no dudarlo, el uso del artefacto habría ahorrado a los indígenas por lo menos la mitad del tiempo que consagran a esta manufactura y hubiera perfeccionado los productos. El uso de alfarería pintada es antiguo, hecho que se comprueba con los hermosos vasos

cubiertos de guardas griegas y arabescos de los antiguos peruanos, las naciones quechua y aymara. Es muy singular encontrar esas formas primitivas del dibujo en todas las naciones americanas, desde los pobladores de los llanos hasta los de las montañas más altas; pero todos no conocen las pinturas cuyo uso se ha difundido mucho menos que el de las grecas en bajo relieve, así como todos los relieves posibles que encontré por todas partes en los vasos, en tanto que las pinturas son mucho menos comunes y no parecen haberse usado en ciertas naciones, tales como las dos que cité, la guaraní y los habitantes de las montañas y llanuras del norte de América meridional, porque la mayor parte de los pueblos del Chaco no tenían ningún conocimiento de tales pinturas, y los araucanos de Chile, que actualmente adoptaron la costumbre de los vasos pintados, no parecen haber conocido este arte antes de la llegada de los españoles, salvo quizás en los distritos ya subyugados por los incas.

Otra forma de comercio, sólo conocida desde hace pocos años en Itatí, y que acaso sea transitoria, es el tráfico de corteza de *curupai*, especie de aromo cuyo follaje lanceolado, tan elegante, ya he descrito. Este árbol crece en las orillas de los bosques, sobre todo en la proximidad del Paraná. Después de haberse establecido en Corrientes varias curtiembres, establecimientos que se sirven de la corteza de este árbol para tratar los cueros, el producto se convirtió en objeto de una explotación muy lucrativa para la población de Itatí, porque toda la costa de Paraná hasta Misiones está cubierta de *curupai*, y se emprendió su extracción intensiva. Por todas partes se veía, entonces, hasta en los lugares más agrestes, obreros sin otro alojamiento que las ramadas que despojaban la orilla del monte de su mejor ornamento, ocupados sin descanso en derribar esos hermosos árboles, sacarles la corteza y ponerla a secar para luego despacharla en carretas a Corrientes. El precio de esta corteza aumentó a medida que se hizo difícil obtenerla. En la época en que me encontraba en Itatí, costaba ochenta pesos –cuatrocientos francos franceses– la carretada. Todos los grandes propietarios de Itatí y sus alrededores se extendían, pues, poco a poco, por la orilla del Paraná, hasta Misiones, derribando y destruyendo los *curupai* en todas partes. Las afueras de los bosques sólo mostraban, en consecuencia, árboles abatidos o despojados, aún de pie, de su corteza, y aquellos lindos *curupai*, antaño tan numerosos en la región, apenas estaban representados por algunos ejemplares jóvenes, desdeñados por los especuladores, por ofrecer escasas posibilidades de rendimiento. Este mismo árbol, denominado *sumako*, en Chiquitos, Santa Cruz de la Sierra, y *chirca*, por los aymaras de la provincia de Yunga, República de Bolivia, se aplica en todas partes al mismo uso con éxito análogo; pero por todas partes el tanino que contiene,

demasiado fuerte para usarse puro, quema el cuero en ocho días, lo que obliga a los curtidores experimentados a moderar su acción, mezclando la corteza del *curupai* con la de otro árbol llamado *laurel*. Es probable que esta rama del comercio, tras haber enriquecido a numerosos propietarios de los alrededores, vaya a extinguirse por completo, junto con los árboles que la alimentan, pues el resto de la provincia no los posee, y apenas sí quedan ahora unos arbolitos, en más de treinta leguas de litoral del Paraná.

Por lo demás, la ocupación habitual de los vecinos ricos de Itatí es igual a la de todos los ricos del país, es decir que duermen, fuman, toman mate y juegan el resto del tiempo. Todas las veces que iba a visitar al cura o al comandante los encontraba jugando al *monte*, en lugar de dedicarse a extirpar la pasión del juego, tan ardiente y desenfrenada entre casi todos los americanos, y que el gobernador de Corrientes, émulo de su vecino, el doctor Francia, había tratado de combatir mediante disposiciones muy severas pero inútiles, porque día a día hacía progresos en el campo.

28 de septiembre

En 28 de septiembre, en ocasión de la fiesta de San Francisco, dedicada a un viejo habitante del pueblo, amigo de los indios, la banda municipal de música debía ir a su casa, y como el concierto formaba parte de los usos locales quise presenciarlo para apreciar esa clase de reuniones. Era una numerosa asamblea de hombres y mujeres. A cada rato alguna persona de la casa recorría la sala distribuyendo cigarros a toda la concurrencia. Con intervalos circulaba un vaso de caña o aguardiente de caña de azúcar, y cada uno bebía en rueda. De pronto un indio conocido en toda la zona por sus ocurrencias, apareció todo tiznado, imitando a un ebrio. Apostrofaba a los invitados con bromas, dichas casi siempre en una mezcla de guaraní y castellano, o en uno solo de estos idiomas. Me sorprendió el ingenio de algunas expresiones suyas, pero la mayoría eran de lo más equívocas, aunque provocaban la risa de las damas, sin turbar tampoco a las señoritas, acostumbradas a esta clase de dichos. Pronto se hizo presente un nuevo actor en escena; era un indio envuelto en un lienzo, con la cara enmascarada y en la cabeza la parte superior de un cráneo de buey, provisto de sus cuernos, a cada uno de los cuales había atado una especie de antorcha encendida. Comenzó a perseguir al indio pintarrajeado, cosa que parecía divertir en grande a la reunión y duró buen rato. El héroe de la fiesta se puso a bailar un antiguo baile local; después, al sonar las doce del día, todo el mundo se fue a comer y dormir la *siesta*, indispensable a los habitantes de zonas cálidas. Cada vez que veía renovarse tales escenas, que aún evocan la edad primitiva de la civilización, empezaba por criticar todo; pero vinculándola en el recuerdo con nume-

rosas fiestas nuestras, de las aldeas de la baja Bretaña o del fondo de los campos del Poitou, pronto reconocía que a pesar del alejamiento de los lugares, los hombres de ambos continentes son, a un mismo nivel de civilización, siempre y en todas partes más o menos los mismos, movidos por iguales pasiones y siempre condenados por bárbaros con excesiva precipitación, por el observador que los ve por primera vez.

1827
Iribicuá

Partí el 3 de octubre a Iribicuá, que dista sólo siete leguas de Itatí. Llegué al galope, encontrando a mi viejo compatriota siempre bien dispuesto, pese a las miríadas de mosquitos y tábanos que lo devoraban perpetuamente. Con gusto volví a ver aquella humilde choza y los bosques circundantes, mucho más lindos entonces que en ocasión de mi primer viaje. Las lianas habían florecido y coronaban con sus guirnaldas de oro las cimas de los árboles, donde miles de aves diversas dejaban oír sus voces variadas. El eco devolvía, por todos lados, los gritos de los cásicos y la ruidosa cháchara de los tucanes de grueso pico. Muchos insectos cubrían las hojas y cortezas de los árboles, por lo que encontré con qué ocuparme en forma provechosa tanto en la caza de pájaros como en la de insectos. El Paraná, entonces muy bajo, me ofrecía además una nueva fuente de riquezas al dejar al descubierto hermosas conchas fluviales que también buscaba con el mayor cuidado. ¡Qué variedad de satisfacciones experimentaba, ya en lo más espeso del bosque, ya revisando todas las flores y umbelíferas que cubrían el campo, ya al borde del agua, descubriendo ésta o aquella especie nueva, y juntando los objetos diferentes con la ávida precipitación de un avaro que apila oro!

Quise, asimismo, aprovechar mi nueva estadía en aquellos lugares para examinar con mayor detenimiento las cercanías. Mi primera salida fue a la orilla del Riachuelo. Partí al despuntar el alba, contando con pasar el día al borde de esos enormes pantanos, pero aunque el camino no tenía más que tres leguas, éste estaba tan obstruido que empleé seis horas de marcha para llegar. Es una zona atroz, sin rutas trazadas. La forman algunas lenguas de tierra algo secas, cubiertas a intervalos por tristes espinillos y separadas unas de otras por charcas muy anchas, profundas y barrosas, donde mi caballo tenía agua hasta el vientre y donde a cada rato se hundía en la ciénaga. En medio de esos pantanos, se ve surgir por todas partes esos pequeños montículos de tierra, cónicos de forma y de cinco a seis pies de altura, construidos por las hormigas, que de este modo se sustraen a los inconvenientes de las inundaciones. Extraña que insectos tan pequeños puedan levantar masas tan desproporcionadas con su talla; sin embargo, la continuidad y perseverancia de su trabajo no sólo las

edifica sino que hasta las aumenta sin cesar. Sacan los materiales de construcción de las excavaciones practicadas bajo los mismos hormigueros, cosa que hace peligroso acercarse a ellos, pues los caballos pisan mal y pueden quebrarse una pata o por lo menos desmontar a sus jinetes. Así crucé más de seis pantanos, entre otras tantas lenguas de tierra seca, y llegué por fin al borde del Riachuelo, señalado por árboles de alto ramaje, cuyas raíces mojaban las aguas desbordadas del riacho. Este mostraba entonces una extensa planicie de juncales, de más de una legua de ancho y completamente impenetrable; en sus bordes se refugian los jaguares y todas las bestias que huyen del hombre. Agotado de cansancio hice alto a la orilla de un monte, en un lugar de los más salvajes. Mandé asar algunos de las aves que había matado y luego reanudé el viaje. En una especie de sabana, tras el recodo de un bosque, tuve la sorpresa de encontrar una tropilla de caballos salvajes. Al advertirme, un lindo animal, que parecía ser su jefe, golpeó con la pata, resopló y salió al galope, encabezando a las yeguas que lo siguieron, desapareciendo con él en un momento. Seguí con la vista a los orgullosos corceles y su noble jefe, contemplando gustoso el andar indómito de esos dominadores del desierto. Para volver al rancho, creí acortar la distancia cortando camino, pero la noche se acercaba; me extravié, y contando sólo con unas estrellas para orientarme no llegué a destino sino hasta las diez de la noche.

Otra vez tomé rumbo al este, acompañado de dos sirvientes y llevando víveres para varios días. Quería seguir la costa del Paraná por fuera del bosque. Observé uno tras otro los hermosos bosques que bordean la barranca del río. Entonces ofrecían un aspecto alegre, pero poco variado. Siempre encontraba los especímenes de árboles que ya había visto por los alrededores de Iribicuá e Itatí, aunque cerca de los pantanos que cubren el lugar llamado *Asunción* encontré unos bambúes altos, cuyos elegantes tallos tenían hasta veinte pies de altura. Me aproximé, pero las numerosas espinas que los protegían me hicieron retirar antes de lo que pensara. Luego llegué frente al sitio denominado *Yahá-pé* (vengamos aquí), finca situada en el camino a Misiones. Mi grupo se detuvo cerca de un bosque para pernoctar. Se juntó mucha leña seca, a fin de tener fuego todo el tiempo; se desensillaron los caballos, soltándolos al campo, y cada cual estableció su vivac como mejor le pareció. Varios jaguares se hacían oír en la vecindad, siendo muy comunes en estos parajes; parece que por donde haya juncos abundan más que en otros lugares. Después de una prolongada conversación acerca de esas feroces bestias, cada uno se tendió a su modo en el suelo, y así nos encontró la mañana que iba a depararnos nuevas fatigas. Me dirigí primero a Yahá-pé, y de ahí pronto me interné entre panta-

nos interminables que me llevaron al pueblito de San Antonio. Por el camino presencié un espectáculo nuevo para mí. Una serpiente enorme se paseaba por un espacio desprovisto de juncos; reptaba gravemente, alzando la cabeza sobre las aguas. Pedí a mi gente que tratara de enlazarla; un hombre muy hábil para esta clase de ejercicios la enlazó por el cuello, arrastrándola atrás de su caballo hasta la salida del estero. Tenía más de cuatro metros de largo y su diámetro podría ser mayor de quince centímetros. Tuve oportunidad de observar varias otras durante la jornada. Todas se escapaban entre los juncos. Estas serpientes pululan en los pantanos, donde se alimentan de reptiles, pequeños mamíferos y hasta de peces. Son puramente acuáticas y no hacen daño alguno a la población, que las deja en paz o sólo las cazan para aprovechar su cuero, con el que confeccionan cinchas, especie de cubiertas para el *recado*, o silla de montar de la región.

San Antonio de Itatí

En San Antonio tuve que dedicarme a la preparación de los animales cazados el mismo día y la víspera. Poco tenía que ver en la localidad, que sólo cuenta con algunas casas y la capilla. Ya he dicho que este pueblo apenas era, en su origen, una estancia de Itatí; aunque dista veinte leguas, actualmente sigue formando parte de la misma comandancia. Sólo lo poblaban indios, que atormentados noche y día en esta residencia infernal por los mosquitos y tábanos, lo abandonaron para irse a vivir tranquilos en los montes de yatay de los alrededores de *Caacaty*, bastante cerca de allí. Sin embargo, sus lindas casitas, aún rodeadas de naranjos y durazneros, constituyen siempre el adorno del poblado que, con las tierras circundantes, forma una isla verdadera, rodeada de extensos pantanos que atraen las miríadas de insectos que la infestan.

Iribicuá
9 de octubre

El 9, al salir de San Antonio, llegué bastante temprano a Yahá-pé, pese al cruce de los pantanos, siempre muy penoso, y como entonces me separaban siete leguas de mi cabaña, las hice al galope y llegué cargado de piezas de historia natural recogidas durante la excursión.

Unos días más tarde quise ir, con un indio, a cazar la especie grande de tinamus o perdices de aquellas llanuras. Tenía curiosidad de ver cómo cazaban los perros solos, seguro de hacer una buena cosecha. Los perros adiestrados al efecto, y llamados *perdigueros*, acompañan al cazador que va a caballo. Pronto olfatean y levantan la perdiz, que vuela hasta posarse a trescientos o cuatrocientos pasos de distancia. El cazador no la pierde de vista y se dirige al lugar en que está posada. Vuelven a levantarla los perros, pero ya no se aleja más de cien metros. El cazador le da alcance de nuevo, ya por última vez, porque no vuela más. Entonces el perro la

atrapa y el cazador se la quita antes que la devore. Por este medio muchos indios del campo se procuran su alimento cotidiano y miles de perdices se cazan en las pampas de Buenos Aires.

Me quedé todavía hasta el 15 en Iribicuá, completando mis colecciones. Para llevarlas a Itatí tuve que hacerme mandar una carreta, pues tenía una rica cosecha que llegó por cierto intacta. De vuelta proseguí mis búsquedas cotidianas, con el cuidado máximo. Mis colecciones se enriquecían todos los días con las especies más hermosas.

Desde hacía cierto tiempo sufría dolores muy fuertes en los pies, y al principio no les había dado importancia; pero se intensificaron tanto que debí buscar su causa, para remediarlos. En seguida descubrí que gran cantidad de esos piojos penetrantes[11] llamados *piques* en Corrientes, *chique* en las islas de América francesa y *nigua* en el Perú, se habían introducido bajo la piel de mis pies, y habían crecido tanto que cada uno tenía el tamaño aproximadamente de una arveja común. La persona más experta de la región en el arte de sacarlos se ofreció a prestarme este servicio, y con una aguja levantaba la epidermis a su alrededor y los desprendía enteros. Así me libró de más de veinte, y para que las llagas abiertas curaran más pronto las llenó con ceniza de tabaco, lo que me hizo sufrir mucho, y me hizo quedar en la pieza durante unos días. Esos insectos, tan conocidos en las regiones cálidas de América, pululan en la provincia de Corrientes, sobre todo en los distritos arenosos. Se ha pretendido que prefieren atacar los pies de las personas recién llegadas; sin duda les es más fácil atravesar epidermis no endurecidas por la marcha sin calzado, pero nunca he creído que los extranjeros sean sus víctimas con frecuencia mayor que los nativos. El criollo siente a un pique en cuanto éste lo ataca y se lo hace extirpar en seguida, en tanto que el extranjero, que no está acostumbrado a su picadura, le da tiempo para crecer, de modo que ya su extirpación se le hace muy dolorosa. Después de un año de permanencia en el continente sentía de inmediato la introducción de uno de esos insectos en mis pies. En esta parte del cuerpo se meten con preferencia, aunque también atacan las piernas, y otras partes. Persiguen con saña a los cerdos y perros, que se ensangrientan las patas para sacárselos. La negligencia y desaseo de algunas gentes pobres hace que sus hijos se cubran de estos insectos que atacan los pies, las piernas y las partes un poco callosas del cuerpo. Los pies de esos infelices se deforman; su marcha, se hace incómoda y ridícula; y se mencionan ejemplos, por suerte muy escasos,

Itatí
16 de octubre

11 *Pulex penetrans*.

de algunos que llegaron a morir por incuria de sus padres. Quienes sanan son siempre reconocibles por sus pies y la manera de caminar. Se los moteja de *patojos*. El aceite y cualquier sustancia grasa son excelentes preservativos contra los piques. Hacía poco tiempo que en la casa del gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, se había descubierto que el aceite de trementina es un remedio infalible para sus picaduras y los mata apenas aplicado a la piel que atacaron. De todos los animales, los cerdos son los más afectados por sus picaduras. No sólo sus patas sino aun otras partes del cuerpo y las ubres de las cerdas se infectan, lo que los vuelve mucho más desagradables en los países cálidos de lo que ya lo son en Europa.

En toda la comarca sólo se me conocía por mi nombre de pila por el título de mi misión: en todas partes se me llamaba *Don Carlos* o *el naturalista*, conforme a la costumbre de los países de origen español.

4 de noviembre

La mañana del 4 de noviembre vi llegar a mi casa, muy temprano, al cura, al comandante y al alcalde del pueblo, quienes al entrar me desearon feliz fiesta, declarando que por fuerza tenía que ofrecer un baile la misma noche, en celebración de mi onomástico; agregaron que traerían la música del lugar. Consentí, por las buenas o por las malas, sabiendo desde ya a qué poca cosa me comprometía, pero impuse como condición que ellos se encargaran de las invitaciones. Arregladas así las cosas, me dirigí a casa de una vecina en procura de consejo. Me ofreció su casa y dijo que todo se arreglaría con un millar de cigarros y una docena de botellas de caña. Se encargó de arreglar el local y de reemplazarme para hacerles los honores de la hospitalidad. La sala del baile no estaba siquiera embaldosada; la tierra haría las veces de piso encerado. Su moblaje consistía en bancos adosados a las paredes y la iluminación en algunas velas que daban una turbia luz, amortecida por la coloración oscura de las paredes. Al atardecer, desde las siete ya tenía a las quince o veinte damas de Itatí. Todas se ubicaron en los bancos y pude notar que si bien algunas se habían puesto zapatos para venir a bailar, otras se habían olvidado las medias. Todas fumaban a más y mejor, y ninguna retrocedía ante el vasito de aguardiente, lo que ya no me sorprendía... por ser costumbre del país. Se bailó el alegre *cielito*, durante el cual se unía al sonido instrumental el canto de una o varias personas que entonaban las coplas más intencionadas. Durante esta danza tan vivaz los bailarines hacen sonar los dedos, imitando el ruido de las castañuelas. Siguió al *cielito* el grave minué, pero el baile más lindo fue el minué *montonero* que unía las serias características del género con figuras graciosas de la contradanza española. Se bailó toda la velada. La reunión parecía muy divertida, y lo que al

parecer contribuyó más a alegrarla fue que, tras largos requerimientos, se consiguió hacerme bailar un *cielito*, durante el cual mi torpeza para mantener alzados los brazos y castañetear los dedos produjo infinito regocijo a la honorable concurrencia. El señor cura, que se sostenía el vientre con ambas manos para reír mejor, hízome el honor de asegurarme que nunca se había divertido tanto. ¡Qué contraste hay entre las costumbres un poco groseras y hasta medio salvajes de estas comarcas lejanas y, por ejemplo, las de nuestras brillantes reuniones de invierno en París! ¿Qué dirán nuestras francesas elegantes de un baile en el cual durante los intervalos las damas, casi todas sin zapatos ni medias, tenían el cigarro en la boca y se refrescaban con aguardiente? "¡Vamos! –exclamarán quizás–, ¿qué damas eran ésas?". Eran, señoras, las personas más distinguidas del pueblo de Itatí y aun varias de ellas poseían cuantiosas riquezas; pero antes de juzgar en última instancia es preciso conocer el estado relativo de la civilización general del país, y entonces esas raras orgías ya no parecerán extraordinarias. Los hombres estaban en *chiripá* o en *calzoncillos*, y casi todos descalzos. A las dos de la mañana se retiraron los convidados, no sin haber cantado reiteradas coplas sobre la *despedida*.

Ya tenía que pensar en la vuelta a Corrientes, tanto más porque circulaban rumores acerca de una eventual guerra con la provincia de Misiones, los que me hicieron temer por la seguridad de mis colecciones, imponiéndome el deber de cuidarlas. Me dediqué, pues, sin descanso, a preparar la partida, que había fijado para el 6 de noviembre. Fui a despedirme de los vecinos que habían tenido conmigo tantas atenciones y me acogieron con una bondad cuyo recuerdo nunca se desvanecerá de mi memoria.

El 6 de noviembre dejé Itatí para volver a Corrientes, y no lo hice sin un sentimiento de tristeza. La población me quiso despedir en masa, y cuando montaba a caballo todos estaban a mi alrededor. Llegué a la *Ensenada* en una etapa e hice un alto breve para esperar la carreta que llevaba mis efectos. Llegó cerca del mediodía y le hice tomar la delantera. Paré cerca de una laguna que, según me lo aseguraran los habitantes, tenía conchas de agua dulce. En efecto, entré en el agua, que me llegó al cuello, me zambullí y recogí un lindo ejemplar de anodonte. Después de esta pesca reanudé la marcha y llegué a San Cosme, donde la carreta me esperaba frente a la *pulpería*. Dos o tres hombres que allí estaban descansando me ofrecieron un vaso de caña. Me cuidé de no rehusarla porque lo habrían considerado injurioso, a lo que de inmediato correspondí a su comité con la misma moneda, separándonos en excelentes términos. Quien quiera viajar con provecho

6 de noviembre

1827
San Cosme

no debe descuidar nada para ponerse en todas partes al corriente de los usos propios de cada provincia que recorre, pues amoldándose a todos tendrá la seguridad de hacerse estimar por todas las clases sociales y encontrarlas siempre deseosas de ayudarlo; desde entonces queda asegurado el éxito de su misión. ¿Con qué derecho, en efecto, pretenderíamos plegar todo a nuestros usos y costumbres? ¿Por qué encontrar ridículo todo lo que no se les parece? ¿No parecerán ridículas a los que criticamos las mismas costumbres que nos parecen tan buenas? Esta reflexión me recuerda involuntariamente una de mis primeras comidas del viaje, en la que me extrañó ver que servían la sopa después del guiso, en tanto que mi digno huésped no podía volver de su sorpresa al verme beber con la comida[12]. ¿Cuál de ambos era más razonable?

Durante la noche estalló una tormenta espantosa. La lluvia caía a torrentes y el techo de mi carreta sólo me protegía a medias porque yo pensaba más en mis cajas que en mi persona. Siguió lloviendo al día siguiente; sin embargo partí y sólo tuve buen tiempo al acercarme a la ciudad. Allá encontré a varios indios jóvenes que me reconocieron, preguntándome si siempre quería comprarles pajaritos e insectos. A mi respuesta afirmativa abrieron en seguida la caza, saltando de alegría.

12 Ver capítulo VI.

Lutra platensis.

CAPÍTULO IX

Guerra de Misiones. Viaje remontando el Paraná. Caacaty y sus alrededores. Viaje a la Laguna de Ibera

Guerra de Misiones

A mi llegada a Corrientes la encontré llena de rumores. Los indios de Misiones, unidos a los habitantes de la provincia de Entre Ríos, habían atacado *Curuzú-Cuatiá* en represalia porque las tropas correntinas los habían despojado del ganado que ellos mismos capturaran a los brasileños de San Pablo. En Corrientes no se oía más que lamentaciones, y todo el mundo lloraba porque no se habían olvidado los excesos horribles a que se libraron las fuerzas de Artigas cuando, al frente de los indios misioneros, este jefe había venido para obligar a la población a aceptar la independencia del país. En verdad no sabía qué hacer, pues las noticias eran cada día más alarmantes. Conocedor de lo que pueden esperar los extranjeros de una guerra civil, me puse sin pérdida de tiempo a empaquetar todas mis colecciones a fin de estar dispuesto para cualquier novedad. Las noticias se tornaban apremiantes. Por doscientos cincuenta pesos –mil doscientos francos franceses– fleté un barco para el transporte de mis colecciones e hice embarcar todo.

1827
Corrientes

Esta guerra de Misiones tenía origen en causas muy lejanas, en viejas querellas mal extinguidas y sobre todo en circunstancias relativas a los vecinos brasileños. Se sabe que aun antes de los primeros establecimientos jesuíticos, los portugueses de San Pablo, conocidos como *Mamelucos*, devastaban periódicamente el territorio de Misiones, llevándose a los indios guaraníes para

venderlos luego en las ciudades de la costa o en las plazas públicas de Lisboa. La fundación de las misiones, en 1610, aumentó la fuerza de los indios y desde entonces comenzaron a resistir a los paulistas, cosa que no les impidió invadir en diversas oportunidades el territorio, saquear y robar todo a su paso, procedimientos cuyas consecuencias resultaron, entre misioneros y brasileños, en una antipatía mortal que transmitida por sus padres a los hombres de la generación actual, probablemente subsista durante siglos. El carácter de los indios, rencorosos de por sí y que rara vez olvidan una afrenta, se prestaba tanto más a este espíritu de venganza, cuanto que los brasileños aprovecharon las últimas perturbaciones motivadas por la emancipación de la República Argentina para volver a asaltar las ricas misiones, incendiaron todo y llevaron la destrucción a la provincia entera donde, desde entonces, un montón de ruinas reemplazaba a aquellos hermosos edificios que tanto envidiaban los pobladores de las ciudades vecinas; heridas aún frescas, sangrantes todavía y que sólo se lavarían con sangre.

Cuando los brasileños invadieron la Banda Oriental, en 1816, el general Artigas, a la cabeza de las tropas rebeldes a las leyes de Buenos Aires, se dirigió a Misiones donde congregó a todos los indios dispersos por la invasión brasileña y organizó un pequeño ejército, con el cual marchó sobre Corrientes para obligar a sus habitantes a aliarse con la República, ya que hasta entonces los correntinos, como los paraguayos, habían sido partidarios de los españoles. Cuando esa fuerza indisciplinada, con un jefe grosero, sanguinario y que no tenía otra norma de justicia que su capricho, entró en la provincia de Corrientes, parte de la población escapó a Paraguay para no caer en su poder, pero muchos se negaron a abandonar su capital, sea por amor al país, sea por opinión política. En cuanto Artigas hubo ocupado la provincia, impuso, a unos, contribuciones forzosas, y mandó azotar, a otros, dejando que sus soldados se abandonaran, abandonándose él mismo, sin pudor, a las más horribles orgías, llegando hasta a obligar a las mujeres de las mejores familias, cuando éstas se resistían a sus infames pretensiones, a mezclarse a los bailes públicos de sus bárbaros satélites; librando, además, todas las propiedades al pillaje; y hollando sin distinción los sentimientos más respetables. De ahí, a consecuencia de los crímenes de este jefe odioso que ahora gime bajo los hierros del déspota paraguayo, proviene el odio irreconciliable que separa a los habitantes de Corrientes de los indios de Misiones, instrumentos ciegos de los excesos cometidos por Artigas; odio que hasta sobrevivió al aniquilamiento de toda la provincia. El período de la permanencia de Artigas en Corrientes es tema permanente en las conversaciones de los correntinos, en cuyos discursos, a cada momento,

cualquier alusión lo manifiesta. Es verdad que este primer acto de una revolución dejó una marca imborrable en estas regiones hasta entonces tan pacíficas.

Cuando estalló la guerra entre Buenos Aires y Brasil por la ocupación de la Banda Oriental, guerra que todavía duraba, el Presidente de la República Argentina, Rivadavia, había requerido la cooperación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero la del Paraguay se aisló por completo, y las demás, sin declararse del todo independientes, se habían dado leyes y no acataban ninguna orden de Buenos Aires; así fue cómo las provincias de Corrientes, Misiones, Entre Ríos y Santa Fe se negaron a tomar parte activa en esa guerra que, aunque habría debido ser nacional, sólo fue sostenida por la provincia de Buenos Aires.

No obstante, esas provincias que rehusaban suministrar tropas para luchar contra los brasileños en la Banda Oriental, con las fuerzas de Buenos Aires, emprendieron una guerra de pillaje. La provincia de Misiones recordó sus antiguos reclamos y armó unos soldados que, en su propio nombre, penetraron en territorio brasileño, saquearon las fincas vecinas al río Uruguay y se llevaron todo el ganado que encontraron. La facilidad con que habían llevado a cabo estas depredaciones, en cierto modo autorizadas por la guerra nacional, indujo a todos los propietarios de Misiones a imitarlos sucesivamente, y a despojar a los brasileños, igual que ellos, de gran cantidad de animales. Sus vecinos, los habitantes de las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, siguieron su ejemplo, realizando expediciones similares, igualmente fructíferas para ellos; de manera que aquellos campos que antes se hallaban desiertos, por efecto de las guerras intestinas, se cubrieron en poco tiempo de inmensos rebaños quitados a los brasileños. Pronto reinó el furor. Las provincias litorales no se ocupaban de otra cosa que de tomar parte en el asalto general, y todos los medios parecían buenos a los asaltantes; se llegaron a cometer horrores con los propietarios de la provincia de San Pablo. La de Corrientes fue la última que intervino en la nueva forma de hostilidades y debió internarse más en el territorio brasileño porque en las fronteras todo había sido ya saqueado. Con frecuencia, tropas de diferentes provincias competían en un mismo terreno, de donde resultaban luchas entre los distintos cuerpos, sobre todo entre los de Corrientes con los de Entre Ríos y Misiones. Los viejos odios contra estos últimos revivían, en estas oportunidades, con mayor encono que nunca; continuamente se producían riñas parciales y casos de soldados correntinos que despojaban a los misioneros de los animales que éstos habían robado a los brasileños; esto último resultó ser el motivo determinante de esta guerra que

llegaría a ser de las más sangrientas, pues la codicia del botín no estimulaba tanto a los correntinos como el deseo de vengarse de sus enemigos mortales. De las querellas particulares se derivó a una ruptura abierta entre Corrientes y Misiones, la que en esta circunstancia estaba unida a Entre Ríos.

Después de estas hostilidades parciales, el gobernador de Corrientes quiso aniquilar de un golpe a los restos de la pobre provincia de Misiones. Al efecto, despachó las tropas de *Curuzú Cuatiá* a *San Roquito*, primer pueblo de Misiones y capital provisoria de este vestigio de provincia. Hicieron una carnicería atroz con todo lo que encontraron. Los soldados mataron hasta a viejos enfermos y mujeres para consumar la venganza. Hubo oficiales que me confesaron su impotencia para reprimir tal desorden, por desgracia renovado con excesiva frecuencia. San Roquito quedó convertido en un campo de cenizas cubierto de cadáveres. Los correntinos estaban orgullosos de su victoria, que había sido muy fácil, puesto que los indios no se hallaban en el pueblo y los vencedores sólo habían encontrado unas mujeres, viejos y niños, habiéndose llevado a éstos para repartirlos como esclavos entre los oficiales. Para vengarse, los indios se unieron, a su vez, a las tropas de la provincia de Entre Ríos. Trescientos hombres casi desarmados se presentaron ante Curuzú Cuatiá, donde los defensores serían unos cien y estaban a las órdenes del coronel López, buen militar. Por primera vez, quizá, los correntinos derrotaron a sus enemigos, batiéndose con valor. En esta batalla, que fue muy cruenta, no se hicieron prisioneros. Todos los indios de Misiones que tomaron fueron muertos de inmediato. Un oficial de Corrientes que había estado allí me refirió que muchos indios que habían depuesto las armas y se entregaban prisioneros no fueron mejor tratados que los demás. Los correntinos estaban bastante bien armados, es decir que tenían casi todos carabina y sable; en cambio, el equipo de sus adversarios era muy incompleto. La mayor parte sólo disponía de una mala lanza y las armas comunes del país, lazo y boleadoras, terribles contra el extranjero que no está acostumbrado a la táctica que suponen, pero de escasa eficacia entre hombres que las manejan igualmente bien.

Después de esta victoria, los correntinos, envalentonados, se pusieron a batir el campo en busca de rastros de los indios, a fin de exterminarlos, cosa que se produjo varias veces. Uno de los oficiales a cargo de esta tarea me dijo haber encontrado un día, en el fondo de un bosque sobre la margen occidental del Uruguay, una quincena de ellos, desarmados, que descansaban a la sombra mientras comían. Los sorprendieron y ataron. Los soldados querían matarlos. "¿Podía rehusar a esos *héroes* –me decía el oficial– la satisfacción de matar algunos?". Les abandonó cinco, a su elección, y aquellos tigres de rostro huma-

no se entretuvieron en matarlos despacio, uno tras de otro, a pequeños golpes de lanza. ¿Es concebible que en pleno siglo XIX, en un pueblo que se diga civilizado, se produzcan hechos que cuesta creer, cuando se los lee aún en las páginas ensangrentadas de la historia de la Conquista?

En tanto que todo esto sucedía en sus fronteras, Corrientes era víctima de las más vivas alarmas. El 16 de noviembre un correo llegó de Curuzú Cuatiá y sembró la consternación en la ciudad anunciando que los indios habían triunfado, que ya ocupaban San Roque, que avanzaban hacia Corrientes y que al día siguiente, con seguridad, atacarían la capital. Lo que quedaba de las tropas partió con el gobernador, pero un segundo correo llegado al otro día desmintió del todo al primero, anunciando, por el contrario, la derrota completa de los indios. Esta última noticia devolvió la calma y la tranquilidad a todos los espíritus. Desembarqué mis efectos, pues quería visitar las orillas de la famosa laguna Iberá, así como los alrededores de Caacaty, y volví a mis ocupaciones habituales, preparándome para esta última excursión por la provincia.

16 de noviembre

La guerra había enriquecido tanto en animales a la provincia, que todos los días llegaban a la capital varios centenares de cabezas y se vendían a vil precio en los mercados, alcanzando en las fronteras precios aún más bajos. Con frecuencia se llegó a ofrecer diez francos por cabeza, es decir, como precio de su cuero. En las mismas condiciones se encontraban las provincias vecinas y se evaluaba en más de doscientas mil el número de cabezas arrebatadas a los brasileños, sólo por las cuatro provincias de Corrientes, Entre Ríos, Misiones y Santa Fe.

Sin dejar de prepararme para el nuevo viaje, seguía recorriendo los alrededores, cruzando el Paraná de cuando en cuando, hacia las islas o margen opuesta, y haciendo siempre nuevos descubrimientos. Otro motivo me retenía en Corrientes. Tenía a mi disposición muchos indios jóvenes que hurgaban por mi cuenta las cercanías y me ayudaban a completar mis observaciones acerca de la incubación de los pájaros que anidaban en gran cantidad en todos los arbustos vecinos. La estación estaba en plena culminación, lo que me imponía investigaciones minuciosas; además, esta clase de estudios había sido hasta entonces demasiado descuidada por los viajeros, para que yo no le consagrase todo el tiempo necesario. Sin embargo, a principios de diciembre estaba listo para salir y tenía ya dispuesto el itinerario. Tomaría un rumbo nuevo que me permitiría al mismo tiempo reconocer el curso del Paraná, más arriba de Corrientes. Se trataba de embarcarme en Iribicuá y dirigirme luego frente a Caacaty, donde proyectaba quedarme algún tiempo.

Viaje remontando el Paraná

Ya el 12 de diciembre había expedido baúles a Caacaty en una carreta y me disponía a partir a Iribicuá, acompañado por un ayudante y un sirviente, bien provistos los tres de todos los objetos que consideraba necesarios para los trabajos. Hacía el viaje con mi viejo compatriota de Iribicuá. En el preciso momento de la partida observé que el caballo que me había comprado no era bueno para semejante camino, por lo que adquirí en seguida otro que, me garantizaron, sería mejor. Quise montarlo, cargado como acostumbraba con mi fusil y todo el aparato de caza, pero apenas hube puesto el pie en el estribo mi nuevo bicéfalo se encabritó, coceando con furor, y pese a todos los esfuerzos que hice por mantenerme, me derribó al suelo antes de haber podido sentarme. Ahorro a mis lectores los detalles tantas veces expuestos de un incidente de esta especie, la confusión del cariacontecido jinete, los gritos de la multitud que me rodeaba, esto sin tener en cuenta que el caballo seguía soltando coces y podía lesionarme. Me costó trabajo desembarazarme y levantarme, cosas nada fáciles con los artefactos cinegéticos que me cargaban; lo conseguí, sin embargo, gracias a mi buena estrella, sin otro inconveniente para mí ni para mi fusil, sobre cuya suerte abrigara ciertos temores, y entonces recibí las felicitaciones de varios compatriotas, los únicos de la honorable concurrencia que compartieron mi tribulación, aunque no se abstuvieron de hacerme bromas en cuanto me vieron de pie. Había que partir; hice nuevos esfuerzos para montar el maldito animal, lo conseguí al fin, con ayuda, y salí de la ciudad con mi viejo compatriota. Entonces quisimos galopar. ¡Nueva dificultad! Mi rebelde caballo, seguramente acostumbrado a las carreras, volvió a encapricharse, queriendo tomar la delantera del grupo. Pero ya empezaba a conocer sus mañas; desde entonces pude dominarlo con facilidad y llegamos sin otro accidente a la *Laguna Brava*, donde quería pasar la noche para salir bien temprano al día siguiente.

12 de diciembre

La luna salía a las dos de la mañana y a esta hora habríamos de partir. Pero durante la noche los peones de la chacra, por hacer alguna diligencia en la vecindad, habían cortado la larga correa a la cual se atan los caballos en el campo cuando no se quiere dejarlos sueltos, a fin de encontrarlos con seguridad a la hora que se resuelva partir. Hubo entonces que esperar y buscarlos; uno sólo se encontró a las cinco, y nos pusimos en marcha para Itatí, dejando a un hombre atrás, que debía traer el otro caballo extraviado. Llegamos en un galope a San Cosme, cruzando otra vez los bonitos parajes de

1827
Camino a Iribicuá
13 de diciembre

Las Ensenadas. A tres leguas de Itatí encontramos todos los esteros inundados, de manera que tuvimos que hacer más de dos leguas, hasta las alturas de Itatí, con el agua hasta el vientre de los caballos que tropezaban a cada paso. Por fin, a las diez de la mañana, tras de cinco horas de la marcha más cansadora, habíamos cumplido una etapa de doce leguas y llegábamos a Itatí. En cuanto alcanzamos las primeras casas y los chicos me reconocieron, fueron corriendo a avisar nuestra llegada a la población, que me recibió como la primera vez, con una simpatía cuya franqueza mal podía poner en duda, dada su simplicidad y aun su tosquedad habituales. Apenas bajado del caballo, me vi rodeado de mis pequeños proveedores que me traían numerosos insectos y, entre otros, crisomelas de colores metálicos muy vivos. El resto del día fue de fiesta, un poco turbada, tanto para mis excelentes huéspedes como para mí, por la idea de que a la mañana siguiente partiría a Iribicuá. En la conversación di a conocer mi proyecto de remontar el Paraná hasta las fronteras de Misiones y parar en Itá-Ibaté, para reconocer el río. Todos gritaron que podía considerarme perdido y que por lo menos eran de temer todos los sufrimientos imaginables, si persistía en efectuar una navegación que nadie había intentado hasta entonces. Mi decisión estaba tomada. Todas sus advertencias fueron inútiles y la misma noche me despedí de ellos, para salir al día siguiente antes de que amaneciera y aprovechar el fresco de la mañana, pues el calor del día era aplastante. Al pasar por la estancia de La Limosna, donde sólo paramos unos minutos, encontramos al capataz todavía muy impresionado por un hecho producido la misma noche en el establecimiento. Un jaguar se había introducido en el corral del ganado mayor, atacando a un novillo que habían puesto aparte para carnearlo al día siguiente. Al parecer la lucha fue terrible, porque el pobre vacuno sucumbió con la piel desgarrada en tiras del cuello a la grupa, y el cuerpo todo surcado de heridas profundas que mostraban las huellas de las garras aceradas del jaguar, pero su peligroso adversario no había tenido mejor suerte. También se moría, yaciendo cerca de su víctima, acribillado a cornadas; y ambos campeones, a punto de echar el último resuello, aun se amenazaban con la vista; espectáculo sublime en su horror y digno de un pincel hábil. El capataz se quejaba de la gran cantidad de jaguares que frecuentaban el lugar y de la devastación que producían en su estancia. Tampoco sus ovejas tenían mejor suerte. Poco tiempo hacía que un cuguar entrara de noche en el corral que ocupaban y, sin conformarse con elegir, como el jaguar, una víctima, había degollado muchos de esos pacíficos animales, sólo para chuparles la sangre. El cuguar no vuelve sobre su presa de la víspera, a diferencia del jaguar. Si tiene presas, sigue matando y sólo queda satisfecho después de haber amonto-

nado los cadáveres. Aseguraba el capataz que sólo la proximidad del día había puesto término a la carnicería.

A las nueve de la mañana estábamos en Iribicuá.

Paraná

Para efectuar el viaje planeado, debíamos construir una piragua, con las cuatro tablas que teníamos a nuestra disposición. Al día siguiente nos pusimos a la obra. Con dos de las tablas se haría el fondo; con las otras dos, las bordas, y habría que poner en los extremos gruesos trozos de madera, aptos para resistir choques con la costa o con los troncos apilados en las riberas. Aunque muy sencilla, esta construcción habría de tomarnos mucho tiempo porque carecíamos de materiales que sería muy difícil obtener sin irlos a buscar hasta Corrientes, distante veinticuatro leguas de Iribicuá. No teníamos clavos, y a falta de alquitrán para calafatear, tuvimos que llenar las junturas con mezcla de sebo y cenizas. Sin embargo, y pese a la inexperiencia de nuestro ayudante, perezoso además como todos los hombres de la región, nos bastaron dos días para terminar la embarcación. Durante mis ratos libres cazaba en el bosque y perseguía insectos. Contaba con partir sin demora, pero mi viejo compatriota, un poco avaro y moroso, se había ganado la animosidad de todos los obreros. No querían servirnos más como remeros. No podía sentirme más contrariado. Mi compañero de viaje había consumido las provisiones que había adquirido al partir de Corrientes, por lo que quedábamos reducidos a vivir de la caza, consistente en patos almizcleros, penélopes y guacamayos azules. Pero la carne de estas aves es tan coriácea que no podía comerla. Mandé a mi sirviente a cuatro leguas de allí, a comprar cordero; pero ya al día siguiente la carne se había descompuesto. La mala comida, la impaciencia por partir y el fastidio de ver siempre los mismos sitios me inspiraban un irritación atroz, agravada por las picaduras de los mosquitos y tábanos que no nos daban un minuto de tregua. Hasta el constructor de la piragua oponía sin cesar innumerables dificultades para acompañarnos, las cuales se allanaron en cuanto compré un novillo que se preparó en charque a la manera del país. La partida fue dispuesta en definitiva para la mañana siguiente.

20 de diciembre

El 20 de diciembre al amanecer despaché a mi servidor al lugar más próximo, a Itá-Ibaté, con mis caballos y cartas para varias personas de Caacaty, previniéndoles mi llegada. Además, el sirviente tenía orden de ganar el sitio más abordable a los caballos, en la costa del Paraná y cerca de Itá-Ibaté, y de colocar al extremo de una pértiga una señal adecuada para que supiéramos, por aquellos lugares salvajes que nunca pisa nadie, en qué lugar podríamos bajar sin exponernos a caer

entre las garras del doctor Francia, al violar involuntariamente la ley suya que prohíbe a los extranjeros el acceso a sus dominios. Una vez bien impartidas mis instrucciones, me ocupé del viaje. Embarqué mi equipaje, compuesto por mis fusiles, los objetos necesarios para preparar las piezas que recogería, la montura, que me servía de cama; el poncho, mi único cobertor, y la brújula, necesaria para marcar en detalle el curso del Paraná. Tan chica era la embarcación que con estos pocos objetos y cuatro hombres se había cargado en exceso y no tenía más que dos pulgadas fuera del agua. Pero esto no me detuvo. Los víveres consistían en carne seca y una botella de aguardiente.

A las diez de la mañana desamarramos, remando contra la corriente. El tiempo estaba magnífico y el sol no demasiado ardiente. Todo parecía prometernos un viaje agradable. Un acantilado alto, cubierto de árboles, corría a nuestra izquierda; a la derecha se extendía el Paraná, que presentaba casi una legua de anchura, toda vez que su margen opuesta no resultaba oculta por formaciones costeras. A todo el largo del acantilado se veían diseminadas yuntas de guacamayos color verde glauco, cuyos gritos agudos repetía sin cesar el eco del bosque. Cada casal se mostraba ante los enormes agujeros que cava en el acantilado, para deshovar, o posado en las ramas colgantes de los árboles que coronan la costa. A esos gritos agudos se mezclaba el grito no menos desagradable de las *pavas del monte*[1] que sólo cesaba cuando nos alejábamos de sus nidos. Bajé a tierra y andando maté cuatro patos almizcleros salvajes, de gran talla. Pasada una legua más lejos, dejamos el acantilado para tomar un pequeño brazo del Paraná que apenas tendría cien pasos de ancho. A cada momento percibíamos enormes caimanes que, al acercarnos, se precipitaban al agua y desaparecían. Sobre los árboles que ocupan las partes inundadas situadas a orillas del brazo, anis de las sabanas dejaban oír su parloteo jovial y cadencioso, y el martín pescador se mostraba a cada paso, en la punta de las ramas que avanzaban sobre el agua. La extensión de aquel brazo sería de media legua hacia el sudeste. Llegados a su fin, volvimos a bordear la costa alta y poco después arribamos al lugar donde unos obreros de mi compatriota extraían la corteza de la mimosa denominada *curupai* en la región, de la cual ya he hablado. Al desembarcar nos devoraron los mosquitos cuyas miríadas oscurecían el aire y formaban, a la sombra de los árboles grandes, nubes móviles que nos siguieron por las partes bajas del bosque y sólo desaparecieron en su borde exterior, único sitio en que se encuentra el corondai. Seguimos un sendero estrecho entre los pastos altos y vimos tres palos clavados en el suelo, que

1 *Penelope obscura*. Illiger: *Yacu-hú* (penélope negra) de los guaraníes.

sostenían un cuero de vaca estirado: era la casa diurna de los obreros de mi compatriota; la ocupaba la mujer de uno, cuando llovía, o la intensidad del sol no le dejaba permanecer afuera. El mobiliario de esa especie de tienda consistía en varios potes de barro cocido, útiles para cocinar, y dos o tres cueros de vaca, que servían de colchones. Una ramada tosca, hecha con cuatro postes muy altos y ramas de árboles entrecruzadas, servía de dormitorio. Sobre este andamiaje cubierto por un simple cuero, los infelices descansaban a la noche de las fatigas del día. Allá se acuestan para preservarse de los mosquitos, que por poco viento que corra ya no suben. También constituye para ellos un medio de librarse de los jaguares, que rondan toda la noche sin atreverse a trepar por los postes cuya altura los intimida. Trabajando medio desnudos todo el día, al rayo de sol, sin otra ropa que un trozo de paño atado alrededor del cuerpo acribillado por los mosquitos y tábanos, cubiertos a cada rato por esas odiosas *garrapatas* que introducen la cabeza bajo la epidermis, ocasionando irritaciones atroces, sin comer más que carne seca, sin beber otra cosa que agua y pasando casi siempre las noches en claro por los mosquitos, o despiertos por los rugidos del jaguar... ¡Qué vida! Que una filantropía más ardiente que ilustrada compare la vida de estos miserables, que no menciona, con la de nuestros campesinos europeos, objeto constante de su solicitud, y que decida si sus hermanos de América no merecerían la misma compasión y simpatía.

Comimos allá un trozo de charque cocido sobre las brasas, lo que pasó como una comida en forma y que encontramos excelente, por otra parte, con el condimento que le daba el hambre. Unos sorbos de agua del Paraná completaron nuestro banquete, cuyos gastos corrían a cargo de los pobres obreros, aunque se los pagamos dejándoles algunos patos; luego reanudamos la marcha. Aquellos hombres casi habían desmoralizado a nuestra tripulación, repitiéndole que no llegaríamos en quince días o que nos haríamos capturar por los paraguayos, que ocupan todo el antiguo territorio septentrional de Misiones y poseen puestos hasta en las islas del Paraná; pero tales pronósticos sólo asustaron a nuestros dos remeros. Yo habría cambiado difícilmente de propósitos y el interés estimulaba a mi viejo compatriota. Esperaba encontrar troncos de cedro americano, que el Paraná acarrea hasta aquellos parajes, de las partes montuosas de su curso, artículo entonces muy apreciado en Corrientes y que se vendía caro. Al reanudar la navegación cada uno de mis compañeros de viaje guardaba silencio y el objeto de sus pensamientos debía ser, con seguridad, muy distinto del de los demás. Por mi parte, sólo pensaba en señalar el curso del Paraná. Entramos en un segundo brazo del río, tan angosto como el primero, pero cuya corriente rápida retardaba nuestro avance a más no poder.

Remábamos siempre con afán, esperando salir del brazo para parar y bajar a tierra, pues empezaba a hacerse tarde; no encontrábamos ningún lugar donde pudiéramos hacer alto; los bordes del canal estaban cubiertos de espinos y monte muy espeso, en el que revoloteaban miríadas de mosquitos, a la espera de su presa. Sin embargo, la sombra se hacía de minuto en minuto más espesa; no teníamos la menor esperanza de encontrar un desembarcadero cómodo y el canal tampoco concluía. Vueltos menos exigentes a medida que avanzaba la noche, bajamos por fin en un claro, al borde de una ancha laguna rodeada de árboles. Este espacio estaba cubierto de *polygonum* de más de dos metros de altura, y era tan pequeño que apenas podía contenernos a los cuatro. Seguí buscando, mientras se hacía fuego, porque nos comían los mosquitos, cosa poco tranquilizadora para la noche. Cerca de los polygonum se extendía una gran llanura donde crecían gramíneas de unos seis pies de altura, que nos impedían ver a distancia. Quise internarme y lo hice con tanta precipitación que advertí sólo después de haber dado una decena de pasos, que me había llenado de las espinas que crecen en los tallos de esa planta y producen una picazón muy dolorosa al pinchar la piel. Estas espinas, que medían media pulgada de largo, cubrían los tallos en forma compacta y tupida. Pude abandonar el sitio a costa de llenarme de espinas y sin haber mejorado la situación. Se renunció entonces a pernoctar allí y cruzamos a la otra orilla, instalándonos en una lengua de tierra que corría entre un bosque y la laguna. Allí tuvimos que cortar los polygonum a golpes de cuchillo de caza, para desembarazar el terreno y dejarlo en condiciones de recibirnos. Ya había llegado la noche y tuvimos que cenar de pie, caminando todo el tiempo porque el aire estaba plagado de mosquitos que, de no ser por el movimiento continuo de un pañuelo, nos habrían lacerado la cara. Después de haber comido, maldiciendo esos lugares, tratamos de reposar un poco sobre un cuero que extendimos en el suelo y nos acostamos junto a los fusiles. Mi viejo compatriota se durmió pronto, aunque tenía la cara cubierta de mosquitos. Yo y los otros dos no podíamos resistir sin mosquitero. Ya teníamos la cara y todo el cuerpo hinchados horriblemente. A cada momento me levantaba, pues la única forma de defenderse de esa plaga era moverse sin cesar; luego volvía a acostarme, rendido, con la esperanza cada vez más defraudada de disfrutar por fin de algún descanso; volvía a levantarme... Siempre en vano. El implacable enemigo parecía redoblar su furor a cada momento. Una fiebre ardiente me devoraba; me sentía casi enloquecer. Todo el tiempo miraba el reloj, para contar las horas de mi martirio, y más de una vez, lo confieso, víctima de tormentos inconcebibles, me prometí volver sobre mis pasos al día siguiente y renunciar al viaje. A este estado de exasperación

sucedió un abatimiento tal que, desde entonces, me senté y padecí sin moverme más, llegado sin duda al estado del dolor que borra todo sentimiento, en el cual quizás se encontraran también mis compañeros de infortunio, cuando a una distancia de cinco a ocho pasos oí el rugido de un jaguar. Me levanté de inmediato, tomando el fusil. Las tinieblas eran profundas y pude ver tanto mejor los ojos chispeantes del monstruo. Verlo, apuntar y tirar fue cosa de un segundo. Otro rugido, esta vez quejumbroso, siguió a mi disparo, y el animal desapareció. Entretanto, mi viejo compatriota se había puesto a la defensiva y los dos remeros habían huido en la canoa. Debe pensarse la agitación que nos dominaba y cuál era nuestra posición. A fuerza de gritos pudimos hacer que volvieran nuestros remeros, dispuestos a abandonarnos. Se hizo un poco de fuego y quedamos en vela todo el resto de la noche, sin dejar de sufrir. Este incidente me había enseñado lo poco que debía contar con mis hombres para la defensa común y cuántas precauciones tenía que adoptar. Al alba volvieron los mosquitos en mayor cantidad y más encarnizados, si era posible; pero la proximidad de su retirada nos permitió soportar con mayor paciencia su ataque último.

De día nos embarcarnos junto con nuestros efectos y nos dispusimos a partir. La aparición de la luz había desvanecido la idea del regreso, haciéndome pensar más que nunca en seguir. Sólo recordaba mi mala noche por la extremada lasitud que me había dejado en los miembros. Quise ver, no obstante, el lugar de donde había venido el jaguar. Encontré con facilidad sus huellas en el pasto, y un largo rastro de sangre me dio la certidumbre de que lo había tocado. Lo seguí y a poca distancia, a orillas del bosque, encontré el cadáver del animal, con gran alegría pero no –reconozco– sin estremecerme por temor de que aún viviera, aunque la sangre que lo cubría me tranquilizó pronto; en efecto, estaba muerto. Mi bala le había atravesado el pecho, los pulmones y todas las entrañas. Me puse a sacarle la piel, pensando en el peligro que había corrido y orgulloso de un episodio que no suele producirse todos los días. La Providencia, a la cual encomendé mi existencia en este viaje, acababa de darme otra prueba de su solicitud por mí, y no dudo que es a su protección en los primeros encuentros, a la confianza ciega con que siempre me puse en sus brazos, seguro de superar los obstáculos, que debo el éxito alcanzado en un viaje tan largo y fructífero, donde sin jamás temer los peligros conservé siempre la sangre fría en las circunstancias difíciles y encontré aplomo, y aun coraje, en los momentos de peligro.

Después de un mate, fiel recurso de los viajeros del país, volvimos a ponernos en camino, comentando los incidentes de la noche pasada. Seguimos

por el mismo canal (riacho). Tras haberlo recorrido durante mucho tiempo, llegamos al fin al Paraná; pero fue por poco rato, pues se nos presentó otro canal. En éste se hacía sentir menos la corriente; lo seguimos por espacio de media legua, pero reconocimos, después de un esfuerzo largo y penoso, que no tenía salida, igual que tantos otros cursos de agua de la región, o terminaba en un pantano del interior del monte. Hubo que desandarlo hasta la desembocadura y proseguir a lo largo del propio río. Fuimos siempre bordeando márgenes bajas y boscosas, hasta una punta de tierra arenosa donde bajamos. Se hizo asar un pedazo de carne seca un poco echada a perder, único recurso alimenticio que nos quedaba, debido a la falta cometida por mi compañero de viaje, quien, al parecer, con la idea de volver pronto a su rancho y no queriendo sobrecargar la canoa, había dejado allá casi toda la carne de vaca que compré, trayendo sólo unos pedacitos apenas suficientes para comer un día más. En esa expedición, azarosa por otra parte, contábamos en exceso con nuestros fusiles y líneas de pesca. Al visitar la orilla durante la preparación de la comida, vi por todas partes rastros frescos de jaguares. El tiempo lluvioso amenazaba con retenernos en aquel paraje, lo que me contrariaba mucho, pues no quería volver a vivir la aventura de la víspera; pero aclaró algo y pudimos proseguir navegando. Admiraba el silencio imponente que reina en el río, sólo turbado a ratos por los gritos de los caranchos que nos seguían la pista, volando de un árbol a otro acompañados por sus fieles compañeros, los iribús, parásitos todos de nuestras escuálidas comidas y testigos únicos de nuestras tribulaciones. Caimanes taciturnos se mostraban a cada paso, junto a los bancos de arena; grupos de carpinchos nadaban con calma ante nosotros, sin preocuparse por nuestra presencia, tan nueva para ellos. Entramos en un brazo grande, temiendo pasar muy por fuera y acercarnos demasiado a la costa paraguaya. Este brazo, algo más lejos, se dividía en muchos otros, pero como ya nos habíamos confundido al respecto, no estábamos dispuestos a seguirlo, con mayor razón al advertir que no parecía tener corriente. A nuestra izquierda, en medio de un conjunto de vegetación variada, se destacaban las ramas elegantes de los bambúes o gramíneas arborescentes, cuyos tallos empenachados con coquetería producían un efecto encantador, desplegando por todas partes espigas verdes y foliolos pendientes y tenues, de aspecto realmente hermoso. Estas enormes matas, que a veces alcanzan más de treinta pies de altura y más de seis pulgadas de diámetro en su base, son muy espinosas; su madera es muy dura y hueca en los tramos que separan los nudos. Se los usa para mástiles de embarcaciones de poco porte, andamiajes y techos; también se usan para fabricar estas inmensas balsas, llamadas *angadas*, que se llevan hasta Buenos Aires, donde se venden has-

ta a cinco francos la pieza. Siguiendo el mismo brazo, llegamos a un banco de arena unido a tierra firme por medio de pantanos cubiertos de pastos altos. Se empezó a juntar leña y preparar la comida. Al mirar hacia el otro extremo del banco, mis compañeros advirtieron dos jaguares que parecían dirigirse hacia nosotros. En seguida tomé el fusil, y acompañado por mi ayudante, armado en la misma forma, avanzamos sobre ellos, pero nos separaba un arroyo muy ancho y habría sido imprudente perseguirlos a nado; me conformé, pues, con mandarles una bala que no les dio aunque les hizo cambiar de dirección, y a paso lento se fueron hacia otro lado. Volvimos a nuestro banco de arena, donde nos divertimos pescando rayas armadas, que abundan en todos los sitios arenosos de las costas del Paraná. Nos prometíamos pasar una buena noche. Cenamos antes de ponerse el sol; por temor a los mosquitos, esperábamos la noche acostados en la arena, pero en cuanto comenzó a desplegar sus velos sobre todo lo que nos rodeaba, los mosquitos llegaron en número mucho mayor. Era otra especie, fácil de reconocer por el ruido argentino de su vuelo y, en especial, por sus picaduras. Estas producían un dolor tan intenso como podría serlo el causado por una aguja calentada al fuego que se hundiera en la piel, y cada una dejaba una ampolla de una pulgada de diámetro, de tal manera que media hora después de la llegada de los mosquitos no se habría podido reconocernos, por lo hinchada que teníamos la mitad del cuerpo. Al ver que era imposible dormir, resolví prender grandes hogueras para atraer insectos y me fui a cortar las ramas de un árbol arrastrado hasta allí por las corrientes, a fin de proseguir mis investigaciones entomológicas. Mi tentativa no fue infructuosa. Cacé un bello espécimen de megacéfalos[2] nuevo y otras especias atraídas por la luz. Absorto en el trabajo sentía menos a los mosquitos, pero a eso de las once no vino más ningún insecto. Noté entonces que estaba muy hinchado, volví a sentir dolor y ya me fue imposible quedarme tranquilo un momento. Me movía todo el tiempo y a la vez agitaba un pañuelo sobre mi cara, lo que hice hasta la una de la mañana; pero entonces, derrengado y llevado casi a la desesperación, me tiré al agua para ver si allí me picarían menos. ¡Esfuerzo inútil! Mi cara estaba siempre cubierta de esos crueles dípteros. Como no podía soportar más, volví cerca del fuego, hice un agujero en la arena y me enterré hasta el cuello, dejando al descubierto la cabeza y un brazo. Entonces encontré un poco de tranquilidad hasta el día, que no podía llegar muy pronto. Por fin pudimos distinguir los objetos, y nuestras caras inflamadas, en las que apenas se veían los ojos, nos daban un aspecto tan grotesco que habría

2 *Megacephalus* (*nova species*).

inspirado risa si no se hubiera sufrido tanto. Por mi parte, admiraba mis insectos, cuya vista suavizaba algo mis dolores.

Todos estábamos de pésimo humor; cada cual se dedicaba en silencio a sus quehaceres, y así proseguimos largo rato nuestra triste navegación. Abrigábamos la esperanza de abandonar pronto las costas bajas, a lo largo de las que remábamos, y llegar a los acantilados donde sólo tendríamos que reconocer los lugares. Según mis cálculos no debíamos hallarnos lejos de Yahá-pé. En efecto, a las diez de la mañana avistamos acantilados. Subimos a ellos, descubriendo con gran placer huellas recientes de caballos y vacas, señal infalible de la proximidad de una vivienda cualquiera. Por fin, de lo alto de un árbol escogido como observatorio, avistamos una casa que no podía ser otra que la de Yahá-pé. Allá fueron los dos remeros, y yo me quedé para tratar de dormir, pero sin lograrlo. El calor que nos rodeaba y los ardientes rayos solares que caían casi a plomo sobre nuestras cabezas, nos hacían padecer sufrimientos poco diferentes de los que ocasionan los mosquitos, aumentando aún la agitación que nos produjeran éstos. Dos horas más tarde volvieron los enviados, trayendo un poco de maíz y carne seca. En su ausencia habíamos pescado un gran pez de la especie llamada *pacú* en la región, de manera que contábamos con víveres para un día por lo menos. El resto de la jornada se dedicó a bordear los acantilados altos, compuestos de arenisca friable, casi siempre mezclada con arcilla. Nos detuvimos en una caleta arenosa. Asamos el pescado, que resultó delicioso, aun sin pan. Esa noche no fue mejor que las anteriores: los mismos mosquitos, el mismo sufrimiento, el mismo insomnio y además la vecindad de jaguares que rugían no lejos de nosotros, aunque no nos atacaron, tal vez por el fuego que mantuvimos con cuidado. La noche era muy oscura y habría favorecido su ataque. Los oíamos, a intervalos, caminar con pasos cortos por el borde del bosque que orillaba el acantilado, haciendo crujir las ramas secas; pero los alejaban los ladridos de un perro que llevábamos, y sin embargo, en varias oportunidades, sus ojos fosforescentes resplandecían a través del follaje. Ya era tiempo de que el día pusiera término a nuestro cansancio y sobresalto.

22 de diciembre

No podíamos detenernos en aquellos lugares, y cuanto más avanzaba, menos voluntad tenía de volver sobre mis pasos. Contornearnos algún tiempo acantilados arbolados, cuyo aspecto habría complacido a cualquiera, menos a nosotros. Abandonamos esas riberas elevadas y tomamos por la orilla de una isla. Allí me sentía tan aplastado por el cansancio, el sueño y el calor, que estuve a punto de hacer naufragar diez veces la canoa, porque mi cabeza sin quererlo caía hacia un

23 de diciembre

lado u otro, por sus mismos movimientos, con lo que embarcaba agua, de manera que aun esa forma de reposo me estaba prohibida. A falta de espacio para acostarme, debía quedarme sentado y mantener el equilibrio en el medio de un banco, posición dolorosa todavía muy presente en mi memoria, que reconstruye minuciosamente todos sus detalles. La isla estaba cubierta de bambúes de follaje liviano, que formaba montes espesos, cuyo aspecto era encantador; pero habían perdido todo su valor ante mis ojos y apenas los veía. Sólo la vista de algún animal nuevo para mí podía arrancarme a mi apatía; advirtiendo entonces que la vida no se había extinguido en mí por completo, sentía renacer mis fuerzas. Hacia el mediodía bajamos en la isla y nos pusimos a la sombra de aquellos elegantes bambúes, pero pronto reconocimos que no deben contemplarse sino a distancia porque están llenos de espinas ganchudas que nos desgarraban sin piedad e hicieron tiras mi ropa, porque quería entrar en el monte a buscar insectos, ya que no podía pensarse en dormir. El interior de los bosques siempre está repleto de mosquitos cuya picadura inflama la piel con gran rapidez, porque el calor del día la predispone a la tumefacción. Proseguimos, matando por el camino varias penélopes que nos eran muy necesarias, dada nuestra falta de alimentos. Al pasar cerca de un terreno cubierto de altos pastos secos, mis remeros me pidieron autorización para prenderle fuego, movidos por ese ciego instinto incendiario que parece innato entre los habitantes del país; no tuve inconveniente y pronto se elevaban las llamas. Un humo negro se arremolinaba en el aire y un extraño susurro comenzó a oírse. En pocos momentos el fuego cubrió una superficie extensa. Caranchos y otras aves de presa llegaron con rapidez, revoloteando en círculos alrededor del fuego, para acechar los animales que el humo obligaba a salir. También volaban numerosas golondrinas a cada lado de los lugares en que el humo se espesaba, porque de allí escapaban innumerables mosquitos y otros insectos. No nos atrevíamos a pensar en lo que sería la noche, por temor de que fuera semejante a las pasadas, pero un vasto banco de arena, en medio del Paraná, parecía ofrecernos alguna garantía de descanso. Esta ilusión nos hizo afrontar y vencer con tesón la corriente, para ganarlo. Caía la noche cuando lo alcanzamos. Prendimos una gran fogata con troncos de árboles llevados por la corriente, hicimos hervir nuestra caza cortada en pedazos, con un poco de agua y sal, y este potaje nos deparó una cena excelente, por lo menos en comparación con nuestras comidas de carne seca y podrida. Nos tendimos en la arena. La calma de la noche nos trajo, por cierto, una cantidad de mosquitos, pero sin embargo nuestra situación era más soportable y pude dormir un par de horas, a pesar de sus acometidas.

24 de diciembre

El 24 nos encontrábamos mejor y nuestras fuerzas se habían recobrado un poco. Volvimos a la orilla y la seguimos hasta las diez de la mañana. De paso matamos patos almizcleros y entramos en un brazo del río. Allí hicimos un breve alto, a la sombra de un inmenso timbó; luego reanudamos la navegación, a lo largo de la barranca arbolada de la costa firme. Oíamos gritos, venidos del interior del bosque, que atribuíamos a las nutrias que encontrábamos a cada paso y venían a olfatearnos hasta la borda de nuestra canoa, con la mayor familiaridad del mundo. Me acerqué con precaución y descubrí una yunta de guacamayos rojos, que los guaraníes denominan *guaá*. Maté a una de estas aves que lucía hermosos colores. La otra revoloteaba sobre mí, pero fuera de alcance, profiriendo gritos agudos. El pobre animal me reprochaba quizás haberle privado de su compañera. Nos siguió todo el día, gritando siempre, y hasta la noche no lo perdimos de vista. Mientras cazaba, el viento se había vuelto muy fuerte; había oleaje y nuestra canoa hacía agua por todas partes, obligándonos a parar y desembarcar nuestra carga. Subí a lo alto del acantilado, pero no encontré huellas de animales ni hombres. Trepé a la cima de un árbol grande y sólo vi el fuego que mi gente había encendido en el campo la víspera. Había hecho por lo menos tres o cuatro leguas de camino, por una extensión de una o dos, y se había dividido en varias ramas que ardían sin cesar. Mis hombres volvieron a incendiar las gramíneas del campo. Los habitantes de la campaña correntina no conocen un placer mayor. Una tropa de carretas deja rara vez el sitio donde pasará la noche, sin incendiarlo. Pretenden así destruir los reptiles y langostas. Como no podíamos partir de la base del acantilado, hice derribar una palmera pindó cargada de fruta madura. Encontré también varios insectos interesantes y recogí muchos frutos dorados, de pulpa carnosa y sabor exquisito. A eso de las tres había calmado un poco el viento, pero nubes negras recorrían por el cielo, presagiando la proximidad de una tormenta. Seguíamos el acantilado, en la que se desplegaba un alegre anfiteatro, con árboles de todas clases, donde el follaje verde y elegante de los pindós matizaba el conjunto; pero faltaba en esa hermosa naturaleza el canto de nuestro ruiseñor o el arrullo de nuestras tórtolas. Un hosco silencio reinaba por doquiera, sólo interrumpido por el ruido de nuestros remos que el eco repetía, devolviéndonos también lejanos rugidos de jaguares que anunciaban un próximo mal tiempo. En una palabra el campo no tenía vida. Este espectáculo me entristecía y me hacía experimentar una angustia, un vacío interior que no podía vencer ni sabría definir, a menos que buscase su causa entre los recuerdos involuntarios de mi patria y la contemplación de mi situación actual, tan precaria y azarosa. ¿Qué podían

hacer, en efecto, cuatro individuos lanzados sobre riberas salvajes que, desde la Conquista, desde aquellos tiempos de aventura, tal vez un solo hombre no haya pisado; esas riberas en que el menor soplo de viento podía hacernos perecer y aniquilar, en un instante, los más dulces recuerdos del pasado, los goces del presente y las esperanzas del porvenir? ¿Qué hacer si perdiésemos nuestra canoa a lo largo de un acantilado imposible de trepar, en un lugar que es morada habitual de jaguares, expuestos a morir sin que nadie pudiera saber ni siquiera qué habría sido de nosotros? El recuerdo de mi familia acudió a mi memoria con la idea del pesar que sentiría si yo pereciera por imprudencia o exceso de ambición: la veía llorar, hasta sentí resbalar una lágrima de mis ojos. Sólo entonces dejé mi triste ensoñación, temiendo haber sido sorprendido en ese estado por mis compañeros de viaje, que podían tomar como miedo lo que no era sino exceso de enternecimiento determinado por recuerdos muy queridos. Volví a tener pensamientos menos siniestros, aunque no menos sombríos, y ya sólo me ocupe de lo que me rodeaba. Sin embargo, el trueno hizo que me acordara de mí mismo, bramando sobre mi cabeza con estrépito impresionante. Los relámpagos surcaban negras nubes con largas líneas de fuego. Pronto hubo que pensar en nuestra supervivencia. Hice parar el débil esquife en una caleta arenosa, a cuyo borde se levantaba una roca aislada. Allí mandé poner todos nuestros efectos con los fusiles, nuestra única defensa, cubriendo todo con un cuero de vaca que habíamos llevado al efecto, y sin otro abrigo que mi poncho, en el que me arrebujé, y dispúseme a recibir la tormenta, con valor. Esperé poco. No lejos de donde estaba cayó un rayo, quebrando un árbol grande, y en seguida comenzó a llover a torrentes. Sacamos la canoa a tierra, y como no teníamos a nuestra disposición ningún abrigo, cualquiera fuese su naturaleza, me puse a caminar de aquí para allá, recibiendo con la mayor sangre fría uno de esos diluvios que sólo se descargan bajo los trópicos; pero el mal tiempo sólo podía aumentar la melancolía en que me había sumido. No se podía hacer fuego, por lo que hubo que abstenerse de comer. La lluvia caía sin cesar; todavía gruñía el trueno, a intervalos; la noche cobró una oscuridad profunda. Ya hacía largo rato que me paseaba; cansado y entumecido por la lluvia, fui por último a sentarme en la canoa y mis reflexiones me depararon el sueño del que estaba privado hacía varios días. Allí, soportando sin cesar la lluvia que no amainaba, dormí hasta la mañana siguiente, en que me desperté con el agua hasta la cintura y tan agarrotado de frío que apenas podía moverme para entrar en calor. Reanudé sin embargo mi caminata, y temblequeando traté de considerar mi situación por el lado menos serio, preguntándome qué dirían mis amigos de París del pobre naturalista empapado hasta los huesos

por amor a la ciencia. La lluvia duró todo el día y la aguanté en silencio, sin comer, porque era imposible preparar alimentos. Hasta tuve cierta dificultad para encontrar a mis compañeros de viaje que se habían acurrucado bajo un árbol, uno de cada lado, esperando que pasara la lluvia con resignación y apatía muy indias. La noche siguiente fue terrible. Y no eran los mosquitos lo que me impedía dormir sino un frío de los más intensos, producido por la lluvia que me traspasaba desde hacía veinticuatro horas, por lo que esperaba con impaciencia la llegada del día. La lluvia no cesó hasta la mañana. Sentí la doble necesidad de tomar alimento y ver el sol.

26 de diciembre

El 26 de diciembre desaguamos la canoa, hicimos todos nuestros preparativos para partir y pudimos por fin encender algún fuego para cocer dos patos, únicos restos de todas nuestras provisiones, que pronto fueron devorados; después proseguimos el viaje. Como no disponíamos de ropa seca, tuvimos que secarnos al sol junto con la que llevábamos puesta, que pronto nos devolvió el bienestar y la alegría. Seguimos por la orilla siempre engalanada con grandes árboles dispuestos en anfiteatro y el follaje gracioso de la palmera pindó. Es difícil al espectador permanecer mudo ante lugares tan sonrientes y variados. Los admirábamos buscando algo vivo porque no teníamos más provisiones ni encontrábamos un pájaro. Sólo a la tarde oímos cantar a unas *pavas del monte* o penélopes, y tuvimos la suerte de matar varias. Siempre avanzábamos con la esperanza de llegar al puerto deseado, porque suponía que no nos hallábamos lejos de Itá-Ibaté. Hacia las tres, el viento se levantó con furia, y temiendo romper la canoa contra las puntas de piedra que se veían por todas partes, nos refugiamos en una pequeña bahía donde crecían muchos guayabos que no tenían fruta. El terreno seguía compuesto por greda ferruginosa, riñones de hidrato de hierro diseminados y geodas que presentaban grandes riñones de ocre rojo, con el color muy intenso. Estábamos muy inquietos, aunque no nos comunicáramos nuestro temor y guardásemos el silencio más sombrío. Mis hombres creían haber sobrepasado la jurisdicción de Corrientes y entrado en la de Francia. Mi viejo compatriota siempre quería seguir adelante, esperando encontrar troncos de cedro arrastrados por el Paraná de las zonas montuosas de Misiones. Por mi parte, había emprendido el viaje para hacer historia natural y geografía, pero también podía practicarlas en otro lugar, y la perspectiva de ir a compartir en el Paraguay, sin provecho para nadie, el cautiverio de mi compatriota Bonpland, de quien entonces sólo el río me separaba, no me agradaba para nada. Sin embargo, no se tomó ninguna decisión, mandándose en descubierta a uno de los remeros para reconocer el terreno. Pronto regresó gritando:

—Estamos en el puerto. Se ve la señal del otro lado de una punta.

Esta señal era un trapo blanco que había visto de lejos, en lo alto de un árbol. Con el corazón henchido de esperanza quise asegurarme del hecho. Yo también creí ver una mancha blanca, aunque muy distante, y tan alta que me parecía ser más bien una garza de ese color. No quise, empero, participar esta duda a mis compañeros que cantaban y casi no sentían los mosquitos nocturnos, pensando llegar al día siguiente. Por mi parte, no pude dormir.

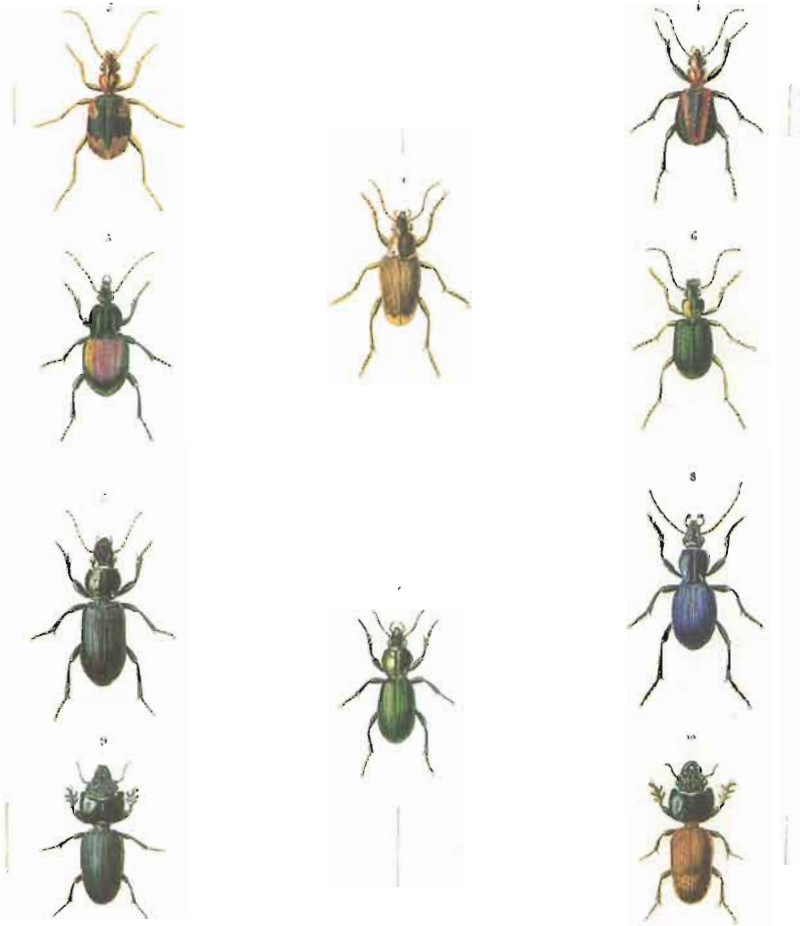
A la mañana mis hombres, encantados, tomaron los remos con entusiasmo. El viento era muy fuerte y nos inspiró temores. Por fin doblamos una punta ancha que era la que buscábamos, según lo averiguamos en seguida. Se trataba de Itá-Ibaté, bien caracterizada por sus acantilados pedregosos que le valieron su nombre[3]; pero no veíamos la señal de la víspera, lo que empezó a desanimar a mi gente. Hicieron, no obstante, todos los esfuerzos para llegar hasta el fondo de un codo del Paraná. Al pasar por allí vimos tres postes, sin prestarles mucha atención, porque luego no advertimos ningún rastro reciente de hombres ni sendero en el monte que pudiera llevar al lugar. Los supusimos plantados por paraguayos y esperábamos siempre ver la señal de la víspera. ¡Vana ilusión! Es conveniente explicar que los nativos llaman puerto a todos los lugares donde un somero caminito conduzca de cualquier casa a la orilla del Paraná, y que a menudo tales senderos no se recorren más de seis veces al año. Pasamos los tres postes, que, según luego supimos, eran la señal del puerto donde debíamos parar, pero que no reconocimos. Seguimos, pues, la ribera, mirando en todas direcciones... nada. Ningún rastro humano se nos mostraba. Nos separaba de la orilla propiamente dicha un enorme pantano, imposible de franquear. Así bogamos hasta las diez, hora en que la intensidad del viento nos obligó a detenernos. Entonces desapareció todo buen humor. Tenía la seguridad de hallarme más allá de Itá-Ibaté y no veía otra perspectiva que la de combatir con los paraguayos. Uno de los remeros se rebeló y dijo que no trabajaría más si no se regresaba, pero el viejo francés se mantuvo. Pese a mi opinión adversa, se resolvió proseguir hasta la tarde y que al caer ésta no se pensaría más que en la vuelta. Pronto creí percibir de lejos dos hombres vestidos de blanco. "Son tuyuyus o grandes jabirús[4] –me explicaron mis compañeros– de cuatro a cinco pies de talla y color blanco con la cabeza negra, que recorren la costa y con frecuencia engañaban a los viajeros, tanto más porque su altura parece mayor

27 de diciembre

3 *Ita-Ibaté*, en guaraní, piedra alta.

4 *Mycteria americana*, Gmel.; *Tuyuyu* o *comedor de tierra*, para los guaraníes.

Felis Geoffroyi.



1: *Pogonus bicolor*; 2: *Baripus rivalis*; 3: *Platynus elegans*; 4: *Brachinus obliquus*; 5: *Brachygnathus pyropterus*; 6: *Chilenius villosulus*; 7: *Feronia currens*; 8: *Pelecium violaceum*; 9: *Scarites brevicornis*; 10: *Clivina xanthopus*.

debido al espejismo". No me engañaba, sin embargo; reconocimos que en efecto se trataba de hombres que por desgracia pronto se alejaron, dejándonos en el mismo embarazo que antes de su aparición.

Barranqueras

Habiendo abordado una playa arenosa, descubrimos huellas recientes de pasos de hombres y caballos, y al penetrar en el lugar divisamos a distancia varias casitas, rodeadas todas de naranjales. Nuestra alegría fue extraordinaria. Dejé en la canoa a uno de los remeros y partí con el otro a reconocer el sitio. Después de haber cruzado un pantano, en el cual teníamos agua hasta la cintura, gané la costa alta. Llamé en la primera casa, creyendo estar en Itá-Ibaté, pero el propietario me hizo saber que se trataba de *Barranqueras*, tres leguas más arriba de Itá-Ibaté, y que a poca distancia habría encontrado el primer puesto de guardia paraguayo. Gran alegría me produjo saber que estábamos en lugar seguro, aunque tan cerca del peligro. El mismo individuo agregó que estaba prevenido de mi llegada y hasta encargado, por vecinos de Caacaty, de suministrarme todo lo que pudiera necesitar. En consecuencia hice traer todo el cargamento de la canoa y pude por fin prometerme algún descanso. Ese buen hombre tomó todas las disposiciones necesarias a mi tranquilidad. Mandó avisar a mi servidor que esperaba con los caballos en Itá-Ibaté. Una cena compuesta de charque reparó el tiempo perdido y me tendí en un banco, envuelto en mi poncho. ¡Qué felicidad dormir bajo techo, a salvo de los mosquitos y sin temer la proximidad de los jaguares! En mi banco estaba tan bien como en la mejor cama, no despertándome hasta el día siguiente a las ocho. Al levantarme supe que mi sirviente había llegado la misma noche. Para no perder tiempo, me dispuse a partir para Caacaty, que distaba doce leguas de Barranqueras, y mientras se ensillaba examiné los alrededores.

Barranqueras, así llamada por su pequeña colina que presenta un acantilado de pendiente suave y cubierta de césped, es una aldea compuesta de siete u ocho casas ubicadas sobre el acantilado. Estas casas están alejadas unas de otras, y cada una constituye una linda finca cubierta de paja y adornada con muchos naranjos. Alrededor se despliega un paisaje encantador. Se dominan las islas del Paraná, y el curso majestuoso del río, que allí alcanza una anchura superior a una legua, se descubre hasta donde la vista pueda extenderse. Está bordeado, en la margen septentrional, por bosques pertenecientes al Paraguay, y, en la margen meridional, por acantilados carentes de árboles que un estero ancho e impracticable separa del río. Lejos, hacia el este, al extremo del acantilado, se dibujan los naranjales de *Iberá-tingahi*, primera chacra abandonada de la provincia de Misiones, pues Barranqueras es, de este lado, el último lugar

habitado de la de Corrientes. También cerca de allí comienzan los inmensos juncales que dan origen al riacho Santa Lucía, representado en todos los mapas, aun en los de Azara, como originario de la laguna Iberá, aunque ésta se halle a más de quince leguas. Antes de partir, compartí el almuerzo de aquellas pobres gentes, compuesto de maíz tostado con leche, y se me sirvió luego otro plato hecho de maíz machacado, hervido y mezclado con queso, ya que los nativos ponen queso en todo. Después de esta comida liviana, como los caballos estaban preparados, me despedí de mis huéspedes y partí hacia Caacaty[5].

Caacaty y sus alrededores

Caacaty

Al partir de Barranqueras, que depende de Caacaty, seguí primero la orilla del Paraná, hasta la proximidad de Ita-Ibaté; después cruce un pantano con el agua hasta el vientre de mi caballo, durante una legua; pero como en la provincia de Corrientes más de la mitad de los caminos están en análogo estado, empezaba a acostumbrarme. También ese pantano es uno de los brazos del riacho Santa Lucía. Al salir de aquel mal paso cambié de cabalgadura y seguí los bordes del Santa Lucía por una lengüeta de tierra seca y arenosa, un poco alta, que separa el riacho, exclusivamente formado de pantanos, de las tierras de San Antonio de Itatí, que se extienden a lo lejos y forman el horizonte. A eso de las tres llegué a una chacra de propiedad de un francés y distante sólo dos leguas de Caacaty; el dueño estaba en el pueblo, de manera que seguí andando y pronto llegué a destino atravesando siempre terrenos arenosos y fértiles, matizados con lagunas y bosquecitos, pero desprovistos de las palmeras yatay que por lo común caracterizan a las tierras de ese tipo. Quizá se deba atribuir su desaparición al desarrollo de las explotaciones agrícolas, que son bastante activas en aquella localidad, donde por todas partes se ven chacras; pero las palmeras aparecen al sur del poblado, menos cultivado en apariencia.

No pude ser mejor recibido en Caacaty por el comandante y varias otras personas que ya conociera en Corrientes e Itatí. Me instalaron en una habitación que ya se me había preparado, y de nuevo disponía de mi alojamiento. Los curiosos afluían de todas partes; a las once todavía estaba rodeado de visitantes. Había circulado de tal modo la noticia de que compraba toda clase de

5 Caá-caty, de *caa*, bosque, y *catí*, una de las palabras que unida a otras significa *mal olor*, de manera que puede traducirse como bosque maloliente.

animales, que la misma noche el viejo cura de la localidad vino a ofrecerme cucarachas que me reservaba, dijo, desde hacía varios días. No pude menos que reírme de su oferta, aunque tuve la satisfacción de ver que los niños, más despiertos, más hábiles o con mejor suerte, me habían traído numerosos murciélagos y tortugas muy interesantes, lo que me pareció de buen augurio respecto a mi estadía en el pueblo. En cuanto quedé libre en mi casa, deseando cenar mandé que me compraran algo, pero no se encontró nada y ya me iba a acostar sin comer cuando mis vecinas, informadas de la dificultad, me mandaron dulces de todas clases.

Permanecí aún tres días en Caacaty, dedicado a recorrer los alrededores y observar todo. Me era imposible quedarme tranquilo. No me detenía el excesivo calor diurno, y cuanto más veía tanta mayor avidez tenía de ver. Mis colecciones crecían con rapidez, al igual que las anotaciones relativas a todo lo que me rodeaba. Un día recibí la visita de tres comerciantes franceses casados en la zona, lo que les confería el derecho de recorrer la provincia; de este modo, contando a mi viejo compatriota ya éramos cinco los franceses de Caacaty, cosa que sin duda nunca se había visto. Una noche, mientras estaba en casa del comandante, se presentó la banda del lugar, que escuché con verdadero placer, debido a su originalidad. La componían indios guaraníes. Uno tocaba en un violín de su propia factura; otro pulsaba un arpa hecha con un tronco ahuecado, sobre el cual se había adaptado un tablero de armonio y cuerdas de fabricación local, otro tocaba la guitarra. Los tres hijos del arpista se encargaban de los instrumentos secundarios, munido uno de un tamboril, otro de una gran caja y el tercero de un triángulo; pero lo que más me impresionó fue un indio ciego que se había hecho, con una caña, un flautín cuyos sonidos evocaban los de la flauta y con el cual, midiendo la intensidad del soplo, ejecutaba dos octavas de notas justas. Este equipo de músicos constituía la orquesta de baile, guerra e iglesia de Caacaty. Cada cual estaba tan orgulloso de su talento como si hubiera sido director de la orquesta papal, y mantenía todo el tiempo una gravedad imperturbable, característica general por lo demás de las naciones americanas, cuyos individuos siempre ponen gran seriedad en lo que hacen. Estos virtuosos nos tocaron unos aires nacionales con mucha precisión y apenas podía explicarme cómo hombres carentes de instrucción musical, y contando con instrumentos tan imperfectos, podían ejecutar melodías y hacerse escuchar con agrado. Tocaron el acompañamiento del cielito, y en seguida todos los presentes se pusieron a bailar esta alegre danza, siempre acompañada de canto que rememora, por su ingenuidad, los tiempos primitivos de la civilización. Prosiguieron con un minué *montonero*,

muy de moda en el país y que une al carácter grave del minué común, el de esas figuras tan graciosas, esos pasos que los españoles hacen tan bien. Me acerqué al comandante, que era un fuerte propietario del país llamado Esquivel, apellido célebre en los primeros tiempos de la Conquista de esta parte del mundo, y lo cumplimenté por la música; entonces, para hacerme ver la capacidad de cada ejecutante, llamó al indio flautista y lo invitó a que tocara varios trozos. El indio extrajo del bolsillo un segundo flautín de caña y se puso los dos en la boca, para tocar a dos manos. Uno de los instrumentos sonaba a una tercera del otro. Ejecutó las dos partes a la vez de un aire guaraní puro. Me gustó muchísimo la sencillez de esa melodía, en su tristeza tan distintiva de la mayor parte de los aires americanos. Propuse al indio comprarle sus flautines, pero me contestó que eran lo único que lo arrancaban a las profundas tinieblas en que se hallaba sumido. El buen humor del hombre, sus salidas espirituales me complacían tanto que varias veces lo hice llamar para escucharlo a él y su música nacional. Aunque ciego, conocía todas las casas del pueblo y se dirigía incluso a las casas aisladas de la vecindad, hasta un cuarto de legua de distancia.

Caacaty está situada mucho más al oeste del lugar que le asigna Azara. Tampoco se halla al borde de la laguna Iberá, como lo manifiesta este autor, que no ha recorrido personalmente la provincia sino que describió las distintas localidades según informaciones que recibió de los vecinos de la ciudad de Corrientes, sin duda poco versados en la geografía de su país. Caacaty está ubicada en una lengua de tierra arenosa que sigue el rumbo oestesuroeste, desde Itá-Ibaté, atravesando la provincia en diagonal hasta los bordes del Paraná, cerca de *Bella Vista*. Sobre esta lengua de tierra, encuadrada por el curso del río de Santa Lucía, los pantanos de la Maloya y los cursos de agua ahí originados, se encuentran las localidades de San Antonio, Burucuyá[6], Saladas, Las Garzas y Bella Vista. Se trata de una zona notable, que se caracteriza por el gran número de lagunitas de agua siempre limpia, que constituyen la riqueza de las estancias. Además, esas tierras son las más fértiles de la provincia, cosa que denuncian los extensos montes de palmeras yatay que cubren una parte considerable de su superficie.

El pueblo, fundado en 1780, según Azara lo asegura, no estuvo compuesto de indios, como los de Itatí y Guaicaras. Fue poblado por españoles o descendientes de españoles, atraídos por la fertilidad del suelo. Su emplazamiento ha sido bien elegido; rodeado de lagunas de agua clara, no está lejos de los grandes bosques ribereños del Santa Lucía que pueden proporcionarle las maderas

6 *Burucuyá*, o más bien, *Mburucuyá*, es el nombre guaraní de la granadilla o pasionaria, y la localidad se llama así debido a la gran cantidad de estas plantas que crecen en su vecindad.

de construcción típicas de sus establecimientos y la que sirve de leña; además, la agricultura le da abundantes víveres, así como hacen sus numerosas estancias de las riberas del Santa Lucía. Dista siete leguas del Paraná, cinco de San Miguel, la primera población de Misiones, y treinta leguas al este de Corrientes. Presenta una plaza alargada, rodeada de casitas, sobre uno de cuyos lados se alza la iglesia. Las casas son bajas, pequeñas, cubiertas de troncos de palmeras cortados en forma de tejas. Todas están provistas de una galería a cada lado, pero el pueblo sólo consta de las casas que rodean la plaza y de unas cuantas más, esparcidas por el campo. De manera que la población asciende a setecientas u ochocientas personas, a lo sumo, aunque el número de pobladores de su espacio rural es mucho más considerable, pues la campaña circundante está muy poblada y se ve a sus habitantes llegar en profusión los domingos y fiestas, para asistir a misa.

En 1826, el gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, hizo trazar un nuevo pueblo en un lugar cercano al que actualmente ocupa Caacaty, porque la población actual no puede extenderse hacia el suroeste, debido a una gran planicie de juncos inundados (estero) que en la estación de las lluvias desborda en todas direcciones. Es el asiento de una comandancia, la más importante de la región. Tiene cura, vicario, alcalde, jueces anualmente elegidos por los habitantes y un comandante militar, el mayor personaje del lugar. Entre sus habitantes reina la unión más estrecha y puede decirse que constituyen una gran familia, pues casi todos son parientes. Sólo los Esquivel equivalen a la mitad de la población; son los más numerosos y también los más ricos; a su amabilidad debí todos los servicios que su posición social les permitía prestarme, en todos los aspectos. Todos tienen fisonomías regulares y las mujeres son encantadoras, bien formadas, grandes, con modales muy ingenuos. Se las cita, por lo común, como las más bonitas de la provincia. Han conservado el bello tipo español que, lejos de degenerar, se ha vuelto más agraciado por la mezcla con los guaraníes, cosa que pude observar en todos los parajes donde esa mezcla se produjo, efecto que no produce la mezcla con las naciones peruanas o alpinas de América. En Caacaty son escasos los indios, y aun el corto número que se encuentra proviene de Misiones.

Las costumbres de la comarca no pueden estar más relajadas. Las mujeres no son altaneras y se dan sin escrúpulos a excesos que jamás les reprocha la opinión pública, muy indulgente y enemiga de formular críticas. Una mujer siempre es bien vista y buscada, aunque tenga varios hijos de padres diferentes, y sus intrigas nunca se convierten en obstáculo a que se case. El mismo pudor ya no existe. Noche a noche todos los habitantes se van a bañar en una laguna cercana. Mujeres y hombres están juntos; éstos desnudos del todo y

aquéllas conformándose con entrar al agua cubiertas por un trapo que entregan a su sirvienta en cuanto se hallan adentro. A menudo los dos sexos emprenden juegos que excluyen el temor de descubrir las partes más recatadas. Me gustaría decir que allá las mujeres aún están en la edad de la humanidad en que la inocencia les sirve de velo, pero por el contrario temo que este abandono se explique en ellas por una indiferencia originada en el poco valor que se asigna a placeres demasiado fáciles y reproducidos con excesiva frecuencia. En algunas naciones salvajes, las mujeres manifiestan más pudor que en la costa y el interior de América, contraste que siempre me ha impresionado.

En Caacaty nunca vi cerrar una puerta de noche ni de día; con frecuencia los vecinos se ausentaban de sus casas dejando todo abierto durante horas, porque aún no se conoce el robo. Así se vivía también en Corrientes hace veinte años. Entonces no se robaba en la ciudad, y los comerciantes dejaban sus negocios solos, sin tener que temer ningún accidente. Esta confianza desapareció desde que el comercio tomó impulso y que los extranjeros entraron a la región, y la antigua ingenuidad ha sido hoy día relegada al fondo del campo, único sitio donde el robo sigue desconocido por completo. Todas las noches, casi la totalidad de la población sacaba las camas de sus piezas y la plaza pública se convertía en un gran dormitorio. Cada cama, rodeada por un mosquitero de color, ofrecía un aspecto bastante nuevo cuando la luna de una noche hermosa alumbraba el descanso silencioso del lugar. Cada cual dormía confiado en los demás, en perfecta quietud y, entretanto, las casas abiertas seguían tan respetadas como sus propietarios en medio de la plaza, dichosa y conmovedora seguridad que todavía señalo, aunque tal vez, en el mismo momento en que lo escribo, ya se haya reemplazado por las alarmas y tímidas precauciones que hacen pronto necesarios, para el mantenimiento del orden social perfeccionado, los vicios que acompañan siempre a los progresos y las ventajas que procura.

1 de enero

El día de Año Nuevo, cuando en Francia todo está en movimiento, me había sorprendido en Caacaty rodeado por esos buenos vecinos que no se preocupaban por esa fecha dedicada en Europa a renovar los votos por la felicidad del prójimo; de manera que lo aproveché, sin ser interrumpido por ninguna visita inoportuna, a preparar un viaje que emprendería al día siguiente por los montes de palmeras yatay. En efecto, partí al Tacuaral[7] (monte de bambúes) con uno de mis com-

7 *Tacuaral* es otro ejemplo de cómo se ha mezclado el idioma castellano con el guaraní. Deriva de *tacuara*, que significa bambú, en guaraní, y de la terminación española *al*, que atribuye carácter de colectivo. *Tacuaral* significa, pues, *bosque de tacuaras* o *bambúes*.

patriotas. Seguí los bosques de palmeras hasta el término de mi viaje, a cuatro leguas de Caacaty. Recorrí alturas arenosas, plantadas de juncos o cortadas por lagunas llenas de agua límpida. Encontré en las palmeras todo el encanto que habían tenido para mí durante el primer viaje, tanto más porque ahora estaban animadas por la presencia de numerosos pájaros. También admiraba la estrecha unión del *ibapohí*[8] con las palmeras, unión que perdura hasta la muerte. Si esos sitios ignorados de América tuvieran sus poetas, con seguridad éstos habrían comparado el ibapohí con nuestra hiedra, y no dejarían de atribuirles el símbolo de la vinculación más sincera. En efecto, da la impresión de estrechar entre sus brazos a la rica palmera, amiga de su elección, y ya no la abandona hasta la muerte; pero a menudo sucede, igual que con la hiedra (y ciertos hombres), que el parásito asfixie con sus caricias al sostén de su juventud, objeto de un sentimiento demasiado intenso. Esa palmera yatay es bastante alta; en toda su longitud el tronco muestra restos de sus viejas hojas, cosa que lo cubre de asperezas. Los pájaros se encargan de transportar el pequeño higo del ibapohí, que arraiga entre los pedúnculos de las hojas de la palmera y germina, proyectando muy pronto, a su vez, tallitos de un follaje verde muy alegre y raíces sueltas que se entrelazan formando redes y siguen la dirección de las viejas inserciones de las hojas del yatay, abrazando el tronco en todos los sentidos. La planta nueva crece con lentitud, envolviendo la palmera, pero apenas una raíz llega a la tierra cobra nuevo vigor, adopta la estructura del tronco de un árbol, desarrollándose rápidamente, y rodea la base de la palmera, que parece estrujarla con sus brazos, adoptando sucesivamente todas las formas posibles. Antes necesitaba el apoyo del yatay, pero ya pronto se habrá convertido en un árbol grueso, pronto sobrepasará en mucho la altura de su tutor y apenas dejará ver su tronco en medio del suyo; pronto la copa de la palmera, saliendo del tronco del ibapohí, formará y hará con éste un solo cuerpo y pronto el ibapohí, que crece con mucha rapidez, terminará por asfixiar la palmera estrechándola con sus poderosos brazos y la hará desaparecer del todo, envolviéndola con más y más cadenas de ramas y follaje.

El Tacuaral

Llegamos muy temprano a casa de mi compatriota, donde se me recibió con los brazos abiertos. No podía menos que admirar su retiro: la casa era de

8 Especie de *ficus*. El término *ibapohí* se compone de *ibó*, fruto; *po*, hilo o tela, e *hí*, indudable contracción de *hibí* que también quiere decir hilacha o vestimenta: porque este *ficus*, igual que muchas otras especies americanas, posee una segunda corteza, que en otras regiones pobladas por los guaraníes se usa para confecciorar ropa, a lo cual, por otra parte, me referiré más adelante.

regular tamaño, cubierta con modestia de hojas de palmera, edificada sobre un montículo frente a un macizo espeso de palmeras yatay e ibapohís, flanqueado a ambos lados por sendas lagunas de agua limpia, en las que a hora cualquiera podían tomarse baños que el calor excesivo de la estación favorecía. Detrás de la casa se extendían hermosos campos de tabaco, maíz, caña de azúcar, mandioca, etc., todos en excelente estado, muy cuidados y haciendo honor a su dueño.

Después de una vida agitada de marino, el señor Chauvin contrajo matrimonio en Corrientes, donde vivía tranquilo en su linda morada, recibiendo bien a sus compatriotas, como ejemplo de los extranjeros residentes en el país. Sólo hasta el día siguiente permanecí por los alrededores, ocupado en observaciones de historia natural. Veía aumentar visiblemente mis colecciones de insectos, pájaros y plantas, ayudado como estaba, de otra parte, por el afán que todos ponían en facilitar mis trabajos. ¡Con qué entusiasmo recorría esos lugares variados, en que la naturaleza desplegaba tanto lujo! Creo que la estadía en medio de aquellos palmares ha sido una de las que me depararon mayores satisfacciones. ¡Qué lindos lugares y qué buenos sus pobladores¡ ¡Con cuánta hospitalidad se me recibía en todas partes, más bien como dueño que como extranjero! ¡Cuántas veces me hice esta reflexión, demasiado justa para el honor de la humanidad, de que la hospitalidad, la generosidad, la franqueza y esa ingenuidad seductora, siempre están en razón inversa de la proximidad de los puertos y la civilización! Es triste tener que reconocer que el progreso de esta civilización, tan importante, tan necesaria, acarrea tantos cambios en las costumbres. Aquella hospitalidad que nos mencionan los primeros historiadores como existente entre españoles poco después de la Conquista; la hospitalidad que aún subsistía en la época de la revolución americana y que Humboldt encontró por todos lados; esa hospitalidad no existe desde que numerosos comerciantes extranjeros abusaron de ella y ahora en todas las ciudades ribereñas ha sido sustituida por indiferencia y fría insensibilidad. Para volver a encontrarla hay que llegar a las ciudades del centro de América. En ese momento la encontraba en Caacaty y sus cercanías, más tarde la encontré en Santa Cruz de la Sierra, en el interior de Bolivia. Allá no hace falta ser del país para tener parientes, hermanos y amigos, y el enfermo recibe cuidados tan afectuosos como desinteresados.

En casa de Chauvin me había llamado la atención una piel de jaguar acribillada por municiones. La curiosidad con que la miraba atrajo la suya, dándole la oportunidad de narrarme una de las cacerías peligrosas en que había tomado parte.

"Hacía mucho tiempo –me dijo– que tenía ganas de cazar jaguares y buscaba la ocasión, cuando un día en que éstos causaron estragos en las estancias que bordean el Santa Lucía, los propietarios de los alrededores de Caacaty resolvieron efectuar una batida general. Juntaron todos los perros, sobre todo los que se conocían como buenos *tigreros* (cazadores de jaguares) y partieron en busca de la fiera. Los acompañé, armado con un fusil de dos tiros. Los perros no tardaron en localizar un jaguar que, en pocos minutos, despanzurró a los menos experimentados. A pesar de las advertencias que me hacían los otros cazadores, bajé de mi caballo y me acerqué a pie al monstruo. Al momento, en vez de un jaguar me encontraba rodeado por tres, que había atraído una hembra en celo. Disparé sobre el primero y pude matarlo mientras los perros lo tenían a raya; también alcancé a matar el segundo, pero no tenía balas para el tercero: sólo me quedaban municiones gruesas. Abandonado por mis compañeros casi desde el principio del ataque, obligado a afrontar a pie un peligro inminente, debía tratar de tirar al tercer animal con parte de mi plomo. Aturdido por rugidos cuyo solo recuerdo aún me estremece, mi posición era de las más críticas. Sin embargo, pude terminar con el tercero, como con los demás, y esta piel es el trofeo de mi victoria".

Con la franqueza que demuestra y la garantía del verdadero coraje, Chauvin agregaba que desde entonces había perdido todas las ganas de cazar jaguares, teniendo demasiado presente el peligro que corrió en un combate tan desigual. Esta cacería hizo mucho ruido en la comarca, y mucha gente me la mencionó alabando la bravura del protagonista. Para ser útiles, los perros usados en esta caza nunca deben acercarse a menos de cinco pasos de la pieza. Han de limitarse a rodearla y mantenerla a esta distancia. El perro lo bastante torpe como para acercarse más es muerto de inmediato por un zarpazo o una dentellada. Por esto se aprecia a un *tigrero* en la medida en que sepa mantener al jaguar sin acercársele ni dejarlo moverse.

El 4 de enero dejaba el Tacuaral para ir a *Yataity-Guazú*[9], a cuatro leguas de distancia. A todo lo largo del camino encontraba casas diseminadas en los palmares, y a cada paso se me presentaban paisajes encantadores. Al llegar a *Yataity-Guazú* bajé en casa de un pariente del comandante Esquivel, donde se me recibió con una cordialidad muy franca y amable. Su casa era a la vez chacra y

Yataity-Guazú
4 de enero

9 La voz *Yataity-guazú* pertenece al guaraní. Se compone del nombre de la palmera *yatay* y de la partícula *y* que atribuye carácter colectivo; monte de yatay; y de *guazú*, grande. *El gran monte de yatay*, traducido literalmente.

estancia, ya que la tierra arenosa permitía sembrar de todo con buen resultado, en tanto que las cañadas y los bordes del riachuelo de Santa Lucía favorecían la cría de animales, sin esfuerzo. Yataity.Guazú posee, sin discusión, las tierras más productivas de toda la provincia de Corrientes, de manera que allí no se ve otra cosa que fincas instaladas cerca de lagunas redondeadas y muy limpias, rodeadas de durazneros, naranjos y extensos cultivos. Solamente allá pueden apreciarse los recursos agrarios de la región. Los habitantes de las otras partes de la provincia acuden a establecerse en medio de los palmares, derriban los yatay y siembran, pero es de temer que estas tierras aún vírgenes se empobrezcan con facilidad, porque son muy arenosas y con escasa proporción de humus. También es de temer que poco a poco se destruyan las palmeras, que no vuelven a crecer en lugares poblados y terminarán por desaparecer del todo, como sucedió en Yataity, cerca de Las Ensenadas.

1828
Yataity-Guazú
5 de enero

El 5 de enero (era un domingo, día de fiesta), los habitantes de las casas vecinas se congregaron y quisieron llevarme a la orilla del río de Santa Lucía para comer fruta. A eso de las ocho de la mañana se había reunido parte de la familia Esquivel. Todos montamos a caballo y en número de quince a veinte personas, hombres y mujeres, partimos a los montes del río de Santa Lucía, situados a una legua de allí; pero para alcanzarlos tuvimos que vadear un pantano de casi tres cuartos de legua de ancho. Los bosques adonde íbamos, en la estación de las lluvias, están en parte bañados por el agua. Allá buscamos una especie de mirto arborescente, cubierto entonces de frutos que en la región llaman *Iba-Viyú*, negruzcos, del tamaño de cerezas y prendidos al extremo de los tallos nuevos de la planta. Su sabor es agrio y dulzón a la vez. Todos mis acompañantes se pusieron a comerlos con voracidad extraordinaria. No podía concebir siquiera cómo eran capaces de comer una cantidad tan grande sin indisponerse; no se saciaban y sólo la hora de la comida, el mediodía, los indujo a regresar. Entonces, volvimos a la casa, galopando por aquellas tierras carentes de camino trazado y hasta en medio de pantanos. Antes de comer quisieron irse a bañar en una laguna vecina, donde todos juntos se refrescaron sin preocuparse por la decencia. Se volvió a comer, se durmió la siesta como de costumbre y luego se propuso un nuevo paseo a caballo, que fue aceptado. El paseo se hizo por los matizados bosques de yatay. En el camino se advirtió un enorme ibapohí, esa especie de árbol ya descrito, que se adhiere a las palmeras. Estaba cubierto de frutos maduros, pequeños higos del grosor de un dedo, dulces y agradables de sabor, pero muy purgantes. Seguimos paseando hasta el anochecer, a través del bosque, y visitamos numerosas lagunas, a

cual mejor circundada de árboles variados, en las que nadaban bandadas de patos pertenecientes a especies distintas.

El cultivo del tabaco[10] absorbe todo el tiempo de esa gente de campo, y la planta constituye el objeto principal de su comercio. Cuando no explotan tierras ya desmontadas, talan los montes de yatay, sacan los troncos y aran superficialmente el suelo arenoso; después, en octubre o noviembre, siembran almácigas de tabaco, sin mayores precauciones. En cuanto las plantas jóvenes alcanzan una altura de seis a ocho pulgadas, esperan que llueva porque nunca riegan y las plantan en hileras, a tres pies de distancia unas de otras. Por lo general, el tabaco crece con vigor. Cuando han brotado casi todas las hojas se corta el extremo del tallo para dar, según dicen, más fuerza a las que ya afloraron, y, en efecto, pronto toda la savia nutre estas hojas que alcanzan un pie de longitud y a veces hasta diez y ocho pulgadas. Estas hojas maduran poco a poco. Apenas amarillean la punta y los bordes, entonces se las considera maduras y se las cosecha; por lo común después de las tres de la tarde, cuando el calor del día ya disipó la humedad del rocío nocturno, se efectúa la recolección, cada diez o quince días, según que el tiempo esté más o menos lluvioso. Si está seco, las recolecciones se hacen con más frecuencia. Las hojas cortadas se ponen a resguardo de la lluvia, en galpones o habitaciones, sobre cueros de vaca; luego se las ata de a seis por el peciolo, se extienden los fascículos, llamados *sartas*, en cuerdas, a cierta distancia unos de otros, y se los deja secar a la sombra, expuestos a todos los vientos. Cuando están amarillas del todo y bien marchitas, se completa su desecación exponiéndolas al sol. Una vez secas las *sartas*, se las cuelga en recintos preparados al efecto, y cuando se ha recogido la mayor parte de la cosecha se ponen las hojas al sereno un anochecer o un amanecer, solamente, y bien recubiertas de otras hojas, en especial de las de hinojo si pueden obtenerse, para no exponerlas a la acción inmediata de la humedad que, según se dice, daría al tabaco ese gusto picante que nunca toma cuando se humedeció bien cubierto de hojas. Se desatan, en fin, las distintas sartas y se preparan paquetes mayores, atándolas por la punta; después se to-

10 No entraré en ninguna discusión acerca del origen del nombre del tabaco, demasiado conocido para merecer una exposición; pero he de insistir en la comparación de su nombre guaraní, *petí*, con el que se le da en la baja Bretaña y muchas otras partes de Francia. En Brest y otras partes, siempre vi que los letreros decían *bétun*, por tabaco, y con frecuencia oí ofrecer *bétun* en esas regiones, de donde la voz local *bétuner* (aspirar rapé). ¿No derivará del nombre guaraní esa palabra tan diferente en su origen del término tabaco? Todo me induce a creerlo. Quizás haya sido llevada del Brasil o la Guayana a Francia, en los primeros tiempos de la Conquista.

man cuatro de esos paquetes, se los ata juntos y se los prensa con una correa atada a un poste, de la que se tira tras haberla hecho dar dos vueltas alrededor del tabaco. Estas hojas así prensadas presentan la forma de un cilindro puntiagudo en uno de sus extremos y bien atado con una soga de áloe. Forman entonces lo que se llama un mazo de tabaco; en ese estado se libra el producto al comercio.

Estuve en plena cosecha y pude seguir, en diversas oportunidades, los procedimientos de la elaboración completa. También logré presenciar las singulares reuniones a que da lugar la recolección del tabaco. Multitud de pequeños comerciantes recorren el campo, cuando se aproxima la temporada, ofreciendo sus mercaderías a los agricultores. Como cuentan con el tabaco para sus compras del año, éstos les efectúan adquisiciones a crédito, que luego tienen que pagar con tabaco. Los vendedores ponen a su mercancía un precio que les asegure un beneficio mínimo del ciento por ciento; así la van adelantando a los compradores, en razón del mayor o menor rendimiento que estimen en las cosechas vistas, porque con cualquier pretexto nunca omiten pedir que se les muestre el *tabacal* o *campo de tabaco*. Asistí a menudo a tales transacciones sin moneda, en las cuales todo está convenido por adelantado entre comerciante y comprador. El primero empieza por doblar el precio de su mercadería y acepta recibir, antes de que se haya establecido el precio de la cosecha del año, por ejemplo, cada mazo de venta –es decir, de un calibre conocido en la región– a razón de un peso, o sea cinco francos, seguro de ganar bastante sobre el precio, pues he visto comerciantes de esos que vendían tabaco a doce *reales*, vale decir, siete francos con cincuenta, el mazo, en el momento más favorable del mercado. Nada más agradable que esa forma de comerciar. Se recibe, alberga y festeja a los vendedores ambulantes por donde pasen y con toda naturalidad, pues cada cual cuida sus propios intereses: el comerciante hace valer la mercadería, alabando su calidad y hermosura, en tanto que el propietario llama la atención acerca de la longitud de las hojas de sus plantas de tabaco. Entre ambas partes existe una confianza absoluta. Hechas las promesas y concertada la operación, cada uno cumple escrupulosamente su palabra, sin necesidad de poner nada por escrito, y sólo la fuerza mayor puede impedir el cumplimiento de las prestaciones respectivas. Este tabaco se lleva luego a Corrientes, en carretas, donde se vende al peso, por *arrobas* españolas –o pesadas de veinticinco libras– a comerciantes mayoristas que lo expiden a Buenos Aires, donde es muy buscado con el nombre de *tabaco del Paraguay*. Esta forma de especular es nueva en la provincia que, en tiempo de los españoles, a partir de 1748, el tabaco estaba gravado con un impuesto exorbitante; que el tabaco en polvo

venía de España o de La Habana; y que sólo la provincia de Paraguay obtuvo más tarde permiso para elaborar únicamente el de fumar, en establecimientos pertenecientes al Estado, que se había reservado el monopolio de esta clase de explotaciones. Sólo varios años más tarde, después de la emancipación, este comercio tomó cierto desarrollo; luego alcanzó la más notable amplitud.

La segunda rama del comercio de la zona es la del producto de la caña de azúcar. No se cultiva sino la especie pequeña[11] y ni siquiera todos los terrenos le son propicios. La cosecha se hace durante el invierno, en los meses de mayo y junio. Se prensa la caña en molinos o *trapiches* de los más simples, formados por tres cilindros móviles, de los cuales el del medio hace girar los otros en sentido contrario por medio de engranajes. Estos molinos se mueven por medio de bueyes uncidos al extremo de una pértiga larga que atraviesa un orificio practicado en la parte superior del cilindro central. El jugo de la cala, recibido en recipientes de madera, se lleva a la caldera. Se le hace hervir hasta que haya adquirido consistencia de melaza. Luego se lo vierte en odres y, puesto así en el comercio, bajo la denominación de *miel de caña*, se despacha a Buenos Aires, a cuyos habitantes gusta mucho. En el campo se obtiene por fermentación aguardiente de caña de azúcar llamada *caña*; por esto se ve en cada casa un alambique de barro cocido con un caño de fusil por tubo o refrigerador, por medio del cual cada finca produce con toda comodidad su provisión de aguardiente. La población pretende que la caña de azúcar no puede dar azúcar en Corrientes o que la produce en tan poca cantidad que la venta del jarabe resulta más productiva.

Permanecí en Yataity-Guazú hasta el 12 de enero, variando mis ocupaciones en forma de recoger a la vez que toda clase de muestras para mis colecciones, los datos más completos que fuera posible acerca de la región. Una de mis giras, motivada por la búsqueda de la gran especie de ciervos descrita por Azara, su *guazú-pucú*, o gran ciervo de los guaraníes, me llevó hasta las orillas del río de Santa Lucía. Comencé por llegar a la planicie de juncos –estero– que forman sus aguas al desbordar, que a aquella altura podría tener cerca de una legua y media de ancho. Costaría creer en Europa que el curso de un riacho no navegable deja, a derecha e izquierda, un espacio cuya anchura no es menor de dos leguas, inútil en toda su extensión porque al margen de los juncales que constituyen el curso propiamente dicho del riacho, hay a cada lado una vasta extensión cubierta de plantas acuáticas, inundada en la estación lluviosa. Allá, nadie puede cruzar el río. Conviene repetir que la provin-

11 Caña de azúcar criolla.

cia de Corrientes, así como todas las tierras llanas del interior de América, altera todos los sistemas establecidos de vertientes, primero en razón de su escasa regularidad, y luego por ser imposible distinguir ninguna línea de separación de las aguas.

En compañía de varios nativos armados de lazos y boleadoras, recorrí aquellos inmensos esteros, esforzándome por descubrir los ciervos que suelen poblarlos. Por fin descubrí a dos, pero muy alejados. Mis cazadores se escondieron tras el flanco de sus caballos, para acercarse sin espantarlos... molestia inútil. Los ciervos huyeron, internándose entre los juncos, donde nadie podía seguirlos. Luego hice batir una gran extensión de campo; fue siempre en vano. No he vuelto a ver ninguno de esos ciervos. Al fin, cansado de correr a caballo en medio de esos pastos a veces tan altos como el mismo animal, por lugares en que la tierra se hundía a cada momento bajo sus cascos, me volví, muy derrengado.

Todas las noches, cuando no había luna, empleaba para atraer insectos la estratagema ya descrita, extendiendo en el suelo un trapo sobre el cual ponía velas iluminadas. Así obtenía una cantidad considerable, pero la importancia concedida a la operación y a sus consecuencias siempre suscitaba en los habitantes preguntas curiosas, que respondía lo mejor posible. Mi caza de pájaros, menos productiva en general, no careció sin embargo de valor, aunque los montes de yatay tuvieran pocos de aquellos hermosos pájaros que, por lo común, pueblan los bosques de los países cálidos o de la zona tropical. Con frecuencia observé luego, en Bolivia, que los bosques de esa clase son los que muestran menos pájaros, excepto durante la estación de las flores, cuando los insectívoros encuentran alimento seguro y fácil; pero en todo otro tiempo esos montes están desiertos y apenas los frecuenta un número escaso de aves de rapiña.

Las tierras arenosas y cubiertas de yatay que en Caacaty constituyen una sola lengua de tierra, se bifurcan pronto en brazos que vuelven a unirse a doce leguas al sudoeste de esa localidad, dejando en su intervalo un pantano enorme, cubierto de juncos y carente de desagüe. Esta cañada es muy ancha al oeste de Yataity-Guazú; allá abundan las aves acuáticas, que iba a cazar con frecuencia. ¡Qué variedad y qué abundancia de caza! A menudo me era fácil matar, en un momento, docenas de patos y gran número de otras aves acuáticas. ¡Qué profusión mostraban esos desiertos de América meridional, comparados con los recursos que ofrece al cazador nuestra vieja Europa! En América, el cazador pronto encontrará con qué satisfacer la pasión más exaltada y, si puedo juzgar a la luz de mi experiencia, dudo que después de una estadía pro-

longada en los sitios donde se encuentra caza tan fácil, casi por todas partes, siga afecto a este deporte, cuando vuelva a su patria.

Cada casa de Yataity-Guazú es amplia y siempre compuesta por dos cuerpos de edificios: uno, habitado en especial por el propietario; el otro, que sirve de deposito para las cosechas, cocina y alojamiento de los obreros en invierno. Cubiertas de hojas de palmera, estas casas se disponen, por lo común, de manera que constituyan dos lados de un recinto completado por medio de postes clavados en el suelo. Durante la mayor parte del tiempo, una ramada ocupa el medio del patio. Allí se acuesta la familia entera cuando, por los fuertes calores del verano, los mosquitos no dejan dormir en la casa; allí se acuestan el padre, la madre, los hijos, parientes y amigos, uno junto al otro. También los viajeros a veces alcanzan este favor, sin que se lo considere extraordinario; pero cuando no hay viento, los mosquitos pueden volar hasta la ramada, se va a dormir en otra, construida expresamente en el mismo medio del corral destinado a guardar los bueyes de trabajo, por creerse que allí los mosquitos son menos molestos porque el olor de los animales los ahuyenta, o que, para picar, prefieren el ganado a las personas acostadas en la ramada. Otra observación que me formularon y pude verificar con frecuencia, es que estos insectos se encarnizan con los cuerpos de color oscuro; así, pican a los negros mucho más que a los blancos; razón por la cual la gente prefiere las colchas blancas a cualesquiera otras. ¿No podría explicarse el hecho por la costumbre que esos incómodos huéspedes tienen, sobre todo en el campo, de prenderse a animales por lo general cubiertos de cueros oscuros, y por la extremada rareza del color blanco en los despoblados que habitan?

Los obreros que trabajan en estas fincas se llaman *peones*. No se les paga, sino que reciben sólo alimentación y ropa; pero como toda su familia, cuando están casados, se alimenta con ellos, y como por otra parte reciben tierra para plantar tabaco que luego venden por cuenta propia, en definitiva no pueden quejarse mayormente de su suerte. Todo el verano duermen al aire libre, sobre una ramada, o en la cocina cuando llueve; sólo algunos de ellos, los casados, tienen un ranchito que les sirve a la vez de dormitorio y cocina, ya que su cama se reduce siempre a un cuero que extienden en el suelo y sobre el cual toda la familia disfruta del reposo nocturno. Estas gentes están exentas de la menor ambición. Todos sus deseos están satisfechos, desde que se haya asegurado su subsistencia; acostumbrados a la vida algo indolente de la provincia, son felices en cuanto están en familia, pueden dormir la siesta y poseen un caballo, primer bien del peón. Los hombres de campo de todas las clases son, al mismo tiempo, muy voraces y muy sobrios. A veces se quedan sin comer dos

o tres días seguidos y no se quejan; pero cuando disponen de víveres abundantes, comen en cantidad prodigiosa. Jamás oí decir a un hombre de campo que hubiera comido bastante. En Iribicuá –fui testigo del suceso– dos indios habían pasado varios días sin alimento; salieron a cazar y mataron uno de esos grandes ciervos (guazú-purú) que casi alcanzan la talla de un asno pequeño; lo llevaron a su rancho y estuvieron comiendo más de veinticuatro horas seguidas: cortaban un pedacito de su presa, lo asaban sobre las brasas, lo devoraban y volvían a empezar. No abandonaron la empresa hasta haber terminado casi con el ciervo, sin otra intermitencia que el tiempo de dormir para hacer la digestión.

En una casa de Yataity-Guazú, un día se hizo un festín espléndido para celebrar el cumpleaños de uno de los miembros de la familia Esquivel. Este festín que voy a describir en detalle, recuerda bastante la idea que los autores nos transmitieron acerca de los que realizaban en la Edad Media algunos pueblos europeos.

Primero se sirvió una cabeza de novillo y dos cerdos enteros, asados al horno, a los que no se había hecho más que abrir el vientre. Era el primer servicio, en el cual, del mismo modo que en los siguientes, se reemplazó el pan con choclos hervidos o tostados o por queso tostado, a gusto del comensal. Se despedazaron las enormes presas y cada uno comió a su gusto. El segundo servicio se componía de verdolaga hervida con espinacas y mezclada con queso, de un plato de carne con maíz, y luego sopa o *locro*, hecha con enormes trozos de carne, zapallo, mandioca y maíz. Como postre, se sirvieron varios jarros de leche, que se bebía junto con pedazos de zapallo hervido y granos de maíz tostado; y la comida terminó con un manjar muy apreciado en la zona: queso fresco sin sal, con jarabe de caña de azúcar, que llaman miel. Este último plato se prefiere a todos los demás. Gusta mucho a la población todo lo que sea azucarado. A veces beben jarros enteros de jarabe de caña de azúcar como en otra parte se bebería agua, que por lo demás es la única bebida que se usa en esas comidas, porque el vino sólo se conoce en la ciudad, o se hace circular a intervalos un vaso de caña, del que cada uno toma lo que quiera.

Lamento tener que declarar que durante esta cena, así como en todas las reuniones más o menos numerosas, mi delicadeza se resintió a menudo por las bromas groseras y la obscenidad de los discursos que hombres y mujeres se permitían ante la gente joven, que por lo demás no manifestaba ninguna sorpresa al respecto. ¡Qué lenguaje cínico! ¡Qué rudeza de modales! ¿Se creerá que a los postres, unos juegos sucios se agregaron a las bromas? ¿Que se echan cosas sucias a la cabeza y algunos graciosos ensuciaban hasta los platos de dul-

ces para que nadie más que ellos se animara a comerlos? Y sépase que lejos de cargar las tintas las estoy suavizando por respeto a mis lectores. ¡Cuántas veces me hizo sufrir todo lo que veía y oía! Pero fiel a la norma de conducta que me había impuesto, nunca hice la menor observación que pudiera dar motivo para creer en mi desaprobación, y no hay duda que debo a la especie de valentía –porque es necesaria– con que soporté esas molestias, el haber sido bien tratado por todas partes y haber obtenido con la mayor facilidad todo lo que pudiera desear, en interés de la misión que absorbía mi vida.

Quise aprovechar la ocasión que se me ofrecía para hacer una excursión difícil, que habría de serme de gran provecho. Unos meses atrás se había ido a la orilla de la laguna Iberá, a cortar cañas para el techo de la iglesia que se elevaría en el proyectado emplazamiento de Caacaty. Se trataba de ir a buscar los bambúes, lo que todos los propietarios de carretas ofrecían hacer gratis, proponiéndose aun realizar el viaje en persona. Semejante circunstancia debía serme de las más favorables para reconocer aquellos inmensos pantanos; solicité, pues, el favor de ser incluido en la partida, lo que se me acordó con facilidad. Este arreglo me resultaba tanto más ventajoso por ofrecerme facilidades de transporte que jamás habría obtenido de otro modo. Me dispuse a partir, y el 13 de enero me encaminaba a Caacaty, donde tendría lugar la gran reunión de carreteros. Un galope me llevó hasta la casa de Chauvin, en el Tacuaral, donde descansé unos minutos esperando que pasara el gran calor, mientras recogía insectos y unos huevos de pájaros acuáticos que me llevaron los indios. Partí al atardecer y llegué a Caacaty una hora más tarde. A mi arribo, pasando junto a una hermosa laguna cercana, encontré a toda la población bañándose. Desnudas del todo, las mujeres jugaban en la superficie de las ondas, donde flotaban sus largos cabellos y extendían con gracia un lindo brazo al nadar. Demasiado límpido, el cristal quizás no velara bastantes formas que un espectador delicado –empleo el lenguaje europeo– prefiere adivinar a percibir; pero era cuestión mía considerarme vuelto al tiempo de las náyades. Verdadero cuadro de Albano, transportado como por encanto a las costas americanas, y de los más gratos, si no se hubiera ensuciado un poco por la presencia de varios sátiros. La seguridad que parecían tener las bañistas entre risas y meneos, aumentaba el encanto de esta escena voluptuosa, cuando un indiscreto gritó: *¡Yacaré!* De inmediato el terror reemplazó al regocijo; casi todas las mujeres que triscaban en el agua la dejaron precipitadamente, sin esperar que se les alcanzara un velo, y el bromista de mal gusto que había producido la alarma se reía y burlaba de su miedo. Hubiera querido pegarle.

13 de enero

El espanto causado por el solo nombre del yacaré se justificaba con holgura por recuerdos muy recientes. Pocos días antes, un chico que jugaba al borde de una laguna cercana había sido sorprendido y destrozado por un caimán, y no habían pasado más que dos meses desde que otra catástrofe no menos funesta se hubiera producido cerca de Caacaty. Una joven de catorce años volvía a caballo de buscar algo en el pueblo. Tenía que atravesar un brazo de laguna, donde el caballo tenía agua hasta la cincha. Durante el cruce, un gran caimán la agarró de una pierna, arrastrándola al agua; luego el feroz animal la sacudió con fuerza para cortarle la pierna, levantándola sobre el agua o sumergiéndola repetidas veces. Los gritos de la joven india llegaron a varias personas que seguían el mismo camino y la vieron luchando así con el horrible reptil. Corrieron en su ayuda, pero ya era tarde: el caimán había desaparecido con su presa. No menos inútiles resultaron las búsquedas realizadas para encontrar el cadáver; sólo unos días después se encontraron restos del cuerpo de la pobre niña. Estas trágicas aventuras, renovadas con frecuencia, habían logrado sacudir la indolencia de los pobladores contra los caimanes que pululaban en todas las lagunas de los alrededores. El comandante ordenó dedicar una semana a perseguirlos y se calculaba en varios millares el número de yacarés muertos en menos de quince días, a consecuencia de esta medida, en la vecindad de Caacaty. Los habitantes los sorprendían durmiendo al borde de las lagunas, atrapándolos con el lazo. Me quedé un día más en Caacaty porque aún se esperaban carretas, y cuando por fin llegaron todo estaba listo para la partida, dispuesta para el 15 de enero.

Caacaty

Viaje a la Laguna de Iberá

La caravana se puso en marcha. Era muy numerosa y constaba de trece carretas, tirada por seis bueyes cada una, de los hombres necesarios para guiarlas, de una escolta compuesta por diez soldados de la guardia nacional, para el caso de encontrarse desertores o indios de Misiones, del cura de Caacaty que iba a visitar los pueblos de Yatebú y San Miguel, de todos los propietarios de las carretas, y de una recua de ciento cincuenta caballos y casi cien bueyes para cambiar los tiros. Podía haber en total de cuarenta y cinco a cincuenta hombres, todos munidos de lazos y boleadoras, lo que me daba esperanzas de realizar un viaje rendidor y conseguir animales nuevos en los despo-

1826
Viaje al Iberá
15 de enero

blados que íbamos a recorrer. Dejé que la caravana partiera al amanecer, y como no la quería seguir a paso corto esperé en el pueblo al cura de Caacaty, hombre amable, sin presunción ni fanatismo, que se pondría en marcha un poco más tarde. Por el camino paramos en una alquería, donde el digno sacerdote fue agasajado conforme a su investidura, con el obsequio de abundantes frutas y provisiones para el viaje. En esas regiones, el clero conserva todas sus antiguas prerrogativas. En todas partes se lo festeja y lo mejor es siempre para ellos. A las once el calor era insoportable; la caravana, a la que habíamos alcanzado, se dispuso a parar. Pronto se nos presentó, a un lado del camino, una laguna vasta y cubierta de juncos, que fue elegida como lugar de descanso. Desuncieron los bueyes, y cada cual se ocupó de lo que quiso, sobre todo de la cocina. Yo cazaba en las cercanías, persiguiendo hermosas aves acuáticas. También hice salir un hermoso espécimen de rata roja y blanca que los guaraníes llaman *anguya guazú* (rata grande). La atrapé y supe que pertenecía a la especie más dañina para las plantaciones de caña de azúcar por su costumbre de roer los brotes nuevos.

Me llamaron a comer, a la sombra de una carreta. Comimos modestamente un asado de charque sin pan y bebimos un vaso de agua; luego todo el mundo se puso a dormir la siesta, mientras yo preparaba mi caza. El calor era excesivo y no se sentía un soplo de viento. Hecha la siesta, volvieron a uncir los bueyes y proseguimos el viaje. Por el camino me dijo el cura, señalando una choza humilde:

1828
Viaje al Iberá

—Allá vive un compatriota suyo que, según creo, ya se olvidó del todo su idioma.

Quise verlo. Era un hombre de casi cincuenta años que en la región ya no era visto como extranjero. Llevaba veintisiete años viviendo en los mismos campos y hablaba tan bien en guaraní que resultaba difícil distinguirlo de los indígenas; el castellano le era mucho menos familiar. Le hice unas preguntas en francés. No supo contestarme y lo mezclaba con palabras guaraníes o españolas. Dejé de interrogarle en su idioma materno, porque lo comprendía menos que cuando hablaba en castellano. Vivía en un ranchito cubierto de palmas, olvidado del mundo entero para no dedicarse más que a la agricultura, a fin de sostener una numerosa familia semiindia. Sus modales eran iguales a los de los indios de la zona, y el francés en él se había desvanecido. No decidiré si había perdido gran cosa, pero algo triste sentía en esa obliteración completa del idioma, costumbres y gustos de la patria, que en cierta forma ya no parecían formar parte del hombre.

Los descendientes de españoles que se establecieron en estos campos desiertos comparten las costumbres y vida semisalvaje de los indios, y el mismo europeo que se radica adopta insensiblemente, y casi a pesar suyo, parte de los modales y el exterior agreste de sus habitantes. Se diría que todos los seres tienen una inclinación igual a la vida natural. Los animales cuya domesticación originaria se pierde junto con el origen del estado social del hombre, en las tinieblas de los tiempos fabulosos, pronto vuelven al estado salvaje en las soledades americanas. Así es cómo caballos, vacas, cerdos y hasta perros, tan fieles amigos del hombre, olvidan pronto los lazos que les unen con él y abandonan con frecuencia la abundancia del techo doméstico por las privaciones de la vida errante cuya libertad los premia, y el mismo hombre siente la influencia de una situación que lo acerca tanto a la naturaleza.

Mi franco-indio me ofreció unas frutas de su jardín: naranjas, duraznos y melones de agua, y me despedí. El cura me habló mucho de él, pero una tormenta espantosa nos interrumpió. Un viento fuerte nos anunciaba la proximidad de la lluvia, que pronto caía a torrentes acompañado de trueno. Nos refugiamos en las carretas para que el viento no nos desarzonara ni nos mojara la lluvia. Estas carretas ofrecen un abrigo excelente porque todas son grandes y las cubren con cueros de vaca. Nos detuvimos, en fin, en una casa cercana al riacho de Santa Lucía, a cinco leguas de Caacaty y a legua y media de San Antonio de Itatí. Al anochecer el tiempo mejoró y pudimos pasear por los alrededores.

16 de enero

Al despuntar el día 16 la caravana estaba en marcha. Llegamos al estero del río de Santa Lucía. Allí me impresionó la vastedad del llano de juncos uniformemente verdes, que constituía el riacho y ondulaba al soplo de los vientos. No alcanzaba a divisar la otra orilla. No quise entrar a caballo; subí a una carreta y se entró a la cañada. Habría que concebir una masa de juncos inundados, de más de una legua y media de anchura, donde los bueyes nadan o por lo menos tienen agua hasta las costillas, y se tendría cierta idea del primer brazo, que no es el más profundo ni el más ancho. Los juncos eran más altos que la carreta y tapaban la vista por completo, lo que contribuía a que se encontrara largo el camino. Por fin, después de tres horas de marcha se alcanzó una isla algo más alta que las demás, bordeada en todo su perímetro por palmeras carondai, cuyo elegante follaje embelleció por un momento un camino tan tristemente monótono. Pasamos las palmeras, luego un monte inundado y espeso, que bordean del lado opuesto otras palmeras de la misma especie, y al fin llegamos a otro brazo del río de Santa Lucía que por su anchura constituye ya un verdadero río.

También había que cruzarlo; entramos y me consideré aún en el infierno, teniendo al menos para tres horas de sufrimientos, en el agua y comido por los tábanos y mosquitos que viven en esos esteros. Más allá encontramos otra isla igualmente rodeada por un monte de palmeras carondai, pero con un terreno algo más elevado. Allá se alzaba la casa de un estanciero que, desafiando jaguares y mosquitos, estableció su vivienda en medio de la isla, donde criaba un ganado que por cierto no podía salir de su recinto natural. Esta casa está a tres leguas del sitio que habíamos dejado en la mañana. Pantanos o juncales la rodeaban por todos lados y durante las crecientes tienen sus propietarios un lugar reducido por el que puedan caminar en seco. Admiraba la constancia de esos hombres aislados del mundo, sin otra compañía que la de los animales de la región y las aves acuáticas que atrae la conformación del suelo. Una paz salvaje reina en aquellos lugares, y sus tranquilos huéspedes, en el seno de una familia numerosa, viven despreocupados, sin inquietarse por el resto del universo, conformándose con los productos de sus animales y de algún cultivo, incluso indiferentes a las picaduras de los tábanos y mosquitos que los asaltan durante los calores.

Cenamos en aquel paraje, y mientras se dormía la siesta me dirigí a la espesura del monte para buscar insectos y cazar. A las tres partimos. Cruzamos un tercer brazo del estero, no menos ancho que los otros; luego se llegó a elevaciones arenosas donde había dos casas ocupadas por estancieros. Cerca de cada una se veía un gigantesco ombú, que sólo servía para dar sombra a los viajeros. Este lugar, llamado *Vastidores*, es el más triste que se pueda encontrar, separado por esteros dilatados de toda vivienda. En ningún sentido la vista puede divisar árboles, pues corre sin detenerse por una vasta llanura de juncos cuyos límites no podría abarcar en el horizonte interminable. Cambiaron los bueyes de cada carreta y proseguimos el viaje. Pronto se nos apareció un nuevo pantano que también debía cruzarse, pero cansado de una marcha tan lenta por el agua barrosa preferí partir al galope, y no tardé en ganar las alturas arenosas sobre las cuales hay unas casas aisladas, cerca del primer poblado de las antiguas Misiones, el de Yatebú[12] o Loreto. El último nombre nos recordó al de la vieja misión situada bastante cerca del Paraná, la cual había sido destruida por los portugueses. El pueblo este data a lo sumo de veinte a veinticinco años. No está poblado sino por restos de la población indígena escapada de las guerras desastrosas que destruyeron del todo la hermosa misión del antiguo Loreto, a cuyos

12 *Yatebú* es el nombre guaraní de una especie de garrapata muy común en la región. Es de notar que el pueblo de Loreto está a gran distancia de la antigua misión del mismo nombre.

habitantes Nuflo de Chaves –según Azara[13]– quiso reducir desde 1555 en comandancias. Yatebú está edificada al borde de una hermosa laguna. Se compone de veinte a treinta casas cubiertas de hojas, ubicadas alrededor de la plaza, que tiene un lado ocupado por una capillita. Cada casa posee su jardín, plantado con durazneros y naranjos, siguiendo la vieja costumbre misionera. Los indios aún observan hasta cierto punto las costumbres que implantaron los jesuitas; es decir que varios de ellos ejercen sobre los demás cierta autoridad directiva y policial que les fue transmitida por los curas, pero se nota que al saberse sustraídos a la vigilancia inmediata de sus directores espirituales que residen actualmente en Caacaty, y haciendo poco menos que todo lo que quieran, han retrocedido, por así decirlo, al estado salvaje. Este poblado y el de San Miguel ya no pertenecen a la provincia de Misiones, como en tiempo de los jesuitas. Ahora todas las tierras situadas al oeste de la laguna Iberá constituyen la comandancia de San Miguel, que desde 1825 pertenece a la provincia de Corrientes.

Fui a reunirme con la tropa que se había dirigido al norte, del lado de *San José*. Acampaba junto a una laguna de más de una legua de ancho, donde el agua limpia y el fondo de arena blanca y fina invitaban a bañarse, lo que hizo gran parte de la dotación. Se encendieron grandes fuegos, asándose carne para la cena. Nuestro campamento ofrecía un aspecto singular. El gran número de vivacs, la cantidad de personas sentadas a su alrededor, cortando cada una su ración de tasajo o asando nuevos pedazos, todo esto en su conjunto tenía algo de pintoresco y salvaje que no carecía de atractivo para mí. Pero pronto el silencio reemplazó al movimiento y todos se durmieron tendidos en el suelo. Sólo quedaron en pie los hombres encargados de cuidar los caballos y bueyes, haciendo su guardia. Antes de que amaneciera volvió a oírse el ruido. Se llevaban los bueyes, se los uncía, se ensillaba los caballos y cada cual estuvo ocupado de nuevo hasta el momento en que nuestra larga falange se deshizo y tomó su orden de marcha habitual. El cura de Caacaty, que me había acompañada hasta allí, explicándome todo con gran amabilidad, me dejó para dirigirse a San Miguel, donde tendría que desempeñar su ministerio; le vi partir con pesar, porque me quedaba solo con gentes que no saben hablar si no es de caballos o ganado.

Recorrimos llanuras muy extendidas por donde nadie había pasado desde hacía años, pues no se veía ningún camino marcado. Galopando, me adelanté a la caravana para llegar con prontitud a unas elevaciones arenosas que de lejos se divisaban. Una vez sobre estas colinas, de veinte a treinta metros de elevación sobre la llanura, pude admirar varias plantas peculiares, distintas de

13 *Viaje por América meridional*, t. 2, pág. 326

las de Corrientes, una profusión de flores con los pedúnculos rastreros, que esmaltaban el suelo por todas partes. Todo el lugar aparecía cubierto por unas palmeritas sin tronco que en la comarca llaman *yatay-poñí*, o sea *yatay*, enano. Están a ras de tierra y no crecen a más de un metro de altura, incluyendo la copa; por lo demás, las hojas y frutos son absolutamente semejantes a los del yatay común. Pese a esta analogía de forma, es imposible que se trate de la misma especie que la que cubre el resto de las tierras arenosas de la provincia de Corrientes Esta vasta campiña desierta, esos esteros inmensos que cierran el horizonte en todos los sentidos, eran uniformes hasta la monotonía. Sin embargo, pude ver, del lado de Iberá, algunos bosquecitos aislados, pero tan distantes que apenas se distinguían. No sucedía tal cosa con los bosques de San José, visibles a la izquierda, en tanto que a la derecha se extendía un ancho pantano. Me volví hacia el convoy, y me impresionó el aspecto imponente que ofrecía, avanzando lentamente por un llano dilatado, situado por debajo de mí. El grave continente de los guías que lo precedían en el despoblado, la línea prolongada de esas carretas, provistas de un tiro de seis bueyes cada una que hacían pensar en una serie de chozas ambulantes por su altura y forma alargada, y los conductores sentados en el interior, con los largos bambúes que usan para picanear a los bueyes, y cuya punta, adornada con penacho de plumas, se halla en movimiento incesante; después las carretas, sus propietarios, a caballo por líneas de frente; luego, el rebaño de bueyes, conducido por cinco o seis jinetes; y, por último, la tropilla de caballos de reserva, guiada por el mismo número de hombres. Todo podría cubrir, en suma, un terreno de más de un cuarto de legua de longitud... Era para mí un espectáculo de gran originalidad, del que no podía cansarme. Todavía no me he referido al ruido de los ejes de madera que produce el frotamiento de las ruedas, a los gritos de los carreteros, a los mugidos de algunos bueyes que, molestos por haber dejado la querencia, llamaban sin cesar a su tierra y compañeros de trabajo, que quedaban atrás... Esta sencillez pastoril, esta vida de movimiento y reposo alternativos, por soledades interminables, esta lucha perpetua del hombre con la naturaleza, traían involuntariamente a mi imaginación exaltada la historia de los antiguos patriarcas, de los Abraham y Jacob, errando como nosotros por otras soledades, a la sombra de las palmeras de Cedar y por las arenas de la vieja Mesopotamia.

Las carretas llegaron a la colina conocida por *Loma de San José* y la siguieron durante una hora. El ruido de la caravana espantó a un ciervo de la especie que los guaraníes denominan *guazú-ti*[14]. Todos los caballos corredores se

14 *Cervus campestris.*

lanzaron en su persecución pero no lo pudieron alcanzar. Poco después un cervato de la misma especie sucumbió a los esfuerzos de más de veinte personas, que lo acometieron a la vez y en un momento el pobre animal recibió tantos tiros de boleadoras que no pudo correr y lo tuve vivo. Seguimos luego por la orilla de un gran pantano o estero, llamado en guaraní *Y-pucú* (aguas largas). Como teníamos que atravesarlo y no había el menor rastro de camino, los guías más experimentados se destacaron del grueso de la caravana para salir en descubierta del camino que se encontró después de un recorrido de una hora. Hay que ser nacido en la región para reconocer así rutas por donde hace años que nadie transita y están tapadas por juncos y otras plantas acuáticas. Se cambió los bueyes antes de ponerse en marcha y se entró en el pantano. Tenía más de media legua de ancho. Al principio lo formaba una planicie de juncos en las partes más profundas; después, en los lugares que tenían menos agua, los juncos daban paso a una especie de gramínea, de dos a tres metros de altura, que los españoles llaman *cortadera* y los guaraníes *andira cice* (pasto cuchillo), apelaciones ambas muy adecuadas, pues cada hoja de la mata es una navaja bien afilada. En la travesía mis pantalones se hicieron trizas en menos que nada y de inmediato las piernas se me cubrieron de sangre y toda clase de tajos, sin hablar de lo difícil que se hacía cabalgar por un lugar tan fangoso que el caballo se hundía hasta los corvejones y tropezaba oportunidades y tuve que sufrir las consecuencias. Se salió al fin del mal paso, pero como las carretas no pararon tuve que soportar el sol de enero, el más ardiente del año en la comarca, azotando mis piernas laceradas.

Habíamos entrado al rincón de San José formado por dos brazos del estero Y-pucú que viene del Iberá. Avanzábamos sobre una altura en la cual se reconocían ciertos indicios de antiguas viviendas: un poste aún erguido, señales evidentes de caminos cubiertos ya por pastos altos, igual que el resto del terreno. En este rincón y en el de San Joaquín tenían sus estancias los jesuitas. El rincón de San José es una lengua de tierra de cinco a seis leguas de largo por unas dos de ancho: está rodeado de profundos esteros y no tiene más que una salida, ubicada al norte. Su tierra es de las mejores. Por todas partes ofrece pastos magníficos; nunca le falta agua y los animales no tienen salida, condiciones preciosas para esos grandes establecimientos ganaderos. ¡Qué hermoso país, vuelto inculto o inútil! Con un sentimiento de tristeza se recuerda que en tiempos del esplendor de las Misiones todas estas tierras estaban cubiertas de animales que servían al aprovisionamiento de los pueblos. Hoy día reina en todas partes una soledad profunda. Ya no se ve sino una llanura uniforme, tranquilo habitáculo de los ciervos que pacen serenamente, sólo perturbados por el jaguar, su mortal enemigo.

Deseaba con ardor conseguir un ejemplar del gran ciervo del país, el *guazú-pucú*, sin descuidar nada para asegurarme al efecto la ayuda de los propietarios e integrantes de nuestra escolta, mis compañeros de viaje, con mayor razón puesto que atravesábamos una de las zonas pobladas por ese animal. Los mejores cazadores cambiaron de caballos, eligiendo buenos corredores, y prepararon sus lazos. Se avanzaba alerta, cuando aparecieron dos hembras de la especie, echadas en el pasto. En seguida el grupo se abrió y no menos de veinticinco hombres se lanzaron en persecución; todos galopaban a rienda suelta, inclinados sobre los caballos y blandiendo el lazo sobre sus cabezas. Era un espectáculo encantador. Los seguía, fusil en la mano. Las corzas apenas tocaban el suelo, pero los caballos les dieron alcance y un cazador mejor montado que los demás enlazó a una de ellas. Mi propósito estaba logrado. La otra pudo ganar una charca donde se puso fuera de alcance. El pobre animal capturado estaba tan cansado que no se pudo hacerlo correr; lo pusimos en una carreta. Los ciervos de esta especie frecuentan de noche los juncales anegados o esteros, pero de día los tábanos que abundan en esos lugares les obligan a abandonarlos por otros más secos, donde buscan algún descanso. Por sus formas difieren mucho de los nuestros; también y sobre todo sus hábitos, ya que rara vez viven en el bosque, buscando siempre los parajes acuáticos. Con gusto compré aquella hembra al que la capturó, pero tuve que pagarla cara porque le era fácil advertir mi interés por tenerla. Me costó diez pesos, o sea cincuenta francos. Poco después fue avistado un ciervo joven de la especie *guazú-ti*; esta vez descansaron los lazos y entraron en juego las boleadoras. Su carrera era tan veloz que le lanzaron más de veinte sin alcanzarlo; hasta que llegó un niño de doce años, célebre, por su habilidad, haciendo girar como de costumbre las bolas sobre su cabeza: las tiró y el guazú-ti quedó en el sitio, con las patas trabadas. Se trataba de un cervato que aún tenía el pelaje nuevo, pero también lo compré.

Pronto llegó la gente al otro brazo del estero de Y-pucú, que separa el rincón de San José del de San Joaquín; allá paramos un rato para comer. Tomándome apenas el tiempo de devorar un trozo de carne, tuve que quedarme al ardor del sol para preparar los animales tomados en el día, mientras los demás descansaban. Como de costumbre, partimos a las tres. El calor todavía era excesivo. Había que cruzar un estero considerado por su profundidad peor que todos los que ya habíamos pasado. Sin embargo no tenía ganas de retroceder. Monté y me lancé con coraje. Para tener una idea de esta agradable travesía, que nos insumió bastante tiempo, hay que representarse un pantano casi sin desagüe, de una media legua de anchura y todo cubierto de juncos, entre los cuales el caballo nada, pierde pie y vuelve a nadar. Todavía no me había

hecho a esta clase de caminos, pero seguía a los demás. Los que tenían caballos grandes se reían de quienes los tenían de poca talla porque estos últimos tenían que nadar más que los otros; el mío era relativamente grande y me derribaba con frecuencia. Por desgracia el agua y el frotamiento de los juncos y la ropa reabrieron todas las heridas que la cortadera me había producido al atravesar el primer brazo, y padecí mucho durante el trayecto. Todo se olvidó en la otra orilla, donde el sol me secó en seguida. Con varios de la caravana, salí al galope delante de las carretas. Uno de los primeros avistó un jaguar acostado en el pasto; el animal huyó con rapidez y todo el grupo se lanzó en su seguimiento; alcanzó un estero y se precipitó al agua, tras eludir dos lazos que le echaron y andaba a pasos cortos en el agua. Yo le disparé una bala que pareció quebrarle una pata, pero habría sido imprudente seguirlo por sus dominios acuáticos. Iba furioso y desapareció rugiendo entre los juncos. Nada más curioso de observar el miedo que produce a los caballos la vista de un jaguar. Hay que conocerlos bien para lograr que avancen hacia este felino cuyo olor haría huir a toda una tropilla. Se los ve galopar hacia la fiera, aguijoneados por las espuelas, moviendo las orejas y tratando de refrenarse. Es un galope forzado que tiene algo extraño.

Proseguimos la marcha. Muchos se dedicaron con sus perros a perseguir grandes perdices (*inambú-guazú*, según los guaraníes), los tinamús grandes de esos llanos. Son aves que levantan vuelo para posarse a una distancia apreciable, donde parecen burlarse de los perros; del lugar en que están posadas vuelven a volar, pero bajan a poca distancia y ya no se mueven, dejándose atrapar tontamente por los canes. Este espécimen de perdiz es mucho más grande que nuestra perdiz roja de Francia y constituye un excelente manjar. Nos hallábamos en una llanura inmensa, absolutamente horizontal. Sólo a lo lejos se divisaban unos bosquecitos dispersos a lo largo del Iberá. Es evidente, o al menos todo parece indicarlo, que estas tierras se inundan en la estación lluviosa. Franqueamos aún dos pequeños brazos de esteros y llegamos al primer montecito, donde se hizo alto para pernoctar. Se empezaba a desatar los bueyes cuando un avestruz americano, *ñandú* para los guaraníes, apareció entre nosotros. De inmediato todos los jinetes salieron en su persecución, arrojándole las boleadoras sin éxito más de veinte veces. Me divertía mucho verlo correr con las alas abiertas y describiendo incesantes zig-zags, para sustraerse a los cazadores; tenía que caer, sin embargo, y al fin pudieron bolearlo. Apenas tomado y sin darme tiempo a llegar, sus captores ya le habían cortado el cuello para hacer una bolsa con el pellejo que aprecian los moradores del campo, y arrancado todas las plumas para adornar las picanas de sus carretas, de manera que la-

menté no poderlo conseguir. Volví a la arboleda y bajé del caballo, deshecho de cansancio y sufriendo a la vez por mis lastimaduras y el ejercicio forzado que hice durante la jornada, al galope por terrenos fangosos o pastos altos entre los que no hay camino trazado. El mismo agotamiento me hizo desdeñar los mosquitos a los que me empezaba a acostumbrar.

18 de enero

El 18 de enero la caravana reanudó el viaje al despuntar el día. El grupo de cazadores, compuesto por más de veinte hombres se desplegó en línea de frente por el campo, para batir mayor espacio, tras haber convenido que a la primera señal, en caso de encontrarse algo bueno, todos se concentrarían para correr juntos la caza avistada. Yo era uno de los más adelantados, con el comandante de nuestra escolta. De muy lejos advertí que los más atrasados habían descubierto alguna cosa; se detuvieron después de una carrera larga, lo que me hizo suponer que el animal, fuera el que fuera, había sido atrapado, y en efecto al momento mi sirviente llegó a avisarme que acababa de *bolear* un ciervo guazú-ti, de buena talla, con la cornamenta desarrollada y completa. Seguía muy adelante, cuando uno de mis vecinos se puso a gritar, alzando los brazos, según lo convenido. Salí a todo galope para alcanzarlo y cuando estuve bastante cerca vi, sin poder adivinar qué sería, un gran animal negro que de lejos parecía tener dos cuerpos. Me acerqué más todavía, reconociendo un oso hormiguero ñurumé, conocido por los guaraníes bajo el nombre de *yoqui*. Lo que me había parecido ser un segundo cuerpo era su cola, casi tan larga como el resto que, levantada, se confundía con otro animal. Encantado por mi encuentro quise acercarme a tirarle; mi caballo estaba tan asustado que se encabritaba sin querer avanzar. Desmonté, corrí hacia el hormiguero y disparé con tanta precipitación que erré. Volví a correr hacia él, disparándole el segundo tiro y cayó pero volviéndose sobre el lomo, según acostumbraba, para defenderse con las garras. Me gritaron que no hiciera nada porque cuando está en peligro se abraza a lo que tenga a su alcance; como lo supe más tarde, así lucha con el jaguar y vende cara su vida, al morir, hundiéndole en los flancos sus terribles garras de cuatro a cinco pulgadas de longitud, sin soltarse más ni después de muerto. Varias personas dignas de fe me aseguraron que se ha encontrado con frecuencia junto a los dos campeones, muertos en el mismo lugar del combate. Al no poder acercarme, como estaba apurado, lo hice enlazar por las cuatro patas y uno de nuestros hombres lo ultimó. No pesaba menos de ciento cincuenta libras y medía unos tres metros, comprendida la cola. Los nativos lo consideraban un ejemplar de gran tamaño; lo hice cargar en una carreta y continuamos la marcha. Estaba muy contento con mi captura que tiempo después enriquecería las

galerías del Museo. La conversación entablada con toda la gente acerca del oso hormiguero se prolongó un buen rato y yo hice lo posible por mantenerla, a fin de obtener las mayores informaciones posibles al respecto. Atraen a este animal, que se alimenta exclusivamente de hormigas, los montículos de tierra que dichos insectos levantan, por lo que se puede encontrarlo solamente en la llanura, en tanto que el tamanduá frecuenta los bosques. Para cazar abre con las garras los hormigueros donde introduce su lengua de longitud desmesurada, la que se cubre de hormigas retenidas por una saliva pegajosa, y tragadas apenas la vuelve a colocar en su hocico. Es de suponer cuántas hormigas hacen falta para alimentar un animal de ese tamaño, por lo que también puede colegirse que los osos hormigueros serán de los primeros animales que desaparezcan del suelo americano, cuando los progresos de la civilización y el aumento de la población obliguen a utilizar, o aunque sea a recorrer con mayor frecuencia, los grandes desiertos que hasta el presente les sirven de hábitat. De todos los animales quizás sea el que tiene un modo más singular de desplazarse, porque su conformación le obliga a plegar los dedos y caminar sobre la parte cerrada del puño. También es, sin discusión, el animal más raro por sus formas y hábitos y el que presenta mayores anomalías en su largo hocico desdentado, sus ojos tan pequeños y la longitud extraordinaria de la lengua. Lleva la cría en el lomo.

Mis colecciones crecían con rapidez y a cada momento podían seguir aumentando. Ansiaba enriquecerlas con un macho de ciervo, guazú-pucú, pero no me hacía ilusiones de cazarlo porque transcurría el último día de una marcha tras la que volveríamos sobre nuestros pasos. Cruzando llanos a veces inundados, cubiertos por todos lados de pastos elevados, avanzábamos entre pequeños grupos de árboles dispersos que al borde de los esteros formaban islotes solitarios, variando un poco la monotonía del paisaje. Uno de esos montecitos, cercano a la ruta que seguíamos, me impresionó por su blancura resplandeciente. Estaba lleno de esas lindas garcetas con cuyo plumaje se adorna el chaco de los coroneles en Francia. Nada más pintoresco que aquella reunión. A no dudar, se trataba de una bandada viajera que se había posado allá para pescar a sus anchas los innumerables pececitos que en los esteros la estación cálida deja en seco. Llegamos a una leve elevación, cerca de un bosque, donde percibimos un poste, probable vestigio de alguna vivienda del tiempo de las misiones. Ningún otro rastro humano se veía por ninguna parte y la naturaleza había recobrado su antiguo dominio. ¡Que soledad, qué silencio rodeaban el lugar! Se habría dicho que todos los seres animados lo habían dejado junto con el hombre.

Después de haber pasado un bosquecito entramos en pantanos extensos, aun más salpicados de esos grupos de árboles tan notables, de forma tan redondeada y aislados, cada uno junto a una laguna llena de juncos. Allí volví a abrir en cadena el grupo, con el objeto de intentar la caza de un ciervo macho. Al contornear un gran estero descubrí uno de gran talla. De inmediato proferí un grito y todo el grupo corrió detrás: fue inútil porque el ciervo se metió en un estero y no se pudo hacerlo salir. Tuvimos más suerte con una corza, que no me consolaba de la imposibilidad de atrapar el macho, que veía en medio del estero. Pedí a todos que fueran a buscarlo, pero como este animal es a veces maligno, nadie se dejaba tentar. Mis ofertas de dinero decidieron por fin a dos soldados que se prepararon para hacerlo salir. Todos los cazadores cercaron el estero con el lazo preparado, y los soldados desnudos y empuñando el sable, entraron al agua y se dirigieron al ciervo que caminaba despacio ante ellos. Por último dejó el pantano; le echaron todos los lazos sin lograrlo cazar, cuando uno mejor dirigido envolvió su cornamenta. El animal se revolvió furioso contra el caballo del cazador, hiriéndolo gravemente de una cornada. Los demás cazadores le echaron entonces otro lazo con el que se le tuvo quieto hasta llegar las carretas, en una de las cuales quedó depositado, después de sacrificarlo. En su marcha tenía un aire orgulloso y amenazador que falta a nuestros ciervos europeos así como a su corza, cuyos modos, por el contrario, son suaves y tímidos; el conocimiento del animal que tienen todos los habitantes les hace adoptar tantas precauciones, por temor de que se les abalance, cosa que sucede a menudo.

Algún tiempo después tuve la suerte de obtener otro mamífero, no menos raro. Era la hermosa especie de lobo rojo americano, de crin negra[15], llamado *aguará guazú* (gran zorro) por los guaraníes. Nunca vi animal más ágil; saltaba los pastos altos con notable ligereza, pero el terrible lazo pudo detenerlo y desde entonces fue para mí. Todavía era joven. Al verse prisionero se enfureció en vano... Nos contentamos con no acercarnos. Es un animal dotado de extraordinario instinto para cazar perdices. Un propietario rural me dijo haber criado uno que las cazaba con sus perros, olfateándolas mucho mejor que éstos. Parece que en estado salvaje las perdices constituyen su alimento normal y las persigue indistintamente, de día y de noche. Rara vez penetra en los montes, por ser otro habitante exclusivo de la llanura, especialmente de la húmeda, muy diferente en este aspecto del lobo europeo, de más talla pero no tan alerta ni buen cazador. El de América une la astucia de nuestro zorro con la voracidad de nuestro lobo.

15 *Canis jubatus*, Cuv.

Ya estábamos en el territorio de la laguna Iberá, por lugares bajos inundados del todo en tiempo de lluvia. Por entonces todavía se encontraban unos espacios secos, pero los esteros o juncales inundados figuraban en número mucho mayor. Nuestra marcha se hacía minuto a minuto más difícil, trabada a cada paso por el fango del terreno. Grupitos de árboles dispersos por todos lados animaban el paisaje. Cada uno de estos islotes de árboles, como los llama la población, desborda de palmeras pindo, cuyas largas ramas verdes caen como espigas del extremo de un tronco delgado. No veíamos más que algunos catartas e iribús, venidos con seguridad a hacer nidos, y los caranchos que se divisan por todas partes. En cuanto a esos chantres de la floresta que animan la naturaleza, absolutamente nada...

Un silencio hosco caía sobre los enormes pantanos, refugio de los ciervos y demás mamíferos que huyen del hombre. Como ya no se quería parar hasta el sitio en que encontraríamos las cañas objeto de nuestro viaje, me vi obligado a esperar en ayunas hasta las tres de la tarde. Mi apetito había aumentado con el ejercicio de la jornada y ya era tiempo, para mí, de llegar a destino, porque empezaba a ver la naturaleza cargarse de tintes más sombríos que los habituales. Por fin llegamos, después de haber cruzado una infinidad de esteros y charcas llenas de cortaderas. Era un bosque de más o menos un cuarto de legua de perímetro, rodeado de pantanos profundos, que en el interior, debido a la proximidad del agua, estaban llenos de bambúes de cincuenta a ochenta pies de altura, cuyas ramas elegantes esgrimían unas espinas que inspiraban miedo de acercarse. Allí encontramos bambú seco, cortado el año anterior, que se cargó en las carretas. Quizás sorprenda que no se los hubieran llevado apenas cortados, pero ella se explica por el grosor de esos bambúes, los cuales mientras están verdes pesan tanto que recargarían en exceso las carretas, pero al secarse pierden la tercera parte del peso. Tuve que apurar la preparación de mis adquisiciones, por temor a que el calor excesivo las descompusiera, y pensé más en trabajar que en comer. Por desgracia el trabajo era tanto que a pesar del entusiasmo que ponía no pude terminarlo hasta la mañana siguiente. En efecto, tenía dos grandes ciervos, una cría, un oso hormiguero y un lobo, botín enorme. Al otro día, una vez concluidas mis preparaciones hice extender sobre las carretas los cueros de los animales para que se secaran en el camino.

El lugar en que me hallaba puede considerarse como parte de la laguna Iberá misma. El suelo se componía de pantanos profundos, por lo general cubiertos de juncos. Los grupitos de árboles estaban cada vez más próximos, y no obstante se observaban bambúes, señal inequívoca de la profundidad que alcanzaban las aguas vecinas. Nuestros guías me aseguraron que no se podía ir más adelante.

De acuerdo con todos los mapas publicados en Europa, hasta los más modernos, que reprodujeron siempre los errores contenidos en los de Azara, debía encontrarme por lo menos en medio de la laguna, ya que se la hace cubrir toda la provincia de Corrientes, reuniendo de tal modo todos los esteros de la Maloya y los del riacho Santa Lucía con esta laguna Iberá de mapa. Sin embargo, ya se ha visto que había cursos de agua y tierras bastante altas en el centro de esta superficie, con la que era más fácil al geógrafo hacer un solo pantano. Pese a la gran reducción que de acuerdo con Parchappe hago sufrir a la laguna Iberá, como puede verse en la parte geográfica de la obra, esta laguna sigue siendo inmensa. Su forma es siempre alargada de nornordeste a sursuroeste, dirección general de todos los cursos de agua de la comarca. No da origen a todos los ríos de la provincia sino a tres: Batel, Miriñay y Corrientes; el segundo se vierte en el Uruguay y los otros dos en el Paraná. Así como se la concibe en la actualidad, la laguna Iberá cubre con sus esteros una superficie que puede calcularse en más de doscientas leguas cuadradas. No es una de esas lagunas comunes, cuyas aguas se ven libres de islas y cañaverales; por el contrario, ofrece el aspecto de un pantano más o menos accesible, según la estación. En efecto, durante el verano es posible penetrar un largo trecho más allá de sus bordes cubiertos, como dije, de grupitos de árboles dispersos; pero tiene muy pocas partes susceptibles de recorrerse en bote, por lo menos por los lados oeste y norte. Es demasiado barrosa, en suma, para que se pueda recorrer a pie, y demasiado poco profunda para permitir una navegación continua. ¿De dónde puede venirle entonces ese nombre tan pomposo de Iberá[16], agua brillante? ¿Su parte oriental ofrecerá márgenes más accesibles? Es lo que debemos al menos suponer para atribuir cierta verosimilitud a la aplicación del nombre; salvo que se busque su origen en una antigua superstición guaraní –igual que para C*aa-berá*, bosque brillante– según la cual allá se verían luces por la noche. Por lo demás, ha de ser inútil que se trate de profundizar la cuestión, que se remontaría a la época más antigua de los anales de la civilización guaraní, privada hasta ahora de los medios adecuados para transmitirnos los recuerdos de su historia.

Varios indios de las viejas misiones que acompañaban a la caravana nos participaron sus ideas más o menos verosímiles acerca de la laguna Iberá. Entre otras cosas pretendían que aunque sea muy difícil atravesar este conjunto de esteros que hace casi imposible acercarse al centro de la laguna, es seguro

16 *Iberá*, voz compuesta por las palabras guaraníes *i*, agua, y *berá*, que reluce, que brilla: *agua brillante, agua luminosa*.

que en su parte central hay tierras secas. También referían que hace mucho tiempo, durante una sequía intensa, algunos animales cruzaron los pantanos y alcanzaron dicha isla, que el único individuo que pudo entrar desde entonces la encontró cubierta de vacunos que se habían hecho montaraces. Los indios estaban tan convencidos del hecho que aseguraban haber oído mugidos de toros y vacas. De creerse al testimonio de Funes[17], que pudo recurrir a buenas fuentes, en 1639, durante las primeras guerras de Misiones, que estaba cubierta de poblados hacía más de veinte años, los caracaras, capasalos, mepenses y gualquilaras, tribus guaraníes, con seguridad, poblaban las islas de la laguna Iberá de donde iban a saquear los alrededores de la ciudad de Corrientes; hubo que levantar contra ellos una fuerza de cien españoles y doscientos treinta guaraníes, quienes se apoderaron de una canoa de los enemigos, descubrieron así su refugio, los combatieron y dispersaron. Suponiendo que no se haya confundido ya entonces los esteros de la Maloya con la laguna Iberá, como después hicieron todos los geógrafos, este hecho vendría a reforzar las afirmaciones de los indios misioneros. ¿Bastaría para admitir que haya tierras habitadas en la laguna misma?

19 de enero

El 19 emprendimos el regreso. Se marchaba sobre las huellas de la víspera, pero como las carretas estaban cargadas y las primeras cavaban zanjas, los malos caminos nos detenían a cada momento y recién llegamos a las once de la noche al lugar de donde partimos la víspera. El 20 reanudamos la marcha. Por todas partes encontrábamos desierto el campo; ya no veíamos los ciervos de andar altivo ni el astuto lobo rojo. Todos los pacíficos ocupantes de la región habían huido al acercarse el hombre. A las dos alcanzamos el paso malo, que los caballos cruzaran a nado; nos dio más trabajo que de ida y estuvimos a punto de romper una carreta; por último franqueamos el obstáculo y la tropa hizo alto del otro lado para comer los pocos trozos de tasajo que nos quedaban, ya que nuestras provisiones se estaban acabando. Allí se dividió la caravana, con gran satisfacción de mi parte. Unas carretas querían atravesar el riacho de Santa Lucía por la ruta ya recorrida, cosa que habría de resultar penosa por su carga, en tanto que los propietarios de aquéllas en que tenía establecido mi laboratorio de preparaciones consintieron, a mi pedido, en dar la vuelta a los esteros que originan el riacho Santa Lucía y pasar por Barranqueras, localidad que ya había visitado antes de mi viaje a Caacaty.

Estas carretas de viaje son muy grandes y tan distintas de las nuestras que considero necesario describirlas. El cuerpo es de madera maciza, con un largo

17 *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay*, etc., tomo 2, pág. 29.

timón adelante que se prolonga detrás a todo lo largo del artefacto, unido a otras dos piezas de madera que forman los costados y todo ligado por fuertes travesaños. El eje es muy grueso y también de madera, lo que obliga a dotar las ruedas de cubos más voluminosos que para los ejes de hierro; estos cubos son enormes. Por lo general las ruedas son muy altas, a fin de poder cruzar las tierras inundadas que aparecen con tanta frecuencia, y de gran espesor, necesario para la solidez, dada la carencia de herrajes; cada una tiene material suficiente como para que en Europa se saquen por lo menos tres ruedas de mediano tamaño. Al cuerpo de la carreta se adaptan montantes sobre los cuales se fijan tallos flexibles de lianas, curvados en semicircunferencia para estructurar el armazón de un techo de cuatro a cinco metros de largo por dos de altura. Se guarnecen los costados con paja seca, recogida en los esteros y atada sólidamente; la parte superior se cubre con tres o cuatro cueros de vaca, puestos de través y bien atados entre sí, de manera que el conjunto forme una verdadera cabaña. En medio del frente de la carreta hay una pequeña media luna colgada, en la que se apoya un largo bambú llamado *picana*, que sirve para aguijonear los bueyes y maneja un carretero sentado en la misma delantera. La picana tiene por lo menos diez metros de longitud y su base reposa en la media luna, cosa que permite al conductor dirigirla en todos los sentidos, sobre los tres pares de bueyes. El extremo, por lo común adornado con un gran penacho de plumas de avestruz, está munido de un pinche que tiene que alcanzar la tercera yunta; una vara, también con su aguijón, desciende perpendicularmente sobre los lomos de la segunda yunta, y para estimular la primera, la de los timoneles, el picador empuña con la mano izquierda una varita (*picanilla*), mientras maneja la picana con la derecha, por lo que se encuentra obligado a moverse todo el tiempo, cosa que hace muy penoso su trabajo.

A cada carreta se uncen seis bueyes; dos al timón, con un yugo bastante largo para que cada uno deba caminar por la misma huella que seguirá la rueda correspondiente. Las otras dos yuntas también tienen yugos semejantes, pero atados de manera que un espacio amplio separe a los tres pares de bueyes; es así cómo una sola carreta viene a ocupar mucho espacio. Allí, como en todas partes, cada buey recibe para avanzar el doble estímulo de los aguijones que he mencionado (picana y picanilla) y los gritos de *¡vamos!* repetidos a cada momento por el conductor, que agrega cada vez el nombre del animal al que increpa, como si se creyera escuchado y comprendido. Una caravana de carretas así preparada resulta en verdad imponente y forma una línea prolongada que gana majestad en medio de aquellas inmensas soledades, por las que traza un camino en el pasto que no ha sido hollado durante muchos años y que tal vez vea transcurrir un número aún mayor antes de volver a serlo.

Tomamos las alturas de San José pero tuvimos que dar un rodeo prolongado, debido al fuego que nuestra misma gente puso al llano por diversión. El campo ardía por todas partes; torbellinos de humo ennegrecían el aire sacudido por la crepitación de las plantas incendiadas y sólo los esteros detenían las llamas que un viento impetuoso diseminaba por toda la zona, en menos que nada.

Pronto aparecieron a nuestra izquierda los bosques de San José. Tomé la delantera con varios otros individuos que esperaban encontrar fruta. Reconocimos el antiguo camino hecho por los pobladores y entonces cubierto de plantas altas y hasta arbustos pequeños. A cada lado crecían árboles que parecían haber formado alameda. Me hallaba en unas leves elevaciones arenosas pobladas por palmeras yatay-pofil, especie rastrera que ya he descrito. Siguiendo la vieja ruta entre malezas, llegué a un monte de durazneros y naranjos que era el único resto del antiguo poblado. En el sitio donde había estado la plaza una cruz señalaba el emplazamiento de la iglesia; nada más quedaba, ni siquiera un poste erguido, para testimoniar el esplendor que tuvieron las misiones, cuando las gobernaban los jesuitas. San José, a cuyo nombre se agrega en la región *cue* (ex), era la cabecera de las estancias jesuíticas, en la margen occidental del Iberá. Allá se aprovisionaban de ganado todas las demás misiones. Hoy día está todo desierto; los animales domésticos ya no recorren esa campaña vasta y fértil, donde los reemplazaron las bestias feroces. El pueblo debió ser bastante grande, a juzgar por la cantidad de durazneros y naranjos dispersos que corresponden a los jardincitos particulares que otrora tenía cada familia. En la actualidad constituyen un monte y están mezclados a otros árboles indígenas que concluirán por asfixiar del todo esta vegetación importada. Una magnífica laguna de agua clara ocupa un lado de la localidad; la cantidad de senderos que convergen hacia ella permiten suponer que debe haber sido muy frecuentada.

"¡He aquí –me decía al contemplar aquellos tristes despojos de establecimientos antaño tan opulentos–, he aquí el estado a que están reducidas las hermosas misiones que tantos odios concitaran contra sus valerosos fundadores, entre las otras órdenes religiosas y los seculares españoles! ¡Estos son los lugares cuya posición codiciada produjo tantas denuncias contra sus poseedores, por parte de celosos obispos o gobernadores más celosos aún! He aquí a que las redujeron los hombres injustos y apasionados que, luego de clamar contra la tiranía de su administración, las sometieron a una administración todavía más tiránica.

Estas ideas se vinculaban con el recuerdo de la época de esplendor de las misiones y con el de su historia, desde la conquista hasta nuestros días; histo-

ria muy interesante, de la que voy a ofrecer un extracto sucinto, reservándome la mención del gobierno que las regía, para el momento en que describa las hermosas misiones existentes en las extensas provincias de Chiquitos y Moxos, donde encontré intacta aquella administración en verdad paternal.

El primer europeo que recorrió las orillas del Paraná más allá de Corrientes y aun, según lo aseguran los historiadores[18] hasta la proximidad de la gran catarata, fue Gaboto, hacia el año 1527, el mismo que con posterioridad remontó el río Paraguay. Las provincias de Misiones, o más bien las del Guayrá, como las llamaban los primeros conquistadores, estaban pobladas por diversas tribus guaraníes. Indios pacíficos, fáciles de reducir, cuya ropa consistía en una mera capa de pieles de animales, semejante a la que todavía usan los tobas del Chaco y los patagones. Estos indios tan tratables y hospitalarios, mantuvieron mucho tiempo su independencia sin que se tratara de reducirlos; la primera tentativa hecha para reunirlos en una población tuvo lugar más o menos en 1536, al borde del Paraguay, en el lugar que ahora ocupa Asunción. En 1555 muchos españoles al mando de Nuflo de Chaves, penetraron en la provincia del Guayrá y comenzaron a establecerse en comandancias. Los guaraníes establecieron relaciones amistosas con los españoles, o más bien soportaron con paciencia su yugo, hasta 1560, año en que trataron de recobrar la libertad. La efervescencia ganó la provincia del Guayrá, hoy día Misiones, donde se libraron varias batallas. Estallaron conflictos renovados sin cesar o nunca extinguidos, entre los españoles siempre despóticos y los guaraníes sometidos por la fuerza a una dominación severa, de la que constantemente trataban de librarse. En 1579 Juan de Garay, el fundador de Buenos Aires, marchó con treinta soldados selectos contra los indios congregados cerca del Paraná. Dos guaraníes, llamados Pitum y Corasi, se adelantaron a desafiar a los españoles más valientes, desnudos y con una pica por único armamento. Dos españoles salieron a la liza, con sus espadas, y los guaraníes resultaron vencidos tras una obstinada resistencia. Se retiraron alabando el valor español, lo que ofendió a su jefe Tapuyguazú, quien, temiendo que esto pudiera ejercer una influencia peligrosa sobre los suyos, hizo matar a los guerreros en premio a su coraje.

1828
Misiones

Hacia 1600 los españoles trataban con tanta tiranía a los indios del antiguo Guayrá, que la mayor parte, ya reducida en *encomiendas*, desertaba de todas partes y volvía a su vida salvaje. Dos expediciones realizadas entonces por Hernandarias a las orillas del Paraná y Uruguay los hicieron desistir de la idea

18 Datos extraídos de Funes, op. cit., y otros historiadores acreditados.

de reducir por la fuerza a los numerosos indígenas de la región, cosa que determinó a la corte de Madrid a resolver que sólo podrían someterlos las armas de la fe, y Felipe III promulgó en 1608 una real cédula que aprobaba la medida. Al año siguiente dos jesuitas llegaron a América y partiendo de inmediato al Guayrá, emprendieron en 1610 la fundación simultánea de todas las misiones del Paraguay y las de Misiones, aún existentes, por y contra las cuales se publicaron tantos escritos. Entonces se edificó Loreto, no el poblado que describí sino la antigua Loreto, a mayor altura sobre el Paraná, que iba a cambiar tantas veces de emplazamiento, hasta ocupar el actual. Fue por lo demás esta primera misión la que dio nacimiento a San Ignacio y a todas las demás. Por cierto que los indios, acostumbrados a sentirse maltratados por los gobiernos militares, se encontraron a sus anchas con la nueva forma de gobierno que les aseguraba una vida tranquila, sin mucho trabajo, y sobre todo alimento y vestidos que ellos mismos manufacturaban en común, por lo que todas las tribus vecinas de los jesuitas se le unieron con extraordinaria rapidez.

En 1612 la corte de España sancionó una medida muy favorable a los jesuitas y sus pobres neófitos. Una ordenanza disolvió las encomiendas, derogando el derecho hasta entonces reconocido a los que vinieron a poblar el continente, de apropiarse de todos los indios que encontraran en las regiones descubiertas y conquistadas por ellos y explotarlos durante dos generaciones. Esta sabia disposición motivaría necesariamente importantes desórdenes entre los soldados de la época, pero no produjo cambios notables en la situación existente. Las misiones progresaban y los indios guaraníes, agrupados en poblaciones numerosas y prósperas, disfrutaban en paz del gobierno paternal de los jesuitas. Esta situación se mantuvo hasta 1628 en que Luis Céspedes Xeray asumió el gobierno del Paraguay; este funcionario, que se había casado con una portuguesa oriunda de Río de Janeiro, dejó entrar a los *mamelucos*, o portugueses libres de San Pablo[19], les permitió dar caza a los indios para venderlos como esclavos y no tuvo inconveniente en asignar por sí mismo un precio a esta condescendencia criminal. Seguros de su impunidad, desde entonces los mamelucos comenzaron por penetrar en la provincia de Guayrá o Misiones, allá por el año 1629, destruyendo once poblados construidos hacía poco por los jesuitas. Don Esteban Dávila, gobernador de Buenos Aires, calculó en sesenta mil los indios vendidos en el mercado de Río de Janeiro, durante el

19 Se sabe que la provincia de San Pablo, colonia portuguesa sólo poblada de malhechores escapados de la justicia, mantuvo su independencia hasta los comienzos del 1700, época en que el gobierno portugués la tomó bajo su protección.

breve lapso que media entre 1628 y 1630. Las naciones bárbaras de la vecindad imitaron a los mamelucos, reduciendo las misiones a un estado deplorable, que los jesuitas intentaron remediar a fuerza de cuidados; sus esfuerzos fueron inútiles. En 1636 una tropa compuesta por quinientos mamelucos y dos mil tupíes volvió a invadir la república cristiana. Sus habitantes imploraron el amparo del gobernador del Paraguay, don Pedro de Lujón, quien acudió con premura con la intención de socorrerlos, pero se acobardó en el momento de combatir. Los indios entraron solos en acción y obtuvieron una victoria completa. En lugar de congratularlos, el cobarde Lujón les reprochó su triunfo y mandó poner en libertad a los prisioneros hechos al enemigo, pareciendo sólo satisfecho con el trueque de dos mil cautivos que se obtuvo de los mamelucos; pero en vez de reintegrarlos a sus pueblos respectivos los distribuyó entre sus soldados, sin duda para premiar su falta de valor. Una nueva tentativa se produjo en 1640. Los mamelucos, con ayuda de los tupíes, sus compañeros de rapiña, cruzaron el Uruguay en trescientas piraguas y volvieron a atacar a los guaraníes. Estos juntaron algunas armas de fuego, fabricaron cañones con gruesas cañas de bambú cubiertas de cuero, y a pesar de la inferioridad de su armamento les infligieron otra derrota. Los portugueses hicieron la tercera incursión en 1652, resultando vencidos por vez tercera.

En 1644 los jesuitas tuvieron varias discusiones con el obispo del Paraguay, que los expulsó de Asunción, adonde sólo en 1650 pudieron regresar. Los neófitos no sólo tenían que proveer a la defensa de su territorio sino que debían servir además como tropas auxiliares en todas las guerras que tuvieran que sostener los gobernadores del Paraguay y Buenos Aires, cosa que debía demorar mucho el progreso de las misiones jesuíticas y exponerlas con frecuencia a la corrupción; sin embargo, cada día estaban más florecientes y se convertían en objeto de envidia para todos los gobernadores vecinos; de ahí las falsas declaraciones acerca de la riqueza de las pretendidas minas de la provincia, que incluso repercutieron en Europa, y en 1657 hicieron acordar al gobernador del Paraguay la facilidad de visitar todos los establecimientos cristianos, en los cuales no encontró otros tesoros que cultivos laboriosos y una administración que permitía esperar resultados ventajosos del porvenir. Por esta vez la envidia no obtuvo ninguna satisfacción. Hacia 1676 la corte española, que pretendía imponer a los indios de Misiones los mismos tributos que a los del Perú, sin considerar los servicios militares que prestaban día a día, autorizó a don Diego Háñez a levantar un censo de contribuyentes; al parecer éste exageró la cifra mediante la inclusión de los niños y los viejos. Por suerte los jesuitas lograron sustraer durante un tiempo más, de los efectos de la medida, a los neófitos que se encontraban bajo su dominio.

Los conflictos suscitados entre Reves y Antiguera[20], así como otras muchas disensiones que tuvieron lugar hacia 1722 en Paraguay, causaron gran daño a Misiones. Siempre había que mantener bajo las armas gran cantidad de indios guaraníes y fue sólo a su bravura que se debió en 1735 la salvación de Asunción, atacada por bocobís y guaycurús, naciones del Chaco. Además, los jesuitas tenían que luchar contra las incesantes intrigas del clero secular, que con acusaciones calumniosas obtuvieron contra ellos del obispo Arregui, en 1733, una orden de expulsión de todo el Paraguay, cuyas consecuencias sufrieron los Padres hasta 1743, año en que fueron llamados de nuevo. El número de indios en condiciones de trabajar, que Barúa había estimado en 1.500.000 en un memorial elevado al gobierno y plagado de falsedades, se había reducido a 19.116, que pagaban un tributo anual de un peso por persona. En la memoria apologética redactada por el padre provincial de Misiones, se indica que en 1715 la población ascendía a 117.488 almas y en 1730 su número había aumentado hasta 133.117.

Según el último tratado suscrito en 1750 por España y Portugal, se devolvía a España la Colonia del Sacramento y había que señalar por fin los límites entre ambas potencias. Estos límites les convenían igualmente, pero los jesuitas los consideraron con pesar, porque la medida les privaba de algunas de las misiones orientales del Uruguay, y se esforzaron por retardar todo lo posible su ejecución. Elevaron al virrey de Lima y a la Audiencia de Charcas un memorial, reclamando contra la injusticia de esa disposición. En la Audiencia se apoyó su demanda, fue cursada al virrey y se resolvió someterla a consideración del rey, para que resolviera e impartiera a los comisarios instrucciones al respecto. En 1752 el marqués de Valdelirios llegó a América en compañía de Altamirano y Córdoba, dos jesuitas enviados de España en calidad de comisarios de la línea. Los jesuitas de Misiones hicieron todo lo posible para demorar la evacuación, aduciendo que los indios se negaban a abandonar sus reducciones, que sería posible que recibieran con las armas en la mano a las tropas encargadas de aplicar el tratado, que habían conservado un recuerdo demasiado doloroso del perjuicio que les infirieron los portugueses, para consentir nunca en someterse a sus leyes. El marqués de Valdelirios descubrió al fin el motivo de la morosidad jesuita y no perdió más tiempo. En octubre de 1752 comenzó su actividad; se unió a don Gómez Freire de Andrade, comisario portugués, y ambos funcionarios iniciaron los trabajos demarcatorios por el Castillo, al norte de Maldonado. En el ínterin, el provincial escribió a los indios que era preciso

20 *Sic*, en el texto. (N. del T.).

trasladarse y estos respondieron que debían sus tierras a Dios y a sus antepasados; se levantaron y arrastraron al movimiento insurreccional a todos los neófitos, salvo contadas excepciones, pese a los esfuerzos realizados por los comisarios eclesiásticos ante los curas para que consintieran en la evacuación. Estos comisarios fueron considerados causantes del mal; se llegó a dudar de que fueran jesuitas y los indios hasta marcharon contra uno de ellos, Altamirano, que tuvo que refugiarse en Buenos Aires.

Sin saber nada, los enviados llegaron a Santa Tecla. Los indios, prevenidos, se les apersonaron y el jefe guaraní tuvo con ellos una entrevista en la cual se negó rotundamente a reconocer la nueva línea limítrofe convenida. Esto indujo a los comisarios a retirarse, sin atreverse a pasar. Al ver que el jefe de los trabajos demarcatorios efectuaba aprestos bélicos, el procurador de Misiones, en nombre de su provincia, renunció a la autoridad que ejercía sobre los poblados que le negaban obediencia. Altamirano aceptó la renuncia y esperó que retiraran de las misiones a los *doctrineros* (curas), supuestos jefes de la revuelta. Escribió además a todos los curas, ordenándoles quemar la pólvora, destruir las armas, oponerse en especial a la fabricación de armas nuevas, abandonar sus poblados después de haber destruido todos los objetos afectados al culto, y por último regresar a Buenos Aires. En sus escritos, los jesuitas pretenden que a pesar de todos sus esfuerzos por llevarlos a la obediencia, los indios no quisieron modificar su actitud y se negaron incluso a escuchar lo que se les aconsejaba sobre el abandono de sus poblaciones. Agregan que llegaron hasta arrancar la orden de evacuación y quemarla en la plaza pública.

Por su parte, Valdelirios se dirigió a Martín García con sus tropas, y Gómez Freire hizo otro tanto por la suya. Las fuerzas de Valdelirios constaban de la guarnición de Buenos Aires y las milicias de Montevideo, Corrientes y Santa Fe. Por fin en abril de 1754 todos los cuerpos debían atacar cada cual un punto determinado. Andonaegui, jefe de la dotación española, avanzó hasta el arroyo Guarupá, y al ver el cansancio de sus caballos mandó pedir refuerzos a Yapeyú; pero los habitantes de esta localidad, guaraníes todos, estaban vinculados estrechamente con los insurgentes y por consiguiente detestaban a los españoles, considerándolos usurpadores. En la primera reacción de furor, doscientos de ellos rodearon al correo y le dieron muerte. Durante el curso de la guerra llegaron hasta hacer prisioneros a sus curas porque éstos parecían partidarios de los españoles. El estado de la fuerza española decidió a su jefe a invernar en un lugar donde esperaba encontrar forrajes, que le faltaban en sus acantonamientos. Al retirarse fue atacado por los indios de Yapeyú, que resultaron vencidos. Gómez, el jefe portugués, supo en Yacuy la retirada de los españoles y se

enojó, pero tampoco atacó, siendo en cambio atacado por los indios, que siempre tenían presentes los daños que sufrieron de los portugueses. Por unos meses, ambos partidos se hicieron una guerra cruenta que los obligó a concertar un armisticio, durante el cual esperarían la solución de sus cortes respectivas y cada ejército volvería a sus tierras; estas cláusulas fueron observadas por ambas partes. Sin embargo, Freire olvidó pronto el convenio y propuso a Andonaegui la reanudación de las hostilidades a partir del mes de marzo del año siguiente. La vergüenza de su retirada precipitada decidió a los españoles también. En diciembre de 1755 Andonaegui salió de Montevideo y al principio del año siguiente se enfrentaban los contendientes. Sin dejar de batirse con valentía, los indios se quejaban de ser los únicos defensores de los verdaderos intereses españoles, contra sus ministros, y todos los días esperaban verse confirmados en sus derechos. Cuando los ejércitos no esperaban más que la señal del combate, el jefe guaraní Nanguirú hizo decir a los españoles que sus indio estaban dispuestos a someterse. Andonaegui le concedió una hora para deponer las armas, sin perjuicio de ser pasado con los suyos a filo de espada, pero los españoles empezaron la lucha ante la expiración del término. Fueron muertos mas de mil trescientos indios y su ejército derrotado. Por cierto que el número de indios sólo ascendía a mil setecientos, en tanto que españoles y portugueses unidos totalizaban dos mil quinientos hombres armados a la europea. Después de varios otros encuentros, los españoles quedaron dueños del lugar y expulsaron a los indios de su tierra natal. Así terminó la primera guerra guaraní.

Esta guerra, interpretada en tantas formas por los distintos autores, en razón de la diversidad de sus opiniones, favorables o adversas a los jesuitas, es el principal motivo que los hizo odiosos a muchas personas imparciales que creyeron razonablemente prevenidos contra ellos a algunos historiadores de la época; pero si se examina, con Funes, las piezas que sustentan su defensa, habrá que pensar que tuvieron una intervención limitada, que por una parte sólo la obstinación de los indios y, por la otra, la mala fe puesta por los españoles y portugueses en la cuestión del armisticio, hicieron inevitable la guerra, causa principal de la primera desorganización de las misiones que más tarde resultó tan funesta a aquellas hermosas ciudades nacientes. Es verdad que España sólo podía perder en esa guerra, y que, por el contrario, todo era ganancia para Portugal. ¡Funesto ejemplo del peligro que entrañan tales determinaciones precipitadas que toman los gobiernos, ignorando lugares y circunstancias! ¿Podían de buena fe, los guaraníes, que habían visto raptados por los portugueses a sus padres, madres, hijos, hermanas y esposas, arrastrados luego y subastados por los vencedores en los mercados de sus capitales, podían de buena fe, digo,

en esta situación, someterse sin combatir el yugo de una nación que los oprimía desde hacía dos siglos?

Sea como fuere, se inició la aplicación del tratado de límites, pero los portugueses, con pretextos diversos, eludieron su cumplimiento total hasta 1759. En 1760, la muerte de Fernando VI interrumpió la entrega del territorio y Carlos III lo denunció en definitiva, en 1761, sin que los jesuitas lograran recobrar su antiguo poder ante la corte. Numerosos escritos publicados contra ellos, agregados a la envidia que su prosperidad inspiraba a sus vecinos y el deseo de repartirse sus despojos –todos estos motivos juntos– determinaron su expulsión total del territorio perteneciente a los españoles, por acta firmada el 27 de marzo de 1767. Al recibir la comunicación en Buenos Aires, Bucareli quiso hacer méritos, proponiendo un plan reservado de ejecución militar. El 22 de junio se fijó para la sorpresa, en las ciudades de Corrientes, Córdoba, Santa Fe y Montevideo, y el 21 en Buenos Aires, pero un accidente precipitó la catástrofe. El 2 de junio Bucareli se enteró de que se había expulsado de España a los jesuitas. Temió que la medida se hiciera pública demasiado pronto, y en la noche del 2 al 3 reunió el consejo, preparó correos y acuarteló las tropas. Al día siguiente se cercó el colegio, se echaron abajo las puertas y se notificó la expulsión a los jesuitas. Los proscritos acataron la orden, abandonando todo. Bucareli dio a toda persona que tuviera algo perteneciente a los jesuitas un plazo de tres días para restituirlo, y en estas circunstancias se libró a excesos culpables, en perjuicio de varios particulares que habían mantenido relaciones con ellos. En septiembre del mismo año, doscientos setenta y un jesuitas fueron detenidos y enviados a España. Habían recibido la orden con la mayor sumisión.

Bucareli tenía que visitar los establecimientos, pero sus temores quiméricos le hicieron adoptar muchas precauciones. Hizo ocupar diversos puntos por cuatrocientos hombres de las milicias de Paraguay y Corrientes, luego partió, el 24 de septiembre de 1768, acompañado por una pequeña fuerza. Al llegar al Salto del Uruguay, despachó dos oficiales a una parte de las misiones y se dirigió a Yapeyú. Por todas partes los indios se sometieron sin protestar y Bucareli se encontró dueño de treinta poblaciones. El clero jesuita fue sustituido por miembros de las órdenes mendicantes a quienes sólo se confió el gobierno espiritual, en lugar de acumularlo a las funciones administrativas, como otrora. Se nombraron administradores encargados de hacer trabajar a los indios y velar por los intereses de cada poblado. Bucareli dividió las misiones en dos provincias; entregó los diez establecimientos del Uruguay a Zabala y los otros veinte a Rivaherrera, después de lo cual volvió a Buenos Aires.

Los indios de las misiones no tardaron en darse cuenta de la pérdida que habían sufrido, al verse librados a una serie de calamidades que debían acarrear su ruina total. Sus nuevos jefes aplicaron todos los métodos susceptibles de embrutecerlos, cosa que, por otra parte, no podía menos de suceder. En aquel entonces los jesuitas eran los más instruidos de todos los religiosos; acababan de ser reemplazados por curas sin instrucción, que ignoraban el idioma guaraní, y por administradores todavía más ignorantes; todos déspotas sin razón, rivalizando sin cesar sobre sus atribuciones respectivas y celosos unos de los otros. En medio de esos conflictos jurisdiccionales, los indios sufrieron todas las vejaciones posibles, lo que también ocurrió en las misiones del Perú, tal como más tarde habré de referirlo. Los administradores quisieron suplir su propia inepcia obligándolos a entender el castellano a latigazos. Todos robaban a más y mejor, ocupándose mucho más de sus intereses que de los del Estado, y esos mismos intereses siempre daban motivo a conflictos entre el cura y el administrador. Se advertirá qué poco felices debían sentirse los indios con semejantes dueños; por supuesto, empezaron a odiarlos. Informado acerca de la situación imperante, Bucareli trató de remediarla en 1769, cambiando a todos los primeros administradores y enviando dos inspectores que nada bueno llegaron a hacer. Los nuevos administradores no fueron más humanos que sus predecesores. Bucareli pensó resolverlo todo, concentrando en manos de Zabala todo el gobierno de la provincia y, después de haber elegido a La Candelaria como capital, dictó en 1770 nuevos reglamentos y sometió los indios misioneros a las leyes de España, pero éstos eran perezosos por naturaleza y corrompidos por el ejemplo de sus jefes, de manera que aunque las nuevas instituciones daban mayor amplitud al derecho de propiedad, dejaron sus campos incultos y los talleres sin trabajo, faltos del estímulo que antes vinculaba a agricultores y obreros, solidarios con un interés común. También se permitió a los indios comerciar libremente con los españoles. Eran aún novicios en esta clase de especulaciones, y por desgracia muchas veces los engañaron los comerciantes europeos, sin que nunca pudieran contar con la protección de los administradores y curas, quienes, so pena de castigos, se reservaban una parte más o menos importante de sus ganancias, tal cual pude observarlo todavía en las provincias de Chiquitos y Moxos; al efecto, se basaban en una resolución del reglamento dictado por Bucareli, según la cual el comercio debería efectuarse por intermedio de los administradores; éstos obligaban a los indios, de este modo, a trabajar para ellos durante un tiempo que habrían empleado mejor en subvenir a las necesidades de sus familias.

Las dificultades se complicaban de más en más. Curas, administradores e indios se hallaban todo el tiempo en conflicto; aquéllos, debido a su codi-

cia cada vez más excitada y la envidia que les producían los éxitos de sus competidores; éstos, porque el yugo de sus tiranos se les hacía cada día más insoportable.

En 1772 varios administradores denunciaron que los curas de sus respectivas reducciones levantaban a los indios contra ellos. A su vez, los curas acusaron a los administradores de tratar a los indios como esclavos, a su capricho. El nuevo Virrey de Buenos Aires escribió al respecto a Zabala. Más tarde, en 1774, tuvo que dirigirse personalmente a Misiones, debido a unas discusiones habidas con los portugueses con referencia a los límites, y llegó hasta Santa Tecla, estancia que en tiempo de los jesuitas tuvo quinientas mil cabezas de ganado, comprobando su devastación total.

En 1776, los indios minuanes, incitados por los portugueses, atacaron Yapeyú. Habiendo prometido a los indios restituirlos a las misiones, los portugueses se apoderaron de San Ignacio y faltó poco para que esa patraña les permitiera adueñarse de todo el resto de la provincia, porque los indios seguían añorando mucho el tiempo de los jesuitas.

Hasta 1800 las misiones se rigieron por las leyes de Bucareli. Ya hacía veintidós años que esta desdichada provincia era presa de las crueldades y desórdenes de sus curas y administradores, y sólo entonces se empezó a tomar cartas en la cuestión. Se creyó paliar el mal aboliendo la comunidad de bienes, sustituida por la propiedad y la libertad de los indios; esta medida podía considerarse entonces oportuna ya que era lógico pensar que habrían tenido tiempo de aprender el valor de las cosas. Para ensayar el nuevo sistema fueron emancipadas quinientas familias a las cuales se entregaron tierras y ganado; pero como desde hacía largo tiempo no trabajaban sino para sus administradores, y bajo su férula, el trabajo les era odioso; estaban embrutecidos; ya no sabían hacer lo que les enseñaron los jesuitas; como no se los dirigía paternalmente, se habían vuelto esclavos por el miedo y olvidaron su anterior forma de vivir.

En 1801, la guerra con Portugal que derivó de las guerras europeas, hizo temer otra vez por las misiones que ya no mostraban ni la sombra de su antiguo esplendor. Tenían por entonces, si se atiende al censo de la época, 45.639 habitantes, cifra que representa una merma de 98.398 sobre la de 1767. Constituía la prueba incontestable de los vicios que afectaban su administración y las pérdidas que las invasiones de los charrúas les habían infligido; por lo demás, otras causas estaban a punto de consumar la ruina. Los portugueses las atacaron una vez más, tomando con facilidad una parte que los indios, cansados del yugo que padecían, defendieron en forma muy débil, mientras que sus implacables enemigos, devastando las tierras que encontraban en su avance,

aplicaron con criterio tan sistemático el saqueo, durante la crisis de la independencia de la República Argentina (1810-1811), que la provincia de Misiones desapareció casi del todo, quedando apenas unos montones de ruinas. Allá fue, por último, donde el general Artigas completó los efectivos de sus maltrechas fuerzas orientales, trasladándose con los indios a Corrientes, donde su despotismo y desórdenes rodearon a su nombre de odiosa celebridad.

He querido exponer un cuadro sucinto de la historia política de las misiones, desde su descubrimiento hasta nuestros días. He aquí cómo están los hermosos establecimientos que tanto dieran que hablar a los filósofos europeos; he aquí lo que para ellos representó el desorden que sucedió a los tiempos serenos en que cada indio, exento de ambiciones y dedicándose al escaso trabajo que se le asignaba, tenía la familia alimentada, atendida, bajo techo, vestida, sin ningún miedo ni preocupación por el porvenir. Es verdad que los neófitos disfrutaban de una libertad muy restringida; es verdad que estaban sometidos a una tutela permanente; pero creo que este sistema de gobierno les convenía mucho más que el que lo reemplazó: el de los administradores. Pude estudiarlo con detenimiento y en todos sus aspectos en las misiones de Chiquitos y Moxos, donde subsiste, y lo creo preferible a los demás porque los indios de nuestros días no están más libres que bajo aquel régimen, librados, por el contrario, a hombres capaces de todos los excesos que, detestándose mutuamente, en lugar de llevar a igual paso sus administraciones respectivas, querían gobernar a su manera particular. Hoy día esos hermosos campos que antaño estuvieron cubiertos de poblados bien construidos y limpios, y de cultivos que prometían abundancia, han vuelto a su estado primitivo. Espesos bosques cubren el campo; los árboles invaden hasta las ruinas de las poblaciones, donde unos lienzos de pared, a veces incluso unas plantas extranjeras, quedan como únicos indicios del lugar que cada misión ocupaba. La naturaleza parece tratar de revestirse con sus ornamentos primitivos y desaloja hasta a los durazneros y naranjos, vegetación de otro hemisferio, para desplegar su flora indígena.

Creo que sería difícil juzgar a fondo a los jesuitas por lo que hicieron con las misiones del Paraguay.

Esta relación histórica señala cuántas veces fueron estorbados en su actividad, cuántas veces fueron echados y se reintegraron a sus funciones; lo que agregado a la obligación permanente de diezmar sus poblaciones para satisfacer las requisiciones de tropas que día a día imponían el gobernador del Paraguay o los virreyes de Buenos Aires, durante los ciento cincuenta y siete años de su administración, debía por fuerza obstaculizar mucho los progresos. Nun-

ca se podrá elogiar bastante el talento y perseverancia de hombres a quienes aquellos obstáculos no impidieron obtener resultados tan satisfactorios como incontestables, pese a todo lo que hayan podido objetarles adversarios menos desinteresados que parciales.

20 de enero

Miraba con tristeza a los hombres de la caravana que se habían puesto como locos a comer los duraznos que engalanaban todos los árboles. Con un sentimiento penoso contemplaba esas frutas aterciopeladas, de color rosa, que aparecían en medio del follaje, y los naranjos de frutas doradas. Por último me sacó del ensueño en que me había sumido la llegada de las carretas que, pasando con lentitud ante mí, fueron a ubicarse alrededor de la laguna, donde se estableció nuestro campamento. Hacía tal vez muchos años que sus aguas no reflejaban tantas luces. Cada fuego hecho en la orilla tenía un aspecto vivaz que más tarde sería reemplazado por la oscuridad del despoblado. Me sorprendía que la tropa no estuviera animada como de costumbre; no la veía hacer ningún preparativo para cocinar, que pudiera dar pie a la conversación, y mayor fue mi sorpresa cuando el jefe de la caravana se llegó a decirme:

–No tenemos más víveres y vamos a acostarnos para olvidar el hambre.

En efecto, todo el mundo se acostó y se durmió. Yo tuve que hacer otro tanto.

Camino a Barranqueras 21 de enero

A la mañana siguiente toda la gente en pleno se dedicó a recoger duraznos y cargarlos en las carretas; luego abandonamos San José. Cruzamos varios esteros, uno de regular anchura donde las carretas estuvieron a punto de volear. Pronto descubrimos a la distancia los bosques de *Iberá-tingai*, situados junto al Paraná. Montecitos dispersos de naranjos señalaban la ubicación de las antiguas viviendas indias de la misión. Por último llegamos a un gran naranjal que en otra época formaba alamedas, cerca del cual hicimos alto. Esos naranjos cubiertos de fruta tenían tal altura que habrían podido figurar entre nuestras arboledas altas de Francia. Sin duda en cualquier otra ocasión hubiera admirado el lugar, pero la carencia de alimentos me impedía dirigir la atención a lo que me rodeaba. Para engañar el estómago comí unas naranjas, pero fue inútil. No obstante, aún no se preparaba nada. Cada vez estaba más fastidiado y al ver que mis compañeros de viaje no se preocupaban mayormente, disponiéndose acaso a esperar la llegada a Caacaty para saciar su apetito, me decidí a comprar un buey, que fue sacrificado de inmediato. A las tres ya teníamos de comer y toda la gente estaba contenta. Los carreteros hicieron provisión de naranjas y partimos. El monte de *Iberá-tingai* está situado en lo

alto de la barranca del Paraná, pero en un sitio donde el curso mismo del río se halla separado ahora de los acantilados cubiertas de pasto por un pantano de media legua de ancho, por lo menos. Estaba seco y tuvimos que pasarnos de agua, por ser imposible bajar hasta el Paraná. Seguimos su orilla, teniendo a la vista los bosques que por allí adornan las numerosas islas que engalanaban el río. Avanzando así llegamos a Las Barranqueras a las nueve y paramos para hacer noche. Otra vez me encontraba en el antiguo territorio de Corrientes y a doce leguas de Caacaty. No me desagradaba el retorno a un lugar habitado, porque mi estadía en el desierto ya se me hacía un poco larga.

1828
Regreso a Caacaty

Con gusto volví a ver los alrededores de Las Barranqueras, que me recordaban las contrariedades y padecimientos del viaje que había efectuado por el Paraná, para ir a Caacaty, recuerdos que entonces no carecían de atractivo. Siempre me agradó repasar en la memoria aquellos instantes de descorazonamiento producidos por los dolores físicos que luego valorizaban el descanso.

El 22 de enero se uncieron los bueyes a hora temprana y nos pusimos en marcha, siguiendo la ruta que había tomado en mi primer viaje a Caacaty. Paramos en Itá-Ibaté, para pasar las horas del calor, que era muy intenso, pues a la sombra se mantenía en los 36 grados centígrados. No corría un soplo de aire para refrescar la atmósfera, cuya extremada pesadez anunciaba la proximidad de la tormenta. El lugar de nuestro campamento había estado habitado hacía pocos años. Una choza ruinosa y varios naranjos lo probaban. Nos ubicamos bajo los naranjos para disfrutar de alguna sombra; a pesar del calor quise buscar insectos, pero mi tentativa no fue feliz. Removía unas maderas tiradas cerca de la casa cuando me asaltaron por sorpresa unas enormes avispas rojas, denominadas *cavapyta* por los guaraníes. Una de ellas me hundió el aguijón en la mano y en el mismo momento sentí un dolor atroz. Al oír que me quejaba, un indio corrió a recoger hojas de cierto árbol que llamaba *curupicahí*, las masticó y aplicó en la parte dolorida; como por encanto el dolor casi desapareció en un momento. Me sorprendió este efecto, por ignorar si debía atribuirlo a la nueva clase de cataplasma o a una virtud propia de las hojas masticadas. Me incliné sin embargo hacia la primera opinión. De cualquier manera, la mano se inflamaba en forma extraordinaria y estaba del todo insensibilizada. Al día siguiente todo rastro del mal había desaparecido.

22 de enero

Después de la siesta uno de mis compañeros de viaje, que quería levantar las piezas de su recado para ensillar el caballo, encontró debajo una víbora enorme, de la especie más temida por los pobladores. Se había deslizado mien-

tras él dormía. Esta especie, que los españoles llaman *víbora de la cruz*, traducción de su nombre guaraní *mboycuruzú*, es sin discusión la más peligrosa de la región. Se conocen casos terribles de los efectos producidos por sus mordeduras. En un alto, el caballo de mi viejo compatriota de Iribicuá, que había pisado una de estas víboras, fue mordido en la pata. El pobre animal se puso a temblar; hubo que desensillarlo en seguida y una hora más tarde moría. Tuve ocasión de observar el efecto que producen las picaduras de la serpiente de cascabel, o crótalo, y nunca lo vi tan rápido, lo que quizás se debiera a la parte del cuerpo en que el veneno podría tener mayor expansión. Los países llanos, arenosos y poco arbolados, suelen abundar más en reptiles ofidios. Allá, antes que en la montaña, debe irse a buscarlos y cada vez que llegaba a tierras de esa naturaleza hacía cosechas abundantes de este género de animales, que constituyen en todas partes el terror de la población. Una prueba de lo que aquí adelanto podré ofrecer cuando describa mi estada en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, donde las serpientes son tan comunes que no hay nada más corriente que encontrarlas en el interior de las casas céntricas de la ciudad, o verlas caer del techo, lo que nunca vi en tierras onduladas ni muy boscosas.

Partimos después de la siesta, pero como las carretas no podrían llegar el mismo día a Caacaty, por ser ya las siete de la tarde y faltar seis leguas de camino, dejé la caravana y dos horas después estaba en Caacaty, donde por fin pude dormir en una cama, cosa que no me sucedía hacía mucho tiempo. Allá permanecí varios días completando mis investigaciones por los alrededores, escribiendo y dibujando. Tras de haber explorado todos los bosques y lagunas de la vecindad, resolví abandonar la comarca, cosa que hice el 29, dirigiéndome al Yataití-Guazú con todas mis colecciones, desde donde seguiría viaje a Corrientes en un convoy próximo a partir para la ciudad. Otra vez me hallaba entre los hermosos yatay cuyos habitantes me recibieron con los brazos abiertos, y durante unos días volví a mis excursiones de historia natural, que me produjeron nuevas muestras; luego me dispuse a volver a Corrientes. El 4 de febrero se cargaron las carretas y a la tarde todo estaba dispuesto para mi partida, que tuvo lugar al día siguiente.

29 de enero

1828
Vuelta a Corrientes

La mañana del 5 se puso en marcha la caravana. La seguí de cerca, alcanzándola en el momento en que, abandonando el Yataití-Guazú, entraba en un estero enorme, sin desagüe, que corre paralelo al riacho Santa Lucía. A dos leguas del riacho, hacia el oeste, esta cañada como tantas otras está llena de juncos y sirve de morada

5 de febrero

habitual a multitud de aves acuáticas. En su ribera opuesta todavía encontré palmeras yatay, con el terreno arenoso y las lagunitas características de Yataití-Guazú; pero estas tierras no tardaron en desaparecer y otro pantano semejante al primero apareció ante nosotros. También hubo que atravesarlo, aunque tuviera más de media legua de anchura y mucha profundidad. El yatay volvió a mostrarse con sus arenas y lagunas. Allá fue que se hizo alto para pernoctar, cerca de la casita de un estanciero, en una eminencia arenosa del sitio llamado Monzón. Todas estas tierras, parecidas a las de Yataití-Guazú, son muy fértiles; habitadas por agricultores que obtienen abundantes cosechas de tabaco y caña de azúcar, y por estancieros que explotan los esteros de la Maloya, limitados por los yatay al oeste, criando ingentes ganados. A la noche, cuando la gente se reunió junto al fuego, tuve la suerte de recoger muchos insectos de gran interés, atraídos por la luz; después cada uno hizo su vivac como le pareció mejor.

6 de febrero

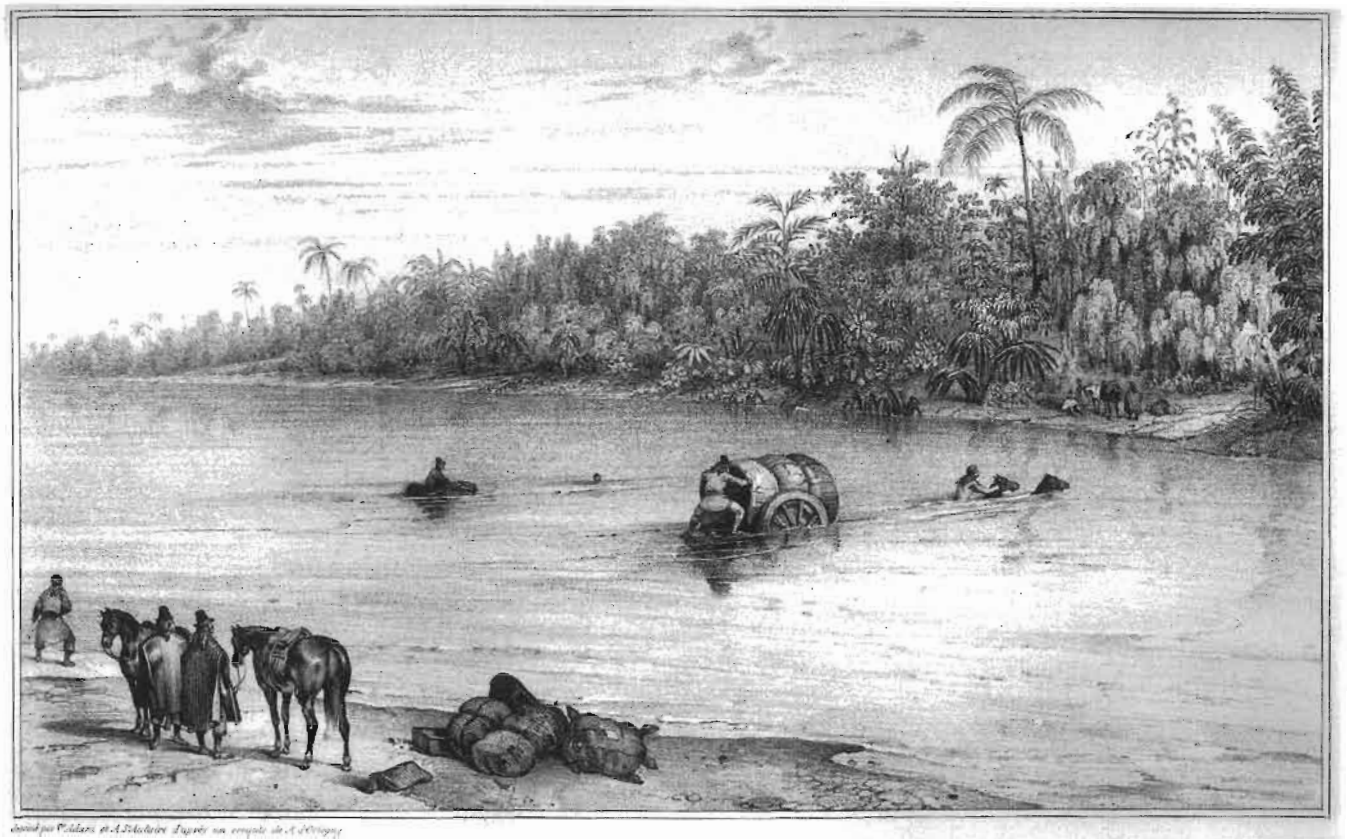
El 6 seguimos todavía por los bosques de yatay, pero pronto desaparecieron, al mismo tiempo que las arenas, su territorio exclusivo. Las tierras se volvieron arcillosas, se cubrieron de carondais y empezaron los pantanos. Pronto me vi en medio de los inmensos esteros que cubren todo el centro de la provincia de corrientes y se conocen como La Maloya, pantanos de los que sólo América suministra ejemplos, porque en ninguna otra parte se encuentran lugares inundados cuya extensión sobrepase las trescientas leguas cuadradas y sus aguas carezcan de curso visible, debido a la perfecta horizontalidad del terreno. Estos esteros son más o menos profundos, cubiertos de juncos, dando nacimiento a una gran variedad de plantas acuáticas o escondiendo en su seno bosquecitos compuestos de árboles diversos; sus orillas se cubren de palmeras carondai y todo se inunda en la estación de las lluvias, en ciertas partes al menos. Sin embargo –¿quién lo diría? – en estos lugares temibles, que frecuentan el jaguar y otros animales salvajes, se encuentran algunos propietarios que viven criando ganado y desafiando a tábanos y mosquitos, los azotes más leves de esos despoblados. En esa zona húmeda que en Europa estaría infectada durante la sequía por una capa de agua en descomposición, no existen miasmas deletéreas. Las tercianas, plaga de nuestras ciénagas, no se conocen en medio de La Maloya, cuyos habitantes se ven tan robustos como en cualquier otra parte. Pasamos toda la jornada por los pantanos, metidos en el agua casi todo el tiempo, hasta que tuvimos la suerte de encontrar la casa de un estanciero, una de las tres o cuatro que pueblan aquella soledad acuática.

1828
La Maloya

Al día siguiente recorrimos durante todo el día las mismas tierras anegadas, cortadas por montes de arboleda tupida y numerosos carondais diversos. Siempre teníamos el agua hasta las rodillas del caballo, porque era verano, y no encontramos un solo sitio en que se pudiera cocinar. En todo el día fue imposible bajar del caballo y a la noche hubo que prender fuego en la cúspide de uno de esos hormigueros enormes, tan característicos de los pantanos de la región, los que ya había encontrado a orillas del Riachuelo. Estos hormigueros cónicos señalan esteros menos hondos que aquéllos, donde crecen los juncos, cuyo fondo es arcilloso. A veces se quedan secos, o poco menos, lo que nunca sucede en los otros; se los llama malesales en la comarca. Tales marchas prolongadas a través de los aguazales son muy cansadoras, debido a los movimientos forzados del pobre caballo, que a veces pierde pie o se sacude a cada paso, y sobre todo si se está expuesto al sol de febrero, ardiente en esta zona. A la mañana había franqueado el estero que da origen al río Empedrado. Este río no corría aún por su cauce, pudiendo ser considerado como tal sólo a la salida de La Maloya. A la noche nos vimos obligados a acostarnos mal que bien en las carretas, porque no se podía echar pie a tierra.

8 de febrero

El 8 se empleó la mitad de la jornada en atravesar esteros; luego empezamos a encontrar terreno seco y al anochecer llegábamos bastante cerca del Riachuelo, a seis leguas de Corrientes. Por una distancia tan reducida no quise pasar otra noche en el campo. Cambié de caballo y un galope, me llevó a la ciudad.



Cruce del Río Santa Lucía (Corrientes).

CAPÍTULO X

Nuevo viaje por el Paraná. Excursiones al Chaco; los indios Tobas y lenguas

Nuevo viaje por el Paraná

De regreso en Corrientes, volví a mis tareas ordinarias. Tenía mucho trabajo para poner mis notas en orden y debía, al mismo tiempo, pensar en mi vuelta a Buenos Aires. Las noticias de la iniciación de las hostilidades entre Buenos Aires y el Brasil no eran tranquilizadoras. Gran cantidad de embarcaciones de piratas de todas las naciones, con patentes más o menos en regla de los dos gobiernos, robaban y saqueaban por todas partes. Ni el curso del Paraná estaba al abrigo de esos ataques, y yo no sabía qué hacer. Tenía sin embargo sumo interés en reconocer minuciosamente el curso del río. Traté, en consecuencia, de procurarme una pequeña embarcación. No hallándolo tan prontamente como deseaba, resolví terminar, por lo menos y entretanto, el sondeo del Paraná arriba de Corrientes. Sólo me faltaba la parte comprendida entre Iribicuá e Itaty; pero esa pequeña distancia bastaba para dejar trunco mi trabajo. No vacilé entonces en hacer lo mejor que pude para completarlo. Alquilé una pequeña barca y la envié antes por agua, con orden de esperarme en Iribicuá, a donde quería llegar por tierra, para no tener que luchar tres o cuatro días de más con la corriente.

Desde el 9 al 29 de febrero

Partí el 1 de marzo de noche, acompañado por una sola persona. Pronto me di cuenta de que había sido engañado. Los caballos que había comprado para ese viaje pronto se fatigaron y a duras penas me condujeron hasta Guaicaras, donde continué mi camino, luego de

1 de marzo

haberlos reemplazado. Me detuve, empero, junto a un lago que me habían señalado como depósito de muchas conchillas de agua dulce. Me desvestí e hice, en efecto, una cosecha bastante buena. A las once estaba en la aldea de San Cosme. Creía posible llegar en el día a Iribicuá, pero un violento huracán y torrentes de lluvia me obligaron a descansar en casa de un pobre agricultor, que me recibió lo mejor posible. No pude ponerme en camino hasta el día siguiente por la mañana; y, partiendo al galope, arribé a las diez a la pequeña cabaña de mi compatriota Grouet, a orillas del Paraná. Llegué con el corazón lleno de esperanzas, creyendo hallar en el puerto mi embarcación. Mi esperanza resultó defraudada. Todo estaba en silencio, tanto en la cabaña como en sus alrededores. El señor Grouet había abandonado su morada, de manera que yo era el amo del lugar. Mi barca no había llegado; ningún rastro humano se veía sobre la arena. Todo había retornado a su estado de tranquilidad primitiva. Regresé entristecido a la cabaña. Esa choza derruida no era hecha para alegrarme. Mi compañero de viaje no estaba más contento que yo. Lo más lastimoso era que carecíamos de víveres, no habiendo llevado nada, porque creíamos hallar la barca; y estábamos todavía en ayunas. Luego de haber aguardado largo tiempo, decidí correr hasta la casa de posta, distante una legua. Llegué en un suspiro. Ya no había casa; los indios que la habitaban vivían entonces en espesos matorrales de arbustos llamados *talas*. Sin otro abrigo contra la lluvia y el sol que las ramas cruzadas de los arbustos, sin otro lecho que un cuero de buey, que les servía también de techo, cuando llovía, esos pobres desdichados carecían de víveres, lo que los dispensaba de dármelos. Sin poder adivinar por qué mi embarcación no aparecía, envié a uno de esos indios a Itaty, para averiguar si había pasado frente al lugar. Me disponía a acostarme en aquel sitio, esperando el regreso del mensajero, y siempre en ayunas, cuando otro indio, que había estado pescando a orillas del Paraná, vino a informarme que mi barca había llegado finalmente. Partí rumbo a la costa. Volví a sentirme alegre con los víveres y la piragua, que se había retardado debido a la fuerte correntada de la creciente, ya muy sensible. La noche fue fría y desagradable.

Me embarqué al día siguiente muy temprano; y, marcando las direcciones con la brújula, calculando las distancias con un reloj, a una marcha uniforme, previamente medida, me dirigí, de punto en punto, siguiendo las costas meridionales del Paraná. Pasé primero por el *Riacho de Isipo*[1] (el pequeño río de los bejucos), brazo del

2 de marzo

1 La palabra guaraní *isipo* se aplica, en general, a las plantas trepadoras y en particular a los bejucos.

Paraná, que separa una isla bastante grande de la tierra firme. Por todas partes se presentaba a mis ojos la vegetación más activa. Todas las orillas estaban cubiertas de árboles, y el conjunto era matizado por el follaje elegante de la palmera pindo, por masas de flores violetas, de convólvulos, cuyos tallos, mil veces torcidos, coronaban la cima de los árboles y caían de inmediato al agua, de manera de formar glorietas naturales, bóvedas donde todo respiraba frescura y vida, adorno natural de esos lugares salvajes, que parecen más bien esas glorietas artificiales con que se adornan a veces nuestros jardines de Europa. Unas variedades de acacias brindan también allí sus racimos dorados, que armonizan de manera que no puede ser más agradable con el conjunto; pero, pronto, esos lugares encantadores cedieron paso a los acantilados escarpados, secos y gredosos de los alrededores de Itaty, y arribé finalmente a la aldea, cuyos buenos habitantes me festejaron del mejor modo que les fue posible. Una vez que los dejé para continuar mi camino, doblé las puntas rocosas de *Hivirai* (madera mojada), *Yaguari*, etc., y me detuve cerca de la punta de *Tolero*, para pasar la noche. Había gran cantidad de mosquitos. Reunimos muchas boñigas secas de vaca para hacer fuego, a fin de alejar esos insectos. Dispusimos en un gran círculo ese combustible en pequeñas pilas; primero las encendimos, luego extinguimos la llama para provocar el humo; el procedimiento nos resultó perfecto. Mis remeros me enseñaron que los indios tobas cazaban mosquitos encendiendo fuego a la paja o a hierbas mojadas. Me acosté en medio del círculo, sobre mi poncho, que me servía a la vez de sábana y de colchón, lecho al cual estaba acostumbrado desde hacía tiempo.

3 de marzo

El 3 de marzo reinicié la navegación, y descendiendo siempre con rapidez el Paraná llegué a la desembocadura del arroyuelo San José, que forma un inmenso pantano antes de unirse al río. Allí hallé una planta que es, tal vez, una de las más hermosas de América. Esta planta, que parece pertenecer a la familia de las ninfeáceas, vecina del nenúfar de Francia, pero de dimensiones gigantescas, es conocida por los guaraníes con el nombre de *yrupé*[2], nombre que debe a su hábitat y a la analogía de la forma de sus hojas con las de ciertos grandes platos con la tapa de ciertas cestas redondas fabricadas en la región. Imagínese, en una extensión de casi un cuarto de legua de ancho y más de largo, hojas redondas, flotando en la superficie de las aguas, de un tamaño de uno a dos metros y cuyo contorno tiene bordes levantados perpendicularmente dos pulgadas arriba del agua como un plato. Esas hojas, lisas por arriba, se dividen por abajo en una

2 Palabra compuesta de *y*, agua, y de *rupe*, plato grande o tapa de cesta redonda.

serie de compartimentos regulares que hacen los lados muy salientes y están llenos de aire, que las mantiene en la superficie del agua. Toda la parte inferior de la hoja, así como su tallo y sus flores, están cubiertos de largas espinas. En medio de esa vasta planicie brillan, en proporción a las hojas, grandes flores de más de un pie, de color tanto violáceo, como rosado o blanco, siempre dobles y exhalando un perfume delicioso. Esas flores producen una especie de fruto esférico, que, en su madurez, es grande como la mitad de la cabeza y está lleno de granos redondos muy harinosos, lo que hace que los españoles del país nombren a esa planta *maíz del agua*, quienes, según parece, recogen tales granos y los tuestan para comerlos. No pude dejar de admirar a ese coloso de los vegetales, del cual recogí flores, hojas y frutos, y me encaminé hacia Corrientes, donde llegué a las cuatro de la tarde.

Había en esta ciudad, desde hacía algún tiempo, una epidemia de sarampión. Muchos niños morían y hubo en esta ocasión, cerca de mi casa, numerosos *velorios*. Siempre eran ángeles que iban al cielo, cuya partida daba lugar a una reunión, pero en Corrientes no vi bailar como en San Roque. Los convidados se contentaban con jugar a los naipes o se entregaban a jueguecillos inocentes, mientras tomaban mate y fumaban toda la noche. La alegría era muy expansiva. Los estallidos de risa, que se repetían a cada instante, no podían contrariarme más y hubiera deseado ardientemente que esa escena bárbara pasara más lejos de mí.

Excursiones al Chaco; los indios Tobas y lenguas

Quería realizar algunos viajes por el Chaco, con el fin de conocer algunas partes de esas vastas regiones y estudiar a los indios que las habitan. Mi primer viaje tuvo lugar el 5 de marzo. Me dirigí hacia la desembocadura del Río Negro. Recorrí con placer los bosques vírgenes que lo bordean, recogí hermosos insectos, cuando una tormenta retumbó repentinamente sobre mi cabeza. Creí prudente regresar a mi albergue. La lluvia caía torrencialmente; los relámpagos surcaban por todas partes la espesura de los bosques y el trueno se hacía oír muy cerca de nosotros. Mis remeros quisieron detenerse en la desembocadura del Río Negro, a orillas del Paraná. La barca fue atada a un sauce seco, aislado junto al agua. Casi en el mismo instante un relámpago nos hizo perder momentáneamente la vista; el rayo, con estruendo, cayó sobre un sauce vecino del nuestro y rompió todas las ramas. El pavor hizo desembarcar precipitada-

Gran Chaco
5 de marzo

mente a mis compañeros, temerosos por el árbol al cual estaba amarrada la barca. Descendí también. El rayo renovaba a cada instante sus relámpagos que parecían caer en todas partes al mismo tiempo. Me agazapé en un bosquecillo vecino, desde donde fui testigo de un accidente semejante al que había tenido lugar. El rayo hirió el árbol al cual nuestra barca estaba amarrada, pero no lo derribó y no hizo más que cortarle una parte de su corteza en toda su longitud. Debimos considerarnos felices por habernos alejado. Seguía lloviendo a cántaros; empero el rayo se había alejado y sus rugidos sólo se oían a gran distancia. La barca estaba llena de agua. Todas las provisiones que teníamos para el viaje estaban averiadas; todas las medidas tomadas para proseguir el viaje resultaron inútiles. Creí más razonable regresar a Corrientes, y partí, recibiendo todavía torrentes de lluvia, pero que ya me eran indiferentes, porque estaba, desde hacía largo rato, mojado hasta los huesos. Sólo he visto llover en Corrientes después de esas tempestades que se forman en el sur y que siempre son precedidas de un fuerte viento de ese lado. He notado que los relámpagos vienen a la vez de todas partes; que las detonaciones del trueno son muy fuertes y más secas que en Francia; que se oyen varias borrascas al mismo tiempo, y que el rayo parece renovarse, para caer en todas partes a la vez. La lluvia cesó en medio del Paraná; el sol reapareció pronto y puso punto final a ese frío que se experimenta siempre, hasta en las regiones más cálidas, cuando se está mojado. Llegué a Corrientes, donde debí cambiarme por completo.

8 de marzo

El 8 de marzo quise intentar un nuevo viaje hacia la zona de los indios tobas, que vivían entonces del otro lado del Paraná. Acompañé a algunos comerciantes que iban a cambiar pieles de *Qiya*[3] o de grandes ratas acuáticas del desierto; y, corriendo los peligros que exageraban muchos habitantes de Corrientes, todo lo sacrifiqué al placer de ver de cerca a esos salvajes e interrogarlos. Crucé el Paraná, luego descendí por él, pasando frente a la desembocadura del Río Negro. El Paraná había crecido en un grado extraordinario. Sus aguas sucias y fatigosas arrastraban árboles enteros. Me asombró incluso no encontrar un islote que conocía y que había visto unos días antes, frente a la desembocadura del Río Negro. Había sido arrastrado por las aguas con todos los árboles que lo cubrían. El lecho del Paraná me presentaba un contraste de color bastante notable; las aguas eran, en la margen de Corrientes, claras, mientras que en toda la mitad oeste de su curso son rojas. Es fácil explicar tal diferencia de colores. Es sabido que el Paraná inicia su curso en las montañas boscosas de las provincias

3 *Myopotamus coypus.*

de Minas, Goyas y San Pablo del Brasil. Allí, como en todas las comarcas húmedas y cálidas, la estación de las lluvias ejerce menos acción sobre el terreno que en las comarcas desprovistas de vegetación; por otra parte, las aguas que caen, durante esa estación, rezuman, antes de ir a parar a los torrentes que las conducen a los ríos, entre las plantas que en gran número cubren el suelo con profusión, lo que, poco a poco, les despega, por lo menos parcialmente, las moléculas terrosas de que están sobrecargadas. De ello resulta que las aguas llegan a los ríos, si no muy limpias a lo menos relativamente menos sucias. Tampoco se ignora que las montañas que dan nacimiento al Paraná son primitivas y, por consiguiente, mucho menos susceptibles de desintegrarse y saturar las aguas con muchos óxidos u otros principios colorantes. De ello proviene, sin duda alguna, que el Paraná no sea nunca rojo. Está a veces algo turbio, pero solamente en épocas de fuertes correntadas. No es y no puede ser lo mismo lo que sucede con el Paraguay. Este río, que nace en las montañas de Diamantino, al nordeste de Matto-Grosso en el Brasil, no arrastra por sí mismo más que aguas más o menos sucias, como el Paraná, pero jamás están coloreadas. El color que toma al unirse con el Paraná le viene de las aguas que le aportan el Pilcomayo y el Bermejo, que nacen en las montañas secundarias de Bolivia y de la provincia de Salta en la República Argentina, montañas desnudas y parcialmente compuestas de asperón ferruginoso rojizo. Las aguas que caen a torrentes en esas comarcas, en los meses de enero y febrero, separan gran cantidad de partículas de los terrenos que las constituyen y las transportan por las correntadas, que no las depositan todas en los innumerables meandros que forman esos ríos en medio de las tierras llanas del Gran Chaco, y las aguas están todavía fuertemente cargadas de esos principios colorantes cuando llegan al río Paraguay, el cual debe naturalmente enrojecerse, al mezclarse con sus dos grandes afluentes. Son las aguas así coloreadas, las que, en tiempo de crecientes, ocupan toda la orilla occidental del Paraná, sin mezclarse con las de este río, las cuales corren por la orilla oriental y marchan así paralelamente a ellas, durante más de diez leguas, antes de mezclarse del todo. El contraste de ese cambio de color en el mismo río es impresionante y asombra cuando se lo observa por primera vez.

Entré en un brazo del Paraná que separa el continente de una isla muy grande. Ese brazo se llama *Riacho del Palmar* o *del Carondaiti* (Riacho de las palmeras). Lo seguí durante algún tiempo y desembarqué en terrenos todavía cubiertos de agua, para ir a la nueva morada de los indios, que me informaron que estaba alejada una media legua de la ribera. Me puse en camino con el agua hasta la rodilla, lo mismo que mis compañeros de viaje. Hallé, en un

lugar algo más seco, una tropilla de caballos y vacas perteneciente a los indios y encontramos pronto a la persona que asumía, entre ellos, el título de alcalde o de juez. Un indio viejo nos sirvió de intérprete, porque hablaba algo de español y era a la vez uno de los jefes. Hablamos con él y fue a informar a los indios de nuestra llegada. No tardamos en seguirlo. A escasa distancia de su aldea, un gran pantano, por entonces lleno de agua, debido a la creciente del Paraná, nos impidió avanzar. Los comerciantes que me acompañaban podían fácilmente cumplir allí el propósito de su viaje, pero el mío fracasaba, al no poder ir hasta donde vivían los tobas. Solamente el alcalde cruzó el pantano a nado y se dirigió a la aldea a anunciar nuestra llegada e invitar a llevarnos las pieles de que se disponía. Un cuarto de hora después vinieron treinta indios –hombres, mujeres y niños– pasando todos a nado el pantano, con sus vestidos ligeros y sus mercancías en la cabeza. Los comerciantes hicieron ciertos intercambios con bizcochos; quedaron poco satisfechos de la operación. Yo lo estaba aún menos de mi viaje y me prometí formalmente regresar pronto a estudiar más en detalle a esas tribus salvajes.

Algunos días más tarde se me presentó una oportunidad bastante buena de ver una de las naciones indias del interior del Chaco. El cacique Bernardo, jefe de los tobas, vino a Corrientes, acompañado de cuatro indios de la nación lengua, que venían en diputación ante el gobernador para invitarlo a sellar con ellos un tratado de comercio, sea para que fueran a buscarles o para que les permitiera conducir allí sus algodones o peleterías. El gobernador estaba ausente y fui testigo de la entrevista con el funcionario que lo reemplazaba. Su idioma es tan gutural como el de los indios tobas y creo que es sólo una variante del de éstos, porque se entienden entre ellos. Esos indios vestían su gran traje nacional, es decir, iban medio desnudos con un poncho sobre los hombros y una pieza de tela en la cintura. Lo más singular de su atavío eran los adornos de la cabeza. El lóbulo de las orejas lo tenían cargado, como el de los botocudos del Brasil, de grandes trozos de madera redonda atravesados en él; y como es un signo de belleza llevar los más grandes, dos de los indios, que, sin duda, eran los más importantes de su nación, llevaban trozos del tamaño de la mano, de tal manera que las orejas pendían sobre sus hombros; pero tal adorno extravagante no era el único. Tenían, además, una abertura transversal en la base del labio inferior, y de esa abertura salía un tronquito de madera, de una o dos pulgadas de largo, sostenido dentro de la boca por un pedazo más grande, parecido a la parte superior de una muleta. Como el agujero transversal se agranda de continuo, están obligados a cambiar a menudo el trozo de madera, que es enorme en los individuos más viejos. Tal aspecto extravagante les va-

lió, en la época de los primeros españoles, el nombre de *lenguas* porque el tronquito semeja una lengua. Fácilmente se comprende hasta qué punto el estiramiento de los labios en sentido transversal debe desfigurarlos. No me cansaba de mirarlos. Sus cabellos caían hacia atrás reunidos en forma de cola, a la cual se le adherían plumas de avestruz, en tal forma que formaban un penacho como sombrilla sobre la cabeza.

Los lenguas tienen la piel bronceada, los ojos ligeramente inclinados y los pómulos salientes, rasgos que he hallado en los tobas, en los botocudos, en los bocobis y, por así decirlo, en todos los indios del Chaco, así como en todas las pequeñas naciones aisladas en medio de los guaraníes, con las cuales los lenguas mantienen muchas relaciones.

El gobernador interino no creyó que una alianza con las naciones ribereñas del Chaco le sería ventajosa. Desdeñó la propuesta, diciendo que no tenía necesidad de algodón y que podía prescindir de las pieles, ya que los tobas proporcionaban bastantes. Los indios retornaron como habían llegado y se perdió una vez más la oportunidad de penetrar como amigos en ese vasto territorio del Chaco. No dudo que si los gobernadores de las provincias limítrofes del Chaco hubieran cumplido con más buena fe las promesas a sus habitantes y, sobre todo, si hubieran sido menos inflexibles en sus relaciones con ellos, no dudo, repito, que el Chaco estaría hoy poblado en muchos lugares tanto por los indios como por los comerciantes españoles mezclados con ellos. Esas naciones comienzan a experimentar la necesidad de acercarse a los lugares donde pueden obtener una cantidad de objetos que se les han hecho indispensables, como hachas, cuchillos y muchas otras cosas de primera necesidad; así los tobas van a morar cerca de Corrientes, los lenguas a buscar la misma alianza y, por otro lado, los matacos de la parte noroeste del Chaco salen todos los años de sus despoblados, para ir en grandes grupos a alquilar durante algunos meses sus servicios en la provincia de Salta, con el fin de procurarse los artículos que necesitan. No he hallado a esos lenguas descritos por Azara[4]. El cacique Bernardo, a quien pregunté, en diversas oportunidades, si esos indios se ocupan de agricultura, me respondió siempre que sí, lo que está en contradicción con lo que informa el autor español, quien los trata de holgazanes y guerreros feroces. No he observado nada parecido. Mis lenguas, llamados por los tobas *nomaca*, y no *cocoloth*[5], como dice Azara, parecen dulces y buenos. No

4 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, tomo II, pág. 148.

5 Palabra que es, sin duda, una corrupción o repetición de la palabra *coloc*, caminando, perteneciente a la lengua toba.

tienen tampoco la estatura media de cinco pies nueve pulgadas que les asigna ese escritor. Su estatura no es más que de cinco pies tres o cuatro pulgadas en el caso de los más altos. Son, por lo demás, bien proporcionados, aunque macizos, tal como lo señala nuestro autor. No criticaré lo que dice de sus costumbres; las conoce mejor que yo.

18 de marzo

El 18 de marzo, a pesar de las instancias de mis amigos de Corrientes de no emprender ese viaje, me puse de nuevo en camino para visitar a los tobas. Esta vez, a despecho de los peligros reales, dispuse todo de manera de permanecer algunos días entre ellos. Confiaba en la amistad de su cacique Bernardo, a quien compré con algunos regalos, habiendo tenido la oportunidad de verlo varias veces en Corrientes; por lo demás iba bien armado y acompañado de varias personas. Un barquichuelo me transportó a la otra orilla del Paraná. Penetré en el Riacho del Carondaiti y desembarqué en el territorio de los indios. El Paraná había bajado mucho, de manera que me resultó fácil llegar a su aldehuela, metiéndome algo en el agua. Está ubicada cerca de un lago y compuesta de algunas filas de cabañas. Fui bien recibido por el cacique y quise enseguida recorrer todas las casas, tanto para verlas como para asegurarme si podía adquirir algunos objetos interesantes, porque es, por así decirlo, imposible extraer algunas precisiones de esos indios, que hablan muy poco entre sí y menos aún con los extranjeros. La jornada se empleó en observarlo todo y en hacer preguntas al cacique y al alcalde, los únicos miembros de la tribu que hablaban español. Les hice todas las preguntas posibles acerca de sus usos y costumbres. Sólo saqué escasos frutos de mis esfuerzos. Con esfuerzo se decidieron a responder a mis preguntas. Traté también de recoger una serie de palabras de las más usuales en su idioma; desgraciadamente su habla es tan gutural que perdí mucho tiempo para conseguir bien poco. No solamente no gustan hablar, sino también parecían, tal vez a propósito, sorprendidos por mis preguntas, que debían creer indiscretas y siempre inoportunas. He visto más de una vez a dos tobas, uno sentado al lado de otro, permanecer horas enteras sin hablar. Siempre son sombríos o apáticos y muy diferentes, en esto, de los indios de las provincias de Chiquitos, que tienen permanentemente la sonrisa en los labios y que se ríen de cualquier cosa. Los tobas ríen muy raramente. Jamás les he oído cantar, ni aun ebrios.

Por la noche los indios hicieron un reguero de paja mojada en los umbrales de sus cabañas para cazar los mosquitos; yo dormí al aire libre y, al día siguiente, reinicié mis investigaciones. Quería conseguir insectos y cazar. Uno de los indios me hizo comprender que quería ensayar conmigo a tirar flechas.

Le respondí que también lo deseaba. Eligió por blanco un tronco de palmera de ocho pulgadas; colocóse a treinta pasos de distancia y varias veces seguidas clavó la flecha en el tronco. Temí no tener tanta puntería como él. Le hice comprender, sin embargo, que podía hacerlo mejor. Pareció dudarlo y me instó a tirar. No estando más seguro que él de mi puntería, y no queriendo comprometer el crédito del arma de fuego, lo hice esperar y cargué mí fusil con perdigones. El azar hizo pasar poco tiempo después, algo cerca, unos trupiales volando en línea recta. Hice fuego dos veces seguidas y cayó gran número de pájaros. Sería difícil reflejar el asombro del indio; se quedó estupefacto y me preguntó vacilando si, matando tantos pájaros de un solo tiro, podría también matar tantos hombres. Le respondí de manera de dejarlo con tal idea. Entonces admiró mi arma, y cuando regresamos a la aldea habló a sus conciudadanos de la maravilla. He visto mil veces en los pueblos especialmente cazadores renovarse la expresión de ese entusiasmo de mi toba, al ver matar tan fácilmente los pajaritos.

Un hombre de la provincia de Santiago del Estero, que vivía en Corrientes desde hacía algunos años, encontró un medio fácil de comerciar con pieles. Fue primero a establecerse en la aldea con objetos de intercambio; luego, creyendo su comercio asentado, pidió en casamiento a la hija del cacique. Casóse, en efecto, a la manera indígena, y desde entonces fue miembro de la nación. Todos los indios lo llamaban hermano y obtuvo el monopolio exclusivo del comercio en esos lugares; pero ese hombre que sólo había visto, en ese empeño, un medio momentáneo de especulación, no se consideraba seriamente obligado, y me dijo que, una vez concluido su comercio, rompería sus vínculos, para regresar a su tierra. Vi a su mujer, que era una de las indias más bonitas de la aldea. No es, por lo demás, la primera vez que los pobres indios han sido tan indignamente engañados. La historia del Paraguay presenta un ejemplo sangriento. En 1678, bajo el gobierno de don Felipe Rege, los guaycurus llegaron como amigos cerca de Asunción. Acamparon del otro lado del río Paraguay, esperando el momento propicio para caer de improviso sobre los habitantes, con el propósito de vengar antiguas afrentas. Una india descubrió los proyectos hostiles de los indios a los jefes españoles, que nada concibieron mejor para desbaratar el complot de sus enemigos que simular un matrimonio. Don José de Abalos, teniente-gobernador, fingió estar enamorado de la hija del gran cacique y solicitó su mano, prometiendo a este precio una alianza sincera y durable. Incluso abandonó su vestimenta española y adoptó la de los guaycurus. Firmóse el tratado y fijóse el lugar de la boda. Durante ese tiempo, los españoles concibieron una acción de lo más baja y de lo más indigna de su

carácter. Ocultaron soldados entre las personas que debían arreglar el casamiento, dándoles la orden de atacar a los indios, apenas éstos estuvieran ebrios. El día señalado, los indios acudieron en masa, no pensando más que en la solemnidad de la alianza que iban a sellar; y mientras recibían los primeros regalos, los españoles enviaron del otro lado del río un cuerpo de infantería y caballería, que debía caer sobre los indios que quedaron, pero el golpe no logró sorprender a éstos. Los que poco confiaban en las promesas españolas, estaban armados y se defendieron. En Asunción, el momento de la ceremonia nupcial fue señalado por una carnicería horrible. Los españoles masacraron a todos los jefes indios, lo suficiente crédulos como para confiar en sus promesas, aun en las solemnes. Fueron degollados trescientos indios; y los españoles festejaron, el 20 de enero de cada año, el aniversario de esa victoria fácil, de esa San Bartolomé de un nuevo género. No es posible dejar de reconocer que si las naciones americanas han sido a veces feroces, tenían por lo general excusas, puesto que defendían su suelo natal y, sobre todo, su libertad; motivos bien nobles, por cierto, y bien serios para explicar excesos que justifican su falta de luces. Los españoles no tienen mucho derecho de lamentar el odio mortal que esas naciones sienten por ellos, porque, sin duda, en muchas circunstancias se lo han atraído por crímenes horribles y por perjurios no menos culpables hacia seres que, para excusar su perfidia, simulan a veces considerar por debajo de la humanidad.

Hacía ya ocho meses que el comerciante medio-indio de que acabo de hablar vivía con los tobas. Me dio muchas informaciones sobre ellos, informaciones que, añadidas a lo que pude observar por mí mismo, me permiten decir algo de esa nación.

Desde los tiempos de las primeras conquistas, los tobas habitaban entre el río Bermejo y el Pilcomayo. Sus tribus eran en aquel entonces numerosas e hicieron a menudo temblar a los españoles y a las naciones vecinas. Ocupaban desde los últimos contrafuertes de los Andes, a orillas del Pilcomayo, hasta las orillas del Paraná y del Paraguay. Hoy, aunque divididos en pequeñas secciones, forman todavía dos hordas: una (la mayor), se extiende desde las orillas del Pilcomayo hasta los últimos contrafuertes de los Andes, en la República de Bolivia; la otra ocupa la aldea donde estábamos y, más al oeste, las orillas del Bermejo; es decir, del grado 20 al 28 de latitud sur, en una banda transversal sudeste y noroeste, entre los dos ríos citados, pueden ubicarse los límites de las tierras habitadas por esa nación. Antes de la llegada de los españoles, los tobas estaban divididos en una multitud de tribus, y se convirtieron, bajo distintos nombres, que trataré más tarde de reducir a su justo valor, en enemigos

mortales de los españoles, con los cuales libraron numerosos combates. Esta primera circunstancia disminuyó su número, puesto que las disputas de aquellos que habitaban el sudeste, con los abipones y bocobís, les causó la muerte a casi todos, y los restos de esa desdichada tribu del sur forman hoy la aldea situada, frente a Corrientes.

Azara pretende que el nombre de tobas les fue dado por los españoles; puede ser. Por otra parte, ¿será cierto que esos indios, desde los Andes hasta Corrientes, son llamados con el mismo nombre? Cada nación vecina les da un nombre particular. He observado, como Azara, que los lenguas los llaman *natocoec*, poco distinto de *natocoet*, dado por ese autor; y los abipones los denominan *caliazec*. No es raro que exista una diversidad tan grande de nombres en los relatos de los primeros historiadores. Es sabido que cada tribu lleva uno que le es propio y que, además, cada nación vecina da el suyo a cada una de sus tribus. De allí esa multitud de denominaciones que embrollan la historia de esos tiempos, por menos lejanos que sean, y que multiplican ficticiamente el número de naciones que, según se pretende, desaparecieron después de la Conquista.

Los tobas vagaron durante mucho tiempo por las grandes planicies del Chaco, perseguidos por los bocobís, sus crueles enemigos, que los saquearon repetidas veces y los redujeron a lo que son hoy; me han dicho a menudo que no van hacia el sur debido a los indios malos que habitan tales regiones. Fue después de uno de esos encuentros armados que en 1819 reclamaron el apoyo de la provincia de Corrientes, firmando con ella un tratado de paz, vigente desde esta época, aunque varias veces roto parcialmente por ellos, porque como niños grandes quieren poseer todo lo que ven. Ese tratado puso fin, por lo menos, a los robos que realizaban sin cesar, cruzando de noche el Paraná, para llevarse el ganado de los habitantes del campo de Corrientes. En 1826, vivían todavía en las tierras interiores, cuando, por especulación, un francés quiso hacer cortar maderas de construcción y palmeras a orillas del río Negro, a algunas leguas en el interior del Chaco. Hacía varios meses que trabajaban los obreros, cuando vieron aparecer a los indios, que fueron atraídos por el humo de sus fogatas. Primero tuvieron miedo; pero, pocos días después, el cacique, con toda su nación, aseguró a los trabajadores que nada debían temer y que, por el contrario, traería a todos los indios para que los conocieran. Muy a menudo empleóse después a esos indios en conducir pedazos de madera al borde del río, servicio por el cual se les daba algunas bagatelas. Sólo en 1827, mientras yo estaba en Corrientes, los tobas ocuparon, finalmente, un lugar de habitación más cercano a la ciudad, estableciéndose allí donde los vi. Ello se

debió también al miedo a los bocobís, porque debieron abandonar una zona de caza productiva, a la que tuvieron que volver de tanto en tanto. Construyeron entonces sus cabañas divididas en dos grupos, en hileras separadas, y recibieron del gobernador de Corrientes cabezas de ganado, como prenda de la renovación de la paz.

Los tobas sólo tienen un jefe, que es, por así decirlo, un buen padre de familia para ellos, y un alcalde o segundo jefe. El primero (el cacique) era, en 1828, un indio muy viejo, que decía haber sido bautizado por los jesuitas y haber nacido en una de las misiones intentadas por los religiosos en el Chaco, misiones que no lograron su objetivo y de las cuales hoy no subsiste ninguna. Ya hemos dicho que se llamaba Bernardo. El cacique es el jefe militar; en tiempo de guerra, conduce a los guerreros al combate y dirige los ataques. El segundo jefe administra la policía del lugar y cumple, a la vez, la función de intérprete. Es, con el cacique, el único indio que no abandona la aldea, pero esos dos jefes no tienen gran autoridad, siendo más bien consejeros que gobernadores de sus subordinados.

Creo que la rama de los tobas de las orillas del Pilcomayo es muy numerosa, puesto que sus componentes intimidan a veces a los chiriguanos del sur de los contrafuertes más avanzados de los Andes en Bolivia, aunque estos chiriguanos sean, por lo menos, veinte mil. En lo que se refiere al villorrio que consideramos, creo poder calcular su población en doscientos o trescientos, a lo sumo, contando hombres, mujeres y niños. De ellos, apenas sesenta son guerreros. Han perdido, por consiguiente, el recuerdo de su antigua táctica militar. Me han hablado sin embargo de la costumbre que tendrían todavía de cortar la parte superior de las ventanas de la nariz de sus caballos, para impedir que respiren ruidosamente, cuando pasan un río a nado. Esos caballos son, por lo demás, el único medio de cruzar los ríos, y es con ellos, según lo dicen los habitantes de Corrientes, que los tobas venían a robarles en la orilla oriental del Paraná. Guardan, según dicen, esos caballos para los días de ataque, en el interior de sus tierras y en sitios sólo conocidos por ellos; pero creo que en la actualidad alientan pocos propósitos hostiles contra Corrientes, que los provee de todo lo que necesitan. Sus armas son en la actualidad poco temibles; tienen arcos y flechas, los primeros, fabricados con madera muy dura, son cuadrangulares y de seis pies de longitud; las segundas de cuatro pies de largo, están hechas de cañas, con el extremo de madera de palmera carondai, madera muy dura, terminando en una punta afilada y con ganchos al revés en los costados. Todavía utilizan la maza cuando andan a pie, lo que les sucede a menudo aunque sean buenos jinetes y corran con la mayor velocidad a caba-

llo, ocultándose a veces, durante las cargas, tras los costados de sus caballos. En este caso se sirven de bolas, que manejan también con suma destreza.

Las veces que los tobas entraron a Corrientes, noté que, hasta en las calles más anchas, no caminaban jamás dos de frente y que iban, por el contrario, siempre uno tras otro, los más ancianos delante y todos los hombres primero, siguiéndoles las mujeres y los niños, igualmente de acuerdo a la edad. Vi que lo mismo sucede en su territorio y que marchan siempre con la cabeza baja. Inquirí al cacique acerca de esta costumbre y me dio una respuesta completamente satisfactoria: "Cuando caminamos, me dijo, para no extraviarnos en los bosques ponemos siempre delante a aquellos que conocen mejor la región o tienen mayores aptitudes para valerse del sol, de la luna o de las estrellas con el fin de guiarse en medio de los despoblados. Por eso ubicamos delante a los más ancianos, a fin de que conduzcan a los demás. Si marchamos en columna, es debido al hábito de seguir senderitos apenas practicables por una persona a la vez; y la razón que nos hace llevar la cabeza baja es la necesidad de atravesar a menudo bosques donde las lianas nos obligan a curvarnos frecuentemente, a fin de evitar las ramas". Comprendí perfectamente lo que me dijo el cacique y no le formulé más preguntas a este respecto. Creo, sin embargo, que se trata, además, de algo convencional entre ellos caminar así, porque he hallado la misma costumbre en muchas razas salvajes del interior de América, y sé que existe también en casi todas las islas oceánicas, principalmente en Otaiti, sin que tengan, para practicarla, necesidad absoluta. Debemos subrayar, empero, que los habitantes de los países boscosos son los únicos que poseen este hábito, lo mismo que el de bailar siempre sobre una línea y jamás en círculo, como lo hacen los habitantes de las llanuras o de las montañas.

La caza es su principal ocupación y medio de subsistencia. Renuncian para practicarla a su indolencia natural y muestran entonces gran actividad. Tienen la costumbre de partir, cada diez días, para perseguir a los quiyas, guardando la piel y haciendo secar la carne, que llevan como provisión a sus cabañas. Por eso sólo hay, por lo general, pocos hombres en la aldea. Estos pasan la mitad de su vida cazando, porque todos parten sucesivamente por grupos separados, de los cuales unos lo hacen al regreso de los otros. Persiguen como un plato de golosinas a los monos aulladores, pero capturan con mayor facilidad a los quiyas, que viven en los pantanos, en medio de los cuales es fácil sorprenderlos y matarlos en gran número, sobre todo de noche. Ya me he referido a la destreza con que manejan la flecha. No tengo que referirme más que a su paciencia y perseverancia en la caza, estímulos que se deben hoy a la vez al atractivo de los víveres y del comercio de las pieles de los animales que logran matar.

Han comenzado, desde hace algún tiempo, a dedicarse a la agricultura, en torno a sus cabañas. He visto varios campos de maíz en pleno rendimiento. Les agradan mucho esos granos, pero los espanta las labores agrícolas por la dificultad de realizarlas, porque sólo utilizan para la labranza una paleta de madera de cinco a seis pies de alto, llamada *nérérec*, y que les sirve para remover ligeramente la tierra en los sitios donde siembran. Alimentándose también de raíz que arrancan en los bosques, hacen secar y conservan en sus cabañas para los tiempos de escasez. El cacique me habló de una planta rara que comen los indios; sería de la familia del *cuis*[6] o calabacera arborescente y daría un fruto comestible bastante bueno. Poseen también algunos animales donados por el gobernador de Corrientes u obtenidos por medio del cambio con pieles de quiyas.

La pesca constituye otra de sus ocupaciones. En los grandes lagos o pantanos del interior del Chaco pescan especialmente con sus flechas, esperando a la orilla que se presenten los peces. Entonces arrojan las flechas con suma destreza; empero, desde que los europeos les han enseñado el empleo de anzuelos, usan éstos de preferencia y han tomado una gran afición a esta actividad.

Su industria es bastante limitada, porque los tobas muy raramente fabrican sus armas. Sin embargo, saben hacerlas, pero prefieren recibirlas por intercambio de los indios lenguas, mucho más industriosos que ellos. En realidad, las cañas con que fabrican sus flechas no crecen a orillas de sus ríos. No existe ninguna tradición que indique o pueda hacer creer que los tobas hayan pensado jamás en navegar por el río. Eran buenos nadadores y cruzaban siempre a nado los ríos, desde que mantenían frecuentes comunicaciones con los blancos; aun cuando poseyeron hachas, no trataron nunca de imitar a los españoles o a las naciones navegantes, como sus vecinos los payaguas, que han dado su nombre al Paraguay, y de los cuales puede decirse que son los navegantes por excelencia de esta parte austral de América. En cuanto a los tobas, aunque viven en medio de bosques espesos, cuyos árboles pueden emplear para hacer piraguas, no han pensado en fabricárselas, lo que es tanto más asombroso por cuanto ocupan las riberas de los ríos mas grandes de esta parte del mundo. Prefieren cruzarlos a nado, sirviéndose, desde la Conquista, de sus caballos, a fin de atravesar con mayor facilidad las grandes corrientes de agua. Así es, como hemos visto, que cruzan el Paraná para robar, aunque ese río tenía más de una legua de ancho. Resulta asombroso descubrir con frecuencia, en medio de comarcas regadas por numerosos ríos, naciones que no tienen la menor

6 *Crescentia cujete*.

idea de cualquier género de navegación, mientras que, hasta en los lagos de la cumbre de los Andes, los habitantes la practican de alguna manera.

En la parte de esta obra dedicada más especialmente a la etnología de mi viaje, trataré esta cuestión bajo distintos puntos de vista. Hago notar, entretanto, que la falta de embarcaciones debe atribuirse en los tobas a las dificultades que experimentaron en tiempos pasados en acercarse al Paraná y al Paraguay, donde los payaguas reinaban desde hacía siglos y defendían su dominio exclusivo.

Las mujeres saben tejer y hacer ponchos, aunque los confeccionan muy raramente. El azar me proporcionó la oportunidad de observar, cerca de ellas, la manera de explotar este género de industria. No poseen ningún telar, porque no puede darse ese nombre a dos trozos de madera fijos en tierra por medio de estacas, en posición paralela y horizontal. A esas estacas se ata la trama, formada de hilos que rodean a la madera, y, a pesar de todo, ellas conocen la manera de separar la trama para cruzar los hilos. Es, por lo demás, el mismo género de tejido que he visto emplear a los indios de las pampas y de la Patagonia y en todas las naciones que recibieron de los antiguos incas ese progreso industrial. Dan a su lana y a sus algodones colores vivos y más duraderos al emplear, como única substancia tintórea, maderas o las cortezas de diversas especies de plantas o árboles. Admiro sobre todo la vivacidad de su color rojo, sin duda alguna tan fuerte como el que obtenemos en Europa por medio de la rubia. El amarillo también es muy brillante y se obtiene de una planta del género *Solidago*[7], *que* crece en los terrenos arenosos del Gran Chaco y Corrientes, donde, en verano, ostenta sus hermosos colores dorados.

He visto algunos vasos de tierra, de proporciones medianas y formas algo etruscas. Unicamente las mujeres se entregan a esa ocupación, pero la tierra es mala y los productos se resienten. Compré uno de estos vasos, que figura hoy en la colección cerámica de Sèvres. Otro vaso me brindó un género de adorno completamente nuevo. Observé cerca del cuello gran número de pequeñas incrustaciones blancas. Traté de descubrir con qué habían sido hechas. Eran pequeños fragmentos redondos de conchillas terrestres de madera, sobre todo de la *Helix oblonga*. Me fue imposible descubrir cómo se los había incrustado. No podía creer que esos pequeños pedazos tan bien incrustados hubieran sido colocados en la arcilla antes de la cocción, porque la cocción los convertiría en cenizas. Es probable que se los haya puesto en pequeños huecos preparados a este efecto, sobre el vaso, antes de ponerlo en el fuego. Estas incrustaciones,

7 *Solidago virga aurea*, o especie vecina.

por lo demás, forman dibujos bastante regulares y los vasos que los llevan son los únicos sobre los cuales he visto esta especie de adornos. Otro tipo de industria, que ocupa a muchas mujeres, es la confección de hilos, sedales y hasta cuerdas gruesas, con las hojas de una especie de planta del género *Bromelia*, pariente de los ananás y conocida por los guaraníes con el nombre de *Uvira*. Hacen con esa planta muchas cosas distintas. Los habitantes de Corrientes compran por bagatelas todos los productos de su industria.

En general, el comercio de los tobas con los guaraníes se limita a esos fútiles objetos, pero no deben considerarse pequeña rama de ese comercio las numerosas pieles que cambian diariamente los tobas por bizcochos o cualesquiera otros objetos de tan pequeño valor. Los tobas compran las pieles a las otras naciones del interior y las venden después a los comerciantes de Corrientes. El agente aduanero me aseguró que a fines de 1827 y comienzos de 1828 salieron de la ciudad más de 150.000 docenas de pieles de esa especie de *coypu* que vive también en los pantanos de Entre Ríos. Calculé en 60.000 las pieles vendidas solamente en las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe. Me informé posteriormente que un solo individuo mató en esas tierras más de 6.000 *coypus*, de manera que, sin referirnos a la totalidad de los que fueron entregados al comercio de Buenos Aires, a fines de 1827 y comienzos de 1828, puede fácilmente calcularse en tres millones sesenta y seis mil la cantidad de esos animales sacrificados en un solo año. Esas pieles, que tienen, bajo un pelo duro y largo, un vello sedoso, se emplean en Buenos Aires en la fabricación de sombreros, y constituían, en la época a que me refiero, una rama importante del comercio. Esto ha hecho decir a un escritor moderno, al criticar a los ingleses, que son comerciantes al punto de haber hecho matar todas las ratas del país para obtener nuevos beneficios comerciales. El animal que proporciona esta piel[8] se parece mucho a las ratas por su género de vida y su larga cola. Vive en los inmensos pantanos del Chaco y en todo el curso del Paraná. Se lo caza con perros. Es un animal nocturno que hace a menudo resonar los aires con gritos lastimeros en medio de las mayores soledades. Los tobas se hacen capas con esa piel, cosiendo varias entre sí; las utilizan casi exclusivamente. Parece que tal era también la vestimenta de los antiguos guaraníes antes de la llegada de los españoles.

Los tobas son de alta estatura, es decir que tienen frecuentemente cinco pies cinco pulgadas, y creo poder calcular aproximadamente su estatura media en cinco pies tres pulgadas en los hombres. Son muy robustos, fuertes y tienen

8 Véase la descripción de ese animal más adelante.

buena musculatura. Sus piernas son gruesas. Su piel es bronceada intensa. Sus facciones se diferencian de las de los indios guaraníes y no tienen el rostro lleno. Los pómulos de sus mejillas son, por el contrario, muy salientes en la edad adulta, porque, en la juventud, el rostro es redondo. Tienen los ojos ligeramente inclinados hacia arriba. Son casi todos muy feos. Algunas jóvenes indias constituyen, sin embargo, la excepción. En este caso sus facciones son muy regulares y su sonrisa graciosa. Los cabellos de los tobas son gruesos, largos, lacios y negros. No deben tener mucha barba, pero es difícil saberlo, porque, en ellos, es moda arrancársela toda entera, así como los restantes pelos del cuerpo, hasta las cejas; sólo se dejan las pestañas. Tal hábito lo he hallado igualmente en las naciones puelche y patagona y en muchas otras. Empero, es extravagante y desfigura a tal punto los rasgos, que la cara más hermosa parece horrible, cuando es tratada así. Tienen la voz fuerte y ronca, y ni siquiera las mujeres emiten los dulces sonidos característicos de su sexo. Es muy posible que esos sonidos desagradables no sean más que el efecto de la pronunciación demasiado gutural característica de su lengua, que lo es tal vez más que la lengua aymara, la quechua o de los incas, y la canichana de la provincia de Moxos. Ya he dicho que jamás oí a un toba cantar.

En América, he descubierto únicamente en los tobas la costumbre de tatuarse. Sin embargo, Azara la observó en los payaguas. Las otras tribus reemplazan por lo general ese adorno bárbaro y característico de las naciones oceánicas por pinturas que se borran con facilidad. He visto muchos individuos de ambos sexos tatuados. Los hombres tenían diversas rayas sobre el rostro; las mujeres no tenían más que algunos signos superficiales arriba de la nariz, en las mejillas y en el ángulo exterior del ojo, lugar donde todos los indios se pintan. Ya he remarcado que únicamente las mujeres núbiles estaban tatuadas. Interrogué al cacique a este respecto y me enteré que es en las mujeres una señal distintiva que anuncia en ellas la nubilidad. Este uso lo he encontrado, bajo diversas formas, en casi todos los americanos en estado salvaje. No he visto ni un solo toba con la cara adornada con pinturas.

La vestimenta de los tobas es bastante sencilla. Tanto los hombres como las mujeres dejan caer los cabellos sobre las espaldas, divididos únicamente en medio de la cabeza, a fin de que no cubran la cara. Los hombres llevan una pieza de tela que envuelve las caderas. Es también el vestido de las mujeres. En invierno, ambos sexos se cubren, además, con un poncho o un manto de piel de *coypus*, cubierto por lo general de dibujos sobre el lado opuesto a los pelos. Las mujeres llevan siempre los senos al descubierto y tienen una costumbre extravagante. Vi a jóvenes indias de trece a quince años que tenían el seno

todavía perfectamente redondo, cruzar continuamente sus brazos sobre él y apretarlo para obligarlo a descender. Tal procedimiento debía tener una explicación; investigando más a fondo, descubrí que las mujeres consideran un signo de belleza llevar los senos pendientes, belleza que algunas indias alcanzan en un grado asombroso. Confieso que esa moda me parece de lo más ridícula y absurda, y no pude ver, sin sentirme vivamente contrariado, forzar y deformar así la naturaleza. Llevado a pensar que tal moda extraña debía obedecer a algún fin utilitario, no tardé en descubrirlo. Cuando esas indias viajan, llevan a sus hijos a la espalda y los amamantan allí, en los largos recorridos, sin suspender nunca la marcha.

Los niños de ambos sexos van desnudos hasta la edad de la pubertad. Algunas mujeres se adornan con brazaletes y collares de cuentas de vidrio que compran en Corrientes. Azara dice que los tobas llevan las orejas y la barbota como los payaguas[9], pero nunca he visto en los tobas nada que indique que las orejas son horadadas, ni que el labio inferior esté abierto para recibir la barbota. Tal costumbre no existe ciertamente en los tobas que he visto. El observador pudo equivocarse o aplicar a los tobas informaciones correspondientes a otra nación.

Ya he dicho algo de sus viviendas. Son originales y anuncian un grado de civilización superior al de las naciones australes, que viven aún en tiendas de pieles de animales. Las cabañas de los tobas están formadas de líneas continuas de un solo techo no interrumpido, largas de cien a doscientos metros, dirigidas del este al oeste y con los extremos abiertos. Cada una de esas líneas sirve de morada a varias familias. El lado sur está completamente cerrado, y por el norte puede verse el espacio ocupado por cada familia, por la puerta ostentada en la misma dirección y a manera de división. Estas cabañas están construidas con cañas atadas a estacas fijas en el suelo. El techo también se cubre de cañas. Esas especies de grandes aldeas siempre están ubicadas al borde de las aguas, cerca de los ríos o de los lagos. El cacique no tiene cabaña particular; ocupa solamente el primer compartimento o la extremidad oriental del conjunto. Es interesante comparar las diversas modificaciones de formas características de las cabañas de los indios de cada raza y de ver cómo se diferencian en cada una de las hordas salvajes. Cada cabaña tiene por todo mueble, suspendidas del techo, las armas del jefe de la familia y algunos utensilios de uso doméstico, que se reducen a algunas marmitas de tierra y algunas calabazas. Están, además, la ropa de muda, así como las provisiones; los obje-

9 *Viaje por la América meridional.*, tomo 11, pág. 161.

tos de comercio se hallan sobre una especie de estante suspendido del techo. En cada división hay un encañizado a dos pies sobre el suelo, en el cual colocan algunas pieles y donde se acuesta toda la familia, lujo que no existe en las restantes naciones, en la mayor parte de las cuales una hamaca o una piel extendida sobre el piso compone todo el mobiliario.

Los tobas no son muy limpios en su manera de vivir, pero las mujeres van continuamente a bañarse en los lagos y ríos.

Tienen el carácter indolente, lento y bastante perezoso en todo, salvo para la caza. Durante los ocho o diez días que pasan en familia, al regresar al villorrio, se los ve acostados la mayor parte del día y permanecer, el resto del tiempo, sentados cerca de su cabaña, sin decir una palabra a sus vecinos. Si éstos formulan una pregunta, sólo obtienen una respuesta lacónica. La conversación no es sostenida. Son ladrones y, en ese sentido, pueden compararse a niños grandes que desean todo lo que ven y consideran buenos todos los medios para apropiarse de lo que desean. Ha sucedido que mataron a obreros que cortaban madera sólo para quedarse con su provisión de carne. En ese caso, la necesidad pudo explicar el crimen. Los españoles los consideran esencialmente falsos; dicen que son hábiles en el disimulo de una ofensa durante largo tiempo, hasta el momento de vengarla. Mis relaciones con ellos han sido siempre muy agradables. Los he hallado dulces, aunque muy reservados y muy serios. Hay que tener mucho cuidado de embriagarlos, porque entonces son terribles y no respetan ningún vínculo de agradecimiento; serían, en ese estado, capaces de herir y matar hasta a su benefactor. Nunca consideran la ebriedad como algo vergonzoso. No les conozco ningún juego; permanecen horas enteras en la misma actitud, sin moverse. Parecen poco celosos de sus mujeres. Estas son más moderadas que las de los pampas, las cuales se prostituyen públicamente. Las mujeres tobas no cometen jamás indecencias con los extranjeros, pero guardan pocas reservas con sus maridos, porque a menudo, mientras yo conversaba con el cacique en su cabaña, una pareja conyugal, que estaba no lejos de mí, se preocupaba muy poco de mi presencia.

La cocina de los tobas es muy sencilla. Por lo general, se contentan con asar la carne, arrojándola sobre carbones. Les he visto también hacer una especie de sopa, consistente en una mezcla de maíz y de carne cocidos mucho tiempo juntos. Como todos los pueblos en estado de salvajismo, son generalmente sobrios, pero si, después de haber sufrido varios días hambre, que soportan con resignación y sin quejarse, descubren víveres en abundancia, comen con una voracidad extraordinaria y se acuestan en seguida para hacer la digestión. Comen en familia y hacen siempre, previamente, cocer los alimentos.

Nunca les falta fuego. Cada indio tiene el cuidado de conservar una leñita de cierta madera, cuyo frotamiento con otra le procura fácilmente fuego.

Los tobas gozan ordinariamente de una salud robusta. Conocen poco las enfermedades debidas a la corrupción y tan comunes en las ciudades. El flagelo destructor de las razas indígenas, la viruela, hace a veces entre ellos terribles estragos. Es una de las causas que les impide acercarse a las grandes poblaciones. Temen esa enfermedad a tal punto que, cuando son atacados por ella, abandonan hasta a sus parientes más queridos. Las viejas indias ejercen las funciones de médico y aplican ciertos remedios sencillos que conocen por tradición. Por lo general esos remedios son plantas cocidas o simplemente aplastadas, que se aplican sobre las partes enfermas. Es sabido, por lo demás, que en esas naciones, como en las regiones atrasadas de Francia, supersticiones sin número dirigen el método curativo, y muchas cosas completamente insignificantes son consagradas como los remedios más eficaces, por ejemplo, numerosas partes de animales.

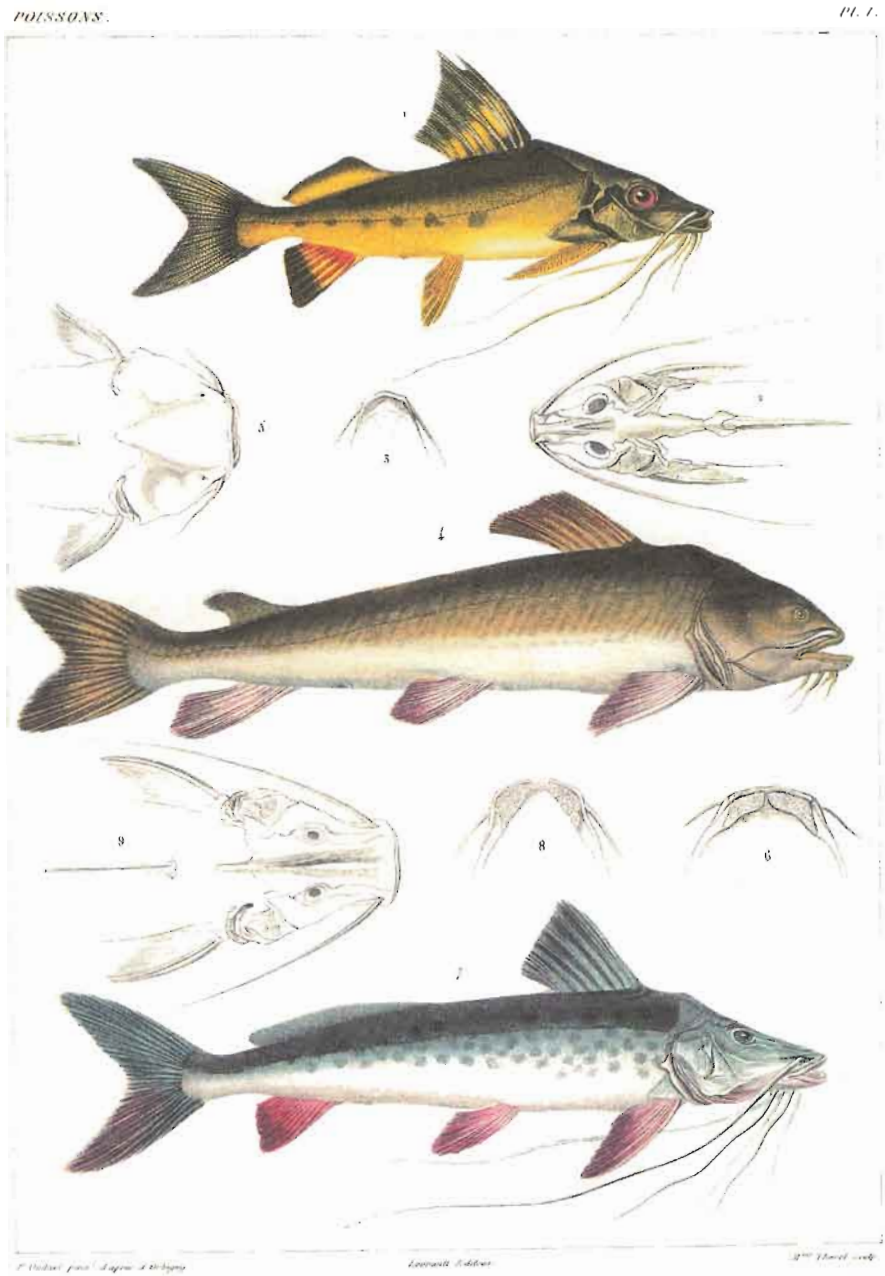
El matrimonio de los tobas es una simple convención, porque no pueden considerarse ceremonias algunas fórmulas adoptadas en ese sentido. Un toba, para casarse, debe mostrarse buen cazador y poder afrontar el mantenimiento de su mujer. Pide entonces a la joven a sus padres, les hace algunos regalos, así como a la pretendida. Si los padres consienten en la unión, todos los amigos se reúnen y hacen que el matrimonio se consuma en medio de ellos, a lo menos así me lo aseguró el comerciante santiagueño, a quien debo estos detalles. Es raro que un indio abandone a su mujer y los esposos viven por lo general en buena inteligencia. Los tobas tienen, como muchas naciones del Chaco, una costumbre de lo más atroz que conservan desde hace mucho tiempo y que ha sido la causa principal de su desaparición. Me refiero a la costumbre que tienen las mujeres de abortar, durante los primeros embarazos, y de no decidirse hasta una edad avanzada a criar al único hijo que quieren conservar. Para abortar se limitan a acostarse sobre la espalda y hacerse dar golpes en el vientre. Es explicable fácilmente que esa costumbre traiga las consecuencias más peligrosas y llegue hasta provocar a menudo la muerte de las mujeres que se someten a ella. Este género de coquetería imposibilita más de una vez, a la que sobrevive a esas operaciones repetidas, de realizar sus deseos cuando finalmente se decide a conservar un hijo. De esa manera, en pocos años, la población desapareció, por así decirlo, de las vastas llanuras del Chaco, y esa práctica monstruosa sólo ha permitido mantener contadas familias de esas razas numerosas, que, antes de ella, ocupaban todas esas comarcas. Desde hace algunos años ha caído en desuso. He investigado durante largo tiempo cuál podía ser el origen

de esa costumbre y creo haberlo encontrado en otro uso, introducido hace siglos y muy generalizado en las naciones americanas; es aquél de acuerdo al cual el marido puede considerarse viudo durante el tiempo del embarazo de la mujer y del amamantamiento del hijo, porque no hay, entonces, ningún contacto entre los esposos durante dos o tres años. La mujer que teme, tal vez, que durante ese intervalo su marido se una a otra mujer y deje de amarla, agota todos los medios posibles para no embarazarse, a fin de cohabitar el mayor tiempo posible con su marido. Se trata, pues, de una especie de coquetería mal entendida entre las indias. Los hijos, hasta la edad de la pubertad, van desnudos y son educados sin ninguna limitación a su voluntad y sin obedecer nunca a la madre, que siempre es esclava de sus menores caprichos. Se ejercitan desde temprano en el arco y la flecha, pero, por lo general, nada hacen, y nunca los he visto en esos juegos bulliciosos de los niños de los países civilizados. Las mujeres son núbiles a los diez o doce años y los hombres púberes a los catorce o quince. Ningún indio tiene voz en los consejos antes de casarse.

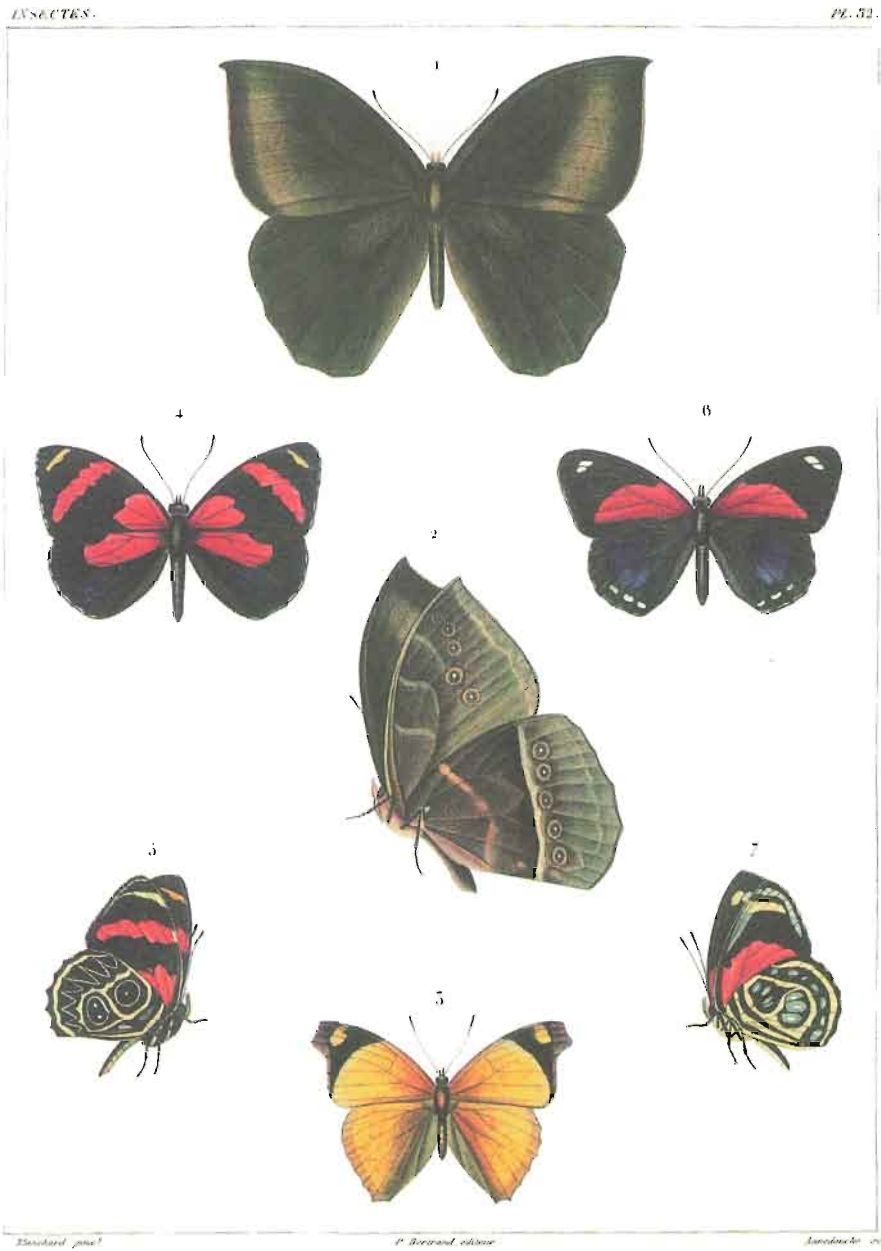
No he podido obtener más que informaciones muy vagas acerca de sus ceremonias fúnebres; siempre se ocultan para celebrarlas. Transportan lejos los cadáveres de los difuntos y los entierran en medio del bosque, con sus armas, lo que demuestra que, por lo menos, creen en la otra vida, creencia consoladora para los sobrevivientes y que hace la muerte menos penosa. Es, por otra parte, el único fondo de ideas religiosas que he hallado en los tobas, porque cuando trataba de escribir el vocabulario de su idioma, solicité del cacique cuál era la palabra que significaba Dios y me respondió que no existía el nombre de Dios, porque no reconocían a ninguno. Esto hace decir a Azara que la mayoría de las naciones americanas no tienen Dios, ni creencias religiosas, pero admitir otra vida es ya tener una fe[10].

Los tobas poseen un conocimiento exacto de todo el Gran Chaco. El cacique Bernardo me dijo que había estado varias veces al este de Santiago del Estero para ver ese famoso pedazo de hierro nativo o aerolito descrito por Azara, y que se ofrecía para ir a traerme un trozo, pero pedía demasiado tiempo y yo debía partir pronto a Buenos Aires. Poco antes, ese mismo cacique se había

10 El deseo de elevar a los españoles a expensas de las indígenas oprimidos por ellos ha hecho a menudo caer a este autor, en más de una cuestión importante, en una cantidad de errores acerca de la vida política y religiosa de los indios. Podía decir que ellos no tenían religión ni gobierno, pero no debía atrincherarse, a ese respecto, en una negativa absoluta. Se pone frecuentemente, en otros puntos, en contradicción consigo mismo.



1-3: *Pimelodus maculatus*; 4-6: *Pimelodus mangurus*; 7-9: *Pimelodus Pati*.



1: *Faunus tenebrosus*; 3: *Nymphalis*; 4: *Catagramma sorana*;
6: *Catagramma pygas*.

ofrecido al gobernador de Corrientes para servir de correo entre esa provincia y Salta. Proponíase llevar primero consigo algunos indios para indicarles el camino y dejarlos continuar luego solos esa tarea, de manera de establecer así poco a poco las comunicaciones, mientras hoy, para ir de Corrientes a Salta, hay que pasar por Santa Fe, Córdoba y Tucumán, viajando centenares de leguas, que podrían reducirse a setenta u ochenta. Tal propuesta podía, sin duda, tener las consecuencias más favorables, aumentando las relaciones entre las dos provincias y vinculando el comercio del Perú con el de Buenos Aires; pero el gobernador la rechazó, no concibiendo los beneficios que negaba, y se perdió así una vez más la oportunidad de civilizar esa inmensa parte del continente americano, enteramente sometida a un pequeño número de hordas salvajes que sólo ocupan algunos lugares.

He obtenido en Corrientes manuscritos interesantes sobre diversas expediciones realizadas al Chaco. Esas expediciones han tenido resultados diferentes; ninguna, empero, ha hecho conocer a fondo las regiones interiores del país, ni el número de naciones que lo habitan, porque no pueden tomarse como guía informes exagerados, ni nomenclaturas evidentemente falsas. Creo que alguna palabra sobre la historia y descripción de esta parte de América no estará fuera de lugar. Es conocido muy mal en Europa este vasto territorio casi deshabitado, que se extiende, de un lado, desde las últimas montañas de los Andes al oeste, hasta las fronteras de las provincias de Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba hasta las orillas del Paraná, al este; y del otro lado, desde el sur de la provincia de Chiquitos, en la República de Bolivia, al norte, hasta los últimos lugares habitados de la provincia de Santa Fe, al sur; superficie que equivale, por lo menos, a la cuarta parte de Francia. Ese territorio, regado por numerosos ríos importantes, forma una inmensa llanura sin ninguna montaña y está habitado por un número de tribus que sería fácil reducir a algunas naciones únicamente. Desde hace siglos permanece completamente cerrado a los europeos. Ni siquiera se intenta entrar en él, porque no se desconocen las dificultades y peligros que rodean a las expediciones de esa naturaleza, lo que hace más digno de admiración el coraje de los primeros aventureros españoles que lo recorrieron. Recuérdase que en 1526, después del primer viaje de Gaboto[11], cuatro aventureros abandonaron a ese jefe y atravesaron por primera vez el Chaco, dirigiéndose desde Santo Espíritu a Tucumán, donde las tropas españolas se ocupaban en conquistar al Perú. Solos, sin guías, recorrieron una región en la cual hoy un pequeño ejército que apenas puede abrirse

11 Funes, *Ensayo de la historia civil del Paraguay*, etc., tomo 1, pág. 8.

paso. Un motivo poderoso estimulaba a los españoles en aquella época. Alentaban la esperanza siempre de descubrir en el centro del continente inmensas riquezas, ese país del oro, ese gran Paititi que estaba en todas partes, incluso allí; esto fue también la meta de la famosa expedición de *Irala*, que tuvo lugar veinticuatro años más tarde, expedición apodada por los historiadores como de *la mala jornada*. Ese intrépido aventurero partió con sus soldados y gran número de indios, pero, luego de haber recorrido minuciosamente durante largo tiempo las inmensas regiones que se extienden desde las orillas del Paraguay hasta los contrafuertes de los Andes, regresó desengañado de las riquezas que pensaba encontrar. Los antiguos historiadores celebran también la bravura de Bazán, quien, con cuarenta soldados, atravesó en 1567 el Chaco, desde Tucumán al Paraná. Poco tiempo después se intentó fundar una ciudad a orillas del Río Bermejo, ciudad que fue destruida en 1631. Desde entonces, ningún establecimiento regular se fundó. Las numerosas naciones del Chaco, especialmente los guaycurús, los tobas, etc., son enemigos mortales de los españoles, en represalia de las agravios que han recibido de ellos desde los primeros tiempos de la Conquista hasta nuestros días. De allí ese odio que, hasta hoy, lleva a los indios y a los descendientes de españoles del Parapay a hacerse incesantemente una guerra de exterminio. Esto fue lo que, a comienzos del siglo XVIII, decidió a los españoles a no limitarse a estar a la defensiva y a hostigar a los indios hasta en sus guaridas más ocultas. Proyectóse con este fin una gran expedición compuesta de soldados de Santa Fe, Corrientes y Santiago. La reunión tuvo lugar en Santa Fe y la partida se fijó para el 13 de octubre de 1721. Este ejército, a las órdenes del general Márquez, se componía de cuatrocientos cuarenta y cinco hombres y de algunos indios amigos. Lo seguían treinta carretas, cerca de tres mil caballos y ochocientos bueyes para los víveres. Púsose pesadamente en marcha. Sorprendió, a orillas del Paraná, a un grupo de indios abipones, que se arrojaron a nado al río y huyeron. El general español quería apresar a un jefe, pero habiendo fracasado en la primera tentativa, tomó mejor sus medidas y lo intentó de nuevo. Viendo que se retiraban dos caciques que habían acudido para conferenciar, los hizo acribillar, así como a los indios que esperaban el resultado de la conferencia. Puede fácilmente comprenderse que después de una conducta tan ruin y tan poco de acuerdo con el espíritu de valor caballeresco que caracterizaba a los españoles de siglos anteriores, los indios se convirtieran en enemigos irreconciliables de sus nuevos adversarios. Cesaron, desde entonces, de confiar en las promesas de los blancos, a quienes consideraron, con alguna razón, siempre dispuestos a burlarse de todos los tratados.

Mientras las armas españolas se deshonraban por la perfidia, el mismo año un religioso, el padre Patino, remontaba el río Pilcomayo y escribía el relato de su viaje de descubrimiento[12].

En 1755, los indios del Chaco quisieron, a su vez, tomar la ofensiva. Reuniéronse y atacaron la ciudad de Asunción del Paraguay. Fueron momentáneamente rechazados por los indios de las Misiones jesuitas, que con éxito defendieron el país, pero sólo fue una victoria parcial. Los indios enfurecidos continuaron sus hostilidades y las continuarán probablemente mucho tiempo todavía.

En 1764, se quiso abrir un camino directo entre Corrientes y Tucumán. La expedición fracasó totalmente, por ignorancia de los soldados que no tenían confianza en el guía jesuita y que abandonaron a sus jefes. En 1790, todos los gobernadores de las provincias ribereñas del Chaco realizaron expediciones de descubrimiento, que tuvieron pocos resultados satisfactorios. He obtenido los originales de sus relatos parciales, en los cuales hay algunas informaciones interesantes, pero que no entran en el círculo del propósito que me he propuesto cumplir en este corto sumario, y por eso me remito a las publicaciones más especializadas. Las últimas tentativas de reconocimiento del Gran Chaco tuvieron lugar en 1826 por el emprendedor Soria, quien se embarcó en las fronteras de Salta por el Bermejo y fue a dar a las riberas del Paraguay, a diez o doce leguas arriba de Corrientes. Tuvo la desgracia de dejarse prender por los soldados de Francia, que lo mantuvieron preso hasta 1830. Ese hombre valiente había sido enviado por una sociedad formada en Salta para reconocer la navegación del Bermejo, sociedad que se disolvió antes de la partida de Soria.

El Chaco se halla siempre, pues, en manos de las naciones indígenas. Ninguna de las provincias ribereñas ha logrado establecerse en el interior. ¿Cuánto tiempo debe durar ese estado de cosas negativo? No oculto las numerosas dificultades que deben vencerse para llegar a poblar ese territorio, o por lo menos cruzarlo ya sea por tierra, ya sea utilizando los ríos, como medio de comunicación comercial, dificultades de las que sólo se podrá triunfar cuando los gobiernos limítrofes gocen durante mucho tiempo de una paz profunda, de

12 Manuscrito impreso por Arenales, *Noticias históricas sobre el Gran Chaco*, pág. 15. Esta obra, impresa recientemente en Buenos Aires, por un argentino, contiene numerosas informaciones preciosas sobre la historia y sobre las diversas expediciones hechas en el Chaco, detalles extraídos por lo general de manuscritos auténticos. El señor Arenales ha rendido, por esta publicación, un gran servicio a la ciencia.

un estado de prosperidad, muy alejados de su estado actual. Es necesario sobre todo mucha unión, y no es ello lo que existe en las provincias llamadas Unidas del Río de la Plata, que forman, cada una por su parte, un gobierno despótico y enemigo de todas las provincias vecinas, en vez de constituir un mismo Estado, el cual, por sus productos y su posición, podría ser de los más prósperos. En esta parte de América, en vez de abrir nuevas rutas y vías de comunicación en medio del desierto, los europeos olvidan las que poseían desde hace siglos y son, para vergüenza de la civilización, rechazadas por las hordas salvajes hasta las puertas de sus grandes ciudades. Es lo que puede observarse todos los días en esta desdichada República Argentina, la cual, presa de disensiones políticas, ha visto sucesivamente comprometida la seguridad de sus comunicaciones con Chile y destruidas por los indios todas las postas establecidas por ella... Inevitable consecuencia de la discordia y de la anarquía.

Capítulo XI

Vistazo sobre Corrientes y sus habitantes

Antes de la llegada de los primeros españoles, la margen del Paraná, en el lugar donde está hoy Corrientes, presentaba bosques espesos, que bordeaban las riberas en una extensión bastante grande y en el interior de los cuales vivían pacíficos indios de la nación guaraní. Parece que formaban una especie de caserío, donde muchas familias vivían de la caza, de la pesca y de algo de agricultura[1]. Los bosques de las riberas del Paraná brindaban una caza fácil, especialmente de pecaríes o jabalíes salvajes de América, y de penélopes, que todavía hoy abundan. Los charcos o pantanos que separan las partes boscosas de las *lomas* estaban llenos de ánades y otras aves acuáticas, y las orillas del Paraná, en gran número de ensenadas arenosas, en medio de peñascos de asperón separados de las orillas, aseguraban a los habitantes una pesca tan rica como cómoda. Esos indios vivían tranquilamente y los siglos corrían para ellos sin ningún cambio, porque no tenían otra preocupación que armarse a intervalos para rechazar a sus belicosos vecinos del Gran Chaco o, para reprimir el pillaje de los indios payaguas[2],

---

1 Los datos históricos que he recogido en Corrientes hablan de chacras de los antiguos habitantes indígenas.

2 Los payaguas han dado su nombre al Paraguay. Decíase, antes de la conquista, *Payagua-y*, de *Payagua* y de y, río: el río de los payaguas se convirtió, pues, por corrupción, en Paraguay. La nación de los payaguas permanece hasta nuestros días en las orillas del Paraguay y en Corrientes. Sólo después de las guerras de la independencia ha abandonado a la fuerza ese territorio, para ir a establecerse en los alrededores de Ñenibucu, en el Paraguay. Verdaderamente industriosa, siempre fue señora de la navegación de todas las riberas, en

quienes, poseedores de ese dédalo de canales de la desembocadura del río Paraguay, considerábanse los propietarios exclusivos de todos los afluentes vecinos de ese lugar. Siendo los únicos indios realmente navegantes, los payaguas tenían también algunas cabañas en la ribera, un poco arriba de Corrientes, pero pasaban la vida en piraguas y vivían exclusivamente de la pesca. Los guaraníes iban a menudo en la margen del Paraná para entregarse a ese ejercicio; pequeños senderos, abiertos en medio de los bosques, los conducían todos los días a la orilla del río. El gran número de lagartos, que cubrían los peñascos ribereños, ha dado a ese lugar el nombre de *Taragui* (lagarto) por los indios, nombre que emplean aún hoy[3].

Esos guaraníes iban casi desnudos, cubriéndose las espaldas con un manto de pieles de diversos animales cosidas entre sí, y se adornaban con plumas brillantes de aves de la región. Sus armas eran el arco y la flecha. En 1527, cuarenta y ocho años después del descubrimiento de América y diez y nueve después del descubrimiento del Río de la Plata por Solís, los indios vieron aparecer al intrépido Gaboto[4]. Desde ese instante las cosas cambiaron para ellos. La libertad de que gozaban en el seno de sus familias, felices de un porvenir siempre sereno, debía terminar al ser reemplazado por la esclavitud, por el asesinato; y la felicidad sólo existió para ellos en los recuerdos del pasado. Todo debía ceder a la sed del oro, que pisoteaba y sacrificaba todo a sus ambiciones, en esos siglos de fanatismo. No deseo, empero, restar la gloria de esas peligrosas expediciones, cuyos valientes jefes, sostenidos por un puñado de los suyos, se arrojaban desde las costas oceánicas al seno mismo de esos continentes por esas inmensas corrientes de agua que se les abrían, cuando, fuertes por sus armas y su actividad perseverante, se los veía enfrentar a millares de ene-

---

la gran confluencia del Paraná y del Paraguay; y los payaguas fueron mucho tiempo empleados como correos, debido a la rapidez con que viajaban. Azara los ha descrito bien. Agregaré solamente algunas referencias históricas. Establecieron su residencia en los alrededores de Ñembucu, pero fueron objeto de sospecha y acusados con prueba, en 1820, de cubrirse con piel de jaguar para espantar y robar más cómodamente las casas de la compañía. Fue entonces cuando se los arrojó de Ñembucu por orden del dictador Francia, y se los obligó a vivir en Asunción. En Corrientes me aseguraron que Francia los hizo matar. Si el hecho es verídico, la más valerosa de las naciones americanas habría desaparecido por completo de la faz de la Tierra, y sólo podrá ser conocida por el testimonio de los historiadores.

3 Los indios nunca dicen: "Vamos a Corrientes", sino: "*Yaha, taragui-pe*" ("Varnos al lagarto").

4 El autor ha confundido evidentemente las fechas: el viaje de Gaboto (1527) tuvo lugar 35 años después del descubrimiento de América (1492) y 11 después del descubrimiento del Río de la Plata por Solís (1516). (N. del T.).

migos que podían aniquilarlos; pero, de un lado la bravura, estimulada por la avaricia y el deseo de incorporar nuevas almas a la fe cristiana; del otro, la admiración que inspiraba, en los bosques de América, la audacia de esos hombres tan distintos de ellos por sus facciones y que les eran superiores por las armas; todo ello debió concurrir a facilitar, a la vez, los descubrimientos y la conquista. En todo su trayecto hasta cerca de las fuentes del río Paraguay, Gaboto sólo sostuvo un ataque de parte de lo indios agaces, navegantes que eran los más temibles, cuyo territorio había sido invadido. Su derrota hizo temblar a las otras naciones. Eran los guerreros más hábiles y temibles. Los restantes brindaron su amistad al audaz europeo.

Tuvo lugar la primera tentativa de fundación de Buenos Aires, pero los continuos ataques de los indios hicieron temer por su porvenir. Ayolas, nueve años después del viaje de Gaboto, visitó de nuevo los dominios de los guaraníes y pronto (en 1537) puso en el Paraguay, después de la derrota de sus dueños naturales, los cimientos de la Asunción, ciudad donde se transportaron, de inmediato, los restos de la población extenuada de Buenos Aires. Asunción no tardó en convertirse en la primera ciudad española de esta parte del continente americano. Desde entonces los habitantes de Taragui vieron pasar frecuentemente a los españoles frente a las riberas del Paraná, sin ocuparse de ellos. Cuando los españoles tuvieron fuerza, sintieron la necesidad de contar con lugares habitados en la inmensa extensión de territorio que separaba la capital del Paraguay de la desembocadura del Plata. Ya habían sido puestos los cimientos de Santa Fe, y muchos años debieron transcurrir antes de que se pensara en fundar una ciudad en el importante punto de confluencia del Paraná con el Paraguay.

Terminóse, empero, por sentir cuán necesaria era la existencia de tal ciudad para reprimir a las naciones bárbaras y para facilitar la navegación del río. Tal proyecto fue puesto en ejecución bajo el gobierno de Juan Torres de Vera y Aragón. Este envió a su hermano, don Alonso de Vera, llamado el Tupi, acompañado, según unos, solamente de veintiocho hombres, y de más de sesenta, según otros[5], a poner los cimientos de esa ciudad. Desembarcó el 8 de abril de 1588 en el lugar denominado Arasaty, a un cuarto de legua más abajo de la ciudad actual. Los naturales, intentando defender su territorio, atacaron vigorosamente a los españoles y los obligaron a construir un fuerte, donde fueron bloqueados largo tiempo. Hubo sangrientos combates. Finalmente, luego de

5 He extraído todas estas informaciones históricas de piezas originales que existen en los archivos de Corrientes.

muchas derrotas, fue fundada Corrientes, con el título de *Ciudad*. Llamósela *San Juan de Vera* (por el nombre del gobernador del Paraguay), dándosele el apodo de *las siete Corrientes*, debido a las numerosas puntas de arenisca en los que la corriente se hace extremadamente rápida. Posteriormente se olvidó el nombre de San Juan de Vera quedando el de ciudad de *las siete Corrientes*, y más tarde, finalmente, para abreviar, simplemente *Corrientes*, nombre con el cual es hoy conocida.

En esos tiempos de fanatismo y superstición, cada nueva conquista debía tener su milagro, destinado a legitimarla y afirmar la posesión[6]. Corrientes tuvo el suyo, del que no hay nada que decir, porque está certificado en un gran libro titulado *Milagros de la Cruz*, depositado en la iglesia de la Cruz. He tenido ese libro en mis manos y extraído, con todos los detalles, apoyados en declaraciones de testigos y en la firma, los informes que extracto a continuación:

Los españoles encontraron gran resistencia de los indios a su llegada a Corrientes. Hubo varios combates, en los cuales los extranjeros perdieron muchas vidas. Finalmente pudieron construir un pequeño fuerte, donde veintiocho hombres se encerraron, detrás de fosas y palizadas, dejando solamente una entrada, fuera de la cual plantaron una cruz de madera, como símbolo de su religión. Los indios, cuyo número aumentaba diariamente, los asediaron sin poderlos reducir ni penetrar en el cerco. Al término de ocho días, se imaginaron que el símbolo de la religión de los cristianos bien podía defenderlos de sus ataques. Resolvieron, en consecuencia, prenderle fuego, reuniendo mucha madera y amontonándola al pie de la cruz. ¡Vanos esfuerzos! La cruz permaneció intacta. Volvieron a la carga ocho días seguidos y ocho días seguidos el fuego estuvo encendido sin lastimar al símbolo sagrado. Al noveno día, aún muchos indios atizaban la hoguera sacrílega, cuando, en medio del sol más brillante del mundo, se hizo oír el trueno y relámpagos, y los rayos los mataron. Sus compatriotas se postraron entonces, reconociendo que un poder sobrenatural protegía a los españoles y que el Dios de los extranjeros valía más que el suyo, cesando de atacar. En número de cinco mil pidieron la gracia de ser admitidos entre los fieles. Desde ese instante, se los reunió en encomiendas y se fundaron los poblados de Guaycaras e Itaty[7]. La cruz milagrosa fue

6 El Cusco tenía su *Santiago*; Buenos Aires su *Maldonado*; y así sucesivamente.

7 Tal hecho es verídico: fueron los indios subyugados después del primer ataque los que fueron a establecerse en esas dos aldeas. Poco tiempo más tarde, fundaron las de Ohoma y Santa Lucía, formadas con encomiendas.

respetada y adorada por los españoles. Construyóse, para conservarla, una capillita, que seguía existiendo cien años después. La ciudad de Corrientes fue fundada algo más arriba y quiso transportarse esa cruz a la iglesia de la Cruz, que había sido construida al efecto; pero la cruz se resistió... ¡segundo milagro! En vano se cavó la tierra, en vano se emplearon todos los medios... ¡La cruz había echado raíces! Sólo cincuenta años más tarde fue posible sacarla. Se la transportó entonces a la iglesia de la Cruz, donde me la mostraron como prueba del milagro. Hizo todavía varios otros, pero sería largo enumerarlos aquí.

Corrientes no fue levantada en el mismo sitio donde la acción tuvo lugar. Los españoles remontaron un cuarto de legua, cerca de un arroyuelo, que llamaron Santa Rosa y que podía servir de puerto a pequeñas embarcaciones. Edificaron la ciudad algo más arriba, abatiendo los espesos bosques que cubrían entonces el suelo. Tres años después de la fundación, don Alonso de Vera, el fundador, hizo, en nombre de Felipe II , un primer reparto de tierras a doscientas cincuenta familias, ya reunidas en San Juan de Vera de las Siete Corrientes. Esa distribución tuvo lugar el 18 de septiembre de 1591[8]. La única condición impuesta era abrir, allí donde fuera necesario, caminos de diez varas de ancho (treinta pies españoles) para la explotación de las tierras, y los caminos reales de cuarenta pies de ancho, bajo pena de quinientos pesos (2.500 francos) de multa. Hubo otros repartos efectuados sucesivamente hasta 1601, después de los cuales se acordó gratuitamente los terrenos solicitados por los habitantes, costumbre que se mantiene hasta nuestros días.

Corrientes tuvo mucho que combatir contra los indios no convertidos a la fe cristiana, y durante los primeros años el suelo fue a menudo regado por sangre americana y española, pero su población, débil algún tiempo, aumentó pronto con el aporte de muchas familias escapadas de la destrucción y abandono del naciente poblado de *Concepción de Buena Esperanza*, situado en el centro del Chaco, a orillas del río Bermejo. Desde entonces, Corrientes se defendió mejor de los ataques indígenas. Sin embargo, los *guaycurus*, nación belicosa del Chaco, la inquietaban a menudo, de acuerdo con los payaguas, nación de navegantes, la más astuta y difícil de reducir. Los habitantes veían con frecuencia devastar sus propiedades, principalmente las de las orillas del Paraná. No era, empero, comparativamente nada en relación con aquello que sus temibles adversarios hacían sufrir a los habitantes del Paraguay. Sin em-

8 He tenido ese documento en mis manos y he hallado en la ciudad los nombres de las personas a quienes se hizo ese reparto.

bargo, en 1673, Corrientes estuvo a punto de ser completamente destruida por los guaycurus del Chaco. Estos cruzaron el Paraná e iban a apoderarse de la ciudad, cuando los indios guaraníes de las Misiones, fuerzas ligeras de la época, corrieron en su defensa y obligaron a los asaltantes a abandonar la orilla oriental del río. Los abipones y los payaguas del Chaco no tardaron en volver a la carga. No cesaban de asaltar los establecimientos ribereños. En 1720, atacaron la ciudad misma. Fueron de nuevo rechazados y Corrientes recobró, por algún tiempo, la tranquilidad. El Virrey creyó, sin embargo, indispensable hacer una batida general en el Chaco, para castigar a las naciones enemigas. Los correntinos se unieron para la empresa con los habitantes de Santa Fe. Fue en vano. La discordia se introdujo en el ejército, y la escasa disciplina de los soldados de Corrientes hizo fracasar la expedición.

Existía el odio más implacable entre los correntinos y los indios del Chaco; por eso los primeros buscaban por todos los medios posibles destruir a sus enemigos y vengarse de los robos parciales que esas naciones hacían de continuo a las propiedades de las orillas del Paraná. Aparecieron, en 1745, en el Chaco, en número de ciento noventa, destruyeron una toldería o aldea de abipones y mataron a todos sus habitantes, hombres y mujeres, reservándose únicamente a veinticinco jóvenes, que se repartieron como esclavos, en calidad de botín tomado al enemigo. Esta ruin victoria, poco digna de españoles, no quedó mucho tiempo sin venganza. Dos años más tarde, los abipones, en numerosas legiones, atacaron, desde todos los puntos a la vez, la provincia de Corrientes y mataron a más de cien personas. Los habitantes, que no estaban en condiciones de defenderse, fueron obligados a pedir la paz y la obtuvieron por medio de astucias y promesas. Corrientes flotó en esa alternativa de guerra y paz hasta la época de la gran revolución americana, de la cual debió sufrir mucho por los indios de las Misiones, que acompañaban a Artigas, después de su paso al Paraguay; pero, después de haber sido teatro de los inevitables desastres producidos por las guerras civiles, Corrientes volvió a tener pronto otro aspecto. El comercio del tabaco, convertido en monopolio del Estado desde 1748, había sido completamente olvidado en la provincia hasta el momento en que las franquicias acordadas a los comerciantes permitieron a éstos hacer lo que quisieran. Corrientes comenzó desde entonces a prosperar y, posteriormente, su suerte ha mejorado día a día.

La provincia de Corrientes dependió del gobierno de Buenos Aires hasta la época de la declaración de la independencia, en la que asumió el título de provincia, con las mismas prerrogativas que las de Buenos Aires, Paraguay y otras provincias unidas. Desde entonces se gobierna por sí misma, enviando

todos los años diputados a la Junta General de la República del Río de la Plata, de la cual forma parte[9].

Está comprendida entre los 27°18' y 30°21' de latitud sur y 59° y 62° de longitud oeste de París. Está limitada al norte por el Paraná, que la separa del Paraguay; al oeste, también por el Paraná, que la separa del Gran Chaco, habitado solamente por naciones salvajes, los tobas, los lenguas, los bocobís, etc.; al este, por la laguna de Iberá y el río Meriñay, que la separan de Misiones; y al sur, por la provincia de Entre Ríos, de la cual está separada por el río *Guayquiraró*. Su extensión es inmensa y, si todos los terrenos de que se compone estaban en condiciones de ser cultivados, sería, sin contradicción, una de las provincias más ricas de la República del Plata. Está cortada en lonjas, dirigidas de nordeste y sudoeste, por numerosos ríos o arroyos que la riegan y que son el río Corrientes, el río de Santa Lucía, el río Batel, el Riachuelo, el Guayquiraró, el Sombrero, el Empedrado, el San Lorenzo[10] y el río Ambrosio. Todos esos ríos vuelcan sus aguas en el Paraná. Los mayores son el río Corrientes y el Santa Lucía. El primero sólo es navegable en una parte de su curso; el segundo podría serlo en época de lluvias, pero como la provincia está rodeada, al norte y al oeste, por el río Paraná, cuyo curso majestuoso, ancho generalmente de una legua, permite una navegación bien fluida en todos los puntos más importantes de la circunferencia, las comunicaciones interiores son menos útiles a la provincia. Su suelo no tiene una sola montaña y podría decirse que ninguna colina. Es en todas partes horizontal o muy poco ondulado, porque no pueden denominarse colinas las *Lomas* de Santa Lucía y las Ensenadas, que tienen apenas cinco a seis toesas por encima de los pantanos vecinos. Las únicas regiones elevadas son las riberas del Paraná al norte y la línea divisoria de las aguas entre el río Santa Lucía y el Batel. El centro de la provincia constituye un inmenso lago casi siempre lleno. El agua carece de pendiente suficiente para deslizarse y forma en todas partes pantanos o depósitos naturales, que permiten a los pobladores criar con facilidad los animales, debido a la abundancia de pastos y de aguas que nunca se

9 En 1835, fecha de la impresión de la edición francesa de este libro, Corrientes no tenía representantes en ningún gobierno central. Sus últimos diputados formaron parte de la "Representación Nacional" reunida en Santa Fe en 1828-1829 y su actuación, anterior a aquella fecha, en el orden nacional, fue en el Pacto Litoral de 1831. Luego vino la tiranía de Rosas, que redujo las provincias al aislamiento y se opuso a la constitución de un gobierno general de las Provincias Unidas. (N. del T.).

10 En la parte específicamente geográfica, daré los detalles *in extenso* del curso de esos ríos, así como todo lo que puede aclarar la topografía de la provincia.

secan. Puede, pues, considerarse a la región entera una gran planicie muy ligeramente ondulada.

Los pantanos cubren casi la mitad de la superficie de Corrientes. Los de Iberá son inmensos, sin abarcar empero a toda la provincia, como podría hacerlo pensar la observación de los mapas. No se secan nunca, se ven hasta el infinito y dan nacimiento a varios ríos: el Corrientes, el Meriñay y el Batel. Los pantanos de la Maloya ocupan el medio de la comarca. Están entrecortados de bosques por grupos aislados y de numerosas palmeras empleadas como techado. Dan nacimiento a casi todos los arroyos de la zona. Durante las grandes sequías, queda todavía la mitad de ellos con agua. Prescindiendo de los que alimentan los ríos, hay muchos otros sin salida, generalmente cubiertos de juncos, llamados *esteros*, o de agita límpida, que son *lagunas*. Al secarse se los llama muy impropiamente *cañadas*[11], como la *cañada de Cebollas* y otras. Los esteros y las lagunas son los más numerosos. Ningún terreno elevado y arenoso carece de ellos. Se los halla a cada paso en las ensenadas y en los alrededores de Caacaty. En esos lugares el agricultor y el granero tienen la fortuna asegurada y todos los elementos de prosperidad. La vegetación que verdea por doquiera, el agua límpida y los bosques aislados en todas partes, que sirven para construcción y leña, mantienen, además, una humedad favorable a la agricultura. Es también en esos lugares donde los panoramas más pintorescos y todas las bellezas de la naturaleza encantan incesantemente la vista del viajero.

El clima es cálido, como lo hace suponer la latitud. Es, sobre todo, muy variable. Los veranos son ardientes y los inviernos poco fríos. El agua jamás se hiela y una débil helada blanca cae cuando el viento sopla del sur. La atmósfera es, por lo general, pura, y se desconocen esos días sombríos que caracterizan a las regiones frías. El viento, poco fuerte por lo general, sopla casi todo el año del norte, nordeste o noroeste. Sopla aumentando progresivamente en intensidad, hasta que finalmente la atmósfera se carga en el sur. Entonces cesa de soplar de golpe para dejar lugar a una calma de corta duración, durante la cual se experimenta un calor sofocante. Tal calma siempre es seguida de una tormenta que proviene del sur. Todo se oscurece; el trueno ronca estrepitosamente; los relámpagos surcan las negras nubes; la lluvia cae pronto torrencialmente y dura a veces mucho tiempo, sobre todo en la estación de lluvias. Es principalmente durante los fuertes calores que esas tormentas se suceden con mayor rapidez, porque en el invierno llueve raramente. El invierno es la estación

11 Esta palabra, aplicada aquí a los pantanos, quiere decir, en español, desfiladero de montaña.

seca del país. No hay, empero, en Corrientes una estación especial de lluvias, como en todo el Alto Perú y en las otras regiones ecuatoriales. Las lluvias no son periódicas; son únicamente más abundantes en la época indicada. En el invierno, el viento del sur sopla por lo general sin tormenta y trae un frío que los habitantes sienten muy intensamente. Puede vérseles titiritar debido a una temperatura que no produce heladas. El efecto del viento norte sobre toda la economía animal y sobre los hombres en particular es de lo más extraordinario. Produce en la mayoría de los criollos, y notoriamente en los extranjeros aclimatados, un abatimiento general, acompañado de malestar o, por lo menos, de una gran pesadez de cabeza. El apetito disminuye; las fuerzas morales no se debilitan menos que las fuerzas físicas. Ha sido observado que, en las regiones meridionales, en Buenos Aires por ejemplo, los *gauchos* están, mientras dura el viento, más dispuestos a pelearse a muerte. Es curioso que los correntinos lo teman tanto, mientras en las regiones más cálidas, como Santa Cruz de la Sierra, temen a los vientos del sur, que impiden salir y nada dejan hacer. En todos los casos, los vientos del norte tienen una influencia real sobre los habitantes de la provincia. Podrá decirse que tienen un efecto contrario sobre los animales; pero, entonces, es más bien la diferencia de temperatura y no la pesadez de la atmósfera lo que actúa. Todo el mundo ha observado que, mientras soplan los vientos del sur, ningún reptil ofidio aparece en los campos, mientras que pululan cuando el tiempo es cálido. El viento de sudoeste, llamado *pampero*, es, por así decirlo, el antídoto del viento norte y sus efectos son diametralmente opuestos. Limpia la atmósfera y pone punto final a las lluvias que acompañan a las tormentas. Sólo dura generalmente dos o tres días, a veces menos, difícilmente más. Su intensidad varía desde la brisa más débil hasta la tormenta más furiosa. Reduce la temperatura y reanima las fuerzas vitales.

Las inundaciones de los pantanos de la provincia se deben a las lluvias locales. No sucede lo mismo con las del Paraná, cuyas causas provienen de más lejos. Las crecidas periódicas son tres, una en marzo, otra en junio y la última en diciembre. La de marzo es la más fuerte. Las aguas son más bajas en septiembre, octubre y noviembre. Comienzan a aumentar debido a las lluvias abundantes que caen entonces en las regiones cálidas; así sucede en Bolivia y Brasil, donde es necesario buscar las causas de esas crecidas, de las cuales tendré ocasión de hablar más extensamente en la parte geográfica.

Daremos un vistazo rápido a las producciones naturales de la provincia. Comenzaré por la zoología.

Seguiré, en este corto resumen, el orden clásico de los animales de acuerdo a Cuvier, comenzando por los mamíferos.

Los bosques de las orillas del Paraná y otros ríos son diariamente visitados por tropeles de monos aulladores, de la especie que los habitantes llaman *Caraya*. Viven en familia y recorren grandes extensiones. Las pieles de los machos son las únicas estimadas. Numerosos murciélagos llenan de noche los campos. Distínguense entre ellos los horribles vampiros, que chupan la sangre de los animales y hasta de los hombres. Los alegres coatís, glotones animales domésticos que se crían en las casas, destruyen las cucarachas y todos los insectos que pululan en esas comarcas. Los zorrinos, de encantador pelaje, no son tan comunes como en las regiones más australes, pero no por eso tienen menos olor, y el más carnicero de los animales, el jaguar, es el primero en abandonar su presa, según dicen los habitantes, cuando el zorrino se acerca. Las curiosas nutrias se adelantan al viajero, en las rutas de navegación, en lugares poco frecuentados y parecen entonces jugar, como si quisieran hacerse notar a la vista de aquél, siguiendo a veces por largo tiempo a la piragua.

El ágil lobo colorado recorre las llanuras, donde caza tinamús, mientras el astuto zorro habita las orillas de los bosques, donde siempre logra robar algo. Los atrevidos jaguares se ocultan durante el día en medio de la gran vegetación de los pantanos o en los bosques; por la noche salen para atacar a los terneros, los caballos, las ovejas y hasta a los hombres, haciendo pagar cara su imprudencia a quien se queda solo en el campo. Detienen a menudo al viajero en sus exploraciones y le privan de su caballo o le obligan a huir. Este animal, débil en la abundancia, se pone furioso cuando pasa hambre. Los habitantes de Corrientes vieron a un jaguar entrar en la ciudad y ocultarse bajo una cama, donde fue muerto. Empero, el jaguar no ataca sino cuando carece de presas muertas, mientras que el puma sólo quiere sangre caliente y mata siempre, por más presas de que disponga, pero el hombre no tiene por qué temerlo, ya que su presencia lo espanta. Gran cantidad de especies de gatos salvajes viven en la provincia. Se hacen con sus pieles botas muy apreciadas por los habitantes de las campañas. Las zarigüeyas, originales por la manera cómo conducen a sus crías, están permanentemente en guerra con el hacendado, a quien le roban las gallinas con una desvergüenza y una habilidad impresionantes. Numerosos conejillos de Indias de gran tamaño pueblan las orillas de ríos y lagos, donde viven pacíficamente en sociedad, mientras los cobayos salvajes o apereás viven en familia en los setos y zarzales. Abundan en la comarca ratas de variadas especies, algunas de las cuales hacen estragos en la caña de azúcar. El tapir es raro, aunque se ven algunos en los lugares pantanosos. Tropeles de jabalíes salvajes o pecaríes maltratan también el suelo de los bosques, donde rechazan arrogantemente los ataques que se les dirigen. Diversas especies de ciervos

recorren la provincia. El mayor de todos, el *guaçupucu*, frecuenta los pantanos donde el hombre penetra poco; el *guacu ti* vive en los campos abiertos, mientras que el *guaçu pita* y el *guaçu bira* están en grandes tropillas en medio de las malezas. Los armadillos de caparazón dura son muy numerosos; unos devastan los campos, como las *mulitas* y los tatuejos, mientras los *pebas* o armadillos negros buscan los bosques.

La variedad de pájaros no puede ser mayor; la comarca se anima más con ellos que con los mamíferos. No faltan en ninguna parte, ni siquiera en los desiertos. Durante el día, el cantor de los bosques alegra al viajero, y por la noche es reemplazado por el pájaro nocturno, cuyos gritos de lamento provocan espontáneamente la melancolía.

Los aves de rapiña existen en la misma proporción que los otros. Pertenecen a numerosas especies. Los taciturnos buaros abundan en las orillas de los pantanos, mientras el ligero halcón se aproxima a las casas en rápido vuelo, y los cernícalos recorren la campaña en vuelo majestuoso y lento. Los caranchos y catartos viven familiarmente a expensas del ciudadano y del agricultor, y llevan a todas partes su engreimiento y costumbre repugnantes. Por la noche, en los lugares más salvajes, el reposo del viajero es a menudo interrumpido por el canto monótono del búho real, *ñacurutú*, o de los mochuelos; o bien el grito lúgubre y de malos presagios del lechuzón, que asusta al habitante de los villorrios.

Pajarillos de todos los géneros aparecen en las planicies descubiertas. Las vocingleras picazas manchadas pueblan los matorrales de los bordes de los bosques. Los merlos viven igualmente en los zarzales o sobre arbolitos, haciendo oír a veces su canto melodioso, y mientras los picos finos buscan en la copa de los árboles, en la maraña de bejucos que los coronan, los diminutos insectos de que se alimentan, numerosos sinalaxias brincan alrededor de los arbustos al borde de los pantanos. Los tangaras, de brillante plumaje, recorren los vergeles en bandadas bulliciosas, mientras los ágiles papamoscas señalan las elevadas plantas de las llanuras, parándose sobre ellas o bien haciendo oír su canto, siempre el mismo, al borde de los bosques. Numerosas golondrinas cubren los campos y destruyen parte de los importunos mosquitos de esos lugares; durante el invierno se hunden, al decir de los indios, en los pantanos, para reaparecer con los primeros rayos de sol de cada primavera; interesante parecido es éste (de ser verídico el hecho) con lo que dice de costumbres idénticas de nuestro vencejo de Europa. Los misteriosos chotacabras son buscados como talismanes por los crédulos indios o engañan con su grito, parecido al del hombre, al viajero perdido en medio de los bosques. Las urracas parleras, de her-

mosos colores azulados, recorren sin miedo los alrededores de las casas construidas cerca de los bosques. Los trupiales viven en sociedad en las peladas campañas, cubriendo la tierra con sus nubes diversamente coloreadas, dejando vivir en los bosques a los caciques y a los algarrobos de colores brillantes. Los chorlitos de diversas especies tienen las mismas costumbres que en Europa. Los trepadores, de matices oscuros, imitan a las urracas, subiendo verticalmente a lo largo de los troncos de los árboles. Los colibrís y los pájaros, moscas, verdaderas mariposas con plumas, disputan, a las mismas mariposas, el zumo de las flores, a las cuales cortejean juntos, confundidos con ellas por sus colores vivos, pero más ligeros, apareciendo y desapareciendo como un relámpago. Los martín-pescadores, de gritos desagradables y colores azulados, animan los bordes de los ríos, pescando con destreza los pececillos que descubren desde lo alto de su observatorio acuático. Las urracas, de fuerte pico, hacen resonar el eco de golpes repetidos que aplican a los árboles muertos, con el fin de buscar insectos, mientras los cuclillos salvajes, considerados hechiceros por los naturales, ostentan su hermosa cola escalonada y el teru-teru llora, para expresarme como los habitantes, al ocultarse el sol, cubriéndose de tinieblas los espesos bosques, donde sus colores metálicos tan brillantes pasan desapercibidos. Los poco agraciados anis recorren en bandadas, con su plumaje de duelo, los pantanos y los bosques. El tucán, con su pico tan grande como él, parece ser el bufón de los huéspedes de los bosques, por su carácter afectado, por lo ridículo de sus gestos, cuando hace oír su desagradable voz. Los bulliciosos papagayos, así como las numerosas cotorras, siempre en parejas, a menudo en bandadas innumerables, vuelan sobre los campos cultivados; su verde brillante se confunde con el verdor de las plantaciones de maíz, en las cuales hay obreros pagados exclusivamente para cuidarlas, con el fin de evitar que aquéllos no hagan estragos, mientras que, más serios, los guacamayos, color de fuego azul o celeste, se contentan con ostentar sus hermosas colas y hacer resonar con sus chillidos los ecos de los salvajes precipicios que bordean los grandes ríos. En los bosques resuenan los cantos de las penélopes, faisanes de estas comarcas. En las llanuras pacen tranquilamente los tinamus o perdices americanas, lanzando siempre su doliente silbido; o algunas de sus especies, más miedosas, se ocultan en lo más espeso de los bosques, de donde jamás se les ve salir. Bandadas innumerables de palomas torcaces cubren los campos en invierno; en la primavera, tórtolas de diverso tamaño musitan sus dulces arrullos.

Los ñandúes o avestruces americanos viven en sitios descubiertos, huyendo rápidamente del cazador, que sólo los persigue para aprovechar sus plumas. Numerosos chorlos dorados recorren con rapidez las orillas de los lagos y las

llanuras inundadas. Los teru-terus, colocados como centinelas de las familias aladas, advierten a éstas con su acento regañón la presencia del hombre y descubren todas las astucias del cazador. Las chuñas viven en medio de los ribazos secos y llenos de matorrales. Las gallinetas hacen oír desde el fondo de los pantanos, su residencia habitual, un grito fuerte y repetido con frecuencia. Las garzas reales de variadas especies zanquean al borde de los pantanos y ríos, haciendo resonar los aires con sus roncos gritos de pavor; las blancas garzas, de buscado plumaje, cubren las orillas de las aguas en bandadas que se unen a las de otras aves acuáticas. Las cigüeñas y los acalotes van a las llanuras pantanosas en busca de reptiles. El gran jabirú, con su cola de púrpura sin plumas, confúndese de lejos con el pescador indio, debido a su plumaje blanco y a su gran talla. La espátula, de colores rosados, adorna las orillas de los lagos y los pantanos. Innumerables bandadas de ibis, de variadas especies, cubren los sitios inundados, removiendo sin cesar el fango con su largo pico o bien describiendo en los aires inmensos círculos, cuando viajan en grupos. Una multitud de tringas y zancudas, de largas piernas, animan las orillas de las aguas, mientras el ligero jacanas, de grandes uñas y naturaleza alegre, marcha, sin romperlas, sobre las plantitas que cubren la superficie, ostentando sus colores amarillos y oscuros. El kamichi copetudo o chajá se hace oír en plena noche y anuncia hora a hora al marino que acaba de pasar una hora para él. Los rascones brincadores y alegres se introducen en medio de las plantas altas de los pantanos, sin dejar de hacer resonar, de tiempo en tiempo, su voz sonora, único signo de su presencia. Las gallaretas y las pollas de agua, alegres, vivifican los lagos cubiertos de juncos, su residencia favorita.

No son menos comunes las aves puramente acuáticas. Las macás, de cola levantada, nadan incesantemente en los sitios donde hay mucha agua, se hunden y reaparecen de continuo en la superficie; numerosas gaviotas de plumaje blanco disputan a los iribús, aunque solamente en invierno los restos de carne abandonados en los mataderos, librándose terribles combates por el reparto del botín. Muchas golondrinas de mar cubren los bancos de arena, donde anidan y viven, y están tan poco acostumbradas a ser turbadas que gritan agudamente cuando los marinos pasan cerca. Desde lo alto, se dejan caer, de cabeza, en las aguas, con el fin de apoderarse de su presa. La picotijera, no menos chillona, traza líneas rectas con su pico en la superficie de las olas, como el labrador con su arado, original costumbre que le ha valido el nombre de *rayador*. Los sombríos y taciturnos cormoranes cubren los árboles muertos parándose sobre los bancos de arena de los ríos o alrededor de los pantanos, precipitándose desde allí sobre los pobres peces que se aproximan. La *anhinga* o

pájaro-serpiente de los indios, así denominado debido a su larga cola flexible y su pequeña cabeza, puede verse en la copa de los árboles que bordean los ríos, y cuando se hunde en las aguas, con el fin de apoderarse de los peces, que son su alimento habitual, su cabeza, al volver a salir, da la impresión de los movimientos de una serpiente. Los lagos hormiguean de ánades variados, de toda especie, que se reúnen en grandes bandadas en la superficie de sus aguas, sobre los pantanos, a orillas de los ríos; y, en invierno, se cubren de cisnes blancos que vienen de las regiones meridionales.

Puede verse, por este sumario, cuán variadas son las aves que moran en las campañas llanas de la provincia. Los terrenos quebrados o los próximos a ellos son los únicos que poseen todavía una zoología más diversificada, debido a las diferencias de temperatura que causa la altura de las montañas. ¿A qué se debe que, disponiendo de tantos recursos, los habitantes desprecien tan buena caza, para alimentarse únicamente de carne?

Si las aves abundan, los reptiles no abundan menos, pero ¡qué diferencia entre ellos! Algunos inspiran temor, en vez del deseo de poseerlos, y todos inspiran repugnancia. Las tortugas de agua dulce o tortugas de río habitan en medio de los pantanos y a orillas de los ríos, donde depositan sus huevos, los cuales no interesan a los habitantes. Los voraces caimanes cubren las orillas de los lagos, los pantanos y los ríos, haciendo a menudo víctimas; pero sirven también de blanco a los cazadores a caballo que los enlazan, cuando están dormidos al borde de las aguas. Las *sauvegardes*, con cola ensortijada, recorren los bosques y los campos, y son perseguidas en todas partes, tanto debido a su carne delicada, como a las supersticiones que tienen los indios sobre las diversas partes de ese animal. Los mansos lagartos, tan numerosos en especies como en individuos, huyen en presencia del viajero, en medio de los campos; abundan más en los peñascos de la orilla, donde su afluencia ha motivado el nombre indio de la capital. Todo aquello que serpentea asusta a los pobladores, pero los aborígenes, más próximos a la naturaleza y mejores observadores, saben distinguir las especies venenosas; por eso se apoderan sin temor de la culebra vidriosa, de escamas lisas, y la anfisbana (su *Ibiyau*, comedor de tierra), denominada así porque vive bajo el suelo, de donde surge por la noche, llevando el mismo género de vida que los ofidios. Enormes boas acuáticas pueblan el centro de los pantanos, donde se contentan con cazar mansamente al tímido cuadrúpedo que se acerca a las aguas. El europeo temblaría al oír nombrarlas, pero el indio, que conoce sus debilidades, no las teme en lo mínimo. Las atrapa con su lazo y las transporta con éste hasta su casa, donde emplea a veces su piel para hacer cinchas para sus caballos. Numerosas culebras, que no

podrían ser más variadas en color y tamaño, habitan principalmente las llanuras secas y llenas de matorrales, donde se las encuentra a cada paso, y algunas parecen hermosas cintas ensortijadas rojas y negras. Todas huyen rápidamente en presencia del hombre, quien no las deja vivir, cuando las encuentra, costumbre común a todos los pueblos del mundo. Las serpientes venenosas son poco numerosas en la provincia. Algunas culebras o serpientes de cascabel se ven a veces, aunque son raras; se las teme, pero nunca tanto como a la víbora mortal llamada *mboy curucu* o serpiente de la cruz, debido a la figura de este emblema que lleva sobre la cabeza. Esta especie es terrible y, a menudo, los pobres indígenas resultan víctimas de ella, a pesar de la gran cantidad de antídotos que creen poder oponer a su veneno. Algunas especies de ranas viven en los lagos. Las rubetas, de vivos colores, horadan el aire con sus gritos agudos o roncos, desde lo alto de los árboles, donde se posan. Los horribles sapos abundan, sobre todo a orillas de los ríos y pantanos; son ellos los que, en vísperas de una tormenta, hacen oír sus chillidos tan variados y tan extravagantes que impresionan al viajero. A veces es el sonido argentino de las campanillas en diferentes tonos, o el ruido que produce el choque de una piedra o pedazo de madera contra otro, o bien gemidos lastimosos, repetidos con frecuencia.

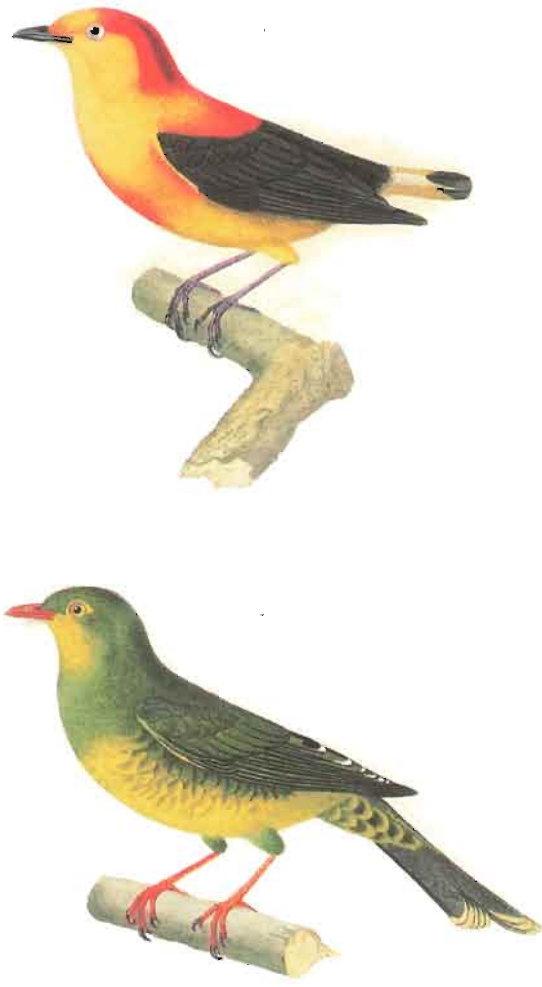
No son menos numerosos los peces. Tal vez ningún río del mundo posea tanta variedad de especies como el Paraná. También los tienen los lagos y hasta los pantanos. El mayor número pertenece a los siluros, que se distinguen por sus formas extravagantes y sus dimensiones extraordinarias. El *surubí* y el *maguruyu* de los guaraníes brindan ejemplos, así como muchas de sus especies escamosas o acorazadas. La *palometa*, de dientes filosos, hace a menudo pagar muy caro al bañista la imprudencia de no haberse prevenido contra su mordedura; es un verdadero esturión de agua dulce y no menos temible. Los pastinacas o rayas armadas de los ríos no son menos temidos de los pescadores. Sus aguijones acerados y en forma de diente de sierra causan heridas profundas y dolorosas al máximo. Ellos impiden acercarse a los bancos de arena. Todos estos peces, aunque se aprecia su carne, sólo sirven de alimento a los indios. Las personas pudientes consideran degradante alimentarse de ellos y no viven más que de carne y legumbres.

Si desciendo a las clases inferiores, a los moluscos, por ejemplo, encuentro menos variedad. Esto se explica fácilmente porque sólo puede haber en Corrientes animales terrestres y fluviales. Entre los primeros, cuatro o cinco especies de hélices o caracoles componen la serie de animales terrestres, a los cuales puede agregarse los vaginúlidos. En las conchas fluviales existen muchas más especies. Gran número de variadas ampularias viven en los panta-

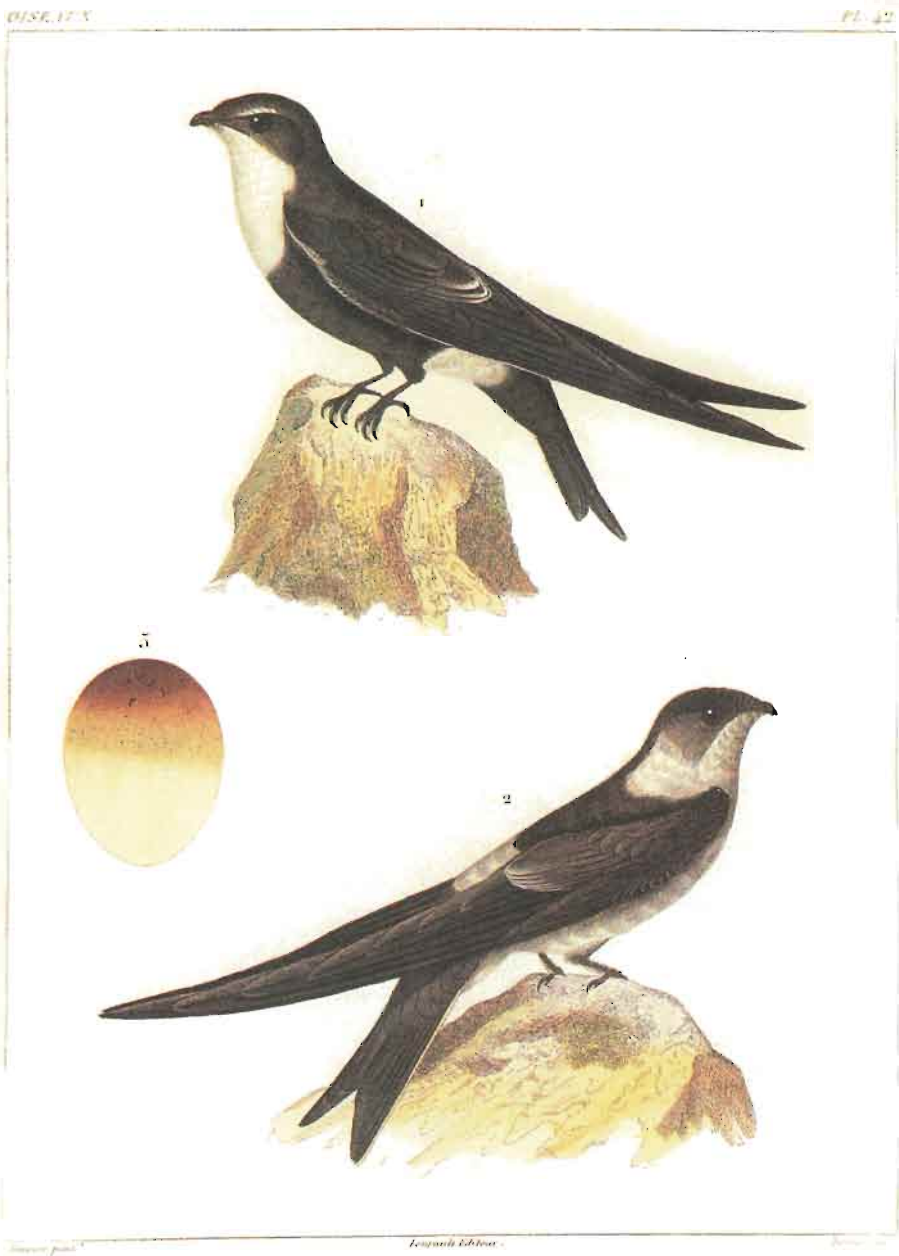
nos, en los lagos y en los ríos, así como muchas paludinas. Las orillas del Paraná están cubiertas de hermosas especies de bivalvos, comunes en los lagos de agua límpida de Las Ensenadas y a todos los cursos de agua de la provincia. Esas conchillas pertenecen a los géneros Anodonte, Unio, Castalia, Mycétopodo, Iridino y Cyclade; las mayores son muy ricamente anacaradas, cumplen la función de cucharas para los habitantes de los campos y su brillo es comparable al de la platería.

Los animales articulados están, sin duda alguna, en mayoría en la provincia de Corrientes. Entre los crustáceos algunos cangrejos semiterrestres, semiacuáticos, recorren las orillas fangosas de los pantanos, mientras los entomostráceos pululan en medio de charcos de agua y en los lagos. Los aracnoides son más numerosos todavía y, entre ellos, las migalas enormes y venenosas, de andar amenazador, habitan los campos, siendo algunas tan gruesas como el puño. Una innumerable cantidad de arañas hiladoras colocan sus inmensos filamentos sobre los setos, los muros de las casas y los lindes de los bosques. Es, sobre todo, en esas telas radiantes que el rocío de la mañana se muestra al levantarse el sol, como el más hermoso rosetón, adornado de perlas límpidas y brillantes. Las arañas son de lo más variadas en colores y parecerían bellas si no fuera por la aversión natural que inspiran. He encontrado, en los alrededores de Caacaty, en los animales de ese género, una especie que suministra una seda firme y de un hermoso color amarillo, bastante fuerte como para ser hilada en el país y servir a la fabricación de tejidos duraderos, especie bastante rara, que puede citarse como curiosa. Por eso los pobladores la protegen, en vez de destruirla, como lo hacen con las otras. Los horribles escorpiones, con su aguijón venenoso, son de lo más comunes, pero se citan pocos casos de picadura.

Los insectos dominan, sobre todo, en todos los lugares y se encuentran a cada paso. La tierra está cubierta en ciertas partes de iulos; y las abundantes escolopendras (ciempiés) hacen huir a los niños hasta en el interior de las casas. Entre los insectos chupadores, la pulga penetrante o *nigua* hace sufrir bastante, atormentando incluso a las personas mayores que no toman la precaución de eliminarlas. Ese insecto incómodo es tan desagradable en los lugares habitados como las *garrapatas*, que se pegan a las personas en los bosques y en los campos. Son verdaderas plagas que atenúan las bondades que ofrece la comarca. Entre los insectos coleópteros, numerosos carábidos cubren las orillas de los ríos; también allí y cerca de los pantanos las brillantes cicindelas aparecen día y noche, marchando con rapidez de relámpago y ostentando sus colores metálicos. Abundan en las aguas de los pantanos los *ditisques* y los



1: *Pipra fasciata*; 2: *Ampelis viridis*.



1: *Cypselus montivagus*; 2: *Cypselus andecolu*; 3: *Oeuf du caprimulgus*.

hidrófilos; gran número de estafilinos vive en los animales muertos y en los campos; los brillantes buprestos revolotean en torno de las flores y se pasean por las cortezas de los árboles muertos. Entre la gran variedad de especies de elatéridos o zapadores, se destacan las luciérnagas o *taca-mua* de los guaraníes, lo suficiente brillantes como para poder leer a su luz, cuando se reúnen muchos de ellos. Su luz, que proviene de la cabeza, no es instantánea, por lo demás, como la de los lampíridos o gusanos lucientes, y no centellea sobre la sombra de los pantanos, como la de estos últimos. Vuelan en línea recta o circularmente, describiendo, en las orillas de los bosques, líneas luminosas que semejan relámpagos. Agradan a los niños, que los buscan y los atraen con carbones ardientes; mientras que la luz de los lampíridos, siempre vacilante y que se prende y apaga en forma sucesiva, puede compararse, en la noche oscura, con la fosforescencia del mar en calma. Abundan los escarabajos. Vuelan durante el crepúsculo. Se los halla en medio de los bosques. Algunos melasomas cubren los terrenos descubiertos o viven bajo las cortezas; numerosas cantáridas cargan las hojas de las plantas, principalmente las solanáceas. Innumerables especies de rhyncophores o gorgojos se descubren en las flores de muchas plantas, viviendo sea bajo los árboles, sea sobre sus cortezas. Muchos algavaros vuelan al ocultarse el sol, con los cuernos levantados o se posan sobre las plantas floridas. Los casidarios y los escarabajos de colores metálicos se pegan a las plantas trepadoras, en los bosques y en los lugares húmedos, y ofrecen, a menudo, a los ojos del viajero, atento y deslumbrado, los fuegos del rubí y el brillante topacio. Son, sin duda, los insectos más hermosos y más comunes en esas comarcas cálidas. Los galerúcidos y las vaquitas de San Antón llevan también el mismo género de vida. Los coleópteros ostentan sus ricos colores, pero no cantan. No sucede lo mismo con los ortópteros. Gran número de *perce-oreilles* descansan sobre las piedras; mantas de largos brazos y *spectres* que se confunden con los tallos de las gramíneas, habitan los campos. Las llanuras están pobladas de muchas especies de grillos que aturden, de langostas voraces y de langostas voladoras de variados colores y formas. Recuérdese la descripción que he hecho de las langostas, que cubren los terrenos con sus innumerables falanges, destruyendo generalmente las cosechas y quitando al pobre labriego, en un día, la esperanza de todo un año.

Los hemípteros no son menos comunes. Las chinches, de olor infecto, viven en todos los lugares de los bosques, sobre las flores y las hojas. Sus colores no pueden ser más variados. Las cicadarias abundan también, particularmente sobre las plantas próximas a lugares húmedos. Las alegres cigarras, de acentos soporíferos, hacen resonar en los bosques los ecos de su música monó-

tona y celebran, todos los años, la vuelta de la estación del calor. Son los únicos que se hacen oír durante el fuerte calor del mediodía, mientras toda la naturaleza reposa y el hombre duerme la siesta. Son también insectos de este tipo que, día y noche, llenan las cercanías con sus cantos acompasados y desagradables. Está, finalmente, entre los animales que encierra y que hemos encontrado, el pulgón de la cochinilla, parásito del cactus, que brinda ese color tan apreciado en el comercio. Los neurópteros, aunque menos abundantes, no juegan un papel menos importante en el país. A estos últimos pertenecen las termes (*capihi* de los indios), animales débiles que se ve, sin embargo, compensando su debilidad con su número, devorando todo cuanto de madera hay en la casa, y lo hacen en un lapso tan corto que sería imposible imaginar nada tan extraordinario. Aparte de ellos, las ligeras libélulas de muchas especies recorren con rápido vuelo la superficie de las aguas, hormigas voladoras vagabundean por los bosques; y los hemerobos, de ojos dorados y alas verdes, pueblan también ese campo animado, mientras que en las orillas de los ríos pululan las efímeras, que mueren una vez que arrojan los gérmenes de la reproducción.

Los punzantes himenópteros contrastan con los débiles neurópteros. Son entre los insectos, en efecto, con la araña hiladora y el pulgón de la cochinilla, los más útiles al hombre salvaje y los que perjudican más al agricultor y al hombre semicivilizado. Entre las especies útiles pueden citarse las abejillas sin aguijón, que depositan su aromática y dulce miel en los huecos de los árboles de los bosques, destilándola en pequeños panales de una cera igualmente aromática. El hombre semisalvaje las busca con pasión, porque le proporcionan un manjar delicioso, sin necesidad de defenderse de las crueles picaduras de nuestras abejas europeas. No sucede lo mismo con una especie de avispa que da miel o *chiriguana* de los guaraníes, que suspende su nido de las ramas de los árboles, como muchas otras especies de esos animales, pero que deposita en células papiráceas y hexagonales una miel blanca y límpida y del mejor sabor. Estas defienden las entradas a su refugio, picando cruelmente a quienes se aproximan. Se ven, empero, obligadas a abandonarlo, cuando se levanta desde abajo un espeso humo, producido por un montón de hojas que se queman. Tales son los insectos de esta serie útiles a los pobladores de la campaña. Muchos le son indiferentes y sólo interesan al naturalista, como los numerosos tentredínidos, las brillantes y ágiles ichneumons, de cuerpo de color variado y que posan y vuelan varias veces por minuto, viviendo sin temor en los campos abiertos, donde se defienden con su aguijón venenoso, siempre dispuesto a picar a quienquiera que se les acerque; las brillantes avispas doradas deslumbrando con sus brillantes colores metálicos; las avispas domésticas, que ubican

su diminuta colmena bajo el techo de las casas y en las casas mismas, donde parecen vivir en buena armonía con los moradores; los mutílidos que exhiben su abdomen afelpado y coloreado, recorriendo rápidamente los terrenos arenosos. Los himenópteros que fastidian al agricultor, son las innumerables tribus de hormigas (*tachii* o *araraha* de los guaraníes), diversas al máximo; viven en todas partes, haciendo estragos en las propiedades o destruyendo las cosechas, en lucha continua con los esfuerzos de los labradores por arrojarlas de sus campos. A menudo, un solo hormiguero cubre, con su centro y caminos radiales, hasta más de cincuenta metros de extensión, y forma, bajo tierra, galerías no menos extensas; o destina como domicilio el tronco de un árbol; o bien eleva, en medio de los pantanos, colinas cónicas de más de dos metros de altura, refugiándose, cuando las aguas amenazan, de los pisos inferiores de esos refugios a sus partes elevadas. Siempre industriosas, las hormigas aprovechan todos los lugares donde las llevan sus hábitos, dando en todas partes ejemplo de una vida laboriosa y previsora.

La provincia de Corrientes está bien provista de mariposas; pero podría envidiar a las comarcas más septentrionales sus hermosas especies de colores. Las suyas son brillantes y ligeras, como todos los insectos del orden de los lepidópteros. Los campos abiertos, esmaltados de flores, son frecuentados por especies diurnas de medidas medianas, mientras que el interior de los bosques húmedos lo es por aquellas que brillan alternativamente del azul más vivo o del más brillante carmín, a los cuales se mezclan o el negro aterciopelado o el oro más puro. Prefieren los lugares salvajes y los pueblan con sus legiones aéreas. Al crepúsculo, las esfinges, de vuelo vacilante, menos brillantes, pero más ágiles que las mariposas, las reemplazan, y pronto ellas a su vez dejan lugar a las sombrías falenas, etc., que zumban hasta medianoche, quemándose con el fuego del viajero que las atrae y les hace pagar cara su imprudencia instintiva, pero si ellas agradan a la vista, sus orugas, o *maraudova* de los guaraníes, inspiran a los agricultores continuos temores, porque destruyen las plantaciones de tabaco, a pesar de todas las precauciones que se toman para impedir sus estragos.

Me queda por hablar de los insectos más numerosos y, al mismo tiempo, más insoportables de todos para los habitantes de la provincia: los dípteros o moscas. Ellos bastan para alejar de las comarcas pantanosas, porque no hay paz de noche ni de día para el pobre viajero, a menos que el saludable viento del sur sople con algo de violencia o que los fríos del invierno no vengan a suspender por algunos momentos, los sufrimientos de los hombres de esos campos, del navegante y de los animales domésticos y salvajes. ¿Quién no ha reco-

rrido esas llanuras en verano sin maldecir, mil veces por día, una región donde no es posible gozar de un instante de reposo? Miríadas de *mosquitos* se encarnizan con el hombre, si penetra en el interior de los bosques, y le pican sin piedad, a pesar de todas sus precauciones. No se libra de sus picaduras ni siquiera viajando por agua o atravesando un pantano, y sin embargo, no es nada todavía. Los innumerables tábanos, y esa mosquita importuna, blanca y negra que debe a su doble color el nombre de *viudita*, dado por los pobladores, tienen el privilegio exclusivo de devorar durante el día, pero si el viajero carece de mosquitero por la noche, debe aguardar otro suplicio. Apenas llega el crepúsculo, falanges de esos mosquitos de diversas especies, reconocibles por el ruido de su vuelo generalmente argentino, se arrojan sobre él y le hostigan incesantemente hasta el día siguiente por la mañana. Para defenderse de ellos, los pobladores construyen ramadas sobre las cuales se acuesta la familia entera, porque el viento de la tarde impide a esos insectos elevarse mucho sobre el suelo, donde forman nubes tan compactas que espesan sensiblemente la atmósfera. Es entonces también cuando los caballos y las bestias, que no viven en el campo, galopan sin cesar, como locos, para defenderse, pero es en vano... El furioso vampiro no los abandona hasta que el rocío de la mañana humedece la piel del pobre animal. Trata, pues, de ocultarse o de buscar un refugio para el día. Si esos insectos hacen sufrir a hombres y animales, las moscas carnívoras causan pérdidas bastante grandes al agricultor que no dedica a sus rebaños los cuidados más asiduos, porque depositan sus huevos en el cordón umbilical de las terneras y corderitos nacidos durante el verano, y cuando el propietario no se da cuenta las pobres bestias son roídas vivas por innumerables gusanos; su muerte es entonces segura.

Tal es la ojeada zoológica que en calidad de observador y coleccionista atento he podido echar rápidamente sobre los animales de la provincia de Corrientes. Puede verse que, a pesar de la gran variedad de especies, pocas son útiles a los pobladores, y sin embargo los servicios que prestan o las ventajas que procuran, pueden compensar el desagrado ocasionado por aquellos que son dañinos o perjudiciales. La población local, al estar acostumbrada y adoptar previsiones que les sugiere la experiencia, sufre mucho menos que los extranjeros. A tal punto está acostumbrada a esos pequeños sufrimientos físicos que sólo ve los bienes de la naturaleza; así un correntino sólo habla de lo bueno que es su país, sin tener en cuenta sus inconvenientes. Es, por lo demás, completamente indiferente a todo aquello que no lo hiere o no le procura goces, lo que hace que apenas conozca a los animales que no tenga motivos de temer o de buscar. Tal es el carácter de los mestizos, pero los indígenas no se

les parecen. Más se acercan al estado de la naturaleza, más son observadores; así puede verse a menudo al animal en apariencia más insignificante que recibe, en su idioma maternal, un nombre genérico y, generalmente, un nombre de especie. Todos son buenos naturalistas, sin duda. También observan bien los hábitos y son excelentes guías de los europeos en sus investigaciones.

La vegetación[12] de la provincia de Corrientes es tan variada como su zoología. Sin embargo, debo decir que carece de esa apariencia majestuosa que caracteriza a la de los trópicos. Es, en cierta manera, mixta, sirviendo de transición entre la pobreza de las llanuras del sur y la riqueza de las regiones más cálidas. No tiene ciertamente el triste aspecto de la vegetación meridional, pero carece de esa variedad de especies y de esa energía de desarrollo que distingue a la del norte. No atribuyo esa diferencia a la escasa elevación relativa de la temperatura; la atribuyo más bien a falta de montañas capaces de detener las nubes y retener una humedad favorable, de la cual están privadas esas llanuras, donde sólo llueve muy raramente y no a épocas fijas. En efecto, la vegetación de tales llanuras, al grado 17, en los alrededores de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, presenta todavía, hasta cierto punto, el mismo aspecto; como aquí, una parte de los árboles pierden su verdor en la época de los fríos y se observa en todas partes un instante de reposo para las plantas, fenómeno poco sensible en las montañas de Río de Janeiro, por ejemplo, o en las de Yungas, en Bolivia.

La vegetación de Corrientes puede dividirse en dos secciones, de acuerdo a los terrenos: la de las llanuras y la de los bosques. Las llanuras se subdividen a su vez, porque son arenosas o arcillosas. Estas últimas están cubiertas casi exclusivamente de gramíneas y ciperáceas, mientras las primeras añaden a las gramíneas una serie de plantas que, en la primavera, forman jardines naturales, esmaltados de miles de flores. Allí, algunas brillantes escrofularias se confunden con una multitud de leguminosas de vivos colores y mimosas de formas admirables. Una de ellas, sobre todo, tiene el aspecto exterior de un penacho blanco de nieve, grueso como un puño del cual cada filamento está coronado de una bolita roja; sostenido el conjunto por un tallo apenas visible, elevado algunas pulgadas sobre tierra. En la primavera esas llanuras están cubiertas de una vegetación variada y vivamente coloreada que encanta. Los bosques también son de dos especies. Aquellos que son poco tupidos, compuestos de *quebrachos* o de *espinillos*, son tristes y completamente desprovistos

12 He tratado de completar la flora de Corrientes. Formará parte del capítulo de este libro destinado a botánica.

de vegetación en invierno; los que ocupan los bordes de los ríos son, por el contrario, altos, tupidos, entrecruzados de millares de lianas, de follaje variado y con flores tan vivas como su color, y con palmeras elegantes, de follaje empenachado. He creído observar que las hojas acuchilladas o recortadas son por doquier más numerosas que las hojas enteras, lo que hace al conjunto más ligero y más alegre; se ve así por la mañana, antes de levantarse el sol, una multitud de plantas dormidas, cuyas hojuelas se repliegan sobre sí mismas y sólo se abren cuando les llegan los rayos del sol. Entonces abandonan su letargo y se abren poco a poco para cerrarse sólo por la noche ¡Qué placer es contemplar, con el día, cesar el sueño general de la naturaleza! ¡Qué diferencia entre nuestros bosques tan bien ordenados y el batiborrillo de las selvas vírgenes de estas comarcas, donde sólo se puede penetrar con el hacha en la mano o exponiéndose a ser desgarrado por millares de espinas! Ya las he descrito muchas veces y no es necesario hablar aquí de nuevo detalladamente.

Algunos líquenes ocultan la corteza de las ramas de los árboles aislados que cubren las llanuras gredosas; numerosas moscas envuelven el tronco de los árboles de los bosques húmedos; humildes helechos crecen en la tierra, a la sombra de las grandes selvas, pero son pequeños y de especies poco variadas; y, en este género de vegetación, la naturaleza ha negado a esas comarcas los hermosos helechos arborescentes que adornan las selvas de las comarcas cálidas. Apenas existen, en toda la provincia, cinco o seis especies de helechos.

Las plantas monocotiledóneas son mucho más numerosas y esto debe ser por la cantidad de pantanos y llanuras que caracterizan a la provincia. Los aroideos escasean; viven en las márgenes de algunos bosques o como parásitos de los árboles. Algunos tifáceos crecen en los profundos pantanos de la laguna de Iberá, pero son poco numerosos, comparados con los ciperáceos, que existen en cantidad alrededor de los lagos, en terrenos arenosos y arcillosos, y sus especies forman por sí solas inmensas extensiones de juncos o esteros que ya he descrito varias veces, y que ocupan tal vez la vigésima parte de la extensión de la provincia. Ellos proporcionan las materias primas para la confección de esteras, tan útiles en la comarca. Si echo un vistazo a las plantas gramíneas, veo que forman realmente la base de la vegetación del país. Llenan las llanuras y abastecen al agricultor de excelentes pastos; cubren también los ribazos arenosos, las márgenes de los bosques; y, en fin, ocupan la superficie en todos los lugares donde los árboles no les impiden recibir el sol, aunque algunas especies hallan la manera de crecer a la sombra en las selvas más tupidas. Entre ellas figuran el benéfico maíz (*abati* de los guaraníes), primer alimento de los habitantes antes de la Conquista, y la dulce caña de azúcar o *tacua-rehé* de los

indígenas, que, entre las plantas cultivadas, constituye una parte esencial de las cosechas agrícolas. Los elevados bambúes, de tan ligero follaje, adornan las riberas del Paraná y de la laguna Iberá. Unos, de más de treinta pies de altura, dan vida a una importante rama comercial; otros, más pequeños, pero más duros, no son menos útiles a la industria agrícola. Las elegantes palmeras con hojas en penacho no juegan un papel inferior en la vegetación del suelo de Corrientes. La palmera yatay cubre extensiones inmensas y señala al labrador sin experiencia el suelo arenoso apto para el cultivo. Hemos visto a esa palmera adornar las tierras de las Ensenadas y todos los terrenos comprendidos entre el río Santa Lucía y el río Corrientes. Su fruta engorda a los animales al punto de hacerlos irreconocibles y produce, por fermentación, un buen aguardiente. Su pepita proporciona asimismo un aceite de coco muy bueno. Su follaje verde glauco se diferencia, desde lejos, del follaje verde intenso de la palmera pindo. Esta última teme los rayos del sol; por eso crece humildemente en medio de los grandes bosques tupidos y difícilmente sus hermosas palmas se presentan por encima de los otros follajes de los bosques. La palmera carondai, de hojas digitales, crece en medio de los pantanos arcillosos, solamente en los bordes de los bosques. Su tronco sirve para construir techados y vigas durables que se emplean en la arquitectura; con sus hojas se hacen sombreros de paja. La palmera bocaya crece en Ensenadas, pero creo que ha sido importada. La yatai poñi, o yatai rastrera crece también en Misiones y a orillas del Paraná. Es en pequeño, haciendo abstracción del tronco, una palmera cuyo follaje y fruto pertenecen a la especie arborescente. El viajero que ve por primera vez esos hermosos vegetales, experimenta involuntariamente un sentimiento de admiración. Solamente las palmeras y los bambúes dan a la vegetación de los países cálidos un sello que los distingue de inmediato de la de los países templados.

Los lagos de los terrenos arenosos están cubiertos de pontederiáceos y alismáceas. Los bordes de los bosques y los terrenos áridos están cubiertos de bromeliáceas espinosas, que desgarran sin piedad al peatón demasiado audaz que se atreve a penetrar en la espesura. Son las *caraguatás* de los guaraníes. Una de sus especies, segunda providencia del viajero, le reserva, en el cáliz de sus hojas, un agua saludable, en medio de terrenos secos y áridos, donde el hombre no sabe cómo extinguir la sed que lo devora. Otra, que considero un ananá salvaje, es comestible y de buen sabor. Parece raro que el ananá cultivado no fructifique en Corrientes, mientras que la variedad salvaje da buenos frutos. Varias especies de amarilídeas, de flores púrpuras o doradas, nacen en los bosques; y muchos irídeos, de flores de variados colores, crecen en las praderas, tanto en lugares húmedos como en los secos. Los plátanos comunes no

viven en la provincia, así como tampoco ciertas especies de los pantanos; la temperatura no es bastante elevada para ellos. Es, sobre todo, en las orquídeas donde la vegetación parásita es rica; los grandes árboles de las orillas de los ríos y los árboles aislados del campo tienen sus ramas cubiertas de esas plantas llamadas *flor del aire* por los pobladores. Tienen variados colores y formas completamente ligeras. Existe una especie cuya flor es blanca y cuyo olor agradable hace que sea requerida por las señoras de Buenos Aires, que adornan con ellas los barrotes de sus ventanas y balcones. Otra ostenta sus hermosos colores dorados bajo una forma completamente aérea; por eso los pobladores la llaman *angelito*.

Las plantas dicotiledóneas, aunque es dudoso que sean más numerosas en especies que las monocotiledóneas, no lo es menos en lo que respecta a los ejemplares individuales. En esta clase se hallan todos los grandes árboles y las más hermosas flores de la comarca. Algunas aristoloquias, de flor extravagante, crecen en los matorrales, muchas lauréolas en los árboles; las poligonáceas ribereñas de follaje venenoso, de racimos carmesí, se desarrollan en los pantanos; las plantagináceas rastreras cubren las planicies; las ramosas escrofulariáceas, de variadas flores, habitan los terrenos arenosos; las numerosas solanáceas, entre las cuales muchas ricas en variedad de flores, y de las más majestuosas o notables por sus perfumes, se hallan en todas partes sobre plantas espinosas o no, sea en los árboles, sea arrastrándose, dando frutos agridulces, apreciados en la comarca. Gran número de labiadas, de diversos colores, pueblan los campos abiertos, mientras que las convolvuláceas trepadoras, de elegante flor, generalmente de brillante blancura, buscan los lugares húmedos. Las biñoneáceas o enredaderas, cuyos tallos se elevan en forma de cadena en largas guirnaldas doradas, purpúreas o de un blanco deslumbrante, forman glorietas continuas o parecen unirse entre sí por medio de estrechos lazos a todos los árboles de una misma localidad, sin distinción de especie. Ellas dan a las florestas del nuevo mundo ese pintoresco desorden y esa negligencia salvaje tan preciosa a los ojos de los pintores. Las asclepiadeas, también trepadoras, enlazan las plantas de los matorrales y brindan a los pobladores un fruto bastante bueno, llamado *isipo* por los guaraníes. Las compuestas, de flores por lo común amarillas como el oro, buscan los sitios arenosos; muchas malváceas matizan con sus flores multicolores todos los terrenos, tanto en los suelos pantanosos como en los más arenosos, tanto arrastrándose como en las ramas. Una ninfácea extraordinaria, de hoja de más de un metro y espinosa, con flor rosada de cerca de un pie de diámetro, cubre algunos arroyos. Da un grano comestible, conocido con el nombre de *maíz del agua*. Es, sin duda, la planta más original y más

notable del país. Los crucíferos no existen; son reemplazados por gran número de amarantáceas rastreras, de flores amarillas o purpúreas, que buscan los sitios arenosos. Numerosas siemprevivas, de flores vivas y hojas tupidas, se arrastran por los terrenos arcillosos de las llanuras. Los cácteos espinosos se apropian de las tierras arcillosas más áridas, y allí ostentan sus raquetas animadas de mil pulgones coloreados. Otra especie en forma de raqueta, desarrollada sobre un tronco recto y elevado de veinte a treinta pies de altura, crece a la sombra de los grandes bosques, y de lejos parece una palmera; pero acercarse a ella no es fácil, porque las numerosas y largas espinas del tronco y de las raquetas hacen temer la aproximación. Las cucurbitáceas, de fruto desproporcionado al tallo, son cultivadas o salvajes. No existen las caríceas, que corresponden a regiones más cálidas; los *papayos*, de aromático fruto, no llegan al país, en el cual aparecen en muchos sitios las flores de maracuyá o pasionarias, de colores variados y tallo trepador. Una de ellas, la *mburucuya* de los indígenas, brinda un fruto estimado y tan común que se ha dado su nombre a una aldea. Es especialmente entre los mirtáceos donde las especies son más numerosas, en pequeños arbustos y en grandes árboles; la mayor parte de las frutas de la comarca figuran entre ellos: la suculenta guayaba; la *iba poru*, cuyo fruto retoña sobre el tronco del árbol; la *ñangapiri*, de fruta roja, la cereza del país, y su especie enana, la *ñangapiri poñi*; la *iba hai*, de áspero fruto; la *iba viyu*, de fruto violeta; la *iba vira*, verde, todos apreciados por los pobladores. Si los mirtáceos brindan la mayoría de las frutas del país, las leguminosas dan la mayoría de las flores. Entre ellas, las pequeñas especies rastreras cubren el suelo de las pequeñas colinas arenosas. Las especies de los arbustos adornan los bordes de todos los pantanos vecinos de los ríos, mostrando sus flores amariposadas, de vivos colores, tan variadas como sus especies. El añil salvaje, de flores rosadas y en racimo; numerosas acacias espinosas en árboles, o *espinillos*, ocupan los terrenos arcillosos; las elegantes y odoríferas yuquerís de los indios, de flores blancas o amarillas, animan los zarzales. La púdica sensitiva, de hojas sensibles, la *vergonzosa* de los españoles y la *ebotineramba* de los indios, de copa elevada cinco a seis pies y ramas espinosas, adorna las orillas del Paraná y ostenta en todas partes sus flores rosadas. Abundantes mimosas, de hojas acuchilladas y en árboles, forman una parte de la vegetación de los bosques. Entre ellas se hallan el timbó, de follaje verde intenso, y el útil curupahí, cuya corteza proporciona una cáscara muy necesaria en las curtiembres. A esa familia se vinculan gran parte de los árboles y arbustos del país y muchas plantas. El alfóncigo de tierra le pertenece, así como todas las especies de habichuelas cultivadas. Entre los acebos se distingue la planta más productiva de esos lugares, la que

produce la yerba del Paraguay o mate, que se emplea como té en casi toda América meridional, y cuyo comercio es uno de los más lucrativos para Paraguay y la provincia de Parnagua, en el Brasil. Abunda en las zonas orientales de la provincia, en las fronteras de Misiones. Muchas euforbiáceas nacen en las llanuras y una de ellas, el ricino o *palmachristi*, señala en todos los lugares de la campaña hoy desiertos, el sitio donde antes los indios fijaron su residencia momentánea. Es un indicio que no engaña nunca; es el compañero fiel del hombre en sus migraciones, lo sigue en todas partes y no brota lejos de él. Es necesario que éste prepare la tierra donde esa planta debe vivir. ¡Original extravagancia de la naturaleza! ... Entre las urticáceas, numerosas higueras, de hojas enteras y corteza papirácea, se alzan en los lugares arenosos. Entre sus especies puede citarse el ibapoy, cuyas raíces abrazan y sofocan a las palmeras yatais, tomando mil formas distintas antes de convertirse en árbol. Algunas papiráceas, unas en pequeños arbustos y otras en árboles, de hojas cortadas o enteras, viven en los lugares húmedos de los bordes de los bosques. Los salicíneos o sauces, de follaje verde tierno, cubren con sus troncos piramidales las nuevas islas del Paraná, donde comienzan a preparar el suelo para las otras especies de árboles que deben hacerlos aparecer.

No quiero recordar aquí más que las principales familias de plantas de que se compone la vegetación de estas comarcas, con el fin de que, por adelantado, se pueda tener una idea. Ocuparía mucho espacio describirlas a todas, porque son muy variadas. Me parece también indispensable, antes de abandonar la botánica de la provincia, hablar de las frutas salvajes difundidas por el país. Son numerosas y algunas bastante agradables. Creo, empero, que ninguna puede rivalizar con las de nuestra Europa. Comienzo por las especies de la familia de las mirtáceas, que ya he señalado en las generalidades sobre las plantas. La *iba poru*[13] es un fruto negro, del tamaño del pulgar, que sale del tronco y de las ramas gruesas de un árbol alto de veinte a treinta pies, que crece en medio de los bosques a orillas del Paraná y no es común. Ese fruto tiene sabor algo agrio y agradable. Madura en noviembre y diciembre, en Bolivia; da varias cosechas. *El ñangapiri* es una frutita roja, de carozo sólido, que se parece algo, por el sabor y la forma, a nuestras cerezas dulces. Se encuentra en la extremidad de las ramas de un arbolito que abunda a orillas de los bosques próximos a Corrientes. Las frutas son numerosas al máximo, y todos los años, en la época de la madurez (noviembre), la población se traslada fuera de la ciudad, hacia los lugares donde se halla. La *ñangapiri poñi* es algo mayor, del mismo color y sabor

13 Hemos visto que *iba* quiere decir fruta, en idioma guaraní.

que la anterior. Sus hojas y flores son también iguales, pero la planta que la produce se alza a más de seis a ocho pulgadas del suelo, a lo que se debe su nombre. Nace en las planicies arenosas y da su fruto en la misma época que la especie grande. La *iba viyu* es negra y aterciopelada; crece en los grandes árboles del medio de los bosques del río Santa Lucía, en la extremidad de las ramas. Madura en enero. El sabor es agradable, azucarado y dulce. Los pobladores hacen de ella, durante la estación, un extraordinario consumo. La *iba hay* es también un mirto. Su fruta es de un hermoso color amarillo y tiene un sabor áspero algo fuerte. Está pegada a la extremidad de las ramas de un gran árbol en medio de las florestas de los alrededores de Itaty, principalmente, y tiene, como el ñangapiri, su especie enana, que crece en las llanuras arenosas. La *iba vira* da una fruta verde y dulce; el árbol que la produce pertenece a los bosques. La *arasa o* guayaba es rara en Corrientes. Sólo vive a orillas del Paraná y presenta múltiples variedades. Señalo, finalmente, a la *arachichu*, que completa el número de los mirtos frutales. Esta es una de las más voluminosas, redonda, tan grande como la pequeña y colorada manzana *api*, de un sabor agradable por la cantidad de agua que contiene. Vive también sobre los grandes árboles del interior de los bosques. Las otras frutas pertenecen a diversas familias de plantas. El *aguay* es el zapote de las Antillas. El fruto es raro en los bosques. El *isipoa* es una asclepiadea, de fruta lechosa y agradable, cuando todavía está verde y sus semillas punteadas están todavía tiernas. Esa fruta se desarrolla en los zarzales, sobre una planta que trepa por las ramas de los arbolitos, en torno de los cuales sus finos tallos se enrollan de mil maneras. La planta llamada *mburucuya* es una pasionaria, que abunda en ciertos lugares de la provincia, en torno de los matorrales, que envuelve con sus ramas. Primero presenta una hermosa flor, lo mismo que las de todas las plantas de esa familia, y luego frutas anaranjadas, oblongas, de dos o tres pulgadas de largo, con la pulpa roja, agria y purgante en alto grado. Son, sin embargo, buscadas con alguna avidez por los pobladores de las campañas. Las plantas solanáceas producen dos especies: el *camambú*, fruta amarilla, protegida por una envoltura grande, nace en una planta baja, en los zarzales, en el mes de noviembre: su sabor agridulce, como el de otra especie llamada *tutia*, frutita roja, que se desarrolla sobre una planta espinosa, que abunda a orilla de las aguas y que se produce todos los años; y la *ibapohi*, higuera que produce higuillos, fruta que comen los habitantes, pero que es poco agradable. Los zarzales contienen un ananá salvaje, poco estimado por lo general. El algarrobo, o *ibope* de los guaraníes, mimosa tan útil a los habitantes de las provincias de Santiago del Estero, Tucumán y Salta, fructifica también en la provincia. La vaina es alargada y la pulpa azucarada.

Se hace un bebida muy agradable[14]. Las palmeras pagan así su tributo en productos útiles. La bocaya proporciona una pulpa suculenta, como la del algarrobo y muy buscada; la palmera pindo, un fruto rojo anaranjado, que los guaraníes llaman, en consecuencia, *iba pita*; aparece en racimos de tres a cuatro pies de largo; es grande como una aceituna y de un sabor azucarado o meloso; la pulpa es algo gomosa; estos dos frutos contienen cocos rellenos de una almendra dulce y oleaginosa, muy agradable al paladar. Tal es la nomenclatura de los productos salvajes de la provincia, los únicos conocidos en la comarca, porque, salvo algunos árboles europeos de cultivo, ninguno de los indígenas ha sido todavía plantado por el indolente correntino. Es completamente seguro, sin embargo, que muchos de ellos podrían mejorarse mediante el cultivo y que serían entonces excelentes. Entretanto, la naturaleza hace frente sola al sostenimiento de esa fuente de recursos, y debemos considerar una suerte que los pobladores no derriben las palmeras para recoger los productos, sin preocuparse de los beneficios que podrían sacar todos los años.

En su aspecto geológico, la provincia no presenta tantas riquezas. El suelo es en un todo terciario. En todos los lugares, la arcilla está debajo de la arena o colinas arenosas. A esa disposición se deben los numerosos receptáculos o lagos de agua límpida que la cubren y fertilizan. Sus lechos, que parecen ser diluvianos, reposan sobre arenisco ferruginoso terciario que constituye la geología del país. Hay derecho a creer que los terrenos arenosos son los más poblados por ser lo únicos apropiados a la agricultura; los restantes sirven solamente para la cría de animales, en los lugares que no están muy inundados. Las arcillas son, en algunos sitios, lo bastante finas como para servir a la fabricación de una porcelana bastante apreciada. Esta industria es, hasta el presente, explotada sólo por los indios. Gran cantidad de tierras coloreadas por los óxidos pueden servir también para hacer pinturas. Las márgenes del Paraná presentan, en muchos puntos, óxidos e hidratos de hierro, de colores vivos, que pueden emplearse con facilidad en el comercio. El suelo de la provincia está completamente desprovisto de piedras. Unicamente el río Empedrado presenta algunas en su lecho, y sólo existen piedras de construcción cerca de Corrientes o entre ese punto e Itaty. Las riberas del Paraná descubren areniscos lo bastante duros como para que los jesuitas hayan podido emplearlos en la construcción de su colegio. Durante largo tiempo, en Corrientes, para conseguir sal, se lavaban los terrenos salados o *salitrales*. Esa clase de explotación cesó, desde que comenzó a traerse sal de la Patagonia. Sólo después de esa época, poco lejana, comenzó a desaparecer el bocio en parte de la

14 Llamada *aloja*. (N. del T.).

provincia; por eso los pobladores pudieron atribuir, con razón, esa enfermedad a la acción de esa sal impura. De cualquier manera, sólo he encontrado a personas de edad afectadas con este mal. Parece haber desaparecido enteramente una vez introducida la sal extranjera y no existir más que hacia el sur. Hoy el muriato de soda, que contienen las arcillas, no es explotado por nadie. Solamente los animales domésticos y salvajes lo buscan para lamer, lo que influye mucho en el crecimiento de los rebaños y en la bondad de su carne.

El gobernador de Corrientes, interrogado por mí acerca de la población del país, me ha asegurado que, por un cálculo aproximado, ya que no hay un censo regular, la provincia contiene 50.000 habitantes y que él observa que aumenta diariamente la población. Si este dato es exacto, siendo la extensión de la provincia de aproximadamente 2.391 leguas marinas, habría veinticuatro personas por legua cuadrada, mientras Francia, en 1825[15], tenía 1778; España 763, etc. Esta diferencia no parecerá, sin embargo, enorme, si se comparan las tierras cultivadas de Europa con los despoblados americanos donde grandes superficies pantanosas permanecen incultas y lo serán probablemente siempre.

El comercio de Corrientes es bastante considerable y la posición geográfica de la ciudad, en la confluencia del Paraná y del Paraguay, hará de ella un lugar de lo más importante, una vez que Paraguay reabra sus puertos; cuando se haya establecido finalmente la navegación de las provincias de Salta y Jujuy por el río Bermejo; cuando las hermosas orillas del Paraná, arriba de su confluencia con el Paraguay, comiencen a poblarse Corrientes podrá convertirse entonces en el depósito general de las mercaderías europeas en el comercio interior de América austral. El arroyuelo Santa Rosa, así como la multitud de ensenadas arenosas de la costa, formarán un puerto muy bueno, donde los grandes navíos podrán recalar sin miedo, porque embarcaciones de unas doscientas toneladas pueden remontar en tiempos de crecida el Paraná. Entre los navíos que hacen esta travesía, hay algunos construidos en Buenos Aires, pero la mayoría lo son en Corrientes, donde hay buenos astilleros y donde la madera está a mano, porque no hay más que elegirla a orillas del Paraná. Muchos de esos navíos son muy grandes y poco profundos, a fin de poder pasar por todas partes, sobre los bancos de arena. Todos tienen una quilla, son muy sólidos y duran mucho tiempo; se los apareja en *smack*, goletas y balandras. Hay también algunos bergantines[16]. La mayoría de estas embarcaciones están muy mal

15 Humboldt. *Viaje a las regiones equinocciales*, t. 9, pág. 250.

16 Es sabido que una fragata de guerra (la Paraguaya) fue construida en el Paraguay y se armó en Buenos Aires.

aparejadas y, sobre todo, muy sucias y muy descuidadamente mantenidas. Las cuerdas son, en parte, trenzas de cuero curtido de vaca. Las amarras son, en general, hechas de corteza de raíces de un *arum* trepador, que crece en el Paraguay, en Misiones y en todas las regiones cálidas de América meridional. Esta planta se llama en Corrientes *piasala*. Es negra, no se pudre en el agua y, como es menos resistente que el cáñamo, se da mayor diámetro a las amarras que se fabrican con ella.

Tales navíos se emplean en el transporte de los productos de la provincia y en traer las mercaderías extranjeras. Hacen continuamente viajes de Buenos Aires a Corrientes y conducen con frecuencia comerciantes extranjeros. Las mercaderías que llevan están sujetas a derechos de aduana sobre el precio de compra que no son fijos, sino de un veinte a treinta por ciento, sobre una evaluación realizada por el administrador de finanzas. Estas evaluaciones son a veces muy exageradas y no son regulares. Dependen por lo general del capricho de quien las hace. Las mercaderías consisten principalmente en paños ingleses y franceses, sobre todo de estos últimos, porque son más baratos; en franelas de todos colores, que sirven para hacer o forrar los ponchos, o para fabricar chiripás; en indianas, y particularmente en vestidos de muselina, en bordados verdes o rojos, de producción inglesa; en todo tipo de telas de algodón; en algunas piezas de seda y cintas; en mucha quincallería; en armas, herramientas; en vinos, sal, comestibles y harinas; en sombreros de lana, etc. Todas las mercaderías se reúnen juntas, por lo general, en el mismo depósito *(tienda)*. Empero, los comestibles al por menor se venden más bien, junto con los cigarros, en casa de los pulperos o taberneros, porque sólo existen en la ciudad estas dos clases de mercaderes. Aquéllos revenden después a pequeños vendedores de la campaña, o mercaderes ambulantes, de los cuales ya he hablado, que adquieren, por lo general, a crédito y pagan las mercaderías compradas sea en dinero, sea en artículos agrícolas, después de la cosecha del tabaco o de la caña de azúcar. Tal comercio interior sólo puede ser ejercido por individuos nacidos en el país o por extranjeros casados con correntinas que sean propietarios en la provincia, medida que tiene por objeto reservar esa fuente de recursos a los indígenas. Los extranjeros no tienen ni siquiera el derecho de penetrar en el interior, a menos de disponer de un permiso del gobierno; por eso no pude obtenerlo sino debido a una gracia especial del gobernador. Por lo general, antes de la cosecha del tabaco, en setiembre y octubre, los pequeños comerciantes retiran la mayor parte de las mercaderías; y en febrero y marzo se efectúan los cobros. Los comerciantes de la ciudad pagan una patente, cada uno, de catorce pesos, o sea, setenta francos por año. Hubo en otra época dos

o tres, pero hoy hay un número tan grande que el comercio se ha hecho poco lucrativo.

Cuando el dictador del Paraguay abre sus puertos y anuncia al gobernador de Corrientes que desea mercaderías, esta circunstancia brinda la oportunidad de colocar productos a los negociantes correntinos, que cargan inmediatamente barquichuelos chatos o chalanas, que despachan al Paraguay, género de comercio lo bastante original como para que hable de él en detalle. Esos barquichuelos no pueden conducir a los mismos interesados; deben ser censados como pertenecientes a los correntinos y no a los de Buenos Aires, porque, en tal caso, serían confiscados en provecho del doctor Francia, que detesta a los últimos. Se pone como propietario a un joven de Corrientes, con instrucciones para la venta. Es necesario que éste y sus marineros sepan hablar bien el guaraní, porque el desconocimiento de ese idioma los haría sospechosos de ser de Buenos Aires. Es necesario declarar si se desea yerba mate o cueros curtidos del Paraguay, las dos únicas ramas del comercio permitidas en el país, y qué cantidad más o menos se desea de esas mercaderías. Los barcos parten. Una vez que llegan a las primeras guardias ubicadas a orillas del Paraguay, piraguas armadas los siguen para impedirles que se comuniquen con los pobladores que podrían abordarlos. Son conducidos así hasta Ñembucu, el primer lugar habitado. Allí, una guardia vigila cada barco e impide a su tripulación descender a tierra, así como hablar con cualquier persona, durante el tiempo del negocio. El comandante llega, en nombre de Francia, a ver los objetos traídos. Toma nota del cargamento e informa de inmediato al dictador. Este anuncia que desea esta o aquella cosa y que rechaza tal otra; entonces el comandante vuelve a bordo, torna muestras de los objetos solicitados y los envía. Algunos días después, el *Jefe Supremo* responde que da un número determinado de *tercios* o fardos de mate, o tantos cueros, en cambio. Si el sobrecargo del barco cree poder aceptar, recibe los artículos del Paraguay de manos del comandante; en caso contrario, el vendedor debe partir, porque no puede comerciar con el soberano negociante. Algunas veces hacen bastante buenos negocios con ese intercambio de mercaderías, pero algunos han sido engañados; por lo demás, Francia no está siempre dispuesto a esa comunicación. Por lo común, su puerto no siempre está abierto; entonces, una desgracia cae sobre el pobre comerciante que se arriesgó; sus mercaderías pertenecen por derecho al dictador; por eso el gobernador de Corrientes sólo permite la partida cuando ha recibido autorización del dictador Francia y nunca da pasaportes para el Paraguay.

Ningún bosque extenso cubre la provincia de Corrientes. Pequeños ramilletes de bosques esparcidos con el nombre de *islas*, están diseminados aquí y

allí cerca de las aguas; una orla de bosques, cerca de todos los ríos y arroyos y separada por planicies, tal es la vegetación que los agricultores prefieren a los sombríos bosques, donde el hombre está obligado a armarse, durante algún tiempo, del hacha en la lucha contra la activa naturaleza, que le disputa continuamente la propiedad del menor pedacito de tierra y vuelve a apoderarse de él apenas el hombre descansa. En Corrientes, por el contrario, todo favorece al hombre que quiere sembrar; recoge el céntuplo. Los únicos bosques algo extendidos, aunque poco tupidos, son los de las brillantes palmeras yatais, de las cuales hemos hablado, y esos tristes *espinillos*, diseminados por todo el territorio, los primeros sobre los terrenos arenosos y los segundos sobre la arcilla.

Los productos comerciales del reino vegetal son los siguientes:

Las riberas del Paraná brindan en todas partes maderas de construcción y de ebanistería. Entre las primeras puede contarse el *timbo*, la más común, y la que tiene mayor diámetro; es poco dura y sirve principalmente para hacer planchas de muebles y barquichuelos. El *lapacho* es, con razón, la más apreciada porque no se pudre nunca, por eso se la busca principalmente para las construcciones y es la que se prefiere en Buenos Aires. El *quebracho* y el mismo espinillo tienen maderas bastante buenas, muy duras, adornadas de vivos colores. La corriente del Paraná conduce aquella que los pobladores llaman cedro, a causa de lo agradable de su perfume, aunque no sea el de Europa. No se desarrolla en la provincia. Los pantanos proporcionan las palmeras carondai, cuyos troncos rectos y esbeltos son igualmente aprovechados para las construcciones como cabrias, mientras que en la provincia se los emplea para hacer tejas, cortándolos en dos. Las riberas del Paraná abastecen también de bambúes de diversas especies. La especie grande, de más de treinta pies de longitud, se aplica a diversos usos en la provincia y en el exterior. La *caña masisa* o caña de una pulgada y media de diámetro, así como el *tacuarí* y la *caña urywera*, sirven en el país para techados y la primera para la construcción de las grandes embarcaciones que descienden del Paraguay. La especie de caña llamada *caña brava*, bien distinta de la que lleva el mismo nombre en Bolivia, sirve para hacer los palos que utilizan los marinos de la rivera para sondear, porque es muy larga, estrecha y muy fuerte. Entre esas diversas maderas, el *timbo*, el *lapacho*, la palmera carondai o *palma*, así como los bambúes, son una rama importante de la exportación a Buenos Aires, pero esos productos han perdido mucho de su valor, desde que los norteamericanos envían maderas de construcción. Algunos árboles proporcionan una corteza apta para curtir que sólo es empleada en las curtiembres de la provincia.

La temperatura no es lo suficiente elevada como para que los productos de los trópicos abunden; así el cacao, el café, no existen, como tampoco las frutas de los países cálidos: ananás, bananas, papayos, etc.

Las plantas cultivadas en Corrientes son: el maíz, de una sola especie; las batatas o *yeli* de los indígenas; las habichuelas o *cumanda*, de variadas especies y muy buenas; los cacahuetes o *maní*; la mandioca de los españoles y *mandio* de los guaraníes. Se cuentan tres especies: la *mandioti*, que, se come en la sopa o asada y se parece algo por su sabor a la castaña; la *mandio bachari* o la especie grande, cuya raíz, que sólo sirve para hacer harina, sería un veneno de emplearse como la especie anterior; y, finalmente, la *mandio poropi*, o raíz roja, muy buena de todas las maneras. Hay también otra raíz parecida de forma, el *pio* de los guaraníes. Vienen a continuación las calabazas voluminosas, llamadas *curapipi* o *mandaca*; el *cihi*, o ají colorado, muy estimado en el país; las coles y lechugas plantadas por extranjeros; la caña de azúcar, el algodón, el tabaco. El maíz se exporta a Buenos Aires, así como a las provincias ribereñas del Paraná; pero es una pequeña rama comercial. Las tres principales son entonces el producto de la caña de azúcar, el algodón y el tabaco.

La caña de azúcar crece muy bien particularmente en los terrenos arenosos y húmedos. Hace algunos años todo lo que se plantaba en la provincia se consumía en ella; hoy se exporta lo que excede a las necesidades. Consiste siempre en miel de caña, nombre bajo el cual ese almíbar es entregado al comercio. Poca azúcar se produce en Corrientes, porque todo el producto de las cañas se convierte en miel, de la cual se hace aguardiente o caña, teniendo cada casa su alambique de tierra.

El cultivo del algodón se reduce a nada. No se exporta, a pesar de su buena calidad, porque no se siembra bastante para ello. Su producto proporciona el hilo necesario para las necesidades de la región. Hilo que sirve para hacer tejidos aptos para los vestidos y que tienen una característica particular. Los colonos confeccionan piezas cuyo tamaño varía según el uso al cual se le destina, porque sólo lo emplean sin adornos los indígenas. El último de los pobladores de la campaña no llevaría un solo vestido sin adornos; así las mujeres sobresalen en ese género de industria y sus labores son muy estimadas en todas partes, sobre todo sus paños de mano o toallas, cuyo uso constituye el lujo de la casa, porque no se ignora que en el país una de esas toallas bien bordadas vale a veces cerca de cien pesos (500 francos). Cierto es que se requieren varios meses para terminarla. De todos los tejidos de algodón, paños de mano son los únicos que se exportan, y, también, en pequeña cantidad; el resto se consume en la provincia, así como los ponchos de algodón de un tejido más

cerrado. Todos esos tejidos se hacen en las campañas con telares de una sencillez difícil de creer. Por lo común cada propietario rural posee el suyo, donde su mujer o sus hijas tejen por sí mismas. La abundancia y el bajo precio de los tejidos extranjeros ha hecho abandonar mucho el cultivo del algodón. Sería de desear para los correntinos que el progreso de la industria les descubriese nuevos medios de empleo de esas materias primas, al perfeccionar la manipulación, lo que los emancipará del tributo que pagan a los extranjeros, ya que poseyendo todos los elementos sólo les falta saber emplearlos.

Ya he hablado del cultivo y cosecha del tabaco, cuyo comercio ha tomado, desde hace algunos años, tal extensión que hoy Corrientes puede abastecer el consumo de las provincias ribereñas del Paraná y a Buenos Aires. Se exportan muchos cigarros confeccionados por las mujeres de la campaña, que se venden en Buenos Aires con el nombre de cigarros del Paraguay.

Varios otros productos podrían también explotarse en la provincia de Corrientes. El añil crece espontáneamente en todas partes y no se recoge en ninguna. Solamente algunos indios utilizan el color azul del que pueden tener necesidad para teñir sus vestidos, industria proveniente, sin duda, de los jesuitas y no común a los colonizadores, que se sirven del añil comercial, que les llega de Buenos Aires. La gran cantidad de cactos, cubiertos naturalmente de cochinilla, promete también beneficios comerciales, si se ocuparan de mejorar los productos por medio del cultivo, pero, no... la indolencia general es tal que algunos habitantes pobres apenas se toman el trabajo de recoger los pulgones con su envoltura blanca, aplastarlos y formar panes, que se venden como tintura en el mismo Corrientes. Hay también en la provincia gran número de plantas y corteza de árboles, con las cuales las mujeres del país tiñen el algodón y la lana de un color muy vivo y muy sólido. Es seguro que esas materias primas, perfeccionadas por medio de procedimientos químicos, adquirirían mayor solidez y serían de un uso más lucrativo.

Los cereales no se producen en Corrientes mismo, pero en las llanuras de las regiones meridionales podrían obtenerse buenas cosechas si la zona estuviera cultivada, puesto que la provincia de Entre Ríos, de la cual Corrientes es limítrofe, saca buenos productos, que sólo sirven hasta ahora para la alimentación de sus habitantes, porque no tiene salida esa mercadería.

La población es eminente agrícola y puede dividirse en dos series: los agricultores especializados y los granjeros. Los habitantes de las riberas del río Santa Lucía o de los alrededores de Caacaty, Itaty y Corrientes reúnen, por lo general, las dos condiciones, porque la naturaleza del terreno se lo permite, pero los del sur de la provincia no son más que hacendados y se ocupan solamente

de criar ganado. Se los llama *estancieros*. Proporcionan una gran cantidad de cueros, que es una de las principales ramas del comercio interior y exterior de la provincia. Los grandes estancieros llevan ellos mismos sus cueros secos a vender a la ciudad, de donde se los remite a veces a Buenos Aires, pero por lo común se negocian en la región. Durante muchos años, las curtiembres de Corrientes fueron dirigidas por hombres poco preparados en ese menester, y los cueros se quemaban a menudo; pero hace algún tiempo unos levantaron una gran curtiembre y, desde entonces, los cueros de Corrientes se han hecho famosos en las provincias y hasta en Buenos Aires, donde rivalizan con los que llegan de Europa. Desde ese momento, esa clase de comercio ha presentado un artículo de cambio conveniente para las mercaderías importadas y tomado un nuevo vuelo. Esa curtiembre ha abierto, de esa manera, un nuevo género de industria en la región, por el consumo que hace de la corteza del curupahi y del laurel para curtir, lo que hace que se derriben esas hermosas mimosas de hojas en forma de plumas, que cubren los contornos exteriores de los bosques ribereños del Paraná. Todos les pobladores que se ocupan de esa especulación se han enriquecido, pero los beneficios momentáneos que han obtenido, me parece que no compensan los inconvenientes generales y permanentes que resultan para la región, despojada de su más rico adorno.

Todas las estancias de la provincia y las del Paraguay datan de hace mucho tiempo; sin embargo, llama la atención que los primeros animales domésticos hayan sido traídos por tierra, aunque la navegación del Paraná existió desde mucho antes. Los restos de una colonia naciente, formada por los españoles cerca de la Isla Santa Catalina del Brasil, arrojados por los portugueses en 1555, pasaron de allí por tierra al Paraguay, acompañados de un portugués, llamado Goes. Este poseía ocho vacas y un toro, y los confió a un tal Gaete, quien con grandes dificultades los condujo por los despoblados hasta el Paraguay, donde el propietario lo recompensó con una vaca, obsequio a tal punto valioso, debido al valor que se asignaba a las vacas de Goes, que se decía durante mucho tiempo en el país, en forma de proverbio: *Es más caro que las vacas de Goes*. A esas vacas se debe la innumerable cantidad de ganado que, un siglo después, cubría con sus rebaños medio salvajes las campañas del Paraguay, Corrientes y las orillas del Plata, y que debían más tarde cubrir todas esas bellas llanuras y formar esas numerosas estancias que hoy hacen la riqueza de esa parte de la América meridional[17].

17 No describo aquí la manera de criar los animales. Ya lo he hecho en detalle al describir la estancia del Rincón de Luna, cap. VII.

Numerosos rebaños de ovejas pueblan también las llanuras, donde se multiplican de una manera extraordinaria. Sus productos son todavía poco empleados en la provincia, aunque su lana sea superior a la de Buenos Aires, donde siempre está mezclada con semillas espinosas o abrojos, que impiden sacar de ella todo el partido posible. En Corrientes se consigue más finura y está siempre en buenas condiciones. Se han introducido, desde hace algún tiempo, los merinos, a fin de mejorar la calidad, perfeccionamiento que podrá ser útil a la próxima generación, porque ninguna fábrica los utiliza. Apenas sí algunas mujeres hacen ponchos con ellos, que tienen bastante valor.

Corrientes realiza también un comercio que comparte con Buenos Aires, el de las peleterías, pero limitado a las pieles de los monos aulladores[18], *caraya*, cuyos machos son negros y tienen una piel muy hermosa, apreciada en Buenos Aires y en el país, donde reemplaza ventajosamente a nuestra marta. Varias otras pieles son también adquiridas por los pulperos y conducidas a la capital de la República, como retornos ventajosos. En ese género, el comercio de pieles de nutria, o *qiya* de los guaraníes[19], es, sin duda, el objeto más lucrativo del tráfico de intercambio que realizan algunos comerciantes con los indios tobas del Gran Chaco. Les dan algunas quincallerías y bizcochos, deseados por los golosos salvajes, y obtienen pieles secas que transportan a Buenos Aires y venden a los sombrereros, las que reemplazan, con ventaja, al castor; o bien las envían a Europa. Durante los primeros seis meses de 1828 se vendieron en Corrientes más de 150.000 docenas de esas pieles, avaluadas de quince a diez y ocho francos la docena. La nutria vive en los pantanos, donde los indios la cazan con perros o a flechazos.

En resumen el comercio de exportación de la provincia consiste en maderas de construcción y carpintería, palmeras y bambúes; en maíz, cacahuetes o maní, jarabe de azúcar de caña, tabaco, pieles no curtidas, cueros de vaca y pieles de animales salvajes. Se ve, pues, que se reduce a bien poco; sin embargo, atrae a muchos extranjeros, que vienen de Buenos Aires con sus pacotillas y retiran solamente mercaderías, porque está prohibida la salida de dinero. Este género de comercio ha tenido hace algunos años tal extensión que la llegada de un extranjero constituía todo un acontecimiento en la ciudad; pero hoy, gran número de ellos, especialmente franceses, se han establecido en la provincia. Es cierto que, durante la guerra de Buenos Aires con el Brasil, ha podido atribuirse esa emigración al temor de las levas forzosas que hacía Buenos Aires para conseguir soldados.

---

18 *Stentor caraya.*

19 *Myopotamus coipus.*

Independientemente de la agricultura y de la ganadería, la industria es bastante reducida. Diré incluso que ejercer una industria cualquiera constituye un deshonor para un hombre que se cree algo; por eso no se encuentran artesanos y fabricantes más que entre los indios, los mestizos o las mujeres. Los blancos, siendo *caballeros*, no deben hacer nada. Los únicos establecimientos algo importantes son las curtiembres, dirigidas por extranjeros, porque el resto de la industria es ejercida por simples artesanos dispersos y ninguna fábrica en regla existe en la ciudad. La industria puede resumirse como sigue, sin hablar de los zapateros, remendones, sastres, sombrereros, etc., indispensables en todos los países. He hablado, en la parte dedicada a Itaty, de la confección de la alfarería, tarea abandonada por completo en manos de las mujeres indias y cuyos productos no salen de la provincia. Existían también, cerca de esa aldea, fábricas de tejas y ladrillos y su manipulación estaba en manos de los indios, pero se ha experimentado finalmente la necesidad de fabricarlos también cerca de la ciudad, y muchos establecimientos se han levantado algo más abajo, para el consumo de Corrientes. Se confeccionan en la provincia sillas de montar o recados, muy estimados hasta en Buenos Aires, y sombreros de hojas de palmera, de un bonito tejido, fabricados por los hombres. También ellos se ocupan de la elaboración del azúcar, pero el peso mayor de la industria manufacturera recae exclusivamente sobre las mujeres. Ellas destilan el aguardiente de melaza de caña de azúcar, hacen cigarros, para el consumo interno de la provincia y la exportación, tejen todo lo necesario para el vestido de hombres y mujeres, como esos hermosos ponchos de lana y algodón, esas puntillas tan estimadas en las provincias vecinas que se elaboran en Caacaty, ese raro hilo de araña, que rivaliza por su color con la seda, de la cual no posee empero toda su finura. Es curioso ver a los hombres, que enrojecerían de entregarse a trabajos manuales, dejar hacerlos a sus mujeres como la cosa más natural, extravagante abuso del predominio del hombre sobre su compañera, siempre más poderoso en el hombre que más se acerca a la naturaleza y que desaparece a medida que avanza la civilización.

Podrían, sin embargo, establecerse, con pocos gastos, fábricas. La mano de obra es barata, porque apenas se paga a los obreros seis pesos o treinta francos por mes, lo que es bien poco, comparado con el precio de sus servicios en América. ¿Cuándo la civilización y el espíritu industrial habrán avanzado lo bastante en los correntinos como para sacar partido de las producciones de la provincia y establecer fábricas en condiciones de aprovechar las riquezas que esperan sus aplicaciones industriales, para liberar a estas comarcas del tributo que pagan, por su inexistencia, a la industria extranjera?

El territorio se divide en doce *comandancias*, que son: las Ensenadas, Itaty, Caacaty, Empedrado, el Palmar, Bellavista, Saladas, Goya, San Roque, Yaguarete Cora, la Esquina y Curuzú Cuatiá. En cada una de esas circunscripciones hay un comandante militar y un alcalde. Esas comandancias no son los únicos lugares poblados de la provincia. Se cuentan, además, seis burgos o aldeas, a saber: Guaycaras, San Antonio de Itaty, Santa Lucía, San Antonio de Burucuya, etc. De todos esos lugares habitados, solamente Goya y San Roque tienen el título de ciudad, aunque la última sea tan poca cosa que apenas sería una aldea muy pequeña en Europa. La provincia dependió de Buenos Aires hasta el momento de jurar la constitución de 1821. Desde entonces la soberanía reside en el pueblo, representado por una cámara, o *congreso*; esa cámara se compone de un presidente, un secretario y once miembros. Los miembros del congreso son nombrados por los habitantes. El congreso elige un gobernador, que ejerce el poder ejecutivo, y que, lo mismo que la cámara, es elegido por tres años; ella nombra, de su seno, una comisión permanente de cinco miembros, que la representa durante todo el tiempo de su ejercicio, y además una diputación de cuatro miembros al congreso general de la República del Plata, en Buenos Aires[20].

El gobernador es intendente y capitán general de la provincia; hasta puede decirse que es dictador. El funcionario que ocupaba ese puesto en 1827 y 1828 se llamaba don Pedro Ferré, hijo de un español, nacido en Corrientes; este administrador, que sólo quería el bien de la región, ha puesto a Corrientes en un pie de prosperidad. Débese a él la buena policía de la comarca, basada en un reglamento sabio y severo. Ha restaurado la ciudad, fundado tres nuevos burgos, rectificado el trazado de los tres antiguos y se ocupa, con provecho, de la instrucción pública[21]. Tenía a sus órdenes un secretario de gobierno. La administración civil se componía, entonces, de los siguientes funcionarios:

---

20 El autor se refiere, sin duda, al Congreso Nacional que se inició en Buenos Aires el 6 de diciembre de 1824, cuya existencia fue tan efímera como las sucesivas constituciones que se intentó dar a la República Argentina por aquella época. Corrientes estuvo representada en la firma del Tratado del Cuadrilátero, en la Liga del Litoral, en la Representación Nacional, en el Congreso convocado en Córdoba por Bustos, etc., sin que pueda decirse, dada la situación política imperante, que estuviera permanentemente representada en un gobierno general de todo el país. (N. del T.).

21 "El maestro de ribera" Pedro Ferré, constructor de chatas y balsas, se hizo cargo de la gobernación de Corrientes el 7 de diciembre de 1824. Su período terminó el 7 de diciembre de 1827, pero fue reelegido y renunció el 25 de diciembre de 1828. Su gobierno dejó rastros imborrables en la vida correntina por su impulso creador y progresista. (N. del T.).

1°. El *colector general* o receptor general, encargado de la percepción de las rentas de la provincia y a las órdenes de quien hay un *contador*. Las rentas consisten en los derechos de aduana y el diezmo, que siempre existe. Hay, en cada *comandancia*, un receptor de diezmos, o *diezmero*, que compra los diezmos del año por una suma determinada, y que, después de la cosecha, debe reembolsarlos al gobierno. Se ocupa, además, de la venta de terrenos del Estado a los particulares. Me resulta imposible decir a qué suma alcanzan las rentas; son cosas de las cuales los extranjeros no se enteran con facilidad, en un medio de administraciones desconfiadas y tímidas. Todo lo que puedo decir es que esas rentas exceden los gastos anuales y que hay una bonificación que se emplea en mejoras.

2°. El administrador de Correos, encargado de enviar y recibir la correspondencia con Buenos Aires. El mismo correo sirve a la Bajada y Santa Fe; es el único de Corrientes. No lo hay ni para Paraguay, ni para Córdoba, ni para Salta; las cartas destinadas a estas dos últimas ciudades pasan por Buenos Aires, aunque podrían fácilmente establecerse comunicaciones a través del Chaco, ahorrándose un rodeo de cuatrocientas a quinientas leguas, y reduciendo el trayecto a unas ochenta leguas. Es una medida que puede ser tomada poniendo ese medio de comunicación en manos de los indios tobas, que han ofrecido sus servicios. Esperamos que, más adelante, los gobiernos sentirán la necesidad de ampliar sus vinculaciones, en vez de aislarse como lo hacen hoy, temiendo, sin duda, el contagio de la anarquía. Los empleados son pagados con las entradas que produce la correspondencia.

3°. El *capitán del puerto*, encargado de la vigilancia de los muelles y de la aduana, así como de la policía del puerto. Está también encargado de impedir el desembarco de mercaderías fraudulentas y el embarque de dinero, cuya salida es prohibida por las leyes.

La estructura judicial se compone de un primer juez o *juez de apelación*, encargado de la policía de alcaldes de primera instancia y de jueces de paz, todos nombrados solamente por un año. Las leyes son las españolas, modificadas algo por el uso, cuya aplicación depende por completo del juez; por eso he visto frecuentemente abusar. Un extranjero que esté en pleito con gentes de la zona puede verse alternativamente, según tenga a su favor la costumbre o la ley, ser juzgado favorablemente de acuerdo a la ley o a la costumbre, pero, al mismo tiempo, ser condenado en nombre de una o de otra. No se comete, por así decirlo, ningún crimen en la provincia. El robo sólo es conocido desde hace algún tiempo; destaquemos también que se roba o se asesina solamente en Curuzú Cuatiá, o en las regiones meridionales de la comarca, que con ma-

yor frecuencia están en contacto con los sanguinarios habitantes de Entre Ríos, habituados a toda suerte de excesos de ese género. Los reos son tratados, por lo demás, de una manera bárbara. Se los arroja a un calabozo, donde únicamente pueden contar, para su alimentación, con las almas caritativas del lugar; después se los transfiere a la capital, y durante ese traslado comienzan sus sufrimientos. Se les coloca en los pies barras de hierro provistas de dos anillos que los inmovilizan al punto que, no pudiendo mover las piernas si no lo poco que permite la longitud de la barra, el prisionero apenas puede arrastrarse. Se le cubre, además, de un chaleco de cuero fresco de vaca, cosido por detrás, el cual, al secarse, comprime con fuerza los brazos e impide todo movimiento, de tal manera que, después de un largo trayecto, realizado durante los calores del verano, los desdichados arriban, algunas veces, con los brazos hormigueando de gusanos y horriblemente hinchados, debido a la suspensión de la circulación de la sangre. En esas condiciones, se los sienta sobre el caballo y se los hace galopar, acompañados de un escolta. Por la noche, son encerrados en una cabaña, a la puerta de la cual se pone guardia. Al llegar a Corrientes, se les quita el chaleco de cuero, "dejándoles la barra de hierro, se los pone de nuevo en prisión, y desde ese momento se los descuida, al punto de dejarlos sin alimentos. Corresponde a sus parientes, si tienen algunos en la ciudad, proporcionarles alimentos, o bien las mujeres de la ciudad se los alcanzan por caridad. Así cumplen el tiempo de prisión, cuando son condenados, o se los incorpora al ejército que es el más duro castigo que pueda aplicarse a los correntinos. He visto, durante todo los días, a mujeres que partían de todos los lugares de la ciudad, llevar víveres a los presos, que ellos recibían a través de los barrotes de hierro. He podido admirar a un anciano soldado que se había consagrado a aliviarlos y que se pasaba la vida haciendo colectas para ellos en todas las casas. Se había convertido en su protector y su padre; por eso todo el mundo le daba en abundancia. Una vez terminada la colecta, se dirigía, de inmediato, a la puerta de la cárcel a fin de hacer la distribución. Tal devoción parece cosa natural en los habitantes, tan activa es la caridad en esta región, donde aún no ha penetrado el egoísmo de la civilización. No en verdad, una mujer en Corrientes que no haya ocultado en su casa a un condenado, para sustraerlo al rigor de la ley, aunque sea un criminal, contentándose con deplorar su inclinación al mal, sin detestarlo ni huir.

Como ya lo he dicho, la policía depende del primer juez, que tiene bajo sus ordenes a un *teniente de policía* y su escolta. Este recorre, durante todo el día, las calles con sus hombres y reprime todos los desórdenes, poniendo presos a quienes contravienen los reglamentos de policía. Debe rendir cuenta al

gobierno de aquello que interesa a la autoridad. La policía había quedado reducida a nada en tiempos de otros gobernadores, pero el actual, deseando reprimir muchos abusos y morigerar la depravación de las costumbres, no permite a ninguna persona llevar cuchillo al cinto, según el uso de las provincias vecinas, y ello bajo pena de multa. El juego está también rigurosamente prohibido, así como la ebriedad. La primera vez el delincuente es castigado con unos días de prisión; si reincide, su reclusión dura mucho más tiempo; y la tercera vez, es enrolado en el ejército de línea. También está prohibido el concubinato, pero en ese caso la mujer culpable, y no el hombre, es castigada. Se termina por exiliarla, cuando persiste en sus desórdenes. Debemos agregar que tal medida es poco eficaz contra el mal que trata de prevenir. La primera mujer colocada en esa situación, y a la cual quería enviarse a Buena Vista, respondió con arrogancia que estaba dispuesta a obedecer, pero que deseaba ir acompañada de las concubinas de todos los empleados del gobierno, comenzando por las del gobernador y su hermano no concibiendo, agregaba, que pudiera ser más condenable que otras, porque ella no se entregó más que a un pobre monje. La medida sólo logró causar escándalo en la ciudad, descubriendo toda la corrupción de las costumbres; y la ley perdió su fuerza. Hubiera sido demasiado castigar en un país donde una mujer, cualquier cosa lo que haga, nunca pierde su reputación. Empero, el alcalde mayor obligaba, a partir de la declaración de la madre, a los extranjeros que se acusaba, en la región, de ser padres de niños nacidos fuera del matrimonio, a casarse con la declarante o pagarle una fuerte suma. Es comprensible a cuántos abusos da lugar tan absurda jurisprudencia.

La administración militar está bajo las órdenes inmediatas del gobernador o capitán general de la provincia. El ejército activo se compone de un cuerpo de veteranos a caballo, de una compañía de artillería y de una de soldados de policía; todos esos cuerpos constituyen el ejército de línea. La guardia nacional, o los cívicos, se dividen en dos clases: los cívicos activos y los cívicos pasivos. La primera clase debe reunirse en el punto indicado al primer aviso del gobernador, y la segunda debe hacer el servicio interior, en ausencia de la otra. Las milicias están bajo las órdenes de comandantes de cantones. La milicia activa consta de veintiuna compañías, y la milicia pasiva de diez y ocho. Todas esas fuerzas reunidas pueden ofrecer, de acuerdo a lo que me ha dicho el gobernador, un efectivo de 4.000 hombres. Sin embargo, se asegura que la provincia, comprendiendo a todos los hombres en condiciones de llevar armas, puede formar un efectivo de 7.000 combatientes. El Estado Mayor de la provincia se compone de un *sargento mayor* de carrera y de su ayudante, de tres tenientes coroneles y de un mayor.

Las leyes del país son bastante severas para la guardia nacional. Todo hombre queda inmediatamente incorporado al llegar a los diez y ocho años. Todos los extranjeros comerciantes, establecidos y con patente del país, son susceptibles de formar parte. Los franceses, los españoles, los italianos, etc., son obligados a prestar servicio; los ingleses constituyen la única excepción, a consecuencia de un tratado de paz firmado con la República[22]. Las tropas de línea, tanto de caballería como de infantería, están muy mal mantenidas, desde la guardia del gobernador hasta el último cuerpo. Aunque bastante bien vestidos, los soldados marçhan descalzos, lo que contrasta bastante desagradablemente con los hermosos pantalones rojos. Ya he tenido ocasión de referirme a la base que la provincia podría tener en los cívicos. En ninguna parte existe una aversión tan pronunciada por la profesión militar, la cual, según los pobladores, es la más baja de las posiciones sociales. Es cierto que los soldados son poco valientes y demasiado blandos para no temer la muerte. El solo nombre de los indios hace huir a la mitad de los soldados. He observado que la valentía sólo existe en América en los países templados o fríos y sobre las montañas... Unicamente allí se hallan soldados valientes por naturaleza, mientras que los habitantes de las llanuras cálidas, lejos de tener una imaginación ardiente, coraje y fuerza de espíritu, como podría suponerse, son indolentes y perezosos, y, si bien no gozan más que a medias la vida, debido a su apatía, la aman más que los pueblos de las regiones frías. En compensación, son más humanos, más dispuestos a prestar servicios y el espíritu de venganza es menos activo en ellos; por eso son hospitalarios y previsores, sin ser curiosos ni ladrones. La provincia de Corrientes brinda un ejemplo impresionante de las costumbres que caracterizan a esas comarcas. No se descubren en ella asesinos. Tanto de noche como de día, puede recorrerse, sin armas, el territorio en todas las direcciones posibles, sin temer ser robado, recibiendo en todas partes, por el contrario, una hospitalidad amable y cordial. Los únicos robos que se conocen en el país son de poca importancia; son siempre de objetos comestibles, de frutas o de carne. Se sustrae también, a veces, un caballo, pero es casi siempre para realizar un viaje, después del cual se devuelve el animal a su propietario.

La instrucción, que era nula en la época de los españoles, ha tomado finalmente vuelo, bajo la buena administración de don Pedro Ferré. Este ha creado en Corrientes un colegio, cuyos profesores enseñan el latín, el español,

22 Por el tratado de Comercio firmado en 1825 por el gobierno de las Provincias Unidas con Gran Bretaña, los súbditos ingleses quedaron exceptuados de las requisas militares y del servicio militar obligatorio, otorgándoles además otros privilegios. (N. del T.).

las matemáticas y el dibujo. Ese colegio fue fundado en 1826 por un ex alumno de la Escuela Politécnica, el Sr. Parchappe, y por un ex alumno de la Escuela Normal. Con tales maestros, podrían esperarse rápidos progresos, pero, desgraciadamente para la región, ese estado de cosas duró poco. Nuestros compatriotas fueron llamados de Buenos Aires y todo languideció en las manos de los maestros de la zona. Los maestros son pagados por el Estado, el cual ha fundado también escuelas primarias en todos los poblados. Esperamos buenos resultados de esas medidas. Era costumbre enviar a los jóvenes al colegio a Buenos Aires o a Córdoba, donde recibían el título de doctor en teología. La mayoría son muy ignorantes, sin carecer empero de cierta sagacidad y de un juicio generalmente sano y justo. Es fácil reconocer, de inmediato, a las personas que se han educado fuera de la provincia. Tienen, comparativamente, modales y una conversación muy distintos de los de los pobladores que han permanecido en la región. Estos apenas saben escribir su idioma de manera legible y no asombrará saber que la lengua indígena se conserva, hasta hoy, en el seno de las familias y que muchas personas de la ciudad hablan con dificultad el español. Su único talento es puntear la guitarra y cantar. No poseen, en general, la menor idea de la geografía. Me ha sucedido a menudo de ser preguntado si París está más lejos de Corrientes que Francia, o bien cuál es mayor de las dos. Quedan todavía muchos vestigios del sistema de enseñanza de los jesuitas. No es raro encontrar correntinos o paraguayos que sepan expresarse más o menos bien en latín. Emplean en las discusiones el tono pedante de las escuelas de teología y se sirven comúnmente de expresiones técnicas de la lógica. Las mujeres son aún menos instruidas. Solamente las de las familias más elevadas escriben algo correctamente; las otras no saben ni leer. Casi todos los hombres son músicos, puntean la guitarra y cantan *tristes* o romanzas, así como canciones alegres, pero lo que me ha sorprendido algunas veces es la facilidad con que componen versos. He visto a dos campeones desafiarse, cada uno con su guitarra, a quién se quedaría corto el primero cantando alternativamente coplas improvisadas, donde seguían al mismo tema; y esto, a menudo, horas enteras, y hasta todo el día, sin vencerse. Es evidente que ese género de lucha exige presencia de espíritu y facilidad, sobre todo en personas, por así decirlo, sin educación. Es bueno decir, sin embargo, que los versos españoles son más fáciles de componer que los nuestros (los franceses) y que sólo se exige la medida y no el ritmo.

El idioma guaraní posee también sus cantos populares. Estoy tentado de creer que son compuestos por los españoles en lengua guaraní; sin embargo, como pueden dar una idea de esa lengua, tal como es modificada actualmente

en Corrientes, traduzco al español y al francés[23] cuatro coplas, que varias veces he oído en la ciudad. Son, por lo demás, tan sencillas e ingenuas como los tristes o romanzas peruanas que tanto aman los habitantes de Buenos Aires.

GUARANÍ	ESPAÑOL (prosa)
Curai hocharaicha Mombiri ñandehegui; Uperami abey che Mombiri ai de agui.	Así como el día dista de nosotros, me parece que estoy distante de ti.
Guenbiaiju o mocaniro; Picasumi ochacó, Upera mi abey che Nderehe añapiro.	Llora la tortolita cuando a su consorte pierde, así lloro también yo tu pérdida.
Nderendape aha hagua Che anga che recobe Toy porucache ypepo, Mboraijupe ajurere.	Para irte a ver, mi alma y mi vida, le pido al amor me preste sus alas.
Tesai ndarecobeyma Añoebo nderehe Ara obahere hae Cherecobe ameene.	Lágrimas no tengo ya a fuerza de llorar por ti. Llegará el día que dé la vida.

En toda la República Argentina, en general, se reconoce por la manera de hablar a los habitantes de la provincia del Paraguay, porque lo hacen de una manera mucho más lenta que los de las otras repúblicas españolas. Los habitantes de Corrientes tienen absolutamente el mismo acento; arrastran las palabras y parecen poner, en la pronunciación, la indolencia habitual de sus costumbres, lo que da motivo a chanzas en todas partes. Ese acento, por otra parte, parece característico de Corrientes, del Paraguay y de todas las llanuras del centro de América, porque también lo he hallado en la provincia de Santa Cruz de la Sierra (República de Bolivia), pero tal hecho parecerá tanto menos

23 Hemos prescindido, en esta traducción castellana de la versión francesa. Por otra parte, la versión española es del propio D'Orbigny. (N. del T.).

extraordinario si se sabe que los fundadores de esta última ciudad provenían del Paraguay.

Si pasamos a la instrucción primaria de los niños, no debe sorprender su ignorancia. Criados en medio de los domésticos, deben, espontáneamente, aprender el guaraní más pronto que el español. Sus padres los cuidan poco y los dejan gozar de una libertad indefinida. Hacen, en consecuencia, todo aquello que les parece bueno hacer; prefieren, por encima de todo, montar a caballo y sus hermanos y padres les dan el gusto, por así decirlo, desde la cuna, habituándolos más a ese ejercicio y a una vida ambulante y vagabunda que a una vida sedentaria y estudiosa.

Corrientes admitió la justicia de la guerra de Buenos Aires contra el Brasil, pero no quiso contribuir a los gastos, ni entregar su contingente de tropas. La provincia, aunque exteriormente unida a los intereses generales de la República del Plata, actúa como casi todas las otras, no queriendo, en nada, sostener los gastos de esa guerra. Vivía, en efecto, bajo leyes especiales e independientes de la capital, así como su vecina, la provincia del Paraguay. El gobernador era un verdadero dictador. La emisión de papel moneda, hecha por Buenos Aires, no fue aceptada más que en las dependencias de Buenos Aires mismo; Corrientes la rechazó. Tomó hasta una medida relativamente sabia, en un país donde no se saca el dinero de la tierra y donde las mercaderías de exportación no están en relación con las mercaderías importadas. Prohibió la salida de numerario. Bajo ningún pretexto se puede quebrantar ese reglamento. Se cumple, incluso, hasta la mala fe, porque se dejó a un italiano fondos para sus compras y se apoderaron del excedente que le quedó, como si fuera contrabando. Esta medida tiene también por objetivo obligar a los comerciantes a llevarse las mercaderías producidas en la provincia; se quiere así impedir la completa desaparición del numerario, como ha sucedido en Buenos Aires. A pesar de su neutralidad aparente, los correntinos, como ya lo he dicho, tomaron parte en la guerra, no ayudando a Buenos Aires, sino arrojándose sobre el territorio brasileño, donde todo lo devastaron, llevándose numeroso ganado. Pueden calcularse en 200.000 las cabezas de ganado que entraron entonces en las provincias de Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, lo que acarreó las guerras que he descrito en otra parte y mostró al gobierno que carecía de las armas necesarias para armar a los habitantes. Pidió al gobierno de Buenos Aires que le enviara fusiles, ofreciéndole, en cambio, cierto número de soldados para el ejército argentino. La administración de Buenos Aires aceptó la propuesta; entonces el gobernador, que no tenía los soldados necesarios para cumplir su oferta, vació sus cárceles y envió a sus presos, en pago de las armas.

La mayoría de esos desdichados estaba detenida a consecuencia de una conspiración recientemente descubierta. Fueron amontonadas en el fondo de la cala de un navío. Se los remitió así, bajo la vigilancia de un oficial y una escolta. Se asegura que algunos murieron en el camino, por falta de aire y sofocados por el calor. Tan extravagante comercio se realizó una sola vez, porque parece que tanto de un lado como del otro, el acuerdo no satisfizo a los interesados.

La ciudad de Corrientes está agradablemente situada sobre la orilla oriental del río Paraná, muy cerca de la confluencia con el río Paraguay. Bordea el río y se extiende a lo lejos en la campaña. Se tuvo la intención de dividirla en cuadras o bloques de casas iguales entre sí pero, sea por negligencia de las autoridades, sea por respeto a las conveniencias individuales, las calles permanecen mal alineadas. En 1827, el gobernador don Pedro Ferré encargó a un ingeniero francés, el Sr. Parchappe, la rectificación del alineamiento de las calles, la colocación de nuevos mojones y la presentación de un nuevo plan de ordenamiento de la ciudad. Una vez aceptado el plan, he tenido el placer de ver comenzar su ejecución. Esperamos que el ejemplo de este digno gobernador será seguido por quienes lo sucedan y que Corrientes, que progresa todos los días en otros aspectos, se convierta en una de las ciudades más notables de la República Argentina. El lado que da al río es bastante irregular. Es, empero, el más pintoresco de la ciudad porque una multitud de ensenadas arenosas, formadas por puntas de roca, ofrece, en todas partes, pequeños puertos, en su mayoría llenos de embarcaciones. Justo en la mitad de la ciudad, uno de esos puertos, más arenoso que los otros, y que se creía que podía servir de desembarcadero, se ha convertido en lugar de defensa. Se ha colocado, en su extremidad, una pieza de cañón con eje y un pequeño puesto aduanero, donde se descubre desde lejos lo que sucede en las ensenadas vecinas y donde se descargan, a veces, las pequeñas embarcaciones, porque las grandes van a descargar al verdadero puerto, en la desembocadura del arroyo Santa Rosa, centro del movimiento comercial exterior. Es allí donde se aglomeran los marineros; es allí que se amontonan las pilas de maderas y planchas, listas para enviarse a las otras provincias. Este lugar es, por así decirlo, una parte diferente de la ciudad.

Las casas no tienen, generalmente, más que un piso; sólo una docena constituyen la excepción y poseen dos pisos coronados por una terraza, pero son tan sencillas como las otras. Todas tienen galerías exteriores apropiadas para asegurar a sus ocupantes contra los rayos del sol estival, lo que es muy apreciado en estos climas. Esas galerías también tienen por objeto defender a las casas de los torrentes de lluvia, que deterioran las paredes, por lo común construidas

de tierra, sistema, por lo demás, muy favorable al caminante, que así puede, casi siempre, andar a cubierto. Este género de construcción existe en toda la provincia y en el Paraguay; lo he hallado en el interior de Bolivia, en Santa Cruz de la Sierra, ciudad que puede considerarse hermana de Corrientes, por la forma en que esta construida y por su aspecto de ciudad agrícola americana. Las casas son muy desiguales en altura y raramente siguen la misma línea, saliendo unas sobre la calle y entrando otras; éstas se elevan cinco o seis pies sobre la calzada y tienen escalones; aquéllas están al nivel del suelo. Los techos también son desiguales; unos con terrazas, aunque poco numerosos, aparecen al lado de casitas bajas, cubiertas de troncos de palmeras carondai, cortados en dos y formando tejas. Ese tipo de techos da a la ciudad un aspecto raro, que la hace aún más parecida a Santa Cruz de la Sierra. Algunos techos están modestamente formados con paja, pero desde que se han quitado las tejas de las casas de Itaty y se ha comenzado a fabricarlas alrededor de la ciudad, gran número de casas están cubiertas con ellas. Es probable que ese ejemplo sea imitado por todos los propietarios, a medida que se vean obligados a reemplazar los techos de palmeras, lo que no tardará; ese tipo de techo dura, al máximo, diez años.

Todas las irregularidades que acabo de señalar no serían nada, si por lo menos las calles existieran en todas partes, pero no es así. Salvo uno que otro frente de manzana, no hay más que casas diseminadas aquí y allí, separadas a veces por setos enraizados, que forman árboles espinosos y troncos de palmeras plantados parados, o bien el espacio está completamente libre y se cubre de un musgo verdeante.

Las calles no están empedradas y pueden ofrecer a un botánico un vasto campo de investigaciones, porque aparecen, en su mayoría, cubiertas a los lados de una vegetación activa, sobre todo las menos frecuentadas, en las cuales sólo hay una estrecha senda. Como el terreno está formado de arena mezclada con algo de arcilla, cuando llueve no se puede caminar sin hundirse hasta el tobillo; cuando el tiempo es bueno, ese terreno se mueve como las arenas de los desiertos de Africa; si hay viento, hace arder los ojos al llenarse de tierra; finalmente, si hace calor, quema los pies de los caminantes, casi todos descalzos; de manera que, cualquiera que sea el tiempo reinante, la marcha es muy difícil.

Otros inconvenientes no menos graves existen en Corrientes.

Las calles están muy mal niveladas y muchas de ellas corren en pendiente en dirección al Paraná. Las lluvias, cayendo siempre torrencialmente, se precipitan con violencia, arrastrando una parte de la tierra y dejando luego profundas zanjas que hay que llenar. Se ha tratado de salvar ese inconveniente

colocando vigas atravesadas, pero el remedio resulta peor que la enfermedad, porque se producen cascadas, bajo las cuales se forman profundas excavaciones. Finalmente, la desigualdad de las pendientes da origen a lodazales, los cuales a menudo cubren calles enteras e imposibilitan las comunicaciones, mientras las aguas no sean absorbidas por su filtración en el suelo. El trabajo de alineamiento, realizado por el Sr. Parchappe, tiene también por objetivo remediar esos inconvenientes.

Corrientes posee dos plazas: una en medio de la ciudad, la *Plaza Mayor*; la otra algo retirada, la *Placita*, que sirve de mercado. La primera está formada, de un lado, por el Cabildo, donde se halla la sala de reunión de los representantes, los tribunales y la cárcel; es una construcción de dos pisos, muy sencilla, provista, arriba y abajo, de galerías, formando arcos. Del lado opuesto, que mira al oeste, están algunas hermosas casas y la entrada al convento de la *Merced*, cuya iglesia es la mejor construida de todas las que posee la ciudad. El lado norte está formado por el flanco de la iglesia parroquial de la Matriz, muy baja y bastante parecida a una de nuestras granjas que estuviera rodeada de galerías. Una gran torre de piedra, que pertenece a otro género de construcciones, ocupa uno de los ángulos de la plaza, sin corresponder a la iglesia. Por el lado meridional, está adornada de casillas esparcidas sin orden y sin nivel, que revelan mucha indolencia o mucha miseria.

Los restantes edificios públicos son poco numerosos. Hay cuatro iglesias: dos ocupan el lado de la plaza y de las otras dos, una es la iglesia *de la Cruz*, segunda parroquia de la ciudad, situada fuera, del lado de la campaña. Se hacen en ella novenas, porque contiene la cruz milagrosa de que he tenido ocasión de hablar. Es poco alhajada por fuera, aunque lo es mucho por dentro, debido a las ofrendas de los fieles. La cuarta iglesia es la del convento de *San Francisco*, igualmente insignificante. La casa que ocupa el actual gobernador debe su edificación al cuidado de don Pedro Ferré, que aprovechó los muros de piedra de la antigua casa de los jesuitas y los transformó en una espaciosa construcción, llamada *Fuerte* o *Gobierno*, donde tiene su sede el gobierno, la administración de aduanas, la de las finanzas y hasta el colegio de jóvenes. Es una casa de lo más ordinaria, que sólo tiene un piso.

Corrientes tenía otros monumentos de la época de los jesuitas. En el lugar donde hoy existe la iglesia Matriz había una hermosa iglesia construida por aquéllos y a la cual pertenecía la torre que aún existe. El sitio donde reside el gobierno era lo que se llamaba el *colegio*, pero, en tiempo de la expulsión de la orden, la ira de los españoles era tal que, no contentándose con arrojarlos, robaron y arrasaron su iglesia y su colegio, y si no hicieron desaparecer por

completo las paredes de este último, fue porque estaban sólidamente construidas en piedra y cal. Conserváronse los cimientos, sobre los cuales se levantó el edificio actual de la administración. Muchas otras paredes en ruinas, que todavía subsisten, atestiguan cuán vasto debió ser el establecimiento. Es fácil concebir que, en medio de una revolución, en un país ignorante, la gente enloquecida y ciega de pasión se arroja contra los monumentos que servían de asilo a quienes expulsaban, pero ¿podrá concebirse igualmente que, en medio del fanatismo del siglo XVIII y de un exagerado respeto por los templos, el odio o la envidia hayan llevado a algunos militares o administradores españoles a destruir todos los establecimientos de los jesuitas, con el fin de borrar, decían, hasta su menor huella? Ellos mismos, no pudiendo restablecer aquello que destruyeron, deploraron probablemente más tarde los excesos a que se entregaron, porque no consiguieron hacer olvidar a los jesuitas. Por todas partes he visto su nombre reverenciado en muchas familias; y existen, en poder de antiguos propietarios, tanto en la provincia como en el Paraguay, numerosos escritos de los padres sobre religión, el cultivo de la yerba del Paraguay, la agricultura en general, pequeños tratados de medicina cuyas prescripciones siguen aplicándose al pie de la letra, etc. Los pobladores conservan con respeto esos restos de los trabajos de la Compañía; los consultan como oráculos y no se deshacen de ellos por ningún precio.

Los jesuitas dieron el modelo de las construcciones en piedra, cuyos materiales hallaban en la misma ciudad, pero la pereza impidió a los pobladores seguir su ejemplo. Todas las casas del centro están construidas con ladrillos; las del exterior con tierra mezclada con paja, sostenida por un armazón o jaula formada de vigas colocadas unas perpendicularmente y otras transversalmente, género de construcción que he visto en las regiones donde los materiales de construcción son raros. Debo hacer notar que, si varias casas faltan a lo largo de una calle, es raro que no las haya en las esquinas. Estas casas son construidas de manera de tener en el ángulo una sola viga que separa una ancha puerta abierta de cada lado. Son muy buscadas por los *pulperos* o comerciantes de bebidas y comestibles, y también por los comerciantes de géneros y quincallería.

Cada casa de Corrientes tiene habitaciones que dan a la calle, provistas siempre de una puerta y de, una ventana, o solamente de una u otra, porque el lujo de nuestros días aún no ha llegado, aunque el calor sea abrumador. Es cierto que las puertas, raramente cerradas, dan más aire que las ventanas e importa poco a los moradores que los paseantes vean lo que hacen durante todo el día. No se usan vidrios en Corrientes o sólo existen dos o tres casas que

los tienen desde hace muy poco tiempo. Todas las ventanas están provistas de gruesos barrotes de maderas retorcidas, bastante espaciadas como para que pueda pasarse el brazo. Los moradores se contentan, sea durante la noche, sea durante la siesta, con cerrar los contravientos por dentro, a los cuales se les hace, como a muchas puertas, una pequeña abertura en forma de ventanilla o *postigo*, que se abre durante los grandes calores. Todas las casas de los ricos presentan la misma distribución: tienen siempre del lado de la calle una sala muy grande que sirve para las recepciones y donde los que pasan por fuera pueden ver a los visitantes. Allí se baila, cuando hay mucha gente. El resto de la casa está dividido en habitaciones por lo general de lo más sencillas y a menudo oscuras y descuidadas.

Es concebible que el mobiliario esté de acuerdo con la elegancia de la morada. La sala de recepción reúne y resume todo el lujo de la casa. Las paredes están bien blanqueadas y no tienen ningún adorno; las ventanas carecen de cortinas. Alrededor están colocadas las banquetas, o se alinean las sillas de madera a la antigua, muy macizas; muebles que, por otra parte, se buscaría en vano en las otras habitaciones, donde las camas ocupan su lugar.

Una sola sala de Corrientes posee piano; es el único que existe en la ciudad, pero las paredes de otros salones están adornadas de una o varias guitarras que se ponen a disposición de los aficionados, que desprecian el arpa, el violín, los oboes y los restantes instrumentos reservados exclusivamente a los músicos profesionales, y que sólo se emplean en los bailes (muy raros) o en la música de iglesia. Los dormitorios están generalmente desprovistos de muebles: el elegante canapé, la útil cómoda, el fiel espejo giratorio, tan apreciados en nuestra vieja Europa, son desconocidos en Corrientes, donde apenas sí un viejo espejo decora las paredes, blanqueadas menos a menudo que las de la sala, porque están menos expuestas a las miradas de los extraños. Una o dos camas, rodeadas de cortinas, aparecen solitarias en las habitaciones, donde las sillas son, por lo general, un lujo. Es evidente que la coquetería de las moradas no ha ganado a Corrientes y que reina aún la simplicidad de los antiguos tiempos.

Si, desde el interior de las casas, se echa una ojeada al exterior, se ve, ante todo, una dehesa para los caballos que está en el patio; luego, en otro patio, chozas o pequeños tinglados, que sirven de cocina, aunque sin chimeneas, porque no existe una sola en toda la provincia. Es allí que, casi siempre, se aloja la servidumbre. Al entrar en esos chiribitiles se experimenta un escalofrío de piedad. Todo respira la más profunda miseria. En un rincón de la pieza hay un brasero que todo lo ennegrece de humo; en torno están dispuestas algunas ollas de tierra o *yapépo* de los guaraníes, platos de tierra o *ñambé*, vasos

de dos golletes o *cambuchiguara*, algunas veces una mala parrilla y tres piedras reemplazando al trípode para sostener las ollas en las cuales se hace cocer la sopa. En todos sentidos, a través de ese asilo del desaliño, se tienden cuerdas, de las cuales pende la ropa de muda de los moradores. De las paredes cuelgan monturas y todo aquello que se relaciona con los caballos, mezclado con las canastas o *ayacas* de los indios. Finalmente, en el rincón opuesto a aquél donde está el fogón, se extienden, sobre la tierra pelada, cueros de vaca, destinados a servir de lechos, porque, en muchas casas, la cocina es también el dormitorio de los sirvientes; mientras en otras se reduce a un pequeño tinglado abierto a todos los vientos, junto y fuera del cual hay, generalmente, un horno en forma de cúpula, *tatacua* (hoyo de fuego) de los guaraníes, que es también un objeto de primera necesidad para los habitantes de la ciudad y de la campaña. En este último caso, los domésticos sin distinción de sexo y edad tienen una habitación común, lo que no contribuye poco a fomentar, en esa clase de sociedad, el libertinaje que se les reprocha.

Tal es la ciudad. Voy a recorrer ahora los alrededores. Más nos alejamos del centro y más espaciosas son las casas. Terminan por no conservar ningún alineamiento, esparcidas sin orden por la pradera o en medio de una multitud de corrales que encierran a los caballos, formados con estacas levantadas perpendicularmente. Al salir por el lado este hallamos, en un espacio de más de un cuarto de legua de ancho, un lodazal llamado *pantano* o *mandiyurati*, inundado durante más de seis meses del año y siempre fangoso. Cuando llueve, los caballos pueden nadar. Lo mismo sucede del lado norte, en el lugar llamado *Poncho Verde*, donde los pantanos son empero más temporales y menos profundos. Puede decirse que la ciudad está rodeada de pantanos. Cuando llueve, sólo se puede salir a caballo, sin por eso dejar de mojarse. Al examinar atentamente la pendiente del terreno al norte y sur de la ciudad, se destacan dos arroyuelos naturales que reciben las abundantes aguas de esos pantanos. Costaría poco trabajo secarlos completamente. Sólo se trataría de ayudar a la naturaleza cavando canales que conducirían las aguas de las partes bajas a los arroyuelos indicados, pero la afición a los trabajos útiles apenas comienza a reemplazar la indolencia innata de los habitantes. Pero si el gobierno actual se mantiene, es de creer que Corrientes terminará, como muchas otras ciudades, por tener paseos en lugar de pantanos llenos de basura. Hoy no hay realmente ninguno. Las orillas del Paraná están muy cubiertas de una vegetación activa, de una multitud de árboles cargados de flores y frutas, durante la estación, pero no se han construido caminos que conduzcan hasta allí, y a duras penas los niños, a través de las espinas, pueden alcanzar las frutas que, las más de las

veces, codician en vano. La campiña es hermosa y risueña a orillas del río, así como fuera de los pantanos, pero carece por completo de encanto para los habitantes, que no conciben el placer de pasear. Es cierto que, en la estación cálida, los mosquitos, que abundan, pueden impedir, por la noche, ir en procura de fresco, cuyos beneficios son más que compensados por el temor muy legítimo al asalto de millares de esos incómodos insectos.

La población de la ciudad puede calcularse en 8.000 almas, compuestas de descendientes de españoles, indios, negros y mezclas de las tres razas. El cruce con la raza africana es reducido. Hay pocos negros y, en consecuencia, pocos mulatos; sin embargo, la mezcla de aquéllos con los indios guaraníes produce una hermosa raza. Diríase que la raza india, en vez de afearse, gana en belleza, mientras que todo aquello que caracteriza a la raza africana desaparece, en lo que respecta a las facciones, no dejando, a veces, otro rastro que los cabellos crespos. Y eso que es frecuente ver en la primera mezcla el pelo ponerse lacio, mientras que a la tercera generación la mezcla del negro con el blanco siempre da pelo crespo. La nariz corta, gruesa y ancha se alarga y los gruesos labios desaparecen casi enteramente. Lo mismo sucede con la alianza de los guaraníes y españoles. Resultan hombres casi blancos y con hermosas facciones, aun en la primera generación, mientras que los indios, aunque bien formados, tienen siempre la cara fea. En general, en Corrientes, Paraguay y Santa Cruz de la Sierra, donde se han mezclado los españoles y los guaraníes, impresiona la nobleza y hermosura del aspecto exterior, mientras que la unión de los indios quechuas o aymaras de los Andes con los españoles, en vez de perfeccionar la especie hace degenerar el tipo español en individuos pequeños, cuyas formas son regulares, sin ser hermosas. En Corrientes, la mezcla de europeos e indios es tal que sería difícil establecer, a primera vista, a cuál casta pertenecen los sujetos, y la dificultad aumenta por el bronceado que altera el tono de la piel de los blancos. Todos tienen grandes ojos negros, espirituales; cabellos muy negros, siempre lacios; una nariz a veces un poco corta, pero regular, una cara llena, redonda, una boca de sonrisa agradable; una hermosa estatura y un andar desenvuelto.

En Corrientes mismo los indios absolutamente puros son muy raros o, por lo menos, apenas se distinguen de los mestizos, con los cuales se confunden, desde el punto de vista de los hábitos sociales. He podido encontrar, después de haber visitado esos inmensos establecimientos de los jesuitas, donde sólo se reúnen a los indios, cuán difícil resulta civilizarlos cuando están juntos. No hay para ellos otro medio de perfeccionamiento posible que mezclarlos y fundirlos con los europeos. La civilización es una educación que exige una larga

serie de siglos, y como las razas mejoran físicamente por el cuidado que se toma de confiar la reproducción a los individuos más hermosos de cada especie, los órganos de los cuales dependen las facultades intelectuales sólo se desarrollan y perfeccionan progresivamente. El resultado de la mezcla de razas es por lo general superior a cada una de ellas, así como lo he podido ver en Corrientes. No depende, sin embargo, de la que predomina, porque, seguramente, en Corrientes la raza india es superior a la raza blanca en la mezcla y desaparece casi por completo en el cruce, mientras que la raza india, predominante en el Perú, ha conservado su tipo, a despecho del cruce con los españoles. Empero, considerando el problema en general, es constante que la minoría de individuos de una raza desaparece rápidamente en su mezcla con la mayoría de otra. Buenos Aires brinda un ejemplo. Los europeos son más numerosos que los africanos; por eso los vestigios de éstos desaparecen muy pronto, mientras que en el Brasil, donde el africano pesa mucho, sólo desaparece con mucha lentitud. Habría, empero, gran número de hechos que oponer a aquéllos. En el Perú, donde los indios tienen fuerza numérica, los habitantes de hoy conservan bien, en cuanto al físico, la mayoría de sus rasgos y sus caras; pero, en lo moral, la inteligencia y las facultades intelectuales han realizado grandes progresos. Lo mismo sucede en las provincias australes del Río de la Plata. Los indígenas que provienen del cruzamiento están llenos de fuego, de sagacidad y hasta superan a los europeos, desde el punto de vista del intelecto.

Los pueblos en estado salvaje trasmiten, de generación en generación, las cualidades físicas que deben a su género de vida y que sólo pueden perfeccionarse, tales como una salud robusta, una agilidad y destreza extremas, una notable longevidad, una vista penetrante, el oído más fino, dientes y cabellos que resisten las pruebas de los años, etc. A la inversa, la especie humana encerrada en las ciudades populosas degenera físicamente, pero se perfecciona en lo moral; adquiere mil sensaciones desconocidas de los pueblos salvajes y un desarrollo de los órganos del pensamiento que crece más y más y que no se debe únicamente a la variedad de razas.

La población de Corrientes puede dividirse en varias clases, según el rango que ocupan en la sociedad, o según el género de ocupación.

La clase que ocupa los primeros empleos o la de las personas más ricas tiene buenos modales y puede compararse, aunque charla menos y es menos ligera, por las formas y por la gracia de su modo de ser, a los habitantes de la capital argentina. Los hombres que la componen tienen, en su mayoría, mucho aplomo y seriedad, y haciendo largas siestas no dan a su empleo más tiempo que el consagrado a tomar gravemente su mate o fumar su cigarro, conver-

sando a veces de política, aunque por lo general de caballos, de ganado o, mucho más a menudo, de aventuras galantes y de mujeres. Su ocupación durante el día se reduce a nada. No poseen diarios que los ocupen; así se reducen a dormir, comer, fumar, tomar mate, pasear a caballo, porque jamás andan a pie; he ahí su vida cotidiana. Un caballero se cree deshonrado si realiza trabajos manuales, mientras que las mujeres, por el contrario, se entregan a muchos trabajos penosos. Son, por su carácter, hombres serviciales, hospitalarios, siempre dispuestos a prestar servicios a los otros americanos y también a los españoles, pero desconfiados y celosos de los extranjeros, sin dejar por eso de hacerle un buen recibimiento. Los reciben en su casa con afabilidad, sin invitarlos nunca a participar en sus comidas de la ciudad. Cuando, al contrario, están en sus estancias o chacras, en el campo, no solamente convidan a los extranjeros, sino que también se muestran felices de tenerlos consigo mucho tiempo y de hacerles compartir su bienestar, prestándoles caballos para sus viajes o paseos y haciendo todo lo posible por complacerles.

El correntino se levanta ordinariamente al despuntar el día. Apenas se ha vestido, lo que no tarda mucho, pide su mate, si ya no ha comenzado a tomarlo en la cama. Un criado, su hijo o uno de sus hijos, si es padre de familia, se lo sirve[24]. Al entrar en la pieza, el criado o el hijo comienza por orar, pidiéndole la bendición; luego deposita en tierra una pava que trae, conteniendo agua hirviendo. También está provisto de un mate[25], especie de calabaza empleada en la vida casera y reemplazado a menudo por un vaso de plata que lleva el mismo nombre. Se pone en él una porción de yerba del Paraguay y otra de azúcar y se echa agua hirviendo sobre el conjunto; para comprobar si el líquido está bastante dulce se chupan algunos tragos a través del tubito *(bombilla)* que sirve para beber, costumbre generalizada en todos los países donde se toma mate. Terminada la prueba, el criado ofrece el vaso. Corre en seguida a buscar fuego en un *braserito*, destinado a ese uso; y mientras su amo o su padre prende su cigarro, que fuma con gravedad, el criado o el niño se retira a cierta distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, en señal de sumisión, aguardando

24 Es de hacer notar que los niños no comen con sus padres y que desempeñan la función de criados hasta cumplir determinada edad.

25 La palabra *mate*, que muchos extranjeros aplican a la yerba del Paraguay, designa solamente al vaso en que se sirve. No debe buscarse el origen de ese nombre en la lengua guaraní. Proviene de la de los incas o quechuas. Es una corrupción de la palabra *mati*, que quiere decir *calabaza* y que designa el vaso en el cual se toma cierta clase de té, porque los primeros españoles sólo lo bebían en calabazas. El nombre guaraní de esa misma calabaza es *yeri-a*; pero el que se da más particularmente al mate es *cahí-gua*.

la orden de llenar de nuevo el mate, hasta cinco o seis veces, más o menos, mientras se lo pida; no termina hasta no sentirse satisfecho.

Después de levantarse, el correntino va a su patio o a su *corral*, enlaza su caballo, el cual, por lo general, ha permanecido sin comer toda la noche. Lo lleva a la puerta y lo asea un poco; luego, muy lentamente, le coloca sucesivamente sobre el lomo las diversas piezas que componen la silla del país o *recado*. El lujo de ésta consiste sobre todo en la piel de arriba o *pellón*, más o menos fino, según que su propietario sea más o menos opulento, y en la cincha superior o *sobrecincha*, que debe ser ricamente bordada y adornada de vivos colores. El jinete lleva siempre espuelas de plata macizas y pesadas. Monta a caballo, recorre las calles a pequeños trancos, da los buenos días a sus vecinos y vecinas, se detiene, por así decirlo, cada minuto, para decir cualquier cosa, para hacer una broma grosera a una mujer que ve a la puerta o a la ventana o que observa dentro de su casa; habla a los hombres del tiempo, de sus caballos, si ellos tienen un caballo, o bien del ganado. Si está empleado, se dirige a su oficina, por lo general a quinientos o seiscientos pasos de distancia, pero, con el propósito de llegar más tarde comienza por visitar una parte de la ciudad. Entonces ata su caballo y se entrega a sus tareas. Si es comerciante, penetra en su negocio o *tienda* y atiende a sus parroquianos. Si se ocupa de la explotación de bosques, se dirige al puerto, y allí, sin descender del caballo, da órdenes a sus obreros; si, en fin, es estanciero, sale de la ciudad a ver a los animales que le han traído para ser vendidos en el mercado; allí pasa una parte de la mañana, fumando continuamente, porque sus amigos lo convidan con cigarros, lo que le obliga a sacar del bolsillo su eslabón y un cuernito cerrado, lleno de algodón quemado, sobre el cual hace caer las chispas. Una vez que ha prendido fuego, lo ofrece a la persona con quien se halla. Esta enciende su cigarro, apaga el algodón encendido o *yesca*, y ofrece a su acompañante el cigarro encendido, para que a su vez prenda el suyo. Una vez realizada la operación, siempre con una lentitud extraordinaria, se pone a charlar, siempre fumando, sin dar nunca la menor vivacidad a su conversación. Las personas distinguidas fuman, por lo común, *cigarrillos* de papel, hechos con tabaco negro del Brasil, picado muy fino. El tabaco preparado así es de una fuerza extraordinaria, deteriora los dientes, mancha los dedos y causa dolores al pecho, debido a la manera en que se lo fuma. Los fumadores del país no se contentan con introducir el humo del tabaco en la boca y arrojarlo en seguida, como se hace por lo común. Introducen el humo de tabaco hasta el pecho, lo dejan permanecer allí algunos instantes, hablan un poco, después de haber aspirado, y luego arrojan el humo, cuando menos se espera, diciendo de todos aquellos que no hacen lo mismo que no saben fumar.

Después de haberse ocupado de sus negocios, el correntino regresa a la ciudad, donde se detiene varias veces, sin necesidad, en una casa para tomar un mate, en otra para fumar un cigarro y siempre sin haberse desayunado, porque desayunarse es una costumbre desconocida en Corrientes y que se considera ridícula. A las once, los amigos se invitan mutuamente a tomar licor o aguardiente. Llamaban a eso *tomar las once*. Es el único momento del día en que les gusta beber aguardiente. Hay que decir que son, a este respecto, de una sobriedad ejemplar. Aunque no usa reloj, es difícil que el correntino no sepa que ha llegado el mediodía. Es la hora de almorzar. Si las campanas del Angelus se lo anuncian en medio de una conversación, se interrumpe, como todo el mundo, para rezar, y vuelve, en seguida, a su morada; si está en camino, suspende la marcha, porque sería un pecado caminar mientras la campana suena tres veces. Entra entonces en su casa, donde el almuerzo lo espera. Desciende de su caballo y lo desensilla; no camina dentro de la casa a pie, aunque tuviera que dar diez pasos. Hasta el último de los pobres posee caballo siempre. Ir a pie sería un deshonor. Sólo les es permitido a los extranjeros. Se cierran todas las puertas y ventanas que dan a la calle; únicamente se dejan abiertos los *postigos* o ventanillas, y las puertas que dan al patio dan la luz necesaria. Por allí los criados atienden al servicio. Sólo se sientan en la mesa los hombres; las mujeres y los niños comen después, en otra pieza, o por lo general en la cocina. Se sirve ante todo el *asado*, condimentado a veces con tomates. A veces comen pan, pero es un lujo reservado a los ricos. El pan es por lo común reemplazado por el queso, que se come con el asado, o bien por el *chipa*, mezcla de harina de mandioca y queso, hecha cocer al horno; o bien se contentan, en el momento de la comida, de extender esa misma pasta de almidón de mandioca y queso sobre un palo y de ponerlo así a cocer al asador. Esa pasta fermenta, adquiere sabor y puede fácilmente hacer olvidar el pan de trigo. Este último preparado se llama *cabure*, en el idioma guaraní. Después del asado, se sirve la carne frita o *chiriri*, o bien la *sohopupu*, carne hervida con legumbres, mandiocas, patatas dulces, arroz, etc. Esta forma de preparación sería bastante buena si no se pusiera demasiada cantidad de grasa de vaca. Cuando se desea honrar a un invitado, se mete por lo común, en la misma sopa, cucharas enteras, de manera de resultar incomestible para un europeo; pero los habitantes la hallan excelente, comen el sebo con delicia y encuentran tanto mejor el plato cuanto más grasa tiene. Después de esa sopa, se sirven espinacas hervidas o la *mazamorra* (el *cavigé* de los guaraníes). Este último plato es el más estimado de todos; sin embargo, inspira mucha repugnancia a los extranjeros, cuando se enteran de que el sabor que lo caracteriza se debe a una lejía de ceniza de potasa que se

emplea para hacer cocer el maíz triturado, con el fin, según dicen, de facilitar la digestión. Después de ese plato, se ofrecen confituras o miel, almíbar de caña de azúcar, del cual los habitantes son tan golosos que beben de buena gana vasos enteros, después de lo cual se brinda un gran vaso de agua a cada uno de los comensales, pero esto únicamente cuando se quiere honrarlos, porque, por lo común, sólo existe una olla que se pasa de boca en boca; es la única bebida de la comida, durante la cual jamás se bebe otra cosa. Este último vaso de agua es reemplazado, en las campañas, por un vaso de leche hervida.

Mientras los hombres comen, las mujeres se ocupan de cocinar o de servir. Los criados o los niños están alrededor de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando las órdenes que les quieran dar, retirando los platos a medida que se desocupan. Ellos son los que traen el vaso de agua con que se da fin a la comida. Es de destacar que hombres generalmente inclinados a los vicios no tienen el de la bebida. Nadie bebe vino, salvo en casos extraordinarios, ni licores fuertes, salvo antes de la comida. Jamás se ve un hombre ebrio hasta perder el sentido. Inmediatamente después de la comida, los criados levantan el servicio y traen fuego en un recipiente, depositándolo sobre la mesa, poniéndose de rodillas para rezar, mientras los amos responden. Terminado ese rezo, piden todavía la bendición; luego se retiran para comer con o después de las mujeres y niños de la casa. Si hay convidados, éstos deben necesariamente, después del rezo, bajo pena de pasar por mal educados, decir al amo de la casa, antes de hacer otra cosa, *Dios se lo pague*. Mientras la familia come, el correntino fuma gravemente su cigarro; luego se extiende sobre la cama para hacer la siesta y la digestión. Después de haber comido, las mujeres y los niños hacen lo mismo, igual que los criados. Las mujeres se echan en la tierra de la sala, con su tocado en el mayor desorden, porque se desnudan casi por completo antes de acostarse. Se ponen, por lo común, al lado de los hombres, lo mismo que los niños, y así comienza la noche en pleno mediodía. En las casas ricas cada uno se mete en la cama, pero, con mayor frecuencia, toda la familia se acuesta entremezclada en la misma habitación, sin duda para procurarse más frescura.

Durante el almuerzo, ninguna puerta permanece abierta y nadie pasa por las calles. El silencio es tan profundo como la noche. Todo está cerrado, hasta los negocios. La ciudad parece completamente desierta. Sólo los extranjeros recién llegados están despiertos; son los únicos en osar salir, a pesar del ridículo a que se exponen. Es entonces cuando el calor es más fuerte. El sol quema; se respira un aire sofocante. A esa hora el menor trabajo manual es fatigoso al extremo, y si se sale a la calle, domina involuntariamente la tristeza, al no

encontrar ninguna alma viviente despierta, a pesar de la belleza del día. Ningún niño juega en los corredores. Nada de galerías animadas por la presencia de las mujeres que hablan a los paseantes. Toda la ciudad duerme; hasta el perro, fiel guardián, puede dormir tranquilo; se lo ve así acostado a la sombra de las galerías, bajo las cuales deja pasar, sin despertarse y sin ladrar, a aquel que no dejaría pasar durante la noche. Diríase que todo descansa entonces en la confianza pública, porque el obrero que trabaja ha dejado sus herramientas abandonadas en la obra, sin cuidarlas; los patios, generalmente llenos de ropa puesta a secar, permanecen abiertos, sin que jamás se robe nada. Lo que más me ha impresionado durante la siesta es que la naturaleza entera parece estar en el sueño más completo. No solamente reposan los hombres, sino también los animales. El ganado abandona la planicie para refugiarse a la sombra de los árboles. Entonces no se encuentra ningún mamífero salvaje. Todos están escondidos, sea en los bosques, donde duermen profundamente, sea bajo la hierba espesa de las llanuras. El campo no está amenizado por los cantos de mil pájaros distintos, revoloteando solos o en bandadas de árbol en árbol. Hasta las aves de la ribera cesan de repetir sus arias roncas. No resuenan en los bosques los gritos de las penélopes. Los engreídos ánades, refugiados en lo más tupido de los bosques, abandonan las aguas demasiado cálidas; y los parlanchines papayos interrumpen raramente ese silencio. Unicamente la cigarra llena con sus alegres chillidos la campaña, donde el exceso de calor parece inclinar las hojas de los árboles, como si también ellas quisieran dormir, no revelando su verdor más que al retorno de la frescura de la noche. En las ciudades, el canto del gallo, que anuncia, generalmente, la proximidad del día, se hacía oír desde el fondo de su retiro, donde se refugia con sus gallinas, huyendo del calor. Sería realmente imposible reflejar con precisión cuán solemne es la siesta de las comarcas cálidas y hasta qué punto influye en todo aquello que es animado. He podido continuamente apreciarlo, porque, permaneciendo fiel a las costumbres europeas, siempre me entregaba en ese intervalo a mis tareas de redacción, más seguro entonces de no ser distraído por los numerosos importunos que se multiplican en un país donde los hombres no tienen, por así decirlo, ninguna ocupación.

Empero no habría que suponer, pues, que en medio de ese silencio aparente todo el mundo se entrega a la siesta. Es, al contrario, el instante de mil intrigas amorosas; así cuando termina la siesta se producen a menudo en los hogares, debido a inesperadas sorpresas, peleas y escenas escandalosas.

A las tres o tres y media, las puertas y ventanas se abren en todas partes. La siesta ha concluido y, por hábito o por un curioso instinto, todo el mundo

se despierta, por así decirlo, en el mismo minuto. Solamente los extranjeros duermen más tiempo, porque, según los habitantes, no saben hacer la siesta. Entonces mi correntino despierta. Llama de inmediato. Se le trae su mate, después de pedirle la bendición. Se le presenta, como por la mañana, con el fuego, para alumbrar su cigarro. Toma sucesivamente cinco o seis mates; fuma uno o dos cigarros, luego recomienza su jornada ensillando el caballo. Este es tanto más pequeño cuanto su dueño es más rico. Era en Corrientes una moda y un furor, durante mi permanencia, tener caballos *petizos* o enanos. Lo que, en otra parte, parecería ridículo era un signo de riqueza en la ciudad, porque esos caballos sólo servían para pasear por las calles y no para los viajes por el interior de la provincia. Una vez ensillado el caballo, su amo lo monta y recomienza el mismo género de vida que por la mañana, yendo a su oficina, si es empleado, porque las oficinas públicas están abiertas desde las ocho de la mañana a mediodía y desde las tres a las cinco de la tarde. Si no tiene ocupación fija, se pasea siempre de la misma manera de uno a otro, o de una ventana a otra ventana vecina, haciendo en todas partes chanzas algo ligeras a todas las mujeres, hablando a los hombres de mujeres, de caballos, de ganado, de cosechas de tabaco, maíz o caña de azúcar, si se interesa en ese género de especulación, o bien de los estragos causados por nubes de langostas, cuando ellas arrasan la provincia. Cuando el correntino, al pasar delante de una casa, quiere detenerse, antes de descender del caballo, grita *Ave María*, a lo que se le responde, invitándole a entrar. Ata su caballo a uno de los barrotes de una de las ventanas; entra. Se le hace sentar en un banco, cerca de la ventana. La dueña de casa lo colma de amabilidades y llama a sus criados para que le sirvan mate. Ellas o sus hijas hacen un cigarro o van en busca de uno, encienden el fuego que traen los criados, fuman hasta que el cigarro esté bien encendido y se lo ofrecen al visitante. Sería una grosería rechazarlo, lo que obliga a los extranjeros, bajo pena de pasar por personas sin *educación*, a fumar a pesar de ellos, porque apenas el primer cigarro toca a su fin, las mujeres le presentan un segundo. Es necesario cierto coraje para habituarse a esta costumbre, porque si puede ser agradable recibir un cigarro de una boca bonita, hay circunstancias en que la cosa tiene menos encanto. No hay otro remedio que pasar por las horcas caudinas si se quiere ser bien recibido por los habitantes. Una vez servido el cigarro, se sirve el mate, que se ofrece al visitante; éste bebe chupando la bombilla, conversando y fumando alternativamente hasta que se termina el mate, que se llena de nuevo y se ofrece sucesivamente a todas las personas de la casa; luego vuelve a las mismas manos, después de haber pasado por todas las bocas, inclusive por las de los criados, lo que no puede ser más repugnante

para el extranjero no acostumbrado a este hábito. Los habitantes de Corrientes están habituados a tal punto al mate, sobre todo las mujeres, que constituye para ellos un objeto de primera necesidad. En la ciudad se lo toma azucarado; pero mucha gente del campo o los pobres lo toman sin azúcar, lo que llaman *mate cimarrón*. El sabor del mate es algo amargo y bastante agradable. Se lo bebe tan caliente, que es menester ser hecho especialmente para él para no quemarse el paladar y ese calor extremo podría dañar los dientes. No posee, sin embargo, ninguna propiedad nociva, pero, tomado a toda hora del día, debe debilitar el estómago, y en efecto, las enfermedades del estómago son las que más atacan a los habitantes[26].

El correntino no se contenta con ir a un solo lugar. Pasa toda la tarde paseándose de una casa a otra; bien recibido en todas partes, especialmente por las mujeres, que son realmente extraordinarias por la amabilidad que ponen en retener al visitante y la alegría que despliegan con él, riendo, jugando o criticando a sus vecinos, con una gracia muy peculiar. Si es músico, no puede dejar de tomar la guitarra colgada en la sala, o bien canta esas futilezas que a menudo reflejan las intenciones más ligeras, frotando los dedos sobre las cuerdas del instrumento en vez de puntearlas como acompañamiento y haciendo sobre todo mucho ruido. La romanza es rara, mientras que la canción de amor es muy común y agrada a ambos sexos.

Como los habitantes tienen mucha mezcla de sangre guaraní, o por lo menos han sido educados por mujeres de esa nación, el idioma natural del país es todavía el guaraní, y el español sólo es empleado, bastante mal, para conversar con personas ajenas a la provincia. Los niños educados por los criados, que sólo hablan entre sí la lengua india, la aprenden desde la cuna. Sólo más tarde y en la escuela estudian el español; por eso, en el interior, la lengua familiar es únicamente el guaraní. Los hombres siempre emplean de preferencia ese idioma cuando hablan con mujeres del país. Sólo hacen al extranjero

26 El *Ilex paraguayensis* (Aug. S. Hil.), que da la yerba del Paraguay, especie de acebo bastante alto, con follaje de castaño, no se prepara como el té: la hoja y el tallo son triturados después de secados, sobre un fuego de plantas aromáticas. Se encuentra en las islas del Paraná, arriba de Corrientes, pero es principalmente en el territocio de Misiones que existen grandes bosques, así como sobre una y otra orilla del Paraná y del Uruguay. Desde que el tirano Francia cerró los puertos del Paraguay, los brasileños de Parnagua lo preparan y desarrollan boy un comercio que se extiende a todas las regiones centrales de América, pero la del Brasil no vale tanto como la del Paraguay. Se la mete en grandes bolsas de cuero cocido o *tercios*, de 150 a 200 libras de peso. Así se libran al comercio. Tienen el aspecto del zumaque.

el honor de hablar español. En muchas partes del campo es raro encontrar, entre los indios o mestizos, gente que entienda español. Sólo los blancos lo hablan bien que mal. La lengua guaraní ha sido modificada por la introducción de muchas palabras corrompidas y se parece poco al guaraní puro, que nos han trasmitido los diccionarios; pero no lo ha sido desde el punto de vista de las costumbres; por eso nada hay en el idioma actual que no pueda designarse sin herir la decencia; y del mismo modo que no se considera extraordinario que una joven ya núbil se presente completamente desnuda, lo mismo deja de llamar la atención que se designen, por su nombre propio, una cantidad de objetos y fenómenos naturales que la delicadeza de nuestros idiomas civilizados disimula en la conversación, traduciéndolos por lo menos en perífrasis o eufemismos. No debe atribuirse, empero, ese cinismo del idioma a inocencia de las costumbres. La misma joven que pronuncia, sin enrojecer, palabras capaces de espantar el oído de un soldado, sabe emplear muy bien el misterio y ocultarse a todas las miradas para dar una cita en el bosque. Los habitantes de Corrientes y Paraguay se expresan en español con la misma falta de reparos que en guaraní. Es con estupefacción que, antes de acostumbrarse, se ve a señoras de primer rango hacer recaer la conversación sobre temas a cuya mención se han consagrado los giros más indirectos del lenguaje, incluso en nuestros anfiteatros de anatomía.

El correntino consume de esa manera la tarde, arrastrando por todos lados su ociosidad. Empero, si en medio de su paseo oye sonar el *Angelus* de la noche o la *Oración*, se detiene súbitamente, se descubre y ora. En ese instante se diría que todo movimiento ha cesado como por encanto en la ciudad, y que un solo golpe de tambor la ha paralizado. Jinetes y peatones hacen alto en medio de la calle; los hombres, aunque estén cargados de fardos, no pueden continuar la marcha; las mujeres, en sus casas, interrumpen sus tareas; los niños abandonan sus juegos; toda conversación y toda acción se suspende: cada uno se recoge, sin avanzar un paso. La ciudad entera permanece inanimada, inmóvil, silenciosa. Cuando han sonado los tres golpes y la campana comienza a tañer, todo se reanima, todo vuelve a la vida; el movimiento se ha reiniciado para toda la tarde. Las personas que han interrumpido sus entrevistas para rezar, luego de hacer la señal de la cruz, se desean mutuamente las buenas noches, lo que se hace en todas las cosas, antes de volver al asunto en consideración. Rara costumbre, característica de muchas ciudades americanas, hasta de las más corrompidas. Es, por lo demás, un hábito español importado por los conquistadores y perpetuado por la exageración de las ideas religiosas, pero ya abandonado en todas las grandes ciudades del litoral, donde la diferencia de

religión del gran número de extranjeros ha impedido mantenerlo como en el interior. En Corrientes, un extranjero que no se sacara el sombrero o que no se detuviera a la hora de la Oración, sería considerado un impío y podría ser lapidado. Lo mismo sucede en el caso del Viático conducido para un enfermo. Todas las personas que se hallen alrededor de la iglesia son requeridas para que acompañen al cortejo, cualquiera que sea el lugar a donde se dirijan. Toda ocupación cesa cuando las campanillas anuncian *Nuestro Señor;* todos se precipitan a las puertas para ponerse de rodillas y se ponen de pie sólo cuando deja de oírse el sonido argentino. En las calles, los peatones se postran, los jinetes se detienen, se sacan los sombreros y se recogen. Uno se creería en una ciudad santa, pero, cuando cada uno vuelve a sus costumbres, no se reconocen más las personas que poco antes se postraban tan devotamente; se reinician por lo común las conversaciones obscenas con cierto candor que las hace completamente naturales. ¡Qué singular contraste! ¡Qué exterior religioso y corrupción efectiva! ¿Cómo se concilian tales antinomias? Es menester que la conciencia de los habitantes de Corrientes sea bien ancha o que posean una religión propia, completamente diferente de la verdadera; profesan en ello, sin duda, la creencia de que la confesión lava todos los pecados.

Es bastante común ver al habitante de Corrientes pasar toda la tarde en una casa o en otra, tomando mate, fumando todo lo que puede, pero esa tarde no se prolonga más allá de las ocho, porque entonces regresa a su casa. Se cierran las puertas; se sientan de nuevo a la mesa y se cena, por lo común asado y cocido. Esta comida es igual al almuerzo, sin ninguna diferencia; después todo el mundo se acuesta. Entonces suena la hora de las intrigas. Los jóvenes recorren las calles con guitarras y dan serenatas; por eso, durante la noche, las calles están menos silenciosas que durante la siesta. El amante se cubre con su poncho, poniéndose, para no ser reconocido, un sombrero que no lleva durante el día. Se ve en todas partes hombres que conversan en las ventanas, o mortales más felices todavía que penetran sea por los patios, sea por las puertas dulcemente abiertas a una señal convenida de una joven, haciendo todos los esfuerzos posibles para no ser oída por su madre acostada en la pieza vecina y que sueña a veces, por su parte, recibir a un amante favorito, a escondidas de su hija, conocedora de la conducta de su madre, como su madre lo es de la suya; pero ninguna de las dos habla del asunto, temiendo, sin duda, que las explicaciones traigan reproches tan desagradables como inútiles para una y otra. El marido, por su parte, corteja a sus queridas, preocupándose poco de lo que sucede en su casa, siempre que encuentre listos su mate, su cigarro y qué comer, sin preguntarse si su propia conducta no explica los agravios de los

suyos y si él no ha contribuido en algo a la lujuria de su mujer y de sus hijas. Lleva su indiferencia en ese sentido al último exceso. Ni siquiera es raro ver, en las familias poco acomodadas de la ciudad, a los hombres provocar, los primeros, las intrigas que podrían producirse en su casa y hacer todo lo posible para que lleguen a buen resultado, esperando sacar algún provecho. En una palabra, los correntinos, por lo menos gran número de ellos, tienen la mayor apatía en todo aquello que llamamos honor en Europa; les agrada hacer lo que les viene en gana y dejan hacer lo mismo a los suyos. Son contadas las familias en que ese dejar hacer no existe y son la excepción en medio de la corrupción general. Es cierto que una mujer nada pierde a los ojos de sus compatriotas por tener a varios amantes, ni por tener hijos de diferentes padres. Ni siquiera esto le impide, en algunos casos, casarse. Si del interior de las casas ricas, consideradas desde el punto de vista de su conducta, paso al de las familias pobres, echando también una ojeada a los hijos de los ricos o a sus criados, el lector que ose acompañarme se estremecerá del espectáculo que se ofrece a sus ojos. Verá a todos los niños entremezclados por tierra, en la misma habitación el joven esclavo junto a su amita casi núbil, durmiendo uno al lado de la otra, desnudos o a medio vestir por lo común. Si penetra en las cocinas verá a los criados de ambos sexos, mezclados y confundidos en un todo los amigos, enemigos, hombres, mujeres, muchachas, muchachos, esposos, hablando de todo, nombrando todo y habituándose a hacer y decir todo; reina por lo tanto en esa clase una corrupción tal que el sólo pensarlo hace estremecer. El incesto entre hermano y hermana es bastante común, tanto en la ciudad como en el campo, pero la corrupción es mayor todavía, si es posible, en la campaña, donde todo la favorece. El calor del clima, que desarrolla rápidamente la naturaleza y despierta temprano los sentidos; la licencia del lenguaje, que no oculta las menores palabras a los oídos de los jóvenes, del mismo modo que la falta de vestidos no oculta nada a sus ojos; el aislamiento de la mayoría de los pobladores del campo, reducidos, por así decirlo, a la familia misma, en fin la poca comodidad de las casas, que no tienen casi nunca más que una pieza donde todo el mundo se acuesta mezclado, el padre junto a su hija, el hermano junto a su hermana, siendo otras tantas causas que incitan a un crimen condenado por las leyes de la mayoría de las naciones, antes que por la naturaleza. El incesto entre padres e hijos es tanto más raro cuanto es más contrario a aquélla. He visto, sin embargo, varios ejemplos en la provincia y podría agregar que es frecuente en América. He visto a un criado campesino que, viviendo y a ojos de su mujer, mantenía, con su hija mayor, un comercio de ese género, del cual habían nacido varios niños, viéndose siempre al mayor en su compañía.

He dejado a mi correntino durmiendo en su casa o arreglando una intriga en el silencio de la noche. Si duerme, no lo despertemos, porque difícilmente podrá hacer algo mejor. Pasemos a la descripción de los diversos cambios de su existencia.

Los jóvenes que pertenecen a las buenas familias de la ciudad pasan la vida en una ociosidad completa, visitan a las señoras, puntean la guitarra en casa de ellas, cantando canciones de amor o chistosas, cortejándolas, gastando su tiempo en aventuras amorosas, haciendo del día noche o paseándose a caballo, de la manera ya descrita. Si, al contrario, el hombre, a quien he pintado ocioso, se entrega a la pasión del juego, no se paseará tan a menudo y las mujeres serán, durante algún tiempo, olvidadas, sólo pensará en barajar las cartas. Por una resolución muy sabia, la policía prohíbe el juego; pero, lo mismo que en todo, esa medida prohibitiva sólo se aplica a las clases pobres que juegan ostensiblemente, y no a las personas ricas, comenzando por el mismo gobernador, encargado de hacer cumplir las leyes que él mismo ha dictado. Las personas que gozan de rango en la sociedad aman el juego apasionadamente. Este placer, no menos funesto que la ebriedad, reemplaza a este último vicio en América. Los correntinos se entregan a él todo lo que es posible concebir: renuncian así a su indolencia, a fin de consagrarle días enteros, olvidando, entonces, que tienen una familia. El juego, que es todo para ellos, les hace casi perder el recuerdo de su siesta y el sueño por la noche. Se encierran, y se ha visto individuos permanecer, sin dormir, hasta tres veces veinticuatro horas, perdiendo su haber, el pan cotidiano de su familia y el porvenir de sus hijos...; pero, ¡qué les importa! Saben muy bien que a sus hijos no les faltará pan, como podrían temer en países más civilizados. Saben que ellos encontrarán siempre, con unos u otros, una hospitalidad fraternal. Además esperan, como todos los jugadores, mejor suerte para el día siguiente. ¡Qué extraño contraste de corrupción y virtud en un pueblo todavía salvaje! ¡Qué amable sencillez, aunque a veces grosera, al lado de horribles excesos!

Ya he tenido ocasión de decirlo: el juego es más común todavía en el campo. El obrero agricultor, una vez que ha terminado su jornada, monta a caballo para ir a buscar a compañeros con los cuales pierde el dinero que debía alimentar a su familia, y lo hace sin el menor remordimiento, sin pensar siquiera en lo que hace; enojándose, castigando a su mujer a su regreso a la casa si no encuentra comida y si ésta le reprocha que haya dejado a sus hijos desnudos y sin alimentos. Diré, sin embargo, que todos no son tan pervertidos, aunque escenas semejantes se renuevan con mucha frecuencia. Todos los juegos le resultan buenos. Cuando hay vecinos a la redonda, se reúnen, el domingo,

en un lugar convenido, para hacer correr los caballos. Es su juego favorito; es también el juego a que se entregan con más furor, porque todos son buenos jinetes y aquel que cree que su caballo es el mejor lo monta para hacerlo correr. No se tienen en cuenta, en esas justas, ni el peso del caballo ni el del jinete; el tamaño del animal tampoco tiene importancia y el premio corresponde al que franquea, en el menor tiempo, un espacio dado. Esas carreras no son tan largas como las nuestras; según la fuerza del animal, se recorren una o varias cuadras, a veces hasta media legua. Esta es la carrera más larga. Una vez designados los caballos que deben correr, cada uno apuesta por tal o cual, según su capricho. Los campeones parten y retornan, esforzándose por aventajarse mutuamente, lo que causa, a veces, caídas y otros accidentes graves. Alcanzada la meta, los ganadores reciben de los jueces de las carreras el dinero de las apuestas y se vuelve a empezar. Así sucede todos los domingos a orillas del Riachuelo, en las *lomas*, fuera de la ciudad; allí concurren muchas personas a hacer correr o apostar. Es en este juego donde los pobladores del campo pierden más. Lo aman hasta el furor, y faltar a una *carrera* sería una cosa horrible para el campesino.

La caza no es, como en los países muy civilizados o muy salvajes, la pasión de los habitantes de Corrientes. Solamente los de la campaña o estancieros sienten placer en el lazo o *tuambo* de los guaraníes, del cual he hablado muchas veces, con el que enlazan a los animales. También usan, aunque raramente, diversas especies de bolas para cazar. Está reservada a los indios la caza a la cimbra, con un arco que sirve para arrojar balas de tierra, el *nuha* de los indios guaraníes.

El habitante del campo trabaja más que el de la ciudad. Se ocupa del cultivo de su campo o del cuidado de su ganado, si es hacendado; sin embargo, no está muy ocupado, y todos sus momentos de placer transcurren como en la ciudad, a no ser que sus visitas y la vida ociosa de los correntinos le demanden más tiempo, a causa de las distancias; pero es su caballo el que sufre, no él, porque va de una casa a la otra a tomar mate, a fumar su cigarro, y por la noche, también, se lo verá recorrer el campo al galope para llegar pronto a su cita. Es solamente más salvaje, más grosero, menos habituado a la galantería, sin ser menos exigente, en medio de su apatía. Las únicas pasiones que pueden despertar al americano de esas provincias son el juego y las mujeres. Se entrega a ellas con tanta vehemencia como brutalidad. Les son desconocidos los afectos dulces, y en la misma ciudad, donde brilla un barniz de civilización, la palabra amor no significa más que libertinaje. A la edad en que el europeo siente por primera vez palpitar el corazón y se apega a un objeto respetado, el

joven criollo está saturado de voluptuosidad. Su carácter es poco constante. Si pretende, por todos los medios posibles, llegar a la de un objeto que desea, es por poco tiempo y sin amarlo, porque ¿se ama realmente cuando se posee a la vez las dos hermanas de una misma casa, o varias personas a la vez, como he visto el caso? Así, una vez que el criollo ha obtenido lo que desea, comienza a enfriarse y busca en seguida otra víctima, que le hace prontamente olvidar la primera. La constancia es tan rara que podría dudarse de que sea conocida por los hombres de la provincia. Es mucho más frecuente en las mujeres; y ellas se quejan, con razón, de la ligereza del otro sexo. Un hecho singular es que ellas son más fieles a un amante que a un marido, siendo el primer caso general, mientras que el segundo bastante raro.

Podría creerse, muy lógicamente, que con ese abandono y dejar hacer del carácter de los habitantes habría en ellos franqueza y confianza, pero no es así... Todo lo contrario: son desconfiados hasta el ridículo, sobre todo respecto a los extranjeros. En vano éstos poseen más educación y más delicadeza. Si ellos quieren engañar, tendrían muchas dificultades; mientras que los correntinos los engañaran con tanta menos pena cuanto más aparenten ser torpes y hasta afecten cierta candidez, para hacer creer en su sinceridad. Poseen una sorprendente sagacidad, un juicio generalmente justo, sobre todo aquello que proviene de la razón y no depende de la educación; y asombra comprobar a cada instante la facilidad con que comprenden las cosas. Sin embargo, se destacan por la lentitud de su modo de andar, de sus movimientos y especialmente de su hablar. Son, empero, bastante laboriosos y muy prácticos en la navegación de los ríos. Se les prefiere incluso a los marinos extranjeros a los que echa a perder este tipo de navegación. Existe, sin embargo, una diferencia bastante grande en cuanto al temperamento nómada entre los paraguayos y los habitantes de Corrientes. Los primeros son esencialmente viajeros y se los encuentra en todas partes de América, mientras que los segundos aman su tierra, temen dejarla y se preocupan poco de saber lo que sucede fuera de su provincia. No se interesan en los relatos del viajero, no desean saber lo que tiene lugar en otras partes del mundo, y muestran, en ese sentido, una indiferencia perfecta. La afición a los viajes es desconocida sobre todo en las tierras interiores, mientras que los habitantes de los puertos se habitúan, poco a poco, a ver a los extranjeros y desean viajar a su vez. Si se comparan, a ese respecto, los correntinos del interior con nuestros paisanos del Bas-Poitou o del fondo de la Vendée, y al descubrir en estos últimos el mismo amor por su suelo natal, se comprenderá mejor, por analogía, la identidad de gustos entre pueblos ubicados, por la naturaleza y el estado actual de su civilización, en situaciones más o menos semejantes.

El vestido de los hombres es bastante sencillo. Aquellos que han estado en Buenos Aires adoptan los trajes de Europa y particularmente las modas francesas. Llevan, por encima, la capa, cuando hace frío, o bien el poncho, cuyo origen es americano. El de Corrientes es una pieza de género de alrededor de siete pies de largo por cuatro de ancho, con una abertura longitudinal en el medio, para pasar la cabeza[27]. El vestido de los habitantes del campo o de quienes no son *caballeros*, aunque sean tan nobles como los caballeros mismos, se compone: 1°, de una camisa de tela de algodón de la región, adornada de una puntilla calada alrededor de una pechera de tul de algodón, igualmente fabricada localmente. El cuello y los puños de las mangas están también cubiertos de puntos calados y puntillas. Más puntillas hay y más valor tiene la camisa. Algunas de ellas se venden hasta a ochenta y cinco francos o una onza de oro. 2º, de un calzón tejido igualmente en la zona y llevando, en la parte inferior de las piernas, en vez de adornos, pantalones de Buenos Aires, ornados con puntos semejantes a los de la camisa. 3º, de un *chiripá* o banda de tejido de lana, generalmente roja, amarilla o blanca, de cuatro a cinco pies de largo y de un pie y medio de ancho, que se enrolla alrededor de la cintura, de manera de formar una especie de falda y que se sostiene por medio de una fajilla de lana de algodón tejida por las mujeres y, por lo general, roja, amarilla o blanca. Es de destacar que esa pieza del vestido sólo desciende hasta las rodillas; mientras que el chiripá de la Banda Oriental y de Buenos Aires desciende hasta los pies, lo que le resta toda la gracia que tiene cuando es corto. 4º, de una chaqueta de paño, generalmente azul, muy corta, chaqueta que muchos hombres de la campaña usan solamente los domingos. Los días de semana, no tienen más que su camisa, y los he visto a menudo, en los caminos, llevando solamente el calzoncillo[28] y el chiripá, andando con las espaldas desnudas, a pleno sol. Se cubren la cabeza con un sombrero de fieltro de lana, negro. Cada hombre posee, además, su poncho, que lo usa como capa. Cuando va a pie, se lo envuelve alrededor del cuerpo, a manera de los antiguos, para defenderse del frío y de la lluvia; y cuando el tiempo es bueno, se lo echa a la espalda. Cuando

27 Se fabrica en Córdoba la mayoría de los ponchos de lana usados en Corrientes; son más o menos finos y generalmente grises con rayas rojas y azules. Hay también de otros colores y de distintas telas. Los colores más usados son el azul, el rojo y el verde. Las mujeres hacen en Corrientes ponchos de lana, adornados de vivos colores y que son de una gran solidez. Se emplean como mordentes el alumbre y los orines putrefactos. Ellas tejen también ponchos de algodón, de un tejido muy cerrado y casi impermeable, rayado alternativamente de blanco y azul.

28 En español en el original.

anda a caballo, en el primer caso pasa la cabeza por el agujero y el poncho lo cubre por delante y por detrás, como una casulla; en el segundo, se lo enrolla alrededor de la cintura. El poncho, en todo tiempo, sirve de manta de noche.

En el campo, hombres y mujeres van con los pies descalzos, con muy pocas excepciones. En la ciudad sucede, por así decirlo, lo mismo; todas las personas que no ocupan un rango en la sociedad van con los pies descalzos. Hace muy poco tiempo que se usa calzado. Comienza, sin embargo, a generalizarse su uso, pero no es raro ver a una mujer bastante bien vestida no llevarlo. La costumbre de llevar medias ha hecho menos progresos, porque exige más gasto. Puede creerse, sin embargo, que se generalizará, porque muchas mujeres han comenzado a llevarlas. Los hombres dejan, por lo general, crecer sus cabellos y hacen con ellos una trenza que le cae sobre los hombros. Las mujeres se los unen en un rodete que atan con una cintilla de color, carmesí por lo común. Cuando ellas vuelven del baño, los dejan flotar sobre las espaldas, con una coquetería tanto más calculada cuanto que son de hermoso color negro.

Las mujeres de la clase más elevada siguen las modas de Buenos Aires, las cuales, salvo en el peinado, son las mismas que en Europa, pero que llegan un poco tarde a Corrientes. El vestido de las mujeres del pueblo consiste en una camisa, una enagua y una *manta*. El blanco es el color de moda. Las camisas son de una tela de algodón que tejen ellas mismas; el cuello está cortado en cuadrado, como en el traje de las vírgenes de la escuela italiana. Está ordinariamente adornado de una puntilla calada hecha con aguja y que se admiraría hasta en nuestras ciudades; o de un bordado de seda negra o azul de dos o tres dedos de ancho. Esta camisa se ata al medio del cuerpo por medio de un cinturón llamado *cacuaha*; la falda, llamada *naguas-cua* o *saicua*, es del mismo tejido que la camisa, terminando en puntilla calada, muy ancha, que por lo general lleva arriba otra, semejante a la de la camisa. Desde hace poco tiempo, esas faldas, muy costosas debido al trabajo que exigen, son reemplazadas por faldillas de muselina inglesa, adornadas de un bordado verde o rojo. Esta falda nunca es larga; cae solamente hasta la mitad de la pierna. La manta o *paño*, de cinco a seis pies de largo, por un pie y medio de ancho, y hecha del mismo tejido, está más o menos cargada de puntillas en ambos extremos, de acuerdo a la riqueza de la persona que la usa. Algunas mujeres llevan hasta un pie y medio de bordado calado de cada lado. Por lo general, esa manta cubre la cabeza y se cruza sobre el pecho, como el velo de las españolas; otras veces, cae a derecha e izquierda sobre las espaldas. Cualquiera que sea la manera en que se lo disponga, es un vestido pleno de gracia, y la joven que lo lleva sabe sacarle partido con coquetería. Sería difícil dar una idea de lo que hay de picante

en la sencillez y en la ligereza de las enagüitas cortas, la camisa bordada y la manta, todas de deslumbrante blanco, en una muchacha lista, alta, bien formada, por lo general de facciones regulares... Todo, hasta su piel morena, contrasta y agrada. Su atrevimiento choca a veces un poco, pero es la característica de la región; está siempre dispuesta a complacer al primer llegado y no posee nada de esa moderación y de esa decencia que ligan a las diversas clases de la sociedad. Sabe que en la ciudad será cortejada, sucesivamente, por todos, lo que le da, sin duda, ese sentido de igualdad acrecentado aún más por el *tú* familiar del guaraní y de todos los idiomas primitivos, que reemplaza, por lo general, al *usted* ceremonioso de los idiomas civilizados.

Las calles hormiguean de jóvenes que venden los productos de la zona. Ellas son las vendedoras de pan al menudeo, velas, jabón, frutas y legumbres. Llevan, en esos casos, una gran canasta redonda sobre la cabeza, en la cual colocan su mercadería. Marchan así cargadas, con un aire ligero y alegre, sin gritar por las calles, como nuestros mercaderes, pero ofreciendo los artículos en cada casa, parándose delante de cada puerta o de cada ventana, bromeando con los hombres, permaneciendo a veces un cuarto de hora conversando con ellos, no pareciendo ocuparse de su comercio más que con un interés completamente secundario. En Corrientes todos se conocen, y reina tal familiaridad entre los habitantes de todas las clases, que uno se creería en medio de una gran familia. Esas muchachas mercaderes son, al mismo tiempo, para las mujeres, las espías del lugar. Ellas todo lo ven, todo lo oyen y lo trasmiten a quienes tienen interés en saberlo. ¿Llega un extranjero? Entonces acuden con preferencia a su casa; lo asaltan con sus ofertas, con el fin de juzgar quién es, por las mercaderías que trae; y, el mismo día, todo Corrientes sabe, casi tan bien como él, lo que puede interesar acerca de su persona y de su tipo de comercio. La costumbre de llevar las cosas en la cabeza es general en las mujeres. Así se va a buscar el agua para consumo de las casas; los criados hacen, noche y día, con la cabeza cargada con una olla esférica llamada *cántaro*, muchos viajes, con el fin de llenar el recipiente común o *tinaja*, que cada casa posee, por lo general, en un rincón de la sala, a menos que la civilización no la haya relegado, desde hace algunos años, a la cocina. Es pintoresco ver a esa multitud de mujeres vestidas de blanco, con el cántaro en la cabeza, llevando sus mantos a la antigua, encaminarse con paso ligero y desenvuelto. Se les creería estatuas ambulantes. La uniformidad de los vestidos tiene algo de pintoresco e imponente, a la vez.

He hablado extensamente de los hombres, mezclando, con lo que he dicho, muchos hechos relacionados con las mujeres y destinados a juzgar a éstas.

Me resta hacer algunas observaciones complementarias. Todos sabemos que cuanto más respetadas y felices son las mujeres en la sociedad, más civilizada es esta sociedad. El americano salvaje abruma a su mujer con todas las cargas, mientras él se ocupa apenas de sus armas. Ella lo hace todo, mientras él debe ocuparse solamente de la caza. Si se compara la suerte de esas compañeras del hombre salvaje con la suerte de las nuestras, en el seno de las ciudades europeas, se verá que todo ha cambiado. Entre nosotros, en las familias ricas, ella no se entrega a ningún trabajo que demande fuerza y sólo se ocupa de las tareas agradables, encargándose el hombre, por el contrario, del trabajo más o menos penoso, según su rango en el mundo. Buscando una posición intermediaria entre esas dos, veremos que, en las ciudades poco civilizadas de América, son tan poco respetadas como en las indígenas. Tienen su momento de autoridad, pero ese momento dura poco, porque desde su nacimiento, por así decirlo, están obligadas a trabajar como esclavas, mientras el marido pasa su jornada en la inacción más completa, gozando a menudo de lo que su mujer ha ganado con tanto trabajo. Hay, en Corrientes, muchos hogares donde las mujeres alimentan a sus maridos con los productos de su trabajo, sin quejarse de un hecho que les parece completamente natural. ¡Qué contraste entre la laboriosa correntina y la indolente mujer de Montevideo y de Buenos Aires! Una pasa el día y a menudo la noche trabajando o cuidando a sus hijos; la otra no hace nada, no piensa más que en su arreglo y en recibir con gracia a los visitantes del día; dice así el proverbio que el infierno de las mujeres está con los indios, el purgatorio en Corrientes y su paraíso en Buenos Aires; mientras que el paraíso de los hombres se ubica en Corrientes. Una mujer, aunque pertenezca a la mejor familia, se ocupa en su casa de todo aquello que corresponde a su sexo. Cocina el pan que sus criados venden luego por la calle; fabrica el jabón y la vela; hace confituras, pastelillos, tortas, que manda vender; o bien se ocupa noche y día de confeccionar cigarros, tanto para venderlos por las calles, cuando tiene necesidad de dinero, como para exportarlos a Buenos Aires. Ella también hila, teje y borda las camisas y calzoncillos de los hombres, los vestidos de los niños y los suyos propios; amamanta a sus hijos; buena madre y buena esposa, reparte sus horas entre los trabajos de su industria y las funciones de madre de familia; en una palabra, la mujer de Corrientes es una sirvienta muy humilde de su marido, su esclava y, muy a menudo, su sostén; mientras que él permanece ocioso y se cree deshonrado si se dedica al menor trabajo mecánico. Su indolencia llega al extremo de no avergonzarse de vivir a costillas de su mujer, o bien, si es joven, de deber al trabajo de su madre y de sus hermanas hasta la menor pieza de su ropa.

Las mujeres salen poco. Permanecen todo el día en su casa, entregadas a sus tareas internas. Si hay señoritas en la casa, ellas reciben a las visitas, mientras la madre cuida las cosas; pero esas señoritas bordan o fabrican cigarros, mientras hacen los honores de casa, y reservan las otras tareas para cuando están solas. Como ya lo he dicho, los niños van completamente desnudos, en el interior de las casas, hasta los seis a diez años. Apenas sí se les pone una sencilla camisa de algodón cuando salen; permanecen por lo tanto completamente insensibles al pudor. La desnudez no es nunca un signo de pobreza; es más bien una costumbre que proviene de los indios y que la elevada temperatura ha perpetuado en el seno de las familias.

A pesar de las disipaciones a que se entregan los dos sexos en Corrientes, ellos son muy religiosos. Jamás faltan a misa los domingos y días de fiesta, y las mujeres han conservado, para asistir a los oficios, una vestimenta constantemente negra. Las criadas usan también, en este caso, una manta negra. No se deslizan dulces esquelas a las mujeres en las iglesias, como sucede en España; y asombra el recogimiento que reina. Las mujeres no se sientan nunca en sillas, como en nuestras iglesias de Francia; ellas conservan allí, como en todas partes de América meridional, el hábito de sentarse en el suelo, sobre alfombras que hacen traer por sus criados. Los hombres se mantienen parados o de rodillas. Muchos de ellos permanecen en las puertas exteriores, cuando no pueden encontrar lugar en la iglesia, y el europeo se asombra al ver, a veces, un gran número de hombres de la campaña a caballo en la parte exterior de las puertas, con el sombrero en la mano, oyendo misa, rezando su rosario; curiosa costumbre común a toda la República Argentina, o, por decirlo mejor, a todos los países cuyos habitantes montan continuamente a caballo. Hemos visto que, en las casas, los niños conservan los hábitos religiosos. No son más que oraciones y pedidos de bendición que se conservan del sistema educacional establecido en las Misiones de los jesuitas. Sin embargo, si se considera la fe religiosa bajo su verdadero punto de vista, se verá que la religión es más bien, en los habitantes de esta provincia, una cuestión de costumbre más que de convicción, porque ella no les impide, cuando son jóvenes, entregarse con furor a todos los excesos, sin temor a los castigos, a pesar de las demostraciones sangrientas de la Semana Santa y de las atroces penitencias a que se someten hombres y mujeres de edad.

La corrupción de las costumbres ha debido necesariamente llevar a Corrientes muchas de las enfermedades que son su resultado invariable; así, la sífilis es extremadamente común, sobre todo entre los indios y las personas poco ricas. Como es más común en los indios, que se cuidan poco, que en los

blancos, se la ha creído innata en los guaraníes, lo que ha confirmado la opinión generalizada de su transmisión de América al Viejo Mundo. Esta opinión puede ser errónea. No trataré de criticarla, pero lo que ha podido acreditarla es que raramente se manifiesta en los indios por signos exteriores y que los indios infectados no parecen sufrir; mientras que los criollos nacidos entre ellos y bajo el mismo clima, presentan la enfermedad con síntomas alarmantes; por eso los habitantes dicen que aquéllos de estos últimos que la contraen por su comercio con las indias, sufren dolores crueles, y es difícil que se curen radicalmente en un país donde no hay otros médicos que los *curanderos* y otros remedios que los vegetales y los paliativos. El flagelo se transmite de padres a hijos y no es raro ver a niños desdichados todavía de pecho desfigurados por enormes tumores. Los correntinos no lo atribuyen, en consecuencia, al comercio entre ambos sexos, y cuando los síntomas comunes se manifiestan de repente en ellos, después de una cura que creían completa, explican la recaída diciendo que se mojaron los pies o que recibieron repentinamente un chaparrón. Esta creencia está generalizada en América meridional. La enfermedad venérea, transmitida por los indios, ataca por lo común a la vista, y más particularmente a las manos y a los órganos vocales. Por eso se ve ganguear a muchos viejos españoles que han pasado una parte de su vida en las misiones. En general, esa enfermedad inquieta tan poco a quienes la tienen, que no les impide bañarse todos los días en agua fría y que hablan tan libremente de ella en sociedad, como en Francia de un dolor de muelas.

Entre los pobres, hay algunos leprosos. La sarna es común, sobre todo entre los indios; muchos de éstos han sido descritos por Azara y son causados por un *acarus* blanco, bastante grande como para ser distinguido a simple vista. Avanza con gran velocidad y cava una galería de uno o dos milímetros de profundidad. Las indias siguen los rastros del animalito y lo alcanzan con mucha destreza, con la punta de una aguja o de una espina de cacto. Esos insectos se propagan con rapidez; basta que aniden dos o tres en cualquier miembro para que el cuerpo sea acribillado muy pronto. Se encuentran frecuentemente indígenas sentados al sol y ocupados en extirpar a esos incómodos huéspedes.

La fiebre intermitente o *chucho* es conocida desde hace mucho tiempo en Paraguay, pero recién hace algunos años se ha manifestado en la provincia de Corrientes, donde hoy es bastante común. Un hecho curioso, que he tenido oportunidad de observar, es que las fiebres no son frecuentes, en una región cubierta de aguas estancadas que se evaporan en verano y dejan inmensos pantanos, cubiertos de agua putrefacta y fétida, mientras que he visto, en el fondo de barrancones escarpados, a orillas de ciertos torrentes de la República

de Bolivia, donde jamás hay aguas putrefactas, a todos los habitantes diezmados por la fiebre y obligados a abandonar finalmente las casas de sus padres, para huir del flagelo, que no perdona, de ninguna manera, jamás al viajero bastante desdichado como para morar algún tiempo en esos lugares pestilentes. Sería, pues, posible que la putrefacción de las aguas no sea la causa principal de esas enfermedades endémicas, y habría que buscar entonces esa causa en otras modificaciones del suelo o de la atmósfera. En Corrientes, esas fiebres no son peligrosas si no se unen a otra enfermedad. La enfermedad se cura después de veinte días o un mes, pero son frecuentes las recaídas. Los síntomas comunes son violentos dolores de cabeza, escalofríos acompañados de temblor general y seguidos de fiebre ardiente. Esta fiebre se repite después de los primeros accesos y deja un día de intervalo. El indicio seguro de la curación es el retardo en las horas de acceso, retardo que trae pronto dos o más días de intermitencia, hasta la desaparición completa de la enfermedad.

La *mancha o* carbunclo es igualmente una enfermedad conocida recientemente, la cual, después de haberse manifestado en el ganado, ha prendido en sus dueños. Comienza con un granito doloroso, que crece rápidamente, haciéndose negruzco, hinchando la piel, agrietando todo el cuerpo y llevándose al enfermo en dos o tres días. Los pobladores emplean la cauterización como remedio; pero la cura es muy rara. En un año de escasez y epizootia, que tuvo lugar en Corrientes, perecieron numerosos desdichados, que se alimentaron con la carne de bestias de cuernos enfermas o muertas de carbunclo.

Las enfermedades nerviosas son muy comunes en esta provincia, lo mismo que en Buenos Aires. Se designan con el nombre de *istérico* o *flato* (ventosidad) debido a uno de los síntomas que la anuncian y al cual se unen dolores de cabeza, palpitaciones del corazón, sofocaciones, etc; pero es muy digno de destacarse que se encuentran muchos habitantes de la campaña, hombres y mujeres, que sufren de esa enfermedad, la cual, en consecuencia, no es el resultado de una vida muelle y afeminada, como piensan muchos médicos, ni un capricho de la fantasía, como lo creen muchas personas, puesto que existe en personas cuyas facultades anímicas tienen muy poca fuerza. El *asoleo* o insolación es una enfermedad a la cual se está siempre expuesto en este clima abrasador. Causa dolores de cabeza muy violentos, sin fiebre; es raro, empero, que se cure completamente; y, de ordinario, abrevia la vida. Las apoplejías fulminantes son bastante frecuentes, y después de las heridas se producen a menudo tétanos. Entre las diversas especies de oftalmías hay una notable. No ataca más que a un ojo a la vez. La inflamación, que es muy dolorosa, ocasiona una supuración en el interior de los párpados: el pus es, al principio de la enferme-

dad, viscoso y espeso, de manera que se apelotona sobre el globo del ojo, determinando dolores muy agudos, que privan al enfermo del uso de ese órgano. La viscosidad del pus disminuye gradualmente, pasando al estado líquido, y la curación se opera por lo general al cabo de ocho días; pero una vez que un ojo se ha curado, la enfermedad pasa al otro y sigue el mismo proceso. Los ojos quedan rojos y muy sensibles, mucho tiempo después de la cura. Esa oftalmía es epidémica, y cuando se declara en una casa ataca sucesivamente a todos los ocupantes sin distinción de edad, excepto, siempre, a aquellos que ya la han sufrido. Los correntinos emplean como remedio las hojas de una acacia llamada *bisnal*, árbol de gran tamaño, raro en la provincia. Se mastican las hojas y se exprime el zumo sobre el globo del ojo.

Hay muchos enfermos de bocio en Corrientes, mientras que, en las provincias meridionales, casi no existen. Parece que los indios guaraníes han sido los primeros en observarlo, porque el nombre del río *Guaiquiraro* se compone de las palabras *guai quira ro*, que significa *que agranda el cuello*, y ese río sirve de límite a las provincias de Corrientes y Entre Ríos.

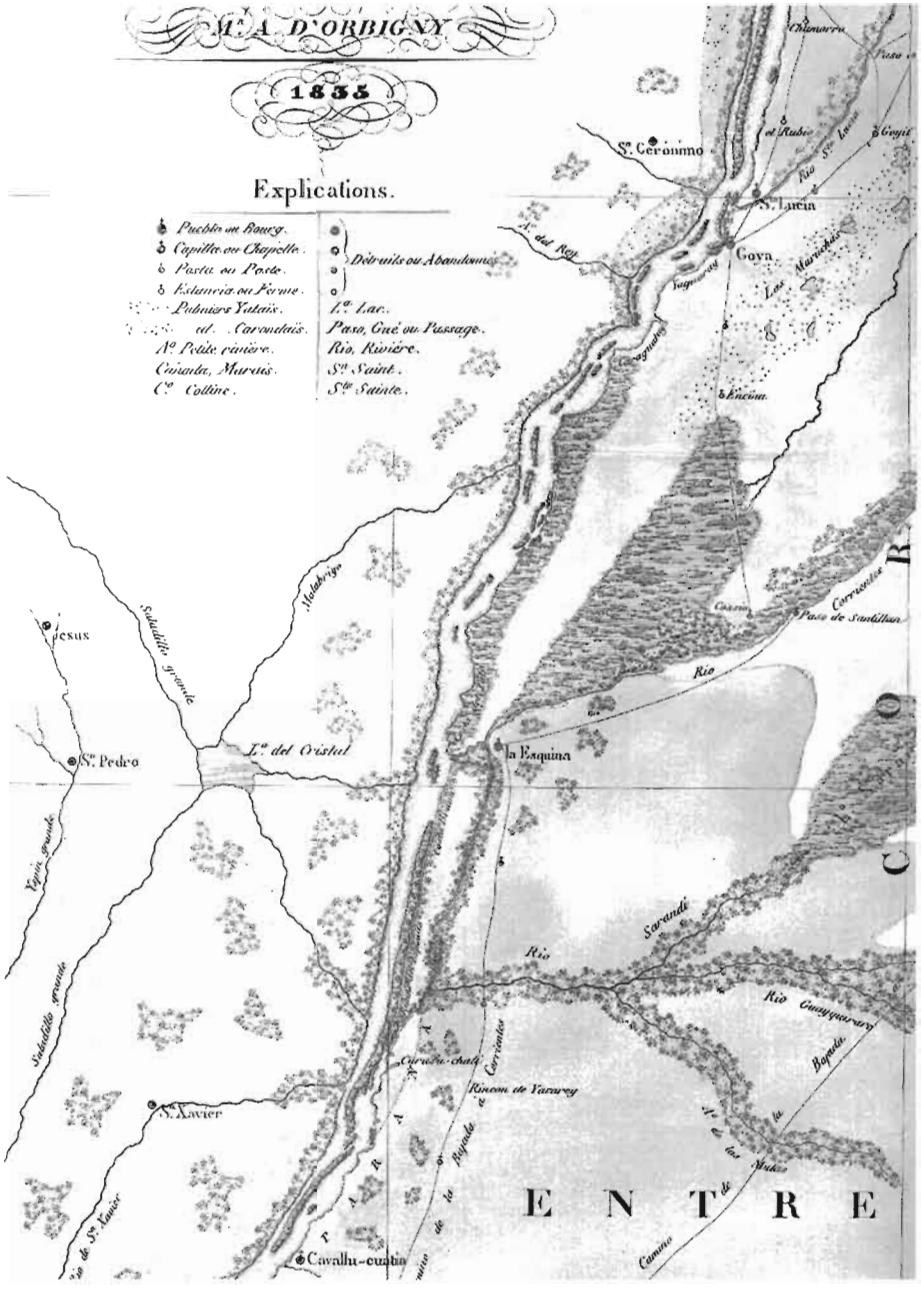
Una enfermedad bastante extraña se manifiesta, a veces en verano, en ciertos individuos del campo. Su cuello se llena repentinamente de gusanos, que producen úlceras; son las larvas de un díptero introducidas probablemente en la garganta de personas que duermen con la boca abierta. Por medio de gárgaras se matan esas larvas y se las hace salir por la boca y las narices.

Los medios curativos son muy sencillos o muy violentos. Por lo general, se limitan a plantas que producen poco efecto; otras veces los euforbios, que se administran como medicamentos, causan inflamaciones intestinales y hacen perecer al enfermo. Los correntinos tienen otra costumbre, no menos rara: si un indio les da un remedio aplicable a su enfermedad, lo conservan cuidadosamente en su memoria. Cuando están enfermos o se enteran de la enfermedad de un vecino, sin preocuparse de la naturaleza de la afección le aplican indiferentemente ese remedio. En general, creen en dos principios de las enfermedades: las enfermedades se originan por calentamiento o enfriamiento, y los remedios deben dividirse también en dos clases. Unos son *fríos* y los otros *calientes*, aplicables alternativamente, de acuerdo a la naturaleza de la enfermedad. Esta doctrina es universal en América, desde la Patagonia hasta Colombia, y proviene, probablemente, de una creencia española, importada cuando la Conquista. Los pobladores poseen una multitud de remedios; cada animal y cada planta tiene sus propiedades curativas. Por ejemplo, la cola del armadillo, introducida en la oreja, cura la sordera; la piel del jaguar hace desaparecer el reumatismo, por poco que el enfermo pueda montar a caballo y correr a

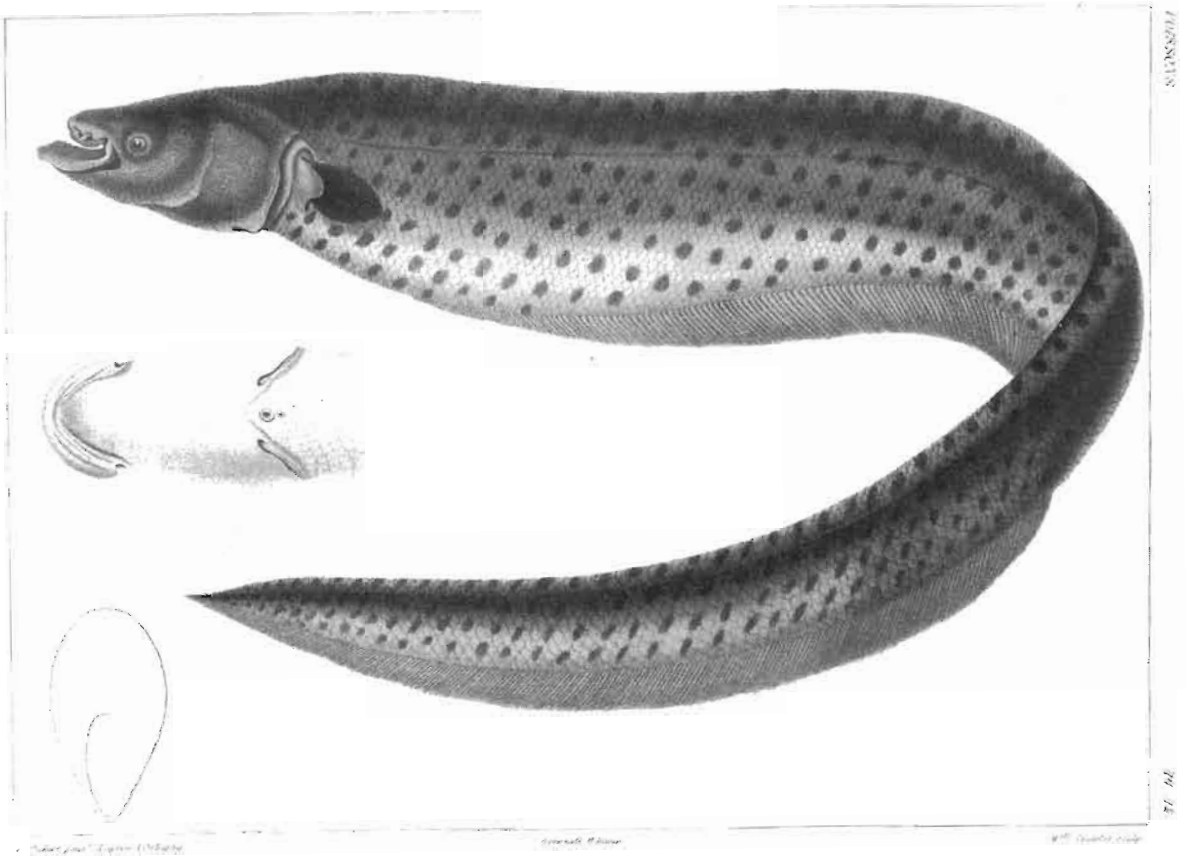
todo galope, frotándose la parte enferma con un pedazo de piel de ese animal; la grasa de urubú cura los dolores de cabeza; los cuernos del ciervo guazú-birá impiden la muerte después de la mordedura de una víbora; un collar de conchillas de ampularias preserva a los niños de los resfríos; sin hablar de una cantidad de otros remedios, todos igualmente eficaces y del mismo género, que ocuparía mucho espacio enumerar, pero lo más universal es frotar al enfermo con grasa de vaca todas las partes del cuerpo y acostarlo en seguida. Uno estaría tentado a imaginar, después de la mención que acabo de hacer del gran número de enfermedades venéreas que reinan en el país, que el número de raquíticos y personas contrahechas es extremadamente considerable. Parece, por el contrario, que esas enfermedades no tienen la influencia que podría creerse sobre las deformidades naturales, porque en Corrientes, lo mismo que en otras partes de la República Argentina, no he visto ni un jiboso, ni un cojo de nacimiento, ni ningún hombre contrahecho, lo que podría explicarse por la libertad de que gozan los niños, que jamás son fajados, y que, desde que pueden arrastrarse, son dejados sobre una estera, rodando como les parezca y sin ningún vestido que pueda molestarlos. Por lo general, llegan a la pubertad sin haberse puesto jamás vestidos. Sus miembros se desarrollan con facilidad y la naturaleza ejerce sobre ellos su imperio, lo que vendría en apoyo de la opinión ya expuesta a menudo de que en las grandes ciudades el hombre gana en facultades morales lo que pierde en fuerza física, mientras que el hombre salvaje o medio civilizado gana en lo físico, permaneciendo estancado en la moral. El idiotismo es, sin embargo, mucho más raro en Corrientes y, en general, en América que en nuestra Europa. Apenas sí existían dos idiotas en toda la provincia cuando la visité y pertenecían a la raza indígena. No he encontrado ningún loco. La locura resulta, muy a menudo, del exceso de exaltación de una imaginación herida por desdichas que conmueven y sacuden; ¿cómo sería posible que tal afección se manifestara en un pueblo tan poco estudioso, indolente, bajo un cielo de fuego, incapaz de impresiones profundas, demasiado ignorante para seguir con ardor una idea, demasiado fácilmente, satisfecho en amor como para sentir a menudo esa superexcitación convulsiva que, en uno y otro sexo, conduce a la locura, y muy poco impresionable como para que su cabeza se exalte a consecuencia de la pérdida de una persona amada o de desdichas personales? El suicidio es desconocido en la República Argentina. Para matarse, es necesaria una fuerza de sentimientos y de carácter que falta a los americanos de estas comarcas; consideraciones a las cuales debe sumarse otra, más poderosa aún. Las faltas graves son menos castigadas por la opinión pública que en Europa, siempre dispuesta, en el continente americano, a perdonar

y a condolerse en vez de condenar; de ahí que falten en estas comarcas el sentido de honor que tanta sangre cuesta a nuestras regiones civilizadas.

He procurado trazar sucesivamente las buenas cualidades y los vicios que caracterizan al habitante de Corrientes. Se lo ha visto ser hospitalario con todo el mundo, siempre dispuesto a hacer bien. Se ha visto a su compañera ser buena madre, buena esposa, laboriosa, dulce, amable. Se ha visto, a uno y la otra, unir a las virtudes más raras costumbres todavía salvajes, las cuales, al espantar a algunos de mis lectores, me habrán expuesto a ser sospechado, por ellos, de exagerar el mal para mejor destacar el bien. Empero, no he hecho aquí más que obedecer a mi conciencia y he dicho francamente lo que he visto; y si la necesidad de ser siempre verídico me ha obligado, algunas veces, a hacer revelaciones penosas, no dejo de sentirme profundamente reconocido por las amabilidades que los correntinos han tenido, en todas partes, con el joven viajero francés, durante su permanencia de más de un año en su ciudad y en sus campañas. He obtenido facilidades de todo género para llevar a buen fin las investigaciones que me fueron encargadas por la administración del Museo de Historia Natural.



Mapa de Argentina, con el trayecto del Río Paraná (fragmento).



Carapus inaequilabiatus

CAPÍTULO XII

Viaje por el Paraná, al regresar a Buenos Aires por la parte Sur de Corrientes, la provincia de Entre Ríos, la de Santa Fe y las regiones septentrionales de la provincia de Buenos Aires

Parte Sur de la provincia de Corrientes

24 de marzo 1828
Corrientes

No habiendo visto más que muy a la ligera las orillas del Paraná, al ir a Corrientes me había formado, desde entonces, un proyecto cuya ejecución me interesaba mucho. Mi intención era comprar una embarcación que pudiera contener mis colecciones, contratar un piloto y marineros, y descender así por ese río, deteniéndome donde me pareciera, visitando sucesivamente todas las islas, las desembocaduras de las corrientes de agua, las aldeas, las ciudades, y reuniendo informaciones preciosas sobre la geografía y geología. Esta última ciencia, sobre todo, me interesaba vivamente, puesto que los acantilados de las costas del Paraná debían continuamente revelarme la superposición de las capas que constituyen el suelo, todavía desconocido en ese aspecto. No me ocultaba los peligros a que me exponía con semejante viaje y cuántas privaciones de todo género podía sufrir, antes de llegar a Buenos Aires, recorriendo así trescientas leguas del Paraná, librado a la merced de hombres sobre cuya probidad estaba autorizado a concebir algunos temores, pero también esta vez, como las otras, todo lo sacrifiqué al deseo de ser útil a las ciencias.

Visité a todos los constructores y a todos los propietarios de barquichuelos y tuve la suerte de encontrar uno en venta. Era una embarcación chata, sin punta, de esas que se denominan en el país *chalana*. Esa chalana tenía unos veinte pies de longitud y podía cargar ocho toneladas. Casi nueva, por otra

parte, sin que tuviera dudas a ese respecto, me costó cien pesos o quinientos francos. Dos días después partí para ir a cortar, en las islas de la otra orilla del Paraná, arbolitos destinados a construir una planchada sobre la cual debía extender cueros de vaca, de manera de formar una pequeña cabaña que pudiera preservar mis colecciones de la lluvia y ponerme a mí mismo al abrigo de los aguaceros. Apuré a tal punto la construcción que la jaula, ya construida al día siguiente del viaje, estaba un día después cubierta y completamente terminada. La formé con palos levantados tres pies por encima de la borda, lo que presentaba el conjunto de una gran cabaña muy sólida. Era menester proceder después al embalaje de mis colecciones, lo que debía demandar un tiempo enorme. Es concebible cuánto cuidado exigen tales arreglos; por eso me ocupé sólo de ese género de trabajo, durante todo el curso de mis viajes. Como el gobernador de la provincia debía estar ausente algún tiempo, debí esperar a ese funcionario, del cual tenía que obtener un pasaporte, así como recomendaciones para el sur de la provincia ante los comandantes que encontraría al descender el Paraná.

Desde el 1 al 6 de abril nada pude obtener de los habitantes; era la Semana Santa y nadie trabajaba durante ese tiempo. Los correntinos pasan por entonces sus días en la iglesia, en el mayor recogimiento; y todas las noches, los fieles, conducidos por un sacerdote, recorren las calles, recitando el rosario. Hubiérase dicho que la ciudad, antes tan viva y alegre, se había hundido en un duelo profundo. Nadie ríe, nadie canta; apenas osan hablar, aunque en voz bien baja, y no se abandonan un instante los vestidos negros. Las imágenes más sangrientas de la Pasión están expuestas en las iglesias; todo inspira pavor. Es entonces cuando se expían las faltas; es entonces que se descubre un verdadero arrepentimiento, si, con todo, los actos supersticiosos de un culto desmedido tienen alguna vez tal carácter. Describiré las sanguinarias escenas que he visto renovarse en esa época en las misiones de los indios de Bolivia. Felizmente en Corrientes se ha terminado con eso, desde el gobierno de don Pedro Ferré, quien ha amenazado con prisión y el servicio militar obligatorio a cualquiera que se atreva a infligirse esas espantosas laceraciones. Los penitentes estaban obligados a atarse alrededor del cuerpo, sobre la piel desnuda, una cuerda de la cual suspendían una enorme piedra, que arrastraban penosamente, cubriéndose el cuerpo de heridas profundas, hechas con disciplinas armadas de trozos de vidrio agudos, de puntas de hierro y hojas de cuchillo; y zanqueando, con ese equipo, la misma extensión de tierra que la procesión. Otros se ataban, con los brazos extendidos, sobre un pedazo enorme de madera colocado transversalmente, como si estuvieran crucificados, y recorrían así

las calles. A menudo, esos desdichados caían agotados, en el camino, después de los ayunos a que se sometían, y permanecían enfermos meses enteros. Era raro que algunos no pagaran con su vida la expiación de sus pecados pasados. Las mujeres ayunaban dos o tres días, y además se les ordenaba, algunas veces, ceñirse el cuerpo con una gruesa cuerda provista de nudos, cerrada lo más posible y manteniéndola mucho tiempo. Hay casos de mujeres muertas a consecuencia de esas penitencias. Puede asombrar, con razón, ver tanta austeridad unida a costumbres tan relajadas; pero siempre he encontrado la una con las otras. Los ministros de la religión obtendrían, sin duda, los resultados más beneficiosos si predicaran la sana moral apoyándose en maneras paternales y en el ejemplo de una vida pura y sin tacha.

El gobernador llegó del interior solamente el 10 de abril. Lo fui a ver de inmediato. Había, hasta entonces, favorecido mis investigaciones, recomendándome a las autoridades rurales. No se mostró menos propicio hacia mí en esta última circunstancia. El pasaporte que me dio no había sido librado por la policía; era un pasaporte del gobierno mismo, acompañado de órdenes a las autoridades constituidas de la provincia, y de un pedido especial a los gobernadores de las demás provincias de prestarme, en todos los casos, apoyo y protección. Aproveché esta ocasión para agradecer a ese digno funcionario el interés con el cual me acogió siempre y la amabilidad cordial que puso para facilitarme los medios de estudiar las localidades bajo todos los puntos de vista posibles. Don Pedro Ferré es uno de esos hombres raros que deben a la naturaleza, más que a la educación, la fuerza de gobernar con justicia y un juicio notable en todo, para bien general de su país. Se dirigieron instrucciones a la aduana, a fin de que mis cajones no fueran abiertos al embarcar, favor extraordinario en un país donde la salida de numerario está prohibida y donde un carácter desconfiado, especialmente hacia los extranjeros, lo hace a uno siempre sospechoso. Obtuve también, del capitán del puerto, una patente de navegación, que, con el título de *patrón de barco*, me daba derecho a todo, como capitán de mi barquichuelo, sobre la tripulación que había contratado. Esta tripulación se componía de un piloto paraguayo o *baquiano*, encargado de indicarme los nombres de los lugares que debía visitar, y de dos marineros franceses, uno que había salido hacía poco del Paraguay, y el otro víctima de las guerras con los indios de las misiones, donde había perdido todo lo que poseía. Los había contratado con el fin de llevarlos a Buenos Aires, donde podrían buscar medios de vida, que no encontraban allí. Tenía, finalmente, un joven de Corrientes, que llevaba como ayudante y hombre de confianza.

10 de abril

Residiendo en Corrientes desde hacía más de un año, había encontrado amigos. La bondad con la cual se me había recibido en todas partes me hacía añorar a los buenos habitantes. Me mostraron tanto apego en el momento de separarme de ellos, que no podía, sin nostalgia, ver llegar el instante de esa separación, que sería sin duda eterna. Por otra parte, tenía todo lo que podía esperar de la provincia y estaba impaciente por retornar a Buenos Aires, a fin de continuar mis viajes por el sur del continente americano. Apuré, pues, esa partida todo lo que pude, pero múltiples inconvenientes me retenían día tras día. Debía, además, hacer preparar los víveres de que podía tener necesidad; hice salar carne de vaca; embarqué un barril de galleta marinera. Eran todas mis provisiones, porque contaba mucho con la caza.

Todo estuvo listo sólo el 18 de abril; hice cargar mis colecciones, a fin de partir lo antes posible, e hice mis visitas de despedida. Al día siguiente, un terrible huracán, acompañado de torrentes de lluvia, se desató de golpe y fue imposible partir. El 20, por la mañana, previne a todos, pero el *baquiano*, que había recibido algunos adelantos, se ocultó, a fin de no seguirme. Me vi obligado a recurrir a la fuerza para decidirlo. Me quejé al capitán del puerto; después de las pesquisas efectuadas por la policía, el piloto me fue devuelto. Temiendo que se me escapara de nuevo, partí a mediodía, abandonando Corrientes, a la que no volvería a ver.

18 de abril

Mi embarcación descendió rápidamente el Paraná, arrastrada por la corriente, ayudada por los remos de mis dos marineros. Pasé sucesivamente frente al puerto Santa Rosa, deslizándonos con rapidez debajo de tupidos bosques que coronaban los barrancos de la punta *Vidal*, de la punta *Portuguesa* y de las *Siete Puntas*. Luego de estas últimas, los acantilados cedieron su lugar a terrenos inundados, donde, algunos meses antes, fui lo bastante feliz para encontrar hermosas conchillas fluviales. Hoy el Paraná estaba muy hinchado y más de quince pies de agua cubrían las conchillas que había visto casi al descubierto. Estaba frente a Carondaiti, por donde había ido a visitar a los tobas. Ya no se veía islas en el Paraná, río que presentaba un ancho de lo más majestuoso. La noche me obligó a detenerme en esos pantanos, a pesar de la humedad del lugar.

He olvidado, hasta ahora, hablar de un perro, mi fiel compañero de miseria en esta navegación y en todos mis viajes. Como le debo la vida, más de una vez, por el cuidado que ponía en advertirme el menor peligro, se perdonará al viajero consagrar, en medio de los despoblados, un recuerdo a ese digno servidor. Ese perro era de la raza primitiva del país. Muy cachorro todavía, había

sido hallado y criado en el campo. Era un verdadero lobo por su hocico alargado, sus orejas rectas y puntiagudas; su color era rojo; su pelo raso, salvo en la crin y la cola, adornadas ambas de largos pelos. Era uno de los más hermosos tipos de perros americanos de esas comarcas; el más celoso defensor que podía tenerse contra toda sorpresa y de la mejor raza para la caza de jaguares; puedo decir también que me anunciaba, con anticipación, siempre que yo descendía a tierra, si había estos tipos de animales en las vecindades; erizando la crin, olfateando el suelo, ladrando de una manera particular, seguía el rastro del terrible animal, sin alejarse, empero, mucho de su amo. Demasiado prudente para afrontar tal enemigo, se contentaba con advertir su proximidad, que es a lo que se limitan por lo general los mejores perros cazadores de jaguares.

Millares de mosquitos nos asaltaron mientras nos preparábamos a cenar, y desde ese momento comenzó el horrible suplicio. Debí, para asegurarme, colocar mi cama en la orilla, a fin de extender sobre cuatro palos fijos en tierra un mosquitero que no podía colocar en el barco. Mis acompañantes hicieron lo mismo, acostándose sobre cueros. Los mosquitos desaparecieron durante la noche. Era el otoño del país. Las noches eran muy frías y un abundante rocío cayó, mojándonos por completo.

En viaje, cuando se duerme a la intemperie sobre todo, y cuando el rocío de la mañana trae ese frío húmedo y penetrante, que se siente hasta en la zona tórrida, no se permanece complacido en la cama, como podría suceder en un apartamento bien cálido; por eso, apenas hay suficiente luz de día para distinguir los objetos, uno se pone de pie. Es, por lo menos, la costumbre que establecí para toda la duración del viaje.

Me puse en camino muy temprano. Atravesamos todavía frente a acantilados elevados, agradablemente cubiertos de vegetación, pero la vegetación otoñal no es tan tierna como la que colorea todos los nuevos retoños en el mes de octubre, primavera en estas comarcas. Un verde oscuro uniforme revestía los árboles provistos de hojas todo el año, ya aquellos que por lo común las pierden en el invierno, comenzaban a dejar caer las suyas. Nada inspiraba alegría. Casi ninguna flor aparecía en la naturaleza y apenas sí oía el canto de contados pájaros, salvo los agrios silbidos de los granívoros que comenzaban reunirse en bandadas numerosas, para pasar así la estación de los fríos. La naturaleza no ofrecía entonces a los investigadores esos numerosos animales que animan el suelo y la vegetación, en la estación cálida: era menester buscar penosamente los insectos bajo las piedras y los troncos de los árboles; ninguno osaba salir. Pasé así frente a la desembocadura del *Riachuelo*, pequeño río del cual he tenido tantas veces oca-

21 de abril

sión de hablar; esa desembocadura se cubre de pantanos, que hacen desaparecer todo cuanto de atrayente podría haber en ese sitio. Vi delante mío la isla de Cabral, alta, extensa y boscosa, junto a la cual había pasado, al llegar a Corrientes. Numerosos monos aulladores o *carayas* hacían resonar el eco de sus gritos, que parecen bastante, cuando se los oye de lejos, al ruido de un bosque agitado por un viento impetuoso o al de una cascada lejana. Esos gritos fueron los últimos del género que debían llegar, durante mucho tiempo, a mis oídos; porque provenían de la banda de monos posiblemente más avanzada hacia el sur.

Una vez que hube pasado la desembocadura del *Riachuelo*, la ribera me presentó altos acantilados, cuya cumbre era boscosa. Formaban inmensas ensenadas y cabos bastante salientes. Primero muchos bancos de arena e islas boscosas impedían distinguir la otra orilla del Paraná, pero por la *Punta Blanca* numerosas islas desaparecían y el Paraná se mostró entonces en toda su anchura. La margen opuesta es tan baja y estaba inundada a tal punto, que era imposible distinguir las islas del continente. Franqueé las desembocaduras de los riachos *Sombrero* y *Sombrerito* y me detuve a almorzar en el *Ooma*. Esas diversas desembocaduras son boscosas, pero con bosques que crecen en arcilla y están compuestos de espinillos o de otros árboles muy tristes. Al llegar cerca de Ooma encontré un enorme caimán que dormía al sol, sobre un pequeño banco de arena; al aproximarme, se hundió en las aguas y desapareció. Por la noche, estando el Paraná siempre libre de islas en la orilla oriental, seguí los mismos acantilados, que me aburrían por la uniformidad de su composición geológica; eran siempre terrenos terciarios, sin ningún rastro de restos de cuerpos orgánicos. Después de pasar frente a la *Punta de la Barranquera*, llegué a la desembocadura del río Empedrado, donde me detuve, y establecí mi vivac sobre la pendiente del acantilado, debajo de un gran árbol. La noche fue muy fría; durante su mayor parte no pude dormir. Dos de esos grandes búhos americanos, o *ñacurutus* de los guaraníes, asombrados sin duda de ver a los hombres perturbar la tranquilidad de que gozaban en esos lugares y queriendo conocerlos, se colgaron del gran árbol, repitiendo durante una parte de la noche sus cantos uniformes: *¡Ñancurutu¡ tu... tu...*, prolongados de una manera lúgubre. No sabría expresar lo que había de imponente en esos acentos fuertemente articulados en medio del silencio más solemne. Cantaron así hasta el día, yéndose luego a ocultar en los bosques vecinos, y yo continué mi navegación.

En la desembocadura del Empedrado, por la orilla oriental, que siempre seguía y que quería seguir hasta La Bajada, se levantaban numerosas islas, se-

paradas de la tierra firme por una extensión bastante grande de agua. Esa ribera presenta acantilados arcillosos bajos, desprovistos de árboles, mostrando sólo una vasta llanura verdeante, limitada por pequeños montes de bosques diseminados. El gran número de pequeños senderos que conducían al río anunciaba que esa parte de la provincia estaba habitada. En efecto, vi algunos hombres a caballo, y algo más lejos me detuve para reconocer en la orilla la capilla del Empedrado, o mejor *Señor Hallado*, donde se reunían los numerosos estancieros o granjeros de los alrededores. La capilla, ubicada en medio de la campaña, es modesta y sencilla, tiene el techo cubierto de palmeras. Fue construida en 1826 por orden del gobernador don Pedro Ferré para servir de núcleo a la aldea proyectada. La campaña de los alrededores estaba animada. Veíanse, de tanto en tanto, casas aisladas en el campo. No me detuve mucho tiempo en esos lugares, y reembarcándome continué viajando a lo largo de costas bastante bajas, desprovistas de bosques, siempre en medio de numerosas islas. Llegué así al arroyo de Gonzales, donde la orilla se hace más arenosa y baja de golpe, hasta el lugar denominado *Puerto Canario*, distante catorce leguas de Corrientes. Hacia mediodía pasé a lo largo de un bosque de acacias espinillos, donde me detuve a preparar un enorme *jabirú*, que había matado en la playa. Al descender, mi perro me anunció la presencia del jaguar, y en efecto, huellas recientemente impresas en la arcilla denunciaban que un animal de esa especie acababa de recorrer los lugares. Seguí luego las mismas riberas bajas, teniendo siempre a mi derecha islas boscosas. Pasé frente al arroyo *Peguajó*, y a poca distancia, las islas, aproximándose al continente, forman un ancho canal, llamado *Riacho de San Lorenzo*. Las orillas son a tal punto bajas y pantanosas, que es imposible descender a tierra; el canal se estrecha cada vez más y al fin es muy angosto. La noche me obligó, empero, a detenerme en el primer lugar que encontré; era en medio de altas hierbas, morada habitual de los mosquitos; así éstos no tardaron en asaltarnos y a duras penas pudimos comer. Un plato nuevo para nosotros constituyó nuestra cena; era la carne del *jabirú* que había matado. La encontramos bastante buena, aunque algo dura. Pronto cayó el rocío, que hizo desaparecer a nuestros encarnizados huéspedes, pero fue tan fuerte que nos mojamos como si hubiera llovido. Quienes hayan viajado por los ríos de los países cálidos, sobre todo en otoño, han podido comprobar la gran humedad que cae por la noche, humedad tan pronunciada que un chaparrón no mojaría más. Hasta que el sol no la absorbe, se elevan de la superficie de los ríos nubes de vapor semejantes a la evaporación de agua en ebullición. Esa noche nuestro sueño no fue interrumpido por los cantos monótonos de los apacibles ñacurutus, pero sí por los rugidos del jaguar, incitado por una caza

que creía fácil. Empero, mi fiel perro nos previno de su acercamiento furtivo. La agitación de nuestro vigilante centinela nos dio más de un alerta; hasta mi gente se refugió en el barco, y como la falta de lugar no me permitía acostarme a mí allí también, quedé solo en tierra. Los rugidos se repitieron toda la noche. Mi feroz vecino me inquietó a menudo, pero era poco aguerrido, porque nunca se acercó a menos de cuarenta o cincuenta pasos. Cuando el perro ladraba furiosamente, se alejaba y se hacía oír desde más lejos; sólo entonces yo tenía menos temor. Lo espanté, además, con un tiro de fusil, negándome a aceptar la invitación reiterada de mi gente a que volviera al barco. Sabía, en efecto, que suponiendo a ese jaguar hambriento y ya habituado a comer carne humana, no estaría más seguro que encerrado en mi mosquitero de tela de algodón. Hubiera estado aún más tranquilo de haber tenido la certidumbre, adquirida más tarde, de que los jaguares sólo atacan los objetos que pueden ver, que un hombre cubierto nada tiene que temer y que, en los numerosos viajes por el interior de Bolivia, no se da un solo ejemplo de un hombre sorprendido en un mosquitero.

23 de abril

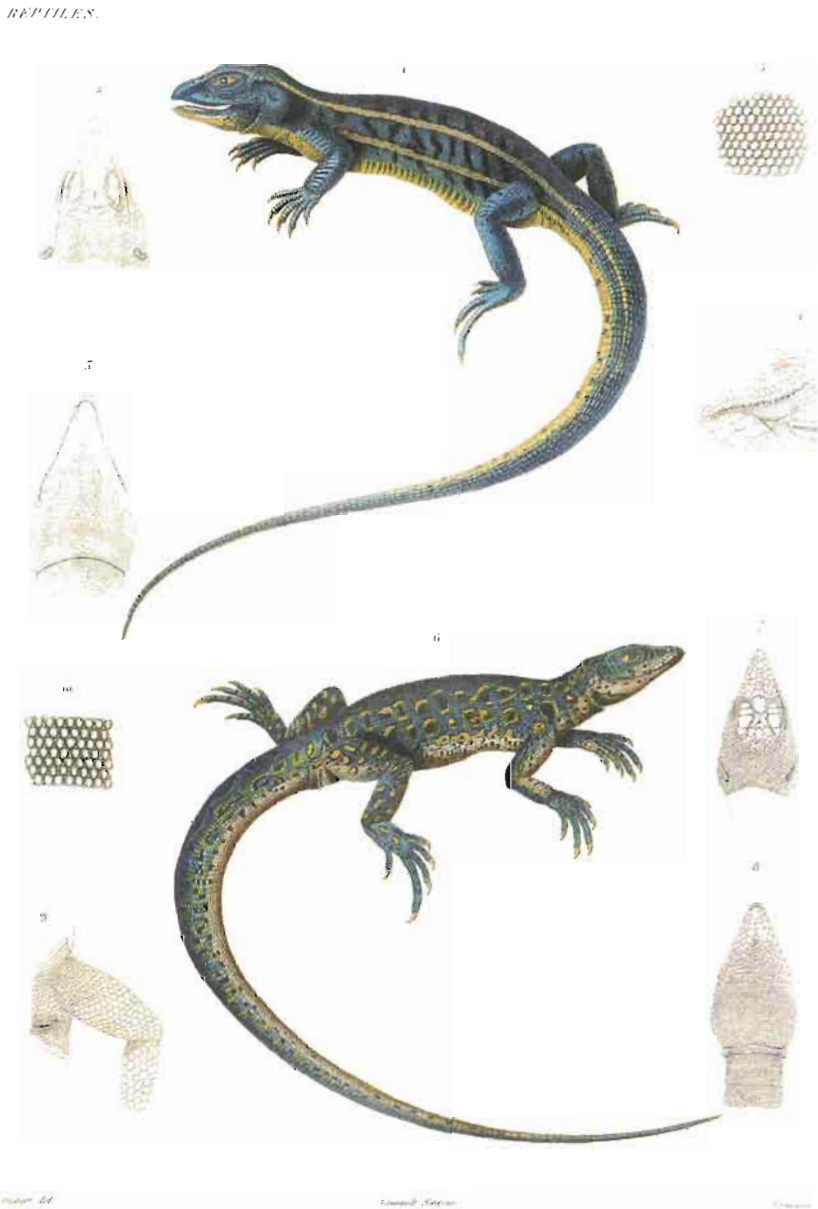
Levantamos el vivac antes de la salida del sol. Seguimos siempre el mismo brazo del Paraná, que se estrecha, sobre todo cerca de la desembocadura del San Lorenzo, que se pierde en él. Varias nutrias se balanceaban delante del barco, soplando con fuerza, como burlándose de nosotros, o bien saltando a cual mejor, una tras otra, como si estuvieran bailando. Un tiro de fusil puso punto final a sus juegos, sin que yo lograra resultado. Esos animales se sumergen y quedan en el fondo, heridos o muertos; de manera que siempre resulta imposible sorprenderlos así. El único medio de cazarlas es sorprenderlas en sus madrigueras, cerrándolas y cavando por debajo, para obligarlas a salir. Esa especie es mucho mayor que la nuestra. A poco más de una legua de la confluencia, el canal, después de estrecharse más y más, se ensancha de golpe. Las islas desaparecen y el Paraná se halla una vez más libre. La ribera es siempre baja, pantanosa, boscosa a intervalos y recién cambia de aspecto después de la aldea de *Bella Vista*, donde comienza a mostrar un acantilado arenoso muy elevado. Bella Vista es una hermosa aldea naciente, fundada en 1825 por don Pedro Ferré, sobre la misma orilla del Paraná. Envió, para aumentar la población, varias mujeres de mala vida, considerándola un lugar de deportación. El panorama es encantador y justifica, en todo, el nombre que se le ha dado. Desde la cumbre de un acantilado cubierto de verdura, se domina el majestuoso Paraná, cuya corriente se ve interrumpida por numerosas islas boscosas. Se divisa cualquier navío que vaya o venga de Corrientes. Los alrededores son arenosos, cubiertos de bos-

ques a intervalos, y la aldea, aunque sólo tenía tres años de existencia, se componía ya de más de cincuenta casas situadas alrededor de una plaza, en la cual uno de los lados era ocupado por una capilla. Allí se dirigen a caballo muchos pobladores de la campaña los domingos a oír misa. El puerto de la aldea está defendido de los golpes de viento por una serie de islas, y cuando la provincia se pueble, cuando el comercio tome vuelo, no cabe duda que se convertirá en uno de los principales mercados del interior. Está a treinta leguas de Corrientes por tierra; a siete leguas de San Roque; y a diez y ocho de Goya, el segundo puerto de la provincia. Fui recibido cordialmente por el comandante, pero no me quede más de una o dos horas. Volví a partir y seguí los acantilados elevados, de arcilla y arena mezcladas, que presentaban los aspectos más originales. El agua de lluvia caía perpendicularmente sobre la parte inclinada, y desgasta algunos lugares más que otros, irregularmente cortados, por intervalos, de pequeños cursos de agua, formando una gran cantidad de montículos cónicos, desgastados, como si estuvieran decrépitos, representando a veces torrecillas, un viejo castillo, iglesias góticas en ruinas, o bien, en grande, los restos de esas antiguas esculturas góticas medio borradas por la acción del tiempo, que exhiben las hermosas iglesias de Normandía. La imaginación novelesca podría ver de todo, encontrar de todo, en esa serie de acantilados, que siguieron desfilando el resto del día y que yo no podía dejar de admirar. En ninguna parte aparecen bosques; los acantilados están desnudos por todas partes, y sólo crecen numerosas gramíneas en la llanura que ellos dominan. Me detuve en una de las pequeñas ensenadas que forman, a fin de pasar la noche en una soledad completa, sin tener que temer a los jaguares. Sólo los numerosos sapos que allí residen hacían oír su grito semejante al choque de un pedazo de madera contra otro.

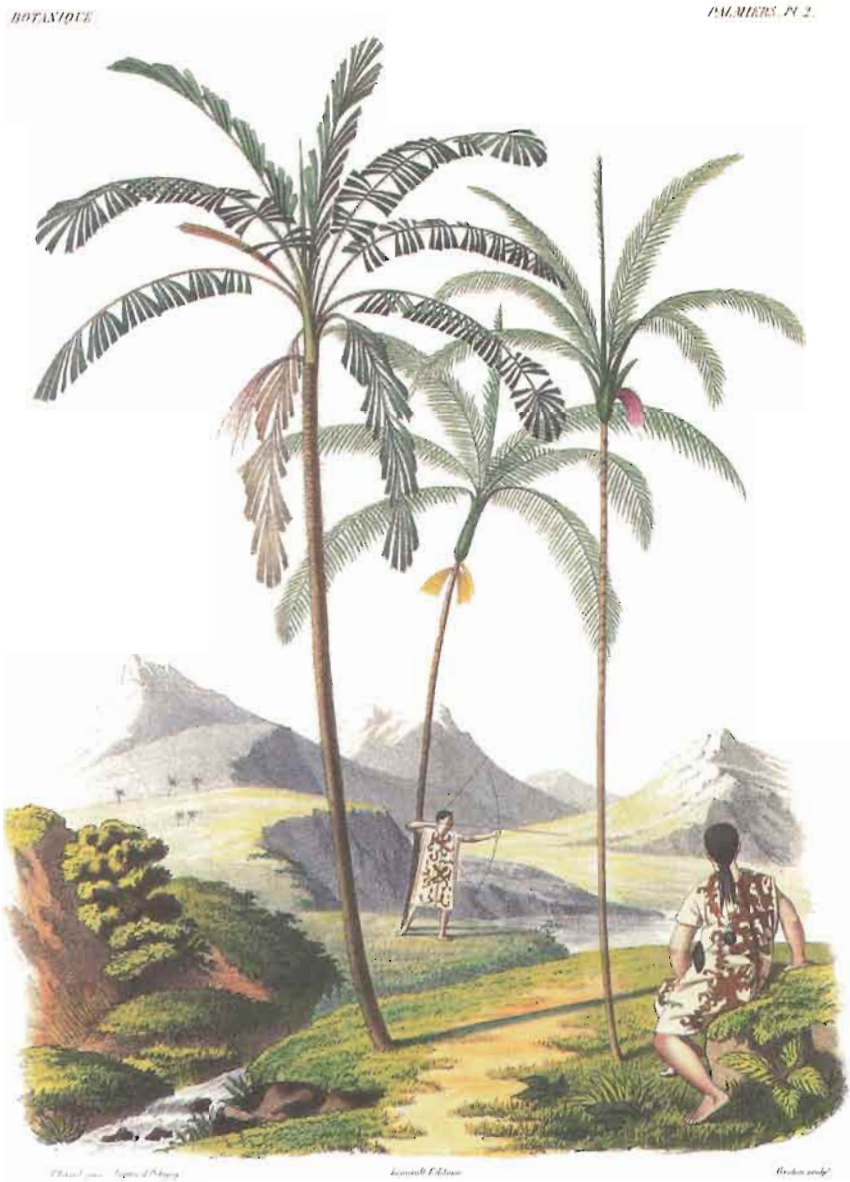
Al día siguiente, me puse en camino al despuntar la luz del día. Los mismos acantilados, sin ninguna diferencia, se presentaron a mi vista. El viento era impetuoso; el brazo del Paraná, que separa la tierra firme de las islas, era muy ancho; olas cortas, aunque altas, batían la costa y algunas de ellas arrojaban mucha agua en mi barquichuelo. El viento entraba violentamente en la cabaña de cuero que dominaba la embarcación y estuvo a punto, más de una vez, de sumergirla. ¿Qué hacer? No era posible detenerse a lo largo de esos acantilados, donde no se presentaba ningún abrigo; no quedaba otra alternativa que continuar la marcha, luchando contra el viento contrario que levantaba las olas. La punta *Ibaviyu* fue difícil de franquear, pero la llamada *Rubio*, frente al puesto del mismo nombre, nos presentó aún mayores dificultades. Estuvimos a punto de perecer en ese lugar; sin embargo logramos salvarnos

perdiendo uno de los cueros que cubrían la barca. Frente a esa punta, del otro lado del Paraná, hay un riacho que conduce a San Jerónimo, situado a cinco leguas hacia el interior, aldea india hoy en parte destruida. Casi de golpe la costa bajó mucho; las tierras se hicieron pantanosas; las islas se acercaron a las orillas y penetré en el brazo del Paraná que conduce a Goya y que debe a esa circunstancia el nombre de *Riacho de Goya*. Pasé frente a la confluencia del Río de Santa Lucía. La desembocadura es lo bastante ancha como para permitir a las embarcaciones de mediano tamaño remontar algunas leguas hacia arriba, cuando las aguas están bajas; y, en tiempo de las crecidas, no dudo que se pueda llegar hasta San Roque. Ese río está, entonces, bastante encajonado y bordeado de hermosos bosques en ambas riberas; el aspecto es aquí a tal punto diferente del que presenta cerca de Caacaty, que resulta difícil creer que se trata del mismo río.

El brazo mencionado se cierra mucho, así como el de Ambrosio. Tal disposición es común. Esos brazos comienzan por ser anchos del lado de la corriente y se estrechan de tal manera, cerca de la desembocadura, que, a menudo, sólo queda un canal que apenas da paso a una pequeña embarcación. Poco tiempo después llegué al puerto de Goya, donde me detuve; y, de inmediato, fui a visitar al comandante y al alcalde; este último, sobre todo, me hizo un recibimiento encantador. Era, a la vez, jefe de postas del lugar y me prometió caballos para un viaje que debía realizar al día siguiente. Uno de mis compatriotas, monsieur Périchon, casado, desde hacía mucho tiempo, en Corrientes, tenía una estancia a orillas del Batel, a doce leguas de Goya. Tuvo la amabilidad de conseguirme conchillas fluviales de ese río y del río Corrientes y me esperaba para recoger otras. El alcalde era su cuñado y a él me habían recomendado. Pasé el resto del día visitando Goya. Esta villa, porque Goya tiene el título de *villa*, fue fundada en 1807 por estancieros de los alrededores de Corrientes y del Río Batel. No era al principio más que un punto de reunión para oír misa los domingos y días de fiesta, porque el gobierno español no autorizaba más que un lugar de desembarco en toda la provincia. Goya no creció realmente hasta 1812, porque, esperando que las leyes provinciales se organizaran, ese lugar comenzó por servir de puerto a las mercaderías extranjeras y para la exportación de los numerosos productos de estas comarcas, lo que determinó que, en 1823, se le diera el título de ciudad (*ville*) y fuera el segundo puerto de la provincia. El comercio es allí tan libre como en Corrientes. Gran número de comerciantes se establecieron para embarcar los cueros del abundante ganado que hay en las márgenes de los tres grandes ríos vecinos, y debido a la concentración de los productos de los tabacales, en medio



1-5: *Ameiva caelestis*; 6-9: *Ameiva oculata*.



1: *Martinezia truncata*; 2: *Euterpe andicola*; 3: *Euterpe Haenkeana*.

de los bosques de palmeras yatais, que se extienden desde allí hasta Caacaty. Había entonces en Goya un comandante militar, un alcalde y un empleado de la aduana, y su importancia comercial, debido a su población, la convertía en el segundo puerto de la región. Goya está a cincuenta leguas de Corrientes y a veinte leguas de San Roque. Está situada a orillas de un brazo del Paraná, separado del curso propiamente dicho de este río por una isla, y comunicándose con él por medio de un canal natural, de manera que las embarcaciones que entran están al abrigo de los ventarrones. Las calles están bien alineadas. Las casas son bajas, de un solo piso y todas provistas de galerías interiores. La iglesia es pequeña y mal construida y ocupa por completo uno de los lados de una plaza, como en todas las poblaciones del país. Hay varios negocios atendidos por extranjeros e indios. Todo anuncia que Goya será muy importante por su comercio, siendo, por derecho, la salida de todos los productos de las regiones australes de este país, tan ricas en establecimientos donde se cría ganado.

Es muy probable que se haya pensado mucho antes en fundar Goya, pero la nación de los abipones, que ocupaba la parte del Gran Chaco situada enfrente, atacaba constantemente los establecimientos agrícolas de los alrededores y muchas veces destruía sus florecientes estancias y las esperanzas de sus propietarios, degollándolos a menudo. Goya sólo pudo existir después del aniquilamiento casi total de esa belicosa nación. Su último ataque tuvo lugar en 1820 ó 1821 y determinó su ruina completa. Fue perseguida y sus miembros masacrados sin piedad. He visto los últimos restos, consistentes en dos hombres y algunas mujeres, escapados de las guerras con los blancos y del furor de sus vecinos bocobis; son los únicos testimonios de su existencia. De creer a los primeros historiadores, muchas naciones, que existían en esas comarcas en la época de la Conquista, habrían desaparecido. No me cabe duda de que el número haya sido muy aumentado por la multiplicidad de nombres de cada una de sus tribus y por la diferencia de nombres que recibían de sus vecinos y de los españoles[1]; empero, es imposible dudar de que las naciones del Gran Chaco han disminuido mucho en número, debido a los combates que debieron sostener con los españoles, desde la Conquista hasta nuestros días; y no podrá dudarse de que varias naciones hayan desaparecido totalmente del territorio que habitaban. Me parece que la nación de los *abipones* sea parte de ellas, así como los belicosos *guaycurus*, aunque el nombre de esa horda subsiste aún y se emplea constantemente en la región.

1 En un trabajo aparte, trataré de colocar en su justo lugar las diversas afirmaciones acerca del número efectivo de naciones de las regiones que he recorrido.

El alcalde me invitó con mucha cordialidad a dormir en su casa y me fue imposible negarme, a pesar de los temores que tenía por mi barquichuelo. Pronto comprobé que mis aprensiones eran justificadas. Llovió mucho durante la noche; mi embarcación rompió amarras y mis gentes, dormidas dentro, fueron conducidas por la corriente hasta el Paraná, en medio del cual se despertaron y tuvieron gran trabajo para volver a la orilla, pudiendo sólo al día siguiente entrar en el puerto. Si hubieran dormido en tierra, yo habría perdido, tal vez en un solo instante, el fruto de tantos trabajos. Me salvé una vez más del desastre y de encontrarme con todos mis efectos mojados. Este accidente me trajo otro. Cansados de la mala noche y aburridos de la lluvia continua, mis gentes fueron a distraerse a una pulpería vecina. Cuando quise partir, encontré al piloto ebrio y furioso. Hasta me vi obligado a ponerlo preso para que no matara a nadie. En cuanto a mis dos marineros, tuve que dejarlos en tierra, al cuidado de mi joven correntino, en cuya probidad podía contar, y de dos guardias que el alcalde quiso poner a mi disposición, para vigilar mi barco durante mi ausencia. Todas estas medidas me llevaron una parte de la mañana. Eran las once cuando me puse en camino, y lo hice temblando, a pesar de las reiteradas promesas de las autoridades de la ciudad de vigilar especialmente mis intereses.

Me dieron un buen postillón y el mejor caballo de la posta, el mismo, según me aseguró el alcalde, que se reservaba para el gobernador, cuando pasaba por Goya. Era, en efecto, muy bueno y lo necesitaba, porque debía hacer un largo trayecto. Partí al galope y franqueé un pantano bastante ancho, llamado *Cañada*, a la orilla del cual mi guía me mostró un gran bosque frondoso, diciéndome: "Ese bosque no ha existido siempre en ese lugar. Estaba antes en la ribera del río Santa Lucía, pero el diablo lo ha transportado por la noche al lugar donde se ve ahora; por eso no nos atrevemos a acercarnos". Estas palabras me asombraron y debí hacérmelas repetir varias veces, antes de creerlas serias, pero mi buen hombre estaba a tal punto persuadido de lo que decía, que hasta parecía ofenderse de mis dudas. Fue lo mejor parecer convencido para quedar en buenas relaciones con él, y además, ¿cómo dudar de un hecho apoyado por el testimonio de todos los habitantes de Goya? Ese bosque, por otra parte, producía un efecto singular; era de forma circular y bordeaba solamente pantanos, circunscripto, en todos los otros puntos, por terrenos arenosos, cubiertos de palmeras yatais. Penetré en esas tierras, donde encontraría los mismos aspectos que vi entre San Roque y el Rincón de Luna. Los yatais estaban próximos los unos a los otros y formaban un bosque espeso, en el cual un pequeño sendero, apenas

25 de abril

marcado en la arena, serpenteaba, de mil maneras, en medio del bosque. Galopé así mucho tiempo, admirando la belleza de esos árboles, que terminé sin embargo por encontrar algo uniforme. Pequeñas fincas cultivadas se mostraban a intervalos, pero tan alejadas entre sí que parecían perdidas en medio del desierto. Mi guía parecía buscarlas, so pretexto de ir a pedir fuego para encender su cigarro.

Galopando así, estuvimos pronto bastante cerca del poblado de Santa Lucía, que se dibujaba a orillas del río del mismo nombre; tenía el aspecto más simple y creí que se parecía mucho al de Itaty, que he descrito detalladamente en otra ocasión. Fue fundado poco después que este último, hacia 1588 ó 1589. Fue, en un comienzo, una *encomienda* de indios. Parece, hoy, que la población se ha mezclado mucho y que hay pocos indios puros; es, por otra parte, el poblado de toda la provincia que más ha sufrido invasiones de los indios del Chaco, los cuales, después de haberlo destruido varias veces, le impidieron, hasta principios del siglo XIX, prosperar y aumentar. La fundación de Goya le hizo perder mucha importancia y le quita todos los días habitantes.

La rapidez de mi viaje me hizo perder de vista pronto a Santa Lucía, villorrio que desapareció para mí entre las palmeras que lo ocultaban, y continué así galopando hasta la noche, mientras hubo luz. Hasta entonces mi guía me hizo seguir una dirección bastante buena, aunque la lluvia, que caía a torrentes impedía a menudo ver claro para reconocer de lejos. Las casas se hacían mucho más raras, y sin embargo el terreno brindaba siempre un suelo apropiado para la agricultura, siempre arenoso, provisto, de tanto en tanto, de pequeños lagos, mucho más raros que en los alrededores de Caacaty. La noche, bastante oscura, nos hizo perder la ruta. Galopamos a la ventura tratando de descubrir una casa donde pudiéramos recoger informaciones; fue en vano. Nunca el campo había estado tan desierto y nunca, posiblemente, había estado tan impaciente por llegar, temiendo ir en una dirección equivocada y perder mucho tiempo. Mi guía no me inspiraba, empero, ningún temor, a pesar de su aspecto rudo, de los andrajos que lo cubrían y del gran cuchillo que cruzaba su cintura. Me había sido dado por el alcalde, y, por otra parte, creía en la buena fe de un correntino. Hacía ya mucho tiempo que caminábamos en silencio, a pesar de la oscuridad. Mi postillón respondía siempre a mis preguntas: "Vamos a llegar", y continuaba galopando, obligándome a seguirle, para no quedar retrasado. Eran ya las siete y media de la noche y no hallábamos ningún lugar habitado, cuando, al fin, una luz se hizo ver entre las palmeras. El guía avanzó en esa dirección y me confesó que nos habíamos perdido. En efecto, en la casa nos informaron que estábamos por lo menos a una legua y media del

punto donde quería llegar. No sabíamos cómo transportarnos; recurrí a la amabilidad que nos mostraron los ocupantes de la choza. Rogué al dueño de casa que nos acompañara hasta donde vivía el Sr. Périchon, ofreciéndome a indemnizarlo por su trabajo. Consintió, ensilló su caballo y partimos. Llegamos a la estancia solamente a las nueve de la noche; no vi despiertos más que a los perros, los cuales estuvieron a punto de devorarme; sin embargo, después de haber hecho mucho ruido, la gente se levantó y fui bien recibido. Me dieron, como todo lecho, un cuero, donde debí descansar de un galope de más de quince leguas, realizado en su mayor parte en la oscuridad, por caminos desconocidos, donde debía frenar al caballo con fuerza, porque se espantaba con cualquier cosa. El ruido del viento sobre las hojas secas de las palmeras, la aproximación de un hormiguero rojo, que tanto espantan a los caballos que tenían tendencia a confundirlos con jaguares, cuyo color tienen, todo lo asustaba y hacía el viaje más penoso.

Dormí poco. Estaba demasiado fatigado y, además, sentía un vivo deseo de ver las conchillas del río vecino; por eso, al apuntar el día, fui a buscar al propietario de la casa, quien me mostró varias especies, lo que me hizo desear buscarlas por mí mismo. Se ensillaron los caballos, y acompañado del Sr. Périchon y su capataz, partí hacia las orillas del Batel, poco distantes de la casa. Este río estaba entonces muy encajonado en un lecho bastante profundo y se parecía poco a los esteros o planicies de juncos que forma en Rincón de Luna, estando las aguas bajas, el lecho arenoso y en parte seco. Pude realizar una amplia cosecha de conchillas, que, con las que ya poseía, formaban una hermosa colección de almejas y anodontes de esa región. Me paseé mucho tiempo por las costas del Batel, donde las palmeras eran reemplazadas por esparcidos espinillos y algunos montes aislados, aquí y allí, entre los extensos prados, donde numerosos animales pacían tranquilamente. Me vi forzado a admirarlos, para complacer al estanciero, y después de una carrera de algunas leguas, regresé a la casa, vasta y distribuida, más o menos, como la del Rincón de Luna[2]. Se me ofreció de comer, sin pan, un pedazo de carne asada delante del fuego, de acuerdo al uso de la región; luego me dispuse a regresar a Goya, donde tenía interés en llegar cuanto antes, a causa de mi barco. Embalé mis conchillas de la manera que me pareció más apropiada para hacerles soportar un galope de doce leguas y me puse en camino. Atravesé los bosques de palmeras y estuve de regreso muy temprano en Goya, después de un trayecto de más de treinta leguas del país, en algo más de veinticuatro horas. Mi caballo tenía el galope algo duro, aunque muy vigoroso y casi infatigable; y si yo estaba fatigado, él no lo estaba mucho menos que yo. Se lo dejó en el campo después de mi llegada, para

2 Véase cap. VII.

que tomara descanso donde mejor le pareciera, como se practica habitualmente en el país.

Estaba impaciente por volver a ver mi embarcación; todo lo encontré en buen estado. La noche había calmado al piloto; mis gentes habían reflexionado; estaba todo, pues, en orden.

Arreglé mis cosas de manera de partir al día siguiente, 27, por la mañana, del puerto de Goya, para continuar mi viaje. Como mi fama de médico había pasado de San Roque a Goya, me vi obligado a visitar a varios enfermos abandonados para su cura a la naturaleza; les di algunos remedios, que fueron recibidos con agradecimiento. Pude escapar a las once de la mañana y solté amarras. Las tierras que seguí nada tenían de atrayente; primero navegué entre islas y tierra firme; luego el Paraná se hizo libre y entré después en otro brazo, llamado, a causa del rodeo que obligaba a hacer, *Vuelta de yagua rahi*. Pasé también por el de Caraguatai. Los terrenos eran constantemente bajos y en parte inundados, y me sentí muy feliz de poderme detener, por la noche, en un banco de arena, donde crecían muchos arbolitos; era una isla naciente.

27 de abril

Todos los años, las crecidas del río traen algún cambio en la forma y en el número de islas: algunas desaparecen y otras surgen del seno de las aguas. Los numerosos bancos de arena, que cortan el curso del Paraná, cambian, a cada instante, de forma y de lugar; algunos crecen de tal manera y toman tal dirección que atajan los restos de los vegetales que arrastra continuamente el río. Los troncos podridos, los árboles que desarraigados por los grandes derrumbes de las orillas y sobre todo esos grandes montones de plantas acuáticas, llamados *camalotes*, que conduce la rapidez de las aguas, como otras tantas islas flotantes, se fijan en esos bancos. Mientras estos son solamente de arena, no se cubren de vegetación; pero, cuando ese conjunto de troncos y los camalotes son atajados, gran cantidad de arcilla mezclada de arena se fija algo más abajo. Es la condición necesaria para la formación de una isla, porque en seguida las semillas flotantes de los alisos, especie arborescente de planta de la familia de las compuestas, que cubren las islas, se pegan a esa mezcla de arena y arcilla, y se quedan allí incluso cuando las aguas del río bajan. Germinan de inmediato y el mismo año hay ya arbustos pertenecientes a esa misma especie de plantas, que tienen hasta tres o cuatro pies de altura sobre el suelo, apretados unos a otros; al año siguiente, durante las crecidas, los troncos de árboles que se hallan en la cabeza de los bancos continúan atajando todavía a los que pasan; el agua no puede arrastrar la arena retenida entre las numerosas ramas de alisos y ese mismo tejido cerrado ataja con toda facilidad esa enorme cantidad de blo-

ques terrosos transportados por el río. El nuevo terreno se eleva por lo general uno o dos pies, de manera que el suelo llega a envolver, a veces, más de la mitad de la altura del tronco de esa primera planta. Durante el segundo año no crecen aún otras especies. Los arbolitos toman más vigor y alcanzan hasta seis o diez pies de alto, mientras las aguas permanecen bajas. Desde entonces, la isla queda consolidada, y resistirá, en lo sucesivo, a las crecidas. Al tercer año el suelo se levanta aún más; gran cantidad de semillas de sauces germinan en medio de los alisos y se diferencian de ellos por su follaje verde tierno, que contrasta con las hojas glaucas de estos últimos. Los sauces nuevos crecen algo más de una pulgada, protegidos por los alisos, que empiezan, entonces, a desarrollarse, hasta alcanzar veinte pies de alto, su mayor talla. Durante los años siguientes, los sauces crecen vigorosamente, superando y sofocando a los alisos, que desaparecen poco a poco, y son, más tarde, enteramente reemplazados por aquéllos. Si quedan todavía algunas de esas primeras plantas en la tierra, sólo están en los contornos de la isla o principalmente en los nuevos terrenos formados más abajo que los primeros. Los sauces dominan en todas partes sobre el terreno que crece poco a poco, se desarrollan rápidamente y se mezclan a gran cantidad de plantas trepadoras que se enrollan y enlazan mil veces alrededor de su tronco, hasta llegar a la copa. Al cabo de algunos años, cuando la isla está lo suficiente alta como para no ser inundada más que en época de las grandes crecientes, varias otras especies de árboles se unen a los sauces, que han reemplazado por completo a los alisos. Los *laureles*, laureles blancos, son los primeros; luego, los timbós, el *palo de leche*, la *juga*, etc.; todos grandes árboles, que, al tomar posesión del terreno, hacen, a su vez, desaparecer a sus predecesores y se convierten en los últimos habitantes de ese suelo, en el cual no son reemplazados. Así, los bancos de arena, formados originariamente por algunos troncos de árboles, cambian tres veces de vegetación, de acuerdo a su altura sobre las aguas. Los alisos, sus únicos propietarios durante los dos primeros años, son poco a poco reemplazados por los sauces, a los cuales, en el quinto o sexto año, han expulsado del todo, viéndose a su vez, en el décimo año, expulsados por una vegetación menos efímera. Tal playa se convierte así en un bosque tupido, hasta que un nuevo banco de arena cambia la dirección de las corrientes, cuya violencia socava y arrastra, poco a poco, a las aguas, a esas islas, desarraigando los árboles, que van, más lejos, a servir de base a nuevas concentraciones de tierra.

Había tenido oportunidad de examinar frecuentemente la formación de las islas; había visto siempre sucederse las vegetaciones, y ese paso alternado de las especies me había impresionado a menudo. En efecto, había notado que los sauces tiernos tienen necesidad de crecer a la sombra, y sobre todo de ser

protegidos contra la fuerza de las correntadas, por los troncos de alisos apretados unos contra otros; había notado también que la espesura de las plantas trepadoras, mezclada con los troncos de los sauces, no era menos necesaria para el crecimiento de los otros árboles. Tales observaciones, efectuadas con atención en las numerosas islas del Paraná, se confirmaron, cuando pude ver una sucesión de vegetales aún más contrapuestos en los terrenos aluviales de los numerosos ríos de la provincia de Moxos en Bolivia, donde se me presentará la oportunidad de hablar extensamente de esas revoluciones vegetales. Las islas de aluvión del Paraná, todas muy bajas, se inundan en época de crecientes; muchas permanecen bajo las aguas una parte del año, lo que impide utilizarlas para el cultivo o para la cría de ganado. Su terreno es una sucesión alternada de capas arenosas, terrosas y detritus de plantas. Terminan siempre por cubrirse de capas fangosas, lo que es fácil de explicar, puesto que cuanto más alto es el suelo, menos pueden llegar las arenas, obligándoles su peso a ocupar las capas de agua más profundas, mientras que las partículas de tierra se mezclan con el agua hasta en la superficie. Constituye un curioso accidente de esas islas tener, por lo general, en su centro, cuando son grandes, una o varias lagunas rodeadas de plantas acuáticas y de gran número de pájaros de río que se reúnen en la estación de la sequía.

En general, todas las islas son mucho más pintorescas de lejos que de cerca; vistas de cierta distancia, presentan un aspecto alegre y variado, de acuerdo con la vegetación de que estén cubiertas. Si apenas están por nacer o formadas de alisos, se ve en ellas un uniforme tinte azulado; o bien, en la estación de las flores, las copas de cada arbusto se cubren de hermosos ramilletes de flores blanquecinas o rosadas, pronto convertidas en semillas que, transportadas por los vientos a la superficie de las aguas, van a dar a terrenos bajos, donde producen una nueva vegetación. Entonces los troncos son tan apretados que sólo es posible penetrar derribando esos arbustos; si, por el contrario, las plantaciones son más antiguas y se mezclan los sauces, se ve ese conjunto del color glauco y verde tierno que ya he señalado; ya no son abordables, porque la enramada es más tupida. Si se componen enteramente de sauces de todas las edades, presentan ese color verde tierno que se ve en Europa sólo en primavera y los troncos están envueltos en convólvulos, que caen en verdes guirnaldas esmaltadas de hermosas flores blancas o de colores variados; pero si intentamos introducirnos bajo esas bóvedas de verdor, nos vemos detenidos, desde los primeros pasos, como por una red de pescar. Millares de ligaduras impiden avanzar, y después de fatigarse en vanos esfuerzos el viajero se ve obligado a seguir las orillas exteriores de esas islas, sin tratar de penetrar en su

centro, a menos de tener el hacha en la mano o, mejor todavía, el cuchillo de caza. En fin, si las islas, por la gran variedad de vegetación que las cubre, se asemejan a la tierra firme, es sin duda más fácil entrar en ellas; sin embargo, los troncos de sauces muertos están tumbados por todas partes y se cruzan de mil maneras sobre el suelo, en medio de una mezcolanza de plantas enredadas en todo sentido y de muchas espinas, que detienen a cada paso. Las riberas de estas islas están defendidas por numerosos grupos de mimosas de hojas sensibles o sensitivas, de cinco a seis pies de altura, fuertes tallos, cubiertas de espinas ganchudas, que terminan en manojos de flores rosadas, que invitan a acercarse; pero, semejantes a las islas que protegen, desgarran sin piedad al imprudente que se les aproxima. Cuando las islas son muy viejas, se desembarazan paulatinamente de los troncos de sauces y de las plantas parásitas; sus bosques forman montecillos que circundan las lagunas del interior, y es posible penetrar y recorrerlas, porque son tanto más abordables cuanto más antiguas, y los terrenos, que se elevan todos los años, terminan por ser lo suficiente altos como para ser muy raramente inundados.

El 28 abandoné, muy temprano, el banco de arena y reinicié la navegación. La costa era siempre baja, casi unida en todas partes o presentando, en las orillas, extensos pantanos. A menudo pasaba por pequeños brazos que la separan de islas más o menos grandes. Costeé la isla de *Quirquincho* (del tatú) y me detuve un momento en el lugar denominado *Costa del Talar*, a causa del gran número de arbustos talas que constituyen una parte de su vegetación. A duras penas hallé un sitio para ubicar nuestra cocina; era un montón de árboles muertos arrastrados por la corriente, en medio de bosques formados de espinosos talas y laureles. Cuando reinicié mi viaje, continué hasta la noche bordeando riberas también tristes y poco abordables. Franqueé la *Costa de Cordillate* y la dificultad de atracar era tal que no supimos dónde detenernos, cuando llegó la noche y que apenas nos fue posible poner pie en tierra en medio de árboles muertos y espinas, en un terreno muy pantanoso, donde millares de mosquitos no nos dieron un instante de reposo. Había tantos que el ruido argentino de su vuelo nos aturdía y que no era posible abrir la boca sin tragar gran número.

28 de abril

El 29 bordeé las mismas costas bajas hasta la entrada del *Riacho de la Esquina*, llamado así porque conduce a la población de ese nombre; es un brazo del Paraná que está separado de la desembocadura del río Corrientes por una gran isla. Ese río desemboca en un canal considerado siempre como parte del curso del río, aunque recibe aguas del mismo por el brazo de la Esquina. Así corre unas diez a doce leguas, antes de unirse al Paraná. Llegué a Esquina,

29 de abril

agradablemente situada en el sitio donde el río Corrientes se mezcla al brazo que acababa de dejar. El río es allí ancho y anuncia que podría ser navegable hasta una cierta distancia de su desembocadura, sobre todo en tiempos de crecidas del Paraná, cuando los pantanos están más cubiertos de agua. El río Batel ya está unido a ese río y forma uno solo con él. Esos cursos de agua se diferencian mucho por su aspecto de aquellos que surcan un terreno fuertemente ondulado. Allí, los lechos están bien marcados, las corrientes son rápidas, las costas alegres y variadas, animadas de laderas boscosas, en condiciones de ser habitadas en todas partes, mientras los ríos, que riegan una comarca enteramente llana uniforme, marchan con lentitud, mezclados a menudo con los pantanos ribereños y cubriendo a veces una extensión muy grande, sin que parezcan tener un curso verdadero. Sus márgenes están en parte inundadas, son poco abordables, poco capaces de sostener estancias debido a las inundaciones en la estación de las lluvias y presentando siempre un aspecto triste y salvaje, jamás agradable a la vista. Era la primera vez que veía ese río, que tiene su fuente en la laguna de Iberá y, como los otros, cruza diagonalmente la provincia, de noreste o suroeste.

La aldea de *Santa Rita de la Esquina* está ubicada en lo alto de un acantilado arenoso bastante elevado, de donde domina, de un lado, el río Corrientes, y del otro, las islas del Paraná; es, con *Curuzú Cuatiá*, la aldea más meridional de la provincia. Esquina es, sobre la costa del Paraná, el último punto habitado de Corrientes; es una aldea muy bonita, compuesta de más de veinte casas, de las cuales la mayoría permanecen abandonadas durante la semana, porque pertenecen a estancieros de los alrededores. Esas chozas, porque tales moradas no merecen el título de casas, están alrededor de una plazoleta; una de ellas es una pulpería, donde se venden bebidas. Creí notar, en las maneras poco amables de los habitantes, que allí comenzaban a cambiar las costumbres. No había esa sincera hospitalidad del norte, sino esa insolencia y ese odio inveterado a los extranjeros que existen en la provincia de Entre Ríos, donde iba a entrar. ¡Qué contraste de usos y costumbres!... Ya había visto en Goya algunos aspectos de esa transición, más marcada todavía en Esquina, que está a setenta y dos leguas de Corrientes y a cincuenta de La Bajada.

El acantilado escarpado, que comienza en Esquina, continúa muy adentro en el brazo del Paraná mezclado con el río Corrientes, al cual yo iba a seguir; a la izquierda, los terrenos siempre son elevados, y los de la derecha están compuestos de islas bajas, siempre boscosas. Partí, siguiendo el mismo canal; me detuve a corta distancia de Esquina, me puse a recorrer el campo, recogiendo muchos insectos y continuando mi camino, en medio de ese ca-

nal, que se obstruía más y más. Las aguas cubrían grandes pantanos, de tal manera que impedían ver el verdadero camino. El piloto se equivocó y me hizo entrar en una laguna sin salida, de donde me vi obligado a retroceder, lo que retardó mucho el viaje. Numerosas nutrias, que salían de la maleza, jugaban bajo nuestros ojos, soplando con fuerza, como lo hacen habitualmente; bandas de conejillos nadaban delante nuestro, ocultando todo su cuerpo y mostrando solamente su hocico fuera del agua. No me fue posible matar nutrias; fui más afortunado con los conejillos; descubrí uno en tierra, sin que él me viera, lo maté, me apoderé de él, lo traje al barco y continué la marcha. Algunos otros se presentaron lanzando un ligero grito (especie de ladrido), antes de arrojarse al agua, unos tras otros, y de reaparecer a la distancia. Me detuve, para pasar la noche, a la orilla izquierda, en un sitio donde había un campo cultivado, cubierto de calabazas; era el primer campo que veía a orillas del río, desde mi partida de Corrientes. La tierra era tan buena que todo estaba cubierto de una abundante cosecha. Tuve trabajo en impedir que mis gentes metieran mano. La sustracción de frutas nunca es considerada robo en la América del Sur; por eso carecen las gentes de escrúpulos. Casi me vi obligado a hacer de centinela para impedir el saqueo del campo. Mientras me paseaba por la orilla, encontré, a veinte o treinta pasos de la ribera, en un lugar bastante elevado sobre el agua, una tortuga de río, ocupada en su puesta. Esa pobre bestia había previamente cavado, sin duda por medio de su largo cuello, una madriguera de seis a ocho pulgadas de profundidad, más ancha en el interior que en la entrada y en la cual ponía sus huevos todos los días. La dominamos fácilmente y hallamos en su agujero ocho a diez huevos blancos casi esféricos. El animal no había depositado aún todos sus huevos, porque en el barco, donde lo llevé, puso tres o cuatro más. En los lugares de los alrededores donde la hierba era alta y donde yo veía la tierra recién removida, busqué nuevos nidos y hallé otros dos, conteniendo cada uno de diez a quince huevos. Parece que, una vez que la tortuga ha terminado de poner sus huevos, recubre de tierra el agujero y lo abandona. Los huevos se rompen y las tortuguitas ganan las aguas, donde crecen rápidamente. Los marineros querían comer esos huevos; yo los gusté también, pero los hallé sin sabor y llenos de pequeñas partículas calcáreas.

Pelé el conejillo muerto y deseaba comerlo... De inmediato, el joven correntino y el piloto se opusieron; pretendían que el olor desagradable de los *tobas* y otras naciones del Chaco proviene de que comen conejillos de Indias y, por tal razón, nadie quiere probarlos en la provincia de Corrientes. Me dijeron también que a fin de hacer pasable esa carne, los indios payaguas del Paraguay la asan primero, hasta que queda me-

Río Corrientes

dio cocida; luego la introducen en agua y la golpean, para hacer salir la sangre y desaparecer el mal gusto. No tuve en cuenta esas objeciones y la carne me pareció deliciosa. Mis remeros franceses eran de mi opinión; con gran trabajo logré que el joven la probara y la halló un poco del olor del almizcle. Me pareció, en efecto, que tenía una fragancia particular, pero buena, y que siempre me la ha hecho buscar como un excelente alimento; no sé qué ha podido desacreditarla entre los españoles de esas comarcas y motivar la cocción previa de los payaguas. De todos modos, los indios de todas las naciones americanas que habitan los terrenos pantanosos, patria de los conejillos, no temen comerlos y se muestran, al contrario, muy golosos de ellos. Es uno de los tantos prejuicios de los criollos de esas comarcas, los cuales, respecto a los alimentos, tienen muchos. Gustan de la carne de vaca y la mandioca, pero cualquier otro alimento es considerado, por ellos, malo y lo dejan solamente para los indios. Es cierto que el ganado abunda a tal punto que pueden, sin muchos inconvenientes, despreciar la caza que hace las delicias del cazador americano.

Establecí mi vivac sobre la orilla y toda mi gente se acostó en el barco; mi fiel perro permaneció solo conmigo, y mi mosquitero debía producir un curioso efecto en medio de un campo descubierto y de un prado verdeante. La noche estaba muy tranquila; un hermoso claro de luna alumbraba los alrededores. Debo confesar que era feliz de hallarme en medio de esa naturaleza salvaje. Al lejano canto del ñacurutú se agregaba el croar de una multitud de sapitos o ranas, que parecía el sonido de numerosas campanillas o de grandes cascabeles repicando a la vez diversos tonos. Oía esos ruidos discordantes, cuando, hacia la medianoche, percibí, a lo lejos, el paso de caballos. Reconocí que se trataba de muchas personas, y el ruido de sables me reveló que eran hombres armados. En esos lugares alejados de toda morada esa llegada me sorprendió, y debo confesar que tuve miedo por un momento; pronto reconocí que eran tres hombres, de los cuales dos estaban armados. Estos no se asombraron menos de ver, en esos campos tan raramente frecuentados, un cuadrado largo y blanco, colocado sobre el pasto. Hicieron alto para hablar entre sí sobre el encuentro. Los miré también e incluso armé mi fusil, con el cual siempre me acostaba, por si se tratara de malhechores. Los recién llegados, después de una larga conversación, se detuvieron, ataron sus caballos y entraron en el campo. Creí entonces que era el propietario del lugar, pero la hora resultaba poco propicia para visitarlo. Me puse en guardia. Los ladridos de mi perro despertaron finalmente a mi gente, los cuales aparecieron en la ribera. Esos hombres, empero, no llegaron hasta donde estábamos; se pasearon algún tiempo, montaron de nuevo a caballo y desaparecieron. Sorprendido por ese paseo nocturno, continué, por

prudencia, tomando precauciones hasta el día siguiente en que reconocí que eran superfluas. El dueño del campo, porque lo era efectivamente, como lo había pensado, mi visitante nocturno, volvió al apuntar el día. Me enteré de que había venido a buscar fruta durante la noche, con el fin de dársela a comer a soldados que iban de La Bajada a Corrientes; por lo demás, se mostró muy cordial conmigo. Le adquirí las calabazas que mi gente codiciaba y nos separamos mutuamente satisfechos. Ese hombre me previno que pronto llegaríamos al río Guayquiraró, que sirve de límite meridional a la provincia de Corrientes. Iba, pues, a abandonar para siempre esa comarca hospitalaria; confieso que lo lamenté, y que, más tarde, siempre la he recordado con renovado placer. Poco tiempo más tarde, siguiendo el mismo canal, separado del Paraná por terrenos bajos, cubiertos de árboles, llegué a la desembocadura del Guayquiraró, que tiene su fuente en medio de las llanuras. Es un pequeñito riacho, que no tiene más ancho en su desembocadura que el Riachuelo cerca de Corrientes. Me detuve algunos instantes antes de entrar en otra provincia, dando mi último adiós a aquella que me había acogido durante más de un año, sin que tuviera nunca que quejarme un solo instante de sus habitantes.

Provincia de Entre Ríos

El 30 de abril, habiendo pasado a la orilla opuesta del río Guayquiraró, me hallé en la provincia de Entre Ríos, llamada así porque está comprendida entre el Paraná, al oeste, y el Uruguay, al este. Seguí siempre el mismo canal, a orillas del cual maté muchos rascones gigantes, de aspecto alegre, cuyos gritos me aturdieron por momentos. Las orillas seguían inundadas. Me detuve hacia el mediodía para almorzar. El sitio por donde descendimos estaba cubierto en todas partes de rastros recientes de pasos de jaguares y conejillos, habiendo, sin duda, estos últimos atraído a aquellos sanguinarios animales. El piloto me hizo notar que las orillas de ciertas partes de ese brazo estaban cubiertas de una especie de zarzaparrilla, y se entabló un largo discurso respecto a las curas que operan diariamente las aguas del Paraná en los enfermos que salen de Buenos Aires y remontan el río. Es, a lo que parece, una idea generalizada en América, que las aguas de ciertos ríos son más o menos saludables, según las plantas que bañan. Es así que los indios de las costas del Mamoré en Bolivia pretenden curarse bebiendo esas aguas. El Sr. Humboldt ha encontrado las mismas condiciones

30 de abril

en los alrededores de Caracas[3], en Colombia, y ellas están extendidas por todas partes. Las aguas del río Guayquiraró me parecen tener un gusto bien distinto de las del Paraná, a las cuales prefiero mucho. Las del río Corrientes surgen de vastos pantanos y recorren, luego, una extensión demasiado grande de lagunas como para ser buenas, a pesar de su paso momentáneo por la zarzaparrilla. Cuando las surqué por primera vez les hallé un sabor agradable, aunque con algo de almizcle. He hallado ese mismo olor en los ríos de las llanuras, solamente en las partes cálidas, y he podido comprobar, verdad de lo que aseguran los indios, de que se debe al gran número de caimanes que las habitan y les comunican aquella característica. No lo he sentido jamás en las aguas de las partes frías, sin creer, por lo demás, que su paso sobre las raíces de plantas pueda influir mucho en su salubridad, ni que el olor del almizcle pueda darle un mal gusto. De cualquier manera, me ha sido demostrado que los ríos de América, a pesar de pasar sus aguas por pantanos, a pesar del gran número de peces muertos que arrastran sus corrientes, contienen muchas menos porciones deletéreas que nuestros ríos de Europa, que reciben todos los desperdicios de las ciudades que atraviesan, así como todos los residuos de las preparaciones químicas que se emplean en las manufacturas. El viajero es dichoso al encontrar aguas mas sanas, porque no es fácil corregirlas por medio de su mezcla con licores espirituosos y menos todavía purificarlas por medio de filtros.

Un terrible viento se levantó. No podíamos permanecer en el lugar donde habíamos desembarcado, tanto a causa del fango y de la humedad del terreno, como debido a la gran cantidad de rastros de jaguares, que hacían sospechosa la localidad. Partí de nuevo sólo para buscar más abajo, en el canal, un albergue mejor. Luchamos corajudamente contra el viento sur, que soplaba con fuerza extraordinaria; varias veces la embarcación estuvo a punto de zozobrar. Terrenos llanos e inundados aparecían a cada lado, amortiguando algo la violencia del viento. Las tierras bajas del continente estaban cubiertas de aves acuáticas. Al desembarcar hice fuego contra una cigüeña *baguarí*; luego, avancé por esos pantanos, para aproximarme a las innumerables bandadas de pájaros que veía de lejos. Entré con el agua hasta las rodillas y marché, agachándome, bajo el vuelo de esos pájaros. Era un suelo muy chato, sobre el cual gran número de peces habían sido arrastrados por el río, pero las aguas, al retirarse insensiblemente, dejaron en el lugar muchos peces, de la especie denominada *sábalo*, unos muertos, tirados sobre la hierba, y los otros todavía vivos, detenidos por centenares en lugares algo más profundos. Allí, millares de aves

3 *Voyage aux régiones équinoxiales*, t. 4, p. 180.

ictiófagas, atraídas por ese alimento fácil de alcanzar, se habían reunido, y presentaban una curiosa mezcla de colores; los acacalotes blancos, de alas negras, las blancas garzas, la rosada espátula, se habían reunido y cubrían una vasta superficie del suelo. Sólo existen tantas aves en medio de los vastos desiertos. Nuestros países civilizados no les ofrecen suficiente alimento. Me acerqué a la bandada, demasiado ocupada para verme; apunté e hice fuego en dirección al medio. La bandada voló ruidosamente, lanzando diversos chillidos, y vi el lugar cubierto de muertos y heridos; fue un buen tiro de fusil para un cazador. Quedaron tendidas dos cigüeñas, dos acacalotes, tres espátulas rosadas y tres garzas. A duras penas, pude transportar lo que había matado, y sólo doblándome bajo el peso pude llegar hasta el barco. Nubes de aves volaban de todas partes manteniéndose a la distancia y aguardando mi partida para volver a buscar alimento. De regreso a la embarcación, el piloto quiso detenerse algo más. Preferí pasar de largo que permanecer en el agua más tiempo.

El cansancio de remar contra la violencia del viento había indispuesto a mi tripulación, y cuando le intimé la orden de ir más lejos, lo hicieron de muy mala gana. Una hora más tarde, a fuerza de remar, llegamos a un terreno menos inundado, a la orilla misma de los pantanos. Por la noche, no apareció ningún mosquito; el excesivo viento los alejaba o les impedía salir sea de los bosques, sea de las altas hierbas, donde siempre se ocultan. El viento sur, sobre todo, pone, en todo el hemisferio sur, obstáculos a su aparición, más por el frío que trae que por su violencia, porque el viento fuerte del norte no impide que los mosquitos vuelen al abrigo de los bosques y piquen cruelmente. Yo había estado mojado todo el día, y por la noche sentía tanto frío que temblaba, hecho que me indicaba la proximidad del invierno que avanzaba hacia el sur. No se oía el canto de ningún pájaro terrestre; el viento sur los había obligado a refugiarse dentro de los bosques, mientras que estaban despiertas muchas aves acuáticas o de río, que se disputaban los alimentos, en medio de los pantanos que acabábamos de costear. Esa mezcla de diversos sonidos producía una extravagante cacofonía, que resultaba de los silbidos de los ánades de toda especie, del canto de los rascones, de la especie de ladrido de las garzas, que retumbaba, a intervalos, en medio de los roncos acentos de las diversas garzas reales, de las cigüeñas, de los acacalotes, de los ibis, de las espátulas y de los jabirús. La estación de los fríos comenzaba a avisar a las aves de las regiones meridionales para sustraerse a los rigores de su clima y ya, aunque en bandadas separadas, se veía a todos, guiados por el mismo instinto, alejarse de las inmensas llanuras del sur de Buenos Aires. Es necesario haber visto esas numerosas concentraciones de aves para tener una idea cabal de ellas; es necesario haber

pasado una noche entre ellos para imaginar la batahola que hacen, sea peleando entre ellas, sea con sus chillidos habituales, sea por el llamado característico de cada especie para reunirse con los suyos. Tuve realmente el placer de contemplar esa parte de la creación aún animada, cuando el resto estaba sumido en el sueño. "El gozo que experimento –me decía–, tratando de distinguir el canto característico de cada especie, es y será, por así decirlo, siempre desconocido a los habitantes de las ciudades, que se creerían tal vez muy desdichados de tener que pasar una noche al aire libre, en medio de una naturaleza tan salvaje".

1 de mayo

El 1 de mayo, al apuntar el día, me puse en camino. El brazo en el cual estaba se extendía de golpe y doblaba su anchura, al unirse con otro llamado *Riacho del Espinillo*, a causa de la gran cantidad de acacias de esa especie que cubren las orillas de los pantanos de la costa firme. Lo seguí y vi muchos conejillos y grandes ciervos, aunque inútilmente, porque la humedad de la noche había puesto mis armas en mal estado. Pasé frente a un lugar llamado *Curuzú Chali*, donde el piloto me señaló algunas cruces de madera, indicando la sepultura de varias víctimas de los jaguares; habló extensamente del gran número de jaguares que hay en esos lugares. Me detuve, algo más lejos, en un sitio donde las orillas bastante altas permiten descender fácilmente a tierra y recorrer un terreno seco. El brazo del Paraná se había alargado a tal punto que en su mayor anchura, del lado donde yo me hallaba, las islas se alejaban, más y más, de la costa. Recorría esos alrededores, cuando vi en la playa una bandada de lo más numerosa de ánades de la especie llamada *specutirí*; estaban en la arena. Creí poder sorprenderlos, y en efecto, avanzando por detrás de los árboles, me acerqué lo suficiente como para dispararlos provechosamente, mientras estaban posados, preparando el segundo para el instante en que volaran. Los ánades no me veían y, realmente, sería difícil reflejar mi agitación; es necesario ser cazador para contener la emoción que se experimenta cuando un tiro calculado está a punto de dar en el blanco. Lancé mis dos tiros como lo había proyectado; la playa y la orilla de las aguas quedaron cubiertas de ánades. Levanté veintisiete, lo que podrá parecer asombroso, si no hubieran estado colocados sobre la playa, donde cada grano de plomo debía rebotar en la arena y podía ser doblemente mortífero; fue el más brillante tiro de fusil que he logrado en mi vida; pero no debe considerarse extraordinario... He visto a menudo tiros más brillantes todavía, logrados en el invierno por los cazadores en los pantanos de los alrededores de Buenos Aires.

Me alejé de esos lugares a las tres; seguí costeando hasta la noche. La ribera se iba elevando poco a poco, dando nacimiento a los altos acantilados característicos de la provincia de Entre Ríos. Esos terrenos estaban cubiertos

de acacias espinosas, entonces desprovistas de hojas, todas áridas y tristes. El ruido de mi desembarco hizo levantar a un ágil ciervo, que buscó refugio en medio de la maleza y desapareció como relámpago. Recorrí ese bosque, donde el suelo estaba en todas partes cubierto de huellas recientes de ciervos y jaguares. Había, sobre todo, tal cantidad de huellas de estos últimos que resultaba imposible dudar que hubiera muchos en los alrededores. Creí prudente no acostarme en tierra y de ocupar, por la noche, el lecho que me quedaba, por más incómodo que fuera, obligado a ponerme atravesado en mi pequeña embarcación, falto de otro lugar. Debí dormir con el cuerpo arqueado, lo que resultaba muy molesto, tanto más cuanto que, esa noche, tenía una elevada fiebre, causada, sin duda, por el cansancio del día, y me acosté muy indispuesto. Desde el comienzo de la noche, los rugidos, primero lejanos, de los jaguares se hicieron oír cada vez más cerca; y esos animales eran tanto más peligrosos cuanto menos rugían, acechando a los tripulantes de mi frágil embarcación. Mi perro, que dormía en tierra, ladraba continuamente, lo que anunciaba la presencia de jaguares, y estuvo a punto de sucumbir, salvándose al precipitarse hacia donde nosotros estábamos. Había llegado el momento de pensar en nuestra seguridad personal. Un hermoso claro de luna hacía posible distinguir de lejos los objetos. El jaguar que había hecho huir a mi perro se acercó suavemente a la orilla, a cinco o seis pasos de nuestro refugio. No le di tiempo a saltar al barco y posiblemente elegir una víctima entre nosotros; le lancé un tiro de fusil, que lo hizo huir sin que pudiera saber si lo había alcanzado. No volvió tan cerca, pero otros menos audaces se hacían oír constantemente en los alrededores. La mañana puso fin a nuestros temores y costeamos los acantilados, cada vez más altos, hasta Caballú Cuatiá, donde me detuve; era el primer lugar habitado de la provincia de Entre Ríos, reunión poco numerosa de pobres cabañas bastante distantes entre sí, donde vivían hombres desconfiados y poco comunicativos, con rostros de aspecto tan feroz como el de los jaguares, sus vecinos. A duras penas quisieron hablarnos; por eso creí conveniente no acercarnos mucho a ellos. Pasé una parte del día preparando la caza de los días precedentes; luego hice que nos detuviéramos algo más lejos, en la desembocadura del arroyo Curuzú Cuatiá, de donde partí para cazar en los alrededores, en los bosques de espinillos, donde hormigueaban, por todos lados, las cotorras y los tinamús. Un árbol bastante grande de la costa, cerca del lugar donde acampamos, estaba cubierto de esos enormes nidos de espinas de los *anumbis*, que saben erizar tan bien para defender a sus pichones de la proximidad de otros pájaros. Esos nidos producen un curioso efecto, posados sobre las últimas ramitas de los árboles, son balanceados por el viento; allí el pájaro que lo cons-

truye va, con su compañera, a hacer oír sus alegres cadencias, antes de acostarse en el segundo o tercer compartimiento. El sitio donde yo estaba parecía muy cercano a aquél donde después de haber fundado gloriosamente Buenos Aires y de haberla consolidado, el desdichado general Juan de Garay, mientras dormía tranquilamente en tierra, fue sorprendido, con los suyos, por los indios minuanes, quienes lo mataron, así como a una parte de sus soldados.

3 de mayo

El 3 de mayo costeé lentamente los elevados acantilados hasta las diez; luego me detuve para examinar con atención las capas superpuestas que los componen. Al principio ferruginosas en sus niveles inferiores, están formados, en la mayor parte de su altura, de capas alternadas de arcilla y yeso o cal sulfatada, de la cual se hacen algunas exportaciones a Buenos Aires; esos acantilados, de más de trescientos pies de altura sobre el río, son puramente terciarios. El litoral del Paraná, en lo bajo de la costa, es en todas partes arenoso, a veces con algunos árboles y más a menudo cortado a pico y poco abordable. Lo escalé, recogiendo muestras de las capas, hasta llegar a la cumbre, la cual estaba cubierta también de espinillos, mezclados empero a muchas otras especies de árboles. Desde ese lugar dominaba las hermosas campiñas despoblados de la orilla opuesta. El Paraná carecía de islas. Los terrenos de aluvión aparecían, en esa parte del río, a la orilla derecha, sobre la costa firme; pero mostraban, hasta donde podía alcanzar la vista, terrenos bajos. Había, sin embargo, algo raro y hasta tal punto salvaje que era imposible contemplar con sangre fría: grupos de bosques, inmensas llanuras donde serpenteaban los arroyos y una multitud de lagos y pantanos todavía cubiertos de agua, cortando de tal manera el suelo, que podría tomarse como un verdadero jardín inglés. Recorrí con la vista esos terrenos todavía vírgenes, esa extensa comarca todavía inútil, que podría proporcionar tantos beneficios al agricultor. ¡Qué contraste entre las tierras de la margen izquierda, entonces secas, áridas, sin vegetación por así decirlo, debido a la estación, y esas hermosas campiñas, siempre verdes, que animaban la orilla opuesta! Una ojeada sobre la primera me mostró, en la lejanía, una pequeña choza; me dirigí hacia ella y vi el primer campo de trigo desde mi partida de Corrientes. La explotación de cereales podría dar buenos resultados en las partes meridionales de la provincia de Corrientes puesto que da excelentes cosechas en las partes limítrofes con Entre Ríos; pero sólo se han utilizado poco y los resultados han sido tales que la provincia, empobrecida por las pérdidas de ganado, comienza a reconquistar la riqueza primitiva, uniendo al cuidado de los animales la agricultura del trigo, que da, constantemente, sesenta por uno, en terrenos enteramente nuevos, que hasta dentro de varios siglos no

tendrán necesidad de ningún abono. Desde el lugar donde me hallaba, el campo parecía ondularse en algunos sitios y se veía, en el horizonte, un gran bosque de palmeras, cuyo color glauco me hizo suponer que eran yatais; por lo menos formaban como éstos un bosque de poca altura. Si fueran realmente yatais, lo que no puedo asegurar, no habiendo podido reconocerlos, esta especie ocuparía un espacio inmenso, desde el grado 27 hasta el 51 sur, y revelaría también la existencia de colinas arenosas situadas sobre la arcilla. Volví a partir, pasé frente a la desembocadura del *Arroyo Verde* y del *Arroyo Seco* y a lo largo de elevados acantilados que se extienden, sin interrupción, hasta La Bajada. Ya había recogido maderas fósiles en el asperón, cuando mi navegación ascendente a Corrientes; el recuerdo de esa circunstancia me hizo seguir las orillas del río con la esperanza de encontrar y tal vez de hallar esqueletos fósiles; por desgracia, las aguas estaban todavía demasiado altas, batían el pie mismo de los acantilados y cubrían así los sitios más favorables a ese género de investigaciones, playas en las cuales las partes más sólidas permanecen después de que las arenas son arrastradas por las corrientes; con todo, puse tanto cuidado en mi exploración que, hallé numerosos troncos *agatizados* y un gran hueso de mamífero, que me pareció ser un fémur. Llegué a las tres a Feliciano, segundo lugar habitado de la provincia de Entre Ríos, pequeño caserío, como el de Caballú Cuatiá. Allí fue donde vi, algo más lejos, la cabaña del portugués, cazador de jaguares, del quien he hablado al referirme a mi primer viaje por el Paraná. Sabía que ese intrépido cazador podía fácilmente satisfacer sus gustos, porque esos animales son bastante comunes en aquellos contornos. Desde lo alto del acantilado dominaba la orilla opuesta del río y vi, algo más abajo, la desembocadura del *Riacho de Cañasco*, brazo que está separado del Paraná por una inmensa isla baja, que se prolonga desde allí hasta cerca de Santa Fe. No pudiendo permanecer al pie del acantilado desnudo, porque un golpe de viento hubiera podido agitar las olas y hacerme naufragar, debí buscar un puerto, continuando al mismo tiempo mis observaciones geológicas. Me fatigué mucho, saltando a veces de piedra en piedra, pasando por terrenos casi perpendiculares que se desplomaban a mi paso y podían, a cada instante, arrastrarme con ellos al Paraná. A falta de un verdadero puerto, me detuve en una pequeña ensenada donde quise dormir en tierra, prefiriendo exponerme a las garras de los jaguares a sufrir los millares de mosquitos que me atormentaban en el barco, donde la penosa postura que estaba obligado a tomar para dormir agravaba aún más el suplicio.

Al día siguiente continué recorriendo la base de los mismos acantilados elevados. Varios islotes aparecían cerca de la costa. Pasé frente a la punta de Venandaria y me detuve en un pequeño puerto conocido con el nombre de

Fernández, en medio de una bahía bastante grande. Las numerosas huellas de jaguares que bahía en la arena esa noche me hicieron pensar que tales animales abundaban en esos lugares; el acantilado, cuyo pie ya no

4 de mayo

era batido por las aguas, se había ido cubriendo poco a poco de vegetación muy activa, en medio de la cual perseguí a varios pájaros que lanzaban agudos chillidos. Llegué así a la cumbre, donde hallé las palmeras de hojas flabeliformes que ya había observado al remontar el río; había pensado entonces, porque eran muy pequeñas y menudas, que estaban en el punto extremo de la zona donde crecen, pero como no las vi en ninguna otra parte de la provincia de Corrientes debí creer que es una especie completamente peculiar de los acantilados del Paraná. En la provincia de Entre Ríos vi algunas con frutas y pude traer una, en fragmentos, al Museo de París. Desde ese lugar, donde gozaba de una perspectiva magnífica, no dejaba de contemplar la impresionante irregularidad de las corrientes de agua, de los lagos y de los pantanos de esas islas de la otra orilla. Los acantilados pelados de los contornos presentaban aún bloques de yeso en gran cantidad. La explotación resultaba tanto más fácil cuanto que la extracción ya estaba hecha. Cuando volví a navegar, noté que el acantilado había cambiado de aspecto; no estaba más continuamente batida y socavada por las aguas del río; las costas, más inclinadas, permitían a la navegación retomar su dominio. De tanto en tanto, se abría y mostraba alegres vallecillos, boscosos, entre animadas colinas; pronto, después de la punta de la *Rosa*, la ribera se cubrió enteramente de bosques y me ocultó las capas de que estaba compuesta o me las mostró solamente en contados puntos. Pasé por la punta *Bera*. La costa seguía presentando algunos islotes, y uno de ellos forma el brazo denominado *Riacho del Chapetón*, en el cual me detuve; ascendí de inmediato a lo alto del acantilado, en medio de espinas y palmeras, y desde allí pude contemplar un instante el hermoso panorama de las ricas campañas despobladas del interior de la provincia de Entre Ríos; volví a ver los numerosos bosques de palmeras, semejantes a los yatais, plantados en largas hileras en medio de bellas llanuras, cuya uniformidad no era interrumpida por ningún ganado. Esa comarca sólo espera brazos laboriosos para producir al céntuplo. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la estabilidad de los gobiernos permita al extranjero hallar un refugio seguro? Los jaguares fueron de nuevo nuestros vecinos nocturnos, y sus rugidos, unidos a los ladridos del pobre perro, que quería advertirnos de la presencia de aquéllos, no nos dejaron disfrutar del reposo.

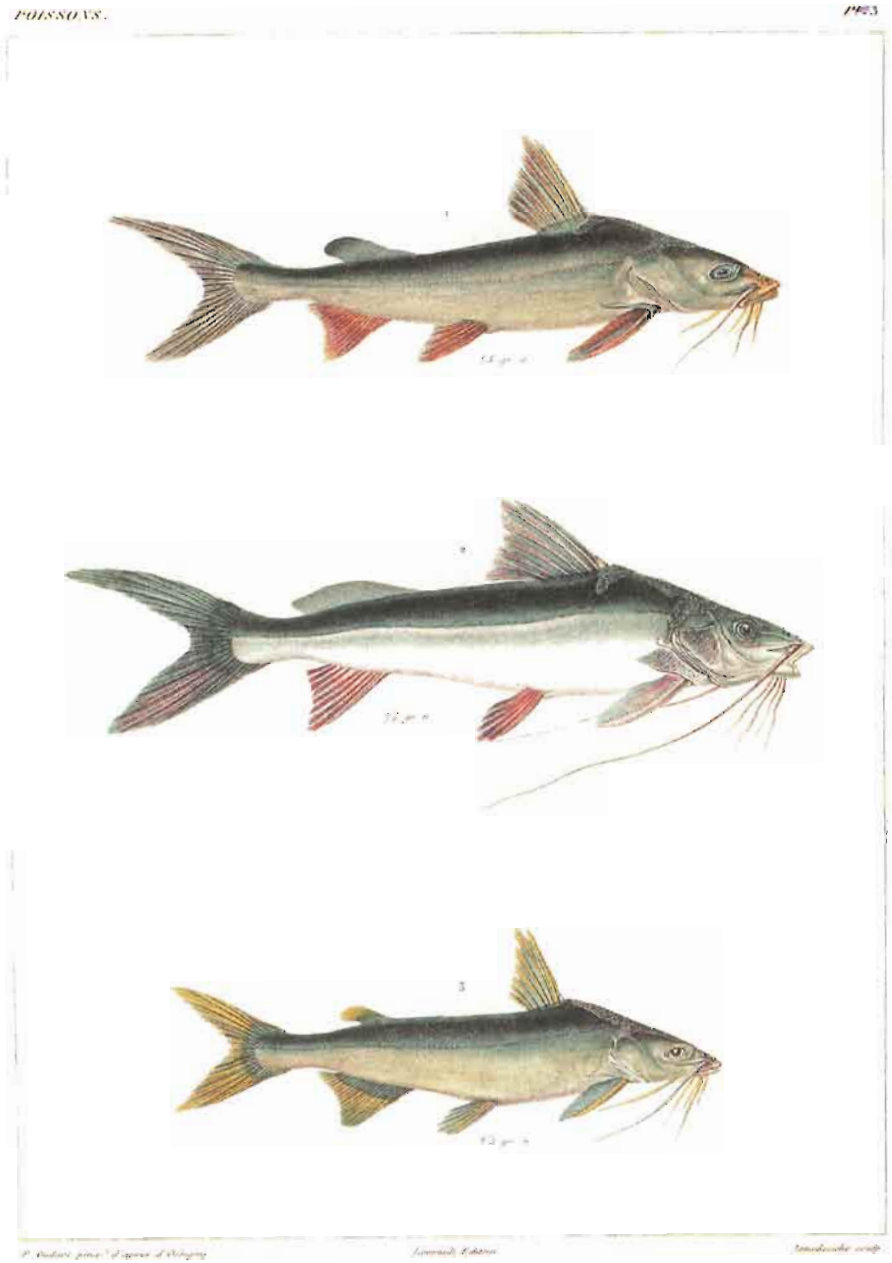
El 5 de mayo seguí bordeando las mismas costas, cada vez más boscosas; pronto me detuve para buscar, en medio de esas malezas, conchillas terrestres. Fui devorado por los mosquitos, pero hallé lo que buscaba y todo fue olvidado.

En cuanto a los bosques, eran de una naturaleza diferente de los de Corrientes y no estaban entremezclados de lianas, ni eran variados en especies; los árboles eran pequeños y su follaje se parecía más bien al de las comarcas templadas que a ese hermoso atavío de las comarcas cálidas. Arriba del bosque había un hermoso establecimiento agrícola, donde volví a ver, no sin vivo placer, los surcos trazados por el arado al sembrar trigo. Confieso que el aspecto de la granja, completamente europea, así como el de los bosques vecinos, me hacía soñar y me transportaba momentáneamente a nuestras campiñas de Francia. Sentíame feliz por la impresión que experimentaba; desgraciadamente volteé la cabeza y todo el encanto quedó destruido. La vista del Paraná, de ese ancho río, lo hizo desaparecer; volví a encontrarme en América. Vi, al mismo tiempo, los terrenos bajos que había explorado el año anterior y donde había recogido tan hermosas especies de conchillas; deseaba volver a visitar esos lugares, en los cuales una fiebre no me había impedido cazar. Me traían a la memoria algunos malos recuerdos; regresé rápidamente al barco y ordené la partida rumbo a la otra orilla. Nos pusimos en camino, luchando penosamente con los remos contra un viento sudoeste, tan violento que el barco estuvo varias veces a punto de zozobrar. Mis hombres comenzaron a tener miedo. Hasta el piloto me dijo que corríamos el riesgo de perecer, si nos obstinábamos en luchar contra el viento, en medio del río; nos vimos obligados a regresar con presteza a la orilla izquierda, pasando frente a desembocadura del riacho de *Las Conchillas*. Pronto tuvimos a la vista el puerto de la Bajada, capital de la provincia; nos dirigimos allí y no tardamos en vernos en medio de una veintena de embarcaciones grandes y pequeñas, que cargaban o descargaban.

5 de mayo

Ese puerto de la Bajada consiste en un hundimiento de la costa, defendido de los vientos del sur por una acantilado muy alto; está ubicado en un arroyuelo que permite a los barcos llegar a la misma costa. En el desembarcadero hay varias cabañas pequeñas, entre el canal y el acantilado, que siguen hacia el norte. Sobre la pendiente, a mitad de la cuesta, está colocada la casa de la aduana y del capitán del puerto, de manera que desde el mismo río se ven solamente los barcos y el movimiento comercial. El panorama está limitado por los acantilados cubiertos de prados; sobre la pendiente hay trazados numerosos senderos, entre los cuales está el gran camino que va a la aduana y a la ciudad propiamente dicha. El espacio comprendido entre la barranca y el Paraná está cubierto de todo lo que caracteriza a un establecimiento de esa naturaleza: troncos de árboles para construcciones, dispersos acá y allá, viejas embarcaciones abandonadas y pequeñas chozas donde se venden bebidas a los marineros.

1: *Conferva aculeata*; 2: *Sphacelaria callitricha*; 3: *Polysiphonia dendritica*.



1: *Bagus commersoni*; 2. *Arius albidus*; 3. *Arius nigricans*.

Tan pronto como llegué me vi rodeado de curiosos, entre los cuales había franceses, italianos y otros extranjeros, que me aconsejaron, de inmediato, no ir del puerto a la ciudad sin armas, a la hora de la siesta o por la noche, porque me expondría a ser asesinado; y todos apoyaron sus consejos con relatos de aventuras trágicas acontecidas poco antes. Me dijeron en voz baja, señalándome a varios hombres a caballo, con grandes cuchillos a la cintura e indicándome uno tras otro: ese mató ya a cinco personas; aquél otro, seis; y, en fin, según ellos, el más inocente debía reprocharse la muerte de por lo menos uno de sus semejantes. Les pregunté si existía alguna justicia allí, y tuve la prueba de que tanto en esa región como en toda la República Argentina, las leyes carecen de fuerza, tratándose de crímenes. Cuando se encarcela al asesino, sólo lo es por un momento. Se salva, siempre que no se le deja huir, para no llenar las prisiones, y no se lo prende de nuevo o bien se hace de él un soldado. Es comprensible, por lo tanto, qué clase de tropas puede haber. Jamás los criminales son ejecutados; tal impunidad los estimula, pues, a continuar. Esa costumbre de asesinar no existía antes de las revoluciones que determinaron la emancipación de las Provincias Unidas. Podíase entonces ir, con la mayor seguridad, del Perú a Buenos Aires, con mulas cargadas de dinero, y el camino de Buenos Aires a Corrientes, que pasa por la Bajada, era considerado el más seguro; pero las guerras partidistas y el carácter un tanto sanguinario de la casta de los gauchos o pastores, acostumbrados a la sangre, desarrollaron en ellos los gérmenes del pillaje y los han hecho tan indiferentes a la muerte de un hombre como a la de los animales que están acostumbrados a sacrificar, o hasta a la del caballo que degüellan cuando no los obedece con presteza en sus marchas. Parece que hoy nadie se toma el trabajo de poner a buen recaudo a quien comete un crimen; por eso la campaña está infestada de bandidos considerados en la región como buenos ciudadanos, dispuestos, por lo demás, a saquear las provincias vecinas, como han saqueado ya las provincias ribereñas de la Banda Oriental.

Mi conversación fue interrumpida por la llegada de un soldado mal vestido y con los pies desnudos, que me notificó que debía presentarme, inmediatamente, como patrón de mi barco, en la capitanía del puerto. Poco habituado a hacerme el recalcitrante, acudí sin demora y me hallé ante un hombre bastante tratable, el cual me intimó la orden de presentarme, de inmediato, ante el gobernador o capitán general de la provincia. El funcionario no me dejó partir antes de formularme muchas preguntas. Ascendí a la cima del acantilado por un camino tortuoso en estado bastante bueno; una vez en campo raso, vi la ciudad de la Bajada, situada sobre los mismos terrenos llanos y arcillosos, ligera-

mente inclinados hacia el río, a medio cuarto de legua del puerto. Una multitud de senderos conducía a diferentes puntos, como puede imaginarse, a través de un terreno perteneciente a todo el mundo y no cultivado; su aspecto no tenía de lejos nada de alegre y menos de pintoresco. Veía una reunión de casas casi todas de un solo piso, la mayoría cubiertas de rastrojos, y en medio de las cuales se elevaba la cúpula de un campanario, bajo y poco elegante. Las casas eran bastante lindas en el centro de la ciudad, pero se hacían cada vez más pequeñas y mal construidas a medida que se alejaban, lo que, en un terreno horizontal, se observaba pronto y producía un raro efecto, representando el conjunto una especie de cono fuertemente aplastado. El hombre habituado al aspecto exterior de nuestras ciudades europeas, donde tantos jardines, bosques y casas de campaña ocultan, en parte, el panorama general de un lugar habitado, se asombraría por completo al ver los alrededores de una ciudad donde los habitantes se dedican más particularmente a la crianza del ganado. No aman la agricultura y ninguna de sus casas está adornada con jardines; no plantan un solo árbol y, por el contrario, cortan todos los que pueden hallar, para formar esos inmensos corrales agrupados alrededor de las cabañas dentro del perímetro de la ciudad; por eso se creería que el fuego ha pasado por todas partes; gran número de estacas erizan el contorno y lo hacen parecer a una plaza fuerte, defendida por caballos de frisa. No es aún todo; si se pasea la vista por los alrededores, uno no siente menos tristeza; ¡qué desnudez, qué aspecto salvaje! El terreno está en todas partes desprovisto de árboles a una gran distancia y se diría que la tierra se niega a cubrirse de vegetación. Se halla pisoteado en casi todas partes, mostrando la arcilla al desnudo; y, por lo menos en la estación en que estábamos, apenas el suelo mostraba, de tanto en tanto, por la aparición de algunas pequeñas gramíneas secas, que era capaz de alimentar a lo sumo una sombra de vegetación. El estado del tiempo no contribuía poco a hacer la aproximación a ese lugar tan triste como era posible. El viento soplaba siempre, recorriendo rápidamente esas llanuras descubiertas y levantando desde todos los puntos torbellinos de polvo, que, luego de girar largo tiempo sobre sí mismos, formaban una verdadera tromba y se elevaban en los aires en columnas rojizas móviles y vacilantes; varias de esas columnas se mostraban y se deshacían, y su polvo, al dispersarse en nubes por toda la llanura, ocultaba la ciudad. Otras veces me envolvía y me enceguecía por unos instantes; luego, iba a cubrir los campos vecinos. He ahí bajo qué auspicios se me presentaba la ciudad de la Bajada, capital de la provincia de Entre Ríos.

Entre la multitud de senderos que se abrían a mi impaciencia, seguí al azar el primero que se me presentó; encontré a cada paso hombres a caballo de cara hosca, ojo escrutador y cuchillo al cinto, capaces de hacer temblar al más co-

rajudo. Muchos me abordaron de una manera bastante insolente, para reírse luego entre sí al verme modestamente a pie. Tal era mi pasaporte de extranjero, porque ningún hombre del país habría ido a pie del puerto a la ciudad. Era la hora de la siesta, y a pesar de los consejos oficiosos de los europeos que había encontrado en el puerto, me creía seguro. Llegué finalmente a la ciudad; vi primero muchos corrales y pequeñas cabañas mal construidas; luego una gran plaza y, a un lado de ella, la iglesia, edificio vasto, pero de construcción bastante mala y poco en relación con el esplendor habitual de los templos españoles. Alrededor de esa plaza están las más hermosas moradas de la ciudad; algunas incluso tienen dos pisos y terraza. Muchos negocios, que vendían artículos al menudeo, comenzaban a abrirse. Daban la idea del mismo género de comercio que en Corrientes, aunque no de la misma amabilidad de parte de los mercaderes. A regañadientes se dignaron indicarme la residencia del gobernador, porque éste no estaba, a esa hora, en la casa de gobierno. Atravesé varias calles, más o menos ocupadas de casas y que se cortaban en ángulo recto, porque la ciudad está dividida en cuadras, como todas las construidas por los españoles; y llegué así, no sin preguntar varias veces por el camino, a un alojamiento de pobre apariencia, de un solo piso cubierto de rastrojo. Hallé abierta la puerta de una de las dos habitaciones de que se componía; entré y vi a dos mujeres con los pies desnudos, bastante mal vestidas, a quienes pregunté por el capitán general de la provincia. Una de ellas me respondió que su marido dormía, invitándome a esperar que terminara la siesta. Me ofrecieron un asiento con bastante gracia, porque las mujeres americanas son en todas partes las mismas; en ellas se encuentra siempre esa bondad cordial, esa amabilidad tan rara en sus maridos y que contrasta de una manera impresionante con la rusticidad habitual de estos últimos. Ese sexo conserva constantemente, desde la civilización más avanzada hasta el estado salvaje más simple, pasando por todos los grados intermedios, un lenguaje de lo más amable y maneras que endulzan y hasta hacen olvidar los malos procederes de algunos hombres.

Consideré atentamente, en silencio, el mezquino alojamiento del jefe supremo de la provincia y lo comparé, involuntariamente, con la morada suntuosa de las autoridades en las ciudades civilizadas, y sobre todo con su representación interior; sin embargo, pensé que ese gobernador no hubiera cambiado su lugar por el de uno de nuestros prefectos, teniendo más que éstos el derecho de mandar en todas las ramas de la administración; y sin embargo su morada no valía la pieza de un portero de prefectura. Las mujeres, poco comunicativas, como todos los habitantes de esta región, me hablaron poco y la conversación se limitó a saber de dónde venía y a dónde iba; finalmente, a las tres y media,

el gobernador se despertó; pidió que le llevaran un mate y fuego para alumbrar su cigarro; luego, un momento después, salió. Tenía los pies desnudos, y estaba vestido como verdadero gaucho, con un simple calzoncillo, chiripá y una mala chaqueta. Me abordó de una manera altanera, que estaba poco de acuerdo con su vestimenta; y, tratándome de manera descortés, me pidió el pasaporte, lo leyó, me lo devolvió y ablandándose me dijo que, puesto que permanecería poco tiempo en la región, no necesitaría otro y que podía irme. No me lo hice repetir dos veces y recorrí la ciudad durante algún tiempo. Pronto la vi toda; su uniformidad la hacía poco atrayente. Hice varias compras y la abandoné de inmediato, para estar en el puerto por la noche[4].

Antes de la llegada de los españoles, el territorio que lleva hoy el nombre de provincia de Entre Ríos estaba poblado por pequeñas tribus indígenas dispersas a orillas del Paraná y del Uruguay. Parece también, en medio de la oscuridad que reina a ese respecto en los antiguos historiadores, que las orillas del Uruguay lo habrían estado por los minuanes, quienes, según mi opinión, no serían más que una tribu de los charrúas. Se extendían entre los dos ríos hasta el lugar donde está hoy la Bajada; mientras que, hacia el sur, las islas del Paraná estaban habitadas por los guaraníes. Del lado norte, había un espacio deshabitado entre las últimas tribus de los minuanes y las de los guaraníes de la provincia de Corrientes; esta belicosa nación se alió, más tarde, con los charrúas, los más bravos de todos los indios de esas comarcas, y combatieron mucho tiempo a los españoles, a quienes vencieron a veces y hostigaron siempre en el territorio de la Banda Oriental. Ellos mataron al capitán Juan de Garay, fundador de Santa Fe y Buenos Aires, así como a sus soldados, y demostraron un odio implacable hacia los españoles, de quienes hasta nuestros días son enemigos. Transmitieron, sin duda, su carácter belicoso y feroz, con su suelo, a los criollos que viven hoy, porque se descubre una línea demarcatoria entre el carácter tan dulce de los habitantes de Corrientes, salidos de la mezcla con los guaraníes y de buen genio, y el de los demás criollos provenientes del cruce con otras naciones indias. Esta observación, por más audaz que parezca, no deja de ser interesante, pero volvamos a nuestra historia.

---

4 En aquellos días era gobernador provisorio de la provincia de Entre Ríos el comandante general del 1er. Departamento, D. Vicente Zapata. A él refiere, sin duda, el autor. Zapata había sido elegido gobernador provisorio a raíz del levantamiento del coronel Blas Martínez contra el gobernador Mateo García de Zúñiga y el derrocamiento de éste. El 24 de junio de 1828, es decir, al mes siguiente de la visita de D'Orbigny, Zapata era apresado por el coronel Juan Santa María. (N. del T.).

Durante mucho tiempo ese vasto territorio fue poco frecuentado; incluso era contemplado con indiferencia por los españoles establecidos en el Paraguay, que pasaban y repasaban por él para ir a Buenos Aires. Los frecuentes ataques de los minuanes contra los españoles de la Banda Oriental obligaron a éstos a perseguirlos hasta sus últimos refugios. Entraron en su territorio, se unieron más estrechamente con los charrúas y, desde entonces, abandonaron su suelo para ir, en la Banda Oriental, a unirse con sus aliados[5], porque no siendo buenos navegantes, no podían luchar sin grandes dificultades con la naciente ciudad de Santa Fe. El vasto territorio comprendido entre el Paraná y el Uruguay permaneció mucho tiempo deshabitado en sus partes australes, y estoy íntimamente persuadido de que no se pensó siquiera en poblarlo antes de reconocer la necesidad de establecer comunicaciones por tierra entre Buenos Aires y el Paraguay; supongo que es por tal motivo que el mismo año se fundaron varias ciudades en una línea seguida hoy día, porque las necesidades de los viajeros hacían imprescindible tal medida. En 1730 se construyó, al mismo tiempo, en ese camino, San Isidro, cerca de Buenos Aires; Arrecifes, Rosario y la *Bajada de Santa Fe*, porque la ciudad actual no era considerada más que un apeadero de Santa Fe, dependiente siempre de esta provincia. Incluso ese lugar fue, hasta 1780, el único punto habitado. La necesidad de recorrer frecuentemente esa ruta debía dar una importancia real a la Bajada, tanto más que allí solamente se encontraba la rica cantera de piedra calcárea en condiciones de proporcionar la cal necesaria a las construcciones de Buenos Aires y Santa Fe. Hacia fines del siglo XVIII, la Bajada fue erigida en ciudad, en el momento en que se fundaban, a orillas del Uruguay (en 1780), las aldeas de *Arroyo de la China*, *Gualeguay* y *Gualeguaychú*. En 1800, según Azara[6], la población ya era de 3.000 almas.

Hasta la época de la emancipación de la República Argentina, la Bajada no fue más que una dependencia de Santa Fe; pero entonces no quería pertenecer ni a Santa Fe, ni a Corrientes; y, después de la constitución de la República, fue erigida en provincia, con el nombre de *Entre Ríos*. Desde entonces sus límites fueron: al este, el río Uruguay; al oeste, el Paraná; al sur, la confluencia de ambos ríos; y, al norte, una línea de este a oeste, que seguía el curso del río Guayquiraró y se unía al Uruguay. Debido a esa situación, esta provincia tiene todos los medios comerciales posibles; los dos grandes ríos que la

5 No trato aquí lo referente a la descripción particular de los minuanes, reservándola para la parte etnológica. Puede consultarse a este respecto la obra de Azara, t. 2, pág. 30.

6 *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, t. 2, pág. 338.

circunscriben le brindan excelentes puertos para todos sus tráficos y le permiten esperar, en el porvenir, toda suerte de progresos.

Casi de inmediato después de la emancipación de las provincias del Río de la Plata, guerras que se prolongaron mucho tiempo arruinaron, por así decirlo, a Entre Ríos. El paso continuo de las tropas de los diferentes partidos y la miseria a que fue reducida, imprimieron a sus habitantes el carácter sanguinario que los destacó posteriormente; bandas de ladrones infestaron entonces el bosque de Montiel y vivieron a expensas de los viajeros. Citaré aquí un pasaje interesante del viaje de M. Parchappe, en la época de los asaltos:

"Cuando me dirigía de la Bajada de Santa Fe a Concepción del Uruguay, atravesé ese bosque con carretas pesadamente cargadas; esa empresa parecía temeraria; pero mi conductor me había persuadido de elegir ese camino como el más directo, y para desvanecer todo temor, me confesó que mantenía relaciones con los bandidos que habitaban esos parajes y que, por medio de algunos regalos, de los cuales siempre estaba provisto para ofrecérselos en caso de encontrarlos, no tenía por qué temer ningún maltrato. A pesar de esa seguridad, nos encaminamos siempre sin hacer ruido y vi por un momento pintarse la inquietud en el semblante de mi guía. Se inclinaba constantemente sobre el cuello de su caballo y sus miradas trataban de penetrar la espesura de los montes. El bosque estaba silencioso y no podía descubrir indicio del menor peligro. No pude dejar de hacérselo notar, diciéndole que no descubría ni siquiera uno de esos animales que son tan comunes a la entrada de los bosques. 'Esto es precisamente lo que me inquieta –me respondió–; el bosque está espantado; alguien ha pasado por aquí'; pero pronto un rugido, como el del trueno, resonó en el bosque. Ese ruido extraño, que me produjo una extraña emoción, pareció, por el contrario, tranquilizar a mi conductor. 'Son caballos salvajes que nos han visto y que se alejan de nosotros –me dijo, sonriendo de mi sorpresa–; si hubiera peligro no estarían aquí'. Efectivamente, encontramos más lejos bandadas de avestruces y gamos que pastaban pacíficamente y que revelaban la profunda soledad que reinaba en esos lugares"[7].

Hasta entonces todos los habitantes eran pastores; la gran abundancia de ganado desapareció. Esas campañas, tan ricas antes en bestias con cuernos, que en rebaños salvajes cubrían todas las llanuras, fueron reducidas a la mayor miseria; y la necesidad condujo a carnear los animales salvajes o *baguales*. En la época de las primeras conquistas, algunos de esos animales abandonados en

7 Leído el 25 de febrero de 1831 en la sesión mensual del Comité del Boletín Mensual de las Ciencias y de la Industria.

las llanuras del sur y en las de Entre Ríos dieron nacimiento a numerosas manadas, que se multiplicaron a tal punto que, dos siglos después de la Conquista, las estancias no pudieron mantenerlos más, por la costumbre que habían adquirido las tropillas salvajes de llevarse a los caballos domésticos, sea arrastrándolos en sus falanges, sea relinchando para llamarlos[8]. Se los veía generalmente llegar al trote corto hasta la vera de los caminos, detenerse algunos instantes, levantar las orejas, abrir las narices y reconocer las caravanas que recorrían los desiertos; luego, en el acto, una patada del macho, una pedorrera y algunas coces amenazadoras eran la señal de la rápida fuga, y la tropilla se alejaba vientre en tierra, haciendo volar nubes de polvo.

La miseria obligó a los pobladores a hacerles una guerra a muerte; se comenzó con cacerías ejecutadas por gran número de personas reunidas y cuyo resultado era, principalmente, la posesión de la crin y del cuero de los baguales, que luego se comerciaban en Buenos Aires. Esas hermosas manadas animaban las ricas campañas y cada una de sus sementales conducía una tropa, defendiéndola de la aproximación de los otros machos; y, para aumentarla, aprovechaban todas las oportunidades de alzar las tropillas de yeguas domésticas. Se los veía llegar arrogantemente frente a cualquiera que penetrara en la campaña para reconocerlo y huir en medio de los bosques con velocidad de flecha, corriendo tan ligero y con tan pocas precauciones que muchos se rompían la cabeza en los troncos de árboles colocados frente a ellos... Todos esos nobles habitantes de las llanuras han desaparecido; no queda más que el recuerdo de la caza cruel de que les hicieron los habitantes. Estos se reunían en gran número, construyendo previamente, en un lugar aislado, un inmenso corral, a la entrada del cual se colocaban dos hileras de empalizadas divergentes, que se extendían a lo lejos en la campaña y parecían, fuera del corral, un inmenso embudo. Una vez terminados esos preparativos, los cazadores recorrían a caballo la campaña, cercaban a las tropillas parciales de esos caballos salvajes, las perseguían, tratando de hacerlas entrar por una de las bocas de ese cono, y una vez que lo conseguían formaban, tras ellas, una valla cerrada, de manera de impedirles retroceder. Las obligaban así a acelerar su pérdida, al estrecharse el cerco a medida que avanzaban. Los jinetes, armados de una lanza, empujaban cruelmente a los caballos, y allí, hombres provistos también de lanzas, procuraban golpear a cada uno de ellos, los cuales, en seguida, iban a expirar en las cercanías.

8 Hablaré más adelante, al tratar de los mamíferos, de todo lo que se relaciona con los animales domésticos que se hicieron salvajes.

Una vez introducidos todos, se cerraba el corral; se mataban a todos aquellos que habían sobrevivido a la masacre previa; luego, los cazadores se dedicaban a cortar la cola y la crin de sus víctimas y a veces a desollarlas. Ese género de cacería, repetido a menudo, disminuyó en mucho el número de animales salvajes. Fueron reducidos casi a nada; una epizootia destruyó los que quedaban y hoy apenas sí existen algunas tropillas. Tal caza debía hacer aún más crueles a quienes la ejecutaban; por eso la vista de la sangre era tan familiar a los pobladores de esta provincia que se hicieron más ávidos que nunca.

La serie de guerras, las enfermedades del ganado y grandes sequías destruyeron sus recursos. No había más bestias con cuernos y sólo se disponía de contados caballos para cazar los ñandús y los ciervos de las campañas, que eran, de 1818 a 1825, el único sustento, reducidos como estaban a la mayor miseria. Acostumbrados a no comer más que carne, debieron buscar hasta las raíces, comenzando sólo entonces a sembrar mucho trigo y a convertirse en agricultores. Tienen, empero, muchas más ventajas que en Europa, porque sus tierras, aún vírgenes, producen del 60 al 70 por 1[9]. ¡Ojalá persistan en ese género de tareas que terminarán por suavizar sus costumbres! Siguieron sembrando hasta las guerras de las Misiones, en 1827. Cuando vieron a los indios de esos establecimientos penetrar en territorio del Brasil para robar en conjunto, fueron también en masa a ese saqueo común. La Bajada fue, por así decirlo, abandonada. Todos los habitantes armados corrieron en bandas a saquear a los pobladores brasileños, como ya lo he dicho al hablar de Corrientes. Millares de bestias con cuernos llegaban diariamente a la orilla oriental del Uruguay. En un comienzo, se empleaban caballos para arrastrar, de alguna manera, a los primeros vacunos, que se arrojaban al agua, y el resto de la manada, hostigado por los jinetes, terminaba por seguirlos y cruzaba así a nado ese ancho río. Todos los días la provincia se llenaba de nuevos rebaños; pero, más tarde, la abundancia de ganado a orillas del Uruguay llegó a tal punto que se tomaron precauciones y centenares de bestias con cuernos se ahogaron y llenaron con sus restos las costas cerca de *Salto* (cascada del Uruguay) de manera que los vientos transportaban un olor pestilente a las comarcas vecinas. La provincia de Entre Ríos, algún tiempo antes tan pobre y cuyos habitantes estaban reducidos a morirse de hambre, se vio entonces rica a expensas de los brasileños de las provincias de San Paulo (*Río Grande do Sul*). La abundancia de que gozaban era tal que, hasta en la época en que los visité, se arreaban

9 *Noticias estadísticas de la provincia de Entre Ríos*, por J. F. Acosta. Almanaque de Buenos Aires, 1825.

numerosos rebaños, a los cuales se les hacía cruzar el Paraná, para conducirlos a Santa Fe, donde la penuria se hacía sentir también; todos los días se transportaba carne de la Bajada a esa ciudad. Es muy seguro que esa prosperidad momentánea hará abandonar de nuevo la agricultura. El pan no es necesario a los habitantes de la campaña; prefieren la carne a todo, y cuando la poseen, cualquier otro alimento les resulta superfluo.

Encontré, pues, en la Bajada una abundancia tal que la carne valía dos y tres reales (24 a 36 *sous*) las veinticinco libras; el pan también era barato. Los habitantes eran de lo más ricos y la población se calculaba en 27.000 almas[10].

He dado, más arriba, los límites de la provincia; ahora voy a referirme a su extensión y a su aspecto, considerándolos desde el punto de vista de su sistema hidrográfico. Se ve, por la poca extensión de la región, entre el Uruguay y el Paraná, que no puede haber grandes ríos interiores; por eso sólo está regada por pequeños riachuelos, que se vuelcan al este y al oeste en los dos grandes ríos. Todos están bordeados de bosques que dan productos convenientes para la construcción de navíos. Es un grave error haber colocado una cadena de montañas como punto de partida de las vertientes de esos dos grandes ríos. Se ha pretendido representar las *lomas*, o colinas arenosas muy ligeras, que ocupan el centro. Esas eminencias, tan poco elevadas sobre el curso del Paraná, que no merecen ni siquiera el nombre de colinas, están cubiertas de palmeras yatais, pero no entrecortadas de ese asombroso número de lagunillas que constituyen la riqueza de la provincia de Corrientes; por eso los pobladores están obligados a establecerse sea cerca de los arroyuelos, sea a las orillas del Uruguay, o bien en las cercanías de esos inmensos pantanos que ocupan casi toda la extremidad sur de la provincia, en la confluencia de los dos grandes ríos.

Si se considera a la provincia con relación a sus recursos y a sus producciones, se la hallará, bajo esos puntos de vista, bastante distinta de Corrientes; pero el suelo es igualmente terciario. El centro está formado de una arena diluviana, que cubre en todas partes una arcilla llena de yeso, cuya explotación es fácil, sobre todas las costas del Paraná. Esa arcilla descansa sobre calizos groseros, empleados con éxito para hacer cal; ninguna mina puede existir en ese terreno demasiado moderno.

El suelo es generalmente más elevado sobre el nivel de las aguas que el de Corrientes. Los acantilados son más altos; por eso no existen esos inmensos pantanos que caracterizan a esa otra provincia, pero al mismo tiempo es me-

10 *Noticias estadísticas de la provincia de Entre Ríos*, por don José Francisco Acosta, impreso en el Almanaque de Buenos Aires, 1825.

nos propicio para la agricultura y la crianza de ganado, debido a la carencia de cursos de agua permanentes, que se hace sentir en la mayor parte de su extensión. La temperatura menos cálida origina también, en Entre Ríos, grandes cambios de vegetación. No se descubre en nada ese aspecto de las comarcas vecinas a los trópicos; está cubierta de vastos bosques, como el de Montiel, que forma, en el medio, una ancha banda norte y sur, y que está compuesta únicamente de acacias, pequeñas y desmirriadas, o de espinillos, de aspecto triste, mezclados con grupos diseminados de otras especies con más hojas.

Nada de flores brillantes, nada de lianas, nada de batiborrillos; es, con menos belleza, la vegetación de las zonas templadas, y semejante a la que había visto en la Banda Oriental. Las numerosas palmeras de las orillas de los bosques es lo único que recuerda el suelo americano. En compensación, la vastedad de las llanuras, donde sólo crecen gramíneas, aumenta; y éstas son mucho más numerosas que en la provincia de Corrientes. Todas las fronteras del norte, del lado del Guayquiraró y del río Meriñay, consisten en llanuras, donde los pobladores encuentran los mejores pastos de todo el país. Las orillas del Uruguay se presentan igual, así como toda la parte sur, en los alrededores del Gualeguay; toda la provincia ofrece, bajo ese aspecto, fuentes inextinguibles de prosperidad. Se recuerda todavía que antes de la crisis política no existían menos de 2.500.000 cabezas de ganado y que entonces el propietario que sólo tenía 20.000 cabezas no era considerado estanciero. En aquel entonces se mataba el ganado solamente para obtener su cuero y sebo; entonces un toro gordo valía 7 francos 50 céntimos, y un cuero de caballo 40 cent. Todas esas riquezas desaparecieron después a tal punto que en 1825 no había, en toda la provincia, más que 40.000 cabezas de ganado y 60.000 caballos. Todas las frutas de Europa se daban tan perfectamente como en su país de origen y, en ese aspecto, la abundancia más completa podría reinar de no ser los pobladores tan indolentes. Los animales son más o menos los mismos, a excepción de aquellos que encuentran la temperatura demasiado fría para su género de vida; así, los monos desaparecen por completo, los tapires son raros, así como los grandes ciervos, mientras que los ciervos gauzú-ti y los zorros son más comunes. Entre las aves, la mayoría de las brillantes especies de los trópicos no se hallan, pero el número de granívoros y de aves acuáticas aumenta. Empero, se ve al ligero pájaro-mosca revolotear, en la estación, sobre las flores bien nuevas para él, las de los perales, manzanos, etc. Los reptiles y peces son, más o menos, los mismos; los insectos se reducen a los de las regiones templadas. No aparecen esas brillantes crisómelas; las reemplazan gran número de carábidos y otros insectos nocturnos o carnívoros.

La provincia de Entre Ríos poco se diferencia de la de Corrientes en lo que se refiere a su sistema de gobierno; tiene también un gobernador, una cámara de diputados, compuesta de seis miembros; diputados al congreso nacional[11]; una administración de finanzas en la capital y recaudadores particulares en los diferentes puntos; una administración de aduanas, cuyos agentes se reparten por partes iguales en el Paraguay y en el Uruguay; una administración de correos. El personal del Estado Mayor militar se compone de dos coroneles, jefes de dos grandes divisiones políticas del territorio, que tienen bajo sus órdenes, cada uno, cuatro comandantes, que residen en otras tantas divisiones secundarias. Hay, en fin, los jueces, pero en cuanto a la ejecución, no se puede hacer comparaciones. Hemos visto en Corrientes una policía severa, mientras que no la hay en la Bajada, así como tampoco justicia. La inestabilidad del gobierno determina, sin duda, la escasa fuerza de las antiguas leyes españolas, todavía en vigor en el país. Seria inútil entrar aquí en detalles minuciosos acerca del carácter y manera de vivir de los habitantes, verdaderos gauchos, como los de las pampas de Buenos Aires, y me reservo para describirlos cuando considere a estos últimos, donde serán mejor caracterizados.

Hemos visto que el comercio de la provincia consiste en cal, que se fabrica a las puertas mismas de la capital; en yeso, que se encuentra en todas partes, en las riberas del Paraná; en trigo, que se lleva a Buenos Aires. El comercio de cueros tiene, actualmente, el mayor vigor y puede extenderse aún día a día. Las curtiembres fueron y no dejan de ser una rama lucrativa, debido a la multitud de coipos que viven en los pantanos de las partes del sur, donde los habitantes de la campaña los van a cazar. Sus pieles se entregan a la industria para la fabricación de sombreros.

Cuando regresé al puerto, el trayecto estaba mucho más lleno de curiosos y de gente ocupada, y encontré mucho más movimiento que cuando partí. Nadie dormía a las cinco de la tarde; es el momento, por el contrario, en que todo el mundo se pasea a caballo; así no tardé en ver llegar al gobernador, en traje algo más elegante. Tenía una media levita verde, con galones en el cuello y en los puños, y estaba armado de un gran sable; su acompañamiento consistía en dos soldados a caballo. Conversaba con uno y otro con la mayor familiaridad. No parecían mostrarles mayor deferencia. Es cierto que, por sus modales, no parecía haber diferencia entre ese pequeño soberano momentáneo y los gauchos harapientos, con su gran cuchillo y aspecto avinagrado. Por la

11 Ver la nota que hemos agregado en la parte relativa a Corrientes sobre el mismo punto. (N. del T.).

noche, me puse en guardia y tomé mis precauciones, a fin de no ser robado y atacado en el mismo puerto, lo que ha sucedido algunas veces.

El 6 de mayo pasé la vigilancia de mi barco al joven correntino y me dirigí hacia los acantilados donde se hacía la cal. Estaba impaciente por ver las capas que servían para esa explotación y más aún en recoger las conchillas fósiles que sabía que encontraría allí; en efecto, esos acantilados se alzan a unos doscientos pies sobre el nivel del agua. Se componen de una capa de más de cien pies de asperón friable, que contiene muchas ostras y cardos, sobre los cuales descansa un banco de calcáreo rosero o cal carbonífera, la capa explotada para hacer la cal; luego el asperón cubre esa capa, hasta que se llega al suelo superior. Recogí con avidez los fósiles que encontré, porque eran los primeros que descubría en América. Me ocupé, luego, de las fábricas, las cuales consisten en pequeñas cabañas colocadas a diversas alturas, a lo largo del acantilado; y cerca de cada una está un horno de cal, groseramente construido y de poco tamaño, donde se prepara lo necesario para la explotación. Como ya lo he dicho, se buscan provisiones de madera, necesaria para la fabricación, en las islas vecinas del Paraná, en la otra orilla; lo mismo que para la piedra de cal, sólo cuesta el trabajo de irla a buscar. La extracción de la piedra calcárea se hace con facilidad; durante mucho tiempo se explotará sin trabajo, porque las capas están al descubierto. No sucede lo mismo para conseguir madera; hay que transportar los caballos a la otra orilla para arrastrarla una vez cortada, formar almadías o cargar los barcos, a fin de conducirla a los hornos. Es demasiado exigir de la indolente apatía de los orgullosos entrerrianos, quienes, a pesar de ser ese trabajo lucrativo, lo consideran por debajo de ellos, conviniéndoles más el género de vida un tanto caballeresco de los pastores y sobre todo el poco trabajo de ese estado, que cualquier tipo de industria. El comercio de la cal se extiende, sin embargo, más y más, debido a las numerosas construcciones de Buenos Aires; pero como esa substancia se extrae también de las *conchillas*, que forman bancos en medio del Paraná, y como esta cal es menos cara que la de la Bajada, esta última sólo se emplea en último extremo. Seguí hasta la punta de la Bajada, desde el alto de la cual pude distinguir esa multitud de canales tortuosos que separan la costa firme del curso mismo del Paraná, antes de llegar a Santa Fe; es por uno de esos canales que se arriba. Las islas eran bajas, en parte desprovistas de bosques, todavía parcialmente sumergidas; y sólo se podían encontrar la tierra y las praderas al descubierto en puntos aislados. Al regresar por el lado sur vi la prolongación lejana de esas barrancas; la de *Punta Gorda* era la más alta de todas. Su elevación sobre el nivel de las aguas puede ser de trescientos pies y, de acuerdo con lo que me han

6 de mayo

informado los habitantes, se compone también de capas calcáreas. Del mismo lado, vi el curso majestuoso del Paraná, entonces carente de islas en la orilla donde yo estaba; su anchura era muy grande y la corriente rápida. Recorrí largo tiempo con la vista el hermoso paisaje que se desplegaba ante mí; luego regresé a mi embarcación, no sin volverme más de una vez, para ver de nuevo el conjunto del panorama que se me brindaba. Hice, al llegar, que mis hombres se prepararan, y me preparé yo mismo, para ir a Santa Fe, a cinco leguas de la Bajada, sobre la orilla opuesta del Paraná.

Provincia de Santa Fe

El Paraná, muy estrecho en ese lugar debido a la gran cantidad de islas, nos transportó casi inmediatamente a la provincia de Santa Fe, separada sólo por aquel río de la de Entre Ríos. Doblamos la punta avanzada de una isla y entramos en un brazo muy grande del río, que da a un canal natural muy angosto, llamado *Riacho de Santa Fe*, porque conduce a esta ciudad. Dos barcos nos pasaron, llenos de numerosos pasajeros, que van diariamente a comprar carne a la Bajada. Ese trayecto es, a cada instante, frecuentado por esas embarcaciones, que hacen esos viajes una vez al día. Entramos en ese nuevo brazo, estrecho y bordeado de terrenos entonces inundados; a su izquierda aparecía un gran lago, sin duda temporal. El canal no puede ser más tortuoso; da nacimiento a otros canales que van a desembocar en el Riacho de Coronda; esas costas nada tienen de pintoresco, porque los terrenos inundados le restan el panorama que pudieran tener. Vi también numerosos caimanes y me informé, más tarde, que viven más al sur, porque no ascienden arriba de los 31 grados 30 minutos de latitud, que era donde estaban. Al llegar cerca de la ciudad, cuyos campanarios se elevaban, a lo lejos, por encima de las casas, vi que el acantilado, sobre el cual está situado, se halla rodeada al norte de una gran masa de agua que se extiende hasta perderse de vista; era el Río Salado o Santo Tomé, entonces desbordado, que tiene su origen en la provincia de Salta. Me asombró mucho que Azara, en sus mapas, y todos los geógrafos modernos, de acuerdo con él, hayan ubicado la ciudad entre este río y el Paraná, mientras que está, por el contrario, al oeste de ese río, sobre la margen misma.

1828
Santa Fe

Llegué poco después de mediodía a Santa Fe, habiéndome conducido con rapidez la corriente. Me impresionó, al aproximarme, el aspecto de gran ciudad que presentaba, situada como está en lo alto de un acantilado arcilloso.

Todos los alrededores de la ciudad actual estaban habitados por los indios abipones, que vivían de la caza en esas inmensas llanuras que bordean el Paraná y que a su género de vida debían el carácter belicoso que presentan hasta nuestros días. Más tarde fueron reemplazados por los bmocobís, más belicosos aún, que hostigaban continuamente a los españoles, que hacen hasta hoy bastante daño a los habitantes actuales y seguirán siendo durante siglos, tal vez, hostiles a los habitantes de las campañas de los alrededores. En 1573, el general Juan de Garay, después de haber acompañado al general Casares hasta la desembocadura del Plata, regresó a esos lugares, llevando consigo ochenta hombres, que fueron el núcleo de la población de la ciudad naciente, llamada por él *Santa Fe de la Veracruz*. Esta ciudad fue fundada primero al sudeste del río hoy llamado Salado, a la orilla opuesta de donde habitan los indios quilaozas[12] y calchaquíes, a tres leguas de Paraná y a treinta leguas arriba del lugar donde está hoy, en una hermosa llanura. Fortificó la ciudad y realizó una salida[13], a fin de obtener indios, para repartirlos como siervos en *encomiendas*, de acuerdo al uso de la época. Los indios se reunieron con el fin de echar a los extranjeros, y su número aumentó al punto de causar miedo a Garay. Cuando éste comprobó que eran demasiado fuertes como para poder hacerles frente, invitó a su gente a retirarse y la hizo reembarcar. Estaban en eso, cuando el vigía vio a un hombre a caballo que combatía a los abipones. La sorpresa fue extrema y aumentó cuando otros combatientes aparecieron secundando al primero. Esos caballeros sólo podían ser españoles; en efecto, eran soldados, llegados de Tucumán, por orden de Cabrera, gobernador de esta última ciudad, a fin de fundar un establecimiento. Incluso ese jefe llegó en persona, para tratar de impedir que Garay fundara la ciudad; pero éste se mantuvo firme, obtuvo tierras del adelantado Ortiz de Zárate y, más tarde, el asentimiento de la Audiencia de Charcas. Los primeros fundadores experimentaron innumerables dificultades en esa operación. Los indios los atacaron frecuentemente, durante treinta años, y si llegaron a establecerse, sólo fue a fuerza de coraje y perseverancia. La ciudad permaneció en el mismo lugar hasta 1651, en que diversos inconvenientes obligaron a trasladarla a la orilla oeste del río Salado, mucho más abajo, en el lugar donde está todavía hoy. Alcanzó entonces el esplendor que la caracterizó hasta 1708, época en la cual los indios bocobis abandona-

12 Esos datos son extraídos de Funes. Los indios quilaozas, a los que nos referimos, eran sin duda una tribu de los actuales bocobís.

13 Azara ubica erróneamente en sus mapas la antigua ciudad en el lugar donde está actualmente Cayesta.

ron, bajo las órdenes de su cacique Notiviri, las fronteras de Salta, donde habían combatido durante mucho tiempo, y fueron a habitar el país de los abipones, en los alrededores de Santa Fe. Ese cacique logró sublevar a las naciones vecinas para arruinar la ciudad e hizo temer que su proyecto fuera demasiado practicable. Fueron, sin embargo, rechazados, pero la ciudad y las campañas eran siempre hostigadas. Los indios robaban el ganado, mataban a los pobladores y muchos encuentros tuvieron lugar de una y otra parte. Los españoles compensaban, con la superioridad de sus armas, el número de indígenas asaltantes. Triunfaron en 1712 y 1718; pero, dos años después, Santa Fe se encontró de nuevo en grandes apuros, con sus campos devastados, la ciudad atacada y sus habitantes se vieron obligados a abandonar el territorio a sus primeros amos, lo que duró hasta 1722, época en la cual el gobernador del Paraguay, Zabala, vino en su ayuda. También él estuvo a punto de ser derrotado por los bárbaros y nada logró. Los indios continuaron sus ataques hasta 1733, en que fueron vencidos por Echagüe, que trató bien a los prisioneros y creyó poder enviar a varios de ellos con propuestas de paz. Esas propuestas fueron favorablemente acogidas y los indios se mostraron amigos, a lo menos por algún tiempo. Llegaron, en 1743, hasta pedir misioneros, y una parte de los bocobís formó la aldea de San Francisco Javier.

Después de todas esas guerras, favorecidas por los bosques de los alrededores de Santa Fe, la ciudad se fortificó poco a poco; hacia fines del siglo XVIII, su población era ya de 4.000 almas, y desde entonces sus fuerzas fueron demasiado respetables como para temer todavía los ataques de los indios, quienes pensaban más en pelearse entre sí que en atacar a los españoles, cuyas armas conocían. Los abipones fueron en esa época destruidos, por así decirlo, por los bocobís, sus vecinos; y existía un camino de carretas entre Santa Fe y Santiago del Estero[14]; hoy no hay la menor comunicación entro esas dos ciudades y ese trayecto está ocupado por naciones salvajes siempre armadas para luchar entre sí. La transición de la esclavitud a la libertad era difícil; por eso la anarquía reinaba entre la capital de la República Argentina y la provincia de Santa Fe. El gobernador López quiso establecer un nuevo sistema militar; había elegido trescientos de esos indómitos bocobís, los había habituado al servicio y a la disciplina, haciendo de ellos su guardia particular y, frente a los otros gobernadores, se glorificó de ese éxito obtenido sobre naciones consideradas muy a menudo por los españoles como bárbaras incapaces de educación[15].

---

14 Es, por lo menos, lo que dice el gobernador de esa provincia, en su rendición de cuentas de 1790, documento cuyo original obra en mi poder.

Si, para no volver a lo que sucedió en la provincia de Santa Fe, en medio de las revoluciones de 1828 a 1830, doy un vistazo anticipado a los acontecimientos, veremos cuál debía ser el resultado de la educación militar de los bocobís. En 1828, el gobierno federal de Dorrego fue completamente derrocado por la revolución del general Lavalle. El partido unitario volvió a apoderarse entonces del gobierno. Esta singular sublevación, que tuvo lugar sin mayor dificultad en Buenos Aires, encendió pronto una guerra civil desoladora en sus campañas. El general Dorrego, sostenido por el coronel Rosas, reunió a todos los habitantes de la campaña contra la ciudad. Es sabido de qué manera Lavalle hizo fusilar a Dorrego, sin ningún juicio, lo que enconó aún más los espíritus. El partido federal estaba ofendido. El gobernador López no quiso quedarse atrás. Se presentó con sus fieles indios y una muchedumbre de milicianos ávidos de meter mano en el botín común y atraídos por la esperanza del saqueo. Buenos Aires fue bloqueada durante largo tiempo y sus campañas asoladas y arrasadas por las tropas reunidas; Lavalle tomó por fin las armas en 1829, y el coronel Rosas, para indemnizar al gobernador López de su ayuda y, además, de todo lo que había sido robado, le dio, según se aseguraba entonces, 100.000 cabezas de ganado que sacó de los alrededores[16]. Ese ganado fue entregado a los bocobís, que habían hecho prodigios de valor. Estos debían conducirlo a la misma ciudad de Santa Fe, pero les pareció más conveniente regresar, con armas y bagajes, y con ese inmenso botín, a los lugares salvajes habitados por sus padres. Desertaron, pues, en masa, y a principios de 1830, el coronel López buscó el medio de atraer de nuevo a esos indios, que había disciplinado con tanto cuidado y que vivían en la abundancia, mientras que los santafecinos estaban reducidos a los últimos extremos de la miseria. Como mi traslado a las costas del océano Pacífico me hizo perder la ilación de los acontecimientos de que esas comarcas fueron teatro posteriormente, no puedo seguir más lejos de la historia que, por lo demás, no ofrece, casi siempre, más que

15 El gobernador de Santa Fe era entonces el caudillo Estanislao López. (N. del T.).

16 Posiblemente D'Orbigny haya querido referirse a la entrega de 25.000 cabezas de ganado que, por una cláusula adicional del Tratado de Benegas (20 de noviembre de 1820), Rosas se obligó a entregar a Estanislao López. Don Juan Manuel cumplió lo pactado donando al gobernador de Santa Fe 5.146 cabezas más de las prometidas. Recibió, en cambio, 37.500 pesos, la estancia del Rey en la Magdalena y la recaudación del diezmo de cuatropea del Partido de Arrecifes, que le hizo el gobierno de Buenos Aires; y la ciudadanía santafecina, el grado de coronel mayor y una propiedad de cuatro leguas por ocho, con que el gobernador de Santa Fe compensó su "regalo". De ser exacta la información de D'Orbigny, Rosas habría entregado a López otras 100.000 cabezas en 1829. (N. del T.).

una sucesión demasiado funesta de movimientos revolucionarios; y vuelvo, pues, a retomar el relato de mi viaje.

Estaba en Santa Fe; había amarrado mi embarcación en el mismo puerto, en medio de gran número de pequeñas embarcaciones de pasajeros que hacían el trayecto a la Bajada, y de *lanchones*, que servían para ir a buscar madera a las islas, destinada al aprovisionamiento de la ciudad. Ningún navío grande estaba anclado en el puerto. Luego de haber dejado a mi gente al cuidado del barco fui a ver al gobernador y a ocuparme de todo lo necesario para levantar los obstáculos a la continuación de mi viaje. Hallé una ciudad como Buenos Aires, dividida regularmente en cuadras, o cuadrados iguales, cuyas calles son anchas; su aspecto, que me impresionó por su contraste con Corrientes y la Bajada, ciudades que acababa de dejar, era el de una verdadera ciudad, muy distinta de aquellas grandes aldeas. Se veía, de inmediato, que debía haber gozado de mucho esplendor en tiempo de los españoles; las casas tienen un aspecto exterior rico, con grandes puertas, patios y calles bien construidas que me condujeron a la plaza, donde están el cabildo y una de las iglesias. El primero de esos edificios se parece mucho al de Corrientes, pero es más vasto y mejor construido, revelando mayor opulencia. Los indios bocobís forman la guarnición de Santa Fe. Su color moreno cetrino y su rostro no desarmonizan con su uniforme; su mirada, naturalmente arrogante, produce buen efecto, con ese uniforme nuevo; los vi maniobrar hasta con placer. Estaban bien disciplinados y parecían poner en sus ejercicios todo el celo de que son susceptibles. En la visita que hice al gobernador, fui tratado con una altivez poco común; apenas se dignó responderme, me intimó la orden de tomar un nuevo pasaporte, si permanecía más de veinticuatro horas. Me tuve por bien advertido, sabiendo lo que cuestan los pasaportes en los países libres. Me dediqué entonces a recorrer la ciudad, a fin de tener una idea exacta; nada noté de notable. Una iglesia parroquial y otras tres pertenecientes a conventos de monjas: las de *Santo Domingo*, *San Francisco* y de *la Merced*; era lo mismo que en Corrientes, las mismas órdenes, y los conventos tenían más o menos la misma apariencia. Las mujeres del pueblo, que vi en el puerto, me chocaron por el grosero descaro con que se arrimaban a los marineros; me parecieron, por lo demás, igualmente poco recatadas en la ciudad. Contrastaban con las señoras que encontré en las calles; éstas estaban vestidas como las mujeres de Buenos Aires, con el mismo lujo, y sus modales eran igualmente graciosos. Movían, con una elegancia muy particular, el abanico que llevaban en la mano. Comprobé, por lo demás, tres clases bien diferenciadas de habitantes en Santa Fe: la primera es la de los *caballeros* o personas ricas que ocupan los empleos,

siguen las modas de Buenos Aires, aunque con algún retraso, y visten como los europeos. Son hombres de aspecto altanero, orgulloso, que, en el nuevo estado de cosas, reemplazan a los *hidalgos* o nobles de antes de la emancipación. Insolentes con los extranjeros, a los cuales detestan, debido a su superioridad sobre ellos, desprecian a los artesanos de toda especie, viviendo a la par y en compañía de los gauchos. La segunda clase, los *artesanos* u obreros de todo tipo, forman una serie de hombres indios, mulatos o extranjeros, despreciados por los caballeros porque trabajan para vivir y trabajar es un deshonor. No hay que confundir, sin embargo, a los tenderos con los artesanos; los primeros son tan estimados como los segundos lo son poco. Un comerciante, mientras no produce por sí mismo, pertenece a las primeras clases de la sociedad. El pobre artesano está obligado a vivir con los indios y los mulatos, porque no puede ser considerado por ninguna otra clase; hasta los hombres del campo evitan su sociedad. Por lo general está apenas cubierto de un poncho, y los domingos, de un chaleco redondo, no permitiéndose llevar traje ni levita. La tercera clase es la de los *gauchos* o *campesinos*; hombres de semblante siniestro, mal vestidos, siempre armados de un cuchillo, siempre dispuestos a matar, o a derramar sangre, siempre a caballo, ya los he presentado al referirme a la Bajada y volveré a hacerlo más extensamente al tratar de Buenos Aires y sus alrededores, porque en todas esas campañas son los mismos, aunque se asegura que los de la Bajada y Santa Fe son más feroces que los de las Pampas. Me reconocían fácilmente como extranjero, pero solamente cuando hablaba, porque mi piel, ennegrecida por el sol, me hacía parecer un indígena y allí, como en Córdoba, bajo el gobierno de Bustos, no ser americano constituía un crimen; por eso era muy mal recibido cuando pedía algunas informaciones. Cansado de pasearme por la ciudad, traté de conseguir un indio bocobí que supiera español, a fin de recoger una serie de palabras del idioma de esa nación, con el fin de compararlas con las de otras naciones del Chaco. Mi diligencia hubiera resultado vana, a no haber encontrado a un sombrerero compatriota, quien era amigo de otro artesano de la región, un zapatero medio indio, quien me prometió llevarme uno esa misma noche. Me sentí muy dichoso de la amabilidad de ese hombre, porque no la encontré en ningún otro. Me dirigí por la noche a su morada y pronto llegaron un indio y una india bocobís, a los cuales formulé numerosas preguntas, a menudo interrumpidas por las risas de lástima de los obreros del taller, que hallaban raro que se viniera de tan lejos para escribir la lengua de los *bárbaros*. De cualquier manera, continué hasta que los indios quisieron escucharme y responderme, y el vocabulario que formé me hizo fácilmente reconocer que su lengua es la misma que la de los tobas, con algunas alteraciones y

algunas palabras más, que se han deslizado durante siglos y que hacen que los bocobís la consideren distinta a la de sus vecinos. Inútilmente para mí, el autor del *Viaje por la América Meridional*, don Félix de Azara, repite al tratar cada nación: "Su lengua es completamente diferente de todas las otras". Estoy convencido no solamente de que el idioma de los bocobís o mocobís es el mismo que el de los tobas y abipones, sino también (y me será fácil probarlo) que es el de casi todas las pequeñas naciones belicosas del Gran Chaco, desde el 24º al 32º de latitud sur, tales como los lenguas, los enimagas, los machicuys, etc. El autor español, tan verídico, por lo demás, cuando ve por sí mismo las cosas se ha equivocado por completo en la descripción que hace de esa nación. Si bien tiene razón cuando la presenta como orgullosa, altanera y guerrera, está errado cuando dice que su estatura media es de cinco pies seis pulgadas. He visto numerosos bocobís y puedo asegurar que, en término medio, tienen apenas cinco pies una pulgada francesa; por lo demás, están bien formados, son macizos y fuertes, pero perezosos por excelencia. Habitan el centro del Chaco, entre los 26° y los 30° de latitud sur, y combatieron a los pobladores de Córdoba hasta 1708, época en la cual fueron a establecerse cerca de Santa Fe, donde, más tarde, una parte de ellos formó las aldeas de San Javier, San Pedro e Yspin. Son, por otra parte, verdaderos tobas por sus costumbres, lo mismo que por su manera de combatir. Entre ellos, la edad de la nubilidad de las mujeres se señala con dibujos tatuados en los senos, costumbre que han abandonado las que viven entre los cristianos.

La provincia de Santa Fe está limitada al este por el Paraná, que la separa de la provincia de Entre Ríos; al sur por el río Saladillo, que la separa de la de Buenos Aires; al oeste y al norte por desiertos que habitan los salvajes, que no permiten a la provincia tener límites fijos de ese lado, porque ellos se extienden, más o menos, en esa dirección, según el estado de mayor o menor hostilidad de sus habitantes. Los lugares habitados de la provincia están situados a orillas del Paraná, del río Salado, del *Saladillo Grande* o del Yspin, únicos ríos que riegan el territorio. Ninguna colina aparece en medio de las llanuras. Allí comienzan ya las pampas. Por su composición geológica, son recias capas de arcilla grosera, algo endurecida, efervescente, gris ceniza, que contienen solamente esqueletos de mamíferos. En esa capa se descubrió el megaterio que está en el Museo de Madrid. La superficie del suelo es horizontal, pero difiere de la de las pampas propiamente dichas, donde se presentan montes esparcidos de acacias espinillos, mientras que las pampas están totalmente desprovistas de árboles. Aquéllos se deben, posiblemente, a la proximidad del Paraná y a la vecindad de las tierras boscosas de Entre Ríos. El campo es árido, seco, y sus

tierras están lejos de tener valor para la agricultura, de donde resulta que los habitantes se ocupan principalmente de criar ganado, lo que constituye la riqueza de la región[17]. No hablaré ni de la zoología ni de la botánica de Santa Fe, muy poco distintas de las de Entre Ríos, para merecer una descripción especial. Desde el punto de vista comercial, Santa Fe es un lugar importante. La ciudad se comunica diariamente con Córdoba y las otras provincias llamadas *de arriba*, y cuando las guerras de los indios pampas, se hacía indispensable pasar por la ciudad, para ir a esas regiones limítrofes de Bolivia. Su comercio de exportación consiste en cueros de ganado y algunas pieles; si toma mayor extensión, cuando vuelva la tranquilidad, es seguro que las mercaderías de Córdoba en vez de ir por tierra de esa ciudad a Buenos Aires, podrán ir a Santa Fe, de donde se embarcarán para la capital argentina, reduciendo a la tercera parte de su longitud el trayecto por tierra, siempre más costoso que el trayecto por agua.

Las conversaciones que mantuve con muchos patrones de embarcaciones que venían de Buenos Aires debían inspirarme temores reales sobre la continuación de mi viaje. La entrada del Paraná estaba llena de piratas, que remontaban el río hasta San Pedro; asaltaban y robaban los navíos, mataban a los pasajeros, quemaban los buques y se entregaban a excesos que hacían imposible la navegación. ¿Qué hacer? No había llegado aún al teatro de esas depredaciones. Decidí avanzar algo más, a fin de informarme mejor, antes de modificar mi ruta. Volví a mi chalana donde me acosté, tanto para no verme obligado a obtener un nuevo pasaporte, como para no violar las leyes locales que me habían sido comunicadas. Me dispuse a continuar el viaje a la mañana siguiente, conociendo ya bien Santa Fe al punto que la prolongación de mi permanencia hubiera sido tiempo perdido.

7 de mayo

El 7 de mayo partí, bordeando un momento la costa, y luego, entre los numerosos canales que forman el *Riacho de Coronda*, elegí el que seguía la costa firme. Ese brazo del río, o por mejor decirlo, el curso del río Salado, está separado del Paraná por una gran extensión de terrenos bajos, en parte inundados, que forman inmensas islas. Ese canal se desarrolla en más de las dos terceras partes de su longitud, antes de reunirse con el Paraná; primero la ribera firme está formada de barrancas elevadas quince o veinte pies de altura por sobre el agua, todas

17 Santa Fe, cubierta de numerosas, ricas y prósperas colonias, es hoy una de las primeras provincias agrícolas de la República Argentina, lo que demuestra la superficialidad de esa afirmación del autor. D'Orbigny no pudo, evidentemente, juzgar el valor de las tierras al no alejarse de la capital provincial. (N. del T.).

arcillosas. Su cima está cubierta de bosques de *espinillos* y *algarrobos*, cuyas dos especies son acacias. La primera produce, durante su temporada, una flor amarilla de pequeños capullos, cuyo olor se expande a lo lejos por los alrededores y que en Bolivia se llama *aroma*. He hablado ya varias veces del triste aspecto de este árbol. La otra especie, si bien no tiene un aspecto elegante a la vista, es por lo menos más productiva y da esa cáscara carnosa, harinosa y azucarada, con la cual los habitantes de la provincia de *Santiago del Estero* se alimentan casi exclusivamente, tanto en su estado natural como en bebida. Me detuve en medio de esos bosques achaparrados. A las once, pude cazar y matar, en poco tiempo, muchos ánades y palomas salvajes, así como varios pájaros interesantes a la ciencia. Volví a ver, no sin placer, agujeros de vizcachas, singulares mamíferos que he sido el primero en enviar a Europa y que no se sabía a qué género pertenecían antes de mi viaje, porque sólo eran conocidos por las descripciones de Azara. El sol lanzaba sus rayos con fuerza, lo que nunca me detenía. Regresaba de la caza al barco, cuando, pasando cerca del baquiano, dormido sobre la hierba, vi, a lo largo de su pierna, una enorme víbora de la especie que se llama *Víbora de la Cruz*, considerada, con razón, la más peligrosa de todas; no sabía qué hacer, temiendo que al despertarlo se volteara sobre el maligno animal, el cual hubiera podido morderlo; tuve un instante de indecisión; luego me acerqué, cogiendo a la vez sus dos piernas, y bruscamente, arrastrándolo lejos de allí, antes de que se despertara. Al abrir los ojos, parecía asombrarse de esa manera un tanto brutal de despertar a las personas, pero cuando vio el peligro de que acababa de salvarlo me dio las gracias y matamos al animal venenoso. Abandoné esos lugares y seguí por las mismas costas; luego, creyendo acortar distancias, tomé por un brazo del riacho que parecía más directo. Ese brazo, después de prolongarse bastante tiempo en medio de esas llanuras inundadas, me condujo a un gran lago sin salida, de donde me vi obligado a regresar. Tomé otro brazo, donde una corriente bastante rápida parecía anunciar una salida; atravesé una gran laguna; después las aguas se extendieron por llanuras todavía inundadas y me encontré en un gran embarazo, porque debimos buscar un canal que nos condujo al principal. Nada mejor imaginamos que detenernos e ir por tierra, con el agua hasta la rodilla, buscando un camino. Descubrimos finalmente un paso y, luego de dos horas, empleadas en arrastrar la embarcación con el agua hasta la cintura, llegamos a un canal profundo; nos detuvimos entonces para descansar, antes de alcanzar, contra la corriente, el brazo principal. Todas esas llanuras inundadas estaban cubiertas de innumerables ánades de diferentes especies, en distintas bandadas. No exagero al decir que una de esas bandas cubría varios millares de me-

tros cuadrados de extensión. Esas ruidosas aves venían de las regiones australes de donde huían debido a los fríos que ya se hacían sentir. Dos de sus especies sólo iban siempre en grandes bandadas más andarinas que las otras, pareciéndose algo, por sus costumbres, a los gansos; son el ánade de cara blanca[18] y el ánade rojo y negro de Azara. Los otros, por el contrario, van en pequeñas bandadas y se mantienen, por lo general, sobre las aguas. Quienes no han visto más que a nuestros ánades europeos no pueden tener una idea justa de esas reuniones, que coloran, con sus tintes variados, una gran extensión, o que, con sus extensos vuelos, forman una nube en el horizonte, mientras que aturden los gritos de unas y los silbidos de otras. Las gallinas de agua, no menos numerosas, son sobre todo mucho más ruidosas. Tratando de acercarme a esos ánades para hacerles fuego, vi en todas partes, en el agua que cubría esas llanuras, muchos peces de los llamados sábalos; había tantos a flor de agua que pude matar varios a golpes de fusil. Esos peces sucumben todos los años cuando las aguas se retiran poco a poco y sus cuerpos muertos atraen gran cantidad de aves cultrirrostras, las más ictiófagas de esas comarcas. Recorriendo una pequeña llanura menos inundada que las otras, vi, en un lugar seco, una gran cantidad de cáscaras de huevo de tortuga de agua dulce; las contemplé de cerca y comprobé que cada una de esas cáscaras yacía cerca de un agujero recién abierto por rascones gigantes, de los cuales muchos, todavía en los alrededores, se ocupaban de vaciar o romper los huevos, que les gustan mucho. Muy a menudo los huevos que encierran esos hoyos no están todos rotos; por otra parte, había tantos nidos que pude encontrar muchos aún intactos, conteniendo de ocho a doce huevos esféricos, todos del mismo diámetro, que pertenecían a la misma especie de émido. Parecía como si todas las tortugas de los alrededores se hubieran reunido en esos lugares, a fin de hacer una postura común. Esa circunstancia me recuerda, aunque en pequeño, el instinto de sociabilidad de los émidos del Orinoco, tan bien descrito por el Sr. de Humboldt, en su *Viaje a las regiones ecuatoriales*. Si es raro encontrar análogas costumbres entre los quelonios que, de especies diferentes, viven en comarcas tan distantes entre sí, lo es más todavía encontrar ese espíritu de sociabilidad en animales de sangre fría, cuyas facultades instintivas son tan limitadas.

Volví con trabajo al acantilado de la costa firme, prometiendo no abandonarlo, temiendo equivocarme de nuevo. Recorrí los alrededores del lugar donde estaba; había siempre espinillos distantes entre sí, en medio de peque-

18 *Anas viduata*, Linn.

ñas llanuras arcillosas. Vi con placer las madrigueras de las vizcachas; por la noche fui a espiarlas; las examiné atentamente y vi, alrededor de cada pequeña colonia, un ancho espacio enteramente libre de todo, hasta de hierbas, limpiado con raro cuidado; y, en medio de cinco o seis de sus entradas, pedacitos de madera, de piedras, sobre todo de huesos, que harían creer que esa morada debía pertenecer más bien a un animal carnicero que a un roedor, y en fin, todos los cuerpos sólidos que la colonia había podido hallar en los alrededores. Supe, más tarde, que ese solícito animal no deja nunca un muerto en sus bóvedas subterráneas; que, cuando uno de ellos perece por una causa cualquiera, los otros lo empujan y lo colocan en medio de los hoyos. Los pobladores de esas llanuras tienen una idea tan cabal del instinto de las vizcachas para recoger todo lo que hallan en el campo, que van a buscar, en el conjunto de materiales heterogéneos reunido por esos animales, su cuchillo o todo otro objeto extraviado o perdido. Observé que cada colonia está separada y posee su propio terreno; que cada una de ellas está compuesta de cinco o seis madrigueras solamente; que el espacio desprovisto de vegetación tiene más o menos diez a quince pies de ancho, y que la hierba está roída en un espacio de cincuenta a sesenta pies de circunferencia. Estuve algún tiempo sin oír nada; luego, cuando anocheció, se oyó desde las galerías subterráneas cantos cadenciosos mezclados a gritos agudos. La familia estaba despierta. Poco después, una vieja vizcacha mostró su nariz a la entrada de uno de los agujeros, salió luego y fue seguida de algunas otras, que se pusieron a jugar sobre la tierra, no lejos de la madriguera, recordando esos pasatiempos, los de los conejos. Entonces, a pesar de la pena que experimentaba de turbar la tranquilidad de esa pacífica familia, recordé que era naturalista y que necesitaba una vizcacha. Hice fuego en medio de la banda, que desapareció, dejando en el lugar dos desdichadas víctimas. La vizcacha es un animal próximo a la marmota por sus formas y sus costumbres, más gruesa y rechoncha que nuestra liebre, de orejas más cortas, cabeza más ancha y cola larga y levantada; su pelaje es gris moreno por arriba, gris ceniza por debajo, con una ancha faja transversal frente a la cara, lo que, junto a unos bigotes negros muy largos que adornan su labio superior, le dan un aspecto de animal horrible. Sus colonias cubren aquí y allá todas las pampas de Buenos Aires y se extienden hasta la Patagonia. Cavan hasta tal punto la tierra que hacen peligroso el galope en la campaña. Sucede a menudo que un caballo se hunde en las madrigueras, en medio de la carrera, y arroja pesadamente al jinete por tierra. Las madrigueras de las vizcachas sirven también de morada a un animal que no se esperaría ni so-

Santa Fe. Coronda

ñando encontrar en semejante compañía, la lechuza urucurea (*noctua cunicularia*, Mol.), tan común en todas las provincias del Plata. Es raro encontrar una *vizcachera* (reunión de madrigueras de vizcachas) sin ver una o dos lechuzas posadas en el lugar más elevado del montículo. El ave, aunque nocturna, ve bastante bien de día, y cuando advierte la presencia de un viajero da muestras de su pavor con una serie de gritos agudos, destinados, sin duda, a despertar a la familia que vive abajo. Podría considerarse la lechuza un centinela, pagando, con ese servicio, la hospitalidad que se le brinda.

Regresé con mi caza, contento de poseer un animal tan poco común en Europa. Nos acostamos por tierra, en esos lugares deliciosos; la proximidad de los pantanos y de los bosques llenaba el aire de sonidos tan raros como variados; los ánades silbaban a cual mejor; las alegres gallinas acuáticas, así como los rascones gigantes hacían, por intervalos, oír sus canciones cadenciosas. De tiempo en tiempo renacía la calma, como por encanto, después de un gran alboroto; y se oía entonces a los tímidos quiyás (*myopotamus coypus*), ese castor de la América meridional, cuyos gritos se repiten por todas partes. A menudo son acentos lastimosos, que podrían compararse a balidos de corderitos; otras veces es un sonido grave, análogo, aunque menos fuerte, al mugido de una vaca cuando llama a su ternero. Esos diversos sonidos me agradaban, aunque me conducían paulatinamente a la melancolía, pero a una melancolía mezclada de un encanto que no era nuevo para mí. Gustaba con frenesí el placer de vivir en medio de una naturaleza virgen, rodeado de seres que parecían felices, cuando el rugido de un jaguar hizo cambiar mis ideas y ver las cosas desde un punto de vista diferente. Permanecí, sin embargo, en tierra y la noche transcurrió, aunque no sin haber experimentado, a lo largo de ella, algunos temores, bastante justificados por la vecindad del tirano de los despoblados.

Antes del día, fui de nuevo, pero en vano, a espiar a las vizcachas; no salieron y me resolví a partir. La costa firme estaba primero desierta, pero una legua más abajo se iba animando poco a poco, y algunas pequeñas cabañas cubiertas de paja, a la manera de la región, le daban vida. La campaña estaba poblada de ganado, que pastaba sobre las bellas llanuras, menos cubiertas de espinillos; las orillas del canal estaban también animadas de mil maneras; tanto eran bandadas de gallinas acuáticas que se alejaban rápidamente frente al barco, nadando o procurando volar; tanto nubes de gaviotas o de geolandias que hendían el aire haciendo resonar los alrededores con sus gritos desagradables. Millares de ánades se elevaban a la vez, mientras que las majestuosas cigüeñas surcaban plácidamente la superficie de las aguas, que entrecortaban

las llanuras. La naturaleza era viva por doquier y ese movimiento continuo amenizaba, en todas sus partes, la campaña, haciendo reposar agradablemente la vista. Había observado que en ciertos lugares las barrancas arcillosas estaban cavadas de una manera uniforme. Incluso ese fenómeno me intrigaba desde algún tiempo, hasta que pude, finalmente, conocer la causa, al ver a vacunos, reunidos en una de esas excavaciones, lamer con avidez la tierra. Descendí y observé que esos terrenos están saturados de porciones salinas buscadas por los animales, los cuales, a fuerza de lamer, forman esos hoyos. La navegación por las orillas ofrece un panorama monótono. Llegué frente a cabañas abandonadas, cerca de lugares donde los carboneros se habían establecido momentáneamente para explotar los bosques de espinillos, que producen excelente carbón; es un negocio que realizan, a intervalos, los habitantes de Rosario o de San *Nicolás de los Arroyos*. Me detuve a fin de preparar mi caza de la víspera y buscar insectos bajo la corteza de los árboles muertos. Esos insectos eran muy numerosos y encontré muchos murciélagos bajo la de un viejo sauce. Reanudé la marcha y llegué a la aldea de Coronda, que da su nombre al arroyo por el cual navegaba.

Ese villorrio fue fundado en 1768 por los hacendados de los alrededores y debe haber sufrido mucho durante las guerras de la independencia, o la cifra que da Azara comprende también a la población de las regiones vecinas, porque este autor hizo elevar el número de habitantes a 2.000 almas[19], a fines del siglo pasado (siglo XVIII), mientras que hoy llega apenas a seiscientos u ochocientos habitantes. Es un villorrio mal construido, con una capilla poco vasta, donde todo respira miseria. Los estancieros parecen ser todos, sin embargo, estancieros o hacendados; por eso resulta difícil establecer por el vestido si son ricos o pobres, porque esos hombres se preocupan tan poco de su aspecto exterior que, a menudo, un hacendado muy rico inspira piedad a causa de los harapos que lo cubren. Permanecí sólo algunos instantes en el villorrio; el aspecto de los habitantes me pareció poco tranquilizador y pronto emprendí viaje, yendo a instalarme algo más abajo, en los pantanos de la orilla oriental, temiendo acostarme en tierra firme. El sitio que ocupaba estaba en parte inundado y en parte seco; el agua acababa de abandonarlo. Los lugares donde estuvo el agua se hallaban repletos de peces, y como éstos no mordían el anzuelo los maté a culatazos, así como a numerosos pájaros interesantes. Pasé toda la noche en el agua y dormí en medio de millares de aves acuáticas.

19 *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, t. 2, p. 338.

Así mojado, en medio de las islas inundadas, recordé la descripción pomposa, hecha por don Ignacio Núñez[20] de Buenos Aires, de las crecidas periódicas del Paraná, que compara al Nilo, diciendo que los dos ríos tienen sus fuentes en la zona tórrida y se arrojan al mar más o menos en la misma latitud, dirigiendo su curso en dirección al polo, y que ambos son igualmente navegables. Hasta aquí los puntos de comparación pueden ser más o menos justos, pero cuando el autor hispanoamericano compara las crecidas periódicas de ambos ríos, está completamente equivocado. El Paraná no sale de su lecho como Núñez pretende; sería necesaria una crecida extraordinaria al extremo para que llegara arriba de las altas barrancas que lo bordean. Inunda únicamente las islas de aluvión, como todos los ríos de Europa, pero no deja ese limo que enriquece a los agricultores ribereños del río de Egipto. Las islas que cubre permanecen sumergidas algún tiempo y no son más productivas después que antes de la inundación; sólo sirven para dar, en la estación seca, abundantes pastos al ganado que se traslada allí momentáneamente. Por lo demás, esta descripción no es más que una copia menos enfática de la de Falconer, quien va más lejos todavía, al decir que el limo, depositado por las aguas, abona la tierra y le da la mayor fertilidad. Podríamos preguntar al autor citado dónde se hallan esas tierras, porque las menos inundadas y las más aprovechables de las islas del Paraná son aquéllas en las cuales yo estaba y podía apreciarlas. Las vi en época de sequía, así como en días de crecida, y puedo afirmar que ninguna de ellas está cultivada, ni puede serlo, porque cuando se cortan las hierbas que las cubren, las corrientes rápidas que pasan por encima durante las inundaciones se llevan la tierra y la isla desaparece rápidamente. Es fácil ver, por otra parte, en la exageración de las descripciones del autor inglés, un propósito bien claro: empujar al gobierno británico a apoderarse del Plata y sus afluentes. Es sabido que tal fue el resultado de las tentativas hechas con ese fin.

Pasé la noche en medio de esos terrenos. El 9 por la mañana, una espesa niebla cubría la tierra e impedía distinguir los objetos. La aproveché para cazar en los alrededores; luego el sol reapareció y continué camino. Llegué muy pronto a la entrada de una inmensa laguna, donde el piloto me asustó, diciéndome que las olas se elevaban a veces a tal altura que los barquichuelos se veían obligados a pararse y aguardar la calma. Esa laguna parece tener dos leguas de largo por algo menos de ancho; las aguas estaban tranquilas y el viento no hacía más que rizar la

9 de mayo

20 *Esquisses historiques, politiques et statisques de Buenos Aires*, et, traducido al francés, p. 257.

superficie, impulsando el barco. Atravesamos un pequeño mar cuya costa tocamos, donde me detuve para hacer una corta excursión por los alrededores; luego continuamos la navegación. La costa firme siempre era boscosa y, de vez en cuando, podía ver cabañas sobre el acantilado o bien algunos animales pastando a orillas del canal, pareciendo que el mismo se ensanchaba sensiblemente. Los bosques cedieron su lugar a llanuras peladas; desde ahí en adelante sólo debíamos encontrarlos de tanto en tanto, antes de desaparecer enteramente, para dejar paso a las pampas propiamente dichas. Los encontramos de nuevo solamente por la noche y estos bosques algo extensos me fueron funestos durante algunos momentos. Penetré en aquél para cazar; había espiado una vizcacha y me dejé sorprender por la noche. Luego vi una chotacabras que voló rápidamente, fue a posarse a veinte pasos de allí y volvió a volar, sin que yo pudiera tirarle. Me propuse ahincadamente seguirla, pero cambió de dirección de tal manera que me perdí. Cuando quise regresar al barco, ninguna estrella podía servirme de guía y, en medio de espinas aceradas, marché siempre en vano... Llamé; solamente el eco me respondió; comencé a inquietarme, tanto más cuanto los rugidos lejanos de los jaguares no eran lo indicado para tranquilizarme... Finalmente, encontré un arroyuelo, y como no dudaba que debía volcarse en el Paraná, lo seguí, en medio de la maleza y de las espinas, y llegué al río, que descendí hasta llegar donde estaban los míos, sin recibir de ellos una sola respuesta a mis gritos repetidos. Estaba fatigado al extremo y hallé a mis gentes inquietas, porque había caminado mucho durante más de dos horas, desde el momento que me perdí.

10 de mayo

El 10 de mayo, por la mañana, llegué a la desembocadura del río Carcarañán[21]; puse de inmediato pie en tierra para recorrer el lugar donde se fundó el primer fuerte español del Paraná. Venían a mi memoria recuerdos históricos a la vista de ese lugar, donde hoy no queda ningún rastro del establecimiento fuera de la desigualdad del terreno, que muestra claramente que hubo en otra época construcciones en tierra. Fue, en efecto, allí donde Gaboto[22], en 1526, después de haber sido expulsado por los charrúas de la desembocadura del Uruguay, fundó el fuerte *Sancti-Spiritu*; fue en ese lugar que cuatro aventureros partieron para atravesar solos el Gran Chaco, con la intención de unirse a los

21 *Carcarañán* es una corrupción de *carácará aña* (*carácará*, diablo), nombre dado por los indios guaraníes, sea porque el lugar estuviese habitado por los indios carácará, sea porque hubieran hallado un pájaro de ese nombre, más malo y astuto que los otros.

22 Informes extraídos de Funes. *Historia del Paraguay*, etc.

conquistadores del Perú, pasando intrépidamente en medio de naciones bárbaras, lo que no se haría en la actualidad. El lugar donde ese fuerte fue construido pertenecía a la nación caracará o timbué, que le hizo buena acogida al extranjero. Gaboto, después de haber construido su fuerte, remontó el Paraná y, a continuación, el Uruguay; luego regresó al establecimiento, donde los indios, dulces y buenos, consagraban su afecto a los españoles; y se selló, de una y otra parte, un tratado de amistad. Dos años transcurrieron en paz, bajo el sabio gobierno de Nuño de Lara, pero el amor que despertó en el jefe de los indios una hermosa española llamada Lucía Miranda destruyó para siempre la tranquilidad de la colonia naciente. El cacique sólo podía obtener a la mujer amada por medio de la violencia; se puso de acuerdo con su hermano y decidió eliminar a los españoles. Trataron de ocultar sus intenciones, sabiendo que carecían de fuerza, y esperaron que una parte de la guarnición se viera obligada a ir lejos en busca de víveres, porque la escasez era muy grande en Sancti-Spiritu. El jefe indio reunió cuatro mil hombres, que apostó cerca de la fortaleza; al ocaso, se presentó con trescientos guerreros elegidos, cargados de víveres, ofreciéndolos al jefe español como prueba de su afecto. Lara recibió el obsequio con agradecimiento, y el astuto indio, que todo lo había calculado, fue invitado por el comandante a pasar la noche bajo el mismo techo; era lo que deseaba. Cuando los españoles estuvieron dormidos, Mangorá puso fuego a la sala de armas y abrió la puerta del fuerte para que entraran los suyos. Los españoles, que tuvieron tiempo de armarse, vendieron cara la vida; Lara, herido de múltiples flechazos, quiso vengar, con la sangre de Mangorá, su vil traición y los dos cayeron muertos. Sólo sobrevivieron a ese ataque los niños y las mujeres, entre otras Lucía Miranda, la cual fue llevada por el hermano de Mangorá, que le prometió la libertad si consentía en ser su esposa, pero esa mujer prefirió la esclavitud. Al día siguiente de la catástrofe, el marido de la española, que mandaba el destacamento enviado en busca de víveres, regresó con los suyos al fuerte, donde sólo halló cadáveres tendidos en el suelo. Llegó al colmo de la desesperación, pero conservó la vida, al saber que su mujer estaba en poder de los indios. Huyó solo y se presentó ante el cacique, quien, dominado por los celos, ordenó la muerte del desdichado español. Lucía se arrojó a los pies del indio, que concedió la vida a su marido bajo la condición de que se casara con una india, no viviera más con su mujer y ambos no hablaran más entre sí... cosa bien difícil; por eso, pronto fueron sorprendidos por el bárbaro en medio de sus expresiones de ternura y, condenados a muerte, murieron al mismo tiempo a la vista uno de la otra. Esto aconteció en 1535; cuatro años más tarde el odio implacable de las dos naciones produjo la ruina completa del fuerte, que fue abandonado para siempre.

Es imposible pisar una tierra donde han sucedido acontecimientos trágicos, sin sentirse involuntariamente dominado por la tristeza; tal era el sentimiento que yo experimentaba entonces con intensidad. Cada vestigio despertaba en mí el recuerdo de esas tragedias tan a menudo repetidas desde la conquista de América. Se conocen numerosos hechos semejantes al ocurrido en el fuerte de *Sancti-Spiritu*, donde el amor desorbitado de un jefe indio causó la ruina de un establecimiento. Se recuerda lo que hizo un jefe araucano en Concepción de Chile, así como muchas otras aventuras semejantes. Diré, sin embargo, que son casos raros. El indio está demasiado apegado a las costumbres que le son transmitidas por los suyos y difícilmente se une a una india de nación distinta de la suya, a menos que sea para hacerla su concubina; constituye, en numerosos pueblos, una regla sagrada y fundamental de su religión.

Casi frente a esa desembocadura, un segundo brazo del Paraná se unía al Coronda y formaba un ancho canal; otros brazos seguían reuniéndose además, de tanto en tanto. La ribera occidental se hacía cada vez más escarpada, más alta y más y más desprovista de árboles. Descendí a tierra, y en la cima del acantilado turbé la tranquilidad de que parecían gozar numerosos ciervos guazúti, que, en grupos, pastaban en el campo, casi mezclados a los avestruces de América o ñandúes, igualmente en tropillas. Primero se inquietaron por mi presencia; pero, cuando vieron que me dirigía en dirección a la costa, huyeron y desaparecieron en medio de las llanuras. Esos animales son de lo más comunes en las pampas, donde resulta difícil sorprenderlos y donde siempre son centinelas dispuestos a advertir el peligro. Vi, por primera vez, el *ara patagón*[23], hermoso papagayo de color variado; deseaba vivamente cazarlo y pensaba lograrlo. Ordené entonces al piloto seguir la corriente e ir a aguardarme en el primer lugar donde se pudiera descender, porque el acantilado, de más de cien pies de altura, cortado en todas partes perpendicularmente sobre las aguas del río, no podía abordarse. Apenas partimos unos y otros, oí que me llamaban; era mi joven correntino que, sabiendo con qué interés yo buscaba esqueletos fósiles en Feliciano, me informó que allí en el acantilado gran número de esos esqueletos sobresalían de la arcilla; me aproximé a la escarpada y descubrí, claramente, la mayor parte de un esqueleto de megaterio, cuya cabeza salía fuera de las capas que lo encerraban; pero estaba por lo menos a unos quince pies debajo mío y, para verlo, tuve que acostarme en tierra y avanzar con la cabeza sobre la escarpada. Me resultaba imposible conseguirlo, a menos de permanecer mucho tiempo en ese lugar salvaje y de tener la ayuda de gran

23 Azara, núm. 277.

número de operarios; considerándolo bien, no disponía de ningún medio de extracción. Debí entonces, con gran pesar, abandonar esos restos de una antigua fauna perdida. Los esqueletos de esos animales tan peculiares, vecinos de los armadillos y cubiertos de una poderosa coraza ósea, se hallan en todas partes, con la capa arcillosa, en la inmensa extensión de la cuenca de Pampas. Así, el que existe entero en el Museo de Madrid ha sido hallado en el Río Luján, bastante cerca de Buenos Aires, y hace muy poco tiempo se han hallado restos muy cerca de esa misma ciudad[24]. No dudo que investigaciones asiduas permiten descubrir en toda la extensión de las pampas, en esa poderosa capa arcillosa y aun en el arenisca inferior, nuevos restos; están mezclados con esqueletos de mamíferos roedores y carnívoros de mediana talla.

Mi barco, llevado por una rápida corriente, me dejó pronto atrás, y yo, cazando, seguía las cimas del acantilado, dominando una inmensa llanura, donde nada limitaba la vista. Era la pampa propiamente dicha, desnuda de árboles y cuya horizontalidad sólo era interrumpida por algunas ondulaciones, por así decirlo, insensibles, o que únicamente rompían la uniformidad en los primeros planos. El suelo no estaba cubierto más que de plantas gramíneas, entonces en estado de reposo, es decir, sin fructificar y a ras de tierra; sólo los tallos secos revelaban que, durante la primavera, esas llanuras, ahora tan áridas, se cubren de una vegetación fresca y de buenos pastos. Las aves que yo buscaba, los guacamayos, se mostraban todavía ocultándose en los agujeros del acantilado, donde, sin duda, habían establecido su domicilio. Tiré al vuelo y los vi caer al agua, sin esperanza de tenerlos; lo mismo sucedió con un águila *aguya*. Perdía las esperanzas de ver mis propósitos cumplidos. Es menester amar la historia natural con pasión para comprender cuánto se anhela poseer un objeto nuevo, cuando se lo ve, y la pena que se experimenta cuando se escapa.

---

24 Falconer, *Description des terres magellaniques*, dice t. 1, p. 78 (traducción de Lausanne, 1787): "Sobre las costas del Carcarañan o Tercero, cerca de tres o cuatro leguas del lugar donde ese río se echa en el Paraná, hay un conjunto de huesos de tamaño extraordinario y que parecen ser huesos humanos. Unos son mayores que otros, como si hubieran pertenecido a personas de edades muy diferentes. He visto huesos de la pierna o fémures, costíllas, tórax y otras partes del hombre. He visto también dientes, y particularmente dientes molares, que tenían unas tres pulgadas de diámetro en su base.

"He hallado en los mismos lugares el cascarón de un animal compuesto de huesos más o menos hexagonales, cada uno de los cuales tenía una pulgada de diámetro por lo menos; el cascarón tendría alrededor de nueve pies de extensión. Parecía, en todos sus aspectos, excepto en su tamaño, ser la parte superior de la caparazón de un armadillo o tatú, pero éste no tiene hoy más que alrededor de una palma de ancho".

Se ve que el megaterio ha sido descrito hace mucho tiempo e ignorado de los zoólogos.

La gente de mi barco no había hallado sitio donde detenerse. El acantilado era cada vez más escarpado y resultaba imposible comunicarse; así que me vi en la necesidad de marchar largo tiempo con temor. Ese barco contenía toda mi riqueza, mis colecciones, y no podía, sin temblar, verme alejado de él. Finalmente, vi de lejos a mis hombres; y, aunque muy fatigado, pude unirme a ellos. Continué caminando al pie de los acantilados siempre abruptos y fui lo bastante afortunado como para conseguir los guacamayos, tan largo tiempo anhelados. No me sucedió lo mismo con muchos esqueletos, que vi de tanto en tanto hundidos en las capas de los acantilados; me fue preciso abandonarlos.

Por la noche llegué al puerto San Lorenzo, donde veía, a lo lejos, el colegio de San Carlos, monasterio de predicadores y misioneros franciscanos, fundado en 1786 y situado sobre el acantilado, a poca distancia del río, pero a media legua, por lo menos, del lugar donde yo estaba. El campanario en cúpula, de construcción bastante elegante, contrastaba con los campos pelados de las cercanías; parecía haber alrededor algunas casas. No quería ir hasta allí, por la razón que iba a pasar la noche en ese lugar; temía que, viendo tan poca gente, algunos pobladores me atacaran. Comprobé, más tarde, que mis precauciones no habían sido inútiles. Me habían visto los habitantes del campo y un gaucho se me presentó, antes de la caída del día, sin duda para reconocernos, porque vino solamente, como cosa común, a pedir fuego, a fin de encender su cigarro, y se fue en seguida. A la entrada de la noche, creí más prudente no dejar en tierra más que a mi fiel perro, para que me advirtiera lo que podía suceder de ese lado, mientras yo dormía en el barco. Permanecí solo en la cabaña que había mandado hacer, rodeado de fusiles cargados. Mi joven correntino se acostó detrás, sobre un baúl; mis dos marineros adelante, sobre cueros vacunos; y mi piloto instaló su domicilio sobre los que servían de techo; yo era el único armado, confiando únicamente en mí mismo la defensa, porque sabía cuán poco podía esperar de mis compañeros indígenas, que tratarían de salvarse a la primera alarma. Hasta medianoche dormimos en una tranquilidad perfecta, pero en ese momento mi perro ladró con fuerza y creí que corríamos peligro. En efecto, salí de la cabaña, donde me acostaba siempre vestido, y vi varios hombres a caballo que pusieron pie en tierra cerca de allí y avanzaron sigilosamente hacia nosotros; les grité el *¿Quién vive?*, al que ninguno respondió; pero cuando los amenacé con hacer fuego si se acercaban se detuvieron algunos instantes, lanzándome una andanada de injurias, porque reconocieron que yo era extranjero por mi pronunciación española, y volvieron a avanzar. No quise matarlos, lo que me hubiera sido fácil, porque estaban bastante cerca y la noche no era tan oscura como para no verlos. Me contenté

con tirar al aire, a un par de pies por encima de la cabeza de ellos, con la intención de que oyeran el silbido de las balas, y los amenacé con un segundo tiro, lo que les hizo reflexionar. Volvieron a montar a caballo y partieron con toda rapidez; habían pensado, sin dura, realizar una captura fácil, puesto que los comerciantes raramente van provistos de armas. Esa pequeña alarma me tuvo despierto el resto de la noche...; pero fue inútil. Los gauchos no habían venido a buscar balas y su instinto de rapiña no llegaba hasta el riesgo de la vida.

El 11, mientras acariciaba a mi buen perro, que me había salvado del asalto de los semisalvajes de estas comarcas, hice los preparativos de partida, y cuando ya era bien de día me puse en camino. Los acantilados, cada vez más altos, están cortados perpendicularmente; no existe ningún punto abordable.

11 de mayo

Las islas se separan más y más de la costa; y pronto el Paraná, completamente despejado, tiene en la majestad de su curso, que se desarrolla en toda su extensión no sé qué de imponente que resulta imposible definir. Llegué así, por la mañana, al puerto de la ciudad de Rosario, la segunda de la provincia de Santa Fe; me detuve para visitarla. Fue fundada en 1730[25], a orillas del Paraná, arriba del alto acantilado calcáreo de ese lugar; es un agradable villorrio, cuya población parece superar las cuatro mil almas; está bien ubicado y bien construido. Fui a ver el cabildo, situado en una plaza muy bonita; es un momento que los pobladores de la región mencionan por su elegancia. Tiene dos pisos y está construido, como todos los cabildos, con dos galerías, una arriba y otra debajo. Las casas de Rosario son también bastante hermosas y se ve reinar un comienzo de lujo que revela comunicaciones frecuentes con la capital y un puerto de mar. Se nota una mezcla de trajes bastante pintoresca: los hombres y mujeres de la burguesía y los comerciantes van vestidos a la europea, mientras que el resto de los habitantes son verdaderos gauchos, con modificaciones, en mayor o menor grado, impuestas por su género de trabajo. Luego de recorrer la ciudad y de conocerla, lo que no me exigió mucho tiempo, partí del puerto, concibiendo aún más temores acerca de la continuación de mi viaje. Los piratas infestaban el Paraná y saqueaban indistintamente todos los barcos que podían sorprender.

---

25 El capitán Luis Romero de Pineda, instalado en 1689 a orillas del arroyo Ludueña, puede considerarse el primer poblador estable de las tierras que hoy ocupa Rosario. En 1730, el gobernador de Buenos Aires, don Bruno Mauricio de Zavala, consiguió del Cabildo del Clero la creación del curato de los Arroyos, al que se incorporó la capilla de Nuestra Señora del Rosario. (N. del T.).

Navegamos rápidamente descendiendo el río y costeando los acantilados elevados, del mismo tipo que los de los días anteriores; vi sobre una de ellos una cruz de madera, colocada allí, sin duda, como atalaya o para señalar la sepultura de alguna víctima. La cruz me trajo a la memoria que algo más arriba[26], en la época de los descubrimientos, Heredia, en 1540, viniendo de Córdoba a través del Chaco, para buscar inexistentes riquezas en el renombrado Río de la Plata y marchando por los acantilados, encontró una cruz, primer signo de unión de los conquistadores. Recuerdo la emoción que experimentó, así como sus acompañantes, a la vista de ese símbolo sagrado, elevado en medio de los lugares deshabitados. Adoraron esa cruz; besaron el tronco del grueso árbol que la formaba; pero si se echa un vistazo a los acontecimientos que sucedieron en esa época, se verá hasta qué punto los celos autoritarios, el orgullo y el espíritu de venganza hicieron cometer crímenes a hombres tan llenos de piedad. ¡Curiosa conjunción de exaltación religiosa, coraje llevado hasta la temeridad y perfidia, en ese primer período tan borrascoso de la conquista de América!

Mis pensamientos me llevaron, a pesar mío, a los siglos caballerescos, y con la historia del doctor Funes en la mano gustaba de seguir tan audaces expediciones, mientras cruzábamos rápidamente frente a los acantilados. Fui, sin embargo, obligado de golpe a volver al presente. Un tiempo, primero sereno y calmo, aunque algo cálido, había acompañado a nuestra navegación y no había contribuido poco a provocar en mí una dulce melancolía; pero, pronto, se oscureció intensamente del lado sur. El trueno retumbó; torbellinos de polvo se levantaron en el horizonte y sobrecargaron el aire. No podía seguir costeando los acantilados y me sentí muy dichoso al entrar en un canal, cerca de la *Vuelta de Montiel*. Apenas llegamos allí, cuando estalló la tempestad. Los vientos se desataron y la lluvia cayó a cántaros. Nada mejor podíamos hacer que cubrir todo con cuero y esperar. La lluvia duró poco. Reiniciamos momentos después nuestra marcha; doblamos la punta de Montiel, formada por un grupo de islas, que rodeaban un lago bastante grande. Las islas son boscosas y las habría considerado pintorescas, por contraste con las barrancas áridas de las costas vecinas; los sauces estaban todavía verdes y conservaban su follaje, a pesar de lo avanzado de la estación; pero cuando en un barco demasiado incómodo uno se siente mojado, los más hermosos parajes se oscurecen y los más hermosos cuadros se cargan de muchas sombras. ¡Hasta ese punto es cierto que el estado de espíritu, en el instante en que se ven las cosas, influye, más de lo que podría creerse, en la manera de verlas! Es un prisma que colorea diversamente

26 Esa cruz fue vista arriba del río Carcarañan, en el riacho de Coronda.

los objetos de acuerdo a la posición en que se hallan. Me detuve cerca de un arroyo llamado *del Medio*, que separa la provincia de Santa Fe de la de Buenos Aires. Allí terminó, pues, mi viaje por la primera de esas provincias.

Provincia de Buenos Aires

El 12 de mayo crucé la desembocadura del *Arroyo del Medio* y entré en la provincia de Buenos Aires, de la cual había estado ausente catorce meses. Vi con placer acercarse el término de mi viaje. La estación era, debido a las crecidas del Paraná, muy poco favorable para las investigaciones y no compensaba las fatigas. Los relevamientos topográficos que hacía del curso del río eran lo único que podía sostener mi empresa.

Seguí por una gran bahía a lo largo de un acantilado y entré en el riacho de San Nicolás, que recorrí entre las islas y los acantilados, hasta el puerto de la ciudad de ese nombre.

San Nicolás
12 de mayo

Me impresionó, al llegar, el gran número de navíos que encontré; pero no tardé en informarme que, por prudencia, se reunían para formar un convoy y defenderse mutuamente de los piratas, los cuales, con patentes dobles del Brasil y de Buenos Aires, hacían alternativamente de corsarios de las dos naciones. Numerosos robos y navíos apresados motivaban esos temores, lo que me inquietó mucho. Descendí y encontré al capitán de Corrientes que me había conducido desde Buenos Aires a esa provincia. También estaba él a la expectativa, queriendo formar parte del convoy; me aconsejó vender la chalana y subir al barco más grande. Estaba de lo más indeciso; me presenté ante el comisario, quien empleó un lenguaje completamente distinto, al decirme que con mi barquichuelo me salvaría siempre y nada tenía que temer. No tenía mucha confianza en ese funcionario, a quien el asunto interesaba poco, y puesto que había en San Nicolás navíos que, aunque bien armados, no aguardaban menos el momento de entrar en convoy, yo no debía tratar de luchar solo contra un peligro demasiado seguro; por lo demás, me exponía a reproches, si, falto de prudencia, comprometía las colecciones de historia natural que llevaba al Museo. Me decidí, pues, a vender mi barco y a pedir pasaje a Buenos Aires, a bordo de un navío mejor. Había ocho en el puerto; me dirigí al capitán del mayor de todos, la sumaca *Pura y Limpia Concepción*, ricamente cargada en la Bajada, armada de dos cañones sobre ejes y provista de doce o quince hombres

de tripulación. No quiso aceptarme con mi equipaje y, debido a su negativa, me presenté al capitán portugués de la balandra *La Paz*, que estaba cargada de cal; me aceptó de buena gana porque le quedaba espacio vacío encima de su carga. Una vez concluido el trato, transbordé, sin pérdida de tiempo, mis cajones y tomé posesión de mi nueva embarcación; en cuanto a mi barco, pude venderlo de inmediato. Hice todo eso rápidamente, sin un instante de reposo. El viento del sur, que retenía la flotilla, podía cambiar durante la noche y la partida tener lugar a la mañana siguiente; sin embargo, sucedió de otra manera. El viento contrario se mantuvo hasta el 18 de mayo y fue necesario esperar que cambiara.

Aproveché esa prórroga para recorrer la ciudad y sus alrededores, volviendo a ver con placer el lugar donde, durante mi primer viaje, recogí esqueletos fósiles e insectos. Encontré también algunos objetos nuevos; pero, preocupado del peligro que mis colecciones podían correr en el trayecto que me restaba hacer, en tiempo de guerra y en un medio de piratas, no me entregué a mis búsquedas con esa tranquilidad de espíritu tan necesaria al naturalista observador. Por otra parte, el viento podía cambiar de un momento a otro y no osaba alejarme, temiendo perder el instante de la partida.

La ciudad, en cuyo puerto yo estaba, se llamaba *San Nicolás de los Arroyos* a causa de los numerosos arroyos de sus vecindades; es, después de Buenos Aires, la segunda gran ciudad de la provincia. Fue fundada por los españoles en 1749, y sus ricas campañas le dieron en seguida importancia como centro de las numerosas haciendas que se establecieron en los alrededores y como escala de los navíos que remontaban o descendían el Paraná. Pronto creció a tal punto que, cincuenta años después de su fundación, contaba ya cerca de 5.000 habitantes. Luego debió sufrir mucho por las guerras de la independencia; pero, sin embargo, su población siguió aumentando. El gobierno de Buenos Aires le confirió el título de *ciudad*, y de hecho bien merece, al lado de Corrientes, ese título. Está agradablemente situada en lo alto de acantilados arcillosos que bordean el río; lo domina y está separada por una isla que la defiende de los golpes de viento y hace de ella un buen puerto. La ciudad está bien construida, bien alineada, como todas las ciudades españolas de esas comarcas, pero no posee ningún edificio notable. Sus casas con terrazas recuerdan a Buenos Aires; es, por lo demás, una ciudad muy comercial, donde se ven muchos negocios, comercios llenos de mercaderías de Europa, y su aspecto general es completamente europeo. Sus alrededores están adornados de algunos jardines repletos de nuestros árboles frutales, tales como perales, durazneros, cerezos, higueras, etc., con algunos naranjos y limoneros; no hay ningún árbol de

lujo. El exterior de esos vergeles, a menudo rodeados de paredes, y los árboles que los pueblan, recuerdan los alrededores de una ciudad francesa; pero, mirando algo más lejos, volvemos a hallarnos en América. Nada de campos cultivados, nada de brillantes casas de campo. La llanura... la llanura pelada se ve hasta que se pierde la vista, sin ser animada por ningún árbol. Caballos y algunas vacas o bueyes libres pacían de un lado a otro; o, de distancia en distancia, a duras penas se mostraba una pobre cabaña, para indicar al viajero que el país no estaba desierto. La gran cantidad de jardines que posee la ciudad prueba que el territorio está en condiciones de ser dedicado a una agricultura fácil y muy productiva, puesto que son las mismas tierras de Buenos Aires donde, cuando se quiso sembrar, la cosecha produjo hasta cincuenta por uno; pero todavía no ha llegado la época de la agricultura y muchísimos lugares permanecen aún desocupados, hasta para el hacendado, que necesita una superficie mayor que el agricultor; por eso no se pensará en la agricultura hasta que la población haya aumentado de manera que el número de cabezas de ganado, dejando de estar en relación con ella, no alcance a abastecerla. Es menos penoso al habitante de las campañas criar ganados cuyo cuidado no le cuesta casi nada, que cultivar la tierra. Habría, pues, para que la agricultura tome vuelo en esas comarcas, que verse obligados a buscar la manera más productiva de explotación agrícola, en interés del mayor número posible de consumidores, lo que tal vez no sucederá antes de muchos siglos, porque las dos terceras partes, por lo menos, de las tierras de la República Argentina carecen de dueños y no prestan utilidad alguna.

Al vender mi chalana, pude desembarazarme de mi piloto mediante el pago integral de su salario. No sucedió lo mismo con los dos marineros franceses y el joven correntino; me hicieron presente que los había contratado bajo la condición de conducirlos a Buenos Aires y que no podía abandonarlos en el camino. Me vi, pues, obligado a llevarlos conmigo, a bordo del mismo barco, los que, con los marineros de la tripulación, formaban diez hombres bastante bien armados, teniendo el capitán una docena de fusiles de munición. Los restantes pasajeros eran mujeres y niños. En la noche del 18 al 19, el viento saltó al norte y debimos partir.

Se convino entre los capitanes de las ocho embarcaciones que todas se detendrían en el mismo lugar y se prestarían apoyo mutuo, y que el camino a seguir sería el curso mismo del Paraná, sin entrar en el brazo de Baradero. La flotilla se dio a la vela y marchó bastante de acuerdo. San Nicolás se alejó pronto de nosotros. Pasamos entre las islas boscosas y la tierra firme, donde los acantilados, cubiertos en parte de hierba y abandonados por las aguas, estaban limitados por terrenos de aluvión bajos y húmedos, muy a menudo cubiertos de sauces y hasta donde

19 de abril

llegaba el ganado perteneciente a las estancias que se veían, de tanto en tanto, sobre las alturas de los acantilados. Viajamos así hasta San Pedro; allí, de acuerdo al convenio hecho con los otros capitanes, nos detuvimos, para aguardar los otros navíos, menos veloces que el nuestro; ellos llegaron sucesivamente. En cuanto a los cinco más pequeños, en lugar de quedarse a pasar la noche con nosotros, entraron en el Baradero, gritándonos *sálvese quien pueda.* En este momento la corriente nos empujaba arriba de la desembocadura de ese brazo y no podíamos entrar; permanecimos el máximo de tiempo posible a la espera de los retrasados. La sumaca *Pura y Limpia Concepción* llegó al alcance de la voz, y como estaba armada de dos cañones y tenía doce hombres de tripulación, su capitán, al pasar, se divirtió un poco a nuestra costa, gritándonos que, sin duda, seríamos por la noche apresados por los piratas; que, en lo que a él respectaba, entraría en el Baradero, y se dirigiría hacia su desembocadura; pero se equivocó... su navío tocó el légamo del río y, a pesar de todos sus esfuerzos, tuvo que quedarse allí a pasar la noche. Durante ese tiempo, la corriente nos había empujado y estábamos a un cuarto de legua del Baradero. Nuestro capitán hizo atracar el navío en una isla de viejos sauces, repitiéndonos siempre: "Soy portugués y nada puedo temer de mis compatriotas". Otro navío, que partió con nosotros, atracó más o menos en medio del espacio que nos separaba de la Concepción. Llegó así la noche, en medio de las preocupaciones por los riesgos que debíamos correr. Por mi parte, entregado a reflexiones bastante tristes, veía que estábamos demasiado separados como para prestarnos apoyo mutuo, en caso de ataque; y, por lo demás, juzgaba que era poco lo que podía esperarse de la tripulación, especialmente del capitán. Estábamos, empero, a la expectativa; tenía todas mis armas cargadas, así como las de a bordo. Hasta las once no oímos nada, pero, de pronto, dos disparos de cañón y una descarga de fusilería nos dieron la certeza de que la Concepción era atacada. Resonaron descargas de mosquetería, durante algún tiempo, en medio de la noche silenciosa; luego se restableció la calma. Juzgamos que la sumaca se había rendido, lo que hizo desaparecer a los marineros, que fueron a buscar sus cosas, para tenerlas a mano. El capitán parecía alegre, creyendo siempre que eran brasileños, sus compatriotas; las mujeres invocaban a todos los santos; yo estaba dominado por una terrible inquietud; mi título de extranjero no sería respetado. No lo sería por los piratas de Buenos Aires o del Brasil; con mayor razón no lo sería por piratas de todas las naciones reunidas. No cabía la menor duda de que esos asaltantes al encontrar los cajones se los llevarían, sin siquiera abrirlos, y que yo vería así mis colecciones, reunidas con tanto trabajo, tal vez arrojadas al agua, cuando esos hombres comprobaran su error al haberlas tomado

por objetos valiosos. Mi posición era de lo más crítica y no sabía realmente qué hacer. Me dejé dominar a ratos por la desesperación, aunque sabiendo que uno de los jefes de los piratas era francés, ¿cómo contar con un hombre capaz de ejercer semejante oficio? Por lo demás, lo sabía acompañado de italianos y de gauchos del país, y, aunque lo quisiera, ¿podría hacerme respetar? En otros momentos, pensaba en la defensa y arengaba a los hombres de a bordo, quienes, de tanto en tanto, confiaban en mi buen sentido y me hacían alentar alguna esperanza. Tales fueron mis angustias durante la hora que duró el silencio, porque los clamores no llegaban hasta nosotros. Pronto el ruido recomenzó, pero mucho más cerca de nuestro barco; era, sin duda, el último barco que atacaban. Se hicieron oír tiros de fusil. Los gritos de los pobres pasajeros se mezclaban con las vociferaciones de los asaltantes. Pronto no oímos más que los juramentos e imprecaciones de los últimos, en la medida en que el alejamiento nos permitía apreciar, aunque el viento nos traía el menor ruido y nada detenía los sonidos, porque una calma perfecta reinaba en todas partes. Era una noche de invierno, donde todos los animales nocturnos callaban momentáneamente. Mis temores aumentaban; estaba muy inquieto, tanto más que una gran llamarada se elevaba del lado donde estaba la Concepción revelando que había sido incendiada por los piratas. Pronto, repetidos golpes de hacha nos hicieron temer que estuvieran hundiendo al segundo navío. Dirigí una segunda arenga a las gentes de a bordo para animarlos a la defensa. Me dijeron que estaban dispuestos a hacer lo que les indicara. Descendí a buscar mis armas; pero, a mi regreso, sólo encontré, sobre el puente, al capitán y a uno de mis franceses. Los otros habían recogido sus ropas y se ocultaron en la isla a la cual estábamos amarrados, lo que me obligó a ocultar mis armas y renunciar a la resistencia. Confieso que fue un momento terrible para mí. Me di cuenta de que el capitán no quería apagar, en su cabina, la luz que podía traicionarnos y que afectaba hablar en alta voz, hallando, sin duda, un beneficio en dejar que saquearan su barco; no me quedaba otro recurso que emplear la fuerza para hacerle observar, por lo menos, la prudencia que todavía podía salvarnos. Cogí una barra del cabrestante, apagué las luces, hice que mi compatriota mantuviese cerrada la boca de mi perro para que no ladrara, amenacé al capitán con romperle la cabeza a la primera palabra que pronunciara y quedé a la espera de los acontecimientos. Estábamos en una pequeña ensenada, en medio de elevados sauces y era posible que nuestro barco no fuera visto por los piratas. Un instante después oímos ruido de ramas y los gritos tumultuosos y alegres de los remeros; en medio de esos gritos, reconocí claramente las siguientes palabras en español: *Vamos a buscar la balandra La Paz*. Vi también su

barco, que doblaba la punta, alejado unas doscientas toesas a lo sumo de nosotros, y se dirigía en dirección a la otra punta, un poco más abajo. Cuando vi a los piratas tan cerca, experimenté la mayor agitación; si nos habían visto, todas mis colecciones estaban perdidas para la ciencia y para mí. Mí corazón latía intensamente y yo retenía la respiración, deseando ardientemente que se alejaran. Una ligera nube, que hizo caer algo de lluvia, nos protegió también contra ellos y les impidió vernos, sin contar que los licores que habían hallado a bordo de la Concepción les habían turbado la vista. Lo cierto es que, gritando siempre en busca de nuestro barco, pasaron a no más de cien pasos, y sólo comencé a respirar cuando hubieron doblado la punta de abajo, porque debiendo luchar contra la corriente ya no tenían posibilidad de retornar, lo que sucedió como esperaba.

Cuando, una hora más tarde, todavía en guardia, no vi más que el fuego de la Concepción, seguro de no tener ya nada que temer, por esta vez debí dar gracias a la Providencia, que acababa de salvarme como por milagro. No temí por mi vida ni un solo instante; el fruto de mis investigaciones había sido el único objeto de mis preocupaciones. Si en esas circunstancias hubiera perdido esas colecciones reunidas con tanto trabajo, lo que, mirándolo bien, estuvo casi a punto de suceder, habría, sin duda, sido acusado de no haber hecho nada; y todas mis protestas no habrían sido bastantes para establecer mi inocencia y poner mi conducta al abrigo de la suspicacia.

Pasamos el resto de la noche a la espera de nuevos acontecimientos; pero nada sucedió. Cuando apareció el día, quise enterarme de lo que había pasado. Me embarqué en el bote, determinado a tomar una decisión sobre la mejor manera de continuar mi viaje hasta Buenos Aires. Acababa de salir de un paso demasiado malo como para intentar seguir el mismo camino; pensaba desembarcar todos mis efectos en San Pedro y hacer el resto del trayecto por tierra, en carreta. Al llegar al sitio donde estaba el primer navío, no vimos más que algunas virutas sobre el agua; habían cortado los palos y abierto el barco a golpes de hacha para hundirlo. Los pasajeros y marineros se habían salvado en tierra firme, de donde habían alcanzado por tierra la desembocadura del Baradero, donde los encontramos. Allí se ofreció a nuestros ojos un espectáculo que no podía dejar de inspirarnos piedad. La Concepción ardía aún y trataban de sumergirla para extinguir el fuego, continuamente alimentado por su carga, compuesta, en parte, de cueros secos no curtidos, de sebo, crines y jabón. Llegué en el momento en que se trataba de hundirla para salvar lo que quedaba de la carga; encontré al capitán y a los pasajeros. Estos últimos estaban todavía medio desnudos, y me contaron lo acontecido. La barca que los había

atacado era una chalupa sin puente, provista de dos cañones pedreros con ejes y con treinta hombres de tripulación, todos armados hasta los dientes, grosera mezcla de los desperdicios de todos los países, porque el jefe era un tal Víctor, que se decía francés, y los restantes, italianos, portugueses y sobre todo naturales de las costas del Plata. A las once, habían llegado remando sin hacer ruido; cuando los vieron desde la Concepción, los dos cañones con ejes no podían ya funcionar, porque uno estaba adelante y el otro entre el trinquete y el palo mayor, y sus fuegos eran impedidos por esos palos, habiéndose colocado los piratas detrás del navío. Tiraron, sin embargo, en el instante en que los asaltantes subían a bordo, luego de haber ensayado el fuego de una descarga de mosquetería, después de la cual los tripulantes se salvaron en tierra, no sin que les dirigieran algunos tiros de fusil que no los alcanzaron. El propietario de la carga, rico comerciante de Buenos Aires, había hecho armar así la nave, porque transportaba un rico cargamento y muchas onzas de oro. Desde el primer ataque, sorprendido en la cabina con su hijo, se escondió, aguardando los acontecimientos. Los piratas, una vez dueños del barco, descendieron a la cámara; y, temiendo que alguien estuviera oculto, tiraron por todos lados con sus pistolas, aunque sin alcanzar felizmente a los pasajeros; pero se los arrancó del lecho, se los amenazó para hacerles confesar dónde tenían el dinero y luego se los llevó a la isla parcialmente inundada de la otra orilla del Baradero. Los piratas continuaron apoderándose de todo lo que les interesaba; luego, antes de retirarse, prendieron fuego a ese primer navío y pasaron, en seguida, al saqueo del segundo.

Los pasajeros, abandonados así en camisa en la isla, tiritaban de frío al partir los piratas, mientras veían brillar las llamas que devoraban sus mercaderías. Por desgracia no sabían nadar, y, debido a la educación afeminada de la clase burguesa de Buenos Aires, carecían de esa energía que hace desafiar todos los obstáculos. Fueron, pues, testigos del rápido progreso del incendio, que hubieran podido extinguir al comienzo con muy poca agua. La tripulación y el capitán habían ido a San Pedro y permanecieron allí hasta el amanecer. Experimentaron una desgracia más: un pescador, que con su barquichuelo pasaba por el Baradero, se negó largo rato a transportarlos a la otra orilla, que se comunicaba a la costa firme por los pantanos, porque ellos no tenían dinero para darle; y fue sólo después de arrancarles la promesa de una suma bastante elevada que consintió en prestarles ese servicio, tan necesario en su situación. Ese trato ilustra suficientemente acerca del egoísmo que domina a los naturales de esas comarcas, tan distintos de los serviciales correntinos.

Me dirigí de prisa a San Pedro, donde alquilé muy caro una chalupa, porque en todos los países del mundo se saca proyecto de las dificultades de las

personas. Regrese a la balandra *La Paz*, haciendo desembarcar inmediatamente mis baúles para transbordarlos a mi embarcación. Me vi obligado a dejar al capitán el pasaje pagado, muy feliz de salvar mis cajones del gran peligro. Regresé a San Pedro casi de noche y no me sentí satisfecho hasta que, a las ocho de la noche, todos mis efectos estuvieron seguros en una de las celdas de un convento abandonado, que el alcalde del lugar me cedió por habitación; era una habitación abovedada, sombría, de la que sólo se veían las cuatro paredes y por la cual debía pasar el maestro de escuela del villorrio para ir a la suya. Me relegaron allí, con mis gentes y todos los demás pasajeros de la balandra *La Paz*, o sea tres mujeres y tres niños; de manera que, sin contar mi equipaje, éramos nueve amontonados en una sola habitación. Me sentía atormentado, pero por lo menos tenía a mano mis riquezas.

Al día siguiente realicé gestiones para obtener carretas, a fin de irme a Buenos Aires; me pedían un precio exorbitante, y el alcalde, así como muchas otras personas, me aconsejaron renunciar a mi proyecto, porque si el trayecto por agua era peligroso, el camino por tierra lo era más todavía, debido a la estación de los *cardos*, que, no estando aún secos,

21 de mayo

servían de refugio a los ladrones, los cuales, no contentos con saquear, asesinaban a los comerciantes antes demasiado imprudentes que seguían ese camino; por eso nadie quería arriesgarse a hacer ese trayecto, a menos que fuera para conducir cueros o cualquier otro producto de la región. Esos informes me desolaron y me dejaron en una cruel incertidumbre.

El 22 de mayo vi el barco más grande de Corrientes, que reconocí como la sumaca *Itaty*, anclado justamente cerca del lugar donde, según dicen los pobladores, los piratas se ocultan durante el día, cerca de una multitud de pequeños brazos del Paraná, que separan islas bajas y boscosas. Creí de mi deber prevenir al capitán del peligro que corría, lo que lo decidió

22 de mayo

a anclar cerca del mismo villorrio. Subí a bordo y encontré a varios comerciantes que había conocido en Corrientes, y allí permanecí hasta la noche. El capitán resolvió no partir sin escolta. Al descender a tierra, hallé en mi residencia, o mejor dicho, en nuestra residencia, una reunión de virtuosos que habían ido con sus guitarras; tuve mucho trabajo en desembarazarme de ellos, lo que no pude lograr antes de haber sufrido varias coplas entonadas en mi honor y acompañadas de la *despedida*, varias veces repetida.

Los naturales de la zona demostraron mucho interés por mí, así como por las otras personas que compartieron mi desventura; trataron, por todos los

medios, de hacernos olvidar el percance. Llegaron hasta aprovechar la llegada de la fiesta cívica del 25 de Mayo, aniversario del primer grito de libertad de la República Argentina, día religiosamente festejado en todas partes, para dar un baile a los derrotados, como llamaban a todos aquellos que estaban en San Pedro, a consecuencia del ataque de los piratas. Ese baile fue encantador y las mujeres de la región desplegaron una gracia infinita en la contradanza española. Fue seguido de otro baile, dado antes de nuestra partida.

El villorrio de San Pedro, fundado en 1750 por los españoles, no se componía en un principio más que de un convento de recoletos que existe hasta hoy y que se rodeó, poco a poco, de casas. Puede tener actualmente una población de mil almas. El convento está ubicado en lo alto del acantilado, de manera de dominar el Paraná, que corre, por mil canales tortuosos, entre las islas boscosas y ofrece un panorama imponente; es vasto, bien construido, provisto de una iglesia grande, bien adornada de cuadros y decorada con una cúpula bastante hermosa. Los alojamientos de los monjes son espaciosos. Desde la expulsión de los jesuitas, reunidos en Buenos Aires, por orden de Rivadavia, el convento ha servido de cuartel durante las guerras y era, entonces, asilo de posiblemente veinte familias distintas, entre las cuales había una mezcla monstruosa de toda especie de gentes. Entre el convento y la llanura está situado el villorrio, compuesto de varias calles que bordean casas de un solo piso, bastante limpias, la mayoría cubiertas de rastrojos, aunque un francés hizo construir, hace algunos años, en los alrededores, un horno de ladrillos, que abastece al consumo del país. Se ve claramente que se trata de un villorrio naciente, que toma rápido crecimiento y que, en el porvenir, podrá llegar a ser muy importante, a causa de la proximidad del Paraná y de hermosas llanuras, donde numerosas cabezas de ganado prometen a los hacendados una gran producción. Hay ya, en el radio urbano, muchos negocios bastante bien montados de mercaderías extranjeras.

Las costas del Paraná, al pie de los acantilados, ofrecen, en algunas partes, salinas, donde se desarrollan los salicornios y sosas que, al quemarse, producen cenizas empleadas en Buenos Aires para fabricar jabón.

En los alrededores de San Pedro está la pampa propiamente dicha; por eso se buscarían en vano árboles indígenas; sólo se ven los que han sido plantados por los pobladores, como vergeles o como bosques de leña. La campaña está, hasta perderse la vista, uniformemente cubierta de hierba seca, y, de tanto en tanto, de cardones invasores. Iba a menudo a la casa de mi compatriota propietario del horno de ladrillos, la única de los alrededores; era bastante buena, adornada de un jardín rodeado de fosos, que son los cercos usados en la

región. Me mostró su horno, y en respuesta a mi pregunta sobre sus medios de obtener combustible en una región sin árboles, me mostró una pila de huesos de animales muertos en las estancias vecinas. "He aquí –me dijo– mis combustibles". Vi, en efecto, en su horno, los restos de ese nuevo cuero de combustible, que, más tarde, comprobé que era de uno generalizado en las pampas. Se comprende que, si la industria estuviera más adelantada, podría sacarse mejor partido de esos huesos y adquirirían el mismo valor que en Europa. Es una gran suerte para los hacendados que algunas personas se ocupen de emplear esos huesos, porque permaneciendo inútiles en los alrededores de sus moradas las harían insalubres.

Cuando deseaba recorrer la campaña, iba a la casa de mi compatriota, quien me prestaba caballos; y pude así visitar, en detalle, toda la llanura que pertenecía a la pampa propiamente dicha; es en todas partes arcillosa, uniformemente llana, a excepción de pequeños montículos apenas perceptibles, formados por bancos de esa especie de corbulas de las aguas salobres o dulces que hoy vive en el Plata, cerca de Buenos Aires y de Montevideo. Esos bancos, que sirven para hacer cal, conocidos con el nombre de *conchillas*, son demasiado macizos para poder ser transportados; por lo demás, el carácter a medias fósil de sus conchillas aún enteras demuestra que han vivido allí. Uno de ellos se halla cerca del convento de San Pedro y tiene de dos a tres metros de espesor, en una extensión de centenares de toesas; su altura es de ochenta o cien pies por encima del curso actual del Paraná. Debe suponerse, de acuerdo a ese hecho, un levantamiento muy insensible de toda la superficie de las pampas o un descenso de las aguas en toda su extensión; por lo demás, la presencia de esos bancos coincide perfectamente con elevaciones semejantes arriba de las aguas, conteniendo conchillas marinas, que he visto en la Patagonia, en Chile, en Bolivia y en el Perú, tanto en las costas del océano Atlántico como en las del Gran Océano; hecho curioso que se halla en relación con una multitud de otros observados en las costas del Mediterráneo. De cualquier manera, la existencia de esos montones de corbulas en toda la extensión de esas inmensas tierras revela una larga permanencia de las aguas, después de la desaparición de los mamíferos que las poblaban, cuyos esqueletos se hallan en estado fósil en todas las capas arcillosas que les son inferiores. He dicho que, salvo esas ligeras asperezas, la horizontalidad de las pampas parece perfecta. Son, en todas partes, llanuras de una uniformidad desesperante; únicamente, algunas veces, sorprende ver elevarse bandadas de ánades. Si nos aproximamos al punto de partida de esas aves, sorprende encontrar, en medio de la llanura, un lago que no habíamos visto. Las aves que así vuelan van a posarse más lejos, y

cuando se las persigue se llega a un nuevo receptáculo natural de aguas pluviales que, a doscientos metros de distancia, tampoco se podía ver. Son los numerosos lagos de todas dimensiones que caracterizan a las pampas propiamente dichas; en efecto, en los alrededores de Buenos Aires sucede lo mismo, así como en toda la extensión de los terrenos arcillosos. Es difícil explicar cómo en un terreno casi llano ha podido formarse tal cantidad de lagos, todos casi tan poco hondos los unos como los otros, porque su mayor profundidad apenas excede de seis a ocho metros por debajo del suelo superior. La uniformidad de las pampas inspira tristeza. Lo que se ve en una extensión de mil metros cuadrados se lo encuentra en todas partes; únicamente en los alrededores de los lugares habitados ha cambiado desde la llegada de los europeos. Los cardos o alcachofas salvajes han invadido gran parte de los terrenos.

Esos cardales, que cubren casi todo el territorio de la provincia de Buenos Aires, desde esta ciudad hasta las orillas del río Salado, como lo he dicho más arriba, estaban parcialmente caídos. El *cardo asnal*[27] lo estaba desde hacía poco tiempo, puesto que comienza a secarse en febrero; en cuanto al *cardo de Castilla*, que no es más que una alcachofa salvaje, análoga a nuestra alcachofa silvestre, resiste mucho tiempo, porque su tallo es más grueso y leñoso; es el preferido como combustible, aunque arde igual que el otro y constituyen juntos la única leña que se usa en el campo. Los pobladores agregan la boñiga de vaca y los huesos. Cuando los cardos comienzan a crecer, sirven de alimento para el ganado; al desarrollarse, ahogan toda otra especie de vegetación, pero apenas caen el terreno se cubre de vegetación. Los pobladores se sirven de la flor de la segunda especie para cuajar la leche, como se hace en gran parte de nuestros campos de Francia. Hay una tercera especie de cardo que los habitantes llaman *carda*[28], cuyo tallo es más delgado y se seca más tarde. Se lo quema cuando falta por completo otro combustible. Los cardones son, en general, de gran utilidad en un país completamente desprovisto de bosques, pero tienen el inconveniente, cuando llegan a su mayor altura, de servir de refugio a los bandoleros y de proporcionarles un cómodo escondite; por eso se viaja siempre con temor durante los primeros meses del verano. Las rutas sólo presentan, entonces, una avenida de cardones, tan altos e impenetrables que no permiten a la mirada extenderse y no dejan ninguna salida abierta para huir del peligro.

Resulta imposible dudar que dos de esas especies no hayan sido traídas de Europa por los españoles, porque las he visto sólo en los alrededores de los

27 *Cynara cardunculus*, Linn.
28 Un *Eryngium*, vecino del *Bromelifolium*.

lugares habitados y en un radio que sigue, por así decirlo, la misma marcha que la expansión gradual de la población en esos terrenos silvestres. Hoy esas especies de plantas se extienden de una manera que asusta; parecen estar, hasta el presente, encerradas entre los ríos de la Plata, Paraná y Salado. Si, en la superficie comprendida entre esos dos ríos, se toma por límite al sudeste el mar, y al noroeste el río de Arrecife, se tendrá una extensión de más de setecientas leguas, de las cuales a lo menos la mitad puede ser considerada cubierta de esas alcachofas silvestres, lo que hace temer que en el porvenir las pampas sean sucesivamente invadidas. De las tres especies conocidas en el país, el *cardo de Castilla* es evidentemente nuestra alcachofa, así como el *cardo asnal* nuestro *cardón María*, pero la *carda* es una planta americana que, en vez de acompañar al hombre en sus migraciones, desaparece de los lugares cultivados y hasta de los alrededores de las poblaciones. Esa carda se parece, por sus hojas, a un ananás; su tallo, que lleva flores, tiene el grosor de un dedo y los más altos no se alzan a más de un metro; es vivaz; se encuentran tallos verdes en todas las épocas; comienza a abundar en el grado 37 de latitud sur y en las proximidades de las montañas. Lo vi, por primera vez, en los alrededores de Maldonado; y en Corrientes, una especie vecina sirve de índice a los pobladores para juzgar la fertilidad de un terreno.

Se reconoce fácilmente en las pampas el lugar donde se ha detenido, durante largo tiempo, una horda indígena; su morada está, por lo común, marcada por cardones que se desarrollan. Apenas se construye una casa en las llanuras, los habitantes tratan de procurarse combustible y traen, de inmediato, tallos secos de esos cardones; las semillas, por consiguiente, se distribuyen por todos los alrededores. Los animales las pisan y entierran. Cuando llueve esas plantas se desarrollan y las semillas son transportadas más lejos, sea por los vientos, sea por las nuevas casas que se construyen. De ahí su rápida difusión en el suelo de la República Argentina, difusión que hace temer para el porvenir que cubran por completo la provincia de Buenos Aires.

Fui testigo en San Pedro de un juicio bastante raro, que puede dar una idea de las costumbres de la región. Se trataba de un hombre del villorrio, que partió como marinero en un barquichuelo con un comerciante francés, el cual iba, por agua, de poblado en poblado, vendiendo sus mercaderías; ese mercader abandonó San Pedro con su marinero, luego de haber realizado su comercio; pero, después de la partida de su patrón, este último concibió la idea de apoderarse del cargamento del barco. Esperó el momento favorable y, mientras el desdichado amo se agachaba para amarrar una escota, le dio un golpe de hacha en la cabeza, lo mató, arrojó el cadáver al agua, regresó a la ciudad,

como si no tuviera nada de que reprocharse, descargó el barco, puso un negocio de mercaderías y se dedicó a venderlas. Empero la justicia descubrió el robo y puso preso al ladrón. Este no negó el hecho, diciendo solamente para atenuar su delito que era un francés y que matar un francés no le parecía más criminal que matar ganado en la campaña. Se mantuvo en esa convicción y fue enviado de nuevo a prisión, donde, muy alegremente, clamaba por la injusticia que se le había hecho y esperaba su liberación, que no podía tardar, porque las leyes del país carecen de todo poder y no son respetadas por nadie en esta república naciente. Ese hombre estaba seguro de que al cabo de pocos meses se lo dejaría en libertad y que podría reiniciar su negocio, porque se cansarían de retenerlo.

Pasé mis días recorriendo los alrededores, cazando multitud de aves acuáticas en los lagos, entre las cuales se distinguen las cigüeñas de cuello negro y gracioso modo de nadar; y no cesé, de realizar observaciones de historia natural, buscando a la vez el medio más seguro de llegar a Buenos Aires. Los jueces del lugar se prestaron de buena gana a ayudarnos y enviaron un mensaje al villorrio de Baradero, para saber si un corsario de Buenos Aires, armado para proteger el comercio, estaba todavía allí y si podía venir a escoltar el Itaty. El capitán nos hizo responder que no podía venir a recogernos, pero que de buena gana nos llevaría, si íbamos a reunirnos con él a Baradero. Esa noticia me hizo alentar la esperanza de llegar a puerto. Hice embarcar mis colecciones a bordo del Itaty y me preparé para partir.

El 28 de mayo nos dispusimos muy temprano a salir, se levó el ancla y dimos nuestros últimos adioses a los pobladores de San Pedro, de quienes habíamos recibido tantas pruebas de benevolencia. La sumaca desplegó sus velas y pronto San Pedro se alejó. Partimos a primera hora para llegar en el día al villorrio de Baradero, pero no lo conseguimos. El navío era demasiado grande como para pasar por ese brazo; por eso tocó fondo, como lo había hecho la Concepción, y debimos emplear una parte del día en sacarlo del apuro, de manera que por la noche estábamos a una legua, a lo sumo, de la desembocadura, lo que asustó a los pasajeros y al capitán. El carácter nacional de dos comerciantes de Buenos Aires los llevó a aceptar con entusiasmo la propuesta de organizar nuestras fuerzas, en caso de ataque; eso era fácil. Teníamos a bordo veinte hombres armados de fusiles y la altura de la borda hacía de la embarcación una pequeña fortaleza. Una vez todo arreglado, se cargaron las armas, que fueron colocadas en lugar conveniente, y ninguno de los preparativos para el combate fue olvidado; la mitad de las fuerzas debía vigilar y tratar de ver u oír lo que podía

28 de mayo

suceder. Se dio la alarma a medianoche, pero no tuvo otra causa que un enorme banco de hierbas flotantes arrastradas por la corriente. Pude entonces apreciar cuán poco podía contar con esos hombres, tan valientes de palabra, cuando suponían el peligro lejano. Una parte de ellos huyó a tierra y no volvieron a sentirse valientes hasta no estar bien seguros de que el peligro había desaparecido. Apenas renació la calma, cuando poco antes del amanecer una segunda alarma, más seria que la primera, vino a turbar la tranquilidad; se oyó un ruido de remos y pronto se distinguió una embarcación; entonces, so pretexto de hacer mucho más fuego desde el medio de los arroyos de la costa, los más decididos descendieron a tierra, el capitán en primer término, de manera que sólo quedaron dos o tres personas conmigo a bordo. Se gritó el *¿quién vive?*; luego se ordenó a los remeros detenerse, bajo pena de recibir nuestro fuego. Vimos, entonces, que teníamos que luchar solamente contra seis hombres; se detuvieron, nos dijeron que iban a cortar madera a las islas y, en consecuencia, que no eran nada hostiles. Entonces nuestros intrépidos compañeros regresaron a bordo y presentaron una fila armada a los pobres leñadores, que se burlaron de su miedo con todas sus fuerzas. Esta última alarma duró hasta el día en que reiniciamos nuestra marcha, riendo de nuestros temores nocturnos.

Baradero

Estábamos en el lugar más estrecho del canal de Baradero, en medio de praderas verdes, en parte inundadas, donde se habían reunido grandes bandadas de aves acuáticas: cisnes de un plumaje de deslumbradora blancura se unían a numerosos ánades; hubiérase dicho que toda la naturaleza vivía. Vastas praderas se extendían hasta el pie de los acantilados, la punta de los cuales, menos abrupta, estaba cubierta de vegetación, y su cumbre la coronaban las casas de los estancieros, cuyo ganado pacía diseminado por el campo. Nuestro barco siguió la corriente y apenas tenía espacio para pasar, a tal punto que la víspera, habiendo girado sobre sí mismo en un lugar más ancho, quedó en la misma posición y fue necesario avanzar con la popa hacia adelante, hasta el momento en que el canal se hizo, finalmente, lo bastante ancho como para que pudiera volver a su posición natural, lo que tuvo lugar en la confluencia del río de Arrecife, el canal pasa cerca del poblado de ese nombre y sirve de cloaca a la llanura; una vez producida esa unión, el canal se hizo más ancho. Nos pusimos a la vela, y pronto estuvimos en el villorrio de Baradero, donde, efectivamente, encontramos al corsario de que se nos había hablado; era un pequeño *sloop* armado de dos cañones sobre ejes y con veinticinco hombres de tripulación, todos italianos, así como el capitán, muy parecidos a esos asaltantes tan bien descritos en los romances, dispuestos a hacer cualquier cosa por un puñado de dine-

ro; en una palabra, no me inspiraron la menor confianza. Fui, empero, al encuentro del capitán, y luego de algunas dificultades de su parte por el precio, convine que nos escoltaría hasta Buenos Aires por trescientos pesos. Nos advirtió que partiría esa misma tarde, y mientras esperaba la hora fui al villorrio de Baradero, que hallé tal como lo he descrito en mi primer viaje por el mismo canal; fue fundado por los españoles en 1780 y su población, contando la de la campaña dependiente, puede elevarse a mil habitantes, casi todos hacendados o gauchos.

Por la tarde, el corsario nos anunció que iba a darse a la vela. Nos preparamos y partimos. El día nos acompañó hasta la desembocadura del Baradero en el *Riacho de las Palmas*, donde una noche sombría nos hizo temer perder de vista a nuestra escolta. La navegación nocturna, cuando se está expuesto a peligros, tiene algo de triste: cada árbol inspira terror; por eso los pasajeros estaban intimidados al punto de sentir miedo por todo. Llegamos finalmente a la *Boca de las Palmas*. El Itaty tocó fondo y no pudo avanzar; por lo demás su destino era Buenos Aires y no las Conchas, donde quería ir el corsario, que se ofreció, mediante un nuevo pasaje (gentileza digna de su profesión), a conducirnos a ese villorrio con todos nuestros efectos. Permaneciendo en la sumaca, corríamos el riesgo de ser apresados por los brasileños, que merodeaban siempre por los alrededores. Decidimos confiar en el corsario e hice transportar una vez más mis colecciones a bordo de su barco, operación que no resultaba fácil en plena noche, y con pequeñas embarcaciones. Partimos para seguir los innumerables rodeos de los múltiples canales que separan una multitud de islotes boscosos de los pantanos igualmente boscosos que llevan a la tierra firme. Esos canales son estrechos y oscuros; todo estaba tranquilo e impresionaba. Guardábamos el más profundo silencio: cada uno estaba entregado a sus reflexiones, y comprobé que los comerciantes tenían entonces más miedo de los corsarios que el que habían tenido de los piratas; uno de ellos me comunicó sus temores. Confieso que sus caras no eran más tranquilizadoras que su conversación; sólo hablaban de robar, de matar, y los pasajeros se encomendaban a todos los santos para escapar de la muerte, porque todas las veces que los tripulantes se acercaban a la caja de armas, que estaba sobre el puente, esperaban que cayeran sobre ellos para arrojarlos al agua, en medio de esos lugares salvajes. Esta navegación duró más de tres horas, que a todos nos parecieron bien largas, porque ni yo mismo confiaba en nuestros huéspedes, pero a nadie comuniqué mis aprensiones, afectando, por el contrario, conversar con el capitán. ¡Con qué placer vi que llegábamos junto a numerosos navíos amontonados en las Conchas! Amarramos junto a otros barcos y el capitán descendió

a tierra; en cuanto a nosotros, juzgamos más conveniente permanecer en el navío, porque nada se desembarcaría hasta el día siguiente. Esa noche fue por lo menos tan mala como la anterior, pero me consolé con la idea de haber llegado finalmente a puerto, después de tantos contratiempos.

30 de mayo

El 30 de mayo, desde la aurora, pensé en conseguir carretas, para transportar mis colecciones a Buenos Aires: la cosa no era muy fácil; sin embargo, pagando algo caro, las conseguí el mismo día. Me faltaban seis leguas para llegar a la capital, donde debía gustar del reposo que me era tan necesario; pero ese trayecto, aunque corto, no era tampoco muy seguro, porque diariamente se asaltaba y se robaba en el camino, de manera que quise escoltar armado mis carretas. Mientras se reunían los bueyes, recorrí el villorrio de las Conchas: es, por su aspecto, uno de esos lindos caseríos del Sena, que se hubiera transportado a lo largo del arroyo de las Conchas; se compone solamente de casas donde se venden diversos productos y bebidas a los numerosos marineros que acuden. Una línea de navíos ocupaba las orillas fangosas del canal, sobre el cual están situadas las residencias, colocadas, sin orden, en medio de jardines, bosques y terrenos inundados, durante las grandes mareas del Plata, a tal punto que en esa época es necesario ir en lancha de una casa a la otra. Veía el villorrio en su peor momento; la mayoría de los árboles estaba desprovista de hojas, y el conjunto no podía ser más triste. Lo volví a ver más tarde en la primavera y lo hallé muy distinto; todo, en esta última época, revela la vida y ofrece una morada encantadora. Lo recorrí durante más de una hora; era mucho más tiempo del necesario para conocerlo. Por fin llegaron mis carretas. Las hice cargar y partí, entregándome por entero a su vigilancia. ¡El contenido me había costado tan caro, a causa de las fatigas experimentadas y de los peligros que había corrido para salvar mis cosas, había hecho tantos gastos para llegar allí! Esos diversos transportes, esos transbordos continuos habían quintuplicado los gastos del viaje. ¡Podía sentirme feliz de no haber perdido nada! El recuerdo de todas esas contrariedades me absorbía a tal punto que no pude admirar las campañas que recorría. Dejé pronto los terrenos bajos de las Conchas y llegué a terrenos arcillosos, en parte pelados o plantados de bosquecillos de duraznos, que se utilizan solamente por la madera de combustión que producen. Vi, a la izquierda, el poblado de San Fernando, o el puerto *del Tigre*, que se dibuja debajo del acantilado; y más lejos, el de *San Isidro*. El camino estaba en todas partes poblado. Aquí, pulperías o posadas; allá, se extendía un villorrio rodeado de vergeles. En todas partes se veían gauchos a caballo, con aspecto rudo y mirada insolente y escrutadora. Pasé por el villorrio de *los Olivos* y vi los campana-

rios de la capital argentina, en la cual entré algunos momentos después, habiendo empleado cuarenta y dos días para hacer un trayecto que dura por lo común de quince a veinte.

Fin del Tomo I

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

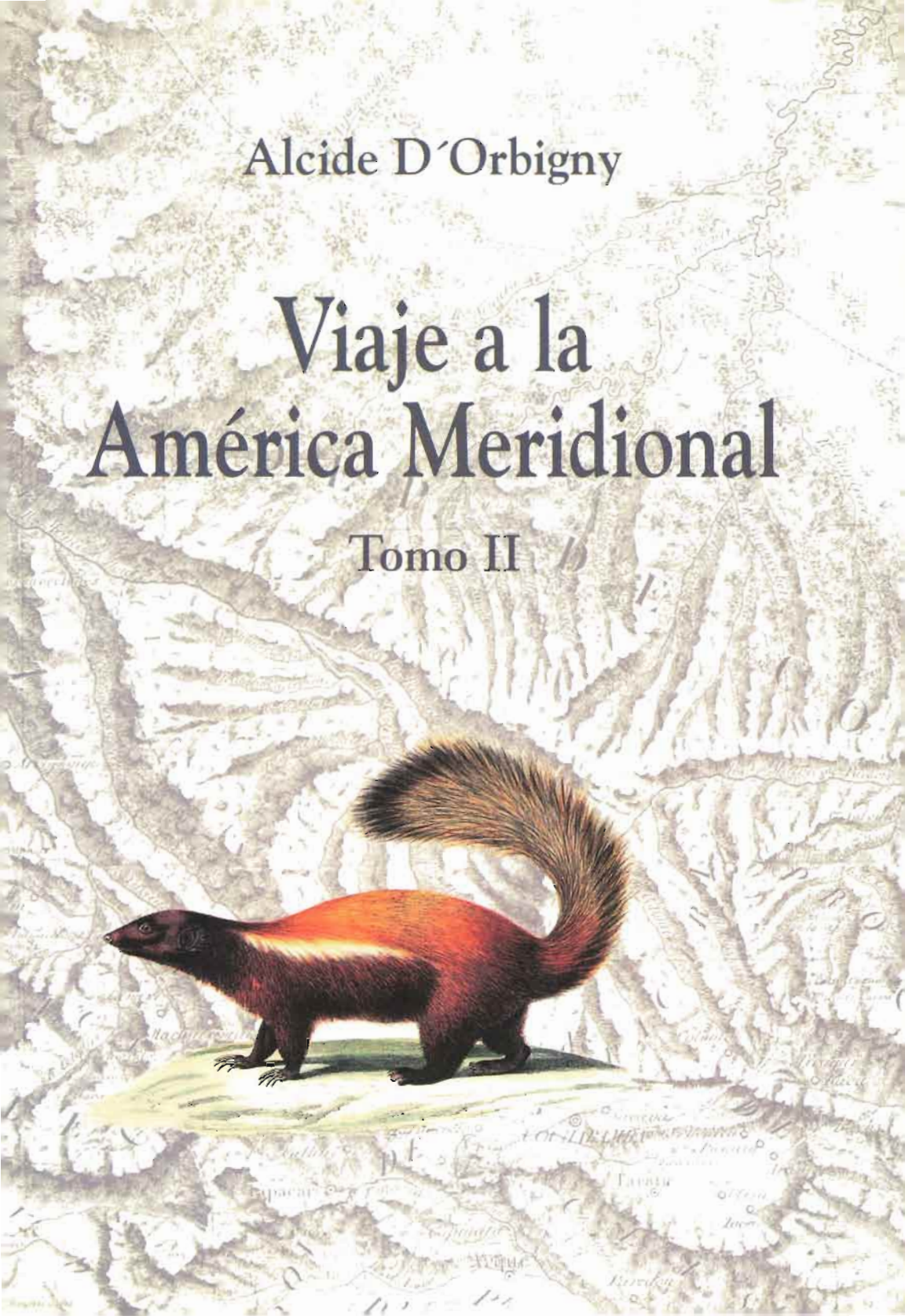
IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF

Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo II



Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo II

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche
pour le développement

ALCIDE D'ORBIGNY

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo II: ISBN 99905-64-50-7
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

CAPÍTULO XIII

Vistazo histórico a Buenos Aires y estadía en esa ciudad

Vistazo a la historia de Buenos Aires

Antes de referirme a los acontecimientos políticos que desfilaron ante mis ojos durante mi estadía en Buenos Aires, creo necesario hacer conocer esa ciudad desde el punto de vista histórico, lo que podrá aclarar a mis lectores las causas de los movimientos políticos que suelen producirse diariamente en el seno de esta desdichada República Argentina, que, en 1824, parecía rivalizar con nuestras antiguas ciudades por los establecimientos de todo género destinados a formar una generación culta, y que ha caído, de golpe, del despotismo en la anarquía.

Algunos años después del descubrimiento de la costa del Brasil por los hermanos Pinzón, uno de ellos, don Vicente Yáñez Pinzón[1], descubrió el Plata, en 1509, acompañado de Juan Díaz de Solís[2], es decir, siguiendo las costas, hasta el 40° sur, reconoció una ancha interrupción que, siete años después, Solís volvió a ver solo y llamó Río de Solís, nombre que reemplazó al de *Paraná Guazú*, dado por los guaraníes, y que fue, después de una expedición mandada

1828
Buenos Aires

1 Todos estos datos fueron extraídos de antiguos autores españoles y franceses, tales como Herrera (Décadas), Charlevoix, Padre Lozano, etc.; y para la historia más moderna, hasta 1810, de Funes: *Historia del Paraguay*.

2 La información de D'Orbigny no coincide con las actuales investigaciones. Eduardo Madero y José Toribio Medina han demostrado que una expedición proyectada antes –a la

por Gaboto, cambiado por el de *Río de la Plata*. La primera expedición al Plata no dejó ninguna colonia. La segunda, la de Gaboto, en 1526[3] dejó varias, entre otras el fuerte de Sancti-Spiritu, del que he tenido ocasión de hablar. El escaso metal que Gaboto obtuvo de los indios del norte del Paraguay, le hizo perdonar no haber alcanzado el objetivo de su viaje, porque debía haber doblado el cabo de Hornos; e hizo tanto ruido con sus descubrimientos que se envió otra expedición a las órdenes de Mendoza, a quien se le dio el título de *Adelantado del Río de la Plata*, extendiendo su jurisdicción hasta las concesiones acordadas a Almagro en Chile y Pizarro en el Perú[4]. Esta expedición, tal vez la más importante que se haya dirigido a América, se componía de 3.000 hombres de armas[5], con sus mujeres e hijos, sin contar la tripulación de once navíos; Mendoza puso los primeros cimientos de Buenos Aires el 2 de febrero de 1535[6]. La llamó la *Santissima Trinidad* y su puerto fue denominado *Puerto de Buenos-Ayres*[7]. Los naturales que encontraron eran los *querandíes*[8], nación ha-

---

que alude D'Orbigny– fue suspendida; la carabela se entregó a Pedrarias Dávila y los aparejos y municiones a Vicente Yáñez Pinzón. Además, en esa expedición que debía dirigir Solís, la ruta no era América, sino el Maluco y la China por vía de Africa, doblando el cabo de Buena Esperanza. Juan Díaz de Solís realizó un solo viaje: el que lo llevó al descubrimiento del Río de la Plata en 1516. Antes de él, dos navegantes a las órdenes del rey de Portugal, Cristóbal de Haro y Nuño Manuel pasaron frente al río y creyeron que se trataba de un brazo entre los océano Pacífico y Atlántico. Fue a raíz de ese hallazgo que el rey de España armó la empresa descubridora de Solís. Para mayores datos puede consultarse la documentada *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, por Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, MCMXXXVI, tomo primero. (N. del T.).

3 Sebastián Gaboto, o Gabot, veneciano, encargado por España de seguir la ruta de Magallanes, doblar la extremidad sur de América y buscar los países de Ofir y Tarsis, de donde Salomón sacó tantas riquezas (ideas de la época), fue obligado por su tripulación a reconocer el río descubierto por Solís.

4 Mendoza fue enviado al Río de la Plata para cortar los avances de portugueses en dirección a la fabulosa Sierra de la Plata o Imperio del Rey Blanco. Su gobernación tenía por límites desde la entrada del Río de Plata hacia el Oeste con doscientas leguas sobre la costa del océano Pacífico, al Sur la gobernación de Almagro, y al Norte todo el Alto Paraguay hasta el Amazonas. La limitaba al Este la línea de Tordesillas. En resumen estaba ubicada entre las jurisdicciones de Pizarro y Almagro al oeste y norte, y la jurisdicción de Portugal, establecida por el tratado de Tordesillas (N. del T.).

5 Eran poco más de mil quinientos hombres en toral, de los cuales ochocientos de armas llevar, y sus navíos alcanzaban a doce. (N. del T.).

6 Mendoza fundó Buenos Aires el 3 de febrero de 1536. (N. del T.).

7 En los documentos más antiguos aparece como nombre de la ciudad: *Santa María del Buen Aire*, que corresponde a la Virgen así llamada, que Mendoza veneraba. (N. del T.).

8 Paúl Groussac ha demostrado documentalmente que los *querandíes* habitaban Santa Fe y sólo en ocasiones bajaban hasta Buenos Aires. Zabala y Gandía afirman que los guaraníes

bituada a la vida errante y a la caza. Recibieron primero a los españoles amablemente, atraídos por los regalos que les dieron; pero pronto, cansados de proveer a la subsistencia de tantos hombres, se retiraron a cuatro leguas de allí. Mendoza les pidió, con palabras amistosas, que volvieran y siguieran a su servicio, pero el enviado creyó que convenía más a la dignidad española mandar que suplicar[9]. Exigió imperiosamente. Los indios maltrataron a los delegados y las hostilidades comenzaron matando algunos soldados; Mendoza se propuso vengar esa afrenta. Marchó con sus tropas y encontró a los indios a tres leguas de la ciudad. Estos rechazaron las palabras de paz, se dispusieron a combatir y atacaron a los españoles con esa furia que conservan hasta hoy: la batalla fue sangrienta y perecieron los mejores oficiales de Mendoza[10]. Para colmo, la discordia cundió entre ellos, y Medrano fue asesinado a puñaladas en su lecho. Poco después, Mendoza envió dos destacamentos, uno con Ayolas, para descubrir; y otro, bajo un segundo jefe, en procura de víveres. Cuarenta días pasaron sin tener noticias, y Mendoza estaba a punto de regresar a España, cuando Ayolas le hizo llegar víveres desde *Corpus Christi*[11]. Por otra parte, todos los indios de las pampas, reunidos en número de veintitrés mil[12], pusieron sitio a la ciudad naciente. Fueron rechazados por la artillería, pero arrojaron flechas con materias combustibles, que pronto encendieron los techos de paja de la ciudad, y al mismo tiempo incendiaron los barcos estacionados en la Boca. Los indios fueron finalmente rechazados. Mendoza, llevando consigo cuatrocientos hombres, abandonó Buenos Aires, para remontar el Paraná. En esa época tuvo lugar la famosa aventura de aquella Maldonada, repetida, sin la menor expresión de duda, por todos los primeros historiadores: había salido de

---

de las islas y los pampas del lugar donde se fundó la ciudad eran los naturales más próximos a la región donde Mendoza instaló Buenos Aires. (N. del T.). De acuerdo a los datos que he podido reunir, esa nación era la misma que la de los puelches, que habitan hoy entre el Río Colorado y el Río Negro, en la Patagonia, o bien una de las numerosas tribus de los araucanos de las pampas. Belicosos y rebeldes, como todos los de las llanuras del sur, esos indios nunca estuvieron dispuestos a obedecer servilmente como las naciones de los Andes, los incas o los guaraníes del centro de América. Todavía defienden la independencia que se les quiso quitar hace tres siglos. Habitaban, entonces, desde el Plata hasta las montañas de Tandil.

9 Juan Pabón era el nombre del soldado comisionado por Mendoza para que parlamentara con los indios. (N. del T.).

10 Padre Lozano, libro primero, cap. tercero.

11 Corpus Christi era un fuerte que Ayolas fundó, cerca de la laguna de Coronda, el 15 de junio de 1536. (N. del T.).

12 Funes, *Historia del Paraguay*, t. I, p. 35.

Buenos Aires en busca de un alimento que no conseguía y buscó refugio, a la entrada de la noche, en una gruta, donde encontró una terrible leona[13], próxima a parir; ella la ayudó a alumbrar y ese animal, por agradecimiento, la nutrió durante algún tiempo. Maldonada fue a vivir con los indios y casó con uno de ellos. Posteriormente fue raptada, y el feroz Ruiz de Galán, habituado a los crímenes, la hizo atar a un árbol, fuera de la ciudad, para que muriera de hambre o devorada por las bestias feroces; pero, dos días después, los españoles, al ir a ver si vivía aún, encontraron a la leona y sus cachorros que la cuidaban, y la dejaron desatar sin hacer ningún daño a los visitantes.

En 1539, los indios atacaron de nuevo; estaban a punto de apoderarse de la ciudad, cuando la aparición de dos navíos postergó la última derrota, que tuvo lugar poco después, porque, en el mismo año[14], la colonia fue abandonada, así como los caballos y yeguas que allí había; y los desdichados sobrevivientes fueron a aumentar la población naciente de Asunción del Paraguay. Esta provincia, ambicionada sucesivamente por los diversos partidos, permaneció, a pesar de los reveses, floreciente hasta el momento que se pensó en levantar Buenos Aires. Juan de Garay, después de haber fundado San Salvador, sobre la costa oriental del Plata, supo que la discordia reinaba entre las naciones salvajes del sur del mismo río y quiso aprovechar esa situación. Se dirigió al puerto de Buenos Aires, con sesenta hombres, y se dedicó a reconstruir la ciudad; tarea que inició el 11 de junio de 1580. Ese general supo conquistar el afecto de algunas tribus vecinas y desplegó tal actividad que, dos años después, estaba en condiciones de hacer frente a los ataques de los indios, más de lo que habían estado los tres mil hombres de la primera tentativa, que no disponían de tanta experiencia y no pudieron desplegar tanta prudencia. Ello no impidió a los indios querandíes unirse a las naciones vecinas y atacar, en 1582, en gran número a los españoles; pero Garay todo lo había

13 La mejor prueba que esa historia no es más que una ficción inventada por los primeros historiadores, es que el terreno no permite suponer que haya alguna gruta en los alrededores de Buenos Aires y que, por otra parte, no hay leones en esas comarcas. Los únicos animales feroces son el jaguar y el puma. Este último ha sido llamado *León* por los españoles y podría haber servido de motivo a esa fábula, sin que eso que se le atribuye pueda ser admitido.

14 Los autores no están de acuerdo acerca del año de ese abandono. Doy aquí las diversas fechas aportadas por ellos. Funes, *Historia del Paraguay*, dice que en 1539; Charlevoix indica también 1539, t. 1, p. 48; otro tanto Azara. *La Guía del Forastero de Buenos Aires* da 1541, así como los almanaques de Buenos Aires; pero creo que esa fecha corresponde a la partida de la tripulación de los navíos que quedaron algún tiempo junto a las ruinas.

previsto; y, aunque deseaba más que nada la paz, se preparó a combatir. Pudo incluso realizar tal carnicería de indios que el nombre de *Matanza* ha quedado, hasta el presente, a ese campo de batalla, situado cerca de Barracas, sobre el Riachuelo. Esta primera victoria afirmó la colonia naciente, y el general Garay creyó poder ir al Paraguay, gozar de lo que acababa de hacer y volver a visitar su ciudad de Santa Fe; pero, mientras regresaba, durmiendo en tierra a la orilla oriental del Paraná, en la provincia hoy llamada de Entre Ríos, fue sorprendido y matado por los indios minuanes. El coraje de que había dado ejemplo a los otros colonos fue pronto puesto a prueba. Los reinos de Europa, celosos de las extensas posesiones de los españoles, quisieron realizar también conquistas. El corsario inglés Edward Fontano[15] atacó la ciudad el mismo año de la muerte de Garay (1582); pero fue en vano. Lo mismo sucedió con el proyectado ataque del famoso pirata inglés Thomas Cavendish, en 1587. Mientras tanto, Buenos Aires creció y se hizo fuerte, al mismo tiempo; no temió más por su porvenir.

La provincia fue, en 1620, separada del Paraguay, bajo la dependencia de la cual había estado hasta entonces, porque era ridículo que un puerto dependiera de una capital distante trescientas noventa leguas; y Buenos Aires se convirtió en la capital del Río de la Plata. Al año siguiente, su primer obispo tomó posesión, de su nueva sede. Fue, por así decirlo, al mismo tiempo que se comenzó a reducir a los indios de las orillas del Uruguay. Buenos Aires tuvo una aduana, establecida en 1623; y desde entonces la sucursal, existente en Córdoba, sirvió al transporte de plata y oro del Perú a Buenos Aires. Cinco años después (1628) los holandeses de Bahía (Brasil) intentaron también apoderarse de Buenos Aires; pero los preparativos de resistencia que encontraron les impidieron realizar tentativas directas; se limitaron a arrojar proclamas llamando a la libertad, las cuales no tuvieron el menor éxito. Dos siglos debían transcurrir todavía antes de que esas ideas se presentaran y halagaran la imaginación del americano del sur; permaneció durante mucho tiempo en tranquila posesión de la capital argentina, sin que sucediera nada de notable. Los ingleses y los holandeses hicieron esfuerzos tendentes a ocupar Buenos Aires. Francia permaneció hasta 1658 como simple espectadora de esos acontecimientos. En esa época, Luis el Grande, en medio de sus vastas empresas, hizo equipar, para atacar la ciudad, dos barcos a las órdenes de Osmat, conocido con el nombre de Caballero de la Fontaine; pero, luego de un combate en que se perdieron muchas vidas de una y otra parte, el jefe de la expedición y el

15 Eduard Fenton. (N. del T.).

navío en el que iba fueron apresados, mientras los otros dos regresaban a Francia en bastante mal estado. Tal victoria, así como el desarrollo de la ciudad, la hicieron considerar un lugar de lo más importante. En 1663 se creó la Audiencia, y desde entonces adquirió rango entre las primeras ciudades del continente. Dos años después se fundó el primer villorrio vecino, el de Quilmes, situado a tres leguas al sur; ese villorrio fue poblado con los restos de la nación del mismo nombre, que se trajeron de la provincia de Tucumán, donde vivían[16]. La ciudad de Buenos Aires aumentó a tal punto que pronto estuvo en condiciones de enviar tropas a la banda opuesta, para expulsar a los portugueses, que querían establecerse allí. En 1698, diez y nueve años después de su primera tentativa de desembarco en Buenos Aires con tan mal resultado, los franceses realizaron una segunda, pero fueron vencidos de nuevo; y los daneses no fueron más felices en su intentona del año siguiente.

A comienzos de 1701, se creó en Buenos Aires el primer hospital de hombres, y el primero de mujeres en 1727, mientras que el destinado a los niños abandonados lo fue mucho más tarde. Las fronteras de Buenos Aires con las posesiones portuguesas fueron siempre indecisas, por así decirlo, y continuamente tenían lugar sangrientas guerras. Los dos gobiernos deseaban terminar de una vez sus disputas; en consecuencia, España y Portugal enviaron, en 1755, los primeros comisionados de límites, encargados de fijar las líneas de demarcación; pero tales líneas nunca se establecieron antes de la caída de España, y hasta bajo la dependencia de las actuales repúblicas no están claramente definidas.

El comercio del Plata, aunque restringido a dos navíos por año, en virtud de una ordenanza de 1618, no era por eso poco activo. El Paraguay y el Alto Perú volcaban sus artículos en Buenos Aires, la cual sacaba de ello los mayores beneficios. Los productos del país habían estado, hasta entonces, exceptuados de derechos, pero esa peste de los gobiernos no tardó en introducirse en Buenos Aires. Se estableció un estanco para el tabaco en polvo, que debía venir de Sevilla o de La Habana, aunque Paraguay daba los mejores productos de esa planta. Ese impuesto provocó al principio grandes protestas; luego se acostumbraron, como en todo; por otra parte, esos derechos sólo perjudicaban a los consumidores, porque el comercio de tabaco en hojas seguía permitido al Paraguay. Las cosas mejoraron hasta tal punto que, después de un nuevo ata-

16 En ese villorrio, hoy enteramente poblado de criollos blancos o mestizos, sería muy difícil encontrar rastros de esa nación de los quilmes. Hasta la lengua primitiva fue olvidada debido al mestizaje.

que general de los indios, en 1762, los habitantes, hasta entonces encargados personalmente de la defensa, fueron remplazados por tropas de línea compuestas de caballería e infantería, a sueldo de la municipalidad; era ya un gran paso de superación. Cinco años después tuvo lugar, bajo el gobierno de Bucarelli, la expulsión de los jesuitas, en todas las regiones de su gobierno, lo que significó un golpe funesto al comercio y, al mismo tiempo, a los propietarios eclesiásticos; pero se olvidó bien pronto esa medida, cuando Buenos Aires, para coronar su posición, se hizo rival de la Ciudad de los Reyes, de Lima. Fue, en 1776, erigida en Virreinato y su jurisdicción comprendía el Alto Perú (Bolivia de hoy), Paraguay y las restantes provincias al sudeste de la Cordillera de los Andes; desde entonces, el Alto Perú recibió mercaderías por tierra de Buenos Aires y le envió sus riquezas en oro y plata, para ser expedidas a Europa. Puede uno imaginarse hasta qué punto Buenos Aires debió prosperar: fue pronto una ciudad populosa, una capital de reino; sus calles se cubrieron de casas espaciosas, que, empero, dejan todavía qué desear en perfecciones. Estaban bien trazadas y provistas de veredas de ladrillos, pero el centro siempre estaba sin empedrar, sucio, fangoso; se sentía la necesidad de remediar ese inconveniente: los terrenos de los alrededores eran poco apropiados para esos propósitos y hubo necesidad de recurrir a los terrenos graníticos de la orilla opuesta, yendo a buscar materiales a la isla de Martín García, único lugar de los alrededores que podía proporcionarlos. Buenos Aires comenzó en 1794, bajo el gobierno de Arredondo, a convertirse en gran ciudad. Se introdujo la vacuna en 1805: no halló tantas dificultades que vencer de parte de los habitantes como las experimentadas en Francia. Los pobladores aceptaron con entusiasmo ese preservativo y hasta los hombres de la campaña hicieron vacunar a sus hijos. La forma en que se la introdujo mostró hacia los americanos una solicitud poco habitual en los reyes de España. Carlos IV quiso que su primer médico, don Francisco Balmis, fuera a llevar personalmente ese benéfico descubrimiento; y, para que la expedición no dejara de cumplir su finalidad, se embarcó gran número de niños, cuyos brazos conservaban cuidadosamente la vacuna, porque la fragata debía visitar México y Colombia, antes de arribar a Buenos Aires. Fue, en efecto, sólo dos años después de su partida de Europa, que la vacuna llegó a extender sus beneficios al Virreinato del Río de la Plata. Podemos imaginar los estragos que la viruela hacía en los criollos, por los que hacía en los indios privados de la vacuna, para concebir la alegría con que fue recibida en Buenos Aires. Fue conducida por una esclava negra de Montevideo, a la que se le dio la libertad y se habla hasta hoy en día de aquella época de regeneración completa.

Hasta entonces Buenos Aires, salvo durante las primeras guerras de conquista cuando su fundación, no estaba habituada a ver su suelo convertido en teatro de guerra. El virrey Sobremonte era un hombre pusilánime, lleno de orgullo y sin ninguna capacidad. Sabía que una escuadra inglesa había sido vista en el Plata; se inquietó poco, diciendo que debían ser contrabandistas. El 25 de junio de 1806, el comodoro Home Popham hizo desembarcar y envió de 1.500 a 1.600 hombres, a las órdenes de Beresford, para atacar la ciudad, cuya población era de 40.000 habitantes. Buenos Aires sólo le pudo oponer cuatrocientos milicianos a caballo, mal equipados y poco disciplinados, que apenas pudieron resistir débilmente. En efecto, se retiraron, después de algunos tiros de fusil, de una y otra parte, y la ciudad se vio obligada a capitular; pero, una vez que el vencedor tomó posesión del fuerte, quiso dictar sus leyes. Faltó a los tratados, se apoderó del tesoro, que envió a Inglaterra, y por todos los medios posibles envileció y deshonró la conquista.

El Virrey, en vez de tratar de sacudir el yugo de los extranjeros, partió a Córdoba, donde tuvo la audacia de hacer cantar un *Te Deum*, en celebración de su llegada. Empero, un francés, Liniers, capitán de navío al servicio de España, trató de suplir la nulidad del gobernante. Pasó a la Banda Oriental, convocó a los milicianos de la Colonia, reunió a seiscientos hombres bien armados y bien exhortados por el gobernador de ese lugar. A ellos se agregaron otros cien completamente equipados con el dinero de una suscripción abierta por una mujer, doña Francisca Huet. Por otro lado, los pobladores de los alrededores de Buenos Aires se reunieron; trescientos hombres, a las órdenes de Pueyrredón, marcharon contra los ingleses, mientras los habitantes de Buenos Aires sumaban a la aversión común de los españoles contra todo extranjero, el odio que les inspiraba el fanatismo. Los ingleses eran, a sus ojos, los *bárbaros*[17], los impíos; los eclesiásticos se encargaban de intensificar esa aversión natural, atribuyendo a los ingleses sacrilegios. La superstición llegaba a tal punto que las mujeres estaban convencidas de que los ingleses *tenían colas como el diablo*, creencia mantenida durante mucho tiempo y que sólo desapareció en la época de las primeras alianzas entre ingleses y argentinos. Entonces Liniers, con sus tropas, a las cuales se sumaron trescientos hombres de mar de los navíos españoles, los atacó; hubo varios combates, en los cuales los ingleses fueron derrotados. Se retiraron a la plaza de la Victoria, de donde también fueron expulsados por el coraje del capitán Liniers; se refugiaron en el fuerte y allí se vieron

17 Calificativo con el cual se designaba, por lo general, a todos aquellos que no eran católicos.

obligados a rendir las armas a los españoles. El entusiasmo era tal, durante esa contienda, que una mujer combatió al lado de su marido y un niño manejó por largo tiempo una pieza de cañón.

Cuando Sobremonte se enteró de lo acontecido, se puso en camino con tres mil hombres; no fue recibido y se retiró a Montevideo. La acción que había tenido lugar, y el temor de nuevas agresiones hicieron que Liniers organizara una especie de guardia nacional, dividida por provincias. Esa primera victoria reveló a los criollos los secretos de su fuerza ignorada hasta entonces, o dormida bajo una ciega servidumbre. Sintieron lo que podían hacer a continuación y conocieron sus fuerzas personales. Sabían que Napoleón había invadido España, pero aún no sabían qué hacer ellos mismos.

Empero, el comodoro Popham cruzaba sin cesar por el Plata, reclutando, día a día, refuerzos parciales. Osó finalmente atacar y consiguió apoderarse de Montevideo. Entraba, entonces, en la política de los ingleses, ser los primeros, en el momento en que los colonos estuvieran en la mayor indecisión, en solicitar la alianza de pueblos que suponían necesitados de ayuda exterior, para constituirse en nación; pero no habían calculado lo que puede la diferencia de religión en hombres fanatizados y todavía poco instruidos, y se aventuraron en vano. Atacaron de nuevo a Buenos Aires; desembarcaron el 3 de julio de 1807, en número de diez mil, a las órdenes del general Whitelocke, mientras el fuego de sus barcos protegía el desembarco. De inmediato Liniers hizo reunir los destacamentos de Quilmes y de Olivos y encontró a todos sus soldados llenos de coraje, así como a todos los habitantes. Ese primer arranque de valor se transmitió incluso a las mujeres. Los dos ejércitos, frente a frente en el Riachuelo, trataron de sorprenderse; comenzó la batalla. Las tropas de Buenos Aires fueron momentáneamente rechazadas y se retiraron a la plaza, donde, respondiendo a las propuestas de capitulación del jefe inglés, se tomaron todas las medidas para una defensa obstinada. El ejército inglés formó de nuevo, pero las escaramuzas de las guerrillas lo hostigaron de una manera extraordinaria, matándole muchos soldados sin que pudiera remediarlo. Una vez que las tropas rodearon la ciudad, Whitelocke intimó el 5 la orden de rendición; esa jornada costó, empero, caro a los ingleses. Habían penetrado en el interior en tres columnas y fueron recibidos con un coraje llevado hasta la temeridad. Las calles quedaron pronto cubiertas de cadáveres, y a medida que la lucha se hacía más tenaz, aumentaba la valentía de los habitantes. Los hombres no combatían solos; veíanse a las mujeres, desde lo alto de las azoteas, hacer llover, sobre la cabeza de los ingleses, una granizada de ladrillos y otros proyectiles. Atacados por todos lados, estos fueron obligados a atrincherarse en las

iglesias, donde fueron bloqueados y obligados a capitular, a intimación de Liniers, que les impuso como condición el reembarco de sus tropas y la evacuación de Montevideo. El tratado fue firmado el 7 de junio y, como dice el historiador español Funes[18], que cuenta lo ocurrido con todos los detalles deseables[19], el mayor beneficio que aportó a los argentinos fue hacer que se conocieran a sí mismos.

Las cosas habían ocurrido así en Buenos Aires; se defendieron del extranjero, sin saber a qué gobierno pertenecerían, cuando tuvo lugar, en 1808, la abdicación de Carlos IV, rey de España, en favor de su hijo; más tarde, la protesta de Carlos IV, y más tarde aún, la imposición a Fernando VII de renunciar a la corona, que pasó inmediatamente a la cabeza de Napoleón; y de la cabeza de Napoleón a la de su hermano José, a quien los diputados prestaron juramento. Se recibieron, a principios de agosto, cartas que anunciaban que Fernando VII ascendió al trono; en consecuencia, Liniers expidió las órdenes necesarias para hacer prestar el juramento de fidelidad al nuevo rey. La ceremonia se fijó para el 31 del mismo mes. Los asuntos estaban en ese estado, cuando el 13, M. Saumay, emisario de Napoleón, se presentó en Buenos Aires, con despachos dirigidos a Liniers y otros jefes[20]. Liniers, en razón del carácter suspicaz de los españoles, tenía, como francés, muchas consideraciones que guardar para demostrar a los argentinos que su nacimiento en nada influía sobre su conducta. Reunió a las autoridades y, en su presencia, leyó los despachos por los cuales Napoleón hacía conocer sus intenciones y pedía obediencia al nuevo rey de España. La más viva indignación provocaron en esa reunión los proyectos del emisario; se decidió de inmediato que fuera en seguida enviado de vuelta. La audiencia aprobó esa medida y se decidió que el 21 tuviera lugar el juramento a Fernando VII. La ceremonia se realizó con pompa y se ocultó cuidadosamente al pueblo la llegada del emisario francés. El 23 del mismo mes se presentó el brigadier Goyeneche, que ha jugado un papel tan grande en los asuntos de América, el cual, a pesar de ser americano, combatió siempre contra su país, a favor de España. Era enviado de la Junta de Sevilla; había sido bonapartista en Madrid, fernandista en Sevilla, aristócrata en Montevideo, donde fomentó la insubordinación, y se hizo realista en Buenos Aires.

---

18 Gregorio Funes (1749-1829), llamado el Deán Funes, nació en Córdoba (Argentina). (N. del T.)

19 Funes, *Ensayo de la historia civil del Paraguay*, etc., t. III, p. 441.

20 D'Orbigny se refiere seguramente a M. Bernard de Sassenay. (N. del T.).

Por otra parte, Elío, gobernador de Montevideo, atentaba contra Liniers, porque éste era francés: la audiencia de Buenos Aires citó a Elío, pero negándose a ser juzgado, no quiso obedecer. Liniers ordenó prenderlo por la fuerza; Elío constituyó un nuevo cabildo y se declaró independiente de la capital. Eran las primeras ideas que hacían entrever las conmociones que agitarían a toda América. Elío se puso bajo la protección de Portugal, que trataba, entonces, de apoderarse de todas las provincias del Plata. En 1809, se presentaron los partidarios de Elío, el 19 de febrero, exigiendo una junta de gobierno; una parte del pueblo se declaró por ellos. Liniers, a fin de terminar con las intrigas, propuso renunciar en favor de la persona elegida por el pueblo; ellas se detuvieron por el momento. Exilóse a la Patagonia a cinco de los jefes descontentos y, sin embargo, sin duda a causa de las falsas acusaciones llevadas por Elío a la Junta de Sevilla, se nombró a Cisneros virrey, en lugar de Liniers, al cual se le otorgaron títulos honoríficos; Elío fue designado subinspector general; antes de la llegada del nuevo virrey, mandó traer, de la Patagonia, a los exilados políticos, a los que llevó a Montevideo; y después del arribo de Cisneros, arregló las cosas de manera de ponerlo completamente de su lado, contra Liniers[21]; de tal manera que Cisneros lo obligó a ir, hasta tal punto tenía miedo, a entregarle el Virreinato en la Colonia del Sacramento, después de lo cual entró en Buenos Aires, donde gobernó en medio del conflicto de las pasiones.

Habiéndose enterado, el 1 de mayo de 1810, que los franceses se habían apoderado de toda España, Cisneros perdió la cabeza, y en su turbación propuso la formación de una representación nacional.

Un partido de independientes trabajaba secretamente por la libertad del país; esos patriotas ya conocían sus derechos; por ellos, sacrificaban vida y fortuna; sin fuerzas, tenían la audacia de desafiar al poder del Virrey; sin experiencia, hallaron los medios de adormecer la vigilancia de los ministros; sin dinero, se aseguraron la cooperación del ejército; y sin autoridad, obtuvieron la aprobación general; en fin, en una reunión de nueve personas, revestidas con el poder del partido, el 25 de mayo de 1810 reemplazaron al Virrey y lanzaron ardientemente el grito de libertad; ese grito que, resonando y hallando eco desde las llanuras de las pampas hasta la cumbre de los Andes, abrazó pronto en crueles guerras al suelo americano y renovó escenas olvidadas desde los tiempos tormentosos de la Conquista[22].

---

21 Ese hombre íntegro recibió un mal pago por sus servicios. Víctima de la venganza de los partidos, murió cobardemente asesinado.

22 El lector suplirá las numerosas lagunas de este relato histórico. La "reunión de nueve personas", la "Primera Junta" sin duda nació de un Cabildo abierto. (N. del T.).

Los miembros de la Audiencia más recalcitrantes fueron enviados a las Canarias, con Cisneros, mientras que todos los jefes de las provincias reunían sus fuerzas, impotentes frente a Buenos Aires. Esta capital trató de formar un ejército para reducirlos; empero, algunas de las antiguas autoridades se reunieron para acordar los medios de sostener al partido de España; entre los asistentes estaba Liniers. El gobierno republicano descubrió esa coalición y todos los hombres comprometidos fueron condenados a muerte; esa primera sangre vertida por el partido republicano fue pronto seguida de la de los jefes peruanos, después de la batalla de Suipacha, ganada en octubre. Elío se negó a someterse al nuevo estado de cosas. La Banda Oriental se convirtió en teatro de guerras civiles entre él y Artigas, y las tropas enviadas al Paraguay fueron derrotadas; la chispa había inflamado los espíritus. En mayo de 1811, el Paraguay derrocó a sus jefes para ser libre; pero permaneció independiente de Buenos Aires.

Desde entonces, la anarquía más completa reinaba en la desdichada República Argentina. La capital era presa de las facciones rivales, para las cuales todos los medios de provocar desórdenes resultaban buenos[23]. Las invectivas se sucedían y aquélla estaba en el estado más deplorable, mientras se libraban sangrientas batallas contra los españoles en las provincias del interior, tales como la de Montevideo, por Artigas, en 1812, y el mismo año, la que los republicanos ganaron en Tucumán. Por la misma época, los españoles, reunidos en Buenos Aires, conspiraron contra el gobierno, a instigación de Alzaga[24]; trataron de hacer caer todas las cabezas de los independientes y dejar vivir solamente a los españoles de nacimiento. En el momento de cometer ese crimen, fueron sorprendidos con las armas en la mano, y todos fusilados. Las batallas se sucedieron rápidamente. Buenos Aires se mostró siempre partidario de la libertad: pueden citarse las hazañas de sus ciudadanos en Salta, en 1813; en Montevideo, en 1814. Desde 1812, comenzó a faltar numerario y los gastos fueron enfrentados apoderándose de las propiedades del enemigo. Sería largo entrar en detalles, respecto al estado de Buenos Aires, sobre las acciones que tuvieron lugar de una y otra parte; un congreso general, reunido en Tucumán, proclamó, el 9 de julio de 1816[25], la independencia de

23 Hay una evidente injusticia en esa apreciación de D'Orbigny, al no destacar más que la convulsión que trajo la revolución, prescindiendo de la doctrina y de los fines emancipadores de los primeros patriotas. (N. del T.).

24 El historiador Funes, t. III, p. 507, presenta a ese hombre como un asesino. Es curioso ver a uno de sus parientes, en 1828, asesinar a su amigo para robarle lo que poseía y destruir documentos que le había entregado. El crimen era de familia.

25 Esos informes son extraídos en parte de Núñez en su *Bosquejo de Buenos Aires*, hasta 1826 inclusive, así como de documentos e informaciones recogidas por mí en Buenos Aires.

las Provincias Unidas del Río de la Plata, independencia que realizó incesantes progresos; la lucha se hizo cada día más encarnizada en todas partes de América meridional y sangre de hermanos corrió en todos los lugares. Puede decirse que los primeros diez años no fueron más que un combate hasta 1820, época en que la anarquía más completa dominó a las provincias, que se convirtieron en pequeños Estados distintos. Se ha atribuido ese movimiento insurreccional al proyecto de Francia de coronar al príncipe de Luca y entregarle el gobierno. En 1821, el problema de un nuevo congreso general fue provocado por la división de opiniones sobre la centralización del poder o su aislamiento; esta última idea prevaleció y se encaró la organización de la constitución provincial. Martín Rodríguez fue designado Gobernador de Buenos Aires, y ese mismo año trajo la regeneración de la República Argentina. Los mayores progresos se deben a la experiencia del ministro de Relaciones Exteriores, don Bernardino Rivadavia, y a las ideas elevadas que había tomado de la civilización europea, durante su residencia en el viejo continente. Se eligió una cámara de representantes, que declaró la inviolabilidad de las propiedades, proclamó una ley de olvido y puso los fundamentos de una ley de tolerancia religiosa. La instrucción pública, sobre todo, recibió perfeccionamientos extraordinarios: se fundó una universidad, dividida en seis departamentos: ciencias sagradas, jurisprudencia, medicina, ciencias exactas, estudios preparatorios y primeras letras; se fundó un colegio de ciencias morales. Se crearon escuelas primarias, sostenidas por el Estado, en todos los villorrios; se estableció la libertad de prensa; se abolieron los derechos de importación sobre los productos del suelo y se tomó una serie de otras medidas tendentes a hacer de Buenos Aires un Estado bien constituido. En 1822 se instaló un tribunal, así como una escuela de medicina.

En 1820, Buenos Aires recibió un representante comercial de los Estados Unidos. En 1821, la República fue reconocida por Río de Janeiro, aunque en circunstancias inquietantes, porque las tropas de ese imperio estaban siempre en Montevideo; y, en 1825, los Estados Unidos reconocieron la independencia del Plata, así como Inglaterra, que envió un cónsul general. También se hicieron presentes agentes de España, pero solamente con poderes para concluir un acuerdo comercial y transmitir a las cortes la decisión de Buenos Aires y no de reconocer la independencia[26]. Habían sido enviados por los liberales. El absolutismo sobreviviente declaró nulas esas gestiones. Sin embargo, Buenos Aires había suscrito veinte millones de pesos a favor de España, para

26 Ver la carta de Ignacio Núñez al Sr. Parish, *Bosquejo de Buenos Aires*, p. 50.

sostener la causa constitucional en ese reino, la misma suma que votó Francia para combatirla. Es sabido que Buenos Aires, en esa época, estaba muy lejos de poder juntar una suma tan importante[27]. Se sancionaron, en fin, leyes a favor de los huérfanos, las cuales instituían una sociedad de beneficencia, que debía tener el derecho de tutela sobre ellos. Se creó también una caja de ahorros.

Ese mismo año se intentó establecer la verdadera frontera de la República. Se enviaron comisionados de límites en dirección al Paraguay y al Perú y, especialmente, a la línea de ocupación de los brasileños; se mandó al Brasil un Encargado de Negocios, para tratar el problema de la ocupación; él expuso, en una memoria detallada, todos los derechos de Buenos Aires a la posesión de Montevideo. El ministro respondió, a comienzos de 1824, que sólo se había incorporado Montevideo al Brasil de acuerdo al voto formal de sus habitantes, y que, en consecuencia, el Estado Cisplatino (la Banda Oriental) le pertenecía de derecho y de hecho. Sucedieron también muchas cosas interesantes: se decretó en Buenos Aires la publicación de un boletín de leyes y se constituyó una comisión emigratoria para todos los extranjeros que vinieran a establecerse en Buenos Aires, comisión que obedecía a propósitos muy sabios en el fondo y que trajo a numerosos extranjeros, con los que se cumplieron sólo en parte las promesas que se les había hecho. Rivadavia presentó su renuncia de ministro; es cierto que, desconociendo la opinión reinante, esperaba un puesto más elevado. Hacia fines del año, mientras que en el Alto Perú el general Sucre se cubría de gloria en la batalla de Ayacucho, se ocupaban, en Buenos Aires, de consolidar el Estado. Logróse instalar un cuerpo nacional en una cámara de representantes de todas las Provincias Unidas del Río de la Plata; desde entonces hubo una nación y esa cámara se ocupó, ante todo, del empadronamiento de cada provincia, de la administración provincial, de los impuestos y de los recursos. Una vez que ese sistema político quedó establecido en 1825, se concluyó un tratado de amistad, de comercio y de navegación con Inglaterra. Ese mismo tratado trajo, necesariamente, una ley sobre libertad de

27 De acuerdo a la contabilidad del ministro de hacienda, de 1822 a 1823, se tiene un balance, cuyas rentas alcanzan a 4.931.386, 4 pesos
frente a gastos de 4.931.386,4 pesos.
Pero un segundo balance viene después, el del dinero en circulación 349.792,1 1/4 pesos
fondos de tesorería 330.311,7 3/4 pesos
Déficit 19.480, 1/2 pesos

cultos; ¿podrían no hacerlo, cuando se permitió a los ingleses, por el tratado, elevar templos a su religión? Era un paso difícil de dar, en una nación todavía fanática, y eso fue lo que mayor mal hizo a Rivadavia, que había sido nombrado gobernador[28]. El gobierno, viendo que la cámara de diputados no era bastante numerosa, firmó un decreto, en virtud del cual cada provincia debía enviar al congreso nacional un diputado por cada 7.500 habitantes. Además, si quedaba una fracción igual a la mitad de la base designada, debía nombrarse un diputado más, y aunque se trataba de una república, las fortunas no permitían siempre a los diputados cultos vivir lejos de sus provincias, por lo que se les asignó un sueldo de dos mil quinientos pesos (12.500 francos), además de los gastos del viaje, evaluados, para el interior, en setecientos cincuenta francos (150 pesos).

Desde algún tiempo, el emperador del Brasil, don Pedro I, no ocultaba sus proyectos ambiciosos. Enviaba continuamente, bajo falsos pretextos de colonización, soldados extranjeros a Montevideo; parecía asimismo no contentarse con esa conquista, sino querer extenderla a Entre Ríos y el Paraguay. Todo anunciaba una próxima guerra; sin embargo, Buenos Aires, apenas cicatrizada sus recientes heridas, ¿podía, sin exponerse a una ruina completa, declarar hostil a un Estado tan formidable como el Brasil? Los hechos posteriores nos dirán de los riesgos que corrió. El general Lavalleja, de Montevideo, descontento por la invasión de su patria, partió de Buenos Aires, acompañado de treinta y tres compañeros, para emanciparla de los brasileños; se unió al general Fructuoso Rivera. Comenzó una guerra sanguinaria, y pronto la Banda Oriental entera perteneció a los independientes; no le quedaron a los portugueses más que Montevideo y Colonia, lo que demostraba claramente que le había sido arrancada la adhesión de los habitantes. Hasta ese momento, Buenos Aires no había tomado parte alguna, pero su congreso general recibió del gobierno provisorio de la Banda Oriental, como parte de la unión de las provincias, un pedido de ayuda, que lo decidió a reforzar las líneas de fronteras del Uruguay. Al mismo tiempo, el almirante brasileño exigió explicaciones a los argentinos; le fueron negadas, por no estar revestido de poderes legales, pero se prometió enviar a Río de Janeiro un Encargado de Negocios, para tratar las cuestiones pendientes con el Brasil. Empero, los orientales ganaban batallas y, al recibir informes de la victoria de Durazno, por Lavalleja, el congreso general declaró, por un decreto del 25 de octubre, que tomaría parte en la lucha, y

28 En 1826, Rivadavia fue nombrado Presidente de la República. Nunca fue gobernador de la provincia. (N. del T.).

así lo anunció al Ministro de Asuntos Extranjeros del Brasil. No había otra respuesta posible que la declaración de guerra, que fue aceptada por unanimidad por el congreso del Plata, el 1 de enero de 1826. Nada más paternal que los reglamentos del congreso para los inválidos del ejército; éstos debían gozar del sueldo íntegro de su grado por el resto de su vida, y las viudas las dos terceras partes del sueldo de sus maridos, o bien aquéllas ser reemplazadas por los hijos. Todas esas medidas habrían sido ejecutadas, por lo menos en parte, si el gobierno hubiera sido estable, porque tales promesas se hicieron de buena fe.

La provincia de Córdoba se destacó por su diligencia para proporcionar su contingente; no sucedió lo mismo con las otras, que permanecieron neutrales y dejaron, más tarde, recaer todo el fardo sobre Buenos Aires. Se encaró la formación de una marina, la que se confió a las órdenes del general Brown. Había visto, por lo demás, durante mi primer viaje, cómo se formaba esa marina por medio de una *leva*, que arrastraba, a la fuerza, a los pacíficos ciudadanos, para enviarlos a bordo de los navíos. Hacia principios de ese año, el congreso nacional fundó un Banco Nacional de las Provincias Unidas del Plata[29]; pero ese banco, al cual todos debían concurrir, no fue pronto más que solamente de Buenos Aires, porque las provincias retiraron sus fondos, impulsadas por los temores inconsistentes que provocaban los federales, lo que hizo bajar, de inmediato, los billetes en un cincuenta por ciento. Las provincias se negaron desde entonces a recibirlos, de manera que la capital debió sostener sola una carga tan pesada. Los billetes perdieron a tal punto su valor que, en los años siguientes, estaban a menos de un décimo de su valor primitivo. El congreso designó a Rivadavia Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo. Gobernó sabiamente, pero quiso realizar progresos demasiado rápidos, único error que se le puede reprochar. Pretendió hacer prematuramente de Buenos Aires una ciudad europea, ciudad que quince años antes todavía estaba bajo el yugo de España, sin contar que la misma metrópoli estaba sujeta a una política mezquina que impedía la llegada de las luces, a no ser por contrabando. No se cambian las cosas de una manera tan brusca. Había muchos descontentos, especialmente en el clero, al que Rivadavia había herido con la supresión de los conventos, así como con la disminución de sus rentas. Algunos hombres, celosos de ver a los extranjeros ocupar cargos que ellos sólo hubieran podido desempeñar imperfectamente, lo criticaban sordamente, atribuyéndole la disminución del valor del dinero. Su principal motivo de queja

29 El Banco Nacional, fundado por ley del 28 de enero de 1826, vino a reemplazar al Banco de Descuentos o Banco de Buenos Aires, que existía desde 1822. (N. del T.).

consistía en no estar a la cabeza del gobierno o de no ocupar los puestos más importantes. Podía preverse, desde entonces, que el demasiado hermoso edificio levantado por Rivadavia, sobre un terreno todavía poco sólido, no tardaría en caer y arrastrar, en parte, a Buenos Aires en su caída, cuando los descontentos llegaran al poder.

Las batallas ganadas en tierra y mar, las bellas tropas enviadas al ejército de la Banda Oriental, la depreciación del dinero y la elevación del precio de las mercaderías almacenadas antes de la guerra, satisfacían a los comerciantes, en perjuicio de los consumidores. Empero, el gran número de obreros empleados por el gobierno, el movimiento ocasionado por los preparativos bélicos y el armamento de los corsarios, dieron momentáneamente un aire de vida a Buenos Aires. Toda la población de la ciudad parecía contenta, a pesar del encarecimiento de los artículos importados; únicamente se quejaban los campesinos. Nada de *saladeros*, nada de venta de productos agrícolas, nada de beneficios para el hacendado, que veía sus campos llenos de ganado, mientras que él carecía de ropas y estaba continuamente expuesto a ser enviado como soldado a bordo de los barcos; todo eso despertaba en la campaña el odio al ciudadano y en particular al partido de Rivadavia o Partido Unitario.

En 1827 continuaba la guerra. Las batallas ganadas siempre por los orientales comenzaron a inspirar a Pedro I temores acerca del resultado de una lucha que podía arruinar al Brasil. Buenos Aires permanecía en el mismo estado. Las mercaderías extranjeras aumentaban mucho su precio; los consumidores se sentían más y más descontentos, a medida que los alrededores se empobrecían. Los diarios atacaban abiertamente al gobierno; el Partido Federal se fortalecía de momento en momento; finalmente, viendo Rivadavia que no podía permanecer en su puesto; que a pesar de sus nobles esfuerzos para hacer una nación de la República del Plata, la ignorancia prevalecía; que sus medidas eran desnaturalizadas y mal comprendidas, prefirió el bien de su país al suyo propio y presentó su renuncia el 7 de julio. Lo perdieron sus muchos escrúpulos y su respeto por la libertad individual Las maquinaciones sordas de los agitadores, tales como Braulio Costa, corresponsal de Quiroga, y otros, y los diarios incendiarios, como el *Tribuno*, fueron minando poco a poco su gobierno y lo hicieron caer. El congreso nacional fue disuelto; Buenos Aires, privada del concurso de las provincias que la habían decidido a combatir a los brasileños, se halló sola para sostener todos los gastos. No existía más nación y la guerra proseguía con todo furor. El Partido Federal nombró a Dorrego[30] gober-

30 Esos datos están consignados en el diario *El Tiempo* (núm. 175, 3 de diciembre de 1828).

nador. Poco a poco desaparecieron las ideas liberales. Se anularon las leyes del congreso y no se proclamaron los diputados designados, porque no eran del partido de Dorrego. La libertad de prensa fue abolida. Se atacó ilegalmente a los ciudadanos que escribían contra el gobierno; se asesinó, en una palabra. Don Juan Mansilla fue mutilado en un café; un impresor fue amenazado de incendio y muerte, si continuaba componiendo el *Granizo*, y hasta se aplicaron a ese hombre honesto golpes de sable para obligarlo a dejar de expresar la voluntad de los habitantes... Los valores bajaron más y más.

A comienzos de 1828 las cosas estaban en el mismo punto, la miseria crecía de momento en momento en la capital, mientras que las tropas, sin dinero, se batían siempre contra los brasileños y faltaba dinero para mantenerlas. Tal era el estado de la ciudad cuando llegué a ella.

Estadía en Buenos Aires

Dediqué los primeros días a procurarme un alojamiento lo suficiente grande para poder revisar mis colecciones antes de enviarlas a Europa. Lo hallé fácilmente, y desde ese momento me ocupé, sin descanso, en mis tareas ordinarias, interrumpiéndolas solamente, de vez en cuando, para recorrer tanto las llanuras de los alrededores de la ciudad como las costas del Plata, donde buscaba, sucesivamente, pájaros, insectos, conchillas y plantas, encargando a los cazadores de la campaña que me consiguieran animales difíciles de obtener, tales como diversos mamíferos y aves acuáticas de las pampas. Así fue cómo diariamente veía aumentar mis colecciones de objetos raros del país, conocidos apenas de nombre en Europa. Mis paseos cotidianos al mercado completaron también mi colección de peces del Plata. Pasé así el mes de junio. Noté, con motivo de la fiesta del Santísimo Sacramento, que el clero había cambiado por completo de posición. No era más humilde y tímido, como en la época de Rivadavia; marchaba con la cabeza alta y era fácil comprobar que su reino había llegado con el gobierno federal[31].

Junio

31 He hablado ya de los partidos *Unitario* y *Federal* sin haberlos caracterizado todavía positivamente. Se entiende por *unitarios* en la República Argentina a todos aquellos que quieren que las provincias están unidas entre sí y posean un centro de poder; que tengan, en una palabra, un solo congreso nacional, un solo poder ejecutivo, un presidente de la República. Es el sistema que quiso sostener Rivadavia. El *Partido Federal* quiere, por el contrario, que cada provincia tenga su congreso particular, libre de todo otro poder, un gobierno propio, sin rendir cuenta de su conducta a sus vecinos. Desde entonces las trece

Fui a visitar al señor Rivadavia; pude apreciarlo y renové con bastante frecuencia mis visitas. Pasaba, entonces, una parte del año en su casa de recreo, fuera de la ciudad. Pensaba tal vez en lo que podría hacer todavía en bien de su ingrata patria. Visité también al nuevo gobernador, el general Dorrego, que me hizo un buen recibimiento y hasta me propuso acompañarlo a una expedición de descubrimiento a las pampas del sur: expedición que debía tener lugar apenas se firmara la paz con el Brasil y que debía proteger las tropas, por entonces de regreso. Se trataba de un asunto de importancia; consistía en reconocer el curso del Río Colorado hasta su fuente, con el loable propósito de establecer una navegación comercial de Mendoza a Buenos Aires. Es comprensible que aceptara de buena gana esa propuesta, que me ponía en condiciones de estudiar, bajo todos los aspectos, regiones todavía desconocidas; tanto más cuanto que el gobierno se ofreció a hacerme acompañar luego hasta la Patagonia, donde había resuelto ir, antes de pasar a las costas del océano Pacífico.

Nunca había presenciado una fiesta patria en Buenos Aires. La principal tuvo lugar el 25 de mayo, en honor del primer grito de libertad, en 1810; pero una segunda, no menos reverenciada, iba a celebrarse el 9 de julio, día de la proclamación de la independencia de las Provincias Unidas del Plata, hecha por el Congreso de Tucumán, en 1816. Se había erigido, alrededor de la plaza de la Victoria una columnata pintada sobre planchas paradas, en la cima de la cual brillaba un escudo donde estaban escritos cada uno de los lugares donde los independientes habían alcanzado victorias sobre los españoles. Se leían los nombres de Tupiza, Tucumán, Salta, Chacabuco, Penco, Maipú, Lima, Ayacucho, Junín, etc., con la fecha de cada una de ellas. En mis paseos por la ciudad vi todos esos preparativos, el entusiasmo de los ciudadanos que habían contribuido al éxito y el abatimiento de algunos de los antagonistas del sistema existente. Todo anunciaba, para el día siguiente, una fiesta brillante, pero fui decepcionado. Durante la noche se levantó un terrible pampero, acompañado de lluvia y granizo. Varios navíos encallaron; al día siguiente, al ir a ver el río enfurecido, me impresionó mucho el hallar a todo ese andamiaje con los altos hechos realizados por los argentinos volteado por el viento y sus victorias pintadas con engrudo borradas por la lluvia, sin que quedara el menor rastro. Unos

9 de julio

provincias de la República Argentina o del Río de la Plata formaron cada una un pequeño Estado independiente. Puede decirse, además, que el Partido Unitario era el de los liberales, del progreso del país, mientras que el Partido Federal era el del absolutismo con sus estrechas vistas y opuesto al adelanto de la civilización, o mejor dicho, era la campaña ignorante contra los ciudadanos cultos.

franceses, malos bromistas, se permitieron algunos juegos de palabras sobre ese accidente; los provincianos arriesgaron algunas alusiones al carácter de los *porteños* (habitantes de Buenos Aires), que consideraban, no sin razón, de una ligereza poco común, sacrificando siempre lo sólido al oropel y los conocimientos profundos a un estudio superficial, lo bastante extenso como para que puedan brillar en todo. La fiesta fracasó debido al mal tiempo y todos los preparativos se perdieron.

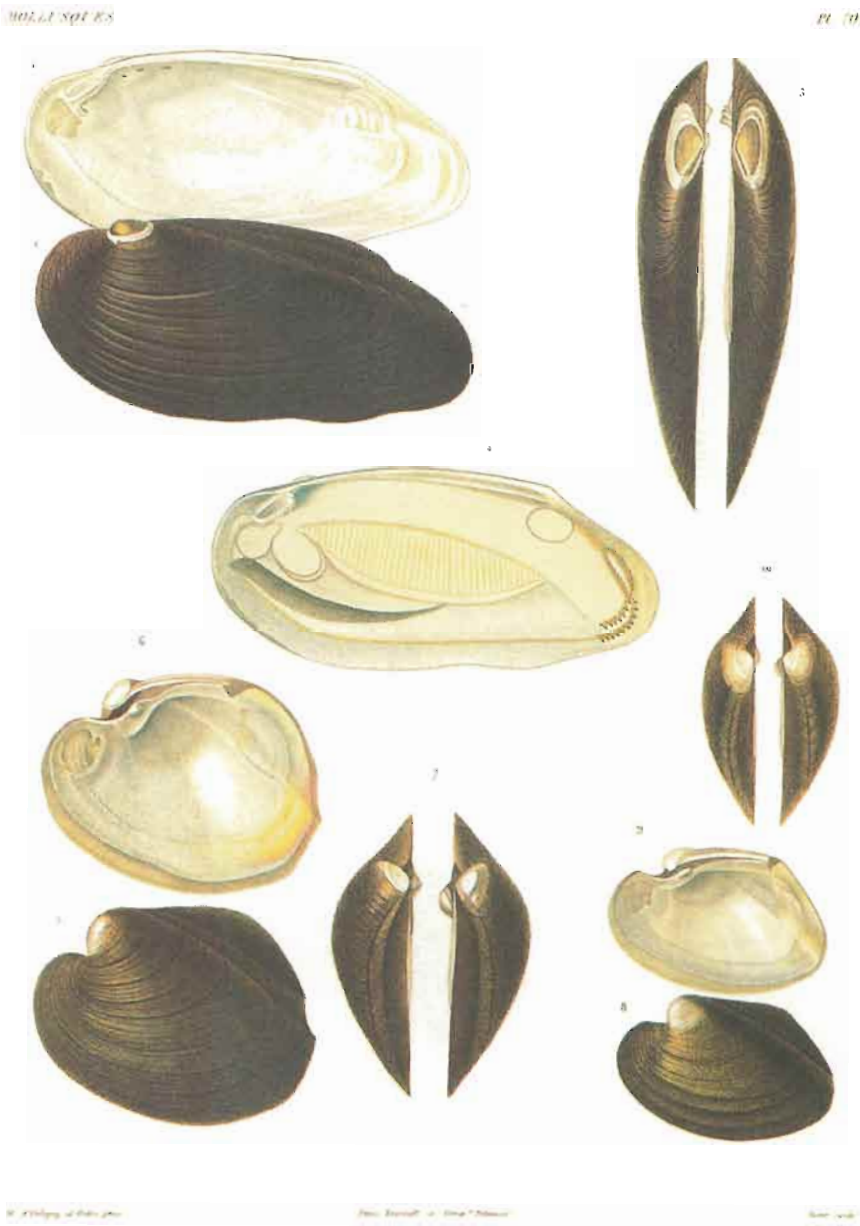
Las nuevas batallas ganadas a los brasileños, los enormes gastos que soportó el Brasil, así como los reclamos de los pobladores de los campos, teatro de la guerra, hacían esperar una paz próxima, deseada por todo el mundo. Buenos Aires también parecía sufrir mucho. La baja de valor de los billetes de banco, los únicos en circulación en la provincia, la excesiva carestía de los artículos extranjeros, hacían cara la vida. Una botella de vino valía hasta cinco o seis pesos; hasta el pan había aumentado considerablemente de precio y se estaba en vísperas de no poderlo conseguir. Las mercaderías extranjeras de todo género habían duplicado el precio y muchas faltaban por completo en plaza, lo que no era raro después de un bloqueo de dos años, durante el cual apenas dos navíos habían conseguido franquear la línea brasileña. La ciudad presentaba un impresionante contraste con el campo: todo se vendía en aquélla a precios exorbitantes, mientras que los frutos de los agricultores no valían nada. Así la arroba, o veinticinco libras de carne, se pagaba seis reales, que, de acuerdo al valor del papel moneda, correspondía al cambio apenas a 75 céntimos de Francia. Es comprensible, pues, el descontento de los hacendados; y, en la ciudad, la satisfacción de las clases inferiores, que sólo comían carne, nunca pan, y se preocupaban poco del vestido.

El estado de Buenos Aires no era nada lisonjero para el porvenir. Durante la elección del mes de mayo se había visto a las gentes de la campaña armadas y amenazando con cuchillos a las personas bien vestidas, invocando a su padre Dorrego[32]. No pudo llevarse a cabo la elección en la sala electoral. Los habitantes reclamaban inútilmente. El Banco Nacional perdía día a día su crédito. El comercio dejó de ser sostenido por el gobierno y hubo numerosas quiebras. Todo el mundo sabía en Buenos Aires cuántas veces el coronel Rauch había salvado al país, en las guerras contra las hordas salvajes, que devastaban, a intervalos, las campañas; pero Dorrego, temiendo a ese oficial, porque era extranjero, lo destituyó[33]. Desde

32 Diario *El Tiempo*, 1828, núm. 175.

33 Ese infortunado oficial, incorporado al servicio en 1829, en el partido de oposición, fue apresado por los gauchos de Rosas. Se le cortó la cabeza, colocándola en la punta de una lanza y llevándola en triunfo, exponiéndola a las injurias de los mismos hombres que antes temblaban en su presencia.

Mephitis Humboldtii.



1-4: *Unio patagonica*; 5-7: *Unio payaguana*; 8-10: *Unio minuana*.

ese momento, los indios, no detenidos por nada, invadieron las campañas, interceptaron las comunicaciones entre la ciudad argentina y las provincias del interior, y poco faltó para que no inundasen las llanuras de los alrededores de Buenos Aires.

Me resultaba imposible pasar a Chile por tierra, sin exponerme a ser degollado por los indios, que vengaban en los viajeros la furiosa guerra que se les hacía; esa puerta estaba cerrada para mí. Por otro lado, esperaba el cumplimiento de la promesa del gobierno sobre la expedición proyectada, tanto más que llegaron noticias de una paz próxima. Se supo, en efecto, que el 27 de agosto los preliminares habían sido firmados en el Brasil, noticia que dio lugar a grandes regocijos y que parecían hacer posible el cumplimiento de mis deseos de viajar. La paz fue ratificada el 4 de octubre, en Montevideo. La evacuación comenzó de una y otra parte. Ese tratado creó una nueva República, la de la Banda Oriental, con el nombre de República Oriental del Uruguay, la cual permaneció independiente entre las dos potencias. El puerto de Buenos Aires quedó libre, y su comercio comenzó a tomar gran vuelo. La nueva cámara de representantes, completamente partidaria del gobernador Dorrego, en lugar de ocuparse del progreso del país y de asegurar fondos para pagar los servicios de los valientes que regresaban con el ejército, dio, según los diarios de la época, 100.000 pesos (500.000 francos) a Dorrego, porque había firmado la paz, y 75.000 pesos (375.000 francos) para repartir, como recompensa, entre los miembros de la Legación del Brasil. Se debían nueve meses de sueldo a todo el ejército. Algunos oficiales, que llegaron pronto, reclamaron lo que se les debía; por toda respuesta se les dijo que no había dinero. Todo eso agrió los espíritus e hizo murmurar mucho.

Las tropas llegaron a Buenos Aires. Me dirigí, con una muchedumbre de curiosos, para verlas desembarcar. Recordaba haber visto partir a esos hermosos regimientos de lanceros, coraceros y cazadores, bien equipados, bien arreglados. Quedé sorprendido y experimenté una sensación penosa al ver a esos valientes, que acababan de vivir dos años a la intemperie, durmiendo en el vivac, batiéndose todos los días por el honor del país; apenas se podían distinguir a los oficiales, todos en la mayor miseria: sus miembros, medio desnudos, estaban ennegrecidos por el sol; resultaba difícil reconocer los jirones de los uniformes, bajo la mescolanza de sus vestidos. Unos tenían todavía un trozo de saco; otros carecían de camisa y cubrían sus espaldas desnudas con un ponchito de franela; a algunos les faltaban los pantalones o sólo disponían de fragmentos, cubriéndose el cuerpo con un simple chiripá. Sus vestimentas inspiraban piedad mezclada de admi-

Noviembre

ración; sus rostros fatigados, quemados por el sol, agregaban todavía dignidad a su porte marcial. No habían sido provistos de ropa desde su partida, y es sabido hasta qué punto dos años de campaña, en medio de desiertos donde se está expuesto a todas las intemperies de las estaciones, destruyen rápidamente un equipo militar. Todos exigieron el pago de sus sueldos, atrasados desde hacía mucho tiempo. Para que tuvieran paciencia, se entregó (a los soldados solamente) la novena parte de lo que se les debía, prometiéndoles completar poco después la suma, y se licenció a una parte de ellos; pero no se quiso dar nada a los oficiales. Los heridos y las viudas reclamaron el cumplimiento de la promesa formal del congreso nacional, que les asignó el sueldo en parte o en su totalidad para el resto de sus días; pero los tiempos habían cambiado y, lo mismo que en muchas otras repúblicas americanas, los desdichados lisiados del ejército fueron reducidos a la condición de tener que mendigar para vivir. Ello es probablemente lo que inspira a ciertos habitantes de la campaña una invencible aversión al Estado militar. Había muchos descontentos. Los oficiales subalternos y los soldados se quejaban de la rapacidad de sus superiores, que se habían enriquecido con la guerra, mientras que los otros habían perdido por completo el tiempo y expuesto gratuitamente su vida.

Las cosas estaban en ese estado y todos esperaban un movimiento en Buenos Aires. Por mi parte, aguardaba pacientemente el curso de los acontecimientos, esperando siempre la realización de mi viaje de descubrimiento. El gobernador, a quien vi poco después de la llegada de las tropas, me invitó a hacer preparativos, agregando que se ocupaba de ayudarme y que me encontraría con mi amigo Parchappe, encargado de las observaciones geográficas; alenté todavía una esperanza, la última que me quedaba, porque los campos estaban infestados de indios y las comunicaciones con Chile estaban parcialmente interrumpidas. Había depositado mis colecciones, algunos meses antes, en casa del cónsul general de Francia y esperaba impacientemente la partida. Había reservado mi paso por la Patagonia y me había munido de recomendaciones del gobierno para el comandante de la colonia del Carmen.

El 1 de diciembre por la mañana mi criado me informó que había estallado una revolución, que la plaza de la Victoria estaba ocupada por las tropas.

1° de diciembre

No quise creerlo, pero el ruido de algunos jinetes armados que pasaban frente a mi puerta no tardó en convencerme. Me dirigí al teatro de esa sublevación militar. Los cañones, apuntando en la calle que conducía a la plaza, me anunciaron por sí mismos, con la muchedumbre que se dirigía hacia allí, que había tumulto; al llegar, vi un regimiento de lanceros, uno de coraceros y todos los preparativos de gue-

rra. Las mismas disposiciones tenían lugar en el fuerte, donde piezas de artillería, apuntando a la ciudad, sólo esperaban la señal para hacer fuego. Yo estaba en bastante buena compañía; la concurrencia era numerosa y, hasta entonces, no se había disparado un solo tiro de fusil. Los soldados demostraban calma y los ciudadanos que se mezclaban con ellos parecían tan tranquilos como en un día de fiesta. Recogí de sus labios los siguientes detalles sobre el comienzo del movimiento insurreccional: durante la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre, el gobernador Dorrego se enteró de que la primera división del ejército se preparaba a sublevarse; envió al general Lavalle, que mandaba las tropas, un ayuda de campo para hacerlo venir. Ese jefe respondió que iría pronto a expulsar al gobernador de un puesto que no debía ocupar; en efecto, al amanecer, el regimiento de infantería marchó sobre la plaza, mientras que los lanceros y cazadores se apoderaban del parque de artillería. A las cuatro llegaron los lanceros, con el general Lavalle y muchos otros oficiales; pronto se les unieron los coraceros. Un regimiento estaba en el fuerte, con los ministros Guido y Balcarce. Hasta ese momento, la ciudad permanecía en una tranquilidad perfecta, cuando a las siete el general Martínez salió de la fortaleza y fue en comisión al encuentro de Lavalle. Se supo por él que Dorrego había huido a las cuatro de la mañana, sin dejar a nadie en su lugar; Buenos Aires carecía, pues, de poder ejecutivo. La diputación pidió al general Lavalle que dejara al congreso decidir sobre sus pretensiones. Este se negó, porque sus agravios se extendían a la cámara misma, compuesta de partidarios del gobierno; y porque, además, Dorrego había abandonado su puesto y, en consecuencia, todas las autoridades habían caído con él. Correspondía, pues, al pueblo deliberar sobre su suerte futura. Lavalle dio una proclama, donde declaraba haber tomado las armas no para gobernar, sino para liberar a sus conciudadanos; y les advertía que, habiéndose retirado el jefe de la administración, ellos debían ocuparse de designar otro.

Los ministros resolvieron poner sus carteras en manos de aquel que la nación eligiera; esa decisión tuvo lugar a la una. A partir de esa hora una muchedumbre inmensa se dirigió, en el mayor orden, a la iglesia de San Francisco, donde fue elegido presidente de la asamblea don Julián de Agüero. Leyóse una proclama de Lavalle, en la cual decía que ese movimiento no había costado una lágrima a Buenos Aires; que se había hecho en interés público y que sabría respetar inviolablemente las decisiones del pueblo. Se votó, y el general Lavalle fue elegido Gobernador y Capitán General de la provincia.

Así terminó una revolución iniciada por la mañana, sin librar batalla y sin más desorden que el provocado simplemente por la recepción de un nuevo

jefe. Por la tarde una calma profunda reinaba en la ciudad, como si no hubiera pasado nada; los habitantes parecían satisfechos; cada uno se dedicó a sus ocupaciones, como la víspera. Había visto, con sorpresa, establecerse el nuevo orden de cosas; y no podía concebir que no hubiera un solo descontento. Todo Buenos Aires parecía tener la misma opinión: era muy ciertamente el triunfo del Partido Unitario, al cual pertenecía la mayoría de sus habitantes; pero, si tal era la opinión de la ciudad, las campañas le eran siempre opositoras, así como al progreso; y estaban movidas por hombres poderosos. Sus habitantes formaron *montoneras* (o guerrillas) bajo las órdenes de Rosas y Dorrego, y pronto hubo luchas en todas partes. Esa calma aparente de la primera jornada debía ser apagada con muchas lágrimas; una guerra de exterminio debía comenzar. La madre vería a sus hijos combatirse encarnizadamente e inmolarse a sangre fría por opiniones políticas. La ciudad, con los extranjeros, estaba con el Partido Unitario, y la campaña, en masa, se declaró por el Partido Federal, uniéndose hasta con los indios de las pampas, antes sus enemigos, para asolar a sus hermanos. Lavalle designó al general Brown gobernador provisorio y se dirigió con sus tropas a la campaña, donde lo dejaré por el momento. Habiéndose prohibido la partida de barcos, temiendo que llevaran noticias a las tropas de afuera, esa medida atentaba también contra mi embarque; y, en espera de que el gobierno me permitiera ponerme a la vela, diré algunas palabras sobre Buenos Aires.

Después de lo que se acaba de leer de su historia, me faltaría hablar de la ciudad y de sus habitantes; pero como esas materias han sido tratadas varias veces por otros viajeros[34], me limitaré a fijar la atención de mis lectores sobre los edificios más notables de la capital argentina y sobre algunos aspectos característicos de sus costumbres.

Buenos Aires está situada a la orilla occidental del Plata, en la cima de un pequeño acantilado elevado a unos sesenta a setenta pies sobre el nivel del río. De la rada, presenta una línea de casas de la que sobresalen cúpulas y campanarios de iglesias; y su desarrollo la hace aparecer más importante de lo que es en efecto, porque, desde la Recoleta hasta Barracas tiene una serie casi ininterrumpida de construcciones con terrazas, en medio de la cual se distingue el fuerte que domina la pequeña rada, los edificios construidos sobre la

34 Vidal, *Buenos Ayres pittoresque*; María Graham, *Residence in Chile*, 1824; *Haigh's sketches of Buenos-Ayres; Mier's travels in Chile and Plata; Schmidt-Meyer's travels into Chile*; y especialmente *Voyage de M. Arsène Isabelle a Buenos- Ayres et a Porto Alegre* (Hayre, 1835), etc.

pendiente del acantilado y al pie mismo, como los que están en la alameda del *Bajo* o el paseo de orillas del río, plantado con ombúes. Buenos Aires, vista desde el Plata, tiene algo de imponente: el río está animado de un veloz movimiento, debido sea al desembarco de las mercaderías por medio de carretas con altas ruedas, que van por el agua a buscar los bultos hasta la rada exterior; sea a la presencia de las lavanderas, ubicadas sobre el tapiz verde de la costa, del lado norte; sea todavía a las numerosas carretas altas como casas, que ruedan sin cesar en línea al pie del acantilado; y todo eso concentra un gran comercio. La ciudad está sobre un plano horizontal, dividida metódicamente en bloques de casas absolutamente iguales entro sí y de ciento cincuenta varas de cada lado, separados por calles rectas y de igual anchura. Esas calles están, en las seis a ocho primeras cuadras, provistas de una vereda poco ancha y de una calzada empedrada. Digo las ocho primeras cuadras, porque no hay realmente más que ese trecho empedrado; es inconcebible el estado en el que se halla el resto. Las lluvias forman barro con la arcilla del suelo; las carretas cavan las calles; las aguas arrastran ese lodo cuando hay una pendiente; entonces las veredas llegan a tener tres o cuatro pies de altura sobre la calle; o, si no hay pendiente, el fango se amasa y forma un canal de lodo, que sólo desaparece en los tiempos secos. Si, empero, tenéis necesidad de pasar de una vereda a otra y ha llovido, os veréis obligados a ir hasta la esquina, porque allí solamente los vecinos caritativos han procurado una salida a los peatones, colocando, de tanto en tanto, en medio del agua o del fango, montículos de ladrillos sobre los cuales se pasa, saltando del uno al otro, a riesgo de caer dentro; cuando el tiempo es seco se camina, por el contrario, en medio de un polvo que se mueve. Las veredas próximas a la plaza de la Victoria están empedradas con piedras de talla; en las otras calles hay ladrillos, sostenidos exteriormente por trozos de madera. Esos ladrillos, aunque colocados de pie, unos se gastan por el frotamiento; otros, más duros, resisten más; así resultan desigualdades sin número, donde el peatón no acostumbrado tropieza incesantemente. Otra grave dificultad de la circulación por esas veredas es la manera viciosa de construir las ventanas, que son, en la planta baja solamente, de rejas o cajas de hierro, salientes a la calle por lo general un pie, y, además de ser muy feas, es muy difícil que los extranjeros no choquen con los hombros, cuando se acercan demasiado a las paredes.

Pero esas rejas de las ventanas, primero maldecidas por ellos, se convierten pronto en su pasión. Es allí que, un hermoso día de verano, verán, todos los atardeceres, a las más bonitas mujeres indolentemente sentadas sobre una alfombra, la cabeza adornada de su más bello adorno natural, con su enorme

peinetón de carey, teniendo en la mano el indispensable abanico; vestidas elegantemente, observan a los paseantes con una curiosidad a menudo más picaresca que discreta, diciendo lo que piensan de manera de ser oídas, esperando los saludos de sus amigos, que van siempre a conversar un momento con ellas... Es verdad que la incomodidad de las rejas, que se siente principalmente de noche, se olvida y que no se piensa en otra cosa que en ver y volver a ver a aquellas que las adornan con su encantadora presencia.

Los últimos bloques de casas, del lado de la campaña, se resienten algo por falta de cuidado de la policía. No están tan bien alineadas y presentan siempre muchas lagunas; por eso, a menos de ir a caballo, es realmente imposible, cuando llueve, andar, lo que hace que no se vean más que jinetes y malas casuchas, habitadas sea por agricultores, sea por los carreteros que pululan en la ciudad.

Si echamos una ojeada a los monumentos poco tendremos que decir. La plaza de la Victoria nos dará, mejor que el resto, una idea de esa ciudad, lo que me ha decidido a reproducir una parte de ella en la sola vista de Buenos Aires que creo mi deber publicar. Comprende la Recova monumentos de construcción morisca, que da frente al cabildo o palacio de justicia; es realmente una de las construcciones más regulares de la ciudad. Presenta una especie de arco de triunfo en el medio y, de cada lado, galerías donde se estacionan los comerciantes de vestidos confeccionados por las gentes de la campaña, lo que contrasta con el resto, que tiene un aspecto bastante majestuoso. Arriba hay una terraza provista de balaustradas de hierro y de pilastras con vasos de porcelana barnizada. Parece, de acuerdo al dibujo de la fachada septentrional, que se tenía la intención de continuar la Recova por otros lados, pero la ejecución de ese proyecto ha sido interrumpida a mitad de la longitud de esa manzana. En medio de la plaza hay una pirámide u obelisco informe, rodeado de rejas de hierro; esa plaza no está empedrada; está cubierta de una arcilla de igual clase que la de las pampas; asombra ver, en una ciudad donde la mitad de las calles están empedradas, que la plaza principal, centro de los negocios, no lo esté. Como ya lo he dicho, sobre el lado opuesto a la Recova está el Cabildo, monumento de un piso, provisto de una galería semejante, aunque mayor a la de todos los cabildos que ya he descrito. La fachada meridional está ocupada por una catedral, cuyo frontis está en construcción y espera, desde hace mucho tiempo, que el gobierno tenga con qué pagar los capiteles de estilo corintio en bronce que encargó en Europa para coronar las columnas. Fuera de la plaza de la Victoria, los monumentos son iglesias: la de Santo Domingo, célebre por la reconquista sobre los ingleses; la de San Francisco, el colegio de los Jesuitas, la Residencia, la Recoleta, San Juan, etc.; un teatro no terminado o coliseo, que debía reemplazar al antiguo, más mediocre, y mu-

chos otros establecimientos públicos de poco interés, en cuanto al exterior. Las casas particulares presentan, hasta cierto punto, más progresos que los edificios públicos. Las principales calles están adornadas de hermosas construcciones a la española, todas con azoteas. Desde hace algunos años ha comenzado a sentirse afición a las construcciones francesas, y dos arquitectos franceses han construido ya hermosas casas con balcones, sobre todo en la calle Florida.

Algo que todo extranjero encontrará siempre cómodo en Buenos Aires es el alineamiento de las calles. La ciudad está a lo largo, de norte y sur, a orillas del Plata; y todas las calles siguen esa dirección o la cortan en ángulo recto, como aquellas que parten del río hacia la campaña. Para no multiplicar los nombres, como sucede tan mal en París y en casi todas las ciudades de Francia, ellas conservan el suyo en todo su largo; y si parten del río hasta la campaña, su numeración va de la costa hacia el interior. En aquellas que son paralelas al Plata, habría sido imposible establecer una serie no interrumpida de números, de haber conservado el mismo nombre en toda longitud, porque sería necesario cambiar la numeración a medida que se alargaran. La medida que se tomó obvió todas las dificultades. Las calles que parten de la de la Victoria y de la plaza del mismo nombre, cortan transversalmente la ciudad en dos y cambian de nombre según van hacia el sur o hacia el norte, de manera que los números, partiendo del centro de la ciudad, pueden aumentar a medida que se construye hacia fuera de la ciudad, lo que tiene lugar tan rápidamente que el crecimiento de Buenos Aires es algo extraordinario. Ha duplicado su extensión desde comienzos de siglo. Con posterioridad a la revolución se creyó conveniente reemplazar los nombres de santos por los de lugares donde se obtuvieron victorias sobre los españoles, o bien, simplemente, por los de las provincias; se ven así los nombres de Potosí, Chacabuco, Florida, etc. Puede decirse, en una palabra, que Buenos Aires es, en todos sus aspectos, la ciudad más europea de toda la América meridional.

Después de haber visto el exterior de las casas, si se quiere penetrar en el interior se hallará casi siempre uno o dos grandes patios, rodeados de cuerpos de construcciones, cuyas ventanas dan hacia aquélla; todo es sencillo, pero bien dispuesto. En las casas de los funcionarios o de los comerciantes hay mucho lujo. A menudo ese lujo está en razón directa de la fortuna del propietario, pero, más a menudo todavía, por encima de ella; así todo se privilegia a lo exterior. Hay por ejemplo, dando a la calle, una lujosa sala, bastante bien decorada, amueblada con un piano, un sofá, sillas americanas[35] de madera, bien

35 Son las sillas más a la moda en Buenos Aires. Son hechas toda de madera, y si bien son lujosas, son también muy incómodas y muy duras.

doradas, de colores brillantes; esa sala es el lugar de recepción de las damas. En esa habitación, una gran puerta abierta deja ver un dormitorio, provisto de un lecho suntuoso y de muebles análogos. El porteño se siente encantado cuando oye decir a los paseantes: "¡Qué bonito salón! ¡Qué bonitas dependencias!". Esa satisfacción, y la de ver a su mujer llevar los vestidos más apropiados para despertar la envidia de sus amigas, colman su orgullo; no da importancia al hecho de carecer de comodidades en su casa; por eso no es raro ver esas casas, magníficas en apariencia, carecer de lo estrictamente necesario, sea para comer, sea para las comodidades interiores del menaje.

En esas grandes salas, las señoritas de la casa pasan todo el día sin hacer nada, o bien estudiando contradanzas españolas, o valses, o el acompañamiento de una nueva romanza, que deben cantar al atardecer, porque si las visitas son raras de día, los atardeceres traen las horas de las reuniones (*tertulias*); entonces, cuando hay muchas personas, se conversa y se critica; las mujeres muestran la mayor amabilidad y una vivacidad espiritual realmente rara; se baila el minuet, el montonero, la contradanza y el vals. La alegría más expansiva se une a un dejar hacer, a un abandono que no excede, empero, los límites de las conveniencias, aunque libres de esa reserva amanerada que las madres imponen a sus hijas en nuestra sociedad europea. Las señoritas participan en todas las conversaciones, agradando con su espiritualidad, sobre todo cuando se trata de criticar; siempre vivaces, alegres y encantando las reuniones, tanto por la manera de expresarse como por la gracia que despliegan en los bailes del país; es verdad que a ello se limita la educación de la mayoría de ellas.

Si se trata de una reunión privada y llega una visita, después de los cumplidos de uso a la madre, es raro que las señoritas no se levanten espontáneamente para ir al piano, sea para tocar algunas contradanzas, sea para acompañarse, mientras cantan una romanza; lo que proporciona a la visita un tema de conversación. Si el visitante es músico, puntea la guitarra, se le obliga a cantar, de preferencia un *triste* (romanza) lánguido, que las señoras prefieren y que hacen repetir muchas veces. Esas veladas amistosas son tanto más agradables cuanto que en ellas reina mucha alegría y la alegría no decae nunca.

Si uno se levanta muy temprano en Buenos Aires, donde nadie es madrugador, ni siquiera los obreros, se ve al principio completamente solo en las calles, que están todavía bajo el dominio de numerosas ratas, que salen de los albañales de las casas y que se divierten con toda libertad, como si estuvieran en casa propia. Pronto, sin embargo, la ciudad despierta: se ven en primer lugar las carretas de los pescadores que regresan de la playa, cargadas de pescado; como, por orden de la policía, no pueden vender el de la víspera, están

obligados a ir a pescar todos los días, antes del amanecer; arrojan una o varias veces la red, arrastrada por caballos, y la carreta se carga de hermosos peces, que conducen al mercado. Las carretas que van a la playa a descargar las mercaderías y sirven de desembarco a los marineros que llegan a bordo, marchan en grupo, de la campaña al río. Impresiona la altura de sus ruedas; llevan uncidos dos caballos y son conducidas por un gaucho montado sobre uno u otro, y que cuida poco a los pobres animales, que se compran a bajo precio en la provincia. Vienen después los aguateros, trepados en el yugo que une a los bueyes de la yunta, mientras que una campanilla, atada a un montante, anuncia su paso. Luego llega toda suerte de vendedores a caballo; los lecheros, niños, de cuclillas en medio de los tarros de lata llenos de leche; o los distribuidores de pan, sentados entre dos grandes canastas de cuero llenas de panes gruesos como el puño o más pequeños, según la abundancia o la escasez de las harinas, porque, debido a una extravagante costumbre, el pan siempre vale lo mismo; siempre se dan ocho o diez y seis por un peso (cinco francos); pero disminuye de tamaño, a medida que la harina se encarece o que el peso papel pierde su valor. Durante el bloqueo de los portugueses, se podía comer fácilmente una docena de esos panes, y a tal punto eran reducidos, que se consumían en uno o dos bocados. Los vendedores de aves y de frutas recorren también las calles, así como los obreros de toda clase que se dirigen a sus talleres. Las lavanderas negras o mulatas más o menos oscuras, con la cabeza cargada con una gran *batea*, en la cual llevan la ropa y el jabón, se dirigen al río fumando gravemente la pipa y conduciendo la pava destinada a hacer calentar agua para su mate, porque ellas nada hacen, lo mismo que los demás trabajadores del país, antes de haber sorbido, a menudo sin azúcar, su bebida favorita. A las ocho comienza el día para los comerciantes; abren sus negocios, se ubican frente al mostrador o se dedican a desempaquetar las mercaderías. La ciudad presenta, entonces, el aspecto de todos los puertos importantes: se ven las carretas cargadas de mercaderías, hombres de negocio de todas las naciones; se oye hablar todas las lenguas a la vez por los paseantes, a quienes el carretero o el obrero del país trata de *gringos*, de *carcaman*[36]. Unicamente los hombres circulan durante el día, y el movimiento es tal que parecería que acontece algo extraordinario; hasta ese momento no se ven, en las calles, más que esclavos, o por lo menos criados o extranjeros; las porteñas muy raramente salen antes del atardecer.

A las dos, el movimiento cesa de golpe: todos los negocios, todas las tiendas, se cierran; los carreteros se retiran, los comerciantes y los empleados de la

36 Palabras de desprecio con las cuales se designa a todos los extranjeros.

administración regresan a sus casas. Ha comenzado la siesta. No se ve ni siquiera un indio por las calles, que están desiertas y recuerdan el silencio de la noche; ¡desdichado quien algo necesita! Todas las puertas le están cerradas; solamente un pequeño número de extranjeros circulan todavía; o bien los changadores duermen en las esquinas, esperando la reanudación del trabajo. A las cinco se reinicia el movimiento y, lo mismo que el de la mañana, dura hasta el atardecer; al llegar la noche, termina el comercio al por mayor. El panorama cambia por completo para dejar paso al triunfo de las mujeres. Las carretas ya no atestan la ciudad. Regresan a los suburbios así como los hombres a caballo. La ciudad se hace por segunda vez silenciosa; pero por poco tiempo. Cuando se encienden los faroles, las señoras salen de sus casas, para ir a visitar las *tiendas* (negocios de telas, novedades, quincallerías, etc.); se las ve en largas falanges, compuestas a veces hasta de veinte, que no son, sin embargo, más que una sola familia. Marchan con lentitud balanceándose muellemente y agitando el abanico con una gracia encantadora: es la abuela, todavía hermosa; la madre, las hijas y las tías, acompañadas de sus criadas, negras, mulatas o indias. Se detienen a cada paso para responder a las preguntas de las otras familias que encuentran, y entonces el tráfico por la calle es interrumpido; luego entran en cada negocio, hacen desplegar todas las telas, se hacen mostrar los guantes, las peinetas, los abanicos; y, después de haber puesto todo en desorden, se retiran sin comprar nada, para reiniciar, no lejos de allí, la misma operación. Los dependientes de la tienda se quejan de que esas visitas no son, a veces, del todo desinteresadas, pero no trataré de descubrir qué sentido le dan a esta acusación. Las mujeres se pasean así hasta las diez; regresan entonces, y las calles, poco antes repletas de las bellezas más impresionantes del mundo, vuelven a estar desiertas y silenciosas. Ni a las mujeres más ricas del país se las ve trasladarse en coche; todas prefieren ir a pie; bien distinto, pero únicamente en esto, de las de nuestras capitales. Los cafés, sin embargo, están todavía repletos de hombres entregados al juego, pasión que los domina tanto como la de las mujeres; se los ve, alrededor de los billares, jugar a las cartas con tanto encarnizamiento y fuego como si se tratara, para ellos, de la más brillante conquista de Buenos Aires. Salen finalmente poco a poco, encendiendo sus cigarros, y comienza el silencio de la noche. ¡Desdichado entonces quien se aleja del centro de la ciudad o se retira demasiado tarde, si no está armado de unas buenas pistolas!, porque podrá ser robado en las mismas calles, cerca de la plaza, por gentes que, con el cuchillo en el cuello, le obligarán amablemente a desvestirse.

Si, en vez de permanecer en la ciudad al acercarse la noche, descendemos en dirección al Plata, veremos, si hace buen tiempo, a muchos caballeros y

señoritas[37] pasearse por el medio de la alameda del Bajo. Las extranjeras son las que allí abundan numéricamente: son francesas, inglesas y alemanas, que prefieren tomar el fresco a amontonarse en las calles; cuando se mezclan, los días de fiesta, a las señoras del país, a pesar de los prejuicios nacionales, las porteñas llevan la palma por la elegancia de su porte, el vestido, el aliño y, más aún, por la delicadeza de sus facciones; puesto que si, en otros lugares, se trata de descubrir a la mujer bonita en un paseo público, en Buenos Aires se buscaría en vano una desheredada de la naturaleza. Todas las porteñas son hermosas, bien formadas y unen, en general, a todas esas condiciones, la majestad de los rasgos españoles y la más bella sangre que se pueda encontrar. Las chilenas, ensalzadas en América, no pueden en nada rivalizar con ellas, ni tampoco las mujeres de Lima, tan célebres entre los peruanos; y diría que tampoco en ninguna parte de Europa he visto una población más hermosa de hombres y mujeres que en la capital argentina.

Al pasearse por la alameda, uno tiene frente al Plata: las aguas están bajas, por lo general; y, entonces, una playa de arena de más de media legua se extiende a la vista. Si está seca, la cubren hombres a caballo y carretas de altas ruedas, que se cruzan en todas direcciones para descargar los alijadores. Cuando llega el atardecer, esa playa se cubre de familias de todas las clases que van a bañarse al río; se ven, en todas partes, pequeños grupos, jugando con las olas. Algo más lejos, los hombres se hacen conducir en carretas muy adentro del Plata y, después de quitarse la ropa, se bañan. Tales son, para muchas personas, las diversiones de los atardeceres estivales mientras otras se pasean por las calles, atormentando a los dependientes de tienda.

Si, en vez de descender hacia el río, seguimos paseando hacia el norte, llegaremos pronto a esas numerosas concentraciones de carretas que hacen viajes a Mendoza, Salta y Córdoba; veremos esas jaulas ambulantes alineadas unas junto a otras, reconocibles por el gran cántaro que llevan detrás, utensilio indispensable para pasar por los desiertos; al lado, divididos por regiones, están los hombres medio desnudos o, por lo menos, mal vestidos; son los carreteros, los picadores, los boyeros y los capataces de una caravana, sentados en tierra o acostados alrededor de un brasero, donde hacen asar las costillas de vaca puestas en un asador de madera. Algo más abajo, los jóvenes se pasean a caballo, desplegando su destreza al regreso y atravesando las calles más frecuentadas, para hacerse notar de las señoras ubicadas en las ventanas.

37 Señorita quiere decir, en español, *demoiselle*. Es un diminutivo de señora (dame); pero en Buenos Aires no se aplica la palabra *señora*, ni siquiera a las de edad; prefieren que se las llame señorita a toda edad, y quien no lo hiciera sería considerado mal educado.

Los habitantes de la ciudad son tan parlanchines como los de la campaña taciturnos. Se expresan con la mayor facilidad y hasta con elocuencia; dotados de mucho ingenio natural y de una prodigiosa memoria, discurren sobre cualquier asunto con el mayor aplomo, como si dominaran en realidad la materia que tratan. Asombra, sobre todo, ver a los jóvenes abordar los problemas más importantes de la moral y del derecho, extenderse sobre teorías de economía política, hablar de industria, bellas artes, literatura, y pasar, sin esfuerzo, de un asunto a otro, empleando los términos técnicos más rebuscados y no pareciendo nunca suponer que su auditorio esté en condiciones de juzgar y de reconocer que toda esa charla oculta, en algunos, mucha ignorancia y un charlatanismo apoyado por algunos estudios superficiales y lecturas hechas a la ligera, con más avidez que discernimiento. Esos hermosos parlanchines siempre están dispuestos a apropiarse de las ideas de otros; por eso difícilmente aplauden un feliz pensamiento. Si no lo reciben con aire desdeñoso, por lo menos procuran disminuir el efecto por medio de alguna objeción más o menos aceptable, teniendo siempre mucho cuidado de grabarlo en la memoria, aguardando la primera oportunidad favorable para reproducirlo y darse corte. Presentadles la menor indicación, o dejadles entrever el menor indicio de un proyecto cualquiera, se apoderan de él con la mayor sagacidad, entran en los detalles más minuciosos y lo embellecen con todos los adornos que les proporciona la imaginación que los caracteriza. Mientras sólo se trate de teorías, de planes a realizar, contad con los porteños. Los porteños son inagotables y la fecundidad de su espíritu no parece tener otros límites que los de su manera de vivir; pero, ¿sucede lo mismo cuando se trata de llevarlos a la práctica? El hombre que hace un momento se extasiaba con nosotros acerca de las maravillas de la gravitación, por ejemplo, o sobre los resultados de los más hermosos problemas de la astronomía, ¿puede hacer una regla de tres, o llevar las cuentas de los gastos de su casa? ¿Sabe mantener el orden de su hogar aquel que nos ha desarrollado los planes más sabios de la economía política? El primer contacto con los porteños lisonjea e impone; pero, ¿no nos desengañamos a veces? Un alemán, que no los juzgó favorablemente, tuvo la audacia de hacer grabar y emplear un sello de armas de la República con la siguiente leyenda: *Ni palabra mala, ni obra buena*, en otros términos, nada malo en la teoría, nada bueno en la práctica. Esta insolencia, aunque fuera justa en algunos aspectos, no podía, debemos convenir, ser tolerada por hombres à quienes ofendía directamente, y se castigó al bromista con la expulsión.

Es bien triste que, dotados en tal forma del genio emprendedor, los porteños se ocupen a menudo de cosas tan superficiales. Podría citar varios ejem-

plos que demostrarían lo que acabo de adelantar, tanto en favor como en contra de ellos; asimilan con la mayor facilidad las materias más abstractas y las fijan para siempre en su cabeza. Aprenden los idiomas extranjeros con una rapidez asombrosa: el estudio del inglés y del francés no es nada para ellos; su memoria es realmente notable. Un comerciante porteño, que conocí en Corrientes, decidió aprender los nombres de todos los santos del calendario español de todos los días del año, y cumplió en muy poco tiempo esa difícil tarea, de manera de responder siempre bien a las preguntas que se le formulaban a este respecto, tomando indiferentemente el almanaque por el principio o por el fin. Los porteños aprenden los versos con igual facilidad; ¡no es lamentable verlos echar a perder tantas cualidades con una seguridad que descansa, por lo general, en tan pocos conocimientos verdaderos!

Un joven, que pasaba por instruido, vino un día a mi casa con la intención de ocuparse de historia natural; entre otras cosas, le pregunté si había estudiado ciencias físicas. Me respondió, sin desconcertarse, que conocía perfectamente todas, confesando empero que sólo había seguido un curso de seis meses, hecho que me recuerda la siguiente anécdota: el general S..., comandante del ejército que Buenos Aires oponía a los santafecinos, creía tener necesidad del mapa de la parte de la provincia que se extiende desde el Río Areco hasta el Riachuelo, espacio de alrededor un grado de longitud por otro tanto de ancho. Hizo llamar al ingeniero S..., empleado de su Estado Mayor, y le preguntó cuántos hombres necesitaba para levantar ese mapa. S... le dio un número. "Están a su disposición –le respondió bruscamente el general–. Monte a caballo y tráigame el mapa mañana a mediodía". Nuestro ingeniero se halló, como puede imaginarse, en un gran aprieto, no osando hacer sentir a su superior lo ridículo de tal orden. Un expediente muy hábil lo sacó del apuro. En el mismo Estado Mayor había un oficial francés que dibujaba pasablemente; S... lo fue a buscar y le encargó que le hiciera, de inmediato, un proyecto de croquis del trabajo que pedía el jefe común, seguro de que éste no pediría una exactitud absoluta. El oficial se encargó de la tarea y el mapa fue entregado a tiempo.

Los habitantes aprecian poco las bellas artes. La naturaleza del país es grandiosa, pero nada tiene de pintoresco, ni exalta el pensamiento. Nada de bosques para las dríadas y los faunos; sólo hay aguas estancadas salobres y fétidas para las náyades. Nada de imperio para Flora. ¿Qué divinidad habrían colocado los griegos en el vasto desierto de las pampas? Su fecunda imaginación habría, sin duda, sentado al genio de la Soledad, como Camoéns puso en el cabo de Buena Esperanza el de las Tempestades; pero los pobladores no ven más que pastos y cardones, y los indios su *gualichu* o genio del mal.

La revolución ha producido pocos de esos hombres que surgen generalmente durante los grandes sacudimientos políticos y que se muestran superiores a su época y a sus conciudadanos: la mayoría de los que han llegado a los primeros puestos, formados en un momento de necesidad, han salido de la clase de los abogados; y, salvo un número muy pequeño, que viajes a Europa o estudios tardíos, pero realizados con perseverancia y buena inteligencia, han puesto en condiciones de emplear su talento; en otros se agrega a los prejuicios y nociones erróneas de la educación más viciosa, el fruto de lecturas superficiales realizadas sin orden y sin juicio. Los jóvenes enviados a Europa con el fin de educarse no han justificado siempre las esperanzas puestas en ellos; y, carentes de buenas directivas, no han aportado, por lo general, más que conocimientos mediocres. Una extrema frivolidad, el placer de darse corte, la pasión del juego y de las mujeres, casi inutilizan las brillantes disposiciones con que la naturaleza ha dotado a los criollos americanos; y, en medio de la corrupción general de las costumbres, la república tiene pocas esperanzas de ver surgir de su seno un Alcibíades.

El espíritu de rapiña y dilapidación ha hecho tales progresos en medio de los desórdenes políticos de Buenos Aires, que algunos funcionarios, no contentos con vender la justicia y enriquecerse así, llegan a considerar que todo lo que pertenece al Estado es buena presa, y a cada cambio de gobierno se produce un saqueo general. Después de determinada revolución no se halló en la oficina del ministerio un solo escritorio, ningún mueble, ningún utensilio. Se me ha asegurado asimismo que, después del movimiento de diciembre, uno de los miembros de la representación nacional hizo sacar las persianas de las ventanas de un apartamento del lugar de sesiones y se apropió de un cofre de hierro donde se guardaban los registros, reemplazándolo por una caja de madera. El guardián de los archivos hizo transportar a su casa las sillas de su oficina, dejando estupefacto a su reemplazante que no halló nada donde sentarse. Las armas y las municiones son a menudo objeto de un tráfico escandaloso y la República Argentina, que es poco importante desde el punto de vista de su población, ha consumido tal vez más armas desde la declaración de su independencia que algunos Estados de Europa en el transcurso de prolongadas guerras. Algunos jueces sacan también buen partido de la justicia: generalmente es el litigante que paga más que lo que gana con el juicio; y determinado magistrado recibe de ambas partes al mismo tiempo; esta costumbre es hasta tal punto común que se habla de ella públicamente, y aquel cuyos derechos son más evidentes, pierde el pleito si no los apoya con regalos.

Entre las causas de prolongación y continua renovación de la anarquía, debe colocarse la prodigalidad y los vicios de algunos de los habitantes; por-

que, si todos aquellos que desde el principio de la revolución han dilapidado la hacienda pública y se han enriquecido por exacciones de todo género, hubieran conservado bienes muy a menudo mal adquiridos, estarían por lo menos interesados en el mantenimiento del orden y en la estabilidad de las instituciones; pero la mayoría, habiendo por el contrario disipado rápidamente su patrimonio y el fruto de sus rapiñas, han favorecido la agitación y el desorden, con la esperanza de ver renovarse para ellos las probabilidades que ya les fueron favorables. Así es que las provincias del Plata, sin haber tenido, por así decirlo, enemigos que combatir, sin haber creado ningún establecimiento duradero, sin haber hecho muy grandes progresos en la industria y en la agricultura, han arruinado a los capitalistas españoles, se han empobrecido sucesivamente de hombres y dinero, y han contraído una deuda enorme, que jamás podrán pagar[38].

Azara hizo notar, ya en tiempos de los virreyes, que las leyes carecían de fuerza y que siempre resultaba fácil a los habitantes eludirlas. La revolución no ha hecho más que aumentar esa blandura de una parte y esa facilidad de la otra. Los volúmenes de leyes y decretos, publicados a porfía por cada uno de los gobiernos que se han sucedido con tal rapidez, no han mejorado la administración pública, ni procurado más garantías a la propiedad y a la seguridad individual. Puede decirse que las leyes se echan al olvido tan pronto como se promulgan, hasta por los magistrados que las proponen y discuten; y que la mayoría de los ciudadanos no se inquietan, de ninguna manera, ni aun por aquellas que se publican en el Boletín. No extrañará, por lo demás, la inutilidad de las leyes, cuando se sepa que no se consigue el cumplimiento del más simple reglamento de policía. No es que la población oponga una resistencia abierta a la autoridad; posiblemente, al contrario, no puede ser más dócil; pero la indolencia de los habitantes los hace enemigos de toda especie de disciplina y presenta una fuerza de inercia que solamente podría vencer la energía de la administración. Es, sin duda, para combatir esa blandura de los habitantes, que el gobierno español tenía la costumbre de hacer proclamar cada año las ordenanzas y de recordar los reglamentos de policía por bandos publicados al son del tambor, costumbre que se conservó hasta algún tiempo después de la revolución. Luego se ha pensado que bastaba a los republicanos tener carteles,

38 Hay injusticia y exageración en esos juicios de D'Orbigny. Olvida el estudioso francés las guerras de la independencia, que demandaron hombres y dinero en forma considerable para el estado social del país; y su opinión superficial de los hombres de la revolución peca de maliciosa y falta de fundamento. (N. del T.).

diarios y un Boletín de leyes, pero la indiferencia por la cosa pública es más o menos la misma bajo el régimen de la libertad que bajo el de las leyes coloniales.

Una medida de policía que parece extravagante al europeo, y que los señores Rengger y Longchamp, en su *Essai historique sur le Paraguay*[39], señalan como ejemplo de la crueldad del doctor Francia, es la caza anual de perros. He visto cumplirse todos los años esa medida, completamente natural por lo demás, no solamente en Buenos Aires, sino en todas partes de la América meridional, y la considero completamente necesaria. Es de imaginar cuántos animales de esa especie deben pulular en un país donde la carne es tan barata; se multiplican tanto más cuanto, a menudo, se deja a una perra toda su camada, a la que se considera con la mayor indiferencia. Esos perros terminan por entorpecer a tal punto las calles, que uno se ve obligado a tomar muchas precauciones, caminando sobre las veredas, donde están acostados, con cuidado de no pisarles las patas y no ser mordido. La policía ha creído, pues, prestar un servicio a los peatones haciendo todos los años una batida general, que empero no hace disminuir sensiblemente el número. Esa sabia medida se extiende fuera de la ciudad, donde da lugar a crueldades reprensibles. Los pobladores de las campañas de la República Argentina crían, mejor dicho, dejan nacer alrededor de ellos una gran cantidad que se alimentan de los restos de la carne consumida en tan gran abundancia; cuando recorren los campos, son generalmente seguidos de la jauría, que los ayuda a reunir el ganado, dan caza a las perdices y tatúes y atacan valientemente a los jaguares, cuando los encuentran. Por la noche, los perros vigilan las casas e impiden la aproximación de las bestias; pero esos importantes servicios no son recompensados con la menor caricia. El insensible gaucho, que casi desconoce el amor, conoce raramente la amistad, sospecha apenas la existencia de los afectos familiares y trata a los animales tan duramente como a sus semejantes y a sí mismo. Los europeos ven con indignación, en las ciudades, a los peones de los *mataderos*, divertirse mutilando a los pobres perros que acuden en busca de despojos. Hasta los niños, educados desde temprano en la crueldad, se complacen en cortarles, a cuchillazos, las corvas, como ven a sus padres hacer con las vacas, y sus primeros juegos anuncian la ferocidad de sus costumbres futuras; porque, provistos de armas proporcionadas a su edad, los niñitos de la campaña se amenazan sin cesar, en sus luchas, con mutilarse o degollarse.

Abandono estos cuadros desagradables de las costumbres de los campesinos, para decir una palabra acerca de la manera de pronunciar el español en

39 P. 212.

Buenos Aires. La lengua es bastante mal hablada en las provincias del Plata; al castellano puro se mezclan una cantidad de términos provinciales y extranjeros; sin embargo, algo puede decirse a favor de América: es que en los lugares donde el idioma primitivo se conserva, como en el Paraguay y en Bolivia, el español está exento de jerga, como tan a menudo sucede en España; únicamente se puede acusar a Buenos Aires de una pronunciación viciosa, siendo la de los porteños afeminada. No sucede con el español lo que con el francés, tipo más o menos invariable, signo casi infalible del grado de educación de quien lo emplea. Es tal vez tan difícil hablar con pureza el uno como el otro; pero sin embargo, sobre todo en Buenos Aires, la manera de expresarse de los individuos no denota tan claramente la clase a la que pertenecen; lo que se debe, sin duda, a los hábitos provincianos; porque, a pesar de los cursos de la universidad y de las numerosas escuelas establecidas en la ciudad, es raro que un criollo se exprese correctamente y escriba con pureza. La falta en que caen muchos de ellos consiste en confundir la *i* con la *l*, como lo hacen en la pronunciación; así muchas personas escriben *llegua* por *yegua* y *yover* por *llover*. Este vicio uniforme del idioma parece nivelar a todas las clases de la sociedad; agreguemos a ello que la inteligencia y la facilidad natural de los criollos hacen que la conversación del pueblo sea casi tan florida y recaiga en las mismas materias que la de la alta sociedad; que el lujo, que ha conquistado hasta los reductos más humildes, haga comunes las modas a todos los rangos, especialmente en las mujeres; que, si hay alguna diferencia en el vestir, no consiste en la finura y valor de las telas; que hasta el tono y los modales desenvueltos de los hombres de buena familia (cosa que los *parvenus* tienen, entre nosotros, tanto trabajo para adquirir) son fielmente reproducidos por los diversos habitantes de los suburbios y hasta por los esclavos y gentes de color... ¿y qué conclusiones sacaremos?... Que no hay, por así decirlo, bajo pueblo en Buenos Aires. Sólo hablo, sin embargo, de la ciudad y separo completamente a los habitantes del campo, que forman una nación distinta.

Si, después de haber estudiado a los porteños, desde el punto de vista moral, pasamos al físico, se hallará, como lo he dicho, que es la gente más hermosa que se pueda imaginar, tanto por sus formas como por sus facciones. La población de las altas clases sociales está compuesta de españoles-americanos, como los denomina, con razón, el señor Humboldt, y raramente de sangre mestiza; por eso la piel es muy blanca y se ven con placer rubios, tan raros en el Perú y Chile. La raza española, en vez de alterarse, mejoró en Buenos Aires, así como en otras partes de América. En las clases pobres hay más mezclas, tanto con americanos como con africanos. Las clases altas quieren, aunque

renieguen de sus padres del punto de vista político, pasar todavía por ser de origen español; es hasta extravagante ver unir esas dos pretensiones tan opuestas. La clase pobre ha debido, necesariamente, repudiar menos el mestizaje; por eso se compone de muchas personas morenas de cabellos lacios, que provienen, sin duda, del cruce de blancos con aborígenes. Así sucede en el villorrio de Quilmes, que está a la puerta de Buenos Aires, compuesto antes solamente de indios, que ha visto desaparecer el idioma y los rasgos primitivos de sus habitantes. Hay también mucha mezcla con africanos; por eso se ve todavía en Buenos Aires gran número de negros y mulatos; pero el resultado que presenta no es comparable al que se descubre en el Brasil o también en Lima. En general, por una influencia muy peculiar del clima, todas las mezclas producen hombres bien constituidos, de facciones que no pueden ser más regulares; lo mismo que en Corrientes, no se ven en Buenos Aires jibosos ni enfermos de nacimiento.

Humboldt[40] da a la República Argentina una extensión de 126.770 leguas cuadradas y 2.300.000 habitantes. En la época en que escribía, la República de Bolivia aún no se había desmembrado del antiguo virreinato de Buenos Aires: hoy, que se ha reducido a las provincias al sur de Jujuy, su población no se eleva a mucho más de la mitad, porque, según cálculos aproximados, la República Argentina tendría realmente 1.600.000 habitantes, de los cuales Buenos Aires sola contaría, según Azara[41] (en 1801), en 73.782 almas, si creemos a este autor, porque las escasas fracciones que presenta revela que son datos aproximativos. Por lo demás, cuando asigna 600 a las islas Malvinas, donde hay apenas una pequeña guarnición[42], nos cabe dudar de las otras cifras que da. Ninguno de los censos realizados ofrece cálculos más exactos. Los escritos publicados en 1826 dan 165.000 a 170.000 almas a la provincia[43], de las cuales 70.000 para la ciudad; mientras que en 1801 Azara hacía ascender esta última población nada más que a 40.000, sin duda también por cálculos aproximativos. Es difícil obtener en América un censo algo fiel, y durante largo tiempo sólo habrá aproximaciones evidentemente falsas e incompletas. Empero, es seguro que, a pesar de las pérdidas causadas por las guerras civiles, Buenos Aires ha crecido de una manera asombrosa en los últimos años; extranjeros de

40 *Voyage aux régions équinoxiales*, t. 9, p. 157.
41 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. 2, p. 338.
42 *Ibídem*, cuadro de población.
43 *Almanaque político y de comercio de Buenos-Ayres*, 1826; obra publicada por un francés, M. Blondel, y que da, sobre el comercio, informaciones preciosas.

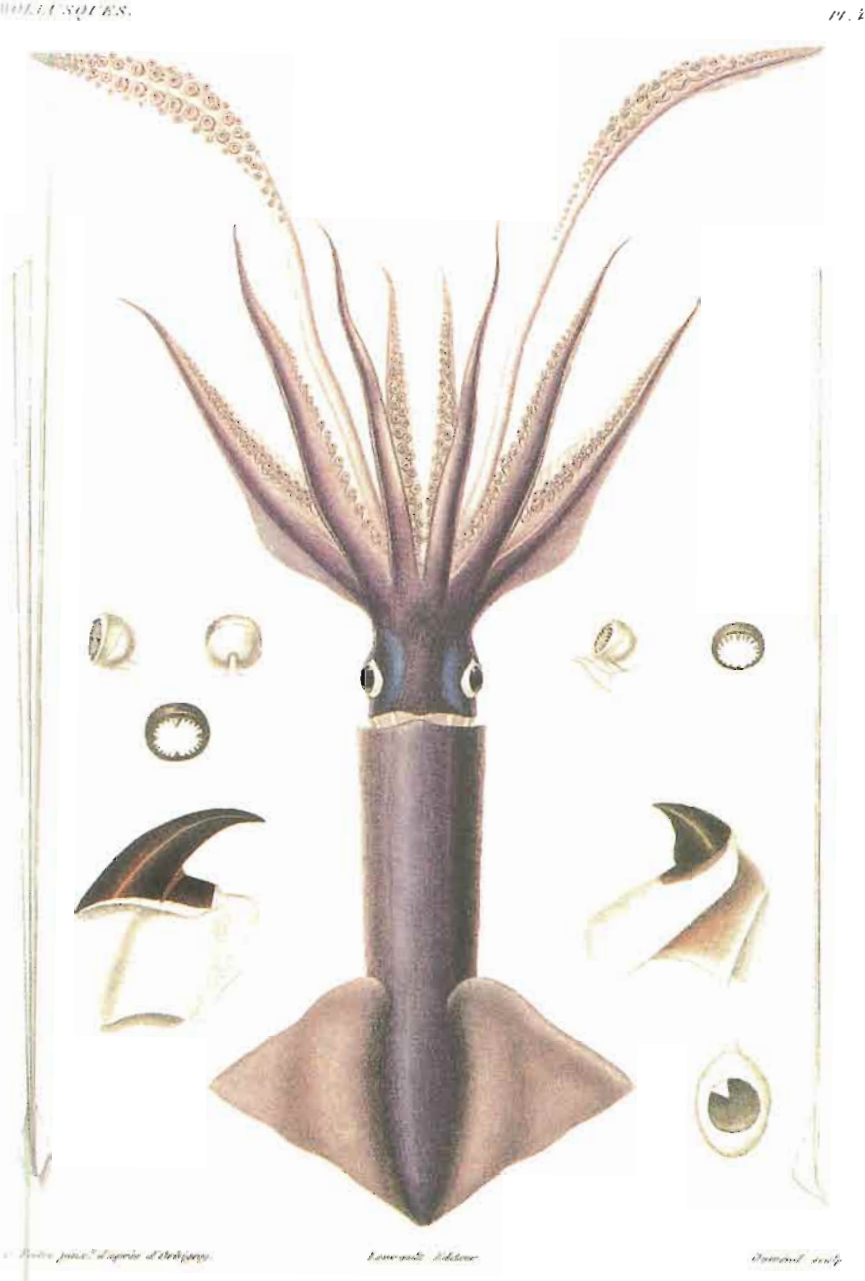
todas las naciones llegan de todas partes, protegidos por una comisión especial de inmigración, creada en 1824, lo que acrecienta diariamente el efectivo de los habitantes de la ciudad y de las provincias.

Considerando el gran número de hijos que tiene cada familia de Buenos Aires, asombra que el crecimiento de la población no sea más considerable; porque, suponiendo justas las cifras de Azara, había en Buenos Aires, en 1801, 40.000 almas; y, en 1826, el número era de 70.000, del que pueden deducirse unos 20.000 extranjeros. Faltaría todavía contar 10.000 almas, a pesar de las guerras continuas de este país. No tengo en cuenta, sin embargo, la disminución debida a esa causa, porque las migraciones anuales de habitantes de las provincias del interior hacia Buenos Aires compensa ciertamente, y supera, la mortalidad de la guerra. De cualquier manera, el crecimiento sería, en veinticinco años, de más de un cuarto, y doblaría la población cada cien años; lo que sólo puede ser explicado por el cuadro siguiente, que he confeccionado con mi amigo Parchappe, del número de niños nacidos de determinada cantidad de matrimonios y tomados indistintamente entre sus conocidos únicamente.

	NIÑOS	NIÑAS	TOTAL DE HIJOS
1.M.	3	7	10
2.M.	4	5	9
3.A.	–	–	–
4.A.	3	3	6
5.T.	4	1	5
6.J.	1	1	2
7.U.	2	3	5
8.E.	–	1	1
9.P.	1	1	2
10.E.	4	2	6
11.R.	3	4	7
12.J.	–	1	1
13. S.	4	3	7
14.D.	7	8	15
15.R.	9	7	16
16.M.	5	–	5
17.O.	1	1	2
18.O.	2	2	4
19.B.	–	–	–
20.C.	–	4	4
21.M.	–	2	2
22.R.	3	5	8
23.O.	2	4	6
24.P.	3	6	9
25.R.	3	2	5
26.U.	1	–	1

	NIÑOS	NIÑAS	TOTAL DE HIJOS
27.C.	3	3	6
28.S.	–	1	1
29.L.	4	2	6
30.C.	3	6	9
31.B.	4	2	6
32.E.	6	3	9
33.U.	1	2	3
34.T.	3	4	7
35.P	3	2	5
36.P.	4	–	4
37.P.	1	5	6
38.M.	2	4	6
39.J.	–	–	–
40.G.	3	5	8
41.M.	2	3	5
42.U.	3	–	3
43.A.	1	1	2
44.C.	4	7	11
45.U.	4	4	8
46.U.	5	1	6
47.S.	5	3	8
48.S.	2	1	3
49.M.	1	1	2
50.B.	2	7	9
51.U.	–	5	5
52.L.	1	7	8
53.U.	–	–	–
54.U.	–	–	–
55.M.	2	3	5
56.M.	3	3	6
57.P.	3	8	11
58.B.	2	6	8
59.L.	2	6	8
60.G.	2	–	2
61.C.	2	8	10
62.C.	2	8	10
63.R.	3	6	9
64.L.	2	4	6
65.P.	2	2	4
66.D.V.	3	2	5
67.B.	–	5	5
68.M.	3	3	6
69.L.	1	–	1
70.C.	3	1	4
71.L.	6	3	9
	173	214	387

Término medio sobre 71 matrimonios 5 31/71
o 5 11/25
Excedente de hijas ..... 40 o 5 11/25



1: *Loligo Gigas*.

1: *Trogon antisianus*; 2: *Aulacorhynchus coerulci-cintis*

Se comprueba por ese cuadro que de 71 matrimonios nacieron 173 varones y 214 mujeres, lo que forma un total de 387 hijos; en consecuencia, el término medio da 5 hijos 31/71 o 5-11/25 por cada matrimonio, mientras que en Francia es de 3-777, o casi cuatro hijos legítimos por matrimonio[44]. La cifra de Buenos Aires es enorme; mientras el máximo de hijos de una sola familia es de 16, cantidad bastante elevada, es cierto, pero común en los Estados Unidos, por ejemplo; en tanto que sólo hay cinco matrimonios que no han tenido hijos. Sería aventurado, sin embargo, basar cualquier observación sobre los resultados obtenidos en un círculo tan restringido. Me limito, pues, a darlos a simple título informativo; lo mismo respecto al excedente de hijas sobre el de hijos. Es sabido que, al contrario, de acuerdo a las reglas aceptadas en Francia, el número de hijos está en relación con el de hijas, en la relación de 17/16. Los restantes datos estadísticos, que podría consignar aquí, no son bastante completos como para que se puedan extraer de ellos conclusiones que interesen.

El comercio de Buenos Aires es muy activo, si lo consideramos desde el punto de vista de la exportación e importación. Podrá comprobarse ese hecho por el cuadro siguiente de los navíos de alta mar que entraron en el puerto en 1822:

Naciones	Nº de navíos	Nº de toneladas
Ingleses	109	20.852
Norteamericanos	71	15.545
Bonaerenses	94	5.817
Franceses	19	3.896
Brasileños	61	5.008
Suecos	10	2.215
Sardos	8	1.377
Holandeses	2	556
Daneses	2	220
Rusos	1	110
	377	55.596

Este número no comprende 651 embarcaciones de tonelaje medio que entraron en Buenos Aires por el cabotaje interior del río, y 1.035 que llegaron al puerto de San Fernando o del Tigre por el Paraná y el Uruguay, lo que daría 1.686 barquichuelos de toda capacidad.

44 *Annuaire du bureau des longitudes*, 1835, p. 108.

Si se echa un vistazo comparativo al comercio de los extranjeros con Buenos Aires, se verá que los ingleses ocupan el primer lugar, y que en la época a que acabo de referirme (1822), comerciaban seis veces más que nosotros, proporción que no se ha mantenido. El comercio de Francia aumentó mucho después, sin duda, pero no puede rivalizar todavía con el de los ingleses, ni con el de los americanos. Habría que buscar la causa de esa debilidad, sin duda, en el temor de los capitalistas franceses, o en la escasa perseverancia de los armadores, que quieren ganar el veinticinco por ciento desde el primer viaje de un navío; mientras que las mercaderías que llevan están poco al alcance de las necesidades de la plaza o, por lo menos, mal elegidas. Una segunda expedición resultaría más provechosa, pero es raro que tenga lugar y el negociante se desanima con la primera tentativa, mientras que perseverando triunfaría.

La importación produjo, en 1822, de acuerdo al cálculo de la aduana, 11.000.000 de pesos, o 55.000.000 de francos. Si se comparan las entradas después de la terminación de la guerra con los brasileños, se las hallará extraordinarias, puesto que la aduana percibió en derechos, desde el 19 de diciembre de 1828, hasta el 31 de agosto de 1829 (durante nueve meses) la suma de 5.391.567 pesos; el solo mes de agosto dio 613.552 pesos. Si, sobre la totalidad de los derechos, se toma un término medio de 15 por 100, se hallará que entró, en mercaderías, durante esos nueve meses, un valor aproximado de 35.943.780 pesos, o 179.718.900 francos, cifra tan distante de la del año 1822 que parece increíble; pero Buenos Aires había estado bloqueado tres años, faltándole hasta las cosas más necesarias. Si se comparan los derechos percibidos ese año con los de 1791, por ejemplo, que sólo fueron de 336.532 pesos, asombrará el enorme progreso del comercio.

De acuerdo a los datos de la aduana[45], la exportación fue en 1824 como sigue:

1.279.745	pesos fuertes, de 10% de prima	1.407.745
10.625	cuádruplos en oro, de 17 pesos	180.635
10.559	marcos plata, de 9 pesos	95.031
655.255	cueros vacunos, de 5 pesos	3.276.275
339.803	cueros de caballo, de 5 reales	212.315
130.361	quintales de carne salada, de 5 pesos	651.805
35.670	docenas de cueros de chinchilla, de 5 pesos	178.850

45 Datos extraídos de Núñez, *Esquisse de Buenos-Ayres*, p. 327. Si mis totales no están de acuerdo con los de Núñez es que he comprobado que éstos son falsos.

9.138	pieles de jaguares y otros animales, de 3 pesos	27.414
12.167	arrobas[46] de sebo, de 2 pesos	24.334
	Crines, cuernos, plumas de avestruz, etc.	50.940
	Total (pesos)	6.104.844
	Valores de oro y plata pasados fraudulentamente, con un tercio de valor de más	2.029.700
	Pesos	8.134.544
	En francos	40.672.720

Ese cuadro da una idea exacta de los productos de Buenos Aires. Hay que deducir, empero, la plata que viene de las provincias del interior, así como los cueros de chinchilla que se traen de la Cordillera de Bolivia. Las exportaciones de Buenos Aires se reducen, pues, a cueros vacunos, equinos, ovinos, de *nutrias*[47], a crines, a plumas de avestruz *(ñandú)*; a cuernos, a pieles de jaguares y lobos marinos; a sebo en rama, grasa y carne salada; porque, aunque la tierra produce trigos superiores, este género de cultivo está abandonado a tal punto, debido a la poca estabilidad de los gobiernos y a la escasa seguridad ofrecida a los agricultores, que a pesar de una cosecha de más del 20 por 1, la ciudad es, en cuanto a este artículo de primera necesidad, tributaria de Chile y de América del Norte; mientras que las tierras que producían en 1792 una exportación tal que la isla de Borbón y la isla de Francia se aprovisionaban en Buenos Aires, están, hoy, completamente incultas. Tal es la consecuencia de las perturbaciones políticas, en un país donde las tierras pueden rivalizar con las mejores de Europa.

He pensado que el mejor medio de hacer conocer el género de industria del país y, al mismo tiempo, la naturaleza de su comercio minorista, era dar a conocer una recapitulación industrial de las patentes de la ciudad de Buenos Aires; resultará fácil extraer conclusiones.

46 La arroba es igual a 25 libras españolas.

47 El *coipu* de los autores.

Comerciantes, tenderos mayoristas y minoristas, sin trabajos preparatorios	Mayoristas	Comerciantes de primera clase	85	231	987
		Almacenes mayoristas	146		
	De comestibles	Bebidas al por mayor	13	504	
		Bebidas al por menor (pulpería)	465		
		Almacenes de comestibles	14		
		Panaderías	5		
		Comerciantes de sal	2		
		Comerciantes de tabaco	5		
	De ropas	Ropavejeros	1	196	
		Comerciantes en tejidos, etc. (tiendas)	183		
		Merceros	12		
	De diversos artículos	Tiendas de cueros curtidos	24	56	
		Tiendas de pieles	3		
		Talleres de madera de constr.	25		
		Almacenes de pintura	4		
Fabricantes, empresarios, artesanos y obreros	Por la boca	Cafeteros	19	100	375
		Hoteles y hosterías	25		
		Boticarios, droguistas	23		
		Confiteros	8		
		Chocolateros	11		
		Destiladores o licoristas	14		
	Para el vestido	Sombrereros	21	118	
		tintoreros	3		
		Sastres	16		
		Orfebres	67		
		Cordoneros	67		
		Pasamaneros	2		
		Fabricantes de peines	5		
	Para la casa, empresarios	Carpinteros	37	84	
		Cerrajeros	3		
		Herreros	18		
		Caldereros	1		
		Hojalateros	2		
		Marmoleros	2		
		Albañiles (empresarios)	8		
		Colchoneros	1		
		Doradores	1		
		Estereros	3		
		Pintores de edificios	4		
		Toneleros	3		
		Cofreros	1		
	De lujo, de carruajes	Armeros	12	66	
		Grabadores	3		
	Diversos	Relojeros	14	6	
		Carreteros	6		
		Herradores	1		
		Silleros	9		
		Alquiladores de coches, caballos	21		
		Ingenieros arquitectos	2		
		Impresores	3		
		Pintores de miniaturas	2		
					1.362

Es sumamente interesante comparar las diversas cifras anteriores con las que corresponden a las ciudades donde la civilización está poco adelantada. Podrán extraerse de ese género de investigaciones consecuencias mordaces tanto sobre los progresos sociales de un país, como sobre el grado de corrupción. Se ve, por ejemplo, que el número total de industriales de toda clase de Buenos Aires, comprendiendo todos los empresarios, artesanos y obreros indispensables en todas las ciudades, suma solamente 375, lo que representa algo menos de la tercera parte de los negociantes; de donde es fácil concluir que se provee la industria extranjera en lugar de la propia. Ninguna fábrica aprovecha los productos del suelo; por eso el país debe necesariamente empobrecerse poco a poco, porque cambia una parte de sus producciones contra las mercaderías extranjeras; pero siempre a expensas de las entradas. Lo mismo sucede en todas las repúblicas de la América meridional donde las minas producen poco. Entre las tiendas de comestibles, es curioso hallar para los negociantes minoristas de bebidas la cifra de 465; mientras que la de panaderos es 5 (precisamente el mismo número que el de negociantes de tabacos). ¿Qué proporción establecer y qué consecuencia sacar? En primer lugar que en Buenos Aires se come poco pan, y luego que la ebriedad llega al extremo. ¿Qué decir de una ciudad donde la totalidad de obreros, empresarios y fabricantes de toda clase no iguala a los comerciantes en vino? Sólo se podrá tener una opinión muy desfavorable, en especial al comprobar que únicamente los comerciantes de objetos destinados al tocador, sin hablar de los *confeccionadores*, equivalen a casi la mitad del resto de los manufactureros. Si se llevan más lejos las reflexiones acerca del número de obreros, se verá que de 375 obreros, 100 corresponden a la producción de boca, y 118 a la del vestido; lo que demuestra que el lujo exterior está más difundido que el de la mesa. El número de artesanos constructores de todo género no es más que 84; mientras que los correspondientes al lujo interior del país sólo se elevan a 86. Comparando luego, con todas las sumas, las de los artículos de ingenieros y hasta de impresiones, que indican el grado de civilización de las ciudades, se verá que en Buenos Aires esas cifras tan desproporcionadas a la población total, demuestran poco en favor de las artes, de la literatura, de la instrucción en general.

No hay en Buenos Aires más que 22 notarios y 33 abogados, lo que es una cifra poco elevada para una población tan grande; mientras que en Chuquisaca se cuentan casi tantos como hombres de sociedad. La capital argentina tiene 39 médicos.

En la recapitulación que acabo de hacer no están comprendidos los comerciantes del mercado; éstos no pagan patente y su contribución consiste en

una suma que percibe diariamente la policía encargada de vigilarlos. Es allí donde los carniceros, después de haber adquirido el derecho de matanza en el matadero, llevan sus carretadas de carne, que solamente allí venden, porque no hay carniceros en la ciudad misma, aunque la carne sea de primera necesidad, puesto que reemplaza al pan de nuestra Europa. Allí también van a ofrecerse los artículos de toda especie producidos en el país; gran número de carretas transportan el pescado; a caballo se llevan los huevos y la aves en abundancia; la caza, que los cazadores de profesión traen de campo; así todo el año, y sobre todo en invierno, se ve tal cantidad de todas las especies de ánades, de tinamus o perdices, que asombra que sea posible comer en tal cantidad, así como pajaritos, tales como el chorlito militar; las limosas, aras patagonas, etc., van en bandada que se pueden matar al vuelo. Figuran también toda clase de tatúes pero solamente en invierno, porque esos animales, lo mismo que le pájaros, se alejan o desaparecen de los alrededores de Buenos Aires a medida que la población conquista los desiertos. Es interesante ve el mercado, tanto por la diversidad de objetos que en él se encuentran, como por las pocas comodidades de que gozan los minoristas que, en su mayoría, colocan sus mercaderías sobre el suelo.

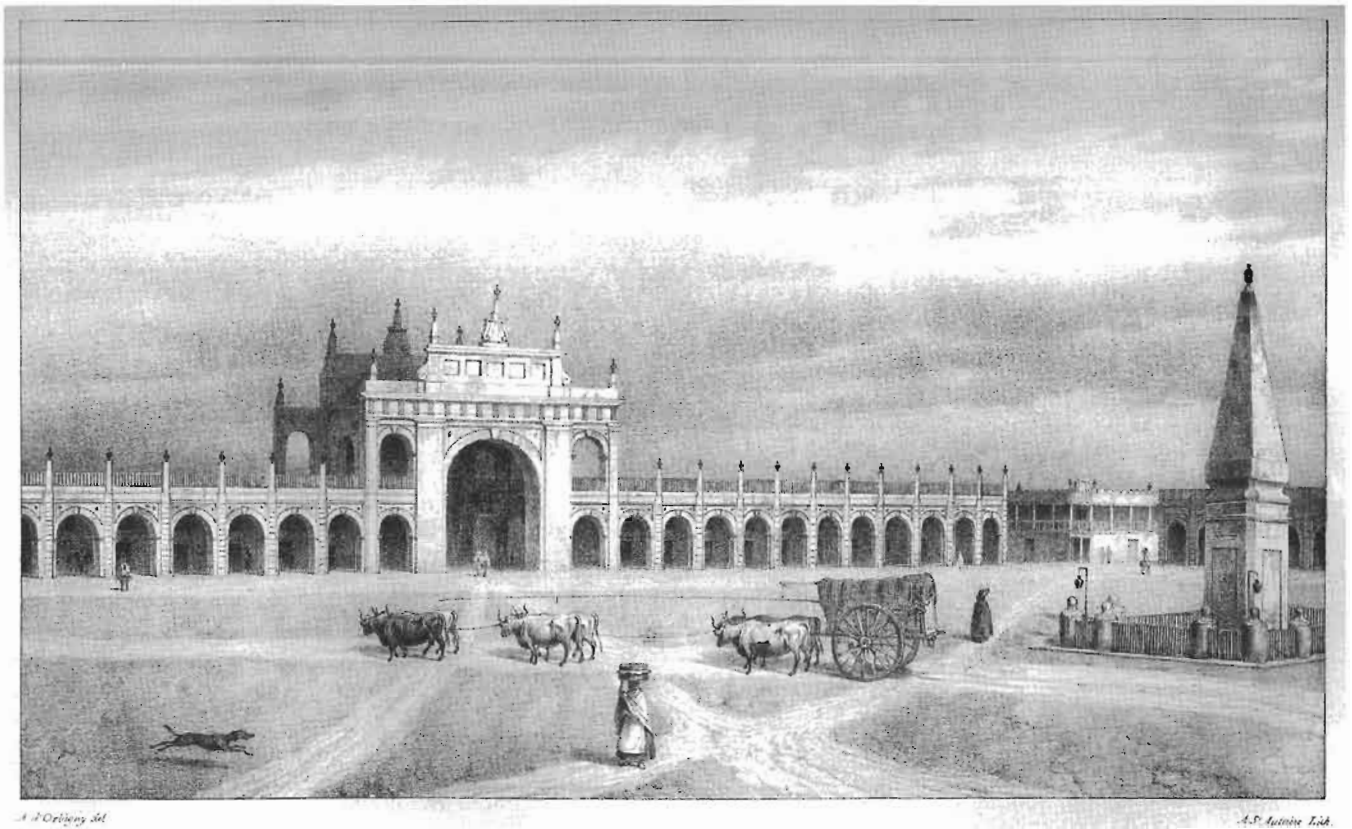
Me falta hacer una observación acerca de la diferencia entre las plazas comerciales de América, país consumidor, y las de Europa, país manufacturero. No hay en la primera como en la segunda tiendas dedicadas especialmente a un determinado artículo, y los objetos más dispares son vendidos en la misma casa; a menudo, una *tienda* despacha simultáneamente paños, muselinas, sederías de toda especie, quincallería, mercería, objetos confeccionados, modas, muebles, etc., y una *pulpería* será a la vez taberna, tienda de comestibles, droguería, guarnicionería, cuchillería, etc.

Me resta dar algunas nociones respecto a la temperatura de Buenos Aires, situada a 33°34' latitud sur, es menos cálida de lo que debía ser y se experimenta a menudo un frío bastante vivo; sin embargo, el máximo del año[48] (1822) es de 91 de Farenheit, ó 26°1/4 de Réaumur. Influye mucho sobre la salud, aunque el país sea sano al extremo, la gran variación de la atmósfera; el viento, al cambio de golpe, trae masas de aire, sea del polo, sea de las montañas y hace descender a tal punto la temperatura que la gente se ve obligada abrigar-

48 No disponiendo de las observaciones hechas por M. Mossotti en Buenos Aires, me veo obligado a dar esos datos resumidos de acuerdo a los cuadros publicados en 1822 por Núñez. *Esquisse historique de Buenos-Ayres*, pp. 196, 197.

se de inmediato. Ningún extranjero deja de notar ese hecho. De acuerdo a las observaciones higrométricas, el número de días húmedos, durante el año citado, fue de 294, y el de los días secos, 38: lo que explica fácilmente que las casas, las azoteas y las paredes estén cubiertas de una hermosa vegetación. Las observaciones meteorológicas, realizadas en curso del mismo año, dan los resultados siguientes: los días buenos fueron 207, los nublosos 80, los de lluvias 78 y los de tempestad (truenos y rayos) 28. Los vientos soplaron 170 días de norte a este; 56 de norte a oeste; 66 de sur a este; y 72 de sur a oeste, lo que demostraría que dominan los del norte a este o los del sur a oeste; los primeros, constantemente cálidos, ocasionan, cuando la atmósfera está cargada, violentos dolores de cabeza. Se ha notado también que, en los días que preceden a los cambios de tiempo, los gauchos se sienten más dispuestos a sus sanguinarias disputas; se ha comprobado que el número de asesinatos es entonces más considerable; pero la pesadez de la atmósfera anuncia una tempestad, el trueno suena diez veces más que en Europa; hay rayos por todas partes; Azara dice que en 1793, durante una sola tempestad, el rayo cayó treinta y siete veces en la ciudad y mató a diecinueve personas[49]. Por suerte esos casos son raros. En general, después de que los torbellinos de polvo oscurecen la atmósfera hasta obligar a alumbrar el interior de las habitaciones, el viento gira al sudoeste, y al pasar por las pampas, toma entonces el nombre de pampero y aumenta su fuerza a tal punto que voltea todo lo que encuentra a su paso. Es evidente que sopla con tanto mayor violencia cuanto se avanza más hacia el sur, y trae una frescura saludable que hace desaparecer todos los inconvenientes de los vientos nordeste, calma los espíritus y trueca de golpe el calor en un frío penetrante.

49 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. 1, p. 36.



Vista de la Recoba, en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires.

CAPÍTULO XIV

Viaje del Sr. Parchappe a la Cruz de Guerra[1]

Salí de Buenos Aires a las diez de la mañana y me detuve en San José de Flores, a causa del ardor del sol; iba con uno de mis amigos franceses, cuya casa estaba en el camino que debíamos seguir. San José de Flores es un villorrio bastante bonito, situado a dos leguas de Buenos Aires: todas las casas están construidas de ladrillos, algunas con azoteas y las otras cubiertas de paja; casi todos los habitantes son jardineros y ese villorrio proporciona gran parte de las legumbres y frutas que consume la capital. Hay muchos bosques de durazneros y álamos, que le dan un aspecto completamente europeo. Muchos habitantes de la ciudad tienen allí sus casas de recreo y jardines, cuyo cultivo mejora gradualmente; y como es un camino extremadamente frecuentado, la estadía es muy agradable, a pesar de la poca variedad de paisajes que ofrece un suelo generalmente llano. No hay otra agua que la de los pozos; pero es muy buena. El camino es muy ancho, muy cenagoso en invierno y lleno de polvo en verano, inconveniente común a todas las regiones arcillosas de las pampas propiamente dichas. Las numerosas casas que existen y que se construyen continuamente, hacen presumir que San José de Flores no tardará en unirse a Buenos Aires y a convertirse en uno

1828
S. José de Flores
1º de febrero

1 No realicé este viaje, pero mi culto amigo Parchappe, que ha recorrido esas regiones australes, cuya exploración vincula mis observaciones sobre la Patagonia con las que he hecho sobre Buenos Aires, ha querido transmitirme todos los materiales que componen este capítulo y los siguientes. Este relato hará conocer a mis lectores el suelo de las pampas.

de sus barrios. El sustantivo Flores, agregado a San José, predispone a los extranjeros a favor del villorrio; pero Flores no es más que el nombre de la persona que poseía el terreno sobre el cual se construyó la capilla de San José, cuya fundación es muy reciente.

Después de comer, mi compatriota se separó de mí y yo me fui a acostar a una *chacra*, distante siete leguas de Buenos Aires. Las casas se hacían más raras; las llanuras son ligeramente onduladas y se comienzan a ver esos inmensos cardales ya descritos[2].

Era la época de la cosecha del trigo, que se prolonga generalmente los meses de enero y febrero, y que, ese año, iba muy lentamente, debido a la falta de brazos. Las levas forzosas para el ejército habían despoblado el campo e impedido a los santiagueños[3] venir a contratarse, según su costumbre, por temor de verse obligados a hacer el servicio militar. Los labriegos cortaban el trigo con la hoz; lo reunían en montones en un recinto formado de estacas y travesaños, al que llaman *parva*[4]. Luego lo hacen pisar por una tropilla de yeguas, para separar el grano, más o menos como lo hacían los romanos; luego lo aventan, sacudiéndolo con horquillas de madera, que la paja, rota, queda a un lado.

Llegué a la chacra muy fatigado por el calor y por el polvo; me ofrecieron, en seguida, un sorbete agrio de naranja amarga, especie de refresco muy consumido en la zona y fabricado en los bosques de naranjos que cubren las islas de la desembocadura del Paraná en el Plata. Los pobladores acomodados hacen su provisión todos los años. Se conserva bastante bien, pero pierde mucho del perfume de la naranja. La casa donde me hallaba era grande, construida de *paredes francesas* y cubierta de paja, género de construcción generalmente usado en la campaña; solamente los propietarios ricos emplean ladrillos y cal en sus edificios. Esa obra se hace llenando los intersticios, dejados por la armazón, con tierra mezclada con paja picada. Tal sistema de construcción se modifica en la provincia de Buenos Aires a causa de la rareza y mala calidad de las maderas, que no siendo en escuadra ni rectas, no permiten que las paredes ni los techos estén unidos. Las paredes son groseramente revocadas con barro y raramente blanqueadas, de manera que, en general, las casas de campo presentan un aspecto de miseria y abandono que no corresponde en nada a la riqueza del país. La paja que se emplea en el techado varía; son gramíticas o

2 Cap. III y cap. XII.
3 Habitantes de la provincia de Santiago del Estero.
4 Palabra que no pertenece a la lengua española y parece puramente local.

juncos de diversas especies, que se colocan en capas graduales, de manera de cubrir de arriba abajo, unidas a veces, en pequeño número, por medio de correhuelas de cuero de vaca, a latas que descansan sobre los cabríos; a veces solamente se doblan sobre las latas. Cuando se trata de la paja llamada *esparto*[5], no se limitan a doblarla, sino que se tuerce cada grupo de capas, lo que da al tejado, visto de abajo, el aspecto de una trenza.

A la mañana siguiente, mi criado vino a buscarme, muy temprano, para conducirme, de parte del mayor Pedriel, jefe de la expedición, a la *pulpería de Caveda*, donde encontré a ese oficial, acompañado del comisario Olleros, de su cuñado Correa, que nos acompañaba como cantinero, y de un joven empleado de la oficina topográfica, designado para servirme de ayudante. Esos señores habían andado casi toda la noche y seguido a cuatro carretas pesadamente cargadas de efectos del comandante y de la cantina; por eso estaban agotados de cansancio y medio dormidos; pero se habló de almorzar, mientras los carreteros enganchaban los bueyes y pronto los espíritus y la conversación se animaron y pudimos conocernos. Los caminos de la provincia de Buenos Aires están cubiertos de pulperías, especie de tabernas que no dan alojamiento, porque no hay mesones en el interior de América del Sur, siendo la costumbre acostarse donde se hace un alto y se hace la cama con el recado. Se puede comprar en las pulperías vino, aguardiente, refrescos, yerba mate, tabaco, pan, queso, algunos artículos de quincallería; sirven de lugar de descanso a los viajeros y son el sitio de reunión de todos los holgazanes y gente de mal vivir de los alrededores; por eso a menudo se convierten en teatro de peleas que terminan, por lo general, en puñaladas. No tienen enseñas, como nuestras tabernas, o más bien todas tienen una, que consiste en una veleta o banderola colocada en el extremo de una larga estaca de *tacuara*[6], gran bambú que proviene de la provincia de Corrientes y del Paraguay.

Las carretas habían partido y sólo las alcanzamos cuando atravesaban un arroyuelo cenagoso. Para efectuar esta operación, el convoy se detuvo y las carretas pasaron una a una, agregando a las tres yuntas de bueyes uncidos, una o más yuntas, de acuerdo a lo necesario; los *picadores*[7] de las otras saltaron a tierra y, con su *picanilla*[8], se colocaron al lado del yugo, algunos con el agua

5 Especie de gramínea muy común en todas las pampas.
6 Caña de una especie de bambú.
7 O conductores, así llamados porque dirigen las carretas, picando a los bueyes con un aguijón.
8 Palo de unos tres metros de largo, armado de un aguijón.

hasta la mitad del cuerpo, y por medio de gritos y pinchazos excitaban a los bueyes a emplear todas sus fuerzas. Cuando el convoy es considerable, hace falta, algunas veces, un día entero para cruzar el río. Las carretas de Buenos Aires son menos cuidadas, más groseramente cubiertas que las de Corrientes, pero más fuertes en todas sus dimensiones; pueden cargar el doble, lo que no permiten los caminos de Corrientes, incomparablemente peores.

Una vez cruzado el arroyo, hicimos alto más lejos. Se desataron los bueyes, y todo el mundo se aprestó, unos a reunir cardos, otros a buscar agua. Se pusieron a asar algunos trozos de carne, y cuando la llama los había medio carbonizado se levantó el asador; los grupos se ubicaron alrededor. Se sentaron en tierra con las piernas cruzadas, como los orientales; cada uno armado de un cuchillo, cortó como quiso; y una vez que terminó la comida se zamparon una gran jarra de agua. Los lugareños sólo beben, por lo general, después de haber comido. La carne se asa y usualmente no se sazona con sal; es, comúnmente, el único alimento del viaje. El cuchillo es un instrumento indispensable para quienes recorren el interior del país, y las gentes de la campaña se burlan de los extranjeros que se olvidan de llevarlo; dice un proverbio: *el que no tiene cuchillo no come*. Una vez terminada la comida, cada uno busca la sombra de las carretas, y tendiendo las diversas piezas de su recado, hace la *siesta*, hasta las tres o cuatro de la tarde; entonces se uncen los bueyes, después de haber tomado siempre el *mate*, cosa que es de rigor.

Llegamos al atardecer a la posta de Céspedes, situada del otro lado del Río Matanza. Este nombre nos recordó la horrible carnicería que tuvo lugar allí durante la primera fundación de Buenos Aires. Ese arroyuelo corre por un lecho arcilloso y tiene agua salobre. Solicitamos a la mujer del jefe de postas que nos diera de cenar, a lo que ella se prestó con gusto, matando en seguida un par de gallinas de su corral. Es muy común ver, cerca de las casas de posta, una pulpería, que por lo general pertenece al jefe de aquel establecimiento; pero no quedaba en la que nosotros estábamos más que un poco de azúcar y vinagre, que sirvieron para refrescarnos. Las pulperías mejor organizadas ofrecen a los viajeros una habitación común, de la que pueden aprovecharse los jergones, que tienen a veces, para pasar la noche, si el temor de hallarse en una compañía demasiado numerosa no hace preferir acostarse al aire libre. Las postas proporcionan únicamente caballos sin montura. Se paga el del postillón; el precio de los caballos es medio real (31 céntimos) por legua; los de carga cuestan un real (62 céntimos); el gobierno paga los mismos precios. Las postas están generalmente a una distancia de cinco o seis leguas una de otra, raramente menos, a veces más.

3 de enero

Los equipajes, que se habían extraviado la víspera por la tarde, llegaron a mediodía; de modo que sólo pudimos proseguir la marcha a primera hora de la tarde. Tomamos la delantera al galope y, como hacía un calor excesivo, nos vimos obligados a detenernos en cada casa para refrescarnos. Llegamos de noche a una hondonada, cerca de una laguna, donde nos esperaba el resto del convoy, que se componía, en total, de veinte y pico carretas. Cuando una de las carretas hace alto, la mitad de la caravana se detiene y el resto continúa marchando, a lo largo de la primera parte de la serie, de manera de formar dos filas y dejar un camino en el medio, lo que tiene por fin ocupar menos terreno, facilitar la vigilancia y disminuir el trayecto que deben recorrer los *picadores* para mantener a los bueyes en el yugo. Hicimos asar un trozo de carne y nos dispusimos a acostarnos.

El recado, como ya lo he dicho, sirve de cama; se compone de las siguientes piezas: uno o dos cueros de oveja, o una manta grosera, que se coloca directamente sobre el lomo del caballo; una manta gruesa *(sudadera)*, destinada a impedir que el sudor penetre y ensucie las otras piezas; una o dos mantas *(jergas)*, de las cuales la más fina y adornada se coloca sobre la otra; una pieza de cuero oblongo (*carona*), cubierta de bordados y dibujos impresos y cuyas dimensiones están calculadas de manera de dejar ver el adorno de la manta que está debajo. Esta pieza se reduce, para las gentes pobres, a un cuero de vaca, cortado en cuadrilongo; por encima se extiende un aparejo (el *recado* propiamente dicho), cuyas cabeceras son de madera y el interior de junco, todo cubierto de cuero y adornado igualmente de dibujos impresos. Al recado se agregan los estribos, que los habitantes usan muy pequeños, poniendo la extremidad del pie y, a veces, tomando una de las barras del estribo entre el dedo grueso y el siguiente. El recado se fija sobre el caballo por medio de una cincha, compuesta de dos piezas, una para el lomo y la otra para el vientre. La primera es generalmente de cuero, adornada como la carona y el recado, y la segunda, de un trozo de la parte más fuerte de un cuero de vaca pelado, o bien trencillas de correhuela de cuero de caballo depilado, igualmente fijadas, por cada una de sus extremidades, a una fuerte pieza de cuero, y reunidas a las otras por trenzas transversales. Las dos piezas de la cincha están unidas por medio de un gran anillo de hierro y lleva cada una, en el extremo opuesto, otro anillo semejante; el de la pieza superior sirve para atar una fuerte correa que se hace pasar al anillo de la inferior; luego, alternativamente de la una a la otra, cuando se cincha el caballo, lo que se hace más o menos bajo el medio del vientre. Encima del recado se pone un cuero de oveja, con su lana, teñido de azul o de negro *(cojinillo* o *pellón)*; luego un cuerito curtido de vaca, adornado de una

orladura impresa *(sobrepellón)*; y sobre el conjunto, una ligera cincha de tejido de lana. Tal es la montura completa. Cuando se viaja se coloca, a veces, una sábana doblada bajo el *pellón*. La cincha de las gentes del campo y de los trabajadores está provista de otro anillo, ubicado al lado del de la derecha de la pieza superior y destinado a fijar la extremidad del lazo, o cualquier otra correa, cuando el jinete quiere arrastrar un fardo. El aparejo lleva también, sobre la parte superior, numerosas correítas que sirven para atar objetos menudos que se llevan durante el viaje; allí se ata la lanza, cuando no se usa, y algunas veces también las boleadoras, aunque por lo común se cuelgan de la cintura. Las mantas son de lana, diversamente tejidas, pintarrajeadas de diversos colores y a menudo con franjas y bordados. Se fabrican en Córdoba y constituyen un artículo de comercio de los indios pampas y chilenos. Los estribos de los pobres son de madera, de hierro o de latón; los de los ricos son de plata y, por lo general, de un trabajo pesado y grosero.

El jinete coloca en el pescuezo de su caballo un gran anillo de cuero trenzado *(fijador)*, al cual se une un anillo de hierro o de cuero, que sirve para colgar las trabas *(maneado)* y fijar la larga correa o cabestro *(maneador)*, por medio de la cual se ata el caballo al ronzal, para que pueda comer en los altos que se hacen en pleno campo.

El freno es siempre de hierro y está, por lo común, provisto de dos ruedillas de plata. La barbada, bien distinta de las nuestras, es un gran anillo que cubre la quijada inferior. La testera *(bozal)* está generalmente adornada de pequeñas piezas de plata; es la parte en que la gente rica del campo, a la manera de los indios, prodiga todo su lujo.

La brida es generalmente de trenzas de cuero de caballo y semejante por la forma a la que nosotros llamamos *a la húsar*. Está provista también de anillos y de cañitas de plata; y se ve todavía algunos antiguos arreos con un pretal cubierto de análogos adornos.

Las gentes de la zona montan, por lo común, sin espuelas, sobre todo los caballos diestros y mansos; y emplean en ese caso el *rebenque*, especie de martinete. A menudo se usa, en vez del mango de madera, una barra de hierro, lo que hace de la fusta un arma peligrosa, de la que los pobladores se sirven con mucha habilidad, sea para su defensa, sea para matar serpientes y otros animalitos que encuentran en el campo. Sólo se usan, por lo general, las espuelas para domar o montar caballos fogosos y recientemente amansados. Las que se usan para ese fin son de hierro, muy grandes y pesadas; las barras son largas y llevan una rondana o estrella cuyas puntas, muy agudas, tienen hasta dos centímetros. Sirven al jinete para fijar los talones en la *carona* y asegurarle un punto de resistencia para todas las corvetas y saltos del caballo brioso.

Las gentes de la región usan estriberas muy alargadas, de manera que la punta del pie se incline hacia el suelo; montan igualmente bien sin estribos, saltando, con la mayor ligereza y de una sola vez, sobre el lomo del caballo, tomando la crin del animal con la mano izquierda y colocando la derecha sobre la cruz, en el momento de tomar impulso, ejercicio muy difícil para los europeos. Se mantienen firmes a toda prueba, tanto sobre el caballo en pelo como ensillado.

Se tarda tiempo en colocar el recado y, a menudo, hay que desmontar para apretar la cincha, que tiende siempre a aflojarse y deslizarse hacia atrás, lo que resulta muy peligroso si el animal la siente en el bajo vientre, porque entonces se desboca inmediatamente, lanza coces y hace saltos furiosos, hasta desembarazarse de la montura y del jinete. El recado tiene también el inconveniente, por su poca flexibilidad, de herir muy a menudo al animal en el lomo; pero, en cambio, tiene la ventaja de ofrecer al hombre que lo monta un asiento más suave y menos resbaladizo, y servirlo de lecho. Las gentes de la región se acuestan siempre de manera de tener la cabeza al viento, considerando peligroso tener los pies, y no olvidando nunca comprobar de qué lado sopla, para tomar esa precaución.

El mayor Pedriel juzgó conveniente pasar por Lobos para ir a Navarro, y dejamos a las carretas dirigirse hacia este último punto, yendo nosotros a cambiar de caballos a la posta vecina, distante alrededor de una legua. De allí recorrimos de un galope el trayecto hasta Lobos, por un camino muy bueno, que hace agradable el gran número de casas que se descubre, en perspectiva, en todos los puntos del horizonte; casas rodeadas de álamos que forman otros tantos bosquecillos, que rompen la uniformidad del paisaje. El villorrio de Lobos se ve muy lejos por esta razón; está bordeado de zanjas y de álamos que, durante el verano, dan una sombra muy agradable y descansan el ojo fatigado de la monotonía de las pampas. Llegamos a la una, sofocados por el calor, tanto como por la agitación del caballo; la frescura que respiramos al entrar a Lobos y que gustamos durante todo el tiempo de nuestra permanencia en este villorrio, nos lo hizo encontrar encantador. Lobos es uno de los puntos de la antigua línea de frontera, trazada en tiempos del gobierno español, que seguía, más o menos, el curso del Río Salado, a algunas leguas al norte de ese río, desde Chascomús hasta Melincué, línea compuesta de pequeños fuertes cuadrados, bastante mal proyectados, algo mal construidos, que servían de acantonamiento a los cuerpos de caballería encargados de la protección contra los indios. Esos fuertes se convirtieron en villorrios, cuando los primeros fundadores se hicieron militares casados y can-

4 de enero

tineros, y aumentaron en mayor o menor grado, a causa de las ventajas de su respectiva situación. Todos han conservado, hasta el presente, el nombre de *guardia*, que indica su origen. En un principio, salía casi diariamente de cada fuerte un destacamento que debía recorrer la mitad del espacio que media al fuerte vecino, hasta encontrar los exploradores de este último. Esas salidas tenían por fin descubrir los movimientos de los indios y verificar si existían, en el terreno, algunos rastros de su paso. Los comandantes se aseguraban del fiel cumplimiento del reconocimiento por señales convenidas que los destacamentos debían cambiarse; hace tiempo que esa práctica ha cesado.

Quiero referirme a la costumbre de buscar en la tierra rastros del paso de indios. Todos los americanos tienen, como los gauchos, una sagacidad extraordinaria para reconocer así la dirección que toma el ganado o los jinetes que quieren seguir. Cuando la huella de las patas de los animales queda sobre la superficie del suelo, la cosa resulta fácil. Calculan, además, el espacio que existe entre las huellas de las patas de adelante y las de atrás, huellas que saben distinguir muy bien, y así comprueban si los animales marchan lentamente o al galope. Cuando no existen huellas, descubren, por el machucamiento de las hierbas, la dirección de la marcha y, aproximadamente, el número de animales que pasaron, así como el tiempo transcurrido. Se valen de una serie de indicios, y como poseen gran conocimiento de las localidades, conocen los puntos donde hay agua, y a los cuales, en consecuencia, deben dirigirse para parar.

Visitamos al cura del lugar, hombre muy amable, nada gazmoño, gran jugador, pasablemente libre en su conducta y conversación, lo mismo que la mayoría de los sacerdotes de la región. Nos dirigimos después a la casa del señor Brunier, militar francés al servicio de la República y que había tenido oportunidad de ver en Buenos Aires. Era mayor del regimiento de Blandengues, que, desde hacía gran número de años, estaba de guarnición en Lobos, lo que contribuyó mucho al progreso del villorrio y al rápido enriquecimiento de la mayoría de los taberneros que se establecieron. Comimos en casa de uno de ellos, quien en menos de dos años hizo una fortuna bastante grande y estaba haciéndose construir entonces una casa de dos pisos, cosa muy rara en el campo.

Montamos a caballo después de comer y partimos para Navarro. Llegamos de noche a la posta de Santana, situada a un cuarto de legua de ese villorrio. El jefe era un hombre grueso, criado en el campo y dueño de una gran tropilla de ganado. Nos recibió muy bien, nos hizo servir mate y nos enteramos de que era viudo desde hacía algunos años; después de darnos la información más minuciosa sobre su difunta esposa y su familia, entonó el capítulo no menos importante y mucho

Navarro

más vasto de sus caballos, de su número, su color, su edad, su calidad, su velocidad en la carrera, los que había regalado, vendido y perdido, los que había domado; luego nos invitó a montar a caballo, al día siguiente, para dar un paseo por Navarro, burlándose de los que, entre nosotros, no eran buenos jinetes. Tal fue, abreviada, la conversación de nuestro huésped, la que duró hasta medianoche, sin que nadie tuviera tiempo de ubicar una palabra y no terminó hasta que nuestro conversador se dio cuenta, finalmente, de que una gran parte de su auditorio dormía un sueño profundo. Si se agregan a las materias de que trató nuestro huésped el juego, las carreras de caballos, las discusiones sobre las marcas del ganado y algunos relatos amorosos, se tendrá una idea del tema perpetuo y uniforme de todas las conversaciones de los habitantes de la campaña. Los caballos, especialmente, son el motivo eterno de sus pláticas, lo que, por lo demás, es completamente lógico, puesto que este animal es, desde la infancia, el compañero inseparable de sus trabajos y de todos sus pasos, ya que el americano tiene siempre un caballo ensillado cerca de sí o a la puerta de su casa, y no realiza jamás a pie ningún trayecto, aunque sea de cien pasos.

La manera de domesticar los caballos en las provincias del Plata en nada se parece a la empleada en Europa. El gran número de esos animales y la vasta extensión de los campos de pastoreo, hacen que su valor sea muy módico, que su multiplicación y cría se abandonen a la naturaleza, que sus dueños, los mejores jinetes del mundo, los domen muy fácilmente y sin muchas precauciones, de manera que un caballo, muy dócil para ellos, por lo general sería un bucéfalo para un europeo. Los caballos pasan todo el año en el campo, y el empleo de caballerizas es desconocido e impracticable, a causa de la gran cantidad de ganado y a la falta de forrajes cultivados. No tienen, lo mismo que los animales con cuernos, otro alimento que la hierba que crece naturalmente; por eso, sufren y enflaquecen mucho en tiempo de grandes sequías, así como en los inviernos muy lluviosos, y carecen del fuego y vigor de los nuestros. Se los reparte, generalmente, en tropillas de cuarenta o cincuenta, más o menos, y a la cabeza de cada una de ellas se halla una yegua llamada *madrina*, que lleva una campanilla cuyo sonido sirve para reunirlos. Los caballos, acostumbrados a seguirla, no se separan nunca de ella; y aquel que se desensilla y abandona a la puerta de la casa, aunque esté medio muerto de hambre, toma, la mayor parte del tiempo, el trote largo o el galope, y no se detiene a comer hasta no unirse a la tropilla que, algunas veces, está a una legua de distancia. Basta para acostumbrarlo tenerlo algunos días con la madrina, lo que se hace por medio de dos anillos de cuero unidos por una fuerte correa y que se le pasa

por el pescuezo. Los propietarios ricos reúnen caballos del mismo color, lujo que aumenta en mucho el valor de la tropilla. Las yeguas se dividen asimismo en tropillas llamadas *manadas*, a la cabeza de cada una de las cuales se pone un caballo no castrado *(cojudo)*, que siguen fielmente; cuando uno de esos animales encuentra algunos otros aislados, los reúne, por las buenas o por las malas, a su tropilla, y los persigue a patadas y mordiscos, hasta que los somete. Cuando dos o más tropillas de esas yeguas se encuentran, es bastante común ver a los caballos padres buscarse mutuamente para quitarse sus compañeras y entregarse a furiosos combates. Estas yeguas están destinadas únicamente a la propagación de la especie; los habitantes consideran un deshonor montar una, así como es raro que se las dome; y cuando hay una en un establecimiento se la destina al servicio de los *peones* y a los empleos más bajos. Una de las jugarretas que los habitantes hacen a los extranjeros consiste en hacerlos montar una yegua sin advertirles, lo que provoca la hilaridad de los asistentes. Los caballos son castrados temprano y poco se emplean los que no lo son; se los doma, por lo general, a la edad de dos o tres años. Para esta operación, después de enlazar al animal, se le pone una testera, a la que está unida una larga y fuerte correa trenzada, que el jinete tiene continuamente en la mano y que le sirve para retener al caballo, mientras lo ensilla, o para el caso de una caída, y para hacerlo dar vuelta a su voluntad; luego, le pone las trabas, para impedir sus movimientos y ensillarlo más fácilmente: última operación que exige mucha paciencia y precauciones de parte del domador, tanto para evitar las coces, como para no espantarlo, al colocarle las diversas piezas del recado. Una vez ensillado, el jinete se dispone a montarlo, teniendo, con la mano izquierda, la correa del bozal y la crin, y dando algunos golpes con la derecha sobre la silla, para disponerlo a recibirlo: muy a menudo es ayudado por un camarada, que cierra fuertemente la oreja izquierda del caballo. Este comienza a revolverse, para evitar al jinete, que sigue con ligereza sus movimientos, y eligiendo el momento favorable salta encima con una rapidez y un aplomo asombrosos. Apenas siente el peso de su amo, se pone a cocear, a saltar, a hacer cabriolas y busca por todos los medios desembarazarse de una carga tan nueva para él, mientras el jinete, cerrando con fuerza los muslos y las piernas, fija los dardos de sus espuelas en la carona, resiste todos sus esfuerzos, atento solamente a evitar una caída si se aturde, lo que es muy común y muy peligroso, sobre todo cuando se arroja hacia un lado, lo que los habitantes llaman *bolearse*. El animal, cansado de la inutilidad de sus esfuerzos, comienza, finalmente, a soportar más pacientemente el peso del jinete, que, a espolazos, lo obliga a partir, secundado por otro jinete que, sobre un caballo manso, marcha detrás del do-

mador, y lo ayuda, con fuertes rebencazos, a hacer galopar su cabalgadura. El caballo furioso sólo se lanza a saltos, mezclando su carrera con brincos y coces; cuando ha galopado bien, se lo hace parar, y por medio de la testera se le enseña a obedecer la mano y a girar hacia la derecha y la izquierda, rompiéndole el pescuezo, por así decirlo, y llevándole el hocico hasta el arzón. El domador no desmonta hasta que ambos están bañados de sudor y rendidos de fatiga; entonces se deja al animal con sus compañeros, o, si se tiene apuro en domarlo, se lo ata a una *soga*, en un sitio donde encuentre qué comer, alrededor de una estaca, a fin de volver a comenzar al día siguiente, de manera que en pocos días, extenuado, mal alimentado, está efectivamente reducido, pero más por agotamiento y hambre que por arte. Reducido a ese estado, no es todavía considerado enteramente manso, sino *redomón*, es decir, medio domado; entonces se le ponen las riendas, pero, en vez de frenos, se le coloca, en la boca, una pequeña correa, con la cual se le ata fuertemente la quijada inferior: esa pequeña correa está unida a las bridas. En una estancia bien organizada se conducen, por lo menos una vez a la semana, los caballos al corral, a fin de hacer montar a todos los redomones y *repasarlos*, es decir, hacerlos galopar hasta que estén empapados de sudor. Están pronto en condiciones de recibir el freno y se les da, entonces, el título de caballos mansos; pero no lo son realmente sino al cabo de muchos meses o de un año de servicio y trabajo. Es comprensible que los caballos así domesticados deben conservar muchos defectos; en efecto, tienen generalmente la boca dura, son espantadizos, huyen bruscamente o parten al galope, al sentir el pie en el estribo, de manera que, para usarlos, es necesario ser tan hábil como lo son sus amos. El europeo que se cree jinete en su país se llena de asombro al no saber nada en medio de los americanos, y ser blanco de sus burlas; hasta tienen una palabra *(maturrango)* con la cual designaban antes a los españoles europeos y que usan hoy para hacer conocer a todo individuo que no monta tan bien como ellos a caballo; y el epíteto siempre cae sobre los europeos. Además de los defectos de que acabo de hablar, los caballos del país tienen generalmente las patas delanteras muy débiles, lo que se debe a la costumbre de los habitantes de pararlos de golpe, en pleno galope, así como de galopar tanto descendiendo como subiendo; y, como la tierra está casi siempre erizada de asperezas formadas por hierbas silvestres y hormigueros, al mismo tiempo que socavada por las *vizcachas*, los *tatús* y *otros* animales que cavan madrigueras, los caballos tropiezan a cada instante; por eso no es raro verlos caer sobre el jinete. Los americanos tienen la gran ventaja, en estos accidentes, de saber caer y muy raramente se lastiman; muchos de ellos caen siempre de pie, pasando por encima de la cabeza

del caballo. Los que poseen esa presencia de espíritu y destreza se denominan *paradores*. Hay algunos que se ejercitan desde jóvenes y que hacen caer su caballo para divertirse. Vi a un joven hacer, por algunas monedas, esa prueba de destreza en la esquina de una pulpería. Colocó en la brida una larga correa, que hizo pasar entre las palas, por debajo del vientre, fijando la otra extremidad a una estaca; montó después, partió al galope y cuando llegó al punto en que la correa, tendiéndose, oponía resistencia, el animal se cayó necesariamente. El jinete fue arrojado por delante, pero cayó de pie, con el poncho en la mano, dando unos pasos para no tropezar.

He descrito la manera de domar caballos. Aunque todos los habitantes son excelentes jinetes, no hay que creer que todos sean domadores; el número de estos últimos es bastante limitado y reciben, en las estancias, los mejores salarios, pero que están lejos de corresponder al trabajo y al peligro de la profesión. Muchos de esos desdichados, mordidos por los caballos o alcanzados por sus coces, quedan estropeados para toda la vida; y, algunos, perecen a consecuencia de una caída o de una herida.

El precio de los caballos varía, en la provincia de Buenos Aires, de cuatro a seis pesos fuertes (20 a 30 francos), cuando se los compra en gran cantidad a la vez, precio cuya modicidad explica el poco cuidado que se tiene de esos animales. El habitante del campo conserva el mismo animal ensillado durante tres o cuatro días, olvidándose a veces de hacerlo beber, sin que tenga, por otra parte, más alimento que el que encuentra, de noche, alrededor del palenque, es decir, en un radio de ocho a diez metros; sólo piensa en cambiar de cabalgadura cuando la pobre bestia está completamente enflaquecida. La mala hechura de los recados, el poco cuidado de la limpieza de las mantas y la costumbre de hacer arrastrar fardos con la cincha, hacen que la mayoría de los caballos se hieran en el lomo; es raro encontrar uno en buen estado y que no tenga cicatrices. Jamás se los baña, ni se los cubre, y el uso de la almohaza es desconocido en el campo, así como el de herraduras. Los americanos nunca les cortan la cola y consideran la abundancia de crines gran mérito y el más hermoso adorno del caballo, demostrando, con ello, mejor gusto que los europeos. Debemos decir, sin embargo, que hace algunos años se ha introducido en la provincia de Buenos Aires la moda de recortar la crin, dejándole solamente tres a cuatro dedos de largo, y un mechón cerca de la cruz, para ayudar a montar; pero creo que esa moda es interesada y se debe, en parte, al aumento del precio de las crines. En la capital, la gran afluencia de extranjeros ha hecho elevar el precio de los caballos y se ha introducido la manera europea de alimentarlos y cuidarlos; se les construyen caballerizas, se los cura, se les ponen

herraduras y se les dan granos y forraje. Se venden desde una onza de oro a treinta pesos (85 a 150 francos), y hay también los de Chile y los de carrera, que cuestan mucho más.

Las carreras de caballos constituyen uno de los principales entretenimientos de las gentes del lugar y eligen con cuidado aquellos que destinan a este fin, tomando más o menos las mismas precauciones que nuestros aficionados de Europa para llevarlos gradualmente a recorrer velozmente grandes distancias, desde una cuadra (alrededor de 140 metros) hasta una legua, según las fuerzas del animal. Por lo demás, los reglamentos de policía referentes a estas justas tienen gran semejanza a los nuestros, salvo que no se pesa a los caballos ni a los jinetes, que no hay señal convenida para la partida, y que nunca se lanzan más de dos caballos a la vez. Lo mismo que en Europa, las carreras siempre son por interés y dan lugar, a menudo, a apuestas muy fuertes.

Los caballos de las provincias del Plata son de tamaño mediano; no se hace distinción de razas y no existe la menor emulación para perfeccionarlas; por eso escasean los caballos con buenas formas; los de Chile, en cambio, gozan de gran reputación; su color más común es el colorado, que, por diversos matices, pasa del rojo vivo al rojo oscuro; hay también muchos caballos bayos, alazanes y grises; los negros son muy raros. Los habitantes emplean gran número de nombres para distinguir los colores y hasta los menores signos. Una de las variedades notables es la de los petizos, y una monstruosidad bastante común distingue a los que tienen doble casco, colocado a la altura del cuartillo y algo detrás; especie de segundo pie, más pequeño que el otro y no llega al suelo: algunas veces sólo dos patas, pero más a menudo las cuatro lo tienen. Los caballos salvajes, que había antes en gran cantidad en los campos despoblados de la provincia, al sur del Salado, han desaparecido casi por completo, así como en las otras provincias. Hemos hablado de ellos al tratar de Entre Ríos.

Es muy notable que casi todos los caballos de los indios pampas sean picazos (rojo y blanco) y manchados de una manera rara y con muchas manchas; mientras que esa variedad es muy rara entre los de los criollos. Puede atribuirse esa diferencia a que los caballos indios están más próximos al estado salvaje, porque esos mismos colores se encontraban también con poca frecuencia en las grandes tropillas salvajes que existían, hace algunos años, en las diversas provincias, y no cabe duda de que los indios se dedicaron a multiplicar, por gusto, esos animales pintarrajeados, conservando las yeguas que así nacían y comiéndose las otras.

Los asnos y las mulas son raros en los alrededores de Buenos Aires; estas últimas no se reúnen como en las otras provincias, lo que los habitantes atri-

buyen a la blandura del suelo, que hace crecer sus cascos de manera extraordinaria y los hace casi inútiles para el servicio, lo que les hace dar el nombre de *chapinas*.

Entre Ríos y Santa Fe realizaban gran comercio de mulas, antes que las guerras y los desórdenes de la revolución hubieran arruinado sus campos.

Vuelvo a mi relato: se preparaba una tormenta; llovió toda la noche y una parte del día, lo que nos impidió ponernos en camino. Nuestro huésped hizo reunir su ganado, que, durante todo el tiempo que duró la lluvia, permaneció cerca de la casa, inmóvil, sin comer, y dando el trasero al viento.

5 de enero

Las residencias del campo se dividen en *quintas*, *chacras* y *estancias*. Las primeras, cuyo nombre equivale más o menos al de vergel, son las que rodean a la capital y a los diversos villorrios de la provincia, y están destinadas especialmente al cultivo de árboles frutales, legumbres y flores. Las *chacras*, cuyo nombre corresponde al de *granja*, son establecimientos agrícolas donde se cultivan los cereales, principalmente el trigo, la cebada y el maíz. Las *estancias*, finalmente, son las tierras de mayor extensión, destinadas a la cría de ganado. Las de la provincia de Buenos Aires son las mayores y mejor administradas. Estuvimos en una de ellas, pero sólo hablaré de las diferencias que tienen con las de la provincia de Corrientes, ya suficientemente descritas. Las viviendas están distribuidas de la misma manera; las construcciones están, por lo general, encerradas en un espacio cuadrado, rodeado de fosos y defendido por una o dos piezas de cañón, uso introducido después de las últimas invasiones de los indios. Estos, aunque están algo familiarizados con el efecto de las armas de fuego, temen siempre mucho al cañón y osan muy raramente franquear los fosos de las casas donde los dueños aparentan querer defenderse. Se cita el caso de un inglés que, cercado en una casa rodeada de esa manera y sin artillería, se sirvió, para asustar a los indios, de uno de los morteros de madera que se usan en la zona; y, paseando esa nueva arma por el borde del foso, con un tizón en la mano, consiguió obligarlos a retirarse, sin que osaran hacer nada; pero, si eran pusilánimes hace algunos años, no lo son tanto actualmente: la continuación del relato probará que ahora el cañón les inspira menos terror.

Cerca del cuadrado que contiene los edificios, se hallan una, dos o tres construcciones más, destinadas a encerrar los animales, que llevan el nombre de *corrales*, *rodeos* o *potreros*. En las provincias donde abunda la madera se los rodea de fuertes estacas, unidas por travesaños, y se les da, a menudo, una forma circular. En Buenos Aires, donde ese artículo es tan raro, se lo substituye por fosos, lo que tiene la ventaja de ofrecer seguridad contra los salvajes. El

ganado criado en las estancias de Buenos Aires consiste en vacas, en caballos y en ovejas: en las primeras, a causa del valor de sus productos, se da más importancia a la multiplicación y su número es mayor.

Lo mismo que en Corrientes, las yeguas sólo sirven para dar los caballos necesarios a la explotación de la estancia. La crianza de las bestias con cuernos es la misma, y puede decirse que son, en cierto modo, salvajes. Como se dijo de Corrientes, todos los años, y generalmente en primavera, se marcan los animales del año anterior que dejaron de mamar y que llegaron al año de *hierra*, nombre de esa operación; esa época es de fiesta para los pobladores. El propietario nada ahorra para señalar ese gran día; invita a sus vecinos, les prepara un festín y hace matar a los animales más gordos, que se despedazan, sin desollarlos, a fin de poder asar la carne con el cuero, lo que es un lujo y un gran festín en la región. Se considera más sabrosa la carne así asada; en cuanto a mí, no he notado la diferencia. La hierra es un espectáculo curioso y verdaderamente interesante para un extranjero; son como justas, donde brilla toda la destreza de los pobladores y su superioridad como jinetes.

Antes de que los disturbios y la revolución hubiesen arruinado las campañas de otras provincias, los brazos no podían bastar para la marca y castración, y, en consecuencia, se sacrificaban muchos toros; por eso se los perseguía en los campos y bosques, se los mataba a lanzazos, o bien se les cortaban los jarretes con un instrumento cortante, en forma de media luna y colocado en el extremo de un largo bastón, para desollarlos en seguida. La carne era abandonada; a veces, se sacaba únicamente el sebo.

Los caballos, lo mismo que los demás animales domésticos de las chacras, se apegan de una manera extraordinaria a la tierra en que han nacido, o a la que se habitúan durante mucho tiempo; por eso es muy frecuente, cuando se los hace viajar, aunque se trate de distancias considerables, verlos huir y retornar por sí mismos a su suelo natal, que los pobladores llaman *querencia*. Son numerosos los animales dotados de ese instinto; se los denomina *volvedores*; y sus dueños cuidan mucho, cuando ponen pie en tierra en cualquier lugar, de atarlos fuertemente, sin lo cual se los ve partir al galope, llevando todos sus arreos.

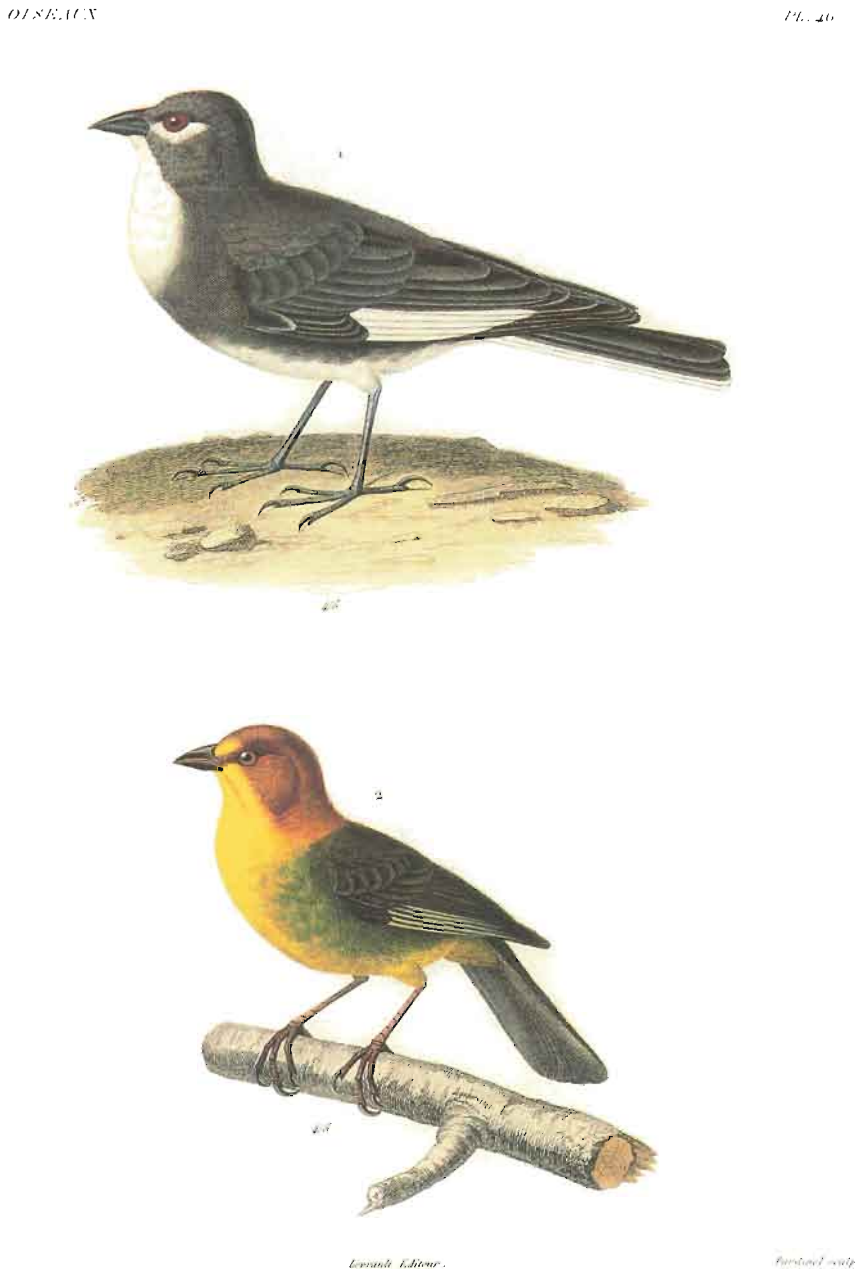
La *hierra* de los caballos no se diferencia de la de las bestias con cuernos más que en el hecho de que aquélla se realiza en el interior del corral, porque es sumamente difícil enlazarlos en pleno campo, a causa de su ligereza. Es por el mismo motivo que, cuando se quiere atrapar caballos o yeguas, sin conducirlos al corral, o bien cuando se los persigue, sea a los caballos salvajes (*baguales*), sea a caballos domados que tienen el hábito de huir, se trata de

reunirlos, empleando, en vez del lazo, las boleadoras, arma que los pobladores, al igual que los indios, emplean con una destreza idéntica y se convierten en muy peligrosas en sus manos. Esas boleadoras, de las cuales he hablado varias veces, se diferencian algo de las empleadas para la caza; son generalmente más grandes.

Las estancias producen lo mismo que en Corrientes, pero se saca de los productos mejor partido, sobre todo de la carne seca y de los cueros de vaca, bueyes y caballos. Se los seca y sala, porque son así más buscados por los ingleses y están menos expuestos a los ataques de los insectos; pero su peso hace más oneroso el flete. Los recortes de cueros secos se venden para la elaboración de pegamento. Los hombres de campo emplean también esos cueros para mil usos; el sebo y la grasa se exportaban más antes que ahora, porque se emplean en las fabricas de velas y jabón. La grasa se vende para la cocina de los habitantes, a quienes les gusta mucho; la más buscada por ellos es la que se extrae del hueso, al hacerlo hervir.

Los cuernos se venden por miles y los huesos por carretadas; la crin por *arroba*, de 25 libras de peso. Como este artículo ha adquirido mucho valor desde hace algunos años, los propietarios hacen cortar la crin de todos sus caballos y yeguas; y pelan, además, la cola de estas últimas, a las que esa operación hace horribles y deja sin defensa contra los mosquitos y otros insectos que las asaltan durante el verano. Hay que agregar a los artículos de que acabamos de hablar, la lana de oveja, aunque la calidad sea extremadamente inferior y la pérdida enorme, a causa de la semilla espinosa de una especie de cardón que cubre el suelo de esta provincia y que llena los vellones. Cada estancia posee generalmente su rebaño de ovejas más o menos considerable; esas ovejas se acorralan aparte y se multiplican rápidamente, porque paren por lo común dos veces al año, sobre todo en las provincias más septentrionales. Los habitantes las aprovechan poco: no les gusta la carne de esos animales y hasta hace pocos años apenas la comían, y solamente cordero asado; pero, desde que los extranjeros han comenzado a afluir a Buenos Aires, el consumo de la carne de oveja se ha generalizado en la capital, y el aumento del precio de las vacas lo ha extendido al campo. Hay que agregar que esa carne es de una calidad muy inferior y no se parece a la del carnero de Europa. Los cueros, con su lana, sirven para confeccionar la parte del recado llamada pellón o *cojinillo*. La lana es empleada por los colchoneros y para hacer los sombreros comunes. Se ha intentado multiplicar los merinos y se los ha cruzado con la raza indígena, pero el cardón, que penetra en los vellones, es un gran obstáculo para que puedan obtenerse productos de buena calidad. Tales ensayos han

Indios patagones.



1: *Emberiza speculifera*; 2: *Emberiza fulviceps*.

tenido mejores resultados en las provincias de Corrientes y Córdoba. Los corderos de los indios pampas son muy apreciados por su gran tamaño y la belleza de su lana; los propietarios tratan de conseguir carneros padrillos de esa raza. Por lo demás, la crianza de esos animales no es más cuidada que la de las vacas y los caballos; están igualmente abandonados a la naturaleza y a la intemperie de las estaciones: sus guardianes no son pastores, sino los perros que he descrito al referirme a Corrientes.

Tales son los productos de las estancias, productos que forman la principal y casi única riqueza de la provincia de Buenos Aires. Si se considera la rapidez con que se multiplican los rebaños, la facilidad de conseguir tierras donde criarlos y los escasos gastos que exige esa empresa, se concebirá que esa rama del comercio sea a la vez la menos penosa y la más lucrativa que ofrece el país; por eso es la industria comercial a que los pobladores se entregan con preferencia y el origen de la mayoría de las grandes fortunas de las provincias del Plata. Hasta la época de la revolución, los criollos no conocían otras y el comercio estaba exclusivamente en manos de los españoles; sólo después, siguiendo el ejemplo de los extranjeros, se ocuparon de otras especulaciones mercantiles. En cambio, los extranjeros han adquirido terrenos y crían rebaños; hoy, muchos ingleses y otros extranjeros son propietarios de estancias. Existe, en éstas, una costumbre antigua y casi general que prueba que los pobladores de la campaña no son muy delicados en lo que se refiere a los medios de aumentar su fortuna; es la de robarse mutuamente los animales, a lo que contribuye mucho la extensión de las tierras y de los rebaños, que salen, a cada instante, de sus límites. En algunos establecimientos es raro que se maten animales que no sean de los vecinos. En las grandes estancias se organizan, para facilitar la vigilancia, especies de sucursales de la estancia principal, llamados *puestos*, y que poseen su administrador, sus obreros y su corral aparte. En un establecimiento de esta naturaleza, el propietario que, la mayor parte del tiempo, vive en la capital, tiene una persona encargada de la administración general, con el título de mayordomo, que tiene, a sus órdenes inmediatas, contramaestres llamados *capataces*, quienes, colocados a la cabeza de los puestos, dirigen y vigilan a los peones, en sus diversas operaciones y mantienen el orden entre ellos. El salario de los obreros, en esta provincia, es generalmente, para las estancias, de ocho pesos (40 francos) por mes, y sus tareas se reducen, si se exceptúan la hierra y la castración, a muy poca cosa: es una vida de ocio. Se dedican de alguna forma a montar a caballo, recorrer las tierras del patrón para la vigilancia y conducir las vacas y caballos al corral; por eso, es casi seguro encontrarlos, a cualquier hora que sea, con las barajas en la mano. Sin

embargo, desde hace algunos años la agricultura, antes absolutamente desconocida en las estancias, comienza a introducirse y terminará por eliminar la ociosidad. Puede verse hoy, en general, cerca de la casa principal de esos establecimientos, un bosque de durazneros, destinado a abastecer de combustible y frutas, y un pedazo de tierra, más o menos grande, reservado para el cultivo de granos y de algunas legumbres, lo que contribuye a mejorar el alimento de los trabajadores, que, antes de esa época, se componía únicamente de carne. Sería difícil hacerse una idea de la cantidad que consumen los habitantes del campo. En las estancias, los asadores están encendidos todo el día, y se ven las brasas cubiertas de diversos trozos pequeños de carne y de intestinos grasosos que los peones hacen asar, sin lavarlos, y que comen con el mayor gusto, carbonizados, sucios de cenizas y sin sal; en general, la limpieza es desconocida en la cocina y en la manera de preparar los alimentos. Los animales son despedazados en tierra, sobre el cuero, de manera que la carne siempre está cubierta de sangre, sucia de barro y estiércol; por eso se acostumbra lavarla antes de hacerla cocer, pero raramente antes de asarla. No se cuida mucho más la leche; por eso el queso es detestable; y la manteca, mal lavada y encerrada, como la grasa, en vejigas, tiene casi siempre mal gusto. Estos inconvenientes, comunes hace algunos años en la capital y sus alrededores, comienzan a hacerse sentir menos, debido a la afluencia de extranjeros, a la civilización y lujo que hacen buscar con avidez cuanto contribuye a hacer agradable la vida.

Las otras provincias han visto desaparecer la mayoría de su ganado a causa de los desórdenes que trajeron la revolución y la anarquía; Buenos Aires sufrió menos y, salvo las pérdidas que le ocasionaron sus guerras con Santa Fe y las invasiones de los indios, sus riquezas pastoriles permanecen casi intactas, y aumentan diariamente; por eso se ven, en sus campos, establecimientos importantes, que no pueden compararse a otros de su género. Una estancia que sólo posee tres a cuatro mil cabezas de ganado no llama la atención y apenas merece su nombre; y hay algunas cuyos propietarios marcan hasta doce mil vacas por año, lo que supone una existencia de cuarenta a cincuenta mil cabezas y una renta de un número igual de pesos. No hay otras pérdidas naturales, en estas empresas, que las que traen las grandes sequías que azotan a veces estas comarcas, y las epizootias, que son raras. Entre éstas se encuentra una enfermedad conocida con los nombres de *mancha* o *mal grano*, ya descrita en Corrientes; pero la probabilidad más terrible y capaz de arruinar en un instante al propietario es la de las frecuentes e imprevistas invasiones de los indios. Nada escapa a este flagelo, que destruye o se lleva cuanto se presenta a su alcance.

Los animales de la provincia de Buenos Aires son de un tamaño intermedio entre los de la Banda Oriental y los de las provincias del norte; y lo mismo puede decirse del peso de sus cueros. Su carne es tierna y se cuece muy fácilmente, al contrario de la de las otras provincias, pero es menos sabrosa y menos sustancial. Al cabo de media hora de hervor, la carne es buena para comer, y una cocción más prolongada la reduciría a papilla; por eso los habitantes, que comen a mediodía, ponen la olla al fuego a las once.

Las carretas pasaron la víspera por Navarro y, continuando su camino, se dirigieron hacia las Saladas. Fuimos a visitar al primero de esos dos lugares, una de las guardias de la antigua línea de frontera, que sigue inmediatamente a Lobos, hacia el noroeste, a una distancia de alrededor de seis a siete leguas. Ese villorrio fue levantado cerca de una laguna del mismo nombre, muy grande y unida a muchas otras por una *cañada*, o pantano, en medio de la cual se forma el lecho de un arroyuelo, que corre hacia el sudeste a desembocar en el Salado; esa cañada se denomina *las Saladas*, nombre que comparte el distrito comprendido entre ella y el Salado. Navarro se halla en una hondonada que me ha parecido húmeda; es, por lo demás, uno de los villorrios más miserables de la provincia, lo que debe tal vez atribuirse a que nunca ha tenido otra guarnición que un pequeño destacamento del regimiento de Blandengues, estacionado en Lobos. Las casas son poco numerosas, mal construidas y cubiertas de juncos; el fortín se cae en ruinas. Lo mismo que en Lobos, toda la población está rodeada de álamos, que son muy útiles y presentan desde lejos una bonita perspectiva.

6 de enero

No sabiendo positivamente el mayor Pedriel en qué punto de las Saladas nos esperaba el escuadrón de Blandengues que debía acompañarnos, y habiéndose enterado por nuestro huésped que el destacamento de milicias y otro convoy de carretas destinado a formar parte de la expedición no habían probablemente abandonado todavía la guardia de Luján, resolvió dirigirse a ese lugar. Montamos en seguida a caballo, y avanzando a través de los campos nos dirigimos a la posta situada entre Navarro y esa guardia. Los campos que atravesamos están casi desiertos y las hierbas tienen gran altura, a causa de la ausencia de ganado. Esta circunstancia hacía el trayecto muy penoso, sin impedirnos, empero, galopar, puesto que los habitantes no conocen otro modo de andar y van al trote cuando les resulta imposible hacerlo de otra manera. Llegamos a la posta a las dos; y, mientras se llevaban los caballos al *corral*, comimos un asado, a la sombra de algunos sauces plantados en el círculo de la fosa que rodeaba la casa. El propietario nos contó que había sido robado y arruinado en la última invasión de indios; y su casa presentaba, en efecto, un

aspecto de lo más miserable. Lo mismo pasa en la mayoría de las casas del campo de esta provincia; y, salvo las estancias y las casas de recreo de los alrededores de la capital, así como los principales villorrios, el resto se compone de miserables chozas, donde se ven, por todo mobiliario, un pobre jergón formado de palos cubiertos de un cuero de vaca, una mesa groseramente trabajada, algunas malas sillas o escabeles, reemplazados a menudo por bloques de madera o cabezas de vaca. La batería de cocina se compone de una olla, una pava, un vaso de lata, aunque muy a menudo se lo reemplaza con un cuerno de vaca, un plato de estaño y dos o tres cucharas de hierro o de cuerno; el uso de fuentes está poco extendido; se come generalmente en el plato, y hasta hace poco tiempo tal era en Buenos Aires la costumbre casi general.

Los caballos que nos dieron respondieron al esfuerzo que les exigimos; eran exteriormente verdaderos rocinantes, pero no galoparon por eso menos durante todo el trayecto que nos quedaba por recorrer, a través de cardos que se perdían a lo lejos y de hierbas que nos llegaban a la rodilla. Como no había camino abierto, el postillón, que desempeñaba al mismo tiempo la función de guía *(baqueano)*, marchaba a cierta distancia adelante, como se practica siempre en la región, sin volver la cabeza, ni inquietarse si lo seguíamos o no. Encontramos sólo alrededor de una legua de la guardia de Luján un camino abierto, que conducía a una *estancia* vecina, la única que hallamos en todo el trayecto. Llegamos al caserío a las tres, cubiertos de sudor y de una espesa capa de polvo, que no permitía ver el color de la ropa. Para colmo de desdichas, no teníamos con que cambiarnos, porque nuestros efectos estaban en las carretas, que seguían otro camino, y debíamos pasar todavía algunos días en ese estado. Es un inconveniente que debe sufrirse a menudo en los viajes por esas regiones. El europeo tiene que olvidar las comodidades de países poblados y civilizados, acostumbrarse a la fatiga, al hambre, a la sed, a la suciedad, a todas las privaciones posibles, privaciones que no lo son nunca para los pobladores, quienes consideran nuestras costumbres delicadezas y superficialidades. Descendimos en casa del juez de paz del lugar, un español casado en la región y establecido en el pueblo desde hacía muchos años; parecía gozar de una buena fortuna, adquirida, como en gran número de villorrios de esas campañas, con el comercio de pulpería y el de trigo y molienda. Nuestro juez desarrollaba alternativamente sus dos oficios, pasando de su oficina a su tienda y a su molino. Su casa respiraba comodidad; nos recibió muy bien y nos hizo por lo menos preparar una buena comida, la cosa más importante por el momento; en cuanto al alojamiento, el patio era grande y el calor de la estación permitía improvisar allí un dormitorio. Cuando hubimos descansado algo, nos fuimos a pasear por el

pueblo, que es muy grande y tiene mucho movimiento; hay muchas casas construidas con ladrillos y en su mayoría están ocupadas por una pulpería o una tienda, lo que demuestra que el campo de los alrededores está poblado y el comercio algo extendido. La guardia de Luján es el punto de la antigua línea de frontera, punto intermedio entre el fuerte de Navarro y el fuerte de Areco, a unas ocho leguas al nornoroeste de Navarro y a seis leguas al sudoeste de la ciudad de Luján que, como la guardia misma, toma su nombre del arroyo que corre cerca y se vierte en el Paraná en las Conchas. Ese villorrio presenta un aspecto totalmente distinto de Lobos y de Navarro, porque casi carece de árboles; en cambio, es más extenso y floreciente, y se cultiva mucho trigo en sus alrededores. Vimos, en la plaza, al otro convoy de carretas que esperábamos y que recibió la orden de partir al día siguiente. No pudiendo mudarnos de ropa, resolvimos, por lo menos, desembarazarnos de nuestra larga barba y entramos en casa de un barbero, con la intención de hacernos afeitar; lo encontramos ocupado en rejuvenecer a un anciano octogenario, que nos refirió una parte de la historia de su vida; era un antiguo soldado español, del cuerpo de Blandengues, y uno de los fundadores del burgo; nunca quiso, según decía, aceptar el grado de cabo, a fin de vivir sin responsabilidad. Mientras nos hacía una larga enumeración de sus campañas, que se reducían a algunas correrías contra los indios, notamos el ruido extraordinario que hacía la navaja en mano del rapista, ruido semejante al de una sierra; y como, por otra parte, la suciedad de las toallas y de la pocilga era extrema, perdimos el deseo de confiarle nuestras cabezas y nos retiramos, so pretexto de que era tarde. El mayor nos informó que la partida tendría lugar sólo al día siguiente, a fin de dar tiempo de reunirse a los milicianos, de los cuales llevaríamos un escuadrón.

Toda la población de la campaña está organizada en milicia activa y pasiva y dividida en varios regimientos, mandados por ex militares; una parte de los oficiales proviene también del ejército. La parte activa está destinada a concurrir, con las tropas de línea, al servicio interior de la provincia y a su defensa, y en tal caso goza del mismo sueldo. Los milicianos guardan sus armas consigo y montan sus propios caballos; los que debían acompañarnos recibieron orden de llevar cada uno dos y debían ser relevados al cabo de dos meses. Esa institución es una de las mejores del país; es lamentable que, dominada muy a menudo por el espíritu de partido, haya servido a veces a los promotores de la anarquía. Encontramos, en casa del Juez de paz, al coronel del regimiento que debía proporcionarnos el destacamento; se llamaba don Juan Izquierdo; era, decían, un valiente militar que sirvió en Europa; parecía dotado de gran franqueza, pero tenía ese mal tono y esa grosería que muchas personas, sobre

todo en el país de que hablo, consideran atributo necesario de la profesión de las armas. Tenía su casa en la ciudad de Luján, donde logró formar una pequeña estancia. Los coroneles de milicia están en condiciones de sacar gran partido de su puesto, por las exenciones de servicio y otros favores que acuerdan a quienes pueden pagar bien. Desde la revolución, y siguiendo el ejemplo de sus predecesores –los empleados españoles– poseen en grado supremo el secreto de enriquecerse en puestos donde los escasos emolumentos apenas alcanzan a satisfacer sus primeras necesidades.

7 de enero

El día transcurrió en preparativos para la partida; el coronel Izquierdo nos dio una pieza de cuatro, que pertenecía al acantonamiento, y un pequeño destacamento de artillería, mandado por un sargento. Se la dispuso de manera que pudiera ser arrastrada por una yunta de bueyes y se la colocó a continuación del convoy. El mayor hizo distribuir, en las carretas, veintinueve prisioneros de guerra brasileños, destinados a los trabajos del establecimiento; habían sido llevados con ese fin a la desembocadura del Salado y se los trataba muy humanamente. La conducta de los habitantes de la provincia de Buenos Aires con respecto a sus prisioneros y a sus esclavos hace mucho honor a su carácter, y si han procedido de otro modo con los españoles, durante y sobre todo al comienzo de la revolución, no hay que atribuirlo sino a la exaltación de las pasiones en semejante circunstancia. Una vez todo dispuesto y reunidos los milicianos, se dio orden de partir a la entrada de la noche. Las caminatas nocturnas se usan mucho en esas comarcas, durante la estación de los calores, a causa del ardor del sol, que hace sufrir en grande a los animales, sobre todo a los bueyes; y como estos últimos no pacen de noche, sino sólo en el caso de no haberse alimentado en el día, los convoyes de carretas sacan, de ese procedimiento, la doble ventaja de aprovechar el fresco y tener los animales bien saciados. El convoy partió, llevando la escolta de los milicianos, algo después de ocultarse el sol, y se dirigió hacia una estancia de las Saladas, donde nos esperaba el escuadrón de Blandengues; en cuanto a nosotros, el mayor decidió que partiéramos más tarde. Nos tendimos en nuestros recados y nos acostamos para esperar, conversando, la hora de la partida. A medianoche se ensillaron los caballos.

Nos pusimos en camino a la una de la mañana, en una noche que el cielo cubierto hacía muy oscura, y tomamos la ruta de las Saladas, que es muy usada.

Pampas
8 de enero

Hay que estar habituado a ese género de tráfico para preferirlo a los viajes que se realizan de día, y tener, como los habitantes, la costumbre de dormir la siesta; o bien poder, como muchos de ellos, dormir a caballo, al paso y hasta al trote,

horas enteras; sin ello, la ventaja del fresco está más que compensada por el aburrimiento de no distinguir nada, lo que hace calcular en mucho más las distancias, y cansarse en la lucha contra el sueño. La primera parte del trayecto transcurre, sin embargo, muy agradablemente; uno habla, bromea, canta para distraerse, pero pronto el sueño y la fatiga domina; los espíritus abatidos no encuentran ideas, la conversación languidece, no tarda en cesar por completo, y la marcha se hace insoportable. Entonces se ve, muy frecuentemente, a los viajeros echar pie a tierra, retirar el cojinillo del recado y extenderse sobre él, para dormir una o dos horas, teniendo al caballo por la brida; es lo que hicieron dos de nuestros compañeros. En cuanto a nosotros, continuamos, dando de vez en cuando una galopada, para despertarnos; no siempre sin correr el riesgo de partirnos el cuello, pero es una reflexión que nunca se hacen los habitantes. Al acercarse el día la necesidad de dormir aumenta, se hace casi insoportable y sólo disminuye algo cuando la aurora comienza a colorear el horizonte y la frescura de la brisa matinal reanima al viajero agotado; ese momento llegó finalmente para nosotros y los balidos de los corderos nos hicieron pensar que estábamos cerca de una chacra. Efectivamente, algunos centenares de pasos más lejos nos hallamos en medio de una majada de lanares, que un hombre arreaba con toda rapidez, a un lado de la casa, situada a alguna distancia hacia la derecha. Los pobladores nos habían oído; temían, sin duda, que nos llevásemos, al pasar, algunas cabezas de ganado, lo que sucede siempre en la zona; habían, en consecuencia, enviado a buscarlas y su conductor las arreaba de tal manera que dejó atrás numerosos corderitos recién nacidos, lo que nos obligó a desviar nuestros caballos para no aplastarlos.

Al levantarse el sol, vimos que el terreno se elevaba insensiblemente en una serie de pequeñas colinas que se extendían del noroeste al sudeste y forman el cantón de las Saladas; son muy buenas tierras de labor, como todas las tierras altas de la provincia, que la naturaleza del terreno, menos compacta y menos arcillosa, hace más favorable a la agricultura que el suelo liso de las pampas. Distinguimos pronto muchas chacras y muchos campos de trigo, que se cosechaba entonces. Como las estancias son poco numerosas en ese cantón, se siembra a pleno campo, sin cercos, lo que es imposible en los sitios donde hay muchos animales reunidos; es por ese motivo que el territorio de la provincia se divide naturalmente en regiones agrícolas y regiones ganaderas, observando siempre que la proporción de estas últimas, comparada a la de las otras, es muy grande. Nos detuvimos en un rancho donde se estaba dando de comer a las vacas y donde se veía un monte arbolado que supimos era la estancia de don Felipe Barrancos, hacia la cual nos dirigimos; pedimos un poco de

leche, que hicimos calentar, y empleamos, en vez de agua, para tomar mate. El mate de leche es mucho más agradable que el de agua; empero las gentes del campo no lo consumen; solamente las señoras de Buenos Aires y Montevideo preparan así el mate, sobre todo para tomarlo por la mañana. También únicamente en esas dos ciudades se lo toma, generalmente, con azúcar; en el campo se sirve amargo, y el mate azucarado repugna a gran número de pobladores, aunque sean, por otra parte, muy ávidos de golosinas.

Llegamos a la estancia a las ocho y hallamos al escuadrón de Blandengues alojado cerca de la casa. Las carretas no habían llegado todavía y decidimos volver a marchar al día siguiente. La estancia de Barrancos se compone de dos cuerpos de edificios, construidos de paredes francesas: uno sirve de alojamiento y el otro de cocina y almacén; en la extremidad del primero se construyó, con ladrillo crudo, un pabellón cuadrado, de dos pisos, destinado a almacenar el trigo. Esa construcción, muy en uso en todas las provincias del Río de la Plata, dura mucho tiempo, cuando las paredes son bien blanqueadas; tiene el inconveniente de ser fácilmente socavada por las ratas y de no ofrecer ninguna seguridad contra los ladrones. Los oficiales de Blandengues ocupaban una pequeña habitación, que nos ofrecieron compartir; pero estaba a tal punto llena de pulgas que no se podía entrar sin que se cubrieran de ellas las piernas. Ese insecto, lo mismo que las chinches, abunda en la provincia de Buenos Aires; no sucede, como en la de Corrientes, que huye en el invierno y desaparece con los grandes calores; creo, por el contrario, que se multiplica durante el verano; por eso preferimos, mi amigo y yo, ir a descansar a la sombra de un gran bosque de durazneros, contiguo a la estancia, y que no habiendo sido podado desde hacía varios años era muy frondoso. Hallamos a todos los Blandengues distribuidos en grupos y sentados en tierra, con las barajas en la mano, ocupación casi continua de los militares del país y de la mayoría de los habitantes del campo. Se habían ubicado en el bosque las carretas de la casa, para ponerlas al abrigo de los rayos de sol, y elegimos una de ellas para buscar un sueño del que teníamos gran necesidad. Nos tendimos sobre nuestros ponchos, y a pesar del ruido y de los frecuentes altercados de los jugadores que teníamos al lado nuestro, nos dormimos tan profundamente que se vieron obligados a despertarnos a las dos, para ir a compartir el almuerzo que nos ofrecía el propietario de la estancia; pero el arte culinario está, así como todos los demás, muy atrasado en América del Sur, y el campo de Buenos Aires no ofrece otros recursos que la carne y las aves de corral, que no se sabe engordar, lo que hace casi imposible que una mesa sea bien servida, a lo menos para el gusto de un europeo. Lo que más me agradó, así como a mis compañeros de

viaje, fue el postre, compuesto de leche cuajada con azúcar. Se cuaja la leche por medio de la flor de cardo, y como la coagulación tiene lugar casi instantáneamente, el suero es apenas ácido y se lo sirve con la cuajada; el conjunto tiene un gusto muy agradable y nos gustó tanto más por cuanto estábamos ardiendo por el calor de la estación y la fatiga del viaje. Nuestro huésped, que se dio cuenta del placer con que le hacíamos honor, nos hizo servir de nuevo. Los habitantes de esas campañas ignoran las minuciosas leyes de la etiqueta europea; pero poseen una franca urbanidad, tal vez preferible; y se halla en ellos, como en todos los países donde la población y la civilización no ha realizado aún grandes progresos, esa hospitalidad caritativa, que honra al hombre de la naturaleza.

Después de comer, mis compañeros fueron a hacer la siesta, según su costumbre, y yo fui a sentarme a la sombra de los grandes sauces plantados al borde del foso que rodeaba la casa; ese foso podía tener dos metros de profundidad y contenía algunos centímetros de agua. La misma se encuentra a esa profundidad en los alrededores del Salado; algunas veces basta cavar un metro. Más se avanza de Buenos Aires hacia el sudoeste y más la profundidad de los pozos disminuye; y es sólo al alejarse del Salado para aproximarse a las montañas del Volcán, Tandil, Tapalqué, etc., que aumenta de nuevo, lo que indica que el Salado ocupa la parte más baja de una gran cuenca cuyas pendientes, desde las montañas, por un lado, y el centro de la campaña de Buenos Aires, por el otro, son casi insensibles[9]. Hacia el sur, la emanación de las aguas que proporcionan las montañas da lugar a los riachos Vivorotá, Pichileufú, Tandil, Chapaleufú, Azul, Tapalqué, Chatico y otros, cuyo curso, muy lento, hace que tanto se encierren en su lecho como se expandan para formar grandes pantanos.

En uno de los ángulos del foso había un terraplén, de dos a tres metros de elevación, sobre el cual estaba colocada una pieza de artillería. Es un prejuicio muy difundido entre los pobladores y hasta entre los militares que la artillería aumenta su efecto en razón proporcional a su mayor elevación; de allí proviene la construcción tan inadecuada de los fortines de frontera, que tendré oportunidad de destacar, al describir al más moderno de todos, el de Tandil. Al pie del murallón se había cavado un pozo que abastecía de agua a la casa; y, muy

9 Es hacia ese centro que se halla el punto de división de las aguas, que de una parte corren por los ríos San-Borombón, Matanza, Conchas, Luján, etc., en la cuenca del Plata y del Paraná; y, del otro, por las cadenas de las lagunas de Chascomús, Monte, Lobos y Navarro, y por los arroyos Leasgo, Calú-Calú, etc., en el arroyo del Salado.

cerca, había un gran estanque, sombreado de sauces, en el cual chapaleaban unos cincuenta ánades. Los que se crían en la región son de dos especies: el gran ánade almizclado, que engorda muy fácilmente y cuya carne, casi blanca, es muy deliciosa; y el ánade que los pobladores llaman *marrueco*, ánade común en Europa. Esas dos especies de ánades y las gallinas son los volátiles que pueblan, generalmente, los corrales de la comarca; se ven también, aunque raramente, algunas gallinas de Guinea. Los pavos reales son menos comunes todavía, y no recuerdo haber visto patos domésticos fuera del arroyo de la China, donde me dijeron que eran patos silvestres domesticados[10], que se multiplican muy bien al domesticarse. Casi no hay palomares en la campaña, aunque los hay muy grandes en Buenos Aires. Los pavos son muy numerosos, y los negros son, aquí, tan escasos como los grises entre nosotros. Lo que había de notable, en el corral de Barrancos, eran cinco o seis avestruces mansos, que estaban en la época de la postura. Me asombró mucho un huevo todavía caliente que una de esas aves acababa de poner en la cocina, y que me mostraron; como les sacaban los huevos a medida que los ponían, no pude saber si empolla en la domesticidad. El avestruz prendido joven se cría perfectamente y llega a ser muy familiar, aunque nunca deja que lo toquen; los de la casa donde estábamos no podían franquear el foso y no osaban pasar por la estrecha plancha que servía de puente levadizo, vagando, durante el día, de pieza en pieza y por el patio, viviendo en buena armonía con las gallinas, los ánades y los otros animales domésticos. Esta ave es por naturaleza muy poco adusta, y en los campos, cuando no se hace juego persiguiéndolos, se los ve acercarse para comer.

Tendimos nuestras camas en el patio, con la intención de evitar las pulgas y gozar de la frescura de la noche; pero fuimos muy incomodados por los mosquitos, que comenzaban a abundar en esa región menos poblada de la campaña. Empero, no hay comparación entre los que encontramos y los enjambres innumerables que nos asaltaron en el Paraná y en las provincias de Corrientes y Paraguay; como las noches son siempre frescas, en el campo de Buenos Aires, aun en pleno verano, los mosquitos desaparecen al cabo de algunas horas.

Las carretas y los milicianos llegaron en el curso de la mañana, pero, a fin de aguardar a algunos rezagados y dar al primer convoy tiempo para que nos alcanzara, la marcha se aplazó para el día siguiente.

Nuestro comandante quiso, antes de partir, inspeccionar las tropas de la expedición y yo asistí a la revista. El extranjero, acostumbrado al porte severo y brillante de las tropas europeas, no debe esperar hallar, en América del Sur,

10 Es el cisne blanco.

ni la limpieza ni la uniformidad que impresionan tan agradablemente la vista en las nuestras; y el espectáculo que ofrecen allí, sobre todo en campaña, es más bien grotesco que imponente. El uniforme del cuerpo de Blandengues y, en general, de toda la caballería, se compone de una chaqueta y de un pantalón de paño azul, con galones rojos, y de un morrión de forma análoga al que usan las tropas rusas; pero es más común ver a los soldados cubiertos de una especie de toca o gorro de policía, también de paño azul. Los morriones no duran más de una campaña, porque los jinetes, que hallan incómodo ese tocado, los pierden o se deshacen de ellos. Lo mismo sucede con casi todas las restantes partes de sus uniformes. La apatía y la suciedad características de los habitantes del campo, entre los cuales se recluta la caballería, les hacen valorar poco su equipo, y la disciplina no es lo bastante estricta como para vencer su indolencia. No resultará, pues, una sorpresa decir que habría sido difícil reunir, en el escuadrón que nos acompañaba, diez hombres uniformemente vestidos; unos llevaban pantalones, otros calzones con chiripás de diversos colores; muchos tenían la cabeza cubierta de sombreros de copa, y la mayoría llevaban ceñida la frente con un pañuelo, costumbre generalizada entre los hombres del pueblo; casi todos iban con los pies desnudos y algunos calzaban botas de piel de potro; finalmente, casi todos estaban cubiertos de ponchos diversamente pintarrajeados, lo que daba a la tropa un aspecto completamente estrafalario. Las armas, especialmente las armas de fuego, estaban en tan mal estado como el vestuario y muchas de ellas fuera de servicio. Los soldados no tienen ninguna idea de los cuidados que ellas exigen; muchos ignoran la manera de desmontarlas y, por lo demás, se preocupan poco de saberlo; por eso se deterioran muy rápidamente y sería difícil imaginar la inmensa cantidad de armas de fuego que las provincias del Plata han consumido, desde el comienzo de la revolución, aunque los ejércitos más importantes que hayan pasado de ocho a diez mil hombres, que raramente hayan alcanzado ese número y que casi no hayan tenido que sostener más que pequeñas guerras intestinas. En la provincia de Corrientes vi, en medio de la paz más absoluta, un armero y dos obreros ocupados todo el año en el mantenimiento y reparación de las armas, aunque el Estado sólo tenía en pie trescientos o cuatrocientos hombres.

9 de enero

La disciplina de los cuerpos armados es tan mala como su vestimenta; los reclutas llevan todos los vicios dominantes en el país, la pasión del juego y de los licores fuertes, la pereza, la suciedad, el espíritu pendenciero que cuesta tal vez tantos hombres a la nación como las guerras. Los castigos son corporales y muy fuertes; pero no constituyen un freno suficiente para los desórdenes, y la

mala selección de los oficiales es otro obstáculo para un mejor estado de cosas. Estos son, generalmente, jóvenes que salen de su familia para ocupar los puestos vacantes en el ejército, en la mayoría de los casos, porque no tienen condiciones para otra cosa, o por la irregularidad de su conducta hace de ellos una carga para sus padres. Como no existe ninguna escuela de oficiales, reciben en el cuerpo su educación militar, y se concibe fácilmente que no debe ser brillante; por eso son, en general, de una ignorancia profunda, hasta tratándose de los elementos de su profesión. No se formaron oficiales y soldados verdaderamente dignos de ese nombre, fuera de los que hicieron la guerra a las órdenes de San Martín y Bolívar; y es, sin discusión, a esos dos jefes que se debe la buena organización del ejército que realizó la última campaña contra el Brasil. Sus talentos personales y el gran número de oficiales extranjeros que sirvieron bajo sus banderas, han contribuido a excitar la emulación y a hacer nacer, en sus ejércitos, el espíritu militar; pero todos sus esfuerzos reunidos no lograron nunca alcanzar esa severidad en el vestir, esa inmovilidad bajo las armas, esa precisión en los movimientos que distinguen a las tropas europeas, porque la indolencia y apatía de los habitantes tienen una fuerza de inercia a la que nadie puede vencer. Agregar que la poca estabilidad de los cuerpos es otro obstáculo no menos grande, porque se necesita menos tiempo para disolverlos que para formarlos, y cuando escapan a un aniquilamiento completo, a lo sumo su nombre y su cuadro sobreviven a la desorganización general. Las deserciones diarias dejan claros considerables, que se llenan con nuevos reclutas, los cuales no tardan en seguir el ejemplo de sus predecesores, y debido a ese movimiento perpetuo existen contados soldados veteranos en los cuerpos. El habitante de las campañas, que por sus costumbres se acerca al estado salvaje, tiene un huraño instinto de independencia que lo hace indócil a toda especie de freno e incapaz de habituarse al espíritu de orden y a las minuciosas reglas de la disciplina militar; por eso la mayoría de los soldados sólo aspiran a desertar sin peligro; y como las localidades y la dificultad de establecer una policía severa, en esos vastos campos casi despoblados, le ofrecen la oportunidad, no tardan en aprovecharla. Esa tendencia a la deserción explica sobre todo cómo la República Argentina no ha podido mantener, hasta hoy, una fuerza armada permanente y bien organizada; pero otro hecho, que no contribuye menos poderosamente, es la falta de una ley de reclutamiento del ejército y la manera infame con que se procede. Al producirse una guerra, se activa la reunión de todos los malhechores y vagabundos; se los conduce al sitio de concentración, donde son encerrados en el cuartel hasta el momento de la partida; se les enseña rápidamente un poco de ejercicio, se los equipa, se los arma y el cuerpo está

formado. Las prisiones son los criaderos de soldados de la República; bandidos, cubiertos de crímenes, son liberados por un centenar de palos, castigo después del cual se les sacan las cadenas y se hace de ellos soldados. Los ciudadanos, y cuantos algo poseen, están exentos del servicio militar; aquellos que se sienten atraídos por la profesión entran en el servicio con un grado. Los primeros años de entusiasmo de la guerra de la independencia son los únicos que han dado a la República algunos voluntarios distinguidos.

Es comprensible que con tal modo de reclutamiento no pueda existir, en los cuerpos del ejército, ni ese espíritu marcial, ni ese noble orgullo que anima a los guerreros europeos y que debería ser, sobre todo, la herencia de las tropas republicanas; se concebirá, asimismo, difícilmente que semejantes soldados hayan podido vencer a las tropas españolas bien disciplinadas; pero hay que pensar que si la soldadesca americana no está animada de esas generosas pasiones que hacen despreciar el peligro y afrontar la muerte, posee, por lo menos, ese valor brutal, del que participan todos los pueblos salvajes y nómades. Acostumbrados desde la infancia a mojarse las manos en la sangre de los animales, a exponer la vida en los ejercicios más peligrosos y a menudo en peleas que surgen de sus reuniones; habituados a desafiar el hambre, la sed y la intemperie, los hombres que la componen son, por así decirlo, insensibles al dolor; ven correr su sangre sin emocionarse y reciben la muerte con casi tanta indiferencia como cuando la dan.

Habiéndose fijado la partida para la tarde, pasé la mayor parte del día en el bosque de durazneros de la casa. Aunque era la estación de las frutas, no había ningún durazno en los árboles y la cosecha había fracasado por completo en todas las plantaciones vecinas al Salado, lo que sucede con mucha frecuencia; mientras que en Buenos Aires y en las islas del Paraná los durazneros producen, todos los años, más o menos abundantemente y siempre excediendo las necesidades del consumo. Aunque no hay, de las costas del Plata hasta las del Salado, más que un grado de diferencia en la latitud, el descenso de la temperatura es muy sensible, lo que debe atribuirse, según creo, a la vasta extensión y a la igualdad del suelo de las pampas, que no ofrece ningún abrigo, de manera que las brisas que van del oeste hasta el sur son muy frescas, sobre todo durante la noche, y ocasionan heladas tardías por congelación del rocío, que destruyen las flores de los árboles frutales. Por el mismo motivo, sin duda, los duraznos son, en esos lugares, muy a menudo, menos bellos y menos sabrosos que los que se producen en los alrededores de la capital, y creo que, para tenerlos buenos, habría, como en Europa, que recurrir a espalderas o, por lo menos, a abrigos artificiales del lado de los vientos fríos.

Nos pusimos en camino a las cinco de la tarde, en número de aproximadamente doscientos cincuenta hombres. El escuadrón de Blandengues marchaba adelante; en el centro iban las carretas y los prisioneros de guerra; y los milicianos formaban la retaguardia. A una legua, después de haber llegado a una miserable casucha, último lugar habitado que debíamos encontrar en el camino, entramos en el despoblado. Perdimos pronto de vista todo objeto digno de atención; el horizonte se hizo perfecto; nos encontrábamos como en medio de un océano de vegetación, donde nada modificaba la monótona uniformidad, y nos hundimos en las pampas. Tal es el nombre que se da, en general, a las vastas llanuras que se extienden desde las costas del Atlántico hasta el pie de los Andes; pero, en el idioma de los habitantes del campo, que han tomado el término de los indios quechuas, *pampa* significa un espacio de terreno absolutamente llano y cubierto de pasto, lo que equivale a nuestra palabra *pradera*; no debe creerse que tal sea la naturaleza de toda la extensión de las pampas. En primer lugar, se ha exagerado mucho la llaneza del suelo, puesto que toda la parte de la provincia comprendida entre el Plata, el Paraná y el Salado, se compone de terrenos ligeramente ondulados, en los cuales se distinguen muy bien las alturas, las hondonadas donde corren diversos riachos y los pantanos que sólo se secan en verano; hay, además, como ya lo he dicho, un punto de división de las aguas entre la cuenca del Plata y la del Salado. Al sur de este último río el terreno es más generalmente llano; pero, en medio de ese inmenso mantel verde, se encuentran, como sembrados en gran número, grupos de dunas arenosas, bastante elevadas, cubiertas de una vegetación más rara, y que forman islotes, donde el color amarillento corta al verde pronunciado de la superficie llana. Hay también algunas series de colinas, cuya ubicación en medio de las llanuras hace parecer más elevadas de lo que son en realidad, y que, por tal razón, los habitantes llaman *cerrillos*, *cerrilladas*. Se ha exagerado igualmente la extensión de las pampas, por lo menos del norte al sur: es una inmensa hoya, es cierto, pero circunscrita, al norte, por las montañas de Córdoba y San Luis, y al sur, por las de Tandil, Sierra de la Ventana, etc., porque, a pesar de que sólo presentan grupos o más bien una cadena interrumpida, la línea ficticia que las une constituye una división bien marcada en la naturaleza de los terrenos. Del lado septentrional de esa línea, la pampa presenta un fondo uniforme y arcilloso; mientras que al sur el suelo se hace cada vez más desigual, mostrando muchos bancos calcáreos o partes arenosas. Sería también un error creer que, de este a oeste, la hoya se extiende desde las costas del océano hasta los contrafuertes de los Andes; hay, mucho antes de los mismos, terrenos arenosos, verdaderas estepas, que forman, alrededor, una línea divisoria de muy grande anchura.

Seguimos un camino de carretas, trazado por las antiguas expediciones a las salinas del sudoeste, y que, aunque no había sido frecuentado desde hacía gran número de años, era aún muy reconocible. Los terrenos deshabitados de las pampas son generalmente muy húmedos y las ruedas de las carretas cavan huellas profundas, que desaparecen muy difícilmente; el rastro se pierde solamente en las hondonadas inundadas una parte del año y en lo que los habitantes llaman *pajonales*, partes más bajas donde crece una gramínea que se desarrolla en gavillas tupidas y se eleva hasta la altura de un hombre a caballo, lo que hace la marcha sumamente penosa. Se ven muchos de esos sitios en las pampas; pero, al norte del Salado, la larga presencia del ganado las ha hecho desaparecer, de manera que el aspecto de la vegetación es completamente distinto.

Hicimos alto a las ocho de la noche, cerca de un pequeño lago casi seco, cuya agua cenagosa y salobre fue toda nuestra cena, porque se ordenó no hacer fuego y no quitar las bridas a los caballos, debiendo continuar la marcha a medianoche. Las carretas prosiguieron su camino; y nosotros, habiendo desensillado nuestras cabalgaduras, nos tendimos sobre nuestros recados, con las riendas en la mano.

Volvimos a montar a caballo a la hora indicada y continuamos silenciosamente nuestra marcha, en una de esas hermosas noches de verano, cuya agradable frescura indemniza de los ardientes calores de la jornada; pero la que siguió fue terrible. El tiempo estaba tranquilo y el sol ardía, hasta cuando estaba en el horizonte; pero el astro se elevó y fuimos asaltados por una nube de tábanos, cuya picadura, muy dolorosa, es seguida inmediatamente de una gota de sangre. Es imposible defenderse de ese cruel insecto, que no se anuncia con ningún zumbido y que se posa tan dulcemente que sólo se advierte su presencia por la temible succión. Fuimos obligados a recurrir a los guantes y mis compañeros se cubrieron con sus pañuelos; felizmente me había provisto de una especie de bolsa de gasa que coloqué encima de mi sombrero y que até alrededor del cuello, de manera que el rostro se hallaba protegido, sin que la respiración y la vista fueran perturbadas. Nuestros desdichados caballos, que no tenían los mismos recursos, estuvieron pronto cubiertos de sangre y varios de ellos se inquietaron a tal punto que a duras penas pudimos dominarlos. Los tábanos son raros en el interior de la provincia de Buenos Aires, porque los campos, continuamente pisados por los rebaños, no les ofrecen ningún refugio; en las pampas, sin embargo, donde abundan los pajonales y donde las hierbas, en general, se elevan a la altura natural, ese insecto se multiplica prodigiosamente y contribuye,

10 de enero

más que cualquier otro, a hacer los viajes penosos al extremo. Los caballos, asaltados por los tábanos, no pueden pastar de día y enflaquecen rápidamente. Es por ese motivo que los indios hacen pocas expediciones en la estación en que nos encontrábamos, es decir, desde el mes de diciembre hasta fines de febrero, época en la cual el número de esos insectos disminuye, no desapareciendo por completo sino a fines de marzo.

Pasamos muy temprano por la *cañada* de Chivilcoy, nombre de un cacique que, antiguamente, habitaba esos parajes. Se denomina *cañada*, en América española, a un terreno inundado, más o menos extenso y poco profundo, donde los animales pueden pacer y que se seca generalmente, por lo menos en parte, durante el verano. La riqueza de la lengua española permite distinguir, por una variedad de denominaciones, que sólo podemos traducir al francés con la palabra *marais* (pantano), muchas especies de terrenos inundados; así se llaman *bañados* a las praderas que bordean un río y que son inundadas por sus crecientes; *cañadas*, las hondonadas de la especie de que acabo de hablar; *esteros*, los pantanos más profundos y en los que crecen juncos llamados, así como las redecillas trenzadas que sirven para fabricar, *esteras*; y finalmente *cangrejales*, a los que me he referido al tratar de Corrientes. Las pampas corresponden a las sabanas secas de la América del Norte y las cañadas de gran extensión a las sabanas anegadas del mismo país.

Había también, en la cañada de Chivilcoy, algo de agua, que hizo mucho bien a nuestros caballos, que estaban cubiertos de sudor no solamente por el ardor del sol, sino igualmente por la agitación continua que les producían los tábanos. Al salir de la cañada, trepamos unas hermosas colinas de ambas orillas del Salado, que ocupan toda la extensión de su curso y son muy apropiadas para establecimientos agrícolas. A las nueve, cruzamos ese río, entonces muy bajo; corre, en el sitio donde lo cruzamos, en medio de un *bañado* cuya anchura media es de un cuarto de legua y que se inunda por completo durante las crecientes. El agua del río estaba estancada y se corrompía en un fondo de légamo espeso; es salobre a tal punto, en tiempos de sequía, que resulta imposible beberla y hasta los animales se niegan a hacerlo. Como todas las de la misma naturaleza, es muy fétida cuando se interrumpe el curso, y las pisadas de los caballos en el légamo hacen subir a la superficie burbujas gaseosas de un olor insoportable. Esos pobres animales, siempre perseguidos por los tábanos, tuvieron un momento de respiro al atravesar el río, y los vimos esforzarse, a pesar nuestro, a tomar el trote, a fin de liberarse, por las salpicaduras del agua, de esos insectos sanguinarios. Hicimos un alto, una legua más lejos, a orillas de un gran pantano poblado de juncos y que se llama laguna de Calilian: las

aguas de ese pantano, que provienen de las filtraciones de las colinas cuya base bañan, son menos salobres que las del Salado, y en esos parajes, donde el agua dulce es extremadamente rara, pueden considerarse potables; de cualquier manera, debimos contentarnos con ellas. Ese sitio había sido elegido como lugar de reunión con el primer convoy de carretas, que venía por otro camino y que debía cruzar el Salado más abajo; nos detuvimos para esperarlo.

El calor era terrible; dos tiendas de campaña, destinadas a los oficiales, estaban embaladas en las carretas, las que acamparon muy lejos de nosotros, de manera que carecíamos de toda protección contra los rayos del sol. La vasta extensión de las pampas no ofrece al viajero ni árbol ni arbusto que pueda prestarle sombra, y no le queda otro recurso, contra el insoportable sufrimiento que ocasiona el calor, duplicado por los tormentos de la imaginación, que la resignación natural de las gentes de la región y los refugios imperfectos que ha ideado su débil industria y que construyeron rápidamente nuestros soldados. Cortaron, en la laguna, algunos puñados de juncos, que fijaron en tierra en agujeros cavados con sus cuchillos; juntaron, después, de dos en dos, las cabeceras de esos postes flexibles y formaron así una serie de arcos sobre los cuales pusieron nuestros ponchos, nuestras mantas y las diversas piezas de nuestros recados. Esas frágiles cabañas estaban sostenidas por correas tendidas de una parte a otra, de manera de apuntalarlas; pudimos deslizarnos bajo aquéllas sin hallar un refugio, sino contra el calor, por lo menos contra los rayos ardientes del sol. El asado se hizo tan rápidamente como nuestras casas, y una vez que saciamos nuestro apetito, el cual, en sus viajes, se agudiza mucho por la fatiga, nos entregamos a un sueño profundo, aunque interrumpido, de vez en cuando, por la picadura de algunos tábanos, bastante audaces como para introducirse en nuestras cabañas.

Cuando nos despertamos, todos nuestros soldados estaban en el agua, y se resarcían, en el baño, del calor de la jornada. Era fácil comprobar, por el aspecto de todos esos cuerpos cobrizos, hasta qué punto la sangre está mezclada entre los habitantes de la América del Sur y sobre todo en los de la campaña; entre los doscientos cincuenta hombres que nos acompañaban, apenas se distinguían algunos blancos puros. Los restantes presentaban una mezcla de negro, indio y blanco, con tantos matices diferentes y gradaciones tan delicadas, que era difícil decir, en algunos individuos, cuál predominaba. El calor y el bochorno del sol al cual la vida activa y casi nómade de los habitantes los expone desde la infancia, contribuye mucho a oscurecer la piel y aumenta la dificultad de distinguir las razas. Sin embargo, todos tienen, salvo los mulatos muy pronunciados y los indios bien definidos, pretensiones de ser de origen

europeo y el honor de tener sangre pura; pero está a la vista hasta qué punto tal pretensión es quimérica.

Las carretas del otro convoy llegaron por la tarde y se dispuso la marcha para la mañana siguiente. Cada jinete puso a pacer su caballo, pasándole un lazo por el cuello, o más bien una larga correa llamada *maneador*, cuya otra extremidad se fija en tierra. En una zona donde no se encuentra ni un solo arbusto para hacer una estaca, esto parece muy difícil; pero las gentes del campo, obligadas a suplir todo lo que les falta, nunca se sienten impotentes. Eligen un gran montón de hierba al que atan el maneador con un nudo muy fuerte, que no se deshace nunca; sin embargo, ese procedimiento no carece de peligros, porque los caballos, espantadizos por naturaleza, se asustan fácilmente de noche, y pueden, mediante un esfuerzo violento, arrancar de raíz la mata a la que están atados; entonces parten, vientre en tierra, arrastrando la mata de hierba con ellos; y, como el ruido que hace ella, al rozar las otras hierbas, contribuye a redoblar el miedo, nada puede detenerlos; y es muy raro que puedan atraparse esos caballos. Los habitantes emplean otro procedimiento más seguro y más ingenioso: cavan con su cuchillo un agujero vertical de cuatro centímetros más o menos de diámetro y dos de profundidad; hacen, en la extremidad del *maneador*, un gran nudo que colocan en el fondo del agujero, y luego lo llenan de tierra, que apisonan con el mango del cuchillo. Tirando verticalmente, de arriba abajo, el *maneador*, es muy fácil arrancar el nudo, pero el caballo sólo tira horizontalmente y la correa se rompe antes de ceder. Cuando se trata de un lazo, el anillo de hierro que tiene reemplaza al nudo. Es una de las tantas ocasiones en que el cuchillo resulta indispensable al hombre de campo y no hay un instante en la jornada en que esa ocasión no se renueve; por eso nada cuidan tanto cuando van de viaje, ninguna pérdida sienten tanto como la de ese diminuto utensilio. Son capaces de pasar medio día en el lugar donde suponen haberlo perdido o dejado, y emplean, finalmente, el medio al cual siempre recurren en semejantes casos: prenden fuego a los campos, cuando la hierba es bastante seca como para permitirlo.

Los caballos de reserva, los bueyes de las carretas y el ganado de consumo fueron puestos en libertad para que pastaran, bajo la vigilancia de algunos hombres, que se relevaban cada dos horas, a fin de que las rondas fueran continuas, precaución indispensable para que los animales no se alejaran.

Nos pusimos en camino muy de mañana, y como nos alejábamos cada vez más de la parte habitada de la provincia, y comenzábamos a recorrer los lugares frecuentados habitualmente por los indios, se tomaron algunas medidas para impedir sorpresas. La guardia de los caballos fue confiada a un destaca-

mento que quedó exclusivamente encargado de ese servicio; lo mismo se hizo con el ganado, y todos los animales fueron colocados en la retaguardia. Se enviaron exploradores a los flancos de la columna, a una media legua de distancia, y un piquete de vanguardia tomó la delantera con los baqueanos o guías a la cabeza. Se da, en general, en el país, el nombre de *baqueano* a toda persona que conoce perfectamente un camino y puede, cuando se necesita, servir de guía; se dice así: tal es baqueano de tal lugar o de tal otro. Hay baqueanos de profesión, cuyos conocimientos se extienden no solamente a uno o varios caminos, sino también a toda una región, y que se orientan por la dirección del viento, el sol y algunas constelaciones que conocen. Poseen, por lo demás, una memoria prodigiosa y una sagacidad asombrosa para reconocer las localidades; y aunque la uniformidad de las pampas ofrece muy poca variedad de lugares, los baqueanos distinguen los diferentes aspectos muy fugaces, que escaparían a otros; se guían, igualmente, por la naturaleza de la vegetación, y por mil signos, de los cuales hacen, desde la infancia, un estudio particular. Su vista está a tal punto ejercitada, que la noche más sombría no les impide distinguir los objetos y hasta el color de los animales, a una distancia muy grande; y es raro que la oscuridad los obligue a detenerse o los haga perderse en el camino. Cuando tienen alguna duda, o la dificultad de reconocer los lugares les hace temer perderse, marchan solos adelante y eluden toda clase de conversación, sea para concentrarse y evitar distracciones, sea para eludir las preguntas del viajero inquieto, sea para no tener que hacer una confesión que costaría mucho a su amor propio. Los baqueanos calculan raramente las distancias en leguas y nunca poseen una idea justa de esa medida itineraria; el tiempo y el andar del caballo son los elementos de que se sirven, por lo general, como base de sus cálculos, y dicen: al galope se llega de tal punto a tal otro en tantas horas. Los ejércitos del país siempre tienen a su servicio un destacamento de baqueanos, mandado, generalmente, por aquél de entre ellos cuya reputación y conocimientos son más difundidos. Nuestra expedición tenía dos: uno era un anciano que, antes de la revolución, había traficado, durante muchos años, con los indios que habitaban esos parajes, y que aunque no los había visitado desde hacía largo tiempo, recordaba perfectamente todas las localidades y todos los nombres indios. El otro era un joven que había formado parte de las últimas expediciones a las salinas y que había acompañado a muchos agrimensores en la medida de concesiones ya hechas por el gobierno, hasta más allá del objetivo de nuestro viaje.

11 de enero

Luego de haber ascendido las colinas que bordean el curso del Salado, recorrimos una región llana o pampa, y vimos, pronto, alturas que comproba-

mos eran las que rodeaban la laguna Palantelen. Nos dirigimos hacia ese punto y nos detuvimos allí para hacer descansar los animales y pasar el mediodía. La laguna Palantelen está a unas tres leguas al sudoeste del punto donde acabábamos de pasar el Salado: es una de las más grandes y más hermosas que existen en el camino de la Cruz de Guerra; puede tener un cuarto de legua en su mayor diámetro. Las alturas que la rodean forman como una hoya que, del lado oeste, presenta una abertura, y cuyos bordes, bastante escarpados, pueden tener, en el punto donde nos encontrábamos, una decena de metros de altura sobre el nivel del agua.

Se nota, generalmente, que las lagunas, muy numerosas en la vasta llanura de las pampas, están como adosadas a alturas más o menos considerables y que siempre las bordean del lado este, formando una ensenada cuya abertura se presenta del lado opuesto. Esa disposición general es un hecho geológico cuya explicación parece fácil, porque basta establecer que el deslizamiento de las aguas que han cubierto el continente americano ha tenido lugar en cada vertiente de la cordillera de los Andes en sentido opuesto, como lo indica naturalmente la pendiente de los terrenos y el curso de los ríos que, de un lado, desembocan en el Atlántico, y del otro en el gran Océano. Una vez planteado esto, la corriente que, sobre esa vertiente, se establece del oeste al este, formó las tierras de aluvión que hoy son los grupos de alturas diseminadas por las pampas, y han debido crecer en medio de ellas, en el estado de movilidad en que las hallaron, esas especies de ensenadas abiertas al poniente, en el fondo de las cuales quedaron depósitos de agua, que mantuvieron, después, por filtraciones, la pendiente natural de las tierras y se convirtieron en las actuales lagunas[11].

Las aguas estaban entonces muy bajas, en el Salado y en todas las lagunas que encontramos, debido a la sequía que reinaba desde hacía algún tiempo; sin embargo, la del Palantelen era todavía bastante profunda como para que los caballos perdieran pie a poca distancia de la orilla. El agua es ligeramente salobre, pero, en tiempo de creciente, es potable; encontramos, además, en las orillas y en el pie de las alturas, pozos de agua muy fresca y mucho más dulce. Es el recurso ordinario de los viajeros en tiempos de sequía y cuando las lagunas son muy saladas. Como se halla a poca profundidad, sobre todo en la orilla misma de las lagunas, y el terreno no es muy duro, el cuchillo basta, a veces, para cavar pequeños pozos, y se consigue, en algunos minutos, agua fresca y mucho menos cargada de sales que la que sufre diariamente la evaporación considerable ocasionada por el sol.

---

11 Opinión que pertenece al señor Parchappe.

1: *Orthorhynchus Estella*; 2. *Orthorhynchus Adela*.

Hombres de la campaña, de los alrededores de Santiago, capital de Chile.

La altura en la que habíamos acampado estaba cubierta de *vizcacheras*, es decir de madrigueras formadas por el animal que los pobladores llaman vizcacha, al que ya nos hemos referido. Busca las alturas por miedo a las inundaciones y vive en familia. Esas vizcacheras son a menudo causa de caídas muy peligrosas; y cuando uno anda por un terreno lleno de esas madrigueras, debe prestar mucha atención para no salir malparado, sobre todo cuando son madrigueras abandonadas, cubiertas de vegetación alta.

En las inmediaciones de la laguna había abundantes cardos secos; y mientras se sacrificaban los animales que debían servir a nuestra comida, los soldados recogieron, en un momento, grandes brazadas de esos cardos para prender fuego. Quise contribuir, por mi parte, a esa tarea; pero me di cuenta pronto de que hay que tener las manos tan callosas como las de los habitantes, para enfrentar las largas espinas que tienen los tallos de los cardos y que cubren todo el suelo sobre el cual crecen. Sin embargo, las gentes de la zona, siempre con los pies desnudos, no tienen ningún inconveniente en andar sobre ese terreno, y si una espina les penetra en los pies la extraen con la calma y la impasibilidad que les son características; algunas veces se introducen en la carne y, entonces, emplean la punta de sus cuchillos para extraerlas. Los grandes cardales no van más allá del Salado, como ya lo he dicho, pero se hallan, casi siempre, en mayor o menor abundancia a orillas de las principales lagunas, cardones que demuestran que ha residido allí alguna tribu india, porque esa planta es una de las que, en esa región, acompañan siempre la morada del hombre, como ya he tenido ocasión de hacerlo notar. He oído decir graciosamente, a este respecto, a algunos pobladores de la campaña, que nuestra especie no produce nada bueno y que a medida que nosotros avanzamos en las pampas, los cardos nos siguen y ahogan las demás plantas.

No sufrimos tanto ese día el calor solar y comimos a la sombra de las carretas, bajo las cuales nos distribuimos por grupos. Se uncieron los bueyes de nuevo a las tres; para realizar esta operación, algunos hombres a caballo condujeron las tropillas de bueyes en medio del convoy, de manera que estuvieran a más o menos igual distancia de todas las carretas, y dieron vueltas alrededor del ganado para reunirlo. Cuando todos los bueyes están acostumbrados al trabajo, no tratan de huir y esperan pacientemente el lazo que debe conducirlos al yugo; pero cuando son animales recién domados, no es raro que escapen al galope, hasta con el lazo en el cuello, y es menester entonces perseguirlos y enlazarlos a caballo, lo que ocasiona retardos considerables. El picador de cada carreta fue a buscar, sucesivamente, los bueyes que debía uncir; los conocía tan bien que los distinguía al instante, por más numeroso que fuera el ganado,

sabiendo el lugar a ocupar por cada uno de ellos en el yugo, lo que no deja de tener importancia, como he tenido oportunidad de decirlo al referirme a la manera de domar bueyes en Corrientes. La operación de uncir los bueyes a las carretas es, por lo general, muy larga; y, si el convoy es poco importante, dura, a menudo, más de una hora.

Montamos a caballo a las cuatro e hicimos alto al ocultarse el sol, a una legua y media, más o menos, del sitio de donde habíamos partido, a orillas de una pequeña laguna cuya agua era muy buena.

Cada convoy tiene, para su servicio, un jefe o capataz, un conductor llamado *picador* por carreta, un guía que marcha siempre a la cabeza, a algunos pasos de los primeros bueyes, y uno o varios boyeros que conducen, a la cola, los bueyes y caballos de remuda. Los boyeros, durante la noche, hacen ronda alrededor de los animales, trabajo muy penoso, porque, cuando llueve y el tiempo es de lo peor, deben redoblar la vigilancia. Parece que los nuestros se descuidaron la noche anterior; por lo menos nos anunciaron, al amanecer, que una parte de los bueyes había desaparecido; pronto muchos hombres partieron al galope, en diversas direcciones, tratando de descubrir qué había sucedido con los animales. Esa pesquisa es fácil por la mañana, cuando hay rocío, porque las hierbas, frotadas por las patas de los animales, se inclinan naturalmente del lado que caminan; pero, una vez que se ha levantado el sol, todo está seco y las plantas vuelven a su estado natural, desapareciendo los rastros o, por lo menos, no dando mayores indicios de lo que se busca. No quedaba, pues, a los buscadores otro recurso que la conjetura. Si la pérdida hubiera tenido lugar cerca del sitio donde los animales fueron criados (la querencia), casi no habría duda de que hacia allí se habían dirigido, lo que sucede a menudo también desde distancias muy alejadas. Es bastante común, asimismo, ver a los bueyes, cuando están saciados, seguir el camino, sea hacia adelante o hacia atrás, este último con mayor frecuencia. La búsqueda de los animales perdidos, que se llama en el país *campeada*, no deja de tener peligros y se ve frecuentemente a los hombres que lo hacen perderse, sobre todo cuando no son baqueanos, es decir cuando no conocen las características locales; por eso manifiestan siempre alguna renuencia a este trabajo, en medio de las pampas, diciendo que temen perderse en el desierto, lo que expresan con la pintoresca palabra *empamparse*. Cuando un poblador se pierde de esa manera, lo atribuye, generalmente, a que tiene la cabeza caliente y toma el partido de detenerse, descansando, para refrescar sus ideas; desensilla el caballo, para hacerlo reposar, lo deja pastar, atándolo con el maneador, y pasa a menudo toda la noche dormido junto a su corcel, sin

12 de enero

que la aflicción que, en casos semejantes, desesperaría a un europeo, turbe su sueño. Al día siguiente, vuelve a montar a caballo, y si está muy alejado de sus compañeros de viaje, siéndole imposible hallarlos, lo que sucede algunas veces, toma, sin inquietarse, la dirección que juzga debe conducirlo a un sitio habitado, contando, para su alimento, con las boleadoras y el rebenque que le sirven, las primeras para cazar gamos y avestruces, y el segundo para matar las perdices que pululan en los campos. Está, además, provisto de los utensilios necesarios para prender fuego, utensilios que nunca olvida el hombre que se pone en camino; y se halla así en condiciones de afrontar la fatiga, el hambre y todo lo que puede presentar de horrible a la imaginación la idea de encontrarse solo, en un despoblado sin límites. Hay un caso que puede realmente embarazar al campeador, y hasta abatir su coraje: es cuando, en su carrera, siempre al galope, su caballo cae bajo él y se escapa, porque entonces el hombre desmontado, y a veces herido en la caída, ya no es nada y corre los mayores peligros. Los pobladores cuentan numerosos relatos de hombres perdidos, que jamás reaparecieron.

La desaparición de los bueyes nos obligó a diferir nuestra marcha hasta el regreso de los hombres que fueron en su busca. Un espectáculo muy curioso se produjo en ese momento para hacernos olvidar el aburrimiento que nos causaba ese retardo: vi de repente un gran número de nuestros soldados, que formaban un ancho círculo en torno de uno de sus camaradas; me acerqué y vi que el individuo, objeto de esa curiosidad, tenía en la mano una víbora, larga de cerca de un metro y medio, y de la especie muy venenosa que se llama en la región víbora de la Cruz. Como expresé mi sorpresa de verlo manipular así un animal tan peligroso, los soldados que estaban cerca de mí me dijeron que eso no debía asombrarme, que los *santiagueños* (nuestro hombre era de la provincia de Santiago del Estero) poseían, en general, el arte de hechizar a los animales más temibles, y que su camarada tenía para las serpientes *el contra*, es decir, una especie de encantamiento o defensa que las ponía en condiciones de no hacer daño; pero me di cuenta, enseguida, que ese pretendido encantamiento no consistía más que en algo de destreza y mucha presencia de espíritu. El santiagueño, después de haber cansado y aturdido a la víbora, le pegó con la mano izquierda, mientras que, con la derecha, la tenía fuertemente apretada cerca de la cabeza, de manera de no poder ser mordido, acompañando esa operación de mil monerías y escupiendo varias veces en la boca del desdichado reptil, dejándolo finalmente, no sin continuar atormentándolo, sea tirándole de la cola, sea aplicándole muchos golpes precipitados en la cabeza. A veces lo dejaba descansar un rato, y cuando veía que se reanimaba y se

disponía a volverse sobre él, le aplicaba rápidamente un golpecito al lado de la cabeza, lo que desviaba el movimiento. Ese espectáculo agradaba mucho a los soldados, que expresaban su interés con grandes estallidos de risa, y cuando se cansaron, un golpe de sable puso fin a la diversión, partiendo a la víbora en dos pedazos.

Eran las diez y nada había aparecido todavía; el comandante aprovechó ese retardo para hacernos cambiar de cabalgaduras y ordenó traer la *caballada*. Conducíamos alrededor de cuatrocientos caballos, además de los que montábamos, que habían sido traídos recientemente de la provincia de Córdoba, donde el gobierno los mandó comprar. Los soldados tomaron sus bridas; algunos se proveyeron también de lazos; y cuando llegaron los caballos, los rodearon, de manera de encerrarlos en un pequeño espacio y obligarlos a permanecer reunidos. Entonces los que estaban armados de lazos comenzaron a emplearlos; y cuando se atrapaba un caballo, el soldado, al cual estaba destinado, le ponía la brida y se lo llevaba. Esta operación puede producir los mismos accidentes que ocasiona la de uncir los bueyes; los caballos, y son la mayoría, tratan de evitar el lazo, o se lo quitan, o se escapan. Cuando traspasan el cerco que forman los hombres que los rodean, sucede a menudo que se pierden del todo, o por lo menos, que cuesta mucho trabajo atraparlos; y si son recién domados y todavía montaraces, hay que emplear por lo general las boleadoras para detenerlos. La mayoría de los nuestros, estando en ese caso, nos produjeron muchos inconvenientes en todo el curso de la expedición. Los soldados, que hacían un problema de amor propio asegurarse su docilidad, ensillaron cada uno de los suyos, una vez que todos estuvimos provistos; los montaron enseguida, los hicieron galopar un centenar de pasos, con la intención de reconocer sus buenas y malas cualidades, a fin de no exponerse a cualquier accidente en el camino. Esta precaución es de uso general en el país, así como la de llevar un caballo por la brida y hacerle andar cinco o seis pasos antes de montarlo.

Gozamos entonces de un espectáculo muy agradable y que alegró a todo el campamento. Numerosos caballos se pusieron a cocear y dar saltos, cuando sintieron al jinete; y en un abrir y cerrar de ojos veinte o treinta quedaron tendidos sobre la hierba, siendo objeto de las burlas de sus camaradas. Eso no fue todo: los corceles, una vez desembarazados de sus amos, escaparon en todas direcciones, arrojando aquí y allá los recados y las mantas. Demandó mucho tiempo y hubo que recurrir a las boleadoras para atrapar a esos fugitivos, y sus dueños debieron lamentar la pérdida de algunas piezas de sus arneses. Si se considera la lentitud y los inconvenientes de semejante manera de cambiar de

caballos, se juzgará las dificultades que deben resultar para la caballería en campaña. Agreguemos a ello que la manera de ensillar exige también más tiempo que la nuestra; que los caballos tan poco dóciles hacen imposible el conjunto y la regularidad de las maniobras, además de mil otros inconvenientes, tales como pérdidas inevitables, que dejan todo un cuerpo a pie; el deterioro rápido de los caballos, heridos, en su mayoría, por los arneses, mal cuidados, mal alimentados, fuera de servicio después de una campaña de dos o tres meses, a veces menos... y nos convenceremos de que tantos inconvenientes hacen de la caballería del país una muy inferior a la nuestra. Sin embargo, los oficiales americanos tienen la pretensión de creerla la primera del mundo y se imaginan que nada puede resistirle. Es bueno hacerles notar que sus soldados son, en efecto, individualmente los mejores jinetes que existen, pero no podrán nunca presentar, en un cuerpo, la masa compacta capaz de romper la más mediocre infantería; son intratables en este asunto, así como sobre muchos otros, y su amor propio no cede en nada. Convengamos, de cualquier manera, que nuestros jinetes, colocados en las mismas circunstancias que ellos, se sentirían muy perplejos y hasta dejarían de estar en condiciones de actuar, lo que dificultará siempre que tropas europeas puedan intentar la conquista o, por lo menos, realizar rápidos progresos en el interior de esas provincias.

Los bueyes perdidos reaparecieron, finalmente, y llegaron a las once; pero, como el calor era muy fuerte, el comandante decidió que saliéramos por la tarde. Partimos a las tres, y después de haber recorrido unas tres leguas, acampamos cerca de la laguna de Galván[12], que tiene su hoya cavada en medio de pequeñas alturas que, en ciertos lugares, están cortadas a pico y forman acantilados. Es evidente que en la estación de las lluvias debe ser muy profunda; pero, dada la sequía, el agua estaba muy baja y tan salada y fétida que era imposible beberla. Nos pusimos a practicar agujeros de cuatro decímetros de diámetro a esa distancia de la orilla. La primera capa era arenosa y se cavaba fácilmente, así como la siguiente, que era de arcilla; pero, al llegar más o menos a seis decímetros de profundidad, el terreno se endurecía mucho y esta última capa no cedió sin peligro para nuestros cuchillos y sables. El agua apareció a los ocho decímetros; era potable, aunque ligeramente salada.

Fuimos asaltados esa noche por una nube de mosquitos; nos arreglamos para dormir a orillas del agua, al pie de la barranca de la laguna, de manera de estar al abrigo del viento, y no teníamos la menor esperanza de librarnos de esos incómodos insectos. Propuse a mis compañeros de viaje subir a la altura

12 El mapa señala dos, una al lado de la otra, pero no vimos más que una.

sobre la cual estaba el convoy de carretas, pero como había que atravesar un gran espacio cubierto de cardos y cavado por las vizcachas, y como, además, la noche era muy oscura, el temor a las espinas y a las caídas les impidió aceptar mi propuesta. En cuanto a mí, nunca he podido acostumbrarme a los mosquitos, cuyo zumbido no me dejaba dormir, y por eso insistía en mi proyecto; hice ensillar mi caballo, y corriendo el riesgo de romperme mil veces el cuello, me acerqué al convoy. Encontré a los carreteros sentados en círculo alrededor de varios fuegos, encendidos en el espacio que separaba las dos hileras de vehículos; acababan de cenar y, con la pava de agua caliente en la mano, hacían circular el mate a la redonda, aguardando el sueño. Mi desdicha quiso que el lugar de las carretas estuviera cubierto de hierbas secas muy altas, en medio de las cuales un hombre acostado se hallaba como en medio de un campo de trigo y completamente a cubierto del escaso viento que soplaba, de manera que nada tenía que ganar con cambiar de albergue y pasé una noche muy mala, mientras los gauchos tendidos alrededor mío, con la cabeza bien envuelta en sus ponchos, roncaban como benditos. Mis camaradas se rieron mucho a mis expensas al día siguiente, asegurándome que habían dormido perfectamente, gracias al espeso humo de que se habían rodeado, al quedar, a orillas de la laguna, huesos y hierbas medio verdes. Es, en efecto, una defensa muy buena contra los mosquitos; pero, en medio del convoy, no se podía emplear sin correr el riesgo de incendiar los campos, lo que, muchas veces, sucede en las campañas.

13 de enero

Las carretas fueron uncidas al amanecer, de manera que partimos muy de mañana. El viento, que había soplado del norte todos los días anteriores, soplaba del sudeste, y el cielo estaba cubierto; por eso gozamos de un día muy fresco, y los tábanos nos dejaron algo tranquilos, a nosotros y a nuestros caballos. Esos insectos sólo se levantan con el sol y se acuestan al mismo tiempo que él; durante la noche, y cuando el cielo está cubierto, permanecen ocultos entre las hierbas, obligándolos a salir solamente la marcha de los animales; se vengan atacándoles las patas. No tardamos en ver delante de nosotros, en el horizonte, pequeñas eminencias, que comprendimos eran los *médanos* (dunas) *de los pozos de Piche*. *Piche* o *pichi* significa *pequeño* en el idioma de los indios araucanos; era el sobrenombre de un cacique que había residido en ese lugar. Yo no había visto hasta ese momento médanos: su aspecto es siempre agradable a los viajeros que se hallan en medio de las pampas; primero, porque rompen la monotonía tan fastidiosa de esas vastas llanuras; luego, porque anuncian la existencia de agua dulce y excelente, ventaja que su rareza hace mucho más preciosa. Tenía

otro motivo para desear verlos; estaba ansioso de comprobar la naturaleza de esos montículos, cuyo nombre español trae a la imaginación las dunas de arena completamente áridas que bordean las costas del mar. Tal es, en efecto, la idea que se forman los extranjeros, engañados por la falsa aplicación de la palabra. Los mapas de la oficina topográfica de Buenos Aires, sobre los cuales están señalados algunos de los médanos, por medio de una serie de puntos semejante a la que se emplea para hacer figurar los bancos de arena, me mantenían en ese error. Me parecía difícil creer, empero, que en medio de llanuras tan ricas en pastos hubiera tantos montículos de arena pura y estéril, y comprobé, ese mismo día, cuán falsa era esa opinión.

Habiendo llegado a las diez a los médanos de los pozos de Piche, hicimos un alto para almorzar. Mientras la comida se preparaba, subí al médano principal, que calculo de treinta metros de altura sobre el nivel del terreno circundante. Esa eminencia, que no es nada en sí misma, se convierte en montaña, comparándola con la inmensa llanura que domina: desde su cima, el panorama sin límites, en todas las direcciones, muestra un horizonte perfecto; pero el ojo entristecido recorre, con una especie de escalofrío, esa vasta soledad, esos campos silenciosos, cuyo color uniforme, amarillo por la sequía, sólo es interrumpido por el verde de algunas lagunas pobladas de juncos. Ni un árbol, ni un matorral se dibuja en el azul del cielo; el pájaro, perdido en ese océano de vegetación buscaría en vano una rama para descansar o el más modesto follaje que le sirviera de refugio; y la naturaleza parecería completamente inanimada si algunas cigüeñas no planearan sobre esos campos, si los ciervos y los avestruces no aparecieran a lo lejos, de vez en cuando. Contemplaba pasmado ese triste paisaje; y cuando volví mi mirada fatigada al estrecho terreno que ocupaba, al pie de la altura, el campamento de nuestra expedición, mi imaginación lo comparaba involuntariamente con la inmensidad del desierto y era conducido a la idea del pequeño espacio que ocupa el hombre en la tierra. La vista de las grandes soledades inspira siempre reflexiones melancólicas y lleva sin cesar el espíritu del viajero a una triste concentración en sí mismo.

Los médanos están formados de una tierra ligera, arenosa y fértil, porque, si bien la hierba es menos tupida que en la llanura, los cardos y otras plantas se desarrollan muy vigorosamente. Su aspecto es variado: tanto forman pequeñas cadenas que no toman ninguna dirección particular y cuya extensión supera difícilmente la media legua; tanto se redondean y bordean las ensenadas cuya abertura se presenta al oeste y que encierran un receptáculo de agua; o bien, es el caso más general, constituyen grupos irregulares, más o menos elevados. Aquél sobre el cual estábamos era uno de los más notables por su altu-

ra. La transición del terreno llano y arcilloso de la pampa a la pendiente arenosa, muy rápida, de los médanos, es súbita, pareciendo éstos como arrojados al azar y, por así decirlo, sembrados, con la mano, sobre la superficie de la llanura. No hay un solo grupo que no posea muchas lagunitas, mantenidas por las aguas pluviales que se filtran a través de las alturas arenosas y que son, generalmente, muy dulces; por eso se las considera deliciosas, cuando se las compara con las de las lagunas de la llanura, todas salobres, lo que se hallará muy lógico, si se considera que llegan sólo después de haber lavado terrenos más o menos saturados de sal. Al pie y al sur del médano donde nosotros acampamos había una laguna bastante grande, al borde de la cual se veían algunos pequeños pozos cavados antiguamente por los indios, sin duda para conseguir agua fresca, porque la laguna es muy dulce; son ellos que han dado su nombre al lugar.

Partimos inmediatamente después de haber comido un asado sin pan y sin sal, nuestro almuerzo habitual desde que abandonamos los lugares habitados. Dos horas de marcha a través de una pampa nos condujeron a un terreno más elevado y entramos en una especie de circo formado por varias lagunas que veíamos a derecha e izquierda y que se comunicaban entre sí, formando un rosario, lo que los naturales han denominado muy exactamente con la palabra *encadenadas*, nombre que dan a ese sitio, y común a muchas otras series de lagunas abundantes en la provincia de Buenos Aires. Ese encadenamiento es muy favorable al establecimiento de estancias, porque ofrece *potreros* o cercados naturales, fáciles de cerrar completamente por medio de algunos fosos y muy cómodos para guardar ganado. Deseábamos pasar la noche en ese lugar, que brindaba muchos cardos para hacer fuego y un emplazamiento muy apropiado para el campamento; pero el agua estaba tan salada que el comandante resolvió ir más adelante, aunque era ya tarde. El baqueano nos dijo que una legua más lejos encontraríamos un médano y agua dulce; efectivamente llegamos, a la caída de la noche, al pie del *Médano Partido*, así llamado porque presenta dos pequeñas cimas que, al acercarse viéndolas desde lejos, ofrecen el aspecto que expresa el nombre que se le ha dado. El cielo continuaba cubierto y el tiempo fresco; no había, por lo tanto, mosquitos y pasamos una noche muy buena, que nos compensó de la precedente.

14 de enero

Partimos al amanecer, a fin de llegar temprano a la Cruz de Guerra; estábamos solamente a tres leguas. El camino, hasta entonces recto, doblaba de pronto hacia el sur, y hacía un rodeo bastante grande, para evitar un gran pantano, por la punta del cual debimos pasar. Todos los caminos de carretas que atraviesan las provincias

del Plata han sido trazados, desde su origen, por los baqueanos, encargados de guiar los primeros convoyes; presentan, en consecuencia, todas las sinuosidades que deben provenir de la poca seguridad de la marcha de un hombre a caballo, orientándose solamente por el sol, por las estrellas o por objetos naturales a menudo poco destacados. Los que atraviesan el despoblado y que, en consecuencia, son poco frecuentados, conservan las divergencias que resultan de los errores de los guías; mientras que esos mismos errores, en los lugares habitados, han sido rectificados con el tiempo. La necesidad de agua ha regulado las jornadas de caminata, contribuido, a menudo, a modificar la dirección general de una ruta, y los convoyes de carretas están en libertad de seguir los caminos trazados o abrirse otros nuevos. Por lo demás, ningún obstáculo, ni natural ni artificial, se presenta en las vastas planicies al sur de Buenos Aires; a caballo y en carreta, uno puede dirigirse en todos sentidos; y en las otras provincias, los obstáculos naturales, como bosques, pantanos, montañas, obstáculos que la falta de brazos y de industria no ha permitido todavía allanar, han debido determinar otros rodeos. A pesar de todas esas causas de irregularidad, puede decirse que los caminos son, en general, bastante directos, y no habría palabras para ponderar la sagacidad natural de los hombres que los han abierto.

Indios Aucas y sus toldos (Bahía Blanca) y vista de la Sierra de la Ventana.

CAPÍTULO XV

Estadía en la Cruz de Guerra. Excursión a los alrededores y regreso a Buenos Aires

Estadía en la Cruz de Guerra

Llegamos a las ocho de la mañana a la Cruz de Guerra y acampamos sobre los médanos que bordean la laguna al este. No sabíamos si ese lugar sería el término de nuestro viaje, porque el gobierno que quería ampliar sus fronteras, sin haber hecho, previamente, reconocer las posiciones en condiciones de establecer los fuertes que debían componer la nueva línea, ignoraba si, más al oeste de la Cruz de Guerra, había o no algún punto conveniente. Esa laguna formaba parte de la línea proyectada, reconocida algunos años antes, y que partiendo del cabo Corrientes seguía las montañas del volcán del Tandil y de Tapalquén, y de allí se replegaba para llegar a los establecimientos que forman la extremidad norte de la antigua línea trazada por los españoles. La ejecución de ese proyecto se había limitado a la construcción del fuerte de la Independencia, al pie de las montañas de Tandil, y el resto de la línea sólo estaba señalado por algunos montículos de tierra, levantados como jalones o puntos de mira a distancias considerables unos de otros. El reconocimiento se había hecho marcando, en el trayecto y por medio de una brújula portátil, la dirección de los vientos, y llevando la cuenta de las distancias recorridas con la ayuda de una cuerda conducida por dos hombres que, bien que mal, seguían la línea al galope, con el resto del acompañamiento. Es de acuerdo a ese reconocimiento y otros semejantes que gran cantidad de puntos han sido colocados en el mapa de la provincia; es así

1828
La Cruz de Guerra

cómo se han ejecutado la mayoría de los trabajos topográficos que han servido para elaborar ese mapa. Al proyecto de la línea de Tandíl sucedió el que debíamos ejecutar. La nueva línea debía apoyarse en el sur en Bahía Blanca y, como ésta se halla más o menos sobre el mismo meridiano que la laguna de *Mar Chiquita*, que atraviesa el Salado y que está en la frontera de la provincia de Santa Fe, parecía que trazándola directamente de sur a norte se uniría a la extremidad de la antigua. Bahía Blanca había sido reconocida por una expedición o, mejor dicho, se había llegado hasta allí, porque ese reconocimiento se limitó, sobre el terreno, a algunas correrías en medio de las dunas estériles y las hondonadas limosas que rodean el lugar donde ancló el barco. La extremidad norte de la línea estaba mejor conocida, debido a su proximidad a las estancias y antiguos fuertes; sin embargo, la línea dibujada en el proyecto del nuevo establecimiento del norte, y que era la laguna de Potroso, fue después de un nuevo examen rechazada por poco conveniente, y se eligió, a la orilla derecha del Salado, una eminencia denominada *Cerrito Colorado*. En cuanto a los puntos intermedios, eran completamente desconocidos, salvo una gran laguna llamada *Blanca*, cuya posición, vagamente determinada por un reconocimiento de don Manuel Rosas, se halla más o menos sobre el paralelo del cerro de Tapalquén. El establecimiento que debíamos fundar uniría la laguna Blanca al Cerrito Colorado, y la dirección de la línea proyectada indicaba que se hallaba a unas siete u ocho leguas más al oeste que la Cruz de Guerra; se trataba, pues, de descubrir, a esa distancia, alguna laguna bastante grande y bastante profunda para resistir las sequías y proporcionar, al mismo tiempo, el agua necesaria a la colonia. Tal era textualmente lo que encerraban las instrucciones que me habían sido dadas por el jefe de la oficina topográfica; pero, por una ligereza inconcebible en tal personaje y sobre un asunto tan importante, me había indicado el noroeste como dirección del viento que debía seguir en mis investigaciones, poniéndose así en contradicción consigo mismo y en oposición al objetivo que se proponía, el cual era ocupar el medio entre los dos puntos de que he hablado más arriba, porque estando mucho más cerca la Cruz de Guerra del Cerrito Colorado que de la laguna Blanca, el rumbo indicado tendía a alejarnos aún más de esta última localidad. Para estar de acuerdo, sin embargo, con la letra de mis instrucciones, consulté primero a los *baqueanos*, y colocando delante de ellos el teodolito que llevaba, les indiqué la dirección que me habían señalado y les pregunté si siguiéndola encontraríamos algunas lagunas tales como las que necesitábamos. Después de haber permanecido algún tiempo pensativos, como para concentrar sus ideas, nuestros guías respondieron sin vacilar que no había, de ese lado, ninguna laguna y que única-

mente doblando más al norte encontraríamos algunas muy hermosas; pero, como así me acercaba más y más al Cerrito Colorado y me alejaba, por otra parte, más al interior de la línea proyectada de lo que ya estábamos, me volví al otro lado y les señalé desde el oeste hasta el sudoeste, lo que respondía completamente a nuestra opinión. Me dijeron entonces que siguiendo esa ruta encontraríamos muchas lagunas grandes, una, entre otras, al pie de los *médanos Monigotes*; y se resolvió que al día siguiente hiciéramos un reconocimiento de ese lado.

Las nubes desaparecieron y el sol ardía de nuevo con fuerza; nuestros soldados aprovecharon ese día de reposo para bañarse y lavar su ropa. En un instante, las orillas de la laguna estuvieron cubiertas de camisas y calzoncillos tendidos sobre la hierba; y mientras las ropas se secaban, los lavanderos se divertían en medio del lago, que, probablemente, no había visto nunca tantos bañistas reunidos en su seno; algunos hicieron participar a sus caballos de ese placer y atravesaron el lago con ellos. Aunque las aguas estaban muy bajas, los pobres animales perdían pie al acercarse al centro y trataban de retroceder; pero los nadadores les tomaban con una mano la crin, obligándolos, con la otra, a ganar la orilla opuesta. Los oficiales y yo nos moríamos de ganas de participar con los soldados del placer del baño; pero como nuestra ropa estaba extremadamente sucia y la incomodidad de las carretas no nos permitía cambiarla, suspendimos la diversión, no sintiéndonos dispuestos, por otra parte, a esperar en el agua que nuestras prendas fueran lavadas y secadas.

La profundidad de la laguna, a pesar de la sequía, nos hizo pensar en el copioso volumen de agua que debía contener en tiempos ordinarios; es, pues, poco probable que se agote por completo alguna vez. El agua tenía un ligero mal gusto y era algo salobre, pero, en época de lluvias, debe ser potable.

Monté a caballo con el comandante y partimos a nuestro reconocimiento, acompañados de cinco soldados y dos *baqueanos*. Nos dirigimos al oeste-sudoeste, y dejando a nuestra izquierda el camino abierto de las salinas, nos lanzamos al galope a través de los campos. A una legua de la Cruz de Guerra dejamos a la derecha una pequeña laguna de agua dulce, muy poco importante para hacer frente a las necesidades de un establecimiento; además, el terreno que la rodeaba era absolutamente llano y parecía muy bajo, como todo el que acabábamos de recorrer. Una legua más lejos atravesamos una pequeña colina *(cerrillada)*, cuya dirección era más o menos norte y sur. De su cima, donde nos detuvimos un momento, se distinguían todavía los médanos de la Cruz de Guerra, que, por efecto del espejismo, se destacaban en el horizonte y parecían un islote bañado por las olas del océano. Recorrimos luego una pampa, que parecía no tener

15 de enero

término; nada se ofrecía a nuestra vista más que la hierba medio marchita de la campaña y el azul del cielo; galopamos, maldiciendo el ardor del sol y la importunidad de los tábanos; finalmente, vimos una eminencia, que alcanzamos pronto y que estaba a orillas de la laguna que nuestros guías se habían propuesto mostrarnos. Trepando esa pequeña altura, el comandante y uno de los baqueanos que nos precedían se desviaron de golpe, para evitar, por un recodo, un espacio de tierra cubierto de hierbas altas y enmarañadas. Como mi caballo iba a la carrera y la vista de la laguna aumentaba mi impaciencia, no creí necesario emplear la misma precaución y seguí avanzando en línea recta; pero mi impaciencia estuvo a punto de costarme cara, porque mi caballo cayó de golpe en medio de esas hierbas, y si no lo hubiese levantado súbitamente, por un violento tirón de las riendas, me habría lanzado por delante y rodado conmigo. Había puesto las patas sobre una de las vizcacheras, viejas madrigueras abandonadas, de las cuales ese terreno está completamente minado; la hierba traidora que lo cubría es una gramínea de especie particular, de un aspecto amarillento y muy reconocible; sólo crece en terrenos que han servido de morada a las vizcachas y su presencia es señal segura del peligro que se corre si se pisa sin cautela. No fue sin tropezar más de una vez que mi caballo pudo salir de ese mal paso y sólo tuve que pasar miedo.

La vista de la laguna nos produjo un momento de placer; presentaba una hermosa balsa de agua, dos veces por lo menos más extensa que la de la Cruz de Guerra, y las alturas que la rodeaban al sur y al este mostraban un llano bastante espacioso cubierto de cardos, de hinojo y de *bisnaga*, plantas que indicaban, sin duda, que esos lugares habían sido frecuentados por los indios; pero nos hallamos completamente contrariados al llegar a la orilla del lago: el agua era de un verde pronunciado, salada y a tal punto fétida que nuestros caballos, aunque bañados de sudor y muriéndose de sed, no podían decidirse a beberla. Esos pobres animales acercaban los labios a la superficie, pero apenas la probaban, levantaban súbitamente la cabeza con disgusto, paseando por los contornos sus miradas inquietas, abriendo las narices, levantando las orejas y pareciendo revelar, con signos de impaciencia, el asombro de hallarse en medio de un lago sin poder saciar la sed que los devoraba. Tuvieron por lo menos la ventaja de refrescarse y de lavarse la sangre de que los había cubierto la picadura de los tábanos; en cuanto a nosotros, por más fatigados que estuviéramos, no tuvimos ni siquiera esa compensación, porque el tiempo nos apremiaba; y el baño no era, por lo demás, de lo más apropiado para halagar la sensualidad. Interrogaba a los guías para saber si conocían, más lejos, alguna laguna, cuando dos soldados, destacados como exploradores a nuestra dere-

cha, anunciaron que habían visto huellas recientes de varios caballos: esta noticia, que pareció alarmar al comandante, y la respuesta negativa de los baqueanos a mi pregunta, lo decidieron a ordenar el regreso a la Cruz de Guerra. Dejamos, con el mayor placer, la laguna que tanto habíamos deseado, y seguimos a nuestros guías, que se pusieron a galopar adelante. El punto que abandonábamos está situado, como ya lo he dicho, al oeste sudoeste de la Cruz de Guerra, a una distancia de alrededor de cinco leguas. Noté pronto que los conductores no tomaban la dirección que habíamos seguido a la ida y que se inclinaban algo más hacia el sur, de lo que deduje que su intención era hacernos pasar por los *médanos Monigotes:* efectivamente, después de dos leguas de marcha comenzamos a ver un grupo bastante considerable de alturas. Nuestro comandante, que no había observado lo mismo que yo, pensó que se trataba de la Cruz de Guerra, cuando una columna de humo que se elevó de golpe a nuestra derecha, y que era la señal convenida antes de nuestra partida, lo vino a sacar de su error. Lo vi palidecer de repente y estallar en terrible cólera contra los baqueanos, a quienes acusó de habernos hecho perder. Los llamó a grandes gritos y los cubrió de insultos, tratándolos de ignorantes, que no conocían su oficio. Esos pobres desdichados trataban de hacerle entender que habían creído más conveniente hacernos visitar la laguna de Monigotes, tanto más cuanto ello no ocasionaba ningún rodeo; tuvieron todo el trabajo del mundo en convencerlo y apaciguarlo, y vi hasta qué punto nuestro jefe hubiera sido poco seguro, de habernos perdido realmente y obligados a pasar la noche en medio de la pampa. Los médanos Monigotes están situados a tres leguas al sudoeste de la Cruz de Guerra, en el camino de las salinas: es uno de los grupos más elevados y más extensos que he visto y su aspecto irregular no deja de ser agradable; la laguna que baña el pie parece ser bastante grande en invierno, pero estaba entonces casi seca, lo que nos hizo pensar que cuanto más se avanza hacia el oeste, más la sequía se hace sentir. Seguimos, de regreso, el camino de las salinas, cuyas profundas y numerosas huellas parecían todavía completamente frescas, aunque hacía muchos años que dejaron de ser frecuentadas; finalmente, llegamos al campamento, muertos de calor y de cansancio, sin haber podido descansar en todo el curso de la jornada y muy descontentos del resultado de nuestro reconocimiento.

Propuse al comandante establecer un campamento provisional en la Cruz de Guerra y efectuar una nueva excursión, llevando algunos víveres, lo que nos permitiría dedicar el número de días necesarios para un examen detallado de los lugares encerrados en el radio que nos habían indicado; pero objetó que las carretas de la expedición habían sido alquiladas por el gobierno y que una de las condiciones estipuladas en el contrato era que serían descargadas tan

pronto como se llegara al punto designado para el establecimiento. Era fácil responder a esa objeción diciendo que la elección del lugar conveniente no podía hacerse corriendo, que exigía algo más de tiempo del que habíamos empleado y que, por lo demás, esa dificultad era fácil de solucionar, puesto que el propietario de las carretas iba a la cabeza del convoy; pero vi que mi hombre había tomado su decisión y que nunca había tenido la intención formal de ir más allá de la Cruz de Guerra. Lo acompañaba en silencio; mientras marchábamos me hizo notar la excelencia de los pastos, así como una gran laguna situada al sudeste de la Cruz de Guerra y que haría admirable la situación de una estancia ubicada entre las dos, tanto más cuanto había justamente una altura sobre la cual la casa estaría muy bien situada. El gobierno se proponía conceder terrenos a los colonos que fueran a establecerse en los nuevos fuertes; los oficiales participarían de esa distribución, siendo lógico que el jefe tuviera la preferencia; el nuestro, por lo menos, lo tenía bien en cuenta, y el objetivo de su paseo era, como lo confesaba en voz alta, reconocer los lugares a fin de hacer su elección y ser el primero en presentar su pedido.

El lago de la Cruz de Guerra es de forma elíptica; tiene alrededor de trescientos metros, en su mayor diámetro: la profundidad, en tiempo de crecidas, debe ser, por lo que he podido juzgar, de cuatro metros más o menos; el fondo es de una arcilla arenosa, de la que escapan burbujas de gas fétido, cuando es pisada. La laguna ocupa el centro de una pequeña hoya formada por las alturas o médanos, que la rodean de todos lados, salvo del sudoeste, donde se abre una garganta por la cual comunica, con la laguna, un pantano alargado, sirviendo de canal a las aguas pluviales que la alimentan, disposición completamente de acuerdo con la explicación que ya he dado del origen de las numerosas lagunas diseminadas en las pampas[1]. Los médanos más elevados se hallan al nordeste y al este de la laguna; están cortados casi a pico, al lado del agua, a pesar de lo liviano del terreno que los compone; descienden hacia la campaña por una pendiente desigual y bastante empinada. He calculado en una quincena de metros la altura por encima del nivel de la laguna. Los médanos que la rodean al norte y al oeste son mucho más bajos, y su pendiente, hacia ella o hacia el campo, es muy suave; los del este se prolongan hacia el suroeste, bajando paulatinamente hacia el final del pantano ya mencionado, el cual ya no hace más que uno con la laguna durante las grandes crecidas. Además de esas alturas, hay, al sur, dos pequeñas eminencias a unos seiscientos metros de aquélla, distancia que las separa de otra laguna, de forma alargada, poblada de juncos, y

1 Capítulo XIV.

cuya agua es bastante dulce: es en esos mamelones que nuestro comandante había puesto sus miradas, para su propiedad particular. El resto del suelo es llano y se ve fácilmente, por la naturaleza de las plantas que se desarrollan, que, durante los años lluviosos, debe ser muy húmedo, y estar a menudo cubierto de agua; sólo cerca de un cuarto de legua de la Cruz de Guerra los terrenos se elevan un poco, del lado sur y oeste.

17 de enero

El comandante eligió para nuestro establecimiento provisorio, hasta que se determinara el emplazamiento del fuerte, las dos pequeñas alturas que se elevan entre las dos lagunas, e hizo conducir allí los equipajes. Al día siguiente se procedió, muy temprano, a descargar las carretas, que traían la madera de construcción, las puertas y las ventanas, los útiles, las municiones, dos piezas de ocho con sus afustes, los baúles de los oficiales, los muebles del comandante y el surtido completo de una pulpería. Una vez terminada esa operación, el convoy se puso en camino y se dirigió a Navarro, de donde debía traer un nuevo cargamento de madera. Pudimos al fin disponer de nuestros efectos y tuvimos el placer indecible de cambiar de ropa, lo que no habíamos podido hacer desde nuestra partida de Buenos Aires. Por otra parte, tuvimos que soportar todo el día los rayos ardientes del sol, puesto que las carretas no podían aportarnos su sombra. Sólo quedaron dos pertenecientes al Estado; pero una guardaba las municiones y la otra estaba descubierta; y en cuanto a las tiendas de campaña, una servía para envolver la cama del comandante y la otra para guarecerlo.

Los soldados, con el fin de dar algo de regularidad al campamento, fueron a cortar juncos, y comenzaron a construir pequeñas cabañas en un alineamiento que fue trazado. No disponíamos de otro medio para abrigarnos un poco, que apilar cajas y baúles unos sobre otros, lo que nos sirvió muy poco, sobre todo al mediodía, a causa de la altura del sol en esa época.

Se trataba de precavernos de un asalto de los indios, esperando que los trabajos del fuerte hubieran avanzado lo suficiente como para brindar una defensa. La primera cosa de que se ocuparon fue poner los animales en seguridad, y trazamos, sobre la pequeña altura más septentrional, un cuadrado de cincuenta metros de lado, con un foso de tres metros de ancho, corral provisorio que debía servir para encerrar, por la noche, al ganado vacuno. Los prisioneros brasileños fueron puestos de inmediato a la obra; seguidamente otro cuadrado igual fue trazado para los caballos, porque no era prudente dejarlos pastar en la oscuridad, hasta no estar acostumbrados a ese lugar y que se estableciera un servicio de reconocimiento para evitar toda sorpresa. En todo establecimiento de ese género, como en los viajes, los caballos constituyen el objeto más esen-

cial, que concentra toda la atención, objeto siempre presente en el pensamiento de los pobladores; no asombrará eso si se piensa que el caballo es el indispensable compañero de todos sus trabajos, y que su pérdida, que facilita tanto sus costumbres semisalvajes, resulta irreparable en el desierto.

Otro interés que concentró el cuidado más especial del comandante fue el de la pulpería, atendida por su cuñado. El despacho comenzó ese mismo día y los soldados acudieron en tropel. El aguardiente, el vino, la galleta, las uvas secas, los higos, fueron festejados a porfía; y esos desdichados militares, esquilmados sin piedad, consumían, en una o dos oportunidades, un mes entero de su sueldo; pero el gaucho nunca prevé el mañana; lo mismo que el indio, con el cual tiene, por lo demás, tantos puntos de semejanza, se entrega, sin reservas, al placer que se presenta ante él; lo saborea hasta la saciedad y nunca piensa en regular sus goces para prolongarlos. En los días de abundancia no se inquieta por las privaciones, porque no hay ninguna que no sepa soportar con valor; y, en medio del más terrible desamparo, no desespera nunca del porvenir; el primer día próspero lo compensa ampliamente de todos sus sufrimientos. Su carácter presenta, a la vez, una sensualidad desenfrenada y una impasibilidad estoica; y se destaca, en su conducta, el asombroso contraste de una avidez que semeja avaricia y de una prodigalidad que podría tomarse por desinterés. Fieles a ese sistema, los soldados, declarando que el pulpero era un ladrón, se comían hasta el último centavo. Cuando el dinero faltó, les fue necesario recurrir a otros expedientes, y pronto todos sus efectos particulares fueron empeñados; finalmente, les fue abierto crédito, y como el vendedor real era, al mismo tiempo, el cajero y el que debía pagar los sueldos, no corría ningún riesgo al mostrarse confiado, y estaba al abrigo de toda pérdida.

La costumbre de recibir objetos en prenda es general en esas provincias y se extiende a los préstamos en dinero, que, por otra parte, no son nunca sin un enorme interés. Se avalúa siempre el objeto dado en prenda muy por debajo de su valor real y, a la terminación del plazo estipulado, se convierte inevitablemente en propiedad del prestamista, cuando el mismo no ha sido reembolsado de su dinero. Estos establecimientos son especialmente provechosos a sus propietarios en los casos que los jugadores se reúnen en las pulperías; sus patrones están seguros, entonces, de obtener una doble ganancia: la de la venta y la de la usura. Una multitud de individuos han hecho inmensas fortunas con ese odioso comercio, especialmente los que acompañan a las expediciones militares. El pulpero se muestra tanto más exigente con los soldados, cuando que no tiene qué temer ninguna escena desagradable, de las que las pulperías son teatro con tanta frecuencia, escenas que a veces terminan trágicamente

para el patrón, porque no hay ninguna que no se haya ensangrentado alguna vez con alguna pelea, y a menudo el patrón resulta la víctima de la furia de los jugadores y de los ebrios. El título de pariente y agente del jefe ponía al nuestro al abrigo de semejante peligro. Unos artículos que contribuyen mucho a aumentar las ganancias de los pulperos incorporados a las expediciones militares son los restos de las bestias con cuernos que consumen las tropas: los cueros y el sebo se venden por cuenta del Estado y al mejor postor, y como generalmente hay muy poca competencia y como los medios de transporte, tan difíciles por lo demás, están en poder de los compradores, se concibe que las puestas no deban subir mucho y todo venga en ayuda del adquiriente. Ese tráfico da a los jefes de las expediciones, cuando no lo hacen por propia cuenta, un medio muy eficaz de ayudar a sus protegidos. La corrupción está tan extendida que el pueblo nunca cree en la probidad, aunque se trate de los magistrados; y aunque pueden citarse algunas excepciones honorables a esa venalidad general, sería muy difícil convencer a la mayoría de los habitantes que los individuos implicados vuelven a la vida privada sin haber aumentado su fortuna particular a expensas de la hacienda pública. Por lo demás, el éxito y la impunidad todo lo legitima; sólo son despreciados quienes permanecen en la indigencia, y no se investigan los medios que han enriquecido a los que de golpe ostentan un lujo desenfrenado. No deberá, pues, asombrar si la inmoralidad es casi general y si los excesos más escandalosos se cometen con la mayor desvergüenza.

Mientras se cavaban los fosos de los dos corrales destinados a los animales, el comandante hizo comenzar su morada provisional. La madera que debía servir para construirla consistía en grandes piezas de quebracho y espinillo, con lo que se forman los montantes que sostienen la techumbre y los tirantes; y en ramas y cabrios de sauces, y en cañas o bumbúes que se parten para hacer planchas. Las puertas, las ventanas y los montantes venían hechos y listos para ser colocados; los cuerpos de los edificios debían ser de *pared francesa* y el techo de junco. Se construyó una pulpería y se nos dio, por albergue, una tienda, que sólo podía contener la mitad de nosotros; el comisario recibió algunas briznas de sauces, con las cuales consiguió, agregando fuertes juncos, hacerse una pequeña cabaña. Los oficiales acudieron, sucesivamente, a implorar el mismo favor, pero sufrieron muchas dificultades; y sólo fue a fuerza de insistencias que pudieron obtener algunos trozos de madera, con la condición, siempre, de no cortarlos. El comandante se mostraba, para los otros, excesivamente parsimonioso respecto a este producto; y sentía escrúpulos, decía, en emplear para objetivos provisionales los materiales que podían ser indispensables al establecimiento definitivo.

El agua de la laguna estaba algo alejada, y teniendo además, a causa de la sequía, muy mal gusto, se pensó conseguir otra, y se cavaron simultáneamente tres pozos, que fueron concluidos al día siguiente. Se halló agua a tres metros de profundidad; las capas transversales se componían de dos decímetros de tierra vegetal, veintitrés decímetros de arcilla pura, amarillenta, y cinco decímetros de piedra arcillosa, de un moreno amarillento. Debajo de esa capa se halló agua, sobre un fondo de arena y arcilla. Lo mismo sucede con todos los pozos cavados en la vasta llanura de las pampas: solamente varía la profundidad; pero una vez que se llega a la piedra arcillosa, llamada *tosca* por los habitantes, se tiene la seguridad de tocar agua. La que hallamos era muy buena y no presentaba ningún índice de sal.

Vimos llegar, por la tarde, un nuevo convoy de carretas, que trajo postes de *ñandubay*, destinados a construir corrales para el ganado; esa madera era inútil por el momento, por la precaución que se había tomado de encerrarlo entre los fosos. Nuestro jefe hizo trazar un nuevo cuadrado de cincuenta metros, sobre la segunda eminencia, situada al sur de la que nosotros ocupábamos: también se la rodeó de la misma manera y se comenzó a construir en el interior del cuadrado tres edificios, que ocupaban tres lados. El comandante destinaba, decía, esas nuevas construcciones al alojamiento de la tropa, en caso de ataque de los indios, hasta que el fuerte fuera construido. Viendo que nuestro jefe se ocupaba poco del objetivo esencial de nuestra expedición, le hice notar que no podía prolongar mucho mi estadía en la Cruz de Guerra y que era hora que pensáramos en la construcción del fuerte, o por lo menos en su trazado, principal objetivo de mi viaje. Se convino que ese mismo día eligiéramos el emplazamiento, y efectivamente, montamos a caballo a las once, para hacer un reconocimiento de los alrededores de la laguna.

Los fuertes que defienden la frontera contra las incursiones de los indios son destinados no solamente a servir de albergue a la guarnición que los ocupa y a los habitantes que se establecen en los alrededores, sino también a proteger el ganado, única provisión de boca, y a los caballos, sin los cuales no es posible hacer la guerra a un enemigo que siempre anda a caballo. Es menester, en consecuencia, que esos fuertes dominen un río o una laguna, donde puedan abrevar los animales, hasta en caso de asedio, caso muy raro, es cierto, pero no sin ejemplo; y, aunque el sitio se reduce siempre a un bloqueo, éste es a veces de tal naturaleza que no permite conducir los animales a un abrevadero no defendido por el fuego de la guarnición. Era, pues, esencial que el fuerte que íbamos a construir dominara la laguna de la Cruz de Guerra, y las orillas de ella no ofrecían más que dos situaciones favorables: la mejor era la pendiente

suave del oeste, a causa de lo parejo del suelo y porque esa posición permitía afirmar la base de los acantilados, alrededor de la laguna; el jefe la rechazó, por estar los materiales reunidos en la costa opuesta. Le propuse entonces los médanos del este que se elevan sobre todo el resto de la campaña, pero tuvo una objeción preparada de inmediato que oponer en la irregularidad del suelo. Tuve a bien hacerle notar que la blandura de ese terreno permitía hacerla desaparecer fácilmente, que, además, la necesidad de no alejarnos nos dejaba la opción entre las dos ubicaciones que acababa de indicarle; me fue imposible convencerlo. Me dijo que su elección estaba hecha e irrevocablemente mantenida; que el fuerte se construiría en la llanura que estaba al pie y al sudeste de los médanos, de manera de quedar al sudoeste del terreno sobre el que se proponía formar su establecimiento particular, el cual encerraría así las dos únicas lagunas de esos parajes, lo que le daría un precio sumamente alto; y que, en cuanto al fuerte, tendría por abrevadero el pantano de desagüe de la laguna. Le hice notar que ese pantano estaba seco la mayor parte del año; que el fuerte estaría dominado por los médanos vecinos; que la llanura en la cual quería construirlo presentaba todas las características de inundarse en época de lluvia; que un enemigo emboscado al pie de los acantilados del sudeste se adueñaría de la laguna, sin tener por qué temer el fuego de los sitiados; que, aunque los indios son realmente poco temibles para un lugar fortificado, había que pensar en el porvenir; que la provincia tenía que combatir más adelante a enemigos más peligrosos y que, en consecuencia, parecía lógico sacar el mejor partido de un establecimiento que el estado formaba con tan grandes gastos. Esas razones, puestas en la balanza con aquellas que determinaron la elección del comandante, no fueron de ningún peso. No me quedó más que obedecer ciegamente; pero no fue sin proponerme salvar mi responsabilidad por medio de un informe detallado, y sin lamentar la ignorancia y la debilidad de un gobierno que encargaba a un ingeniero la ejecución de esos trabajos sometiéndolo a los caprichos de un jefe.

Tuvimos, en el curso de esa jornada, una alarma causada por un accidente que estuvo a punto de trastocar los proyectos del comandante y ponernos a todos de acuerdo. Todos hacían la siesta y el más profundo silencio reinaba en el campo. Un humo espeso se elevó de golpe en medio de los vivacs de los milicianos, situados a doscientos pasos de nosotros, del otro lado del corral del ganado; como yo veía ese humo aumentar a cada instante en intensidad, sin que la tranquilidad general se perturbara, di la vuelta al foso para comprobar que podía ocasionarlo y vi que la cabaña de los oficiales de la milicia estaba en llamas, provenientes de las hierbas secas que cubrían el terreno; el fuego se

propagaba rápidamente y amenazaba invadir las pilas de madera y todo el campamento. Los milicianos, que se consideraban culpables, hacían silenciosamente todos los esfuerzos para dominar el incendio, pero en vano, y pensé que nos hallaríamos, en medio de la pampa, reducidos a nuestros caballos y nuestras vacas. Corrí a despertar al comandante, que hizo en seguida tocar la trompeta: en un instante todos los soldados acudieron, provistos de mantas y recados, y formando un círculo alrededor del fuego lograron ahogarlo o, por lo menos, impedir que se incendiaran las matas vecinas. Tal es el medio que se usa generalmente para impedir el progreso de las llamas en los campos; y cuando se extienden sobre un gran frente, cuando impulsadas por un viento violento se propagan con mucha rapidez, se recurre a otro expediente, que los pobladores denominan *contra-fuego*, y consiste en quemar, a favor del viento del incendio, una faja de algunos metros de ancho en todo el espacio que ocupa el fuego, de manera que al llegar a esa faja se extinga por falta de alimento. Se logra así, por ese medio, cuando el tiempo está tranquilo, hacerle cambiar de dirección.

20 de enero

El fuerte que iba a levantarse debía contener suficientes construcciones para alojar, además de la guarnición y los almacenes del gobierno, a los colonos que se suponían vendrían a establecerse en esos parajes; de manera que era un caserío completo que había que rodear de fosos y poner al abrigo de un golpe de mano. Los escasos brazos y recursos puestos a disposición de esa empresa exigían que todo se redujera a trabajos de fortificación pasajera y que los mismos tuvieran la menor amplitud posible. Para evitar la multiplicidad de los frentes, adopté la forma cuadrada, y una vez mi proyecto terminado fue aprobado por el comandante, comencé a trazarlo sobre el terreno. Para sacar el mejor partido de la mala ubicación que se había elegido, coloqué uno de los lados sobre la cresta de las alturas que se prolongan al sudeste del pantano. Obtuve así la ventaja de dar a todos y, en consecuencia, a los edificios del caserío, una dirección diferente de la del meridiano y su perpendicular; dirección generalmente adoptada por los españoles en sus establecimientos de esta parte de América, y que tiene el gran inconveniente de hacer que las moradas aprovechen de un modo desigual del sol, porque en las calles van de este a oeste, todo el lado del sur es muy húmedo, porque sólo recibe los primeros y últimos rayos del sol, en el verano, y está completamente privado de ellos en el invierno; es por eso que en Buenos Aires valen más los edificios que miran al norte. La disposición, que hace más igual el reparto del beneficio de la exposición al sol, es la de octantes; tal fue la que di a la Cruz de Guerra, así como lo hice en los villorrios

que me encargaron trazar en la provincia de Corrientes; es más o menos cómo son trazadas las calles de la ciudad de Montevideo; pero creo que se tuvo por objeto adaptarse a la naturaleza del estrecho terreno sobre el cual está construida, antes que apartarse del uso general. Los corrales para los animales fueron ubicados y se apoyaron sobre los frentes noroeste y sudeste del fuerte, cuya entrada, que debía cerrarse con una enorme puerta, traída desde Buenos Aires, fue practicada en medio del lado nordeste. El caserío, trazado en el interior, tenía una forma análoga; una avenida de alrededor de treinta y cinco metros debía construirse en círculo y cuatro calles de veinte metros, abiertas frente al medio de cada lado, conducían a una plaza cuadrada, de ciento veinte metros de lado y en el centro de la cual se debía cavar un gran pozo. Tal fue el plan de la Cruz de Guerra, pero sólo vi el comienzo de su ejecución e ignoro si habrá sido seguido con exactitud y llevado hasta el fin, porque los desastrosos acontecimientos de fines del mismo año me obligaron a abandonar con precipitación ese establecimiento.

Mientras me ocupaba de los planes del fuerte, el capitán comandante de los Blandengues realizaba preparativos para una expedición en la cual yo debía participar y que tenía por objetivo reconocer, hacia el sur, las llanuras situadas entre Cruz de Guerra y la laguna Blanca. Se debía, al mismo tiempo, medir algunos lotes de tierra, que el capitán y sus camaradas se proponían solicitar en arrendamiento enfitéutico. Desde la Conquista a la revolución, las concesiones habían sido acordadas por los virreyes, con la mayor facilidad y en propiedad total, a los colonos que las solicitaban: al principio se dieron como recompensa de servicios militares y personales; pero después bastaba pedirlas. Las formalidades requeridas se limitaban a comprobar, por declaración de testigos, que el terreno solicitado pertenecía al Estado y a hacerlo medir por un comisario en nombre del virrey o del gobernador de provincia, acompañado de un agrimensor y de testigos. Una vez cumplida esa operación y consignada en un atestado firmado por todos los asistentes, el virrey expedía el título de propiedad, bajo el nombre de *merced real*, sin otros gastos que los del estampillado, escribano público o notario y de un gravamen, que se pagaba una vez, conocido con el nombre de *media anata*, que hacía muy módica la evaluación hecha del terreno a tanto por legua cuadrada. Habiendo la revolución abierto al comercio extranjero los mercados de América, hizo que los productos de los establecimientos de ese género, cuyo monopolio exclusivo ejercía antes la metrópoli, aumentaran progresivamente de valor hasta el día en que los cueros vacunos se sextuplicaron con relación a lo que valían al comienzo de la revolución. Se despertó entonces la avidez de los propietarios

y especuladores; las estancias se multiplicaron, al punto de doblar la extensión que ocupaban, y las tierras fueron tan buscadas hoy como antes despreciadas. Obligado a ampliar las fronteras, para proteger los nuevos establecimientos contra los salvajes y para asegurar las conquistas hechas al desierto por pastores emprendedores que, diariamente, se asentaban, el gobierno no pudo desconocer la importancia de las adquisiciones territoriales del Estado; cesó, desde entonces, de acordar títulos de propiedad y reemplazó esas concesiones por contratos enfitéuticos, cuya duración debía ser de diez años. Creóse una oficina topográfica para formar una especie de catastro y dibujar un mapa de la provincia; abriéronse registros, donde debían inscribirse los títulos de todos los propietarios y enfiteutas. Los terrenos ocupados desde hacía gran número de años por particulares que habían descuidado de solicitar la merced real, o de llenar las formalidades de rigor, fueron declarados propiedad del Estado y sujetos, como todos los demás, al régimen enfitéutico. Los gravámenes y la avaluación se fijaron por diez años, duración del primer contrato; los primeros del dos por ciento y la segunda de tres mil pesos (quince mil francos) la legua cuadrada, para los terrenos comprendidos en la antigua línea de frontera, y dos mil (diez mil francos) para los comprendidos entre la antigua y la nueva; finalmente, se decidió que la extensión de cada lote no excediera de doce leguas cuadradas y que un mismo individuo solo podía solicitar dos. Esos progresos, lo mismo que la mayoría de las sabias instituciones tendentes a sacar a la República del caos donde está hundida, se deben a la corta administración de Rivadavia, administración que brilló como relámpago en medio de la tormenta revolucionaria y anárquica en la que el país se vio envuelto con creciente intensidad.

El comandante nos acordó, para nuestro viaje, dos vacas gordas, que fueron sacrificadas y reducidas a charque; tuvo la bondad de agregar un poco de sal, algunas libras de yerba y algunas brazas de tabaco del Brasil. Las provisiones de las gentes de la zona se limitan generalmente a esos artículos, y cuando están seguras de que no les faltarán, así como tampoco los caballos, son capaces de emprender la vuelta al mundo, sin pensar en hacer la maleta ni llenar la bolsa. Tienen siempre una cama lista en el recado, una posada allí donde encuentran agua que beber y cardones que quemar; y su lazo y sus boleadoras ocupan el lugar de las provisiones de boca. Por más habituado que estuviera a esa manera de vivir, hice agregar a nuestros comestibles un poco de azúcar, té y otros productos que nos proporcionó la pulpería. Nuestra partida se fijó para el 23.

Me di cuenta, al levantarme, de que gran parte de mi trabajo de la víspera resultaba inútil. Durante la noche, los animales, que por no haberse cerrado el

corral pastaban a discreción, se habían frotado contra las cañas que me sirvieron de jalones y que planté en los diversos ángulos del trazado de nuestras obras; la mayoría estaban rotas o volteadas, me era necesario, por así decirlo, volver a empezar. El ganado, que en este país vive en libertad, sin conocer la manta ni la almohaza, tiene gran propensión a rascarse contra el primer objeto que encuentra, y como no halla, en esa provincia, árboles que le presten su concurso, se congrega alrededor de los postes de los corrales, de las ruedas de las carretas y hasta frente a las paredes de las casas, para aliviarse de la picazón que siente. Me vi obligado en mis viajes, para poder dormir, a alejar muchas veces a los animales de mi carreta, a la cual se acercaban, a cada instante, sacudiéndola bruscamente.

21 de enero

Para evitar en lo sucesivo tal inconveniente, hice trazar con la azada todas las líneas proyectadas y se comenzó, ese mismo día, a cavar la fosa; solamente los prisioneros brasileños trabajaron. Aunque el gobierno fijaba un alto pago de dos pesos (diez francos) por día a los soldados que tomaban parte en el trabajo, todos los milicianos y la mayoría de los Blandengues preferían pasar el tiempo en la ociosidad y permanecer perezosamente tendidos en sus cabañas, con el cigarro o las barajas en la mano, que ganar, por medio de una labor muy poco penosa por lo demás, un salario que les era tanto más necesario cuanto su sueldo había sido gastado apenas recibido y, a menudo, antes; ¡hasta tal punto los gauchos son apáticos y perezosos!

Por la tarde comencé a levantar el plano topográfico de los alrededores de la Cruz de Guerra y tomé por base uno de los frentes del fuerte; no había otros puntos que se destacaran en esa soledad fuera de las obras que habíamos construido y un montículo de tierra artificial, ubicado en la parte más alta de los médanos de la laguna. Esa colina cónica fue levantada por la expedición que, anteriormente, recorrió la antigua línea de frontera; los que la integraban quisieron, sin duda, seguir el ejemplo de los antiguos aventureros que al descubrir y tomar posesión elevaban una cruz en las playas donde abordaban. Tal seña de su presencia y algunos fragmentos de botellas de Burdeos que la rodeaban, probaban, a la vez, que otros cristianos habían frecuentado antes esos lugares y que estaban mejor aprovisionados que nosotros.

Llegó un expreso de la capital. Recibí de la oficina topográfica una nota con la orden de transferir a mi ayudante la vigilancia de la ejecución de los trabajos y dirigirme, lo más pronto posible, a la Guardia del Monte, a fin de aguardar los medios de transporte a Tandil, donde se reuniría, bajo las órdenes del coronel Estomba, la expedición que debía dirigirse a Bahía Blanca. Vacilé

un instante antes de tomar una resolución respecto a este nuevo viaje, que acepté empero prometiéndome ir antes a Buenos Aires, y anuncié a nuestro jefe que mi partida tendría lugar al regreso del reconocimiento que iba a hacer.

23 de enero

El comandante hizo cavar por completo una extremidad del foso del fuerte, a fin de comprobar con qué facilidad podría ejecutar ese trabajo; el terreno estaba compuesto de las mismas capas que el lugar donde se cavaron los pozos; sólo que la arcilla estaba mezclada con algo de arena. Era en realidad una dura la capa de piedra arcillosa que precedía al agua, y la misma estaba algo antes de llegar a la profundidad total; pero, como el ángulo donde se había comenzado la excavación era el punto más bajo del terreno, ese inconveniente debía desaparecer a medida que se alejara.

Terminaron los preparativos para el viaje que debía comenzar al día siguiente; el charque estaba casi seco; se hizo un fardo; las otras provisiones formaron un segundo fardo, y el conjunto completó la carga de un caballo que debía seguirnos; por desgracia, el tiempo borrascoso impidió la rápida desecación de la carne, una parte de la cual se perdió por completo, y la otra tenía un color verdusco y un olor que no halagaban ni al ojo ni al olfato. Temía que tales provisiones fueran menos que suficientes para la probable duración de nuestro viaje, e hice al capitán de Blandengues partícipe de mis temores, pero él me tranquilizó, diciéndome que con las bolcadoras de nuestros soldados nada nos faltaría, y que los ciervos y tatúes suplirían la falta de carne. Lo sucedido justificó a la vez su confianza y mis temores: su confianza, puesto que no nos morirnos de hambre; mis temores, porque nuestros estómagos sufrieron mucho. Nuestra escolta debía componerse de doce soldados de confianza, a quienes se distribuyeron las municiones y pusieron sus armas en condiciones. Por la tarde, esos mismos soldados se fueron a incendiar los campos, en la dirección que debíamos seguir, a fin de desembarazar el terreno de las altas hierbas que lo cubrían y hacer la marcha menos difícil.

La costumbre de incendiar los campos está generalizada en las provincias del Río de la Plata. Tiene por objeto destruir los productos muertos de la vegetación y facilitar el renacimiento de los mismos; por eso, sólo se practica esa operación al acercarse la primavera, siendo en otra época más perjudicial que ventajosa. Nada más agradable que la vista de un campo quemado cuando comienza a reverdecer; las plantas se desarrollan con un vigor y una rapidez asombrosos; la frescura de la vegetación atrae al ganado hambriento de los viajeros y brinda a los mismos un tierno pasto para descansar. Tales incendios

periódicos no dejan, empero, de tener sus inconvenientes y, a menudo, ocasionan funestos accidentes, sobre lodo en los lugares donde las casas están algo cerca. Los inmensos cardales que cubren casi todo el territorio de la provincia de Buenos Aires ofrecen una materia más combustible que las hierbas de las pampas y hacen que los incendios sean más violentos y peligrosos. Por ese motivo, el gobierno prohibió quemar campos en la parte de la misma provincia comprendida entre el Salado y el Plata; sin embargo, la desidia de los viajeros, que no extinguen los fuegos que encienden en sus paradas, ocasiona a veces accidentes imprevistos. Hubo un incendio terrible en 1820 impulsado por un viento violento del sudoeste, que llegó a los alrededores de la capital y causó enormes daños; en su mayoría, las casas de la campaña, cuyos muros se componen, en gran parte, de madera y el techo de juncos, fueron consumidas por completo; perecieron numerosos vacunos y rebaños completos de ovejas; grandes plantaciones de bosques de durazneros resultaron totalmente destruidas; finalmente, la ciudad estuvo, durante algunos momentos, sumida en la oscuridad, al punto que era imposible leer y que algunas mujeres se desmayaron de miedo. Todo el mundo estaba estupefacto e ignoraba la causa de ese fenómeno, cuando la violencia del viento, disipando poco a poco esas tinieblas y trayendo una nube de briznas de paja carbonizadas, reveló la causa.

Tuvimos a nuestras expensas, al atardecer, una nueva prueba de los peligros que acompañan a veces la combustión de los campos. La jornada había sido muy tranquila y el fuego, que los soldados encendieron lejos, se propagaba en todas direcciones; a la caída de la noche, estaba lo suficiente cerca del campamento como para inspirar serios temores. El comandante hizo reunir a todos, y nuestros soldados, provistos de sus bombas de incendio, es decir de las mantas y caronas de sus recados, formaron una gran línea en toda la extensión que el mismo ocupaba. Gocé entonces de un espectáculo imponente y extraño; el cielo estaba cubierto y la profunda oscuridad de la noche daba a las llamas y a sus reflejos el más vivo brillo. Imaginemos una línea de fuego de una media legua de extensión, que a veces parecía extinguirse y presentaba el aspecto de un cordón iluminado, y a veces se reanimaba y parecía un mar de olas encendidas. Al ganar el fuego, de vez en cuando, las altas matas aisladas, inflamaba a las mismas instantáneamente y formaba un manojo de llamas ondulantes, del seno de las cuales se lanzaba, como un volcán, una gavilla de chispas y llamitas. Más de doscientos hombres, ubicados frente a esa cortina luminosa, sacudiendo sus trapos y agitándose en todos sentidos, parecían las sombras de Tártaro, y cuando mostraban sus rostros cetrinos, enrojecidos por los reflejos de la luz, se los hubiera tomado por los dioses de la morada som-

bría, con los cuales tenían, por lo demás, tantas semejanzas morales. Creo que los esfuerzos de esos duendes habrían sido inútiles si el viento, elevándose poco a poco de la parte norte, no hubiera detenido los progresos del incendio y cambiado su dirección.

Excursión a los alrededores

Pampas
23 de enero

Los caballos fueron ensillados muy de mañana y nos dispusimos a partir, proponiéndonos marchar toda la jornada sin detenernos. Nuestra caravana se componía del capitán de Blandengues y de un joven oficial que quería acompañarnos para pasear; de doce soldados, de un criado que traje de Buenos Aires, y de dos baqueanos de la expedición, que tenían, según decían, un conocimiento muy amplio del terreno que íbamos a recorrer. Yo debía medir cuatro extensiones de tierra, de doce leguas cuadradas cada una, es decir que era necesario trazar cuatro rectángulos de cuatro leguas sobre tres; y, como debían ser contiguos, estaban cerrados en un gran rectángulo de ocho leguas por seis. La legua legal del país contiene seis mil varas y difiere poco de la legua marina, de veinte por grado. Como la naturaleza del suelo de la provincia de Buenos Aires ofrece muy pocos límites naturales, es menester sustituirlos con límites artificiales y trazar el contorno de las propiedades por medio de mojones alineados; la falta de todo obstáculo y la comodidad de elegir un perímetro fácil de trazar, hace que se adopte, por lo general, la forma rectangular. Una parte de los antiguos lotes, distribuidos sucesivamente por los virreyes, tienen sus lados dirigidos de acuerdo al meridiano y a la perpendicular; otros poseen, por dirección, la misma de los octantes; y como se ha reconocido que es la más análoga a la forma de la provincia y al curso de sus ríos, ha sido definitivamente sancionada por la ley, de manera que todos los terrenos concedidos y medidos desde hace algunos años son rectángulos, cuyos lados se dirigen del nordeste al sudoeste y del noroeste al sudeste.

Fuimos informados de que el gobierno se proponía poner en reserva, alrededor de cada uno de los fuertes de la nueva línea de frontera, cien leguas cuadradas de terreno, para ser distribuidas en pequeños lotes a los colonos que se establecieran; y los individuos que iban a trabajarlas, deseosos de obtener grandes lotes en enfiteusis e impedir toda dificultad que pudiera sobrevenir, me expresaron el deseo de que sus terrenos se hallaran fuera de los límites que debían alcanzar las cien leguas. Partiendo del supuesto de que el fuerte de la

Cruz de Guerra debía ocupar el centro de un cuadrado de cien leguas y cuyos lados se dirigirían de acuerdo a los octantes, debía, para alcanzar el lado sudoeste de tal cuadrado, marchar siete leguas y siete centésimos directamente al sur. Procediendo a efectuar esa operación, debí adaptarme al método empleado en la región y autorizado por la oficina topográfica, por más grosero que fuera.

Los agrimensores toman todas las medidas con la brújula y deben tener en cuenta la declinación; trazan sus líneas por medio de banderillas conducidas por hombres a caballo que corren delante, para alinearse por sí mismos sobre las líneas que los precedieron, cuando no son colocados con ayuda del agrimensor, encargado de esa tarea. Las distancias se miden con una cuerda, por lo común de cien o ciento cincuenta varas, sostenida por dos hombres, y las extremidades de cada medida son marcadas por otros, provistos, a este efecto, de cañas o bastones cuya punta se afila; todas estas operaciones se efectúan sin poner pie en tierra y se mide galopando a través de zarzas y cardones. Se explica todos los inconvenientes que ocasiona semejante manera de amojonar; y los resultados de operaciones tan groseras, a pesar de no ser, a lo sumo, más que una aproximación a la verdad, son, empero, los únicos datos empleados por la oficina topográfica para el trazado del mapa de la provincia. Los graves errores que resultan del mal amojonamiento de las propiedades originan pocos o ningún inconveniente, mientras que los terrenos permanecen abandonados y casi carecen de valor; pero hoy que adquieren precio en una progresión muy rápida, la errónea determinación de los límites es la fuente de una cantidad de procesos, que se multiplican en razón directa de la división de las propiedades.

Tenía un teodolito bastante bueno, provisto de una aguja imantada; colocándola en el ángulo sur del fuerte, que me sirvió de punto de partida, dirigí la visual en la dirección del meridiano e hice alinear, en esa dirección, a los soldados portadores de banderillas. Partimos después, y para evitar una parte de los errores ocasionados por la forma de encadenar de que acabo de hablar, ordené que la marcha se hiciera al trote y no al galope; pero nos vimos pronto obligados a tomar el paso y hasta a detenernos del todo, a causa de la torpeza de mis jaloneadores, que hacían imposible mantener esa dirección. Aunque eran viejos soldados, carecían a tal punto de agudeza visual que no pude conseguir hacerles comprender cómo debían alinearse; fui obligado a multiplicar las paradas para rectificar nuestra marcha, y aunque no descansamos hasta la caída del sol, no pudimos hacer, en el curso del día, más que tres leguas.

El terreno se eleva un poco, al salir de la Cruz de Guerra, y forma una meseta de una legua de ancho; tal meseta fue completamente recorrida por el

fuego de la víspera y presentaba una gran superficie negra, cubierta de paja carbonizada, sin otro indicio de vegetación que los juncos de dos o tres pantanos, que, no obstante la falta de agua, conservaban bastante humedad como para defenderse del incendio. Ese duelo momentáneo de la naturaleza sólo presentaba despojos a la vista entristecida; se veían, aquí y allí, esqueletos de animales, blanqueados por el tiempo y que el fuego había desnudado de la vegetación que los cubría desde hacía años sirviéndoles de tumba; algunas cabezas de vaca y de caballo revelaban que en otra época esa parte del desierto estuvo animada por la permanencia o el paso del hombre; el tímido ciervo, el avestruz de ágiles patas, el huraño jaguar, huyeron también de ese lugar desolado, visitado sólo por algunas aves de rapiña.

Luego de haber atravesado la meseta incendiada, descendimos insensiblemente a una gran pampa, cubierta, en parte, de pajas muy altas (pajonales), en las que un hombre de a pie se habría perdido y que no contribuyeron poco a hacer lenta nuestra marcha y a hacerme maldecir equivocados reconocimientos visuales de mis portabanderas. El terreno se elevó después un poco y nos hallamos, a la puesta del sol, cerca de una gran laguna, donde resolvimos pasar la noche. Por desgracia, el agua, muy baja, no era potable, pero nuestros soldados, al buscar más lejos lugares bien provistos de hierba para hacer pastar los caballos, descubrieron, a doscientos pasos de nosotros, un charquito con juncos, que nos abasteció de agua dulce y fresca. Pronto instalamos el vivac; la operación se limitó a tender nuestros recados, que debían servirnos primero de asientos y después de camas, y reunir algunas brazadas de cardones, para hacer fuego. La preparación de la cena no exigió mucho tiempo; pedazos de charque expuestos a la llama durante algunos minutos, y mate, fueron nuestros alimentos.

Nuestras cabalgaduras fueron colocadas alrededor de nosotros en la plataforma y las que constituían nuestra reserva atadas de dos en dos por el cuello (*acollarados*); se pusieron, además, las trabas a las patas de delante de uno de los caballos de cada par, de manera que el caballo libre no estuviera en condiciones de alejarse mucho y el otro de arrastrar a su compañero. Tal es el método que se usa para retener una tropilla en medio del desierto, pero cuando está presidida por una yegua basta poner las trabas a la misma, con la seguridad de que sus compañeros no la abandonarán. A pesar de todas estas precauciones, suceden a veces accidentes que ponen a los viajeros en dificultades, y pudimos convencernos de ello esa misma noche. El mate había dejado de circular y dimos la última mano a nuestras camas. Nuestros soldados, mientras extendían sus arneses y se sacaban los ponchos, para disponerlos como frazadas para la noche, notaron que los caballos estaban inquietos, levantaban las orejas y dejaban de pastar,

para demostrar temor e impaciencia. No pudiendo adivinar la causa, pero suponiendo lo que podía ser, nuestros hombres se agacharon, para buscar en la oscuridad el motivo del temor de nuestras cabalgaduras; nada pudieron ver, pero sacaron la conclusión que debía haber, en los alrededores, un puma o un jaguar. Al oír tal noticia, mi criado, que parecía participar de la inquietud de los caballos, acercó, sin decir una palabra, su cama a las nuestras, demostrando, por sus gestos, que deseaba estar lejos del huésped cuya visita anunciaban los soldados; ellos comenzaron a hacerle burlas. Como pretendía no tener miedo y se hacía el valiente, el capitán, para ponerlo a prueba, simuló tener sed y le pidió que fuera a buscar agua al charco. El pobre diablo, colocado entre el miedo y el amor propio, vaciló un momento; finalmente, asediado por las bromas de los Blandengues, fue dominado por el honor... Partió con aire resuelto, la pava en la mano. No tardamos en verlo reaparecer, pero esta vez no ocultaba su pavor. Llegó sin agua, sin aliento y tan asustado que tuvimos mucho trabajo en hacer que nos explicara lo que había visto. Nos dijo que era un jaguar, cerca del pantano, cuyos ojos brillaban en medio de los juncos como dos velas. Al oír esas palabras, los bromistas interrumpieron al pobre narrador, que no tuvo otro partido a elegir que irse a la cama, diciendo que estaba muy seguro de lo que decía y que nosotros veríamos tal vez pronto que no estaba alucinado; la aparición que había aterrorizado a mi criado era demasiado real. Hacía apenas una hora que estábamos acostados y conversábamos, aguardando el sueño, cuando, de golpe, un ruido semejante al trueno nos anunció la dispersión completa de nuestros caballos: unos arrancaron las matas de hierba a que estaban atados; otros rompieron las ligaduras y las trabas, y todos hicieron los esfuerzos más violentos para escapar al peligro que los amenazaba. Los que corrieron el mayor peligro se arrojaron en medio de nosotros, seguidos del terrible animal que creía hacer de ellos su presa. Nos pusimos de pie al instante, algunos sable en mano, otros armados de sus mantas y todos gritando fuerte para asustar al autor del desorden. La fiera, alarmada por la recepción, franqueó, en dos o tres saltos, el espacio que ocupaba nuestro vivac, y desapareció con tal rapidez que me fue imposible distinguir si era un jaguar o un puma; pero los soldados aseguraron que era un jaguar, lo que no es improbable, aunque en esa latitud comienzan a ser raros.

La pareja de caballos que, para nuestra dicha, se arrojó en medio de nosotros, fue ensillada por los soldados, y sirvió para reunir al resto, lo que se hizo sin dificultad, habiendo perdido tres o cuatro, que no pudimos atrapar y que probablemente regresaron al establecimiento. Los que huyeron en dirección de la charca de donde había salido el jaguar nos dieron un trabajo enorme; se dejaban conducir sin oposición hasta cierta distancia de los juncos; pero, cuando

el olor les hacía reconocer el sitio fatal y los rastros de la fiera que los asustó tanto, retrocedían y partían a toda velocidad. Procuramos tres o cuatro veces, en vano, volverlos al camino, y nos vimos obligados, finalmente, a hacer un gran rodeo para reunir a los otros. Una vez disipada la alarma, el orden se restableció rápidamente: únicamente mi criado no pudo tranquilizarse; este pobre muchacho pasó toda la noche sentado sobre su recado, interrumpiendo, a cada instante, el sueño de los soldados impacientes por sus continuas preguntas y nada dispuestos a mantener una conversación en la que el muchacho, por su parte, estaba tan interesado.

24 de enero

Teníamos ante nosotros, en una extensión de más de una legua, una cortina de médanos que se dirigían del este al oeste y que ascendimos muy de mañana. Nuestro baqueano me dijo que esas alturas, que formaban un grupo notable por su extensión y elevación, eran conocidas con el nombre de *médanos de Ocá*. El pie del lado opuesto estaba bañado por dos lagunas de agua dulce y límpida; y los accidentes del terreno circundante, cuyas pendientes morían a orillas del agua, hacían de ese lugar un sitio que, comparado con la superficie llana y monótona de los campos de las inmediaciones, podía ser considerada pintoresca, y a la cual, para ser realmente agradable, sólo le faltaba la presencia y los trabajos del hombre. El terreno se mantenía bastante elevado durante cerca de una legua; pero luego se hacía bajo al extremo; los pajonales se multiplicaron y atravesamos grandes espacios cuya vegetación indicaba que debían estar inundados la mayor parte del año. Por suerte mis alineadores se hicieron más hábiles y me vi menos obligado a detenerme para rectificar nuestra dirección; algunos de ellos habían adquirido ya tal tacto que llegaban al galope, y sin vacilar plantaban verticalmente su bandera de manera de cubrir exactamente a los que precedían; se mostraban así dignos herederos del nombre de Blandengues, si es cierto que este nombre proviene, como muchas personas me lo aseguraron, de la palabra *blandir* o *blandear*, hablando de la lanza, y que sus antepasados asombraban por la destreza con que manejaban esta arma.

Al cabo de tres horas de marcha, nos detuvo un gran pantano, profundo y cenagoso, cubierto de un bosque de elevados juncos. El baqueano me dijo que era un *cañadón*[2], formado por uno de los brazos del Río Saladillo y que dudaba que pudiésemos atravesarlo.

---

2 *Cañadón* es un aumentativo de *cañada*; y la acumulación de agua designada con el primero de esos nombres difiere de lo que expresa el segundo, en que es más considerable y está por lo general poblada de grandes juncos, estero que afecta cierta dirección y que tiene

Antes de intentar el pasaje del cañadón, quise asegurarme si la dirección que seguíamos debía ser mantenida desde entonces; y, habiendo notado que la línea de juncos no se prolongaba a nuestra derecha, envié un hombre adelante con una banderilla, ordenándole bordear la orilla del agua. Vi pronto que el obstáculo que nos detenía era un recodo del río y salvé la dificultad trazando sobre el terreno un pequeño triángulo, que calculé de manera que su cima cayera exactamente en la extremidad de la distancia que debíamos recorrer, es decir, a siete leguas y media[3] de la Cruz de Guerra. El punto determinado se hallaba a la misma orilla del cañadón, frente a un pequeño médano aislado, conocido por el baqueano con el nombre de *médano del Buey*. De ese punto debíamos partir para trazar los cuatro lotes de terreno y fijamos un mojón a la manera del país, es decir, rodeamos un espacio circular, de unos tres metros de diámetro, de un pequeño foso, arrojando al centro la tierra de la excavación para formar un montículo de forma cónica. Esos oteros, en llanuras donde no hay ningún otro objeto que se destaca, se distinguen de muy lejos, y como se cubren pronto de vegetación, duran muchísimo tiempo. No se podía suplir de manera más ingeniosa la falta de piedras y maderas para señalar los límites de las propiedades: por eso las tierras recientemente ocupadas no tienen otros límites; los de piedra o madera de las propiedades antiguas fueron construidos con materiales traídos de afuera, porque, desde Buenos Aires hasta las montañas de Tandil, no se descubre el más pequeño guijarro, ni un árbol que pueda proporcionar un poste capaz de servir de mojón.

Hicimos alto, tanto para levantar el mojón de que acabo de hablar como para dar descanso a los caballos; ascendí luego a la cima del médano del Buey para observar la comarca, y noté que el cañadón, cuya orilla alcanzamos, se extendía del sudoeste al noroeste, lo que me hizo tomar la resolución de hacer

---

una corriente visible en tiempo de crecida; en una palabra, es un arroyo o riacho que, al hallar un terreno muy llano y casi sin pendiente, degenera en pantano. Algunos retenían luego su forma natural, encajonándose de nuevo; y esos cambios se repiten alternativamente varias veces, de manera que hay ríos que parecen desaparecer de golpe y cuyo curso sólo se puede volver a descubrir estudiando la forma del terreno. Por eso es que la mayoría de los que descienden de la cadena de las montañas del Volcán, Tandil y Tapalquén, y que corren por una vertiente cuya pendiente, desde el pie de esas montañas hasta el Salado, es casi insensible, se hallan en el caso de que acabo de hablar, y reciben de los pobladores nombres distintos en las partes interrumpidas de su curso. Así, el riacho de las Flores, que desemboca en el Salado en el mismo punto que el Saladillo, lleva, en su curso, el nombre de *Arroyo Tapalquén*. El *Arroyo Azul*, después de haber dado nacimiento a un gran pantano, forma, más abajo, el *Arroyo Gualiche*, y así otros. De ello resulta una gran confusión.

3 Leguas del país.

una línea de demarcación entre los lotes de terreno que iba a trazar, colocando dos a una orilla y dos a la orilla opuesta. Me adapté, en eso, a una ordenanza muy inteligente del gobierno, que prescribe tomar los cursos de agua que se encuentran en los terrenos que se descubren por límites naturales, de manera que fueran de goce común de las propiedades contiguas. De acuerdo con esa determinación, el mojón que acabábamos de colocar debía estar en medio del lado norte del gran rectángulo que yo había trazado, y sólo me faltaba dirigirme, de ese punto, hacia el sudeste o hacia al noroeste.

La primera de esas rutas me obligaba a cruzar a continuación el cañadón, y aunque fuera tan ancho que no podía descubrir la otra orilla y la extensión de los juncos se confundía con la línea del horizonte, tomé el partido de aprovechar el buen estado en que estaban todavía los caballos para flanquear ese mal paso. Después de alinear las banderillas en la nueva dirección que debíamos seguir, montamos a caballo y entramos en esa espesa floresta de juncos, haciendo alrededor de doscientos pasos en un lecho de limo de medio metro de profundidad, después del cual hallamos agua. Pocas marchas son más penosas que las que debimos hacer por la tarde; el pantano se hizo tan profundo que el agua llegaba al lomo del caballo y los juncos eran tan tupidos que tuvimos una pena infinita en abrirnos paso; por otra parte, su altura era tal que superaba en mucho la cabeza del más alto de nuestros jinetes, y estos, para ver las banderillas y alinearse, estaban obligados a pararse sobre su montura. El calor era excesivo y el agua salobre al punto de no poder ser utilizada; los mosquitos nos cubrían el rostro y las manos; marchábamos con la mayor lentitud, sin tener ante los ojos otros objetos que los juncos que nos rodeaban y el sol que ardía sobre nuestras cabezas, y sin posibilidad de prever cuándo saldríamos de allí.

Los jinetes de la región van generalmente con los pies desnudos o no poseen otro calzado que las botas de potro, que se ponen como guantes, no temiendo mojarse las piernas, y se contentan con arremangarse los calzoncillos; sin embargo, cuando quieren mantenerlas secas, las levantan hacia adelante, de manera que los talones casi toquen los bastos del recado; y así arrodillados, son capaces de trotar una jornada entera; pero el europeo que logra colocarse en esa posición no puede soportarla a lo sumo más de algunos minutos, y lo mejor para él es cruzar los estribos por encima de la montura, lo que levanta sus pies a la altura de la cruz. Es cierto que esa postura exige un gran conocimiento del caballo para seguir con exactitud sus movimientos, a fin de no perder el equilibrio, y que expone al jinete a que una caída le haga tomar un baño completo, pero es mucho menos que una cal incómoda que la otra y nada tiene de cansadora.

Pasamos toda la tarde en medio del agua y de los juncos y estaba por terminar el día cuando, al fin, llegamos a la otra orilla; no habíamos hecho, sin embargo, más que las dos terceras partes de una legua del país; pero, además de la lentitud de nuestra marcha, nos vimos obligados, al llegar a cada banderilla, a hacer una larga pausa, aguardando que quienes nos precedían hubieran tenido tiempo de hallar la dirección y ubicarse. El rumbo que seguíamos nos había hecho, por desgracia, atravesar oblicuamente el cañadón, porque su anchura real sólo era de alrededor de dos mil varas (1.733 metros). Salimos sedientos y tan fatigados moral como físicamente; por suerte el baqueano tomó temprano la delantera para buscar un lugar conveniente para hacer alto de noche. Un humo, que vimos en la cima de un médano situado a un cuarto de legua a la derecha, nos indicó que nos aguardaba con el fuego encendido, y lo alcanzamos al galope, después de haber plantado una bandera para reconocer el punto donde estábamos,

25 de enero

Dormimos un sueño reparador, que el fresco de la noche, así como el cansancio de la víspera, hizo tan profundo como agradable. Me levanté con el día y miré alrededor mío para reconocer el lugar donde estábamos, lo que no había podido hacer el día anterior, porque la noche era cerrada al llegar al sitio donde acabábamos de gustar las dulzuras del descanso. Nuestro vivac estaba establecido en la pendiente de un médano, cuyo pie rodeaba circularmente una pequeña laguna de excelente agua, que no tenía más de cuarenta metros de diámetro y estaba como en el fondo de un embudo: había conservado una cantidad mucho mayor de agua que algunas de las que vimos hasta entonces, lo que atribuí a su posición, que la protegía, la mayor parte del día, contra los vientos y contra los rayos del sol. El médano que ocupábamos era la única eminencia de esos parajes; de cualquier lado que volviéramos la vista, no se descubrían más que juncos, cuya sombría vegetación daba un tinte lúgubre a ese horrible paisaje. La cima del médano del Buey se distinguía como una mancha azulada encima de la superficie perfectamente plana del cañadón que habíamos atravesado; sólo se veía como tierra firme una banda estrecha, que parecía prolongarse hacia el sudoeste, y el corto espacio que nos separaba del novel océano de juncos en el que debíamos introducirnos. A juzgar por la profundidad que conservaban esos pantanos, a pesar de la estación y de la gran sequía, no cabe la menor duda de que todo el terreno, en tiempo de crecidas, se inunda hasta el pie del médano sobre el cual acampábamos; en otra época, nos habría sido imposible pasarlo a nado. Estoy convencido de que fuimos los primeros en llegar a ese lugar y que nunca ser humano alguno había penetrado en esa espantosa soledad antes que

nosotros. Juzgué por la cara entristecida de mis compañeros de viaje que no les agradaba en lo mínimo la jornada que tenían en perspectiva, pero habiendo tomado ya una decisión, nos pusimos en camino.

Recorrimos algo más de cuatro mil varas, antes de entrar en los pantanos, por un camino abierto cubierto de altas hierbas y de plantas acuáticas. La nueva cañada en que entramos era aún más profunda que la primera, y en vano algunos de nosotros cuyos caballos eran más altos trataron de esquivar el baño levantando las piernas; se mojaron por completo, pero el calor de la estación hizo ese accidente poco molesto. Ese segundo brazo del Saladillo, cuyo curso es casi paralelo al del otro, es unos trescientos metros más ancho; sin embargo, lo cruzamos mucho más rápidamente, porque está desprovisto totalmente de juncos en el medio, lo que hacía más fácil la marcha y el alineamiento de los jaloneadores. Noté también que el agua era mucho menos salada y casi potable. Al salir de esa cañada, nos creímos al fin desembarazados de los pantanos, de sus juncos y del olor fétido que exhalaba su limo; empero, viendo las altas hierbas y las plantas acuáticas que cubrían todavía el terreno, me quedó alguna duda. Habíamos recorrido, en efecto, dos mil metros, cuando una nueva barrera se nos presentó. Ante tal circunstancia, vi que la desesperación se apoderaba de todos nuestros soldados y sus murmullos me hicieron temer una especie de sublevación; por suerte, la autoridad del capitán y algunas palabras de estímulo que les dirigí, los llamaron al cumplimiento del deber... Nos sepultamos de nuevo en los juncos. Esa tercera cañada estaba casi seca y sólo conservaba algo de agua en el medio; el resto se componía de limo blando y fétido. Lo atravesamos más oblicuamente que los otros; la dirección era, en ese lugar, sur y norte, y el ancho real cuarenta metros. La campaña que descubrimos al llegar a la orilla opuesta devolvió el coraje y el buen humor a nuestro pequeño destacamento: pisamos finalmente un terreno seco y firme, que se elevaba insensiblemente; nuestra visual, limitada y entristecida tanto tiempo por las murallas de juncos que nos rodeaban, no hallaba otros límites que los del horizonte, y todo hacía creer que la parte más penosa de nuestro viaje había pasado. Habituados a recorrer rápidamente las llanuras donde los arroyos y las acumulaciones de agua son poco considerables, los habitantes de Buenos Aires no aman ni los viajes por el interior de las tierras inundadas, ni la lentitud de la marcha a que ellas obligan; en cuanto a mí, que había recorrido en todo sentido los inmensos pantanos de la provincia de Corrientes y cruzado tantas veces sus anchos ríos, consideraba una bagatela las cañadas y cañadones de las pampas, y me parecía menos penoso, desde el punto de vista de las facilidades de la marcha, hacer doscientas leguas por estas últimas, que cincuenta por las primeras.

Justamente a dos leguas de nuestro primer punto de partida (el médano del Buey) encontramos una laguna completamente seca, que cruzamos y a orillas de la cual levantamos un mojón semejante al primero, pero de menores dimensiones. Es costumbre colocar, entre los puntos extremos de los lados de un terreno, mojones intermedios, por lo general de legua en legua, que sirven para indicar la dirección; omitimos el segundo, porque el punto donde debía colocarse estaba en medio de las aguas. Llegamos pronto al tercero y notamos con inquietud que el terreno recorrido la víspera era bajo e inundado, como el que teníamos bajo nuestros pies era seco y árido, lo que nos hizo temer que el agua nos faltaría; ningún médano se presentaba a nuestra vista y, en consecuencia, ninguna esperanza teníamos de hallar una laguna de agua dulce. Recorrimos la última legua que nos quedaba en dirección sudeste, sufriendo ya, por anticipado, todas las angustias de la sed, y llegamos al término de ese lado sin encontrar nada que disipara nuestros temores. Fuimos obligados, empero, a detenernos a causa del calor y del cansancio de los caballos, y nos preparamos a almorzar, con la esperanza de quitarnos la sed más adelante.

Levantamos un elevado mojón para señalar el ángulo este del gran rectángulo que trazamos: algo antes de alcanzar este punto, cruzamos diversos senderos que se dirigían en línea recta hacia el sur.

Los baqueanos me informaron que era el camino abierto por los indios en sus viajes a la Sierra de la Ventana y al Río Colorado, y que ese camino pasaba por la laguna Blanca. Como los indios orientan siempre su marcha a través de lugares donde saben que hallarán agua, pensamos que no debíamos estar muy lejos de alguna laguna; pero, por el momento, era menester esperar y nos contentamos con satisfacer nuestro apetito. No tardé en darme cuenta, empero, que habría sido mucho mejor permanecer en ayunas; la sed que nos devoraba, estimulada por el asado seco de que se componía nuestro ordinario sustento, me atormentó al punto que me prometí no comer más antes de poder satisfacer a la vez la sed y el hambre, siguiendo el ejemplo de nuestros desdichados caballos que contemplaban tristemente la hierba que pisaban, sin decidirse a acercar los labios. Nuestros soldados recorrieron los alrededores, provistos de palas, y descubrieron en una hondonada un pequeño juncal que indicaba que el agua se estancaba de ordinario en ese lugar; pero el terreno limoso que lo componía estaba endurecido y resquebrajado por la sequía. Los soldados trataron, sin embargo, de cavar pozos y se pusieron con ardor al trabajo: a un metro y medio de profundidad hallaron piedra arcillosa, índice precursor del agua, por la cual todos suspirábamos; pero la capa era a tal punto dura y espesa que desesperamos de tener éxito y el capitán ordenó ensillar los caballos. Dos sol-

dados, empero, más corajudos o sedientos que los demás, persistieron en su empeño, y nos anunciaron, en el momento que poníamos el pie en el estribo, que el agua filtraba al fin. Todos nos precipitamos hacia los pequeños pozos... ¡Esfuerzos inútiles! El agua era tan salada, que era imposible beberla; sirvió, a lo sumo, para refrescarnos la boca.

Seguimos un rumbo perpendicular al de nuestro punto de partida, es decir que nos dirigimos al sudoeste, y no tardamos en cruzar de nuevo el camino de los indios, de que hablé más arriba; pero, como lo dejamos a nuestra izquierda y nos alejábamos cada vez más, nada nos aseguraba que nuestras búsquedas no resultaran menos infructuosas. Por suerte, el cielo estaba cubierto y un gran temporal se formaba en el sudeste: en cualquiera otra circunstancia, la lluvia, que nos amenazaba, nos habría parecido una desgracia, pero entonces la esperábamos como único remedio de nuestros sufrimientos y la deseábamos con más ardor que el que en todo otro momento anhelamos la vuelta del buen tiempo. Las nubes se amontonaban sin cesar, y sobre el fondo negro del horizonte uno de nuestros soldados señaló con el dedo un punto más oscuro, que nos dijo que era la montaña de Tapalquén. Ojos que no fueran los de un hombre de la región, no habrían por cierto notado un objeto tan confuso, que parecía uno de los tantos accidentes de las nubes en el horizonte; debiendo empero confiar más en la vista del soldado que en la mía, tomé nota del punto que nos señalaba con tanta más confianza, cuanto que la dirección del viento nos señalaba esa montaña, y la distancia de trece a catorce leguas que nos separaba coincidía en un todo con ese dato.

La tempestad engañó nuestra esperanza: sólo cayeron algunas gotas de agua... Por suerte vimos pronto, a nuestra derecha, una línea negruzca, que reconocimos al instante como el último brazo del Saladillo, que habíamos pasado; y la vista de los juncos nos causó tanto placer ahora como antes nos había disgustado el encontrarlos. Nos acercamos insensiblemente, y después de dos leguas de marcha nos encontramos a un centenar de pasos de sus orillas. Hicimos alto. Los caballos se lanzaron al galope y se precipitaron en medio de los juncos para saciar su sed en una agua salada y barrosa. Nuestros pobres soldados debieron recurrir de nuevo a sus palas, y comprar, con más de una hora de trabajo, el triste socorro de una bebida más que salada, muy dichosos, por lo menos, de que no faltara. Recurrimos a un expediente para disimular lo salobre del agua; la bebimos en el mate, azucarándolo. Esa amalgama nos brindó un brebaje diabólico, que satisfacía muy poco, pero que, en fin, valía más que nada. Utilizamos esa noche un combustible que no habíamos hallado antes; el cardón, de tallo delgado o *carda*, del que ya hablamos.

La falta de agua había extenuado a nuestros caballos, y el capitán, deseando cuidarlos, juzgó conveniente hacer en un solo trecho el camino que debíamos recorrer en el día, a fin de que tuvieran tiempo de pastar y descansar. Los pobladores han observado que los caballos, y sobre todo los bueyes, soportan mucho más fácilmente la falta de alimento que la de agua, y sufren menos por tres o cuatro días que pasan sin comer, que uno solo sin beber.

26 de enero

Continuamos nuestro camino en dirección siempre al sudoeste y costeando el cañadón. Al cabo de tres cuartos de legua, entramos de nuevo en los juncos y en el agua, que era bastante profunda en ese lugar; y anduvimos más de una media legua sin poder salir. Cuando alcanzarnos la otra orilla, nos sorprendió no haber cruzado el pantano, como pensamos, sino una sinuosidad que cruzaba la línea que seguíamos, porque su curso se prolongaba por nuestra derecha y a corta distancia. Continuamos, sin alejarnos, durante unas dos leguas, recorriendo un terreno muy bajo, cubierto de pajonales; luego encontramos de nuevo el pantano, y esta vez lo franqueamos realmente porque el suelo se elevaba de golpe y nos permitía descubrir el curso, que se extendía a nuestra izquierda. Hicimos una legua más por colinas cubiertas por completo de tupidos cardos, que obstaculizaban mucho nuestra marcha, la que completó seis leguas, desde el mojón del ángulo este, mojón al que podríamos haber dado, con justo título, el nombre de *mojón de la sed*. Hay, en el camino a las salinas, médanos que llevan un nombre semejante, *médanos de la Sed*; que lo han recibido probablemente de algún viajero que se encontró en el mismo caso que nosotros y que quiso conservar el recuerdo de sus sufrimientos. Estábamos, pues, en la extremidad del lado sudeste y en el ángulo sur del gran rectángulo; tal punto, que señalamos con un alto promontorio de tierra, estaba más o menos a quince leguas del país, o a catorce leguas marinas, al sur de la Cruz de Guerra.

Pensamos pasar la noche junto a una gran laguna que aparecía ante nuestra vista, pero resultó ser un espejismo. Su imagen engañosa, que huía ante nosotros, terminó por desaparecer del todo. Llegamos a una gran pradera de color verde tierno; era un *salitral*. Así se llaman los espacios más o menos grandes de tierra impregnada de sal, donde sólo crecen plantas salinas: el que se encuentra con mayor frecuencia presenta una matita de flores filiformes, tiernas y de una vegetación agradable, y no se eleva a más de un decímetro de altura; aunque esas matas sean algo claras, su conjunto forma un césped bastante tupido, sobre el cual es muy agradable detenerse cuando hay agua en las cercanías. En caso contrario, y es en el que estábamos, se impone recurrir a los

pozos artificiales, y resulta casi seguro que el agua será muy salada; los salitrales, bastante comunes en toda la provincia de Buenos Aires, son más numerosos a medida que se avanza hacia el sur, y el terreno, en general, cambia de aspecto. El que nosotros recorrimos sobre la orilla derecha del cañadón era muy bajo, cubierto de altas hierbas y sujeto a inundaciones; pero, una vez que pasamos a la orilla izquierda, era ondulado y formaba pequeñas colinas que parecían elevarse cada vez más. Por el sur, veíamos, en el horizonte, alturas bastante pronunciadas que rompían la regularidad habitual del círculo de las pampas. Los baqueanos me dijeron que esas alturas estaban próximas a la laguna Blanca y creo que forman la coronación o prolongación de las montañas de Tapalquén.

No comimos nada durante el día, de manera que festejamos el charque a porfía. Las provisiones sufrieron tal descalabro, que el soldado encargado nos previno que sólo quedaban tres o cuatro pedazos de carne seca y un puñado de yerba. Esa triste noticia y el estado lamentable a que redujo la falta de agua a nuestros caballos, nos hicieron temer vernos obligados a regresar de inmediato a la Cruz de Guerra, sin terminar nuestra operación. Sin embargo, la naturaleza del terreno que se presentaba ante nosotros prometía una caza abundante, recurso que nos había faltado por completo en las hondonadas que recorrimos los días anteriores. Los soldados nos aseguraron que al día siguiente hallaríamos venados o ciervos, y nos dormimos con esa esperanza.

Nuestra gente recibió orden de prepararse para partir antes del amanecer, y cuando despertamos el fuego chisporroteaba y el agua hervía, para cebar mate. Es una regla invariable al levantarse, y los domésticos atentos vigilan el despertar de sus amos para presentarse con un mate en la mano y un tizón en la otra, para encender el cigarro. Por lo general, no se dispone de otro desayuno.

27 de enero

Partimos cuando la claridad de la aurora me permitió utilizar mi instrumento, y una vez alineados los jaloneadores, nos dirigimos hacia el noroeste, a fin de trazar el tercer lado de nuestro rectángulo. Recorrimos un terreno ligeramente ondulado, y al cabo de una legua y media llegamos a un grupo de médanos, entre los cuales había tres pequeñas lagunas de agua dulce. Nos detuvimos un rato para hacer beber a nuestros caballos, que pudieron, al fin, quitarse la sed; a esos pobres animales apenas les quedaban los dientes, y el calor, los tábanos y sobre todo la sed, los habían extenuado. En el pie opuesto de los médanos, hicimos alto frente a un cañadón, segundo brazo del Saladillo: su anchura, en ese punto, es de mil doscientos metros; seguía teniendo juncos tupidos, pero es mucho menos profundo que en el lugar donde lo cruzamos antes. En la orilla opuesta encontramos otro grupo de médanos, que nuestros

guías conocían con el nombre de *médanos de Rojas*. El de más edad de esos hombres me hizo conocer el origen. Dijo que, en su juventud, viajó mucho por los parajes donde nos encontrábamos. Los indios, que en esa época estaban en paz con los cristianos, frecuentaban habitualmente esos lugares, y había *tolderías* en casi todas las principales lagunas. Algunos cristianos, entre los cuales figuraba nuestro guía, traficaban con los indios y les cambiaban aguardiente, tabaco, yerba y otras bagatelas por cueros, pieles, ponchos, *mantas* (tejidos de lana), riendas, etc. Eran bien recibidos por los indios, y el día de su llegada era, para ellos, un acontecimiento importante, cuya novedad se comunicaba de toldería en toldería, por medio de señales de humo, de acuerdo a la costumbre de esas hordas, que, con esa especie de telégrafo, se comunican entre sí a través de grandes distancias y se informan mutuamente, por la intensidad del humo o el número de fogatas, de su partida, de la aproximación del enemigo que las amenaza o de otro asunto importante. Había, entre esos indios, algunos cautivos de ambos sexos, hechos por ellos en guerras anteriores. Los varones apresados de niños (porque los salvajes no hacen prisioneros adultos) habían perdido por completo el recuerdo de su origen; pero entre las mujeres, varias, raptadas núbiles a sus padres o a sus maridos, se habían visto obligadas a pasar a los brazos de sus raptores. Dos de las desdichadas, de una familia conocida y de apellido Rojas, formaba parte de una toldería establecida en los médanos al pie de los cuales pasábamos nosotros y que conservan su nombre. Cada una de las mujeres se convirtió en esposa de un indio y tuvo varios hijos; su apego a los frutos de una unión forzada las habituó a la dureza y privaciones de la vida errante de sus dueños, y habían perdido si no del todo el recuerdo de su país, por lo menos el deseo de regresar. Nuestro viejo guía conversó varias veces con ellas, pero a escondidas de sus maridos, porque los indios que poseen una cristiana temen siempre perderla y tratan de ocultarla a los ojos de sus compatriotas; y cuando no pueden evitar mostrarla, le prohiben, bajo las más terribles amenazas, expresarse en español. Numerosas cautivas se apegan sinceramente a sus dueños, quienes las tratan, por lo general, con dulzura, y se niegan a aprovechar las oportunidades que se les ofrecen de huir.

Encontramos, a tres o cuatro leguas de los médanos de Rojas, un riacho, conocido por los indios y nuestros guías con el nombre de *Chalideo;* su lecho está encajonado y corre entre pequeñas colinas cuya pendiente, bastante empinada, muere en el agua, sin dejar playa a sus orillas. El ancho de ese río era, en ese lugar, de una docena de metros y su mayor profundidad de un metro, pero es evidente que las aguas, entonces muy bajas, a causa de la sequía, debían elevarse mucho en la estación lluviosa. La corriente era, por la misma

razón, casi nula y el gusto a sal insoportable. El Chalideo corre del sudoeste a nordeste, y forma, más abajo, el primer cañadón que pasamos el día 24. De acuerdo al informe del más viejo de mis guías, surge de la *laguna del Monte*, uno de los grandes lagos vecinos a las salinas, y su existencia, hasta el presente, había sido totalmente ignorada en la oficina topográfica; por eso no figura en ningún mapa antiguo o moderno. Parece, según el itinerario a las salinas de Zizur, que la laguna del Monte es alimentada por un arroyo que desciende de los montes Guaminí, de manera que sería la verdadera fuente del Río Saladillo. Chalideo tiene, en la lengua auca o araucana, la misma significación que Saladillo en idioma español, y quiere decir *arroyo salado;* además, la palabra saladillo se ha hecho genérica para los pobladores del país, que la emplean para definir todo arroyo o cañadón cuya agua es salobre. Como las aguas saladas son de lo más comunes en las provincias comprendidas entre el Paraná y los Andes, y sobre todo en la de Buenos Aires, se produce, en la nomenclatura de los ríos, una confusión que ha inducido a error a muchos geógrafos, haciéndoles confundir los cursos de agua, que llevan a la verdad el nombre común salado o Saladillo, pero que son completamente distintos. Los indios no han sido más fecundos que los españoles en la distribución de los nombres y han repetido hasta el exceso los de *chadicó, chadilcó* y *chadileuvu*, que significan agua salada, arroyo salado, río salado.

Hallamos, a la orilla opuesta, un grupo de médanos, cuyas cimas cónicas eran bastante elevadas; comprendían tres pequeñas lagunas de muy buena agua, que no estaban alejadas más de doscientos pasos del amargo Chalideo, y cuyo nivel era en verdad más de diez metros más alto que las aguas del río. Fuimos algo más allá de esos médanos, a fin de señalar un mojón, el cuarto desde nuestra partida del ángulo sur, lo que quiere decir que medimos cuatro leguas durante la mañana. Regresamos luego a descansar a orillas de una laguna.

El lugar donde estábamos era todo lo pintoresco que puede ser un paraje de las pampas: la base de los médanos descansaba sobre la cima de las colinas, cuyo pie baña el Chalideo, resultando así una elevación total y accidentes de terreno muy raros en una comarca tan llana, pero faltaban en ese paraje, como en todos los de la región, árboles que lo embellecieran y hombres que lo animaran. Los cardones que cubrían los médanos indicaban que los indios habían residido allí, y nos sirvieron para formar, con nuestros ponchos, pequeñas tiendas, para disminuir el ardor excesivo de los rayos solares. No nos quedaban provisiones más que para cuatro o cinco personas, y veía con pena a nuestros pobres soldados contemplarnos tristemente con el rabillo del ojo, mientras devorábamos nuestros últimos trozos de charque. Veíanse algunos venados en

la llanura, pero los caballos estaban a tal punto cansados que sus jinetes no osaban hacerlos correr en un terreno arenoso, donde es muy fácil caer. Por suerte algunos soldados fueron a bañarse en el río y tuvieron tanta habilidad que atraparon algunas gallinetas, que repartieron a sus compañeros y sirvieron para satisfacer su apetito. Una vez terminada nuestra comida, nos dispusimos a hacer algo de siesta, aguardando que el ardor solar disminuyera, cuando un accidente imprevisto nos obligó a abandonar el campamento súbitamente. Nuestros guías tenían la costumbre en todas nuestras paradas, y como lo practican siempre los indios, de incendiar los campos, a fin de limpiarlos y destruir las altas hierbas que los cubren; hacían, por lo general, esa operación en el momento de partir, pero esta vez la anticiparon indebidamente, porque el fuego, encontrando un alimento tan activo como los cardones secos, se propagó con tal rapidez que a duras penas logramos salvar nuestras cosas y no nos quedó otro remedio que montar a caballo y continuar nuestro camino.

A media legua del mojón que levantamos, atravesamos un pequeño cañadón de quinientos metros de ancho, casi seco, pero con espesos juncos; el cañadón corría, como los otros, al nordeste y se unía más abajo con el Chalideo, para formar el más occidental de los tres brazos del Saladillo. A una distancia igual, encontramos, en la misma dirección, el extremo septentrional de una gran laguna, llena igualmente de juncos, que nos obligó a hacer un rodeo para evitar el obstáculo, porque el primero de los jaloneadores que trató de franquearla encontró un fondo fangoso, en el que cayó su caballo y desapareció casi por completo. Tales ciénagas son, por lo general, muy peligrosas y sólo se debe intentar su paso con muchas precauciones.

Nuestros soldados, con el ojo avizor, trataban de descubrir alguna caza para nuestra cena, pero nos hundimos de golpe en un inmenso pajonal, cuyas hierbas superaban las cabezas de nuestros caballos, y sólo pudimos salir a la caída del sol. Hubo, pues, que conformarse con acostarse sin calmar el hambre, que hacía doblemente intensa la idea de la penuria en que nos hallábamos, y nos detuvimos tristemente junto a una laguna situada al pie de unos médanos conocidos con el nombre de *Oquil*. El capitán mantuvo una conversación con los soldados, que parecían muy descontentos; decidióse por unanimidad matar al caballo más gordo, lo que fue ejecutado al instante; y pronto el fuego rodeó los asadores bien provistos. Todos los militares que han efectuado expediciones por las pampas están acostumbrados a comer carne de caballo, cuando no disponen de otra cosa, y conducen por lo general una tropilla de yeguas destinadas a tal fin. Lo mismo pasa con los pobladores que han hecho excursiones lejos, y los indios pampas prefieren a cualquier otro ese alimento,

por el cual los europeos experimentan, al contrario, una repugnancia muy difícil de vencer. En cuanto a mí, no pude decidirme, a pesar de las repetidas invitaciones de mis compañeros y del buen aspecto de la cena, hacerle honor; la grasa de caballo exhala un olor fuerte y penetrante, muy desagradable, que siempre me ha impedido decidirme a comerlo. Quedaba, por suerte, un puñado de azúcar y me contenté con mate, esperando pasar mejor el día siguiente.

Nuestras penurias aumentaban progresivamente; tomamos, al partir, mate amargo. Llegamos muy de mañana al ángulo oeste del gran rectángulo, y mientras levantábamos un elevado mojón recibimos un chaparrón, anunciado por una noche muy tempestuosa, que nos vino muy bien, porque proporcionó a nuestros soldados la oportunidad de sorprender y alcanzar fácilmente una pareja de ciervos, uno de los cuales sucumbió bajo las boleadoras. El pobre animal fue de inmediato sacrificado; nos preparamos a asar la mitad, para almorzar sin desensillar, pero la hierba estaba mojada y seguía lloviendo un poco, lo que nos dio bastante trabajo para prender fuego, y fue necesaria toda la habilidad y paciencia de mis compañeros para lograrlo. Al fin, una llama naciente, alimentada por algunos restos de grasa del caballo, nos permitió chamuscar nuestro asado y devorarlo a medio sangrar. La carne de venado, aunque algo seca, es muy buena y tiene gran parecido con la de nuestros corzos. Las hembras y los machitos no poseen ningún husmo, por lo que son preferidos por los cazadores; el olor de los viejos machos les repugna mucho y sólo se deciden a comerlos cuando no tienen otra cosa. Almorzamos sin beber, porque no había agua en las cercanías y la laguna más próxima estaba a un cuarto de legua de nuestro campamento; se llama la *laguna del Bagual* y es una de las mayores de estos parajes.

Nos dirigimos al sudeste a fin de trazar el cuarto lado del rectángulo y seguimos nuestro camino por el reverso de las colinas (cerrillada), a cuya cima trepamos algunas veces, y que se dirigían como nosotros del noroeste al sudeste. Otra cerrillada veíamos a nuestra derecha, corría paralelamente a la primera y sólo estaba separada de ella por un vallecito. Medimos tres leguas, sin detenernos, en esa nueva dirección: al cabo de dos leguas y media, atravesamos el extremo oriental de una larga laguna, poblada de juncos, que contenía un poco de agua; a un cuarto de legua, sobre la derecha, había otra de igual tamaño, pero seca del todo.

Hicimos alto en una hondonada, para que descansaran nuestros caballos: se nos terminó la yerba, lo mismo que las otras provisiones, y era, sin disputa, la privación más sensible para el capitán y sus soldados, que no podían contemplar el mate y la pava sin exclamar: *¡Quién tuviera una cebadurita de yerba!*

Como reservábamos para cenar la otra mitad del venado, era inútil encender fuego; por eso no tuvimos otro que el prendido por los baqueanos a los campos, al partir, según su constante costumbre.

Luego de una hora de descanso, volvimos a emprender la marcha y seguimos la pendiente de la cerrillada de que he hablado. Cuando anduvimos algo más de una legua, nuestros guías me dijeron que estábamos frente a un gran lago, llamado *la laguna de los muchos pozos*, a unos tres cuartos de legua a nuestra izquierda, es decir al noroeste: la posición y la naturaleza de la laguna, cuya agua me aseguraron que era buena, me hicieron lamentar no haber conocido su existencia al llegar a la Cruz de Guerra, porque la misma se adecuaba mucho mejor que esta otra al objetivo del proyecto, que era formar un asentamiento más al oeste y más próximo a la laguna Blanca.

El rectángulo quedó trazado y nos faltaba, para terminar la operación, alcanzar, por el rumbo sudeste, el mojón del médano del Buey, que nos sirvió de punto de partida, para verificar así la exactitud del trabajo, y luego dividir el gran rectángulo en otros cuatro interiores. El estado de nuestros caballos y la completa falta de provisiones nos pusieron en la imposibilidad de llevar más lejos nuestra agrimensura, por lo que sólo pensamos en hallar un lugar apropiado para pasar la noche y poder regresar, al día siguiente, a la Cruz de Guerra. A un cuarto de legua delante de nosotros, se presentaba una cortina de médanos, que se prolongaba del noroeste al sudeste, en una extensión de más de una legua. Nos dirigimos hacia allí y trepamos la cuesta; al pie del lado opuesto, encontramos una gran laguna casi seca del todo; sólo quedaba en el medio un pantano apenas suficiente para abrevar los caballos. Era menester, pues, cavar un pozo, pero, por suerte, era el último; acampamos en medio de la laguna, sobre una pequeña colina, cubierta de pasto, que debía de ordinario formar una isla.

El atardecer era soberbio y el tiempo perfectamente tranquilo, aunque el horizonte fuera de fuego. Los incendios diarios, producidos por nuestros guías y los que continuaban manteniéndose alrededor del establecimiento, habían ganado gran extensión y unídose en todos lados. Un humo espeso, que la calma mantenía suspendido sobre los campos abrasados, formaba una zona negra de gran anchura: la parte de cielo comprendida entre esa zona y la superficie tenebrosa de la tierra parecía inflamada, y los reflejos rojizos de la luz formaban un contraste deslumbrador. Más arriba, la cúpula azulada parecía engarzada en el techo nebuloso de ese horno; y la vista fatigada reposaba agradablemente en el azul puro de un hermoso cielo y en la suave luz de las estrellas. En el cenit, la serenidad más completa y el orden imperturbable de la marcha de

los cuerpos celestes; en el horizonte, la actividad devoradora y tumultuosa de los torrentes de fuego; a nuestro alrededor, silencio del desierto. Mis compañeros, poco impresionados por el sublime espectáculo, estaban profundamente dormidos, y a causa de la fatiga del día no tardé en acompañarlos.

Me despertó, mucho antes del amanecer, por el fresco de la noche, que, al acercarse la aurora, degeneró en frío tal que sentí los pies y las piernas helados.

29 de enero

La brisa del sudoeste, que sucedió a la lluvia de la víspera, refrescó mucho el tiempo y un abundante rocío mojó nuestros ponchos, única manta que se usa en los viajes. Las noches son, en general, muy frías en las pampas. Esas vastas llanuras no presentan ningún obstáculo a la atmósfera, que es muy viva; y por la misma razón el centelleo nocturno hace bajar rápidamente la temperatura de la superficie de la tierra y produce esos rocíos que empapan pronto los vestidos. Los habitantes de la campaña, que, sin darse cuenta de tales hechos, saben perfectamente observarlos, buscan siempre, hasta en las noches más tranquilas, el abrigo de alguna mata de hierba más alta, para tender su cama, lo que llaman *reparo*.

Desperté a mis compañeros, quienes, al sentir el fresco de la mañana, volvieron a lamentarse por la falta de mate: esta vez hubo que contentarse solamente con cigarros y partir sin haber tomado el indispensable viático de los criollos; nuestros baqueanos nos hicieron cortar en dirección recta al norte, y al cabo de alrededor de dos leguas alcanzamos los *médanos Monigotes*, de los que ya he hablado. Allí hallamos el camino abierto de las salinas, que nos condujo directamente a la Cruz de Guerra. El fuego había pasado por todo el terreno que recorrimos, y la hierba nueva que comenzaba a crecer, hacía que reemplazara con la vegetación tierna de un pasto fresco al color amarillento de una campaña seca. Veíanse, por todos lados, los ciervos y los avestruces pastar ávidamente en esos frescos retoños; un aspecto alegre y animado había reemplazado pronto al duelo del incendio. Vimos de lejos el caserío naciente de la Cruz de Guerra; las cabañas agrandadas y mejoradas de los soldados; los edificios más elevados que hacía construir el comandante, cuyo esqueleto estaba terminado; las tierras removidas, cuyo color amarillo se destacaba sobre el verde de los campos; los grupos de ganado pastando alrededor del nuevo caserío. Había cambiado por completo ese rinconcito del desierto, y para nosotros la transición de la triste soledad de la pampa al movimiento del pequeño campamento de la Cruz de la Guerra resultaba mayor de lo que es, para un campesino europeo, el paso de la vida tranquila de su choza o cabaña al tumulto de nuestras grandes ciudades. Aprovechamos el resto del día, cada uno según sus gustos, en las ventajas del regreso a tierra habitada: los soldados que me acom-

pañaron se hartaron de mate y pusieron veinte asados al fuego, mientras referían a sus camaradas los detalles de la expedición; el capitán relataba a los demás oficiales, con ese tono exagerado característico de los porteños, la belleza del terreno donde debía formar su estancia, la excelencia de los pastos y la abundancia de aguas; yo saboreé con sensualidad el placer de afeitarme, bañarme, cambiarme de ropa y descansar un poco.

Regreso a Buenos Aires

Me enteré de que se aguardaba, de un momento a otro, la llegada de un nuevo convoy de carretas cargadas de materiales, noticia que me resultó sumamente agradable, porque me brindaba la oportunidad de mandar mi equipaje a Navarro, donde pensaba dejarlo en depósito durante mi viaje a Buenos Aires. Resolví partir tan pronto llegara el convoy anunciado, y comuniqué mi proyecto al comandante, que me pareció no estar nada disgustado.

Terminé mis trabajos de la Cruz de Guerra y determiné la latitud del establecimiento. Me habían dado un círculo de reflexión, de construcción inglesa, instrumento muy preciso, cuyo nonio estaba dividido de veinte en veinte segundos; pero se perdió el lente y me vi obligado a reemplazar la pínula. Además, ese instrumento estaba destinado para el mar y, con un horizonte artificial, sólo medía ángulos por debajo del valor que tenía entonces la altura meridiana del sol en esa latitud, de manera que no pude observar el astro en el meridiano y tomé tres alturas con media hora de intervalo: a las nueve, a las nueve y media y a las diez. Las tres observaciones, combinadas de a dos en dos, me dieron, por resultado medio, 35° 40'22" de latitud del fuerte de la Cruz de Guerra, lo que difiere en diez minutos de la posición asignada a la laguna en el mapa de la oficina, donde está ubicada de acuerdo al itinerario de Zizur a las salinas. Varios cálculos del azimut me dieron la determinación de la declinación de la aguja imantada; era, en esa época, de 14°7'E.

30 de enero

Traté también de descubrir el origen del nombre de Cruz de Guerra, pero me resultó imposible conocer nada de positivo a este respecto; parece solamente, de acuerdo a las vagas referencias que me dio el viejo guía, que ese punto sirvió muchas veces de lugar de conferencias de los españoles con los caciques indios. Es posible que la *cruz de guerra* fuera algún símbolo empleado como señal de ruptura entre tales eternos enemigos.

Las anunciadas carretas llegaron a mediodía y descargaron de inmediato, con el propósito de regresar por la noche. Mandé mi equipaje a Navarro y

escribí al comisario de esa aldea para rogarle que fuera el depositario; mi ayudante debía permanecer hasta nueva orden; le di las instrucciones necesarias para vigilar la ejecución de los trabajos del fuerte e hice mis preparativos de partida para el día siguiente.

Estaba listo muy temprano y esperaba ponerme en camino muy de mañana; pero el capitán que me acompañó en mi reconocimiento debía viajar conmigo hasta Lobos y otro oficial hasta Buenos Aires; cuatro soldados nos servirían de escolta y esos señores emplearon toda la mañana en alistarse. Nada es tan difícil en esas comarcas como partir; los caballos, los recados, las *huascas* y otras bagatelas, necesarias para los viajes de los pobladores, ocasionan siempre retardos sobre retardos. Mis compañeros, para calmar mi impaciencia, me dijeron que caminaríamos toda la noche, y procedieron de tal manera que almorzamos en la Cruz de Guerra. Después de comer era necesario dormir la siesta; y después de la siesta, resultaba indispensable tomar mate y fumar el cigarro; finalmente, una vez terminadas todas estas operaciones, faltaba el capítulo de los adioses; los mismos, por suerte, fueron muy cortos y bastante fríos. El comandante me encargó entregar a su hermano algunos millares de pesos, producto de sus economías y de la pulpería.

31 de enero

Montamos a caballo dos horas antes de la puesta de sol y alcanzamos, a la terminación del día, el médano de los pozos de Piche. Marchamos sin detenernos hasta las dos de la mañana. La noche era muy oscura y nos era imposible galopar, porque el paso continuo de carretas pesadamente cargadas había llenado el camino de pozos y cavado rodadas profundas; además, al recorrer todos esos campos hasta el Salado y limpiar el terreno de las altas hierbas de que estaba cubierto, el incendio había puesto al descubierto los troncos de las matas, que erizaban el suelo de asperezas, contra las cuales tropezaban los caballos a cada instante. Viajábamos, pues, al gran trote, modo de andar que nada agrada a los criollos, acostumbrados a hacer todas las carreras al galope; por eso mis compañeros, no pudiendo más de sueño y cansancio, fueron de la opinión de detenerse un rato. Pusimos pie en tierra y cada uno, envuelto en su poncho, se tendió sobre la hierba sin desensillar, teniendo las riendas en la mano. Como la noche era muy fresca, no me sentí dispuesto a partir ese descanso y paseé por el camino mientras mis hombres roncaban, proponiéndome interrumpir pronto su sueño; al cabo de una hora los desperté, convenciéndoles de que habían dormido mucho más tiempo, y volvimos a partir.

Poco antes del amanecer pasamos cerca de la laguna de Palantelen, y poco después abandonamos el camino que seguimos al venir de la guardia de Luján,

para tomar otro abierto por las carretas que hacen los viajes de Navarro. El camino seguía la costa del Salado, acercándose insensiblemente, y alcanzamos el río momentos antes de levantarse el sol.

El punto donde cruzamos el Salado se hallaba a cinco o seis leguas más abajo del utilizado al ir a la. Cruz de Guerra. La forma de su curso era en todo la misma, es decir que corría siempre en un bañado u hondonada sujeta a inundaciones, y cuya mayor anchura es de alrededor de un cuarto de legua; noté únicamente que las colinas que bordean esa especie de cañada son mucho más altas. El río estaba casi seco y sólo quedaba, en medio de su lecho, un pantano con un decímetro de agua salada amarga. Hicimos un alto para dejar que nuestros caballos tomaran aliento, así como los jinetes. Habíamos hecho por lo menos veinte leguas sin desensillar; y la fatiga, junto con la necesidad de dormir, abatieron nuestras fuerzas y nuestro coraje. Nos tendimos, o mejor dicho, nos arrojamos sobre nuestros ponchos, pero el ardor del sol, que comenzaba a elevarse en el horizonte, no nos permitió el reposo. Por desgracia, a causa de la falta de previsión, común en los habitantes, no teníamos ninguna clase de provisiones, y el hambre, que pronto se sumó a nuestros sufrimientos, nos obligó a volver a montar a caballo para conseguir alimento. Ascendimos los cerros que bordean el Salado y distinguimos a lo lejos una cabaña hacia la cual nos dirigimos con premura; estaba a la vera del camino recién abierto que seguíamos y servía de refugio a una pobre familia, que cultivaba al lado un campo de maíz. Nos acercamos a la puerta, o más bien al cuero de vaca que cubría la única abertura de esa choza, gritando la fórmula de costumbre; pero aguardamos en vano la respuesta conocida y la invitación, sin lo cual resultaba descortés poner pie en tierra; todo permanecía en silencio; no había ni un perro que nos saludara con sus ladridos y tratara de morder las patas de los caballos, como acostumbran en esta región. Cansados de llamar, nuestros soldados descendieron del caballo y levantaron la cortina que cerraba la entrada de ese reducto. ¡Nadie!... Los dueños de casa, que habían ido, sin duda, a hacer alguna recorrida por los alrededores, lo habían abandonado, bajo la salvaguardia de la fe pública, lo que podían hacer, por otra parte, sin peligro, a causa del desierto que habitaban y sobre todo de la miseria de su menaje. Frustrada nuestra esperanza, nos vino la tentación de matar algunas gallinas, que rodeaban la miserable casucha, pero un resto de respeto por el derecho de propiedad y más aún la vista, aunque algo alejada, de otras casas, nos frenaron y continuamos nuestra penosa marcha, con gran descontento de los soldados, que hallaban mucho más natural comer las gallinas, con la condición de pagarlas más tarde.

1 de febrero

Numerosos bosquecillos de álamos de que el espejismo sólo dejaba ver la cima como suspendida en los aires, se distinguían confusamente en el horizonte e indicaban la existencia de otras tantas casas. Hice notar a mis compañeros que, para ir a Lobos, debíamos dirigirnos hacia los bosquecillos que estaban más al este, pero los que se presentaban en línea recta frente a nosotros les parecieron más próximos y se obstinaron en seguir el camino de las carretas; a las once de la mañana llegamos finalmente a una casa. El propietario, un joven recién casado, estaba solo en ese momento y no tenía nada preparado para brindarnos, pero consintió en vendernos algunas aves de corral. La pulpería vecina nos proporcionó pan, vino e higos secos; en fin, nos preparamos una comida que, después de la larga abstinencia que acabábamos de sufrir, nos pareció espléndida. Mientras nuestros soldados cocinaban, tratamos de satisfacer la necesidad más premiosa, la de dormir; los cueros de vaca tendidos en medio de la pieza única que constituía la casa y las almohadas que nos dio nuestro huésped, nos parecieron lechos blandos, sobre los cuales nos dormimos tan profundamente que nos despertamos cuando ya estaba muy avanzada la tarde. Devoramos en un abrir y cerrar de ojos nuestra comida y pensamos en partir en seguida. Nuestro huésped nos dijo que el camino que seguíamos conducía a Navarro y nos alejaba de Lobos, como yo lo presentía; nos señaló en el horizonte un punto que estaba en la dirección de ese último caserío, y nos indicó la pulpería más cercana y el nombre del propietario, que resultó ser un antiguo conocido del capitán, quien, no pareciendo tener prisa en llegar, juzgó conveniente pasar la noche en casa de su amigo. Cortamos, pues, los campos directamente hacia la pulpería, donde llegamos al ocultarse el sol.

La facilidad con que se puede recorrer en todas direcciones la provincia de Buenos Aires es realmente admirable: es difícil que se encuentre un arroyo o un río que no pueda cruzarse con facilidad, y no hay otro obstáculo fuera del que oponen los cardones cuando están muy altos; además, el horizonte extenso en medio de un terreno completamente llano, permite siempre distinguir algunos de los ombúes o álamos que sombrean casi todas las casas y sirven de puntos de referencia al viajero que no quiere seguir los caminos conocidos. Los árboles se ven de muy lejos, tanto más cuanto la considerable refracción que tiene lugar en una capa de aire tan profunda como la que percibe el ojo en esas vastas planicies, hace aparecer a menudo sobre el horizonte lo que está realmente oculto. Por lo demás, la atmósfera de las pampas no facilita únicamente la transmisión de la luz, sino que también favorece la propagación del sonido, porque, en el momento de nuestra llegada a orillas del Salado, oímos perfectamente un cañoneo que tenía lugar en el Plata, frente a Buenos Aires,

entre la escuadra brasileña y la del almirante Brown, a una distancia que no podía ser menor de veinte leguas marinas.

Hallamos al amigo de nuestro capitán jugando a las cartas con dos de sus vecinos; una mesita, cubierta de un poncho, a guisa de tapete, estaba colocada en medio del patio y granos de maíz servían de tantos, uso general en el país. Hasta en Buenos Aires, en los cafés y en las mejores casas, sólo se ven por lo común esos granos, o habichuelas, sobre el tapete, y por más fuerte que sea el juego de los criollos, es raro que aparezca el dinero en la mesa. Interrumpieron un momento la partida para saludarnos e invitarnos a participar. El capitán fue el único que aceptó, porque el otro oficial no podía, por la sencilla razón de que no disponía de un centavo, y yo tenía, en mi desconocimiento de los juegos del país, una excusa muy oportuna. La mesa fue transportada a la sala y mientras los señores se esquilmaban y se preparaba la cena, examiné, paseándome, la casa de nuestro huésped.

Se componía de dos cuerpos de habitaciones paralelos: el mayor contenía un dormitorio, una sala, un almacén y una pulpería; el otro, la cocina y una pieza para los criados. La pared delantera, en la cual se abría la puerta de la pulpería, estaba resguardada por la prolongación del techo, que sobresalía unos cuatro o cinco metros, cubriendo un espacio destinado a recibir a los bebedores, cuando la reunión era demasiado numerosa y no había lugar en el interior: había un banco de ladrillos a cada lado de la puerta; allí es donde se sientan por lo general los tocadores de guitarra y los cantores, personajes principales e indispensables en esas reuniones. El espacio entre los dos cuerpos de edificio estaba nivelado y apisonado; y el conjunto encerrado en un foso cuadrado, ancho y profundo, en las orillas interiores, del cual se elevaba una cortina de álamos. En uno de los ángulos del cuadrado se veía un horno hemisférico, construido con ladrillos secados al sol, sobre una pequeña plataforma de un metro de altura; el horno estaba destinado no solamente al consumo de la casa, sino también, y principalmente, al comercio de la pulpería, donde se despachaba mucho pan, porque los pulperos son casi los únicos panaderos de la campaña. La descripción que acabo de hacer de esta casa corresponde, con ligeras diferencias, a la de todas las de la provincia de Buenos Aires, y aunque las paredes fuesen de estacas y barro y el techo de juncos, no dejaba de ser por eso un edificio de importancia en la zona. Por lo demás, en medio del desorden y de la suciedad que reinaban en esa casa y que son la característica que distingue a las moradas de provincias, donde la vida pastoril es la principal ocupación de las campañas, se respiraba un aire de abundancia que revelaba que el propietario era más rico de lo que indicaba la arquitectura de su morada.

Nuestros jugadores se entusiasmaron a tal punto que no cedieron la mesa antes de medianoche, para que el mantel reemplazara al tapete; pero fue solamente una tregua y la partida debía continuar en seguida de comer. La cena fue lo más suntuosa que podía ser en la campaña de Buenos Aires, es decir que hubo abundancia de carne y de volátil. El orden del servicio es diametralmente opuesto al que se observa en nuestras mesas: se comienza por el asado; luego vienen los guisos, los cocidos; y se termina con una taza de caldo. En cuanto al pan, como es un artículo de lujo y refinamiento más que de primera necesidad, se sirve con mucha parsimonia, se corta por lo común en pedacitos, equivalentes a un bocado, de los cuales cada comensal atrapa los que puede. Se coloca sobre la mesa una botella o frasco de vino, que se ataca al final de la comida, bebiendo, por lo general, en el mismo vaso; los que tienen sed piden una jarra de agua, que se bebe también en común. Tuvimos cada uno un plato y un cubierto, y nuestro huésped hizo los honores de la mesa, sirviéndonos sucesivamente, lo que es el *nec plus ultra* del lujo y la cortesía, porque en las casas menos opulentas los platos y los tenedores son muy raros; cada uno saca un cuchillo del bolsillo, come con los dedos, lleva las manos al plato, pone los huesos a un lado, para tirarlos después, se sirve como puede y se limpia con el mantel o repasador que cubre la mesa. Si de allí se pasa a la cabaña del pobre, el servicio es más sencillo todavía: a falta de mesa, se pone en tierra el recipiente que contiene la carne o el caldo, y se clava el asador al lado; los comensales se sientan alrededor sobre bancos, pedazos de madera o cabezas de vaca; cada uno corta a voluntad; una cuchara única circula a la redonda; y cuando la comida termina, se saca agua del barril con un jarro de lata y, más a menudo, con un cuerno destinado a ese uso. Allí no hay que contar con el pan, ni con nada que se le parezca; no hay que esperar tampoco la menor variedad en los alimentos: la carne hervida y asada forma, desde el comienzo hasta el fin del año, las comidas de mediodía y de la noche, únicas que hacen los pobladores de la campaña, porque únicamente se desayunan cuando viajan y cuando prevén que sus ocupaciones no les permitirán almorzar. El mate es lo único que se toma por la mañana; por eso la pava se pone al fuego desde el amanecer. Las gentes algo acomodadas se lo hacen servir en la cama; las familias pobres se reúnen, al levantarse, alrededor del hogar de la cocina; y padre, madre, hijos, esclavos jornaleros, sentados en mezcolanza, se pasan a la redonda la amarga bebida, que chupan por la única y sola bombilla. Tal es el género invariable de vida de los habitantes del campo: acostumbrados, desde la infancia, a no alimentarse más que de carne, no se cansan nunca de comerla, por más grasosa que sea, y no aspiran a nada mejor; creen hacer un gran desarreglo

cuando compran en la pulpería algunos reales de pan, higos o uvas secas u otras golosinas. Sobrios al exceso, casi no comen más allá de su apetito y soportan el hambre con una constancia y una resignación admirables.

Una vez levantada la mesa, se trajeron de nuevo los naipes y el partido continuó con ardor. Nuestro capitán, que había pasado la noche antes a caballo, y que se proponía partir muy de mañana, no dejaba por eso de jugar, mientras sus compañeros dormían como gentes cansadas: la pasión del juego le hizo olvidar la fatiga, el sueño y hasta el viaje, porque fue al amanecer que sentimos, con el ruido de su recado, que se disponía a descansar.

Nos habíamos preparado en vano a salir muy de mañana; nuestro jugador, vencido por el sueño, sólo pudo levantarse a las diez y eran más de las once cuando montamos a caballo con un sol terrible. Al cabo de una hora de marcha, nos detuvimos para refrescar en una casa, donde encontramos a los moradores todavía muy alarmados por una escena que había tenido lugar allí la noche anterior. Un suboficial, acompañado de algunos soldados del regimiento estacionado en Lobos, fue enviado por su coronel en busca de algunos desertores ocultos en los alrededores, aprovechando la ocasión para introducirse con autoridad en las casas y entregarse a toda clase de violencias; en algunas de ellas se entregó al pillaje. La que nosotros visitábamos no había escapado a esos malos tratos sino merced a la firmeza del propietario, que se atrincheró en el interior, amenazando con hacer fuego contra esos libertinos; pero sus criados, apresados en la cocina, habían sido atados a un poste y horriblemente azotados. Semejantes actos de bandidaje son frecuentes en un país donde el cumplimiento de las leyes es nulo o por lo general eludido; y es muy común ver gente armada comportarse en su patria como si fuera un país enemigo. El capitán, que pertenecía al cuerpo de los delincuentes, se comprometió a hacerlos castigar, y como estaba mejor montado que nosotros, tomó la delantera al galope. Creí por un momento que la impaciencia de hacer justicia y terminar con los desórdenes que tal vez continuaban, le hacía apresurar la marcha, pero el otro oficial que me acompañaba no tardó en sacarme del error y me informó que el verdadero motivo era el deseo de volver a ver una concubina con la que vivía desde hacía algunos años y hacerla regresar al villorrio, que abandonó, para ir a vivir a una estancia, cuando su amante partió para la Cruz de Guerra.

3 de febrero

Nos detuvimos en una pulpería, a fin de hacernos preparar de comer; mi compañero, que se encargó del mando, hizo matar aves de corral, servir el mejor vino y nada omitió para que la comida fuera tan completa como podía serlo en esos lugares. Como sabía que no tenía dinero y que yo, en consecuen-

cia, debía hacer frente a todos los gastos, estaba atónito de verlo así disponer tan liberalmente de mi bolsa, pero el astuto personaje tenía otras intenciones. Estaba vinculado, desde hacía mucho tiempo, con el propietario de la pulpería, y como los pulperos siempre tienen interés en andar bien con los oficiales, a fin de hacerse pagar las deudas que los soldados contraen diariamente con ellos, preveía que nuestro posadero se sentiría muy feliz de atendernos gratis; fue en efecto lo que sucedió. En las guarniciones, muchos oficiales abusan de esa dependencia en que mantienen a los desdichados pulperos.

Llegamos por la tarde a Lobos, donde me hospedé en casa del mayor Brunier, que me colmó de amabilidades y atenciones. Mi huésped me comprometió a pasar el día con él, para descansar un poco, de lo que yo tenía bastante necesidad; y consentí tanto más de buena voluntad, cuanto que él debía encaminarse al día siguiente a Buenos Aires, lo que me proporcionaba un nuevo compañero de viaje muy agradable. El regimiento del cual habíamos sacado un escuadrón para la Cruz de Guerra, se disponía a partir a la laguna Blanca, donde iba a establecer otro fuerte; y una carta de la oficina topográfica, que me entregó el coronel, me informó que mi ayudante, que permanecía en la Cruz de Guerra, era el encargado de proyectarlo. Me enteré asimismo que la expedición a Bahía Blanca marchaba con mucha lentitud y que tendría tiempo de pasar algunos días en la capital, donde hallaría el coronel Estomba, jefe de esa expedición. Me sentí encantado al saber que podría conocer a ese militar y estudiar algo su carácter, antes de resolverme a acompañarlo.

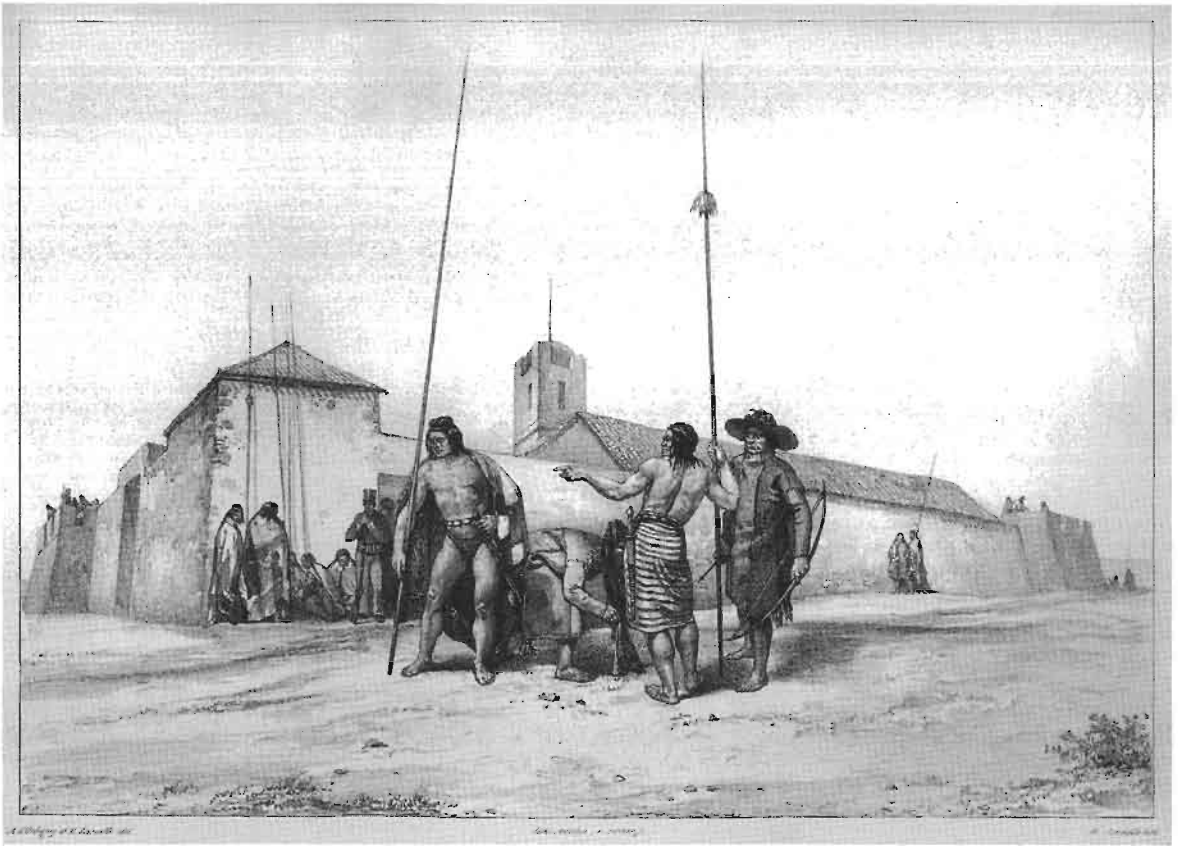
Lobos
3 de febrero

El mayor Brunier no disponía más que de veinticuatro horas para pasar en Buenos Aires y, habiéndonos propuesto partir muy de mañana, hicimos pedir los caballos para el amanecer. Se hicieron esperar muchísimo tiempo; y el mayor que debía de todos modos estar temprano en Buenos Aires, decidió emplear los propios, hasta la siguiente posta. En cuanto a mí, no pudiendo partir hasta las diez, no me quedó ninguna esperanza de alcanzarlo; hay veinticuatro leguas de Lobos a la capital y sólo dos postas intermedias. El trayecto se cubre por lo general en ocho horas, es decir que se hacen más o menos tres leguas por hora; pero, por lo común, se experimentan retardos considerables en las casas de posta, que están muy mal atendidas; y cuando uno quiere viajar con rapidez, debe tener un hombre que vaya delante, para hacer preparar los caballos en el corral, sin lo cual se corre el riesgo de aguardar mucho tiempo. La primera posta estaba a seis leguas, así como la segunda: las recorrimos sin experimentar otro retardo que el de la partida de Lobos, pero en la última posta se nos hizo perder una

4 de febrero

hora para cambiar de cabalgadura y además fuimos muy mal servidos. El maestro de posta se excusó diciéndome que la gran sequía que había reinado en los dos últimos meses había hecho enflaquecer mucho a los animales: agréguese a ello que esta última posta estaba a doce leguas, que los caballos recorren ese trayecto de un tirón y a menudo de un solo galope; que regresan al día siguiente de la capital, donde pasaron la noche sin beber ni comer, y no asombrará que los animales estuvieran en mal estado, sino que pudieran sostener semejante fatiga.

A seis o siete leguas de Buenos Aires llegamos al radio donde están las chacras (terrenos destinados a la labranza). El número del ganado disminuye, las casas se acercan y algunas, construidas con ladrillos y blanqueadas de cal, anuncian la limpieza y el bienestar. Se ven terrenos cercados de fosos; los caminos no están más solitarios y se encuentran con frecuencia viajeros y carretas; de todos lados se levantan largas pértigas en lo alto de las cuales flotan banderillas, única enseña usada por las pulperías en esas provincias; en fin, al aire triste de esas vastas llanuras, sobre las cuales están diseminadas las estancias, sucede el aire alegre y animado de una región agrícola; y aunque la misma esté todavía muy lejos de parecerse a nuestros ricos barbechos de Europa, su aspecto causa empero una dulce emoción al viajero que acaba de atravesar las pampas y que no halló, en su camino, más que pastores tan agrestes como sus tropillas. A dos leguas de la capital, se entra en las quintas (vergeles) y la naturaleza se anima cada vez más: todo el terreno está cortado de fosos bordeados de setos de áloes con numerosos bosques de durazneros, que ocultan el horizonte en todas partes y forman una inmensa floresta, sobre la cual dominan las azoteas de una cantidad de casas de campo, poco elegantes, es cierto, pero cuya brillante blancura se recorta sobre el verde de los árboles y rompe la uniformidad del cuadro. Los vendedores de leche y legumbres, todos al gran galope, se cruzan en el camino, y levantan nubes de polvo; algunos ciudadanos, unos a caballo, otros en cabriolé, van a respirar aire más puro; y, en fin, todo revela la proximidad de una gran ciudad. Llegamos a Buenos Aires a la entrada de la noche; y, después de tantos días de vida salvaje, pasados en el silencio del desierto, las luces, la agitación de las calles, el ruido confuso de la multitud, la música, los tambores, los perros y los carruajes, hicieron sobre mí una impresión análoga a la que experimenta el campesino transportado por primera vez en medio del tumulto de París.



Patagones y Aucas en trajes de guerra.

CAPÍTULO XVI

Viaje a Bahía Blanca

A mi llegada a Buenos Aires me apuré en conocer al coronel Estomba, jefe de la expedición a Bahía Blanca. La amabilidad, los modales tan nobles como francos de ese militar, me dieron de él la mejor opinión y me decidieron a correr los riesgos de esta nueva empresa. Un convoy numeroso iba a partir para Tandil, punto de reunión de la expedición, y la lentitud de los preparativos me permitió tomar algunos días de descanso. Una carreta, que había pedido para el transporte de mis efectos, había sido expedida a la guardia del Monte, de manera que estaba obligado a pasar por ese villorrio para tenerla y emplear un caballo de carga para el transporte de algunas provisiones indispensables en un viaje que, según todas las apariencias, debía ser de bastante larga duración. Después de recibir todas las instrucciones necesarias Y separarme del coronel Estomba, que tomó la delantera y se dirigió directamente a Tandil, fijé el 18 como día de partida; pero un contratiempo, sobre el cual no había contado, lo retardó hasta el 21. Era la época de carnaval, que se festeja, en estas comarcas, de una manera muy singular y análoga a la estación en que cae. En Europa, se procura entrar en calor por medio de bailes y comidas; en Buenos Aires, al contrario, se arroja agua y se emplean todos los medios posibles para mojarse de pies a cabeza. Las calles, recorridas en todos sentidos e inundadas, se llenan de jinetes, que se persiguen, se chocan, mojados desde lo alto de las azoteas por personas que las ocupan y que están, para este efecto, provistas de recipientes llenos de agua. Los hombres de la más baja clase social son los que se entregan con mayor

Buenos Aires febrero dd 1828

furor a esta diversión pueril y peligrosa; mi criado, que por nada del mundo habría renunciado a tal placer, me dejó maldecirlo durante los tres días de locura y reapareció el miércoles de Ceniza, medio lisiado, a causa de una caída de caballo, con una pierna llena de moretones y en bastante mal estado. Finalmente, los caballos de posta estuvieron en mi puerta el 21 a la mañana, y después de colocar dos maletitas en una bestia de carga, tomamos el camino que conduce a la guardia del Monte.

Al salir de la ciudad, descendimos en el valle del Riachuelo, cuyo fondo pantanoso se inunda una parte del año y sólo presenta terrenos arcillosos casi siempre en un estado de dilución o de sequía total, lo que los hace inapropiados para la agricultura; por eso sólo hay un pequeño número de casas en el valle, que sirve, en general, de pastoreo común a los estancieros establecidos sobre las colinas que lo bordean. El Riachuelo, que lleva más arriba el nombre de Matanza, es un arroyo cuya corriente es perceptible únicamente en las grandes crecidas producidas por las lluvias; no poseo más que cinco o seis metros de ancho y un metro de profundidad; por eso sería en todas partes vadeable, si la naturaleza del terreno que recorre no presentara, casi en todos los lugares, hondonadas, por las cuales no es posible aventurarse impunemente y donde perecen, a menudo, los animales inexperimentados que tratan de franquearlas. Sólo hay dos o tres vados generalmente frecuentados y que desembocan en los caminos de la capital dirigidos al sur. La extensión del curso del Riachuelo es de unas doce leguas y el valle que le sirve de hoya va alargándose hacia su desembocadura; su agua es salobre, como todas las que bañan esta provincia.

Se cuenta alrededor de cinco leguas hasta la primera posta que alcanzamos al abandonar el valle; está situada sobre una pendiente de las colinas del sur, cuyo aspecto, aunque desnudo, es bastante alegre y cuyo suelo fértil sólo espera los brazos para transformarse en ricos barbechos. Cambiamos de caballos y el que nos dieron para llevar la carga se mostró bastante reacio, lo que nos hizo perder cerca de media hora, que duró la operación de cargarlo. El método que se emplea, en este caso, es bastante inadecuado; se ensilla el animal como de ordinario, con la única diferencia de que se agrega a menudo un basto formado de grandes manojos de paja, destinados a impedir que la carga le golpee y hiera los flancos. Se divide el fardo en dos partes iguales, que se unen por medio de correas: se las coloca sobre el basto, y se cincha todo fuertemente con una larga correa que 'la muchas vueltas; el postillón conduce, por medio de un cabestro, la bestia de carga, que debe galopar como los caballos de silla; por eso sucede con frecuencia que las correas se alargan, la carga

cae y es dispersada aquí y allí por el animal, con los movimientos que hace para desembarazarse. Únicamente los indios y arrieros profesionales saben asegurarla perfectamente.

A las dos llegamos a la segunda posta, cuyo jefe era un viejo renegón que nos acogió muy mal; era un estanciero poseedor de mucho ganado y que gozaba, en consecuencia, de una buena renta. Su morada presentaba, sin embargo, el aspecto más miserable y sucio; todo revelaba uno de esos avaros, tan numerosos entre los estancieros, a quienes enriqueció pronto el alza enorme del precio del ganado y los cueros, a causa de la revolución y la libertad de comercio. Gran número de los mismos, en vez de aprovechar ese cambio inesperado para mejorar su suerte e introducir en sus casas y en su manera de vivir las comodidades y el bienestar, que ponen a su disposición una renta considerable y un mercado siempre provisto en abundancia, persisten en su desaliño, en sus costumbres más que agrestes, en el consumo exclusivo de carne por todo alimento, haciendo una cuestión de amor propio no renunciar a hábitos que consideran esenciales a su profesión, y sustraen así enormes capitales de la circulación, que acumulan con gran perjuicio para el país, sin sacar personalmente ningún beneficio. Esos infelices, después de comer un asado bien gordo y fumar su cigarrillo, se consideran los mortales más dichosos, desprecian lo superfluo que los ciudadanos necesitan, elogian su género de vida como el más útil, sus violentos ejercicios como los más nobles del mundo, y desprecian, soberanamente, toda clase de ciencia, educación y cortesía.

Volvimos a montar a caballo y nos detuvimos, a la caída del sol, en la tercera posta, llamada de Agüero, la última antes de llegar a la guardia del Monte; el albergue que nos ofrecieron para pasar la noche era miserable al extremo y no, como en la posta anterior, por efecto de la indolencia y avaricia del propietario, sino de una pobreza muy real. En cambio, tuvimos la acogida más obsequiosa, y aunque el maestro de posta estaba en el lecho a causa de una enfermedad dolorosa, toda la casa se puso en movimiento por nosotros. Puede observarse en esas campañas, más que en cualquier otra parte, hasta que punto las riquezas inspiran egoísmo y dureza de corazón. En las estancias opulentas, el orgulloso propietario no se digna por lo común preguntar quienes son los viajeros que se detienen en su casa, no teniendo los mismos otro recurso que entrar y establecerse en la cocina; en las pobres chozas de pastores menos afortunados se descubre, por el contrario, una hospitalidad de lo más sincera y todos los recursos que pueden esperarse de su triste situación. Las buenas gentes estuvieron muy reconocidas del pago que les hice; únicamente la extrema miseria pudo decidirlas a aceptarlo, porque no es costumbre pagar

ni el alojamiento, ni el alimento que se recibe y la mayoría de los habitantes se ofende cuando se osa ofrecerles una remuneración.

22 de febrero

El postillón nos hizo cortar a través de los campos y pasar por hondonadas ricas en pastos y cubiertas de ganado; llegamos después a colinas cubiertas de cardones, donde volvimos a tomar el gran camino, que nos condujo a la guardia del Monte. Me presenté en casa del juez de paz, que no estaba en esos momentos; pero, como esperaba nuestra llegada, se nos dio por alojamiento una casa contigua, cuyo propietario estaba ausente. Comprobé, al abrir mis maletas, lo inconveniente de esa manera de transportar los objetos frágiles: toda la galleta, que llenaba una de ellas, estaba rota en pequeños fragmentos, reducida en gran parte a polvo y mezclada con azúcar, yerba y otros; hubiera tirado en seguida esa rara mezcolanza, de no haber pensado que podía hallarme algún día en situación de no despreciarla.

A la puerta del juez estaba el furgón que el gobierno me destinaba, semejante a los que acompañan a los ejércitos del país: son carretas sin nada de hierro, construidas de acuerdo al mismo modelo que las empleadas por los pobladores en sus viajes, aunque más pequeñas; provistas de un corto timón en el que se colocan los caballos, son conducidas por dos ruedas altas, lo que hace que se vuelquen con facilidad. La parte superior está formada de montantes y aros groseramente reunidos y cubiertos de una tela pintada; y su única abertura, colocada atrás, se cierra con dos postigos y una cadena. Se sube por medio de una escalerilla. Por más incómodo que sea semejante vehículo, me sentí muy dichoso de tenerlo, porque me brindaba una casita ambulante y me aseguraba un abrigo para todo el tiempo que debía pasar en el desierto. Mandé reservar en la posta caballos para el día siguiente y ordené a mi criado que se dispusiera a partir para Navarro, a fin de retirar mis efectos que estaban en depósito, desde mi regreso de la Cruz de Guerra.

Mientras esperaba el retorno del juez de paz, recorrí la aldea del Monte, cuyo aspecto es de lo más triste: las calles están alineadas y se cortan en ángulo recto, pero las casas, muy apretadas, están construidas con ladrillos secados al sol o pared francesa; algunas de tierra, así como sus cercos; todas cubiertas de paja y en un estado de deterioro que revelaba abandono y no correspondía en nada a la riqueza de las inmensas estancias que rodean al villorrio. El antiguo fortín está completamente abandonado: el edificio que sirve de cuartel a la pequeña guarnición que alberga, se cae en ruinas; la basura y las malas hierbas impiden acercarse. Ignoro la razón de tal nombre (Monte), que en el país significa *bosque*, puesto que nada indica que haya habido en su vecindad el más

pequeño grupo de árboles; es más probable que ese nombre provenga de algunas antiguas plantaciones de durazneros, hoy tan comunes en la provincia. Monte está situado a orillas de una grande y hermosa laguna, rodeada de barrancos arcilloso-calcáreos y que comunica, al sur, con una cadena de lagunas semejantes, cuyo curso no interrumpido va a unirse al Río Salado.

Al regreso de mi paseo, encontré al juez que me aguardaba y que me acogió muy bien, aunque su recibimiento fue primero frío y reservado; dicho magistrado desempeñaba a la vez las funciones de pulpero y panadero, como el de la guardia de Luján, pero era, además, hombre de negocios del estanciero Rosas, lo que no constituía la menos importante de sus atribuciones, porque su patrón puede considerarse el señor soberano de esta parte de la provincia. Don Juan Manuel de Rosas, famoso en toda la República Argentina por la influencia que ejerce sobre la población de las campañas, y por la parte activa que ha desempeñado en las discordias civiles, es un propietario muy rico que administra por sí mismo no sólo sus propias estancias, sino también las de muchos ciudadanos opulentos: está así a la cabeza de trescientos o cuatrocientos hombres que le son devotos por completo, y no necesita otra cosa para trastornar la república; pero tal fuerza es mucho menos peligrosa que el extraordinario ascendiente que ha adquirido sobre los gauchos, ascendiente debido a la influencia de los establecimientos que dirige, pero sobre todo a un sistema de conducta muy bien calculado y a la debilidad de los sucesivos gobiernos, que buscaron el apoyo de su autoridad en vez de reprimirla desde su nacimiento. No le falta a Rosas cierta educación: escribe con facilidad; está dotado, como la mayoría de los criollos, de gran penetración. Arrastrado, por gusto y por cálculo, a la vida y las ocupaciones rurales, hizo de estas últimas un estudio especial, llegando a ser famoso, entre los pastores, por su habilidad para montar a caballo, la intrepidez con que se entrega a todos los ejercicios peligrosos que hacen su gloria y le aseguran la superioridad: siempre vestido con el traje nacional, se alimenta como sus peones, los acompaña de continuo y participa a menudo de sus trabajos; ha querido llevar una vida más dura que la que llevan esos pueblos, imponiéndose privaciones penosas y completamente gratuitas; así, en sus viajes, tiene la costumbre de no aceptar cama, ni abrigo y se acuesta en el recado, junto al corral donde se encierran sus caballos. Es el primero en estar de pie y hace un mérito de desafiar el sueño, el hambre, el frío, la lluvia y los rayos solares. Los hombres sensatos se ríen de esa ostentación de falta de sensibilidad, pero la masa campesina, tomada por su lado flaco, admira y eleva a las nubes a su émulo y sólo habla con entusiasmo de él. Por otra parte, un carácter grandioso va unido a todas las empresas de Rosas: dotado de un notable espíri-

tu de orden y de gran actividad, sus establecimientos están perfectamente administrados y pueden servir de modelos. Lo que hay sobre todo de loable en su explotación es que, no contento con los inmensos beneficios que le brindan sus rebaños, se entrega con pasión a la agricultura, sembrando por sí mismo casi tanto como todos los pobladores del sur reunidos y hace considerables plantaciones de árboles. Sus Estados por lo demás (porque ese es el nombre que se puede dar a sus vastas posesiones), son el refugio de todos los malhechores, seguros de hallar protección eficaz y de escapar a toda persecución, con tal de que acepten trabajar y se adapten a la severa disciplina a la cual el amo somete a todos sus servidores. Rosas los cuida con la mayor atención: les paga exactamente, vigila por sí mismo que estén bien alimentados, y aunque acuerda impunidad a los crímenes cometidos fuera de sus propiedades, se muestra inexorable con los menores delitos que tienen a sus tierras como escenario, haciendo justicia en persona, aplicando castigos rigurosos, sin exceptuar, según dicen, la pena capital, y haciéndose temer de sus vecinos que, mas de una vez, han experimentado cuán peligroso resulta ofenderlo. Acostumbrado a gobernar despóticamente los inmensos dominios que administra, embriagado por los continuos halagos de los gauchos que le rodean, él, su modelo, tanto como su jefe, así como de numerosos ciudadanos que todo lo esperan de su influencia; fuerte, en fin, por su popularidad y la devoción fanática de que es objeto en las campañas, Rosas se ha declarado sucesivamente sostén interesado o duro censor de los diversos gobiernos que han desfilado en los últimos años, y a pesar de su profundo disimulo, se reconoce sin trabajo que aspira a convertirse en jefe de Estado[1].

23 al 27 de febrero

Envié mi furgón a Navarro el 23 por la mañana; hay doce leguas de un villorrio al otro, y estaba obligado a pasar varios días en la guardia del Monte, sin otro remedio contra el aburrimiento que los paseos y las pláticas de mi juez de paz. Los temas del mismo no eran muy variados; porque las conversaciones de los pobladores giran casi siempre en torno a su vida y ocupaciones, que son muy monótonos. Las ideas de mi huésped se extendían, sin embargo, algo más allá de ese estrecho círculo; se ocupaba de política, leía los diarios, algo de historia y podía pasar por hombre culto en medio de esa población atrasada. Sus relaciones de amistad e interés con su patrón Rosas, nos llevaban a menudo a

1 Rosas fue nombrado gobernador en 1829 y hasta hoy (1836) dirige de derecho o de hecho la provincia de Buenos Aires. Ha conseguido, dicen, mejorar el sistema de finanzas de ese desdichado país.

hablar de este famoso personaje y cuando abría este capítulo resultaba inagotable. Nunca he visto entusiasmo igual, ni tal vez más sincero, aunque puede suponerse que se mezclaban al mismo designios personales. Mi huésped no descubría en los tiempos modernos, según decía con toda seriedad, nadie que pudiera comparársele, y si su héroe hubiera nacido en los siglos fabulosos de Grecia, habría sido émulo de Hércules y Tesco. Me impresionó el paralelo, porque, si se exceptúa lo que había de énfasis en semejante elogio, no dejaba de reconocerse cierta exactitud de juicio y que no fuera un índice más de esa admirable sagacidad con que la naturaleza ha dotado a los más ignorantes pobladores de esas campañas. Nuestro panegirista habría podido, en efecto, comparar también a Rosas con algún gran guerrero o célebre hombre de Estado de tiempos más recientes, pero el elogio habría sido falso, puesto que no ha mandado otro ejército que sus peones, ni gobernado otro Estado que sus dominios; mientras que su vida activa y laboriosa, su endurecimiento frente a las privaciones y fatigas, su desprecio por las comodidades de la civilización, su destreza y temeridad en los ejercicios del caballo y de la vida pastoril, hacen de él en verdad un héroe de la naturaleza, muy semejante a los de tiempos en que las cualidades físicas predominaban sobre las otras. La caza del jabalí de Calidón, por ejemplo, ¿es menos peligrosa que la persecución de un toro, y no hay tanto mérito en domar y acorralar tres o cuatro mil vacas salvajes como en limpiar los establos de Augias?

Los alrededores de la guardia del Monte están tan pelados como el resto de la provincia; las ondulaciones de la llanura huyen y se pierden en un horizonte sin límites, y en el cual algunos grupos de árboles, que rodean las principales moradas, jalonan la extensión y distancian aún más el límite lejano. El verde amarillento de los pastos expande, en esa vasta superficie, un solo y mismo matiz manchado de puntos negruzcos, que forman los rebaños pastando. El campo que se extiende al sur del villorrio presenta, sin embargo, un aspecto algo más pintoresco; la superficie plateada de la gran laguna, a orillas de la cual se levanta el caserío y las barranquitas amarillentas que rodean la hoya de la misma, dan cierta variedad al juego de la luz. Casas de construcción más cuidada, entre las cuales se distingue la hermosa estancia de Dorna, animan también el paisaje. Esa estancia pasa por ser la más importante de la provincia y su propietario marca hasta doce mil vacas al año; es contigua a otra, donde Rosas vivo habitualmente y que podría llamarse la cabeza de sus Estados. Es raro, en esas campañas, que los propietarios vecinos vivan en buena armonía. Lo vago e incierto de los límites de sus tierras y la continua mezcla de sus rebaños, son causas de discordias que se renuevan sin cesar; a las cuales hay que añadir, generalmente, la envidia mutua. Era difícil, dado el carácter

de Rosas que he pintado, que un vecino tan rico como Dorna, y cuya influencia podía competir con la suya, no le hiciera sombra; por eso la colocación de algunos linderos fue pronto causa o pretexto de una ruptura rencorosa y de un proceso escandaloso, que duró muchos años.

Mi furgón regresó el 24 de febrero; estaba dislocado a tal punto que no era posible hacerlo rodar más sin antes repararlo. Las carretas del país están construidas por completo de madera, sin que tengan un clavo ni la menor ligadura de hierro; cuando se las mantiene inactivas y expuestas al sol, todas sus partes se desunen y es menester volverlas a ajustar, si no se quiere correr el peligro de que se rompa y caiga a pedazos en el camino.

Poco faltó para que ese accidente le ocurriera a la mía, y a pesar de mi impaciencia, debí conceder un día al carretero que me proporcionó el juez de paz; pero el 26, día destinado a ese trabajo de urgencia, se desencadenó una espantosa tormenta y el agua cayó a torrentes hasta la puesta del sol.

Me vi forzado, pues, a diferir la operación para el día siguiente; y un día más tarde, me fui a la *Guardia de los Ranchos*. Vi en el patio del maestro de posta numerosos huesos de ballena de enorme tamaño, que fueron transportados de la bahía de Samborombón, distante más de veinticinco leguas; el gran número de barcos balleneros, que en otro tiempo pescaban, desde el Brasil hasta las islas Malvinas, explica, sin duda, esa abundancia de huesos de cetáceos que se extiende por toda la costa, particularmente hacia el sur. Los pobladores emplean las vértebras a guisa de asientos.

Guardia de los Ranchos

El 29 llegué a Chascomús, caserío agradablemente situado a orillas de una gran laguna, cuyo fondo es de arena y los bordes presentan algunos bancos de tosca o restos calcáreos de esqueletos a los que ya nos hemos referido como existente: en las costas del Paraná. La laguna contenía muchos peces, particularmente especies de siluros. La posición de Chascomús es muy pintoresca y las grandes plantaciones de álamos quilo rodean, hacen de él uno de los villorrios más bonitos de la provincia de Buenos Aires. En 1800, su población era ya de mil habitantes, según Azara[2]; pero luego aumentó mucho, sobre todo durante la guerra con los brasileños, a causa de la proximidad de la desembocadura del Salado, por donde entraron muchas presas; por eso durante la guerra, hubo gran afluencia de extranjeros, marinos y corsarios. De Chascomús, fui a dormir a la posta de Roxas; y sólo encontré al día siguiente, a mediodía, al llegar a la de don Victorio

29 de febrero

2 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. II, p. 338 (cuadro).

Merlo, el convoy de carretas perteneciente a la expedición, que se disponía a ponerse en marcha. Pasé el Salado el mismo día y llegue por la noche a la posta de Isla: al día siguiente, hicimos alto en el villorrio de Dolores; la campaña que acababa de atravesar, desde el Salado, es llana y presenta el mismo aspecto que las tierras que ha descrito en el viaje a la Cruz de Guerra.

Caracterizan a esos campos, por otra parte, el gran número de pequeñas lagunillas que se encuentran, de tanto en tanto: al partir de Dolores, vi mu-

3 de marzo

chas llanuras bajas, sobre todo antes de llegar a la posta de don Pedro Ponce, ubicada más o menos a mitad del camino que separa, ese villorrio de la posta de Caquel; esas llanuras húmedas parecen comunicar con las que cubren todo el espacio situado de este lado. Las dunas del cabo San Antonio, al oeste del cual me hallaba, son ,sin duda, una corriente de agua análoga a la que forma el brazo de Saladillo, junto a la Cruz de Guerra, y que parecen venir del oeste de la Sierra del Tandil, presentando el aspecto de arroyos o desapareciendo o transformándose en pantanos, antes de llegar a orillas del mar. El suelo se eleva poco a poco, al aproximarse las alturas de Caquel, antiguo fortín situado junto al lago del mismo nombre. La orillas de ese lago presentan algunas piedras y masas de arcilla endurecida: todo el suelo de los alrededores está cubierto de florescencia salinas. Me vi obligado a permanecer varios días en ese lugar, a fin de conseguir caballos, que, de acuerdo a un informe del coronel Estomba, debía pedir en las estancias vecinas.

El 6, al atardecer, abandonamos las alturas de Caquel, que son poco extensas. Todo el terreno que sigue, hasta la estancia de Baudria, distante cuatro leguas, es llano como las pampas, salvo un pequeño mamelón poco elevado,

6 de marzo

que está una legua antes de llegar a esa estancia y al pie del cual se extiende una laguna entonces casi seca; todas, esas pequeñas eminencias están formadas de tierra arcillosa y compacta. Las mismas se diferencian esencialmente de los médanos que rodean la Cruz de Guerra. La estancia de Baudria es un establecimiento nuevo. Para formar tales colonias, los pobladores comienzan por cavar un foso sobre el cual colocan un pequeño, puente levadizo; construyen del lado interior un rancho o pequeña cabaña, para estar al abrigo de los ataques de los indios, ataques muy frecuentes desde el comienzo de la revolución, y que, en ciertas épocas, han devastado la provincia de Buenos Aires. Forman, al mismo tiempo, los potreros para los animales, y uno de sus primeros cuidados es plantar bosques de durazneros; una vez ejecutados esos primeros trabajos, se tiende a completarlos poco a poco; se construye una casa para el amo, más o menos espaciosa; el rancho sirve entonces de cocina y es abandonado a los peones.

Durante nuestra estadía en la estancia de Baudria, recibimos la visita de indios pampas, que levantaron sus toldos o tiendas a corta distancia; nos dijeron que buscaban asilo en el interior de la provincia y que el temor a los chilenos (indios chilenos o de la cordillera) les alejaba de los lugares donde vivían habitualmente. Me impresionó el buen aspecto de esos naturales, y sobre todo lo armonioso de su idioma, que hablan también los aucas, los ranqueles, etc., y que no es otro que el araucano de Chile; esos indios que se refugiaban entre los cristianos son los mismos que, de tanto en tanto, les hacen una guerra de exterminio, apareciendo, como un torrente, en medio de las estancias sorprendidas, matando a los hombres adultos, llevándose a las mujeres y niños, robando todo lo que encuentran y arrastrando rápidamente al desierto a todos los rebaños de que se pueden apoderar. Pero es difícil que gocen con tranquilidad el fruto de sus rapiñas: por lo general, son sorprendidos al regresar de su expedición y despojados por alguna tribu enemiga; a veces, también, los cristianos toman a revancha, penetran a su vez a favor de las tinieblas en el campo de sus enemigos y los masacran a todos sin piedad. En los intervalos de paz, que suceden a las masacres, los indios vienen a traficar a Buenos Aires, a donde llevan algunos tejidos de lana, así como ponchos, mantas, plumas de avestruz y peletería.

De la estancia de Baudria me dirigí hacia Tandil e hice de un solo galope el viaje a la laguna del *Juncal*, distante siete leguas; la laguna, cuyo nombre revela la presencia de juncos, está situada al pie de una pequeña altura; el agua era buena y, en general, al sur del Salado las aguas son menos saladas que del otro lado. Vi también menos espacios saturados de sal, donde no crecen más que plantas marítimas, como los *sudes* y *los salicornios*, sobre todo estas últimas; se veían, a orillas de la laguna, los rastros de la presencia de los naturales, es decir fuegos apagados, huesos medio calcinados, esqueletos de caballos y otros animales, provenientes de sus cacerías. Fui a acostarme a dos leguas de allí, en el lugar llamado *Cacique Negro*[3] nombre de un jefe que vivió allí hace mucho tiempo con su tribu. Es una altura poco extensa, con un lago de agua dulce, entonces mala, porque estaba muy baja. Recogí en sus orillas muy hermosas *ampularias*[4], las únicas que vi hasta ese momento en las pampas. A una legua de esta parte

7 de marzo

3 Ese indio, jefe de la nación puelche, jugó un papel muy importante en la historia. Véase la descripción de la colonia de Carmen en la Patagonia.

4 Véase Moluscos. Es una especie nueva que figura con el nombre de *Ampullaria australis*, d'Orb., porque es la que se encuentra más al sur.

del Cacique Negro, comencé a percibir, al sudoeste, las primeras cimas de la cadena del Tandil, aunque todavía estaban a una distancia de unas quince leguas: su vista proporciona una sensación agradable al viajero cansado de la uniformidad invariable de las pampas; se reciben con placer esas masas que dibujan por fin en el horizonte algunas prominencias. Durante la noche recorrimos alrededor de cuatro leguas en un hermoso claro de luna. El terreno, aunque muy liso, se eleva poco a poco a partir de la última estación.

8 de marzo

Nos pusimos en camino después del amanecer e hicimos cerca de seis leguas. Las montañas de Tandil se descubrían cada vez más y presentaban dos grupos o cumbres que dominaban toda la cadena. Llegamos a orillas del Arroyo del Tandil, arroyo poco profundo, que desciende de las alturas y corre entro juncos y hierbas bastante altas, que lo ocultan por completo, de manera que, para descubrirlo, es menester advertir su presencia por la fuerza y frescura de la vegetación.

El agua es excelente y es la primera perfectamente dulce que se encuentra desde Buenos Aires. El lugar donde acampamos había sido recientemente abandonado por los indígenas y el suelo estaba cubierto de huesos y cabezas de tatúes de dos especies, las *mulitas*[5] y los *peludos*[6] muy comunes en esos campos; se los ve pacer, por la mañana, en los retoños de las llanuras quemadas y es muy difícil atraparlos; es un excelente alimento, buscado no solamente por los indios, sino también por los criollos, lo que hace que se lleven muchos al mercado de la capital. Durante el resto de la jornada hicimos cinco leguas todavía y fuimos a acostarnos junto a la laguna de Mariano. Amenazaba una tormenta y comenzaron a caer algunas gotas de agua. El camino se inclina algo hacia el oeste, bordeando la cadena de Tandil y haciendo mil rodeos, para buscar las alturas y evitar las hondonadas pantanosas. Las montañas se descubren entonces en toda su extensión y se comienza a gozar de los intensos contrastes que producen, de un lado, el color rojizo de sus cimas graníticas, con el tierno verdor que rodea su base; del otro, el ruido tumultuoso de los torrentes arrojados por sus gargantas, con el silencio y la inmovilidad de las aguas estancadas de la llanura. Espesas nubes se amontonaban alrededor de los picos, y apenas hicimos alto, estalló la tormenta; la lluvia cayó tan abundantemente que nos resultó imposible hacer fuego, y, en consecuencia, tomar el menor alimento, hasta el día siguiente, contratiempo al que es menester adaptarse en tales viajes.

---

5 Tatú mulita, *Dasypus hybridus*, Desm., Mamm., esp. 583.

6 Tatú velu, *Dasypus villosus*, Desm., Mamm., esp. 587.

La distancia de la laguna de Mariano a Tandil es de cuatro a cinco leguas, a través de un terreno fuertemente ondulado; un cuarto de legua debajo del fuerte, atravesamos un arroyo límpido que escapa de una garganta y en cuyas orillas está construido. A las once llegamos a Tandil. El fuerte de Tandil o de Independencia es un cuadrado, cuyos lados se quiebran en forma de estrella y pueden tener de 150 a 200 varas de largo: en los cuatro ángulos se concentra casi toda la tierra del foso, para formar otros tantos promontorios sobre los cuales están colocadas tres piezas de batería, de manera que los cortinales casi no tienen parapeto; no hay explanadas; el declive exterior de las murallas, así como los lados de sus rampas, están revestidos de piedra. Los cuarteles y otros edificios del interior del fuerte están construidos de piedras en bruto, unidas con tierra y cubiertas de paja; forman un cuadrado en medio del cual se cavó un pozo rodeado de álamos, de 20 a 22 varas (cerca de 60 pies) de profundidad, atravesando, en toda su línea a plomo, una capa de tosca o arcilla de huesos endurecida.

9 de marzo

Los álamos no se desarrollan allí, así como tampoco los durazneros, que permanecen achaparrados y no dan frutos, lo que se atribuye a las heladas tardías; pero la naturaleza del terreno, y sobre todo la mala exposición, me parece que también contribuyen, porque en la Patagonia esos árboles se desarrollan con vigor, aunque el clima sea mucho más frío. Hay, además del fuerte, una veintena de casas, ocupadas en su mayor parte por los pulperos. El fuerte fue construido en 1824 por la expedición que mandaba el gobernador, general Martín Rodríguez: está dominado por todas las alturas de la garganta, a la entrada de la cual se halla ubicado y sólo puede ser de alguna utilidad contra un enemigo que no posea armas de fuego, como los indios; la construcción costó grandes sumas y sólo sirve para establecer comunicación con la colonia de Carmen, en la Patagonia.

Las montañas de Tandil son bajas y no parecen más elevadas que los morros de Río de Janeiro, de los que difieren en que la roca se presenta siempre desnuda, sin que se vea árbol, ni arbusto, ni casi vegetación. Ascendí una de ellas, lo suficiente elevada como para que de su cima pudiera ver toda la cadena, cuya dirección parece ser E.N.E. - O.S.O. Sobre los flancos se ven capas primitivas estratificadas, cuyas hojas están inclinadas 45° más o menos sobre el horizonte y de norte a sur. Más arriba, no son más que granitos generalmente grises o rojizos. Cuando este granito está en estado de gneis, se compone de hojas dirigidas en todos sentidos; otras veces presenta agujas o conos romos de diversas inclinaciones; algunos están cruzados de vetas de cuarzo. Ahí encontré fuentes de agua límpida, muy fresca y deliciosa; el morro que trepe está

encerrado entre dos gargantas que dan la abertura del fuerte, y en el fondo de cada una de las cuales corre un arroyuelo que mantiene, en su orillas, una deliciosa frescura y una vegetación encantadora. A lo largo de uno de esos riachuelos, ancho de 6 a 7 metros, acampaban los indios aucas, refugiados en esos lugares desde que fueron vencidos y saqueados a orillas del Colorado por una tribu enemiga, que vino de las montañas de Chile. Sus tiendas, que visité, están formadas de algunas estacas, sobre las cuales colocan cueros de caballo: tenían por jefe al cacique Venancio, anciano perteneciente a la gran nación de los araucanos ese viejo cacique sirvió en los ejércitos del país contra los españoles, durante las guerras de la libertad, y recibió en Chile el grado de mayor. Por este motivo sus compatriotas lo persiguen, según dicen, y sobre todo Pincheira, criollo, célebre jefe, que se asegura nació en Cauquen; Pincheira, el terror de sus enemigos, desertó del ejército de San Martín en Chile, donde se pasó del lado de los indios a causa de su mala conducta, y so pretexto de defender la causa del rey de España, siguió haciendo una terrible guerra a los independientes, a la cabeza de numerosos indígenas de los que supo rodearse y ganar su confianza.

El coronel Estomba me previno que debía partir el 12, acompañado de una escolta de treinta hombres y del cacique Venancio con los suyos, para hacer un reconocimiento preliminar de Bahía Blanca, a fin de resolver hacia que punto se dirigiría la expedición y elegir, por adelantado, el sitio donde debía comenzar a formarse la colonia. Al día siguiente, los indios que debían acompañarme me brindaron el espectáculo de sus ejercicios de maniobra a caballo en dos filas: conservaban bastante bien la línea, ejecutaron conversiones, simularon una carga, la lanza en alto, acompañado de grandes gritos todas sus evoluciones. Su cacique estaba vestido como los habitantes de la zona; montaba un hermoso caballo negro, orejano (caballo salvaje domado), como todos los que emplean los indios, y cuyo enjaezamiento estaba todo cubierto de plata. Ese cacique fue quien me informó que el Colorado y el Negro descienden de los Andes: viajando de Chile, entre esos dos ríos, encontró gran número de tropillas de vacas salvajes muy gordas; los hombres que lo acompañaban pertenecían, lo mismo que él, a la nación auca o araucana: y en particular, a la tribu de los pehuenches, que habitan los valles de los Andes, por el volcán y el cuello del Antuco, frente a Concepción de Chile. El reconocimiento preliminar que debía efectuar de Bahía Blanca no carecía de peligros, porque debíamos alejarnos cada vez más de las casas de los blancos y recorrer una región completamente sometida a los salvajes, que no podían ver con buenos ojos a los cristianos invadir continuamente un territorio del cual se

consideraban con bastante lógica sus legítimos poseedores. Era sobre todo temerario introducirse por el sur, con una fuerza tan poco respetable como la que debía acompañarnos, en una época en que el famoso Pincheira recorría los despoblados como vencedor de todas las hordas de las pampas, llevando el terror y el exterminio a los habitantes civilizados, tanto como a los campamentos indios; sin embargo nuestro jefe creía, con razón, muy importante determinar la posición de la nueva colonia, antes de la llegada al lugar del convoy de carretas que seguía la caravana, y contaba, por lo demás, poder seguirme con pocas jornadas de intervalo, Del éxito de mi misión parecía depender el de la empresa.

Me puse en marcha con una escolta compuesta de veinticinco coraceros, que mandaba el teniente coronel Morel; nuestra tropa aumentó al incorporarse treinta indios, con su cacique, diez mujeres, un baqueano o guía, acompañados de seis hombres y dos habitantes de Patagones o el Carmen, con tres criados. Nos dirigimos al sudoeste, a través de las gargantas de las montañas e hicimos más o menos seis leguas, que, teniendo en cuenta los rodeos, podían reducirse a cuatro. Cruzamos muchos arroyos y noté, a dos leguas de Tandil, sobre la derecha, en la cima de un mamelón, enormes bloques de granito, aislados y como colocados con la mano en el suelo: eran redondos como si hubieran rodado; algunos se deshacían y hundían, deteriorados y divididos en fragmentos por la acción de la atmósfera; ese granito era negruzco. El lugar donde nos detuvimos es un hermoso valle circular, que puede tener cuatro a cinco leguas de diámetro y que separa la cadena de *Tandil* propiamente dicha, de una cadena paralela que se llama *de la Tinta;* ese valle está cruzado del S.E.E. a N.N.O. por el arroyo *Chapaleufú*. Merece ser descrito el orden habitual de nuestra marcha y lo que puedo decir debe hallar aquí su lugar. A la vanguardia, y a una media legua de distancia, avanzaba el baqueano o guía, el personaje más importante de toda la caravana, puesto que es su experiencia la que conduce a través de los campos, permite evitar los obstáculos, calcula la dirección y los altos, de acuerdo con la necesidad de agua. El arte de orientarse en medio de despoblados cuyo aspecto uniforme no ofrece ningún objeto que pueda dejar en la memoria rastros profundos, exige una sagacidad de la cual podernos tener difícilmente idea, y que sólo se encuentra entre los salvajes o entre pueblos semejantes a los pastores de América del Sur, cuya educación y costumbres se aproximan al estado natural. El baqueano que nos conducía estaba, como tal, a sueldo del gobierno: lo acompañaban algunos holgazanes que, con el título de voluntarios, y sin otra esperanza que la de participar en alguna refriega, donde se les

12 de marzo

permitiera llevarse los caballos de los indios, abandonaron alegremente sus lugares de residencia para desafiar las incomodidades y privaciones de la vida errante. Esos aventureros pertenecían a la clase de hombres que en el país reciben el nombre de gauchos, gente vagabunda sin domicilio, que vive de lo común, abusando de la hospitalidad, tan general en esas comarcas, dividiendo su vida entre el juego y las tabernas y no alquilando sus servicios sino en último extremo; verdadero tipo de las costumbres agrestes y del carácter independiente de los habitantes de provincias donde domina la vida pastoril. Algunos de los voluntarios marchaban en grupos alrededor del baqueano; otros, colocados por sus órdenes a media legua a los lados de la columna, le servían de exploradores y escrutaban con ojo avizor las altas hierbas que cubren gran parte de la superficie de las llanuras. Venían a continuación los indios: esos altaneros e indómitos guerreros marchaban esparcidos, llevando en una mano sus largas lanzas y espiando a los ciervos y avestruces que encontrábamos continuamente a nuestro paso y que difícilmente escapaban a sus boleadoras; sus mujeres e hijos conducían detrás las bestias de carga y los caballos de remonta, galopando a derecha o a izquierda para empujar los animales perezosos que, en esos largos viajes, se detienen a cada momento para ramonear. Finalmente, la retaguardia estaba formada por el regimiento de coraceros: esos militares conducían también caballos de remonta y una tropilla de yeguas destinada al aprovisionamiento de la caravana, porque no se llevan otros víveres en marchas tan rápidas y se había preparado, únicamente para mí, algo de carne vacuna seca y salada a la manera del país.

Volvimos a partir por la tarde, dirigiéndonos al S.O. 1/4 S., a través del valle; pero no pudimos hacer más que una legua y media, porque una fuerte tormenta nos sorprendió y nos obligó a detenernos a la orilla de un débil arroyo, que desemboca en el Chapaleufú.

13 de marzo

Al día siguiente, al amanecer, estábamos a caballo; teníamos delante la cadena llamada *Sierra de la Tinta*, a causa de los ocres que van a buscar allí los indios para pintarse el cuerpo y teñir sus pieles; presenta una larga y grande muralla, de altura uniforme, cuyas laderas están cortadas a pico y dejan ver capas horizontales de calcáreo. Creí reconocer un hermoso mármol blanco, veteado de rojo pálido; hallé también, rodando en la barranca, algunos pedazos de silex. A las diez, salimos de las montañas, bordeando un arroyo que corre al sur y se arroja en el Quequén. Las pampas reaparecieron con su cansador horizonte; hicimos alto, después de haber recorrido siete a ocho leguas al S.O. $^{1}/_{4}$O. Descansamos algunos momentos; luego, nos pusimos en marcha a través de un terreno bajo, o cañada, seco

entonces, permitía reconocer las huellas de las carretas de la expedición de Rodríguez, en 1824. El fondo era todo arcillo-calcáreo, lo que resultaba fácil de verificar gracias a la tierra removida por las vizcachas y al aspecto general de las orillas de la laguna, en las cuales nos habíamos detenido. Recorrimos cuatro leguas y media al S.O. $^1/_2$S.; vi por primera vez el animal llamado *libre* por los españoles y *mara*[7] por los indios; me impresionó la velocidad de su carrera y su tamaño.

14 de marzo

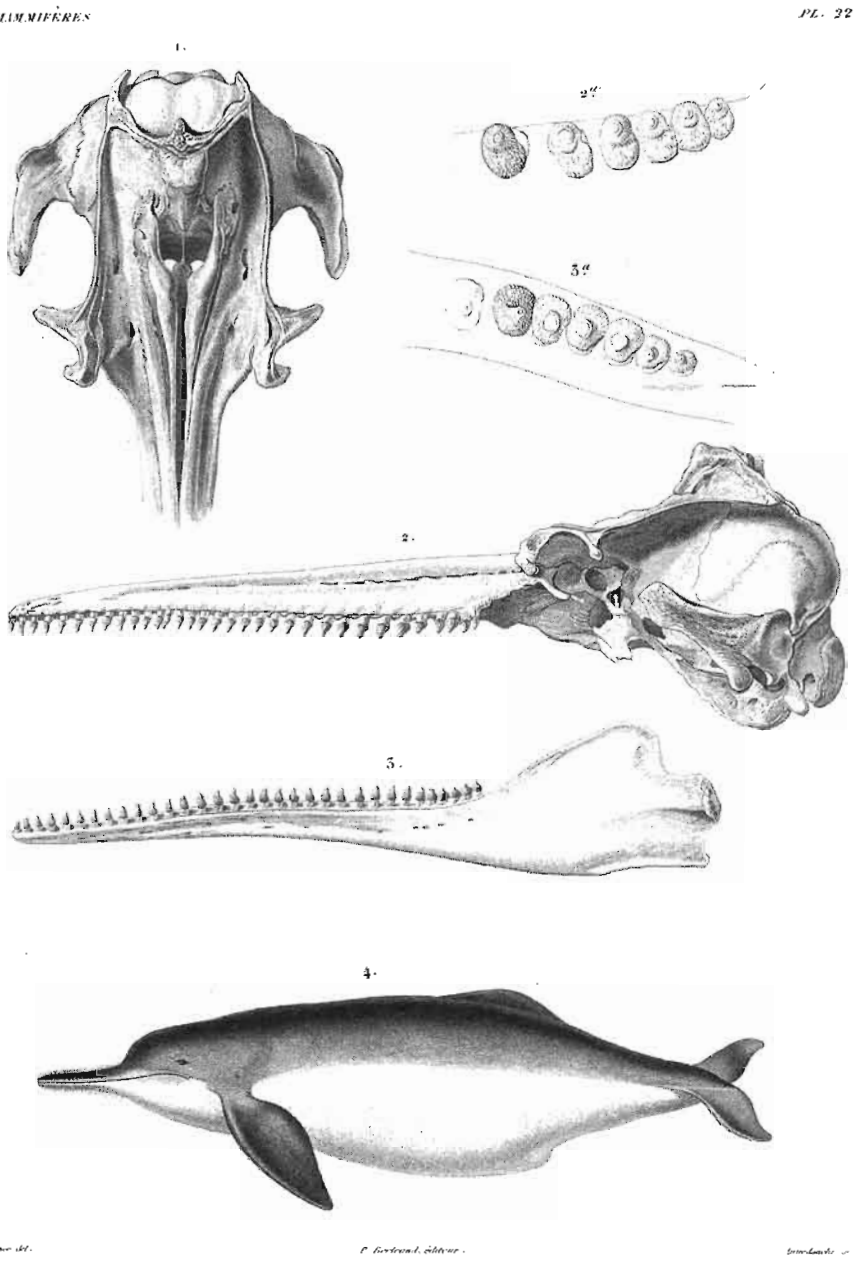
El 14 nos pusimos de nuevo en camino, después de cambiar de caballos, operación que duró media hora. La región que recorrimos era llana y baja: a las ocho, se presentó una ligera altura *o loma*, y del otro lado hallamos un arroyo seco por completo, cuyo lecho estaba lleno de juncos. Recorrimos otra legua más e hicimos alto finalmente junto a un tercer arroyo, llamado *Quequén*, de apenas cinco metros de ancho, cuyas aguas turbulentas y fangosas estaban dormidas por la sequía; corre mas o menos al este. Recorrimos alrededor de seis leguas en la misma dirección que la víspera; partimos una hora irás tarde. Al cabo de una legua y media, pasamos un arroyo seco y llegamos a las alturas que cruzaban perpendicularmente el horizonte; a las dos se distinguían todavía, al N.E., las montañas de la Tinta. Nos detuvimos, cuatro leguas más lejos al S.O., en una hondonada, entre dos eminencias, junto a una pequeña laguna de agua muy buena; a un cuarto de legua, al S.O.$^1/_4$O., había un lago mucho mayor, que no vimos en un comienzo. El tiempo era tormentoso: llovió toda la noche y una parte del día siguiente, lo que detuvo nuestra marcha; pero vino el pampero a barrer las nubes, haciendo que el horizonte recobrara su serenidad habitual; y pudimos, dos días después, proseguir nuestro viaje.

16 de marzo

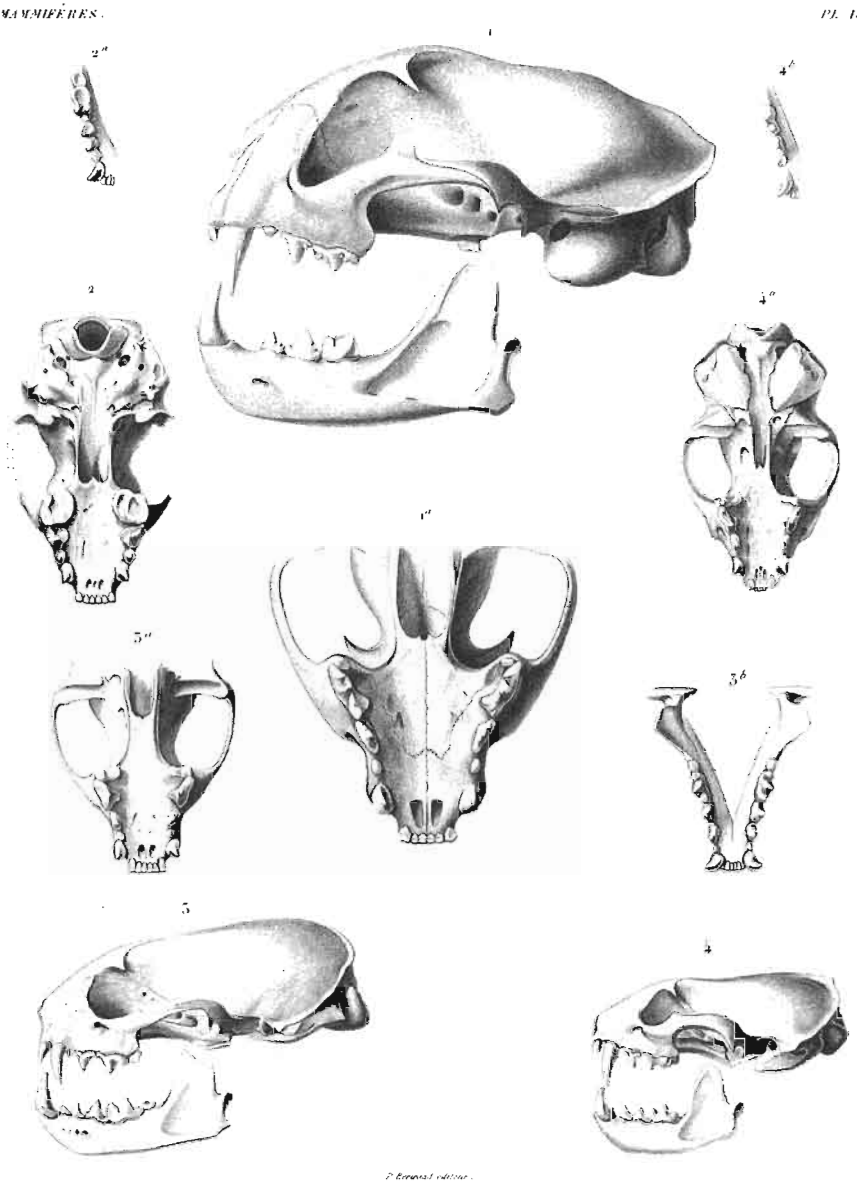
Recorrimos, ante todo, cuatro a cinco leguas de terreno ondulado, como al que llegamos en la parada anterior; luego del cual, cruzamos una zona de igual anchura de suelo llano, pero alto y seco. Las alturas reaparecieron; y en medio de las mismas, a orillas de un lago, nos detuvimos, luego de haber recorrido, de un tirón, once a doce leguas, parte hacia el S.O. y parte al S.O. $^1/_4$O. Este último trayecto fue muy cansador para nuestros caballos, a causa de la extrema blandura del terreno, cavado por todas partes por una especie de roedor, del tamaño de una rata pequeña, cuya cola, de dos pulgadas de largo, no tiene pelos; su piel es alconada, con una raya negra dorsal; tiene el hocico blanco y los bigotes bastante largos[8]. Hay

7 El *Mara aguti* de la Patagonía o *Dolichotes mara*.

8 Especie del *género Éténome*.



Inia boliviensis



1: Felis geoffroyi; 2: Mephitis humboldtii;
3: Mustela brasiliensis; 4: Mustela patagonica

que haber viajado en medio de esas llanuras vírgenes, donde el hombre sólo aparece a largos intervalos, para formarse una idea justa al respecto; una multitud de galerías subterráneas, cavadas por los mamíferos de que hablo, se hunden bajo las patas de los caballos, que penetran, a cada paso, de cinco a seis pulgadas, y tropiezan continuamente. Encontramos otro animal, que no habíamos visto todavía, el tatú *pichi* (pequeño)[9], así llamado a causa de sus dimensiones, menores que las de la mulita, y de su forma más redondeada; es también un gran comelón. Las orillas del lago donde pasamos la noche presentan siempre el mismo fondo, es decir de arcilla calcárea de osamentas.

El 17 el terreno se presentó más fuertemente ondulado: al cabo de cuatro leguas, atravesamos un pantano o cañada que parece tener corriente; estaba seco en el lugar donde pasamos, pero había agua a derecha e izquierda. Tres leguas más lejos, llegamos a otra cañada completamente seca, como la primera, y alcanzamos las orillas del Arroyo Salado, después de haber andado, sin hacer alto, nueve a diez leguas al sur. El arroyo, a orillas del cual estábamos, tiene un ancho de más de cinco metros: el lecho está encajonado entre barrancas elevadas de cinco a diez metros y compuestas de arcilla de osamentas; el fondo parece calcáreo; las aguas son fuertemente salobres y corren con bastante rapidez. Recogí en las orillas dos especies de conchillas fluviales, una *paludina*[10] y una *limnéa*[11]. Desde el campamento comenzamos a descubrir las sierras de la Ventana a la derecha; las examiné y comprobé que abarcaban el horizonte, desde el 4° grado del oeste al sur, hasta siete grados y medio. El baqueano marchó en busca de ,una salida por donde pudiera pasar la carreta y descubrir las tiendas del cacique Tetruel, que se decía que acampaba en esos alrededores. El paso fue hallado algo debajo de muestro campamento; pero no se vio ningún rastro de los indios.

Al día siguiente, descendimos a cerca de una legua al S.$^1/_4$E., bordeando el arroyo, para llegar al vado reconocido la víspera. Noté, al cruzarlo, que la capa de arcilla que recubre los bancos de calcáreo se reducía a un espesor de alrededor de dos metros: era, por lo demás, el último lugar donde debía verlo, porque más allá, hacia el sur, sólo el calcáreo se presenta en todas partes, y los aluviones que lo cubren apenas, son mezclas de arena y arcilla. Tomamos, a continuación, la dirección S.O. $^1/_4$.S., que seguimos toda la jornada, es decir durante siete u ocho leguas, a través de un terreno llano: una legua antes de detener-

9 *Dasypus minimus*, Desm., Mamm., esp. 588.
10 *Paludina Parchappii*, d'Orb. Véase Moluscos.
11 *Lymneus Parchappii*, d'Orb. Véase Moluscos.

nos, pasamos por una hondonada seca; pero, a la derecha, formaba un arroyo llamado de la *Algarroba o de las Achiras*.. Una vez que ascendimos la pequeña colina al pie de la cual corre, vimos en el horizonte grupos de objetos confusos, a los cuales el espejismo, que se observa casi continuamente en esas grandes llanuras, daba mil formas fantásticas; pero distinguimos jinetes que corrían a rienda suelta, luego volvían sobre sus pasos y se cruzaban en todos sentidos. Nuestros exploradores tomaron la delantera, y antes de que regresaran, nos encontrarnos en el teatro de esa justa inesperada. Era una cacería de los indios aucas: los ciervos gauzú-ti, los avestruces (ñandúes), los tatúes de diversas especies, que, de todas partes, yacían degollados sobre la hierba ensangrentada, demostrando que la caza había sido muy abundante; la única arma que emplean esos pueblos para atrapar su presa, se compone de las boleadoras, varias veces descritas. Cuando quieren realizar una gran batida, van a pasar la noche en el punto donde debe comenzar y forman una gran línea semicircular. Esos preparativos se efectúan la víspera al atardecer, y cada uno duerme en su puesto, de manera que al amanecer no tienen más que montar a caballo y avanzar lentamente de acuerdo al orden establecido; sorprenden así, en todo el frente que abrazan, los animales todavía dormidos o que esperan, para pastar, que el rocío se haya disipado. A veces forman dos o tres líneas concéntricas, de manera que el animal, que escapa a los cazadores de la primera, cae infaliblemente bajo los golpes de los de la segunda. Se concibe que semejante sistema de caza despuebla pronto una comarca y que la tribu se ve obligada poco después a levantar campamento para ir a buscar fortuna en otra parte. La que acabábamos de encontrar, hacía entonces provisiones para varias semanas; nos recibieron muy cordialmente y nos dieron muchos productos de caza.

Hicimos alto junto a un lago extenso, cuya agua era pasable, y que da nacimiento, al sur, a un arroyo que corre al sudoeste; el fondo está compuesto de arcilla endurecida. Los indios que encontramos pertenecían a la tribu del cacique Tetruel, establecido en esos lugares, después que fue despojado y puesto en fuga por los chilenos de Píncheira. Nos dijeron que el arroyo, sobre el cual acampaba su cacique, estaba todavía lejos, lo que nos decidió a pasar la noche en ese mismo lugar. Aproveché ese alto para ir a visitar las tiendas que los cazadores levantaron a orillas del lago; eran poco numerosas, y en los alrededores pastaban una veintena de caballos y unas cien ovejas. Hallé a las mujeres y niños ocupados en trinchar, cortar en pequeños trozos y salar la caza. Los indios más importantes visitaban al cacique Venancio; esa entrevista daba lugar a una especie de consejo que los criollos llaman *parlamento*. Venancio estaba sentado bajo su tienda, entre sus dos mujeres, y los visitantes, sentados

en tierra, formaban dos círculos a su alrededor. Varios oradores hicieron uso de la palabra y los asistentes les prestaron la mayor atención; su manera de hablar, fuertemente acentuada, parecía un canto monótono, cortada en versículos y esencialmente distinta del tono de su conversación habitual. En todas las oportunidades en que una tribu se encuentra con otra o que debe tratar la paz, la guerra y hasta cosas menos importantes, se constituyen reuniones semejantes y no es raro que se efectúen a caballo.

19 de marzo

El 19 nos separamos de los indios y recorrimos, al S.O., alrededor de siete leguas de terreno ligeramente ondulado, arenoso, que sólo ofrecía pastos duros y ralos. Nos detuvimos a orillas de un arroyo, que según creo era el Viruta, señalado por otros viajeros, y que lleva también el nombre de las *Mostazas*, a causa, sin duda, del gran número de crucíferos que hay en sus orillas: corre por un profundo valle de N.O. a S.S.E. En esa parada, reconocí la Sierra de la Ventana, al N.O. 1/4 N. Marchamos de nuevo por la tarde, y luego de recorrer unas tres leguas al S.O. 1/4 O., llegamos a un arroyo llamado Chaticó por los indios y que corre de N.N.O a S.S.E.. Debimos cruzar, en ese trayecto, grandes barrancos, donde se descubren bancos de calcáreo al desnudo o apenas cubiertos de tierra vegetal: a orillas del Chaticó estaba la *toldería, o* reunión de tiendas, de los aucas de Tetruel. Hubo un nuevo parlamento, pero esta vez a caballo. Los indios se mostraron tan ceremoniosos, infatigables y locuaces oradores como en el anterior. Nos enteramos de que numerosas tribus de Ranqueles y Chilenos debían ponerse en marcha, noticia poco tranquilizadora para nosotros y que, hasta la llegada del grueso de la expedición, hacía muy precaria nuestra situación.

20 de marzo

Al salir del arroyo Chaticó, marchamos hacia el O.S.O., por espacio de tres leguas, dirigiéndonos en dirección a una colina bastante elevada, flanqueada de otras dos, algo menores; allí, cambiarnos de dirección, al S.O., y recorrimos cuatro o cinco leguas, a través de un terreno frecuentemente cortado de profundos barrancos. Hicimos alto a orillas del *Río Sauce Grande*, nombre que le es común con otro río menos importante y que ambos deben a los sauces que los bordean. Vi finalmente árboles, los únicos que plantó la naturaleza en todo el trayecto de Buenos Aires a Bahía Blanca; por eso experimenté una sensación deliciosa, al sentarme a su sombra; y mi vista, fatigada por tanto tiempo de la monotonía y aridez de las pampas, reposaba con felicidad sobre su tierna vegetación, reflejada en las aguas límpidas del río que bañaban sus raíces.

El Sauce corre en ese punto al S.S.E.; tiene una anchura de cinco o seis metros y una profundidad de un metro y medio. La corriente es rápida: las

aguas son de lo más claras; ocupa el medio de un valle profundo, que puede tener mil metros de ancho. Por la tarde lo costeamos, ascendiendo alrededor de una legua a fin de buscar un vado cómodo para la carreta. Habiendo presentado dificultades el pasaje, nos vimos obligados a acampar y pasar la noche en la otra orilla. A lo largo del Sauce corre un camino abierto por los indios y a cada paso hallamos rastros más o menos antiguos de sus campamentos: uno de ellos parecía haber sido abandonado precipitadamente y encontramos cueros, dos lazos, una bolsa llena de sal y otra en la cual había un zapato de mujer, proveniente, sin duda, del robo de alguna casa, porque las indias marchan con los pies desnudos. Por la noche se desató una tormenta, con un fuerte viento sur y algo de lluvia.

Al partir del Río Sauce Grande, seguimos durante seis a siete leguas la dirección S. 0. y nos detuvimos junto a una hondonada o laguna seca; habíanse practicado a sus orillas pozos poco profundos en los que hallamos agua potable, aunque salobre. Me enteré por los guías que ese lugar se llama Manantiales de *Napostá* y que sirve de parada a los indios que van y vienen del Río Colorado hacia el norte e inversamente. La margen del Río Sauce presenta, en un ancho de alrededor de tres leguas, un terreno ligeramente ondulado, cubierto de pastos medianos; pero, más allá, se hace completamente árido, casi sin hierba, y está socavado en todas partes por ratas llamadas, por su grito, *tucutucu*[12], de donde proviene el nombre de *tucutucales* que se da a esos terrenos tan difíciles de franquear y que se denominan también *guadal, campo guadaloso*. A falta de pastos, alimentan un pequeño arbusto espinoso, el chañar de los habitantes; arbusto característico de los terrenos arenosos que circunscriben la hoya propiamente dicha de las pampas, y que cubre una parte de los desiertos de la Patagonia. Por la tarde cambiamos de dirección, yendo hacia el o.s.o. cuatro a cinco leguas. La marcha se hizo cada vez más difícil y nuestros pobres caballos, hundiéndose hasta media pata, estaban a punto de negarse a servir, cuando alcanzamos unas alturas o dunas, desde donde vimos el mar.

21 de marzo

Llegué al fin de mi viaje. Al placer de alcanzarlo sin accidente, se unía el de contemplar el océano, que no veía desde hacía varios años y cuya superficie azulada contrastaba con el aspecto amarillento y triste de las llanuras que recorría desde tanto tiempo atrás. El baqueano, que tomó la delantera, me previno que había visto una embarcación de dos mástiles anclada en la bahía; no podía ser otra que

Bahía Blanca

12 También una especie del género *etenomo*.

la enviada desde Buenos Aires con los materiales para las construcciones que debían ejecutarse en el nuevo establecimiento; así todo concurría a asegurar el éxito de la empresa, y me sentí descargado de un gran peso al ver disiparse las inquietudes que había alimentado, hasta entonces, sobre el resultado de mi misión. Anduvimos todavía una legua al O.N.O., a través de terrenos socavados y cubiertos de chañares; luego, descendimos por las colinas que bordean la ensenada de la Bahía Blanca, en una extensa llanura entre su pie y la orilla, y llegamos al borde de un riacho, que más tarde supimos que era el *Napostá* de los indios o el *Sauce Chico* de los españoles, y que corre, en ese punto, del N.O. al S.E. Acampamos en medio de buenos pastos, resueltos a instalarnos provisionalmente en ese lugar, hasta que un reconocimiento más amplio de la bahía nos permitiera elegir el asiento del establecimiento proyectado.

22 de marzo

Al día siguiente monté a caballo, acompañado del jefe del establecimiento; y bordeando las dunas que rodeaban la bahía, me dirigí al E.S.E., para buscar el navío visto la víspera. A nuestra derecha veíamos inmensos terrenos llanos, cubiertos de plantas y arbustos marinos, en medio de los cuales se distinguían grandes espacios desnudos, blanquecinos, cargados superficialmente de florescencias salinas, que brillaban al sol; todo se inunda en la época de las grandes mareas. Trepé, en dos diferentes ocasiones, la cima de las dunas, para dirigir mi lente hacia la bahía, donde no vi más que el mar, porque la marca era muy baja y abandonaba entonces todo el suelo raso que constituye el fondo. Llegamos, finalmente, a una punta elevada, donde descubrimos la bahía en toda su anchura y la embarcación anclada alrededor de media legua más lejos. Galopamos sobre una playa de arena, sembrada de conchillas; pasamos sobre un banco de roca, rodeado de grandes acumulaciones de cantos rodados de todos los colores, y llegamos a orillas de un arroyo en el cual la marca baja había hecho encallar el navío. Encontramos a bordo al señor Enrique Jones, su propietario, y al piloto Laborde, con seis marineros franceses, que formaban la tripulación de una ballenera destinada a la bahía: el arroyo recibió el nombre de *Arroyo Pareja*, en un reconocimiento efectuado anteriormente por mar: no tiene más que alrededor de media legua de curso, sin agua dulce; ofrece un puerto bastante bueno para treinta o cuarenta navíos, que permanecerían varados, con el mar bajo, en un fondo de limo. Don Enrique hizo cavar, en los alrededores, un pozo que le proporcionaba, a dos o tres pies de profundidad, agua potable. Como sólo había en la vecindad dunas, guadales y ningún lugar apropiado para la colonia, decidí, a pesar del buen puerto, que la embarcación esperara la elección de un sitio más conveniente, a fin de anclar; y decidí permanecer a

bordo, para ir a reconocer, con la ballenera, la boca del río en que estábamos acampados. Por la mañana, había enviado al baqueano en dirección opuesta, con la misión de examinar el terreno. Fue hasta *Vaca Loncoy o Cabeza del Buey*, duna elevada, que estaba frente a nosotros del lado sur, y halló impracticable toda la hondonada que rodea la bahía, sobre todo en la orilla opuesta, donde sólo se encuentran *cangrejales*; mientras que el suelo sobre el cual nos detuvimos ofrecía, en una extensión bastante grande, buenos pastos y una meseta muy llana y vasta, apropiada para sede del villorrio. Había encargado también al oficial que me acompañaba que recorriera las orillas del Napostá hasta su desembocadura; y al día siguiente, mientras se levantaba un viento sumamente violento que me obligaba a permanecer a bordo del navío, él bordó el río hasta su desembocadura y comprobó que la ruta era impracticable, aun para las carretas, hasta la orilla de la bahía, aunque la alta mar la cubre a veces en parte. Para acercarse a la desembocadura, hizo cruzar a nuestra gente el río y acampar una media legua más abajo, a unos tres cuartos de legua de la costa.

El viento seguía soplando con violencia y se oponía a mi proyecto de reconocimiento por agua; el baqueano me trajo un caballo ensillado, que aproveché para regresar al campamento por tierra, dando orden

24 de marzo

al piloto de embarcarse en la ballenera a fin de ir a la entrada del Napostá. Mientras andaba, vi desde lo alto de las dunas las velas blancas de la embarcación, que cinglaba hacia el fondo de la bahía; tomé el galope para adelantarla y llegué al campamento media hora antes de la caída del sol. Una vez que puse pie en tierra, hice subir un hombre al techo de la carreta, para que pudiera seguir la marcha de la ballenera que avanzaba bajo vela, y parecía acercarse a la desembocadura: envié otro hombre a la costa para que hiciera señales; pero llegó la noche y mi mensajero reapareció en el campamento sin haber visto nada, lo que me produjo alguna inquietud acerca de la forma en que los marineros iban a pasar.

En vista de las circunstancias, el 25 monté a caballo muy de mañana y me dirigí a la boca, acompañado del oficial y el baqueano. La marca de la víspera había invadido todas esas lomas blancas, cubiertas de

25 de marzo

eflorescencias salinas y cuyo brillo me impresionó al llegar; pero vi claramente que podían desembarcarse sin dificultad todos los objetos no susceptibles de alterarse por la humedad, y que resultaría fácil levantar un terraplén apropiado para servir de batería y de lugar de descarga de los barcos. Todo el terreno, desde el cabo hasta la costa, es firme y brinda un buen camino para carretas. El río es profundo en su desembocadura;

corre sobre un fondo de légamo, que es también el del interior de la bahía: en ese sitio es muy estrecho y sólo presenta un canal, de manera que cuando la marca baja se ve un hilillo de agua entre dos playas de limo. El riacho Napostá atraviesa una de las mismas, para desembocar en el canal de la bahía, y las numerosas sinuosidades que forma su lecho sólo se descubren durante la marea alta por medio de balizas, cuya colocación me pareció indispensable. Merced a estas precauciones, las embarcaciones y hasta los navíos pequeños podrán remontar el río hasta la mitad del camino de la costa a la nueva colonia. No hallando ningún rastro de la ballenera, hice encender fuego y plantar una bandera, esperando que esas señales fueran vistas por la tripulación, y fui, con el baqueano, a reconocer la colina de que he hablado. Subimos por las riberas del río, que forman gran número de rodeos, y descubrimos un foso con el cual los indios clausuraron el terreno que abraza una de esas sinuosidades, sin duda con el propósito de encerrar los caballos. Juzgué que ese reducto podría proporcionarnos un abrigo, en caso de peligro. Los informes que el baqueano me dio sobre la colina eran exactos: presenta una vasta meseta, bordeada, al norte y al este, por el Napostá; el terreno es llano, firme y apto para la agricultura. Es el único de los alrededores que reúne tales ventajas. Estuve encantado de la ubicación, y luego de haberla reconocido bien, resolví finalmente que fuera el asiento del fuerte. De regreso al campamento, escribí al capitán del navío, anunciándole que mi elección estaba hecha y que le rogaba viniera a anclar junto a nosotros. El oficial se encargó de llevar la carta y de pedir algunos víveres, porque todas mis provisiones, así como las de las restantes personas de la expedición, se habían terminado. Había enviado un hombre a caballo a la entrada del río, que debía permanecer como vigía y aguardar la ballenera; pero regresó al atardecer, sin haber descubierto nada; y el oficial, de regreso del barco, anunció que el mismo no había retornado. Mis inquietudes sobre la suerte de los marineros que se habían embarcados se avivaron. Me perdía en conjeturas acerca de las causas de su desaparición.

26 de marzo

A la mañana siguiente, hice encender de nuevo grandes fuegos y recorrer la costa por algunos hombres a caballo; mientras los otros, acompañados de los indios, se distribuían por el campo, para cazar y conseguir víveres. Nuestros cazadores, habiendo visto, entre el río y los Manantiales de Napostá, una multitud de caranchos e iribúes, que planeaban en los aires, siguieron esa dirección; era un signo seguro de que algunos cadáveres yacían en ese lugar y es así cómo, a menudo, los habitantes de las campañas descubren los restos de alguna pieza de ganado, que les fuera robada por el jaguar o los malhechores. Nuestras gentes hallaron,

en efecto, el cadáver de un indio, muerto muy recientemente, y no tardaron en despojarlo, en un instante, de su ropa; por lo demás, la batida fue poco provechosa, porque los naturales que habitaban esos cantones destruyeron todo. Cuando los mismos cazan, armados de sus boleadoras, forman un gran arco de doble círculo, de manera que no se les escapa ningún animal: el que franquea la primera fila de cazadores, cae infaliblemente bajo los golpes de la segunda, y todo perece, hasta las perdices. Un cantón habitado algún tiempo por los indios, no presenta pronto otros seres vivientes que las aves de rapiña. A pesar de esa devastación, tuvimos, por nuestra parte, algunos cuartos de ciervo guazúti, del cual los habitantes sólo comen las hembras, a causa de la repugnancia que les inspira el fuerte olor a ajo que exhalan los machos. He probado algunas veces su carne y me pareció muy buena, sin embargo, de un gusto análogo al del corzo de Europa. Nos trajeron también *peludos*, *pichis* y *matacos*[13]. Estos últimos, que probé por primera vez, presentan la característica de que, cuando se asustan, se encierran en su caparazón, formando una bola, permaneciendo entonces en una inmovilidad absoluta y hasta dejándose conducir a caballo, durante mucho tiempo, sin abandonar su prisión esférica. Su carne es menos delicada que la de las otras especies y los indios sólo la emplean cuando no tienen nada mejor. En cuanto a los pichís y peludos, son gordos al extremo y están cubiertos, algunas veces, de una capa de grasa de dos dedos de espesor; los pichis son un manjar tan delicado como las mulitas o tatúes mulitas. A esas provisiones de carne fresca, se sumaron algunos víveres enviados por Don Enrique y nuestra subsistencia quedó asegurada por varios días.

La incertidumbre acerca de la gente de la ballenera duraba todavía por la tarde y ninguno de los exploradores trajo noticias, cuando vimos, de golpe, elevarse un gran humo en el fondo de la bahía. Envié, de inmediato, dos soldados a ver de dónde provenía; regresaron a la noche y nos dijeron que habían hallado la barca, con su tripulación, medio muerta de hambre, que pedía víveres a voces. En el mismo instante nos visitaron los indios del cacique Tetruel, y nos informaron que la expedición estaba en camino y no tardaría en llegar: esa feliz noticia y el placer de encontrar la chalupa, sembró la alegría en nuestro pequeño campamento. Se entablaron animadas conversaciones entre los grupos reunidos alrededor del fuego, donde se asaban los productos de la caza, las que se prolongaron hasta avanzada la noche.

Impaciente de llevar socorros a los pobres marineros de la ballenera, monté a caballo muy temprano y me dirigí hacia el fondo de la bahía, a través de la

13 *Tatú* apar., *Dasypus* apar., Desin., Mamm., esp. 581.

llanura comprendida entre las salinas y las dunas, hondonada que ofrece bastante buenos pastos. Después de haber andado alrededor de cuatro leguas, entré en las playas saladas que la marea cubrió la víspera, lo

27 de marzo

que hacía difícil al extremo el trayecto; vi frente a mí, a dos leguas, una interrupción entre las dunas. Pregunté al baqueano a qué se debía: me dijo que era una garganta y que al fondo corría un riacho, formando la punta extrema y como la prolongación de la bahía; también encontramos muchas hendiduras cavadas por esos diversos brazos; dos de entre ellas bastante anchas y profundas como para dar entrada a los navíos; pero sus orillas no ofrecían ningún punto apropiado para desembarcar. Todos los terrenos de los alrededores son limosos, y en la misma orilla sólo presentan un limo más muelle y lleno de huecos de cangrejos, lo que hace que los habitantes los llamen cangrejales, porque apenas los caballos ponen allí las patas, caen y se hunden hasta el vientre; algunas veces resulta imposible retirarlos y allí perecen. El jinete no tiene, en esos casos, otro remedio que arrojarse a un costado, y si ve que el suelo no puede sostenerlo de pie, se retira arrastrándose de vientre.

Encontramos, a orillas de uno de esos arroyos, un enorme depósito de osamentas de vacas, que provenía, sin duda, de un cargamento de carne salada que un barco reunió en ese lugar algunos años antes, cuando esos parajes alimentaban todavía rebaños salvajes, que, luego, desaparecieron por completo. Vi allí que esa corriente de agua había sido tomada por error por la desembocadura del Río Napostá o Sauce Chico, y que éste no era conocido antes de nuestra llegada. Vimos, en el lugar donde nuestros soldados habían encontrado la víspera a la tripulación del barco, un fuego aún encendido; pero, al seguir las huellas de los marineros en el limo, comprobamos que habían partido; la ballenera estaba amarrada en un pequeño canal, una legua más abajo. Saqué la conclusión de que, empujados por el hambre, se habían dirigido a pie hacia el campamento, y, en efecto, a nuestro regreso vimos dos marineros que llegaron durante nuestra ausencia. Nos dijeron que el día de la partida del navío no encontraron la desembocadura del Napostá, porque su patrón, a pesar de los informes que le di sobre la localidad y la distancia, se obstinó en buscarnos en el fondo de la bahía; que agotados de cansancio y hambre, y no hallando agua, tomaron finalmente la resolución de buscarnos por tierra. A la tarde llegaron sucesivamente otros dos de sus camaradas; luego el patrón, con los dos últimos, medio muertos de hambre y sed, y conducidos por mis indios, que por suerte los habían hallado. Debieron probablemente la vida a la humanidad de esos salvajes, porque habían errado al azar y sus fuerzas estaban agotadas por completo a causa de tres días de ayuno absoluto.

En el momento de nuestra llegada, el cacique Venancio envió un correo a su lugarteniente Montero, acampado, con el resto de su gente, a orillas del Colorado; el correo llegó por la tarde, acompañado del mismo Montero. Esos indios nos informaron que habían visto nueve hombres a caballo en la Cabeza del Buey; suponían que eran espías o la vanguardia de los indios enemigos, que vendría, según aseguraban, en gran número, con la intención de atacarnos y oponerse, con todo su poder, a nuestro establecimiento, considerado por ellos una usurpación de sus dominios; decían, además, que conocían nuestra escasa fuerza y no desconocían que el resto de la expedición llegaría más tarde. Agregaron, finalmente, que el enemigo podría esperarse en tres o cuatro días, a lo sumo; que la disensión dividía a las gentes de Montero, una parte de las cuales se había sublevado; que estaban a punto de irse a las manos y que muchos habían desertado para unirse a Pincheira, que nos amenazaba. Resolvimos tener en cuenta estas noticias y disponer nuestra seguridad. Nuestra primera medida fue colocar guardias avanzadas en todos los puntos y pensamos fortificarnos en un recodo del Napostá. Parecía justificar esas precauciones e indicar algún peligro real, el hecho de que el cacique Venancio pareciera dominado por el terror; reunió a los suyos y mantuvo un consejo que duró toda la noche.

28 de marzo

Nuestra posición se hacía crítica y despachamos, por la mañana, un expreso al coronel Estomba, para inducirlo a acelerar la marcha y enviarnos algunos refuerzos; formamos también dos destacamentos, encargados de batir la campaña y de advertirnos por medio del fuego si veían algo; ese género de seriales es el telégrafo empleado por los indios. El destacamento que se dirigió a Cabeza del Buey, en busca de los rastros de los nueve hombres, que los indios decían haber visto, regresó al atardecer y declaró que no pudo descubrirlos. Más tarde, tuvimos una gran alarma. Dos indios de Venancio, que fueron de exploradores a la campaña, dieron con un grupo de jinetes y emprendieron de inmediato la huida, replegándose sobre nuestro campamento. Fueron perseguidos y uno de ellos alcanzado, mientras el otro llegó todo espantado, gritando que el enemigo llegaba pisándole los talones, que su compañero estaba prisionero y que había visto un humo, señal convenida. Al momento todos nos pusimos en movimiento; fueron ensillados los caballos y se realizaron los preparativos de combate. Tomamos disposiciones para efectuar nuestra retirada, cuando el segundo destacamento, mandado por el otro baqueano, llegó: era el pretendido grupo enemigo que había perseguido al explorador y que traía a su segundo camarada, colmándolo de bromas por su miedo prematuro. Repuestos de esa falsa

alarma, descubrimos el tipo de confianza que había que depositar en los indígenas. Como viven continuamente en guerra entre sí, han llegado a inspirarse mutuamente tal terror que el menor accidente se convierte en su imaginación fértil en motivo de aprensión. Apenas se instalan en un cantón cuando el pánico, semejante al de ese día, los hace huir a gran distancia y jamás se acuestan con perfecta tranquilidad. Por la mañana, fui con el patrón de la ballenera a conocer la desembocadura del Napostá; bordeamos la orilla izquierda. La encontré cubierta de malezas e inundada en casi todos sus puntos por la alta mar, lo que me decidió a elegir la orilla derecha para atrincherarnos en caso de necesidad y descargar la embarcación. Habiendo el patrón reconocido la posición de la boca, lo envié, con tres marineros, a buscar la ballenera, que permanecía anclada en el fondo de la bahía: estuvieron de regreso al atardecer y me embarqué con ellos para remontar el río, hasta el recodo elegido para nuestro reducto provisional; el río dibuja, hasta este lugar, un gran número de sinuosidades, pero a tal punto próximas que comprobé que sería fácil, por medio de cortes, enderezar del todo su curso. Entretanto, la chalupa del navío vino, sondeando, hasta cierta distancia de la boca; luego viró de bordo y regresó. Me enteré, por un soldado que vino del barco, que no había hallado agua; pero resultaba claro para mí que no había seguido el canal, ni vio la entrada del río, que parece muy difícil de reconocer desde alta mar, lo que me confirmó la opinión de que hasta entonces no la habían percibido.

29 de marzo

Nos despertamos el 29 con la llegada de varios indios del cacique Tetruel, que venían a informarnos que su jefe iba al encuentro del coronel Estomba y que probablemente el convoy debía hallarse de este lado del Arroyo Salado; feliz noticia que templó un tanto la moral de nuestra pequeña tropa y produjo, sobre todo, el mayor placer al cacique Venancio y sus alarmados indios. Me embarque en la ballenera y fui a bordo del barco que aguardaba con impaciencia. El patrón opuso mil objeciones a mi proyecto de hacerlo avanzar. El verdadero motivo de su renuencia residía en su interés personal, porque era preferible para él descargar en el punto donde estaba, sin verse obligado a aparejar de nuevo, pero yo me mantuve firme y tuvo que decidirse, al fin, a izar la vela al día siguiente. Como el viento se oponía en la jornada del 30 a nuestra salida del arroyo Pareja, permanecí a bordo; al día siguiente, 31, aparejamos al atardecer; pero el barco ancló en un recodo del arroyo.

Viendo, al día siguiente, que la marea no subía lo suficiente como para poner a flote el barco, me embarqué en la ballenera para regresar al campamento. Otro contratiempo me impidió llegar el mismo día: no pudiendo reco-

nocer en la oscuridad la boca del Napostá, anclamos y me vi obligado a pasar la noche en la ballenera; no pudimos remontar el río hasta la marea del día siguiente. En cuanto al navío, sólo llegó dos días después del anclaje que referí, y tal vez habría tardado más, sin las numerosas balizas que tuve la precaución de colocar a orillas del canal, donde, con mar bajo, había aún dos brazadas de agua sobre el fondo de limo y casquijo. El patrón se vio obligado a convenir que el puerto era excelente y que la opinión que había emitido era completamente falsa; de inmediato se ocupó de la descarga. Hice apilar la madera de construcción en la punta, junto a la desembocadura; y, por medio de dos pequeñas almadías, se remolcó una parte de la carga hasta el recodo de que he hablado, a un cuarto de legua en las tierras. Cuando se haya rectificado el curso del río, las embarcaciones y hasta los barquichuelos podrán fácilmente remontar con las marcas hasta ese punto, lo que será muy ventajoso, porque nunca la inundación podrá llegar hasta allí, y en consecuencia, habrá siempre un camino firme y seco para los vehículos. A mi llegada al campamento, hallé al mayor Valle, que llegó la víspera al atardecer, con un refuerzo de veinte hombres y víveres; traía la respuesta del coronel Estomba a mi carta. El convoy debía alcanzar ese mismo día el Río Sauce y el coronel debía anunciarse por medio de dos tiros de cañón. Desde ese momento nuestros temores desaparecieron por completo y pude ocuparme, con toda tranquilidad, del desembarco de los materiales y del proyecto de fortificación que debía presentar al comandante de la expedición.

1º de abril

La noticia de nuestra llegada a esos alrededores se difundió pronto entre las tribus errantes de las inmediaciones; por eso vimos acampar a muchas de ellas sucesivamente arriba y abajo de nosotros, a orillas del Napostá. Esos indios poseían varios niños y mujeres de raza blanca, cautivos provenientes de invasiones anteriores al territorio de los cristianos y en las cuales sólo matan a los varones adultos. Intentamos rescatar esos prisioneros al precio de algunas yeguas, moneda empleada de ordinario en esa clase de intercambios; pero la cosa no fue sin dificultad y, lo que es más notable, la oposición provenía de las mismas cautivas, muy apegadas a su amos indios. En ocasión de la expedición del coronel Rauch contra las tribus del sur, numerosas mujeres blancas que rescató, huyeron para volver con los indios. Durante las marchas nocturnas, se arrojaban de la grupa de los caballos, donde las llevaban los soldados, y se salvaban a favor de las tinieblas.

Habiéndome enterado por un mensaje del coronel Estomba, escrito la víspera en los Manantiales de Napostá, que debía llegar en el día con la primera división de carretas y caballería de la expedición, monté a caballo para ir a

su encuentro, y habiéndolo hallado a corta distancia, llegamos al campamento a las diez. Después de algunos instantes de reposo, el coronel quiso recorrer los alrededores. Le hice ver todas las ventajas de la ubicación que elegí para el establecimiento, tanto a causa de la hermosa colina donde debía construirse el fuerte, como de la proximidad de un buen puerto. Estuvo encantado de todo lo que yo había hecho y aprobó mis planes. Dos días más tarde llegó el resto del convoy con la infantería; el campamento general fue instalado junto a la altura de mi elección. Comencé el trazado del fuerte e hice sucesivamente el del villorrio, los cuarteles, etc. Se pusieron a cavar los fosos y consagré todo mi tiempo a la dirección de los trabajos.

9 de abril

El 14, Montero, lugarteniente del cacique Venancio, llegó del Colorado, acompañado de sus soldados y de indios. Ese Montero, fusilado más tarde, sin juicio, por orden de Rosas, era un oficial de Chile, enviado a la cabeza de un destacamento de caballería, a fin de perseguir, de acuerdo con el cacique Venancio, las hordas de Pincheira. Habiendo sido derrotado, y cortándole el enemigo la retirada a través de la cordillera, decidió refugiarse en el territorio de Buenos Aires, donde esperaba obtener los medios de regresar a Chile. Al día siguiente de su llegada, pasó revista a sus soldados e indios, brindándonos el espectáculo de un simulacro de combate a pie y a caballo. Es imposible hacerse una idea de la impetuosidad del ataque de esos salvajes y de los gritos horribles con que lo acompañaban. Esa batalla en pequeño era el preludio de acontecimientos más serios. Impaciente por vengar su afrenta, Montero solicitó el concurso del coronel y de los indios pampas, nuestros vecinos, para atacar la banda de Pincheira. Le proporcionamos veinticinco hombres y un oficial, con armas y ropa; cien pampas se unieron a el, y dos días más tarde partieron todos para el Colorado, donde Montero había dejado parte de sus fuerzas. Al cabo de quince días, recibimos de él una carta en la que nos informaba que se ponía en marcha con cincuenta y ocho cristianos, armados de carabinas, y más de cuatrocientos indígenas, armados de lanzas y boleadoras, y que su intención era regresar por el otro lado de la Sierra de la ventana.

14 de abril

Una vez descargado nuestro navío, fue reexpedido para Río Negro, en la Patagonia, donde debía recoger un cargamento de madera de construcción. Otro barco llegó con una carga de materiales y se desplegó toda la actividad posible para adelantar los trabajos del establecimiento. Me ocupé también de las observaciones meteorológicas y de la elaboración de un mapa detallado de los alrededores; observé que la campaña, que bordea el Río Napostá o Sauce

Chico, está cortada por numerosos arroyos, que vienen a desembocar, descendiendo de las colinas vecinas; ese río, en el punto donde abandona las alturas para atravesar la llanura, corre en un valle profundo y estrecho, que viene de las montañas; allí, su lecho puede tener siete u ocho metros de ancho y su curso es rápido. Si la región fuera boscosa y estuviera animada por algunas casas, sería un lugar encantador, pero ese suelo, todavía virgen de cultivos y plantaciones, sólo ofrece un paisaje melancólico, cuya vista inspira tristeza. Las colinas entre las cuales el río desemboca en la cañada son elevadas; y desde su cima se domina la bahía, que se descubre casi por completo, de manera que se pueden ver, a gran distancia, los barcos que entran o que salen. La vista penetra así a lo lejos, donde se ve serpentear el río, trazando numerosos meandros; algo más arriba, un banco calcáreo corta su lecho y provoca una pequeña cascada de alrededor de medio pie. Los pastos de todo el valle son excelentes, y para que sean muy buenos, sólo falta la presencia del ganado en las alturas que lo rodean.

La elaboración del mapa me ocupó todo el mes de mayo. Medí con cuidado la distancia del villorrio a la desembocadura del río, Y tomando esa línea por base, encadené, por los triángulos, los puntos más notables hasta el fondo de la bahía, donde encontré un arroyo que surgía de una garganta y casi completamente perdido. Sólo quedaban en un lecho algunos charcos de agua muy salobre; los bordes estaban cubiertos de eflorescencias salinas; todo el terreno, hasta ese punto, daba pruebas de fertilidad. Ningún incidente importante distrajo mis ocupaciones; únicamente, de tanto en tanto, nuestros amigos indios nos daban falsas alarmas. Ora veían fuegos a lo lejos, ora eran los rastros recientes de las partidas enemigas. Se hacían reconocimientos en la dirección indicada y no se hallaba nada. Algunos habitantes del villorrio de Lobos vinieron a visitar nuestro establecimiento; el objetivo de su viaje era descubrir si, entre los cautivos que rescatamos de los indios, figuraba algún pariente, que les, fuera raptado en las incursiones hechas por los salvajes, años antes. Un correo nos llegó también de Patagones, para prevenirnos que el navío estaba cargando y que traería en cualquier momento las maderas que nos eran necesarias. Los trabajos proseguían activamente: el foso mostraba ya una profundidad respetable; un cuartel estaba terminado y otro comenzado. Hice cavar, en medio del fuerte, un pozo donde se halló, a cuatro metros de la superficie, buena agua, que disolvía bien el jabón. Las capas transversales se componen de tres decímetros de tierra vegetal; luego viene una capa de arcilla, mezclada de sílex y piedras calcáreas, de igual espesor. Todo el resto es un banco de arcilla calcárea, muy dura, semejante a la de las osamentas que forman el fon-

do de las pampas y se extiende hasta las montañas. La vigilancia de los trabajos dejó de reclamar imperiosamente mi presencia y resolví reconocer el curso del Napostá, hasta la Sierra de la Ventana.

El 11 de mayo hice los preparativos para partir al día siguiente, pero grandes fuegos, muy alejados, que vimos por la noche, me hicieron vacilar al instante. Sin embargo, el incendio se extendió poco a poco, de manera de llegar a enrojecer todo el horizonte de O.N.O. hasta el norte y comprendí que era uno de los incendios casuales, tan comunes en esas vastas llanuras y que no constituía ningún índice de peligro.

11 de mayo

Por eso al día siguiente de mañana, acompañado del teniente coronel Morel, me puse en camino a eso de las nueve, estableciendo con la brújula el rumbo a seguir y haciendo medir las distancias con una cuerda. Tomamos la dirección N.E. y recorrimos dos leguas, a través de buenos terrenos con abundante *cebadilla* (especie de gramínea, que se estima mucho entre los pastos del país) que nos condujeron a un grupo de chañares. Doblamos luego al S.E.; y, después de una legua y cuarto de marcha, llegamos a orillas del Napostá, que, en ese lugar, tiene ocho a nueve metros de ancho: las orillas están cortadas a pico y forman un acantilado de dos metros de altura por encima del nivel del agua, cuya profundidad es más o menos igual; pero allí el lecho está atravesado por una capa rocosa que forma una caída de algunas pulgadas. Hicimos un alto, para que descansaran nuestros caballos; luego continuamos hacia el N.E. y marchamos 2 000 metros en esa dirección, lo que nos condujo al borde del Napostá, cuyo lecho, en ese punto, está cerrado y más encajonado. Medimos a continuación 1 500 metros al N.O. y después 3 000 al N.E. El terreno se ondula mucho Y los pastos son duros: el suelo es arenoso y blando; el banco calcáreo aparece en todas partes de su superficie. Bordeamos el curso del río por espacio de 1 300 metros y nos detuvimos para pasar la noche; el Napostá forma, en ese lugar, cuatro saltos, a cincuenta pasos de distancia uno del otro. Los dos extremos tienen algunas pulgadas solamente; pero los dos del medio tienen cerca de un metro y el agua se rompe sobre las rocas que se descubren en el fondo y que son en parte arcillosas y en parte calcáreas. La capa sobre la que corren las aguas, es de esta última especie.

El 13 partimos muy temprano y recorrimos sucesivamente 2 500 metros al N.O. hasta el borde de un barranco profundo, y 5 000 metros al N.E. hasta el río, que no presentaba nada de particular en ese punto; retomamos la dirección N.O. que seguimos durante 4 000 metros; luego, retornamos a la dirección N.E. Al cabo de 5 000 metros, llegamos al borde del valle; y, 8 000 metros más lejos, al del Napostá, que forma allí

13 de mayo

una caída de cerca de un pie. Esas riberas son siempre escarpadas y dominan de tres a cuatro metros el nivel del agua: su lecho, más estrecho, no tiene más que alrededor de seis metros de ancho; toda la capa que atraviesa es arcillosa y el fondo está cubierto de una arcilla gris-azulada muy untuosa, mezclada con algo de arena. Nos detuvimos para almorzar, sin descubrir aún las montañas, porque la atmósfera estaba brumosa, lo que me contrarió mucho. Por la tarde nos dirigimos al N.O. y recorrimos 5 000 metros en esa dirección, sobre un terreno desigual; 1 500 metros seguimos al N.E. nos hicieron regresar al borde del Napostá, que presenta allí una cascada rodeada con grandes pedazos de roca y de cerca de tres metros de alto. Algunos pasos más arriba cae un arroyuelo que llega por una garganta, cuya dirección es de N.E. a S.O. y produce una caída de cinco a seis metros de altura; en ese lugar, la caída puede tener un pie de diámetro y su acción forma una especie de pozo redondo, de tres a cuatro metros de diámetro, cuyo nivel es algo más elevado que el de las aguas del río. Ese pozo desagua por una pequeña abertura subterránea, a través de la cual se ve la luz; y resulta así un pequeño puente natural, que permite seguir, sin interrupción, la orilla izquierda del Napostá. Para ser uno de los sitios más encantadores que he visto, sólo falta a ese lugar, pintoresco por naturaleza, hermosos árboles y la variedad que imponen los trabajos del hombre.

A partir de ese lugar, el curso del río se inclina de manera de indicar su fuente hacia el O. La bruma continuaba siendo muy espesa y no pudimos distinguir las montañas; juzgando solamente por la naturaleza del terreno, que ondula fuertemente, cortado por profundos barrancos, que nos hallábamos bastante cerca; pero nuestros caballos estaban rendidos y carecíamos de víveres, lo que nos obligó a abandonar nuestra expedición y regresar al establecimiento. Seguimos el fondo del valle, costeando el río y vimos, algo más abajo, los rastros aún frescos de un destacamento bastante considerable que había pasado sobre el arroyo de un salto y se dirigía hacia el interior; reconocimos que eran los naturales, porque habían matado una yegua en la otra orilla, para comerla. Me propuse comunicar estos informes al coronel, ya que las idas y venidas de los indios no eran datos que debían descuidarse. Dos leguas más abajo, cruzamos el gran camino que va a Patagones y que pasa por un vado del río. Llegamos a la caída del sol al lugar donde habíamos pasado la noche precedente y nos detuvimos. Hacía excesivo calor y reconocimos que la bruma, que oscurecía la atmósfera, no era otra cosa que humo, proveniente de los grandes fuegos que vimos la noche antes de nuestra partida.

Al día siguiente partimos muy temprano, siguiendo siempre el curso del río, observando que las orillas estaban cubiertas de osamentas, algunas reuni-

14 de mayo

das en grandes depósitos, y que todo el valle, cortado de senderos abiertos en diversas direcciones, producía en abundancia cardones o alcachofas silvestres, una especie de crucíferos, parecidos a la mostaza, y, por lo general, todas las plantas que, en esas comarcas, son las compañeras inseparables del hombre. Llegamos a la conclusión de que en todo tiempo los indígenas habían habitado en gran número esos lugares y que poseyeron grandes rebaños, lo que confirmaba, por otra parte, las huellas de varios cercos. Anteriormente, los habitantes de Patagones venían, en este sitio, comprar a los indios los animales que robaban en sus invasiones a la provincia de Buenos Aires. Llegamos al campamento a las nueve y dimos parte al coronel de nuestro reconocimiento y de los rastros que vimos; nos dijo que eso coincidía con las noticias traídas de Tandil por cautivos escapados, de que los indios se disponían a una incursión en el curso de la luna actual. Es costumbre constante en ellos elegir la época de sus expediciones de modo de poder aprovechar el plenilunio para sus ataques nocturnos; por eso se puede, en general, vivir en paz durante las lunas nuevas.

A mi regreso, volví a vigilar las construcciones; el 19 recibimos un correo de Buenos Aires, así como un refuerzo de ganado y yeguas para nuestro aprovisionamiento. Se me entregó, de parte del departamento to-

19 de mayo

pográfico, cartas que anunciaban que un proyecto de ley iba a ser propuesto a la Cámara de Representantes, para conceder 100 leguas cuadradas a cada uno de los nuevos establecimientos de la frontera; y se me invitaba a medir esa extensión y a colocar los mojones que debían fijar los límites. Otros despachos, que llegaron al día siguiente, contenían un decreto del gobierno acerca de la forma del villorrio y de la distribución de las tierras para cultivos y pastoreo.

La lectura de esas instrucciones y mi correspondencia, me ocuparon hasta el 25, día del aniversario de la independencia de las provincias del Río de la Plata. La fiesta fue celebrada con todo el brillo posible en

25 de mayo

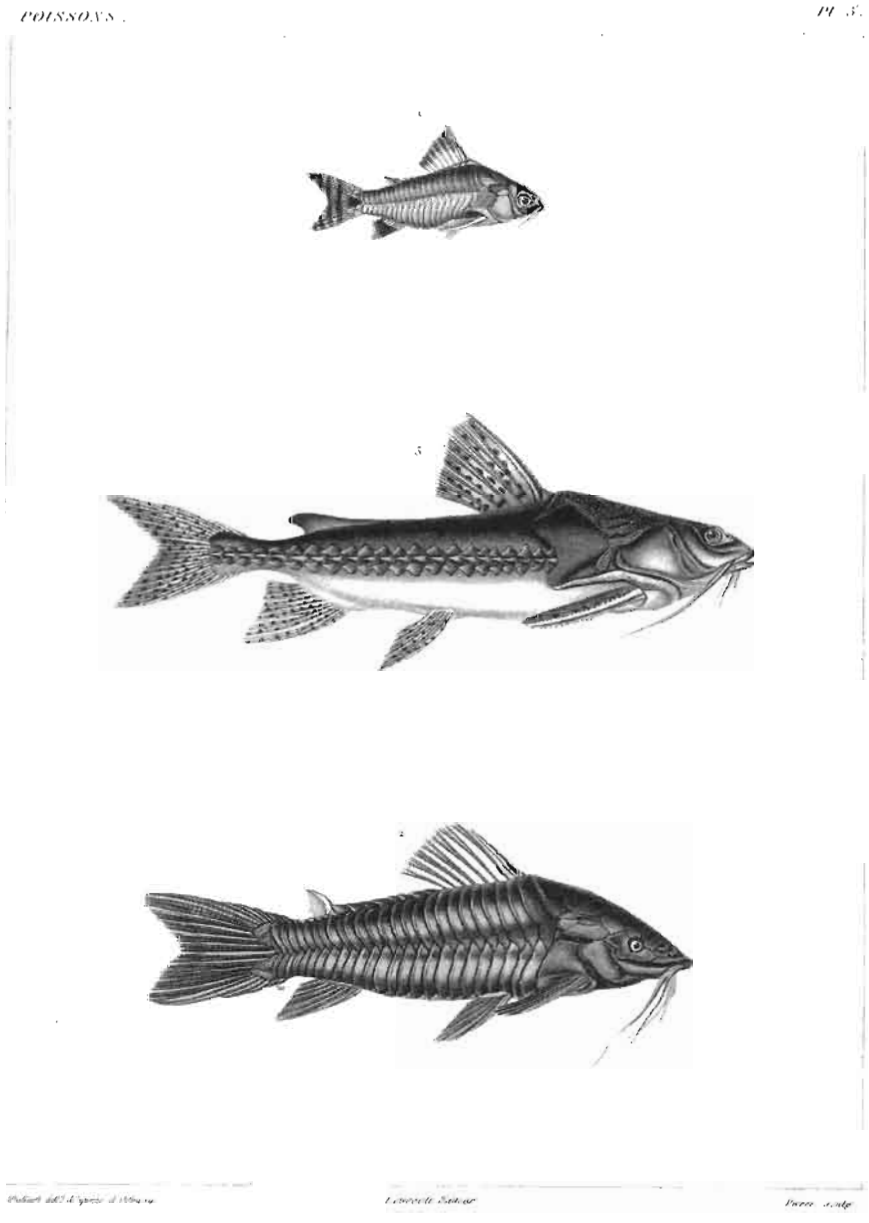
nuestro bosquejo de colonia: fue izada la bandera nacional en el fuerte y saludada con cuatro disparos de cañón, por la mañana y la tarde; y por primera vez, sin duda, el eco silencioso de los alrededores repitió la detonación de artillería. Hubo gran desfile, distribución extraordinaria de víveres, etc.; nada turbó la fiesta a no ser un viento violento, que, desde hacía algunos días, soplaba sin interrupción. Los indios me aseguraron que durante los meses de mayo y junio soplan los vientos más fuertes en esas comarcas. Al día siguiente, me preparé para el reconocimiento del segundo río, que desemboca en el fondo de la bahía y los indios llaman *Manueleo*.

Partí el 27, en compañía del teniente coronel Morel. Seguimos la dirección N. O.; al cabo de una legua, pasamos un barranco profundo, en su unión con la llanura, y medimos dos leguas mientras bordeábamos las alturas que rodean la hoya de la bahía; 3 500 metros más lejos, pasamos el riacho salado que habíamos encontrado los días precedentes, en nuestro primer reconocimiento. Hasta allí, hay muchos grupos de chañares; más lejos, casi ya no se descubren; pero todas las colinas, casi desprovistas de vegetales y muy pedregosas, están cubiertas de matas de un pequeño arbusto espinoso que no se eleva más de dos pies del suelo y que es un combustible muy bueno. Nos detuvimos al cabo de tres leguas e hicimos levantar un montículo a guisa de mojón, para señalar el ángulo O. de un lote de terrenos asignado al teniente coronel Morel. Continuamos luego nuestra marcha, siguiendo el mismo rumbo y medimos otras tres leguas, lo que completaba seis leguas en línea recta. Defraudada nuestra esperanza de encontrar el otro río, y como la noche estaba a punto de cerrarse, hicimos otro mojón y enviamos un hombre al galope para reconocer el terreno circundante, una legua adelante, y descubrir el curso del río; regresó sin haber hallado nada. No habíamos comido nada en el día; nos moríamos de sed y nuestros caballos estaban extenuados. Resolvimos marchar toda la noche hacia el sur, hasta hallar con que desalterarnos. Habíamos pasado la punta de un barranco, en el fondo del cual había muchos juncos, *cortadera, lo* que nos hizo presumir que era una cañada que iba a desembocar en el río y nos decidimos a seguirla. Después de haber andado una media hora, notamos que la cañada comenzaba a formar un lecho en el medio y que el terreno se hacía húmedo; algo más lejos, había lodo, y finalmente, al cabo de una hora de marcha, hallamos agua. Aunque era un tanto salobre, nos detuvimos a pasar el resto de la noche.

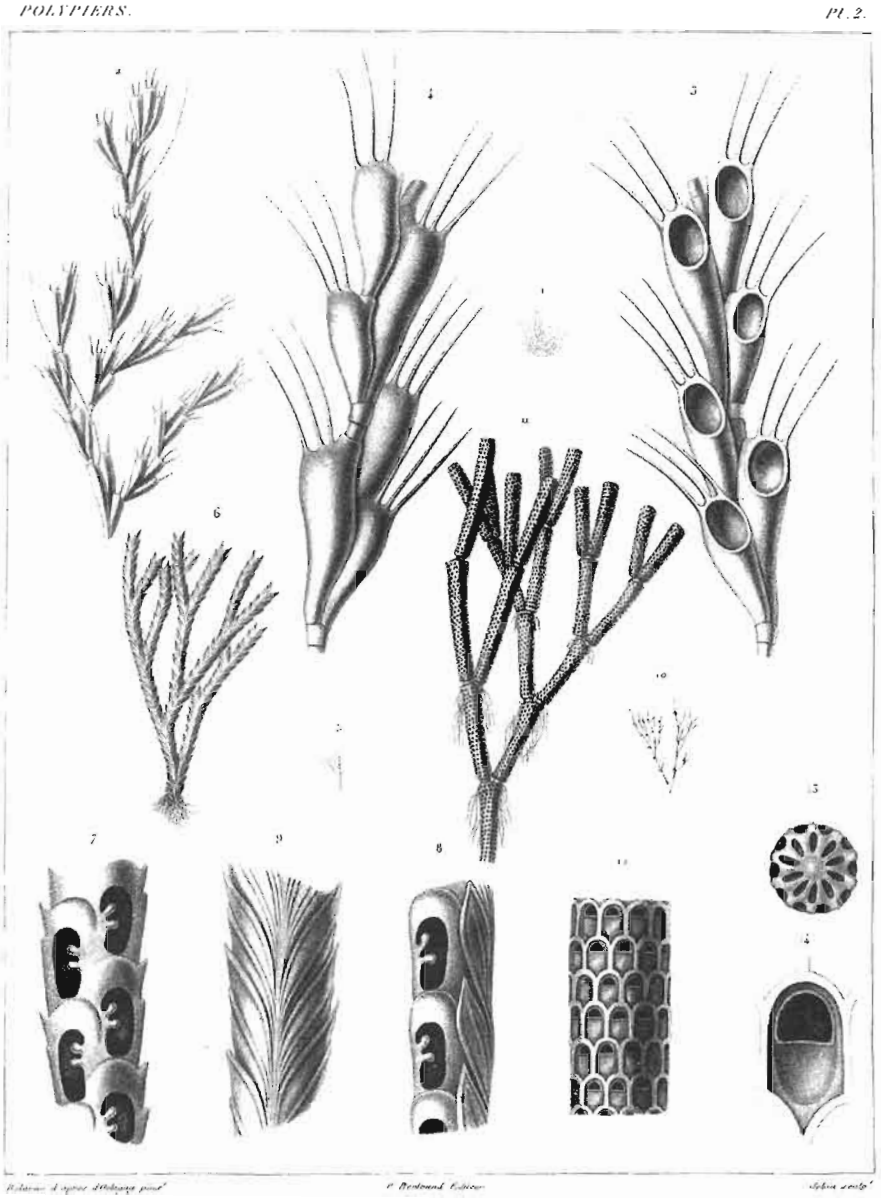
27 de mayo

Registré la dirección del viento que habíamos seguido hasta entonces y que resultó ser de nueve grados al 0. del sur magnético; luego, registré la que íbamos a seguir bordeando siempre la cañada, y era de trece grados al E. del sur. Montamos a caballo, y, después de haber andado cerca de una hora, desembocamos en el valle, en medio del cual corre el riacho, que algunos pretenden que es el Sauce Chico; pero cuyo nombre indio es Manueleo. Su anchura es más o menos la misma que la del Napostá, pero su corriente mucho menos rápida y su superficie está cubierta de plantas acuáticas, como la de las aguas estancadas. Sus dos orillas forman un gran pantano cortado por diversos arroyuelos bastante profundos y llenos de diversas especies de juncos muy altos. El valle es mucho más ancho que el de Napostá; ofrece buenos pastos y revela, por muchos indicios, haber

28 de mayo



1: *Callichthis punctatus*; 2: *Callichthis laevigatus*;
3: *Doras maculatus*.



1-4: *Tricellaria aculeata*; 5-9: *Canda patagonica*;
10-14: *Cellaria ornata*.

estado también habitado por gran número de tribus indias. Algo más arriba del lugar que abordamos, se veían, a orillas del río, algunos sauces y los restos de una gran toldería, atacada, uno o dos años antes, por las bandas de Pincheira, que degollaron, según su costumbre, a todos los desdichados que cayeron en sus manos. Se veía, aquí y allí, gran número de esqueletos, lo que prueba que los indios, que con tanto cuidado retiran los cadáveres de los suyos del campo de batalla, no tienen la costumbre de enterrar los cadáveres de sus enemigos. Desde las alturas que forman el valle y que están cubiertas de chañares, observé la dirección de la corriente del río, que resultó ser, en una extensión de dos leguas, una más alta y otra más baja, 83 grados al este del sur magnético. Hice medir sobre esa línea, y descendiendo una legua y media, nos hallamos entonces a la entrada de la garganta, por la cual el río desemboca en la gran hoya que rodea la bahía; y allí noté que su curso se desvía hacia el sur, siguiendo el pie de las alturas que van a formar, en el sudeste, la punta llamada Vaca Loncoy o Cabeza de Buey. Viendo que nos alejábamos, más y más, de esas orillas, cambié de dirección, e hice medir 3 000 metros al rumbo, cuatro grados al este del sur magnético, lo que nos condujo a orillas de un brazo que, cerca de allí, se derrama en un pantano y forma gran número de arroyuelos que desembocan en la bahía y que se cruzan algo más abajo para ir a Patagones. Nos detuvimos para comer; seguimos, luego, la dirección de 84 grados al este del sur magnético, y al cabo de 4 500 metros, llegamos junto a los grandes chañares del fondo de la bahía y al pie de los cuales pasa el gran camino del Carmen. Algo más a la derecha corren diversos arroyuelos, que van a perderse en los dos canales principales de la punta de la bahía, a la orilla de uno de los cuales está el gran depósito de huesos de que he hablado más arriba. Registré en ese punto la Cabeza del Buey, bajo el ángulo de once grados al O. del S.

Una tribu india acababa de levantar sus tiendas a orillas de uno de los arroyos; les compré una treintena de pieles de zorros, mofetas y gatos monteses. Terminé allí mi excursión y llegarnos al fuerte una hora antes de la caída del sol. Resultaba del reconocimiento que acababa de hacer, que el Napostá es realmente el río llamado Sauce Chico por todos los viajeros que van a la Patagonia; y que el otro sólo es conocido, hasta el presente, por los indios y los militares que formaron parte de algunas expediciones. Aunque el baqueano me aseguró que la fuente del Manueleo está en la Sierra de la Ventana y junto a la del Sauce Grande, la parte de su curso que observé y la distancia de seis leguas y más allá, recorrida en el noroeste, sin reconocerla, prueban que esa fuente debe estar mucho más al oeste, a menos que haga una vuelta muy considerable.

Las florescencias salinas que recogí a orillas del Manueleo dieron, al analizarlas, 93 partes de sulfato de soda y 7 partes de sal de mar; mientras que las recogidas a orillas de la misma bahía dieron 63 partes de sulfato de soda y 37 de sal marina. No cabe duda de que esas florescencias pueden ser empleadas con ventajas en las artes.

3 de junio

El 3 de junio recibimos un correo de Montero, haciéndonos saber que el 15 de mayo había alcanzado a los indios de Pincheira, después de haber bordeado durante ocho días el Colorado; luego cortado hacia el norte, hasta un río más ancho y profundo, que debe ser el Tunuyán. Se desplazó en medio dei bosques de algarrobos y puso un día y medio en pasar de un río a otro: el terreno intermediario es árido y desprovisto de pastos que sólo hallaron en las orillas de las dos corrientes de agua. Vieron montañas en el horizonte. En el momento en que Montero iba a sorprender al enemigo, uno de los suyos desertó y dio la alarma a éste último, lo que le permitió cruzar el río y reagruparse. Ese contratiempo arruinó los proyectos de Montero; por eso hizo degollar de inmediato al cacique del desertor, por no haberlo prevenido. Franqueó, sin embargo, el río a nado, con veinticinco carabineros y ciento cincuenta indios, armados de lanzas; habiendo alcanzado la otra orilla, sin obstáculos, cargó contra los enemigos, mató a muchos, los persiguió hasta la caída del sol y pasó la noche en el campamento de ellos, que quemó. Como al día siguiente sus caballos estaban en pésimo estado, se replegó al punto que había abandonado la víspera; los enemigos lo atacaron, sin otro resultado que quitarle los caballos que les había tomado. Montero se reunió con el resto de la división que quedó de este lado y se preparó a recibir al enemigo, que no osó atacar y se retiró, amenazando con volver pronto. En el botín había siete u ocho cautivas y se pasaron de nuestro lado unos veinte indios con sus familias, que aseguraron que la fuerza de los suyos se componía de seiscientos indios y doscientos blancos, con armas de fuego. Estos últimos son desertores y bandidos de todas las provincias vecinas a las pampas. Hacía ocho días solamente que habían regresado de una expedición en la provincia de San Luis, que asolaron y de donde se llevaron más de cien familias cautivas; decían que atacarían Patagones, a la que deseaban destruir; que luego vendrían a Bahía Blanca y finalmente se establecerían del lado de Tandil. Montero anunciaba que, en pocos días, estaría de regreso y pedía caballos de silla y yeguas para el aprovisionamiento. La carta agregaba a esos detalles que había descubierto los vestigios de una casa con árboles frutales, que son probablemente los restos de un antiguo establecimiento de la frontera de Mendoza. El 13, el oficial que partió con Montero llegó a la cabeza de su destacamento,

trayendo las cautivas salvadas de manos de los indios. El coronel las hizo vestir de inmediato y las distribuyó en las casas ya construidas. Me dio una jovencita de ocho años, de rostro muy bonito y que él se complació en llamarla Armida. Mantuve varias conversaciones con el oficial y recibí de él los detalles minuciosos de su marcha; me informó que, mientras bordeaban el Colorado, hicieron a lo sumo siete u ocho leguas por día, de manera que estuvieron menos lejos de lo que pensé al comienzo, y las montañas que vieron no podían ser los Andes. Sin embargo, el baqueano y varias otras personas me aseguraron que no existía ningún grupo de montañas entre la Sierra Huaminí y la cordillera, y que remontando el Colorado, en ese espacio, se hallan grandes bosques de algarrobos de diversas especies y muy raramente agua. Hay contradicciones entre esos diversos informes y la geografía de todo ese interior del continente permanece todavía en la influencia. Los detalles de la expedición de Montero sirvieron, durante varios días, de alimento a nuestras conversaciones, cuyos temas, como puede pensarse, no podían ser muy variados, en el fondo del desierto que habitábamos. Empero, los trabajos del fuerte avanzaban rápidamente; la construcción de los alojamientos tocaba a su fin y yo no tenía que ocuparme más que de cosas accesorias, corno polvorín, horno de ladrillos, etc. El 5 de junio llegó un navío de Patagones que nos trajo los restos de los materiales necesarios. Don Enrique Jones, que conducía esa embarcación, había cargado varios pies de árboles frutales, que plantó a orillas del Napostá, y ese eminente servicio, prestado a la naciente colonia, merece que se conserve en el recuerdo.

Para dar variedad a nuestra monótona existencia, estudié las costumbres de nuestros voluntarios, de nuestros soldados de milicia, verdadero tipo del gaucho, nombre que se da en el país a esos ociosos vagabundos, que aman con pasión el juego, el aguardiente y las mujeres; perezosos por esencia y cuyo carácter presenta una mezcla de humanidad y virtudes hospitalarias con costumbres feroces y una insensibilidad poco común. Un día, después de una pelea ocasionada por el juego, fuente continua de discordia, un soldado dio una bofetada a uno de los milicianos que regresaron de la expedición de Montero. El miliciano se levantó sin pronunciar una palabra, sacó su cuchillo y lo hundió hasta el mango en el costado de su adversario, que cayó bañado en sangre; se le arrestó, se le pusieron grillos, se le condujo frente al coronel. Se presentó con la mayor sangre fría e interrogado, con indignación, sobre el motivo de tan horrible atentado, respondió sin emocionarse que había recibido una bofetada, pero que por lo menos había tenido el placer de destripar a su adversario y que podían hacer con él lo que quisieran. Amenazado de ser fusilado al

día siguiente, no se emocionó de ninguna manera y hundiéndose el sombrero hasta los ojos, se retiró sin dignarse saludar a su jefe. Muchas puñaladas se habían dado y era cosa común entre los habitantes de la campaña de Buenos Aires, pero como el atentado del miliciano fue el primero que comprometía la vida de uno de nuestros soldados y el coronel parecía dispuesto a dar un ejemplo, esperaba solamente que el estado del herido no diera lugar a ninguna esperanza.

Todas las peleas de los gauchos se ventilan con el cuchillo en la mano; sus duelos tienen lugar, de ordinario, en presencia de testigos y están sometidos a ciertas leyes. Así les es permitido llevar su poncho en la mano izquierda y hacer una especie de escudo: se baten muy raramente a muerte; sólo pueden tocarse encima de la cintura y, por lo común, todos sus esfuerzos se limitan a alcanzar al adversario en el rostro y dejarle una hermosa cicatriz; es lo que llaman marcar al enemigo, por alusión al ganado que se marca con hierro candente. El juego y la ebriedad no son las únicas fuentes de disputas entre esos bandidos; los celos les ponen a menudo el cuchillo en la mano y es así que se baten por una amante. En cuanto a sus mujeres legítimas, sienten por ellas poco apego y las ceden de buena gana; a veces hasta se las juegan; son más bien sus esclavas que sus compañeras. El aspecto del gaucho no es menos extraño que sus costumbres; su vestimenta se compone de un sombrero de fieltro, una camisa, unos pantalones de tela blanca, adornado de franjas por lo bajo, un chiripá de tela roja, verde o blanca, botas de cuero de caballo, sin suelas y sin costuras, y un poncho que llevan sobre los hombros o enrollado en la cintura, según el mal o buen tiempo. Agregad las enormes espuelas, un lazo, las boleadoras suspendidas del arzón, un largo cuchillo sin vaina, colocado en la espalda, y tendréis una idea completa del atavío de un gaucho. No lleva cuando viaja ni ropa, ni otras prendas que las que lleva puestas; cuando su camisa está muy sucia, la lava en alguna laguna, al hacer un alto. Todas sus provisiones están contenidas en su sombrero; consisten en tabaco y papel para hacer cigarrillos, una bolsita de yerba, un mate, un juego de naipes y un eslabón. A pesar de esa desnudez, el gaucho es un precioso compañero de viaje en las llanuras de América del Sur; su admirable sagacidad en la elección de los altos, su increíble rapidez para encender fuego y hacer un asado, sin otro combustible que algunas plantas secas, su conversación alegre, sus réplicas espirituales, la paciencia con que soporta toda suerte de privaciones y su sangre fría en medio de los peligros, hacen de él a la vez el más útil de los criados y la mejor de las escoltas.

El 16 de junio me preparé a realizar un reconocimiento de la costa de la bahía y de la desembocadura del Río Sauce Grande; pero, en el momento de

16 de junio

partir, un incidente hizo postergar indefinidamente el viaje. Notamos que más de sesenta caballos habían desaparecido por la noche. Se mandó a buscarlos en distintas direcciones y se descubrieron los rastros, que seguían el curso del Napostá, remontando hacia las montañas; entonces un destacamento salió en su persecución, pero los temores que inspiró ese hecho me obligaron a permanecer en el fuerte. El destacamento regresó días después sin haber podido alcanzar a los ladrones. El oficial que lo mandaba calculaba haber hecho unas cincuenta leguas, siguiendo los rastros, que atravesaban las montañas y se dirigían hacia el oeste. No había podido avanzar más, porque una de los caballos estaba cansado, y los ladrones huían con tal rapidez que sólo hicieron dos altos en el camino. Se los reconoció por los restos de una yegua, que comieron en cada uno de ellos.

18 de junio

El 18 recibimos la visita del famoso cacique Negro, que llegó con el cacique Chanel, su hijo, y unos cincuenta indios puelches. Hizo muchas ofertas de servicios al coronel, quien lo acogió con consideración y lo comprometió a pasar algún tiempo con nosotros. Pocos días después que esa pequeña tropa asentó su campamento en los alrededores del fuerte, el cacique Chanel previno al coronel que había recibido informes de la aproximación de los enemigos y que debíamos sin duda ser atacados. Esa noticia no pareció, al principio, merecer más atención que todos los avisos parecidos que nos dieron tantas falsas alarmas, pero varios incidentes le dieron consistencia. Algunos indios pampas llegaron a pie, extenuados de fatiga: habían huido, dos meses antes, de las manos de cierto cacique Muñol, del cual eran cautivos; nos dijeron que Muñol estuvo a punto de hacer las paces con los cristianos, pero que otro cacique, llamado Maica, lo había disuadido y llegado a convencer de que era mejor perecer que tratar con sus eternos enemigos, y que ambos, como carecían de caballos, debían unirse a los indios chilenos del Tunuyán, para marchar contra nosotros de acuerdo con ellos. El coronel Estomba creyó conveniente no hacer oídos sordos a esos informes que parecían coincidir y tornó todas las medidas posibles para evitar una sorpresa; por desgracia se produjo una deserción en nuestra pequeña tropa y perdimos de cincuenta a sesenta hombres, además de diez soldados, en una misma noche, que se fueron con armas y bagajes. Se envió de inmediato a perseguirlos, pero en vano; no se descubrieron ni sus rastros. El estado lamentable en que nos colocaban a la vez el temor de un ataque inminente y la disminución de nuestras fuerzas, hacía imposible la continuación de mis reconocimientos de los alrededores. Por otra parte, los trabajos del fuerte estaban bastante avanzados para que mi presencia fuera necesaria. Manifesté entonces

al coronel mi deseo de regresar a Buenos Aires y convino en que, una vez que fuera completamente terminada la mitad del frente de la fortificación, no pondría ningún obstáculo a mi partida.

Me ocupé, desde ese momento, de los preparativos de mi regreso y puse en orden todas las notas que había recogido de esa comarca salvaje, pisada acaso por primera vez por un observador europeo; pero no pudiendo, en ese momento, entregarme a otros trabajos, me ocupé especialmente de observaciones meteorológicas que consigno en el cuadro siguiente, el cual, por incompleto que sea en muchos aspectos, bastará sin embargo para dar una idea de la temperatura y de los vientos característicos de los meses que pasé en Bahía Blanca. Se notará que, de ochenta y tres días, hubo cuarenta y nueve de viento más o menos violento y uno solo de calma. Hubo diez y seis días en que llovió, pero solamente nueve en que la lluvia tuvo alguna duración. En fin, el máximo de calor fue de 29 grados centígrados; y el de frío de 3 grados bajo cero. Haré notar, sin embargo, que el frío debió ser más intenso algunos días después de la terminación de mi diario, porque la nieve llegó a tener hasta tres centímetros de espesor. Estábamos al comienzo del invierno de esas comarcas.

Partí el 15 de julio acompañado de doce hombres y dos oficiales. No me dirigí inmediatamente a Buenos Aires, porque mi intención era medir algunos lotes de tierra y reconocer el curso del Salado Grande; por eso dejé en el fuerte mí carreta, que debía unírseme más tarde, en un lugar convenido. Seguí más o menos la costa de la bahía e hice medir cuatro leguas en la dirección de 64 grados al este del sur magnético, lo que me dio el frente de un lote y me colocó delante del Arroyo Pareja; pero, al llegar a ese lugar, reconocí que el pequeño número de hombres y caballos que pude obtener, no podría bastar para un trabajo seguido y cesé de medir, contentándome con registrar la Sierra de la Ventana. Me propuse reiniciar mis operaciones en la boca del Río Sauce; pero, habiendo perdido caballos en la noche, me vi obligado a enviar los hombres a buscarlos, que no los encontraron; de manera que el 17 me vi en la imposibilidad de continuar y fue necesario renunciar a todo reconocimiento ulterior. Uno de los oficiales que me acompañaban regresó al fuerte para expedir mi carreta, y yo fui a esperarla a los Manantiales de Napostá, que están más o menos a una legua tirada en línea recta del Arroyo Pareja al pico más elevado de la Sierra de la Ventana, a unas tres leguas del primer punto. Llegamos a la una y la carreta se nos unió por la tarde.

15 de julio

El 18 por la mañana nos dimos cuenta de que la mitad de nuestros caballos habían huido durante la noche y me vi obligado a enviar dos hombres al

Fecha	Tiempo	Viento	Rumbo	Termómetro al aire libre y a la sombra al amanecer	a las dos	Observaciones
Abril:						
21	Claro	Violento	N.O.	—	22°3	
22	Nebuloso	Muy fuerte	N.O.	—	23°5	
23	Idem	Fuete	N.N.O.	—	20°	
24	Nebuloso	Buena Brisa	S.	—	13°	Lluvia instantánea
25	Claro	Idem	S.S.E.	0°	12°	Helada: hielo espeso de 2 mm.
26	Idem	Débil brisa	—	1°	—	
27	Cubierto	Muy fuerte	N.N.O.	—	12°	Lluvia instantánea
28	Idem	Fuerte	N.N.O.	—	17°	Idem
29	Idem	Débil brisa	N.N.E.	—	16°	Idem
30	Claro	Muy fuerte	S.O.	—	17°5	
Mayo:						
1	Nublado	Buena brisa	N.E.	—	17°	
2	Claro	Fuerte	O.N.O.	—	18°	
3	Cubierto	Muy fuerte	N.N.E.	10°	20°	El viento aumentó hasta medianoche
4	Idem	Débil brisa	O.	—	18°5	
5	Nebuloso	Fuerte	O.	—	20°5	
6	Claro	Débil brisa	S.S.E	5°	17°5	Helada blanca
7	Idem	Idem	N.O.	0°5	19°	Fuerte helada blanca
8	Nubes	Fuerte	N.N.O.	—	19°7	
9	Brumoso	Muy fuerte	N.N.O.	—	22°	
10	Nebuloso	Fuerte	N.N.O.	—	25°	
11	Idem	Idem	N.O.	—	24°5	
12	Idem	Idem	N.N.O.	1°2	19°	
13	Oscuro	Idem	N.O.	12°5	21°	
14	Idem	Muy fuerte	N.N.O.	—	29°	Día más cálido, después del comienzo de mis observaciones
15	Nebuloso	Buena brisa	S.O.	—	13°	Un temporal por la noche, al S.O.; pasó del lado de las montañas; trueno, lluvia
16	Cubierto	Idem	N.N.E.	2°5	13°	Helada 5 mm. espes
17	Idem	Muy fuerte	N.N.E.	10°	14°	Gota de agua, por la noche
18	Idem	Débil brisa	N.	—	18°	Gotas de agua, por la noche; entonces viento O.
19	Nebuloso	Idem	N.O.	—	20°	
20	Idem	Buena brisa	N.O.	—	18°	Pasa al Oeste con violencia
21	Claro	Tempestad	S.O.	—	15°	Tempestad
22	Idem	Muy fuerte	N.N.O	—	21°5	
23	Nebuloso	Idem	N.N.O.	—	20°	
24	Cubierto	Débil brisa	O.N.O.	—	16°2	Algunas got. de agua
25	Idem	Buena brisa	N.N.O.	—	20°	
26	Nubes en horiz.	Débil brisa	N.N.O.	—	27°	
27	Nebuloso	Idem	N.O.	—	25°	
28	Idem	Idem	N.O.	—	25°	

Fecha	Tiempo	Viento	Rumbro	Termómetro al aire libre y a la sombra al amanecer	Termómetro a las dos	Observaciones
29	Algunas nubes	Débil brisa	S.S.E.	—	21°5	
30	Brumoso	Buena brisa	N.N.O.	—	25°	
31	Nebuloso	Calmo	—	—	20°	
Junio:						
1	Cubierto, lluvia	Buena brisa	S.	—	15°	Lluvia y truenos; la temperatura se elevó por la tarde
2	Cubierto, neblina	Débil brisa	S.S.E.	—	14°4	
3	Claro	Buena brisa	S.S.O.	0°2	14°5	
4	Idem	Débil brisa	N.O.	—	15°5	
5	Idem	Fuerte	N.O.	—	18°7	
6	Nebuloso	Idem	N.O.	—	20°	
7	Idem	Idem	N.O.	—	19°6	
8	Cubierto	Buena brisa	O.	—	14°7	Lluvia por la mañ.
9	Nebuloso	Débil brisa	N.E.	—	16°	
10	Cubierto	Idem	N.O.	—	18°6	
11	Idem	Idem	E.N.E.	—	17°	Lluvia toda la tarde
12	Idem	Idem	N.N.O.	—	17°3	
13	Claro	Buena brisa	O.S.O.	—	13°	
14	Nebuloso	Fuerte	N.N.O.	—	15°	
15	Idem	Buena brisa	O.S.O.	—	17°5	
16	Idem	Muy fuerte	N.N.O.	—	20°	
17	Cubierto	Débil brisa	E.	—	14°	Llovizna, a las once, hasta la tarde
18	Nebuloso	Idem	O.S.O.	—	13°	Lluvia por la noche
19	Cubierto	Idem	O.S.O.	—	10°	
20	Claro	Idem	N.N.O.	0°	12°	Helada blanca
21	Idem	Buena brisa	N.O.	—	14°4	
22	Claro	Buena brisa	O.	—	11°	
23	Cubierto	Débil brisa	S.S.O.	—	7°8	
24	Idem	Idem	N.E.	—	10°2	
25	Idem	Fuerte	N.N.O.	—	15°1	
26	Idem	Débil brisa	N.O.	—	—	
27	Nebuloso	Buena brisa	N.	—	19°	
28	Cubierto	Débil brisa	E.N.E.	—	11°2	
29	Idem	Idem	O.	—	10°9	Llovizna fina
30	Idem	Idem	S.S.O.	—	7°7	Lluv. bastante fuerte
Julio:						
1	Nebuloso	Buena brisa	S.	—	7°8	
2	Idem	Débil brisa	O.S.O.	3°	6°2	Hielo espeso de un centímetro
3	Idem	Fuerte	N.N.O.	—	9°6	Idem
4	Cubierto	Débil brisa	E.S.E.	—	8°1	
5	Nebuloso	Idem	S.E.	—	10°7	
6	Idem	Buena brisa	N.E.	—	12°	
7	Cubierto	Débil brisa	S.S.E.	—	10°8	Lluvia
8	Nebuloso	Buena brisa	O.S.O.	—	11°8	
9	Idem	Idem	O.	—	12°1	
10	Idem	Idem	O.S.O.	—	11°6	
11	Nublado	Débil brisa	N.	—	12°9	
12	Nebuloso	Fuerte	N.N.O.	—	12°	

18 de julio

establecimiento para buscarlos o traer otros. A pesar de ese contratiempo, partimos con la carreta y llegamos a las cuatro al Río Sauce Grande. Hallamos, a sus orillas, a una infeliz india, con dos hijitos y dos caballos muy flacos. Nos dijo que era hermana del cacique Chanel y que había sido cautiva del cacique Muñol, que mató a su marido. Hacía ocho días que esa pobre mujer había huido de manos de los asesinos de su marido, y que desde entonces habíase visto obligada, mientras cuidaba a sus hijos, a vigilar por la noche a sus caballos, único recurso que le quedaba para salvarse; y necesitaba, durante el día, mientras caminaba en medio del desierto, buscar el alimento necesario para sostenerse, ella y su pequeña familia. Había recorrido así unas cincuenta leguas, desde las Salinas, donde estaban acampados Muñol y Maica; nos informó que ellos habían robado los caballos que, últimamente, fueron sacados del establecimiento. Le hicimos algunos regalitos a esa buena madre, y nos dio una parte de su caza, que consistía en tatúes pichis y matacos, que había atrapado ese mismo día en gran número.

Partimos el 19 a las ocho de la mañana y bordeamos el Sauce, remontándolo casi alrededor de media legua, hasta un vado que pasamos al pie de las montañas, a unas tres leguas de distancia de las más elevadas. Volvimos a descender algo el curso de ese río y nos detuvimos a sus orillas en un delta que forma con un arroyo de donde recibe las aguas. Allí, esperamos los dos hombres que fueron a buscar los caballos del establecimiento y que volvieron trayendo una carta, por medio de la cual el coronel Estomba nos informaba del envío de un número igual al de los caballos que se nos habían perdido; por desgracia, mis torpes conductores los dejaron escapar de nuevo; de manera que me hallaba ante el mismo inconveniente. De cualquier modo, no queriendo someterme a nuevas dilaciones, tomé la resolución de continuar mi viaje con el pequeño número que me quedaba. Partí, pues, al día siguiente; bordeamos primero y franqueamos después el arroyo a la desembocadura del cual habíamos acampado. Observó que nace algo más arriba de su caída en el Sauce, de la reunión de dos brazos que descienden de las montañas. Marchamos ora al este, ora al *E.* 1/4, S.E. y nos detuvimos para comer a orillas del Chaticó. Hicimos todavía dos leguas por la tarde, luego pasamos la noche a orillas de otro arroyo, compuesto de varios brazos, que no cruzamos en el viaje anterior, porque la dirección, que seguíamos entonces, se alejaba mucho más de las montañas y de la fuente de todas esas pequeñas corrientes de agua.

19 de julio

El 21 anduvimos desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde y abandonamos los terrenos ondulados, para penetrar en la llanura donde corre

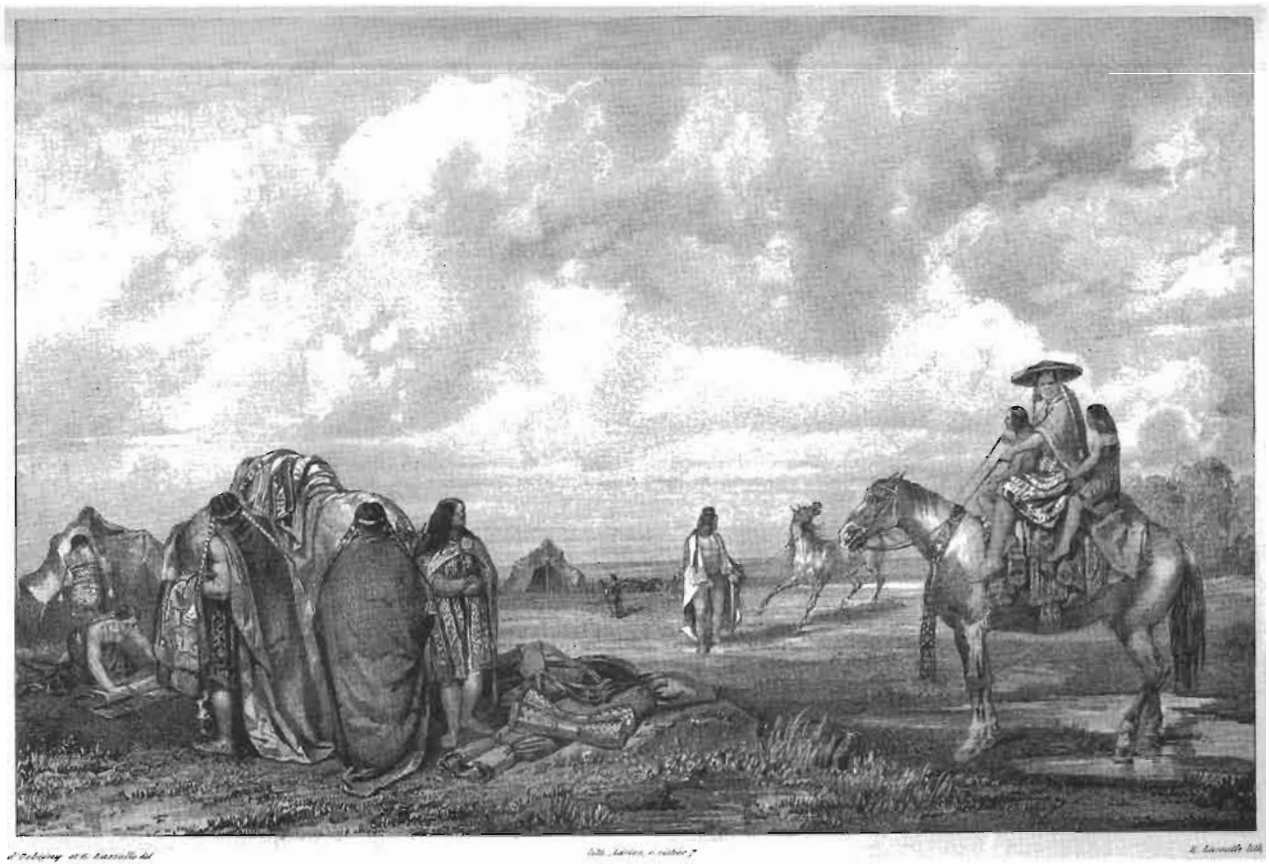
21 de julio

del N.O. al S.E. un arroyo que lleva el nombre de las *Achiras*. Hallamos en sus orillas sepulturas hechas con precipitación y miembros esparcidos de indios degollados; eran los restos de la tribu del cacique Cachal, sorprendido y masacrado por los indios de Pincheira. Nos alejamos, al día siguiente, de ese abominable espectáculo; atravesamos el Arroyo Salado al mediodía y nos detuvimos para comer a orillas de una gran laguna salada. Por la tarde hicimos alto junto a un arroyo que apenas corría y que corta la llanura de norte a sur.

El 23 nuestra marcha fue lenta y penosa, porque una rueda de la carreta se rompió. Franqueamos sin embargo un brazo del Arroyo Quequen y acampamos junto a una laguna muy hermosa, llamada Lanquén: la campaña, en medio de la cual está situada, es soberbia y revela gran fertilidad.

El 25, después de haber pasado el brazo principal del Quequén, alcanzamos las montañas de la Tinta y dormimos a orillas del Chapaleufú. El 26 llegamos a Tandil, donde nos de tuvimos un día para hacer arreglar la carreta y conseguir caballos. De allí hasta Buenos Aires, tomamos el camino abierto que seguimos a la ida; llegarnos a la capital el 10 de agosto, sin otro incidente importante.

25 de julio



Salida de indios patagones en San Javier sobre las orillas del Río Negro.

Vista del pueblo de Carmen sobre el Río Negro, Patagonia.

CAPÍTULO XVII[1]

Partida y viaje de Buenos Aires al Río Negro de Patagonia. Primera estadía en Carmen. Viaje y estadía en la Bahía de San Blas

Partida y viaje de Buenos Aires al Río Negro de Patagonia

Hacía tiempo que los preparativos de mi viaje a la Patagonia estaban terminados; deseaba ver con mis propios ojos esos famosos gigantes, descritos por el caballero Pigafetta, en la expedición del inmortal Magallanes; ansiaba poder, una vez recogidos datos acerca de las lenguas de las naciones que habitan la parte más austral del continente americano, fijar de manera positiva la verdadera línea de demarcación entre todos esos orgullosos indígenas que España no pudo, ni por la persuasión de los jesuitas, ni por las armas, lograr que formaran una sociedad; nómades independientes que tanto mal hicieron a Buenos Aires, sin modificar jamás de posición social. Otro motivo no menos atrayente y más de acuerdo con mi misión, me atraía hacia esas comarcas salvajes: debía hallar gran número de animales nuevos, de los cuales había oído hablar, muchas veces, a los habitantes de la República Argentina; debía ver las costas cubiertas por esos monstruosos anfibios cuya pesca atrae a gentes de todas partes del mundo; debía hallar una naturaleza completamente distinta de la de las regiones cálidas, parecida a la del estrecho de Magallanes; y, finalmente, mis observaciones sobre la distribución geográfica de los animales, a causa de la latitud, debían enriquecerse con

1828
Buenos Aires

1 Aquí vuelve el autor al relato de su viaje.

hechos interesantes. La botánica me prometía cosechas no menos abundantes y no menos atrayentes. La geografía y la geología iban a ofrecerme en ese suelo, tan diferente del de las pampas, datos nuevos para la ciencia. Veía, pues, con placer llegar el momento de esa partida, transportándome con la imaginación a esa tierra ignorada y reconociendo, por adelantado, todos esos tesoros que aparecían bajo mis pasos. Sin embargo, el proyecto había sido con frecuencia combatido por mis amigos: esa comarca, para mí tan hermosa, a pesar de su efectiva aridez, era presa, desde hacía algunos años, de guerras cruentas con los indígenas, que ya habían atacado el establecimiento de Carmen; todo enunciaba para el futuro riesgos repetidos que podrían entorpecer mis viajes y hasta comprometer mi vida. Estas consideraciones no debían detenerme. No me quedaba más que la siguiente alternativa, ya que las pampas estaban envueltas en la guerra civil: abandonar Buenos Aires, para irme a Chile por mar, renunciando en ese caso a completar mis observaciones por el sur, o bien emprender ese viaje. No dudé más, y habiéndome enterado de que un barco norteamericano partía poco después, me hice reservar pasaje.

8 de noviembre

El 8 de noviembre, luego de varias suspensiones, el navío estaba listo para ponerse a la vela. Transporté mis baúles y me dirigí al Bajo, donde encontré a otros pasajeros, entre los cuales estaba la señora Cardoso, esposa de un administrador de aduanas de Patagones, acompañada de una muchedumbre de parientas que esperaban poder conducirla a bordo. Era una de esas hermosas mañanas de verano, tan comunes en esas regiones; el cielo azulado no estaba cubierto de ninguna nube; el sol calentaba la playa desde hacía más de tres horas; no soplaba nada de viento; sólo el aire demasiado cálido anunciaba que se preparaba una tempestad. El horizonte hacia el sur, pero a lo lejos, parecía cargado de grandes nubes negras; los marineros de los botes que debían transportarnos a la pequeña rada, a una legua de distancia, nos previnieron que iba a soplar un pampero o golpe de viento del Sudoeste. Estas observaciones fueron pasadas por alto por las señoras, que aguardaban con gran placer un paseo por el agua. Partimos; apenas a algunos centenares de pasos de la orilla las nubes parecieron mucho más cercanas y el horizonte tomó de inmediato un color rojizo, en el que se dibujaban claramente trombas de polvo, que a cada momento se hacían más evidentes. Obligamos entonces a las señoras a volver a tierra y tratamos de llegar al navío, pero las nubes de polvo se acercaban cada vez más. La ciudad, iluminada por el sol, se destacaba en blanco sobre un fondo en llamas. El silencio de la naturaleza en el lugar donde estábamos y las aguas de lo más tranquilas sobre las cuales bogábamos, contrastaban con el desencadenamiento de los vientos

que se anunciaba a lo lejos. Este espectáculo de tan imponentes oposiciones duró poco tiempo; la costa desapareció por completo a nuestra vista; un espantoso ruido se hizo oír, el rugido del trueno en medio del silbido de los vientos; y el Plata, instantes antes liso como sí fuera de hielo, se cubrió de súbito de altas olas. Nuestros remeros no podían, a pesar de todos sus esfuerzos, luchar contra la impetuosidad del viento, que arrastraba nuestra barca lejos de la dirección que debía seguir: comenzó a llover torrencialmente; las aguas agitadas iban a romperse, furiosas, contra nuestro frágil esquife y parecían querernos engullir. Nuestra pasajera comenzó a gritar; el movimiento la enfermó a tal punto que olvidó su recato. Seguíamos siendo arrastrados; perdimos toda esperanza de alcanzar la embarcación; sólo nos quedaba acercarnos a la primera que encontráramos, lo que hicimos en efecto, no sin gran trabajo.

Nos recibieron con una hospitalidad sumamente cordial a bordo, de un navío portugués, donde se prodigaron toda suerte de cuidados a la enferma. La lluvia cayó durante algún tiempo; luego el viento se apaciguó poco a poco, reapareció el sol, la tempestad se hundió en el norte y la naturaleza volvió a estar casi tan calma como antes. Sólo el Plata permaneció agitado por un rato, pero como el viento impulsaba débilmente las olas, ellas cayeron gradualmente. Nos reembarcamos y pudimos finalmente, al mediodía, llegar a nuestra nave, que sólo nos esperaba a nosotros y quería aprovechar una pequeña brisa que había sucedido a la tempestad. Se levó el ancla, se desplegaron las velas y pronto partimos. Cada uno trató entonces de acomodarse lo menos mal posible. Nuestra embarcación era una de esas goletas americanas construidas más bien para la marcha que para la carga; estaba en lastre, iba a cargar sal a la Patagonia, al mando de un capitán de pobre aspecto, secundado por un teniente que no valía más. Los pasajeros eran dos franceses, capitanes de corsarios, que iban a unirse a sus navíos que estaban en la Patagonia. Mientras era de día, el capitán, provisto de buenos mapas, nos orientaba perfectamente; pero, al llegar la noche, se acostó, dejándonos a cargo del piloto. Noté que este último bebía durante el día mucha ginebra y no me gustaba verlo descender, a cada instante, para seguir bebiéndola: hacía dirigir la nave hacia el sur; los dos capitanes pasajeros, que conocían mejor que él el río, hicieron notar que nos perderíamos si continuaba así; la observación fue inútil y el piloto continuó siempre por el mismo rumbo, queriendo, posiblemente, cortar a través del continente para llegar más rápido. Hacia las once de la noche, una espantosa sacudida nos asustó a todos. Acabábamos de tocar la arena y éramos zarandeados de tal manera que todo crujía a bordo: el capitán y el piloto procuraban en vano liberar la embarcación. Arrojaron las anclas al centro de la corriente

para jalarlo hacia arriba, pero pronto las sacudidas desataron una parte de los bordajes, el agua entró por todas partes y no hubo esperanza de salvación para la goleta. Entretanto, puede imaginarse el estado en que se hallaba la pobre pasajera, embarcada por primera vez; hacía preguntas a todo el mundo, se encomendaba a todos los santos, y sólo encontró en mí quien le respondiera a sus preguntas. Los marineros están demasiado ocupados, en semejantes circunstancias, como para responder a los pasajeros, siempre importunos; a cada instante, la señora me pedía que la acompañara hasta la cala, para ver si el agua aumentaba. Le dije y le repetí que, habiendo tocado fondo la nave, no podía descender más, y que, por lo tanto, debíamos aguardar el día para saber dónde estábamos, pero aunque en realidad podíamos esperar que un golpe de viento redujera nuestra nave a pedazos, mis razonamientos no producían el menor efecto. Ella no quería oírme y no cesaba de lamentarse. La noche era muy oscura, no se distinguía ningún objeto: hubiera sido difícil calcular a qué distancia estábamos de tierra; soplaba algo de viento y sería imposible describir la noche que pasamos. Nos parecía que el día tardaba más de lo común en llegar, pero acogimos con un gozo indescriptible los primeros rayos de luz que iluminaron el horizonte.

Reconocimos entonces que estábamos varados en los bancos de arena de la costa, a más de un cuarto de legua de una tierra llana y pantanosa. Si hubiera soplado algo de viento y el navío se hubiera completamente roto, nos habría resultado difícil salvarnos todos en el botecito de a bordo, y podíamos sentirnos muy felices de haber salido tan bien del percance. Los naufragios son mucho más frecuentes entre los americanos que entre las restantes naciones, lo que se explica por la imprudencia extrema de los marineros que se aventuran por todas partes, no queriendo emplear pilotos por economía y contando siempre consigo mismos. Si el comercio ha tomado en los Estados Unidos una escala que podemos envidiar, no sucede lo mismo con esa sabia previsión de los viejos gobiernos, que antes de permitir a los capitanes dirigir una nave y entregarles pasajeros cuya existencia se les confía, los someten a exámenes. En Estados Unidos las cosas pasan de una manera enteramente distinta: cualquiera puede ser capitán y aventurarse por todos los lugares que le vengan en gana. He visto a menudo a jóvenes de diez y ocho a veinte años capitanes de un barco, por tener invertido dinero o ser los propietarios. Por eso se ven con frecuencia ignorantes tales como el que acababa de perdernos por su poco cuidado y la borrachera de su segundo.

Estábamos frente a la *Punta de Lara*, a ocho leguas de Buenos Aires, cuyos campanarios veíamos. Todos sentíamos impaciencia por descender a tierra,

Punta de Lara

aunque no corríamos ningún peligro por el momento. Deseábamos pisar un suelo más sólido que el piso de un navío. Nos desembarcaron, y pronto nos pusimos al habla con hombres de la campaña, que llegaron a caballo, para obtener de ellos los medios de salvar nuestros efectos y transportarlos a Buenos Aires. Todo nos fue prometido, y mientras aguardábamos, nos paseábamos por la playa, que siendo muy vasta, lo era cada vez más, porque el viento del sudoeste, que seguía siempre soplando, arrojaba las aguas del Plata hacia el mar y descubría, en algunas horas, playas de más de media legua de extensión, que se agrandaban en la medida que los vientos soplaban del mismo lado. Son los únicos descensos de ese ancho río, en los cuales la marea no influye, por así decirlo, en nada; por eso las aguas permanecen a veces, durante muchos días, muy altas o muy bajas, según los vientos que soplan. Ese día las aguas bajaron a un punto tal que, por la tarde, la nave estaba completamente en seco, y no necesitábamos bote para llegar hasta ella, lo que nos permitió, al no poder obtener medios de transporte, quedarnos a bordo. Mientras mis compañeros de infortunio se entristecían en la playa y se aburrían al no poder cruzar los pantanos que los separaban de los lugares habitados, yo realicé abundante cosecha de conchillas fluviales en un arroyuelo que se arroja al Plata, cerca del lugar donde estábamos. Nuestro accidente me resultó, pues, fructífero, puesto que hermosas especies de unio, de anodontes y de ampularias[2] enriquecieron mis colecciones. Hasta el día siguiente no tuvimos carretas, las que además llegaron muy avanzado el día. Empero, se las hizo acercar a la nave, cargándolas con facilidad. No teníamos ninguna esperanza de llegar el mismo día a Buenos Aires. Fue necesario, pues, detenerse en una pequeña choza de pescadores para esperar el día siguiente. Al atardecer, gran número de gauchos pescadores rondaron alrededor de nuestras carretas, cuya carga codiciaban. Fue necesaria la presencia de una guardia permanente durante la noche y amenazarlos con hacer fuego para impedirles robar, pues algunos de ellos se habían acercado en silencio varias veces.

Una vez que mi carreta hubo avanzado por el camino, la dejé al cuidado de mi sirviente, y tomé la delantera para buscar un sitio donde descender. Pasé por el bonito villorrio de Quilmes, fundado en 1677[3], para recibir a los indios

2 Las especies que descubrí en ese lugar son las siguientes: *Unio lacteolata*, Lea; *U. solisiana*, Lea; *Anodontes lato-marginata*, Nob.; *A. exotica*, Lam.; *Ampullaria naticoides*, Nob.; y *Paludina australis*, Nob.

3 Véase Azara, *Voyage*, t. II, p. 338. Es raro que este autor señale el año 1618 para el traslado de los indios y el de 1677 para la fundación del villorrio en su cuadro de la fundación de poblados. Idem.

Buenos Aires

de ese nombre, que se trajeron de Santiago del Estero: sería imposible hallar hoy el menor rastro de su idioma primitivo; los habitantes tienen todos, es cierto, sangre más o menos mezclada, pero todos los rasgos de los indígenas se han fundido poco a poco con los de los descendientes de los orgullosos castellanos. Quilmes, situada a tres leguas de Buenos Aires, sobre un promontorio de escasa altura, que protege sus casas de las frecuentes inundaciones a que están expuestas las tierras vecinas, presenta un alegre aspecto; se ve movimiento comercial, tiendas, muchas pulperías y muchos gauchos desocupados. Permanecí poco tiempo, porque mi condición de extranjero debía hacerme mirar de mala manera por las gentes de la campaña, tanto más cuanto las noticias políticas eran poco tranquilizadoras, sobre todo para los partidos que agitaban a los campesinos. El general Lavalle mandaba, en los alrededores, el *Partido Unitario*, mientras que toda la campaña, sublevada por Juan Manuel Rosas, estaba por el *Partido Federal*. Lavalle, vencedor en muchas escaramuzas pequeñas, logró incluso apoderarse, por sorpresa, del gobernador Dorrego. Sin más trámite y sin juicio previo, le acordó dos horas solamente y lo hizo fusilar, creyendo poner así fin a la guerra civil; y envió al gobernador provisorio una proclama en la cual se limitaba a decir: "Hoy, por mi orden, fue fusilado el general Dorrego". Y apelaba a la historia para que juzgara esa medida, sin dar mayores detalles. Ese asesinato político, conocido el mismo día en Buenos Aires y sus alrededores, conmovió a todo el mundo; los espíritus estaban exaltados al máximo; sólo se oían amenazas. Desde este momento todo hacía presagiar, en medio de la efervescencia general, en las campañas, esas guerras sangrientas, esa lucha entre hermanos, flagelo tan prolongado de la República Argentina. Asustado por el estado de espíritu en que encontré a los gauchos, me dirigí con presteza a la capital, donde la actitud despótica del general Lavalle provocaba mil rumores. El comercio estaba, por así decirlo, suspendido; desde el comerciante al peón, todos parecían haber olvidado momentáneamente sus asuntos, para hablar de política, o hasta para decidirse a tomar partido por o contra, en la anarquía del día.

Un compatriota tuvo la bondad de concederme provisionalmente hospitalidad y recibir mis baúles, que llegaron la misma tarde. Al volver a ver mis efectos, me di cuenta de la pérdida irreparable de muchas cosas, causada por la filtración del agua a la cala de la nave en que encallamos. Era menester repararla, en la medida de lo posible, y ocuparme de hallar nuevos medios para emprender mi viaje, porque el mal éxito de mi primera tentativa no había cambiado mis decisiones. Me uní a los demás pasajeros para tratar de irme a la

Patagonia. Era necesario renunciar a toda idea de ir por tierra, en vista de la poca seguridad de la campaña; además se requería de una escolta para atravesar las pampas y no podía obtenerla. Empero, pronto se me presentó una nueva oportunidad. El gobierno debía enviar una nave de guerra para transmitir algunas órdenes al comandante de la Patagonia y obtuve permiso para embarcarme, así como mis restantes compañeros de infortunio a la primera tentativa de partida. Mis efectos fueron llevados a bordo, pero las noticias acerca de la marcha del ejército enemigo se hacían, día a día, más alarmantes y un embargo muy estricto de todas las embarcaciones del puerto impidió durante mucho tiempo salir; la mía sufrió las consecuencias de la ordenanza, y la iza de sus velas fue postergada indefinidamente.

Así permanecí hasta el 29 de diciembre, en que me informaron que la partida tendría lugar al día siguiente. Cuando proyecté mi viaje a la Patagonia, solicité del gobierno de Dorrego recomendaciones para el comandante de Carmen sobre el Río Negro y para el de Bahía Blanca, las que fueron acordadas muy amablemente por el ministro don Tomas Guido, que comprendió perfectamente mi misión. Cuando el gobierno cambió, después de la revolución de Lavalle, me dirigí, de nuevo, a las autoridades, y habiendo encontrado la misma buena acogida de parte del ministro don José María Díaz Vélez, estaba provisto de órdenes de ambos partidos, lo que me era muy necesario, porque a menudo las autoridades alejadas sólo tienen en cuenta las órdenes del gobierno si son del mismo partido político; por eso me proponía entregar a la vez mis diversas cartas de recomendación; desde este punto de vista, esperaba que se facilitara la ejecución de mis proyectos de viaje. Al día siguiente, me fui al puerto; me despedí de nuevo de mis amigos y me embarqué, bajo auspicios más felices, a bordo de la goleta *Convención*.

29 de diciembre

A las 10 de la mañana la nave partió con un tiempo magnífico; pasamos, siguiendo el canal, en medio de más de doscientos navíos de todas las naciones, que llegaron después de la paz y que prometían a Buenos Aires una nueva prosperidad, en cuanto a las relaciones exteriores. Luego sopló viento en contra, de manera que costeamos todo el día, sin avanzar, por así decirlo, porque teníamos permanentemente Buenos Aires a la vista. Pudimos únicamente salir de la gran rada y allí anclamos hasta el día siguiente. No estábamos más que a tres leguas de la capital argentina. Al día siguiente, el viento no mejoró mucho, pero la corriente nos arrastraba hacia fuera, de manera que avanzábamos lentamente. Pasamos frente a la punta de Lara, donde, días antes, me había visto a punto

Río de la Plata

de perecer; noté entonces que, de todos los alrededores, era posiblemente la parte más baja de toda la costa; forma, por lo demás, la extremidad oeste de la bahía llamada *Ensenada de Barragán*, cuya otra extremidad es el cabo *Santiago*. Esa bahía se ha hecho célebre a causa del gran número de navíos que se salvaron de los brasileños allí durante la guerra última y de los diversos combates que se libraron, en varias oportunidades, entre la escuadra de Buenos Aires y la de Don Pedro. Antes de esa guerra, el pequeño caserío de *Ensenada*, que ocupa el fondo de esa bahía, sólo estaba compuesto de algunas casas de colonos. La necesidad de mantener una guarnición, para la guardia de un fortín; la gran cantidad de armas que se almacenaron, así como el comercio y la plata que trajeron numerosos oficiales y marineros de los corsarios, le dieron importancia; pero su prosperidad terminará, sin duda, al mismo tiempo que el motivo que atraía a tantos extranjeros. El aspecto de las costas del Plata es notable por su uniformidad; apenas tienen un par de metros sobre el nivel de las aguas altas; la horizontalidad es muy característica. Si muestra algunos árboles diseminados aquí y allá, como los que se ven abajo de la punta de Santiago, por ejemplo, el espejismo los destaca arriba de las aguas agrandándolos de tal manera que toman, de lejos, un aspecto fantástico y que uno se pregunta qué son, cuando no se está acostumbrado a este río; por lo demás, hasta en medio del paso, entre la costa del sur y el terrible banco de arena llamado *Banco de Ortiz*, casi no se ven las dos orillas al mismo tiempo.

El comandante fue lo suficiente prudente como para hacer anclar a la entrada de la noche, temiendo que el viento contrario nos arrojara sobre los bancos que han costado la vida a tantos desdichados navegantes y causado tantas pérdidas. El hallarnos contra la corriente del río la tornaba muy agitada y la nave anclada se bamboleaba terriblemente, circunstancia tanto más lamentable por cuanto no había ningún camarote libre y el comandante ni siquiera ofreció el suyo a la señora Cardoso, la que se vio obligada a instalarse sobre sus dos baúles a un lado de la cámara. Me fue necesario hacer otro tanto, con la diferencia de que los míos terminaban en bóveda y tenían desigual altura, lo que me cansó al punto que, al día siguiente, tenía el cuerpo molido; y sin embargo, tal fue mi lecho para el resto del viaje.

Estamos en el primer día de 1829, en ese año nuevo tan festejado en Francia y tan fastidioso para los visitantes y los visitados, pero tan agradable para un padre de familia rodeado de sus hijos, entre los cuales el regalo de algunas bagatelas despierta el goce más puro; en ese Año Nuevo donde todo es sorpresa para las personas que se aman. Desde el amanecer, paseándome por el puente, recordaba sucesi-

1829
1 de enero

vamente el inicio de todos los años de mi vida, pensaba en esos momentos de felicidad, donde, dichoso por cualquier pequeñez, sin temer el porvenir y ocupándome sólo del presente, no podía ni suponer que debía verme un día separado de parientes queridos. De esos recuerdos de la infancia, cuyas inquietudes son tan pasajeras como sus causas fútiles, me arrojaba al medio del ruido de París, en pleno torbellino del mundo, pasión de algunos y suplicio de todos los demás. Trasponiéndome a los años siguientes, me hallé, en 1827, prisionero a medias en la ciudad de Montevideo, no sabiendo cómo salir; en 1828, por el contrario, en el lugar más oculto de la provincia de Corrientes, en el villorrio de Caacaty, entre esos buenos pobladores, cuyas costumbres patriarcales me hacían olvidar a menudo que vivía como un verdadero salvaje, comiendo sólo carne seca y maíz tostado, sin casi nunca dejar mi caballo. Finalmente, al llegar a la época actual, "¿Dónde estoy ahora?", me dije... "Sobre ese elemento continuamente agitado, ruta común de la ambición y la curiosidad; ¡pero cuán a menudo hace pagar bien caro los deseos imprudentes! ¿Y hacia dónde me dirigía? Hacia una región desconocida cuyo solo nombre difunde el terror en las comarcas vecinas, sobre todo en el momento en que las naciones aborígenes están en lucha con los escasos colonos del Carmen...". Confieso que ante este pensamiento, no me atreví a adivinar dónde me hallaría al año siguiente. ¡Podían suceder tantas cosas imposibles de prever! Por lo demás, tantos tropiezos habían malogrado mis proyectos, que no osaba formularlas nuevamente.

El viento pasó al nordeste y pudimos avanzar, seguimos el paso del sur, entre el banco Chico y la tierra, pero lo bastante cerca del primero como para distinguir los mástiles de una nave que había naufragado, poco tiempo antes. El Plata es demasiado ancho para ser muy profundo; por eso está lleno, en todas partes, de bancos de arena más o menos grandes, entre los cuales se puede citar el famoso *banco de Ortiz*, que tiene unas veinte leguas de largo, y el *banco Chico*. Son los principales escollos que presenta la navegación del río, además de las tierras de aluvión igualmente cubiertas de playas que se extienden a lo lejos, que obligan a navegar con un piloto práctico, porque en caso contrario las frecuentes neblinas y la falta de puntos visibles en la costa hacen correr peligro a las naves. Navegábamos con bastante velocidad y la *punta Atalaya* desapareció rápidamente; vimos luego la *punta del Indio*, la *punta de la Memoria*, tan baja una como otra; y avanzando siempre nos encontramos pronto frente a la *punta de Piedras*. Allí estábamos, cuando oímos claramente cañonazos que, sin duda, provenían de Montevideo, porque se había fijado ese día, desde hacía mucho tiempo, para que los brasileños entregaran la plaza al gobierno naciente de la *República Oriental del Uruguay*, constituida en la provin-

cia de la Banda Oriental. Estábamos entonces a cerca de quince leguas marinas de distancia de Montevideo, pero lo que más me asombró fue oír también claramente las salvas por la tarde, después de habernos ido alejando constantemente, a lo largo de la bahía de Samborombón, hasta por lo menos veinticinco leguas marinas; es cierto que ningún obstáculo interceptaba los sonidos que nos traía el viento. Estábamos siempre, empero, en el Río de la Plata, porque, aunque pueden considerarse la punta de Piedras y la de Montevideo la verdadera desembocadura del Plata, ya que hasta allí conserva las aguas dulces, lo que sólo le daría entre veinte y veintidós leguas marinas de ancho, se ha convenido en considerar verdadero límite el cabo *San Antonio* al sur y al cabo *Santa María* al norte, lo que da a la entrada tres grados diez minutos de ancho, o sea, sesenta y tres leguas y media. No es común en Europa ver ríos tan grandes y sobre todo cuyo ancho, remontándolo cincuenta leguas, es todavía de más de nueve leguas marinas, como en Buenos Aires.

Navegábamos bastante lejos de la costa de la bahía de Samborombón, en el punto que desembocan el río de ese nombre y el *Salado*, donde, poco tiempo antes, los brasileños habían combatido a menudo con los corsarios argentinos y hasta con los navíos mercantes que desembarcaban allí su carga; es en esa bahía, en medio del limo que la llena en parte, que muchos navíos franceses vararon, para huir de los brasileños y desembarcar los cargamentos de pasajeros traídos por la comisión de emigración; por lo general, esos infelices eran arrojados en medio del barro y llegaban con gran trabajo a la tierra firme, donde les esperaban nuevas desdichas. El viento nos impulsaba con gran fuerza. Toda la noche costeamos la bahía, y al amanecer, el 2 de enero, teníamos a la vista la punta sur del cabo San Antonio, a cinco o seis leguas, del cual vimos las altas dunas rojizas que ofrecían el aspecto de mamelones muy pronunciados, sobre las que pronto se mostraron los rayos del sol naciente. Esas dunas forman una simple línea divisoria al borde de los terrenos bajos y pantanosos, impidiendo que corran las aguas; por eso, esas llanuras están por lo común inundadas y siempre totalmente desiertas. Son lugares donde nadie va, a no ser para cazar las focas que los habitan a veces. Los petreles a cuadros comenzaban a aparecer en muy pequeño número y sin acercarse nunca a la nave. Estábamos en la estación en que los pájaros se reúnen por millares en las islas deshabitadas de la costa para anidar. En esa época, todos los años, los pescadores de Montevideo van a la isla de Flores a aprovisionarse de sus huevos y de los de las mofetas, que cubren toda la costa. A mediodía, estábamos frente al *cabo Corrientes*, con una calma perfecta; no lo veíamos, empero, todavía. La calma duró un rato, sin permitir-

2 de enero

me ver en la superficie ningún animal marino, sin duda a causa de la proximidad de la costa; el viento fue levantándose poco a poco y nos fuimos.

Vimos una enorme tortuga durmiendo. Los marineros quisieron descender en la canoa para apoderarse de ella; por desgracia, los gritos que dieron la despertaron y se hundió rápidamente en las aguas. Al atardecer, estábamos a la vista de los cabos *Corrientes* y San *Andrés*, pero a gran distancia. Las cimas de los cerros, que forman esos dos cabos, se veían perfectamente sobre el horizonte. Esas montañas constituyen la última punta o extremidad de la cadena denominada, según sus diversos grupos, *Sierra de Tapalquén*, *Sierra Amarilla*, *Sierra de la Tinta*, *Sierra del Tandil*, donde está el fuerte de la Independencia, y finalmente, más cerca, la *Sierra del Volcán*, nombre aplicado muy impropiamente, porque no hay ningún volcán en todas esas montañas, ni la menor apariencia de que haya existido.

Al día siguiente dejamos de ver tierra: sólo se veían algunos *damiers* de vez en cuando; un viento de lo más favorable nos impulsaba con fuerza hacia nuestro destino; por eso, a mediodía, nos vimos frente a frente a Bahía Blanca, ya conocida. Al atardecer, el cielo se cargó de grandes nubes, relampagueó por el sur, pero el mar permaneció calmo; el viento aflojó algo, sin dejar de ser bueno; sólo que nosotros dejamos de avanzar tan rápido.

En el mar
3 de enero

El comienzo de la jornada del 4 de enero fue de calma: el mar estaba muy bien y la brisa espléndida; a mediodía nos hallábamos a 40°31' latitud austral, al atravesar la *bahía de San Blas*. Calculábamos estar a veinticinco leguas de tierra; el viento aumentó progresivamente al atardecer y nos empujó hacia la costa, que no logramos empero ver. Por la noche, como soplaba cada vez con mayor violencia, nos vimos obligados a capear a causa de un mar terrible, que nos bamboleaba de manera cruel.

4 de enero

El comandante de la Convención era un francés, que llegó como grumete a bordo de un barco mercante, y que, habiendo desertado al llegar a Buenos Aires, consiguió en pocos años el grado de capitán en la marina argentina. Era un hombre bastante bueno, no muy déspota con los pasajeros; sin embargo, no mostraba amabilidades con la señora Cardoso, a la cual dejó siempre que durmiera sobre los baúles, teniendo un buen camarote para ofrecerle. Me felicito de haberme encontrado con mis restantes compañeros de viaje. Uno de los capitanes de las naves corsarias, el Sr. Dautan, de Nantes, que me complazco en nombrar aquí, me ofreció sus servicios, que no eran de desdeñar; su nave estaba anclada en la bahía de San Blas; me propuso, con esa franca cordialidad

que caracteriza a los marinos, que fuera a pasar algún tiempo a bordo de ella y puso a mi disposición sus lanchas, a fin de hacerme visitar esa inmensa bahía, tan poco conocida en Europa. Ese cordial ofrecimiento colmaba por completo mis deseos y llenaba una laguna que habría quedado en mis observaciones, sin esa feliz circunstancia. Otro de los pasajeros, el señor Alfaro, comerciante, y uno de los más ricos propietarios de Patagones, era uno de esos argentinos instruidos para quienes el francés y el inglés son igualmente familiares, así como nuestra literatura; gozaba de gran consideración en Carmen y me ofreció también sus servicios con una gracia muy especial. Dueño de una estancia en la costa de la bahía San Blas, me comprometió a pasar allí algún tiempo, a fin de recorrer por tierra todo lo que no podría ver por agua, poniendo a mi disposición los caballos y guías que me fueran necesarios. Tenía, pues, por adelantado la seguridad de resultados satisfactorios para mi viaje; y mis frecuentes conversaciones con el señor Alfaro me proporcionaron, cada día, informes preciosos acerca de la comarca que debía recorrer. Uno puede pensar que, con tales compañeros, las horas debían parecerme muy cortas y me enriquecí rápidamente con las nociones indispensables al éxito de mi empresa.

5 de enero

El 5 por la mañana creíamos tener tierra a la vista, pero no la vimos hasta las diez y todavía perdida en el horizonte; es verdad que cuando se comienza a verla está muy cerca, porque es poco elevada. A las once, estábamos a una legua. La costa que vimos era la de *Punta Rasa*, porque ya habíamos pasado la *Punta Rubia*. Está bordeada por todos lados de dunas de arena muy altas; la mayoría se eleva como pequeñas montañas y parecen, en parte, desprovistas de vegetación; al verlas, se me presentaron los recuerdos de la patria; creí volver a ver las costas de la *Vendée*, sobre todo las de la *Tranche*, junto al golfo de *Aiguillon*, o mejor aún, las de *Saint-Jean-de Mont*, que tantas veces recorrí en mi infancia; era el mismo aspecto, aunque en escala mucho mayor. Costeamos largo tiempo, viendo siempre la misma arena. Como me decían a cada instante que allí se pescaban elefantes marinos o grandes focas con trompa[4], la imaginación me hacía acortar las distancias y llegaba hasta creer distinguir, en la arena, grupos de esos animales; pero los objetos que no dejaban la menor duda eran los numerosos restos de navíos que se veían, de tanto en tanto, sobre toda la costa. El mar rompía con furor: pronto comenzaron a mostrarse los acantilados escarpados llamados *Acantilados del Norte*, por oposición a las del sur, en la desembocadura del *Río Negro*; parecían no ser batidas por las olas y estar separadas de ellas

4 *Phoca leonina*, Linn.

por algunos medanitos; estaban a dos leguas del Río Negro; por eso, al seguir las costas bajas y arenosas, vimos pronto el mástil de señales del puesto de los pilotos, al norte del río; pero la marea estaba baja, y la barra muy violenta, y fue menester diferir nuestra entrada para el día siguiente. Sólo se puede franquear ese terrible obstáculo cuando el mar está muy alto y los vientos no soplan del este al sureste o del noreste; y por desgracia son, al mismo tiempo, esos vientos los que elevan el mar sobre la barra, que es posiblemente una de las peores del mundo. Con gran disgusto de mi parte, marchamos hacia el sur, y pasamos frente a la desembocadura del Río Negro, donde vimos al norte sobre la playa tres o cuatro esqueletos de navíos, que señalaban con bastante elocuencia lo que podía deparamos esa costa poco hospitalaria. Los espantosos rugidos de las altas rompientes nos asustaron tanto más por cuanto el señor Alfaro, que había realizado varías veces ese viaje, y estuvo a punto de naufragar en dos ocasiones, contaba a todo el mundo los peligros a que escapó de manera realmente milagrosa. Pronto perdimos de vista las rompientes, navegando a lo largo de las costas arenosas del sur, que reemplazaron pronto a esos altos acantilados llamadas *Barrancas del Sur*. Ellas se extienden, en una treintena de leguas de largo por lo menos, de una manera que no puede ser más uniforme; presentan, en todas partes, una muralla perpendicular, de doscientos a trescientos pies de altura, donde no se ven, en ninguna parte, aberturas que permitan ascender o descender. El mar bate en todas partes la base, con extrema violencia, chocando contra esas barreras insuperables que la naturaleza les opone en esa tierra desolada, donde ningún árbol modifica esa línea tan uniforme que presenta la costa. De hecho jamás vi mayor regularidad en la altura de los acantilados, que parecían compuestos de capas tan uniformemente depositadas que se podía, en la medida que la mirada se extendía, seguir los diversos matices. Temiendo ser arrojados sobre esa costa por los golpes de viento que son tan frecuentes, pasamos de largo; y la oscuridad hizo desaparece pronto a nuestros ojos esta ribera tan peligrosa.

6 de enero

La noche fue bastante calma hasta las tres de la mañana; pero los vientos del sudoeste se levantaron de golpe; y a pesar de todos nuestro esfuerzos, no pudimos acercarnos a la costa, que siempre teníamos a la vista. El mar calmó un poco a las diez y costeamos de más cerca los acantilados del sur, a fin de entrar con plena marea, que temíamos, ya que nos iba a fallar; una bandera, sobre la casa del piloto anunciaba que había bastante agua en el paso. Forzamos las velas. A mediodía, estábamos cerca de la barra. Todo estaba dispuesto para ese paso difícil; todos guardábamos silencio. El capitán lo pidió, para no ser perturbado en las

maniobras; hicimos rumbo al paso, con un viento bastante favorable; no habíamos aún entrado bastante, cuando la bandera de señales del piloto, colocada en lo alto del mástil, anunció que la marea comenzaba a descender; el comandante quiso entrar de cualquier manera, considerándose buen piloto de río. Ya estábamos rodeados de rompientes, cuando vimos que el práctico sacaba su bandera, señal segura del peligro que habría en entrar; en el mismo instante el viento decayó de golpe y la corriente nos arrastraba a los bancos. Ya tocábamos fondo; la consternación estaba pintada en todos los rostros. Sólo el comandante conservaba su sangre fría, aunque rodeado de peligros y amenazado de una muerte que parecía tanto más segura por cuanto el río en descenso, al empujarnos, era un obstáculo más para salvarse. Se levantó una pequeña brisa, que se pudo aprovechar por suerte: se viró en redondo y, ayudados por la corriente, nos libramos pronto de todo temor. Todos nos felicitamos de haber salido de ese mal paso y volvió la alegría que había reinado hasta poco antes, esperando el día siguiente, en que debíamos hacer una nueva tentativa. Se disparó un cañonazo para llamar al práctico, que no apareció más en el día. Bordeamos por el sur, bastante cerca de los acantilados; luego nos alejamos de tierra y capeamos de nuevo un viento bastante fuerte, que nos bamboleó con violencia durante toda la noche.

7 de enero

El 7 se mantuvo el viento del noroeste que tanto nos había ayudado a salir de las rompientes; a pesar de haberlo capeado, nos llevó muy lejos hacia el sur; y la calma que sucedió nos hizo temer no estar, a la hora de la marea, frente a la barra. Estábamos frente a estos terribles acantilados, cuya uniformidad nos desolaba tanto más por cuanto no podíamos saber positivamente a qué distancia estábamos de la desembocadura del río. La marea llegó a la plenitud al mediodía, y a las once no veíamos todavía el fin de esos monótonos acantilados. Finalmente, el viento mejoró y las dunas del norte se mostraron a unas tres leguas de distancia. En el mismo instante, creímos distinguir una embarcación que venía a nuestro encuentro y nos devolvió la esperanza, porque esperábamos con impaciencia al práctico. En efecto, era la chalupa que aguardábamos; el práctico subió a bordo y nos consideramos desde ese momento fuera de peligro. El viento era bastante favorable, circunstancia poco común; no es raro, en efecto, ver a las naves aguardar un mes entero el momento favorable para franquear la barra y entrar en el Río Negro, retenidas sea por el viento, sea porque llegaron demasiado tarde, sea porque la barra está demasiado peligrosa; porque cuando el viento sopla del sur o del sudeste, se pone terrible y, como he podido comprobarlo más tarde, su rugir se oye desde el mismo villorrio del Carmen, dis-

tante más de seis leguas. Muy imprudente sería quien se aventurara entonces; los peligros se multiplicarían para él. Resulta, pues, indispensable aguardar varios días siempre que un golpe de viento del sudoeste, tan frecuente en esos parajes, no empuje tan lejos que sean necesarios luego varios días para volver a la costa. Se ha visto a algún navío tener que renunciar al proyecto de entrar en el río, después de haberse bamboleado tanto tiempo que se quedó sin víveres. Carmen es, en una palabra, el puerto más peligroso de toda la costa oriental de la América Meridional.

A las doce y media del día, el práctico tomó el mando de la nave, porque es sabido que, hasta en la marina militar, el capitán pierde sus derechos cuando hay un práctico a bordo. La marea comenzaba a bajar, pero él quería, sin embargo, aprovechar una débil brisa favorable. Es cierto que nos encontrábamos en el momento de las mareas de sicigia; y, además, él conocía demasiado bien los parajes para arriesgarse sin estar seguro del éxito. Entramos, de nuevo, en medio de los rompientes... ¡Imponente y bello espectáculo, al mismo tiempo! Imaginémonos, en medio de un mar tranquilo, donde el oleaje forma ondulaciones suavemente marcadas, las olas furiosas que se entrechocan en todos sentidos rompiéndose, se elevan al aire y blanquean de espuma la superficie del mar; por lo común, esas olas están mezcladas de una arena amarillenta, que se levanta del fondo a causa de la violencia del choque. Antes de entrar en esa barra, la mirada intimidada sólo abraza una línea no interrumpida de rompientes; busca, con espanto, descubrir el estrecho paso que el navío debe tomar y que únicamente los ojos experimentados del práctico pueden descubrir; pero no basta haber franqueado la terrible barra; sólo uno puede considerarse fuera de todo peligro después de haber entrado en el río para poder anclar. Salimos pronto del paso fatal y la alegría fue general.

Desde entonces, convertido en observador, no me ocupé más que en examinar esa nueva tierra, teatro actual de mis investigaciones. Es menester estar poseído del demonio de los descubrimientos para sentir ese éxtasis, esa felicidad indefinible, que experimenta el viajero al abordar un suelo que deseó durante mucho tiempo explorar. Estaba entusiasmado; todo me parecía nuevo; hasta los pájaros que mejor conocía me parecía que los veía por primera vez, a tal punto estaba convencido de que en la Patagonia no hallaría nada de lo que ya había visto.

El Río Negro podrá tener, en su desembocadura, un cuarto de legua de anchura. Al norte hay una punta arenosa bastante avanzada en las aguas, contra la cual se rompen las olas con violencia; remontando algo, se ve una batería montada con muchas piezas de cañón; no lejos de allí está la casa del prác-

tico, todo en un terreno poco elevado y arenoso. Al sur se prolonga una punta de arena, que no avanza tanto como la del norte; se dirige transversalmente al curso de las aguas y estrecha mucho la anchura de la entrada, formando, dentro, una ensenada vasta que sirve de anclaje a las naves que se dan a la vela, abriéndose de tal manera que el río, en ese lugar, se ensancha más del doble, para cerrarse de nuevo algo más arriba, donde vuelve a tener la anchura que conserva mucho tiempo. Es en todas partes muy profundo y corre por un lecho muy encajonado. Remontando un poco, las dos orillas forman contraste: la del norte está bordeada en todas partes de acantilados elevados, cuya pendiente, por trechos, es bastante suave, mientras la del sur, baja y pantanosa, está cubierta en todas partes de ganado. Un viento favorable nos seguía impulsando rápidamente. El cuadro cambiaba a cada instante, mostrando sucesivamente estancias esparcidas, de tanto en tanto, sobre una y otra ribera, ya sea en medio de las llanuras del sur, ya sea en las ensenadas formadas por los recodos del río, en medio y al pie de los acantilados. Vi estancias y granjas, donde, no sin placer, reconocí muchos de nuestros árboles frutales de Europa: cerezos, higueras, durazneros y sobre todo muchos manzanos. Admiraba, con felicidad, esos bosquecillos de vegetación viva, cuyo color contrastaba ora con las islas cultivadas o boscosas en medio del río, ora con los campos dorados y las espigas maduras del trigo, cuya cabeza pendiente hacia la tierra no aguardaba más que al segador; pero, cuando por casualidad levantaba los ojos a las tierras que cubren la cima de los acantilados, un triste contraste hería mi vista. Por todas partes una vegetación pobre, un suelo árido, desprovisto de árboles, o sólo cubierto de zarzales achaparrados; regiones salvajes frecuentadas únicamente por algunas aves de rapiña, de los que anuncian la muerte o sólo viven, por lo menos, de cadáveres, cuyos gritos los hacen aparecer como los amos de esos lugares. Volviendo la vista de ese triste espectáculo, la fijé naturalmente en las llanuras bajas del sur, también completamente desprovistas de árboles, pero animadas por lo menos con gran número de cabezas de ganado.

Al admirar esa variedad de paisajes y seguir los innumerables contornos del río, vimos, a las seis de la tarde, siempre impulsados por un buen viento, las primeras casas de *Carmen* o *Patagones*, distante siete leguas de la desembocadura. Al acercarnos al villorrio, algunos huertos, ubicados en la orilla del río, contrastaban con la tierra arenosa y llana sobre la cual está construido el fuerte. Llegué, finalmente, frente al establecimiento, situado al norte, sobre el acantilado y sus laderas; presenta un conjunto irregular de casitas diseminadas, colocadas a diversas alturas en la pendiente, en medio de las arenas, dominadas por un fuerte en ruinas, que podría servir a lo sumo de defensa contra

los indios. En el acantilado se veían agujeros practicados en línea que fueron moradas de los primeros colonos españoles de estas comarcas, así como otras que vi en el camino. Al sur del río, vi algunas miserables casas cubiertas de paja; y lo que me agradó mucho fue ver, en medio de la campaña, grupos de tiendas o *toldos* de diversas tribus de indios amigos, casi todos de naciones patagonas o tehuelches, o puelches; naciones de las que sólo había oído hablar vagamente en Buenos Aires y sobre las cuales los viajeros e historiadores están poco de acuerdo.

Primera estadía en Carmen

Apenas hubimos anclado, el comandante de la plaza, que gobierna también en el orden civil, vino a bordo, acompañado del receptor de aduanas, conocido en la región con el pomposo nombre de ministro, así como de numerosos oficiales y pobladores. Hallé, de inmediato, a varias de las personas para quienes tenía cartas de recomendación. Entregué mis órdenes al jefe militar, señor Rodríguez, cuya acogida encantadora me hizo esperar mucho del porvenir. El ministro, señor Cardoso, y los otros pobladores me ofrecieron igualmente sus servicios; y yo no cesé de admirarme de las atenciones que me prodigaban, hasta enterarme que, por una fina atención de las autoridades de Buenos Aires, mi viaje había sido anunciado algún tiempo antes, de manera que era esperado en la localidad; por eso, poco tiempo después de poner pie en tierra, fui recibido en todas partes de la manera más amable.

Me impresionó la desigualdad del terreno, la arena móvil sobre la cual estaba obligado a caminar para ir de una casa a otra, atravesando las dunas, que se deshacían bajo mis pies, o trepando un acantilado pelado, de lo más empinado, en el que apenas sí había sendas trazadas, en medio de asperón friable. Llegué finalmente al fuerte, a través de dunas bastante elevadas, separado del grupo más numeroso de casas, llamado *la Población* y ubicado en la cima del acantilado sobre un punto elevado que no solamente domina el río y la parte de casas de la orilla opuesta, sino también los alrededores. Se compone de un murallón cuadrangular, provisto de tres bastiones en tres de sus ángulos. Entré; vi el interior provisto, en sus cuatro lados, de los siguientes cuerpos de edificios: al sur, la iglesia y el polvorín; al oeste, la morada del comandante; al norte, las oficinas del ministro; y, finalmente, al este, que es al mismo tiempo el lado de la entrada, están las habitaciones de los diversos oficiales. Todos estos cuerpos de edificación constan de un solo piso en pésimo estado y cu-

bierto de tejas. Visité al comandante; su mujer, con esos modales distinguidos y la especial amabilidad que caracterizan a las señoras de las buenas familias de Buenos Aires, me recibió perfectamente y me ofreció, así como su marido, un alojamiento en el fuerte, lo que acepté con placer, para estar seguro y en sociedad. Fui recibido con la misma cordialidad por el señor Cardoso. Me quedaba por visitar a otra persona, la encargada de proporcionarme los fondos de que tendría necesidad durante mis viajes. Las personas a quienes ya me he referido, me la presentaron como un comerciante que hablaba inglés y francés y era muy instruido en todos los aspectos, informes que me hacían desear conocer al señor Manuel Alvarez, de quien tendré varias oportunidades de hablar; pero no estaba en su casa y debí diferir la visita para el día siguiente. Parece asombroso encontrar tantas personas distinguidas en un establecimiento naciente, por así decirlo, y tan alejado de todos los recursos. Yo también me sorprendí; pero ello parecerá completamente natural cuando se sepa que todas esas personas no estaban allí antes de la guerra con los brasileños; que esa misma guerra hizo momentáneamente de Carmen un depósito general de todas las mercaderías tomadas al enemigo por los corsarios, y de Río Negro un puerto donde esos mismos corsarios, no pudiendo entrar en el Plata a causa del bloqueo, hallaban abrigo seguro y provisiones de boca; por eso el Carmen, poblado desde algunos años antes de agricultores, colonos y deportados por crímenes o causas políticas, estaba entonces habitado por dos comerciantes de Buenos Aires, los señores Alvarez y Alfaro; por numerosos pequeños comerciantes secundarios de todas las naciones (franceses, ingleses, portugueses y, sobre todo, americanos); por algunos capitanes de corsarios de diversas naciones; por muchos marineros y soldados, y, desgraciadamente, por ese gran grupo de criminales deportados, desperdicios de los gauchos de los alrededores de Buenos Aires. Estaban, finalmente, los propietarios, primeros fundadores del establecimiento, y las autoridades, que allí residían a causa del comercio y de la importancia de la región; por eso el comandante era un coronel del ejército de Buenos Aires; el ministro o receptor de aduana, un empleado distinguido de la misma ciudad; y los oficiales figuraban en mayor número que de ordinario. Tales eran, en conjunto, los habitantes actuales del Carmen. Si el villorrio había ganado desde el punto de vista de algunas de las personas que se habían establecido, perdió mucho en otros aspectos; no se hallaba esa hombría de bien de los chacareros y agricultores; y en cuanto a los malhechores deportados, a los marineros de los buques de guerra, los hombres más viciosos de todas las naciones, a quienes reunía el cebo de una fortuna fácil y la oportunidad de robar, a manos llenas, todo lo que se les ofrece en el mar, se siente que esta

última categoría de gente acostumbrada a la sangre, al pillaje y a todo tipo de exacciones, debía acarrear riñas continuas, puñaladas dadas y recibidas, peleas diarias; y obligando a los pobladores pacíficos a estar continuamente en guardia les imponían una prudencia extraordinaria para poder vivir en medio de gente tan monstruosa; por eso confieso que experimenté un momento de temor al hallarme, de pronto, en tal sociedad, temor que, a lo sumo, sólo podía ser pasajero y que olvidé al regresar a bordo de la Convención.

Me acosté y traté en vano de conciliar el sueño; la idea de estar en un país nuevo para la ciencia, el deseo de ver objetos nuevos, me impedían dormir. No era la primera vez que experimentaba esa agitación, producida por el placer de llegar a una tierra que no conocía; lo había sentido sobre todo al llegar a Tenerife y a Río de Janeiro, y se reprodujo en todo el curso de mi viaje. La noche me pareció muy larga. Desde los primeros albores del día me levanté, hice que me desembarcaran de inmediato y me dediqué a recorrer los alrededores, para formarme una idea de la región, desde el punto de vista de sus producciones. Visité los arenales de la parte de atrás del fuerte, donde encontré numerosos insectos que no había visto antes. Seguí avanzando remontando el río y tuve oportunidad de ver que los zarzales, que cubren y caracterizan las alturas, difieren por su forma de los que conocía; varios, cubiertos entonces de hermosas flores compuestas, duras y de un hermoso color amarillo, hacen, por las espinas que las protegen, muy parecida la región a las landas de nuestra Bretaña. Observé que todos los zarzales de los lugares elevados son espinosos y que la mayoría pertenece a la serie de plantas leguminosas, de los géneros mimosa y acacia; pero, lo que les da un aspecto más triste, es la pequeñez de las hojas de esos zarzales frondosos y achaparrados, y la longitud de las numerosas espinas que los erizan por todas partes. En medio de ellos, encontré una hermosa especie de serpiente, adornada de los colores más vivos: el rojo, el amarillo y el negro daban variedad, por sus manchas regulares, a sus brillantes escamas. Descendí luego a la orilla del río, donde vi, sobre las piedras mojadas, numerosas plantas criptógamas, y junto a las aguas, restos de conchillas fluviales. Vi también varios pájaros que me parecieron nuevos. Todo me daba la esperanza de una abundante cosecha. Volví al fuerte; no eran más que las nueve y nadie se había levantado todavía, salvo la guarnición, compuesta únicamente de negros de la costa africana, apresados en los navíos negreros del Brasil; me vi, pues, obligado a irme de nuevo a pasear. A las once regresé y el comandante tuvo la amabilidad de mostrarme el apartamento que me destinaba. Estaba compuesto de dos pequeñas habitaciones, una sin ventana y ambas sin vidrios, no teniendo más que postigos; ambas en ruinas, negras, sin

otro piso que una tierra arenosa, tan escurridiza como la de las dunas, y en todas partes llenas de agujeros de ratas. Debí, empero, aceptarlas con placer, porque es seguro que en vano las hubiera buscado mejores en otras partes. Tuvo también la bondad de facilitarme una cama de madera, una mesa carcomida, medio rota, y dos sillas, que debían constituir mi mobiliario; me ofreció, pero no por simple cortesía, como se practica en la región, considerar su casa como la mía e ir a comer con él, lo que acepté, comenzando por almorzar en su compañía. Esa mesa, y la de los señores Alvarez y Cardoso, fueron las mías durante el tiempo que permanecí en la región. Regresé a bordo de mi nave; hice desembarcar mis baúles y me ocupé de poner todo en orden para comenzar mis búsquedas, sin dejar de disponerme a acompañar al señor Dautan a la bahía de San Blas.

Nada revelaba que las hostilidades de los indios hubieran de comenzar de nuevo: hacía dos meses que realizaran la última tentativa, pero fueron rechazados con pérdidas y se retiraron al interior de sus tierras, esperando, tal vez, el momento de sorprendernos. De cualquier manera, debía aprovechar la tranquilidad de que se gozaba en los alrededores para recorrerlos, porque sabía que con los indígenas el momento más tranquilo es el más de temer. Se precipitan como torrente desbordado y aprovechan la confianza para sorprender y aplicar golpes más seguros.

9 de enero

Al amanecer partí de cacería, remontando el río. Seguí primero las alturas, y luego de una hora de marcha, en medio de las espinas que se acercaban más y más, no había visto ningún pájaro. Esa campaña árida y uniforme parecía completamente desierta. Es probable que la falta total de agua obligue a los pájaros a acercarse a orillas del río; con esa suposición, volví a las orillas del Río Negro y las bordeé hasta una pequeña cabaña, habitada por un negro viejo y su mujer, que cultivaban una pequeña extensión de tierra de aluvión que arrendaban y de la cual sacaban lo necesario para su subsistencia. Bebí algo de agua y pasé de largo. Algunos pasos más adelante vi un águila planeando en los aires. No pude tirarle, pero me resultó bastante fácil reconocer que era la *aguya*[5], hasta tal punto el vuelo de esa especie se destaca por la escasa longitud de las alas, y por el tamaño de las plumas de atrás o remeras, de donde resulta que el conjunto del pájaro parece más pequeño de lo que es en realidad. Llegué a otros terrenos de aluvión más extensos, cubiertos de un hermoso campo de trigo y pertenecientes a una pobre familia cuya cabaña estaba muy cerca; me detuve y bebí, con

5 *Falco melanoleucas*, Vieill; *Falco aguya*, Temm.

gran placer, algo de leche, que me fue ofrecida por un anciano con la amabilidad más encantadora. Siguiendo siempre la costa, llegué a un lugar donde el río se divide en dos brazos y encierra una isla conocida como la *isla de Crespo*, que es el nombre de su propietario actual; el lugar era encantador a primera vista. Por todos lados se veían trigales o bosquecillos de durazneros, manzanos, higueras, rodeando y protegiendo con su sombra una casita cubierta de tejas, de aspecto limpio y modesto; en fin, los pámpanos trepadores que saliendo de tierra en medio del follaje de los otros árboles comenzaban a mostrar los racimos de uvas, destinados a ser, más tarde, su más hermoso adorno. Todo hacía de esa isla un lugar tanto más encantador por cuanto contrastaba con los terrenos áridos y secos de las eminencias vecinas. Pronto la intensidad del calor en el momento más ardiente del año, acrecentado por la reverberación de las arenas de las colinas y la debilidad del viento, me impidió continuar el paseo: regresé habiendo matado sólo una especie de pájaro interesante para mí. Me sorprendió ver que los animales parecen ser tan escasos en esos parajes; pero, en cambio, recogí flores de una acacia que no pude dejar de admirar, tanto a causa de su elegancia como de sus colores vistosos. Largas tiras de púrpura brotaban en medio de un hermoso pétalo amarillo. Regresé para dibujar la flor, destacando los árboles que la producen, a fin de recoger semillas en la estación, con el propósito de naturalizarlos en Europa, donde sería, ciertamente, uno de los más hermosos adornos de los jardines.

Quise aprovechar la jornada para pasar al otro lado del río, a fin de ver, en sus moradas, a los indios de diversas naciones, que vienen diariamente al establecimiento. Un bote me transportó, pasando en medio de diez a doce barcas o navíos desarmados y en mal estado, anclados en el río; desembarqué en la otra orilla, en el grupo de casas que se denominan, muy comúnmente, la *Población del Sur*, y que está compuesta de una hilera de piezas rodeadas de corrales para el ganado. De allí, me dirigí al primer grupo de *toldos*, tiendas de cueros o tolderías[6], habitados por indios de la nación puelche; luego a otros, donde vivían únicamente patagones o tehuelches. Me enteré con agrado de que había, en cada una de esas tolderías, buenos intérpretes, que, por medio del español, podrían proporcionarme las informaciones que deseaba. Es imposible describir el placer que me dio el examen de la menor cosa de esos hombres primitivos, que la civilización circundante no ha modificado en sus usos y

6 El sustantivo *toldería* se aplica a todo grupo de tiendas de indios; éstos, siempre nómades, no tienen otras casas que los cueros extendidos sobre piedras y llamados *toldos* por los españoles.

costumbres; pero dejo para otra visita los detalles que a primera vista serían incompletos. Volví al villorrio, donde me ocupé de obtener todo lo que me era necesario para mi viaje a la bahía de San Blas; el señor Alvarez, a quien hablé, me prometió, con su amabilidad acostumbrada, conseguirme una carreta y caballos.

Como sólo había visitado la parte alta del río, quise dirigirme, al día siguiente, al otro lado; descendí el Río Negro, atravesando todo el villorrio, y llegué al sitio llamado *Bañado*. Es una vasta extensión aluvional, formada por un gran recodo del río y compuesta de terrenos parcialmente inundados en tiempo de crecidas, en cuyos puntos más altos hay algunas explotaciones agrícolas donde se cultivan legumbres y donde hay numerosos vergeles. Ese terreno, que se eleva cada vez más, se extiende a cerca de una legua a lo largo del río, donde, en todas partes, se destaca una agricultura completamente europea, porque, con excepción de las papas que provienen primitivamente de América y fueron regresadas de Europa, ningún árbol, ninguna legumbre, ninguna planta cultivada es propia de esta tierra; por eso podría creerse que hay dos países distintos, cuando se recorren las colinas o las orillas del Río Negro. Las primeras tienen características completamente particulares; y sin parecerse en nada al resto del nuevo mundo, no tienen mayor semejanza con Europa. Sólo he encontrado una vegetación análoga en los Andes de Chile y Bolivia. En cuanto a la de los ríos, es en un todo la de Francia septentrional; por lo demás no pude asegurarme que las tierras de aluvión del río eran las únicas susceptibles de cultivo, porque las colinas, que las rodean por el norte, no son apropiadas para nada. El camino pasa entre el pie de las colinas y las tierras cultivadas; la pendiente de éstas está cubierta de pequeños zarzales, donde revolotean algunos pajaritos. Sólo allí pude cazar. Al pie de esos mismos zarzales viven en familia gran número de pequeños cobayos o conejillos de Indias de una variedad especial[7], que juegan en la arena, y se familiarizan con los peatones, al punto de no huir al acercarse; su piel es de lo más sedosa y sus ojos son mucho mayores que los de los cuyes comunes; tienen, además, absolutamente los mismos rasgos distintivos de estos últimos. Regresé por el interior de las tierras, donde hallé en todas partes la misma aridez, y el exceso de calor me obligó a apurar el paso para preparar más pronto mi caza.

El 11 al atardecer, después de haber empleado mi jornada en mis preparativos de viaje, y de escribir a Buenos Aires y a Francia, fui a pasar la velada en casa del señor Alvarez. Había allí un alemán, de quien tuve el placer de oírle

7 *Cavia australis*, Isid. Geoffr. Saint-Hilaire y d'Orb.

ejecutar, en el piano, con encantadoras variaciones, la obertura de *Robin de los Bosques*, tan a la moda cuando partí de Europa; además, tocó fragmentos de óperas alemanas, con mucho gusto y excelente método.

11 de enero Desde hacía tiempo no escuchaba nada de mi patria, de manera que pude saciarme. ¿Qué pensaría un francés si le dijera que en el pobre villorrio de Carmen, tan poco conocido como lo son realmente los patagones, tienen varios pianos y se ejecutaban obras europeas? Ese lujo momentáneo es también una consecuencia de la guerra. Una casa no es en Buenos Aires *comme il faut* si no tiene piano; pero en la Patagonia podría permitirse no tenerlo, si el azar no hubiera querido descubrir esos instrumentos en el botín de los buques de guerra. No habría, empero, escuchado más que valses o contradanzas españolas, de no haber estado ese alemán allí. Llegó como marinero de uno de los buques capturados; era una de las víctimas de esos embarques forzosos, realizados al cambiar la política; era instruido y no se encontraba en absoluto en su lugar. Volví a mi morada muy contento por la velada, pero muy preocupado con los recuerdos de la patria que la música había evocado en mí.

Como pensaba residir bastante tiempo en la bahía de San Blas, debía hacer mis preparativos. Pagué bastante cara una carreta destinada al transporte de mis efectos; se me pidió nada menos que sesenta pesos (trescientos francos) por un trayecto de veinticinco leguas solamente; pero no tenía que elegir; debí aceptar lo que me pidieron. Es difícil imaginar cuánto cuestan los viajes, hasta en las regiones más pobres de América. Un peso no vale nada en ninguna parte; y, de hecho, no vale comparativamente más de un franco, a causa del valor que representa; por eso un viajero que, para todos sus gastos, tenga siete a ocho mil francos por año y parezca muy bien retribuido a los ojos franceses, se verá continuamente obstaculizado en sus investigaciones por carencia de recursos. Es la situación en que me he encontrado continuamente y de la que nunca pude salir en mi largo peregrinaje, obligado siempre a privarme de lo necesario para que esas economías se emplearan en el éxito de mi misión. En efecto, además de la carreta, me hacía falta un peón, para cuidar los caballos, para que me sirviera de guía y para cazar los animales en la campaña; pagaba a ese hombre veinte pesos por mes (cien francos), y el mismo salario daba al criado francés que traje conmigo de Buenos Aires. Necesitaba, además, caballos y víveres, aunque en verdad limité estos últimos a un barril de galleta y un barrilito de aguardiente, pensando comprar carne en la estancia de la bahía de San Blas. Mi equipaje se componía de tres baúles, dos de los cuales llenos de instrumentos, de objetos de preparación y de municiones. No llevé cama para

disminuir los bultos, resignándome a dormir en el piso durante toda la expedición, o a emplear, como los pobladores de la región, mi montura como cama y almohada y mis ponchos como cobertores. Quería endurecerme en las privaciones, a fin de poder emprender cualquier tipo de viaje.

He dicho que la bahía de San Blas está a veinticinco leguas de Carmen; pero no he dicho aún que el trayecto tiene lugar en un verdadero desierto, en el cual se buscaría en vano agua para uno mismo, para los caballos y los bueyes; por eso, a fin de que los animales recorran más fácilmente el trecho, se acostumbra viajar a oscuras. Se decidió, en consecuencia, que la partida tuviera lugar al día siguiente por la tarde y que se marcharía toda la noche.

Viaje y estadía en la Bahía de San Blas

El 13 de enero, a las ocho de la noche, todo estaba preparado para la partida. Formamos una pequeña caravana, compuesta de cinco oficiales del buque del señor Dautan, que regresaban a bordo; de seis a siete marineros franceses del mismo barco; del carretero; yo y mis criados. Mi equipaje podía hacerme pasar más por un terrible cabecilla de bandoleros que por un pacífico naturalista. Tenía un fusil en bandolera, un morral de cazador, un sable, dos pares de pistolas, una en el arzón, otra en la cintura, y un gran cuchillo en su vaina que cruzaba el cinturón por detrás, a la manera del país; además, un poncho y un amplio sombrero de paja, atado bajo el cuello, a causa del viento. Mi criado también estaba bien equipado y el resto de nuestras armas, todas cargadas, estaban en la carreta. Me veía obligado a marchar sin cesar con ese aparato de guerra y a tomar precauciones a las cuales debía, hasta entonces, haber mantenido a distancia a los malhechores y caminado sin accidentes. ¡Cuánta diferencia hay entre viajar así, en medio de los despoblados, asediado por privaciones de toda índole, expuesto a continuas fatigas y a los ataques de las hordas salvajes, y visitar Europa en un carruaje bien ajustado, hallando en todas partes buenos hoteles y todas las comodidades que la civilización ha sembrado en sus caminos. Lo único que puede compensar al viajero de sus sacrificios voluntarios es el placer de ver regiones nuevas y servir a la ciencia y a su patria; porque, ¿puede siempre esperar otras recompensas por su dedicación?

Camino de San Blas - Patagonia
13 de enero

La luna brillaba con vivos reflejos, intensificados por la pureza de un cielo en el cual se destacan las constelaciones del hemisferio austral. Había tal cla-

ridad que podía seguirse, casi como en pleno día, el sendero abierto que debíamos recorrer. Ascendimos el acantilado y pronto nos vimos en la campaña, donde un terreno sin ninguna ondulación aparecía por todas partes. Ese suelo ingrato parecía quemado, cubierto únicamente, de tanto en tanto, por algunos pequeños zarzales espinosos y achaparrados, que parecían indicar que la naturaleza no lo desheredó por completo de sus favores. Habría sido muy molesto seguir al paso la marcha lenta de la carreta, arrastrada pesadamente por dos bueyes; por eso creí conveniente seguir el consejo de mi peón y tomé la delantera al galope, acompañado de algunos oficiales. Después de haber cabalgado así cerca de dos horas, en medio de una campaña de uniformidad desoladora, llegamos a unos zarzales más elevados que los otros y que, de ser necesario, podrían pasar por arbolitos; allí, descendimos del caballo y cada uno buscó un lugar para tenderse sobre su montura, a fin de descansar. Imité a mis compañeros de viaje, pero no pude dormir. El viento del sur, que soplaba con bastante fuerza en la llanura, traía un frío penetrante que hacía experimentar una sensación desagradable. Todos los terrenos arenosos poseen la incómoda propiedad de producir mucho calor de día a causa de la reverberación, mientras que de noche son de lo más fríos. Antes del amanecer, nos alcanzó la carreta; entonces se prendió fuego; se hicieron asar trozos de carne, que comimos para reparar la mala noche. Los zarzales, junto a los cuales nos habíamos detenido, se componen de una única especie vegetal, conocida en la región con el nombre de *chañar*; son arbustos espinosos, retorcidos y casi sin hojas que dan, al madurar, frutas con carozo, cubiertas de una pulpa cuya forma y sabor recuerdan mucho a ciruelitas amarillas y que son buscadas por los pobladores. El aspecto de esta planta es tanto más triste por cuando la mitad de sus tallos son negros y parecen muertos. El lugar donde hicimos alto, llamado *chañares*, presentaba unos treinta de esos arbustos, formando un bosquecillo aislado en medio del campo; fuera de ese lugar, esa planta no existe en el terreno, siempre uniforme en su horizontabilidad, sólo interrumpida por zarcillas espinosas, de flores amarillas, que aparecen en una tierra casi pelada, cubierta de una arena gruesa, negra, muy mezclada con pequeños cantos rodados, llamados *chinas* por los pobladores, casi todos porfídicos, basálticos y cuarzosos, que provienen, sin duda, de las cordilleras y fueron depositados por las aguas. En esos terrenos crecen también, pero muy separadas unas de otras, algunas matas de una especie pequeña de gramínea, entonces completamente seca y que no contribuye poco a la aridez de la llanura.

A las cuatro y media partimos de nuevo. Durante toda la mañana el terreno presentó el mismo aspecto, la misma horizontabilidad; empero el paisaje se

animó con gran número de esos mamíferos que los indios llaman *mara*[8] y los españoles *liebres*. Nuestra liebre es, en efecto, el animal al cual más se asemeja cuando corre. Se mostraban tanto en parejas como en tropillas de seis a ocho, también compuestas de parejas. Me divertí mucho con sus corridas. Traté de matar alguno, pero sin ningún éxito; eran demasiado salvajes para que uno pudiera acercarse a ellos, en medio de un campo casi descubierto. Varios me parecieron altos como perros. Deseando ardientemente verlos de cerca, los perseguí al galope, pero estuve a punto de matarme. Los caballos, acostumbrados a ese género de caza, no se limitaban a correr en la misma dirección; cuando la mara gira para un lado, el caballo gira también y da tantas vueltas como el animal perseguido. No sabía que eso iba a pasar, y apenas la mara dio su primera vuelta, en vez de imitar a mi cabalgadura en su brusco salto de costado, la dejé continuar su camino sola; por fortuna no me hice ningún daño. Entonces mi peón quiso enseñarme cómo se efectúa esa caza en el país. Ensilló un caballo, que trajo con ese propósito, e hizo levantar a la mara, detrás de la cual corrió al galope, hasta enlazarla; luego, sin poner pie en tierra, la cogió por las orcas y me la entregó viva. Repitió dos o tres veces la carrera, con gran placer de mi parte. Las continuas vueltas del caballo, tan rápidas como las de la mara, ayudan a ese género de caza; pero hay que ser excelente jinete y estar acostumbrado desde la niñez a ese ejercicio para no ser desmontado.

La mara se diferencia de la liebre por su manera de correr más sofrenada, por la menor duración de su carrera y por la costumbre de cavar madrigueras profundas; por lo demás, no pertenece al mismo género, estando más cerca de los agutís. Sólo posee un rudimento de cola, cuatro dedos en las patas delanteras y solamente tres en las de atrás; sus orejas son más rectas, sus dientes distintos, su trasero más cuadrado; su pelaje es bastante bonito: abajo blanco, el lomo gris bermejo pronunciado, pasando al negro, color que forma una ancha media luna, que ocupa la parte superior del trasero, donde forma una línea partida por el blanco de las partes inferiores. Uno de esos ejemplares, que cogió mi peón, pesaba cerca de treinta libras. Asombra hallar esos animales en medio de terrenos tan estériles y completamente privados de agua; probablemente no beben o se contentan con el rocío de la mañana, porque no podemos suponer que abandonen los alrededores de sus madrigueras para andar diez o doce leguas a buscar el agua más cercana. Hicimos alto a las once; se desolló una mara, que fue inmediatamente puesta a asar, y la comimos con apetito. La carne de este animal es blanca y análoga a la del conejo; si se

8 Es la *Cavia patagónica*, Penn. y Schr.

prepara bien, debe ser un excelente alimento. Descansamos hasta las dos para dejar pasar el calor, que era realmente insoportable. Aproveché esta circunstancia para recorrer los alrededores a pie, buscando insectos; fue en vano; no vi el menor rastro y no descubrí una sola conchilla terrestre. Volvimos a andar y, a medida que nos alejábamos de los lugares frecuentados, las maras parecían multiplicarse. Traté de descubrir algunos pájaros, pero sólo vi lechuzas urucurea[9], que salían de las madrigueras abandonadas de las maras, o tal vez de las vizcachas, lanzando gritos de alarma, asustadas, sin duda, al ver turbada su tranquilidad en medio del desierto. El parásito caracara[10] se mostraba también de tanto en tanto, porque aunque nos acompañaba para apoderarse de los restos de nuestra comida, sólo se dejaba ver por momentos, volando a la distancia y buscando el cadáver de algún animal para comérselo. Mi peón me informó que si deseaba obtener una de las especies de tatús del país, que llamaba *quirquincho*, no tenía más que alejarme del camino abierto y seguirlo en la campaña. En efecto, hallamos varios, que habían salido al sol en busca de bulbos, de los que son muy golosos; reconocí de inmediato la especie de tatú que los indios pampas llaman *pichi*[11]. Corre velozmente, pero nada más fácil que cazarlo al simple paso de marcha, cortándole la retirada de sus madrigueras. Es un animalito encantador, completamente inofensivo, que algunos mantienen en casa, comiendo de todo y haciéndose muy familiar: los pequeños, sobre todo, divierten por sus extravagantes posturas; pero no es su garbo lo que los hace buscar por los pobladores, sino su carne, alimento de lo más delicado, que haría honor, sin duda, a nuestras mesas mejor puestas, si los hubiera en Europa. Había ya visto muchos zorros, de aspecto astuto; se escaparon lentamente, no sin volver la cabeza varias veces para mirarnos. Mientras buscaba tatúes, vi uno que llevaba una pequeña mara en la boca. Lo perseguí, y en el momento de entrar en su madriguera, abandonó su presa, calculando por lo visto que no podía entrar con ella en su cueva; lo así, y vi que había desangrado el animal con extraordinaria habilidad, sin hacerle otras heridas.

Llegamos casi a la caída del sol al lugar llamado *Laguna Blanca*. Es un terreno más bajo, en diez a doce, pies, que las tierras circundantes y en el cual, cuando llueve, se forma barro. La laguna estaba entonces seca; cuando está llena, se conducen allí el ganado de la estancia de la bahía de San Blas, porque en la estación se hallan, en los alrededores, bastante buenos pastos; es con ese

9 *Strix cunicularia*, Molina.
10 *Polyborus vulgaris*, Vieill.
11 *Dasypus minumus*, Desm.

propósito que se ha construido un corral, muy cerca. Se llegó a pensar establecer hasta una estancia en ese lugar, cavando un poco más la laguna, pero las lluvias se mezclaron con la sal de que está saturado el suelo y los animales bebían las aguas con repugnancia. Una casa próxima al lago revelaba que se había tenido la intención de habitar esa localidad, pero un pozo cavado para obtener agua la dio muy salada, y todas las tentativas realizadas, en ese sentido, en las campañas circundantes, dieron los mismos resultados. Prendimos un buen fuego, mi peón abrió longitudinalmente el vientre de un tatú, lo espolvoreó con algo de sal, lo puso todo entero en el fuego, con la caparazón hacia abajo, y lo dejó asar así. Yo había ya comido otras especies de tatús en la provincia de Corrientes, pero éste, al decir de los pobladores, es superior por la delicadeza de su carne. Cuando el animal estuvo bien cocido, mi peón lo retiró, le sacó las escamas del lomo, que salieron sin trabajo, y el asado, así preparado, hubiera convencido al paladar del gastrónomo más exigente. El lomo, bajo la caparazón, está cubierto de una capa espesa de cerca de una pulgada de grasa blanca bastante firme; lo comí con verdadero placer y puedo asegurar, por mí mismo, que ese manjar no está por debajo de la reputación de que goza en la región. Su gusto es análogo, aunque superior en delicadeza al del lechón. Una vez concluido el festín semisalvaje, me dispuse a adelantar la carreta, porque acabamos de comprobar que no había más agua y que nuestras provisiones se habían terminado, y teníamos todavía que recorrer seis leguas, antes de llegar al fin de nuestro viaje. Propuse hacer ese trayecto acompañado por los oficiales del buque de guerra. Los mismos terrenos continuaron durante cinco leguas todavía, luego descendieron ligeramente hacia la costa, donde oímos bramar las olas. Costeamos dunas elevadas, pisando una arena amarillenta; finalmente, a las ocho de la noche, llegamos a la estancia de la bahía de San Blas, que pertenece al señor Alfaro, con quien viajé desde Buenos Aires; él había tenido la amabilidad de dar órdenes a su capataz o mayordomo, encargado de la vigilancia de los negros que cuidaban el ganado; fui por eso perfectamente recibido. Nos ofrecieron un asado, pero yo estaba demasiado cansado para comer, no habiendo dormido la noche anterior; dejé, pues, a mis compañeros que le hicieron honor; y como había una sola cabaña para todos, me vi obligado a tenderme sobre el suelo, en un rincón de la pieza, donde miles de pulgas me asaltaron y me impidieron tomar el descanso que tanto necesitaba.

Antes de referirme a mis viajes por los alrededores de la estancia, quiero dar una rápida idea de la forma de la zona, a fin de hacer más inteligible la exposición de mis diversas excursiones. La casa está situada en el punto de

unión de la península de los Jabalíes[12] con la tierra firme. Esa península es llamada *Isla* por los pobladores y todo prueba que debió ser una isla verdadera:

Bahía de San Blas

tiene la forma de un triángulo agudo, cuyo lado más pequeño, dirigido al este, mira al mar, y está en toda su longitud rodeado de dunas elevadas; los otros dos son el del norte, que forma uno de los ríos de la bahía de San Blas, cuya extremidad este está cubierta de altas dunas y constituye la *punta del Infierno*, así llamada porque el mar es borrascoso al máximo; la extremidad oeste, por el contrario, se cubre de guijarros, desciende y termina en una punta baja, dirigida hacia el fondo de la bahía. Por el tercer lado, está limitada por un canal profundo, que antes separaba por completo la isla del continente, pero cuya extremidad oriental ha sido ocupada por la arena, que la une a la tierra firme, en el sitio donde está la estancia. El paso es en este lugar de un medio cuarto de legua de ancho, a lo sumo. La parte que bordea el mar puede tener más de una legua de largo: está bordeada de una hilera de dunas móviles de casi medio cuarto de legua. La que forma la bahía tiene casi tres leguas de largo, casi tanto como la del canal o la del sur, lo que da más de siete leguas al contorno de la península de los Jabalíes. La superficie es muy desigual al este, a causa de las dunas; el resto es completamente llano, cubierto de cactos mamilares o de una hierba corta y seca.

El 15 de enero me levanté temprano, tomé un fusil y salí de la casa para explorar los alrededores. Me dirigí hacia el canal que separa la tierra firme de

15 de enero

la península de los Jabalíes. Pregunté a mi peón de dónde podía originarse el nombre de Jabalíes, en un lugar donde no existe rastro alguno de esos animales; me respondió que le fue dado porque antes de que poblaran la comarca los rebaños, había muchos *pecarís*, *en* medio de las grandes gramíneas que cubren las cañadas formadas entre las dunas, pero que desaparecieron por completo después. El extremo del canal que yo recorría era muy fangoso y estaba entonces enteramente seco, inundándose solamente en época de crecidas. Pasé por la península y penetré en medio de las arenas, donde vi algunas perdices y muchos venados, que, apenas me vieron, huyeron con extremada agilidad no sin volver la cabeza muchas veces para mirarme; hice fuego desde larga distancia, sin alcanzarlos. Vi también muchos esqueletos de focas.

El ganado de la estancia cubre toda la península de los Jabalíes, de donde no puede salir, una vez que entra, a menos de seguir la orilla del mar, lo que no

12 Con ese nombre los españoles designan, en América, al *Pecari torquatus*.

es de temer, porque no existe ejemplo de que los animales se acerquen alguna vez a la costa, a tal punto el ruido de las olas los asusta y hace huir. El lugar es, pues, de lo más apropiado para criarlos, porque no hay necesidad de reunirlos en corrales, ni vigilarlos. El sitio sería aún mejor si tuviera buena agua, pero, como único abrevadero, se practican grandes pozos al pie de las dunas, en las partes bajas, y esos pozos sólo dan un agua muy salobre, que no es potable. Esto es, sin duda, lo que impide al ganado engordar: hasta el agua que se bebe en la estancia es a tal punto salada que inspira repugnancia y no quita la sed. Bajo este aspecto, esas llanuras están muy mal repartidas y, en cualquier otro país, serían consideradas inhabitables; pero la hierba que crece en todas partes de la península es bastante buena y puede alimentar a más de diez mil cabezas de ganado, aunque sea rala. Se nota, generalmente, que los pastos saturados de sal son más nutritivos que los otros; por eso son muy buscados por los animales. Por lo demás, aparte de la ventaja de no tener que ejercer una vigilancia tan inmediata, el propietario tiene también la de estar completamente aislado y alejado de cualquier otro sitio habitado, lo que no es de despreciar, en una comarca donde no se tiene el menor escrúpulo en robar los vacunos.

La estancia, fundada sólo algunos años antes, se compone de tres habitaciones o chozas, construidas y cubiertas de paja, y de un aspecto de lo más miserable: una de ellas, la que nosotros ocupábamos, está habitada por el capataz o supervisor; la otra sirve de cocina y el depósito de los cueros; y la tercera, separada de las dos primeras, de alojamiento a doce o quince negros esclavos, empleados en las tareas del establecimiento. Las casas están rodeadas de corrales, en los cuales se guardan los caballos y los corderos, distantes a lo sumo cincuenta pasos del canal que separa la península de la tierra firme y de medio cuarto de legua del mar; están separadas de éste por dunas poco fijas de una arena polvorienta, que vuela por todas partes e incomoda mucho, porque el viento la esparce y no se puede salir ni a pie ni a caballo.

A mediodía, monté a caballo para ir a bordo de la nave, anclada, en el puerto de San Blas, distante tres leguas de la estancia; dejé mi carreta preparada para partir, a fin de llevar lo que podría necesitar para mis investigaciones, durante el tiempo que debía pasar a bordo del barco corsario; y, de un galope, franqueé la distancia, corriendo sobre un suelo seco a medias, poco cubierto de hierba y completamente desprovisto de los zarzales que se observan en los terrenos elevados. Soplaba mucho viento, y cuando llegué a la playa los marineros no sabían si las olas enfurecidas nos permitirían llegar a bordo, tanto más cuanto el barco estaba anclado a un cuarto de legua de la

costa. Intentamos la aventura, y cuando subimos a la chalupa me mojé de la cabeza a los pies. Para colmo de desdichas, antes que nos alejáramos de la costa, estaba llena de agua hasta la mitad; vi próximo el momento en que se estrellaría contra las piedras, pero varios marineros se arrojaron al mar y nos apartamos de la costa. El navío a bordo del cual me embarqué tenía tres mástiles y ochocientas toneladas; había sido construido en Bahía (Brasil) y era sólido como una roca. Se llamaba *La Gaviota*; era una nave mercante brasileña, apresada al abordaje por el señor Dautan, con una pequeña goleta que tenía entonces, y armada luego con veinte piezas de cañón y una tripulación análoga. La Gaviota tenía en su construcción algo que me pareció extraordinario: los mástiles eran muy delgados y me parecieron desproporcionados con el resto; empero eran más fuertes que los nuestros. Su casco estaba asimismo construido de una madera tan dura que debía ser eterna; de hecho, se ha demostrado que los barcos brasileños resisten casi el doble de los construidos con roble en América del Norte. El señor Dautan, a quien me complazco en otorgar aquí un justo tributo de reconocimiento por la amabilidad con que facilitó mis exploraciones, no pudo acompañarnos, pero había escrito a sus oficiales ordenándoles que pusieran lanchas a mi disposición para los diversos viajes que yo debía efectuar, y uno de los capitanes fue designado especialmente para acompañarme a todas partes; por eso, esperaba el día siguiente con impaciencia, para comenzar mis observaciones. Por desgracia, el tiempo fue pésimo: se desencadenó el viento; el trueno se hizo oír por todas partes, y experimentamos serios temores, porque el rayo cayó sobre el mismo navío y cortó muchas jarcias del mástil del bauprés. Yo estaba en ese momento en la parte posterior del barco y fui a tal punto enceguecido por el resplandor y me sentí tan estupefacto por la conmoción, que quedé algunos instantes privado de la vista y del oído. No estábamos nada tranquilos, porque había a bordo mucha pólvora, que estallaría infaliblemente si el fuego la alcanzara. Tal vez hasta nos hubiéramos encontrado en la imposibilidad de embarcarnos, por estar el mar muy malo y el viento demasiado fuerte para que las chalupas se pudieran sostener. Estábamos, pues, amenazados con la desdichada suerte del segundo comandante de La Gaviota, que, con tres marineros, había perecido, sólo tres días antes, al querer ir a tierra, sin que fuera posible alcanzarle ayuda alguna. La lluvia cayó torrencialmente el resto de la jornada, lo que me inquietó tanto más cuanto la carreta que llevaba mis baúles, y que partió al mismo tiempo que yo, no había llegado la víspera y no aparecía aún. Temí que documentos interesantes se hubieran deteriorado.

El 17 de enero descendí a tierra para ver si mi carreta llegaba y para cazar los numerosos venados[13] que pueblan la península de los Jabalíes. Vi muchos animales; hice toda suerte de esfuerzos para cazarlos; pero fue inútil. La campaña, de lo más horizontal y sin ninguna aspereza, no me permitía acercarme a ellos y parecían burlarse de mis infructuosas tentativas; a veces solos, otras en parejas o más a menudo todos reunidos, cuando me encontraba a trescientos pasos de ellos, partían a la carrera y se detenían algo más lejos para pacer, hasta el instante que mi aproximación les hacía huir de nuevo. Se hubiera dicho que los machos hacían de centinelas de los otros, que seguían sus menores movimientos. Nada más gracioso que la actitud atrevida de uno de esos venados, cuando se paraba para mirar, y nada más rápido que su carrera, cuando, con la cabeza alta, corría, a todo galope, en medio de la llanura; los seguía con la vista con placer; finalmente, tiré un balazo al azar y herí a uno de esos animales, sin que pudiera apoderarme de él. Fastidiado por la inutilidad de mi caza, me fui al brazo de mar, para ver si sería más afortunado al perseguir los pájaros acuáticos; pero, hallando el mar bajo, preferí aprovecharlo y ocuparme de buscar animales marinos. Con las piernas desnudas, dejé mi fusil en tierra y me aventuré por el lodo. Luego de una caminata bastante larga y penosa, llegué a la mitad del canal, cuyo ancho es de cerca de un cuarto de legua, rodeado de inmensos bancos de gramíneas acuáticas, inundados con cada marea. El medio es un lecho profundo, sobre cuyos bordes hay muchas conchillas acéfalas de lo más interesantes, caracoles y olivas vivientes[14]; pero lo que me produjo el mayor placer fue una especie muy hermosa de zoófito libre del género *renille*, de un color púrpura brillante, adornado de pólipos de un hermoso color blanco. El cuidado que puse en buscar los animales me impidió observar que el mar, que subía desde hacía algún tiempo con intensidad, me cerraba el regreso; me fue necesario, para volver a la costa, meterme en el agua hasta la cintura. Antes de regresar, hice nuevas búsquedas por el canal y conseguí así muchas conchillas e insectos. Estaba casi a la extremidad de la península y a más de dos leguas del anclaje; marché siguiendo la dirección de la costa del norte; pero debí sufrir mucho, porque el suelo está cubierto en todas partes de esos pequeños cactos mamilares, que no lo rebasan y están armados de espinas largas y duras, que penetran el calzado más duro, llegan a los pies a cada instante y son tanto más difíciles de extraer cuanto que están cubiertas de pequeñas asperezas que les

17 de enero

13 Es también el ciervo guazi-ti de Azara.

14 Entre otras, la *Oliva Puelchana*, Nob., y *la Anatina patagonica* d'Orb.

impiden salir de la llaga y se rompen en la carne, causando grandes dolores. Deteniéndome a cada paso para sacarme las espinas, cansado y devorado por una sed ardiente, pude alcanzar las dunas próximas al anclaje. Hallé varios hombres de a bordo, junto a una aguada formada de un pozo cavado en las arenas, que daba un agua dulce y límpida, la única buena de toda la península; allí los navíos que van todos los años a pescar focas hacen su provisión de agua. Es curioso, en medio de terrenos cubiertos de muriato de soda, encontrar un agua tan buena, purificada como está, aparentemente por las arenas a través de las cuales se filtra. Me enteré también, con agrado, que la carreta había llegado y que mis efectos se habían desembarcado; me fui en seguida a bordo, para poner mis animales en el agua y dibujarlos, y para comer, lo que me hizo olvidar pronto las fatigas de la mañana; por eso me sentí dispuesto a emprender una nueva excursión que me propuso uno de los oficiales de a bordo; se trataba de ir a las islas de las *Gamas*.

El puerto de San Blas se encuentra al extremo sur de la bahía del mismo nombre y es conocido también de los marinos como *Bahía de Todos los Santos*. Esta inmensa bahía se extiende cerca de un grado, de norte a sur, desde la desembocadura del río Colorado, hasta el puerto de San Blas, rodeada de terrenos bajos y pantanosos del lado de la tierra firme; encierra, en su extensión, varias islas más o menos grandes y más o menos elevadas sobre las aguas: 1° la isla de las Gamas, la mayor de todas, que tiene más de cinco leguas marinas de longitud y es la más próxima al lugar donde yo estaba; 2° otra también larga, pero mucho más angosta, llamada, por esta razón, *Isla Larga* o del Nordeste; 3° la *Isla de los Arroyos*, que presenta una extensión baja y cuadrada, ubicada al norte de las dos primeras; 4° finalmente, la isla *de Borda* o *del Hambre*, formando con la punta de la desembocadura del Colorado el lugar llamado *puerto de la Unión*, y que es la más septentrional. Queda una quinta, actualmente muy pequeña, situada al sudeste del extremo sur de la isla de las Gamas, la *Isla de los Chanchos*, que, con la punta del Infierno, forma la entrada al canal del puerto de San Blas.

La isla de las Gamas está a dos millas de distancia de la costa firme[15], de la cual está separada por el puerto de San Blas; tiene alrededor de diez y nueve millas de largo y tres en su mayor ancho. Su forma es muy alargada, y un estrecho canal la separa de la isla de los Chanchos o *Rasa*, de la cual tendré oportunidad de hablar; también ese canal se seca cuando las mareas bajas. La isla de las Gamas es la más alta de todas y la única que ofrece algunos pastos; su

15 Medí esa distancia por los ángulos.

superficie es enteramente llana, cubierta de pequeños zarzales espinosos y de algunas gramíneas. Forma muchas puntas: una al sudoeste, poco avanzada, con un islote, separado de la isla grande sólo durante la marea alta; otro al sudeste, que se une a los bancos de la isla de los Chanchos, y cuya punta norte, más conocida con el nombre de *punta del Elefante*, está cubierta de dunas elevadas; los bordes son limosos en algunos lugares, arenosos en otros, pero siempre cubiertos de gramíneas marítimas, de cerca de una milla de ancho, y de bancos de arena que se descubren durante la marea baja, en una inmensa extensión. Su nombre proviene del gran número de ciervos y ciervas que hay en ella, desde hace cinco o seis años, sin que se sepa de dónde han venido. Se veían hasta cerdos abandonados por los pescadores, pero todos esos animales han desaparecido y la isla está hoy completamente desierta, lo que se me explicó diciendo que los últimos navíos americanos que fueron a pescar, habiendo por descuido u otro motivo abandonado varios perros, éstos, para vivir, se vieron obligados a dar caza a los ciervos, a los que exterminaron poco a poco, terminando pronto, cuando los alimentos les faltaron, con morir ellos también.

El viento me condujo en un momento a la isla de las Gamas; desembarqué en su extremo sudoeste, en medio de bancos de gramíneas marítimas, donde los marineros pescaron gran número de muy buenas almejas, pequeñas ostras unidas a las raíces de esas plantas y cangrejos que abundan en esos lugares pero fueron muy pronto obligados a marcharse por el mar que subía desde tiempo antes. Mis cosechas no fueron menos fructíferas; recogí conchillas vivas así como las que habían sido arrojadas a la costa sobre la playa arenosa. Hallé también allí muchas cosas interesantes. En el islote de ese lugar había un hornillo a medias elevado sobre el mar, construido por los marineros, que todos los años van a pescar focas; pero dicho hornillo, así como muchos otros, discriminados por todas partes, sobre las islas y en la costa firme, fue abandonado, después que aquella pesca, efectuada sin discernimiento, exterminó o hizo desaparecer esos anfibios, que no retornan más a ninguna de las islas de la Bahía de San Blas. La noche me obligó a interrumpir pronto mis investigaciones y regresé a bordo cuando ya era oscuro; comprobé empero, después de ese primer vistazo, que, podría hallar en esas islas animales marinos, porque, en lo que respecta a los animales terrestres, nada podía esperar de terrenos tan áridos que su simple vista inspira tristeza, sobre todo cuando se los compara con los sitios tan pintorescos y la vegetación tan hermosa, siempre renaciente, de ciertas partes de América.

Desde el amanecer del día siguiente me dediqué a observar, dibujar y describir los animales recogidos la víspera, lo que me ocupó hasta el mediodía;

pero vagas noticias del ataque de Carmen por los indios, transmitidas por los indios de la estancia, me decidieron a volver en seguida, para tener detalles que me interesaban tanto más cuanto que debía reservarme los medios de regresar al villorrio, antes de ser bloqueado en San Blas por los indios. Descendí a tierra y me dirigí a pie, cazando en el camino, hacia la estancia; seguí las orillas del canal, continuando mis búsquedas; hallé muchos pájaros interesantes, y a un cuarto de legua de la estancia descubrí una colonia de vizcachas, que, fuera de sus madrigueras, jugaban sobre el pasto, saltando en todos sentidos, pero, cuando quise acercarme a ellas, entraron en su morada subterránea, para no volver a salir.

Al llegar a la estancia, me enteré de que el famoso Pincheira, oficial del partido español, que se había reunido a los indios chilenos, a fin de continuar la guerra contra los republicanos, había llegado, algunos días antes, a la isla de Choele-Choel, sobre el alto Río Negro, a unas sesenta leguas de Carmen; y que, enseguida, había enviado un correo al comandante del fuerte, haciéndole propuestas de paz; pero mientras que en la orilla norte atraía así la atención de ese jefe, hacía pasar una parte de esos indios a la orilla opuesta para robar el ganado, aprovechando que el campo no estaba allí vigilado y la imprudencia de los pobladores. Reunieron así, durante la noche, los rebaños de las estancias vecinas situadas arriba de Carmen y se los llevaron todos. Calculáronse en cinco o seis mil los animales robados, sin que hubiera tiempo de perseguir a los ladrones. Ese robo, que privó de golpe a los pobladores de una parte de sus recursos, los sumió en la consternación; temían a tal punto a los indios, que nadie osaba salir del villorrio, tanto más cuanto, de acuerdo a informes de salvajes amigos, se consideraba que Pincheira disponía de fuerzas considerables. Había reunido a los desertores y malhechores de todas las repúblicas, lo que hacía trescientos hombres armados, que sumados a más de mil indios, formaban una fuerza conjunta formidable, comparada al efectivo de defensa que podía oponerle Carmen, donde un puñado de negros, recientemente traídos de Africa, y una milicia formada por los pobladores, eran las únicas tropas disponibles, que no se elevaban a más de ciento cincuenta hombres; además, cerca de la mitad se componía de dos compañías de guardias nacionales, gauchos y deportados, hombres sin domicilio y sin parientes, que, si creían poder encontrar algún beneficio de los salvajes, no tendrían el menor escrúpulo en pasarse a los indios, con los cuales mantenían frecuentes relaciones, sobre todo con los establecidos cerca de Carmen, seguros de poder llevar con mayor libertad su existencia vagabunda. Esas noticias no eran tranquilizadoras; sin embargo, el señor Alvarez me había prometido escribirme, cuando hubiera

realmente peligro de permanecer en la bahía de San Blas y no tenía de qué inquietarme, pudiendo continuar mis investigaciones en el punto en que las había dejado; pero todo parecía indicar que mis viajes se verían continuamente obstaculizados, durante mi estadía en la Patagonia.

19 de enero

El 19 esperé el día con impaciencia, atormentado por las picaduras de las pulgas. Así, con los primeros rayos del sol, estaba de pie y mi arreglo no fue largo, porque no me había desvestido para acostarme sobre el cuero tendido en tierra. Partí de inmediato para recorrer el lado exterior de las dunas hacia al mar; pero me detuve, primero, en medio de ellas, para reunir hermosas especies de insectos de la familia de los melásomos, que se paseaban por la arena. Después de una abundante recolección, dejé las dunas, y atravesé una gran extensión de arena móvil, modificada a cada rato por los vientos. Parecía que un violento ventarrón había cavado profundamente el suelo, levantando, en un radio de algunos centenares de pasos de ancho, toda la arena fina, y dejando únicamente las partes más pesadas, porque todas las conchillas estaban al descubierto en grandes bancos. Crucé esa especie de valle accidental y, atravesando los últimos montículos de arena, llegué finalmente a orillas del mar, donde seguí por la playa, contra la cual el mar batía con furia; recogí numerosas conchillas hermosas y algunos políperos. Lo que más me impresionó fue el gran número de restos de navíos de que está cubierta la costa: de un lado mástiles quebrados; del otro, aparejos medio hundidos en la arena... Veía, con pena, esos testimonios de crueles catástrofes, sobre todo la parte delantera de un gran navío, que parecía haber naufragado recientemente; expresé mi sorpresa al capataz que me acompañaba. Me dijo que toda la costa, hasta la desembocadura del Río Negro, así como todas las islas de la bahía de San Blas, estaban sembradas de los mismos restos de barcos perdidos, desde hacía un par de años. Antes de la guerra con los brasileños, apenas aparecían cinco a seis por año en esos parajes inhospitalarios, para aprovisionar de sal a la capital de la República; pero habiendo la guerra obligado a los barcos corsarios del Estado a buscar un puerto, desde el momento en que no podían entrar en el Plata, bloqueado por los brasileños, habían elegido la bahía de San Blas y el Río Negro para reparar sus averías y depositar sus presas. Desde entonces, gran número de navíos de todos los tamaños venían a la Patagonia; los mayores anclaban en la bahía de San Blas, mientras que los de tamaño mediano penetraban por el Río Negro; pero como la entrada de los puertos era igualmente difícil, cerca de un tercio, mal dirigidos, o por el mal tiempo, eran arrojados contra la costa, se destruían por completo y sus restos ocupaban todas las playas. Los brasileños efectuaron

múltiples tentativas para apoderarse de los corsarios: dos veces el pabellón de ese país flotó en los alrededores; la primera, en cinco corbetas que querían entrar en el puerto de San Blas, para apoderarse de un barco allí anclado; tres encallaron, de las cuales una logró zafarse y las otras dos fueron despedazadas por el mar, lo que impidió nuevas tentativas; eran los restos de estas últimas, entre las cuales se distinguían los de la corbeta La Massayo, que tenía ante mis ojos. Es imposible describir la impresión de tristeza que me dejó la vista de esos restos, impresión en aumento al encontrar cada nuevo fragmento, sobre todo al pensar que tantos hombres habían sido víctimas, al mismo tiempo, cosa que demostraban, por lo demás, algunos esqueletos humanos diseminados por la playa. Me alejé de ese aflictivo espectáculo, incesantemente renovado, y regresé a la estancia.

Me esperaban los caballos para conducirme a bordo de La Gaviota; me puse maquinalmente sobre la montura y seguí al guía, absorto en tristes reflexiones y sin casi saber hacia dónde me dirigía; disposición en la cual hubiera permanecido tal vez mucho tiempo, si el azar no hubiera querido que pusiera la vista en tierra, donde, al pie de las dunas por las cuales caminaba, vi un insecto muy hermoso. Mis sombríos pensamientos se desvanecieron de inmediato; mi idea fija de hacer descubrimientos volvió a dominarme; descendí del caballo, levanté el insecto y el deseo de recoger otros me hizo contemplar con atención y acabar a pie el trayecto hasta la nave, feliz de mi hallazgo y habiendo olvidado por completo la tristeza.

20 de enero

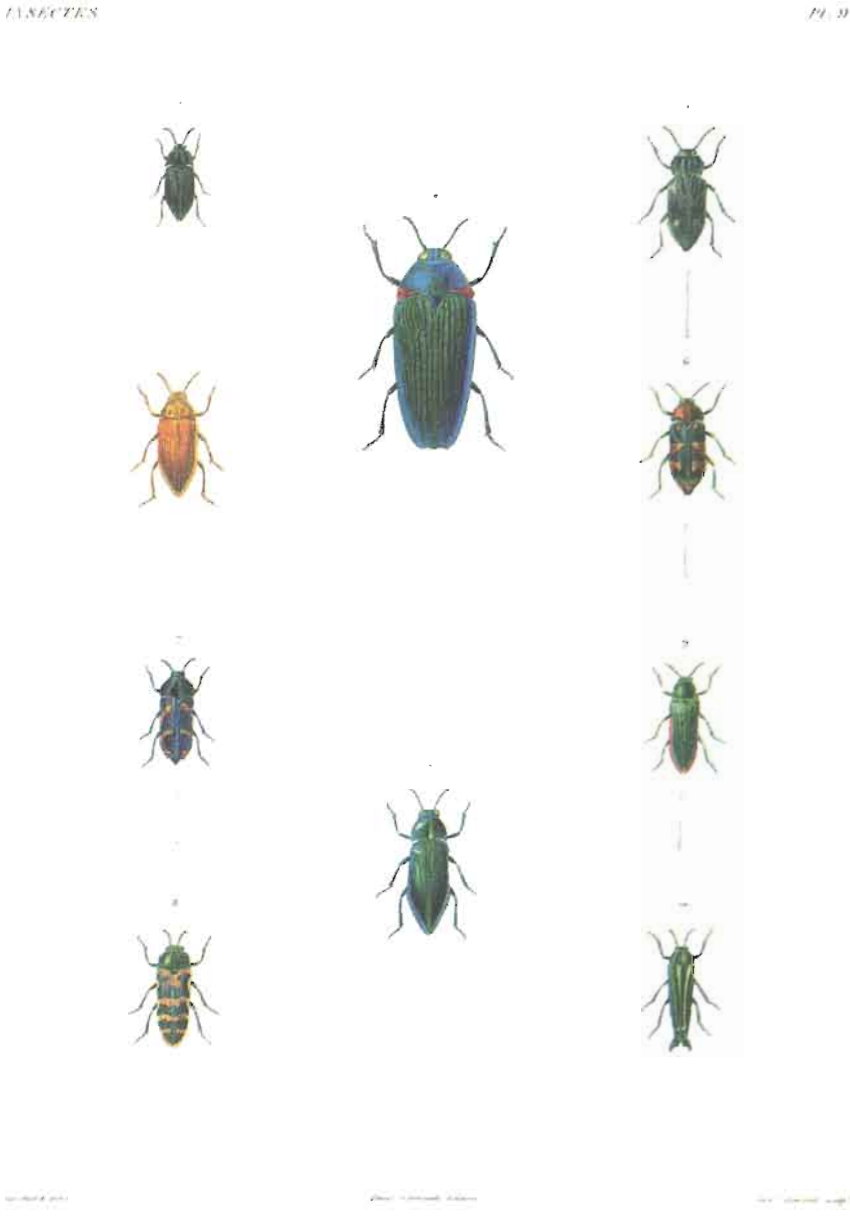
Al día siguiente me embarqué en un bote para ir a la Isla de los Chanchos, situada a casi dos leguas del anclaje, a la entrada del paso; favorecidos por un buen viento, llegamos pronto. La marea estaba baja. Me desembarcaron antes de llegar, a tal punto sentía impaciencia por comenzar mis búsquedas; mientras que, para proteger mejor el bote, se lo conducía a los bancos que separan esa isla de la de las Gamas. ¡Con qué avidez recorrí con los ojos las arenas de la costa, a fin de descubrir el menor indicio exterior que anunciara que un molusco estaba oculto en su seno! Encontré así especies bastante hermosas de animales, entre los cuales un polípero del género virgular[16], que se hunde un pie en la arena y forma un solo animal compuesto de millares de pólipos, que viven la misma vida. La marea montante vino a interrumpirme; entonces fui al encuentro de la gente del bote y hallé a los marineros ocupados en pescar almejas bastante grandes, que, lo mismo que las de la isla de las Gamas, estaban unidas a los

16 Especie nueva, que he denominado *Virgularia patagonica*.

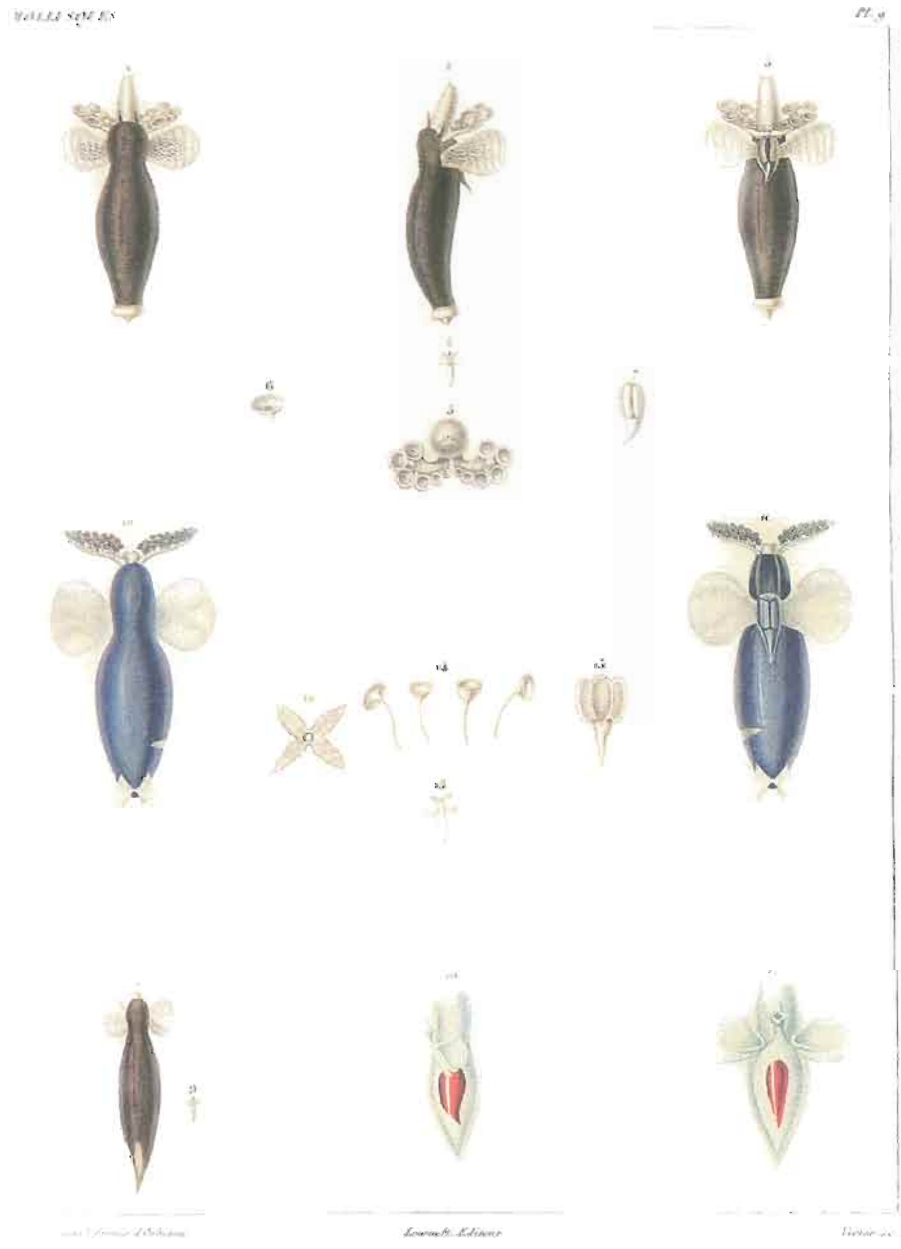
tallos de las gramíneas marítimas, que abundan en todos los lugares donde el mar es poco batido por los vientos y donde el fondo es limoso. Quisimos llegar hasta los restos de un hornillo de pescadores de focas, situado en el extremo sur de la isla, pero la corriente de la marea ascendente, que empujaba con fuerza en el fondo de la bahía y en el canal entre las dos islas, nos retuvo con tal fuerza que nos vimos obligados a arrastrar la canoa con una cuerda. Mientras andábamos, admiraba centenares de ejemplares de una nueva especie de acalefos, vecinas de los ciánicos, que ostentaban los colores más vivos y variados, semejantes a hermosas flores, que se abrían o cerraban según la contracción del animal, abriendo su sombrilla color de agua, provista de rayas purpúreas concéntricas y bordeada de una multitud de brazos filiformes, rosados, amarillos o dorados. A menudo esos mismos colores se suceden en el animal por degradación de tintes, como los colores que da el prisma, al descomponer los rayos del sol. La primera idea de quien ve una hermosa flor en medio del campo es de admiración; la segunda, de arrancarla. Después de observar bien a mis acalefos, quise cogerlos, pero en el instante que toqué sus numerosos brazos tan graciosamente coloreados, sentí en la mano un dolor semejante a una quemadura[17], dolor que duró todo el día. Me contenté después con contemplarlos y dibujarlos, sin tocarlos más. Otros animales del género Beroé, de múltiples especies, esmaltaban igualmente el agua tranquila, al abrigo del viento, con sus colores rosados o azulados y sus ocho rayos, sobre las numerosas papilas de que se descomponen los rayos del sol, ondulando suavemente en la estela que dejaba nuestro lote. La costa podía rivalizar entonces con los más hermosos jardines, pero a todas esas flores en movimiento faltaba el contraste de esa suave vegetación, que habría destacado sus brillantes colores.

Observando y admirando, llegué a los restos del hornillo, donde debíamos almorzar. Habíamos traído de La Gaviota bizcochos y agua, contando con nuestra pesca para las provisiones: en efecto, excelentes almejas, condimentadas por el apetito que siempre producen los viajes a orillas del mar, fueron consideradas mejores que nunca; además, la satisfacción que yo experimentaba por mis descubrimientos daba un colorido muy especial de alegría a esa comida salvaje, donde todo respiraba sencillez. La naturaleza no estaba animada por esos cuadros imponentes que inspiran respeto; no estaba yo a la sombra

17 Esa especie de acalefo no es la única dotada de la propiedad de causar con el contacto un dolor semejante a la picadura de las ortigas: las fisalias o galenas de los marinos lo son en más alto grado y también lo he hallado en el risostoma azul de nuestras costas, pero mucho menos fuerte. Es tal vez el medio de defensa de los acalefos, en general.



1: *Buprestis rudicollis*; 2: *Buprestis caesia*; 3: *Coeculus americanus*;
4: *Colobogaster resplendens*; 5: *Chrysobothris denticollis*; 6: *Chrysobothris myia*;
7: *Ptosima planata*; 8: *Zemina orbygnyi*; 9: *Zemina okea*; 10: *Agrilus piscis*.



1-7: *Spongiobranchia australis*; 8-9: *Spongiobranchia elongata*;
10-15: *Pneumodemon violaceum*; 16-17: *Cymodocea diaphana*.

de esos vastos bosques que el ignorante vulgar cree que se extienden por toda América; no me distraía el canto de miles de brillantes pájaros; al contrario... Las arenas móviles, llevadas por los vientos y desprovistas de vegetación, me rodeaban por todas partes: a lo lejos, no veía más que costas bajas áridas, sin vegetación; el sol ardía sobre mi cabeza; el silencio del desierto sólo era interrumpido por algunas gaviotas o golondrinas de mar, que pasaban de tanto en tanto y parecían reprocharme, con sus gritos agudos y desagradables, el haber perturbado su dominio exclusivo con el ruido de mis pasos, que rompía la tranquilidad habitual de esa naturaleza tan triste; y, sin embargo, yo experimentaba una felicidad infinita de hallarme tan lejos de las ciudades, en un suelo tan poco frecuentado, donde nunca un observador había llegado... Ese placer indecible de estar completamente aislado del mundo, lo he gustado a menudo en toda su plenitud. Pero, de dos cosas una... En el seno de las ciudades, prefiero la más civilizada, la más culta; en los lugares deshabitados, los más salvajes, y aquéllos donde la naturaleza primitiva contrasta con la civilización.

Partí a dar la vuelta a la isla, lo que no me exigió mucho tiempo, porque, con la marea alta, apenas tiene tres cuartos de legua de circunferencia; está enteramente desprovista de vegetación y formada solamente de una arena polvorienta; su forma es elíptica. Parece que ha sido mayor de lo que es en la actualidad, lo que prueba la extensión de los bancos de arena que se descubren cuando baja la marea y que duplica su superficie. Ha estado cubierta de vegetación; y, de acuerdo a su nombre, habría dado albergue a una multitud de cerdos que, así como la vegetación, fueron arrasados en 1827 por una marea muy fuerte, intensificada por un terrible golpe de viento. A ese golpe de viento se atribuye también su cambio de forma y su casi completa destrucción En esa misma época se llenó el canal que la separa de la isla de las Gamas y que servía, antes, de paso a los navíos; mientras que actualmente la barca más pequeña no puede entrar. Toda la costa exterior está cubierta de pedazos; el oficial del corsario que me acompañaba me mostró el casco de un barco de Nantes, que llegó para pescar focas y que naufragó, hacía tres años. Mi viaje alrededor de la isla no fue infructuoso; me produjo también varios objetos interesantes para la historia natural.

21 de enero

El 21, después de haber preparado materiales y dibujado toda la mañana, propuse a un oficial de La Gaviota que me acompañara en un reconocimiento que quería hacer al fondo de la bahía. Aceptó; recogimos provisiones para un día y nos embarcamos en la canoa, costeando la península hasta su extremo occidental. Pasamos frente a la desembocadura del brazo de mar que la separa del continente,

observando que puede tener medio cuarto de legua de ancho; luego, después de haber seguido durante algún tiempo la tierra firme, entramos en otro brazo de mar que penetra en las tierras, con el nombre de *Riacho del Inglés*, sin duda porque proviene de la salina natural del mismo nombre; lo remontamos ayudados por una fuerte marea, hasta cerca de una legua de su desembocadura, donde nos detuvimos para reparar nuestras fuerzas. Mientras unos cazaban en medio de la campaña y otros prendían fuego para preparar nuestra comida, recorrí los alrededores como observador. En el lugar donde nos detuvimos, las orillas del arroyo tenían grandes bancos de arena limosa, de una elevación de cerca de un pie sobre las mareas altas; descubrí encima, no sin asombro, todas las conchillas que viven actualmente en la bahía, no rodadas, como podría suponerse, sino, al contrario, en sus posiciones naturales, todos los bivalvos ubicados tal como vivieron, con las dos valvas unidas, hundidas en la arena, y las volutas tan frescas como si hubieran salido del agua; sólo habían perdido sus colores y se habían hecho muy blancos; finalmente, sobre ese banco, me hallé rodeado de todas las especies de la región en el lugar donde vivían, como si el mar se hubiera retirado, de golpe, unos veinticinco a treinta pies, y dejado su lecho seco, porque las conchillas que veía no se muestran actualmente vivas más que en la parte exterior de la desembocadura de ese brazo y sólo comienzan a mostrarse al descubierto cuando la marea baja a menos de treinta pies por debajo del nivel ordinario de las sicigias. Ese hecho, que pone en evidencia un levantamiento insensible de treinta pies por lo menos en todo el litoral de la Patagonia, no es el único que he podido observar en las costas del océano Atlántico. Ya he hablado de los bancos de conchillas de las Pampas de San Pedro[18], de más de cincuenta pies de altura sobre el curso actual del Paraná, y tendré oportunidad de señalar las mismas circunstancias en las costas del gran Océano; por lo demás, las partes salinas que impregnan todos los terrenos de la Patagonia revelan una presencia reciente del mar en su suelo.

El Riacho del Inglés es a veces ancho y a veces angosto, a menudo lleno de islas y bancos de arena; pero en ninguna parte su ancho excede de cien a ciento cincuenta metros, cuando no tiene accidentes. Penetra así en las tierras, donde, a una legua de su desembocadura, se ensancha de golpe y parece adquirir una extensión mayor todavía, alejándose de la costa, formando entonces, con la marea alta, una especie de lago. Sus orillas siempre están bordeadas de colinas altas de suave pendiente, peladas o cubiertas de zarzales espinosos, imagen de la tristeza y esterilidad del terreno, que sólo ocultan en

18 Capítulo XII.

parte. Nunca esa especie de río acarrea agua dulce; la del mar que penetra con el flujo vuelve con el reflujo, dejando al descubierto tierras limosas que exhalan un olor pestilente. El fondo de la bahía, en toda su longitud, está cortado de tanto en tanto por canales semejantes, donde nunca corre agua dulce; por eso nadie puede abordar esa costa, en todas partes limosa, muy llana, llena de canales y bancos de gramíneas acuáticas. Conocí posteriormente a un marino francés (el Sr. Hervaux), al servicio de Buenos Aires, que habiendo zozobrado con su navío en la desembocadura del Río Colorado, vivió algún tiempo de las crías de los huevos de gaviotas que anidan en los bancos altos de arena, viéndose obligado, para calmar la sed, a beber la sangre de los pajaritos. Mitad a nado, mitad caminando por los bancos o por un desierto de lo mas árido, pudo llegar, sin beber, a la estancia de San Blas, después de ocho o diez días de sufrimientos increíbles, habiendo perdido a todos sus compañeros de infortunio. Los detalles de ese naufragio son horribles; y después de lo que vi, apenas puedo explicarme cómo pudo salvar así una distancia que, por los rodeos, en medio de obstáculos de todo género, no es seguramente de menos de cincuenta a sesenta leguas.

Me llamaron para comer; abandoné un momento mis búsquedas. La comida era suntuosa y se compuso de dos tinamus o perdices asadas y de un trozo de carne de vaca seca y salada, a lo que se añadió agua traída de a bordo. Las personas delicadas habrían hallado demasiado imperfecta la cocina. Las perdices estaban secas y ahumadas, la carne de vaca se quemó de un lado y quedó cruda del otro; el agua tenía un pésimo gusto a barril; y nada más... Ningún licor para estimular el apetito; pero yo, pobre viajero, acostumbrado a tantas privaciones, pensaba que podía haberme alimentado peor aún y creía que, en el lugar donde estaba, no podía desear nada mejor.

Mientras comíamos, el viento, que soplaba con fuerza, hizo volar chispas de nuestro fuego sobre los zarzales vecinos. En un instante, el campo se incendió, lo que nos obligó a abandonar la orilla sur, para ir a buscar, en otra parte, un albergue para la noche. Aproveché la circunstancia para instalarme junto a la desembocadura del canal, a fin de utilizar la marea baja de la mañana siguiente; pero, cuando quisimos embarcarnos, la canoa tocaba fondo por todas partes, y no pudimos hacer otra cosa que maternos todos con el agua hasta la cintura para empujarla, porque el mar bajaba constantemente y las dificultades aumentaban a cada momento. Hicimos así un cuarto de legua; a veces encontrábamos el canal y nos poníamos a nadar; a veces tocábamos fondo, hasta que llegábamos donde había algo de agua y podíamos remar. Llegamos así junto a la desembocadura, donde nos detuvimos. Allí amarramos la canoa,

recogimos cangrejos para nuestra cena y nos dedicamos a preparar el vivac. La playa favoreció este proyecto a causa de muchos arroyos secos abiertos por los vientos. Formamos una especie de lecho común; la vela de la canoa fue ubicada de manera de protegernos del viento. Nos disponíamos a acostarnos, cuando el aspecto de las llamas de la campaña del lado opuesto, que, como un torrente de fuego, se extendían en una extensión inmensa, invadiendo todo el suelo con una rapidez extrema, y ofreciendo, en medio de una hermosa noche, un espectáculo singular, decidió a mis compañeros de viaje, mientras yo me había alejado, a poner fuego a una cierta distancia, bajo el viento, del lugar donde estábamos, para gozar de más cerca del espectáculo. La propuesta fue aceptada, y en menos de nada, los alrededores quedaron incendiados y las chispas, que saltaban de una mata seca a otra, se extendían con una rapidez asombrosa. Apenas me di cuenta, los exhorté a apagarlas y me puse a la tarea; pero la cosa me fue imposible, porque estaba solo. Abandoné pues mi proyecto, haciendo notar a los imprudentes incendiarios que el fuego sería estimulado por el viento, que no estábamos seguros y que no solamente nuestro vivac podría incendiarse, sino también podríamos perder nuestra canoa y hallarnos en la imposibilidad de regresar a bordo. Mis amonestaciones no fueron escuchadas; seguí largo tiempo con la vista el progreso del fuego, para ver si venía de nuestro lado; parecía, por el contrario, alejarse. Comprendí que podía, sin temer, acostarme también. A la una de la mañana dormíamos todos el sueño del viajero, cuando fui despertado por una viva luz, un gran chisporroteo, y me vi envuelto por el fuego. Me levanté de golpe, despertando a los otros con sobresalto; pero ellos, también sorprendidos, se pusieron a correr como locos, lanzando gritos de terror; logré empero detenerlos, y ya del todo despiertos se repusieron de su pánico. Nos pusimos a embarcar nuestros fusiles y los objetos que teníamos en tierra, no sin perder algunas cosas en medio de las llamas; luego pasamos a un islote poco alejado, desde donde vimos, dos minutos después, consumirse por completo el lugar donde habíamos vivaqueado. Si no me hubiera levantado a tiempo, habríamos perdido mucho, porque de haberse quemado nuestros remos y nuestra vela, nuestra canoa no habría podido servirnos para regresar a bordo. En la isla donde nos refugiamos no hallamos ninguna caña. Fue necesario acostarse sobre cantos rodados, donde los mosquitos nos persiguieron hasta el amanecer y nos hicieron añorar la cama de la víspera. Una luz viva se extendía a lo lejos, en la campaña, mientras que nubes de humo, llevadas por el viento, oscurecían el horizonte, lo que hacía destacar aún más las llamas.

Al amanecer, pusimos a flote la canoa; nos embarcamos y pronto estuvimos en la desembocadura del arroyo; allí dejé a mis compañeros hacer lo que

mejor les pareciera y comencé mis exploraciones. La marea aún alta me decidió a ocuparme de cazar algunos pájaros, entre los cuales una especie de urraca de mar o buitre[19] negro, que no había visto en otras partes, así como varios pájaros de río. Una vez que la marea bajó lo suficiente como para permitirme seguir mis investigaciones, dejé mi fusil en la playa y pasé con el agua a la cintura los bancos más avanzados; durante tres horas estuve pescando en el agua. La costa era poco inclinada y estaba cubierta en todas partes de bancos de arena limosa, en los cuales hallé admirables conchillas, que descubrí estando ya sea en seco, ya sea sintiendo que me tocaban los pies en el fondo del agua. En algunos lugares hay pequeños bancos de ostras acumuladas, en medio de los cuales hallé especies muy interesantes de moluscos; en otros la voluta angulata[20], con su animal, de colores tan vivos que no dejaba de admirarla. En general, veía las mismas especies vivas que había recogido, medio fósiles, la víspera, en los bancos del arroyo salado, a una legua en el interior de las tierras; mi cosecha fue de lo más abundante y hallé numerosos animales cuya existencia conocía, puesto que los había encontrado tirados en la costa, pero que en vano había tratado de descubrirlos vivos hasta entonces. ¡Cuántas riquezas en conchillas ofrecería el fondo de la bahía de San Blas a quien, con botes, fuera a dragar en las arenas limosas! Por desgracia carecía de draga y me veía reducido a aquello que la marea baja me permitía alcanzar. El mar creciente me alejó pronto, con gran pena, y debí replegarme a los bancos de plantas marítimas, para continuar mis búsquedas. Arrojado también de allí, me embarqué. Mis compañeros de viaje habían, durante la pesca, terminado el resto de las provisiones que habíamos llevado; mientras estuve ocupado en mis descubrimientos, no sentí ni hambre ni sed, pero una vez en la canoa, ambas necesidades se hicieron sentir al mismo tiempo con fuerza; la sed me dominaba, sin embargo, y me hacía sufrir horriblemente. No nos quedó otro recurso que esperar subir a bordo del navío, lo que conseguimos muy tarde, a causa del viento contrario.

Me prometí regresar al fondo de la bahía, a fin de pasar varios días; pero debí renunciar, porque a bordo de La Gaviota encontré al capitán Dautan, que venía de Carmen y daba las órdenes necesarias para aparejar lo más pronto posible, lo que me privaba de todo medio de continuar mis exploraciones, ya que tenía necesidad de toda la tripulación. Me ocupé entonces, sin demora, en aprovechar mis últimas investigaciones, dibujando lo recogido y tomando

19 *Hoematopus luctuosus*, Cuv.
20 *Voluta angulata*, Swenson.

las notas indispensables; este trabajo me ocupó la jornada siguiente, hasta el momento de la partida a la isla de las Gamas de una canoa, que se mandó en busca de almejas y cangrejos. No quería perder esta nueva oportunidad de recoger objetos nuevos. Descendí a tierra e hice una hermosa cosecha; luego recorrí el interior de la isla, donde vi, en todas partes, gran número de esqueletos de ciervos, que me demostraron que debía haber habido muchos de esos animales antes de su aniquilamiento. Busqué después en vano la aguada que daba agua a los pescadores; a pesar de las indicaciones que me dieron, me resultó imposible descubrirla. Fue la última excursión que hice desde La Gaviota, porque, salvo un viaje a tierra, con objeto de medir una base para obtener, por medio de triángulos, la distancia de la costa firme a las diferentes islas, trabajo en el que fui ayudado por el señor Dautan, permanecí constantemente a bordo, dedicado a terminar mis observaciones sobre los animales marinos recogidos, o bien a separar de las anclas y cadenas de la nave muchos pólipos y otros animales que se habían pegado a ellas durante su larga permanencia en el fondo de las aguas.

Hasta el 27, después de haber permanecido en La Gaviota, a causa del mal tiempo, pude descender y despedirme y agradecer atenciones a Dautan y sus oficiales, puesto que todos me habían dado mucho apoyo; me separé con pena para irme a establecer en la estancia, a donde una carreta transportó mis efectos y a la que me dirigí de inmediato; y como al llegar me quedaban un par de horas antes de la noche, quise emplearlas recorriendo la costa. El mismo día La Gaviota se puso a la vela y jamás volví a oír hablar de ella.

27 de enero

No estaba muy cómodamente ubicado en la estancia; carecía de mesa y hasta de asientos, no teniendo por mobiliario más que un miserable banco. Mi cama consistía en un cuero que tendía en tierra y sobre el cual debía descansar de mis fatigas del día. Después de una vida de lo más activa, e incesantemente ocupado durante todo el tiempo que permanecí en ese lugar, puedo decir, sin exagerar, que el más pobre de los campesinos franceses posee mayores comodidades de las que yo disponía entonces.

Al día siguiente, reinicié mis exploraciones; envié mi peón y los negros de la estancia a cazar ciervos, y yo mismo partí en procura de pájaros; maté algunos interesantes. A mi regreso me hice preparar mi caza, así como la de mi gente, que consistía en dos ciervos, macho y hembra. Es la única especie que abunda en la región; sólo se la encuentra en la vecindad del mar y a orillas de los ríos; pero, en ciertos lugares, es tanto más común cuanto los pobladores sólo la comen en último extremo. Habiendo concluido muy temprano mi ta-

rea, monté de inmediato a caballo, para recorrer la playa hasta lo más lejos, donde recogí conchillas, y vi, en mayor cantidad que nunca, restos de navíos, dispersos aquí y allí en la arena; cajones, fardos y barricas vacías testimoniaban a cada paso la magnitud de las pérdidas de los brasileños. Regresé por las dunas, muy elevadas de ese lado y cubiertas de gramíneas características de ese género de terreno. Nunca me sentí tan impresionado del parecido de estas dunas y de las plantas que alimentan, con las de la punta de Aiguillon, en la Vendée, donde a menudo realicé exploraciones de este género. No hay solamente identidad en las plantas de las dunas, sino también en los bancos de plantas marítimas, que, cubriendo todos los arenales limosos del fondo de la bahía, se encuentran, en todo, en las mismas condiciones que los lugares señalados. Siempre se desea encontrar a algunos miles de leguas de la patria, en el seno de un hemisferio distinto donde todo es diferente, hasta las constelaciones, lugares idénticos tanto por la posición geográfica como por los accidentes del terreno, y hasta por la vegetación, tan parecida que a primera vista uno se siente tentado a considerarla como absolutamente la misma[21].

29 de enero

El 29, después de preparar el producto de mi exploración de la víspera, partí rumbo a la *punta de Piedras*. Seguí la costa en dirección al sur. Ella es primero arenosa; después las dunas son reemplazadas, en la punta misma, por un conjunto muy alto de cantos rodados y apilados por las olas, compuestas de asperón de la costa o de pequeños guijarros porfídicos y basálticos llamados *chinas*, que recubren todo el suelo del interior. El mar deja al desnudo, al descender, una punta bastante avanzada, formada de bancos de capas horizontales de un asperón terciario, desmenuzable, tapizadas por doquier de pequeñas almejas, apretadas unas con otras; pero en vano busqué ovas o plantas marinas. Parece que el mar bate esos bancos con demasiada fuerza como para que esas plantas puedan crecer. Esa punta, temida de los marinos, está alejada tres leguas de la entrada de la bahía de San Blas y más de cinco de la *Punta Rasa*. Recogí algunos animales marinos y, en las dunas, muchos insectos. Al llegar a la estancia, hallé a mis gentes, que también había enviado de caza, y que habían realizado una cosecha no menos fructuosa con sus boleadoras, única arma que llevaron consigo. Trajeron un puma[22]

21 Las plantas marinas tienen absolutamente el mismo aspecto de nuestra *Trachinotia stricta*, Decandolle, mientras que la que cubre las dunas ofrece una cara parecida a la de nuestra *Calamograstis littorea*, Decandolle, sin que pueda afirmar que ambas pertenecen a los géneros citados; no se las ha visto fructificar.

22 *Felis puma*, Linn.

de lo más hermoso, una mara y muchos tatúes pichi; en consecuencia, en vez de descansar, debí ponerme al trabajo. Al día siguiente tuve tanto más trabajo cuanto que, mientras me dedicaba a la preparación de la caza de la víspera, los negros de la estancia, estimulados por las gratificaciones que les di, me trajeron dos mofetas[23] y un zorro. El primero de estos dos animales exhalaban un olor tan nauseabundo que nadie quería ayudarme ni acercarse a mí, cuando los preparaba. Terminé, empero, mi tarea, después de lo cual partí en busca de insectos en medio de las dunas. Al cabo de algún tiempo, sólo el deseo de ver animales nuevos me daba fuerzas para continuar mis exploraciones, porque el agua sumamente salobre que había bebido en la estancia me había causado una disentería con terribles cólicos, acompañados de algo de fiebre que fue aumentando hasta obligarme a regresar pronto a mi alojamiento. Esa indisposición me duró varios días, porque no tenía ningún remedio. No interrumpí por eso mis exploraciones. Había resistido hasta entonces todas las fatigas, y sólo podía atribuir esa enfermedad a la mala calidad del agua, a la que aún no me había acostumbrado.

31 de enero

El 31 de enero sopló un terrible viento del sur, de tal manera que era imposible mantenerse a caballo y hasta caminar. Siguiendo la dirección del viento, fui impulsado violentamente lejos, pero, cuando quise regresar a la casa, me vi volteado más de diez veces. Finalmente, después de haber descansado muchas veces, llegué a la estancia, medio sofocado, con los ojos llenos de arena, porque la tierra, la arena, todo era levantado por esos torbellinos. Nunca he experimentado, ni siquiera en la cumbre de los Andes, donde los vientos violentos son tan frecuentes, ráfagas tan fuertes y continuas; es raro que pasen tres días seguidos sin que se sientan sus efectos. Esos vientos están constantemente acompañados del más hermoso cielo, que, por lo demás, reina en casi todas partes de esas latitudes; hasta en pleno verano traen, sobre todo al atardecer y por la mañana, un frío penetrante, que se explica por el hecho de que, viniendo del sudoeste, pasan por las nieves de la Tierra del Fuego y de las cordilleras, y no siendo detenidos por ninguna montaña recorren rápidamente las llanuras, donde traen una temperatura que no debería ser la del nivel de los mares, a los 40º de latitud, la misma de Nápoles o Madrid, considerada cálida. Hay que añadir que cuando el viento es del norte, el calor, en medio de las arenas, es sofocante, y que entonces no cabe ninguna duda que, desde la mañana, se experimentará una sed muy viva, por poco que cambie y pase al sur.

23 Especie del género *Mefitis*, Cuv.

1º de febrero

El 1 de febrero, aunque la violencia del viento no disminuyó, fui a cazar, después de enviar a mi peón a recorrer la costa, para saber si, del lado de Punta Rasa, no habría algunos elefantes marinos; pero el ventarrón me obligó a volver rápidamente. Al día siguiente hice una nueva tentativa con el mismo resultado. La calma se restableció algo al atardecer; aproveché para ir de caza; encontré un tatú; y, en medio de las dunas, un zorro, que mientas corría delante de mí recibió un tiro de fusil. Esos animales son de los más comunes en la Patagonia. Ningún animal es tan astuto y sutil; por eso los pobladores lo detestan al máximo. Lo llaman *guaracha*[24]; esos zorros habitan madrigueras ya sea a orillas del Río Negro, en medio de los zarzales de las colinas, ya sea en plena campaña; salen a menudo de día; sin embargo, prefieren el crepúsculo, y es entonces, sobre todo, que recorren la campaña en todo sentido por los alrededores de su madriguera; si se encuentran cerca de lugares habitados por el hombre, se apoderan de las aves de corral; pero, a falta de una caza fácil, se arrojan sobre las correas de cuero no curtido, que los pobladores emplean para todo, las cortan y se las llevan. Por eso sucede a menudo que los vacunos o los equinos encerrados en un corral, formado con estacas paradas y travesaños unidos con ligaduras de cuero, huyen durante la noche, porque ese pícaro zorro voltea el cerco; otras veces me sucedió que mi caballo escapó a la campaña, aunque estaba bien atado a un poste, porque un zorro había roto el cerco. Los pobladores los temen al extremo y excitan sus perros para impedirles acercarse a los lugares habitados y a sus puestos en pleno campo; pero, a pesar de las mayores precauciones, siempre les provocan algún perjuicio. En la Patagonia, sus picardías son tema de conversación de los campesinos, como el jaguar lo es de los correntinos. Se cuenta sobre ellos una serie de relatos más o menos exagerados; se llega hasta asegurar que los zorros son bastante astutos como para ir a cortar las correas de sus recados, colocados como almohadas, mientras duermen; por eso deben tomar la precaución de colocarlas bajo el cuerpo de la montura. Pretenden también que un zorro, tirando de la cuerda de un caballo para apropiarse de él, ha podido conducir el animal hasta su madriguera; o, habiendo sido herido, se hace pasar por muerto, para salvarse.

Al atardecer, mi peón regresó de Punta Rasa y me informó que había visto, en la costa, un número bastante considerable de elefantes marinos, frente a la casa de una estancia. De inmediato, sin esperar más, me ocupé de preparar

24 Este nombre, dado sin duda por los españoles, es una corrupción de *aguarachay*, que es el nombre guaraní del mismo animal.

todo para ir, al día siguiente, a darles caza, porque había oído hablar tanto de esos animales que experimentaban un gran deseo de verlos de cerca.

Por eso, el 3 de febrero, monté muy de mañana a caballo, acompañado de mi criado y de dos hombres de la zona, y me puse en camino para ir a Punta Rasa, a siete leguas de distancia. Tomamos el camino del interior de las dunas, que bordea el mar en un ancho que es, en algunas partes, de más de un cuarto de legua. Encontré, en todas partes, los mismos terrenos que los comprendidos entre Carmen y la bahía de San Blas; en todas partes la misma aridez, la misma uniformidad; sin embargo, a mitad de camino, mi guía me hizo notar, a la derecha del sendero que seguíamos, una pequeña salina natural, llamada en la región *salitral*[25]. Está más o menos a media legua del mar. Quise verla de cerca y me dirigí hacia el lugar. Forma un lago de poca extensión, cuyo fondo es muy liso y limoso; sobre el mismo hay una ligera corteza de sal marina cristalizada. Cuando llueve, las aguas que caen sobre los terrenos en pendiente de los alrededores derriten, de inmediato, ese poco de sal; pero algunos días de sequía bastan para cristalizarla de nuevo; por eso siempre está esa salina en el mismo estado. La sal es utilizada por los habitantes de la estancia de Punta Rasa; pero nunca ha sido explotada a causa de no ser abundante; por lo demás, es más difícil de recoger que en las otras salinas naturales de la región, de las que tendré oportunidad de hablar, y el transporte es más pesado por estar muy lejos. Volví a marchar, y luego de un largo galope mi peón me señaló, como fin de mi viaje, una duna muy elevada y desprovista de vegetación, que se mostraba a lo lejos encima de las otras. Vi pronto, en efecto, una cabañita de paja, que servía de morada a algunos hombres, encargados de la vigilancia de doscientas a trescientas cabezas de ganado pertenecientes al capitán de un barco inglés, residente en Carmen. Estaba impaciente por ver las famosas focas o elefantes marinos de los pobladores, y por eso quería irme de inmediato a la costa, pero mis gentes me dijeron que tenían hambre; y como no sentían, como yo, el estímulo de los descubrimientos, hubo que hacerles caso.

La cabaña tenía tres metros de largo y otro tanto de ancho; cubierta de cañas, estaba construida con estacas fijadas en tierra, unidas por correas en forma de travesaños, sobre las cuales se colocaban las cañas, que no defendían ni del viento ni de la lluvia. Por todo mobiliario, había en un rincón cuatro estacas cubiertas de travesaños de madera, sobre los cuales estaba tendido un cuero, única cama del lugar. El fuego brillaba en medio de la pieza, donde un humo espeso, extendido por el interior, molestaba mucho la respiración; como

25 Se llama *salitral* al terreno impregnado de sal, sobre el cual sólo hay eflorescencias.

asientos había sólo dos troncos de mástiles de barco, sobre los cuales se ocupaba un lugar alrededor del fuego. Tal era la casa de una granja que en Francia sería considerada rica. El asado se hizo en seguida: se fijó el asador en tierra y cada uno cortó su pedazo, hasta que todo se comió, porque los pobladores tienen la costumbre de no dejar nunca nada. A su estómago corresponde dilatarse más o menos, de acuerdo al volumen de las provisiones; pero tampoco se quejan cuando la porción es muy pequeña para el número de personas que alimenta.

Una vez terminada la comida, hice montar a mis gentes a caballo. De la cabaña, situada en el pie interior de las dunas, hay hasta el mar una media legua, en medio de elevados montículos de arena, cubiertos de algo de vegetación; pero, a medida que se avanza hacia el mar, esa vegetación desaparece poco a poco y cede su lugar a cerros de arena suelta, pelados y muy altos sobre todo los próximos a la costa. Fue en esas dunas que el azar hizo hallar, cavando, agua dulce, buscada en vano en los terrenos que componen el suelo de las campañas interiores; se aprovechó para cavar, en el fondo de un valle, un gran foso donde filtraba bastante agua dulce como para satisfacer las necesidades del ganado. Experiencias efectuadas en muchos puntos de esa costa me probaron, más tarde, que sería inútil buscarla en otro punto de esa tierra, a menos que sea en el seno de las dunas tupidas, donde, a dos o tres pies de profundidad, se halla casi en todas partes.

Mientras caminaba, subiendo y bajando sin cesar, llegué a una cabañita construida por pescadores de focas, que, en la estación anterior, habían estado pescando. Desde allí la vista se extendía sobre una vasta superficie de la costa, y vi, con placer indecible, un grupo de esos animales dormidos, el mismo que mi peón ya había visto; parecían ser cincuenta o sesenta. Descendí con presteza del caballo, y marchando lo más cerca posible del agua, a fin de cortarles la retirada, nos dirigimos hacia ellos, armados de fusiles, lanzas y largos cuchillos de caza. Observé que todas las hembras estaban juntas, mientras los machos, siempre por lo menos del doble tamaño, estaban aparte; uno de ellos, el mayor de todos, acompañaba a las hembras, las cuales no parecieron inquietarse de nuestra aproximación y permanecieron inmóviles; pero los machos, que estaban en los alrededores, comenzaron a encaminarse hacia el agua. Distinguí en especial uno de talla gigantesca, tres veces mayor que los otros. Me dirigí hacía él, mientras los peones se ocupaban de matar las hembras, y me coloqué frente al animal, para detenerlo; entonces, levantó toda la parte anterior del cuerpo sobre sus aletas, y abrió, mientras lanzaba un grito horrible, su enorme bocaza, provista de dientes desproporcionados, especialmente los caninos, que

parecían pequeñas defensas. Era un hermoso espectáculo el que presentaba un animal de un largo de más de diez y ocho pies, cuya mandíbula solamente tenía por lo menos un pie y medio de ancho; pero, como no había tiempo que perder, lancé una bala casi a boca de jarro en ese abismo abierto; en el mismo instante, cerró la bocaza. La foca cayó pesadamente sobre la arena, haciendo temblar los alrededores bajo el peso de su cuerpo: no hizo ningún movimiento; la creí muerta y no pude contener un grito de júbilo. Iba a matar algunas hembras, pero, al mirar del lado del gran macho, lo vi levantarse nada más que aturdido y dirigirse hacia el agua. Para darle el golpe de gracia, le tiré una bala en cada ojo, lo que tampoco lo detuvo; le hice dar varios lanzazos en los costados; la sangre corría en oleadas, y continuaba arrastrándose hacia el mar. Se le descargó entonces siete u ocho balas; pero no obstante todos mis esfuerzos tuve el pesar de verlo entrar en el agua, donde se puso a nadar, aunque con trabajo. No tenía tiempo que perder; quería tener por lo menos algunas hembras; éstas eran más fáciles de matar; mucho menos ágiles, se apretaban unas contra otras, sin tratar, por así decirlo, de salvarse. Bastaba, por lo demás, un lanzazo para matarlas.

Una vez que tuve varias hembras inmovilizadas, volví a la orilla del mar y vi, con gran satisfacción, que el macho, que tanto trabajo me había dado, estaba muerto y había sido arrojado por las olas a la arena; me pertenecía, por lo tanto. Quise averiguar en seguida si mi caza era suficiente y comprobé que superaba en mucho mis necesidades, porque había tendidos sobre la playa ocho hembras y un macho. El resto de la banda había, en parte, ganado el mar; sólo quince a veinte hembras no se espantaron con el ruido y la matanza; parecían dormir; impedí que les hicieran daño; mis gentes sólo se entretuvieron en pincharlas, para despertarlas, a fin de obligarlas a volver al mar. Nada tan singular como una manada de esos animales tan pesado y tan poco hechos para andar, avanzando no obstante con bastante ligereza, como por medio de un movimiento ondulatorio, llevando todo el peso de sus cuerpos sobre sus aletas anteriores, o patas delanteras, y arrastrando toda la parte posterior del cuerpo sobre la arena, porque las patas de atrás sólo pueden servirles para nadar y no están conformadas de manera de llevar hacia adelante. Si se atacan a esas hembras en sus refugios, se vuelven, abren la bocaza y tratan de morder sin emplear otra defensa; mientras marchaban hacia atrás en dirección al mar, casi tan ligero como si marcharan hacia adelante, parecían querer enfrentar así al enemigo.

La costa presentaba un impresionante espectáculo de carnicería: la playa estaba cubierta, en más de sesenta pasos de extensión, de una sangre negra

derramada por las focas, llegaba hasta el mar y había enrojecido una superficie bastante vasta. Experimenté un instante de horror por esa carnicería, sobre todo al recordar de qué coraje debí armarme para decidirme a matar a pobres animalitos casi indefensos, cuya dulce mirada parecía pedirme clemencia, mientras creía mi deber matarlos en interés de la ciencia. Me los habían recomendado de una manera especial por faltar en el Museo de París. Se debe perdonar al naturalista tener que mostrarse a menudo cruel por necesidad. Es imposible figurarse la cantidad impresionante de sangre que derraman las focas; en relación a su tamaño, creo que tienen mucho más que los animales terrestres, lo que proviene tal vez de la necesidad de mayor calor en el agua, sobre todo en las regiones heladas que habitan por lo general. Si sentí pesar al ver nueve focas muertas en la playa y si estaba impresionado de las olas de sangre derramada, ¡qué me habría acontecido de ser testigo de esas matanzas hechas por los pescadores, en las cuales sucede a veces que se masacran, en un solo día, más de cien de esos anfibios!

Al acercarme al macho para hacerlo desollar, observé que toda la costa estaba cubierta de peces, de la especie de los acantopterigios conocidos en la región con el nombre de *pejerreyes*; habían sido atraídos por la sangre y eran tan numerosos que resultaba difícil, al golpear con el sable el agua, no matar algunos. Era un nuevo género de pesca, al cual mi criado se entregó con placer, mientras yo estaba ocupado con los dos gauchos, más hábiles que yo, en desollar mi gran foca. Pero esa operación resultaba difícil, porque estaba en el agua y pronto el mar creciente nos mojó hasta la cintura, mientras tanto las olas nos cubrieron a menudo por completo. Persistí en trabajar así durante algún tiempo; pero finalmente el mar nos alejó y no sabíamos cómo mover esa masa enorme para arrastrarla a un lugar mejor. Tuve la desgracia de verme obligado a abandonarla, no sin un momento de desesperación. El trabajo se concentró en las hembras de nueve a diez pies de largo, y sólo la noche nos hizo dejar para el día siguiente la continuación de nuestra labor. Las arrastramos a lo alto de la costa y me encaminé hacia la cabaña, esperando que la marea arrojara el macho a la costa y pudiera así recuperarlo.

Llegué cansado del ejercicio de la jornada y con la cabeza preocupada de la caza que acababa de hacer; no pude comer. Tendí mi montura sobre la cama de cuero y me acosté; pero, durante largo tiempo, la conversación de cinco o seis hombres alrededor del fuego, el humo espeso que se difundía por todos lados, me impidieron descansar, tanto más cuanto mi posición era muy incómoda, porque la cama no era bastante larga para mí y me asaltaban millares de pulgas, que no me dejaban un instante de reposo. Luchaba contra dos incon-

venientes: si me cubría con el poncho, me devoraban las picaduras de esos incómodos insectos; y si permanecía descubierto para tener menos, un fuerte viento sur, que pasaba a través de las paredes de la casa, me hacía tiritar de frío. Finalmente me levanté y fui a acostarme fuera; no fui más feliz, y siempre acosado, me vi obligado a pasar el resto de la noche paseando. Las pulgas abundan a tal punto en la Patagonia, que apenas una choza se construye en medio de una tierra desierta, se infesta de esos insectos; hasta el campo está repleto de ellas. Son, sin duda, transportadas por los zorros, comunes en esos lugares, a los cuales siempre he visto cubiertos de pulgas. Desde este punto de vista, la Patagonia se parece mucho a ciertas regiones de Bolivia, porque no conozco país del mundo donde no haya más pulgas que en los alrededores de Cochabamba y de Chuquisaca, y hasta dentro de esas dos ciudades, donde se reproducen con tanta más facilidad por cuanto las casas de los indios no tienen los pisos enladrillados. Su número está por encima de todo lo que se pueda imaginar; se diría casi, sin exageración, que son tan numerosas como las partículas de polvo.

El día comenzaba a apuntar, cuando me encaminé hacia la costa, conduciendo un caballo que hice venir para cargar las pieles de los animales muertos. Experimenté un verdadero placer al ver de lejos, sobre la arena, la gran foca que me había visto obligado a abandonar; la medí; tenía seis metros de largo y tres de circunferencia. Se trabajó largo rato; pero cuando quisimos darle vuelta, un nuevo inconveniente apareció. Cinco de nosotros no pudimos moverla, no nos quedó otro remedio que cortar la carne a pedazos; así lo hicimos. Tenía, en todas partes, bajo la piel, una capa espesa de más de ocho pulgadas de grasa blanca aceitosa; para recogerla se cazan todos los años esos anfibios, porque un macho de ese tamaño da, según los pescadores, media pipa de aceite, o una barrica ordinaria. Observé que tienen tanto más grasa por cuanto las regiones que habitan son más frías, lo que podrá hacer pensar que ella los defiende de la acción inmediata del frío. Terminamos, finalmente, de desollar la foca, e hice acercar al caballo, a fin de cargar la piel, pero ésta pesaba seiscientas libras y el caballo se doblaba bajo el peso de la carga, sin poder levantarse. No esperaba esta nueva contrariedad; por tercera vez me fue necesario abandonar mi presa, contentándome con cargar las pieles de las hembras; y partí rápidamente rumbo a la bahía de San Blas, a fin de enviar prontamente mi carreta a buscar lo que yo no podía conducir. Me mostraron en el camino, al pie de las dunas y cubiertas de arena, treinta y seis pipas de aceite, resultado de la pesca de un solo propietario, el señor Alfaro, que todos los años tiene hombres encargados de cazar las focas que se detienen en la Punta Rasa.

Una vez que llegué, envié de inmediato una carreta, y me puse a desgrasar y salar dos cueros de hembras, porque no se pueden secar a causa de la gran cantidad de aceite de que están impregnados. Un ensayo hecho con otros dos no dio ningún resultado, y debí considerarme feliz al confiar en la experiencia del capataz de la estancia, que todos los años dirigía la pesca en Punta Rasa y está muy al corriente de todo lo relativo a esos animales. La carreta regresó al día siguiente al atardecer, trayendo al mismo tiempo varias pieles que yo pedí. Tuve durante tres días un extraordinario trabajo para prepararlas.

Como la pesca de esos anfibios era explotada, sucesivamente, por todas las naciones, y ofrecía particularidades interesantes, aproveché todos los medios a mi disposición para obtener a ese respecto, de la boca de los mismos pescadores, todas las informaciones deseables; y voy a reproducir aquí algunas que son hasta el presente desconocidas, sobre las costumbres de esos animales y la manera de pescarlos[26].

Patagonia

La foca con trompa[27] es conocida de los españoles con el nombre de *elefante marino* o *lobo de aceite*; debe su primer nombre a su trompa, y el segundo a lo que produce. Los pescadores franceses llaman también a los machos *elefantes marinos* y a las hembras *vacas morenas*. Los naturales del país les dan también nombres particulares[28]. Esos animales tienen las formas generales de los lobos marinos ordinarios; su cabeza se parece mucho a la del perro, aunque tienen el hocico más corto, y los largos pelos duros, que forman los bigotes, les dan una fisonomía muy parecida a la del gato. Ese hocico es corto en las hembras, mientras que en los machos, por el contrario, se alarga en una especie de trompa móvil de seis a ocho pulgadas de largo, al extremo de la cual están abiertas las narices. Ese apéndice, que los distingue sobre todo de las hembras, les ha valido el nombre de elefantes. El hocico es enorme, de un hermoso color rojo por dentro, y armado, a cada lado, en los machos, de un largo canino, que los asemeja aún más al elefante. Las hembras no posen esas defensas, pero tienen ojos muy grandes, hermosos y tan dulces que contrastan con sus maneras amenazantes; esa expresión de bondad no desaparece ni siquiera cuando el animal está herido. Esos ojos están cubiertos de una película tan delgada que resulta muy fácil romper. La falta total de oreja exterior da a su cabeza un

26 Se ha hablado de esa pesca sólo, y muy vagamente, en el *Ensayo Histórico*, etc., *de Buenos Aires*, por Ignacio Núñez; trad. fra. (1826), p. 240.

27 *Phoca leonina*, Linn.

28 Los araucanos o aucas los llaman *lame*; los puelches, *hilmanec*, y los tehuelches o patagones, que habitan desde el estrecho de Magallanes hasta el Río Negro, *yabich*.

aspecto raro, la que, por otra parte, es pequeña en relación al cuerpo y al cuello, cuyo diámetro va aumentando hasta la espalda, luego disminuye hasta la parte posterior, pero de manera muy poco sensible, terminando en dos aletas o patas posteriores que no ayudan a caminar, porque no son apropiadas más que para la natación, divididas en cinco lóbulos desiguales que reemplazan a los dedos, en medio de los cuales está una cola muy corta. Las patas delanteras consisten en una aleta angulosa y aplastada, sobre la cual hay cinco uñas chatas, que señalan solamente el lugar de los dedos. El cuerpo está completamente cubierto de pelos aplastados, cortos y cerrados, de color azulado muy pálido arriba y blanco abajo. Los machos tienen, a veces, cinco a siete metros de largo, por tres o cuatro de circunferencia; las hembras, al contrario, no alcanzan nunca más de tres metros. Es comprensible que con formas tan macizas esos animales deban vivir en el agua antes que en tierra; por eso caminan difícilmente por el suelo, sirviéndose de sus aletas para levantar la parte anterior del cuerpo, y arrastrar el resto, lo que hacen con bastante rapidez en el plano inclinado de las playas de arena, avanzando o retrocediendo, o incluso cuando están apuradas, dejándose rodar por la costa, como barricas, a fin de llegar más pronto al mar. El agua salada es su elemento exclusivo; y muy distintas en eso de las demás focas, permanecen allí casi siempre, mientras que las otras no abandonan ciertas costas, donde se está casi seguro de hallarlas en toda época. Nadan con mucha vivacidad y hasta elegancia. Se las ve, sucesivamente, aparecer y desaparecer en medio de las aguas, jugar en la superficie, sacar a menudo la mitad del cuerpo fuera del mar, para contemplar la costa, permanecer algunos instantes en esa posición, mostrando mucha curiosidad; luego, sumergiéndose de golpe, permanecen largo tiempo bajo el agua, se muestran de nuevo en la superficie con algunos peces en la boca, los trituran, los engullen y se sumergen nuevamente. La gran cantidad de peces que hallan en todas esas costas les procuran una pesca fácil; por eso son muy gordas; sin embargo, se ha demostrado que mientras están en tierra no comen, y su estadía allí, cuando las hembras van a tener cría, no dura menos de uno a dos meses. Es cierto que, a menos que sean muy pequeñas, van a comer, cuando una lluvia las hace volver al mar.

Todo el año, cuando el tiempo es bueno, las focas salen del agua por pequeñas tropillas, sobre las playas arenosas de la costa, principalmente en Punta Rasa, que ha sido siempre el lugar más frecuentado por ellas. Pero si llueve o se levanta una tempestad, de inmediato la tropilla, que al parecer no gusta del agua dulce, vuelve con presteza al mar y sólo reaparece algunos días después del retorno del buen tiempo. Esas tropillas son poco numerosas y los pescado-

res las desprecian, porque no tienen la grasa que podían esperar y su pequeño número no les ofrece bastante producto; por eso aguardan los meses de setiembre y octubre, donde todas salen sin excepción. Es la época en que las hembras dan a luz, alimentan a sus hijos y les enseñan a nadar. La tropilla vagabundea algún tiempo por las costas, antes de acercarse a tierra, elevándose a menudo sobre las aguas para reconocer los lugares. Los machos sirven especialmente de exploradores; primero, uno de ellos, jefe de su tropilla, llega a tierra, trepa la playa, muy arriba del mar alto, y allí, lanza un grito de llamada a sus hembras, que, en gran número, salen del agua casi todas a la vez, y se reúnen sobre la arena en un grupo, apretándose unas contra otras, como tímidos corderitos; mientras su conductor se mantiene aparte y hace de centinela; a tal punto defiende su propiedad exclusiva. Otro macho sale de las aguas; está obligado a aislarse a su vez, y si quiere acercarse a la tropilla, de inmediato el animal celoso lo recibe a la orilla. Si el recién llegado carece de fuerzas para medirse con él, regresa al mar y se instala más lejos, siempre solo, a pesar de sus gritos de llamada a las hembras, porque éstas se unen a la tropilla ya congregada en tierra, sin hacerle caso, a menos que sea su protector; por eso se ven machos solitarios por toda la costa. Si, al contrario, el que sale del agua se atreve a luchar contra el defensor oficioso, se libra un largo y sangriento combate, cuyo éxito decide la posesión de las hembras. Se ve entonces a ambos rivales levantarse sobre las colas, tratar de morderse y estremecer el suelo vecino con la pesadez de su caídas, retumbando pesadamente uno sobre otro. La lucha es, por lo general, muy prolongada, y la sangre chorrea alrededor de ellos de las heridas profundas que se hacen al morderse; parecen dotados de una actividad que desmienten sus formas monstruosas. Después de una o dos horas de ese combate a fondo, el vencido vuelve al mar y va a menudo a morir de sus heridas, ocultando lejos su vergüenza. Las hembras, durante todo ese tiempo, parecen inquietarse poco sobre quién será el vencedor, y reciben siempre, cualquiera que sea, al que resulta dueño del campo de batalla. Con cada macho que surge del agua, se renueva el mismo combate, lo que se explica, porque estando siempre en tan pequeña cantidad en relación al número de hembras más o menos uno por cada veinticinco están siempre cubiertos de grandes cicatrices, que atestiguan los combates que han debido librar.

Las hembras, al contrario, son muy pacíficas y viven en la mayor armonía, siempre acostadas muy cerca entre sí, de manera de no dejar ningún espacio libre, cuando están en tierra; en el mar, sólo viajan en grandes tropillas. En la medida en que los machos son desconfiados, las hembras son apáticas. Cuando cualquier cosa altera la tranquilidad de una tropilla, el macho, casi siempre

al acecho, trata de inmediato de llegar al mar, arrastrándose con rapidez; muchas hembras lo siguen; pero un número mayor todavía permanece sin moverse, inquietándose poco del peligro que las amenaza; por eso sucede a menudo que en medio de un grupo de hembras, matadas por los pescadores, quedan algunas vivas. Esa circunstancia, fatal para muchos pescadores, hace tomar la precaución de arrojar paja encendida sobre el montón de cadáveres después de la pesca, a fin de despertar a las que sólo están dormidas, porque al abandonar su sueño, en el momento que los pescadores, creyéndolas muertas, les hunden su cuchillo en el lomo para sacarles la grasa, dan a menudo terribles dentelladas.

En los meses de setiembre y octubre, los elefantes marinos, que viven, por lo general, todo el año en regiones más australes, acuden a las costas arenosas; las hembras, preñadas en esa época, van a parir. Se ve, entonces, cesar momentáneamente la unión estrecha que reina entre ellas: cada una se separa algo de la tropilla; y en medio de las dunas, sobre la arena, deposita uno o dos cachorros de cuarenta a cincuenta centímetro de largo. Durante los primeros días están ciegos; entonces la madre no los abandona un instante, y si son atacados, los defiende encarnizadamente, lanzando gritos lastimosos. Cuando ven claro y están bastante crecidos como para andar, todas las hembras se reúnen, de nuevo, en tropilla con su defensor. Los hijos, más ágiles que sus madres, se quedan jugando entre ellos, y cuando uno se acerca, parecen querer defenderlas, pero sus fuerzas no responden siempre a su coraje, tanto más cuanto están todavía privados de sus únicas armas, porque los dientes no les salen antes del mes. Los hijos nacen con una librea que los diferencia mucho de sus padres; además de las formas más pequeñas que los adultos, tienen una piel lanuda y negruzca, bajo la cual pronto se ven pelos achatados y cortos, que, al cabo de un par de meses, se hallan completamente al descubierto por la caída total de la librea lanosa.

Todos los pescadores me han asegurado que, una vez que las hembras creen a sus hijos bastante fuertes como para aprender a nadar, los conducen todos los días al mar y allí se dedican a dirigir sus primeros ensayos en ese ejercicio, vigilándolos con el mayor cuidado y siguiendo atentamente los menores movimientos: primero entran ellas en el agua, llevando a sus hijos en la espalda, nadando así algún tiempo, hasta acostumbrarlos; luego, se sumergen de golpe y dejan al pequeño librado a sus propias fuerzas; pero si éste se halla en dificultades, se colocan bajo él y lo conducen de nuevo. Animales cuya vida es esencialmente acuática, se acostumbran muy fácilmente a seguir a la madre en el agua. Falta una nueva educación, la de la pesca: primero la madre se encarga

sola, trayendo pescado; pero pronto los hijos tratan por sí mismos de perseguir a los pececitos, tan abundantes en esa costa y género de alimento que prefieren pronto a la leche materna; toman tal gusto que al cabo de tres meses sólo siguen a la madre por costumbre, viviendo de lo que consiguen por sí mismos. Permanecen así mucho tiempo con la tropilla de hembras; pero es seguro que un año más tarde los jóvenes machos la han abandonado, sin duda porque desde entonces son el blanco de los celos de los viejos, que los obligan a vivir aislados, hasta ser bastante fuertes por sí mismos como para convertirse a su vez en conductores de una tropilla de hembras.

¡Con qué placer he hallado en todos los animales, desde el tigre feroz hasta el tímido cordero, desde el ágil mono hasta la maciza ballena, esos tiernos cuidados de una madre a sus hijos, esa primera educación que les enseña el arte de proveer a su alimentación, esa ternura, finalmente, que los lleva hasta sacrificar su vida al bienestar o la defensa de seres que le deben la vida! Es fácil conocer hasta qué punto ese instinto es natural y cuán monstruosas son las excepciones. He estudiado a menudo las costumbres de toda clase de animales, desde ese punto de vista, y en todas partes he hallado la misma conducta.

Los antiguos navegantes de las tierras magallánicas han hablado con frecuencia de otras especies de lobos marinos, que habitan las puntas pedregosas o los bancos rocosos de toda la Patagonia, pero no he hallado ninguna mención de los elefantes marinos. Debe buscarse la causa en la manera de vivir de esta especie, que permanece en tierra solamente en las capas arenosas, donde el mar rompe con fuerza, o en las islas bajas de las grandes bahías, que esos navegantes temían a tal punto que su conocimiento data sólo de fines del siglo pasado. Los primeros que los conocieron fueron los españoles de Buenos Aires y Montevideo, que los vieron en la punta de San Antonio, o cuando quisieron poblar las costas de la Patagonia y, en consecuencia, las exploraron. Antes que se pensara en cazarlos, esos animales cubrían con sus tropillas todos los lugares arenosos de la costa, desde el cabo San Antonio hasta la desembocadura del Plata, hacia el norte, y hasta las costas escarpadas de la Patagonia, al sur del Río Negro, es decir, más de cien leguas de litoral. Abundaban sobre todo a tal punto en Punta Rasa, y en las islas avanzadas de Bahía Blanca y de la bahía de San Blas, que el suelo de ciertas partes estaba completamente cubierto. Los españoles de Montevideo y Buenos Aires comenzaron a cazarlas en el cabo San Antonio, para las necesidades de las dos ciudades; entonces los animales se retiraron hacia el sur y abandonaron la entrada del Plata, donde se los perseguía. El establecimiento de la Patagonia se vio después obligado a proveer al consumo de Buenos Aires; el número de toneladas de aceite se fijó en cin-

cuenta o sesenta, y la pesca fue tan poco importante que el mismo número de animales volvía cada año a las mismas playas, porque en la Patagonia la pesca se efectuaba sólo en Punta Rasa, donde el gobierno pagaba, todos los años, a hombres encargados de hacerla. Sin embargo, celosos de los beneficios que obtenían, los españoles vigilaban cuidadosamente con sus barcos, pero no pudieron impedir que algunos navíos americanos e ingleses llegaran a Bahía Blanca, pescando abundantemente de contrabando. Parece que fue en este lugar donde los extranjeros intentaron los primeros ensayos de ese género de explotación.

Cuando, en 1810, la revolución de los americanos del sur no permitió a aquéllos ocuparse de sus costas y de vigilar la explotación, los extranjeros, hasta entonces impedidos, realizaron expediciones especiales. Se vio a los ingleses, y sobre todo a los americanos, armar, todos los años, navíos con ese objetivo. Después de la promulgación de la libertad de los mares en 1815, los franceses no se quedaron atrás: Saint-Malo y Nantes se dedicaron activamente; el número de barcos que fueron empleados no fue menor de diez a doce, en toda la extensión de la costa. Como cada uno de ellos tenía por lo menos doscientas toneladas, el número de toneladas de aceite, recogidas cada año, no podía ser superior a dos mil; y si calculamos que veinte elefantes marinos no producen, a causa de la escasa grasa de las hembras, más que una tonelada en promedio, podrá calcularse aproximadamente en más de cuarenta mil el número de elefantes marinos matados todos los años. Es comprensible, pues, que la cantidad de esos animales disminuya, pero sus tropillas se multiplican de tal manera que, durante muchos años, apenas se nota la mengua. Si una sola nación se hubiera ocupado de esa explotación, habría conseguido prolongar la pesca mucho tiempo, pero no ha sucedido así... Había rivalidad entre las distintas naciones. Cada una quería conseguir el máximo; se mataron, sin discriminación, las hembras preñadas y los pequeños, y la carnicería fue enorme. Se levantaron hornos en muchos puntos de la costa y en las islas, señalando la propiedad de cada navío, que, ordinariamente, dejaba el suyo, con la intención de regresar al año siguiente. Una vez instalado el gobierno de Buenos Aires quiso remediar ese abuso: aplicó un gravamen a cada navío, y para impedir las frecuentes riñas entre los marineros de diversos pabellones, el comandante de Patagones fue encargado de establecer los límites dentro de los cuales cada tripulación podía pescar, límites que no podían violarse sin exponerse a una multa; y además, se fijaron plazos de diez o quince días seguidos, durante los cuales la pesca se interrumpía por completo, a fin de dar tiempo a las focas de salir del agua; esas medidas obligaban a los inspectores a recorrer la costa

1-3: *Glaucus distochoïcus*; 4-7: *Eolidea patagonica*.

1: Buteo tricolor; 2: Femelle.

por tierra, mientras que las chalupas seguían el litoral para vigilarlo. Todo eso molestaba a hombres acostumbrados a una completa libertad. Bahía Blanca, y el norte de la de San Blas, fueron las mas frecuentadas, porque estaban más alejadas de Carmen y fuera de esa vigilancia. Resultó así que las focas desaparecieron más rápidamente de esos puntos y que, de pronto, faltó pesca. Entonces el gobierno de Buenos Aires quiso tomar medidas para restablecerla, pero esas medidas llegaron algo tarde, y el remedio llegó cuando el mal era irreparable... La pesca había sido arruinada para siempre. En 1823, una ordenanza la prohibió por cinco años, a fin de dejar a los restos de esas focas tiempo para reproducirse. Esa inteligente medida no trajo ningún resultado, porque las focas no reaparecieron más en la bahía de San Blas; las contadas que sobrevivieron salieron únicamente en la Punta Rasa, y más al sur, en una pequeña bahía que ni figura en los mapas, llamada *Ensenada de Ros*, donde están más tranquilas, porque no se puede llegar allí por mar y es muy difícil llegar por tierra. En 1828, cuando el plazo de la prohibición terminó, la pesca no producía al año más que diez y ocho toneladas de aceite. Hace seis a siete años, diez a doce navíos completaban, en dos meses, su cargamento con mucha facilidad; hoy apenas podrían contar con algunas toneladas, y pienso también que, por poco que se continúe pescando, esos animales desaparecerán, ya pereciendo de hecho, o retirándose más al sur, donde la falta de playas cómodas les ha impedido vivir hasta el presente.

La manera de pescar era bastante curiosa. Las naves llegaban en los meses de agosto y setiembre; anclaban sea en el Río Negro, sea en la bahía de San Blas y en el puerto de la Unión. Cada navío tenía un barquito para el transporte de la grasa y para seguir la costa; su tripulación levantaba sus hornillos en el terreno que le era asignado, esperando que las tropillas de focas saliesen de las aguas, teniendo mucho cuidado de no atacarlas antes de estar todas en tierra. A menudo, el momento de comenzar era también decretado por las autoridades de Carmen. El día fijado, cada tripulación, armada de largas lanzas de hierro y de palancas, seguía el borde de las aguas hasta llegar frente a la tropilla y cortarle la retirada. Los machos eran los primeros que trataban de llegar al agua; los pescadores les interceptaban el paso, y para vencerlos con mayor facilidad les daban un golpe en la trompa. El animal se levantaba entonces sobre sus aletas, dirigiéndose con la boca abierta hacia su agresor y tratando de morderlo o de aplastarlo con el peso de su cuerpo; pero el pescador, acostumbrado a esa maniobra, aprovechaba el instante para hundirle la lanza en el pecho, con la suficiente destreza y rapidez como para retirarla antes de su caída. A menudo, ese primer golpe, bien dirigido, dejaba a la foca aturdi-

da, perdiendo sus fuerzas al desangrarse, de tal manera que algunos golpes en los traseros eran suficientes para terminar con ella. Otras veces, esas primeras heridas sólo conseguían encolerizarla, y con mayor fuerza se levantaba de nuevo, abriendo su terrible hocico y lanzando un grito ronco. La lucha era entonces más difícil. El pescador no experimentado, que no retiraba su lanza bastante rápido, la veía al instante rota por el peso del animal, o quebrada en mil pedazos por sus formidables dientes. Mientras los marineros más hábiles se dedican a matar los machos, otros, con barras de madera, mataban a los pequeños, que rodeaban a las hembras, y éstas, que por toda defensa abrían el hocico, lanzaban gritos y se acercaban aún más unas a otras, siendo matadas a lanzazos en los flancos, debajo de la aleta. Ninguno de esos animales muere antes de perder toda la sangre, a menos de romperle el cráneo con las palancas. Los pescadores nunca dejaban vivos los individuos que componían la tropilla; todos eran muertos, aunque fuesen más de doscientos. Sólo conseguían salvarse aquellos que, en medio de la carnicería, lograban llegar al mar sin ser vistos.

Una vez terminada la matanza, los pescadores arrojaban paja inflamada sobre el montón de muertos, a fin de hacer salir a las hembras dormidas; después, todos los marineros se dedicaban a sacarles la piel del lomo, desde la nuca hasta cerca de la cola, y luego, en una o dos aletas, toda la grasa de esa parte, por lo común la más espesa, pero cuyo espesor varía, de acuerdo al tamaño, de quince centímetros en los machos y en las hembras de cinco a siete. Esos pedazos, cargados sobre los caballos, o llevados a remolque de las embarcaciones, eran conducidos a los hornos, donde el fuego, primero encendido con madera, era mantenido con residuos sacados de la caldera; así derretidos, dan un aceite límpido, que se saca y se pone en barricas llevadas a ese efecto.

Un macho grande produce por lo general la tercera parte de una tonelada de aceite, mientras que se necesitan cuatro a cinco hembras para producir otro tanto. No cabe la menor duda de que cada foca puede producir por lo menos el doble del aceite que se le extrae, porque casi todas las partes del cuerpo, los intestinos, el hígado, podrían proporcionar lo mismo que el vientre, que tiene siempre una a dos pulgadas de grasa, pero todas esas partes son abandonadas y se extrae únicamente, por lo más fácil de sacar, la del lomo, perdiéndose así más de lo que se recoge. Se han empleado todos los medios posibles para secar la piel de las focas, pero siempre inútilmente; yo mismo he realizado varios ensayos, todos infructuosos. Sólo las más jóvenes pueden, cuando son flacas, dar algunas partes de la piel del vientre que se pueden secar, pero esa piel carece de valor y de belleza. Se ha procurado también utilizar los colmillos

grandes de los machos, operación que no ha dado los resultados que se esperaban, a causa de la dureza de los dientes. Sólo el aceite puede, pues, ofrecer una rama de comercio siempre lucrativa; se lo vende por lo general en Europa como aceite de ballena. Las tratativas comerciales, realizadas por los pescadores indígenas, han probado que no es en el continente donde se saca el mejor partido, pero sí en las costas del Brasil, donde ese artículo tiene mayor valor que en cualquier otra parte.

Después de haber terminado la preparación de mis focas, volví a mis exploraciones por los alrededores de la estancia: varias personas, llegadas de la Patagonia, me dieron noticias de temer; múltiples indicios seguros hacían pensar a los pobladores que pronto llegarían los indios enemigos. Por eso, el señor Alfaro envió a su capataz de la estancia dos piezas de artillería de veinticuatro, con orden de establecer, lo más rápido posible, una batería en el punto de unión de la península con la tierra firme, a fin de defender la entrada e impedir el robo del ganado. Los negros se dedicaron desde ese momento en transportar sin descanso los restos de navíos para la construcción del fortín proyectado, que se comenzó pronto en la cumbre de la duna más alta de los alrededores. Siempre me ha llamado la atención que se hallara buena agua en las dunas cercanas al amarradero, mientras que en la estancia sólo había agua salobre y de gusto desagradable. Pensé que haciendo investigaciones, podría descubrir también agua potable. Me puse, pues, en su busca, y después de algunas tentativas infructuosas fui bastante feliz como para encontrarla, no lejos del fortín, en medio de las dunas, y clara, límpida y sobre todo muy dulce. Este descubrimiento fue de lo más agradable para los pobladores de la estancia, que, desde ese momento, abandonaron con alegría la que bebían hasta entonces, y a la cual no se habían acostumbrado; distintos en eso de ciertos pobladores de Cobija, en la costa de Bolivia, que, probablemente por fanfarronada, al ser invitados a comer a bordo de un navío anclado en el puerto, pidieron sal para poner en el agua que se les ofrecía, diciendo que están a tal punto acostumbrados al agua salobre del país que no podían beber agua completamente dulce. Sé cuánto el hábito influye en los gustos, pero creo difícil que el hombre que ha bebido toda su vida agua dulce, pueda, en el espacio de un año, tomar un hábito que no le haga hallar con agrado el agua en su estado natural.

Solo, en medio de gentes del campo, con las cuales únicamente podía hablar de caballos y vacas, no hallaba gran placer en oírlas; por otra parte, privado de todos los medios cómodos de descanso y no pudiendo permanecer un momento en la inacción, una vez terminado un trabajo, buscaba una ocupación nueva, de manera que todos los instantes de la jornada estaban ocupa-

dos, sea en preparar los numerosos animales que me traían a cada momento, sea en escribir o dibujar, aunque estos trabajos me resultaban sumamente penosos por faltarme una mesa; y cuando no trabajaba en la estancia, recorría los alrededores, buscando, con el mayor cuidado, todo lo que podía ofrecerme ese suelo ingrato. A veces recorría las orillas del mar, recogiendo conchillas, hasta Punta de Piedras, donde aguardaba que el mar descendiera para dar vueltas yo a las piedras aisladas y recoger los nuevos animales, tanto moluscos[29] y pólipos, como crustáceos, que dibujaba luego: a menudo mis pesquisas resultaban infructuosas, porque el viento retenía las aguas, que no descendían lo suficiente como para descubrir esos tesoros; entonces abandonaba las conchillas y recorría las dunas, para buscar insectos. Otras veces, me levantaba antes del día, a fin de ir a estudiar las costumbres de ciertas especies de mamíferos crepusculares. Con gran placer hallé hermosas familias de mofetas, conocidas en el país con el nombre de *zorrillo*, encantador mamífero pequeño, parecido a las martas, de formas esbeltas y graciosas, piel negra, cruzado por dos líneas blancas que, comenzando arriba de la cabeza, se dividen en medio del lomo y se reúnen en la cola. Esos animales viven en madrigueras, y es sobre todo a la mañana que los veía divertirse fuera de sus agujeros, como podrían hacerlo unos gatitos. Parecían hasta mansos, cuando me acerqué a ellos; pero, enterado de las jugarretas pérfidas de que hacen objeto a quienes se fían de su exterior tan dulce, me mantenía a una distancia respetable, porque su medio de defensa, aunque parece de lo más inocente, es de los que más temen tanto hombres como animales. Consiste, como ya lo he dicho[30], en un licor fétido, que lanzan a quienes se les acercan. Me siento tentado a creer que los indios consiguen impedir en algunos ejemplares el desarrollo de ese licor mefítico, porque me han asegurado que poseen zorrinos domésticos, a los cuales no temen. Su piel es muy estimada por todos los indígenas, por lo demás poco delicados de olfato, y hacen con ella mantas, compuestas de gran número de pieles cosidas entre sí, de las que mucho se envanecen, aunque en verdad presentan un espectáculo regular y variado de líneas blancas, sobre un fondo negro-oscuro muy agradable a la vista. Fue entonces que encontré también vizcachas fuera de la madriguera, jugando en los alrededores; o mochuelos urucurea, recorriendo los campos; o bien esas hermosas especies de tinamus (perdices americanas), recogiendo los insectos de que se alimentan. No comprendía nunca uno de esas excursiones matinales sin recoger un buen número de datos importantes y sin traer una caza abundante.

29 Allí hallé mi *Eolidea patagonica*, Nob.
30 Cap. IV.

7 de febrero

El 7 de febrero quise ir a visitar una salina que me aseguraban estaba cerca de ese lugar. Monté a caballo, acompañado de toda mi gente, que debía ocuparse de perseguir, en el campo, una nueva especie de avestruz, que todos los pobladores, sin excepción, están de acuerdo en considerar completamente distinta del avestruz americano o ñandú[31]. Penetré en el interior hacia el oeste. A medida que me alejaba de la costa, el suelo se hacía cada vez más seco y estéril. A tres leguas de la estancia, los terrenos formaban llanuras ligeramente onduladas, sobre los cuales había pequeños cantos rodados, una hierba corta, entonces seca, y aquí y allí algunos zarzales. La vista no descansaba con placer en ningún punto y la uniformidad era tal que sólo la brújula podía indicar la dirección a seguir. Comenzaba a desesperar de no encontrar nada que compensara mi viaje, cuando vi, por primera vez, una hermosa especie de aves gallináceas, llamados, en el país, *martinetas*; gran perdiz, puntillada de blanco sobre un fondo gris, más o menos como nuestra gallina de Guinea. Su cuello alto y recto, su cabecita adornada de una larga cresta delgada, su andar precipitado, todo me impresionó en ese pájaro, del que logré matar varios ejemplares. Observé entonces que se diferencia esencialmente de la perdiz en que tiene tres dedos en las patas[32]; por lo demás, vive en familia, lo mismo que ella; la bandada se acurruca sobre la tierra pelada, de la que se distingue poco a causa de su color, y en el momento en que menos se espera, corre algunos pasos silbando y parte alrededor de uno. Con la martineta, gran número de andaríos, de largo pico, vientre amarillo, con una mancha negra, volaban también de todos lados; eran las dos únicas especies que podían habitar esas áridas llanuras. Hallé una de ellas (el andarío) en la cumbre de los Andes de Bolivia, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, en llanuras que se parecen, bajo todos los puntos de vista, por su aspecto y la mayoría de las plantas, al suelo de la Patagonia; por eso en esas cimas elevadas esperaba ver, a cada paso, los pájaros que había visto en los alrededores de la bahía de San Blas, y no me asombró descubrir en los alrededores de La Paz, en Bolivia, no solamente al andarío de vientre amarillo, sino también una *eudromie*, vecina de la de la Patagonia, pero que se diferencia por la falta de copete[33].

---

31 Esa especie tiene los acrotarsos cubiertos de plumitas; por eso le he puesto el nombre de *Rhea pennata*.

32 Esta ave, que he enviado a Francia, sirvió de prototipo para establecer un nuevo género, llamado *Eudromia*; *elegans*, en una memoria que publiqué en colaboración con Isid. Geoff. Saint-Hilaire, en el *Magasin de Zoologie*, t. II (1832), clase 11, N°1.

33 Es también más grande, tiene el cuello azulado y el lomo agradablemente entrecruzado de amarillo rojizo cubierto de manchas redondas más pálidas Es también una especie nueva, a la que he impuesto el nombre de *Eudromia andecola*.

Algunas maras habitaban también esos lugares, en los que hallé muchos restos de conchillas marinas, las mismas que están vivas en la bahía, y cuyo gran número no permite suponer que hayan sido transportadas por los pájaros, o siquiera por algunas tribus indígenas. Hay que creer también, a pesar de una elevación de más de treinta a cuarenta metros sobre el nivel actual del mar, que esas conchillas vivieron en esos lugares, como las que hallé, al fondo del riacho del Inglés y que un elevamiento insensible las alejó del mar la distancia que las separa hoy. Siguiendo avanzando hacia el oeste, a unas seis leguas de la bahía de San Blas, en medio de terrenos llanos, siempre cubiertos de zarzales espinosos, llegué de pronto a un lugar donde un espectáculo encantador se desarrollaba ante mis ojos. Aquí la llanura se ve interrumpida; una vasta hondonada se presenta a las miradas; los terrenos se inclinan en dulce pendiente hacia un lago de nieve, porque no puedo, a causa de su blancura, dejar de comparar con la nieve una inmensa extensión de sal brillante que cubría todo el fondo, en una superficie de unas dos leguas de diámetro. No dejaba de admirar el imponente aspecto. La aridez de los alrededores, hasta el calor que experimentaba, contrasta con esa superficie brillante, de forma más o menos circular. Pude, en fin, acercarme y hallé en todas partes una capa de cinco a siete pulgadas de espesor, de pequeños cristales blancos, bastante duros, cuyo sabor es idéntico al de la sal marina de los pantanos de la costa de Francia. Formulé muchas preguntas al capataz de estancia que me acompañaba, y me informé de que nadie, hasta entonces, había explotado esa salina, a causa de su lejanía del agua dulce y del largo trayecto hasta el primer puerto; sin embargo, los pobladores de la estancia se aprovisionaban allí. Vivaqueamos a orillas de la salina, que cada vez miraba con un nuevo placer: la noche era de lo más calma; el grito, o mejor dicho, la especie de ladrido del zorro que abunda en los alrededores, era lo único que interrumpía el silencio de la naturaleza.

A la mañana siguiente, al amanecer, mis hombres se dedicaron a recorrer los alrededores para descubrir avestruces. Fue en vano. Sus rastros frescos, impresos en el suelo, revelaban, empero, que debían estar por los alrededores; montones de excrementos de guanacos[34] nos hacían también esperar un encuentro con estos animales. Es una costumbre muy rara que tienen las llamas, las alpacas, las vicuñas y los guanacos de reunirse para depositar sus evacuaciones en el mismo lugar, en vez de hacer como las cabras, que las dejan caer donde se encuentran. Recorrimos largo tiempo la campaña sin ver nada; final-

34 *Auchenia llacma*, Linn confunde con la llama doméstica del Perú, de la que se diferencia esencialmente.

mente vimos, a lo lejos, una tropilla de guanacos y tratamos de acercarnos. Nuestros esfuerzos resultaron inútiles; desapareció en el horizonte, como un relámpago. Descubrimos también algunos avestruces, pero huyeron tan pronto que no pudimos reconocer a qué especie pertenecían. Me llamó la atención ver animales tan salvajes en lugares no habitados por nadie; mis gentes, más conocedoras que yo de esos parajes, se sintieron también sorprendidas, pero sacaban la conclusión de que era prudente regresar rápido, porque no cabía duda que lo que hacía tan temerosos a los animales era la caza de que habían sido objeto poco antes por los indios. Esta observación, junto al recuerdo de la conocida sagacidad de los pobladores de las campañas, me recordó la frase de un gaucho de la provincia de Entre Ríos: "El bosque es espantoso"[35] y admitiendo que la observación de mis gentes podía tener fundamento, abandoné con pena esos lugares y regresé por la tarde a la estancia.

12 de febrero

El 12 de febrero llegó de Carmen un hombre que anunció que los colonos estaban en la mayor consternación y llenos de temores. Acababa de saberse por un correo que los indios amigos de Bahía Blanca habían convencido al teniente coronel Morel[36] de que fuera al encuentro de los indios de Molina, que venían –decían– a atacar el fuerte; Morel, fiándose demasiado de las apariencias y de las palabras de los indígenas, salió con unos ciento cincuenta hombres de caballería y todas las fuerzas de los aliados reunidas, bajo las órdenes de los famosos caudillos Negro, Chanel y Cuayquilof, los dos primeros puelches y el tercero auca o araucano. Habían recorridos varias leguas en el mejor orden, cuando, de golpe, esos indios, considerados amigos, habían, a una señal dada, blandido todos a la vez sus largas lanzas y atacado de improviso a las tropas de la retaguardia, con una impetuosidad de que sólo ellos son capaces. El pobre comandante se volteó, al oír los gritos, y creyó que se trataba de un juego, no dándose cuenta del peligro real hasta que le resultó difícil huir y cuando sus compañeros de armas cayeron, de todas partes, bajo los golpes. Tratando finalmente de salvarse, partió a todo galope, pero los indios arrojaron las boleadoras a su caballo, al mismo tiempo que una granizada de bolas perdidas[37] lo llenó de contusiones. Cayó, y esos mismos indios a los que había alimentado meses enteros, se

35 Véase capítulo XII.

36 Nos hemos referido a ese militar en el capítulo XVI. Era entonces comandante del fuerte, por estar el coronel Estomba en Buenos Aires.

37 La diferencia de esas bolas con las ya descritas consiste en que sólo son consideradas proyectiles y no se recogen una vez arrojadas, de donde les viene el nombre de *bolas perdidas*.

precipitaron sobre él como tigres sedientos de sangre, lo cargaron de ataduras, lo mutilaron de una manera infame, cortándole los labios y las orejas; y después de hacerle sufrir largo rato, le arrancaron el corazón, que cortaron en pedazos. Sus desdichados soldados fueron también todos masacrados, no pudiendo defenderse, y la campaña quedó cubierta de cadáveres. Desde el comienzo del ataque, Montero, teniente de Venancio, oficial chileno que había vivido mucho tiempo con los indios, conociendo perfectamente su falsedad y oponiéndose a esa expedición, se mantuvo en guardia; y, al ver atacar al ejército, pensó en impedir por lo menos la ruina completa del fuerte. En consecuencia, se fue a toda prisa a advertir al resto de las tropas, reuniendo el ganado de los alrededores del establecimiento que podía alimentar a la guarnición; y apenas el destacamento de Montero estuvo al alcance del cañón del fuerte, los indios regresaron, pero algo tarde para consumar su traición. Hallaron una resistencia que no esperaban, contando con sorprender al resto de las tropas y destruir así, en un día, el fruto de tanto trabajo, con el completo aniquilamiento de un establecimiento naciente, que comenzaba a molestarlos.

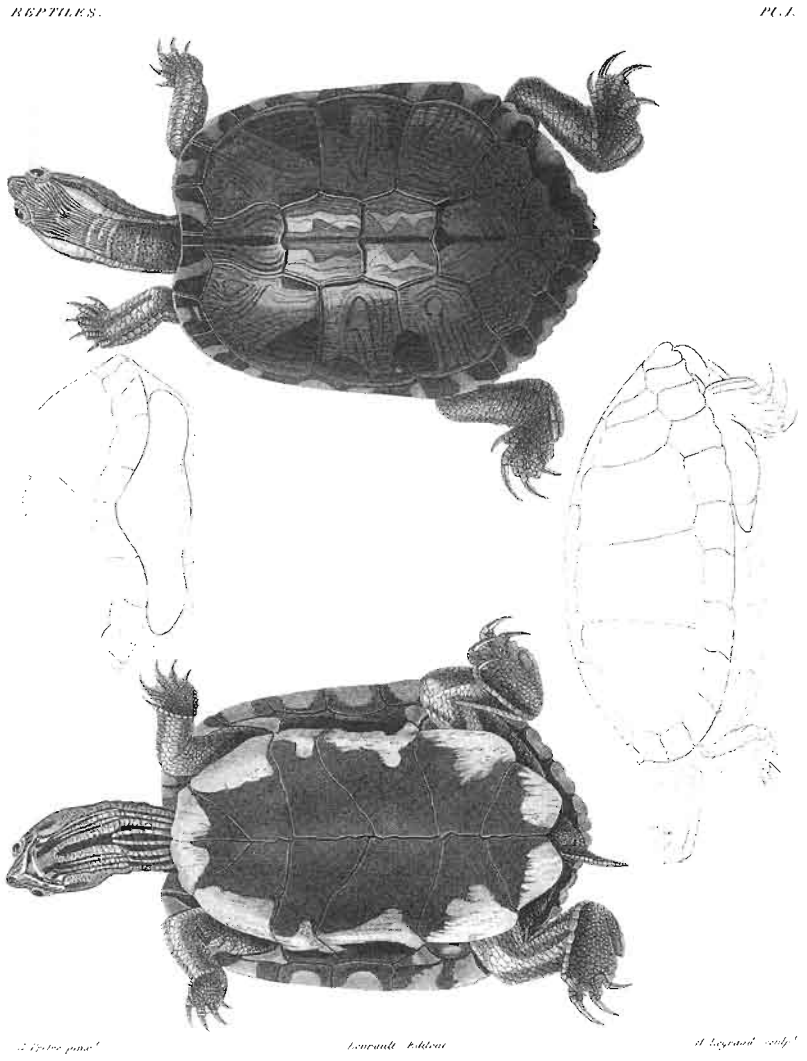
El mismo correo me anunció, de parte del señor Alvarez, que se esperaba, todos los días, ver a los indios llegar a Carmen, para atacarla; que, por otra parte, los aucas, que acompañaban a Pincheira, parecían también ponerse en movimiento, y que en fin se sabía, sin lugar a dudas, que los patagones o tehuelches del sur se reunían para unirse con los otros. Los habitantes de Carmen estaban bajo las armas y todo hacía temer que el plenilunio próximo, época de las excursiones de las hordas salvajes, que no marchan sino de noche, fuera la señal para el arribo de esos bárbaros. Podando esas informaciones de todo lo que podía haber de exagerado, debía de cualquier manera tenerlas en cuenta, tanto más cuanto que yo estaba en el camino de los indios que vendrían de Bahía Blanca, a veintidós leguas de todo socorro, en una localidad donde cuatro o cinco mil vacunos podían atraer a esos árabes del Nuevo Mundo, sin que tuviéramos para oponerles más que una docena de hombres, entre los cuales ocho negros, recién llegados de la costa de Africa. Creí, pues, prudente ocuparme de inmediato de los preparativos del regreso, porque la luna llena llegaría en diez días y la marcha de los indios comenzaba invariablemente algunas noches antes o después. Me dediqué a embalar con rapidez; tenía muchos fardos y estaba realmente embarazado con tantas riquezas. Mi carreta no podía, de ninguna manera, conducir todo lo que había recogido, y me hallé en la triste alternativa de tener que llevar únicamente la piel de la foca macho, dejando el resto, o bien de hacer lo contrario, abandonando aquélla. No estuve mucho tiempo indeciso; y después de haber obtenido del capataz la promesa de que

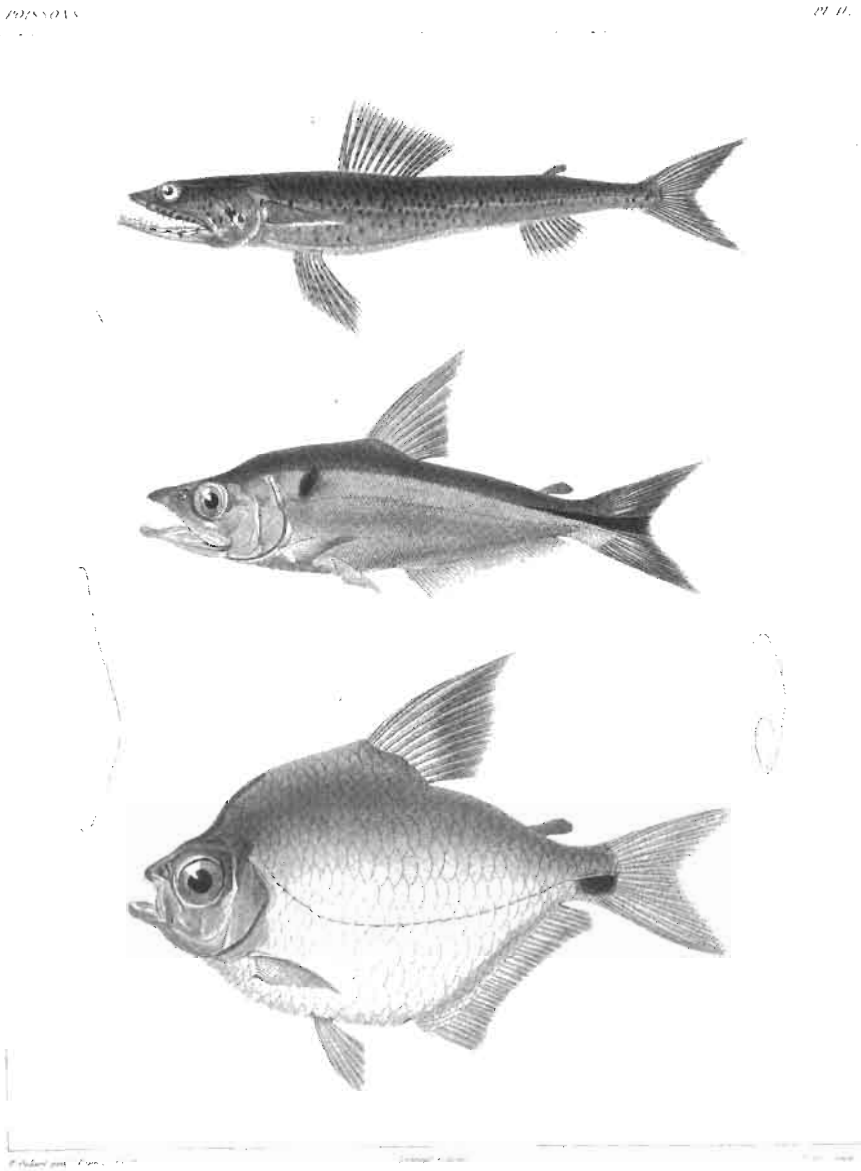
me la enviaría pronto, me decidí a dejarla. Esas noticias habían perturbado mi tranquilidad. La suerte del desdichado comandante de Bahía Blanca estaba continuamente en mi pensamiento y no me sentía seguro. A la noche siguiente llegó un correo, que me trajo una carta del señor Alvarez, en la cual cada letra revelaba los temores que agitaban a los habitantes de Carmen; me confirmaba todo lo que me había mandado decir la víspera, al anunciarme la llegada de los indios. Me ocupé de mi partida con renovada actividad. A mediodía, todos mis fardos estaban cargados en la carreta y la envié a través de los campos, siguiendo el camino de la costa, aunque se alargara cuatro o cinco leguas, pero me pareció más seguro, porque se alejaba de la dirección que debía tomar el enemigo, al venir de Bahía Blanca a Carmen. Una vez que partió la carreta, aguardé los caballos para alcanzarla más tarde. A las cuatro, monté a caballo y me despedí de la bahía de San Blas. Un galope me transportó rápidamente a Laguna Blanca, sitio donde el camino directo de Carmen se separa del de la costa; allí se desataron los bueyes y se los dejó pacer, porque debían después caminar toda la noche. A las seis nos pusimos en marcha en medio de un campo árido y seco, en el cual las huellas de una carreta, apenas marcadas en el suelo, revelaban la ruta que debíamos seguir. Mi fiel perro, Cachirulo, que traje de Corrientes, se alejaba, como de ordinario, a cazar a las inmediaciones: de pronto lo vi correr con todas sus fuerzas y peleando con un zorrino, que, según su costumbre, no se salvó al sentirse perseguido; pero, una vez que estuvo herido, lanzó su líquido defensivo a la cabeza del perro, que, casi ciego, corrió como un loco, por la llanura, aullando y frotándose contra la tierra, arrojando espuma de repugnancia y rabia, como para desembarazarse del olor infecto que lo perseguía. Así estuvo durante más de dos horas, y parecía no poder soportarlo. Desde ese momento, cuando en mis exploraciones encontrábamos zorrinos, nunca quiso acercarse, habiendo recibido una buena lección que no podía olvidar y siguiendo el ejemplo de todos los animales, hasta de los más carniceros, que se alejan del zorrino apenas lo ven.

A las siete u ocho, cansado de seguir la marcha tan lenta de la carreta, tomé la delantera al galope con mi peón y anduve en medio de la campaña hasta las once de la noche; entonces me detuve para aguardar mis fardos. Estaba acostado cerca de un zarzal, entregado a mis reflexiones, en una noche serena y en el silencio más completo, cuando fui sacado de mi ensueño por el ruido lejano de una cabalgata. No esperaba encontrar en ese camino y esa hora viajeros. Me puse en guardia, y los jinetes, tal vez tan sorprendidos como yo, respondieron en español a mí *quién vive*. Al mismo tiempo, el ruido de armas me reveló que no podía tratarse de indios. En efecto, eran dos ingleses

que acababan de visitar la estancia de Punta Rasa, a fin de proveer a la seguridad de los animales, conduciéndolos a Carmen. Conversamos un momento y ellos siguieron su camino, mientras yo esperaba la llegada de la carreta. La dejé seguir, decidido a partir más tarde. El camino no presentaba nada atrayente: la noche se había hecho más sombría, y los zarzales, extendidos en esa llanura estéril, tomaban formas fantásticas; corrí mucho tiempo todavía, sin hallar mis fardos. La luna se había ocultado y una profunda oscuridad reinaba en todas partes. Mi peón había perdido los débiles rastros del camino y no sabíamos de qué lado marchar. Le pregunté dónde estábamos; me respondió que no debíamos estar lejos del Río Negro y que cortando en la dirección de determinada estrella llegaríamos infaliblemente al camino que sigue las orillas del río; en efecto, después de un cuarto de hora de marcha en medio de espinas, llegamos, al mismo tiempo que mis fardos, al punto indicado.

El horizonte se aclaraba al este y anunciaba la aurora; un viento fresco, su precursor, me embotaba. Hice hacer alto, al abrigo de un zarzal; se prendió fuego; y un trozo de carne, arrojado en los carbones, reparó nuestro insomnio de la noche. Estaba a la vista del Río Negro, a cinco leguas debajo de Carmen y bastante cerca del lugar llamado *Estancia del Estado*; apenas el sol se levantó, dejé a la carreta continuar suavemente su ruta y tomé al galope el camino del villorrio. Me detuve en la primera casa que hallé, para saber si había sucedido algo nuevo; me informaron que siempre se temía y que todos estaban con las armas en la mano. A las nueve de la mañana volví a entrar en mi habitación, después de un mes de viaje, sintiéndome algo cansado de una travesía de treinta leguas realizada sin interrupción.


REPTILES.
PL. I.
Emys Orbigny.



1: *Tetragonopterus rufipes*; 2: *Hydrocyon humeralis*; 3. *Saurus meleagrides*.

CAPÍTULO XVIII

Primera visita a los Patagones, seguida de su descripción. Viaje y estadía en la desembocadura del Río Negro. Excursión, remontando el río, a la salina natural de Andrés Paz

Primera visita a los Patagones, seguida de su descripción

1829
El Carmen
Patagonia
18 de febrero

Antes de reiniciar mis tareas habituales, puse en orden, a fin de conservarlas, todas las colecciones que reuní en mi primer viaje. Ese trabajo, así como algunos asuntos de menor importancia, me ocupó hasta el 18 de febrero, día que fijé para ir a visitar a los indios establecidos del otro lado del río. Había tres tolderías o reuniones de distintas tiendas: una de los puelches y patagones, ubicada cerca del caserío; una segunda, poca alejada, donde vivían los aucas o araucanos; y una tercera, mucho más importante, de patagones o tehuelches, bajo las órdenes de un cacique llamado Churlakin; esta última, alejada una legua subiendo el río, no muy lejos de las orillas del mismo. Atravesé el río Negro, desembarqué en la Población, y permanecí un rato, antes de dirigirme a pie hacia los toldos. La primera toldería estaba formada de treinta a cuarenta tiendas divididas en dos grupos; uno, habitado por familias aucas o araucanas; el otro, por familias de puelches y patagones. Cada toldo está construido con estacas plantadas en tierra, más o menos numerosas, de acuerdo al tamaño de la tienda, de cuatro a cinco pies de altura en los costados, y de seis a siete en el medio. Las más rectas son las de adelante, invariablemente colocadas al este, a fin de que se pueda, todas las mañanas, arrojar un poco de agua hacia el sol levante, para conjurar el espíritu maligno o *gualichu* e impedir que haga daño a los pobladores, durante el día, porque esos hombres son de los

más supersticiosos del mundo. Esos toldos están cubiertos de cueros de caballo o de guanaco, cosidos o groseramente unidos entre sí y siendo una garantía muy débil contra la lluvia; siempre están abiertos arriba para dejar libre salida al humo del fuego que se enciende dentro. El aspecto exterior es miserable y se concibe con dificultad que pueda dar albergue a una familia entera. Los cueros más o menos tendidos, de acuerdo al tiempo, se encogen con el sol y no presentan ninguna regularidad; diversamente coloreados y más o menos viejos, tienen un abigarramiento poco agradable. Algunos toldos tienen plantadas adelante las lanzas de cada uno de los guerreros que los habitan; por eso, se reconoce fácilmente la morada del cacique o jefe, primero por su gran tamaño y luego por las lanzas empenachadas, insignias de su poder. La lanza, hecha con una caña de diez y seis a diez y ocho pies de largo, recogida de las montañas de Chile, cerca de Valdivia, es bastante liviana y muy flexible, armada en su extremidad de un hierro forjado por los indios, largo de cerca de un pie, cuya base, en la de los primeros jefes, está envuelta en un cuero siempre pintado de rojo; y uno o dos pies más abajo se despliega un penacho de plumitas de avestruz del mismo color. Los jefes secundarios usan el penacho blanco y la envoltura de la base de hierro está cruzada por una ancha banda negra en medio del rojo; mientras que los simples indios no llevan ni penacho ni colores. Esas lanzas sólo son insignias de poder para los araucanos; porque los puelches, que también usan la lanza, desde sus frecuentes comunicaciones con aquéllos, no han adoptado ninguna de esas distinciones; en cuanto a los patagones, no se sirven de esa arma. El toldo que vi era del cacique *Lucanei*, entonces en comisión. Aunque era tehuelche o patagón, mandaba a indios patagones, puelches y aucas, que desde hacía mucho tiempo eran parásitos de los cristianos y siempre sus aliados, ocupándose poco de las diferencias que separaban a las tribus salvajes vecinas; se habían probablemente alejado de los suyos a causa de algunas disputas particulares, o porque habían hallado una vida más fácil a expensas de los españoles, a quienes prestaban algunos servicios, a cambio de todo lo que podía serles necesario. Unidos a los cristianos por interés, no habían tomado de ellos más que algunos de sus vicios, sin adoptar nunca su religión, ni la civilización. Viviendo con ellos, en nada habían modificado sus costumbres y eran tan salvajes como los nómades; por lo demás, salvo algunas familias siempre fieles a los pobladores, las otras se alejaban a veces con las hordas ambulantes, quedándose con ellas, regresando en mayor número y volviendo a irse después; por eso su número varía mucho. Habitan indistintamente al norte o al sur del río, sea en la Población sea en Carmen, donde se reúnen cuando se habla de ataque de los indios; en este caso se trasladan todos al fuerte con

todas sus pertenencias y se ponen a disposición del comandante. Han combatido valientemente varias veces y han sido a menudo muy útiles a los colonos de Patagones.

Entré en varios toldos, donde todo respiraba miseria. En medio está colocado el fuego que sirve para hacer cocinar la comida y alrededor del cual se hallan algunas ollas de barro fabricadas por ellos; grandes conchillas marinas con volutas, que llaman *kepuec*, les sirven de copa. De una estaca penden las armas ofensivas y defensivas: las boleadoras de dos clases, las de caza y las de guerra; paquetes de *bolas perdidas*. Vi, en algunos, sombreros de cuero, reforzado con placas de cobre, para defensa de las armas ofensivas; monturas colgadas al otro lado; algunos saquitos de cuero contenían sus alhajas, que consistían en alfileres de plata para las mantas, en aros del mismo metal y en muchas chafalonías para las mujeres, y en las escasas telas que no llevan sobre el cuerpo. Encontré, en cada toldo, a los indios acostados sobre algunos cueros tendidos en el piso, o echados, en un rincón, con las piernas dobladas más o menos como los orientales. Las mujeres estaban en la misma postura, dedicadas a sus hijos, o trabajando en algunos vestidos; pero observé en todas partes una suciedad muy grande en los toldos y en sus ocupantes. Estas mujeres, cuyos rasgos no siempre son repelentes, son asquerosas por la suciedad de su ropa. Examiné con la mayor curiosidad todo lo que veía. Todo interesa cuando se intenta descubrir hasta el menor matiz que distingue al hombre salvaje del hombre civilizado; en este caso, todo es interesante; y el objeto que hace volver la vista con disgusto en medio de la civilización, impresiona en el salvaje. Se busca siempre adivinar el uso del menor objeto, antes de formular la primera pregunta. Cuando entraba, acompañado de mi peón, que conocía a todos los indios por su nombre, se le respondía a veces, pero no me prestaban la menor atención, a menos que no fuera por dinero; parecen de lo más indiferentes a todo aquello que no los toca de inmediato. Hice preguntas a muchos de ellos, para comprobar cuáles eran los más versados en lengua española, y siempre me asombró, cuando se dignaban contestarme, la ingenuidad y laconismo de sus respuestas. En un toldo de patagones amigos, hallé una mujer llamada *Lunareja*, que hablaba lo suficiente español como para servirme de intérprete; pertenecía a la nación puelche y estaba casada con un patagón, de manera que conocía igualmente los dos idiomas, lo que me fue de la mayor utilidad. Sabía también el araucano, pero las nociones de esa lengua me podían ser mejor trasmitidas por dos indios de esa nación que desempeñaban la función de intérpretes. Todas esas informaciones me resultaban muy necesarias porque quería formar vocabularios. Me ha llamado la atención muchas veces la facilidad

con que los hombres llamados salvajes aprenden las lenguas americanas: esa mujer conocía a fondo tres idiomas enteramente distintos, además del español, que hablaba algo mal; pero así como les resulta fácil aprender las lenguas aborígenes, les es difícil meterse en la cabeza la de los conquistadores del Nuevo Mundo, lo que proviene, sin duda, de la gran diferencia que existe, en las formas gramaticales, entre las americanas y las derivadas del latín. Es así que he encontrado, sobre todo en la provincia de Moxos, intérpretes que podían expresarse en cuatro o cinco idiomas del país, sin haber logrado nunca colocar bien un verbo castellano, aunque fueran todos los días a la escuela.

La posición de estos indios, amigos de los españoles, es bastante distinta de la de sus vecinos nómades: se les ha hecho indispensable acampar junto a los villorrios, porque se han creado, por costumbre, nuevas necesidades, a las cuales no están, empero, tan apegados como podría creerse; de manera que sirven de intermediarios entre los pobladores de Carmen y las tribus vagabundas a las que pertenecen. Ellos son quienes, según sus disposiciones del momento, traicionan a los suyos, informando a los españoles de los movimientos proyectados y los planes de ataque, o advierten a los demás salvajes del momento más favorable para saquear a sus aliados. Mantienen frecuentes relaciones con las naciones viajeras, y por eso están al corriente de todo lo que se prepara. Los pobladores del Carmen los emplean a menudo como correos, como espías o como parlamentarios; son, además, indispensables como intérpretes. Sus relaciones con las naciones salvajes son más o menos las mismas que con los cristianos; son despreciados por ellas, siéndoles a la vez muy útiles. Por eso se mezclan raramente en sus tolderías, manteniéndose, por el contrario, alejadas, considerándolos como una especie de parias, tanto menos estimados por cuanto se alían por matrimonio con naciones distintas de aquéllas a las que pertenecen por nacimiento, lo que es un crimen a los ojos de los salvajes.

En general, todos estos indios son poco conversadores, y uno se ve, por así decirlo, obligado a arrancarles las palabras. No es una prueba de timidez, sino a veces indiferencia u orgullo, porque ninguno de esos hombres libres deja de creerse por encima de los cristianos, a quienes desprecian. Después de haber visitado, durante algunas horas, todas las tiendas, monté a caballo y me encaminé hacia la toldería de los patagones.

Atravesé terrenos bajos, cubiertos en parte de espesos zarzales, y vi finalmente los toldos; éstos formaban un gran círculo, donde, de acuerdo al número de tiendas, calculé que podía haber cuarenta o cincuenta familias, bajo las órdenes del cacique Churlakin. Los toldos estaban también colocados mirando al este y de la misma manera que aquellos que vi junto a la Población; sólo

que parecía haber mayor unión entre los habitantes, porque sus moradas estaban más juntas. "Voy pues –me decía al acercarme– a encontrarme con esos famosos patagones del caballero Pigafetta, compañero de Magallanes y del comodoro Byron, de esos hombres *tan altos que los europeos no les llegan a la cintura*[1], o bien, de una altura de nueve pies y más[2], de esos colosos de tres varas, que parecen cíclopes[3]; o bien de esos hombres de diez a once pies, que son *feroces*, porque se preparan para el combate al ver varios de los suyos muertos por el cañón de Sébald de Weert"[4].

Al verlos, dudé si eran de la misma nación que aquellos que mencionan los autores que acabo de citar, porque no vi entre ellos gigantes, sino sólo hombres hermosos. Empero, más tarde, cuando en Europa comparé mi vocabulario de los patagones con el que escribió, en 1520, el caballero Pigafetta, sobre la lengua de esos gigantes, me fue fácil convencerme de que eran realmente el mismo pueblo, porque muchas de sus palabras son idénticas[5]; además, cuando pregunté a los patagones por las tribus del sur, estuvieron de acuerdo en decirme que no había otros que ellos en el sur del continente, que conocían bien a los habitantes que podía haber en el puerto Deseado y más al sur, puesto que algunos de ellos hicieron ese viaje, y que todos los años mantenían frecuentes comunicaciones con esos mismos habitantes, lo que me probaron mostrándome, en uno de los toldos, a un joven indio, que me dijeron era de esos pescadores que viven en la Tierra del Fuego y al oeste del estrecho. Lo habían traído de esos parajes el año anterior y una de sus familias lo tenía como esclavo. Y por eso, no tuve la menor duda acerca de su identidad; me quedaba empero por resolver un problema, el de la estatura. En efecto, ¿cómo conciliar el gran número de afirmaciones sobre la estatura gigantesca de esos patagones, cuyo nombre era un problema para los autores, aunque figure en todos los diccionarios españoles como sinónimo de *pie grande*?[6] Sin embargo,

---

1 Son las palabras de Pigafetta (edición del año IX, pág. 26).

2 Véanse las citas del autor de la introducción a la obra de Pernetti, t. I, p. 45, distinta del propio relato de Byron, ed. de 1774 p. 64.

3 Sarmiento, por Argensola, *Histoire de la conquête des Moluques*, par. 3.

4 Sébald de Weert, *Recueil de la Compagnie des Indes*, t. 2, p. 300.

5 Véase la memoria especial sobre los patagones, en la parte zoológica, al comienzo de las observaciones sobre el hombre considerado desde el punto de vista físico, artículo Patagón, donde he tratado a fondo todas las cuestiones que tienen relación con esos pretendidos gigantes.

6 *Pie grande* se dice en español *patagón o patón*, aumentativo de *pata* y de *pie*. Véanse todos los diccionarios.

fui el primero en observarlo. ¿Cómo refutar a veinte viajeros, entre los cuales figura Pigafetta? Confieso que el problema es delicado; sin embargo, mis patagones y los de Magallanes son los mismos, y los míos no son gigantes. Hay que creer, pues, que ha habido un error manifiesto. Los habitantes de las regiones australes de la Patagonia pueden ser algo más altos de los que yo he visto; pero no es posible creer que esa estatura sea la de esos colosos, de esos cíclopes, que lanzaban rocas enteras, que nos reproducen, desde la antigüedad, los cuentos árabes *(Las mil y una noches)*, en los viajes de *Simbad el marino*[7], monstruos terribles, que no son más que los hombres descritos por Cavendish[8]. Me es imposible creer que la talla de los patagones haya degenerado, pero en la época en que se escribieron los primeros relatos no se veía con ojos ordinarios; todo relato que no contenía algo de extraordinario carecía de interés; y, sin duda, tales ideas condujeron a los viajeros a amplificar algo la verdad, porque después de muchas investigaciones he podido comprobar que todos los navegantes que dan a los patagones una estatura mayor que la común, tales como Pigafetta, Sarmiento, Cavendish, Olivier de Noort, Spilberg, Sébald de Weert, Byron, etc., no establecieron ninguna medida especial; mientras que todos los que dan datos precisos, tales como Duclos Guyot, Bougainville y Wallis hablan de gran estatura, por cierto, pero en estas apreciaciones no toman en cuenta a menudo la diferencia de las medidas locales. Así Wallis, hablando de la estatura de los patagones más grandes, les da seis pies cinco a siete pulgadas inglesas; mientras que la estatura de la mayoría era de cinco pies diez pulgadas. Debe reducirse esa medida a seis pies para el más grande; para los otros, cinco pies diez pulgadas; y la estatura media, a cinco pies cinco pulgadas (medidas francesas), lo que, pues, no parece ser tan extraordinario como podría creerse al principio, porque hallamos la misma estatura entre nosotros. Uno de los motivos que ha podido también contribuir a hacer aparecer a los patagones más grandes de lo que son realmente, es el ancho de sus espaldas, así como la manera de vestirse, de la cabeza a los pies, con su manto de pieles de animales salvajes, cosidas entre sí. Por otra parte, qué podemos decir cuando se ve a los autores, que quieren demostrar la alta estatura de los patagones, citar como prueba[9] las fábulas de los gigantes sodomitas, descritos por Garcilaso de la Vega

7 *Mil y una noches*; ed. in-18 (1824), t. II, p. 179.

8 Véanse los viajes de Cavendish, escritos por Krivet, colección de Purchas, t. IV, lib. VI, cap. 7, bien diferentes del relato hecho por el secretario del navegante inglés, colección de Harckluyt, t. III, p. 842, que es, sin duda, más verídico.

9 Introducción general al viaje de Byron, trad. franc., t. I, p. 56.

en la *Historia de los Incas*[10], cuyos esqueletos se hallan, todavía, así como aquellos que Turner[11] mostró en Inglaterra, en 1610, los cuales no son más que esqueletos de mastodontes, animales de la familia de los elefantes[12], y cuya raza se ha perdido.

En cuanto a mí, después de haber visto siete meses seguidos muchos patagones de diversas tribus y haber medido a numerosos individuos, puedo afirmar que el mayor de todos no tenía más que cinco pies once pulgadas métricas francesas, mientras que su estatura media no era superior a cinco pies cuatro pulgadas, lo que es, sin disputa, una buena estatura, pero no mayor que la de los habitantes de algunos de nuestros departamentos. Empero, observé que pocos hombres medían menos de cinco pies dos pulgadas. Las mujeres son casi tan altas y sobre todo igualmente fuertes. Lo que diferencia particularmente a los patagones de los otros indígenas y los europeos, son los hombros anchos y erguidos, un cuerpo robusto, miembros bien llenos, formas macizas y todo el físico hercúleo. Su cabeza es grande, algo aplastada atrás; su rostro es ancho y cuadrado, como el de los noruegos, con pómulos poco salientes; sus ojos son horizontales y pequeños y no inclinados, como los de los botocudos del Brasil, por ejemplo; su perfil tiene la peculiaridad, por ser americanos, de que su frente y sus cejas son muy salientes, así como los gruesos labios que rodean su gran boca; pero, si se tira una línea perpendicular desde la frente hasta los labios, la nariz apenas sobresale; ésta es chata y con las fosas abiertas. El conjunto de los rasgos presenta una cara informe y desmesuradamente ancha; sin embargo, algunos de sus rostros no son desagradables; por el contrario, hasta en las mujeres jóvenes se descubre una expresión espiritual que revela vivacidad, dulzura y las hace a veces aceptables. Mientras son jóvenes, las mujeres son más bien lindas que feas; todas tienen la mano y el pie pequeños. Puedo decir, en general, que son las mejores constituidas de los salvajes que he visto. Si su boca es demasiado grande, si los labios son algo gruesos, esos defectos desaparecen ante el aspecto de sus dientes, que, a cualquier edad, hasta en la mayor vejez, no caen nunca; se desgastan para la masticación, pero están siempre bien alineados, de una igualdad perfecta y, sobre todo, de una blancura extraordinaria. Me he preguntado a menudo por qué esa nación y sus vecinos gozan de la prerrogativa de conservar una dentadura tan hermosa y tan

10 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, p. 314,

11 Introducción general al viaje de Byron, Wallis, trad. franc., t. I, p. 56.

12 Es principalmente el *Mastodon angustidens*, Cuv., que es Característico de la América meridional.

durable, mientras que los habitantes de las ciudades vecinas, de Buenos Aires por ejemplo, los conservan todavía menos que en Francia. ¿Será una cualidad de esa nación o el resultado de una mejor salud, de una alimentación más sana y menos complicada? Me inclino por la segunda hipótesis, porque he observado que cuanto más el hombre se acerca al estado natural, goza durante mayor tiempo de sus facultades físicas; por eso el indio que conserva sus dientes, conserva también su cabellera, su vigor con sus facultades morales, hasta en la vejez más avanzada. Nunca he visto una cabeza calva en esas tribus salvajes, y diré también que raramente los cabellos encanecen, mientras que, sin excepción alguna, todos los hombres de raza blanca pierden sus cabellos o encanecen temprano. Puede apoyarse en esta observación el hecho de que el gran ejercicio del pensamiento, las inquietudes y los disgustos influyen fuertemente en el cambio del color de los cabellos. El indio, que poco piensa en el mañana, que tanta indiferencia muestra por el presente, y cuyos recuerdos muy raramente son penosos, no encanece.

Es cierto que si se comparan los patagones con los aucas o araucanos de Chile y a los puelches, sus vecinos, podrían ser considerados hombres extraordinarios; pero si se procede gradualmente, yendo del sur al norte, se hallarán todas las etapas intermedias; los puelches, que más se acercan a ellos, son también grandes y robustos; la forma de sus rasgos es la misma. También su rostro es algo cuadrado; sus pómulos más salientes; sus ojos horizontales. Sí de ellos pasamos más al norte, se verá, de un lado, el paso a los rasgos de los peruanos por los araucanos, y a los guaraníes por las naciones de las llanuras del gran Chaco, los charrúas, los bocobis y los tobas. Los guaraníes tienen ya los ojos ligeramente rasgados, y esta característica llega al más alto grado en los botocudos del Brasil, que se parecen a los chinos[13]. No llevaré más allá esas comparaciones, que me conducirían muy lejos de mi tema; basta decir que yendo de las naciones del sur a las del norte, en América meridional, se pasa gradualmente de un género de rostro y forma a otro; pero si se acercan los extremos, se halla tal diferencia que uno se siente tentado a creerse lejos de la región habitada por la nación americana considerada como tipo.

El color de los patagones es mucho más pronunciado que el de los guaraníes y los tobas: son tan morenos que su piel no puede ser comparada al cobre, como se ha hecho hasta ahora, sino al color negruzco; es, en una palabra, más bien el color de los mulatos que el que les es atribuido. Ese hecho está en

13 Véanse las discusiones a este respecto en la parte que trata del hombre considerado en sus aspectos físicos. (V. *El hombre americano*. Ed. Futuro. 1944).

contradicción con la opinión de algunos autores, que pretenden que la intensidad de color está en razón directa de la proximidad a la línea ecuatorial[14]. Mis observaciones me han demostrado que, para los americanos, es más intenso en los que viven en las llanuras y montañas secas y áridas, aunque alejadas del ecuador, que en los de las regiones muy cálidas, cuando viven en medio de los bosques. Hallé una excepción que me pareció extraordinaria: era una india completamente blanca que vi en su toldo; tenía un color europeo del todo, los ojos azules y los cabellos rojo-oscuro pronunciado; sus facciones, empero, en nada se diferenciaban de los de su nación. Entonces, creí que podía tratarse de una especie de albinismo, como he visto, más tarde, dos ejemplos en las naciones de la República de Bolivia; sin embargo, no osaría afirmar que esa mujer no fuera hija de padre blanco, a pesar de habérseme asegurado lo contrario. Cuando quise informarme, vi a su padre tan oscuro de piel como sus compatriotas, pero su madre era casi blanca, lo que me explicó mejor el hecho, porque esa india no podía descender de esa desafortunada colonia española, que Sarmiento[15] hizo fundar en 1582, en el puerto del Hambre, en la península de Brunswick, y cuyos integrantes murieron de hambre o quedaron entre los indios; porque esa parte del estrecho era habitada por los fueguinos y no por los patagones.

Recorriendo sucesivamente los toldos de los patagones, observé sus costumbres, sus armas y los escasos utensilios de que se sirven. Los hombres llevan atado a la cintura un pedazo de cuero, uno de cuyos extremos, en punta, pasa por entre las piernas y se fija atrás; con eso, portan un gran manto cuadrado (*manuhé*), de ocho pies de largo y otro tanto casi de ancho, con el cual se cubren a la antigua, dejando arrastrar un extremo por tierra: ese manto está formado de diversas pieles de animales artísticamente cosidas entre sí con tendones de avestruces que sirven de hilo; los animales que se emplean más especialmente para este uso son los guanacos, de los que toman la piel de abajo del cuello y de las piernas, por tener la lana más suave; ellos dan una piel de color rojizo claro, con manchas blancas. Los zorros y los zorrinos les proporcionan también mantos más ricos, pero menos calientes. Siempre cuidan, cuando hace frío, de poner la piel del revés, lo que les obliga a adornar ese lado con dibujos en rojo, bastante regulares, muy parecidos a los griegos; esta parte de la vestimenta también es empleada como cobertor cuando se acuestan. Los patagones

14 Pauw, *Sur les Américains*, t. I, p. 227.

15 Argensola, *Histoire de la conquête des Moluques*, lib. III; Debrosses, *Histoire des navi. aux terres australes*, t. I. p. 222.

llevan a veces botas de potro, semejantes a las de los gauchos; es una costumbre que les viene de los españoles, porque antes de la llegada de los caballos se servían de la piel de los guanacos, con la cual hacían una especie de sandalias. Sus cabellos son negros y largos; los atan casi siempre sobre la cabeza con un cordón de cuero o una cinta de lana. Es muy raro que el rostro permanezca en su color natural; por lo general lo pintan de rojo, negro o blanco, siguiendo ciertas reglas para la aplicación de ese disfraz de nuevo género. El rojo ocupa, casi siempre, el espacio comprendido entre los ojos y la boca, salvo un espacio de una pulgada debajo del párpado inferior, pintado de negro; el blanco forma una mancha arriba de cada ojo. Las mujeres usan los mismos colores, a excepción del blanco, que me parece reservado para los usos de guerra. Nunca se ve a un patagón sin sus saquitos de cuero, que contienen los colores que le sirvan para adornarse[16]. Las mujeres tienen la misma vestimenta: llevan, desde la cintura a las rodillas, una pieza de cuero que las cubre sólo por delante; luego otra pieza semejante con lo que se cubren el cuerpo, desde abajo de los brazos hasta las rodillas. Encima de todo (es su vestido cuando salen), se ponen un manto que se parece al de los hombres y que les cubre las espaldas. En Carmen, algunos comenzaban a usar el vestido de los aucas, cubriéndose de telas y adornos. Por lo demás, sus cabellos a veces flotan a cada lado, sobre los hombros, separados únicamente por una raya al medio; otras veces, al contrario, se unen en dos colas que caen también sobre los hombros, y a las cuales se suspenden una cantidad de adornos, chucherías y placas de cobre. Todas llevan aros de plata, de tres pulgadas de ancho, con placas cuadradas de ese mismo metal, casi del mismo tamaño e iguales a los de los aucas.

Una costumbre de los patagones que me llamó la atención es la de depilarse con cuidado la barba; por eso se ve a los hombres continuamente provistos de una pincita de plata, con la cual, mientras conversan, se arrancan los pelos que crecen[17]. He hallado también esta costumbre en los tobas[18] y la volví a encontrar en las naciones de Bolivia, cuando las visité; existe así, en la vida privada y en las religiones de los americanos, muchas prácticas que les son

16 Narborough y Wood, en 1670 (*Histoire des navigations aux terres australes*, t. II, p. 22), hablan de esos mismos saquitos, que vieron en las manos de los patagones del puerto San Julián. Traje a Francia los de los tehuelches de Río. Negro.

17 Es, sin duda, la costumbre de depilarse, difundida entre los americanos, que ha hecho creer a muchos viajeros que esos pueblos eran imberbes; hecho erróneo, del que Pauw, en su obra sobre los americanos, ha sacado deducciones tan falsas (t. I, p. 45 y sig.) que es inútil refutar.

18 Véase capítulo X.

comunes, aunque estén muy alejados unos de otros, y que sus idiomas no tengan más relación entre sí que sus facciones semejanza.

En una de las tiendas vi a una india poner algunas raicillas en una olla para hacer la comida: ella parecía lamentarse de su miseria ante mi peón, mostrando ese alimento y haciéndole comprender que preferiría mucho mejor un pedazo de carne de vaca, que él tenía en su montura; le dije a mi peón que se lo diera. Mostró entonces una alegría extrema; arrancó, de inmediato, los trozos de grasa y se los comió crudos, dándoles pedazos a su hijo, que los gustó como ella. Supe, más tarde, que la grasa y el sebo más rancio son para todos los patagones manjares deliciosos; que a menudo comen la carne cruda, aunque la prefieren cocida; pero esos mismos indios, que ingieren tantos alimentos en una sola comida, lo que hace pensar que su estómago sea lo bastante dilatado como para contenerlos, esos mismos indios, repito, cuando carecen de alimento, soportan la privación con el mayor coraje, y prescinden de él, sin parecer sufrir. Permanecen muchos días sin comer, esperando que la caza, o cualquier otra circunstancia, les dé los medios de satisfacer su apetito.

Mientras estaba junto a un toldo, vi venir a seis jóvenes indios de unos veinte años; se detuvieron en un lugar desprovisto de zarzales, y donde la tierra estaba pisada. Allí se quitaron los vestidos, conservando solamente el pequeño trozo de cuero que se ata a la cintura, trazaron un gran círculo en el piso, entraron en él y comenzaron ese famoso juego, que los aucas llaman *pilma*. Me interesó y me ubiqué entre los espectadores, no sin llamarme la atención esa originalidad. Los jugadores se ubicaron en dos filas, frente a frente unos de otros; un campeón de cada una de ellas estaba provisto de una pelota de cuero llena de aire; uno la sostenía del lado izquierdo y el otro del lado derecho, y pronto comenzaron a arrojarse la pelota, no delante de ellos, como se hace por lo común, sino atrás del cuerpo, de manera que, para que regrese por delante libremente, debían inmediatamente levantar la pierna izquierda. Recibían la pelota con la mano y la volvían a lanzar al adversario, que debían alcanzar en el cuerpo, si no quería perder un punto, lo que obligaba al que estaba enfrente a hacer mil contorsiones, agachándose o saltando, a fin de que la pelota no lo tocara y saliera del círculo, lo que hacía perder dos puntos al primer jugador, obligado entonces a salir para ir a buscarla. Si, por el contrario, el segundo era tocado, debía apoderarse de la pelota y enviarla al primer jugador, que debía golpear también, bajo pena de perder un punto; luego correspondía al del lado opuesto hacer lo mismo. Se comprende hasta qué punto esa combinación debe producir los movimientos más extravagantes, tanto en aquellos que arrojan la pelota bajo la pierna, como en quienes tratan de replegarse como serpientes,

para evitarla, lo que les hace tomar las posturas más grotescas, en medio de grandes carcajadas del bando opuesto. Los indios demuestran en el juego de pilma la ruidosa alegría de nuestros niños de escuela: nada más gracioso, pues, que ver, desde algo lejos, las contorsiones de los jugadores, dando sus brincos y agitando brazos y piernas. Se tomaría realmente ese ejercicio por un baile. Ha sido inventado, sin duda, para entrar en calor, durante el invierno, en medio de las regiones heladas que habitan algunas de sus tribus; pero, en el mes de febrero, en pleno día, con un calor excesivo, no concebía cómo esos atletas podían resistir. La pelota es, como se ve, un juego común a todos los países. Volví a encontrarlo, más tarde, con el nombre de *guatoroch*, en la provincia de Chiquitos (Bolivia), donde la mitad de los habitantes de un pueblo se pone contra la otra, y donde ese juego se ha convertido en una justa muy complicada, teniendo sus jueces, sus fanfarrias y todo lo que puede darle pompa.

Un intérprete que llevé conmigo me previno que, la misma tarde, debía haber entre los indios una gran ceremonia, un exorcismo solemne del *Achekenat-kanet* de los patagones, el *gualichu* de los puelches y el *quecubu* de los araucanos, reverenciados por todas las naciones de esa región austral; y sucesivamente genio del mal o genio del bien. Así, cuando experimentan alguna indisposición, entra en el cuerpo del enfermo... Cuando pierden algo, es la causa de la pérdida... Pero si, al revés, les sucede algún acontecimiento feliz, es a él que tienen que agradecérselo. Sin embargo, el mal puede más que el bien, lo que hace que lo teman más de lo que lo aman y todos sus conjuros tienden a impedir que ese genio del mal no contraríe sus deseos; por eso no salen por la mañana de sus tiendas antes de arrojar algo de agua al aire para que la jornada sea feliz, y realizan ceremonias por la menor cosa. Esa tarde debían ocuparse de un doble problema. Se quería saber si los indios de Pincheira atacarían Carmen, o si alguna otra invasión los amenazaba; y querían también preguntar al dios si las aguas del río crecerían tanto como ese año y si habría cosechas. Este último problema les interesaba menos inmediatamente que el primero, porque las tribus indias siempre están en guerra entre sí; pero habían tomado ese pretexto para pedir a los habitantes algo para hacer las libaciones indispensables, a fin de que el oráculo les fuera favorable; y habían, con ese motivo, reunido gran cantidad de aguardiente y víveres. Tenía mucha curiosidad de presenciar la ceremonia, pero mi criado me hizo observar que debía embozarme en mi poncho, para no ser tan notado por los indios, poco inclinados a ver a los extranjeros asistir a esas reuniones. Persistí en mi proyecto, tomando todas las precauciones previas; en efecto, por la tarde, todos los habitantes de esa toldería estaban reunidos, los hombres y mujeres adornados

con lo mejor que tenían y sobre todo el rostro muy pintado de diversos colores. Los jóvenes y los hombres solteros se pusieron fuera: los hombres se sentaron en círculo, mirando al lado del este; las mujeres se colocaron alrededor de ellos; entonces una vieja india, que era, simultáneamente, por lo que supe, intérprete de los dioses y médico (*kilmalanchel*), se puso delante del círculo, mirando del mismo lado, dando la espalda a los asistentes, teniendo ante ella su toldo, donde había varias calabazas, con otros objetos de conjuro. Comenzó haciendo muchos gestos; luego, después de un momento de reflexión, cambió la voz, la hizo penetrante y habló a Achekenat-kanet con vehemencia, marcando cada frase y cambiando de entonación, sobre todo al final de cada conjuro. Habló así cerca de una hora y media, siempre con facilidad, sin detenerse un solo instante; luego, se detuvo de golpe y se concentró. Se aguardaba con silencio y todos los ojos estaban puestos en ella; pero, después de una larga pausa, esa pitonisa de nuevo género se volteó, informando a la asamblea que el dios no respondería hasta la mañana siguiente, después de lo cual todos los indios se levantaron.

Pregunté al intérprete que tenía conmigo qué había podido, durante tan largo tiempo, decir esa hechicera: por suerte para mí, ese indio pertenecía a la nación puelche, porque es probable que, de no ser así, no habría respondido a mi pregunta. Me dijo que esa mujer había relatado sucesivamente las desdichas sucedidas a su tribu, las pérdidas que debió soportar a causa de las enfermedades y de las guerras, y, después de enunciar cada desgracia, había pedido que no se renovara. Una vez concluida esa larga enumeración, había llegado al presente y entonces enunció todos los males que debían temer sus hermanos (los de su nación), si los enemigos los sorprendían; terminando por conjurar al genio del mal de responder bien a su plegaria, a fin de que pueda avisar a los suyos a tiempo para que se salven del peligro. Esa pobre mujer estaba completamente empapada en sudor cuando terminó de hablar; entonces fue al encuentro del cacique Churlakin, que se había acercado a un barril lleno de aguardiente, mezclada con agua,[19] y le pidió. El jefe vertió aguardiente en una conchilla, pero, antes de servirla, tomó un poco con los dedos y los elevó arriba de la cabeza, sacudiéndolos para conjurar al espíritu del mal de no hacer daño. Esa ceremonia es usada sobre todo entre los aucas e introducida hace poco tiempo entre los patagones, que comenzaron a conocer los licores fuertes mucho tiempo después que otras naciones. Observé que algunos de ellos no

19 Los pobladores, cuando dan o venden aguardiente a los indios, siempre ponen una mitad de agua.

bebían y hasta hacían gestos de repugnancia, al ver beber; sin embargo, la mayoría se entregó a tan frecuentes libaciones que se vieron obligados a regresar a los toldos, y yo mismo creí más prudente abandonar el lugar, recordando que los indios, cuando están ebrios, se entregan a veces a actos de furor. Puedo decir, empero, al pasar, que entre esa muchedumbre de indios de las regiones australes que vi en un estado más o menos completo de ebriedad, no oí nunca ninguna amenaza... al contrario. Se limitan, entonces, a cantar con monotonía, sin mostrar cólera; muy distintos en eso de los habitantes de otras partes del mundo, que en la ebriedad son propensos a las disputas y a veces a los crímenes.

Al regresar, encontré a los puelches y aucas de las primeras tolderías en medio de juegos y fiestas; también habían hecho hablar al oráculo, que, como lo he dicho más arriba, es, bajo otros nombres, el mismo Achekenat-kanet. Asistí entonces a una danza ejecutada por los aucas; formaron una línea de lanzas plantadas en tierra, y los hombres de un lado, las mujeres del otro, comenzaron a saltar de una manera bastante acompasada cantando y bailando al ruido sordo y monótono de una flauta de caña de cinco agujeros, de la que sacaban algunos sonidos nasales. Obtenían así una especie de armonía grosera por medio del frotamiento de un gran hueso de pájaro sobre un arco, al cual en vez de cuerdas se le atan crines de caballo; o bien soplando con una calabaza. Esa danza es con mucha frecuencia interrumpida por libaciones, que obligan a los bailarines a acostarse. Parece que pasaron toda la noche bailando y bebiendo, porque al día siguiente, cuando regresé temprano para oír la respuesta del oráculo, los encontré aún en el mismo estado.

Me fui de inmediato hasta los toldos de los patagones, para ser testigo del final de la ceremonia de la víspera. En efecto, llegué a tiempo: los indios estaban todos en círculo y la vieja india había cambiado de papel; no hizo más preguntas, se concentró durante algún tiempo y parecía abatida; luego, levantó los ojos al cielo; su rostro se descompuso poco a poco, sus miembros se retorcieron, toda su persona parecía presa de la mayor exaltación; se la hubiera creído en un ataque de epilepsia. Pronto sus contorsiones cesaron: parecía poseída de un espíritu sobrenatural, volviendo, por grados, a su rostro común; luego, después de un nuevo recogimiento de algunos minutos, salieron de su boca sonidos aflautados, casi desarticulados, que provenían del oráculo. Era favorable al deseo de los asistentes; por eso todos se retiraron satisfechos para continuar las libaciones. La pitonisa se encerró en su tienda, donde la siguieron varios indios, interesados, sin duda, en consultar al oráculo sobre muchas cosas que les concernían directamente. Pude observar que, entre los patagones,

los sacerdotes no reciben tanta paga, para hacer sus ceremonias, como los *marabus* y los *chamaas* entre los maures y los mongoles, porque son de una pobreza extrema en sus vestidos. Es cierto que, a pesar de su superstición, los patacones no son, como los pueblos de Asia y África, esclavos de sus creencias religiosas.

Los patagones tienen más o menos la misma religión que los puelches y los aucas; son de lo más supersticiosos. Como ya lo he dicho, tienen una divinidad que castiga y recompensa al mismo tiempo: creen, además, en otra vida, donde gustarán de la suprema felicidad; pero si, como ha escrito Falconer[20], esa suprema felicidad consiste en estar siempre ebrios, podría suponerse que conocían licores fuertes antes de la llegada de los españoles, lo que no ha sido empero demostrado, porque no he visto que posean ninguna fruta, ninguna raíz que pueda servir para una fermentación vinosa; y además la aversión de los patagones del estrecho a toda bebida espirituosa probaría la falsedad de aquel hecho[21]. Más bien, como lo he oído decir a todos los indios que he preguntado sobre este punto, van a otra tierra, donde encuentran todo lo que poseían en ésta. De ahí proviene la costumbre de matar sobre la tumba de un muerto a todos los animales que le han pertenecido al difunto, y de enterrar, con él, todo lo que fue de su uso, como diré más adelante; creen que así aparecerán dignamente en esa tierra donde tendrán de todo en profusión. Esa creencia en otra vida es, por así decirlo, general en los americanos; y aunque don Félix de Azara quiera, por lo común, combatirla con su argumento habitual de *que tal nación no tiene religión*, se le podría preguntar por qué los indios que describe entierran, con sus muertos, provisiones y armas, si no es para que los acompañen en la otra vida. Es, por lo demás, un gran consuelo para el hombre, al abandonar a sus parientes y amigos, tener esperanza de volver a hallarlos en otra existencia, que parece tan lógica entre el salvaje patagón, como entre los pueblos más civilizados.

Parecería que la nación patagona, así como las otras naciones del sur, se diferencian, por sus creencias, de las que Falconer observó[22]. Los patagones no tienen dos divinidades, porque es completamente seguro que es el mismo ser superior que hace el bien y el mal al mismo tiempo; he tenido miles de pruebas durante mi larga estadía entre las naciones australes. Además, creen que ese

---

20 Véase Falconer, *Description des terres magellaniques*, traducción francesa de Lausanne, 1787, t. II, cap. XXVII, p. 75.

21 Los viajeros son unánimes a ese respecto. Véase Bougainville, Byron, etc.

22 Op. cit., t. II, p. 74.

dios, cuando es genio del bien, les ha creado bajo tierra y les ha dado sus armas; también es él que ha formado toda la naturaleza animada. Sus adivinos explican de una manera curiosa la aparición, después de tantos siglos de esa creencia, del caballo y las vacas, que no conocían. Suponen que, después de la creación del hombre, los animales surgieron de las mismas cavernas, pero que cuando el toro quiso salir asustó a tal punto a los hombres con sus cuernos, que cerraron precipitadamente la entrada con enormes piedras[23]. Sólo los españoles las dejaron abiertas, al llegar a América; por eso tales animales llegaron tan tarde a estas tierras. Esa aparición ha perpetuado la creencia de que la creación continuará produciendo seres nuevos.

La superstición es llevada al colmo entre las naciones australes, desde los araucanos, puelches y patagones, hasta los habitantes de Tierra del Fuego[24]; son muy ciertamente los pueblos más crédulos de toda América y los que, en ese aspecto, más se asemejan. Todos, además del dios bueno y malo a la vez, creen en una multitud de seres malignos que temen mucho; y como, entre ellos, los adivinos son considerados seres familiares con estos últimos, se busca su amistad, y se les encargan conjuros para arrojarlos del cuerpo del enfermo, porque, en todos los casos, la enfermedad no proviene más que de un ser maligno que toma posesión del cuerpo; de ahí que el arte del adivino, convertido por esa razón en médico, consiste en alejarlo para siempre. Fui testigo un día de esa ceremonia. El enfermo tenía alta fiebre, por haber cometido la imprudencia de arrojarse cubierto de sudor en el agua del río, que es de lo más fría; estaba tendido en su toldo. La vieja adivina india que lo curaba le hizo poner boca abajo, y se puso a chuparle la nuca; luego, haciendo muchas contorsiones, le dio fuertes golpes bajo el mentón y sobre el pecho, llamando, con cantos, al genio del mal, pidiéndole de que se fuera. Luego, chupó sucesivamente las espaldas y otras partes del cuerpo, continuando la misma operación; volteó al enfermo y siguió succionándole el ombligo, los brazos, los ojos, la boca y la nariz; pero insistió más en esta última parte y manifestó mayor esperanza de obtener lo que deseaba. De pronto hizo muecas terribles y pareció sufrir ella misma; después de haber reiniciado tres veces la operación, se golpeó con fuerza y gritó que tenía la enfermedad y que iba a mostrarla. En efecto, después de otras muchas monerías, hizo como que extraía de la boca del paciente un gran insecto del género cerámbico, que mostró a los asistentes como emblema del

23 Falconer, t. II, p. 76.

24 Boungainville, *Voyage*, pág. 159. Utilizo la traducción del nombre español *Tierra del Fuego* y no Tierra de Fuego.

demonio que poseía su cuerpo; por lo general, la hechicera anuncia entonces que el mal no volverá más y que ha hecho desaparecer al animal cualquiera que supone haber sacado del cuerpo del indio; o bien canta de nuevo, le coloca el insecto en la boca, en los ojos, en la nariz; y después de haber cambiado la naturaleza del espíritu maligno y de convertirlo en beneficio, lo hace entrar en el cuerpo sufriente. Como la exaltación de la imaginación influye por lo menos tanto en las personas enfermas como los remedios, una vez que se creen libres del mal y no están inquietas por el porvenir, están medio curadas.

A pesar de tener tanto poder, los adivinos no dejan de tener temores, porque sucede a veces, aunque raramente, que los indios, en sus supersticiones, si no sanan fácilmente, o si los suyos perecen, acusan a los adivinos, que, entonces, pagan con la vida su impostura, sacrificados por los parientes; pero tales escenas no se renuevan tan a menudo como podría parecer, a causa de la creencia de que el adivino, después de su muerte, se convierte en uno de esos demonios malignos. Esos adivinos son de los dos sexos, pero resulta difícil saber a cuál pertenecen, porque entre los araucanos los hombres visten siempre ropa de mujeres[25]. Son muy distintos de los cofrades del *Botuto*, o trompeta sagrada, de las orillas del Orinoco, que sólo los hombres pueden ver, siendo condenadas a muerte las mujeres curiosas que quieren verlo y manteniendo un celibato riguroso quien lo guarda[26]. Esos empleos son dados en las pampas a quienes muestran, desde la infancia, disposiciones convenientes. Los indios epilépticos son elegidos por derecho, porque se pretende que poseen el espíritu maligno; y son instruidos por los viejos adivinos. Sus atribuciones consisten en comunicarse con los seres sobrenaturales, predecir el porvenir y presidir todas las ceremonias.

Aparte de los adivinos hay, como en todos los pueblos ignorantes, una cantidad de supersticiones; explican todo lo que experimentan por sortilegios, por la influencia de seres malignos. Así, un indio de viaje atribuye su fatiga, cuando se siente cansado, al espíritu maligno, y si no tiene adivino a su alcance, se hace heridas en las rodillas, espaldas y brazos, para hacer salir el mal con la sangre; por eso muchos indios, sobre todo los aucas, tienen siempre los brazos cubiertos de cicatrices. Esta costumbre, aplicada de manera diversa, es casi general en América, puesto que la he hallado incluso al pie de los Andes, en Bolivia, entre las naciones chiriguana y yuracaré. Es raro que un patagón se

25 Es, sin duda, esa costumbre que hace decir a Gautier (*Nouv. Ann. des voyages*, t. XIII, p. 232), observador bastante superficial, que hay una tribu patagona hermafrodita.

26 Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales*, t. VII, p. 337.

corte los cabellos; pero, si lo hace, tiene el mayor cuidado en arrojarlos al río o quemarlos, creyendo que algunas hechiceras pueden, con su cabellera, hacerlos morir en poco tiempo, al sacarles sangre por todos los poros. Si viajan, y que pasando junto a un río, ven algunos gruesos troncos de madera llevados por las aguas, los toman por divinidades malignas, se detienen para conjurarlas y les hablan en voz alta; si el azar hace que esos troncos, transportados en un remolino del río, parecen conducidos con menor rapidez, y se vuelven hacia ellos, los indios creen que se detienen para escucharlos. Entonces prometen muchas cosas para que las divinidades les sean favorables, y cumplen escrupulosamente sus promesas. Sus armas y objetos más preciosos son, por ese motivo, arrojados al agua y hasta, en las grandes ocasiones, arrojan los caballos atados entre sí por las patas, creyendo estar así al abrigo de los acontecimientos. Son, por lo demás, los únicos sacrificios que hacen, no teniendo ninguna imagen, ningún ídolo y hasta riéndose de nuestra credulidad, al vernos adorar de rodillas figuras a menudo mal hechas. Sólo aprecian las procesiones religiosas; y es únicamente por ese gran despliegue de bailes y ceremonias que los primeros jesuitas han llegado a convertir al cristianismo a los indios de los bosques de América Central.

Falconer vincula las ideas religiosas de los indios del sur con un hecho que me parece completamente distinto: indica solamente que las estrellas son viejos indios y que la vía láctea es el camino para la caza[27]; pero los datos que he recogido a este respecto me han hecho descubrir un sistema astronómico y no una simple creencia religiosa. Es muy sencillo que pueblos errantes y vagabundos, que recorren llanuras inmensas sin accidentes, tengan necesidad, en sus grandes viajes, de guiarse durante el día por el sol y durante la noche por las estrellas o las constelaciones; de ahí que deban conocer perfectamente la dirección de cada una de ellas, así como sus horas de aparición; pero, para transmitir verbalmente esos datos, deben dar nombres a todos los puntos que les impresionan. Su genio, pues (puesto que lo tienen, a pesar del señor Paux[28]), les hace dar, como lo hicieron los griegos, nombres a cada grupo; y se puede decir que la parte del cielo que conocen ha sido transformada en un solo cuadro, que representa la cacería del indio. Así, la Vía Láctea no es, para ellos, el camino recorrido por la cabra Amaltea, sino el del viejo indio cazando el avestruz. Los tres reyes son las boleadoras *(tapolec)* que arroja a esa ave *(ilhui)* cuyas

27 Falconer, *Terres magellaniques*, t. II, p. 76.

28 "El americano siempre es niño, ni virtuoso, ni malo; su dicha consiste en no pensar" (Paux, *Recherches sur les Américains*, t. I, p. 159).

patas son la Cruz del Sur; mientras que las manchas australes que acompañan a la Vía Láctea, no son, a sus ojos, más que un conjunto de plumas, formado por el cazador. Cuando los indios hablan de seguir una dirección, sea del norte al sur, sea del este al oeste, designan las constelaciones. Es comprensible cuán importantes son para recoger esos datos de un pueblo considerado completamente salvaje. Con ese propósito, habría que identificarse con su idioma, a fin de comprender los detalles, porque, a pesar de todos mis esfuerzos, sólo he podido recoger, de su sistema astronómico, los rasgos más generales. El año, *sura* en los patagones, está dividido en doce meses, *kéchnina*, o lunas, y, todos los años, en la primavera, en el momento del brote de las plantas, rectifican los días que sobran. Para ellos, el día es un sol.

Todos esos datos, así como los que daré más adelante, los he obtenido poco a poco, por medio de visitas repetidas a los patagones y pasando días enteros interrogándolos sobre todo lo que podía interesarme; y, cuando no querían informarme de algo, tenía siempre un medio de averiguarlo: preguntárselo a un puelche o a un araucano. La rivalidad entre las naciones me sirvió mucho en esos casos; y todo me era revelado sin trabajo. Observé, desde el principio, en sus conversaciones, la manera peculiar de expresarse, para así decirlo, de manera figurada o por comparaciones ingenuas. Desde mis primeras preguntas, al oírlos hablar en español, debí reconocer que había pocos tiempos diferentes en sus lenguas, porque no emplean casi nunca más que el infinitivo de los verbos regulares; así, por ejemplo, para decir que carecen de algo, se sirven siempre de la expresión *no tener*, y lo mismo con los otros verbos. Puede decirse que todos hablan como niños.

Un indio, al hablarme de su mujer mala y chismosa, se expresaba así en español: *brava como ají*, y todo lo que me contó era del mismo estilo. Otros, al referirme al poder del gran jefe de los patagones, decían: *cacique grande como tierra larga*. Para hacerme comprender que habían bebido mucho, decían: *beber largo como lazo*, porque para ellos la mayor medida de longitud es esa arma de caza, familiar en el país. Nunca dicen que un indio es pobre: se contentan con decir que es *feo*, porque de acuerdo a su manera de pensar nada es más feo que la miseria. Acusan a las personas falsas al hablar de tener *dos lenguas*, mientras que la falsedad en acciones la expresan diciendo que tiene *dos corazones*. Así, un cacique que habíamos enviado en delegación para sondear las intenciones de una tribu de patagones, acantonada en lo alto del Río Negro, nos dijo para expresar que los jefes eran de buena fe: *caciques todos, corazón dos no tener, uno, no más*. Para decir que un indio es miedoso, manifiestan: *corazón de pulga*, mientras que comparan al hombre bravo y valiente con el animal más

fuerte. Así, después de la conquista, dicen siempre: *corazón de toro*, representando la fuerza con una carreta con su yunta de bueyes. Para expresar que han residido en un lugar, usan el verbo sentarse; dicen así que tal nación se ha sentado en tal lugar. Un indio que me refería un encuentro entre el cacique Negro, uno de los jefes de los puelches, con los patagones, me decía, para manifestarme que había tenido miedo, que sus espuelas temblaban.

Los patagones, llamados por los araucanos en su idioma *huiliche* (hombres del sur) y que los españoles dè Carmen conocen con el nombre de *tehuelches*, que, sin ninguna duda, les fue impuesto por los puelches, se dividen sin embargo en dos tribus: la del norte, que se llama tehuelche, y la del sur, a orillas del estrecho de Magallanes, que los otros patagones denominan *Inaken*. Es la última nación del continente americano; habita las márgenes del Río Negro en el 41° de latitud sur, e incluso más al norte del Río Colorado, hasta las partes orientales del estrecho de Magallanes, donde la han visto todos los navegantes que han hablado de los verdaderos patagones, desde el inmortal Magallanes, que fue el primero en conocerlos; nunca ha sido vista fuera del puerto San Julián, del puerto Deseado y junto a la desembocadura oriental del estrecho. Son por lo menos los únicos lugares donde, solamente en el verano, es decir, desde diciembre hasta abril, se los ha visto casi siempre; mientras que algunos navegantes, que llegaron en otras estaciones, no vieron más que rastros antiguos. Por lo demás, corno todos los pueblos cazadores, no pueden residir en un lugar que no posee caza abundante; por eso, cuando la caza se hace rara, parten en busca de un lugar donde puedan permanecer algún tiempo. De ahí proviene la poca fijeza de su domicilio y su vida errante y vagabunda de norte a sur y de este a oeste. Puede decirse que habitan desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes, y desde el pie oriental de los Andes hasta la orilla del mar, sin poderse establecer, como justeza, el sitio donde residen en particular. Por lo que he podido saber de ellos mismos, hacen, casi todos los años, un viaje a las fuentes del Río Negro, a fin de obtener semillas de araucaria para sus provisiones, y al mismo tiempo manzanas, que abundan de manera asombrosa en los contrafuertes orientales de los Andes, tanto como los duraznos en la desembocadura del Plata[29]. Los manzanos fueron también sembrados por los primeros españoles que habitaron los Andes de Chile poco después de la conquista, porque, después de esa época, los conquistadores fueron rechazados por los araucanos, indígenas que se convirtieron en pacíficos poseedores de esas comarcas salvajes. La estación de la cosecha es, al mismo tiempo, una época

29 Véase capítulo V.

en la cual los indios patagones del sur van con sus pieles a comerciar con los aucas de las cordilleras y de las pampas, y con los puelches que llegan a las márgenes del Colorado. El sitio de reunión para esas citas anuales es por lo general la isla de *Choele-Choel*, formada por la separación de los dos brazos del Río Negro, a sesenta u ochenta leguas de su desembocadura. Allí se dirige el patagón, con sus pieles de guanaco; el auca y el puelche, con sus tejidos y el producto de los robos hechos a los cristianos que viven en las pampas; y desde allí se entablan los intercambios que, desde los tiempos más remotos, tienen lugar entre las naciones australes, cuando las guerras no las dividen. Es así que los patagones se proveyeron pronto de caballos[30], de numerosos rebaños, y que los objetos europeos, llevados por los españoles, pasaron prontamente al estrecho de Magallanes, con las palabras españolas, lo que explica las que oyeron pronunciar Bougainville[31] y Wallis en 1767[32]; pero lo que prueba mejor las comunicaciones frecuentes entre todas esas naciones, y hasta las de la Tierra del Fuego, son las palabras españolas que Weddel[33] oyó pronunciar a los habitantes de la parte sur de la Tierra del Fuego, que, no para cazar, sino para buscar conchillas de que se alimentan, están obligados a viajar continuamente de una isla a otra. Son, por lo demás, las únicas naciones de navegantes de toda la punta de América, puesto que ni los patagones, ni los puelches, ni los aucas de las pampas, han tenido nunca la idea de construirse una almadía para cruzar un río.

Los patagones forman un número bastante grande de pequeñas tribus vagabundas, dispersas por las vastas llanuras del sur, como restos de un gran naufragio; todas están compuestas, a lo sumo, de treinta a cuarenta familiares, cada una con su tienda. Se comprende que, alimentándose exclusivamente de caza, sea imposible que gran número de familias puedan vivir juntas, porque en pocos días se agotarían los recursos. Esa nación debe estar, pues, siempre diseminada en pequeñas secciones errantes en medio de esa inmensa llanura, que se extiende en las tierras señaladas en los mapas con el nombre de Patagonia, transportando con ellas sus toldos de cuero, no conviniéndoles ningún otro tipo de habitación. Si creemos a los caciques, a quienes pregunté a que número se elevaban sus hermanos, ésta se ha reducido a la mitad desde que la

30 En 1764 se vieron los primeros patagones a caballo.

31 Véase Bougainvilile, *Voyage de l'Etoile et de la Boudeuse*, p. 129 y sig. Las palabras españolas oídas son *muchacho*, *bueno*, *chico*, *capitán*, etc.

32 Wallis, con el *Dauphin*, traducción francesa, t. III, p. 24.

33 Weddel, Voyage towards the south pole, 1882-1884, p. 152 y sig.

viruela hizo estragos, desde 1809 a 1812; podría creerse, sin embargo, que hay todavía de ocho a diez mil almas, divididas en hordas, cada una bajo la dirección de un jefe. Ese número es realmente poco elevado, comparándolo con la inmensa extensión de las tierras sobre los cuales está repartido, puesto que aproximadamente, desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes, y de los Andes al mar, pueden contarse por lo menos veintiocho mil leguas de extensión, lo que daría más o menos un hombre por cada tres leguas; pero esa enorme diferencia desaparece cuando se considera la naturaleza de esas tierras áridas y la superficie necesaria a cada toldería. De hecho, la Patagonia es a tal punto seca y estéril, que muchas de sus partes no pueden ser aprovechadas, por falta de agua; permanecen completamente desiertas, y cada familia, para hallar su alimento, debe extenderse, por lo menos, cien veces más de lo que tendría necesidad en una región fértil, admitiendo el mismo número de habitantes agricultores. Parecería, empero, que cada toldería, o reunión de familia, ha tomado, por morada habitual, una cierta comarca donde ella da vueltas; así, dos o tres de esas tribus permanecen a orillas del Río Negro, mientras que otras parecen vivir en las montañas vecinas de la península de San José, a los 43° de latitud sur, o en la vecindad de puerto Deseado, al pie de los últimos contrafuertes de los Andes, de donde van a la orilla del mar, cuando quieren cazar. Lo mismo sucede, según me parece, de manera más particular, en las llanuras del pie oriental de los Andes, donde son más numerosas. De sus costumbres viajeras proviene esa necesidad de recorrer todas las comarcas vecinas y las frecuentes comunicaciones que se producen entre las tribus. Esas comunicaciones tienen lugar en dos líneas distintas; así, todos los indios que viven junto a los Andes siguen en sus viajes el pie oriental, porque encuentran en todas partes agua, que les faltaría de seguir la costa; por allí van los patagones que se dirigen del estrecho de Magallanes al Río Negro, siguiendo luego los caminos que corren del poniente al oriente. Para ir al puerto Deseado y al puerto San Julián, llegan a la isla Choele-Choel, de que ya he hablado, y descienden o remontan el Río Negro, costeando las orillas; o, cuando quieren llegar a las montañas de San José, descienden por el río hasta treinta leguas arriba de Carmen, encontrando allí una ruta que conocen, que se dirige al sur, paralelamente a las costas, y que, pasando por San José, les sirve también para dirigirse a los puertos de San Julián y Deseado. En esa dirección, marcan las jornadas por altos, primero en el Río Valchita, luego por los lagos que conocen, junto a los cuales cazan y se detienen; sin embargo, los indios me han asegurado que ese camino no es usado más que en tiempo de lluvias, a causa de la falta de agua; que, a pesar de eso, siguen rutas muy extensas en las

cuales se buscaría en vano una fuente saludable; y que entonces viajaban día y noche, a fin de estar más rápido fuera de peligro.

Hasta el presente, los patagones no parecen desunidos entre sí; sus tribus, aunque alejadas unas de otras por varios centenares de leguas, no dejan de vivir por ello en armonía. Puede repetirse lo que dicen los mismos indios: son hermanos, y sin duda son también los salvajes más estrechamente ligados entre sí, lo que hace su fuerza y les asegura el respeto de las naciones vecinas. Los puelches son los más cercanos: con ellos efectúan su mayor comercio de trueque, porque, luego de una antigua ruptura, están poco vinculados con los araucanos, y sólo el deseo del pillaje los hace acercarse momentáneamente para asaltar los establecimientos cristianos. Fueron también amigos fieles de los españoles, a quienes prestaron grandes servicios hasta el momento en que el orgullo de un jefe brutal los alejó, por algún tiempo, del establecimiento de Carmen, con el cual, empero, renovaron relaciones desde hace algunos años. Puede decirse que son vagabundos por excelencia, aunque muy raramente hayan pasado al norte del Río Negro, para saquear a los aucas y puelches.

Su gobierno parece ser muy sencillo: la nación tiene un jefe o gran cacique al que llaman *carasken* y cuya autoridad es muy limitada. Si se produce una guerra común a toda la nación, él preside las reuniones de los jefes subalternos y los guía en ese caso. Durante la paz, es un jefe como los otros y ejerce un poder más paternal que despótico. Los indios lo respetan, sin guardarle, empero, la deferencia que podría corresponder a quien manda a los salvajes. Es verdad que es tan pobre como los otros; que, si no caza, no le darán comida, y la única ventaja que puede sacar de su posición es recibir una parte mayor del botín, después de un asalto, porque tiene más mujeres e hijos; además, está obligado a hacer donaciones a los pobres indios, para hacer de ellos sus amigos. El carasken no es siempre reemplazado por su hijo; para suceder a su padre debe demostrar coraje y elocuencia durante las conferencias, en sus arengas a los otros indios, y sobre todo liberalidad; en caso contrario, se nombra para esas funciones al indio que más se distingue por su inteligencia, por su valentía y por sus conocimientos. El carasken que conocí en mi viaje, llamado *Bicente*, había reemplazado, dos años antes de mi llegada, a otro cacique famoso por su gran estatura, su fuerza y sobre todo por sus modales llenos de grandeza. Cada tribu tiene a su vez su jefe particular, y de la reunión de esos jefes se compone el consejo.

No tienen leyes, ni se castiga a los delincuentes. Cada uno vive a su manera, y el más ladrón es el más estimado, como el más diestro. Algo que les impedirá siempre dejar de robar, y que se opondrá a que formen estableci-

mientos fijos, es el prejuicio religioso que, a la muerte de uno de ellos, los obliga a destruir sus bienes. El patagón, que durante toda su vida se forma un patrimonio robando a los blancos o cambiando con las naciones vecinas los productos de sus cacerías, nada deja a sus herederos; todos sus ahorros desaparecen con él, y sus hijos están obligados a reconstruir su fortuna, costumbre, para decirlo de paso, que se encuentra en los tamanaques del Orinoco, que destruyen el campo del difunto y cortan los árboles que plantó[34], y en los yuracarés que abandonan y clausuran la casa del muerto, considerando una profanación recoger un solo fruto de los árboles de su campo. Con esas costumbres, no es posible alentar ninguna verdadera ambición, puesto que sólo tienen necesidades personales; es una de las causas de su indolencia natural y un motivo que siempre se opondrá, mientras exista, al progreso de su civilización. ¿Por qué ocuparse del porvenir, si nada tienen que esperar? El presente es todo a sus ojos y todo interés es individual; el hijo no cuidará el rebaño de su padre, puesto que no será para él; sólo se ocupa de él mismo y muy temprano piensa en arreglárselas, en buscar sus recursos. Esa costumbre posee un aspecto moral, al destruir la codicia de los herederos, esa codicia tan común en nuestras ciudades. El deseo o la esperanza de un pronto deceso de sus padres no puede existir, puesto que no dejarán absolutamente nada; pero, por otra parte, si los patagones hubieran conservado las propiedades hereditarias, serían, sin duda alguna, hoy, poseedores de numerosos rebaños y mucho más temibles para los blancos, porque su poderío se habría más que duplicado; mientras que sus costumbres actuales los mantienen infaliblemente en un estado estacionario, del cual sólo un cambio total podría liberarlos.

Los patagones carecen de toda aptitud para la pesca; así se contentan con apoderarse de los peces que el azar pone a su alcance, sin utilizar la red, ni otro procedimiento; bien diferentes, en eso, de los habitantes de Tierra del Fuego, que son especialmente pescadores. Es cierto que los patagones sólo momentáneamente van a orillas del mar y no han podido perfeccionar ese arte, siendo la caza todo para ellos. Antes de que consiguieran caballos y que los puelches les enseñaran a usarlos, cazaban a pie. Muchos de ellos se dirigían al lugar elegido; y, al día siguiente, al amanecer, comenzaban su batida, sirviéndose con destreza de dos clases de boleadoras, ya descritas varias veces, sea para detenerlos en su carrera, sea para matar los guanacos, los ciervos y los avestruces. También emplean el arco. Al llegar al lugar donde los cazadores saben que hay una tropilla de ciervos o de guanacos, se distribuyen, formando un amplio

34 Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales*, t. VIII. p. 273.

círculo alrededor de las presas; luego avanzan todos al mismo tiempo, estrechando el círculo. Cuando un animal así bloqueado quiere escaparse, le cortan la retirada, arrojándole las boleadoras, o disparándole flechas. Los numerosos perros, de que siempre están rodeados, les prestan grandes servicios en ese ejercicio, y actualmente, que se han convertido en buenos jinetes, tienen menos trabajo para cazar; pero, en cambio, despueblan más rápidamente una región y se desplazan más. No se ven obligados, como en tiempo de Pigafetta (1520), a tener consigo guanaquitos, para atraer a los guanacos adultos y cazarlos; hoy el caballo los pone en condiciones de prenderlos con mayor facilidad, arrojándoles las boleadoras. En tiempo de hambruna, buscan, en medio del campo, una raicita, que conservan seca o que comen fresca, cocida o cruda. Los patagones de las zonas más australes temen todavía a los toros; por eso no los poseen; pero no cabe duda de que pronto adoptarán la costumbre de domesticarlos, costumbre transmitida de los araucanos de las pampas a los puelches y de éstos a los patagones de las márgenes del Río Negro. Sin embargo, aunque comen la carne de vaca, prefieren siempre la de yegua, que es el alimento más exquisito para todos los indios del sur. El caballo es, por otro motivo, mucho más cómodo para los indios; pueden llevarlo consigo sobre grandes distancias, mientras que los rebaños de vacas no pueden marchar tan ligero y, además, resisten menos esas largas travesías, en medio de los áridos desiertos que los patagones están obligados a franquear en sus migraciones anuales o para ir de una tribu a la otra. Me han asegurado que los patagones de las costas del estrecho de Magallanes no poseen rebaños de esa especie; antes de la Conquista, su único animal doméstico era el perro, ese fiel compañero del hombre de todos los países, desde el nómade más salvaje hasta las naciones más desarrolladas. Lo mismo que en nuestras ciudades, lo emplean para cazar la mara, el ciervo y el avestruz. He tenido a menudo la oportunidad de contemplar la destreza con que cazan esos perros; la raza es muy parecida a la de nuestros lebreles, por su forma, pero se diferencia por el largo de sus pelos. Desde que los patagones poseen tropillas de caballos, las cuidan menos aún que los habitantes de los alrededores de Buenos Aires; no tienen ningún corral para reunirlos, y los vacunos, cuando los tienen, no son mejor cuidados; se limitan a hacer, a veces, una vuelta a caballo para acercarlos a su toldería, seguros de que ahí están y que pueden apoderarse de ellos cuando quieran.

Los patagones poseen una industria sumamente limitada. Como se ha visto, sus cabañas son de cuero, y de una construcción poco complicada; son inferiores, en ese aspecto, a muchas naciones americanas. Salvo las armas ofensivas y defensivas, y el enjaezamiento de su caballo, no hacen absolutamente nada;

ignoran el arte de tejer, muy distintos en eso de sus vecinos los araucanos, que fabrican tejidos de lana que intercambian con ellos y que usan incluso los habitantes de las ciudades. Lo que mejor confeccionan son las pieles: ellos son famosos, entre las otras naciones, por la forma en que las cosen, por los colores con que las adornan; los únicos hilos que emplean, que son los tendones de avestruz o la espina dorsal de los grandes animales; las hacen secar, los mastican, separan las fibras de manera de formar una especie de cáñamo que hilan después, y que da un hilo de lo más fuerte y duradero. Sus dibujos tienen la particularidad de no representar nunca figuras de animales, ni líneas curvas; todos los trazos son rectos, dirigidos en diversas direcciones, formando invariablemente y siempre con una regularidad perfecta especies de grecas muy particulares. Se diferencian en eso de algunas razas americanas[35] que, por el contrario, no trazan más que figuras redondas.

Puede decirse que esos indios son de una suciedad extrema; nunca barren sus tiendas y las inmundicias que se acumulan llegan a incomodarlos a veces; en ese caso cambian de lugar, trasladando la tienda algunos pasos. Se bañan muy raramente y solamente durante los calores, para refrescarse, pero no para lavarse. No cuidan más que el rostro y los cabellos. Cubren el primero de colores mezclados con grasa de yegua, y peinan los segundos con una especie de cepillo de raíces, análogas a las que empleamos nosotros para fabricar el mismo utensilio. Llevan los cabellos siempre bien separados en medio de la cabeza o levantados de diversas maneras; la coquetería de los hombres y mujeres se reduce a eso.

Viven, por lo general, en una ociosidad absoluta, durmiendo por lo menos la mitad del día, y cuando poseen animales, nada hacen mientras les queda una vaca, dedicándose a cazar cuando el hambre los apremia. Las mujeres se encargan de la cocina, de la confección de los vestidos, de las tiendas y de las monturas; los hombres sólo se ocupan de sus armas. Sus diversiones son muy limitadas; además del juego de pelota, reservado a los jóvenes, poseen un juego de dados más o menos semejantes a los que se usan en el chaquete; son huesos casi cuadrados, con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 9 marcados con puntos; esos dados se parecen mucho a los nuestros, salvo el 9, que no es más que una imitación del de los españoles, después de la Conquista; sin embargo, ese juego, que exige combinaciones de números, revela en ellos un conocimiento del cálculo mucho más amplio que en algunas naciones de los bosques, las cuales, por lo general, no poseen más que tres términos de comparación[36]. Los

35 Los indios yuracarés emplean en sus pinturas tantas líneas curvas como rectas.

36 Es curioso ver que los números faltan por completo en los chiquitos, nación poderosa del centro de América (Bolivia), cuya lengua es muy amplia.

patagones pueden contar hasta más de cien mil: es verdad que los números *cien* y *mil* no pertenecen a su idioma, y como lo mismo sucede a los puelches y a los aucas, y como estos últimos estuvieron sometidos a los incas, que los designan con los mismos nombres *pataca* (cien) y *garanca* (mil), debo suponer que éstos, más instruidos que los araucanos, les enseñaron esos términos colectivos, transmitidos, más tarde, a los puelches, a los patagones y tal vez llegando hoy hasta el sur, hasta los habitantes de Tierra del Fuego. Cuando las tribus mantienen entre sí comunicaciones frecuentes, acompañadas de intercambios, su sistema de numeración no tarda en completarse. Todas las naciones de cazadores nómades de las zonas australes han adoptado ese sistema, mientras sus vecinas del norte, que viven en los bosques, tales como los guaraníes, los bocobis y los tobas, poseen términos de comparación tan limitados que debe llegarse a la conclusión de que mantienen relaciones y un comercio nulo con los araucanos.

El carácter de los patagones es, más o menos, análogo al de todos los indígenas de esas comarcas australes: la falsedad y el disimulo forman la base; es cierto que sus modales entre sí son muy diferentes que con los cristianos. Podría, pues, creerse que hay que atribuir muchos de sus defectos al contacto con los colonos españoles; éstos han hecho siempre tan poco caso de los americanos, que nunca cumplieron sus promesas y no los han considerado como hombres, solazándose en engañarlos, en sus relaciones comerciales o en sus trabajos. Los indios se han habituado, por eso, a hacer lo mismo, porque, si son de lo más escrupulosos unos con otros, si su palabra es siempre sagrada entre ellos, si no codician nunca lo que posee uno de ellos, no tienen el menor escrúpulo en robar y engañar a los cristianos. Creo poder sacar la conclusión de que si hubieran sido tratados de otra manera, habrían sin duda conservado, respecto a los españoles, las mismas consideraciones que mantienen en sus relaciones mutuas. Los colonos los acusan de ser rencorosos e ingratos y de no apreciar nada de lo que se les da, queriendo siempre más, y cuando se les niega alguna cosa, después de haber sido colmados de regalos, se convierten en enemigos irreconciliables, que sólo buscan la oportunidad de saciar su odio mortal. Sin poder en modo alguno desmentir esta afirmación, puesto que tengo varias pruebas de ella, debo decir que conozco muchas excepciones. Hay, pues, entre ellos la misma mezcla que en todas partes; empero, el odio hereditario de esos aborígenes hacia los españoles en general, puede influir mucho en los actos de perfidia que se les pueden reprochar en múltiples circunstancias y que otro motivo explica también. No se roban entre sí, es cierto; pero sus padres, desde la más tierna infancia, les hacen considerar el robo al enemigo como la base

de su educación; como una de las cualidades indispensables que deben poseer; como algo ordenado por el genio del mal. Si se los acusa de algún rapto, dicen siempre que Achekenat-kanet se lo ordenó. Finalmente, el espíritu de codicia por todo lo que les parece raro en los cristianos, hace de ellos verdaderas criaturas que desean todo lo que ven. Es evidente que semejantes costumbres los colocan a menudo en estado de contravención en los lugares civilizados, tanto más cuanto que los colonos son muy exigentes, no advirtiendo que su falta de fe hacia los indios autoriza a una conducta semejante de éstos hacia ellos considerando todo robo que les hacen como conquista hecha al enemigo común. Si adulan a veces a los cristianos, es porque no tienen otro remedio, ya que cuando se sienten fuertes se convierten en orgullosos, arrogantes y se creen muy superiores a los blancos, que desprecian, porque ven en ellos hombres sin fe y sin probidad. Así resulta que, en las relaciones establecidas, jamás puede uno fiarse de las apariencias. El patagón posee, como todos los salvajes, en el más alto grado, el arte del disimulo: oculta sus deseos más caros bajo el velo de la más completa indiferencia, y hasta la amenaza de la muerte no consigue arrancarle un secreto, sobre todo si tiene que ver con la seguridad de su nación; su carácter es, en una palabra, una mezcla de grandeza de alma, orgullo salvaje y coraje feroz, unidos a la astucia de los países más civilizados y acompañados de un ingenio del cual no se creerían capaces pueblos nómades todavía en la infancia.

Los patagones aman a sus hijos y a sus mujeres: no aceptan la poligamia, como hacen los araucanos; si dejan libres en sus acciones a las jóvenes entes de su casamiento, se muestran muy celosos después y castigan severamente la infidelidad, diferentes en esto de los puelches, amigos del establecimiento, que efectúan un verdadero tráfico con sus compañeras. He notado en las mujeres salvajes mucha decencia, sobre todo en las naciones australes: nunca se ve una joven sin ropa, hasta en la edad más tierna; mientras que, en las naciones guaraníes, van completamente desnudas hasta la nubilidad.

Su idioma es de pronunciación dura y lleno de sonidos que no pueden traducirse en letras francesas: es gutural, sin serlo empero tanto como el de los puelches, aunque lo es más que el de los araucanos; pero, con mucho cuidado, logré escribir gran número de palabras de manera de tener una idea. La voz es dulce en las mujeres y muy ronca en los hombres.

Hasta ahora se ha multiplicado al infinito el número de razas americanas, tomando por naciones distintas las menores de las pequeñas tribus; pero esa multitud de nombres sembrada por los autores en los mapas sobre todo el suelo de América, al sur de la latitud del Plata, al este y al oeste de los Andes,

debe reducirse a cuatro únicamente, porque no hay en realidad más que cuatro naciones, a saber: 1° los *araucanos* o *aucas*, que se extienden del Plata al Río Negro, en las pampas, sobre la ladera oriental de los Andes y toda la ladera occidental, desde Coquimbo hasta el archipiélago de Chonos: son las llamadas ranqueles, pehuenches, pampas y chilenos; 2° los *puelches*, que ocupan el espacio comprendido entre los araucanos y los patagones, en las pampas, pero, más especialmente entre los ríos Negro y Colorado; 3° los *patagones* o *tehuelches*, cuya patria se extiende desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes, sobre todas las llanuras de la ladera oriental de los Andes, y se mezclan a veces con los puelches en sus confines septentrionales: son esos famosos gigantes de los primeros navegantes, vistos por ellos en el puerto San Julián, en el puerto Deseado y a la entrada oriental del estrecho de Magallanes; 4° los *fueguinos*[37], que vagan por todas las islas de Tierra del Fuego y las dos costas de las partes occidentales del estrecho, y cuya estatura mediocre ha dado lugar a la gran discusión sobre los grandes y pequeños patagones, porque siempre fueron confundidos con ellos por los autores que trataron el problema[38], que creo haber aclarado. Los fueguinos son, de las cuatro naciones que acabo de nombrar, la única que navega en piraguas de corteza; las otras no tuvieron la idea de construir siquiera una almadía.

Viaje y estadía en la desembocadura del Río Negro

26 de febrero

Continué mis frecuentes visitas a los indios hasta el 26 de febrero y pensaba dejarlos momentáneamente, para pasar algunos días en la desembocadura del Río Negro. Incluso había obtenido de un compatriota, el Sr. Bibois, ex capitán de un barco de guerra, casado en el país, permiso para permanecer en su estancia, bastante cercana a la entrada del río; envié por agua las maletas conteniendo todo lo que creía necesitar durante mi estadía y se fijó mi partida para el día siguiente, cuando un accidente muy grave, que sucedió a mi criado, me retuvo todavía, y me permitió continuar mis observaciones sobre los patagones.

37 Ese nombre les es asignado por el capitán Weddel, en la descripción que hace en *Voyage towards the south pole*, 1822, p. 152.

38 Véanse las discusiones a ese respecto en el artículo patagón, del hombre considerado en sus aspectos físicos. (Ver *El Hombre Americano*. Ed. Futuro).

Cuando se tuvo noticia de los acontecimientos producidos en Bahía Blanca, se envió al cacique Lucané, con otro patagón, para saber con precisión lo que estaba sucediendo; esos dos indios llegaron y confirmaron lo que había sabido en la bahía de San Blas[39]. Habían visto, además, a los asesinos pacíficamente acampados en lo alto del Río Colorado y supieron de ellos que su intención era establecerse en las márgenes del Río Negro, lo que no nos resultaba muy favorable, porque podíamos esperar que trataran de hacer con nosotros lo que habían hecho con los habitantes del nuevo fuerte.

28 de febrero

El 28 supimos que un barco, que estaba a la vista desde hacía algunos días, había naufragado. El desdichado capitán llegó poco tiempo después de la noticia y dio los detalles del hecho. La víspera, se acercó a la costa y subió a bordo a los dos pilotos; estaban frente a la barra; el viento empezaba a soplar con fuerza y el mar comenzaba a agitarse. Preguntó a los dos pilotos qué correspondía hacer. Estos le dijeron que iban a entrar en el río; conociendo bien el peligro, les hizo notar que tenía invertida toda su fortuna en la goleta, que era de su propiedad. Los pilotos insistieron e hicieron avanzar el barco hacia la funesta barra, que franquearon; pero, adentro, el viento se detuvo de pronto; la nave, menos afortunada que la mía, cuando entré, tocó un banco de arena y permaneció en seco durante la marea baja; pero, por la mañana, el viento la levantó con la marea. Al flotar de nuevo, la embarcación comenzó a moverse de una manera horrible y a crujir por todas partes. El capitán quiso lanzar su chalupa al agua; en el mismo instante, un violento choque arrancó el mástil de la nave, que se partió en dos; desde ese momento no quedó esperanza de servirse de las embarcaciones. Los pilotos, viendo su ayuda inútil y temiendo no poder recibir a la tripulación en su chalupa sin correr el riesgo de perderse ellos también, se embarcaron a ocultas y abandonaron vergonzosamente a los marineros a una muerte segura. El capitán los vio, y en el momento en que se alejaban de él, saltó en la barca, puñal en mano, amenazándolos con matarlos, si no salvaban a los suyos; los obligó así a encargarse de los marineros de la goleta, que poco después vieron su barco reducido a pedazos. La chalupa luchó contra el mar irritado, y después de haber contemplado varias veces la muerte de cerca, tocaron finalmente tierra. El pobre capitán era el mismo que había naufragado antes en la bahía de San Blas: se había salvado otra vez más, pero le quedaba sólo lo que llevaba puesto. Su fortuna, sus esperanzas y su porvenir se había esfumado en un instante. El viento continuaba soplando, y aunque estuviera

39 Véase capítulo XVII.

alejado del mar por lo menos seis leguas en línea recta, se oía claramente desde el pueblo de Carmen el bramido de las olas enfurecidas.

Al comprobar el 3 de marzo que mi criado no podía serme de ninguna utilidad durante varios meses, lo dejé en una casa al cuidado de una honesta familia, decidiéndome a hacer mis excursiones solo; y antes de partir a la desembocadura del Río Negro con el capitán del barco perdido, fui a ver al Sr. Bibois, propietario de la casa en la cual debía pernoctar a la entrada del río. Fui testigo de una escena completamente nueva y rara para un extranjero. La casa estaba llena de indios e indias de la nación puelche; no tardé en informarme del motivo de esa reunión. Los habitantes de Carmen tienen la costumbre de comprar cautivos a las naciones salvajes que viven en los alrededores, a fin de tener criados, a los que tratan como negros y emplean sea en el interior de sus casas, sea en sus estancias; envían también las jóvenes indias a sus amigos de Buenos Aires, donde gustan mucho de ese tipo de criadas esclavas, porque, aunque el país sea libre, los indios obtenidos por ese medio son obligados a un servicio personal, al cual sólo se pueden sustraer huyendo. Desde hacía mucho tiempo, Bibois quería comprar un joven indio, pero como no hallaba ningún cautivo, se dirigió a una india, cuyo hijo de diez años quería tener, y era ese trato que motivaba una asamblea tan numerosa. La madre, temiendo la censura de sus parientes, quiso que fueran testigos de la venta e interesarlos en el producto; pedía en pago, para ella y los suyos, todo el aguardiente que pudieran beber tres días y tres noches seguidos. Esa rara propuesta asombró a todos los asistentes, tanto más cuanto que la madre estaba cubierta de harapos y no había pensado en vestirse; empero se llegó al acuerdo, según los deseos de la india, y su ejecución comenzó en el acto. Todos esos puelches se pusieron a beber, demostrando la alegría más bulliciosa. Hablaban gesticulando, cantaban a voz en cuello y parecían gustar de la dicha perfecta: la esperanza de tres días de ebriedad era, para esos desdichados, la felicidad suprema; y entregados por completo a ese placer, no pensaban, de ninguna manera, a qué precio lo compraban; bebían con delicia, animándose cada vez más, hasta que el sueño les hizo cerrar los ojos; luego se despertaban y pedían más aguardiente. Supe más tarde que, durante el tiempo convenido, esa familia había bebido sin probar alimento. Al cuarto día, desaparecieron todas las ilusiones: el llanto reemplazó a la alegría; la madre gimió; sus parientes la acompañaron en su dolor, así como lo hicieron en su gozo, pero un poco tarde; el niño debía ser abandonado para siempre, había sido vendido. Esa madre desnaturalizada recién se dio cuenta que necesitaba ropa; para calmarla, se le dio un pedazo de tela, y al enterarse de que podía volver a ver a su hijo, sus lamentos, tal vez ficticios, cesaron de golpe, y volvió a estar alegre.

Esa mujer, llamada Junijuni, debía haber sido muy mala o muy desdichada: me mostró su cuerpo cubierto de cicatrices profundas, y le faltaba la mitad de la nariz, que un indio, como bestia feroz, se la había arrancado, según decía, de un mordisco. Si esa india había sido herida así combatiendo al enemigo o por los suyos, debía haber sufrido mucho y concebiría que tratara de olvidar el pasado, entregándose a la mayor ebriedad, porque a menudo la desdicha arroja a los excesos; pero si, por el contrario, esas heridas no tenían otra causa que una orgía, su coraje, su insensibilidad y la falta de ese afecto maternal que hasta las bestias feroces tienen por sus hijos, revelaba que era la más feroz de ellas.

¡Qué contraste entre Junijuni y esa india que retrata Humboldt en su viaje al Orinoco[40], al hablar de la *Piedra de la madre*, cuyo amor maternal era tan poderoso que se expuso varias veces a los castigos más duros, en medio de los ríos inundados, y de las espesuras de los bosques, para unirse con sus hijos, y que se dejó morir de hambre cuando se vio separada de ellos por una distancia tan grande que no podía franquear. El ejemplo de Junijuni es por suerte bastante raro. He observado que los salvajes que viven alejados de las colonias europeas quieren mucho a sus hijos y conservan una bondad patriarcal; mientras que cuando viven cerca de los colonos, contraen sus vicios, sin adoptar las virtudes, y muestran una depravación de costumbres y sentimientos que resultaría difícil de creer, si todos los días no se tuvieran pruebas.

No pude partir hasta las tres de la tarde. Al salir del villorrio, pasé frente al Bañado, formado con terrenos de aluvión, una parte de los cuales está inundada, lo que le ha valido ese nombre, y el resto está dividido en quintas y campos cultivados, con todos los árboles y legumbres de Europa. Ese terreno, primero muy ancho, se estrecha poco a poco, junto al lugar llamado *Cerco de la caballada*, y que queda, al fin, sólo ancho como el camino del pie de la barranca, que es batido por el río en múltiples puntos; ese estrechamiento continúa en una media legua; luego, un nuevo recodo del río deja todavía terrenos de aluvión muy extensos, conocidos con el nombre de *Laguna Grande*, porque, en cierta época, el agua se amontona y forma un gran lago. Vi varias granjas y muchos campos donde se cultivan, con éxito asombroso, todos nuestros cereales; abandoné esas llanuras, porque el río bate el pie del acantilado, que socava continuamente, sin dejar ningún paso. Ascendí a la colina, que lo mismo que todas esas mesetas, está cubierta de zarzales espinosos; el camino sigue las alturas una media legua, pasando cerca de tres mamelones que se dibujan a lo

40 Voyage aux régions équinoxiales, t. VII, p. 289

lejos, conocidos con el nombre de *los tres cerros*. Descendí a una tercera hondonada, muy amplia, llamada el *Carisal*, terreno también abandonado por el río y en el cual aparecen tres alquerías, con huertos de manzanos y duraznos. Ese lugar, que me recordaba a Francia, desapareció, a su vez, con gran pena de mi parte, porque gustaba de creer en esa ilusión, tanto más completa cuanto la vegetación que me rodeaba pertenecía a otro hemisferio. Seguí, durante un cuarto de legua, el camino que serpentea por la colina, porque el agua llega al pie; después, encontré un lugar también cultivado en una última pequeña bahía; y allí desaparecieron las huellas del arado, porque hasta la estancia *del Estado* no hay más que terrenos incultos. El camino pasa a veces al pie de la colina, otras veces a media altura, hasta el lugar donde el acantilado abandona bruscamente las márgenes del río, para tomar otra dirección. En ese recodo está situada la estancia del Estado; allí se criaban, en tiempo de los españoles, gran número de cabezas de ganado para alimento de la guarnición. Me aseguraron que había hasta ocho o diez mil cabezas; pero en la época de las luchas políticas, los partidos la destruyeron. En casi toda la América meridional, las propiedades nacionales son abandonadas en esa forma o bien sirven para enriquecer a los empleados, sin que el gobierno saque ningún beneficio. Renuncia, por lo tanto, a ese tipo de establecimientos, para aprovisionarse, por medio de contratos, de los víveres necesarios para las tropas, lo que le resulta menos oneroso.

La margen norte del Río Negro está bordeada, desde Carmen hasta la estancia del Estado, es decir en más de cinco leguas y media de longitud, por un elevado acantilado, dirigido del noreste al suroeste, y cuyas laderas van a morir junto a las aguas que las bañan a menudo; mientras se alejan en tres puntos principales, el Bañado, Laguna Grande y el Carisal, para formar amplias ensenadas, cubiertas de una vegetación que contrasta con la aridez de los terrenos circunvecinos cubiertos de espinas y que parecen perdidos en medio del desierto. En la estancia, el acantilado abandona el río, se dirige al norte y va a unirse al mar, en el lugar llamado Barrancas del Norte; de manera que entre el río, que continúa al nordeste, los acantilados que van hacia el norte, y las orillas del mar, dirigidas al nornoroeste, hay un delta de más de dos leguas de ancho, compuesto de terrenos arenosos, de llanos ribereños, de acantilados y de dunas móviles por el lado del mar. Yendo por ese terreno, siguiendo un camino razado a orillas del agua, llegué a media legua más allá de la estancia del Estado, a las cabañas donde Bibois alojaba a los guardianes de sus rebaños. Eran dos, cubiertas de juncos, y sus paredes, formadas de ramas de sauces, dejaban pasar a todos los vientos; están situadas junto al Río Negro, en el comien-

zo de las dunas móviles; una de ellas tenía por muebles una mesa y un banco de madera; la otra, morada de los negros esclavos, servía de cocina. Me vi obligado a acostarme sobre el recado; y si no hubiera sido por el suplicio incesante de la picadura de millares de pulgas habría podido gozar de algún reposo, a pesar de la incomodidad del lugar.

Dos naves estaban ancladas frente a la estancia; acababan de cargar sal, destinada al abastecimiento de los saladeros de Buenos Aires, y aguardaban, desde hacía algunos días, que el viento, menos violento, calmara la barra, y les permitiera partir. Una ventaja que tienen los barcos que salen sobre los que llegan es poder esperar y elegir su día; mientras que los barcos que están en el mar están amenazados de ser rechazados hacia el este, puesto que el viento que favorece su entrada es el mismo que hace peligrosa la barra. Uno de esos navíos era inglés y el otro francés, proveniente de Nantes; ya había visto al capitán de este último en Carmen. Los compatriotas hacen rápida amistad cuando se encuentran a miles de leguas de su patria. Fui a bordo al día siguiente por la mañana; me retuvieron durante dos días; el tiempo era muy malo, llovía violentamente, soplaba un viento fuerte y me sentía muy dichoso de estar a bordo, porque la cabaña se había inundado y hubiese estado solo, mientras que entonces tenía el placer de hablar de Francia, lo que no podía esperar en la Patagonia.

Mi primer viaje fue a la desembocadura del Río Negro. El tiempo seguía siendo horrible, y para decidirme a salir no necesitaba nada menos que comprobar si los vientos habían arrojado algunos productos marinos a la costa, a la vez que considerar el estado de furia de la barra. Luego de atravesar una hilera de dunas próxima a la estancia, observé que, del otro lado, se alejaba algo del río, para dejar lugar a terrenos limosos cubiertos de plantas marinas, que las altas mareas cubren y sirven de refugio a los cangrejos y pájaros de río. En el extremo del terreno, una media legua más lejos, en el lugar donde las dunas vuelven a bordear las aguas, se halla la casa de los pilotos, establecimiento formado bajo el gobierno español y de cuya utilidad no cabe la menor duda. Allí, en una hermosa casita cubierta de tejas, hay siempre un piloto de guardia, con sus marineros; un mástil, al que se iza un pabellón, anuncia al navío si el mar sube o baja y si puede entrar. Los dos pilotos eran entonces ingleses; uno de ellos era famoso por una larga experiencia que le había dado un conocimiento profundo de los pasos, que varían muy a menudo, y le obligaban a ir con frecuencia, cuando el mar se calmaba después de una tempestad, a ver si los bancos no habían cambiado de lugar; esto obliga, hasta al capitán de más experiencia, a no arriesgarse sin exponerse a una pérdida casi segura, si quiere entrar sin ayuda. Junto a la cabaña hay varios hornos con sus calderas de hie-

rro, que demuestran que, hasta poco tiempo antes, se pescaban allí elefantes marinos. No se ven hoy, junto a la desembocadura del río, esos animales que, antes, cubrían por millares las dunas y playas arenosas; la carnicería que se hizo de ellos en toda la costa los ha hecho desaparecer para siempre.

De la casa de los pilotos hay cerca de una legua hasta la punta de la *Pantomima*, que forma el lado norte de la desembocadura. Crucé la distancia siguiendo, al pie de dunas elevadas, el río arenoso, donde batía el mar. Al llegar a la punta, estuve frente a la barra. El mar rompía con extrema violencia; las olas, altas como montañas, dispersaban en el aire, al chocar, una especie de polvo blanco, que los vientos llevaban lejos; un ruido horrible se hacía oír, y los aficionados al mar embravecido difícilmente habrían encontrado un espectáculo tan imponente y tan triste al mismo tiempo. El viento soplaba del este; el mar, de lo más malo, bramaba; las olas que llegaban a tierra parecían querer engullir todo lo que topaban; de más de veinte pies de altura, rugían con furia, rompiéndose en la playa, que cubrían de espuma blanca, levantada e impulsada sobre la playa por el viento. Admiré largo tiempo ese cuadro, no sin pensar que me sería necesario todavía franquear esa terrible barrera, para dejar la Patagonia. Cuando el mar ha estado algún tiempo tan agitado, son necesarios varios días de viento de tierra para hacer caer las olas, y sólo después de cuatro o cinco jornadas de buen tiempo uno puede arriesgarse a salir.

Siguiendo la costa hacia el norte, me hallé pronto rodeado de restos de navíos, provenientes de los frecuentes naufragios de que es teatro la barra; nunca vi reunidas tantas pruebas de destrucción. Allí, una barca desfondada, hundida a medias en la arena, y contra la cual golpeaban las olas; aquí, mástiles, vigas, timones, dispersos por la playa; pero, entre esos restos de navíos, ninguno pertenecía al que se había hundido recientemente; su capitán, que me acompañaba, realizó, a ese efecto, inútiles investigaciones; no tuvo ni siquiera el triste consuelo de hallar, sobre la costa, una sola tabla de su embarcación que, sin duda, había sido llevada lejos por la corriente. Regresé dos días después, para continuar mi recorrido de la costa, llegando hasta los acantilados del norte. Observé, al pasar junto a la punta de la Pantomima, que una batería, armada de algunos cañones y construida con el fin de proteger la desembocadura del río, había sido a tal punto socavada por el mar, que los cañones estaban desmontados y a medias ocultos por la arena. Es difícil que las personas acostumbradas a contemplar sólo las orillas de un río apacible, se formen una idea justa de la fuerza de una ola impulsada violentamente por los vientos; las construcciones más sólidas no podrían resistirla y sus esfuerzos siempre renovados terminan por sacudir y desplomar todo aquello que se le opone.

Di la vuelta a la punta y caminé una legua hacia el norte; en ese lugar la costa no es la misma; el mar no bate el pie de las dunas, separadas por una inmensa bahía de arena limosa, cubierta sólo durante las altas mareas, de un ancho de más de media legua, donde se amontonan conchillas de toda especie. Di la vuelta no sin trabajo, porque nuestros caballos, al hundirse, me obligaron a recorrer ese espacio a pie, mientras mi peón los conducía por el interior. Vi finalmente, de lejos, las colinas del norte; y llegué allí recogiendo por el camino objetos de historia natural. Esas colinas se asemejan mucho a las que bordean el Río Negro junto al villorrio; tienen el mismo aspecto y la misma composición geológica. El arenisco azulado desmenuzable y terciario ocupa casi toda la altura, que es de cincuenta a sesenta pies, formando capas horizontales, en medio de las cuales se observan pequeñas líneas de calcáreo compacto blanco, cruzado por todos lados de dendritas ferruginosas negruzcas, que se ramifican en todas direcciones, penetrando, en todos sentidos, en la masa y presentando la forma de arbustos. Bajo ese aspecto, esa capa, apropiada a la explotación, podría proveer al lujo europeo de materiales de los cuales los marmoleros podrían obtener beneficios. En las partes más bajas del asperón, hay muchas conchillas fósiles de agua dulce. Esa colina, al pie de la cual el mar sólo bate en las grandes mareas, se prolonga dos o tres leguas hacia el norte, sin cambiar, de ninguna manera, la horizontabilidad de esas capas, siguiendo, en eso, la composición de todos los terrenos de la Patagonia septentrional. Recogí muchas muestras y retorné cargado de por lo menos cien libras de rocas. Caminé al pie de las colinas; en el trayecto mi peón me mostró, en medio de antiguas dunas, cubiertas, aquí y allí, de zarzales espinosos achaparrados, y de algunas gramíneas, un bosquecillo de un arbolito llamado chañar, conocido con el nombre de *Monte de los Leones*, porque sirve de refugio a los pumas de los alrededores, llamados leones. Algunos días más tarde, en una nueva exploración que realicé a los acantilados, me detuve para cazar; y mi perro hizo huir a un puma que, en vez de arrojarse sobre él y destrozarlo, lo que hubiera sido fácil, se salvó a toda carrera, cuando una bala lo detuvo en su escapada y lo dejó tendido en el lugar. Ese bosque es de la misma naturaleza del bosquecillo que encontré al ir a la bahía de San Blas y se compone del único arbolito que existe en los terrenos secos.

Deseaba, desde hacía mucho tiempo, visitar los altos acantilados del sur; me parecía que allí encontraría alimento para mi curiosidad. El 9 de marzo el tiempo era magnífico, y (cosa muy rara en esas regiones) soplaba poco viento: el río se deslizaba apaciblemente e invitaba a hacer un paseo por agua. El capitán nantés se

9 de marzo

ofreció a transportarme a la otra orilla, lo más cerca posible del acantilado; me desembarcó, en efecto, en una punta de arena que forma, de ese lado, la entrada del río. Atravesé las dunas y llegué a la costa. La barra estaba muy agitada, lo que contrastaba de manera rara con la tranquilidad del mar en los alrededores y la serenidad del tiempo. Recorrí la playa en más de una legua y media, hallando en todas partes restos de navíos, y vi finalmente, de cerca, esos altos acantilados del sur, que, desde allí, se extienden, sin interrupción alguna, como una muralla perpendicular, sobre más de diez y seis o diez y ocho leguas, hasta la ensenada de Ros; en todas partes están cortados verticalmente, en una altura de doscientos o trescientos pies, contra la cual el mar se bate de continuo a cada marea. No pude compararlos con nada mejor que con las costas de Normandía, entre El Havre y Dieppe. Un sentimiento de temor me acompañaba cuando seguía, con el martillo del geólogo en la mano, la base de esa masa imponente, donde se destacaban con frecuencia bloques que podían aplastarme, porque la cima sobresale a menudo y los numerosos desplomes que vi acá y allá me revelaban que había que confiar poco. En plena mar, el agua batía en todas partes y no se podía continuar andando al pie del acantilado; por eso, ¡desdichado el pobre navío que la tempestad arroje sobre esa costa inhospitalaria! No sólo sería destrozado en un instante, sino que nadie podría conservar la menor esperanza de salvación. Al atardecer volví a mi morada.

13 de marzo

Pasé once días en la estancia del señor Bibois, recorriendo las orillas del mar, después de cada marea, a fin de buscar animales marinos; o bien regresando, muchas veces, sea a los acantilados del norte, sea a las dunas, y cazando, sucesivamente, insectos y pájaros. Mi cosecha fue abundante, sobre todo en ejemplares de esa última clase, y estaba muy ocupado por cuanto todo lo tenía que realizar por mí mismo: cazar, preparar, describir los animales y dibujarlos. Creyendo, al fin, haber recogido todo lo característico de esa localidad, me dispuse a regresar a Carmen, el 13 de marzo, a fin de visitar otros lugares. Regresé cazando y noté, en el campo, muchos cadáveres humanos tirados en el suelo y a medias devorados por los pájaros de presa. Ese triste espectáculo me impresionó, y respondiendo a las preguntas que le formulé, mi guía me dijo que eran los cadáveres de los brasileños muertos un año antes en la última guerra con Buenos Aires. Los brasileños quisieron apoderarse de Carmen y desembarcaron, pero fueron rechazados vigorosamente; todos los hombres que no habían sido tomados prisioneros fueron matados y los cuerpos de muertos y heridos abandonados a los buitres. Me asombró ver a hombres que se creen civilizados negar sepultura a enemigos, cristianos como ellos. Supe que en medio de esa lucha, el general,

muy recamado de oro y, en consecuencia, punto de mira de todos los gauchos, fue herido en una de las primeras cargas; que uno de esos bárbaros soldados descendió del caballo, le quitó la ropa y las armas, y viendo en su dedo un anillo de precio que no podía sacar, tomó el cuchillo y le cortó el dedo. El pobre herido, que quedó inmovilizado para poder salvarse, no pudo contener un grito de dolor; entonces el gaucho, viendo que vivía aún, lo degolló para liquidarlo. Tal es la hospitalidad que un enemigo puede esperar de esa clase de gentes, más bárbaras aún que los mismos salvajes. El autor de esa acción infame no se avergonzaba al referírmela, sintiéndose, al contrario, honrado por haberla cometido; lo que me recordó al *héroe* del oficial de Corrientes[41].

14 de marzo

El 14 estaba ocupado en mi habitación en desembalar mi recolección de dos días, cuando un movimiento extraordinario en el fuerte atrajo mi atención. Fui en busca de informaciones y supe que uno de los destacamentos de exploradores, que el cuidado de nuestra seguridad nos había obligado a enviar, a fin de no ser sorprendidos, ocupaba los puntos desde donde el enemigo podía venir; el destacamento que vigilaba el camino del Río Colorado había enviado un correo, anunciando que los indios se preparaban a atacar; que, de los siete que aparecieron primero, sólo se pudieron matar cinco, lo que hacía temer que los que se salvaron hubieran ido a buscar los suyos, para vengar la derrota de los otros; que, por otra parte, se veían, a lo lejos, nubes de polvo, anuncio de una numerosa tropa, cuyas avanzadas eran los centinelas. Se dio la alarma en Carmen de inmediato. El comandante hizo tocar la generala, para reunir a los pobladores en el fuerte, y se tiraron tres cañonazos, a fin de prevenir a las personas dispersas en el campo que se unieran a nosotros. Una hora después, todos los habitantes estaban bajo las armas, y contando la guarnición, no éramos menos de cien hombres. El comandante, después de haber dado sus órdenes, quiso ir personalmente, con veinte soldados, a descubrir al enemigo. Apenas partió, todos los indios amigos, de la otra orilla, llegaron para defendernos, en traje de guerra y con sus armas, circunstancia que me proporcionó mucho placer, porque me ponía en condiciones de ver de cerca los caracteres distintivos de cada nación. Había patagones, puelches y aucas. Nada tan grotesco como el atavío de esos salvajes. Los patagones, de formas atléticas, eran de una fealdad espantosa con su traje militar. Si todos esos viajeros, amigos de lo maravilloso, que hicieron de ellos gigantes de diez a doce pies, los hubieran visto con ese equipo, sin duda habrían referido un cuadro mas terrible todavía. Mis patagones

41 Véase capítulo IX.

tenían el rostro pintado en forma repugnante; su cara era completamente roja; debajo de los ojos azulado o negro, y debajo de cada ojo una gran mancha blanca. Este último color, que sólo les he visto cuando se trataba de combate, me pareció apropiado para la guerra; en general, la costumbre de afearse es una táctica empleada por todos los indios de la parte austral de América, para asustar al enemigo, y sus pinturas de los días de fiesta son menos horribles. Usan armas ofensivas y defensivas. Las primeras consisten en arco y flechas. El arco, de noventa centímetros de largo, sin ningún adorno y fabricado de madera blanca fuertemente encorvada, está provisto de dos cuerdas hechas de tendones de un animal. Las flechas son muy cortas, de madera, adornadas, en uno de sus extremos, con plumas blancas de pájaro de mar, cortas y rígidas; el extremo opuesto está armado de un pedazo de sílex o piedra de fusil, artísticamente tallado en hierro de flecha, débilmente unido con tendones de animales, de manera que, cuando se tira la flecha, esa piedra cortante, pero irregular, queda en la herida, donde la sostienen sus dos repliegues posteriores y no puede retirarse de las carnes más que ensanchando mucho la herida[42]. Por un raro parecido, esa arma terrible sólo se encuentra, con características idénticas, en los naturales de California. Algunas veces, estas flechas son llevadas en un carcaj de cuero, atado a la cintura del lado izquierdo del cuerpo. Los tehuelches son tan diestros como los americanos cazadores de los bosques de las regiones cálidas: se arman también de un dardo, bastante corto, provisto de un sílex tallado y de una honda de lo más sencilla, hecha de cuero, ensanchada hasta la mitad de su longitud, para recibir la piedra que arrojan a larga distancia y con una destreza comparable a la que ponen en ese ejercicio todos los peruanos, que hacen de ella su principal medio de defensa; pero las armas más temibles del salvaje patagón son las boleadoras. De él y de las otras naciones de las llanuras los criollos las copiaron para difundirlas por gran parte de la América austral. Además de ésas de que he hablado a menudo, que, dobles o triples, sirven para derribar el caballo o el peatón, o parar el animal en la cacería, hay otra especie, las *bolas perdidas*, que sólo utilizan como proyectiles. Las usan con una precisión poco común, alcanzando sin dificultad el objetivo asignado, y lanzándolas mientras corren al galope; con ellas rompen la cabeza del enemigo.

Los medios de defensa de los patagones son aptos para atacar y no contribuyen poco a hacerlos temibles. En el momento del combate quedan casi desnu-

42 Es, sin duda, una piedra semejante a la que queda en la herida, que ha hecho decir a Pigafetta (pág. 34) que los patagones usan flechas envenenadas. Esas flechas, descritas por todos los viajeros, son también usadas por los habitantes de Tierra del Fuego.

dos, con una especie de cinturón de cuero, al cual están atadas sus armas; pero los grandes guerreros o jefes van cubiertos de una armadura defensiva bastante rara, que han copiado de los aucas. Se disfrazan con una larga coraza con mangas, semejante a una amplia camisa y compuesta de siete a ocho dobleces de una piel[43] flexible perfectamente preparada, pintada por encima de amarillo y provista de una ancha banda roja en la línea media; el cuello de esa coraza llega hasta el mentón y cubre una parte del rostro. Con esa armadura llevan una especie de casco, formado de dos pieles gruesas, cosidas entre sí, que se parece a un sombrero de anchas alas, con un penacho de atrás hacia adelante, adornado con placas de plata o cobre, unidas, por atrás, al cuello de la coraza, y atadas, por adelante, por medio de un babero de cuero. Así disfrazado, el guerrero se halla defendido de todas las armas de los indios. La lanza de los araucanos sólo puede hacerle contusiones y no penetrar; la flecha no lo hiere de ninguna manera; únicamente corre peligro con las balas. La cabeza está también protegida de las boleadoras por el sombrero-casco, y un guerrero sólo puede ser herido en el rostro o en las extremidades; en cambio, no puede accionar con libertad, puesto que todos sus movimientos están entorpecidos; el largo de la coraza, que le llega hasta las rodillas, la hace muy incómoda para ir a caballo. Sin embargo, el indio, con ese traje, puede inspirar terror. Los que no llevan coraza dejan flotar sus cabellos a la espalda.

Los indios aucas no usan arcos ni flechas; tampoco la honda les es familiar; las únicas armas ofensivas que les vi entonces fueron diversas especies de boleadoras o *laque*, observando que llaman a las bolas perdidas *quichun laque*, y la lanza de diez y ocho pies, de que ya he tenido ocasión de hablar. Esta última arma parece serles más característica, lo mismo que el arco en los patagones; a veces la rompen y hacen dardos; tienen también grandes cuchillos o especie de sables. Sus armas defensivas son en un todo semejantes a las de los patagones. Como estos últimos, usan la coraza con mangas, la cual parece pertenecer sobre todo a los pehuenches, que la fabrican siempre con la piel de quemul. Los puelches llevan las armas ofensivas y defensivas de los araucanos y patagones; algunos tienen la lanza, otros los arcos y las flechas, y todos las boleadoras. El conjunto de esos indios presentaba un raro espectáculo. Sus rostros pintados de variados colores, cuyos rasgos parecían tan distintos de los nuestros; esa

43 Los aucas pretenden que esas pieles son de *quemul* (*equus bisulcus* de Molina); ¿no serán de ese animal raro de que habla Wallis (t. III, P. 58) y que le pareció distinto del guanaco? De cualquier manera, el nombre *equus* le está mal aplicado, porque el quemul es de una especie vecina a la llama.

reunión de armas extrañas y vestidos extravagantes; los sonidos roncos y guturales de sus lenguas, todo eso contrastaba con los habitantes de diferentes clases, también diversamente vestidos, pero cuyo aspecto exterior revelaba, empero, un aire medio europeo. Los negros, mulatos, indios, blancos de todas las naciones, americanos, franceses, ingleses, portugueses, españoles, alemanes, estábamos allí haciendo causa común contra el enemigo, sin distinción de rango, de raza y de patria; tan estrechamente unidos, por lo menos en apariencia, como si siempre hubiéramos vivido juntos.

Permanecimos así, en armas, todo el día, aguardando ser atacados a cada instante; pero no pasó nada. El comandante regresó por la tarde y nos envió a cada uno de nosotros a su casa; la alarma se debía a siete indios que se dirigían del Río Colorado a Carmen. Se habían acercado a los exploradores, que les dispararon sin oírlos, matando a tres e hiriendo a dos; el resto huyó. El comandante se enteró por los propios heridos que estaban solos; que, no teniendo caballos en Colorado, decidieron robárselos a los pobladores de Carmen, y que no los seguía ninguna fuerza indígena. Dio la orden de traerlos y se los hizo montar a caballo, pero los conductores, cansados por lo visto de esa carga, los eliminaron tal vez por el camino, porque regresaron solos, a la mañana siguiente, satisfechos, sin duda, de haber encontrado la ocasión de saciar el odio que alentaban contra los indios, de quienes hacen menos caso que del peor de sus caballos y que tienen pocos escrúpulos en matar. La tranquilidad volvió a Carmen; y al día siguiente de ese asunto, nadie pensaba más en lo sucedido.

16 de marzo

El 16 reinicié mis excursiones; fui a cazar a algunas leguas arriba del villorrio. En el camino recogí muchas plantas y descubrí un banco de ostras fósiles, en medio de los areniscos del acantilado; luego, mientras mi peón se ocupaba de hacer un asado, fui a cazar al interior del campo: allí, entregado a la persecución de algunas aves de rapiña, me alejé mucho del río y estuve mucho tiempo ausente. A mi regreso al campamento, un joven, que cuidaba los caballos, me dijo que mi peón me creía perdido; y después de haberme llamado inútilmente por medio de tiros de fusil, fue en mi busca; regresó una hora más tarde, desesperado por no encontrarme. Le agradecí mucho su atención, asegurándole que, así como él, podía yo guiarme por el sol, al hallarme en medio de esas plantas tan uniformes, que uno se encuentra como en medio de un vasto océano, sin ninguna desigualdad que pueda servir de indicación; de manera que el hombre sin experiencia que se pierde, sin saber orientarse por los astros, puede morir de hambre o de sed, antes de descubrir el camino de regreso. Lo que había asus-

tado a mi guía era el caso de un francés que, poco tiempo antes, se aventuró en las llanuras, para cazar liebres; se perdió, sin tener la presencia de espíritu necesaria para orientarse; y después de tres días de sufrimientos, apareció medio muerto, a algunas leguas del establecimiento.

Excursión, remontando el río, a la Salina natural de Andrés Paz

19 de marzo

Había oído hablar a menudo de salinas naturales explotadas en la región, pero no había visto aún ninguna. Tomé mis disposiciones para ir a ver la única que proporciona carga a los navíos enviados desde hace algún tiempo. El 19 monté a caballo muy temprano; y acompañado de mi único peón me puse en marcha, remontando el Río Negro. Tomé un camino que sigue todos los recodos del río, con la esperanza de hallar objetos nuevos, a fin de apreciar mejor a la región. Al salir del fuerte, descendí por la orilla derecha, que permite, a marea baja, pasar al pie del acantilado; mientras que, cuando las aguas están altas, uno se ve obligado a seguir, a media altura, una senda muy estrecha, cuyas innumerables sinuosidades están repletas de espinas, que a pesar de la mayor atención hacen a menudo pagar al jinete con su ropa el estrecho paso que le brindan. Pasé frente a la isla de Crespo, donde, entonces, gran cantidad de higueras, cubiertas de frutas, no eran menos atractivas que las parras repletas de racimos de uvas tan valiosas como las de la Tierra Prometida, a tal punto eran grandes y revelaban la extrema fertilidad de ese lugar. Vi después otra isla, más grande todavía, cuyas numerosas casas y surcos trazados anunciaban riqueza agrícola. En ese camino, la costa es escarpada en casi todas partes y no posee ningún terreno de aluvión. El primero que se presenta es el llamado *potrero cañada*[44], ubicado frente a la segunda isla; es poco ancho, pero se alarga un cuarto de legua. El propietario, que posee una hermosa casita, construida a la entrada, siembra todos los años trigo y todas las legumbres de los países templados. Una parte de ese terreno, inundado durante las grandes mareas, está, en toda época, cubierta de una vegetación fresca, que contrasta muy agradablemente con la aridez de los ribazos vecinos. Después de haber pasado por ese lugar, el río, que corre al pie mismo del acantilado, en un largo de cerca de media legua, no está obstaculizado por ninguna isla, y deja ver chacras en la otra orilla; después, cuando se dobla una

44 Hemos tenido ya la oportunidad de anotar que la palabra *potrero* significa, en la región, un terreno cerrado, un cerco, etc.

punta, comienza otro terreno de aluvión, bastante estrecho, aunque de cerca de una legua de extensión, conocido con el nombre de potrero asegurado. Este último, como los otros, sirve a la agricultura, por estar bajo la vigilancia de los habitantes de una casita cubierta de paja, ubicada al pie de la colina que bordea del lado de las tierras. Hay varias islas cultivadas en el río, frente a ese potrero; y desde allí, durante cerca de media legua, las aguas baten todavía el acantilado, mientras que una gran isla habitada y dos islotes incultos obstruyen el curso del Río Negro. Viene, luego, el potrero de *Churlakin*, así llamado porque el cacique patagón de ese nombre vivió allí mucho tiempo. Este sirve especialmente como campo de pastoreo, porque a medida que uno se aleja de Carmen, disminuyen los cultivos. Vi numerosas bandadas de ánades parados en los fosos e hice una hermosa cacería. En un cuarto terreno abandonado por las aguas, el *potrero del carbón*, así llamado porque hace algunos años se hacía carbón, vi los primeros sauces no plantados, cubriendo una de las tres islas que obstruían entonces el río. Allí comienzan a verse bosques enteros de esa especie de árbol y observé, en todas partes, una vegetación de lo más activa; por lo demás, el potrero del carbón es uno de los más hermosos y de los más productivos de todo el curso del río, desde su desembocadura; está habitado por dos propietarios, que tienen sus chacras y sus estancias. Después de haberlo cruzado, para llegar al depósito de la sal, marché por ribazos escarpados hasta el lugar donde los obreros han construido pequeñas cabañas; ese punto de embarque está a cinco leguas de Carmen. Al llegar, vi diez a doce montones de sal que se trajeron de las salinas, cada uno de los cuales podía cargar un navío de cien toneladas.

Los *ranchos* o cabañas, si puede darse ese modesto nombre a semejantes construcciones, se parecen a los de los indios: están formados de estacas unidas, sobre las cuales se arrojan muchos cueros de caballo cosidos entre sí, que apenas cubren la mitad del techo, de manera que no se está más al abrigo del sol que de la lluvia y menos todavía del viento; debí, empero, felicitarme de haberlos encontrado. Al mirar por el lado del río, es difícil creerse en la Patagonia, porque se descubren, por todas partes, tupidos bosques de sauces y una fresca y vigorosa vegetación; pero, del lado de la campaña, siempre los mismos terrenos secos, erizados de espinas. Todas las islas vecinas están cubiertas de árboles verdeantes y una de ellas, separada del continente por un canal seco en tiempo de calores, presenta árboles de alta talla. El Río Negro se parece al Río Colorado y al Río Sauce, en que desde doce leguas arriba de su desembocadura, hasta muy arriba de su curso, está adornado de sauces, los únicos árboles que crecen naturalmente al sur de Buenos Aires, en todas las

pampas. Siguiendo al oeste de las cabañas, se halla una pradera de una legua de largo, cuyos bordes, del lado del río, están cubiertos de árboles. Esos lugares son realmente encantadores; y, en su extremidad, se halla la casa del propietario, *Andrés Paz*, que da su nombre al potrero lo mismo que a la salina vecina, y que es la última casa de ese lado. Pasé sin embargo de largo, pero cuanto más avanzaba más el camino se hacía difícil, a causa de la desigualdad de los terrenos y del poco sendero marcado. De esa granja al primer lugar habitable, al potrero cerrado hay cuatro leguas. Después de las guerras con los indios, ese terreno, aunque muy fértil y casi cerrado por naturaleza, lo que es una gran ventaja para criar el ganado, fue totalmente abandonado, de manera que en la casa de Andrés Paz, es decir a seis leguas arriba de Carmen, terminan las propiedades de los colonos sobre la orilla norte y comienza el dominio de los salvajes.

A mi regreso a las cabañas, pude regalar con los productos de mi cacería a todos los obreros reunidos, y aunque ellos no los apreciaran tanto como podría creerse, les agradó y fue, para ellos, una variación de su carne seca y salada. Mi caza, que les pareció extraordinaria, les dio tema de conversación para mucho tiempo; después, cada uno se tendió en tierra sobre un cuero y trató de reponerse de las fatigas del día, pero un fuerte viento del sur trajo un frío penetrante, que despertó a casi todos. Al amanecer seguía haciendo mucho frío; por eso, para calentarse, los obreros se dispusieron a partir muy temprano, de manera que al levantarse el sol yo estaba solo y no oía más que los gritos lejanos de los picadores, mezclados al ruido de las ruedas de las carretas que giraban con dificultad sobre sus ejes de madera.

De las cabañas parte un camino que conduce a la salina de Andrés Paz, que está a una legua en el interior. El terreno presenta una suave pendiente, que seguí subiendo en medio de zarzales espinosos hasta la cima de ligeras alturas, de donde, de pronto, vi algo así como un lago lleno de nieve, rodeado, a un cuarto de legua alrededor, de altas colinas que se inclinan muy suavemente hacia el fondo del mismo, de manera que el conjunto constituye una hondonada de más de una legua de diámetro. Las cumbres de las colinas están cubiertas de la misma vegetación que todos los alrededores; pero, al descender hasta el fondo, por un plano poco inclinado, observé que se sucedían especies de plantas, acercándose al centro, y que todas las de las colinas habían desaparecido, para dejar lugar a otras, reemplazadas a su vez, cerca de la sal, por vegetales completamente marítimos, pertenecientes sobre todo al género sosa y salicor, estrechando, en un corto espacio, ese paso gradual que se nota, por lo general, en las cercanías más o menos inmediatas del mar; y antes de llegar a la

misma sal vi una gran superficie circular de tierra que estaba saturada a tal punto que no crecía ninguna planta. Descendí, no sin ser desgarrado por las espinas, admirando esa maravilla, al borde de esa inmensa superficie de sal. No podía cansarme de contemplar ese lago redondo de más de media legua de diámetro y de una blancura tan deslumbrante. No podía creer que estuviera formado sólo de sal, pero me convencí caminando sobre él. Había doce a quince obreros ocupados en recogerla; unos con una pala de madera, la amontonaban en pequeños montículos; otros, con carretas, conducían esos pequeños montículos a orillas de la salina, a fin de levantar montículos mayores, que otros carreteros transportaban a orillas del río. El efecto de ese espectáculo era raro; parecían hombres paseándose por la nieve, porque se destacaban de una manera singular sobre esa llanura resplandeciente, donde millares de pequeños cristales brillantes reflejaban la luz del día aumentando su brillo. Resultaría fácil calcular cuánta sal contiene ese depósito natural, tomando, como término medio, cuatro pulgadas de espesor en un diámetro de por lo menos media legua; y nos podremos convencer, a pesar de la opinión de los habitantes, que esa salina no sería inextinguible si la explotación fuera más activa; pero, mientras sólo se extraiga un millar de toneladas por año, como se hace actualmente, es posible que dure algunos siglos, tanto más cuanto los terrenos circundantes aportan más sal, por las lluvias que los lavan. La creencia de los habitantes de que la salina no puede agotarse se basa en un falso prejuicio de la ignorancia que debe destruirse para siempre. Recorriendo sus orillas y estudiando los terrenos de que se componen, observé, en la arena fina que forma el fondo, gran número de cristales blancos. En el mismo instante un obrero, buen conversador, me dijo, al verme recogerlos, que lo que impedía a la sal de la salina no disminuir nunca era que esos cristales, de los cuales el suelo está repleto en todas partes, se renuevan continuamente; que eran la *madre de la sal*; y para demostrármelo se puso a cavar en muchos lugares, en todos los cuales había esa sustancia; pero, habiendo examinado con atención esa forma cristalina, y sobre todo su rotura espática y brillante, comprobé que no era otra cosa que sulfato de cal o yeso. Le dije lo que era al obrero, pero no quiso creerme, porque su padre le había dicho lo contrario; y fue necesario, para convencerlo, demostrarle que esa sustancia no solamente no era soluble en el agua, sino que no tenía ningún sabor, y que, puesta en el fuego, se reduce a hojas blancas, cuya pulverización da un yeso de blancura extrema. Entonces, todos los obreros se reunieron, y mi descubrimiento resultó para ellos un asunto de Estado. Tal vez dudaban todavía, porque no abandonarnos sin pena una idea a la que estarnos acostumbrados desde la infancia, sobre todo cuando ella halaga nues-

tros deseos. Lo que había contribuido especialmente a hacer creer a esas pobres gentes que esos cristales no podían ser más que la madre de la sal, es que por un raro azar, o más bien en virtud de un principio de unidad notable en la formación de las capas terciarias del suelo, los habían hallado absolutamente idénticos en la salina de la península de San José, a 43° de latitud sur y más de cincuenta leguas de aquel lugar; y sacaron la consecuencia que acabo de hacer conocer. Hice varias excavaciones y recogí una serie de cristales de la mayor belleza; unos, en agujas de diez a once pulgadas de largo y tres de ancho; otros, compuestos de dos cristales cruzados, muy transparentes y de una hermosa conservación. Por eso, a su llegada a Francia, fueron considerados dignos de ser mostrados, todos los años, en el Museo de París, en el curso de mineralogía del Sr. Brongniart, como la colección más completa que se ha visto hasta ahora en su género.

Al pasearme por los bordes de la salina, vi a lo lejos, en el medio, como un islote de tierra poco elevado sobre la sal. Pregunté qué podía ser y me respondieron que era un conjunto de nidos de *flamencos*[45]; me puse de inmediato en camino para verlos. Caminando por la sal, sobre una costra muy finamente cristalizada que cubre todos los puntos y ofrece bastante consistencia como para poder andar, hice casi un cuarto de legua y llegué finalmente al conjunto de nidos, compuesto de más de dos mil, formando un único islote negruzco, en impresionante contraste con la blancura de los alrededores: cada nido es un cono de un pie de altura truncado en la cima y cóncavo allí, para recibir los huevos; está aislado de los otros por un espacio de un pie alrededor, de manera que una especie de regularidad parece haber presidido su construcción. Nada más raro que esa reunión de conos, todos completamente idénticos y de la misma altura, cuyo conjunto da la idea de una gran ciudad, en medio de la cual circulan senderos tortuosos que forman un verdadero jardín inglés. Quedaban todavía muchos huevos y pichones muertos en los nidos; y los esqueletos de los fenicópteros extendidos por los alrededores no me dejaron la menor duda sobre sus relaciones con esas aves, a las cuales la longitud de sus patas no permiten, de ninguna manera, otro tipo de nido. En efecto, si el fenicóptero pusiera sus huevos en tierra, ¿cómo podría cubrirlos? ¿Qué haría con sus largas patas? Ha debido elegir un lugar apropiado a su constitución, y el instinto natural de todos los animales le sirvió en esa circunstancia. Esos pájaros

45 El ave conocida con ese nombre es una nueva especie de fenicóptero, que en una memoria publicada en común con Isidore-Geoffroy Saint-Hílaire, en el Magasin de Zoologie de Guérin, hemos llamado *Phoenicopterus ignipalliatus*.

blanco-rosados, de alas de fuego, con las patas y el cuello de una longitud desmesurada, viven en todas las llanuras, sea en las cordilleras, sea en las pampas, al sur de Buenos Aires; allí se hallan sus bandadas, compuestas, por lo general, de algunos centenares de ejemplares, que viajan de un lago a otro, prefiriendo los de agua salobre, y allí, en el agua hasta el jarrete, buscan, sin separarse, su alimento, que consiste en animalitos acuáticos. Esas aves parecen haber nacido para la vida social; nunca se las halla aisladas; si algo las asusta, lo que no es raro (porque son muy tímidas), todas emprenden vuelo a la vez; y abandonando la tierra donde forman una línea de infantería, despliegan sus largas alas del más hermoso color rojo, conservando un orden regular, y formando también, al volar, una larga fila algo arqueada, que se dirige por encima de las llanuras hasta otro lago, donde se posan de nuevo. En la estación de los amores, esas falanges se alejan aún más de los lugares habitados y prefieren los desiertos; no cabe duda de que entonces se reúnen en un punto al que tienen la costumbre de volver todos los años para anidar. Cada pareja, en esa época, se dedica a reparar, con su pico, los nidos del año anterior, a menudo deteriorados por las aguas; y, convertidos en arquitectos, los levantan mejor o construyen nuevos conos de tierra, sobre los cuales, sin otros aprestos, depositan sus huevos, que los dos cubren uno tras otro, poniéndose a caballo sobre ellos, una pata para un lado y la otra para el otro, única posición que les permite la dimensión de sus tarsos.

La mayor unión parece existir en esa colonia momentánea y los cuidados que brindan a sus pichones los ocupan durante los meses de noviembre y diciembre; luego se alejan, para volver al año siguiente. Son perturbados en sus nidos de la salina de Andrés Paz, porque los obreros son golosos de sus huevos y, más todavía, de sus pichones, que tienen, para ellos, un gusto exquisito; pero como a veces sucede que, en esa estación, las lluvias no permiten la recolección de la sal, los pájaros permanecen tranquilos, porque no es dudoso que en caso contrario buscarían otro lugar, donde pudieran ocuparse en paz de la reproducción de su especie. Cuando el naturalista tiene la dicha de hallar algo que le descubra nuevos secretos de la naturaleza, no puede dejar de admirarlo y de tratar de penetrar los detalles; por eso, no podía separarme de ese lugar, donde permanecí muchas horas. No estaba, sin embargo, al fin de mis interesantes descubrimientos en ese terreno, desprovisto en apariencia de interés. Me quedaba por hacer otro no menos importante.

Los vientos, después de la última evaporación y cristalización de la sal, la habían acumulado en forma muy fina alrededor de esa reunión de nidos; noté muchos insectos muertos; los recogí y, examinando con mayor atención los

alrededores, hallé muertos otros en muy buen estado y sólo saturados de sal. Los busqué de nuevo por la superficie cristalina a mi regreso, y encontrando siempre algo, una idea vino pronto a darme la esperanza de una cosecha más abundante todavía. Pensaba que, cuando lloviera, la superficie completa del agua se derretiría, cubriéndose de algunas pulgadas de agua; que entonces, necesariamente, todos los insectos esparcidos por el lago serían empujados hacia la costa. Saqué la conclusión que, siendo los vientos que traen la lluvia, por lo general del noreste o noroeste, era necesario buscar del lado sur. Siempre recogiendo algo, alcancé la orilla, con el corazón lleno de esperanzas. ¡Cuán justas fueran éstas, como lo demostró una línea ancha de algunas pulgadas, a lo largo de toda la costa, de insectos de todos los tipos amontonados juntos, coleópteros, himenópteros, etc., muchas arañas y escorpiones; y lo que pareció más raro, ranas, lagartos y hasta pequeños mamíferos! Fue una suerte que superó todo lo que podía esperar. Después de dos meses de minuciosas investigaciones, no había recogido más que unas cuarenta especies de insectos, y me quejaba, con alguna razón, de la pobreza de la zona, en ese aspecto; por eso mi gozo fue extremo al encontrar, como por milagro, más de doscientas especies reunidas, que presentaban, en un punto único, toda la entomología que esa parte de la Patagonia podía ofrecer de más completo, lo que, en circunstancias ordinarias, sólo podría haber conseguido después de años de exploraciones. Desde ese momento, sólo me ocupé de seleccionarlas; y, a fin de no estropearlas, llené las cajas, embalándolas con sal todavía mojada, para transportarlas así hasta Carmen.

Mientras me ocupaba de mi recolección, traté de darme cuenta del motivo de esa reunión fortuita de tantos insectos distintos en esa salina; y creo haber encontrado, para algunos, la clave del enigma, no así para los demás. Quienquiera haya estudiado la entomología no ignora que extendiendo un paño sobre el pasto, en medio del campo y en una noche oscura, teniendo una bujía encendida, los insectos, atraídos por la luz, se acercan volando de todas partes y puede hacerse, en algunos instantes, una caza abundante. ¿No puede explicarse de la misma manera la aparición de las especies aladas? Los motivos que las atraen hacia la luz y las hacen caer sobre la tela, ¿no pueden ser los mismos que los arrojan a ese mantel blanco, que refleja los rayos de la luz? Así caídos, se empapan inmediatamente las alas de sal derretida por la humedad de la tarde; y a la mañana siguiente, cuando el sol absorbe el rocío de la mañana, que cubre de una ligera capa de agua toda la superficie de la salina, los desdichados insectos, con las patas llenas de sal, deben, interrumpiendo la marcha, hallarse pronto privados de movimientos, a causa de la cristalización;

permanecen entonces expuestos, bajo el fuego de un sol ardiente, a la más fuerte reverberación, que los mata pronto, y quedan pegados a la superficie, hasta que la lluvia viene a destruirlos por completo, y los vientos los transportan a la costa, donde se amontonan así como los encontré.

La explicación de la presencia de esos mismos insectos provistos le alas presenta todavía una gran dificultad. No son todos crepusculares o nocturnos; y si puedo explicar, como se ha visto, la aparición de los que vuelan sólo por la tarde, como las especies de los géneros capricornios, carábidos, escarabajos, saltones, hidrófilos, dísticos, etc., no sucede lo mismo con los que vuelan durante el día y además cuando el tiempo es bueno, tales como los buprestes, las cigarras, etc. ¿Qué motivo puede atraer a estos últimos en tan gran número a la superficie de sal? No son llevados, sin duda, por el deseo de ver la luz, porque en pleno día los insectos no tienen necesidad de ir a buscarla; y por la tarde, lo mismo que durante la mañana, todavía adormecidos, mientras el sol calienta el aire, ¿será la refracción tan fuerte como para atraerlos? Esto es tan difícil de admitir como que el calor es más indispensable que la luz. Parece más sencillo suponer que, queriendo atravesar ese lago, la violencia de los vientos, tan frecuente en la Patagonia, o lo largo del trayecto, los obliga a descansar, pero esta hipótesis plantea otra dificultad. Por lo general, en pleno día, durante el buen tiempo, la superficie de la sal es sólida y el insecto que se ha posado puede reiniciar su vuelo como si estuviera sobre el suelo; es necesario, pues, que caiga justo en el momento que queda una partícula húmeda que lo detenga y le sirva de tumba.

Si me es difícil dar una explicación satisfactoria de la aparición de gran número de insectos diurnos en la superficie de la salina, lo será más todavía descubrir el motivo que lleva a gran número de insectos ápteros, como los de la familia de los melásomos y esa cantidad de arañas y escorpiones que hay allí, animales que sólo pueden llegar voluntariamente y caminando. ¿Sería el deseo de comer la sal, que ansiarían como una golosina, lo que los lleva ahí? Creo que no puede ser eso, porque la gran cantidad de eflorescencias que cubren los terrenos y las plantas de los alrededores pueden bastarles. ¿Habrán sido sorprendidos por una inundación momentánea que los arrastró basta la salina? Esta suposición parece la más verosímil y admisible. Los insectos arrojados a tierra por la lluvia, pueden ser arrastrados por las corrientes al lago y terminar ahogándose.

Me queda por investigar la causa que lleva también a las serpientes, las ranas, los sapos, los lagartos y hasta los ratones, las ratas y los pájaros que hallé igualmente salados, en gran número, a orillas y en medio de la salina. ¿Llega-

ron por sus propios medios? ¿Fueron llevados? Son las dos primeras preguntas que se plantean. Si llegaron voluntariamente, ¿qué motivos los han atraído? No puede ser la necesidad de luz, porque, en todos los casos, ese primer motivo sólo puede aplicarse a los animales crepusculares; y, por consiguiente, los sapos, las ranas y los ratones habrían ido solos, pero, para ello, habría que probar que todas esas especies son susceptibles de ser atraídas por la luz, lo que no es admitido. ¿Supondremos que murieron en la salina por haber comido sal? Esto no es probable. No se puede creer tampoco que hayan sido atraídos por el deseo de probar la sal; por lo demás, como ya lo he dicho, estas hipótesis sólo serían admisibles para las especies nocturnas; y la misma razón podría difícilmente llevar a las serpientes y lagartos a aproximarse al lago; por eso rechazo esta primera suposición. Después de haber reflexionado mucho sobre estas cuestiones y observado que casi todos esos animales habían sido evidentemente heridos antes de llegar a la salina, creo seguro que no llegaron por sus medios, sino que fueron transportados. La igualdad de sus heridas me convence de que fueron transportados por aves de rapiña; tampoco con esta hipótesis, bastante verosímil, resulta fácil explicar por qué esas aves abandonaron su presa, si recordamos que, casi todos, al transportar un animal con sus garras, lo dejan a menudo caer, lo que los obliga a posarse y a buscarlo de nuevo; pero si, volando sobre la salina, les sucede lo mismo, es muy sencillo suponer que abandonan ese animal cuando cae en la sal disuelta, que no puede serle agradable, o por el temor de posarse en una superficie tan parecida al agua.

La salina de Andrés Paz, como las restantes de la región, es un receptáculo donde los cuerpos que llegan se conservan muchos años. Nunca, en tiempo de lluvias, el agua dulce se mezcla con la sal en cantidad suficiente como para quitarle su cualidad conservatriz. Por eso, pueden verse insectos de varias primaveras, y la descoloración de algunas de sus partes, expuestas a la acción de la luz, es lo único que demuestra que están allí desde un tiempo más o menos largo. Asimismo, los mamíferos conservan su piel, los reptiles sus escamas, los pájaros sus plumas, y si algo pierden, no son más que los colores.

Antes de referirme a la explotación de la sal, creo conveniente exponer la idea que me hizo concebir la inspección de los alrededores, idea sobre la formación de esa salina natural. Como ya lo he dicho, está situada en el fondo de una hondonada muy grande, rodeada de pequeñas colinas y de ribazos; en las orillas, la vegetación revela la mayor o menor cantidad de sal de los terrenos, hasta llegar a la sal cristalizada, que cubre todo el centro. Había podido ya comprobar que todo el suelo de la Patagonia está impregnado de gran cantidad de partículas salinas, lo que, así como los fósiles recientes, revela que evi-

dentemente estuvo cubierto por el mar. Podría, pues, suponerse que cuando las aguas se retiraron por última vez, dejaron un lago de agua salada, rodeado de colinas. Si ese lago hubiera estado situado en una región muy húmeda, en medio de las pampas, junto a Buenos Aires, por ejemplo, habría tal vez quedado sin cristalizar, como los que existen con tanta frecuencia en esos lugares; pero hallándose, al contrario, en una región donde llueve muy poco y donde la sequedad es extrema, el agua debió evaporarse con rapidez, concentrándose poco a poco las partículas salinas en el fondo, donde pasaron finalmente a un estado de cristalización completo, que conservarán mientras la atmósfera no se modifique. La misma hipótesis es aplicable a las numerosas salinas que cubren el suelo de esa parte de la Patagonia, y que asumen una uniformidad extraordinaria en la formación de terrenos de aluvión y terciarios que lo componen, alimentándose continuamente después de las lluvias del lavaje de los terrenos circundantes.

Antes de la fundación de los establecimientos españoles en la costa de la Patagonia, se empleaba en Buenos Aires la sal de España o de Cumana, o se llevaba, por tierra, de la salina natural situada al sursuroeste de Buenos Aires, a unas ochenta leguas de distancia; pero tan pronto fue fundada Carmen, y se descubrieron las salinas de los alrededores, se efectuó una explotación regular; fueron empleados obreros, por cuenta del Estado, en la extracción de sal de la salina de Andrés Paz, como la más próxima al río y la más fácil de explotar; y los navíos, enviados a ese efecto, abastecían el consumo de Buenos Aires, Montevideo y el Paraguay, que dejaban de emplear la sal impura sacada por la población del lavado de las tierras. Inmediatamente después de la emancipación de la República Argentina, se declaró libre el comercio de la sal. Desde ese momento, las naves brasileñas y de todas las naciones la transportaron, y la explotación aumentó gradualmente. La salina pertenece a todos, y cada uno puede, cuando le parece, ir a recoger la cantidad de sal que quiera. Sólo se debe pagar un pequeño derecho de aduana de salida, y ningún funcionario impide la explotación de la sal, la que se reduce a bien poca cosa. Algunos propietarios de Carmen detectan el monopolio y mantienen cierto número de obreros, que no pagan por jornal, sino a destajo; cada uno de ellos para ganar seis reales (tres francos sesenta y cinco céntimos), está obligado a formar quince pequeños montículos de sal de seiscientas a ochocientas libras; pero sucede a menudo que el hombre activo puede fácilmente doblar su rendimiento, porque no tiene otro trabajo que recoger, con una pala de madera, la capa de sal de la superficie, teniendo cuidado de no mezclarla con tierra. Esos montículos, formados en línea sobre la misma salina, permanecen, por lo primeros tres

días, escurriéndose, antes que las carretas los carguen, para conducirlos fuera de la salina, donde se hacen grandes montones, en un sitio bastante elevado como para que no pueda llegar el agua de las lluvias. Se deja todavía la sal algún tiempo en ese sitio, antes de transportarlas a orillas del río, donde se forman, de nuevo, grandes montones. El transporte de la salina a sus orillas se paga en jornales y cuesta poco al especulador; el de la salina a la costa del río es mucho más caro, no pudiendo una carreta hacer más que tres viajes al día; y a pesar del enorme precio de dos reales (veinticinco *sous*) por *fanega*, o ciento cincuenta libras de peso, para transportarla en barcos, de los alrededores de la salina hasta Carmen, el propietario obtiene todavía buenas ganancias al vender el producto a quienes lo exportan al precio de un peso o nueve reales (cinco francos o cinco francos sesenta y cinco céntimos) la fanega.

Desde la mañana permanecí alrededor o sobre la salina, expuesto a la reverberación de esa superficie cristalizada de una blancura brillante; pero estaba demasiado ocupado en mis exploraciones para darme cuenta del mal que eso me hacía, de tal manera que, cuando quise regresar, tenía los ojos tan fatigados como si hubiese estado sobre la nieve y apenas veía para orientarme. Los obreros me aseguraron que, cuando el sol no está oculto por ninguna nube, la refracción es generalmente insoportable; sobre todo en época de sequía, los obliga a abandonar el trabajo. Me dirigí a las cabañas, y desde allí, pensando poder llegar todavía a Carmen, continué mi camino cazando y fui muy dichoso al matar al macho y la hembra de un hermoso ejemplar de buaro[46], de vivos colores, un zorro, varios *eudromies* con penacho, y gran número de pájaros acuáticos y terrestres. Viendo, en fin, que mi peón y yo no podíamos llevar los productos de mi cacería si continuaba haciéndola, y para no ser tentado, abandoné la orilla del río, en el potrero de Churlakin, a fin de seguir el camino de carreta que pasa por las alturas, y de un galope, llegué, antes de la noche, al villorrio, donde me sentí tan satisfecho de mi viaje, el más fructuoso de los que había hecho desde mi llegada a la Patagonia, que antes de pensar en dormir permanecí algunas horas contemplando mis riquezas.

Necesité nada menos que cuatro días de trabajo para preparar y poner en orden mis colecciones. Vi con el mayor placer que los insectos desecados vol-

25 de marzo

vían a tener toda su frescura y que seguían siendo hermosos como si hubieran sido cazados vivos. El deseo de obtener más, así como los cristales, me hizo ir a la salina tan pronto como me fue posible. Regresé, en efecto; el 25 partí muy temprano y seguí

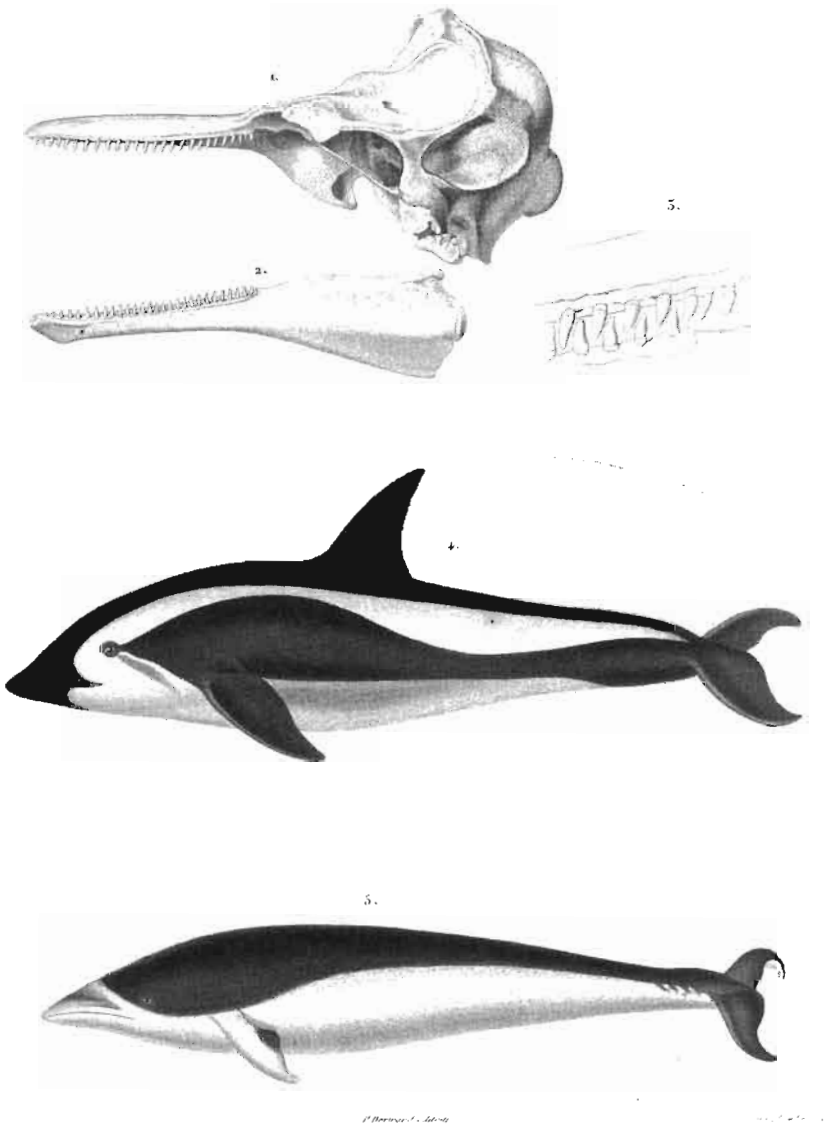
46 Buteo trícolor, Nob., Pájaros, página 106.

también el camino de la costa sin cazar; estaba tan apurado por ver la salina, ese tesoro de historia natural, que, sin detenerme en las cabañas, me dirigí con toda rapidez, y me ocupé especialmente de los insectos, prin-

26 de marzo

cipal propósito de ese viaje. Recogí gran número, entre los cuales muchos distintos de los de mi primera excursión. Por la tarde, regresé cazando, porque era necesario pensar también en las provisiones. Es cierto que tenía allí, muy cerca, tantos ánades, que proveí, en poco tiempo, a mis necesidades y hasta pude mostrarme generoso con los obreros que me dieron hospitalidad en su cabaña, donde me acosté en el piso.

Regresé con la aurora a la salina, donde empleé toda la jornada en explorar; y por la tarde, al regresar a Carmen, aunque mi caza no fuera tan buena como en mi viaje anterior, maté un hermoso macho de águila coronada, única ave de presa que come al zorrino, cuya hediondez pone en fuga hasta al más hambriento de los carnívoros.



1-4: *Delphinus cruciger*; 5: *Delphinus peronii*.

CAPÍTULO XIX

Viaje al Sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los Leones Marinos. Estadía a la orilla sur del Río Negro y detalle sobre un saladero. Viaje al árbol sagrado del Gualichu. Delegados oradores de los indios Aucas y excursión a la salina de piedra y a la de Andrés Paz

Viaje al Sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los Leones Marinos. Estadía a la orilla sur del Río Negro y detalle sobre un saladero

Necesitaba llevar una vida activa y continuamente ocupada para no aburrirme en Carmen, donde la monotonía de las jornadas era abrumadora; por eso no podía emplear mejor mi tiempo que recorriendo siempre el campo, cazando y observando a los animales. Empero, había investigado al máximo alrededor del villorrio. La necesidad de encontrar algo nuevo requería viajes lejanos; pero esos viajes son tanto más penosos y costosos, por cuanto sólo se puede contar con lo que uno lleva. Proyecté alquilar una chalupa bastante grande y recorrer toda la costa sur, hasta el estrecho de Magallanes; por desgracia, el precio que me pidieron por esa expedición estaba muy por encima de mis recursos, y debí renunciar. No me quedaba otro remedio que ir por tierra lo más lejos que pudiera hacia el sur. Ese viaje representaba también grandes dificultades. Más allá de las orillas del Río Negro no hay ningún rastro de camino; la campaña es virgen, o sólo es frecuentada parcialmente por hordas vagabundas y salvajes, los avestruces y las maras. No sabía cómo penetrar, cuando me informaron que había en Carmen varios hombres famosos por tener un vasto conocimiento de esos desiertos, hasta y más allá de la península de San José. Envié a buscar a uno de esos baqueanos; le formulé luchas preguntas y finalmente me decidí a que me guiara por esas comarcas desconocidas; lo invité a hacerse acompañar de otros tres compañeros y prepararse para partir. Por mi parte, me aseguré un buen número

de caballos de muda y víveres necesarios para la expedición; cuando todo estuvo listo, avisé a mi gente y me dispuse a ir a ver, en la costa, al sur, una pequeña ensenada arenosa en la cual debía hallar muchas focas y donde tenía la esperanza de encontrar muchos otros animales marinos. Mi principal propósito era conseguir, al mismo tiempo, esa nueva especie de avestruz, de la que los pobladores me habían hablado y que decían que abundaba mucho; por eso elegí para que me acompañaran a los hombres más diestros en bolear los animales, y caballos acostumbrados a ese género de caza.

1 de abril

El 1 de abril no logré, a pesar de mis esfuerzos, reunir hasta muy tarde a toda la gente. Hice cargar dos de nuestras bestias de víveres y bagajes, y partí. El señor Alvarez y su sobrino, el señor Drago, quisieron acompañarme hasta la estancia del primero, a fin de dar las órdenes necesarias para que fuera bien tratado: era un nuevo servicio, que debía agregar a otros mil. Esos amables hombres me colmaban de atenciones y buscaban siempre facilitar mis excursiones. Seguí la orilla norte hasta la chacra de Andrés Real, a tres leguas del villorrio; allí, un barco me pasó al otro lado del río, a la estancia del señor Alvarez, donde me vi obligado a dormir, separándome del propietario del lugar, no sin antes recibir múltiples consejos y sin que se me rogara muchas veces que renunciara a mi proyectado viaje, porque podía ser hallado por los indios y debía temer de todo en tal caso. Un americano no concebía que sólo por amor a la ciencia me expusiera así; confesaré que era difícil que fuera comprendido por una persona que no estuviera como yo henchida de ese amor a los descubrimientos que hace desafiar todo, a fin de llegar a un objetivo.

Quise ponerme en camino muy temprano para tener un día menos que pagar a mis gentes. Daba cerca de ocho francos a cada uno, y el alquiler de los caballos me costaba veinte, lo que elevaba mis gastos diarios a más de cincuenta; con todo, debía considerarme dichoso de haber obtenido el todo tan barato. El tiempo de ir a buscar los caballos al campo, de traerlos al corral, de ensillarlos y de cargarlos, me retuvo hasta la una: finalmente nos pusimos en camino. Abandoné, desde ese momento, todo camino trazado, atravesando una campaña horizontal sobre la cual, hasta las *cuchillas* o primeras colinas que bordean los antiguos límites del río al sur, es decir a dos leguas del río actual, no pisé más que un terreno bajo, muy unido, cubierto de tanto en tanto de ligeras eflorescencias salinas, o de pequeños zarzales espinosos bastante semejantes a nuestras aulagas de los eriales de Francia. Todos formando una sola línea, siempre al galope, arreando delante de nosotros los caballos de carga y los doce de remonta, seguíamos la dirección que señalaba el baqueano, que iba a menudo delante; galopábamos a derecha y a izquierda, a fin de arrear

nuestras bestias rezagadas, y así franqueamos la distancia, hasta que nos hallamos de pronto detenidos por un pequeño mar de cerca de una legua de ancho, sin duda el antiguo lecho del Río Negro, que se extiende desde cinco a seis leguas arriba de Carmen, se llena de agua en época de crecientes y se seca difícilmente. Esa laguna, de olas agitadas cuando sopla el viento, está cubierta, en sus orillas, de juncos, albergue de gran número de pájaros acuáticos de todo género. Al arribar junto a ella y no viéndole ningún fin, comencé a temer verme obligado a atravesarla, pero mis compañeros de viaje me tranquilizaron, diciéndome que a una legua más abajo termina y nos permitiría el paso; así sucedió en efecto. Antes de llegar a la cuchilla, mi caballo se hundió en una madriguera de tatú y cayó pesadamente a tierra conmigo; por suerte no me hice el menor daño. Esos accidentes son, por lo demás, muy frecuentes, por estar el campo a menudo socavado de agujeros, en los cuales las patas de los caballos se hunden, lo que los hace tropezar a cada paso. Es necesario un hábito muy especial para luchar, siempre al galope, contra esos obstáculos.

Mis gentes me invitaron a quedarme a dormir en la cuchilla, junto al agua, a fin de que descansaran los caballos y darles de beber, porque hasta que no regresáramos al mismo lugar, no podíamos esperar hallar en ninguna parte agua dulce; pero el sol estaba todavía muy alto para darme la esperanza de hacer cinco a seis leguas antes de la noche. No tuve, pues, en cuenta esa invitación. Se dio de beber a los caballos; se llenó de agua un barril; cada uno bebió a su antojo; desde ese momento debíamos racionarnos y repartirnos. Ascendimos la colina por una pendiente muy suave, que se extendía por todas partes de la ladera, donde el ganado ha trazado mil senderos que se cruzan en todos sentidos, dirigiéndose desde las llanuras secas hasta el borde de las aguas. Una vez en la altura, vi un terreno horizontal, estéril, cubierto de espinas, parecido al que he descrito en mi viaje a la bahía de San Blas; la única diferencia que hallé es que los zarzales están más próximos entre sí, lo que hace el camino penoso, obligando a ir con cuidado al marchar por cada uno de ellos, so pena de llenarse las piernas de espinas o incluso de caer. La marcha se hacía cada vez más dificultosa y la obligación de andar con rapidez a fin de no dejar los caballos mucho tiempo sin abrevar, obligaba a galopar en esos lugares, al mismo tiempo que empujaba los caballos de relevo delante de nosotros. De no estar acostumbrado a los viajes en estos lugares[1], hubiese pensado imposible galopar en ellos, y hasta entonces sólo la necesidad me obligaba a seguir a mis guías.

1 Al mismo tiempo que empujaba los caballos de relevo delante de nosotros. De no estar acostumbrado a los viajes en estos lugares, hubiese pensado imposible galopar en ellos.

Hice unas dos leguas siguiendo una dirección fija, sin que empero la llanura me ofreciera el menor objeto que me pudiera guiar. Nada tan extraordinario como la sagacidad con la cual las gentes de esas campañas, así como los indios, se orientan en medio de los desiertos, guiándose sea por el sol, la luna y las estrellas, sea cuando el cielo está cubierto, por una especie de instinto natural. Es muy difícil que un hombre que se diga buen baqueano de una comarca, se pierda y hasta se aparte del rumbo que quiera seguir. Tenía una brújula, de la que mi guía se reía a veces, diciéndome que no tenía necesidad de ella para dirigirse a cualquier lugar.

Al fin del primer trecho, el guía me señaló delante de nosotros, en medio de ese océano espinoso, de una uniformidad perfecta, un punto de los alrededores que sólo sus ojos podían distinguir, una de esas ligeras desigualdades del terreno, que no hubiera yo visto sin su ayuda. Nos dirigimos algo hacia la derecha, a unas dos leguas, y nos hallamos frente a ella: era una de esas pequeñas dunas, a duras penas visible. Desde allí vimos otras desigualdades semejantes, sobre las cuales marchamos, y llegamos, luego de mi largo viaje, al borde de una especie de hondonada arenosa, que forma una hoya sin salida de una media legua de ancho, dirigida de este a oeste. La noche se acercaba y se resolvió pasarla en esos lugares. Descendimos a la hondonada y establecimos nuestro vivac junto a un zarzal; se descargaron los caballos, se les ató las patas delanteras, se los puso en parejas y se los dejó en el campo. Mis gentes encendieron fuego, y según su costumbre, pusieron varios asados. Durante este tiempo recorrí la hoya, que encontré arenosa en todas partes. En la superficie del suelo, hallé varios restos de conchillas fósiles[2], todas pertenecientes a los terrenos terciarios y que no se hallan vivas en la costa, muy distintas, en esto, de las que había encontrado en el arroyo del Inglés[3]. La vegetación es la misma de los alrededores; y en todo el viaje por las alturas, no había visto más que dos especies de mamíferos, zorros, que se hallan en todas partes, y maras, que estaban allí en su propia región. No había encontrado otras aves que algunos caranchos, que nos acompañaron; estaban entonces posados sobre los zarzales alrededor de nuestra gente, esperando aprovechar los restos de nuestra comida.

Una vez llegada la noche, después de conversar un poco, cada uno se tendió sobre su recado, junto a un zarzal. No estaba tan cansado como para desear el sueño, aunque la más hermosa noche del mundo me invitaba al reposo. La luna no estaba en el horizonte, pero en el cielo no había nubes y sí se

2 De los géneros *Arca*, *Pecten*, *Venus* y *Ostrea*,
3 Capítulo XVII.

hallaba sembrado de brillantes estrellas. La Vía Láctea, así como las dos manchas luminosas que pertenecen al hemisferio sur, se destacaban en medio de las bellas constelaciones australes, entre las cuales se mostraba la Cruz del Sur, indicando la dirección del polo antártico; y, mientras admiraba la marcha invariable de los cuerpos celestes, me impresionó la gran cantidad de estrellas fugaces que vi. El tiempo era de lo más calmo; no soplaba nada de viento... La naturaleza entera estaba en un reposo profundo; ningún canto turbaba ese silencio imponente y solemne. Observé el cielo durante mucho tiempo con placer. Quien se halle en condiciones semejantes podrá concebir cómo, entonces, dominan los pensamientos dulces, los dulces sueños. El cuadro de mi vida se desenvolvió sucesivamente en mi imaginación, destacándose los principales acontecimientos. Abandoné el pasado para interrogar el porvenir, y entonces mi regreso apareció ante mí, adornado de todo aquello que podía hacerlo deseable. Gozaba de una felicidad tranquila y sencilla, después de una vida agitada. Esas ideas tan consoladoras, tan llenas de esperanza, compañía del viajero, se sucedían con asombrosa rapidez; nada las turbaba; alejaron por completo el sueño, y la Cruz del Sur dejó de alumbrarme, cuando trataba todavía de alejar pensamientos que me llevaban, a pesar mío, a los mismos temas. Finalmente, saliendo de mi sueño, volví a todo lo que me rodeaba y me asombré de haber elegido ese lugar para acunar tan dulces ilusiones. En efecto, en medio del desierto, acostado sobre el suelo duro, sin otro abrigo que un zarzal espinoso, solo, aislado en el dominio de salvajes más feroces que los jaguares de los bosques, ¿cómo pude transportarme a la capital del mundo, al encuentro del lujo y de las luces? ¿Cómo me creía ya dichoso y tranquilo...? ¡Qué locura! Muchos años debían correr todavía antes de volver a mi querida patria; y cuando recordaba la gran tarea que me había impuesto, mi esperanza me enajenaba. Temblaba considerando el porvenir; mis ilusiones desaparecieron; no vi más que mi zarzal y el desierto.

3 de abril

Todavía el sol no había aparecido en el horizonte, cuando ya mi gente estaba de pie; unos encendían el fuego; otros fueron a buscar los caballos al campo, lo que demandó bastante tiempo. Se ensillaron las cabalgaduras; y pronto la pequeña caravana se puso en marcha. Pasamos al pie de una pequeña duna muy alta, que se eleva en medio del hoyo, y llegamos a otras dunas que bordean la costa sur de la hondonada. La cruzamos con mucho trabajo, porque el suelo era movedizo y, además, lo socavaban gran número de pequeños mamíferos roedores, de manera que los caballos entraban en la arena hasta las rodillas, lo que los obligaba a ir al paso. Después de esas colinas arenosas, hallamos tierras más

firmes, análogas a las de la víspera, pero con mayor cantidad de espinas y, en consecuencia, más difíciles de atravesar. Teníamos siempre, a nuestra izquierda, una hilera de pequeñas dunas antiguas, que orientaban nuestra marcha, la última de las cuales debía estar próxima al objetivo de nuestro viaje: tardó mucho en mostrarse. La cadena parecía no tener fin, tanto más por cuanto los terrenos movedizos nos retrasaban. Por fin apareció esa última montaña de arena, y la esperanza de ver modificarse la uniformidad de la campaña hizo que apresuráramos nuestros pasos.

Una vez que llegamos a dicha duna, apareció ante nuestra vista una inmensa extensión. Dominábamos un valle muy vasto, que abarcábamos por completo con la vista; a la izquierda, el mar, rompiendo violentamente contra la costa, mostraba, a lo lejos, su horizonte azulado que se confundía con el cielo; a la derecha, terrenos bajos y dunas, de más de dos leguas de ancho, estaban rodeados de colinas, elevadas como aquella donde me había detenido. Esos terrenos forman una medía luna, cuya parte trunca es una inmensa bahía abierta a todos los vientos, sobre la cual el mar bate con fuerza: en sus dos extremos se elevan altos acantilados cortados perpendicularmente; el del norte es el mismo que comienza en la desembocadura del Río Negro y no presenta ninguna interrupción, en unas quince leguas; el del sur, más alto todavía, según mi guía, no se corta hasta doce leguas más al sur, era otra bahía, llamada *Ensenada del Agua de los Loros*.

Ensenada de Ros

La bahía que tenía a la vista es conocida con el nombre de *Ensenada de Ros*[4]; está a unas quince a dieciocho leguas de Carmen, tiene más de dos leguas de ancho y es poco curvada, formando su perímetro casi una línea recta con los acantilados de sus extremos; por eso no se halla realmente al abrigo más que de los vientos del noroeste, pasando por el oeste, hasta el sursuroeste; tiene, en una palabra, solución de continuidad, a causa, sin duda, de una ensenada semejante a aquélla donde había dormido, en la cual el mar elevó acantilados que la separan. Descendí, no sin trabajo, a causa de las arenas móviles, una pendiente rápida que forman los terrenos elevados, alrededor de la ensenada, y encontré, en el fondo del valle, en una extensión de más de una legua, un suelo aún más estéril que todos los que había visto en la Patagonia, suelo consistente en arenas no consolidadas por la vegetación, a las cuales el más débil viento cambia a menudo de lugar y por donde los caballos apenas pueden andar. A fin de aliviar el mío y, al mismo tiempo, ver la costa desde más cerca, descendí de las dunas hacia

4 Esa bahía, así como la anterior, no aparece en ningún mapa y soy el primero en mencionarla.

la playa, por una pendiente rápida; pero pronto me vi obligado a renunciar a mi proyecto. Para caballos no herrados, como son los de la región, el camino era todavía más penoso, porque la orilla del mar está cubierta de pequeños cantos rodados, del tamaño de una nuez, todos movedizos, sobre los cuales los caballos avanzaban con dificultad. Seguí las dunas hasta cerca del extremo sur de la bahía, donde mi guía me hizo detener en un lugar menos arenoso, más firme y más pantanoso, donde hay algunos mezquinos zarzales y, en los alrededores, algo de pasto para los animales. Se descargaron las bestias de carga y aguardamos que el mar bajara un poco para ir a cazar otarios o lobos marinos, que abundan en esos parajes tan poco frecuentados.

Mientras mis gentes ensillaban nuestras cabalgaduras, partí a pie para la costa, a fin de recoger plantas marinas y políperos arrojados por las olas, pero no tardé en verme obligado a montar a caballo, a causa de los pequeños guijarros, que hacían más difícil caminar que sobre la arena móvil. Llegamos pronto al acantilado; es primero poco elevada, luego presenta una muralla perpendicular de más de trescientos metros de altura; el mar que bate el pie durante la marea alta deja un lecho de guijarros cuando baja; entonces se descubren también, debajo de los guijarros, playas de arena y bancos de asperón en capas horizontales, que se extienden en el mar a gran distancia y hacen la recalada peligrosa al extremo. Después de haber recorrido más de media legua al pie del acantilado, vi, de lejos, una gran masa negruzca, que creía, al principio, ser el casco de un navío arrojado a la costa, opinión que me pareció tanto más fundada por cuanto podía ser el barco del pobre capitán francés, perdido en la barra cerca de un mes antes. Me felicitaba por adelantado de la posibilidad de salvarle alguna cosa y caminaba completamente dominado por esa idea, cuando ese objeto se me apareció, en vez de un navío, como una ballena muerta. Me acerqué con alegría, porque era el primer animal de ese género que veía de tan cerca. Había visto a muchas, durante diversas travesías, pero era muy distinto ver esa masa imponente en seco sobre la costa y de poder observar sus menores partes con toda tranquilidad. Era un baleinóptero, de vientre con pliegues, tamaño mediano, todavía fresca como para no sufrir su olor. La medí y me dio diecinueve metros o cincuenta y siete pies de longitud por treinta pies de circunferencia: todas sus partes superiores eran negras, menos el hocico, que tenía un ligero tinte azulado; debajo era blancuzca, y cerca de la mitad anterior del cuerpo estaba marcada debajo por anchas y profundas ranuras longitudinales. ¡Qué desproporción entre las partes! ¡Qué cabeza voluminosa comparada al cuerpo! ¡Qué ojos pequeños en relación con la masa íntegra! Si la naturaleza impone y asombra, cuando se revela en esas gigantescas produc-

ciones animadas, no brilla en cambio por sus formas agradables. Los mayores animales parecen por lo general deformes a primera vista; así un elefante o un rinoceronte nos ofrecen un exterior macizo y pesado, porque no examinamos si esas formas, que nos chocan, son apropiadas al género de vida del animal que criticamos. La ballena, considerada como pez, desde el punto de vista del hombre vulgar, no tiene nada de notable: posee sólo un tamaño mayor que el ordinario; pero ¿admitiría su género de existencia una forma distinta si la consideramos como mamífero? Un animal de su tamaño, que debe vivir de animales muy pequeños, necesita un aparato muy peculiar para apropiarse del alimento suficiente; de ahí ese enorme tamaño de la cabeza en relación con su cuerpo; de ahí esas inmensas mandíbulas que, no sosteniendo más que las barbas córneas, cumplen la función de esclusas, que dejan salir el agua de la boca pero retienen a la vez millares de pequeños crustáceos. Sólo explicando las funciones de cada forma del animal se consigue admirar el organismo. Las proporciones y las formas nos parecen entonces admirablemente apropiadas a las necesidades de cada ser, desde la trompa acerada del frágil y liviano mosquito, hasta la gran mandíbula de la pesada ballena.

Sería imposible reflejar el placer que experimentaba al estudiar ese voluminoso cetáceo, al dibujarlo y observar sus menores partes. Mis gentes no se mostraban menos curiosos que yo, porque si bien las ballenas son comunes en todas las costas de la Patagonia, es raro que lleguen a la costa en los puntos habitados. Esa había sido arponeada por un ballenero y tenía una gran herida al costado, pero ningún arpón había quedado en su grasa, que mis hombres cortaron para medir el espesor, que no era menor de un pie, más o menos, en ciertas partes. En cualquier otro país se la hubiera aprovechado, extrayendo algunas barricas de aceite, pero no pude convencer a mis gentes ni siquiera de sacar las barbas córneas, que les habrían producido, sin trabajo, una utilidad segura. Me respondían siempre que no querían emprender un comercio que no conocían.

Mi guía me instó a ir al sitio donde debíamos encontrar los otarios de la especie que llaman *león marino*, porque el macho tiene una larga melena, mientras las hembras, que no la tienen, llevan el nombre de *lobo*. Anduve cerca de una legua por el pie del acantilado y vi, finalmente, muchas tropillas de esos anfibios. Los machos se distinguen de lejos, en medio de las hembras, tanto por su mayor tamaño, como por su hábito de hacer de centinelas. Descendí del caballo lejos y tratamos de cortar la retirada a la primera falange compuesta de más de seiscientos de esos animales, que formaban de siete a ocho tropillas, que se diferenciaban entre sí por su macho; el resto se componía de hembras y

cachorros de menos de un año. Mis hombres se dedicaron a moler a palos a unos y otras, y como los machos no podían ser matados así, traté de cazarlos a tiros de fusil: herí a varios inútilmente; regresaron al mar y mi caza se redujo a hembras y cachorros, sin lograr atrapar un solo macho. Uno de ellos quedó en la playa, pero alcanzó el mar en el momento que menos pensaba. Ya renunciaba a dominarlo, cuando vi otras dos tropillas más alejadas, que no se inquietaron por la carnicería de sus vecinos; me acerqué y al instante toda la manada se agitó dirigiéndose al mar; estaba por llegar, cuando apunté a su enorme conductor, que estaba en el medio. Me hallaba todavía a treinta pasos y la rapidez de su marcha me hacía desesperar de alcanzarlo, pero una bala le atravesó el cuerpo y quedó en el lugar. Los suyos pasaron sobre él para salvarse; desde ese momento me contenté con mi caza y encargué a mis hombres que desollaran esos animales.

Esa especie de anfibio, del género Foca de Linneo[5], diferenciado de esta última por Perón con el nombre de otario, a causa de sus orejas exteriores, de las cuales las focas propiamente dichas están desprovistas, difiere esencialmente del elefante marino[6] por un tamaño mucho menor, por hábitos y formas distintos. El macho de esta especie, llamado león marino o *pelucón* por los pobladores, tiene, a veces, hasta tres metros de longitud: su cabeza se parece a la de un perro; su hocico es alargado, recto, provisto de largos pelos duros; su frente abombada y un poco atrás de los ojos, que son bastante pequeños, tiene una larga melena, compuesta de pelos duros que cubre el cuello solamente hasta las espaldas; el cuerpo es rechoncho, muy estrecho posteriormente; adelante, sus patas están formadas de dos aletas triangulares, sobre las cuales no se ven los dedos. Esas aletas le sirven para nadar, pero no son apropiadas en lo mínimo para la marcha terrestre; sus patas de atrás forman también grandes aletas, divididas en cinco dedos aplastados, que sirven, a la vez, de poderosos remos. Muy distintos en eso de los elefantes marinos, los otarios pueden mover esas patas hacia delante y utilizarlas para la locomoción, pero como son muy cortas, esa marcha es incómoda y muy peculiar. Es un movimiento continuo del cuerpo de izquierda a derecha, que semeja al que ejecutan los ánades cuando caminan ligero. Cuando corren, arrastran toda la parte trasera, apoyándose en las patas delanteras. Tienen un color moreno o rojizo. Las hembras nunca tienen más que las dos terceras partes del tamaño de los machos: carecen de melena, su piel es lisa, amarillenta o roja; su cabeza redonda es completamen-

5 *Phoca jubata*, Gmel; *Lion marin de Permetty*.
6 *Phoca leonina*, Linn.

te distinta de la del macho; ambos sexos, visto uno junto al otro, dan la idea de dos seres diferentes. El macho es belicoso y la hembra tímida e indefensa; por eso los primeros están cubiertos de heridas, mientras que las hembras no se baten nunca.

Estos animales forman tropillas compuestas de cincuenta a cien individuos, cada una bajo la conducción de un viejo macho, que es el líder exclusivo y no permite a los otros acercarse sin librar con ellos sangrientos combates, expulsando hasta a sus propios hijos, desde que se siente celoso. Las hembras de esa tropilla son de lo más obedientes y confían su seguridad a la vigilancia de su sultán, de su amo, llevando una existencia del todo pasiva. ¡Cuánto tiene que luchar un macho para llegar a poseer un serrallo! Dichoso, en su primera edad, por los cuidados maternales que nada le dejan desear, apenas completa su primer año, es objeto de los celos de su padre, celos que por lo general le son funestos; si no sucumbe, está obligado a alejarse de los suyos, vivir aislado, solitario, o ir a buscar la sociedad de otros desdichados como él. Arrastra así su triste existencia rechazado por la sociedad, hasta que se siente lo bastante fuerte como para combatir; entonces su destino depende de su coraje. Vencido, vive siempre solo; vencedor, lleva una existencia deliciosa. A su vez, posee un serrallo, una familia; y rodeado de hembras, que le siguen a todas partes, se convierte en jefe y rey déspota de su pequeña tribu, pero la conservación de sus derechos lo obliga a continuar luchas con los otros machos, que quieren vencerlo para hacerse amos de su tropilla, o por lo menos quitarle algunas de sus compañeras, para formarse también una corte. ¡Desdichado el cobarde! Permanecerá toda su vida abandonado, como he visto a varios, tanto en ese viaje como en otros[7]. ¡Cuán distinta es la vida pasiva de las hembras! Nacen en una tropilla, viven y quedan junto a su madre, se someten con indiferencia a todos los jefes que se suceden, mueren junto a los suyos, a menos que la tropilla no sea demasiado numerosa y se separen para formar una nueva.

Estos animales, mucho menos acuáticos que los elefantes marinos, moran todo el año en las costas pedregosas, donde pasan la mitad del día haciendo la digestión, perezosamente tendidos al sol. Se acuestan entonces unos junto a otros, casi sin movimiento, pareciendo complacerse en la intimidad más completa; uno solo vela por todos: el macho, a quien sus celos no dejan gustar del

7 Reúno aquí no solamente los hechos que he observado en muchos viajes por los lugares que habitan esos animales, sino también los que debo a observaciones que me han transmitido los pescadores.

descanso, que no permite acercarse a nadie, sin prevenir a la tropilla del peligro, o sin hacer oír sus gruñidos a los que intentan arrebatarle sus compañeras. Son probablemente esas repetidas querellas que hacen a los machos tan poco numerosos en relación con las hembras, estando respecto a éstas como uno a treinta: son menos miedosos que los elefantes marinos, a causa de su mayor agilidad, y no se apresuran tanto para regresar al agua. Hay incluso algunos machos que regresan para enfrentar al enemigo, tratando de asustarlo con sus rugidos o morderlo; si ven, finalmente, que no pueden sostener el combate, corren velozmente al mar, y entonces, con aquéllos de los suyos que permanecen en la orilla, hacen oír sus horribles alaridos, amenazando con soplidos, más o menos como gatos enojados. ¡Con qué destreza nadan una vez en el agua! Allí están en su propia casa. Siempre se los ve en la cima de las olas, hundiéndose y reapareciendo, hundiéndose de nuevo, contemplando la tierra, sacando una parte del cuerpo fuera del agua. Son tan poco aptos para la vida terrestre como muy ágiles en su elemento favorito. Poseen una habilidad extrema para la pesca; es cierto que estas costas son muy ricas en peces, pero es raro que un minuto después de haberse sumergido cada uno de ellos no muestre un pez en su hocico. Su oído es mucho más fino que el de los elefantes marinos y su vista no parece menos buena.

Las hembras paren en el mes de diciembre; cada una deposita no más de uno o dos críos sobre la playa, que lleva luego al mar. Apenas son bastante fuertes como para nadar; nada más dulce que esos cachorros, que, sin miedo, nos olfatean como si fueran perritos o hasta nos piden que juguemos con ellos. Crecen con mucha rapidez; seis meses después de su nacimiento ya son grandes, y desde la edad de un año las hembras parecen adquirir todo su tamaño. Los machos no alcanzan, al contrario, su tamaño adulto hasta los dos años. Un hecho bastante interesante, que he verificado en todos los que atrapé, es que su estómago contiene siempre gran número de guijarros, algunos de los cuales pesan hasta seis y siete libras; esas piedras son silícicas y, por consiguiente, no pueden ser disueltas por el jugo gástrico. Supongo que son necesarias para la trituración de los alimentos, como las que se encuentran en la molleja de las gallináceas.

Antes de que la costa de la Patagonia estuviera habitada, esos animales cubrían una parte de ella con sus falanges, sobre todo en la desembocadura del Río Negro y al comienzo de todas los acantilados: eran muy inquietados, a veces, por los primeros habitantes; pero, hasta 1821, fueron muy comunes, año en que los norteamericanos, no encontrando muy lucrativa la pesca de elefantes marinos, porque desaparecían día a día, comenzaron la de los otarios.

Una nave ancló en el Río Negro, y en dos meses todo lo que había en los alrededores fue arrasado. Los habitantes de Carmen calculan en 15 a 20.000 el número de pieles recogidas. Los pobres lobos marinos, hasta ese momento pacíficos poseedores de las costas, fueron desde entonces objeto de la codicia de los pescadores. Los gauchos de la Patagonia se dedicaron a su comercio, y todos los animales que vivían en la desembocadura del río se retiraron cada vez más hacia el sur. Para perseguirlos, se siguieron las costas hasta la ensenada de Ros, en la cual se los acosó hacia 1822 y 1823, lo que los obligó a retirarse del extremo norte de la bahía hacia el del sur, donde se replegaron todavía hasta los acantilados del lugar donde los hallé, porque los habitantes de Carmen hacían diariamente expediciones por tierra, pero el precio de los cueros, que se había elevado a un franco veinticinco céntimos, bajó de golpe y nadie más los quería. Desde entonces se dejó tranquilos a los otarios y sólo algunas personas siguieron realizando todos los años una expedición, no para recoger pieles, sino para llevarse la grasa, que harían hervir en seguida, para extraerle aceite de quemar; esa especie da un aceite mucho más límpido y casi inodoro.

La pesca de estos animales es mucho mas fácil que la de los elefantes marinos. Las gentes que se dedican a ella tienen tal habilidad que basta un solo golpe de barra para matar una hembra o un cachorro. En cuanto a los machos viejos, a pesar del peligro, los matan a lanzazos. Las pieles, saladas, se vendían a los capitanes de los barcos. Se mataron así millares en toda la costa; sin embargo, no dejó por eso de abundar la especie, como la de los elefantes marinos, porque he visto por lo menos cinco a seis mil en la ensenada de Ros, e igual cantidad en la ensenada de los Loros; y la facilidad con que los arreábamos delante de nosotros como un rebaño de ovejas, revela cuán fácil es matarlos; pero sus tropillas, que cubren todas las bahías de la península de San José, así como las costas más meridionales, pueden sin cesar renovar las del norte, hasta que se retiran para siempre, como lo han hecho ya en la desembocadura del Río Negro.

Mientras examinaba la ballena y cazaba los otarios, vi muchos cóndores, esos famosos buitres de los Andes, planear siguiendo la barranca o reposar sobre las avanzadas de aquella enorme pared natural. Mis gentes me aseguraron que habitan todos los puntos de la costa donde hay tropillas de lobos marinos, que los atraen por los despojos que les ofrecen de continuo, después de sus sangrientas peleas. Me asombró al principio hallar esas aves en la Patagonia, creyendo que los únicos lugares que habitaban eran las cumbres nevadas de los Andes, pero recordé que el comodoro Byron los vio en el estrecho de

Magallanes[8]; y desde entonces me convencí de que habitan todas las costas donde hay acantilados, que reemplazan, en ciertos aspectos, las montañas que frecuentan por costumbre. Por la mañana, el cóndor, al despertar, abandona las fragosidades de los acantilados, y parte con su vuelo majestuoso a recorrer los alrededores y buscar un animal arrojado por las olas. ¡Qué hermoso es entonces su vuelo! ¡Con qué facilidad y rapidez hiende el aire, sin que parezca hacer el menor movimiento para avanzar! Una vez que divisa su presa, desciende girando, se posa sobre su alimento, lo despedaza con su pico cortante y se lo come; luego, va a posarse a menor altura, sobre las piedras avanzadas del acantilado; entonces, con la cabeza hundida entre los hombros, el aspecto estúpido y menos huidizo, deja que uno pase por ahí, sin irse; o si lo hace, es con pesadez. Tenía gran deseo de obtener esa ave, tan rara en Europa en el momento de mi partida; pero estaba colgado, sobre mi cabeza, a una altura perpendicular que no era menor de 100 a 150 metros. El plomo más grande no habría alcanzado aquel que yo codiciaba; cargué, pues, mi fusil de balas, y del primer tiro tuve la dicha de hacerlo caer. La bala le había atravesado el cuerpo. Con dificultad dominé mi alegría, pensando que esa pieza adornaría el Museo de París, en el cual faltaba entonces. Muy orgulloso de mi destreza, renové la tentativa y tiré inútilmente varias veces, corriendo peligro de sepultarme bajo los pedazos del acantilado que se desprendían cada vez.

Al observar de cerca a ese hermoso buitre de plumaje negro y plumillas blancas alrededor del cuello, me asombró no hallar, en él, esa ave de tan gran tamaño que, en vuelo, levanta una ternera arriba de las altas montañas, esa ave que hasta los americanos dicen que tiene una envergadura de quince a veinte pies. Ese examen me convenció pronto que con el cóndor sucede lo mismo que con los patagones, porque la observación inmediata no me dio más que tres metros o nueve pies de envergadura. Era una época en que la mentira era necesaria para el éxito de un viaje. El lector no se sentía satisfecho si no descubría maravillas; es cierto que entonces las comunicaciones con las comarcas lejanas eran tan raras que el viajero podía esperar que pasara mucho tiempo antes de ser desmentido. Nuestro siglo, al contrario, presenta en ese aspecto una verdadera regeneración. ¿Qué hombre, en efecto, podría hoy dar la menor noción falsa o solamente caer en exageración, sin tener que temer casi de inmediato ser desmentido desde los cuatro rincones del mundo a la vez?

Me faltaba todavía un tipo de observación. Tenía que examinar la composición geológica de esos inmensos acantilados perpendiculares que bordean

8 Traducción francesa, pág. 33.

el mar. Todas las capas que los forman están al descubierto y no puede haber ninguna duda sobre el orden de superposición. Son, sin ningún cambio, los mismos terrenos terciarios que vi en todas partes; y hasta más tarde me fue fácil llegar a la conclusión de que la Patagonia ofrece tal vez el suelo menos irregular en cuanto a la horizontabilidad de sus capas, hecho tan cierto que a grados de distancia se hallan absolutamente los mismos accidentes. Recogí magníficas ostras fósiles, cuyas hojas calcáreas están, en todas partes, cubiertas de dendritas ferruginosas que penetran en ellas; están enteras y en posición. Hallé, en las capas mucho más inferiores, diversos esqueletos de mamíferos. Regresé lentamente hacia la estación, admirando esa masa imponente de piedras que amenazaba engullirme. Muchos desmoronamientos recientes revelaban que en tiempo de lluvias sería imprudente pasar por el pie de los acantilados, porque entonces deben desprenderse a menudo pedazos enormes, lo que, por otra parte, pude apreciar muy pronto. A unos cincuenta pasos delante de mi gente, una parte de la barranca, que amenazaba derrumbarse, cayó de golpe, con un ruido espantoso; el suelo tembló bajo nuestros pasos. Era una advertencia de que no nos acercáramos a las partes desprendidas de la masa.

Una vez que llegamos al campamento se descargaron los caballos, se prendió fuego y pude finalmente sentarme; desde las cuatro de la mañana llevaba una existencia de lo más activa. Tanto a caballo como a pie, no permanecí un instante inactivo; empero, el tiempo no presagiaba nada bueno. Negras nubes, precursoras de tormenta, cubrían todo el sur; por eso, antes de que se cerrara la noche, cubrí mis armas y mi caza con el cuero de mi montura, y me resigné a recibir la lluvia, antes de dejar que se mojaran mis fusiles y mi cóndor. El guía, hombre previsor, acostumbrado a esos accidentes, reunió de prisa algo de hierba seca y astillas, que envolvió cuidadosamente en su recado. No comprendí al principio el motivo de esa precaución, pero me dijo que si no lo tomaba le sería imposible encender fuego después de la tormenta. Poco tiempo más tarde, los relámpagos brillaron en todas partes, en medio de una profunda oscuridad; el trueno se hizo oír con estrépito y torrentes de lluvia cayeron dos o tres horas seguidas, sin que yo pudiera protegerme. Estaba todo empapado de una lluvia fría y penetrante, y no podía cambiarme de ropa: a las once la lluvia cesó; el trueno se alejó; el cielo se aclaró poco a poco y reaparecieron las estrellas. Triunfó entonces la previsión de mi guía, porque en menos de nada, una llama viva nos trajo alegría con su calor, alrededor de un fuego reparador. Es menester haber pasado muchos meses en el vivac para hacerse una idea justa del efecto que produce sólo la vista del fuego, cuando llueve o cuando hace frío, sobre todo en medio de la noche. Los viajeros lo rodean, lo

acarician, por así decirlo; hace olvidar las penas, las fatigas, los sufrimientos físicos. Es tan necesario a la vida como los mismos alimentos; es el consuelo del pobre y del rico, del nómade, en sus bosques salvajes, y del ciudadano en los salones dorados; el fuego es, en una palabra, el amigo del hombre, tanto en todos los países como en todos los tiempos.

La tempestad ejerció, sin duda, una influencia bastante grande sobre los lobos marinos de la costa. El viento nos trajo, en medio de un profundo silencio, sus gritos tumultuosos, que se parecían mucho a las voces discordantes de personas discutiendo; únicos sonidos, por lo demás, que se hacían oír junto a los bramidos de las olas, rodando ruidosamente sobre los guijarros de la costa.

Los caballos no habían bebido desde que abandonamos la cuchilla, pero la tempestad de la víspera mojó el suelo, y yo pensaba, así como mis gentes, que sin inconvenientes podríamos parar también la jornada

4 de abril

del 4 de abril en los alrededores de la ensenada, ocupados en cazar la especie de avestruz llamada en el país *avestruz petiso*, ñandú enano para distinguirla de la ordinaria. Mis gentes tomaron en consecuencia sus disposiciones y comenzamos a recorrer los campos estériles de los alrededores; pero nos vimos obligados a renunciar a ese proyecto, porque los sitios donde vive esa especie son arenosos y cribados, en todos sentidos, de pequeñas madrigueras de roedores que impiden galopar; por eso experimenté, de nuevo, el pesar de ver de lejos ese interesante animal, sin poderlo perseguir. Recorría con gran ligereza el terreno, mientras que nuestros caballos se sostenían con trabajo. Vimos, durante todo el día, guanacos y avestruces, que no dejaban aproximarse a menos de algunos centenares de pasos, y por la tarde regresamos al campamento, agobiados gratuitamente de cansancio.

El 5 por la mañana fui a perseguir cóndores y buscar plantas marinas al pie del acantilado. Regresé después de tres o cuatro horas de exploración. Los caballos no habían bebido desde hacía tres días; nosotros

5 de abril

mismos carecíamos de agua desde la víspera; no había tiempo que perder. Se cargaron las cabalgaduras y nos pusimos en marcha: algunas de nuestras bestias ya parecían sufrir mucho; por nuestra parte, comenzábamos a experimentar una sed devoradora, y sin embargo doce mortales leguas nos separaban todavía del término de nuestros sufrimientos. Tratamos de engañar las distancias andando más rápido, pero algunos de nuestros caballos se negaron. Incluso nos vimos obligados a abandonar a uno y seguimos marchando con dificultad; a un par de leguas de la cuchilla, nuestras cabalgaduras, con su notable instinto, reconocieron la proximidad del agua. Apuraron su marcha y al llegar a la costa no pudimos retenerlas; corrieron al galope

hacia el lago, donde entraron y bebieron a su antojo. Nosotros hicimos otro tanto; pero, temiendo que nos fuera imposible hacer las tres leguas que nos faltaban para llegar a la estancia del señor Alvarez, preferimos vivaquear una vez más, de manera que no llegamos hasta el día siguiente por la mañana.

Tenía la intención de permanecer algún tiempo en la estancia, a fin de reunir todos los animales de esas llanuras bajas; visitar, con frecuencia, los acantilados del sur, y, al mismo tiempo, seguir los trabajos de un *saladero* establecido por el propietario de la hacienda, para salar la carne de todo su ganado, temiendo que se lo llevasen los indios, que parecían dispuestos a atacar abiertamente. Dediqué mis dos primeras jornadas a la preparación de las pieles que había traído de la ensenada de Ros; después, reinicié mis excursiones, a pesar de una fiebre ardiente, causada, sin duda, por el cansancio que había experimentado y a la que no aplicaba otro remedio que un ejercicio forzado, que me daba buen resultado. El primero de mis paseos me condujo a orillas de ese depósito de agua, próximo a la cuchilla: allí cacé una multitud de pájaros acuáticos, estando poblados los juncos de patos silvestres, pollas de agua, y las orillas de gran número de caballeros y alondras de mar. Maté así, por primera vez en esos lugares, esas hermosas especies de Thinocoros[9], que viven en grandes bandadas y se agazapan en tierra, de tal manera que su color gris se confunde con el suelo y a cierta distancia no se los ve. Ese pájaro me proporcionó un ejemplo más de la analogía que existe entre los animales de la Patagonia y los de los Andes, porque volví a encontrar más tarde una especie similar, pero más grande[10], en las mesetas elevadas de los alrededores de la ciudad de La Paz. Mi peón, que me acompañaba siempre, se ofreció para conducirme a una pequeña salina natural que se halla en medio de terrenos de aluvión. Volvimos por ese lado. Esa salina no está más que a en cuarto de legua del río, una legua más abajo que la estancia, la rodean pequeños promontorios; sus tierras están fuertemente saturadas de sal y el fondo de la ensenada puede tener trescientos a cuatrocientos metros de diámetro. La superficie está cubierta en todas partes de una ligera capa de sal cristalizada, difícil de recoger, a causa de la poca consistencia del suelo. Hoy nadie va a aprovisionarse allí; empero me aseguraron que, en la época en que los indios impedían la explotación de la

9 *Thinocorus rumicivorus*, Eschscholtz, *Zoologischer Atlas*, pl. 2. Esos pájaros, que los señores Isidore-Geoffroy Saint-Hilaire y Lesson, al reunirlos con los *attagis* y los *chionis*, fueron incorporados a las gallináceas, familia de los *pontogallos*, son todos zancudos cercanos a los *oedicnemas*.

10 *Thinocorus andecolus*. D'Orb.

salina de Andrés Paz, un barco había llevado un cargamento completo. Otras exploraciones más alejadas, a las cuales daba gran valor, eran las de los acantilados que sólo había visto, por así decirlo, al pasar[11]: están a una distancia de tres leguas (del país) de la estancia, en medio de llanuras llenas de matorrales, cuya uniformidad sería realmente desoladora sin el gran número de animales salvajes que se encuentran a cada paso; allí, una manada de ciervos pacíficos pace en medio de una pequeña pradera, tan tranquilamente como si fueran domésticos; acá, las maras, que huyen en parejas delante del jinete, se paran de pronto como para burlarse; o bien numerosas familias de ñandúes, de andar ligero, que desaparecen apenas se sienten perseguidas. Las descubrí, más que en cualquiera otra parte, en una especie de callejón sin salida formado por los pantanos, lo que, en consecuencia, me hizo concebir el proyecto de hacer un día una cacería en regla, idea que me ocupó hasta mi llegada a los acantilados. Un barco acababa de encallar; era el segundo naufragio que sufrían los marineros ingleses que iban en él; llegaron a la costa de la Patagonia a bordo de una ballenera de tres mástiles, que un tiempo muy malo arrojó al golfo de San Jorge, en el 46° de latitud austral. La nave, desfondada, no podía continuar el viaje, ni salvar a esos desdichados marineros de los horribles desiertos a los cuales llegaron; vivieron un año, dedicados a despedazar su barco, para construir, con sus restos, un barquito que pudiera transportarlos a un sitio poblado; construyeron finalmente un *cutter* de veinte toneladas, con el cual, llevando víveres, llegaron, después de dos meses de navegación, a la barra del Río Negro, en la que se hundieron; su barco no quedó desfondado del todo y no se perdió nada en ese segundo naufragio. La vista de esos marinos me afligió mucho; habían experimentado tantas privaciones, como demostraban en sus facciones; habían luchado sucesivamente contra el hambre, el frío y la furia del mar, en una parte del mundo donde sólo podían confiar en sí mismos. Sus largas barbas, sus rostros enflaquecidos, sus ropas gastadas, me produjeron un dolor que contrastaba con el ruidoso placer que ellos manifestaban, al verse al fin a salvo y con semejantes.

A nuestra llegada a orillas del mar, la marea estaba baja. La costa ofrecía bancos de piedras que se extendían a lo lejos en las aguas y se prolongaban sobre toda su extensión, como lo que había visto en la ensenada de Ros. Busqué, con mucho cuidado, moluscos, pero el mar golpeaba con demasiada violencia. Encontré sólo algunos animales marinos en los charquitos de agua, entre otros un crustáceo muy próximo a los trilobitas, que pertenece a la animalización más antigua de las capas de que se compone la corteza terrestre.

11 Véase capítulo XVIII.

Era interesante descubrir, si no la analogía, por lo menos algunas formas aproximadas de ese animal perdido, uno de los más antiguos de nuestro suelo; era el primer caso que se me presentaba hasta entonces. El atractivo de esas investigaciones me instó a seguir explorando los bancos al descubierto, en su aspecto ecológico. Encontré gobias y ostras fósiles y continué mis investigaciones muy adentro al pie de los acantilados, que hallé de la misma naturaleza que los de la ensenada de Ros. Me dediqué a buscar, en medio de esas inmensas capas de asperón terciario de que se componían, algunos restos de organización. Descubrí terrenos de agua dulce, en los cuales había limneos, los *unio*, mezclados con gran número de esqueletos de peces. Hallé también, en las capas superiores, esqueletos de mamíferos y las mismas calcáreas dendritas que en las *Barrancas del Norte*. La pasión con que me entregaba a ese trabajo me hizo olvidar que el mar subía con rapidez, y, sin mi peón, que creyó de su deber prevenirme, las olas me habrían cortado por completo la retirada; golpeaban ya, en algunos puntos, el pie del acantilado, y no pude salir sin luchar contra ellas. Estaba cargado de fósiles y de muestras geológicas, que me obligaban a andar con cuidado, para no perderlos.

Volví a realizar ese paseo, y la segunda vez, al regresar a mi albergue, me detuve cerca de la estancia de Ramos, ubicada algo más abajo de aquélla donde me hallaba. Cuando estuve cerca, me llamó la atención encontrar, en todas partes, cadáveres humanos desecados, dispersos por el campo, y más o menos roídos por los buitres, para no hablar de los cerdos de la chacra. Aterrorizado de ese encuentro, pregunté con premura a mi peón de qué podían haber muerto esos hombres. La cosa le pareció completamente natural y me dijo que el año anterior dos barcos negreros habían sido apresados a los brasileños por los corsarios de Buenos Aires, conduciendo sus cargamentos al Río Negro. Los negros, que provenían de las regiones ardientes de Africa, fueron amontonados en un tinglado que me mostró, y esos pobres desdichados, privados de ropa, expuestos a todos los vientos y al frío del invierno, murieron casi todos, sin que se pensara en vestirlos, ni en procurarles abrigo. Más de doscientos perecieron así y sus cadáveres insepultos, abandonados en el campo, sirvieron de alimento a los buitres de los alrededores. Me estremecí al oír ese relato y no podía concebir que hubiera hombres capaces de un abandono tan cruel de sus semejantes, porque los difuntos no fueran bautizados, verdadero motivo que impidió enterrarlos. ¿Son hombres los *Bárbaros*[12] sobre todo cuando son negros? Ese infame proceder, sin embargo, no tenía por qué asombrarme: nunca se entierra el cadáver de un indio matado; por lo demás, debo recordar haber

12 Este epíteto se da, en toda América, a todos aquellos que no son católicos romanos.

encontrado cadáveres de brasileños también abandonados en el campo, por la única razón de que eran *enemigos*[13]. Supe con qué barbarie fueron tratados los desdichados prisioneros de guerra que escaparon a la masacre, conduciéndolos sea a las obras de Bahía Blanca, sea hasta Buenos Aires, y abandonando en el camino a los que no pudieron resistir el cansancio de un trayecto tan largo a pie. Me llamaba la atención encontrar, en un país por lo general tan hospitalario con el compatriota y hasta con el extranjero amigo, tanta crueldad respecto al enemigo. ¡Mezcla monstruosa de virtudes sociales y ferocidad salvaje!

Sin dejar de ocuparme de mis investigaciones, observaba diariamente las tareas del saladero que se efectuaban en la estancia del señor Alvarez. Cuatro a cinco mil cabezas de ganado debían ser sacrificadas, para ser saladas, a fin de que el propietario pudiera, al mismo tiempo, sustraerlas a los indios y realizar su valor. Esos trabajos son lo suficiente importantes como para que dé una descripción detallada, tanto más cuanto que no hablé de ellos en la parte relativa a Buenos Aires, lugar donde ese género de negocio se explota en grande en sitios apropiados. El señor Alvarez había hecho construir un tinglado muy grande, donde todo estaba dispuesto para la operación. Los animales son conducidos a las inmediaciones de la estancia, y todas las tardes se encierran en los corrales los que están destinados a ser sacrificados al día siguiente. Desde el amanecer, los peones se distribuyen el trabajo: unos montan a caballo con el lazo, entran en el corral, enlazan, cada uno un animal por los cuernos, lo obligan a salir, mientras los otros, a fuerza de golpes, los hacen avanzar hasta el sitio de la ejecución, frente al tinglado. Apenas llega, el peón que arrea los animales, sin descender del caballo, de una cuchillada diestramente aplicada le corta los jarretes posteriores, a fin de impedirles caminar; luego, otros derribándolo le dan un golpe en el pescuezo, para desangrarlo, o si no, si están apurados, le hunden, lo que exige una gran habilidad, la punta de su gran cuchillo detrás de la nuca, de manera de llegar a la médula espinal, y desde ese momento la pobre bestia queda sin movimiento y como muerta, hasta que llega el instante de terminar con ella. Mientras los hombres de a caballo siguen así enlazando y matando, otros peones se dedican a desollar y carnear, pero, tan pronto como se ha matado un número suficiente de animales para el día, lo que tiene lugar, a veces, a las ocho o nueve de la mañana, con un promedio de ochenta a ciento diez animales por jornada, dos peones se aplican a cada bestia. De una cuchillada le abren la piel a todo lo largo del vientre, desde la cabeza hasta la cola, y las patas, del lado de adentro, desde el codo

13 Véase capítulo XVIII.

hasta el punto de unión de la línea del medio, les cortan los pies, que arrojan, desuellan al animal y, sobre la misma piel, comienza a carnearlo. Los cuatro cuartos son sacados con una asombrosa destreza y transportados al cobertizo, donde son colgados en ganchos destinados a recibirlos; luego, esos mismos hombres arrancan toda la carne de los huesos en cuatro o cinco jirones, pero con una destreza y rapidez difíciles de creer: uno saca, en un solo pedazo, la de las costillas, otro la de la columna vertebral, igualmente en grandes trozos, conducidos al tinglado y después arrojados en un montón, sobre los cueros. Extraen la masa de los intestinos, que los niños desgrasan, antes de ponerlos aparte.

Una vez que todos los animales muertos son así carneados, los peones llevan los cueros al cobertizo y sacan la carne de arriba de los cuartos, siempre con la misma destreza, arrojando, a medida que lo hacen, las carnes de un lado sobre los cueros y los huesos del otro. Cuando todo termina, comienza una nueva operación, a la que todos se entregan juntos, recibir por separado cada trozo para partirlo, si es demasiado grande, para sacarle el excedente de grasa y apilarlos. Una vez terminada dicha operación, se extienden los cueros en tierra y se los cubre con una gruesa capa de sal; después se extiende con cuidado una cama de trozos de carne, y alternativamente una capa de sal y otra de carne, hasta formar una elevada pila cuadrada, a la que no se toca durante diez a quince días, para que las carnes se saturen bien de sal. Transcurrido ese tiempo, se expone diariamente la carne al aire, sobre las cuerdas, hasta que quede seca del todo, lo que la hace menos pesada y más fácil de transportar. Las pieles se salan de la misma manera que la carne; se las apila durante quince días o un mes y luego se hacen atados para embarcarlas y entregarlas al comercio.

Las grasas son divididas en tres clases: hay primero las que se sacan de los intestinos y que forman el *sebo*; son, por lo general, enviadas en barricas, sólo apiladas o fundidas; es la calidad más baja que se utiliza para la lumbre en el país y para la exportación. Luego se extrae la *grasa* de la carne, se la separa de ella, se la hace hervir y se la pone, enseguida, en vejigas o grandes tripas; sólo se emplea en el país para la cocina, es uno de los artículos de que menos puede prescindir tanto el habitante de los campos como el de Buenos Aires. Se reúne, finalmente, en los saladeros una tercera clase de grasa. Los peones ponen aparte todos los huesos que pueden tener médula y cuando termina la jornada, rompen los huesos, la retiran con un pedacito de madera, la hacen hervir en las calderas y llenan con ella barrilitos. Esta última especie se emplea en las cocinas del propietario, se regala a los amigos, como cosa de valor, y se vende bastante cara a los gastrónomos argentinos, que la estiman mucho; es, en efecto, sin disputa, el condimento más delicado de los alimentos, muy superior a la

grasa de cerdo, a la manteca y hasta el aceite. Las lenguas se salan por separado, luego se las hace secar y se convierten así en un producto comercial; es un manjar bastante bueno, apreciado por los consumidores de carne seca. Se comercia principalmente con el Brasil, así como la grasa, porque los fuertes calores de Bahía, de Río de Janeiro y de las otras ciudades situadas bajo la zona tórrida, no permiten conservar la carne fresca.

Una vez que los peones han terminado su jornada de labor, limpian el matadero. La cabeza con su carne, toda la armazón ósea del tronco y los huesos de las patas son transportados junto a la orilla del río, donde se amontonan todos esos restos, así como los intestinos, el corazón, el hígado y los pulmones, que se tiran también, cuando los pobres de Carmen o los indios no van a buscarlos; es así que los huesos, buscados con tanto interés en Europa, se abandonan en el campo y quedan sin uso. Unicamente, cuando las carnes están putrefactas, el propietario hace sacar los cuernos, que se separan entonces con mayor facilidad, pero como los alrededores proporcionan bastante madera para que no sea necesario emplear los huesos como combustible, como sucede en todas las pampas de Buenos Aires, se abandonan y no sirven para nada. Se hallan, en muchos puntos de la orilla, esos considerables montones considerables de huesos que prueban que hubo un saladero en las inmediaciones, y que quedarán allí hasta que la industria extranjera baya a recogerlos, para transportarlos a Europa, o la industria indígena los emplee en el mismo país, cuando la civilización haya transportado sus fábricas y la aplicación de tantos productos, entretanto perdidos para el mundo.

El europeo que contempla la explotación de un saladero no puede dejar de impresionarse por la destreza y la ferocidad de los peones, así como por la habilidad con que esquivan las cornadas de los toros, furiosos al ser enlazados, que se debaten con fuerza extraordinaria cuando se acercan a sus hermanos ya muertos en el lugar, saltando, coceando y haciendo correr al jinete, a cada instante, un verdadero peligro; o de la vaca, separada a la fuerza de su ternero, y no viendo, en quien la conduce, más que un enemigo del que procura defenderse. El espectador se estremece, a cada instante, del aspecto de esos hombres que, rodeados de mil muertos, hacen un juego de la cólera del toro, así como de la de la vaca, y de los peligros que afrontan, sin cesar, con la mayor sangre fría. Su serenidad, en todos los momentos, iguala su vigor y su destreza. Es raro que resulten heridos, porque están atentos a todo y todo lo prevén, pero esos hombres, que no temen la muerte, que la hallan de continuo, son tan duros frente a los animales como respecto a sí mismos. Gozan con los sufrimientos de su víctima, como si fuera una especie de compensación por los riesgos que

les ha hecho correr. A menudo la dejan mucho tiempo revolverse en tierra, los jarretes cortados, y se ríen de los berridos lastimosos que les arranca el dolor; la mutilan inútilmente y la abandonan así, indefensa, a los enormes perros que, cuando ella muge, le cogen la lengua y se la tiran con fuerza. Entonces los peones aplauden hasta no terminar, y en círculo y cubiertos de sangre, dejan que corra gota a gota, embriagándose con el espectáculo, que disfrutan por encima de todo. ¿Cómo pueden ser seres humanos hombres tan acostumbrados a ver sufrir? Por eso, siempre con el cuchillo en la mano, se amenazan sin cesar con matarse, se divierten acuchillándose el rostro; por eso es raro que los gauchos consumados no tengan la cara cubierta de cicatrices. Se asesinan con tanta sangre fría como si degollaran una vaca o una ternera, y sin experimentar el menor remordimiento. Un hecho, que sucedió más tarde en esa misma estancia, prueba hasta qué punto son poco sensibles a las angustias de los animales. Una vez terminada la matanza de todos los animales, salvo los que no cumplieron el año, y temiendo que éstos fuesen robados por los indios enemigos, los encerraron en el corral, donde, durante el tiempo que faltaba para matarlos, y con el propósito de impedir el robo, a todos los desjarretaron y los dejaron en ese estado durante varios días, antes de matarlos, medio de conservación que les parecía completamente natural.

El espectáculo de un saladero es de lo más triste. Por la noche, los mugidos de los animales encerrados en el corral sin alimento, a veces desde dos o tres días antes; de día, los berridos lastimosos de los animales mutilados o que expiran bajo el hierro de sus verdugos, expresión de rabia de los que tratan en vano de sustraerse a la muerte; y los gritos de los peones, que se oyen de lejos. ¡Y qué espectáculo si nos acercamos! Ocho o diez hombres repugnantes de sangre, el cuchillo en la mano, degollando, desollando o carneando a los animales muertos o moribundos; sesenta a cien cadáveres sangrantes tendidos en algunos centenares de pasos de extensión. Allí, un toro que expira; aquí un cuerpo aún intacto, pero inanimado, el esqueleto descarnado, los pedazos de carne dispersos; y todo eso en medio de los estallidos de risa de los peones y de los gritos de las aves de rapiña atraídas por los despojos y volando encima de ellos, aguardando su turno o disputando a los perros las partes que les abandonan.

Fui testigo de una de esas reuniones casuales de aves que sólo se nutren de carnes muertas. Nunca una estancia deja de tener, en sus alrededores, cierto número de catartos urubu y aura, los buitres de esas comarcas, y grandes y pequeños caranchos, que viven de los desperdicios de las casas, pero esos animales no son más de ocho a veinte, a menos que se mate un animal, porque entonces llegan en gran cantidad, al punto que suele no haber alimento para

todos. El día que se comenzó a matar para el saladero había apenas una docena de esos parásitos del hombre; pronto, la vista de la sangre los atrajo de todas partes, y por la tarde ya había un centenar, pero cuando se arrojaron los esqueletos descarnados a orillas del río y se les brindó así un despojo fácil e inextinguible, los catartos y caranchos llegaron de todas partes; y todos los que había en veinte a treinta leguas a la redonda se reunieron en algunos días. Su número aumentaba a cada instante, y cuando el saladero progresó, había algunos millares de urubus, centenares de caranchos y gran número de chimangos y auras, que, durante todo el día, posados sobre los esqueletos, se disputaban con grandes gritos los pedazos de carne y cubrían, con sus colores sombríos, todos esos restos sanguinolentos. Allí, tan familiares como si fueran domésticos, apenas se movían cuando nos acercábamos; o bien, al oír un tiro de fusil, sus vuelos, por el ruido de sus alas, imitaban el rugido del trueno, y sus bandadas, girando alrededor de la presa a una altura mediana, hacían sombra al sol. En Buenos Aires, donde no hay urubus negros, los alrededores de los saladeros están cubiertos en invierno, por el contrario, de gaviotas blancas, que viven también de los restos de las carnes. Todas esas reuniones momentáneas de diversas aves se dispersan una vez que falta alimento; esa sociedad, que parecía tan íntima, se disuelve, y si se abandona la casa, no se verá más uno solo de esos repugnantes parásitos, pero indispensables a la estancia, porque las carnes que quedan pueden, al podrirse, extender la peste por el país, mientras que las aves se llevan todo aquello que tiene olor y ponen remedio a la injuria de los pobladores.

11 de abril

El 11 de abril, una vez terminadas mis exploraciones por los alrededores de la estancia, y habiendo visto de sobra las tareas del saladero, mandé un correo a Carmen, a fin de que me enviaran una lancha en busca de mis colecciones, que habrían sufrido mucho de ser transportadas a caballo. Esa lancha llegó a la mañana siguiente; la despaché y regresé a caballo al villorrio del sur.

Viaje al árbol sagrado del Gualichu. Delegados oradores de los indios Aucas y excursión a la salina de piedra y a la de Andrés Paz

El Carmen
Patagones

Al llegar a Carmen, supe que todos los pobladores de la costa sur estaban consternados y temían por la seguridad de sus propiedades. Los exploradores habían visto sobre las cuchillas fuegos, señales que hacen por lo general los indios cuando tienen algunos proyectos; varios caballos fueron encontrados en la misma orilla

llevando todavía las boleadoras de los indígenas, y lo que más inquietaba era la partida de los patagones de Churlakin, que habían abandonado el lugar donde estaban establecidos, para ir a acampar a San Javier, a seis leguas arriba de Carmen. Muchas de sus palabras hacían temer que, de amigos que eran, se hubieran convertido en enemigos, participando del complot general de los indios, que parecía tener por objetivo llevarse todo el ganado de la orilla sur. Esos temores me obligaron a realizar mis excursiones sólo las noches de luna nueva, porque entonces tenía menos que temer a esas hordas enemigas, que no marchan ni atacan nunca más que durante esa época. Otra noticia me contrarió aún más: el reemplazo del comandante Rodríguez. Había tenido tanto de qué alabar a ese digno oficial, que no podía sino perder quienquiera que fuera su sustituto, tanto más cuanto que el recién llegado venía precedido de una fama de presumido que no me prometía nada agradable.

Dos días me bastaron para poner mis asuntos en orden y quise, antes de que las cosas se complicaran más con los indios, realizar un viajecito por la ruta del río Colorado; por lo demás, todos los indicios de guerra parecían venir sólo del lado sur del río, mientras que por el norte todo estaba tranquilo. El principal propósito de ese viaje era visitar un lugar de superstición que los indios habían hecho célebre; un árbol reverenciado por las hordas salvajes y conocido, en el país, con el nombre de *Arbol de Gualichu* o del dios del mal. No deseaba abandonar esos parajes sin haber visto esa maravilla, ese árbol misterioso, objeto del culto de los salvajes; por eso el 14 de abril, por la mañana, me encaminé hacia él, con mi peón.

Saliendo del villorrio, me dirigí en seguida hacia el norte, en medio de llanuras áridas y secas, por una senda abierta, trazada desde hacía mucho tiempo por los indios en sus viajes diarios del Río Colorado al Río Negro, cuando van al Carmen o se dirigen a la península de San José, porque remontando el Río Negro hacen una travesía de unas veinte leguas más al oeste. Experimenté un momento de tristeza al verme obligado a penetrar en el seno de esos desiertos, que cubren todas las llanuras de la Patagonia. ¡Qué desoladora uniformidad! Un suelo quemado por el sol, cubierto de pequeños cantos rodados o casquijos, sobre los cuales zarzales espinosos, sin tojas, revelaban la flacura de esos terrenos. Atravesé cuatro o cinco leguas, que me parecieron tanto más largas cuanto que no tenía dónde fijar la vista; ni un zarzal más alto que los otros que me pudiera guiar... Si no hubiera habido camino trazado, me habría creído en medio de un océano donde sólo la brújula podría orientarme; a medida que avanzaba el campo se poblaba de pequeños arbustos, pero no

Camino del Río Colorado
14 de abril

veía seres animados. Las maras, tan comunes en todas esas llanuras, eran más raras y ningún ave aparecía, ni siquiera el carancho viajero, ni el sombrío urubu... Sólo el ruido de los pasos de nuestros caballos turbaba el silencio de esa triste comarca. Después de seis u ocho leguas marinas de marcha, mi peón me anunció que íbamos a llegar, finalmente, a los *primeros pozos*. Como toda la travesía al Río Colorido carece por completo de agua, los viajeros se han visto obligados suplirla cavando receptáculos donde el agua se deposita durante las lluvias, y que ofrecen, naturalmente, un lugar de parada: esos pozos, a número de dos en el camino, han tomado para distinguirse su orden numérico: los que teníamos ante nosotros se llaman *los primeros pozos*. Antes de llegar vimos a lo lejos caballos y jinetes. Mi guía ya temblaba, pero lo tranquilicé diciéndole que sólo podían ser nuestros exploradores que, en número de cuatro, eran los mismos que dieron la última alarma cuando estábamos en Carmen. Ellos me mostraron, no lejos de allí, los cadáveres de los indios que habían matado y me contaron, sin omitir detalles, cómo la cosa sucedió. Parece que desde la fundación de Carmen siempre han sido necesarios esos exploradores, conocidos por los pobladores con el nombre de *bomberos*. Esas gentes forman una especie de regimientos de lo más valientes, habituados a la vida campestre y a sus privaciones. Sus servicios son voluntarios, y como son bien pagados, siempre hay los suficientes para la necesidad de la región, aunque la profesión sea de lo más peligrosa. Se les da diez y seis pesos por mes (85 francos), para alimentarse y utilizar sus caballos. Se distribuyen en los diferentes puntos de donde puede venir el enemigo. Los teníamos entonces sólo en el camino del Colorado, hacia el norte, y al oeste, en las dos orillas del Río Negro, remontándolo. Son una especie de centinelas perdidos, que se ubican en el sitio por donde el enemigo debe necesariamente pasar y a una distancia a menudo muy considerable, puesto que algunos de los nuestros andaban a más de veinticinco leguas del pueblo. Deben allí tratar de conservar todos los movimientos que se realizan en los alrededores e informar de inmediato lo que ven durante el día. Cazan para alimentarse; y siempre a caballo, reconocen, por la hierba ligeramente pisada, si alguien ha pasado y qué dirección tomó. Es en eso, sobre todo, que poseen una sagacidad asombrosa; viviendo sin cesar en medio de los desiertos, se hacen muy hábiles en toda clase de observaciones. Después de sus recorridos diurnos, se reúnen al atardecer, pero no se atreven a encender fuego, por temor a ser sorprendidos. Tratan entonces de ver si en las alturas próximas hay fuego o humo, que para ellos son indicios, y cambian a cada momento de vivac, ubicándose de manera de ver u oír a todo el que llegue, porque nunca duermen todos a la vez. Eran esos hombres, en número de cuatro en cada

dirección, los que nos cuidaban, sin inquietarse de lo que podía sucederles; en efecto, si a esos desdichados los sorprenden los indios espías, los sacrifican de inmediato, y para ellos nunca hay clemencia. Es incluso raro que transcurra un año sin que algunos de ellos no perezcan; habían sido matados dos en las últimas invasiones, sin que por eso dejara de encontrarse hombres dispuestos a cumplir ese servicio. Su carácter es original. En el fondo poseen un coraje feroz; la vida de sus semejantes tiene para ellos tan poco valor como la propia; por eso se preocupan poco de la muerte de uno de los suyos. Sus camaradas se limitan a decir con sangre fría: ha tenido *mala suerte* y permanecen indiferentes a lo que les espera a sí mismos; verdaderos salvajes, nada aman y en nada creen. Trátase realmente de una clase de hombres del todo aparte, que parece no tener analogía en la humanidad.

Los primeros pozos son receptáculos donde, cuando llueve, se reúnen las aguas pluviales y donde permanecen varios días; pero, como son mal mantenidos, sucede a menudo que están enteramente secos. Permanecí sólo algunos momentos con los exploradores; hice dar de beber a los caballos pues no debían encontrar más agua hasta el regreso al mismo lugar; y partí. A las dos o tres leguas, en medio de los mismos desiertos, encontré un pequeño lago seco, llamado *Laguna de la Querencia*; puede compararse, en todo, con la Laguna Blanca, que había encontrado al ir a la bahía de San Blas[14]. Es, lo mismo que ella, una gran depresión de la llanura, en el fondo de la cual, después de las lluvias, hay durante algunos días algo de agua, que toma, de inmediato, un gusto salobre desagradable, a causa de las eflorescencias que cubren el suelo desecado. Seguí andando, y después de dos leguas de marcha, por llanuras cada vez más cubiertas de zarzales, vi finalmente en el horizonte al árbol del Gualichu, que aislado, como perdido en medio del desierto, domina todos los alrededores y presenta un punto en medio del espacio, porque ningún otro árbol, a más de una legua a la redonda, se muestra en la línea invariable del horizonte. Llegué finalmente a ese árbol místico y me detuve.

El árbol del Gualichu

Como ya lo he dicho, al hablar de los patagones[15], las naciones australes poseen una divinidad, o, mejor dicho, un genio a veces benéfico, por lo general perjudicial, que temen más que reverencian; genio que los patagones llaman Achekenat-kanet, los puelches Gualichu y los aucas Quecubu. Puesto que ese territorio fue más a menudo recorrido por los puelches, fueron ellos que

14 Capítulo XVII.
15 Véase capítulo XVIII.

perpetuaron el nombre dè su genio del mal, dándosele a ese árbol, al que atribuyen el mismo poder. Esa creencia data, sin duda, de hace mucho tiempo y sería difícil encontrar su fuente. Es presumible, sin embargo, que provenga de que, cuando sus grandes correrías, se hallaran fatigados y no quisieran sus caballos pasar sin detenerse en el único lugar con sombra de esos desiertos, o que se murieran de cansancio, lo que los supersticiosos indios no dejaron de atribuir a un espíritu maligno; de allí los conjuros y las ofrendas indispensables para tornarlo favorable. Es, en una palabra, el dios de ese camino, que es menester conquistar sin falta para recorrer el espacio sin malos encuentros y sin accidentes.

Ese dios malo es ni más ni menos que un árbol achaparrado, que, de haber crecido en un bosque, no habría llamado la atención; mientras que, perdido en medio de las inmensas llanuras, anima esa extensión y sirve al viajero. Tiene una altura de veinte a treinta pies, y es todo tortuoso, todo espinoso, formando una copa ancha y redonda; su tronco es grueso y nudoso, carcomido a medias por el paso de los años y en el centro hueco: pertenece a las numerosas especies de acacias espinosas, que dan una vaina cuya pulpa es azucarada y que los pobladores reúnen bajo el nombre común de *algarrobo*. Lo raro es hallar ese árbol solo en medio de los desiertos, como arrojado por la naturaleza para interrumpir su monotonía. Al contemplarlo los pueblos viajeros de esas comarcas, debió asombrarlos y parecerles maravilloso, lo que puede haber contribuido al culto de que es objeto. En efecto, las ramas del algarrobo sagrado están cubiertas de las ofrendas de los salvajes; se las ve colgadas: allí, una manta; aquí, un poncho; más lejos, cintas de lana, hilos de color; y en todas partes, prendas más o menos destruidas por el tiempo, cuyo conjunto no presenta el aspecto de un altar, sino más bien de un triste baratillo, deshecho por los vientos. Ningún indio pasa sin dejar alguna cosa; el que nada posee, se contenta con la crin de su caballo, que ata a una rama. El tronco cavernoso del árbol sirve de depósito a los regalos de los hombres y de las mujeres: tabaco, papel para hacer cigarrillos, baratijas; también a veces se encuentran algunas monedas. Lo que atestigua, más que todo lo demás, el culto de los salvajes, es el gran número de esqueletos de caballos degollados en honor del dios del lugar, que es la ofrenda más preciosa que un indio pueda hacerle y la que debe ser más eficaz; por eso los caballos no son sacrificados más que en el árbol del Gualichu y en los ríos, igualmente reverenciados, porque se los teme, estando obligados a pasarlos continuamente y desafiarlos, a la vez, por su corriente y su profundidad. Es completamente lógico que los pueblos nómades traten de tornar favorables los desiertos, donde la sed y la fatiga pueden hacerlos morir, y a los ríos,

que amenazan con tragarlos; por eso no dudo de que las hordas salvajes de las partes australes dejen de tener gran número de lugares que reverencian, señalados por la pérdida de algunos de los suyos. El hombre que desconoce el culto de transmisión, dirigido solamente a seres morales y en consecuencia invisibles, teme las causas naturales que pueden hacerle daño; se esforzará en ganárselas, y desde ese momento hará dioses de una cantidad de accidentes de la naturaleza, tales como desiertos, ríos, rocas escarpadas y la peste. Su culto se extenderá a muchos objetos, todos capaces de inspirarle temor; por eso teme las causas inmediatas que conoce más que el porvenir que desconoce; y, desde entonces, su vida, sus goces se limitarán a las cosas presentes, y serán todas naturales. Tal es la vida religiosa de las naciones australes.

Mi guía quiso apoderarse de algunos objetos depositados en el árbol sagrado, pero yo me opuse y no le permití profanar las ofrendas de los salvajes. Sabía que muchos cristianos que recorrieron esa ruta no fueron siempre tan escrupulosos; que hasta la codicia de algunos gauchos los lleva, a veces, a seguir a los grupos de indios que van a comerciar al Carmen, seguros de recoger, en ese lugar, muchos objetos de valor; pero ha sucedido que esos incrédulos, sorprendidos por los indios, pagaron con la vida la profanación. Como era tarde, y me habría sido imposible reunirme con los exploradores en los primeros pozos, porque nuestros caballos estaban rendidos de cansancio e incapaces de servir, establecí mi vivac al pie mismo del algarrobo, a pesar de las demostraciones de mi guía y de su terror pánico, porque no sólo temía la llegada de los indios durante la noche, lo que bien podría haber sucedido, y nos habría sido funesto, sino también la influencia del Gualichu sobre nosotros, y no pude lograr convencerlo de que se instalara junto a mí. Se mantuvo a alguna distancia y no quiso dormir, aguardando, a cada instante, ser atacados por los indios o por el diablo.

La travesía del Río Negro al Río Colorado está calculada por los pobladores en más de cincuenta leguas, contando los rodeos que forman los senderos que sirven de camino. Ese recorrido no tenía, en ninguna parte, agua permanente, antes de que fuera suplida por los receptáculos cavados. El pobre viajero no podía, de ninguna manera, calmar su sed, a menos que hubiera llevado con qué refrescarse, y sus caballos perecían a falta de agua; o bien los cristianos, lo mismo que los salvajes, esperaban al día siguiente de una lluvia general, porque sólo entonces hacían alto en la Laguna de la Querencia, donde se detenían para franquear luego, de un tirón, una extensión de cuarenta leguas. Hoy esa travesía es menos penosa. Al abandonar las animadas orillas del Río Negro, donde se despliega una hermosa vegetación, uno se hunde en un de-

sierto seco y árido. A siete leguas, más o menos, de Carmen, se hallan los primeros pozos, donde se puede parar y dar de beber a los caballos; tres leguas más lejos, cuando llueve, está la Laguna de la Querencia; y todavía tres leguas adelante, el árbol del Gualichu, donde se goza de algo de sombra. Hasta ese lugar, el campo no presenta más que pequeños zarzales espinosos, que apenas se elevan algunos pies sobre el suelo. A poco más de una legua más allá del árbol del Gualichu, el suelo se cubre, de tanto en tanto, de esos grandes arbustos espinosos –chañares y algarrobos– en una extensión de unas veinte leguas; y, en medio de esa pobre naturaleza, esos arbustos simulan un bosquecillo, cuyos árboles más altos no alcanzan más de doce pies de elevación. Es al comienzo de ese bosque, del lado sur, que está, a la izquierda del camino, el mayor depósito de sal de esa parte de la Patagonia, conocido con el nombre de *Salina del Algarrobo*. Cuando finalmente se está a punto de llegar al extremo septentrional del bosque de chañares, se presentan los *segundos pozos*, donde se puede descansar un poco, porque desde ese lugar hasta el Río Colorado, en las catorce a quince leguas que faltan por recorrer, sólo se ven terrenos áridos. El viajero jadeante de fatiga, aburrido de la monotonía y de la tristeza de esa larga travesía, ve, con delicia, las orillas de los ríos, donde una vegetación continua y elegantes sauces hacen descansar sus ojos entristecidos y le dan valor para lanzarse al océano de las praderas de las pampas. Si quiere cruzar las doscientas leguas que lo separan todavía de Buenos Aires, está seguro de no encontrar más que animales salvajes, o algunas hordas ambulantes de indígenas, que debe temer más que a los jaguares, porque son más feroces que el tirano de los bosques. Antes de la fundación del fuerte de Bahía Blanca (en 1828), primer punto habitado que se halla en la ruta, se hallaba Tandil, donde un puñado de soldados, encerrados en un fuerte, estaban perdidos en medio de las pampas desiertas, como las montañas a las cuales ese fortín está adosado.

Transcurrió la noche no sin grandes alarmas ocasionadas por la pusilanimidad de mi peón: su imaginación temerosa le mostraba en todas partes peligros; no quiso encender fuego, por temor a atraer al enemigo; ni dormir, ni alejarse del caballo, para estar preparado a huir; por eso, varias veces antes del amanecer, vino a rogarme que nos fuéramos, lo que no me decidí a hacer hasta que la aurora coloreó el horizonte y pudo guiar nuestra marcha. Di mis adioses al árbol sagrado que no debía ver más y me puse en camino para regresar a los primeros pozos, de donde, luego de descansar un rato, partimos al galope y llegamos temprano a Carmen.

Las noticias que llegaban de todas partes acerca de las disposiciones de los salvajes aumentaban diariamente nuestros temores. Los indios amigos, sobre

todo, sólo nos hablaban de preparativos de ataque de las numerosas naciones que sabíamos que existían a orillas del Río Negro; nuestro comandante creyó conveniente tratar de alejar por medios pacíficos esa conjuración general. Envió a nuestro fiel patagón, el cacique Lucané, en delegación ante el cacique Chaucata, uno de los más temidos de todos los jefes aucas, que tenía bajo sus órdenes gran número de guerreros acostumbrados a los asaltos y enemigos de los cristianos. Seis días más tarde, ese enviado regresó con tres caciques subalternos de la tribu de Chaucata y de Guaykilof, que venían para tratar con poderes verbales. Esos indios vestían bastante pobremente; todos eran de la nación auca y los acompañaban algunos soldados chilenos desertores. Se presentaron en el fuerte; entonces comenzó, por medio de un intérprete, un largo parlamento bastante original entre esos jefes y el comandante. Me habían explicado varias veces de qué manera tenían lugar esas entrevistas y la inflexión que los araucanos dan a su voz cuando arengan o tratan asuntos de importancia, pero estaba, sin embargo, muy lejos de tener una idea exacta. Esos caciques, aunque uno de ellos hablaba bastante bien el castellano, no querían rebajarse a hablar en esta lengua; tenían consigo un intérprete, del cual no quisieron tampoco servirse y pidieron el nuestro. Entonces, aquel de los salvajes que tenía mayor autoridad comenzó su discurso en un tono elevado, subrayando las palabras; cada dos o tres palabras, o cada frase, terminaba en canto, es decir, arrastrando más los sonidos y forzando al mismo tiempo la voz; volvían luego *piano*, en un tono monótono y *crescendo*, hasta otro final de frase. Habló así durante media hora, sin interrumpirse y sin vacilar un solo instante, después de lo cual el intérprete, que había estado muy atento, tradujo lo que había dicho, que consistía en declaraciones de amistad, en reproches por algunos agravios pasados y terminaba con el pedido de algunos rollos de tabaco y algunos barriles de aguardiente, como prenda de la paz que proponía. El comandante respondió, en español, aceptando. El intérprete indio, empleando el mismo tono y el mismo canto del orador, tradujo la respuesta, y el cacique, que no abandonó un momento su aire de dignidad, salió del fuerte, sin dar muestras de alegría ni de temor. Fue al encuentro de los indios amigos de su nación y partió con los suyos, unos días más tarde, llevando los regalos pedidos. Los hechos posteriores nos probaron qué fe podía tenerse en las promesas de paz que acababa de formularnos; en cuanto a mí, creí que el principal propósito de ese indio y de los suyos era ponerse al corriente de nuestras fuerzas, para atacarnos más tarde.

Todas las naciones australes tienen sus oradores: es, incluso, el don de la palabra, junto con el coraje, lo que lleva al poder. En la tribu de los aucas, el

indio que no tiene el hábito de hablar en público, de hacer arengas sin interrumpirse, ni vacilar un instante, no llegará nunca ni siquiera a los puestos inferiores. Desde el primer cacique o *Ilmen*, hasta el que dirige su familia, todos deben, por necesidad, saber hablar largamente. Cuando yo asistía a los parlamentos, no me cansaba de oírlos discutir una hora seguida, sin nunca vacilar un instante. Me hacía a veces traducir literalmente sus discursos y me asombraba la claridad de sus ideas y la fuerza de sus argumentos, que denotaban una nación espiritual y susceptible de llegar a una alta civilización; me sorprendía también el brillo de sus figuras, la poesía de su lenguaje, la justeza de sus comparaciones. Está bastante generalizado, entre las naciones salvajes, el hábito de las arengas. Había ya oído a los tobas del Chaco hablar mucho tiempo, pero más tarde, entre los indios cazadores, en medio de los sombríos bosques del pie oriental de los Andes, volví a encontrarlos. Los yuracarés no les ceden en nada, a ese respecto, a los araucanos, a los puelches y a los patagones; sólo que no riman, como estos últimos, sus discursos.

Quise un día hacerme traducir literalmente, por medio del intérprete araucano, una de esas arengas, que los jefes dirigen a sus subalternos, cuando quieren prepararlos para una de sus excursiones a las tierras de los cristianos. No me alegró tanto como esperaba, a causa, sin duda, de las deficiencias del orador. Se reducía, en resumen, a las siguientes recomendaciones: "Hermanos, ¿qué hacemos acá? ¿Por qué permanecemos inactivos? ¿Por qué nos faltan caballos para la caza mientras los otros los poseen en abundancia? Vayamos a quitárselos. ¡Caciques! ¡Reunid a vuestras gentes! ¡Dirigidles discursos, inflamad su coraje; decidles que limpien sus lanzas, preparen sus boleadoras y, sobre todo, que no tengan miedo! Si el temor no los domina, conseguirán todo; tendrán numerosos rebaños y mujeres. Decidles que no duerman, que ensillen sus caballos, desde la aurora, y que se preparen para marchar; decidles, sobre todo, que no teman a la muerte y que con prudencia llegarán a todo. Que sepan que no hay que hablar; sí, por la noche, temen no reconocerse, que silben de una manera particular convenida".

Parece que, en esas arengas, recuerdan, sucesivamente, los éxitos pasados y el medio de obtener otros nuevos. No olvidan ninguna de las precauciones bélicas; las enumeran todas, más o menos poéticamente, mostrando, siempre, las ventajas que los suyos pueden sacar para el futuro. Una sola cosa no dejaba de llamarme la atención: era oírlos pronunciar discursos tan largos, siendo su idioma de lo más lacónico. No encontraba otra explicación a ese hecho que los detalles en los cuales entraban, detalles que son siempre lecciones de táctica militar que los jóvenes deben aprovechar.

La proximidad de los fríos trajo, a orillas del Río Negro, una innumerable cantidad de aves acuáticas o ribereñas, así como chingolos; y todos los días llegaban más. Había visto muchas en la provincia de Corrientes, pero nada era comparable a las que cubrían los campos pantanosos de la orilla sur y los zarzales de la del norte; parecía que todas las aves de las partes australes y de las montañas se hubiesen reunido en ese lugar, como si fuera su residencia anual, cuando la escarcha los expulsa de las regiones entonces heladas que habitan durante el verano. La caza era tan abundante y fácil que no había, por así decirlo, más que cargar el arma y hacer fuego. A menos de un cuarto de legua de la población del sur, no se veían más que bandadas de gansos, patos silvestres y palomas. Las lagunitas servían de refugio a diversos patos silvestres y a las pollas de agua, y su domesticidad era tal que apenas se dignaban volar cuando nos acercábamos. Más lejos, estaban las tropillas de fenicópteros de alas de fuego, mientras que las partes verdeantes servían de querencia a millares de gansos[16], muy impropiamente conocidos en la región con el nombre de *abutardas*, y cuyas miríadas coloreaban diversamente las llanuras. Llegan en el mes de abril y se van en septiembre. Vienen en tan gran número que cubren las campañas; sus gritos resuenan a lo lejos y animan esas praderas, antes desiertas. Los ribazos están animados de numerosas bandadas del guacamayo patagón[17] y del brillante entorno militar; por eso, en mis cacerías diarias, me resultaba poco difícil cargar, después de algunas horas de paseo, mi caballo y el de mi peón. Un cazador apasionado habría tenido pronto demasiado placer, y la facilidad con que habría satisfecho su deseo no habría tardado en hacerle perder el gusto de volver a cazar en Europa, donde hace falta a veces tanto trabajo para matar un pequeño número de piezas. Había amado mucho la caza en Francia, antes de mi partida; pero, acostumbrado a la abundancia, pensé entonces, como lo había previsto, que a mi regreso no podría encontrar placer en ese deporte.

19 de abril

El 19 de abril quise acompañar al comandante Rodríguez hasta la nave que debía llevarlo a Buenos Aires. Ese oficial, desde mi llegada, no sólo me hizo compartir su mesa, lo que no era poca cosa, en una región donde podía encontrar pocos recursos en ese sentido, sino que debí también a su amabilidad muchas facilidades para mi viaje, que no habría conseguido sin él. Si esta obra llega a sus manos,

16 El ganso antártico, *Anser antarcticus* Vieill. Son muy comunes en invierno en las islas Malvinas. Pernetty, t. 2, pág. 14.

17 *Psittacus patagonicus*, Vieill., Encycl.

que vea, por lo menos, el reconocimiento de mi gratitud. Un viajero se siente tan feliz al hallar a las autoridades dispuestas a apoyar su empresa que no debe pasar en silencio el nombre de quienes lo han ayudado. Partí en bote, y retardado por un viento contrario, llegué solamente a la una de la tarde. Permanecí a bordo hasta las seis, y me separé finalmente del señor Rodríguez no sin experimentar un verdadero pesar. El regreso fue de lo más difícil. La marca bajaba, y después de tres horas de lucha contra la corriente, estaba todavía a una legua del lugar de donde partí. Presa de un frío penetrante, debí considerarme feliz al conseguir caballos en una de las chacras de la costa; y de un galope me dirigí al fuerte, adonde llegué muy tarde.

22 de abril

El 22 me puse en camino para visitar la *Salina de Piedras*, así llamada porque la sal está en capas espesas y compactas, tan duras como piedras. Esta salina está en medio de la llanura, a la derecha del camino que conduce al árbol del Gualichu, a unas diez leguas del villorrio. Monté a caballo muy de mañana; y sin seguir ningún sendero trazado, guiado por mi peón, atravesé el desierto espinoso durante algunas horas; luego, cuando pensó que estábamos a una legua de las salinas, me propuso que nos detuviéramos para almorzar, lo que hicimos de inmediato, atando nuestros caballos a los zarzales. El fuego no tardó en chisporrotear y mi guía preparó el trozo de vaca que debía componer nuestra modesta comida mientras yo recorría los alrededores, tratando de descubrir algunas aves, pero éstas abandonan difícilmente los lugares donde pueden hallar agua. Por eso no vi, en mis exploraciones, más que algunos mochuelos tricolores, extraviados sin duda, y muchos caranchos, que nos siguieron, seguros de aprovechar los restos de nuestra comida. Monté a caballo y un momento después vi las pequeñas colinas que bordean la salina: se destacan sólo al este y apenas tienen algunos pies sobre el nivel del suelo circundante, mientras que del lado oeste no existen. Los terrenos presentan, de pronto, una pendiente suave, que forma, alrededor, la vertiente de la salina. Permanecí un momento en la cima de la colina observando con placer el panorama que se presentaba ante mí. Una inmensa ensenada alargada, en semicírculo, se extendía en una superficie que creí, por lo menos, de dos a tres leguas de largo, sobre cerca de una legua de ancho, en su diámetro mayor. Distinguí claramente, de donde estaba, el paso gradual de las diferentes zonas de vegetación, sucediéndose las unas a las otras, desde las partes más elevadas hasta el fondo del lago, según la mayor o menor proximidad de la sal; las últimas, completamente marítimas, compuestas de plantas de color verde oscuro, que pertenecen probablemente al género *Trachynotia*, son las mismas que vi en los bancos limosos y cubiertos por las

aguas de la bahía de San Blas. Presentaban un contraste original, reemplazando a una vegetación blancuzca y rodeando, con sus colores sombríos, una extensión brillante de blancura, que ocupa el centro del lago, semejante a la nieve más pura. La vista se sorprende al principio: se pasea con asombro y hasta con admiración sobre todo aquello que se le presenta; todo parece extraño, todo sorprende, pero al cabo de algunos instantes, cuando las primeras impresiones se disipan, se ve que algo falta en ese cuadro mágico; todo es triste y silencioso, todo parece abandonado por la naturaleza animada. La vegetación es pobre, raquítica, en ese lugar, donde ningún mamífero osa aproximarse; los pájaros parecen huir; el chingolo viajero, engañado por el aspecto del lago, cree poder calmar su sed, descansar de sus lejanos viajes y de la larga travesía del desierto. ¡Vana esperanza!... Apenas se acerca a esas orillas engañosas; apenas quiere gustar de esas aguas, vuela espantado y va a buscar tristemente, bien lejos de allí, un lugar más hospitalario.

Después de permanecer una media hora en contemplación y absorto en mis reflexiones, fatigado por el silencio de muerte que me rodeaba, me encaminé hacia las orillas de la salina. En el camino hallé, sobre la colina, varias excavaciones practicadas por los peones empleados en la extracción de sal, con la esperanza de descubrir agua dulce; pero, hasta el presente, todas las tentativas han sido inútiles y no dieron más que agua tan salada como la del lago; ése es uno de los motivos que impiden que la salina sea frecuentada, y todo revelaba que hacía años que nadie venía. No parecía haber sido tocada la sal en ninguna parte; se podía ver muy fácilmente que era incomparablemente más abundante en esta salina que en la de Andrés Paz. Forma, en todas partes, una capa dura y espesa de cinco a ocho pulgadas, que no se puede sacar sin el pico y la azada. Dejé los caballos al cuidado de mí peón y me puse a recoger insectos salados. Anduve por la costa del este, y como el terreno era limoso y yo estaba cargado de cajas, me descalcé, continuando, con los pies desnudos, mis exploraciones, encontrando algunos insectos distintos de los que había hallado en la otra salina; en general, eran poco numerosos, lo que me obligaba a recorrer una mayor superficie de las orillas. Ese trabajo absorbía toda mi atención y anduve algunas horas, terminando por dar la vuelta por la extremidad oriental; después, reconociendo que debía hacer otro tanto de camino para llegar al lugar de donde partí, preferí continuar, para llegar al otro lado del lago, frente al sitio donde me esperaba el peón, a fin de no tener que cruzar por la sal. Una vez ello decidido, resolví poner mi proyecto en ejecución. Proseguí mis investigaciones, que cada vez resultaban más provechosas: las orillas limosas cedieron su lugar a las playas arenosas, reemplazadas, más tarde, por bancos de asperón más o menos compacto,

donde comencé a añorar mis zapatos, porque los pies ablandados por la caminata, la sal y la humedad, sufrían mucho con las asperezas del suelo. Avanzaba, empero, cada vez con mayor avidez de descubrimientos, y mientras observaba las capas que componían el suelo, sin dejar de comparar su naturaleza con las que constituyen el de la Patagonia, recogí muchos otros insectos interesantes. Hice así por lo menos cuatro leguas, cuando vi que el sol se acercaba al término de su carrera; tuve que decidirme a abandonar las investigaciones para ir en busca de mi caballo. Lamenté mucho, entonces, no haber dicho a mi criado que me siguiera con nuestras cabalgaduras, lo que me habría permitido continuar la marcha mucho tiempo, pero estas reflexiones algo tardías versaban sobre un mal sin remedio, y abandoné todo para aventurarme en la salina.

El comienzo de la travesía no fue penoso. Había, sobre la masa pedregosa de sal cristalizada, una espesa capa de sal en pequeños cristales no adheridos entre sí, llevados por los vientos, lo que hacía la marcha bastante fácil y que los pies no me dolieran mucho. Hice así un medio cuarto de legua, en dirección hacia mi peón, a quien veía en la orilla opuesta, y creí poder llegar temprano junto a él; por desgracia, la sal libre pronto desapareció poco a poco y me hallé sobre la sal pedregosa desnuda, cubierta de un pie de agua, que sólo aguardaba el calor para convertirse en cristales de sulfato de soda. Entonces comenzó para mí un suplicio que resulta difícil explicar. Mis pies, ablandados por el agua, me hacían experimentar los más vivos dolores, cuando pisaba esa superficie dura, cubierta de cristales angulosos, que penetraban en las carnes, y yo no podía remediarlo, porque era imprescindible que pasara de un lado al otro. Mi molestia era extrema, y medía con tristeza la distancia que me restaba a franquear, mientras me decidía a avanzar. Hice, con mi pañuelo, una especie de venda, con la que envolví mis heridas, lo que me alivió algunos momentos; pero las puntas agudas deshicieron pronto esos trapos y quedé realmente atascado, sin poder ni avanzar ni permanecer en el lugar, experimentando vivos dolores. Me vi reducido a despedazar sucesivamente mis ropas para envolver la planta de los pies; así, después de una hora y media de caminata sobre la sal, alcancé finalmente la otra orilla, sufriendo mucho por la que penetraba en cada herida. Difícilmente podría describir el contento que sentí al pisar el suelo y volver a ponerme el calzado; olvidé mis dolores pasados, riendo de mi desventura y de mi posición crítica, en medio de ese mar de sal, sin ir ni hacia adelante ni hacia atrás, y no pudiendo empero detenerme, so pena de quedar mucho tiempo sobre puntas penetrantes. Esos detalles, tal vez un tanto minuciosos, podrán servir de lección al naturalista que quiera intentar las mismas exploraciones, y es por eso que he creído necesario no pasarlos en silencio.

La Salina de Piedras podría dar mucha más sal que todas las otras de los alrededores de Carmen; es también la que posee la substancia más pura; en su superficie presenta una cristalización blanca resplandeciente. Si se corta con fuerza la costra superior, todo lo de abajo es de color rosa muy pronunciado; ese color desaparece al exponerse al aire y todos los pobladores están de acuerdo en preferir la sal de este lago a la del de Andrés Paz. Sin embargo, no la explotan por el momento, por varios motivos, el primero de los cuales fue siempre la falta de agua dulce. Los peones estaban obligados a traerla de las orillas del Río Negro, distante unas ocho leguas, y cuando faltaba se veían en la necesidad de suspender su trabajo para conseguirla. Otro motivo era la menor facilidad de extracción: en la salina de Andrés Paz basta recoger con una pala de madera la sal de la superficie del suelo, mientras que en esta zona no puede emplearse, en ningún caso, el mismo procedimiento; el pico y la azada son indispensables, para partir en pedazos las capas sólidas, espesas de seis a ocho pulgadas, que cubren toda la superficie de ese lago salado; por lo demás, siendo el suelo menos firme, las carretas no podrían entrar dentro de la salina y no podrían cargarse más que a sus orillas, lo que obligaría a conducir la sal hasta allí. Otra dificultad es no poder realizar más que apenas un viaje de carreta por día, hasta el río, siendo el trayecto de ida y vuelta de diez y seis leguas, sin agua. Todos estos inconvenientes no han podido compensar la gran ventaja de conducir directamente la sal al lugar de embarque, mientras que de la salina de Andrés Paz hay un transporte en carreta y otro por agua. En diversas oportunidades se ha abandonado y reiniciado la explotación de esa salina: varias naves han llevado su carga, pero después de tener la certidumbre de que los pozos cavados sólo dan agua fuertemente salada y que muchos bueyes mueren de fatiga y de sed en el trayecto, se ha renunciado a esa explotación, hasta que se vean obligados a empezar de nuevo.

El sol se había ocultado y la sombra comenzaba a extenderse sobre todos los objetos. Me voltée hacia la salina y me impresionó su aspecto. El color aún más oscuro, que se extendía sobre toda la naturaleza, no parecía haber alcanzado esa hermosa capa blanca, más resplandeciente que nunca; y podría decir que más se destacaba a medida que las colinas vecinas se ensombrecían. Quien haya visto por la noche las cumbres nevadas de las montañas dibujarse sobre los objetos diversamente coloreados que las rodean, o quien haya dormido en medio de las nieves, puede haber notado hasta qué punto todas las grandes masas blancas arrojan luz en torno de ellas, y cómo se distinguen, hasta en medio de las tinieblas más espesas. Había notado ya ese efecto puramente físico en la salina de Andrés Paz y lo volví a ver muy a menudo en las cumbres

elevadas de los Andes. Al remontar las orillas de la salina hasta la cima de las colinas, varias veces volví a mirar la salina, y finalmente, cuando estaba a punto de perderla de vista, su centro se destacó, en una ancha media luna, contra los sombríos zarzales que la rodean.

Mi peón me apremiaba desde hacía tiempo para regresar; no se sentía seguro en esos lugares; y a pesar de mi deseo de pasar la noche en los alrededores, para ver de nuevo al día siguiente el otro lado de la salina, no pude conseguirlo. Mi guía me hizo notar que no estábamos lejos del camino del Colorado, por donde los indios podían venir, que nuestros caballos no habían bebido y, finalmente, que me dejaría solo, sí yo insistía en quedarme. Fue necesario, pues, ceder y galopamos en medio del desierto, entre los zarzales espinosos, orientándonos por las estrellas. Caminábamos así en silencio, cuando el cansancio de nuestros caballos nos obligó a disminuir el paso, poco a poco, hasta detenernos del todo. Estábamos todavía, por lo que pudimos juzgar, a una o dos leguas de Carmen; nos fue necesario, pues, vivaquear. Otro motivo nos habría impedido llegar durante la noche; era el temor de alarmar al fuerte; toda marcha nocturna, a menos de noticias de ataques, estaba prohibida. Nos instalamos junto a un zarzal, donde transcurrió el resto de la noche, no sin sentir un frío penetrante, porque creyendo regresar el mismo día, no me había provisto con qué abrigarme. Al día siguiente, apenas amaneció, me puse en camino y llegué pronto a Carmen.

A pesar de las noticias alarmantes que recibíamos de todas partes acerca de las intenciones de los indios, no quise perder un instante y recorrí los alrededores que no conocía, para terminar de recoger los objetos que podían interesarme. Cazaba todos los días y mis colecciones aumentaban mucho. El 25 quise regresar a la salina de Andrés Paz, registrando hasta allí las sinuosidades del río. Me dediqué a esa tarea, al mismo tiempo que veía millares de aves en el camino. Una vez llegado al lugar donde estaban las barracas de explotación, que se incendiaron por descuido un día de fuerte viento, partí a pie de cacería, remontando el Río Negro, cerca de tres leguas, y regresé doblado bajo el peso de los pájaros que había matado. Desde hacía algún tiempo, las palomas[18] habían llegado en innumerables bandadas a orillas del Río Negro: todas las mañanas esas bandadas, compuestas por lo común de muchos millares, descendían de lo alto del Río Negro hacia la desembocadura, en nubes espesas, que cubrían de un color azulado todas las llanuras de las orillas, ocultando la

Carmen, Patagonia 25 de abril

18 *Paloma de alas manchadas*, *Azara*, N° 318.

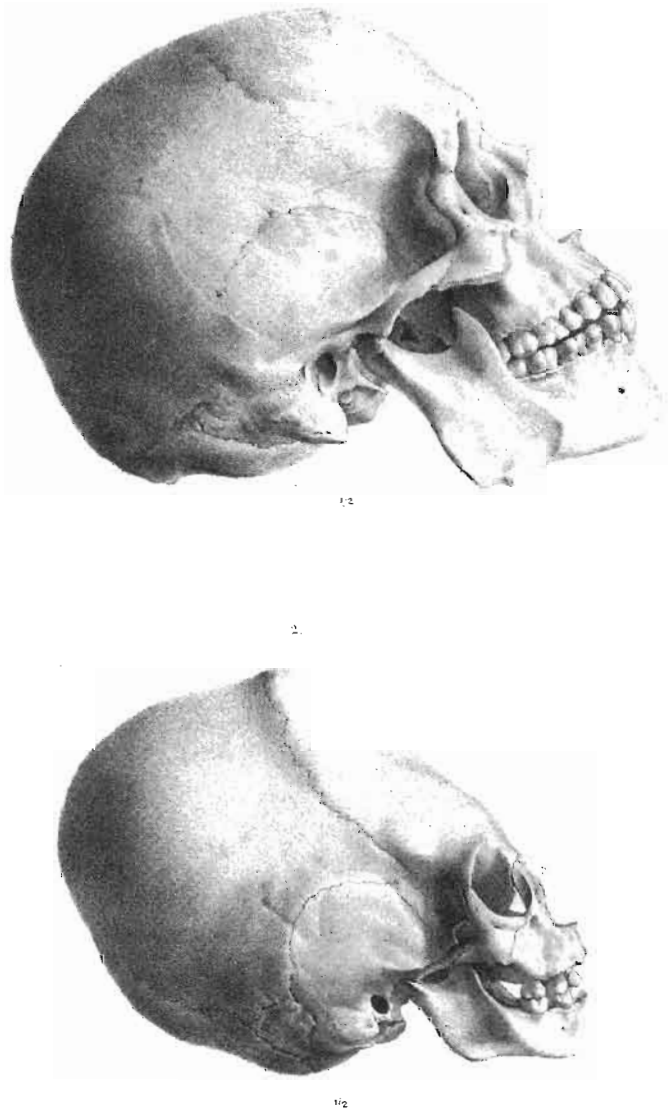
tierra en una extensión de algunos centenares de pasos; y allí, apretadas unas con, otras, comían tranquilamente, porque hay pocos cazadores en Carmen. Vi varias bandadas al ir y cada tiro de fusil hizo caer cerca de una docena sobre el lugar. Por la tarde, todos esos pájaros regresan a la desembocadura del río, donde no hay ningún árbol, para posarse en los sauces de sus orillas y en las islas; y como los primeros de esos árboles están en el lugar donde me encontraba algo antes del crepúsculo, llegaron de todas partes, se posaron en las ramas, que se doblaban bajo su peso. Si hubiera tirado al azar en una dirección cualquiera, en medio de la espesura, no habría dejado de matar gran número y, con mayor razón, si me acercaba con precaución, apuntando a lo más espeso de la bandada. Hice dos o tres veces la prueba y la tierra se cubrió de palomas muertas o heridas, que al día siguiente hallé bajo los árboles a cada paso. Maté más de cincuenta en tres tiros; esos pájaros ya llegaban desde algunas horas cuando los cacé y los sauces estaban cubiertos. Conocía, desde hacía tiempo, el ruido que produce una de sus bandadas cuando vuela; sin embargo, en el momento de tirar en medio de los árboles, quedé estupefacto del alboroto que hicieron esos millares de pájaros, al levantar vuelo todos juntos. Era un ruido semejante al del trueno, que se renovaba a cada instante, porque esas pobres palomas, después de girar en el aire, regresaban a las ramas, pero asustadas de nuevo, el miedo las hacía volar otra vez, con el mismo ruido, y sólo comenzaron a descansar cuando la noche no les permitió orientarse. Quien no ha visto esas grandes bandadas cubrir ciertos lugares salvajes, no puede, de ninguna manera, darse cuenta de su enorme cantidad; está por encima de todo lo que uno puede imaginarse.

Hacia el mes de abril, las palomas que anidan, dispersas sin duda en los sitios boscosos próximos a las orillas del Río Negro y de otros ríos de la Patagonia, y en todo el pie oriental de los Andes, comienzan a reunirse en grandes familias; y descienden entonces para ir a buscar, en las llanuras ribereñas de los ríos y vecindades del mar, regiones menos frías, donde puedan vivir; es así que de todos los alrededores llegan en esa época a las tierras de aluvión que bordean el río y pasan algunos meses, más o menos hasta agosto, atrayendo gran número de aves de rapiña, especialmente águilas aguya[19] que viven a sus expensas, y parten luego para regresar al año siguiente en la misma época. Las palomas no frecuentan las llanuras elevadas y jamás se alejan del río, por lo visto tal vez porque allí hallan los granos de que se alimentan. Ya había encontrado, en invierno, en la provincia de Corrientes, principalmente en el

19 *Pygargue aguya (Halioetus melanolcucus).*
20 Capítulo VII.

Rincón de Luna[20] y a orillas del Plata, bandadas de esa especie; pero eran poco numerosas comparadas con éstas. Parece que esa especie tiene en todas partes los mismos hábitos, porque forma también grandes bandadas en la ladera oriental de los Andes, en la provincia de Yungas, en Bolivia. Vive en sitios elevados, donde halla, a causa de la altura, más o menos las mismas tierras y la misma temperatura que en los de la Patagonia.

La falta de cabañas me obligó a pasar la noche al aire libre, expuesto a un rocío abundante y frío; por eso, desde el alba estaba de pie. Fui con los peones a ver si, bajo los árboles donde había hecho fuego a las palomas, no hallaba más muertas; y sin cazar, recogí tanto más que en la víspera. Me encaminé luego hacia la salina, que volví a ver con gran placer; después, regresé a Carmen, observando minuciosamente la geología de las colinas y cargándome de muestras.



1: *Cabeza de un puelche de Río Negro (Patagonia)*;
2: *Cabeza de un joven aymara de la provincia Carangas (Bolivia)*.

CAPÍTULO XX

Viaje y estadía en San Javier y continuación de la descripción de los usos y costumbres de los patagones. Cacería de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Complot de los Gauchos. Segundo Viaje al Sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes

Viaje y estadía en San Javier y continuación de la descripción de los usos y costumbres de los patagones

Conocía bastante bien ambas orillas del Río Negro, la del sur descendiendo, y la del norte remontándolo; pero no había visitado todavía el puesto más avanzado de la orilla del sur, el lugar llamado *San Javier*, que los pobladores me señalaron como sitio cubierto de sauces y morada de numerosos pecarís[1], jabalíes de esas comarcas. Traté de descubrir un albergue donde pudiera residir algunos días, a fin de visitar el lugar.

Un marinero francés, casado en la zona, me ofreció amablemente su granja y me dispuse a dirigirme allí. Debía partir el 29, pero un viento terrible me obligó a postergar la expedición. La costa de la Patagonia es tal vez la región del mundo donde el viento sopla con más fuerza: fue tan intenso ese día que nadie podía salir a caballo sin correr peligro de ser volteado; y al día siguiente supimos que se habían producido varios accidentes; empero, como el tiempo estaba algo tranquilo, no quise esperar más para ponerme en camino. Hice pasar a los caballos al otro lado del río y me dirigí con armas y bagajes. El camino es, desde la Población del Sur hasta San Javier, bastante uniforme. Se siguen siempre las tierras de aluvión que ocupan toda esa orilla, de varias le-

1829
San Javier, Patagonia

1 *Dicotyles torquatus*, Cuv.

guas de ancho; y el trayecto sería de lo más monótono si no se vieran de tanto en tanto, a orillas del Río Negro, granjas agrícolas, unas adornadas con un jardincito y algunos árboles; otras peladas, aisladas en medio de la llanura, y de los campos que valorizan, cuyos rastrojos, entonces secos, no tenían nada de alegre. En el espacio de seis leguas, la misma uniformidad en el campo; los escasos árboles que se ven fueron plantados por el hombre y la naturaleza se entristecería si gran número de pequeños lagos y pantanos no estuvieran incesantemente vivificados por bandadas de aves de toda especie, que presentan, a cada paso, la caza más rica a quienquiera tenga el menor deseo de cazar. En las praderas hay innumerables bandadas de palomas y gansos, y al borde de las aguas, todavía mayor variedad. El gran número de especies y la multiplicidad de cada una de ellas, harían creer que todos los pájaros del polo se han dado cita en el mismo punto, donde viven de la manera más familiar. No creo que sea posible encontrar en ninguna otra parte una reunión tan numerosa. Estaba aturdido por sus gritos diversos, y se agitaban continuamente con sus movimientos graves y regulares. Nubes de palomas, perseguidas por el águila raptora, hacían rápidas evoluciones, acercándose entre sí de golpe o dibujando en el horizonte mil figuras extrañas; luego se replegaban como serpientes, reuniéndose en seguida para escapar al tirano de los aires, pero en vano... La bandada no puede tener paz sino cuando un desdichado pájaro, cogido por las garras aceradas del águila, es llevado lejos de sus hermanos y pone una tregua, con su muerte, a la persecución de que son constantemente objeto. Si se comparan nuestros campos, donde apenas una alegre alondra osa mostrarse de tanto en tanto; donde el gorrión doméstico no se siente seguro; donde los escasos pájaros que quedan están de continuo expuestos a los tiros del cazador; si, digo, se comparan tales lugares con las regiones todavía salvajes, donde todos los seres gozan de una libertad completa y pululan por millares, libres de todo temor, se apreciará la influencia que tiene sobre la naturaleza y el aspecto de un país, considerado desde el punto de vista de los animales que lo habitan, la proximidad de los grandes centros de civilización. Es probable que esas aves, hoy pacíficos habitantes de las zonas despobladas, se conviertan en fugitivos y tímidos, y hasta abandonen la comarca, cuando una importante población y una civilización avanzada invadan las orillas, hoy todavía desiertas, del Río Negro.

Llegué así, acompañado de la gente alada, hasta una legua de San Javier, donde la naturaleza reviste otras formas. Las orillas del río se cubren de bosquecillos de sauces; las aguas se dividen en varios canales tortuosos y forman islas boscosas que alegran la vista. Un momento antes, la región debía la

vida a los seres animados que la cubrían; allí, al contrario, sólo a la vegetación debe todo su atavío. Los sauces, que a diferencia de los de Europa no han sentido nunca el hierro del hacha, son altos y rectos: su forma es graciosa y sus ligeras ramas se balancean suavemente al capricho de los vientos; su sombra protege las plantas altas y verdeantes que crecen con vigor, y yo comenzaba a lamentar que un lugar tan bonito estuviera desprovisto de casas, cuando en un recodo de un bosque vi la humilde cabaña de mi compatriota. Está adosada a los árboles y sólo la separa de ese laberinto de islotes boscosos un par de canalitos naturales, que se atraviesan sobre algunos troncos de sauces, dispuestos a manera de puente. Olvidando por un momento que estaba en la Patagonia, me creía a orillas de los más hermosos de nuestros pequeños ríos de Francia, y la ilusión era tanto más completa por cuanto estaba en casa de un francés. Ese diminuto recodo de las orillas del Río Negro en nada se asemeja a todo lo que caracteriza a la región; es un oasis perdido en medio de desiertos áridos y desolados. Me instalé en la cabaña, donde faltaba todo lo necesario a las comodidades de la vida, porque su propietario, temiendo las invasiones de los indios, había transportado a Carmen cuanto le pertenecía; empero, sabiendo que podía conseguir mucho con la caza y que a poca distancia había una reunión muy numerosa de tiendas de patagones, resolví pasar algunos días en ese lugar, tanto para coleccionar todos los objetos de historia natural que podía hallar, como para continuar mis observaciones sobre los tehuelches, entonces alejados de la influencia de los lugares habitados por los blancos.

Un día, a caballo, acompañado por algunos hombres y de una jauría de perros, remonté desde la casa hacia el oeste, para cazar *jabalíes* o pecarís. Marché por la parte exterior del bosque, hasta los toldos de los patagones, permanecí un momento con ellos y después continué mi ruta hasta la prevención de San Javier, última casa de ese lado, la única construida con piedras y cubierta de tejas. Era, desde la fundación de Carmen por los españoles, el puesto más avanzado y límite de la colonia; allí hay siempre algunos soldados que vigilan los movimientos de los indios. Hallé cuatro o cinco bomberos, encargados también del mismo servicio, que recorren todos los días la campaña para comprobar si todo está o no tranquilo. Seguí avanzando y me encontré pronto en medio de terrenos medio pantanosos, cubiertos de tanto en tanto de praderas, cortadas por muchos canales naturales. Esos lugares, ricos en pastos, son difíciles de recorrer. Estuve a punto de renunciar en varias oportunidades: ni una sola senda. Es menester abrirse paso a través de plantas de ocho a diez pies de altura, que forman marañas, de donde, a diez pasos de distancia, no se ve al jinete sobre su caballo, forzándolo a menudo a descender, para abrirse paso a

sablazos. Recorrí así más de cuatro leguas en la espesura, encontrando a menudo praderas magníficas, rodeadas de árboles, islas en las cuales penetré, donde todo revelaba una vegetación activa y brindaba al chacarero los mejores pastos, pero que nunca han sido pisadas por el ganado doméstico. No intentaron nunca establecerse arriba del puesto de vigilancia, aunque sean, en verdad, los mejores campos para la agricultura. Las escasas garantías contra los indios y la poca profundidad del río, que no permite a los navíos remontar más allá de Carmen, han impedido a los especuladores establecerse allí. Esperamos que algún día, las más hermosas regiones de la Patagonia, bajo un cielo todavía sereno y templado, no estarán desiertas y que una población activa vendrá a trabajarlas. Tales reflexiones me asaltaron muy a menudo al pisar ese suelo virgen, que no pertenece aún a nadie.

Encontramos varias veces rastros inequívocos del paso de tropillas de pecaríes, pero no pude ver uno solo de esos animales; los perros los olfatearon en diversas ocasiones inútilmente. La dificultad que experimentaban de penetrar en medio de la maleza nos impidió cazarlos. Me limité a matar varias águilas, cisnes de cuello negro, muchos ánades y pajaritos, y regresé a mi cabaña con las piernas destrozadas por las espinas y las plantas cortantes. Varios días seguidos continué mis exploraciones sin ser más afortunado respecto a los pecaríes, aunque siempre favorecido con los pájaros, los insectos y hasta las conchillas, permitiéndome las aguas muy bajas recoger varias bivalvas[2] y limneas muy hermosas. En general, aunque esas excursiones eran de lo más penosas, saqué grandes beneficios; y esa estadía fue de las que más contribuyeron a aumentar mi colección.

Debía ocuparme de otro género de trabajo. Necesitaba completar, con los patagones, las observaciones que podían hacérmelos conocer bien. A este efecto, fui a pasar una parte de mis jornadas entre ellos, y el azar me favoreció mucho en lo que deseaba ver. Un día llegué, por la mañana, en el momento en que comenzaba una ceremonia nacional, cuyos pormenores seguí. Vi numerosos indios que rodeaban una tienda, donde estaba colocada una joven india que sus vecinos visitaban sucesivamente y a los cuales daba un trozo de carne. Ese original espectáculo me interesó mucho, y por medio de un indio puelche, que estaba en casa de mi compatriota, obtuve pronto la explicación. La época de la nubilidad de la joven india era la causa. Para estar de acuerdo a una costumbre común a los patagones, a los araucanos y a los puelches, cuando una joven siente los primeros indicios de la nubilidad, informa a su madre o a

2 *Anodontes patagonica*, d'Orb.; *Lymnoeus Dombeyanus*.

su más próxima parienta; ésta informa a su vez al jefe de la familia, quien elige, de inmediato, su yegua más gorda, a fin de obsequiar a sus amigos. La joven es colocada en el fondo de un toldo, llamado *huetenuca*, separado de los otros y decorado con ese motivo; y allí, sobre una especie de altar, recibe las visitas sucesivas de todos los indios e indias de la toldería, que van a felicitarla por ser mujer y recibir de ella un pedazo de carne de la yegua, de acuerdo a su rango o a su grado de parentesco. Tan pronto todos los visitantes han llegado y toda la tribu sabe que la joven india es núbil, se la sienta en una manta de lana, que su madre toma por la parte delantera y su parienta más próxima por la trasera, y así levantada se la pasea, mientras una vieja, cumpliendo las funciones de adivino o sacerdote, marcha a la cabeza, cantando, sin duda para conjurar el espíritu maligno. El cortejo se encamina lentamente a un lago vecino, sin que nadie lo siga; la sacerdotisa es la primera en entrar en el agua, toma un poco de agua y lo arroja al aire, hablando mucho tiempo, sin duda a fin de pedir al dios del mal que proteja a la joven en la nueva posición que va a asumir en el mundo. Las otras mujeres entran en la laguna: una vez terminado el conjuro, sumergen a la joven en el agua tres veces seguidas; la secan bien, extienden algunas piezas de tejido en tierra a la orilla, la acuestan, la cubren con lo mejor que poseen y, más tarde, cuando la sacerdotisa termina y reinicia sus oraciones, la neófita regresa a la toldería, donde, desde ese momento, debe desempeñar un papel.

Estoy seguro de que esa costumbre está generalizada entre los indios de América meridional, porque no solamente he comprobado que existe también entre las demás naciones australes, tales como los puelches y los araucanos, sino también la he encontrado en los inmensos bosques del centro de América. Es cierto que no es celebrada en todas partes de la misma manera, y que a menudo el momento es señalado por medio de sufrimientos que se imponen a las jóvenes. Los guarayos, por ejemplo, lo señalan imprimiendo profundas cicatrices en el pecho de la paciente. Los yuracarés, del pie oriental de los Andes de Cochabamba, más insensibles a los dolores físicos, no sólo le cubren los brazos de heridas, sino también se las hacen a sí mismos y a todos los miembros de la familia. Los animales domésticos no quedan exentos de salvajes estigmas, y así la fiesta, que tiene lugar después de ayunos, transcurre en libaciones y termina en esa escena bárbara. La educación de las neófitas de la provincia de Moxos, a pesar de todos los esfuerzos de los religiosos que han tratado de hacerles olvidar todas las costumbres primitivas de su religión, no ha podido, desde hace siglos, borrar los recuerdos de ese momento, que los canichanas señalan con ayunos demasiado prolongados. Puesto que ese uso

existe a tan grandes distancias y en naciones tan diferentes, podría suponerse que se hallaba en casi todas, antes de que el cristianismo aboliera las antiguas costumbres religiosas. En las tribus donde existe todavía, es por lo menos una garantía contra la corrupción prematura: nunca, en las naciones australes, una joven, antes de ser núbil, dejará de estar sometida a la severa vigilancia de sus padres, mientras que en los indios semicivilizados de las misiones, la corrupción no espera nunca ese momento. Hay que decir asimismo que entre todos esos aborígenes, una vez que la joven es núbil, es por completo dueña de sus actos, y hasta que se casa puede hacer lo que le venga en gana, sin ser reprendida. Es tan libre soltera, como esclava casada.

El casamiento de los patagones no es tan complicado como la ceremonia de que acabo de hablar; se reduce a muy poco. Nunca un indio se casa antes de haber hecho sus pruebas en la caza y en la guerra; por eso permanece soltero hasta los veinte años, tratando hasta esa edad de hacerse una reputación de guerrero o de reunir, durante las invasiones, suficientes riquezas como para conseguir una mujer, porque no le basta ser amado de una joven india, es necesario que convenga a la familia. Por eso el pretendiente está obligado a hacer regalos a sus padres, quienes a menudo fijan el precio que quieren por su hija, y si no está por encima de la fortuna del indio, todo se arregla con facilidad, sin entrar a discutir la conducta pasada de la futura. Como se reconoce que es dueña de su persona, no se ocupan en lo mínimo de lo que ha hecho, estando obligada únicamente a ser fiel a su marido. Una vez que las partes llegan a un acuerdo, la madre de la futura y sus amigas construyen el toldo del casamiento, que debe ocupar la nueva pareja: se encierran ambos esposos y todos los adivinos y parientes se reúnen alrededor. Los adivinos comienzan por dar consejos al marido, acerca de la conducta que debe seguir con su mujer y sus deberes; luego hacen otro tanto con ella, aconsejándole, sobre todo, la sumisión, primera de las virtudes que exige su nuevo estado. Una vez que han sido dados todos los consejos, los adivinos con los parientes cantan y bailan alrededor de la tienda, ejecutando una música diabólica con grandes calabazas o soplando en grandes conchillas. Los hombres, en ese intervalo, encienden un gran fuego y hacen asar la carne, de la que ofrecen, de tanto en tanto, algunos trocitos a los esposos, dándoles todavía nuevos consejos. Así transcurre la noche, y a la mañana siguiente son considerados definitivamente casados una vez que todos los habitantes de la toldería los han visitado en la cama. De inmediato, la nueva esposa se adorna con lo que ha recibido de más precioso de su marido: así se pone sus enormes aros, y el mayor placer que puede experimentar es si su marido, a imitación de los aucas, le ha dado un bonete

hecho de perlas de vidrio de color, unidas por medio de tendones de avestruz (único hilo de los patagones) y reunidas en mallas como redes. Entonces recibe la visita de las otras mujeres y jóvenes, que la admiran. Sus joyas consisten en brujerías de vidrio. Si posee un caballo, lo ensilla, lo adorna con todo lo que posee y va así a pasearse, exhibiendo todas sus riquezas a los ojos de sus vecinas. Un patagón sólo posee siempre una mujer legítima, a la que no abandona jamás; únicamente a una concubina puede abandonar sin vergüenza, lo que hace cuando no le da un hijo. Si, en la guerra, obtienen cautivas, ellas sirven de criadas a su mujer.

Sólo las viudas y las huérfanas pueden disponer de sí mismas y casarse como les parece; las solteras que tienen padres son, por así decirlo, consideradas por ellos como medios de riqueza. Exigen tanto al pretendiente, que muchos indios tardan largo tiempo en casarse, porque no poseen lo suficiente como para comprar una mujer. A menudo ésta, casada contra su deseo, no puede, empero, resistir las órdenes de su padre, pero si persiste en no acordar nada a su marido, a veces éste, que nunca emplea malos tratos para obligarla, cansado finalmente de su obstinación, la reenvía a sus padres o la vende al hombre que ella prefiere. Cuando una mujer huye de la tienda de su marido para ir al encuentro de un amante amado y vivir con él, el esposo, si es de rango superior, o si tiene amigos más poderosos que el raptor, se hace devolver su mujer; pero si, por el contrario, el raptor está en una posición más elevada, el marido debe dejar pacientemente que le robe su mujer, sin quejarse. Por lo general, los interesados entran en conversaciones y se arreglan mediante diversos regalos. Algunos patagones me han asegurado que toman una mujer por esposa o por concubina; que, en el segundo caso, pueden abandonarla cuando les parece, pero que no existe ejemplo de abandono cuando tienen hijos; y las indias son, al mismo tiempo, compañeras laboriosas y fieles, que viven en armonía con sus maridos, que las protegen hasta en la vejez más avanzada y las tratan con la mayor dulzura. Es raro que un indio pegue a su mujer.

Las atribuciones del hombre y de la mujer son bien diferentes. El primero hace la guerra, va a la caza, debe proporcionar a su familia alimento y pieles de animales para la ropa y la tienda; mientras que todo el trabajo interior se confía a la segunda, la que debe construir las tiendas y ocuparse del transporte en los viajes, soportar todo peso de los trabajos domésticos, dedicándose a la crianza de los hijos; hace todo, salvo la caza y la guerra, aunque no es raro, en este último caso, verla ayudar a su marido a salvar el botín. Se ocupa de los equipajes, carga y descarga los caballos, sin ser ayudada nunca en estas tareas. Esa costumbre está bastante extendida entre todos los salvajes americanos, desde

el habitante de las llanuras y de las montañas hasta el de los bosques; en todas partes el hombre es amo y señor de las mujeres, que sólo cumplen funciones de esclavas, llevando los fardos y trabajando continuamente, mientras que él permanece espectador inactivo. Es una prueba más de que la mujer goza de una suerte más dichosa a medida que la civilización es más avanzada. ¡Qué diferencia, en efecto, con las de nuestras ciudades, rodeadas de todo el prestigio de su amabilidad y de su poder absoluto sobre nosotros, y esas pobres salvajes, humildes esclavas de sus maridos, cuya vida es una carga continua, que soportan pacientemente sin quejarse, porque es atributo de su sexo!

Una mujer encinta nunca queda dispensada de cumplir sus funciones: debe dedicarse a sus ocupaciones diarias hasta cuando se aproxima el momento de dar a luz; apenas sí se le conceden uno o dos días de descanso. Una de las adivinas le sirve de partera, y al nacer el niño hay a veces fiestas, bailes y cantos, así como conjuros contra el espíritu maligno o Achekenat-kanet. La madre alimenta siempre a su hijo uno o dos años, hasta que su estómago puede soportar los alimentos groseros que comen los patagones. Desde su más tierna infancia, se entrega a todos sus caprichos, sin ser jamás reprimido; por lo general la madre cede ciegamente a sus menores deseos. Un hijo varón es a veces más amo que su padre, quien nunca lo contraría; esa nación lleva tan lejos esa debilidad, que se ve a una tribu abandonar un sitio o residir en él más tiempo del necesario por el simple deseo de un niño. Los puelches son padres casi tan débiles como los patagones.

Se comprende que con esa educación los niños deban sentirse muy felices. Desde su más tierna infancia, el padre los pasea a menudo a caballo, y a los seis o siete años saben ya dirigir las cabalgaduras más dóciles; algunos años después, acompañan a sus padres en sus cacerías, aprendiendo a manejar las boleadoras y la flecha. Poco a poco se acostumbran a todos los ejercicios que figura en las atribuciones del hombre; empero, durante mucho tiempo, todavía los muchachos no acompañan a sus padres a la guerra o, por lo menos, permanecen en la retaguardia con las mujeres, a fin de ayudar a llevar el botín. Sólo a los dieciocho o veinte años comienzan a batirse por su cuenta, porque no teniendo nada que esperar de sus padres, desde el punto de vista de la fortuna, se ven obligados a pensar temprano en su porvenir particular. Las muchachas, desde que tienen bastante fuerza, ayudan a su madre en los trabajos de la casa, sin ser obligadas a ello; tienen, por el contrario, libertad plena y completa; únicamente no pueden casarse sin el consentimiento de sus padres. En general, en la medida que existe unión entre el padre y la madre, existe también entre ellos y sus hijos. A este respecto, los salvajes poseen a menudo el instinto paternal, filial y familiar en mayor grado que muchos hombres civilizados.

Las naciones australes celebran más o menos los mismos funerales a sus muertos; empero, hay muchos matices. Los patagones son supersticiosos al máximo a este respecto: conservan durante mucho tiempo el recuerdo de los seres amados; y a menudo se los oye lamentarse y referir las virtudes y buenas cualidades de los difuntos. ¡Cuántas veces he oído pronunciar esos lamentos, al acercarme a una tienda! Es raro que una vieja india pase un día sin hablar, llorando, a sus vecinas, o a sus hijos, de los días dichosos que pasó con su marido; y el viejo indio recuerda, con la misma solicitud, los servicios que recibió de su mujer. Suponen que los muertos son admitidos en una vida de beatitud y esperan encontrarlos. He referido de qué manera los patagones se curan cuando están enfermos[3] y qué suponen a este respecto. Si llega la muerte, los adivinos son acusados, a veces; pero, por lo general, los parientes están demasiado afligidos por la pérdida como para ocuparse de ellos. Al morir un jefe de familia, los amigos se pintan de negro y van sucesivamente a consolar a su viuda y a sus hijos. El cuerpo del difunto es de inmediato despojado de sus prendas por sus parientes; luego, estando todavía caliente, se le colocan las piernas de manera de poner las rodillas en el mentón, los talones en la parte inferior del tronco y cruzarle los brazos sobre las piernas[4]. Inmediatamente después, una parte de lo que ha pertenecido al difunto es quemada por los suyos en señal de duelo: su morada es destruida, su mujer y sus hijos son despojados de todo lo que les pertenece, y la viuda, sin asilo, a menudo casi desnuda, aguarda, en los alrededores, que algunos parientes le den ropa; se embadurna de inmediato la cara de negro, se corta los cabellos de adelante, se peina los otros, dejándolos caer sobre las espaldas, y se encierra en una vieja tienda, donde, durante un año, no sale, llevando ropa lúgubre, el rostro pintado de negro, sin poder lavarse hasta un año después, y constreñida, en ese plazo, a llevar la conducta más austera. La menor infracción a este uso sería una afrenta a la memoria del difunto, que los suyos podrían castigar con la muerte de la culpable y su cómplice.

Una vez que el cuerpo del difunto es plegado de esa manera y su tienda quemada, sus próximos inmolan a sus manes todos los animales que le pertenecieron: sus vacas son matadas en el campo, así como sus caballos, y ningún indio come su carne; hasta sus perros, fieles compañeros en sus cacerías, son

3 Capítulo XVIII.

4 Esa forma de dar al cadáver el menor volumen posible está generalizada en toda América. Las tumbas de los incas y de los pueblos cazadores de los bosques me han proporcionado la prueba. Los cadáveres son enterrados sentados.

degollados; sólo se reserva su mejor caballo, destinado a llevar su cadáver hasta la sepultura, con sus armas y sus joyas, que deben ser sepultadas con él. Sus hijos o sus sobrinos lo acompañan hasta su última morada; marchan a lo lejos en el campo, sobre todo cuando hay en los alrededores una nación distinta o los cristianos, a fin de no ser vistos. Cuando se creen solos, y bastante alejados para no ser seguidos, cavan una fosa circular, de dos pies de diámetro a lo sumo y bastante profunda, para que el cuerpo, depositado sentado, pueda tener algunos pies de tierra sobre la cabeza[5]; los entierran con sus armas, sus alfileres de plata y sus mejores prendas, a fin de que los encuentre en la otra vida[6], lo cubren de tierra e inmolan, luego, al corcel sobre su tumba, para que pueda emplearlo cuando lo necesite; después regresan tristemente, haciendo grandes rodeos para que no se sepa adónde fueron. Tales precauciones son de lo más necesarias, porque si, en la misma toldería, un indio no es lo bastante atrevido como para ir a profanar la tumba de su hermano o de su amigo, las otras tribus, siempre menos escrupulosas en este punto, y sobre todos los cristianos de los alrededores o que viven con ellos, no dejan de buscar esas tumbas, a fin de llevarse la ropa y los adornos de plata que se colocan, robos que a menudo producen, entre las naciones, riñas y odios mortales. Tal profanación se ha hecho tan frecuente, sobre todo después del establecimiento de los españoles, que los parientes son menos severos a este respecto. Como todo el ganado y todos los caballos son del jefe de familia, cuando una india muere antes que su marido, sólo se puede destruir aquello que le pertenece en propiedad, lo que se reduce a su ropa y algunos adornos, junto a lo que se pone con ella en la tumba. La ceremonia es en lo demás idéntica, pero el viudo y los hijos no llevan ningún duelo exterior y el primero puede casarse de inmediato, si le parece.

Iba regularmente, todos los días, a visitar a los patagones en sus toldos. Una tarde, que permanecí más tiempo, me entretuve conversando con el cacique Churlakin, por medio de un intérprete, y como hacía frío, mi peón fue a buscar madera y encendió un poco de fuego. Fue entonces que observé una costumbre que a menudo hallé en los salvajes. El jefe patagón, en vez de mirar el fuego, como se hace por lo general en Europa, le daba siempre la espalda. Vi que todos los demás hacían otro tanto; y más tarde me convencí de que era

5 Falconer (*Description des terres magellaniques*, t. II, p. 83 y 89) dice que los patagones, así como los aucas, hacen esqueletos de los cuerpos de los muertos y los transportan lejos, donde matronas los vigilan, pero he comprobado que no sucede nada de eso. ¿Ha cambiado la costumbre desde que ese autor escribió ?

6 En la descripción del *Viaje de Cavendish* (1586) la referencia que se hace de una sepultura vista en puerto Deseado está de acuerdo perfectamente con mis observaciones.

una regla en ellos, así como en los puelches y araucanos. Creí hallarle explicación en la necesidad que tienen de ver lo que sucede alrededor de ellos, y la única manera de distinguir en la oscuridad es no mirar el fuego. Hallé este uso en las naciones de cazadores, sobre todo en medio de los bosques, donde tienen necesidad de estar continuamente en guardia contra los jaguares. Se comprende que, si hay un gran círculo alrededor del fuego, quienes lo componen están en una posición que nos parece de lo más ridícula, pero si reflexionamos acerca del motivo que lo determina, veremos, por el contrario, que es una prueba de la reflexión que acompaña la menor acción de los indios salvajes.

Podría extenderme mucho sobre la previsión que guía a los patagones y a otras naciones en sus operaciones militares, pero tendré ocasión de hablar más adelante con amplio conocimiento de causa; por lo demás, los patagones muestran poco esa táctica cerrada que hace la fuerza de los aucas; y son de lo más pusilánimes en tiempo de guerra, estando poco acostumbrados también al ruido del cañón. Son, empero, más fuertes en lo físico y su estatura está, en verdad, por encima de la de los otros americanos; poro esa formidable nación, al principio terror de sus vecinos, respetada durante siglos, fue diezmada por la peste de 1809 a 1811 y atacada luego por los belicosos araucanos, que hicieron una horrible carnicería. Los patagones viajaban todavía a pie hace un siglo y desde hace muy poco tiempo comenzaron a combatir a caballo; pero el ejemplo de sus vecinos, los puelches y los araucanos, así como la abundancia de caballos, los ha llevado a emplear a éstos. Utilizan el fuego como telégrafo y avisan así, desde largas distancias, del peligro que los amenaza. Lo mismo que los puelches y los araucanos, nunca atacan sin que, previamente, el jefe les dirija una larga arenga, para estimular a los guerreros, y sin reconocer la posición del enemigo, aguardando a diez o doce leguas el regreso de sus exploradores. Los indios son de una destreza y de una paciencia asombrosas para los reconocimientos: tienen sus caballos a gran distancia del enemigo que quieren sorprender, a fin de no dejar rastros, y marchan, por lo general, apoyados en pies y manos, arrastrándose sobre el vientre, por el temor a ser vistos; se acercan, con el oído en tierra, para percibir el menor ruido, tratando de descubrir así la posición y las fuerzas del enemigo; y a la noche siguiente, cuando aparece la luna, caen sobre el ganado esparcido junto a las chacras, en los lugares habitados por los españoles, para llevárselo; o bien, si son indios, tratan de sorprenderlos y hacen, entonces, una gran carnicería. Todos los hombres en condiciones de llevar armas, que no logran salvarse, son muertos: únicamente las mujeres y los hijos son siempre respetados; las primeras sirven de concubinas a los vencedores y los otros de sirvientes a sus mujeres. Todo su

arte de guerra reside en la sorpresa. Sólo atacan siempre en tiempo de luna llena, para evitar funestos errores, y para tener, si necesitan, sea que triunfen o sea que se salven, en caso de fracasar, dos días y dos noches seguidas de marcha sin interrupción. Después de la acción, el indio que, personalmente, no ha capturado nada, nada posee, porque nunca los poseedores del botín lo comparten con sus hermanos de armas menos afortunados. En una palabra, los patagones no tienen ese coraje salvaje, esa extraordinaria intrepidez que existe entre los araucanos; sus armas son también inferiores a las de esa nación belicosa que, en todos los tiempos, hizo temblar a los españoles de Chile[7]. No poseen esa terrible lanza que alcanza al jinete desde tan lejos; usan sólo el arco, la flecha y diversas boleadoras, y como armas defensivas, una especie de corazas de piel de anta, que ya he descrito[8].

Una mañana temprano, mientras visitaba a los patagones, vi a toda la toldería en movimiento; pregunté de inmediato la causa y supe que el cacique Churlakin había ordenado la partida y que, por ello, cada uno se ocupaba de sus preparativos. Algunos hombres estaban en el campo reuniendo los caballos que pacían libremente en los alrededores, mientras las mujeres empaquetaban todo lo que querían llevar. Los caballos llegaron, conducidos por los indios, y pronto los que estaban en la toldería formaron un gran círculo alrededor, para impedirles huir, mientras que los otros entraron en el corral ambulante y enlazaron sucesivamente los animales que querían montar y los destinados a llevar los fardos, las mujeres y los niños. Esa operación se efectuó de la misma manera que como se hace diariamente en las estancias del país. A medida que un caballo, en medio de la tropilla, era diestramente enlazado por el cuello, se lo sacaba del círculo; y entonces, si era para una mujer, ella se acomodaba como le parecía; si, al contrario, era para un hombre, éste lo conducía de inmediato junto a su tienda. Una vez concluida la maniobra, que ocupó algunas horas a todos, y prendidos y atados los caballos necesarios para la marcha, se dejaron provisoriamente los superfluos en el campo, al cuidado de algunos muchachos, y los indios se ocuparon del enjaezamiento de los suyos. Los ensillaron con el recado, que llaman *catzca*, poco distinto del de los gauchos del país; las riendas son por lo general trenzadas; los estribos de madera *(kichu)*, son anchos apenas para recibir el dedo gordo del pie y a veces los reemplaza un grueso nudo que sirve de punto de apoyo, pasado entre el prime-

7 Recuérdese el poema «La Araucana» sobre las guerras de los españoles en Chile en tiempos de Valdivia. Recuérdese también la guerra que, hasta nuestros días, libran los indios.

8 Capítulo XVIII.

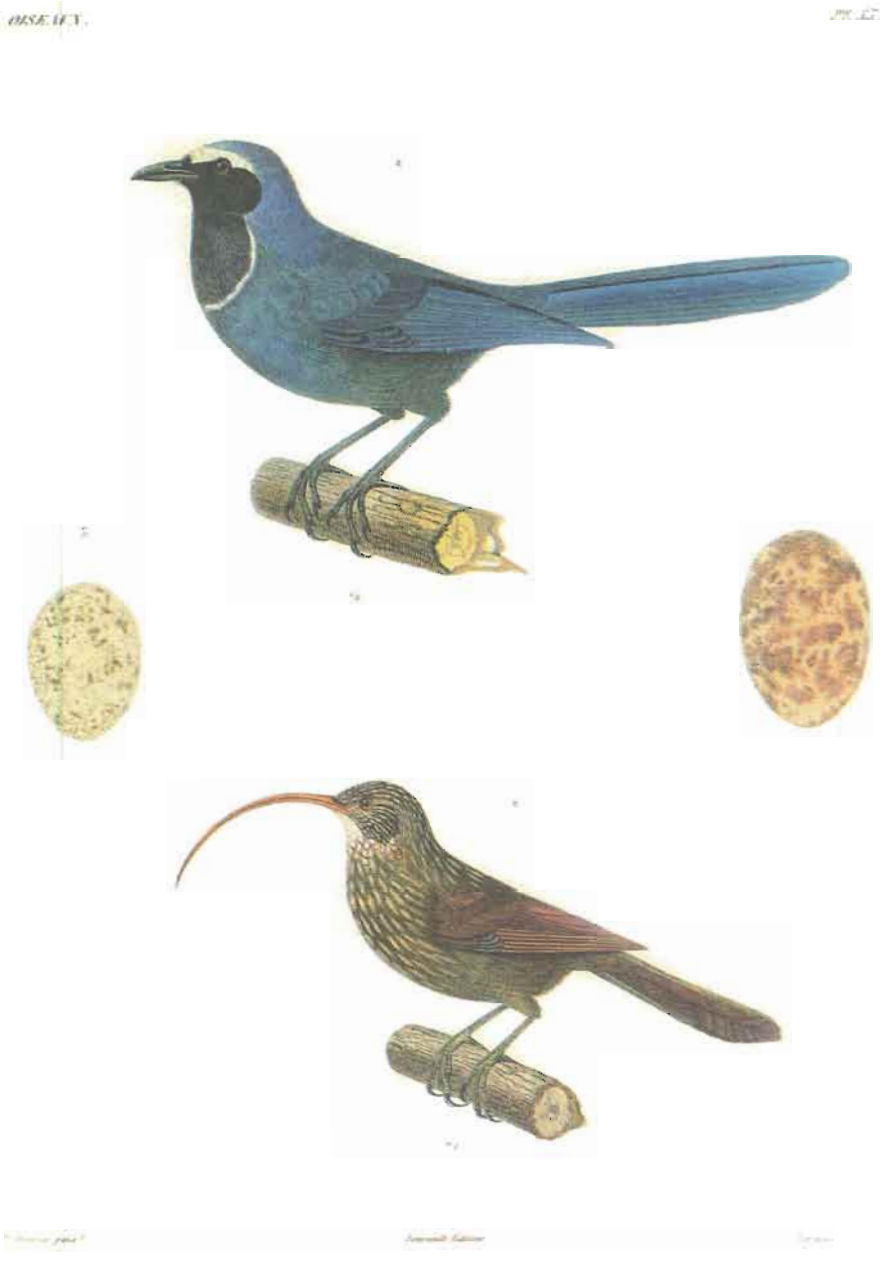
ro y el segundo dedo. Sólo las espuelas *(stji)* implican una innovación: están compuestas de dos pedacitos de madera móviles, que terminan en punta, unidos entre sí, cerca de su extremidad, por un pedazo de cuero, de manera que puedan abrirse en y por atrás y dejar lugar al talón; están, además, atados por una correa que pasa bajo el pie y se ata bajo el empeine, más o menos como los nuestros[9]. Los indios condujeron sus caballos, atados por la cabeza, por medio de una cuerda de cuero o de tela llamada *cochil*, se cubrieron con su *manuhue* o gran pieza de piel, con que se adornan; se pusieron sólo su carcaj de cuero, que ataron al cinto, con sus armas; y así, sin equipajes, estuvieron de pronto listos para partir. No sucedió lo mismo con sus mujeres, que tenían mucho más que hacer: habían comenzado la víspera a empaquetar los diversos objetos que necesitaban, pero les faltaban todavía los hijos y las tiendas de cuero. Aprovecharon el rocío de la noche, que hizo más flexibles a éstas, para sacar sus postes, enrollarlas y hacer fardos, a los cuales ataron los sostenes. Esa operación exigió mucho tiempo; ellas ensillaron luego los caballos que debían llevar, junto con su equipaje. Su montura, llamada *chelesca*, es muy distinta de la de los hombres: consiste en dos rodillos de juncos, cubiertos de un cuero muy delgado y adornados de variados dibujos. Esos rodillos, atados entre sí por una correa, son colocados sobre el lomo del caballo, encima de algunas pieles que reemplazan al chabrás. Cuando una india desea sólo pasearse, no pone, sobre su caballo, más que un pedazo de cuero, sobre el cual se sienta: su rienda es igual a la del hombre y únicamente lleva un estribo, de lo más original, en el cual vuelca todo el lujo que le permite su posición. Ese estribo, llamado *kekénkénohué* en la lengua patagona y común a todas las indias de las regiones australes de las pampas, consiste en una gran pieza de tejido de lana, adornada de colores vivos y ancha de tres a seis pulgadas, cuyas dos extremidades, unidas entre sí y fijadas al mismo tejido, se separan luego para formar dos franjas en la parte exterior de su unión. Es pasado por el cuello del caballo y pende de su pecho; cuando una india quiere montar, pone un pie, asiendo al mismo tiempo un mechón de crin de la cruz, y se halla así, de un salto, sobre el lomo de su cabalgadura, donde queda como encajonada entre los dos rodillos, las rodillas muy levantadas y las piernas pendientes adelante, posición de lo más incómoda, que no les impide galopar tan ligero como los hombres. Por lo general, se cubren en sus paseos con un sombrero de viaje, que parece un plato al revés

9 En la corta descripción de los patagones que da el capitán King, en el relato del *Beagle* y del *Adventure*, habla de esas espuelas, lo que prueba que son los mismos hombres. Wallis dijo lo mismo en su relato de 1767. Véase traducción francesa, t. III, p. 24.

muy ancho, formado de tiernos retoños de sauce y de lana artísticamente cruzados, y que adornan, a veces, con placas de plata o de cobre, de acuerdo a sus riquezas; ese sombrero raro, llamado *joa*, reservado casi siempre para los viajes, está fijado detrás de la cabeza por dos hilillos atados a los cabellos y por un barboquejo que pasa bajo la garganta.

Cuando se trata de una larga marcha o un cambio de campamento, como el que iba a realizarse, los caballos de las mujeres son cargados de otro modo. Sobre la montura, de que acabo de hablar, colocan sucesivamente todo lo que tienen de pieles y hasta, a veces, los cueros de sus tiendas; y cuando tienen varios pies de altura los equipajes, montan encima, con una pierna a un lado y la otra del otro, llevando además sus hijos, que conducen de la manera más original. Colocan al más pequeño delante y al otro en la grupa, asiéndose de la ropa de su madre para sostenerse, o atado alrededor de su cintura, por medio de un pedazo de cuero; por lo general, hacen dos paquetes sólidamente atados y unidos entre sí por una correa que deja entre ellos un espacio de algunos pies, y esa preciosa carga es como un fardo, puesto sobre el caballo de manera que los niños cuelguen de cada lado y no incomoden en lo mínimo a la madre para que se siente. Este modo de transporte se emplea cuando los niños no son muy pequeños y el viaje es largo. Cuando vi, arriba de una elevada carga, a una mujer colocar a sus hijos y ponerse ella misma, quedé realmente sorprendido, porque el caballo estaba demasiado cargado y la india, así encaramada sobre ese andamio, no podía tener ninguna estabilidad. Al hacer esa observación, el cacique me dijo que esa práctica tenía lugar cuando se iba a corta distancia y que irían por un camino donde no faltaban ni agua ni pastos, como son las orillas del Río Negro, que iban a remontar. Las pobres mujeres estaban obligadas, además, a tirar con una mano, tras de ellas, de otro caballo que llevaban el resto de sus efectos. Vi así desfilar sucesivamente a algunas familias. Sufría al ver a las indias sobrecargadas con tantos objetos, como si fueran bestias de carga, mientras que el indio no llevaba absolutamente nada más que sus armas y aun sólo las de caza o más livianas, quedando las armas defensivas en el equipaje. Ni siquiera tenían que arrear delante de ellos su ganado, porque era también una tarea reservada a las mujeres o a los niños.

Vi varias tiendas que, por ser demasiado viejas para transportarse, fueron quemadas. No atribuí al hecho ninguna importancia, pero mi intérprete, al corriente de las costumbres de esas naciones, me dijo que era una mala señal y el anuncio de una declaración de guerra contra nosotros. Me puse a reír y pregunté al cacique Churlakin si tenía la intención de atacarnos, después de los servicios que habíamos prestado a los suyos, durante su permanencia en



1: *Garrulus viridicyanus*; 2: *Dedrocolaptes procuruvus*; 3-4: Huevos.

Indios y mestizos de la nación Aymara, de La Paz y sus alrededores, Bolivia.

Carmen. Pareció asombrarse de mi pregunta, y su aspecto, bastante embarazado, me hizo pensar que los temores eran fundados, tanto más cuanto que, al observarle de que tal vez no regresaría, puesto que quemaba sus tiendas, me dijo: "¿Quién sabe si no regresaré pronto?". Supe, más tarde, que constituye una señal infalible de ruptura que una tribu destruya todo lo que no puede llevarse. Fue sólo entonces que me di cuenta de mi situación. En realidad, si hubiera convenido a los indios considerarme un enemigo y apoderarse de mí, la cosa les habría sido de lo más fácil, porque solo, armado de un fusil., cargado, por lo general, de perdigones para los pájaros, ¿habría podido librarme de la esclavitud? Debí, pues, más tarde, cuando recordé que, lejos de toda ayuda, me mezclaba continuamente confiado con los enemigos más crueles, estimarme bien feliz por no haber tenido que deplorar mi imprudencia, tanto más cuanto muchos gauchos, que estaban con sus armas junto a los indios, y en quienes confiaba como cristianos y amigos, desertaron con ellos y fueron luego los más crueles enemigos de sus hermanos. Esos hombres sin ninguna creencia religiosa, sin virtudes sociales, sin apego a nadie, aman, por encima de todo, su independencia y la vida indolente y perezosa que hallan entre las hordas indias, cuyas costumbres comparten; por eso, todas esas hordas están hoy repletas de asesinos escapados de las prisiones de Buenos Aires y de Chile, así como de todos los establecimientos de cristianos. Sucede, por lo general, que esos hombres, que no tienen familia, se deciden a vivir con los indios, porque allí no están sometidos a ningún freno. Entre los que estaban conmigo en la toldería de Churlakin, dos tenían sus mujeres, que abandonaron para seguir a los emigrantes. Antes de 1824, la mayoría de las naciones de las pampas, cuando estaban en guerra, mataban indistintamente a todos los blancos de que se podían apoderar. Entonces eran menos temibles que en la época en que comenzaron a recibir, en su seno, gran número de desertores de las repúblicas vecinas, porque desde entonces los indios se familiarizaron con las armas de fuego y fueron siempre ayudados por hombres semejantes a aquellos que atacaban y tan bien armados como ellos.

El cacique Churlakin fue uno de los últimos en partir y antes se despidió de mí. Le hice notar que dejaba todavía, tras de sí, dos toldos, uno de una pobre viuda con dos hijos y el otro de un indio enfermo. Me respondió que la viuda del primer toldo era tan pobre que no tenía caballos para acompañar a la nación y que, además, iría a vivir con los cristianos. En cuanto al indio del segundo toldo, era loco y enfermo a la vez, siendo *absolutamente inútil*, y me pidió que le hiciera el servicio de matarlo, porque no hacía más que sufrir y podía transmitir a otros su enfermedad: era sobre todo por esta última razón

que lo había abandonado. El temor a los contagios hace a menudo a los patagones, así como a las otras naciones australes, de lo más inhumanos, ¿pero no puede perdonárseles, después de haber visto a la mitad de los suyos perecer por las viruelas, a causa de sus relaciones con los blancos? Consideran a esta enfermedad, importada de Europa, como un efecto particular del espíritu maligno que pasa sucesivamente de un cuerpo a otro; por eso, cuando temen una epidemia y un miembro de sus familias les hace suponer que la tiene, de inmediato lo alejan de la tienda, dejan al enfermo algo de carne cocida y agua y van a establecerse lejos. Si un segundo individuo muere, y otras personas son atacadas de los mismos síntomas, entonces no cabe la menor duda... La tribu entera abandona el lugar y a los enfermos, con los pobres recursos que acabo de indicar, y a fin de que la enfermedad no los acompañe, los indios se van dando al aire, de tanto en tanto, grandes golpes con sus armas cortantes, con el objeto de cortar el hilo del mal y de destruir toda comunicación con él, arrojando, al mismo tiempo, agua al espacio, para conjurar al dios del mal o Achekenat-kanet. Después de algunas jornadas de marcha, bastante lejos como para no temer la enfermedad, colocan también, por el motivo señalado más arriba, todos sus instrumentos cortantes en dirección al lugar que abandonaron. Si en esa nueva residencia algunas personas son atacadas de la enfermedad, huyen de nuevo, con las mismas supersticiones, sembrando así de enfermos todos los lugares donde se detienen. Sus huidas no son, sin embargo, bastante precipitadas como para llegar al extremo de los mahas de las llanuras del Missouri, que abandonan el lugar donde vivían sus antepasados y aterrorizados queman sus cabañas y matan a sus hijos[10]. Se concibe que muy pocos de ellos escapen, porque si una crisis afortunada salva a los que han sido abandonados, consumen, durante los primeros días de la convalecencia, todas sus provisiones y mueren después de hambre y de miseria, solos, a pie, en medio del desierto, sin fuerza, sin ayuda, sin esperanza de regresar adonde viven los suyos, a menudo alejados más de cien leguas, sobre todo cuando efectúan fugas sucesivas. Podemos imaginarnos cuáles deben ser las angustias de ese pobre desdichado, vuelto a la vida, que no ve alrededor suyo más que el espectáculo de cadáveres que son presa de millares de pájaros, que despedazan las carnes de sus hermanos, durante su agonía. Temen entregarse al sueño, porque pueden ser víctimas de esos monstruos alados, aun antes de la muerte. Si esos hombres no fueran tan indiferentes a los sufrimientos físicos y si se dieran cuenta de su situación, no habría uno solo que pudiera resistir a la idea de lo que les espera y que no tratara de abreviar sus sufrimientos.

10 Véanse los Viajes de Clark y Lewis.

Cacería de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Complot de los Gauchos

El 10 de mayo, después de doce días de permanencia en San Javier, no me quedaba absolutamente nada por hacer. Había recogido casi todos los animales que frecuentan los alrededores y había visto alejarse hasta el último de los patagones. Hasta la viuda se encaminó hacia Carmen, donde iba a reunirse con los indios parásitos hasta mejor ocasión, viviendo a expensas de los habitantes. No había otro más que el indio loco y enfermo, y como no pude convencerlo de que abandonara esos lugares, me limité con aumentar su ración de víveres, rogando a los exploradores del puesto que continuaran proporcionándole alimentos, pero ese desdichado no debía necesitarlos mucho tiempo, porque, pocos días más tarde, fue ultimado por las hordas indígenas, durante la invasión a nuestro territorio. Cazando en el trayecto, regresé a Carmen, donde reinicié mis trabajos de costumbre. Al llegar, supe que Pincheira, ese famoso jefe de los indios, había escrito pidiendo la paz, y siguiendo la costumbre de los araucanos, quería venderse por vino y harina, que exigía como prenda, queriendo, decía, hacer rezar una misa por su capellán. El capitán, aunque suponía que no se trataba más que de un pretexto, no quiso negarse, a fin de no echarse encima un enemigo tan temible. Un portugués, prisionero de Pincheira desde hacía seis meses, halló el medio de huir, y lo que nos dijo confirmó lo acertado de nuestra decisión. Reinicié mi existencia monótona, continuando mis cacerías, cada día más fructíferas, porque aumentaba el frío y gran número de pájaros del polo sur llegaban a orillas del Río Negro. Puedo decir que la abundancia de caza era tal que ese placer se hizo demasiado fácil; y no era raro traer sesenta a ochenta piezas de una sola cacería de algunas horas, lo que me ponía con frecuencia en condiciones de abastecer a los habitantes del fuerte.

10 de mayo

Numerosos caballos robados a los exploradores de San Javier renovaron nuestros temores y todo nos llevaba a creer que la invasión sería por ese lado del río. Se sintió la necesidad de organizar a todos los pobladores en regimientos y se ordenó a todos aquellos cuyas moradas estaban esparcidas por el campo reunirse en el villorrio apenas oyeran tres cañonazos de alarma. Los gauchos fueron divididos en dos compañías, encargadas de la defensa exterior; se impuso a los comerciantes y extranjeros la obligación de dormir en el fuerte; de esa manera no podíamos temer ser sorprendidos. Se colocaron en todas partes barreras, para impedir una de esas cargas de los indios que, como un torrente que rompe sus diques, invaden los lugares habitados; se duplicó el

número de exploradores y se aguardó a pie firme. Esa circunstancia no postergó mis proyectos de exploraciones.

Recorriendo los alrededores de la estancia del señor Alvarez, noté que algo más abajo, junto a las orillas del Río Negro, había siempre gran número de avestruces o ñandúes, y no dejaba de pensar en ir a cazar esas aves. Con ese propósito trataba, desde hacía algún tiempo, de interesar en esa caza a algunos de los habitantes de Carmen, presentándoles el asunto como una partida de placer. El señor Alvarez quiso ayudarme en la ejecución, y pronto, aprovechando la reunión de todos los estancieros en Carmen, todos los jóvenes, propietarios de los mejores caballos de carrera, y los mejores cazadores con boleadoras, se ofrecieron; nos pusimos de acuerdo y se convino la partida para el 19 de mayo.

El día fijado al amanecer monté a caballo, me dirigí al lugar de cita y me encontré con catorce personas armadas de boleadoras, que previamente habían enviado adelante sus mejores corceles. Lleno de esperanzas de poseer pronto hermosos ejemplares de ñandúes, me regocijaba por adelantado de una cacería que deseaba efectuar desde hacía mucho tiempo y que, para mí, no podía dejar de ser nueva y curiosa. Franqueamos pronto las cinco leguas que separan Carmen del lugar donde debíamos atravesar el río, frente a la estancia del señor Alvarez. Los caballos pasaron con facilidad, por medio de barquitos que los remolcaron y les ayudaron a nadar; y del otro lado al ocuparse de los preparativos, cada uno se hizo traer a sus caballos. Durante largo tiempo se comentó la hermosura de un caballo, la bondad del otro; después, finalmente, todos los cazadores, vestidos a la ligera, con dos o tres pares de boleadoras atados a la cintura, colocaron las monturas, y partimos.

A una legua abajo de la estancia nos dividimos. Unos se dirigieron hacia la campaña, formando un círculo muy grande, de manera de obligar, por así decirlo, a la caza a ir hacia un callejón sin salida donde resultaba más fácil apoderarse de ella, mientras las demás formaban una línea frontal a una distancia bastante grande unos de otros, con el propósito de no dejar pasar nada y de cerrar la otra parte del círculo. Hacía algún tiempo que todos marchábamos en silencio, cuando se mostró una pequeña familia de avestruces; de inmediato, todos los cazadores se lanzaron al galope tras de sus rastros. Se ofreció entonces un espectáculo de lo más animado. Las pobres aves apresuraban su paso lo más posible y franqueaban en un segundo una gran distancia. Los cazadores experimentados, sabiendo que si no se acercaban al ave en el primer momento de ímpetu del caballo, debían perder la esperanza de alcanzarla más tarde y lanzaron sus corceles a toda la velocidad posible. Cuando están a doce

o quince pasos, y sin dejar de galopar, se inclinan hacia adelante para estimular a su cabalgadura con las espuelas, hacer girar el arma sobre la cabeza y arrojarla luego para alcanzar al animal: si yerran, bajan, sin detenerse, recogen sus boleadoras y las arrojan otra vez; pronto diez de esas armas, lanzadas por varios cazadores, rodean el cuello y las alas del avestruz, el que, cercado por los caballos, aparece en medio de los cazadores, y hace entonces continuas fintas, zigzag, para sustraerse a la persecución y a los tiros de boleadoras, tratando así, por medio de aletazos, a derecha e izquierda, de picar al caballo con una especie de una terminal de que está armada su ala, y de espantarlo, lo que sucede a menudo, porque se siente en situación desesperada, se precipita entre las patas del caballo, el cual de miedo arroja a veces a su jinete a tierra. El ave huye, entonces, en línea recta, pero otros cazadores la esperan, y acosada de boleadoras, termina por recibir una que, arrollándose alrededor de sus patas, la hace caer. El vencedor desmonta en seguida, y como signo de su victoria, la mata y le corta las alas, que ata al pescuezo de su caballo, reiniciando su carrera. El campo de caza presenta un ráro aspecto: los avestruces espantados huyen como el viento delante de los cazadores; éstos galopan en todas direcciones; los gritos de alegría de unos, los aplausos de otros, animan, momentáneamente, ese campo un instante antes tan calmo y apacible.

Ya más de diez avestruces habían caído en nuestro poder; en el ardor de la acción, en su alegría, los cazadores mutilaron a todos, según su costumbre, sacándoles las alas, para adornar sus caballos. Comenzaba a temer no lograr ninguno de esos animales enteros, cuando todos los cazadores se dividieron de nuevo. No habían hasta entonces perseguido más que a los avestruces que estaban fuera del callejón de salida, reservándose para este último, como lugar más fácil. En efecto, los corceles, lanzados en persecución de muchas familias de esas aves que estaban pacíficamente reunidas y que huyeron, reanimaron la escena y se hizo una caza por lo menos tan abundante como la anterior. Pude entonces elegir y tuve, en un instante, todo lo que podía desear para el Museo de París.

El avestruz llamado impropiamente de Magallanes[11] habita casi toda la América meridional, en todos los lugares donde las grandes llanuras le permiten vivir; por eso se encuentra en todo el Alto Perú, en todo el Brasil y principalmente en las pampas; es aquí donde abunda sobre todo y se lo caza con mayor frecuencia. Vive generalmente en pequeñas familias, de ocho a diez,

11 Estoy convencido de que el avestruz que llega al estrecho de Magallanes es mi *Rhea pennata* y no el ñandú.

diseminadas en los lugares próximos a las aguas y donde puede pastar, porque se alimenta de hierba fresca, que corta con su pico. Esas tropillas, repartidas en todos los lugares entrecruzados de arroyos o de lagos, se alejan poco del lugar donde nacen; por eso están siempre en los mismos sitios y no residen nunca en medio de los desiertos áridos, que carecen de agua. En el mes de octubre o noviembre, van a depositar sus huevos en los sitios más salvajes en medio del campo y los empollan sólo de noche. Esos huevos, en número de cincuenta o sesenta, son empollados por los machos y por las hembras. Los pobladores aseguran que, cuando la incubación llega a su término, el que empolla rompe los huevos no fecundados, a fin de que las moscas, que pronto los cubren, puedan servir de alimento a los recién nacidos, que comienzan a andar desde que ven la luz y siguen a la madre como nuestros polluelos, buscando insectos con qué alimentarse. Crecen pronto, y los que escapan a las aves de rapiña, siguen siempre a su tropilla, hasta que ella es demasiado numerosa. ¿Cuántas veces al amanecer me he interesado por esas familias, que pacían tranquilamente en perfecta unión y he sentido pena al asustarlas con mi presencia? El macho hace de centinela y advierte los peligros que amenazan a la familia, que se pone de inmediato en fuga, en línea recta, sin mirar hacia atrás, y solamente cuando es perseguido hace fintas y marcha en zigzags, sin duda para engañar o asustar al cazador. Uno de los rasgos más originales de este animal es su curiosidad extrema. En estado doméstico, a menudo se ubica en medio de las personas que conversan, para mirarlas; en estado salvaje, su curiosidad le es a menudo fatal, porque va al encuentro de todo lo que le parece raro y los pobladores dicen que los astutos pumas aprovechan esta circunstancia: se acuestan en tierra, moviendo la cola, y dejan que los avestruces se acerquen lo suficiente como para saltar sobre ellos y hacerlos sus presas. Los indios los cazan como excelentes manjares, que les gustan mucho. Algunos gauchos los persiguen también para comerles el pecho, que llaman *picanilla*, el único trozo que les gusta; es, en efecto, un plato muy bueno, y no cabe la menor duda de que si no les gustara tanto la carne roja, lo buscarían para alimentarse, como lo hacen ya en época de carestía, así como lo hacían los habitantes de la provincia de Entre Ríos en 1828. Sus huevos son muy apreciados por los habitantes de las campañas, y se venden a menudo en los mercados de Buenos Aires y Montevideo.

Durante mucho tiempo, los indios de las pampas llevaban continuamente a Buenos Aires gran cantidad de plumas de ñandús, que compraban los pulperos y enviaban luego a Europa; hoy algunos gauchos siguen practicando ese comercio, y en la Patagonia vi grandes depósitos. Es sabido que esas plu-

mas no poseen ninguna hermosura y que se las emplea para confeccionar plumeros, transportándolas con tal propósito a Europa. En América se emplean en los mismos usos. En Buenos Aires y entre los indios moxos se las pinta de colores brillantes y constituyen el lujo de las casas. Así, el avestruz americano sólo sirve a los pobladores por sus huevos, algo por su carne y por sus plumas; algunos prefieren hacerse bolsas con la piel de su cuello. Es de lo más común encontrar ñandúes domésticos en las estancias de la República Argentina y hasta en la misma capital; es fácil criarlos, y el animal es tan dulce, que se lo busca mucho. Pone huevos en estado de domesticidad, pero no se reproducen, sin duda porque le impiden empollar, comiéndoles los huevos.

Fue una de las jornadas más agradables que pasé en la Patagonia y no me cansaba de seguir a los cazadores: éstos estaban tan contentos de su correría, que decidieron regresar al día siguiente, lo que me hizo permanecer en la estancia del señor Alvarez. En efecto, algunos cazaron otra vez y pude obtener algunos otros avestruces; y con todos los cazadores, volví a Carmen. En el camino, galopando en una pendiente, mi caballo cayó y dio una vuelta; por casualidad, el choque fue tan fuerte que, lanzado al aire, debía romperme el cuello, pero, al levantarme, me hallé sobre mis dos pies, frente a mi caballo, sin sentir otra cosa que el efecto de una violenta sacudida. Me asombró mucho sentirme aplaudido por mis compañeros de viaje, que consideraron mí caída una prueba de equitación, del género que les es bastante familiar[12] y, aunque me rehusé, adquirí en la región la fama de parador, lo que es una de las cualidades que más aprecian los gauchos.

21 de mayo

Durante todo el día 21 un viento bastante fuerte trajo del sudoeste un humo espeso que impedía distinguir de lejos a los objetos, el que era causado por el incendio de los campos. Como sabíamos, por su lugar de origen, que sólo podía prevenir de la acción de los indios, no dejábamos de sentirnos inquietos. Es un medio que emplean las naciones australes a menudo, cuando quieren invadir el territorio de los cristianos. Cubriendo toda la región de humo, impiden que los exploradores puedan verlos de lejos y facilitan así su sistema de ataque por sorpresa. Ese día los indios consiguieron muy bien su propósito, si tal era su intención, puesto que el viento traía el humo a las llanuras y apenas podía verse a diez pasos de distancia. Es comprensible que en medio de un suelo llano, que no presenta ningún punto que oculte una marcha y donde, desde lejos, puede verse al enemigo, es muy ingenioso, de parte de esos guerreros,

12 Véase capítulo XIV.

emplear un medio tan sencillo. El momento era tanto mejor elegido por cuanto estábamos en luna llena, y de acuerdo a muchos indicios debíamos esperar ser atacados. A la tarde siguiente vimos nuestros temores cumplidos. Nuestros exploradores de la orilla norte del Río Negro llegaron a toda carrera a decirnos que por la mañana, a unas veinte leguas arriba del establecimiento, en la otra orilla, gran número de indios aparecieron en marcha, descendiendo al río y viniendo, sin duda, con intenciones hostiles; que el número les había parecido muy considerable; y como los habían visto, más lejos, detenerse para cambiar de caballos, habían podido, sin ser vistos, tomar la delantera para informar, no dudando de que el enemigo llegaría esa misma noche a Carmen. Parecía ser una coalición de patagones y aucas. El capitán hizo poner de inmediato a todos los hombres bajo las armas. Se dispararon los tres cañonazos convenidos para avisar a los habitantes dispersos en granjas y estancias que se pusieran en seguridad; se hicieron pasar algunos voluntarios a la población del sur y se esperó. Los pobladores estaban en la mayor consternación. Todas las mujeres se refugiaron en el fuerte con sus hijos, mientras los hombres, sin excepción, ocuparon sus puestos; unos como exploradores, los otros alrededor del villorrio y en las baterías del fuerte.

Hasta las cuatro de la mañana todo estaba en calma, pero a esa hora los indios enemigos se presentaron, en silencio, en el villorrio del sur; por suerte, las barreras que se habían colocado en todas partes los retuvieron un momento, mientras los voluntarios, colocados en sus puestos, hicieron una descarga sobre ellos, que los obligó a retroceder inmediatamente. Se tiraron también al azar varios cañonazos, tanto para asustarlos como para informar, de nuevo, a los chacareros que se salvaran, si todavía tenían tiempo. Los indios, a fin de burlarse y demostrarnos que no tenían miedo, daban continuamente vueltas alrededor del villorrio, haciendo sonar la trompeta[13]; y así, hasta el día, nos hallamos en una posición bastante desagradable. Ignorábamos quién era realmente nuestro enemigo y cuáles eran sus fuerzas; y todos los habitantes, cuya fortuna consistía sólo en ganado esparcido en el campo, se veían de golpe arruinados para siempre. Sin embargo, nadie quería salir del cerco del villorrio de sur; habría sido muy imprudente intentarlo y toda nuestra defensa se reducía a nada. Hasta el comandante que ocupaba el puesto interinamente, deseaba poco, según creo, medirse con los salvajes; por eso se quedó lamentándose con las familias reunidas

23 de mayo

13 Era la que habían robado a los desdichados soldados de Bahía Blanca, al morir el teniente coronel Morel. Capítulo XVII

en el fuerte, y sólo cuando llegó el día pasó a la otra orilla. Desde los bastiones, con un buen largavista, yo seguía todos los movimientos del enemigo. Las llanuras del sur, una vez que la claridad del día permitió distinguir desde lejos los objetos, presentaban un aspecto raro. Allí, una tropa de indios, arreando caballos y vacas robadas; más cerca, gran número de guerreros, la lanza en alto, acampaban para enfrentar a quienes podían presentarse; algo más lejos, las mujeres y los niños arreaban las tropillas de bueyes y vacas, que, no queriendo abandonar sus pastos, hacían resonar los alrededores con sus mugidos. Toda la llanura estaba animada; en todas partes los salvajes a caballo, en pequeños grupos, conducían su botín, o protegían, en la retaguardia, a los suyos, que se dirigían tranquilamente hacia la Cuchilla, con sus presas. Finalmente, se envió a veinte de los nuestros, armados de carabinas, pistolas y sables, para tratar de recuperar nuestro ganado, pero apenas se aproximaron a los indios, un destacamento de éstos fue a su encuentro y se entabló una lucha que habría sido funesta para los voluntarios, si no se hubieran salvado precipitadamente. Un gaucho aislado, que había avanzado algo más que los otros, recibió tres lanzazos en la espalda. Ese destacamento no hizo otra cosa que masacrar, sin provecho, a tres indias indefensas, que se pasaron a los enemigos, abandonándonos, so pretexto de ir a informar a los enemigos nuestra posición defensiva. Desde ese momento, viendo que nuestras fuerzas no eran iguales, se dejó a los asaltantes llevarse su presa, y durante toda la jornada desfilaron en pequeños grupos, trepando la colina sur y dirigiéndose hacia el oeste.

Los motivos que tuvieron los indios para atacarnos fueron, de acuerdo a los informes que obtuve posteriormente, los siguientes: desde hacía mucho tiempo Chaucata, jefe araucano, era enemigo implacable de Pincheira, porque éste, en una antigua guerra, lo sorprendió y venció, y mantenía a su mujer e hijos prisioneros. Sabía que nosotros manteníamos relaciones de amistad con Pincheira, al mismo tiempo que con él; había incluso aprehendido y masacrado a los últimos delegados que nosotros recibimos. Esta recepción le sirvió de pretexto. A pesar de la buena acogida dispensada a sus delegados, a pesar de los regalos de muchos particulares, decidió atacar Carmen y le resultó fácil asociar al pillaje al poderoso jefe Guaykilof, de la misma nación que él, así como a sus caciques Tranamen y Killamil; y además logró reunir a todos los patagones, lo que representaba una garantía más de éxito de su empresa. De ahí que todas las tribus australes, atraídas desde el estrecho de Magallanes mismo, y de los lugares intermedios, hasta las orillas del Río Negro, hasta su fuente, a causa de la estación de la cosecha de las manzanas y de las almendras de la araucaria que abundan en la pendiente oriental de los Andes, se reunieron

en Chaucata para esa expedición, con el primer jefe de los patagones, el cacique Vicente[14] y algunos otros caciques de esa nación, tales como Eyachu, Okénel, Zapa, Vera, Kesné y Churlakin. Este último había abandonado San Javier, cuando yo estaba, para unirse a los otros tehuelches y aumentar las fuerzas enemigas. Todas esas fuerzas combinadas no se elevaban más que a mil o mil quinientas almas, comprendiendo a las mujeres y a los jóvenes encargados de conducir el botín, mientras los guerreros hacían frente a la situación, porque únicamente vino una parte de cada tribu. Los hombres de guerra eran unos doscientos araucanos, armados de lanzas; trescientos patagones, provistos de arcos, flechas y hondas, los que constituían la caballería ligera; el resto estaba encargado de las bolas perdidas, que sólo servían, como ya he dicho, de proyectiles. Parecía que estos últimos, así como las mujeres, llevaban gran provisión de tales armas.

Todas esas naciones unidas por el interés, puesto que siempre actúan para sí mismas, estaban el día 23 por la mañana todavía a veinte leguas arriba de Carmen, cuando nuestros exploradores de la orilla norte los vieron. Continuaron andando todo el día y por la tarde estaban en San Javier, donde sorprendieron a nuestros exploradores, rodeando con sus falanges los lugares que les servían de retirada. Esos desdichados, conocidos de los indios de Churlakin, habrían sido tal vez perdonados, si diez cristianos armados, entre los cuales estaban los que habían partido con armas y bagajes, cuando yo estaba en San Javier, no hubieran exigido su muerte, a fin de que no se supiera en Carmen que ellos militaban con nuestros enemigos. Dos fueron masacrados a golpes, dichosos todavía de no haber sufrido el suplicio reservado a los caciques, que, por lo general, son quemados vivos. El tercero, ya herido de una cuchillada por uno de los cristianos, imploró piedad a varios indios a los cuales había prestado servicios, cuando ellos eran nuestros amigos; uno de los mismos dijo que quería tener el placer de matar a ese hombre, porque tenía que vengar una ofensa personal. Desde ese momento se le entregó al explorador, al cual ató fuertemente de los pies, con las manos tras de la espalda, y luego de haberlo así torturado, con la ayuda de uno de sus parientes, lo transportó lejos por el campo, y tranquilizó al pobre prisionero diciéndole que había procedido con dureza aparente para salvarlo, que le devolvería la libertad, que por el momento no podía hacerlo sin arriesgar la vida comprometiendo el éxito de la empresa de los suyos y que lo dejaba allí, prometiéndole volver a desatarlo. Ese rasgo demuestra que, aunque todos los salvajes de las llanuras del sur hayan sido trata-

14 Con ese nombre, que nada tiene de patagón, lo conocían los colonos de Carmen.

dos de bárbaros, algunos de ellos, por lo menos, guardan también el recuerdo de los servicios que les han prestado y son capaces de reconocimiento. Una vez que el prisionero se vio solo, trató de desembarazarse de las fuertes cuerdas que lo ataban, pero pasó la noche sin poder conseguirlo, en una posición de lo más incómoda. Pero, habiendo notado que el rocío aflojaba las cuerdas, se echó a rodar por la tierra, hasta un sitio donde había algo de agua; trató, corriendo el riesgo de ahogarse, de sumergir las manos; luego de largos y penosos esfuerzos, lastimándose los puños, las correas de cuero no curtido se distendieron por la humedad y consiguió desatarse primero las manos y después las piernas. Una vez en libertad, eludió a los numerosos indios que cubrían la llanura, llegó al Río Negro, lo pasó a nado y vino a informarnos lo que sabía de nuestros enemigos.

Al abandonar San Javier, los indios se desparramaron silenciosamente por toda la campaña, y cada uno, con los suyos, se ocupó de sus intereses. Se dirigieron, en pequeños grupos, a todas las estancias, mientras un destacamento, para atraer la atención sobre un solo punto, atacó la Población del Sur, haciendo sonar la trompeta. Recorriendo durante toda la noche las llanuras del sur, hasta el mar, se presentaron en la estancia del señor Alvarez, donde yo había dormido dos días antes y no la abandonaron sino después de encontrar una defensa obstinada; por lo demás, buscaban antes las vacas que las balas y desde la mañana habían arreado todo el ganado que hallaron a orillas del río. Puede juzgarse la rapidez de su marcha, cuando se sepa que el 22 estaban a veinte leguas arriba de Carmen, y el 23, después de haber robado el ganado a seis leguas abajo, estaban ya de regreso, habiendo así recorrido, en una noche y un día, una distancia de treinta y dos leguas.

En la noche del 22 al 23, en el momento en que los indios recorrían la llanura en busca de botín y masacraban a los pobres granjeros, uno de éstos debió su salvación y la de su familia a ese espíritu de observación que caracteriza a las gentes del campo. Había oído claramente el cañonazo de alarma, pero acostumbrado a las falsas alarmas, muy frecuentes, no le prestó atención y se acostó, como de ordinario, en su humilde cabaña, rodeado de su mujer y de sus hijos. Su casa estaba aislada en medio de las llanuras del sur. Las noches son, en esas regiones, por lo general muy silenciosas; los numerosos pájaros acuáticos que cubren los alrededores, asustados por lo general de día, permanecen tranquilos por la noche en sus despoblados. Las innumerables bandadas de abutardas o patos antárticos comen entonces apaciblemente, sin agitar el aire con sus gritos agudos. Acostumbrado a esa calma de la naturaleza, el hombre oyó de golpe, en la llanura, los gritos penetrantes de las abutardas, el grito

de alarma del avefría armada, centinela de la soledad. Se levantó y prestó atención; el ruido se renovaba y redoblaba de instante en instante. Puso mayor atención todavía. Los animales alados estaban aterrorizados; no cabía duda... El enemigo amenazaba la vecindad. Sin otra certidumbre, seguro de su observación, encendió una vela al pie de una virgencita, para que protegiera sus cosechas, sus muebles y su haber; seguido de su familia, llegó a las orillas del Río Negro y no tardó en verse obligado a ocultarse, para no caer en manos de los indios que encontrara; y, después de mil temores, llegó al villorrio del sur... Estaba salvado, y agradeció tanto más al cielo su suerte por cuanto halló, más tarde, su casa incendiada, sus cosechas dispersas a lo lejos en el campo, y no le quedó nada más que la vida.

24 de mayo

El día 24 la tristeza dominaba a los pobladores de Carmen, porque comenzaban a conocerse las pérdidas, y más de cincuenta familias quedaron completamente arruinadas. Se calcularon en quince a diecisiete mil las cabezas de ganado robadas; y los campos del sur, que pocos días antes estaban animados de numerosos rebaños, quedaron casi desiertos, no teniendo otros animales que aquellos que pudieron llevarse con tiempo al corral el 22 por la tarde. Ni los enemigos los recorrían y supimos que acampaban a cuatro leguas del villorrio. Parecía que trataron varias veces de atraer a los nuestros a que persiguieran las tropillas de bueyes que habían hecho escapar, emboscándose para apoderarse de la gente que corriera en su busca. El explorador que se salvó nos informó de su número y nos dijo que tenían la intención de arruinar por completo el establecimiento, y que el cacique Chanel, jefe de los puelches, entonces acampado a orillas del Colorado, llegaría pronto por el norte a atacar Carmen. Un granjero, que no se vio afectado por los indios, vino a formularnos, de su parte, las mismas amenazas. Estas noticias, junto a otras, creídas tal vez demasiado ligeramente por el comandante, estuvieron a punto de hacer cometer a los habitantes un gran error. Desde hacía mucho tiempo el cacique Lucaney, así como sus patagones, nos era tan devoto que no teníamos por qué suponer que ayudaba a nuestros enemigos; sin embargo, le soplaron a los oídos del comandante que pensaba traicionarnos, pasándose a Churlakin. A partir de tal suposición, sin tratar de verificarla, hizo poner en prisión al jefe, con su familia y algunos de sus parientes, y muchas personas propusieron matar o expulsar, sin mayor análisis, a todos los indios amigos. La mayoría se inclinaba por la primera de esas dos alternativas, y Lucaney, en pago de sus servicios pasados, iba a ser sacrificado a la pusilanimidad de los colonos, pero se contentaron con mantenerlo bajo una buena vigilancia, hasta nueva orden.

El 25 de mayo, Día de la Independencia de los argentinos, debía festejarse en forma que, dadas las circunstancias, se redujeron a una salva por la mañana, otra a mediodía y una tercera al atardecer. Nuestra situación era tanto más triste por cuanto un navío, que llegó ese mismo día de Buenos Aires, nos dio detalles de la anarquía que reinaba, más que nunca, en esa desdichada ciudad; las diferencias entre Rosas y Lavalle continuaban con mucho encarnizamiento y corría sangre fraterna a las puertas mismas de la capital argentina.

25 de mayo

Al día siguiente tuvimos la certidumbre de que la partida de los indios enemigos no era más que una maniobra, porque desde el amanecer estaban todavía junto al villorrio del sur y volvían a pasar, conduciendo el resto del ganado que encontraron en el sur. Vinieron ante nuestra vista, a medio cuarto de legua del villorrio, a robar algunos animales que pacían, sin al parecer temer nuestra oposición; eran de sesenta a ochenta, lo que impidió al comandante tomar medidas. Sorprendieron también a los exploradores que realizaban reconocimientos y mataron a dos; los otros se salvaron nadando, portadores de nuevas amenazas, que anunciaban la destrucción completa de Carmen.

26 de mayo

Nuestra posición era crítica; por eso se habló de pedir socorros a Buenos Aires, tanto más cuanto, el 27, tuvimos una alarma de lo más grave. Los exploradores que remontaron el río por la orilla norte informaron que los indios regresaban en gran número, trayendo con ellos caballos de remonta; el comandante decidió, de inmediato, que los contados animales que quedaban en la orilla sur fueran pasados enseguida al norte y que se abandonara la Población del Sur. Todos, al instante, se dedicaron a cumplir esa orden.

27 de mayo

Fue un espectáculo raro el paso del ganado. El Río Negro es, en Carmen, algo más ancho que el Sena en París, pero sus aguas corren con una rapidez del doble por lo menos, lo que aumenta las dificultades. Los animales fueron traídos a las orillas, mientras que se mantuvo un buey del otro lado, para invitar a los demás a reunirse a él. Gran número de jinetes separaron a lo sumo unos treinta, los arrearon, les impidieron retroceder y los hostigaron gritando, al acercarse a las aguas. Primero se negaron a entrar, pero asustados por los gritos, se arrojaron, sucesivamente, al río, donde la corriente los arrastró pronto; varias veces trataron de regresar, y los jinetes, nadando con sus caballos, los persiguieron, obligándolos a irse por el río. Con trabajo, ganaron la costa; a menudo eran arrastrados lejos; sin embargo, es raro que en esos casos se ahoguen. Las dificultades de la operación disminuyen una vez que la primera tropilla

pasa, porque atrae los animales con los cuales vive habitualmente, los que se deciden más fácilmente a arrojarse al río, sin necesidad de guías. Los ecos de los alrededores resonaron todo el día con los gritos de los jinetes y los berridos de las bestias, que añoraban sus buenos pastos; en otras condiciones, habría contemplado el espectáculo con placer. Al atardecer, todos esos bueyes y vacas fueron encerrados en un gran corral, ubicado en la plaza de Carmen y alrededor del fuerte, en un lugar preparado precipitadamente a ese efecto; desde ese momento, los mugidos aumentaron, haciéndose en verdad aturdidores. Los propietarios sólo hablaban de matar sus ganados, para salvar por lo menos los cueros; pero una comisión de notables resolvió conducirlos a la bahía de San Blas, donde no había más que una entrada que vigilar; se llevaron los rebaños y se dejaron en el villorrio seiscientos animales, destinados al consumo de un mes y medio, tiempo que se consideraba necesario para recibir una respuesta de Buenos Aires. Se designa un delegado para que solicitara refuerzos o, en caso de negativa, por lo menos naves, en las cuales los pobladores pudieran salvarse. Una nueva alarma hizo acudir a todas las mujeres al fuerte; se habían visto indios a algunas leguas de Carmen. Pasamos la noche en las baterías, y durante un tiempo bien largo me vi obligado a desempeñar las funciones de soldado, en vez de las de naturalista.

29 de mayo

El 29, uno de esos huracanes que se ven muy de tanto en tanto, distrajo nuestros temores acerca de los enemigos. El viento del sudeste soplaba con violencia extrema, arrastrando espesas nubes, que se abrían, y torrentes de lluvia inundaron la región. Jamás vi viento semejante y peor tiempo. Los estancieros estaban desolados, porque los ganados, durante la tempestad, abandonan sus lugares habituales, se dispersan en medio del despoblado y se pierden a lo lejos, no deteniéndose hasta que el tiempo mejora; por eso los estancieros, cuando son previsores, los encierran en el corral, pero el temor a los indios les había impedido tomar tal precaución y el viento era tan violento que un jinete no habría podido sostenerse en el caballo. La noche siguiente fue terrible; el viento siguió soplando en la misma dirección. Las aguas del mar, violentamente rechazadas en la desembocadura del río, llegaban hasta el villorrio y al amanecer se presentaba en todas partes un espectáculo desolador. Levantadas por lo menos más de quince a veinte pies sobre su nivel ordinario, las aguas cubrían todas las llanuras del sur, a tres leguas de anchura, y presentaban un vasto mar agitado, que no cesaba de aumentar, mientras una lluvia de lo más fuerte, impulsada por un viento impetuoso, apenas permitía mantenerse de pie. La Población o villorrio de la otra orilla estaba en parte bajo el agua; el ganado se ahogaba en

los corrales y los pobladores que no pudieron huir subían a los techos de sus casas; pero éstas, construidas de tierra, socavadas por las olas, se derrumbaban sucesivamente, y arrastraban, en su caída, a familias enteras, que luchando contra la corriente se asían a maderos flotantes y ganaban los techos todavía incólumes, sin que desde Carmen pudiera socorrérselas. Todas las embarcaciones estaban en la costa, así como los navíos anclados en el río, y el furor de las aguas no permitía atravesarlo. Ese estado de cosas duró hasta las nueve de la mañana, momento en que el viento se calmó poco a poco. El agua comenzó a retirarse y a apaciguarse, pudieron salvarse las familias de la otra orilla y, al atardecer, pudimos recibir algunos informes de las desgracias que teníamos que deplorar.

Varios habitantes de la Población habían desaparecido, sin que se tuvieran esperanzas, después del diluvio, de encontrarlos. No cabía duda de que había ahogados, como lo fueron algunas personas del navío recién llegado de Buenos Aires y en el cual descansaba nuestra esperanza de regresar a la capital argentina. El viento lo había arrojado del anclaje al río, en la orilla misma; y allí se había roto en mil pedazos. No solamente yo perdía así un medio de salir de Carmen, sino que mi situación y la de los pobladores se hacía más y más crítica, porque todo el ganado de la otra orilla, que no pudo ganar las alturas, pereció; todos los animales que se encaminaron hacia la bahía de San Blas se dispersaron y algunos de sus conductores murieron durante la noche. De esta manera, nos veíamos privados a la vez de navíos, y amenazados de falta de víveres, porque si los indios aprovechaban ese momento para robar los animales dispersos, les sería fácil reducirnos por hambre. Jamás vi una desolación mayor en los colonos; por eso, sin pérdida de tiempo, se apresuró el envío a Buenos Aires de la barca que se salvó milagrosamente del mal tiempo y que representaba nuestro último recurso. Era demasiado pequeña para que yo pudiera caber con mis colecciones y preferí quedarme a abandonarlas, ligando así mi suerte a la de los pobladores. Fue bajo la influencia de esa terrible situación, entre un enemigo feroz y el temor del hambre, que escribí a Francia, a mis padres y al Museo, por medio de esa frágil embarcación. Al verla partir, me estremecí pensando que dejaba tal vez escapar el único medio que me quedaba de volver a ver a mi patria.

Las desgracias presentes siempre hacen olvidar las pasadas. Durante los primeros días no pensamos en los indios, y todos los esfuerzos se concentraron en un solo objetivo: reparar, en la medida de lo posible, los daños sufridos. Todos los hombres se dedicaron a buscar los animales dispersos; luego, los exploradores enviados a todos lados nos aseguraron que los indios se retiraban.

Los del sur, hallaron muchas bolas perdidas amontonadas en el campo junto a San Javier, lo que hizo presumir que los patagones tuvieron una pelea con los aucas y se habían separado, porque tal amontonamiento de bolas es siempre, en los tehuelches, un signo de ruptura. Tal circunstancia podía hacer disminuir nuestros temores, si hubiéramos tenido la certidumbre de que así era, y para tenerla se sacó de la prisión al fiel Lucaney, manteniendo a su mujer y a sus hijos como rehenes; se lo envió con sus compatriotas, los patagones, con propuestas de paz. Algunos días más tarde, los indios aucas amigos realizaron un gran conjuro de *quecubu*. La ceremonia era, más o menos, la misma que describí en el caso de los patagones[15] y se prolongó hasta muy avanzada la noche. Su propósito era tranquilizarnos y tranquilizarse a sí mismos, confirmándonos el alejamiento de los indios, porque ellos tenían mucho que temer de los suyos si eran capturados con nosotros. Como puede pensarse, el oráculo fue favorable y la pitonisa declaró que nada debía temerse por el momento.

La existencia del famoso Pincheira, oficial chileno convertido en poderoso jefe de la reunión más importante de indios araucanos (llamados chilenos), era un motivo de emulación para muchos de nuestros gauchos, la mayoría deportados de Buenos Aires por sus crímenes. A sus ojos, nada igualaba la dicha de ese jefe. No estar sometido a ningún yugo, ni estar obligado a ningún trabajo; vivir una existencia vagabunda y errante; asaltar, sucesivamente, a todas las provincias limítrofes de las pampas; nada igualaba a tal felicidad; por eso, todos aspiraban a ser sus émulos. Por otra parte, las guerras intestinas de Buenos Aires y los éxitos obtenidos por los gauchos de las campañas sobre los ciudadanos, les hacían lamentar no ser de la partida. Habíamos notado, desde hacía algún tiempo, que muchos de los que estaban a cargo de nuestra defensa exterior asumían actitudes de extrema insolencia, hablando, en las pulperías, de robarse las mujeres del villorrio y de ir a vivir con los indios. Hasta entonces sólo fueron proyectos vagos que, no obstante, no dejaban de inquietarnos, tanto más cuanto las disputas de Buenos Aires podían servir de pretexto para una rebelión. Estábamos siempre en guardia, cuando finalmente tuvimos la certeza positiva de la existencia de un complot a punto de estallar.

21 de junio

El 21 de junio, uno de nuestros milicianos, en reconocimiento de los grandes servicios recibidos por él de uno de los propietarios de la zona, le reveló toda la trama urdida contra nosotros. Una parte de la segunda compañía de milicianos, compuesta de gauchos deportados, a los cuales se unieron los artilleros, formando, en total, un

15 Cap. XVIII.

cuerpo de treinta de los más decididos de la región, ya culpables de innumerables crímenes, debían durante la noche introducirse en el fuerte, con ayuda de los artilleros, dispuestos a facilitarles los medios; masacrar a todos los oficiales y empleados; apoderarse de las armas; deshacerse de todos los pobladores que no los reconocieran; apoderarse de todas las mujeres, y declararse en favor del partido de los sitiadores de Buenos Aires, aliándose a los indios. Estaban todos armados y los artilleros les consiguieron gran cantidad de municiones. La ejecución de ese proyecto debía haber tenido lugar unos días antes, pero los conspiradores, por motivos particulares, lo postergaron para la noche del 22. No teníamos, pues, tiempo que perder; por eso, reunidos de inmediato y bien armados, a las ocho de la noche, en el momento preciso que los conspiradores estaban en su puesto, ganamos, en silencio, el campamento, donde los sorprendimos, intimándoles la orden de entregarnos las armas, con la amenaza de hacer fuego al menor movimiento de su parte para defenderse. Se vieron, pues, en la necesidad de obedecer, y algunos no trataron de negar sus intenciones, confesando sus proyectos siniestros. Los llevamos al fuerte y los pusimos presos. Todos, sin excepción, estaban bajo nuestra vigilancia, pero la falta de espacio suficiente nos obligó a ponerlos juntos. Tuvieron, por consiguiente, tiempo de ponerse de acuerdo. Al día siguiente, se interrogó a los testigos de cargo. Muchos de ellos osaron hablar, porque nada tenían que temer de los acusados; pero cuando se interrogó a estos últimos, declararon unánimemente que nada sabían y negaron lo que habían dicho el día del arresto, atribuyendo sus confesiones al extravío de la ebriedad; tuvieron hasta la impudicia de jurar. Es sabido que la mayoría de esos hombres carece de toda creencia religiosa y, en consecuencia, la fe en el juramento es nula a sus ojos. Un gaucho, a quien se habló de Dios en el momento de ser fusilado, respondió: "¿Por qué me habláis de Dios? No conozco otra causa de todo que el dinero", y tal es en el fondo la creencia de la mayoría de esos libertinos, dispersos por las campañas de los alrededores de Buenos Aires.

Nuestra situación se agravaba día a día. Amenazados de fuera por las hordas salvajes y esquivando a los asesinos que considerábamos nuestros sostenes, estábamos obligados a un servicio activo de lo más penoso. Pasábamos la noche en las baterías y alrededores de la prisión, donde la vigilancia de nuestros prisioneros nos exigía mucho cuidado, y el día a caballo, haciendo pastar el ganado, vigilándolo de cerca, para evitar un golpe de mano de nuestros enemigos.

El 26 regresó el cacique Lucaney de la misión que le habíamos encomendado, con un hijo del jefe patagón Vera y otros dos indios de esa nación; se dirigieron de inmediato al fuerte, donde se explicaron. Los

26 de junio tehuelches, en efecto, habían reñido con los indios de Chau-

cata y de Guaykilof, y sólo pedían reconciliarse con nosotros; incluso ofrecían entregarnos los desertores cristianos que tenían con ellos, así como los animales robados; pedían que se enviaran seis hombres, a los cuales les entregarían lo que poseían de nosotros. Tales noticias eran, en cierto modo, tranquilizadoras; pero en cuanto a enviar a los nuestros para buscar lo que nos pertenecía estábamos poco dispuestos a acceder, no habiendo perdido aún los pobladores el recuerdo de esos desdichados oficiales de Buenos Aires entregados en rehenes a los indios, después de un tratado de paz y del horrible suplicio que se les hizo sufrir, contra la fe de los tratados, quemándolos lentamente. Por eso se procuró lograr de los enviados que sus caciques enviasen ellos mismos nuestro ganado y nuestros hombres, mediante una promesa de regalos; y Lucaney, encargado de esa nueva negociación, debía regresar con los delegados a su campamento, situado a siete jornadas de marcha, remontando el Río Negro, por la orilla sur. Supimos, al mismo tiempo, que había por lo menos mil tiendas en la segunda *angostura*[16] y muchas otras más arriba, lo que revelaba la existencia de una formidable reunión de indios. Los patagones que llegaron con Lucaney eran de muy buena estatura; uno de ellos, hijo de Vera, tenía cinco pies once pulgadas de alto; los otros llegaban, por primera vez, de las costas del estrecho de Magallanes. Me confirmaron su identidad perfecta con los hombres que había visto y con los cuales vivía.

Segundo Viaje al Sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes

Viaje al sur

Envié dos veces cazadores a los lugares donde decían que había esa nueva especie de avestruz, cercana al ñandú, de la cual todos los pobladores hablaban tan a menudo, pero esas exploraciones no dieron resultado, sea porque los hombres tuvieron miedo de aventurarse, temiendo encontrar a los indios, sea porque no hubiesen visto a las aves que eran objeto de la búsqueda. Regresaron sin traer nada y yo debí gastar de nuevo inútilmente enormes sumas.

Veía con pena correr los días, y mi partida de la Patagonia, que dependía de la llegada de una nave que podía presentarse a cada instante, me hacía temer no conseguir ningún avestruz. Por otra parte, si los peligros de que estábamos rodeados en el mismo fuerte, nos ponían en situación difícil, yo la agra-

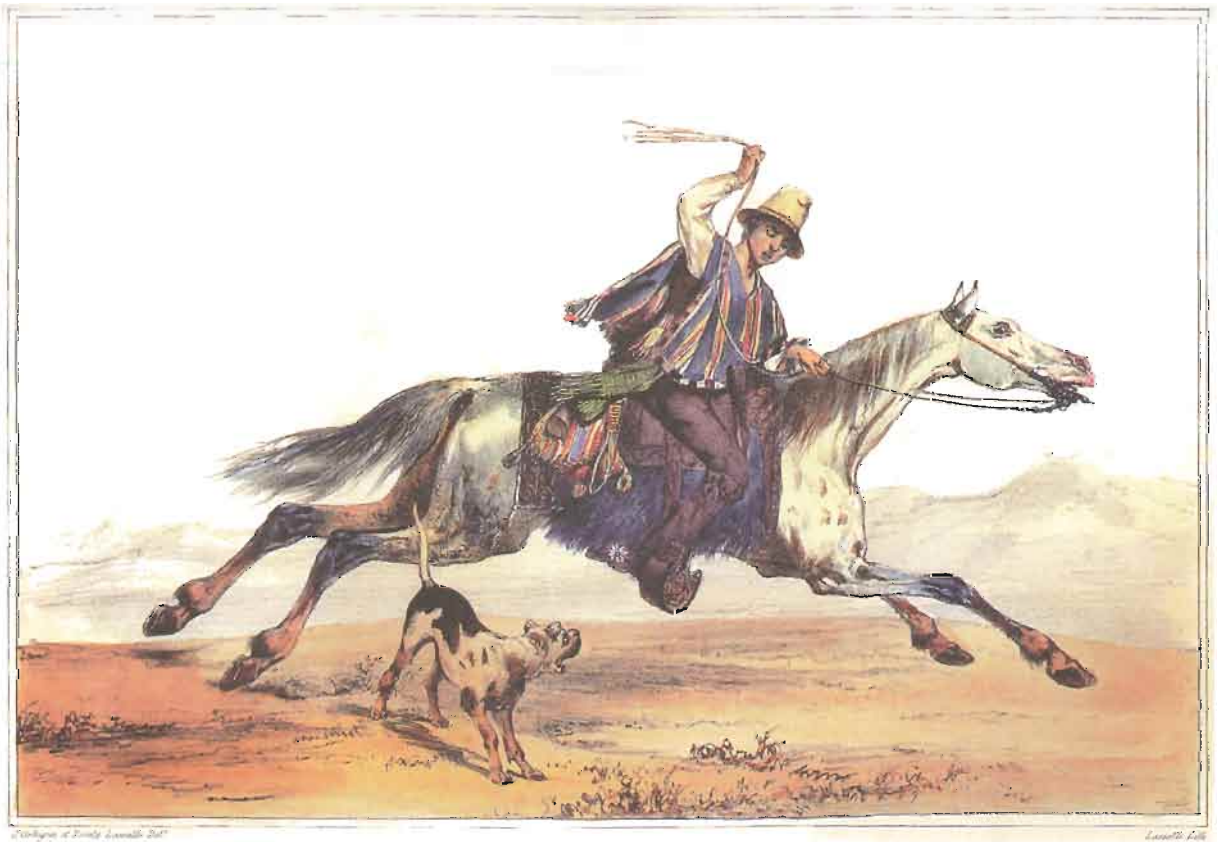
16 *Angostura* es, en español, un desfiladero o un lugar en el cual las barrancas de un río se acercan, cerrando el lecho; ésa era la segunda remontando el Río Negro.

vaba poco, al avanzar solo por lugares salvajes, porque podía ser muerto tanto defendiendo el establecimiento como recorriendo los despoblados. Resolví, pues, intentar una nueva excursión, cualquiera fuera el peligro real que se me presentara, porque la inactividad en que vivía en el fuerte me traía tedio, producido por el aburrimiento que me devoraba continuamente, y me quitaba el sueño, lo que me decidió a desafiar todo, a despecho de los consejos de las personas que, inspiradas en su interés, consideraban de lo más imprudente toda salida en esa época. Para poner en ejecución ese proyecto, tenía no solamente que exponer mi persona, sino también hallar alguien que expusiera la suya conmigo, lo que no era muy fácil; sin embargo, conocía el coraje feroz de los verdaderos gauchos y a ellos me dirigí. Hallé, primero, al capataz de una estancia, que quiso de buen grado, mediante un elevado pago, acompañarme y proporcionar a la expedición veinte caballos que había salvado del pillaje. Encontró, por su parte, tres hombres bien decididos, y desde ese momento preparé la partida. Estábamos en los días más fríos del año; sin embargo, la perspectiva de dormir al aire libre y de estar expuestos, durante varios días, a la intemperie de la estación, no me asustaba. Sabía soportar todo; me había hecho, en ese aspecto, tan duro como los habitantes de la región. Mi partida quedó decidida para el 1 de julio, que corresponde perfectamente al comienzo de enero en nuestro hemisferio. Pero no pude efectuarla hasta el día siguiente.

2 de julio

En el momento de montar a caballo, recibí la visita de los principales habitantes, que venían a rogarme que no me fuera, lo que no impidió que me pusiera en camino. Salí por la orilla norte, frente a la estancia de don Manuel Alvarez. Hice pasar mis caballos, lo que duró parte del día y me obligó a no avanzar. No hallé a nadie en la estancia; todo estaba en silencio; y me vi en la necesidad de instalarme en el cobertizo, cubierto a todos los vientos. ¡Qué triste espectáculo! ¡Ni siquiera un perro venía a ladrarme! Esos lugares que durante mi primera estadía se hallaban llenos de obreros ocupados en la salazón, permanecían tristes y fríos; no quedaba de esa vida, de ese alboroto cotidiano, más que los esqueletos descarnados de los animales muertos, del lado de los cuales las aves de rapiña, no hallando más alimento, habían huido para siempre. Sólo algunas bandadas de gansos cubrían las orillas del río. La alta marea había depositado una espesa capa de limo, que ocultaba la hierba y contribuía a acrecentar el duelo. Ni un solo carancho... Todos esos pájaros, parásitos del hombre, se habían retirado junto con él. Pasé la noche bajo el cobertizo, donde tuve mucho frío, pero era un techo que no tendría en los días siguientes. Durante el verano, el suelo parece menos duro que en invierno y la frescura de la tierra brinda algunas

dulzuras, pero cuando hace frío, es difícil comunicar al suelo suficiente calor para no sentir, a través de un cuero, una impresión desagradable, que penetra incesantemente en los miembros. Nos resultó difícil reunir a nuestros caballos a la mañana siguiente; eran notables esos animales por su belleza. Los estancieros trataban de reunir por lo general tropillas de caballos del mismo color. Mi capataz también tenía esa fantasía, pero eligió el color más raro, el de los caballos picazos, y desde muchos años antes compraba a los indios, a cualquier precio, los que hallaban de esa variedad. Un aficionado apasionado los habría admirado, porque reunían todas las cualidades exigidas en el país; el aspecto parecía extraño, y muy raramente se veían caballos así manchados y nunca en tropilla. Partimos recién a las nueve; no llevábamos víveres frescos; mis gentes no quisieron cargarlos al partir, contando con el ganado oculto junto a la Cuchilla, para matar una cabeza, de la que sacarían lo requerido para el viaje; así sucedió en efecto. Fue necesario detenerse en la Cuchilla: mis gentes partieron al campo con sus lazos, y tres horas más tarde regresaron trayendo enlazado a un torito furioso. Lo sacrificaron, y en vez de desollarlo, como se hace por lo común, resolvieron llevar sólo los pedazos con el cuero, a fin de hacer esos asados tan estimados por ellos, que llaman *asado con cuero*. Sacaron, pues, con el cuero, los trozos de carne que juzgaron mejores, así como la lengua, y abandonaron el resto a las aves de rapiña, luego de extraer algunas partes grasas, que arrojaron en seguida a los carbones y comieron a medio asar. Teníamos, por toda provisión, algo de pan, queso y dos barriles, uno lleno de vino y el otro de agua; pero como mis gentes temían no tener suficiente de esta última, extrajeron, en una sola pieza, el cuero del muslo y de la pata del toro, lo ataron fuertemente e hicieron dos enormes odres, que llenaron de agua. Fue necesario dormir en la Cuchilla, porque todos esos preparativos exigieron todo el final del día. Si se quiere viajar por esas regiones hay que armarse de mucha paciencia. Los pobladores ponen tal pereza en todo lo que hacen, que se sufre mucho con su lentitud, pero como enojándose nada puede obtenerse de ellos, vale más callarse y abstenerse de toda observación. Ataron los caballos, y hasta el comienzo de la noche no cesaron de hacer asaditos, que comían con mesura, mientras conversaban sobre los indios y el temor que tenían de ser sorprendidos por ellos, sazonando la conversación con relatos de ataques de los mismos, que podían relacionarse con nuestra situación del momento; y su charla me hizo comprender que, a pesar de su promesa, tenían la intención de salvarse, si encontraban al enemigo, abandonando sus armas, para huir más ligero. Reconocí, pues, lo poco que podía confiar en ellos. A la entrada de la noche se apagó el fuego, para no ser vistos por los indios.



Huaso chileno.

1: *Hylophillus ruficeps*; 2: *Dacnis flaviventer*.

4 de julio

Estábamos ubicados en el fondo de un pequeño barranco, a fin de no sufrir el viento penetrante del sur que no podía ser más frío; y confieso que lo sentí mucho, sobre todo al acercarse el día, cuando todo el campo, cubierto de una espesa escarcha, anunciaba un tiempo poco seguro. El cielo estaba nublado. Todo presagiaba, para la jornada, uno de esos tiempos sombríos, que entristecen y penetran en todo el cuerpo. Poseía ropa apropiada para defenderme del frío; sin embargo, el viento me helaba de continuo la cara. Estábamos armados hasta los dientes y nuestra vestimenta nos habría hecho considerar una banda de asaltantes; podría haber desafiado a mis amigos de París que me reconocieran bajo mi atavío medio europeo y medio indio. Durante muchas leguas, franqueadas al galope, ningún rastro humano fue visto por mis gentes, pero, al fin, vi a los que marchaban delante detenerse de golpe y mirar a tierra; reconocían las huellas recientes del paso de los indios por las líneas de las lanzas arrastradas por tierra. Comprobamos que eran por lo menos veinte hombres y que se dirigían hacia el oeste. Los indios tienen la costumbre, en sus marchas, de sujetar la larga lanza cerca del hierro y dejar arrastrar el mango por tierra, hábito que facilita el reconocimiento de su número. Habían ido, sin duda, a reconocer la orilla del sur, para ver si quedaba ganado que robar y regresaron por el interior de las tierras, para no ser descubiertos. Parecía que sólo hacía un par de días que habían pasado, lo que nos inspiró temores, que la reflexión disipó pronto, porque los indios no tenían ningún motivo para ir hacia el sur, más allá de los lugares habitados. No teníamos, pues, nada que temer si no era cerca de Carmen o en los sitios donde el agua invita a los salvajes a aproximarse para sus cacerías. Seguimos, en consecuencia, caminando en medio de los despoblados, y después de franquear, de un solo tirón, la distancia de doce leguas, con el viento en el rostro y siempre al galope, llegamos finalmente, a las tres, a la ensenada de Ros. Al llegar al lugar donde acampé en mi primer viaje, vi que la fuerte marea del 30 de mayo había cambiado todo. Las olas rompieron el dique de dunas que la bordeaban, se extendieron en más de un cuarto de legua de ancho en medio de las tierras y dejaron los terrenos a tal punto movedizos, que los caballos se hundían hasta las rodillas y nos vimos obligados a dar un rodeo para llegar a la parada. El mar había golpeado con tanta furia esas costas, que muchos pájaros de alta mar, tales como *los spénisques* y los albatros, estaban muertos en la arena; y las aguas habían removido el fondo con tal violencia, que gran número de moluscos y políperos fueron arrancados y formaban una línea tupida sobre los acantilados de la costa. Fue para mí una gran suerte, que aproveché haciendo cosechas abundantes. Jamás

vi un efecto tan terrible de la furia del mar; en todas partes franqueó sus límites ordinarios; en todas partes modificó las formas del terreno. Grandes dunas fueron arrastradas y se extendieron por la llanura; cuartos de rocas, arrancados del barranco, rodaron a lo lejos, y gran número de derrumbamientos revelaban con qué fuerza las aguas batieron ese alto murallón. A más de cincuenta o sesenta pies de altura, se veía que el oleaje había lavado todo, luchando contra la inquebrantable barrera.

El 5 de julio quise, antes de cazar focas en la costa, avanzar mucho más lejos hacia el sur, a fin de tentar de nuevo fortuna con los avestruces patudos.

5 de julio

Recorrí con mis hombres una parte de los alrededores de la ensenada de Ros; hallé los mismos terrenos movedizos que en la primera excursión y tuve el desagrado de ver en vano correr el ave que tanto deseaba poseer. Resolví, de acuerdo a lo que me dijeron los guías, ir una docena de leguas más al sur, con la esperanza de ser más afortunado en los alrededores de la *Ensenada de los Loros*, que es más o menos semejante a la de Ros. Atravesé, pues, de un galopé los desiertos espinosos y secos que me separaban, en medio de un campo absolutamente semejante al que cubre todos los terrenos elevados. No vi ningún animal en el camino, y el tan deseado avestruz no apareció. Hasta no llegar a la bahía, no volví a verlo, pero siempre en los terrenos cribados de agujeros y arenosos, donde es imposible galopar; sin embargo, los restos de uno de esos animales, muerto y devorado por los zorros, me permitieron comprobar que su tarso está realmente emplumado hasta la mitad de su largo, lo que me ha hecho denominarlo *Rhea pennata*[17], para diferenciarlo de la *Rhea americana*, avestruz llamado impropiamente *de Magallanes*, puesto que esa especie no pasa el grado 42 de latitud sur.

La bahía que tenía a la vista era en un todo semejante a la de Ros; el mismo mar la batía de lleno y ambos extremos están limitados por la continuidad de un elevado acantilado. La costa me pareció mucho más poblada de focas y otarios que la de Ros, pero como tenía mucho camino que recorrer para llevarlos a Carmen, los dejé en paz. Permanecí algunos instantes en la playa; luego tuve que buscar un lugar donde pasar la noche. Mientras estaba ocupado a orillas del mar, uno de mis hombres fue a buscar la aguada que da su nombre a la bahía; la halló en medio de las dunas más altas, del alto de las cuales nos hizo señales para que nos acercáramos. Nos dirigimos allí y hallamos, en el fondo de una cañada, un pozo cavado en la arena, junto al cual un agua cristalina invitaba a quedarse. Nuestros pobres caballos pudieron beber a

17 Véase cap. XVII.

su antojo, y nosotros nos ocupamos del campamento. Los rastros de antiguos fuegos revelaban que los indios habían acampado allí, lo que resultaba fácil reconocer por el resto del toldo de cuero que se veía aún. Durante mucho tiempo los viajeros que iban al establecimiento fundado en el siglo pasado en la península de San José, atravesaban los despoblados sin hallar ningún sitio donde dar de beber a sus caballos; sólo el azar vino en su ayuda. Un día que un pobre viajero, detenido en la cima de una de esas dunas, se lamentaba al ver agotarse su provisión de agua, vio muchas bandadas de guacamayos patagónicos que se dirigían al mismo lado y descendían en el mismo lugar. Pensó que algo atraía a esos pájaros; se dirigió hacia allí y vio, con el mayor placer, algo de agua dulce depositada en el fondo de la cañada; informó a los otros viajeros y desde entonces se dio a esos lugares el nombre de *Agua de los Loros*. El gran número de vestigios de guanacos que observé me hizo comprender por qué los indios frecuentan el paraje. Vimos muchas tropillas de esos ligeros animales, que huían a lo lejos cuando nos veían. Pasamos una noche muy tranquila. Mis gentes pudieron, sin temor, encender fuego; no se hicieron rogar, y durante toda la velada trajeron zarzas secas para ese efecto. No estaban, empero, muy seguros, y bastaba que los indios hubieran estado antes, para que los temieran todavía; en consecuencia, a la mañana siguiente me pidieron insistentemente que regresáramos cazando.

Quienquiera haya recorrido las dunas de la costa de la Vendée, y las de los alrededores de Burdeos, podrá imaginar el aspecto de las dunas patagónicas...

6 de julio

En todas partes la misma esterilidad, la misma tristeza, la misma monotonía... Son las ondulaciones irregulares de un mar agitado; arena movediza, en las cimas de esos promontorios interrumpidos, y algo de vegetación, en el fondo de los vallecitos. Sin brújula o sin ayuda de los astros, no se puede salir de esas montañas de arena, y el hombre se halla en medio de una soledad salvaje.

Poco satisfecho de mi viaje a ese lugar, fatigado por cuatro malas noches, intenté un último esfuerzo para tener el deseado avestruz; fue en vano... La escasa solidez del suelo no me permitía acercarme: desolado, no tuve otro recurso que ponerme en camino para regresar a la ensenada de Ros, donde deseaba cazar otarios, para remplazar los cueros que el calor de la estación había gastado, durante mi primer viaje. De un galope llegué a la bahía, donde, muy cansado, no tuve para descansar otro lecho que los guijarros y otro abrigo que un triste zarzal. Para colmo de desdichas, llovió toda la noche, y el desagrado de sentirme empapado hasta los huesos vino a aumentar mis sufrimientos.

Al amanecer, ya estaba en la costa, buscando los productos marinos arrojados por el mar, y allí olvidé el universo entero, no pensando más que en los objetos interesantes que se presentaban ante mí. Fui, empero, interrumpido por mis gentes, que traían los caballos, a fin de ir a cazar los otarios. Nos dirigimos al lugar donde esos animales están generalmente y pudimos, sin mucho trabajo, matar tantos como quisimos, porque nunca vi tantos reunidos. Elegimos varios machos enormes, destinados a ser llevados con cuero y esqueleto, y dejamos después a los otros tranquilos. Cacé también cóndores, y tuve el placer de herir a uno que cayó y estuvo a punto de sacarle la mano a uno de mis hombres, cuando quiso prenderlo. Los fríos de la estación habían hecho, sin duda, huir de los hielos del Cabo de Hornos algunas de las especies de aves que le son propias, porque de pronto apareció, sobre las rocas cubiertas de almejas, una bandada de pájaros blancos como la nieve, más o menos del tamaño de las palomas, cuyas formas tenían, y el vuelo algo más ligero. Era una buena fortuna para un naturalista. Saltando, en seguida, de una roca a otra, logré acercarme, de manera de poder matarlos. Quedaron dos en el lugar, pero había que ir a recogerlos. El mar creciente había llegado ya al lugar donde cayeron. No dudé; todavía mojado por la noche anterior, entré en el agua y logré cogerlos. La bandada volvió, varias veces, volando alrededor mío, como buscando a los suyos, y cada vez su número disminuía, porque yo tiraba y alguno caía al mar, hasta que al fin se alejaron para no volver. Pude entonces atrapar algunos de los que flotaban. Ese pájaro, cuyas costumbres marinas contrastan con su aspecto general del todo terrestre, tiene un pico en forma de vaina[18]. Pájaro de río, cercano a las urracas de mar, aunque se diferencia por la forma de su pico, es el que señalan como *paloma blanca* todos los viajeros que se acercan al Estrecho de Magallanes o que pasan por el Cabo de Hornos. Fue descrito, en el siglo XVI, por los primeros navegantes españoles e ingleses que visitaron esas comarcas, e incluido durante mucho tiempo hasta nuestros días, por los zoólogos, entre las gallináceas y las zancudas, siempre de acuerdo a la forma exterior, porque sus costumbres fijaron de inmediato su lugar en la escala de los seres.

7 de julio

Regresé cargado con mi caza y todo mojado. El tiempo estuvo malo todo el día; hubo neblina, y a la noche siguiente llovió a cántaros. Como no me sequé durante dos días, sentía con más intensidad el frío.

18 *Chionis alba*, Forst.; *Vaginalis alba*, Gmel.

El agua siguió cayendo al día siguiente. Para desentumecerme, me fui a pie a la costa, donde el deseo de hallar algo nuevo me hizo quedar hasta las dos. Valía tanto recibir la lluvia, buscando objetos de historia natural, como permanecer ocioso junto a un zarzal. El tiempo mejoró un poco, y habiendo reunido todos nuestros caballos, nos dirigimos a Carmen. Al atardecer, el viento pasó al sur, el cielo se limpió y nos anunció buen tiempo; pero hizo, a la vez, una temperatura glacial. Nos detuvimos a mitad de camino, en medio de la llanura, y pudimos encender un fuego que nos hizo sentir más el frío, porque mojados como estábamos, nos resultaba imposible secarnos. Cuando estuve acostado, experimenté sufrimientos imposibles de describir. Helaba intensamente; mis prendas mojadas se ponían tiesas y no hallé otro medio de resistir a ese sufrimiento que pasearme sin descanso, porque temía, si permanecía inactivo, no poder moverme al día siguiente. El viento era violento y helado y puedo decir que fue, hasta ese momento, la noche más penosa que pasé. Se requería realmente toda la fuerza de la juventud de que estaba dotado para probar así la intemperie de las comarcas meridionales; muchos otros habrían muerto; yo no tuve ni siquiera el menor resfrío.

8 de julio

Siete días de dolores y fatigas continuas se deslizaron sobre mí como si siempre hubiera llevado ese género de vida; empero, deseaba regresar a Carmen. Me separaban sólo ocho leguas, pero ese resto del camino no carecía de riesgos; los indios podían estar en posesión de la orilla sur y podía caer en sus manos. Todos esos temores me asaltaron en un instante, tanto más cuanto oí, muy claramente, cañonazos, pero me tranquilicé al contar veintiuno, lo que me recordó que era el aniversario de la independencia de la República Argentina. Crucé terrenos áridos y llegué a la Cuchilla, desde donde dominaba la llanura. No vi nada que pudiera inquietarme, y para mayor seguridad, me dirigí al Río Negro, que bordeé, remontándolo, hasta la Población, de donde pasé a Carmen. Los habitantes del fuerte comenzaban a desesperar de verme y me recibieron como a una persona que vuelve del otro mundo.

9 de julio

Los indios amenazaban la orilla norte. Nuestro barquito, que llegó con trabajo a Buenos Aires, halló la ciudad presa de una guerra intestina. Los franceses que formaban parte de la milicia de la ciudad se portaron bien, y, finalmente, una especie de arreglo entre los dos partidos parecía a punto de sellarse. Rosas entró en Buenos Aires, pero no había esperanza de obtener algo para Carmen; era menester que este establecimiento se mantuviera por sí mismo, ya que la capital argentina tenía muchos males propios que reparar. Nuestra

chalupa, que regresó con esas tristes noticias, estuvo a punto de zozobrar; se le abrió una vía de agua en el mar y apenas pudo ganar las islas de la bahía de San Blas, en la cual encalló, a fin de salvar a su tripulación; así, nuestra posición no había cambiado en nada, salvo que no restaba la menor esperanza de salir de Carmen, puesto que sólo nos quedaban los viejos cascos de navíos, impropios para una navegación, y ningún otro debía venir de Buenos Aires. Hubo, pues, que resignarse.

El 16 de julio era la fiesta patronal, la de Nuestra Señora del Carmen. En otra época, ese día habría dado motivo a festejos; entonces sólo la iglesia lo conmemoró. Hubo gran misa y una procesión, en la cual se paseó la imagen de la Virgen. Constituía un raro contraste ver, al paso del cortejo, a gran número de indios amigos, bien embadurnados de rojo, contemplar, con aire de desprecio, nuestra ceremonia, y tratarnos de supersticiosos, devolviéndonos así nuestros sarcasmos cuando conjuran a su Gualichu. Son, tal vez, de todos los americanos, los más incrédulos en esa cuestión. Nunca un patagón, un puelche, ni un araucano de las pampas, abraza la religión católica, a no ser a la fuerza; mientras que en los países cálidos, los naturales son sometidos con facilidad y abandonan, sin pena, por lo menos en apariencia, sus antiguas creencias. Al penetrar en las llanuras del sur, los jesuitas persistieron, durante más de cuarenta años, en la prédica del cristianismo en medio de las hordas vagabundas; pero los indios no se acercaron a ellos y no parecieron plegarse a sus deseos sino cuando tenían alguna cosa que conseguir de los padres, cuya elocuencia fue siempre infructuosa. Las creencias religiosas de las naciones australes son hasta hoy las que eran en la época del descubrimiento. Esos hombres están tan apegados a sus supersticiones como a la vida vagabunda, la que parece gustarles por encima de cualquiera otra cosa, porque, hasta el presente, no se cuenta, en las pampas, con ninguna asociación de indios que sea sedentaria, aun alrededor de los lugares habitados.

16 de julio

Nuestros exploradores recorrían las campañas en todas direcciones y nosotros podíamos confiar en su vigilancia. En efecto, el 18 acudieron para informarnos que habían perseguido, en el camino del Colorado, a un indio que estaba espiando; esa información sembró la alarma, y por la noche cada uno durmió en su puesto. Se envió, al día siguiente, un destacamento a reconocer los rastros, y en vez de los de un hombre, se descubrió los de diez o doce, que no pudieron alcanzarse. Los temores aumentaron, tanto más cuanto los negros del fuerte, que hacían el servicio de infantería, se negaron formalmente a patrullar de noche, lo que

18 de julio

nos obligó a hacerlo nosotros mismos, porque era indispensable para evitar sorpresas. Es tan fácil, en medio de un desierto, dirigirse de un lugar a otro sin ser visto, cuando no hay senderos abiertos, que era, para nosotros, de la mayor importancia, en un fuerte cuyos muros estaban medio derruidos y eran fáciles de franquear, no ser sorprendidos; sin lo cual, ninguna defensa es posible. El 20 llegó un enviado de Lucaney y nos informó que uno de los caciques de Pincheira había atacado, de improviso, una toldería de indios de Chaucata, que todos los hombres fueron muertos y las mujeres robadas, y que un cacique subalterno fue apresado y quemado vivo. Entonces nuestros temores se hicieron más serios. Esos mismos indios vencedores podían venir también hasta nosotros, lo que no tardó en suceder.

22 de julio

El 22 por la mañana, después de haber pasado la noche junto a los cañones, descansábamos algo, cuando el centinela de uno de los bastiones gritó a las armas: salimos todos, y a mitad del alcance del cañón vimos a los indios, marchando sobre el fuerte, empuñando las lanzas en número de quinientos a seiscientos. De inmediato lanzamos sobre ellos una carronada de veinticuatro, pero la exagerada precipitación con que ejecutamos ese movimiento nos hizo apuntar mal y la bala pasó muy por encima de sus cabezas. Se detuvieron. Mientras tratábamos de tener mejor puntería, se envió contra ellos la infantería, que no tuvo más efecto. Los indios pidieron parlamentar, por medio de una bandera. El aspecto de una tropa de esos guerreros, armados con sus largas lanzas tiene algo de raro: esas cañas de diez y seis a diez y ocho pies de altura, plantadas de pie por todos los jinetes, los penachos de plumas de avestruz que llevan atadas y por los cuales podíamos comprobar que había gran número de jefes; todo eso revelaba que no eran más que la vanguardia de fuerzas más considerables, acampadas, sin duda, en los alrededores. Tal consideración hizo aceptar el parlamento; y cuatro caciques, entre los cuales uno de los principales jefes, vinieron al fuerte seguidos de su intérprete, con toda la seriedad que los caracteriza. No tenían armas ofensivas, pero dos de ellos estaban provistos de cotas de mallas de acero, hechas con anillitos, que, probablemente, se conservaban por esa nación desde la primera entrada de Almagro en Chile[19], o desde la de Valdivia[20]; porque, después, esas armas no fueron más usadas por los guerreros españoles. Estaban muy ricamente vestidos y sus arneses llevaban placas de plata. Entraron en el fuerte y el jefe se puso a hablar, cantando según

19 En 1534. Garcilaso de la Vega, *Comentario del Perú, p.* 86.
20 En 1540. Garcilaso de la Vega, *Comentario del Perú, p.* 492.

la costumbre y subrayando sus palabras con versículos. El intérprete tradujo el discurso, y supimos que venían como aliados de Pincheira a obtener noticias del correo que habían enviado unos meses antes; que, por lo demás, no tenían intenciones hostiles; que si al llegar se apoderaron de todos los animales, era para tener una garantía; pero que los devolverían de inmediato, si les dábamos cierto número de rollos de tabaco y de barriles de aguardiente. El comandante, hombre por demás pusilánime, en vez de retener a esa gente hasta que lo tratado se cumpliera de una y otra parte, reveló a los caciques que su enviado había sido matado por Chaucata y les hizo entregar lo que pedían, sin reclamar la devolución del ganado. Por eso, una vez que los caciques se unieron a los suyos, cambiaron de tono y nada devolvieron. Sólo se retiraron lejos del alcance del cañón, lo que nos obligó a mantener durante la noche una vigilancia más estricta. Fui designado para comandar una de las patrullas que debía recorrer los alrededores, en medio de las malezas, escuchando con el oído en tierra de tanto en tanto, hasta que se levantara la luna. Desempeñé esa función sin descubrir nada.

Los indios, antes de llegar a nosotros, se habían apoderado de todas las vacas y caballos que hallaron en la campaña de los alrededores, dejándonos únicamente algunos, que teníamos cerca del fuerte. Mataron a un pobre anciano, uno de los dos únicos hombres que escaparon a la masacre de los habitantes de la península de San José, por los patagones, veinte o treinta años antes. El cadáver de ese desdichado estaba irreconocible; a tal punto lo cubrieron de heridas. Había recibido más de doscientos lanzazos y su cabeza estaba destrozada por las *bolas perdidas*. Los indios mataron también a tres de nuestros soldados negros, al ir éstos a buscar madera; el cuarto, que pudo ocultarse en una madriguera de vizcachas, pudo así salvarse a favor de la noche; medio muerto de miedo, llegó al fuerte sin ser visto. Su pavor era tal que apenas podía hablar y sólo mucho tiempo después logró referir los peligros de que logró librarse. Desde ese momento, convencidos de la mala fe de los indios, perdimos toda esperanza de recobrar lo que nos robaron.

Algunos indios regresaron, sin embargo, a la mañana siguiente, pero sin traer el ganado. Esos parlamentos revelaban mucha falsedad de su parte, y desesperábamos ya, cuando se les agregaron otras tropas de

23 de julio

indios y se hicieron todavía más intratables. Sabíamos que había entre ellos tres caciques principales: el llamado por Pincheira *Mulato*, por su color más pronunciado que los otros; *Melipan* y *Killapan*. El cacique Mulato mandaba a todos. Parecía tener de setecientos a ochocientos guerreros, que estaban acampados en los alrededores, lo que hizo que ninguna familia quisiera salir del fuerte; todos los habitantes de Carmen se reunieron allí.

Alojaba en mi pieza, aunque era muy pequeña, de diecisiete a dieciocho personas, contando los niños. Los dejé allí para pasar yo la noche bajo las armas.

24 de julio

El 24 de julio uno de nuestros gauchos dejó el fuerte para ir al encuentro de los indios y temimos que les hiciera conocer la estancia del señor Bibois, en lo bajo del río, la de Punta Rasa, la de la bahía de San Blas; y nuestros temores se realizaron, puesto que nos enteramos que descendían por el río. Pudimos entonces hacer salir al ganado que teníamos en los corrales; los animales no habían comido desde hacía tres días y debíamos matarlos o hacerlos pastar. Tomamos este último partido. Toda la caballada disponible fue colocada formando un gran cerco alrededor, en las inmediaciones, mientras el ganado pacía; nos vimos obligados a tomar esta precaución todos los días, para conservar algunos víveres, porque eran los únicos que teníamos, en una región donde el pan es raro; por eso pasamos la noche junto a los cañones y el día a caballo, en el campo, siempre armados.

El capitán Bibois, decidido corsario, no dejó su estancia, indefensa; construyó una pequeña batería que dominaba los corrales donde estaba el ganado e hizo cavar, alrededor de ella, profundos pozos que impedían salir a los animales, aunque se levantaran las barreras que cerraban los corrales.

25 de julio

Cuando se supo que los indios se dirigían hacia la desembocadura del río, se envió, por agua, infantería como socorro, lo que fue muy oportuno, porque el 25, hacia mediodía, muchos cañonazos nos anunciaron el ataque, del que enseguida obtuvimos detalles. Tan pronto recibió el refuerzo de nuestra infantería y supo que los indios se dirigían hacia allí, el señor Bibois hizo encerrar el ganado en los corrales y se preparó a recibir al enemigo. Apenas terminaba esos preparativos, cuando vio aparecer a los indios sobre las alturas vecinas; y algunos momentos después atacaban con la rapidez del rayo, llegando a todo galope, ocultos en parte tras el flanco de sus caballos. Casi desnudos, con los cabellos flotando, arrastrando su lanza y lanzando todos juntos el grito de guerra, a fin de asustar, llegaron así bajo la misma batería, sufriendo un fuego continuo y la metralla que llovía sobre ellos, sin perder un momento de vista el objetivo principal, porque, pronto, unos llenaron los fosos, mientras que otros desunían y arrancaban los postes del corral, para poder llevarse el ganado. No parecían inquietarse, por la defensa de los asediados, aunque la metralla había hecho ya, entre ellos, grandes estragos. La tierra estaba cubierta de caballos muertos o heridos. Una parte de los asaltantes se ocupó de llevarse sus muertos y heridos, mientras los otros comenzaban a arrear el ganado, cuando, al parecer, el jefe fue alcanzado. Hizo sonar la trompeta de retirada: todos los indios obedecieron; y, en un

instante, no quedaron en el campo de batalla más que caballos muertos, sangre, muchas lanzas abandonadas, el puñal[21] y el sombrero del cacique Mulato, lo que nos hizo esperar mucho, pero no encontramos un solo indio muerto. Constituye para ellos una costumbre de lo más antigua no abandonar nunca un solo cadáver, ni aun en lo más ardiente de la lucha, lo que disminuye en mucho su fuerza y les ha hecho, a menudo, perder un ataque. Durante toda la acción, la parentela se ocupa únicamente de llevarse a los suyos, por lo general medio muertos; los enlazan y los arrastran lejos. Es bastante curioso poder citar, entre quienes poseen la misma táctica militar, a los gauchos de Buenos Aires, quienes, durante la guerra de 1829 contra los ciudadanos, no dejaron nunca un muerto en el lugar, a fin de no proporcionar al enemigo los medios de calcular sus pérdidas. Los aucas, que tienen la misma costumbre, no la siguen por el mismo motivo; una idea religiosa es lo que les impide dejar profanar el cuerpo de sus parientes. Se debió, en realidad, a la herida del jefe que no se perdiera el ganado de la estancia del señor Bibois, porque cuando los indios comenzaron a alejarse, le faltaban municiones y estaba a punto de abandonar su fortín, que, por lo demás, no podía servirle más, ya que los asaltantes iban a pie, y los cañones, demasiado elevados, no podían alcanzarlos. Era, empero, urgente que se retirara antes de que le cortaran la retirada por el río, donde lo esperaban las lanchas. Al día siguiente, cuando los indios abandonaron su campamento provisional, se halló mucha sangre, que las aves de rapiña buscaban, y restos de aparatos y de tabletas destinadas a curar fracturas, que nos hicieron presumir que el cacique Mulato tenía rota la pierna, noticia que se confirmó más tarde. Habían, sin duda, llevado los muertos lejos y los enterraron en los lugares más ocultos; no hallamos ninguno en el campo. Los indios se fueron por el lado de la bahía de San Blas.

Cuando los araucanos están en guerra o dirigen expediciones hacia un punto cualquiera, escalonan a algunos de los suyos en los lugares intermedios y culminantes, a fin de advertir, a lo lejos, por medio de fuego o de humo, dispuesto de diversas maneras, sea el peligro, sea cualquier otro hecho que interesa conocer. Es un telégrafo que ellos y otras naciones australes emplean siempre[22]. Vimos esas señales casi todos los días y noches; y, por consiguiente,

21 Traje ese puñal, que poseo junto a las armas de las naciones australes.

22 Los Incas se servían en las guerras (véase Garcilaso de la Vega, *Comentario de los Incas*, p. 181) de medios semejantes. De día avisaban con el humo, y por la noche con fuegos; y así, a algunos centenares de leguas, podían tener noticias en algunas horas. Esa táctica de los aucas y de los patagones les fue tal vez transmitida por los incas, cuando éstos conquistaron Chile, bajo el Inca Yupanqui.

juzgamos que resultaría fácil alarmarlos alumbrando, en la orilla opuesta, fuegos en puntos distintos de los suyos. El comandante mandó indios a informar a Chaucata que el cacique Mulato nos amenazaba, a fin de hacer que éste nos viniera a sacar del atolladero; pero quería también hacer creer a los enemigos que Chaucata llegaba, a fin de decidirlos a abandonar la comarca. Envió a alumbrar grandes fuegos sobre las alturas, remontando el río, pero nos sorprendió mucho ver responder de inmediato, en la misma orilla, a la desembocadura del río, lo que nos confirmó la idea de que éramos espiados desde todos lados al mismo tiempo.

Los indios se hicieron presentes el 27 en la bahía de San Blas, donde fueron recibidos con un fuego de artillería que los obligó a ganar las alturas vecinas; pidieron la paz, a fin, sin duda, de introducirse en la isla de los Jabalíes y apoderarse del ganado. Se rechazó el pedido; pero, ¿qué podían hacer unos veinte hombres, la mayoría negros esclavos, contra una fuerza tan respetable? Ello hizo temer que el establecimiento fuera sorprendido y destruido. Viendo, finalmente, que nuestras fuerzas no eran suficientes como para expulsar a un enemigo poderoso, nació en la mente de un propietario de la región una idea infernal, que, a pesar de las advertencias de las personas razonables, fue recibida con entusiasmo por los pobladores. Era nada menos que tratar de matar a los indios por medio del veneno. Un médico inglés se ofreció para preparar la mezcla, hecha de arsénico y de sublimado corrosivo en ciento cincuenta panes y dos barriles de aguardiente que las gentes llevarían como víveres a los asediados de la bahía de San Blas y dejarían que cayeran en manos de los indios, los cuales, ignorando el peligro, debían infaliblemente perecer. Me creí en el deber de protestar por ese medio de defensa que no podía concebir sin avergonzarme y que nos haría odiar mortalmente por la nación araucana, demostrando la influencia que un atentado semejante tendría para el porvenir.

27 de julio

Mi voz no fue escuchada, y el 30 se enviaron dos caballos cargados de esos víveres. El proyecto estaba bien concebido, porque los enemigos comerían pan en un lugar sin agua, tendrían sed y entonces recurrirían a los barriles. Ese cruel regalo, acompañado de una carta que también debía dejarse caer en sus manos, y por la cual se informaba a los asediados que se enviaban esas provisiones para mantener sus fuerzas y prolongar su resistencia, fue escoltado por dos hombres provistos de los mejores caballos de carrera del país. Encontraron a los indios cerca de Punta Piedra; gran número de ellos los persiguieron; hicieron ver que se defendían, y, después de abandonar el convoy, regresaron a informarnos del éxito de su

30 de julio

misión. Todo el mundo en el villorrio se regocijó de esa medida, pensando que los enemigos estaban muertos. Nada había cambiado en el fuerte; las familias estaban siempre allí y nuestras tareas de vigilancia aumentaban, en vez de disminuir, porque nos habíamos visto obligados a distribuir las fuerzas en diversos puntos. Nunca estuve más lejos de poder cumplir mi misión. La profesión de las armas se aliaba mal con la del observador pacífico de la naturaleza.

1 de agosto

El 1 de agosto supimos que los indios abandonaban la costa y se dirigían sobre el villorrio, pasando a dos leguas de él, precipitando su marcha hacia el lugar donde estuvieran al principio; no nos cupo la menor duda de que una parte del veneno no había producido sus terribles efectos, y que, a causa de sus creencias, abandonaban el sitio del mal, atribuyéndolo al espíritu maligno. De cualquier manera, marchaban con rapidez y se alejaban precipitadamente, no sin dejar de expresar su odio implacable y su deseo de venganza quemando todas las casas que encontraron, robando todo y matando el ganado que no podían llevarse. Los correos enviados al lugar donde estaban cuando les llegó el veneno, no descubrieron el menor indicio de mortalidad. Los dos barriles de aguardiente estaban abandonados e intactos, pero los indios, sin duda para vengar los sufrimientos ocasionados por el veneno contenido en el pan, que, en realidad, les impidió tocar los barriles, destruyeron todos los aparejos de pesca de elefantes marinos de Punto Rasa, incendiaron las carretas y los barriles, desfondaron las pipas de aceite ya llenas, arrojaron a lo lejos los cintos de hierro y diseminaron por las dunas todo lo que no pudieron destruir. Además, se llevaron los animales que encontraron; y, finalmente, se retiraron, porque varios días más tarde, a más de treinta leguas arriba de Carmen, no se los halló más.

5 de agosto

El 5 de agosto vimos una nave junto a la barra, que al día siguiente estaba en el puerto. Trajo un nuevo comandante y varios oficiales; ese comandante era el mismo que, por medio de severas medidas, logró algunos años antes hacer progresar la región. El coronel Oyuela era un tanto fanfarrón, pero era también, bajo otros aspectos, el hombre que convenía a Carmen. No cabía duda de que la pusilanimidad de nuestro comandante interino había traído una parte de los reveses que experimentamos. El recién llegado prometió reparar todos los males y se pronunciación en favor del gobierno despótico, amenazando de muerte a quienes no estuvieran de acuerdo o no le obedecieran. Yo, a pesar de algunos procedimientos poco convenientes de su parte, no me inquieté, puesto que me trajo un navío que podía sacarme de allí; por consiguiente, me preparé a partir. Pasé los días que me faltaban estudiando todavía las naciones indias, tanto las tri-

bus amigas, como gran número de diputaciones que nos llegaron, sucesivamente, de todos lados. La primera fue enviada en nombre de todos los jefes puelches y araucanos vinculados al cacique Negro y establecidas entonces a orillas del Colorado; fue recibida con mucha altura y dureza por el comandante, que tenía por táctica desafiar siempre; por eso, cuando los jefes pidieron paz y amistad, Oyuela les ofreció la guerra; y, empero, no hubo ruptura, por el contrario... Una parte de los indios de esas naciones vino, algunos días después, a establecerse junto a nosotros.

El 8 de agosto regresó Lucaney de su misión ante el jefe patagón; trajo a un hermano del famoso cacique Vicente y a muchos otros indios, con los cuales quedamos en pie de amistad. Un desertor chileno, que los acompañaba, fue reconocido por nuestro explorador salvado de las manos de Chaucata[23], como el que pidió la muerte de sus camaradas. Esto bastó al comandante, que tenía necesidad de un ejemplo impresionante; le izo dar doscientos palos, lo que estuvo a punto de hacerlo morir. Hizo también fusilar a un gaucho por haber matado a una muchacha tal vez por imprudencia antes que por premeditación. Se veía fácilmente que el comandante quería hacerse temer. Otra ocasión se le brindó, pocos días más tarde, con la llegada de diez delegados del cacique Chaucata que, a pesar de la mala jugada que nos hizo el 22 de mayo, venían a pedir la paz. No se los pudo tratar peor, y un soldado chileno, que venía con ellos, fue encadenado.

8 de agosto

Todo cambió para mí en Carmen. No hallaba más esa intimidad fraternal que reinaba antes entre nosotros. Oyuela trajo la desunión, y debí felicitarme de tener que aguardar pocos días, antes de abandonar la Patagonia. No podía alejarme del fuerte, por temor a una sorpresa; por eso todos los días, como lo hacia desde mi llegada, reunía en mi habitación a los indios de diversas naciones, con los intérpretes, pasando horas enteras haciéndoles preguntas de toda clase, para enterarme de lo que me faltaba saber respecto a sus costumbres. Me decidí interrogar a indios de diversas naciones a la vez, porque así lo que ocultara determinado intérprete de las costumbres característica de su tribu, me era de inmediato revelado por los otros, a causa de la especie de rivalidad que existe entre ellas; por consiguiente, supe una serie de cosas que, sin esa precaución, habría ignorado siempre.

Fin del Tomo II.

23 Véase capítulo XX.

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF

Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo III

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo III

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural
EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche
pour le développement

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo III: ISBN 99905-64-51-5
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

CAPÍTULO XXI

Descripción de los Indios Aucas y Puelches

Descripción de los Indios Aucas

Sólo me he referido hasta ahora en detalle a los patagones; me falta hacer conocer las dos naciones vecinas, los puelches y los aucas, que comparten, con ellos, la posesión del territorio de la Patagonia Septentrional, y especificar las diferencias que las distinguen.

Comenzaré por los aucas, que más se diferencian de los tehuelches por su estatura, su idioma y la región que habitan, después de lo cual no tendré más que establecer las relaciones que pueden existir sea entre los puelches y los aucas, sea entre los puelches y los patagones, con los cuales los autores los han confundido a menudo.

Los araucanos de las pampas o aucas, nombre que los españoles les dieron[1], y con el cual se los conoce en la región, pertenecen a esa nación que, bajo Yupanqui[2], obligó a los incas a limitar su imperio al Río Maule y a renunciar a la conquista de Chile, defendiendo bravamente su territorio contra el extranjero armado para someterlo a nuevas leyes y a una nueva religión. Son esos indómitos guerreros que, casi sin armas, hicieron, en 1535, retroceder a Almagro y sus soldados revestidos de corazas[3]; luego al desdichado Valdivia[4]; y

---

1 El nombre que llevan varía según la tribu; por eso sería difícil tomar uno por otro.

2 Era el décimo Inca y entró en Chile a comienzos del siglo XV. Véase Garcilaso de la Vega, *Comentarios de los Incas*, p. 246.

3 Garcilaso de la Vega, *Comentario del Perú*, p. 86.

4 Garcilaso de la Vega, ibid., p. 492.

que, más tarde, siempre combatiendo, no fueron vencidos del todo por los españoles. Estos guerreros siempre independientes, supieron, a pesar de esos interminables combates, cantados por muchos poetas españoles, entre otros por don Alfonso de Ercilla, en su poema *La Araucana*, y a pesar de la superioridad de las armas de los conquistadores del Nuevo Mundo, conservar íntegra, hasta nuestros días, su libertad de leyes y religión, y sobre todo ese noble orgullo que debían a no haberse sometido a ningún poder extranjero. Los aucas son, por así decirlo con los patagones y los puelches, la única nación vecina de las repúblicas españolas que jamás se dio a la fuerza de las armas, ni a la elocuencia de la religión, que trataron, diversas veces, de introducirse en ella[5]. Inquebrantable en sus opiniones, fiel conservadora de las tierras ocupadas por sus antepasados, esa nación es, hasta hoy, desde el punto de vista de la religión y de las costumbres, lo que era antes del descubrimiento de América, sin haber querido nunca adaptarse a la civilización que la rodea. Sólo ha adoptado aquellos medios que pueden ayudarla a combatir con más éxito a quienes le dan problemas, sean cristianos o sean salvajes. Tales son los hombres de que voy a ocuparme.

No debemos creer que los araucanos de Chile, pueblos agricultores establecidos en los valles de la ladera occidental de los Andes chilenos, son los mismos que los araucanos de las pampas, ya que estos últimos sólo tienen de común con los primeros el idioma y el fondo de sus creencias religiosas. Los pueblos nómadas no pueden conservar en nada las costumbres de una nación sedentaria; a ello se debe esa diferencia tan notable que existe entre los araucanos de Chile, descritos por el abate Molina[6], y los de las pampas, verdaderos árabes americanos, que voy a examinar en detalle, bajo sus diversos puntos de vista, lo que probará hasta qué punto el género de vida influye en las costumbres y usos de los pueblos salvajes.

Los araucanos de las pampas son conocidos bajo distintas denominaciones, sea entre los españoles, sea entre las demás naciones. Por lo general, esos nombres se deben a los lugares que más frecuentan, o bien a los caciques o jefes que siguen; por eso, al considerarlos desde el punto de vista del lugar que

---

5 Los jesuitas penetraron en las pampas en 1739 (véase Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. II, p. 396), más o menos en la época que Falconer y Dobrisheffer fueron al encuentro de los aucas.

6 Molina, *Histoire du Chili*. Es interesante ver reproducir, palabra por palabra, en el *Viajero Universal*, lo que el autor dice de Chile, y volverlo a hallar, en inglés, en el *Voyage dans l'Amérique du Sud*, de Stevenson.

habitan, se llama *pehuenches*[7] o *pegüenches* a todos los araucanos que viven en las cordilleras de Chile, desde Antuco hasta Mendoza; *ranqueles* o *ranquelines* a los que habitan al este de los Andes, al norte de éstos también y junto a los últimos contrafuertes de las montañas. Los otros o aucas se dividen, según los caciques a los que obedecen, en diversas tribus enemigas: entre otras la de *Pincheira*, generalmente llamada de *chilenos*, porque la acompañan gran número de chilenos desertores. Muchos de los caciques se han unido a esa tribu, mientras otros, habiéndose resistido, forman una línea aparte, compuesta por Chaucata, Guaykilof y muchos otros, que se llaman, más específicamente, aucas. Los españoles los llaman indiferentemente *aucas* y *pampas*. Esta última denominación proviene del lugar que habitan; la de *moluches*, dada por Falconer[8], como la que se aplican a sí mismos, es poco usada, porque nunca he oído a los indios llamarse así. Tal vez sólo se haya empleado en la tribu en que vivió dicho jesuita. En cuanto a la de *huiliches* (hombres del sur), la de *picunches* (hombres del norte), etc., dadas a algunas naciones indias, por el mismo autor, es sabido que esos nombres, así como el de la antigua Hesperia, que era relativo y se aplicaba a diversas comarcas, sólo son verdaderos en razón de la situación de la nación que se los da; por eso, los que viven más al norte llamarán siempre *huiliches* a los que viven al sur, mientras que sucederá lo contrario a éstos respecto a aquéllos. Esas palabras designan, pues, solamente la parte habitada por los vecinos de cada una de las tribus, sin especificarlo rigurosamente, porque los pueblos errantes pueden estar sucesivamente más al norte o más al sur de un sitio cualquiera. En general, todos los aucas, salvo los pehuenches y los araucanos propiamente dichos de Chile, están divididos en tribus errantes y vagabundas, que no poseen ningún lugar fijo, yendo continuamente, según los movimientos de sus guerras, o por necesidad, de las orillas del Río Negro en la Patagonia hasta Buenos Aires, o de los Andes hasta el océano Atlántico, a fin de eludirse unos a otros, porque viviendo únicamente, lo mismo que los patagones, de la caza o de los productos ganaderos, no permanecen en un lugar mientras no tengan abundante caza, o alrededor de sus tiendas pasto para sus ganados, viajando así hasta centenares de leguas para encontrarlos. Por eso esa tribu, que estaba antes en la desembocadura del Río Negro,

7 Este nombre casi siempre es confundido por los autores con el de puelche, que corresponde a una nación distinta. Quiere decir hombre del país de las almendras de pino, que abundan en las cordilleras, che significa hombre, en la lengua araucana, así como cataputiliches, los habitantes del Río Cataputile, etc.

8 Falconer, *Description des terres magellaniques*, t. II, p. 33.

puede, algunos meses después, vivir al pie de los Andes o cerca de Buenos Aires; son viajeros por excelencia, en una palabra, y, seguramente, las más nómadas de todas las naciones conocidas, bien distintas, en eso, de los chilenos agricultores descritos por Molina. En resumen, los aucas o araucanos orientales viven en esas inmensas llanuras que se extienden, en latitud, desde el 40º hasta el 34° sur, y en longitud desde los Andes hasta el Atlántico.

De creer a Azara[9], los aucas habrían habitado las pampas cuando los ganados salvajes llegaron al pie de las cordilleras, donde vivían antes de la Conquista; y el deseo de apropiarse de ellos los hizo avanzar hacia el este, mientras que los puelches sólo habrían vivido, con el nombre de *querandíes*, a orillas del Plata, cuando la primera fundación de esa ciudad, en 1535; pero no estoy del todo convencido de tal opinión. Casi todos los viajeros que han recorrido las pampas han hallado siempre hordas aucas, designadas, muy a menudo, con el nombre de *pampas*; así, Luis de la Cruz[10] vio a muchas en su viaje de Valdivia a Santa Fe y supo que habitaban las llanuras desde hacía siglos. Lo mismo sucedió a Villarino; por lo demás, es fácil aclarar las expresiones de Azara, que confunde los puelches con los aucas, a los cuales no pudo observar, como lo declara, por otra parte, con mucha franqueza. Tal confusión es sobre todo patente cuando el autor español, por lo demás tan verídico, habla de su lengua que dice que no contiene ningún sonido gutural[11]; es evidente que se refiere al de los aucas y no al de los puelches, cuya lengua es tal vez la más dura de toda América. Además, el nombre de puelche, que en lengua auca significa *hombre del este*, debía aplicarse a todas las tribus del litoral del océano Atlántico; pero sería posible que los indígenas, conocidos, en tiempos de la Conquista, con el nombre de querandíes, de los cuales habla Herrera[12], fuesen puelches tanto como aucas. De cualquier manera, esa nación, a la que yo le mantengo, hoy, el nombre de puelche, poseía, cuando la fundación de Carmen en la Patagonia, las márgenes del Río Negro, viviendo sólo a las orillas de este río y del Colorado.

Los aucas en nada se parecen a los patagones; en general, son pequeños, es decir, miden apenas cinco pies de estatura media. Hay que distinguir, sin embargo, una división muy marcada entre ellos. Todos los ranqueles son de muy buena estatura. Se hallan, en su tribu, hombres de cinco pies cinco a siete pulgadas, mientras que los aucas de Pincheira, que viven más específicamente

9 *Viaje por la América Meridional*. t. II, p. 48.
10 Poseo el manuscrito original de ese interesante viaje.
11 Op. cit., p. 41. Véase la descripción de los puelches al final de este capítulo.
12 Herrera, *Década V, lib. IX*, p. 220, y Funes, *Historia del Paraguay*, t. I, pág. 29.

en las montañas, tienen casi todos menos de cinco pies, formas macizas y no son altos. He podido comprobar esa diferencia tan positiva que se manifiesta, en América, entre las naciones de los Andes y las de las llanuras. En Europa, los montañeses son citados como hermosos hombres altos y bien formados; en América sucede todo lo contrario, por lo menos en los Andes; los hombres más grandes viven en las llanuras, mientras que los de las cordilleras son siempre pequeños y rechonchos; el hecho puede comprobarse especialmente entre los peruanos de los Andes, siendo las naciones de las llanuras vecinas, por el contrario, altos y de buena estatura. Entre los aucas se distinguen de inmediato los que descienden de las montañas de los habitantes de las llanuras, por sus diferencias exteriores. Así, los chilenos son los más pequeños de todos; y los otros, que viven desde hace tiempo en las pampas, son considerados ranqueles[13].

Algunos son bastante bien formados: todos tienen las espaldas cuadradas y muy anchas; pero no hay que buscar en las mujeres esas formas elegantes que se prefieren en Europa. Son, por el contrario, generalmente bastante gruesas y gordas, siempre con un pecho demasiado grande. Sus miembros, lo mismo que los de los hombres, están bien nutridos y son plenos, y no existen en ellos individuos con formas hercúleas. Sus músculos no sobresalen; todo es redondeado. Las manos y pies de las mujeres son muy pequeños, como se observa en casi todos los americanos. Los rasgos son muy distintos de los de los patagones; no poseen esas caras anchas cuadradas y esos ojos pequeños. Los aucas tienen el rostro muy redondeado, los pómulos más salientes, los labios algo menos gruesos, la boca mediana, la nariz algo más larga, aunque todavía muy corta y respingada; sus ojos son horizontales, bien abiertos; en general, el rostro es más bien interesante por su expresión espiritual que repugnante por su fealdad. Los jóvenes se confunden fácilmente con las mujeres por su cara regordeta, su sonrisa dulce y graciosa; éstas son pasables en la juventud y algunas hasta son bonitas. Es verdad que dura poco su frescura, porque cuando una india cumple los veinticinco años, sus facciones cambian por completo y se hacen, por así decirlo, horribles. Sus pómulos son demasiado sobresalientes y adquieren los rasgos del hombre ya hecho. Desde esa edad hasta la vejez más avanzada no se observa ningún cambio y resulta difícil distinguir la mujer de treinta

13 Cuando Molina (*Historia Natural de Chile*, p. 314) dice que los montañeses eran más altos, pretendía que debían ser los patagones de Byron, y abundaba, entonces, en consideraciones sobre estos últimos, en el sentido de Ansor, queriendo hablar de los indios que llegaron del lado oriental a través de los Andes; eran, pues, probablemente puelches, que descendían de las llanuras del este, y no, como creía, montañeses.

años de la de sesenta. Tal vez su desaliño natural contribuye mucho a modificar su exterior. Lo mismo que los patagones, sus dientes están siempre bien alineados, son muy blancos y nunca los pierden. Igual cosa sucede con los cabellos, siempre abundantes, bastante gruesos, rectos y negros; sólo he notado que las puntas son rojizas, como en las pelucas viejas. ¿Proviene ese color, que no he visto en las otras naciones, de la acción del aire y del agua sobre los cabellos que nunca se cubren, ya que los aucas nada llevan sobre la cabeza? ¿O se debe a su curiosa costumbre de lavarlos sin cesar con la sangre de las yeguas que matan para comer? Estoy tentado de atribuirlo a esta última costumbre, porque de no ser así, no habría razón para que no se reprodujera en las demás naciones vecinas, que tampoco se cubren. Su costumbre de depilarse la barba hace que se crea que no la poseen. Se arrancan también las pestañas; en cuanto a las cejas, se contentan con arrancar algunos pelos, a fin de hacerlas más finas, no dejando más que una simple línea recta. Para depilarse, usan, lo mismo que los patagones, pinzas de plata, que, en cierto modo, no abandonan nunca. ¡Cuántas veces he visto a las indias con los ojos completamente rojos, a causa de la irritación continua que produce la extracción de las pestañas, que hacen, sin embargo, por coquetería! Tienen un color pardo oscuro y no rojizo, semejante en un todo al de los patagones, que podría considerarse cetrino pronunciado.

Si bien los aucas son buenos jinetes, caminan muy mal, lo que se debe, sin duda, a su ejercicio favorito y a la forma de ponerse en cuclillas, con las piernas cruzadas, en sus tiendas; por ello parecen patizambos. Las mujeres caminan peor todavía, con los pies hacia fuera, lo que resulta de su vida demasiado sedentaria y de que siempre están sentadas como los orientales. Lo notable en los aucas es su longevidad. De acuerdo con la fecha de los acontecimientos históricos que escuché referir a algunos de sus ancianos, que hablaban como testigos oculares, puedo creer que tenían cerca de cien años, y sin embargo conservaban todas sus facultades físicas y morales; ninguno era calvo; apenas algunos cabellos blancos tenían los más viejos; no les faltaba ningún diente; el rostro carecía de arrugas, y sólo los pómulos son algo más salientes; el cuerpo muy derecho, una memoria de las mejores, una presencia de espíritu notable... He ahí la vejez de un salvaje auca, que, toda su vida, está expuesto a las intemperies de las estaciones, a los ayunos, a privaciones de todo género y que ha envejecido en los combates. ¡Qué contraste con la caducidad, la decrepitud, las enfermedades de todo género, la pérdida de las facultades intelectuales, que acompañan, tan a menudo, a la edad avanzada del ciudadano que pasa la vida entera cuidándose de todas las maneras! Vive en medio de las comodida-

des que le procura la civilización; pero piensa mucho, trabaja mucho con la cabeza, mientras que el primero, al contrario, sólo experimenta fatigas físicas, lo que constituye también, para mí, una prueba irrefutable de que los trabajos físicos cansan infinitamente menos que los espirituales.

El vestido de los aucas es muy diferente del de los patagones y revela una civilización más avanzada. No visten pieles de animales salvajes, sino tejidos de lana, confeccionados por sus mujeres y cargados de adornos de plata, que denotan industria y riqueza. El traje de los hombres se compone de dos piezas: una, llamada *chamal* o *chaman*, rodea el cuerpo desde la cintura, donde está atada con una cinta de lana, hasta la mitad de las piernas, semejante, en un todo, al chiripá de los gauchos de Buenos Aires, que tal vez lo tomaron del vestido de los indios, y en un *poncho*[14] corto, del que he hablado varias veces; éste, como el chamal, es negruzco y rayado longitudinalmente, sobre todo de azul y de rojo. Calzan botas de potro o de cuero curtido y flexible de *quemul*[15], artísticamente cosido con tendones de animales. Llevan, siempre, espuelas de plata maciza. Sus cabellos están, a veces, levantados sobre la cabeza y atados con una correhuela de lana, siempre de color azul *(keca)*; pero los chilenos, más rebuscados en su arreglo, los dividen, detrás de la cabeza, en tres colas, unidas entre sí, cerca de su extremidad, por una borla o pompón de lana o por un adorno de plata, mientras que los de delante están atados y levantados por medio de una cinta azul, que, después de darle tres vueltas, cae a un lado y está adornada con pedacitos de plata enrollados en forma de tubo. Se adornan con aros de plata de forma maciza y que terminan en una placa, divididos en compartimentos; llevan siempre colgando del cuello la pincita que les sirve para depilarse. Sólo se cubren durante los grandes fríos con esos mantos de pieles de diversos animales característicos de los patagones y de los puelches, a los cuales los compran para utilizarlos habitualmente de noche a guisa de frazada.

El vestido de las mujeres es poco elegante: consiste en dos grandes piezas de tejido de lana. Uno *(quedeto)* envuelve todo el cuerpo, se enrolla alrededor, desde la axila hasta el suelo, y es más ancho adelante, ajustándose, a lo alto, sobre cada hombro, con alfileres de hierro o de cobre, y al cuerpo con un

14 Es sabido, sin que quepa la menor duda, que el poncho existía entre los indios del Perú antes de la Conquista y es probable que esa pieza haya sido adoptada por los araucanos de Chile en la época del inca Yupanqui, lo que parece demostrado por los vestidos de pieles que llevan todavía algunos de los aucas que han vivido más lejos de los de Chile.

15 Este animal llamado *Equus bisulcus* por Molina y que es nada menos que un caballo, pero de una especie vecina a la llama.

cinturón *(kepike)* de cinco a seis pulgadas de ancho, cerrado en el medio por una hebilla, y, por lo general, de lana; pero las mujeres de los caciques o las mujeres ricas demuestran su lujo llevando ese cinturón de cuero, sobre el cual con hilos de tendones fijan dibujos de perlas de colores de lo más regulados, parecidos siempre, más o menos, a grecas por las líneas rectas que los componen; ese adorno es el más apreciado por las mujeres. Esa primera pieza del vestido deja los brazos libres, pero las piernas están a tal punto apretadas que la india sólo puede caminar dando pequeños pasos, incomodada continuamente en sus movimientos. La segunda pieza (*pilken* o *ikilla)* es cuadrada y se coloca sobre los hombros como un manto. Las dos puntas se unen sobre el pecho por medio de un gran alfiler de plata (*topu*)[16], cuya cabeza está adornada con una placa redonda de plata, de seis pulgadas de diámetro. Llevan enormes aros de plata (*chahuaitu)* de una forma extravagante, con una placa cuadrangular, de unas tres pulgadas de ancho; además, tienen el cuello adornado con varios collares *(echepel)* de bujerías de vidrio, de diversos colores; sus brazos están cargados de brazaletes *(charrecur)*, ya de perlas de vidrio, ya de cuentas de plata sopladas o de cobre, en tubitos aplastados. La parte inferior de sus piernas también está adornada y sus dedos están cubiertos de numerosos anillos de plata y de cobre. Las mujeres ricas, cuando quieren lucirse, se cubren la cabeza con un bonete (*luchu* o *tapake)* de perlas de vidrio de color, especialmente rojas y azules; ese bonete, usado sobre todo por las indias pehuenches[17], es muy raro entre los aucas del sur. Se arreglan los cabellos con un lujo muy original, que han transmitido a los patagones. Algunas se los dividen, sencillamente, en dos partes, de adelante hacia atrás, desde la frente hasta detrás de la cabeza, dejándolos caer, de cada lado, sobre los hombros. Es el peinado de las mujeres de edad. Las jóvenes forman dos colas, que cuelgan sobre las espaldas y no sobre los hombros, cubiertas de cintas azules; y los días de fiesta las rodean de un extremo a otro de hilos de cuentas de vidrio. En su extremo cuelgan placas de cobre o de plata, formando una especie de cascabeles que suenan cada vez que se mueven.

---

16 Esa plaqueta es completamente semejante al *topo* que llevan las mujeres de los incas y que las indias usan todavía hoy; sólo que esa pieza es única en los aucas, mientras que los quechuas y los aymaras de Bolivia usan un par. Parece que ese adorno les fue transmitido por los conquistadores incas, porque el nombre que le dan los aucas es el mismo que el que le dan los incas; pasa lo mismo, como se verá más adelante, con muchos de otros usos de los incas vencedores adoptados por los aucas vencidos.

17 Es por lo menos lo que leo en la página 203 del interesante manuscrito de Luis de la Cruz, cuyo original poseo.

La india auca, cuando viste con gran lujo, no se contenta con ese traje nacional tan original: necesita todavía, para que su vanidad sea satisfecha, cubrir con afeites su rostro cetrino y realzar la vivacidad de su mirada por medio de tintes especiales. Así, las mejillas son, hasta los ojos, de un hermoso rojo[18], color favorito; y añaden algunos rasgos negros o azules en los ángulos exteriores o, en los pómulos, una ancha banda bajo los ojos, como los patagones. Los pehuenches emplean mucho el color blanco, como orladura, alrededor de otros colores; pero nunca he visto que ese color sea empleado por los aucas del sur. Preparan su afeite mezclándolo con grasa de cordero o de yegua y se pintarrajean; los hombres también se pintan algunas veces, pero muy contadas. Varios motivos impulsan a las mujeres a adornarse así. El primero y más poderoso, el deseo de agradar, es el que hace que la salvaje más repugnante no se quede atrás; en otras ocasiones esos tintes, extendidos por lo general por el rostro, les sirven para disfrazarse y no ser reconocidas, cuando tienen interés en ocultarse; y, finalmente, el más admisible es que esa mezcla, por lo que dicen, las defiende del sol en verano y del rigor del frío en invierno; por eso ese disfraz dura todo el año. Las pinturas del rostro reemplazan, en las naciones americanas, al tatuaje de las de Oceanía; divergen por sus formas, desde las del montañés hasta las del habitante de las llanuras, y desde las de los habitantes de la línea ecuatorial hasta las de los fueguinos de la extremidad meridional del continente americano.

Los aucas enjaezan el caballo más o menos como los gauchos. Usan, simplemente, un recado, semejante al de los habitantes de las campañas; sólo los caciques llevan, a menudo, placas de cobre en la parte anterior y posterior de la montura, así como en el poncho, en señal de riqueza. Todos, a menos que sean muy pobres, llevan espuelas de plata; sus estribos son de madera y lo suficiente anchos para poder introducir el dedo grande. La montura de las mujeres es, sin ninguna diferencia, la misma de las patagonas[19]; sin embargo, un lujo que no conocen estas últimas es el empleo de un chabrás de lana artísticamente tejido, cubierto de dibujos, de diversos colores, sobre todo de grecas, que colocan debajo; su estribo de tejido es el mismo, así como los restantes accesorios. Sus tiendas son semejantes a las de los patagones; están formadas

18 Ese color, que parece bermellón por la vivacidad del tinte, y creo que es óxido de hierro, se halla en la Sierra de la Tinta y del Tandil, donde los indios van a buscarlo, poniéndolo en saquitos y vendiéndoselo a los puelches y patagones, que, todos los años, llegan a orillas del Río Negro a canjear sus pieles.

19 Véase capítulo XX.

de palos puestos verticalmente y cubiertos de cuero de caballo. Las mujeres preparan esos cueros y los tienden para secarlos. Los descarnan, una vez tendidos, por medio de un instrumento cortante y curvo, con el cual los raspan, los adelgazan y los ablandan, frotándolos con las manos. Si bien preparan muy hábilmente los cueros para las tiendas y los cosen, lo mismo que los patagones, no pueden rivalizar, de ningún modo, con ellos, en la destreza con que unen las pieles de los animales salvajes. También las tiendas o *choca* son bajas y apenas pueden mantenerse de pie. En la parte exterior se plantan las lanzas de los guerreros que las habitan, con la marca que distingue su grado. Es lo único que modifica algo el aspecto triste y miserable; pero si uno no se queda en el exterior y entra, hallará todo repugnante de suciedad, el techo negro de humo, las paredes cubiertas de grasa de caballo e infectas, y todos los utensilios tan sucios como la misma tienda, que no se limpia nunca ni por dentro ni en sus alrededores, y donde se corrompen, en todas partes, los restos de la caza. Cuando la suciedad llega al máximo, se limitan a cambiarlas de lugar; es por ese motivo, junto a su espíritu de independencia vagabunda y a un poco de pereza, que los aucas no tratan nunca de construirse una morada más cómoda. Desdeñan imitar a los cristianos, tanto a los que viven junto a ellos desde largos años, como a los otros. Con gran trabajo se obtiene que una familia auca entre, para vivir, en una cabaña; le parece que falta aire y está atormentada por la idea de que la casa no puede transportarse a otro lugar.

Sus costumbres nómades los dispensan de poseer un mobiliario muy considerable; por eso, el interior de sus tiendas presenta siempre un aspecto de miseria que contrasta con el orgullo y la arrogancia de sus habitantes. El mobiliario consiste en armas y monturas coladas alrededor de la tienda; en sacos de cuero o de tejido, que contienen todos los vestidos y adornos de la familia. Allí están las riendas, los lazos y las boleadoras; aquí una coraza; más lejos, un paquete de cuerdas, de correhuelas de cuero ahumado; en los rincones, montones de pieles de cordero que sirven de cama, y la *liloica* o *kilango*, gran manto de pieles cosidas entre sí para cubrirse de noche. En el medio, flamean uno o varios fuegos, según el número de mujeres, teniendo cada una el suyo, en torno al cual se ubican el marido y los hijos. Algunas vasijas de cerámica constituyen toda la batería de cocina. En algunas familias se añaden conchillas marinas que sirven de vasos para beber. Existe, en general, la mayor pobreza en esa *choca*, y al entrar uno está muy lejos de pensar que es la morada del hombre que, en toda América, se muestra más orgulloso y más se envanece de su salvaje libertad.

Debe, empero, creerse que existe algo más de limpieza entre los aucas que entre los patagones, porque todas las mañanas, cualquiera sea el tiempo que haga, las mujeres no dejan de lavarse la cara y los cabellos, antes de aplicarse

el afeite. Algunas, pero son muy pocas, hasta se bañan; y en ese caso se frotan el cuerpo con una arcilla untuosa que reemplaza al jabón. Los hombres también se lavan la cara, lo que parece estar en contradicción con la costumbre repugnante de bañarse la cabeza en la sangre de una yegua o de un caballo, cada vez que lo matan para comerlo; dejan, después, secar los cabellos y no los peinan hasta que están del todo secos. Es imposible que ese hábito extravagante no tenga un origen religioso y que no se haya transmitido por tradición. Les he preguntado en vano sobre ello y sólo he obtenido informaciones tan vagas que no puedo creerlas; es, dicen, para darse fuerza y coraje. La sangre de yegua es también empleada como jabón por algunas mujeres para lavar su ropa.

La industria de los aucas es más adelantada que la de los patagones, lo que resulta fácil de explicar; una parte de su territorio fue invadido por los incas antes de la Conquista y, además, los cristianos se establecieron en su vecindad; sin embargo, dudo que, en este aspecto, hayan ganado mucho desde la llegada de los españoles, porque todo lo que saben existía desde hacía siglos entre los incas. Puede decirse, en tesis general, que los hombres son perezosos al máximo y no se ocupaban más que de sus armas, dejando a cargo de las mujeres el resto. Ellas cuidan del menaje, sin ser nunca ayudadas, ensillan los caballos, tejen para vestir a la familia y procurar al marido lo que pueda desear; por eso gozan, entre los puelches y patagones, de gran fama por sus tejidos. Hilan la lana de sus rebaños en husos más o menos semejantes a los de los Incas, es decir, consistentes en un tronco delgado y en un pedacito de madera o de piedra redonda, por el cual pasan ese tronco y cuyo extremo inferior sirve para retener el hilo. Sus telares son también de la mayor sencillez, horizontales y en un todo parecidos a los de los Incas, lo que me ha fortificado en la opinión de que son éstos quienes les enseñaron a tejer. Esos telares consisten en dos pedazos cuya longitud es proporcionada al ancho del tejido, y sobre los cuales se extienden los hilos; esos montantes son más o menos espaciados, de acuerdo a la amplitud que quiera dársele a la pieza, y tendidos por medio de hilos que van a unirse a palos fijados en tierra. Por el medio del conjunto se pasan los hilos que separan la trama en dos y dejan pasar, alternativamente, los que van a formar el tejido, que se cierran por medio de pequeñas varillas, que el trabajador golpea entre las dos capas de la trama, después de haber pasado cada hilo. Esa manera de tejer es lenta al máximo; por eso se requiere un tiempo infinito para tejer un poncho, o hasta la cinta más delgada, y no es raro ver trabajar, sin descanso, semanas enteras en una pieza que nuestra industria terminaría sin trabajo en un día. Entre los aucas, los montañeses, tales como los pehuenches, son los más famosos en ese género de fabricación. Se sirven de su lana en bruto, prefiriendo la marrón; pero han descubierto, en sus

desiertos, muchas especies de tinturas, sobre todo para el color rojo, muy vivo, que obtienen de plantas llamadas *polcura* y *relvun* (esta última es una planta trepadora). El color amarillo se debe al *pokil*; el negro al *maké*, *panké* y *rovo*. En cuanto al azul, lo sacan del índigo, que consiguen de los cristianos por medio del cambio. El negro, el rojo, el azul, el amarillo y el blanco son los únicos colores que emplean. El primero es el más común y el menos caro, porque es natural y todos sus tejidos están mezclados con estos tintes. Los ponchos están siempre rayados longitudinalmente con esos colores. Los chabrás están, por el contrario, adornados alrededor de muchos dibujos regulares de diversos tintes, formados únicamente de líneas rectas, como los de los patagones, y representando especies de grecas.

He observado muchas veces los dibujos sobre las cinchas, las monturas y hasta sobre el revés de los quillangos, y siempre he visto, invariablemente, ese carácter de líneas rectas que existe entre los patagones. Por lo demás, esos dibujos nunca son imitativos; no representan animales, ni plantas, lo que es bastante raro entre las naciones salvajes, siempre dispuestas a imitar la naturaleza más que a inventar figuras de pura imaginación, como las que he hallado, en todas partes, en las naciones australes. Muchos aucas saben trabajar el hierro y hacer herramientas para su uso; pero siempre compran la materia prima a los cristianos. Emplean piedras muy duras; pocos de ellos recurren a los martillos. Utilizan también la plata y el cobre, para hacer espuelas, aros, alfileres o *topu*, y esa multitud de plaquetas con que adornan sus monturas, sus sombreros, sus collares. Probablemente también aprendieron de los incas a soplar la plata, para poder hacer esas perlas cinceladas con que se adornan tan a menudo. De cualquier manera, sus procedimientos son groseros al máximo. Trabajan, por lo general, echados de barriga, en el interior de sus tiendas, sirviéndose sólo de barrotes de hierro y de piedras, y golpeando siempre, en frío, con notable paciencia; a ello se limita, junto con la confección de las armas, toda su industria actual. Las mujeres, como se ha visto, salvo el tejido y la fabricación de una alfarería grosera, las trenzas de cuero y algunos otros pequeños trabajos de ese género, propios de los gauchos, están aún muy atrasadas, aunque en verdad la vida errante, que lleva siempre la nación, impide todo desarrollo en grande de esa industria naciente y estacionaria.

El comercio que realizan esos indios con las otras naciones consiste sólo en tejidos. Todos los años, en esa gran reunión de las naciones australes que tiene lugar en las fuentes del Río Negro[20], todas las tribus que pueden congregarse sin temor al ataque de sus enemigos, llevan el producto de su industria en tejidos, o bien en bagatelas robadas a los cristianos, y los cambian por pie-

20 Véase capítulo XVIII.

les con los patagones, famosos en ese sentido; tales intercambios constituyen su único negocio. No realizan la misma clase de comercio con los cristianos. A ese efecto, se acercan a los establecimientos de la campaña de Buenos Aires, de San Luis de la Punta, de Mendoza, de Chile y sobre todo de Carmen. Llevan algunos tejidos, animales robados lejos, pieles no preparadas y muchas plumas de ñandú o avestruz de América, que luego se envían a Europa para la confección de pinceles; entonces piden, a veces, dinero, y más a menudo bebidas; pero más a menudo todavía, baratijas o tejidos de colores, para adornarse. Son, en general, engañados por los cristianos que comercian con ellos, lo que contribuye a darles la idea desfavorable que tienen de los mismos. Por lo demás, ese comercio tiene tan poca importancia y los productos son de tan escaso valor, que apenas vale la pena mencionarlo.

Pienso que antes de la Conquista, los aucas no poseían otro animal doméstico que el perro, porque no conservan hoy, ni aun en los Andes, llamas, ni alpacas, tan comunes en las mesetas elevadas de Bolivia. Sólo vivían de la caza. La gran cantidad de cabezas de ganado que se hicieron salvajes, que cubrieron, durante tanto tiempo, las pampas, revela que fue sólo a fines del siglo pasado que los verdaderos aucas de las pampas tomaron de los pehuenches y de los habitantes de los alrededores de Buenos Aires la costumbre de tener rebaños. Esta costumbre y la facilidad de los transportes, les hicieron tal vez tomar el gusto tan pronunciado por la carne de caballo, en vez de la de vaca, gusto que domina siempre en ellos. Desde la primera tentativa de fundación de Buenos Aires por Pedro Mendoza en 1535[21], los querandíes, que habitaban entonces las orillas del Plata, tuvieron en su poder setenta y dos caballos de la expedición y se acostumbraron a ellos, rivalizando en poco tiempo con los conquistadores del Nuevo Mundo en el arte de montar y de domar, y transmitiendo, progresivamente, esa afición, acogida con ardor. Esos indios realizaron durante mucho tiempo un gran comercio con las naciones del interior, hasta que éstas, deseando obtener los animales directamente, fueron una tras otra a los establecimientos nacientes de la capital argentina y los asaltaron, motivo que, al parecer, llevó en todas partes a los indios de las pampas a ese estado de hostilidad generalizado que dura hasta hoy. Pronto todas las naciones contaron, hasta los patagones del estrecho de Magallanes[22], con caballos, mientras

21 Véase capitulo XIII.

22 Fue en la expedición de 1764, en la expedición del comodoro Byron, que se vio por primera vez a los patagones a caballo y fue entonces, también, que se les oyó pronunciar las primeras palabras en español.

que pocas de ellas tenían rebaños de bestias con cuernos. En la actualidad todas poseen caballos y muy pocas vacas. Las continuas guerras que se hacen entre sí y la necesidad de escapar con rapidez, serán siempre un obstáculo para que puedan tener grandes rebaños. Los pobladores de las cordilleras sólo pueden poseerlos ocultándolos en gargantas conocidas únicamente por ellos. Lo mismo sucede con las ovejas, que gozan, empero, de gran reputación entre los chacareros de Buenos Aires. Les resulta difícil conservarlas, y los rebaños de esta clase cambian de dueño con mucha frecuencia. Por lo demás, al igual que los gauchos, cuidan muy poco los animales domésticos, dejándolos casi del todo libres en medio de las llanuras y medio salvajes. Prefieren, sobre todo, reunir caballos picazos, conocidos con el nombre de pampas en Buenos Aires, y parece que esa preferencia proviene de que esa variedad es más común en las pampas que en cualquiera otra parte. Casi todos tienen la costumbre de cortar las orejas de sus caballos, sin duda a causa de una idea supersticiosa común a toda la nación.

Los aucas se alimentan de lo mismo que los patagones; como ellos, comen grasa cruda y gustan especialmente de las criadillas de los potrillos, que se limitan a sazonar, todavía palpitantes, con algo de sal. Lo mismo hacen con los fetos de las yeguas preñadas que matan y con el corazón todavía chorreando sangre. Su alimento habitual es, ante todo, la carne asada, pero todavía sangrienta, o hervida y a medio cocer; gustan mucho de la sangre simplemente hervida en agua; prefieren a todo la carne de yegua, y la que obtienen por medio de la caza. Ninguno se dedica a la agricultura; por eso sólo comen los cereales que roban en los establecimientos vecinos. En tiempo de carestía, empero, recogen los granos de una planta crucífera[23], vecina de nuestra mostaza, que muelen entre dos piedras, antes de comer; o bien hacen asar, en una olla, una raicilla negra y larga, bastante parecida al diente de perro, que las mujeres apilan después y la convierten en una harina sin sabor, que les sirve provisoriamente. Comen, por lo general, tres veces al día: una por la mañana, otra al mediodía y la tercera a la tarde. Para comer, se sientan en tierra, cruzando las piernas, más o menos como los orientales.

Prefieren la caza a cualquier otro ejercicio; por eso la efectúan de acuerdo a los mismos principios que la guerra, sin diferenciarse esencialmente de los patagones en este punto[24]. No pescan nunca y no poseen, en ese sentido, ninguna industria.

---

23 Quinoa (chenopodáceos). (N. del T.).

24 Véase capítulo XVIII.

Como los aucas están a menudo inactivos, han tomado el hábito de las bebidas fermentadas y las aman con pasión. La felicidad suprema es para ellos embriagarse, a tal punto que Falconer[25] pretende que lo que les hace desear otra vida es la esperanza de estar siempre ebrios. Los que van a las cordilleras de Chile hacen un licor fermentado con las almendras de la araucana, con las semillas que obtienen en sus excursiones, o que consiguen de los chacareros mediante el trueque. Desde que los manzanos, plantados en los Andes por los primeros conquistadores, se naturalizaron y multiplicaron al infinito, hasta la ladera oriental, hacia las fuentes del Río Negro, fabrican una especie de sidra, que les gusta mucho. Los que viven junto a los establecimientos de los blancos y han adquirido ese vicio, todo lo sacrifican a esa pasión. Cuando consiguen algún dinero, lo gastan de inmediato en aguardiente, que no solamente los hombres desean, sino también las mujeres; tanto uno como otro sexo, cuando beben es hasta caer sin conocimiento. En Carmen se ven, todos los días, indios e indias acostados como animales, sobre la arena, a las puertas de los negocios de bebidas. Cada época notable de su existencia es señalada con una orgía. No festejan nunca a su genio benéfico sin hacer copiosas libaciones; y lo mismo hacen cuando imploran a su genio maligno. Beben para celebrar un matrimonio, un nacimiento, la nubilidad de una mujer; para acelerar la cura de un enfermo, para llorar la pérdida de un padre, de un esposo, durante su entierro; y, en fin, cada vez que las circunstancias de su vida privada les brinda la oportunidad. Se ha visto a una mujer puelche vender su hijo por tres días de borrachera[26], y cuando los indios no tienen otro recurso, se los ve, en Carmen, prostituir a sus mujeres e hijas para satisfacer ese deseo desenfrenado. ¡Cuántas veces he visto, al atardecer, a las puertas de las pulperías gran número de mujeres y muchachas de las naciones salvajes aguardando que los gauchos las elijan y pidiendo a cambio de sus favores un precio que comparten, luego, con sus maridos o sus padres ubicados junto a ellas! ¡Cuántas veces no he enrojecido, por ellas, de vergüenza al ver cómo la ebriedad las hace rebajarse hasta el más vil de los comercios! Ese comercio escandaloso tendría mucho más éxito sin la costumbre de esas mujeres de interpelar a todos aquellos con quienes han mantenido relaciones, con el título de marido, cada vez que los encuentran, lo que frena a muchos pobladores de Carmen; pero ¿cómo conciliar esas costumbres con la reserva y la decencia que ponen en sus vestidos, que las cubren casi siempre de la manera más escrupulosa? No debe creerse,

25 Falconer, *Description des terres magellaniques*, t. II, p. 75.
26 Véase capítulo XVIII.

empero, que todos los aucas llevan tan lejos la corrupción; su orgullo se opone a ello. Los indios establecidos durante mucho tiempo junto a los cristianos sacrifican, poco a poco, todo a su pasión favorita; además, los comerciantes estimulan ese vicio, excitándolos sin cesar a entregarse a él y llegan hasta darles bebidas, a cambio de las cuales hacen grandes negocios, que duplican o triplican pronto sus capitales en todo lo que adquieren.

Podría creerse que al gustarles tanto los licores fuertes y perdiendo tan a menudo la razón, haya diariamente, entre ellos, riñas y peleas, pero no es así; la ebriedad sólo los alegra. Nunca se ha visto a los indios pelearse, cuando han bebido; por el contrario, he observado en ellos más cordialidad, más alegría, indolencia. Entonces cantan, ríen, lloran, recuerdan a los parientes muertos, enumeran sus buenas cualidades, sin recordar nunca sus defectos; es entonces también que toma todo su vuelo su elocuencia natural. He oído a los jefes, con fuego y sentimiento, sucesivamente, arengar a los suyos, horas enteras, sin parar un instante; y a menudo me asombraba, gracias a la traducción que me hacía el intérprete, la elevación, la sublimidad de las ideas y la poesía del estilo, característicos de esas improvisaciones.

Los aucas son tan aficionados al tabaco como a los licores: lo piden continuamente, lo fuman con deleite, haciendo cigarros, y cuando pueden conseguir yerba (mate), consumirían cantidades, apilándola y mezclándola con tabaco. El indolente indio, para conseguir esos objetos, sino bastan su mujer y sus hijas, se decide a veces a trabajar, no en algún obraje industrial, sino en los alrededores de Carmen, reuniendo madera para los pobladores, que le dan, en cambio, de qué comer o con qué satisfacer sus vicios. Se encuentran siempre esas familias en el campo, y cuando se les pregunta qué hacen, responden invariablemente: *paseando*. Estos indios, así como todos los miembros de la nación, son los mayores pedigüeños que existen; no cesan de quejarse de su pobreza, exageran las riquezas de los cristianos, a fin de excitar su compasión y tienen siempre en la boca la palabra *prestando*[27]. Si no se les da nada, saben decir *mezquino*, y cuando, por el contrario, se los satisface, dicen *buen corazón*. Es de lo más raro que un indio dé alguna cosa; y cuando uno de ellos obtiene un objeto cualquiera, no lo comparte nunca con sus compañeros. Los ha hecho muy *egoístas*, sin duda, la manera cómo los han tratado los españoles, colmándolos de regalos a cada entrevista, y sobre todo al sellar tratados, sin jamás recibir nada de ellos. Se podría creer, al ver a un auca pintar su miseria a

27 Esa palabra es una de esas corrupciones indias del idioma español, que puede traducirse por pedido de regalos.

un cristiano, que se cree su inferior; lo hace así porque su situación momentánea lo obliga, porque en el fondo se considera, en todos los momentos, muy superior a él.

Los aucas tienen los mismos juegos que los patagones. Son la pelota[28], los dados y algunos otros del mismo género; sin embargo, las diversiones están muy influenciadas por sus costumbres guerreras y dejan todo por la caza o por el manejo de las armas.

Los aucas se tratan siempre con bondad, cuando pertenecen a la misma tribu. Se tienen, mutuamente, muchas consideraciones, a causa precisamente de no estar sometidos a nadie y poder, además, necesitarse todos los días unos a otros. Los que han realizado juntos una campaña, se consideran, por así decirlo, ligados para siempre; tienen derecho a pedirse, en señal de amistad, un objeto cualquiera, que no puede negársele; pero el que pide un año está obligado al año siguiente, a su vez, a dar al otro lo que desee.

Su carácter es igual al de todos los indígenas nómades de las regiones australes. Lo mismo que los patagones y los puelches, los aucas son interesados al máximo, desconfiados por encima de todo lo que pueda decirse, lo que se explica por la mala fe que siempre les han demostrado los españoles en sus tratos; malignos hasta lo último; más astutos que los hombres civilizados; falsos por necesidad; simuladores entre sí, y sobre todo con los cristianos, de quienes tienen la peor opinión del mundo, creyéndolos incapaces de cumplir una promesa y de tener conciencia en sus tramitaciones comerciales. Son arrogantes en sus modales, desenvueltos en sus actos; audaces hasta la temeridad, no temen ni a la muerte. Si se desea, en una palabra, pintar a un salvaje libre, habrá que tomar al auca como prototipo, porque nada lo retiene. El temor de Dios jamás influye en sus actos, ni menos el respeto a sus jefes y a la autoridad paternal. Lo único que puede impedirles entregarse a mayores excesos todavía es el temor a las represalias de parte de hombres tan libres como él. Los aucas son los más orgullosos de su independencia de todos los indios de América Meridional, pero no los más unidos, puesto que esa misma libertad de acciones provoca entre ellos y entre sus familias continuas divisiones, los separa en tribus enemigas, siempre en guerra entre sí. No existe sociedad más dividida y más indisciplinada; sus jefes carecen de toda autoridad, sólo la persuasión puede reunirlos momentáneamente en un interés general; pero los intereses particulares no tardan en dividirlos.

Un joven, cualquiera sea su conducta, nunca teme el castigo, que nadie tiene derecho a aplicarle; no espera ninguna recompensa por sus buenas ac-

28 Véase capítulo XVIII.

ciones; lo único que lo frena es el derecho a las represalias. Puede matar hasta a un cacique, si éste lo ataca, siempre que su familia sea opulenta y esté en condiciones de mantenerlo, porque sus parientes son responsables de todos sus actos. La muerte debe ser castigada con la muerte, a menos que grandes regalos calmen los odios, que son casi siempre implacables y tanto más de temer cuanto que la venganza no se ejerce nunca abiertamente, a menos de tener el gran poder que da la posesión de riquezas. Sucede así que determinadas familias no sólo conservan siempre sus deseos de venganza, sino también llevan a tribus enteras a pelear entre sí durante siglos. Si el último muerto tiene parientes que puedan vengar su muerte, esas peleas sólo terminan con la extinción total de la familia, o cuando la más ultrajada es muy pobre y no posee medios para atacar. Esos odios nacen no sólo de las peleas entre los miembros de una tribu, sino también de los guerreros matados en las batallas entre tribus enemigas; por eso no existe en el mundo nación más dispuesta a la guerra y a los combates, para los cuales nunca le falta pretexto. El cacique Venancio educaba, en 1828, con el mayor cuidado al hijo del cacique Polican, para que pudiera un día vengar la muerte de su padre, matado por Pincheira; por eso ese muchacho, hasta que haya hallado el medio de saciar un odio que le es recordado a cada instante, no cesará, más tarde, de atacar a Pincheira y los suyos, en la medida que sus partidarios lo apoyen lo suficiente como para permitírselo. El señor Parchappe oyó, en Bahía Blanca, a Venancio recordar todavía las batallas libradas por los españoles, cuando la Conquista, contra los araucanos de Chile y cómo se nutrió un odio mortal contra los conquistadores del Nuevo Mundo. Esa aversión impedirá siempre, sin duda, cualquier alianza sólida de las nuevas repúblicas con los indígenas de las pampas.

Si un auca roba a otro, el robado se hace devolver el objeto hurtado, cuando tiene poder y el ladrón puede hacerlo; si no, es la familia del poseedor que debe pagar en la persona de su más próximo pariente.

Para terminar de hacer conocer a los aucas en todas las épocas de su vida, por las ceremonias supersticiosas que señalan cada etapa de los dos sexos y por su educación, que, en ellos, como en todas partes, forma el carácter del adulto, voy a tomarlos desde su nacimiento y exponer, sucesivamente, todos los hechos característicos para completar el cuadro de su vida privada.

Tan pronto como un niño nace, se lo baña, envuelto en mantillas de lana, en el río o en el lago más cercano. La madre le dedica los mayores cuidados, sin abandonar por eso sus tareas. Una vez que posee algo de fuerza, se ocupa de hallarle un padrino encargado de darle un nombre, que debe acompañar al de su padre. Siempre se elige un pariente o un amigo a ese efecto. Una vez que él

acepta, se elige el día; se avisa, de un lado al otro, a los amigos, que, todos reunidos, por la mañana, muy temprano, se dirigen, conducidos por el padrino, a la tienda donde está el niño, llevando consigo una yegua gorda, que se arroja a tierra al llegar, atándole fuertemente las cuatro patas; se coloca, sobre su vientre, un poncho sobre el cual, sucesivamente, los invitados depositan, cada uno, un regalo destinado al héroe de la fiesta. Para un niño, son espuelas, vestidos, armas; para una niña, son vestidos o adornos correspondientes a su sexo. Tan pronto como cada uno ha hecho su ofrenda, el padrino pide al niño, que pone sobre sus hombros; entonces se abre el pecho de la yegua y se le arranca el corazón; y todavía palpitante, se le pasa al padrino, con el cual hace una cruz en la frente de la criatura, diciéndole: Tú te llamarás así, agregando solamente, al nombre de familia, un corto adjetivo, que los asistentes repiten, de inmediato, tres veces seguidas. El padre toma en sus brazos a su hijo, mientras el padrino, elevando el corazón sangrante al aire, pide en alta voz que viva. Lo recomienda a Quecubu (dios del mal); luego pide al destino que le dé bravura y sobre todo elocuencia, terminando la enumeración de sus votos, insistiendo particularmente en el don de la palabra. Una vez concluida la ceremonia, se corta la yegua en trozos, se encienden grandes fogatas y todos los convidados hacen honor al festín, que dura mientras quede un pedazo del animal. Así se festeja el nacimiento entre los aucas ricos, y sobre todo entre los pehuenches[29]; pero la pobreza y desvalimiento de ciertas familias modifica todo eso, de manera que la ceremonia se reduce a casi nada en las que han sido arruinadas por las invasiones del enemigo.

La madre e incluso todos los parientes son esclavos del niño. Las mujeres de edad se encargan de su vigilancia, cuando la madre está obligada a dedicarse a los cuidados de la casa, y la costumbre de presentarles un seno seco para amamantarlos se debe, sin duda, a lo que dice Pauw a ese respecto[30]. Se deja al niño, al principio, desnudo, tendido sobre pieles de animales salvajes, ensayando sus fuerzas y tratando de caminar, sin ayudarlo, por así decirlo, en sus primeros pasos; crece así, libre como el aire, mandando, como tirano, sin ser nunca contrariado en sus menores caprichos, golpeando a su madre, a su padre y a sus parientes, sin ser castigado. Un auca aplaude, por el contrario, todo lo que su hijo hace de malo, considerándolo buen augurio para el porvenir. Cuanto peor es, más sus padres se regocijan, porque sus malas inclinaciones les pare-

29 Esta ceremonia complicada tiene lugar sobre todo entre los pehuenches, y es mucho más sencilla entre los aucas de las pampas.

30 Pauw, *Recherches sur les Américains*, t. I, p. 69.

cen que revelan coraje y resolución; las consideran preludio de grandes acciones. Su sistema de educación se basa, en resumen, en la creencia de que reprimir las inclinaciones o castigarlas cuando son malas, significa disminuir la fuerza física y moral de su hijo e impedirle que adquiera esa audacia que caracteriza a los hombres libres de su nación.

No hay que creer, sin embargo, que se descuide por completo la educación de los niños; los padres, por el contrario, tratan de interesarlo en sus trabajos, enseñándole, de acuerdo a su sexo, lo que ellos saben. Una joven debe conocer todas las obligaciones de las mujeres; y, poco a poco, aprende, con ayuda de su madre, a hilar, a tejer y todas las pequeñas tareas a que se dedican esos indios. La educación del muchacho es muy distinta; necesita conocer perfectamente la historia de su nación, de su tribu, de sus jefes, así como la de sus enemigos; la geografía de los lugares que habita en medio de las inmensas llanuras de las pampas; y, sobre todo, comprender la importancia de la pureza del idioma y la necesidad de convertirse en buen orador. Para este efecto, la madre o incluso las ancianas lo acunan en sus primeros años contándole los altos hechos de sus antepasados muertos, haciendo el elogio de la elocuencia de que dieron muestra en las grandes ocasiones. El niño siente así, poco a poco, elevarse su alma, por esas continuas ideas de victorias, y se interesa en las narraciones que se fijan en su cabeza, al mismo tiempo que el recuerdo de los lugares donde tales acciones acontecieron; y pronto conoce perfectamente los nombres de todos los jefes amigos y enemigos y los lugares donde viven. Comienza después a estudiar el idioma; y de las palabras, no tarda en pasar a las frases. Los discípulos adquieren, gradualmente, el imperio de la elocuencia; asisten siempre a las grandes ceremonias públicas, a las conferencias diarias que se realizan entre sus padres, al regreso de cada cacería o de cada expedición. No es raro ver niños de diez a doce años en medio de las mujeres y de jovencitos de su edad, ensayar la pronunciación sea de panegíricos, sea de alocuciones, que revelan ya sus disposiciones para el arte oratorio. Los padres, que los ven así progresar entre ellos, los estimulan con todo su poder, repitiéndole continuamente que el don de la palabra es la primera cualidad del hombre que quiere sobresalir. Me ha impresionado a menudo el conocimiento perfecto que poseen los indios de todas las comarcas vecinas de las pampas y de sus productos. Un patagón, que no haya cruzado nunca el Río Negro hacia el norte, conoce perfectamente las tierras más septentrionales y tiene ideas muy justas de Buenos Aires, lo que se debe al espíritu de observación de los salvajes y a la claridad de las descripciones que se transmiten en el contacto diario. Llama la atención que en naciones todavía salvajes, las ideas de las cosas pre-

MAMMIFÈRES. PL 5.

Cebus fulvus.

Indios e indias de la provincia Chiquitos.

ceden siempre a las cosas mismas. Otro objeto esencial de la educación es la táctica militar, la manera de sorprender al enemigo, los medios empleados por la nación para hacer señales y, finalmente, todo lo que se relaciona con la estrategia práctica. Oyen continuamente alabar a quien, en un ataque, ha conseguido mayor botín; al que ha robado a los enemigos comunes, los cristianos, rebaños y sobre todo cautivas; y aprenden, desde la edad más tierna, a considerar la astucia como una de sus primeras virtudes.

La educación física es más o menos la misma que la educación moral. Los jóvenes adquieren poco a poco las costumbres de sus padres; montan a caballo muy temprano, se ejercitan diariamente con las armas o los aparejos de caza. Se los ve a menudo ejercitarse en el lanzamiento de boleadoras y esforzarse en alcanzar una lanza fijada en tierra a gran distancia o bien en enlazar a sus perros. Se convierten en seguida en buenos jinetes; por eso pronto están en condiciones de seguir a sus padres en todas sus guerras o en los cambios de domicilio tan frecuentes en las naciones nómades; es entonces que hacen, por sí mismos, observaciones sobre geografía, aprendiendo a conocer los lugares donde se puede hallar agua, en medio de la llanura, y cuál es la dirección que pueden seguir sin temor, guiándose, en sus manchas lejanas, por el sol y las estrellas. Las jóvenes saben montar a caballo tan bien como los jóvenes; y hasta no ser bastante fuertes como para combatir con sus padres y por su propia cuenta, siguen a las mujeres en la retaguardia, ocupadas en salvar el botín, mientras los hombres combaten. Ninguno de los sexos tiene respeto por sus padres, a quienes no temen; sin embargo, hay en ellos un amor familiar, una unión íntima entre sus miembros, que tratan siempre de ayudarse y sostenerse mutuamente, cualquiera que sean las circunstancias. Es muy raro que un padre toque a uno de sus hijos; pero si lo hace y lo mata, los parientes de su mujer tienen derecho a vengarse y matarlo, sin temer ninguna represalia. Es tal vez esa causa, además del amor a sus hijos, lo que les impide castigarlos.

Las jóvenes son, naturalmente, las primeras que adquieren rango en la sociedad; se convierten en mujeres hacia los trece a quince años, edad en que los muchachos son aún niños. Ese momento, lo mismo que en los patagones, en los puelches y en casi todas las naciones americanas, es señalado por una ceremonia que, si bien tiene mucho parecido con la que realizan los patagones[31], difiere lo suficiente como para que tenga que describirla. Cuando una joven nota su nuevo estado, informa a su madre, la cual, de inmediato, lo hace conocer a sus parientes, y ubica a la muchacha en un ángulo de la tienda, donde se

31 Véase cap. XX.

le encierra, por medio de ponchos y otros vestidos, recomendándole, sobre todo, no mirar a los hombres. Queda así encerrada todo el día. A la mañana siguiente, desde el amanecer, su madre o su más próxima parienta la hace salir, la toma por las manos y la hace correr por la campaña, hasta que se canse por completo; entonces se la vuelve a encerrar hasta la caída del sol, hora en que vuelve a correr por el campo, para luego regresar a su encierro. Al tercer día, no se la hace correr, pero a la misma hora, por la mañana, se la envía a buscar tres brazadas de leña, que trae y coloca, en tres direcciones distintas, en los senderos que conducen a su tienda, a fin de que todos los miembros de su nación sepan que se ha convertido en mujer. Todos los invitados se reúnen. Se mata una o varias yeguas, y se festeja solemnemente el estado de la joven, que se convierte, desde entonces, en dueña de sí misma, y puede a voluntad disponer de su corazón, aunque no de su mano. La familia la deja en libertad de llevar la conducta que le parezca, con tal que no se case.

El padre de familia que tiene muchas hijas es considerado el más rico, mientras que el que no tiene más que hijos es muy pobre. Sucede precisamente lo contrario que en Europa. No necesita ocuparse de la dote de su hija, porque es el pretendiente quien la aporta; por eso hay muchos indios que no pueden tener hasta muy tarde los medios de obtener, o mejor dicho, de comprar una mujer, cuyo precio, puesto por los padres, siempre resulta muy elevado. Es por eso que, desde el momento en que se sienten con valor para comenzar solos su fortuna, se entregan a los azares de la guerra, buscando, por todos los medios posibles, distinguirse y, sobre todo, amasar riquezas. Si las hijas se casan jóvenes, no sucede lo mismo con los hijos, que no pueden hacerlo hasta no ser buenos cazadores y buenos guerreros, o cuando tienen una familia opulenta, o no poseen ellos mismos algo. Muchos indios que no pudieron nunca reunir con qué tener una mujer, deben conformarse con una cautiva por toda compañera; a menudo, se arreglan los matrimonios cuando la joven es todavía una niña, y entonces se entrega por adelantado una parte de los regalos.

El casamiento es algo de lo más complicado entre los aucas, sobre todo entre los de las montañas, y no tienen en cuenta exclusivamente a los dos interesados, ni siquiera sólo a los padres y madres, sino también a familias enteras de ambos lados: la de la joven, para que reciba bastantes regalos como para sentirse satisfecho con la alianza, sin lo cual las rupturas son infinitas; y la del pretendiente, porque debe ayudar a conseguir los objetos pedidos por los parientes de la joven india, que siempre exigen su parte. Cuando un indio desea casarse, informa a su familia, la cual se reúne de inmediato. Se discuten los regalos que pueden ofrecerse, en razón de las experiencias de los parientes

de la amada. Una vez que creen que no recibirán una negativa, que todo está arreglado, se fija el día en que todos los miembros se reunirán en un lugar determinado, cada uno con su regalo. Esas reuniones tienen lugar al amanecer. Se realiza un nuevo consejo de familia, en el cual son destinados, como delegados, dos o tres de los miembros más elocuentes; éstos parten, se dirigen a la tienda del padre de la pretendida, despiertan a los padres, que se levantan de inmediato e invitan a entrar a los delegados, lo que éstos hacen después de poner en el suelo algunos de los regalos que traen. Entonces el padre comprende de qué se trata, si es que no está informado por adelantado; recibe los abrazos de los recién llegados, abrazos mutuos, semejantes a los que los aucas se dan siempre, cada vez que se encuentran luego de una ausencia. Inmediatamente después, los enviados, unos tras de otro, toman la palabra y hacen conocer el motivo de su visita, apoyándolo con la enumeración de los títulos del pretendiente, de sus cualidades personales; después los de los parientes muertos o vivos, remontándose hasta la quinta o sexta generación, para hacer resaltar más las ventajas de la alianza propuesta. Una vez que los diputados terminan sus discursos, que duran a veces algunas horas, el padre, a su vez, toma la palabra: enumera también, él, las cualidades que adornan a su hija y expone los méritos de sus antepasados; luego hace conocer, por pura fórmula, el pedido a su mujer, porque ésta, al carecer de todo poder, siempre da su consentimiento. El único asentimiento que no se exige es el de la joven; que la cosa le convenga o no, está severamente subordinada a la voluntad paternal y no puede negar nada.

Entonces comienza una segunda tratativa con el padre, para tratar los valores que se le darán, lo que siempre es el punto más delicado y más difícil de considerar. Pide en razón directa del número de parientes, estando obligado a satisfacerlos todos. Cuando finalmente se llega a un acuerdo, uno de los delegados regresa al lugar donde aguarda la reunión de familia, que va en corporación, conduciendo o portando todos los regalos anunciados. Al llegar junto a la tienda, arrojan a tierra, y atan por las patas a las yeguas, caballos, vacas y corderos que quieren dar; luego, cada uno a su vez y uno a uno, entran en el toldo, sin decir una palabra, dejan caer los regalos, que consisten principalmente en tejidos, o en adornos de hombre y de mujer, espuelas de plata, etc. Van después a sentarse fuera de la tienda, con las piernas cruzadas y formando un gran semicírculo, en medio del cual se ubica el pretendiente, con sus más próximos parientes, reservando entre ellos un asiento elevado, formado con prendas de mujer. El padre de la india sale de su tienda, hace un saludo general a la asamblea y, con gran seriedad, señala su morada, anunciando que su hija

está allí y que ella ya puede salir. De inmediato todas las mujeres, que llegaron con el pretendiente, se levantan con rapidez, entran en la tienda, piden a las mujeres que encuentran que les señalen la pretendida, la toman de la mano[32], la tiran con fuerza para hacerla salir, ella trata de quedarse, y la presentan a sus futuros parientes. La novia se coloca en el asiento reservado, donde la cubren de regalos. Es entonces que se despliega todo el lujo de los regalos delante de los asistentes y, por primera vez, se engalana con el bonete de perlas, que una muchacha no se atrevería a usar. Todo el mundo ya satisfecho, y las dos familias se mezclan momentáneamente. Se mata a una de las yeguas, se le extraen el pecho y el corazón, que se hacen hervir en agua; luego todos los convidados comen, y conducen a la novia a casa de los padres del marido, donde algunos días más tarde se consuma el matrimonio.

En otras ocasiones, sobre todo cuando hubo vinculaciones antiguas entre ambos contrayentes, el matrimonio no se desarrolla del mismo modo. Los padres del marido arrebatan a la pretendida, la guardan y hasta días después no hacen el pedido en forma, excusándose de la violencia empleada por el amor del futuro esposo y pidiendo perdón, haciendo algunos regalos, seguidos de otros una vez que se formaliza el consentimiento; luego continúa la ceremonia usual, más o menos complicada, de acuerdo a la bonanza de la tribu y a sus riquezas; y a veces se reduce a una simple compra. A menudo el marido no adquiere en seguida la libre posesión de su mujer y no la consigue con sus primeros gastos, porque si, cuando el padre de su compañera hace la distribución de los regalos a sus parientes, éstos no se sienten satisfechos, lo que acontece casi siempre, el esposo está obligado a entregar lo que le queda, de manera que un casamiento arruina muy a menudo, durante largos años, a toda la familia del marido.

Una vez que una india se casa, vive en una tienda aparte de su familia, y desde entonces todas las tareas del menaje recaen sobre ella, pero por lo general es buena esposa y más tarde buena madre. Se ven muy pocos malos matrimonios. Lo mismo que entre los patagones, el marido tiene siempre muchas consideraciones con su compañera, y nunca, incluso ebrio, llega a golpearla.

La poligamia es permitida entre los aucas y todos tendrían varias mujeres si no fueran tan gastadoras; por eso, sólo los propietarios de numerosos reba-

32 En el manuscrito del viaje de Luis de la Cruz (pág. 218), hallé esa ceremonia, tal como tiene lugar entre los pehuenches. Es la misma, con la diferencia de que la novia tiene en la mano derecha un plato conteniendo una piedra verde llamada *llanca*, que ofrece a su futuro esposo en señal de consentimiento. Esta última costumbre no es empleada por los aucas de las pampas; por lo menos no se la he visto practicar.

ños o los jefes (*ulmens*), aprovechan esa autorización, porque su posición los coloca en mejores condiciones de obtenerlas, ya que no sólo pueden comprarlas, sino también, a menudo, un padre de familia pobre se siente feliz de aliarse con un jefe, a fin de tener mayor poder. Le da entonces su hija casi sin retribución. Vienen luego las concubinas, en número ilimitado, cautivas tomadas al enemigo, que se emplean como esclavas de las familias legítimas. Cuando hay varias mujeres legítimas, la primera domina a las demás. Es de pensar que existen entre ellas muchos celos a causa de las preferencias concedidas por el marido; por eso, aunque éste se preocupa poco, suele pasar sucesiva y alternativamente dos días seguidos con cada una de ellas; y entonces, la correspondiente al día, goza de la prerrogativa de sentarse junto al mismo fuego que su marido. Esa preferencia del fuego proviene de una costumbre bastante generalizada, que consiste en que, en cada toldo, no debe haber más que dos, uno donde está el marido, con su mujer del día y sus hijos, y el segundo donde las otras deben estar juntas. Es realmente notable que la rivalidad de las mujeres de los indios no las lleve a riñas continuas. Para que no se peleen con mayor frecuencia, se necesita nada menos que esa especie de indiferencia aparente que los maridos afectan siempre frente a las disputas internas del hogar; por lo demás, como cada una detenta momentáneamente la autoridad en sus manos, todas están obligadas a plegarse a las exigencias de las demás.

Si el esposo puede llevar la conducta que le parece y cometer con sus mujeres tantas infidelidades como le place, sin que ellas puedan rebelarse, no sucede lo mismo con sus compañeras que deben guardar una conducta irreprochable, porque sus maridos son celosos al extremo, pero no llegan a ningún exceso, sobre todo con el cómplice de la mujer, que debe sólo pagar su falta con el regalo de caballos, o de cualquier otro objeto, si no quiere exponerse al descontento de toda la familia y la obligación de marcharse. Entre los pehuenches la severidad de las costumbres se aplica totalmente contra la mujer. El marido ofendido puede matarla, pero siempre que los parientes consientan, lo que no sucede casi nunca; y si el marido llega a extremo sin consentimiento previo, los padres de la mujer se lo hacen pagar con la pena capital. Entre ellos son muy celosos, y es por ese motivo que un indio que recibe en su tienda a un pariente en comisión, siempre tiene la precaución de acostarse a su lado, so pretexto de mostrarle deferencia.

Cuando una mujer da a luz, va inmediatamente a lavarse, así como su hijo, en el lago o río cercano, y continúa bañándose todos los días. Se hace una fiesta con ese motivo; se baila, y sobre todo, se bebe. El médico (mujer) o *machi* asiste al parto. Cuando se compara la poca importancia que asignan los

salvajes al momento del parto con las innumerables precauciones que se toman en nuestras ciudades, sin poder, sin embargo, impedir accidentes graves, uno se siente tentado a creer que las americanas son otra especie de mujeres, distintas de las de nuestro continente. Si se expone una europea a los rigores del clima, a baños casi helados, después de dar a luz, se causaría casi de seguro su muerte; mientras que la americana no experimenta la menor molestia. He visto, en las indias de las regiones cálidas, seguir esa costumbres, generalizada en el interior de Bolivia, hasta las fronteras del Paraguay. Puede creerse que la temperatura elevada de esas regiones es el motivo de los pocos accidentes que resultan; pero no es lo mismo en las regiones templadas y hasta heladas; por eso, en la Patagonia la temperatura es más o menos la de Francia y esos baños fríos no traen ninguna consecuencia mala. Hay, pues, que aceptar que la constitución femenina es mucho más vigorosa; que el goce de las comodidades, traídas por la civilización, ha atenuado mucho, poco a poco, las fuerzas físicas de los países adelantados, y que se descubre entre los salvajes más próximos a la naturaleza ese estado primitivo, que debía existir en todas partes, antes de que cada siglo aportara sus modificaciones particulares[33]. Esa verdad viene en apoyo de lo que ya he dicho[34], que el hombre pierde en lo físico lo que gana en lo moral por la civilización.

Si, en el transcurso de la vida de los aucas, experimentan algunas enfermedades, nunca se curan por sí mismos: recurren siempre a la machi, que practica la medicina al mismo tiempo que las funciones de curandera. Esta procura ante todo curar al enfermo por medio de aplicaciones de hierbas, de polvos o de jabón, o bien le hace incisiones en las partes doloridas, levantando la piel, tirándola algo y pasando, a través un instrumento cortante (operación denominada *catalun)* y que consiste en una pequeña sangría local; pero si todos estos remedios no producen efecto y si el enfermo empeora, sólo se combate el mal por medio de la superstición. He visto practicar varias, pero nunca de una manera tan complicada como lo hacen los pehuenches de los despeñaderos de los Andes[35]. Interesada en multiplicar las ceremonias, la machi, desde que nota que no progresa, anuncia a los parientes que ha soñado (y los aucas son esclavos de los sueños) que el enfermo se agrava y que el *machilun* se hace absoluta-

33 Puede tenerse una idea de esa influencia comparando, a este respecto, los animales domésticos con los animales salvajes. ¡Cuántas veces ocurren accidentes durante la parición de las vacas de nuestros establos de Europa! En cambio, es sumamente raro ver perecer por eso a las vacas salvajes de las llanuras de América, donde nadie se ocupa nunca de ellas.

34 Véase capítulo XVIII.

35 Véase Luis de la Cruz, pág. 206.

mente necesario. Se prepara entonces a ejecutar ese conjuro, que se hace así: junto a un toldo se plantan dos árboles o dos lanzas, de cada una de las cuales se cuelgan un tambor y un vaso lleno de bebida fermentada; se ubican alrededor, en forma circular, otros doce vasos llenos del mismo licor; se traen, bien atados, un carnero y un potro del color indicado por la hechicera; se los coloca junto a los vasos; sale el enfermo bien envuelto; se lo coloca del lado del sol, en medio del círculo. Dos mujeres de edad se introducen de inmediato, hasta ponerse junto a los tambores. La machi marca el compás, entonando un canto apropiado a este género de ceremonia. Las dos viejas golpean el tambor y los asistentes cantan en coro, bailando alrededor del enfermo. La machi enciende un cigarro, aspira el humo y perfuma, tres veces consecutivas, los árboles, los animales y al enfermo, descubriéndole la parte sufriente, que chupa hasta sacarle mucha sangre. A medida que realiza estos esfuerzos que la acaloran, ella se enardece; sus ojos se llenan de sangre, signo infalible de que la enfermedad sólo proviene del espíritu maligno o Quecubu, que saca del cuerpo del enfermo y que pasa al suyo. Cada vez más inflamada, parece poseída del demonio, y se pone finalmente furiosa, lo que obliga a los asistentes a dejar de bailar y a sostenerla, mientras se agita. Entonces se abre, todavía vivo, al pobre potro; se le arranca el corazón, todavía palpitante; se le pasa a la hechicera, que lo recibe, chorreando sangre, y hace con él una cruz en la frente del enfermo, que pone de pie y al que frota de inmediato con sangre todo el cuerpo. La misma ceremonia se repite con el carnero y la danza recomienza. Se obliga al enfermo a mantenerse de pie, y sosteniéndolo se lo hace participar en el baile. Si se alegra, va a sobrevivir a la enfermedad; si, por el contrario, se entristece, va a morir. La machi explica el fracaso de la operación diciendo que pasó el tiempo de curar la enfermedad; que el Quecubu domina mucho, desde hacía más de cuatro meses, plazo que hace perder toda esperanza. Sea o no favorable el augurio, los asistentes, después de haber bailado, no dejan de hacer asar, allí mismo, la carne de los animales empleados en la ceremonia y de comerla hasta el último pedazo, lo que es obligación, porque ni los huesos pueden ser abandonados a los perros y son enterrados o colgados de las lanzas o de los árboles.

Hay también otra charlatanería mucho más complicada, que sólo se practica en las ocasiones solemnes, cuando está enfermo un jefe rico, por ejemplo. Se efectúa de la manera siguiente: se colocan también las dos lanzas o árboles, de los cuales se cuelgan los tambores; se forma un gran círculo con todos los presentes, dejando una sola entrada al oeste; se pone al enfermo entre los dos árboles. La machi ubica allí dos ancianas, una de cada lado, y dos ancianos, uno a la cabeza y el otro a los pies del enfermo. Da a las mujeres dos trozos de

madera de un pie y medio de largo, adornados con plumas en el extremo y que ellas sostienen con la mano derecha, para golpear los tambores, cuando se da la señal, además de dos calabazas llenas de piedritas que deben agitar con la mano izquierda. Entrega a los dos viejos cuatro vasos, dos llenos, de un color blanco, con que deben embadurnarse, y los otros vacíos, destinados a recibir la sangre de un caballo bien atado, que se conduce a ese efecto. Todos los convidados entran en el círculo, entre ellos seis muchachas engalanadas, que se toman por la mano, dando las espaldas a las ancianas. Una vez terminados todos estos preparativos, la machi da la señal batiendo el tambor y entonando los versículos consagrados, que acompañan el ruido de las calabazas de las viejas. Las muchachas bailan, sin cambiar de lugar, y así se continúa durante algún tiempo. Después, la machi ordena matar el caballo y arrancarle el corazón, el que le es entregado palpitante, para que realice su brujería de costumbre. Mientras los ancianos reciben la sangre, con que embadurnan a las muchachas, así como con pintura blanca, doce de los asistentes cortan en pedazos el hígado y las restantes vísceras, para hacer con ellos doce rosarios, que, por burla, ponen en el cuello de las dos viejas, mientras que otras dos mujeres cortan una la cabeza y otra la cola del caballo, que ofrecen en seguida a dos indios viejos. Es comprensible que las muchachas pintadas, las viejas con sus collares, los viejos que van, con gran seriedad, a brindar al enfermo, uno la cabeza y el otro la cola del caballo, todo eso debe inspirar una risa muy exaltada, especialmente en las muchachas; luego la comparsa burlesca se pone a bailar, seguida del enfermo, que pasea por el círculo, mientras la machi marcha delante. Si el enfermo se alegra en medio de esa escena se lo considera salvado, lo mismo que en el caso anterior.

Es evidente que esas brujerías tienden a alegrar al enfermo, lo que no es tan salvaje como podría creerse, puesto que el cuidado que se toma de impresionar y retemplar su moral, debe necesariamente influir sobre el físico, propósito que sin duda es muy razonable. En todas las circunstancias de la vida, la moral es lo primero que debe cuidarse, ya que su energía, mantenida o levantada, es lo que más influye en el rápido restablecimiento de las personas que están en un estado desesperado. Los aucas tienen también la costumbre característica que he descrito de los patagones[36], y que consiste, de un extremo al otro de las pampas, en huir de los enfermos contagiosos, abandonándolos, con la misma falta de humanidad, en los campamentos desiertos.

36 Véase capítulo XX.

Si, a pesar de todas las brujerías de las machis, el enfermo muere, tienen lugar las ceremonias de los funerales, que entre los aucas son muy distintas que entre los patagones.

Tan pronto como un indio da el último suspiro, los parientes se reúnen en su tienda, para llorar, en común, la pérdida que acaban de sufrir. Todos se sientan en el suelo, primero sin pronunciar palabra, mientras se viste al difunto con sus mejores ropas y se lo acuesta sobre el lecho mortuorio. Entonces los oradores de la familia comienzan, cada uno a su vez, a celebrar, en alta voz, los talentos y buenas cualidades morales del difunto, extendiéndose sobre su valor en la guerra, su elocuencia, su prudencia en los asuntos delicados, sobre sus virtudes como padre y como esposo. El panegírico se prolonga durante algunas horas, y si se suspende algunas veces, es porque los convidados se ocupan de algo que les resulta más agradable, esto es en comer la carne de una yegua que perteneció al difunto o fue donada, a ese efecto, por uno de los parientes. Velan, luego, toda la noche, junto al cadáver. Al día siguiente lo cargan sobre su mejor caballo, cubierto de sus más hermosos arneses, el cual, acompañado por toda la parentela del difunto, es conducido de la brida hasta el lugar de sepultura de los antepasados. Una vez allí, o en el sitio más desierto del campo, si se alejaron, lo que acontece a menudo, cavan una fosa, colocan ramas, cuando las tienen, tienden el lecho donde murió el indio, lo acuestan, lo cubren con cuidado, depositan a su lado todas sus armas, los arneses completos de su corcel, sus espuelas de plata, sus instrumentos de caza, tales como sus boleadoras, sus lazos, etc., y en fin todo lo que le perteneció, además de alimentos en vasos, bebida fermentada, si la tienen, y muchas ollas con agua, a fin de que halle todo eso en la otra vida; luego se lo cubre con un cuero de caballo y se arroja tierra hasta colmar la fosa. El caballo que usaba de ordinario es inmediatamente estrangulado sobre su tumba y abandonado allí su cadáver.

Si el indio muerto es opulento, la ceremonia dura más tiempo, sobre todo entre los pehuenches, los menos vagabundos de los aucas y, en consecuencia, los más ricos en ganado. En este caso, una vez que el moribundo expira, las mujeres y los parientes fabrican la bebida fermentada. Tan pronto como está preparada, se invita a todos los aliados y amigos a acompañar el cortejo, llorando, hasta el lugar de la sepultura, conduciendo, al mismo tiempo, muchas yeguas y otros animales domésticos. Una vez en ese sitio, se cava la fosa y se enciende fuego; luego, se matan los animales llevados, y, allí mismo, comienza la fiesta de los muertos, después de la cual se pasa la noche llorando. Al día siguiente se entierra el cadáver, con todas sus riquezas: se le cubre de tierra y se sigue llorando; después los asistentes se dividen los restos de los animales muer-

tos y cada invitado se lleva un pedazo a su casa, donde va a pensar en el difunto con más libertad. Si, por el contrario, un indio muere en un combate, lejos de los suyos, y no hay tiempo de darle sepultura, se mata su caballo a su lado o frente a su tienda, si posee una, abandonándolo con toda su ropa y sus armas. Cuando es una mujer, la ceremonia es todavía más sencilla, pero se entierra, con ella, todo lo que poseía en adornos, así como todos los utensilios que utilizó. Lo mismo se hace con los niños.

Los parientes guardan un año de duelo por el muerto, durante el cual lloran a menudo, recordando sus virtudes. El marido que ha perdido a su mujer, no lleva otro luto que el de su corazón; no está obligado a ninguna otra manifestación exterior. No sucede lo mismo con las mujeres, obligadas a permanecer en sus tiendas y guardar el más riguroso celibato durante el año que exigen las conveniencias, a la expiración del cual son dueñas de sí mismas; por eso, al concluir ese plazo, los aucas, en general, prefieren hablar poco de sus parientes muertos, de tal manera que sólo los recuerdan en las arengas. En cualquiera otra circunstancia, es casi una ofensa nombrarlos.

Lo que precede prueba que si los aucas siguen algunas de las costumbres de los patagones en el hábito de matar el caballo favorito del difunto, están lejos de llevar esa creencia hasta la destrucción total de lo que posee el muerto, limitándose a sus joyas y vestidos, sin incluir sus perros y ganado, lo que hace que, por lo general, si bien no poseen muchas armas y adornos de plata, son más ricos en rebaños. Esta última costumbre despierta la avidez de los cristianos de la vecindad, que buscan ahincadamente las sepulturas de los indios, para profanarlas y robar los objetos allí depositados, lo que constituye un motivo más de odio contra ellos, que obliga a los indios vecinos de un establecimiento a ocultar lejos, en el campo, los despojos de sus padres, tomando todas las precauciones posibles para no ser descubiertos. Creo que las tribus enemigas no se profanan mutuamente sus tumbas. Cuando se produce un ataque, los combatientes de uno y otro bando tratan de no abandonar los cadáveres de sus hermanos, a fin de rendirles los últimos honores, pero el bando vencedor deja siempre en el lugar los cadáveres de los vencidos.

En un pueblo supersticioso al máximo debe preocupar, más que en otros, la causa de la muerte de los parientes; por eso van, sin demora, a consultar a la machi, que siempre cumple las funciones de adivinadora, y le pagan para saber el origen de la pérdida que deploran. La machi se concentra algún tiempo y termina por señalar al individuo que hechizó al difunto y lo mató. Si la persona acusada pertenece a la misma tribu y es posible encontrarla, los parientes, sin buscar otras pruebas, se dirigen, sin perder tiempo, a su tienda o a sus alre-

dedores, para sorprenderla; prenden una fogata, se apoderan de aquélla, la atan fuertemente, la conducen al fuego, la ponen en las llamas, la cubren de injurias y le ordenan declarar si tiene cómplices de ese asesinato. Vencida por el dolor, la desdichada víctima nombra a cualquier persona, lo que no impide a sus verdugos quemarla lentamente y arrojar luego su cuerpo abandonado en el campo; después, en los días siguientes, se esfuerzan en apoderarse, siempre de improviso, de los supuestos cómplices del crimen, a menos que éstos no los apacigüen por medio de regalos. Es comprensible hasta qué punto esa creencia bárbara debe ser obstáculo al aumento de la población y a cuántos odios da lugar entre las familias; sin embargo, la machi señala, por lo general, a indios pertenecientes a tribus enemigas y raramente se ven esas escenas atroces, esos *autos de fe* de nuevo género. Es evidente también que los parientes, teniendo siempre que reprocha a una tribu enemiga la muerte de alguno de los suyos, no se reconcilian nunca con ella, porque, a menudo, esa simple denuncia de la machi basta para decidir una de esas expediciones, de la cual resulta una toldería aniquilada. De allí proviene, sin duda, la costumbre de quemar vivos a los caciques apresados en la guerra, teniendo en cuenta que, estando ellos en una posición prominente, no es raro que se les atribuya la muerte de personas más o menos importantes. Tales supersticiones tienden siempre a dividir a las tribus de los aucas y les impedirán, tal vez durante siglos, formar una nación, aunque su número haga posible congregar una masa lo bastante importante como para rivalizar con las repúblicas vecinas.

Los aucas creen, más que todos los demás indios, en la inmortalidad del alma[37]. Cada ser tiene un cuerpo y un alma; el primero perece y la segunda no muere nunca; pasa al otro mundo, del otro lado del mar, donde vive en medio de una continua abundancia de todas las cosas, frutos y animales. En esa morada de descanso, los esposos vuelven a encontrarse y se unen como en la tierra, pero como carecen de cuerpo, nunca pueden tener hijos. Con el objeto de realizar ese viaje, depositan víveres en las tumbas, mientras que todos los adornos, así como las armas, deben haberles servido de adorno, lo mismo que el caballo, que se hace inmortal como ellos. A tal causa obedece que un guerrero, cuando va al combate, lleva consigo todo lo que posee en adornos y armas, con el fin de encontrarlos después de su muerte, si tiene la desgracia de morir. Es quizás la creencia en otra vida que hace que los aucas se expongan

37 Asombra, pues, que Azara haya escrito (*Voy. dans l'Amér. merid.*, t. II, P. 51), "Todas las naciones que habitan esas comarcas (hablando de los pampas) no conocen religión, ni leyes, ni juegos, ni bailes".

con tanta valentía a los peligros más grandes y afronten con coraje las mayores desdichas; sin embargo, nada hacen en la tierra por obtener mayor felicidad en la otra vida, seguros de que serán siempre bien recibidos, cualquiera que sea la conducta que lleven en ésta. La fe de los aucas en los sueños proviene de una creencia común a todos. Piensan que son consejos de parientes muertos; como suponen que sólo los ancianos de ambos sexos pueden darles buenos consejos a causa de su experiencia, a ellos únicamente escuchan, despreciando a los de los jóvenes. Son a tal punto esclavos de los primeros, que se los ve a menudo abandonar un campamento, una empresa, hacer una guerra o convertirse en enemigos, a consecuencia de un simple sueño.

Creen en un ser bueno, creador de todas las cosas, que está obligado, por necesidad, a darles todo lo que pueden desear y a protegerlos en el peligro, sin estar obligados a complacerlo; por eso le piden muy poco, y convencidos de que el hombre es dueño absoluto de sus actos, tanto buenos como malos, no temen verse privados de sus favores. Es, por lo demás, la misma religión, en el fondo, que la de los patagones[38] y puelches, sobre la que ya he hablado. Sólo existen pocas diferencias. Creen que las machis son agentes del espíritu del mal o Quecubu y que todo lo que puede hacerse de mal proviene de él; así los venenos son obra suya, lo mismo que todos los accidentes fortuitos. Sus machis interpretan una cantidad de hechos: el ladrido de los perros durante la noche, el canto del pájaro nocturno, el encuentro por la mañana del zorro, en el momento de partir, y muchos otros incidentes a los cuales atribuyen ciertas malas influencias. Lo mismo que los patagones, creen en la eficacia de una cantidad de heridas que se hacen en los brazos, en las espaldas y en las rodillas: las primeras para tener fuerzas contra el enemigo; las segundas para andar mejor en cuatro patas, cuando son exploradores nocturnos[39]; las últimas para ser más veloces en la carrera o para evitar cansarse cuando andan a pie.

Tienen también la idea de un diluvio universal, que los obligó a subir a las montañas de los Andes para salvarse; pero, ¿no serán esas tradiciones transmitidas, efecto de reflexiones sugeridas por el descubrimiento de gran número de fósiles marinos, fáciles de encontrar, en muchos puntos de la cordillera y hasta en los barrancos de los ríos, y se podrá explicar, por ese simple hecho, una creencia que se encuentra en todos los pueblos, donde sólo ha sufrido peque-

38 Véase capítulo XVIII.

39 A esa manera de caminar los criollos llaman *gatear*, palabra derivada de gato, es decir, *andar como los gatos*.

ñas modificaciones? Tal es, por lo menos, la opinión que me parece más lógica y más cercana a la razón.

Algunos indios me aseguraron que los aucas celebran con una gran fiesta la recepción de una machi. Las nuevas machis siempre son elegidas entre las personas que muestran desde la infancia disposiciones para tal profesión y que, por sus vinculaciones frecuentes con las anteriores, pueden aprender muchas cosas de ellas. Se hace sentar a la postulante en medio de una gran concentración de indios, provistos de instrumentos y bailando alrededor de ella; luego se la levanta al aire, sobre cuatro lanzas fijadas en tierra y cruzadas, y se vuelve a bailar, mientras, según creen, la sabiduría desciende a ella. En el intervalo, se mata una yegua, se entrega el corazón sanguinolento a la recipiendaria, que debe chuparlo y embadurnarse el rostro de sangre; luego se sigue bailando hasta la noche.

El de los aucas es un sistema de gobierno casi enteramente negativo. Tienen jefes de diversos rangos, el primero de los cuales o *ulmen* dirige, en tiempo de guerra, las acciones de toda una tribu, pero no por ello logra el respeto de sus hermanos de armas; tiene a sus órdenes jefes subalternos cada uno de los cuales manda una sección menos considerable y, finalmente, cada familia el suyo. Nunca existe una verdadera subordinación respecto al jefe; éste necesita, por la fuerza de su elocuencia, decidir a los suyos a seguirlo en un ataque o en una alianza con otra tribu. Por lo general, esos jefes son los más ricos, los más valientes y, sobre todo, los mejores oradores; sólo distinguiéndose en esos diversos aspectos, un indio gana poco a poco popularidad y termina por mandar. Esa dignidad no es hereditaria. El hijo de un ulmen sólo lo reemplaza cuando se ha distinguido como su padre; en caso contrario, no es más que un simple particular.

Hemos visto, cuando nos referimos a las supersticiones sobre la muerte[40] y los odios de familia, cuán fútiles son, a menudo, los motivos por los cuales se emprende una guerra, y sin embargo, un indio oscuro decidirá difícilmente a su nación a participar de su deseo de venganza. Es necesario, pues, que un jefe, que un cacique, tenga motivos de queja; entonces, informa de inmediato a los caciques aliados para que se le unan, Trata de emocionarlos, pintándoles sus agravios con todo el ardor de que es capaz. Los otros analizan, a continuación y sucesivamente, el asunto; luego, se vota y casi siempre se decide ir a la guerra, porque un auca rechaza en raras ocasiones la oportunidad de robar. Se fija el día de la reunión, pero ninguno de los jefes piensa en ayudar a los suyos;

40 Véase capítulo XXI.

cada uno está obligado a proveerse de armas, víveres y caballos; por lo general, el ofendido dirige los movimientos, en calidad de comandante de la expedición, si otros ulmens, más poderosos, no toman el asunto más serio. Una vez decididos, deben vencer o morir. Como su principal objetivo es el robo, todos tienen igual interés en el éxito de la empresa. El día señalado, todos se reúnen en un solo punto y se disponen a partir. Cada familia mata caballos, pone a asar la carne, la amontona y la conduce, en ese estado, en bolsas, lo que dispensa de la obligación de encender fuego, probabilidad más de no ser vistos por los enemigos que se van a combatir, porque toda la táctica de los aucas descansa en la astucia. Sólo combaten como traidores y todo su arte consiste en sorprender al enemigo, para obtener mayor botín. Tales expediciones tienen lugar sólo al acercarse la luna llena, porque los aucas, lo mismo que las demás naciones del sur, no atacan más que de noche. Tratan previamente de establecer la posición del enemigo por medio de espías y de asegurarse de que está entregado al descanso. Poco antes del amanecer, todos están a caballo; los hombres, con todas sus armas y preciosos adornos, se disponen a atacar. Seguros de que el enemigo no sabe nada, marchan sin hacer ruido, tratando de apoderarse de las lanzas que los guerreros colocan siempre fuera de su tienda; y luego comienza el ataque. Si ven, por el contrario, que son esperados, se precipitan, como un torrente desbordado, a toda la velocidad de sus corceles, sobre sus adversarios, lanzando grandes gritos, para asustarlos, y comienza la carnicería, cuidando siempre de marchar por familias, para ayudarse mutuamente, y poder, en caso de necesidad, no abandonar los cadáveres de los suyos. Cuando atacan a los colonos, se colocan, por lo general, sobre un lado del caballo, galopando, a fin de ponerse a cubierto del primer fuego. Mientras degüellan a todos los hombres sin darles cuartel y se apoderan de los niños y de las mujeres, todos los miembros de sus familias, capaces de montar a caballo, están al acecho, buscando, de su lado, el botín, recorriendo el campo, para descubrir el ganado, que arrean de inmediato, y se apoderan de los despojos de los vencidos, poniendo en tales operaciones tanto encarnizamiento y coraje como los guerreros. Se encargan también de conducir a los animales robados y, como por lo general están en la retaguardia, les sucede a menudo caer en manos de los vencidos unidos. Las mujeres a caballo colocan bolsas de cuero delante y detrás de la montura, de manera que estén levantadas y sólo asentadas sobre el caballo, lo que no les impide galopar tan ligero como los hombres. El que encuentra todo un rebaño, es su único propietario; ningún otro intenta quitárselo y nadie piensa en compartir en el botín de otro. En general, lo que los aucas más aprecian en esas guerras, es poder conseguir mujeres cautivas, por-

que les sirven de concubinas, convirtiéndose en su propiedad, como sí fueran sus propias hijas, porque se hacen pagar, cuando ellas quieren casarse. Los niños más tiernos de ambos sexos son también conservados como esclavos o vendidos a los colonos.

Es una gloria para los aucas obtener muchas cautivas, sobre todo cautivas blancas, que prefieren a sus propias mujeres. Hay caciques que se forman una especie de serrallo. A los niños robados los educan igual que a los propios y muy dulcemente; por eso, las cautivas que roban diariamente en los establecimientos cristianos se apegan a ellos a tal punto que a menudo una mujer, después de algunos años de esclavitud, prefiere quedarse con ellos a regresar con su familia, retenida, es cierto, por los hijos que ha tenido de su dueño. A estos últimos, sólo por la fuerza se los separa de sus nodrizas indias, y los que son raptados a una edad en que pudieron conocer a sus padres, se hallan tan bien entre los aucas, que es muy difícil hacer que los abandonen. Cuando se emplea la violencia para sacarles esos niños a las indias, como sucede a menudo en las pampas, esas pobres mujeres gimen y piden siempre algunos instantes para llorar con sus hijos de adopción que se pretende arrancar de su lado. Cuando los aucas atacan un campo enemigo, es raro que si se apoderan del jefe todavía vivo no lo arrojen a las llamas, sea como acto de superstición, al atribuirle la machi la muerte de algunos de los vencedores, sea para seguir una costumbre establecida, lo que obliga a los caciques a pelear hasta la muerte y a demostrar más valor que los otros. Los aucas muestran una profunda barbarie en la aplicación de ese suplicio, sufrido por uno de nuestros indios amigos durante los últimos tiempos de mi estadía en Carmen, por manos de los jefes de Pincheira. Colocan un poste en tierra, al que atan fuertemente al prisionero, de manera que no pueda moverse; reúnen paja o zarzas y encienden un gran fuego alrededor del infortunado, que perece en medio de los más horribles sufrimientos. Cuando no tienen tiempo para prender fuego, matan a su víctima a lanzazos o a golpes de *laques* o boleadoras. Tan bondadosos son en la vida privada como feroces con sus enemigos.

Los aucas son, en general, los mejores tácticos de las naciones australes y los más valerosos en la guerra. Los patagones no pueden, de ninguna manera, rivalizar con ellos en este aspecto. No tratarte aquí de historiar sus luchas sanguinarias contra Chile[41] y contra Buenos Aires, que demandaría mucho tiempo, pero no puedo pasar en silencio algunas de las causas principales que des-

41 Algunos detalles de esa guerra pueden hallarse en el *Ensayo de la historia del Paraguay*, por Funes, t. III, pp. 220, 234, 250, 342 y 366.

ataron, en el siglo XVIII, el odio implacable de los indígenas contra los españoles. Desde la Conquista, hubo una continua alternancia de paz y de guerra. En 1738, la expulsión sin motivo del cacique Maypilqui[42] del territorio de la provincia de Buenos Aires, donde defendía, como aliado, las fronteras contra las otras naciones de las pampas, indispuso a los indios, que, para vengarse, asaltaron Areco y Arrecifes. El comandante de campaña, Juan de San Martín, partió a castigarlos, pero no hallándolos, avanzó hacia el sur y encontró a la tribu del cacique Calelian, inocente de los actos del otro jefe, aunque no por eso dejó de degollarla a toda ella. El hijo de Calelian, entonces ausente, quiso vengar la muerte de su padre, y atacó la ciudad de Luján, que dejó arrasada. San Martín lo persiguió, y no pudiendo alcanzarlo, cayó sobre una tribu aliada, la aniquiló y lo mismo hizo con todos los indígenas que pudo sucesivamente descubrir. Desde entonces, ya no se podía esperarse la paz. Los indios tienen, en efecto, demasiadas razones para desconfiar de los españoles, para que puedan esperar que ellos se les acerquen con sinceridad; y durante muchos siglos todavía, las repúblicas de Buenos Aires y de Chile tendrán que sufrirlos en sus cercanías, sin poder oponerles fuerzas capaces de contenerlos. Todos los tratados son ilusorios: la paz con determinado cacique no obliga a los otros, ni siquiera a sus propios subordinados, que sólo lo siguen y están de acuerdo con sus opiniones cuando es cuestión de atacar y robar; mientras que, una vez concluida la empresa, se separan con el menor pretexto y se incorporan a otra tribu.

He tratado de calcular el número de sus caciques y guerreros, para obtener la cifra a que puede elevarse la nación auca, pero mis investigaciones no dieron resultados satisfactorios. De cualquier modo, el número de veinte mil, solamente para los del lado oriental de los Andes, incluyendo a los pehuenches, no está tal vez lejos de la verdad; creo estar más bien por encima que por debajo del número exacto. Si se comparan estas naciones con la extensión de las tierras que ocupan en las pampas, desde los Andes hasta el océano Atlántico, y del sur al norte, desde el Río Negro hasta las provincias de Buenos Aires y Mendoza, siendo la extensión de esas tierras más o menos de dieciséis a diecisiete mil leguas, resulta algo más de un hombre por legua cuadrada, proporción más elevada que en la Patagonia misma, que apenas tiene un hombre por tres leguas. Si comparamos estas cifras con las que ofrece Francia, por ejemplo, donde hay 31.320.000 almas[43] en una superficie de 26.739 leguas, lo que da

42 Véase Falconer, *Terres magellaniques*, t. II. p. 53.

43 Número dado por Maltebrum, *Précis de la Géographie universelle*, 3ª ed., t. III, p. 197.

1.191 habitantes por legua, se podrá tener una idea del progreso de que son susceptibles las pampas, si se cultivara la tierra, actualmente habitada sólo por pueblos cazadores, que ocupan comparativamente diez veces más extensión que los pueblos agrícolas.

Los aucas hablan el mismo idioma que los araucanos de Chile, pero es muy distinto del de los patagones y puelches. Mientras la lengua de estos últimos es dura y gutural, la de los aucas es dulce y armoniosa: contiene pocos sonidos duros y no hiere en nada el oído; hasta podría decirse que es una lengua musical, por el número de vocales que emplea y por su medida en la pronunciación. Los aucas son esclavos de la pureza del lenguaje, y es, tal vez por ese motivo, que el suyo ha experimentado menos cambios que los otros. Nada iguala, en efecto, al purismo de los hombres y las mujeres y a su escrúpulo por corregir todos los vicios de pronunciación que podrían perjudicarlo; llevan esta preocupación hasta el ridículo. Es verdad que lo que más aprecian en el mundo es el don de la palabra, porque de la fácil elocuencia, del calor en el discurso, del sentimiento y sobre todo de la imaginación, para dar forma poética a sus ideas... tienen necesidad para llegar a ser uno de los primeros ulmens, para hacerse amar y respetar en toda la nación. En una arenga o *cayactum*, un jefe busca expresiones escogidas; su estilo siempre es figurado, pleno de alegorías de lo más ingeniosas, elevado, ardiente, por momentos, inflamando así los espíritus; o bien pleno de sensibilidad. Es por este medio que, sin ningún poder, decide a sus aliados a acompañarlo a la guerra, o a ratificar un tratado de paz. Como se ha visto[44], en sus arengas los aucas usan un tono completamente distinto al de sus conversaciones ordinarias, cantando entonces más bien que hablando, y arrastrando mucho cada final de frase.

Tienen, entre ellos, poetas que llaman *entugli*, encargados por lo común de celebrar los altos hechos de los jefes decididos, sus trabajos, sus pasiones, sus amores y su muerte. El mérito de estos bardos americanos consiste en dar forma a sus imágenes de manera de emocionar a sus auditores y hacerlos llorar de ternura, cuando refieren asuntos tristes, o bien alegrarlos, si sus temas son joviales. Al morir un jefe, deben exaltar sus glorias y sus campañas; se divierten a veces, sobre todo los pehuenches, en componer canciones análogas. Luis de la Cruz[45] nos ha transmitido una copla de uno de esos largos relatos versificados; lo reproduzco aquí, para dar una idea de su poesía y de su manera de versificar.

---

44 Véase cap. XIX.

45 Es un fragmento de la historia del general llamado Necoulantey que fue muerto en Tilqui.

Auca	Español
El mebin ñi Neculantey	Fui a dejar mi Necoulantey a las
Tilqui mapu meum	tierras de Tilqui, oh homicidas faldas
Anca maguida meum	de cerro, que en sombra y
Ay guinchey ñi pello menchey	moscas lo convirtieron[46]

El año (*kiyen* o estación) de esa nación se divide en dos partes o lunas, cada una de las cuales posee su nombre, designando los principales cambios que se operan en la naturaleza.

He aquí el cuadro[47]:

ENERO: *Gualen kiyen*, mes del calor.
FEBRERO: *Inam kiyen (gualen)*, segundo mes del calor, es decir, igual temperatura.
MARZO: *Aten kiyen*, mes de la madurez de la semilla de araucaria.
ABRIL: *Unem nimi*, mes de la hierba de la perdiz.
MAYO: *Inam kiyen (unem nimi)*, igual tiempo o igual mes.
JUNIO: *Unem curikenu*, primer mes del cielo negro.
JULIO: *Inam curikenu*, segundo mes del cielo negro.
AGOSTO: *Llake cuye*, mal mes para los ancianos.
SEPTIEMBRE: *Penken*, mes de los retoños.
OCTUBRE: *Guta penken*, mes de los grandes retoños.
NOVIEMBRE: *Kekil kiyen*, mes de la poda.
DICIEMBRE: *Villa kiyen*, mes de la miseria, de la necesidad.

Dividen también el año en cuatro estaciones: primavera, *tripantu*; verano, *gualén*, *tripantu*; otoño, *déuma trakén*; e invierno, *piken*. Cuando hablan de un proyecto cualquiera, no cuentan, como nosotros, por días, sino constantemente por noches, porque en ellas realizan sus excursiones y grandes operaciones, y entonces, lo mismo que los patagones, observan una serie de constelaciones, conocen las horas de la noche por su desaparición o su altura respecto al horizonte. Llaman a las pléyades, *nau*; a la cruz del sur, *poron choyké*; a los

46 La versión española figura así en el original francés. (N. del T.).
47 Esos nombres, que he rectificado parcialmente, son extraídos del *Voyage* de Luis de la Cruz. Se ve, sin trabajo, que son característicos de los pehuenches u *hombres de las regiones boscosas*.

tres reyes, *kélukitra*. Comparan, por lo general, a la Vía Láctea con un río y la llaman entonces *leuvu*. Poseen a menudo referencias de los cometas (*chérubé*); pero no los temen sino cuando parecen caer sobre su tierra; en caso contrario casi no se inquietan. Un eclipse de sol (*layantu*, palabra que quiere decir el sol está muerto) es un signo de tristeza, porque les indica que uno de sus jefes debe morir; mientras que un eclipse de luna (*laykeyen*, la luna está muerta) indica, por el contrario, la muerte de un hombre poderoso de los enemigos; y, desde la Conquista, siempre la de un español. Por la noche, designan al ciclo con el nombre poético de *keyen mapu*, el país de la luna.

Puelches

Entre los patagones y los aucas existe una tercera nación, la de los puelches, que ocupa una posición intermedia entre ambas, tanto por la estatura como por las costumbres, distinguiéndose claramente por la lengua, motivo por el cual he creído necesario referirme a ella después de hacer conocer las dos primeras, a fin de no destacar más que las semejanzas o las diferencias. Esta nación, de creer a Azara[48], sería la que, con el nombre de querandíes, puesto por los primeros conquistadores, habría habitado las costas meridionales del Plata en 1535, cuando la primera tentativa de fundación de Buenos Aires por el adelantado Mendoza[49]. Aunque nada, en los antiguos historiadores, prueba la razón de este paralelo, ya que el mismo Azara confundió a los puelches con los aucas, creo, sin embargo, que los puelches, con el nombre de querandíes, vivían en el litoral occidental del Plata. Todo me hace pensar que esos habitantes de las pampas, tan célebres por sus guerras contra los españoles, estaban apoyados por numerosas tribus de los aucas, como ya lo he dicho[50] al hablar de esta nación; pero entonces los puelches se habrían retirado, luego, hacía el sur, lo que puede probarse por varios hechos. En 1739[51], cuando los jesuitas entraron en las pampas, a fin de predicar la doctrina cristiana, y se establecieron en el Salado, sólo encontraron tribus aucas, como puede apreciarse por el relato de Falconer[52], que ubica a los puelches, llamados por él *chechechets* o

48 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. II, p. 35.
49 Véase Herrera, *Década V*, libro IX, p. 220, y Funes, t. I, p. 29.
50 Véase capítulo XXI.
51 Funes, *Historia del Paraguay*, t. II, p. 394.
52 Falconer, *Description des terres magellaniques*.

pueblo del este[53], entre los ríos Negro y Colorado, de donde salían sólo para efectuar sus incursiones, lo que prueba también la compra que hicieron los españoles de las orillas del Río Negro, a su primer cacique (cacique Negro), cuando en 1779 quisieron fundar Carmen[54], como lo he comprobado en los mismos archivos del fuerte. Así, pues, los puelches estaban, durante todo el siglo pasado, establecidos más allá del grado 39 de latitud austral, y si a comienzos del siglo XVI habitaban los alrededores de Buenos Aires, por lo menos hace mucho tiempo que los han abandonado, para dejar su lugar a las hordas aucas. De cualquier manera, voy a transmitir todas las nociones que he obtenido de ellos mismos, tanto en su aspecto histórico como en el de sus características físicas y morales.

Al preguntar a miembros de esa nación por su nombre, me han respondido que se llama *puelche*, y los aucas también la denominan así. Los patagones la llaman *yonec*, y los españoles la confunden con el nombre de *puelche* o de *pampas* con las hordas de los aucas. No menos guerreros, no menos amigos de su libertad que estos últimos, la nación puelche ha seguido principios en todo semejantes, en su conducta política y religiosa y en sus relaciones, respecto a las colonias europeas; permanece tan salvaje como en la época de la Conquista. En continua lucha con sus vecinos y con los blancos, está establecida, desde hace cerca de un siglo, del 39° al 43° de latitud sur, entre los cursos de los ríos Negro y Colorado, principalmente a orillas de este último; y de allí, al norte y al sur, hacia la península de San José o hacia las sierras de la Ventana. No abandonan estas regiones más que para ir a asaltar las granjas de los colonos de Buenos Aires o las tribus de los aucas; es, como todos los pueblos cazadores, continuamente ambulante y muy de tanto en tanto reside en el mismo lugar, a causa de la necesidad de pastos para sus rebaños y de hallar caza, su principal recurso.

Parece que los puelches fueron muy numerosos y formaron una nación temida tanto por los colonos como por los salvajes; pero, en el siglo pasado, una epidemia de viruela destruyó, en poco tiempo, más de tres cuartas partes de sus integrantes. Menos temibles, desde entonces, para los aucas, sus enemigos desde hacía mucho tiempo, debieron sostener, sobre todo en estos últimos años, guerras crueles contra Pincheira y sus indios; y hoy sus restos, a órdenes del cacique Chanel, hijo del cacique Negro, del cacique Maziel y del cacique

53 Falroner, *op. cit.*, t. II, p. 45. Por lo demás, ese autor confunde siempre a los patagones con los puelches.

54 Funes, *op. cit.* t. III, p. 258.

1: *Phalcoboenus montanus*; 2: *Phalcoboenus junior*; 3-4: *Huevos*.

Danza indígena aymara, día de fiesta en Yanacachi, provincia Yungas, Bolivia.

Calimo, presentan un efectivo de quinientas a seiscientas almas, a lo sumo, no contando más que doscientos a trescientos guerreros.

Los puelches se parecen mucho a los patagones; en efecto, su estatura es más elevada que la de los aucas y se acerca algo a esa hermosa estatura que caracteriza a los patagones. Tienen posiblemente, como término medio, cinco pies dos pulgadas por lo menos; pocos hombres tienen menos de cinco pies, mientras que algunos alcanzan hasta cinco pies seis a siete pulgadas, y rivalizan con los patagones por su contextura, por el ancho de sus espaldas y por la fuerza de sus miembros. No se diferencian más que por una talla en general algo menor y por una lengua completamente distinta; por lo demás, tienen el rostro igualmente ancho y serio; los mismos pómulos, aunque algo más salientes; la misma boca muy abierta, con labios gruesos; los mismos ojos pequeños y horizontales; los mismos cabellos largos negros y gruesos; la misma nariz achatada; en una palabra, puede decirse de los puelches son patagones que hablan otro idioma. He hallado, hasta cierto punto, esa semejanza en las otras naciones de cazadores del Gran Chaco; en los bocobis; en los tobas, a que ya me he referido[55]; y he visto el pasaje casi insensible de una nación a otra considerando sólo las de las pampas; mientras que se descubren de inmediato profundas diferencias, comparándolas con los pueblos de origen serrano. Esa comparación me condujo a reconocer hasta qué punto las localidades y el género de vida pueden influir en las características físicas. Podrá, pues, seguirse el rastro de los cambios graduales de los rasgos, de acuerdo a las localidades más o menos cálidas y más o menos boscosas, pasando, del sur al norte, de los patagones a los puelches, a los charrúas, a los bocobis, a los tobas y de allí a los chiquitos, a los moxos; y se verán los rasgos y la estatura cambiar poco a poco, pero nunca de manera brusca. Los pueblos montañeses vecinos, por el contrario, se distinguen siempre de los últimos y experimentan menos cambios determinados por las latitudes. Lo mismo sucede con las naciones del nordeste de la América Meridional, que conservan, también, un sello particular. Se diferencian, hasta cierto punto, de las de las llanuras del sur y del centro, y de las de las montañas.

Las mujeres puelches se parecen mucho a los hombres. Se descubre raramente en ellas esas características del rostro propias de su sexo; sin embargo, algunas poseen, en la juventud, facciones agradables y un rostro más redondeado; pero sus rasgos cambian pronto y son reemplazados por una expresión del todo masculina y fea. Son muy robustas, alcanzan una elevada estatura y

55 Véase capítulo X.

trabajan más que los hombres, rivalizando con ellos en la fuerza de sus miembros. Conservan siempre, como las demás naciones australes, muy hermosa dentadura, y, hasta la muerte, los cabellos negros; también se depilan cejas y pestañas, mientras que los hombres todavía se arrancan la barba. Su piel es de un color algo menos acentuado que la de los patagones, pero siempre de un color cetrino. Por lo demás, los puelches poseen el mismo andar dificultoso y la misma longevidad que las otras naciones de las llanuras del sur.

Su vestido se asemeja al de los patagones y al de los aucas; así, los hombres usan por igual pieles preparadas por sus mujeres o tejidos de lana comprados o confeccionados por ellas. Ambos sexos copian las ropas de esas naciones vecinas o incluso adoptan una mezcla de su vestido y de sus usos en el aliño, en la vida doméstica y en la industria. Sus cabellos son arreglados de la misma manera; sus adornos son en todo semejantes, así como el afeite con que se cubren el rostro[56]. El enjaezamiento de sus caballos es igualmente idéntico. Sus tiendas de cuero, su suciedad habitual, la pereza de los hombres, fuera de la caza o de la guerra, la actividad de las mujeres en las labores domésticas, su comercio entre sí y con los blancos, sus alimentos, su manera de criar el ganado, la costumbre de embriagarse, todo, en una palabra, los asemeja a las dos naciones citadas, a las cuales se parecen también, finalmente, por su desconfianza, su concupiscencia, su orgullo, su amor a la independencia.

Si se observa un puelche desde su nacimiento, se verá educarlo como a un auca, con la misma libertad; recibe las mismas lecciones de elocuencia, de geografía local, de astronomía, de táctica militar, de valor en el peligro, de prudencia en el ataque. Las jóvenes se acostumbran a las tareas a las que sus madres están obligadas. Las ceremonias supersticiosas son también casi las mismas, salvo algunas excepciones o modificaciones. Los puelches no se lavan los cabellos con la sangre de las yeguas, como los aucas; pero, al nacer un hijo o en ocasión de un entierro, sus prácticas son casi las mismas, así como cuando celebran la nubilidad de las jóvenes o procuran la cura de los enfermos. Esas prácticas son sólo siempre menos complicadas, reduciéndose a algunas costumbres de circunstancias. El matrimonio es un negocio que únicamente el padre tiene el derecho de cerrar con el pretendiente, que compra bien caro a su esposa. Sólo las huérfanas y las viudas son dueñas de sus manos. Los hombres ricos practican la poligamia, sin que ninguna ley se oponga; pero, aunque de un carácter generalmente celoso, los puelches, que son los primeros en abastecer con sus mujeres y sus hijas los establecimientos de

56 Azara, a pesar de decir que no conoció a esas naciones (*Voy. dans l'Amér. mérid.* t. II, p. 48) afirma (p. 43) que las mujeres no se pintan la cara. Es un error.

cristianos, hacen pagar, en sus desiertos, con la vida, o muchos regalos, el adulterio con un compatriota. Tienen, por lo general, numerosas concubinas esclavas, raptadas al enemigo o durante las invasiones.

Las creencias religiosas de los puelches son en todo análogas a las de las otras naciones del sur. Lo mismo que ellas, tienen un dios del bien que, sin que se le dirijan plegarias, debe darles todo lo que desean; y temen, con el nombre de *Gualichu* o *Arraken*, a un genio maléfico que les envía las enfermedades y la muerte. Sus médicos o *calmelache*, únicos intérpretes del dios, mantienen relaciones con él y poseen el poder de hacerlo comparecer en persona. Practican esa evocación especialmente cuando es inminente la enfermedad de algún personaje eminente. A fin de proceder, se equipa, con todo lujo posible, a un caballo, atándolo a cierta distancia del campamento: está destinado al Gualichu, que, desde que ellos tienen caballos, no podría llegar a pie. Al acercarse la noche el *calmelache*, recamado de diversos colores y cubierto de cascabeles, monta un caballo blanco y galopa en distintas direcciones, lanzando grandes gritos, sacudiendo los cascabeles y haciendo gestos extraordinarios, para llamar al Gualichu, que se cuida mucho de no venir de día. Sólo aparece cuando la noche es oscura, bajo la forma de un esqueleto, y monta el caballo que le ha sido preparado; conversa con el médico, le indica los remedios que debe emplear y que se reducen, de ordinario, al ojo o a otra parte de una yegua de determinado color. Al día siguiente se estrangula al animal designado y se administra lo prescrito. Cuando no produce ningún efecto y el enfermo muere, el médico atribuye el contratiempo al estado demasiado avanzado de la enfermedad. El terror que inspiran los sacerdotes y médicos les sobrevive, porque cuando, en los viajes, pasan cerca de la tumba de alguno de ellos, los indios observan el más profundo silencio, persuadidos de que al menor ruido el médico saldrá de la tumba e inmolará infaliblemente al profanador. Creen también en la inmortalidad del alma y en la otra vida; de ahí por qué depositan las joyas y armas del difunto en su tumba, así como el sacrificio de su caballo. Su segunda vida es análoga a la de los patagones.

Su gobierno es igual al de los aucas. Tienen caciques en jefe o *ganac*, que los dirigen en tiempo de guerra, pero a quienes casi nunca obedecen; deben ser buenos oradores y buenos guerreros, porque son de los más ardorosos en el asalto y la rapiña. Esa costumbre hace de los aucas de Pincheira sus enemigos mortales y, en parte, causó su ruina; por eso, comprendiendo su debilidad, una parte de ellos se estableció en Carmen y vive como parásito a expensas de los colonos, mientras el resto, al mando del cacique Chanel, aliado a los aucas, vaga a orillas del Río Colorado. Pero, reducida a seiscientas o setecientas al-

mas, rodeada de enemigos que degüellan sin piedad a sus miembros, cada vez que logran sorprenderlos, esa nación disminuye de tal manera que es de temer su completa desaparición del suelo americano, sea por su aniquilamiento, sea al confundirse con los aucas a través de alianzas forzadas; por eso no quedarán probablemente dentro de un siglo otros rastros de los puelches que el recuerdo que hayan guardado los historiadores y viajeros, y de su lengua, el vocabulario que he publicado en la parte lingüística, apropiado para apreciar la dureza de los sonidos guturales que caracterizan su idioma, tan distinto del hablar armonioso de los aucas.

He descrito a los patagones y los aucas; he hablado de los puelches, y mi tarea ha sido, en consecuencia, cumplida, respecto a las naciones que pude estudiar con atención. Me faltaría, para concluir el cuadro de todos los habitantes indígenas de esa parte austral del continente americano, presentar algunos detalles sobre los fueguinos, o habitantes de la Tierra del Fuego, únicos navegantes de esta parte del mundo, pero ya los he considerado desde el punto de vista físico, en otro lugar[57], y como, por lo demás, sólo he visto algunos, que estaban presos de los patagones, debería recurrir a los relatos de los viajeros para demostrar la analogía de su creencia religiosa con la de las naciones de que he hablado; por eso, teniendo apenas, en el cuadro de esta obra, sólo lugar para mis propias observaciones, me veo forzado a renunciar a ese proyecto ya puesto en ejecución y para el cual he analizado todos los viajes que se refieren a esta última nación[58].

57 Véase *El hombre americano*, pág. 232.

58 Esos viajes son los de Drake, en 1577; de Sébal de Weert, con Simón de Cord en 1599; d´ Oliver de Noort; de l'Hermite en 1624; de Naborough y Wood en 1670; de Degennes en 1696; de Beauchêne Grouin en 1699; de Byron en 1764; de Bougainville en 1766, 1767; de Wallis en 1767; de Cook en 1769; de Forster en 1774; de Weddel en 1822; y, finalmente, del capitán King en 1827.

CAPÍTULO XXII

Ojeada histórica a los establecimientos españoles de la Patagonia. Descripción de Carmen de Patagones y sus alrededores

Ojeada histórica a los establecimientos españoles de la Patagonia

Las costas de la Patagonia, antes de ser visitadas por los españoles, estaban habitadas por las mismas naciones salvajes que las pueblan actualmente y que, sin duda alguna, vivían entonces como hoy exclusivamente de los productos de la caza, lo que les impedía tener moradas fijas y las obligaba a repartirse en tribus muy pequeñas, errantes y vagabundas, en la superficie de esos inmensos desiertos, que se extienden desde el pie oriental de los Andes al mar y de la desembocadura del Plata al estrecho de Magallanes. Siempre en guerra, en vez de reunirse, esas hordas tendían a dividirse, cada día más y más; por eso se las ve hasta hoy poco dispuestas a formar un cuerpo de nación. Los primeros españoles que aparecieron en esta parte del continente americano, diez años después del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, fueron Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, que, en 1508, reconocieron la desembocadura del Plata[1] y navegaron, por el sur, hasta el 40 grado de latitud austral[2]. Regresaron siete años más tarde, pero se quedaron en la desembocadura del Plata[3], donde uno de ellos cayó

1829
Patagonia

1 Para la rectificación de esas fechas y viajes véase nota anterior . (N. del T.).

2 Véase Herrera, *Dec. I*, p. 177, que sólo habla de la partida de esos dos aventureros; *Guía de Forasteros*, de Buenos Aires, 1803, p. 3; y Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. I, p. 2.

3 Herrera, *Dec. II*, p. 11.

bajo los golpes de los salvajes. Las cosas estaban en ese estado, cuando el inmortal Magallanes (Magellan o Magalhaes) tocó, en 1520[4], las orillas del mismo río, y fue, luego, a invernar en el puerto de San Julián. Los primeros europeos que pisaron el suelo de la Patagonia propiamente dicha, Magallanes y su historiador, el caballero Pigafetta[5], han sido también los primeros en crear esos gigantes patagones que, al preocupar a los críticos hasta nuestros días, se han convertido en objeto de una polémica tan activa entre los estudiosos del siglo último. Desde ese momento, la extremidad sudeste del continente recibió un nombre, el de Patagonia, debido, como ya lo he dicho, más al azar que a otras causas, porque *patagón* significa *pie grande* y no es, de ningún modo, una denominación local. Los indígenas aprendieron entonces por primera vez a sus expensas que debían temer las armas de esos hombres nuevos más aún que las de sus belicosos vecinos; recibieron también, desde esa época, un ejemplo de ese espíritu de dominación de los conquistadores del nuevo mundo sobre todos los indígenas que encontraron en sus descubrimientos[6]. Hasta 1535, los españoles fueron los únicos en recorrer las costas de la Patagonia: Loaysa y Alcazoba[7] llegaron sucesivamente, pero en 1578, Inglaterra, que quería rivalizar con España, enarboló también su pabellón, a bordo del barco mandado por Drake[8]. La fábula de los gigantes fue desmentida por primera vez, y para darle nuevo crédito, el español Sarmiento[9] describió al año siguiente a los patagones como hombres *de tres varas de alto*. Ese comienzo puede dar una idea del espíritu de exageración que inspiró el relato, en el cual, empero, hay muchas cosas ciertas, mezcladas con las fabulosas; así, las numerosas ciudades, los suntuosos edificios de la costa del estrecho de Magallanes, de que habla ese relato, no son más que ficciones imaginadas por el historiador del viajero (Argensola), o por el mismo buscador, para decidir al rey de España a enviar una colonia a esas tierras heladas, tan distintas del cuadro que presentaban al monarca.

Hoy asombra que en el siglo XVI el gobierno español fuera tan crédulo como para dar fe a los cuentos de Sarmiento y ordenar los preparativos de una

4 Herrera, *ibid.*, p. 235.

5 Pigafetta. *Viaje alrededor del mundo*, trad. franc., pág. 22; ed. ital. de 1536, cap. I párrafo X, y Oviedo, 1547, lib. XX, fol. 18. Debemos el conocimiento de esas obras tan raras al Sr. Ternaux Compans, que posee la biblioteca más completa de libros sobre América.

6 Es sabido que en esa primera expedición se llevó por la fuerza un patagón en el barco de Magallanes. Pigafetta, op. cit., p. 32.

7 Herrera, *Dec.* Y, pág. 162.

8 Véase el extracto de esa expedición, en Desbrosses, *Hist. des navig. aux terres austr.* t, I, p. 178.

9 *Histoire de la conquête des Moluques*, lib. III, escrita por Argensola.

numerosa colonia destinada a poblar las costas del estrecho; pero, retrocediendo a esa época, se verá que la falta de conocimientos geográficos positivos sobre esas comarcas, muy lejos de rechazar el proyecto, debía, al contrarío, autorizarlo y hacerlo posible. Se creía entonces que el continente americano recomenzaba más allá del estrecho y se extendía hasta el polo, no dejando, para penetrar en el océano descubierto por Vasco Núñez de Balboa, otro pasaje que el reconocido por Magallanes; y Sarmiento demostró que una sola batería, colocada sobre determinado punto de ese paso, bastaba para dominarlo y dar a España el dominio del camino a las Indias Occidentales, por el sudoeste. Partiendo de esa hipótesis, el proyecto adquiría una enorme importancia; por desgracia, la suposición era falsa; y, en esa circunstancia, la mentira de un viajero costó la vida a algunos centenares de orgullosos castellanos. Se hicieron los aprestos de la expedición. Numerosos colonos desembarcaron, en 1582, con Pedro Sarmiento y Diego Flores, en la parte oriental de la península de Brunswick, en el lugar llamado hoy Puerto Hambre, y echaron los cimientos de la ciudad de San Felipe[10]. Los colonos encontraron un suelo muy distinto de la idea que se habían hecho, de acuerdo a Sarmiento; comenzaron a sufrir el frío excesivo de esas regiones y la falta de provisiones, proporcionándoles escaso alivio la agricultura; estaban a punto de carecer de víveres, cuando Sarmiento se embarcó, para ir a pedir ayuda a las colonias del norte, dejando entonces, en esa tierra ingrata y desolada, a cuatrocientos desdichados. Experimentó pronto innumerables dificultades; después de naufrargar varias veces, terminó por ser apresado por los ingleses y no se le permitió ir a socorrer a sus compañeros de infortunio, que, diezmados por el frío, el hambre más horrible y las luchas con los indígenas, quedaron reducidos a veinticinco hombres, de los cuales veinticuatro, desesperados, se esforzaron por ganar, por tierra, una región más hospitalaria y perecieron, sin duda, en su empresa, porque nunca se oyó hablar más de ellos. El único colono que, por estar enfermo, no pudo seguir a sus compatriotas, fue hallado en las ruinas de San Felipe, en 1587, por el corsario Cavendish, y hecho prisionero de guerra. De esa manera la primera colonia de la costa patagónica no tuvo el menor éxito; y desde entonces, España se sintió menos dispuesta a renovar empresas de ese género que a dedicarse a sus posesiones del Plata y de los afluentes de este río, que se hallaban en un estado de prosperidad que satisfacía su ambición y le evitaba pensar, más tiempo, en esas tierras australes, consideradas inhabitables.

10 Herrera, t. I, pp. 51 y 52; relato de Cavendish por Pretty, y *Hist. des navig. aux terres austr.*, t. I, p. 222.

Sólo navegantes se vieron en las costas patagónicas. Los españoles renunciaron por completo a pasar por el estrecho y, durante algunos años, los ingleses fueron los únicos en recorrer el litoral. Cavendish[11] llegó varias veces a Puerto Deseado; John Chidley (en 1590) tocó Puerto Hambre[12]; y tres años más tarde, Richard Hawkins ancló en el puerto de San Julián[13]. Pronto los ingleses ya no visitaron esas costas: los reemplazaron los holandeses; llegaron, sucesivamente, las expediciones de Sébald de Wert y Simón de Cord[14], de Olivier de Noort[15], de Spielberg[16], que atravesaron el estrecho y anclaron en muchos puntos de la costa. Los únicos esfuerzos de los españoles por reconocer el continente austral se redujeron a una expedición por tierra, dirigida en 1601 por Hernandarias de Saavedra[17], que pasó de Buenos Aires a la Patagonia a través de las pampas, expedición cuyo resultado fue demostrar a los indígenas que podían resistir a las armas de los españoles, y a éstos que no eran invencibles, puesto que Hernandarias, hecho prisionero con todas sus tropas, tuvo mucho trabajo para liberarse.

Durante el siglo XVII, las costas patagónicas no vieron aún establecerse colonias europeas. En los primeros años, sólo los holandeses llegaron con frecuencia; incluso se debe a dos de ellos, Lemaire y Schouten, en 1615[18], el descubrimiento del estrecho que recuerda el nombre del primero y que comunica un mar con otro. La sensación que produjo esa adquisición geográfica decidió a los españoles a enviar también un navío a reconocer ese nuevo paso, bajo las órdenes de García de Nodal[19], en 1618, tras el cual un holandés, Jacques l'Hermite (1624), apareció en la extremidad de la Tierra del Fuego[20]. Durante muchos años, ningún otro navegante abordó esa costa, hasta que a fines de siglo, dos buenos observadores ingleses, Narborough y Wood[21], la volvieron a ver, y más tarde, por fin, el pabellón francés flotó, por primera vez, en esos

11 En 1586 y 1592. Véase Harckluyt, t. III, p. 803.
12 En 1590. Véase el Relato de Guill. Magoths, colección Harckluyt, t. III, p. 339.
13 En 1593. Véase Colección de Purchas, t. IV, lib. 7, cap. 5.
14 En 1599. Véase Rebbeville, Colección de la Compañía de Indias (1725, t. II, p. 300).
15 En 1599. Desbrosses, *Histoire des navigations aux terres australes*, t. I, lib. 3, p. 344.
16 En 1614, Spielberg, pp. 22 y 23.
17 Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. I, p. 320, y *Guía del forastero* de Buenos Aires (1803). Dicen que avanzó doscientas leguas hacia el sur.
18 Colección de la Compañía de Indias (1725), t. VIII, p. 128.
19 Desbrosses, *Histoire des navigat. aux terres australes*, t. I, p. 423.
20 Desbrosses, Hist., t. I, p. 442.
21 *Voyage de Coreal*, t. II, p. 231-234. Es el más sensato de todos los viajes publicados hasta entonces.

parajes, que surcaban desde hacía tantos años los españoles, ingleses y holandeses. Desde entonces los viajes de nuestros compatriotas se repitieron a menudo: Degennes[22], Beauchesne, Grouin[23] y Frezier[24], llegaron unos tras otros. Durante el siglo siguiente, se sucedieron los más famosos navegantes: los Anson[25], los Byron, los Bougainville[26], los Wallis[27], los Cook[28]; pero abandonemos a los viajeros que sólo se ocuparon del litoral, para seguir el trayecto de los descubrimientos por tierra y hacer conocer las causas que decidieron finalmente a los españoles a fundar establecimientos permanentes en algunos lugares del suelo de la Patagonia.

Los jesuitas del Paraguay y del Alto Perú obtuvieron éxitos tan brillantes al congregar en villorrios a los salvajes cazadores esparcidos en los bosques, que no podían dejar de intentar hacer otro tanto en las pampas de Buenos Aires; su primera tentativa en ese sentido tuvo lugar en 1740[29]. Dos religiosos pusieron los cimientos de una misión llamada Concepción, junto al Río Salado, y reunieron las tribus de cuatro caciques. Por esa misma época, celosa de sus posesiones y de las tierras circundantes, España vivía atormentada por el temor de que Inglaterra o Francia se apoderaran de algunos puntos del litoral patagónico y fundaran colonias. Proyectó, entonces, tomarles la delantera; y, a ese efecto, dos jesuitas, los padres Quiroga y Cardiel, que se embarcaron, en 1715[30], a bordo de la fragata San Antonio, fueron encargados, ante todo, de reconocer la costa, desde el cabo San Antonio hasta el estrecho de Magallanes, y fundar una colonia en el sitio que les pareciera más conveniente. Regresaron tres meses después, no sólo sin haber cumplido el propósito de su viaje, sino también trayendo, sobre la aridez de esos parajes y la falta absoluta de vegetación y hasta de habitantes, informaciones tales que, desde entonces, se consideró la Patagonia del todo inapropiada para cualquier establecimiento. Esos mismos religiosos, acompañados de muchos otros[31], resolvieron, entonces, avan-

22 En 1696. *Voyage de Degennes*, por Froger, en 1700, p. 97.
23 En 1699. Relato incluido en la *Histoire des navigations aux terres australes*, t 11, p. 113.
24 En 1712, *Voyage*, p. 31.
25 En 1764. Trad. franc., t. I, p. 64.
26 En. 1767, p. 129.
27 En 1767. *Voy.*, trad. franc., t. III, p. 24.
28 En 1769. Trad. franc., t. IV, p. 12-35.
29 Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. II, p. 396.
30 Funes, *op. cit.*, t. III, p. 21; Charlevoix, t. III, p. 271.
31 Funes, *op. cit.*, t. III, p. 23. Falconer penetró en las pampas con esos religiosos. Destaco ese hecho para demostrar que no pasó más allá del 37° de latitud austral, y que, en consecuencia, todo lo que dijo de los patagones se refiere a las tribus de las pampas.

zar hacia el sur, por las pampas; y, al año siguiente, fundaron en las montañas del Volcán el caserío de la *Virgen del Pilar*[32]. Esta reducción, lo mismo que la de Concepción, perduró sólo hasta la expulsión de los jesuitas del territorio americano en 1767; y, después, ningún religioso quiso intentar la prédica de la fe católica en medio de las hordas que habitan las pampas.

Dando mucha importancia a sus posesiones del suelo americano y hasta a las tierras que no poseía, España no vio sin pena a los franceses establecerse, en 1764, en las islas Malvinas[33], que consideraba parte del continente americano. Reclamó la propiedad, y Francia, mediante el reembolso de los gastos, le entregó su naciente colonia, que el capitán de navío Felipe Ruiz Puente ocupó en nombre de España el 2 de abril de 1767[34]. Al año siguiente, a causa de los rumores no desprovistos de fundamento de que los ingleses se habían establecido en algún punto de la costa o de las islas de las regiones australes, y a causa del informe de los náufragos del estrecho de Magallanes acerca de la fertilidad de esos parajes, se enviaron dos navíos[35], uno para buscar a los ingleses y el otro para fundar una colonia en el estrecho; ninguno de los dos cumplió su misión. No se vieron más extranjeros en las costas y el clima pareció demasiado riguroso como para que pudiera fundarse un establecimiento.

Entre los jesuitas expulsados en 1767 figuraba el inglés Falconer o Falkner, que, habiendo vivido siempre entre los indios de las pampas, estaba en mejores condiciones que cualquier otra persona para dar nociones exactas sobre las regiones que separan Buenos Aires de la Patagonia. Interesaba, pues, mucho al ministerio inglés llamar la atención del Parlamento y lograr que aprobara un proyecto de ocupación, que ya meditaba, de las costas australes de América, y fue a pedido del ministerio que Falconer escribió su *Description des terres magellaniques*[36]. Cuando apareció, España experimentó gran contento y dio de inmediato orden de fortificar los principales puntos de la costa de la Patagonia. Tal fue el origen de los establecimientos de que voy a hablar.

Se envió en seguida, desde España, un superintendente de los establecimientos proyectados; y, desde entonces, no podía retardarse la colonización

---

32 Funes dice (*op. cit.*, t. III, p. 24) que en esa misma época (1747) dos religiosos fueron al Río Negro a poner los cimientos de Nuestra Señora del Carmen. Si el hecho es verídico, no cabe duda de que esa primera tentativa fue un fracaso, porque se sabe bien positivamente que en 1779 se compró el Cacique Negro el terreno para construir el fuerte que existe hoy.

33 Véase Pernetty, *Histoire d'un voyage aux iles Malouines*.

34 Funes, *Ensayo*, etc., t. III, p. 116; Bougainville, *Voyage*.

35 Funes, Ensayo, etc., t. III, p. 128.

36 *Description des terres magellaniques et des pays adjacens*.

de esas costas. Ese jefe, don Juan de la Piedra[37], partió, en 1779, con cien hombres y acompañado de Antonio de Viedma, para establecerse, al mismo tiempo, en San Julián y en el puerto Deseado; al llegar a la península de San José, en el 43° de latitud sur, ancló en la bahía a la cual dio su nombre; luego, no juzgando conveniente avanzar, hizo desembarcar sus tropas, y puso, en el lugar, los cimientos de San José, pasó la administración de la naciente colonia a Viedma y regresó a Buenos Aires, donde, para justificar el incumplimiento de las instrucciones recibidas, hizo una descripción exagerada del lugar elegido, lo que no impidió que fuera reemplazado en su cargo; y aunque el establecimiento existe todavía, una parte de los colonos pasó a Montevideo, a causa de una epidemia.

Basilio Villarino fue encargado el mismo año del reconocimiento del curso del Río Negro[38], donde debía encontrar un lugar conveniente para un establecimiento. Habiendo hallado un terreno apropiado, hizo conocer al subintendente los resultados de su misión; se estableció provisoriamente a la orilla izquierda, a siete leguas de la desembocadura, en el lugar donde está actualmente el fuerte; tuvo que vivir, lo mismo que sus compañeros, exclusivamente de la caza y no habitaban más que cuevas practicadas en el acantilado. El cacique Negro[39], jefe de los puelches, vivía entonces a orillas de Río Negro y acogió bien a los españoles, quienes pensaron, desde ese instante, que sería un fiel amigo; Villarino hizo todo lo posible para conservar esas buenas disposiciones y una amistad sincera nació entre los indios y los recién llegados.

Francisco Viedma, nombrado subintendente, en reemplazo de Piedra, de los establecimientos de la Patagonia, quiso llevar a la práctica el proyecto, acariciado desde hacía mucho tiempo por España, de fundar varios establecimientos en la costa. Apareció, en enero de 1780, en el puerto San Julián; no halló, en esa playa estéril, a pesar de todo el cuidado que puso al visitarla, ningún punto conveniente para el perfecto cumplimiento de su misión, lo que no le impidió cumplir las órdenes que le fueron transmitidas. Dejó a su hermano Antonio Viedma establecerse en el puerto San Julián, hizo construir un fortín de madera y algunas casas, llamando a esa colonia *Florida Blanca*[40], luego se dispuso a reconocer el curso del Río de Santa Cruz hasta su fuente, pero

37 Funes, *Ensayo*, t. III, p. 238.

38 *Ibid.*, p. 239.

39 He conocido a ese cacique, en 1829, en el Río Negro. Conservaba aún un gran vigor, a pesar de su avanzada edad.

40 Funes, *Ensayo*, etc., t. III, p. 252, y *Colección de obras y documentos de Pedro de Angelis* (Buenos Aires, 1836), t I. Memoria de Francisco Viedma, p. 7

fue desanimado por la extrema aridez del suelo, que parecía rechazar todo cultivo. Casi al mismo tiempo se fundó otro establecimiento en puerto Deseado. Esas colonias se mantuvieron, sin embargo, algunos años todavía, a pesar de los escasos recursos, pero sin progresos sensibles; y, en 1783, España resolvió abandonar a todas, salvo la de Río Negro. La de San José se mantuvo más tiempo que las otras hasta una sangrienta catástrofe, de la que tendré oportunidad de hablar más adelante.

Francisco Viedma fue encargado de establecerse de inmediato a orillas del Río Negro; dio mayor extensión a la colonia naciente de *Nuestra Señora del Carmen*, más conocida, en la región, con el nombre de *Patagones*. Tenía poderes que lo autorizaba a entrar, de inmediato, en tratos con el poseedor natural del suelo, el cacique Negro, a quien le compró el curso del Río Negro[41], desde su desembocadura hasta San Javier, mediante una gran cantidad de ropa y una distribución general a todos los indios de toda clase de objetos para su uso. Aunque podía ser muy grato a los primeros fundadores ser comparados, a causa de las moradas hechas en agujeros practicados en las barrancas, con los primeros habitantes de la isla de Creta, que habitaban las colinas del monte Ida[42], o a los guanches de la isla de Tenerife, esperaban igual que su situación fuese menos precaria. Viedma la consiguió pronto; su aliado, el cacique Negro, no satisfecho con cederle los derechos sobre el suelo, quiso también, con sus indios, ayudarle a construir un fuerte, y se vio, por primera vez, a esos orgullosos e indómitos indígenas plegarse y hasta concurrir con sus brazos y sus caballos al transporte de los materiales necesarios a la edificación del fuerte de Carmen, que se levantó poco a poco y no tardó en poder servir de morada a los primeros habitantes españoles de esas comarcas.

Francisco Viedma, procurando dar mayor extensión a su colonia, solicitó a España agricultores, los cuales, al llegar, no debían estar expuestos a la desgracia de no hallar nada que los uniera al suelo que debían fertilizar; por eso, el virrey de Buenos Aires envió comisarios para comprobar la verdad. Según la opinión generalizada en aquel entonces, la Patagonia estaba completamente desprovista de recursos necesarios para una colonia. Los comisarios, preocupados por esa idea, sólo dieron, en consecuencia, informes desfavorables; y fue necesaria toda la perseverancia de Viedma, junto a sus múltiples informes acerca

41 Es probable que el nombre del cacique haya influido más en el del río que el color de sus aguas, que no son más negras que las de los otros ríos de América; a menos que le venga por contraste con el Río Colorado.

42 *Voyage d'Anacharsis*, t. VIII, p. 46.

43 Funes, *Ensayo*, t. III, p. 253.

de la fertilidad de las orillas del Río Negro y de sus indicaciones referentes a las tierras apropiadas a la crianza del ganado, para decidir, finalmente, al virrey[43] a enviarle, en 1781, setecientas treinta y cuatro personas, provenientes de las montañas de Galicia[44]. Desde entonces la colonia del Carmen se extendió mas allá del fuerte; se construyeron casas más abajo sobre la pendiente de la colina; y pronto gran número de chacras y estancias animaron el campo, antes morada de los animales salvajes. Las tierras de aluvión fueron surcadas por el arado, germinó el trigo, por primera vez, en la Patagonia, mientras que los rebaños, transportados de Buenos Aires y Montevideo, se extendieron por los márgenes del Río Negro. En una palabra, todo hacía esperar que, las cosas en ese estado, el villorrio y sus alrededores prosperaran; por desgracia, los puelches descubrieron entonces, aunque algo tarde, que la vecindad de hombres tan poderosos no podía dejar de acarrearles peligros. El cacique Negro, que aparentemente era siempre amigo, dio varias veces lugar a que se sospechara de sus intenciones; y Viedma tuvo necesidad de toda su astucia para no romper con él, y conservar sus servicios.

El temor de doblar el cabo de Hornos para ir a Chile, hizo, desde mucho tiempo antes, que se estableciera un comercio terrestre entre Buenos Aires y aquel país; pero, un trayecto de más de trescientas leguas y una cordillera cerrada por las nieves seis meses al año, hicieron pensar, de acuerdo a las ideas expresadas por Falconer, que el Río de Mendoza, que desemboca en el Río Negro por medio del Río Diamante, brindaría al comercio una salida menos costosa. Por otra parte, se esperaba hallar también una comunicación más fácil con Chile ya sea remontando uno de los brazos del Río Negro, ya sea buscando una ruta directa a Valdivia[45]. Esos dos motivos sumados hicieron que se encargara a Basilio Villarino la exploración del curso del río; este piloto partió de Carmen a fines de 1782, con cuatro chalupas, tripuladas por marineros escogidos. La geografía ganó mucho con esa expedición[46], pero las otras conquistas que se esperaban no se alcanzaron. Se descubrió, es cierto, un paso fácil por la cordillera, pero nada revelaba la existencia de la supuesta comunicación con

---

44 Durante mucho tiempo esos primeros habitantes, aislados del resto de América, conservaron su acento y sus costumbres primitivas; y en la época en que yo estuve era fácil distinguir a los primeros fundadores.

45 Parece que existía, en tiempos de la Conquista, un camino de carretas entre Valdivia y Buenos Aires; con la esperanza de volverlo a hallar hizo Villarino el viaje.

46 Poseo el manuscrito auténtico de ese viaje; daré un extracto en la parte geográfica. Es uno de los documentos más preciosos sobre esa parte ignorada del suelo americano.

el Río de Mendoza. Así, ese viaje, que parecía deber hacer progresar mucho la colonia de Carmen, no le resultó útil en ningún sentido.

Juan de la Piedra, el mismo que fundó San José, nombrado comandante del Río Negro[47] en 1784, estuvo a punto de perder todo lo que se había ganado con tanta paciencia: su predecesor mantuvo siempre una especie de neutralidad con los indios, relaciones de aparente amistad con el cacique Negro. Los colonos vivían en paz, ya sea cultivando la tierra, ya sea cuidando el ganado. Piedra siguió una conducta completamente inversa; quiso combatir a las naciones salvajes, y sin tener en cuenta la alianza con el cacique, lo atacó a él y a sus aliados. Sus oficiales se mostraron, en esa campaña, de lo más crueles, degollando hombres, mujeres y niños, de cada una de las pequeñas tribus indias que encontraron; pero a éstas, a su vez, les llegó su turno, y las tropas de Piedra pudieron considerarse dichosas de poder replegarse hacia Buenos Aires. Desde ese momento, no hubo más neutralidad posible con los salvajes, los cuales consideraron, más que nunca, al español como a su enemigo común.

La pesca de la ballena atraía, diariamente, a las costas de la Patagonia, a muchos ingleses y norteamericanos. España receló entonces; por eso firmó en 1790[48] un tratado con Inglaterra, y quiso, pronto, reservarse el monopolio de ese negocio; pero la falta de experiencia de sus marinos hizo que sus compañías no lograran ningún beneficio y que tal tipo de empresa se redujera al establecimiento en puerto Deseado de algunos barcos dedicados a la caza de lobos marinos. De ahí que una medida que debía dar mayor importancia al establecimiento del Río Negro, no le trajo ninguna ventaja, y Carmen permaneció en un estado de languidez estacionaria; se mantuvo, empero, la infantería y la caballería. En 1800 había dos empleados aduaneros, un almacenero y un comandante militar, que todo lo dirigían; la administración era tanto más complicada cuanto que numerosos peones u obreros de la región estaban empleados en las estancias del gobierno y en sus chacras en la extracción de sal de la salina de Andrés Paz. Había un granero destinado a depósito de las cosechas del año; un molino, movido por caballos, bastaba para moler el grano necesario al consumo de los habitantes y permitía hacer cotidianamente, en nombre del gobierno, una distribución de panecillos a los indios amigos, lo que los atraía en gran número. Una nave de guerra estaba siempre anclada en la parte baja del río y dos chalupas armadas recorrían sin cesar el curso del Río Negro. El comercio era bastante activo; gran cantidad de naves cargaban sal,

47 Funes, *Ensayo*, t. III, p. 342.
48 *Ibid.*, p. 373 y sig.

destinada al consumo de Buenos Aires y Montevideo, que antes del descubrimiento de las salinas de la Patagonia recibían la que necesitaban de la península de Araya, en Colombia.

Desde que España quiso reducirse, en la costa patagónica, sólo a la colonia de Carmen, San José se mantuvo a causa de su proximidad del Río Negro, del cual dependía; varios estancieros la poblaban, así como un sargento y algunos soldados. Había, entonces, de quince a veinte mil cabezas de ganado, y todo revelaba, a ese respecto, una sucursal no menos productiva de las granjas del Río Negro, cuando la conducta altanera del comandante de Carmen vino a hundir a los españoles en el duelo y causó la ruina total de San José de una manera trágica, que recuerda, en pequeño, la escena sangrienta de las Vísperas Sicilianas. Los indios comerciaban diariamente con los establecimientos y trataban de prestar a los colonos cantidad de pequeños servicios. La deserción de tres soldados de Carmen que se pasaron a los indios hizo que el comandante requiriera de éstos que buscaran y trajeran a los desertores, y a ese efecto ofreció importantes recompensas a los caciques patagones que se encargaran de la búsqueda. Estimulados por el cebo de la ganancia, dos de estos últimos partieron; al regresar, después de algún tiempo, con dos soldados españoles, reclamaron lo que se les había prometido. El jefe español, considerando nula, a ejemplo de muchos de sus compatriotas, toda palabra dada a los indios, no hizo el menor caso de la justa demanda de los caciques; ellos insistieron; y para desembarazarse de ellos les dijo, finalmente, que fueran a San José, donde el sargento estaba encargado de darles los objetos prometidos. Hicieron el viaje, y no sólo el jefe de ese establecimiento no tenía nada que darles, sino que ni siquiera había recibido orden a ese respecto. Los caciques irritados regresaron a Carmen y reprocharon al comandante su mala fe: éste encontró mal que los bárbaros osasen reprocharle algo; se enojó, los amenazó con un palo, y les hizo expulsar del fuerte. Los caciques, con el odio en el corazón, resolvieron vengar la afrenta a cualquier precio. Carmen estaba demasiado bien defendida como para que pudiesen atacarla, y por eso disimularon sus intenciones, esperando el momento favorable a la ejecución de su designio: no sabían en realidad si los había engañado el comandante de Carmen o el sargento de San José, pero como este último lugar resultaba más accesible, resolvieron dirigirse hacia allí. Numerosas tribus de patagones se reunieron, marcharon sobre la península, acamparon en sus inmediaciones, y un día de fiesta, mientras los habitantes estaban desarmados, en la capillita, oyendo misa, los cercaron y aniquilaron. Sólo tres españoles escaparon de esa carnicería, y debieron la vida a la amistad de algunos indios. El establecimiento fue destruido por completo, casas que-

madas y robada una parte del ganado. Debo los detalles de esa catástrofe a uno de los tres hombres que huyeron de los patagones. Ese pobre desdichado, por una fatalidad curiosa, sucumbió, el 22 de junio de 1829[49], bajo los golpes de los aucas, en una de las invasiones que debimos sufrir. De esa manera, la altanería insoportable de un funcionario causó la destrucción de todo un villorrio, que vivía, sin socorro alguno, desde hacía más de veinte años; por desgracia, existen muchos casos semejantes en la historia de la conquista de América.

Patagones era, hasta entonces, una simple colonia y fue pronto considerada, a causa de su lejanía de la capital y de su aislamiento, como un presidio o lugar de exilio; al principio, sólo se enviaba allí personas condenadas por delitos políticos. El primer ejemplo que hallé en los historiadores y en los archivos que tuve entre las manos, se remonta sólo al año 1809[50], época en la cual cinco de los hombres más exaltados en el sentido de la independencia fueron exiliados a la Patagonia por el virrey Liniers, en medio de la crisis que debía, al año siguiente, hacer lanzar el primer grito de libertad a los criollos de Buenos Aires, y derrocar para siempre a la monarquía española en el continente americano. Carmen recibió después, con frecuencia, condenados políticos, en medio de las luchas que agitaban desde hace tanto tiempo ese país. Más tarde, no se limitaron a ellos, y las riberas del Río Negro recibieron también a criminales y asesinos, a quienes la debilidad de los jueces no mandaba al suplicio.

Por esa misma época, Carmen tenía ya alguna importancia por su comercio de sal y con los indios. La agricultura daba también cuatro mil quinientas *fanegas*[51] de trigo por año; el ganado brindaba una rama lucrativa de la exportación. Las estancias del gobierno tenían más de 20.000 cabezas de ganado; los propietarios contaban por lo menos con igual cantidad. Envióse, hasta entonces, de Buenos Aires, todo lo que podía contribuir a dar más importancia al Río Negro, pero las conmociones que precedieron a la revolución hicieron descuidarla mucho, y pronto olvidarla del todo.

Inmediatamente después de la revolución de 1810 en Buenos Aires, se envió un comandante patriota a someter a Carmen al partido republicano y reemplazar la bandera española por la de la República, lo que se hizo sin dificultad. Los habitantes se declararon patriotas, pero no por mucho tiempo. El nuevo jefe se dedicó a dilapidar, por su propia cuenta, las granjas y estancias del Estado. Los habitantes añoraron, entonces, el antiguo régimen, al cual

49 Véase capítulo XX.

50 Funes, *Ensayo*, etc., t. III. p. 480

51 La *fanega* pesa alrededor de 42 kilogramos.

estaban acostumbrados, soportando con impaciencia las exacciones sin número de la nueva administración. En 1812, durante el sitio de Montevideo por las tropas de Buenos Aires, dos españoles, exiliados de Mendoza a la Patagonia[52], sublevaron los espíritus contra el partido republicano, y tramaron, con los habitantes, un complot que llevaron a ejecución. No sólo los conspiradores se apoderaron con facilidad del fuerte, sino también llegaron a tomar, por sorpresa, posesión de un barco de guerra, anclado, entonces, en la desembocadura del río, y la bandera española volvió a aparecer a orillas del Río Negro. Los promotores de esa revolución fueron los que más la aprovecharon; después de muchas promesas hechas a los habitantes, partieron para Montevideo con el barco, no sin haber obtenido de los colonos de Carmen un gran cargamento de carne salada, para socorrer a los españoles asediados en aquella plaza, lo que disminuyó los recursos del gobierno. Buenos Aires supo, finalmente, del levantamiento de Patagones, y a pesar de su situación precaria envió tropas con un comandante, encargadas de imponer el orden a los habitantes y castigarlos por su deslealtad. Carmen se sometió de inmediato, pero los desafortunados habitantes pagaron algo caro su condescendencia con el partido español. El nuevo jefe, so pretexto de que los insurgentes destruyeron el ganado del Estado, se apropió de los animales que quedaban, que hizo matar en su provecho; y, además, siempre en nombre del gobierno republicano, confiscó todos los vacunos de los habitantes, los hizo matar y aprovechó únicamente el sebo y los cueros, que envió a Buenos Aires a su nombre; después, finalmente, autorizó a los soldados a asaltar las casas y devastar los campos, y la colonia de Carmen fue destruida por completo. Sus campos, antes llenos de ganado, quedaron desiertos. Los pobres pobladores, despreciados por las autoridades, a causa de la opinión que manifestaron, careciendo de todo medio de apelación en la capital, se hallaron, pronto, en la mayor miseria, sin rebaños, sin bueyes para trabajar. Permanecieron largo tiempo sumidos en la miseria más completa, obligados a cazar, en medio del desierto, los animales salvajes, desde entonces su único recurso.

Es evidente que tamaños atropellos fueron obra sólo del comandante, por estar Buenos Aires demasiado ocupada en las guerras del Alto Perú, Montevideo y Paraguay, para prestar alguna atención a Carmen; por eso ese jefe prevaricador, después de haber arruinado durante largo tiempo a la región, en la que pronto ni él mismo halló de qué vivir, abandonó el lugar, que dejó bajo la dirección de un subalterno, junto con un destacamento de dragones, cóm-

52 *Esquisse historique, etc.*, de Buenos Aires, por Ignacio Núñez, trad. franc., p. 238.

plices de sus malversaciones. Desde entonces Carmen cayó en un estado de abandono deplorable. Forzados a emplear, para mantenerse, medios que habían repudiado hasta ese momento, los habitantes se dedicaron a comerciar con los indios, que les llevaban pieles y tejidos, con los cuales se vestían. Tales intercambios estimularon a los indios a ir a asaltar las fronteras de Buenos Aires, para vender el producto de sus invasiones a los habitantes de Carmen, lo que enriqueció, de nuevo, a estos últimos. Compraron ganado a los indígenas, lo enviaron a la península de San José, donde, después de la masacre de los colonos, los vacunos, abandonados a sí mismos, se multiplicaron a tal punto que los campos estaban cubiertos de ellos. Un cacique con el cual se habían mantenido tratos (hacia 1816), les llevó cerca de un millar en dos viajes, lo que estimuló a los habitantes a ir allí, y cada año se los veía cruzar los desiertos y pasar algunos meses en San José a fin de sacar ganado. Llegaron hasta las orillas del Río Colorado, donde había también animales que se hicieron salvajes; poco a poco fueron prosperando y gozaron pronto de ese bienestar que presagia un gran progreso para un porvenir próximo.

Se recuerda que, después de las exacciones de 1812, el destacamento de dragones dejado en Carmen por el comandante, estaba acostumbrado al robo y no obedecía a su jefe. Ese mismo destacamento, con otros soldados, puso, en 1819, a Patagones a un paso de su pérdida; se levantó contra la autoridad, mató al comandante, hizo sufrir terribles suplicios a otros oficiales, hasta encadenar a los vivos a los cadáveres sanguinolentos de los que acababan de ser fusilados y obligarles a arrastrarse así hasta el lugar donde debían ser enterrados vivos, con sólo la cabeza fuera de tierra. Esos tigres con cara de hombres se entregaron durante algunos meses a toda clase de crímenes, gobernando la región como verdaderos salvajes; pero, cuando se enviaron desde Buenos Aires tropas para someterlos, no osaron esperarlas, abandonaron el fuerte, después de haberlo robado, y fueron a vivir como bandidos en la horda de Pincheira, donde están todavía, consagrando el resto de su existencia a la vida errante y aventurera de los aucas.

Los habitantes de Carmen sufrieron con esa sublevación; sin embargo, su situación mejoraba todos los días. En 1820, la colonia poseía unas cuatro mil cabezas de ganado, número que aumentaba cada día. Los indios, una vez agotada la caza de esos animales, convertidos en salvajes, hacían, para continuar su comercio, incursiones a las estancias de Buenos Aires y Mendoza, y volvían, luego, a vender sus rebaños al Carmen. Ese tráfico escandaloso enriqueció a varios propietarios; se convirtió en una de las causas de ese espíritu de pillaje que crece todos los días en los indios y que puede, por lo demás, atri-

buirse al gobierno, porque si éste hubiese prohibido la compra de vacunos marcados por los propietarios de estancias, sin duda los indios no hubiesen hecho un comercio continuo con el mismo rebaño. Robaban en Buenos Aires, para ir a vender, luego, a Carmen y a Chile, o bien los sacaban de estas últimas localidades, para traficar en otros puntos. La llegada del comandante Oyuela, en 1822 ó 1823, aumentó aún más la prosperidad de Carmen, ya floreciente. Durante los tres años de su gestión, se calculan en por lo menos cuarenta mil las cabezas de ganado entregadas por los indios a los habitantes, que, desde entonces, exportaron cargamentos de cueros y carne salada; y, mientras por una parte todos los propietarios veían sus ganados robados por las hordas salvajes, Patagones se convirtió en un lugar interesante, donde muchos comerciantes de Buenos Aires se enriquecieron en pocos años.

La guerra de la independencia trajo algunas modificaciones en las costumbres de los indígenas y, al civilizarlos, los hizo más temibles a los blancos. Tenían, en sus frecuentes incursiones, la costumbre de matar a todos los hombres adultos, conservando sólo las mujeres y los niños, como esclavos. Al estallar las guerras, un oficial del partido español, Pincheira, se pasó a los indios con sus soldados; se declaró, por lo mismo, enemigo de todas las ciudades y villorrios dependientes de las repúblicas de Chile y Buenos Aires; y, seguido de trescientos hombres armados a la europea, se alió a muchas tribus de los indios aucas, dedicándose sucesivamente a saquear las fronteras de las dos repúblicas. Los naturales que tanto temían las armas de fuego, se acostumbraron a ellas poco a poco y hasta se acostumbraron a ser apoyados, en sus invasiones, por cristianos armados. No sólo las tropas de Pincheira aumentaron, sino también las otras tribus recibieron desertores igualmente, y pronto se vio, incluso en los establecimientos, a los gauchos preferir la vida nómade de los indios al hogar familiar. Estos se hicieron más audaces y atacaron con frecuencia a los chacareros, pero no mataron tan a menudo a los hombres que sorprendían, lo que los hizo temer menos, aunque se fortificasen y fueran, cada día, más peligrosos. Tal es, en la actualidad, la situación de los naturales, en relación con los establecimientos españoles próximos a los lugares que habitan.

Por una parte, Carmen prosperó; por la otra, los indios adquirieron cierta importancia política, cuando estalló, a fines de 1826, la guerra entre Buenos Aires y el Imperio del Brasil. El Plata fue, de inmediato, bloqueado por la escuadra brasileña y ningún barco corsario de la República Argentina pudo entrar en el río, sin correr peligro de ser apresado. Entonces se construyeron los fuertes de la Ensenada y Tuyú, pero esos fuertes estaban demasiado cerca del enemigo para dar alguna seguridad y se pensó que el único lugar donde se

podía anclar sin temor y enviar las numerosas presas hechas al Brasil, era, sin discusión, el Río Negro. Desde ese momento, todos los barcos corsarios argentinos anclaron en Carmen con sus presas, sea para hacer reparaciones, sea para aprovisionarse, sea aún para salvar los ricos cargamentos que capturaban diariamente. El apacible villorrio de Patagones vio reunirse una gran cantidad de marineros de todas las naciones, verdaderos piratas que, por sus costumbres licenciosas, no le iban a la zaga a los gauchos deportados. Llegaron por primera vez a Carmen artículos preciosos de todo género, y se conoció al fin el lujo, desconocido hasta entonces. La prodigalidad de los oficiales de los barcos, los gastos que estaban obligados a hacer cada día para sí y para sus naves, contribuyeron a modificar las costumbres de la región. La monotonía de un villorrio avícola cedió su lugar al movimiento de un puerto a la vez militar y comercial. Fue necesario construir, en todas partes, casas para alojar a los habitantes; fueron atraídos gran número de comerciantes de Buenos Aires, ingleses y norteamericanos, por el cebo de las ganancias exorbitantes que podían realizar en medio de ese conjunto fortuito de hombres de todas las naciones, de todos los Estados y sobre todo de esa clase mixta entre militares y comerciantes, los corsarios, hombres que gastan con facilidad lo que el azar les da, siempre inseguros de que podrán conservarlo hasta el día siguiente. Patagones no era el mismo y no debía volver a tener ese candor que lo caracterizaba hasta un año antes; el espíritu mercantil reemplazó a la franca hospitalidad, y el lujo de las ciudades a la sencillez de los villorrios alejados de la civilización. Se vieron pianos en Carmen; aparecieron los vinos extranjeros más delicados, al mismo tiempo que las telas de seda más finas de la India y de la China. El español que, junto con los idiomas indígenas, había sido el único en despertar eco en los acantilados del Río Negro, fue reemplazado por lenguas de todas las naciones. El francés, el inglés, el alemán, el español y el portugués se hablaron en las reuniones, y Carmen pudo compararse a una torre de Babel, donde resultaba a veces tan difícil hacerse entender como en las llanuras de la antigua Sennaar.

Los habitantes de Carmen gozaban en paz de su nueva situación, cuando a comienzos de 1828 los brasileños resolvieron apoderarse de una colonia que les era tan perjudicial; llegaron, primero, con algunas naves de guerra a la bahía de San Blas, para apoderarse de un barco allí anclado; pero, lejos de llevar a cabo su proyecto, conducidos por malos pilotos, perdieron dos de sus barcos y se vieron obligados a renunciar a su empresa[53]. Regresaron poco después al Río Negro con tropas destinadas a realizar un desembarco; aparecieron

53 Véase cap. XVII.

en la barra, la franquearon, no sin dejar dos de los cinco navíos que componían la expedición, y anclaron en el río. Carmen tenía, por toda defensa, a los marineros de los barcos corsarios, algunos soldados de infantería y la milicia de la zona, compuesta de los habitantes y de los gauchos. Se reunieron todos; se realizó un consejo y todos estuvieron de acuerdo en defenderse. Los capitanes de los corsarios armaron de inmediato dos barcos, y de acuerdo con todos los marineros tomaron la resolución de atacar a los navíos enemigos, mientras la caballería debía caer sobre las tropas. El general brasileño (de origen inglés) creyó que con soldados aguerridos le sería fácil vencer a un puñado de hombres no disciplinados y apoderarse del establecimiento. Sin pérdida de tiempo, desde la mañana siguiente, comenzó el desembarco, llevando setecientos hombres a tierra, dejando poca gente en las naves. Desde la desembocadura del río, era necesario recorrer seis leguas para llegar a Carmen. El guía que los dirigía les aconsejó, por temor a las emboscadas, viajar por el interior de las tierras, para caer de improviso sobre Carmen; pero, entre hombres habituados a los pequeños ardides de guerra de los indios, era imposible que todos esos pasos del enemigo no fueran conocidos. Cien a ciento veinte milicianos resolvieron de inmediato derrotarlos por la sed, y la ejecución de ese proyecto se llevó en seguida a la práctica. Las tropas brasileñas, compuestas de infantería, habían partido sin tomar la precaución de abastecerse de agua; por eso, después de cuatro o cinco horas de marcha forzada en medio de los áridos desiertos, una sed devoradora acrecentada por el calor del verano, se hizo sentir. El ejército se acercaba a su objetivo y quería alcanzar el Río Negro; ¡vanos deseos!... Halló a la milicia dispuesta a impedírselo. Hubo varias escaramuzas; algunos hombres murieron de uno y otro bando. La contienda parecía agudizarse, cuando el general, punto de mira de los gauchos, a causa de su uniforme recamado de oro, fue derribado por una bala[54]. El desaliento se apoderó de sus hombres: una sed cruel atormentaba a los soldados y les hacía murmurar; los oficiales procuraban en vano animarlos; el grito general de rendición les hizo entregar sus armas a los milicianos, que los tomaron a todos prisioneros. Mientras los habitantes de Carmen alcanzaban esa señalada victoria, las naves llegaron junto al anclaje. Se combatió con ardor; ya uno de los barcos brasileños había sido apresado, cuando la noticia del desastre del ejército obligó a los otros dos a rendirse. Tal fue el resultado de la segunda expedición de los brasileños, tan infructuosa como la primera: la victoria dejó a los colonos orgullosos de su valor y convencidos de la impotencia de las tropas de *Pedro Primero*.

54 Véase capítulo XVIII.

Carmen se llenó de prisioneros brasileños, lo que hacía imposible mantenerlos, sobre todo considerando que todos los días su número aumentaba con los que llegaban a bordo de los corsarios. Se resolvió enviarlos por tierra a Buenos Aires, a pesar de la distancia que los separaba, y esos pobres desdichados se vieron obligados a hacer a pie cerca de trescientas leguas, a través de áridos desiertos, conducidos por un oficial poco humano. El relato de los soldados que los acompañaron es un tejido de crueldades y prefiero creerlo exagerado; muchos de ellos –me dijeron– perecieron en el trayecto o fueron abandonados, sin fuerzas para seguir avanzando.

La paz firmada el 3 de octubre de 1828 entre Buenos Aires y el Brasil puso fin a la prosperidad de Carmen. El movimiento cesó poco a poco. Los corsarios y sus tripulaciones abandonaron un lugar que dejaba de tener interés para ellos. Muchos comerciantes hicieron otro tanto; y durante mi permanencia en Patagones vi, sucesivamente, a todos irse, tanto más cuanto que las guerras contra los indios eliminaban la menor esperanza de poder levantar una colonia estable. Se vio a las hordas salvajes devastar, tres veces distintas, las dos orillas del Rrío Negro; la agricultura paralizada, en las llanuras más fértiles, carente de seguridad; los ganados de las estancias robados; todo, en fin, faltaba al mismo tiempo a los colonos y los empobrecía más de lo que nunca habían estado. Habían conocido el lujo y una serie de necesidades que antes les eran extrañas, lo que les hacía aún más difícil la vida. Ricos en 1810, abatidos por las exacciones de los comandantes hasta 1816, desde entonces prosperando poco a poco por la compra de ganado a los indios hasta llegar a ser opulentos en 1828, cayeron de nuevo en la miseria en 1829. En esta última época, la situación de Carmen era de lo más crítica, y el escaso sostén que Buenos Aires da a ese establecimiento, hace temer que no pueda mantenerse mucho tiempo, y que vuelva a caer, un día, en poder de los salvajes. Tal es el estado en que dejé a Carmen, al abandonarla; dichoso, yo mismo, de poder salir sano y salvo.

Descripción de Carmen de Patagones y sus alrededores

Después de haber hecho conocer la historia de Carmen, único establecimiento que subsiste en la costa de la Patagonia y sobre el cual no se tenía hasta el presente ninguna información, daré una idea sumaria del suelo, desde el punto de vista de su configuración, de su composición y de las producciones naturales que lo caracterizan.

Los geógrafos han denominado Patagonia a toda la extremidad de la América Meridional situada al sur del Río Negro al este, y de la isla de Chiloé al oeste. Sin discutir aquí la verdad o falsedad de esa división, lo que será objeto de un trabajo especial, haré notar, por lo menos, que el nombre de Patagonia, proveniente de la nación patagón o tehuelche, no debería, a lo sumo, extenderse más que a las regiones habitadas por esa raza. Se distinguiría, pues, de las tierras al sur del estrecho de Magallanes, las cordilleras de los Andes, su parte occidental; y así la Patagonia comprendería sólo, en el continente, la ladera oriental de los Andes, desde las montañas hasta el océano Atlántico. Es de la Patagonia, así restringida, que voy a ocuparme exclusivamente y aún muy especialmente de su parte septentrional, la única que conozco personalmente. Mis observaciones personales abarcaron, más precisamente, el espacio comprendido entre el 40° y el 42° de latitud sur; las restantes las obtuve de los naturales que atraviesan, a diario, esos desiertos en todos sentidos, o de algunos españoles que mi larga residencia en esos lugares me permitió interrogar sobre sus viajes parciales al interior del continente.

El villorrio de Carmen, situado en el 41° de latitud austral y 64°45' de longitud oeste de París, está sobre la línea norte y sur dada, por todos los mapas franceses y extranjeros, como demarcación entre la República Argentina y la Patagonia. Si tal línea fue adoptada a causa de que allí terminan las posesiones de Buenos Aires, es completamente falsa, porque una batería, en verdad, actualmente abandonada, demuestra, en la península de San José, que la dominación de los argentinos se extiende hasta allí; y porque, además, se va diariamente mucho más allá del Río Negro. Si es, por lo contrario, porque los patagones no pasan al norte del Río Negro, ese límite es todavía más falso, porque los patagones van hasta Río Colorado y hasta la Sierra de la Ventana, en el 39°. Es, pues, de todas maneras completamente arbitraria y sólo existe en los mapas, que la reproducen siempre, sin que los autores se remonten a las causas que los obligan a trazarla. Según mi opinión, no existe ningún motivo que autorice que se mantenga esa línea divisoria, puesto que el territorio de la Patagonia está tan vagamente determinado que es difícil establecer sus verdaderos límites.

La parte septentrional del lugar habitado por los patagones está formada por terrenos secos y áridos, que bajan en suave pendiente desde los Andes hasta el Atlántico; está regada, en toda su longitud, por el Río Colorado, al norte, y por el Río Negro, teniendo ambos sus fuentes en los Andes. El curso de ambos ríos interrumpe la monotonía de un terreno seco, cubierto solamente de zarzas espinosas; dan vida a la vegetación y desarrollan, sin interrupción,

en sus orillas, un valle fértil, sombreado de elevados sauces, que contrastan con las áridas llanuras que los bordean. Son, en efecto, dos naturalezas del todo distintas; una análoga, por completo, a la de Europa; otra que reproduce, casi al nivel del mar, el aspecto estéril y triste de la gran meseta de los Andes bolivianos, del 15° al 20° de latitud austral. Estos dos ríos forman como dos surcos en medio de una llanura casi plana, pero no presentan el mismo aspecto. El Río Negro, que es el más caudaloso de los dos, corre en un valle rodeado de acantilados por lo general cortados a pico, que las aguas baten todavía, o donde se han retirado poco a poco, para dejar sólo cultivables las tierras de aluvión, en las cuales hay una vegetación casi permanente. Se vio a ese valle de tres leguas, frente a Carmen, reducirse a algunas leguas arriba, y dejar, luego, en su longitud un ancho que puede calcularse, a lo sumo, en una legua de promedio, hasta la isla de Choele-Choel; por lo demás, algunos de esos terrenos de aluvión, comenzando de ocho a diez leguas arriba de su desembocadura y las numerosas islas que forman el río, están cubiertos de gran cantidad de sauces, que forman el más hermoso adorno y contrastan con los acantilados desnudos de los lados. El Río Negro es navegable por grandes navíos hasta Carmen; pero Villarino demostró que con barcos apropiados se podría remontar, en época de crecientes, que tienen lugar entre enero y febrero, hasta muy cerca del pie mismo de los Andes chilenos. El Río Colorado, mucho menos conocido, está bordeado de acantilados menos elevados; su curso es menos rápido; y no está tan provisto de sauces como el Río Negro.

Los terrenos áridos de las llanuras presentan también el aspecto característico de las pampas, aunque esas llanuras sean bien distintas. Presentan el aspecto de tener múltiples depresiones, que forman los lagos donde las aguas se depositan momentáneamente en época de lluvias y en los cuales se cristaliza, en capas gruesas, la sal marina explotada en el país: esos lagos, llamados salinas[55], son muy numerosos en toda la Patagonia. Hice conocer en mis viajes la del Inglés, junto a la bahía de San Blas[56], la de Andrés Paz[57] y la de Piedras[58]; hay en los alrededores de Carmen muchas otras de que hablaré en las partes geográfica y geológica. Todas serían susceptibles de fácil explotación si no es-

55 Núñez, *Esquisse de Buenos Ayres*, p. 234 (trad. franc.) dice que son salinas de sal de gema o de roca. Se equivoca por completo. Véase en geología y parte histórica, cap. XVIII, la descripción de la salina de Andrés Paz.

56 Véase cap. XVII.

57 Véase cap. XVIII.

58 Véase cap. XIX.

tuvieran tan alejadas de los lugares donde puede conseguirse agua. No sólo son salados todos los lagos, sino también el terreno está impregnado de partes salinas que se manifiestan, por lo general, en eflorescencias en la superficie del suelo. Hasta en los terrenos de aluvión de las orillas del Río Negro aparecen, de manera que nunca se ha cavado un pozo que haya dado agua dulce; pero si las llanuras están tan cargadas de sal, si son secas, cubiertas únicamente de zarzales espinosos que ocultan, en parte, pequeños cantos o gruesas capas de arena, la mayoría de los terrenos de aluvión de las orillas del Río Negro, inundadas casi periódicamente todos los años y así fertilizados, ofrecen, al contrario, no sólo una vegetación indígena, sino también los medios de trasplantar la de Europa, en una tierra de la más apropiada a la agricultura.

Considerado desde el punto de vista de su composición, el suelo de la parte septentrional de la Patagonia parece presentar, desde el pie de los Andes hasta el mar, una serie de capas de terrenos terciarios, que contienen en forma alternada conchillas de agua dulce y marinas, y huesos de mamíferos, en medio de gredas desmenuzables tan uniformemente estratificadas que, en las costas del mar y a orillas del Río Negro, donde se destacan, en todas partes, acantilados de gran altura, se puede seguir la menor capa, en un espacio de seis a ocho leguas, sin que varíe sensiblemente de espesor. Varias muestras de rocas, así como la descripción de los viajeros, me han probado que esos mismos terrenos ocupan casi toda la Patagonia, en su lado oriental, hasta el estrecho de Magallanes; por lo demás, el suelo terciario continúa al pie de los Andes, hacia el norte, comunica con el que bordea el Gran Chaco, y circunscribe, por todos lados, las pampas propiamente dichas, formadas invariablemente de arcilla con osamentas o de tierras de aluvión. Las pampas son en sí mismas mucho menos extensas de lo que se pensó, puesto que no participan del todo del suelo de la Patagonia, terminando por completo en el 39° para dejar su lugar a los terrenos terciarios de las partes australes; por eso, salvo las tierras de aluvión y las márgenes de los ríos, la Patagonia no es apropiada para la agricultura, presentando en todas partes terrenos arenosos y secos, que no conservan la humedad necesaria.

La temperatura no es en Carmen la que debía corresponder al 41° de latitud, a la misma distancia del ecuador que Nápoles y Madrid, pero en otro hemisferio; hace por lo general más frío, lo que debe atribuirse, sin duda, a la proximidad de los Andes y de las llanuras que se extienden hasta las regiones heladas de la extremidad meridional de América, en las cuales el frío es constantemente conducido por los vientos soplando casi siempre del oeste. Puede verse, en efecto, en el cuadro de las observaciones efectuadas en Bahía Blan-

ca[59], que, en ochenta y dos días, el viento sopló durante cincuenta y ocho del lado oeste, trayendo continuamente el aire frío de los Andes, que pasando con rapidez sobre la superficie llana de las tierras patagónicas y pampeanas, sólo pierde escasa intensidad cuando proviene del noroeste, mientras que es doblemente helado cuando proviene del sudeste, donde la latitud contribuye también poco a la elevación de la temperatura. Al mismo tiempo, los vientos no soplan más que dieciocho días del lado este, pasando también sobre el mar, donde no pueden recalentarse, y seis días solamente del pleno norte o del pleno sur. Tales circunstancias pueden explicar el excesivo frío de las noches, incluso en la estación calurosa, porque no puede suponerse que el descenso de la temperatura se deba a los vientos que provienen del polo, puesto que, sobre ochenta y dos días, no han soplado más que veintitrés veces del sudeste al sudoeste, mientras que lo han hecho cincuenta y dos veces del nordeste al noroeste, y sólo siete del este u oeste. Puede, entonces, llegarse a la conclusión de que el viento de esa latitud depende, más a menudo, de la proximidad de la cordillera que de la del polo austral. Se exagera, sin embargo, la diferencia que se cree existe entre la temperatura de esa latitud en el hemisferio austral y la misma en el hemisferio boreal. Es cierto que hiela muy raramente en Nápoles, pero en Carmen apenas he visto, durante el invierno que pasé, dos o tres veces algo de escarcha, teniendo, en los lugares más expuestos al frío, un centímetro de espesor, como máximo. Las legumbres no se hielan. Los pobladores nunca han visto caer nieve, y el termómetro centígrado no dio jamás más de dos a tres grados de frío, y sólo antes del amanecer; mientras que en el mes de enero, en la bahía de San Blas, lo he visto a menudo elevarse, a mediodía, hasta 30 grados de calor.

Lo notable en Carmen es el excesivo frío de las noches, hasta en el verano, lo que se explica bastante fácilmente por la vecindad de las cordilleras, de las montañas heladas del polo y del mar, así como por los vientos que soplan casi constantemente. Durante ocho meses de estadía, apenas he visto algunos días de calma. En cambio, he sufrido siempre vientos por lo general bastante intensos que hacían difícil la marcha, y que, al impedir el desarrollo de la vegetación en variadas formas, determina esa sequía desoladora, una de las características del suelo de la Patagonia, sequía tal que la lluvia que cae, en poco tiempo, se evapora y todo se seca con tanta facilidad como en las costas del Perú, donde jamás llueve, o en las cumbres de los Andes, donde la temperatura es idéntica a la de Carmen, en cuanto a sus efectos. Todos los cadáveres

59 Véase cap. XVI.

de animales expuestos al aire se desecan igualmente en vez de pudrirse, y permanecen así en el suelo, durante varios años, antes de corromperse. Llueve raramente en Carmen, los vientos que llegan del oeste jamás traen lluvia; sólo llega con los vientos del este hasta el sur que pasan sobre el mar, provocando tempestades y formando ventarrones. Se observa que los primeros producen lluvias pasajeras de poca duración, mientras que es raro que una tempestad no traiga nubes que hagan llover durante uno o dos días seguidos. Todas esas condiciones hacen de Carmen, sin embargo, la región mas sana del mundo.

¡Que contrastes originales presenta América, cuando se comparan los efectos contrarios producidos, al este o al oeste de los Andes, en las mismas latitudes! Acabamos de ver que en Carmen, en el lado oriental de los Andes, en el 41° de latitud, llueve muy raramente; mientras que, en la misma latitud, en el lado opuesto, los alrededores de Valdivia en Chile están cubiertos de una vegetación activa, alimentada por continuas lluvias, con neblinas diarias, pero si se avanza hacia el norte, hasta el trópico de Capricornio, todo cambia. En la ladera occidental de los Andes nunca llueve; arenas móviles cubren todas las costas del Perú; mientras que la vertiente oriental, tan seca en la Patagonia, reviste, en el Perú, toda la lujuria de una vegetación tropical, en medio de una temperatura cálida y húmeda, donde frecuentes lluvias vivifican una naturaleza de lo más vigorosa. Se ve, al oeste de los Andes, la hermosa vegetación del sur de Chile disminuir poco a poco a medida que se avanza hacia el norte, hasta hacerse rara en el 32° y desaparecer por completo en los trópicos, donde ya nada crece sin ayuda de irrigación artificial. Al este de los Andes se observa todo lo contrario; el suelo de la Patagonia es árido al extremo; pero, hacia el norte, en las pampas, se cubre de hierbas; más al norte todavía, de bosques tupidos; y pasa, finalmente, a la vegetación tan exuberante que adorna al Brasil. Busqué en los vientos las causas generales de esos efectos contrarios; soplan continuamente del sur, en la ladera occidental de los Andes; muy a menudo del norte, en la ladera oriental; y, por lo tanto, producen necesariamente efectos opuestos; pero, antes de recorrer sucesivamente esas diversas regiones, no habría podido darme cuenta de esos cambios tan notables, característicos del suelo de las partes australes de la América Meridional.

La zoología del norte de la Patagonia, de la que trataré de dar una información sumaria, ofrece un carácter muy especial: es muy distinta, en su conjunto, de la que he descrito de Corrientes[60]. No es esa mezcla diaria de los animales de las zonas cálidas con los de las partes templadas; es una zoología

60 Véase la parte histórica, cap. II.

característica de un suelo árido y seco, aumentado en invierno por la de las regiones heladas del polo, que aparece en la época de los fríos. Si la comparo con la zoología de cualquiera otra parte de América, sólo hallaré semejanza con la de las montañas de Chile y de la gran meseta de los Andes tropicales, en Bolivia; y en esa última localidad exclusivamente a la altura de 10 a 14.000 pies sobre el nivel del mar. Allí, no sólo hay casi todos los mismos géneros, sino también llama la atención hallar, a menudo, las mismas especies. En una palabra, la analogía entre esos dos sitios, desde el punto de vista zoológico, es impresionante, lo que parecerá tanto menos extraño cuanto que, desde todos los otros puntos de vista de temperatura y del aspecto general de la región, hay una notable identidad, como podrá reconocerse por la ojeada que damos a continuación.

Los numerosos monos que animan las colinas de la provincia de Corrientes desaparecen con los bosques que les dan asilo... No hay más cuadrumanos en el suelo patagónico; todos permanecen al norte del 30° de latitud; sin embargo, algunos débiles murciélagos revolotean todavía, al crepúsculo, en los ríos y al borde de los acantilados del Río Negro. El glotón asno[61] establece también ahí su morada y se aclimata sin dificultad; pero es en el seno de esas comarcas que la maliciosa mofeta está realmente en su propia casa; poco perturbadas, esas familias unidas se reúnen en medio de los desiertos y ostentan un pelaje que los naturales les envidian... Pero, ¡infeliz de aquel que confía demasiado en su aparente indiferencia! ... El lobo rojo[62] recorre incesantemente los desiertos, hallando siempre algunas tímidas gallináceas de qué apoderarse, mientras el zorro[63], su vecino, sólo sale de su madriguera para molestar al hombre establecido en esas comarcas, o bien para sorprender a los mamíferos pequeños o a algunos pájaros que sus astucias de costumbre le proporcionan los medios de capturar. Allí, si la aridez del suelo entristece, por lo menos no hay que temer la garra mortal del terrible jaguar, que no pasa al sur de las sierras de Tandil. No sucede lo mismo con el puma[64], que, por el contrario, es más común que en cualquier otra parte, en medio de esas vastas llanuras, donde compite, en la caza, con dos especies de gatos salvajes, sus inferiores en tamaño, el *pajero* y el *mbaracaya* de Azara, que habitan, sobre todo, las orillas del Río Negro. Hemos visto hormiguear, en las costas del mar, a los carniceros

61 *Viverra vittata*,Linn,
62 *Canis jubatus*, Cuv.
63 *Canis Azaroe*, Príncipe Maxim.
64 *Felis discolor*, Linn.

anfibios, las focas con trompa[65], cubrir las playas arenosas; los otarios, *leones marinos*[66], preferir las rocas o las costas cubiertas de guijarros; y en ambas especies, los machos, tan envanecidos por la posesión de sus tropillas de hembras, turbar, diariamente, las orillas del mar con sus sangrientas peleas; mientras que sus tímidas compañeras, objetivo de la lucha, sin al parecer interesarse en ella, se someten, por adelantado, al déspota que la suerte del combate les destina. Dos especies de zarigüeyas[67] llegan, en sus migraciones hasta el suelo patagónico, donde molestan también a los chacareros, que las cazan sin piedad.

Si los animales carniceros son numerosos en la Patagonia, les son necesarios, como alimentos, seres tan numerosos como débiles. Los roedores están allí para cumplir esa condición de su destino. Los tenomis cavadores reemplazan en la Patagonia a nuestros topos de Europa, trabajando sin cesar todos los campos arenosos que habitan también las ratas en gran número, unas de especies indígenas, que viven de semillas en las dunas, las otras, raros parásitos (nuestra rata y nuestros ratones), que vinieron con el europeo a estas regiones salvajes, donde, lo mismo que en Europa, huéspedes inoportunos y temibles, son perseguidos con razón, pero resulta difícil cazarlos. El eco de las orillas del Río Negro repite, a veces, los melancólicos acentos del *quya*[68], algunas familias del cual, provenientes del norte, pueblan los pantanos; se los oye a la hora de la noche, cuando la tímida vizcacha[69], en numerosas tribus, juega en las hierbas de los alrededores de su morada subterránea, agitando siempre sus enormes bigotes negros. Esta y la rápida mara[70], que representa, en las llanuras del sur, nuestra liebre de Europa, con una especie de cobayo[71], de pelo duro, son especies de esas comarcas y ocupan el terreno que les es más apropiado, sin acercarse nunca a los trópicos.

Entre los mamíferos desdentados no hay en la Patagonia más que especies acorazadas del género tatú; sólo dos viven en los desiertos: el pichi[72], buscado por la delicadeza de su carne, y el nocturno peludo[73]. Numerosas tropillas de pecarís con collar[74], los jabalíes de América, han llevado sus migraciones des-

65 *Phoca leonina*, Linn.
66 *Phoca jubata*, Gmel.
67 *Didelphis Azaroe*, Temm.
68 *Myopotamis coipus*.
69 *Callomys biscacia*, Isid. Geoff. y d'Orb.
70 *Dasyprocta patagonica*, Desm.
71 *Cavia patagonica*, d'Orb. e Isid. Geoff.
72 *Dasypus minimus*, Desm.
73 *Dasypus villosus*, Desm.
74 *Dycotyles torquatus*, Cuv.
Llamados en el nordeste argentino taitetos. (N. del T.).

de los bosques cálidos de los trópicos hasta los pantanos de las orillas del Río Negro, donde no son menos intratables. Lo mismo sucede con el ligero guazutí[75], que es la única de las cuatro especies de ciervos hallados en la provincia de Corrientes que pasa a las planicies de las pampas y no es menos común en la Patagonia que al este de las costas del Paraná. Allí he visto, por primera vez, a uno de los habitantes de los Andes peruanos, el *guanaco*[76], ese camello americano, que siguió las montañas hasta el estrecho de Magallanes, dejando, aquí y allá, algunas familias en medio de los vastos desiertos de la Patagonia, donde el hombre salvaje, como él, lo persigue, tanto por su carne como por su piel, de la que se reviste el orgulloso patagón. Tales eran los mamíferos que cubren ese suelo desde hace siglos, cuando nuestros animales domésticos, nuestros bueyes, vacas y caballos vinieron a naturalizarse y someterse a los primitivos habitantes, los cuales, desde entonces, debieron adquirir usos y costumbres nuevos. No debo dejar de recordar que las costas son diariamente frecuentadas por numerosas ballenas, delfines, cachalotes y otros cetáceos, a los cuales vienen a cazar en medio de esos mares agitados naves de todos los países.

No es necesario buscar, en los pájaros patagónicos, ese lujo de colores brillantes que caracteriza a los de las regiones boscosas y cálidas. No hay saltarines pájaros moscas, coquetos tangaras, magníficos cotingas, brillantes manaquines, urracas parlanchinas, industriosos caciques, de plumaje variado. Todos esos pájaros permanecen en la zona tórrida, y la Patagonia sólo presenta pájaros de un aspecto tan triste como sus llanuras; pero, la mayoría, tan numerosos como extensos sus desiertos[77].

No sólo a los Andes estaba reservado el honor de ver planear al cóndor majestuoso[78]; la Patagonia puede también glorificarse de poseer ese mensajero de los dioses, reverenciado por los incas: esa ave cuyo tamaño y forma han dado motivo a tantas fabulosas exageraciones. Recorre sin cesar los elevados acantilados del litoral, a menudo acompañado de repugnantes catartos irubus y auras[79], que buscan, como él, los restos de los animales muertos, y los disputan, en bandada, a los voraces caranchos[80], no menos comunes en las partes

75 *Cervus campestris.*
76 *Auchenia llacma*, Illig.
77 Hemos reunido en la Patagonia 107 especies de aves, cuya proporción comparada es la siguiente: 16 aves de rapiña, 36 gorriones, 3 trepadores, 5 gallináceas, 22 zancudas, 25 palmípedos.
78 *Sarcoramphus gryphus*, Linn.
79 *Cathartes urubu*, Vieill.; C. *aura*, Illig.
80 *Polyborus vulgaris; P. chimango*, Vieill.

habitadas de las orillas del Río Negro. El invierno, con sus escarchas, obliga a los tímidos chingolos a descender de las cordilleras hacia las llanuras y de los hielos del polo sur hacia el norte; las palomas y los sociables patos silvestres traen, con ellos, numerosas aves de rapiña; así, las águilas coronadas[81], la aguya[82], el buaro tricolor[83] y algunos busardos[84] abundan, únicamente en esa estación, junto a los sitios cubiertos de sauces o a orillas del Río Negro, siempre dispuestos a caer sobre esas nubes vacilantes de tímidos pájaros, de los que hacen todos los días su presa; pero desaparecen en parte durante el verano o se diseminan más, dejando sólo a los desvergonzados halcones[85] de hábitos sedentarios y compartiendo la vecindad exclusiva del hombre. Las aves de rapiña nocturnas frecuentan también la Patagonia septentrional; incluso están en mayoría. El monótono ñacurutu[86] se halla tan comúnmente como en las regiones cálidas; pero, cuando comienza a rondar por la noche alrededor del vivac del viajero como para adormecerlo, no le queda más que una parte del encanto que difundía en las noches de un clima más cálido. No es sin asombro que volví a hallar, en medio de los desiertos, nuestro búho mediano de Europa[87], que, en consecuencia, parece estar en todos los países; y que oí, junto a los acantilados del Río Negro, el grito siniestro de la lechuza[88]. En las llanuras se ve, hasta de día, la lechuza urucurea[89] que, única en tener estas costumbres, vive en el fondo de madrigueras usurpadas; mientras los bosques de sauces ocultan a la más pequeña de todas las lechuzas[90], que se deja, en pleno día, balancear muellemente al viento, en las ramas flexibles de los sauces.

Los pájaros chingolos están más o menos en la misma proporción que las aves de rapiña. Algunos *rhinomyes*[91] oficiosos se ven alrededor de los zarzales; un mirlo[92], que abandona momentáneamente las costas heladas del estrecho de Magallanes, llega allí en invierno y se mezcla a los tordos americanos pintarrajeados[93], para frecuentar los matorrales, buscado igualmente por las

81 *Circaetus coronatus*, Vieill.
82 *Halioetus melanoleucus*.
83 *Buteo tricolor*, Nob.
84 *Circus cinercus*, Vieill.
85 *Falco femoralis*, Temm.; *Falco sparverius*, Gmel.
86 *Bubo magellanicus*, Gmel.
87 *Otus brachiotos*, Linn.
88 *Strix perlata*, Licht.
89 *Noctua cunicularia*.
90 *Strix ferox*, Vieill.
91 *Rhinomaya lanceolata*, Isid. Geoff. y d'Orb.
92 *Turdus magellanicus*, King.
93 *Orpheus patagonicus*, Nob.

trogloditas[94] brincadoras, a los tímidos sinalaxias[95], y a algunos inconstantes papamoscas[96]. Las praderas son pisoteadas por algunos pipis[97], por los papamoscas[98] con costumbres de motacillas; por algunas alegres alondras; por un tangara montaraz[99], el único de esa familia que frecuenta los pantanos, donde se muestran, en espesas nubes, los sociables trupiales[100], unos de colores negros, los otros de colores vivos, como, en el verano, el estornino militar[101], de hombros y pecho rojos. Varias especies de golondrinas[102] pasajeras van también, en la estación calurosa, a recorrer las orillas del Río Negro, así como los alrededores del fuerte, pero regresan rápidamente en el invierno hacia el norte, a fin de buscar un clima más dulce, partiendo al mismo tiempo que algunos chotacabras, que se extravían hasta la Patagonia, donde sus costumbres nocturnas les han hecho dar el nombre de *pájaro dormilón*.

Si de las márgenes vivientes de los ríos se pasa a los terrenos elevados, cubiertos de zarzales espinosos, se los hallará a menudo desiertos; en invierno, sin embargo, son sin cesar recorridos por numerosas bandadas de paserinas[103] atolondradas, entre las cuales dominan, sobre todo, el diuca[104] de los chilenos, los anabátidos[105] vocingleros, el industrioso anumbi[106], el hornero arquitecto[107], con su morada en espiral, artísticamente construida en las ramas, y algunos tímidos hupucérticos[108].

En una región tan desprovista de bosques, los pájaros forestales trepadores deberían ser poco comunes. Hasta podría asombrar ver el ara patagón[109] avanzar hasta el estrecho de Magallanes, cuando no prefiere los acantilados

---

94 *Troglodytes pallida*, Nob.
95 *Synallaxis troglodytoides*, Nob.; S. *aegythaloides*, Kittlitz; S. *leucocephala*, Nob. *Troglodytes pallida*, Nob.
96 *Tyrannus savanna*, Less.; *Muscicapa parvulus*, Kittlitz; *Fluvicola perspicillata*; *Popoaza polyglotta*; *P. variegata*, *P. murina*, Nob.
97 *Anthus fulvus*, Vieill.; A. *furcatus*, Nob.
98 *Muscisaxicola mentalis*, Nob.; *Certhilauda vulgaris*, Nob.
99 *Embernagra platensis*.
100 *Icterus niger*.
101 *Sturnus militaris*, Linr.
102 *Hirundo caerulea*.
103 *Passerina Achistacea*, Nob.; *P. manumbi*, Licht.; *P. Flava*, Vieill.; *P. Americana*, Nob.
104 *Passerina diuca*.
105 *Anabates albicollis*, Nob.
106 *Anumbius anumbi*, Nob.
107 *Furnarius rufus*, Vieill.
108 *Happucerthia dumetorum*, d'Orb. e Isid. Geoff.
109 *Psittacus patagonicus*.

escarpados a los lugares sombreados, siguiendo el ejemplo del picoverde de los campos[110], que frecuenta los sitios rocosos. Son verdaderas anomalías, cuando se comparan con los pájaros que tienen una forma similar. Las gallináceas, tan comunes en otras regiones, se reducen, en la Patagonia, a cinco especies: en las llanuras, esos tímidos tinamús[111], que se ocultan entre las hierbas; mientras las tierras secas son pisoteadas por compañías de eudromias[112], pájaro raro, característico del suelo patagónico, y que sólo se encuentra también en las cumbres elevadas de los Andes bolivianos[113]. Algunas tórtolas[114] rondan en verano por las quintas, pero son nada en comparación con las miríadas de palomas[115] que llegan en invierno de las montañas o del sur, y cuyas espesas bandadas forman nubes en el horizonte, o bien colorean de azul las llanuras húmedas de las márgenes del Río Negro, donde las aves de rapiña las persiguen continuamente, sea cuando vuelan, sea cuando, paradas en las débiles ramas de los sauces, las doblan y rompen bajo su peso, por ser tan numerosas.

Las aves de río son, sin disputa, las más comunes en la Patagonia, porque no tienen necesidad de agua dulce, como los chingolos. Las llanuras están cubiertas de apacibles familias de avestruces americanas o ñandúes[116], que sirven de objetivo a las boleadoras de los gauchos y de los indios, que quieren, al mismo tiempo, apropiarse de su carne y de sus plumas; pero, ágiles en la carrera, se burlan a menudo de sus perseguidores. Existe también en la Patagonia una segunda especie de esas curiosas aves, llamada avestruz enana[117] por los habitantes: vive en los despoblados áridos, y principalmente en medio de las arenas movedizas, donde en vano se intentará perseguirla; más veloz que los caballos, franquea velozmente las distancias, mientras el cazador apenas puede caminar. A orillas del mar y de los ríos, los andariegos viajeros y variados en especie corren con extrema velocidad, rivalizando, en espíritu social, con las alondras de mar, las urracas de mar[118] de las playas arenosas, y los numerosos caballeros de diversos tamaños, que, por el contrario, buscan los terrenos limosos. En las praderas resuenan los gritos de alarma de la vigilante avefría

110 *Picus auratus*, Linn.
111 *Tinamus maculosus*, Temm.; *T. Adspersus*, Temm.
112 *Eudromia elegans*, d'Orb. e Isid. Geoff.
113 *Eudromia andecola*, Nob.
114 *Columba talpacoti*.
115 Palomas de alas manchadas. Az.
116 *Rhea americana*.
117 *Rhea pennata*, Nob.
118 *Hoematopus luctuosus*. Cuv.

armada[119], los gritos más desagradables de algunos ibis[120] de pico largo, no lejos de los grupos de pusilánimes tinochores[121], que se agazapan en tierra y vuelan, lanzando gritos, a los pies mismos del hombre que recorre los lugares que habitan. La proximidad de los bosques de sauces, las orillas de ese dédalo de canales que separan las islas del Río Negro, son frecuentadas a menudo por las blancas garzas[122], la garza real[123] y el *bihoreau*[124], de grito ronco; mientras los ágiles rascones, de andar apurado, se deslizan entre las plantas acuáticas, donde se oculta la tranquila becasina[125]. La grave cigüeña[126] aparece, a veces, en el campo, que zanquea con lentitud, a menudo junto a los lagos cuyas aguas están animadas por la presencia de alegres *foulques*, que se pierden entre los juncos, en los que no se atreve a entrar la *échasse*[127], de patas de una delgadez y longitud desmesuradas. En medio de las salinas características de la Patagonia, los flamencos de alas de fuego[128] llegan, en falanges, a construir sus nidos cónicos, sobre los cuales se ponen a caballo para empollar, en medio de la misma sal cristalizada, cuya blancura hace palidecer sus colores. Se ve también al *bec-en-fourreau*[129], esa *paloma blanca*, conocida por los más antiguos navegantes del estrecho de Magallanes, porque va, hasta más de cien leguas dentro del mar, a visitar las naves y hacer creer que ha huido de las jaulas de viajeros curiosos; mientras que abandona las costas rocosas, donde, en bandadas, recorre sin cesar los peñascos cubiertos de mejillones, a fin de alimentarse como los ostreros, a los cuales es tan semejante por sus costumbres.

Me falta presentar entre la gente alada, a las especies a las cuales la estructura palmípeda de sus patas les permite nadar; éstas son, sin disputa, las más difundidas y, al mismo tiempo, las que más abundan, sobre todo en invierno, época en la cual abandonan las regiones frías del estrecho de Magallanes, para ir a buscar, en los ríos del norte, una temperatura más suave. En primer lugar, citaré a dos cisnes[130] majestuosos que nadan en los grandes depósitos de

119 *Tringa cayennensis*.
120 *Ibis plumbeus*.
121 *Thinochorus rumiccivorus*. Eschs.
122 *Ardea egretta*.
123 *Ardea major*.
124 *Ardea Gardeni*.
125 *Scolopax paludosa*.
126 *Ciconia americana*, Briss.
127 *Hemantopus melanuras*, Vieill.
128 *Phenicopterus ignipalliatus*, Isid. Geoff y d'Orb.
129 *Chionis alba*. Forst.
130 *Cygnus nigricollis* y *Cygnus hiperboreus*.

agua, rodeados de millares de patos silvestres de once especies distintas, que parecen su corte, unos sumergiéndose en el agua, mezclados a los *grèbes*[131] navegantes; otros, recorriendo las riberas, por lo común junto al negro cuervo marino. Pero la especie que juega el papel más importante en las praderas del Río Negro es el pato ganso antártico[132], cuyas bandadas mezcladas las variedades blancas con otras, llegan al comienzo de los fríos y hacen resonar con sus gritos las llanuras; o bien pacen por millares y familiarmente alrededor de las mismas casas, poco habituadas a verse perturbadas en las regiones australes que habitan en el verano. Si las orillas de los ríos están cubiertas de animales acuáticos, las del mar, aunque menos favorecidas en ese aspecto, no están sin embargo desiertas. Las gaviotas[133] y los vocingleros goelandios, así como la inquieta golondrina de mar, moran allí habitualmente, mientras que las circunstancias sólo pueden obligar a los albatros[134] de largas alas y a los *manchots*[135], medio-peces, a abandonar la alta mar para descansar un momento.

El suelo patagónico es poco apropiado para los reptiles; empero, existe una especie de tortuga[136] que, a causa de una rara coincidencia, es la misma que habita el cabo de Buena Esperanza. Cuatro especies de lagartos inofensivos viven en las colinas o cerca de las orillas del Río Negro; mientras que las anfisbanas[137] anilladas, se hunden en los arenales, donde persiguen larvas de insectos, en vez de buscar los rayos solares para calentarse, como lo hacen otras especies de serpientes que se arrastran alrededor de los zarzales espinosos, en los desiertos áridos. Un solo sapo habita los lugares acuáticos, tan poblados de esos repugnantes animales en las regiones cálidas.

Los peces de agua dulce pertenecen, a lo sumo, a dos o tres especies y tienen un tamaño pequeño. No sucede lo mismo con las especies que pueblan las costas marítimas: los delicados *pejerreyes* pululan sobre todo en verano y penetran en el río, así como algunas lampreas. Estos peces son poco perturbados por el hombre civilizado, que pesca muy raramente, mientras que los indios patagones no pescan nunca. El número de peces disminuye, pues, sólo a causa de los voraces anfibios, que les hacen una guerra cruel, y los persiguen hasta en los lugares más ocultos de su elemento.

---

131 *Podiceps Rolland*, Quoy y Gaim.
132 *Anas antarctica*, Gmel.
133 La gran gaviota de Azara.
134 *Diomedea fuliginosa*, Gmel.
135 *Spheniscus Humboldtii*, Mey.
136 *Testudo sulcata*, Miller.
137 *Amphisboena alba*, Lacép.

Las costas marítimas, en las partes cubiertas por las aguas del mar, contienen gran número de animales moluscos desnudos o provistos de una brillante conchilla. Entre los primeros citaré a algunos cefalópodos[138] de colores cambiantes, que viven en los lugares rocosos, así como algunas elegantes eólidas[139] y los pleurobrancos[140]. Entre las segundas, las especies son más numerosas. Las brillantes volutas[141], de vivos colores, así como las olivas[142], frecuentan las bahías tranquilas, donde se ocultan en la arena, lo mismo que las naticas[143] y las *scalaires*, pero sólo sobre las rocas se hallan las otras conchillas gasterópodas, tales como los caracoles, los rochers, los trocos, los oscanos, las fisurelas, las crepiludas y las sifonarias. Esas mismas playas arenosas, sobre las cuales se arrastran las conchillas que acabo de nombrar, contienen muchas bivalvas, entre las cuales se destacan las venus coloreadas, las mactres frágiles, las mesodesmas, los solénidos, las corbulas, los lucines, las anatinas, las retrícolas, los nuculinos y las *bissomyes*. Las rocas están perforadas por los litodomos y las foladas, que no impiden que se peguen numerosos mejillones, gobios, anomias, ostras y plicátulas: tales son las especies marítimas. Hay, además, en el río, algunos anodontes, algunos unios, limneas, paludinas, planorbes, en sus orillas, pero ninguna conchilla terrestre puede habitar esas colinas, demasiado secas para proporcionarles alimentos.

Numerosos crustáceos cubren las playas limosas o se ocultan bajo las piedras de las costas rocosas. Sólo se ven pocos arácnidos y únicamente cerca de los ríos, y mucho menos aún insectos miriápodos. Entre estos animales, los que más abundan son los coleópteros, pero no brillan por sus tintes, por los hermosos colores metálicos. Los coleópteros patagónicos están más cerca de las especies oscuras que caracterizan, por lo general, a los lugares templados; también los carábidos ribereños son numerosos[144], así como los tristes melásonos, que prefieren las dunas y los terrenos áridos. En la primavera, los cérampix de

138 *Octopus tehuelchus*, d'Orb.
139 *Eolidia patagonica*, d'Orb.
140 *Pleurobranchus patagonicus*, d'Orb.
141 *Voluta angulata*, Swains; *V. coloquinta*. Chemm.
142 *Oliva puelcha*, *O. tehuelcha*. d'Orb.
143 *Natica patagonica*, Nob.
144 Sobre 178 especies de coleópteros que he hallado en la Patagonia, la proporción numérica de la cantidad de especies de cada familia es más o menos la siguiente: cicindelas, 4; carábidos, 22; hidrocántaros, 5; buprestites, 10; elatéridos, 4: lamericórneos o escarabajos, 29; melásomos, 27; rincóforos o gorgojos, 13; cerambicios, 19; etc. Los carábidos, melásomos y lamelicórneos son, pues, los insectos que dominan en el país.

largos cuernos, los escarabajos y los saltones nocturnos, los cópridos cavadores, los *ditisques*, las hidrófilas nadadoras, los zapadores crepusculares, los gorgojos de largo aguijón y, finalmente, los más brillantes de todos, los buprestos, que cortejan a las plantas compuestas, animan, más de lo que pueda creerse, esa zona tan poco favorecida en otros aspectos. Se ven también algunos ortópteros, tijeretas, espectros, mantas, langostas, sobre todo, así como al importuno grillo. Los hemípteros son los más numerosos. Las alegres cigarras hacen resonar en los campos sus canciones estivales, mientras las infectas chinches cubren las plantas acuáticas de las márgenes del Río Negro, cuyos ribazos guardan algunas hormigas-león de alas reticulares, casi los únicos neurópteros de la región; pero si éstos son poco comunes, no sucede lo mismo con los himenópteros de apijón acerado. Las arenas parecen ser la patria de su predilección, porque no he hallado menos de treinta y cinco especies, entre las cuales los brillantes icneumones. En la Patagonia no hay industriosas y productivas abejas, pero tampoco hay muchas indestructibles hormigas, que desesperan a los agricultores en los países cálidos. En vano buscaríamos en esa tierra desolada algunas de esas hermosas mariposas de colores variados, que animan los campos de la zona tórrida. Apenas una o dos especies nocturnas dan fe de su existencia; podría creerse, en consecuencia, estar realmente al abrigo de las picaduras de los mosquitos y tábanos. Esos insectos insoportables se hallan también a orillas del Río Negro, aunque en verdad sólo hay allí, porque los campos secos carecen de ellos.

Tal es, en general, el aspecto zoológico de la Patagonia septentrional.

Si deseo dar una idea comparativa de la vegetación de esas mismas comarcas, debo, ante todo, indispensablemente señalar la de las llanuras, cuya fisonomía es triste y monótona al extremo... Nada de árboles... por eso el único que hay, el del Gualichu[145], es reverenciado por los viajeros salvajes... Nada de plantas altas; en su lugar, zarzales espinosos, achaparrados, casi todos desprovistos de hojas o con hojas muy pequeñas, y atestiguando, por sus tallos negros y tortuosos, y sus pocas flores, hasta qué punto la naturaleza debe esforzarse para alimentarlos, en medio de desiertos arenosos, donde tan raramente una lluvia bienhechora humedece, y sólo por pocos instantes, la tierra sedienta. Apenas, en la primavera, algunas gramíneas o plantitas compuestas se muestran, para dejar, durante el resto del año, más que tallos secos casi desapercibidos. Tenía todavía muy presentes en la memoria esas comarcas estériles, cuando ascendí las extensas mesetas de los Andes bolivianos, a una altura de 12.000

145 Véase cap. XIX.

pies sobre el nivel del mar. Me impresionó la semejanza de estas últimas con la Patagonia; en efecto, presentan el mismo aspecto general, la misma aridez. La ilusión fue tan completa que busqué las mismas plantas y los mismos animales; y para que nada faltara a la analogía, hallé, a veces, las mismas especies, o vi, por lo menos, algunas muy próximas. Las llanuras áridas de la Patagonia se caracterizan sobre todo por una planta compuesta del género *Chuquiraga*, cuya flor amarillo dorado y las hojas espinosas, dan la impresión, hasta cierto punto, de nuestros eriales de Europa. Cuando después de haber atravesado esos terreno áridos se llega a las orillas del Río Negro, de inmediato, todo cambia... Los ribazos tienen, es cierto, los mismos zarzales, pero la superficie de las orillas, que recibe algo de humedad del río, presenta, en seguida, una naturaleza distinta. Es un largo curso de oasis en medio del desierto; las llanuras están cubiertas de gramíneas y de numerosos ciperáceos mezclados con muchas otras plantas siempre verdes; y las múltiples islas del río reciben en todas partes sombra de esbeltos sauces, que la naturaleza sola hace crecer. Si el paisaje estuviera animado por casas, nos creeríamos transportados a orillas de nuestro Loira o de nuestro Sena, porque el hombre, que todo lo modifica bajo sus pasos, ha hecho desaparecer, sobre todo junto a Carmen, los árboles indígenas, para reemplazarlos por nuestros manzanos, nuestros durazneros, nuestros cerezos, nuestras higueras, nuestra viña enlazante; y esta vegetación extranjera crece allí como en su patria. Lo mismo acontece con nuestros cereales, que reemplazan, todos los años, las gramíneas de las llanuras, dando a los agricultores abundantes cosechas. En resumen, puede decirse que en la Patagonia hay dos vegetaciones distintas: la vegetación de las llanuras elevadas, que es de lo más pobre, parecida a la de los Andes bolivianos, y la vegetación de las márgenes de los ríos, cuyo aspecto es idéntico al de los mismos lugares de Europa[146].

He referido la historia de Carmen y de la Patagonia en general: he descrito el aspecto geográfico, zoológico y botánico de esta región. Me falta hacer conocer lo que es hoy una colonia, cuál es la importancia comercial, en proporción al limitado número de habitantes, y qué influencia tiene sobre las costumbres de los colonos y de los indígenas de esas comarcas. Como ya me he

146 Recogí, durante mi estadía en la Patagonia, 117 especies de plantas, repartidas así, de acuerdo a los principales grupos del reino vegetal: *Acotiledóneas*, 14 especies; *Monocotiledóneas*, 22, de las cuales 17 gramíneas; y *Dicotiledóneas* 81, entre las cuales las familias dominantes son las compuestas, de las que poseo 26 especies: leguminosas, 6; ceñiglos, 6; umbelíferas, 5; solanáceas, 4. Los únicos arbustos son una nictagínea del género *Bougainvillia*, 2 licietas, una compuesta del género *Chuquiraga*. 4, leguminosas de los géneros *Acacia* y *Cassia*, y el *Colletia serratifolia*.

referido de manera especial a lo que se relaciona con las naciones salvajes, en cuanto a su número respectivo y a la extensión del terreno que ocupan, sólo hablaré ahora de los habitantes de Carmen, que pueden ser unos quinientos a seiscientos, consistentes en los primeros fundadores, agricultores o estancieros, casi todos provenientes de las montañas de Castilla: en gauchos exiliados por sus crímenes y en negros esclavos, empleados como peones en diversas explotaciones.

El comercio de Carmen es bastante limitado, pero es susceptible de mucho progreso. Si el acceso del Río Negro es difícil, su puerto interior es seguro y cómodo. Apenas se franquea la terrible barra, cuando un mar furioso sucede al curso apacible de un río poco ancho y muy profundo, que corre entre dos barrancas y que las naves, hasta las de doscientas a trescientas toneladas, remontan fácilmente hasta el villorrio de Carmen, a unas seis leguas de su desembocadura. Las embarcaciones aportan algunas mercaderías, que los comerciantes venden al menudeo a los pobladores y a los indios, o emplean como medio de trueque; pero por lo general llegan en lastre, para cargar sal y algunos cereales. Así, la importación consiste en ropa, en objetos de primera necesidad, en bujerías de vidrio, en objetos de quincallería para los indios, en tabaco en rodillos del Brasil y, sobre todo, en aguardiente, la mejor mercadería para los indígenas, con los cuales se realizan continuos trueques, que tienen a ese licor como base. Los mercaderes son todos pulperos o taberneros, que venden al menudeo las bebidas y mercaderías; a casa de ellos se dirigen los gauchos y los indios, y tienen lugar, entre los primeros, riñas continuas; mientras que los otros se embriagan y dejan sus bienes a favor del comerciante a menudo por poco; por eso se ha visto a muchos pulperos enriquecerse en pocos años.

La agricultura, siempre restringida en el país a causa de los ataques diarios de los indígenas, sólo se extiende, a lo largo del Río Negro, a cuatro o cinco leguas arriba o debajo de Carmen, considerando que se cultivan sólo algunas tierras de aluvión de la orilla norte y las islas; y cuando la situación respecto a los indígenas lo permite, algunas partes de esas tierra vírgenes que ocupan en un ancho bastante grande, toda la orilla sur. Son suelos de aluvión compuestas de una tierra negruzca de lo más fértil, regada casi todos los años por los desbordamientos del Río Negro, que aumentan aún más su fecundidad; así, esos campos dan de quince a veinte por uno siempre, de un trigo de lo más rico. La cosecha anual se calcula, para el año común, en 4.500 fanegas[147], de las cuales

147 La fanega de Buenos Aires, mucho mayor que la de España, equivale a 42 kilogramos.

se exportan todos los años de dos a tres mil. Si la región estuviera defendida de las invasiones de los indios y se pudiera sacar partido de las tierras hoy no utilizadas que bordean el río hasta la primera angostura, unas veinte leguas arriba de la desembocadura, y, sobre todo, las tierras tan fértiles de los alrededores de San Javier, la colonia del Río Negro sería una de las más ricas de la República Argentina. Su producción podría abastecer a Buenos Aires, que, desde entonces, podría economizar los fondos que emplea en la compra de harina de América del Norte; pero la época en que podrán aprovecharse las riquezas naturales de estos lugares está muy alejada todavía. El trigo constituye la base de la agricultura de las orillas del Río Negro, y sólo se emplean los excedentes en el consumo de la zona. Todas nuestras legumbres se desarrollan maravillosamente, sobre todo las calabazas, así como todos nuestros árboles frutales, que producen muchas y muy buenas frutas, aunque ese género de cultivo ha aumentado poco desde la época de la fundación. Sólo se ven árboles viejos, y la indiferencia de los criollos, a este respecto, ha llegado a la Patagonia. La agricultura está abandonada; empero, la cosecha de manzanas es abundante y se exporta todos los años gran cantidad a Buenos Aires, Montevideo y Brasil. La viña, aunque puede dar muy bien vino, no es cultivada en grande; la uva es deliciosa, pero no se comercia con ella. Desde el punto de vista de las especulaciones agrícolas, las orillas del Río Negro están en condiciones de alcanzar todos los progresos de nuestra vieja Europa, con las ventajas tanto mayores de que la tierra es todavía virgen y de que sus barbechos, hasta dentro de siglos, no tendrán necesidad de ningún abono.

Otro género de explotación, más de acuerdo a las inclinaciones de los pobladores, es la cría de ganado. Se entregan a ella desde la fundación del establecimiento, y, en diversas épocas, se ha visto hasta cuarenta o cincuenta mil cabezas de ganado cubrir sus campos. Sería, con toda seguridad, el tipo de especulación más productivo, si hubiera alguna seguridad para el ganadero; pero éste, después de haber, en algunos años, más que duplicado sus cabezas de ganado y estar a punto de recoger el fruto de tantos desvelos, ve una falange de salvajes cubrir, en una noche, toda la campaña, como torrente desbordado. Rico la víspera, al día siguiente está hundido en la indigencia. Ha perdido todos sus recursos. Esa falta de seguridad hizo, durante mi estadía en Carmen, que algunos estancieros mataran sus animales para salar la carne, a fin de abandonar, luego, la región, llevando consigo una parte de su haber. No hace falta, pues, otra cosa a Patagones, para que prospere en ese aspecto, que los medios de defender sus fronteras de las invasiones de los naturales. La carne salada, que se puede, a causa de la proximidad de las salinas, preparar con un costo

menor que en cualquier otra parte, es enviada a las costas del Brasil o a La Habana. Los cueros secos o salados se exportan y se venden sea en Buenos Aires, sea en otros lugares, a los comerciantes europeos, que se los llevan. Durante algún tiempo, Carmen proporcionaba gran número de esos cueros, por medio del comercio con los indios; hoy ese género de comercio ha decaído, a causa de las guerras.

Las ovejas son abundantes y la lana es apreciada, pero la región tiene renombre especialmente por sus cerdos y la fabricación de jamones. Los de la Patagonia son, por lo menos, tan conocidos en Buenos Aires como los de Mayence lo son en Francia. Algunos habitantes me aseguraron que no se exportan menos de ocho mil libras al año, pero el comercio más productivo de la comarca es, sin duda alguna, el de la sal recogida de las salinas naturales que hay en todas partes, sobre todo la de Andrés Paz. Creo, por el número de naves que se cargan anualmente, poder calcular la exportación en ochocientas a mil toneladas, por lo menos. Aprovisiona a una parte de Buenos Aires y a las provincias ribereñas del Paraná, como Corrientes, Santa Fe, La Bajada, la Banda Oriental y el Brasil Meridional. Es una fuente inextinguible de riquezas. He explicado, al referirme a las salinas de donde se extrae[148], la forma sencilla de recogerla, así como su empleo en la región. Es seguro que si los frecuentes ataques de los indios obligaran a la República Argentina a renunciar a extraer sal de la Patagonia, sufriría mucho. Tiene, pues, en este aspecto, el mayor interés en conservar un establecimiento susceptible de muchos géneros de progresos y destinado, tal vez, a jugar más tarde un papel menos secundario que hoy, por los recursos que brinda a la agricultura y a la industria, cuando se logre explotar cómodamente todas las riquezas naturales.

Un comercio especial de Carmen es el que se realiza con los indios. El villorrio es el lugar de cita general de todas las hordas salvajes que vagan desde el estrecho de Magallanes hasta las fronteras de Buenos Aires y desde el pie de los Andes a las costas del océano. Los puelches que habitan hoy las orillas del Colorado se acuerdan que fueron los primeros en mantener relaciones de amistad con los españoles al cederles las orillas del Río Negro. Los aucas de las pampas y los patagones o tehuelches de las partes meridionales del continente americano llegan allí con el producto de su industria o el de sus incursiones a los establecimientos vecinos de los lugares que habitan, y residen allí, alternativamente, durante algunos meses, que emplean en cambiar los productos que traen. Todos conducen rebaños, que venden por chucherías, tabaco o aguar-

148 Véase cap. XVIII.

diente. Los aucas aportan, además, sus tejidos de lana, estimados en la región, donde se emplean como chabrás o como mantas. Son los ponchos o las mantas, tejidos por sus mujeres, riendas y cinchas de cuero trenzado, fabricadas por ellas, así como pieles. Los puelches aportan los mismos objetos, pero en menor cantidad; y, aunque todos sean cazadores y comercien con los despojos de los animales que matan, son los patagones quienes proporcionan las cantidades más grandes de pieles, principalmente de esas hermosas alfombras hechas con cuero de guanaco, de maras, de zorro, de zorrino y de esas plumas de ñandú exportadas luego a Europa, donde se convierten en plumeros.

En resumen, la exportación consiste en sal, granos, cueros, pieles, plumas de avestruz, aceite de pescado, cuando se permite la pesca de focas; algunas frutas y jamones; pero, por falta de datos precisos, resulta difícil establecer su valor.

Carmen o Patagones está administrada por un comandante militar, dependiente del ejército de Buenos Aires. Ese jefe está investido de todos los poderes; su vigilancia se extiende a la policía, a la defensa de la región y al progreso, en sus diversas ramas. No maneja las finanzas, de las cuales está encargado un empleado de aduana, al mismo tiempo que de la percepción de los derechos sobre el ganado y de los derechos de entrada y salida de las mercaderías o productos de la comarca. Fuera de esas dos personas, no hay más que oficiales subalternos sometidos al comandante, secundados por algunos artilleros y algunos soldados, casi todos negros de la costa de Africa, apresados a las naves brasileñas. Sólo se contaba, en 1829, con diez a quince artilleros, y sesenta a ochenta soldados negros de infantería. Los habitantes estaban organizados en milicia y formaban la caballería, cuando era necesario.

Cuando se fundó Carmen, la colonia consistía sólo en un fuerte, que existe actualmente, situado en la orilla norte, en la cumbre de un acantilado y dominando el río, las llanuras del sur y la campaña circundante. Tiene la forma de un cuadrado y unos doscientos metros de cada lado. Está construido con fuertes murallones de piedra y flanqueado de tres bastiones, dos sobre el río, al este y al oeste, y el tercero dando al campo. En su interior está la capilla, situada en la fachada del sur y junto a la cual están el presbiterio y el almacén de pólvora. En los otros lados se prolongan alojamientos espaciosos para el comandante, el tesorero, los oficiales, la guarnición y un pequeño hospital. Todas estas construcciones constan de un piso y están cubiertas de tejas. El gobierno posee, además, afuera, vastos graneros, una panadería, un molino, un taller de cerrajería, un taller de carpintería, dos estancias. Las partes destinadas para las viviendas son las únicas que se mantienen en buen estado; el

fuerte está en ruinas, las paredes se desploman por todas partes, a falta de reparación; y las estancias no poseen hoy una sola cabeza del ganado o de caballo. El establecimiento de Carmen se divide en tres grupos: dos al norte y uno al sur del río. De los dos primeros, uno, la antigua Carmen, está ubicado entre el fuerte y el Río Negro, sobre la pendiente del acantilado, y se compone de unas cuarenta casas construidas, sin mucho orden, de diversas alturas, formando una línea irregular que sigue el curso del agua, y entre las cuales hay algunas amplias, bastante cómodas, de dos pisos o provistas de terraza; pero estas últimas chocan en medio de las simples cabañas que las rodean. Allí está el centro del comercio con los indios, que se establecen en la extremidad occidental del villorrio. El otro grupo de la misma orilla, llamado *Población*, está a algunos centenares de pasos del fuerte hacia el este; está separado por médanos móviles que ocultan por completo la descarga de la artillería. La Población forma una vasta plaza cuadrada, alrededor de la cual se extiende una cintura de casas, la mayoría nuevas, construidas durante la guerra con los brasileños. Todas tienen un piso, están cubiertas de tejas y sirven de morada a los agricultores, a los chacareros, a algunos mercaderes o pulperos. Entre ambos grupos se destacan algunas casas esparcidas a lo largo del río. El villorrio de la orilla sur, llamado, para distinguirlo de los otros dos, *Población del Sur*, está formado de quince a veinte casas alineadas en un terreno bajo, sujeto a inundaciones. Tales casas, más pobres que las del norte, están ocupadas por los gauchos y algunas familias de estancieros; algunos pulperos, atraídos por la proximidad de los indios, han establecido allí sus comercios. El aspecto es, en general, triste. Apenas algunos árboles, de tanto en tanto, y sólo a orillas de las aguas, atestiguan la subsistencia que les da, a regañadientes, un suelo ingrato. En vano se buscaría, alrededor de las casas, esos jardines que se han hecho en Europa a cualquier costo.

Las calles son arenosas y uno se hunde siempre en una arena polvorienta, que los vientos transportan con violencia en todas direcciones, de acuerdo al lado de que soplan.

El lujo del mobiliario, desconocido en Carmen , con los brasileños, se mostró de 1827 a 1829, durante mi estadía. En muchas casas, la sencillez primitiva de las residencias de los buenos granjeros fue reemplazada, en las de algunos negociantes, por muebles extranjeros, bastante elegantes, y el teclado de los pianos se hizo oír, por primera vez, en tierra de los patagones. El vestido experimentó también modificaciones; el de los campesinos españoles cedió su lugar al lujo de las grandes ciudades. Se recibieron las modas de Buenos Aires, y las telas de seda, provenientes de la industria asiática; cubrieron, con sus

ricos colores, a mujeres obligadas, algunos años antes, a conformarse con los groseros tejidos de lana provenientes de las fábricas españolas o inglesas, cuando no se veían reducidas a los que fabricaban los indios aucas; pero ese lujo pasajero sólo consiguió empobrecer la región. Las necesidades creadas durante la guerra no pudieron ser satisfechas cuando Carmen, al volver a su estado original, entró en una situación de estancamiento; por eso no se oyen más que lamentos por el presente y añoranzas del pasado.

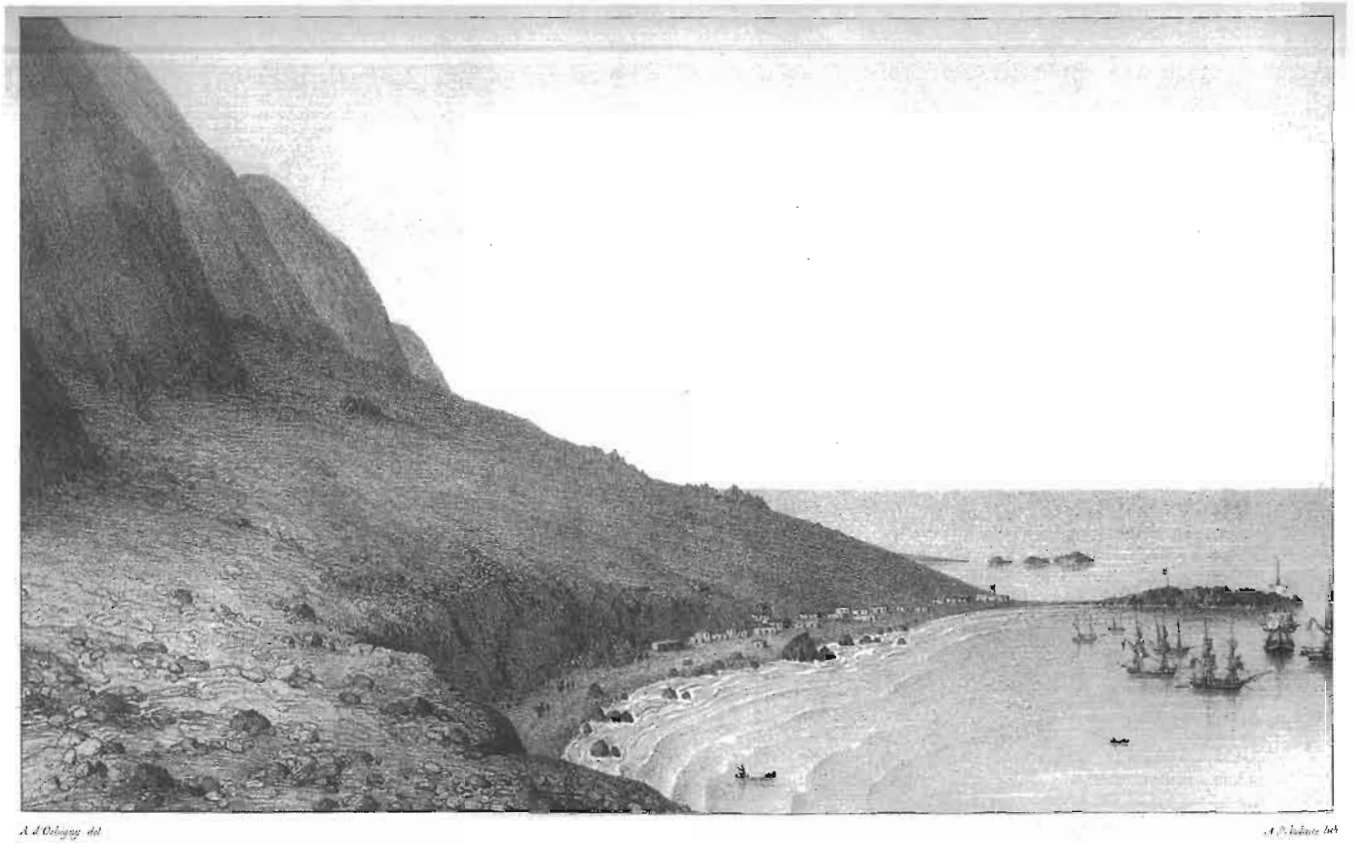
La masa de la población se compone, como ya lo he dicho, de españoles provenientes de Castilla, de extranjeros y de gauchos deportados. Como esos colonos llegaron en épocas no muy lejanas, sus costumbres (me refiero a la de los estancieros) son iguales a las de los habitantes de Buenos Aires. Los gauchos, la mayoría exiliados por delitos, conservan sus hábitos sanguinarios y su indiferencia por la vida; es entre ellos que se renuevan con frecuencia las riñas, donde el cuchillo juega un gran papel. Es raro el gaucho que no tenga la cara cubierta de cicatrices, lo que se explica fácilmente por sus peleas, que tienen por causa un desafío, en el cual la gloria consiste en marcar al enemigo. De inmediato se los ve sacar un enorme cuchillo de una vaina que llevan al cinto, colocarse el poncho en el brazo izquierdo, levantarlo como un escudo, ponerse en guardia con notable sangre fría, buscarse mutuamente, por lo general en presencia de testigos, con el objeto de herirse el rostro, porque darse una cuchillada debajo de la cintura sería considerado una traición, indigna del honor de los combatientes. Los dos adversarios se miran con fijeza, para adivinarse sus movimientos, a fin de aprovechar el momento favorable para herirse en la cara; y si, después de muchos esfuerzos de una y otra parte, la punta del cuchillo alcanza el rostro de uno de ellos, por poca sangre que salte, el duelo termina. Los dos campeones vuelven a ser a menudo buenos amigos. Acontece a veces que el vencido recibe una cuchillada que le atraviesa, a lo largo o a través, todo el rostro; pero no trata de vengarse. Jugadores infatigables, los gauchos tienen sin cesar las cartas en la mano; es el juego que los lleva casi siempre a esas riñas sangrientas. Tan indiferentes a su existencia futura como a las penas del momento, son resistentes a los sufrimientos físicos, no temiendo nunca a la muerte, lo que los hace capaces de intentarlo todo; pero cuando, en ellos, se descubre a veces una aparente insensibilidad que les hace abandonar sus familias para ir a vivir más libres en medio de las hordas salvajes; cuando se los ve, con el corazón alegre, verter la sangre de sus semejantes, sin al parecer experimentar la menor emoción, ¿cómo, por otra parte, no asombrara descubrir en ellos sentimientos de una ardiente amistad que los lleva a sacrificarse por su patrón, por un amigo y a multiplicar esos actos extraordinarios de devoción a los cuales no les asignan la menor importancia? Su carácter es una mezcla notable de

desprecio por todo vínculo social, de pereza, de vicios, hasta de crueldad, de orgullo, de ideas elevadas, de coraje llevado hasta la temeridad, de abnegación, cuando aman, así como de odio implacable cuando detestan. Habituados desde la infancia a ver derramar sangre, a derramarla personalmente en las estancias, se acostumbran a tal punto, que ven con la misma impasibilidad derramar la propia o la de sus semejantes. Sus diversiones son tan groseras como sus modales: la más delicada es la de amenazar con un cuchillo. Vi en Carmen a un gaucho, a quien un indio molestaba en una pulpería, darle, sin emocionarse, una cuchillada, dejarlo tendido muerto, arrastrarlo hasta el río y volver a su conversación y a su partida, sin la menor agitación, sin que los testigos parecieran impresionados y sin que le dirigieran la menor reprimenda al asesino. *¡Era un salvaje* y no un *hombre...!*

En Carmen sólo se habla español. Como no hay ninguna mezcla entre las tres naciones indias que van diariamente –los patagones, los puelches y los aucas–, manteniéndose ellas aparte y no sosteniendo nunca relaciones amistosas sinceras, sus idiomas no son conocidos por los habitantes, que apenas hablan algunas palabras. La sangre está todavía menos mezclada que el idioma; por eso me sería difícil hablar del producto del cruce de las tribus con los blancos. Los habitantes de Carmen siguen, por lo demás, en todo los usos de Buenos Aires. Lo mismo que en Buenos Aires, se toma mucho mate y todo el mundo fuma.

Para concluir mi cuadro de la Patagonia septentrional, sólo me resta decir una palabra acerca de la salubridad de la región. Ninguna enfermedad endémica se hace sentir y las incomodidades tan comunes en otras partes apenas son conocidas. Es cierto que hay poca humedad; los vientos secos y fríos hacen subir la temperatura, sin ocasionar esos catarros, que abundan en otras comarcas. Los habitantes mueren de viejos y experimentan pocas de esas enfermedades que trae la vejez.

No quiero abandonar Carmen sin pagar un justo tributo de gratitud a sus habitantes, por las amabilidades de que me colmaron y por la franca hospitalidad con que siempre me ayudaron en todo lo posible. Son tantas las personas a quienes debo favores que no podría nombrarlas a todas. Un reconocimiento eterno no sería suficiente. Séame permitido nombrar aquí particularmente a los señores Manuel Alvarez, Valentín Cardoso, Manuel Alfaro, Manuel Rodríguez y José María Drago, que, durante mi estadía en la zona, tuvieron la bondad de admitirme en sus familias, y que, además de los medios de investigación más amplios, me procuraron, en los momentos de reposo, con su amabilidad y sus conocimientos, placeres sociales e intelectuales que ningún viajero podía esperar al llegar al suelo patagón.



Vista del puerto de Cobija, república de Bolivia.

CAPÍTULO XXIII

Partida de Carmen para Buenos Aires. Viaje a Montevideo; navegación de ese punto a Chile, doblando el Cabo de Hornos. Estadía en Chile

Partida de Carmen para Buenos Aires

Creí poder partir de Carmen en el curso del mes de agosto, pero el navío no estuvo listo hasta el 1 de septiembre. Hice inmediatamente embarcar mis numerosas colecciones y me dispuse a abandonar la Patagonia. Al día siguiente descendimos el río, aguardando, en la desembocadura, un viento favorable para franquear la barra. Allí, recibí las visitas de despedida de los habitantes y, entre otros, del buen cura, que me trajo provisiones de boca, consistentes en jamones, lenguas saladas y huevos. No pude rechazar el obsequio, a tal punto puso amabilidad en esa atención; y más tarde me vino muy bien, puesto que el barco norteamericano en que viajaba no podía ofrecerme recursos de ese género. El viento mejoró el 3 por la tarde y esperábamos salir al día siguiente con la marea. La noche anterior, un francés, ex capitán de corsario, que subió a bordo, me obligó a descender a tierra, a causa de una pelea que la exaltación causada por el abuso de licores, me provocó muy gratuitamente: sólo hablaba de degollar a todo el mundo y me propuso un duelo a las once de la noche; ya veía brillar la navaja que siempre cargaba, pero una sensata firmeza, que le demostró que sus bravatas no me intimidaban, le hicieron cambiar de lenguaje y tuve tanto trabajo para defenderme de sus atenciones exageradas como de sus primeros insultos.

1 de septiembre

El 4 de septiembre franqueé, con un tiempo magnífico, la terrible barra y di mis últimos adioses a ese suelo árido, donde, sin hablar de las trabas de todo

género puestas a mis investigaciones, me vi forzado a batirme por cuenta de los habitantes, arriesgando a cada instante mi vida en viajes de aventuras en medio de los desiertos. Sin embargo, debo decirlo, la partida borró por completo de mi memoria todas las malas impresiones y no dejó lugar más que para la satisfacción interior que me brindaba la idea de llevar de esa tierra tan célebre a causa de tantos prejuicios, los documentos más apropiados para destruirlos para siempre.

4 de septiembre

No me detendré en los detalles monótonos de un viaje por mar. Retardado de un lado por los vientos, del otro bastante mal tratado a causa de la avaricia del capitán, me pareció más largo de lo que fue en realidad. A una serie de vientos contrarios sucedieron algunas calmas en el cabo San Antonio, al sur de la desembocadura del Plata; pero pudo sacarles partido. A veinte leguas de tierra, hice fondo a sesenta metros y pesqué peces muy interesantes. Finalmente, después de diez y seis días de una navegación muy aburrida, alcancé el termino de la travesía: la ciudad de Buenos Aires.

Volví a ver con placer infinito la capital argentina. Después de pasar ocho meses en medio de los salvajes, privado casi por completo de recursos intelectuales, tenía necesidad de retemplar y reencontrar, por lo menos durante algún tiempo, ese alimento del espíritu, esa civilización propia de las grandes sociedades de las ciudades mercantiles.

Buenos Aires

Recuérdese en qué estado crítico dejé a Buenos Aires después del asesinato político del coronel Dorrego por Lavalle; recuérdese esa guerra intestina que armaba a los habitantes unos contra otros, y que diezmaba de la manera más bárbara a los valientes de la nación, sin ninguna ventaja para ella. Ese estado de cosas se prolongó durante mi ausencia; Lavalle, casi siempre vencedor, era el amo de la ciudad y dirigía el Partido Unitario; mientras Rosas, jefe de los federales, reinaba en la campaña con sus terribles gauchos y hostilizaba sin cesar a los ciudadanos. Finalmente, Rosas, reconociendo la inferioridad de su partido, hizo a Lavalle propuestas de arreglo, que este último aceptó, para detener la carnicería. Convenios muy honrosos para él y su partido se firmaron entre los dos jefes[1], y la guerra cesó momentáneamente; Rosas, al entrar en la ciudad con los suyos, no tardó en cambiar de lenguaje; sus campesinos hablaban cada día con mayor altanería. Pronto Lavalle y todos los jefes del

1 El autor se refiere al Pacto de Cañuelas, firmado entre Rosas y Lavalle, el 24 de junio de 1829, en la estancia del inglés Miller; y al pacto sellado entre esos dos personajes, el 24 de agosto del mismo año, en la quinta de Piñeiro, por el cual se anulaban las elecciones que favorecieron a los unitarios. (N. del T.).

Partido Unitario se sintieron muy felices de poder refugiarse en la Banda Oriental, escapando así al cuchillo de los feroces gauchos. Las cosas estaban en ese estado cuando regresé a Buenos Aires.

Algunas palabras completarán la exposición sumaria de los principales hechos que pasaron bajo mis ojos y podrán explicar algunas circunstancias desfavorables de mi viaje. Ya he descrito la insurrección de Lavalle, que hizo pasar, sin derramar sangre, la capital del Partido Federal a los unitarios; he dicho algo sobre la guerra sangrienta que siguió entre la ciudad y la campaña, pero esa conmoción política no debía terminar allí. La guerra, limitada en un comienzo a la ciudad, abarcó pronto a toda la provincia de Buenos Aires. El espíritu revolucionario invadió las provincias alejadas, y la lucha entre ambos partidos desoló al resto de la República. Mendoza y Córdoba eran entonces teatro de otros dramas sangrientos, que todavía se prolongarían muchos años. Quiroga del Partido Federal, cometía horrores en diversas ciudades, donde no podía existir ninguna seguridad para el extranjero pacífico. Buenos Aires sólo estaba tranquila en apariencia. Los jefes de los federales, gauchos ellos mismos, eran de una insolencia extrema. Sólo hablaban de ataques, de robos en perjuicio de los ciudadanos.

Finalmente, para colmar la medida, la cámara reunida nombró, el 8 de diciembre, al general Rosas gobernador de la provincia. El nuevo dictador fue, al salir de la Cámara, coronado por las mujeres, la ciudad fue iluminada, la orquesta militar recorrió la ciudad, acompañada de un populacho exaltado, y los gritos de *¡Muerte a los unitarios!*, *¡Muerte a los franceses!*, se repetían en todas partes[2].

8 de diciembre

Al llegar a Buenos Aires, reinicié mis ocupaciones, a pesar de todo. Tuve que poner en orden mis notas y unas colecciones, a fin de enviarlas a Francia, y pensé luego en el medio de pasar al lado occidental de América. Se concibe fácilmente que mi más vivo deseo era atravesar las pampas de Buenos Aires a

---

2 Ese odio del Partido Federal contra los franceses, odio que debía provocar poco a poco la guerra contra Francia, tuvo nacimiento con la creación de un cuerpo de franceses, llamado *Batallón del Orden*, destinado a impedir a gauchos y federales que entraran en la ciudad y violaran las propiedades privadas*.

* El autor se refiere al conflicto entre Francia y el dictador Rosas, que llevó en 1838 a la guerra. Los franceses solicitaron que se les aplicara el trato preferencial acordado a los ingleses por el tratado firmado con Gran Bretaña en 1825 y la libertad de algunos súbditos de esa nacionalidad que habían sido detenidos. Las afirmaciones de d' Orbigny desmienten que haya habido coacción en la incorporación de los ciudadanos franceses a las milicias, durante los gobiernos unitarios. (N. del T.).

Chile, y franquear así esas inmensas llanuras que separan el océano Altántico del pie oriental de los Andes; pero, luego de la exposición rápida que acabo de hacer del estado del país, podrá juzgarse si me era posible llevar a la práctica ese proyecto, objetivo de tantos sueños y esperanzas, desde mis primeros proyectos de viaje. Me era necesario para conseguirlo pasar por Mendoza o por Córdoba, entonces teatro de las sangrientas ejecuciones de Quiroga, que acababa de degollar a familias enteras. ¿No aconsejaba la prudencia abandonar ese plan más que temerario y sobre todo inútil para mis observaciones? Todos mis amigos se opusieron con tanta más fuerza cuanto que los araucanos de las pampas recorrían sin cesar el espacio comprendido entre la capital argentina y los primeros lugares habitados de las provincias, y hubiera tenido que luchar contra dos flagelos igualmente de temer, los indígenas y las facciones políticas. Obligado, a disgusto, a renunciar al viaje por tierra, debí pensar en dirigirme a Chile por mar, lo que no dejaba de tener sus dificultades, puesto que nunca parten naves de Buenos Aires para el océano Pacífico. Me veía, pues, en la necesidad de ir a buscar la oportunidad en Río de Janeiro, circunstancia molesta por la pérdida de tiempo que ocasionaba. Esas dificultades me atormentaban, cuando una carta me sacó del apuro. Me informaban que un barro ruso debía partir, ocho días más tarde, de Montevideo a Chile, doblando el Cabo de Hornos. No tenía un instante que perder en mis preparativos, debiendo todavía mandar mis colecciones a Europa. Me puse de inmediato a la tarea, y gracias a algunas noches sin dormir y mucho cansancio, me encontré listo en el momento oportuno.

Viaje a Montevideo. Navegación de ese lugar a Chile, doblando el Cabo de Hornos

Desde varios días antes había reservado mi pasaje a bordo de un paquebote, y el 10 de diciembre, por la mañana, me despedí de la capital argentina, con la casi certeza de no volverla a ver más. Experimenté al principio una tristeza infinita, pronto reemplazada por la esperanza de nuevos descubrimientos que me esperaban del otro lado de América. Levamos ancla con viento contrario, que sin embargo nos permitió alejarnos bordeando la costa. Buenos Aires no tardó en desaparecer por completo y comencé a ocuparme de lo que me rodeaba. Nada más extraño que el conjunto de viajeros, cerca de los grandes centros comerciales. Se oyen hablar todos los idiomas al mismo tiempo, se ve desaparecer poco a

10 de diciembre

poco la especie de aislamiento entre unos y otros que domina al comienzo frente a la nacionalidad individual y al rango más o menos elevado, que indica el vestir. Cada uno se reúne de manera de formar grupos por países y, por así decirlo, por clases. Me acerqué a varios; en todas partes no oí hablar más que de política y de comercio. Había resuelto desde hacía mucho tiempo abstenerme de toda reflexión sobre la primera cuestión, y era extraño a la segunda, lo que me obligaba a permanecer neutral. Algunos momentos después, el viento, al intensificarse, interrumpió casi todas las conversaciones por indisposición de los interlocutores. El ardor de las expresiones fue reemplazado por palabras interrumpidas y luego por un silencio completo.

En el mar

Al día siguiente, el viento contrario siguió y estábamos frente a la Colonia del Sacramento, cuyos campanarios se dibujaban en medio de una campiña verdeante y bastante accidentada. Seguíamos la costa oriental del plata, formada de pequeñas colinas, sembradas, de tanto en tanto, con bosquecillos. No olvidaba que tres años antes, al comienzo de mi viaje, recorrí ese hermoso paisaje con el entusiasmo que despertaba en una cabeza viva y joven la vista de tantos objetos nuevos, la vista de esa naturaleza desconocida, donde todo impresionaba, donde todo transportaba de gozo.

12 de diciembre Montevideo

El 12 a la mañana las orillas boscosas del Río Santa Lucía nos anunciaron que estábamos por terminar nuestro viaje; en efecto, unas horas más y la vista del Cerro (montaña de Montevideo)[3], vino a reanimar todos los espíritus. A las once estábamos en el anclaje. Me hallaba frente a Montevideo, cuyo aspecto traía a mi memoria el recuerdo de mi estadía en 1826, estadía señalada por mi encarcelamiento, con motivo de una observación barométrica y por las vejaciones sin número que sufrí por parte de los brasileños, entonces dueños de la ciudad. Un velo oscuro cubrió el cuadro que se presentaba ante mí y le quitó el encanto que podía ofrecerme. Sin embargo, una revolución habíase operado después de mi partida. La ciudad había sido devuelta el 1 de enero de 1829 a sus verdaderos propietarios. La provincia de la *Banda Oriental* (cuyo nombre cambiaron los brasileños por el de provincia Cisplatina) había adoptado un gobierno independiente, con el nombre de República Oriental del Uruguay.

Las primeras gestiones relacionadas con mi pasaje estuvieron a punto de desanimarme. Los rumores más siniestros corrían por la ciudad acerca del mal

3 El padre Feuillée (*Hist.*, etc., t. 3, p. 177) le asigna 292 metros sobre el océano.

estado de la nave, que se decía era muy vieja, podrida, sobre todo no cubierta de planchas e incapaz de resistir el mal tiempo del Cabo de Hornos, más peligroso que el Cabo de las Tempestades. Muchos pasajeros que, como yo, querían pasar a Chile, renunciaron a hacerlo por esa vía, temiendo una muerte casi inevitable. Mi perplejidad llegó al extremo; sin embargo, me parecía muy doloroso no aprovechar esa ocasión y perder, tal vez a causa de temores mal fundados, algunos meses, yendo a Río de Janeiro, donde me vería obligado a esperar mucho tiempo. Esas consideraciones me llevaron a reflexionar mucho acerca del partido a tomar. Me dirigí a un capitán constructor de barcos y le pedí que me acompañara a bordo de la *Catalina*, hermoso barco de tres mástiles y 250 toneladas, armado por españoles, que enarbolaba la bandera rusa. Descendimos a la cala; y, después de un largo examen, el experto capitán me dijo que, en efecto, la nave era vieja y no recubierta, pero que creía, sin comprometer su opinión, que podía efectuar todavía un viaje sin peligro muy inminente, sobre todo si el tiempo favorecía. Esa seguridad a medias no me satisfizo plenamente, pero a pesar de todo, poco accesible al temor y protegido como había sido hasta entonces por la Providencia, decidí partir, librando mi porvenir al azar. Mi resolución arrastró a los otros pasajeros, quienes, viéndome tan decidido, resolvieron finalmente seguir mi ejemplo. Acordé mi pasaje en mil quinientos francos y esperé impacientemente la fecha de partida, establecida para el día 20.

En vez de ocho días, pasé catorce en Montevideo, donde, por lo demás, volví a ver con gusto a mis antiguos conocidos. Realicé numerosas excursiones de historia natural y dibujé muchos objetos. Conociendo ya todo lo que me rodeaba y descubriendo siempre la misma naturaleza, mis búsquedas no me brindaban el mismo atractivo y la sed de lo nuevo que, junto a la impaciencia de la partida, llenaban todos mis pensamientos. Fui dos veces, para distraerme, a un espectáculo público. La primera, el elenco, compuesto de actores españoles bastante buenos, representó una tragedia de circunstancias compuesta en España, durante la primera constitución; las grandes palabras de gloria, virtud, libertad y muerte se prodigaban hasta la exageración, y algunas analogías con el estado del país despertaron en mi espíritu recuerdos de todos los dramas sangrientos que se desarrollaron ante mis ojos durante mis tres años de residencia en la República Argentina, donde sólo vi revoluciones y guerras intestinas, por el interés privado de algunos jefes, que sin embargo no vacilaban en compararse a los espartanos. Luego, la escena fue amenizada por un *bolero*, que una española bailó con tanta gracia como precisión, y el espectáculo concluyó con una pieza burlesca que hizo reír a todos, sin exceptuar al

gobernador de la provincia. La segunda vez se representó la traducción española de la *Mère Coupable* de Beaumarchais.

Estaba escrito que en todas partes encontraría perturbaciones y que una estadía tan corta no transcurriría sin algún episodio lamentable. En la noche del 15 una tentativa de saqueo de la ciudad fue impedida a tiempo. El general Fructuoso Rivera tenía, entre las tropas acampadas en la campaña, más de trescientos indios guaraníes, de los cuales un centenar entró armado. Después de haber matado a un pobre inglés, alquilador de caballos, los asaltantes se presentaron al Cabildo, con el fin de hacer evadir de las prisiones a más de ciento cincuenta asesinos que estaban presos y con los cuales contaban aumentar sus fuerzas. Hallaron allí, por suerte, una viva resistencia de parte del oficial de guardia, resistencia que dio tiempo de acudir a las tropas. Después de varias descargas que produjeron bastantes muertes de una y otra parte, los ladrones se vieron obligados a ponerse a salvo; la caballería los persiguió y la tranquilidad se restableció a tal punto, que por lo tarde todo había pasado.

15 de diciembre

No hay, en general, países donde la libertad individual sea menos respetada que en las repúblicas. Podría creerse que bajo el régimen de la independencia el viajero debe encontrar toda clase de facilidades para circular, pero no es así; y los gobiernos americanos son de todas las potencias los que exigen más formalidades cansadoras para obtener un pasaporte. En Buenos Aires perdí un día entero para poner el mío en regla; en Montevideo fue más difícil todavía. Para presentarse a la policía, se requieren por lo menos cinco firmas previas.

Antes de abandonar Montevideo, diré que la ciudad estaba en pleno progreso. Comenzábanse a derrumbar murallas en todas partes; y desprovista de ese cerco, la capital del Estado Oriental del Uruguay debía tener un crecimiento de acuerdo a la importancia de su posición. El cambio de los campos circundantes, antes despoblados y hoy cubiertos de ganado, hacía presagiar un porvenir de lo más próspero. Pude ver en los días de fiesta las encantadoras formas de las mujeres y el lujo que desplegaban en sus aliños. El paseo del Portón me hizo sobre todo apreciar la gracia seductora que caracteriza a las españolas americanas de Montevideo y Buenos Aires.

Me embarqué el 26, y al día siguiente por la mañana nos pusimos a la vela. La tierra se alejó poco a poco, el Cerro descendió en el horizonte y desapareció finalmente de nuestra vista. Saludé por última vez a las tierras orientales de América, que, durante cuatro años, fueron teatro de mis investigaciones; no debía volver a verlas. Nada es más monótono, como es sabido, que un viaje

En el mar. 27 de diciembre

por mar. No hay otra cosa para distraer que los seres más o menos indiferentes que nos rodean, los raros incidentes de la navegación, el aspecto de un cielo a menudo oscurecido por las nubes, el mar calmo o agitado, verdadero símbolo de la vida; y el pensamiento ardiente que nos domina hace avanzar hacia el porvenir retrotrayendo el pasado. Habituado desde hacía mucho tiempo a vivir casi siempre en la soledad, sea por estar realmente solo, sea que me hallase con gentes del país, me había hecho muy soñador. El tiempo que no empleaba en el trabajo o en la observación, lo ocupaba siempre en reflexiones sobre el porqué de las cosas. Trataba de darme cuenta de todo por medio del raciocinio; por eso no experimentaba un momento de aburrimiento.

Un buen viento nos impulsó durante algunos días hacía el sur. Pasamos sucesivamente frente al paralelo de la Bahía de San Blas y del Río Negro de la Patagonia, donde había vivido tanto tiempo. El 1 de enero de 1830 estábamos en el 42°42'[4] de latitud sur, con tiempo pésimo, el viento contrario y el mar de lo más agitado. El capitán, joven catalán de veintitrés años, poco instruido, pero buen hombre, era tal vez demasiado riguroso respecto a los preceptos religiosos; nos hacía ayunar los miércoles, los viernes y los sábados, y no olvidaba nunca su oración de la mañana y de la tarde, rezando además veinte veces diarias su rosario. No tenía segundo, y su teniente era un pobre marinero, sin conocimientos náuticos. El resto del personal se componía de un joven español, de un inglés, de cuatro pasajeros franceses y marineros españoles. Si tuviéramos que juzgar por nuestro navío del estado culinario de España, no haríamos el elogio, porque nuestros simples marineros franceses son mejor tratados de lo que éramos nosotros como pasajeros. Con galleta sucia nos daban, por lo general, bacalao y aceite rancio, a lo que se añadía mucho ajo fuerte, garbanzos y pimientos. El alojamiento no era mejor que la comida. Ciertos insectos hemípteros de lo más importunos habitaban nuestras cabinas y nos hacían desear vivamente acercarnos al polo, que debía disminuir el ardor con que nos atormentaban por la noche.

1830
1 de enero

Nunca en una travesía vi alrededor de un barco tantos peces, tantos delfines y otros cetáceos, como en ésa; estaba sorprendido, pero más tarde conocí la causa. Parece que las chapas de cobre que cubren a los barcos no permiten a las diferentes plantas, conchillas o pólipos pegarse y todos los animales de alta mar se alejan, de donde resulta que desde la borda de los navíos enchapados de

4 En el original francés figura, por evidente error tipográfico, 12°42' latitud que no corresponde a la ubicación del barco. (N. del T.).

cobre no se los ve, mientras que se ve muchos alrededor de los que no lo están. Los días de buen tiempo, desde el 43° al 59° de latitud sur, vimos el espectáculo realmente divertido de manadas variadas de delfines, unos negros, otros blancos, otros con cuatro manchas blancas sobre negro, o mitad de un color y mitad del otro. Venían a jugar alrededor de nosotros y daban varias veces la vuelta al barco, cualquiera fuera nuestra marcha, sumergiéndose, entonces en las olas con la rapidez de la flecha, o navegando delante de la proa, como lo corredores de otra época delante de los coches de los grandes señores. Nos acompañaban así una hora y luego nos abandonaban. No cabe la menor duda de que esos ágiles habitantes de los mares nos hubieran acompañado mucho tiempo, si no hubiéramos tenido a bordo un hábil arponero que todos los días nos brindaba un nuevo espectáculo. Apenas se señalaban los delfines, se ubicaba en el palo del bauprés, siguiendo con ojo seguro los bruscos movimientos de los cetáceos; cuando consideraba que había llegado el momento propicio, lanzaba su arpón con energía, y, siendo de lo más hábil, fallaba muy raramente su tiro; pero la marcha acelerada del barco, la resistencia del animal en el agua y los movimientos de éste para desprenderse del hierro mortal, hacían casi siempre que huyera; y, lamentándolo mucho, uno solo, un delfináptero o delfín sin aletas natatorias, mitad blanco, mitad negro, aumentó mis colecciones para el museo.

Los más grandes ejemplares de la misma familia se presentaron a menudo ante nosotros en las regiones meridionales, sobre todo al este del Cabo de Hornos. Tanto era una enorme ballena que, pasando a algunas toesas de nosotros, nos permitía apreciar no sólo su longitud en relación con la nave, sino también examinar todas sus partes; tanto un ballenóptero de hocico blanco y dorsal puntiaguda, ubicada junto a la cola, que jugaba cerca de nosotros, siguiendo lentamente nuestra ruta. Un día, en el 52° de latitud, entre la tierra firme y las islas Malvinas, vimos durante más de dos horas un espectáculo bien interesante: el de dos manadas de ballenas, compuesta cada una de más de cincuenta individuos. Aparecieron todas juntas en la superficie y lanzaban chorros de agua que caían en forma de lluvia. Se sumergían luego en medio de las olas, para mostrarse de nuevo algunos momentos más tarde, siguiendo así una dirección contraria a la nuestra, lo que nos permitió verlas de muy cerca y admirar sucesivamente esas masas ambulantes y sus múltiples movimientos. Esas dos manadas eran de especies distintas, lo que se reconocía por la forma de las aletas natatorias del lomo, y no pude explicarme esa reunión fortuita (que habría hecho la fortuna de un ballenero) más que a causa de la estación de los amores de esos cetáceos. El paraje donde estábamos era uno de los me-

jores lugares de pesca; pero las ballenas, acosadas, perseguidas continuamente por pescadores de todas las naciones, abandonarán pronto esas regiones, como abandonaron, algún tiempo antes, las costas del Brasil; pasaron al lado occidental de Chile, que tuvieron también que abandonar, para ir a refugiarse en los lugares no frecuentados de Nueva Zelanda, donde ya son actualmente objeto de las persecuciones de los balleneros. Es muy interesante seguir las migraciones forzadas de esos grandes animales, víctimas de la industria comercial de las naciones; verlos cruzar los océanos, pasar de un polo a otro, para hallar tranquilidad. No habrá, así, pronto, en la vasta extensión de los mares, un solo lugar donde el hombre les permita vivir con seguridad.

Los otros seres que se nos mostraron en la travesía eran aves de alta mar. Al comienzo aparecieron en pequeño número, porque el verano les permitía ir a las regiones meridionales. El elegante petrel de tormenta, siempre en movimiento, verdadera golondrina de mar, se mostró primero, reemplazado, en la extremidad de América, por el petrel Lesson, que parece seguir las manadas de ballenas, posándose con frecuencia sobre las aguas. Pronto el albatros de largas alas, gigante de esas regiones, recorría todas las ondulaciones de la ola, sin aparecer ejecutar ningún movimiento. Una tarde, por el 52° de latitud, en uno de esos crepúsculos bastante calmos, donde agrada descubrir, en las nubes amontonadas en el horizonte, algunas formas fantásticas que responden a los sueños de la imaginación, permanecí hasta tarde en el puente, cuando un ruido confuso de voces semejantes a gritos humanos resolló en mis oídos. Creí al comienzo equivocarme y escuche con mayor atención. No era una ilusión, oía realmente sonidos que me traía la brisa, pero, ¿de dónde provenían? Un hermoso claro de luna me permitía descubrir desde lejos el horizonte, donde no veía ningún navío. Comencé a dudar de mí mismo, y sin embargo a medida que nos acercábamos al punto de donde parecía partir, la conversación se hacía cada vez más animada. Finalmente, mi asombro terminó a la vista de esos seres parlanchines que en otros tiempos se hubieran convertido en sirenas. Eran simplemente pingüinos, aves medio peces, puesto que no vuelan, que se divierten en medio de las olas saladas y celebran así la belleza del día[5]. Avanzábamos con rapidez hacia el sur, viendo, a intervalos, en la superficie de las aguas, algunas algas que flotaban, arrancadas sin duda de las rocas por las olas

5 Es la *Aptenodytes patagonica*, Gmel. Esas aves, tanto a causa de su extraño modo de andar por tierra, como de sus cantos, reciben de los españoles el nombre de *Pájaro Niño*, porque sólo van a tierra "arrastrándose penosamente sobre el vientre", como dice Cuvier (*Reino Animal*, t. I, p. 550), pero marchando de pie, como verdaderos niños.

y que las corrientes generales llevaban de sur a norte. El viento era muy variable. A veces bastante bueno, nos acercaba a las regiones frías; pero por lo general contrario, obligándonos a luchar penosamente contra él, balanceados por el oleaje de un mar siempre furioso. El 10 vimos un barco ballenero, fácil de reconocer por su hornillo y ese tablado donde se colocan las canoas de pesca. No quiso darnos a conocer su nacionalidad. Estábamos entonces en el grado 50. El cambio del color del agua decidió al capitán a sondear; pero a cuatrocientos metros no se tocó fondo. Al día siguiente pasamos entre las islas Malvinas y tierra firme; pasamos, sin verlo, frente al estrecho de Magallanes, y el 13 vimos, a diez leguas de distancia más o menos, las altas montañas de Tierra del Fuego, junto al estrecho de Lemaire, por donde el capitán tenía el deseo de entrar para acortar la ruta; pero el tiempo decidió de otra manera.

Por la noche sufrimos una tormenta tan terrible como sorpresiva. De pronto, con un tiempo bastante calmo, el viento del suroeste comenzó a soplar con tal violencia, que a duras penas se pudieron cargar las velas y bajar los altos mástiles. El barco parecía a cada momento a punto de hundirse. El silbido del viento entre el cordaje, el crujido continuo de todas las partes del barco, los choques de las olas irritadas, semejantes a golpes sobre una roca, todo eso producía un ruido espantoso que, junto con el movimiento incesante, no permitía entregarse a ningún pensamiento extraño a esa situación. Mis compañeros de viaje comenzaron a reprocharme que los hubiera, con mi ejemplo, arrastrado a un viaje, que, en vista del estado de la nave, parecía ser el último que realizaría. Trataba de tranquilizarlos lo mejor posible, cuando un choque terrible vino a interrumpir nuestra conversación y todos creímos, en efecto, que estábamos perdidos; el oleaje, rompiendo todos los vidrios, entro en la cámara y la inundó, rodando con estrépito en torno nuestro. Como estaba acostado en mi cabina, que era bastante alta, sólo recibí salpicaduras, pero vi de inmediato, a la tenue luz de una lámpara, mi baúl, que contenía todos mis escritos y dibujos, transportado y arrastrado por las aguas. En un instante podía desaparecer el trabajo de varios años. No podía titubear. Descendí en camisa en medio de la cámara. Después de larga lucha, arrojado a un lado y a otro por las aguas, logré sacar de en medio de las sillas y mesas, contra las cuales chocaba, un precioso baúl, y aprovechando un momento favorable, lo levanté y coloque en la cama; luego, asido de mi cabina, a fin de resistir el movimiento, aguardé que las aguas corrieran, y que estuviéramos a cubierto de una segunda invasión semejante por las planchas de seguridad, que habían sido olvidadas. Después de algunas horas pasadas en una posición de lo más molesta, bañado y temblando de frío, volví a colocar mi baúl y subí a mi cabina, mojada de agua

salada, como debía estarlo una parte de la travesía. La misma ola había quebrado la popa del navío y arrastrado la canoa que colgaba de la borda. La tempestad mantuvo la misma fuerza toda la noche y los dos días siguientes. Grandes cantidades de lluvia y granizo caían continuamente, y la nave era sacudida por las aguas, crujiendo siempre y sufriendo mucho del mar, que sin cesar pasaba por encima. Puede fácilmente concebirse la posición desagradable del viajero en esa lucha de los elementos contra ese débil refugio que los desafiaba, y las incomodidades de todo género que experimentaba entonces, sobre todo mojado como estaba, sin medio de secarme.

15 de enero

El 15, finalmente, el viento, aunque contrario, amainó un tanto. Pude contar mis pérdidas, que se limitaban a algunos libros, habiéndose preservado mis papeles importantes por haberlos guardado en latas. El frío era muy vivo, aunque estábamos en verano. La máxima era de 7 grados centígrados y la mínima de 3 grados; nos penetraba una humedad extrema, que nos hacía sufrir mucho. Al día siguiente doblamos el cabo de la Tierra de los Estados, que según cálculos estaba a quince millas; no lo vimos. El 17 estábamos, según una observación, a 57 grados, al sur del Cabo de Hornos[6]; pero en los dos días siguientes un viento contrario nos obligó a dar un avance hacia tierra.

Cabo de Hornos
19 de enero

El 19 por la noche estábamos a la vista de las islas de Diego Ramírez, situadas al sur del Cabo de Hornos y formando la extremidad meridional de la gran cadena de las cordilleras. Ellas se presentan al principio como dos puntos elevados, que poco a poco se distinguen mejor. Pueden verse al oeste dos islotes formados por montañas cónicas, cubiertas de nieve, y al este una gran isla, igualmente terminada, al oeste, por una parte elevada; por lo demás, el excesivo alejamiento no permitía ver ninguno de los accidentes exteriores. Puede uno imaginar fácilmente el placer que experimenta el viajero al ver de nuevo tierra, cuando ha sido durante mucho tiempo juguete de las olas en esos peligrosos parajes; le parece que el suelo es una parte esencial de sí mismo y se liga a su existencia. Otro objeto de un interés más inmediato todavía vino a hacernos olvidar la tierra. Gritaron: ¡Vela!, y pronto una nave americana pasó cerca de nosotros, para decirnos que hacía treinta y cinco días que había partido de Guayaquil.

---

6 Los españoles creen generalmente que el nombre de *Cabo de Hornos* corresponde al de *horno*, dado a ese cabo por analogía a su forma; pero se equivocan; es Lemaire quien, en 1615, lo llama así en su recuerdo de su ciudad natal.

El viento completamente contrario nos obligó durante dos días a dirigirnos en dirección al sur; estábamos a 60 grados de latitud austral. El tiempo era bueno, el aire muy frío y el día nos acompañó casi sin interrupción. Por la tarde, el sol se ocultó a las ocho y media; a las once el crepúsculo reinaba todavía; el día siguiente comenzó a la una y el sol apareció a las tres y cuarto; así, a lo sumo hay dos horas de noche en esa estación; pero en ellas la claridad era tal que podía dudarse que fuera de noche.

Del 22 al 26 permanecimos, más o menos, en la misma latitud, con un mar terrible y muy mal tiempo. El frío era tanto más intenso cuanto que soplaba siempre del suroeste. Vimos a lo lejos dos navíos, uno de tres mástiles y el otro un *brick*, el primero que seguía la misma ruta que nosotros y el segundo proveniente de Chile. El 27, un viento favorable nos permitió, al fin, dirigirnos al norte y aguardar una temperatura menos glacial. Al cabo de ocho días de haber visto las islas de Diego Ramírez, el capitán pudo hacer algunas observaciones de latitud, pero incapaz de realizar una sola en longitud se guió exclusivamente por cálculos. Me había dado cuenta de que conocía poco los grandes sistemas de corrientes y que, sobre todo, no los tenía para nada en cuenta. Marchó hacia el norte a toda vela, creyéndose a unos cinco grados fuera de la tierra americana. Le hice algunas observaciones acerca del error que podía haber en sus cálculos, a causa de las corrientes que venían del oeste, y en la necesidad de oblicuar todavía más al oeste. No quiso escucharme y continuó su ruta en la misma dirección. El 29, a mediodía, estábamos cerca del grado 54. Renové mis observaciones con mayor insistencia, pero fueron mal recibidas. Había que resignarse, pero a la noche siguiente, por suerte con buen tiempo, la nave se encontró en medio de rompientes (sin duda del Cabo Gloucester de la Tierra del Fuego). Unos minutos más... y nos hubiéramos despedazado en esa costa inhospitalaria. Se viró en redondo de golpe y nos dirigimos a altar mar. El error del capitán era de unos cinco grados. Le recordé mis observaciones, que terminó por admitir, aunque algo tarde, puesto que su terquedad estuvo a punto de hacer perecer a todos.

En el mar
Enero

Los grandes sistemas de corrientes tienen una enorme importancia en la navegación y su estudio es también indispensable al zoólogo que quiere ocuparse de las grandes leyes de distribución geográfica de los seres. Sin embargo, hay pocos hombres especializados en ese estudio y puede verse qué consecuencias puede acarrear la ignorancia de ese problema. Todo el mundo ha notado esa punta americana estrecha que avanza hacia el Polo Sur y separa el océano Atlántico del Gran Océano. Las corrientes generales, partiendo de Nueva

Zelanda, se dirigen del oeste a la extremidad meridional de América y se dividen en dos ramas distintas. Una pasa al este del Cabo de Hornos, entra en el océano Atlántico, sigue el litoral del continente, dirigiéndose de sur a norte, costea sucesivamente la Patagonia, las pampas y continúa hasta el Plata; la otra, por el contrario, chocando contra el continente americano, queda en el Gran Océano, sigue el litoral de sur a norte, a lo largo de las costas de Chile, Bolivia y Perú. Es de notar que los vientos generales siguen casi siempre la misma dirección, de donde resulta que, para doblar el Cabo de Hornos, viniendo del océano Atlántico, se lucha continuamente contra la corriente del sur, que, en ciertas partes, hace navegar a tres millas por hora, y puede determinar, como se vio, una diferencia enorme entre el cálculo basado en la marcha del navío y la desviación impuesta a esa marcha directa, por la deriva que ocasiona la corriente. Es precisamente esa deriva, que no se tuvo en cuenta, la que produjo entre la posición real del navío y la posición calculada por el capitán, un error de cinco grados o de alrededor de setenta y cinco leguas terrestres; error que, sin una suerte inesperada, habría ocasionado nuestra pérdida, estrellándonos contra tierra, en la parte más peligrosa de toda América, por las pendientes abruptas de costas imposibles de escalar.

La ignorancia y la testarudez del capitán nos obligó a correr durante cuatro días hacia el sur, a fin de alejarnos de tierra, lo que era tanto más desagradable cuanto que el tiempo era muy malo y el mar estaba muy agitado, degenerando pronto en una terrible tempestad, que sufrimos el 1 y el 2 de febrero. Debimos sufrir mucho de todas maneras, tanto por la lluvia que caía a torrentes, como por ese movimiento incómodo que no permitía mantenerse de pie ni sentado un solo instante. La excesiva humedad a la cual había estado expuesto, obligándome a acostar en una cama constantemente mojada de agua salada, me produjo en las manos y en las orejas sabañones que me hacían desear vivamente acercarme a las regiones cálidas.

Finalmente, el 4 de febrero el viento se hizo excelente, y después de haber sufrido mucho, marcharnos a toda vela hacia las regiones más cálidas. Ciertos días recorrimos hasta cinco grados o setenta y cinco leguas de distancia. Una dulce temperatura sucedió al frío. El mar se hizo magnífico, y pudo entonces, salvo la crítica que hicimos días antes, llamarse justamente *mar pacífico*. La alegría no tardó en reemplazar, con la esperanza de un próximo arribo, al humor más o menos agrio de cada uno.

4 de febrero

En efecto, el 13 estábamos a 34 grados 50 minutos de latitud a la vista de las cadenas de los Andes. No sabría decir con qué gozo vi esas montañas perdi-

13 de febrero

das en las nubes y ese suelo accidentado, tan diferente del que había pisado antes. ¡Me prometía tan vivos placeres recorriendo esa tierra nueva para mí, donde veía a toda la naturaleza como dispuesta a brindarme sus tesoros! La tierra formaba una vasta línea, dividida horizontalmente en tres pisos, uno bajo, más marcado, constituido, sin duda, por la costa; el otro intermedio, poco accidentado, perteneciente a otro plano, y finalmente el tercero y más alto, cubierto de cumbres cónicas nevadas, era con plena certeza la cordillera de los Andes. El conjunto representa una cadena poco desgastada, donde pocos puntos se elevan por encima de los otros, y difiere por completo de los Pirineos vistos desde las alturas, mas allá de Rabastens (Altos Pirineos), o de los Alpes berneses vistos desde el Jura, junio a Neuchâtel; de esas tres cadenas la más desgarrada es la de los Alpes, los Pirineos lo son menos, aunque mucho más que los Andes.

Me acosté con el corazón lleno de esperanzas, pensando desembarcar al día siguiente, pero por la noche una espesa neblina nos obligó a regresar a altamar. Estuvimos envueltos en ella dos días seguidos. Sólo al tercero se aclaró el tiempo, y la tierra, esperanza y consuelo del viajero, reapareció finalmente ante nuestros ojos. Nos acercamos rápidamente. Los planos de fondo desaparecieron poco a poco, las colinas de las costas parecían elevarse más y más. Pronto pudo distinguirse la colina de las señales, anunciando con sus banderas nuestra aproximación a la ciudad. Estábamos junto a una costa de pequeñas montañas cuyas pendientes mueren en la costa o forman promontorios elevados que caen en pendientes abruptas y desgarradas. Cada punta está cubierta de rocas, algunas de las cuales surgen del seno de las aguas y representan un obstáculo a las olas que se rompen con estrépito, aun durante el mejor tiempo. Cada pequeño valle presenta, al contrario, playas exiguas de una arena blanquecina, que contrasta con las rocas ennegrecidas por el tiempo. La campaña, aunque es muy accidentada, no ofrece nada muy pintoresco a la vista; mamelones muy aplastados, sin vegetación, coronan la costa y continúan hasta la orilla. En las barrancas solitarias, bastante numerosas, se ven pequeños zarzales y ningún árbol, pero la vegetación es pobre y achaparrada. No son esas hermosas montañas boscosas del Brasil, donde cada roca, cubierta de plantas, testimonia la actividad de toda la naturaleza; es en América, una representación exacta del aspecto de las costas de Algeria.

Chile

Navegando a toda vela, doblamos pronto la punta de Corumillera y vimos una playa arenosa y algunas casitas. Hay que haber estado mucho tiempo alejado de tierra, para darse cuenta del efecto que produce la vista de la primera

cabaña, por pequeña que sea, o el menor indicio que revele la presencia de nuestros semejantes. Hace experimentar un encanto indefinible, al cual, sin duda, se une implícitamente la idea de que la sociedad es indispensable a la existencia.

Valparaíso

Después de doblar la punta de Valparaíso, la inmensa bahía de ese nombre apareció ante nuestros ojos. Las primeras casas se distinguían poco a poco, y a medida que avanzábamos se desarrollaba una larga línea de moradas situadas junto a la costa . Una multitud de navíos de todas las naciones, de todos los tamaños, estaban anclados; entre ellos aparecían algunas fragatas, y la actividad que se expandía por todas partes anunciaba un gran centro de comercio exterior. Puede decirse en verdad que Valparaíso, por su posición, es el punto de partida de todo el comercio europeo con las repúblicas de Bolivia y Perú, y que es, además, la llave de las relaciones comerciales del océano Pacífico.

¡Cuántas veces, trabado por las guerras intestinas, por las revoluciones de la República Argentina, no he deseado viajar a Chile, cuyo gobierno es mencionado, desde hace años, como modelo a las repúblicas americanas! Creía, finalmente, poder materializar ese sueño y gozar de la paz tan necesaria a mis investigaciones; pero, apenas anclamos, desde la primera visita a la aduana, comprendí que mis caras esperanzas serían defraudadas. Después de mi partida de Buenos Aires había estallado una revolución en Chile, y esta república, antes la más pacífica de América, era presa de las facciones. Nunca había sido menos segura para el viajero extranjero. Esa noticia me contrarió al último extremo y hasta me hizo creer en una especie de fatalidad que me perseguía desde mi llegada. En efecto, después de haber sido detenido y aprisionado por los brasileños, de Montevideo, en 1826, hallé, en 1827, a Buenos Aires en armas y bloqueado por los brasileños; en 1828, la revolución de Lavalle se declaró inmediatamente después de firmada la paz con los brasileños. En la Patagonia debía combatir con los indígenas; finalmente, después de abandonar ese lado de América, creía hallar descanso en Chile, pero tal vez iba a tener que abandonar este país, para buscar en otra parte una tranquilidad indispensable a mi tipo de observaciones, no sin deplorar la pérdida de tiempo que me ocasionaban siempre circunstancias tan desfavorables.

Estadía en Chile

No hallando en Chile, a causa de la situación política del país, suficientes facilidades para proseguir mis investigaciones ordinarias, no permanecí más

Chile

que desde el 16 de febrero al 8 de abril, o sea menos de dos meses, que fueron empleados en recorrer los alrededores en Valparaíso y realizar un viaje a Santiago. Esta corta residencia no me permitió generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile, y esto con tanta más razón cuanto muchos viajeros[7] han descrito ya las dos ciudades principales, así como el camino que conduce de la una a la otra. Por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla.

Apenas desembarqué, me presenté al señor Sebastián Lezica, corresponsal a quien me había dirigido para los asuntos de mis fondos. Fui recibido con la amabilidad que caracteriza en todas partes a las personas bien educadas. El señor Lezica poseía las principales casas de comercio del país y oficinas en Buenos Aires, Cobija, Arica y Lima, lo que podía serme de gran utilidad en el futuro. Tuvo la extrema amabilidad de buscarme alojamiento, y al día siguiente pude entregarme a mis tareas.

Comencé por visitar la ciudad. Fui primero al barrio antiguo, junto a la iglesia. Allí, por la tarde, se ve, a la puerta de cada casa, señoritas hermosas y bien vestidas, que son las primeras en pedir que uno entre, cuando se les dirige la palabra; tratan luego de distraer a sus visitantes cantando, acompañadas por guitarras. Uno se asombra mucho al hallarse de improviso como en casa de conocidos; pero, algún tiempo después de vivir en la ciudad, aunque encontrando en todas partes la misma hospitalidad, no se tarda en descubrir que no es allí donde debe buscarse la buena sociedad del país. Ese gran número de mujeres jóvenes, que puede contemplarse cómodamente al pasar, me sirvieron para juzgar, si no el conjunto (porque las mujeres de alta sociedad tienen rasgos más distinguidos), por lo menos una clase entera de la nación. Comprobé una gran diferencia en la forma del rostro, comparadas con las mujeres de Buenos Aires: en Chile, la cara es generalmente redonda, y participa, sin duda, algo de los rasgos de los araucanos; mientras que en Buenos Aires es mucho más ovalada y se acerca más a las formas europeas. Sin embargo, las chilenas son igualmente alegres, espirituales y no ceden en nada, en este aspecto, a las amables porteñas.

La bahía de Valparaíso, de más de media legua de largo este y oeste, se compone, al oeste, de una pequeña banda de tierra situada al pie de las monta-

7 Stevenson, *An historical and descript.* narr., etc. Londres, 1826. John Miers, *Travels in Chili*, etc. Londres, 1826. María Graham, *Journal of a residence en Chili*, etc. Schmidtmeyer, *Travels to Chili*, etc. Hall, *Voyage au Chili*. Moerenhout, *Voyage aux iles du grand Océan.*

ñas, de las quebradas de esas montañas, y, hacia el este, de una playa bastante ancha donde corre un arroyuelo. Las casas, siempre sin chimeneas, forman una sola calle a orillas del mar, y conjuntos más o menos irregulares, en todos los niveles de las quebradas; entre esas casas, es fácil distinguir dos rangos diferentes. Las de la costa, de la gran calle y de la plaza están ocupadas por el alto comercio. Reina un ambiente de bienestar: son generalmente de madera, adornadas alrededor de un balcón cubierto en forma de galería, todo bien pintado y de una limpieza extrema. Las otras casas, que habitan el pueblo y los artesanos, son pequeñas y sin ningún lujo, agrupadas en los extremos de la ciudad, en las *quebradas*. Si se compara el estado actual de Valparaíso con la descripción que Frezier en 1714, asombrará el inmenso crecimiento del puerto. Ese sabio viajero se expresaba entonces en los siguientes términos: "En un barranco bastante pequeño está el burgo o ciudad de Valparaíso, compuesta de un centenar de casas pobres, sin alineamiento y de distinta altura; se extiende también a lo largo del mar, donde están los negocios de trigo" [...] "De ciento cincuenta familias que puede haber, apenas treinta son de blancos"[8]. Hoy, que el comercio no se limita a la exportación de cereales, como lo era bajo la dominación española, y que Chile es como el almacén general de las mercaderías destinadas a toda la costa de América, Valparaíso se ha convertido en una ciudad de lo más importante[9] y avanza todos los años en progresión realmente asombrosa.

Si comienzo mi paseo por el extremo occidental de la ciudad, hallo primero a la altura del acantilado, en una pequeña hondonada, algunas casitas de pescadores, y en frente sus estrechas piraguas, formadas con un árbol hueco, de cada lado de las cuales hay troncos de abetos, destinados a impedir que zozobren. Allí el silencio es completo, porque sólo la curiosidad puede conducir al viajero a un barrio tan miserable. Muy cerca hay una batería baja con varios cañones. Si se penetra por una callejuela, se llega al barrio de los artesanos, donde están los herreros, los carpinteros, los toneleros, etc. Se pasa frente a la casa del gobernador, muy modesta por fuera; luego se encuentra la plaza, rodeada de casas muy hermosas. Si se asciende la quebrada de la ciudad antigua, se hallará, después de varias calles muy empinadas, una plazoleta y una iglesia de bastante pobre apariencia; luego, a todas las alturas, casitas, hasta lo

8 *Relation de la mer du Sud*, p. 86.

9 Véase el Panorama. Ese hermoso cuadro, dibujado a bordo del *Griffon*, en 1834, por el señor Blouet, me fue transmitido por el señor Du Petit-Thomas, capitán de navío. Valparaíso cuenta hoy con más de 25.000 almas.

alto de la colina; arriba de todo hay dos cabañitas, de renombre bastante malo, ubicadas al borde un sendero y de un precipicio, que recibieron de los marineros ingleses, que las frecuentan, el nombre de *men top* y *for top* (cofa mayor y cofa pequeña), aludiendo, a causa de su posición en la montaña, a la cofa de un navío. Antes de regresar a la plaza, se puede subir a la derecha por otra calle muy poblada hasta la cima de la colina, pero siempre se está obligado a volver a cruzar la plaza. Hay por la mañana, en una callejuela que desciende al mar, una pescadería magnífica, abastecida de la pesca que se realiza en la misma bahía y sus alrededores. De allí al pie de la montaña sólo existe una calle; pero esta calle, formada de las más hermosas casas, es la sede del gran comercio. Se llega así a la quebrada de San Agustín, otra quebrada cuyos lados están cubiertos de casas. Es el camino que hay que seguir si se quiere ascender la colina para llegar a la cima, el *monte alegre*, hermosa explanada, otrora desierta, animada hoy por las casas más elegantes, habitadas por el cónsul inglés y muchos otros de sus compatriotas, y que dominan así toda la bahía, viéndose desde allí a todo lo que pasa. Sería con toda certeza el más agradable lugar para residir, si el placer de vivir no debiera comprarse con el trabajo de llegar.

Después de la quebrada de San Agustín sigue la gran calle, siempre al pie de la colina. Se continúa largo tiempo por ella, hasta el punto de interrupción, donde la roca avanza en el mar y forma una punta graciosamente llamada Cabo de Hornos. Los trabajos ejecutados para abrir un paso entre esta punta y el acantilado, han dejado una excavación profunda, donde por la noche, cuando la policía es menos activa, se ocultan a menudo los ladrones para detener al paseante. Poco después al Cabo de Hornos, el terreno se amplía, alejándose de la colina, y formando finalmente una ancha playa de arena, conocida con el nombre de Almendral[10]. En este lugar, la gran vía, primero estrecha, se amplía y las casas se multiplican; pero, a excepción de algunas casas nuevas de comercio recientemente construidas, se componen sólo de pequeñas chozas y sobre todo de *chinganas*, casas públicas, especie de espectáculos, donde se va a beber refrescos y a ver bailar la *cachucha*, el *zapateo*, etc., al son de la guitarra y del canto; lugar de cita de todas las clases, donde se anudan múltiples intrigas, pero donde por lo general el europeo es desplazado. La ciudad termina al final del Almendral.

En este paseo por el barrio comerciante, uno se encuentra con activas gentes de negocios, carretas, cargadores y muchas mujeres. Por el Almendral

10 *Almendral* significa *vergel de almendros*, sin duda a causa de los árboles de esa especie plantados en los jardines.

se ven paseantes a pie y a caballo; los primeros, gentes de ambos sexos, van, en grupos separados, a visitar las chinganas; los otros, a hacer admirar sus *recados* (monturas del país). Entre éstos hay muchos *guazos*, hombres del campo, que reemplazan por completo en Chile, por sus costumbres, la intrepidez y los hábitos, a los *gauchos* de Buenos Aires. Sólo su vestido presenta algunas diferencias: su montura es más amplia, sus espuelas más grandes y sus estribos muy especiales. Son dos enormes pedazos de madera, redondeados debajo, más o menos adornados de esculturas, donde se practican agujeros que sirven para recibir el pie. Al principio, estos estribos parecen ridículos, sobre todo cuando se los compara con los de los gauchos, que sólo sirven para poner el dedo grande; pero, si se considera que esos hombres no viven en las llanuras rasas como los gauchos, que están, por el contrario, obligados a galopar a menudo en medio de los bosques y sobre colinas escarpadas, se concebirá que tengan necesidad de defender sus pies de los choques continuos que les hacen sufrir a diario los troncos de árboles o los peñascos. Por lo demás, el guazo lleva el poncho, el cinturón, el sombrerito cónico de los gauchos, a la vez que tiene las piernas cubiertas de grandes polainas, llamadas *botas*, hechas de tejido de lana y atadas debajo de la rodilla por un cordón. Como en los bosques están continuamente en medio de espinas, se proveen además, cuando van a caballo, de un trozo de cuero adornado de franjas, destinado a protegerse.

El cielo es admirable en Chile; raramente una nube se eleva en el horizonte y el sol se muestra en todo su esplendor. Los atardeceres, calmos y frescos, invitan al paseo. Las noches son de lo más hermosas, y en sus correrías, al anunciar al ciudadano todas las horas, los pregoneros nocturnos informan del estado del cielo, muy a menudo *estrellado*, muy raramente *nublado*. Esos gritones, a los cuales el extranjero se habitúa difícilmente, existen no sólo en Chile, sino también en la costa del Perú, Arica, Tacna y Lima; han sido instituidos principalmente para la seguridad pública. Encargados de la vigilancia nocturna, se pasean en silencio cada uno en un espacio determinado, y se juntan de inmediato, cuando es necesario, al son de una matraca, señal de reunirse que les es peculiar; están encargados de gritar en alta voz cada hora en toda su circunscripción, anunciando, como acabo de decir, el estado del cielo. En medio de esas noches tan tranquilas, en las que ningún ruido interrumpe la tranquilidad, el recién llegado es al principio despertado con sobresalto por el ruido de la matraca y luego oye la voz sonora repetir cantando: *Ave María Purísima, las doce en tocando y cielo estrellado*. Oye y descubre algo de solemne en esos gritos primero próximos, y que, al alejarse poco a poco, terminan por perderse en lontananza. El gritón de noche *(sereno)* tiene también por misión prevenir,

cuando se produce un temblor de tierra (*terremoto, temblores*); y es raro que ello no suceda todas las semanas en Chile. Entonces mueve su matraca con fuerza y despierta a todo el mundo. La primera vez oí ese ruido al mismo tiempo que el crujido de mi cama y de mi dormitorio, y no me moví, aunque oía a mis vecinos y vecinas alejarse alrededor mío. Al día siguiente recibí algunos retos bondadosos por mi imprudencia, lo que me hizo levantar a la segunda alerta del mismo género. Nada más divertido... Todo el mundo sale de sus casas tal como está. Hombres, mujeres y niños corren a los patios, calles y plazas, o se ubican debajo de las puertas de salida y aguardan, esperando una nueva sacudida; si ésta tarda en producirse, la calma renace, y esa reunión burlesca, en traje poco usado en público, se disuelve hasta una nueva ocasión.

No sé si siempre sucede lo mismo en Chile o si ese terror debe atribuirse al recuerdo del temblor que tuvo lugar algún tiempo antes (el 26 de septiembre). Los habitantes estuvieron entonces expuestos, durante más de un mes, a continuo sacudimientos, durante los cuales todas las casas se deterioraron, varias se derrumbaron, o bloques de roca, desprendidos de los acantilados, rodaron con estrépito sobre las casas de la gran vía. Los habitantes se hicieron tan temerosos, que muchos de ellos tomaron el partido de vivir en tiendas en el campo, a fin de gozar del reposo. Es este motivo, más que la falta de materiales, que obliga a multiplicar las construcciones en madera, tan comunes en Valparaíso. Los temblores se hacen sentir más en la costa que en el interior; yo mismo noté, más tarde, que casi nunca se extienden a la cumbre de los Andes bolivianos. No sucedió eso, empero, con el último de que acabo de hablar, porque no solamente deterioró la Casa de Moneda de Santiago y derrumbó algunas casas, sino también el señor Pedro García, socio del señor Lezica, que atravesaba la cordillera por Mendoza, me aseguró que se vio obligado a abandonar la choza o posada de los correos donde estaba, en la cumbre de la cadena, a causa de los sacudimientos que le hicieron temer verse sepultado vivo en su débil refugio.

Valparaíso

El 23 (martes de carnaval), Valparaíso, muy ocupado con su comercio, se inquietó poco del carnaval, tan ruidoso en otras partes de América. Se limitaron a arrojar agua de olor como de ordinario. Salía tranquilamente con nuestro cónsul general, cuando nos cayó un cubo de agua sobre la cabeza. El cónsul halló la diversión demasiado fuerte y entró en la casa para quejarse. El culpable era un criado de una casa de comercio francesa, que nos creyó dos de sus camaradas. ¡Estábamos en un país libre!

Empleé todas mis jornadas en recorrer las inmediaciones, sea del lado del campo, sea siguiendo la costa al norte o al sur, a fin de conseguir animales de

todo género y realizar observaciones. Iba a menudo a la Lagunilla o a la *Playa Ancha*, dirigiéndome al sur, pasando sobre las colinas de la ciudad y llegando a esa pequeña playa arenosa, rodeada de peñascos. Allí, cazaba en los alrededores, o, aprovechando la marea baja, me metía en el mar para buscar moluscos, tan variados y abundantes en esos parajes, y volvía luego a dibujarlos en mi casa. Un día experimenté una gran contrariedad. Soplaba, desde hacía algún tiempo, mucho viento del sur, a causa, sin duda, de una tempestad en las regiones meridionales, cuyo final sufríamos. Creí hallar algo en la costa, y en efecto, la Playa Ancha estaba cubierta de magníficas ovas de muchas especies diferentes, que la marea había arrancado del fondo del mar. Me sentí dichoso de poder elegir en esa pequeña flora marítima y de poner aparte ejemplares enteros, que me proponía llevar para prepararlos. Había terminado mi exploración, y regresaba alegre con mis paquetes de plantas, cuando hallé todas las raíces de las grandes algas cortadas junto al tallo. Me dominó un movimiento de impaciencia, tratando de averiguar qué motivo había llevado a los pescadores a mutilar así mis hermosas plantas, cuando vi a un hombre muy joven morder con todos los dientes una de las raíces cortadas y disponerse lo mismo con las otras. Me sentí entonces más dispuesto a reírme que a enojarme. ¿Cómo, en efecto, ese niño podía considerar digna de conservarse una cosa tan común y para él de utilidad tan inmediata? Quise por lo menos probar el manjar, que le parecía tan apetitoso, pero no compartí el gusto de mi chileno, sin experimentar una sensación de gran repugnancia.

Otras veces dirigía mis correrías hacía el norte. Recorrí un día la ciudad, dejé el Almendral, pasé el arroyuelo y, cortando a través de la arena, llegué a la extremidad de la bahía. Allí, encima de una roca saliente, había algunas cabañas de pescadores. Vi alrededor un montón de conchillas, que reconocí como conchópelas[11]. No queriendo recogerlas sin autorización de los propietarios, golpeé a la puerta de la primera cabaña, abierta y sin moradores, como todas las otras; y este caserío estaba del todo al cuidado de la buena fe pública. Me asombró ver tan cerca de una ciudad esa confianza que sólo creía posible en medio de los continentes y lejos de la afluencia del comercio. Algo más tarde, llegó la mujer de uno de los pescadores con sus hijos, y esa pobre familia me demostró tanta hospitalidad como desinterés. Remontando por la colina, vi el camino del Aconcagua; lo seguí hasta *Viña del Mar*, otro pequeño caserío al borde de una cañada, donde los ciudadanos paseantes se detienen los días

11 Esa conchilla, con la que se fabrica la cal en Chile, valía en Francia, en 1826, de 60 a 80 francos.

de fiesta; por eso no reina allí la misma sencillez. Muchos comerciantes de bebidas ocupan las casas próximas al camino, sombreadas de glorietas para uso de los bebedores; pero, ascendiendo por las quebradas, vi un hermoso campo cultivado y panoramas bastante pintorescos. Es, en efecto, en los alrededores de Valparaíso donde hay lugares notables por su vegetación.

En una de mis expediciones me hallé del todo fastidiado; habiendo tomado un barco para todo el día, me dirigí hacia la costa de Riberos. El viento era débil al partir, pero se elevó de golpe, y a pesar de todos nuestros esfuerzos, no pudimos desembarcar en ninguna parte. Obligados a refugiarnos con pena al abrigo de una pequeña ensenada, dediqué todo el día a recorrer los alrededores. Por la tarde volví a embarcarme para Valparaíso. El viento era contrario; luchamos con los remos, y en vez de adelantar, el viento y la corriente nos alejaban más y mas. Los marineros nos hicieron acostar en la canoa, y luego de dos horas de inquietudes y peligros reales, pudimos finalmente, con trabajo, llegar a la orilla y desembarcar.

Al comienzo del siglo pasado, el trayecto de treinta leguas entre Valparaíso y Santiago, capital de Chile, se hacía con mulas y se hacían paradas para dormir[12] en plena campaña, como se hace todavía hoy en todas las grandes rutas del interior de Bolivia. Desde que el comercio extranjero reemplaza, en el país, el monopolio del comercio español, todo ha cambiado; muchas mejoras de nuestra vieja Europa han sido transportadas, y hoy el trayecto sólo se hace con cabriolés bastante cómodos. Como no hay servicio de postas organizado, se trata con empresarios, que exigen una onza de oro u 85 francos para ir y otro tanto para regresar. Un italiano se me ofreció para compartir ese gasto. Acepté esa propuesta con tanto mayor interés cuanto que dos podríamos resistir mejor a esas bandas de ladrones que, según se decía, infectaban el campo, consecuencia común de todas las revoluciones.

Chile
Febrero

El 2 de marzo, después de mediodía, me puse en camino, armado hasta los dientes. Anduve por el Almendral y luego comencé a remontar la montaña. A medida que me elevaba, dominaba un vallecito encantador, cubierto aquí y allí de casitas y campos de cultivo. Se veían muchos árboles mezclados con algunas palmeras, próximas por su aspecto al yatai de Corrientes[13]. Volví a ver

12 Frezier, *Relations du voyage de la mer du sud*, p. 89.

13 Esa palmera sólo fue útil durante mucho tiempo por los pequeños cocos, que se venden en bolsas en toda la costa del Perú, y cuya almendra es muy agradable. Hoy, cerca del Aconcagua, se los derriba todos los días para fabricar aguardiente, y sin duda ese empleo hará que, tarde o temprano, desaparezcan por completo.

esa hermosa planta con gran placer; pero la abandoné pronto antes de llegar a la cima de la cuesta. Allí otro espectáculo suspendió algún tiempo mi marcha: era el panorama completo de la bahía y de la rada de Valparaíso que se presentaba ante mí, con un cielo puro y claro en todas sus partes, y un sol brillante. Nada más imponente que esa inmensa extensión del gran océano, cuya línea invariable sirve de marco al cuadro en el horizonte.

Me despedí del mar por algunos días y me dirigí a Santiago. Descendí a una hermosa llanura donde corre un gran arroyo y seguí por una campaña poco variada hasta *Casablanca*, donde nos detuvimos para dormir. En Francia, un cabriolé ocupa a lo sumo un hombre y un caballo; en Chile es muy distinto: lleva un postillón y dos o tres caballos; además, otro postillón arrea delante una tropilla de caballos destinados a relevo, porque el animal que no arrastra carga no se considera que se fatiga. Casablanca está situada en medio de un hermoso valle. Es una ciudad del todo moderna, donde hay hoteles y casi todas las comodidades europeas.

Al amanecer me puse de nuevo en camino. Atravesé un valle muy hermoso, cubierto de árboles bastante bellos, y llegué a la cuesta de Zapata, donde, ascendiendo lentamente hasta la cima, tuve una magnífica vista de la campaña que acababa de atravesar. Del otro lado, hallé el villorrio de Curacavi, y corté a través del valle de Poangué, hasta Bustamante, donde mis conductores quisieron detenerse. Hay en América pocos caminos más frecuentados que éste; se encuentran, a cada instante, hombres a caballo, guazos, chacareros o comerciantes, mulas cargadas de mercaderías, y sobre todo muchas carretas llenas de muchachas, unas dirigiéndose a Valparaíso y otras regresando. Pregunté a mi compañero por el motivo de esa migración tan numerosa de un solo sexo, pero era poco amable, y me dispensaré de referirme a él. Esas carretas son conducidas por carreteros que se distinguen por un vestido que les es peculiar: llevan los cabellos largos, trenzados a la espalda, un sombrero puntiagudo en la cabeza, una camisa sin mangas y un ancho pantalón azul que les llega hasta las rodillas; el resto de la pierna está al desnudo.

Después de una hora de descanso, abandonamos el pequeño villorrio de Bustamante. Marchamos por la llanura hasta la cuesta de Prado, mucho más alta que la de Zapata, y que es la más difícil de toda la ruta a causa de su longitud, haciendo el camino veintiséis rodeos sobre el flanco de la montaña, antes de terminar en la cumbre. El espectáculo que se ofrece entonces al viajero le hace olvidar sin pena la fatiga del trayecto. Una parte de la cadena de los Andes, coronada de sus cumbres nevadas, aparece de golpe. No son ya colinas muellemente accidentadas, sino montañas majestuosas, picos, crestas que se

elevan por encima de las cadenas de segundo orden y se dirigen a los cielos, atravesando la zona de nubes.

Se asciende constantemente desde Valparaíso, de donde resulta que la pendiente es mucho más prolongada de uno de los lados de la montaña que del otro; por eso, mas allá de la cuesta de Prado, debí descender para llegar a una hermosa pradera donde corre el Río Podaguel, en medio de un bosque de acacias espinosas, muy parecidas, por su aspecto, a los espinillos de la provincia de Santa Fe, a orillas del Paraná. El señor Bihourd, comerciante francés, que tuve el placer de conocer en Valparaíso, y que, con extrema amabilidad me ofreció su casa de Santiago, tuvo la gentileza de venir a mi encuentro a caballo. Caminamos así algún tiempo y, finalmente, vimos los numerosos campanarios de Santiago, donde poco después llegamos.

Pasé en Santiago sólo ocho días, durante los cuales visité la ciudad, sus alrededores y conocí a gentes y cosas importantes para el éxito de mi viaje. No me extenderé más sobre la capital de Chile, descrita tan a menudo por los viajeros. Diré sólo que es una ciudad grande y hermosa, muy abierta y con anchas calles siempre dirigidas de norte a sur y de este a oeste, dividida en cuadras o cuadrados iguales. Está cruzada por un río torrencial en la estación de las lluvias, el Río Mapocho, del que se sacan aguas para regar el medio de cada manzana de casas. Al sur de la ciudad está el paseo de la Cañada, muy frecuentado, sobre todo los domingos; al norte el Tajamar, o dique para retener las aguas del río, y del otro lado el barrio de la Chimba; al este se levanta el cerro de Santa Lucía, montañita cónica que domina la ciudad, y cumbre de la cual se ve un magnífico panorama. En mis paseos ascendí un día, con el señor Gay, una montaña más alta, situada muy afuera de la ciudad, y desde donde pude admirar los hermosos jardines que rodean a Santiago, haciendo de ella no sólo una gran ciudad comercial, sino también una ciudad de lo más agradable como lugar de residencia. La temperatura es lo bastante constante como para que no haya nunca demasiado frío ni demasiado calor, a causa, de un lado, de su latitud, y del otro, de su proximidad a los Andes[14]. Aunque estábamos en verano, vi un día a las montañas mas altas del valle de Santiago cubrirse momentáneamente de nieve, sin que, por eso, la temperatura cambiara sensiblemente en la ciudad. Podría llamársela *Valparaíso* (valle de Paraíso), con mucha más razón que el puerto, donde la vegetación está poco desarrollada, pero recuérdese que ese nombre le fue aplicado por los aventureros que venían del desierto de Atacama.

---

14 Santiago está en el 33°40' de latitud sur, y a 818 metros de elevación sobre el nivel del mar (Humboldt, *Voyage*, t. IX, p. 236).

Encontré en Chile dos personas cuyos nombres son muy conocidos en el Perú, por las altas funciones públicas que desempeñaron: los señores Riva Agüero y el general don Pío Tristán. Cuando esos señores me vieron decidido a abandonar Chile, tuvieron la bondad de darme, para el general Santa Cruz, presidente de Bolivia, cartas de recomendación muy apremiantes. No quiero dejar Santiago, sin testimoniar aquí mi reconocimiento al señor Bihourd por el trato fraternal que me dispensó en la capital chilena. Es con placer que le nombro como uno de los negociantes que comprende mejor el comercio de exportación de estas comarcas.

De regreso a Valparaíso, nuestro cónsul general, el señor de Laforêt, me trasmitió una carta del general Santa Cruz que hizo resolver de inmediato mi itinerario. Ese generoso presidente de la República de Bolivia, amigo de las ciencias y de su patria, recomendaba insistentemente al señor de Laforêt que me comprometiera a ir a su hermoso país para investigar sus riquezas naturales hasta entonces desconocidas, adelantando que se interesaría en conseguirme todas las facilidades deseables para viajar con provecho. Se concibe que acepté con calor esa oferta, que me daba la esperanza de visitar un país tan poco conocido, y recibí con agradecimiento las amables recomendaciones del señor de Laforêt para el general Santa Cruz. Como debía ir a desembarcar en el puerto de Arica, e internarme de inmediato por algunos años en el centro del continente americano, era necesario pensar en proveerme en Valparaíso de todo lo que podía serme necesario. No ignoraba que en el interior me hallaría sin ningún recurso. Por otra parte, mis gastos de viaje habían sido mucho mayores que mis asignaciones, y tenía un déficit de cerca de un año, sin prever cómo podría mantenerme en un país donde me vería obligado a asumir cierta representación, si quería ser considerado. Mi situación era realmente de lo más crítica y era casi temeridad no retroceder ante la idea de aventurarme, en circunstancias semejantes, por algunos centenares de leguas, en medio de un continente, cuyo regreso podría serme imposible. Una vez más me confié por completo a la Providencia.

Habiendo partido de Francia con el máximo de asignaciones que me habían hecho a los naturalistas viajeros que me precedieron (6.000 francos al año), me fue necesario sufragar todos los gastos del viaje, comprar objetos de historia natural y transportarlos a través de centenares de leguas hasta los puertos. Tan débiles recursos no me permitieron hacer, en interés de la ciencia, excursiones tan extensas como lo hubiera deseado. Dejé perder buenas oportunidades, y la suma no me había alcanzado para los gastos, por más economías que impuse a mi manera de vivir y privaciones a que me obligué. La

exposición de esos hechos a la administración del Museo me hizo obtener de ella un aumento de 8.000 francos mis entradas anuales. Comparada con los gastos por efectuar[15], esa suma estaba muy lejos de bastar en el país. Todos los viajeros saben que el peso (5 francos) no representa en el Perú un valor relativo de más de un franco de Francia; así mis 8.000 francos no correspondían en esas comarcas más que a 1.600 piastras, equivalente a una cifra de 1.600 de nuestros francos. Calcúlese si con semejantes recursos se puede emprender una serie de viajes hasta en nuestra Europa, y se tendrá una idea de mi penosa situación en América. Recuerdo aquí estos hechos, que fueron una dificultad más a vencer en mis viajes y que, durante ocho años de mi vida, turbaron mucho mi descanso, para que mi experiencia sea útil a quienes deseen en el porvenir aventurarse en una empresa semejante, sin tomar previamente a este respecto las medidas necesarias para asegurar el éxito de sus lejanas expediciones.

15 No recibía entonces del señor duque de Rivoli las sumas anuales que tuvo bondad de acordarme durante los primeros años de mi viaje.

Balsa o bote de piel de foca inflada, en Cobija, Bolivia.

CAPÍTULO XXIV

Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia). Viaje por mar al Puerto de Arica y Perú. Viaje y estadía en Tacna

Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia)

Me embarqué el 8 de abril para dirigirme al puerto de Arica, pero fue sólo el 9 que nos pusimos a la vela. Tomé pasaje a bordo de un barco prusiano, el *Kronprinz von Preussen* (el Príncipe Heredero de Prusia), nave mitad mercante y mitad militar, perteneciente al príncipe del que lleva el nombre y navegando por su cuenta. Al levar anclas, me sorprendió agradablemente un coro encantador que ejecutaban los marineros, al virar el cabrestante, y que repetían en cada gran maniobra. Esos cantos me impresionaron vivamente entonces, y volvieron a mi memoria cuando, después de mi regreso, atravesando la Suiza alemana, oí una música semejante, a la partida y llegada de los barcos a vapor de los lagos de Thun, de Brientz; y de los coros hasta el pie de los glaciares del Grindelwald o de la cascada del Giessbach.

Si me sucede a menudo experimentar un sentimiento de pena al abandonar un lugar donde he permanecido más o menos tiempo, debo confesar que no me sucedió eso en Chile. Sea que lo hubiera considerado un lugar de paso, sea que el deseo de penetrar en el centro del continente dominaba en mí cualquier otra impresión, vi sin tristeza alejarse el puerto y desaparecer el río. Durante los seis días que duró el viaje, siempre vimos tierra; como estaba muy alejada, nada pudimos percibir de la forma de las partes mas próximas a la costa, pero siempre teníamos a la vista las cumbres nevadas que se elevan por encima de las nubes, y se pierden a gran altura arriba del horizonte.

9 de abril

Nada más agradable que navegar de sur a norte por la costa templada y cálida de Chile, de Bolivia y de Perú. El mar está casi siempre tranquilo y justifica en toda su extensión el nombre de *Océano Pacifico* que le dio Magallanes, libre de las tempestades de las regiones australes. Los vientos soplan generalmente del sur; y, junto a las corrientes, siempre dirigidas hacia el norte, hacen avanzar rápidamente, sin que uno se dé cuenta; por eso los viajes de Chile al Perú son tan fáciles. No sucede lo mismo en el trayecto del Perú a Chile. Si se quiere seguir la costa, hay que luchar sin descanso contra los vientos y la corriente. Durante mucho tiempo los navegantes españoles no tenían otra ruta que la de la costa; resultaba así que pocos días les bastaban para llegar a Lima, pero el trayecto de Lima a Chile les llevaba a menudo tres meses. Finalmente, un capitán español, cansado de seguir la rutina de sus predecesores, partió del Callao, puerto de Lima, y, en vez de seguir la costa, se alejó de inmediato a doscientas leguas mar afuera del continente americano. Halló allí vientos favorables, distintos de los que reinaban en la costa; los aprovechó, y en menos de veinte días llegó a Chile, donde entregó los despachos que el gobierno le había confiado. Las autoridades, asombradas de la fecha de las cartas, clamaron que era un sortilegio, y el pobre capitán, a pesar de explicar su viaje, fue puesto en prisión sin piedad hasta que se tomó nueva información en nombre del Santo Oficio. Esa nueva ruta es seguida actualmente por todos los navíos: Lima se ha aproximado así a Chile, y el comercio ha dado un inmenso paso, ganando tiempo.

Costa de Chile

Después de haber pasado sucesivamente frente a Coquimbo y Copiapó, dos últimos puertos de Chile del lado norte, después de haber costeado el desierto de Atacama el 14 de abril al caer la tarde, estábamos frente a la punta sur de la bahía de Mejillones[1], señalada por una alta montaña basáltica o granítica en forma de un pan de azúcar aplastado, que aparece en medio de tierras bastante elevadas también por encima del nivel del mar y cortadas perpendicularmente en el extremo norte. Sin embargo, detrás se ven todavía, a gran distancia, los últimos contrafuertes de las cordilleras occidentales, entre las cuales, al norte, se dibuja una montaña conocida de los marinos con el nombre de Alto de Cobija. La bahía de Mejillones ofrece la más segura y más hermosa de las radas de la costa del Perú y Bolivia; es tan vasta que apenas se distinguen a su entrada las naves que están ancladas en el fondo. A pesar de tantas venta-

Mejillones
14 de abril

1 *Mexillones* quiere decir almejas; así la bahía lleva el nombre de Bahía de las Almejas, a causa de la gran cantidad de conchillas que hay.

jas, muchas razones impiden utilizarla. Hasta el presente, pese a esfuerzos reiterados, no se ha hallado en ninguna parte agua dulce, dificultad a la cual se agrega la de atravesar desiertos áridos y secos de gran extensión, para llegar a los primeros lugares habitados.

Al acercarnos a la costa, antes de llegar a Cobija, observé que todos los puntos rocosos, bastante altos para estar al abrigo del oleaje, están teñidos de blanco, color que afecta también las cimas de las barrancas de la costa. Ese fenómeno me hizo pensar mucho y pedí en vano a la geología una explicación, que la zoología debía darme más tarde. En efecto, esa materia blanca, a menudo en capas muy espesas, era simplemente estiércol de pájaros, conocido en el país con el nombre de *guano* y constituyendo como abono una de las principales ramas del comercio de la costa. Sería difícil explicar ese conglomerado tan considerable por la cantidad ordinaria de pájaros que estamos acostumbrados a ver en nuestras costas, pero en América no sucede lo mismo. El gran número de lugares deshabitados permite a la gente alada anidar en paz; mientras que ese mar virgen a la pesca, y tal vez uno de los que contienen más peces del mundo, les ofrece un alimento fácil. Como resultado de ello, esos animales son tan numerosos que, en ciertas estaciones, sus diversas especies oscurecen el aire con sus bandadas viajeras[2]. Esos pájaros de mar, al descansar siempre para dormir en gran sociedad sobre los mismos lugares, aumentan diariamente la capa de guano, y como no llueve en la región, el suelo no es lavado por esos aguaceros a que estamos acostumbrados en Europa, y esos montones no pueden, pues, ser retirados más que por la mano del hombre.

Cobija

Los puertos de Valparaíso, Coquimbo y Copiapó en Chile, de Cobija en Bolivia, y de Arica, Ilo, Islay y Pisco en el Perú, están formados de puntas de tierra que defienden de los vientos reinantes del sur; por eso, cuando el viento norte, muy raro, sopla a veces, desde mayo hasta agosto, ocasiona grandes pérdidas al comercio. Me impresionó la sencillez del puerto, al acercarme a Cobija, donde, en una costa coronada paralelamente del norte al sur, una punta baja, que avanza en el mar, se presenta a la vista como el único abrigo del puerto de Bolivia. Esa punta de roca, sobre la cual flotaba una bandera blanca, ocultaba algunos barcos anclados. Franqueamos pronto esa barrera y nos hallamos en medio del puerto.

Si el perfume de las flores y el aspecto grandioso de la hermosa vegetación del Brasil exaltó mi espíritu a mi llegada a Río de Janeiro, estuve muy lejos de

2 Esas bandadas están formadas de especies de los géneros Pufino, Fu, Pelícano, Cormorán, Cola de paja, etc. Véase el parágrafo siguiente.

experimentar las mismas emociones al recorrer con los ojos los campos de Cobija. Me sentí, por el contrario, profundamente entristecido, buscando inútilmente rastros de verdor. La naturaleza parecía estar de duelo, y lejos de hallar en esa tierra tan alabada del Perú, esa riqueza proverbial de aspecto, cuya idea despierta su nombre, en todo el resto del mundo, veía a la derecha un cabo negro, formado de rocas desgarradas; frente, una costa donde el oleaje rompía con estrépito, en medio de rocas; algunas casas de pobre apariencia, al pie de la barranca cortada a pico; y, arriba, una llanura en pendiente completamente pelada, que parte del mar y se eleva poco a poco hacia las montañas abruptas, también secas y peladas. Todo el prestigio desapareció, y experimenté, no sin vivo sentimiento de tristeza, el doble temor de no hallar nada pintoresco en esa tierra ingrata y ver defraudadas por completo mis esperanzas de descubrimientos. Sin embargo, reflexionando, al ver esa costa accidentada, esa vasta extensión marina, y arriba, rocas peladas, pensé que la zoología marítima y la geología me ofrecían todavía tesoros y bastantes medios para llenar los momentos de descanso.

Descendí a tierra con esas nuevas impresiones. La chalupa me condujo a un punto donde se hacía sentir una resaca muy fuerte. Al principio no se veía otra cosa que los rompientes, pero pronto pasamos con el oleaje entre dos peñascos, para aguardar luego el momento favorable en que las olas nos empujaran a la playa. No pude, sin embargo, desembarcar sin ser mojado de la cabeza a los pies, accidente, es cierto, de lo menos grave en los trópicos, y que no me impidió efectuar visitas. Me presenté ante el gobernador de la provincia, quien me acogió con suma cordialidad, y conocí después a los jefes de muchas casas de comercio, entre los cuales citaré a mi compatriota, el señor Huber. Todos me recibieron de la manera más amable, con esa franqueza que se halla sólo en los puertos alejados de las ciudades, convertidos en lugares de cita de todas las naciones.

Cobija fue en toda época habitada por indios pescadores de la tribu de los Changos[3], sin duda sometidos a los incas, al mismo tiempo que a los atacamas. Hasta parece que esos indios eran bastante numerosos al comienzo del siglo XVIII. Frezier[4] dice que en 1712 habitaban unas cincuenta cabañas, y que ese puerto era entonces frecuentado por los contrabandistas franceses, que, a cambio de sus mercaderías, recibían plata traída de Lípez y Potosí. La necesidad de reprimir ese abuso, decidió probablemente al gobierno español a fundar allí

3 Los cadáveres muy antiguos hallados ante mis ojos, al efectuar una excavación, me han dado la certeza.

4 *Relation d'un voyage de la mer du sud*, p. 130.

un pequeño villorrio, que se construyó en el curso del siglo; pero la iglesia fue terminada sólo en 1777[5]. Más tarde, una epidemia aniquiló a muchos indios, y habiendo la revolución americana hecho desaparecer esa celosa vigilancia que hacía inútil la interrupción del trabajo en las minas, Cobija fue casi abandonada. Después de la emancipación de América, el reparto de las tierras de acuerdo a los antiguos límites de los gobiernos, dio al Perú el puerto de Arica, que debía más lógicamente pertenecer a Bolivia; y esta última República, no poseyendo puerto propio, se vio obligada a pagar un derecho de tránsito.

En 1825, Bolivia pensó en utilizar Cobija, y secundada por un español muy rico, Cotera, ese puerto, antes desierto, se convirtió pronto en el centro del comercio internacional de la zona y una de las sedes de las principales casas de Chile y del Perú. Las cabañas de los pescadores fueron reemplazadas por la Casa de Gobierno, una aduana, un cuartel y muchas hermosas casas construidas con madera traída de Chile. En ese estado hallé el puerto llamado Puerto-La-Mar, y desde entonces ha progresado tanto más cuanto que en 1828 el general Santa Cruz, deseando el bien del país, redujo al dos por ciento los derechos de aduana sobre toda clase de mercaderías. Grandes dificultades era, empero, necesario vencer para consolidar ese comercio, porque Potosí está a ciento cincuenta y Oruro a ciento setenta y tres leguas del puerto. En esa distancia, que se franquea a lomo de mula, hay primero veinticinco leguas de arenas móviles sin agua hasta Chacansi; luego vienen los desiertos donde hay apenas tres villorrios, Calama, Chiu-Chiu y Santa Bárbara, perdidos, en cierto modo, en medio de llanuras arenosas secas, o en las montañas de la cordillera, que hay que cruzar antes de llegar a las mesetas.

Después de pasar la jornada dedicado a formarme una primera idea de la región, oí por la tarde sonar la campana del villorrio. Me asombró, sabiendo que no había cura, cuando supe que casi todos los comerciantes comían juntos en un restorán recientemente establecido por los extranjeros, y que el sonido de la campana los advertía de que estaban servidos. Aproveché el aviso y me dirigí a la reunión general. Era una especie de tienda medio rodeada de planchas y de esteras, sobre la cual se había extendido una tela a guisa de techo. El moblaje correspondía al exterior: una larga mesa y bancos de madera, eso era todo. Nos sirvieron un buen pescado, pero la carne que se dijo fresca había sido traída de Copiapó algunos días antes.

Durante los días siguientes realicé excursiones por los alrededores de Cobija. Al partir a una de esas excursiones, pasé junto a la iglesia, a fin de ver de

5 Es la fecha esculpida en el monumento.

cerca los únicos árboles de la zona, sembrados sin duda por los primeros pobladores españoles y consistentes en tres palmeras, de las cuales una era bastante alta, de la misma especie que las de Chile, dos higueras, un sauce y una especie de acacia. Los siete están colocados uno al lado del otro, en el único lugar donde es posible hallar algo de humedad, en algunas leguas a la redonda. Cerca corre, por un cañito de una pulgada de diámetro, la única fuente que abastece las necesidades del villorrio y de los indios de los alrededores. Hallé varias indias changas, vestidas de negro, y llevando, con una correa apoyada en la frente, una cesta formada con algunos pedazos de madera divergentes retenidos en la parte baja por una especie de encañizado[6]. Algunas iban cargadas con sus hijos y venían a buscar agua de dos leguas de distancia, de una mina de cobre entonces en explotación. Al descender hacia la costa, vi muchas cabañas de esos pescadores indígenas. Como no llueve nunca en esa comarca, se contentan con cuatro postes fijos en tierra, sobre los cuales tienden pieles de lobos marinos. Allí toda la familia, a menudo numerosa, se acuesta sobre algas secas o sobre pieles de carneros; no posee como bienes más que conchillas, algunos vasos, instrumentos de pesca, y por alimento maíz tostado y los peces que los hombres pescan. No lejos se ven, a la orilla, las curiosas embarcaciones que emplean y en la construcción de las cuales su industria suple ingeniosamente la falta de madera de la región. Están formados de dos largos odres cilíndricos de piel de lobo marino, terminados en punta en ambos extremos, frotados con aceite de foca, y llenos de aire, por medio de un tubo. Una vez bien inflados, los indios los atan fuertemente entre sí, los cierran más de un lado que del otro, para dar forma a la proa; ponen encima una ligera cama de algunos pedazos de madera, de ovas o de pieles, y, desafiando el oleaje, se arrojan con ese equipo en medio del mar. Es con esas embarcaciones, llamadas balsas, que ora de rodillas, ora sentados en la delantera y remando por medio de una larga pértiga empleada de ambos lados alternativamente a derecha o a izquierda, van a las rocas lejanas a cazar lobos marinos, muy comunes en toda la costa. Las emplean, por lo general, para llegar a alta mar; allí espían a los peces, los siguen con mirada penetrante en el seno de las olas y eligen el momento favorable para arrojar con extrema destreza un pequeño arpón, que difícilmente no alcanza su objetivo. Se ven esas balsas y sus propietarios en todos los puntos de la costa, y a veces a veinte leguas de su punto de partida. También se efectúa con esos barcos livianos el contrabando entre los comerciantes del país y las naves ancladas en la rada, de las mercaderías prohibidas, tales como la *plata piña* y otros objetos de gran valor; por eso cada casa tiene su

6 Véase *El Hombre Americano*, p. 153.

balsero titular, siempre depositario de grandes riquezas y siempre personalmente en la miseria más absoluta, tanto él como su familia. Hombres abnegados, esos balseros están dispuestos a todo. Su probidad es reconocida, al punto de que nunca se los teme incluso cuando son instrumentos de una operación importante y encargados de enormes valores.

Continuando mi paseo hacia el norte, seguí la costa, en todas partes bordeada de bloques de rocas graníticas, contra las cuales el oleaje se encarnizaba inútilmente. Encontré muchas tropillas de mulas que venían del interior, jadeantes, porque habían hecho veinticinco leguas sin agua; marchaban de prisa hacia Cobija, donde finalmente pudieron calmar la sed, antes de volver a emprender camino a la noche siguiente, para cubrir el mismo trecho, teniendo en cuenta que en Cobija no hay pastos naturales, lo que no permite hacer descansar las acémilas. Recogí en la costa muchas conchillas, en medio de los peñascos y guijarros; luego trepé con trabajo un acantilado cortado casi perpendicularmente, de donde se dominaba la rada. Era, sin duda, el lugar más apropiado para tener una idea justa de la zona. Aproveché de inmediato la ocasión, y tomando un lápiz, copié el paisaje que se presentaba ante mis ojos, sin embellecerlo. Debajo mío, el mar rompía sobre la costa, llano como un espejo, presentándose en todo su esplendor; a la derecha, aparecía Cobija completa, con sus peñascos, sus casas sin techo y lo navíos de la gran rada; todo terminado en esa punta basáltica que forma la extremidad sur del puerto. Arriba, terrenos completamente pelados se elevan en suave pendiente hasta el pie de las montañas abruptas, las más altas de todos los puntos de la costa, señal fácil de ver por los marinos, que les facilita el reconocimiento del puerto. Anduve mucho tiempo en esa dirección sin hallar diferencias en los accidentes, recogiendo sólo rocas ígneas de gran belleza y hierros oligistos muy interesantes.

Una excursión hacia el sur llevó mis pasos hacia la punta de rocas que forma el puerto. Son basaltos negros, pero prismáticos, erizados en todas partes de puntas recortadas. Quise, empero, aun a riesgo de desnucarme, trepar, hasta el último punto accesible, para observar a los animales marinos que viven entre las rocas; debí abandonar el proyecto para regresar casi sin calzado y con las piernas despellejadas. Fuera de la punta hay algunas playas medio arenosas; hallé los restos de una ballena que, habiendo muerto el año anterior, estuvo a punto de hacer abandonar el lugar, por el mal olor que despedía. Hubo que quemarla para consumirla, y purificar así ese foco de infección. Vi también en la costa gran número de cefalópodos varados más o menos secos[7].

7 Véase Moluscos *Ommastrephes giganteus*, y monografía de los cefalópodos acetabulíferos.

Eran los restos de esas migraciones anuales que parten de las regiones meridionales y cubren toda la costa, desde Chile hasta cerca de Arica.

Tengo que referirme a una parte muy interesante de los alrededores de Cobija: la composición de las colinas, de las llanuras que las dominan y de las montañas que cierran el cuadro, hacia el interior de las tierras; nada más importante para la geología[8]. Junto a la costa hay bancos horizontales formados de conchillas marinas de una altura de diez a quince metros sobre el nivel actual de los mares y que anuncian una sobreelevación de las tierras que puede hacerse remontar al comienzo de nuestra época, puesto que las conchillas son las que viven todavía hoy en la costa. Más arriba, en la llanura, entre los aluviones y los restos de rocas desprendidas de las montañas, se ve aparecer rocas basálticas, las mismas que las de la punta, sobre las cuales, hasta cerca de cien metros por encima del océano, hay aún en el lugar, blancas y descoloridas, las conchillas que vivieron, y en todas partes restos que revelan evidentemente la presencia del mar. Nada es tan engañador como la distancia en las montañas. Desde la llanura parece que uno tocara ya la base de ellas, y sin embargo se está todavía muy lejos, tanto más cuanto que se anda al principio con facilidad sobre los pequeños fragmentos de rocas, pero pronto los pedazos se hacen cada vez más voluminosos y terminan por presentar verdaderos peñascos. Al acercarme a las montañas, me asombró hallar en todas partes, en la dirección de las quebradas, los lechos de torrentes cuyas huellas son evidentes, y de aguas cuya fuerza y volumen puede calcularse por los enormes bloques transportados y por su profundidad de más de cuatro metros, por a veces seis a ocho de ancho. Esas huellas me sorprendieron tanto más cuanto que, desde los tiempos históricos más lejanos, no ha caído una gota de agua en Cobija, ni en la costa de Chile y Perú, comprendida entre Copiapó y Payta. No cabe, empero, duda de que al comienzo de nuestro período cayeron lluvias abundantes en esos lugares, así como sobre todos los puntos de la parte occidental de los Andes, donde hoy no llueve nunca. ¿Debe suponerse, para explicar ese cambio, una mudanza completa en la dirección de los vientos, cambio que parece poco probable; o hay que remontarse a causas análogas a las que hacen descender los glaciares de Europa en medio de los valles hoy templados? Me inclino por esta hipótesis, que me propongo desarrollar en otra parte. Es evidente que si, por un descenso de la temperatura, las montañas se cubren fortuitamente de nieves, se forman torrentes, cuando la temperatura se restablece de súbito.

8 Véase la parte geológica especial.

He señalado, a propósito de la Patagonia, las circunstancias que determinan la falta de lluvia en toda la costa del Perú; es también una consecuencia de los vientos reinantes. En efecto, soplando siempre del sur, los vientos traen, sobre las regiones meridionales de Chile, espesas neblinas, que mantienen una vegetación activa en la Araucania y Concepción; pero, hacia el norte, esas nubes se hacen cada vez más raras, y se ve disminuir gradualmente la vegetación: débil en Valparaíso, es muy rara en Coquimbo, cesa del todo en Copiapó y desaparece más lejos, en el desierto de Atacama, célebre por su dunas movedizas. Todo el Perú occidental está cubierto de cenizas o arenas transportadas a voluntad por los vientos; por eso allí el curso de las aguas determinado por el derretimiento de las nieves de los Andes, sólo permite a la industria humana fecundar, de tanto en tanto, la tierra por medio de riego artificial y crear esos graciosos oasis, sembrados en la costa, en medio de los ardientes desiertos.

Volví al pie de la montaña, donde realicé varias excursiones. Ora iba con un hombre a quien cargaba con esa hermosa variedad de rocas ígneas[9] de todos los colores, donde el verde contrasta con el violeta, el rojo con el negro; ora iba solo; ora, finalmente, en compañía de algunos comerciantes de Cobija. Este último viaje tuvo por objetivo visitar una mina de plata. Partimos con el fresco de la mañana, con un guía indígena, y llegamos al pie de la montaña, donde hallamos de nuevo algunas especies de conchillas terrestres que, privadas de lluvia y de vegetación, se contentaban en apariencia, como los cactus achaparrados, sobre los cuales viven, con la débil humedad del aire. Faltaba trepar las pendientes escarpadas; cada uno de nosotros seguía con la vista la dirección casi perpendicular que debíamos tomar, y poco faltó para que esos señores renunciaran a acompañarme; por el amor propio, más que el placer, los decidió a hacerlo. Comenzamos, pues, a ascender penosamente, agarrándonos de las rocas, y deteniéndonos a menudo. Después de más de una hora de marcha cansadora al extremo, mis compañeros perdieron de nuevo coraje, a pesar de mis exhortaciones, cuando el guía, ligero como una cabra, nos señaló a lo lejos el objetivo que debíamos alcanzar. Era, en efecto, difícil de seguir el sendero no trazado, que, casi a pico, dominaba terribles precipicios, desde donde se desprendían bajo nuestros pies enormes bloques, que rodaban con estrépito hasta abajo de la montaña, haciendo resonar el eco con su caída. Después de algunas pausas, llegamos finalmente a la mina. Era una excavación casi vertical, de treinta pies de profundidad. Hallamos, fuera, hermosos ejemplares de

9 Son, según Cordier, dioritas granuladas, a menudo amigdaloideas, *waches* antiguas, con núcleo de epidotis, etc.

hierro oligisto y algunas rocas que contenían algo de cobre. Recogí algunos y quise descender a la mina; lo conseguí, pero no sin trabajo, obligado a arrastrarme de rodillas y espaldas, como los deshollinadores en las chimeneas. De acuerdo a la costumbre del país, se contentaron con seguir, serpenteando, la anchura del filón, sin trazar galerías por donde se pudiera circular.

Hasta el punto donde estábamos, la montaña está compuesta de las mismas rocas ígneas. No vi otra vegetación que el cactus. El guía aseguró que, en las proximidades de una fuente cercana, encontraría más. Me decidí a trepar más, y hallé, a escasa distancia, una mancha húmeda de algunos metros de extensión, donde habían crecido algunas higueras, plantadas sin duda por los mineros, y un pequeño número de plantas indígenas, tales como *carex* y apio salvaje. Recogí todo lo que se me presentaba, sin poder saciar mi sed, porque el agua estaba demasiado cargada de sulfuro. Veía planear majestuosamente, encima y debajo mío, al famoso cóndor, cuyo tamaño tanto se ha exagerado[10]. Dominaba ese mar tranquilo y sin límites; pero no experimentaba nada de lo sentido en un alto del acueducto del Corcovado, cerca de Río de Janeiro[11], ¡tanto es cierto que la naturaleza sin vegetación está desprovista de todos sus encantos! Quise trepar hasta la cima de la montaña. El guía me dijo ingenuamente que no quedaban más, para llegar a la cima, que los *caminos de los guanacos*, expresión local que significa que el trayecto es impracticable para los hombres. Fue necesario regresar. Es sabido que resulta a menudo más difícil descender una pendiente rápida que subirla. Tuve que correr en vez de andar, y después de haber estado varias veces a punto de perder el equilibrio, llegué el primero al pie de la montaña, donde mis compañeros dispersos tardaron en alcanzarme, con las prendas desgarradas. ¡Cosa extraña! En esa azarosa excursión no sufrí el menor accidente, y, al día siguiente, tuve una torcedura en medio mismo de la calle.

Este ligero accidente, a pesar de acarrearme una fiebre violenta, se produjo, por suerte, el día mismo de mi partida; me retuvo algunos instantes en el lugar donde comíamos. El patrón era cruceño, o nativo de Santa Cruz de la Sierra, en el centro de Bolivia; me agradaba conversando con él, hacerme por adelantado una idea, por sus relatos a menudo exagerados, de todas las riquezas que podía hallar en medio de esa naturaleza todavía virgen, ignorada del naturalista. Si se ve a los habitantes de los lugares más tristes del mundo recordar a su patria con felicidad, ¡cómo no iba hallar exaltación en un hombre

10 Véase en aves el artículo *Cóndor* en lo que respecta a las costumbres de esta ave.

11 Véase cap. II.

nacido en medio de la lujuriosa vegetación de los trópicos, que se hallaba entonces en un territorio desprovisto de todos los encantos del suyo!

Viaje por mar al Puerto de Arica

Océano Pacífico
20 de abril

El 20 de abril, después de cinco días de descanso, abandoné, impulsado por un buen viento, el puerto de Cobija o Puerto-La-Mar. Seguimos todavía las costas boliviana y peruana durante tres días, que empleé en observar lo que el mar me ofrecía de nuevo. Había, junto a la nave, numerosos peces que saltaban, todos juntos, a uno o dos metros fuera del agua y caían en seguida, presentando casi el aspecto, en su impulso parabólico, de un arco iris, por el brillo de sus escamas, que reflejaban mil colores a los rayos del sol. Eran grupos de grandes delfines oscuros, de espina dorsal curva, hocico corto, que nadaban lentamente algunas horas seguidas detrás del navío, subiendo, de tanto en tanto, a la superficie para arrojar el agua por la nariz y respirar el aire exterior. Fui también testigo de un hecho difícil de observar. Varias hembras iban seguidas de sus crías que jugaban a sus lados; de pronto vi a una de ellas darse vuelta, con el vientre al aire, y a la cría colocarse de inmediato sobre ella y mamar a su antojo. Esa maniobra se produjo varias veces ante mis ojos, lo que no me dejó la menor duda respecto al amamantamiento maternal de los cetáceos, problema agitado más de una vez, después de mi regreso, entre estudiosos de primer orden.

Pasé frente a Iquique, frecuentado antes por los guaneras, especie de barcos que van a buscar guano a la isla de Iquique y que lo transportan a la costa. Ese guano, que dejan los pájaros y que se considera un excelente abono, se recoge, al parecer, desde hace más de tres siglos[12], en una isla de menos de una legua de circunferencia, situada al norte de la punta de Iquique. Muchas personas me aseguraron que habrá todavía durante mucho tiempo guano en ese lugar. Hoy ese villorrio es célebre por otro género de comercio, consistente en salitre o nitrato de potasa, que muchos navíos recogen como carga de retorno, para transportarlo a Europa.

Cuando se está demasiado cerca de la costa del Perú, a menudo contrarían las calmas; es lo que nos aconteció antes de llegar al puerto de Arica. El 22 de abril estábamos a tres leguas del Morro de Arica, punta elevada que

12 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. V. cap. III, p. 134, nos informa que se empleaba desde la época de los Incas.

Arica
22 de abril

defiende el puerto. Veía ya claramente, con las costas escarpadas del sur, las montañas de segundo orden formando detrás una gran cortina oscura, sobre la cual se dibujaban los principales picos nevados cónicos de la Cordillera. Uno de los pasajeros, que varias veces hizo el viaje a La Paz, me señaló, entre los montes cubiertos de nieve, el Tacora, al pie del cual debía pasar, y el Nyuta. Parecían tan cercanos, que se podría pensar que llegaríamos paseando desde la costa; pero la experiencia me enseñó más tarde que están separados por unas treinta leguas de camino.

Tuve tiempo disponible para pensar en mis futuros viajes, porque no llegamos al anclaje hasta el día siguiente, a la caída del sol.

23 de abril

¡Cuántas veces, en ese espacio de tiempo, que me pareció un siglo, no me transporté con la imaginación más allá de esas montañas, escudriñando toda la naturaleza; hasta tal punto anhelaba abandonar las comarcas que todo el mundo visita y que yo sólo me limitaba a espigar! Por fin pisé ese suelo antiguo del Perú, tierra clásica de la antigua civilización de la América Meridional.

Siempre experimenté una sed ardiente de investigaciones y descubrimientos al ver un nuevo país, y la primera noche sentía tal emoción que no pude dormir. Aguardé el día con una impaciencia difícil de reflejar. Me levanté apenas amaneció, para recorrer los alrededores y saber sobre qué podía contar. Ese hábito, del que durante ocho años no pude deshacerme, me hizo a menudo pasar por loco ante los pobladores, nacidos bajo un cielo ardiente, pero cuyas impresiones, aunque vivas, no llegan hasta hacerles comprender lo que hay de encantador en ese primer reconocimiento de un país nuevo. El Morro se mostraba muy cerca con su abrupto acantilado; me dirigí maquinalmente hacia allí; llegué en el momento en que miles de pájaros de mar, que ocupaban todas las cornisas avanzadas, partían hacia la lejanía en busca de su alimento cotidiano. Anduve por el pie de las rocas y no regrese hasta que creí a la ciudad en actividad. Hice desembarcar mis efectos y me consideré, durante algunos años, ciudadano de esa parte del continente americano.

Arica, fundada en el siglo XVI, casi al mismo tiempo que la ciudad de La Paz, de la cual es su puerto natural, debió luchar constantemente, durante su desarrollo, contra dos flagelos, de los cuales uno provenía de los hombres y el otro de la naturaleza. Objetivo, durante los siglos XVII y XVIII, de los repetidos ataques de los filibusteros franceses e ingleses[13], su escasa actividad no permi-

13 Frezier, *Relation du voyage de la mer du sud*, p. 135.

tió a los comerciantes establecerse allí; por otra parte, sufrió fiebres intermitentes, que diezmaron a la población, mientras que muy frecuentes temblores destruyeron sus construcciones y hasta aniquilaron varias veces casi toda la ciudad[14]. Sin embargo, su importante posición comercial, como llave para la introducción de las mercaderías extranjeras en toda Bolivia, tiende diariamente a aumentar. Hoy cuenta con unos tres mil habitantes, la mayoría de razas mezcladas. Los comerciantes extranjeros se han establecido con preferencia en Tacna, a quince leguas en el interior, a fin de huir de la fiebre; sólo tienen un apeadero en el puerto. Esa enfermedad endémica perdona poco a los extranjeros, sobre todo en verano. Da a los habitantes un color amarillento que los hace parecer espectros; el miedo los lleva, a causa de una temperatura elevada, a vestirse exageradamente, sobre todo por la noche, en que se embozan una manta por encima de las ropas y se cubren la cabeza con un bonete de lana bajo un enorme sombrero de fieltro. Esas precauciones exageradas, sobre todo en los extranjeros, son, según creo, más apropiadas para atraer la enfermedad que para preservarse de ella, porque los mulatos, que viven en medio mismo de la infección, junto a un arroyo sin agua, son muy difícilmente sus víctimas. Se acuestan, sin embargo, sobre la tierra pelada, en cabañas de cañas abiertas a todos los vientos y apenas cubiertos de algunas esteras. En su barrio, junto a algunas plantaciones de caña de azúcar, algodón, bananeros y alfalfa, numerosos perros se encargan benévolamente de la guardia nocturna. Esos animales conocen bien a los comensales ordinarios del lugar –negros, mulatos o indígenas–, pero si un extranjero tiene la mala suerte de pasearse por la noche, corre peligro de ser devorado, o, por lo menos, de dejar algunos pedazos de sus ropas; accidente que sufrió uno de mis compatriotas poco antes de mi llegada.

El puerto de Arica está formado al sur por el Morro, montaña bastante elevada, que defiende algo la bahía de los vientos del sur, mientras que la isla de Guano, situada a algunos centenares de pasos de la costa, cortando horizontalmente el oleaje, abriga débilmente el anclaje. Un muelle muy moderno, formado de una escollera que avanza apoyada en los peñascos, protege el desembarco de las lanchas. Es un inmenso progreso para el comercio, puesto que muchas chalupas se hacen pedazos contra los escollos, cuando se ven obligadas a atracar en la misma costa. Frente al muelle hay una aduana bastante grande, donde se depositan las mercaderías hasta el momento de mandarlas a Tacna. Junto a la aduana se prolonga una calle con casas de maderas elegante, hermosas y de un solo piso. Las restantes casas son de tierra cubiertas de esteras, sobre la cuales se extiende una

14 Temblor del 26 de noviembre de 1605.

capa de tierra de centímetros de espesor, y que basta para defender de los rayos solares, en un país donde no llueve nunca. En la parte más alta de ciudad hay una iglesia y una plaza pública, de pobre apariencia, frecuentada el domingo.

El Morro, elevado unos doscientos cuarenta metros sobre el nivel mar, me interesó vivamente desde el punto de vista geológico. Quise visitarlo con cuidado. Antes de llegar, el mar estaba bajo y vi surgir de la arena un agua excelente de una fuente magnífica, donde varios marineros se aprovisionaban. Esa cantidad de agua que surgía de tierra me dio casi la certeza que pozos artesianos, cavados en el valle interior, podrían fertilizar una superficie considerable de terrenos hoy completamente incultos. Siguiendo mi paseo, llegué al pie del Morro. Allí se amontonaban las rocas batidas por el oleaje, algunas rocas ratificadas, y, en el flanco de la montaña, basaltos negruzcos, coronados de asperón de la época carbonífera. Las rocas están más desgastadas al acercarse a la punta, donde penetra muy adentro una vasta caverna natural. Esa gruta lleva en el país el nombre de *Infierno* y sirve de tema a muchos cuentos populares. Más lejos, las rocas socavadas por el mar y cavadas por adentro, hacen que las aguas entren con estrépito, y como han abierto un pequeño orificio al extremo de esa gruta submarina, salen formando chorro, cuando el mar está crecido, y presentan un espectáculo de lo más curioso.

Al llegar con trabajo al otro lado del Morro, vi una vasta bahía arenosa, bordeada de dunas movedizas; y allí, mi atención debió dirigirse hacia otro objeto. Sabía que se habían hallado muchas tumbas de antiguos indígenas, y es notorio cuánto interés ofrecen los rastros ignorados de un pueblo poco conocido. Vi, en efecto, en la arena, a una decena de metros arriba del nivel del mar, gran número cadáveres que puso al desnudo la búsqueda de tesoros ocultos. Esas momias naturales, muy bien conservadas, están ennegrecidas y son muy duras. Tuve también la dicha de descubrir, en una excavación, una de esas tumbas no abierta todavía. Era una especie de fosa de un metro de largo y cincuenta centímetros de ancho, con paredes de piedras secas. El cadáver estaba sentado, con las rodillas junto al pecho, en la posición del niño antes de nacer; estaba vestido con tela de lana oscura, y, además, rodeado de algunos vasos, instrumentos para tejer (porque era una mujer; los hombres tienen sus herramientas de pesca) algunos ovillos de hilo todavía coloreado de rojo y, a su lado, se veía un paquete cuidadosamente envuelto en tejido de lana cosido.

Ese paquete contenía una criatura, lo que podía hacer creer que la muerte de la madre siguió o precedió de cerca a la del recién nacido. La tumba estaba cerrada con algunos pedazos de madera pintados, cruzados, que sostenían grandes piedras chatas que todo lo cubrían. Junto a la sepultura, donde se veían en

todas partes numerosos rastros de tumbas, estaban, sin duda, las casas de los pescadores indígenas, como podía juzgarse por los montones de conchillas de que se alimentaban[15] y el gran número des espinas de pez, que las excavaciones diarias sacaban de la arena.

Hoy esa bahía, así como muchas otras de la costa del Perú, antes habitadas por los indígenas, está completamente desierta. He visto a muchos habitantes de Arica asombrarse del hecho de que los indígenas se establecieron en un lugar sin agua, mientras que podrían haberla tenido en abundancia en el sitio donde está Arica, pero es fácil responderles que, no estando como ellos retenidos en un foco infeccioso por motivos comerciales, esos indígenas preferían probablemente ir a buscar agua a un cuarto de legua a exponerse a las fiebres intermitentes que reinan del otro lado del Morro, estableciéndose a sotavento de esa montaña.

En vez de regresar por el mismo camino, pasé por encima del Morro. Lo trepé penosamente en medio de arenas movedizas y llegué finalmente a la cima y de allí justo hasta la punta. Me esperaba un espectáculo de lo mas novedoso. El desplazamiento de una serie de seres arrastra casi siempre otros tras ellos. Había visto, en Europa, las grandes migraciones invernales de los ánades atraer los pigargos a las regiones meridionales, y los bancos de sardinas acompañadas por los rufinos; había visto en América a las palomas de la Patagonia provocar la reunión de todas las águilas[16] de los alrededores, pero nada en el mundo era comparable a lo que se ofrecía a mis ojos. En la costa misma de Arica, los niños y las mujeres estaban ocupados en sacar del agua, con cestas y cubos, millares de pequeñas anchoas[17], que amontonaban sobre la playa, o bien en recogerlas de la arena, donde cada ola las traía. Las disputaban a una nube de golondrinas de mar[18], que, ávidas de alimento, se sumergían a cada minuto, para reaparecer en los aires, con el pobre pez en el pico. Mientras eso acontecía en la costa, otra pesca no menos ruidosa tenía lugar a cierta distancia en el mar, donde había, sin duda, un banco semejante o de alguna

15 Esas conchillas son principalmente la *Venus Dombeyi*, la *Purpura concholepas*, la *Purpura chocolatta*, el *Turbo niger*, etc.

16 *Aguila Aguya*, de Azara.

17 Fui más tarde testigo de una pesca semejante en Islay y el Callao. Esos numerosos pececillos y los pájaros que los siguen por millares, han llamado la atención de todos los viajeros. Se refiere a ellos Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. V, p, 135; Ulloa, *Relación de viaje a la América*, t. III, p. 135; Frezier, *Relation du voyage à la mer du sud*, p. 133; *Choix des lettres édifiantes*, t, II, p. 32; Meyen, *Annales des voyages*, 1838, p, 130, etc,

18 *Sterna Inca*, Lesson.

otra especie. Nubes de pájaros oscurecían el horizonte y se lanzaban con encarnizamiento. En la superficie, negros rufinos volaban y se sumergían sucesivamente. No lejos de allí, bandadas de piqueros, de cuervos marinos, mezclados a enormes pelícanos, ejecutaban otra maniobra. Nada mas interesante que esas falanges aladas, las unas planeando a siete u ocho metros sobre las aguas, las otras replegando sus alas, lanzándose perpendicularmente con la cabeza baja sobre el pez que perseguían a nado, haciendo saltar el agua alrededor de ellas. Salen después con trabajo de las aguas, sosteniendo el pez con el pico, y vuelven a sumergirse minutos más tarde. Parecen ocupadas en un juego muy animado, alegres con sus miles de gritos, mientras que no hacen más que aprovechar una migración anual, para alimentarse mas fácilmente. Seguí largo tiempo con la vista esa pesca entretenida; luego, cuando los pescadores se hallaron finalmente satisfechos, vi que se separaban por especies y se dirigían a distintos puntos. Los graves pelícanos, los gigantes de la bandada, fueron a posarse sobre las rocas que avanzaban en el mar, donde se inmovilizaron, con el cuello recto, perpendicular, el pico replegado sobre el pecho, un aire estúpido y ridículo, para hacer tranquilamente la digestión. Entre las otras especies, los piqueros y los cuervos marinos los imitaban, ubicándose precisamente debajo mío, en todas las alturas, sobre las cornisas avanzadas del Morro, que blanqueaban diariamente con sus excrementos, mientras las bandadas de rufinos, más numerosas todavía, se dirigían hacia el sur, para buscar alguna roca cuya posesión no les fuera disputada por más poderosos habitantes de los aires. Esa operación tiene lugar cada tarde y cada mañana. Se ve primero a esos pájaros recorrer separadamente la vasta extensión de los mares, en busca de bancos de peces. De pronto uno de ellos se detiene y no tarda en llamar la atención de los otros exploradores, que pronto se reúnen en el mismo punto, y comienza la pesca general. Son esas innumerables bandadas que, así como lo he dicho, depositan esas gruesas capas de guano, que se va a buscar a las islas de la costa, como abono indispensable a la fertilización del suelo peruano.

Tuve, algunos días después, una idea exacta de la acción extraordinaria del guano en la agricultura y del valor tan notable que da a las pequeñas parcelas que la industria agrícola ha sacado a los desiertos de arena de la costa. Realicé un paseo al valle de San Miguel de Sapa, a una legua y media en el interior, remontando un arroyo que se arroja en el mar, cerca de Arica. Hallé, entre dos colinas de arena, un oasis encantador: por todas partes campos de agricultura rodeados de granados, olivos e higueras, mezclados con bananeros y naranjos de follaje desigual. Esos campos son fertilizados por pequeños canales de irrigación, que dan a esa arena mezclada con guano la humedad necesa-

ria para centuplicar los productos. Me asombró ver la hermosa cosecha permanente de maíz, y sobre todo de pimiento rojo (*ají*), principal comercio de esos valles, que se manda a todas partes del interior de Bolivia, donde los pobladores no pueden prescindir de esa planta excitante, que el hábito les ha hecho indispensable. Hallé, en el valle de Sapa, gran cantidad de tortolitas de dos especies diferentes; allí, esos tímidos pájaros viven en paz y sin temor junto a los habitantes, que jamás perturban sus nidos. Experimenté una pena real al ser, tal vez, uno de los primeros en destruir esa seguridad, por el espanto y la muerte que produje en esas bandadas familiares.

Estaba escrito que no abandonaría Arica sin experimentar, por lo menos en pequeño, uno de esos temblores tan frecuentes en el país[19]. Una mañana, estaba todavía en cama, cuando oí un débil ruido subterráneo, seguido casi instantáneamente de sacudimientos u oscilaciones horizontales muy marcadas. Como habitaba una casa de madera, no me preocupé, y vi hasta con placer el movimiento y el crujido de todas las partes de mi habitación. La experiencia y los informes recogidos de los habitantes, me enseñaron más tarde que los temblores se producen a lo largo de la costa y que son tanto más intensos cuanto más cerca está el mar; esas sacudidas, capaces de voltear las casas del puerto de Arica, no causan el menor daño en la ciudad de Tacna, o los efectos son mucho menos intensos. Disminuye la intensidad de manera sensible al remontar los Andes, se reduce a poca cosa en Pachia, al pie de los últimos contrafuertes de la cordillera, son poco sensibles en Palca, a mitad de la pendiente occidental, y hacia La Paz, sobre la cadena oriental, ya no se hacen sentir del todo[20].

Tres poderosas razones me impulsaron a abandonar Arica: el deseo ardiente de penetrar en el interior, los enormes gastos en esa ciudad sin recursos, y la acción del mal aire, que podía hacerme contraer la fiebre. Por otra parte, seis días de excursiones por los alrededores me dieron un conocimiento satisfactorio del país. Hay catorce leguas de Arica a Tacna, siempre en medio de los desiertos de arena sin agua; por eso, los habitantes prefieren franquear el espacio de noche. Los únicos medios de transporte son los caballos, que en vista de la rareza de los pastos, se arriendan a 10 pesos (50 francos), precio

19 Después de mi partida, en el mes de agosto de 1834, hubo uno muy fuerte en Arica.

20 Puedo citar en apoyo de esos hechos no sólo mi experiencia personal, sino también el excelente trabajo estadístico del doctor Indaburo, insertado en *El Iris de La Paz*, 1829, N° 1, donde el autor dice positivamente: "No se conoce ningún volcán, ni menos se experimentan temblores y terremotos".

enorme para un recorrido de algunas horas solamente; pero es la costumbre y no se puede hacer otra cosa.

Me puse en camino el 1 de mayo, acompañado de uno de los socios del señor Lezica, de Valparaíso, el señor Toenius, de origen ruso, que hablaba todos los idiomas europeos, y era uno de los hombres más cultos que encontré en la costa del Perú. Me complazco en nombrarlo, lamentando que su muerte prematura haya venido a separarlo de sus numerosos amigos.

Viaje y estadía en Tacna

Tacna

Partí a las cinco de la tarde, después de un día de calor agotador, y pasé en medio de miserables cabañas de la extremidad norte de la ciudad, junto a reducidas plantaciones, y más lejos atravesé el Río de Arica, cuyas aguas cristalinas han excavado un lecho en una capa de cantos rodados de tres a cinco metros de espesor, dejando, de tanto en tanto, algo de tierra, que se aprovecha para plantar higueras y algunos otros árboles. Más allá se extiende un pantano, bordeado, del lado del mar, de dunas móviles que se desplazan con los vientos. Se las sigue antes de entrar en el desierto arenoso. Creía que sólo teníamos que franquear arenales, aunque vi una palmera en el horizonte. Temí que fuera una ilusión a causa del espejismo, pero mi compañero de viaje me aseguró que nos acercábamos a un valle fertilizado por un riacho, el valle de Lluta, en el cual hay algunas cabañas de agricultores, algo de vegetación y dos palmeras, únicos representantes, en esos lugares, de la vegetación de los trópicos. Ese río distante dos leguas de Arica, y que desciende del pie mismo del Tacora, es difícil de atravesar en ciertas estaciones; corre por un lecho de cantos rodados; sus aguas, aunque claras, límpidas y repletas de una especie de grandes camarones, muy apreciados en la región, son sin embargo, por lo que se asegura, muy poco sanas, porque reciben, de la cumbre de la Cordillera, un arroyo tan cargado de sulfuro, que los animales que beben sus aguas mueren casi de inmediato. Abandoné ese valle, y desde allí hasta Tacna, en un espacio de doce leguas, no abandoné más el desierto, desprovisto de todo vestigio de vegetación.

Lanzado al galope en medio de ese mar de arena móvil, donde los vientos borran a menudo los rastros del viajero, que, perdido, no sabe hacia dónde dirigirse, no vi más que numerosos esqueletos de mulas y asnos, como testimonio de lo difícil del camino. Los arrieros parten por lo general de tarde, marchan toda la noche y llegan al día siguiente, hacia las nueve de la mañana;

pero, obligados a hacer catorce leguas de un solo tirón, hollando una arena que se levanta en polvo salado bajo sus pasos, las acémilas deben sufrir doblemente la fatiga y la sed; por eso sucede a menudo que se paran, imposibilitadas de seguir caminando; entonces los arrieros, que llevan siempre algunas de recambio, las descargan y las abandonan en el camino. A menudo el fresco las restablece y llegan poco a poco al valle de Tacna; pero están fatigadas a tal punto por la mañana y dominadas por el calor, que difícilmente escapan a los picos acerados de los cóndores y auras, que acompañan siempre al viajero para vivir de sus desperdicios. Esos animales cuando las ven acostadas no las dejan descansar; les arrancan los ojos y apresuran su muerte, después de una vida llena de sufrimientos. Se encuentran tantos de esos restos de animales por cuanto se conservan durante siglos, en medio de la arena, con la piel tendida y seca sobre los huesos.

En muchos lugares hay, bajo la arena, un suelo bastante firme, no formado de arcilla endurecida, como lo creyó Meyen[21], sino más bien de una composición peculiar. Son arenas gruesas, pequeños cantos rodados y hasta piedras unidas entre sí por la sal marina, formando un cemento entre las diversas partes. Varias excavaciones practicadas me han demostrado de un modo completo esas características; por otra parte, es de allí que se extrae la sal que se emplea en el país. Basta cavar algunas pulgadas en las colinas, bajo la capa arenosa, para hallar una sal blanca que envuelve a los cantos rodados uniéndolos unos con otros.

En medio de esa llanura se ven tres antiguos lechos de torrentes actualmente secos, y que trazaron un curso en la arena, formando, de cada lado, pequeños ribazos perpendiculares. El primero se llama la *Quebrada de los Gallinazos*; el segundo, distante cinco leguas de Arica, es la *Quebrada del Escrito*; el tercero, la *Quebrada de los Malos Nombres* y está a nueve leguas de Arica. Esta última se llama así a causa de los pensamientos de los viajeros escritos en las arenas de las escarpaduras. Es evidente para mí que esas torrenteras, hoy secas por completo, y que lo están desde los tiempos históricos más antiguos, están en el mismo caso de las que he descrito en Cobija. Es la mejor prueba de que la existencia de antiguos cursos de agua distribuidos en todas partes de la costa del Perú y en nuestros días completamente secos, se debe a causas generales que actuaron sobre la ladera occidental de los Andes. Debía volver a hallarlos todavía en muchos puntos del interior. Ascendí la cuesta de *Muelles*; descendí en el valle de Tacna, atravesé otra torrentera sin agua, la *Quebrada de*

21 Véase la traducción francesa: *Nouvelles Annales de voyages*, 1836, p. 139.

Muelles, a dos leguas de Tacna; luego, después de franquear trabajosamente, a causa de la oscuridad, una llanura cubierta de cantos rodados de todos los tamaños, algunos de los cuales son muy grandes, llegué finalmente a Tacna hacia las once de una noche magnífica, aunque sin luna, con un cielo puro, cubierto de brillantes estrellas, que se dibujaban en un hermoso fondo de color azul pronunciado.

Al día siguiente me levanté antes de que los cóndores hubieran comenzado sus correrías matinales. Toda la naturaleza parecía sumergida en el más profundo reposo. Ese suelo desecado parecía menos árido, privado como estaba del calor solar. Se respiraba un aire fresco y dulce de lo más agradable. Todo el paisaje, entonces cubierto uniformemente de una ligera bruma, era encantador. La hermosa vegetación del banano no contrastaba menos con el azul glauco del olivo, las flores y los frutos púrpuras del granado mientras que se podía todavía, sin temor, contemplar fijamente esas arenas blanquecinas, esas líneas polvorientas, que se convierten en fuego al mediodía. Vi sucesivamente a los seres despertarse alrededor mío. El cóndor descendió de la montaña y planeó en los aires; el horrible *Gallinazo*[22] sacudió sus alas sobre la casa donde había pasado la noche; la quejumbrosa tórtola arrulló sus amores, mientras que el ligero pájaro-mosca comenzó a zumbar en torno de la flor que se complacía en cortejar. Sin embargo, yo estaba todavía solo; nadie aparecía en la ciudad completamente desierta. El sol, que alumbraba ya el horizonte detrás de una vasta cortina de montañas de la cordillera, se elevó al fin poco a poco. Vi los picos nevados del Tacora recibir los primeros reflejos, que se destacaban entonces mucho más claramente sobre toda la cadena por su blancura brillante, contrastando con la sombra tendida en el valle; pero, en el momento en que el astro parecía taquear esa elevada barrera, lanzó primero algunos rayos sobre los puntos culminantes, luego difundió rápidamente sus olas de luz sobre la naturaleza, que, en el mismo instante, como por arte de magia, se revistió de los más vivos colores. Comenzó entonces el día para los habitantes. Por todas partes se inició el movimiento. Ya no estaba solo; hallé en todas partes importunos que turbaban la especie de soledad de que yo gozaba en torno mío. El encanto desapareció; debí regresar, para preparar los viajes que tenía que efectuar.

La ciudad de Tacna que, en el momento en que la vi, contaba de diez a doce mil almas, se ha desarrollado mucho a expensas de Arica. Por ella se realiza hoy todo el comercio del puerto; allí se venden las mercaderías traídas

22 *Cathartes urubu*.

por los diversos navíos. Apenas ancla un barco, se descargan muestras, que son inmediatamente transportadas a Tacna, a casa de los consignatarios. El capitán o el sobrecargo se va allí en seguida, y se operan las transacciones con los comerciantes del interior, que llegan para ese efecto. Sólo entonces se descargan los bultos comprados, para enviarlos a Tacna. A pesar del activo comercio que se efectúa por Cobija, Tacna no ha perdido su importancia. Hay todavía una decena de casas de consignación, de todas las naciones francesas, inglesas, alemanas o del país, y el tráfico internacional es tanto más frecuente cuanto que la gran distancia de Cobija a las ciudades más importantes, y el precio de las mulas, sólo permiten el transporte de las mercaderías de gran valor, pasando las restantes por Tacna.

La ciudad, de cerca de una legua de largo, está a cuatro leguas de los últimos contrafuertes de los Andes, a siete del mar, en un valle que corre noreste y suroeste, en dirección transversal a la cordillera. Este valle, de una media legua de ancho, limitado, a derecha e izquierda, por colinas traquíticas blancuzcas, está cubierto, en los dos lados, de arenas móviles; sólo el medio, en el espacio que pueden fertilizar las aguas del río, está ocupado por diversos cultivos, que contrastan con la aridez de los alrededores. La parte cultivada se compone de *quintas* bien cuidadas, donde se ve, al lado del algodonero de copos blancos[23], el fruto purpúreo del granado. La higuera y el olivo contrastan con el banano de follaje elegante, no lejos de los matorrales de cañas enroscadas, la planta más útil del país[24], o viñas enlazadas, cargadas de racimos dignos de la tierra prometida. Todas esas plantas sirven de setos y separan los cuadrados o manzanas de la ciudad, a su vez subdivididos al infinito, a fin de poder aprovechar la irrigación artificial. Cada uno de esos pequeños compartimentos está cubierto sea de suculentos melones, de sabrosas sandías y de pimientos para el alimento de los hombres, sea de alfalfa para las bestias de carga. Esa vegetación, curiosa mezcla de plantas de todas las regiones, ofrece no sólo contraste con los desiertos de los alrededores, sino también con las casas de la ciudad, que nada tienen de pintoresco. Imaginemos algunas anchas calles trazadas en dirección longitudinal respecto al valle, empedradas de cantos rodados, por supuesto muy toscos, y rodeadas de casas muy blancas y desiguales, de un solo

23 Los algodoneros tienen en Tacna hasta quince pies de altura; en ninguna parte los he visto tan hermosos. No se los cultiva, empero, más que para satisfacer una parte de las necesidades de la región.

24 Esa caña, conocida con el nombre de *Caña de Castilla* y llevada a Europa, sirve para construir los techos en la zona y es, por consiguiente, de primera necesidad.

piso, cubiertas de un techo muy inclinado y presentando una pared delantera en la que se abren una puerta y una ventana, y se tendrá una idea de casi todas las construcciones de la zona. Salvo algunas casas construidas por extranjeros y que tienen un aspecto más confortable, salvo también esas chocitas, apenas cubiertas, donde viven los arrieros de los barrios, las casas de la ciudad responden casi todas a ese feo modelo. ¿No podemos preguntarnos qué motivo ha decidido a los primeros habitantes a construir esos techos inclinados en un país donde nunca llueve, y en el cual, por lo demás, así no se contribuye a defenderse del sol?

El calor es muy intenso a mediodía, sobre todo en el momento en que desaparece esa bóveda de nubes, que se muestra por lo común hasta las diez de la mañana e intercepta hasta entonces los rayos solares. Por la tarde, la brisa desciende de las montañas y trae de la cumbre de los Andes un aire frío, que procura una agradable sensación de frescura. Esa temperatura poco elevada trae algunas nubes durante la noche, pero se disipan cuando el sol adquiere fuerza. En resumen, el clima de Tacna[25] es muy sano y ocupa un término medio entre el de los países cálidos y el de los países templados.

Los días corrientes la ciudad está casi desierta. Cada uno se queda en su casa, sobre todo las mujeres, y resulta difícil calcular la población; sin embargo, dos días a la semana, el domingo y el jueves, uno puede hacerse una idea.

He dicho que nunca llueve en la costa del Perú; por eso las plantas sólo crecen mediante el riego artificial. Existe, a ese efecto, una administración muy complicada, encargada de distribuir el agua en los diferentes villorrios del valle y, en particular, a los propietarios de cada uno de esos villorrios y de la ciudad, de acuerdo a la extensión del terreno que ocupan o en proporción a la contribución territorial que pagan[26]. Resulta así que en días y horas fijas, el agua pertenece a determinado lugar o determinado campo. Los villorrios disponen de toda el agua durante cinco días a la semana; los otros son reservados a la ciudad. Nada más curioso que lo que sucede. A una hora determinada, la campana de la iglesia anuncia que el río, completamente seco minutos antes, recibe las aguas desviadas los otros días. Todo el mundo sale precipitadamente y va a aprovisionarse, llenando todos los recipientes de la casa; y hombres, mujeres y niños corren al arroyo, a fin de extraer el precioso líquido, tanto más apurados por cuanto correrá sólo dos horas por su lecho, porque el resto de la

25 Tacna está a alrededor de 560 metros sobre el nivel del mar.

26 Esa suma es a veces muy elevada, y mil o mil doscientos francos al año son por lo general la tasa que un propietario paga por una simple quinta.

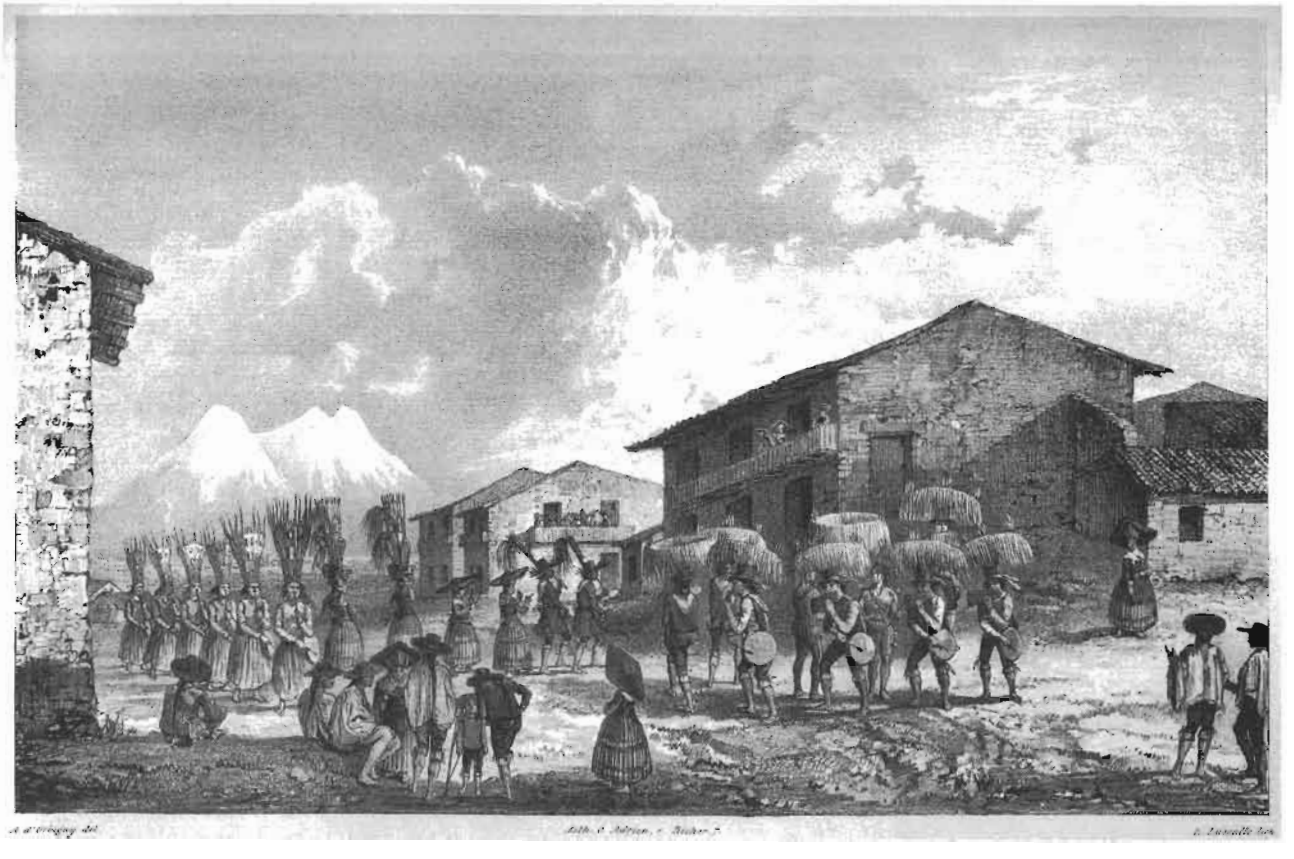
jornada será dedicado al riego de los jardines. Pronto, con las aguas, los habitantes abandonan el río y van al campo, donde una multitud de canales conducen el agua, distribuyéndose, reloj en mano, tantos minutos a uno y tantos a otros. Cada propietario, al cual se le ha medido su volumen de agua, se ocupa luego de dirigir sus pequeños conductos hacia tal o cual punto, de acuerdo a sus plantaciones, quejándose siempre de que sólo le alcanza para la mitad de sus necesidades.

Esa carencia de agua ha originado un trabajo inmenso. Se ha formado una sociedad para desviar, en la cumbre de la cordillera, el curso del Río de Ochusuma o de Ancomarca, a fin de hacerlo descender en un valle que los Andes abren en Tacna; pero ese canal cuesta enormes sumas y sobre todo exige el empleo de gran cantidad de brazos. Esperemos que hallará en la gente perseverancia y que los siglos futuros aprovecharán lo que los habitantes actuales desean hacer por el bien del país.

Después de asistir a algunos días de riego, después de ver a los habitantes en la iglesia el domingo, pude darme fácilmente cuenta exacta de la población de Tacna y de sus alrededores. Vi algunas mujeres bastante agraciadas, aunque sin llegar, empero, al hermoso conjunto de rasgos y formas de las de Buenos Aires. La población está muy mezclada: hay poca sangre española pura y mucha mezcla con las razas americanas y africanas. Los hombres son de pequeña estatura; las mujeres han adoptado el vestido peruano. Muchas llevan la amplia falda de lana, y todas los cabellos divididos en una multitud de trencitas que caen por atrás. Se cubren la cabeza con un sombrero de fieltro blanco, traído del interior de Bolivia. Cuando se acaba de dejar a las elegantes porteñas y chilenas, impresiona el contraste que presentan sus vestidos y aliño con los de las peruanas, contraste que, hay que confesarlo, no favorece a estas últimas. Sólo se habla español en Tacna.

Permanecí en esta ciudad quince días, durante los cuales declaré la guerra a toda la gente alada, por lo general tan tranquila en ese lugar. Exploré los alrededores en sus aspectos zoológico, geológico y geográfico[27]. Recorrí el valle para levantar un mapa, disponiéndome a partir luego al interior. Alquilé cuatro mulas de carga y dos mulas de montar, a razón de veinte pesos o cien francos, lo que, contando los dos arrieros, elevó mis gastos a ochocientos francos en un solo viaje de ocho a diez días, sin hablar de la comida. Era enorme para mis recursos; y, fijando mi partida, no sabía cómo aseguraría mi regreso; pero lo mejor en ciertas circunstancias es cerrar los ojos al porvenir, lo que hice, confiando por completo en la Providencia.

27 Ver estas partes especiales para los detalles respectivos.



Disfraces religiosos de los indios aymaraes, en los alrededores de La Paz.

CAPÍTULO XXV

Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la cordillera de Los Andes. Estadía en La Paz

Viaje de Tacna a La Paz

Una vez terminados mis preparativos, aguardé hasta el 19 (dos días) a mis arrieros, que llegaron sólo a mediodía. Hice cargar de inmediato mis efectos, y dejándolos con mi criado, tomé la delantera. Me dirigí hacia Pachía, donde debíamos dormir. No puedo expresar con qué placer me lancé a las regiones elevadas de los Andes y cuántos descubrimientos me prometía hacer en ese viaje. El campo que recorría era apropiado para mantenerme en esas condiciones favorables. Hallé, a una legua de Tacna, el caserío de *Pocolualle*, cuyas casas, ubicadas unas sobre una prominencia estéril, y las otras a orillas del río, en un lugar bien cultivado, son sencillas como la naturaleza de los alrededores. Más lejos se extienden los caseríos de *Casa Blanca* y *Calana*, en medio de una vegetación activa, aunque artificial, donde los hermosos sauces representan, por su forma esbelta, a los álamos del Viejo Mundo. Después de Calana, el valle se divide en dos ramificaciones: una, que se extiende a la derecha, está desierta; mientras la otra, siempre cultivada, sigue a la izquierda. Las colinas, al principio muy bajas, se elevan poco a poco, a medida que se avanza, y terminan por formar verdaderas montañas; pero siempre son arenosas, secas, y sólo dan nacimiento a algunos cactus trepadores[1].

1830
19 de mayo

1 Esas colinas son conocidas con los siguientes nombres: la de la izquierda como *Cuesta de Caraca* y la otra se llama *Cuesta de la Yesera*, a causa del yeso que se halló allí.

Después de dos horas de marcha, llegué a Pachía[2], hermoso villorrio situado en medio del valle, junto al río: se compone de una gran iglesia y de numerosas casas, dispersas en medio de campos cultivados, habitados por agricultores o arrieros. Me presenté ante el cura, que, con una franqueza muy cordial, me invitó a participar de su comida, lo que acepté con placer. A la tarde, llegaron mis equipajes, y busqué un albergue, siendo los hoteles o posadas cosa desconocida en toda la República de Bolivia. Me establecí con mis maletas en una sencilla cabaña de cañas, sin puerta y cubierta de paja, donde fui perfectamente acogido por sus pobres moradores, mientras que al lado un propietario muy rico me dijo, cuando le pedí que me alojara en su casa: *Estará usted mejor en casa del vecino*. En efecto, tenía razón: él me hubiera recibido con altanería, y en cambio lo fui con esa cándida hospitalidad que caracteriza, en América, a los habitantes del campo.

Por la tarde, paseé por los alrededores, respirando un aire frío y vivo. Contemplé con placer el aspecto majestuoso de esa cadena abrupta que se eleva por gradas, de esas montañas negruzcas y desgarradas, coronadas por el pico nevado del Tacora, perdido en las regiones de las nubes. Me lancé incluso con la imaginación más allá de esa barrera, que debía comenzar a franquear al día siguiente. Por debajo veía, al norte, la desembocadura de la torrentera de *Calientes*, de donde surgen las aguas que fertilizan el valle y donde hay una fuente termal[3]; al lado, en una llanura desierta, cubierta de bloques de rocas rodadas, se elevan poco a poco los últimos contrafuertes de las montañas; a la derecha, finalmente, la entrada de la torrentera de Palca, por donde debía pasar para dirigirme a la cumbre de la Cordillera: era toda la extremidad del valle de Tacna, no habiendo arriba más que las rocas. Me volví hacia la entrada, para despedirme, así como de las costas del océano; luego, después de haber visto la sombra extenderse alrededor mío, me tendí en tierra hasta el día siguiente, renunciando a las comodidades de las ciudades, para volver a mis costumbres de viaje.

El sol no había aún alumbrado el valle, cuando yo ya estaba de pie. No sucedió lo mismo con mis gentes. Fui a pasearme a mi gusto largamente. Observé que junto a cada casa había montones de ramas o de espinas, que servían

2 En la traducción francesa del viaje de Meyen, *Nouvelles Annales des voyages*, 1836, p. 150, sea que se haya traducido mal, sea que los nombres de los lugares estén mal escritos, lo cierto es que no se reconocen; así *Calana* está escrito *Caleo*; *Pachia*, *Patchi*, etc.

3 Esa fuente, distante dos leguas de Pachía, es frecuentada por los enfermos, que, dicen, experimentan una gran mejoría.

de refugio a una multitud de conejillos de Indias, que se deja crecer así para comerlos después.

20 de mayo

A las ocho me puse en camino. Abandoné los campos cultivados para atravesar dos leguas de una llanura sin rastro de vegetación, cubierta de bloques de rodados de pórfido y granito, y me dirigí hacia la entrada de la Quebrada de Palca. Allí se veía, en la montaña, una estrecha abertura, cuyos lados eran muy escarpados. Era el camino que debía tomarse; empero, a la salida del valle existe una pequeña cabaña habitada por indios que venden a los viajeros chicha[4], último lugar de descanso antes de entrar en los desfiladeros. Junto a esa humilde choza crecen también algunas higueras sin hojas y molles[5] de hojas plumeiformes, restos mezquinos de la vegetación de las montañas. Mi gente entró en la quebrada, donde la naturaleza está muerta y descolorida. En medio de los cantos rodados se sigue a intervalos el lecho seco del torrente, que tiene a lo sumo el ancho de una mula, entre dos murallones gigantescos, formados de pedazos de rocas amontonadas; o bien, cuando el fondo del barranco no es practicable se sube por unos senderitos entre piedras sueltas dando mil rodeos, pasando de un lado a otro, de acuerdo a las posibilidades locales; la naturaleza construyó ese camino, que es empero uno de los más frecuentados de la región. La primera impresión que recibe el viajero está llena de tristeza. ¡Qué contraste, en efecto, el de esas montañas secas, áridas, sin vegetación, con esos valles alegres de Suiza o de los Pirineos, a los que animan y colorean, de todos lados, cascadas y abetos de color verde sombrío! Aquí un camino horrible, una sequía desoladora, y ni un paisaje pintoresco. Apenas se ve, delante de uno, una extensión de algunos centenares de metros, y no siempre.

Un viajero debe tratar de interesarse por todo, sea que la naturaleza sea generosa, sea que se muestre avara de sus bellezas. A la entrada del valle y en la cima de cada colina, noté, en toda la ruta, montículos de piedras más o menos voluminosos, coronados por lo general con una cruz de madera, y cubiertos de manchas de una materia verdusca; quise saber qué era. Supe y tuve la oportunidad de comprobarlo más tarde, al volver a ver en la parte de la República de Bolivia habitada por los indios, que eran *apachetas*[6]. Esos montículos existían antes de la llegada de los españoles. Eran formados por los indígenas cargados que, trepando trabajosamente las cuestas escarpadas, daban gra-

4 Bebida hecha de maíz pisado y fermentado. Hablaré más adelante.

5 *Schinus molle*.

6 Véase Garcilaso de la Vega, *Comenarios reales de los Incas*, p. 38. Hoy se dice *apachetas*.

cias al Pachacamac o dios invisible, motor de todas las cosas, por haberles dado valor para llegar a la cima, al mismo tiempo que le pedían nuevas fuerzas para continuar su camino. Se detenían, descansaban un instante, arrojaban al viento algunos pelos de sus cejas al viento, o bien, sobre el montón de piedras, *coca*[7], que ellos masticaban, como lo más precioso que poseen, o bien todavía se limitaban, si eran pobres, a coger una piedra de los alrededores, y agregarla a las otras. Hoy nada ha cambiado; sólo que el indígena no agradece más a Pachacamac, sino al Dios de los cristianos, cuyo símbolo es la cruz. ¡Curiosa mezcla de antiguos recuerdos confundidos con las creencias religiosas actuales!

Agregaré que esa antigua costumbre, con su ingenua sencillez, tiene algo que toca el corazón. ¿Qué más emocionante, en efecto, que ver al hombre consciente de su debilidad por el desfallecimiento de sus fuerzas, pedir y aguardar que vuelvan sus energías, al Ser Supremo, que todo lo hace reconocer como su creador y su padre?

A tres leguas de la entrada de la Quebrada, observé, a orillas del camino, muchos bloques de granito, coloreados exteriormente de óxido de granito, y sobre los cuales los indígenas habían esculpido figuras groseras, tal vez alegóricas. No osaría empero afirmar que sean antiguas. Esas figuras representan hombres, soles, llamas y perros. ¿Son los signos de antiguos recuerdos, o se deben simplemente al pasatiempo de algunos viajeros indígenas?

Al comienzo de la quebrada se observa una esterilidad completa. Algunos cactus en forma de candelabros[8], de un aspecto raro, representan toda la vegetación, en medio de las rocas caídas de las partes más altas de las montañas. Al principio no aparece ninguna capa; pronto pórfidos y granitos se muestran de tanto en tanto. Al acercarse al lugar conocido con el nombre de Choluncoy, un resto de humedad en el fondo del arroyo hace nacer algo de verdura y flores encantadoras[9], de vivos colores rojos y amarillos, que contrastan con la aridez de las montañas; hay también algunas cabañas indígenas. Antes de llegar a Palca, se asciende una cuesta elevada en línea recta de la quebrada, cumbre de la cual se domina el villorrio y las plantaciones. Las montañas no son aquí tan áridas como antes. Muchas especies de cactus aparecen, así como algunas otras plantas, en los

---

7 Hablaré de la *coca* y de su empleo en el país al referirme a los lugares donde se cultiva.

8 *Cereus candelaris*, Meyen. Su tallo, recto, leñoso, se eleva dos a tres metros, destacando, en la copa, cinco a diez ramas en forma de candelabro, de un metro de alto y de color verde tierno, contrastando con las espinas negras del tronco. La altitud a la que crece es más o menos de dos mil metros sobre el océano.

9 Los *Isolepis fuscata*, Meyen; *Bowlesia diversifolia*, Meyen; *Loranthus acuminatus*, Ruiz y Pavón; el *Lycium distichum*, Meyen; el *Echeveria peruviana* y muchas soláneas.

lugares recubiertos de algo de tierra vegetal; y, en el fondo de la quebrada, cien a ciento cincuenta metros de ancho, de cada lado, reciben agua de riego, y están sembrados de alfalfa, maíz y hasta de papas[10]. Un seto cubierto de arbustos de la familia de las solanáceas, adornado de flores, separa esa parte de las colinas incultas y abruptas. Las altas montañas que dominan el conjunto lo hacen bastante pintoresco.

Descendí a Palca[11], situada en anfiteatro a la orilla izquierda[12] de la quebrada. Ese pequeño villorrio, compuesto de una iglesia, de algunas casas esparcidas y de un *Tambo*[13] o casa común para los viajeros, es también un oasis en medio de las crestas desgarradas de las montañas y la última reunión de hombres en la ladera occidental de las cordilleras. Es también un lugar de descanso para las recuas de mulas que ascienden o descienden de la costa del Perú a las ciudades elevadas de ese país y de Bolivia. Puede decirse que es obligación detenerse; de Pachía hasta la cumbre de la cordillera el trayecto es demasiado largo y sobre todo demasiado cansador, para que no sea necesario tenderse a descansar en el camino. Palca está a siete u ocho leguas de Pachía, y a la misma distancia del lugar donde se puede parar, en la cumbre de los Andes.

Antes de llegar a Palca vi, sobre la altura, muchas pirámides de tierra. Las volví a ver en gran número alrededor del villorrio. Supe pronto que eran las *chullpas*[14] o tumbas de los antiguos aymaras, anteriores a la Conquista; especies

---

10 Es el primer punto ascendiendo en que se cultiva esa planta tan útil, porque siendo los valles inferiores mucho mas cálidos, se convierte en el principal cultivo de todas las mesetas elevadas. La papa, hoy de tan enorme consumo en nuestra Europa, y que la emancipa de todo temor de hambre, tiene su origen en las mesetas de Bolivia y Perú; se la llama *papa* en los idiomas aymara y quechua, denominación que se conserva en España.

11 *Palca*, o mejor dicho *Pallca*, palabra aymara, significa confluencia de río, bifurcación de valles, quebradas, caminos o hasta de ramas de árbol. Los numerosos villorrios que llevan ese nombre están ubicados en la confluencia de los ríos o torrentes.

12 Meyen (*Annales des voyages*, p. 155) dice *orilla derecha*. Es indispensable entenderse en esa cuestión. Ese viajero pudo decir *orilla derecha* empleando la acepción de los marinos, que la aplican al ascender las aguas; para mí, como para todo el mundo, *orilla izquierda* es la que está a mi izquierda, descendiendo los ríos, y es siempre en ese sentido que tomo la expresión.

13 *Tambo* es también una expresión quechua corrompida de *Tampu*. Desde la época de los Incas, se aplica a las casas construidas en los caminos sólo para los viajeros (véase Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, p. 140; Agustín de Zárate, lib. 1°. cap. 14). Se ponen en esas casas provisiones de todo genero. Los españoles, después de la Conquista, conservaron esas mismas casas con el nombre de Tambo, no sólo en los caminos, sino también en los villorrios y ciudades. Son hoy galpones sin ninguna comodidad, los mismos que se llaman *Casas del Rey*, en la ruta de Chile a Mendoza.

14 *Chulpa*, o mejor dicho *chullpa*, quiere decir *tumba*, en la lengua aymara, y ese nombre está consagrado en toda Bolivia. Cuando un viajero no habla la lengua del país que recorre cae

de obeliscos, de seis a diez metros de elevación, un tercio más altos que anchos, cuadrados u oblongos, de lados rectos, coronados por una superficie inclinada como techo. Están perfectamente orientados, presentando al este una abertura triangular muy pequeña. Esas tumbas, construidas de tierra[15] y a veces de paja picada, parece que fueran pisos de construcciones de piedra tallada; están cerradas por todas partes; cuando no han sido profanadas, su interior contiene varios cadáveres sentados en círculo, con los vasos y utensilios característicos del sexo de los difuntos. Pude más tarde ver muchos en la provincia de Carangas, y, al cavarlos, observé todas sus partes. En cuanto a los de Palca, eran todavía respetados por los indígenas actuales, que sin duda no habrían permitido que se los tocara. Hasta entonces, en mis viajes no había hallado ningún rastro de antigüedad; nada que remontara más allá de la época actual; por eso experimenté una verdadera sensación de felicidad, al hallar, el mismo día, las *apachetas*, las piedras esculpidas y las *chullpas*; eran por lo menos monumentos históricos, indicios seguros de que el hombre algo civilizado existió en ese suelo; era el primer punto de la tierra clásica del Perú, del antiguo dominio de los Incas. La ubicación de las chullpas es a veces muy pintoresca. Los antiguos indígenas reverenciaban al Sol como la imagen visible del dios Pachacamac. Creían al colocar a sus parientes muertos en la dirección más conveniente, exponiéndolos en las puntas de rocas[16] que recibían, en el valle, los rayos del astro fecundador, para que entrando en la otra vida pudieran de inmediato contemplar el Sol.

Pasé el resto de la jornada recogiendo plantas y cazando en los alrededores. Tuve la suerte de hallar muchas especies nuevas de pájaros[17], entre otras una cotorrita muy pequeña, del tamaño de nuestros gorriones, de un hermoso color verde, con la cabeza gris y una larga cola; los pájaros-moscas gigantes son también muy comunes. Por la tarde sentí un frío bastante intenso, lo que no

---

necesariamente en una serie de errores sobre las cosas y sus usos. He hallado muchos ejemplos en el relato de Meyen (op. cit., p. 156). Ese viajero, por lo demás muy exacto, y cuyos interesantes trabajos aprecio mucho, no habría dicho, sin duda, de haber hablado español, que los habitantes las llaman *Casas del* Rey; sino que habría sabido de inmediato que eran tumbas; y se hubiera evitado el trabajo de remontarse a las conquistas del Inca Yupanqui, para hacer de ellas obeliscos, monumentos del conquistador. También por error Meyen dice que en Palca hay indios esclavos comprados en la cordillera. Se le ha engañado, sin duda, porque nunca un indio de las mesetas vende a sus hijos.

15 No son de piedra, como creyó Meyen. He comprobado positivamente que se trata de tierra seca. Su conservación se explica por ser ésta una tierra donde no llueve.

16 Véase la plancha N° 8 en la edición original francesa (N. del E.).

17 *Arara aymara*, d'Orb.

me impidió acostarme en tierra al aire libre. Acunado por mil pensamientos diversos, me dormí con el ruido monótono del arroyo.

21 de mayo

Al día siguiente, después de explorar de nuevo la vecindad, me puse otra vez en camino. Seguí, durante dos o tres leguas, las orillas más pintorescas de la Quebrada, adornada, en el fondo, de espesos matorrales, de flores diversas[18]; en la parte cultivada, aquí y allí, había pequeñas cabañas; y, sobre las alturas, chullpas diversamente colocadas. Después de los desiertos de la víspera, hallé esa quebrada de lo más agradable. Al placer de ver el paisaje se unía el de hallar, por primera vez, esas pequeñas chozas redondas, construidas de tierra hasta una altura de uno a dos metros, luego recubiertas de ramas cruzadas y con una sola abertura baja y estrecha; chozas en todo semejantes a lo que eran en la época de la Conquista. Al ruido del arroyo se mezclaba el silbido de algunos indígenas que guardaban sus rebaños en la cumbre de las colinas vecinas. Además, hallé numerosas tropillas que descendían de la montaña, conducidas por indios ocupados en hilar o tejer la lana. Esas bestias de carga son tan apacibles y dulces como sus conductores; reunidas en tropillas de quince a veinte, compuestas sólo de machos, llevan de sesenta a setenta y cinco libras sea de carne seca, sea de papas o de chuño[19]. Hacen así de cuatro a cinco leguas por día, marchando muy lentamente, sin nunca separarse del camino: van casi siempre precedidas por un niño o una mujer, y seguidas por un indio, que lleva sobre sus espaldas, con sus provisiones, consistentes en maíz tostado y coca, y un paquete de lana que hila mientras camina. La pequeña caravana desciende así con pausa, evitando, en la medida de lo posible, los caminos trazados, temiendo ser asaltada por los arrieros o hasta por los viajeros, que no tienen el menor escrúpulo en robarle una parte de lo que transporta; por eso los pobres indios los saludan con una humildad extrema. Las llamas marchan al principio bastante bien; pero cuando una de ellas comienza a fatigarse, se la oye quejarse con tristes lamentos, y si su guía no se apresura a descargarla, ésta se acuesta pronto y nada consigue hacerla andar de nuevo: entonces el conductor, siempre con la mayor dulzura, aligera a sus bestias, cualquiera que sea el lugar donde se halle, y las deja pacer en libertad. No menos sobrias que sus amos, se contentan con poco y viven hasta en medio de las rocas más abruptas, donde otros animales

18 El *Cactus peruvianus*. *Mutisia hirsuta*, según Meyen.

19 Se llama *chuño*, en aymara, a las papas que se dejan helar en las mesetas, luego se las hace secar, y que se conservan entonces años. Es un alimento muy apreciado por los habitantes de las regiones elevadas, pero que no me agrada mucho.

morirían de hambre. Me agrada verlas andar con la cabeza alta, el aire sumiso, levantando las orejas en señal de asombro al acercarnos nosotros, o si nos acercamos demasiado, las bajan en señal de miedo y escupen, cuando se las molesta un poco, lo cual constituye su única defensa.

Llegué al punto de unión de la quebrada de Palca con otra sin agua, confluencia que ha hecho dar el nombre de Palca al villorrio donde dormí. Allí abandoné la vegetación con humedad y me alejé, no sin lamentarlo, de ese brazo, que desciende de la cordillera, para entrar en la quebrada desprovista de vegetación o no presentando más, sobre pórfidos o sienitas desnudas, que algunos cactus, uno grandes, otros muy pequeños, cubiertos de un velo blanco. Las plantas estaban secas. Apenas hallé algunas crucíferas de flores blancas; por lo demás, la vegetación que veía, a medida que me elevaba, cambió dos o tres veces, desde mi entrada en la quebrada, siendo entonces completamente distinta de la de la quebrada de Palca. El sendero, apenas trazado, presenta pendientes más abruptas. Se asciende por él con trabajo, en medio de terrenos de lo más difíciles. Experimenté un fuerte calor en la quebrada, pero pronto comencé a ascender la cuesta de Cachun, y sentí en su cumbre, al mismo tiempo que los primeros efectos de la rarefacción del aire, un frío muy penetrante, a causa de la elevación. Allí, de un lado, veía esa multitud de crestas desprendidas, que bajaban poco a poco hacia la cuesta, presentando el aspecto de un mar agitado; y, a más de mil metros debajo mío, una zona de nubes me ocultaba, sin duda, el océano; del otro lado, tenía enfrente una segunda montaña, más elevada que aquélla donde estaba, y a mis pies, un vallecito muy estrecho, tapizado de ese césped verde y corto como terciopelo, que caracteriza a las altas regiones de todos los valles del mundo. Descendí y vi en las hendiduras de las rocas los primeros hielos respetados por el sol; me asombraron tanto más cuanto que estaba muy lejos del nivel de las nieves y con una temperatura bastante elevada[20]. La pendiente se hizo todavía más rápida. Serpenteamos en medio de rocas puntiagudas, sobre terribles precipicios, teniendo delante nuestro una muralla que franquear. Sentía, cada vez más, los vivos efectos de la rarefacción del aire, un dolor de cabeza muy violento y gran dificultad en la respiración; mis arrieros, mis bestias y hasta mi perro, mi fiel Cachirulo, se veían obligados a detenerse cada veinte a treinta metros para respirar, atormentados como yo por el *soroche*[21], que no me impi-

20 Debe atribuirse ese hecho a causas idénticas a las que el señor de Saussure ha observado (*Voyage dans les Alpes*, p. 1.406).

21 Cada vez que se experimenta esa enfermedad debida a la rarefacción del aire, los habitantes dicen que tienen el soroche. Desconocen la verdadera causa, la gran elevación por

dió, empero, dedicarme a la historia natural. Después de muchas fatigas, llegamos a la cima de la última cuesta: me hallé finalmente en la cresta de la cordillera.

Ninguna expresión podría reflejar las sensaciones que experimentaba cuando, desembocando, me vi de pronto frente al Tacora, coronado por sus nieves perpetuas; a Tacora, ubicado en medio de una vasta llanura, así como muchos otros picos cónicos, cuyas cumbres gigantescas, igualmente blancas, se dibujan en un campo de lo más extenso, de un aspecto grisáceo. Ese cambio de decoración de toda la naturaleza produjo en mí tal efecto, que quedé como en éxtasis, sin distinguir nada, impresionado sólo al principio por la inmensidad del cuadro y su aspecto severo, y dominado por un movimiento de respeto hacia la mano poderosa que lo trazó. Descendí de mi mula para admirarlo mejor; y quise, como los pobres indígenas, arrojar mi piedra al monumento de los siglos, sobre una enorme apacheta[22] coronada de una cruz, que había en la cresta; modesto altar, testigo mudo de las fatigas y de la gratitud religiosa de muchos millares de hombres. Frente a mí, tal vez a una o dos leguas de distancia, se elevaba el Tacora, formado de dos picos algo separados. Esa masa, que me parecía tan cercana que casi con la mano podía tocarla, me mostraba sus anfractuosidades, sus nieves perpetuas, sus diferentes zonas de vegetación, al descender al valle. Tenía a la izquierda una inmensa planicie, bordeada de picos cónicos formando una cadena dirigida hacia el norte; a la derecha, la misma planicie; y, en lontananza, otros picos menos elevados; todo bajo un cielo sin nubes y de una admirable pureza.

La vegetación de esa región, más elevada que el paso de Gualillas, en consecuencia de más de 4.500 metros arriba del océano y 300 sólo por debajo del Monte Blanco, es muy peculiar y me pareció completamente distinta de la que había visto hasta entonces. No hay ya árboles, ni siquiera arbustos; no se ven, con algunas gramíneas, más que plantas que viven en familia y de un aspecto de lo más original. Ninguna se eleva; todas crecen sobre las rocas, formando una masa compacta, redondeada, a menudo de algunos metros de diámetro, de un hermoso color verde, pero cuyas ramas están a tal punto apre-

---

encima del nivel del mar, para atribuirlo a las emanaciones minerales del antimonio, llamadas, en español, *soroche*. Ese mismo sufrimiento, esa misma dificultad de respirar en las regiones muy elevadas de la cordillera, recibe el nombre de *Puna Brava*. Algunos viajeros aplican a las cordilleras peruanas la palabra *páramo*, desusada en el país, y que no reemplaza a la palabra *puna*, que define una meseta elevada, seca y sin árboles.

22 El ascenso exige por lo menos dos días desde el mar, y se concibe así el placer con que el indígena llega, puesto que ese montículo tiene más de veinte pies de altura.

tadas que sólo el hacha puede abrir claros. Cada masa representa una sola planta, provista de una sola raíz, y que, durante muchos siglos, no ha podido adquirir más de medio metro de altura[23]. Esos troncos se emplean como combustibles cuando están secos.

Mientras buscaba plantas, observé gran número de pequeños montículos, formados de cuatro o cinco piedras colocadas de canto unas junto a otras. Supuse que debían tener una finalidad supersticiosa. No me equivoqué, como me di cuenta más tarde, al hallar en todas partes esas mismas piedras de canto y como en equilibrio. Uno estaría lejos de creer que la paz de un hogar dependa de esas piedras misteriosas, que sólo el viento puede voltear, lo que sin embargo es verídico para los indios aymaras. El indígena que parte de viaje, a menudo obligado (puesto que todos están expuestos a ser enviados como correos) y que abandona su mujer durante algunos días, coloca, al irse, algunos de esos montículos de piedra al borde de los caminos que recorre. Si, a su regreso, los halla todavía parados, se siente el más feliz de los hombres; su mujer piensa en él y no le fue infiel. Si por desdicha, al contrario, esos montoncitos de piedra han caído, su pobre compañera recibe vivos reproches; es una prueba de que traicionó sus deberes. El viajero aymara respeta siempre esos signos, en los que cree; pero los arrieros y viajeros, sea por descuido, sea por malicia, se divierten en destruirlos, y son así causa de desavenencias y altercados domésticos. Desde que me enteré del riguroso significado, me abstuve de tocarlos e impedí, en la medida de lo posible, a las personas que me acompañaban, deshacerlos. ¡De qué poca cosa depende la reputación y el bienestar de una pobre mujer!

Descendí a la llanura, por donde corre un arroyo conocido con el nombre de *Río de Azufre:* desciende de la ladera occidental del Tacora, sigue el valle del sur al suroeste, pasa al oeste de la cadena y se dirige hacia el valle de Lluta y hacia el océano. Ese arroyo está a tal punto saturado de sulfato de hierro y aluminio, que las bestias de carga, que, engañadas por su aspecto límpido, beben su agua, y mueren poco tiempo después, presas de terribles calambres. Los esqueletos de muchas de ellas yacen en tierra, revelando la verdad del hecho. Los bordes del arroyo están cubiertos de eflorescencias aluminosas amarillentas, que los habitantes toman por azufre. Puede ser que su nombre provenga de su fuente, donde hay, en los flancos del Tacora, mucho azufre nativo, lo que podría hacer pensar que esa montaña, cubierta de nieve desde los tiempos históricos, fue antes un volcán. Durante más de una legua seguí las orillas del

23 Meyen vincula esas plantas al *Selinum acaule*, a las diversas *Fragosa* y a la *Verbena minima*, Meyen.

arroyo, en una llanura cubierta de cantos rodados y de una vegetación fuera de lo común. La abandoné luego para dar vuelta alrededor del Tacora; después, finalmente, me detuve junto a otro curso de agua, en medio de una meseta cubierta de eflorescencias salinas, en el espacio que separa el Tacora del Niyuta, en el paso de Gualillas, a una altura de cuatro mil quinientos veinte metros[24] sobre el nivel del océano.

Desde mi llegada a la cima de la cordillera, sufría al último extremo de la rarefacción del aire. Sentía dolores atroces en las sienes; tenía un malestar al corazón semejante al que produce el mareo en el mar; respiraba con dificultad. Al menor movimiento, experimentaba palpitaciones de lo más fuertes y un malestar general, junto a una debilidad que todos mis esfuerzos no lograban superar. Tuve una prueba muy evidente de lo que produce el hábito. Mientras sufría así, veía a dos indígenas, enviados como correos[25], trepar ágilmente a pie con facilidad, para acortar su camino, puntos incomparablemente más elevados de aquéllos donde yo estaba, y en los cuales, pastores, ligeros como las cabras de los Pirineos, se ocupan, en medio de los valles húmedos, junto a las nieves perpetuas, de vigilar sus rebaños de llamas. Están, empero, a una elevación igual a la del Monte Blanco. Por la tarde tuve una fuerte hemorragia nasal, que me alivió algo; sin embargo, pasé una noche tanto más mala cuanto que no tenía abrigo y estaba expuesto a un frío vivo y penetrante, que helaba el agua de todos los alrededores.

Acampé en una vasta llanura entre el Tacora al oeste y el Niyuta al este. Tenía al sur el villorrio del Tacora, uno de los más elevados del mundo, puesto que está a 4.344[26] metros arriba del océano. Veía debajo mío, a una legua de distancia, su humilde capilla, y sus diez o doce casas de indígenas, ocupadas solamente por pastores de llamas, tan pacíficas como las regiones heladas que

24 *Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 151.

25 Todos los indígenas están exentos, en Bolivia, del servicio militar; pagan solamente una contribución personal proporcionada, por lo general, al valor de sus tropillas, y esa contribución se eleva, a veces, a algunos centenares de francos. Los indios privados de recursos y que no pueden pagar la tasa, son obligados a prestar un servicio personal. Se los emplea en el envío de despachos a todas direcciones, llenando la función de correos regulares. Cada quincena, dos indígenas parten, a ese efecto, de La Paz a Tacna. La distancia de una ciudad a la otra es de alrededor de ochenta y cuatro leguas, lo que hace ciento sesenta y ocho leguas de ida y vuelta. Se me ha asegurado que esos correos hacen el trayecto a pie en diez días a lo sumo, marchando noche y día. Cortan a través de las montañas, a fin de acortar camino; pero entonces tienen que luchar, al pasar la cordillera, contra las asperezas naturales de un suelo que no puede ser más accidentado y cubierto de precipicios.

26 *Annuaire du bureau de longitudes*, 1834, pág. 152.

los rodean. Vi las primeras tropillas de vicuñas que, de diez a doce, pacían junto a nuestras mulas, sin parecer asustadas. Quise tirarles, pero no me dejaron acercarme a menos de doscientos a trescientos metros y no pude cazar ninguna. Su forma es muy esbelta, su cuello largo, su cabeza pequeña; sus patas son delgadas; su color es amarillo moreno con la garganta blanca. Esos animales, antes tan numerosos, hoy han disminuido mucho y terminarán por desaparecer del todo. Nada puede ocultarlos en medio de esas vastas mesetas. Desde que el comercio puso precio a su hermosa piel, se hace una caza regular en el *despoblado* de las mesetas de las cordilleras, en el espacio comprendido entre las provincias argentinas y el Perú; pero los especuladores, menos previsores que los antiguos Incas, no se contentan con esquilarlas para tener su lana, las matan y las despedazan, vendiendo su piel con su parte interior. En el tiempo de los incas[27], cada cuatro años una cacería reglamentada se realizaba en cada cantón, y su territorio, dividido en cuatro partes, era teatro de una hermosa batida todos los años. Esa cacería, llamada *Chacu*[28], se hacía por todos los hombres de una provincia, siempre reunidos en varios lugares. Marchaban en fila en una dirección dada, abarcando una inmensa superficie de la llanura y de la montaña, arriaban la caza delante de ellos, luego formaban un vasto cerco, que cerraban cada vez más, a fin de concentrar todo lo que hallaban; mataban después a los animales dañinos, el excedente de machos apropiados para la producción de los ciervos, los guanacos y las vicuñas, luego esquilaban a las hembras de esta última especie y les devolvían la libertad. Se repartían las bestias matadas y la lana entre los plebeyos. Los incas y su familia se reservaban, como hijos del sol, toda la lana de vicuñas destinada a la confección de los vestidos; y, en cada provincia, se conservaba, por medio de los quipos, la cuenta de esos animales salvajes, por sexos y por especies, a fin de conocer los recursos del Estado. A la llegada de los españoles, los cazadores hallaron mucho que hacer; y, en poco tiempo, mataron tantos que hoy casi no hay ciervos. No se encuentran actualmente guanacos más que en algunos lugares de los Andes orientales, y las vicuñas son bastante raras. A imitación de los incas, los españoles, y actualmente los especuladores, hicieron y hacen una cacería más fácil, en la que emplean muchos indígenas. Trazan un vasto círculo con pequeños postes fijados en tierra de tanto en tanto, y a los cuales atan,

27 Zárate, *Histoire de la conquete du Perou*. Véase también Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas*, p. 179.

28 Es esa palabra, que quiere decir *cerco. círculo*, que dio origen a la palabra española *Chaco*, designando un lugar cultivado y cercado; y el nombre del *Gran Chaco*, comprendido entre Corrientes y Tucumán.

a medio metro sobre el suelo, una cuerda de lana, de manera de formar un cerco, cuya entrada presenta un vasto embudo formado de hilos. Muchos indios persiguen a las vicuñas en dirección de la embocadura, luego las obligan a entrar presionando tras ellas. Los pobres animales son tan tímidos que no franquean esa débil barrera, y se dejan matar antes de tratar de romper el hilo o saltar por encima; pero si, entre las vicuñas, hay un guanaco, éste, más hábil, rompe la barrera, y las vicuñas lo siguen en seguida; por eso hay que tener el mayor cuidado en matar a tiros de fusil o cazar a los guanacos, cuya presencia destruiría la esperanza del cazador.

El frío extremo de las mañanas, en que la helada se complicaba para mí con el sufrimiento que experimentaba a causa de la rarefacción del aire, me obligaba a levantarme temprano. Por lo demás, no podía dejar de contemplar esa imponente meseta donde me hallaba, aunque todo estuviera helado alrededor nuestro. El hielo del arroyo era tan espeso que podía caminarse encima sin romperlo; y esto (¿podrá creerse?) dentro de los trópicos, en la zona tórrida.

En ese país los hombres son tan sobrios como los animales, y el almuerzo de mis arrieros me lo demostró. Mientras sus mulas pacían, en el campo, la hierba seca tan rara, poco susceptible de darles fuerzas para continuar llevando sus pesadas cargas, ellos sacaban de una bolsa granos de maíz tostado y compartían ese alimento con su perro, reducido también él a ese pobre alimento; bebían después un poco de agua helada para terminar esa frugal comida, disponiéndose a marchar de nuevo toda la jornada; pero les di una parte de mis provisiones más substanciales, consistentes en carne salada, que recibieron con placer. Siempre me ha asombrado que los americanos, a pesar de su sobriedad, puedan soportar las fatigas. Todos los viajeros han observado igualmente que uno de nuestros campesinos o de nuestros obreros consume por lo menos el doble de alimentos que un indígena o hasta de los hombres de trabajo de esas comarcas.

22 de mayo

Remonté el arroyo, las mulas marchaban penosamente en medio de un campo cubierto de grandes cantos rodados porfíricos, o atravesaban, de tanto en tanto, partes revestidas de una espesa capa de florescencias salinas y de composición turbosa; esas partes más pantanosas son los afluentes del arroyo y descienden de las pendientes del Tacora. Ascendí así, poco a poco, una colina que une la cadena del Tacora con la del Niyuta; me detuve a recoger plantas[29] y muestras de asperón silícico.

29 Meyen cita los *Baccharis*, entre otros una especie vecina del *B. humifusa*, Kunth; *Lecidea bullata*, *Parmelia perforata*. *Parmelia conspersa*, Ach., *Charnacalamus spectabilis*, *Ambrosia tacorensis*, Meyen, etc.

Un aspecto interesante apareció entonces delante mío. A la izquierda, las cadenas del Tacora y del Ancomarca, pobladas de llamas y de pastores, en los valles vecinos de las nieves; al norte, las llanuras hasta perderse de vista; y a la derecha, una ancha depresión sin salida, cargada de florescencias salinas blancuzcas, parecidas a la nieve, y en medio de las cuales está el lago de Aracoyo, de media legua de ancho, más o menos. Vi con placer, en sus apacibles orillas, muchos pájaros acuáticos, con las bandadas de una hermosa especie de pato, casi tan grande como nuestros cisnes, teniendo igualmente un color blanco y las alas negruzcas. Descendí en esa depresión, pasé tres brazos de afluentes del lago, turboso y cubierto de eflorescencias, como los del arroyo del otro lado. Ascendí un poco y descendí luego hacia el Río de Ochusuma o de Ancomarca. Este río, de alrededor de quince metros de ancho, es muy rápido, muy poco profundo y puede ser atravesado a vado en todo tiempo; allí se quiere torcer su curso para llevar sus aguas al valle de Tacna[30]. A ese efecto, han cavado un canal en la pendiente de la montaña. Pasé todavía otro río más pequeño, afluente del mismo, y me detuve en un vallecito rodeado de colinas traquíticas escarpadas, y junto a un laguito lleno de agua límpida.

Ese alto era tanto más favorable cuanto que de él se eleva, por la tarde, un viento del suroeste terrible y tan violento, que apenas uno puede mantenerse a caballo.

Me acerqué al cerro de Chipicani[31], el punto más elevado de la cadena de Ancomarca, y podía hallarme, por lo menos juzgando aproximadamente, a una distancia de legua y media. Es una cima cortada, cónica, de cuya pendiente el lado oriental está cavado, cortado casi perpendicularmente en los bordes, y presenta rocas rojizas al desnudo, debajo de las nubes, contrastando con la raquítica vegetación que se levanta sobre las laderas. Aunque sufría por la rarefacción del aire, pasé la tarde preparando los animales muertos en dos días y haciendo por los alrededores una excursión geológica. Vi por primera vez, en las colinas traquíticas, las vizcachas[32], especie de mamíferos vecinas de las marmotas, pero con largas orejas y larga cola, que viven en los agujeros de las rocas y trepando con una agilidad extraordinaria hasta por los lugares más

30 En eso, también Meyen fue mal informado. El río no se dirige al suroeste y no se arroja por la ladera occidental de la cordillera, junto a Tacna. Va, al contrario, por la ladera oriental, a reunirse con el Río Maure.

31 *L'Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 150, le da, según Pentland, creo, 5.760 metros arriba del océano, o 950 metros arriba del Monte Blanco.

32 *Viscacha* proviene de *vizca*, o bien de *vizcalla*, cinta de lana trenzada; nombre dado por analogía a ese animal por su larga cola acintada. Es el *Callomys aureus*.

escarpados. Maté, en esa exploración, un pájaro[33] que sólo vive en las rocas, y dos hermosas especies de roedores, que practican sus galerías subterráneas en las llanuras húmedas. Las rocas de los alrededores están llenas de pequeños cristales de cuarzo; esas rocas se descomponen y dejan los cristales en tan gran número sobre el suelo, que brillan al sol y presentan un aspecto original.

23 de mayo

Al día siguiente, recorrí una inmensa llanura, que ocupa la meseta hasta la cadena del *Delinguil* o *Tuyuncani*, que limita, al este, con la meseta particular de la cordillera. En todas partes el terreno está cubierto de cantos porfíricos rodados, y de un arbusto compuesto, que reemplaza en esas regiones elevadas a los matorrales de nuestros eriales. Esa planta muy aromática, cuyo color se expande por el campo, sirve a los viajeros para prender fuego, y quema, aun cuando esté verde, porque contiene mucha resina. Atravesé tres pequeños afluentes del Río de Ancomarca, cuyas márgenes escarpadas están formadas de traquitas, y contra las cuales se apoyan, aquí y allí, algunas cabañas abandonadas, así como cercos de piedras dentro de los cuales los indios encierran sus rebaños. Nada más triste en el mundo que esa parte de la meseta; su suelo blancuzco, arenoso, muestra apenas, de tanto en tanto, raras placas de una vegetación sombría y grisácea. La naturaleza parece completamente inanimada. No se ve planear al majestuoso cóndor. Los pájaros han huido. El montañés con sus rebaños falta por completo. El triste silencio no es interrumpido más que por la marcha pesada de las mulas cargadas, cuyo ruido repite el eco. La desoladora uniformidad del suelo no es modificada ni siquiera por una nube pasajera, que arrojaría momentáneamente algo de sombra al campo. Un cielo de color azul pronunciado, sin la menor manchita, se extiende a lo lejos en el horizonte. Lo habría admirado, sin duda, en medio de un campo sombreado por una activa vegetación; lo hallaba demasiado monótono en esa naturaleza tan severa y tan poco adornada. Estábamos solos, y ningún ser humano se veía en lontananza. No se sabría expresar la sensación que producen esas grandes soledades del Nuevo Mundo, donde se está, días enteros, aislado, perdido en medio de llanuras sin límites, de bosques vírgenes o de montañas desiertas.

En los mapas geográficos de América, la cadena de las cordilleras está, en ese lugar, representada por una cresta aguda, y hallé, en su lugar, una vasta meseta sobre la cual caminaba desde hacía dos días, y cuya terminación no veía. Esa gran disparidad me hizo redoblar la actividad y el cuidado, para examinar todas las particularidades de esa cadena, aún tan poco conocida.

---

33 *Picolaptes rupicole*, Nob.

Pronto, marchando por las traquitas blancas y sin vegetación, llegué a orillas del Río Maure, la mayor de las grandes corrientes de agua de la cadena. Asombra hallar de golpe, en medio de esos terrenos casi horizontales, una vasta y profunda hendidura de algunos centenares de metros, en el fondo de la cual el río corre majestuosamente como en un abismo. Los bordes son cortados casi a pico y forman como dos murallones. Al principio uno se pregunta, midiéndola con la vista, cómo se podrá llegar hasta el lecho del río; pero pronto el arriero nos hace descubrir un pequeño sendero de apenas el ancho de una mula y tallado en la tracita blancuzca. Es necesario entrar para seguir en seguida mil rodeos, suspendidos por un abismo, sobre o debajo de masas de pórfiros y de tracitas superpuestas, en equilibrio a medias, que amenazaban caer bajo nuestros pasos y aplastarnos. Descendimos así, no sin vernos obligados muchas veces a abandonar la mula y confiar en las piernas más que en las patas de la cabalgadura, y llegamos con trabajo hasta el fondo. Aguas majestuosas de treinta a cuarenta metros de ancho, pero poco profundas, corren con rapidez por un lecho de cantos. Algunas plantas gramíneas forman pequeñas cintas verdes que flotan a merced de las aguas y en medio de las cuales juegan los pececitos. Como el agua no estaba crecida, la pasé con facilidad, a pesar de la fuerza de la corriente, y hallé, en la otra orilla, un camino menos difícil, cuya pendiente es mucho más suave, pero también mucho más larga. Se aprovecha una quebrada para ascender, mientras que, del lado opuesto, se desciende por la escarpadura misma. Una vez que ascendimos a la llanura, continué ascendiendo durante mucho tiempo, hasta el riacho de Tuyuncané, donde hicimos alto. Humedecidas por las aguas que produce el derretimiento de las nieves, las cuestas de las montañas vecinas están cubiertas de algo de vegetación[34], y los indios hacen pacer diariamente sus rebaños, que reúnen, todas las tardes, arreándoles a sus moradas, ubicadas junto a la costa del Delinguil. Por lo menos veía movimiento, y del medio del valle donde había acampado veía, a lo lejos, al pastor montañés, que descendía de lo alto de las montañas hacia regiones menos elevadas. Además, aparecían vicuñas en las laderas de las colinas, y después de contemplarnos unos instantes, desaparecían rápidamente ante nuestros ojos.

Los lugares de reposo están muy lejos de ser indiferentes para el caminante en esos viajes. No se ocupan de las comodidades de los viajeros, sino de las condiciones necesarias para que las bestias de carga puedan hallar agua y algu-

34 Puede compararse su aspecto al de ciertos valles elevados de los Pirineos, donde no hay más que gramíneas, a las colinas del pico de Bergonse, cerca de Lus, por ejemplo, o a los valles del pico de Espada o del Tourmalet.

nos pastos, no teniendo esos pobres animales otro alimento que el escaso que brota en los alrededores de dichos altos llamados, por tal motivo, *pascanas*, en lengua española. Todas las tardes, apenas llegaban, los arrieros descargaban las mulas y disponían los baúles de manera de hacer, del lado del viento, una especie de muralla, tras la cual podía abrigarme algo. Desensillaban de inmediato sus bestias de carga y las conducían al lugar más conveniente para que pudieran pacer; luego reunían algunos pequeños arbustos, prendían fuego, ponían a asar algo de carne salada y cada uno se tendía como quería en el suelo. El frío parece de noche tanto más excesivo cuanto el termómetro que de día marca hasta 23 grados, desciende, hacia las seis de la mañana, hasta 0 5° centígrados, diferencia enorme que hacen más sensibles ambos extremos y provoca mucho sufrimiento. Un viento muy intenso y de una sequedad enorme tiende sin cesar la piel del rostro, en todas partes partida, especialmente en los labios. Sale sangre a cada momento, lo que aumenta considerablemente el malestar. A fin de defenderse, los habitantes llevan un *Tapacara*, especie de máscara de tejido; yo lo sufrí más de un mes, mientras residí en la meseta boliviana. La humedad de la provincia de Yungas fue lo único que me curó, suavizando mi piel. Experimenté también siempre los efectos de la rarefacción del aire. Los dolores de cabeza y las palpitaciones del corazón no me dejaban un momento de descanso. Si resulta agradable viajar en nuestra Europa civilizada, donde todas las comodidades de la vida se distribuyen en los caminos, está muy lejos de ser así en el Nuevo Mundo. Es necesario una firme voluntad para recorrer un largo itinerario, pero es indispensable también fuerza física, porque sin ella sería difícil resistir las fatigas del día y la agitación de las noches. Mis arrieros me dijeron que, algunos meses antes, un español hizo el mismo camino con ellos y fue tan afectado por la rarefacción del aire que experimentó, desde el primer día, síntomas muy alarmantes, e incapaz de proseguir murió la noche siguiente, sin que pudieran darle el menor alivio. Me citaron también muchos casos en que los viajeros que ellos acompañaban sufrieron al máximo lo que llaman el soroche.

24 de mayo

Comencé la marcha del día siguiente con tanto más placer cuanto que tenía la esperanza de abandonar las regiones elevadas para descender hacia la gran meseta boliviana; pero debía empero alcanzar antes los puntos más elevados de la cadena del Delinguil, que limita la meseta occidental. Ascendí una quebrada, siguiendo al arroyo que corre en medio, y llegué así a la pendiente de una montaña porfídica, cuyos valles están cubiertos de rebaños de ovejas, llamas y alpacas. Vi también, en una de las quebradas que atravesé, un gran arbusto, que volví a en-

contrar más tarde en forma de gran árbol en las montañas de Cochabamba. Es notable por las numerosas capas como de papel y satinadas que componen su corteza. Después de haber cruzado muchos arroyos, después de haber girado mucho tiempo alrededor de una montaña y de haber, a lo lejos, visto algunas cabañas de aymaras[35], llegué a la cumbre de la cadena del Delinguil.

Allí experimenté un sentimiento de admiración ante la vasta extensión que se desplegaba ante mis ojos y la gran variedad que la mirada podía captar a la vez. Hay, sin duda, muchos lugares más graciosos en los Pirineos y en los Alpes, pero nunca un aspecto tan grandioso y majestuoso se presentó ante mí. A mis pies la meseta boliviana[36], de más de treinta leguas de ancho, se extendía hasta perderse de vista, a derecha e izquierda, mostrando solamente, en medio de esa vasta llanura, algunas pequeñas cadenas paralelas[37], suavemente onduladas, como las olas del mar, sobre esa gigantesca hoya, cuya lejanía, al noroeste y sureste, me ocultaba los límites, mientras que al norte, siempre sobre la meseta, veía brillar, por encima de las altas colinas que la circunscribían, algunas partes de las aguas límpidas del famoso lago Titicaca[38], cuna misteriosa de los hijos del sol[39]. Más allá de ese conjunto imponente, un cuadro severo, formado por la vasta cortina de los Andes[40], cortada en picos cónicos que re-

35 Meyen, p. 177 y p. 185 de las *Nouvelles Annales des Voyages* dice que los habitantes son *Quechuas*. Está mal informado. Los indígenas de la meseta desde Punto hasta Lagunillas en la ruta de La Paz a Potosí, son todos de la nación aymara, cuya lengua hablan. Los quechuas comienzan a mostrarse hacia el Cusco.

36 La llamo así para diferenciarla de la de la cordillera, que llamo *meseta occidental*.

37 La Apacheta de La Paz, la cuesta del *Corocoro* y la de San Andrés.

38 *Titicaca* proviene de *titi*, plomo, y de *caca*, roca, montaña; así, Titicaca quiere decir montaña de plomo.

39 Es sabido que, de acuerdo a las tradiciones conservadas por los historiadores, *Manco Capac*, y su mujer y hermana, *Mama Oetlo Huaco*, ambos hijos del sol, fueron abandonados por su padre a orillas del lago Titicaca, de donde se fueron a civilizar a los pueblos del Cusco, donde fundaron el Imperio de los Incas. Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. I, p. 18; López de Gomara, *General historia de las Indias*, cap. 120; Agustín de Zárate, lib. I, cap. 13; Padre Acosta, lib. I, cap. 25.

40 Se ha abusado a menudo de la palabra *Andes*, empleándola como sinónima de cordillera y aplicándola a todas las cadenas americanas. Es una falta geográfica tan grave como si se dijera los *Pirineos de Colombia* o los *Alpes de Chile*. *Andes* es una palabra corrompida de *Antis*, que, entre los Incas, no significa *cordillera*, sino las montañas boscosas situadas al este de la cordillera oriental; lo prueba la provincia de *Antisuyo* (Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, p. 122). Los antiguos españoles lo comprendieron tan bien que, en los mapas de Herrera, figura la cadena occidental con el nombre de *Cordillera* y la cadena oriental con el de *Andes*. Creo, en consecuencia, que la cadena oriental solamente debe conservar esta última denominación.

presentan una sierra. En medio de esas cimas se eleva el Guaina-Potosí[41], el Illimani[42] con sus dos puntas, y el Ancumani[43] o *el viejo emblanquecido por los años*, como lo llaman poéticamente los indígenas, mostrando su cono cónico, aplastado, los tres gigantes de los montes americanos, cuyas nieves resplandecientes se dibujan, arriba de las nubes, sobre el azul pronunciado del cielo, el más hermoso y puro del mundo. De cada lado de las montañas, al norte y al sur, la cadena oriental desciende poco a poco y desaparece del todo en el horizonte. Si había experimentado admiración ante el Tacora, aquí estaba transportado y no podía dejar de contemplar ese espectáculo, el más majestuoso que se me haya ofrecido en mis viajes. No era, empero, más que un lado del cuadro, porque volviéndome tenía ante mi vista un conjunto no menos atrayente. Veía todavía el Chipicani, el Tacora, todas las montañas de la meseta occidental que acababa de franquear y sobre las cuales mi vista se dejó llevar tantas veces en las tres jornadas pasadas en la cordillera.

En medio de mi contemplación, me olvidé por completo de mí mismo, y cuando abandoné ese cuadro mágico recordé mi existencia, bajé los ojos y miré en torno mío. Comprobé entonces que estaba solo, habiéndose puesto en camino mi gente sin que yo prestara la menor atención, a tal punto estaba absorbido; finalmente vi ya lejos, como en un abismo, mi pequeña caravana, descendiendo lentamente la cuesta por una garganta profunda, donde la alcancé junto a un límpido arroyo, que regaba una alfombra de fresca vegetación, donde pacían numerosas llamas y alpacas[44] de larga lana, que caía hasta el suelo. Nada más cansador que los descensos tan rápidos de las montañas. El

---

Si, hasta cierto punto, se puede comparar al panorama de la meseta con el conjunto del Languedoc que se ve desde la cumbre de las montañas negras, entre Castres y Carcassonne (Aude), no sucede lo mismo con los Pirineos, que, en ese lugar, no tienen ninguna semejanza con los Andes. El sitio donde hallé en los Pirineos alguna semejanza con los Andes vistos desde Delinguil, es el conjunto del Monte Perdido y del circo de Gavarnie, visto desde el pico de Bergonse, junto a Lus.

41 El joven Potosí, alusión a las minas de Potosí.

42 El Illimani tiene una altura de 7.315 metros sobre el nivel del mar (*Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 150, de acuerdo a Pentland).

43 Es el Sorata, última denominación aplicada por la vecindad de la ciudad de ese nombre al pico de la montaña, llamado Ancumani por los indios. Esa montaña, la más alta de América Meridional, según Pentland, más elevada que el Illimani, puesto que tiene 7.696 metros por encima del océano, no se ve de todos lados. Del lado donde yo estaba, parecía, por el contrario, más elevada.

44 La lana de esa especie de camello, muy distinta de la de las llamas, que no puede ser utilizada, se emplea en los vestidos de los indígenas.

pequeño sendero apenas trazado está siempre lleno de piedras que ruedan bajo nuestros pasos, y en mula, uno es llevado hasta el cuello de la bestia, lo que no deja de ser muy incómodo. Sin embargo, a medida que descendía, respiraba más fácilmente y esperaba ver cesar, antes del fin de la jornada, una parte del malestar que me provocaba la rarefacción del aire. Después de haber atravesado las pendientes pedregosas, rodeado, a la derecha, de rocas traquíticas que presentaban puntas, de torres y de todas las figuras fantásticas que la imaginación podía buscar, tanto mejor cuanto que se dibujaban en blanco sobre la vegetación de los valles, llegué a una pequeña llanura turbosa, cortada por muchos arroyos que serpenteaban sobre el césped afelpado, cubierta de rebaños y sus pastores. Vi, en todos lados en medio de sus corrales, cabañas redondas, coronadas de un lecho cónico de tierra, las mismas que en tiempo de la Conquista. En todas partes de las pendientes de las montañas se ven pequeños campos cerrados con piedras, donde se cultiva la papa, y que forman manchas o pedazos grises, en las pendientes verdes de las montañas. No era más aquella meseta seca y árida, aquellos desiertos inanimados. Todo aquí anunciaba movimiento y la primera mezcla de la vida puramente pastoril de las mesetas[45], con la vida agrícola de los valles húmedos. Era tal vez injusto, pero me parecía que le faltaba un complemento al paisaje. Habría deseado algunas cosas que adornaran a la naturaleza. Las montañas, para ser realmente pintorescas, necesitan árboles, y no veía uno solo, desde que estaba en la cordillera. En ese lugar hubiera buscado en vano todo hasta el más pequeño zarzal, reduciéndose los indígenas para calentarse a la *taquia*[46], recogida en los corrales de llamas.

Mis arrieros, viendo tanta abundancia de ovejas, me pidieron que comprara una para el grupo. Consentí tanto más voluntariamente que habiendo compartido con ellos mis provisiones, supe esa mañana que nada me quedaba, ni siquiera pan, para continuar el camino. No resultaba difícil, en verdad, pedir una oveja a los indios; la dificultad consistía en obtenerla. Esos pobres pastores se identifican al punto con sus rebaños, los quieren tanto, que es muy raro que decidan a deshacerse de ellos; por eso los arrieros tienen la costumbre

45 La agricultura no puede existir más que en algunos lugares húmedos de montañas que tienen menos de 4.200 metros de altura sobre el nivel del mar. Resulta que la meseta particular de las cordilleras o la meseta occidental no está habitada más que por indios pastores. Lo mismo sucede con las ocho décimas partes de la población de la gran meseta boliviana.

46 La *taquia*, o estiércol de llamas o alpacas, se recoge con cuidado en los corrales. Se la conduce en bolsas a los pueblitos, villorrios y a la ciudad de La Paz, donde es, por así decirlo, el único combustible, hasta para la gente rica país.

de comenzar por matarles una oveja, que luego no tienen más remedio que cederles. Ese medio me repugnaba mucho, no compartiendo ese punto la opinión de la mayoría de los viajeros, que violan impunemente la propiedad de los indígenas, porque no los consideran pobres. Quise entrar en tratos por medio de uno de los arrieros, que sabía bastante bien el aymara. Al principio se negaron, temiendo no ser pagados, lo que sucede con mucha frecuencia y hace a los aymaras más desconfiados, pero sabiendo que el precio corriente de una oveja es de *seis reales*[47], les di un peso (5 francos). La vista del dinero decidió a los pastores y señalaron a los arrieros un carnero, que éstos sacrificaron enseguida. Empero, dos indias contemplaban la escena de tristeza, haciendo oír sus amargos lamentos, y vertiendo un lote de lágrimas, a la vista de la sangre de uno de sus animalitos. Les pregunté si era esa insensibilidad que determinados autores[48], demasiado sistemáticos y llenos de ideas falsamente preconcebidas, reprochan constantemente a los pobres americanos, que juzgan no sólo sin haberlos visto, sino también sin creer nada de lo que se haya escrito en su favor[49].

Estaba cerca del villorrio de Calacote[50] que una alta colina traquítica me ocultaba. Es, sin duda, con el de Tacora, el más alto de toda la cordillera. Pertenece a Bolivia; había abandonado Perú, al cruzar el Río Maure. Pasé varios arroyos más o menos helados, muchas costas rocosas, en una de las cuales maté una vizcacha. Tenía siempre a mi diestra montañas cortadas perpendicularmente en algunos puntos o presentando numerosos pequeños picos estrechos, parados como obeliscos, y parecían ser obra del arte antes que de la naturaleza. Atravesé así gran número de apachetas; luego, descendí en un vasto valle, bordeado de montañas bajas, algunas de las cuales estaban cultivadas. Al llegar la noche, hice detener mi tropilla no lejos de un riacho, el un lugar cubierto de esos pequeños zarzales aromáticos de que ya he hablado[51]. El gran número de bajadas y subidas que franqueamos desde las siete de la mañana a las seis

47 Seis reales equivalen a tres francos setenta y cinco céntimos de Francia. La modicidad del precio da una idea de la abundancia de esas comarcas.

48 Pauw, *Recherches sur les Americains*, dice, torno II, p. 195: "Una insensibilidad estúpida constituye el fondo del carácter del americano".

49 Puede leerse lo que dice Garcilaso de la Vega, *Comentario reales de los Incas*.

50 *Calacole*, o mejor dicho *Calacoto*, se compone de *cala.*, piedra, o *coto*, montón, conjunto, reunión; así, literalmente, *Calacoto* quiere decir *montón de piedras*, nombre perfectamente aplicado, puesto que todos los alrededores están formados de pequeños picos compuestos de traquitas.

51 Esos zarzales cubren no sólo gran parte de la meseta occidental, sino también toda la parte sur de la gran meseta boliviana, en la provincia de Carangas. Parecen particularmente propios de las traquitas en descomposición o de los terrenos arenosos.

de la tarde, me había, ese día, cansado más que de costumbre; sin embargo, me sentía más despierto que la víspera, por no tener que luchar contra el soroche; había descendido a la meseta elevada, término medio, 4.000 metros sobre el nivel del océano. Esa manera de viajar, marchando toda la jornada sin detenerse un instante y sin tomar alimentos a mitad del día, parece bastante dura al comienzo; el estómago sufre al principio, pero como no hay otro remedio, termina por acostumbrarse. Es otra de las dificultades que deben vencerse en los viajes por países poco habitados.

25 de mayo

No estando oculto por las montañas, el sol levante vino más temprano a dorar las cuestas vecinas. A las ocho de la mañana, del otro lado, todo estaba todavía en sombra y bajo la influencia de la fuerte helada de la noche. Tiritábamos de frío; aquí el día comienza bajo la dulce influencia del astro. A las siete mis arrieros estaban desde hacía rato de pie. Partimos de inmediato. Seguí el fondo del valle de Aygaderia, dando innumerables rodeos para costear el río y los numerosos contornos de las colinas, sobre las cuales se veían en todas partes rastros de agricultura. El río desemboca en la inmensa llanura de Santiago, que dejé a la izquierda, para dirigirme al campanario de Santiago de Machaca, que veía a una legua y media, más o menos. Para llegar allí, no tenía más que cruzar esa llanura horizontal, cubierta en todas partes de pequeños arbustos aromáticos, en medio de los cuales hallé mucho rebaños de ovejas, alpacas y llamas. Después de tantas jornadas pasadas en las montañas, experimenté realmente placer al franquear ese terreno pelado, que me condujo a la aldea.

Santiago, que pertenece a la provincia de Pacajes (departamento de La Paz)[52], está situado en medio de una magnífica llanura, sobre una pequeña prominencia; es un gran caserío compuesto de indios aymaras, de un cura y de un corregidor. Durante el día, como todos los habitantes son pastores, se lo creería enteramente desierto, si no estuvieran expuestas al sol, para secarse, gran números de ovejas enteras, y si no se oyera el ruido de algunos telares, estando la mayoría de la población ocupada en la vigilancia de innumerables rebaños en la llanura y sobre las montañas, o en el cultivo de la papa, en algunos lugares de las colinas de los alrededores, expuestos al mediodía. Toda la industria de ese villorrio, como de todas las aldeas circundantes, consiste, a causa de los productos, en groseros tejidos de lana de alpaca, muy estimados sin embargo en la costa de Perú, para muchos usos, principalmente para con-

52 Toda la República de Bolivia está dividida en seis departamentos, y cada uno de ellos en provincias.

feccionar esos apariencias tan voluminosos de las bestias de carga del país o para vestir a la gente pobre. No cabe la menor duda de que en esos lugares, donde la lana de oveja y de alpaca es tan barata puesto que no vale más de seis francos la arroba (veinticinco libras), podrían establecerse fábricas, que, por los medios económicos empleados en Europa, podría sólo perfeccionar mucho las telas, sino también venderlas a un precio infinitamente menos elevado. Bolivia, en todas sus partes, es tan rica en variados productos, que para prescindir del comercio extranjero, utilizando sus producciones, no tendría más que aplicar la industria europea. No cabe duda que el primer especulador que se dedique a ello en el país realizará una brillante empresa y será muy útil a los habitantes, al emplear las lanas que abundan en esas comarcas.

La segunda rama industrial es la preparación de la *chalona*. Se llaman así los corderos enteros salados y secos. En esas regiones elevadas el aire es tan poco húmedo que todo se seca con asombrosa facilidad. Se saca la piel de los corderos, se los corta en medio por abajo, se los tiende abiertos, por medio de pedacitos de madera, se les arroja encima algo de sal y se los expone al aire. Se secan así en algunos días y se los transporta luego a la provincia de Yungas, donde sirve casi exclusivamente de alimento a los habitantes y constituyen una de las principales ramas del comercio. La chalona se hace igualmente en todas las aldeas y villorrios situados en la meseta boliviana.

En el centro de Santiago hay una plaza cuadrada, rodeada de casas de tierra, cubiertas de tierra y de juncos, y entre las cuales se distinguen más fácilmente por su techo más elevado, en su apariencia exterior, la del cura y la del corregidor; ninguna tiene más de un piso. En las cuatro esquinas de la plaza se observa una gran puerta de tierra, que forma la entrada de los caminos, disposición peculiar muy común en los alrededores y apropiada para el uso de las numerosas procesiones y a las danzas religiosas de los indígenas. La iglesia es bastante grande, construida también de tierra y cubierta a medias de tejas, a medias de juncos. El color grisáceo de la arcilla arroja sobre el conjunto un aire de tristeza que responde perfectamente al vestido siempre negro de los indígenas de ambos sexos y a su aspecto triste silencioso. Me pregunté entonces, y muy a menudo después, si ese sombrío vestido, ese color melancólico difundido en todas partes, caracteriza la idiosincrasia nacional, o debe atribuirse, sea a recuerdo de su antigua grandeza, sea al sentimiento de servidumbre y de envilecimiento en el cual han caído en la actualidad. Más tarde comprobé, en su música lúgubre, en sus fiestas, en sus bailes y en sus juegos, una disposición innata o relacionada con la elevación de la región que habitan, pero que no debe atribuirse, de ninguna manera, a la conciencia de su posi-

ción. La tristeza es tan natural en los aymaras y quechuas como la alegría en los chiquitos: es inherente a la raza a que pertenecen.

Al abandonar Santiago, penetré de nuevo en la llanura, que cambió de aspecto. No hallé más zarzales, sino en todas partes gramíneas duras y espinosas, sobre un terreno arenoso, cubierto, en muchos lugares, de eflorescencias salinas y presentando muchos laguitos de agua salada, donde maté algunos patos. Anduve así cuatro leguas, sin hallar la menor desigualdad, deteniéndome a menudo sea con el fin de perseguir a los pájaros, sea para buscar insectos[53]. Mi arriero me mostró, a la derecha, la continuidad de la llanura donde está situada la aldea de Verenguela, célebre en el país por su alabastro transparente[54], que reemplaza a los vidrios en las iglesias y que se emplea después para hacer mesas. Al dejar la llanura, hallé, al pie de una colina de asperón siluriano, mis pequeños zarzales aromáticos. Atravesé dos cadenas paralelas a la cordillera, a una legua de distancia una de otra, ambos de la misma composición geológica, y llegué, al este de la última, al caserío de San Andrés de Machaca, situado en el lado oriental a orillas de una profunda quebrada; la iglesia es vasta y las casas están colocadas irregularmente; el aspecto es triste y no se ve más vegetación leñosa que en Santiago. Mis arrieros no esperaban hallar pasto para sus animales y pasaron de largo, yendo a acampar en la llanura, junto a la choza de un indio. Eran las siete de la tarde. No había comido nada desde las siete de la mañana; me moría de hambre. Para colmo de males, no podía cocinarse nada, por falta de madera. Me dirigí a un indio que, empleando su combustible ordinario, arrojó un pedazo de carne sobre estiércol seco de llamas (la taquia), y a las ocho, para satisfacer la más apremiante de las necesidades, comí, sin pan, un trozo de cordero, a medio cocer, que exhalaba un horrible olor a humo. No hubo más remedio que contentarse con eso. Pensé por un momento acostarme en la cabaña del indio, pero habiendo entrado, preferí, como de ordinario, dormir al aire libre. El menor inconveniente de ese albergue era el humo, que no habiendo otra salida que una puerta de madera de un metro de alto, llenaba la pieza redonda de tres metros de diámetro a lo sumo, donde debían acostarse también el propietario, su mujer y tres hijos grandes, sin hablar de dos pequeñas chiquillas que compartían con un perro algunos

53 Son hermosas especies del género *Nyctelia*, familia de las *Melasomas*.

54 Véase *Iris de La Paz*, N° 2, lo que dice Indaburo. Se construyó en La Paz una fuente muy hermosa colocada en la plaza pública. Ese alabastro está, al parecer, en un banco de dos metros de espesor por quince de ancho; así no debe temerse que se agote del todo, cuando la industria venga a extraerlo y explotarlo.

pellejos de oveja. De las paredes ennegrecidas colgaban, de correas de cueros de llamas, no los vestidos (los indios de las mesetas no se los cambian nunca), sino muchas flautas de Pan y un tamboril, destinados, sin duda, a figurar en las fiestas religiosas, que los curas multiplican al infinito.

Me quedaban por franquear seis leguas para llegar al Desaguadero, donde está la primera oficina aduanera de Bolivia. Después de un almuerzo similar a la cena de la víspera, me puse en camino, atravesando una

26 de mayo

llanura arenosa en pendiente, cargada, como la de Santiago, de porciones salinas y mostrando, aquí y allí, pequeños lagos salados. Tenía constantemente en vista, ante mí, las nieves del Illimani, hacia el cual parecía que me dirigía, como el objetivo que debía alcanzar. Al ver todavía algunos insectos en el suelo, descendí de mi mula y la tenía por las riendas, desviándome a derecha e izquierda del sendero, para continuar mis exploraciones. Me distraje mucho tiempo, dejando a mi gente que se adelantara. Ella se había alejado mucho cuando volví a montar para alcanzarla al galope. Mi animal, más apurado de lo que yo pensaba por alcanzar a sus camaradas, tascó el freno, se puso a cocear y dio tales saltos que, sin darme tiempo a descender, de un solo golpe se desembarazó de su jinete, de su montura y de sus riendas. Caí a lo lejos sobre ambas manos, y cuando quise levantarme sentí tal dolor en las muñecas, que no sólo no pude moverlas, sino que las creí recalcadas. Por suerte salí del mal paso con nada más que una fuerte torcedura. Volví a atrapar a mi mula y llegué a las dos al Desaguadero.

El Río Desaguadero, que, en muchos mapas, aparece como que desemboca en el lago Titicaca, recibe, por el contrario, todo el caudal de sus aguas de ese lago. Cruza una pequeña colina junto al villorrio del Desaguadero, riega una parte de la meseta boliviana, que recorre en más de setenta leguas (280 kilómetros) de largo, y va mucho más allá de Oruro, en la provincia de Poopó, en el 18°, a formar la gran *Laguna de Pansa*, que no tiene salida. Es, sin duda alguna, el más grande y el más hermoso río de las regiones elevadas de Bolivia. Podría brindar un medio de transporte fácil al comercio de la meseta, si los españoles no hubieran descuidado los mercados y todas las ramas del comercio, para limitarse a la explotación de las minas. Hoy resulta que, al estar abandonadas muchas minas o dar pocos productos, la ciudad de Oruro está casi desierta y el país no aprovecha ninguna de las numerosas ventajas que le ofrece la naturaleza. El Desaguadero, muy profundo y de unos cien metros de ancho, estaría, en un país civilizado, cubierto de barcos, que, por ese canal natural donde las aguas marchan con lentitud, donde ningún obstáculo impide la navegación, ascenderían y descenderían sin cesar, acercando así el lago Titicaca

a la provincia de Poopó y sembrando, en el espacio que los separa, una prosperidad desconocida. Esas márgenes, hoy desiertas y deshabitadas, se cubrirían entonces de una población industrial; y la meseta boliviana podría tanto más convertirse en uno de los centros de comercio cuanto que hoy es el lugar más poblado de la República.

La oficina aduanera donde yo estaba se llama Crassacara; es un caserío compuesto de tres casas, que habitan un comisario, un agente y una docena de soldados. A orillas del río hay algunas almadías de juncos, llamadas *balsas*, e indios para conducirlas. Esas balsas en una comarca donde no hay un solo árbol en veinte leguas a la redonda, son traídas del lago Titicaca, donde hay la materia prima que requiere su construcción: se componen de cuatro grandes rodillos de juncos, atados entre sí y teniendo la forma de un barco. Sirven para transportar las mercaderías y los viajeros a la orilla opuesta, pasando las mulas el río a nado.

He notado a menudo que las aduanas son tanto más severas cuanto un país realiza menos comercio. Ese contraste existe hasta en Europa, y tuve la oportunidad de comprobarlo, más tarde, al atravesar Saboya y Suiza, y comparar las exigencias de ambas administraciones. En Crassacara, oficina aislada de toda vigilancia, los agentes se separan a menudo de sus instrucciones y perjudican así mucho al gobierno, que no es empero culpable de los errores de todos sus empleados. Hallé allí una especie de perdonavidas, natural de la República Argentina, que se decía coronel de cuatro repúblicas[55]. Comenzó, aunque yo todo lo tenía perfectamente en regla, por hacer mil objeciones a mi pasaporte y a mis efectos, pidiéndome como regalo, con rara indiscreción, todo lo que veía en mis maletas. Yo estaba solo. Le habría sido fácil dejarme salir inmediatamente después de su inspección, pero, esperando que yo le comprara su rapidez, me obligó a aguardar hasta el día siguiente, haciéndome perder una jornada de viaje. Como sus modales no me tranquilizaban en lo mas mínimo y podía todo temer de los subordinados de tal jefe, creí prudente transportar mis maletas al campo, del otro lado del Desaguadero, y estar en guardia; lo que hice respondiendo a los apremiantes consejos de mis arrieros, víctimas a menudo, también ellos, de las exacciones de los aduaneros y testigos constantemente de las que deben sufrir los indios, siempre indefensos.

Por la noche me vi obligado a hacerme desvestir, no pudiendo mover los dedos de la mano derecha. Durante toda la noche, una fiebre ardiente y vivos

55 Pretendía que su grado le había sido conferido por las repúblicas Argentina, Bolivia, Colombia y Perú.

dolores me impidieron cerrar los ojos; por eso al día siguiente, cuando finalmente se me permitió ponerme en camino, tuve mucho trabajo para montar en mi mula. Sin embargo, tan endurecido a los sufrimientos físicos como a la fatiga, debí continuar como si nada me hubiera sucedido. Bordée algunos instantes los contornos del río, entré en un vallecito, crucé muchas colinas arenosas, dirigidas al sureste, y llegué a un vasto valle rodeado de montañas, donde vi muchas casas de indígenas, y sobre las cimas, las chulpas o tumbas de los antiguos aymaras. Todo el valle, de más de una legua y media (6 kilómetros) de ancho, estaba animado por gran número de ovejas y rebaños indígenas. Crucé después una cadena de altas colinas, inclinada al noreste, compuesta de asperón rojo, fuertemente cargado de cobre nativo. Esa cadena es tan escarpada de un lado y del otro, que tuve mucho trabajo para franquearla. Me hallé en un valle estrecho y profundo, donde vi el villorrio de Corocoro[56] y muchas cabañas de pastores. Me detuve.

Faltando de nuevo víveres, envié a un arriero a comprar una oveja a la cabaña menos alejada. Lo vi hablar mucho tiempo con una india, luego arrojarse sobre una oveja y matarla, a pesar de los esfuerzos de ella por impedirlo. El valle parecía desierto y no veía ningún indio. Al instante, como por encantamiento, algunos aparecieron a los gritos de esa mujer, lanzaron un silbido, que el eco repitió a lo lejos, y al cual, en un segundo, respondieron numerosos indígenas acudiendo de todos lados. Salían como hormigas de todas las montañas donde yo no había visto una sola persona. Vi llegada la hora en que mi arriero pasaría un mal momento. Me armé rápidamente de mi fusil, para imponerme, y me dirigí a esos lugares, a fin de interponer mi autoridad. Mi arriero, al cual había dado un peso, quería guardar una parte para él y pagar mucho menos a la india, que se había negado. Como puede concebirse, la dificultad fue pronto salvada y yo regresé con la oveja, teniendo por lo menos la certidumbre de cenar. Esa aventurilla, por suerte sin consecuencias, me enseñó que era preferible realizar las cosas por sí mismo y que debe confiarse poco en la aparente soledad de esos lugares, donde siempre se está, sin saberlo, espiado por multitud de indígenas, cuyos vestidos oscuros se confunden con el color de las montañas. Mis arrieros me citaron a ese respecto muchas disputas gra-

56 Existe, en ese lugar, la mina de cobre más rica del mundo tal vez, y la más fácil de explotar. El cobre es nativo, en un asperón desmenuzable; basta aplastarlo y lavarlo para separarlo. Empero, los gastos de transporte impiden la explotación. Esperemos que la industria utilice esa riqueza improductiva. Bolivia posee un número muy grande de minas de cobre que ofrecen las mismas ventajas.

ves que habían tenido con los indios; pero la que acababa de producirse me probaba que estos últimos no hacen, por lo general, más que defender sus derechos contra hombres que, porque son menos oscuros, se creen autorizados a cometer toda suerte de exacciones.

27 de mayo

El sol desapareció pronto detrás de la cordillera. La sombra se extendió al mismo tiempo por el lugar; era necesario pensar en dormir. La noche era magnífica, de lo más calma, y la naturaleza entera parecía dormir. Yo, a menudo soñador, mientras mis compañeros de viaje dormían profundamente, me sentía feliz al contemplar esa bóveda de un azul profundo, en la cual brillaban esas hermosas constelaciones del hemisferio sur, y me complacía en comparar mi pequeñez con la inmensidad de los mundos. De pronto oigo, creyendo soñar, una música melancólica como mis pensamientos. Escucho más atentamente... no son preludios; no son ilusiones; es el sonido penetrante y salvaje de gran número de flautas de Pan, que se mezcla al del tamboril, y que el eco de las montañas me devuelve, repitiendo mucho tiempo los estribillos, que terminan por perderse en lontananza. Muchos viajeros se habían quejado de que se molestara su reposo. Yo, hombre de la naturaleza, propenso a las impresiones y sintiéndolas con fuerza, experimentaba un encanto indefinible al oír esa música monótona y triste, tan en armonía con el lugar, el instante y el estado de mi espíritu. Los pobres pastores aymaras, que repetían, sin duda, alrededor de su cabaña, los aires que debían ejecutar en sus primeras fiestas, bailando delante de la procesión, no se imaginaban en lo mínimo que un europeo pudiera oírlos con el mismo placer.

28 de mayo

Al día siguiente teníamos que ascender la cadena de montañas conocida con el nombre de *Apacheta de la Paz*. Ella se eleva a seiscientos u ochocientos metros sobre el valle y se compone de asperones silurianos rojos, inclinados al suroeste. Se aprovecha también, para ascenderla, una ancha hendidura natural transversal a esas capas. Esa hendidura es de lo más notable, porque muestra, a diez metros de la separación, dos paredes perpendiculares, cuyas bases se corresponden perfectamente y cuya altura no es de menos de doscientos metros. Se marcha penosamente en medio de los trozos de rocas caídas y se llega allí a la cima, desde donde se descubre una vasta extensión. Frente está el Illimani, coronado de sus nieves, así como los otros picos de los Andes; a los pies del viajero hay una pendiente de lo más accidentada, debajo de la cual se ven, a lo lejos, muchas cadenas de colinas transversales desnudas, cuyas cimas son apenas onduladas. Todos los puntos de las montañas, bastante poco inclinados como para que quede algo de tierra vegetal, están cubiertos de campos de papas, mientras que

los valles profundos y abrigados del sol se pueblan de numerosos rebaños. Durante cuatro horas descendí la Apacheta de la Paz, por una quebrada al principio profunda y estrecha. Se alarga poco a poco, a medida que recibe nuevos arroyos, y, por partes, es a tal punto cenagosa, que nuestras mulas estuvieron varias veces a punto de empantanarse. Siempre descendiendo, después de haber atravesado un valle ancho lleno de casas de indígenas, crucé otra pequeña colina, formada de pudingos y de mármoles rojizos, e inclinada en sentido inverso a la montaña. El gran número de mulas, llamas y asnos cargados, así como de casas que se multiplicaban por todas partes, anuncian la proximidad de una gran ciudad, pero el paisaje no cambió de aspecto. Ni el más pequeño zarzal lo modifica, y el conjunto triste aparece por todas partes. Entré en una hermosa llanura arenosa, sembrada por completo de papas; la atravesé, crucé una colina baja, y descendí del lado opuesto en otro valle igualmente cultivado, en el extremo del cual se veía, a lo lejos, una gran mancha blanca. Traté en vano de hallar una explicación, cuando observé, al acercarme, que era una salina natural o un lago formado sólo de terrenos cubiertos de eflorescencias salinas, análogas a las que he descrito en la Patagonia[57], pero menos espesas. Una segunda colina, de la misma naturaleza que la primera, y siempre en la misma dirección, cierra ese valle. La crucé igualmente y hallé, al este, una tercera, donde vi un pequeño lago salado, junto al cual se paseaban bandadas de flamencos[58], que volaron al acercarnos, siempre manteniendo un orden riguroso, formando una línea continua de un hermoso color rojo. Estaba en la llanura de Viacha y vi el campanario del gran caserío de ese nombre, habitado por los indios aymaras. Pasé al lado y fui a instalarme, después de diez leguas de marcha, mas allá de un arroyo, en la proximidad de una cabaña indígena, alejada del caserío.

Había tenido, durante la jornada, un triste ejemplo de los motivos muy legítimos del odio que los españoles reprochan a los naturales tener contra ellos. Vi a lo lejos a un hombre a caballo, que hacía correr delante a un pobre indio. Cuando llegó junto a mí reconocí al coronel de cuatro repúblicas, jefe de la oficina de aduana de Crassacara, y no me asombré. Se me acercó; lo primero que hice fue preguntarle por qué motivo obligaba a ese hombre a seguirlo al trote del caballo. Me respondió que *ese indio bárbaro* había osado faltarle el respeto; que para castigarlo y enseñarle lo que debía a un blanco, ya

57 Ver la parte histórica, tomo II, p. 123.

58 *Phenicopterus chilensis*, Molina, lo mismo que Isidore Geoffroy Saint Hilaire y yo los hemos llamado *P. ignipalliatus*. Andan siempre formando un frente, sea marchando, sea volando.

le había hecho hacer catorce leguas a la carrera, desde la mañana, y que esperaba conducirlo a La Paz, distante nueve leguas más. No puede dejar de expresarle mi indignación por su conducta y lo amenacé con hacer conocer al Presidente su manera bárbara de castigar una falta tan ligera. Esta última razón, más que la otra, me hizo obtener la libertad del indio, que me lo agradeció mil veces. Los indígenas están lejos, como se cree, de alentar un odio inveterado contra los blancos en general. Es cierto que odian a los militares, pero aman a los burgueses y les dan muchas pruebas de devoción. Ello se debe a que, durante la larga lucha de la independencia contra el poder de la península, obligados a vivir siempre a expensas de los indígenas, las tropas españolas, robando sus rebaños, o llevándose hasta sus familias para obligarlas a arrastrar los cañones, les han inspirado una invencible aversión hacia lo que sea soldado, o por todo hombre armado, que consideren como tal. Por otra parte, los propietarios, que los tratan con una notable amabilidad y gran dulzura, son amados de ellos, sobre todo si hablan el mismo idioma, lo que hacen todos los hombres nacidos en el país y siempre criados por las indias. De ahí resulta que el mejor medio de ser bien tratado en los viajes por los indios consiste en tener lo menos posible un aspecto militar.

Acampé en medio de una vasta llanura, bordeada al nordeste de la Cordillera Oriental (o más bien de los Andes propiamente dichos), donde se distinguen el Illimani y el Sorata. Mis arrieros me dijeron al día siguiente que estábamos sólo a seis leguas de La Paz y que llegaríamos ese mismo día. Aún poco acostumbrado a medir las distancias en las montañas, engañado por las nieves que las acercan al observador, y sobre todo por los mapas, creí que franquearíamos la cadena a algunas leguas de allí, puesto que La Paz, en los mejores mapas de entonces (los de Brué), estaba sobre la ladera oriental de esa cadena. Después de haber caminado algunas leguas en la llanura, al principio cultivada y cubierta de tanto en tanto, de casas de indios, luego muy árida y sembrada de piedras de asperón, me veía todavía a la misma distancia de las montañas. Yo no entendía cómo podía llegar el mismo día, atravesando los Andes, que parecían alejarse a medida que avanzaba. Finalmente, no comprendiendo por dónde viajaba, pregunté a mis arrieros, que me informaron que La Paz no está al este de la cordillera, como lo comprobé algunas horas después, sino muy al oeste, lo que demuestra, una vez más, cuán poco conocen en Europa la geografía americana. Imaginando entonces que la ciudad de La Paz debía estar entre la montaña y el lugar donde yo me encontraba, la buscaba en vano. Nada sobre la llanura, hasta las primeras montañas, indicaba un lugar habitado, ni se parecía a una ciudad. Mi embarazo recomenzó. Después de una larga incerti-

dumbre, vi una columna destinada a guiar al viajero en ese desierto horizontal y de gran uniformidad. La alcancé pronto, y cuál no sería mi sorpresa al hallar, al borde de una vasta interrupción del terreno, una quebrada de una profundidad inmensa, en el fondo de la cual, a mis pies, vi la ciudad de La Paz, sus iglesias, sus techos cubiertos de tejas rojas y hasta sus habitantes que, a más de ochocientos metros[59] debajo mío, parecían del tamaño de hormigas.

En esta región donde todo es constante, debía también admirar el aspecto salvaje, pero grandioso, del panorama que presentaba el conjunto de la hoyada de La Paz, tal vez una de las más extraordinarias del mundo, puesto que está enteramente cavada en terrenos transportados, pertenecientes a la época diluviana. Imaginemos, en efecto, una especie de canal formado por las aguas, cortado, casi perpendicularmente del lado de la llanura, en anfiteatro hacia los Andes, presentando, de todos lados, montañas desnudas, negruzcas, muy recortadas, coronadas de cimas cubiertas de nieve. Esas montañas descienden poco a poco por salientes, hacia el fondo de la quebrada, donde, como en un abismo, la ciudad con sus jardines y su vegetación contrasta de la manera más agradable. Si seguimos con la vista el curso tortuoso de la quebrada, se la ve profundizarse aún más, cubrirse más y más de vegetación y perderse en los rodeos sin número de las montañas, arriba de las cuales, como un gigante, se dibuja la masa imponente del Illimani, que cierra el cuadro por el este. ¡Nada he visto en los Pirineos, ni en los Alpes, que se parezca, ni siquiera de lejos, a ese conjunto severo de la Quebrada de La Paz.

Sólo me faltaba descender. La pendiente era tan rápida que a cada instante temía rodar hasta abajo, con los cantos redondos que se desprendían de los bancos que se cruzaban a todas las alturas. Por suerte, el Presidente actual hizo abrir un camino. Aunque muy hermoso, en relación a la pendiente abrupta de lo terrenos y a su naturaleza poco estable, esa ruta está empero a tal punto inclinada, que se rueda y no se camina, llena como está, además, de indios, mulas y asnos, que ascienden y descienden sin cesar y entorpecen el camino. Llegué finalmente a La Paz. Fui perfectamente tratado en la aduana, donde el *Vista* no quiso revisarme nada. Fui a presentarme a la prefectura y a la policía, y luego quedé en

La Paz

59 La ciudad de La Paz está a 194 metros debajo del nivel del lago Titicaca. Como la pendiente es muy rápida de la columna del camino hasta el lago, se puede llevar la diferencia de nivel a 500 ó 600 metros por lo menos, lo que hace elevar en 800 metros la altura perpendicular de la área de la quebrada. Entre donde yo estaba y la ciudad, la distancia real era de más del doble.

libertad de movimientos. Desde Tacna había hecho reservar un alojamiento, adonde me dirigí. Pude acostarme, por fin, en una cama buena, y me sentí, empero, muy mal en un apartamento muy cerrado, habituado como estaba, desde hacía unos días, a vivir día y noche al aire libre. Casi añoraba el campo, que, desde hacía años, estaba más de acuerdo con mis preferencias que el ruido de las ciudades, y esa necesidad de someterme a todos los deberes de sociedad, de los que estaba emancipado en los desiertos. Por otra parte, esperaba hallar, en los habitantes de esa ciudad, la más rica de la República, algunos recursos intelectuales.

Estadía en La Paz

La noticia de mi llegada se difundió rápidamente. Era yo europeo y, además, traía la misión de investigar las producciones naturales del país. Era suficiente para que mi aparición constituyera un acontecimiento; y todos quisieron ver al *gran botánico francés*; así me llamaban, saludándome con el título de doctor[60]. Fui asaltado con preguntas de todo género. No viendo en mi misión más que el lado útil, me traían constantemente plantas, preguntándome cuáles eran sus virtudes medicinales. Cuando se trataba de plantas transportadas de Europa, podía, mal o bien, responder a las preguntas; pero las plantas indígenas me ponían en una situación embarazosa muy a menudo. En toda la República de Bolivia, un solo hombre, el doctor Bozo, el Dioscórides del país, cultivaba la botánica. Fui a verlo, y recorrimos juntos, durante algunos días, no sólo cierto lugares de los alrededores, sino también todos los jardines de la ciudad, donde volví a hallar la mayoría de las plantas de nuestras huertas, sobre las virtudes de cada una de las cuales él me hacía pronunciar una larga disertación, lo que me convirtió a la fuerza en botánico. Por desgracia, el doctor y yo no siempre nos entendíamos sobre el fondo de las cosas. Para él, las ciencias naturales consistían sólo en el empleo medicinal de las plantas y en el descubrimiento de metales preciosos. El resto le parecía objeto de simple curiosidad.

Como me sentía mucho mejor al descender de la meseta occidental sobre la meseta boliviana, creí no sufrir de la rarefacción del aire, pero no me suce-

60 En el país se llama *doctores* a los médicos y licenciados en derecho, a los teólogos y todos los eclesiásticos. Así resulta que más de la mitad de la población culta lleva ese título, lo que explica que me lo hayan discernido. Por lo demás, podía prevalecer sobre muchos de los que lo llevaban, sin comprometer mucho la reputación de la cofradía.

dió así en la ciudad de La Paz. Por las noches me sofocaba en mi habitación. Por las calles, en pendiente muy rápida, no podía ascender sin ser detenido cada diez pasos por palpitaciones y falta de respiración. Si me acaloraba al conversar, la palabra me faltaba de golpe; finalmente, invitado en algunas casas a tomar parte en la diversión general, me era imposible bailar dos vueltas seguidas sin tener que suspender ese ejercicio, sofocado por los mismos accidentes; y un día estuve a punto de sucumbir, por haber ido a pie a *los Obrages*, villorrio distante una legua, trayecto que debía hacer ascendiendo una pendiente muy rápida. Esa enfermedad duró todo el tiempo de mi primera estadía en La Paz. Las personas nacidas en el país no la sienten en lo más mínimo. Todos me aseguraron que terminaría por habituarme, y yo tuve personalmente la prueba, a mi regreso, tres años más tarde. Empero, no aconsejaría a las personas débiles del pecho someterse a esa prueba, la que, en mis viajes, fue lo que más me hizo sufrir.

La Paz en nada se parece a las otras ciudades americanas. Todas las que había visto hasta entonces se parecen, más o menos, a nuestras ciudades de Europa. Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago, Valparaíso, reciben demasiados extranjeros para que no sea así. Por lo demás, todo el mundo habla lenguas importadas, el portugués y el español; y la mayoría de la población es extranjera al suelo. En La Paz, por el contrario, más que hasta en Corrientes, no sólo la masa de la población es indígena y no habla más que la lengua primitiva, sino también domina el vestido nacional y se añade a un conjunto, si no de lo más pintoresco, por lo menos de lo más original.

He dicho que la ciudad está situada en el fondo de una quebrada, a ambos lados de un pequeño torrente. Está, en efecto, como encajonada; y de cada lado se alzan cuestas elevadas, muy abruptas, cuya desnudez y las masas de capas aluviales, de color renegrido, cortadas al oeste por pisos desgarrados al este, se ven desde casi todos los puntos de la ciudad, y están cubiertos, en todas las alturas, de casitas de indígenas, que contrastan con la aridez de las colinas. Al norte, contemplando de lado el origen de la quebrada, se ve la escarpadura, cubierta de cabañas, elevarse poco a poco hasta las altas montañas, donde, a tres leguas de distancia, en Chacaltaya, nace el Choqueyapu. Pocas dudas caben de que es una de las principales fuentes del Amazonas. Hasta allí, de cualquier lado que se dirijan las miradas, se detienen a corta distancia; pero si, por el contrario, se hunden en el fondo del valle, se ve gran número de montañas negruzcas, en medio de las cuales se pueden adivinar más que percibir los numerosos rodeos de la quebrada. El conjunto termina, a cinco leguas de distancia[61], con el Illimani, coronado de sus nieves.

Veintidós años después del descubrimiento del Perú por Francisco Pizarro[62] y seis meses después de la derrota y muerte de Gonzalo, el menor de los hermanos Pizarro[63], Pedro de la Gasca, convertido en amo del país y habiendo puesto fin a esa encarnizada tierra entre los partidos, quiso fundar una ciudad no lejos del lago Titicaca, a fin de terminar con los saqueos cometidos por los aventureros con los viajeros. Para perpetuar el recuerdo del completo restablecimiento de la paz después de tantos años de desorden, la llamó *Nuestra Señora de La Paz*[64]. Encargó a Alonso de Mendoza ser su fundador y jefe (*justicia mayor*). Este se dirigió al lugar, reunió a algunos de los principales capitanes, en el villorrio de Laja[65], donde, un año después, y precisamente en el aniversario de la famosa batalla de Huarinas[66] (20 de octubre de 1548), convocó a la primera reunión oficial, para hacerse reconocer y designar a las autoridades[67]. Tres días después, habiendo reconocido que la falta de recursos se oponía a la fundación de una ciudad en las mesetas, los jefes se dirigieron a la quebrada de Choqueyapu, al villorrio indígena de es nombre, lo eligieron como sede de la ciudad de La Paz y se establecieron allí provisoriamente. Habiendo debido sufrir mucho al principio por carencia de víveres, no pudieron comenzar a trazar las calles y la plaza hasta 1550, y recién en 1556 la Audiencia de Lima les permitió tomar (apoderarse) en Chucuito, de los indios para construir la iglesia y el cabildo[68].

---

61 Media una base sobre la meseta arriba de la ciudad y hallé que uno de los lados del triángulo da la distancia indicada.

62 Garcilaso de la Vega, *Comentarios del Perú*, lib. 1, cap, 10; Zárate, *Conquista del Perú*, lib. I, cap. 2, etc.

63 Zárate, lib. VII, cap. 6; Garcilaso de la Vega, lib. V, cap. 27, etc.

64 Garcilaso de la Vega, lib. VI, cap. 6, p. 362; Diego Hernández, lib. VI, cap. 93.

65 Ese villorrio, situado a diez leguas de La Paz, estaba, antes de la fundación de la ciudad, habitado por indígenas.

66 Garcilaso, lib. V, cap. 20; Diego Hernández, lib. II, cap. 79. En esa batalla las tropas reales fueron vencidas por Gonzalo Pizarro; hubo una horrible carnicería de españoles.

67 Una feliz casualidad me hizo poseedor del original de la recopilación de las resoluciones tomadas con motivo de la fundación de La Paz y de los decretos de las autoridades, desde el 20 de octubre de 1548 hasta 1562. Ese primer monumento (in folio muy grueso) presenta no sólo hechos históricos, sino también autógrafos de muchos de los principales capitanes de esa época. Esa primera reunión estuvo compuesta de Alonso de Mendoza, capitán de caballería en la batalla de Huarinas (Garcilaso, *Comentarios del Perú*, p. 302); de Juan de Vargas, capitán de Huarinas y tío de Garcilaso de la Vega (Garcilaso, op. cit., p. 301); de Martín de Olmos, igualmente capitán (Garcilaso, p. 290, 297, 430, 436, 437); de Francisco de Herrera Girón, de Francisco Barrio Nuebo, de Diego de Castilla, de Diego Alemán, de Hernando de Vargas (Garcilaso, p. 294) y de Francisco de Cámara.

El descubrimiento de los ricos campos de la provincia de Yungas[69], donde la coca crece naturalmente, y la certeza que los españoles adquirieron pronto de la riqueza del suelo, repleto de minas de oro[70], dieron un gran impulso al crecimiento de la ciudad naciente, que fue erigida en obispado en 1605[71]. Aunque sus minas no eran tan ricas como las de Potosí y de la provincia de Chayanta, su situación en el centro de la parte más poblada de indígenas, la vecindad de la provincia de Yungas, donde los brazos fueron útilmente empleados en el cultivo de la coca, y la proximidad del puerto natural de Arica, contribuyeron pronto a hacer de La Paz una de las ciudades más importantes del Virreinato de Lima, primero, y del de la Plata, después.

En medio de esa prosperidad de la ciudad naciente y de la tranquilidad de todo el Perú, la tiranía que ejercían los españoles contra los pobres indígenas estuvo a punto de producir la ruina de las ciudades de la meseta. En una colonia tan extensa y sobre todo tan alejada como el Perú de la sede del gobierno, era imposible que no se introdujeran abusos; y no podrían evitarse de que aumentaran diariamente a causa de la costumbre, de la impunidad, del interés personal de los mandatarios y principalmente de los subalternos, mucho más numerosos y siempre interesados en ocultar la verdad. Al convertirse en amos del Perú, de sus riquezas y sobre todo de su numerosa población indígena, los españoles, aunque mezclándose con ésta, se consideraron siempre una especie distinta de seres. Se sirvieron de los indígenas para toda suerte de cosas, los emplearon en los trabajos públicos más penosos, comprendiendo los de las minas, y los indios fueron sometidos a la esclavitud más rigurosa, hasta en casa

---

68 Estos últimos datos son extraídos del manuscrito que acabo de citar. Hay muchas reglamentaciones de Pedro de la Gasca respecto a los indígenas y que demuestran cabalmente el carácter noble y desinteresado de ese hombre extraordinario. En una, de 1549, prohibe cargar a los indios de los tambos (casas de parada en los caminos) y sobre todo robarles; en otra, de 1549, prohibe enviar a las miras de Potosí a los indios de La Paz y sus rebaños. Las cosas cambiaron tan pronto regresó la Gasca a España, en 1550, y se sancionaron de inmediato reglamentaciones completamente opuestas, tales como las de 1552, que ordenaban bajo pena de latigazos o exilio, a los negros libres elegir sus amos; y las de 1556, por las cuales se arrancó numerosos indios a sus familias, obligándolos a trasladarse a orillas del lago a construir la iglesia y el cabildo de La Paz.
Fue en esa misma época que todas las piedras talladas que pudieron ser transportadas fueron sacadas de los antiguos monumentos del Tiaguanaco y sirvieron para la construcción de las iglesias de La Paz y de los villorrios vecinos.

69 Los primeros establecimientos tuvieron lugar en 1550. (Del mismo manuscrito).

70 Se informó a la Audiencia de Lima por una carta oficial del 15 de enero de 1552 (Del mismo manuscrito).

71 *Iris de La Paz*, N° 2.

de algunos particulares. Los antiguos poseedores del suelo dejaron de poseer hasta la más insignificante porción. Fueron divididos en comunidades entre los grandes propietarios, a pesar de lo dicho por el virtuoso Las Casas a favor de los indígenas, y a pesar del gran número de leyes paternales, emanadas del Consejo de Castilla, para reprimir los excesos de esa banda de aventureros desenfrenados y hacer menos pesado a los indios el yugo de la servidumbre. Se vio que su estricto cumplimiento trajo desde la Conquista el asesinato de uno de los virreyes[72] por los primeros españoles, y que Pedro de la Gasca regresó a España sin poder obtener otra cosa que medidas momentáneas, que por lo general no produjeron efecto. En ese estado de cosas, los españoles se acostumbraron poco a poco a considerarse como señores y amos de los indígenas, nacidos para servirlos. Los hijos de éstos parecieron al principio habituados a esa tiranía de todos los instantes; pero las cargas aumentaron aún más con el número de españoles que partían cada año de la península para América, con el solo propósito de enriquecerse rápidamente y regresar luego a la Madre Patria, haciendo nacer poco a poco abusos de todo género, que no existían en un comienzo y que agriaron mucho los espíritus. Si, de un lado, los propietarios españoles fueron los colonos más humanos de todas las naciones, no sucedió lo mismo con los funcionarios, ansiosos de retornar a España. Los primeros eran amados de los indios, con los cuales vivían, por así decirlo, en familia, mientras que los otros sólo se ocupaban de exprimirlos de todas las maneras posibles. De allí provienen las principales motivos de queja de los indígenas: la *mita* y el *repartimiento*[73].

Muchos indígenas se quejaron. Su débil voz no llegaba hasta los jefes del gobierno, que, a causa de los informes interesados de los subalternos, consideraron

---

72 Blasco Núñez de Vela fue asesinado en 1546 por las tropas de Pizarro (Zárate, lib. V, cap. 31; Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales del Perú*, lib. IV, caps. 33, 34), por haber emancipado por completo a los indígenas, por cumplir las órdenes que recibió de España, y por haber arrebatado los indios a los principales jefes, que se los habían repartido como si fueran ganado.

73 Los españoles llamaban *mita* al trabajo en las minas. Todos los años se tiraban a la suerte, en todos los villorrios de indios, un determinado número de entre ellos, obligados a dirigirse a los lugares de explotación de las minas, donde debían trabajar un año por un pequeño salario. Al comienzo, no fueron muy explotados: recibieron casi la totalidad de lo que se les prometió, y la tarea que les fuera asignada, consistente en un peso determinado de mineral que debían conducir del fondo de la mina a la superficie, no estaba por encima de sus fuerzas; pero insensiblemente se introdujeron muchos abusos. Los agentes subalternos, siempre los más codiciosos, trataron de retener una parte de los cuatro reales (2 fr. 50 cent.) que era el salario diario de cada trabajador. Esos agentes poseían, además, almace-

esas justas quejas pruebas de rebelión, de una insubordinación criminal que castigaron severamente, en todos los lugares donde se manifestaron. Las cosas estaban en ese estado a fines del siglo pasado, época en que los indígenas hallaron finalmente algunas voces españolas que los apoyaron[74], sin ser, empero, lo suficiente poderosas como para obligar a reprimir los abusos. Entretanto, un verdadero descendiente de los Incas, don José Gabriel Túpac Amaru, cacique de Tungasuca, al reclamar una herencia que le correspondía legítimamente[75], tomó el partido de los oprimidos, levantó el estandarte de la rebelión, haciendo colgar, el 10 de noviembre de 1780, al corregidor de la provincia de Tinta[76]; luego marchó sobre el Cusco. Todos los indígenas de los villorrios se unieron pronto a Gabriel Túpac-Amaru, y su partido se fortificó tanto más cuanto que, en la provincia de Chayanta, otro indígena, Tomás Catari[77], se opuso por su parte a la mita. En poco tiempo el campo entero estuvo en armas y los indios, que creían poder emanciparse de la servidumbre, se unieron a Túpac Amaru y Catari.

Situada en el centro de la mayor población indígena, La Paz sufrió de ese conflicto más que todas las otras ciudades. Julián Apaza la asedió con el título

---

nes, donde todo se vendía más caro que en otras partes y donde obligaban a los indios a comprar sus ropas, haciendo aún más difícil la existencia de estos últimos. Por otra parte, la tarea primitiva nunca fue cambiada, y los hombres que al principio podían cumplirla, dada la profundidad de las galerías, no pudieron hacerlo más, sin la ayuda de todos los suyos, porque las dificultades crecían a medida que se cavaba el fondo de la tierra. Resultó así que el trabajo asignado a un solo hombre se convirtió en el de toda la familia, sin aumento de salario. Cuando la suerte designaba a un indígena, éste prefería la muerte. En efecto, estaba obligado a vender todo lo que poseía en ganado, como si no fuera a regresar más; y, con los ojos lleno de lágrimas, toda la familia abandonaba el suelo natal, para encaminarse hacia la mina, donde se ocupaba, noche y día, en extraer el mineral, no abandonando la galería más que el domingo. Allí, no pudiendo vivir con el salario insuficiente de un solo hombre, se endeudaba de tal manera que le era necesario, para librarse, un segundo año de trabajo, y a menudo, esa familia infortunada cuyos principales miembros morían de pena o de agotamiento, permanecía en la más profunda miseria, sin ropas y sin albergue, en los alrededores de Potosí.

El *repartimiento* constituía otro abuso. El último de los corregidores nombrado en un villorrio de indígenas, tenía por lo común la exclusividad del comercio. Obligaba a los indios a entregarle a vil precio los productos, a cambio de mercaderías cuyo valor él fijaba, impidiéndoles aprovechar hasta de su trabajo. (*Ensayo de la historia del Paraguay*, t. III, pág. 259, por Funes).

74 El padre Funes, op. cit., t. III, p. 263, cita al obispo de Cusco, don Francisco Campo de la Paz y a otras tres personas.

75 El marquesado de Oropesa. (Funes, op. cit., p. 262).

76 Funes, op. cit. p. 266.

77 *Ibidem*, p. 273.

de Túpac Catari, virrey. Rodeó a la ciudad con sus indios ciento nueve días seguidos[78], durante los cuales, valientemente defendida por don Sebastián de Segurola, fue presa de todos los sufrimientos imaginables. La tercera parte de la población cayó bajo el hierro enemigo o murió de hambre, y los habitantes, reducidos al último extremo, fueron finalmente socorridos por el general Flores; pero las tropas de este último fueron obligadas a acudir en defensa de Oruro, y La Paz fue de nuevo presa del hambre más cruel a causa del bloqueo que le hicieron Túpac Catari y Diego Gabriel Túpac Amaru, sucesor de su hermano, que los españoles hicieron morir de la manera más atroz[79]. Esos jefes indígenas, teniendo que cumplir una doble venganza, reiniciaron las hostilidades con más ardor que nunca. Apenas les quedaban fuerzas a los habitantes para acompañar a las tropas a buscar algunas plantas apropiadas para alimentarse. Tuvieron, en ese segundo asedio de noventa días, que luchar contra medios de ataques de los más extraordinarios de los indios. Estos, favorecidos por la inclinación del terreno, construyeron un inmenso dique[80], para detener al río muy arriba de la ciudad, y, en el instante que menos se esperaba, el peso de las aguas rompió la barrera y la ciudad fue de golpe invadida por un torrente, que precipitado con furia por una pendiente muy rápida, arrastró todo a su paso, los puentes, las casas, etc., provocando el espanto entre los habitantes bastan-

78 Durante ese bloqueo, y hasta durante la guerra, no contento con escribir día a día todos los hechos, don Sebastián Segurola reunió, en un registro especial, todos los informes y documentos relacionados con la rebelión de Túpac Amaru y de Túpac Catari. Ese registro, titulado *Libro de Anales y sucesos memorables de la ciudad de La Paz*, contiene no sólo hechos muy curiosos, sino también numerosas cartas de los jefes del partido indígena, que pueden arrojar alguna luz sobre el verdadero espíritu de la insurrección. Poseo ese monumento precioso de las últimas tentativas de los descendientes de los incas para recuperar su libertad.

79 El relato de la ejecución de Túpac Amaru hace estremecer de horror. Es uno de los hechos más bárbaros de la historia. Se arrastró a ese desdichado por tierra hasta el lugar del suplicio. Se degolló ante él a su mujer, sus hijos y todos sus parientes; luego el verdugo le arrancó la lengua; después fue, todavía vivo, descuartizado por cuatro caballos; y todo eso por haber osado elevar su voz contra la tiranía de los opresores de su patria. Es seguro que si, desde el origen de esa insurrección, los españoles hubieran prometido reformar algunos abusos, realmente intolerables, y que trajeron, más tarde, su completa expulsión de América, habrían evitado una lucha de tres años, a causa de la cual perecieron gran número de españoles, así como millares de indígenas.

80 Esa represa de agua tenía 50 metros de alto por 120 de ancho (man. cit.) Me mostraron todavía en La Paz enormes bloques de granito arrastrados por las aguas y que golpearon contra los puentes. El Diario de Segurola dice que el agua llegó en la ciudad a una altura de 20 varas (unos 17 metros).

te dichosos de escapar de ese flagelo destructor. Finalmente, tropas regulares a las órdenes de Reseguín, pusieron fin a las nuevas alarmas de La Paz y terminaron esa lucha con la captura de Túpac-Catari, que fue descuartizado, como lo había sido don José Gabriel Túpac-Amaru, y con muchas victorias sobre las últimas tropas indígenas, en la provincia de Yungas y de Sicasica.

Entonces la tranquilidad reinó en la zona circundante, hasta 1809, época en que la primera chispa de libertad, que partió de Chuquisaca, encendió pronto a todo el Perú, cuyas ciudades se convirtieron en el teatro de una guerra cruel entre dos partidos igualmente encarnizados. No sólo a los indígenas había que vencer. Eran los colonos unidos que esta vez tuvieron mejor suerte. Catorce años seguidos de guerra intestina asolaron a todo el Perú, y La Paz, como punto intermedio, sufrió mucho. Los europeos luchaban contra el espíritu de libertad de los descendientes de los antiguos españoles, que deseaban emanciparse del yugo de la península. Finalmente, después de mucha sangre derramada de una y otra parte, la disputa se decidió, en 1824, en la famosa batalla de Ayacucho. El partido de la independencia la ganó; el Alto Perú se convirtió en la República de Bolivia, y para eternizar ese recuerdo, la ciudad de La Paz recibió el nombre de *Paz de Ayacucho*, que lleva hoy. Después de tantos inconvenientes, la ciudad, aprovechando la paz general y el comercio extranjero, cicatrizó sus primeras heridas, y la prosperidad reemplazó momentáneamente a la anarquía[81].

La Paz está construida en anfiteatro de cada lado de la quebrada, pero casi todos los edificios públicos están a la orilla izquierda. Cuatro puentes de piedra, cosa rara en el país[82], unen los dos barrios, cuyas calles son tan rectas como lo permite la desigualdad del terreno. Unas, longitudinales al valle, son casi horizontales; otras, transversales, van ascendiendo, en una pendiente de lo más rápida. Casi todas están empedradas. En medio de casas sencillas, cubiertas de tejas, las más altas de las cuales poseen un piso provisto, en el frente, de balcones de madera, se distinguen quince iglesias más o menos vastas, que son: 1° el Sagrario o la Catedral, situada en la gran plaza; hermosa y vasta iglesia, por desgracia en parte desplomada, adornada en el frente con estatuas de basalto que representan ángeles con las alas abiertas, de una escultura bastante grosera, pero que presentan, sin embargo, un aspecto bastante rico; 2°

81 Cuenta hoy La Paz con 34.000 almas, la cuarta parte indígenas (*Iris de La Paz*, N° 2, p. 1.829).

82 En todo el país no hay puente sobre ninguno de los ríos cruzados por los grandes caminos. Si las aguas crecen, se espera a la orilla que bajen. En otros lugares se las cruza en maromas, colgadas en una cuerda sobre el precipicio.

San Pedro, ubicada a la orilla derecha, en un lugar completamente aislado de la ciudad y formando un verdadero arrabal; 3° San Sebastián y Santa Bárbara, a la orilla izquierda. Las otras iglesias están en dos colegios para hombres: uno secular (de ciencias y artes), y el otro eclesiástico; en un colegio de mujeres, el de educandas; en un hospital de pobres; en tres conventos de religiosos, el de San Francisco, cuya iglesia es la más hermosa de la ciudad, estando completamente construida de piedras de talla; el de la Merced y el de San Juan de Dios, con un hospital para hombres; en dos monasterios de religiosos, uno de carmelitas descalzos y el otro de la Concepción[83].

Hay en La Paz dos plazas. Una, la *Plaza Mayor* o gran plaza, está frente a la Catedral, en el centro de la ciudad. En el medio tiene una gran fuente de alabastro blanco de Verenguela, con un hermoso chorro de agua; las casas que la rodean están bastante bien construidas. La segunda, la *Plazuela* o pequeña plaza, está en un barrio alejado, igualmente frente a una iglesia. Esas plazas serían hermosas si, al ser empleadas como mercado, no estuvieran siempre cubiertas de todos los productos naturales e industriales de la región, extendidos simplemente sobre el suelo y obstruidas por indios de ambos sexos que van allí a vender o a comprar. La gran plaza se hallaba a algunos pasos de mi casa, y yo iba allí a menudo, a fin de observar al mismo tiempo a los indígenas y a las producciones de la zona. Es sabido que los mercados y otros lugares de reunión de hombres del pueblo son más apropiados que la sociedad de las ciudades para juzgar el conjunto de una nación.

En los primeros momentos de mi estadía no podía cansarme de contemplar a los indígenas; su aspecto me retrotraía a los primeros tiempos de la civilización de ese pueblo, cuyo vestido nacional reproduce, con poca diferencia, el de antes de la Conquista. Los aymaras puros van vestidos de telas negras; los mestizos usan colores distintos y sobre todo más vivos. Los hombres nada tienen de extraordinario: todos llevan los cabellos largos, cayendo en trenza por las espaldas, un calzón de lana que apenas llega a la rodilla[84], una camisa de lana (*ceahua*) por arriba; un poncho (*llacota*) que baja algo más que de la cintura; sobre la cabeza un sombrero de fieltro (*tanca*), de anchas alas; siempre

83 Ese gran número de campanarios, en relación con la población, parece característico de las ciudades fundadas por españoles. En La Paz, la población es de algo más de 30.000 almas, de donde resulta que hay una iglesia por cada 2.000 habitantes. Si admitimos la misma proporción, París debía tener quinientas, en vez de treinta. La Paz no tiene, empero, tantas como Lima, donde llegan a cerca de doscientas. No hay que juzgar siempre la religión de un país por el número de sus iglesias: Lima se diferencia, a ese respecto, de la ciudad de La Paz.

84 El uso de ese calzón es anterior a la Conquista; las estatuas lo demuestran.

una bolsita (*chuspa*) colgando a un lado, donde depositan la coca; a menudo llevan una honda (*korahua*) de lana, que emplean con suma destreza. Sus piernas están desnudas y sólo calzan una especie de sandalias (*ojota*)[85], consistente en una simple suela, a la cual atan, a un costado, una correa que pasa por arriba, entre el dedo grueso, y atrás, por arriba del talón. Las mujeres tienen también las piernas desnudas y llevan asimismo sandalias. Usan, por encima de la camisa de tocuyo, muchas polleras de lana plegada (*urco*), colocadas unas sobre otras; es una señal de riqueza tener gran número de polleras, de donde resulta que algunas mujeres son tan anchas como altas. A la pollera se unen las piezas que suben del lado de la espalda y del pecho; esas piezas están unidas, adelante y a los lados, por dos grandes alfileres de plata, llamados *topo*[86]. En el cuello llevan una pieza de tejido (*isallo*) más corto, pero colocado como los echarpes de hoy en Francia. No sólo les sirve de adorno esa pieza, sino también les es útil para llevar en los hombros a sus hijos o cualquier otra carga. Un topo las une por delante. Los cabellos caen detrás de las espaldas en gran número de trencitas y la cabeza está cubierta de un inmenso sombrero de lo más original. Ese sombrero figura un círculo muy grande o un cuadrado de un diámetro a menudo igual a la mitad de la estatura de la persona que lo lleva. La parte superior es de género negro o de terciopelo; debajo está adornado de telas de seda de diversos colores. Ese tocado, llamado *montera,* es la parte del vestido que parece más rara y da un carácter particular al conjunto, tanto más cuanto destaca la pequeña estatura de quienes lo usan y la amplitud desmesurada de las polleras. Las mujeres de sangre indígena mezclada con española, llamadas *cholas*[87], usan igualmente grandes polleras, de colores y cubiertas de cintas, y esa parte del vestido existe en todas las clases medias de la sociedad. Las mujeres de esa clase reemplazan la montera por un sombrero de hombre, generalmente de fieltro blanco. En suma, el vestido adoptado a la temperatura fría del país nada tiene de seductor: impresiona por su originalidad, sin agradar de ninguna manera; no permite ningún gesto gracioso, ni elegante. Las mujeres ricas siguen de lejos las modas francesas; lo mismo sucede con los hombres quienes, empero, abandonan raramente la capa.

Si me asombró el vestido, no me asombró menos el idioma. Todo, el mundo habla el aymara[88], lengua primitiva del lugar. Los indígenas no conocen otro

85 Los indios dicen *Usutas*.

86 Esos topos eran muy grandes antes de la Conquista. Hoy se les da la forma de una cuchara. Es el adorno que los Incas, en sus conquistas, llevaron a los pueblos del sur. Ver parte histórica, tomo II.

87 Véase esos vestidos y los de los indios puros en las ilustraciones.

idioma; los mestizos agregan a duras penas un español poco comprensible y mezclado de aymara; y, en todas partes, en la vida social y en la intimidad, los habitantes lo hablan entre ellos, no sirviéndose del español más que con los extranjeros y en las reuniones de etiqueta. Nada más duro que ese lenguaje; y el que no es del país no puede llegar a pronunciarlo; es en su guturación y por sus consonantes cortadas todo lo que puede uno imaginarse de más desagradable[89], y muchos habitantes conservan, hasta en el español, un ligero acento a causa de la guturación del aymara. Esa lengua, que posee mucha semejanza con el quechua o lengua de los Incas, y que tal vez sea la fuente, es, según me han dicho los hombres instruidos del país, muy rica y llena de comparaciones ingeniosas, de figuras elegantes y sobre todo de variados términos para expresar las sensaciones. Por desgracia, durante mi corta estadía en los lugares donde se habla, sólo pude aprender algunas palabras, las más usuales, y no estando en condiciones de juzgar por mí mismo, los fragmentos que conseguí no me satisficieron completamente. No siendo el español comprendido más que por algunas personas de la sociedad, no podía hacerme entender en el campo más que por un intérprete.

No sólo mis visitas al mercado me permitieron obtener algunas especies de animales interesantes, sino también me dieron una idea exacta de los productos de los alrededores. No me sorprendió ver reunidos los productos y las frutas de todas las regiones a la vez. Mientras que de un lado gran número de indígenas de las mesetas elevadas traen gran variedad de papas deliciosas, de raíces de oxalis (*oca*), de quínoa y de chuño, los habitantes del valle exhiben no lejos, unos, todas nuestras legumbres, otros, todas nuestras frutas, al lado de uvas suculentas, de excelentes bananas (*plátanos*), de ananás (*piñas*), de aguacates (*papayas*), de chirimoyas y de otras frutas de la zona tórrida, provenientes de la provincia de Yungas y del bajo del valle. Hay, en efecto, pocos países en el mundo que, en un radio de seis a diez leguas a lo sumo, tengan productos tan variados. Arriba de la ciudad se van a buscar hielos naturales para quienes los usan. Algo más abajo, antes de descender a la quebrada, el frío es tan riguroso que los cereales no fructifican y el suelo sólo puede servir para pastoreo; mientras que en el valle, hasta los jardines de la ciudad presentan, en toda

88 Véase Ludovico Bertonio, *Vocabulario de la lengua aymara*, impreso en 1612, en Juli, pequeño villorrio de la meseta de los Andes. Esa obra es muy rara.

89 El cura de Palca (Perú), conversando conmigo de esa guturación, me dijo: *Es cierto: estos indios son muy griegos*. Esa expresión, de muy frecuente uso entre los españoles y entre los colonos de las regiones donde no se habla más que las lenguas indígenas, tiene su origen en la idea generalizada de que el griego, que no conocen, es un idioma muy duro.

estación, nuestras legumbres[90], nuestras frutas[91] en medio de campos de trigo cargados de grandes espigas. Algo más abajo, en los Obrajes, la vegetación es activa, las quintas son de lo más hermosas. Si se desciende aún mas, se hallan las colinas cubiertas de magníficas viñas que dan un vino del mejor. Más lejos, se llega a los campos de caña de azúcar y hasta a la temperatura del cacao. La Paz no es sólo rica en vegetales. La inmensa superficie de los pastos de la meseta que la domina, alimenta numerosas ovejas, llamas y alpacas, que suministran en abundancia y a muy bajo precio uno de los alimentos de primera necesidad, de donde resulta que desde cualquier punto de vista, La Paz es una ciudad plena de recursos. Otro género de producciones naturales no es menos favorecido, el de las minas. Antes de la Conquista, ese valle, habitado por los indígenas, se llamaba Choquehapu (el campo de oro)[92], por el metal en pepitas que los indígenas recogían por doquier. Mucho tiempo después de la fundación de la ciudad, cuando las calles no estaban empedradas, se recogían todavía, después de la lluvia, partículas del precioso metal, y el fondo del río, hasta bajo el puente, las ofrece aún hoy. Actualmente, muchas explotaciones están en plena actividad, y en Poto Poto, a la entrada de la ciudad, los propietarios sacan todas las semanas algunas libras de oro, del lavado de los terrenos de aluvión. Las famosas minas de oro de Tipuani dependen del departamento, y sus ricos productos son llevados a La Paz.

A esos elementos de prosperidad, se unen en la ciudad muchos otros. Como la más cercana al puerto de Arica, recibe gran cantidad de mercaderías, que pasan luego a las provincias vecinas, convirtiéndose así en un centro de comercio con el extranjero. Es también el depósito general de los vinos y aguardientes de los valles de Moquegua, Arequipa y Puno, recibiendo al mismo tiempo (y es la fuente de su mayor riqueza) los productos de sus provincias de Caupolicán, Larecaja, Muñecas, Yungas y Sicasica, que consiste sobre todo en coca, artículos de primera necesidad para los indígenas y de lo más fructuoso para las aduanas[93], a causa de los derechos enormes con que es cargado. Esas provincias también proporcionan a La Paz azúcar, café, excelente cacao y mucha corteza de quinina, que procura retornos ventajosos a las mulas que llegan con mercaderías del puerto. En presencia de tantas riquezas naturales, uno

90 Tales como la lechuga, el repollo, los guisantes, las habas, las habichuelas, las alcachofas, las cebollas, las zanahorias, los rábanos, etc.

91 Cerezas, ciruelas, fresas, manzanas, etc.

92 De *Choque*, oro, y de *Hapu* o *Haco*, campo, parte cultivada.

93 Según *El Iris de La Paz*, N° 2, 25 de junio de 1829, la ciudad de La Paz produce al Estado la suma de 124.000 pesos o 620.000 francos.

puede preguntarse hasta qué punto será floreciente el porvenir de esa capital si la industria aprovecha esos productos actuales o los que todavía podrán aparecer. Si el genio manufacturero, desarrollado en el país, se apropia de esos inmensos recursos, se verá levantarse, a la vez, toda clase de fábricas de telas, seda, lana, lino o algodón que se recogen o pueden recogerse en los alrededores mismos; y La Paz, hoy tributaria del extranjero en todos esos objetos de primera necesidad, no sólo se bastaría a sí misma, sino que también podría exportarlos a gran número de lugares de América, mucho menos favorecidos por la naturaleza; en tanto que, en la actualidad, no tiene, en explotación, más que algunas fábricas de sombreros de fieltro bastante buenos. Una fábrica de paños establecida en los Obrajes por los españoles y abandonada durante la guerra, no ha podido ser puesta de nuevo en actividad, en los pocos años que dura la paz en la República. Esperamos que ese estado de cosas no durará más y que los paceños, comprendiendo sus verdaderos intereses, atraerán a los extranjeros, que les ayudarán a afrontar esas reformas cuya necesidad ya sienten perfectamente, puesto que han fundado una escuela de ciencias y artes. Por desgracia, la teoría no les bastará; les hace falta una aplicación razonada.

El clima de La Paz es muy peculiar y, sin embargo, bastante sano. Su gran elevación sobre el nivel del mar (3.717 metros), aunque está cerca del 16° de latitud sur[94], es decir en la zona tórrida, le da una temperatura muy poco elevada. Hace menos frío y mucho menos calor que en París. Hiela casi todas las noches, pero el sol es lo bastante fuerte como para calentar durante el día. Las estaciones son poco marcadas por el termómetro, que se mantiene casi uniforme; más marcadas lo son por las lluvias. Ocho o nueve meses seguidos el cielo está sin nubes, y se experimenta tal sequía que todo se hace árido. Los tres o cuatro meses restantes, de noviembre a febrero, cae frecuentemente granizo; entonces, sólo entonces, es decir en verano, las nubes se elevan lo bastante para pasar sobre la cadena oriental de los Andes; forman tempestades en los valles, y la lluvia o el granizo cae torrencialmente. Es en esa época cuando las montañas vecinas se cubren de nuevas nieves. Las jornadas son bastante calurosas; pero las tardes y las noches son muy frías; por eso no se abandona la capa durante todo el año.

Algunos días después de mi llegada fui a ver la Alameda o paseo público, situada a la orilla derecha de la quebrada. Vista la desigualdad del suelo, su construcción debió costar enormes sumas. Es una hermosa y vasta terraza que domina algo el fondo de la quebrada, cuyas tierras son retenidas por los

94 Por 16°30". *Connaissance des temps*, 1837, p. 37. Observaciones de Pentland.

murallones. Está plantada de hileras de manzanos y cerezos. En el extremo se ve un pórtico bastante sencillo. Ese lugar, como muchos otros, ha sufrido de la guerra, porque los colombianos dejaron allí sus caballos y tuvieron pocos escrúpulos en derribar los árboles; pero, desde 1828, la policía se ocupa de su conservación y de mejorarla todos los años. Hallé poca gente en relación a su extensión; sin embargo, ese paseo brinda una hermosa vista sobre los campos cultivados del valle; y la vista se detiene con placer en la masa imponente del Illimani, que cierra el cuadro. Seguí a los paseantes. Ellos me condujeron al extremo de la Alameda, y de allí al juego de pelota, donde los jóvenes ejercitan sus fuerzas y muestran su destreza. Al proseguir mi excursión, descendí al fondo de la quebrada, para estudiar, desde el punto de vista geológico, las pequeñas barrancas que veía a poca distancia. Al examinarlas, observé a un indio que llevaba, no sin mucho trabajo, una arcilla grasosa en medio de capas de cantos rodados. Creí que era para hacer alfarería, pero una persona que me acompañaba me aseguró que esa arcilla sirve de alimento a los indígenas y que se vende con ese fin en los mercados; recogí muestras y comprobé más tarde la exactitud de esa afirmación. A los aymaras les gusta mucho y la emplean para sazonar la comida, mezclándola especialmente con papas. Esa arcilla, de la cual daré el análisis en la parte geológica, contiene mucho sílice; los aymaras no la comen por necesidad, como lo hacen los otomacos[95], puesto que tienen carne y legumbres en abundancia. El aprecio que tienen por ella no es más que la consecuencia de esos gustos depravados de ciertos niños o mujeres enfermas[96], que terminan por morir víctimas del uso exclusivo de ese alimento. Los habitantes de La Paz hacen de ella un objeto de lujo en sus mesas, que buscan y pagan bastante caro[97].

Vi una tarde pasar un convoy fúnebre, e impresionado por los gritos y llantos que llegaban a mi oído, creí al principio que el difunto debió ser muy amado y muy respetado en la región; pero, al acercarme, vi que los concurrentes españoles permanecían mudos, mientras que cierto número de indias, que acompañaban el cadáver, eran las únicas que lloraban o por lo menos hacían como que lloraban; y me sentí más impresionado por los chillidos que enter-

95 Humboldt (*Voyage aux régiones équinoxiales*, t. VIII, p. 287 y sig.) dice que los Otomacos se alimentan de ella casi exclusivamente dos meses al año.

96 Vi, sobre todo en Santa Cruz de la Sierra, muchos niños con ese hábito, que casi siempre los conduce a la tumba.

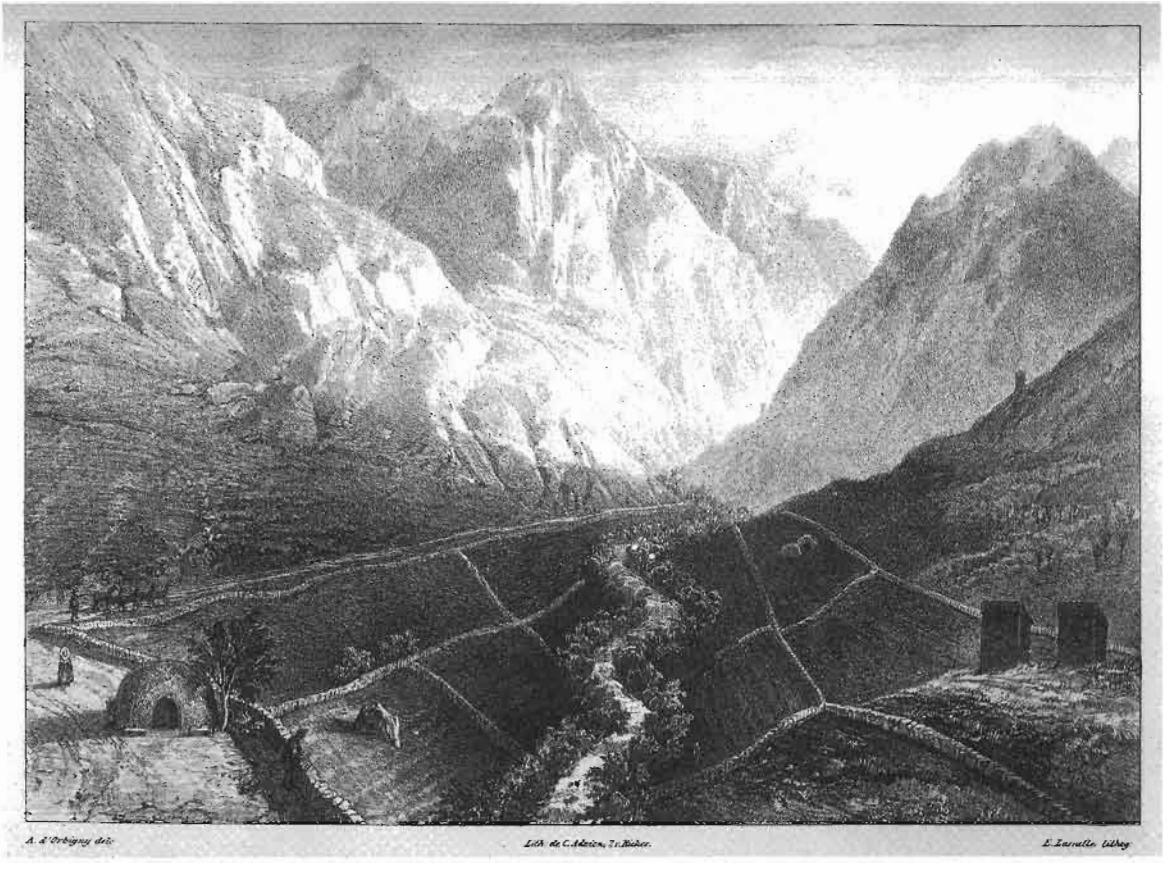
97 Ese gusto de los aymaras paceños por la tierra es tanto más original cuanto que hasta el presente sólo se manifiesta en las regiones muy cálidas, mientras que la elevación de La Paz puede hacerla considerar una región fría o a lo sumo templada.

necido por el llanto. Como en ciertas provincias de Italia, se supone que se siente tanto más la pérdida de una persona querida cuanto mayor cantidad de llorones se lleva a su entierro; sólo que esa demostración no es cara en La Paz: basta distribuir a las indias algo de coca para hacerlas llorar, gemir y sollozar, hasta aturdir a los espectadores.

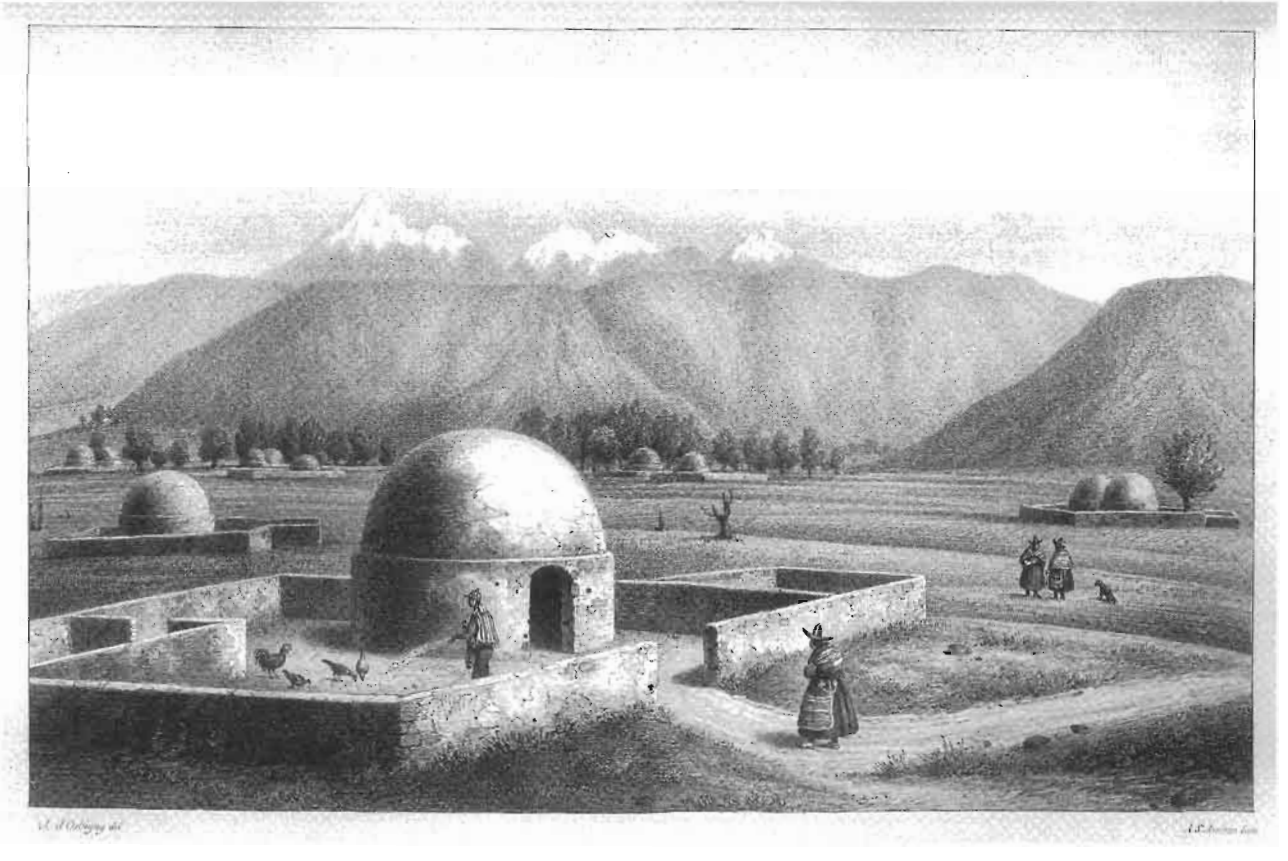
En un circo construido al efecto, hay todos los domingos muchas riñas de gallos, a las cuales asisten y por los cuales apuestan gran número de personas. En Buenos Aires, donde se libran también esos combates, se limitan a animar a los contendientes, dejándoles sus armas naturales, sus espolones y sus picos; pero en La Paz y en toda Bolivia, donde ese juego está muy en boga, se ata a la pata de los gallos una lanceta de acero muy cortante y de treinta a treinta y cinco centímetros de largo, con la cual los dos gladiadores emplumados se hacen por lo común grandes heridas, cuando no se matan en el lugar. Jugadores consumados, designados jueces por la policía, deciden la victoria, mientras los hombres que hacen el negocio presentan a los gallos, los irritan largo tiempo uno contra el otro, antes que soltarlos. Nada más curioso que el aire de importancia que afectan los jueces y el silencio que reina en la sala cuando los combatientes son librados a sí mismos. Se sigue ansiosamente con la mirada sus menores movimientos, como si se tratara del resultado de una gran batalla; y el primero que se da vuelta y abandona la partida, sea a causa de heridas, sea por falta de coraje, hace perder a los que apostaron a su favor. Sumas muy importantes son a menudo apostadas en esa especie de juego, y los jugadores no temen hacer venir gallos de Inglaterra, donde esa diversión todavía existe. Se paga por ellos hasta mil francos, cuando su origen es conocido y cuando han logrado varias victorias.

En el tiempo de los Incas, todos los años, en los equinoccios de septiembre y mayo, se celebraba con pompa la gran fiesta del sol, llamada *Raymi*[98]. Entonces no sólo en el Cusco, sino también en todas la, provincias, los vasallos se dirigían en gran numero junto a sus jefes (*curacas*) y se divertían nueve días seguidos[99], durante los cuales bandas de indígenas cantaban y bailaban, disfrazados cada uno a su manera y más o menos adornados de plumas. Después de la llegada de los españoles, los religiosos demasiado hábiles para no aprovechar ese medio de atraer al pueblo, no prohibieron esos bailes y disfraces; se limitaron a cambiar su aplicación. No se bailó más delante de los Incas, sino delante de las procesiones, en la fiesta (*Santísimo corpus*), el día *de la Cruz*, en

98 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*: lib. II, cap. 20, p. 96; cap. 22, p. 61.
99 Garcilazo de la Vega, op. cit., lib. VI. cap. 23, p. 200; cap. 20, p. 96.



Una vista del Barranco de Palca, camino de La Paz a Tacna.



Una vivienda de los indios quechuas en Cochabamba.

la de San Juan, en la de San Pedro, en cada gran fiesta del catolicismo, y los indígenas pasaron, por decirlo así, sin darse cuenta, de una religión a otra. Debiendo tener lugar tres de esas fiestas en junio, me regocijé por adelantado de poder, al asistir a su celebración, describirlas, seguro de hallar reunidos el mayor número de indígenas.

La víspera de la fiesta del Santísimo Corpus, oí en mi casa la misma música de tamboriles y flautas que me impresionó en el valle de Corocoro, con la diferencia de que ocho o diez bandas diferentes ejecutaban al mismo tiempo y separadamente, sin acorde de medida y de tono, lo que producía la más horrible disonancia. Fue tan fuerte el ruido durante toda la noche que no pude dormir. Fui por la mañana a la plaza vecina, donde me asombró el conjunto burlesco de los disfraces de cada batida de danzantes y la originalidad de ese vestido. Unos tenían en la cabeza un armazón de plumas de avestruz tan alto como sus cuerpos; otros llevaban una máscara enorme, que sostenían levantando el brazo. Cada banda, compuesta de ocho a diez individuos, estaba formada de seis a ocho músicos y de dos bailarines. Los músicos tenían en la mano izquierda sea una flauta de tres agujeros, sea flautas de Pan de diversas octavas, mientras que, con la derecha, golpeaban acompasadamente sobre un tamboril chato y ancho, colgado del lado izquierdo. Con esos instrumentos formaban acordes, o mejor dicho, cada uno ejecutaba una nota; y del conjunto de esos sonidos, sobre diversas octavas, resultaban aires monótonos y tristes. Los músicos de una de esas bandas llevaban sobre la cabeza una enorme corona formada de plumas de avestruz, y los bailarines estaban vestidos con trajes de arlequín. Otro grupo se componía de hombres disfrazados de mujeres, con un inmenso bonete adornado de espejos y plumas de los más vivos colores, sacadas a los más brillantes pájaros de las regiones cálidas. Los miembros de una tercera banda se distinguían por un bonete chino, adornado de cintas y plumas coloreadas. Esos indígenas, en el momento de la procesión, bailaban delante de los palios y de los magníficos altares levantados en las cuatro esquinas de la plaza y cargados de gran número de vasos y adornos de oro y plata. Los indígenas bailaron y tocaron así sin descanso tres noches y dos días. No podía concebir cómo resistían semejante fatiga. El jueves siguiente, día de la octava, las danzas recomenzaron. El 24, día de San Juan Bautista, dieron vuelta a la Plazuela. Los indígenas desplegaron mayor lujo en sus vestidos, pero nada fue comparable a lo que vi el 29, en la fiesta de San Pedro, que tuvo lugar en el arrabal habitado sólo por los indios. Además de los disfraces burlescos, había muchos que reproducían los recuerdos a ellos caros y se hacían con las ropas transmitidas,

9 de junio

sin duda, de padres a hijos, desde los Incas[100]. Es sabido que el cóndor o gran buitre de los Andes era reverenciado por los antiguos pueblos de la meseta y entre los Incas, como lo testimonian esos pórticos monolíticos de Tiaguanaco, de los que hablaré más tarde, y que lo representan en todas partes. Su veneración por ese pájaro tenía por causa que, como se acerca al sol, lo consideraban su mensajero. Lo volví a ver jugando en la fiesta de San Pedro un papel análogo al que jugaba antes en la fiesta del sol[101]. Un indio llevaba la piel rodeándole el cuerpo, de manera que la cabeza entraba sobre la suya, y los brazos del hombre estaban atados a las alas, que se desplegaban a cada movimiento, como si volaran.

Un gran círculo de indígenas atrajo mi atención. En medio se destacaba un descendiente de los Incas, o, por lo menos, uno de los grandes *curacas* (caciques) de los alrededores. Llevaba un manto de terciopelo negro y encima una cota de malla de tela negra, donde brillaba, en el pecho, un gran sol de oro; sobre las espaldas[102] y sobre las rodillas se veía una figura humana también de oro. Su cabeza estaba adornada de una diadema de oro, donde brillaban hermosas plumas y un pájaro colgando, con las alas abiertas, como tratando de picotear la cabeza antes de volar. Ese personaje tenía en la mano una varilla muy larga coronada de flores de plata. Otros dos personajes, revestidos de la misma manera, pero algo menos lujosa, le mostraban la mayor diferencia. Había además, como acompañamiento, tres pajes engalanados con un gran tahalí colgado del cuello, y dos portaestandartes llevando una bandera a cuadros blancos, amarillos, rojos, azules y verdes. A mi llegada, los indios, respetuosamente agrupados alrededor de esos personajes, les ofrecían oficiosamente de beber, lo que hicieron múltiples veces. Los seguí después hacia los alares de las esquinas de la plaza, frente a los cuales los tres Incas bajaron sus varillas y se inclinaron, mientras los portaestandartes agitaban, en todo sentido, sus banderas, en señal de saludo. Esas vestimentas, esas ceremonias, me parecía que evocaban antiguos recuerdos históricos todavía caros al pueblo esclavizado, y me detuve en ellas con placer; pero me resultaba penoso observar, al mismo

100 Véanse algunos en las ilustraciones.

101 Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, lib. VI, cap. 20, p. 196.

102 Ese adorno ha sido, seguidamente, transmitido de siglo en siglo, desde los tiempos más remotos de la civilización de los aymaras, es decir, mucho antes del establecimiento del reinado de los Incas. Lo demuestra habérselo hallado en todas las estatuas de esa época que están en el Tiaguanaco. Es curioso ver ciertas costumbres perpetuarse durante más de ocho siglos, en el recuerdo de un pueblo, a través de tantas calamidades y bajo un yugo tan duro.

tiempo, el chocante contraste de las risas de desprecio de algunos de los asistentes españoles.

Asombrará tal vez el gran número de fiestas y esa costumbre de los bailes indígenas. Es uno de esos abusos que no puede reprimirse. He dicho que, para atraer más fácilmente a los indígenas a la religión católica, los jesuitas y otros eclesiásticos esclarecidos aplicaron, en las fiestas del cristianismo, los bailes religiosos de los incas, concesión de alta política; pero, más tarde, esas fiestas se multiplicaron a tal punto y se hicieron tan obligatorias para los indígenas por las exigencias de los curas de aldea interesados en conservarlas, que constituyen hoy uno de los más fuertes impuestos con que esos desdichados son gravados. Un jefe de familia aymara debe haber necesariamente, una o dos veces en su vida, ostentado el título de *alferes* o jefe de una de esas fiestas. Ahorra con trabajo, durante largos años, privándose de todo para reunir los fondos necesarios para el alquiler de la ropa, la compra de las bebidas y el pago de los derechos que exige la iglesia; y, por lo general, tal indio, después de haber gozado de esa felicidad, se halla, por el resto de sus días, reducido a la más profunda miseria.

24 de junio

La tarde del 24 de junio me brindó un espectáculo muy imponente. Introducida en América por los españoles la antigua costumbre de celebrar la fiesta de San Juan por medio de hogueras, debía fácilmente encontrar imitadores en los indígenas. Estos, que habitan las alturas, en los flancos de la quebrada de La Paz, se complacieron en transportar combustibles a todos los lugares poco accesibles; y, como por encanto, en el mismo instante, la profunda oscuridad de la quebrada fue reemplazada por centenares de fogatas, que proyectaban una viva luz sobre los objetos circundantes y producían el efecto más pintoresco.

A mi llegada a La Paz, me apresuré a escribir a Su Excelencia el Gran Mariscal don Andrés Santa Cruz, presidente de la República de Bolivia, enviándole las preciosas recomendaciones de que era portador, y aguardaba su respuesta, antes de abandonar la ciudad. Ella me llegó pronto y me colmó de gozo. El Presidente me brindaba toda su protección[103], hasta dinero, si tenía necesidad, y me proponía dos jóvenes del país para acompañarme y un oficial del ejército para hacerme respetar.

---

103 He aquí la carta:

Cochabamba, junio 10 de 1830.

Muy señor mío,

He tenido el gusto de recibir la apreciable carta de Ud. de 30 de mayo y las recomendaciones que Ud. me incluye de personas a quienes deseo complacer. Ya había sabido yo, por

Le respondí testimoniándole todo mi reconocimiento por esos generosos ofrecimientos, que me permitirían ejecutar mis proyectos, haciéndome posible recorrer fructuosamente la República de Bolivia, lo que no habría podido hacer con mis recursos personales. Como nada me retenía ya en La Paz, me dispuse a pasar a la vertiente oriental de los Andes, a la provincia de Yungas, apenas conocida de nombre por los europeos y de la que se referían tantas maravillas.

---

mis amigos, que Ud. se dirigía a Bolivia, y lo deseaba ciertamente, porque teniendo una positiva estimación por los hombres de genio, me era agradable poder concurrir a los viajes de que Ud. está encargado tengan un buen resultado, y hagan conocer las producciones de este país, que hasta ahora ha sido casi ignorado en el mundo.

La más grande recomendación con que Ud. se presenta cerca de mí, es la de estar encargado de objetos tan útiles al comercio y a las artes, por lo que yo estoy demasiado dispuesto a emplear todo el influjo del gobierno en favor de sus trabajos, y en este mismo correo hago mis prevenciones al Prefecto de ese departamento; pero sería bien que se dirigiese Ud. formalmente al ministerio solicitando la concurrencia del gobierno. Entonces se podrán tomar algunas medidas en obsequio de su comodidad y se le hará acompañar con un oficial del ejército, y un par de jóvenes del país para que le hagan sociedad en las soledades adonde se dirige. Si a más de esto necesita Ud. algunos auxilios pecuniarios o de otro género para concluir su empresa, puede Ud. indicármelos seguro de que el gobierno de Bolivia tiene la mejor disposición para prestarse a tan útiles objetos.

Este país posee grandes riquezas, principalmente en los reinos mineral y vegetal, y los descubrimientos que se hagan puedan dar un impulso rápido a la industria. Por el viaje, que acabo de hacer, y por los demás informes que he recibido, los puntos más a propósito son las provincias de Caupolicán y Yungas, y la de Moxos en Santa Cruz, y en fin toda la montaña colocada al pie de los Andes. Allí encontrará Ud. la naturaleza salvaje en toda su fecundidad y un excelente teatro.

Por lo demás yo doy a Ud. las gracias por los cumplimientos que me dirige y quiero aprovechar esta ocasión para ofrecerle las particulares consideraciones con que soy su afectísimo y atento servidor.

Santa Cruz.

CAPÍTULO XXVI

Viaje a las provincias de Yungas, Sicasica, de Ayopaya, en la ladera oriental de Los Andes bolivianos

Viaje a la provincia de Yungas

El 17 de julio al amanecer estaba ya preparado; pero tuve, no sin viva impaciencia, que aguardar hasta las dos las mulas que debían transportarme; y, seguido de numerosas personas, que me hicieron el honor de acompañarme algunas leguas, abandoné finalmente la ciudad de La Paz.

Pasé a un cuarto de legua del villorrio de Potopoto, situado en una quebrada que cruza terrenos de aluvión. Ese villorrio, que había visitado muchas veces, está rodeado de campos de trigo y jardines; su quebrada es célebre, a justo título, por el oro que en ella se recoge. Ese precioso metal, que ha provocado, sin duda, antiguas catástrofes del globo, se halla como en Tipoani, en pepitas por lo general bastante grandes[1], diseminadas en los aluviones, que se lavan para extraerlas. El primer villorrio que encontré luego es *Los Obrages*[2] distante una legua de La Paz. Allí poseen los propietarios ricos sus casas de campo y sus quintas de frutales. En efecto, el villorrio de Los Obrages está totalmente plantado de quintas que contienen todas las frutas de Europa y contrastan con la aridez de las

7 de julio

1 He visto esas pepitas, de seis a ocho onzas de peso, mezcladas a muchos pequeños cantos rodados. El propietario de esa explotación retira, todas las semanas, algunas libras de oro.

2 El nombre de *Los Obrages* proviene de una fábrica de paño que se estableció y de la que hoy sólo quedan las ruinas.

tierras vecinas. Marchando por los campos de trigo del fondo de la torrentera, pasé por una quebrada que desciende de la cordillera, y comencé a remontar por la orilla izquierda hasta el caserío de Calacote[3], donde me detuve a pasar la noche, rodeado de numerosas chacras de cereales y en un lugar tan parecido a Francia, que habría podido creerme transportado a los departamentos del Rhône o de Ardèche.

Al día siguiente, a poca distancia de Calacote, remontando hacia la montaña, una de mis mulas dio un mal paso y se rompió una pierna. Ese accidente, que estuvo a punto de detenerme, fue por suerte rápidamente reparado. Vimos en los alrededores, junto a una cabaña de indios, una bestia de carga; mi arriero quiso apoderarse de ella por la fuerza. La india a quien pertenecía vino hacia mí llorando y lanzando grandes gritos. Traté primero de apaciguarla con promesas: no quería saber nada y lloraba siempre. Pensando que el temor de que no le pagáramos fuera la causa, le di un peso. Nunca vi un cambio tan súbito. No sólo esa mujer secó sus lágrimas, sino que se puso de inmediato a reír, y se mostró lo mejor dispuesta a acompañarme a Palca, donde debía entregarle su mula.

Las montañas vecinas presentan el aspecto más raro. Como están compuestas de capas de aluvión, las lluvias las surcan profundamente en todos los sentidos, y dejan pirámides cónicas, puntas agudas, torres o troneras, cuyo conjunto tiene, en su severidad, algo de muy pintoresco, de muy grandioso; y contrasta con los valles completamente cultivados, uno de los cuales tiene, a la derecha, el villorrio de Opaña. Marchando sobre cantos rodados, y por una senda muy mala, llegué a la cima de una colina, de donde vi, por última vez, a La Paz. Enfrente, debajo mío, apareció la profunda quebrada de

las Animas, y a la izquierda se levantaban montañas de aluvión de lo más desgarradas. Hay que descender por caminos horribles, llenos de bloques rodados de asperón, y pasar sucesivamente por muchas quebradas, hasta el lecho que las reúne a todas. Allí se ofreció a mis ojos otro espectáculo. El fondo del torrente sirve de camino; corta, en ese lugar, masas de asperón y de pudingas de la época diluviana, de algunos centenares de metros de altura y cuyas paredes perpendiculares se elevan como altas murallas, del aspecto más salvaje. En ese estrecho abismo, que sigue más de un cuarto de legua, donde el sol sólo llega a mediodía, se destacan los accidentes que las aguas producen en las

3 He dado más arriba la explicación de ese nombre. Aquí proviene de la misma causa; las montañas vecinas presentan un montón de piedras rodadas, que permanecen en forma cónica.

montañas vecinas, pero con formas más variadas y sobre todo más extraordinarias. Flechas o torres de gran altura, generalmente formadas por una gran piedra, amenazan a cada paso derrumbarse sobre la cabeza del viajero, pareciendo sostenerse sólo por encanto; y su desnudez, su color rojizo, la variedad de sus formas, cautivan la atención obligando a admirarlas. Al salir de esa hendidura, volví a ver con placer el campo. Ascendí una pequeña colina, y vi la gran barriada de Palca, fin del viaje del día.

Palca, Yungas 19 de julio

La falta de medios de transporte me retuvo un día en Palca. No me incomodó, en ningún aspecto, porque deseaba tener una idea de las producciones de esa región elevada de los Andes; por eso consagré la jornada a estudiar los alrededores desde el punto de vista geológico, zoológico y botánico. Por la tarde, en una colina que se levanta a la orilla izquierda, junto a una cabaña de indígenas, tomé dos vistas conjuntas, una del valle en dirección de los Andes, la otra de la iglesia, de sus murallas y de las montañas de asperón de transición de que ella está dominada. Palca, situada a tres leguas de la cumbre de los Andes y uno de los mayores caseríos de la provincia de Yungas, puesto que contiene unas dos mil almas, está ubicada a los dos lados del valle. Esa barriada, exclusivamente habitada por indios pastores, se compone de casitas de planta baja, la mayoría cubiertas de cañas, construidas sin orden a orillas del arroyo o sobre las colinas, a diversas alturas. La iglesia es bastante grande; por dentro son notables sus pinturas groseras, entre las cuales se destacan, alrededor de los doce apóstoles, los adornos más burlescos; por fuera, está rodeada de un vasto cerco, cuyas paredes, formadas de pequeños arcos, están provistas, en las cuatro esquinas, de una capilla, y en el medio, de cada lado, de una gran puerta de entrada. El campanario, que se levanta en uno de los lados del cerco, está completamente aislado de la iglesia, disposición original que es poco habitual en todos los villorrios de indígenas de las mesetas altas. El valle de Palca está completamente desprovisto de aspectos pintorescos; apenas se ven algunos zarzales junto al arroyo o cactus en las colinas. El resto se compone de altas montañas en forma de mamelones, cubiertas de algunas gramíneas o presentando el asperón al desnudo. La naturaleza está aún intacta; y, a excepción de algunos campitos de papas, que como pedazos aparte se destacan sobre el césped de las montañas, todos los alrededores, aún vírgenes, sólo son frecuentados por los pastores. Desde allí las montañas se elevan poco a poco hasta las nieves eternas que coronan a los Andes.

Al día siguiente, partiendo a las seis de la mañana, ascendí lentamente el valle de Palca, siguiendo la marcha pesada de mis mulas de carga. Caminé

primero dos leguas y media sobre las cuestas de la orilla derecha del torrente, viendo a esa naturaleza triste serlo cada vez más, a medida que me elevaba. Al

9 de agosto

llegar al extremo del valle, en el lugar llamado Ojacucho, mi guía se detuvo un instante, para hacer descansar a las mulas, antes de ascender el último piso que nos separaba de la cima. Estaba rodeado de montañas secas, donde la roca se ocultaba en ciertos lugares sea bajo algunos fragmentos de césped, sea bajo las nieves eternas. Un silencio solemne reinaba en todos lados, no siendo esas regiones salvajes y heladas frecuentadas ni siquiera por el pájaro viajero. El guanaco o ágil ciervo de los Andes, la gamuza o el camello de esas comarcas, sólo recorren las montañas vecinas, que el pastor montañés teme a veces abordar. El último tramo que me faltaba franquear no era el más fácil: era una cuesta de lo más rápida, que era necesario ascender por un sendero apenas trazado sobre las laderas al desnudo de una montaña granítica, cuyas hendiduras estaban llenas de hielo. Después de haberme detenido más de veinte veces, a causa de la rarefacción del aire, vi la cruz y la apacheta de la cresta, que me indicaban que íbamos a llegar al punto culminante de nuestra ascensión.

Al llegar a la cumbre de los Andes, la admiración pudo más que el sufrimiento que me causó el frío penetrante que me dominaba, y me hizo olvidar los efectos penosos de la rarefacción del aire.[4] Estaba a tal punto encandilado por la majestuosidad del cuadro, que no vi en un comienzo más que la inmensa extensión, sin poder distinguir los detalles. La vista del Tacora me sorprendió; la del conjunto de la meseta boliviana me asombró; ésta, por sus contrastes, me encantó. No era la montaña nevada que creí percibir; no era esa vasta meseta sin nubes y sin vegetación activa. Todo esto era distinto. Al volverme del lado de La Paz vi todavía las montañas áridas y ese cielo azul siempre tan puro, característico de las mesetas. En el nivel donde me hallaba, había por todas partes cimas cubiertas de nieve y hielos, pero, hacia Yungas, ¡qué contraste! Hasta quinientos o seiscientos metros por debajo de mí, montañas cubiertas de una rica alfombra verde de pasto, bajo un cielo puro y sereno. A ese nivel, una vasta cortina de nubes blanquecinas parecían un vasto mar que batía los flancos de las montañas, y sobre las cuales los picos más elevados se destacaban y representaban islotes. Debajo de esa zona, último límite de la vegetación activa[5], cuando

4 Ese lugar, a juzgar por la altura de los lugares circundantes y el límite de las nieves, es el paso más alto de Bolivia y se halla a unos 5.000 metros sobre el nivel del mar.

5 El conjunto de montañas de esa latitud presenta tres climas completamente distintos, determinados por los vientos reinantes y las barreras que le oponen las diversas cadenas.

las nubes se entreabrían, distinguía, a una profundidad inconmensurable, el verde azulado intenso de los bosques vírgenes, que revisten todas las partes del suelo más accidentado del mundo. Dichoso al hallarme rodeado de una naturaleza tan distinta de la que me había ofrecido la ladera occidental y las mesetas de la cordillera, antes de sumergirse bajo esa bóveda de nubes, quise planear un momento arriba de la región de las tempestades. Empero, mis guías me obligaron a abandonar ese lugar, diciéndome que nos habíamos detenido demasiado y que infaliblemente la noche nos cogería en camino, observación que no me impidió recoger muchas plantas interesantes[6] de esa elevada región.

El sendero serpenteaba, por una pendiente de lo más abrupta, sobre granitos en descomposición; ese suelo poco sólido, con frecuencia abarrancado por las lluvias estivales, había obligado a construir en todas partes verdaderos escalones hechos de esquistos, sobre los cuales las aguas superiores corrían lentamente y presentaban un obstáculo más al viajero, obligado a descender así tres o cuatro leguas hasta el caserío de Tajesi. Este, compuesto de una veintena de casas habitadas por pastores, es el último límite de la vida pastoril. A un cuarto de legua debajo, me hallé en la zona de nubes que me envolvieron de golpe, y vi, al mismo tiempo, el comienzo de una vegetación activa. No sabría expresar el placer que me hizo experimentar ese aire cálido y húmedo que se eleva del fondo de los valles, ese perfume de mil flores confundidas que me llegaba, dilatando mi pecho oprimido durante tanto tiempo por el aire seco y enrarecido de las mesetas. El agua límpida y fresca, después de una sed de lo más ardiente, no produce más gozo del que yo experimentaba al respirar; es menester, es cierto, pasar por la misma prueba para apreciar esa sensación, que saboreaba en toda su fuerza. Pasé a la vertiente derecha de la quebrada y con-

---

1° En la provincia de Yungas, y sobre toda la ladera oriental de los Andes, hay nubes siempre, o incluso durante nueve meses del año, que no franquean un límite determinado, detenidas por las montañas. Resultan así lluvias casi continuas y la más hermosa vegetación del mundo. 2° Sobre las mesetas no se muestra una nube durante nueve meses del año; pero al llegar el verano las nubes de la ladera oriental se elevan un poco, y algunas franquean las montañas y pasan sobre las mesetas; entonces frecuentes tormentas, casi diarias, y por así decirlo a hora fija, vierten (hacia las tres) torrentes de lluvia o de granizo, y hacen brotar una vegetación pobre y achaparrada. 3° Esas nubes son detenidas por la cordillera occidental, y así resulta que ninguna pasa a la ladera del oeste, donde, como nunca llueve, sólo existe una vegetación artificial. Así, la ladera occidental, donde nunca llueve; las mesetas, donde llueve tres meses, al año; y la ladera oriental, donde llueve siempre, son las tres zonas bien definidas que existen en los trópicos, en Bolivia y el Perú.

6 La vegetación sólo se compone de plantas que no superan el nivel del suelo, tales como algunas malváceas, valerianas, geranios y violetas de tronco leñoso.

tinué por la mitad de la cuesta, siempre descendiendo los mismos escalones, por un camino horrible. A cada paso se desplegaba una vegetación lujuriosa. Experimentaba una sensación deliciosa, embriagándome con el perfume de las flores, cuyos colores resplandecientes presentaban sucesivamente una mezcla del púrpura más brillante, de azul y de oro, que se concertaban tan bien con el follaje verde intenso; al contemplar esos ligeros pájaros-moscas[7] que comenzaban a aparecer a cortejarlas; esos pájaros emblemas de la inconstancia, que, semejantes a mariposas, no se fijan nunca, o revolotean de flor en flor, sin al parecer preferir a ninguna. Todo, hasta los árboles, cambiaba de naturaleza. No eran más esos troncos lisos de nuestras regiones de Europa, sino troncos cuyas partes se cubrían de plantas parásitas de formas variadas, cada una de las cuales en particular ofrecía un jardín botánico entero. Comencé, finalmente, a sentir las dulces influencias de las regiones tropicales húmedas.

Demasiado preocupado por lo que me rodeaba, demasiado exclusivamente entregado a las diversas impresiones de la jornada, no me di cuenta de que el sol había desaparecido detrás de las montañas, olvidando que, en esas regiones donde el crepúsculo no existe, la noche, no la noche clara de las mesetas, sino la más oscura, la noche de la zona de las nubes, sucede de inmediato al día. La belleza de la naturaleza me había, en cierta manera, ocultado los espantosos caminos que seguía y los peligros de esa ruta sembrada de precipicios, donde el menor paso en falso de la mula sobre los escalones rápidos y poco regulares, siempre mojados por el agua, podía precipitarme a cuatrocientos o quinientos metros de profundidad en el torrente que oía rugir, o romperme las piernas contra las rocas en las cuales había sido cavado el estrecho sendero. Todos estos inconvenientes, a los cuales no les asignaba la menor importancia durante el día, aumentaron con la oscuridad. Creí más prudente poner pie en tierra y conducir a un animal por la brida; pero no viendo por dónde andar, unas veces patinaba por los escalones y caía sobre las piedras, otras veces estaba a punto de rodar por el precipicio, feliz de poder asirme de los árboles y de salir a salvo a costa de fuertes contusiones o algunos rasguños. No podía, empero, quedarme en el camino; me era necesario seguir a mi gente, que estaba algo más adelante. Comencé a desesperar de salir alguna vez de esa ruta infernal, dominado por la sed, el hambre y la fatiga, cuando, hacia las ocho, vi a lo lejos una luz que, reanimando mi valor, me dio fuerzas para alcanzarla. Era el

7 Maté, en ese lugar, una encantadora especie negra, con bonita mancha blanca. *Orthorhynchus pamela*. Nob.

pequeño caserío de Cajapi, donde nadie quiso recibirnos. Fuimos muy afortunados al hallar los restos de un galpón, bajo el cual mis hombres se instalaron para pasar la noche; y la poca amabilidad de los vecinos indígenas nos hizo permanecer hasta las once de la noche sin comer, no habiendo ingerido alimentos desde las seis de la mañana.

Lo confortable de mi habitación no me predispuso a permanecer en el lecho. Por lo demás, podía ser indiferente a la primera mañana pasada en una región tan distinta de las tristes mesetas, cuando esa mañana, en los trópicos, es el momento más delicioso del día, el momento en que las flores se abren, exhalando sus suaves perfumes; el momento en que los pájaros, tan vivamente coloreados, recorren el follaje y cantan sus amores; el momento en que toda la naturaleza despierta, la naturaleza más animada. El amanecer me vio en el campo, donde pronto el sol lanzó sus rayos. Allí, a pesar del intenso rocío de la mañana, ascendía la colina, o contemplaba ese rico valle, cuyas partes, cubiertas de una hermosa vegetación, ofrecen un conjunto de lo más variado, que reposa deliciosamente la vista a la que seduce. Allí, olvidando las fatigas de la víspera, todo me cautivaba, me interesaba al último extremo, desde el árbol gigantesco, cuya cumbre se eleva hasta los cielos, hasta el humilde musgo, que pisaba a cada paso. Todos los seres eran igualmente nuevos para mí; por eso, no sabiendo a cuál dar la preferencia, me cargaba sucesivamente de plantas, corría tras un brillante insecto o cazaba los numerosos pájaros que veía. Sería necesario ser muy indiferente para no sentir el encanto que puede hacer experimentar y la exaltación que inspira la primera jornada en medio de una naturaleza tan nueva, tan variada y sobre todo tan rica en aspectos. Esas montañas húmedas, bajo la zona tórrida, no se parecen en nada a nuestros hermosos valles boscosos de Suiza o de los Pirineos. En estos últimos, todo es pintoresco; pero, ¿pueden compararse esos uniformes bosques de negros abetos, donde el mismo color, el mismo follaje se observa en todas partes, a la mezcolanza de bosques vírgenes de las montañas de Yungas, donde el color es tan variado como el follaje de los árboles, donde los contrastes más intensos se muestran constantemente, sea en la forma de elegantes hojas acuchilladas, enteras, o cortadas a lo ancho, sea en el color brillante de las flores que allí se entrelazan? En nuestros países, el hombre puede a veces ayudar a la naturaleza y embellecerla; aquí, apenas toca un lugar, la belleza del paisaje desaparece, y las plantas que alinea no podrían, de ninguna manera, rivalizar con las que crecen naturalmente en esos lugares, donde se diría que ellas saben distribuirse, para lograr el cuadro más seductor.

Seis leguas me separaban todavía de Yanacaché, primer caserío de Yungas. Hice gran parte del trayecto a pie, para ver mejor y recoger más cosas. Atrave-

sé muchos torrentes por puentes de ramas y crucé dos aldeas, la de Pongo y la de Chojla. En este último lugar, a orillas del agua rugiente, que se precipita con estrépito en medio de bloques graníticos desprendidos de la cumbre de los Andes, permanecí algunos instantes en contemplación. Aún más hermosa que la que había visto sobre las colinas, la vegetación estaba sobre todo adornada de magníficos helechos arborescentes, cuyos penachos, tan elegantemente cortados, caían como sombrilla alrededor de su copa. Esos helechos me recordaron involuntariamente el acueducto del Corcovado, cerca de Río de Janeiro, donde los vi por primera vez. La proximidad de las aguas había atraído gran número de pájaros, unos más brillantes que otros, cuyos cantos animaban aún más el paisaje y me atraían poderosamente. Tomé la orilla izquierda del Río Chacjro; y, por escalones semejantes a los de la víspera, en un pequeño sendero trazado, sea ascendiendo, sea descendiendo, en medio del bosque y de quebradas escarpadas, caminé a media altura de la montaña por un suelo de lo más desigual, donde de un lado dominaba el torrente de algunos centenares de metros, y del otro, se elevaban murallones escarpados, tallados casi perpendicularmente. Deteniéndome a cada paso, empleé tan bien mi jornada en el trayecto, que fue ya al caer la noche que llegué al caserío, donde, a la vista de mi pasaporte, fui acogido lo mejor posible por el alcalde y el cura, y pronto, instalado bajo techo, estuve como en mi casa.

Yanacaché, así como todos los lugares habitados de esa parte de Bolivia, fue construido en la cumbre de una cresta aguda, para librar a los habitantes de la humedad excesiva. Es un gran burgo, que, habitado sólo por indios agricultores, no presenta nada de notable; la iglesia es pequeña; las casas, a causa de la desigualdad del suelo, están muy mal alineadas. Los alrededores son realmente admirables por la vista de las montañas boscosas y por los torrentes que corren en el fondo de los valles. Todo está tallado allí en gran escala, tanto las montañas como los valles que las separan: las primeras son, como lo expresa perfectamente la palabra española

Cuchilla[8] que les aplican los habitantes, un verdadero filo, sobre el cual apenas hay algunos metros de ancho, donde se dividen ambas pendientes. Estas, tan abruptas y a tal punto inclinadas, que a menudo partes enteras del suelo se desprenden y ruedan hasta abajo, muestran al desnudo un esquisto azul en las capas, diversamente inclinadas, formando, por su levantamiento, masas elevadas, a menudo unos mil metros por encima de los torrentes.

8 *Cuchilla* proviene de *cuchillo*, que designa particularmente las crestas cortantes de las montañas.

Cinco días seguidos el eco de los alrededores repitió los tiros de fusil que mis hombres dirigían a la gente alada de esas montañas. Esos pobres pájaros, tan confiados, que el indígena jamás molesta, aprendieron por primera vez a conocer el miedo. Eran tan poco desconfiados, habían sufrido tan poco el efecto de las armas, que, todos asombrados, los que eran respetados por el plomo mortal, permanecían todavía en el mismo lugar, sin huir del cazador. Muy diferente de los indios cazadores aún salvajes, el indio aymara deja desarrollarse todo a su alrededor; se ocupa de los seres que lo rodean para protegerlos y nunca para molestarlos. De ahí proviene la mayor familiaridad de los pájaros de esas comarcas, que a menudo, a menos de un metro de distancia, se creen en perfecta seguridad. ¡Qué diferencia con nuestros países poblados, donde actualmente el más pequeño pájaro huye del hombre tan pronto como lo ve, como el mayor enemigo de su descanso! Esa tranquilidad de los seres les permite multiplicarse de tal manera que los campos, los jardines, los bosques están repletos de un número considerable de bandadas de diversas especies, viviendo cada uno a su gusto, recorriendo incesantemente las montañas y hallando todos un alimento abundante y fácil.

Mi estadía en Yanacaché fue perfectamente empleada en ver, observar, siempre entusiasmado de todo lo que encontraba. Debí, empero, distraerme a menudo de mis ocupaciones favoritas por las preguntas sin número que me dirigían los habitantes, por la absoluta necesidad de ir a visitar algunos enfermos y por Santiago, fiesta del lugar, que me retuvo mucho tiempo. Durante esta fiesta, los indios, disfrazados y engalanados de plumas de todos los colores, bailaron tres días y tres noches seguidas sin parar, ejecutando una música análoga a aquélla de que he hablado en mi descripción de las fiestas de San Juan y del Corpus de La Paz.

El 26 abandoné Yanacaché, para dirigirme a *Chupé*. Volví a seguir a pie por el sendero a mitad de la montaña, y siempre descendiendo por un camino de lo más penoso, en medio del bosque, encontré en varios puntos cabañas de indígenas, junto a hermosos campos de bananos, maíz y coca. Chupé está igualmente situada en la cumbre de la continuación de la misma cresta de montaña y rodeada de campos cultivados. Fui perfectamente recibido por las autoridades, que me señalaron, de inmediato, una casa vacía, donde me instalé. El alojamiento que me dieron estaba, como todos los de la provincia, compuesto de dos pisos. El bajo, destinado a las bestias de carga, nunca se ocupa, sólo lo es el segundo; y esto para sentir menos la humedad de esas regiones, donde las nubes, constantemente detenidas por los cerros, dan casi todos los días lluvias abundantes. Una terrible tormenta estalló la segunda noche de mi llegada y

debí mantenerme constantemente de pie para preservar mis colecciones de los torrentes que el techo, en muy mal estado, dejaba penetrar por todas partes.

La casa que me habían prestado estaba situada en el extremo inferior del villorrio y tan cerca de la cima de la cresta, que de un lado (al sur) al borde del camino, dominaba sobre el Río de Chacjro, y se veían más allá muchos afluentes, que, por grados, descendían de las altas montañas todas boscosas y del más alegre aspecto. Del lado opuesto, al norte, por una gran abertura sin ventana, de la especie de granero poco sólido que habitaba, tenía, en primer plano, un espacio en desorden, donde los más bellos naranjos, de ocho a diez metros de alto, están, en todo tiempo, cargados de flores y frutos, y constantemente cortejados por numerosos pájaros moscas; al lado se veían muchos aguacates (papayos), de aspecto pintoresco, junto a numerosos bananos, de follaje elegante. Mas allá, no se veía al comienzo nada, porque la pendiente de lo más rápida de la montaña me ocultaba las cuestas e incluso el Río Chupé, que corre abajo; pero, del otro lado de ese torrente rápido, a una legua más o menos, tenía también, en anfiteatro, la montaña opuesta con sus bosques sombríos, donde la abrupta pendiente, en dirección de las capas de roca, me brindaba el más bello ejemplo del deslizamiento de una gran extensión de bosques que, descendiendo hasta el torrente, dejaba al desnudo un esquisto azul. Hablo de la disposición de la casa que ocupaba, porque durante tres días seguidos, 27, 28 y 29 de julio, mientras, en mi patria, una crisis política ocupaba todos los espíritus, durante esas tres memorables jornadas, que, bajo los rayos de un sol ardiente, cambiaron de golpe los destinos de Francia, una lluvia continua me retuvo constantemente en mi habitación. Cuando, cansado de escribir, impaciente por mi inacción, contemplaba el campo, mi vista seguía con melancolía esos jirones de nubes blanquecinas, que se elevaban lentamente desde el fondo de los valles, largo tiempo detenidas por los bosques, sobre los cuales se destacaban tan pintorescamente. Las veía sucederse unas a otras en diversas alturas, y a menudo, cuando llegaban a la cumbre, nos envolvían por completo, de tal suerte que los objetos no podían distinguirse a algunos pasos. Interrumpido otras veces por los chillidos de la cotorra parlera, del papagayo hablador, o el ligero zumbido del picaflor, veía a esos pájaros sobre los naranjos, mis vecinos, y entonces, desde mi ventana, me permitía, a mi vez, turbar su reposo, pensando en mi patria, donde podrían figurar un día; en mi patria, donde, en esos días de reclusión forzosa, la querida imagen aparecía en mis recuerdos, sin que supiera si las circunstancias me permitirían volverla a ver.

El 1 de agosto, después de haber aprovechado todos los instantes para recorrer los alrededores, dejé Chupé, a fin de dirigirme al villorrio de Chirca,

distante cinco leguas. Luego de esperar, como de ordinario, hasta el mediodía, la llegada de las bestias de carga, me puse en camino con un tiempo cargado de neblina y humedad. Descendí rápidamente, describiendo zigzags sin número, hasta el pie de la montaña, donde hallé la confluencia de los ríos Chacjro y Chupé. El río continúa con el primer nombre; es célebre, en ese lugar, por la fiebre, intermitente o *terciana*, que ataca casi infaliblemente[9]. El sendero es encantador y poco en relación con los peligros que oculta; sigue por la orilla del torrente, bajo una bóveda natural formada por los más hermosos árboles, entre los cuales noté y dibujé una palmera[10] muy original, cuyas hojas están formadas de hojuelas divididas en grupos y todas truncas en las extremidades, presentando a la vez un aspecto de lo más notable y de lo más elegante. Volví a ver con el mismo interés esa mimosa de hojas acuchilladas (el curupaï de los guaraníes)[11], que, en la provincia de Corrientes, se explota con tanto éxito en las curtiembres. Era un antiguo conocido que me agradaba volver a encontrar en medio de esa región, tan distinta, por sus montañas, a las márgenes del Paraná. A la orilla derecha del río, crucé dos afluentes poco provistos de agua y me hallé al pie de una colina abrupta que debía ascender, por senderos horribles, antes de llegar a Chirca, situada en la cima de la montaña; hermoso burgo, más grande, más poblado y mejor construido que los de Yanacaché y de Chupé. El tiempo era muy malo y los alrededores no presentaban esa hermosa vegetación de mis dos últimas estaciones; por eso decidí no instalarme en Chirca. Me quedé, empero, demasiado tiempo, puesto que por la noche fui asaltado y cruelmente atormentado por un insecto muy conocido de los habitantes de esos lugares, bajo el nombre de *vinchuca*[12].

1 de agosto

Chirca presenta uno de los panoramas más hermosos de la provincia. Domina, a gran altura, al Río Chacjro, cuyo valle, de lo más boscoso, se desarrolla a lo lejos en contornos graciosos y se pierde en lontananza. A la orilla

9 Este lugar, así como muchos otros de la provincia, es muy conocido por esa molesta afección, que impera en todo tiempo, pero más particularmente en el mes de diciembre hasta el de marzo. Casi todos los habitantes son atacados por ella. Los rostros flacos y amarillos de los indígenas, o sus vientres prominentes, indican los terribles efectos de esas fiebres, que diezman anualmente a la población indígena y criolla. Estas fiebres, ignoradas o renovadas, terminan por provocar obstrucciones que matan a los enfermos.

10 *Martinezia truncata*. Brongn.

11 En Yungas se la llama *Chirca*. Ese árbol da, sin duda, su nombre al burgo de *Chirca*, donde es en efecto muy común.

12 La *vinchuca* es una gran chinche, de dos o tres centímetros de largo, que vive en los techos de las casas y por la noche se deja caer sobre las personas y las pica horriblemente. Cada picadura causa fuerte dolor, que se siente durante mucho tiempo.

opuesta se muestran los dos grandes burgos de Milluhualla y Coripata; el primero tan próximo que con un anteojo se ven a los habitantes; el segundo, a dos o tres leguas de distancia, a lo sumo: los dos a mitad de la pendiente, en una posición tanto más pintoresca cuanto que todas las colinas de los alrededores están cubiertas, aquí y allí, a todas las alturas, en medio del bosque, de numerosas chacras cultivadas, con sus campos de coca divididos, a causa de la desigualdad del suelo, por gradas construidas con piedra seca, como los peldaños de una escalera. Esa disposición de las partes altas de los bosques vírgenes para la agricultura local, presenta un aspecto original, muy notable, que contrasta con el conjunto severo del paisaje.

2 de agosto

Chulumani, capital de la provincia, está a tres leguas de Chirca. Me dirigí hacia allí con un tiempo muy malo. Subí primero por encima del burgo, siguiendo una colina desde donde Chirca se ve sobre un montículo aislado, a media altura de una montaña cuyas pendientes recorrí, viendo, de tanto en tanto, hermosas *haciendas* (chacras) dedicadas al cultivo de la coca, o atravesando bosques en los que cada quebrada está cubierta con toda la lujuria de esa rica vegetación tropical. Dos leguas más allá, comencé a descender de nuevo por caminos entonces tanto más difíciles cuanto la lluvia desprendía los esquistos en descomposición de que está formado el suelo, y a cada paso mi mula y yo estábamos a punto de rodar hasta la base de la colina. Llegué así a Chulumani. El gobernador estaba ausente. Fui, empero, muy bien recibido e instalado en un local perteneciente al gobierno.

Mis colecciones eran ya demasiado numerosas para que pudieran ser transportadas conmigo y debí permanecer en Chulumani el tiempo necesario para ponerlas en orden, tomar notas y enviarlas a La Paz. Lo hice con tanto más placer cuanto que diariamente descubría nuevos objetos y completaba mis nociones generales sobre el conjunto de la provincia más renombrada de toda la República de Bolivia, y, sin duda alguna, una de las más interesantes, en muchos aspectos. Permanecí, pues, en Chulumani y sus alrededores veintidós días seguidos, durante los cuales trabajé con una actividad que estimulaba el vivo deseo de volver a emprender pronto mi viaje.

Chulumani, capital de la provincia de Yungas[13], no es empero una ciudad: es un gran burgo, situado a media altura de la montaña, cuyas calles son

13 Los indígenas llaman *Yungas*, en la lengua aymara, a los valles muy cálidos y muy húmedos, favorables al cultivo de la coca; y esa denominación se ha generalizado entre los habitantes; así se llaman hoy *Yungas de la Palma*, los bosques húmedos del norte de Cochabamba y muchos otros lugares que se hallan en las mismas condiciones.

bastante disparejas, las casas mal construidas y donde nada es notable. Desde que se le quiso dar importancia, se comenzó la construcción de una vasta iglesia, destinada a reemplazar una de pobre apariencia. Sin embargo, si por sí mismo el burgo de Chulumani es poca cosa, no sucede lo mismo con los alrededores, que son realmente admirables. Adosada al extremo de un cerro, se descubre al norte, enfrente, la cadena Virgen de San Isidro; y debajo la magnífica quebrada de San Martín, donde el hombre todavía no ha fijado su morada; al oeste, cumbres boscosas; al sur, gran número de cadenas de colinas, que, con sus bosques hasta ahora respetados, descienden de la cordillera. Al este, el paisaje se anima más. La vista franquea las montañas que ocultan profundos torrentes; se ve primero, a poca distancia, sobre la segunda cadena, las primeras casas de Ocovaya; luego, en lontananza, en la cumbre de una gran montaña boscosa, la ciudad de Lanza o de Irupana, que aparece en su integridad. De la pieza donde trabajaba, tenía constantemente ante los ojos esa última vista, y me complací en dibujarla sobre el papel con todas las casas de Chulumani que tenía al alcance de mi vista[14]. No sólo podrá esa vista dar una idea del conjunto del paisaje, sino también establecerá en forma relativa las construcciones del país, que copié fielmente, sin embellecerlas.

El suelo de los alrededores es de lo más desigual. Los paseos brindan, a cada paso, puntos de vista nuevos e interesantes; pero son de lo más difíciles, puesto que es menester constantemente ascender y descender por pendientes de lo más abruptas, abriéndose un camino en medio de los bosques, o siguiendo senderos trazados que conducen a los puntos ocupados por la agricultura, a las *haciendas* o granjas del país. En éstas, por lo general muy pintorescas y dominando las quebradas, se cultiva sobre todo maíz, para la alimentación de los habitantes, y coca, como producto de venta. Es, al mismo tiempo, el principal comercio de la provincia y la gran riqueza del departamento de La Paz. Me dediqué sobre todo a conocer ese género de explotación y a seguir con detenimiento todo lo que se relaciona con esa planta tan renombrada en el país y que ha sido motivo de tantos escritos desde la conquista de América[15].

---

14 Véase ilustración de la página 1150.

15 La *coca*, o mejor dicho *cuca*, de acuerdo a la pronunciación de los indios, reemplaza, en el Perú, al betel de la India. Es el *Erythroxylon peruvionum* de los botánicos, pequeño arbolillo que llega a tener 3 ó 4 metros de alto, y cuyas hojas ovales, alternadas, lisas, están marcadas con tres nervaduras longitudinales. La flor, que aparece en mayo, es pequeña y blanquecina. Célebre en la época de los Incas, estaba entonces reservada para la familia real o sus protegidos (Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, p. 108); pero, después de esa época, el uso se ha generalizado tanto que constituye la rama más lucrativa de la agri-

La provincia de Yungas estaba habitada desde antes de la Conquista de América, lo que me ha sido demostrado por los restos de antiguas tumbas, pero no se dedicó al cultivo de la coca hasta la mitad del siglo XVI, y desde

---

cultura local. La coca sólo crece en los lugares cálidos, muy húmedos y muy boscosos, que se llaman *yungas*, sobre todo en la ladera oriental de los Andes, del Perú y Bolivia. Se eligen en esas regiones los lugares más húmedos; se derriban los árboles y se construyen con piedras secas pequeñas murallas que sirven para retener las tierras en los terrenos en pendiente; y allí, por gradas muy altas, se siembra o se planta la coca. Se siembra a veces en el lugar en diciembre y enero, o se hacen semilleros que se trasplantan un año después. Este método parece preferible. En todos los casos, sólo se hace la cosecha de hojas al segundo año de las plantaciones.

Cuando la hoja se endurece, se la cosecha, lo que se llama *mita*. Se hacen tres o cuatro cosechas al año. Se sacan las hojas una a una, con el mayor cuidado, para no perjudicar a la planta. Se las lleva a plataformas empedradas, dispuestas a ese efecto, donde se secan parcialmente; demasiado sol no vale nada y se prefieren los días nublados. Cuando las hojas están en ese estado conveniente, se las lleva a los depósitos, donde se acaban de secar; luego se hacen pequeños *sestos*, que se entregan al comercio.

El consumo de la coca es general. Los indios la llevan siempre en un bolsita (*chuspa*) que tienen colgada del lado izquierdo. Es para ellos un objeto de primera necesidad. Sin coca, no pueden trabajar; sin coca no pueden realizar ningún trabajo; con la coca, por el contrario, resisten los trabajos más penosos y están dispuestos a todo. En ciertas provincias, los indígenas queman los tallos de la quinua, formando con su ceniza panecillos, que llaman *llipta*, o toman cal, que gustan, de tanto en tanto, mientras mastican la coca. La manera de masticar la coca se llama *acullicar*, y consiste en formar una bola de hojas y mantenerla en uno de los lados de la boca, para exprimir el jugo, a medida que se humedece, y arrojarla cuando ya no tiene sabor.

Las virtudes extraordinarias de la coca han sido elogiadas, después de la Conquista, por el padre Acosta (1591, lib. IV, cap. 22, p. 146) ; por el padre Blas Valera; por Garcilaso de la Vega (*Comentarios reales de los Incas*, lib. VIII, cap. 15, p. 283); algo más tarde por don Diego Dávalos Figueroa (*Miscelanea Austral*, p. 152); y por Ulloa (tomo II, lib. VI, cap. 3). Cada uno ha ido más lejos en sus elogios que sus antecesores. Lo cierto es que, como he obtenido múltiples pruebas, con la coca los indios resisten los trabajos de las minas, en las regiones más elevadas y más frías; que franquean, sólo con la coca y algo de maíz tostado, distancias considerables, cuando son enviados como correos, atravesando las cadenas más ásperas de la cordillera, sin parecer cansados, y llevando, durante largo tiempo, pesados fardos. Hasta muchos españoles han admitido que el solo consumo de la coca les dio fuerza para resistir, en ciertos casos, la explotación de las minas, en las altas regiones de las montañas. Además del consumo general, los indígenas y la mayoría de los habitantes utilizan la coca como remedio para todos los males, tomándola en infusión para las afecciones interiores, o aplicándola en cataplasmas para las lesiones externas.

Con tantas virtudes, puede suponerse la existencia de un inmenso comercio de coca en los lugares donde se consume. Así es, en efecto. Un folletito, sin nombre de autor, publicado en 1832 en La Paz, y que tiene por título: *Descripción, del aspecto, cultivo, tráfico y virtudes de la Coca*, se expresa en los siguientes términos: "Según un cálculo aproximado,

entonces no ha hecho más que prosperar. Hoy adquiere, cada día, mayor importancia por ese cultivo y proporciona mucho dinero a la ciudad de La Paz, capital del departamento del cual depende. Su extensión es inmensa y sólo se utiliza una parte muy pequeña de su suelo; el resto pertenece todavía a la naturaleza, que aún no ha sido turbada, y a pesar de las montañas, ofrece, sin duda alguna, medios de existencia cien veces mayores de lo que los habitantes poseen actualmente[16]. Todas las temperaturas existen en la provincia: comprende en Palca las regiones de las mesetas; está dominada por las montañas más elevadas de América, el Illimani y el Sorata; y las pendientes orientales de las montañas reúnen todos los climas, desde sus nieves eternas hasta los más cálidos de la zona tropical. Así, de un lado, al oeste, sus producciones son idénticas a las de La Paz, y, por consiguiente, a las de los países templados; y del otro, al este, encierra todas las etapas de una vegetación completamente distinta y de lo más lujuriosa. Esta parte, por sí sola, caracteriza a la verdadera provincia de Yungas, considerada de acuerdo a sus producciones; y allí, efectivamente, las nubes, constantemente detenidas mantienen una abundante humedad, fuente de esa naturaleza tan rica en sus detalles, que voy a tratar de bosquejar.

Hay pocos mamíferos en Yungas. Monos ligeros, de variadas especies, recorren incesantemente los bosques más cálidos, mientras que manadas de pecaríes devastan las plantaciones. Por lo demás, los jaguares, así como los otros carniceros, son allí muy raros; sólo las montañas elevadas alimentan al oso de las cordilleras con una hermosa especie de ciervo[17] de pelo duro. Si los

---

se recogen en Bolivia 400.000 sestos (el sesto es de 25 libras españolas) de coca por año; 300.000 en la provincia de Yungas; el resto en las de Larecaja, de Apolobamba y en el departamento de Cochabamba. El precio medio es de 6 pesos (30 fr.) por sesto en La Paz, donde está el depósito general. Resultan así 2.400.000 pesos (12.000.000 de francos) que producen anualmente la venta de coca en Bolivia". Si a esa suma se agregan 241.487 pesos (1.207.435 fr.) que produce anualmente la venta de coca en Perú, tendremos un total de 2.641.487 pesos, o 13.207.435 francos, por año, suma comparativamente enorme con relación a la población, puesto que toda Bolivia tiene a lo sumo un millón de habitantes; habría, pues, que repartir sólo entre la población indígena la suma de 12.000.000 de francos. El número de habitantes puros o mestizos de las provincias que consumen coca puede elevarse, en Bolivia, a alrededor de 700.000 (véase mi trabajo estadístico en *El Hombre Americano*, en lo referente a las naciones aymara y quechua), lo que daría, por cabeza, la suma de 17 fr., 14 cent., sí los cálculos del folleto son exactos. Podría creerse que lo son, puesto que sólo la provincia de Yungas, por derechos de la coca, paga anualmente al gobierno 148.217 pesos o 741.085 francos (*Iris de La Paz*, N° 8, p. 3).

16 Su población actual, en 1829, según el *Iris de La Paz*, N° 8, p. 3, ascendía a 39.759 almas.

17 Que llamé *Cervus antisiensis* (Véanse las notas del Informe al Instituto en 1834).

mamíferos no abundan, no sucede lo mismo con los pájaros; éstos, como ya lo he dicho, son de lo más numerosos, y no constituyen el menor adorno de la provincia. En efecto, los pájaros de Yungas, tan variados como los vegetales que recorren continuamente, ofrecen, a la vez, el plumaje más brillante y los cantos más melodiosos. Una multitud de especies de tangaras, de manaquines y, de cotingas[18], desplegaban en sus bandadas viajeras los más vivos colores púrpura, azul y oro, disputando la copa de los árboles a las cotorras y a los papagayos, cuyo plumaje se confunde con el follaje. Esas bandas en movimiento, mezcladas con los caciques, los tuscanos y multitud de otras especies, se ven a lo lejos, mientras que, en las partes más oscuras, se ocultan a la vez las penélopes chillonas de carne suculenta, el gallo de roca de plumaje de fuego, o el curucú cuyo canto lastimero contrasta con la voz sonora y las gamas aromáticas tan admirables del organito[19], el cantor más perfecto de esos lugares. No terminaría si quisiera señalar las riquezas ornitológicas de la provincia de Yungas; están realmente por encima de todo lo que se pudiera decir.

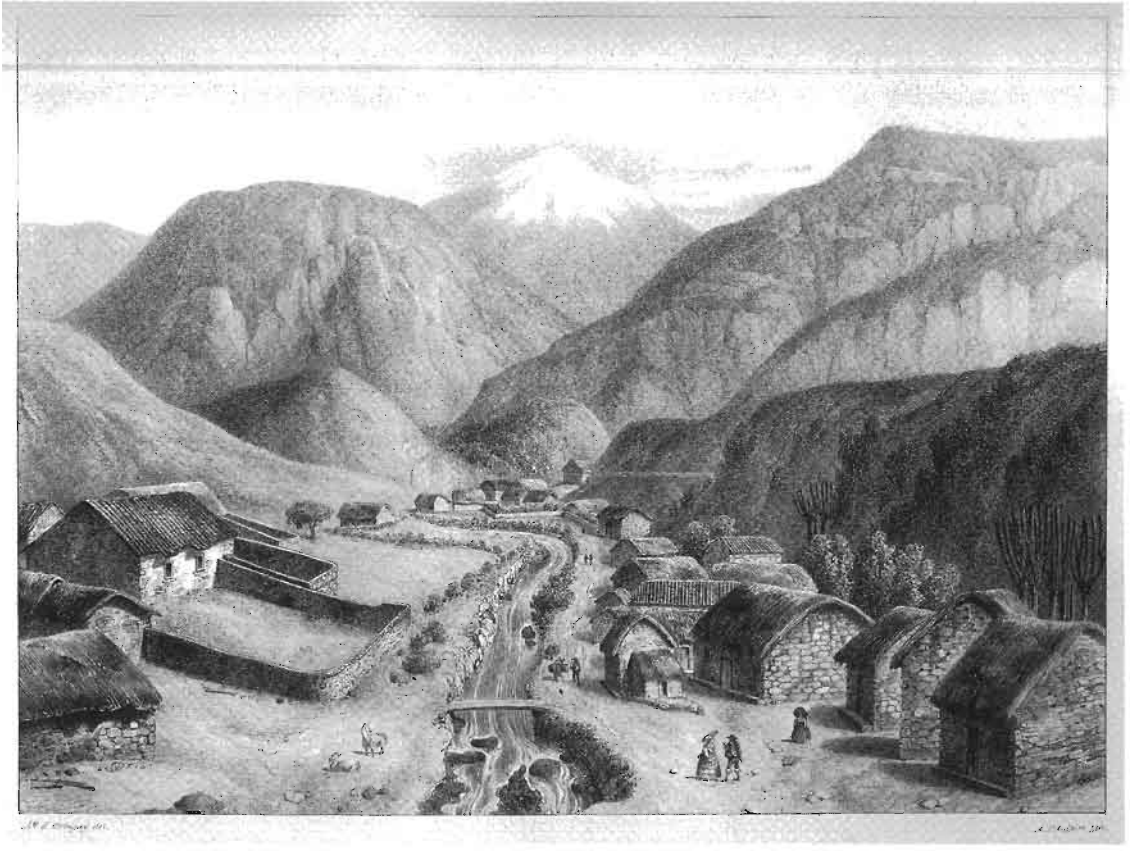
La gran humedad y la sombra son poco propicias para los reptiles; por eso sólo raramente se ven en Yungas, donde se pueden recorrer sin temor los tupidos bosques, sin tener el veneno de las serpientes. Los peces son igualmente raros. ¿Podrían remontar esos rápidos torrentes, que, todavía helados, descienden tan impetuosamente de la cumbre de los Andes? Sólo se hallan, pues, en las partes más bajas da la provincia, en el Río de Tamanpaya, en el Río de La Paz y en el de Coroico, donde los habitantes van a pescarlos como manjares muy buscados. En medio de esa hermosa vegetación se esperaría en vano hallar numerosos moluscos. La conchillas terrestres son muy limitadas[20], y las

---

18 Las especies más difundidas son las siguientes: *Tamnophilus aspersiventer*, Nob.; *T. aterrimus*, Nob.; *T. mentalis*; *Conopophaga ardesiaca*, Nob.; *Turdus olivaceus*, Nob.; *Synallaxis torquata*; *Troglodytes fulva*; *Tachyphonus flavinucha*, Nob.; *Aglaia montana*, Nob.; *A. cyanocephala*, *A. episcopus*; *Ramphocelus atrosericeus*, Nob.; *Embernagra torquata*, Nob.; *E. rufinucha*, Nob.; *Ampelis rubrocristata*, Nob.; *A. viridis*, Nob.; *Tyrannus ferox*, *T. fumigatus*, Nob.; *T. rufus*, Nob.; *T. melancholicus*, *T. rufiventris*, Nob.; *Todirostrum gulare*, Nob.; *Muscipeta albices*, Nob.; *M. obscura*, Nob.; *M. armillata*, Nob.; *M. virgata*, *M. cinnamomea*, Nob.; *Setophaga bruniceps*, Nob.; etc.

19 El *organito*, célebre en el país, es el *Tryothorus modulator*, Nob. Los caciques son los *Cassicus atro virens*, Nob.; *C. cristatus*, *C. chrysonotus*, Nob. Las urracas, *Carrulus peruvianus*, *G. viridi cyaneus*, Nob. Véase mis planchas ornitológicas donde esas especies figuran y son descritas.

20 Esas especies son *Helix Audouini*, Nob.; *H. oresigena*, Nob; *H. Omalo-morpha*, Nob.; *H. ammoniformis*; *Bulimus Inca*, *Tupacii*, *Thamnoicus*, Nob.; *Hygrohyleus*, Nob.; *Marmarinus*, etc.



Vista de la quebrada de Palca.

Vista del pueblo de Palca, cerca de La Paz, Bolivia.

especies no son ricas en individuos. Me han dicho que los insectos son magníficos en Yungas, y lo creo; pero no habiendo vivido en la región más que en el invierno, no he podido juzgar el hecho por mí mismo, siendo esa serie de seres muy rara.

Pasemos a la vegetación. Sólo añadiré pocas cosas a lo que he dicho de la inmensa riqueza de Yungas, desde el punto de vista de las formas, aspecto y lo pintoresco de su conjunto. Me bastará hablar de las plantas cultivadas o de las plantas útiles, que son numerosas. Entre las plantas cultivadas se distinguen el cacao, el café[21], el tabaco, el índigo, el algodón, el maíz[22], la coca, la batata, la yuca o mandioca, la gualusa, la ajipa[23], la suculenta sandía, la chirimoya, la papaya o aguacate, las guayabas, las naranjas, tal vez las mejores del mundo[24], la toronja, el limón, la granada; muchas especies de bananas, ananás, mucha caña de azúcar, y gran número de otras frutas, cuyo nombre sin duda, he olvidado; el suelo es, por lo demás, capaz de producir las plantas especiales de las regiones cálidas de todas las partes del globo, mientras que, en el valle de La Paz, junto a Mecapata, numerosas viñas proporcionan un vino delicioso.

La naturaleza salvaje es todavía más rica. Las partes altas de las montañas, que están al mismo nivel de la zona de las nubes, están cubiertas de muchas especies de quinina, que dan esa excelente *cascarilla*, que nuestro comercio lleva, todos los días, de Bolivia a Francia. Es en las regiones más escarpadas y mas abruptas de las montañas donde el indígena, corriendo el riesgo de desnucarse, va a buscar el precioso arbusto y lo arranca de las rocas que lo vieron nacer. Algo más abajo, en los alrededores de Yanacaché, crece una planta famosa, el *matico*, especie de piperácea, cuyas hojas tienen fama de curar de inmediato las heridas, lo que la hace buscada por los extranjeros, de quienes es de lo más estimada. El *vejuco*, especie de aristoloquia con hoja en forma de herradura, goza también en Yungas, después del paso del botánico Hainck, de gran celebridad, como específico contra la mordedura de serpientes. Podría citar también el bálsamo de Perú, numerosas gomas y resinas, el árbol de la cera, y muchas otras plantas, que ofrecen una aplicación inmediata, sea como drogas, sea como substancias tintóreas. Los árboles proporcionan no sólo madera de enormes dimensiones, sino también los mejores materiales de ebanis-

21 El café de Yungas es de la mejor calidad conocida.

22 El maíz, en esos lugares húmedos y cálidos, se cosecha incesantemente todo el año.

23 Esas dos excelentes raíces son desconocidas en el Brasil y la Guayana; sería una buena adquisición que deberíamos hacer para nuestras colonias.

24 Se venden en Yungas cien naranjas por un real (60 céntimos de Francia).

tería, el gayac, la caoba, palmeras de toda clase, y la mayor diversidad de colores de maderas susceptibles de ser muy bien pálidas y servir para la fabricación de muebles de los mejores.

El reino mineral también es importante en la provincia de Yungas. Están los lavaderos de oro de Chunquiaguillo, de Caiconi, en los ríos Tamampaya y Suri. El primer lugar es sobre todo célebre por la historia de esa famosa pepita de oro que pesaba *cuarenta y siete libras catorce onzas* españolas[25], descubierta en 1730, y que el Virrey, el marqués de Castel Fuerte, envió al Rey de España. En los cantones de Coripata y Coroico se recoge ese metal en medio de la misma roca, y hay muchas minas abiertas. Hay también cerca de Irupana, en el esquisto, una antigua explotación de mina de plata, la *Guequere*, citada como una de las más ricas, pero abandonada a causa del escaso sostén de las rocas circundantes. Por lo demás, la composición geológica es poco variada. Las cumbres muy elevadas son graníticas, recubiertas de esquistos que dan hermosas mesas y son inferiores al asperón siluriano, de una extensión inmensa.

Como salta a la vista, las riquezas naturales de la provincia de Yungas son tan variadas como abundantes, y podrán acrecentar en mucho la prosperidad del país, una vez que la industria se apropie de algunas ramas y aproveche los numerosos cursos de agua y sus pendientes, para establecer molinos, aserraderos y toda clase de fábricas. Entretanto, a excepción del cultivo de la coca y del maíz, ninguna de las producciones es explotada, a causa de la dificultad de los transportes y del pequeño número de lugares de colocación. Todo el comercio se efectúa por La Paz. Las dos rutas de Songo y de Palca son tan difíciles una como otra. Una mula sólo puede transportar dos tablas a la vez y de un peso mínimo, dadas las desigualdades del terreno, los escalones que hay que ascender y la escasa anchura de los senderos. A fin de ponerle remedio, en una visita que acababa de efectuar a Yungas, el general Santa Cruz, amigo de su patria, ordenó la construcción de un nuevo camino, en el cual se trabajaba activamente, cuando regresé a La Paz en 1833. Por otra parte, se ha intentado establecer la navegación del Río de Coroico al Beni, y, por consiguiente, a la provincia de Moxos. Esperamos que esos dos proyectos serán cumplidos íntegramente, y que vías más fáciles permitirán exportar, sin muchos gastos, las ricas producciones de Yungas, mientras la navegación, dando a la población la

25 *El Iris de La Paz*, N° 9, 5 de septiembre de 1829, dice que en pepita, descubierta por Antonio Bulucua, le fue arrancada a la fuerza y sin pagarle nada por el virrey, así como lo declara el mismo Antonio Bulucua, en su testamento, fechado en La Paz en 1778 y conservado en los archivos.

oportunidad de descender a las regiones inhabitadas, no sólo impulsará la civilización, sino también acercará el Amazonas a los Andes, puntos hoy privados de toda comunicación, sembrando en la ruta colonias y comercio, hasta hoy desconocidos.

El gobernador de la provincia, don Dámaso Bilbao, enterado de mi llegada, llegó a Chulumani, donde me demostró una amabilidad extrema; me complazco en testimoniarle aquí todo mi reconocimiento. Hasta el 24 de agosto, mi existencia fue de lo más monótona; pero siendo San Bartolomé la fiesta de Chulumani, los indios se reunieron de todos lados, y vi renovarse los bailes de Yanacaché y de La Paz. Esta fiesta, lo mismo que las de nuestros campos de Francia, atrajo de La Paz un buen número de comerciantes, que instalaron provisoriamente sus negocios. Me permitió calcular el total de la población, cuyas tres cuartas partes se compone de indios aymaras, sin mezcla, que tienen los usos y costumbres de La Paz, una cuarta parte mestizos y algunos blancos, propietarios de las estancias vecinas. Estos últimos forman la burguesía del país. Recibí tanto de unos como de otros los servicios más desinteresados y la hospitalidad más sincera. Al abandonar Chulumani, llevé conmigo agradables recuerdos.

24 de agosto

A pesar de las reiteradas instancias de los habitantes, expedí mis equipajes por la mañana y partí en dirección a Irupana, o Villa de Lanza[26], acompañado del corregidor de esa ciudad, que quería hacerme los honores del camino e indicarme el nombre de todas las corrientes de agua y de todas las montañas, motivo que me hizo de él un guía muy precioso. Irupana está en apariencia tan cerca de Chulumani, que con un buen anteojo se distinguen los menores detalles; por eso, ¡cuál no sería mi asombro al enterarme que cinco leguas del país separaban los dos puntos! Es verdad que la vista franquea dos cadenas de montañas y tres torrentes, y que la distancia es por lo menos triple a causa de los rodeos y pendientes. Un horrible sendero me condujo de Chulumani a la base del cerro, donde encontré el Río de Huanctata, que se forma en las montañas del sur de la capital. Remonté, del otro lado, una pendiente empinada hasta la cima de la montaña de Silata, al este de la cual, a media altura, está situado el caserío de Ocovaya, donde no me detuve, por falta de tiempo. Descendí hasta el

25 de agosto

26 El primero de esos dos nombres es indígena. El segundo fue dado en 1830 por el Presidente de la República para perpetuar la memoria del bravo general Lanza, quien, después de haber prestado los mayores servicios al partido de la independencia, en las guerras contra los españoles, sucumbió en la batalla decisiva de Ayacucho.

pequeño torrente de Solocama, en su confluencia con el Río de Cutusuma, uno de los más caudalosos de los alrededores y de los más notables por la riqueza de la vegetación. Ascendí la cadena de Chicanoma, muy sombreada; y después de descender de nuevo hacia el torrente de Puri, sólo me faltaba ascender la enorme cuesta de Quiliquila, sobre la cual está construida Irupana, a donde llegué por la tarde, bastante cansado por mis continuas ascensiones. Empero, observé que las montañas compuestas de esquistos desmenuzables son mucho menos agudas que las de los alrededores de Yanacaché, lo que se debe, evidentemente, a la naturaleza de los suelos.

Retenido, por la fiesta, permanecí cuatro días en Irupana. Me fue posible, pues, recorrer, en todos sentidos, los alrededores; pero las inmediaciones de esa pequeña ciudad, una de las pobladas más antiguamente en el país, sufrieron la influencia de la proximidad del hombre, y gran número de lugares cultivados o campos abandonados cambiaron totalmente la vegetación, que sólo a gran distancia volvía a tomar su apariencia natural. En uno de esos viajes atravesé quintas de naranjos de mayor hermosura , no de arbustos achaparrados, apenas de dos metros de alto, como se admiran en Francia, en los alrededores de Grasse y de la bonita ciudad de Hyères, sino verdaderos árboles de diez a doce metros de altura, cortejados por los más bonitos pájaros moscas, atraídos por el perfume de sus flores. Al atravesar las hermosas chacras cultivadas, hasta las pendientes abruptas del sur de la montaña de Quiliquila, me encontré de pronto al pie de una bella cascada, donde el agua, precipitándose desde quince metros de altura de una roca esquistosa, formaba una ancha cortina, que, cayendo con estrépito, cubría los alrededores de una espesa neblina, en la cual se pintaban los más vivos colores del arco iris, cada vez que el sol atravesaba la cúpula de nubes que la ocultaba, por lo común, a la mirada. La frescura del lugar, la brillante vegetación que hacía nacer, el canto de los numerosos pájaros que atraía, todo me retuvo mucho tiempo, sorprendido, sin embargo, de no hallar ninguna senda que condujera hasta allí y de ver sitios tan encantadores descuidados por los habitantes.

La composición geológica de las montañas tiene la mayor influencia sobre el aspecto pintoresco de las localidades. Cuando se recorren los Pirineos y los Alpes, se encuentran a cada paso cascadas magníficas que se precipitan desde gran altura. Estaba asombrado de no haber encontrado nada semejante en las cordilleras y los Andes, donde hasta los torrentes, descendiendo por pendientes rápidas, no presentan nunca esos accidentes tan notables que se admira en Cauterés al lago de Gob, en los Pirineos. Cuando, más tarde, me pregunté la explicación de ese hecho, la geología me dio la razón. En los Alpes

y en los Pirineos la cascada de Giessbach en Suiza, las del lago de O, de Bagnères de Luchon y de Gavarnie en los Pirineos, provienen de la dureza de las rocas, cuyas dislocaciones han formado inmensas salientes en gradas, que las aguas no destruyen desde hace siglos, puesto que el granito o la creta endurecida de que se componen resiste al choque más impetuoso. En las cordilleras, la falta de agua, en la ladera occidental, donde las rocas ígneas podrían también producir cascadas, impide, sin duda, que se formen; pero, en la ladera oriental de los Andes, donde las aguas son de lo más abundantes, es, por el contrario, la naturaleza de las capas lo que se opone. El granito está en todas partes en descomposición; los esquistos que lo recubren son, por lo general, desmenuzables. Resulta así que las corrientes se cavan un lecho inclinado y que sólo son detenidas por algunos pequeños bloques más duros que el resto, que no presentan ni ese aparato de resistencia, ni esas elevadas interrupciones, causas de las grandes caídas de agua de las montañas de Europa. Esa diferencia de dureza de las rocas influye todavía más en el aspecto de la región. Las cadenas de montañas de la ladera oriental de los Andes son de lo más abruptas; cada una forma, por lo general, una cresta casi aguda; pero la roca, al descomponerse fácilmente al aire, no puede presentar ninguna parte de esos picos agudos, de esas rocas escarpadas de los Alpes y de lo Pirineos; es por eso que las montañas presentan en todas partes cimas ligeramente onduladas y nada golpeadas ni deshechas.

Ascendí, en medio de zarzales, hasta la cumbre de la cascada, y observé que está formada de una capa más compacta de los esquistos silurianos de las montañas vecinas, capa que resiste mejor los ataques de las aguas. Al retornar, atravesé el campo más hermoso, repleto de bananos, de cafetales, sirviendo de vallados a los maizales.

Otro día dirigí mis pasos hacia otro lado. Remonté el ramal de la montaña de Quiliquila, hasta su unión con la cadena de Coropata, de la cual depende, siguiendo la pendiente norte y dominando un vallecito profundo, de lo más boscoso y del aspecto más alegre, arriba del cual veía de muy cerca, sobre la cima opuesta, el gran caserío de Lasa, uno de los mayores de Yungas. En la cima de la cadena de Coropata la vegetación es completamente virgen y de la mayor belleza. Descendí por su ladera oriental y anduve largo tiempo por las cuestas hasta la quebrada de Juan de Mayo, donde consagré una parte de la jornada a exploraciones de historia natural. Penetrando bajo la tupida cúpula de los árboles, en medio de lianas enlazantes, y abriéndome paso, cuchillo de caza en mano, llegué al fondo de la quebrada, donde el sol no llega nunca. Muchos tipos de árboles crecen arriba de las aguas, a todas las alturas, con sus

ramas siempre verdes y conservando su frescura en medio de una temperatura muy elevada. Allí, los troncos de árboles amontonados hacen que las aguas, retenidas por las rocas, por fuerza corran lentamente y por pequeñas cascadas, que impregnan el aire de tal humedad, que me hallaba continuamente mojado, al recoger esos hermosos helechos, cuyas hojas acuchilladas se entrelazan con los licopodios. Solo, aislado del resto del mundo, nada, en ese lugar salvaje, podía turbar mis pensamientos, fuera del dulce murmullo del arroyo y del variado canto del pájaro, que como yo venía a buscar sombra y frescura. Después de haber estudiado largo rato a los huéspedes ligeros de esos bosques, abandoné la quebrada, con intención de llevar más lejos mi exploración. Anduve por la montaña hasta la cuesta de San Juan de Mayo, de donde denominaba las haciendas más pintorescas, arrebatadas a la naturaleza virgen de los alrededores y que contrastaban con el aspecto severo de las altas montañas boscosas que veía en todas las direcciones. Fue ya de noche que regresé a Irupana.

La ciudad de Irupana es, sin duda alguna, el lugar más importante de la provincia, tanto del punto de vista de su población, como del de su extensión. Las casas son mucho mejor construidas y hay más burguesía. Su iglesia es grande y domina la mayoría de las casas. Todo revela bienestar y prosperidad. Me alojé en casa del corregidor, que tenía para mí toda suerte de atenciones.

29 de agosto

Habiendo sabido el domingo muchas personas que yo poseía un microscopio, me rogaron insistentemente que les mostrara algunos insectos con ese instrumento. Consentí de buena gana y me instalé en el patio del corregidor. Se asombraron a tal punto, que todos los habitantes se reunieron alrededor de mí; y me divertí realmente con la conversación ingenua y las singulares reflexiones de mis nuevos observadores. Me divertí sobre todo mostrando ciertos parásitos a los indígenas, que, viéndolos tan feos, juraron seriamente, por lo menos por el momento, no comerlos como tienen la costumbre en Yungas, así como en casi toda la América Meridional, donde esa costumbre es general, sin que se sienta nada de esa repugnancia que se experimenta en Europa por esos insectos.

30 de agosto

El 30 de agosto abandoné Irupana, seguido de los votos de felicidad de toda la población, desde el cura hasta el más humilde de los habitantes, a quien presté servicios, cortándole las fiebres intermitentes. Salvo en las ciudades de La Paz, Chuquisaca y Potosí, no hay en ninguna parte médico que pueda curar a los pobres enfermos, que, por lo común, mueren por falta de cuidados, lo que explica la celebridad que, muy involuntariamente, adquirí por ese motivo. Todo francés,

de acuerdo a la opinión de algunos de los habitantes españoles o descendientes de españoles, es necesariamente médico o relojero; y mi profesión de naturalista implicaba a la fuerza la de médico, sin que por eso dejaran de pedirme muy a menudo que les arreglara los relojes; a tal punto llega la simplicidad de esas buenas gentes.

De Irupana al villorrio de Circuata tenía por delante unas once leguas del país, sin saber si podría franquearlas de un solo tirón. Me encaminé a la ventura. Ascendí la cuesta de Coropata, y hallé en la cima, en esa dirección, muchos campos cultivados, lo que prueba, como he dicho, que las montañas comienzan a ser menos agudas. Desde ese punto, vi de nuevo, con gran satisfacción, las nieves del Illimani[27], que se dibujaba encima de montañas boscosas. Lo observé con tanto más placer cuanto que venía a confirmar mis itinerarios, tomados hasta entonces con el mayor cuidado. Dos leguas de rápido descenso, en medio de los bosques tupidos de Curupai y del árbol que produce el incienso, me condujeron hasta la granja de La Vega, tan conocida por la fiebre que ataca a uno casi infaliblemente, desde la primera noche, al punto que los indios no pueden vivir allí y el propietario experimenta las mayores dificultades para hacerla cultivar. Más allá de La Vega, en las márgenes poco escarpadas del Río de Porocote, los árboles son altos, y millares de papagayos y de guacamayos se reúnen por bandadas, siempre compuesta de parejas. Es interesante verlos, vistiendo el mismo uniforme, formar como otros tantos batallones, que hacen resonar los alrededores con sus gritos de llamada, muy distintos de acuerdo a las especies. Los campos de maíz que había visto alrededor de La Vega, los atraían sin duda, y esperaban, para devastarlos, el primer momento de descuido de los vigilantes.

Me sorprendió realmente el espectáculo que ofrecía la desembocadura del Río de Porocote en el vasto Río de La Paz[28]. En vez de esas márgenes sombreadas

27 El Illimani está, en ese lugar, al suroeste, 10° oeste, de la brújula.

28 El curso de ese río se ha convertido, para los geógrafos sistemáticos, en motivo de los errores más graves. Es sabido que tiene su fuente cerca de La Paz y que va a arrojarse a uno de los afluentes del Beni, sobre la vertiente oriental de los Andes. Puesto que el río corre al este de los Andes, la ciudad de La Paz debía necesariamente hallarse sobre esa ladera; y, sin otras informaciones, se la ubica, de acuerdo a ese razonamiento, en todos los mapas de Brué, de 1824 a 1836. Pero no es así en la naturaleza. El río y la ciudad de La Paz, como se ha visto, están en la vertiente occidental de los Andes. El río recorre por la meseta una extensión muy grande, al pie del Illimani; luego, de golpe, aprovechando una gran abertura, franquea la cadena y pasa a la ladera oriental, donde acababa de encontrarlo. Ese río y el de Sorata son dos ejemplos interesantes de corrientes de agua que nacen en una vertiente de los Andes y pasan luego a la otra, cruzando la cadena.

y alegres de todos los ríos de Yungas, me hallaba, de golpe, frente a una playa de media legua de ancho, completamente desprovista de vegetación, y en todas partes cubierta de cantos rodados, traídos del otro lado de los Andes por las grandes lluvias. Consideré que una parte de esa naturaleza árida de las mesetas de La Paz, habiendo franqueado los montes, fue transportada por las aguas a ese lugar, donde formaba un contraste de lo más chocante con la vegetación de Yungas. El lecho de ese río, flanqueado por las dos cadenas de Coropata y del Hospital, presenta, a cada paso, la imagen del caos. En tiempo de lluvias, su amplia superficie está cubierta por completo de agua, que acarrea todos los materiales arrancados a las tierras de aluvión y a las capas diluviales de la meseta. Entonces resulta difícil franquearla. En ese momento, el río, muy bajo, estaba dividido en múltiples bracitos diseminados en medio de cantos rodados, de granito, de asperón y de esquistos amontonados, del aspecto más triste. Atravesé diagonalmente y pisé por lo menos dos leguas de ese suelo de transporte, donde nada defiende de los rayos solares, que, reflejándose en el color blanquecino de los cantos, hace sufrir un calor sofocante; por eso llegué con verdadero placer a la confluencia de los ríos de La Paz y Meguilla, donde volví a encontrar árboles y sombra.

El Río de Meguilla desciende de los Andes y contiene mucha agua. Cuando se reúne al Río de La Paz se ensancha y podría servir a la navegación, si no estuviera, en muchos puntos, cerrado entre rocas, obstaculizado por bloques rodados, o embarazado con caídas, a las cuales ninguna embarcación puede resistir. Es, empero, el camino que siguen los indios mocetenes, cuando van desde los bosques del interior hacia las Yungas. Forman una almadía de troncos de palmeras, atadas con lianas, y remontan así penosamente el torrente, llevando sus víveres en odres de cuero, a fin de no perder nada cuando la fuerza de la corriente voltea su frágil embarcación, lo que sucede con mucha frecuencia. Durante mi estadía en Chulumani, los indios de esa nación llegaron hasta allí por ese camino, y yo mismo proyecté embarcarme con ellos para ir a reconocer las regiones desconocidas que habitan; pero el gobernador, sin duda en mi interés, se opuso de la manera más tajante, negándome los medios. Más experimentado después, debí agradecérselo de todas maneras; ese viaje, de lo más peligroso, no me habría permitido traer nada, aunque hallase objetos interesantes. Recorrí la confluencia de los dos ríos; admiré las aguas, tan límpidas como las de Ródano a su salida del lago de Ginebra; vi numerosos peces, que muchas personas se ocupaban de pescar, y reconocí, no sin placer,

29 Es la *Paca lineatus*.

al *sábalo*[29], del Paraná, que tanto se consume en Buenos Aires. En este último lugar, es el pez más común; aquí el sábalo goza de una gran reputación, que debe probablemente a que está lejos de todo medio de comparación.

La orilla izquierda del Río de Meguilla, que remonté, me mostró por primera vez, desde que estaba en la provincia de Yungas, un cambio de forma orográfica y de vegetación. No veía esos torrentes encajonados, que no se pueden seguir por las orillas; hasta tal punto las pendientes son rápidas. No había esa gran humedad que determina una vegetación activa de lo más variada, mezcla de palmeras, de helechos en árbol y de una serie de plantas particulares. Aquí los cerros, más redondeados, menos complicados, dejan, en sus espacios, grandes playas, superficies llanas cubiertas de árboles de gran altura, pero desprovistas de esa mezcolanza de formas de los lugares húmedos. Ese cambio me interesó y me produjo placer. Caminé bajo una magnífica glorieta natural; empero, mientras la admiraba, añoraba la riqueza de aspecto del Río de Chacjro, hallando al conjunto de esa nueva naturaleza demasiado parecido a nuestros bosques de Europa, sin que empero se pareciera lo suficiente como para traerme dulces recuerdos. Persuadido de que esa modificación debía acarrearme alguna variedad en el conjunto de los seres, quise acampar y dormir a orillas del Río de Meguilla. No me había equivocado. Atentas exploraciones me permitieron obtener muchas especies nuevas de moluscos[30] y de pájaros.

No carecía de encanto el sitio donde me había detenido. Establecí mi campamento entre dos brazos del mismo río, en una isla descubierta, rodeada de pequeños zarzales de una sensitiva tal vez más sensible de todas a los contactos, teniendo ante la vista una hermosa especie de carrizo, cuyas hojas se abren en abanico, especie tan común en las regiones tropicales, pero que veía por primera vez. Su ramaje tupido caía, de cada lado del río, formando una gran cortina, que dominaba la cortina más alta de los árboles de la playa; y el horizonte, a derecha e izquierda, terminaba en altas montañas. Si seguía con los ojos el curso del valle, tenía ante mí la más hermosa lejanía, sea que mirase hacia las fuentes del río, sea que mi vista se fijara en el Río de La Paz. Al anochecer, me acosté en la arena, bajo un claro de luna magnífico; y, comparando esa noche con las que había pasado en la meseta de las cordilleras, hallé tal diferencia, que, demasiado absorto en la belleza del lugar, por las reflexiones

30 Los moluscos son los siguientes y figuran todos en la parte especial: *Bulimus yungasensis*, d'Orb.; *Helix ammoniformis*, d'Orb.; H. *omalomorpha*, d'Orb.; *Bulimus marmarinus*, d'Orb.; *B. xanthostomus*, d'Orb.
Los pájaros son: *Conopophaga ardesiaca*, Nob.; *Tyrannus rufus*, Nob,; etc.

que me traía, permanecí mucho tiempo sin pensar en entregarme al sueño, gozando doblemente de mi soledad y de la calma profunda de lo inhabitado.

31 de agosto

Al día siguiente, luego de realizar una batida por los alrededores en todos sentidos, reemprendí la marcha. Pasé a la orilla derecha, donde hallé los primeros árboles sin hojas, habiendo el invierno marcado su paso por el lugar, lo que me asombró tanto más cuanto que no había hallado ningún ejemplo de ello en las partes cálidas y húmedas de Yungas, donde los árboles tienen follaje todo el año. Al llegar frente a la confluencia del Río Meguilla con el Cañamiña, abandoné el primero para seguir el segundo, dejando a la derecha la puna de Miguilla, donde las aguas blanquecinas ruedan con estrépito entre bloques de rocas, y presentan el aspecto más pintoresco. Las orillas del Río Cañamiña, tanto a derecha como a izquierda, están ocupadas por encantadoras colinas, a menudo cortadas por quebradas que me condujeron al sitio donde el valle se bifurca de nuevo. Entonces sólo me faltó ascender la cuesta de Hulmus, para llegar al villorrio de Circuata.

El pueblo de Circuata, antes floreciente, fue, en varias oportunidades, completamente destruido por las guerras de la independencia. Apenas terminaba de cicatrizar sus heridas; por eso, se compone, a lo sumo, de unas cuarenta casas, que habitan los aymaras, de una pequeña iglesia y de muchas chacras a los alrededores. La ubicación es encantadora. Está situado en la cima de una montaña, de donde se dominan dos valles profundos, bordeados de altas cadenas boscosas, cuyas pendientes se dividen en una serie de encantadores vallecitos. Al sur, la naturaleza está intacta; en ninguna parte hay cultivos. Al norte, por el contrario, se divisan hermosas chacras, donde sólo se cultiva maíz. Permanecí dos días en Circuata, donde múltiples paseos me dieron un conocimiento amplio de las montañas y de sus producciones. Allí, como en todas partes, el cura y el alcalde secundaron de buena voluntad mis búsquedas y me prestaron todos los servicios posibles.

Enterado de mi llegada, el corregidor del cantón de Suri, de donde depende Circuata, vino ante mí y quiso guiarme hasta Carcuata, situada cuatro leguas más lejos. Descendí una cuesta bastante larga, crucé el pequeño torrente de Chahuara y caminé por el bosque más de una legua, hasta la cima de la cuesta de Pincaluna. En las montañas, hay ciertos puntos donde, de acuerdo con la forma de las cadenas y la dirección de los vientos reinantes, las nubes son más a menudo retenidas que en otras partes, y donde casi siempre están estacionadas. Esos puntos ofrecen por lo general una vegetación excepcional, y a veces distinta de la de los alrededores. Tuve un ejemplo en mi camino.

Entre dos cimas, entre las plantas más bellas, hallé con placer helechos arborescentes y muchas especies notables de palmeras con hojas de cañas, cuyo croquis me apresuré a tomar[31] y recoger las partes transportables, habiendo resuelto completar, en Bolivia, la historia de esos magníficos vegetales. Siempre bajo la sombra, descendí dos leguas seguidas la otra ladera, hasta Carcuata, villorrio de un aspecto bastante miserable, compuesto de una sola calle, sobre la pendiente de la montaña. El corregidor me había preparado una bonita casa, donde me instalé. En el trayecto, dicho funcionario me habló mucho de los osos que habitan las altas montañas vecinas; por eso le rogué que me consiguiera mulas para el día siguiente, a fin de realizar esa ascensión, tanto más importante cuanto que, desde la cima, debía ver también el Illimani y muchos otros puntos importantes de los Andes.

4 de septiembre

El 4 de septiembre estaba muy temprano en camino a la montaña del Viscachal[32]. Descendí la cuesta hasta el Río de Suri, que pasé por un puente de ramas. Atravesé, más lejos, otro arroyo; después comencé a ascender una pendiente de lo más abrupta, por la cual, sin sendero trazado, hacía continuamente zigzags, para disminuir la inclinación de la pendiente, que hubiera sido imposible ascender sin esa precaución; y, aunque ya me había acostumbrado a las montañas, nunca había encontrado, hasta entonces, una tan difícil. Tanto pisaba el pasto, arriba de un espantoso precipicio, tanto cruzaba las espesuras, viéndome obligado a prenderme de las crines de mi bestia, para no caer hacia atrás. Admiraba entonces el instinto y la fuerza de las cabalgaduras de esas comarcas, que trepaban pendientes por las cuales, en verdad, las cabras apenas podrían sostenerse. Después de dos horas de ascenso, nos detuvimos un instante para hacer descansar a nuestras mulas; y, aprovechando un agua límpida, hice, sin pan, con chuño[33] y chalona, una comida muy frugal, después de la cual continué mi

31 *Euterpe andecola.*

32 *Viscachal* proviene de *viscacha*, animal del que ya he hablado, y de la terminación colectiva española *al*. La palabra significa *casa de las viscachas*, como *cafetal* significa *campo de café*. En aymara, ni reemplaza a *al*; por eso los indios dicen *Viscachani*.

33 El *chuño*, del cual olvidé de hablar en el sitio donde se hace, consiste en papas heladas y secadas luego. Se las pone, en las regiones altas, en el suelo, y allí se congelan durante la noche. Al día siguiente, cuando el sol las calienta, se las frota entre sí; se pelan; después se las deja en el suelo, hasta que están enteramente secas; y, en ese estado, son vendidas con el nombre de *chuño*. De acuerdo al modo de prepararlo, el chuño es negro o blanco. Para comerlo, se lo remoja en agua fría; al día siguiente, se lo cocina con papas comunes. Es un alimento bastante mediocre.

camino. Lo que me quedaba por hacer era todavía más difícil, y si el corregidor no se me hubiera adelantado, yo habría seguramente ascendido a pie antes que continuar a caballo; pero lo seguí, en medio de las espinas, dominando la quebrada a más de mil metros de altura, por una pendiente tan en declive que no veía la continuación de la colina; finalmente, después de seis horas de esa penosa marcha, alcancé la cumbre de la montaña.

A medida que me elevaba, veía las cimas de los alrededores descender en torno mío; y, desde lo alto del Viscachal, la cuesta de Pincaluna y las restantes se convertían en simples colinas sobre las cuales yo dominaba. La extensión que abarcaba la vista era realmente inmensa. Sobre ese horizonte de montañas amamelonadas y cargadas de bosques, que se extendían de todos lados, se dibujaban a lo lejos cuatro grupos nevados que se elevaban por encima del conjunto: uno (también el Illimani) con su doble punta, que, aunque estaba a un grado o veinte leguas de distancia, parecía muy cercano; el otro, menos alejado, el grupo *de la Cruz* formado por la continuidad de los Andes, distante más de quince leguas marinas, de donde descendía el Río de Suri. Los otros dos puntos nevados que quedan al norte, en medio de montañas más boscosas y más cálidas, eran los de *las Bacas* y del *Cargadero* correspondientes a la misma cadena. El radio que se desarrollaba ante mí no tenía menos de veinte leguas; y, si buscaba algún punto de Europa que pudiera ser comparado a éste, creo que lo encontraría difícilmente. La vista de la cumbre del pico del Mediodía, o del pico de Bengonse en los Pirineos, aunque mucho más accidentados por la naturaleza de las montañas, está lejos de abarcar una extensión tan vasta.

En la cumbre de la montaña del Viscachal, creí encontrar una punta o mamelón; pero, cuál no sería mi sorpresa al hallar, por el contrario, una meseta, una hermosa llanura cubierta de pasto y de algunos bosquecillos. La recorrí en todos sentidos para buscar a los osos, sin ver el menor rastro. Entré en los bosques, donde recogí los más bellos licópodos y muchas plantas nuevas, sin hablar de dos pájaros[34] de los más interesantes, que veía por primera vez. Habiéndome sorprendido la noche, me vi obligado a regresar a mi cuartel general, donde se encendió fuego, y cada uno se tendió como quiso sobre la silla de su montura. El frío se hizo tan vivo, sobre todo hacia la madrugada, que aguardé el día con impaciencia. El suelo estaba cubierto de una fuerte helada blanca; y la temperatura era tan distinta de la que había tenido en los valles, que tiritaba hasta que el sol hubo disipado las nubes que envolvían a la montaña.

---

34 *Synallaxis torquata*, Nob.; *Aglaya montana*, Nob.

Cuando finalmente pude ver todos los alrededores, medí una base para conocer la distancia real de la montaña al villorrio de Circuata, y tomé medidas en todos los puntos importantes de los alrededores. Poco después de recorrer de nuevo la cumbre, me dispuse a abandonarla. Si el ascenso fue difícil, el descenso no lo fue menos; y más de una vez temí llegar abajo más rápido de lo que pensaba. Cuando, más tarde, recorrí los Pirineos, donde la afluencia de viajeros no ha hecho abrir, como en Suiza, caminos de vehículos hasta los glaciares[35], los senderos citados por los guías como los peores, no me parecieron comparables con las partes más concurridas de la provincia de Yungas, y, en general con todas las rutas de montaña de Bolivia; mientras que, por lo común, se consideran impracticables e inaccesibles todos los caminos que yo seguía diariamente en mis viajes; verdaderas sendas, de apenas medio metro de ancho, donde el arte nada ha hecho, donde sólo la naturaleza, con sus accidentes, aparece sin disfraz.

7 de septiembre

A los dos días, abandoné Carcuata para dirigirme a Suri. Sólo tenía que hacer tres leguas, que fueron pronto cubiertas. Seguí la misma cuesta durante dos leguas; luego, cruzando el Río de Suri, junto al villorrio de *la Puente*, ascendí la cuesta opuesta hasta el caserío, cabeza del cantón, situado en la cumbre de una colina muy grande, cultivada en todas partes. Vi pocas cosas para la historia natural, pero me vi obligado a permanecer hasta el día siguiente, día de la fiesta del villorrio. Llegaron muchos indios de los campos vecinos, cada uno trayendo su regalo al cura, unos bananas, otros ananás y generalmente todas las frutas de la región. Una banda disfrazada, antes de entregarse al baile, concurrió también a misa, a la cual yo debí necesariamente asistir. Los indios se habían puesto el vestido corriente de los mocetones de las montañas: llevaban una sencilla túnica sin mangas, bordada abajo; sobre la cabeza un turbante de plumas y al costado la *chuspa* o bolsa de la coca, adornada de cintas y de cascabeles hechos con calabazas. Su baile, muy distinto de todo lo que yo había visto hasta entonces, comenzó con una canción quechua, acompañada de cadencias regulares. La medida, ora lenta, ora acelerada, siempre es marcada por el ruido de un bastón chato, al que se atan varillas, que se agitan a intervalos. Observé, en esa reunión de indios, muchos individuos afectados de bocio, de lo más voluminosos; pero comprobé que nunca acompaña a esa enfermedad el cretinismo.

35 Lo prueba el de Grindewald, en el cantón de Berne.

Tenía que andar once leguas del país para llegar a Inquisivi, primer burgo de la provincia de Sicasica. No pude partir hasta el 9, y muy tarde para poder llegar el mismo día. Desde Carcuata ascendí en dirección a los Andes, y vi poco a poco desaparecer la hermosa vegetación de las regiones húmedas, reemplazada por un conjunto mucho menos variado, compuesto sin embargo de plantas de las regiones cálidas. Suri me había mostrado alrededores de lo más pintorescos; y, dejando ese burgo, la campaña era cada vez más seca, a medida que avanzaba. Seguí las colinas en parte desnudas de la montaña de Subluche, arriba del Río de Suri, dando la vuelta a todas las colinas, pasando por todas las quebradas, hasta el arroyo de la Plata, donde vi un vasto valle, el fondo del cual es arbolado, el resto consiste en chacras, y de tanto en tanto, de algunas casitas de indígenas. La naturaleza había cambiado totalmente de aspecto. Nada de esas quebradas profundas, nada de esos bosques húmedos, donde el hombre lucha sin cesar contra la vegetación activa que vuelve a apoderarse de aquello que abandona durante algunos meses. Aquí la naturaleza, por el contrario, está parcialmente desnuda, y el agricultor halla, sin trabajo, tierras excelentes y pastos inmensos; por eso, yo veía, con placer, en las cumbres de las colinas, numerosos rebaños de ovejas, que acompañaban sus pastores. Al atravesar los campos de maíz y de papas, llegué al pequeño caserío de Charapacce, donde la hora avanzada me obligó a pasar la noche. Acampé junto a la casa de una pobre india y le compré una oveja, que, con una docena de palomas salvajes matadas con dos tiros de fusil, vino a reforzar mis provisiones. Desde mi partida de La Paz estaba reducido, como los habitantes, a beber agua; hasta el pan me faltaba a menudo, puesto que sólo los grandes burgos podían proporcionármelo. Los indígenas y las pobres gentes no se alimentan más que de papas y maíz. Nadie caza en esas comarcas; por eso me resultó fácil pagar, en algunos instantes, la hospitalidad de mi india con una amplia provisión de palomas, que, tan mansas como si fueran domésticas, no huían de ningún modo del cazador. Por la noche quise acostarme en un galpón. Miríadas de pulgas me hicieron salir pronto y preferí el medio del campo, alejado de las habitaciones. Charapacce es el último lugar habitado de la provincia de Yungas.

9 de septiembre

Viaje por la provincia de Sicasica

A una legua a lo sumo del villorrio de Charapacce llegué a la cima de la cadena de Cocasuyo, que separa las provincias de Yungas y de Sicasica. Es una

montaña alta, donde experimenté un frío penetrante y me congeló un viento fuerte y seco, que me recordó las cordilleras. Había cambiado, en efecto, por completo la temperatura; y a las regiones brumosas de los bosques húmedos y cálidos sucedió el cielo siempre sereno de las mesetas. Tenía al frente el pueblo de Inquisivi, dominado por montañas amamelonadas, debajo al profundo torrente de Cotuma, separado por una pendiente rápida y sobre todo muy larga. Si ponía la vista en el comienzo del valle, veía al río saliendo de montañas de asperón desnudo, encerrado en un cauce de lo más estrecho. Si, al contrario, seguía el curso de las aguas, veía al valle ensancharse y su curso limitado a lo lejos por una cadena de cerros que lo atraviesa diariamente. Comencé a descender por estrechos senderos que llenan de dificultades la pendiente y los fragmentos de roca que la cubren. Al principio hallé bosques bastante altos; pero, más abajo, en el lugar denominado Sila, desaparecieron y fueron reemplazados por pequeños zarzales, por colinas cultivadas, sobre las cuales había pequeñas cabañas esparcidas. Llegué así al río, donde un calor sofocante se hacía sentir, calor tanto más sensible cuanto que yo había sentido gran frío en la cumbre de la cuesta. Un puente de ramas, cubierto de tierra, me permitió atravesar el torrente, que es de lo más rápido; sus aguas rugientes, cubiertas de espuma, se precipitan con estrépito a lo largo de murallones azulados que han cavado en el esquisto. Sacié mi sed con esa agua helada, que conserva todavía, en su curso rápido, la temperatura de las nieves. Una legua de cuesta bastante inclinada me faltaba por hacer, y la recorrí no sin trabajo, ya que las mulas experimentaban la calefacción del aire y se detenían cada diez pasos para tomar aliento. Esa cuesta presentaba el aspecto más triste. El invierno se hacía presente en todas partes; los árboles estaban desprovistos de follaje, y sin embargo las flores amarillas, de los que algunos estaban cubiertos, anunciaban la proximidad de la primavera. Todos están cargados de una especie de liquen[36], cuyas hojas desliadas, como una larga cabellera, caen de todas las ramas, dando al conjunto el aspecto más raro. Después de haber atravesado esa naturaleza seca y estéril, llegué a Inquisivi. El corregidor me recibió muy bien, me instaló en su propia casa y al atardecer todos los habitantes vinieron a presentarme sus respetos, como si yo fuese un gran señor.

Sicasica
10 de septiembre

Inquisivi, cabeza del cantón, y uno de los mayores burgos de la provincia, está ubicada en una hermosa explanada, a media altura de una montaña amamelonada, cuyos contornos son redondeados. Se compone de una hermo-

36 Es la misma especie que recogí en Iribicuá, en la provincia de Corrientes.

sa plaza, de una iglesia y de algunas casas agrupadas alrededor. Antes mucho más poblada y floreciente, Inquisivi se vio arruinada por completo, en diversas ocasiones, durante los catorce años de las guerras de la independencia. Los españoles se acantonaron allí, en un fuerte cuyas ruinas se ven todavía, durante largos años, constantemente hostigados por los independientes, dueños de los campos vecinos. Habría podido recoger numerosos informes acerca de los diversos incidentes de esa larga lucha, porque la conversación de los habitantes no versaba, por decirlo así, más que sobre ese tema; pero el deseo de mantenerme siempre al margen de la política me hace abstenerme de entrar aquí en detalles, que no son, por lo demás, más que de interés local.

Las cimas y las partes elevadas de las montañas vecinas están cubiertas de pequeños zarzales y pastos, donde pacen constantemente numerosos rebaños. Las partes menos en pendiente están cultivadas y sembradas de trigo y maíz, y el aspecto general es análogo al de ciertas partes de las montañas de los Alpes Bajos. A primera vista temí encontrar pocos objetos de historia natural. No sucedió empero así. Las cuestas, en apariencia áridas, eran visitadas por las más hermosas especies conocidas de pájaros moscas. Es allí, en efecto, que encontré el magnífico safo[37], de plumaje de fuego, el pájaro más brillante de su familia.

Después de tres días de permanencia en Inquisivi, falto de medios de transporte, volví a ponerme en camino. Recorrí la continuación de la colina, cruzando dos vallecitos. Se cultivan todos los lugares susceptibles de serlo, mientras que los valles o las cimas de las montañas muestran en todas partes rebaños de ovejas o de vacas que pacen libremente. Después de dos horas de marcha, llegué a la parte elevada de la cuesta de Huntul, desde donde dominaba la profunda quebrada de Titipacha, al otro lado de la cual, en la montaña opuesta, vi el villorrio de Capiñata, fin de la jornada. La ruta que conducía allí directamente, desciende la cuesta y sube del otro lado. Como quería ver muchos pequeños caseríos, y sobre todo las minas de plata, explotadas, preferí dar la vuelta al valle y hacer el doble de camino. Tomé a la derecha, sobre la colina; pasé junto a la capilla de Titipacha, rodeada de casas de indígenas y de campos labrados; a poca distancia, encontré el caserío de Acutani, donde vi, no sin placer, en todas par-

14 de septiembre

37 *Orthorhynchus sapho*. Poseía el primero de esa especie, pero, en Cochabamba, un criado infiel, conquistado por el ofrecimiento de un comerciante inglés de Tacna, cuyo nombre callo, me lo robó, junto con el O. *Gouldii*, que llegaron a Europa antes que yo. Se me adelantaron, pues, en la publicación de esos magníficos pájaros, que sin embargo yo había descubierto.

tes, huertas de duraznos, manzanas y peras en flor, que me recordaban mi patria. El paisaje, en efecto, armonizaba perfectamente con esos árboles importados del Viejo Mundo. Los campos de trigo naciente, las vacas y las ovejas en las colinas, y hasta las cabañas cubiertas de cañas, todo se parecía a nuestros caseríos franceses de Auvernia o del Lionés. Llegué al Río de Tucumariri, que desciende de los Andes, y hallé, a su orilla, la capilla de Corachapi, perteneciente a la fábrica donde se explota el mineral de plata de Huala. Vi, a unas dos leguas, las bocas de las minas y los montones de escombros.

La explotación es de lo más sencilla. Se trae el mineral extraído y escogido; se reduce a polvo, por medio de dos ruedas de piedra, que giran alrededor de un eje común; se pasa por un tamiz, se pone en el horno, luego se amalgama con mercurio; se le expone así al aire, humedeciéndolo a menudo. Los indios están constantemente ocupados en removerlo; después, cuando se juzga que la amalgama está completa, se conduce esa pasta al lugar del lavado, que consiste en un agujero provisto de cuero, donde el agua cae desde lo alto, para lavar y extraer las partes heterogéneas. A la salida de ese agujero, de dos metros de ancho, donde un hombre patalea constantemente, existe un pequeño foso, donde se detienen por fuerza las partículas más pesadas; allí, otro hombre remueve continuamente la mezcla, para separar la tierra. De ese fosito parte un canalito, igualmente provisto de cuero, donde, de tanto en tanto, hay todavía pequeños fosos, destinados a retener las partículas más pesadas; en la extremidad del canal hay un gran depósito, que cuando está demasiado lleno rebasa su contenido en el campo. El movimiento que se imprime en todos los puntos separa las partículas más livianas. Una vez terminada la operación, el primer depósito, así como los demás, no contienen más que la mezcla de mercurio y plata, que se presiona para separar de la plata la mayor cantidad posible de mercurio. Se forman así panecillos de diversas formas, que se someten al tostaje para extraer el resto de mercurio. Esos panes son conocidos con el nombre de *plata piña*. Las leyes del país prohiben con mucha severidad la exportación de plata piña, no debiendo la plata exportarse más que en moneda, y pagando grandes derechos. La plata piña constituye, empero, como se sabe, una de las ramas lucrativas del comercio extranjero, que es muy activo, a pesar de las precauciones que los gobiernos boliviano y peruano toman para impedirlo.

El propietario de la mina puso una amabilidad infinita en mostrarme su explotación en sus menores detalles, y hasta me dio algunas muestras del mineral. Al abandonarle, me dirigí a la mina de Huala, donde hallé las galerías abiertas en el esquisto azulado de transición. Recorrí la entrada de las más bajas, y no me pareció del menor interés penetrar más adentro. Llegué después

a Capiñata, donde el alcalde me dio por alojamiento un granero sin puertas ni ventanas. A mi partida de La Paz, sabiendo que recorrería comarcas donde no se hablan más que los idiomas indígenas, el aymara y el quechua, llevé conmigo un joven intérprete de esas dos lenguas. Tuve ocasión a menudo de felicitarme de esa precaución, en zonas donde nadie habla español. En Capiñata ese intérprete me fue indispensable; no hallé ningún español, y hasta el alcalde, aymara también, sólo sabe algunas palabras castellanas, lo que no me impidió ser bien tratado y obtener todo lo que deseaba. El villorrio de Capiñata, construido junto a la cumbre de la montaña de Pumulú, está formado de una plaza, de una iglesia y de unas cuarenta casas de indios. Está a seis leguas de Inquisivi, de la cual depende. Los alrededores me ofrecieron el mismo aspecto y las mismas producciones que en Inquisivi. La paz de que gozan los animales de caza en esas comarcas es tal, que desde la ventana de mi granero maté todos los que quise, tanto tórtolas como palomas, que venían familiarmente a posarse en medio de la plaza pública.

16 de septiembre

En la dirección que seguía, al norte de los Andes orientales, nada faltaba todavía ver, en la provincia de Sicasica, el cantón de Cavari cuya capital está a ocho leguas. Me puse en camino hacia allí. Estuve pronto en la cumbre de la cuesta de Pumulú, donde experimenté un frío penetrante. Esa cuesta, como todas las montañas de arenisca de los alrededores, es bastante redondeada y la cumbre está cultivada por completo. No se parece, de ninguna manera, a las crestas agudas de los alrededores de Yanacaché y de Chupé. Aquí la cuarta parte, más o menos, de los alrededores de los pueblos es empleada en la agricultura, mientras que en Yungas la agricultura sólo ocupa un espacio muy pequeño, en relación al conjunto. Había abandonado del todo la zona de los bosques. Si, desde lo alto de la montaña, escudriñaba los alrededores, no veía más que bosquecillos espinosos, achaparrados, en las cumbres de las montañas o en el fondo de los valles; por lo demás, no veía más que pequeños zarzales cubiertos de espinas, que crecen con trabajo en un terreno muy seco. Todas las regiones agrícolas de esa provincia, aunque situadas en la cima de las cadenas, toman, en la región, el nombre de *valles*[38]. Desde la cumbre de la cuesta se mostraba, en el fondo de la quebrada, el Río Colquiri.

38 Cada zona de terreno tiene, en el idioma español, su nombre local particular. Así como he dicho, las mesetas muy elevadas, como las de la cordillera y las vecinas a las nubes, se llaman *puna brava*; las mesetas menos frías o montañas menos elevadas, son conocidas con la simple denominación de *puna*; los valles secos, donde se comienzan a cultivar los cereales, se llaman *valles*; los valles más cálidos, pero siempre secos, donde pueden crecer la viña y la caña de azúcar, llevan el nombre de *valles fuertes*; y, finalmente, las montañas boscosas, muy húmedas y muy cálidas, son las *Yungas*.

Me creía muy cerca, pero no era así. Descendí dando innumerables rodeos, para disminuir la pendiente, en medio de estrechos senderos, apenas trazados, llenos de piedras desprendidas, que ruedan bajo los pasos de las cabalgaduras y las hacen a menudo resbalar algunos metros. Esos pobres animales, para resistir a la pendiente y retenerse, avanzan las patas de atrás, como punto de resistencia; así no tropiezan casi nunca. Su instinto, en esos terribles caminos, es realmente extraordinario. A pie, daría trabajo caminar, sin tropezar a cada paso, corriendo, además, el riesgo de rodar algunos centenares de metros hacia la base de la montaña. En mula, por el contrario, uno confía a tal punto en la seguridad de la marcha de su bestia, que se desliza por las rápidas pendientes, se salta por encima de los bloques de rocas o se franquean las grietas, sin que nunca llamen la atención esos accidentes del terreno: es un asunto de la cabalgadura y no del jinete, que se limita a ayudarla con las riendas. Durante cuatro horas seguidas descendí, en medio de un suelo pedregoso, salpicado de zarzales de quebrachos, de algunos cactus en forma de árbol y de mimosas espinosas. El campo era tanto más triste cuanto, poco tiempo antes, había sido completamente quemado[39].

Toqué, finalmente, las márgenes del río, donde el calor sofocaba. Las aguas, entonces poco caudalosas, de un ancho de veinte metros a lo sumo, corrían con fuerza en medio de una playa de cerca de media legua de ancho, cubierta de cantos rodados, y completamente deshabitada, a causa de las fiebres intermitentes que allí reinan, y por la falta de tierra susceptible de cultivo. Es, en efecto, el más triste lugar del mundo. Me detuve un momento; y, contemplando el camino que me quedaba por recorrer, casi me asusté. Estando Cavari del otro lado de la montaña, tenía que ascender por lo menos tanto como lo descendido, por pendientes tan abruptas y por caminos tan malos. Es necesario, según los cálculos de los habitantes, ascender cuatro leguas, que me llevaron seis horas de marcha, jadeando las mulas y sintiendo a menudo la necesidad de detenerse. Hallé las mismas plantas, la misma aridez que del lado opuesto; pero la cumbre no da nacimiento más que a plantas gramíneas y a cardones, que han alejado, en muchos puntos, el cultivo del trigo, de la papa y del maíz. En las partes culminantes, del otro lado, antes de llegar a Cavari, encontré con interés *chulpas* o antiguas tumbas de los aymaras, más grandes, pero cons-

39 Es una costumbre general en América aprovechar la estación seca para incendiar el campo, a fin de renovar los pastos e impedir que crezcan los zarzales. La he observado en Corrientes y en las Pampas; debía volverla a encontrar por todas partes en el interior de Bolivia. Se cree obtener así una planta más tierna, más apropiada a la nutrición de los animales de carga y destruir a los reptiles, con todos los animales que no puedan huir. Es una verdadera calamidad para el naturalista, que no halla nada, después del incendio.

truidas en tierra, como las que vi en Palca. Lo que aquí presentaban de interesante es que, construidas sin duda por los aymaras, puesto que los quechuas practicaban fosos para enterrar a sus muertos, están hoy junto a un burgo, donde no hay más que quechuas, colonia moderna, provenientes del este o del sureste. Yo debía vivir desde ese momento con esa nación, siendo Inquisivi, de ese lado, el último lugar habitado por la nación aymara. En el fondo del valle, a una hora, el termómetro centígrado daba treinta y dos grados; en la cima de la cuesta de Chulpa Chirca[40], lo hallé, a las seis de la tarde, en seis grados. Esa diferencia de temperatura me hizo experimentar una sensación muy intensa de frío, que un viento muy fuerte hacía aún más viva.

Cavari se levanta al este de la montaña, muy cerca de su cumbre. Fui recibido lo mejor que podía pensar por el corregidor, que me hizo compartir su casa. Al día siguiente recorrí el burgo, compuesto de una hermosa iglesia, de una plaza y de gran número de casas habitadas por indios quechuas. Es la cabeza del cantón de cinco o seis capillas diseminadas por las montañas vecinas; las principales son Cascavi, Charula y Carava. Todos los alrededores están cultivados; y, desde los puntos elevados, el panorama es muy hermoso, pudiendo la vista abrazar una gran parte del curso de los ríos Colquiri y Ayupaya, que se unen a algunas leguas de distancia. El aspecto de las montañas situadas al este me pareció tanto más agradable cuanto una corta lluvia, que cayó por la noche, las revistió de una ligera capa de nieve, contrastando con el fondo ardiente de los valles.

Antes de abandonar la provincia de Sicasica, echaré una ojeada rápida a su conjunto. Está situada a ambos lados de la cadena oriental de los Andes; y, por consiguiente, participa de las producciones de las mesetas y de los valles cálidos. Sin embargo, como lo hemos visto por las partes ya descritas, es completamente distinta de la provincia de Yungas en cuanto a su vegetación, sus productos, su aspecto pintoresco y la forma de sus montañas. Depende del departamento de La Paz, y hasta una parte de sus riquezas cubre las márgenes de ese río, antes que atraviese los Andes. En los alrededores de Sicasica, sobre las mesetas, hay las mismas producciones que en La Paz; sólo se ocupan de la cría de ganando y el pastoreo de rebaños. Los cantones de Cavari, Inquisivi y una parte de los valles de La Paz y de Caracato, presentan los más hermosos cultivos de trigo, maíz y papas. En esos mismos valles, algo más abajo, se reco-

40 *Chulpa Chirca* es aymara y se compone de *chulpa*, tumba, y *chirca*, nombre de una mimosa de hojas aflechadas, que dan la cascarilla; así, el nombre de la montaña sería *Mimosas de las tumbas*, denominación que no deja de tener su poesía.

ge un vino delicioso y caña de azúcar. No dudo que se pueda introducir fácilmente la cría del gusano de seda, y, por consiguiente, ahorrar la considerable salida de fondos destinados a comprar fuera las telas de seda que se consumen en el país. El lino y el cáñamo podrían también cultivarse con provecho en los valles algo más elevados; y esas dos materias primas, junto con la abundancia de lana, darían nuevo impulso a la industria, en una provincia donde numerosas corrientes de agua y las pendientes de los ríos proporcionan todos los medios posibles para el establecimiento de toda clase de fábricas. Se han limitado, en esa provincia, a la explotación de minas; y durante el siglo pasado la agricultura sólo se ha dedicado a satisfacer las necesidades más apremiantes de los trabajadores. Hoy, que casi todas las minas están llenas de agua y no pueden ser explotadas, se ha podido extender la agricultura; pero queda mucho por hacer para elevarla a la perfección que debe alcanzar, aplicando los conocimientos teóricos de algunos países europeos, como Francia e Inglaterra. La primera medida de progreso sería dejar de prender fuego a los campos, lo que ocasiona el desmonte de las partes boscosas. Así resulta que las nubes se detienen menos, las lluvias disminuyen anualmente y el agricultor se queja de la sequía que anula su cosecha, mientras que no tendría más que dejar actuar a la naturaleza, para lograr, en la economía agrícola, un cambio de lo más favorable.

La provincia de Sicasica es una de las más abundantes en minas de plata. Gran número se explotan todavía, como las de Suanca, Pacoani, Calamarca, Laurani, Coacollo, Yuncayancani, Choquetanga, Corachapi y Acutani, de donde se sacan grandes beneficios; pero las más ricas, las de Colquiri, Antara y Abara, en el cantón de Cavari, de Ayoayo, están hoy invadidas por las aguas. Las minas de oro de Choquetanga y Avara ofrecen también, por épocas, grandes beneficios. La explotación de minas es, en general, de lo más insegura. El número de personas que se han arruinado por completo es treinta veces mayor que el de individuos que han retirado verdaderas ganancias. Es un juego de azar que los habitantes prefieren a la explotación cierta y segura de la agricultura o de la industria, fuente de toda prosperidad real. Hay principalmente en el rico valle de Caracato, junto al pueblo de ese nombre, y en Belén, muchas fuentes termales, que brindan baños muy efectivos a los enfermos y producen muchas concreciones calcáreas, empleadas en la fabricación de cal. Hay en la provincia diez y siete burgos habitados, en parte, por indios aymaras. Su población es de alrededor de 58.300 almas y sus productos anuales dan al Estado 54.383 pesos (271.915 francos)[41].

41 *El Iris de La Paz*, N° 8, 29 de agosto de 1829.

Viaje por la provincia de Ayopaya

1830
Ayopaya
18 de septiembre

En Cavari, vi los límites de la provincia de Sicasica, y, al mismo tiempo, el último lugar habitado del departamento de La Paz, Machaca o Machacamarca, a donde debía ir, dependiente de la provincia de Ayopaya, departamento de Cochabamba. Debía también, durante mucho tiempo, abandonar la lengua aymara, para sólo oír hablar el quechua, antiguo idioma de los incas. Al abandonar Cavari, seguí la pendiente de la colina[42] por unas dos leguas, atravesando siempre tierras cultivadas, sembradas de trigo y maíz, teniendo delante la nieve que cubría las cumbres; a mis pies el Río Ayopaya, límite de dos provincias, en las márgenes del cual vi una vegetación que anunciaba los dulces efectos de la primavera. Todo eso se mostraba en algo así como un abismo, donde era menester llegar. El sendero apenas trazado, suspendido sobre el río, sólo cruzaba durante mucho tiempo terrenos secos, calcinados, cubiertos de una vegetación pobre, achaparrada, caracterizada por numerosas plantas espinosa; luego, esa zona contrasta con las mimosas de color verde tierno, que forman bosques de especies variadas, por su elegante follaje aflechado, por sus bonitas flores amarillas en penachos, cuyo suave olor hace que se las llame *aromas*[43]. En el fondo de los valles, al abrigo de los vientos del suroeste, se experimenta un intenso calor de refracción tanto más sensible por cuanto en la cumbre de las colinas el frío es muy intenso, y la transición tiene lugar a lo sumo en algunas horas. Después de haber atravesado el cerco de mimosas que bordea, al pie de las colinas, el lecho del río, llegué a una gran playa de cantos rodados, en medio de la cual hallé aguas límpidas, corriendo con fuerza en una anchura de veinticinco a treinta metros; aguas engañosas, cuyo aspecto cristalino, así como los encantadores bosques de sus orillas, ocultan influencias pestilentes, fiebres agudas, sea intermitentes, sea continuas, mortales en pocos días. Evitadas por los habitantes[44], y hasta, se diría, abando-

---

42 Para designar este tipo de *caminos trazados horizontalmente sobre pendiente de una montaña*, la lengua española emplea, en vez de una perífrasis, la palabra *ladera*, que todo lo dice.

43 Son bosques análogos, por la altura, el follaje y las flores, a los bosques de *espinillos* de la República de Buenos Aires y a los de la llanura de Santiago en Chile. Si no son de la misma especie, son por lo menos plantas vecinas.

44 Se cree por lo general que las fiebres intermitentes no se producen más que en los pantanos o en los lugares donde las aguas se pudren. Ya había observado ese hecho en la Vega y en el Río de La Paz; lo volví a encontrar aquí, en un río cuyas aguas torrentosas corren sobre cantos, sin dejar nunca depósitos en sus orillas, y pude comprobarlo en una serie de puntos, en las regiones secas de Bolivia.

nadas de los pájaros, esas alegres orillas entonces embellecidas por la actividad de la primavera, estaban tristes y silenciosas. Se las atraviesa rápidamente, sin admirarlas, abandonándolas sin lamentarlo para alcanzar las laderas áridas de las montañas.

Ya había observado, y tuve oportunidad más tarde de comprobarlo en todas partes, que la humedad o sequedad de las montañas con una temperatura semejante, cambia por completo la naturaleza de la vegetación. Cuando son cálidas y secas, se cubren sólo de árboles espinosos de hojas aflechadas, y los cactus constituyen las tres cuartas partes del conjunto de seis plantas, por lo general arborescentes. Cuando, por el contrario, son húmedas y cálidas, como en Yungas, no hay rastros de cactus; las plantas espinosas desaparecen, las hojas aflechadas son más raras, mientras que se ve predominar a las hojas anchas y enteras[45]. Después de haber cruzado el segundo cerco de mimosas, penetré en un verdadero bosque de cactus, que mis guías aseguraron ser frecuentado por los osos, sin que yo viera el menor rastro. Ascendí luego, durante cuatro horas, una cuesta de lo más rápida., y llegué al burgo de Machacamarca.

El corregidor del cantón y el juez de paz estaban reclutando[46] en el campo, y sólo pude dirigirme a indios que, poco dispuestos a acogerme, daban a mis preguntas respuestas evasivas. Estaba en medio de la plaza, no sabiendo qué hacer con mi persona, cuando un individuo amable tuvo la bondad de brindarme hospitalidad en su casa, donde tuve las mejores habitaciones que ocupé desde mi partida de Chulumani. Experimenté, sin embargo, un inconveniente. No hallé absolutamente nada qué comprar para comer, y en ayunas

---

45 He creído observar que en los invernaderos particulares, y hasta en los invernaderos de los grandes establecimientos públicos, no se tiene suficiente cuenta de esos géneros de necesidades de las plantas, que se someten indiferentemente a un calor húmedo. De allí que las plantas de las zonas secas mueren o cambian totalmente de aspecto. Así se ha desnaturalizado a ciertos cactus, que no se reconocerían más, si se volvieran a ver.

46 En el país, los blancos se exceptúan del servicio militar; los indios también, siempre que paguen una contribución personal. El reclutamiento sólo tiene, pues, lugar entre los mestizos indígenas llamados *cholos* o los mestizos de negros conocidos con el nombre de *zambos*. Como nadie sirve de buena voluntad y no existe ninguna ley de reclutamiento, se dirigen los reclutadores armados al campo, donde saben que hay hombres en condiciones de prestar servicio militar; se cercan las casas, se prenden a los hombres, hasta se los ata, y se los conduce así, con buena escolta, hasta la ciudad próxima, donde, encerrados en prisiones, reciben las primeras lecciones. En general, la aversión al estado militar llega en el país al máximo. Como la hospitalidad del país a nadie deja morir de hambre y los vagabundos siempre hallan quién los mantenga en la ociosidad, hace que prefieran, aun careciendo de ropa, esa existencia libre a la disciplina militar, que odian por encima de todo.

desde las seis de la mañana debí aguardar hasta las ocho de la noche y aprovechar una vez más la amabilidad de mis huéspedes.

Machacamarca, situada a cuatro leguas de Palca y a veintinueve de Cochabamba, era un mayorazgo del marqués de Montemira. Fue catorce años seguidos, desde 1810 hasta 1824, durante las últimas luchas de la independencia, teatro de la guerra. El valiente general Lanza se acantonó allí y resistió todos los ataques de los españoles. Los habitantes perdieron en ese conflicto todo lo que poseían, de lo que se resienten hasta hoy. Carentes de ganado, se ven obligados a consumir sus productos, por no tener medios de transporte hasta la capital. El pueblo nada vale en sí mismo; su gran iglesia sólo es frecuentada el día domingo, y a lo sumo hay doscientas almas partidas en unas cuarenta cabañas, habitadas por indios quechuas. El resto de la población está distribuida en cinco anexos[47] y en numerosas haciendas. El panorama es muy pintoresco por el valle de Ayopaya, que domina las montañas que coronan el valle.

Al día siguiente, algunos tiros de fusil en medio de bandadas de palomas y tórtolas, que viven apaciblemente alrededor de las casas y hasta en la plaza, me proporcionaron algunas docenas, de las cuales ofrecí una parte a mi huésped y conseguí provisiones para la jornada.

19 de septiembre

Un sendero estrecho, de subida muy rápida, en medio de una naturaleza poco variada, me condujo a una garganta profunda, donde hallé con placer bosquecillos de ese árbol que había encontrado en la cumbre de la cordillera, junto a la cuesta de Delinguil; árbol original, de follaje trunco, cuya corteza, amarillenta, de cuatro a seis centímetros de espesor, se compone de capas muy numerosas de hojuelas finísimas como el más fino papel y lisas al máximo, que, en la superficie, están desgarradas, moviéndose a merced de los vientos y presentando el aspecto más original. Serpenteando por senderos tortuosos y pintorescos, abandoné esos bosques en ruta a la región de las gramíneas, de las que todas las cumbres están cubiertas, y llegué al punto más alto, desde donde se ofreció a mis ojos un panorama inmenso y de lo más hermoso. A la izquierda, una garganta cubierta por un bosque sombrío; más abajo, un gran valle cultivado, que va a desembocar más lejos en otro valle cuyo curso no podía ver, por encima de las altas colinas, todo terminando en el horizonte con una vasta cadena de montañas cuyos picos, altos y cortados, estaban entonces cubiertos de nieve de una blancura brillante, que contrastaba con la región de los pastos que se perdía a lo lejos.

47 Esos anexos son los siguientes: Fuisonga, Sampaya, Cuti, Caimani y Usungani.

Mientras observaba así todo lo que se me presentaba, mis bestias de carga y su conductor tomaron la delantera. Me hallé ante dos caminos. Como nada me orientaba, resolví tomar el mejor trazado; pero, pronto, al ver, debajo mío, el burgo de Palca Grande, me di cuenta de que me había equivocado, y que ésa era la ruta de Cochabamba. Volví sobre mis pasos; y, dos horas más tarde, descendí en Palca. Uno de mis guías me había precedido. Era un domingo. Todos los habitantes estaban reunidos en la capital de la provincia. Vieron llevar un hombre, un extraño, con un fusil. El gobernador sorprendido lo encarceló provisionalmente, sin querer oírlo. Pusieron también mis efectos bajo la vigilancia de la policía, y los tres únicos fusiles del lugar, cubiertos de herrumbre, fueron puestos en condiciones, como se tratara de hacer frente a una agresión. Cuando yo llegué, se agruparon, de nuevo, alrededor mío. Se manifestaba de todos lados la más viva curiosidad, y tres hombres armados constituían un acontecimiento tan grande, que, a pesar de mi aire de autoridad, tuve todas las penas del mundo en abrirme paso entre la muchedumbre y dirigirme a casa del gobernador, a quien después de mostrarle mi pasaporte y órdenes del gobierno, le reproché su falta de hospitalidad con los extranjeros. Ese gobernador era, bajo el aspecto más ordinario, el más rico propietario de los alrededores, lo que lo envanecía un tanto. Se dignó, empero, darme un alojamiento, y se mostró al día siguiente muy dispuesto a servirme, sin duda con el objeto de hacer olvidar su conducta de la víspera.

Situada en el fondo de un valle y junto a la confluencia de muchos arroyos, Palca Grande está rodeada de campos de maíz y trigo. Es un pueblo distante veinticinco leguas de Cochabamba, y cabeza de la provincia de Ayopaya. La iglesia es bastante grande; pero las casas, bastante mal construidas, son verdaderas cabañas de un solo piso[48]. Se ven cerca del burgo las ruinas de la antigua iglesia, destruida durante la revolución de Túpac Amaru; y se asegura que trescientos españoles, hombres, mujeres y niños, fueron masacrados sin piedad por los indios. Su población es indígena o mestiza de quechuas, siendo allí poco numerosos los españoles. Los habitantes de los valles están afectados por grandes bocios, que no se complican nunca con cretinismo. Los productos de la provincia son idénticos a los de Sicasica; si embargo, la cosecha de cereales es aquí más abundante. Existe una rica explotación de lavaderos de oro en

48 En1787, según Viedma, p. 16, cuyo manuscrito original poseo, esa población era, comprendida la de las cinco anexos, de 1.197 almas, de las cuales 911 indios pagaban el tributo anual de 750 pesos (3.750 francos). El cura tenía una renta de 1.500 pesos o 7.500 francos.

Choquecamata, donde las pepitas son muy grandes, y se han realizado actualmente trabajos importantes en el fondo del río, para explotar esa gran fuente pródiga en riquezas. Se ha descubierto también recientemente una mina de plata en los esquistos de las montañas próximas a la capital, pero no mostró continuidad en los filones. En general, la provincia de Ayopaya sufre todavía las consecuencias de las guerras: la población es poca en relación con la extensión de las tierras agrícolas, que no sólo podrían alimentar a cien veces más habitantes, sino también ofrecer las mayores ventajas a las explotaciones de todo género, por medio de sus aguas corrientes y de la variedad de temperatura de que goza, desde la de las nieves eternas hasta la de las regiones más cálidas. El gusano de seda daría, según creo, amplias cosechas.

Dediqué un día a recorrer los alrededores y hacer observaciones en todas las direcciones. Paseándome por el burgo, noté muchos grupos de indios ancianos, de ambos sexos, sentados a la redonda, que parecían comer maíz sin tostar. Me llamó la atención. Me dijeron que masticaban el maíz para hacer chicha. Esa explicación nada me explicó y pedí otras. En el departamento de Cochabamba el gusto por la chicha, especie de licor fermentado, hecho de maíz, es tan pronunciado, que constituye un artículo de primera necesidad, al mismo tiempo que un gran placer. Objeto de todas las reuniones del pueblo, es también bebida por los ricos propietarios, como tendré ocasión de decirlo más adelante. Para satisfacer ese gusto, hace falta maíz triturado; pero por refinamiento los aficionados a la chicha creen que el maíz masticado es infinitamente mejor. Los mestizos lo prefieren así, y los propietarios de mayorazgos o de haciendas tienen hasta hoy derecho a exigir de sus indios[49], de acuerdo a lo convenido, uno o dos quintales de maíz masticado por año, para hacer la chicha. A ese efecto, los pobres indígenas están obligados, como los que se veía, a emplear días enteros en ese trabajo, que es por lo general la tarea de los ancianos, ocupándose los jóvenes de otras cosas, consideradas más penosas. Nada más raro que ver a ocho o diez personas tomar constantemente un puñado de granos de maíz, metérselos en la boca, triturarlos hasta aplastarlos y mezclarlos con la saliva. Lo escupen después y lo colocan a su lado sobre un cuero, en montoncitos llamados mascadas, a medida que progresa la operación. Se reúnen, al fin de la sesión, los montoncitos secos en bolsas, hasta obtener la

49 Resulta doloroso pensar que todos los campos parcelados, así como todas las grandes haciendas, no pertenecen a quienes los cultivan, sino a esos grandes propietarios que reemplazan a la nobleza y tienen prerrogativas sea sobre las comunidades, sea como rentistas, sobre las rentas; mientras que ningún indio posee un pedazo de tierra.

cantidad exigida por el señor o propietario de las haciendas. Habiendo experimentado yo mismo, en ciertos momentos de escasez, cuán cansador resulta triturar así granos tan duros, e interesante comprobar hasta qué punto pueden gastarse los dientes, rogué a la persona que me había proporcionado esta información, que pude verificar plenamente más tarde, como simple broma, que algunos de los mascadores del día me mostrasen la boca. Todos tenían los dientes gastados hasta las encías, y presentaban una superficie lisa, sobre la cual se reconocían las capas constitutivas. Me sorprendió también la pérdida enorme de saliva que debía hacer sufrir esa masticación forzada, hecha para el estómago de otros.

Habituado a no asombrarme nunca ante la diferencia de usos y costumbres que encontraba, no podía, empero, acostumbrarme a ésa; e hice de mi interlocutor algunas observaciones sobre la repugnancia que debía causar la idea de semejante preparación. Me respondió sin asombrarse que sí gustaba de la chicha, olvidaría la fabricación, y que además la fermentación todo lo corregía. Poco dispuesto, por el momento, a comprobar el hecho, debí contentarme con la respuesta. La chicha se hace con maíz triturado o masticado, que se pone en agua. Se la somete, según creo, a una cocción, luego se vierte todo en grandes cántaros de cerámica, hasta que fermente; luego se comienza a beber. Es una bebida tan nutritiva que, para conservar la existencia, sólo requiere agregar muy pocos alimentos.

El cura de Palca, hombre amable e instruido, me hizo una visita. Tuve verdadero placer en hablar con él, siendo su conversación, sobre cualquier tema que tratara, alegre, entretenida y completamente exenta de afectación. Ya había notado, en algunos curas de aldea, especialmente en el de Suri, ideas muy justas y conocimientos.

21 de septiembre

Abandoné Palca, para ir a dormir a la capilla de Santa Rosa, alejada cuatro leguas; atravesé colinas cultivadas de tanto en tanto y donde había aquí y allí casuchas habitadas por indios. Habiendo tenido poca suerte con las autoridades locales, desde que toqué el departamento de Cochabamba, no me fue mejor en Santa Rosa. El corregidor del cantón llevó la grosería al extremo de no querer darme ni un techo bajo el cual descansar. Después de hacerle justos reproches, pedí hospitalidad en una cabaña de indígenas y me instalé en un galpón, donde pasé mucho frío por la noche. Estaba frente a un brazo de los Andes cubierto de nieve y sólo separado por el Río Ponacaché. Al día siguiente me dirigí a Morochata, límite de la provincia, distante ocho leguas de Santa Rosa. El aspecto de las montañas es allí realmente imponente. Desde el lecho del río,

donde el sol produce un efecto de irradiación original, veía sucederse las zonas de vegetación: las del cactus en lo bajo, luego los zarzales, reemplazados más arriba por un pasto que se extendía hasta el pie de las nieves, que dividen los picos diseminados sobre la cadena, tan lejos como la mirada puede abarcar hacia el norte. Bajé rápidamente hasta el Río Ponacaché, por senderos en muy mal estado, por laderas empinadas, entre zarzales espinosos y cactus arborescentes, y de un suelo cubierto de piedras de aspecto muy triste. Después de haber cruzado los cantos de la playa, tomé la ladera de las montañas nevadas, remontadas hacia los Andes orientales, atravesando lugares sembrados de campos de maíz y trigo, hasta el caserío de Chinchiri. Me hallaba delante de altas montañas, formadas de arenisca siluriano rojo y violeta, dispuesto en capas casi horizontales cuya sección, cortada perpendicularmente arriba de la quebrada, presenta el aspecto más pintoresco. A medida que uno se sube, se ven desaparecer los cactus. Algunos árboles se muestran hasta el caserío de Parangani, donde los campos de trigo se suceden, así como varios molinos de agua, alimentados por el derretimiento de las nieves, que forma muchas quebradas que caen, en pendiente muy rápida, desde la cumbre de los Andes. El valle se estrecha mucho. Vi también algunos campos; luego, al pie de una alta cadena de asperón, cortada a pico en el valle, vi finalmente el pueblo de Morochata, objetivo de mi viaje del día. La mayor pobreza parecía reinar en ese villorrio, donde sólo se cultiva la papa y la cebada, tan alto y próximo está a las cimas nevadas y frías.

No me faltaban más que cuatro leguas del país, desde Morochata hasta la cumbre de los Andes orientales, límites naturales de la provincia de Ayopaya.

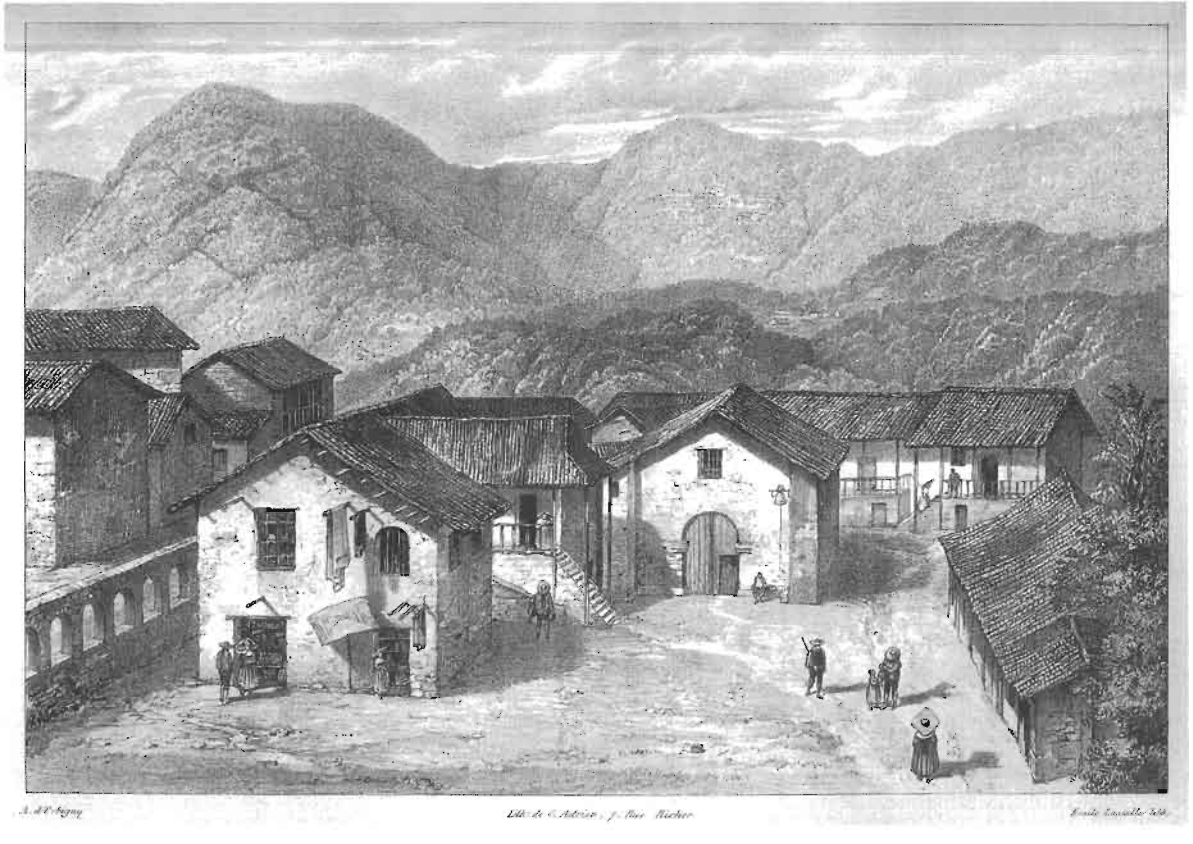
22 de septiembre

Ascendí el valle, reducido entonces a una simple quebrada de lo más encajonada, compuesta al norte por un corte escarpado de esquistos antiguos, y al sur, por asperones cortados también perpendicularmente, habiendo sido la quebrada, sin duda, formada por los más hermosos cortes de fallas que he conocido. A poca distancia del villorrio, los cultivos desaparecieron, y volví a encontrar la zona de los pastos, donde todas las plantas se reducen, a ellos. La senda se hacía más difícil. Logré, sin embargo, después de detenerme cada diez pasos, a causa del enrarecimiento del aire, llegar hasta el nivel de esas enormes masas de esquisitos desnudos, que, contrastando con las nieves que los recubre, presentan el aspecto más imponente y más severo. Puse pie en tierra, para observar mejor, y recogí muchas plantas interesantes, así como nuevas y preciosas informaciones sobre la geología de esa cadena desconocida de los geógrafos. Sentí el frío más intenso y tal efecto del enrarecimiento del aire, que apenas pude dar algunos

pasos sin ser detenido por fuertes palpitaciones. Esas cumbres representan puntas elevadas y recortadas, que constituyen el levantamiento de capas de esquistos y de filados, todos desprovistos de vegetación o cubiertos de nieves y hielos. La cadena se ve desde la cima en dirección del noroeste, hasta donde puede llegar la mirada. Cuando se llega en la zona tórrida, hasta el nivel de las nieves permanentes, es imposible no experimentar, ante el aspecto de esa naturaleza salvaje e inanimada, una fuerte emoción por así decirlo independiente de la voluntad. En lo que a mí respecta, sea que vinculara esas masas, de aspecto grandioso, con ideas de grandes catástrofes de dislocaciones de la corteza terrestre que las hubiesen producido, sea que me inspiraran un alto grado de respeto, al mismo tiempo que una viva satisfacción causada por la vista de una vegetación muy peculiar, me sentía animado por una gran exaltación, cada vez que en mis ascensiones llegaba a esos puntos culminantes del Nuevo Mundo.

Crucé por dos estrechos pasos del mismo nivel, más elevados, sin duda, que el de Gualillas[50], a juzgar por la falta de vegetación y por la nieve. Llegué a un tercero, donde de pronto me sumergí, a algunos millares de pasos, en los ricos valles de Cochabamba y Clisa. Ningún contraste me fue más impresionante que las rocas donde me hallaba; era la imagen del caos en comparación con la tranquilidad más grande; era la naturaleza triste y silenciosa, y la vida más activa, la animación de todos los puntos. Eran, rodeadas de colillas áridas, dos inmensas llanuras cultivadas, sembradas en todas partes de casas, de bosquecillos, donde se distinguía un gran número de aldeas y una gran ciudad, a la cual sus edificios daban el aspecto de una reina en medio de sus súbditos. Nada, en efecto, puede compararse a la sensación que producen esas dos inmensas llanuras, o, por mejor decir, esas mesetas cubiertas de casas y de cultivos, ubicadas en medio de una naturaleza montuosa y seca, que se extiende a más de treinta leguas a la redonda, y se pierde en el horizonte. Se cree ver la tierra prometida en medio del desierto, el más hermoso cuadro rodeado de un marco sencillo, pero severo, que hace destacar las riquezas. Si había experimentado vivas impresiones ante las bellezas salvajes de la naturaleza grandiosa de Tacora, de la meseta boliviana y de las montañas de Yungas, donde la vida no participa en nada del conjunto, puesto que no aparece nada vinculado con el hombre, ¡qué debía sentir ante esos campos animados, esas llanuras cubiertas de edificios, esos ricos campos, que me recordaban mi querida patria!

50 La vegetación y la proximidad de las nieves me hacen pensar que ese cuello está a unos 4.800 metros sobre el nivel del mar.



Vista de Chulumani, capital de la provincia Yungas.

CAPÍTULO XXVII

Cochabamba y sus alrededores. Viaje a Santa Cruz de la Sierra, por las provincias de Clisa, Mizque y Valle Grande

Cochabamba y sus alrededores

23 de septiembre

Los primeros pasos que di al descender los Andes orientales me condujeron a la provincia de Quillacollo, de la cual depende la parte occidental de la hermosa llanura de Cochabamba. Como andaba por un penoso sendero[1], estaba poco dispuesto a observar lo que me rodeaba. Descendí maquinalmente sin ver nada, con los ojos puestos en el valle, cuyas riquezas parecían crecer a medida que me acercaba. Después de dos meses pasados en las montañas, donde me hubiera sido difícil encontrar una superficie horizontal de sólo media legua de ancho, estando todo el terreno formado de pendientes más o menos abruptas en todos sentidos, experimentaba tanto más placer en contemplar la llanura, cuanto que veía en ella mucha semejanza con las hermosas regiones agrícolas de Francia. La vista de la cúpula de las iglesias, de los campanarios de los conventos de Cochabamba, me dio la esperanza de gustar por algunos momentos esa vida intelectual de que había estado privado mucho tiempo, y de la que sentía una verdadera necesidad antes de hundirme, tal vez por años, en el centro del continente americano. Después de tres horas de marcha, abandoné la quebrada rocosa y desemboqué en la llanura. Era tarde, y tuve que detenerme no lejos de allí, junto a una humilde cabaña de indígenas, donde fui recibido con toda la bondad imaginable, y pude conseguir víveres, consistentes en carne salada y maíz.

1 Hallé en ese lugar el árbol cuya corteza parece papel.

Mientras descendía, vi a los indios prendiendo fuego en muchos lugares de las colinas; esos torbellinos de llamas y humo se elevaban al aire y me ofrecían también aquí un espectáculo imponente a causa de la mala costumbre que tienen los americanos de quemar todos los años el campo, con el objeto de renovar la hierba. El viento del sur que sopló por la tarde reanimó el incendio. La noche, sin luna, era muy sombría, y experimenté un verdadero placer al ver esas oleadas de fuego que descendían de lo alto de las montañas a las quebradas, donde encontraban más alimento; parecían entonces torrentes de lava que corrían con lentitud del cráter de un volcán. De acuerdo con la naturaleza del combustible, las llamas cambian de color, de violencia y de forma, y toman, a cada instante, un aspecto nuevo. La viva luz que expanden por las montañas se extiende a lo lejos, a menudo hasta las cumbres nevadas, que se ven surgir, de tanto en tanto, de en medio de una espesa nube de humo, cuando el viento la disipa. Es entonces cuando la luz avanza hacia la llanura y aclara una parte, dejando la otra sumergida en tinieblas muy espesas.

24 de septiembre

El 24 atravesé inmensos campos de trigo y maíz, en una campaña sembrada en todas partes, al lado de numerosas huertas de durazneros, olivos, higueras y sauces, presentando el conjunto el aspecto de nuestra Provenza. Llegué así, por una pendiente de lo más suave, hasta el gran pueblo de Quillacollo, cabeza de provincia y el más poblado del valle, después de la capital del departamento. Es muy extenso y cada casa está rodeada de jardines y cercos; por eso se buscaría allí en vano esa regularidad habitual en las ciudades españolas de América. De Quillacollo hasta Cochabamba la llanura es más libre y hay menos árboles, pero ni una sola parcela de tierra sin cultivar; los campos están por todas partes, aquí y allí, cubiertos de pequeñas cabañas de tierra, rodeadas de cercos de la misma naturaleza, que ocupan los indios; cabañas idénticas a las que los primeros aventureros encontraron en esta parte del Nuevo Mundo, y cuya forma redondeada en cúpula y la abertura única dan a la campaña un sello muy especial, que recuerda al europeo que no está en su ambiente, a pesar de estar rodeado de una vegetación importada y en nada indígena. Después de pasar cerca del villorrio de Colcapirgua, llegué pronto a los arrabales de Cochabamba, que, comparados con lo que había visto en algunos meses, me anunciaban una gran ciudad y me hicieron experimentar una viva sensación de placer. Atravesé una parte de la ciudad, hasta la casa de un comerciante que me habían recomendado, y que, encargado de conseguirme alojamiento, se había ocupado de hacerlo, eligiéndome una casa cómoda pero sin muebles, donde me instalé de inmediato. Me arreglé algo para presentarme en casa del intendente de policía y en la del prefecto, a fin de estar después libre en mis acciones.

El valle de Cochabamba[2] ha sido, en todos los tiempos, habitado por indios quechuas agricultores, que, hace siglos, estuvieron sometidos a un cacique de la misma nación, llamado Chipana, cuyo nombre se transmitía de padre a hijo[3]. Ese jefe sostuvo, en defensa de los límites de su jurisdicción, guerras cruentas con el cacique Cari, igualmente soberano de la provincia de Tapacarí, que limita, al oeste, con la de Cochabamba. Como esas disputas empobrecieron a ambos guerreros, resolvieron someter sus diferencias al arbitraje del Inca, cuyo poder y justicia habían oído alabar. En el siglo XIII, Capac Yupanqui, quinto Inca, llevó sus conquistas hasta la provincia de Paria[4], donde los caciques enemigos le enviaron diputados para pedirle su intervención[5]. El Inca los acogió muy bondadosamente, envió sus parientes a los lugares en litigio, después asignó sus respectivas jurisdicciones a Chipana y Cari, estableciéndose como soberano de las dos provincias y sometiéndolas a su autoridad. Cochabamba, en paz, floreció; la agricultura tomó allí todavía más amplitud[6] hasta la llegada de los españoles, época en que, después del derrocamiento de los incas y de los demás jefes naturales, la provincia y sus habitantes fueron divididos entre esos aventureros, que los sometieron a la esclavitud y se repartieron a los indígenas como podrían hacerlo con ganado. La envidia de un lado, la falta de disciplina del otro, hicieron pasar de mano en mano las tierras y sus antiguos poseedores, hasta el momento en que el Virrey de Lima y la Audiencia tuvieron bastante ascendiente en el país como para sancionar leyes y hacerlas cumplir desde lejos.

La fertilidad del valle estimuló a los españoles a establecerse allí en 1565. Luis de Osorio fundó un burgo con el nombre de San Pedro de Cardeña[7]; pero en 1579[8], el Virrey de Lima, don Francisco de Toledo, cambió esa denomina-

---

2 *Cochabamba* es un nombre corrompido de la lengua: de los incas o lengua quechua, proveniente de *Cocha-pampa*, de *cocha*, lago, laguna, y *pampa*, llanura. Traducción literal: el lago de la llanura, o mejor dicho, *llanura inundada*. Es, en efecto, lo que sucede en la estación de las lluvias.

3 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XIV, pág. 89.

4 La provincia de Paria está hoy en el departamento de Oruro.

5 Cieza de León, cap. 100; Garcilaso, *op. cit.*, lib. III, cap. XIV.

6 Vi, en la cima de las montañas vecinas, los restos de inmensos trabajos que los antiguos indios ejecutaron para conducir, por medio de canales, las aguas de la meseta al valle. Esos restos revelan el poder y la gran población de la llanura de Cochabamba en esa época.

7 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XIV, pág. 91.

8 Según el *Iris de La Paz*, N°16, p. 2, 24 de octubre de 1829, la ciudad habría sido fundada en 1572; la *Crónica de San Agustín en el Perú*, lib. III, cap, 37, fol. 722, dice que en 1677, pero la fecha más segura es 1579, que saqué de los archivos de Cochabamba, de *El primer libro del Cabildo*, que comienza el 20 de junio de 1579.

ción por la de *Villa Oropesa*[9], aplicando el nombre de su familia a la nueva ciudad, que llevó sus armas. Cochabamba, poco rica en minas, en comparación con La Paz, Chuquisaca y sobre todo Potosí, adquirió poco peso político, estando la agricultura muy por debajo de los inmensos beneficios que producía la explotación de las minas y no siendo sostenida la industria por los gobiernos. Permaneció, como simple residencia de un corregidor, bajo la dependencia de Lima, hasta 1776, en que se instituyó el Virreinato de Buenos Aires, del que Cochabamba dependió, a pesar de estar alejada más de setecientas leguas de su nueva capital. Seis años más tarde (1782), el Virrey de Buenos Aires, enterado de la importancia agrícola de Cochabamba, hizo de ella cabeza de una intendencia, a la cual incorporó la provincia de Santa Cruz, con las antiguas misiones de Moxos y Chiquitos, encerrando así, en sus límites, mucho más de la mitad del antiguo Alto Perú, superficie igual a las tres cuartas partes de Francia. Cochabamba dependía entonces de la Audiencia de Charcas. Esa ciudad, después de la rebelión de Túpac Amaru, recibió por sus importantes servicios el título de *Ciudad*, con el epíteto de *leal y valerosa*, que le confirió Carlos III. Sin embargo, esos títulos no la enriquecieron, siendo la industria poco estimulada. De creer a Viedma[10], se hallaba, en 1793, en la mayor miseria. Sufrió mucho, lo mismo que las otras ciudades, durante la guerra de la independencia. Después de la emancipación definitiva y de la creación de la República de Bolivia, en 1825, se convirtió en lo que es hoy, capital del departamento de Cochabamba[11], perdiendo las provincias de Moxos, Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra, la última de las cuales fue erigida en capital de departamento.

La ciudad está situada en el extremo oriental de una meseta de alrededor de dos leguas de ancho y siete de largo, rodeada, al norte, por un brazo de los Andes, que se eleva hasta las nieves eternas; al sur, por montañas secas y poco elevadas. Esa meseta forma un valle cerrado al oeste por las montañas, al este por las colinas, que la separan por un lado del valle de Sacaba, y por el otra del

9 *Oropesa* es un nombre empleado en los mapas, pero que nunca fue aceptado por los indios, ni tampoco por los españoles del país, que llaman siempre la ciudad de Cochabamba. Esos dos nombres hicieron creer a muchos de nuestro geógrafos que se trataba de dos ciudades; y es curioso ver figurar, una al lado de otra, la ciudad de Cochabamba y la de Oropesa, como se observa en los mapas de la América Meridional de Brué, (1826) y en muchos otros.

10 *Informe general de la provincia de Santa Cruz de la Sierra* (manuscrito).

11 Hoy el departamento se compone de las provincias de Quillacollo, Tapacarí, Ayopaya, Clisa, Arque y Mizque, que corresponden a nuestros distritos.

valle de Clisa. Está cruzada por el Río de Rocha, que, viniendo del valle de Sacaba, pasa junto a la ciudad, y por el Río Tamborada, que tiene su origen en el valle de Clisa, y va a unirse al otro río entre Colcapirgua y Quillacollo. Esos ríos se desbordan en época de lluvias, mientras que están casi secos en invierno.

La ciudad de Cochabamba, con sus arrabales, ocupa una vasta extensión. El gran número de patios y jardines, la multitud de casas de dos pisos, la hacen aparecer infinitamente más poblada de lo que es en realidad[12]. Está perfectamente trazada, dividida en bloques iguales o cuadras, por medio de hermosas calles de nueve metros de ancho, las principales bien empedradas. Hay dos grandes plazas, la Plaza Principal (situada en el centro de la ciudad), alrededor de la cual hay cuatro iglesias, la casa de gobierno o Cabildo, y, en medio, una fuente de agua. Está adornada, además, con sauces recientemente plantados, destinados a refrescar, más tarde, con sus sombras: es, sin duda alguna, la más hermosa plaza que pueda verse en cualquiera de las ciudades de la República. La segunda plaza es la de San Sebastián, situada casi en los suburbios. Reina la mayor limpieza, gracias a la vigilancia de la policía. Sin embargo, por falta de local apropiado, esas plazas, lo mismo que en La Paz, sirven también de mercado y están ocupadas, ciertos días, por toda suerte de productos de los alrededores traídos por los indios.

Los monumentos consisten en iglesias. Se destaca sobro todo la Matriz, construida de piedra, y la iglesia del antiguo colegio de los Jesuitas (dividida en tres naves), la más hermosa de todas; después vienen las iglesias de Santo Domingo, de San Francisco, de San Agustín, de la Merced, de San Juan de Dios, de la Recoleta, pertenecientes a otros tantos conventos de hombres; las de Santa Clara y las Carmelitas, donde viven hermanas de esas órdenes. Además, está el Cabildo, gran construcción de una arquitectura muy sencilla. En el centro de la ciudad hay muchas casas de dos pisos, construidas con adobes, todas provistas al exterior de grandes balcones de madera, que se prolongan por una parte de la fachada; pero esas casas disminuyen de apariencia a medida que se alejan de la plaza principal. Son al principio bastante grandes, compuestas sólo de un piso y cubiertas de tejas; después terminan por no ser más, en el campo, que pequeñas cabañas construidas de tierra y cubiertas de cañas. Los establecimientos públicos son un colegio de ciencias y artes, fundado por

12 *El Iris de La Paz*, N° 16, eleva aproximadamente la población a 23.500 almas. En 1793, Viedma, p. 9 (manuscrito citado), la elevaba a 22.500 almas, de las cuales eran 6.363 españoles, 12.980 mestizos de indígenas, 1.600 mulatos, 175 negros y 1.182 indios quechuas puros.

el general Sucre, muy apoyado por el presidente Santa Cruz; un colegio de jóvenes huérfanas; otro para huérfanos; una escuela de enseñanza mutua, sostenida por el Estado; y un hospicio para pobres.

El domingo siguiente a mi llegada, recorrí una parte de la ciudad, acompañado del doctor Barrionuevo, culto médico, recibido en Francia, y que quiso servirme de cicerone. Me impresionó ante todo el raro vestido de las mujeres, de acuerdo a las diferentes clases de la sociedad.

27 de septiembre

Las mujeres ricas, con nuestras modas francesas más o menos atrasadas, llevan los cabellos cayendo sobre los hombros y divididos en una serie de trencitas, cuyo conjunto es bastante agradable; nada llevan, por lo demás, en la cabeza; pero usan, por lo general, un rebozo español o los hermosos chales de seda de nuestras fábricas de Lyón. Las mujeres de los artesanos mestizos tienen también los cabellos divididos de la misma manera y la cabeza cubierta de un sombrero de hombre, blanco o negro, lo que es poco gracioso y choca a los extranjeros. El resto del vestido no es de mejor gusto. Sobre una blusa de lana llevan un rebozo o echarpe de lana de vivos colores, así como faldas de bayeta, especie de franela de todos los colores, rojo, rosa, verde, amarillo, siendo más preferidos los tintes brillantes. Esas polleras son tableadas para aumentar el espesor, y bordadas con cintas, cuyo color contrasta con el resto. Cuanto más rica es la persona, mayor es el número de sus polleras. Así sucede por lo general que parece, por ostentación, tan ancha como alta y rodar antes que caminar. No debe buscarse en las mujeres la menor gracia en el modo de andar, ni ninguno de esos rasgos tan destacados de las españolas. La moda bajo su tiránico imperio, ha velado, en este lugar, por completo a la naturaleza, disfrazando todas las formas bajo un ajuar tan incómodo como feo. Los vestidos de las indias y de las mestizas más pobres no tienen mucha diferencia. Los cabellos se llevan igual, la blusa y el rebozo sólo tienen un color más sombrío; las polleras, mucho menos numerosas, de telas negras, llevan pliegues más grandes. La cabeza está cubierta por una *montera*, especie de sombrero de paño con grandes alas, con la punta levantada adelante y atrás, terminando en toca, alta, cuyo conjunto recuerda involuntariamente el sombrero de Polichinela. Esas monteras me parecieron tan extraordinarias que creí al principio que se trataba de un disfraz burlesco. A veces esas mujeres usan monteras de hombre, especie de casco redondo, con piezas de cuero de variados colores, pequeñas alas, provisto, atrás, de una ancha correa que cae sobre las espaldas, y cuya forma no es menos extravagante. Los hombres de sociedad visten a la francesa; los indios y mestizos llevan el poncho corto, un chaleco redondo sobre una

camisa de lana, y un calzón abierto de ambos lados, que baja hasta la mitad de la pierna, dejando aparecer unos calzoncillos que llegan más abajo. El resto de la pierna está desnudo.

Mi guía me condujo hacia la *Pampa Grande*, gran plaza ubicada casi fuera de la ciudad. La organización completamente novedosa de una guardia nacional que maniobraba, atraía entonces allí mucha gente, y pude observarla a mis anchas. Vi a numerosos habitantes de la ciudad de uniforme gris, poniendo en el ejercicio un celo que revelaba el más ardiente patriotismo. Cerca de Pampa Grande hay una pequeña colina llamada *Cerro de San Sebastián*. Encontré todavía paseantes, que tomaban allí el fresco. En la cima, elevada de cien a ciento cincuenta metros sobre la llanura, y sobre la cual hay bancos, gocé de un panorama magnífico. Dominaba toda la ciudad y descubría el conjunto de sus alrededores, de lo más pintorescos y llenos de contrastes. A la derecha, las colinas de San Pedro, tristes y áridas, sin ningún rastro de vegetación; al frente, detrás de la ciudad, el bonito caserío de Calacala, con sus arboles verdes, lugar de cita de los paseantes, sitio elegido para los paseos campestres de los ciudadanos; la huerta del valle, cuyas suculentas fresas (frutillas) son famosas en el país; a la izquierda, en lontananza, los grandes burgos de Tiquipaya, de Colcapirgua, de Paso y de Quillacollo. En todas partes, en el valle, casas dispersas, árboles aislados, campos cultivados, praderas siempre verdes, dominadas por una elevada cadena, varias de cuyas puntas, cubiertas de nieve, contrastan con la suave temperatura de que se goza en la ciudad. Admiré largo rato, sin cansarme de recorrerla con los ojos, esa hermosa campaña, semejante a las de Francia. Debiendo abandonar por la noche mi observatorio, regresé con la muchedumbre. En Cochabamba no hay hoteles, ni albergues, ni siquiera cafés; sin embargo, pueden tomarse helados en algunas casas. Se ve en toda época ir a buscar materia prima para ese refresco en la cima de los picos vecinos, en la medida de las necesidades, sin pensar en construir heladeras, ya que la naturaleza provee todo.

Una tarde vi pasar a una muchedumbre de mujeres y niños corriendo con rapidez detrás de una mujer que tenía en la mano una bandera blanca, que agitaba de tanto en tanto, a manera de saludo, delante de otra persona, que cargaba un paquetito cuidadosamente envuelto. Pregunté de qué se trataba. Me dijeron que eran un ángel que se iba al cielo y que llevaban a la iglesia. Recordé entonces los *velorios* de Corrientes y dejé de sorprenderme; era la misma costumbre. Los padres que pierden a un niño de corta edad, lo colocan sobre un altar. Invitan a los amigos y conocidos; cantan, hasta bailan, beben sobre todo mucha chicha, después acompañan con mucha pompa el cadáver

del niño a la iglesia, sin que los padres demuestren tristeza, persuadidos de que es un ángel que vuelve a la morada celestial. Otra vez, distraído en mis trabajos por el ruido de la música que pasaba bajo mis ventanas, tuve la curiosidad de mirar. Era una novena a la Virgen, que vi repetirse durante nueve días. Un buen número de músicos iba delante; una mujer, con un incensario en la mano, marchaba detrás, precediendo a otras dos mujeres, que llevaban un cuadro de la Virgen, todos seguidos por un numeroso cortejo.

El idioma general de Cochabamba es el quechua. Los indios no conocen otro. Los mestizos de ambos sexos sólo saben algunas palabras de un pésimo español. La lengua quechua está tan difundida, hasta en la ciudad, que, en la intimidad, es la única que se habla.

Las mujeres de la sociedad burguesa poseen una idea muy incompleta del castellano, que no les gusta hablar; por eso el extranjero, que no puede aprender de la noche a la mañana el idioma de los incas, se halla a menudo en un gran embarazo. Ahora que las escuelas se multiplican, que la educación se extiende más entre las mujeres, ellas serán, sin duda, con los medios naturales de que están dotadas, tan amables, tan sensatas en la conversación y de una sociedad tan agradable como lo son los hombres cultos del país.

Nada iguala la pasión del pueblo por la chicha; es un verdadero furor. Los indios y los mestizos no se contentan con consumirla continuamente, con beberla en la comida o para refrescarse; buscan también todas las ocasiones posibles en las fiestas religiosas para reunirse y beber, día y noche, a menudo durante varios días, entregándose entonces a los mayores desórdenes. El consumo de ese licor les hace perder todo freno y los conduce a satisfacer todas las fantasías que les pasan por la cabeza. Sin embargo, puede decirse, en favor de su carácter, que si entonces se relajan al máximo, en lo que respecta a los propósitos y acciones que pueden conducir al acercamiento de los dos sexos, siempre están alegres, difícilmente se pelean y se golpean aún más raramente. Parece que ese licor tiene en ellos una influencia del todo benigna, en comparación a los terribles efectos que trae en Europa el abuso de nuestras bebidas espirituosas, mucho más fuertes. Si el pueblo ama la chicha, los otros miembros de la sociedad no la desean menos, y eso se concibe, porque son educados por las indias, que la consumen en abundancia; por eso, el consumo es general[13], así como la costumbre de las meriendas o colaciones. Invitado un día por el comerciante español al cual había sido recomendado, a una de esas meriendas, no quise perder la ocasión de conocer ese género de reuniones. El grupo se

13 Según Viedma, página 9, se consumen anualmente 200.000 fanegas de maíz en chicha.

componía de la mujer del comerciante, nacida en la región, de varias de sus amigas, de uno de los más importantes comerciantes ingleses de Tacna, de los parientes y amigos de la casa. Trajeron cuyes asados y grandes fuentes de papas con una salsa espesa, compuesta de ají colorado. Sirvieron; insistieron sobre todo en la salsa pimentada para estimular la sed, y trajeron ollas de una chicha que consideraron excelente. Confieso que la imagen de los indios masticadores de Palca se presentó ante mí con toda fuerza y me hizo retardar, lo más posible, el instante de llevar el brebaje a los labios. Sin embargo, ¿qué hacer? Negarme hubiera sido descortés. Era necesario que lo hiciera con una sonrisa, y que me plegara una vez más a los hábitos locales, por más desagradables que me parecieran. Por lo demás, cuando veía a un inglés echar al olvido, para complacer a su anfitriona, su orgullo y hábitos nacionales, por lo general tan exclusivos, habría sido muy mal visto que yo, viajero francés, me hiciera el difícil. Me inmolé, pues; sin embargo, como los vasos nunca permanecían vacíos, comían siempre ají para excitar la bebida y veía todavía un mar de chicha que se disponían a embaularse, pretexté una cita a las diez de la noche, y pude, con mucho trabajo, abandonar la merienda, sin esperar el desenlace, que preveía poco agradable. Lo que más me asombró fue constatar que mi buen inglés era tan buen chichero como el mejor de los cochabambinos.

El habitante de Cochabamba, siempre tan dispuesto a divertirse y embriagarse con chicha, es, en los viajes, el hombre más sobrio y sobre todo más económico. Tiene, por encima de todo, un espíritu emprendedor y viajero. Así como se encuentran en todas partes paraguayos (habitantes del Paraguay), se ven igualmente, en toda América, cochabambinos, distinguiéndose en eso de los habitantes de las otras provincias. Comerciantes por excelencia, a los que nada les importan las fatigas, hay en todos los caminos mestizos con sus mulas o con sus asnos cargados de mercaderías, que van a vender a todas partes. Por lo general, sus provisiones consisten entonces en una bolsa de maíz tostado. Se detienen en lugares deshabitados para hacer pacer sus bestias o se mantienen en la ciudad con la más estricta economía, a fin de ahorrar dinero para sus familias, para cuando llegue el momento de compartir los placeres con ellas. Si, aprovechando sus aficiones mercantiles, sus disposiciones de hombres de empresa, un gobierno estable y amigo del progreso quisiera estimular el establecimiento de fábricas de tejidos de lana, de algodón, de hilo y de seda, cuyas materias primas abundan en la zona, o podrían fácilmente naturalizarse, Cochabamba se convertiría tanto más rápidamente en una ciudad manufacturera, por cuanto su población es muy grande, gran número de sus habitantes vive en la ociosidad, a causa de la miseria, y la atracción hacia las manufactu-

ras es innata en ellos; puesto que sin arte, sin ningún conocimiento mecánico, poseen, hoy, gran número de telares, que, aunque groseros, les bastan para confeccionar telas de algodón ordinarias, llamadas *tocuyos* y *barrancan*, y telas de lana llamadas *bayetas*. Hasta ahora no existe ningún taller de tintorería ni de impresión en tela entre los cochabambinos; tampoco poseen telares para hacer medias, y sus tejidos están lejos de valer los que fabrican los indios de la provincia de Moxos. Sin embargo, la lana abunda en la región, lo que parece increíble cuando se ven los hermosos valles cálidos de las provincias de Ayopaya, Arque y Mizque, apenas cultivados, y los algodones son hasta hoy traídos de Tacna, es decir, de más de ciento sesenta leguas de montañas, a través de los Andes y a lomo de mulas. Sería necesario, para que Cochabamba prosperara, que el gobierno diera una prima a los agricultores que plantan algodón, gravando con fuertes derechos los algodones importados del Perú. Habría también que estimular la siembra del lino y del cáñamo, para las telas; granza y añil para las tinturas; que busque la introducción de la industria del gusano de seda, plantando moreras, que se desarrollarían perfectamente con la temperatura del valle, y asegurarían un porvenir de prosperidad a los hermosos campos del departamento. Lo repito una vez más: Bolivia posee, sobre todo en ciertas provincias, todos los elementos de la mayor prosperidad; sólo le falta la industria, para bastarse a sí misma, para emanciparse del comercio extranjero que le arrebata anualmente, en numerario, a menudo más de lo que le producen todas las minas; y tiende constantemente a disminuir los recursos de su porvenir.

Cochabamba produce maíz, trigo, cebada, papas, algunas legumbres, algunas frutas y alfalfa para el pastoreo; así, la agricultura se ha limitado a los artículos de primera necesidad, mientras que las plantas oleaginosas, las plantas tintóreas y una serie de otras, útiles a la industria y a las artes, son todavía desconocidas. Ese estado de cosas exigiría sociedades de agricultura, sostenidas por el gobierno, y primas ofrecidas a toda clase de mejoramientos en la agricultura o cría del ganado, hoy sólo bajo la dirección de los indios, que, desde la conquista del Nuevo Mundo, no han modificado su vieja rutina. Se trae el azúcar de Cusco y de Santa Cruz; el vino y el aguardiente de Moquegua o de los otros valles del Perú, mientras que esos productos podrían obtenerse en el departamento. Por medio de la irrigación, las partes bajas del valle dan cada año dos cosechas; pero una gran parte de la llanura muy alta sólo puede cultivarse en la estación de lluvias, que, a causa de los desmontes, es cada vez más rara. Para fertilizar muchas regiones inútiles, la gran penuria de agua ha sugerido la idea de extraerla del lago de Larata, situado en la cumbre de las

montañas, del mismo modo que se hace de las lagunas de Potosí. Ese proyecto, de lo más recomendable, ha comenzado a ponerse en ejecución. Se trata de construir diques provisionales del lado de la quebrada que recibe el grueso de las aguas de ese lago, a fin de retenerlas a una mayor altura, y proporcionar así los medios de regar una porción grande del valle. Si tal sistema de represa de agua se emplea en la entrada del valle de Sacaba del Río de Rocha, y en la angostura del Río Tamborada, en la desembocadura del valle de Clisa, no pongo en duda que se podrá, durante las lluvias, retener una masa considerable de agua ahora completamente perdida, y aumentar en mucho los productos del hermoso valle de Cochabamba.

La temperatura es muy agradable. Aunque situada en la zona tórrida, la elevación[14] del valle sobre el nivel del mar le da las características de una región muy templada, donde no hace ni tanto calor ni tanto frío como en Provenza: el olivo no se hiela nunca. En el mes de setiembre, es decir, al comienzo de la primavera, el máximo de temperatura no me dio nunca arriba de 18 a 20 grados centígrados, y la proximidad de las montañas nevadas produce a menudo una frescura saludable. Durante seis a ocho meses del año el tiempo es sereno y el cielo de lo más puro; sólo entonces se sienten, por la tarde, vientos del oeste o del suroeste muy violentos y muy cálidos, que levantan nubes de polvo y secan las tierras. Cuando el viento viene del norte, trae mucha frescura de la cadena oriental de los Andes. Las lluvias comienzan en noviembre y duran hasta el mes de abril; entonces hay frecuentes tempestades y fuertes aguaceros que caen sobre todo de noche.

Visité varias veces al prefecto, y su relación me era de lo más agradable. Era uno de los hombres más cultos y notables de la República. Me invitó a asistir con él a la fiesta de San Miguel en su casa de campo, en Viloma, distante cinco leguas de la ciudad, en el extremo opuesto del valle. Aunque yo tenía mucho que hacer, no pude negarme. A la tarde siguiente me envió un buen caballo, y partimos juntos. El viento del oeste soplaba con fuerza extrema y llenaba el aire de nubes de polvo. Para sustraernos más pronto a su violencia, tomamos el galope; pero, al darnos en el rostro, estuvimos varias veces a punto de ser derribados. Sin embargo, en tres cuartos de hora, las tres leguas que nos separaban de Quillacollo fueron franqueadas. Atravesamos magníficas campiñas y llegamos al gran caserío de Viloma, perteneciente al prefecto. Es, con su capilla y sus indios, una vasta hacienda, cuya extensión no es menor de doce

14 Está a 2.575 metros por encima del nivel del mar, altura superior a la del hospital del monte San Bernardo.

leguas, desde la cumbre de los Andes hasta la planicie, y comprende todas las temperaturas. La extensión de la llanura que depende de ella es inmensa y da abundantes cosechas de granos, que alimentan nueve molinos de agua, de ruedas horizontales, puestas en movimiento por un torrente producido por el derretimiento de las nieves, y que las hace girar una tras otra, al descender de la montaña. Admiré el buen orden del fundo, donde, sin los rostros cobrizos de los indios, podría creerme por un momento en las más hermosas regiones de nuestra Francia agrícola.

29 de septiembre

Al día siguiente, día de San Miguel, fiesta del prefecto, vimos llegar muy temprano al rector del colegio, al médico de Cochabamba, al gobernador de Quillacollo, a las autoridades de los alrededores y al cura de Sipe-Sipe, que dijo una misa, después de la cual almorzamos. Durante esa comida, muy bien servida y de lo mejor, la conversación se generalizó. Oía hablar al prefecto con mucho placer. Culto sin pedantería, nutrido de buenas lecturas, la facilidad de sus modales y su excelente tono serían apreciados hasta en los mejores salones de París. Me complazco aquí en hacer justicia a don Miguel de Aguirre, como homenaje debido a la verdad y como una pequeña prueba de agradecimiento por las amabilidades con que me colmó durante mi estadía en Cochabamba. Hallé también en la señora de Aguirre una mujer amable, sin pretensiones y plena de todas las cualidades.

El día transcurrió en juegos y paseos; pero por la tarde, todos los indios de la capellanía, también de fiesta, se reunieron para beber chicha. Fui testigo de una justa de lo más extraña, que hay entre los indígenas de los dos sexos. Es un verdadero asalto de coraje. Dos campeones se ponen en presencia, cada uno armado de una vara de membrillo larga y flexible; uno de los dos flagela al otro arriba de las piernas, hasta verse obligado a parar de cansancio; el segundo hace otro tanto, y recomienzan sucesivamente, con la mayor flema, a golpearse, a pesar de la sangre vertida, hasta que uno de los dos adversarios se confiesa vencido de dolor. Su vencedor es entonces proclamado el más valiente y recibe los aplausos de los espectadores. Jóvenes indias lucharon también de esa manera, sin hacer durar la prueba tanto tiempo. No pude dejar de compadecer tanto a unos como a otras, y de estremecerme ante la barbarie de ese juego, que me dio la explicación del gran número de heridas en las piernas que había observado en los indios e indias.

Al día siguiente por la mañana, al regresar a la capital con el rector del colegio (el doctor Torrico) y el médico, encontramos hombres atados de diez en diez y conducidos por jinetes. Los tomé por ladrones o asesinos; pero supe

por mis compañeros de viaje que no eran más que reclutas que se dirigían a Cochabamba. Las leyes obligan, cuando el caso lo exige, y exceptuando a los indios, a todos los habitantes al servicio militar. El temor de una guerra con el Perú motivó esa leva, de la que ya he hablado al referirme a Machacamarca. La aversión de los habitantes a la profesión de las armas obliga a las autoridades echar mano a los hombres durante las fiestas, o a ir a buscarlos en sus casas. Se los ata, se les ponen hierros en los pies en el villorrio, hasta que el contingente se complete; entonces se los amarra, como lo veía, y se los conduce a las prisiones de las ciudades, donde permanecen tanto tiempo como no logran huir. ¡Hace falta, en un país tan poco poblado, donde los brazos no son ni la mitad de los necesarios para la agricultura, ver cómo se los aleja así del campo! La leva no es nada en sí misma, pero ocasiona muchos males. Al menor rumor de guerra y de reclutamiento, el temor se extiende de una aldea a otra, y todos los hombres se refugian en los bosques, donde se ocultan. Los campos quedan, por lo tanto, sin cultivar y abandonados hasta que la tranquilidad renace. El retorno de la paz tendrá por consecuencia inmediata el estado más floreciente. La guerra intestina o las disputas con los vecinos retardan ese progreso, y detienen la prosperidad general. Si el patriotismo sofocara las ambiciones particulares, las repúblicas americanas serían llamadas a jugar un gran papel entre las naciones civilizadas.

Para dirigirme de Cochabamba a Santa Cruz de la Sierra, tenía, antes de llegar a las llanuras del interior, que franquear ciento veinte leguas, de las cuales cien de montañas abruptas. La estación avanzaba. Los habitantes experimentados me habían prevenido de que las lluvias se acercaban, y que, si me tomaban en el camino, tendría que sufrir mucho, y hasta correr los mayores peligros, en medio de numerosos precipicios, sobre un suelo resbaladizo; lo que me obligaría posiblemente a detenerme del todo. Desde mi llegada a Cochabamba, había tomado mis medidas para partir lo más pronto posible; por eso, después de veinticinco días de trabajo tenaz, que no me había impedido recorrer los alrededores de la entidad, mis colecciones fueron revisadas, embaladas, depositadas en casa del prefecto y mis notas estaban al día. En el intervalo, completé mis demás preparativos de partida, haciendo las compras necesarias, y alquilando los servicios de un arriero que debía conducirme hasta Santa Cruz no queriendo exponerme, como en mis viajes de Yungas, a perder muchos días esperando los medios de transporte. Me despedí de Cochabamba, y sobre todo de don Miguel de Aguirre, que me colmó de atenciones, y cuyo recuerdo es, para mí, inseparable del sentimiento de la más profunda gratitud.

Viaje a Santa Cruz de la Sierra por las provincias de Clisa, Mizque y Valle Grande

Provincia de Clisa

La partida es siempre algo muy difícil en América. Se diría que los habitantes nunca están apresurados y el europeo sufre constantemente a ese respecto. Había pedido mulas para la mañana temprano; vestido para el viaje y ya listo para partir, aguardé con impaciencia toda la mañana, sintiéndome dichoso al ver que llegaban una hora antes del mediodía. Se cargaron mis efectos, y finalmente partí. Empero, aún no había abandonado la ciudad, y no habían sido vencidos todos los obstáculos. Mis arrieros se detuvieron en su casa, donde sus parientes, sus vecinos y vecinas los esperaban con chicha. No hubo forma de evitarlo: nos quedamos cerca de una hora durante la cual, a cada una de mis observaciones, se me contestaba ofreciéndome chicha. Salimos de la casa, pero los parientes de los arrieros partieron con nosotros, llevando ollas de chicha; y cada cien pasos, se detenían para beber de nuevo. Cansado de tantos retardos, me di cuenta de que mis guías pronto no podrían conducirme; terminé por enojarme y obligar a las mujeres demasiado amables a alejarse, muy convencido de que, sin algo de energía de mi parte, mis guías me dejarían en el camino.

21 de octubre

Al salir de Cochabamba, seguí el pie de las colinas de San Pedro y entré en la quebrada por donde corre el Río Tamborada, que lleva las aguas del valle de Clisa. Esa quebrada, profunda y estrecha, que, por tal causa, se llama *Angostura*, está cultivada en las orillas, cubiertas, de tanto en tanto, de sauces, molles, manzanos, durazneros, higueras y de pequeñas casitas diseminadas de un aspecto pintoresco, contrastando con las colinas desnudas, secas y descoloridas de los lados, donde los cactus achaparrados son los únicos que presentan un resto de vida. Pronto, en un pequeño montículo limítrofe de dos provincias, entreví el vasto valle de Clisa, más grande, pero menos fértil que el valle de Cochabamba, porque tiene menos cursos de agua permanentes. En su desembocadura en la llanura, a cuatro leguas de Cochabamba, la noche se acercaba, obligándome a detenerme junto a la primera cabaña de indios, donde dormí al aire libre.

El valle de Clisa, de forma oval, se parece en todo, por el aspecto y la agricultura, al de Cochabamba. Veía, a dos leguas de distancia, el gran pueblo de Tarata[15], capital de la provincia, cuya iglesia, coronada de una cúpula y las

15 Tarata, según Viedma, tenía, en 1793, comprendiendo sus anexos y sus campos, 15.826 almas, de las cuales 3.971 españoles, 4.156 mestizos, 6.924 indios y 775 mulatos.

22 de octubre

numerosas casas y huertas se distinguían de los campos entonces incultos, que esperaban las lluvias para producir. Veía también, en el campo, gran número de caseríos y casas aisladas, cuyo aspecto contrastaba con las montañas secas y árida que rodean al valle. Al abandonar mi albergue, seguí, al norte, el piso de las montañas de arenisca. Atravesé el villorrio de Sacacirca, en el cual casi todas las cabañas de indios terminan en cúpula, como las que ya he descrito. Tres leguas más lejos, después de haber pasado delante de Clisa, estaba cerca del burgo de San Benito, y había abandonado la vecindad de las colinas para dirigirme hacia Punata, atravesando dos leguas de campos y praderas naturales, cubiertas de ganados y rebaños de ovejas. Punata[16] una de las importantes parroquias de la provincia, tiene una iglesia muy hermosa, muchas casas bien construidas, divididas en cuadras o bloques iguales. Se veía sobre todo numerosas huertos frutales. Está situada bastante cerca del extremo oriental del valle, a orillas del Río Punata, cuyas aguas, poco abundantes, sirven empero al riego artificial de una inmensa extensión de tierras cultivables. Mi paso conmovió al villorrio. Todos los habitantes, hombres y mujeres, sobre todo estas últimas, salieron a sus puertas a mirarnos, y se preguntaban quiénes podíamos ser. Tuve la crueldad de no satisfacer su curiosidad, no deteniéndome en Punata.

Al dirigirme a Arani, distante dos leguas, atravesé las más bellas llanuras arenosas cultivadas, que, sin embargo, parecían sufrir por la sequía. A mi llegada a esa parroquia, fui al principio recibido muy groseramente por el corregidor; pero la vista de mi pasaporte lo hizo tratable y se dignó permitirme dormir en el suelo bajo uno de sus techos.

A la mañana siguiente, mientras cargaban mis efectos, visité el burgo. Encontré una plaza muy hermosa, entonces cubierta de productos de la región y de la población indígena de los alrededores. En uno de los lados hay una hermosa y vasta iglesia, provista de una torre cuadrada muy alta. Entré, y comencé a admirar la riqueza de sus adornos de plata, y esa famosa virgen llamada *Nuestra Señora de la Bella*, que atrae tantos votos, peregrinos y sobre todo limosnas, cuando el cura en persona vino a decirme que era indecente entrar así en la iglesia. Completamente atónito por esa áspera admonición, busqué en vano qué podía llevar de extraordinario, cuando él me señaló las espuelas, que lo habían escandalizado. Salí de inmediato y siempre recordé que las costumbres del país prohiben en-

23 de octubre

16 Punata tenía, en 1793, comprendiendo los alrededores, 9.732 almas, de las cuales; 1.322 españoles, 4.350 mestizos, 3.411 indios y 612 mulatos.

trar con espuelas en una iglesia, lo que ignoraba entonces por completo. Arani, situada en la extremidad oriental del valle de Clisa y al pie de montañas áridas, es uno de los pueblos[17] más ricos de la provincia. Sus calles están bien trazadas, sus casas limpias, divididas en bloques iguales, y todo anuncia bienestar. Se ven numerosos indios y los habitantes son muy famosos como bebedores de chicha.

La provincia de Clisa, que comprende el valle de ese nombre y una parte de las montañas que se elevan al norte y al sur, encierra los cantones de Tarata, Punata, Clisa, Toco, San Benito, Arani, Tiraque y Paredón[18]. Por sus productos, su temperatura (aunque algo más fría) y los progresos de que es susceptible, se parece en todo a Cochabamba; contiene más pastos y alimenta a numerosos ganados, tales como vacas, caballos, mulas, asnos, ovejas y cabras. Los habitantes se lamentaron mucho, ante mí, de la falta de agua para el riego y fertilización de las tierras. Cuando ascendí los cerros que dominan el valle, reconocí fácilmente que estableciendo una represa en la parte oriental del gran lago de *Parco*, y haciendo una sangría al oeste, hacia las quebradas que descienden al lado de Arani, se podría, sin grandes gastos, tener una enorme masa de agua adicional en el valle, que daría, por consiguiente, un gran impulso progresista. La diferencia de niveles, las pendientes naturales, facilitarán esa operación, que, en cualquier otro país, estaría hecha desde mucho tiempo. Esperamos que el gobierno comprenda el bienestar que podría traer a una parte importante de esas poblaciones, y que secundará con todo su poder proyectos de una utilidad tan indiscutible.

Provincia de Mizque

Al ascender, en medio de arenisca de transición, las altas colinas que rodean el valle de Clisa y que están desprovistas de toda vegetación, llegué a los límites de las provincias de Clisa y Misque. En la cumbre, vi un panorama, dominando sobre el conjunto del valle, que se abría en lontananza con su cuadro de montañas que la distancia mostraba sin salida; el todo coronado por uno de los picos nevados del valle de Cochabamba. A medida que contempla-

17 Su población, según Viedma, es de 6.256 almas, de las cuales 803 son españoles, 2.058 mestizos, 2.904 indios y 488 mulatos.

18 El conjunto de su población es de alrededor de 37.000 almas, según Viedma. El *Iris de La Paz*, N° 20, le da, en 1829, 60.500, cifra sin duda demasiado exagerada.

ba esa hermosa llanura, le hallaba más analogía con las campiñas de Francia. La ilusión era realmente completa, cuando un grupo de indios, que pasó junto a mí, destruyó de golpe ese hermoso sueño, al cual me había entregado y me volvió a traer a las montañas de América. Siguiendo un vallecito por una colina, siempre ascendiendo y costeando, a mi derecha, algunas tierras de pastos donde pacían numerosas ovejas, llegué a la cima de una pequeña meseta, donde están los límites de la provincia. Allí, dominaba una meseta bastante elevada, cuyos alrededores, tristes y descoloridos, contrastaban con una serie de cuatro lagos escalonados que ocupaban el fondo, dándole vida. Uno de esos lagos, la laguna de Parco, el mayor de todos, me pareció muy apropiado para fertilizar el valle de Clisa. Bastaría, en efecto, como he dicho más arriba, establecer una represa en su parte inferior, y cortar una colina muy pequeña en su extremidad occidental para cambiar el curso de sus aguas, y hacerlas descender el vallecito que acababa de remontar.

A pesar de la sequía de los alrededores, la presencia de agua límpida de las montañas, y los pájaros acuáticos que ella atrae, vinieron a animar el paisaje y alegrar el conjunto. Desmonté y recorrí las orillas del primer lago, de más de una legua de largo y la mitad de ancho. Vi al principio largas falanges de fenicópteros, que volaron a mi primer tiro de fusil, para ir a buscar más lejos la tranquilidad a la cual están acostumbrados y que yo acababa inopinadamente de turbar. Muchos pájaros estaban allí reunidos: blancas gaviotas de manto gris, ánades variadas, pollas de agua, *foulques* de plumas negras y, sobre todo, un admirable ganso, de talla gigantesca, que nadaba majestuosamente en medio de las aguas, como nuestros cisnes en los estanques de los hombres opulentos de nuestra Europa. Maté varios ejemplares interesantes y después pensé en unirme a mi gente. Atravesé campos que se disponían a recibir el trigo, llegué al sendero trazado junto a las colinas de arenisca que bordean la meseta hacia el noroeste, pisando suelos secos, áridos, considerados, en vista de su elevación, como verdaderas *punas*. Por la noche hace un frío muy penetrante, y la temperatura parece corresponder a la de una altura cercana a la de La Paz, alrededor de 4.700 metros sobre el nivel del mar. El camino me condujo, pasando frente a otros dos lagos, hasta el villorrio de Baca, distante ocho leguas de Arani. Este pueblo, poblado por indios quechuas, se compone de cincuenta a sesenta casas, cuyos techos de paja no revelan gran bienestar. No hay corregidor, ni alcalde. Me presenté ante el cura, que, contrariamente a sus colegas, siempre de lo más hospitalarios, faltó, respecto a mí, a uno de los elementales deberes del cristiano. Sólo hallé en él grosería y ninguna ayuda. Por desgracia, su ejemplo, imitado por los indios, me expuso al doble inconveniente de pasar

la noche al aire libre y no conseguir nada de comer. La necesidad obliga por lo general a cambiar de conducta; y, viendo que nada podía obtener de buen modo, tomé el partido de usar el derecho del más fuerte. Mi gente, aunque sólo se componía de algunos hombres, estaba bien armada. Podía arriesgarlo todo; no vacilé un instante. Dos tiros de fusil me procuraron una oveja y un pollo, que me dieron por lo menos la seguridad de satisfacer la más apremiante de las necesidades. Temí que ese acto de autoridad me atrajera por lo menos fuertes reacciones; pero no aconteció así. Vinieron humildemente a pedirme el precio de mi caza de corral; luego obtuve todo lo que podía desear, y hasta deferencia por parte de los habitante. No por eso dejé de instalarme en un recinto aislado fuera del burgo, prefiriendo tener como techo la bóveda del cielo antes que las sucias casas de los indígenas.

24 de octubre

Al amanecer, recorrí los alrededores, visitando sucesivamente las lagunas, la orilla del Río Conda, o bien las colinas cultivadas de los alrededores de Baca. En todas partes las llanuras situadas al pie de las montañas están sembradas de trigo o de papas. Las colinas están cubiertas de rebaños de ovejas, y las orillas de los lagos, de vacunos. Busqué en vano algunos árboles, cuando, a lo lejos, creí ver una palmera de tronco esbelto. Estaba tanto más asombrado cuando esas hermosas plantas no crecen en las regiones elevadas. Me acerqué y reconocí una magnífica especie de agave. Su tronco delgado, de dos a tres metros de alto, estaba coronado por un conjunto de numerosas hojas largas y puntiagudas, y formando una bola de aspecto muy pintoresco. Por desgracia, esas plantas son poco numerosas, y el poco aprecio que se les tiene las hará desaparecer del todo en estas regiones.

Al abandonar Baca, seguí costeando la colina hasta el final del valle. Ascendí después por caminos terribles, caminando sobre piedras desprendidas hasta la cima de la montaña, donde el sendero ocupa la cresta de la misma cadena, contra la cual se apoya Baca. De esa cresta, bastante aguda, formada de arenisca de transición en descomposición, dominaba a la derecha el valle de Conda, donde, mirando del lado de su fuente, veía al arroyo que sale de los lagos de Baca, y otro afluente, formado por el grueso de las aguas de la laguna, perteneciente a un valle distinto. La abundancia de agua del Río Conda hace nacer, en sus orillas, un pasto verde tierno, que contrasta con la aridez de las montañas situadas más al sur. Varias cabañas de indios pastores están esparcidas y no contribuyen poco a embellecerlo. A la izquierda corre el Río Pocona por un verdadero precipicio, a tal punto esta encerrado entre los dos cerros que forman su lecho, mucho más profundo que el de Conda. Algunos arbustos

achaparrados ocupan la parte más baja. Del otro lado de la quebrada de Pocona aparece la cadena de montañas de Coripaloma, cuya cresta está muy deshecha y tiene un aspecto negro por los esquistos que la componen, mostrándose la roca al desnudo en todas sus partes. Marchaba lentamente hacia la cima de la montaña, mirando sucesivamente a uno y otro lado, midiendo con los ojos los seiscientos u ochocientos metros de altura que me separaban de las quebradas, cuyas laderas son a tal punto abruptas que forman, en todos los puntos, precipicios; o bien, recogía algunas de esas bonitas soláneas en zarzales, cuya flor violácea me anunciaba la primavera. El tiempo era calmo y cálido; el cielo estaba algo cubierto. Nubes aisladas, primero en pequeño número, recorrían, muy abajo de mí, el valle de Pocona, mientras que el otro estaba despejado. Parecían a veces pegadas, como grandes manchas blancas, a los arbustos de la montaña de Coripaloma. Se sucedían, se acercaban rápidamente, y pronto llenaron todo el valle, ocultándomelo por completo, como una gran cortina tendida de una montaña a la otra. Esas nubes, primero blanquecinas, se amontonaron y adquirieron un color más sombrío; las surcaron los relámpagos, el trueno rugió con estrépito, el eco de las montañas repitió mil veces sus rugidos, que se hicieron continuos, reenviados, como lo eran sin cesar, de un lado al otro de las pendientes. Gocé tanto más de ese espectáculo cuanto que disponía en la cumbre de la montaña de la calma más perfecta. El valle de Conda tampoco tenía una sola nube. De un lado, la imagen de la naturaleza enfurecida; del otro, la naturaleza tranquila y no menos imponente.

Desde lo alto de mi observatorio admiraba esos efectos de un contraste verdaderamente mágico; pero no tardé en observar las nubes que remontaban el valle de Conda, que pronto quedó completamente lleno. Esas nubes se elevaban poco a poco; las del valle de Pocona surgieron a fragmentos desgarrados de sus lechos; todas se desplazaban con rapidez. Me vi repentinamente envuelto por unas y otras, y no distinguía más que torbellinos muy fuertes de viento, que cambiaba de dirección a cada segundo. Algunos instantes más tarde apenas podía ver. El trueno rugió al mismo tiempo arriba, debajo y alrededor mío; los relámpagos surcaron el espacio en todos sentidos y mi pobre gente, sin abrigo, suspendida en la cima de la montaña, podía temer a cada instante, ya sea ser arrastrada al fondo de los valles, ya sea ser alcanzada por el rayo. Jamás había oído semejante batahola; jamás había estado rodeado de tal manera de nubes eléctricas. Era algo magníficamente horroroso, cuyo conjunto me asombraba, hasta me aturdía, sin inspirarme empero el menor temor. Estaba pleno de la admiración que me inspiraba ese fenómeno. Las nubes se abrieron; torrentes de lluvia nos inundaron, y quitaron al cuadro algo de su

belleza ideal. Tres horas seguidas duró eso. Estaba empapado y marchaba penosamente por el terreno muy resbaladizo. El trueno, dirigiéndose hacia el oeste, se alejó poco a poco y se perdió en el espacio. La lluvia se hizo menos fuerte y las nubes desaparecieron. Hacia las tres de la tarde el horizonte estaba enteramente libre, apareció un sol consolador y la calma más perfecta se restableció en la naturaleza. Estaba entonces en una punta de la cadena, desde donde veía, en el fondo del valle, al borde del río, el burgo de Pocona, completamente debajo mío. Viéndolo tan cerca, creí llegar allí en poco tiempo; pero mi guía me anunció que nos era necesario marchar todavía por lo menos dos horas antes de llegar. Comencé a descender por mil rodeos, una pendiente de lo más abrupta, donde, a cada instante, mi mula, sintiéndose a punto de caer, tendía sus patas delanteras, adelantaba las traseras y se deslizaba así algunas veces más de cinco o seis metros; luego caminaba de nuevo, se deslizaba otra vez, y recomenzaba sin cesar esa operación, que continuó hasta abajo de la cuesta, corriendo el riesgo de rodar conmigo. Llegué, al fin, sano y salvo al lecho del río y a Pocona, donde, recordando algunos de los malos recibimientos pasados, preferí comprar la hospitalidad en casa de un indio antes que dirigirme a las autoridades civiles o religiosas.

Hacia el fin del siglo XIII, el Inca Roca, sexto rey de su raza, llevando sus conquistas más allá de las provincias de Cochabamba y de Tapacarí, sometidas a su padre, exigió el vasallaje de las provincias de Pucuna[19] y de Chuncuri, pretensión que, después de algunas conversaciones con los ancianos, condujo al sometimiento de provincias entonces a tal punto pobladas, que el Inca les hizo el honor de tomarles quinientos guerreros para su ejército[20]. Había llegado a la capital de una de esas antiguas provincias al marchar, sin ninguna duda, por el sendero recorrido por el Inca y su comitiva, quinientos años antes que yo, cuando llevó sus conquistas hasta Chuquisaca, por la provincia de Mizqui, hoy Mizque. Esos recuerdos del antiguo esplendor de la monarquía de los Incas me hicieron experimentar un sentimiento penoso, cuando comprobé hasta qué punto estas regiones, antes tan ricas, están actualmente despobladas, sobre todo de indígenas. Pocona actual, lo mismo que el antiguo Pocona, sólo contiene algunos indios puros, y muchos mestizos de indios o de negros.

Pocona parece haber llevado antiguamente el título de ciudad[21]. Luego pasó bajo el patronato de los hermanos de San Francisco hasta 1757, en que

19 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. IV, cap. XVII, pág. 122.
20 *Ibidem*, cap. XVIII, p. 123.
21 Viedma, *Informe*, etc., p. 30.

recibió un corregidor. Es un gran pueblo[22], mal construido, situado a la orilla derecha del Río Pocona, en el fondo del valle; sus calles son estrechas, su plaza pequeña, su iglesia bastante grande; sus casas son verdaderas cabañas cubiertas de cañas, salvo la del cura, que es la más grande. Todos los alrededores están llenos de las más hermosas huertas, donde predominan los durazneros, manzanos y perales. Los campos, sobre todo abajo, en el valle, están cultivados y dan magníficas cosechas de maíz y de trigo candeal, mientras que las alturas vecinas sirven a los pastores de ovejas. La casa donde estaba instalado me parecía bastante bien cubierta. Sin embargo por la noche, habiendo recomenzado la lluvia, se llenó a tal punto de agua que debí mantenerme de pie, tanto por la imposibilidad de tenderme en el suelo como de defender mis efectos de esa inundación general.

De Pocona debía dirigirme a Totora, distante ocho leguas. Recorrí primero todos los alrededores, haciendo exploraciones de historia natural, y me puse luego en camino. Admiraba esas crestas erizadas de la cadena de Coripaloma, cuyos esquistos formaban puntas agudas. El valle de Pocona se ensanchaba mucho abajo del villorrio, presentando los más hermosos campos de cultivo y en todas partes chacras; luego se achica a tal punto hacia su desembocadura en el Río Copi que se reduce a una simple quebrada, por donde el camino, entre dos altas escarpaduras, atraviesa el río muchas veces, sobre un lecho de cantos rodados. Al salir, tenía a la derecha el valle de Copi, donde todas las aguas se reúnen para dirigirse al Río Mizque, uno de los grandes afluentes del Río Grande. Este valle es profundo; pero las cuestas son demasiado escarpadas para que se puedan cultivar. Remonté el valle y fui costeando muchas chacras, hasta el Río Machacamarca, que tiene su fuente cerca de Tiraque, en la cadena de los Andes orientales. Como la tormenta se había dirigido de ese lado, ese torrente arrastraba, en su lecho de cantos, areniscas y esquistos, aguas cenagosas, que atravesamos no sin algunas dificultades, vista la violencia de la corriente. Me hallé luego en el lecho mismo de otro río, que remonté, pasando varias veces sus aguas rápidas, al pie de una gran montaña seca, compuesta de asperones desplomados de su cima. Por espacio de dos leguas, en la hondonada donde me hallaba, se reúnen, de diversos lados, en el Río Copi o Mizque, los ríos Pocona, Machacamarca, Chuchi, Muqui; el quinto, el más pequeño de toldos, hacia el cual me dirigía, corre en medio de una hermosa llanura cultivada, adornada de algunas casas esparcidas. Como las aguas atravesaban tie-

22 Viedma, comprendiendo Baca y las casas aisladas de todas partes, calcula su población en 3.209 almas.

rras laborables sin ninguna consistencia, cavaban en todos sentidos, de acuerdo a las pendientes, quebradas muy profundas y muy numerosas (a menudo subterráneas), que, minando las tierras en ciertos lugares y haciéndolas desplomar, han obligado a cambiar todos los años la dirección del sendero. Mi arriero no había estado en esos lugares desde hacía dos años; había tomado su camino habitual; pero lo hallamos cortado por un profundo barranco, y nos fue necesario hacer más de media legua para volver a encontrar el buen camino. Del otro lado del valle ascendí, durante dos horas, una cuesta muy alta, por una pendiente poco inclinada, siguiendo una ladera cuyas quebradas están cultivadas; maté varias palomas y muchos pájaros interesantes. Desde la cumbre de esa colina pude hacer observaciones de muchos puntos del valle. Descendí por una pequeña quebrada cubierta de piedras aisladas, hasta el gran pueblo de Totora.

A mi llegada, supe que el corregidor estaba ausente. Comencé a temer hallarme en la misma situación que la noche precedente, cuando uno de los principales propietarios de la zona, don Manuel Soria, que me complazco en nombrar aquí, vino a rogarme que descendiera en su casa, donde me dio una habitación muy buena. No puedo expresar con qué amabilidad el señor Soria y su amable esposa me recibieron. Todo fue puesto en movimiento para acogerme, y me prodigaron los cuidados más exquisitos, sin que tuviera yo otros títulos para merecerlos que los de extranjero y viajero. Retenido un día en casa de esta honorable familia, pude gustar el más dulce descanso.

Totora, uno de los grandes burgos de la provincia de Mizque, está situado bastante cerca de la cima de las montañas, en el fondo de una pequeña quebrada, en la confluencia de riachuelos, de manera que su suelo es de lo más desigual, sus calles en pendiente y no goza de ningún panorama. Los alrededores son también bastante áridos, por lo menos del lado sur, y un vallecito muy fértil le da al norte otro aspecto. Está a treinta leguas de Cochabamba, a veintinueve de Mizque y a noventa de Santa Cruz. Las casas están mal construidas, salvo algunas, como la que yo ocupaba, que son de dos pisos y de apariencia en todo señorial. La plaza es vasta, y en uno de sus lados se halla una iglesia no muy grande, pero bonita. La población se compone de propietarios descendientes de españoles y mestizos agricultores o arrieros que hacen diariamente, con las provincias de Valle Grande y Santa Cruz, el comercio de papas y harinas. Cuando se ve la composición actual de los habitantes de Totora, uno está lejos de imaginar que haya sido, en un comienzo, un pueblo de indios puros (de indios reales), lo que es tanto más seguro cuanto que, en el tiempo de los Incas, era una provincia conquistada por Capac Yupanqui, quinto Inca, hacia

el siglo XIII, época en que también fue sometida la provincia de Chayenta[23]. En tiempos de Viedma[24], en 1793, sólo había siete indígenas puros. Si se busca la causa de ese cambio, se encontrará fácilmente en los funestos efectos de la mita. Los indígenas hacían todos sus esfuerzos para sustraerse a la explotación, los burgos más florecientes fueron casi destruidos, por lo menos para los indios, unos sepultados en las minas de Potosí, donde por lo general moría la tercera parte[25]; otros preferían entregarse al vagabundaje a soportar esa horrible carga. Así se produjo la renovación completa de la población y el aniquilamiento de muchos villorrios.

Aparte de los productos de su valle, Totora se enriquece además con los productos muy diversos de un lugar ganado a los hermosos bosques vírgenes, del lado del territorio de los yuracarés, donde se cultivan, como en Yungas, la coca, el cacao y todas las plantas de las regiones cálidas, razón por la cual se la llama *Yunga* de Choqueoma. Ese lugar está situado al norte de las montañas, sobre la ladera de la provincia de Moxos. No cabe duda de que ese género de industria puede, si es estimulada, hacer progresar la provincia de Mizque e impedir que sea, en la coca, tributaria de la de La Paz. Totora posee además otra ventaja: rodeada por los lugares más malsanos del mundo, sus habitantes no experimentan ninguna enfermedad endémica, y gozan de una temperatura agradable.

Para dirigirme de Totora a Challhuani, tenía que recorrer doce leguas de caminos muy malos. El 27, después de expresar mi agradecimiento por la hospitalidad que se me había acordado, me puse en camino. Al salir, hallé en la primera colina algunos fósiles pertenecientes a terrenos de transición. Marché después por la cresta de una montaña de arenisca, al nivel de las gramíneas, pisando un pasto llano y teniendo a la derecha valles profundos, cuyos innumerables rodeos me ocultaban su extensión, todos reducidos, empero, al lecho profundo y estrecho de un

27 de octubre

23 Carcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. 17, p. 95. Totora se llamaba entonces Tutura.

24 *Informe*, p. 31.

25 Viedma (p. 77 y sig.), uno de los españoles que más elevaron la voz contra esa bárbara costumbre, da, en su *Informe* al virrey de Buenos Aires, detalles horribles sobre la suerte de los desdichados condenados a ese trabajo. Explica cómo los villorrios se despoblaban, y cita a Paso, en el valle de Cochabamba, donde, de treinta y cuatro indios susceptibles de ser escogidos, debían elegirse todos los años diez y siete, número que permaneció invariable, desde el establecimiento de ese impuesto personal, aun cuando la población se redujo a cero.

torrente, que las montañas flanqueaban. Después de muchas leguas de marcha, me encontré al comienzo de una pendiente que descendía hacia el río. Vi en un campo, al lado del camino, una mujer sentada junto a un cerquito de piedras secas, que la defendían del viento. El arriero me informó que esa mujer venía todos los días de Totora, con un cántaro de chicha que vendía a los viajeros que pasaban ese día. No había visto hasta entonces ese género de industria, que me pareció bastante original. Me hallaba delante del Río Copachuncho, que corría debajo mío por un precipicio, a cuyo fondo llegué finalmente, después de un descenso de más de una hora y media, haciendo numerosos zigzags por uno de los flancos de una colina de lo más seca, y rodando con las piedras sueltas, que hacen, a cada instante, tropezar a las mulas. Una vez que llegué al lecho del torrente, experimenté un calor sofocante; y, para sustraerme lo más pronto posible, comencé mi ascensión por la cuesta opuesta, mucho más elevada todavía que la que acababa de descender. Esa cuesta está completamente desprovista de vegetación. Al principio caminé por capas de esquistos desmenuzables, desplomados de todos lados, y luego sobre arenisca. A medida que me elevaba, el sendero se hacía más rápido y se cubría de piedras sueltas; finalmente, cuando estaba a punto de alcanzar la cima, dudé todavía de poder llegar. El sendero trazado en el asperón desmenuzable consistía en agujeros practicados en la pendiente de tanto en tanto, donde las mulas ponen sus patas para ascender como las cabras, corriendo el riesgo de rodar con el jinete hasta el fondo del barranco. Al llegar a mi objetivo, fui compensado de la fatiga con la hermosa meseta, que ocupaba toda la cumbre de la cadena, sobre la cual, en medio de un pasto corto y verde, se elevaban mamelones redondos. Sentí un frío penetrante, que sufría tanto más cuanto acababa de experimentar un calor sofocante, habiendo, en dos horas, pasado de la temperatura de los trópicos a la de regiones menos templadas; por eso no estaba rodeado más que de plantas características de las montañas muy altas de la puna. Me detuve en busca de insectos, mientras mis mulas tomaban la delantera. Las alcancé luego, y nos encaminamos por mucho tiempo por la cima de la montaña, hasta que habiendo, por casualidad, encontrado a un indio, lo que es raro en esos caminos, donde se pasan jornadas enteras sin ver a nadie, el arriero le habló y comprobó que seguíamos un camino distinto del que debíamos tomar: éste conducía a Yungas. Fue necesario regresar, lo que nos obligó a detenernos junto a una casa de mestizos, en la pendiente de la montaña, donde por la noche, acostado al aire libre, sufrí mucho por el frío. Todo, alrededor de mí, estaba cubierto de helada blanca.

Deseando vivamente conocer esas regiones, desde que la luz de la mañana me lo permitió, recorrí el campo, cazando sucesivamente pájaros y cortando plan-

28 de octubre

tas. Entre estas últimas, hallé, sobre todo en las quebradas, una hermosa especie de tejo de follaje tupido y un gran arbusto de hojas triangulares, adornado de flores violetas en racimos. Habiendo sido cargadas las mulas durante mi paseo, me puse de inmediato en camino. Se trataba de recobrar en la jornada el tiempo perdido la víspera. Tuvimos al principio mucho trabajo para volver a encontrar el verdadero camino, atravesando muchas quebradas, en medio de matorrales de tejos; finalmente, a las nueve, alcanzamos el pequeño caserío de Duraznillo, donde debíamos haber pasado la noche. Desde ese caserío, compuesto sólo de tres casas, y del lugar de los durazneros cuyo nombre lleva[26], descendí dos horas por una pendiente rápida, hasta el Río Challhuani o Chaluani[27]. A medio camino, en medio de muchos árboles desprovistos de hojas, donde sin embargo grandes botones anunciaban la primavera, observé muchas especies de *ceibos*[28], cubiertos de hermosos racimos: unos de un bello azul, otros amarillos, contrastando con otros de color rojo carmesí intenso, semejantes a los que había visto a orillas del Paraná, remontando hacia Corrientes, pero esta variedad de colores, de que la copa de los árboles está adornada, parecía tanto más extraordinaria, tanto más marcadas, por cuanto esos mismos árboles no tenían entonces una sola hoja, y la naturaleza de los alrededores estaba siempre seca y descolorida, sólo esperando las primeras lluvias para cambiar por completo de aspecto. Más abajo, hallé la zona de las mimosas y de los cactus; las primeras ya cubiertas de sus aderezos primaverales, los segundos altos como árboles, de naturaleza muy variada, aquéllas cargadas de un plumón colgante de la extremidad de sus tallos como una gran barba blanca, éstos muy ramificados, adornados de flores blancas, rojas de la mayor belleza, o de frutos que, aunque salvajes, no dejan de ser sabrosos. Después de haber visto la vegetación cambiar varias veces a medida que descendía; después de haber recogido algunos fósiles de transición en los asperones desmenuzables que pisaba, abandoné los matorrales de mimosas espinosas que se hacían más tupidos, para llegar a la orilla misma del Río Chaluani, donde una casa sombreada de algarrobos[29] me invitó a reposar un rato.

---

26 Duraznillo es un diminutivo y significa pequeño duraznero.

27 El primer nombre es la ortografía de la lengua quechua y proviene de *chalhua* (pez) y de la partícula colectiva *ni* (reunión de); así, ese río que da su nombre al valle, es el *río de los peces*.

28 Del género *Erythrina*, Linné.

29 El *algarrobo* es un árbol de hojas acuchilladas, perteneciente al género *Accacia*. Da una vaina que se parece a la de la habichuela. Espesa y pulposa, está llena de una materia harinosa y azucarada, de un gusto muy agradable. Se hace con ella harina, pan y fuertes y excelentes bebidas fermentadas. Es, con la carne, el único alimento de los habitantes de la provincia de Santiago del Estero, en la República Argentina.

Un letrero atado al extremo de un gran palo anunciaba a los paseantes que se vendía chicha; podía, pues, detenerme sin contraer obligaciones.

Hubiera permanecido de buena gana en ese lugar; pero tenía todavía cuatro largas leguas que recorrer antes de llegar a la *Jornada*, punto de descanso del día de marcha. Al descender al lecho del río, donde anduve por la orilla, pasando a menudo de un lado a otro, de acuerdo a los obstáculos y accidentes naturales del terreno, experimenté un calor sofocante, a causa del sol que lanzaba con fuerza sus rayos y a la reverberación de éstos en los cantos rodados y blanquecinos. Las colinas estaban en una dirección transversal al viento y no se sentía el más ligero soplo. Sufría tanto, que casi añoraba la blanca escarcha de la noche anterior. Estaba en lo que los habitantes llaman *Valle Fuerte*. Para que tuviera paciencia, el arriero me contó, durante el viaje, una serie de anécdotas de viajeros que, al cruzar ese río, fueron atacados durante tres días por fiebres violentas, o por fiebres intermitentes, otro flagelo de los habitantes; pero, habituado a esa clase de relatos, no me expuse por eso menos al sol, tanto corriendo a pie detrás de hermosas especies de pájaros, como descansando la vista, fatigada del brillo del sol, en el hermoso verde de los españoles esparcidos que adornaban el pie de las colinas. Durante la estación de las lluvias, resulta a menudo imposible viajar, porque el río se convierte en un torrente impetuoso, y arrastra todo a su paso. En ese momento, sus playas, de dos o tres kilómetros de ancho, según los lugares, dejan sólo correr un riachuelo muy grande que se cruza sin trabajo a vado. Llegué así por la tarde al pueblo de Chaluani, situado a la orilla izquierda, junto a una pequeña quebrada; fui muy bien recibido por el corregidor, que me instaló en una de las casas vacías de que el burgo está lleno.

Chaluani, último lugar habitado de la provincia de Mizque, estaba antiguamente muy poblado de indios; hoy es un triste villorrio, compuesto de algunas chozas donde se ven morir o expatriarse casi todos sus habitantes, a causa de las fiebres tifoideas e intermitentes, que son muy comunes todo el año, pero sobre todo durante la estación de las lluvias. Los que quedan están pálidos, lívidos, mostrando demasiado bien la insalubridad del valle. Están también generalmente afectados de enormes bocios.

Al llegar a los confines de la provincia de Mizque, quiero decir una palabra de su conjunto. Era antiguamente una de las más florecientes del Alto Perú por la gran variedad de cultivos que podían atenderse; pero, antes tan poblada, se hizo insalubre a tal punto que hoy está casi desierta, por lo menos en los valles, zona de la infección, sin dejar de ser sana en las altas montañas, de manera que de siete lugares habitados, Mizque, Tintín, Ayquile, Pasorapa,

Chaluani, Pocona y Totora, sólo los dos últimos están exentos de esa calamidad. Cruzada por el Río Grande y por una serie de otros ríos, la provincia se compone de valles profundos, anchos y muy cálidos, formados por cadenas de montañas bastante elevadas, cuya dirección general es de oeste a este. Las cumbres, cubiertas de buenos pastos, alimentan muchos rebaños de vacas y ovejas. Los campos superiores producen papas; los que están algo mas abajo, maíz, trigo candeal, frijoles, etc. Más abajo todavía, se cultiva la viña, que brinda excelentes productos. Esta industria está hoy abandonada. Debajo, se planta algo de caña de azúcar. Es evidente que con las mismas ventajas y mejoramientos posibles, de que he hablado al referirme a Cochabamba, esta provincia podría proporcionar abundantes cosechas de algodón, de granza y de una serie de otras plantas características de las regiones cálidas, aparte de las de los terrenos templados y fríos; por eso los recursos de la provincia serían inmensos, si se supieran aprovechar sus posibilidades, puesto que al lado de los productos, los numerosos ríos proporcionarían medios para establecer toda clase de fábricas.

Los bosques poseen muchos árboles útiles: el cedro por su madera, la quinaquina por su incienso, el ceibo, la tipa, la vilca y el soto, apropiados para las curtiembres, el molle, el tejo y una serie de acacias, de mimosas y de cactus. Todas las frutas de Europa se desarrollan tan bien como las de las regiones cálidas. Los mamíferos son numerosos, así como los pájaros. Entre estos últimos, las bandadas de papagayos variados, de palomas, de tórtolas, se ven por millares; y los bosques están poblados de penélopes o *pavas del monte*. Los pájaros peculiares de cada región proporcionarían una caza abundante, la que hoy nadie aprovecha. Los reptiles son muy comunes, y entre ellos muchos lagartos, culebras y hasta crótalos o serpientes de cascabel. Los ríos, en época de crecientes, están llenos de hermosos y buenos peces, que remontan las llanuras de Santa Cruz. Se explota, en el cerro de Quioma, una mina de plata muy rica.

La población se compone de españoles, de gran número de mestizos de raza africana y americana, y de indios[30], pero poco numerosos. La cabeza de provincia, la ciudad de Mizque, fue una de las mayores del Alto Perú; tiene buenos edificios; declina actualmente día a día. Sus dos hermosas parroquias,

30 En la época de Viedma, en 1793, la población de la provincia era de 17.196, de la cual eran 2.962 españoles, 8.031 indios, 5.602 mestizos, 2.249 negros o mulatos. Hoy las proporciones son distintas, hay mucho más mulatos y el conjunto de la población se ha reducido en dos tercios.

así como sus cuatro conventos, están casi desiertos. Sus anchas calles, bien alineadas; sus casas espaciosas, están, por así decirlo, deshabitadas, y todo anuncia la cercanía de una decadencia completa.

Informado de estos detalles, de este cambio funesto en la provincia de Mizque, de ese paso de un estado próspero al abandono más absoluto, a causa de influencias malignas, cada año más intensas y reemplazando un estado sanitario satisfactorio, traté de hallar una explicación a ese desastre, pensando al mismo tiempo en los medios de ponerle remedio; y creo haber hallado la causa. Recorriendo las colinas, observé gran número de viejos tocones carbonizados, únicos vestigios de grandes árboles, en un lugar donde crecen apenas, de tanto en tanto, algunos pequeños arbustos achaparrados todavía medio quemados. Reflexioné sobre el hecho. Pregunté al corregidor, quien me aseguró haber oído decir que esas colinas estaban antes cubiertas de grandes árboles. Me mostró, en efecto, en su casa, bastante antigua, gruesas cepas, que hoy no se podrían de ninguna manera reemplazar. Ese hecho fijó mis ideas sobre la cuestión. La insalubridad siempre creciente de la región me pareció causada por el desmonte que origina la mala costumbre de prender fuego a los campos, y de destruir así todos los árboles que podrían crecer. Las enfermedades prenden, en efecto, cada año con más fuerza, a medida que las tierras se van desmontando y producen miasmas pestilentes por la evaporación instantánea debida al ardor del sol. Estoy convencido de que si el gobierno boliviano prohibiese, bajo pena de severos castigos, esos incendios anuales en todo el país, los árboles crecerían a poco a poco, las colinas se cubrirían, a la larga, de una tupida vegetación, y la provincia de Mizque hoy, por así decirlo, desierta e inútil, volverá a tener su pasado esplendor, su antigua salubridad, dando al Estado una renta que hoy, disminuyendo sin cesar, no tardará en ser ilusoria. Es una gran cuestión que someto al gobierno boliviano, un medio que dejo a su conciencia y a su amor por el bien general de este interesante país, del que tengo el honor de ser ciudadano[31], dichoso como me sentiré siempre de señalar las mejoras que me sugiera la combinación de las posibilidades locales con los medios de acción que nos proporciona la industria europea.

Al ver a Chaluani despoblado, al oír a los habitantes hablar de las enfermedades que los atacan, un viajero accesible al temor se apresuraría a abandonar esos lugares, llevando tal vez con él los gérmenes de afec-

29 de octubre

ciones endémicas de la región. Habituado a desafiarlo todo,

31 El general Santa Cruz, Presidente de la República, se dignó conferirme ese título en muchos despachos oficiales.

pasé todo el día siguiente haciendo historia natural en el valle, afrontando los rayos solares más ardientes. Después de haber cazado toda la mañana, me puse en camino al mediodía. Siguiendo el lecho del río, atravesé la confluencia del Río Pojo, que desemboca a la izquierda, viniendo sus aguas, bastante abundantes, con las del Río Chaluani, y forma un torrente ya difícil de franquear. Llegué así a la *Viña Perdida*. Los jesuitas –industriosos y amigos del progreso al máximo– plantaron, cuando poseían la provincia de Moxos, la viña en ese lugar, y tenían, de ese producto, la más hermosa huerta del país. Construyeron magníficos edificios, una hermosa capilla y llegaron a cosechar trece mil botijas[32] de vino; pero, en la época de su expulsión, esa huerta, vendida a la familia Velasco, de Cochabamba, perdió mucho, fue luego abandonada por completo, y actualmente no sólo carece de viñas, sino que también no tiene más habitantes, entre las ruinas, que algunos mulatos o algunos cholos, que cultivan algo de maíz.

Atraído por los gritos de numerosos guacamayos, los perseguí y fui lo bastante feliz como para matar varios. Son azules, con los dorsos de un hermoso color rojo[33]. En el intervalo, mi gente había avanzado, y no me reuní con ella hasta la mitad de una elevada colina, aunque poco inclinada, cubierta de enormes cactus, simulando grandes árboles; y aquí y allí, de árboles cuyo raro tronco me llamó la atención. Son gruesos a la mitad de su altura, estrechos más abajo y son idénticos a husos. Tienen una vaina que cuando se abre da un algodón corto, sedoso y sin duda susceptible de encontrar empleo en las artes. En la cima de esa colina alcancé, al mismo tiempo, los límites de la provincia de Mizque y los del departamento de Santa Cruz de la Sierra.

Provincia de Valle Grande

Comencé a descender a una pequeña quebrada, y llegamos a una pequeña explanada, donde el arriero quiso pasar la noche, porque le ofrecía pasto para sus mulas. Acampamos, pues, en campo raso, en medio de una naturaleza salvaje y árida, alejada de todo lugar habitado. Al recorrer los alrededores, fui bastante afortunado como para encontrar, en la arenisca de transición, un buen número de fósiles interesantes. Desde ese lugar, me faltaban todavía ocho leguas hasta Chilón. Al día siguiente, al borde de una quebrada seca y profunda,

32 Medida española, que equivale a una damajuana grande.
33 *Ara militaris*, d'Orb.

vi un crótalo o serpiente de cascabel que mi mula estuvo a punto de pisar. Después de haberme apoderado de ella para llevarla a Francia, seguí descendiendo hasta el Río Chilón, entonces poco ancho, muy encajonado y tan seco que parecía un simple arroyo. Los recodos que forma dejan, en muchos lugares, pequeños retazos de tierra vegetal, que los agricultores siembran de maíz y cebada. En los bosquecillos achaparrados esparcidos en las orillas, hallé gran número de penélopes de gran tamaño, conocidos con el nombre de *pavas del monte*. Me detuve tanto para cazarlas y recoger plantas muy originales, que no pude llegar a Chilón la misma tarde, y me vi obligado a acampar junto a una casa, donde me acosté al aire libre.

Creí por un instante que a ese lugar se había transportado la vegetación de la Patagonia, cuyo aspecto siempre estaba presente en mi recuerdo. Observé sobre todo una mimosa espinosa sin hojas, en todo análoga a las que traje de las regiones meridionales. Todas las plantas leñosas de esas quebradas son espinosas, provistas de hojas muy pequeñas; y reunidas con los numerosos cactus, dan al campo el aspecto muy triste. Tal vez la gran sequedad de la estación contribuya en mucho a hacer al conjunto más árido y a quitarle algo del encanto que ofrece en época de lluvias. Siguiendo las costas tortuosas del río, el valle se ensancha y llegué finalmente a Chilón.

Chilón, parroquia de la provincia de Valle Grande, es un villorrio triste, situado en medio de un ancho valle de lo más fértil, cuando es fecundado por la irrigación. Está a treinta leguas de la capital. Su iglesia es pequeña; sus calles están mal trazadas; sus casas, del más triste aspecto, están construidas de adobes y, por lo general, cubiertas de cañas. No hallé a ninguna de las autoridades, y una persona encargada de reemplazar al corregidor me alojó en la cárcel. A pesar de mi repugnancia a instalarme en semejante habitación, tuve que aceptarlo, antes que exponerme al ardor de un sol devorador, cuyos rayos podían transmitirme enfermedades mortales, que constituían un obstáculo a la prosperidad del valle y hará que lo abandonen por completo, si no se apresuran a sanearlo. La población está hoy compuesta de españoles, mulatos y algunos cholos. No se habla ninguna de las lenguas indígenas, sino sólo español. Desde mi partida de Tacna, en todos los lugares por donde pasé se hablaba el aymara o el quechua. Recordaba algunas palabras de esos idiomas, pero la dureza y dificultad de pronunciación me desanimaron a tal punto que sólo conservaba las expresiones más usuales, viéndome obligado a recurrir en todas partes a mi intérprete. Es, en los viajes, una gran dificultad más, un fastidio y un embarazo de todos los instantes; por eso no encuentro palabras para expresar el placer que experimenté cuando vi a una persona de rostro moreno eno-

jarse cuando mi intérprete le dirigió la palabra en quechua, temerosa de que se la tomara por un indio. Con el propósito, sin duda, de darse mayor importancia a mis ojos, llegó incluso a insultar a esos pobres indígenas y a todas las provincias de Cochabamba, asegurándome que en Chilón, como en todo el departamento de Santa Cruz, no se habla otra lengua que la castellana. Tuve así el convencimiento de que, por lo menos durante algunos meses, podría hacerme entender en todas partes, sin necesidad de recurrir a un tercero.

Cuando se ven las colinas de los alrededores de Chilón casi al desnudo o apenas cubiertas, de tanto en tanto, por algunos zarzales espinosos o cactus; cuando se ve su valle hoy inculto, o por lo menos descuidado, que apenas se aprovecha en una milésima parte, resulta difícil creer en su antigua prosperidad. Antes las colinas estaban llenas de bosques, en la llanura abundaban las haciendas, donde se cultivaban, en grande, la caña de azúcar y la vid y donde se recogían muy buenos productos; pero pronto a la agricultura se agregó la cría de ganado. Desde entonces, la primera industria se perdió, a medida que se destruían los bosques por el incendio anual de las colinas, con el fin de renovar la hierba. Las lluvias se hicieron más raras, la sequía más agobiante; aparecieron las enfermedades. La agricultura fue cada vez más descuidada; se la redujo finalmente a un poco de maíz, para asegurar, en parte, la subsistencia de los habitantes; a cebada, para las bestias de carga; y a ají o pimiento colorado, como único objeto de exportación. Los terrenos para crianza de ganado sólo dieron, por falta de humedad, pocos pastos, mientras las influencias perniciosas aumentaron y alejaron a aquellos habitantes que la enfermedad perdonó. Allí tuve una prueba más de que el desmonte era la causa de la insalubridad y miseria de la región, flagelo que puede cesar, si medidas severas de policía rural detienen los terribles efectos de los incendios periódicos.

1 de noviembre

La violencia del calor, reflejándose en un suelo blanquecino y polvoriento, me obligó a permanecer en Chilón hasta el día siguiente, porque las mulas tenían necesidad de descanso. De Chilón hasta el primer alto tenía que recorrer seis leguas. Partí muy temprano, a fin de sentir menos el ardor del sol. La ruta fue de lo más aburrida. Seguí durante algún tiempo el valle, lo atravesé, remonté la colina del otro lado por caminos pedregosos y de lo más tristes; después, en medio de cerros bajos y amamelonados, descendí lentamente hacia la llanura de Pulquina. Esa travesía me pareció demasiado monótona y el exceso de calor no permitía la menor sombra. En todas partes los mismos árboles espinosos, en todas partes los mismos cactus de aspecto triste. Finalmente vi, desde lejos, la playa arenosa del río. Descendí por una larga cuesta, junto a colinas blancas desnudas por

completo, hasta el caserío de Pulquina, compuesto sólo de algunas pobres cabañas situadas en medio de un vasto valle, donde la agricultura ha arrebatado, a los campos salvajes de los alrededores, algunas parcelas de tierra de las orillas del río. El valle, mucho más verde que el de Chilón, presenta algunos lugares de descanso a la vista fatigada por la aridez y sequía de las colinas. Me detuve junto a una cabaña tan sucia que preferí acostarme al aire libre, corriendo el riesgo de contraer, al exponerme al rocío, considerado mortal, esas fiebres de lo más malignas, especialmente hostiles a quienes desafían la humedad de la noche; pero, ¿no debía temer un peligro más inmediato todavía, el de convertirme en presa segura de millares de insectos parásitos, cuya enorme variedad de especies me asustó? Los bocios más voluminosos desfiguraban a casi todas las personas que vi, sin que empero estuvieran atacadas de cretinismo, afección completamente desconocida en todas las regiones de América que he visitado.

El Río Pulquina, como todos los ríos que he cruzado desde Cochabamba, tiene su fuente en el brazo oriental de los Andes y va a reunirse al Río Grande, que recibe las aguas de un inmenso territorio. Junto a las casas, y en muchos puntos del valle, hay numerosos algarrobos, de los que los habitantes recogen las vainas para hacer una excelente chicha. Observé que esa especie de acacia da una goma tan agradable como la llamada goma arábiga. Recogí una amplia provisión, recordando que las enfermedades reinantes, en las llanuras cálidas de Santa Cruz, son principalmente disenterías. Cuando se ve a las farmacias del país hacer venir goma de Europa, uno se asombra de que la industria no haya aún aprovechado de esos productos naturales, que podrían dotar de una nueva rama de comercio a la provincia de Valle Grande, sin perjuicio de los inmensos progresos a introducirse en las ramas existentes.

2 de noviembre

De Pulquina debía dirigirme a Tasajos[34], distante ocho leguas. Ascendí una colina muy inclinada, atravesando los terrenos áridos de la víspera; y llegué a una meseta muy grande, de la misma naturaleza, en la que algunas ligeras colinas son lo único que modifica la uniformidad. Vi de lejos una tropa que caminaba en sentido contrario a mi marcha; pronto se acercó, y comprobé que se trataba de reclutas a pie conducidos por un oficial y algunos soldados a caballo. Los cruceños (habitantes de Santa Cruz), más enemigos todavía del servicio militar que los demás bolivianos, son tanto más difíciles de reunir por cuanto que se los arranca

34 *Tasajo* quiere decir en español *carne seca*. Ignoro el motivo por el cual se le dio ese nombre a ese caserío.

de sus hermosas llanuras cálidas para llevarlos a las montañas frías, que temen al extremo; por eso buscan todos los medios para desertar, lo que ha provocado la severa medida del *chalejo*. En marcha, no sólo se los ata entre sí como en galeras, sino también se les pone un chaleco de cuero de vaca fresco, que, al secarse, les cierra fuertemente lo alto de los brazos, haciendo todo movimiento imposible. Esa costumbre bárbara los hace llegar medio muertos de cansancio. A veces, según me han asegurado, las moscas depositan sus huevos bajo esos chalecos de cuero, y los desdichados reclutas, después de ciento treinta y cinco leguas de marcha, están cubiertos de llagas y roídos vivos por los gusanos. Se concibe fácilmente que el temor de ser así tratados les lleva a ocultarse con mayor cuidado, al menor rumor de guerra, lo que hace al reclutamiento en el interior tan difícil que nunca esas provincias completan su continente.

La llanura que recorría está limitada, al este, por una cadena de altas montañas, hacia las cuales me dirigí. Siguiendo con los ojos la dirección, comprobé fácilmente que continuaban el brazo oriental de los Andes o de la Sierra de Cocapata, que, ya mucho menos elevada, forma un codo hacia el sureste, para terminar hacia las orillas del Río Grande, a unas treinta leguas de distancia. Me dispuse a cambiar completamente de ladera, puesto que las aguas del otro lado se dirigían hacia la provincia de Moxos. Después de haber ascendido muchas colinas, llegué a la cima de la cadena, al lugar denominado San Pedro. Hallé una casa aislada, que habitaba una familia de pastores, que me acogió muy bien; pero la falta de cebada para las bestias de carga me obligó a continuar el camino, a pesar de mi deseo de permanecer algún tiempo en esa cadena. Todas esas cimas, de arenisca desmenuzable, mostraban, tan lejos como la vista podía abarcar, mamelones redondeados, cubiertos de pasto verde, del aspecto más alegre. Es la zona de las gramíneas. Al oeste se ven regiones tristes y secas, en parte peladas; al este, quebradas boscosas, que me recordaron algo de la provincia de Yungas. Las dos laderas presentaban los contrastes más curiosos. Comencé a descender una pendiente rápida por un sendero apenas trazado lleno de piedras que rodaban bajo mis pies. Llegué a una quebrada profunda, cubierta de grandes árboles, de la más hermosa vegetación. No eran más esos árboles achaparrados, de hojas raras, esparcidos en las colinas del Río Chaluani, sino bosques tupidos y frondosos de gran altura, una vegetación activa, en medio de una naturaleza húmeda, donde yo respiraba con placer.

Cada vez que la naturaleza presenta, en sus riquezas, formas a las cuales el hombre no está habituado, lo impresiona vivamente, cualquiera que sea su grado de civilización; mis viajes me han dado muchas veces la prueba. Vi, más tarde, a los indios de Moxos extasiarse al descubrir piedritas y querer recoger-

las, no habiéndolas nunca visto en su provincia. Vi también, a un habitante de las llanuras arenosas de Santa Cruz regocijarse al ver, por primera vez, las rocas de las montañas. Fui testigo de una escena de ese género al descender la quebrada de San Pedro. El gobierno me había dado, para acompañarme, a un joven de Cochabamba. Salía del colegio, no conocía más que las montañas áridas de los alrededores de su valle, y no había visto aún, en su camino, más que rocas secas, hasta que en el Río Chaluani encontró los primeros bosques de mimosas. Su gozo fue de lo más vivo; pero nada igualó su éxtasis cuando vio los bosques de esa quebrada. Apenas podía contener sus palabras, no cesando de decirme que creía que, sólo a partir de ese día, había comenzado a vivir.

La quebrada se estrechó a tal punto, entre los cerros escarpados, que las aguas corrían entre dos murallas; entonces el arroyo mismo se convirtió, durante una legua, en el único sendero a seguir, marchando sobre cantos resbaladizos. El cielo estaba cargado de lluvia; nubes espesas, junto al follaje doblemente cruzado sobre mi cabeza, oscurecían a tal punto la profundidad donde me hallaba, que apenas veía. El trueno rugió en las montañas vecinas y mi arriero me expresó sus temores de hallarse en ese estrecho paso, donde el arroyo podía convertirse en un verdadero torrente a causa de las lluvias tan abundantes en esas comarcas, y engrosar de tal manera que nos arrastraría, si la tormenta estallaba arriba nuestro. Ese temor, basado en la experiencia, le hizo apurar sus bestias tanto como pudo, a fin de huir del peligro, mientras recordaba una serie de accidentes sucedidos a los viajeros sorprendidos por la estación de las lluvias, en esos caminos, entonces de lo más peligrosos. Todo jadeante de inquietud, no respiró hasta que, desembocando en la quebrada, vimos la playa del Río Tasajos. El cielo amenazaba por todas partes; el trueno, más cercano, rugía con ruido espantoso; el eco repetía sus frecuentes detonaciones. Doblé el paso, y apenas llegué a la casa del *Comisionado*, cuando torrentes de lluvia inundaron el campo, antes de que mis efectos llegaran. En un instante todo el valle se convirtió en un verdadero lago; la lluvia cayó con tanta violencia que las aguas acumuladas no podían correr. Se logró, empero, introducir mis baúles. El arriero, temblando todavía por el peligro que había corrido, agradecía al cielo por haberlo preservado de la catástrofe que, algunos instantes más tarde, habría podido producirse. Llovía siempre a cántaros. La noche se puso de lo más oscura. Sólo los relámpagos arrojaban, de vez en cuando, una viva luz, que hacía más sensible la oscuridad. Contemplé un rato ese imponente espectáculo; pero pronto, como el agua penetraba por el techo y las puertas de la cabaña, donde estábamos reunidos todos, fue necesario buscar un medio para preservar mis papeles, lo que me impidió acostarme y me obligó a

permanecer de pie toda la noche, para vigilar mis equipajes. Por otra parte, no había un solo lugar en el suelo donde pudiera tenderme. Un viajero abajeño[35], el señor Suárez, que llegó de Santa Cruz algún tiempo después de nosotros, me repetía a cada rato esa noche incómoda el refrán de circunstancia de los gauchos: *Una mala noche se pasa como se quiere.*

Habiendo mejorado el tiempo por la mañana, pude recorrer los alrededores. La llanura de Tasajos es muy plana, adornada de pastos en muchas partes; el resto, junto a los ríos, está cubierto de bosques de mimosas espinosas, de algarrobos y de algunos cactus. La estación de las lluvias había comenzado, en ese valle, quince días antes, y el estado fresco y reverdecido del campo me mostró en todas partes su influencia sobre la vegetación, entonces en su apariencia primaveral. En medio de esa llanura poco cultivada, están diseminadas, aquí y allí, una docena de casas pertenecientes a chacareros que crían ganado. Habría deseado partir por la mañana, pero el comisionado, mostrándome el río que arrastraba árboles enteros en medio de las aguas cenagosas, me dijo que era necesario cruzarlo por un lugar estrecho, donde franquea una montaña, y que en ese momento sería querer dejarse arrastrar por la corriente o desaparecer en las arenas movedizas. Era necesario aguardar. Hacia mediodía, las aguas corrieron fácilmente y el comisionado me aseguró que, tomando precauciones, podría dirigirme a Pampa Grande[36], distante cuatro leguas. Tomé por el pie de las montañas a la derecha, en medio de terrenos arenosos de aluvión; di la vuelta a una colina redondeada, compuesta de arenisca, y alcancé la orilla de la Angostura, estrecho desfiladero, donde las montañas muy pegadas no dejan pasar otro camino que el mismo lecho del río que debí cruzar por lo menos diez veces, luchando también contra una corriente rápida, o temiendo en otros lugares hundirnos en una arena movediza que se sacudía bajo nuestros pasos, y apenas nos permitía detenernos un segundo. La línea de las aguas, trazada sobre las rocas de esquistos, revelaba que el torrente debió ser terrible durante la lluvia de la víspera, y que entonces, muy profundo, debía arrastrar consigo todos los obstáculos. En esa quebrada encontré, en las laderas, árboles espinosos, cactus de más de siete metros de altura, coronados

35 Se llaman, en el país, *abajeños* a todos los habitantes de las provincias de abajo, es decir de las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, etc., menos elevadas que el Alto Perú, hoy Bolivia. Las mismas provincias, en relación a Buenos Aires, son, para esta última, las provincias de arriba, en relación con la posición respectiva de los lugares.

36 Hay aquí una reunión de la lengua quechua y el español. *Pampa*, como lo he dicho en otra parte, quiere decir *llanura*, en quechua. Es una de las palabras generalizadas en América, hasta en los lugares donde no existe la lengua indígena y muy lejos de la lengua quechua.

de muchas ramas y cubiertos de frutos redondos, del grueso de una manzana pequeña, que comí con gran placer. A la desembocadura del río, encontré una llanura lisa muy vasta. Atravesé la playa de arena del Río Tembladeras[37], y llegué finalmente a Pampa Grande.

Es un anexo, de Valle Grande, distante quince leguas de su capital, gran villorrio mal construido, compuesto de casas levantadas empalizadas, sobre las cuales se arroja algo de tierra, y cubiertas de rastrojos. El aspecto es tanto más triste por cuanto casi todas están cerradas y se ven muy pocos habitantes, y los que hay tienen el rostro pálido y amarillo. El corregidor me había señalado una pequeña cabaña donde podía instalarme, pero apenas penetré, una nube de pulgas se levantó del suelo polvoriento, obligándome a salir muy rápido. Preferí establecerme en el campo, al aire libre, a sufrir el suplicio al que sería condenado, de haber pasado la noche en ese lugar. Por la tarde, visitando el villorrio, el cura me ofreció sus servicios. Era un joven bondadoso, cuya tristeza me revelaba que tenía miedo de morir. Mientras me mostraba las casas vacías, a causa de la muerte de sus habitantes, me dio detalles horribles de las fiebres reinantes, que, todos los años, segaban una parte, muriendo unos en algunos días solamente, otros después de largos sufrimientos, de que nada podía salvarlos. Su melancolía me impresionó; citaba, entre otros muertos, a sus tres predecesores, desaparecidos en cuatro años, y esperaba no sobrevivir mucho tiempo. Ese pobre joven era por su timidez misma más susceptible de ser alcanzado por el flagelo. Me vi obligado a visitar a varios enfermos, a quienes suministré sulfato de quinina, lamentando la suerte de los desdichados habitantes de las provincias de Mizque y Valle Grande, librados a la enfermedad sin esperanza de socorro, ya que ningún médico va a aliviarlos y sustraerlos a la muerte. El cura insistió mucho en que entrara bajo un techo, a fin de preservarme, pero no pude decidirme, a pesar de sus apremiantes instancias. Por lo demás, poco accesible al temor, me sentí demasiado fuerte como para que las influencias malignas me atacaran, habiendo ya visitado tan a menudo lugares apestados, sin experimentar nada. Me creía realmente invulnerable.

Me impresionó la lentitud con que el cura se expresaba en español, lentitud que distingue el habla de los cruceños de la locuacidad común en los porteños y hasta en otros bolivianos. Ese acento no tenía, empero, nada nuevo para mí; me había acostumbrado en Corrientes, donde existe la misma manera de hablar. Esa analogía, al revelarme el origen de los habitantes de Santa

37 Se llaman *tembladeras* a las arenas movedizas. Ese río es, en ese aspecto, peligroso al máximo al ser atravesado. La tierra temblaba a gran distancia bajo nuestros pasos.

Cruz, que vinieron en otra época del Paraguay, me trajo agradables recuerdos, y me hizo esperar hallar, en esta región, la amable hospitalidad que había recibido en la frontera del Paraguay.

4 de noviembre

La tristeza que reinaba en Pampa Grande no me dispuso a quedarme. Por lo demás, la estación estaba muy avanzada para que no me apresurase a llegar pronto a Santa Cruz, donde quería pasar la época de las lluvias. Al salir de Pampa Grande, hallé una hermosa llanura de una legua de ancho, cubierta de hierba y animada por numeroso ganado. Encontré también algunas tropillas de mulas cargadas de azúcar, que llevaban de Santa Cruz a Cochabamba. Me llamó la atención el traje de los arrieros, tan diferente del que había visto hasta entonces. Llevan sobre la cabeza una *montera* o casquete de cuero, más o menos igual al de los cochabambinos, un calzón de cuero curtido, una especie de túnica semejante, adornada de franjas y costuras de diversos colores; están calzados con plantillas de cuero atadas al pie. Los hice detener un momento, so pretexto de pedirles informes, para verlos mejor. Es, por lo que supe más tarde, el traje de todos los arrieros de Samaypata y de la provincia de Valle Grande.

La llanura termina al pie de una alta cadena de cerros, que trepé por una quebrada pedregosa, larga y difícil, sobre todo al acercarse a la cumbre, donde llegué no sin trabajo. Esa cima presenta una gran cumbre redonda, cubierta de gramíneas, desde donde dominaba de un lado el hermoso valle de Pampa Grande, y del otro el de Vilca. Veía, en los dos, serpentear el ancho lecho de arena desnudo de los ríos, las casas esparcidas al pie de las colinas en la llanura; todo rodeado de montañas verdes, con la cima suavemente ondulada en forma de mamelones redondeados. Esa naturaleza me habría parecido admirable, si no me hubiera impresionado el horrible sufrimiento de los habitantes y su abandono a la acción permanente de las influencias pestilentes de esos hermosos valles que, de los más pérfidos, ocultan, bajo una rica apariencia, el veneno más activo. Ese valle de Vilca, que veía a un millar de metros debajo mío, es el último en que las fiebres son malignas. Más allá, hasta Santa Cruz, las enfermedades endémicas son más raras. Como había llegado a uno de los últimos puntos elevados de esas montañas, quise detenerme en la cumbre, junto a una chacra; pero mi arriero se negó, impidiendo hasta que sus mulas ramonearan en el camino, temiendo que tocaran una planta venenosa, que las hincha y las hace morir en pocas horas. Me mostró esa planta, que creí un euforbio, y me citó muchos ejemplos de arrieros que habían perdido una parte de sus bestias por haber pasado la noche en ese lugar engañados por la apariencia del pasto.

Lo más raro del caso es que, mientras las mulas de paso se envenenan en esas montañas, comiendo indiferentemente toda clase de hierbas, las mulas nacidas en ese lugar saben distinguir bien las plantas nocivas, al punto que casi nunca les suceden accidentes semejantes.

La cuesta que me faltaba descender no carecía de dificultades. Tallada en una arenisca desmenuzable o llena de piedras desprendidas, se rueda más ligero de lo que uno quisiera por una pendiente de lo más abrupta. Al llegar al pie, pasé junto a muchos mamelones redondeados y desemboqué en la planicie de Vilca, distante seis leguas de Pampa Grande. Me dirigí a casa del comisionado, donde fui muy bien recibido. El valle, muy grande y hermoso, ocupa una pequeña extensión, cultivada de maíz, alrededor de las casas aisladas que la pueblan. El resto, susceptible de una agricultura tan provechosa, permanece improductivo, por falta de brazos. A medida que avanzaba hacia Santa Cruz, notaba que el numero de mestizos disminuía, que el color de los habitantes era menos mezclado, que se producía un evidente mejoramiento en la raza.

De Vilca, pequeño caserío sin capilla, no tenía más que cuatro leguas hasta Samaypata, último punto habitado antes de Santa Cruz. Me dirigí al día siguiente, atravesando la llanura de Vilca, así como su río lleno de arenas movedizas, y ascendí una montaña, del otro lado de la cual descendí en medio de campos cultivados hasta el pueblo, situado en una hermosa llanura, cubierta de vegetación, rodeado de colinas redondas.

5 de noviembre

La lluvia, que me tomó en el camino, cayó a torrentes cuatro días seguidos. Me vi obligado a permanecer en casa de uno de los curas, donde el corregidor me alojó. Apenas llegué, comencé a gozar de la hospitalidad de los habitantes. Cada una de mis vecinas me envió su ofrenda y sus cumplidos por medio de sus criados: era un paquete de cigarros atados con cintas de colores, una taza de chocolate, un plato de confituras, hasta sopa; y, en un instante, confundido con tantas amabilidades, me hallé aprovisionado para más de un día. Esa recepción a un extranjero desconocido de ellos, me probó que todo lo que me habían dicho de Santa Cruz y de sus habitantes no era exagerado, y me hizo presagiar una estadía agradable en esa ciudad, alejada trescientas leguas de la costa, donde el pequeño número de extranjeros y la escasa comunicación comercial, conservan todavía la hospitalidad de la edad de oro, esa bonhomía que desaparece rápidamente, por el abuso que hacen de ella los viajeros, tan pronto como abundan.

Durante los días siguientes visité a mis vecinos y vecinas, y les agradecí su bondadosa acogida. Uno de los curas, hombre amable y jovial, me invitó a

acompañarlo a casa de una dama que daba una fiesta. Acepté con tanto más placer por cuanto allí no constituía una indiscreción presentarse así, y que, para no ser del todo novicio al llegar a Santa Cruz, deseaba ponerme al corriente de las costumbres, que me parecieron completamente distintas de las de las otras provincias. En la fiesta de una de las mujeres de la sociedad, sus amigas envían cada una su pequeño regalo en prueba de amistad. Encontramos una mesa cubierta de esos regalos: paquetes de cigarrillos de paja de maíz, artísticamente confeccionados, adornados de flores y cintas: bombones de diversas especies, vinos y licores. La habitación estaba llena de hombres y mujeres. La dueña de casa, apenas llegué, tomó un cigarro, se lo puso en la boca para encenderlo y me lo ofreció. No había aún terminado el primero, cuando me ofrecieron otro, y así todo el tiempo. Luego una señorita se acercó a mí con un vasito de licor en la mano, y llevándolo a los labios me dijo: *Tomo con Ud. Señor.* Le agradecí su cumplido, pero me advirtieron que no bastaba el agradecimiento, y que debía devolverle su amabilidad, lo que hice de inmediato. Sin embargo, cometí una falta. Debía necesariamente, al beber a mi vez, convidar a una mujer; y para castigarme, me obligaron a comenzar de nuevo. Se concibe fácilmente que mi condición de extranjero me puso de moda. Cada dama se creyó obligada a invitarme a beber; no podía negarme, y de esa manera me hallé pronto, como los demás invitados, animado de una viva alegría, que gustó mucho. El tañido de una guitarra hizo pensar pronto en otra diversión. Se cantó una *mariquita.* Todos bailaron, hasta el cura. No pude tampoco dejar de hacerlo. De lo más torpe, por la manera de agitar el pañuelo durante el baile, hice reír a mis expensas, y para vengarme, pedí un vals, que me era más familiar. A las dos se sirvió de comer; cada uno se colocó alrededor de una larga mesa. Se trincharon muchos volátiles, y entonces comenzó un nuevo asalto de cortesías. Una dama cortó un trocito de pollo, y lo colocó en el extremo de un tenedor, pasó de mano en mano, hasta mí, que debí aceptarlo; me llegaron así trozos elegidos de todos lados. Me fue absolutamente necesario, para devolver esa atención, reenviar un bocado a cada uno de los convidados. Durante la comida, los tenedores no cesaron de pasar de mano en mano y de boca en boca, lo que me pareció más original que agradable; sin embargo, resuelto por principio a seguir las costumbres de cada país, me plegué de la mejor manera que me fue posible a ese uso tan distinto de los nuestros. Se bebió mucho, comiendo siempre e invitándose mutuamente; luego se volvió a bailar hasta la noche. Me retiré temprano, satisfecho de esa primera lección y dejando a los invitados divertirse una parte de la noche.

Samaypata o mejor dicho Camaypata[38] es, sin ninguna duda, el punto en que los incas se detuvieron, cuando, bajo el décimo rey (Inca Yupanqui) quisieron someter a los indios chiriguanos[39], y corrieron dos años sin lograrlo. Los restos de antiguas esculturas hallados en las rocas, los numerosos rastros de casas redondas esparcidos en las montañas[40], las armas enterradas en el seno de la tierra, todo revela evidentemente la larga permanencia de un gran conjunto de hombres civilizados en los alrededores de Samaypata. Es probable también que haya residido posteriormente una población indígena, puesto que en 1793 se veían todavía cincuenta indios puros[41]. Hoy no existen más indios y el pueblo no está más ubicado en la cima de las montañas, donde lo establecieron los incas. Se extiende en medio de una hermosa llanura, cubierta de vegetación, y es grande, bastante bien construido, con una hermosa plaza, una iglesia mediocre y calles bastante largas. Es un paso indispensable, un punto de reposo casi obligado de los comerciantes o viajeros que van a Santa Cruz, o se dirigen de esa ciudad a las otras de la República; una posición encantadora, una región de lo más sana, rodeada de valles apestados; un lugar de recursos para el cultivo de la cebada, el maíz, el trigo y la papa, por sus excelentes pastos, por los bosques que cubren todas las quebradas circundantes. Su situación debe convertir necesariamente a Samaypata en una población de las más importantes, cuando haya crecido su población y la navegación abierta con el Río Paraguay por el Plata, con el Río Piray por el Amazonas, traiga una nueva vida a estas vastas regiones hoy sin comercio y sin industria, destinadas, sin embargo, a ser en el porvenir una fuente de prosperidad para Bolivia.

El horrible tiempo que hacía me inquietaba para la continuación de mi viaje. Sólo me faltaban cuarenta leguas para llegar a Santa Cruz; pero cuarenta leguas sin casas, de las cuales alrededor de veinte por montañas de lo más escarpadas, por caminos horribles, temidos de los viajeros, y por lo general abandonados durante la estación de lluvias, a causa de los peligros de todo género que presentan a cada paso. Los samaypateños no dejaban de hacérmelo presente en todas las formas, hablándome del viajero sorprendido por las llu-

---

38 *Camaypata* proviene de *camay* (descanso después de la fatiga) y de *pata* (marcha, grada): así, Camaypata quiere, decir *grada del descanso*, nombre poético, al mismo tiempo que descripción perfecta de la localidad. Es, en efecto, la primera meseta y el primer lugar donde se puede descansar cuando se va de las llanuras del interior a las montañas.

39 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. VII, cap. XVII, p. 244.

40 Arriba del burgo actual, la cumbre de una montaña está a tal punto cubierta de esos restos que se llama *Cerro de las rueditas*.

41 *Informe* de Viedma, p. 38.

vias abundantes, en el lecho de los torrentes que es necesario seguir, corriendo el riesgo de ser arrastrado por la corriente o retenido muchos días por la crecida de las aguas, sin poder avanzar ni retroceder. Los otros riesgos a correr eran resbalar por una tierra arcillosa, desde lo alto de las montañas, con la mula; romperse las piernas o rodar por los precipicios. Con mi carácter emprendedor, esos relatos no estaban hechos para detenerme; tal vez, por el contrario, me inspiraron un deseo más vivo de afrontar las fatigas que un viajero nunca debe temer. Sólo, como tenía que desafiar peligros reales que podían tener por causa la inexperencia de mi arriero, pedí al corregidor un buen guía, a fin de disminuir las probabilidades de fracaso y no tener nada que reprocharme.

El 9 de noviembre dejé Samaypata, lamentando no haber podido visitar, a causa de las lluvias, las antigüedades de los alrededores, y prometiéndome regresar en una estación más apropiada[42]. Comencé enseguida a descender a una quebrada profunda, escarpada, en la que las aguas del arroyo de Samaypata caen, rugiendo, en pequeñas cascadas, sobre un lecho de arenisca blanco. Habría podido contemplar ese espectáculo, pero estaba obligado a concentrar toda mi atención en el terrible camino, repleto de bloques de piedras, por donde descendía con ayuda de escalones informes; y esto corriendo el peligro de ir demasiado pronto a visitar el fondo de la quebrada. Pronto el sendero me condujo, por el mismo lecho del torrente, a un precipicio que sólo tiene el ancho de las aguas, entre dos paredones tallados a pico. El valle se ensancha poco a poco, el lecho del torrente es menos encajonado y se puede tomar un sendero trazado en medio de bosques de acacias espinosas, teniendo a la derecha el famoso Cerro del Inca, del que me contaron tantas maravillas, y a la izquierda una elevada montaña cortada por el Río de Piedras Blancas, así llamado por la arenisca blanca que lo llena. Después de seis horas de marcha, los cerros se acercaron de nuevo. Pasé a la derecha el Río Colorado, cuyo lecho y las aguas son, en efecto, de un color rojo pronunciado, a causa del óxido de hierro que arrastran. Allí el Río Samaypata, al unirse al Río Colorado, toma el nombre de Río Laja. Antiguamente se seguía este último río; pero los numerosos accidentes producidos han hecho abandonar esta ruta. Ocupaba el lecho mismo del curso de agua, en una estrecha grieta de las montañas, que dejé a la izquierda, asombrado de que alguien hubiera osado tomar alguna vez semejante camino.

9 de noviembre

42 Regresé en 1832, como se verá más adelante, y daré entonces detalles interesantes sobre esas notables antigüedades.

Al abandonar el río, tomé un vallecito estrecho y me dirigí hacia la cadena de *las Abras*, donde vi efectivamente, en la cima, como un estrecho desfiladero entre dos mamelones redondeados, que cerraban el horizonte. Estaba entre dos cadenas. La de la derecha es de lo más rara. Es una serie de picos elevados, en los que la roca está en todas partes al desnudo y cortada casi perpendicularmente sobre sus laderas. Tomé la ladera izquierda y llegué frente a uno de esos picos denominado *La Cueva*, porque en varios puntos sus paredes, talladas a pico, parecen por sus desplomamientos vastas arcadas o pórticos irregulares. Allí acampamos, en la misma cuesta, a media altura, siendo ese lugar necesariamente una *pascana*[43]. Frente a esos picos a la vez amenazadores y pintorescos, descubrí el más hermoso eco que haya oído. Los sonidos más puros eran reproducidos por la montaña vecina, que los devolvían a los otros picos; y, muchas veces repetidos, debilitándose siempre, esos sonidos se perdían en lontananza. Todo era romántico en este lugar: la montaña de la Cueva, su cima desnuda y elevada como una gran torre, llegando hasta los cielos sus laderas escarpadas, formando asientos de diversos colores, las puertas que figuraban esas paredes y hasta su admirable eco. Habría sido un hermoso tema para un novelista, de haber habido habitantes. Ese lugar salvaje, visitado sólo por viajeros, está, en todo tiempo, silencioso y desierto.

La noche fue húmeda y fría; por eso, desde el amanecer, abandoné, para recorrer los alrededores, el suelo sobre el que me había acostado bajo la bóveda de los cielos. Una niebla espesa me ocultaba todos los objetos. Se elevó poco a poco, formando pequeños grupos de nubes, que pasaban alrededor de los picos y desaparecían finalmente. Nubecillas redondas, fijas en cada punto culminante[44], permanecieron sin embargo más de dos horas, hasta ser disipadas por los rayos del sol, dando al conjunto un rasgo más de originalidad. La jornada de marcha debía ser larga y cansadora; sin embargo, sólo a las nueve reunieron las mulas esparcidas por el campo y se las cargó. Al llegar a la cumbre de las abras, descendí del otro lado, teniendo enfrente una montaña elevada, que tenía que franquear, y debajo mío, un valle profundo, por donde corre el río de *las Astas*. Olvidé por un instante los malos caminos, viendo numerosas plantas criptógamas, entre las cuales helechos arborescentes, árboles verdes y una vegetación casi tan activa como la de la provincia de Yungas; pero

43 *Pascana*, lugar donde pueden pacer las mulas. Es la palabra local en toda América.

44 Maté, alrededor de las montañas, una especie nueva de martineta con collar, *Cypselus montivagus*, Nob. Vuela todavía con mayor rapidez que nuestra martineta de Europa. Es tal vez el pájaro que recorre el espacio con mayor rapidez.

las frecuentes patinadas de mi mula me trajeron rápidamente a la realidad. Descendí más de diez metros de un solo tirón y creí prudente efectuar el trayecto a pie hasta el río. Estaba como encajonado entre las colinas cubiertas de bosques tupidos, cuya vista es más espantosa que alegre. Si el descenso fue difícil, no era nada en relación con la dificultad que presentaba la cuesta rápida que tenía ante mí. Al principio estuve a punto de desanimarme. A pie, estaba obligado a prenderme de los árboles; en mula, cuatro o cinco veces seguidas, mi bestia cayó de cuatro patas o resbaló, faltando poco para que me rompiera las piernas. No había, empero, medio de retroceder; por eso, tanto a pie como montado, resbalando y cayendo, amenazado de rodar sobre las mulas que estaban más abajo, o temiendo ser aplastado por las que me precedían, llegué finalmente a la cima del *Cerro Largo*, cubierto de grandes árboles, de palmeras, de helechos arborescentes y de quinquina. Mi guía me mostró, en el camino, un cerco de piedras que, en la región, conserva el nombre de *Casa del Inca*. Las tradiciones transmitidas de padre a hijo recuerdan que fue el último campamento de los incas, durante sus expediciones contra los chiriguanos. Es un punto muy importante para la geografía antigua de los incas.

Al descender del otro lado por una pendiente rápida, en medio del bosque, no podía prever dónde mi gente hallaría un lugar apropiado para detenerse, en ese caos de quebradas profundas y montañas escarpadas. Mi guía me sacó del embarazo al mostrarme, a lo lejos, la cumbre de una montaña, a la que había necesariamente que llegar. Algunas horas de penosa marcha me condujeron al fondo del valle por donde corre el Río de Bueyes. Subí por el otro lado por caminos muy malos, trazados en la arenisca desmenuzable, y alcancé finalmente, a la entrada de la noche, la cumbre del cerro de Coronilla. Vi un galponcito construido para albergar a los viajeros, pero estaba tan lleno de pulgas, que preferimos acampar al aire libre sobre la cuesta, a poca distancia. Los arrieros condujeron sus mulas al fondo de un valle vecino, donde hallaron algo de pasto. Se prendió fuego, y algunos trozos de carne seca, arrojados sobre las brasas y junto al agua del arroyo, vinieron, como de ordinario, a reparar la fatiga de la jornada, una de las más penosas que pasé.

11 de noviembre

A la mañana siguiente, al recorrer el valle que dominaba con la vista, hallé la cuesta cubierta de coca salvaje. Temiendo equivocarme, se la mostré al arriero, propietario él mismo de una chacra de cultivo de esa planta, en la Yunga de Yuracarés; reconoció, como yo, que era la verdadera coca y recogió una buena provisión. Este descubrimiento me probó el partido que puede sacarse de esas montañas, puesto que esa planta tan preciosa, que sólo se obtiene en Yungas por medio

de un costoso cultivo, crece naturalmente y ofrece a los agricultores una cosecha abundante, una rama lucrativa de industria, hasta ahora desconocida en esas regiones desiertas. Regresé al alto, pensando en esa nueva fuente de prosperidad y en los beneficios inmensos que podría proporcionar a quien, obteniendo del gobierno la concesión de ese valle, funde el primer establecimiento.

Nos pusimos en camino muy temprano, ya que la jornada debía ser muy larga. Siguiendo siempre la cresta de Coronilla, llegué a un punto desde donde se me presentó una inmensa extensión. Entre dos altas montañas, separadas por un valle profundo y estrecho, se desarrollaba un vasto horizonte de llanuras cubiertas de bosques, donde las ligeras ondulaciones del suelo y la extensión de aquéllos, presentaban el aspecto de un mar agitado, al pie de una cuesta escarpada. Había llegado a los últimos contrafuertes de los Andes y entreveía, finalmente, las hermosas llanuras cálidas de la provincia de Santa Cruz. Gozaba, por anticipado, de la dicha de recorrer esas hermosas comarcas, verdadera tierra prometida, que era, desde hacía mucho tiempo, objeto de mis deseos. Me faltaba, sin embargo, franquear todavía los dos puntos más temidos de esa ruta: el descenso de la famosa cuesta de Petaca y el Río Piray. La primera, ese día menos terrible por la falta de lluvia, me dio la esperanza de pasar sin accidentes. Veía desde la cumbre, a una enorme distancia debajo, y como en el fondo de un precipicio, la confluencia de los ríos Laja y Projera, que forma el Río Piray, el cual, después de serpentear entre dos murallas escarpadas, formadas de las últimas montañas, va a desembocar en la llanura de Santa Cruz. La cuesta está compuesta de arenisca y arcilla; su pendiente, donde se ha practicado el peor sendero que uno pueda imaginar, es de lo más abrupta. En vez de trazar largos zigzags en las laderas de la montaña, se ha seguido por una verdadera escalera giratoria, donde, a cada paso, hay que voltear de un lado al otro. Creí más prudente descender a pie, mientras buscaba las hélices y los insectos.

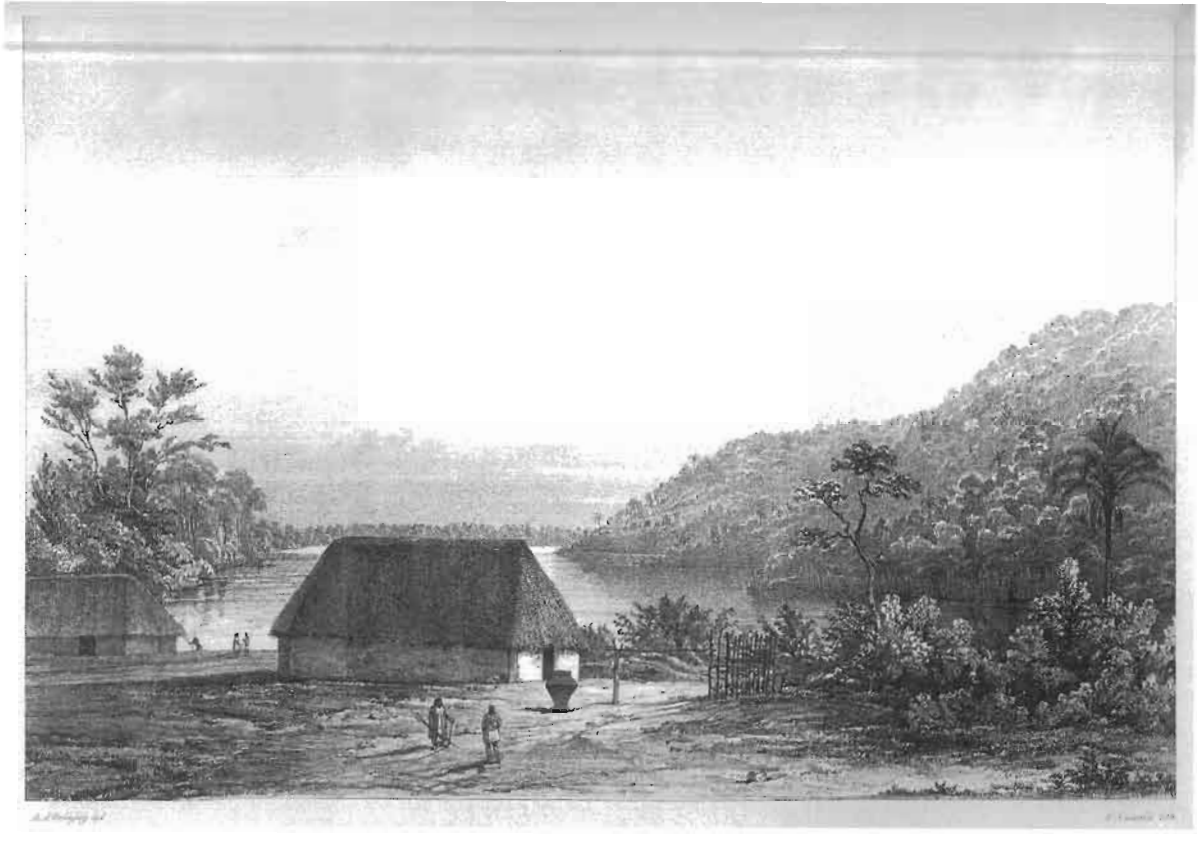
Obligado constantemente a frenarme para no ir más rápido, llegué con fuertes dolores en las articulaciones. Al borde del torrente, maté una magnífica especie de guacamayo de alas blancas[45], que sólo vi en ese lugar. Abajo de la cuesta, experimenté un sentimiento de horror al contemplar la montaña que acababa de descender y pensar que el resto del camino no era más fácil. No tenía, es verdad, más cerros que franquear, pero hasta la llanura, el Río Piray[46], con su torrente ancho e impetuoso, encerrado entre dos maratones gigantescos tallados casi a pico, es el único camino a seguir durante más de tres leguas.

---

45 *Ara Cruziana*, d'Orb.

46 *Piray*, de *pira*, pez, y de *y*, agua, río; en lengua guaraní, *el río de los peces*.

Este trayecto es el más difícil de toda la ruta. Es menester cruzar el río diez veces en medio de las rocas, corriendo el riesgo de caer con la mula, o de ver desaparecer los equipajes. Si sorprende una tormenta, o esas lluvias abundantes de la estación en que estábamos, el río crece tan súbitamente, que algunas veces es menester detenerse, sin poder avanzar ni retroceder. Se ha visto, en este caso, a tropillas de mulas morirse de hambre y a los viajeros correr los mayores peligros. Por suerte para mí, el tiempo, aunque siempre amenazador, me permitió franquear ese mal paso. Para cruzar el río, mí guía, de lo más experimentado, conocía hasta la menor roca, entonces oculta bajo las aguas, marchando siempre a la cabeza, haciendo pasar una mula tras otra; llegué así hasta la llanura, cubierta de bosques, y entré en la provincia de Santa Cruz. Por una dicha extraordinaria, un chubasco de lo más fuerte, sólo cayó en el momento en que, desembocando en la llanura, nada tenía que temer.



Vista de Santa Cruz de Guarayos, Bolivia.

CAPÍTULO XXVIII

Estadía en Santa Cruz de la Sierra y viaje por los alrededores

Estadía en Santa Cruz de la Sierra

Al entrar en la llanura, abandoné los últimos límites de la provincia de Valle Grande. Seguí, durante tres leguas, un bosque virgen de lo más majestuoso, donde árboles gigantescos cruzan sus ramas y hacen de la ruta una enramada impenetrable a los rayos del sol. En cualquier otra circunstancia la habría admirado, pero la lluvia caía a cántaros y apenas se veía por el estrecho sendero, donde, de tanto en tanto, me veía obligado, ya sea a acostarme sobre mi bestia, para pasar bajo las ramas, ya sea a saltar por encima de los troncos de árboles volteados por el viento.

1830
Santa Cruz
31 de noviembre

Era, sin embargo, la única ruta que existe entre las llanuras del interior y las ciudades de las mesetas, el único medio de comunicación entre Valle Grande y Santa Cruz. A pesar de todas esas molestias, la vuelta del sol trajo la alegría y sentí dichoso al admirar la belleza del bosque al caminar por un terreno llano después de haber franqueado montañas tan difíciles. Nos detuvimos en un espacio desprovisto de árboles, junto al río, en el lugar llamado *Potrero del rey*. Mi admiración duró, atenuada por las picaduras de los *marihuí*[1]

1 El *marihuí*, sin duda lo mismo que *maringuin*, es una mosquita corta y rechoncha, cuya picadura causa de inmediato un dolor tan fuerte como si fuera una quemazón. Aparece en seguida una manchita de sangre en la piel, una picazón atroz sigue a la llaga, y el efecto dura tres o cuatro días.

y los millares de mosquitos[2] que, durante toda la tarde, no me dejaron un momento de descanso. Se asaron algunas penélopes cazadas en el camino, y me tendí en el suelo, pudiendo más el cansancio que los insectos. Dormí profundamente la mitad de la noche. Un chaparrón cayó entonces, me empapó hasta los huesos y duró toda la mañana.

Desde mis viajes por las orillas del Paraná y la provincia de Corrientes, había olvidado la picadura de los mosquitos. Sentimos a tal punto los efectos que, a la mañana siguiente, cada uno de nosotros, al mirar a los otros, no pudo aguantar la risa; a tal punto nuestros rostros estaban hinchados y desfigurados. Por mi parte, apenas podía abrir los ojos. He observado que las consecuencias de esas picaduras sólo se producen en los primeros días. La epidermis se habitúa a la larga. Se siente el mismo dolor, pero no hay inflamación y la picazón es menos persistente. Todo, durante esa noche, contribuyó a contrariarme. Un jaguar, habituado, sin duda, a reinar en esos lugares salvajes, rugió varias veces en los alrededores. No sólo espantó a mi tropilla y nos obligó a mantenernos en guardia, sino también las mulas, asustadas sin duda por el animal, se dispersaron por los bosques, sin que quedara una sola en la pascana. Esa triste noticia, que supe por la mañana, vino a aumentar en mí la molestia de estar expuesto a la lluvia. Mientras mis arrieros corrían por los bosques, tratando de hallar los rastros de las mulas, encendí un poco de fuego e hice construir una tiendita bajo la cual me albergué. Teníamos algunas telas de lana apropiadas para este último objeto. Se trataba sobre todo de preservar a los baúles de la inundación general; por eso sólo me quedó un pequeño espacio en el que no podía permanecer ni acostado ni de pie. Cuando hace mal tiempo, la vista del fuego, hasta en las regiones cálidas, hace experimentar un gozo que no se podría definir; es el verdadero consuelo del viajero.

Constantemente mojado, a pesar de mi tienda, pasé una de las jornadas más tristes de mi vida errante. Los elevados árboles que me rodeaban carecían de todo encanto. La vegetación no me parecía tan hermosa; toda la naturaleza había perdido su prestigio; no era más para mí la tierra prometida, sino una triste soledad, un horrible desierto, que sólo me inspiraba pensamientos melancólicos. La lluvia cayó sin interrupción durante dos días y dos noches, durante los cuales, siempre inundado, la incomodidad de mi situación y la importuna vecindad de insectos encarnizados, no me permitieron gozar del menor descanso. Creo que nunca sufrí tanto. No nos quedaban más víveres que maíz tostado. El mal tiempo no me habría detenido, de haber tenido mis mulas;

2 Son especies de moscas análogas a nuestros mosquitos de Europa.

pero los pobres arrieros, después de haber explorado los bosques en todos sentidos, no lograron reunirlas hasta el tercer día, y con todo faltaba una, que fue presa del jaguar. La hallaron en lo más tupido de la espesura, donde el feroz animal la había arrastrado, a cincuenta pasos por lo menos del lugar donde la mató.

14 de noviembre

El 14 de noviembre la lluvia caía todavía, pero las mulas, al ser halladas, me permitieron partir a las once. Estaba en pleno *Monte Grande*, que, al pie de las últimas montañas, se extiende hacia el norte, hasta Colombia, por Yuracarés y por Apolobamba. Es, en efecto, uno de los más hermosos que he visto; se compone, en ese sitio, de árboles enormes, su suelo no está cubierto de vegetación más que hacia el confín, junto al río; el resto está libre y se pueden recorrer todas las partes bajo sombras impenetrables. A pesar de la incomodidad de la lluvia, la esperanza de hallar pronto descanso en Santa Cruz me permitió, reanimándome un poco, apreciar más favorablemente el hermoso país que atravesábamos. Nada cansa tanto, sin embargo, como la monotonía de los bosques. Sería necesario romperla con claros abiertos de tanto en tanto o casas. Era sin duda injusto que recordando que había deseado árboles en la cima de las cordilleras, para animar el cuadro, aquí quisiera que esos sombríos bosques fueran alegrados por la presencia del hombre. Caminé todo el día bajo esa bóveda de follaje. Hacia la tarde, a los árboles de hojas generalmente enteras se agregaron algunas palmeras *motacús*[3], cuyas hermosas gavillas de hojas acuchilladas, de más de seis metros de altura, coronando un tronco grueso, liso o provisto de antiguos gajos de hojas, presentaban el aspecto más hermoso, y formaban el más bonito contraste con el resto de la vegetación. La noche llegó a grandes pasos y fue necesario detenernos junto a las orillas del Piray, en medio del bosque. La lluvia había cesado durante la tarde. Me sentía feliz al pensar que disfrutaría de algo de descanso, en medio de ese silencio solemne de la naturaleza, que sólo algunos pájaros nocturnos debían interrumpir. El gran búho americano vino a posarse encima de mi cabeza; y su canto monótono y triste (ña-cu-rutu, tu), repetido a intervalos, fue lo único que turbó, por algún tiempo, la calma universal. Hacia medianoche, fui despertado por un aguacero que me empapó al instante. No me inquietaba mucho recibir la lluvia de día, pero nada es más triste en el mundo que ser mojado durante las horas que la naturaleza destina al descanso. Uno es sorprendido; la oscuridad impide abrigarse suficientemente y el tiempo que corre hasta la aurora parece eterno.

3 Nombre local.

Dos mulas perdidas, y que fue necesario buscar, retardaron la partida. El tiempo era bastante bueno; lo aproveché para dedicarme a exploraciones entomológicas, que fueron de lo más fructuosas, siendo el comienzo de la estación de las lluvias la época del año más favorable para estas observaciones. Resulta hasta imposible imaginar la diversidad de formas, el brillo de los colores de millares de insectos que cubren entonces, al menor rayo de sol, las hojas de los árboles. Cuando sólo se conoce nuestra Europa, es imposible formarse una idea justa de los tesoros de todo género que enriquecen la zona tórrida, en los lugares boscosos. No me faltaba atravesar más que cuatro leguas de bosques, para llegar finalmente a la primera casa de esa ruta, la posta aduanera. El bosque, siempre tan hermoso, cambió de aspecto; a medida que avanzaba, los motacús, más comunes, constituían, ellos solos, toda la vegetación de lo más curiosa por su conjunto. Llegué finalmente a la *Guardia*, dos casas rodeadas de campos de maíz sustraídos a los bosques de los alrededores. Era el primer lugar habitado desde Samaypata; por eso no sabría expresar con qué placer lo vi. Informado de mi llegada el jefe de aduana que allí reside, no sólo no quiso revisar mis baúles, sino que me ofreció de corazón una franca hospitalidad, que acepté de buena gana hasta el día siguiente. Apenas llegué, fui a los bosques, a fin de continuar mis exploraciones, fructuosas en todos sentidos. La lluvia me hizo regresar al techo hospitalario y me retuvo toda la noche y el día siguiente. Durante las dos noches no pude descansar, porque la casa dejaba pasar el agua por todas partes, lo que me obligaba a vigilar mis baúles para preservarlos del diluvio.

15 de noviembre

Nuestras lluvias de Europa no son nada en comparación con las de la zona tórrida, en el verano. Son aquí aguaceros incesantes, torrentes que inundan toda la región y llenan todas las llanuras, formando momentáneamente lagos. Todo está húmedo, todo está mojado. La naturaleza entera está bajo el agua. Me felicité de haber escapado de ese flagelo, en las montañas, donde habría muy bien podido quedarme; pero, a seis leguas del término de mi viaje, agradeciendo al cielo haberme protegido, pedí algunas horas de sol para llegar a Santa Cruz. Habituado a desafiarlo todo, cuando se trataba de colecciones, partí, a pesar de la lluvia, para ir a buscar moluscos en medio del bosque. Me empapé, sin otro resultado, en una exploración de algunas horas.

Me había llamado la atención el lenguaje del escaso número de cruceños que había visto, encontrándoles el acento, los modales y hasta los rasgos de los habitantes de Corrientes. Observé el nombre *Piray* del río, perteneciente a la lengua guaraní, de la que había aprendido muchas palabras en la frontera del Paraguay. Todas esas analogías me sorprendieron; pero lo fue aún más cuando

vi llegar a la Guardia a muchos indios del villorrio de Porongo, junto al cual nos hallábamos. Sus rasgos me asombraron. Creí reconocer a los guaraníes. Sin embargo, ¿cómo suponer que esa nación habitaba el pie de los Andes, tan lejos de su cuna? Impaciente por fijar mis ideas acerca de esa curiosa analogía, me arriesgué a decirles algunas palabras en guaraní. Me contemplaron estupefactos, no concibiendo, sin duda, que un extranjero conociera su lengua; me respondieron y tuve la certeza de que son verdaderos guaraníes, así como todos los chiriguanos de la provincia de Cordillera[4]. Comprendí desde entonces cómo esos orgullosos descendientes de los caribes[5] debieron rechazar las armas de los incas, habituados a triunfar más por su número que por su espíritu guerrero, y todas las analogías que observé ulteriormente entre Corrientes y Santa Cruz se aclararon para mí por la identidad bien demostrada, desde ese momento, de esas dos comarcas.

17 de noviembre

El 17 de noviembre, el tiempo, menos malo, me permitió finalmente ponerme en camino. La llanura se halla primero entrecortada de bosquecillos y praderas, rodeada al norte por las florestas de las orillas del Piray, cuyo curso seguí. Penetré en la Pampa (la llanura), desde donde vi en una colinita boscosa, algunas casas dependientes de la ciudad. Pasé el arroyo del Pari, e hice finalmente mi entrada en Santa Cruz de la Sierra, capital del departamento del mismo nombre. Atravesé algunas calles, donde vi a todas las mujeres salir a las puertas para contemplarme. Unas gritaban: *Es un colla*[6]; otras, más jóvenes, decían: *Yo fui la primera en verlo*[7], *será mi camarada, mi visita*[8].

---

4 Se llama *cordillera* a toda la región de llanura situada al sur del lugar donde me hallaba y bordeando el pie de los últimos contrafuertes de los Andes. Esa región sólo es habitada por los indios chiriguanos.

5 Véase mi artículo Guaraní en *El Hombre Americano*.

6 Este apelativo *colla* que los habitantes de Santa Cruz dan a todas las personas que vienen de las montañas, no es un insulto. Se debe a antiguos recuerdos. Se llamaba, antes de la Conquista, Collao, a toda la región de los Andes al sur del Cusco (Garcilaso, *Comentarios de los Incas*, lib. VII, cap. I, p. 220). Los primeros habitantes de Santa Cruz daban el nombre de *colla* a todos los montañeses, equivalente de la palabra *serrano*, empleada por los habitantes de la costa (costeños) para designar a los peruanos de las montañas.

7 Es también un término amistoso. Las cruceñas (mujeres de Santa Cruz), de lo más amigas de la sociedad, consideran entre sí como un derecho a recibir a los extranjeros y además haber sido las primeras en verlos, y se comportan con ellos de la manera más amable.

8 Término de afecto local. Las mujeres dicen *camarada* a las personas que reciben en su casa como amigos; lo mismo sucede con la palabra visita, aplicada quienes las visitan, sin que se le asocien otros pensamientos.

Llegué así a casa de un anciano español, a quien estaba recomendado, y donde fui perfectamente recibido. Se me festejó en todas las formas y pude finalmente acostarme bajo techo y en una cama.

Al día siguiente fui a ver al prefecto, ex militar, muy buen hombre; y al cura Salvatierra, a quien no se puede ver sin amar. Su bello rostro abierto me predispuso de entrada a su favor; después, su amabilidad, sus modales llenos de bondad, produjeron en mí un efecto realmente magnético, que no disminuyó durante mi bastante larga estadía en Santa Cruz. Tuvo la bondad de conseguirme como alojamiento la más hermosa casa de la ciudad, el antiguo obispado, cuyo alquiler no me costó sin embargo más que diez pesos (cincuenta francos) por mes. Me instalé sin demora, impaciente por comenzar mis tareas. Apenas me ubiqué en mi nueva morada, cuando recibí las visitas de mis vecinos y los recados de mis vecinas, que, para testimoniar el placer que experimentaban de saberme cerca de ellas, ponían sus casas a mi disposición, enviándome, con sus criados, bonitos paquetes de cigarros adornados de flores y atados con cintas, o confituras de toda especie, en platos de plata. Algunos días después de mi llegada era conocido de todo el mundo y había visitado a mis vecinos y vecinas. En todas partes fui recibido por las mujeres con tanta amabilidad como franqueza, con tanta alegría y placer, que entreveía la estancia más agradable en la ciudad, donde debía pasar la estación de las lluvias. Durante mis visitas, apenas me sentaba en el estrado de los salones, cuando, por orden de sus madres, las señoritas, lo mismo que en Corrientes, encendían mi cigarro, lo fumaban un poco, lo sacaban de la boca para ofrecérmelo y me presentaban otro, una vez que el primero se apagaba. Por lo general, me ofrecían también un mazapán y una copa de vino, de licor, de chicha no fermentada de maíz o de guarapo[9]. Todas trataban de aprovecharse exclusivamente de mí o por lo menos de poder decir que tenía preferencia por ellas.

Pocos días después, el prefecto me ofreció un baile y debí acompañar a muchas de mis vecinas; me dirigí a las ocho. Numerosas damas se habían reunido en el salón de recepciones de la prefectura. No reconocí al principio a ninguna, por estar acostumbrado a verlas con el cabello cayendo a la espalda, en dos trenzas (*partidos*), atadas con cintas; mientras que ahora las veía con el peinado levantado, adornado con dos peinetas, flores, perlas finas y hasta diamantes; el resto del vestido, en todo a la francesa, me impresionó por su lujo. La sala se llenó muy pronto. Casi todas las madres se colocaron aparte. Las jóvenes, rica y elegantemente adornadas, quedaron solas y (puedo decirlo en

9 Es un licor hecho de miel fermentada.

su favor) en ninguna parte de la República vi una reunión de tan bonitas mujeres o de modales más graciosos. Los hombres, también vestidos a la francesa, no representaban, por su número, la tercera parte del otro sexo; por eso son buscados y cortejados en todas las maneras[10].

Una orquesta compuesta de unos veinte músicos, sacados momentáneamente de la iglesia, comenzó a tocar una encantadora contradanza española. El prefecto abrió el baile. Bailé también, y tuve oportunidad de observar el gusto exquisito que despliegan las mujeres en esos movimientos de brazos, en esas formas que componen los grupos más graciosos que pueda crear la imaginación del pintor. No perder la primera contradanza es de gran interés para las jóvenes. Cuando se prepara un baile, recurren a todos los medios para asegurarse esa prioridad tan codiciada, haciéndose invitar mucho tiempo antes. Las cruceñas, si pudieran elegirlo, preferirían permanecer toda la noche sin invitación, antes de dejar de abrir el baile. Tan orgullosas de ese primer éxito como si acabaran de lograr una victoria, su aire de triunfo contrasta con la tristeza y el despecho pintado en el rostro de sus rivales menos afortunadas. Estas, sin embargo, tienen también su oportunidad. La música toca una nueva pieza; los bailarines se ubican, se forma las cadenas. Este vals[11], enlazador, donde se presionan sucesivamente todos los talles, donde se enlazan todas las manos, donde los cuerpos se abandonan con languidez al movimiento acompasado de una medida lenta y elegante, hace brillar la alegría en los rasgos de las nuevas bailarinas, rivalizando en gracia con las primeras, condenadas a su vez al papel de espectadoras, pero orgullosas todavía de su triunfo.

La primera parte del baile, siempre de gran etiqueta, se baila en traje negro; pero, ¿cómo soportar esa ropa, con el calor de la zona tórrida? Por eso los hombres tienen en Santa Cruz la costumbre de pasar a otra habitación, dar sus trajes a sus criados y ponerse una chaqueta blanca como lo demás de su ropa. Desde ese momento, hay menos reserva y más alegría. Se sirve chicha de maíz[12], se pasa platos cubiertos de cigarrillos hechos de paja de maíz, se conversa, se forman grupos animados. Alrededor de las mujeres más amables se cambian

10 La inferioridad del número de hombres en la ciudad se debe, por lo general, a la necesidad en que se hallan muchos jóvenes de dedicarse a las tareas del campo. Pierden en la soledad los hábitos mundanos y no aparecen más en sociedad. Otros van a seguir cursos en la Universidad de Derecho de Chuquisaca.

11 La contradanza española, con la medida lenta del vals alemán, se compone de figuras muy variadas y de lo más graciosas, bailando a la vez numerosas personas.

12 Es una bebida no fermentada de lo más agradable, muy distinta de la chicha de Cochabamba.

frases de lo más espirituales, interrumpidas a menudo por una *mariquita*, baile vivo y alegre, donde un guitarrista cantor se agrega indispensablemente a la música. Un caballero invita a una señorita; se colocan uno frente a la otra, con un pañuelo blanco en la mano. El cantor comienza a entonar coplas de la más rara ingenuidad, cuyas perífrasis no velan ni disfrazan el sentido; la música lo acompaña. Los dos bailarines agitan sus pañuelos con gracia, golpean los pies a medida, avanzan, retroceden, parecen huir, se acercan, giran de un lado a otro. Los asistentes golpean las manos en cadencia y el baile termina, para recomenzar sucesivamente con todas las damas presentes; reemplazándose dos o tres caballeros a ese efecto; y cada una de ellas, seguras de convertirse a su turno en objeto de las observaciones de las restantes, trata no de bailar con más ligereza (lo que es inútil), sino de desplegar todos los encantos de su talle y de sus gestos.

Durante el baile, las puertas y ventanas están abiertas a una ancha galería, donde se aglomeran todos los curiosos de la ciudad, hombres, mujeres, criados, mulatas y negras, sin que se los pueda despedir, habiendo la costumbre consagrado ese hábito. Nada más original que la conversación de esa extravagante aglomeración. Cada uno expresa en alta voz sus reflexiones sobre los bailarines y bailarinas que se suceden en la mariquita; sucesivamente son puestos en el banquillo, sea por su aspecto exterior, su vestimenta, sus relaciones y hasta sus intrigas. Sus ridiculeces son pasadas en revista de una manera, tan ingenua como espiritual, a menudo con refinada maldad, siempre con rodeos cuya picaresca alegría me permitió juzgar el carácter nacional. Supe más, en un instante, de la vida privada de todo el mundo, que lo que podría haber aprendido en un año.

Un vals me llevó de nuevo con los bailarines. Era mi baile favorito, aquél en el que estaba más ejercitado; me mostré infatigable. Duró mucho tiempo; fui el último en abandonarlo y me hice una verdadera reputación entre las damas, cosa de no desdeñar en un país donde el bello sexo reina despóticamente en toda la sociedad, y dicta, por así decirlo, sus leyes a todas las autoridades. Después del vals vino el indispensable minué; más por un resto de hábito que por gusto, ese baile serio está poco de acuerdo con el carácter alegre de los habitantes. Le sucedió la gavota, pero sólo participaron en ella pocos bailarines. Lo mismo sucedió con el elegante *ondú*, verdadero *bolero* español, que se baila con castañuelas y en el cual las mujeres sacan gran partido de su ligereza y encantos naturales. El *chambé*, introducido por los colombianos, también se bailó; es bastante monótono y poco elegante. Un caballero solo gira alrededor del salón; parece querer detenerse delante de algunas damas, persiguiéndolas,

y después de haber engañado así a varias, terminan por pararse frente a una de ellas. Esta se ve obligada a ceder su lugar al caballero y a comenzar la misma operación, hasta que elige un caballero que, a su vez, se hace reemplazar por otra dama, y así sucesivamente, todo el tiempo que la música ejecuta esa pieza, muy alegre, cuya medida es acelerada.

Esos bailes duraron hasta las once; entonces se distribuyeron *paños de mano*, especie de largas servilletas adornadas de flecos, y se sirvió a cada dama una taza de chocolate y bombones, que los caballeros se apresuraron a llevarles. También ellos cargaron una gran fuente de plata, cubierta de confituras, que ofrecieron a todas las damas. Por mi parte, distribuí los *dulces de piñas*. La primera persona a quien me dirigí se sirvió algunos dulces que me ofreció; yo debía aceptarlos y ofrecerle otros a mi vez. Esas cortesías continuaron de entre una y otra parte y todas me rogaron amablemente que recibiera dulces. Así las dos o tres cucharas de plata pasaron sucesivamente de cada boca femenina a la mía, hasta saturarme por mucho tiempo de los ananás que llevaba y verme obligado a no continuar mi paseo, con el temor de tener que ingerir casi sólo la mitad. Después de esa pausa, el baile continuó hasta la llegada del ponche.

Entonces el baile cambió bruscamente de aspecto. La reserva y la etiqueta se alejaron por completo. En Santa Cruz no se sirven como en Francia vasos llenos sobre una bandeja, sino que cada caballero, provisto de una jarra y de un vaso, se presenta delante de una dama, llena ese mismo vaso y lo vacía de un solo trago, invitando a la dama, que lo hace llenar a su vez de la misma cantidad de licor, e imita al caballero convidando ya sea a este mismo o a otro, que llama, a ese efecto, para mostrarle lo que bebe. Resulta así que los vasos no están nunca ni vacíos ni llenos, y que uno se ve forzado a beber sin parar, no pudiendo, bajo ningún pretexto, negarse, sin correr el riesgo de pasar por descortés. Yo era recién llegado, extranjero, encargado de una misión, que sin comprenderla la consideraban de mucha importancia. Tenía veintiocho años; gozaba de una salud floreciente; era lo suficiente para merecer la atención; por eso todas las damas querían festejarme. No sabía a quién responder, llamado como era de todos los puntos del salón y obligado a atender a todo el mundo. No puedo decir cuántos vasos de ponche me vi obligado a aceptar, y tuve necesidad, en verdad, de toda la fuerza de voluntad de que estoy dotado para resistir ese asalto inesperado. El baile tomó un carácter de abandono llevado hasta la locura, mientras los hombres excitaban cada vez más a las mujeres por efecto del licor, cuya fuente inextinguible substituía sin cesar oleadas de ponche a las que acababan de correr. Se bailaron con frenesí la *mariquita* y la *rumba*. El *guachambé*, baile parecido al *batuqué* brasileño, con figuras demasia-

do africanas y muy poco convenientes, fue sin embargo ejecutado por algunas personas. Finalmente, la exaltación aumentó aún más, puesto que se cerraron las puertas para impedir salir, y varios comisarios dieron la vuelta al salón, proclamando en alta voz, en nombre del prefecto, un bando que prohibía, bajo cualquier pretexto, abandonar el baile, bajo pena de verse obligado a beber, los hombres diez y las mujeres seis vasos de ponche, cuando fueran alcanzados y convictos de tentativa de evasión. Esta vez creí inútil quebrantar el reglamento, pero, más tarde, en una circunstancia semejante, habiendo sido sorprendido con el sombrero en la mano, me llevaron al centro de la sala, me hicieron sentar en un sillón, me juzgaron con todas las reglas y me obligaron a cumplir una parte de la pena, plegándome a las exigencias de la sociedad donde estaba y a un entretenimiento del cual de buena gana habría prescindido. Ofrecieron luego pan y queso, que cada uno se apresuró a aceptar, y se bailó hasta el día. En medio del alboroto, a pesar de los esfuerzos de las mujeres alineadas contra mí, conservé mi presencia de ánimo y hallé realmente agradable esa bulliciosa alegría, esos gritos, esa franqueza, que me descubrían tantos pequeños secretos, ya sea a través de las miradas, ya sea a través de las palabras. Espectador benévolo, aprendí a conocer, en esta fiesta, las inclinaciones y debilidades de todos; la amable exaltación y la espiritual alegría de las cruceñas, que haré conocer con una sola palabra, diciendo que, no teniendo bastantes superlativos en la lengua española para pintar sus sentimientos, han tenido que inventar el superlativo de los superlativos[13], análogo a la vivacidad de sus impresiones.

Algunos días después recibí una nueva invitación de una de las principales familias del país. En Santa Cruz se acostumbra festejar solemnemente el día en que un joven eclesiástico dice su primera misa. Una circunstancia de esta naturaleza había motivado la reunión. Fui a las nueve de la mañana. Ya un tambor congregaba a los invitados a la puerta de los padres, y hallé al prefecto y reunidas a todas las autoridades religiosas, civiles y militares. Con una orquesta a la cabeza, nos dirigimos en corporación a la iglesia, donde el joven sacerdote cantó la misa, servido por dos curas ancianos y el padrino de la fiesta. Una vez concluida la ceremonia, se colocó en medio de la iglesia, donde

13 Mucho se emplea en español, como *beaucoup* en francés, para asignar el número de cosas materiales, para dar más fuerza al pensamiento. Se dice: *te amo mucho*, pero la lengua española posee otros superlativos. Se dice pues: *te amo muchísimo* (te quiero con exceso, con exaltación) ; pero ese superlativo no parece suficiente a las mujeres de Santa Cruz para expresar lo que sienten y han inventado un superlativo de ese superlativo, diciendo: *te amo muchisisísimo*, expresión que no puede emitir ninguna de las nuestras.

todos los invitados le besaron sucesivamente la mano en señal de respeto y obediencia. Se fue luego a su casa, donde, en la puerta, ofreció a besar su mano a cuantos se presentaron. A nuestro regreso al salón, la mesa estaba cubierta de bombones, vino y licores de toda especie, *para tomar las once*, antes de almorzar. Se invitó a beber a la inglesa y la conversación se generalizó. Todos se alejaron para sacarse el traje negro y ponerse el blanco, regresando a las dos para comer. Una mesa suntuosamente servida sostenía un cerdo entero, una cabeza de vaca, pavos asados, una serie de manjares sazonados a la española, todo preparado bajo la dirección de una marquesa, señora de la casa, que, lo mismo que las demás damas, no consideraba rebajarse al vigilar la cocina a cargo de sus criados; por eso hallé todo, en general, de un gusto exquisito, aunque muy diferente de nuestra cocina francesa. Se hicieron muchos brindis, en los que el sentimiento más delicado de la buena educación atemperaba siempre la alegría general. Al terminar la comida, el padrino de la fiesta invitó a la concurrencia al baile que ofrecía como fin de la jornada. En efecto, se bailó toda la noche y las cosas sucedieron absolutamente de la misma manera que en casa del prefecto.

9 de diciembre

El 9 de diciembre es el aniversario de la famosa batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), en la que al ser vencidos los españoles por el partido de la independencia, se hizo posible la fundación de las repúblicas. Bolivia y Perú tienen la costumbre de festejar, en cada ciudad, ese aniversario con toda la pompa posible. Yo vivía precisamente en el barrio de Ayacucho. Las demás calles, igualmente empavesadas, revelaban la alegría. Se cantó una gran misa, después de la cual el prefecto vino a buscarme, y de acuerdo a una costumbre establecida desde hacía algunos años, era menester presentarse en casa de todas las damas de mi calle, que tenían todo dispuesto para recibir las visitas, habiendo hecho cada una de aquéllas gran provisión de amabilidad para prodigar una mesa abundantemente servida de bombones y licores. A las tres, se tiraron petardos; a las cuatro, se corrió a caballo un juego de sortijas en la calle Ayacucho. Cada vez que un jinete era bastante diestro como para sacar el anillo, la música ejecutaba una marcha y lo proclamaba vencedor, y el feliz mortal recibía, de manos de una señorita de la familia Velasco[14], un lazo de cintas que lo ataba al brazo como señal de distinción. Se jugó así hasta la noche, en que todos se fueron a preparar para el baile, que debía tener lugar en casa del prefecto. Por la noche, con la primera contradanza, cada uno de los caballeros vencedores en el juego

14 Una de las más antiguas y consideradas.

de la sortija ató su lazo de cintas en el brazo de la joven con quien bailaba, lo que se convirtió en motivo de envidia para las mujeres que no lo obtuvieron. Sería difícil contemplar con indiferencia, transportados así al seno de las colonias españolas del Nuevo Mundo y mantenidos en el centro del continente, estos últimos recuerdos de las costumbres caballerescas y galantes de la nación del Cid y de Jimena. Allí, las almas no cesan de abrirse a las poéticas inspiraciones del patriotismo y del amor.

25 de diciembre

La víspera del día de Navidad los hombres hacen regalos a las casas donde son recibidos con frecuencia. Las gentes de la campaña envían algunas *arrobas*[15] de azúcar, pero los ciudadanos dan a menudo dinero que sirve para pagar los dulces de circunstancia que se llaman el *manjar blanco*[16]. Se visita a todos los conocidos para *dar buena Pascua*[17]. Para no ser descortés, fui a algunas casas, pero estuve a punto de arrepentirme. Desde el 30 de noviembre hasta Carnaval dura un juego bastante original, que consiste en guerrillas entre hombres y mujeres arrojándose pequeños limones o naranjas verdes. En una de las casas, fui atacado por tres señoritas. Resistí tan valientemente ese primer choque, que iba a ser dueño del campo de batalla, cuando mis tres adversarias, después de atar una gran naranja en la punta de su cabello, se pusieron a perseguirme con grandes golpes, y pronto, todo maltrecho, no osando responder de la misma manera, me vi obligado a abandonar el campo. Sufrí la misma prueba en otra casa, donde, después de haber empleado tales armas, salí, no sin maldecir esa costumbre y sobre todo los juegos poco femeninos que me dejaron los miembros doloridos varios días, sin que tuviese derecho de quejarme... Es la costumbre.

28 de diciembre

Otra costumbre bastante original, que recuerda en todo nuestro *primero de abril*, es la del *día de los Inocentes* (28 de diciembre). Por suerte fui advertido con anticipación y no resulté víctima. Todo lo que pedimos prestado ese día nos pertenece y si accedemos a un pedido cualquiera que se nos haga, no sólo perdemos los objetos prestados, sino que somos tratados de inocentes. Por lo general, las cosas prestadas son de poco valor, aunque se ha visto no devolver el dinero. El día se pasa en astucias recíprocas de hombres y mujeres, a fin de tener el derecho de llamarse *inocentes*. Por la noche hubo un baile, al que nadie asistió antes de oír la música, con el temor de merecer ese epíteto.

---

15 La *arroba* equivale a veinticinco libras españolas.

16 Manjar blanco, compuesto de azúcar, huevos y harina.

17 Navidad es llamada la *Pascua de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*.

El primer día del año transcurrió sin ruido. En Santa Cruz no se acostumbra festejarlo. La estación de las lluvias estaba en toda su fuerza; los torrentes inundaban diariamente las calles y las arenas movedizas que formaban el fondo se convertían en montones de agua donde uno se hundía hasta la rodilla. Me era necesario quedarme en Santa Cruz hasta el fin de esta temporada o desafiar el mal tiempo. Escogí esta última alternativa y resolví recorrer por lo menos los alrededores, puesto que, por mucho tiempo, toda comunicación quedaba interrumpida con la provincia de Chiquitos, adonde deseaba ir.

1831
1 de enero

Teniendo todo preparado, hasta mis provisiones, consistentes en galleta y carne seca, me despedí de todos mis conocidos y me puse en camino el 13 de enero. Atravesé, al este, al salir de la ciudad, una espesura de media legua de ancho, llena de campos cultivados, llamados *chacos*. Estos campos son pequeños espacios donde se cortan los árboles y se siembra maíz, *yuca* (mandioca), batatas y arroz. Penetré luego en un campo arenoso completamente descubierto, lleno de pequeños zarzales esparcidos, de algunas palmeras totaís[18] y casi sin casas. Después de seis leguas de llanura, el terreno se cubrió de bosques, de chacras agrícolas y de pronto llegué a Paurito[19], donde creí encontrar un pueblo. Sólo vi una iglesia bastante pequeña, rodeada de tres o cuatro casas. No sabía donde detenerme, cuando una mujer me dio la llave de una casa vacía; me instalé allí a pasar la noche, feliz de haber pensado en proveerme de víveres, que no tenía la menor esperanza de conseguir en ese lugar. Paurito, anexo de Santa Cruz, es una capilla, donde los agricultores se reúnen los domingos para oír misa. Todos sus alrededores están muy poblados; los caseríos de Pacu y Tijeras dependen de él[20] y la circunscripción es inmensa.

13 de enero

Las regiones llanas, como lo son todos los alrededores de Santa Cruz, no ofrecen casi nunca tantos recursos en historia natural como las regiones montañosas; por eso, algunas horas fueron suficientes para conseguir casi la totalidad de lo que podía esperar. Quise, por consiguiente, multiplicar mis excursiones, y acercarme a las orillas del Río Grande, de donde estaba a corta distancia. La llanura continúa poco más allá de Paurito; pronto termina en un bosque. Habiendo atravesado éste, me hallé en un lugar descubierto, arenoso, de for-

18 Son las mismas que el bocaya de Corrientes.

19 Se llama *Pauro*, en Santa Cruz, al abrevadero; así, *Paurito* quiere decir pequeño abrevadero.

20 Hay en la circunscripción de Paurito 2.068 habitantes, de acuerdo al censo de 1832, que me ha transmitido el gran vicario de la provincia, don Andrés Pacheco.

ma más o menos circular, rodeado de bosques y en medio del cual noté gran número de casas dispersas, que constituyen el caserío de Tijeras, distante una legua de Paurito. Marché a través de los más hermosos campos de maíz, hasta el bosque, que crucé y donde vi fácilmente que una barrera, que encontré en ese sendero, servía para diferenciar una segunda llanura, rodeada igualmente de bosques, y a impedir la salida del ganado, que siempre se deja en libertad. Esas especies de llanuras caracterizan del todo los terrenos lisos y arenosos de la provincia de Santa Cruz, y les dan un aspecto geográfico muy peculiar; se los llama *potreros*[21]. El potrero de Pacu, en el cual penetré, es grande, muy hermoso y está lleno de granjas agrícolas. Me detuve en la última, donde vivía el comisionado, en la cual encontré una hospitalidad sobre la que todo lo que podría decir sería un pálido reflejo. Este buen hombre y su familia se esforzaron en satisfacer mi menor deseo. Sólo hallé realmente en los alrededores de Santa Cruz esa bonhomía de los habitantes de las campañas, que los lleva siempre a recibirnos con la sonrisa en los labios y deferencias de toda clase. Ninguno de ellos tiene ese tono grosero de nuestros campesinos de Francia. Se expresan bien, hasta espiritualmente, y sus modales son en verdad distinguidos.

El campo, al comienzo de la estación de las lluvias, es de lo más bello. Los bosques están llenos de brotes, de color verde tierno, y de flores elegantes y variadas; las llanuras están cubiertas de una hierba alta y tupida, esmaltada de plantas florecidas de diversos colores. Los campos están repletos de vigorosos brotes de maíz o de yuca, y todo revela en la vegetación una increíble energía. Recorrí el potrero en todos sentidos, admirando sucesivamente los árboles aislados, por entonces adornados de flores; su laguna, junto a la cual maté un buen número de ánades, de los menos ariscos; y los inmensos cercos de maíz, protegidos de los caballos y los animales menores, que en pequeños grupos los recorrían con toda libertad. La dicha que sentía al hallarme en medio de campos tan hermosos no me liberó empero del fastidio de ser constantemente objeto de la picadura envenenada de los mosquitos, que multiplica la humedad de la estación.

Al día siguiente, a pesar de la lluvia, me dirigí, en compañía del comisionado, hacia el Río Grande, distante una legua. Atravesé una magnífica llanura, llena de árboles tupidos y de palmeras que los guaraníes llaman *carondai*[22],

21 Palabra derivada de *potro; potrero*, lugar donde se doman los caballos. Se denominan así, en Santa Cruz, a las llanuras rodeadas de bosques o de agua, sin salida, o que sólo tienen una que se puede fácilmente cerrar, de manera de dejar sin inconvenientes al ganado sin vigilancia.

22 Ya he hablado al referirme a Corrientes. Ese tipo de techo dura por lo general una docena de años.

cuyo tronco cortado en dos y vaciado, sirve para hacer los techos, que cubren casi todas las casas de Santa Cruz. Esta palmera de anchas hojas en abanico, de tronco liso, presenta un aspecto realmente magnífico. Sólo crece en los lugares pantanosos y descubiertos. Era, lo mismo que el totaí, un antiguo conocido que me recordaba la estadía en la provincia de Corrientes, donde había hallado los mismos paisajes, la misma vegetación y hasta la misma bondad de parte de los habitantes. Llegué así a orillas del Río Grande. Ancho entonces de medio kilómetro, sus aguas cenagosas arrastran los troncos de árboles enteros, corriendo con rapidez, ya sea junto a las playas arenosas, ya sea al pie de los acantilados de arena constantemente minados por las aguas. Las orillas de los ríos son alegres, cuando están habitadas; pero cuando la naturaleza está allí sola, aunque el espectáculo en sí sea hermoso, ese silencio de lo inhabitado les da pronto un aspecto triste, que se hace monótono. No podría cansarme de contemplar ese vasto río, del cual había cruzado tantos afluentes desde Cochabamba hasta Santa Cruz, y que recibe, él solo, las aguas de más de la mitad de los departamentos de Potosí, de Chuquisaca, de Cochabamba y de Santa Cruz[23]. Al oír mugir el ganado del otro lado, sin ver ni barco ni puente, pregunté a mi guía cómo cruzaban el río. Me respondió que en época de crecidas se pasa a nado, medio más o menos cómodo, pero siempre peligroso. En la estación seca se lo cruza a caballo con las precauciones a que obliga la presencia de la arena movediza y los remolinos. Satisfecho de mi exploración, a causa de los interesantes descubrimientos que hice, a pesar del mal tiempo, regresé para cambiar de ropa y preparar mis riquezas.

16 de enero

El 16, desafiando la lluvia, continué mis exploraciones siguiendo el camino por el cual había venido. Pasé a Tijeras y a Paurito, desde donde tomé un sendero que debía conducirme al caserío de Pitajaya[24], situado a dos leguas de Paurito. Atravesé un bosque poco tupido y vi una magnífica planicie de una legua, deshabitada, oval, rodeada de bosques. Más allá había otro bosque de igual tamaño, en medio del cual corre el arroyo de Turino, cuyas aguas van al Río Grande. Esos bosques, de lo más tupidos, están mezclados de palmeras motacú, sobre todo cerca de los arroyos. Hacia fuera, en un gran claro, encontré el caserío de Pitajaya, donde fui muy bien acogido y protegido de los torrentes de lluvia que

23 Todos los mapas le dan el nombre de *Guapaix*, desconocido en el país.

24 *Pitajaya* es el nombre de una excelente fruta que se come en Santa Cruz. Proviene de un pequeño cactus trepador, al que se arroja sobre las paredes de tierra y allí crece. Esta fruta se parece exteriormente al ananá, pero es mucho más pequeña. Su color es amarillo.

inundaban el campo y no me permitieron salir. La llanura de Pitajaya continúa, hacia el este, hasta el Río Grande, formando el potrero de San Lorenzo y el de Pari, donde vive gran número de agricultores. Esos dos caseríos, por una excepción bien rara, presentan, junto con su gran desarrollo, el bocio, desconocido en las otras partes de la provincia. Me sentí tanto más sorprendido por cuanto estaba acostumbrado a ver esa afección manifestarse sólo en las montañas; mientras que allí, es en medio de la región más llana del mundo, con una temperatura de lo más alta y a veinte leguas por lo menos de los últimos contrafuertes de los Andes, que se manifiesta. Esa enfermedad no puede, lo mismo que en Corrientes, tener por causa la calidad de las aguas privadas de aire.

La uniformidad del campo me dio productos idénticos en cada caserío, y no creí necesario insistir mucho en las diversas paradas. Abandoné, pues, Pitajaya para ir a tres leguas, al villorrio de Cotoca. Durante esas alternancias de lluvias que inundan y de un sol abrasador de rayos perpendiculares, que queman al viajero, atravesé malezas llenas de guayabos salvajes, luego un bosque tupido por donde corre el Río Colorado, cuyas aguas van también al Río Grande, y llegué a una llanura matizada de bosquecillos, que me condujo hasta el villorrio. *Nuestra Señora de Cotoca* es, como Paurito, un punto de reunión de los propietarios de los alrededores y un anexo de Santa Cruz. La iglesia es pequeña; contiene una Virgen milagrosa, a la cual se hacen frecuentes peregrinaciones, lo que ha decidido a los habitantes a construir una nueva iglesia, más vasta y no terminada todavía, no alcanzando hasta ahora las limosnas para completar la edificación. Cotoca, por la afluencia de población que ello trae, se convertirá, sin duda, en uno de los lugares más florecientes de la provincia. Me alojé en casa del comisionado, donde permanecí dos días; y al partir le ofrecí una indemnización pecuniaria por su hospitalidad y las molestias que le causé, pero la rechazó de plano, contentándose con la expresión de mi agradecimiento.

19 de enero

De Cotoca me dirigí a Sauce. Al salir del villorrio penetré en un bosque tupido, por donde corre el Río Cotoca. Llegué a un claro poco extenso, después a otro bosque, más allá del cual hay un potrero circular, de una legua de diámetro, donde encontré el caserío de Itapaque, distante tres leguas de Cotoca. Está compuesto, como los anteriores, de cabañas de agricultores y chacareros, esparcidas a la entrada del bosque, todas del mismo aspecto, lo que me decidió a seguir más adelante, tanto más cuanto sólo estaba a dos leguas de Sauce. Crucé un bosque, un inmenso potrero circular, y encontré el caserío del otro lado. El comi-

sionado me instaló en una cabañita cubierta de palmeras motacú, donde era necesario doblarse para pasar por la única abertura. Fui devorado por los mosquitos. Este caserío, semejante a los otros, está rodeado de campos entremezclados de bosques, zarzales y pequeñas llanuras arenosas, cubiertas de gramíneas. En estas últimas admiré mucho las palmeras totaís, que constituyen un hermoso adorno; su follaje, de un bello color verde, semejante al de las plumas de avestruz, forma un vasto haz, de lo más elegante. Esta especie caracteriza a las llanuras secas o a las orillas de los bosques de los terrenos arenosos, mientras que el carondai distingue a los lugares húmedos y arcillosos de las llanuras pantanosas, y lo mismo que el motacú sólo crece en medio de los bosques más densos y más oscuros; por eso esos grandes vegetales, de aspecto tan pintoresco, dan cada uno, a esas tres clases de terreno, su sello peculiar.

Noté que en todos los lugares por donde pasé no había más que mujeres y ningún hombre. Traté de averiguar el motivo y supe que los habitantes, creyendo, a causa de mis armas, que era el jefe de un destacamento de reclutamiento, se refugiaban en los bosques al acercarnos, y sólo se tranquilizaban mucho tiempo después de mi partida. Los cruceños, por su lenguaje, sus hábitos y las llanuras húmedas que habitan, se diferencian en todo de los demás habitantes de la República. Extraños, por su alejamiento de los centros de población, a todas las disputas políticas que agitan a las ciudades de la sierra, creen inútil su intervención, puesto que saben que no sacarán ningún provecho; por eso prestan el servicio militar con más repugnancia todavía que los demás bolivianos. Prefieren sobre todo la vida apacible del campo, donde una independencia sin límites les brinda una existencia dulce, sin que tengan nunca que ocuparse de lo que sucede en el resto del mundo. Esta aversión por el Estado militar llega a tal punto que he oído a menudo decir a los padres que preferirían ver morir a sus hijos que dejarlos partir al ejército. Si examinamos atentamente los hechos veremos que, en efecto, dentro de su círculo estrecho de ideas, el campesino cruceño es el más feliz de los hombres. Ignora y quiere ignorar que existen otros países. Para él, el mundo ocupa un radio de algunas leguas, comprendidas entre las montañas, cuyo gran telón ve en el horizonte, y los inmensos bosques deshabitados del Este, donde nunca intenta penetrar hasta el fin. Allí, si posee la menor industria, halla la tierra que quiere. Agricultor, su trabajo se limita a abatir los árboles del bosque, a quemarlos, a sembrar, sin otra preparación, y a la cosecha que le da la tierra todavía virgen, que abastece no sólo a sus necesidades y las de su familia, sino también le brinda las escasa ropa de algodón con que se cubren él y los suyos. Trabajando poco, vive en la abundancia; su ambición se limita a poseer algunos caballos y vacas,

que se multiplican sin trabajo a su alrededor. Se levanta temprano, recorre sus campos, vuelve a tomar un frugal almuerzo, después del cual hace indispensablemente la siesta, sale algunas veces por la tarde a visitar a sus vecinos y vecinas, para acostarse luego con el sol.

Rey en su hogar, el campesino cruceño no se ocupa nunca del interior de su casa; se encarga de todo lo que corresponde al exterior, pero deja la administración del resto a su compañera o a sus hijos, respecto de los cuales se muestra poco exigente. Buen padre, buen marido, se queja raramente, contentándose con todo. Sus actos son tan lentos como sus palabras; parece hacerlo todo de manera indolente y, sin embargo, termina todo lo que comienza. Su traje consiste en un pantalón y en una camisa de algodón, y en un poncho cuando sale. Las mujeres llevan una camisa de lienzo, de algodón tejida por ellas, y una pollera bastante corta, que deja ver las piernas desnudas y los más bonitos piececitos. Nada iguala el espíritu de hospitalidad que anima a unos y otras, a tal punto que el vagabundo que quiere vivir en el ocio es recibido en todas partes por meses enteros y considerado como de la casa. El viajero es recibido con todas las demostraciones posibles del afecto. Se pone todo en movimiento para alojarlo bien, sin mezclar nunca la menor idea de cálculo; por eso, en esta dichosa región, el anciano y el enfermo nunca son una carga y no tienen necesidad de recurrir a los asilos públicos, desconocidos en Santa Cruz. El sentido de humanidad suple a todo.

Resulta penoso pensar que esa bondad actual de los cruceños, esa hospitalidad, esa sencillez de costumbres que los caracteriza todavía, tengan que desaparecer, una vez que comunicaciones más frecuentes atraigan allí una mayor afluencia de viajeros, al aumentar sus necesidades por el conocimiento de una serie de objetos que ignoran hoy, pero que, cuando los conozcan, los conducirán insensiblemente, al disminuir sus recursos, a ese espíritu de egoísmo que reina en nuestros países civilizados.

Obligado a emplear otros caballos, cada vez que cambiaba la circunscripción de un comisionado, hice avisar al de Candelaria, creyendo llegar, el mismo día, a Gran Diosa, distante seis leguas; pero no sucedió así. Partí de Sauce con la lluvia y crucé, en medio de un bosque, el Río Sauce, afluente del Río Grande. Más allá atravesé, por los más horribles caminos, llanuras medio boscosas, llenas de agua, que me condujeron al caserío de Chuchio[25], cuyas casitas, cubiertas de hojas de palmeras, están diseminadas por todos los puntos

25 Se llama *chuchio*, en la zona, a un gran cañaveral de hojas dispuestas en abanico y muy común a orillas de todos los ríos de la provincia de Moxos.

de una vasta llanura, rodeada de bosques y poblada de caballos, bueyes y vacas, que pacen al lado de los ciervos guazú-ti y los avestruces americanos, como si todos esos animales hubieran sido también domésticos. Casi no huían al acercarme; ¡tan grande es la seguridad que les dan los habitantes! Al llegar al caserío de Candelaria, fui recibido por la mujer del comisionado; y obligado a detenerme por falta de caballos, tomé mi fusil y me interné en el bosque vecino, formado de algunos árboles seculares y gigantescas palmeras motacús[26], apretados unos con las otras. Quien sólo conozca nuestros bosques de Europa y fuera de golpe transportado a estos lugares, se quedaría sin duda extasiado ante la belleza, la majestad del conjunto, y sobre todo, frente a los contrastes tan pintorescos de las hojas de la variedad de árboles con las de los elegantes motacús de troncos rectos y esbeltos, coronados de hermosos manojos de hojas. Allí, todo es imponente, hasta el profundo silencio; allí, domina en todo el respeto y la admiración por el Creador. Nada de nuestros bosques es comparable a esta naturaleza virgen, donde el hombre no ha impuesto aún su influencia. Es una bóveda tupida dividida por pisos, de la cual se pueden recorrer libremente todas las partes, en medio de la imponente columna que forman los troncos más o menos espaciados de las palmeras motacús.

Al hallar, en los límites del bosque, muchos campos recientemente roturados, me pregunté si, dentro de algunos siglos, el viajero encontrará todavía sitios semejantes en los alrededores de las ciudades y si el aumento de la población no cambiará el aspecto de la región. Ya había observado que, en todas partes donde el hombre elimina momentáneamente las florestas vírgenes, con el fin de sembrar, las plantas que se desarrollan después sobre el terreno abandonado a sí mismo, cambian por completo de forma. No se ve ninguna de las especies que crecían y crecen en los alrededores, y hasta dentro de siglos una vegetación del todo distinta de la vegetación espontánea hará siempre reconocer allí los lugares donde el hombre ha dejado los rastros de su paso.

Pasé en Candelaria un día entero, durante el cual fui objeto, de parte del comisionado, de su mujer y de su hermana, de atenciones, y cuidados, de los cuales ninguna expresión podría dar una idea. La joven pareja llegó hasta ofrecerme la única cama que poseía. Los habitantes de los campos son de una sobriedad extrema y se alimentan habitualmente con un poco de carne seca y legumbres. Un buey cuesta de 6 a 8 pesos (30 a 40 francos). Se lo mata, se hace charque y se sirve como provisión con arroz, maíz seco, yuca (mandioca), que se van a buscar al chaco (campo) a medida que se necesitan, y bananas,

26 Es el *Maximiliana princeps*, Martius.

en los lugares donde se produce esta excelente fruta. No la encontré en los primeros campos, todavía demasiado altos y fríos; pero crece ya en Candelaria, y de allí hasta las regiones más septentrionales. Mientras la carne es fresca, se la asa o se la come hervida con un poco de yuca, a manera de pan, sin otra bebida que agua del arroyo vecino. Cuando está seca, se asan también las partes grasas; el resto sirve para hacer *locro*, sazonado con arroz y grasa de buey. Era el alimento ordinario de mis viajes.

Estaba en la estación más favorable para la caza de insectos. Esa cálida humedad estival de las regiones tropicales los hace nacer en número increíble. Todas las hojas están cubiertas de ellos y sus brillantes colores rivalizan con los de las flores que adornan la vegetación; por eso veía aumentar cada día mis colecciones entomológicas. La ornitología, mucho menos variada, no dejaba empero de proporcionarme muy buenas cosas.

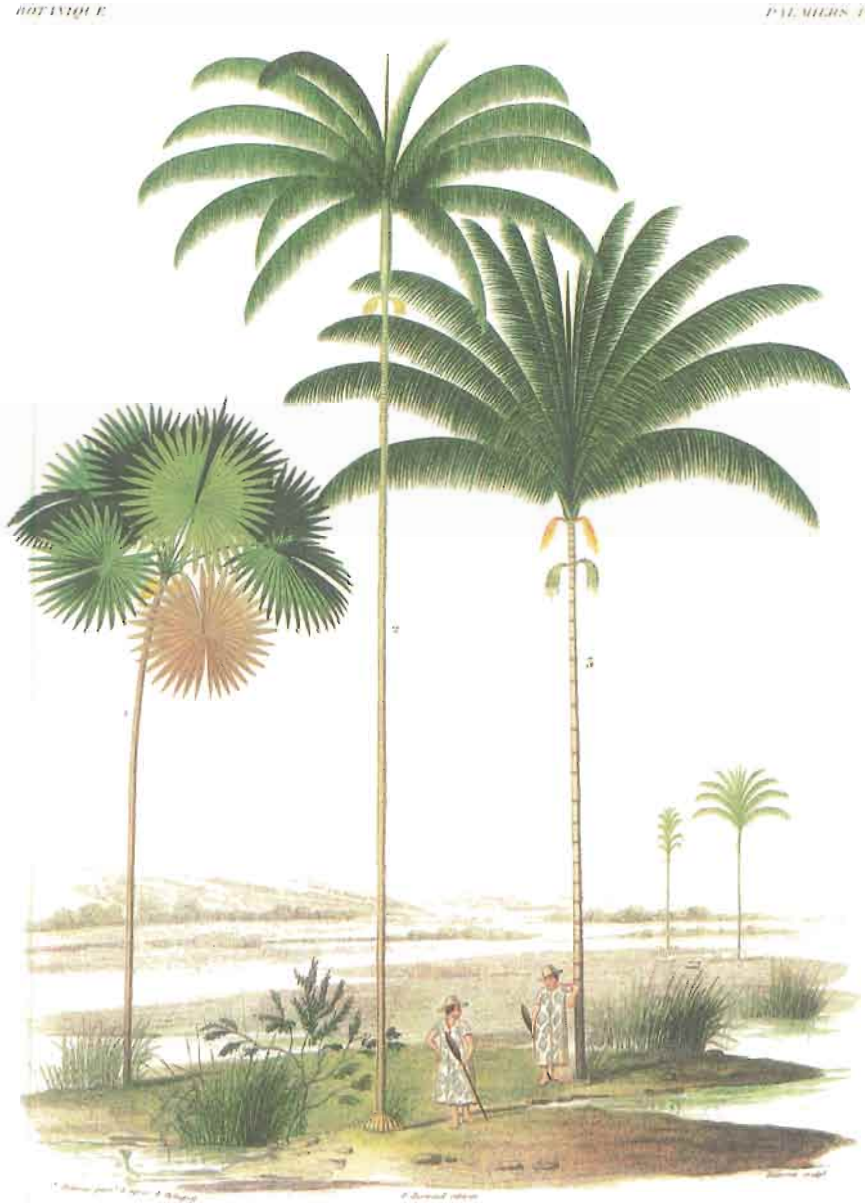
21 de enero

El 21 pude, finalmente, partir a la una. Atravesé el extremo de una gran llanura, rica en pastos, ininterrumpida hasta Santa Cruz; y llegué a un pequeño caserío, muy cerca de la *Rinconada de Chaney*, centro de toda la región habitada comprendida entre la misión de Bibosi y Santa Cruz, y la parte más rica, desde el punto de vista de la agricultura y sus productos. Más allá, penetré en un bosque por donde corre el arroyo de Chaney. Después de atravesar un campo entrecortado de llanuras y bosquecillos, llegué, a tres leguas de Candelaria, a una de las casas esparcidas del caserío de Gran Diosa. Nunca vi tantos guayabos silvestres. El límite del bosque estaba totalmente cubierto de esos pequeños arbustos, entonces cargados de guayabas. Todos los años, en esta época, los niños de los caseríos vecinos se alimentan casi exclusivamente de ellos; por eso se los encuentra a cada paso, eligiendo a placer, en ese vergel natural, las frutas que les parecen preferibles. Noté que las guayabas son de dos especies; la mejor, verde al exterior, grande como una pera, de forma oblonga, es en el interior roja; la otra, que se desarrolla en arbustos más pequeños, tiene el tamaño de una ciruela y por su color amarillo, tanto dentro como fuera, es mucho menos estimada que la primera.

Me alojé en Gran Diosa, en la casa de uno de los propietarios acomodados de ese caserío, don Mariano Chaves, donde recibí la más cordial hospitalidad, durante dos días, empleados en recorrer los alrededores, así como los caseríos de Asusaqui y Coromechi, alejados más de una legua.

Entre los ríos Grande y Piray, que corren casi paralelamente al norte, hacia la provincia de Moxos, se extiende una inmensa llanura tanto arenosa, en este caso cubierta de pastos y de pequeños zarzales, tanto pantanosa, en este

Vestimentas de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.



1: *Trinax chuco*; 2: *Euterpe precatoria*; 3: *Oenocarpus tarampabo*.

caso con bosquecillos. Esta llanura está, de cada lado, rodeada por bosques vírgenes, bordeando los dos ríos en un ancho mucho mayor hacia el Río Grande que hacia el Río Piray; por esto las llanuras comienzan a una o dos leguas del Piray, mientras que se alejan tanto más del río Grande cuanto más se avanza hacia el norte. Se estrechan también mucho y terminan por no formar, junto a Gran Diosa y Asusaquí, más que un ancho claro, bordeado al este por los bosques del Río Piray, y al oeste por zarzales y bosques que se extienden hasta el Río Grande, en una extensión de diez a quince leguas.

Todas las casas, diseminadas en medio del campo, son de una gran sencillez; se componen, por lo general, de dos grandes habitaciones: una destinada al dormitorio de la familia o de los extraños, y que sirve para todos los usos domésticos; la otra, destinada a guardar las provisiones o a la fabricación del azúcar, explotación agrícola muy productiva en esas comarcas. Están siempre rodeadas de un cerco o *corral* para los caballos y de campos de caña de azúcar[27], que setos secos defienden de las bestias que pacen libremente en el campo.

El 24, después de dos días de lluvia, retomé mi camino en dirección a la misión de Bibosi, distante siete leguas de Gran Diosa y último lugar habitado en la dirección nordeste. Fui bordeando durante media legua la orilla del bosque; y después de internarme, hallé sucesivamente tres llanuras rodeadas de bosques, la última de las cuales comprende el caserío del *Naranjal*, compuesto de algunas casas esparcidas. Del otro lado vi una nueva llanura, donde está situado el caserío de *Turobo*, semejante al de Naranjal. Más allá atravesé un bosquecillo, otra llanura arenosa, repleta de guayabos y de palmeras totaís[28], que, muy distintas de los motacús, amigos de la sombra y de la sociedad, crecen aisladamente en los sitios descubiertos. Llegué finalmente a la misión, después de recorrer caminos inundados, de los que salí a caballo con mucha dificultad. El cura tuvo la amabilidad de darme una cabañita cubierta de hojas de palmeras, donde me instalé con mi gente.

---

27 El cultivo de la caña de azúcar es muy sencillo. Los habitantes prefieren los terrenos arenosos algo húmedos; derriban los árboles, plantan las cañas y las dejan crecer, sin ocuparse más, hasta el momento de cortarlas. Su manipulación, también es muy sencilla: tienen, entre varios propietarios, un molino o *trapiche* común, formado muy sencillamente, como los de Corrientes, de tres cilindros, de los cuales uno central que gira y muele groseramente la caña de azúcar. El producto es conducido después a las calderas, donde la evaporación produce, de inmediato, sin otra refinación, un azúcar blanca sólida, casi tan buena como nuestra azúcar de primera calidad. Se la parte en grandes trozos; se la coloca en petacas de cuero seco y se la envía así a Cochabamba y Chuquisaca.

28 Es la especie que el señor Martius llamó *Cocos totai*.

La misión de Bibosi es una creación completamente nueva; fue fundada hacia 1800 por uno de los hermanos de San Francisco, encargado de las misiones de la cordillera, habitadas por los indios chiriguanos. Habiéndose enterado este franciscano por los chiriguanos de la cordillera que una de sus tribus errantes vivía en el seno de los bosques que rodean el Río Grande, se propuso convertirlos a la fe católica. Recorrió los bosques, y sus tentativas tuvieron tanto éxito que hoy se cuentan ochocientos indios convertidos al cristianismo[29]. Hasta su sometimiento, esos indígenas se dedicaban exclusivamente a la caza; cada familia vagaba por el bosque, durmiendo en chozas construidas rápidamente con hojas de palmeras. Los hombres cazaban con el arco los diversos animales salvajes, y las mujeres transportaban a sus hijos y los equipajes en los viajes, encargándose al mismo tiempo de la cocina; pero, rechazados de un lado por el crecimiento diario de la población de Santa Cruz, esos indios se vieron obligados a avanzar hacia el norte, donde otras tribus más guerreras y más salvajes, las de los *Sirionós*, los tuvieron en continua alarma, lo que los decidió a convertirse al cristianismo, para obtener la protección de los blancos. Por lo demás, los únicos cambios que experimentaron sus costumbres se redujeron a renunciar a la poligamia y cultivar algo de maíz y caña de azúcar, para ellos y para su cura. En cuanto a la caza sus hábitos son siempre los mismos; la mitad de los hombres cazan sin cesar en los bosques vecinos, a fin de aprovisionar a sus familias de monos, pecarís y sobre todo de tortugas terrestres, que aprecian mucho.

La misión no está hoy bajo la dirección de la orden religiosa que la fundó; depende de un cura de la diócesis de Santa Cruz, árbitro soberano de su administración temporal y espiritual. Situada en medio mismo del bosque, en un terreno llano y muy húmedo, el villorrio se compone de una plaza, de una iglesia, muy sencilla, de las cabañas de los indígenas, cubiertas de hojas de palmeras, en torno a la plaza, y de algunas otras esparcidas en el campo de los alrededores, cultivado a algunos centenares de metros a la redonda, donde la naturaleza conserva todos sus derechos una vez que se franquean esos límites restringidos y se avanza en el bosque.

Reina en esas cabañas la mayor miseria, en las que algunas ollas de barro, hamacas y armas componen todo el mobiliario. Los hombres de la misión llevan, como las gentes de la campaña, una camisa y un pantalón; pero, cuando van de caza, están desnudos, provistos únicamente de una pequeña pieza de cuero. Sus armas consisten en un arco de madera de palmera chonta, de un

29 De acuerdo al censo que me fue comunicado por el gran vicario de Santa Cruz.

metro y medio de largo, y flechas de cañas, de un metro de largo, unas con punta de madera dura de palmera, y muescas para los grandes mamíferos; otras de una caña muy filuda para las aves grandes, tales como los hoccos, cuyas plumas adornan hasta las mismas flechas. Por lo demás, manejan esas armas con mucha destreza. Las mujeres llevan, como en todas las misiones, un *tipoi*, larga camisa de algodón sin mangas. Sus cabellos caen en dos trenzas sobre sus hombros. Sus rasgos son aceptables; su rostro redondo y siempre sonriente nada tiene de desagradable. Todos estos indígenas hablan el guaraní puro y comprenden algunas palabras de español.

El año anterior a mi llegada, los habitantes de la misión tuvieron un encuentro con los indios sirionós. Habiendo algunos cazadores visto a esos indios en el bosque, regresaron con toda rapidez al villorrio en busca de los demás hombres, a fin de atacarlos. Los agredieron de improviso, los derrotaron y se llevaron jóvenes prisioneros, a quienes vi e hice preguntas. Había oído en Santa Cruz tantas fábulas sobre los indios, de quienes se decía que estaban privados de la palabra y no tenían otro lenguaje que un silbido bárbaro, que me consideré feliz de poder enterarme por mí mismo de la verdad. Esa tribu, compuesta tal vez de un millar de almas, habita los bosques sombríos que se extienden a orillas del Río Grande de Bibosi hasta las fronteras de la provincia de Moxos. Son vagabundos, viven de la caza y van completamente desnudos. Poseen flechas y arcos muy largos, que emplean de una manera original. Se sientan en el piso, plantan su arco verticalmente y apoyan el pie sobre la madera para mantenerlo tirante, mientras que tienen la flecha y la cuerda con las manos, jalando de ellas. Resulta así que lanzan la flecha con una fuerza extraordinaria; pero se concibe que sólo puedan emplear este medio contra los grandes mamíferos.

Los sirionós son grandes, bien formados, pero de color menos oscuro que los guaraníes. Algunos hasta tienen los cabellos algo rojos. Sus rasgos son diferentes, sus largos dientes se ocultan con dificultad detrás de los labios. En cuanto a su lenguaje, les hice muchas preguntas, y pude convencerme de que todos hablan el guaraní, con una pronunciación mucho más dura. Como esa lengua me era algo familiar, podía juzgar, con certeza. Me convencí, pues, de que los sirionós no son más que una gran nación de los guaraníes. Este descubrimiento era para mí muy importante, puesto que me demostraba que los guaraníes llevaron sus migraciones hasta esas comarcas, mucho antes de la llegada de los chiriguanos, cuya época es conocida (1541)[30]. Resultaría de ese hecho que los

30 Padre Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, cap. I, p. 4. Lozano, *Historia del Gran Chaco*, p. 67, etc.

indígenas atacados por los incas bajo Yupanqui[31] podrían haber sido los sirionós, los mismos que fueron perseguidos y aniquilados más tarde por los chiriguanos, cuando llegaron a esos parajes. Podría, pues, creerse que desde los tiempos más remotos existían indios guaraníes; que esos guaraníes, provenientes sin duda del sureste, ocuparon el pie de los últimos contrafuertes de las cordilleras; que fueron combatidos, pero no vencidos, hacia 1430, por los Incas, no pudiendo los pueblos de las alturas resistir la temperatura de esos bosques cálidos y húmedos. Cuando después del asesinato de Alejo García, los guaraníes o chiriguanos actuales de la cordillera fueron a establecerse en gran número al pie de las montañas, para huir de los portugueses, es probable que la nación que atacaron y destruyeron en parte fuera la de los sirionós, actualmente errante en medio de los bosques. De cualquier manera, los chiriguanos y los sirionós no son otra cosa que guerreros de la nación guaraní, ella misma origen de esos guerreros caribes que llegaron hasta las Antillas con sus migraciones y conquistas.

Permanecí algunos días en Bibosi, donde, a pesar de la continuación de la lluvia, recorrí los alrededores, admirando la belleza de esos imponentes bosques poblados, en el interior, sólo de palmeras, o de variados árboles en sus orillas, de higueras y una serie de especies. Recogí simultáneamente numerosos insectos y pájaros de los más brillantes.

Parece que en este momento, en que las lluvias abundantes dan a la naturaleza una vida nueva, todos los seres concurren con la vegetación a embellecer el campo. Los árboles dan nuevas ramas y se adornan con la más tierna vegetación y se cubren de flores. Las plantas herbáceas en medio de las llanuras esmaltan el suelo de mil colores de los más vivos. Bajo la sombra de los bosques, los helechos y los licópodos extienden sus ramas puntiagudas de formas elegantes. Las flores y las hojas son cortejadas por millares de insectos de colores metálicos, que rivalizan por su brillo con las mariposas de alas matizadas. Aquéllos recorren lentamente la sombría bóveda de los bosques; éstas los campos descubiertos, también poblados de pájaros, unos cantores y los otros ostentando su rica apariencia. Todo interesa, todo llama la atención, y la naturaleza entera parece animada. Uno es sorprendido de tanto en tanto por el zumbido del pájaro-mosca; por millares de mariposas amarillas, reunidas en las sendas; por el canto triste y monótono del curucú, posado en los lugares más solitarios del bosque; o por las bulliciosas bandadas de tangaras y trupiales, que pueblan las copas de los árboles. Nada deja de encantar, ni siquiera la incerti-

31 Garcilaso, *Comentarios Reales de los Incas*, lib. VII, p. 244.

dumbre del tiempo. En la costa del Perú uno se cansa ante la invariable serenidad de un cielo siempre sin nubes; en medio de los campos que visitaba, si a veces los torrentes de lluvia interrumpen el canto alegre de los pájaros, inundan la región, desolando momentáneamente al viajero, obligado a buscar un refugio junto al tronco de los gigantes de la vegetación, y aparece pronto el sol más brillante y ardiente, trayendo a la vez el movimiento de los seres y la alegría en el observador.

Apenas llegué, fui a ver al corregidor de los indios; le hice algunos regalos, pidiéndole que enviara, en mi ayuda, a todos sus cazadores al bosque para traerme animales. Esperaba mucho de ese procedimiento. Incluso alentaba la esperanza de poseer el famoso tatú gigante, conocido en esas comarcas con el nombre de *pejichi*; pero mi esperanza se vio defraudada. Detenidos en todas partes por la inundación, los indios nada me trajeron. Sólo tuve un día la oportunidad de comprobar la impresionante serenidad en que viven los indígenas frente a los reptiles venenosos. En Europa, el temor a las víboras hace que los habitantes de los campos maten, sin excepción, a todas las serpientes que ven; el salvaje, por el contrario, deja vivir a su alrededor a todo aquello que lo es indiferente. Un indio me trajo una enorme serpiente de cascabel o crótalo vivo, al que sostenía por el cuello; pero se mostró demasiado exigente en el precio y no le compré el animal. Pensé que por lo menos lo mataría, pero no sucedió así. Aguardando tal vez una mejor oportunidad, lo dejó en libertad.

Los alrededores de Bibosi ofrecen una disposición del terreno idéntica a la que he descrito de los alrededores de Paurito. Son comarcas enteramente planas, pantanosas, que contienen pequeñas llanuras redondeadas o alargadas, rodeadas de bosques, y conocidas, en la región, con el nombre de *potreros*, porque las bestias y sobre todo los *potros* son encerrados allí. Se cuenta, a unas leguas a la redonda, por lo menos quince, de las cuales algunas están habitadas. Ya he hablado de los caseríos del Naranjal y de Turobo; visité también el de Naico, distante dos leguas, al norte de Bibosi.

La lluvia, cada vez más frecuente, me detenía a cada paso, y a pesar de la belleza de la naturaleza, no pudiendo esperar la mitad de los resultados que podía aguardar en otras circunstancias, decidí regresar a la Gran Diosa. Abandoné la misión el 28 de enero, con intención de pasar a la *Víbora*. Crucé tres leguas de bosques tupidos y pequeñas llanuras hasta ese caserío, situado en un pequeño claro lleno de pastos. Un chacarero tuvo la bondad de brindarme hospitalidad con esa cordial franqueza de los habitantes del campo, que nada tienen de la rusticidad de los campesinos de Europa. Hay en casa de ellos, por el contrario, un

28 de enero

ambiente cómodo, una conversación espiritual, alegre y las atenciones más delicadas.

Las familias son, por lo general, numerosas en América; la que me recibió era muy notable en este sentido. Contaba con diez y ocho hijos del mismo padre y de la misma madre, de los cuales doce hijas casadas o en edad de serlo. Me impresionó no sólo el número, sino también la buena salud de la familia. Los hombres eran grandes y vigorosos; las mujeres de buena estatura, bien constituidas, blancas y de una fisonomía agradable. Hicieron todo para atenderme bien. El asombro fue grande al ver por la noche que algunas de esas damas tañían una guitarra, mientras las otras cantaban, y pronto se organizó un baile improvisado, sin otra participación que la de los miembros de la familia y de mi gente. Lo que llama la atención del extranjero admitido en la intimidad de los campesinos españoles es, sobre todo, la extrema sencillez de sus modales y de sus costumbres.

Las mujeres son amables sin afectación y de una naturalidad tan ingenua que se podría creer que revelan hasta sus pensamientos más secretos, sin parecer asignarles la menor importancia. Su arreglo es tan poco rebuscado como su lenguaje. Una camisa muy blanca de mangas cortas y una ligera pollera son parte principal del mismo, con cabellos negros magníficos, cayendo en dos trenzas sobre los hombros; las piernas y los pies desnudos. No podía acostumbrarme a ver a mujeres blancas andar así con los pies descalzos, y sobre todo bailar. Es, sin embargo, la costumbre de todos los habitantes de las campañas, y hasta no hace mucho tiempo estaba generalizada en la misma ciudad de Santa Cruz, donde las damas iban así hasta la puerta de la iglesia, poniéndose zapatos al entrar en el templo y sacándoselos al salir. Esta costumbre desaparece ahora día a día con el contacto de los extranjeros; sin embargo, vi todavía algunas mujeres estar sin calzado en sus casas. En los campos no tiene otro origen que la comodidad, pero en la ciudad, como las mujeres tienen las piernas bien formadas, los pies blancos y pequeños, y sobre todo muy cuidados, podría suponerse alguna afectación en mostrarlos.

Al día siguiente quise recorrer los alrededores, que según me dijeron eran muy notables; es, en efecto, la región más salvaje del bosque. Vi cantones donde las palmeras motacús están tan apretadas que apenas puede hacer llegar el sol algunos rayos hasta la tierra. Hallé también con placer dos palmeras nuevas para mí, el *sumuqué*[32] y la *chonta*[33]. El primero crece junto a la orilla del

32 *Cocos botryophora*, Martius.

33 Es el *Astrocaryum chonta*, Martius.

bosque, y su copa, en forma de plumero, sostenida por un tronco esbelto y liso, supera la de los otros árboles y contrasta agradablemente con ellos. La segunda es característica de las partes más oscuras de los bosques, de los que constituye el más hermoso adorno. De una altura de quince a veinte metros, su tronco ensortijado, cubierto de largas espinas negras, está coronado por grandes hojas horizontales, verdes por fuera y blancas por dentro. Esta última especie juega un gran papel en la economía doméstica de los indígenas salvajes, al proporcionarles esa madera negra, dura como el hierro, que emplean en la fabricación de macanas, arcos y la punta mortífera de las flechas. Es, pues, al mismo tiempo una de las plantas más hermosas y más útiles.

Después de haber dibujado y hecho derribar esas palmeras, para estudiar todas sus partes, sólo me ocupé de buscar insectos y conchillas, escarbando al pie de los grandes árboles. Tuve un momento de temor al sentirme pronto herido en un dedo, en el preciso instante en que vi ocultarse una pequeña serpiente. Mi primer movimiento, creyéndome mordido por una serpiente venenosa, fue correr hasta mi caballo, para volver al caserío de la Víbora; pero pensando que antes de abandonar mis investigaciones convenía que me asegurara si mi inquietud era fundada, regresé al árbol, en busca de la culpable. Descubrí pronto un reptil inofensivo, parecido al bípedo de Cuvier; me sentí tranquilo y no pensé más en volverme, a pesar de los dolores bastante vivos y la hinchazón del dedo, pensando que sólo había sido picado por algún insecto himenóptero. Por la tarde, a mi regreso al villorrio, tuve el placer de encontrar a los indios que me traían dos hermosos ejemplares de osos hormigueros tamandú y un tatú vivo, que les compré.

30 de enero

El 30 de enero, después de recorrer de nuevo los alrededores, partí a Gran Diosa, donde llegué por la tarde y allí continué mis exploraciones durante algunos días. Mis recorridos me condujeron ya sea a los bosques vecinos, ya sea a sus bordes. De todos lados podía admirarse la fuerza de la vegetación; pero mis exploraciones ya no eran agradables. En medio de los bosques millares de mosquitos no me dejaban un momento de descanso; en los senderos y en los matorrales, me cubría de insectos llamados *garrapatas* o *brojelones*: unos, grandes como un pequeño guisante, están por todas partes; otros, del tamaño de la cabeza de un alfiler, se agrupan en numerosas familias, en el extremo de las ramitas, a lo largo de los senderos, y cuando se los toca se prenden de la ropa. Unos y otros provocan picazones atroces, ya sea al andar sobre la piel, ya sea al hundir su trompa y prenderse a ella. Si, en este caso, se los saca sin precaución, la parte se hincha, y en todos los sitios donde muerden la picazón dura meses enteros.

Me era necesario extraer cada día centenares, y mi resignación habitual era impotente contra este martirio de todos los instantes. El menor inconveniente de los viajes en esa estación para el viajero es exponerse a verse siempre mojado, porque los chubascos son tan frecuentes que puede decirse que llueve continuamente.

Tenía, sin embargo, la intención bien resuelta de continuar mi viaje, de atravesar el Río Piray y de recorrer sucesivamente las misiones de San Carlos, Buena Vista, Santa Rosa y Porongo. Consulté, sobre este proyecto, a los habitantes, que se opusieron, asegurándome no sólo que no podría pasar el Río Piray, sino que, si lo conseguía, arriesgando mi existencia, me encontraría en verdad retenido, durante mucho tiempo, por las arenas movedizas de los ríos y las crecidas, sin poder avanzar ni retroceder. Todos me dijeron que la ejecución de mi empresa estaba llena de peligros de todo género, y era, por así decirlo, imposible. Habituado a sus exageraciones, quise comprobar la verdad, y me dirigí, a ese efecto, hacia el Río Piray, apenas a una legua de distancia. Atravesé el bosque, entrecortado de claros, y llegué al río. Está formado allí por una playa lisa de una media legua de ancho, de arenas amarillentas, donde no se ve al principio ningún curso de agua, por estar entonces la corriente próxima a la orilla opuesta. Me encaminé con el propósito de intentar el paso. La arena, en apariencia muy seca y firme, me permitió franquear algunos centenares de metros; pronto, sin embargo, se hizo tan movediza que los caballos perdieron pie, se cayeron de golpe y estuve a punto de perecer con el mío. Nos hundíamos ambos al menor movimiento y tuve todas las penas del mundo para salvarme. Había llegado al gran trote. La arena había resistido; pero al no poder marchar más ligero, me hundía, incapaz de dar un paso. Finalmente, después de luchar mucho tiempo, pude volver a montar a caballo. Le apliqué las espuelas, y mi corcel, haciendo un esfuerzo que lo sacó algo del apuro, me permitió aprovecharlo para lanzarlo al galope, y sólo así pude volver a la orilla, completamente convencido de que no era posible continuar mi viaje por esa vía. En esa ocasión, recordé todo lo que había oído decir en Santa Cruz respecto a los accidentes que suceden todos los años en la estación de las lluvias y de las numerosas personas que perecen en esos ríos, en apariencia tan poco de temer. Durante los tres meses de las más fuertes lluvias, cesa toda comunicación entre las dos orillas del Río Piray.

El día de la Candelaria acompañé a mis huéspedes a Chaney para oír misa. Se hablaba entonces de bandas de ladrones que recorrían los campos. Creí necesario ir armado. Al llegar al lugar, una vez más me tomaron por una patrulla de reclutamiento, y todos los hombres, montando rápidamente a caballo, se refugiaron en los bosques. Causé, además, muy involuntariamente, otra per-

turbación en la iglesia. Un extranjero produce sensación en Santa Cruz; con mayor razón en el villorrio de Chaney; por eso, durante la misa, atraje todas las miradas y fui objeto de todos los cuchicheos; y, el resto de la jornada, sólo se habló de mí, sea que permaneciese con mis huéspedes, bajo un árbol inmenso que servía de punto de reunión del lugar, sea que los siguiese a casa del cura, centro más decente.

Chaney se compone de una iglesia y de una decena de casas a lo sumo. Los días comunes reina el mayor silencio, pero los domingos y días de fiesta los habitantes de las campañas se reúnen allí de cinco a seis leguas a la redonda, y a veces se ven juntas hasta ochocientas personas. Son, en general, los más ricos propietarios, agricultores y chacareros de la provincia, que tienen magníficos caballos y despliegan el mayor lujo en los adornos de plata de sus monturas, lujo que contrasta con la sencillez del vestido de hombres y mujeres.

Entre las personas que llegaron a Chaney, mi huésped me señaló a dos hombres renombrados en la región como cazadores de jaguares. En la época de sequía, esos animales recorren la campaña y viven lejos de los lugares habitados; pero en la estación de las lluvias, huyen de las inundaciones y se presentan con frecuencia en los alrededores de las granjas, donde aterrorizan al ganado, sin respetar ni a los hombres. Entonces se los caza a ultranza, ya sea con perros, ya sea a la manera de los portugueses de Caballu Cuatiá, con el brazo izquierdo cubierto de un cuero de carnero, para recibir el choque del animal, y la mano derecha armada de un cuchillo; especie de lucha cuerpo a cuerpo, donde, si pierde el equilibrio, el cazador es indefectiblemente devorado. La gran reunión de Chaney me dio la oportunidad de informarme acerca de la manera de cazar el *tatú gigante* o *pejichi*. Todos me habían hablado al respecto; había visto a menudo rastros frescos, consistentes en enormes madrigueras y numerosas palmeras desraizadas, pero no había podido ver al animal, que siempre nocturno nunca sale de su madriguera de día; y por la noche, espiándolo con el mayor cuidado, resulta muy difícil sorprenderlo. Ofrecí mucho por tener uno. Supe más tarde que las múltiples tentativas causaron por desgracia la muerte de uno de los cazadores de jaguares. Se lo halló en una cueva de pejichi, adonde parece que fue arrastrado, al querer retener al animal, al que posiblemente agarró por la cola. Como quiera que fuese, fue tomado por los hombros, sin poder salir.

El 13 de febrero abandoné Gran Diosa para dirigirme a Santa Cruz de la Sierra, a nueve leguas de distancia. En ese espacio hay algunos bosques, una gran llanura, interrumpida sólo por los bosques que rodean la ciudad en una anchura de dos leguas, y el arroyo *Birubiru*, uno de los afluentes del Piray.

9 de agosto

Nueva estadía en Santa Cruz

En la ciudad volví a mis tareas ordinarias, retenido hasta el mes de junio, sin poder, a causa de las inundaciones, pasar a la provincia de Chiquitos. Debí, a la vez, reiniciar mi papel de observador, continuar la redacción de mis informes científicos y aprovechar todo el tiempo que me quedaba en recorrer los alrededores.

Era, empero, difícil aliar mis trabajos diarios con las exigencias de la sociedad, mayores en Santa Cruz que en cualquiera otra parte. Se aprovechan todas las ocasiones para reunirse, y la mayor parte del año transcurre en fiestas, visitas y bailes. A las fiestas de las damas y señoritas, es de uso enviarse entre ellas flores, dulces, vinos y licores; luego, a las once de la mañana, se dirigen, con gran boato, a casa de la heroína del día, donde pronto todos los señores de la ciudad (que no regalan nada) no dejan de seguirlas. Se dan todos sucesivamente el *abrazo* español y reciben flores de mano de la persona festejada; después comienzan las invitaciones obligadas a beber sea vino, sea licores, a menudo hasta producir en la cabeza la más exaltada alegría. Trataba siempre de llegar tarde y de retirarme temprano, pero me resultaba difícil sustraerme por completo a ese exceso de cortesía. Incluso un día, apenas llegué a una reunión de ese género, ya bastante animada, cuando varias damas se acercaron a mí con una jarra llena de vino, gritando a la carga, y me vi obligado a sufrir una indisposición, para mí nueva, que me obligó a alejarme pronto del campo de batalla y pasar a otra parte de la casa, donde había ya numerosas víctimas de la fiesta. A veces uno de los visitantes propone traer a su costo, la misma tarde, música, lo que se acepta sin inconveniente; entonces las diversiones recomienzan hacia las ocho y continúan hasta muy avanzada la noche. Aparte de las fiestas, muchos bailes se sucedieron en Carnaval, que fue muy alegre. Vi, por primera vez, cenas espléndidas.

El Carnaval es en Santa Cruz más o menos igual que en otras partes de América. El lunes, los señores montan a caballo, a esperar el martes de Carnaval a orillas del Río Pari, a la salida de la ciudad, y al regresar recorren las calles. Todos descienden delante de cada casa, y provistos de polvos de diversos colores, comienzan una lucha encarnizada con las damas, para colorearles el rostro. Pronto se ve correr a las mujeres despeinadas, con la ropa en desorden, la cara pintada de diversos colores, atacar o defenderse de los ataques, gritando, riendo a su vez o arrojando pequeños limones a la cabeza de los hombres. Estas diversiones duran todo el día. Por la noche se remonta a caballo y se va a cantar canciones de circunstancias a la puerta de algunos personajes excepcionales. Se bebe en todas partes y se separan a las diez.

El martes, a los juegos de Carnaval se agrega el aniversario del juramento de la Constitución boliviana, lo que determina reuniones serias en medio de las locuras del día, terminando con un baile que da el prefecto. Esta fiesta, en parte política, tomó un carácter tanto más destacado por cuanto que la guerra estaba a punto de estallar entre el Perú y Bolivia. Se pronunciaron muchos brindis por las armas bolivianas. Uno de ellos degeneró en un discurso en tres partes. Por desgracia, este discurso fue interrumpido varias veces por lagunas en la memoria del autor. Las damas también hicieron brindis políticos; luego recomenzó el baile, reemplazando las graves preocupaciones con la expresión de la alegría más franca y más amable.

15 de febrero

Al día siguiente, a las alegres fiestas sucede la calma solemne de la cuaresma. Todo cambia de carácter. Nada de diversiones, nada de juegos; un triste silencio reina en la ciudad; no se ve más que ropa de duelo, y la austeridad más notable. Santa Cruz no es la misma, y uno podría creerse transportado a unos millares de leguas.

Ese momento consagrado a la oración fue turbado de pronto. El primero de marzo se descubrió una conspiración que tenía por objeto asesinar a las autoridades y proclamar la independencia de la provincia. De los cuatro jefes, tres fueron prendidos y fusilados militarmente a la mañana siguiente, sin otra forma de proceso; pero toda la ciudad se puso de pie, a causa del temor que inspiraba el conspirador escapado, que, según decían, había reunido mucha gente en la campaña y regresaba con tropas dispuestas al pillaje. Se pasaron todas las noches con las armas en la mano, y yo tenía listo mi pequeño arsenal, así como mi plan de defensa, demasiado bien advertido de que, si se producía un desorden, mi casa no sería perdonada. Se sucedieron muchas alarmas; las gentes armadas se presentaron en efecto en la plaza e hicieron fuego hasta contra el centinela, emocionando a toda la ciudad. Otra vez, un cura informó al prefecto que había sabido, bajo el secreto de la confesión, que esa misma noche seríamos degollados.

1 de marzo

Hasta el 27 las angustias se renovaron en todas formas. Finalmente, el llamado Valle, jefe de la conspiración, fue apresado por traición. Se lo fusiló de inmediato, como lo habían sido sus cómplices, y desde ese momento se restableció la calma más perfecta en todas partes. La cuaresma volvió a tomar de nuevo sus derechos; la tranquilidad trajo las oraciones y la austeridad de esos cuarenta días de penitencia. Todos los jueves y sábados un cura distinto pronunciaba un sermón. El jueves los hombres, y el viernes las mujeres, se encerraban en la iglesia.

27 de marzo

Después de rezar, se apagaban las luces, y cada cual se flagelaba como mejor podía, con correas de cuero, hasta hacer saltar la sangre. Se observaba también el ayuno más riguroso. Muchas personas pasaban un día entero sin comer, lo que se llama ayunar al *traspaso*.

30 de marzo

El miércoles santo, fui invitado a la procesión de la noche, a la luz de los cirios. Un pariente del Vicepresidente de la República, el doctor Velasco, fue elegido para dirigir la ceremonia. Asistí. Poco tiempo después los *hermanos* de la congregación, vestidos de negro con un cinturón blanco, con cuatro borlas cayendo hacia delante, hacia atrás y a ambos lados del cuerpo, trajeron un paño negro con una cruz roja en el medio. Se distribuyeron cirios y se pusieron en marcha en dos líneas. Adelante iban los hermanos; en medio había un tambor, cubierto de paño negro, haciendo de tanto en tanto oír sus lúgubres sones; cuando cesaba, una flauta emitía sus gemidos. Nos dirigimos así, en silencio, a la iglesia llamada *capilla*. Un sacerdote pronunció un largo sermón, después del cual se reinició la marcha. Se llevaba un enorme Cristo con su cruz, acompañado de un santo. A bastante distancia del Cristo marchaba la Virgen. Por otro camino, Santa Verónica vino al encuentro de la cruz y enjugó el rostro de Jesús con el santo sudario; corrió luego a mostrarlo a la Virgen, y la procesión siguió después hasta la Catedral, deteniéndose en los altares colocados a ese efecto en cada esquina.

Más de seiscientas personas llevaban cirios. Tres mil almas, por lo menos, acompañaban la procesión, compuesta de penitentes en hábito de San Francisco, de señoras de la ciudad y moradores de todas clases. Un silencio profundo, interrumpido por el son lúgubre del tambor y de la flauta; la oscuridad de una noche muy nublada que contrastaba con la luz vacilante de los cirios; todo daba a esta ceremonia un carácter de solemnidad muy notable. Las iglesias permanecieron abiertas toda la noche, y las mujeres no cesaron de ir a rezar.

El jueves santo continuaron las visitas a las iglesias, desplegando las señoras y señoritas el lujo de sus atavíos más rebuscados. Se efectuó una segunda procesión, semejante a la de la víspera, pero más solemne todavía. Por la tarde del jueves santo las funciones públicas cesan en todos los países españoles. Los jueces, los funcionarios civiles y militares, van a depositar el bastón con empuñadura de oro, signo distintivo de su autoridad, en una habitación de la que el cura guarda la llave, la misma que, junto a las de los tabernáculos de diversas iglesias, son puestas en una magnífica cadena de oro, con que se adorna el prefecto durante la procesión. En la marcha, se portó a Cristo en la cruz y la

estatua de la Virgen. Al regresar hallé, con gran asombro de mi parte, en casa del señor Velasco, una mesa cubierta de refrescos, licores, bombones, y se sirvió chocolate a todos los invitados.

El viernes santo la procesión se efectuó con un silencio extraordinario. Se llevó en andas solamente el sepulcro de Cristo. Al salir de la iglesia, vi con gran sorpresa a todas las negras y mulatas esclavas vestidas con las mejores ropas de sus amas y cubiertas de sus adornos de perlas y diamantes, lo que contrastaba de la manera más extraña con el vestido sencillo y lúgubre de las damas. Sin hablar ya de un recuerdo indirecto de las antiguas saturnales de los romanos, ¿no podríamos ver algo de ostentación bajo esa aparente humildad de las mujeres ricas, dispuestas a despojarse de sus adornos, a fin de revestir con ellos a sus esclavas, puesto que ellas mismas se ocupan de su arreglo y no descuidan nada por hacerlo brillar por encima de sus compañeras?

Los indios aymaras de las mesetas de los Andes son muy religiosos, pero su religión es del todo materialista. Toman las cosas a la letra y nada más. Un eclesiástico me contó que, el viernes santo, esos indios dicen: "Puesto que Dios está muerto, no sabrá lo que haremos", y, con tal creencia, ambos sexos se abandonan a todas sus pasiones; y realizan toda especie de fantasías, sin el menor escrúpulo. Es para ellos un momento de libertad absoluta, que resiste a todas las observaciones de los curas.

El día de Pascuas, Santa Cruz vio afluir una inmensa muchedumbre, no sólo para la fiesta, sino también para asistir a las carreras de caballos, que duran toda la semana. Mientras las mujeres de los villorrios y caseríos de la provincia visitan a sus amigas, los hombres, con sus mejores caballos, van a la llanura de Pari, elegida para las carreras. Se ven, en efecto, hermosos y buenos caballos, que serían vencedores tal vez en las carreras anuales de las ciudades europeas. Como en París, como en Londres, se hacen apuestas enormes que a menudo comprometen toda la fortuna de una familia y hasta las cosechas pendientes. Hay a veces algunos hombres encargados de montar los caballos de carrera; sin embargo, por lo general, todos buenos jinetes, los propietarios prefieren montarlos ellos mismos. Se realizan carreras de toda longitud, desde una *cuadra* hasta una o dos leguas. Se nombran jueces, y la vigilancia se realiza tan bien como en el Campo de Marte o en Newmarket.

Una ceremonia que tuvo lugar el 25 de abril me dio la prueba de la marcha creciente de la civilización en Bolivia. Se sancionó el nuevo Código de Leyes, llamado Código de Santa Cruz, traducción modificada y corregida del Código Napoleón, que venía a reemplazar al conjunto de disposiciones anticuadas o costumbres

25 de abril

consideradas como tales, cuya interpretación siempre era arbitraria. Ese Código fue acogido en Santa Cruz con mucho entusiasmo. Se construyeron estrados en las cuatro esquinas de la plaza. Un cortejo a caballo, compuesto de todas las autoridades civiles y militares, con sus trajes y sus insignias, avanzó hasta el estrado. El *escribano* subió y leyó los principales fundamentos de las leyes. El cortejo hizo en alta voz el juramento de cumplirlo fielmente; y el grito de mil voces repetido *Viva la Patria* resonó en todas partes.

Hay antiguas costumbres que se remontan al origen de los pueblos y cuya sencillez pastoral, atravesando todas las edades, se ha propagado hasta nosotros, extendiéndose hacia los diversos puntos habitados del globo. El momento en que la naturaleza despoja el duelo de sus inviernos para revestir su apariencia primaveral es en todas partes motivo de gozo. Nuestra vieja Europa celebra entonces, en Francia, las fiestas aldeanas; en España una fiesta religiosa, la de la Cruz, tiene lugar el 3 de mayo. Se canta el retorno de la estación, la regeneración de la naturaleza, el renacimiento de los días hermosos. Al cruzar los mares y cambiar de hemisferio, la fiesta religiosa de la Cruz, sin cambiar de época, no representa ya esa dichosa transición del invierno a la primavera, sino la del otoño al invierno; por eso, las flores de España son reemplazadas en América por frutos.

La ciudad y las aldeas presentan en todas partes altares, en los que una sencilla cruz de madera, flores, frutas y legumbres de toda especie, son la única decoración: aquí guirnaldas, entremezcladas de flores brillantes de las llanuras y de los bosques, ramas de diferentes frutas salvajes unidas al naranjo y al limonero cultivado; allí los más voluminosos racimos de bananas, dignos de la tierra prometida, los ananás, las sandías más suculentas o las más grandes raíces azucaradas o la mandioca harinosa. Los insectos también aportan su tributo: los pasteles de la avispa de miel (*chiriguana)* figuran al lado de los nidos aromáticos de las pequeñas abejas (*señoritas*)[34], productos lentos de un penoso trabajo. Esos templos campestres, en que la naturaleza todo lo hace, se convierten en el teatro de un culto apacible que no produce un solo grito de dolor, que no hace verter una sola gota de sangre, adornado con los más sencillos productos de la tierra y que recuerda esa dichosa edad de oro que cantan nuestros poetas.

Durante el día se visitan a pie los altares; pero el momento más agradable es por la tarde, a la luz. Se encuentra en todas partes alegre compañía, juegos, bailes, hasta muy avanzada la noche. El final de fiesta es señalado por el reparto entre los asistentes de los adornos de la cruz.

---

34 Especie sin aguijón, cuyos nidos se conservan hasta en el interior de las casas.

Una costumbre que remonta, sin duda, a la época caballeresca de España, es por la tarde, a caballo, visitar todas las cruces. Cada caballero tiene la obligación de llevar una dama en ancas, si no quiere ser llamado *huacho*[35] (*huérfano*). Resulta fácil a los caballeros librarse de este epíteto, teniendo parientes que nada desean más que ese paseo, al cual asiste toda la ciudad, y donde realmente uno puede divertirse; pero un desdichado viajero, alejado de la patria, sin parientes, sin amigos... es y debe ser en todas partes *huérfano*. Debí resignarme a sufrir la consecuencia de mi situación y recibir el apodo que cada dama y su caballero me aplicaban sin piedad, al pasar al lado del pequeño grupo en que me hallaba.

Desde el 29 de mayo al Corpus Christi hay un segundo Carnaval. Los hombres disfrazados de viejos, de viejas o de diablos recorrían las calles, distribuyendo delante de cada ventana algunos dichos picarescos, algunas bromas, unas espirituales, otras a veces demasiado pesadas.

29 de mayo

La procesión del Corpus es igual que en Europa.

Hacia fines de mayo pasó el primer correo de Chiquitos hacia Santa Cruz y me dediqué a preparar mi partida, pidiendo algunas bestias de carga para mi viaje. Tenía la suerte de contar con muchos amigos en la ciudad, que trataban de que se prolongara mi permanencia; por eso experimenté numerosas dificultades. Santa Cruz carecía, entonces, de médico. Como francés y sobre todo como naturalista, yo debía necesariamente serlo. Traté de sustraerme a los deberes de esta profesión, de la cual no poseía los elementos; pero un primer éxito en una circunstancia obligada me creó la imposición de visitar a algunos enfermos. Por otra parte, no había persona en la ciudad que no me conociera.

La casa que ocupaba era inmensa y una de las más hermosas. Tenía una sala de más de quince metros de largo, un gran patio, un jardín mayor todavía, plantado con numerosos naranjos de elevada copa, y todo no muy caro. Llevaba una existencia tranquila, hasta agradable, trabajando mucho, pero descansando en el seno de una amable sociedad; por eso necesitaba valor para abandonar Santa Cruz. Sin embargo, nunca las conveniencias puramente personales habían influido en mis decisiones. El éxito de mi viaje y el cumplimiento de mi misión eran el único objetivo de mis pensamientos y de mis actos. Me dispuse, pues, a partir.

Mi sala, única habitación que ocupaba, me servía a la vez de salón, de comedor, de dormitorio y de gabinete de trabajo. Se parecía a menudo al arca

35 O mejor dicho *huaccha*, que significa, en el idioma de los incas, huérfano de padre y madre.

de Noé; tenía, en efecto, toda clase de animales vivos, agutís, tatús, perezosos y hasta una boa de cinco metros de largo. Este extraño comensal era para mí objeto de investigaciones y estudios. Quería fijar mis ideas acerca de la especie de fascinación, de influencia magnética que lleva, según dicen, a los animales a arrojarse en las fauces de las serpientes. Hice todo lo posible para llegar a algunos resultados, pero nada conseguí. En los momentos de mucho calor, me tendía en mi hamaca y observaba en silencio. Los animales pequeños pasaban y repasaban junto a la serpiente sin manifestar otro sentimiento que miedo. Las boas en Santa Cruz, en vez de hacer huir, son por el contrario empleadas en los cañaverales; se las usa para cazar una especie de ratón que causa muchos estragos, al roer las raíces de la planta.

Aparte de los animales que tenía conmigo, había una multitud que viven naturalmente en las casas, sin que los moradores se inquieten en lo mínimo; esto se debe al clima y a los numerosos bosques que rodean la ciudad. Podía a menudo, sin abandonar mi morada, hacer una buena cosecha de reptiles e insectos, porque, durante la noche, los anfisbenos salían de mis paredes construidas con tierra y se paseaban por la pieza, surcada así por ciempiés de diez a quince centímetros de largo, y por una multitud de cucarachas enormes. A menudo caían víboras del techo sin cielo raso, y los menores inconvenientes eran las devastadoras termitas, de las cuales tenía un inmenso nido en las paredes de mi pieza, los nidos de avispas o los millares de *niguas* o pulgas penetrantes, que se introducen en los pies y hacen sufrir mucho. Ya oigo a mi lector clamar contra un país en que se vive siempre con tan numerosa compañía. Sin embargo, debo confesar que si bien al comienzo hallé incómoda esa reunión, luego hice como los habitantes: me habitué y vivía, por así decirlo, sin prestarles atención.

CAPÍTULO XXIX

Historia y descripción de Santa Cruz de la Sierra

Historia

Un singular cúmulo de circunstancias vincula la historia de Santa Cruz de la Sierra con la del Paraguay, en tanto que resulta ser del todo ajena a la del Perú, de la cual debería depender por la situación geográfica de la ciudad, ubicada al pie de las últimas estribaciones de los Andes y distante del Paraguay, en línea recta, nueve grados, es decir, quinientas leguas terrestres por lo menos.

En medio de la vaguedad que caracteriza los relatos de autores contemporáneos de la Conquista, con respecto a los habitantes de esas regiones, antes de la llegada de los primeros españoles, podría inferirse que los últimos contrafuertes de las cordilleras y los llanos vecinos constituían el territorio ocupado por los indios que dependían de la gran nación guaraní o caribe. Estos pueblos resistieron, allá por el siglo XV[1], a las fuerzas del Inca Yupanqui y conservaron su independencia salvaje.

1831
Santa Cruz

Aquella ansia de novedades, aquella sed de riquezas que animaban a los españoles y convertían a cada aventurero en un héroe siempre dispuesto a desafiar con gusto los peligros y fatigas para obtener ya fuera oro, ya fuera el gobierno de los países recorridos, fueron causas iniciales del descubrimiento de Santa Cruz de la Sierra. Si se menciona la perseverancia e intrepidez de los

1 Garcilaso de la Vega, *Comentarios de los Incas*, pp. 244-246.

Hernán Cortés y los Pizarro, hubo numerosos españoles menos conocidos, cuyas hazañas también merecieron ocupar un sitio en la historia. Es verdad que no tuvieron que batirse con los mexicanos civilizados ni conquistar las riquezas proverbiales del Perú; pero por lo mismo que exploraban un país menos poblado, más salvaje, debían superar muchos obstáculos. Al escrutar la historia del Río de la Plata impresiona sobre todo esta verdad, así como la escasa resonancia que encontró el descubrimiento de esa parte del Nuevo Mundo, de la que Santa Cruz de la Sierra depende.

Apenas habían transcurrido once años después de que Solís avistara las márgenes del Plata, cuando el primero de tales hombres llegó de las costas del Brasil al pie de los Andes. Sorprende ver a América atravesada en todos los sentidos, en los primeros tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo, mientras hoy día semejantes viajes resultarían en cierto modo imposibles. En medio de la rivalidad nacional existente entre españoles y portugueses por extender el dominio respectivo de ambas coronas, se emprendieron sucesivamente las expediciones más azarosas y extraordinarias. La primera, y más notable, es sin discusión la de Alejo García. Los descubrimientos de Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Pinzón, Cabral, Solís y Magallanes habían atraído al continente americano extranjeros provenientes de todas partes. Martín Alfonso de Souza, establecido en 1526 por cuenta de Portugal, en San Vicente, sobre la costa brasileña, envió al interior a cuatro portugueses, entre los cuales figuraba nuestro aventurero, hombre muy instruido en el idioma guaraní. Atravesó unos centenares de leguas hasta el Paraguay donde, estimulando el espíritu emprendedor que los guaraníes tienen para viajes y conquistas, decidió a dos mil a acompañarlo rumbo a las regiones occidentales[2]. Cruzaron el gran Chaco combatiendo a los pueblos que se oponían a su avance, y ganaron así las montañas de Bolivia, cerca del curso del Río Grande; incluso saquearon a los vasallos de los Incas y regresaron al Paraguay por el mismo camino. Alejo García despachó a dos de sus compañeros para que rindieran cuentas de su expedición, pero fue pronto asesinado por los indígenas que lo habían acompañado[3]. Por temor de que los castigaran los portugueses, sus asesinos volvieron a atravesar el Chaco y se establecieron en la llanura, al pie de las monta-

2 Ruy Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, p. 15; Padre Guevara, *Historia del Paraguay*, p. 83.
Selección de cartas edificantes, t. 1, p. 179.

3 Ruy Díaz de Guzmán. p. 18; Fernández, *Historia de los Chiquitos*, p. 4; Lozano, *Historia del Chaco*, p. 57.

ñas de Santa Cruz, donde con el nombre de el chiriguanos aún pueblan la provincia de Cordillera, dependiente del departamento de Santa Cruz.

Diez años más tarde, en 1537, el español Juan de Ayolas siguió, por decirlo así, las huellas del infortunado García. Remontó el Paraguay hasta el grado 21, y dejando sus naves a cargo de Irala, que debía esperarlo seis meses, partió con doscientos soldados y cruzó el Chaco hasta las primeras montañas del Perú. De regreso, ocho o nueve meses más tarde, cargado de botín arrancado a los peruanos, fue masacrado con todos los suyos a orillas del Río Paraguay por los indios payaguás[4].

Todos los planes de los gobernadores del Paraguay tendían a apropiarse de una parte de las tan mentadas riquezas del Perú, por lo que cada uno quiso intentar el viaje. En 1542, Núñez Cabeza de Vaca envió a Irala, quien remontó el Paraguay hasta Yarayes y apenas logró alejarse por tierra a cuatro jornadas al oeste del Río Paraguay, en la provincia de Chiquitos. Núñez quiso, al año siguiente, efectuar él mismo una expedición semejante, pero también fracasó[5].

En 1548, Irala, uno de los hombres más emprendedores de la época, trató de internarse en el Perú; partió con trescientos cincuenta españoles, llegó por agua a Yarayes, atravesó luego la provincia de Chiquitos y llegó, tras soportar penurias indescriptibles, al Río Grande y la zona dependiente de Chuquisaca. Las informaciones que allí le suministraron acerca del diferendo surgido entre los hermanos Pizarro y el arribo de Pedro de la Gasca, lo resolvieron a detenerse[6]. Despachó a Ñuflo de Chaves al nuevo Virrey, en tanto que se veía obligado a regresar debido a los desórdenes producidos entre sus soldados. Ñuflo de Chaves no volvió al Paraguay hasta 1549.

Preocupado más que nunca por su proyecto de facilitar las comunicaciones con el Perú, Irala mandó de nuevo a Ñuflo de Chaves, en 1557, a poner los cimientos de una ciudad en la costa del Paraguay[7]. Ya buscaba éste un emplazamiento conveniente, cuando supo de la muerte de Irala. Resolvió entonces fundar en aquel lugar una ciudad independiente del Paraguay, decisión que estuvo a punto de costarle el abandono de sus soldados, acostumbrados al

4 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 36, cap. 49. Los autores no concuerdan en el nombre; unos escriben *Ayolas* y los otros *Oyolas*; Ruy Díaz de Guzmán, p. 45; Padre Guevara, p. 93; Schmidel, p. 109; Herrera, *Década VI*, lib. VII, cap. V.

5 Ruy Díaz de Guzmán, p. 60; Padre Guevara, p. 105; Azara, *Viaje por América meridional*, t. II, p. 359.

6 Padre Cuevara, p. 110; Ruy Díaz, p. 72.

7 Ruy Díaz de Guzmán, p. 101.

pillaje y cuyas esperanzas defraudara con el referido proyecto. Sólo retuvo a sesenta, con los que llegó al Río Grande, donde encontró a Andrés Manso que venía de Perú con las mismas intenciones que las suyas. Entre ambos se suscitó una discusión acerca de sus derechos respectivos. Por último, Ñuflo de Chaves se impuso con el apoyo del Virrey de Lima y puso los cimientos de la ciudad de Santa Cruz[8], donde poco después lo acompañaba su familia, que había ido a buscar al Paraguay. Cinco años más tarde lo mataban los chiriguanos[9] cuando gobernaba pacíficamente la nueva ciudad.

La antigua Santa Cruz estaba situada a unas doscientas leguas al este de la ciudad actual, al pie de la Sierra y cerca de la misión de San José, provincia de Chiquitos. La proximidad de las altas escarpaduras de Sutos quizá la hayan hecho llamar al principio *Santa Cruz de la Sierra*, o *de la Barranca*[10]. Bien distribuida con manzanas iguales[11], estaba edificada con adobe en medio de un bosque relativamente próximo a la cascada de Sutos y no lejos de uno de los primeros afluentes del Río San Miguel. La belleza de los alrededores había contribuido sin duda a la elección del emplazamiento, tanto como la gran cantidad de indios chiquitos amigos que poblaban la comarca.

Los indios recibieron muy bien a los españoles y se dejaron repartir en encomiendas, sometiéndose al único tributo anual de una bola de hilo de algodón en señal de vasallaje. Esta armonía de españoles e indios chiquitos no perduró. Abusando de su docilidad, los recién venidos quisieron explotarlos y quitarles los hijos, para utilizarlos como esclavos. Los oprimidos se rebelaron y mataron a algunos de sus opresores[12]. Según Azara[13], el gran alejamiento del Perú habría hecho, en 1575, transferir la ciudad al lugar que ocupa actualmente, es decir a unas veinte leguas de los últimos contrafuertes de los Andes, en una llanura espléndida cercana al Río Pari. Viedma[14] dice que el cambio tuvo lugar a consecuencia de conflictos producidos con los chiquitos. El Virrey, marqués de Cañete, ordenó en 1588 construir una ciudad a mitad del camino que una a la vieja Santa Cruz con Chuquisaca, tanto para contener a

8 Ruy Díaz de Guzmán, p. 109; Ulloa, *Relación del viaje a la América meridional*, t. III, p. 221, dice que Santa Cruz fue fundada en 1548; pero se equivoca con seguridad.

9 Ruy Díaz de Guzmán, p. 123.

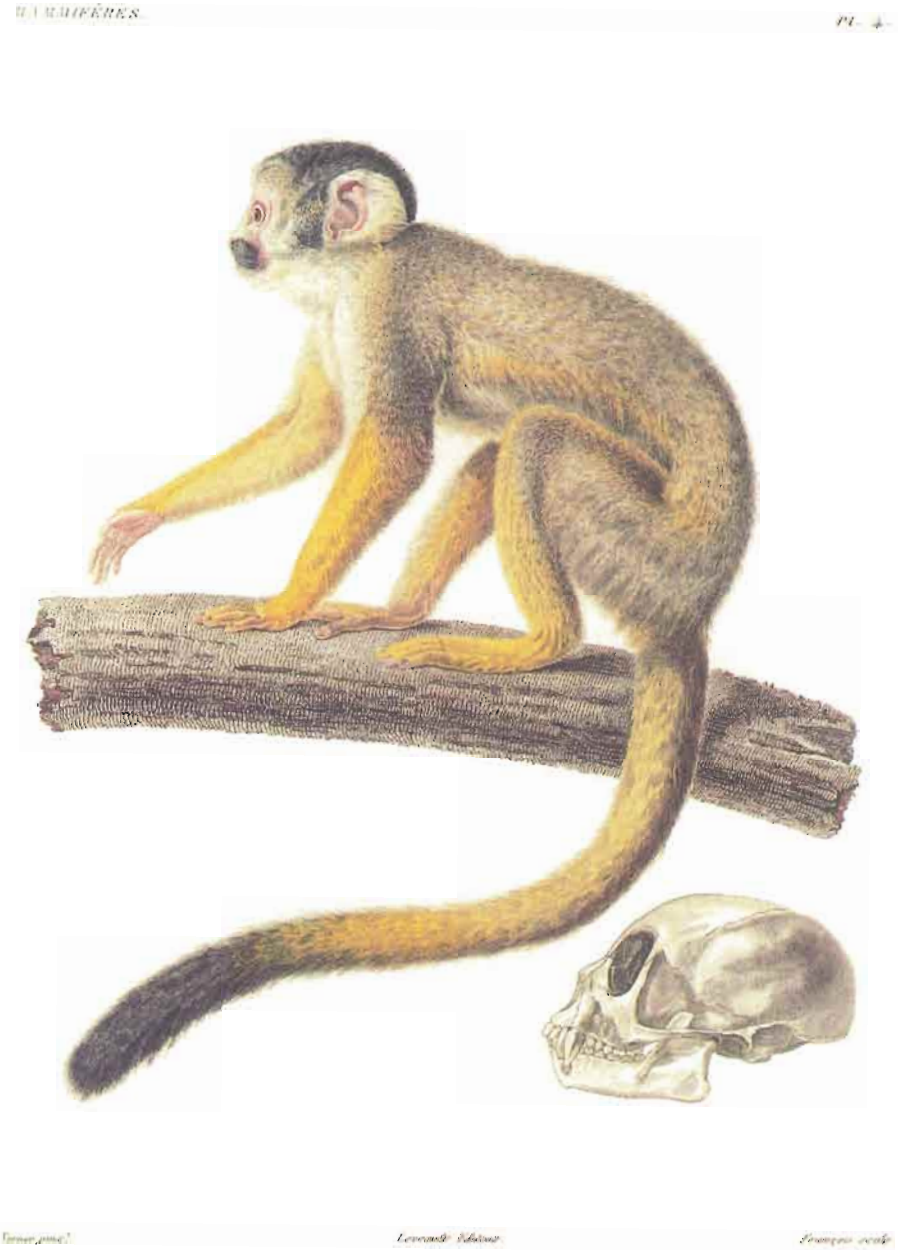
10 Ulloa, op. cit., t. III, p. 221, cuenta que Ñuflo de Chaves la denominó así para recordar el nombre de su ciudad natal, en España, situada cerca de Trujillo.

11 Más tarde visité las ruinas, de modo que esas informaciones son ciertas.

12 Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, p. 78.

13 *Viaje por América meridional*, t. II, p. 378.

14 *Descripción*, p. 78.



Calitrix entomophagus.

Combate entre indios yuracarés, Bolivia.

los indios chiriguanos como para facilitar el viaje. Encomendó a don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador de la provincia, que tratara con Solís Helguín, propietario del llano, para fundar allí la *noble ciudad de San Lorenzo de la Frontera*, pero la fundación no tuvo lugar hasta 1592. Fue probablemente entonces que los últimos habitantes de Santa Cruz se dirigieron a poblar la ciudad nueva que, a pesar de los esfuerzos del fundador, mantuvo siempre el nombre primitivo de Santa Cruz de la Sierra, que aún lleva actualmente, mientras que el de San Lorenzo sólo se empleó en las actas públicas.

La nueva ciudad de Santa Cruz, pese a ofrecer ventajas inmensas en materia agrícola, quedó muy por debajo de las ciudades de la montaña en materia mineral. Por vincularse estrechamente con el Perú, perdió poco a poco sus relaciones con Paraguay. Sin embargo, por estar separada tanto de Lima como de Asunción por seis o setecientas leguas de distancia y alejarla del mar un muro de trescientas leguas de montañas, se quedó estancada, conservando las costumbres de sus habitantes primitivos. En 1605[15] la erigieron en obispado, liberándola de la dependencia de Cochabamba.

Santa Cruz dependió de Lima hasta 1776, época en que Buenos Aires fue convertido en virreinato autónomo, al cual se agregó, al igual que su capital Cochabamba, pese a su gran lejanía. En 1782, el nuevo virrey, que había creado una intendencia para Cochabamba, formó una circunscripción igual en extensión a las tres cuartas partes de Francia, con la provincia de Santa Cruz de la Sierra, y las misiones de Moxos y Chiquitos, hasta entonces dominadas por los jesuitas.

Si la ciudad que me ocupa nada tuvo que padecer por la revolución de Túpac Amaru (en 1780 y 1781), tuvo menos suerte durante las guerras de independencia. Entonces comenzaron a desvanecerse sus costumbres patriarcales, por influencia de las tropas pertenecientes a ambos bandos. Durante largo tiempo conservó la bandera española, pero al ser invadida por las tropas independientes en 1824, sufrió sin protesta las consecuencias de la decisiva batalla de Ayacucho. Separada en ese tiempo de Cochabamba, se convirtió en cabecera de uno de los seis departamentos que componen la nueva República de Bolivia, conservando bajo su autoridad las extensas provincias de Moxos y Chiquitos.

---

15 *Relación Histórica del Viaje a América Meridional*, por don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, t. III, p. 219

Descripción de Santa Cruz

Circunscripción y referencias geográficas

Con sus cuatro provincias, el departamento de Santa Cruz presenta una extensión inmensa, limitada al norte por el curso del Río Itenes, la provincia de Matto Grosso y las regiones deshabitadas comprendidas entre los ríos Mamoré y Beni; al sur, por los desiertos del Gran Chaco; al este, por el Río Paraguay y las posesiones brasileñas; al oeste, por los departamentos de Cochabamba y Chuquisaca. Está comprendido entre los 12 y 13 grados de latitud sur y 59°30' de longitud occidental de París, cubriendo una superficie aproximada de 45.000 leguas cuadradas, de veinticinco por grado.

Esta extensión se compone, al oeste y noroeste, de los últimos contrafuertes de la cordillera; luego, de las llanuras dilatadas que los bordean, extendiéndose al norte por la provincia de Moxos, hacia la cuenca del Amazonas, y al sur hacia la llanura del Chaco y la gran cuenca del Plata. Se trata de una de las raras excepciones geográficas, en que la cumbrera divisoria de las dos grandes vertientes que existen en América meridional, tomada de norte a sur, está representada por un llano bajo, inundado parcialmente. En efecto, en tanto que el Río Grande, con su afluente el Piray, toma francamente al norte, hacía el Amazonas, y por el contrario el Río Pilcomayo se dirige al Plata, rumbo al sur, el Parapití, después de errar por el llano, parece incapaz de resolverse por uno u otro camino, hasta terminar formando pantanos que desaguan hacia el norte.

Esta misma disposición singular de las vertientes apenas trazadas, se advierte también al avanzar hacia el este, por llanuras donde nacen, cerca de San José de Chiquitos, por un lado el Río San Juan, uno de los afluentes del Plata, y por otro el San José, que va al Amazonas por el norte. Más lejos y en escala mayor, los primeros afluentes del Itenes y el Paraguay se comunican por medio de pantanos comunes, en los cuales puede establecerse yendo en bote la línea divisoria de las aguas. En tres puntos diferentes los geógrafos emplazaron sistemáticamente montañas, siendo meros llanos pantanosos lo que separa las extensas vertientes de los dos ríos máximos del Nuevo Mundo.

Considerado como sistema ortográfico, el departamento de Santa Cruz es muy simple. Ya dije que por el oeste lo limitan los últimos contrafuertes de la cordillera; todo el resto constituye una sola llanura atravesada de nornoroeste a sudsudeste por las colinas elevadas del sistema chiquitense, que apenas sobresalen unos centenares de metros por encima de las planicies circundantes.

Los cursos de agua del departamento dependen de las dos grandes cuencas ya mencionadas. Unos se dirigen hacia el sur, otros al norte. Los primeros son: el Río Pilcomayo, que encuentra su fuente en la montaña y mesetas de Tola Palca y Tola Pampa, departamento de Potosí, y atraviesa después todo el Chaco; el Jaoru, uno de los afluentes del Paraguay, que nace cerca de Villa Bella de Matto Grosso; el Río de San Juan o Tucabaca que, unido a los riachos San Rafael y Latiriquiqui, forma el Oxuquis, también afluente del Paraguay.

Mayores y más numerosos al norte, los ríos provienen de tres cursos de agua principales: Itenes, Mamoré y Beni. El primero recibe al este los ríos Barbados, Verde y Serre, y más hacia el oeste el Blanco y el San Miguel, que nacen en la provincia de Chiquitos y se unen al Machupo para formar así con el Itenes o Guaporé un curso de agua considerable.

Todos los restantes afluentes del Amazonas nacen en las montañas, en medio de los contrafuertes cordilleranos. Unos van al Mamoré y otros al Beni. Los afluentes del Mamoré son los siguientes ríos: más al sureste que todos, el Parapití, perdido en la llanura, uno de los afluentes superiores del Río Grande. Este último, que nace en la provincia de Chayanta, recibe sucesivamente al Río de Acero, Piray, Yapacaní o Ibabo y Mamoré; después de esta unión, prosigue hacia el norte con el nombre de Mamoré, recibiendo aún al oeste los ríos Chapare, Securi, Tijamuchi, Apere, Yacuma e Iruyani.

El Beni nace en las montañas situadas al norte de la cordillera Oriental de Cochabamba y La Paz. Tiene un caudal considerable al llegar a la provincia de Moxos, que sigue al norte hasta su confluencia con el Mamoré.

El Mamoré y el Guaporé o Itenes se unen a los 12 grados y corren hacia el norte con el nombre de Mamoré, hasta alcanzar la confluencia del Beni, donde constituyen el Madeiras.

Estos ríos dependen de las distintas provincias del departamento. Luego recorrí estas provincias, que he de describir sucesivamente, limitándome ahora a la de Santa Cruz de la Sierra, después de este rápido esbozo.

Al norte está separada de la provincia de Moxos por bosques y pantanos despoblados; al este, de la provincia de Chiquitos, por el Río Grande; al sur la limita la provincia de Cordillera; y al oeste, las últimas estribaciones de las montañas de la provincia de Valle Grande. Así circunscrita, ocupa un llano arenoso, uniforme, cortado de noroeste a sudeste por el Río Grande y los riachos Piray, Palometa, Palacios y Yapacaní, ninguno de los cuales es navegable; sólo en el confín septentrional de la provincia, el Grande y el Piray pueden navegarse en canoa hasta Moxos. La provincia presenta gran horizontalidad y su aspecto recuerda mucho los alrededores de Caacaty y Ensenadas, en la provincia de

Corrientes. Son también planicies arenosas, pantanos y grupos dispersos de árboles; sin embargo, Santa Cruz posee muchísimos más bosques, y ofrece las mejores tierras para cultivos y pastos excelentes para los rebaños.

El clima de Santa Cruz es de los más ardientes. Demasiado alejada de las altas cordilleras para que modifiquen su temperatura, sufre todas las influencias comunes en las regiones intertropicales situadas en medio de los llanos que ocupan la parte central del continente. Tiene dos estaciones bien diferentes: la estación de sequía o invierno, y la estación de las lluvias o verano. La estación seca comienza en abril y termina en setiembre u octubre; se caracteriza en especial por vientos alternados del norte y sur. Los primeros son cálidos y soplan casi sin interrupción; cuando cesan, los sustituye el viento del sur, que produce un rápido descenso de temperatura. La población teme mucho este viento y durante los dos o tres días que suele soplar cierra sus puertas y se cubre de mantas, como lo haríamos en inviernos rigurosos. Fuerte y seco por lo general, sume en una especie de consternación a los cruceños, acostumbrados al calor húmedo. Los enferma o por lo menos produce un estado de malestar análogo al que el viento del norte causa a los correntinos. También paraliza la vegetación esta estación seca. Las hojas se marchitan; algunas caen y muchos árboles sufren la misma pérdida que se manifiesta en regiones frías. Este fenómeno aparece sobre todo en los llanos no pantanosos.

El calor aumenta poco a poco hacia el mes de septiembre; aparecen los brotes, pero sólo crecen con vigor después de las primeras lluvias primaverales. Entonces cambia el aspecto de la naturaleza, que reviste sus mejores galas. Las lluvias se vuelven cada vez más copiosas y casi incesantes, a partir de noviembre. Todo el campo se inunda y las comunicaciones quedan interrumpidas, por decirlo así, por un lado con las ciudades de la sierra y por el otro con la provincia de Chiquitos. Estas lluvias caen hasta abril, disminuyendo gradualmente.

Productos naturales de Santa Cruz

La provincia de Santa Cruz, continuando en cierto modo los llanos del Chaco, Paraguay y Corrientes, apenas ofrece diferencias con el conjunto de la zoología que he señalado en esta última región, diferencias que se reducen a unos cambios producidos por la mayor elevación de la temperatura. En efecto, se ve aparecer, por una parte, algunos animales y plantas más propios de las zonas cálidas, en tanto que los que pueblan regiones templadas y frías faltan

por completo. Voy a echar una mirada somera de tales diferencias, remitiéndome a las generalidades citadas, para el conjunto de las producciones naturales, más o menos idénticas.

Los monos son más numerosos y variados en Santa Cruz. Llenan los grandes bosques hasta la vecindad de la ciudad, donde cuando hay tiempo tormentoso se oyen los llamados roncos de los monos gritones o los gritos convulsivos que provienen de las bandas juguetonas de otros monitos. Son más comunes que en Corrientes los murciélagos, coatís, glotones, zorros, jaguares, comadrejas, carpinchos, tapires, pecarís, tatúes y los distintos ciervos y los tatúes. Junto a ellos se ven además los tatúes gigantes o pejichi, la más grande raza viviente, entre los desdentados acorazados, y los perezosos, de costumbres extrañas, prototipos de lentitud y falta de energía.

Los pájaros son los mismos, salvo los que escapan a los rigores del invierno, que no llegan a Santa Cruz, donde los reemplazan los brillantes manaquines, los cotingas y una variedad mayor de tancaras, casicas, loros, penélopes y hocos.

A los reptiles de Corrientes, comunes en Santa Cruz, puede agregarse una cantidad innumerable de culebras, variadas en sus especies y colores, boas de gran talla y numerosas serpientes de cascabel.

Por falta de ríos grandes, los peces escasean; se reducen a unas palometas y siluros.

Las conchas terrestres y fluviales también son raras, sin duda en razón del corto número de cursos de agua y la costumbre que tienen los habitantes de prender fuego a los campos.

Tal como dejé entrever al relatar mis excursiones por los alrededores de la ciudad de Santa Cruz, los insectos son aquí más variados y numerosos que en Corrientes, cosa previsible por la mayor elevación de la temperatura y la mayor cantidad de las especies vegetales. En efecto, nada iguala al brillo de los coleópteros y los vivos colores de las mariposas que pululan en los espacios floridos así como en el corazón de los oscuros bosques.

La vegetación de Santa Cruz presenta dos aspectos muy distintos, conforme a la naturaleza de los lugares. En los llanos arenosos se asemeja en todo a la de Corrientes; se reconocen las mismas especies en proporciones iguales y predominan las hojas lanceoladas. En los sitios húmedos, sea junto al *Monte Grande*, al pie de las montañas, o cerca de los ríos Píray y Grande, ofrece un conjunto distinto, notable sobre todo por la abundancia de palmeras, más diversificadas en sus especies que las correntinas. Aquí ya no aparecen el yatay[16],

16 *Cocos yatai*, Martius.

pindo[17] y bocaya[18], los que se ven sustituidos, en plena selva, por el elegante motacú[19], la útil chonta[20], el marayahú[21] de fruto suculento, mientras que en las orillas de los bosques prospera el esbelto sumuque[22], y en los lugares húmedos crece el carondai[23], de tronco duro que se emplea en los techos. Esta vegetación aparece adornada de lianas enlazantes y de esa mezcla de plantas de todas clases, entre las cuales pueden distinguirse hermosos helechos y flores de las más brillantes.

Casi todos los frutos de la provincia de Santa Cruz corresponden a la flora autóctona; en efecto, con excepción del naranjo, tan común como productivo, todos los frutos de la comarca son salvajes. Más común que en Corrientes, el *ibá porú* despliega los suyos sobre los troncos de los arbustos; el *ibá viyú*, el *ibá virá*, otras mirtáceas de fruto verde, crecen en pleno bosque; las solanáceas proporcionan varias especies rastreras, de fruta suculenta; las piperáceas también la ofrecen, pudiéndose citar entre ellos a la *lambaiva*, que produce los frutos más azucarados y sabrosos; algunos *ficus* llegan a tener fruta comestible y es bastante común el algarrobo con sus gotas almibaradas. A estas plantas, algunas también de Corrientes, debe agregarse la *pitajaya*, especie de cacto rampante de fruto amarillo, muy bueno; la guayaba, el marayahú, de sabor algo agrio, etcétera.

La geología no ofrece ningún producto en Santa Cruz, ya que no se encuentran piedras en ninguna parte, pues todo el suelo está cubierto por arenas diluvianas.

Población, costumbres, usos

La provincia de Santa Cruz de la Sierra comprende, aparte de la ciudad y las localidades de Portachuelo, Paurito, Chaney y Cotoca, que dependen de ella, las misiones de Buena Vista, San Carlos, Porongo, Santa Rosa y Bibosi.

Según el censo de 1830, que me dio a conocer el doctor don Andrés Pacheco, gran vicario de la diócesis, la población de la provincia de Santa Cruz tendría la composición siguiente:

---

17 *Cocos australis*, Mart.
18 *Cocos totai*, Mart.
19 *Maximiliana princeps*, Mart.
20 *Astrocaryum chonta*, Mart.
21 *Bactris socialis*, Mart.
22 *Cocos botryophora*, Mart.
23 *Copernicia cerifera*, Mart.

Nombres de Lugares	Censo de 1830 Según Pacheco						Censo de 1788 Según Viedma*					
	Españoles	Chiquitos	Chiriguanos o guaraníes	Yuracarés	Mestizos	Total	Españoles	Indígenas	Mestizos	Negros	Mulatos	Total
Santa Cruz	3,908	—	—	—	—	3,908	—	—	—	—	—	—
Portachuelo	566	—	—	—	—	566	4,303	2,111	4,014	150	—	10,578
Paurito	2,068	—	—	—	—	2,068	—	—	—	—	—	—
Buena Vista	—	2,719	—	—	—	2,719	—	2,107	—	—	—	2,107
San Carlos	—	—	—	337	—	337	—	180	—	—	—	180
Porongo	—	—	1,173	—	—	1,173	—	1,701	—	—	—	1,701
Santa Rosa	—	—	947	—	—	947	—	550	—	—	—	550
Bibosi	—	—	776	—	—	776	—	—	—	—	—	—
Totales	6,542	2,719	2,896	337	—	12,494	4,303	6,649	4,014	150	—	15,116
			5,952									

* Descripción de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, p. 91.

He querido comparar los datos suministrados por el censo de 1830 con los que Viedma publicara en 1788, a fin de verificar sus concordancias. Si sus elementos fueran verídicos, lo que no puede asegurarse, en razón de las dificultades que presenta semejante trabajo por los intereses adversos que hacen disminuir o aumentar la cifra de la población, de esta comparación resultarían diferencias demasiado sensibles para darles crédito, pues habría que admitir que la población de la ciudad y localidades dependientes se hubiera reducido en más de un tercio, ya que Portachuelo y Paurito reunidas apenas sumarían 6.542 almas en 1830, en tanto que tenían 10.578 en 1788. Esta merma sería demasiado fuerte, especialmente si se tiene en cuenta que Buena Vista, San Carlos y Santa Rosa aumentan su población en forma considerable[24]. La extensión de la ciudad denota una población de ocho a diez mil habitantes, y en este número lo estiman todos los hombres instruidos del país. Sería preciso creer que el censo de 1830 se halla muy por debajo de la realidad.

Sea como fuere, este censo permite formarse una idea acerca de los elementos comparativos de la población indígena y de la española, y prueba que la raza primitiva todavía es numéricamente poderosa en esta comarca. Esta población se compone, en efecto, de españoles, americanos, algunos negros y una mezcla de las tres razas. Hay pocos mulatos, pero muchos mestizos de indios. Estos últimos tienen buena talla, rasgos hermosos y sobre todo una fisonomía muy agradable[25].

En cuanto a la ciudad y la campaña, presentan tres clases distintas de habitantes, aparte de los negros: españoles, mestizos e indígenas.

Los primeros, descendientes casi todos de los compañeros de Ñuflo de Chaves, por su alejamiento de las ciudades comerciales, conservan hasta el presente la simplicidad de costumbres característica del siglo XVI y llevan al extremo su hospitalidad. Su idioma y modales se asemejan a los de los paraguayos o correntinos. Los hombres se muestran amables y de buenas maneras, acostumbrados a satisfacer todo el tiempo obligaciones sociales. Su estatura es superior a la media corriente, y sus rasgos, muy agradables; observan la moda francesa, algo modificada por la temperatura local. Ocupan todos los cargos, y en el campo se dedican a grandes explotaciones agrícolas o cría de ganado. Las mujeres de esta clase son bonitas por lo general, de hermosa talla,

24 El censo publicado en la *Guía de Forasteros de la República Boliviana* da, en 1835, como total de la provincia de Santa Cruz 15.010 y 4.596 para la ciudad. La Guía de 1836 indica 5.066 almas en la ciudad de Santa Cruz. Se advierte sin esfuerzo que estos documentos carecen de exactitud.

25 Se trata de la mezcla que ya mencioné con referencia a Corrientes.

llenas de gracia, amigas de los bailes y diversiones sobre todas las cosas. Amables en la vida social y muy espirituales por naturaleza, tienen la réplica pronta de las meridionales y una conversación tanto más vivaz por sentirse libres de las severas restricciones que encadenan a nuestras damas europeas. Dicen todo lo que piensan con el candor más original. Sus vestidos son los de Francia, aunque las modas llegan a Santa Cruz con unos años de retraso; sin embargo, nadie adoptó aún el sombrero. En la actualidad, mientras la gente joven concurre a la iglesia vestida de fiesta, las mujeres de treinta a cuarenta años lo hacen con un atavío especial cuando no van vestidas de negro, se tocan con una mantilla de encaje negro y llevan una pollera del mismo color, cuyo ruedo bordean anchas cintas de colores chillones. Antes de la revolución libertadora, el vestuario femenino era notable por su elegancia y riqueza. El traje llamado de *naguas* ya no se usa actualmente, pero las mujeres de edad lo conservan como recuerdo; obtuve uno completo y lo reproduje en mi cuaderno de apuntes. Se componía de una pollera llamada *naguas*, hecha de tela calada en bandas que alternaban con bordados de lana de color muy vivo; el ruedo terminaba en anchas puntillas. Completaba el resto una camisa también bordada y adornada con puntillas en las mangas y cuello, con aplicaciones de terciopelo carmesí bordado de oro, en el pecho y atrás. Además, las mujeres usaban enormes cruces de oro y dejaban caer su cabellera en dos trenzas entrelazadas con cintas de color. El conjunto resultaba muy agradable, y por mi parte lamenté que se lo abandonara por nuestras modas europeas que invaden todo el mundo, llamadas a desplazar los trajes nacionales de los pueblos.

Creo que existen pocos lugares en que la vida transcurra con placidez mayor que en Santa Cruz. Se trabaja poco. Visitas y fiestas son las ocupaciones principales. No tienen, como en Europa, diarios numerosos y una política general que se guste seguir; la literatura se conoce poco. El cruceño ama su provincia, pero se preocupa muy someramente por todo lo que no le afecte en forma inmediata. Cada quince días un correo le trae un diario de difusión mediana, que recorre a veces con indiferencia, puesto por la distancia al margen de las luchas políticas que desarrollan los *serranos*, nombre que se impone al resto de la población de la República. Los hombres leen poco; las mujeres, nada, y su casa, junto a los deberes sociales, bastan para ocuparlas. De manera que todos los temas de conversación, giran en torno a cuestiones locales, reducidas a la llanura situada al este de las últimas estribaciones cordilleranas.

La segunda clase, la de los mestizos, conocida en el país con el nombre de *cholos* (o *cholas*, según el sexo), difiere poco de la primera por la soltura de mane-

ras, regularidad y atractivo de rasgos, vivacidad del lenguaje, finura y oportunidad en las réplicas. Hombres y mujeres van descalzos y visten el traje sencillo de los campesinos. Los hombres son artesanos, por lo común: ejercen toda clase de oficios y también trabajos rústicos. Como en Corrientes, las mujeres trabajan en sus casas y las jóvenes recorren las calles vendiendo de puerta en puerta los productos de sus quintas o de su industria personal, consistentes en pan fresco, repostería, cigarros, etc. Audaces más allá de cualquier expresión, estas muchachas corretean así por la ciudad charlando con todo el mundo; están al tanto de todo lo que sucede; sin atender a las diferencias de posición social, provocan a cada cual con una observación aguda, le obligan a responder y así platican horas enteras sin parecer interesadas en lo mínimo en el motivo de su paseo comercial.

En cuanto a los indios puros, muy abundantes en las misiones, escasean en Santa Cruz, donde desempeñan funciones de sirvientes o nodrizas en las casas españolas, ejerciendo también diversos oficios, igual que los mestizos. Comparten sus mismas costumbres. De mañana y por la tarde, las indias y numerosas mestizas con un jarro en la cabeza van a buscar agua al Pari, fuera de la ciudad. Arrebujadas entonces con coquetería en sus *rebozos* blancos (especie de chal largo), representan a la perfección las estatuas antiguas.

Santa Cruz es la única ciudad de la República donde sólo se habla castellano; en las restantes el pueblo emplea exclusivamente los idiomas indígenas. El lenguaje, muy lento por lo común, tiene relativa pureza. Sin embargo, se le interpolan numerosas expresiones del viejo idioma español, correspondientes a los siglos XV y XVI, así como voces propias de los idiomas de los indios chiquitos o guaraníes, que sirven para designar objetos de la región. En el campo se habla como en Santa Cruz, aunque con menor pureza elocutiva. Sólo las misiones han de exceptuarse; como la población es exclusivamente indígena, se emplea su lenguaje. En Buena Vista, el chiquito; en San Carlos, el yuracaré; en Porongo, Santa Rosa y Bibosi, el guaraní. Cuatro idiomas distintos se conservan, pues, en la provincia de Santa Cruz.

Industria, producción, comercio

La industria propiamente dicha está muy atrasada en Santa Cruz. Con excepción de algunos oficios –zapatería, herrería, carpintería, etc.–, es exclusivamente agrícola. No existe ninguna fábrica de tejidos, ningún taller de cualquier especie que sea.

Están sin explotar los bosques llenos de caoba, de magníficas maderas rojizas y amarillas y materiales para ebanistería. No se hace más que cortar la madera de construcción indispensable para las necesidades materiales y los troncos de palmeras carondai aptos para hacer los techos de las casas urbanas.

Se cultiva en especial la caña de azúcar, de la que se extrae a la vez azúcar y melaza, para expedirlas a las ciudades del interior: la melaza en odres, el azúcar[26] en valijitas de cuero sin curtir, llamadas *petacas*. Este comercio es tanto más considerable porque las ciudades de Chuquisaca, Potosí y Cochabamba se aprovisionan únicamente en Santa Cruz. El aguardiente extraído de la melaza se consume en la región.

También se cosecha arroz y exporta en grande, cultivándose asimismo urucú y todos los granos y legumbres de primera necesidad, como maíz, batatas, porotos, cacahuetes de tierra o maní, mandioca o yuca, calabazas, melones, bananas, ananás, etc.

Se exporta además tabaco, pero en cantidades exiguas. Sólo se planta algodón para satisfacer las necesidades de la población campesina, sin hacerlo objeto de comercio, porque las provincias de Chiquitos y Moxos proveen, junto con las mercancías extranjeras, la tela necesaria para el consumo de la provincia.

Por prestarse el territorio a la cría de animales, todos los agricultores son a la vez ganaderos, sin que ambas explotaciones, siempre distintas en la República Argentina, se hallen aquí diferenciadas. En efecto, cada propietario deja que a su alrededor proliferen numerosos rebaños de vacunos y equinos, en tanto que destina a la agricultura terrenos cercados. Constituyen empero un renglón muy modesto porque los cueros, por falta de salida, resultan prácticamente inaprovechables. No se hace más que recoger la grasa y a veces preparar tasajo, que se envía a las provincias montañosas. En Santa Cruz, un buey gordo cuesta a lo sumo seis pesos (treinta francos) y un buen caballo, de diez a doce pesos (cincuenta o sesenta francos).

En resumen, la exportación se reduce a azúcar, melaza, arroz, maíz, urucú, tabaco, grasa de vacuno, charque y un poco de cera que los indios de las misiones recogen en el monte.

La importación es de mayor consideración, pues la ciudad de Santa Cruz viene a ser el centro de donde irradian las mercaderías propias al comercio de las provincias indígenas: Cordillera, Chiquitos y Moxos. Estas mercancías consisten principalmente en panes de sal, que se traen de las mesetas para consumo de la ciudad y de la provincia de Moxos, carentes por completo de este

26 Su precio medio es de 4 ó 5 pesos (20 frarcos) la arroba.

primordial bien de consumo[27]; en harina de trigo, en vino para los servicios de la iglesia y la gente rica, pues los demás siempre se privan de consumirlo; en cintas de seda; en quincallería, como cuchillos, tijeras, agujas, hachas y vidriería gruesa, para uso de los indígenas. Además, la ciudad consume *mate* del Paraguay, telas de fábricas francesas e inglesas, sedería de Lyon, indiana y otros tejidos de algodón venidos de ultramar, índigo, lana de color y toda clase de productos de uso cotidiano, pues los objetos de lujo, con excepción de las joyas, aún no se conocen en Santa Cruz.

El comercio se practica en forma peculiar. Por lo general, los traficantes de Chuquisaca o Cochabamba llegan con pacotilla abundante, abren un negocio y venden mientras tengan mercadería. Realizan operaciones de compra venta que les procuran ganancias. Aparte de estos negociantes de paso, hay negocios que pertenecen a las gentes más ricas de la región. Si el trabajo manual es un desdoro para quien lo practica, el comercio de venta, aun al detalle, siempre resulta compatible con las pretensiones aristocráticas más exageradas. Se desprecia a un artesano y hasta a un fabricante. Se elogia y halaga al tendero más modesto. El primero siempre es un obrero que en ninguna parte se recibe; el segundo es un caballero en todos lados.

La posición central de la ciudad entre las tres provincias: Cordillera, Moxos y Chiquitos, no puede ser más favorable a la prosperidad de su comercio futuro. Es de prever que en la medida en que se civilicen estas provincias, sus habitantes, estimulados por la necesidad de afrontar nuevas necesidades, se vuelvan más industriosos y aprovechen sus propios productos. La misma Santa Cruz, utilizando estas ventajas y sus recursos naturales, podrá llegar a ser una de las comarcas más florecientes, sobre todo cuando por una parte la navegación del Río Paraguay le facilite la llegada de surtidos extranjeros, mientras que por otra, sus cursos de agua que afluyen al Amazonas darán salida a multitud de productos inútiles.

Santa Cruz recibe de Moxos y de Chiquitos toda la producción anual, como ser cacao, cera, diversos tejidos de algodón, vainilla, etc. Esta mercadería se vende en la región o se exporta a las ciudades del interior, donde tiene mucho valor.

---

27 En las provincias de Santa Cruz y Moxos no hay tierras salinas, lo que hace que la carne sea muy mala. Al parecer hace falta que los pastos tengan partes salobres para la alimentación de los herbívoros, porque las mulas traídas de la cordillera enflaquecen de inmediato si no se toma el cuidado de suministrarles sal para lamer, de tiempo en tiempo.

Descripción de la ciudad

Situada más o menos a 17°24' de latitud sur y 64°40' de longitud oeste de París, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra se levanta en medio de una llanura espléndida, rodeada de bosques. Dista ciento veinte leguas de Cochabamba, ciento cuarenta de Chuquisaca, casi cien de las primeras misiones de Chiquitos y una distancia aún mayor de Moxos.

Al igual que todas las ciudades españolas del Nuevo Mundo, se divide en *cuadras* o manzanas iguales entre sí, pero como no se mantuvo la alineación con escrupulosidad y los cuadrados no se edificaron por completo, se ha formado una ciudad muy extendida y de escasa regularidad. Con excepción de la casa del jefe de policía, las viviendas sólo tienen un solo piso; todas cuentan con galerías exteriores, destinadas a protegerlas de la lluvia, puesto que las paredes son de adobe y madera. Están mal alineadas y su altura varía mucho; el acceso a algunas se facilita con gradas. Igual que en Corrientes, suelen estar cubiertas de troncos de palmera carondai, aunque ya se empieza a construir techos de tejas cocidas. A medida que se alejan de la plaza, se reducen a cabañitas cubiertas de paja o palmas. En el centro de la ciudad, las manzanas no se edificaron del todo, constando a menudo de viviendas esparcidas en el pasto, y la irregularidad aumenta en las afueras, donde ya no se observa orden alguno de construcción. Los solares, siempre más numerosos, se convierten en campos cultivados. En general, se tomaría a Santa Cruz por una ciudad provisional, y de cualquier modo se trata de la más campestre que haya conocido en América.

Las calles están bastante mal trazadas y carecen de pavimento; las cubre una arena móvil donde las piernas se hunden hasta la mitad, tanto cuando llueve como en época de sequía, a menos que se circule por unos caminitos verdes, irregulares, que serpentean por el pasto natural de los baldíos o cerca de las casas. En una de esas calles, el *Barrio de la Palma*, hay una palmera carondai que ya era grande cuando se construyó la ciudad en 1592, por lo que debe tener unos trescientos años.

La gran plaza, semejante a un prado natural, ostenta a un lado la Catedral, edificio provisional hecho de barro, que todos los días se pensaba sustituir por otro digno de su objeto[28], y el Cabildo, donde vive el prefecto. Este Cabildo es una casa grande, provista de una galería de madera, edificada a dos

28 Supe más tarde que en 1841 se ocupaban activamente en la construcción de un templo más adecuado.

metros sobre el nivel de la plaza. Enfrente se alza el colegio, que sirve también de seminario. Además de la Catedral, hay dos iglesias: la *Misericordia* y la del convento de la *Merced*. Esta última es la más hermosa de la ciudad, pero ninguna puede competir en su construcción con las iglesias que poseen las misiones de Chiquitos y Moxos, que más tarde he de describir. En Santa Cruz no hay hospital.

Cada casa cuenta con una o dos puertas y otras tantas ventanas a la calle; casi siempre abiertas, éstas están provistas de un enrejado de madera y carecen de vidrios. A la siesta y de noche se cierran por la parte interior unos postigos provistos de mirillas. Casi todas las casas tienen una sala amueblada con grandes sillones o sofás de madera, a la moda del siglo XV, rara vez tapizados de cuero; a veces también se cuelga la hamaca en la sala. Es el lugar de las recepciones, la pieza donde se instalan las damas para platicar con sus visitas o por la ventana con los transeúntes, como si todos fueran miembros de una misma familia. En Santa Cruz no se conocen muebles rebuscados ni colgaduras. En los interiores resalta la mayor sencillez; nada les ha llegado de las comodidades europeas, lo que parecería estarse tres siglos atrás. Lejos de sentirme incómodo por el simple moblaje de las habitaciones cruceñas, casi me regocijaba encontrar esa sencillez, pensando en las transformaciones que sufrirán las virtudes hospitalarias de la población cuando conozca las mil y una necesidades que el lujo y la molicie han introducido en nuestras ciudades. A partir de entonces, con innumerables necesidades que ignoran hasta el presente, su existencia será menos fácil, sus gastos habrán de centuplicarse, las diferencias de fortuna se harán sentir y acarrearán rivalidades que habrán de endurecer sus corazones e inspirarles el frío egoísmo que envenena nuestros centros civilizados. ¿Serán entonces más felices los cruceños? Lo dudo; quizás añorarán esta sencillez que los nivela y aumenta sus recursos en la medida de todas las necesidades que no tienen.

Como cabecera de departamento, Santa Cruz es residencia de un prefecto, gobernador civil y militar, un jefe de policía, un administrador de correos y un escribano público. Tiene un tribunal de justicia y un *juez de letras* o procurador del rey. La autoridad eclesiástica se compone del obispo, un vicario mayor y los canónigos de la diócesis. El colegio es religioso y laico a la vez. Los estudios no son muy avanzados, por lo que se envía a los jóvenes a Chuquisaca para proseguirlos; allí ingresan en la Facultad de Derecho y vuelven a los pocos años con el título de doctor.

CAPÍTULO XXIX, Bis.

Partida a la provincia de Chiquitos. Estadía en las misiones del oeste y centro de la provincia de Chiquitos

Partida a la provincia de Chiquitos

Hacia un mes que me dedicaba a los preparativos de viaje. Calculaba permanecer un año y medio por lo menos entre los indígenas, de manera que se trataba de munirme de todo lo que pudiera serme necesario durante ese tiempo, ya que a la distancia de varios centenares de leguas de las ciudades, no podría contar con ningún otro recurso. Por otra parte, el dinero, el mueble de más fácil transporte, aún no tiene curso en las provincias de Chiquitos y Moxos, cosa que me imponía adquirir todos los objetos que lo reemplazaran en mis relaciones cotidianas con los indios. Obtuve al respecto informaciones positivas de parte de los viejos padres de las misiones, y dediqué la suma de cuatro mil francos a la compra de toda clase de bagatelas aptas para ganarme, regalándolas, la benevolencia de los indios, o susceptibles de convertirse en medios de cambio estimados por ellos. Estos objetos eran tijeras, cuchillos, hachas, gruesas agujas de coser, estampas, espejos, vidrios de colores, alhajas de pacotilla, cintas de los colores más vivos, pañuelos de algodón muy matizados, indiana roja, lana coloreada para bordar y, finalmente, tela negra y azul para los jefes. Me faltaba todavía adquirir todo el material de aprovisionamiento destinado a mis investigaciones y a mi personal.

15 de junio

El viajero experimenta tanto más pena en dejar un lugar cuanto más tiempo ha permanecido en él; en Santa Cruz se me había recibido con la hospitalidad

cordial que generalmente caracteriza a las localidades poco frecuentadas. Se había tenido conmigo tantas bondades, se me había expresado tanto aprecio, que al despedirme de los numerosos amigos sentía una tristeza que sólo podía atenuar pensando en la vida nueva que llevaría con los indígenas y la esperanza de nuevos descubrimientos con los que me permitía contar. Sin embargo el presente es más fuerte que el futuro, y me estaba faltando mi habitual firmeza para librarme de los intentos hechos para retenerme.

El 20 de mañana esperaba las mulas cargueras para ponerme en marcha; no llegaron, y el contratiempo me obligó a diferir la partida hasta el día siguiente. En efecto, los muleteros sólo aparecieron a las ocho de la mañana siguiente y los principales moradores de la ciudad fueron a acompañarme a caballo. Quedé realmente impresionado por las numerosas muestras da afecto que en esta circunstancia me prodigaron. Prefecto, vicario mayor, curas, jueces, jefes militares, etc., me acompañaron en corporación hasta una media legua de la ciudad, adonde me separé de ellos, confundido por su bondad y lleno de viva gratitud. Fueron los adioses últimos; sólo entonces sentí que abandonaba esa ciudad acogedora, que por tantos motivos añoraba.

20 de junio

Al encontrarme solo con mi gente, rodeado por los campos inhabitados, tuve un momento de penoso aislamiento al que pronto sucedió la conciencia de mi posición y la obligación de reanudar mis observaciones geográficas. Me hallaba en la vasta llanura arenosa que circunda a Santa Cruz a una legua a la redonda, y se extiende a lo lejos. Soplaba uno de esos fuertes vientos del sur que en estas regiones producen tal descenso de temperatura que se siente intenso frío; luchando trabajosamente contra sus embates para no ser desmontado, llegué al atardecer, con los ojos llenos de arena, al caserío de *Itapaqué*, distante seis leguas de la ciudad. Hice alto cerca de un pobre rancho indio, donde no quise empero pernoctar, porque se me hacía preferible el frío a la intemperie que los variados inconvenientes que podían esperarme bajo aquel techo.

En el vivac siempre se es madrugador; desde el alba, pues estaba en pie y apuraba a mis arrieros. Mi grupo se componía de un alemán, don Mauricio Bach[1], que me acompañaba como aficionado; dos jóvenes nombrados por el

1 Don Mauricio Bach es actualmente secretario del nuevo gobernador Oliden, a quien el gobierno boliviano, con posterioridad a mi viaje, hizo concesión de unas tierras al borde del Río Paraguay, comprendida la misión de Santo Corazón, con cargo de abrir la navegación con el Río Paraguay.

gobierno boliviano, don Manuel Paz y don Joaquín; un ayudante belga, dos sirvientes –uno intérprete de quechua y aymara y el otro viejo habitante de Moxos– y dos muleteros cruceños. Eramos nueve personas en total y teníamos siete mulas de carga. Esta escolta, bien armada de fusiles y lanzas, tenía un aire imponente y constituía una expedición en regla.

Me dirigí al estenoroeste a través de un bosque ralo, de dos leguas de longitud. Entré en un monte espeso, que ofrecía una variedad agradable de palmeras motacús, bocaya y marayahú, del otro lado del cual encontré un llano oblongo, rodeado de bosques, donde varias fincas forman el caserío de Urina (nombre de la hembra del ciervo guazutí). Allá, en un pastizal verde donde crecen algunas palmeras carondai[2], y junto a los rebaños de caballos y vacas, pacen numerosos ciervos que se pueden confundir con animales domésticos. De esta llanura pasé a otra, algo menos extensa, donde se encuentran la capilla y alquería de Payla, último puesto habitado de la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Iba pues a dejar los hombres para penetrar en el seno del *Monte Grande* que se extiende de las márgenes del Río Grande al de San Miguel, en una extensión cuya travesía iba a demandarme no menos de seis días.

Crucé un bosque de una media legua de ancho, lleno de mirtáceas con frutos en el tronco, que en la región denominan *ibaporú*[3], y alcancé las orillas del Río Grande, que se trataba de vadear. Con una anchura aproximada de medio kilómetro y un lecho de arena movediza, su vado es casi siempre muy peligroso. Primero fue un guía a sondear el paso, y cuando hubo determinado el punto vadeable puso pequeñas balizas que nos sirvieron de rumbo. Por exceso de precaución, se adelantó a mí, llevando de la rienda a uno de los animales de tiro. Para luchar con mayor ventaja contra una corriente de las más rápidas, con el agua que llega hasta el lomo de las caballerías, es preciso mantener la cabeza del caballo vuelta en dirección a la corriente, arriesgando ser arrastrado si toma de flanco al animal. Bach me seguía de cerca, pero se dejó dominar por las aguas y pronto lo vi desaparecer con su caballo. Al oírlo gritar, me así lo antes que pude de la mula que llevaba mis notas, y mientras trataba de hacerla ganar la orilla mandé un guía en auxilio de mi desdichado compañero de viaje, a quien logró llevar a la ribera, no sin bastante trabajo. De primera intención puede suponerse que vadear un río poco profundo es cosa fácil, pero no es así; y cuando falta la costumbre sucede con excesiva frecuencia que la

1831
Río Grande

2 *Copernicia cerifera*.

3 Especie que he mencionado en Corrientes.

rapidez de la corriente maree y cause vértigos, de manera que se pierda la dirección deseada, sin casi advertirlo, y se sea arrastrado como lo fuera Bach. No ocurrieron otros accidentes, pero se perdió toda la tarde en pasar la gente y la carga. Luego se acampó junto al río para pasar la noche.

Nuestro campamento era muy precario. Estábamos en la arena, cerca de una espesura de un kilómetro de ancho, compuesta de grandes cañas con hojas en abanico. Habíamos observado en la arena muchas huellas de jaguares, y los pelos erizados de mi perro, así como su ladrido especial ya me tenían al tanto de la proximidad de tan incómodo vecino. Se alineó la carga en la arena y cada uno se acomodó como pudo, no lejos de los grandes fuegos que había mandado encender. Tras de una comida liviana se trató de descansar. La noche muy oscura, no podía ser más serena; el silencio imponente de lo deshabitado sólo se interrumpía con el rumor del agua y el ronco croar de algunos sapos que se repetía a intervalos, semejante al entrechocar de dos piedras. Pronto mi perro se lanzó con fuerza en una dirección dada, previniéndonos que un jaguar andaba por ahí rondando sin osar acercarse. Por el crujido de las cañas, colegíamos su proximidad y todo el mundo se puso de pie, por lo que me resolví a disparar unos tiros en dirección de donde provenía el ruido. La maniobra tuvo éxito; el jaguar se conformó con hacer resonar el eco de sus rugidos, durante buena parte de la noche, y ya empezábamos a recobrar la calma cuando una lluvia bastante abundante nos mojó hasta el amanecer.

En los viajes de esta clase el tiempo nunca constituye un obstáculo, y a pesar de la lluvia se prepara la partida. Los arrieros perdieron mucho tiempo en buscar sus mulas, que al acercarse el jaguar se habían dispersado por el campo, y pronto se comprobó que una no acudía al llamado; a medio kilómetro de distancia, se la encontró estrangulada y cubierta de heridas. Había sido muerta por el jaguar, al que faltó tiempo para devorarla, tal vez intimidado por los tiros que le disparara.

24 de junio

Pronto dejé el cañaveral y alcancé un terreno más elevado, cubierto de grandes árboles que no estaban mezclados con palmeras sino enlazados entre sí por una verdadera profusión de lianas. Muchos de esos árboles me impresionaron por la forma de su tronco, parecido a un huso. Estrechos en la base, se hinchan notablemente a dos o tres metros de altura y vuelven luego a estrecharse. Esta diferencia de diámetro alcanza a veces al doble de la dilatación[4], de modo que los extraños troncos contrastan con los demás, quebrando la

4 Se trata, creo, de una especie de falso algodonero, muy común en la parte oriental de la provincia de Chiquitos.

monotonía del conjunto. A unos ocho kilómetros, descubrí a mi derecha una depresión cubierta de agua; más lejos me vi ante otro pantano casi lleno de agua estancada y, sin embargo, poblado de árboles. En aquel lugar el camino era espantoso; hice dos leguas por ese pantano arcilloso donde los caballos se hundían hasta la cincha. Estuve a punto de quedarme diez veces, y me cansaba horriblemente sacando el caballo y buscando en vano partes mejores. Demoré cuatro horas en franquear el mal paso, del que por fin salí con gran alivio. El terreno se elevó en parte, y dos leguas más allá me encontré ante otro pantano inundado que era preciso atravesar. Este pantano, o, mejor dicho, este antiguo lecho de un río, tiene más o menos un kilómetro de anchura; está lleno de árboles caídos y ramas amontonadas, y el agua llega al vientre de los caballos. Me atreví a entrar y llegué con gran esfuerzo al borde opuesto tropezando a cada paso. Dos mulas de carga perdieron pie, mojando todos mis efectos. Por fin paré al anochecer a dos kilómetros de ahí, cerca de un pantano semejante, donde encontré los restos de una parada, llamada *ramadilla*. Se trataba de una especie de corral hecho de ramas secas, donde se podía encerrar caballos y mulas que por falta de pasto tenían que quedarse sin alimento, después de la jornada fatigosa que habíamos hecho. En aquel sitio hubo una cabaña cubierta de palmas, pero sólo encontramos sus vestigios. La lluvia seguía y nuestra situación se volvía difícil. Como el suelo, inundado por todas partes, no permitía acostarse, me decidí a colgar mi hamaca de los árboles y tender por encima una soga sobre la cual puse un cuero seco de buey doblado en dos, a modo de techo, que me dio cierto abrigo, facilitándome un descanso bien ganado por el cansancio del día.

Había sufrido toda clase de dificultades para recorrer las montañas, entre los precipicios de que están sembradas, pero nunca habría creído encontrarlas en medio de los llanos. Con una anchura apenas suficiente para que pase un caballo, el camino es un mero sendero tortuoso que obliga sin cesar a desmontar para abrirse paso, cuando los árboles desarraigados por el viento detienen al viajero, obstruyendo su marcha. A cada paso aparece un nuevo obstáculo, porque hay que echarse sobre el caballo para pasar bajo las ramas entrecruzadas o saltar sobre los troncos de árboles; todo esto, sin contar los baches y pantanos. Durante seis meses del año las comunicaciones están interrumpidas por completo, debido a la inundación, en tanto que en la estación seca hay tres días de marcha sin pasto para las caballerías y casi otro tanto sin agua para los viajeros.

Interrogué a mis guías acerca de los pantanos, en los cuales había reconocido, por los árboles caídos al mismo lado, los cauces transitorios de ríos. Tiempo

después completé mis informaciones con las personas más conocedoras de la región, adquiriendo la convicción de que esas charcas, llamadas *curichis* en la comarca, para diferenciarlas de los lugares en que el agua sigue un curso regular, tomando entonces el nombre de *arroyos* o *riachos*, son efectivamente lechos donde corre una masa considerable de agua en circunstancias determinadas. Al principio pensé que podría tratarse del Río Grande, cuyas aguas, mal encajonadas, desbordaran el cauce ordinario en la estación lluviosa, a fin de franquearse un camino por el bosque, pero muchas personas me aseguraron que dichos cursos de agua provienen del Río Parapiti que nace al este de Chuquisaca, baja a la llanura, atraviesa la provincia de Cordillera y se pierde en las arenas. Sucede también que cuando caen las grandes lluvias, demasiado fuertes para que el suelo las absorba, el agua atraviesa por distintos puntos la llanura arbolada, en busca del Río Grande, dejando tanto en un sitio como en otro esos lechos o pantanos que en ancho cubren casi diez leguas de bosque, y parecen extenderse de sursuroeste a nornordeste sobre dos o tres grados de extensión, atravesando el Monte Grande, bosque dilatado que en aquellas tierras horizontales reemplaza a las montañas que tantos geógrafos han ubicado sistemáticamente allí, para separar la vertiente del Plata de la del Amazonas.

Al dejar Ramadilla crucé el pantano vecino, más profundo que el de la víspera pero mucho menos ancho. Dos mulas de carga perdieron pie y por negligencia de arrieros y servidores permanecieron casi cinco minutos bajo el agua. Con los mismos accidentes que la víspera, estaba a punto de perder parte de mis efectos y las mercaderías que llevaba para mis trueques, y como el sendero angosto trazado en la floresta no permitía detenerse hasta que se llegara al paradero ordinario de la jornada, fue necesario tener paciencia hasta el anochecer.

25 de junio

Las tierras se elevaron poco a poco del otro lado del pantano. Siempre tan espeso, el bosque mostraba de trecho en trecho troncos fusiformes y cactus cuya altura se acercaba a la de los árboles de gran talla. Hacia el mediodía encontré con agrado un lindo espécimen de palmerita de hoja en abanico, que mis guías llamaban *saho*[5]. Con su altura de pocos metros, formaba pequeños conjuntos en medio de otros árboles; unos dos kilómetros más allá desapareció y sólo la volví a encontrar tres jornadas más adelante, siempre en el bosque. Paré temprano en el alto de *Calavera* donde mandé encender grandes fogatas para poner a secar el contenido de los baúles sumergidos. Esta precaución necesaria salvó casi todas las cosas y apenas tuve que lamentar el deterioro de algunos libros.

5 *Trithrinax brasiliensis*, Martius.

Como tampoco este alto ofrecía alimento a nuestras cabalgaduras, cansados de su abstinencia forzada, los animales se desataron durante la noche y al día siguiente se perdieron tres o cuatro horas en buscarlos, lo que nos hizo partir muy tarde y recorrer no más de cuatro a cinco leguas en la jornada. El bosque extremadamente espeso no mostraba más que algunos cactus arborescentes y troncos en forma de huso. El terreno se volvió algo desigual y dejó ver unas piedras aisladas en la superficie. Ya me empezaba a cansar la monotonía del bosque. No se oía otro ruido que el susurro del viento entre las hojas o el frotamiento de una rama con otra, produciendo sonidos tristes, melancólicos, semejantes a gemidos quejumbrosos. Me impresionaba el reposo absoluto de esas vastas soledades en que el viajero, perdido bajo una bóveda natural de vegetación, ya nada ve a cincuenta pasos y avanza sin cesar sin divisar casi el cielo. No hay un pájaro que alegre los aires con su canto, ni un ser viviente se muestra alrededor, y se diría que lejos de los lugares habitados por el hombre la naturaleza es fría e inanimada por doquier. La escasa variedad de la vegetación, reducida a pocas especies de árboles, me parecía quizás más fastidiosa que la inmensidad de los mares, en mis largas travesías. Ya en otra parte había observado que los bosques muy extensos, cuando no presentan claros, sólo contienen por lo general un número muy pequeño de especies vegetales y alimentan pocos animales. Para que un bosque sea animado es necesario que se vea sucederse con frecuencia los llanos, cursos de agua o fuertes irregularidades del terreno.

Menos tupido era el lugar en que habíamos parado; había un poco de pasto bajo los árboles y nuestros animales se encontraron a gusto; pero la carencia total de agua nos hizo sufrir mucha sed, por lo cual al día siguiente lo dejamos sin pesar, tratando de satisfacer nuestra necesidad más apremiante. Encontré agua unas leguas más allá, en un sitio donde mi perro me anunciaba la proximidad de un jaguar. Por lo común, asignaba poca importancia a esos animales tan comunes en esta región de América, pero un incidente vino a hacerme cambiar de actitud. Uno de mis ayudantes se había quedado rezagado y nosotros nos adelantábamos, cuando de pronto le oí proferir gritos extraños. En seguida acudí al galope, encontrándolo pálido de miedo, pese a tratarse de un hombre valiente, y a poca distancia alcancé a ver un jaguar que se alejaba por el bosque. El guía había dejado el fusil sobre el caballo que había atado a un árbol y se había alejado unos diez pasos, cuando un jaguar, que seguramente nos espiaba, se le acercó despacio, mirándolo como un gato que acecha al ratón. Mi ayudante no vio a la fiera hasta que ésta se disponía a acometerlo; entonces lanzó el

27 de junio

grito de terror que habíamos oído; este grito sorprendió al jaguar, permitiéndonos llegar antes del ataque.

Como los caballos y las mulas se habían repuesto por la noche, hice una docena de leguas por el bosque, dejando atrás los altos de la *Sienega*, *Sumuqué* y la *Cola*. En el último encontramos muchos rastros frescos de jaguar, los que no nos impidieron llegar, después de atravesar un llano circular cubierto de agua, hasta el alto del *Potrero Largo*, donde se encuentra otro gran llano alargado, inundado en parte y cubierto de un pasto tan alto como un hombre a caballo. Avancé hasta sus bordes y experimenté una alegría inexpresable al descubrir por fin el horizonte, y en este horizonte, al norte, varios grupos de las colinas de Chiquitos. Era ver tierra después de una larga navegación, el término de mis esfuerzos, y sobre todo el fin de las tierras inhabitadas y oscuras. Contemplé por largo rato aquel espectáculo que me resultaba tan grato y sólo atinaba a comparar el efecto que me producía con el que ejercen los primeros rayos de una luz intensa, después de unas tinieblas muy profundas.

Al día siguiente, seguí por el bosque los bordes del Potrero Largo, por espacio de una legua y media, y volví a hundirme en la sombra impenetrable, hasta el *Potrero de Upayares*[6] donde hice alto para pernoctar, después de cruzarlo, a seis leguas de la última parada. El monte había cambiado de aspecto; la proximidad de los llanos modificaba notablemente la vegetación; los árboles variaban al infinito y con gusto volví a ver las palmeras motacús, sahos y sumuqués, festoneando el paisaje con el encanto de su follaje elegante. Nunca había visto sumuqués tan altas. Sus troncos esbeltos y delgados atravesaban la espesura y los verdes manojos que los coronan se desplegaban a treinta metros por encima de los demás árboles. El Potrero de Upayares, llano redondeado de una legua de diámetro aproximadamente, se inunda durante cierta parte del año, y lo cubre un pasto tan alto que apenas deja sobresalir a un caballo.

28 de junio

La noche siguiente fue muy serena. La naturaleza parecía sumida en un reposo absoluto. No dormía, distraído con el agradable pensamiento de haber alcanzado el fin de mi viaje y de que pronto empezaría mi papel de observador entre los indígenas. En medio de mis ensueños creí oír una voz humana en el bosque cercano. Escucho. No me engaño... gritan. Entonces me levanto y despierto a uno de mis hombres, quien oye distintamente, igual que yo, una voz que parece llamar a intervalos. Estaba a punto de internarme en la arboleda cuando, despierto por nuestro diálogo, un muletero se empezó a reír, diciéndo-

6 *Upayares* es, en chiquito, el nombre *de ñandú* (avestruz americano).

nos que se trataba de un pájaro nocturno[7] cuyos gritos se parecen mucho a los de un hombre extraviado, que llama para encontrar su camino. Desde entonces escuché con frecuencia ese canto engañoso que, según se dice, habría perdido a más de un viajero, haciéndole buscar la persona extraviada o extraviándolo aún más, cuando ya lo estaba. Este pájaro nocturno impide que los indígenas puedan recurrir a los gritos para localizarse en el bosque, y les hizo adoptar la costumbre de emplear pitos para este efecto.

29 de junio

Abandonando el Potrero de Upayares volví a penetrar en el monte, por donde anduve cinco leguas, hasta el *Curichi* (pantano) de *Quita Calzón*, tan profundo que el agua llegaba hasta la mitad del vientre de mi caballo. Más adelante entré al *Potrero de la Cruz*, donde se me ofreció el contraste más espléndido. La campiña era muy variada. Los lugares arenosos tenían palmeras totaí[8] de copa redonda; las porciones húmedas estaban cubiertas de palmeras carondai, de follaje en abanico; alrededor del llano se observaba un borde de palmeras motacús color verde oscuro, coronadas a intervalos por penachos más altos de palmera sumuqué; todo limitado por el bosque, poblado por grandes árboles del follaje más diversificado. Admiraba el efecto imponente y pintoresco de la distribución de aquellas grandes especies vegetales sobre la fresca verdura del pasto y mi vista descansaba con agrado a lo lejos, en las colinas arboladas de Chiquitos. Creo que el hombre más estólido se habría impresionado ante la magnificencia del cuadro que se desplegaba ante mis ojos durante la jornada, mientras recorría una serie de pequeños llanos, teniendo a mi derecha las arboledas que bordean el San Miguel. Al caer la tarde hice alto a un cuarto de legua del río, pensando que al día siguiente encontraría por fin las primeras caras humanas. Con la variedad de los lugares y vegetación había vuelto a animarse el campo; por todas partes se veían pájaros a millares, devolviendo el buen humor a mi gente, cansada de la soledad y monotonía del bosque, tanto como de las privaciones que habíamos soportado. El trozo de tasajo echado esa noche sobre las brasas nos pareció a todos mejor que el de la víspera.

30 de junio

Al despuntar el día 30 me hallaba en los bosques que bordean el Río San Miguel, donde maté un ejemplar magnífico de ardilla. Llegué al río, que no se podía vadear por hallarse muy crecido; hice unos disparos de fusil para llamar la atención de los ocupantes de la finca San Julián, que debía estar cercana, y en efecto pronto apa-

7 Reconocí más tarde este pájaro, como una especie de tragavientos o *Caprimulgus*.

8 *Acrocoma totai*, Martius.

recieron los indios y me pasaron en canoa a la otra orilla. En ese punto el río tendrá a lo sumo cincuenta metros de ancho, pero corre muy encajonado y profundo. No hay duda de que ofrece bastante agua para navegarlo con facilidad en barco a vapor; sería, pues, practicable la navegación desde el Amazonas hasta allí, y entonces el comercio podría beneficiarse con los productos naturales y de la industria de toda la provincia de Chiquitos.

Mientras esperaba la llegada de la carga quise fumar y encendí un cigarro con los rayos solares, mediante una lupa. Los indios lo observaron con tanta sorpresa que me hicieron repetir muchas veces la experiencia: desde ese momento tuvieron conmigo una consideración especial que por lo demás me acompañó por todas las misiones, valiéndome ser visto como un personaje extraordinario.

A menos de un kilómetro de distancia encontré San Julián; es una *estancia* dependiente de la misión de San Javier. Se me instaló en una pieza destinada a los viajeros, donde en seguida recibí la visita de todas las mujeres indígenas, vestidas con su *tipoi*, especie de camisa larga de algodón sin mangas, adornada arriba y abajo con bordados de lana de color y larga hasta el suelo. Estos tipois no se atan en el talle, de manera que flotan sin amoldarse al cuerpo. Las mujeres llevaban el pelo arreglado en una trenza caída hacia atrás; su cuello y brazos estaban cargados con varios kilogramos de cuentas de vidrio colorado. Cada una me llevó un regalo, consistente en pollos, queso, miel, etc., esperando que por mi parte lo retribuyera con algunas bagatelas.

1831
Chiquitos

Al entrar en el cuarto para huéspedes sentí un olor fuerte a almizcle que me hizo casi añorar los vivacs de las noches anteriores; producían el olor miles de murciélagos que pululan en los techos. Desde el anochecer, nubes de estos animales salieron efectivamente por todas partes, sin conformarse con el campo, y llenaban la habitación impidiéndome descansar un solo instante por temor a sufrir sus mordeduras. Los vampiros o filóstomos abundan de tal modo en esos parajes que producen daños de gravedad a los caballos y hasta a las personas. Se aproximan de noche sin despertar a la víctima, le hincan en la piel sus dientes finos como agujas y succionan su sangre. Hacen todo esto con tal suavidad que sólo se advierte al día siguiente. Rara vez los vampiros se introducen en las casas, pero al aire libre hay que cubrirse por completo para librarse de ellos; así es cómo los indios tienen la costumbre de protegerse la cabeza, lo que no impide a los murciélagos picarles las piernas. Me lastimaron a menudo, pero solamente en los pies. La mordedura no tiene importancia por sí misma pero produce comezones atroces y provocan llagas, parecidos a los que causan las sanguijuelas. Los vampiros pican con frecuencia a perros y caballos; los últimos aparecen casi todas las mañanas

con el cuello ensangrentado, y esas heridas leves, renovadas sin cesar, les hacen enflaquecer y debilitan mucho. Hasta existen regiones, por ejemplo la provincia de Apolobamba, en que estos voraces animales no los dejan vivir. Dos de mis compañeros de viaje se quejaban a la mañana siguiente a nuestro arribo de esta plaga natural que los había mordido en la cara.

En los alrededores de San Julián el campo es muy accidentado. Hay muchas rocas de gneis, emergiendo del suelo, que contrastan con el pasto verde y los numerosos grupos de árboles dispersos por las colinas bajas. Las higueras de hojas enteras crecen por lo general en las grietas de las rocas, y sus raíces, al entrecruzarse en todos sentidos, parecían quererlas esconder. A veces esos árboles parecen salir de la misma roca y ofrecen un aspecto muy pintoresco.

Todavía me separaban catorce leguas de la misión de San Javier. Al salir de la estancia crucé un bosque de palmeras carondai de una legua de extensión, que tienen la particularidad de crecer solas, sin mezcla de otros árboles. Allí pude ver por primera vez los hermosos algarrobos color de fuego que los moradores llaman *maticos*. Animaban el contorno numerosas bandadas de guacamayos de distintas especies y legiones de loros. Gané una pequeña colina arbolada que me condujo hasta el Río *Quisere*, afluente del San Miguel, y después de haberlo cruzado subí o otra colina en la que tuve que detenerme. En el alto del Rosario, el campo ofrecía vistas encantadoras, en todas direcciones, y agradables contrastes de vegetación: palmeras carondai en los llanos inundados; laderas matizadas de palmeras totaí, en las partes no arboladas; palmeras motacús, marayahus y bambúes de tallos lanceolados, en las hondonadas. Después de la monotonía de Monte Grande, no podía cansarme de contemplar esos campos en que todos los elementos serían preciosos recursos para el agricultor, pero donde la naturaleza virgen aún despliega tesoros hasta ahora desaprovechados. La noche anterior los vampiros habían turbado nuestro sueño; en ésta los jaguares se encargaron de tenernos en pie, para echarlos a tiros de fusil: así es cómo el animal terrible y el insignificante obtenían el mismo resultado. Gracias a nuestra vigilancia no perdimos ninguna cabalgadura.

Estadía en las misiones del oeste de la provincia de Chiquitos

Misión de San Javier

Al amanecer tomé la delantera y después de haber recorrido nueve leguas de las colinas más bonitas, por una campiña encantadora en sus detalles, por

la vegetación y masa de gneis, llegué por fin a la misión, situada en la cima de una colina. El administrador me recibió como a un gran personaje; se me dio el mejor alojamiento y el cura mandó preguntar si quería oír la misa que me dedicaba. Después de la ceremonia recibí la visita y cumplidos de todos los jefes indígenas, quienes, tras haberme dado un *abrazo*, me congratularon y ofrecieron sus servicios. Escuché las arengas en su propio idioma y luego su traducción al castellano, por el intérprete. Respondíles en la misma forma y luego pude empezar a instalarme en mi nuevo alojamiento, que me pareció un verdadero palacio. Se trataba de una sala enorme amueblada con una cama de madera y sillones del mismo material, cubiertos de cuero curtido.

1831
San Javier
(Chiquitos)
2 de julio

Permanecí en San Javier cuatro días dedicados a recorrer los alrededores con el objeto de recoger muestras de historia natural y tomar notas acerca de la misión. Villa grande y hermosa, situada agradablemente en la cima de las colinas arboladas más altas, y muy bien distribuidas, San Javier posee una hermosa iglesia que no habría sido desdeñada en muchas ciudades nuestras. Esta iglesia, bastante espaciosa para contener de cuatro a cinco mil personas, presenta por fuera un frontón sostenido por grandes columnas de madera y por dentro dos hileras de las mismas columnas. Cubierta de esculturas ornamentales, al estilo de la Edad Media, sus muros resplandecen por estar revestidos de láminas de *mica*. El altar mayor es muy hermoso y los días de fiesta el órgano acompaña los cantos. Cerca de la iglesia se alza el colegio o casa de gobierno, distribuido en torno a cuatro grandes patios, que ofrece departamentos espaciosos para el administrador, el cura, las habitaciones destinadas a los viajeros y numerosos talleres. Cuarenta telares funcionan sin interrupción y vi también curtidores, zapateros, carpinteros, torneros y herreros. Observé además instalaciones para la refinación y blanqueo de la cera de abejas silvestres y para la elaboración de azúcar. Estos talleres suministran productos expedidos todos los años a Santa Cruz por cuenta del Estado, único propietario aquí. Las casas de los indígenas forman manzanas alargadas, dispuestas en calles longitudinales y transversales, alrededor de una gran plaza, uno de cuyos lados cierra la iglesia. Esta plaza, ornada con una cruz de madera, posee en sus cuatro ángulos capillas destinadas al ceremonial de las procesiones. La misión se fundó en 1691[9].

El 3 de julio –un domingo– concurrí a la iglesia con el administrador. Se cantó una gran misa con música italiana, y tuve la verdadera sorpresa de en-

9 *Relación histórica de las misiones de Chiquitos*, p. 63.

contrar entre los indios esta música preferible a toda la que había escuchado aun en las ciudades más ricas de Bolivia. El director del coro por un lado conduciendo el canto, el de orquesta, por el otro, ejecutando diversos fragmentos con admirable armonía. Cada cantor, cada corista, con la partitura ante sí, desempeñaba su parte con gusto, acompañado por el órgano y numerosos violines fabricados por los indígenas. Escuchaba esa música con placer debido en parte a que en todo el resto de América no había podido oír otra mejor. Era un resto del esplendor introducido en las misiones por los jesuitas, cuyos trabajos tuve necesariamente que admirar, pensando que antes de su llegada los chiquitos, todavía en estado salvaje, se hallaban dispersos por los bosques. En la iglesia los hombres se ubican a un lado, las mujeres al otro y los niños aparte, todos en el mayor recogimiento.

Una manera fácil de apreciar el conjunto de una población es instalarse a la salida de la iglesia; la empleé, impresionándome la estatura elevada de los indios: fuertes, robustos, de rostro interesante, sin ser bello; su nariz es corta, un poco ancha; sus ojos, horizontales, y el mentón rara vez muestra vestigios de barba. Llevan la ropa de los campesinos de Santa Cruz; tienen un calzón de algodón, camisa y la cabeza descubierta, con los cabellos que caen sobre los hombros. Las mujeres, bastante poco agraciadas sin ser feas, usan el tipoi y la cabellera suelta. Advertí que los jóvenes de ambos sexos tenían el pelo muy corto. Interrogué al respecto al cura y el administrador, quienes me explicaron que se trataba de una antigua costumbre instaurada por los jesuitas y mantenida hasta el presente. Con el propósito de estimular el aumento de la población, los jesuitas prohibían a mujeres y hombres dejarse el pelo largo antes de haber tenido hijos. Las parejas jóvenes, que por esto se diferencian de los demás matrimonios y reciben el mote de *pelados* y *peladas*, sufren la contrariedad imaginable y realizan esfuerzos para merecer el derecho a usar una cabellera larga. Se casa a las niñas de diez a doce años y a los varones, de trece a quince; en la misión los hombres no pueden permanecer solteros o viudos, y lo mismo se aplica a las mujeres jóvenes. En 1825 la población de San Javier ascendía a más de dos mil habitantes. Diezmada por una epidemia de viruela, estaba reducida a la mitad. Todos pertenecen a la nación de los chiquitos.

Esta merma impresionante de la población, debida a la viruela boba, parece extraordinaria a primera vista y todos tratan de averiguar el motivo. También me sorprendió y pregunté sus causas verdaderas al cura y al administrador. Supe que la enfermedad había resultado devastadora por falta de precauciones. En tiempos de los jesuitas se ejercía tina vigilancia severa sobre todo lo concerniente a la salud de los indígenas, y los padres les administraban

medicamentos. Actualmente el indio enfermo es abandonado a sus propios recursos. Nadie lo atiende ni piensa en cuidarlo... De ahí resulta una mortalidad mucho mayor que antes, y la población, lejos de aumentar, disminuye en forma sensible. Durante la epidemia de viruela, el indígena afectado de fiebre ardiente consideraba natural saciar la sed y refrescarse bañándose en las aguas más frías de los arroyos, lo cual producía una agravación y la muerte casi segura del enfermo. Así fue cómo la mitad de los habitantes de San Javier pereció en 1825, en tanto que una medida preventiva, al impedirles alejarse de sus casas, habría conjurado este desastroso resultado[10]. Esperemos que en el futuro los intereses de la humanidad ocupen su lugar junto a los intereses personales, y que esos hombres aún carentes de experiencia sean orientados por aquellos cuya posición inviste de un poder ilimitado sobre estos novicios de la civilización y la vida social.

Durante mi permanencia en la misión fui a visitar el valle vecino donde, en el arroyo San Pedro, se habían encontrado vestigios de oro. Hice cavar y lavar, recogiendo en efecto varias pajuelas que denunciaban la presencia del metal precioso. Dudo, sin embargo, que su explotación ofrezca jamás grandes ventajas porque los aluviones no me parecían bastante ricos. Sería bueno, empero, hacer nuevos cateos, sobre todo en los lugares más irregulares.

La provincia de Chiquitos era muy extensa y debía quedarse poco tiempo en cada misión si quería recorrerlas todas. Me dediqué, pues, a preparar mi partida; tuve una gran dificultad: después de las guerras de la independencia, la provincia había quedado desprovista de caballos. Como no encontraba animales para el acarreo de mis baúles, el administrador me propuso hacerlos llevar por hombres. Al principio rehusé, pero luego tuve que consentir so pena de no poder proseguir mi viaje. Puesto que el bagaje de mi expedición se componía de doce baúles, se destinaron cuarenta y ocho indígenas para transportarlos: cuatro por bulto. Doce cocineros se despacharon con anticipación para preparar comida en las paradas del camino, y además se me proporcionaron dos intérpretes para que me entendiera con los chiquitos y aprendiera los nombres de los lugares que deseara designar con exactitud en mis itinerarios.

Diez y ocho leguas me separaban de la misión de Concepción, a la que me dirigía; al amanecer partieron mis sesenta indios cocineros y cargadores. La

7 de julio

necesidad de imponer a los últimos mil servicio de tal naturaleza me contrariaba enormemente, pero tuve que resignarme porque no tenía para elegir. Un rato más tarde, me

10 Hablando de la raza americana, se dijo a menudo que la varicela le causaba más estragos que a la blanca. El fenómeno se explica con lo que acabo de expresar.

puse en marcha, acompañado, durante una legua, por el cura y el administrador. Todas las mujeres de la misión se habían congregado para despedirme y cada una me gritaba al pasar: *¿Cha muche ami ichupo?* (¿Cómo estás, padre mío?).

Atravesé nueve leguas de un suelo muy arbolado y accidentado, cortando todos los arroyitos y riachos pertenecientes a la vertiente septentrional de la cadena de colinas de Chiquitos, en dirección nordeste. Esas colinas, muy húmedas, están todas cubiertas de una vegetación activa, extremadamente variada. Encontré muchas palmeras –entre otras, una magnífica especie nueva[11]– y numerosos bambúes de quince a veinte metros de altura. Por sus dimensiones, un árbol me impresionó sobre toda aquella rica naturaleza aún virgen; sus ramas muy elevadas cubrían una superficie inmensa y el tronco me dio, cerca de la base, nueve metros de perímetro. Más lejos, las colinas, menos húmedas y boscosas, presentaban bajo los árboles, cañas encantadoras de tronco muy delgado y provisto, a intervalos, de hojas verticiladas de fina elegancia. En el camino hay paradores, provistos de un rancho, cada tres leguas. Me detuve en el tercero, que por su posición llaman *Ramada del Medio*. Los cocineros me esperaban con la comida preparada. Durante todo el día nos habían comido los jejenes (*marehui*, para los españoles) que los mosquitos reemplazaron a la noche, con análogo encarnizamiento, dejándonos las caras tan hinchadas que estábamos irreconocibles.

Al día siguiente, recorrimos un trecho semejante al de la víspera. Seguían las colinas de gneis que a ratos dejaban sitio a planicies cubiertas de piedras de cuarzo lechoso, restos de rocas de la misma edad. El suelo siempre se mostraba muy desigual; en el fondo de las hondonadas crecía una vegetación activa, en tanto que las cimas de las colinas estaban casi peladas, por lo que se las llamaba *potreritos*. Allá vi por primera vez la magnífica palmera llamada *Cusich*[12] (cuchillo) por los chiquitos. Me produjeron admiración sus largas hojas, iguales a una hoja de sable, dirigidas al cielo. Es una de las especies más bonitas de la comarca. También encontré en las colinas el arbusto del que los paraguayos extraen el mate. Me sorprendió mucho tal encuentro porque la libra de yerba costaba dos pesos (diez francos) en Santa Cruz, cuando en esos parajes se podía explotar con buen rendimiento. Dos leguas antes de llegar a la misión de Concepción, el terreno se elevó un poco y me encontré en una vasta llanura salpicada

8 de julio

11 Es el *Guilielma insignis*.

12 Especie nueva del género *Orbignia*, Martius.

de árboles aislados, que ofrecía un aspecto seco y árido con el suelo cubierto de riñoncitos de hierro hidratado, mezclados con gruesas arenas diluvianas. Abundaba tanto el hierro hidratado que pensé en el provecho cuantioso que se obtendría de su explotación, instalando hornos catalanes cuyo combustible suministraría en abundancia el bosque cercano.

Misión de Concepción

10 de julio

La misión de Concepción, en la que estuve tres días aunque volví con posterioridad, está situada en medio de una meseta redondeada, de cinco leguas de diámetro, cuyas pendientes son más pronunciadas al nordeste y sudoeste. Con sólo verla pude reconocer su superioridad sobre San Javier. La población es mucho más numerosa (alrededor de tres mil almas) y los edificios, mejores. La iglesia se distingue en especial por las pinturas góticas que exornan el interior. El domingo después de la misa, en que los indios interpretaron una música bastante apreciable, todas las indias tuvieron la idea de visitarme; al principio llegaron veinte o treinta, me dieron la bienvenida a su tierra y luego fueron a sentarse junto a las paredes de la sala. Su número crecía a cada momento y oía que algunas me interpelaban, diciendo: *¡Por Cristo, señor!* Inquirí el significado de esta frase y el administrador me dijo que esperaban mis regalos para irse y que no se irían antes de haberlos recibido. Les hice repartir cuentas de vidrio y agujas. Se levantaron, pero su número aumentaba en razón de mí generosidad; al advertir que no me daría abasto, me retiré para sustraerme a su importunidad.

1831
Concepción
(Chiquitos)

Había oído hablar del *Guatoroch*[13], antiguo juego nacional que se conservaba en la provincia. Es un juego de pelota que se practica con la cabeza, sin intervención de las manos, al que todos los indios se dedican los días de fiesta. Como expresara el deseo de presenciar su práctica, el cura tuvo a bien preparar una función en grande. También más tarde tuve ocasión de asistir a esta diversión, en las misiones del centro de la provincia. A las tres, una música salvaje me anunció la llegada de los jugadores. Se trataba de uno de los bandos, compuesto de veinticinco a treinta indígenas que llevaban en

13 *Guatoroch* es, en chiquito, el nombre del árbol que produce caucho y el del mismo caucho con que se hace la pelota.

triunfo un gran paquete de mazorcas de maíz, destinado a marcar el lado ganador. Varios músicos acompañaban a estos indios: unos, golpeando tamboriles; otros sacudiendo una calabaza llena de piedritas; otros tocando pitos o largos bambúes, como flautas, con dos perforaciones hechas al extremo, que obligaban al músico a estirar el brazo a fin de extraerles sonidos. Todos bailaron alrededor del paquete de mazorcas, haciendo las contorsiones y adoptando las actitudes más extravagantes. El equipo contrario llegó pronto, con una música análoga y tomando asimismo actitudes grotescas. Ambos bandos se burlaron uno del otro, durante un rato, paseando en torno al gran patio del colegio. Procedieron a designar a los jugadores encargados de lanzar la pelota por cada equipo; los jueces trazaron dos líneas que deberían servir de límite a los jugadores, quienes se ubicaron a cada lado, de manera que sus cabezas estuvieran en las condiciones más favorables para recibir la pelota. Adelante había una fila en cuclillas, para recibir los tiros rasantes; los demás se hincaron atrás, de acuerdo a su estatura. La música y tambores de ambos bandos pregonaron el comienzo del encuentro. El indio elegido para tirar la pelota a su grupo bailó largamente, girando al compás de la música; mientras saltaba, tiró la pelota al suelo, y al rebotar le dio un golpe con la frente, lanzándola a su equipo, que también con la cabeza la dirigió al bando enemigo, que debía devolverla, prosiguiendo así el juego hasta que alguno erró. Entonces el equipo contrario recibió un marlo en señal de ventaja y se burló de sus adversarios. El bando que, después de luchar con encarnizamiento durante todo el día, obtuvo mayor número de mazorcas, fue declarado ganador; había adquirido el derecho exclusivo de beber la chicha preparada en común, y de burlarse impunemente de los vencidos.

Me divirtió mucho este raro juego, en el cual todas las miradas y las cabezas están en movimiento; en que la pelota se lanza como una bala por una cabeza y es recibida por otra; en que esa pelota aunque esté casi en el suelo, es levantada hábilmente con la cabeza, cosa que varias veces creí irrealizable sin asomarse contra el piso. Me recordaba el juego que practican los patagones, no con la cabeza sino con el pecho. En estos ejercicios de eximia gimnasia el hombre parece gozar en multiplicar las dificultades, como si quisiera aumentar su gloria superándolas.

Después de haber recorrido la misión, quise escuchar las oraciones vespertinas de los indios, oportunidad en que hombres, mujeres y niños entonan un coro, con afinación realmente notable. Siempre tuve en las misiones el máximo interés por estos cantos, cuya armonía tanto contrasta con el estado aún semisalvaje de los virtuosos que los ejecutan.

Distante cuarenta y siete leguas de San Miguel y diez y ocho de San Javier, Concepción quizás sea, de todas las misiones, la que haya costado mayor trabajo establecer a los jesuitas. La fundaron en 1707. El administrador me había asegurado que allí se hablaban ocho lenguas distintas; quise tener la confirmación de este aserto, formando vocabularios con los distintos idiomas, y pude llegar a la convicción, mediante una comparación minuciosa, de que en realidad no había más que tres, incluidos sus dialectos, que corresponden a las siguientes naciones:

1° *Quitemocas*, con su tribu de *napecas*, los más numerosos de la misión; dulces, buenos y de los más robustos, pero en general muy feos. En su origen vivían cerca de las orillas del Río Blanco; llevados a Chiquitos unos y a Moxos los demás, se les llama *Chapacuras*. El idioma de estos indios es bastante duro; les gusta la vida salvaje, que con frecuencia vuelven a buscar al fondo de los bosques.

2° *Paiconecas*, con su tribu de *paunacas*, restos de una nación distinta, traída por los jesuitas de las selvas situadas al nordeste de la misión. Son los más taciturnos de todos los indígenas de la provincia.

3° *Chiquitos*, compuesta por las tribus *cuciquia*, *yurucaritia* y *mococas*; las dos primeras tienen un lenguaje muy alterado, mezcla de palabras que sin duda provienen de idiomas diferentes.

Sea como fuere, había una dificultad más que vencer en Concepción, donde se trataba de reunir tres naciones distintas que formaban ocho secciones en cierto modo enemigas y dispersas en los bosques. Tuve que admirar el trabajo y perseverancia que necesitaron aquellos hombres tan calumniados para llegar a formar un todo homogéneo con elementos tan disímiles. Para obtener la desaparición gradual de los diferentes dialectos, los jesuitas se tomaban el cuidado de mezclar a los indios que los hablaban con la nación dominante, de los chiquitos, exigiendo que las oraciones y todo tipo de relaciones establecidas entre ellos se efectuaran en este idioma. Se produjeron muchas alteraciones en las demás lenguas, y si actualmente esas naciones todavía emplean sus dialectos en el seno de las familias, ya empiezan a olvidarlos, como sucedió con otros. Antes de medio siglo no existirá sino una lengua en esta misión, y el propósito de los jesuitas se verá realizado a más de un siglo después de su expulsión[14].

Por sus productos, Concepción es una de las misiones más ricas. Produce un algodón magnífico, un índigo superior y los bosques vecinos rinden mucha

14 Humboldt, *Relación Histórica*, t. VIII, p. 65, aprueba ese sistema introducido por los jesuitas.

cera y vainilla; pero la dureza del administrador actual molesta a los indígenas que, para sustraerse a sus exigencias, escapan al bosque donde se vuelven salvajes. Así es cómo un quinto de la población ha recobrado sus costumbres primitivas, junto a las fuentes del Río Blanco, donde el suelo generoso les ofrece alimento abundante, casi sin esfuerzo. Al no tener necesidades, los indios son más felices que en la misión, donde aparte de los trabajos del gobierno deben efectuar los correspondientes al cura y al administrador, que no se los escatiman para nada.

Supe que a dos leguas de allí crecía una palmera de especie rara por su hermosura; así que fui a buscar, en todo su esplendor, en el fondo de una hondonada, la *palma real*[15]. Su tronco esbelto, muy recto, termina a quince o veinte metros de altura, en un manojo de hojas en abanico, de cinco metros de largo e igual anchura. No puedo expresar el placer que me producían estos vegetales tan notables de los países cálidos. Aquí eran unisexuados: unos sostenían racimos de cocos, adornados de escamas pulidas, y los otros, largos pedúnculos de flores masculinas.

El 12 de julio partí de Concepción a San Miguel, en compañía de cuarenta indios cargados con mis baúles y quince cocineros que llevaban los víveres. Había que franquear un territorio deshabitado de unas cuarenta y siete leguas, en dirección estesudeste. Hasta la primera parada recorrí tres leguas de llanos poblados de árboles aislados. En seguida penetré en la floresta, donde anduve cinco leguas más. El suelo era muy irregular, cortado por arroyitos que llevan sus aguas hacia el norte. Los atravesé sobre puentes de ramas, cubiertos de tierra. Con frecuencia encontraba grandes formaciones rocosas de gneis, cuyas paredes desnudas contrastaban con la vegetación del bosque. Era la estación que en aquellos parajes equivale a nuestro invierno. Los árboles tenían hojas, pero de color verde triste, muchos vegetales estaban desnudos, trasuntando ese momento de reposo que en la naturaleza preludia la primavera. Coloquíntidas, vainas de fréjoles silvestres pendían por todas partes en guirnaldas, pero nada verde cubría el suelo, porque estaban secas todas las plantas que lo suelen tapizar.

Acampado con mis indígenas cerca de la salida del bosque, la oscuridad, los fuegos dispersos y rodeados por las hamacas blancas de los indios, y el silencio imponente de la solemnidad, conferían al vivac una soledad cautivante. En sus viajes, los chiquitos jamás hacen alto en el llano; pasan la noche en los bosques. Plantando postes o aprovechando los árboles existentes, cuelgan

15 *Es la Mauritia vinifera.*

sus hamacas en círculos de cinco a seis cada uno y prenden en medio de cada grupo una fogata que mantienen toda la noche para calentarse, porque no acostumbran taparse. Al caer el sol, en cuanto acaban de comer, se acuestan y duermen. Por lo común, se despiertan un poco antes del alba, hablan entre sí de sus padres muertos, se lamentan hasta que llegue el día. Entonces se levantan y preparan su almuerzo, pero no parten hasta que el sol haya evaporado la mayor parte del rocío nocturno. Un chiquito nunca viaja solo ni de noche; el fuego del sol más ardiente le es indiferente, no piensa siquiera en protegerse la cabeza, que lleva siempre descubierta, pero se sentiría perdido si tuviera que dar un paso en la oscuridad.

13 de julio

Al dejar el bosque atravesé sucesivamente cuatro leguas de pequeños llanos redondeados, circundados por bosques poco espesos, hasta el alto denominado *Ramada de Tejas*, debido a que en efecto su cabaña está techada con tejas. Entré en otro bosque menos accidentado que el de la víspera, pero de aspecto idéntico, y tras de otras cuatro leguas paré en la *Ramada de Medio Monte*, donde tuve tiempo para cazar y recoger muchas plantas antes que anocheciera.

14 de julio

De la Ramada de Medio Monte me dirigí a *Guarayito*, a ocho leguas de distancia y cuatro del riacho *Sapococh*[16] que después de haber recibido los arroyos que ya había cruzado la antevíspera, se dirige al suroeste, hacia el Río San Miguel. En tiempo de las crecientes, sus aguas son profundas y corren con mucha violencia; aquellos días estaban bajas y me permitieron vadearlo, medio que consideré más prudente que recurrir a un gran puente de ramaje, en bastante mal estado, en el cual temía hundirme. Durante toda la jornada había pasado un suelo muy curioso, desde el punto de vista geológico. De trecho en trecho observé superficies sólo cubiertas de plantitas gramíneas. Buscaba el motivo, cuando la desnudez de numerosos puntos no permitió reconocer que esas planicies, siempre limitadas, son meras superficies horizontales compuestas por capas de gneis compacto, sobre las cuales no hay tierra vegetal suficiente para que los árboles se desarrollen. Son también sitios en que el agua se estanca por falta de desagüe. Estas plataformas tan frecuentes me interesaban mucho por constituir una prueba de la poca dislocación sufrida por extensiones que solían alcanzar hasta dos kilómetros de diámetro. Su mal aspecto me había hecho creer que carecían de grietas, pero luego advertí que la plataforma cubierta de gramíneas era atravesada a veces por una hilera de árboles. En aquellos lugares, donde el

16 *Sapococh* es el nombre chiquito de todos los riachos y arroyos.

hombre aún no ha impuesto modificaciones a la naturaleza, no podía creer que alguien se hubiera puesto a alinear los árboles de tal modo.

Examinando atentamente la formación, noté que las hileras correspondían a anchas hendiduras de la masa de gneis que se habían rellenado de tierra en cantidad suficiente para que los árboles pudieran desarrollarse.

Al nornordeste del Sapococh y hasta el Guarayito advertí por encima del bosque grandes mamelones de gneis compacto[17], y me acosté al pie de uno, el Guarayito, que pude estudiar con cuidado. Como en su cima forma una meseta bastante extensa y sus laderas cortadas casi a pico, creí que se trataba de una plataforma análoga a todas las que encontrara a nivel del suelo, que por falla de las capas circundantes se hallara a unos cientos de metros más alta que las demás, situadas al pie y formando parte quizá de la misma masa. Esas especies de mesas ofrecen gran interés en cuanto ponen de manifiesto que en aquellos lugares se produjeron dislocaciones de valor diferente. Recorrí parte del contorno de aquel promontorio, sin haber podido descubrir ningún punto abordable para tener acceso a la cima del Guarayito, aunque la presencia de una cruz clavada en lo alto me indicaba con elocuencia que alguien había subido.

Por estas vastas soledades el viaje es fácil, pero se sufre el tormento de miríadas de insectos: de día, los jejenes; de noche, los mosquitos. Hasta los animales más inofensivos resultan ser los más molestos. Quiero referirme a las abejitas sin aguijón, cuyos enjambres pululan en los bosques. Cuando se hace alto, con intensión de aprovechar el descanso, miles de estos insectos se posan en la cara y manos del viajero, buscando la humedad con encarnizamiento sin igual, por lo que eligen en especial boca y ojos. No se puede hablar sin tragarlos y es preciso espantarlos sin cesar del rostro, al que rodean con una espesa nube. Es enojoso tener que pagar tan caro el placer de hollar esos campos aún vírgenes, donde el hombre habrá de encontrar, cuando venga a explotarlos, los mejores elementos de riqueza. No hay duda de que esas plagas del despoblado disminuyen y hasta desaparecen en cuanto el hombre lo puebla, como ocurre con las misiones, que ahora no las padecen. ¡Cuántas veces habré lamentado la suerte de los labradores de algunas provincias francesas donde, a costa de un trabajo obstinado, el hombre más laborioso apenas logra dar a su familia un alimento grosero e insuficiente, en tanto que una extensión tan grande de estas bellas comarcas americanas, aún inculta, podría procurarles cosechas inmensas en escasos días de moderada labor!

17 Estos mamelones son semejantes a los que menciona Humboldt (*Relation historique*, t. VIII, p. 34) a orillas del Casiquiare.

15 de julio

De la parada de Guarayito recorrí en una jornada once leguas hasta la ramada de *Pausiquia*. El campo se volvió menos variado, apareciendo a veces cubierto de bosques y a veces moteado de pequeñas planicies redondeadas, parecidas a las de los días pasados. Ya no mostraban su follaje las elegantes palmeras, y cerca de Pausiquia las colinas están casi desprovistas de vegetación y sembradas de piedritas. Durante todo el día el calor había sido sofocante y el cielo cargado de nubes presagiaba tormenta. En efecto, el trueno resonó a lo lejos y de pronto aquel calor aplastante fue barrido por un viento sur tan frío que, bajo el cobertizo en que me hallaba sin ningún abrigo, pasé tiritando gran parte de la noche. Los paraderos o ramadas constan de un simple techado para que la libre circulación del viento aleje los mosquitos con más facilidad; de manera que, cuando existen, esos techos sólo pueden proteger al viajero de la lluvia, sin preservarlo de los cambios de temperatura.

Aún tenía que recorrer doce leguas antes de llegar a San Miguel. Crucé la campiña más alegre, moteada de árboles y planicies, hasta la parada del *Carmen*, situada cerca de otro riacho también llamado *Sapococh* que recibe las aguas de los alrededores de Santa Ana, San Ignacio y San Miguel, constituyendo además un afluente del Río San Miguel. Se atraviesa por medio de un puente de ramas. Allí encontré a muchos indios de San Miguel pescando con redes. Al acercarme a San Miguel el campo es más seco; pude ver allí muchos lugares cultivados.

Al entrar en el patio del colegio de San Miguel, encontré al gobernador que montaba a caballo para salir a mi encuentro. Había venido expresamente para recibirme de Santa Ana, la capital y su residencia habitual. Fui muy sensible a su amabilidad y a la gentileza perfecta de la acogida que me dispensó. Pronto nos hicimos los mejores amigos del mundo y llegué a convencerme de que me acompañaría por toda la provincia, circunstancia que aseguraba el éxito de mi viaje, facilitándome todos los medios de efectuarlo.

Estadía en las misiones del centro de la provincia de Chiquitos

Misión de San Miguel

San Miguel es una de las misiones mayores del país; cuenta en la actualidad con 2.500 habitantes, todos de raza chiquita, divididos en seis secciones[18]

18 Son los *pequicas*, *saracas*, *parahacas*, *guazoroch*, *guazoros* y *guarayos*.

que hablan el mismo idioma. El pueblo está situado a cuarenta y siete leguas de Concepción, y a unas once, en dirección sursudoeste, de Santa Ana; más cerca de San Rafael y más alejada de San Ignacio. Su ubicación es encantadora: ocupa la cima de una suave colina, rodeada de campos de cultivo sobre los cuales la vista se desliza con agrado para detenerse más allá, a distancia, en bosques cuyo verdor sombrío encuadra todo el horizonte. Grande y espaciosa, la misión encierra algunos de los mejores edificios de la provincia. La iglesia es notable sobre todo por sus dimensiones y un frontispicio de columnas; en su interior tuve ocasión de admirar una estatua de San Miguel, patrono de la misión, esculpida en Roma por un artista excelente. En esta iglesia de ricos ornamentos, escuché buena música italiana que los indígenas ejecutaron. Las casas de ellos están muy bien alineadas, y sobre todo distribuidas de manera que el aire circule libremente.

1831
San Miguel (Chiquitos)

Antes de irme de San Miguel anotaré un episodio susceptible de ejercer influencia notable en el porvenir de la región. Mediante una ley primitiva, la península había impedido durante mucho tiempo la extensión del cultivo de la vid y el olivo, para reservarse el monopolio de su importación, por lo que esas plantaciones constituían excepción. El gobernador, don Marcelino de la Peña, hombre de mérito, pasó varios años pidiendo plantas de vid para hacer ensayos de plantación. Hacía unos días que por fin las había recibido y teníamos que buscar juntos el lugar favorable para plantarlas. Espero que la tentativa resulte coronada del éxito que merece y que el nuevo producto se agregue a los que ya da la provincia.

19 de julio

El 19 de julio fui a Santa Ana con el gobernador, atravesando campos muy ricos, salpicados de pequeñas planicies, en las colinas y valles cubiertos de verdor, donde sobresalía una linda especie pequeña de bambú. A las seis leguas de marcha se hizo alto bajo una ramada donde nos esperaba una comida espléndida, pues el gobernador había despachado con antelación un grupo de cocineros. Más allá me detuvo unos momentos un valle delicioso llamado *Motacucito*, distante tres leguas de Santa Ana; con posterioridad volví para pasar un día entero estudiando sus cercanías. A cada lado se alzan colinas, desnudas en parte, y que muestran magníficos esquistos micáceos ondulados, llenos de cristales de granate y estaurótidas. Una vegetación activa ocupa el fondo del valle, donde las palmeras motacús se mezclan a los helechos arborescentes, en el fondo de espesuras variadas y pintorescas, animadas por numerosos pájaros a los que atraen la sombra y humedad del lugar. Luego el campo se muestra más variado

por todas partes, entrecortado de vallecitos cubiertos de pasto y leves irregularidades llenas de vegetación. A dos leguas de Santa Ana encontramos al cura y al secretario del gobernador que venían a nuestro encuentro, y, más lejos, al cacique indio con los jueces principales, quienes, después de haberme cumplimentado, volvieron a galope para anunciar nuestra llegada, pues el gobernador quería dispensarme todos los honores correspondientes a los gobernadores bajo el régimen español, cuando llegara a su capital.

Misión de Santa Ana

1831
Santa Ana
(Chiquitos)

En la entrada de la misión nos esperaba un arco de triunfo hecho de ramas y palmas. Apenas hubimos llegado empezó la música. Indios jóvenes de ambos sexos, vestidos con limpieza al modo de la región, iniciaron un hermoso baile, especie de vals o cadena sin fin, a cuya terminación cantaron todos juntos mi feliz arribo. Quedé tan emocionado como sorprendido por la atención del gobernador y el conjunto del cortejo. Abrían la marcha cacique y jueces, manteniendo en alto sus cañas, símbolos de autoridad; luego venía una cincuentena de músicos y los bailarines que avanzaban danzando ante nosotros. A la entrada de la plaza se alzaba un segundo arco de triunfo bajo el cual tuvimos que escuchar nuevas coplas y ver nuevos bailes, rodeados por toda la población de la misión, que acudió para honrarnos. Por fin, después de haber atravesado la plaza con nuestro cortejo, llegamos a la casa del gobernador. Bailes y cantos prosiguieron en la sala, donde siempre se me designaba con el nombre de *Don Carlos o Señor Doctor*[19]. Aunque nueva para mí, la escena me cansaba en exceso. Habría dado cualquier cosa por sustraerme a los honores con que se me abrumaba y, sin embargo, el gobernador quiso que se festejara mi llegada durante tres días consecutivos, con el objeto, decía, de que los indios me consideraran un enviado del gobierno boliviano, un igual al gobernador, lo que no era poco decir para aquellas pobres gentes, que consideraban al gobernador un ser sobrenatural, investido de todos los derechos imaginables.

A las ocho de la noche las jóvenes indias de la misión se dirigieron al baile del gobernador, ataviadas con sus más hermosos tipois y cubiertas de

19 En Bolivia y Perú todos los curas y hasta todas las personas de buena posición social reciben el título de doctor, es ofensivo omitirlo, de manera que se prodiga con cada palabra.

cintas de colores. Empezaron a bailar entre sí danzas indígenas y de origen salvaje; pronto el gobernador tomó parte en ellas y no tuve menos que imitarlo, ante sus invitaciones reiteradas. Durante toda la velada, las jóvenes alternaron sus bailes: formaban rueda, tomadas de las manos, y giraban alternativamente hacia un lado y otro, entonando letras con refrán, en cierto modo análogas a las rondas que se cantan en ciertas partes de Bretaña o la Vendée, aunque la música acompañaba siempre sus canciones. Luego se bailó el *quituriqui*, el *catonapapa* y el *tamaosis*: esta última danza es una especie de juego o lucha, en que dos indias tratan de quitarse mutuamente las bailarinas que defienden, manteniéndolas en fila tras de sí. En general, estos cantos y bailes son muy monótonos, aunque tengan ritmo bastante rápido[20]. Junto con los bailes indígenas, se ejecutaron también los que se estilan en Santa Cruz y Brasil. El baile fue divertido, y pese al ingrato tipoi las mujeres se mostraron muy graciosas.

Durante los dos días siguientes, la música no cesó de tocar durante las comidas, mientras jóvenes de ambos sexos bailaban o cantaban *guainito*, especie de coplas nacionales, muy simples e ingenuas, cuyos textos castellanos resultaban tan alterados por los cantores que a veces se hacía imposible entenderlos. Una de las noches se me ofreció una representación del *Doctor Borrego*, pieza bufa, representada en un teatro situado en medio de la plaza. Los indios bailarines fueron a buscarnos a la gobernación y nos condujeron danzando. La obra se refería a unos sirvientes que, en ausencia de su patrón, médico célebre, administraban remedios a unos enfermos y los mataban uno tras otro. Los indios desempeñaron sus papeles con mucho buen humor, y su castellano estropeado aumentaba el interés de la obra.

Santa Ana, una de las misiones más recientes de la provincia, está ubicada en una pequeña colina rodeada de valles que los jesuitas convirtieron en hermosos laguitos, obstruyendo las entradas. Estos lagos rodeados de los árboles que crecen en las laderas próximas, aumentan el encanto del paisaje. En la actualidad, la misión está despoblada en parte; Ramos, su último gobernador, español, en el momento de la emancipación se llevó trescientas familias indígenas, actualmente retenidas por los brasileños en el poblado de Casalbasco. El colegio, quemado más tarde, en tiempo del gobernador don Gil de Toledo, sólo fue reconstruido provisionalmente. La iglesia es espaciosa, bien distribuida y sobre todo ornada con extrema riqueza. Los muros y columnas interiores

20 Ver en *las Consideraciones generales* acerca de la provincia, la música de estas danzas, que hice anotar por el maestro de capilla de Santa Ana.

están revestidos de dibujos hechos en láminas de la mica más brillante. Su música es, por cierto, la mejor que se pueda encontrar en todas las misiones. La plaza es muy linda, bien unida y rodeada de casas de indígenas.

Al fundarse, la misión constaba de cuatro naciones distintas:

1° un núcleo de chiquitos pertenecientes a la tribu de los *guazaroca*; 2° los *curuminacas*, 3° los *covarecas* y 4° los *saravecas*.

Los jesuitas trataban siempre de mezclar a las demás naciones con la raza chiquita, la más numerosa de la provincia, con el propósito de generalizar su idioma, refundiéndole los demás; las oraciones, por ejemplo, siempre se decían en chiquito. Si aquellos religiosos volvieran ahora a Santa Ana, verían cumplidos sus deseos, pues sólo encontré a un viejo saraveca que hablaba bien su idioma; todos los jóvenes de esta nación, así como los covarecas y curuminacas, habían olvidado por completo su lengua materna, de la que sólo conocí unas palabras gracias al anciano saraveca, antiguo cacique de la misión, donde los saravecas son muy numerosos. De todos los indígenas son los mejores, los más dóciles y los que tienen rasgos más regulares.

En Santa Ana los indios son más civilizados que en las otras partes de la provincia; sus modales son muy amables y el trato muy agradable. Los hombres muestran buen humor y las mujeres más aún. Junto con la rigidez exterior del cristianismo, mantienen muchas de sus viejas supersticiones. Tuve al respecto muchas conversaciones con el cura y los indios principales, llegando a obtener las informaciones siguientes:

Cuando una mujer está encinta su marido se abstiene de matar una víbora por miedo de dañar la salud de su hijo.

Un hombre no debe hacer nada durante los primeros días siguientes al parto de su mujer, para que ella no se canse ni enferme.

Una mujer con embarazo de cuatro meses interrumpe sus relaciones con el marido y no las reanuda hasta que haya cesado de amamantar a su hijo; vale decir, dos o tres años después. Se concibe la razón de esta medida, fundada sagazmente en que las mujeres sólo cuentan consigo mismas para la crianza de sus hijos; pero la costumbre causa muchas perturbaciones en los hogares y mucha tolerancia entre los cónyuges, sin que se le atribuya importancia ni que su fe religiosa sufra la menor alteración. Las mujeres tienen pocos escrúpulos en cometer una falta, seguras de alcanzar el perdón mediante la confesión.

Los celos son muy comunes entre las mujeres y muy raros entre los hombres, de donde resulta una gran indiferencia de parte de ellos, que por un regalo, dejan sin esfuerzo a su compañera. La mayor parte de los indios llega a preferir dos cosas a todo: su perro y el chico que su mujer haya tenido con un

blanco. Cuando salen al campo hacen caminar a sus propios hijos, en tanto que llevan en brazos al perro y sobre los hombres al hijo mestizo de su mujer. Parecería que los honra saber que mejora el color de la familia. Es fácil suponer la mala influencia que semejantes sentimientos pueden ejercer sobre la conducta de las mujeres, sobre todo dada la indiferencia normal de los hombres. Bajo la autoridad de los jesuitas parece que las costumbres eran muy severas, pero los jefes actuales dando ejemplo de inconducta, los indios no tardan en imitarlos y la corrupción más completa reina en la provincia.

Ya he dicho que la religiosidad está desarrollada hasta el máximo. Sin embargo, los jesuitas fueron mucho mejores con los indios que los curas actuales, que están lejos de tener su instrucción y costumbres rigurosas, por lo que se observa en los indios clara preferencia por los sermones que los curas toman de los manuscritos jesuíticos. Al hablar de ellos dicen: "¡Lo que dice el cura es bueno, pero lo que dice el libro de los padres es mucho mejor!". Escuchan lo primero distraídos, mientras reservan todo su recogimiento para lo último.

Tal es su fe que consideran a su sacerdote representante de Cristo en la tierra y le obedecen ciegamente.

No quisieron imponer la menor modificación a las costumbres, usos y ceremonial establecidos por los jesuitas. Los viejos recuerdan con pena la expulsión de los padres (en 1767) y todos repiten: "Gracias a ellos nos hicimos cristianos, conocimos a Dios y fuimos felices".

La fe de las indias las consuela más fácilmente de la pérdida de un esposo que de la de un padre. Durante largos años lloran la muerte del padre o la madre, y todas las mañanas se lamentan pensando en ellos; pero nada de esto hacen por el marido. No es raro ver bailando a una mujer que enviudara pocos días antes, y cuando se le hace alguna observación sobre la inconveniencia de su conducta, responde: "¿Por qué voy a estar triste? ¿Acaso mi marido no está con Dios, no disfruta un reposo del que estoy privada? Además, si bailo es para olvidar la pena que me causa haberlo perdido, estar separada de él, aunque lo sepa feliz porque el cura le dio los últimos sacramentos". En seguida se dedica a buscar otro marido, por no poder –dice– quedarse sin sostén y dejar su campo sin cultivo, cosa que la expondría a morir de hambre.

Muy a menudo me impresionó la candidez con que esas pobres gentes concilian las exigencias de la religión con la satisfacción de todas sus fantasías y la conducta más desarreglada.

Nos acercábamos al día de Santa Ana, fiesta de la misión, y en ninguna parte vi jamás tanta alegría. Los viejos repetían: "Veré pues de nuevo la fiesta". Los jóvenes cantaban y reían, y el regocijo era general. El 25 de julio,

25 de julio

víspera del gran día, se levantó un teatro en la plaza y se hizo un reparto general de carne. Mataron cierto número de bueyes y los faenaron en la plaza pública. Los jueces de la misión efectuaron una distribución regular, conforme a la importancia de las familias, y cada cual vino a su turno, al son de la música, a recibir su parte de manos del cacique.

Al mediodía, en tanto que cacique y jueces invitaban al gobernador a asistir a la fiesta, los indios fueron a la iglesia en corporación, con la música, a fin de sacar la bandera. El cacique, de guantes blancos, la recibió y otros dos caciques de tribus vecinas tomaron los extremos de una cinta larga que estaba atada al asta. Todos los indios, en orden correspondiente a su rango, fueron a saludarla hincándose de rodillas. Luego de muchas ceremonias la procesión dio vuelta a la plaza, en el orden siguiente: a cada lado marchaban en fila indios armados, llevando cada uno, según la edad, su arco, un haz de flechas, dos o una sola. La banda encabezaba la procesión y seguíanla jóvenes bailarines indios vestidos todos con túnica blanca y corona de plumas brillantes, de pájaros de los bosques vecinos. Cuatro indios con alabardas y otros cuatro con lanzas precedían a unos niños portadores de las cañas de los tres caciques que llevaban la bandera, seguidos a su vez por todos los jueces y los comisarios de la fiesta, a caballo y en el orden de sus funciones respectivas. Los indios, con las cabezas desnudas y los brazos cruzados sobre el pecho, marchaban detrás y luego venían las indias. Después de haber dado la vuelta a la plaza, la procesión se detuvo ante un altar levantado frente a la casa de gobierno. Se volvió a saludar a la bandera y se la depositó en el altar, ante el cual dieciséis chicos ejecutaron danzas sencillas y entonaron cánticos en loor de la Patrona. Después de la ceremonia, todos los indios fueron a arrodillarse a la puerta de la iglesia para pedir hijos a Santa Ana, pues los hombres no gozan de ninguna consideración si no los tienen.

A la una se nos sirvió la comida, con música, cantos y baile de los jóvenes indios e indias. A las tres, la procesión volvió a salir, dio de nuevo la vuelta a la plaza y volvió a la iglesia, donde se cantaron las vísperas con música de un excelente maestro italiano, matizada con coros armoniosos y bien acompañados. Después de las vísperas se pusieron sillones fuera de la iglesia y pude ver el desarrollo de la ceremonia. Dieciséis indios jóvenes volvieron a ejecutar danzas y cantos; uno de los bailes tenía mucha gracia. Un niño de corta edad apareció cargado de aros y los distribuyó a los bailarines, que hicieron con ellos figuras muy bonitas. En verdad me habría podido creer por un momento en las funciones de baile de la Opera y no en una ceremonia religiosa y entre hombres apenas salidos del estado salvaje.

A la noche, después de una comedia burlesca representada en el teatro, se realizó un baile en casa del gobernador, donde me sorprendió oír, después de los bailes indígenas, españoles y brasileños, trozos de Rossini y el coro de los cazadores de *Robin de los bosques*, de Weber. Estos fragmentos habían sido llevados por un médico francés que murió en Santa Cruz a su vuelta de Chiquitos.

26 de julio

El día de Santa Ana, después de la misa mayor, cantada con música que los indios ejecutaron notablemente, la banda nos llevó de vuelta a la del gobernador, donde los bailarines compusieron figuras de conjunto, muy variadas y graciosas, en tanto que todas las corporaciones indígenas y los indios e indias llegados de otras misiones hacían su visita oficial. El gobernador mandó servir un vaso de aguardiente, queso y frutas secas a cada una de las indias, que se fueron muy satisfechas de su galantería.

Al mediodía asistí a una ceremonia singular: la bendición de la comida de los indios. Cada familia llevó su plato y hasta animales vivos sobre los cuales el cura asperjó agua bendita, recitando oraciones al compás de la música. Luego fueron los indios a instalarse en la plaza donde compartieron su pitanza con los hermanos de otras misiones (como los llamaban), comiendo al son de las flautas y tamboriles. Al empezar la comida, resplandecía la alegría más viva, pero en sus postrimerías cada uno recordó a sus padres muertos, ausentes del festín. Hubo lamentaciones, se refirieron a las buenas cualidades de los extintos y la tristeza se generalizó. Antes de separarse, todos se desearon volver a reunirse al año siguiente.

A las tres se efectuó la misma procesión que la víspera, con la cruz; luego varios grupos de jinetes indios efectuaron numerosas evoluciones, describiendo todas una cruz. Mientras se desarrollaban estas pruebas me dediqué a otra ceremonia. Un niño cargado con un sable y cuatro hombres con sendas alabardas fueron a saludar a la bandera. El párvulo trazó una cruz en el suelo, en cuyos cuatro extremos los hombres se arrodillaron (ceremonia que tal vez simbolice la conquista espiritual de la comarca). Siguieron llegando hombres con lanzas, indios munidos de banderitas, tambores, trompetas y trompas. Otros juegos, tales como un poste de cucaña y un juego de sortija a caballo, atrajeron pronto a la multitud, dándome ocasión de apreciar la agilidad y destreza con que los indios se entregaban a dichos ejercicios.

Se hizo a los indios una distribución de víveres, consistentes en trozos de queso y dulces secos. El gobernador, el cura, el administrador y yo nos encargamos de lanzarlos a sus manos, que se los disputaban con encarnizamiento sin igual, prefiriendo todos el pedazo así ganado que cualquier otro. Tras de esta

escena ruidosa, en que todos gritaban y silbaban para atraer nuestra atención, se dispersaron con su botín, para obsequiar a sus relaciones, y en un momento la plaza quedó desierta.

Otro baile volvió a llevar a las indias jóvenes a casa del gobernador, donde se desplegaron todas sus galas. La mayor parte vestía tipois de indiana o muselina estampada, adornados con cintas. Por delante sostenían el pelo con una especie de red y sus rostros redondos y radiantes de salud, que respiraban la alegría más fresca, imprimían a la reunión un aire muy particular.

Los días 27 y 28 las mismas ceremonias y diversiones prosiguieron, con gran fastidio mío, pero nada podía hacer; para no causar mala impresión, debía acompañar al gobernador a todas partes y actuar en todo lo que se hiciera. Hasta tuve que aceptar con él una invitación a casa del cacique de la misión, para beber el *pemanas*, especie de licor fermentado, hecho con maíz. Se macera maíz y se lo mezcla con agua, en un gran *cántaro*, que se tapa y entierra. Cuando se cree listo el licor, se hacen las invitaciones para catarlo. La mujer del cacique abrió el cántaro ante nosotros; el primer vaso, en cuya superficie sobrenadaba la parte grasosa del maíz, fue ofrecido al gobernador, recibí el segundo y los demás bebieron a su turno, librándose a transportes de verdadero regocijo. Este licor fermentado se parece mucho a la *chicha* de Cochabamba, aunque sea más dulce. Termina, sin embargo, por subir a la cabeza y, después de los primeros vasos, encontré la manera de dejar que los indios siguieran divirtiéndose entre sí. Allá no vi, como tampoco en Cochabamba, que la embriaguez producida por este brebaje llevara a la ferocidad. Por el contrario, produce una grata alegría muy distinta de la ebriedad que ocasiona el abuso de los licores europeos.

En uno de los dos días, se realizó un concurso de tiro al arco, en el que los indios pusieron de manifiesto mucha habilidad. Esta diversión me interesó mucho sabiendo cuán grande debe ser la habilidad con el arco para alcanzar un blanco con alguna precisión, por tratarse de un arma cuyo manejo depende exclusivamente de la experiencia.

Según lo resuelto por el gobernador, el 29 de julio debíamos partir a San Ignacio, cuya fiesta tendría lugar el 30. Con gusto me habría sustraído a la ceremonia, yendo más tarde a San Ignacio, pero el gobernador me prometió dejarme recorrer los alrededores, mientras él recibiría los honores. San Ignacio está a doce leguas al nornoroeste de Santa Ana. A la salida de esta misión encontramos el camino lleno de indios e indias que también se dirigían a la fiesta, pareciendo el trayecto poco menos que una procesión. Bajé a un pequeño valle, pasando junto

29 de julio

a varios lagos artificiales, contenidos por diques que cubrían laderas bastante escarpadas. A una legua, entramos en un bosque de doce kilómetros de profundidad, muy arbolado y ocupando un suelo desigual; más allá, un llano también extenso, poblado de árboles aislados, se prolongó hasta el alto de San Nicolás, donde debíamos pasar la noche a fin de hacer una entrada solemne al día siguiente. El administrador de San Ignacio había mandado a la parada un ejército de cocineros, mesas y sillas, y se habían clavado en torno a la cabaña muchos postes para colgar las hamacas que usaban los indígenas, o camas de cañas para los blancos. Indios e indias fueron llegando, y al caer la noche más de quinientas personas se habían estacionado alrededor del paradero. El panorama era en verdad extraño, cuando todos se hubieron acostado en el mayor silencio. Los numerosos grupos de seis a ocho hamacas, cada uno de cuyos fuegos despedía fuerte luz en el campo, intensamente iluminado, y el conjunto de hamacas colgadas, blancas en la noche oscura, prestaban un aspecto novedoso e imponente a la escena, que contemplé largo rato, antes de tenderme al aire libre, en una cama de bambúes.

Misión de San Ignacio

1831
San Ignacio (Chiquitos)

Al despuntar el día, el campo se animó de repente: se desataron las hamacas y los indios se encaminaron a San Ignacio, de donde aún nos separaban cinco leguas de llanos moteados de árboles dispersos e interrumpidos por bosquecillos. Antes de dejar el alto, cada cual hizo su arreglo personal a fin de presentarse dignamente. El gobernador, los curas y demás blancos se pusieron unas pequeñas levitas de indiana. Por mi parte, me había quedado con el traje de baile de Santa Cruz, compuesto de una levita muy corta y blanca como el resto del traje, a la que agregaba, cuando montaba a caballo, una hermosa bufanda de raso rojo, que usaba como faja, produciendo gran efecto sobre los indios, que al verla me consideraban un personaje importante. A una legua y media de San Ignacio se nos unieron el cura y el administrador de la misión, y, más lejos, las autoridades indígenas. Igual que cuando llegué a Santa Ana, se nos recibió bajo arcos de triunfo, con música y danzas, y nuestras habitaciones estaban muy bien adornadas con guirnaldas de hojas. La ceremonia se desarrolló como en Santa Ana, si bien fue más imponente: no menos de seis mil indios tomaban parte en cada procesión, donde advertí vestidos cuya tela parecía tener más de un siglo. Después de las vísperas, todos los

indios se pusieron a rezar por sus padres muertos. Sus lamentos, sus gemidos y gritos semejaban el ruido que produce, durante la tempestad, el viento que silba con fuerza en el cordaje de los barcos, en un puerto de mar.

A la noche un baile nuevo para mí me produjo sumo interés. Tres indios cómicamente ataviados ejecutaron payasadas. Luego uno de ellos metió en un agujero un cilindro de madera de tres metros de altura. Un niño de poca edad sostenía dieciséis latas de colores atadas al extremo del cilindro y las distribuyó a otros tantos indios, que, formando una cadena encantadora., confeccionaron una linda trenza con las cintas, alrededor del cilindro, hasta que hubieron empleado todas. Entonces hicieron las mismas figuras en sentido contrario; la trenza se desenroscó y las cintas volvieron a flotar como al principio. Los reemplazaron ocho indios enmascarados y disfrazados, cuyos gestos y posturas provocaron la hilaridad del público. En la distribución de víveres del día siguiente, el gobernador tuvo la ocurrencia de arrojar un cesto lleno; en un segundo, más de doscientos brazos entrelazados se dirigieron al sitio en que había caído la canasta y se hizo un grupo donde los indígenas, trepados unos sobre otros, formaban una pirámide elevada. Me causaba verdadera angustia la idea de que los que estuvieran abajo se asfixiaran, pero al vaciarse el cesto el grupo se deshizo poco a poco y todos se levantaron riéndose, con gran satisfacción de mi parte. Otra noche, tras de una pantomima burlona, el atuendo de cuatro indios me pareció muy original. Llevaban un bonete que les cubría toda la parte superior del cuerpo, hasta las costillas flotantes, de manera que representaban una cara con el vientre desnudo, sobre el cual se habían pintado rasgos faciales; el resto del cuerpo formaba la parte inferior de un tronco sin piernas. Nada más cómico que ver caminar esos bustos, haciendo con sus grandes caras las muecas más verosímiles, mediante la contracción de los músculos abdominales.

La misión de San Ignacio es una de las mayores de la provincia, con una población que en 1830 alcanzaba a 3.299 almas. Se formó en 1707 sólo con indios chiquitos, divididos en siete secciones o parcialidades[21]. Está situada en la cima de una suave colina que al nordeste tiene tres hermosos lagos artificiales que lo jesuitas formaron por medio de diques. Estos lagos prestan al campo un aspecto pintoresco y la vista se detiene más allá, sobre bosques o colinas arboladas. La misión se compone de una linda iglesia ornada por una fachada de columnas retorcidas, sobrecargadas de ornamentos de estilo medieval. Por

21 Estas secciones son las siguientes: *sañepicas*, *quehusiquios*, *guazayocas*, *samanucas*, *piococas*, *churuberecas* y *punasiquias*.

dentro, presenta un rico conjunto de columnas del mismo tipo. El altar es notable por sus esculturas. El cura me mostró un órgano de madera, hecho por los jesuitas, pero ya tan deteriorado que no producía ningún sonido. Tanto la plaza como el colegio dan una idea elevada, por su aspecto de grandeza y majestad, de quienes los construyeron con hombres aún salvajes. También están muy bien distribuidas las casas de los indios, y techadas con tejas.

Recorrí a caballo los alrededores, encontrando por todas partes los mismos terrenos y piezas de historia natural que en Santa Ana. Por lo demás, la estación se prestaba poco a las investigaciones, ya que la naturaleza estaba sumida en el gran descanso invernal. El pequeño valle de *Castillo*, cercano a la misión, hacia el norte, es realmente encantador. Allí acababa de hacerse una plantación de caña de azúcar.

En San Ignacio, el administrador tuvo a bien ordenar que se pescara en uno de los lagos, para mostrarme el procedimiento usado por los indígenas. Van al bosque a buscar la raíz de un árbol, conocido en el país como *barbaseo*; la aplastan y echan al agua, distribuyéndola por toda la superficie en proporción calculada. Momentos más tarde, los peces embriagados salen a flote como locos. Los indios eligen los mayores y dejan a los demás, que pronto vuelven a la normalidad y siguen viviendo. Sin embargo, tienen la precaución de extraer del agua las raíces venenosas. Después de la pesca hacen secar el pescado al aire y lo conservan de este modo.

El 5 de agosto regresé a Santa Ana, donde proseguí tranquilamente mis investigaciones y trabajos, practicando sucesivamente botánica, zoología, geografía, historia, lingüística y estadística, trabajo último que

5 de agosto me hacía fácil la ventaja de disponer de los archivos de la provincia.

Un día fui con el gobernador a visitar el punto de donde se habían extraído las hermosas láminas de mica que forman los vitrales de las iglesias y revisten sus muros y columnas. La cantera está situada en el bos-

15 de agosto que, a dos o tres leguas hacia el norte. Me encontré con una gran extensión, cubierta de gneis micáceos rojos y amarillos, tan llena de mica que cubría el suelo. Hice excavar y sacar buenas muestras para mi colección geológica. Volvimos por un simpático vallecito, donde se hallan todos los predios de los indios, disfrutando de un hermoso panorama. Por todas partes se veía la hojarasca fresca y el follaje variado de la caña de azúcar, del bananero y el papayero, por encima de los maizales; y alegraba la campiña multitud de ranchitos cubiertos de palmas. En ese lugar cada familia posee un campo que la provee de alimento. Tres veces por semana los indíge-

nas lo pueden cultivar y los otros días se dedican al Estado. Estos campos producen bananas, papayas, maíz, zapallos, mandioca, arroz, porotos y muchas otras legumbres y raíces. Como en la misión los insectos atacan el maíz, los indios conservan en sus cabañas la provisión del año, que con sus familias van a buscar todos los sábados, para la semana siguiente. La llevan en una especie de cuévano cuadrado, llamada *panakich*. El orden y la máxima limpieza reinan en aquellos campos, y los productos tan notables de ese pedacito de tierra arrancada a las selvas vírgenes, me dieron la medida de los inmensos recursos que se podrían obtener de las tierras actualmente incultas, si una población de campesinos fuera a explotar esa rica naturaleza aún inútil. El cultivo consiste en derribar los árboles, pegarles fuego y sembrar, sin necesidad de previo laboreo. Al destruirse por el fuego los granos diseminados en la superficie del suelo, cereales y legumbres crecen solos, sin necesidad de labrar la tierra. El segundo año basta remover un poco alrededor del orificio donde se introducen dos o tres granos de maíz o un pedazo de mandioca. La naturaleza se encarga de lo demás y la cosecha siempre resulta magnífica.

Desde mi llegada a Santa Ana había visto con frecuencia grupos de indios que volvían del bosque, luego de quince días de ausencia, cargando cada uno tres arrobas setenta y cinco libras de cera, tributo anual que grava a quienes no tejen. Excitaba mi curiosidad la forma cómo esos indios recogían la cera y quise reunir a varios con el objeto de informarme con exactitud acerca de esa explotación curiosa, hecha en plena floresta.

Todos los años, de junio a septiembre, los indios de cada misión parten en grupos de diez a veinte, en los que siempre figuran hombres experimentados y perfectos conocedores de los lugares. Toman un rumbo u otro, más o menos lejos de la misión, siguiendo la abundancia de la miel. A veces no temen alejarse a veinte o treinta leguas. En cuanto encuentran el lugar donde creen que encontrarán muchas abejas, eligen un punto cercano al agua y paran, depositando al pie de un árbol sus víveres, consistentes en choclos; después derriban unos árboles, que ahuecan en forma de artesa, en tanto que los demás, bajo la dirección del más experimentado, trazan un sendero que alcanza a veces una legua de longitud, dirigido más o menos de norte a sur. Apenas trazado este caminito y listas las artesas, parten de mañana por el sendero y, a cierta distancia, se dispersan de a dos, unas parejas hacia la derecha y otras hacia la izquierda, hasta lo más espeso del bosque. Durante el día, observan la dirección del vuelo de las abejas y hacia dónde las hay en mayor número; después de haber localizado el árbol donde anidan, lo marcan, tratando de buscarse puntos de referencia. Al atardecer, cuando baja el sol, resuelven volver al campamento y

tratan de encontrar el sendero, orientándose por la posición del sol. El primer indio que lo encuentra hace sonar en forma especial un cuerno o silbato redondeado que siempre lleva colgado; los demás, dispersos en la floresta, contestan con sonidos distintos para que no se los confunda con los que emite el indio que llama. Guiándose de este modo por sonidos, todos vuelven sucesivamente al camino trazado y ganan el campamento. Mientras comen un choclo asado, los exploradores dan cuenta de los descubrimientos de la jornada y manifiestan cuántos panales encontraron. Luego se acuestan en sus hamacas, junto a un buen fuego, y descansan. Al día siguiente, fraternizando sin tener en cuenta quién tuvo más suerte, se distribuyen los nidos localizados la víspera y salen en dos o tres grupos, con hachas y calabazas. Al llegar al primer árbol marcado, lo derriban, abren el hueco donde se encuentra la colmena, extraen miel y cera, exprimen la miel en las calabazas y empaquetan la cera, destruyendo el nido por completo. Después de haber efectuado esta tarea, cada grupo vuelve a la tarde, cargado con el producto del trabajo. En el campamento lavan la cera aún impregnada de miel, en una de las artesas llena de agua, le agregan miel y la dejan fermentar para preparar guarapo, especie de licor muy sabroso que constituye casi el único alimento de estos indios durante la faena, pues apenas disponen de unos choclos para cada uno. Al otro día vuelven al bosque y prosiguen mientras tengan colmenas; cuando ya no las hay, siguen buscando hasta que cada cual haya juntado las tres arrobas que debe al Estado. Es raro que el grupo necesite más de quince días para obtener esta cantidad considerable de cera, que no asciende a menos de mil quinientas libras para veinte hombres.

La costumbre india de recorrer cada año los bosques vecinos les otorga tal conocimiento de ese laberinto natural que nunca se pierden entre los árboles, guiándose siempre por el sol para encontrar su misión.

Las abejas de la región son diferentes a las nuestras por su forma, talla y producto de su trabajo[22]. Por lo general, anidan en los huecos o cavidades de los troncos de los árboles, a bastante altura del suelo. La colmena se compone de algunos panales regulares formados por celdas hexagonales como las de las abejas europeas; además, construyen con cera pequeñas cavidades ovaladas, de dos centímetros de longitud, que llenan con la miel más pura y aromática y polen, separadamente. Con frecuencia los indios se llevan la colmena entera con el pedazo de tronco en que se asienta; las abejas los siguen y es posible domesticar el enjambre, aprovechando que son inofensivas y carecen de agui-

22 Pertenecen al género *Melipona*.

jón[23]. En Santa Cruz vi que numerosas casas de campo poseían colmenas, en vasos de barro cocido, y estoy seguro de que podrá resultar muy beneficiosa la explotación de este ramo tan simple y productivo, cuando la industria lo pueda adoptar.

Los indios conocen trece especies distintas de abejas, nueve de las cuales están desprovistas de aguijón y producen miel excelente; tres, cuya miel es nociva; y una sola con aguijón, poco buscada por esta causa. Las nueve primeras sin aguijón son las siguientes:

1° La *omesenama*, la más pequeña de todas pues apenas alcanza un largo de tres a cuatro milímetros, toda amarilla; es la especie que se considera productora de la mejor miel. Los españoles de Santa Cruz la llaman *señorita*. A menudo vi llevar a las damas un panal de esta especie cubierto de abejas que, sin dar muestras de que les extrañe encontrarse en un departamento o en manos de una mujer, se paseaban inocentemente sobre su rostro.

2° La *omececanach*, el doble de la señorita, de tórax negruzco y abdomen rayado de negro y amarillo. Abunda sobre todo en los alrededores de San José.

3° La *ohuarobich*, del mismo tamaño que la anterior y completamente negra.

4° La *pataquiacoch*, del mismo tamaño que la señorita y toda negra. Es la más común de todas y la que tanto me hizo sufrir en el alto de Guarayeto introduciéndose en mis ojos y boca.

5° La *opanoch*, pequeña especie, medio negro y medio amarilla, con patas muy largas.

6° y 7° *La opomoes* y la *okichichich*, pequeñas y negras.

8° y 9° La *ocharichuch* y la *oceturuch*, chiquitas y amarillas, pero distintas de la señorita.

Las especies que producen miel dañina y que sólo los indios saben identificar porque parece tener el mismo sabor que la buena, son tres: la *oreceroch* y la *overecepes*, cuya miel produce espasmos nerviosos y enfermedades terribles; la *omocayoch*, cuya miel deliciosa embriaga como una bebida espirituosa y llega hasta extraviar la razón durante cierto tiempo. Como se requiere el ojo experimentado de los indios para distinguir estas especies de las otras, los españoles, temiendo equivocarse, buscan únicamente las señoritas, cuya pequeña talla y color amarillo hacen inconfundibles.

La única especie provista de aguijón, denominada *botoropes*, es la más grande de todas; produce una miel excelente pero, por temor de que los pique, los indios

23 Autores demasiado sistemáticos pretenden que estas abejas tienen aguijón. Puedo asegurar que no lo tienen, después de haber hecho todas las experiencias susceptibles de asegurármelo.

no la buscan mientras pueden prescindir de ella. Si es necesario hacerlo, se apoderan de la miel y la cera después de haber espantado a los insectos por medio de una humareda espesa, que producen encendiendo hojas mojadas.

La cera se extrae del bosque negruzca y blanda. Para blanquearla y darle la consistencia necesaria se la somete a diversas preparativos. Se hierve mucho tiempo con ceniza de plantas que contengan mucha potasa. Tras de este primer lavado, se mezcla con cal y se expone durante unos meses al rocío, en unas plataformas llamadas *tendales*. Cuando ha permanecido el tiempo suficiente para blanquearse, se la vuelve a fundir, haciendo panes que se envían a Santa Cruz. Entonces la cera es blanca, sólida y hasta quebradiza, que al arder expande un aroma bastante fuerte y agradable. Hasta el presente se la dedica a usos de iglesia. En años comunes, en 1829 por ejemplo, la provincia de Chiquitos tenía almacenadas 119.726 libras de cera.

Proseguí mis investigaciones hasta el 1 de septiembre y me dispuse a visitar las misiones del sur. El 2 de septiembre me dirigí a la misión de San Rafael, pero me costó mucho trabajo sacar al gobernador de su casa y partimos sólo a las once, en la hora del calor más intenso. Era uno de esos días en que la atmósfera se carga de materias nebulosas, secas y ondulantes, en que el horizonte no está claro, en que el sol de los trópicos asesta sus rayos con violencia que ningún soplo de viento atempera. El aire que respiraba era como fuego, y sufrí horriblemente. Sin embargo, encontré indios cargados, caminando bajo los rayos de ese sol abrasado con la cabeza descubierta, sin parecer afectados.

2 de septiembre

En dirección sursureste, sobre las colinas, el camino está bordeado por una arboleda espesa, mezclada de cañas o bambúes delgados y verticilados; en los valles, el pasto estaba seco, sin que la diferencia de nivel existente fuera superior a cincuenta metros. Tras de cinco leguas de marcha, San Rafael apareció a un kilómetro de distancia, sobre una altura. Su alta torre y edificios rodeados de palmeras ofrecían el aspecto más pintoresco. El cura y el administrador me recibieron en forma inmejorable.

Misión de San Rafael

Situada a cuarenta y cinco leguas al norte de San José y fundada en 1696[24], San Rafael es una de las lindas misiones de la provincia. La iglesia está bien

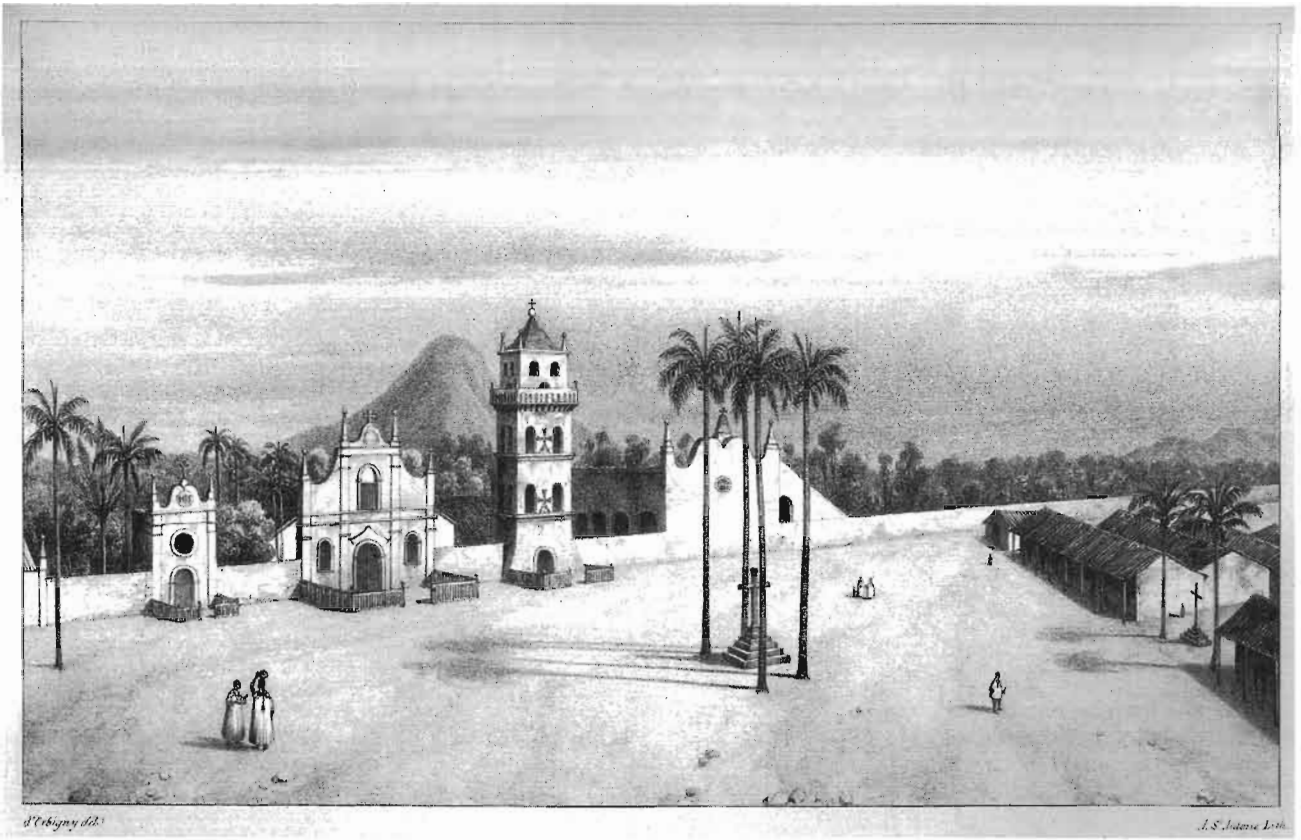
24 Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 84.

decorada; la plaza, limpia; el colegio y la torre, bien construidos. Al ver cada nueva misión experimentaba una impresión de sorpresa, pensando que esos monumentos construidos bajo la dirección de los jesuitas eran obra de hombres apenas salidos del estado salvaje. No podía cansarme de admirar los progresos inauditos que la orden alcanzara en tan poco tiempo. Sobre todo me impresionaron, en San Rafael, los talleres y objetos manufacturados, tanto muebles como artículos de cerrajería y tejidos. Nada mejor había visto en las ciudades más civilizadas de Bolivia. Todo era obra de los jesuitas.

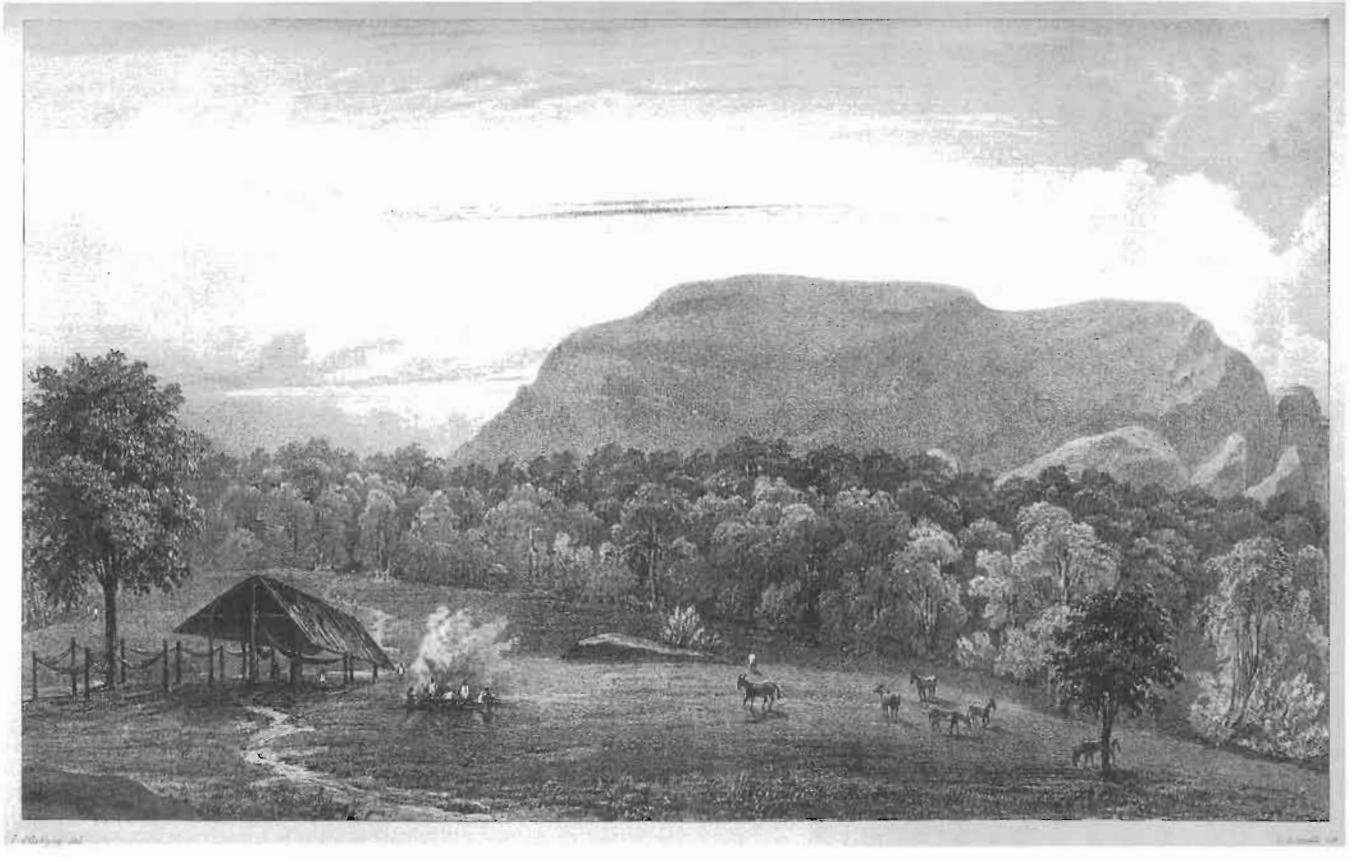
Las casas de los indios estuvieron en un principio alineadas en San Rafael, igual que por todas partes; pero un incendio había destruido parte de ellas y el administrador, de acuerdo con el cura, cambió el orden, disponiendo la construcción de bloques cuadrados en cuyo interior se dejó un gran patio donde los indios podían criar aves.

En su origen la población de la misión se componía de naciones diferentes, con las que los jesuitas mezclaron chiquitos[25] ya cristianos, para convertirlas al cristianismo con mayor facilidad. Estas naciones eran los *curucanecas*, *corabecas* y *huataasis*. Los primeros vivían en los bosques y fueron reducidos sin esfuerzo. Se han fundido tan bien con los chiquitos que, en la actualidad, ya no recuerdan su idioma primitivo. Los demás resultaron ser los más insumisos de los salvajes de la comarca; aseguran los indios que volvieron a los bosques de los que habían salido. Las guerras de la independencia hicieron sufrir mucho a la misión y, en 1815, pereció gran número de indios en el horrible episodio de Santa Bárbara, que en seguida he de referir. El ejército acampó durante largo tiempo en el propio San Rafael, sembrando el desorden. Su población actual alcanza apenas a 1.059 almas.

25 Las tribus de los chiquitos son los *matahucas*, *pahucas*, *kikikikias* y *tañipicas*.



Vista del pueblo de San José, misión de los jesuitas en la provincia Chiquitos, Bolivia.



Un alto cerca del peñasco granítico de Guarayito a Chiquitos.

CAPÍTULO XXX

Viaje a las misiones del Sur de la provincia de Chiquitos y regreso a las misiones del Centro y Oeste

Viaje a las misiones del Sur de la provincia de Chiquitos. Camino a San José

El domingo, después de misa, nos pusimos en marcha con un calor sofocante. La partida compuesta por el séquito del gobernador y el mío hacía un total de veinte personas, entre las cuales el cura de San Rafael desempeñaba las funciones de capellán del gobernador.

Al salir de San Rafael entré en un bosque espeso, lleno de cañas verticiladas, del que no salí sino a tres leguas mas allá, en la hondonada de *Santa Bárbara*. Pasando por este pequeño valle el gobernador me señaló el lugar donde, el 7 de octubre de 1815, se había librado una de las batallas más cruentas de la guerra de independencia. Las tropas españolas, al mando de Altolaguerro y cuyo segundo nombre era don Marcelino de la Peña, con tres mil indios, se habían emboscado tras un atrincheramiento en el mismo fondo del pequeño valle, teniendo a sus flancos a los indios chiquitos. Las atacaron de flanco las fuerzas de Uvarnes, comandante general de las tropas de la independencia. El ejército patriota, compuesto por quinientos jinetes y mil quinientos infantes, cargó sobre los indios profiriendo gritos de muerte. Estos se desbandaron llevando tal desorden a las tropas españolas que todos fueron muertos con excepción de treinta hombres, entre quienes había cuatro oficiales, que lograron escapar; uno de ellos era don Marcelino de la Peña, gobernador de Chiquitos. La carnicería fue horrible. Muertos y heridos cubrían la llanura. Cansado de matar,

4 de septiembre

Uvarnes pensó que para desembarazarse de los heridos lo más rápido sería pegar fuego a la maleza y altos pastos del campo, quemando así a los desventurados que aún respiraban. Este acto horrible de los jefes políticos por desgracia se ha reproducido con demasiada frecuencia y sólo el fanatismo del espíritu partidista podría explicar semejante inhumanidad. En la jornada perecieron más de mil indios.

Don Marcelino de la Peña se libró de la carnicería y pudo ganar el monte. Se dirigía a Santa Ana, entonces en poder de los patriotas, cuando encontró en el camino a una joven india que fuera su protegida. La muchacha lo detuvo a su paso, salvándolo de una muerte segura al impedirle entrar en Santa Ana, proveyéndole de alimentos para subsistir y guiándolo por los bosques hasta el Brasil. Llegados a la frontera, quiso acompañarlo en su fuga, pero como de la Peña no consintiera, le hizo aceptar su cruz de plata para que se procurara de qué vivir, a su llegada al exilio. Este rasgo de generosidad y abnegación en una niña de catorce años, semisalvaje, que contrasta tan violentamente con la conducta atroz de Uvarnes, reconcilia un poco con la especie humana.

Crucé un gran bosque a cuyo extremo, cerca del lugar denominado *La Piedra*, encontré un poco de agua que el exceso de calor me hacía considerar preciosa. De aquel lugar seguí por un prado seco entonces, que se inundaba en la estación de las lluvias, y llegué al alto de San Nicolás, situado en una llanura pantanosa, no lejos del *Curichi de San Miguel*, pantano muy profundo y lleno de agua, afluente del Río San Miguel, en el que pude pescar a la noche. Me hallaba a dos leguas al sursureste de San Rafael.

5 de septiembre

Después de haber sido terriblemente atormentado por nubes de mosquitos, dejé San Nicolás internándome en una serie de pequeños llanos que se inundan en la estación de las lluvias y con frecuencia se llenan de fango. Están cubiertos de pastos altos, sembrados de palmeras carondai y bordeados de bosques espesos. Esta sucesión de pantanos, orientados hacia el sursudoeste, forma en su extremo una depresión bastante extensa, donde las aguas de todo el valle se unen en un hermoso lago que nunca se seca. El lago, denominado *Laguna de los Migueleños*, tiene más de dos kilómetros de longitud; sus riberas están cubiertos de pastos altos. Sin embargo, es posible acercarse por varios lugares; allí pasé parte del día en investigaciones de historia natural y encontré a numerosos indios de la misión de San Miguel, dedicados a la pesca de una especie de siluro que salan y ponen a secar como provisión. Recogí varios especímenes interesantes de conchas de agua dulce[1].

1 Entre otras, la *ceradotes chiquitensis*, d'Orb.

Me vi en la precisión de abandonar el lago para volver al campamento. Encontré al gobernador a la sombra de un gran árbol, en un sitio muy pintoresco. El grupo se había instalado al borde del bosque, cerca de un dilatado llano inundado, donde, sobre un horizonte de palmeras, se dibujaban al sur las crestas redondeadas de la cadena de gneis de San Lorenzo, que domina una zona del todo horizontal, inundada durante la mayor parte del año.

Por la noche, acostado en medio de más de ochenta indios, escuchaba a un joven que, tendido en su hamaca, tocaba en la flauta todos los aires de su pueblo. Esta música monótona y triste, en medio del silencio y oscuridad de los bosques, me empujó suavemente a divagaciones melancólicas. Este pobre indio –me decía– apenas a dieciséis leguas de su pueblo trata de recordarlo y sufre la lejanía. Semejante pensamiento me hizo recordar, sin quererlo, a mi patria, de la que había partido hacía ya seis años, y que no me atrevía a evocar, perdido como estaba en el fondo de los desiertos centrales de América y tan lejos de Francia y su civilización. Cuando algún incidente me llevaba así al otro hemisferio, el único capaz de hacerme feliz, trataba de levantar el velo del porvenir y presentir el futuro de mi vida con los goces y sufrimientos que me estaban deparados. Me perdía en ese laberinto inextricable hasta donde el sueño, tan necesario después del cansancio de la jornada, ya no me podía acompañar. El alba me sorprendía sumido en estas cavilaciones, cubiertas con más frecuencia de nubes oscuras que alumbradas por los rayos de la esperanza.

En esas regiones todo es excesivo. Cuando vienen las lluvias el campo se inunda por completo y se interrumpen las comunicaciones entre las misiones del sur de la provincia. Por el contrario, en la estación que transcurría, la falta de agua se hacía sentir en todas partes, obligando a efectuar paradas muy distantes entre sí. Sin embargo, confiando en recorrer un trecho de catorce leguas, el grupo se puso en marcha al salir el sol. Seguí la orilla del bosque, luego entré en una llanura vasta, cubierta de palmeras carondai donde en tiempos de los jesuitas existió la estancia *San Xavier*. La víspera había pasado cerca de una finca también abandonada por falta de animales: las guerras de la independencia arruinaron toda la provincia. Al llano sucedió un bosque por el que anduve seis leguas. El calor excesivo resultaba intensificado por la absoluta carencia de sombra puesto que la gran mayoría de los árboles carecía de follaje. Sólo algunas especies mostraban, de tanto en tanto, sus hojas verde oscuro de triste aspecto. Lo que aumentaba el aspecto árido del bosque y las llanuras era ver por todas partes ramas quebradas y el suelo cubierto de cenizas negras, porque los indios, según su mala costumbre, habían incendiado todos los campos para que se renovaran los pastos. Antes de dejar el bosque advertí, al este,

los altos mamelones de gneis que pertenecen a la cadena de *San Carlos*, que parece cortar en ángulo recto la cadena de San Lorenzo, hacia la cual me dirigía. Estos cerros, que apenas se alzan a quinientos o seiscientos metros sobre el nivel de la llanura, están cubiertos de vegetación en todos los lugares donde el suelo no está desnudo. A la salida del bosque atravesé la llanura decorada con palmeras carondai, mezcladas con palmeras motacús en las partes arenosas, hasta los pies de la cadena de San Lorenzo, que atravesé entre dos mamelones por el sitio llamado *San Juan Nama*. El aspecto pintoresco de la campiña me habría interesado sobremanera en cualesquier otra circunstancia, pero devorado por una sed intensa y expuesto a los rayos de un sol ardiente, padecía demasiado para admirarlo. Aún me faltaba recorrer cuatro leguas de llano cubierto de palmeras hasta la parada de San Lorenzo, donde por fin encontré un poco de agua estancada que, para hacerla tolerable, hubo que mezclar con harina de maíz.

En las cercanías de la parada y debido a la proximidad del agua, el campo estaba lleno de guacamayos rojos, que volaban en grandes bandadas, profiriendo gritos desagradables. Como no eran muy ariscos pude matarlos en cantidad. Me hallaba a unas dos leguas de la cadena de San Lorenzo y no pude resistir el deseo de ir a estudiar su composición geológica. Dejé mi gente y, acompañado por el gobernador y el cura de San Rafael, trepé un terreno muy desigual, cubierto de trozos de cuarzo y poblado por árboles de diversas especies. Al mismo pie de la cadena encontré, en el sitio denominado San Miguel, una casita de indios situada en una hondonada preciosa, provista de la vegetación más fresca y que riega un arroyo de aguas límpidas. Remonté el arroyo a la sombra de grandes árboles, desembocando en un enorme campo de bananeros cuyas últimas plantas bañaba el agua que caía de roca en roca, por una muralla de gneis, sustancia de que toda la montaña se componía. Una suave frescura se hacía sentir en este lugar encantador, tan distinto de los campos circundantes. Como no me cansaba de contemplar aquel oasis delicioso, sólo a la noche volví a la casita, cerca de la cual me eché en la hamaca, después de una comida somera. Creí que disfrutaría del reposo, pero miríadas de mosquitos, y sobre todo una especie de insecto llamada *piojo garrapata*, me impidieron cerrar los ojos, obligándome a pasearme durante gran parte de la noche.

7 de septiembre

Siete leguas me separaban de la estancia de San Ignacio, situada al sursudeste del lugar en que me encontraba. Abandoné temprano la humilde cabaña y tras una legua de bosque volví a encontrar los *palmares* de carondai, que por sí solos señalan todos los lugares inundados en la estación lluviosa. El aspecto extraño de esos

lugares me abrevió el camino. Sin embargo, me detuve unos momento a las ruinas de la antigua finca abandonada de *Santiago*, que sólo me proporcionaron un agua estancada y fétida, y llegué temprano a San Ignacio, donde me uní al resto de la caravana.

La estancia de San Ignacio sólo dista seis leguas de San José; estaba pues por alcanzar el fin de mi viaje, abandonando el despoblado. Partí a la mañana, penetrando de inmediato en un bosque que se extendía hasta la misión, adonde llegué temprano.

Misión de San José y camino a Santiago

8 de septiembre

Después de haber recibido los saludos del administrador, el cura y las autoridades indígenas, sucesivamente, hicimos nuestra entrada, como de costumbre, bajo arcos de triunfo y precedidos hasta la plaza y de ahí al colegio por jóvenes indios de ambos sexos que bailaban y cantaban.

La misión de San José, situada aproximadamente a 17°40' de latitud sur y 62°20' de longitud oeste de París, fue fundada con carácter definitivo en 1706[2], por los jesuitas, sólo con chiquitos[3], restos de los indios amigos de la antigua ciudad de Santa Cruz de la Sierra, cuyas ruinas distan media legua. Su población alcanzaba a más 5.000 personas, pero siete años de hambruna y la viruela habían causado la muerte de muchos. En la actualidad suman 1.810 los habitantes. Ocupa un emplazamiento pintoresco, a no más de una legua de la sierra San José, cadena de montañas de poca elevación y de dirección estesudeste, que presenta laderas escarpadas en cornisas y a cuyo pie se extiende, al norte y al sur, un bosque con muchos claros. Allí construyeron San José, cerca de un arroyito que baja a la hondonada de Sutos, la que se convirtió en estanque para regadío de todo el campo circunvecino. El emplazamiento de la misión es horizontal, pero a escasa distancia se ve la montaña de *Las Chaquiras*, mamelón redondeado cuyos flancos boscosos se diseñan en forma agradable sobre el cielo más bello del mundo. Mucho tiempo fue San José capital de la provincia y sede del gobierno jesuítico, que le dedicó todos sus cuidados, pero

2 Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 181.

3 El padre Fernández, op. cit., p. 85, se refiere a las tribus *boxos*, *taotos*, *penotos*, *chamaros* y *piñocas*. Cuando fui allá en 1831, el cacique me aseguró que la misión se componía de las tribus *chamanucas*, *penokikias* y *piococas*, siendo la última la más numerosa.

los padres fueron expulsados antes de concluir su obra, ya que la iglesia no estaba terminada. Después, San José quedó como almacén de las misiones del este, pues se le llevan todos los productos de las demás, destinados a Santa Cruz, por el camino especial que atraviesa el bosque sin pasar por las misiones occidentales.

Cuando se está mucho tiempo en los bosques, cualquier edificio produce una impresión notable; así fue cómo al llegar a la misión me sorprendió el aspecto de la plaza, por las construcciones que la encuadraban, ya que no respondía a la idea de una población formada por hombres apenas salidos del estado salvaje. Con verdadero gusto observé estructuras de piedras, construidas en el estilo morisco y de factura original, que traté de reproducir al lápiz. Estos monumentos consisten en una torre cuadrada, de tres pisos, provista de una galería en el superior. Constituye el portal de entrada al colegio. A la izquierda se alza el frontispicio de la iglesia, de arquitectura simple, coronada, igual que la torre, por pequeñas pilastras y cruces de piedra. Sólo este frente existía cuando se produjo la expulsión de los jesuitas en 1767, por lo que la construcción del cuerpo de la iglesia, proseguida por los administradores, se resiente por la ausencia de los hombres que la comenzaron. Aún más a la izquierda está la *Capilla de Muertos*, donde se deposita a los difuntos durante veinticuatro horas, antes de proceder a su inhumación. A la derecha está la casa de gobierno, o colegio. Este cuerpo de edificios tiene estructura abovedada, muy favorable a la conservación de cierta frescura en la zona tórrida. El colegio cuenta con más de tres patios rodeados de habitaciones y talleres. La plaza es enorme, decorada en el centro con una cruz de piedra rodeada de palmeras. Los frentes descritos forman uno de sus lados; ocupan los otros tres las casas de los jueces, que en total constituyen nueve grupos de casas. Por desgracia, entre un grupo y otro, al principio de cada calle se emplazó una cruz con palmeras y, en los cuatro ángulos de la plaza, capillas destinadas a las procesiones, que la encierran e imposibilitan toda perspectiva. Componen el resto de la misión hileras de casas ordenadas en filas longitudinales y transversales, que suman unas ochenta.

Los productos de San José son muy importantes; se fabrican hamacas y tejidos de algodón, como en las demás misiones. Además se cosecha gran cantidad de tamarindo para usos farmacéuticos, y la cera es mejor que en otra parte. Uno de los grandes beneficios de la región lo constituye la sal que se va a recoger anualmente a unas sesenta leguas al sursuroeste, en dos inmensos lagos salados, donde el mineral cristaliza naturalmente durante las sequías. Se transporta al hombro o en trineos arrastrados por bueyes a las demás misiones,

donde sus administradores lo emplean para pagar a los indios sus trabajos de hilados u otros. En cierto modo es la moneda corriente en la provincia, por tratarse de un producto de primera necesidad.

Ya me he referido varias veces a la desagradable costumbre que tiene la población de incendiar todos los años los campos a fin de renovar los pastos. Si bien los lugares en que el procedimiento se aplica hace tiempo no están ya despoblados de árboles, se hallan en camino de estarlo pronto. Sólo muestran ejemplares espaciados y de mal desarrollo, careciendo en absoluto de arboledas tupidas y macizos sombreados. Este principio de deforestación ha dado lugar, en ciertos puntos, a sequías hasta entonces desconocidas, que año tras año se intensifican en forma impresionante. San José tuvo que soportar una calamidad de esta clase durante siete años en que sus habitantes no levantaron ni una sola cosecha, habiendo perecido muchos de hambre, por causa de la imprevisión del administrador. Esta calamidad determinó la construcción del depósito de agua en Sutos, para no temer más la hambruna. El efecto de los incendios es tan notorio que en vez de aquellos árboles gigantescos que cubren los sitios apartados de las misiones, actualmente no se ve más que árboles raquíticos y una vegetación empobrecida, junto a los lugares habitados, que día a día ralea. No hay duda de que si la administración no adopta severas medidas de represión, con criterio de conservación, esta costumbre amenaza con una verdadera catástrofe para el futuro.

Pasé en San José seis días, dedicados a recorrer los alrededores para poner al día mis notas. En una oportunidad salí camino a *Sutos*, donde parte el riacho que riega las cercanías de la misión. Para pasar atravesé terrenos cubiertos de arbolitos, que me llevaron al pie de la montaña. Allí, en una quebrada, encontré una granja y un extenso bananal, rodeado de vegetación activa y de una frescura que contrastaba con la sequedad del aire ardiente del campo circundante, donde todo estaba quemado por el fuego y el sol. No podría describir el placer que experimenté en este lugar encantador. Por todas partes fluye agua entre las rocas; pero en el fondo de la quebrada se precipita una magnífica cascada de dieciocho a veinte metros de altura, y ha excavado, en la arenisca un amplio estanque natural, lleno de un caudal límpido como el cristal. Todo me servía en el vallecito, y especialmente la vista de su imponente muralla de gres ferruginoso, de trescientos a cuatrocientos metros de altura, que formaba como cornisas en cuyos cortes se mostraban las distintas capas cuya consistencia desigual originaba salientes y concavidades cubiertas de plantas. Allí todo ha corrido por cuenta de la naturaleza, que pobló el lugar con millares de guacamayos rojos y tucanes cuyos gritos agudos contrastan con el murmullo

de las aguas, dejando el conjunto sin alterar su armonía. Cuando se conocen las hermosas cascadas del lago de Oo, del circo de Gavarnie en los Pirineos y las de Giesbach en Suiza, que descienden entre los pinos fríos, cerca de neveras eternas, alegra encontrarlas en la zona tórrida, rodeadas de plátanos, palmeras y animales de ricos colores, propios de los países cálidos. El contraste intenso parece aumentar en América el encanto de esos cuadros naturales.

Otro día fui a visitar una fuente termal situada a tres leguas al estesudesteoeste, al pie de la montaña. Pasé junto al *Cerro de las Chaquiras* (perlas de vidrio), llamado así porque los indios suponían que las baratijas que recibían de los jesuitas provenían de esta montaña. Como después de expulsados los jesuitas ya no fue posible encontrarlas allá, los indios creen ingenuamente que las perlas se escondieron a raíz de la partida de sus padres, como los llaman. Se trata de un mamelón de gres, aislado en la llanura y separado por completo del resto de la cadena. Al llegar a la fuente encontré un bananal magnífico, en medio del cual había un ranchito techado con paja. Era un oasis cuya fresca verdura contrastaba con el campo seco y árido de los alrededores, retazo de vegetación activa que la fuente alimenta, borbotando en la arena al aflorar, mientras forma un lindo arroyo de casi un cuarto de metro de ancho, que riega el bananal y fertiliza esa parte del suelo. No tenía termómetro, pero la tibieza del agua me permitió atribuirle una temperatura no superior a treinta y seis grados centígrados.

A juzgar por su temperatura, esta agua debe provenir de una profundidad de quinientos metros, por lo menos. La fuerza con que brota evidencia que se podría darle con facilidad un nivel más alto, elevando su hoyada, lo que haría posible su explotación industrial, a la vez que agrícola, utilizándola como motor de cualquier fabricación establecida en gran escala. De tal modo fecundaría la tierra y pondría en movimiento simultáneamente una maquinaria bastante grande. Lo mismo podría hacerse con la cascada de Sutos, que también sería posible utilizar en provecho de la industria.

Dos kilómetros mas al este hay una gran explotación de piedra caliza. Quise conocerla y encontré, bajo la arenisca cuarzosa, uno calcáreo magnesiano o arenisca cálcica, más rica en silicio que en sal, aunque, mediante la calcinación, rinde una cal bastante buena. Para determinar con exactitud el yacimiento geológico de esa capa en el conjunto de la montaña, quise trepar a la cima, entre espinos y piedras movedizas, luchando con el calor sofocante del mediodía. Llegué, por cierto, a costa de mil esfuerzos, encontrando sólo la arenisca ferrosa de San José; en cambio, tuve una magnífica vista del con-

1831
San José
(Chiquitos

junto de la campiña. Jadeando bajo el fuego de un sol ardiente y muriéndome de sed, descendí a la cabaña. Pedí agua para refrescarme y en seguida me la trajeron, sacándola de la vertiente. La bebí toda sin respiración y me acometieron de inmediato unos vómitos atroces que duraron parte del día. En aquellas regiones, los primeros meses de la primavera, antes de la estación de las lluvias, son los más difíciles de soportar. Un calor seco y sin viento obliga a respirar un aire ardoroso que no atempera siquiera la frescura de las noches de las otras estaciones. Expuesto todos los días a este calor aplastante, sufría sus efectos funestos en forma de un malestar continuo, un desfallecimiento que sólo mi coraje podía vencer. Por cierto que no habría resistido si el viento del sur no hubiera refrescado la atmósfera la misma noche, devolviéndome la energía.

Me faltaba visitar un lugar curioso por los recuerdos históricos que se le vinculan. Quiero referirme a la antigua ciudad de Santa Cruz de la Sierra, situada a dos kilómetros al oeste de San José, en el bosque y bastante cerca de la montaña. A pesar de la proximidad de las montañas y la abundancia de materiales, esta ciudad se había construido de barro; cubría casi un kilómetro de anchura, y por los montículos de tierra alineados se nota que estaba ordenada en *cuadras* o manzanas cuadradas, entre las cuales se distinguían la plaza y el emplazamiento de la iglesia, entonces cubierto todo de árboles diseminados entre restos de calles y casas.

Después de las tentativas que hicieron desde Paraguay Núñez Cabeza de Vaca en 1542[4] e Irala en 1548[5] para penetrar en el Perú por Chiquitos, Irala, nombrado gobernador de Paraguay, envió en 1557 a Ñuflo de Chaves a fundar una ciudad en el extremo oriental de la provincia de Chiquitos, no lejos del Río Paraguay[6]. Pero Ñuflo de Chaves poco tiempo después supo la muerte de Irala y resolvió echar los cimientos de una ciudad independiente del Paraguay, decisión que le valió ser abandonado por parte de sus soldados. Sin embargo, tras de algunos fracasos, obtuvo por último del Virrey de Lima permiso para fundar en 1560[7], una ciudad que llamó *Santa Cruz de la Sierra*, aludiendo a las montañas vecinas. Esta ciudad empezaba a prosperar cuando, cinco años más tarde, los chiriguanos mataron a Ñuflo de Chaves. A partir de ese momento los españoles se mostraron más exigentes con los indios vecinos organizados

4 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 42
5 Padre Guevara, p. 110; Ruy Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, p. 72.
6 Fernández, *Relación de los Chiquitos*, p. 46.
7 Ruy Díaz de Guzmán, p. 109.

por ellos mismos en *encomiendas* y quisieron privarlos de sus hijos para someterlos a la esclavitud, pero estos actos tiránicos produjeron conflictos que los obligaron a abandonar Santa Cruz. Cuando en 1575 el Virrey de Lima ordenó la fundación de *San Lorenzo de la Frontera* todos fueron a establecerse en la nueva ciudad, a la que llevaron el nombre de la anterior. Se convirtió en la Santa Cruz actual, situada a tres grados al oeste de la otra, no lejos de los últimos contrafuertes de la cordillera, hacia los 17°20' de latitud y 65°20' de longitud oeste de París; de este modo, tras quince años de existencia, Santa Cruz fue abandonada por completo y los indígenas volvieron al estado salvaje hasta la llegada de los jesuitas. Largo rato recorrí sus calles, remontándome mentalmente a aquellos tiempos caballerescos, cuando hombres apenas armados cruzaban el continente por lugares donde nadie se atrevería a arriesgarse en la actualidad.

El cura de San José, cazador renombrado en toda la provincia, había suprimido, por así decirlo, solo, a todos los jaguares de la vecindad. En cuanto sabía de la presencia de alguno de esos feroces animales salía a cazarlo con su jauría, compuesta de una veintena de perros, y siempre lograba matarlo. Una mañana quise acompañarlo a cazar el tapir. Salimos antes del amanecer, y cuando clareaba habíamos ganado un sitio húmedo que conocía, cuando, regresando de su paseo nocturno, un tapir del tamaño de una becerra fue acosado por los perros y tuve el gusto de matarlo. Era el septuagésimo séptimo que el cura cazaba en los últimos dos años, pues sólo alimentaban a la jauría con el producto de sus cacerías matinales. Los tapires abundan en esta parte de la provincia, donde sus senderos, trazados entre los bosques, pueden extraviar a menudo al viajero.

Durante mi estadía se realizaron muchos bailes y me fue posible observar al conjunto de la población, que, aunque fuerte y bien formada, no tenía rasgos tan armoniosos como los indios de Santa Ana. Está lejos, asimismo, de ser tan educada como ellos y sus danzas carecen de gracia.

14 de septiembre

El 14 de septiembre dejé San José para dirigirme a la misión de Santiago, situada a varias jornadas de marcha en dirección estesudeste. El primer día recorrí ocho leguas, paralelamente a la Sierra de San José, a casi una legua de distancia, atravesando bosques más bien ralos, y pequeños llanos muy secos y entonces áridos. Sin detenerme, pasé por los altos de *Pauro* y *Kitooch*, y después de haber encontrado un bosque más espeso, llegué al de *Botija*[8] desde el cual veía, a poca distancia,

8 En castellano, *botija* es el nombre de la damajuana; este lugar fue bautizado así por la forma de las montañas vecinas, que en efecto parecen la parte superior de una damajuana.

una sucesión de cerros redondeados, formados por la extremidad oriental de la cadena de San José. Esta serie de mamelones cónicos, cimas obtusas y pendientes uniformes, me recordaba el perfil de las montañas pertenecientes a terrenos traquíticos, en la cumbre de las cordilleras. Pero su estructura es muy distinta, ya que se componen de gres antiguos, friables en parte, característica que hizo desaparecer los cortes abruptos de las laderas para darles una inclinación bastante suave. Esta analogía se debe a los elementos poco menos que blandos que componen unas y otras.

A tres leguas de Botija pasé al pie del último mamelón de gres, atravesé una pequeña hondonada y más allá me encontré en un alcor boscoso donde advertí, ocultas por grandes árboles, la torre y ruinas de la vieja misión de San Juan. Sabiendo que pasaríamos por allí, el administrador había hecho abrir un camino por la maleza y los árboles que crecieron entre las ruinas. La torre estaba intacta, pero sin techo; en la iglesia, muy amplia, se veían los troncos de los árboles que habían crecido al lado de columnas del mismo espesor, aún cubiertas en parte de pinturas. Este contraste entre despojos artísticos y vegetación invasora, tenía algo que entristecía. Apenas habían transcurrido cincuenta años desde el abandono de esos edificios que evocaban un esplendor pasado y ya la naturaleza volvía por sus fueros con tanto vigor que quizá dentro de pocos años ya no queden siquiera sus rastros. Los edificios me parecieron grandes y bien construidos, pero no pude entrar en los patios, ya invadidos por el bosque.

Sorprendido por el abandono de la misión, interrogué al respecto al gobernador, quien me aseguró que en el tiempo que los curas dirigían solos las misiones, sin administradores, los religiosos que gobernaban ésta resolvieron por su propia cuenta abandonarla, hacia 1780, desaprovechar las hermosas construcciones debidas al trabajo obstinado de los jesuitas, y trasladarla diez y ocho leguas más al este, pretextando carencia de agua. Hecho el traslado, la nueva misión de San Juan, que más tarde visité, sólo contaba con instalaciones provisorias, pues tanto la iglesia como los restantes edificios estaban hechos de barro y techados de paja. Al parecer, el motivo verdadero que los religiosos tuvieron para abandonar la misión era acercarse a la frontera con el Brasil, con el objeto de vender a los brasileños parte del ganado que en aquel entonces criaban en gran cantidad. Sea como fuere, sentí una impresión de tristeza al pensar que todos los monumentos destruidos por accidentes o de cualquier otra manera, desde la expulsión de los jesuitas, no han sido aún restablecidos sino de manera provisional. Es fácil entonces prever la desaparición completa de los grandes edificios que serán sustituidos por simples caba-

ñas; de tal modo, aquel esplendor de la provincia no habrá hecho otra cosa que pasar, como un lindo día seguido por una noche tormentosa.

Dediqué un día a recorrer los alrededores del lugar, conocido por *Tapera de San Juan*, recogiendo multitud de curiosas muestras de historia natural. Pese a la sequía, la vegetación comenzaba a mostrar hojas nuevas y algunas plantas tempranas, entre las que encontré una acacia rosada, que incluso tenía flores, cuyo perfume embalsamaba los campos. Se veía que la naturaleza, abrumada bajo el fuego solar, no esperaba más que una lluvia bienhechora para cubrirse con su más rico atavío primaveral. Me había instalado en una finca cercana a un gran lago, de donde disfrutaba de una vista espléndida. Las elevadas cadenas de San Lorenzo de Ipias se perfilaban en el horizonte y la montaña de *Chochiis* se perdía en la lejanía. La campiña vecina nada se parecía a la del oeste de la provincia. Ya no había una palmera, sino tierras suavemente accidentadas, arenosas, que formaban setos conocidos como *chaparrales*[9], parecidos a las *capoeiras* de los brasileños. No se trata de bosques ni de llanos, sino de extensiones cubiertas de arbolitos, arbustos y sobre todo zarzales espinosos. Como en todas partes, estas plantas reemplazan a la vegetación primitiva, que la agricultura talara. Me preguntaba si los numerosos incendios sucesivos del campo no habrían producido la sustitución, por estos chaparrales, de la vegetación primitiva que seguía cubriendo los circundantes.

Atravesando cinco leguas de chaparrales de aspecto triste, llegué al alto de *San Lorenzo*, situado cerca del Río *San Juan*, primer afluente del Tucubaca, cuyas aguas se vierten en el Paraguay. Al proseguir por el fondo de un ancho valle comprendido entre la Sierra de San José y la de San Juan, había pasado sin advertirlo de la vertiente del Amazonas a la del Plata. Podría creerse que la línea divisoria de agua entre los dos ríos mayores del mundo está señalada con nitidez por cadenas montañosas proporcionadas a la extensión de la vertiente, pero no es así, y, como ya lo he dicho, el Amazonas y el Plata se confunden en varios puntos distintos, permitiendo, con pocos gastos, la construcción de un sistema de canales que podría atravesar el interior de todo el continente americano, de la línea hasta el grado 34.

Dejé el alto un momento, remonte el arroyo una media legua y llegue a una depresión inundada en parte, donde encontré una profusión de senderos trazados. Me sorprendí, atribuyéndole la vecindad de una finca, cuando iden-

9 Sin duda, es un nombre llevado por los españoles. Humboldt dice, *Relación histórica*, t. VI, p. 90, que proviene del árbol llamado *chaparro*, lo que es muy probable; pero allí no se encuentran verdaderos árboles y el término se refiere a los setos.

tifiqué las huellas de los tapires que noche a noche acuden al arroyo. Sin embargo, esa profusión de sendas trazadas sobre más de media legua de extensión, corresponde a centenares de animales que siguen todos, al parecer, los mismos caminos. Por los voluminosos montículos de estiércol que encontré, deduje que todos evacuan en el mismo lugar.

Desde la parada de San Lorenzo podía divisar las montañas de este nombre. Las creía a no más de una legua de distancia, mientras admiraba sus cúspides horizontales, sus paredes talladas perpendicularmente y el color rojizo. En algunos puntos se perfilaban a doscientos o trescientos metros de altura, junto a torrecillas y bloques cortados a pico. El conjunto podría haberse tomado más bien como un vasto sistema de fortificaciones, con sus bastiones, que como una cadena de cerros. Quise ir a examinarlas y al efecto monté a caballo. Me aventuré por un campo de espinos y arbustos achaparrados. Al comienzo pude recorrer el trayecto sin dificultades, pero pronto las zarzas se espesaron y las espinas se hicieron más numerosas; recorrí no obstante una legua, sufriendo desgarraduras en el traje por las espinas ganchudas de cierta especie de acacia. Cuando más avanzaba, más deseaba llegar a las montañas que casi creía tocar. Sin embargo, desgarrado, cubierto de rasguños e imposibilitado de proseguir a caballo, tuve que ponerme a luchar a pie contra los obstáculos que se multiplicaban a medida que me acercaba a la montaña, y tras de una hora de tentativas inútiles, cubierto de polvo y sangre y con la ropa hecha jirones, tuve que detenerme sin haber alcanzado el objetivo de mi excursión. Volví tristemente al alto y fui a bañarme al arroyo para refrescarme y recobrar fuerzas. A la noche, seguí viaje por los chaparrales hasta el alto de Ipias, tres leguas más adelante, donde pasé la noche en mi hamaca.

Por el camino había encontrado indios de Santiago, que llevaban sal a las otras misiones. Guiaban unos cien bueyes, arrastrando balas de sal dispuestas sobre la horqueta de una rama que haría las veces de trineo. Me impresionó un medio de transporte tan rudimentario; sobre todo la fuerza desperdiciada, puesto que cada yunta de buey no arrastraba más que cien kilogramos de aquel modo. En un territorio tan poco accidentado sería fácil construir caminos carreteros y entonces, con el mismo número de bueyes, podría transportarse veinte veces más mercaderías. Hice esta observación al gobernador, quien me pareció dispuesto a introducir vehículos con ruedas, desconocidos hasta entonces en la provincia.

Desde la parada y siempre en la misma dirección, recorrí cuatro leguas aproximándome poco a poco a la cadena de Ipias, donde parecían congregarse todos los accidentes topográficos posibles, para darle un aspecto de construc-

ciones en ruinas más que de montañas comunes. Me dirigí hacia el punto más bajo de la sierra, al pie del Chochiis, por donde empecé a subir por un gres friable, muy coloreado por el hierro, entre palmeritas rastreras y perfumadas acacias de flores rosadas. En la cumbre de la cadena, bastante cerca de la famosa montaña de Chochiis, el punto más elevado de toda la cadena, pasé al pie de un pico recto como una flecha, de casi doscientos metros de altura y que, suspendido sobre la cabeza del viajero, parece amenazarlo con caer al menor soplo de viento. Esta forma aguda de los montículos de arenisca es de las más singulares. Cuando se estudia la composición sorprende encontrar en la cima una parte más dura que lo demás, la que protege al todo de las lluvias casi perpendiculares, terminando a la larga por formar esas flechas, elevando los lados. Después de haber rebajado progresivamente su anchura, las lluvias producen su derrumbe, mientras las erosiones vecinas, al separar otros bloques de gres de la masa general, preparan otras flechas para el futuro.

Desde la cumbre de la sierra no observé ninguna elevación hacia el sur. Un horizonte de bosques sin límites se mostraba por todas partes, contrastando con la aridez de la vertiente septentrional. Luego supe que los jesuitas habían llevado la numerosa nación de los morotocas, desde los bosques que tenía a la vista a la misión de San Juan, a la que más tarde habré de referirme.

Al bajar por la pendiente meridional de la cadena, seguí al este, unos grados al sur, el pie mismo del Chochiis, teniendo siempre cerca las paredes perpendiculares de los cerros y las flechas que se desprenden de ellos. Su color rojo las hacía resaltar entre los grandes árboles, desprovistos entonces de su follaje. Luego de cuatro leguas de marcha hice alto en la parada de Chochiis, donde nos esperaban varios indios de Santiago que el administrador había enviado para descubrir el punto accesible para trepar a la cima de la montaña, que tiene una elevación de cuatrocientos a quinientos metros sobre la llanura.

Cada vez que una montaña se distingue de las demás, por su forma o altura, cuanto más difícil sea su acceso, tanto más fama adquiere por sus riquezas. El Illimani, cerca de La Paz, al que nadie ha subido aún, dicen que se compone de oro macizo[10]; el Cerro del Inca, cerca de Samaipata, encierra tesoros. La montaña de San Simón, en Moxos, contiene los metales más preciosos[11]. El cerro de las Chaquiras, cerca de San José, también tiene productos misteriosos. El Chochiis, punto culminante de la cadena de Santiago, no podía menos que tener tesoros escondidos. Había oído decir y repetir en todos los tonos,

10 Creencia de los habitantes de La Paz.

11 Ver la continuación del viaje; generalidades sobre la provincia de Moxos.

por curas y administradores, que los jesuitas, únicos conocedores de la forma de llegar a la cima del Chochiis, habían recogido allí pepitas de oro de valor incalculable, fuente de su opulencia tan envidiada. Estos relatos populares podrían basarse en alguna realidad, por lo que resolví ascender a la montaña, proyecto que me valió hacerme acompañar por más de un curioso. Después de haber observado que el Chochiis, al igual que toda la cadena, desde San José, se compone sólo de gres friable que data quizá de la época carbonífera, no me quedaba ninguna esperanza de encontrar oro, porque este metal precioso integra exclusivamente, en la cordillera, las capas de esquistos y sus denudaciones. Hablando geológicamente, consideraba imposible la cosa; sin embargo, mis razones no lograron convencer a mis compañeros de viaje, que se resistían a abandonar la ilusión de enriquecerse. Cuando se les pidió informes acerca de sus exploraciones, los indígenas que habían recibido orden de reconocer los alrededores declararon en forma unánime que, después de haber dado la vuelta al Chochiis, debían manifestar que la pared de la montaña estaba cortada toda a pico y que por ninguna parte se podía abordarla. Esta circunstancia hizo que mis compañeros de viaje abandonaran finalmente su proyecto, con gran desilusión.

El esplendor de las misiones jesuitas y sus riquezas exageradas por la envidia, hicieron que en todas partes se recurriese a medios extraordinarios pira descubrir su origen. En Moxos, sirvió al efecto el cerro San Simón; en Chiquitos, el Chochiis y lavaderos de oro, diamantes que sólo los padres habían conocido. Nunca se quiso ver su origen en la explotación combinada de los productos naturales, de la agricultura e industria. Si los primeros fundadores de ciudades en el Nuevo Mundo no hubieran sacrificado todo a las minas, menospreciando la agricultura, habrían logrado bases sólidas de prosperidad y opulentas ciudades que tal vez reemplazarían, en otros sitios, a Oruro y Potosí, cuya riqueza otrora proverbial ha sido reemplazada actualmente por ciudades semiabandonadas. La verdadera fuente de prosperidad de los establecimientos jesuíticos descansaba, pues, en su industria razonada y no en el producto de las minas, cuya explotación peligrosa acarrea, tarde o temprano, después de ingentes ganancias, la ruina completa de los interesados.

Ya que nada podía hacerse en Chochiis, se resolvió ir a pernoctar a tres leguas más allá, en el *Potrero de Yupees*. Llegamos después de haber cruzado tres torrentes secos en el bosque, descendiendo cerros cuyos pies contorneábamos. El fuego puesto recientemente a los campos había quemado todo en el pequeño llano de Yupees, incluso el ranchito de la parada. En consecuencia, tuvimos que echarnos en el suelo, donde nos comieron los mosquitos.

El 19, obligado por las circunstancias, recorrí diez y siete leguas, alcanzando la entrada de Santiago. Atravesé bosques más o menos espesos, seguí el pie de las montañas y anduve sobre las capas de arenisca, inclinadas ha-

19 de septiembre

cia el sur, pasando sucesivamente los torrentes de *San Carlos*, *San Pedro*, *San Miguel*, *Soboreca*, *Uracirchikia*, *San Luis* y *Tayoe*, que descienden de las alturas y se unen en el llano, formando el Río San Rafael, uno de los afluentes del Oxukis, que afluye al Paraguay cerca del grado 19 de latitud. Al decir de los indios, el Río San Rafael sería navegable cerca de Santiago. En efecto, pude creerlo al ver el volumen de agua de sus numerosos afluentes. Pasé junto a las ruinas de numerosas fincas jesuíticas abandonadas. La campiña es hermosa por todas partes y ofrece sus tierras vírgenes, cubiertas de grandes árboles y algunas palmeras motacús, cuyo fresco verdor contrastaba con los bosques desprovistos en aquel entonces de su ornamento. Entre las ramas entrecruzadas se divisaba la cadena de Santiago que siempre tenía a mi izquierda. En el *Río Soboreca* (de la bruja) paré un momento junto a un amplio estanque de agua limpia, naturalmente excavado en la greda. Dos leguas más lejos, en el Río San Luis, comencé a ascender, sobre capas de gres, hasta el Río Tayoé, donde creímos que sería posible pernoctar. La sombra de los grandes árboles y la proximidad de numerosas acacias cubiertas de flores rosadas, difundiendo un perfume que embalsamaba el aire, nos prometían un descanso reparador, tras la fatigosa jornada; pero al ponerse el sol, nos rodearon nubes de mosquitos, haciéndonos imposible el reposo. Un claro de luna magnífico nos invitaba a proseguir la marcha para escapar a sus picaduras ponzoñosas. A medianoche ensillamos y anduvimos tres leguas por el monte, subiendo sin cesar por un terreno pedregoso, donde nuestros caballos, aun más cansados que nosotros, tropezaban a cada paso. Así llegamos a dos kilómetros de Santiago, cerca de la cumbre de la montaña, donde paramos para no entrar de noche. Extendí el poncho en el suelo y con la montura por almohada dormí hasta la mañana, sin que me molestaran los mosquitos.

Misión de Santiago de Chiquitos

Me hallaba sumido en un sueño tan profundo que no oí al cura y al administrador de Santiago que, saliendo a nuestro encuentro, tuvieron la sorpresa de encontrarnos tan cerca. Mientras se ensillaba, recorrí los alrededores, que encontré cubiertos de plantas diferentes de las que observé en otras partes y recogí gran número de especies. Llegamos a la misión atravesando una pendiente

1831
Santiago de Chiquitos

ondulada, y se nos recibió con los honores de uso. Todo el mundo estaba en pie y creo que nunca hubo tantas demostraciones de alegría.

Santiago, formada por indios *guarañocas* y tapiis, a quienes los jesuitas agregaron chiquitos para generalizar el uso de su idioma, fue primero fundada a diez leguas al este de la misión actual, en la base meridional de la cadena de Santiago. Los guarañocas vivían al sur en los bosques, y costó a los religiosos mucho trabajo reducirlos. Sólo lograron congregar a parte de la nación. El resto siguió viviendo en estado salvaje, en los bosques vecinos, viajando sin cesar, manteniéndose con caza, durmiendo en esteras y efectuando incesantes correrías por los dominios de las misiones, para robar todo lo que encontraran. La excesiva frecuencia de estas exacciones determinó a los jesuitas, allá por el año 1740, a transferir su residencia cerca de la cumbre de la montaña, al sitio que ahora ocupa. Allí edificaron un colegio y una iglesia, y el establecimiento pudo rivalizar con los demás. Sin embargo, la condición belicosa de los guarañocas les imponía muchas precauciones. Siempre amenazaban con unirse a sus compatriotas al fondo de los bosques circunvecinos. Después de la expulsión de los jesuitas, dos gobernadores de la provincia, don Gil Toledo y Ramos, quisieron conquistar la tribu guarañoca, todavía salvaje, pero en lugar de emplear la persuasión, como los jesuitas, entraron en campaña con soldados e hicieron fuego contra los indios apenas los hubieron visto. Estas hostilidades los convirtieron en enemigos irreconciliables, que frecuentemente dañan la explotación de las salinas, atacando a los indios de Santiago y San José que se dirigen allá todos los años. Desde aquella época (hacia 1820) se dejó que los guarañocas salvajes vivieran en paz en sus montes. Hacia 1801 se incendió el colegio, consumiéndose todo el establecimiento. Desde entonces ningún administrador pensó reconstruirlo, de manera que sólo queda la iglesia, muy deteriorada, de todos los edificios levantados por los jesuitas. En la actualidad, la población asciende a 1.234 almas, guarañoca la mitad de ellas, y el resto compuesto de chiquitos y tapiis mezclados. Los últimos olvidaron por completo su idioma primitivo. En cuanto a los guarañocas, por ser numerosos conservaron siempre el suyo, sin dejar de aprender la lengua chiquita, que las instituciones jesuíticas hicieran obligatoria.

La misión de Santiago, distante cuarenta y siete leguas al estesudeste de San José, ocupa una posición envidiable, cerca de la cima de las montañas de Santiago, sobre su pendiente meridional y no lejos de un valle sombreado. Sin embargo, la dominan al norte las crestas altas y recortadas en gradas de la cumbre de la cadena, lo cual le confiere un aspecto de grandeza pintoresca que no tienen las demás misiones de la provincia. Con excepción de la iglesia,

dotada de una hermosa fachada, sólo posee casas indias, en una de las cuales tuvimos que alojarnos, a falta de colegio.

Los productos actuales de Santiago son los mismos que los de las demás misiones, aunque en menor abundancia: se cosecha algodón y cera. Pero la ocupación principal de los indios es la extracción de sal durante la estación seca. Van a una sesentena de leguas al sudoeste a sacar, de una salina vecina a la de San José, la sal cristalizada por evaporación natural de un lago salado. Esta extracción les rinde grandes recursos, pero perjudica mucho a la agricultura, muy descuidada en Santiago. Desde hace varios años se talla, en piedras de asentar navajas, una especie de esquisto de grano muy fino, industria susceptible de alcanzar gran desarrollo, pues estas piedras son excelentes y pueden rivalizar con las mejores que en Europa aplicamos el mismo uso[12].

A mi llegada a la misión, me había impresionado el aire satisfecho y la buena cara de los indígenas. Sin duda, los guarañocas son los más alegres de la provincia. Han creado casi todas las danzas nacionales. De esto me convencí en los bailes que se realizaron todos los días, desde nuestro arribo. Estas danzas, imitativas casi todas, se acompañan con una música viva aunque poco variada[13], durante cuya ejecución los indios forman figuras distintas. Entre dichas danzas, algunas me impresionaron por su originalidad. En una de ellas, un viejo guarañoca, munido de una calabaza llena de maíz, se ubicó en medio de las mujeres, cantando y bailando de manera singular, que las mujeres repetían. Por ratos avanzaban en filas, saltando, con los cuerpos inclinados hacia un lado; luego se volvían de pronto e inclinaban del lado opuesto como si hubieran sembrado o labrado. Otras veces se trataba de figuras demasiado expresivas; otras, se quejaban en sus cantos, de que las hormigas las devoraran y entonces, bailando, parecían rascarse. A menudo, en el calor de su baile, parecían olvidar el sitio en que se hallaban, tomando las cosas muy al natural, y buscando con excesivo cuidado el insecto inoportuno, se levantaban el tipoi descubriendo buena parte del cuerpo. Esta danza, acompañada de cantos, gritos y silbidos agudos, me evocaba, por su salvajismo, el estado primitivo de la nación.

Otra danza mímica es la que representa la cosecha del *pavi*, gran coloquinto de fruto comestible, como nuestras calabazas europeas, que crece en los bosques, trepando a las ramas y produciendo en otoño frutos que por todas partes

12 Desde que hice el viaje empleo estas piedras y me animo a compararlas con lo mejor que tenemos en Francia.

13 Ver esta música en las Consideraciones generales sobre la provincia.

aparecen colgados de los árboles. En esta danza las mujeres, gritando *pavi, pavi*, alzan los brazo al aire, como para asir el fruto, y saltando para alcanzarlo adoptan toda clase de posturas. Pronto, cantando y bailando, se apoderaron de uno de nosotros, lo alzaron y en un momento éste quedó suspendido por sus manos levantadas; extendido así, lo pasearon dando la vuelta por la sala, lo sacudieron a más y mejor y le hicieron cosquillas para que se moviera más. Como energúmenos, nos atraparon uno tras otro del mismo modo, sin exceptuar al cura, al gobernador ni a mí, y me llevaron en sus manos con tanta facilidad como si hubiera sido una pluma. Confieso que hacía falta mi acostumbrada buena voluntad para dejarme sacudir de semejante manera y suponer que se me llevara acostado en el aire, sobre las manos de aquellas mujeres que, para honrarme, me mantuvieron más tiempo que a los demás y me atormentaron haciéndome cosquillas.

Mientras las mujeres bailaban en la casa del gobernador, los hombres, congregados en la plaza, y todos munidos de flautas de Pan, ejecutaban, en diferentes tonos, melodías salvajes que no carecían de originalidad.

Resulta incómodo tener que decir que entre los guarañocas, alegres hasta la locura, alcanza su colmo la corrupción de las costumbres. No sucedía esto, según parece, en tiempos de los jesuitas; pero como después de su expulsión y durante el transcurso de las guerras de independencia, Santiago fue sede de una guarnición, los soldados introdujeron costumbres disolutas. No conserva el menor rastro de pudor, y el cinismo se ha llevado hasta el último extremo.

En tanto que los llanos circundantes aún hervían bajo los rayos de un sol implacable, nubes bienhechoras se habían acumulado en la cúspide de la montaña, imprimiendo un cambio completo al aspecto de la naturaleza. Los árboles se cubrían de un follaje tierno y flores variadas; la campaña revestía su atavío primaveral, cuyo encanto fluía por todas partes. Creo que en nuestros países europeos nada hay comparable a este momento de la zona tórrida. En Francia, por ejemplo, las hojas brotan poco a poco y con el retorno de la primavera también se hacen sentir el frío y la falta de días lindos. En estos lugares hay un súbito cambio de decoración. La naturaleza está muerta, inanimada; un cielo demasiado claro ilumina el campo frío medio seco. ¿Llueve? Como por encanto, todo adopta nueva forma. Bastan unos días para esmaltar los llanos de verdor y flores olorosas, para cubrir los árboles de hojas claras o de flores que las preceden, coloreando a cada uno de ellos. Si el campo aroma el aire con los perfumes más suaves, exhibiendo sus plantaciones naturales, los bosques tienen otra belleza y variedad. Aquí el árbol se carga de largas cepas purpúreas, en contraposición con una copa de azul cerúleo o del oro más puro;

allá una blanca cimera se alza junto al rosal más tierno, mezclado todo a árboles cuyas hojas respiran una frescura admirable. ¡Con cuánto placer trepaba las colinas donde esos hermosos vegetales desplegaban sus ornamentos! Recorría la campiña sin saber a qué lugar dar mi preferencia, ya que cada sitio me brindaba un encanto distinto, un matiz diferente. Nunca me había sentido tan impresionado por las bellezas de ese territorio iluminado por el cielo más bello del mundo. Estaba realmente extasiado ante la riqueza, el cálido colorido del vasto cuadro que se desplegaba ante mi vista, cada vez que recorría los campos cercanos a Santiago.

Un día quise subir hasta la cima de la montaña. Despaché la víspera varios indios para que me abrieran a hachazos un pasaje a través de la vegetación, buscando un punto de acceso, y en compañía de un guía emprendí la ascensión. Del otro lado del arroyo de Santiago, me lancé entre rocas amontonadas que dan paso a árboles en flor del más variado aspecto. Pasé al pie de un pico de arenisca de más de treinta metros de altura, cuyas capas horizontales, apiladas en una anchura no mayor de tres metros, daban la impresión de que iban a desplomarse sobre mi cabeza. Así subí a tres gradas sucesivas que rodeaban la montaña, presentando cada cual una explanada bastante amplia, cubierta de tierra vegetal. Con mucho esfuerzo llegué a la cumbre, donde encontré una meseta horizontal, de dos kilómetros de circunferencia, tapizada de gramíneas mezcladas con palmerita enana, sin tronco[14], cuyas hojas miden menos de un metro de alto. Desde la plataforma disfruté del más hermoso golpe de vista que se pueda tener. Al este y oeste mi vista abarcaba, en todo su alcance, la prolongación de la cadena, formada por plataformas o mesetas semejantes a las que pisaba, todo cortado por gargantas arboladas que formaban como gradas en torno a las cimas truncadas. Al sur podía seguir la suave pendiente de la montaña, teniendo enfrente la misión y los campos de los indios, de aspecto alegre y animado. Más allá de esta campiña se extendía un horizonte azulado, formado por bosques salvajes del lado del Gran Chaco. Al norte, cortada perpendicularmente hacia el inmenso valle del Tucabaca, la montaña me ofrecía, a setecientos o mil metros, un mar ininterrumpido de oscuras selvas. Si la mirada podía franquear un espacio de medio grado aproximadamente, o doce leguas, se detenía del otro lado del valle, en la cadena de *San Juan* o *del Sunsas*, paralela a la de Santiago, cuyas alturas mamelonadas y azulinas se perfilaban en el fondo del horizonte perdiéndose a lo lejos, al este y oeste.

14 *Cocos petraea*, Martius.

Con agrado me habría quedado hasta la noche, admirando el panorama inmenso que se desplegaba a mi alrededor, pero mientras observaba y tomaba apuntes geográficos una nube enorme se detuvo sobre la montaña, envolviéndome en un instante y velándome el cuadro magnífico que me rodeaba. Pronto me mojó un torrente que recibí con gusto pese a su temperatura helada, pues hacía tres meses que no veía llover. Esperé un rato, suponiendo que la nube se alejaría. Como parecía, por el contrario, espesarse cada vez más, me vi en la necesidad de bajar, rodando más que caminando entre las rocas y arroyos crecidos por el chaparrón. Apenas cayeron las primeras gotas de agua, observé que mis guías se habían quitado la camisa, la habían enrollado apretadamente y puesto bajo el brazo, prefiriendo recibir la lluvia en el cuerpo a mojar su única ropa.

Recorriendo la montaña, viendo las gradas cubiertas de tierra vegetal bastante profunda, al observar que la misma cima estaba cubierta de tierra negra aún virgen, pensaba en las ventajas incalculables que la agricultura podría obtener en la cadena entera, donde el trigo, la papa, la vid y todas las plantas de clima templado prodigarían sus tesoros sin mucho trabajo. Comuniqué mis observaciones al gobernador, quien las aprobó, prometiéndome hacer ensayos el año siguiente. Ignoro si mantuvo su promesa, pero señalo estas circunstancias al gobierno de Bolivia, con el objeto de que las generaciones futuras puedan asegurarse los beneficios que les promete este suelo abandonado a sí mismo.

También fui, a cinco leguas de distancia, a visitar una fuente de agua termal, atravesando la montaña hacia el este, en una campiña magnífica pero difícil de transitar. Con extrañeza encontré, en lugar de una fuente común, un lago de medio kilómetro de anchura, lleno de agua tibia que emergía a borbotones del medio del reservorio, en el cual decían los habitantes que había peces. Esas aguas rodeadas de rocas de arenisca friable, tienen gran renombre por sus virtudes curativas del reumatismo y enfermedades de la piel. Allí se acude de todas las partes de la provincia. Al efecto, se construyó un ranchito cubierto de palmas, donde es posible guarecerse de la lluvia y el sol.

27 de septiembre

El 27 de septiembre, después de siete días de exploración, me despedí de la población de Santiago y tomé rumbo al Santo Corazón, situado a unas cuarenta leguas, en dirección estesudeste. Me llevaba una linda colección geológica, muestras de la flora de las montañas vecinas, casi completa gracias a la estación; varios pájaros interesantes, informaciones geográficas abundantes, un vocabulario guarañoca escrito por mí y la música indígena anotada por el maestro de capilla de la misión.

Remonté una legua el curso del arroyo de Santiago, antes de alcanzar la cima de la montaña, pisando un suelo desigual, cubierto de flores y rocas caídas de las partes más altas. Llegado arriba, volví a contemplar con sumo agrado el valle de Tucabara, limitado a la distancia por las montañas del Sunsas y San Juan. Tuve que bajar, durante casi dos horas, una pendiente de las más rápidas, llena de restos de las alturas próximas. Bloques de gres compacto, esquistos rosados y amarillos se veían en gran cantidad al comienzo; luego, pisé esquistos esquistoides azulados, hasta el pie de la montaña. Esta bajada pronunciada, el paisaje y el color de la roca, me recordaron la cuesta de Petacas, al bajar por los últimos contrafuertes de la cordillera, cerca de Santa Cruz. En efecto, tenía a la vista el mismo piso geológico con igual aspecto mineralógico. Al entrar al bosque que ocupa todo el valle, me sorprendió encontrarlo desprovisto de hojas. Acababa de dejar en la montaña la primavera en todo su esplendor, en tanto que veía aún reinar al triste invierno en el llano arbolado. Este cambio de ambiente, en tan poco espacio, me entristeció durante las ocho leguas que me separaban del Río Tucabara, tanto más porque el bosque me recordaba el Monte Grande que había atravesado de Santa Cruz a Chiquitos. También allí encontraba la máxima uniformidad. Ninguna palmera de follaje elegante, pero por todas partes cactus arborescentes de talla elevada y falsos algodoneros de tronco en forma de huso. Al llegar al Río Tucabara, la monotonía del bosque llegó empero a matizarse con el follaje verde oscuro de la palmera murayahu, antigua conocida, que había admirado cerca de Santa Cruz de la Sierra.

Aprovechando una roca saliente de esquisto negruzco, pude cruzar el Río Tucabara, de relativa profundidad en todo el resto de su curso. Este río, del que había cruzado varios afluentes en San Lorenzo e Ipias, acumula todas las aguas del valle, corre cerca de la misión de San Juan y prosigue entre las cadenas de Santiago y Sunsas hasta el extremo de la primera donde, uniéndose al Río San Rafael, que ya recibiera las aguas de la vertiente meridional de la sierra de Santiago, forma, no lejos de las ruinas del antiguo Santo Corazón, el Oxukis, afluente occidental del Paraguay. El Río Tucabara corre por un lecho poco inclinado. Tengo la convicción de que desembarazado de las ramas que lo obstruyen, permitiría, durante las crecientes, una navegación cómoda para los barcos de casco plano y podría, así, servir para el transporte de los productos de San José y San Juan.

Atravesando el Tucabara, sobre fragmentos de esquistos negruzcos análogos a los de la cordillera de La Paz, recordaba que todas las minas de oro, sean de extracción o lavado, de estas ricas comarcas dependían de esta formación

geológica o de sus antiguas erosiones. Ya no dudé de las probabilidades de éxito que tendría la búsqueda de oro por lavaderos, en todo el inmenso valle de Tucabara, el más adecuado por su estructura geológica para producir resultados provechosos.

Al cruzar espesos bosques de los más tristes alcancé, cuatro leguas más lejos, el alto del *Poso* donde pasé la noche junto a un hueco lleno de agua. Llamaba la atención la soledad del bosque. No se mostró ni un solo pájaro, y lo habría supuesto despoblado del todo si, en la proximidad de la parada, no hubiera encontrado una urraca azul. Ya tuve ocasión de mencionar al tero armado, el centinela de la llanura, que se sobresalta apenas ve a alguien y no deja de gritar y perseguirlo. La urraca azul desempeña en los bosques el mismo papel; apenas oye ruido, vuela gritando de árbol en árbol. Se la diría encargada de la vigilancia de la floresta, mientras el tero armado cuida los llanos. También encontré allí muchas conchas terrestres de interés[15].

A once leguas del Poso, después de haber dejado atrás, siempre por el bosque, el alto de *Naranjo*, señalado en efecto por algunos naranjos, y el de *Potrero*, especie de pantano adornado con palmeras motacús, llegué al sitio llamado *La Cal*, donde los jesuitas habían establecido un horno de cal, al pie mismo de la cadena del Sunsas para explotar una roca análoga a la de San José, que también reposa sobre rocas devónicas. De la cal escalé tres leguas de colinas boscosas, cruzando profundas hondonadas y cumbres escarpadas, en las que reconocí gredas devónicas a menudo ferruginosas que, reposando sobre esquistos azules, superpuestos a gneis en desintegración, dejan el suelo cubierto de fragmentos de cuarzo. Creí que desde la cúspide de la montaña tendría un buen panorama, pero me equivoqué, porque las numerosas dislocaciones producidas en aquella parte impiden observar el campo. Bajando dos leguas por la pendiente oriental, seguí la dirección de un valle transversal, también bordeado de cerros, y alcancé el alto del Sunsas después de haber cumplido una jornada de dieciséis leguas. Bajo la ramada encontramos al administrador de Santo Corazón que venía a nuestro encuentro. A eso de las seis, mientras exploraba la vecindad, vi con sorpresa llegar a los cuarenta indios portadores de nuestros bagajes. Estos pobres hombres habían hecho diez y seis leguas a pie, cargados como mulas, y estaban sin embargo alegres y contentos, sin que parecieran sentir el menor cansancio.

La noche era de las más serenas. Resplandecían las estrellas en un cielo azul oscuro, en tanto que centenares de grandes insectos, dotados de luces

15 El *Bulimus apodemetes*, etc.

intensas, cruzaban en todos sentidos el suelo cubierto de plantas. Estos fuegos vivientes que se agitaban sin cesar, competían con los fuegos más fijos del firmamento, así como muchas estrellas fugaces que a ratos veía podían confundirse fácilmente, en el horizonte, con la luz animada de los insectos voladores.

29 de septiembre

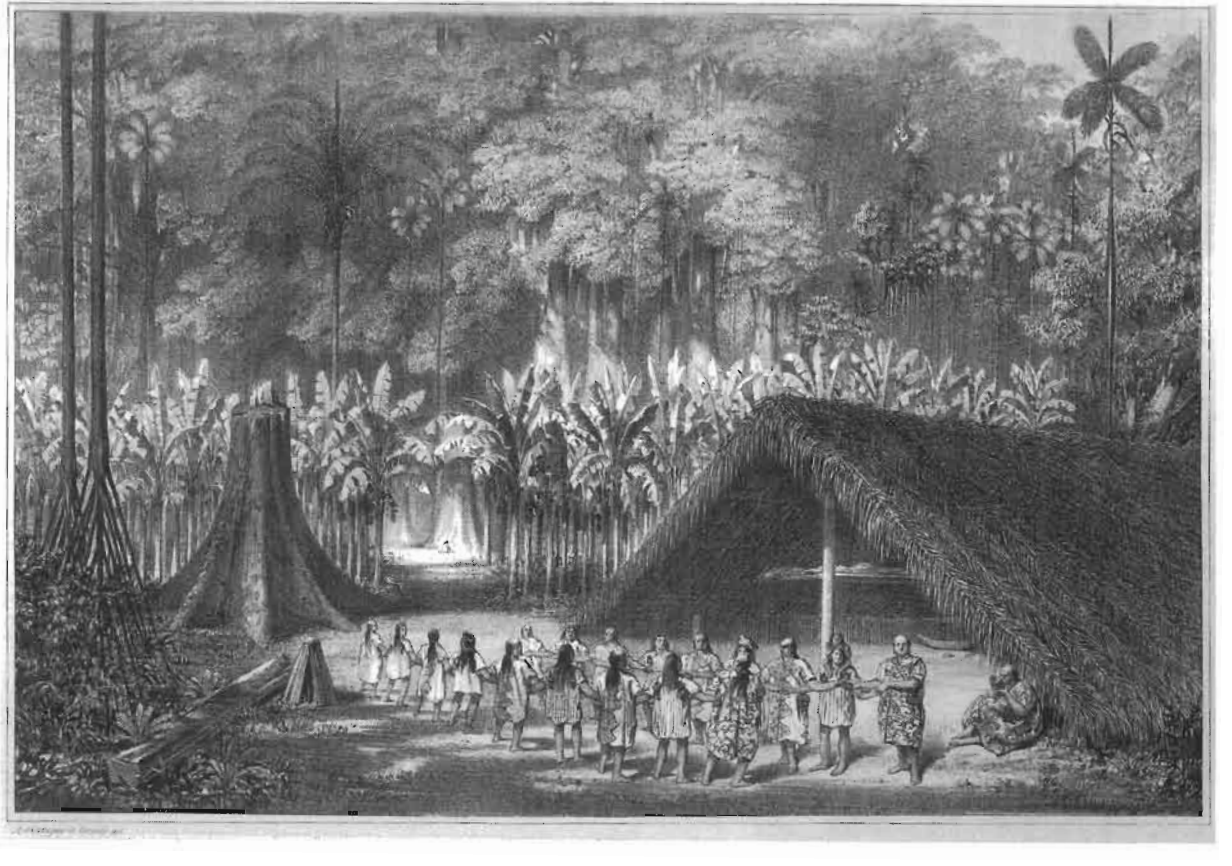
Del alto del Sunsas hasta Santo Corazón sólo había doce leguas. Mientras descendía el valle boscoso del *Bokis*[16] seguí por la margen derecha de la hondonada del mismo nombre, teniendo a ambos lados montañas bastante altas, de contornos festoneados. A veces avanzaba sobre las colinas laterales, compuestas de arenisca férrica, o bajaba hasta el arroyo sombreado por bambúes gigantescos cuyo tronco, de más de quince centímetros de diámetro, se levanta como un árbol, tomando en conjunto la forma de una pluma o penacho elegante. A seis leguas paré en el alto de Bokis, donde cada cual hizo su arreglo personal para entrar dignamente en la misión de Santo Corazón. El camino se hizo más unido. Las colinas disminuyeron de altura y tres leguas más adelante eran meros mamelones redondeados, en el lugar denominado Bokisito. Luego no tuve que atravesar sino campiñas suavemente onduladas que después de la quemazón anual producían pastos bastante buenos para el ganado.

Misión de Santo Corazón de Jesús

1831
Santo Corazón de Chiquitos

Desde la expulsión de los jesuitas, un gobernador no visitaba a Santo Corazón, por lo que la noticia de nuestra llegada constituía un verdadero acontecimiento para los habitantes de la misión, que hicieron esfuerzos encomiables para recibirnos en debida forma. En su ingenuidad, esas pobres gentes ignoraban si un gobernador, cuyo poder tanto se les alabara, era un dios o un hombre. Hasta habían llegado a preguntar al administrador si estaba tonsurado, ya que el cura era el primero después de Dios. A una legua de la población encontramos al cura con los jueces indígenas a caballo, vestidos de rojo y cargados de banderas, y gran cantidad de indios ataviados ridículamente cubiertos de flores. Nos detuvimos bajo un gran arco de triunfo, donde los jefes indios y el cura bajaron de sus cabalgaduras para arengar al gobernador, después de lo cual los jueces, con sus banderas, realizaron ante

16 *Bokis* es el nombre del bambú en idioma chiquito.



Vista de una choza y danza de los yuracarés, Bolivia.

Visita a los yuracarés.

nosotros la ceremonia que suelen efectuar ante el altar los días de grandes fiestas, mientras los indios bailaban y cantaban loas al gobernador. Desde este primer arco hasta la misión había, cada quince pasos, otros decorados con flores; avanzamos precedidos por los bailarines que ejecutaban figuras coreográficas, gritando a cada momento *¡Viva el señor Gobernador!* Cuanto más nos acercábamos, más crecía nuestro cortejo con los curiosos venidos a nuestro encuentro, y las aclamaciones se multiplicaban. En la última colinita me encontré frente a la misión, coronada por un inmenso arco de triunfo de hojas y flores, bajo el cual, a pocos cientos de pasos de nosotros, esperaban jóvenes indios de ambos sexos, con trajes de baile, la música y toda la población ordenada a ambos lados, en el mayor orden. Este conjunto desplegado en anfiteatro tenía algo majestuoso y pintoresco a la vez. Hubo que volver a parar y escuchar coplas entonadas por indiecitas adornadas con flores y plumas; por fin, después de habernos colmado de todos los honores imaginables, se nos dejó ir, con las bailarinas al frente, a la residencia del gobernador, exornada con guirnaldas de flores. Ya sólo nos faltaba recibir los saludos de todos los jefes.

El gobernador y yo caminábamos de frente, pero ya sea porque mi traje blanco y mi faja de raso rojo con los extremos bordados colgando a un lado, impresionara a los indígenas más que la ropa del gobernador, ya sea que mi aire más de extranjero y mi talla más alta los predispusiera en mi favor, me tomaban por el jefe de la provincia y tenía que cuidarme de no invadir los fueros del señor Peña, quien, dotado de excelente carácter, tomaba el error a risa y hasta la favorecía, obligándome a compartir los homenajes con los que le abrumaban, aunque les prestaba la mayor atención, interesado en perpetuar la consideración que se dispensa a los gobernadores, con el propósito de conservar más influencia.

Al día siguiente el cura cantó una gran misa en honor del gobernador; la música era inferior a la de Santa Ana. A nuestro arribo, vistiendo las ropas sacerdotales, salió a la puerta para recibirnos y ofrecernos agua bendita. Durante la misa se acercó a echarnos incienso, conforme a los antiguos usos establecidos para la recepción de los gobernadores españoles. Se trataba, en efecto, de una última representación de los exagerados honores que aquellos funcionarios solían exigir. Antes de la emancipación, tomaban asiento bajo doseles, y en los templos compartían los honores tributados a la divinidad, considerándose como reyes absolutos en el orden civil y como iguales a Dios, en el moral. Lo que más me extraña es la debilidad censurable con que el clero se plegaba a semejantes exigencias. El gobernador actual, hombre muy sensa-

to, había abolido por todas partes esas ceremonias ridículas; pero en Santo Corazón, para mostrarme hasta dónde llegaba la adulación de los funcionarios religiosos y seculares, les dejó hacer lo que quisieran.

Después de misa, los indios vinieron a hacernos sus ofrendas, trayendo un pollo, un cuy, un racimo de bananas, ananás y calabazas llenas con la mejor miel de los bosques. Por mi parte, esas visitas me costaron más de diez docenas de aros y una cincuentena de metros de cintas, sin contar los pañuelos de color, distribuidos entre los jefes. Hubo dos días de baile, en los que se tocaron valses, minués y contradanzas españolas, como si se estuviera en plena civilización; pero al fin de cada velada, las danzas nacionales me regresaban fácilmente al verdadero teatro de la reunión. Las indias tienen menos gracia que en Santa Ana, aunque componen las figuras con análoga precisión. Observé que, en las figuras indígenas, no se tornan de las manos.

Después de la fundación de las demás misiones, la búsqueda del puerto más favorable para navegar en el Río Paraguay hizo que los jesuitas descubrieran las diversas naciones que componen la misión de Santo Corazón. En 1717[17] encontraron a los samucos o samucus. Dos años después el padre Alberto Romero fue muerto por individuos de esta nación belicosa[18], a raíz de haber desconocido a la mujer de un cacique, en un reparto de carne. El jesuita que fue a reemplazarlo sólo encontró en la misión cuatro o seis familias; las otras habían escapado a los bosques. La misión, compuesta de indios *samucus*, *otukés*, *curavés* y *potureros*, fue primero fundada a veinte leguas al sur de la actual, en la confluencia de los ríos Tucabaca y San Rafael, que luego corren juntos hasta el Paraguay, bajo el nombre de Oxukis. Subsistió durante algún tiempo, pero los samucus efectuaban incursiones demasiado frecuentes contra sus dependencias, y los jesuitas, hacia 1751[19], la trasladaron al lugar que ocupa en la actualidad. Bajo el régimen jesuítico tuvo prosperidad, pero después de la expulsión de los padres, administradores y curas, que se sentían lejos de todo contralor, abusaron en toda forma de los pobres indígenas, quienes prefirieron el estado salvaje a su vida desgraciada; fueron, en efecto, a establecerse al este, más allá de las últimas montañas, de donde, en 1829, el administrador actual, hombre de juicio, pudo atraerlos al poblado. A partir de la instauración del régimen de gobernadores, y debido a su lejanía y aislamiento, Santo Corazón fue convertida en lugar de confinamiento, al que no sólo se envían los indios más perver-

17 Padre Fernández, *Relación Historial de los Chiquitos*, p. 390.
18 Op. cit., p. 398.
19 Obtuve todos estos datos en los lugares respectivos.

tidos sino también españoles condenados por delitos. Se concibe con facilidad que con tales nuevos elementos de población, los habitantes de la localidad se hayan vuelto pronto más corrompidos que los de las demás misiones, de lo cual pronto me convenció el estudio de sus costumbres.

La población actual de Santo Corazón asciende a 805 habitantes, pertenecientes a cuatro naciones distintas: 1° *chiquitos*, traídos por los jesuitas a la misión para difundir su idioma, en pequeña cantidad; 2° *samucus*, cuyo lenguaje me permitió identificarlos como una sección de la nación de los *potureros*, también incorporada a la misión: ambas tribus provienen de la misma estirpe que los guarañocas de Santiago y los morotocas de San Juan, a los que ya habré de referirme; 3° los *otukés*, que suman aproximadamente ciento cincuenta en la misión de Santo Corazón y pueblan los bosques del nordeste de la provincia: su número escaso les hizo fundirse con las demás naciones, de tal manera que sólo dos viejos recordaban su lengua nacional, ya olvidada por los jóvenes; tal vez hoy día ya no exista otro vestigio de su idioma que el pequeño vocabulario que pude redactar; y 4° los *curavés*, que aseguran haber habitado a orillas del Río Tucabara y haber hablado un lenguaje diferente, que se extinguió. Estos indios se reunieron en Santo Corazón para librarse de los ataques de los salvajes del Chaco, destructores del resto de su pueblo.

Comparados a los indios de Santiago, desnutridos por negligencia de sus gobernantes, los de Santo Corazón hacen honor a su administración. Todos son grandes, robustos, bien alimentados. Esta mejora se debe al administrador actual que, en 1829, encontró la misión casi desierta y carente de todo, consagrándose a atraer con buenos modos a los indios de los bosques donde se habían refugiado, y aprovechando su buen carácter los hizo trabajar cantando. Si había de desmontar o sembrar un campo, mandaba preparar *pemana* (cerveza de maíz fermentado), llevándola en jarros al lugar del laboreo junto con los indios que iban entonando las mismas canciones con que acompañarían su trabajo. La operación se efectuaba con entusiasmo y luego volvíase alegremente. Semejante método pronto llevó la abundancia a la misión, que en la actualidad es la mejor aprovisionada de todas y tiene los alrededores mejor cultivados.

Si me había impresionado la disolución de costumbres en Santiago, con temperatura mucho más alta Santo Corazón me ofrecía ejemplos todavía mucho más sorprendentes. Las pasiones, y por ende el libertinaje, alcanzan el colmo entre las mujeres que han trocado con los hombres su papel y en todas partes se las ve hacerles sus avances públicamente. Cada una quiere poseer a su vez a los jóvenes y oí que una india lamentaba la frialdad de uno de ellos,

diciendo: "¡Qué infeliz soy! ¿Cómo va a amarme si no tengo nada para darle?". A diferencia de las indias pertenecientes a otras misiones, las de ésta prefieren sus compatriotas a los blancos y atribuyen gran importancia a los regalos que reciban de aquéllos. Con mayor agrado reciben, por ejemplo, una tortuga[20] de un indio que el mejor vestido que les ofrezca un español, pues consideran que para obtener esa tortuga el indio tuvo que recorrer todo el bosque vecino, mientras que el blanco sólo se toma el trabajo de medir su tela. Sorprende encontrar pasiones tan vivas entre las mujeres, cuando los hombres son de los más indolentes. Casados en general a los catorce o quince años, no conocen el amor y su indiferencia llega al extremo. Son muy raros los hombres celosos, de quienes se burlan los demás. En cuanto un hombre acepta, de manos de una mujer, un regalo proveniente del amante de ésta, pierde todo derecho sobre ella y ya no puede protestar por la situación; sin embargo (cosa notable, en medio de semejante corrupción), no existen matrimonios mal avenidos. Por ambas partes se observa la máxima libertad, sin que los esposos cesen de compartir el mismo techo y vivir en armonía. Librados a la merced de hombres sin educación a partir de la expulsión de los jesuitas, bajo la autoridad de jefes carentes de principios y los primeros en corromperlos, se adivina qué rápido habrá sido su descenso a la depravación de las costumbres; pero resulta difícil señalar de qué modo se podría reintegrar esta población extraviada a un estado de cosas más satisfactorio.

Santo Corazón se halla en una ubicación encantadora. Construida sobre una leve eminencia, cercana al río de su nombre, domina un valle boscoso que riegan otros dos riachos: el *Bokis* y el *Kihusos*, bajando de las montañas occidentales. Se halla casi rodeada de montañas cubiertas de bosques. Al este, la cadena gredosa del Tarouch, de mamelones redondeados; al oeste y sur, la de Sunsas y sus contrafuertes, que se extienden a lo lejos, rumbo al noroeste. Sólo al norte ninguna elevación interrumpe la visual y el bosque se extiende sobre el horizonte. Los alrededores están sembrados de algodonales, maizales, campos de mandioca y toda clase de legumbres. El poblado representa poco por sí mismo. La iglesia es espaciosa, pero cubierta de paja, igual que el colegio y casas de los indios que rodean la plaza.

Los productos de esta misión, la más pobre de todas las de la provincia, son análogos a los de las demás, aunque en menor cantidad, con excepción del algodón, muy lindo y apreciado. En un territorio donde todavía se descono-

20 La tortuga de tierra, bastante común en los bosques, es el regalo más apreciado por las indias de Santo Corazón.

cen las carretas y los caballos escasean, el transporte por bueyes, con trineos parecidos a los que ya he descrito, ofrece muy pocas ventajas. El administrador quiso hacer de los bueyes animales de carga y silla. Me pareció ingeniosa su manera de domarlos. Hace perforar el tabique nasal del animal, por donde pasa una argolla de hierro, a la cual se atan correas que sustituyen a las riendas del caballo. De este modo, los más intratables se vuelven mansos, dejándose llevar como el caballo más dócil. Vi indios que montaban bueyes así ensillados y conducirlos con gran facilidad; también los vi cubrirlos con un arnés especial, al que se adaptan unas especies de canastas, en las que caben hasta doscientos kilogramos de carga. Cargados así, los bueyes pueden recorrer de ocho a diez leguas diarias. Supe más tarde que el uso ha consagrado hace tiempo este medio de transporte en algunas partes de Brasil, el mismo que por resolución de don Marcelino de la Peña ha llegado a generalizarse en la provincia, aliviando a los pobres indios que hasta ahora son las bestias de carga. Me parece que sería fácil y sobre todo útil introducir el método en muchos departamentos de Francia, donde las vacas, sin dejar de suministrar leche, podrían prestar de tal modo grandes servicios a la agricultura y el comercio.

Al recorrer los alrededores, recogiendo por todas partes los productos de la naturaleza, también me dedicaba a la geografía de aquellas regiones, aún desconocida del todo. Quise asegurarme de la existencia de otra montaña al este de la cadena del Taruoch y oeste del Río Paraguay. Al efecto, hice que los indios abrieran un sendero hasta la cumbre de la cadena, para otear a la distancia. Me dirigí al este y anduve una legua por la llanura, franqueando los tres riachos de Santo Corazón, Bokis y Kihusos, bordeados de hermosa vegetación. Atravesé una colina bastante baja, entre dos mamelones de arenisca, y penetré en una depresión sin salida, rodeada de montañas. Esta depresión, antaño cubierta de bosques espesos, había sido transformada, en los dos últimos años, por los cuidados del administrador, en un magnífico establecimiento agrícola, donde se veían los más lindos bananales, maizales, campos de mandioca y caña de azúcar, circundados por la vegetación más hermosa, sin ceder de ninguna manera a las partes más pintorescas de las alabadas florestas vecinas a Río de Janeiro (Brasil). Este lugar realmente encantador, apto para toda clase de cultivos es, sin ninguna duda, el punto de la región en que la vegetación alcanza su más activo desarrollo.

Atravesando las selvas vírgenes, mezcla de palmeras, que cubren las colinas próximas, emprendí la ascensión hacia la cima de uno de los mamelones, por el sendero que mandara practicar; pero para ahorrarse trabajo los indios lo habían trazado en línea recta, en vez de reducir con vueltas el ángulo. Me vi,

pues, en la necesidad de avanzar sin cesar sobre hojas secas, donde, cuando no me asía a los árboles, un resbalón me hacía perder en un instante el fruto de prolongados esfuerzos. Tras cuatro horas de lucha bajo un calor sofocante, logré por fin alcanzar el punto deseado, muerto de cansancio. Dominaba las cimas vecinas y podía muy bien apreciar el conjunto de la cadena de Taruoch. Hice un relevamiento de todos los puntos, con ayuda de mi brújula de agrimensor, y comprobé que al este ya no hay montañas[21]. Un vasto horizonte azulado se perdía en la lejanía y dibujaba una línea uniforme en el contorno. Desde entonces tuve la certidumbre de que, desde ese lugar hasta el Río Paraguay, sólo existen llanuras boscosas, inundadas en la estación de las lluvias, que ocupan gran extensión y forman el comienzo de la laguna de Yarayés tan mentada por todos los historiadores de la Conquista debido a los indígenas del mismo nombre que habitan su territorio[22].

La llegada a Santo Corazón tenía inmenso atractivo para mí. Había establecido como objetivo de mi viaje por Bolivia los últimos puntos habitados al oriente de la República. Acababa de alcanzarlos, ya que no se podía avanzar más allá sino hacha en mano, por lugares deshabitados y en parte inhabitables. De este lado, Santo Corazón era efectivamente el confín del mundo, donde debía detenerme para luego regresar al oeste. La idea de haber llegado a seiscientas leguas de las costas del gran océano, de hallarme en el centro del continente y casi a igual distancia del océano Atlántico, me causaba un placer que no podría expresar. Con frecuencia había considerado un sueño alcanzar ese punto; por eso la realización de mi proyecto, al completar el viaje, me causaba gran satisfacción.

Para mí no se trataba solamente de una cuestión de amor propio, la alegría de haber llegado a Santo Corazón, sino que pensando en las ventajas enormes que podrían derivar de la navegación del Río Paraguay, para el movimiento comercial y la civilización de la provincia de Chiquitos, quería ser el primer agente de tan vasta empresa. El Presidente de la República me había encomendado informarme acerca de la posibilidad de esa navegación, y el gobernador tuvo a bien secundarme en las averiguaciones. Apenas llegado, había reunido en mi residencia a todos los indígenas que conocían el campo por sus

21 Así es que todas las cadenas de *San Pantaleón* y *Santa Lucía*, que figuran en los mapas de Azara, no existen. En Santa Cruz conocí a don Antonio Alvarez, quien, en su carácter de comisario de límites, suministró las informaciones publicadas por Azara; me aseguró que nunca ha visto todo lo que, en el mapa del último, se encuentra al este de Santiago.

22 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 46, etc.

recolecciones anuales de la cera que producen las abejas de los bosques. Entre ellos figuraban varios indios salvajes de los alrededores de la antigua misión de Santo Corazón, a veinte leguas al sur de la misión actual, y otros jefes de estancias o chacras situadas al este del Río Santo Tomás, hacia el norte de Santo Corazón. Todos me aseguraron que al este no había ningún punto de acceso al Río Paraguay durante todo el año; que en los veranos muy secos podía llegarse con muchas dificultades, atravesando extensos pantanos, porque todas las tierras comprendidas entre aquel río y las primeras montañas del oeste, desde el Río Jaru hasta el Oxukis, se inundaban con las primeras lluvias de manera tal que resultaba imposible cruzarlos de otro modo que en canoa, y ésta con gran trabajo porque muchos bosques espesos dificultan la marcha. De acuerdo a estas informaciones, había que renunciar a buscar por los alrededores un puerto sobre las mismas orillas del Paraguay, dado que los esteros conocidos en tiempo de la conquista por *Laguna de Yarayés* impiden el tránsito.

Forzado a abandonar el proyecto de instalar en esa latitud el puerto, directamente sobre el Paraguay, pensé establecerlo sobre uno de sus afluentes occidentales. Al norte de Santo Corazón hay dos ríos: *Tapanakich* y el *Santo Tomás*. El primero recibe todas las aguas de la vertiente oriental del extremo norte de la cadena de San Juan o de Sunsas. Había cruzado varios de sus afluentes, bastante caudalosos como para asegurarme de que al salir de las montañas este río debía ser navegable, por lo menos durante las lluvias. Consultados al respecto, los indios me explicaron que lo es más bien durante la sequía, porque entonces su curso está encajonado, mientras que, durante las crecientes, la inundación del campo no permite determinar el cauce. Sin dejar de pensar que este inconveniente se podría salvar con facilidad por medio de balizas para guiar la navegación durante el tiempo de crecidas, renuncié por el momento a ese río. El de Santo Tomás recibe todas las aguas de la extremidad sur de la cadena de Sunsas. A juzgar por los lechos que atravesé, me pareció que su curso, por debajo de la confluencia del Santo Corazón, debía ofrecer la posibilidad de navegarlo. Los indios me aseguraron que presenta las mismas características que el Tapanakich, teniendo poca agua en invierno, en tanto que en verano se confunde con los esteros.

Recordé el volumen de los ríos San Rafael y Tucabaca, y sabiendo que en su punto de confluencia, al extremo de la Sierra de Santiago, sus aguas, que corren con el nombre de Oxukis, deberían formar un río navegable durante todo el año, por la importancia de sus afluentes, interrogué también a los indígenas, quienes me dijeron que cerca de la vieja misión de Santo Corazón el río es, en efecto, ancho y profundo, y pasa por lugares no inundados. Resolví com-

probarlo personalmente y pedí al gobernador que enviara indios a abrir un sendero en medio del bosque, para poder llegar. Inmediatamente, cincuenta hombres fueron enviados, y esperé el resultado de este intento. Diez días después volvieron los indios y me avisaron que el camino estaba hecho. En medio de un llano irregular, atravesando la extremidad de la Sierra de Sunsas, habían encontrado un río grande, con riberas altas y susceptible de utilizarse todo el año como puerto cómodo. Ya no tenía dudas y, además, este puerto equidistante de Santiago y Santo Corazón, podría servir para remontar grandes tramos del San Rafael, hacia Santiago, y el Tucabara hacia San Juan. Encantado por tal éxito, quise conocer el sitio, pero el gobernador, que ya había esperado once días por complacerme, me dijo que no podría quedarse más tiempo en Santo Corazón, asegurándome que no vería más que los indios. Tuve pues que renunciar, aunque a disgusto, a mi proyecto y conformarme con las numerosas informaciones recogidas. Más tarde, de vuelta en Santa Ana, tracé un mapita del extremo oriental de la provincia de Chiquitos[23] y lo elevé al Presidente de Bolivia, con todos los datos que creí necesarios para hacer conocer bien el importante lugar de la República por donde podría establecerse una comunicación con el Paraguay y las demás provincias del Plata, recibiéndose mercaderías de Europa por esa vía igualmente apta para la exportación de los numerosos productos de la provincia de Chiquitos[24].

10 de octubre

El 10 de octubre dejé Santo Corazón para dirigirme a San Juan, a setenta y cinco leguas de distancia. Cuando partí, gran número de indias vinieron, con lágrimas en los ojos, a darnos la mano, mientras otras acompañaban a los indios cargados con nuestros baúles y llegaron a cargarlos ellas mismas más de una legua, para aliviarlos. A mi llegada a Santo Corazón el bosque estaba desprovisto de follaje y la sequía era intensa. Durante los doce o trece días pasados allí, abundantes

23 A mi regreso a Santa Ana, dejé copiar el mapa al señor Bach, que encontré allí. Luego lo publicó, agregándole datos falsos tomados de Azara: *Das land Otuquis in Bolivia* (Francfort, 1838) ; pero desnaturalizó un poco los lugares para incluir mayor número de localidades interesantes en el distrito que comprende la concesión del señor Oliden. Por esto se ve figurar erróneamente *Santiago*, bajo el nombre de *Rinconada*, igual que las salinas de Santiago, etc.

24 Supe después que estos informes decidieron al gobierno a conceder al señor Oliden, de Buenos Aires, un sector de veinte leguas cuadradas alrededor del lugar en que se establecería, cerca de la confluencia del Río Oxukis, a condición expresa de abrir la navegación del Paraguay. En efecto, Oliden fue a establecerse cerca de las ruinas del Río de Santo Corazón, donde fundó un pueblo que bautizó con su apellido, pero no sé que haya hecho algo por la navegación, cuyo estado no parece haber cambiado desde mi estadía en Chiquitos.

lluvias habían cambiado todo, vivificando la campiña. Los árboles ya se habían cubierto del follaje más tierno o de flores cuyo suave aroma perfumaba el aire. Este cambio de decoración me causaba mucho gusto porque el mundo alado, mudo hasta entonces, animaba el ambiente con sus sones melodiosos.

Después de nueve leguas de camino al noroeste, por un bosque espeso que se caracterizaba por la altura y variedad de sus árboles, llegué a la ramada de *Santo Tomás*, situada junto al curso del mismo nombre, gran riachuelo que baja de las montañas occidentales, dirigiéndose hacia el Río Paraguay, después de unirse al Santo Corazón. Durante dos días hice practicar excavaciones en el lecho, porque la naturaleza de las piedras me hacía pensar que encontraría oro. Efectivamente, cateos muy superficiales bastaron para obtener unas pajuelas, indicios verdaderos de que con trabajos bien dirigidos se podrían obtener resultados excelentes.

De Santo Tomas, el bosque, siempre de los más espesos y poblado de árboles gigantescos, entre los cuales prevalece el cedro americano, me llevó, bajo una bóveda impenetrable a los rayos solares, hasta ocho leguas al oestenoroeste, al alto de Seriocoma, donde paré sólo un momento con la idea de llegar hasta ocho leguas más al oeste para pasar la noche. Desde el alto, veía, al sur, cerros poco elevados, a los que en seguida me acerqué sin dejar el bosque, y que hasta crucé por un punto muy bajo, antes de llegar al Río Tapanakis, donde pernocté. Este río, casi seco entonces, estaba lleno de restos de esquistos, signos casi infalibles de la presencia de minas de oro; pero por falta de medios de excavación, tuve que abandonar esas presuntas riquezas a otros, en mejores condiciones de aprovecharlas. Cazando, recorrí el lecho del río y recogí muestras de historia natural.

Padecía un fuerte lumbago, empeorado por el trote del caballo durante diez y seis leguas. A la noche tuve que vivaquear en un pequeño llano donde me acosté en el suelo bajo la garúa que no dejó de mojarme hasta la mañana; al levantarme sufría horriblemente y casi no podía moverme sin gritar. Pero no era posible demorar la marcha del grupo y no tuve más remedio que resignarme a montar y sufrir las sacudidas que implica una marcha forzada de veinte leguas. Creo que nunca tuve necesidad de tanto valor para no detenerme; pero perdido en aquellas soledades, a veinticinco leguas de Santo Corazón y cuarenta de San Juan, debía seguir a mis compañeros de viaje, prorrumpiendo a ratos en gritos de dolor.

14 de octubre

Dejando el Tapanakis, entré en un amplio valle donde el bosque menos denso me dejaba entrever de tiempo en tiempo los cerros que me rodeaban. Tenía al norte una cadena bastante elevada; otra más baja al sur, hacia la que

me dirigía, recorriendo ocho leguas al sudoeste, por un terreno irregular, pedregoso y cubierto de fragmentos de cuarzo, hasta la parada de *Tapatioch*, situada casi al pie de las montañas, en pleno monte ya muy tupido. A continuación atravesé la cadena por caminos muy accidentados y tanto más difíciles por cuanto la lluvia, que no cesaba, los hacia resbaladizos. A diez leguas al sudoeste de Tapatioch, el bosque raleó, el suelo se puso más regular y por todas partes vi al descubierto grandes mesetas de gres devónico. Por una de esas masas, que mediría cerca de una legua de ancho, corría el arroyo *Las Conchas*. Con sus cascadas en pisos sucesivos, este torrente se ha excavado estanques, en las partes más friables. El resultado es una serie de lagunillas redondeadas y bastante profundas, ubicadas una tras de otra, donde hay agua todo el año, pues sólo el exceso se derrama a la hondonada inferior. Esos pintorescos lugares cubiertos de greda, se prolongan por espacio de dos leguas, hasta la estancia San Francisco, donde los pocos indios que la habitan nos recibieron de la mejor manera posible. Aunque poco dispuesto a tomar parte en sus cantos y bailes, tuve que hacer acto de presencia durante varias horas de la noche. Vi llegar a nuestros indígenas, quienes habían tenido que recorrer, a pie y cargados, el mismo camino que nosotros a caballo, vale decir veinte leguas. Lo que más me sorprendió fue verlos bailar con tanto entusiasmo que no parecían abrumados de cansancio.

Al día siguiente, el gobernador decidió que iríamos a la misión de San Juan, aún a veinte leguas, en dirección sudoeste. Era mucho para un enfermo, pero, ¿qué iba a hacer? Tuve que seguir resignándome. Des-

15 de octubre

de San Francisco, a través de un terreno pedregoso, donde presentan sus capas casi horizontales varias planicies de arenisca al descubierto, alcancé un bosque muy extenso cuyo suelo accidentado y cubierto de árboles enormes, altos y rectos, constituía el más hermoso modelo de selva virgen. El cielo estaba cubierto; apenas nos llegaba la luz bajo aquella bóveda espesa de ramas entrecruzadas, por donde seguíamos una senda que no tendría más de un metro de anchura. Empezó a caer una lluvia fina y nos consideramos felices al encontrar, al pie de la montaña de *Tañemené*, un alto que nos ofreció abrigo. Amontonados bajo un techo de pocos metros de superficie, nos era imposible permanecer allí, pero la lluvia caía en abundancia creciente. Efectuamos un cambio de ideas sobre la situación y fue opinión general seguir viaje hasta cubrir las doce leguas que nos faltaban. El bosque siguió siendo espeso y de esas ramas cruzadas, de cincuenta a sesenta metros de elevación, nos caían gotas que no pesaban menos de una onza; sin embargo, recibimos torrentes de lluvia que nos traspasaban. El suelo era muy desigual, subiendo y bajando sin cesar por un sendero tortuoso. Apenas se veía a unos

pasos. Franqueamos tres colinas paralelas; en la ultima empecé a respirar, divisando al sur una campiña menos boscosa y el cielo más despejado. Me hallaba en la cadena de San Juan, a tres leguas de la misión del mismo nombre. El tiempo aclaró poco a poco y la lluvia cesó por completo en la llanura.

Misión de San Juan Bautista

Pronto encontramos al administrador con el cura, y luego a los jefes indígenas que, recibiéndonos con banderas, nos condujeron bajo arcos de triunfo hasta la entrada de la misión, donde tuvimos que detenernos, a pesar de estar mojados, y soportar las danzas, cantos y arengas de los indios. Nunca hubo homenaje más inoportuno; por fin., mientras el gobernador lo seguía recibiendo, me pude alejar para cambiarme de ropa. No se nos dejó tranquilos y a la noche tuvimos que asistir, con o sin ganas, a un baile que duró parte de la noche.

San Juan fue primeramente fundada por los jesuitas en 1706[25] y luego abandonada por falta de sacerdotes. Volvieron en 1716 y congregaron a los indios *boros*, *penotos*, *taus* y *morotocos*, que hablaban idiomas distintos[26]. Establecida en un principio a doce leguas al este de San José y a diez y ocho de su actual emplazamiento, San Juan fue transferida con un pretexto fútil, mucho tiempo después de la expulsión de los jesuitas, al sitio que ocupa en la actualidad, por un religioso al que acusan de haber querido vender a los brasileños el ganado de la misión. Este sacerdote abandonó edificios notables, construidos bajo la dirección de los jesuitas, por chozas; en efecto, la casa de gobierno y la iglesia son de barro y paja. Sólo la habitación del cura está techada con tejas. Los ranchos de los indios son limpios y están alineados alrededor de una plaza plantada de palmeras totais.

La ubicación actual de la misión es deliciosa. Se extiende al pie de la vertiente meridional de la cadena de San Juan, cerca del río del mismo nombre, que, después de recibir los riachuelos de San Lorenzo e Ipias, serpentea en medio de un valle arenoso, dirigiéndose al sudeste, con el nombre de Tucabaca. Cerca de la localidad, este valle está cubierto de inmensos algodonales, maizales y bananales, rodeados de empalizadas, y en toda su extensión muestra un aspecto de abundancia. Desde las orillas del Río San Juan la vista se pasea con agrado por los campos verdes y arbolados, limitados por cerros al sur y norte.

25 Padre Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 181.

26 Padre Fernández, op. cit. p. 362. Actualmente sólo se habla en los idiomas chiquito y mototoca; todos los otros se perdieron en la misión.

Hacia el sur se observa, a ocho o diez leguas de distancia, los tres grupos de cerros de Santiago que bajan al horizonte, por el este, y se elevan poco a poco, hacia el extremo opuesto, hasta el Chochiis, gigante de la cadena, de flancos escarpados, desgarrados, y cubierto de una plataforma horizontal. Más al oeste la cadena del Ipias presenta los mismos accidentes, en proporciones menores, y la de San Lorenzo parece más una vasta construcción en plataforma que una montaña de arenisca. Si me volvía hacia el norte, las cúspides boscosas y azuladas de la sierra de San Juan contrastaban con la aridez de la cadena opuesta, igual que los bosques dilatados que la vista podía entrever al este.

La población actual de San Juan es de 879 almas. Se componía al comienzo de indios chiquitos, tomados de San José, morotocas y otras pequeñas tribus hoy desconocidas. En minoría y traídos de San José para el mero efecto de difundir su idioma, los chiquitos no lograron que desapareciera la lengua de los *morotocas*. Esta nación, gallarda y belicosa, procedente de la vertiente meridional de la cadena de San Lorenzo, hablaba un dialecto perteneciente a la estirpe común de los guarañocas de Santiago, los samucus y potureros de Santo Corazón. Fácil de confundir, por sus rasgos, con la nación chiquita, se hace temer de todas las demás por su bravura, y sin embargo es buena, dócil e industriosa. Quería escribir un vocabulario de su idioma y me costó poco observar que los jóvenes ya lo habían olvidado en parte, por el de los chiquitos; sólo encontré viejos que lo hablaban correctamente. Con el administrador actual reina la abundancia en la misión y todo se encamina en sentido progresista. Los indios trabajan cantando, como los de Santo Corazón. Por lo demás, sus productos son los mismos que en las demás misiones.

Hay cosas que repugnan tanto a un hombre delicado que hasta considera una falta divulgarlas; pero llamado por las circunstancias a identificar a mi lector con mis impresiones, a fin de hacerle conocer los territorios que recorrí, no puedo silenciar la conducta incomprensible del cura de San Juan. Cuando me hallaba en Santa Ana, una diputación de jueces indígenas compareció ante el gobernador para presentar una queja contra él, manifestando que sus relaciones con mujeres del lugar ya no le autorizaban a recibir confesiones, por lo que indios e indias se veían en la necesidad de cumplir tales obligaciones religiosas en las distantes misiones aledañas. Esta queja, cuyo alcance me fue fácil captar, no se comprendería en Europa sin algunas explicaciones. En América se considera que un cura puede confesar a todo el mundo, salvo a los parientes de las mujeres con las que ha mantenido relaciones íntimas. Tal era el caso del cura de San Juan que, debido a su persistencia en semejante conducta, se encontraba inhibido de recibir a una sola familia de su parroquia, en

el tribunal de penitencia. El gobernador quiso realizar una investigación; todas las autoridades indígenas convocadas declararon en forma unánime que el cura respetaba tan poco a sus hijas como a sus mujeres. Presentaron al gobernador diez y nueve jóvenes indias que eran las últimas víctimas de aquel monstruo. Me estremecí al advertir que la mayor no tendría más de once años, mientras otras aún estaban en la infancia. El interrogatorio de los indios e indiecitas produjo revelaciones horribles; aquel miserable explotaba la religión y el miedo al infierno para satisfacer sus pasiones con el cinismo más irritante y el libertinaje más desvergonzado. No entraré en mayores detalles acerca de una cuestión tan odiosa. Baste decir que el culpable no negó ninguno de sus actos, reputándolos muy naturales. No pudiendo imponerle ninguna pena sin invadir las atribuciones del obispo, el gobernador se limitó a cambiarlo de misión, enviándolo a Santiago, y elevó los antecedentes al jefe del clero.

Cuando se reflexiona sobre la existencia de curas y administradores en las misiones, resulta fácil explicarse semejantes extravíos, que por otra parte se producen con mucha frecuencia, aunque en menor escala. En un villorrio alejado por lo general treinta o cuarenta leguas de los demás y carente de todo control por parte de las autoridades superiores, dos hombres, cura y administrador, comparten un poder sin límites y pueden satisfacer todos sus caprichos, todas sus fantasías, sin encontrar la menor resistencia por parte de los indígenas: el temor a castigos, por un lado, y a la excomunión por el otro, los fuerzan a padecer en silencio. De lo que resulta que si el administrador o el cura, hombres por lo común de educación bastante deficiente, tienen malas disposiciones, éstas aumentan por la irresponsabilidad, la impunidad y sobre todo por carencia de esa tácita censura de las sociedades numerosas, cuya influencia alcanza gran eficacia sobre la conducta privada de cada uno de sus miembros.

El placer de mandar despóticamente se convierte en costumbre, a la que no se renuncia sin esfuerzo. En Santa Cruz vi curas viejos y ex administradores de Chiquitos y Moxos que ya no podían vivir en sociedad. Se encontraban incómodos y suspiraban sin cesar por el régimen de las misiones, cuya libertad de acción y satisfacciones materiales consideraban bienes supremos.

Regreso a las misiones del centro y oeste de la provincia de Chiquitos

Después de cuatro días pasados en San Juan, lo dejé sin pena, impaciente por librarme de las ceremonias y emprender en Santa Ana, convertida en centro de mis operaciones, investigaciones relativas a la provincia. El 19 de octu-

19 de octubre

bre, habiendo despachado la víspera mi carga, me encaminé directamente a San Rafael, que distaba sesenta leguas al noroeste. Mientras seguía una línea paralela a la cadena de gneis de San Juan, recorrí, hasta las ramadas de *Santa Ana* y *San Nicolás*, ocho leguas de tierras arenosas, poco arboladas, cortadas por pequeños llanos donde resplandecía la primavera tropical, con su fresca verdura e insectos de colores metálicos y alas multicolores. Luego entré en un bosque umbroso que un sendero apenas dibujado bajo enormes árboles, atravesaba por espacio de nueve leguas sin la menor variación. Empezaba a fatigarme cuando por fin un suelo menos boscoso apareció cortado por planicies redondeadas, prolongándose cinco leguas más hasta *Tunas*, mera choza donde paré a hacer noche luego de una marcha de veintidós leguas. Allí colgué mi hamaca y en vano busqué un descanso que los mosquitos no me permitieron disfrutar.

La víspera había seguido paralelamente a la cadena de San Juan, que me pareció descender en Tunas. Allá la perdí de vista, para entrar en una selva muy tupida donde, después de haber avanzado todo el día sin divisar nada, una marcha de diez y nueve leguas me llevó a un llanito, en el que paré cerca de una roca que llaman *La Piedra*. Había descansado un instante por la mañana, después de las primera leguas de tierra llana y húmeda, donde observé multitud de abejas sobre todo de la especie mitad negra y mitad amarilla, conocida por *opanoch*. En esta marcha forzada, atormentado por una sed devoradora, por ninguna parte había encontrado con qué saciarla. Al atravesar unas elevaciones, pertenecientes con seguridad a la extremidad meridional de la cadena de San Juan, creí por un momento que las hondonadas me darían un poco de agua: fue un error. En La Piedra, donde esperaba tener más suerte, también vi defraudada mi esperanza; no había alto ni agua. Me tendí en el suelo, haciendo cavar una depresión donde, tras gran esfuerzo, se obtuvo un agua barrosa con la que hubo que conformarse. Los mosquitos no nos dejaron descansar hasta Tunas.

20 de octubre

Me faltaba andar veinticinco leguas para llegar a San Rafael. Cansado por las malas noches y las marchas, resolví hacer una tentativa para atravesarlas. Con esta intención partí al amanecer; anduve tres leguas, teniendo al oeste la Sierra de San Carlos (cuyos mamelones redondeados se perfilaban en el horizonte) y la orilla de un estero afluente del Río San Miguel, que pasé por los llanos más hermosos del mundo. Este pequeño pantano, cuyo lecho tiene bastante hondura, se llena tanto de agua en tiempo de lluvia que resulta imposible su cruce. Entonces quedan interrumpidas del todo las comunicaciones entre San Juan y San Rafael. Entré a un gran bosque de ocho leguas de longi-

tud, poblado de árboles enormes, al salir del cual recorrí cuatro leguas por terreno rocalloso y desigual, hasta el arroyo *Dolores*. Cansadas por los días anteriores, nuestras cabalgaduras no nos habrían podido llevar más lejos, pero el administrador había tenido la amabilidad de enviarnos caballos de refresco y pudimos seguir viaje poco rato más tarde, cruzando tierras irregulares y cortadas por planicies y arboledas, hasta el barranco de Santa Bárbara, por donde había pasado al partir de San Rafael, y de allí hasta la misión. Agotado de cansancio, me eché sobre un cuero, saboreando la dicha de estar a cubierto de las venenosas picaduras de los mosquitos.

Después de varios días empleados en investigaciones de historia natural y en recorrer otra vez los alrededores de San Rafael, fui a Santa Ana, donde tardé poco menos de un mes en completar observaciones de toda clase. Había cambiado por completo el aspecto de Santa Ana y sus alrededores. Una vegetación activa y fresca verdura revestían el suelo, esmaltado de flores variadas. Apenas sí podía reconocer los campos que dejara dos meses atrás. Esta efervescencia general de la vegetación atraía multitud de insectos de todas las especies y brillantes aves que, al animar el conjunto, me sirvieron como nueva fuente de riquezas y labor.

2 de noviembre

El 2 de noviembre asistí a un hecho nuevo para mí, que me produjo gran sorpresa. De todos los rincones de la casa de gobierno salió, con seguridad para acoplarse, un enjambre extraordinario de machos y hembras de hormigas aladas. Cuando los indios lo notaron, oí que por todas partes decían: "Son *ocepes*". Hombres, mujeres y chicos acudieron a disputarse la posesión de las hembras, cuyo abdomen redondo, del grosor de una arveja, estaba lleno de gérmenes de huevos, materia grasosa y blanca. Me complacía ver cómo esas pobres gentes atrapaban las hormigas, les arrancaban el abdomen y lo saboreaban con tanto gusto como si fuera el fruto más suculento. Otros golosos, más delicados, juntaban los insectos en un recipiente para comerlos fritos. Superando la repugnancia que debía inspirarme el aspecto de un manjar tan raro, lo quise probar y lo encontré bastante agradable. Durante una quincena los indios se dedicaron a cazar hormigas por todas partes, haciendo gran provisión.

Otro día, el gobernador, que había salido un momento a un patio que se comunicaba con el campo por medio de anchas barreras siempre abiertas, creyó ver que pasaba un gran animal cerca de sí y volvió muy asustado. Al día siguiente se encontraron en la arena rastros de jaguar. Esta aparición conmovió a toda la misión. En seguida se hizo afuera una jaula de ramas gruesas cebada con un gran trozo de carne, a la que se adaptó el mecanismo de una

puerta a báscula. La estratagema, empleada en todas las zonas donde pululan esas fieras, dio resultado la segunda noche. Al alba me lo vinieron a avisar. Nada más impresionante que aquel jaguar furioso que se lanzaba contra los barrotes de su jaula, en cuanto alguien se le acercaba, haciendo volar virutas de corteza con sus garras aceradas. Constituía en verdad un bello espectáculo que nadie sin embargo disfrutaba, temiendo que los esfuerzos del feroz animal le procuraran la libertad. Echado cuando se creía solo, brillaban sus ojos a la menor aproximación; entonces se abalanzaba contra los barrotes y sacudía toda la jaula para salir y atacar a los espectadores. El miedo de verlo zafarse decidió su muerte; una bala puso término a la rabia del prisionero y devolvió la tranquilidad a Santa Ana.

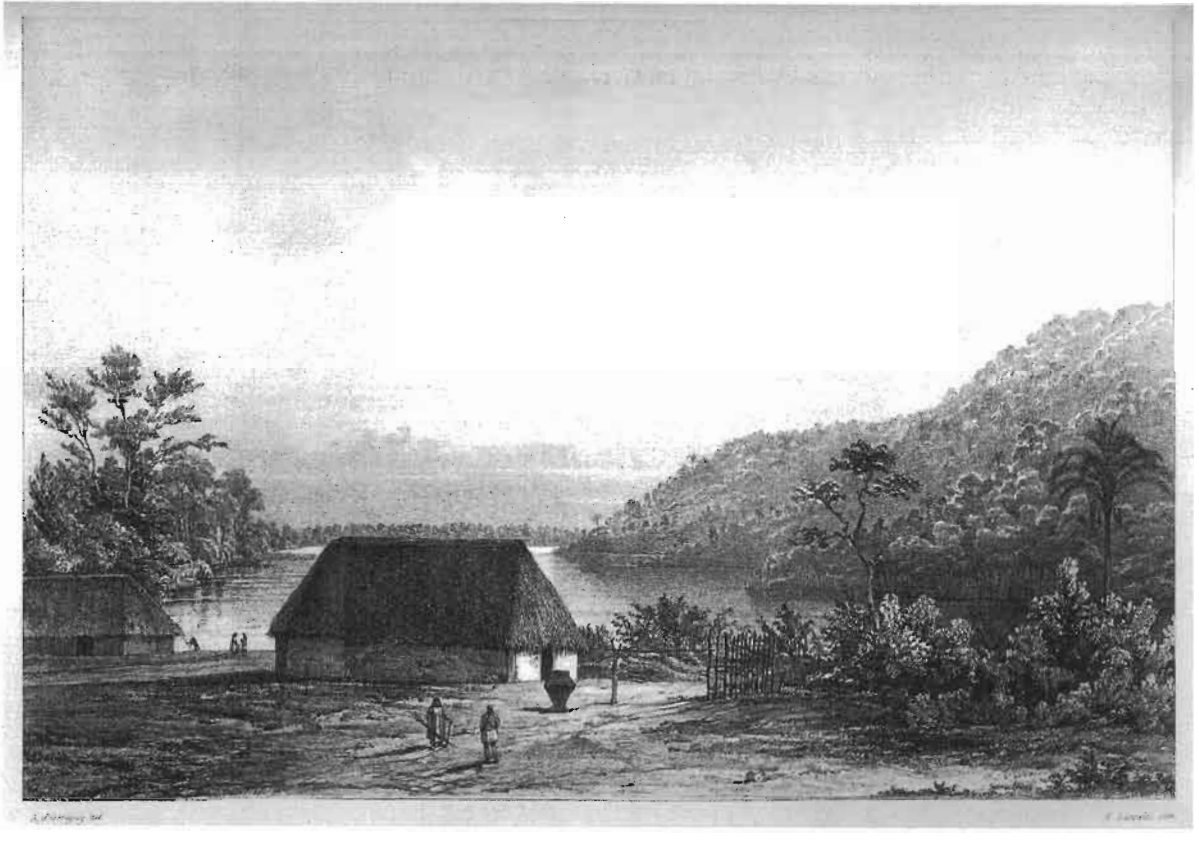
Los jaguares, muy comunes en la provincia de Chiquitos, ocasionan daños considerables en los establecimientos de ganadería. Estas fincas diseminadas por lugares alejados, están rodeadas por vastos desiertos, donde el animal tiene refugio natural y consigue obstaculizar el incremento de los rebaños y les impide prosperar. El gobernador, que conocía la bravura de los indios, ofreció una vaca preñada por cada piel de jaguar que se le trajera; esta disposición tuvo un efecto extraordinario: en el último año se habían matado por lo menos cien fieras y sus pieles curtidas hacían un lindo tapiz ya colocado en la gran sala de recepción del gobernador. Los indios los cazan con trampas análogas a la de Santa Ana o a flechazos, arma que emplean con mucha habilidad.

Antes de dejar Santa Ana habría deseado visitar la ciudad de Matto-Grosso, distante cincuenta y nueve leguas al norte, pero renuncié al viaje, porque había reaparecido allí una fiebre endémica que diezmaba a la población, ensañándose especialmente con los blancos. Esa fiebre, casi anual, sólo permite vivir en la ciudad a mulatos y negros, mientras los blancos deben refugiarse en *Cayaba*, actualmente capital de la provincia. Siguiendo los límites trazados entre España y Portugal por el tratado de 1777, la *Villa Bella do Matto-Grosso* debía constituir la frontera, pero no es así, encontrándose de hecho el límite en Salinas, vale decir a treinta y tres leguas de Santa Ana. Por lo demás, el único camino que existe entre la República de Bolivia y Brasil es el de Santa Ana, por el cual numerosos españoles vinieron de Río de Janeiro al Perú. Tales viajes son aún bastante frecuentes, en razón del tráfico de diamantes existentes en la cadena de Diamantino. A doce leguas de Santa Ana se halla, en la ruta, el puesto del *Pato*, donde se mantienen todo el año, en nombre de Bolivia, algunos soldados que observan los movimientos de los brasileños. Del Pato a Purubi se cuentan trece leguas de llanos cortados por palmares de carondai, bosquecitos naturales y prados magníficos para los animales. El mis-

mo terreno prosigue ocho leguas más, hasta *Salinas*, primer puesto brasileño, límite actual entre la República y el Imperio. Brasil mantiene allí un fuerte destacamento militar. Salinas está ubicada cerca de un pantano enorme, bordeado de árboles, fuente del Río Barbados que, catorce leguas más lejos, ve alzarse en sus orillas, en un llano, la localidad de Casalbasco. Es lugar de deportación, adonde se exilia a los condenados. Desde la guerra por la independencia se retiene allí a familias chiquitas, que el gobernador Ramos sacó de Santa Ana, y los pobres indios se vieron sometidos a una vigilancia igual que la dispensada a los criminales porque los brasileños temen su vuelta a Santa Ana. Todas las noches se los encierra; sólo van al campo con escolta de soldados y se los castiga con rigor cuando se los sorprende en el campo o se sospecha que quisieron evadirse. De Casalbasco a Matto-Grosso sólo hay doce leguas, que se recorren por el Río Barbados en lindas piraguas. La navegación está ya establecida en este punto, hasta la desembocadura del Amazonas. Algunas barcas grandes remontan todos los años el Pará y el Río de Maderas, llevando a Matto-Grosso todas las mercancías europeas.

23 de noviembre

El 23 de noviembre me despedí de Santa Ana, siempre en compañía del gobernador, no sin echar de menos a esos buenos indios, que me habían prestado tantos servicios. Me dirigí a San Miguel, de donde días después me encaminaba a Concepción y San Javier bajo una lluvia casi continua. No hablaré de las misiones ni del camino, ya descritos en el capítulo XXIX. Por todas partes efectué buenas recolecciones de historia natural. La naturaleza revestía entonces sus galas más ricas. En Concepción tuve que dejar al gobernador, que siguió viaje hasta Santa Cruz. Con verdadero pesar me separé de él; había podido apreciar sus buenas cualidades y amabilidad, sintiendo por él un afecto particular. Don Marcelino de la Peña, nacido en Cusco, se había distinguido en el ejército español, donde alcanzara el grado de teniente coronel. Por merecer sucesivamente la confianza de España y de su patria, llegó a ser, después de la emancipación, mayor de plaza, comandante militar y jefe de policía en Santa Cruz; luego gobernador de Moxos y después de la provincia de Chiquitos, donde toda su ambición consistía en efectuar mejoras de provecho. Le debo el éxito de mi viaje y eterna gratitud. Desde entonces nunca lo recordé sin verdadero placer. ¡Pueda ese honorable funcionario leer estas líneas con el gusto que experimento en evocar todo lo que debo a su amistad!



Vista de Santa Cruz de Guarayos, Bolivia.

CAPÍTULO XXXI

Viaje al territorio de los Guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan

Viaje al territorio de los Guarayos[1]

Al noroeste de la provincia de Chiquitos existe otra provincia, la de los Moxos, no menos extendida, no menos ignorada y tan interesante desde el punto de vista de su geografía como desde el de sus habitantes, todos de raza indígena pura. El estudio de esta provincia está relacionado también con un interés muy particular para mí, puesto que esta región está sometida al régimen de las misiones de Perú, en tanto que la provincia de Chiquitos lo estaba al de las misiones de Paraguay. Me pareció entonces que, dejando de lado las demás observaciones científicas que allí pudiera hacer, tenía que recorrerla en todos los sentidos a fin de comparar esos dos centros, en los que el hombre salvaje de las selvas del Nuevo Mundo recibió un primer grado de civilización al adoptar una de las religiones del antiguo.

Al ojear los mejores mapas, el de Brué, por ejemplo, uno se asombra de encontrar entre Chiquitos y Moxos un espacio blanco de casi cuatro grados de anchura, lo cual atestigua una carencia absoluta de informes geográficos acerca de esta región. Llenar esta laguna es una tarea tremenda. No vacilé un instante y resolví atravesarla, yendo del extremo norte de Chiquitos hasta la zona

1831
Guarayos

1 Selvas habitadas por los salvajes guarayos dependiendo política y geográficamente de Chiquitos. Describiré esas regiones antes de dar un vistazo de conjunto sobre la provincia de Chiquitos.

sudeste de Moxos. A tal fin, realicé todos mis preparativos para iniciar mis nuevas peregrinaciones hacia esas regiones desconocidas.

19 de diciembre

El 19 de diciembre salí de San Javier con el objeto de marchar hasta el territorio de los salvajes guarayos, que me enteré existía a cuarenta o cincuenta leguas al nornoroeste. Mi caravana, formada por mis ayudantes a caballo y por sesenta indios chiquitos a pie, que llevaban mi equipaje sobre sus hombros, trepó en larga fila las laderas accidentadas de las últimas colinas de gneis de Chiquitos, en medio de extensiones cortadas por valles boscosos y colinas pedregosas a las que daban sombras elegantes palmeras bocayas o multitud de higueras parásitas, cuyas raíces parecían querer ocultar en todas partes la roca desnuda bajo su maraña estrechamente entrelazada. Desde la cima de la última cadena se presentó a mi vista[2] el más hermoso contraste: al este descubría colinas, dispuestas en anfiteatro, de perfil ondulado; al oeste, por el contrario, se divisaban hasta perderse en el confín del horizonte, como un mar azul, esas vastas selvas[3] que se extienden más de ochenta leguas hasta los últimos contrafuertes de la cordillera de Santa Cruz.

Comencé a descender hacia el oeste, en dirección al Río San Miguel, por collados pedregosos, cubiertos de pequeñas cañas espinosas que contrastaban con las palmeras del lomo de las colinas, en donde se proyectan sobre el azul del cielo, en tanto que al pie de esas mismas colinas dan sombra gigantescos árboles. Al atravesar un ancho arroyo, vi en la selva una gran cantidad de naranjos salvajes, y más lejos, en una ladera, me asombré al encontrar la vegetación modificada por palmeras jóvenes y por la palma Christi, creyendo reconocer allí todos los indicios de una antigua morada. Mi guía me hizo saber, en efecto, que allí se había establecido la Reducción de San Pablo, abandonada desde hacía treinta y dos años[4].

Costeé al pie de las últimas colinas, cerca del Río San Miguel, en el seno de las comarcas deshabitadas más bellas del mundo, soportando a menudo las lluvias torrenciales de la estación, constantemente expuesto a la picadura de los mosquitos y privado de todo descanso; pero a medida que avanzaba, la naturaleza tornábase más variada. Pequeñas llanuras verdes, encerradas en selvas umbrías, eran reemplazadas a menudo por grupos de palmeras de diversa espe-

2 Estaba entonces a seis leguas de San Javier.

3 Es el Monte Grande que crucé.

4 Las ruinas de la antigua Reducción de San Pablo están al oeste del paso de la cadena, a unas ocho leguas de San Javier.

cie, cuyo elegante follaje contrasta con el de los otros vegetales. Todo en esos lugares me inspiraba, tanto la majestad del conjunto como la riqueza de los detalles. La vida, la animación del campo, daban al cuadro un encanto irresistible, sobre todo para un naturalista. Delante de nosotros se levantaban nubes de mariposas de alas multicolores. Las hojas y los troncos de las plantas y de los árboles estaban cubiertos de millares de insectos de tintes metálicos, cuyo brillo rivalizaba ora con el vivo colibrí, ora con otros brillantes pájaros cuyos acentos alegraban a porfía la soledad de esta tierra virgen para el hombre.

Andando hacia el noroeste, me detuve al segundo día a veinte leguas de San Javier, al borde de un arroyo llamado La Puente, aunque nunca se lo haya cruzado sino en piragua. Ahí me devoraron manadas de mosquitos. A la mañana siguiente, dejé la llanura y subí a unas pequeñas colinas de gneis, cubiertas de la más variada vegetación. Por primera vez vi allí macizos de algunas leguas de la palmera *Cucich*[5] (cuchillo), de tronco recto, coronado a veinte metros de altura con una mata de hojas de cuatro metros de largo que presentan la forma de la hoja de una espada; es sin disputa una de las más bellas de esta admirable serie de plantas. Desde la cumbre de una pequeña cadena transversal pude advertir, en la lejanía azul, las alturas que lindan con el territorio de los guarayos, y este alejamiento me hizo temer que no podría llegar hasta allí el mismo día. En medio de dos colinas bastante elevadas, entré en un valle magnífico, poblado de palmeras cucich y de motacús, sajado de arroyuelos y mostrando doquier el ideal de la naturaleza intertropical.

Después de una marcha forzada, esperaba llegar de día al territorio de los guarayos, pero mi esperanza no se realizó, pues no pude resistir a la tentación de cazar grupos de monos, de acutis y, sobre todo, a un ciervo grande al que herí de muerte de un balazo en medio de la llanura. Mis indios no tenían otro alimento que maíz tostado. Pensaba que aprovechasen de mi caza, lo que me hizo perder tiempo y retuvo al guía, encargado de carnear al ciervo y de colgar los cuartos de los árboles con el fin de preservarlos de los dientes del jaguar hasta la llegada de los indios.

Durante largo rato recorrí al galope las vueltas y revueltas de una vereda apenas esbozada, ya en la selva, ya en la llanura; pero al atardecer nuestros caballos cansados se negaron a continuar. La noche, la noche negra de los trópicos, nos sorprendió de pronto en medio de un bosque. La oscuridad se tornó impenetrable. No divisaba nada, y las ramas de los árboles, que durante el día evitaba, me golpeaban constantemente en la cara. Sin que me diese

5 Especie nueva del género *Orbignya*, Martius.

cuenta, mi propio caballo se internó en el matorral, en donde me picaron atrozmente las hormigas rojas, armadas con un aguijón tan venenosa como el de nuestras avispas[6]. Como desde la muerte del ciervo el guía no había dado conmigo, comencé a temer que me hubiese extraviado. Me apeé, encendí fuego y gracias a él pude volver al sendero. Hay que encontrarse en circunstancias parecidas para apreciar el placer que nos proporcionan los primeros rayos de luz que suceden a las tinieblas y que devuelven el valor al viajero por fin resignado a su situación, hasta entonces insoportable. Hacia las once oí unos gritos: era el guía que venía a reunirse con nosotros y a sacarnos de nuestra desazón, anunciándonos que sólo estábamos a dos leguas más o menos de las habitaciones de los indios. Esta novedad me reanimó y resolví proseguir. El guía encendió una vela, de la que yo iba siempre provisto, y se puso a la cabeza de la caravana, que le siguió al paso, sin que yo dejase de admirar la solemnidad de nuestra marcha nocturna en medio del silencio de los bosques.

Hacia la una de la madrugada alcancé las chozas de los guarayos de la Ascensión. Me encaminé a la del jefe, de la que pronto un hombre cubierto con una larga túnica de corteza de árbol vino a hablarme en su lengua. Ignoraba completamente a qué raza podía pertenecer esta tribu; por eso no fue pequeña mi sorpresa cuando le escuché darme los buenos días en guaraní, lengua de la que yo había aprendido buen número de palabras en la frontera del Paraguay. Contesté de inmediato en la misma lengua. El jefe guarayo se quedó tan asombrado como yo mismo, y desde ese momento me demostró la más cordial amistad y me acompañó a todas partes durante los cuarenta días que pasé en esa hospitalaria nación. Volvía a encontrar con vivo placer en su estado primitivo los restos de una de las antiguas migraciones de guaraníes o caribes, los más intrépidos conquistadores de América meridional, que llevaron sus armas desde las orillas del Plata hasta las Antillas[7].

Entré en la choza del jefe, en donde encontré a toda su familia, compuesta de mujeres casi desnudas y de un gran número de criaturas. Colgué mi hamaca, pero, atontado por el viaje, por el habla guaraní que escuchaba y por encontrarme en medio de una nación todavía salvaje, a duras penas logré algunas horas de descanso, impaciente como estaba por la llegada del día siguiente.

La reducción de la *Ascensión* en donde me encontraba había sido fundada, ya en 1824, por el Padre Salvatierra con los restos de las antiguas reducciones de San Joaquín, de Asunta y de San Pablo. Esta aldea se compone de unos

6 Esta hormiga, muy ágil, vive solamente en el árbol llamado *palo santo*.

7 Véase mi artículo "Guaraní", en *El hombre americano*, pág. 365, de la edición Futuro.

trescientos indios guarayos y de algunos chiquitos escapados de Concepción. Se levanta en una colina boscosa, rodeada de selvas o de pequeñas llanuras, en medio de las tierras más fértiles del mundo. La aldea estaba muy triste entonces, pues un mes antes el fuego había destruido la iglesia con la mayor parte de las cabañas de los indios, que, cubiertas con hojas de palmera, tienen la forma de un octógono irregular, muy alargado, y son idénticas a las cabañas de los caribes de las Antillas al tiempo de la Conquista[8]. Son muy amplias, muy limpias, sin divisiones interiores ni ventanas; pero dotadas de puertas en los extremos.

A la mañana siguiente, todos los guarayos vinieron a visitarme, trayéndome cada uno su presente: pollos, huevos, bananas, caña de azúcar, papayas, calabazas, mandioca, ananás y hasta productos de caza. En un momento tuve provisiones de boca para varios días. Noté que los frutos, sobre todo los ananás, eran de doble tamaño y mucho más sabrosos que en otras partes de la República. Esta comarca, notable por sus productos, me pareció una segunda tierra prometida. Me llamaron la atención igualmente las maneras desenvueltas, las bellas proporciones y la cara interesante de esos indios. Los hombres de edad, apoyados en su arco, cubiertos con una larga túnica de corteza de árbol, sin mangas, con una larga barba[9], inspiraban realmente respeto por la nobleza de sus rasgos y por un orgullo en la apostura que, sin duda, debían ser características del hombre libre. Lejos de adoptar el tono sumiso de los indios de las misiones, se adelantaban con soltura y se expresaban con facilidad. Cada jefe de familia estaba acompañado por sus mujeres, las cuales nunca venían solas. Me impresionaron igualmente la linda cara de éstas y la belleza de sus formas, no ocultas por su vestido, que se reducía a un simple trozo de paño que les envuelve las caderas hasta la mitad del muslo. Su color atezado, pero mucho menos que el de otras indias, su piel tersa y brillante como el raso, les daban el aspecto de estatuas antiguas. Llevan sus cabellos sueltos sobre sus hombros, recortados en cuadro por delante, de manera que se destaque bien la frente; sus brazos están adornados con brazaletes, su cuello con collares de vidrio, y, aunque van desnudas las piernas, usan siempre ligas. Algunas, quizá para realzar su belleza salvaje, se pintaban de negro, otras con rojo de semilla de achiote, menos la cara. Las había que tenían negra la curva de la boca y rayas en la cara, o las manos y las piernas negras y el resto del cuerpo con rayas longitudinales de este color.

---

8 *Historia general de Indias occidentales*, por Oviedo, edic. de 1547, fol. 59.

9 Son los únicos americanos con barba que haya encontrado; los demás tienen poca y se la depilan.

Permanecí en Ascensión cinco días, durante los cuales recorrí los alrededores en todos los sentidos. Nunca había visto nada tan hermoso y tan fértil como esta campaña, en la que sólo algunas parcelas están cultivadas y rinden el céntuplo, en tanto que la naturaleza virgen más pomposa brilla en todas partes, exhibiendo sus tesoros: aquí bosquecillos de *Palma real*, de hojas en abanico, allí bosques de la elegante palmera cucich, la de las hojas en forma de espada, o mezcla de variadas palmeras[10], con la vegetación más vigorosa y más rica en detalles.

El 25, víspera de mi partida, quise aprovechar la fiesta de Navidad para utilizar la reunión de guarayos y ver varias ceremonias de su religión primitiva.

25 de diciembre

Tenía un motivo para tener prisa. El cura de Ascensión, un buen tipo sin recursos, que se ocupaba más de sus intereses personales que de la salvación de los indios, me dejaba hacer mi voluntad, en tanto que yo temía la austeridad religiosa del padre Lacueva, quien indudablemente se habría opuesto en Trinidad a estas manifestaciones repudiadas por el cristianismo. Me serví de la condescendencia del jefe guarayo, que ordenó disponerlo todo para complacerme.

Vino a buscarme al mediodía a escondidas. Me introdujo misteriosamente, y en silencio en una casita octogonal situada a la orilla de la aldea, en donde encontré sentados en círculo alrededor de la pieza a unos hombres desnudos que tenían detrás de sí, de pie, a las mujeres. En cuanto entré, cerraron las puertas, y el más viejo, que llevaba una larga barba, golpeó el suelo con una caña de bambú. Todos los demás lo imitaron con el mismo instrumento, con la mirada fija en el suelo. Cuando se logró el compás, el anciano entonó con una hermosa voz de bajo un himno que todos repitieron, acompañándose con el redoble de sus bambúes, mientras que las mujeres marcaban el compás con genuflexiones. Esas voces masculinas, esos sones discordantes de sus bambús, la actitud imponente de los cantores, su apostura, todo en esta ceremonia me sorprendió y me asombró, no podía decir en realidad a dónde me sentía transportado, pero sí puedo afirmar que no habría cedido mi sitio en este espectáculo. Esos primeros cantos se dirigían al Tamoi (el padre grande), a quien los guarayos conjuraban para que descendiese entre ellos y los escuchase. Luego le pidieron agua para sus sembradíos. Entonces se levantaron, formaron todos un círculo y caminaban en fila, golpeando el suelo y cantando otro himno, con los ojos bajos; iban lentamente en su sentido, luego se volvían y caminaban en sentido contrario. Esos himnos están llenos de figuras y de comparaciones ingenuas. Los acompañan con los sones del bambú, porque Tamoi, des-

10 Allí descubrí la nueva especie de *Astrocaryum Huaimi*, Martius.

pués de haberles enseñado el cultivo, había subido hacia el oriente del árbol sagrado, en tanto que los ángeles golpeaban la tierra con esas cañas. Por lo demás, siendo el bambú uno de los dones de Tamoi, en el sentido de que forma parte de la construcción de sus cabañas, lo consideraban como un intermediario entre ellos y la divinidad.

Después de la ceremonia, invité a todos los indios a concurrir a la plaza, en donde quería ofrecerles una especie de fiesta. Allí encontré al cura, enterado, no sé cómo, de lo que acababa de ocurrir. Esperaba recibir cuando menos algunos reproches de su parte, pero sucedió lo contrario. Me hizo notar solamente que, como tenía que marcharme al día siguiente, había hecho una tontería en hacer representar la ceremonia por medio de la cual los indios piden agua, puesto que era indudable que llovería, pues los guarayos, agregó, obtienen siempre lo que piden. Esta reflexión me sorprendió en sus labios y me dio la medida de su caletre.

Con el objeto de juzgar la habilidad de indios e indias, establecí un concurso de tiro al arco para que todos participaran. Las muchachas acudieron primero y premié con brazaletes y bujerías a las más diestras. Les sucedieron los hombres. La precisión de su puntería me asombró: las flechas, lanzadas con fuerza, silbaban en el aire y daban con violencia en el blanco. Pude empero comprobar que no son seguros en su tiro a más de sesenta metros. Después de darme una idea de su habilidad, los guarayos me rogaron que les mostrase a mi vez la potencia de nuestras armas de fuego. Colocaron un pollo a la misma distancia y me lo hicieron matar, lo cual les divirtió tanto, que tuve que negarme a privarlos de todo su gallinero. Quise proporcionarles otro placer: el de mirar en un excelente largavista y en un microscopio. Nada podría pintar su sorpresa y su éxtasis al ver de cerca objetos alejados o de contemplar tan voluminosos a los seres pequeños. A partir de ese instante, ya no era yo para ellos un extraño, y todos me miraban como a un ser extraordinario, y me llamaban con respeto y alborozo su hermano (Cherú), lo que era mucho para un guarayo, el más orgulloso de todos los salvajes, pues, por la libertad de que goza, se cree el primero de los hombres, al punto de que se enfada cuando lo tratan de *indio*[11], sosteniendo con altanería: "Sólo los chiquitos son indios, pues son esclavos; yo soy libre y no indio: soy *guarayo*"[12].

---

11 El señor de Humboldt ha encontrado el mismo orgullo entre los caribes. *Viaje*, t. IX, pág. 35.

12 *Guarayo*, como *guaraní*, como *galibi*, como *caribe* (voces todas derivadas de la misma raíz) quiere decir *guerrero*. (V. *El hombre americano*, pág. 366). El P. Lacueva cree que esta palabra, pronunciada *guarayu* por los indios, viene de *guara*, nación, y *yu*, amarillo, porque son más blancos que los demás; pero los guarayos no lo explican así.

A la mañana siguiente llovía, y el cura no perdió la ocasión de recordarme su observación de la víspera. Con todo, partí en compañía del jefe guarayo para Trinidad, situada a quince leguas al noroeste. Luego de haber dejado atrás los bosques de palmera cucich, mis plantas hollaron tierras húmedas hasta el arroyo *Sapococh*, uno de los afluentes del Río Blanco. Después de cuatro leguas de una selva magnífica, alcancé, en las márgenes del Río San Miguel, la antigua reducción de San Pablo, abandonada desde 1828. Como el fuego lo había destruido todo, no quedaban allí más que restos de edificación y estupendas plantaciones de cacao, en parte abandonadas, a pesar de su riqueza y de los pingües rendimientos que dan anualmente. Desde las ruinas de San Pablo me quedaban diez leguas de camino por entre bosques. Al comienzo la selva estaba llena de bambúes gigantescos, cuyas espinas ganchudas me desgarraron implacablemente y me dejaron casi desvestido; pero esos vegetales singulares fueron reemplazados por palmeras motacús y por árboles variados; llegamos así a un campito negruzco ya listo para recibir la simiente. A cinco leguas, pasé cerca de un inmenso lago y muy pronto costeaba pequeñas colinas, en donde encontré los primeros campos de los guarayos de Trinidad. Llegué de noche a la reducción; allí los indios me ofrecieron hospitalidad, a la espera de que al día siguiente pidiese mejor alojamiento al religioso de Santa Cruz, situado a una legua de distancia.

Trinidad está cerca del Río San Miguel, en medio de una hermosa floresta, que atravesé hasta Santa Cruz. Allí me encontré con el reverendo padre Lacueva, considerado como santo en las provincias vecinas. No vi en él más que a un viejo amable, muy instruido y de una conducta ejemplar. Sus maneras me agradaron al extremo. Pertenecía a una rica familia de España. Había estudiado matemáticas, pero su vocación lo arrastró a la predicación del Evangelio. Se hizo franciscano, y gracias a su saber y virtud pronto recibió el título de Prefecto de la Misión, cuyas prerrogativas inherentes lo hacen equivalente a un obispo. Vino a América, en donde, huyendo de la vida de los conventos, consagró su existencia a la conversión de los indios, rehusando todos los honores. Vivió veinte años entre los salvajes yuracarés, al pie de las cordilleras, y, cansado de no poderlos convertir, los abandonó para venir a establecerse entre los guarayos, en donde, luego de ocho años de permanencia, comenzaba a temer que terminaría su humilde y noble carrera sin haber obtenido grandes resultados. Las limosnas de las damas de Santa Cruz de la Sierra le daban apenas para vestirse; se alimentaba de arroz cocido en agua, se hacía él mismo su cocina y vivía solo, alejado del mundo entero. Me conmovió vivamente la perseverancia de ese religioso, que tenía entonces setenta años por lo menos, y me afané para merecer una amistad que él tuvo a bien acordarme.

Moraba en una pobre choza; su iglesia no era más que una pobre cabaña, techada con hojas de palmera. Los domingos cubría con un simple tejido de algodón el altar de tierra y decía allí su misa. Para llamar a los fieles, el venerable anciano no tenía más que un mortero de cobre al que golpeaba con una piedra.

El padre Lacueva me hizo admirar la posición de la reducción de Santa Cruz, situada sobre una pequeña elevación, entre dos montañas de gneis, al borde de un lago de media legua de diámetro, rodeado de selvas o de colinas arboladas, pobladas con la más hermosa vegetación. La aldea se componía de unas treinta casas de indios esparcidas alrededor de la capillita. Arrastrado por la interesante conversación del padre Lacueva, acepté la mitad de su modesta comida y luego se vino conmigo a Trinidad, en donde me instaló en su propia casa. Permanecí allí hasta mi partida para Moxos, yendo a menudo a visitarlo o recibiendo de él frecuentes visitas. Esta residencia tenía la doble ventaja de acercarme al río en el cual tenía que embarcarme y de mantenerme lejos de todo misionero, más desembarazado para continuar mi papel de observador.

El Río San Miguel baña el territorio de los guarayos. En las cartas geográficas[13] se hace dirigir esta corriente de agua hacia el Río Guapaix o Grande, y de ahí al Mamoré. De haber sido así, embarcándome allí habría ido a parar a la misión de Loreto de Moxos, en tanto que mi intención era llegar a la parte oriental de esta provincia. Pregunté a los guarayos y al padre Lacueva. Me informaron que, lejos de doblar al oestenoroeste, el Río San Miguel se dirige al nornoroeste, pasando cerca de la misión de Carmen de Moxos. Sin saber entonces si arrojaba sus aguas más abajo en el Río Blanco o en el Itonamas, afluentes comunes del Guaporé o Itenes, tomé el partido de seguir este rumbo, a fin de aclarar este importante problema geográfico. Mi proyecto no era fácil de realizar. Para viajar por tierra se oponían la estación de las lluvias ya muy avanzada y la inundación de los campos, además de las dificultades inherentes a la apertura de una nueva vía de comunicación. Pero, por otro lado, en las piraguas de los guarayos, hechas con un solo tronco de árbol ahuecado por medio del fuego[14], no cabían más que dos personas a lo sumo, con lo que no habría podido cargar en ellas mi equipaje. Utilicé las disposiciones amistosas del jefe guarayo y logré de él que enviase a Carmen a dos indios portadores de una carta, en la que rogaba al administrador que me despachase piraguas y remeros de esa misión para llevarme hasta Moxos.

13 La de Brué en 1826.

14 Esas piraguas, largas a veces de ocho a diez metros, tienen apenas cincuenta centímetros de ancho.

Mientras aguardaba la vuelta de mis mensajeros, me entregué a investigaciones de historia natural, al mismo tiempo que estudiaba con cuidado y en sus menores detalles la vida privada de mis nuevos amigos salvajes. Iniciado en sus costumbres domésticas, estuve en condiciones de apreciarlas, lo que me inspiró hacia ellos un afecto muy especial. Todos los días el cacique, viejo de porte patriarcal, venía a ofrecerme sus servicios. ¿Lo necesitaba? Se alejaba de prisa y reaparecía al cabo de un rato con sus mujeres cargadas de frutas magníficas, de legumbres o de aves de corral. También recibía la visita de los otros indios, que me traían productos de sus tierras u objetos de historia natural. Todo lo pagaba, ya con grandes agujas de coser, ya con cuchillos, tijeras o parecidas bagatelas, pues la plata, como en Chiquitos y en Moxos, no era conocida por sus habitantes. Un lindo pollo, por ejemplo, valía tres agujas de coser, y lo demás en proporción, sin que jamás, por otra parte, se me fijase un precio o se me hiciese la menor observación sobre lo que ofrecía en pago; mi amigo, el primer jefe que había encontrado en Ascensión, siempre me guiaba con sus consejos.

Nunca había hecho una cosecha tan rica de historia natural; tenía como ayudantes a todos los habitantes de las dos reducciones. Les había dado instrucciones que seguían al pie de la letra. Desde la mañana hasta la noche era un constante desfilar ante mí de indios que me traían insectos magníficos en los tubos de bambú o en cucuruchos hechos con hojas, conchillas terrestres de la selva o conchillas fluviátiles de los lagos y del río. Las agujas de coser y otras chucherías semejantes me proporcionaron pronto una admirable colección de las producciones naturales de esos bosques, que los indios recorrían para mí como auténticos ayudantes naturalistas.

Muy contentos con mis regalos, los guarayos no habrían cometido, sin embargo, una bajeza para obtenerlos. Yo los tentaba de diversas maneras sin conseguir jamás alterar sus principios. A menudo fingía extraviar un pañuelo en la selva o dejaba los cuchillos o el hacha fuera de la casa. Siempre me traían esos objetos, sin tocarlo siquiera, en la punta de un bastón. Llegaban y me decían: "Oye, esto debe ser tuyo", o si no: "He visto tal cosa en tal lugar; ve a buscarlo antes de que te lo roben los chiquitos". Llevan su delicadeza hasta el escrúpulo y tienen horror por el robo y el adulterio; por ello las mujeres tienen una conducta intachable, que en vano buscaríamos en las misiones de los chiquitos. Me atrevo a decir que el contraste entre los guarayos completamente salvajes y los chiquitos semicivilizados es ventajoso para los primeros.

Con el objeto de hacer relevamientos de todos los puntos visibles de los alrededores, dirigiéndome al sur de Santa Cruz, en los bosques, hasta el pie de

la montaña, abrí con el machete una picada hasta la cumbre, desde donde divisé un magnífico panorama. Dominando un inmenso horizonte del verde más hermoso, tenía al este, en la lejanía azul, las montañas de la Ascensión, y más cerca, el lago, por cuya orilla había pasado; al norte y al noroeste, las colinas de gneis de Santa Cruz, rodeando dos lindos lagos, uno de los cuales, situado a mis pies, estaba circunscripto de praderas. En la orilla opuesta del Río San Miguel divisaba dos grandes lagos en medio de una selva dilatada, más allá de la cual se veían, como en un mar de verdor, las llanuras de la provincia de Moxos, inundadas una parte del año. Si alguna vez había lamentado ver cómo permanecían incultas en América magníficas campañas, cuando tantos pobres agricultores se mueren de miseria en Europa, ese sentimiento era tanto más penoso frente a esas comarcas, las más ricas que hasta entonces hubiese visto, frente a esa naturaleza imponente, a esta riqueza de vegetación extraordinaria, dispuesta siempre a responder al cultivo más productivo apenas se presentasen los brazos para trabajarla.

1832
3 de enero

Eramos muchos los que estábamos reunidos. Los recursos alimenticios de que disponíamos entre los guarayos consistían en una gran abundancia de maíz, de mandioca, de frutas y algo de volatería; pero entre ellos no podía procurarme carne, pues la aborrecen. Me encontraba casi en aprietos cuando me informaron que más allá de las selvas de la otra orilla del Río San Miguel existían muchos animales salvajes. Hacia allí me dirigí y tuve la fortuna de matar un animal joven, que trajimos. Al mismo tiempo había reconocido, en el gran número de huellas recientes, que había una multitud de toros y de vacas, a los cuales fui recurriendo a medida que lo exigían mis necesidades. Por lo demás, esta caza no estaba exenta de peligros, pues los toros enfurecidos perseguían a menudo sin tregua a los cazadores cuando la bala no los había herido de muerte.

Tenía conmigo dos indios jóvenes de la provincia de Chiquitos, y deseaba obtener otro de los guarayos. Mi intención por aquel entonces era traerlos a todos a Europa y pedir al gobierno que los hiciera estudiar en los colegios con el objeto de determinar la capacidad de los indígenas[15] americanos. Expuse este propósito al padre Lacueva y al cacique guarayo, quienes prometieron darme un niño. Efectivamente, un día vi llegar al cacique con toda su familia, compuesta por lo menos de sesenta personas. Este patriarca de la larga barba,

15 Más tarde, una vez en Santa Cruz de la Sierra, me vi obligado, muy a mi pesar, y por falta de fondos, a renunciar a este proyecto y a mandar de vuelta a mis tres indiecitos a sus respectivas patrias.

después de darme los buenos días, me presentó a un joven guarayo, espetándome un discurso solemne, cuyo sentido aproximado es el que sigue: "Este niño que te traigo es mi nieto; se llama *Mbuca ori* (Risa gozosa). Te lo doy porque perdió a su padre, y te creo digno de reemplazarlo; míralo como a tu hijo y haz de él un hombre; sobre todo, que no sepa nunca lo que es el robo, que tanto detestamos, y que sea digno de llamarse guarayo". Le pregunté qué quería que le diese. "Dame un hacha y un machete –me dijo–; dale un hacha a su madre y un cuchillo a su hermano; son las cosas que estimamos más y que más útiles nos serán si algún día, para huir de la esclavitud, estamos obligados a volver a la selva de donde hemos salido". Le di lo que me pedía y me convertí en el propietario del indiecito. Lo hice vestir inmediatamente. Era un niño de ocho años, de un rostro encantador, muy espiritual, a quien le convenía perfectamente el nombre de *Risa gozosa*.

Jefes indígenas de Carmen de Moxos me trajeron el 25 de enero, de parte del administrador de esa misión, una carta en la que me anunciaba que ponía a mi disposición cuatro grandes piraguas. Tres días después daba mis adioses a los buenos guarayos. Nunca olvidaré la impresión que me produjo esta separación. El padre Lacueva y todos los indígenas me acompañaron hasta la orilla del río con demostraciones de la más viva amistad. Todo estaba a bordo y mis remeros sólo esperaban mi orden para hendir las aguas. Lancé una última mirada a la ribera y advertí al buen padre Lacueva, con lágrimas en sus ojos, extendiendo hacia mí las manos desde lo alto del ribazo para darme su última bendición, en tanto que todos los guarayos, con su jefe a la cabeza, me daban sus adioses en los términos más conmovedores. Un primer meandro de este río tortuoso me separó de esta escena conmovedora; y, librado a mis tristes pensamientos, me aturdí como de costumbre, ocupándome de cuanto me rodeaba, a fin de olvidar la soledad en la cual volvía a sumergirme.

Descripción de los Guarayos y de la comarca que habitan

Diseminados en unas cuarenta leguas de longitud, los guarayos habitan las umbrías selvas que separan las provincias de Chiquitos y de Moxos, no lejos de las márgenes del Río San Miguel, hacia el 17° de latitud sur y el 66° de longitud occidental de París. Su número asciende a unos mil más o menos, y todos, menos algunas pocas familias dispersas en los bosques, viven en tres aldeas, las de Trinidad, Ascensión y Santa Cruz, en donde los religiosos han tratado de atraerlos hacia el cristianismo.

Por tradición recuerdan todavía haber venido del sudeste, probablemente del Paraguay; recuerdan también haber convivido con los chiriguanos y haberse separado de ellos como consecuencia de unas querellas. Sea como fuere, los guarayos habitan los mismos sitios desde hace tres siglos por lo menos. Según el cura de San Javier, algunos guarayos habrían sido llevados a la fuerza, ya en 1700, a San Javier, de donde escaparon poco después. Lo cierto es que en 1790 el azar hizo que se los encontrara durante una expedición encaminada a abrir una vía de comunicación entre Chiquitos y Moxos[16].

Cuando los guarayos, asentados entonces cerca de la gran laguna, entre Ascensión y Trinidad, vieron a los españoles, huyeron a los bosques gritando: "¡No nos matéis; somos cristianos!". Un negro brasileño que entendía el guaraní, se lo dijo al comandante, quien los tranquilizó y les hizo muchos presentes. Se lo hizo saber al gobernador de la provincia, don Juan Verdugo, el cual se determinó a visitarlos él mismo y llevarles regalos para decidirlos a hacerse cristianos. Se presentaron varios en San Javier, en donde se entendieron en chiriguano con el cura don Gregorio Salvatierra, que les tomó afición y quiso ir personalmente para convertirlos. Alentado en su proyecto por el gobernador de la provincia, el padre Salvatierra hizo construir con los chiquitos, en 1793, la iglesia y demás edificios de la reducción de San Pablo, a ocho leguas de San Javier, y, seguido por cincuenta chiquitos armados, se constituyó en aquellos parajes con el objeto de sacar a la fuerza a los guarayos e incendiando sus aldeas para impedirles que regresasen allí. Se trajo unos trescientos, los cuales, poco satisfechos de estar retenidos así, seis años más tarde, en 1793[17], regresaron a sus selvas, dejando a la puerta de la iglesia los vestidos que les habían dado y los bastones, símbolo de las funciones a que había elevado a sus jefes; su conducta estuvo en todo de acuerdo con el orgullo que los caracteriza.

En 1807 el padre Salvatierra y el decano de los canónigos de Santa Cruz de la Sierra, don José Joaquín Velasco, concibieron de nuevo el proyecto de ir a reducir a los guarayos en sus propios pagos, abriendo un camino de un lado a Moxos, y del otro a Santa Cruz de la Sierra, por Bibosi. En efecto, en la margen opuesta del Río San Miguel, un poco más arriba de Trinidad, fundaron una aldea que llevó el nombre de *San Luis Gonzaga*, abandonada tres años más tarde. El padre Salvatierra no renunció, empero, a su proyecto. En 1811 construyó a sus expensas, bajo el nombre de *San Joaquín*, otra aldea a un cuarto de

16 Estos datos y algunos de los que seguirán, me los proporcionó el padre Lacueva.

17 Evidentemente, D'Orbigny incurre aquí en una distracción, pues da la misma fecha de arriba siendo que han pasado seis años entre una y otra. (N. del T).

legua de Ascensión; mas viendo que no podía reunir en ella a todos los guarayos, siguió los consejos de éstos y fundó en 1820 una reducción cerca del Río San Miguel, a cinco leguas de distancia de la actual Ascensión y a la que llamó *San Pablo*[18].

Ese mismo año, el gobernador de Moxos, queriendo establecer por agua comunicaciones con la provincia de Chiquitos, posibilitó la llegada de piraguas por primera vez al país de los guarayos. Estos, viéndose descubiertos de ambas partes, y temiendo que los arrancasen de sus queridas selvas, como habían hecho algunos años atrás para la fundación de Carmen de Moxos, se presentaron precipitadamente al padre Salvatierra, pidiéndole ser convertidos al cristianismo. El cura aprovechó tan buenas disposiciones, y marchó a fundar las reducciones de Santa Cruz y de Trinidad, ya que los indios amaban por sobre todas las cosas el lugar en que habían nacido. En 1823 el padre Lacueva, con dos religiosos más, vino a dirigir al conjunto de guarayos: encontró ochenta y cinco en San Joaquín, ciento sesenta y dos en San Pablo y trescientos entre Trinidad y Santa Cruz. Esas reducciones estaban, por otra parte, sumidas en una gran pobreza. Animado por un celo infatigable, el padre Lacueva se esforzó en traer los indios de las selvas a la reducción; fundó la Ascensión e hizo hacer allí plantaciones de cacao y de algodón. Fundó escuelas y trazó el camino hacia Chiquitos. Confiaba mucho en sus gestiones, cuando al año siguiente (1824), a consecuencia del cambio de gobierno y del advenimiento de la República, fue abandonado por los otros religiosos, que quisieron regresar a España. Cuando quedó solo, pidió al padre Salvatierra que dejase San Javier para venir con sus queridos guarayos; se estableció algunos años en Ascensión, en donde murió. A partir de 1824, el territorio de los guarayos pasó a depender políticamente de la provincia de Chiquitos.

Olvidado, por así decirlo, de la tierra entera, sin apoyo de parte del gobierno, obligado a hacerlo todo con sus propias manos, el padre Lacueva sólo obtuvo estimación de los guarayos, pero sin conseguir el menor ascendiente sobre ellos. Sin embargo, cuando los amenazó con retirarse, le dijeron: "Si te vas, padre, nos iremos a vivir a los bosques, pues sólo permanecemos aquí por ti"; y, temeroso de verlos retornar a su salvajismo, el digno hermano se queda siempre, con tanta más razón cuanto que los chiquitos, que, huyendo de la severidad de las misiones, se vienen a vivir junto a los guarayos, repugnan a éstos en sus aldeas por las exacciones que cometen y por la depravación de sus costumbres.

---

18 Es la misma cuyas ruinas visité.

Hay ahora entre Trinidad y Santa Cruz 544 almas, divididas así:

Hombres		Mujeres	
Edad	Núm.	Edad	Núm.
De 1 a 7 años	60	De 1 1 7 50	
De 7 a 15 años	76	De 7 a 15 años	61
De 15 a 70 años	1	De 15 a 70 años	154
	279		265

Grandes, bien plantados, casi blancos, dotados de una larga barba (hecho excepcional entre los americanos), los guarayos tienen una apostura altiva, los rasgos regulares y la expresión muy dulce. Su carácter responde perfectamente a su exterior; ofrecen el tipo de la franqueza, de la hospitalidad y de todas las virtudes. Buenos padres, buenos maridos, aunque graves por hábito, se creen, en medio de la abundancia y de la libertad salvaje, los más felices de los mortales. Sus ancianos, verdaderos patriarcas y oráculos de sus familias, encuentran respeto y sumisión en sus hijos. Se dividen en pequeñas familias en las selvas, o en las aldeas. Sus cabañas, todavía octogonales, parecidas a las de los antiguos caribes de las Antillas, son espaciosas y están cubiertas de hojas de palmeras.

Un guarayo pasa su primera infancia junto a su madre, la cual le prodiga los cuidados más tiernos. Desde los ocho o diez años, acompaña a su padre al campo, a la caza, adiestrándose en el tiro al arco y en el arte de fabricar armas. Abandona entonces la compañía de las mujeres y no frecuenta más que la de los muchachos de su edad o la de los hombres. Apenas logra reunir en el manejo del arco fuerza y suficiente destreza como para bastarse a sí mismo, piensa en elegir compañera. Una vez hecha la elección, hace su trato con los hermanos de la muchacha, que son los que exclusivamente tienen derecho para disponer de su hermana. Las condiciones consisten ora en un número dado de hachas, de cuchillos o de otros instrumentos, ora en una suma de trabajo, como puede ser la construcción de una casa o el desmonte de un campo. Aceptada la demanda, el joven pretendiente, completamente desnudo, pintado de rojo de pies a cabeza y armado con su macana[19] o maza, se pasea durante varios días alrededor de la cabaña de su novia. Algún tiempo después, las parientes de la joven preparan la bebida de maíz fermentado, y la boda se celebra en medio de una reunión numerosa a la que son invitados todos los parientes y amigos.

19 *Macana*, en español en el original. (N. del T.).

La joven pareja vive a veces con su familia, pero lo corriente es que construya una cabaña en las inmediaciones. Cuanto más aumenta la familia de un guarayo, mayor es la consideración que adquiere. Es por eso que, sin descuidar a su primera mujer, siempre la más estimada, el guarayo toma sucesivamente otras en el curso de su existencia. Los hijos de todas esas mujeres parecen de una sola madre, tal es su estrecha unión. Nunca una disputa, jamás un reproche de parte del marido, que respeta a sus mujeres, aunque se considera como muy superior a ellas. Cuando un guarayo llega a ser jefe de una familia numerosa, se convierte en un oráculo; sus días transcurren plácidamente, sin cuidados ni pesares; por eso llega siempre a la vejez exento de achaques y de la pérdida de sus sentidos; sin embargo, como ya se ha visto en el cuadro anterior, los guarayos raramente sobrepasan los setenta años.

En medio de la abundancia, el guarayo provee casi sin trabajo a las necesidades de su familia. Cada cultivo de su campo se hace en común con sus parientes, sus amigos. Sus mujeres preparan la bebida de maíz; después es él quien las convida. Al despuntar el día se dirige alegremente a su campo. Los invitados trabajan con un ardor increíble los dos tercios de la jornada, en tanto que el propietario se tiende en su hamaca o dirige a los obreros. Regresan luego a la cabaña en donde dan comienzo a las danzas serias y a libaciones que duran varios días; todo transcurre, empero, sin riñas ni disputas; de esta manera, cada jefe reúne sucesivamente a sus amigos, sea para derribar y desmontar, sea para sembrar, y todas esas operaciones dan ocasión a otras tantas fiestas.

Los hombres abaten los árboles en el desmonte de los campos, que cultivan en común con las mujeres; construyen sus piraguas por medio del fuego y del hacha, y fabrican sus arcos y sus flechas, hechos con sumo arte; sacan las cortezas de las higueras para hacerse con ellas sus vestidos. Por otra parte, son apasionados por la caza y la pesca, para lo cual dos o tres de ellos recorren la selva durante varios días, trayendo consigo monos o pescados ahumados. A cargo de las mujeres está la alfarería, que consiste en enormes cántaros de tierra para poner la chicha, que ellas hacen con maíz molido; hilan el algodón y tejen hamacas así como las prendas con que se visten.

Siendo el cultivo su principal recurso, puesto que la caza no es para ellos más que una diversión, adaptan a aquél mucho de sus ceremonias religiosas. Su religión es sencilla como sus costumbres. Su *Tamoi* o abuelo, dios bienhechor al que reverencian sin temer, vivió entre ellos, les enseñó la agricultura y, cuando los dejó, les prometió su protección desde la copa de un árbol sagrado de flores purpúreas, al que subió para elevarse al oriente, hacia los cielos. Se le implora en la época de las siembras o cuando se quiere que una lluvia abun-

dante venga a reanimar a la tierra jadeando bajo los ardores de un sol de fuego. Una simple cabaña octogonal en medio de la selva es el templo en donde se reza a Tamoi. Unos hombres completamente desnudos se sientan formando un círculo, teniendo cada uno en su mano un trozo de bambú. El más viejo, con los ojos bajos, golpea el suelo con su bambú, entonando con la más hermosa voz de bajo un himno que los demás repiten. Los he oído pedir, en un estilo de los más figurados y de los más poéticos, a la naturaleza que se vistiese con sus galas más magníficas; a las flores, que se abriesen; a los pájaros, que tomasen su más rico plumaje y que comenzasen sus alborozadas canciones; a los árboles, que se embelleciesen con sus verdores primaverales, a fin de unirse a ellos para llamar la atención de Tamoi, a quien jamás imploran en vano.

En sus enfermedades recurren a los adivinos, que conjuran el mal tocando la parte enferma y perfumándola con humo de tabaco. Los guarayos ayunan durante el nacimiento y las enfermedades de sus hijos. Temen el canto de los pájaros nocturnos y al cielo cuando está muy encapotado en la noche. Le llaman *teteo* (la muerte), y aventan entonces cenizas para conjurarla. Durante la luna nueva arrojan sus hijos al aire para que crezcan.

A su muerte, los guarayos son llevados al cielo gracias a los cuidados de Tamoi, quien toma el camino del oriente desde la copa del árbol sagrado (*Tuirenda*)[20], que con ese fin plantan siempre cerca de su morada. Gozan en la otra vida de cuanto poseían en ésta[21]; por eso se los entierra siempre cubiertos de pinturas, con la cabeza vuelta hacia el este, rodeados de sus armas, de sus instrumentos agrícolas y con chicha. Colocan su cuerpo en su cabaña o en el campo, entre dos capas de esteras, en el fondo de una fosa, y su familia ayuna, se oculta algunos días y se pone de luto pintándose de negro.

Gozan de poca libertad las mujeres entre los guarayos. De niñas, no abandonan nunca a su madre; cuando llegan a núbiles se les somete a rigurosos ayunos, y algunas líneas de tatuaje en los brazos, con profundas heridas, que se hacen en medio del pecho[22], indican entonces a todos que las jóvenes pasan de la infancia a una edad en que deberán ocupar su puesto en la sociedad. Una mujer nunca se presenta sola a ninguna parte; siempre va acompañada, sea por sus hermanos, sea por su padre.

---

20 Planta leguminosa, semejante al *Ceibo* de Buenos Aires.

21 Ellos consideran que todos los animales suben al cielo por medio de un bejuco tortuoso. Creen que los cristianos van hacia occidente.

22 Esta costumbre vuelve a encontrarse en muchos pueblos, entre los patagones, los puelches, los araucano etc. V. *El hombre americano*, pág. 128.

Una de las características más salientes de los guarayos es su escrupulosa probidad; nunca querrán apropiarse de una cosa que no les pertenezca. Tal es el rápido retrato de los antiguos descendientes de los caribes, hombres feroces, sanguinarios, antropófagos, para quienes los escritores de los primeros siglos de la Conquista nunca encontraban bastantes anatemas.

Con todas estas virtudes, uno se asombra de encontrar en los guarayos tanta repugnancia para someterse a las prescripciones de la religión católica. El padre Lacueva, no más afortunado que sus antecesores, nada había obtenido de ellos. Lejos de oponer la menor resistencia a sus miras, lo estimaban y lo veneraban mucho; pero los contados guarayos que recibían el bautismo venían poco a la iglesia y no abandonaban sus antiguas costumbres. Animados por el solo deseo de vivir en paz, no querían someterse a ninguna ley; por eso nunca se entregaban a habladurías. El padre Lacueva me decía que las dos mayores dificultades que tenía que vencer eran hacerlos perder la costumbre de la poligamia y lograr que las mujeres se cubriesen un poco más. Muchas veces le oí quejarse al cura de Ascensión de la pereza de los indios y de su indolencia, porque no podía hacerlos trabajar en su propio provecho. Al guarayo le bastan algunos días de trabajo por año para asegurarse para él y su familia las provisiones de dos o tres años. Cubierto con la corteza de los árboles de la selva, alimentado con la caza que en ella obtiene y con el producto del campo que allí cultiva, abrigado bajo su follaje, ¿para qué iba a afanarse por obtener lo que no le es necesario y de cuya existencia apenas está enterado? En la abundancia de los bienes reales, cuando está fuera de toda servidumbre, se considera como muy feliz de su libertad y trata de esclavos a todos los hombres sometidos a los reglamentos de las misiones.

Fin del Tomo III

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF

Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo IV

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo IV

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo IV: ISBN 99905-64-52-3
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

CAPÍTULO XXXII

Generalidades geográficas, históricas y estadísticas sobre la provincia de Chiquitos. De las mejoras industriales y comerciales que se podrían introducir allí

Generalidades geográficas

Situada casi en el centro del continente americano, la provincia de Chiquitos presenta una superficie irregular, casi oval, comprendida entre los 14 y los 21 grados de latitud sur y los 58 y 65 grados de longitud occidental de París. Esta región, de más o menos treinta grados o 18.750 leguas de veinticinco por grado de superficie, está limitada al este por el curso del Paraguay y por las posesiones brasileñas de la provincia de Cuyaba o de Matto Grosso; al norte (siguiendo los límites de los tratados de 1750 y 1777 entre España y Portugal) por una línea que parte de la conjunción de los ríos Jauru y Paraguay, en dirección a Matto-Grosso, y más allá por una segunda línea que arranca desde ese punto hasta la confluencia de los ríos Verde y Barbado[1]. Al noroeste, selvas inmensas o pantanos deshabitados separan esta provincia de la de Moxos, algo al norte del país de los guarayos. Al oeste, el curso del río Grande le sirve de límite con la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Finalmente, al sur se extienden las tierras deshabitadas del Gran Chaco, que todavía no pertenecen a ningún gobierno.

1832
Chiquitos

Delimitada de esta manera, la provincia de Chiquitos está rodeada de ríos y de pantanos, en medio de los cuales corren cadenas de colinas completa-

1 V. el mapa de Azara, *Viaje a la América meridional*. Hoy, 1831, tales límites son ilusorios, pues el Brasil ha ido avanzando sobre las posesiones bolivianas, sobre todo entre Matto-Grosso y Santa Ana.

mente aisladas en la dirección nornoroeste y sudsudeste. Esas colinas, que forman mi sistema geológico chiquitano y que dominan desde algunos centenares de metros las llanuras circundantes, son también los puntos culminantes, las cumbres que señalan la división entre las dos grandes vertientes del Amazonas y del Plata. Constituyen primero, hacia el grado 62, un largo macizo o meseta de gneis, de donde parten, del lado del oestenoroeste las colinas de la misma naturaleza de San Javier y de Guarayos, que se abaten en este último punto y terminar por desaparecer debajo de los aluviones modernos de las llanuras inundadas. Al estesudeste de la meseta central, algunos eslabones a menudo interrumpidos, se extienden bajo varios nombres y siempre en la misma dirección hasta el 58°. Son: 1° la Sierra de San Lorenzo, entre San Miguel y San José, toda formada de gneis; 2° la Sierra de San José que a medida que avanza hacia el este toma los nombres de Sierra de San Lorenzo, Sierra de Ipias y Sierra de Santiago, y que se compone de suelos silurianios y devonianos; 3° la Sierra de San Juan o de Sunsas, rama del macizo central, primero compuesto de gneis, luego, en Sunsas, de los mismos terrenos que la cadena paralela de Santiago. Estas últimas pierden altura al este y terminan bastante lejos del Río Paraguay.

Este conjunto de cadenas más o menos elevadas, dibuja en medio de las llanuras, como ya lo dije, una isla de siete grados de longitud por un grado y medio de anchura media, dirigida de nornoroeste a sudsudeste. Lateralmente a su diámetro de este macizo presenta al nordeste una suave pendiente hasta el llano, en donde nacen los primeros afluentes de los ríos Paraguay y Amazonas. Al sudoeste la pendiente es más pronunciada, pero termina en la llanura en donde corren todavía los afluentes del Paraguay y del Amazonas.

Quien contemple con detenimiento la geografía del centro de la América del Sur, admira la extensión de esas inmensas llanuras limitadas al oeste por los últimos contrafuertes de las cordilleras, al este por las montañas bajas del Brasil, que comienzan en las pampas de Buenos Aires y terminan en la desembocadura del Amazonas. Con una anchura más o menos igual, esas pampas se extienden, en efecto de sur a norte, elevándose poco a poco en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Paraguay y el Gran Chaco, hasta los 19 grados de latitud. Limitadas en parte a este paralelo por el sistema orográfico o islote de la provincia de Chiquitos, se dividen allí en dos grandes brazos. El brazo oriental sigue el curso del Río Paraguay, forma un estrecho apretado, contorneando la extremidad de las montañas de Chiquitos, y sesga en seguida al noroeste hacia Moxos. En este intervalo nacen el Río Paraguay, afluente del Plata, y el Río Barbado, primer afluente del Amazonas. El brazo occidental de

las llanuras reducido igualmente a un amplio estrecho comprendido entre los últimos contrafuertes de las Cordilleras, cerca de Santa Cruz de la Sierra, y las colinas de San Javier de Chiquitos, pertenece ya por completo a la vertiente del norte. Este brazo se ensancha en la provincia de Moxos y se reúne con el brazo oriental allá por el 150 de latitud. Las planicies, entonces muy anchas, siguen la dirección nornoroeste. A los 12 grados de latitud, se reducen todavía más por el cabo que representa la extremidad occidental de las cadenas del Brasil, cerca de la confluencia del Río Itenes o Guaporé. Este nuevo y amplio estrecho sigue el curso del Río Madeira, extendiéndose hacia el este hasta formar la gran cuenca propiamente dicha del Marañón. Así, pues, las vastas llanuras del Plata se comunican, al este y al oeste del macizo de Chiquitos, con esos grandes llanos del Amazonas; cruzan de norte a sur todo el centro de la América meridional y forman una isla con el sistema orográfico de las montañas de Chiquitos.

Todos los cursos de agua de la parte oriental de la provincia se dirigen al Río Paraguay y al de la Plata, en tanto que los de la parte occidental van a parar al Amazonas.

A continuación se mencionan los ríos importantes de la vertiente del Plata:

1° El Río Tucabaca nace con el nombre de Río San Juan en las ruinas de la antigua San Juan, entre los 61 y 62 grados de longitud; recibe todas las aguas del valle de Tucabaca hasta las ruinas de Santo Corazón, en 59° 30' de longitud. En la época de las crecientes los barcos podrían llegar hasta la altura de Santiago.

2° El Río San Rafael nace en la vertiente meridional de la sierra de Santiago, por el 61° de longitud y se junta con el Río Tucabaca en el 59° 30'. Corre en seguida hasta el Río Paraguay con el nombre de Oxuquis. Es navegable un poco aguas arriba de su confluencia.

3° Al norte de la sierra de San Juan nacen muchos arroyos que, reunidos en un solo curso de agua, reciben entonces el nombre de Río Tapanakich. Este río se dirige directamente hacia el este, a través de pantanos, y desemboca en el Río Paraguay hacia el 17° 50' de latitud. Parece ser navegable en la llanura.

4° De los alrededores de Santo Corazón salen, además, al norte de la sierra de Sunsas, varios ríos pequeños que forman el Río Santo Tomás, el cual, a la altura del 17° 50' de latitud, corre hacia el este, atravesando la llanura de Yarayés, y arroja sus aguas en el Paraguay. Es navegable en las llanuras cuando está crecido.

Quedan, indudablemente, al oeste del Río Tapanakich otros pequeños afluentes del Río Paraguay, ignorados hasta ahora.

La vertiente del Amazonas ofrece los siguientes cursos de agua:

1° El Río San Miguel atraviesa al oestenoroeste toda la provincia, desde el 62° al 65° oeste de París, recibiendo sucesivamente desde su nacimiento cuatro afluentes principales. El más oriental, el arroyo San José, nace en el mismo valle que el Río Tucabaca, al este de San José, y poco después lleva el nombre de San Luis. Del norte recibe las aguas de una parte de las montañas orientales del gran macizo central. El segundo brazo recoge parte de sus afluentes en las montañas de San Rafael, en la laguna de los Migueleños y en Santa Bárbara. Otros nacen cerca de Santa Ana y de San Ignacio y forman pronto el Sapococh oriental. El tercer afínenle o Sapococh occidental comienza en los alrededores de Concepción y en las partes situadas al este de esta misión. Todas esas aguas reunidas corren hacia el sudoeste hasta el Río San Miguel. El cuarto brazo nace en un gran lago en el territorio de los Guarayos, a los 64° 30' de longitud, y, con el nombre de Río Huacari o Negro, corre hasta más allá del 15' de latitud, en donde se incorpora al río principal. El Río San Miguel formado así es navegable hasta la altura de San Javier de Chiquitos. Sigue su dirección entre las llanuras de Moxos, cruza la laguna de Itonamas, cuyo nombre toma, atraviesa la misión de Magdalena de Moxos y se reúne con el Itenes, no lejos del Fuerte de Beira[2].

2° El Río Blanco o Baures tiene sus fuentes en la vertiente septentrional de las montañas de San Javier de Chiquitos. Formado por un gran número de afluentes, sigue la dirección del noroeste, atraviesa toda la provincia de Moxos, pasa por las misiones de Carmen y de Concepción de Moxos y va a arrojarse en el Itenes, muy cerca de Fuerte de Beira. Este río es navegable hasta el pie de las montañas.

3° El Río Serre nace al norte de la misión de Concepción de Chiquitos y se dirige al noroeste hacia el Itenes, en cuyas aguas se arroja, a los 64° 33' de longitud occidental de París.

4° El Río Verde. Comienza al norte de San Ignacio de Chiquitos, sigue la misma dirección que el Río Serre y se une al Itenes a los 63° 40' de longitud.

5° Finalmente, el Río Barbados se forma en los pantanos al norte de las misiones de Santa Ana y San Rafael de Chiquitos y constituye la fuente más

2 En el mapa de Brué, publicado en 1825, se han cometido dos errores muy graves. En él se hace reunir el Río Parapití con el San Miguel, cuando el primero forma uno de los afluentes del Río Grande, y se le hace tomar al Río San Miguel la diversión del Río Grande, con el nombre de Río Sara, cuando el Río Sara es el mismo Río Grande, como pude comprobarlo más tarde.

considerable del Río Itenes pasando en Salinas, en Casalbasco y en Matto Grosso por las actuales posesiones del Brasil. Es navegable hasta Casalbasco.

Los lagos de la provincia son bastante numerosos, pero hay pocos que tengan una gran extensión.

Los mayores son los lagos o Salinas de San José y de Santiago, situados a los 62° de longitud y a los 29° 20' de latitud, muy al sur de San José. Se trata de lagos salados que, por la evaporación natural de la estación seca, dan una buena sal cristalizada.

Todos los demás son de agua dulce; a saber; 1° la laguna de Quisere, situada entre San Javier y la estancia San Julián; 2° los pequeños lagos artificiales de la misión de Santa Ana; 3° los demás depósitos de la misma naturaleza alrededor de San Ignacio; 4° la laguna de los Migueleños, entre San Rafael y San José, de dos kilómetros de largo; 5° el lago de la Tapera de San Juan, cerca de la antigua misión de San Juan; 6° el lago en el que nace el Río Huacaní, entre Ascensión y Trinidad de Guarayos; 7° el lago de Santa Cruz de Guarayos; 8° dos grandes lagos de la margen izquierda del Río San Miguel (país de los guarayos); 9° la laguna de Chitiopa, sobre el Río Blanco; 10° el lago del Purubí, entre Santa Ana y Matto Grosso. De esos lagos de agua dulce ninguno es importante, pero todos están poblados de excelentes peces.

Las partes montañosas de la provincia y las tierras colindantes están libres de inundaciones; son las tierras más fértiles del mundo. El resto es parcialmente anegadizo en la estación de las lluvias, pero con excepción de la laguna de Yarayes, formada por los desbordes del Río Paraguay, todas las tierras se secan en invierno y dan praderas excelentes para la cría de ganado. Así, pues, la provincia entera, de unas 18/700 leguas cuadradas, podría ser utilizada con provecho para la agricultura el día que una población industriosa se apodere de ella y se entregue al trabajo necesario para extraerle provecho.

Generalidades históricas

Primera época:

Antes de la llegada de los españoles

Según los historiadores de los primeros tiempos de la Conquista, la provincia de Chiquitos estaba muy poblada en el siglo XVI. Agricultores y cazadores, los pueblos de esas regiones vivían diseminados en una multitud de pe-

queñas naciones, de tribus aisladas unas de otras, sin que, no obstante, hubiese entre ellas otras barreras que selvas espesas.

Si, dejando de lado a esas naciones casi innumerables citadas por los historiadores y hoy desconocidas[3], no tomo en cuenta más que aquellas cuyo lenguaje me ha permitido conocer su tronco, encuentro trece distintas, habiendo lenguas diferentes, divididas basta el infinito.

La más considerable, la nación de *Chiquitos*[4], ocupaba el centro, las mesetas y sus laderas, en donde estaban diseminados en una multitud de pequeñas tribus. Agricultores todos, debieron establecerse preferentemente en aquellos lugares que ofrecían posibilidades para los cultivos; pero, no dejando de ser cazadores, se dividieron en secciones con el objeto de no hacerse daño mutuamente: de ahí su costumbre de vivir en medio de las selvas, bajo las frondas protectoras de la caza y mantenedoras de una humedad necesaria para las tierras agrícolas. Sus casas, cubiertas con hojas de palmera, tenían una puerta tan baja que no se la podía trasponer sino gateando, con lo que los chiquitos esperaban estar a cubierto de los bruscos ataques de sus enemigos. Cada familia dejaba a sus hijos en libertad a los catorce años, época en la que éstos se separaban de sus padres e iban a vivir en común en casas distintas.

Su lengua es una de las más extensas y de las más completas de América; sobre todo, es de una ilimitada fecundidad en cuanto a la combinación de partículas[5]. Bastante suave, la distingue esta particularidad: que cada uno de los dos sexos usa palabras diferentes para designar los mismos objetos. En efecto, no sólo los nombres de los objetos indicados por una mujer tienen una terminación distinta que para los hombres, sitio que a menudo son hasta completamente diferentes; así, un hombre expresa la idea de padre por la palabra *Iyaí*, en tanto que una mujer que quiera expresar esta idea se servirá de la voz *Yxupu*. Todos los nombres de las partes del cuerpo comienzan con *0*.

---

3 Hay centenares de tribus citadas por el Padre Fernández y por los primeros conquistadores. (V. *El hombre americano*).

4 *El hombre americano*, pág. 297. El nombre de Chiquitos es español y significa pequeño. Se le dio tal nombre a esa nación como consecuencia de la poca altura de las puertas de sus casas, lo que hacía suponer que sus ocupantes eran bajos. (Fernández, *Relación historial*, pág. 14).

5 En una de las misiones de Chiquitos encontré un diccionario de la lengua general que ha permanecido manuscrito y se compone de tres volúmenes: 1° un volumen de un folio de más de 500 páginas, a dos columnas, chiquito-español; 2° un volumen en octavo español-chiquito; y 3° un volumen en octavo conteniendo la gramática. No se ha escrito nada tan completo sobre una lengua americana.

Cuando un muchacho quería casarse se internaba en la selva y, a su regreso, depositaba el producto de su caza a la puerta de los padres de su amada, los que lo aceptaban por yerno si estaban satisfechos con la ofrenda. Unicamente los jefes se permitían la poligamia. Una vez casada, la mujer se ocupaba de sus quehaceres, tallaba y tejía y dormía en el suelo, mientras que el marido se tendía en su hamaca. Este cazaba, cultivaba su campo. Todas las mañanas, hasta que el sol no hubiese secado el rocío, tocaba la flauta, luego iniciaba su jornada de trabajo, que quedaba terminada a mediodía. En otoño, los indios se internaban a la selva para cazar y traer carne ahumada. Intrépidos guerreros, manejando con destreza el arco y la flecha, atacaban a sus vecinos de improviso y hacían de ellos esclavos, a los que a menudo daban sus hijas de compañeras. Se alocaban por el baile y la música, gustando también apasionadamente del *guatoroch*, juego de pelota que se ejecuta con la cabeza. Los hombres iban desnudos. Las mujeres llevaban camisas sin mangas, y en los días de fiesta se adornaban la cabeza y la cintura con plumas de colores[6]. Los hombres se agujereaban las orejas y el labio inferior con el objeto de introducir allí plumas de colores.

Eran gobernados por una muchedumbre de jefecillos o Iriabos, elegidos por el consejo de ancianos, conduciendo cada uno su pequeña tribu, al mismo tiempo que ejercían las funciones de médico. A menudo atacaban a sus vecinos con el único objeto de labrarse una reputación de bravura. Se frecuentaban poco y rara vez hacían causa común; diseminados en centenares de secciones, no formaban, hablando con exactitud, un cuerpo nacional.

Reducíase su religión a la creencia en otra vida, lo que motivaba la costumbre, generalmente extendida entre ellos, de enterrar armas y víveres con los muertos. Temían a un ser maléfico, el *Sebores*, y llamaban a la Luna su madre, sin rendirle, empero, culto; pero cuando el satélite se eclipsaba, convencidos de que los perros la mordían, salían de sus cabañas y lanzaban flechas hacia ella. Los relámpagos eran las almas de los difuntos que bajaban de su morada en las estrellas. Obtenían augurios del canto de los pájaros o de la presencia de un animal en ciertas circunstancias. Los Iriabos practicaban succiones a los enfermos; a veces atribuían la enfermedad al error de haber

6 Schmidel, edición de Buenos Aires, págs. 48-52. Muchos de los datos citados han sido tomados del Padre Fernández, *Relación historial de las Misiones de los Indios que llaman Chiquitos*, etc. (Madrid, 1726). Debo la comunicación de este libro raro a la complacencia del señor Terraux-Compans, que desde hace mucho ha reunido la más hermosa y más completa biblioteca americana que exista quizá en Europa.

dado de comer a su perro carne de tortuga, injuria de la que se vengaba el alma de este último animal comprometiendo la salud. Si el mal persistía, el iriabo lo atribuía a la influencia maligna de una vieja que él mismo designaba. Los parientes del enfermo se apresuraban entonces a matarla, lo cual ocasionaba muy a menudo divisiones entre las familias de una misma tribu y entre tribus diferentes.

La nación *Samucu*, compuesta por las tribus *morotocos*, *potureros*, *guarañocas*, etc.[7], vivía al sur y al sudeste de la provincia, cerca de la Sierra de San José y de Santiago, y al este de esos parajes. Era menos numerosa que la nación de los Chiquitos y se le parecía bajo muchos aspectos, aunque hablaba una lengua distinta. Más orgullosos, más independientes aún que los chiquitos, tenían como armas la lanza, el arco y la cachiporra de dos filos. Gustaban del baile con una especie de frenesí; por eso sus cantos primitivos se han conservado hasta ahora en el país.

En la extremidad noroccidental de la provincia vivía la nación, de los guarayos, resto de una antigua migración de guaraníes o caribes[8], que llegó sin duda de Paraguay en una época muy remota.

Las demás naciones, poco numerosas, estaban diseminadas alrededor de las primeras y a menudo en guerra con ellas. Los *Sarabec* y *Curucanecas* vivían al norte de la actual misión de Santa Ana; los *Otukes*, al norte; los *Curuminacas*, los Covarecas y los Tapiis, al oeste; los Curaves, en las selvas al sur de Santo Corazón; los Corabecas, al sur del San Rafael de hoy; los paiconecas y los Chapacuras, al norte de Concepción. Los primeros historiadores hablan de la nación de los *Yarayes*, *Jarayes* o *Xarayes*[9], célebre en tiempo de la Conquista y que vivía en las márgenes de la laguna del mismo nombre, formada por los desbordes del Río Paraguay.

Antes de la llegada de los españoles, se hablaban en la provincia de Chiquitos no menos de trece lenguas[10], tan distintas unas de otras como lo son el alemán y el francés. Tales idiomas, empero, muestran al par que una semejan-

---

7 V. El *hombre americano*, pág. 305, para esta nación y para las demás de la provincia.

8 V. *El hombre americano*, pág. 396, y *Relación histórica*, tomo III, pág, 19.

9 Son los diferentes nombres con que se los designa. Schmidel los vio en 1542. (*Viaje al Río de la Plata*, pág. 21, edición de Buenos Aires). Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, pág. 46. Rui Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, pág. 14. Funez, *Historia del Paraguay*, t. I, págs. 152, 163.

10 Hice una lista de los vocabularios de todas las lenguas que se hablaban en 1831 en la provincia de Chiquitos. Este trabajo me ha movido a reducir a trece los centenares de naciones citadas por los primeros historiadores.

za completa en las palabras, formas gramaticales idénticas. Fácil es imaginar que esta diversidad de lengua originada sin duda en el aislamiento en que vivían los indígenas de muchos siglos atrás, era un motivo más para que el fraccionamiento de esas tribus aumentase con las querellas de familia; por eso las numerables secciones de esas tribus que vivían en la provincia de Chiquitos, ya que perteneciesen a naciones distintas por el lenguaje, ya que formasen parte de naciones más poderosas que Chiquitos y de Samucus, no constituían una población unida sino dividida hasta el infinito, sin ninguna unión de la que pudiese resultar una fuerza real. Amigas hoy, mañana enemigas; esas tribus tenían rara vez motivos para unirse, en tanto que, por el contrario, su gusto por la caza las llevada a rehuirse y a alejarse unas de otras, de donde resultaba para ellas un mayor desmenbramiento día a día, sin que el aumento de población ofreciese jamás ningún elemento de prosperidad ni de civilización progresiva.

Segunda época:

Desde la llegada de los primeros españoles a Chiquitos hasta el momento en que penetraron los jesuitas en la provincia (de 1542 a 1690)

Tal era, a lo que parece, el estado de las naciones indígenas en el suelo de Chiquitos cuando los primeros aventureros españoles se presentaron en la desembocadura del Plata. Ya en 1526[11], Alejo García, partiendo del Brasil, y don Juan de Ayolas, saliendo del Paraguay en 1636[12], habían atravesado el Gran Chaco, al sur de Chiquitos, para ir al Perú. El primero, matado a su regreso por los guaraníes, y el segundo, víctima igualmente de los payaguas, dejaron todavía más encendido, más vivo, a causa del oro que traían, el deseo de participar en aquella riqueza tan extraordinaria que Pizarro había conquistado. Alvar Núñez Cabeza de Vaca encomendó en 1542 a don Domingo Martínez de Irala que remontase el Río Paraguay e hiciese descubrimientos[13]. Irala navegó hasta Chiquitos, encontrando en una isla del Río Paraguay unos pueblos agrícolas[14]

11 Rui Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, pág. 18. Fernández, pág. 14.

12 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, cap. XLIX, pág. 36. Herrera, Dec., VI, lib. VII, cap. V, etc.

13 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, pág. 26.

14 Núñez, *Comentarios*, cap. XXXIX, pág. 30.

llamados zacocies. Anduvo tres jornadas hacia el interior, y en todas partes encontró indios agricultores, bien provistos de víveres. A su regreso al Paraguay, en 1543, dio cuenta de sus hallazgos a Núñez, quien se dispuso al viaje[15], y partió ese mismo año con diez bergantines, ciento veinte piraguas, cuatrocientos españoles y mil doscientos indios[16]. Después de una larga navegación, llegó al Puerto de Reyes[17] y encontró indios agricultores de la nación de los zacocies, que le hablaron de los yarayes. Les envió una delegación que, al cabo de tres días de camino, llegó a la comarca de esos indios; allí las mujeres llevaban tipois de tejidos de algodón[18], y los hombres dormían en hamacas. Fueron perfectamente recibidos por el jefe. Ante este relato, Núñez se puso en camino hacia el interior el 26 de noviembre de 1543; pero había avanzado apenas cinco jornadas cuando regresó al puerto, cansado de los obstáculos que encontraba. Envió por tierra al capitán Francisco Ribera, que hizo veinte jornadas hacia el interior occidental y llegó donde los indios terapecocies, agricultores, que lo atacaron y lo obligaron a volver sobre sus pasos[19]. Núñez envió por agua a Hernando de Ribera, quien visitó a los yarayes y penetró hasta el corazón de la nación Urtueses[20], en donde recibió las primeras noticias de las amazonas del Paititi y de una comarca muy rica situada al noroeste. Como la estación de las lluvias estaba ya muy avanzada, toda la tropa de Núñez cayó enferma, y sus soldados, en parte sublevados contra él, lo obligaron a volver al Paraguay a comienzos de 1544. Sus capitanes estaban acostumbrados al pillaje y quedaron muy descontentos de la manera paternal con que su jefe trató a los indígenas durante esta expedición y de las severas medidas que adoptó contra las violencias.

En 1548, ya nombrado gobernador de Paraguay, Domingo de Irala remontó el río hacia la provincia de Chiquitos[21]. De dar crédito a Schmidel, esta expedición habría sido una de las más crueles de los españoles en cuanto al trato

15 Idem.

16 Idem., cap. XLIV, pág. 33.

17 Según la relación del padre Quiroga (*Descripción del Río del Paraguay*, pág. 4), podría creerse que *el Puerto de los Reyes está* a los 21° 17' de latitud sur.

18 Núñez, *Comentarios*, pág. 46. Funez, ensayo de la Historia del Paraguas, tomo 1, pág. 89. Schumidel, Viaje al Río de la Plata, edición española, cap. XXXVI.

19 Núñez, *Comentarios*, cap. LXX, pág. 54.

20 Núñez, *Comentarios*, pág. 68 (*Relación de Hernando Ribera*). Schmidel, cap. XXXVI, página 32.

21 Según Schmidel, que formaba parte de la expedición, había siete bergantines, doscientas piraguas, trescientos españoles y dos mil guaraníes. (Y. Schmidel, *Viaje al Río de la Plata*, cap. XLIV. Fernández, *Relación de las Misiones*, pág. 46).

bárbaro que dieron a los indígenas[22]. Los expedicionarios encontraron sucesivamente un gran número de naciones, entre ellas los samocosis, los sivisicosis y los carcokies[23], vestidos estos últimos con camisas de algodón tejido. Después de haber cruzado toda la provincia de Chiquitos llegaron al Río Grande, desde donde Ñuflo de Chaves fue enviado a Lima. En 1549, Domingo Irala volvió a sus bergatines, atacando sin cesar a cuanta nación encontraba en el camino[24]. Fue así cómo trajo consigo 12.000 cautivos, hombres, mujeres y niños

Siempre ávido de nuevas conquistas, Irala concibió el proyecto de fundar una ciudad en la provincia de Chiquitos. En 1557 envió a Ñuflo de Chaves con doscientos veinte soldados y mil quinientos indios[25]. Este entró en el Río Paraguay[26], en donde topó con los indios guatos, que lo obligaron a desandar el camino. Penetró por otro sitio, pero allí se encontró con la nación *trabasicosis*, contra la cual se batió mucho tiempo, guerreando sucesivamente con todas las demás naciones de la provincia antes de llegar al Río Grande. En este paraje entró en competencia con el capitán Manso[27]. Se decidió entonces a acudir a Lima, en donde obtuvo autorización del Virrey para fundar su establecimiento. Con sólo sesenta soldados, pues los demás lo habían abandonado, cruzó de nuevo la provincia de Chiquitos, y fue a fundar en 1560 *Santa Cruz de la Sierra*, cerca de la actual misión de San José[28]. Cuatro años más tarde, Chaves volvió al Paraguay para recoger a su familia. Tanta resonancia dio a su nueva colonia que el gobernador don Francisco Ortiz de Bergara y el obispo del Paraguay quisieron seguirlo hasta allí. En 1564 llegaron a Santa Cruz, en donde Chaves los retuvo cautivos[29], pero pudieron escapar y llegar a Chuquisaca. Privada de recursos, Santa Cruz se estancó. La muerte de su fundador, acaecida en 1568, la dejó aislada. Al comienzo, amigos y sometidos al tributo anual de un ovillo de hilo en serial de vasallaje, los indios fueron exaccionados de

22 Schmidel, cap. LXV. La expedición mata o hace prisioneros a 3.000 mbayas. Funez, *Ensayo de la Historia del Paraguay*, tomo 1, pág. 131, habla de 1.000 cercosis degollados.

23 Schmidel, cap. XLVII, XLVIII. Por la mención que hace el autor de la sal encontrada durante la marcha, podría creerse que la expedición, al cruzar el Río Paraguay, al noroeste, atravesó la salina de San José y fue de ahí a los alrededores del actual San José, en donde sin duda moraban los carcokies.

24 Schmidel, cap. XLIX. Funez, *Ensayo*..., tomo I, pág. 132.

25 Funez, *Ensayo*..., tomo I, pág. 163. Rui Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, pág. 101.

26 Sin duda el Río Otukis de hoy. *Araguay es* evidentemente una palabra guaraní.

27 Funez, *Ensayo*..., lib. 1, cap. XIII, pág. 167.

28 Funez, *Ensayo*..., tomo 1, pág. 169. Padre Guevara, pág. 126. Rui de Guzmán, pág. 109. Padre Fernández, *Relación Historial, pág.* 46.

29 Funez, *Ensayo*..., tomo 1, pág. 191.

todas maneras por los españoles, quienes hacia 1575[30] ó 1592[31], abandonaron la provincia de Chiquitos y fueron a fundar San Lorenzo de la Barranca, llamada hoy San Cruz de la Sierra, cerca de los últimos contrafuertes de la Cordillera, a ciento cincuenta leguas al oeste de la antigua ciudad del mismo nombre.

Salvo durante la expedición de Núñez Cabeza de Vaca, los pobres indios de Chiquitos fueron siempre tratados con el más extremo rigor por los aventureros que unos tras otros abrieron rumbos en la provincia, sin exceptuar siquiera a los compañeros de Chaves, que intentaron reducirlos a la esclavitud. Desde el abandono de Santa Cruz hasta 1690, es decir, durante cerca de un siglo, quedaron librados a sí mismos. Nadie pensó ya en llegar a Chiquitos remontando el Río Paraguay, pues el resultado adverso de todas las expediciones y el conocimiento más exacto que se tenía del territorio habían puesto fin a la manía de los descubrimientos y aplacado la sed de oro que estimulaba a los españoles del siglo XVI. A partir de 1564, cesaron completamente las comunicaciones con Paraguay, y la provincia de Chiquitos no quedó poblada más que por sus indígenas. Estos, desde la llegada de los españoles, tenían nuevas necesidades: reconocían la superioridad de los cuchillos y de las hachas de hierro sobre sus informes herramientas, hasta entonces fabricadas de piedra. Como sus escasas relaciones con los europeos los colocaba en la imposibilidad de procurárselas por medio del trueque, emplearon la astucia. En tiempo de sequía, algunos de ellos llegaban hasta los alrededores de Santa Cruz: espiaban a los moradores de las granjas apartadas y se volvían después de haberles robado hachas y otros instrumentos de hierro. Los cruceños los descubrieron y quisieron vengarse. Por dos veces entraron en Chiquitos, pero debieron retirarse con pérdidas[32]. Los cruceños, empero, formaron una hueste más numerosa, atacaron a los chiquitos y lograron vencerlos; éstos, entonces, volvieron a dividirse y huyeron a lo más espeso de los bosques, en donde los españoles los persiguieron a porfía durante mucho tiempo. A estas guerras debe atribuirse asimismo la creación de una compañía de mercaderes que se había formado en Santa Cruz de la Sierra para el comercio de hombres[33]. Compraban a los chiquitos mujeres y niños por cuchillos o hachas; o, con un pretexto cualquiera, caían de improviso sobre los caseríos, haciendo una degollina con lo que se

30 Ibídem, pág. 169; Guevara, pág. 126; Azara, *Voyage dans I Amerique Méridionale*, tomo II, pág. 378.

31 Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, pág. 78. Son muchas las vaguedades entre los historiadores de esta época, pero 1575 parece ser la fecha real.

32 Fernández, *Relación historial*, pág. 48.

33 Idem, pág. 59.

defendían y tornando el mayor número posible de prisioneros, que vendían muy caro en Perú para la explotación de minas.

Por otra parte, las habitantes de la provincia de San Pablo de Brasil, los piratas independientes de esta época, demasiado conocidos por los españoles con el nombre de mamelucos, habían tomado la costumbre de dar caza a los indios para venderlos como esclavos. Esos aventureros, cuyo conjunto estaba integrado, al decir de los historiadores, por la escoria de todas las naciones, después de esquilmar los alrededores de su residencia se lanzaban diariamente a grandes distancias. Penetraron muchas veces en la provincia de Chiquitos, de donde raptaron un gran número de prisioneros[34].

Atacados así por todos lados, e incapaces de resistir más, los chiquitos se reunieron y enviaron diputados de las diversas naciones ante don Agustín de Arce, gobernador de Santa Cruz, para pedir la paz, que éste les acordó en 1690[35].

Tercera época:

Desde la entrada de los jesuitas a Chiquitos hasta su expulsión (de 1691 a 1767)

Aprovechando esas circunstancias favorables, el gobernador de Santa Cruz escribió en 1691 al superior de los jesuitas en Tarija para rogarle que entrase en Chiquitos. Al mismo tiempo, este superior recibía de su jefe de Buenos Aires la orden de hacer explorar esta provincia, con el objeto de unirse a los jesuitas que habían salido de Paraguay por el Río Xarayes[36]. Es por eso que el padre Arce marchó a Santa Cruz, pero una vez allí, como habían cambiado al gobernador, hizo lo imposible para impedirle que entrase en Chiquitos. El verdadero motivo de estas dificultades era la trata de hombres, que todavía continuaba, a pesar de haberse concluido la paz[37]. Superados tales obstáculos, el padre Arce partió en 1691 hacia la provincia de Chiquitos, acompañado por otro jesuita y dos guías. Con demostraciones de alegría lo recibieron allí los

34 Fernández, op. cit., págs. 50, 53, 70 y 74. Paraguay y las Misiones tuvieron que sufrir mucho con las expediciones militares de los mamelucos. Estos permanecieron independientes hasta comienzos del siglo XVIII. Funez, tomo 11, pág. 128; El Padre Montoya, en *Conquista espiritual del Paraguay*, pág. 47, habla de sus invasiones a partir de 1637.

35 Fernández, *Relación...*, pág. 49

36 Fernández, pág. 56; Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, pág. 139.

37 El virrey no prohibió este infame tráfico sino varios años después.

piñocas, con los cuales formó la misión de San Javier[38]. Poco después recibía delegaciones de penoquis y de otras naciones, que deseaban ardientemente vivir en paz. Todo marchaba bien, pero fue llamado por su superior de Tarija, y en ese intervalo llegaron los mamelucos y atacaron a los penoquis, a quienes les robaron sus mujeres e hijos[39]. Enterado de este atentado, el padre Arce marchó apresuradamente a Chiquitos, en donde, aprovechando el terror que reinaba en todos lados, se esforzó por reunir a los indios de las diversas naciones en San Rafael, y fue a prevenir al gobernador de Santa Cruz, quien le dio ciento treinta soldados, con los que pudo derrotar completamente a los mamelucos acampados en la nueva misión de San Javier, cerca del Río San Miguel. Los vencidos no volvieron a presentarse de nuevo en la provincia.

Contentos de verse a cubierto de los ataques de los mamelucos y de los cruceños, y de poder recobrar la paz y la tranquilidad bajo un yugo paternal, los chiquitos recibieron alborozadamente a los jesuitas en todas partes. Los religiosos, ahora en mayor número, se ocuparon activamente de la conversión de los indígenas. Una vez que tuvieron a su disposición un núcleo de población cristiana, se esparcieron hacia los parajes en donde sabían que habían de encontrar salvajes. Partían con grupos de veinte a treinta indios cristianos, que les servían de guías y lenguaraces[40]; cruzaban a pie la selva, buscando en ella prosélitos. Otras veces, enviaban solos a los indios cristianos[41]. Cuando se enteraban de la existencia de una nación, su táctica consistía en traerlos de grado o por fuerza hasta la misión; aunque fuesen dos o tres, los traían consigo, los retenían en las misiones, los trataban perfectamente, les enseñaban el chiquito, y al año siguiente volvían con estos nuevos intérpretes para adoctrinar al resto de la nación. No estaba exenta de peligros esas excursiones: las tribus descubiertas de improviso se defendían a menudo contra los indios e incluso llegaron a matar a algunos religiosos[42]. Sin embargo, conociendo perfectamente el carácter de los indígenas, los jesuitas se sirvieron con discernimiento y éxito de los medios que su experiencia les señalaba como los más apropiados para cautivarlos y convencerlos. La conquista espiritual anduvo, pues, rápidamente. Encontraron sobre todo una gran ayuda de parte de los indios, chiquitos, que les fueron absolutamente adictos desde su llegada.

38 Fernández, pág. 65.
39 Idem, pág. 71.
40 Fernández, pág. 93.
41 Idem, pág. 192
42 Idem, págs. 303, 388, 397, etc.

Como la lengua de los chiquitos era la más extendida, los jesuitas hicieron de ella el idioma general de la provincia. Si una misión estaba integrada con naciones que hablaban idiomas distintos, como en Concepción, por ejemplo, obligaban a todas a orar en la lengua común y entenderse con ellos en ese dialecto. Si la misión estaba formada por una sola nación, distinta de la de los Chiquitos, como en Santiago y en San Juan, llevaban allí cierto número de indios de esta última parte que les enseñasen su lengua y la doctrina cristiana lo más rápidamente posible y los informasen de las reglas establecidas en las demás aldeas[43]; así muy pronto se fundaron sucesivamente las misiones de San Javier, de San Rafael, de San José, de San Juan, de San Ignacio, de Concepción y de Santiago, todas las cuales, a partir de 1723[44], tenían una existencia real y prometían alcanzar una gran prosperidad.

Diariamente tenían lugar las comunicaciones con la provincia de Tarija, de la que dependía Chiquitos; pero dependiendo estas dos provincias del colegio de los jesuitas del Paraguay y de Buenos Aires, la compañía realizó empeñosas gestiones para establecer comunicaciones directas con el Paraguay. En 1702, los padres Hervas y Yegros[45] partieron de San Rafael con cuarenta indios para las márgenes del Río Paraguay; al cabo de dos meses de marcha llegaron junto a un río, a la orilla del cual plantaron una cruz, tomándolo por el Río Paraguay. Al año siguiente partió una expedición de Candelarias (misiones), pero buscó en vano la cruz del padre Hervas y volvió sobre sus pasos[46]. Otra expedición, enviada de San Rafael en 1704, comprobó que el lugar en que se había plantado la cruz era sólo un lago (el Yarares, probablemente). Religiosos de San Rafael hicieron una nueva tentativa en 1705 y reconocieron definitivamente el puerto en donde desembarcaban los mamelucos. Era una lengua de tierra firme que avanzaba en la laguna de Yarayes[47]. En 1715, algunos religiosos remontaron una vez más el Río Paraguay hacia el puerto que habían encontrado, y el padre Arce vino por este camino a San Rafael. Al parecer, la posterior fundación de Santo Corazón, en la confluencia de los ríos San Rafael y Tucabaca, tenía por objeto la comunicación directa de la provincia de Chiquitos con el Paraguay, por el Río Oxukis. Parece también que esta

43 Humboldt aprueba mucho este sistema empleado por los jesuitas. (Voy. aux., rég. équinox.).

44 Es la época en que el padre Fernández terminaba su relación histórica de las misiones de Chiquitos, impresa en 1726. Desde esa fecha, no se ha escrito nada más sobre la provincia.

45 Fernández, pág. 150.

46 Fernández, pág. 161.

47 Fernández, pág. 177, llama impropiamente a este lago *Laguna Mamoré*.

vía habría sido empleada desde la época de esplendor de los establecimientos de los jesuitas hasta su expulsión.

Se ha hablado mucho de los establecimientos jesuíticos en el Paraguay, pero nunca se dijo una palabra de sus misiones muy considerables en Chiquitos y en Moxos. Sin embargo, para darse exacta cuenta de sus trabajos, hay que examinar estas últimas provincias en donde estuvieron librados a sus propias fuerzas, más bien que en Paraguay, en donde tuvieron que luchar constantemente contra los celos de los obispos y de los gobernadores.

Llegaron al Paraguay en 1603[48]; fueron expulsados violentamente de Asunción en 1644 por orden del obispo Cárdenas. Restablecidos en 1649 por el Virrey, se vieron expulsados de nuevo en 1724 por una junta; vuelta a restablecerlos la Audiencia de Charcas en 1726; y otra vez expulsados en 1732, y reintegrados en seguida, hasta que fueron definitivamente echados en 1767, cuando se decretó la expulsión general de su orden en todas las posesiones españolas del Nuevo Mundo[49]. Durante su gestión, las misiones del Paraguay proporcionaron constantemente tropas de guaraníes, cada vez que los gobernadores tenían necesidad de defender las fronteras contra los salvajes, contra los mamelucos o contra los portugueses[50]. Esos indios, metidos a soldados a ratos, acostumbrados entonces al pillaje y a todos los vicios, traían a las misiones costumbres desordenadas, de donde resultó que los jesuitas, constantemente contrariados en sus miras, no pudieron dar a las misiones del Paraguay la dirección que lo habrían impreso si hubiesen sido dueños de su libertad. Las del Paraguay, pues, no deben ser tomadas como modelos de las misiones que ellos establecieron.

Las cosas se produjeron de manera muy distinta en Chiquitos, en donde los jesuitas entraron en 1691. Allí quedaron librados a su albedrío mientras duró su gobierno, hasta 1767. Hicieron pues allí lo que se les antojó, sin tener que someterse a ningún contralor y sin que ninguno de los gobernadores vecinos los molestase. He querido establecer este paralelo para demostrar que las misiones de Chiquitos pueden dar una idea mucho más exacta de los resultados obtenidos por los jesuitas con los pueblos salvajes del Nuevo Mundo, que la que podría tenerse considerando las misiones del Paraguay.

---

48 Padre Montoya, 1639, *Conquista espiritual del Paraguay*, pág. 4.

49 Funez, *Ensayo*..., T. I, pág. 333; T. II, págs. 12, 262, 317, 403 y T. III. Página 118.

50 Idem, T. II pags. 11, 30, 31, 36, 37, 121, 129, 131, 136, 164, 268, etc. En cada página de este historiador se cita la cantidad de los guaraníes de las misiones como integrantes de todas las expediciones militares.

A partir de 1723 comenzaron a prosperar. Se fundó Santa Ana y Santo Corazón, y los jesuitas consagraron todos sus afanes al mejoramiento de la provincia. Abrieron a los cultivos de algodón y de maíz campos extensos con el fin de proveer a las necesidades de su gran familia. A la agricultura y al tejido, que perfeccionaron, los jesuitas agregaron muy pronto la cría de ganado en lugares apropiados, no sin entregarse en el interior a las artes industriales, enseñando a los indios los diferentes oficios de carpintero, de ebanista, de tornero, de cerrajero, de herrero, de curtidor, de sastre, de tejedor, de zapatero, etc. Sacando provecho del carácter jovial de los nativos, multiplicaron las fiestas religiosas a imaginaron una multitud de ceremonias que, al mismo tiempo que los divertían, los ligaban más e la misión. En cada aldea establecieron escuelas en las que se enseñaba a leer y escribir en español y, sobre todo, música, para la que los chiquitos mostraban una gran aptitud. La música sagrada italiana de los grandes maestros de la época reemplazó a los cantos indígenas; todos los instrumentos conocidos entonces en Europa fueron fabricados por los indios, quienes, cantores unos, y entregados al estudio de tal o cual instrumento los otros, tomaron parte en los coros de las grandes misas cantadas. Multiplicando hasta el infinito los empleos administrativos, con el fin de disponer de recompensas para premiar la buena conducta de unos en tanto que los industriales encontraban las suyas en su grado, los religiosos excitaron una viva emulación entre los indios, siempre diligentes para no descuidar nada de lo que podría merecer la confianza y el favor de los jefes y, sobre todo, para conservarlos el mayor tiempo posible.

El excedente de los productos de las misiones, vendido a Santa Cruz de la Sierra y a Perú, sirvió pronto para dotar a los talleres de las herramientas necesarias y para dar esplendor a los edificios. Cada jesuita quiso variar la arquitectura de su iglesia, de su colegio. Templos dignos de nuestras ciudades fueron levantados por las manos de los indios. Transformados en columnas, unas retorcidas y cargadas de ornamentos esculpidos con gusto, otras más sencillas, los más bellos árboles de las selvas sostuvieron magníficos frontispicios o la amplia armazón del cuerpo de las fábricas. Casas cómodas para los religiosos y para los talleres integraban el colegio; alrededor de la plaza mayor se alinearon las habitaciones para los indios y formaron calles muy aireadas. Cincuenta años después de la aparición de los jesuitas, las tribus salvajes de chiquitos habían formado diez grandes villas o misiones[51], en donde se rivalizaba la actividad para el bienestar y el mejoramiento de todos.

---

51 San Javier, Concepción, Santa Ana, San Rafael, San Ignacio, San Miguel, San José, Santiago, San Juan y Santo Corazón.

Había en la provincia un padre provincial, dependiente del Paraguay, y en cada misión, mientras ello era posible, dos jesuitas: uno exclusivamente encargado de lo espiritual, de enseñar la doctrina cristiana y de cumplir con las ceremonias religiosas, y otro que se ocupaba de los detalles administrativos, de los talleres industriales, de los cultivos y de cuanto concernía a los intereses temporales. Dirigía la misión un solo religioso, cuando ésta no era demasiado considerable para ocupar a dos personas o cuando faltaban feligreses.

En cuanto a las autoridades indígenas, instituidas en cada misión, he aquí su orden y sus respectivas atribuciones:

El *corregidor* era el primer jefe, el que dirigía todo. Tenía bajo sus órdenes al teniente y al alférez, quienes lo reemplazaban en caso de enfermedad o de ausencia[52].

Como cada misión se componía a menudo de naciones diferentes, o por lo menos de tribus que primitivamente, cuando vivían en el corazón de las selvas, fueron ya enemigas, ya independientes unas de otras, los jesuitas, para que no chocasen, las dejaban separadas del todo y cada una bajo un jefe especial. A estas secciones llamaban parcialidades. Había, por ende, tantos jefes como secciones, pero no tenían el mismo rango. Su orden de mayor a menor era el siguiente: 1° el *corregidor*, al mismo tiempo jefe de la misión; 2° *su teniente*; 3° su *alférez*; 4° el *alcalde primero*; 5° el *alcalde segundo*; 6° el *comandante*; 7° el *justicia mayor*; y 8° el *sargento mayor*. Todos estos jefes de sección tenían el título de jueces. Usaban un bastón con puño de plata como signo de su poder, cada uno dirigía su sección o su nación y todos ellos reunidos formaban el cabildo. Todos los días acudían a recibir órdenes de los misioneros, para luego hacerlas ejecutar. Si había algún asunto grave, eran consultados, y no ocurría o no se hacía nada extraordinario sin que fuesen llamados a dar su parecer.

Cada juez o jefe de parcialidad tenía empleados subalternos encargados de mantener el orden y de dirigir el trabajo de los indios. Estos oficiales subalternos tenían distintas atribuciones. Helas aquí por su orden:

El alguacil y el regidor: cada uno dirigía una parte de la parcialidad. Llevaban como insignia una larga vara negra, adornada con plata en su extremidad. El *capitán*, el *alférez* y el *sargento* llevaban alabardas y sus atribuciones eran militares. En las procesiones marchaban seguidos de sus *flecheros* y estaban encargados en tiempo de paz del mantenimiento del orden, de la detención de

52 He recogido todos estos datos en el lugar mismo; nada ha sido modificado desde la expulsión de los jesuitas.

los malhechores; cuando se temía algo exterior, sea de los salvajes, sea de los jaguares, entraban en campaña bajo las órdenes del comandante.

Los fiscales, tres por cada sección, llevaban un látigo y eran los encargados de conducir a los indios al trabajo. Uno dirigía a las mujeres madres; el otro, a los jóvenes o *pelados*, y el tercero, a las muchachas o *peladas*; *los* hombres eran vigilados únicamente por los jueces.

Cada parcialidad tenía además dos *cruceros*, que dependían directamente de los jesuitas. Llevaban siempre una pequeña cruz de madera negra. Eran por lo general viejos. Sus funciones consistían en cuidar a los enfermos, administrarles los remedios, prevenir a los jueces que tal mujer estaba encinta, a fin de que quedara eximida del trabajo; informaban a los religiosos de los nacimientos y defunciones, y servían de intermediarios directos entre el pueblo y el jefe espiritual en todo lo referente a matrimonios, confesiones, etc.

En cada misión había una serie de jefes independientes de secciones, colocados bajo la inmediata dirección de los religiosos y no dependiendo de sus jueces sino cuando se encontraban fuera de sus tareas ordinarias. Estos jefes se nombraban entre los indios más expertos en las artes y la industria que habían llegado a dirigir los trabajos de su especialidad. Todos llevaban el bastón con empuñadura de plata. He aquí su orden y atribuciones:

El *maestro de capilla* y su segundo, el maestro de canto, dependían directamente del religioso encargado de lo espiritual. Dirigían la música, los cantos, los coros de la iglesia y enseñaban canto, música y danza. Instruían a los jóvenes en la lectura, escritura y copia de la música; eran, por lo general, los indígenas más cultos.

El *sacristán mayor* y su segundo estaban encargados de la dirección de los monaguillos; cuidaban de la conservación y de las reparaciones de los edificios y eran los responsables de los vasos sagrados y de las imágenes de las iglesias. Vigilaban el lavado, planchado y conservación de la ropa blanca, en calidad de sastres, costureros y lavanderos. Estaban bajo las inmediatas órdenes del cura; cuando sus subordinados se ocupaban de trabajos agrícolas, quedaban momentáneamente bajo la dependencia del corregidor.

El *capitán de estancia*, encargado de la dirección y vigilancia de los caballos, de los bovinos y lanares en cada estancia tenía bajo sus órdenes a un mayordomo que residía allí.

El *mayordomo de colegio*, guardalmacén del colegio que vigilaba los aprovisionamientos, se ocupaba de la mesa común, de la distribución general de la carne para la semana o de la distribución especial para los enfermos. Dirigía a los cocineros.

El *capitán de pinturas* era el encargado con sus obreros de la pintura, del estucado de las iglesias y de los departamentos, del teñido de los tejidos y de hacer en éstos los dibujos a mano.

El *capitán de carpintería* dirigía todos los trabajos en madera, la armazón de los edificios, la confección de muebles, la escultura y los adornos de cualquier género. No sólo hacía fabricar la ebanistería para el colegio, sino también las mesas, las camas y otros muebles de maderas preciosas destinados a venderse en Santa Cruz. En esta rama la industria estaba muy adelantada.

El *capitán de rosarios* era el jefe de los torneros, encargado de todas las maderas torneadas y de vigilar la fabricación de rosarios, que se despachaban como pacotilla a las ciudades de Perú, en donde se vendían muy caros.

El *capitán de herreros* dirigía los trabajos de hierros forjados. Los obreros bajo sus órdenes fabricaban hachas y otras herramientas necesarias en la misión, cerraduras, goznes y los cierres de los muebles y baúles confeccionados para su venta en el exterior.

El *capitán de plateros* en cada misión estaba encargado de reparar los vasos sagrados o de fabricar los ornamentos litúrgicos, las cruces, las alianzas, las empuñaduras de los bastones y todos los objetos de oro, de plata o de cobre.

El *capitán de tejedores* y los numerosos obreros a las órdenes de éste proveían de vestidos a todos los indígenas además que exportaban hamacas, manteles, toallas, ponchos y toda suerte de tejidos de algodón que se mandaban al Perú. Antes de la llegada de los jesuitas, los indios tejían sobre varas fijadas en el suelo.

El *capitán de cerería* se ocupaba en refinar la cera recogida por los indios en los bosques. Una vez blanqueada, se la exportaba al Perú.

El *capitán de arrieros* tenía no sólo bajo sus órdenes a los arrieros, y por consiguiente todo lo relacionado con los transportes de cualquier género, sino que vigilaba la curtiduría de los cueros para uso de la comunidad y la confección de sillas y aperos.

El *capitán de zapatería* abastecía los calzados de los religiosos y vigilaba la confección de calzados apropiados para la exportación fuera de la provincia.

Esta multiplicidad de empleos, necesaria en una buena administración, tenía también como fin, según ya lo expresé, estimular el celo de los empleados y recompensar su buena conducta y la destreza de los obreros. De donde resultaba una gran emulación. Si un indio ponía al comienzo toda su ambición para convertirse en jefe de su sección o de su taller, era menester que trabajase siempre para no ser sobrepasado por otros. Por lo demás, siempre tenía la perspectiva de empleos superiores al suyo; y todos, hasta el corregidor,

podían temer ser desplazados. Por eso, los indios estaban atentos a todo para conservar su posición respectiva o para mejorarla. La pérdida del bastón era la mayor desgracia que pudiese tocarles; a veces llegaban incluso a morir de pena[53].

Si medimos el estado de las artes y de la industria por los monumentos y por los adornos que las decoran y por los productos actuales de la provincia, que necesariamente deben haberse atrasado como consecuencia de la apatía de los administradores, podemos creer que, durante el gobierno de los religiosos, las misiones estaban desde el punto de vista artístico e industrial al mismo nivel y aún por encima de las ciudades españolas del Nuevo Mundo.

A los muchachos los casaban a los catorce años y a las muchacha a los once o doce, para adelantarse a la edad de las pasiones[54]; cada nueva pareja tenía su cámara aparte, cerca de su familia; cada familia tenía una casa para sí, y las más lindas, alrededor de la plaza, estaba reservadas a los jueces. La indumentaria era uniforme, de tejido de algodón. Los hombres usaban pantalón y una camisa suelta; las mujeres, el tipoi, camisa sin mangas que llegaba hasta el suelo. Estos vestidos eran suministrados por la comunidad.

Además de los talleres, había los campos de la misión y los de propiedad de los indios. En los primeros se cultivaba algodón, maíz mandioca y demás frutas y legumbres de la comarca, de manera que cada año se llenaban inmensos graneros para abastecimiento general con el fin de subvenir a las necesidades de los indios, cuando éstos no habían sido bastante previsores, o de socorrer a las misiones vecinas que habían tenido una mala cosecha. Los cultivos, lo mismo que todos los trabajos generales, se hacían en común; pero a los indios les concedían ciertos días a la semana para que trabajasen en su campo particular. Desde los doce años hasta su vejez, los hombres estaban sujetos al trabajo en comunidad; las niñas y las mujeres también estaban obligadas a ello. Cuando una mujer estaba encinta, se le eximía del trabajo durante el embarazo y los tres años que seguían a su parto, a fin de que pudiese alimentar y cuidar a su hijo. Su única obligación entonces era la de hilar cada quince días un ovillo de hilo.

Poco antes del alba, los jueces recorrían las calles y llamaban la puerta de los indios, recordándoles que fuesen a orar. Al despuntar el día, la campana llamaba a la oración o a misa, que se decía los jueves y sábados. Todos los indios e indias acudían, según los casos, al trabajo, ya en los talleres, ya con

53 Pude ver dos casos de éstos durante mi permanencia en la provincia.

54 Es la razón dada por el padre Montoya, 1639, *Conquista espiritual del Paraguay*, pág. 64, verso.

jueces y fiscal, permaneciendo hasta el mediodía y descansando el resto de la tarde. Al ocaso, tañían las campañas para el Rosario, los indios cantaban en él y por la noche se retiraba cada cual a su casa. Se ejercía una vigilancia nocturna muy severa para mantener el buen orden y evitar el relajamiento de las costumbres.

La comunidad vestía a los indios, les proporcionaba víveres cuando carecían de ellos, les hacía todas las semanas una distribución de carne y les daba todas las herramientas e instrumentos de arar necesarios para la explotación de las tierras de la misión y de los campos de su propiedad. Vivían, pues, felices, sin cuidados por el futuro, limitando su ambición a la posesión del bastón, insignia del poder. Los vicios se castigaban severamente, se recompensaba generosamente a la virtud, y todo marchaba hacia un primer estadio de civilización.

Llegados a Chiquitos en 1691, allá por 1723 todavía estaban reduciendo tribus en el corazón de las selvas. Se los expulsó en 1767; en cincuenta o sesenta años hicieron pasar a un número considerable de hombres de la vida más salvaje a un estado que me atrevo a colocar por encima de la civilización de los campesinos de una buena parte de nuestra campaña[55].

No trataré aquí el problema de saber si ese régimen de comunidad, prolongado tanto tiempo, podría o no frenar el desarrollo de las facultades intelectuales o dejar estacionaria la civilización cuando ésta hubiese alcanzado cierto grado; pero, de acuerdo con el conocimiento profundo de las cosas[56], creo que con el carácter imprevisor de los chiquitos –nada más que niños grandes–, el método seguido por los jesuitas para sacarlos de su estado primitivo era en verdad de los más apropiados para sus miras y quizás el único que allí se pudiese emplear con ventaja. Era preciso, incluso, el espíritu de corporación, la perseverancia razonada y la instrucción general de este orden para lograr esos resultados tan rápidamente. El escaso progreso de las misiones de las demás órdenes religiosas habla, por otra parte, en favor de las instituciones de los jesuitas.

La civilización de un pueblo no puede desarrollarse sino poco a poco. A pesar de todos los esfuerzos intentados, una generación tomada en estado puramente salvaje no franqueará cierto límite, pues creo que tanto en lo moral

55 Viedma, *Descripción de la provincia de Santa Cruz*, págs. 141, 145, habla de la prosperidad de las misiones bajo los jesuitas y aprueba en un todo el camino que siguieron.

56 Mi estadía entre los indios me ha dado muchas ocasiones de estudiar y de conocer a fondo su carácter.

como en lo físico es indispensable una sucesión de generaciones colocadas en tales condiciones favorables para que las razas puedan perfeccionarse. Con la civilización ocurre, me parece, lo que con el lenguaje: siempre es el número lo que cuenta. En las misiones se ha visto desaparecer a los idiomas de la minoría, reemplazados por los dialectos de las naciones más populosas. De la misma manera, para que la civilización se abriese camino rápidamente sería preciso que los hombres que hay que perfeccionar estuviesen rodeados de una población ya muy avanzada y confundidos con ella. No era éste el caso de las misiones de Chiquitos, en las que dos religiosos a lo sumo se encontraban a la cabeza de varios millares de salvajes, de donde resultaba necesariamente una marcha lenta, apenas progresiva, lo que hace tanto más notables los progresos de los jesuitas en Chiquitos en tan poco tiempo.

Se ha hablado a menudo del excesivo rigor de esos religiosos para con los indígenas. De haber sido así, los indios no se acordarían todavía hoy con tanto amor de ellos. No hay un solo viejo que no se incline ante su solo nombre, que no recuerde con viva emoción aquellos tiempos felices, siempre presentes en su pensamiento y cuya memoria se transmite en las familias de padres a hijos.

Según los documentos que encontré en los archivos y lo que me aseveró don Antonio Alvarez, ex gobernador de Chiquitos, las misiones producían alrededor de sesenta mil pesos (300.000 francos) por año. De ahí aquella gran abundancia que permitía abastecer ampliamente a la provincia, dar a los indios todo lo que deseaban e introducir todas las mejoras necesarias al bienestar general. Tal era el estado floreciente de esas misiones, cuando en 1767, temiendo el poder siempre creciente de los jesuitas, España decretó su expulsión de todos sus dominios.

El decreto que los expulsaba y confiscaba todos su bienes en provecho del Estado se firmó el 27 de marzo de 1767[57]. El entonces Virrey de Buenos Aires, Bucareli, lleno de temores, preparó contra ellos en el mayor sigilo un plan de ataque militar, cuya ejecución confió a aquellos oficiales del ejército que sabía eran más hostiles a los jesuitas. Se había fijado como fecha para esta expedición el 22 de julio, pero una circunstancia vino a precipitarla. El 2 del mismo mes, Bucareli se enteró de que los jesuitas habían sido expulsados de España; reunió inmediatamente a su consejo y esa misma noche notificó a los jesuitas del decreto. Estos no ofrecieron ninguna resistencia[58]. Se enviaron las órdenes más severas a Tucumán, a Paraguay, a todos lados... Obedecieron sin chistar.

57 Funez, *Ensayo...*, T. III, pág. 118.
58 Idem, pág. 120.

Bucareli tuvo la prueba de ello cuando llegó a las misiones con sus tropas seleccionadas. En Chiquitos se contentaron con mostrar el decreto a los religiosos, quienes abandonaron sus posesiones para no regresar nunca más.

Cuarta época:

Desde la expulsión de los jesuitas en 1767 hasta nuestros días

Expulsados los jesuitas, fue menester reemplazarlos. En Paraguay se pusieron hermanos de la orden de mendicantes y administradores seculares. En cuanto a Chiquitos, la Audiencia de Charcas nombró un gobernador, y el obispo de Santa Cruz, don Francisco Ramón de Herboso, dio a conocer el 15 de septiembre de 1768[59] un reglamento por el cual un cura, elegido al parecer en la orden de mendicantes[60], debía reemplazar a los jesuitas de cada misión. Privados de toda instrucción previa especial e ignorando la lengua comarcana, esos curas no alteraron el orden establecido; sólo que, como estaban alejados del contralor de los gobernadores, explotaron las misiones por su propia cuenta aprovechando la libertad de comercio consagrada por el reglamento. Las cosas siguieron así hasta 1789[61], época en que el gobernador de Moxos, don Lázaro Ribera, dio a conocer en la Audiencia de Charcas los abusos cometidos por los curas, los cuales no sólo habían dejado atrasar las artes y la industria en la provincia, sino que habían llegado a hacer con el Brasil el tráfico de vasos sagrados y de ganados[62]. Fuertemente apoyado por Viedma, este gobernador propuso que se devolviese la libertad a los indios, pero el auditor de la Audiencia[63] la negó, alegando que los indios no podían gobernarse por sí mismos. Entonces, lo mismo que en el Paraguay, se puso en cada misión a un secular encargado de la administración, y se prohibió, bajo las más severas penas, toda relación de los indios con los comerciantes de Santa Cruz[64].

---

59 El manuscrito de Viedma, que poseo, dice 1762, lo mismo que la edición impresa (pág. 140, Colección de obras, T. III); pero como más adelante atribuye 22 años a la duración de la gestión de los curas, reemplazada en 1789 por los administradores, fácil es reconocer el error. Por otra parte, si los jesuitas fueron expulsados en 1767, no podían dar lugar en 1762 al reglamento encaminado a reemplazar su modo de administración.

60 Funez, *Ensayo...*, T. III, pág. 130.

61 Viedma, *Informe*, pág. 140, parág. 196.

62 Idem, págs. 140, 141, parág. 498, 502.

63 Idem, pág. 140, parág. 505, y pág. 147, parág. 521.

64 Idem, págs. 145. 148, parág. 520.

Integraban el gobierno un gobernador, que era capitán de navío de la marina española, su secretario, con el título de administrador general, y un vicario general para lo espiritual. En cada misión se puso, al lado del cura, a un administrador elegido entre los habitantes de Santa Cruz de la Sierra que estaba encargado de la dirección de los trabajos de los indios y de manejar las rentas anuales del Estado.

Completamente extraños al idioma de la provincia y a las formas administrativas seguidas hasta entonces, esos nuevos agentes debieron haberse hecho por lo menos una educación completa, si hubiesen querido gobernar de acuerdo con los principios que Bucareli había consagrado a las misiones y al Paraguay; pero encontraron más cómodo, y sobre todo más prudente, no modificar nada al orden precedentemente fijado. Las cargas continuaron siendo las mismas para los indígenas y nada se cambió en las reglas religiosas ni en el trabajo personal. El administrador secular reemplazó al jesuita en la administración y el hermano mendicante al cura, sólo que hubo entonces una intervención de poderes, pues bajo el antiguo régimen el cura era el primero.

A esta sabia medida de la Audiencia de Charcas débese, sin duda, la conservación de las misiones de las provincias de Chiquitos y de Moxos. Tal es por lo menos lo que puede deducirse cuando se echa una rápida ojeada a los enojosos efectos de la adopción de otro sistema en las provincias de las misiones y del Paraguay. En éstas estableció Bucareli un gobierno completamente distinto al de los jesuitas, lo que trajo como resultado abusos sin cuenta, los cuales, a sólo dos años de la expulsión de los jesuitas, llegaron a ser tan intolerables que tuvieron que cambiar a todos los administradores[65]. La medida tomada en 1770 por Bucareli de someter a los indios de las misiones a las leyes de España pero dejándolos bajo la dura férula de los administradores, provocó sobre todo la ruina completa de esas provincias. Los empleados se hicieron cada vez más exigentes. Los indios, que ya no conservaban ni la religión ni las sabias instituciones de los jesuitas, tan bien apropiadas a su carácter, no pudiendo soportar más ese yugo de hierro, comenzaron a dispersarse en las selvas, y en 1801 había en las misiones 98.398 menos que en el censo de 1767. En lugar de esas misiones, objeto de la envidia de gobernadores y obispos y blanco de las críticas de los filósofos del siglo pasado (s. XVIII), no encontré en 1828 más que selvas espesas, en las que, de trecho en trecho, algún bosque de naranjos o un bosquecillo de durazneros semiahogados por la vegetación indígena, eran los únicos indicios del lugar que ocupó una misión destruida. He

65 Funez, *Ensayo*, T. III págs. 134, 179.

querido establecer esta comparación como la más apropiada para demostrar que si bien las misiones de Chiquitos y de Moxos han permanecido intactas hasta ahora, las del Paraguay desaparecieron, esto se debe al mantenimiento de las instituciones primitivas.

Habituados a la sumisión, y aunque lamentando amargamente a los jesuitas, los indios de Chiquitos recibieron ese nuevo yugo sin quejarse. Hubo algunos gobernadores íntegros[66] que dejaron funcionar los resortes tan bien colocados, y la provincia siguió dando todavía hasta sesenta mil pesos (300.000 francos) de rentas al Estado.

Poco a poco, los sucesivos gobernadores, elegidos no ya entre los hombres instruidos de su tiempo sino entre los habitantes de Santa Cruz, se relajaron y, aprovechándose de la distancia la que estaba la Audiencia de Charcas y de la falta completa de contralor, no tardaron en considerarse árbitros absolutos de la provincia, a la que explotaban en provecho propio. Su orgullo, que crecía en razón de la extensión de su poder, los hacía obrar como verdaderos señores feudales. No se sentaban sino bajo el palio, y a todas partes se hacían acompañar de un numeroso cortejo. Hasta imaginaron aplicarse toda la pompa de las ceremonias que antes estaban reservadas a las mayores solemnidades de la Iglesia. En su marcha triunfal, los jóvenes bailarines y bailarinas de las fiestas religiosas dibujaban ante ellos figuras al son de la música. No se detenían sino bajo los arcos de follajes y de flores, y nada estaba por encima de su arrogancia y de su absolutismo. Reinando por el terror, con él satisfacían sus menores caprichos, aun a expensas de la moral. Indios e indias fueron esclavos que no podían rehusar nada al gobernador, bajo pena de cincuenta latigazos; era un verdadero pachá que se entregaba públicamente, sin ningún respeto para las instituciones sociales, al libertinaje más escandaloso[67]. Por otra parte, considerada como feudo del gobernador, la provincia entera era esquilmada de todas maneras, lo que redundaba en beneficio de los administradores y hacía amenguar las rentas.

Alejados igualmente del control del gobernador, que por lo demás se ocupaba de cualquier cosa menos del bien del país, los administradores imitaron a su jefe en la conducta privada, lo mismo que en las exacciones, de donde re-

66 Entre ellos puedo citar a don Antonio Alvarez Sotomayor, compañero de Azara en el trabajo de demarcar los límites entre los dominios de España y de Portugal. Lo conocí personalmente en Santa Cruz, y obtuve de él muchos informes positivos acerca del estado de la provincia después de la expulsión de los jesuitas.

67 Tengo estos datos de todas las personas que entraron en las misiones durante ese gobierno, de los mismos indios y del gobernador de la provincia.

sultó una dilapidación de los intereses del Estado y una general corrupción. Los indios se habían acostumbrado al gobierno de los jesuitas, quienes en una misión reunían a menudo en una misma persona los poderes administrativos y religiosos. Hasta cuando había dos sacerdotes, el cura ocupaba siempre el primer rango, ocurriendo entonces que, bajo el nuevo régimen, los indios obedecían de mucha mejor gana al cura[68] que al administrador civil. De ahí las continuas controversias entre esos dos funcionarios sobre el límite de su autoridad respectiva, los actos de violencia de uno y otro lado y las recriminaciones de todo jaez, que tendían naturalmente a hacerles perder a ambos el respeto de los indígenas, con tanta más razón cuanto que, obligados a dar su tiempo al Estado, estos desdichados tenían todavía que satisfacer las exigencias de hombres que no pensaban más que en equilmarlos para enriquecerse más pronto con los frutos de su trabajo.

En tal estado de cosas, los indios, asombrados al comienzo, perdieron poco a poco su inocencia y se habituaron a la corrupción, imitando a sus jefes. Su religión se volvió exterior, sin que llevara aneja una moral. Tuvieron que lamentar a un tiempo su estado bonancible y la libertad de que gozaban bajo los jesuitas, pues el nuevo gobierno había aumentado considerablemente sus cargas y quitado muchos de sus derechos. Su cantidad de trabajo crecía en razón del capricho o de las necesidades de los administradores y de los curas. Dejaron, además, de vestirlos, y las rentas del Estado disminuían todos los años: todo era gastado en la paga de los asalariados, sin que sobrase nada para el aprovisionamiento general. Los talleres carecieron muy pronto de herramientas y los indios dejaron de recibir las hachas y los machetes necesarios para el desmonte de las tierras fiscales y de las suyas. Ya no se pensó en llenar los almacenes para subvenir a las necesidades extraordinarias cuando las cosechas se perdían en algunos puntos, de todo lo cual resultó la miseria para todos y una mortalidad mucho mayor entre los indios.

Durante los catorce años de las guerras de la independencia (de 1810 a 1824), entregada al comienzo a las manos menos indicadas para mejorarla, se convirtió muy pronto en teatro de sangrientos combates entre los dos partidos. A partir de 1813, el gobernador Izamos, hombre inculto de los aledaños de Santa Cruz, cometió allí horrores que todavía hoy hacen execrable su memoria entre los indios de Santa Ana, su última residencia. Durante esta encarnizada lucha, las tropas españolas, comandadas por Otalaguerre, precisadas de

68 A los curas de Chiquitos pronto los reemplazaron los sacerdotes seculares del seminario de Santa Cruz de la Sierra.

evacuar Santa Cruz, se refugiaron en Chiquitos, en donde las persiguió en 1814 el general Uvarnes, jefe del partido independiente. Al acercarse este último, el gobernador Ramos se apoderó de todos los vasos sagrados, de todos los ornamentos de la iglesia de Santa Ana, requisó los ganados y caballos de esta misión y obligó a los indios a seguirlo con sus familias en su huida al Brasil. Arreaba así a toda la población, imaginando conservarla y continuar explotándola en su nueva residencia; pero muchos indígenas se escaparon, y los brasileños se apoderaron de trescientas familias, hoy retenidas en Casalbasco. En Brasil, Ramos vendió en provecho propio los vasos sagrados y los ganados.

La guerra continuaba con encarnizamiento. Muchos indios perecieron bajo los golpes de Uvarnes en Santa Bárbara, y muchos otros fueron muertos en San José por Otalaguerre. Invadida por tropas, desprovista de gobernador, la provincia se vio entregada al saqueo de soldados y administradores, los cuales, no teniendo ya a nadie a quien rendir cuentas, hicieron lo que se les antojó. Los jesuitas habían dejado inmensos rebaños de bovinos y caballos; pero durante la lucha las tropas mataban sin tino a las bestias, en tanto que los administradores, por su lado, se aprovechaban del momento y vendían el resto a los brasileños. Al fin de la Guerra de la Independencia, la provincia no era más que una sombra de lo que había sido. Privados de herramientas, los indios ya no podían trabajar y retrogradaban rápidamente hacia el estado salvaje. Quedaban siempre, empero, retenidos en las misiones por los curas, que, en ese intervalo, mantuvieron con razón todas las instituciones y todas las leyes establecidas por los jesuitas.

Después de la batalla de Ayacucho, en 1824, cuando la República de Bolivia sucedió a la Audiencia de Charcas y al Virreinato de Buenos Aires, se pensó en nombrar un gobernador en Chiquitos. Y lo enviaron allí a don Gil Toledo. Este hombre, que había concebido las ideas más estrafalarias, en cuanto llegó a San Miguel, en donde fijó su residencia, no encontró nada mejor que cambiar de arriba abajo la religión de la provincia. Intentó implantar la antigua religión de los incas entre los chiquitos, que nunca la habían conocido, haciéndoles adorar al Sol. Seguido por sus soldados, todas las mañanas obligaba a los indios a venir a prosternarse, al son de la música, ante el astro naciente, y por la tarde lo hacía saludar con el mismo ceremonial al término de su carrera. Esta innovación, adecuada para perder la comarca, le atrajo el odio de los curas y de los indios, a quienes este nuevo sistema alejaba más aún de los principios establecidos por sus padres los jesuitas, siempre amados por ellos. Toledo fue obligado al fin a renunciar al establecimiento de su pretendido culto, y, perdida doquier la consideración, no obtuvo ya nada en la comarca.

El temor a sus enemigos lo hizo alejarse del centro. Sucesivamente trasladó el gobierno a Concepción y a San Javier, con el fin de tener más a mano Santa Cruz cuando tuviera que escapar. En el curso de su administración, siempre extravagante en sus pensamientos, suprimió el cultivo del maíz para aumentar el del algodón, medida que trajo una hambruna espantosa y costó la vida a miles de habitantes.

Después de la expulsión de los jesuitas no se había reparado nada. A los edificios incendiados por accidente se los sustituía con precarias cabañas, y todo se desmoronaba.

En 1830, don Marcelino de la Peña vino a reemplazarlo. Conocía bien el carácter de los chiquitos, con los cuales había convivido largo tiempo. Se estableció en Santa Ana, en el centro de la provincia, y se ocupó activamente de mejorar su estado. Todo lo encontró allí en el desorden más completo. Como las rentas públicas no bastaban siquiera para pagar los honorarios de los empleados, éstos no cobraban regularmente y trataban de compensar ese déficit con especulaciones particulares. Los talleres carecían de herramientas, las rentas públicas disminuían diariamente y la miseria llegaba al colmo. Es cierto que, en 1824, se había dado a los indios la libertad de comerciar; pero como no conocían el valor de las cosas y sus jefes tenían interés en no enterarlos a este respecto, se veían explotados por los parientes de los administradores y de los curas, sin ninguna mejoría de su suerte. Con el fin de detener la aterradora mortalidad, el nuevo gobernador fundó un hospital en cada misión y tomó las medidas más apropiadas para encarrilar todo por la vía de una reforma que se había tornado indispensable.

Después de haber recorrido la provincia en 1831, me uní a ese digno gobernador[69] para tratar de mejorar la suerte de los indios. Envié varias notas oficiales al Presidente de la República, que había tenido a bien honrarme con su confianza y me había pedido informes positivos, y tuve la satisfacción de ver adoptadas mis proposiciones. Fue así como solicité el trueque de la sal de Chiquitos por los ganados y caballos de Moxos, lo que acarrearía una mayor extensión de las granjas, aumentaría los recursos alimenticios de los indígenas, etc.

---

69 Los honorarios anuales de los empleados de la provincia eran en 1831 los siguientes: gobernador, 1.200 pesos (6.000 francos); secretario, 500 pesos (2.500 francos); vicario general, 600 pesos (3.000 francos); y a cada administrador y a cada cura, 400 pesos (2.000 francos).

Generalidades estadísticas. Estado actual de la provincia

Población

En tanto que en el Paraguay, en las misiones del Paraná y del Uruguay la abolición de todas las reglas administrativas y religiosas instituidas por los jesuitas había traído el disgusto y el desaliento de los indios, y como consecuencia su completa dispersión en el corazón de las selvas, la conservación de esas mismas instituciones en Chiquitos por la Audiencia de Charcas y por los gobernadores había mantenido, por el contrario, bajo los diversos gobernadores y aún en medio de las guerras de la independencia, a la población no salvaje de la provincia en el mismo estado. Si a mi llegada a la provincia de Chiquitos había encontrado en ella, junto con costumbres muy diferentes, un estado de prosperidad bastante inferior, por lo menos veía allí, intactas todavía, todas las instituciones administrativas y religiosas que los jesuitas dejaran en el momento de su expulsión en 1767. El número de establecimientos era el mismo; se habían conservado allí todas las formas exteriores del culto, las costumbres y los usos domésticos. Bajo otros nombres, volví a encontrar en la provincia el régimen de las misiones en su integridad. Al recorrer las distintas aldeas hice una descripción particular de cada una de ellas. En estos nuevos trazos a grandes rasgos del estado actual de la provincia, me limitaré, pues, a consideraciones generales sobre el conjunto.

La población actual de Chiquitos, dividida por naciones y misiones, es la que sigue, según los censos comparativos de 1825 y 1830:

El cuadro que precede demuestra que la población indígena actual no se eleva más que a 15.000 almas, en tanto que en 1825 era de 17 000; en cinco años, pues, se habría registrado allí una disminución de 2.000, o sea cerca de la octava parte, lo que puede explicarse por las epidemias de viruela y por el hambre de los últimos años del gobierno de don Gil Toledo. Como se ve, integran dicha población once naciones distintas, además de sus tribus[70]. De esas naciones, la de los chiquitos es la más numerosa y su lengua es general en la provincia, pues los únicos que hablan español son los administradores y los curas. Sin embargo, en cada misión hay algunos indios que conocen un poco de castellano: son los intérpretes, los principales jueces y los maestros de capilla; pero por lo general se expresan muy mal y todas sus frases se resienten mucho por la adopción de las formas gramaticales de su idioma. De las otras

70 En Concepción hay varias, lo mismo que en Santo Corazón.

Nombres de las misiones	Nombres de las naciones y su número por misiones												Total de los habitantes por misión en:	
	Chiquitos	Samucus	Paiconecas	Saravecas	Otukes	Corominacas	Curaves	Covarecas	Corabecas	Tapiis	Curacanecas	Tapacuras	1830	1825
San Rafael	1000	—	—	—	—	—	—	—	—	—	50	—	1050	900
San Miguel	2510	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2510	2697
Concepción	940	—	610	—	—	—	—	—	—	—	—	700	2250	3004
San Ignacio	2934	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2934	3299
San José	1910	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1910	1847
Santiago	484	700	—	—	—	—	—	—	—	50	—	—	1234	1111
Santa Ana	398	—	—	250	—	100	—	50	—	—	—	—	798	927
San Javier	946	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	946	2005
San Juan	379	500	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	879	707
Santo Corazón	455	50	—	—	150	—	150	—	—	—	—	—	806	789
Totales	11956	1250	610	250	150	100	150	50	—	50	50	700	15316	17286

lenguas, sólo se han conservado algunas, y otras se esfuman, otras, finalmente, están completamente olvidadas. La de los sannicus y sus tribus –guarañocas y morotocas– todavía está en uso en una parte de Santiago, de San Juan y de Santo Corazón; la de los chapacuras y paiconecas existe todavía en Concepción; pero el saraveca de Santa Ana y el otukes de Santo Corazón no son conocidos más que por algunos ancianos y deben desaparecer dentro de pocos años. En cuanto al curuminaca, al curaves, al covareca, al tapiis y al curucaneca, nadie los entiende ya; por eso, el proyecto de los jesuitas de generalizar el chiquito y de fundir en él todos los demás idiomas se realiza en nuestros días[71].

Gobernados en cuanto a lo religioso exactamente como en tiempo de los jesuitas, los indios no cambiaron su posición hacia el gobierno republicano. Al Estado le deben los días lunes, miércoles y viernes de cada semana. Legalmente les pertenecen los martes, jueves y sábados; pero como los servicios para el bien común, para las construcciones, para el mejoramiento de los edificios, etc., están colorados fuera de los días debidos, muy rara vez pueden aprovechar de los que los acuerda la ley, de donde resulta que, obligados a tomar de esas jornadas el tiempo que necesitan para cultivar algo con qué alimentar a sus familias, para hilar y tejer con qué vestirla (pues desde la expulsión de los jesuitas ya el Estado no se encarga de eso), los indios viven en la más profunda miseria y en una indigencia absoluta. Esta miseria los esclaviza más ante sus jefes y acarrea la mayor disolución en sus costumbres. Les queda siempre la facultad de comerciar con ciertos hombres privilegiados, tales como los parientes de los curas y de los administradores, pero se les engaña indignamente, y abandonan el producto de su trabajo a cambio de bagatelas inútiles, en lugar de obtener las herramientas necesarias para los cultivos. En Santiago vi a unos jueces declarar que no podían seguir cultivando por falta de hachas para hacer los desmontes.

Los indígenas de Chiquitos son de color pardo oliváceo muy pálido; su talla es de 1 metro 663 milímetros, más o menos. Robustos y de buena planta, aunque sin acusar formas hercúleas, tienen un andar suelto. Las mujeres presentan rara vez las formas esbeltas del bello ideal griego, pero ostentan el tipo más perfecto de la fuerza física[72]. Algunas son lindas, y su cara redonda, graciosa, está llena de dulzura y de alegría. El carácter de esas naciones estriba en un fondo de bondad a toda prueba y en una sumisión sin límites a sus jefes. Su

71 No hablaré aquí del movimiento de la población indígena, pues ya traté esta cuestión en mi trabajo especial sobre *El hombre americano*, págs. 17-20.

72 Ver lo que de esas naciones dije en *El hombre americano*.

trato inspira confianza, y entre ellos la hospitalidad está llevada al extremo. Semejantes a niños grandes sin voluntad, están, empero, dotados de natural agudeza. Tan ardientes en el placer como poco trabajadores, se entregan sucesivamente a la danza y a los juegos de destreza. Su indumentaria es la misma que llevaban en tiempo de los jesuitas; sólo en ocasión de las grandes fiestas los jueces se adornan con un chaleco de paño o indiana de color y las mujeres atavían sus tipois con muchas cintas de vivos colores, y se trenzan sus cabellos cuando son madres y los llevan cortos hasta ese momento. En la iglesia, hombres y mujeres los dejan sueltos sobre sus hombros. En San Javier y en Concepción acostumbran a untarse la cabeza con aceite de coco.

Al recorrer la provincia, he hablado sucesivamente de los chiquitos en viaje, de sus paradas en la noche en medio de los bosques, de su manera de beber el pemanas o cerveza fermentada hecha con maíz, de la reserva de las mujeres cuando están embarazadas, de su religión actual, de sus supersticiones, de su juego favorito, el *Guatoroch*, de sus bailes, en los que se hacen todas las figuras actualmente en boga en las ciudades; también hablé de las danzas nacionales de los morotocas. Me resta describir algunos otros de sus bailes, como el *Tamooxis*, en el que las indias se colocan en una sola fila, a cuya cabeza va la más fuerte de todas, la cual se defiende de otra india, que figura sola y realiza sus mayores esfuerzos para cogerse de las bailarinas que están detrás de su adversaria. Esta lucha coreográfica, propia de la nación morotoca, dura mientras la india no se haya apoderado de las demás; las dos principales figurantas se amenazan entonces, se desafían y simulan un combate hasta que una de ellas sea vencida. En el *Apanaococh* las bailarinas se colocan en dos líneas, cantando, luego se vuelven alternativamente a compás de ambos lados. Finalmente, se arrojan dando puñetazos a los asistentes. Todas las danzas de Chiquitos son tan variadas como sus naciones: son alegres y sin embargo monótonas. La nación morotoca ha proporcionado el mayor número de bailes. Los hice anotar a todos por los maestros de capilla de Santa Ana y de Santiago, con la traducción de los cantos que los acompañan. Desgraciadamente, perdí la traducción de los cantos morotocas y sólo puedo dar la de los chiquitos. A veces bastante monótona, esta música ofrece sin embargo nuevos motivos, característicos de esas naciones en estado salvaje. Las palabras dejan ver muy a menudo su estado primitivo. La dividiré en dos series: la música de los chiquitos y la de los morotocas. En cuanto a la primera serie, he aquí la traducción literal de los cantos.

No. 1. ¿En dónde está la madre? Fue adonde siempre va. Volverá para castigarte a chicotazos.

No. 2. Pretende abandonarme por una señora; señora a lo que parece.

No. 3. Aquí va el cervatillo, buscando a su joven compañera, la hijita de la cierva.

No. 4. Vele a la selva; no quiero verte más. - La selva es mal. En estos momentos: hay muchos tábanos allí. - Bailad mucho con la comezón (bis).

No. 5. Bailemos sin temor, que ya no queda en nuestro pensamiento el recuerdo de los peligros pasados.

No. 6. Vete, amigo mío, pues llega mi marido; volverás cuando esté en el campo.

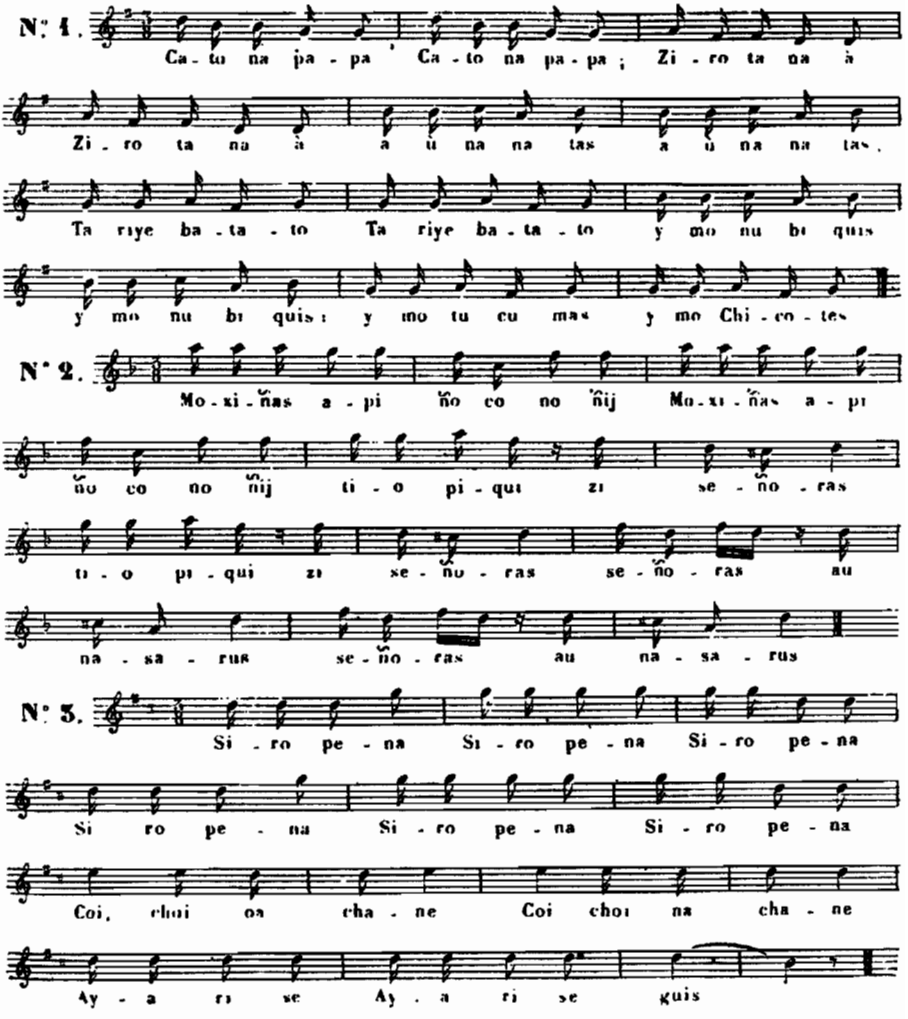
No. 7. Vete, mi queridísimo amigo; que mi marido no te sorprenda aquí; volveremos a vernos a mediodía.

No. 8. Rojos son los pies de la perdiz joven, como el pimiento. Te vuelvo a encontrar, te vuelvo a encontrar. (Estas últimas palabras se explican porque, en sus danzas en círculo, se vuelven alternativamente de uno y otro lado, chocándose).

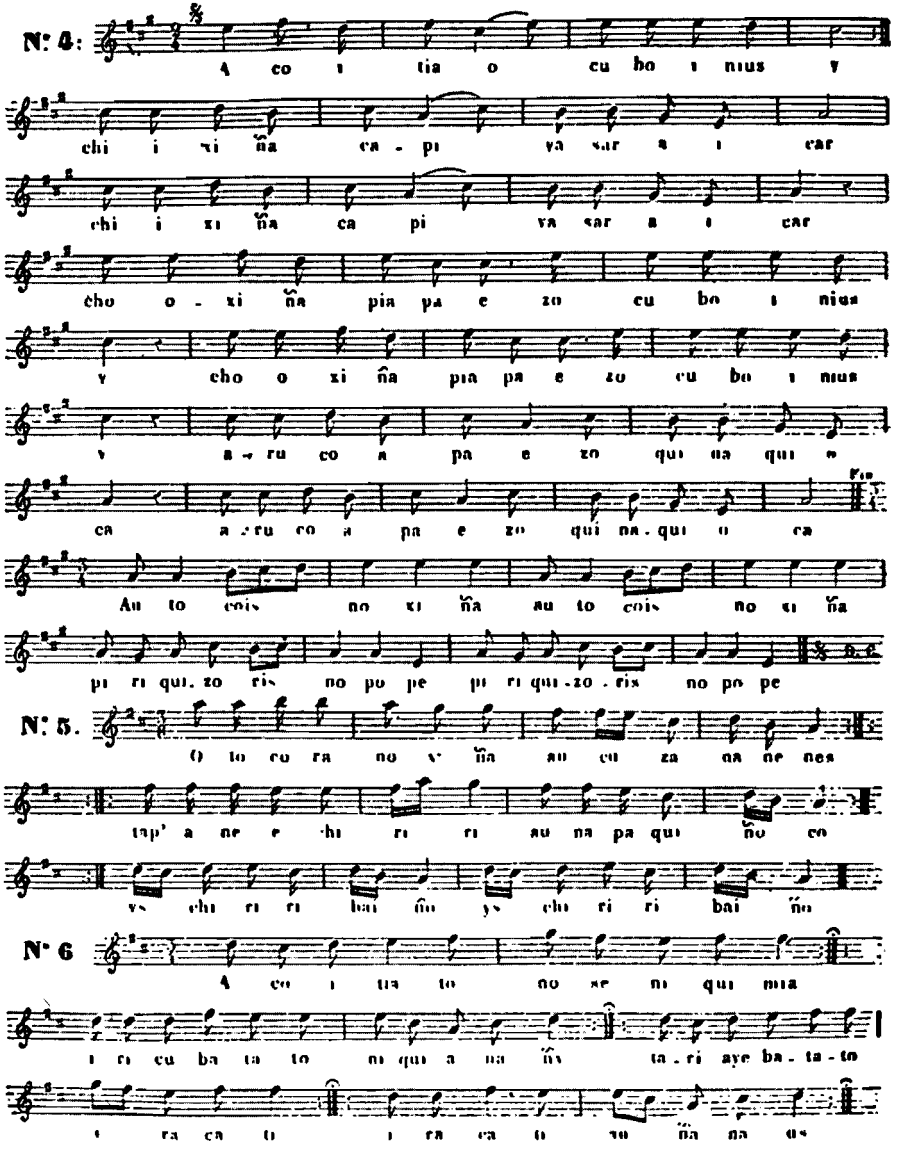
No. 9. Se emborracharon con la miel de la *señorita*[73]. Pensaban que era la abeja grande y se equivocaban.

73 Llaman señorita a una abeja que da la mejor miel de esas comarcas.

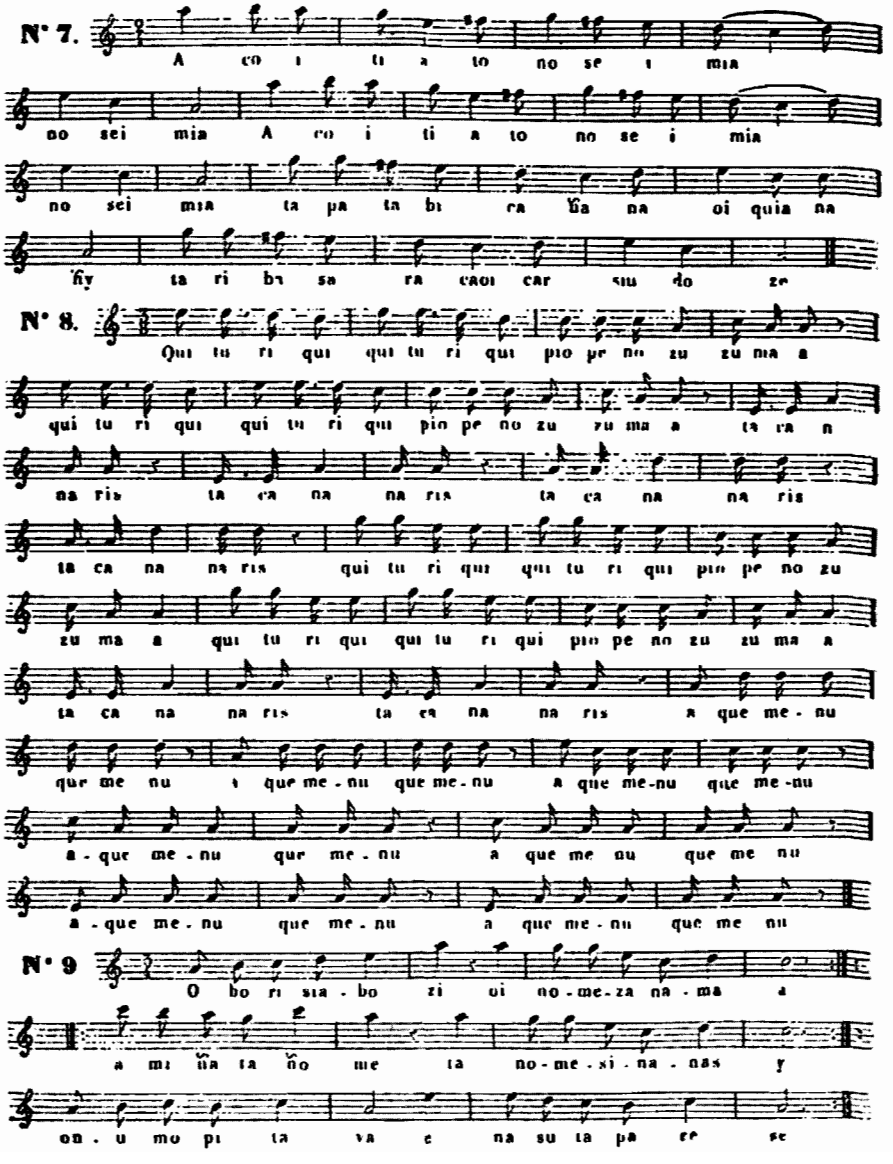
Cantos de los Chiquitos



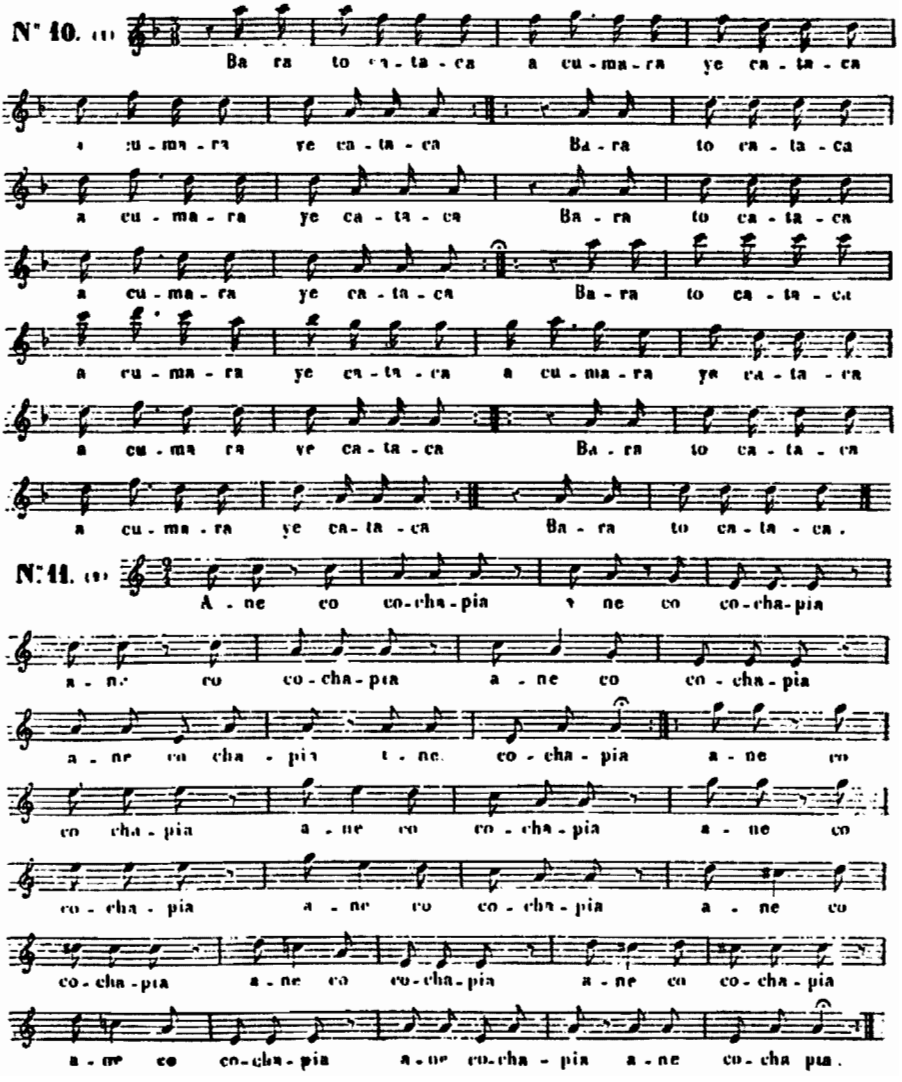
Cantos de los Chiquitos



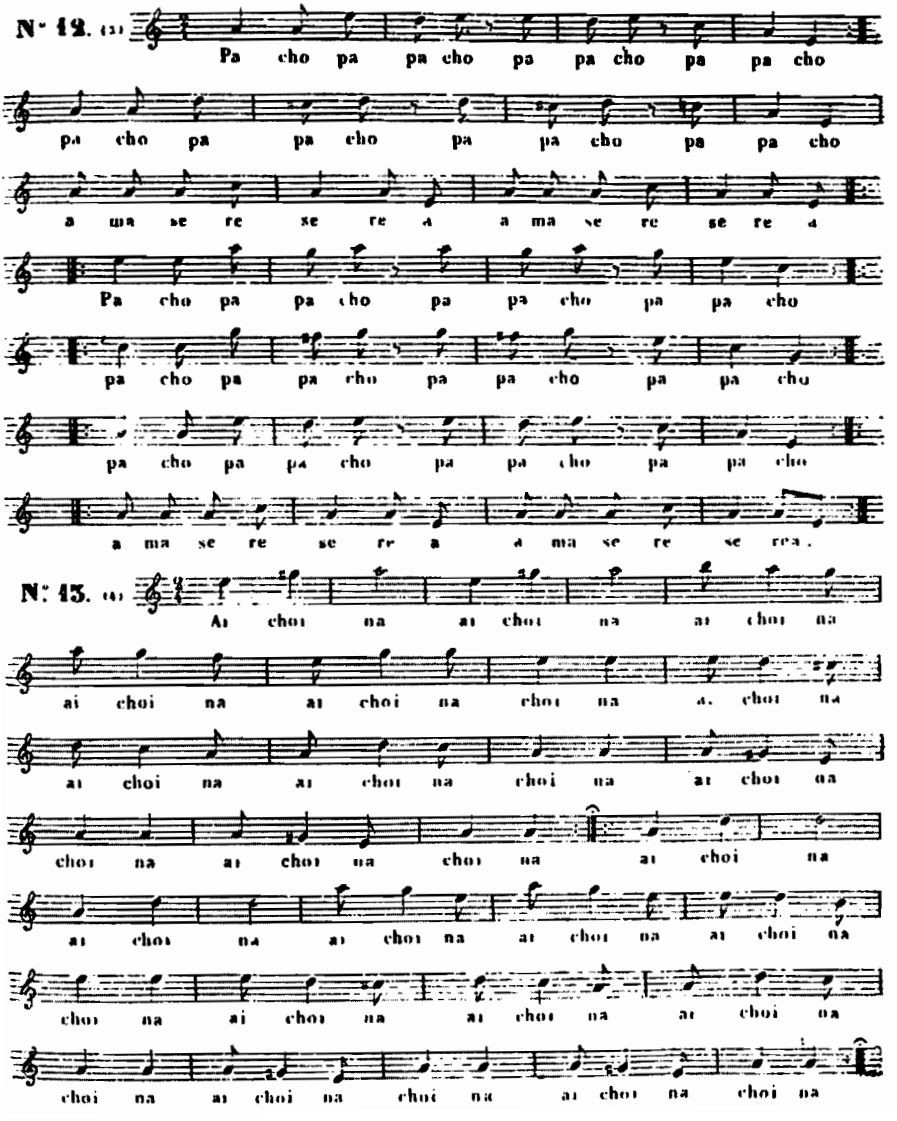
Cantos de los Chiquitos



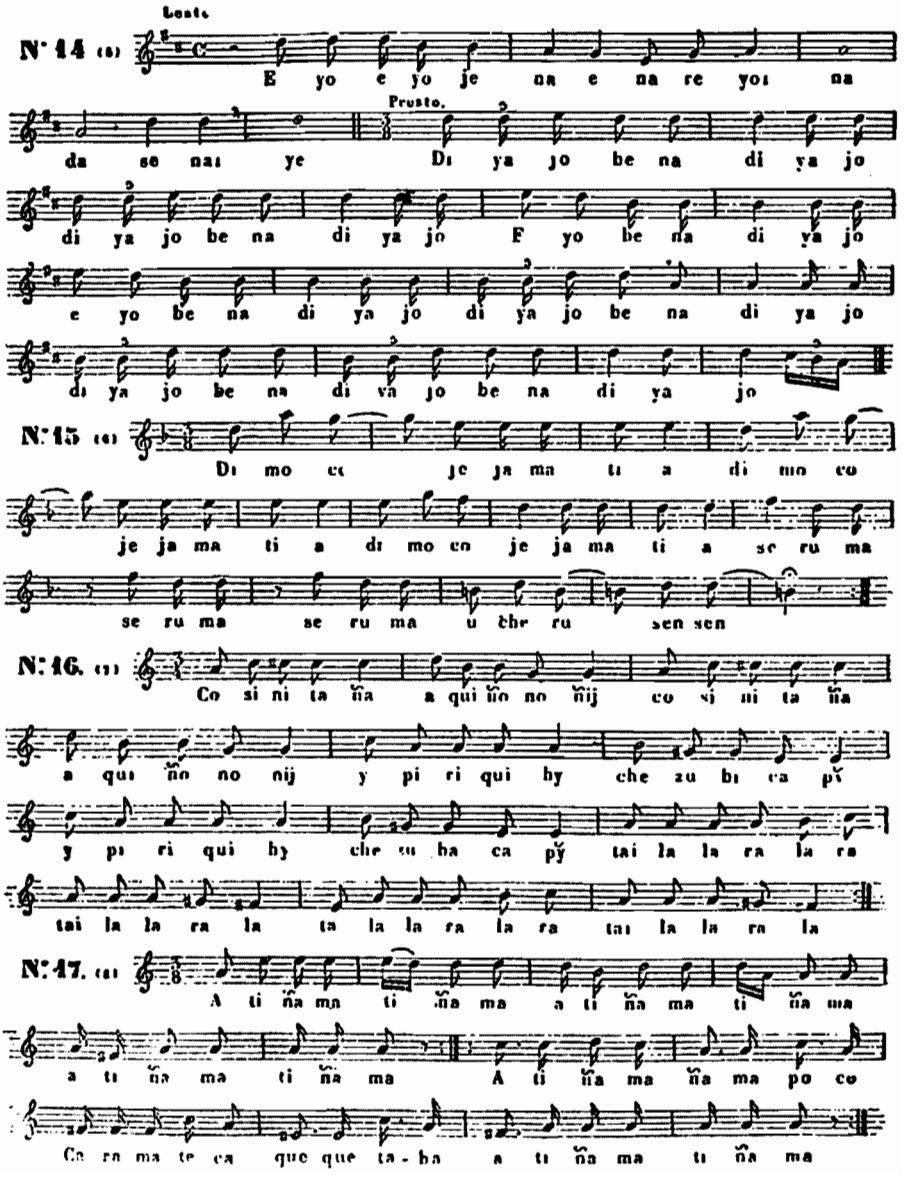
Cantos de los Chiquitos



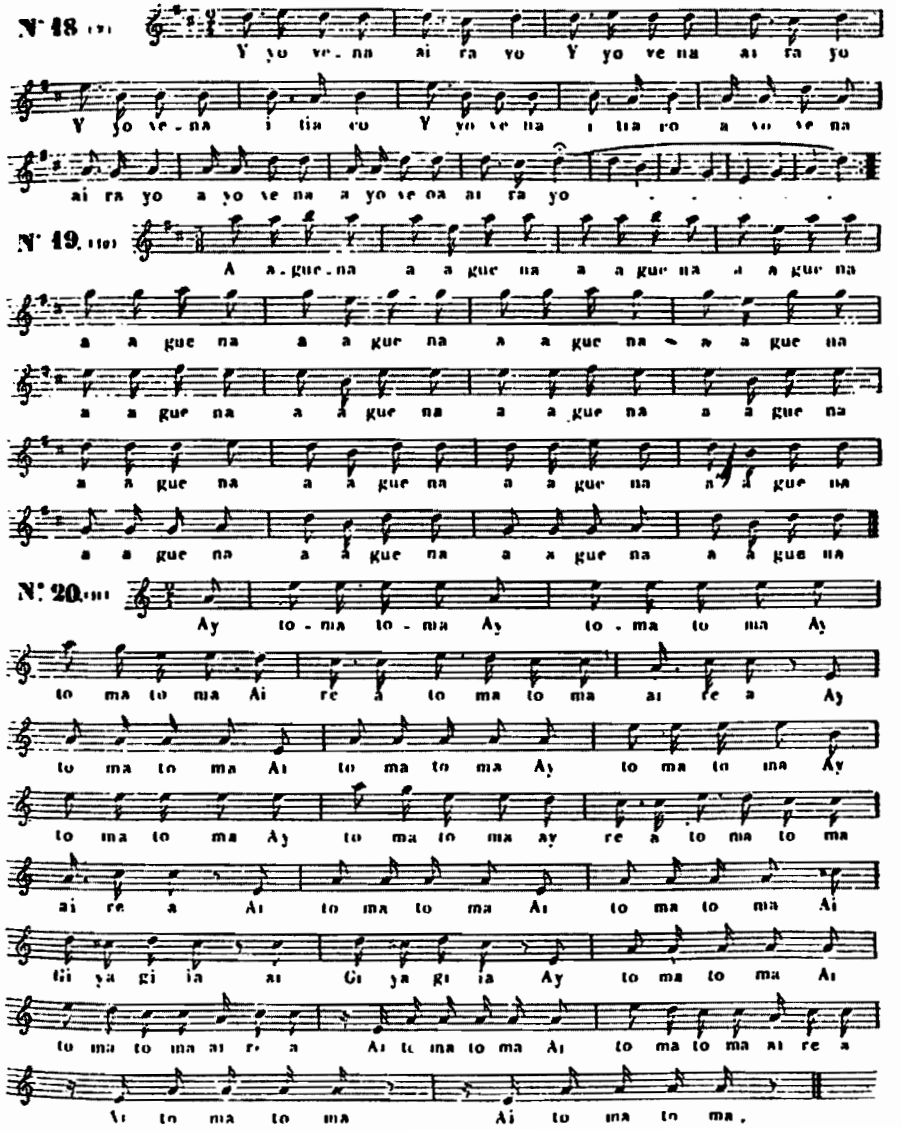
Cantos de los Chiquitos



Cantos de los Chiquitos



Cantos de los Chiquitos



Temperatura. Salubridad

La posición de la provincia, situada entre los 14 y los 21 grados de latitud sur, es decir, dentro de los trópicos, no ofrece ni con mucho la cálida temperatura que se podría creer. Su altura sobre el nivel del mar, como punto de división entre el Plata y el Amazonas, hace de él un país infinitamente más templado de lo que cabría esperar, pues las frecuentes brisas llevan allí un saludable fresco. La impresión de calor se siente sobre todo en la época de la sequía, pero las lluvias la modifican mucho. Las misiones de San José y Santo Corazón son las más calurosas, en tanto que Santiago, Santa Ana y San Javier son relativamente más templadas.

Puede dividirse el año en dos estaciones distintas: la estación de las sequías y la de las lluvias. De junio a octubre llueve muy raramente, y no llueve absolutamente durante los meses de agosto y septiembre. El campo está entonces muy seco y los árboles pierden sus hojas. Cuando va a llover, el tiempo se carga por la tarde al sur y al sudoeste; el trueno ruge en la noche y el viento del sur más fuerte sopla en violentas tempestades. Esta lluvia dura poco, pero el viento reina dos o tres días, bajando considerablemente la temperatura. La estación de las lluvias comienza en noviembre o diciembre y dura hasta marzo; entonces las lluvias torrenciales caen casi a diario e inundan pronto las partes bajas, interrumpiendo una parte de las comunicaciones.

Los vientos reinantes vienen del norte o del nordeste; son los más calientes. Traen de la gran cuenca del Amazonas muchas nubes que se acumulan al sur un tiempo más o menos largo, hasta que estalla la borrasca. A veces el viento sopla del este y es entonces tan cálido como el del norte. Nunca sopla viento del oeste, sin duda como consecuencia de la altura de las Cordilleras, que no puede cruzar.

Al ver cómo se evapora todos los años el agua de los inmensos pantanos durante la estación seca, podría creerse que el aire se corrompe en esas partes y causa muchas enfermedades; pero no ocurre así. Esos pantanos se secan sin podrirse; nunca oí hablar de fiebres intermitentes en ningún punto de la provincia, lo que es tanto más curioso cuanto que en Matto-Grosso hacen estragos las más perniciosas fiebres endémicas. En Chiquitos no existe en ninguna parte fiebres endémicas. Los habitantes se mueren allí de viejos o por accidente, a menos que su imprudencia los haga víctimas de las epidemias de viruelas[74].

---

74 Los chiquitos mueren más particularmente de enero a febrero. Me he convencido de que esta mortalidad tiene por causa la cerveza de maíz hecha antes de que el maíz haya alcanzado su madurez. Esta bebida provoca cólicos agudos que, mal curado, se llevan a los enfermos.

Productos industriales

Los jesuitas habían poblado la provincia con numerosos rebaños destinados a subvenir a las necesidades de los habitantes y a proporcionar cueros curtidos a las diversas ramas de la industria. Inmediatamente después de su expulsión, todavía bajo el dominio español, se contaban de sesenta a ochenta mil cabezas de ganado y un número muy crecido de caballos para el transporte y los trabajos de campo. Después de las guerras de la independencia, en 1825, el efectivo de los rebaños se había reducido a los números expresados en el siguiente cuadro:

Años	Animales astados				Ganado caballar				Mulas	Asnos
	Bueyes	Vacas	Terneros	Total	Caballos	Yeguas	Potros	Total		
1825	346	10621	2421	13388	151	548	260	959	3	27
1828	737	12248	3005	15990	134	511	295	990	12	19
1830	806	13183	3222	17211	203	434	208	845	15	17

Del estado comparativo de 1825 a 1830 resulta que la economía, restablecida de nuevo en cuanto a la dirección de la ganadería, y una vez deducidas las necesidades, trajo a la provincia un aumento sensible cuya continuidad le devolverá pronto la abundancia. Sólo que ahora no hay suficientes caballos para el servicio de los empleados y para el de las estancias en donde se cría el ganado.

Los productos actuales de la *recepturía* (mercaderías para el Estado) consisten en cera, que los indios van a buscar a los bosques, refinan en seguida y que se exporta a las regiones montañosas para uso de las iglesias[75]; cuando esta cera se quema, esparce un olor aromático muy agradable. Se recogen anualmente de 35 a 50.000 kilos, y los que refinan unos 4 ó 5.000. Santa Ana, San Rafael, San José y Concepción dan las mayores cifras. Es la rama de las rentas más segura y la menos susceptible de ser escamoteada por los administradores.

El índigo crece en todas partes naturalmente; sin embargo, apenas se elaboran algunas libras para las necesidades locales. Hoy no es un artículo importante de exportación. En 1825 se fabricaron 29 kilos.

El tamarindo, del que existen excelentes plantaciones en San José y en San Rafael, da una buena renta anual para la exportación; no obstante, en 1828 no se exportaron más que 591 kilos.

75 La cera refinada se vende generalmente a 70 pesos (350 francos) la carga de 125 kilos.

La vainilla no cultivada crece en todos los campos húmedos y arbolados. En ocasiones se la busca, pero lo más frecuente es que sólo la consuman los empleados.

Las salinas naturales de San José produjeron en 1829, 27.750 kilos de sal. Con buena voluntad podría extraerse veinte veces más y hacer de ella una mercadería de exportación para Santa Ana y para Moxos, que se aprovisionan en la provincia de Cochabamba. Hasta ahora, la sal se consume en el mismo lugar.

Es muy productiva la caña de azúcar, pero no se la cultiva sino para las necesidades de los empleados, sin exportar el excedente. En 1825 se produjeron 3.850 kilos de azúcar.

Considerable es la producción de algodón, con la que se fabrican unos tejidos bastos llamados lienzo[76], manteles, toallas y medias que se exportan a Santa Cruz. Es sobre todo con este artículo con el que los empleados cometen los mayores fraudes; de no ser así, podría fácilmente triplicarse el producto asentado en los libros de los administradores.

Se curten algunos cueros para ser despachados a Santa Cruz. El resto se consume en la provincia. En 1828 se curtieron 135 cueros, pero muy a menudo se pierden por falta de mercado.

Antes se fabricaban toda clase de muebles, y todavía se sigue fabricándolos; sin embargo, en los registros sólo veo figurar rosarios obra de los torneros. En 1828 se vendieron 23.436, en tanto que en los años anteriores no se exportó uno solo.

He aquí en resumen el estado de los productos de 1829, según el informe que el gobernador pasó a los agentes de finanzas:

76 Estos tejidos se venden ordinariamente en Santa Cruz a 2 reales (1 franco, 25 céntimos) el metro.

Nombres de las misiones	Cera		Algodón						Tamarindo kilos	Sal kilos
	Refinada kilos	No refinada kilos	No hilado kilos	Hilado kilos	Fabricado en					
					Lienzo Metros	Manteles Piezas	Toallas Piezas	Medias Núm. pares		
San Javier	250	5262	2662	240	2164	—	—	—	—	—
Concepción	30	6566	8013	466	4685	—	—	40	—	—
San Miguel	300	6300	375	241	1823	—	—	—	—	—
San Ignacio	110	5689	1425	125	835	—	—	54	—	—
Santa Ana	—	7600	1812	—	—	—	—	—	24	—
San Rafael	250	9938	503	17	100	—	—	48	549	—
San José	—	6575	1500	—	—	—	—	—	—	16750
San Juan	—	3900	1512	172	1343	3	47	—	—	5288
Santiago	662	1012	—	84	672	—	—	—	—	5712
Santo Corazón	331	5038	2013	27	231	—	—	—	—	—
Totales	1933	57880	19815	1372	11853	3	47	142	373	27750

Demuestra este cuadro que los trabajos están repartidos muy desigualmente y que los productos de cada misión están lejos de guardar relación con su respectiva población. No cabe ninguna duda que alguna de ellas es más adecuada que otra cualquiera para una producción especial, pero es difícil admitir que las mujeres y los tejedores de Santa Ana y San José no hayan hilado ni tejido durante todo este año. Es, pues, muy probable que tales productos hayan sido absorbidos por los empleados.

El cuadro inserto en la página siguiente dará los productos comparativos de la provincia en los años 1825, 1826, 1827, 1828 y 1829.

Comparados entre sí esos cinco años, anuncian, es cierto, una marcha muy progresiva, pero aún están lejos de cubrir los gastos anuales. Con los jesuitas, Chiquitos producía alrededor de 300.000 francos; con los primeros gobernadores españoles daba otro tanto. Hoy apenas rinde 59.000 francos, en tanto que los sueldos de los empleados, la paga de un pequeño destacamento de soldados situado en la frontera con el Brasil, en el camino a Matto-Grosso, y el mínimo necesario en hierro y otros objetos de primera necesidad elevan los gastos a 69.500 francos. Hay, pues, un déficit de 4.300 francos entre los recursos y los gastos. No dudo que el estado de progreso en que el señor Peña tenía a la provincia en 1831 podrá colmar prontamente ese déficit, pero los actuales recursos industriales no permiten obtener las mismas rentas que al fin del siglo último. Entonces no se permitía a los extranjeros traer sus mercaderías, y los tejidos de Chiquitos tenían mucho valor, mientras que hoy los productos de las fábricas europeas atiborran todas las ciudades, se venden a vil precio y merman en proporción el consumo de los productos indígenas. Para devolver a la zona la pasada prosperidad, sería preciso, pues, introducir máquinas de hilar y de tejer y todos los recursos que nos proporciona el estado, actualmente, tan próspero de nuestra mecánica industrial.

Además del algodón, del tamarindo y de la caña de azúcar, todavía se cultivan en la provincia diversas especies de mandioca, inmenso recurso para las poblaciones aborígenes y españolas; la batata, las diferentes especies de zapallo, melones, pavía, maíz, arroz, porotos y calabazas o lutuma. Los frutos cultivados son: el cidro, el limón, el naranjo, el banano, el ananás, el cajú, etc.

Productos naturales

En razón de su posición geográfica en medio de los trópicos, la provincia de Chiquitos ofrece más o menos los mismos productos naturales que Santa Cruz de la Sierra. Sus montañas, sus terrenos variados y accidentados hacen de ella una zona muy rica. Bastará con señalar aquí las producciones útiles o dañinas para el hombre.

Años	Cera		Algodón						Indigo	Tamarindo	Vainilla	Cueros		Sal	Rosarios	Valor producido en francos
	Refinada kilos	No refinada kilos	No hilado kilos	Hilado kilos	Fabricado en							No curtidos número	Curtidos número			
					Tejidos llamados de lienzo metros	Número manteles	Toallas número	Medias número pares								
1825	1702	16225	732	—	—	4	58	25	29	306	—	—	—	9500	57699	—
1826	5378	4054	3058	2685	2903	—	—	129	17	179	—	—	—	—	—	40930
1827	4589	36918	4011	4087	5616	—	—	—	2	234	—	450	213	—	—	59915
1828	5493	35231	8637	1001	5069	—	—	130	6	591	2	315	135	—	23436	54640
1829	1933	57880	19815	1372	11853	3	47	142	—	574	—	—	—	27750	—	—

Los bosques están llenos de monos, entre los cuales los aluates proporcionan magníficas pieles negras o rojas. En el campo pululan los murciélagos, algunos de los cuales destruyen los mosquitos y prestan así grandes servicios a la humanidad[77]; pero otros (los vampiros) perjudican a la cría de ganado por las sangrías que les hacen durante la noche. Los hombres, sobre todo en San Javier y en Concepción, no están a cubierto de sus mordeduras. Los jaguares eran muy comunes en la provincia y causaban grandes estragos en los cortijos; hoy lo son mucho menos como consecuencia de las sabias medidas tomadas por el actual gobernador[78]. Zorros, didelfos, glotones, ocelotes y pumas son allí escasos, se aproximan muy rara vez a las casas y no hacen ningún daño en las granjas. Algunas ratas y ratones, parásitos inevitables de toda aglomeración humana, se han establecido en las misiones, pero no se muestran tan importunos como en Europa. Los conejos tapitís, los agutís, los pacas y los cobayos o conejillos de Indias proporcionan al cazador una carne excelente. Los diversos tatúes se encuentran allí frecuentemente y ofrecen un bocado muy estimado. Los pecarís de esas comarcas se apartan cada vez más de los lugares habitados, de continuo perseguidos por los cazadores indígenas que se mueven impulsados por el doble motivo de preservar sus campos de depredaciones y de apoderarse de su carne, que encuentran exquisita. Los tapires abundan en todos los parajes húmedos y son un gran recurso, sea como alimento, sea por su cuero, que es notable por lo grueso, lo fuerte y lo flexible[79].

Los caballos de Chiquitos, por los cuales nadie se toma el trabajo de una selección para perfeccionar la raza, se parecen a los caballos árabes. Por lo general son bastante lindos y tienen sobre los de Santa Cruz de la Sierra y de Moxos una incontestable superioridad, que los hace ser muy buscados en las montañas de Bolivia. Criados en medio de llanuras arenosas o pantanosas, los caballos de Santa Cruz y de Moxos tienen los pies tan delicados y los cascos tan tiernos que no podrían servir para nada en las partes pedregosas de las regiones montañosas, en tanto que los que nacieron en Chiquitos, en un suelo rocoso, adquieren unos cascos muy duros y sirven en cualquier parte. Dejan a las tropillas vagar por las campañas en donde hacen lo que quieren; sólo enlazan a los potrillitos que quieren montar, adelantándose a la edad de la doma. No hay una sola caballeriza en toda la provincia, y los caballos de silla se alimentan con lo que les ofrecen las llanuras, en medio de las cuales se los suelta en cuanto llegan a las misiones.

---

77 Diferentes especies de los géneros Noctilio y Molossus.

78 En 1831 los indios presentaron al gobernador 150 pieles de jaguar.

79 El cura de San José mató él solo 76 en dos años.

El ganado vacuno no recibe más cuidados que los caballos: pace libremente en la planicie, dividido en rebaños de mil cabezas más o menos. Todos los meses los reúnen en una dehesa a fin de acostumbrarlos a no alejarse. Su vigilancia no preocupa nada. Cerca de Guarayos, numerosos rebaños de bovinos, que se han vuelto salvajes, cubren los campos y podrían dar lugar a una caza regular.

Abundan en la provincia cuatro especies de ciervo; uno, el guazu pucu, de la alzada de un asno, no se aparta de los pantanos; el guazu ti, habita en las llanuras; los otros dos prefieren los lindes de los bosques. Todos ofrecen una caza agradable y su cuero curtido es uno de los mejores para el calzado.

Las aves son allí menos variadas que en las montañas. En todas partes los perenópteros viven como parásitos poco incómodos en torno a los poblados. Los campos ofrecen pájaros brillantes, tales como los todis, los picos, los colibrís y muchos otros, entre los cuales el cardenal, los caciques, tojos, maticos y chopis se crían en jaula y poseen dos cualidades raramente reunidas: la melodía y el brillo de su plumaje. Tucanes con picos desproporcionados hacen resonar los bosques con sus acentos agudos, que se mezclan a menudo con los gritos desapacibles de loros de una multitud de especies y de guacamayos rojos y amarillos. Estos y las cotorras están en lucha permanente con los indios, siempre ocupados ya en ahuyentarlos de sus plantaciones durante la cosecha, o ya en apoderarse de sus plumas a fin de adornar a los bailarines y bailarinas en las fiestas solemnes de la iglesia.

Las llanuras y los lindes de los bosques están llenos de tórtolas, de palomas, de muchas especies diferentes, de tinamous o perdices del país. Por la tarde y a la mañana resuenan en los bosques los gorjeos de las penélopes y los hoceos, faisanes de esas comarcas. Los esteros están en todas partes cubiertos de patos almizclados. Todas esas aves, considerablemente multiplicadas, tienen una carne suculenta, digna del cazador más delicado. La blanca garza recorre los pantanos en bandadas innumerables y ofrece al comerciante sus ligeros penachos. Jabirús y cigüeñas persiguen a los reptiles malhechores, enemigos del hombre. El cornudo chajá, con sus gritos a hora fija, sirve de reloj a los indios cuando el sol, cubierto por un velo de nubes, ya no los guía en la división de su jornada. Día y noche, armado con sus acentos, el teru-teru[80] los previene en la llanura del menor movimiento; de día, al teru-teru lo reemplaza la urraca en la entraña del bosque. Estos dos pájaros se dividen así la vigilancia de toda la campaña.

---

80 D'Orbigny escribe avefría, *vanneau*, pero es evidente que se trata de nuestro tero, *belenopterus chillensis*. N. del T.

Si a veces se muestran algunas serpientes de cascabel e inspiran temor al indígena, éste encuentra una compensación en la agradable carne de las tortugas de tierra y de las iguanas, de las que las selvas están llenas. Si en una noche tranquila y cálida, la calma más perfecta de la naturaleza, en lugar de ofrecer al viajero una absoluta seguridad, es, por el contrario, precursora de la borrasca que se avecina, éste nunca será sorprendido: estará prevenido por los conciertos discordantes de los sapos y de las ranas, semejantes a innumerables campanas que se echan a vuelo en todos los tonos.

Los lagos y los ríos, sobre todo los de la vertiente norte, ofrecen doquiera peces que los indígenas pescan emborrachándolos con la raíz del barbasco.

En temporada de lluvias, el suelo de las selvas ostenta caracoles terrestres de brillantes colores, en tanto que los lagos ofrecen a los indígenas conchillas bivalvas con las que se hacen cómodas cucharas. Su brillante nácar es más lujoso que la plata de los españoles.

Los insectos son a la vez el tormento del viajero y uno de los mayores recursos del aborigen. En efecto, si de día los tábanos, los mosquitos, los jejenes y hasta las abejas atormentan al primero, sobre todo en verano; si de noche millones de mosquitos encarnizados le impiden gustar el reposo después de las fatigas de la jornada; si, en fin, sufre en el campo la picadura venenosa de las garrapatas o en las aldeas las impertinencias de la pulga penetrante[81], olvida fácilmente esos inconvenientes pasajeros en presencia de nubes de mariposas de vivos y cambiantes colores, que parecen guiarlo en las tortuosas veredas de las selvas; delante de los tintes metálicos con que se engalanan en los tiempos lluviosos los magníficos coleópteros que adornan doquiera la vegetación; o delante de la luz animada y persistente que por la noche lanzan los numerosos cucuyos o los fuegos instantáneos de millones de luciérnagas. Pierde el viajero el recuerdo de sus sufrimientos cuando ve a los indios darse un banquete con las hormigas, o cuando saborea él mismo la miel deliciosa de las abejas salvajes, el alimento de los indios cazadores, o cuando piensa que la cera de esos pequeños seres proporciona la mayor parte de las rentas anuales de la provincia. Por lo demás, Chiquitos no padece las migraciones anuales de langostas que, más al sur, destruyen a menudo la esperanza del labriego; sus termitas se quedan en las selvas, sin atentar contra la conservación de los edificios de madera.

En invierno la mayor parte de los árboles pierden sus hojas, y durante el descanso general de la naturaleza las palmeras y algunos otros vegetales pri-

81 *Puce penetrante*. Aquí D'Orbigny traduce literalmente el nombre científico del pique. N. del T.

vilegiados son los únicos que alegran la campaña. Pero llega octubre y las primeras lluvias traen una metamorfosis completa. Todo cambia de aspecto. Los árboles se atavían con flores brillantes o con un follaje de un verde tierno; la llanura se esmalta con todos los colores y nada iguala la belleza de esas ricas regiones, en donde todo es contraste, en donde todo es magnífico en su conjunto o en sus detalles. Son notables la multiplicidad de las maderas de construcción y la riqueza de sus colores. Los lapachos, los más hermosos cedros, pueden proporcionar doquiera maderas para armazones de gran tamaño, y el cuchí, el laurel, etc., maderas amarillas, rojas, violetas, los materiales más adecuados para la ebanistería y el enchapado de muebles. Otras maderas también dan los más vivos colores amarillo y rojo y ofrecerían productos ventajosos para el teñido de las telas.

Las palmeras están muy difundidas y son muy variadas en Chiquitos: sus diversos follajes presentan los más graciosos contrastes y prestan al mismo tiempo grandes servicios a la sociedad. Forman algunos bosques inmensos como el *cucich*, el *totaí*, el motacú y el carondai; otros crecen aisladamente. Las hojas del motacú, del sumuqué y del totaí sirven para cubrir las cabañas de los indígenas; cuando quieren hacer techos más duraderos los cubren con tejas hechas con troncos del carondai; con las hojas de la mayoría de las palmeras los indios hacen tejidos para sombreros finísimos. La dureza de la madera de la *chonta* la torna muy útil para la industria: los indios de hoy hacen con ella puntas de flecha, fabrican sus arcos, sus armas ofensivas y sus útiles de labranza. El *marayahu* de los parajes anegadizos, el totaí y varios otros dan una fruta muy agradable; el motacú, el totaí y sobre todo el cucich representan una inmensa ventaja por el aceite que encierra su coco. La palma real proporciona por fermentación un licor muy agradable, en tanto que el totaí se convierte en una fuente de aprovisionamiento en tiempo de hambres, pues su tronco puede dar un pan nutritivo, un licor fermentado de agradable sabor, y su corazón, lo mismo que el del motacú, puede comerse crudo o cocido[82].

Entre las demás plantas salvajes hay una multitud que son útiles o pueden recibir diversas aplicaciones. Una acacia de vaina triangular da la tintura ne-

82 Las palmeras de la provincia, con su sinonimia científica, son las siguientes: 1° el cucich (*orbignya phalerata*, Mart.), que forma bosques inmersos en el país de los guarayos; 2° el motacú (*Maximiliana princeps*), cuyos ejemplares se encuentran en muchos sitios; 3° el sumuqué (*Cocos botryophora*), un poco más raro; 4° el totaí (*Cocos totaí*), común cerca de San Javier; 5° el marayahu (*Bactris inlesta*), difundido en el valle de Tucabaca; 6° el saho (*Trithrinax brasiliensis*), común en el Monte Grande; 7° el carondai (*Copernicia cerifera*), que forma bosques en todos los pantanos; 8° la palma real (*Mauricia vinifera*), común cerca de Concepción, etc.

gra más brillante. El barbasco proporciona una raíz que, machacada y arrojada al agua, atonta al pez y permite cogerlo con la mano. Una iris de raíz bulbosa produce una magnífica tintura roja. El índigo ordinario crece en todas partes sin que se lo cultive; otra especie de hojas largas, salvaje en el país de los guarayos, que le llaman *erimuni*, produce un índigo mucho más preferible al primero. El *guatoroch* suministra el mejor caucho, que los indígenas sólo utilizan para la fabricación de pelotas. El *lapacho*, especie de ruimosa, da una vaina que reemplaza al mejor jabón para el lavado de la ropa blanca. El árbol de yerba del Paraguay o mate es común en los alrededores de Concepción. El *copahu* abunda en el país de los guarayos, y sin embargo continúa sin ser utilizado. Las raíces de varios árboles destilan resinas que se queman como incienso en las iglesias; entre ellos se encuentra el copal. El ricino se deja ver en todos lados, alrededor de las misiones o de los sitios habitados y podría ser explotado su aceite.

Los frutos salvajes son muy numerosos en su estación: el *uguaporu*, grande como una ciruela, es común en los bosques; las chirimoyas embalsaman las selvas; pero la fruta más exquisita es sin duda el *guatoroch* o *mangara*, que sabe mucho a la mejor pera. El *guaponión*, el *vi*, el *lucuma* (*acuchi* le llaman los guarayos) y muchos otros suministran un buen alimento a los indios y adornan la mesa de los españoles.

Mejoras agrícolas, industriales y comerciales de que es susceptible la provincia

Los productos naturales de Chiquitos dejan entrever fácilmente las mejoras agrícolas y comerciales que podrían introducirse allí y las incalculables ventajas que con ello se obtendría. Bastaría solamente la cría de ganado, utilizando las inmensas llanuras sin empleo, para que se enriqueciese. La mitad de la provincia (9.000 leguas cuadradas) podría destinarse cómodamente a la cría de ganado vacuno y de caballos. Bajo los jesuitas la provincia contaba con 80.000 cabezas, pero si se tiene en cuenta la superficie aprovechable esta cifra sería cuadruplicada muy pronto, con lo que Chiquitos exportaría cada año cueros y sebo por una fuerte suma. Un rebaño aumenta todos los años en la mitad de su total; de acuerdo con la cifra inicial se puede calcular, pues, el tiempo necesario[83] en cada empresa de este género para alcanzar una crecida utilidad. En todos los casos, la mano de obra no cuenta casi en esta explotación.

83 Ver mis consideraciones generales sobre la cría de ganado. Parte histórica.

Sería fácil introducir allí majadas de ovejas, puesto que en Santa Cruz, con igual temperatura, prosperan y dan una de las lanas más finas. Las montañas de Santiago y de San José, especialmente, ofrecerían mayores perspectivas de éxito, pues sus pastos naturales están más cerca de los nuestros.

Los habitantes de las montañas de Bolivia se proveen hoy de caballos y de mulas en las provincias argentinas de Jujuy, Salta, Tucumán, etc., que se enriquecen así a sus expensas. Si en Chiquitos se ocupasen de esta rama de la industria, la república encontraría allí en el futuro, la economía de sumas inmensas que tales compras hacen salir todos los años. Ya dije que, como consecuencia de la firmeza del suelo de Chiquitos, los caballos y mulas que nacen allí resultan excelentes para las montañas, mientras que los de Santa Cruz y de Moxos no podrían ser llevados afuera porque sus pies no están hechos al suelo, rocalloso. De modo, pues, que si el gobierno de Bolivia estimulara la cría de caballos en Chiquitos, podría abastecer a su ejército y retener sus fondos[84]. En cuanto a las mulas, su empleo exclusivo para el transporte de mercaderías en la montaña les da doble valor que a los caballos; así, al criarlos se doblaría el producto en el mismo lapso, sin aumento de gastos ni de trabajos.

Aunque ya considerable, la recolección de cera daría más resultado, sobre todo si se mejora el modo de refinamiento, que supone hoy la pérdida de muchas materias primas.

El índigo ordinario, y principalmente la otra especie, el erimuni, silvestre en todos lados, proporcionarían una fabricación productiva sin casi ningún gasto, y el provecho sería tanto más importante cuanto que Bolivia recibe esta materia de Europa.

La vainilla, bastante común en estado silvestre al norte de Concepción, podría ser cultivada allí y se convertiría en una importante rama de la renta, sobre todo por su exportación a Europa.

Con el tamarindo se harían nuevas plantaciones, lo que daría de consuno en cada misión árboles de utilidad y de adorno.

El cacao, ya plantado en Guarayos, sería susceptible de extenderse a todas las regiones del norte y del noroeste de la provincia. Sus productos, admirables en esa zona, rivalizan con los de Moxos, que es uno de los mejores.

---

84 Mis reflexiones sobre estos problemas me llevaron, durante mi estadía en Chiquitos, a proponer al Presidente de la República que hiciese con la provincia de Moxos un trueque de sal por yeguas. Esta proposición fue favorablemente acogida; espero que unos cuantos millares de yeguas pueblen hoy las campañas de Chiquitos y consigan hacer tornar la abundancia. Me felicito ahora por haber obtenido esta gran mejora para los habitantes de la provincia.

El café se daría muy bien en las colinas, en donde el cultivo de los cereales no encuentra bastante tierra vegetal; de esta manera, se aprovecharían todas las laderas desérticas de los alrededores de San Javier y de Concepción, y se utilizarían y producirían abundantes cosechas.

La caña de azúcar crece con formidable vigor cerca de los parajes húmedos, tan numerosos en la provincia. Se la cultivaría con ventaja en los sitios en que no creciese el maíz. La fabricación de azúcar y de aguardiente recibiría entonces un nuevo impulso y los productos podrían ser enviados a Buenos Aires por el Río Paraguay. De ordinario, el maíz da en la provincia doscientos por uno; el arroz de cincuenta a cien. Se podría hacer un importante renglón de exportación a Buenos Aires.

En sus cimas recubiertas de tierra vegetal, las montañas de Santiago ofrecen puntos en donde podría cultivarse el trigo, la viña, la morera y los gusanos de seda; y así, esas montañas hoy desiertas y deshabitadas se poblarían con nuestra industria agrícola más productiva. En una palabra, la provincia de Chiquitos, por sus llanuras, sus montañas, sus tierras húmedas, sus tierras secas y sus pantanos, por la diferencia de temperatura de los diversos puntos, según su altura, admitiría a la vez todas las ramas de la agricultura, desde la de los países más cálidos hasta la de las regiones templadas. Muchas veces tuve ocasión de celebrar la riqueza de ese suelo todavía virgen, a pesar de la belleza de su vegetación natural, que hace de ella la comarca más hermosa del mundo.

Las maderas de construcción abundan en todas partes. Las más bellas maderas de vivos colores rojos, amarillos, violetas, rosados, etc., constituirían un excelente material de exportación a Europa para la ebanistería y el enchapado de muebles. También podrían ser explotadas una infinidad de maderas para tinturas. En esas inmensas selvas de palmeras de cucich, de motacús y de totaís, el aceite de coco daría un producto abundante, sin otro cuidado que el de recoger los frutos caídos en el suelo. Lo mismo ocurre con el ricino. Como ya se vio en las producciones naturales, se podrían utilizar también las plantas de tinturas, el caucho, el copahu, diferentes resinas como el copal, explotar la yerba del Paraguay, tan común en las cercanías de Concepción, y encontrar en el corazón de las selvas una cantidad de productos todavía ignorados.

Al enumerar los diversos renglones explotables en Chiquitos, se encuentra, además, que las márgenes de la salina de Santiago y San José podrían producir soda por la abundancia en que se hallan las plantas marítimas. El árbol llamado ajo, a causa de su olor, da una gran cantidad de potasa.

La sal misma, teniendo sobre todo en cuenta que carecen de ella las provincias de Moxos y de Santa Cruz, podría ser exportada a éstas ventajosamen-

te y daría pingües beneficios si se mejorasen los caminos y los medios de transporte, hoy todavía muy groseros.

Los gres de San José y de Santiago darían muy buena piedra de afilar. Las capas de esquistos de Santiago, que hoy sirven para fabricar excelentes piedras para navajas, podrían muy bien ser exportadas. Los alrededores de San José y de la cadena del Sunsas ofrecen buenas piedras de cal. Los gres de San José, de Santiago y de Santo Corazón y los cuarzos hialinos de Concepción suministrarían muy buenos materiales para una fábrica de vidrio y de cristales.

Los aledaños de Santa Ana ofrecen caolín de fácil explotación. El que se lo podría emplear en el establecimiento de una fábrica de porcelana.

Una de las fuentes más fecundas de la riqueza futura de la provincia la constituyen las minas de hierro hidratado, que forman todo el suelo de la misión de Santa Ana y de las llanuras de Concepción. El mineral, en granos grandes, fácil de extraer, permitiría fundar forjas catalanas, pues las selvas vecinas ofrecen todo el combustible necesario. De esta manera, la provincia podría abastecerse a sí misma y exportar al resto de la República el hierro y el acero que hoy hace traer de Europa.

Réstame citar otro renglón de explotación natural, que no deja de tener sus ventajas. Me refiero a las minas de oro: se lo extrae en algunas parcelas vecinas de San Javier, aunque he descubierto que los ríos Tucabaca, Santo Tomás y Tapanakich presentan mayores probabilidades de éxito. He cateado el oro en San Javier y en Santo Tomás, y no tengo ninguna duda sobre la existencia de este mineral también en los ríos Tucabaca y Tapanakich. La explotación consiste solamente en cavar y en lavar las arenas y los guijarros del lecho actual de los ríos, y, sobre todo, los de los antiguos aluviones de sus valles. En las mismas condiciones geológicas y con los mismos procedimientos es como se extrajeron tantas riquezas del Río Tipoani y de la torrentera de Potopoto, departamento de La Paz.

Pocos países podrían ofrecer más posibilidades industriales que la provincia de Chiquitos. Podrían ser utilizadas las fuentes termales de San José y de Santiago. Los arroyos de la Sierra de San José, de San Juan, del Sunsas y sobre todo los numerosos afluentes del Río San Rafael, en la sierra de Santiago, presentan diferencias de nivel que, por la fuerza motriz que suponen, permitirían el establecimiento de gran número de fábricas de diverso género. Por otra parte, la abundancia de árboles y la celeridad con que crecen suministrarían abundantes combustibles para máquinas de vapor de cualquier especie. Si aprovechando las actuales disposiciones de los indígenas se introdujesen en la provincia nuestras máquinas, para reemplazar los telares de los tejidos de algodón

y de punto, la industria manufacturera de Chiquitos podría abastecer ella sola las necesidades de la República entera.

Tal como están hoy las cosas, el comercio de Chiquitos se hace solamente con Santa Cruz de la Sierra; y aún los desbordes del Río Grande y la estación de las lluvias interrumpen esas relaciones de cuatro a seis meses por año. Para dar a la provincia toda la importancia de que es susceptible, sería menester que se aumentase su industria a todas las ramas de que hablé y que se abriesen comunicaciones fáciles con Moxos, con Santa Cruz, y sobre todo con Buenos Aires y con Europa, por los cursos del Amazonas y del Plata. Pasaré revista sucesivamente a los diferentes renglones del comercio especial que podría mantenerse con esos puntos distintos y a los caminos que podrían abrirse.

Como la producción de la provincia de Moxos es casi idéntica a la de Chiquitos, la única importación comercial importante que podría hacerse en aquélla es la de la sal, pero habría que preocuparse previamente de los medios de transporte desde San Javier hasta las salinas. Sería cosa de poca monta, pues el terreno es casi llano. Sólo haría falta una calzada para cruzar, con cualquier tiempo, los pantanos que separan San José de las mesetas de San Miguel. Una vez en San Javier, la sal se embarcaría en el Río San Miguel y llegaría así a Carmen, a Concepción, a Magdalena de Moxos, y pasaría de esas misiones a todas las otras por los numerosos ríos que riegan la comarca.

El comercio con Santa Cruz y las partes altas de la República de Bolivia consiste hoy en artículos de recepturías, es decir, en cera refinada, en tejidos de algodón, en índigo, en tamarindo, en vainilla, en cueros curtidos y en rosarios. Se ha visto por los cuadros que con un poco de industria tales productos podrían ser fácilmente centuplicados. Introduciéndose las mejoras agrícolas e industriales de que hablé, se podría también agregar, a las ventajas que aquéllas reportarían, el tráfico de caballos, de mulas, de cacao, de azúcar, arroz, seda, maderas de tintura, aceite de coco y de ricino, goma elástica, copahu, copal, yerba del Paraguay, porcelana, artículos de vidrio y de hierro, etc. pero para que ese tráfico fuese más provechoso habría que practicar un camino más cómodo, sobre todo a través de Monte Grande. Para que este camino fuese transitable todo el año, sólo habría que ensancharlo un poco y alzar el nivel de la calzada en los puntos anegadizos; estos lugares están a lo sumo a un metro debajo del nivel de los que permanecen secos todo el año. El trabajo personal de los indios tornaría sencilla esta mejora, que daría un impulso inmenso al comercio. En caso de que la construcción de puentes de madera a través de los ríos San Miguel y Grande ofreciese inconvenientes demasiado grandes, sería aconsejable también que se pusiese una balsa, en la cual los animales cargados

y las mercancías pudiesen pasar en cualquier tiempo sin temor a los siniestros que hoy son de temer, pues la naturaleza todavía opone todos sus obstáculos ordinarios a la industria del hombre, que aún no ha conseguido remediar nada.

La exportación de Chiquitos con Europa demandaría, por así decirlo, menos trabajo que la del interior de Bolivia. En efecto, bastaría mejorar los caminos existentes en la provincia, o hacer solamente algunas partes hacia un lado, al este, para llegar a los afluentes del Plata, o hacia el otro, al norte, para comunicarse con los tributarios del Amazonas. Por el momento, los productos exportables consistirían en cueros secos de vacunos, hoy sin ningún valor, y que se obtendrían a vil precio[85], aunque en cera refinada, en algodón, en índigo, en vainilla y en azúcar. Algunas mejoras agrícolas e industriales permitirían todavía exportar con gran utilidad a Europa la piel de los animales salvajes, tal la de los monos aulladores, negra y roja, que es magnífica; las pieles de jaguares, perezosos, zorros, pumas, etc.; cueros de tapires para guarnicionería, cueros de ciervos y de gamo para el calzado, y las hermosas plumas de las garzas. La vegetación, tanto la natural como la cultivada, daría sus magníficas maderas de ebanistería y de tinturas, aceites de coco y de ricino, goma elástica, bálsamo de copahu, resina copal, excelente cacao, café, arroz, seda, soda, potasa, etc. Algunos de estos mismos productos estarían ciertamente de más en Buenos Aires, y algunos otros, que no podrían exportarse a Europa, se colocarían fácilmente en esa misma ciudad, como la yerba mate, el hierro, el arroz, el maíz y los tejidos de algodón.

Actualmente el dinero no circula en la provincia de Chiquitos, de modo que los primeros negociantes que pudiesen llevar a ella las mercaderías europeas harían trueques ventajosos. A pesar de las dificultades de transporte que existen hoy, los comerciantes de Santa Cruz que poseen mercaderías de Europa[86] realizan ganancias enormes. ¿Cuáles no serían, pues, las que obtendrían los especuladores que remontasen directamente el Amazonas, el Plata o el Paraguay?

---

85 En Santa Cruz se los paga a cuatro reales o 2 francos y 50 céntimos; de manera que, suponiendo que el precio se doblase, se podrían tener por 5 francos cueros que en Buenos Aires valen ya 30. Sería, pues, el renglón más productivo del comercio.

86 Esas mercaderías doblan el Cabo de Hornos y son desembarcadas en Chile o en las costas de Perú y de Bolivia; de allí van por tierra, ya a La Paz, ya a Potosí, en donde los pacotilleros que venden al menudeo en Santa Cruz las compran, de tercera mano. Después de haber cruzado trescientas leguas de montañas, después de haberse elevado a menudo cinco veces su precio, quedan en manos de los mercaderes que anualmente explotan las provincias de Chiquitos y de Moxos.

Las mercaderías a importarse en Chiquitos son de fácil transporte y se fabrican todas en Europa. He aquí algunas: géneros azules y negros; indianas de algodón de vivos colores, como rojo, violeta y azul; pañuelos de algodón rojos, amarillos, azules, pero más especialmente con flores rojas; cintas de seda, de cinco a ocho centímetros de ancho, rayadas o floreadas; cintas angostas, como la "faveur", rojas, amarillas, verdes, siempre de colores vivos; botones de metal, bujerías de vidrio muy ordinarias para collares, chafalonías, como zarcillos, sortijas, pequeñas cruces de oro, doradas o de plata, para colgar del cuello de las mujeres, y medallas de cobre y de plata, con cruces e imágenes de la Virgen. Allí son buscados los objetos de quincallería, como las tijeras más comunes, cuchillos derechos con mango de madera, agujas de coser, principalmente de los números 0 y 1; hachas y utensilios de carpintería, limas, escofinas, etc.; cuadritos de santos, espejitos y muchos de esos objetos que se encuentran en París en los negocios de cinco a veinticinco céntimos.

Para regularizar el comercio de exportación de la provincia de Chiquitos con Europa, habría que hacer muy poco. Este se realizaría por los ríos de la Plata y Paraguay, de un lado, y del otro por los ríos Amazonas y Madeira.

Nada más sencillo que la navegación por los ríos Paraguay y la Plata. Dije ya que los ríos Santo Tomás, Tapanakis y, sobre todo, el Oxukis podrían servir para llegar hasta el Río Paraguay con barcos a vapor. En efecto, por esos ríos se hicieron las numerosas expediciones de los mamelucos de San Pablo que iban en busca de esclavos[87] y por ellos también surcaron aguas arriba, desde el Paraguay, los jesuitas cuando buscaban establecer comunicaciones fáciles con el centro de sus misiones. Por lo demás, si tales afluentes ofreciesen algunas dificultades, se podría establecer un puerto sobre el mismo Paraguay, no lejos de la desembocadura del Oxukis, 19º de latitud, en cuya orilla occidental, según lo afirma el padre Quiroga[88], existen unas colinas elevadas, continuación sin duda de la sierra de Sunsas. En cuanto a la navegación del Río Paraguay, el mismo autor, que lo ha recorrido desde su fuente, dice que el Jauru es navegable por grandes embarcaciones, cincuenta leguas más arriba de su desembocadura con el Paraguay, y desde ese punto hasta el Plata[89]. Para establecer esta navegación, bastaría, pues, con practicar un camino hasta los ríos que mencioné o hasta el Paraguay, vale decir, unas treinta leguas a lo sumo. Todos saben que los mayores buques a vapor no encontrarían luego ningún impedi-

87 Padre Fernández.

88 *Descripción del Paraguay*, Colección de documentos, T. II, pág. 4.

89 Idem, pág. 3.

mento para llegar hasta Buenos Aires. En tiempos de la Conquista, numerosos bergantines remontaron el Paraguay hasta Chiquitos[90]. Se sabe también que una de las mayores fragatas de guerra de los españoles fue construida en Asunción del Paraguay y que bricks y goletas hacen todos los días ese trayecto para comerciar con Paraguay y Corrientes. No habría, pues, otros inconvenientes que los que pusiesen los gobiernos ribereños, tales como Paraguay, Corrientes, Entre Ríos y, sobre todo, Buenos Aires.

En cuanto a la navegación del Amazonas hasta la provincia de Chiquitos a través de la de Moxos, me propongo tratarla a fondo cuando hable de esta última. Me limitaré a decir aquí que la provincia de Chiquitos puede ofrecer una navegación fácil para vapores por el Río San Miguel hasta cerca de la misión de San Javier, por el Río Blanco hasta escasa distancia del noroeste de Concepción y por los ríos Serré y Verde hasta el norte de San Ignacio.

Por un lado Chiquitos podría exportar a Europa por los ríos Paraguay y Plata, y por otro, por los ríos Madeira y Amazonas. Cuando se medita en las inmensas ventajas que obtendría el comercio de esas grandes vías de comunicación, aprovechando los variados productos del suelo más fértil del mundo, uno se asombra de que los gobiernos europeos, con el fin de servir a la humanidad y tratando de crearse una salida para su exceso de población, demasiado grande en comparación con la superficie que ocupa -y por consiguiente desdichada, no hayan establecido esa red de navegación interior cuyas ventajas son tan positivas. La navegación del Plata, del Amazonas y de todos sus afluentes sería sin duda una fuente inagotable de riqueza para Europa, la cual, uniéndose a Bolivia –dispuesta a sacrificarlo todo a este resultado–, querría intentar esta empresa grande y hermosa, tan digna de un siglo de progreso.

Nota suplementaria

Estaba ya impreso este capítulo, cuando recibí directamente del señor Manuel Luis de Oliden, de quien ya dije algunas palabras al respecto, la segunda edición española impresa en Buenos Aires en 1843, de la noticia escrita por el señor Mauricio Bach sobre la nueva provincia de Otukis y sobre la concesión de esta pequeña parte de la provincia de Chiquitos, acordada al señor de Oliden por la Cámara de representantes de Bolivia, a condición de que estableciese un puerto para la navegación del Río Paraguay. Me parece que

90 Núñez Cabeza de Vaca. *Comentarios*.

debo dar un extracto de estas informaciones que completan mi historia de Chiquitos.

Dije ya antes que en 1831 me había preocupado mucho de los medios de navegación de la provincia de Chiquitos por el Paraguay. Dije también que había hecho abrir un camino de Santo Corazón hasta la confluencia de los ríos Tucabaca y San Rafael y que en esta misma época había dirigido una nota al gobierno de Bolivia, señalándole las ventajas que se podrían lograr con esas nuevas comunicaciones comerciales. Aunque en la noticia impresa no se haya hecho mención de mis notas oficiales, lo cierto es que, al año siguiente, ellas lo sugirieron al señor de Oliden, que nunca había visto esta parte de la República, la idea de pedir al gobierno una concesión encaminada a obtener el derecho exclusivo para formar un puerto en la confluencia de los ríos Otukis y Tucabaca, de manera que se facilitase su navegación hasta el Río Paraguay. En su sesión del 5 de noviembre de 1832, la Cámara de Representantes admitió la solicitud y encargó al Poder Ejecutivo que ayudase al señor de Oliden en su proyecto y le acordase los privilegios que merecía su útil empresa[91]. Ante esta resolución, el gobierno dictó el 17 de noviembre de 1832 un decreto por el cual concede al señor de Oliden, desde el punto en que fije el puerto, y sobre las orillas del Río Otukis, veinticinco leguas de tierras en todas direcciones, para él y sus descendientes[92]; la propiedad de ese puerto durante cincuenta años; además, el derecho de transferir su propiedad como le plazca. Con la condición de que si en el término de cuatro años, a partir de la fecha del decreto, el puerto no estuviese formado y la navegación abierta, esas concesiones serían nulas. El 15 de abril de 1833 el ministro de Marina concedió al señor de Oliden una patente de navegación para un barco de veinticinco toneladas con el que debía bajar desde Chiquitos hasta el Paraguay[93].

Provisto de tales documentos, el señor de Oliden se dirigió a Chiquitos en 1833, y se estableció en Santiago para comenzar sus operaciones. A siete

---

91 La copia de todas esas piezas está impresa en la noticia del señor Bach, titulada *Descripción de la nueva provincia de Otuquis* * *en Bolivia*. Buenos Aires, 1843, in 4°, de 25 páginas, con un mapa.

* El nombre de este río como el de la nación aparece en d'Orbigny escrito indistintamente Otukis u *Oluquis*. N. del T.

92 Un radio de veinticinco leguas alrededor de un punto forma una figura redonda, y no un cuadrado como lo indican el plano que acompaña a la noticia y las demarcaciones fijadas por el acta de posesión. Por otros documentos sin duda se cambia el texto del decreto primitivo.

93 Como en ninguna parte de la noticia se habla de la navegación en el Río Oluquis desde Chiquitos hasta el Río Paraguay, es probable que este barco no haya sido construido.

leguas de distancia, en las antiguas ruinas de la misión, cerca de las riberas del Río Agua Caliente[94], fundó un caserío con el nombre de Florida. Se hizo construir una hermosa casa para él, mandó desmontar una vasta extensión y fijó allí su residencia. Abrió un camino hasta la Salina de Santiago[95] y otro hasta el paraje que había elegido como centro de sus posesiones, a dieciséis leguas al este de Florida, en las antiguas ruinas de Santo Corazón. Era allí donde tenía intenciones de fundar la ciudad y puerto de Oliden. Pero el señor Bach anuncia en su noticia que en 1842 la ciudad estaba todavía en proyecto. El señor de Oliden abrió otro camino, de 22 leguas, desde Oliden a la actual misión de Santo Corazón. Fundó además dos establecimientos rurales: uno en Sutos, a 15 leguas de Oliden sobre el camino de Santo Corazón, y otro, la Rinconada, en la cadena de Santiago.

El 18 de junio de 1836 el gobernador de Chiquitos dio al señor de Oliden su acta de posesión, fijando provisoriamente como límite una superficie cuadrada de cincuenta leguas de lado, comprendiendo las misiones de Santiago y Santo Corazón[96] y extendiéndose hasta el Río Paraguay. El señor Oliden dio a su posesión el nombre de provincia de *Otuquis*, asumió ese mismo día el título de gobernador y publicó un decreto por el cual, considerando que la mejor garantía que se pueda ofrecer a los colonos es la propiedad, concede de pleno derecho a los cien primeros, y con la condición de ocuparles dentro de dos años, los siguientes lotes: un terreno para construirse una casa en la ciudad de Oliden, otro en los afueras destinado a jardín, otro para chacra y el último para la cría de ganado[97].

Para tratar de interesar a una sociedad extranjera en la realización de sus proyectos, el señor de Oliden envió en 1837 al señor Mauricio Bach, secretario de la provincia de Otuquis, a Río de Janeiro; pero, al parecer, hasta este momento (1844), no se ha podido hacer nada y la provincia de Otuquis se encuentra más o menos en el mismo estado.

---

94 Nace este río a cinco leguas de Santiago, en las fuentes termales de que ya tuve ocasión de hablar.

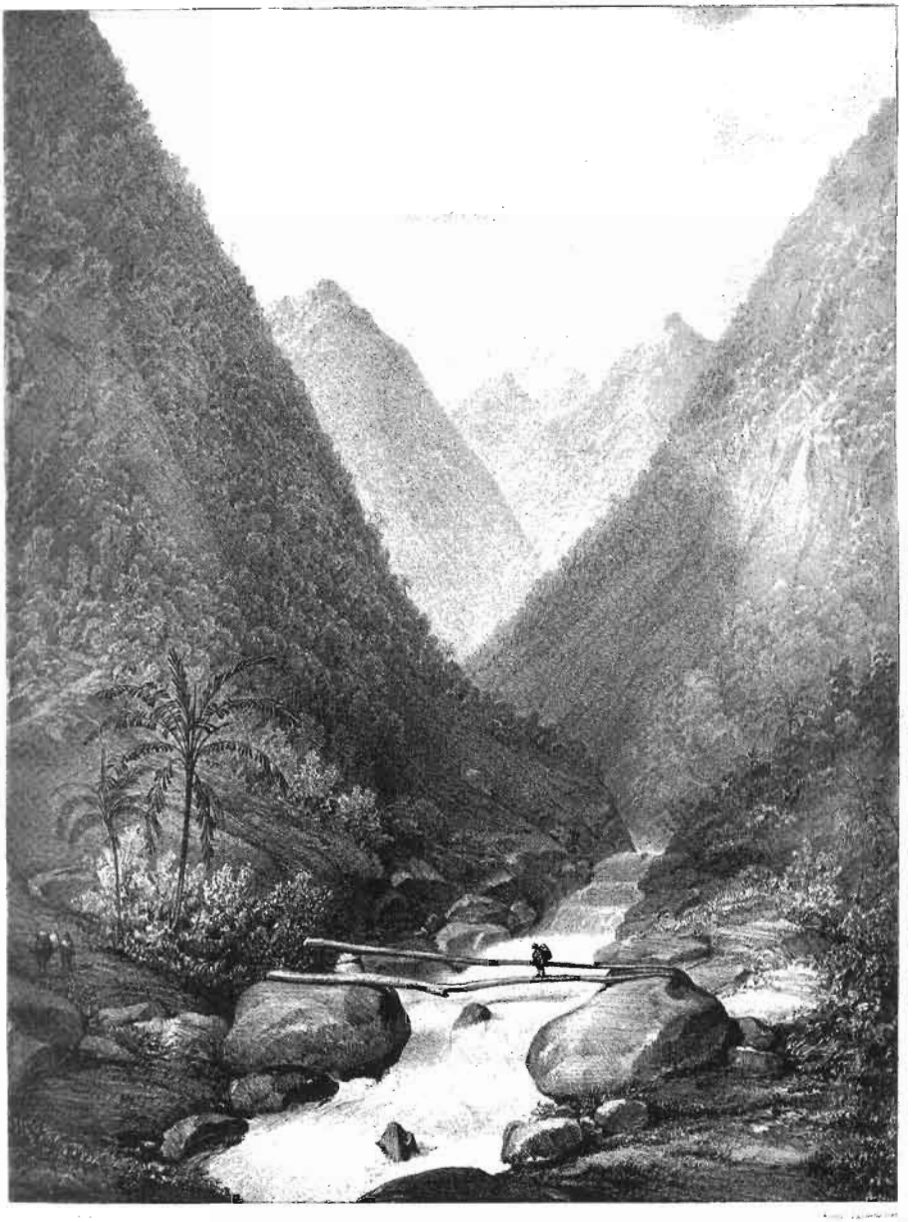
95 Esta salina, de la que ya dije algo, está explotada por los indios desde el dominio de los jesuitas.

96 El señor Bach nos informa que, aunque comprendidas en los límites de la concesión del señor de Oliden, dichas misiones están todavía bajo la dirección del gobernador de la provincia de Chiquitos.

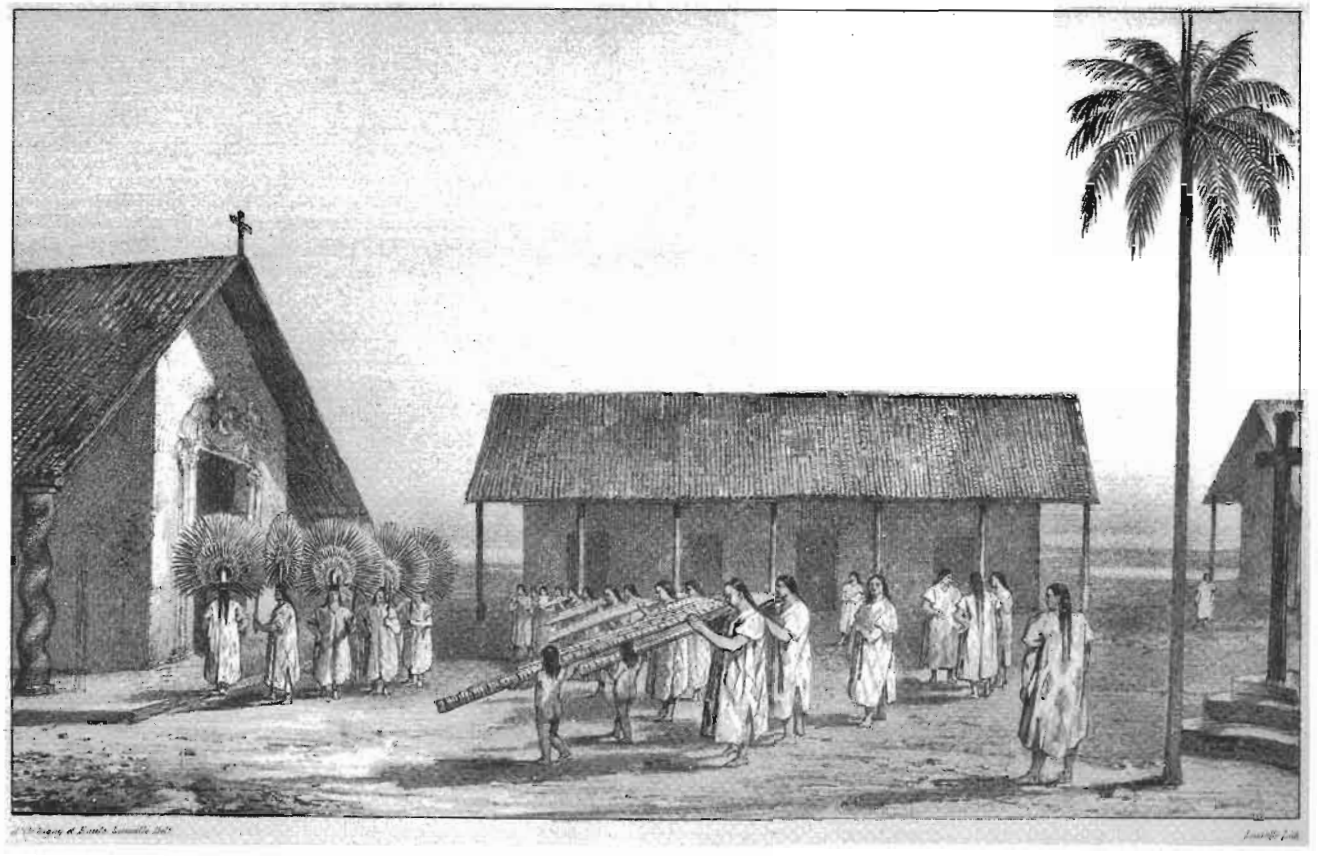
97 El primero de 25 varas de frente por 50 de fondo; el segundo, un cuadrado de 100 varas de lado; el tercero, de 1.500 varas de lado; y el cuarto, de una legua de frente por dos de fondo.

Si todavía no ha sido intentada la navegación descendente por el Otuquis, no por eso el señor de Oliden ha dejado de tratar de asegurarse por otros medios la posibilidad de esa navegación. En 1836 envió a su hijo, don José León de Oliden, a Cuyaba, en Brasil, en donde se embarcó en el Río Paraguay y lo navegó aguas abajo hasta Albuquerque y fuerte de Coimbra, que, aunque están sobre la orilla occidental del río, pertenecen a Brasil. Fue también hasta el fuerte de Borbón o de Olimpo, primera posesión paraguaya, en donde el comandante no quiso recibirlo. Al remontar el río, entró en el Otuquis (Río Negro), en donde navegó cuatro leguas, hasta que se encontró detenido por camalotes (Aguapé) que le impidieron seguir más adelante. Divisando desde lo alto de una montaña de Albuquerque el extremo de la cadena del Sunsas, el señor de Oliden quiso llegar por tierra a Oliden, pero después de haber andado diez leguas, y hasta la montaña de Yacadigo, a la que trepó, reconoció que se encontraba en la extremidad oriental de la sierra del Sunsas. Desde ese punto le pareció que el extremo de la sierra de Santiago, cerca de Oliden, estaría a unas doce o quince leguas. A pesar de esta corta distancia, la dificultad de abrirse un camino en medio de los bosques espinosos le obligó a volver sobre sus pasos. Volvió a Chiquitos por Villa María.

En su carta, fechada en Buenos Aires el 20 de diciembre de 1843, don Manuel Luis de Oliden me entera de que lo nombraron cónsul de Bolivia en Paraguay. Confío en que, dadas esas favorables circunstancias, el celo con que trató de establecer relaciones entre Chiquitos y Paraguay encontrará un nuevo apoyo, y que los siglos futuros le deberán la ejecución de un proyecto tan útil, cuya idea me felicito de haberla sugerido, así como de haber ordenado hacer los primeros trabajos.



Pasaje sobre el Río San Mateo, camino de Cochabamba a Moxos.



Música y danza religiosa en Moxos, Bolivia.

CAPÍTULO XXXIII

Viaje a la provincia de Moxos por el Río San Miguel. Estadía en las misiones de Baures e Itonamas de la provincia de Moxos. Fuerte del Principe de Beira y navegación por el Río Itenes o Guaporé

Viaje a la provincia de Moxos por el Río San Miguel

1832
Río de San Miguel
28 de enero

Navegué ocho días seguidos por el Río San Miguel, admirando la riqueza de esta naturaleza salvaje y marcando por medio de una brújula, y según el cálculo de nuestra marcha, las menores vueltas del río. Corría éste en medio de una espesa selva virgen, compuesta del más variado follaje; en las barrancas se mostraban los tallos empenachados de inmensos bambúes[1] que ofrecían un contraste con la hoja elegantemente recortada del lambaiba o con el verde oscuro de las palmeras motacús. Veía a menudo árboles inclinados sobre las aguas, cuyas ramas, cayendo perpendicularmente, habían echado raíces y formaban grutas naturales o las más graciosas glorietas. A cada paso divisaba nidos de pájaros en la copa de los árboles, unos construidos con tierra[2], otros semejantes a bolsas suspendidas, como los de los caciques, de los que en todas partes pululaban colonias enteras. Otros pájaros revoloteaban en bandadas delante de las piraguas y parecían reprocharnos que viniésemos a turbar su tranquilidad habitual. Me detuve la primera noche en un campo que pertenecía a guarayos salvajes y me instalé debajo de un techo de hojas de palme-

1 D'orbigny vuelve a hablar aquí de "bambú", pero siendo ésta una caña originaria del Asia, es evidente que debe tratarse de nuestra tacuara. (N. del T.)

2 Es una especie del género *Furnarius*.

ras. En cuanto el sol desapareció debajo del horizonte, me vi rodeado por miles de grillitos, salidos del techo. Ya en Trinidad de Guarayos esos insectos me habían destrozado muchas ropas de lana, pero entonces se presentaron en número tan grande que pasé toda la noche defendiéndome de ellos; a la mañana siguiente, sólo encontré la mitad de mi sombrero de fieltro. Esos pequeños grillos, de color negro, permanecen en los techos, y así como las langostas de las provincias de Paraguay y de Corrientes devastan los campos, aquéllos roen en las casas todo lo que es de lana. Hasta entonces, me había merecido poca fe el relato hecho por Domingo Irala a Núñez Cabeza de Vaca, cuando, describiendo el país de los chiquitos, descubierto por él en 1542[3], habla de las precauciones que adoptan los indígenas para preservar sus ropas de esos insectos; pero esta noche cruel me hizo reconocer a mis expensas la exactitud de la narración.

La mañana es un instante delicioso en la zona tórrida. Cuando con los primeros rayos del sol se desvanece la espesa bruma que cubre con un velo la naturaleza, se goza dichosamente de la frescura de la atmósfera, se respira con voluptuosidad el perfume que exhalan doquiera las flores nuevamente abiertas o las hojas que se desarrollan bajo la doble influencia del calor y de la humedad. Los pájaros cantan entonces la vuelta del día, cortejando a esas flores cuya diversidad de matices ofrece los más brillantes contrastes. Aquí matas del púrpura más vivo o del más puro oro; allí las acacias con olor a vainilla o la púdica sensitiva de los penachitos rosados. Todo habrían sido mieles para el viajero de un día. Muchas veces había contemplado las bellezas de la naturaleza virgen y siempre le encontraba los mismos encantos. Pero en mitad de la jornada, en el fondo de ese río bordeado por las altas murallas que forman los árboles seculares, ninguna brisa tempera al calor sofocante. El viajero lamenta entonces la mañana que pasó y espera impacientemente el fresco de la tarde.

El campo es completamente llano, uniforme, está cubierto por una capa negruzca, la mejor para la agricultura, y sin embargo permanece inculto hasta ahora. Al segundo día encontré en la orilla derecha del río una colina de arenisca antigua, y volvió a aparecer la llanura arbolada; al cuarto, la orilla izquierda me ofreció una huella humana, quise detenerme allí. Bajé a tierra, y, siguiendo una vereda en la selva, encontré a cosa de una legua la casa de un guarayo salvaje. A mi llegada,

31 de enero

3 Barcia, *Historiadores primitivos de Indias*, T. 1; comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, cap. XXXIX, pág. 30.

los habitantes huyeron, pero como les hablé en su lengua (en guaraní), se tranquilizaron y me ofrecieron cuanto poseían. Me enteré por ellos que a menudo los saqueaban los moxos, y tuve que tomar mis medidas para que no me abandonasen los remeros de mis piraguas. Confundido por los regalos del guarayo, lo invité a venir hasta el río para recibir los míos. Cogió entonces su arco y su flecha, y su mujer, aunque cargada con dos hijos gemelos, debió todavía llevar una parte de las provisiones. Una muchacha de doce años, de cara deliciosa, tomó lo demás. Nunca había inspirado yo tanta curiosidad. Los tres personajes con los cuales me encaminé no cesaban de contemplarme con una atención muy particular; quizás veían por primera vez a un blanco. Desde mi partida de Trinidad había reconocido varias veces las huellas de los guarayos, pero me enteré que estaba en los confines de los parajes habitados por esta nación.

1 de febrero

El río es muy encajonado en todas partes; su curso estrecho pero profundo no ofrecería en ningún tiempo dificultades para la navegación de barcos de gran tamaño o para vapores. Sus orillas, al principio cubiertas con bambúes cerca de Trinidad, se iban embelleciendo poco a poco con árboles variados que, al quinto día, al acercarnos a la confluencia con el Río Huacari, habían en cierta manera desaparecido. El Río Huacari, conocido por los habitantes de Moxos con el nombre de Río Negro (por el color de sus aguas), tiene su fuente en un gran lago situado entre Ascensión y Trinidad de Guarayos, y sigue paralelamente a algunas leguas de distancia el curso del Río San Miguel. En un trayecto de más o menos un grado y medio recibe del este las aguas de un gran número de arroyuelos. Los dos ríos reunidos tienen la anchura aproximada del Yonne en Auxerre, pero son mucho más hondos.

El viajero que se mete en un paraje, por así decirlo, virgen, experimenta gozos desconocidos para los que nunca salieron de los lugares poblados. Los animales de la selva, desconociendo los peligros a los que los expone la vecindad del hombre, no muestran ningún temor; es así cómo he visto a bandadas de monos observarme con curiosidad en vez de huir. En efecto, lejos de los lugares frecuentados por los guarayos en sus cacerías anuales, los mamíferos abundan de una manera increíble. Eran una piara de pécaris -jabalíes de esas comarcas-, un ciervo de veloz carrera, numerosos agutís y enormes tapires. En la copa de los árboles se veían frecuentemente alborozadas reuniones de diversas especies de caiguazús y de titís[4] o si no también de aluates, con toda razón

4 Entre otros el *Callithiix entomophagus*, d'Orbigny.

llamados monos aulladores, y ateles, monos de cuatro dedos, cuyo negro color y sus maneras grotescas hacen de ellos verdaderos demonios. Las aves no eran allí menos numerosas, y en las selvas resonaban mañana y tarde los agudos chillidos de las penélopes y los hoccos –los faisanes de América–; las barrancas del río estaban casi siempre cubiertas de bandadas de estas últimas, de garzas reales, de garzones azules y de reuniones trashumantes de la blanca garzota.

Desgraciadamente, pude aprovechar muy poco esas riquezas zoológicas, pues las lluvias casi continuas y un calor húmedo de los más fuertes no me permitieron conservar los animales preparados.

Pude realizar con bastante comodidad los viajes por esos ríos. Las piraguas que lo llevan a uno, hechas con un solo tronco ahuecado, tienen por lo general de nueve a doce metros de largo, por uno o dos de ancho. Muy bajas en el medio, un poco levantadas solamente en los extremos, una vez que están cargadas sobresalen apenas un decímetro de la superficie, de suerte que el menor tronco oculto debajo de éstas hace entrar el agua con violencia. En las piraguas de tamaño regular se colocan por lo común dos pasajeros y cuatro baúles. Los pasajeros se sitúan debajo de una pequeña cabaña cubierta de cuero, en la que apenas se pueden mantener sentados. El número de remeros varía de acuerdo con la longitud del bote. Para gobernarla, van a popa dos indios de pie: uno, que es el capitán de la canoa o piragua, y su segundo; a proa, van también dos indios, sentados, encargados de advertir los obstáculos o de tratar de evitarlos; entre los equipajes, sentados de a pares, van los remeros. Todos están armados de largas canaletes de madera y reinan el día entero sin detenerse jamás. Los indios comienzan el día bañándose; parten con la aurora y andan hasta las ocho. Se detienen para desayunar y luego, antes de proseguir el camino, se dan otro baño. Reman hasta mediodía, bajan a tierra una hora para comer, y bogan hasta la noche. Cuando viaja algún personaje importante, los administradores envían una piraguacocina cargada de víveres, a cuyo bordo preparan las comidas mientras navegan, con lo que se gana mucho tiempo. Fue así cómo viajé siempre en la provincia de Moxos. Al ocaso, en cuanto desembarcábamos, los indios marchaban al bosque para cortar horquetas de árboles y cañas o juncos. En un santiamén me construían un lecho, sobre el cual extendía mi colchoneta y mi mosquitero. Durante ese trayecto, los indios baures tuvieron para mí toda clase de atenciones. Si durante los días claros el calor era sofocante, por las noches elevábanse del río vapores espesos, y por las mañanas amanecía yo tan mojado por el rocío como por la lluvia más fuerte.

A medida que avanzaba, la selva de las márgenes del San Miguel se tornaba menos amplia y los bordes del río disminuían de altura. Varias veces quise abrirme paso a través de los bosques de ambas orillas, y al principio encontraba una profundidad boscosa de seis a ocho kilómetros, luego cuatro, y al octavo día, reducida a una orla, la selva indicaba nuestra proximidad de Moxos; finalmente, los árboles cesaron de pronto en la mar en derecha, reemplazados por una llanura inundada. Me anunciaron los indios que estábamos en el puerto. El Río San Miguel, que mas tarde habría de volver a ver, forma más abajo la laguna de Itonama, pasa a la misión de Santa Magdalena y se convierte en uno de los afluentes del Guaporé o Itenes. Con este viaje, pues, había trazado mi largo surco en medio de un espacio dejado en blanco en nuestros mapas y reconocido que el Río San Miguel no es un tributario del Mamoré. A mis búsquedas anteriores, agregaba este nuevo resultado geográfico, al estudiar una zona del continente americano hasta entonces desconocida.

Dejé el Río San Miguel para marchar por tierra al Carmen, situado a siete leguas al este, sobre el Río Blanco. Siendo imposible hacer el viaje a pie, tuve que hacer en piragua una legua de llanura inundada, hasta un bosque que tenía a la vista. No siempre había suficiente agua para navegar: entonces los indios se bajaban y arrastraban la canoa. Hacia las cuatro de la tarde, después de haber sufrido mucho con el sol, me encontré en medio de la selva, desde donde mandé dos indios al Carmen para pedir caballos, y mientras esperaba tuve que soportar las picaduras venenosas de nubes de mosquitos que abundan en esos parajes.

Carecía de víveres, pues la humedad me había abombado la carne seca de que iba provisto; por eso, al oír los mugidos lejanos de los toros interrogué a mi intérprete, que me dijo que todos los alrededores están llenos de animales salvajes, cuyo número acostumbraban a calcularlo en unos diez mil. Me fui, pues, a cazarlos en compañía de mis ayudantes y de los indios. Perseguido por uno de esos animales furiosos, tuve la fortuna de herirlo de muerte de un balazo justamente cuando corría inminente riesgo de ser su víctima. Cuando esos toros han llegado a los cuatro años, abandonan la compañía de las vacas y viven todos juntos una parte del año, no juntándose con las tropas de hembras y de becerros sino en la época del celo, que es periódica en aquellos lugares. Como naturalista, veía con placer a esos animales perder sus costumbres domésticas y recobrar las de su estado primitivo. Las reses que han vuelto a su estado salvaje son todavía muy numerosas en la provincia de Moxos. Desde el país de los guarayos hasta cerca del Carmen y de Trinidad de Moxos, lo mismo que en los alrededores de Reyes, existe una gran cantidad, que a veces se cazan

sólo para quitarles la piel. Para los pueblos europeos habría allí una abundante fuente de riqueza.

Por la noche, los rugidos de un jaguar dieron la alarma a mi gente, pero la fiera no se atrevió a acercarse, contentándose con unirse a los mosquitos para impedirnos que gustáramos del reposo. A la mañana siguiente, recorrí todos los alrededores; pero la inundación de todo el campo me obligó a no abandonar los límites del bosque. Los caballos me llegaron al mediodía. Al mismo tiempo, el administrador me mandaba bueyes para arrastrar las piraguas con su carga hasta el Carmen. Mientras los indios cargaban los bultos, monté a caballo, acompañado por un guía. Cuando dejé el bosque, entré en un pantano de unos doce kilómetros de ancho, en el que el agua le llegaba muchas veces hasta la barriga a los caballos. Nunca he visto tantas aves juntas. En los sitios menos profundos veía garzas reales, garzotas, jabirús, y allí y en todas partes, patos en tal cantidad que cuando volaban parecían una nube inmensa. Más allá del pantano encontré el Río San Francisco, que crucé en piragua. En un terreno menos inundado atravesé un hermoso bosque, más allá del cual existe una dehesa de caballos que cuenta con más de 3.000 yeguas. Desde allí hasta el Carmen la campaña se mostró sin interrupción, ora inundada, ora cubierta de bosques o de palmeras carondai. La provincia de Moxos no conoce términos medios: parece que en tiempo de sequía no se encuentra agua más que en los ríos, en tanto que durante los seis meses de lluvia todo está inundado, de suerte que se puede ir a cualquier parte en piragua, sin preocuparse de las cumbres que dividen las aguas de los ríos.

4 de febrero

Estadía en las misiones de Baures e Itonamas de la provincia de Moxos

Misión del Carmen de Moxos

Bastante cansado de trotar en el agua o en el fango, llegué finalmente al Carmen, en donde el cura, que desempeñaba también las veces de administrador, me recibió perfectamente. Me instalé en una habitación, en la que al comienzo me sofocó un insoportable tufo a almizcle. Producen este olor millares de murciélagos[5] que durante el día se quedan debajo de las tejas del techo. Felizmente, no pertenecen a la serie voraz de los vampiros, que

1832
Carmen de Moxos

5 Principalmente el *Nocifflo affinis*, d'Orbigny.

tantas veces había tenido que sufrir en Chiquitos. Quise cambiar de alojamiento, pero nada habría ganado con ello, pues toda la misión está llena de estos animales, que, por lo demás, prestan inestimables servicios a los habitantes al disminuir la cantidad de mosquitos. Por la noche, millares de murciélagos salieron en efecto de debajo de los techos, y nubes de estos animales recorrieron el campo sin impedir, empero, que las casas se llenasen de mosquitos[6].

La aldea de Nuestra Señora del Carmen de Baures no es, como las demás misiones de la provincia de Moxos, obra de los jesuitas. Fue edificada en 1794 por orden del gobernador Zamora. Habiéndose, enterado de que existían cerca de las fuentes del Río Blanco alguno indios salvajes, el administrador de Concepción de Baures mandó buscarlos con un gran número de piraguas tripuladas por baures[7]. Pertenecían a la nación Quitemoca[8], ya en parte reducida por los jesuitas en Concepción de Chiquitos, y fueron obligados a acudir, en número de doscientos. Con ellos se formó una aldea a doce leguas al sur de la misión actual, mezclándolos a trescientos indios baures tomados de la misión de Concepción de Moxos; pero como la misión estaba emplazada en un sitio muy malsano, en 1801 se la mudó al que hoy ocupa, es decir, a poca distancia del Río Blanco, sobre una ligera colina rodeada de esteros.

La aldea no tiene ningún edificio. La iglesia es sencilla. Las casas del Estado, cubiertas de tejas, son siempre provisorias; las de los indios, con techos de paja, están en mal estado. El más bello ornato de la misión consiste en cuatro palmeras totaís que rodean a la cruz en medio de la plaza. En cuanto a los alrededores, éstos son espantosos, si se exceptúan las márgenes del Río Blanco, a las que se llega por un dique levantado hace sólo unos pocos años. Ahí están situados los campos de cacao y de cultivos pertenecientes a la aldea. La industria está menos adelantada en Carmen que en cualquier otro lugar: se tejen unos paños burdos y se cosecha cacao. En 1801 la población era de 514 almas; hoy cuenta con 897, pertenecientes a las dos naciones quitemocas y baures. De estos últimos, la tribu de los muchojeones habla un dialecto un tanto diferente del de los baures, que a su vez no son más que una tribu de la gran nación de los moxos. Sus habitantes son de una extremada bondad. Baste para prueba la paciencia con que soportaron durante largos años la infame

6 Por la noche, millares de murciélagos salieron en efecto de debajo de los techos, y nubes de estos animales recorrieron el campo sin impedir, empero, que las casas se llenasen de mosquitos.

7 Estos datos son oficiales y los he tomado de las mismas actas en los archivos de la misión.

8 Estos indios, llamados chapacuras por los administradores, pertenecen por su lengua, como he podido comprobarlo, a la misma nación que los quitemocas.

conducta de sus administradores y de su cura, quienes, habiéndose repartido la misión como un harén común, se hacían traer sucesivamente a todas las indiecitas, en cuanto habían llegado a la edad de ocho o diez años, bajo pena de cincuenta azotes. No reproduciré ni el número de víctimas de esos monstruos ni otros horrendos detalles que supe de labios mismos de los intérpretes; hacen estremecer a la humanidad. El cura había muerto hacía un año, execrado por todos los indios, y habían destituido al administrador en cuanto se conoció su conducta.

Permanecí en Carmen cinco días, que empleé para estudiar y en hacer investigaciones. El domingo, después de misa, todas las indias de la misión vinieron a visitarme. Lo mismo que en Chiquitos, cada una me traía un presente: pollos, patos, vainilla, cacao, pieles de mono y, en fin, todo aquello que les parecía que podía llamar mi atención. Yo también les hice regalos; pero como la fama había exagerado considerablemente mi largueza, la aldea entera vino a asaltarme, y por la tarde me vi obligado a requerir un fiscal para deshacerme de los importunos. En mis paseos por los alrededores de Carmen, descubrí en las márgenes del Río Blanco una nueva especie de palmera, provista de largas espinas blancas[9]. Comprobé que los campos de cacao, de magnífica pujanza, no podían estar peor cuidados. Apenas si una vez por año les carpen las malas hierbas.

10 de febrero

El 10 de febrero salí de Carmen para dirigirme a la misión de Concepción de Baures, distante dos jornadas por el Río Blanco. El cura había hecho adornar con flores mis piraguas y me había dado un tambor para anunciar que yo era un gran personaje. Me despedí de él y comencé a bogar. En este lugar el Río Blanco es muy profundo y muy encajonado, y es bastante más ancho que el San Miguel, pues debe tener quizás unos ciento cincuenta metros. Presenta el mismo aspecto que el Río San Miguel, sólo que es mucho más tortuoso y recibe a cada paso pequeños afluentes de los pantanos vecinos. Las orillas están agradablemente adornadas con palmeras, a las que se mezclan muchos otros árboles; nunca he visto tanta caza como allí, lo que se explica porque a los indios de Moxos se les prohibe usar armas y, por consiguiente, cazar[10]. Los grandes monos, sobre todo los áteles, se mostraban a cada momento y me divertían con sus cabriolas. Vi

9 Es el *Bactris Brongniartii*.

10 Esta medida fue tomada por los gobernadores españoles en ocasión de las riñas que tuvieron por escenario San Pedro, bajo el gobierno de Velasco. Véase más lejos las generalidades sobre la provincia de Moxos.

también muchos delfines, de la especie singular que vive todo el año en los ríos y son de color rosado o manchado. Era para mí una novedad encontrar a esos animales a más de ochocientas leguas de mar, cuando las especies conocidas no salen del océano, o remontan a lo sumo algunas leguas de la desembocadura de los ríos. A este animal, muy común en Moxos, los españoles lo llaman *Bufeo*[11]. Me detuve a mitad del camino para pasar la noche y pude matar algunos monos nocturnos, que venían a caer sobre mi cabeza desde la copa de los árboles.

Por su gran número de pequeños afluentes, el Río Blanco se ensancha cada vez más; en todas partes, y hasta muy arriba de Carmen, ofrecería una navegación cómoda para vapores de gran tamaño. Cuando

11 de febrero

la estación de las lluvias está muy adelantada, para ganar camino se toma un arroyo llamado Oquire, sobre la margen derecha, entre Carmen y Concepción. Por este arroyo, que evita las curvas del río, se llega a un estero que conduce en línea recta por la llanura hasta Concepción. A las cinco de la tarde el tambor anunció la proximidad del puerto, en donde encontré al alférez de la misión con los caballos. Confié mi equipaje a la vigilancia de este juez y, siguiendo una hermosa calzada de una legua, construida por los jesuitas para cruzar un pantano, salvé la distancia, precedido por un indio a caballo, que galopaba tocando la caja para anunciar mi llegada.

Misión de la Purísima Concepción de Baures

Al entrar en la misión, me sorprendió un aire de esplendor que nunca había encontrado, ni siquiera en las más lindas de la provincia de Chiquitos. La extensión, la distribución de las casas y sobre todo la plaza, en la que se elevaban una magnífica iglesia y un colegio que formaban un cuadrado de un piso, me dieron ocasión para admirar una vez más los trabajos extraordinarios de los jesuitas en esas regiones. El administrador y el cura vinieron a recibirme, me dieron cómodos departamentos y, después de atender la visita de los jefes indígenas, pude continuar libremente mi papel de observador.

A la mañana siguiente era domingo, y se festejaba, además, la paz con Perú. La aproveché para estudiar a la población, compuesta entonces de 2.721 almas, pertenecientes a la sola nación de Baures o Bauros.

12 de febrero

De talla mediana, los indios son de un porte desenvuelto y de rasgos bastante regulares.

---

11 Es la especie que he llamado *Inia boliviensis*.

Como en Chiquitos, las mujeres visten el tipoi, que es aquí de un tejido más fino, sin adornos; algunas lo llevaban ridículamente pintado de negro. En la iglesia todas dejan sus cabellos sueltos, muy untados con aceite de coco para tornarlos lacios. Este cuidado de la "toilette" exhala un fuerte olor al que es necesario habituarse. En cuanto a los indios, usan para todos los días una camisa sin mangas, hecha con corteza de *ficus* o de una especie de morera, sobre la cual pintan cuadrados regulares en colores. El domingo se revisten con el mismo tipoi tejido que las mujeres y dejan sueltos sus cabellos, lo mismo que ellas, de suerte que es muy difícil distinguirlos, pues son todos lampiños.

Dijeron una misa mayor italiana, que no me pareció tan bien cantada como en Chiquitos, en tanto que, por el contrario, me sorprendió la música instrumental, plena de armonía, en la que admiré sobre todo los bajos formados por un instrumento propio de los indígenas, especie de flauta de Pan de uno a dos metros de largo, construida con hojas de palmeras unidas unas con otras, de manera que forman trece tubos de longitud y diámetro diferentes, de los cuales nueve están en una línea para las notas y cuatro en otra para los semitonos[12]. Los indios no sostienen al instrumento verticalmente como la flauta de Pan ordinaria, sino que lo colocan horizontalmente y producen los sonidos apretando los labios como para las trompetas; pero como al músico le sería muy difícil sostenerla, un niño les tiene siempre el extremo. Las notas bajas que sacan del instrumento son realmente de una extraordinaria belleza, y yo no me cansaba de oírlas.

Después de la misa, los indios, adornados con una especie de aureola de plumas, y llevando cascabeles en las pantorrillas y un gran sable de madera en la mano, comenzaron al son del tambor una especie de danza religiosa y guerrera muy monótona, después de la cual otros sesenta indios, todos provistos de flautas de Pan de distintos tonos desde las notas más agudas hasta las más graves, y acompañados de flautas y tambores, salieron de la casa de un juez, se colocaron en dos filas y se pusieron a ejecutar una música singular, mientras marchaban a compás, con paso tardo y de costado. Cada uno de los músicos no producía más que un número muy limitado de notas, y, su embargo, el conjunto de esos acordes completamente salvajes tenía a veces mucha armonía. Esta comparsa se detuvo en las cuatro esquinas de la plaza para orar en las

12 Traje esos instrumentos a Francia, pero estaban tan deteriorados que ya no puede sacarse ningún sonido de ellos.

pequeñas capillas. Por la noche hubo un baile en el que indios e indias ejecutaron unas contradanzas españolas. Las mujeres llevaban sus tipois de indiana atados a la cintura con un pañuelo de colores. No bailaron, empero, ningún baile nacional que pudiese interesarme.

Retenido en Concepción por lluvias torrenciales e ininterrumpidas traté de sacar provecho de mi estadía forzosa. Revisé los archivos, levanté el plano de la misión, recorrí los alrededores mientras me fue posible y recogí muchos datos del cura, del administrador y de los intérpretes, a quienes hacía venir todos los días a este efecto. Encontré una gramática baure escrita por los jesuitas; hice sacar una copia y yo mismo recogí un corto vocabulario de la lengua de esos indígenas.

Visité con sumo placer los campos de cultivo de la misión. Las plantaciones de cacao son realmente admirables por el vigor de su vegetación. Las plantas exhibían en ese momento los frutos maduros en sus troncos en las ramas gruesas, pero nunca en su extremo. Alrededor de la almendras, este fruto encierra una pulpa agridulce que encontré agradable. Admiré los magníficos campos de algodón, de maíz, de arroz, de yuca, etc., y también me alejé del centro para ver los campos de los indios. En uno de esos paseos cerca de la misión, entré en mi pequeño curso de agua llamado Río Negro, cuyo cauce remonté en piragua; mis fatigas se vieron ampliamente compensadas, pues descubrí una nueva especie de palmera, cuyas hojas, terminadas por especies de ganchos se agarran a la rama de las zarzas y le permiten a la planta sostenerse así. La dibujé cuidadosamente[13]. En otro paraje me hallé en medio de colonias de hoacines, singulares aves que participan a la vez de los faisanes y de las aves ribereñas. Habían hecho sus nidos con pajitas en los zarzales, sobre las aguas, y pude recoger a la vez al ave y a los huevos. A mi llegada, lanzaron grandes chillidos y me persiguieron largo rato.

Como en Moxos abundan las reses, cada dos sábados se hace una distribución a los indios. En Carmen mataban quince bueyes; en Concepción veintiocho, en relación con sus habitantes. Fui testigo de esta distribución instituida por los jesuitas. Los pastores trajeron a las reses, las mataron y cortaron la carne en tantos trozos como familias había. Colocaron a esas porciones en hilera sobre los cueros extendidos en el suelo, y el cacique de un lado, y el alférez del otro, ordenaron a los intérpretes que llamasen a todas las mujeres casadas por sección, cada una de las cuales vino por turno a recoger su ración, usando en medio de una doble fila de fiscales armados de látigos que hacían de policía.

13 Es la *Desmoncus rudentum*.

Después de las casadas llegaron las viudas, luego las solteras y los niños; pero como para estos últimos no había bastantes porciones, pusieron sobre los cueros las patas, las vísceras y las tripas de las reses, de todo lo cual se apoderaron. No pude menos que admirar el orden riguroso que presidía la operación.

He tenido ocasión a veces de hablar de la desfachatez y de la familiaridad de los uribús, parásitos del hombre civilizado y del salvaje. En esta circunstancia me divertí de veras viendo a esas aves acudir con una audacia increíble como para participar en la repartija[14]. Uno de ellos, fácil de reconocer porque cojeaba, mostraba más audacia que los demás. En cuanto apareció, los indios lanzaron exclamaciones de júbilo porque se divertían con él y no le hacían ningún mal. Desde hacía diez años, esta ave no había faltado a ninguna repartija. Llegaba a robar la carne hasta de las cestas de los indios.

Matan veintiocho bueyes cada quince días para la distribución general. Se dobla la ración en la fiesta de la misión, y los administradores del colegio tienen carne fresca cada dos días. Esta cifra, unida a la de los gastos extraordinarios para el aprovisionamiento de las piraguas cuando viajan personajes, representan un total anual de cerca de novecientas cabezas de ganado.

Otro día fui testigo de la entrega por las indias del hilo que habían hilado para el Estado. A la puerta de la entrada del colegio se colocó el cacique con balanzas destinadas a verificar si cada madeja de hilo tenía el peso exigido. Cada india la depositaba al entrar, y cuando pasaron todas, fueron a situarse bajo los corredores para hacer un ovillo con su hilo. En número de quinientos, más o menos, fueron presentándose luego al llamado por lista, y mostraban el hilo, que se pesaba de nuevo y cuya fineza se verificaba, con el objeto de castigar a latigazos a las obreras que lo presentaban demasiado grueso. A cambio de su ovillo, cada obrera recibió un pedazo de jabón fabricado en la misión. Cuando se trató de castigar a todas aquellas que habían sido halladas culpables, logré obtener a fuerza de súplicas al administrador que las perdonasen por esta vez. En Chiquitos no se castiga más a las mujeres desde el gobierno de don Marcelino de la Peña; pero en Moxos la rapacidad de los administradores y de los curas perpetúa y aun multiplica los castigos.

A la mañana siguiente se hizo una nueva distribución de algodón. Los jefes pesaron el algodón en copos y formaron con ellos montoncitos de veinte onzas, colocados en fila sobre un mantel. Llamadas sucesivamente por su nombre, las mujeres vinieron a recibirlo por tribus, debiendo cada una de ellas presentar en su lugar quince días más tarde cuatro onzas de hilo.

---

14 Estaban entre las indias y, a menudo, peleaban con ellas por un pedazo de carne.

Creía que encontraría a los pobres indios más libres en Moxos que en Chiquitos, pero me equivoqué. En Moxos no tienen un solo día para sí, excepto los domingos y días de fiesta, que están enteramente consagrados a los actos religiosos. Todo el resto del año se los supone ocupados por el bien del Estado, cuando lo que ocurre es que son explotados por sus administradores y sus curas, los cuales no les dejan un solo momento de descanso. Para las mujeres se tienen menos miramientos que para los hombres, lo que perjudica mucho el crecimiento de la población. Nunca he visto bajo un gobierno libre más esclavitud y despotismo. Conviene decir que antes de mi viaje los jefes de Estado ignoraban completamente lo que pasaba en esas provincias apartadas del centro y consideradas en cierta manera como una posesión de los habitantes de Santa Cruz, fuertemente interesados en ocultar la esclavitud de los indígenas.

En las misiones de Moxos los indios pasan mucho más tiempo en la iglesia que en Chiquitos. Los jóvenes van por la mañana y por la tarde para aprender el catecismo, y a las ocho de la noche se reza en común. El sábado, siguiendo una costumbre implantada por los jesuitas, se hace en honor de la Virgen una procesión alrededor de la plaza, con indios ataviados con plumas que danzan delante de la columna. Su aire grave contrasta de manera chistosa con lo grotesco de su indumentaria[15].

La misión de la Purísima Concepción de Baures fue fundada hacia 1700[16] por los jesuitas, con indios de la nación Baure, que eran entonces, junto con los moxos, los indígenas más industriosos de esas comarcas. Conocían la tejoduría y se vestían todos con túnicas de tejidos de algodón. Desde su fundación, esta misión no ha hecho más que mejorarse. Como sus campos de cultivo, está situada en un terreno extenso, muy parejo, libre de inundaciones y rodeado de pantanos, lo que la convierte poco más o menos en una isla. Esta isla está a dos mil metros del Río Negro, que los indios utilizan para ir a sus campos y que está separado del Río Blanco por una amplia calzada.

Componen su edificación una bella iglesia, construida con madera y tierra, y un colegio, fábrica de un piso que ocupa toda la periferia de un gran patio. Numerosos talleres encuadran otros patios. La plaza, bastante grande, está dotada de capillas en sus cuatro esquinas y ocupa su centro una cruz adornada con hermosas palmeras cucich. Está rodeada por numerosas casas de indios, bien alineadas y ubicadas de manera que favorezcan la libre circulación

15 Esta costumbre de bailar con la cabeza cubierta de plumas fue introducida en todo el Perú. La encontré en La Paz y en Yungas. Es una costumbre general en las mesetas andinas.

16 No existía en 1696, cuando el padre Eguiluz escribía su *Historia de Moxos*.

del aire. Todo respira grandeza y orden en esta misión, sin disputa la más hermosa de la provincia.

Los indios baures[17] que la habitan son generalmente fuertes, robustos, buenos, suaves, pero tan pusilánimes que el miedo a los castigos los lleva a soportarlo todo. El cacique es allí todopoderoso y se conduce como el más exigente de los déspotas. Asume el título de gobernador y nunca anda sin estar acompañado de su teniente y de su intérprete. Los indios le tienen gran respeto y le temen hasta el pavor; por eso, en cuanto los ven desde lejos se quitan el sombrero y cruzan sus brazos en el pecho. Es cierto que se ha visto a esos jefes castigarlos cruelmente a latigazos por haberse olvidado de ese deber. Como los administradores y los curas no se ocupan más que de sus intereses privados, abandonan todos sus derechos a los caciques, que muy a menudo no necesitan de estímulo para abusar de ellos. Como hoy no están retenidos ni por la religión ni por las costumbres severas de los jesuitas, beben continuamente chicha de maíz hasta emborracharse, y, entonces, administran justicia según su capricho. Se ha observado que los caciques de Concepción vivían poco después de alcanzar ese empleo. Abusan en tal forma de la abundancia de que pueden gozar, que caen pronto en la obesidad y acaban en poco tiempo con su salud. Son tan vanos y están tan orgullosos con su posición que no la cambiarían por un reino.

La enorme negligencia de los jefes trae aparejados vicios sin cuento en un pueblo que está en la infancia de la civilización; por eso la corrupción alcanza allí su mayor grado.

Completamente desnudas hasta la pubertad, las jóvenes no tienen ningún pudor; de ahí que más tarde no tengan escrúpulos por su inconducta; por lo demás, desde que los principios de la sana religión ya no las contienen, han vuelto a la costumbre primitiva de su nación de entregarse indistintamente a todos sus parientes.

Son éstos los indios más industriosos de todas las misiones. Fabrican tejidos de algodón fino los que son muy estimados en la república. Los manteles pintados a la pluma son muy originales, y muy hermosas las hamacas; para los tejidos corrientes tienen telares toscos; las hamacas exigen de ordinario el trabajo asi-

17 Estos indios están divididos en gran número de secciones, que corresponden sin duda a los distintos caseríos de que hablan los antiguos escritores. A propósito de los baures, el padre Eguiluz, en su *Relación de la misión apostólica de los moxos*, 1696, pág. 24, dice que se dividía en 65 aldeas. Las secciones o parcialidades cuyo emplazamiento determiné son las siguientes: Gimoboconos, Hompaceboconos, Escrinos, Tirajabanos, Nipocenos, Coriceboconos. Choyitiobenos, Itapintuyiros, Taranminos, Chaquionos, Muchogeonos, Choromonos, Cabiripoyapenos, Abejanos, Arayanianos, Amoriciboconos, Paresabanos, Paromoconos, Abeabanos y Yobocoitos.

duo de seis mujeres durante uno o dos meses: tejen a mano sobre un gran marco, colocándose tres de cada lado. Visité a menudo los talleres de tejido, de pintura o de ebanistería, en donde admiraba sus cofrecillos y sus cajitas, encantadoras obras en madera de palisandro (jacarandá), con incrustaciones del brillante nácar de las conchillas de agua dulce. También fabrican allí camas de viaje, valijas, etc. Otros obreros hacen cosas muy lindas con trenzas de paja, como sombreros y costureritos; sobre un barniz tan bello como el de China pintan calabazas; tornean cocos para convertirlas en cajitas elegantes, y fabrican muchos pequeños objetos con cuernos y huesos o los dientes de los caimanes. Son los hombres más hábiles de la provincia, y uno se asombra de la perfección de sus trabajos al pensar que por toda herramienta tienen sus cuchillos. El cacao, la caña de azúcar y el arroz son, con los tejidos, los productos corrientes de la misión.

A pesar de todos mis esfuerzos, el administrador me retuvo en Concepción hasta fin de mes, con el pretexto de las lluvias constantes, y hasta el 1 de marzo no pude marcharme. Partí, en efecto, con gran contento, pues tenía grandes deseos de proseguir mi viaje. Al despuntar el alba me encaminé al muelle para dirigirme a Magdalena, situada a veinte leguas al noroeste. Cuando llegué al Río Blanco me cruzaron en piragua, lo mismo que a mi equipaje. En cuanto a los caballos, se los obligó a arrojarse al agua y a nadar hasta la otra orilla; pero, asustados sin duda por los caimanes, resoplaban fuertemente, y uno de ellos se ahogó, cosa que no preocupó mucho a mis guías. En la margen opuesta ensillaron de nuevo a mis caballos y me interné por entre bosquecillos a través de una llanura inundada hasta llegar a la calzada construida por los jesuitas para cruzar los pantanos en cualquier época del año. Esta calzada, de las mejor construidas, me condujo a un gran bosque poblado de palmeras motacús y de árboles variados de magnífico desarrollo, que cubrían un suelo arenoso con terrenos negruzcos, muy aptos pata los cultivos. Cuatro kilómetros más allá encontré una nueva calzada de cerca de ocho kilómetros de longitud, trazada en medio de un pantano inmenso. El cielo estaba muy cargado. Las nubes se abrieron al fin, y durante dos leguas recibí torrente de lluvia antes de llegar a Guacaragé. Nada puede igualar la fuerza y la abundancia de esos chaparrones que cubren en un instante a toda la extensión con una capa de cuatro centímetros de agua, que luego se va filtrando lentamente. En el puerto de Guacaragé, situado sobre el río del mismo nombre, encontré una casa y la mayor parte de las piraguas de la misión de Concepción. Ese lugar sirve de punto de partida para las misiones de Moxos o del Mamoré, pues las vueltas del Río Blanco no permiten seguirlo sin emplear doble tiempo en el camino.

1 de marzo

Después de haberme cambiado de ropa, y encontrándome todavía a doce leguas de Santa Magdalena, me embarqué en el Río Guacaragé, bastante ancho como para permitir una navegación fácil; corre este río en medio de llanuras inundadas, completamente desnudas de árboles, y se reúne tres leguas más abajo con el San Miguel, que yo había dejado cuando me encaminé a Carmen y que, debajo de esta confluencia, toma el nombre de Río Itonama. En su confluencia este río es muy ancho; sus orillas están desprovistas de árboles y corre en medio de llanuras inmensas, en ese momento inundadas en parte, y de aspecto tristísimo, pero que deben ofrecer magníficas praderas cuando las aguas se retiran. Al acercarse a Santa Magdalena, se torna más tortuoso; se encuentran entonces llanuras menos anegadizas, pobladas con millares de animales, pues a ambos lados están las estancias de San Antonio y de San Miguel. En las barrancas veía muchos carpinchos y caimanes, los únicos huéspedes de esos parajes; divisé a lo lejos la misión, a la que pronto llegué, pues mis remeros cubrieron la distancia en cuatro horas. Se cita a los baures entre los buenos remeros de la provincia.

Misión de Santa Magdalena de Moxos

Llegué finalmente al puerto. Un muelle de quinientos metros de largo me llevó a la misión, en donde el administrador y su familia, compuesta de su mujer y sus hijas, me acogieron perfectamente. Eran las primeras mujeres blancas que encontraba desde mi partida de Santa Cruz de la Sierra, es decir, desde hacía nueve meses. Como los alrededores estaban todos inundados y las lluvias torrenciales caían siempre con más violencia, sólo pude ocuparme de búsquedas estadísticas o lingüísticas, al mismo tiempo que estudiaba por lo menudo la misión.

Poco después de 1700 los jesuitas fundaron Santa Magdalena con la nación Itonama, que hablaba una lengua completamente distinta de las demás de la provincia. Tanto creció bajo el régimen de la Compañía, que en 1792 el gobernador Zamora la mandó dividir, y el excedente de su población sirvió para fundar otra aldea a veinte leguas al oeste, cerca del Río Machupo, que se llamó San Ramón. Situada sobre la margen izquierda del Itonama, la misión está rodeada de llanuras anegadizas en tiempo de lluvias, y forma entonces un islote de unos tres kilómetros de largo, orientado hacia el nornoroeste. Se levanta la aldea en el extremo sur de esta parte no anegadiza, que, sin embargo, no tiene más que uno o dos metros de altura sobre el nivel de las tierras inun-

dadas. La aldea está inmejorablemente distribuida. Su iglesia, muy amplia, construida en el gusto gótico, es muy notable por sus esculturas de madera y pertenece al estilo más florido de la Edad Media. El colegio, cuadrado, con un piso superior, está dividido en tres grandes salas, más bellas que cómodas. El resto se parece en un todo a las demás misiones, principalmente a Concepción de Baures.

Su población, que en 1832 era de 2.781 almas, se compone solamente de indios itonamas, cuya lengua gutural se acerca, por la extrema dureza de sus sonidos, a la aymara y quechua, aunque sea muy diferente. Su altura es bastante elevada; sus piernas delgadas no les impiden ser los más activos de la provincia. Por regla general son buenos, pero tienen la reputación de ser los más decididos ladrones, lo que podría explicarse por su mayor miseria. Sin embargo, no puedo quejarme personalmente de ellos. Son dóciles hasta el servilismo con los blancos, a quienes empero detestan, no sin algunas razones. Su indumentaria es la de los baures, sólo que las mujeres llevan muy a menudo tipois negros. Los muchachos, completamente desnudos hasta la pubertad, usan, como los guarayos, una liga debajo de la rodilla y otra encima del tobillo. Las niñas, igualmente desnudas, llevan un cinturón formado con una sola hilera de cuentas de vidrio.

Mis muchas conversaciones con los curas y con los administradores de Santa Magdalena y de San Ramón me cercioraron que los itonamas recobran, bajo el régimen actual, todas las supersticiones y hábitos de su estado primitivo. Citaré algunos de ellos. Cuando nacen sus hijos, los padres convienen en que los casarán, y desde ese momento los consideran esposos, enseñándoles hasta las relaciones recíprocas mas íntimas que deben existir entre ellos, acostándolos a menudo en la misma hamaca. Esta costumbre, que los curas tratan de desterrar, obliga a éstos a casar a los jóvenes a muy temprana edad para justificar su conducta y la de sus padres. Las niñas se casan a los ocho años, y una vez vi un viudo de trece. Su religión es puramente exterior; por eso carecen de escrúpulos. Los hombres se prestan de buen grado las mujeres entre sí, las cuales, por lo demás, se entregan a todos sus parientes.

En sus enfermedades están llenos de supersticiones. En cuanto una persona se siente mal, va a residir a casa de sus padres. Inmediatamente después de su parto, la mujer abandona a su marido y a su hogar y se va a la casa en que nació, aun cuando sus padres ya no existan; todo lo cual acarrea muchos accidentes. Cuando un enfermo ha recibido los últimos sacramentos, sus parientes lo privan de todo durante veinticuatro horas. Cuando lo creen próximo a expirar, se reúnen y cierran los ojos, la boca y las narices del moribundo, con el

fin -según explican- de que la muerte no pase de su cuerpo al de los demás habitantes de la casa. Ocurrió a menudo que, tomando a un síncope por una agonía, esos bárbaros precipitaban, al ahogarlo, los últimos momentos de su allegado. Entre los itonamas es tal su egoísmo, que jamás comparten nada, ni siquiera lo que les sobra. El cura me daba un ejemplo de los chocantes: un indio había conseguido una vela y la había encendido en una de esas casas largas sin tabique en que viven muchas veces varias familias juntas, pero para que sus vecinos no pudiesen aprovechar de la luz, hizo colocar a toda su familia alrededor de la vela para esconderla a los otros habitantes de la casa.

En Magdalena la industria no está tan desarrollada como en Concepción, pero en cambio sus tejidos son mucho más finos. Recorrí las chacras, cuyo excelente estado hablaba en favor del administrador. En la especie de isla vi campos inmensos de caña de azúcar, de algodón, de tamarindos y muchas plantas nuevas de cacao. He aquí cómo se cultivan estas últimas. Se comienza por hacer una plantación de bananas; cuando han alcanzado un buen desarrollo, al pie de cada uno siembran varios granos de cacao, que, con muchos cuidados y protegidos además en su primera edad por la sombra de los bananeros, crecen poco a poco y comienzan a dar sus frutos a partir del cuarto o quinto año. Esos sembrados sirven solamente para el aprovisionamiento al colegio y aprovechan al gobierno. Los campos de los indios están a cuatro jornadas de camino, bajando el Itonama, cerca de su confluencia con el Machupo. Como los pobres indígenas están siempre a disposición de los administradores, sólo obtienen quince días por año para ir a sembrar y quince para cosechar; pero como la época de las cosechas coincide con la del comercio y del transporte de mercaderías, sucede a menudo que los itonamas, imposibilitados de visitar sus campos, pierden parte de su cosecha y continúan viviendo todo el año en la miseria más profunda.

El entierro de carnaval, lo mismo que los anteriores días de esas fiestas, todo estaba en paz en la misión y nadie pensó en las diversiones. Verdad es que en Magdalena existía la mayor desunión entre el cura, el teniente cura y el administrador, y que éste llegaba a temer continuamente por su vida.

Cansado de las pocas ventajas que podía obtener con mi estadía en Magdalena, pensé continuar mi viaje. En efecto, retenido en el colegio por torrentes de lluvia, encerrado en un pequeño círculo de chacras desde el que divisaba las llanuras inundadas o, en lontananza, algunos bosquecillos aislados a los que no podía llegar, sólo pensaba en mi partida. En el horizonte veía también la cima de una colina situada al de los 20° norte. Me hubiera gustado mucho llegar hasta ella, pero la inundación me impedía que fuese por tierra o en piragua, aunque el nivel de las aguas creciese todos los días.

El 7 de marzo, con tiempo espantoso, dije adiós a Magdalena y embarqué aguas abajo en el Itonama. Su corriente es rápida: se desliza en medio de una llanura parcialmente inundada y sin bosques hasta cinco leguas; allí me aparté de su curso para tomar el de un arroyo sobre la margen izquierda. Desde ese punto el Río Itonama desciende hacia el noroeste, hasta juntarse con el Machupo, a escasa distancia del Río Guaporé o Itenes. El arroyo en que entré regaba una llanura enteramente inundada. Las malezas y zarzas de las orillas estaban cubiertas de agua hasta su copa. Se acercaba la noche y temía verme obligado a permanecer en las piraguas, hasta que al fin encontré en la costa a indios y caballos que estaban aguardándome allí. Marché a través de pantanos hasta la estancia San Carlos, situada a dos kilómetros. Era noche cerrada cuando llegué.

7 de marzo

Me instalaron en uno de los compartimientos de la cabaña destinada a los viajeros. Era tal la humedad allí, que más de treinta sapos vivían en el fango. Colgué mi hamaca, pero numerosos murciélagos, huyendo sin duda como yo de la lluvia exterior, me apagaron diez veces la luz. Cuando quise conciliar el sueño, sus continuos aletazos y el miedo de que me mordiesen turbaron completamente mi reposo. Considerábame, sin embargo, dichoso por haber encontrado un techo y escapado a la picadura de los mosquitos y al aguijón de las hormigas rojas que infestaban las piraguas y a los continuos chaparrones de la estación. Compadecía a los pobres indios, que por traerme hasta aquí estaban obligados a colgar de noche sus hamacas encima de las aguas y a sufrir todas las inclemencias del momento.

En Moxos, como en el resto de la América meridional, los establecimientos para la cría de animales están en pañales en lo que se refiere a medidas de previsión. Las bestias están allí libradas a sí mismas, sin que nadie intente procurarles el menor bienestar. En el espacio comprendido entre uno y otro río, las tierras carecen absolutamente de agua en tiempo de sequía, en tanto que, durante las lluvias, obligados a reunirse en los pequeños espacios libres de inundación para no ahogarse, los animales están amontonados y, por así decirlo, privados de alimento; por eso se los ve meterse en los pantanos, pacer allí una parte del día y regresar en seguida a las superficies emergidas, en donde carecen de espacio para acostarse y para rumiar a sus anchas. En esas dos estaciones mueren muchos animales, lo que podría prevenirse fácilmente si se construyesen depósitos en ciertos puntos y canales de desagüe en otros; pero en esos parajes la naturaleza jamás contó con el auxilio del arte; por eso, no se sacan de Moxos más que la mitad de las ventajas que podría dar esta tierra virgen.

Al amanecer reuní a mi gente y me interné con mis piraguas en las llanuras inundadas que separan el Río Itonama del Machupo, cortando al oeste la línea de división de las aguas de esos dos ríos. La inundación general de todas esas comarcas prueba la perfecta horizontalidad de los terrenos y la carencia absoluta de puntos culminantes entro los diversos cursos de agua. Poco después de la partida, dejé el arroyo para navegar en la llanura, en donde no veía más que agua por todas partes; a veces, empero, no había suficiente profundidad para bogar y entonces los indios se veían obligados a bajarse de las piraguas para empujarlas.

8 de marzo

Crucé praderas a menudo cubiertas de grandes matas, algunas de cuyas hojas emergían de la superficie de las aguas. Advertí en la punta de las hojas un gran número de especie de pelotas rojizas del tamaño de un puño que, examinadas de más cerca, resultaron ser hormigas; no pudiendo vivir ya en el suelo a causa de la inundación, estos insectos se reunían así a fin de sustraerse a la acción de las aguas y se amontonaban unos sobre otros como las abejas de un enjambre, para esperar en esta posición dos o tres meses, la estación seca. En cuanto uno toca esas colonias, las hormigas se desprenden y se desparraman a todas partes, de suerte que llenaban las piraguas, torturándonos a cada instante con sus picaduras.

Impedido en toda la jornada de apearme, me vi expuesto a los ardores del sol más ardiente y a los chaparrones. A mediodía llegué a un arroyo llamado Chunanos; bajé por él hasta su primera encrucijada y remonté en seguida otro brazo, atravesando dos pequeños bosquecillos, cerca de una pequeña explanada hecha para la estación seca, pero entonces bajo las aguas. Volví una vez más a la llanura, tomando el rumbo oestenoroeste, y a la entrada de la noche llegué a un pequeño macizo de árboles en donde tuve que vivaquear. Estaba terriblemente cansado de esta fastidiosa navegación.

Como en medio de las llanuras tales bosquecillos son los únicos parajes que no se inundan en la estación de las lluvias, todos los animales salvajes y los reptiles de los alrededores se refugian allí, y se pueden hacer provechosas cacerías; pero ocurre muy a menudo que, huyendo de la inundación general, los jaguares vienen también a buscar una presa más fácil, como la que les ofrecen los hatos de ciervos de distintas especies, los osos hormigueros y todos los mamíferos. Esta circunstancia hace de esos parajes un sitio poco seguro, al que los indios, privados de armas para defenderse, no se arriesgan cuando están solos. Los rugidos de una de esas bestias feroces habían sembrado pánico entre mis hombres; pero se hicieron muchas fogatas, y como los rugidos no se acercaban, nos convencimos de que el jaguar estaba a cosa de un kilómetro en

otro macizo de árboles que teníamos al norte. A la mañana temprano, y a pesar de las advertencias de los indios, quise recorrer el bosque. Las dificultades que pasé al cruzar los matorrales no me permitieron sacar gran provecho de mi excursión. Por lo demás, era menester partir, pues la jornada debía ser muy difícil.

9 de marzo

A dos leguas de la explanada, dejé la llanura inundada para entrar en un arroyito bordeado de árboles tan juntos unos de otros que a duras penas las piraguas podían abrirse camino, pues las aguas estaban casi al nivel de las copas. Aguas abajo, recorrí dos leguas este arroyo, uno de los brazos del Río Huarichona, hasta llegar a su curso principal, que seguí, remontándolo. Este río, navegable solamente en la época de lluvias, se dirige hacia el norte y acaba por unirse al Itonama, a unas diez leguas del punto en que me encontraba. Luchando contra la corriente, contra las ramas de los árboles, anduve lentamente una legua y media aguas arriba. A esa altura, en vez de estrecharse, el río se ensancha poco a poco, su corriente se vuelve menos fuerte y pronto las barrancas se alejan hasta formar un cauce muy ancho. Durante cuatro leguas todavía, el río se abría más y más y las aguas me parecieron inmóviles cuando formaban un lago de medio kilómetro de ancho por dos o tres de largo. Más allá de ese lago, reconocí que las aguas habían tomado otra dirección y que, lejos de remontarlas, me arrastraban en su corriente, adquiriendo así la certeza de que las del lago se dirigían, por un lado, al este, hacia el Río Huarichona, y por otro, al oeste, hacia el Río Machupo. En consecuencia, el lago representaba la línea de división entre esas dos vertientes, disposición notabilísima que ya había encontrado, en escala mayor, en la laguna de Iberá, provincia de Corrientes. La noche me obligó a detenerme al borde de esas aguas, en donde sufrí tanto por la lluvia como por los mosquitos.

10 de marzo

Cuando proseguí el camino, a la mañana siguiente, la navegación se hizo muy penosa. El arroyo estaba tan obstruido con troncos y árboles, que a cada instante había que abrirse paso a fuerza de hacha. En tiempo de sequía esta operación hubiese sido fácil, porque ante una orden del administrador se habrían sacado esos obstáculos; pero al parecer nadie había pensado en ello. Después de haber luchado así durante una legua, desemboqué con un suspiro de alivio en el Río Machupo, en donde encontré una cómoda navegación. Remonté este río unas tres leguas, hasta San Ramón, a donde llegué con tanta mayor alegría cuanto que mis cuatro días de viaje a través de las llanuras me habían parecido otros tantos siglos.

Aldea de San Ramón

En la aldea de San Ramón, situada a unos 4.000 metros de la margen derecha del Río Machupo, fui perfectamente recibido por el administrador y por el cura; el último, sobre todo, don Pedro Rojas, me pareció muy amable. Me quedé allí cinco días solamente, durante los cuales las lluvias me inmovilizaron casi del todo; recorrí, empero, los aledaños, entonces bastante tristes, a pesar de la vecindad de dos lagos, uno situado a dos kilómetros y el otro a unos ocho. Los dos de forma oblonga, tienen unos cuatro kilómetros en su diámetro mayor. Hay excelente pesca, pero molestan mucho una infinidad de caimanes.

Estos animales son igualmente muy comunes en el Río Machupo, en donde los indios cazan a los más grandes para extraerles los dientes, que emplean en diversos trabajos manuales. Fui testigo de la manera de cazarlos. Atan un perro a la orilla del río, colocan delante un lazo abierto, de manera que el caimán no pueda avanzar hacia su presa sin entrar en el nudo corredizo abierto, y se esconden a escasa distancia con la punta del lazo en la mano. A los ladridos del perro, los caimanes no tardan en llegar. Al principio sólo emergen de la superficie de las aguas dos puntos salientes, formados por la órbita del ojo y la extremidad del hocico del reptil; se queda así unos instantes en observación, mirando fijamente a su víctima; después se zambulle para reaparecer en la orilla o avanza lentamente hacia la presa que apetece. El instante en que trepa los pocos pasos de la barranca con sus inmensas fauces abiertas para coger al perro, es terrible para el pobre paciente, que se ve a punto de ser devorado. Como magnetizado por el caimán, algunas veces está tembloroso, sin movimiento, con los ojos fijos en su enemigo; otras veces hace esfuerzos desesperados por romper sus ataduras. Felizmente, sus temores duran poco. Los indios tiran del lazo y arrastran al caimán, tan aturdido de encontrarse atrapado así que no intenta ninguna defensa. Se le acercan por detrás, porque el caimán no puede revolverse, y unos pocos hachazos le quitan la vida. De esta manera he visto coger a varios, el mayor de los cuales tenía cinco metros de largo. Muy difundidos en la provincia, estos animales tienen un tamaño que está en relación directa con la extensión y la anchura de los ríos. Nunca se encontrarán grandes caimanes en los ríos chicos, ni pequeños en los grandes.

Como ya lo dije al hablar de Magdalena, San Ramón fue fundada en 1792 por orden del gobernador Zamora con el excedente de la población itonama de la misión de Santa Magdalena. Construyeron la aldea a imitación de las misiones jesuíticas, pero sin ningún ornamento. La posición es encantadora.

Poco alejada del Machupo, la aldea se levanta en un terreno firme, lleno de hidrato de hierro, y lo bastante elevado sobre el nivel de las aguas para quedar libre de las crecidas. Allí vi solamente campos de bananos, pues las demás tierras cultivadas están muy lejos, sobre todo las de los indios, que se encuentran cerca del Río Itenes. La industria es absolutamente la misma que en Santa Magdalena. La población actual es de 1.957 habitantes, divididos en nueve secciones o parcialidades[18].

El Machupo nace muy cerca del Río Mamoré, no lejos de la misión de San Pedro; con el nombre de San Pedro, sigue la dirección nornoreste, cruzando las llanuras y recibiendo sucesivamente, al este, los ríos San Juan, Moocho, Cocharca, Molino y, finalmente, el Machupo, que le da su nombre. Del mismo lado recibe luego, cerca de San Ramón, el Río Chananoca. Después de todas esas afluencias, el río es más ancho que el Río Blanco y corre en medio de una orla de grandes árboles. En la época de las lluvias, sería fácilmente navegable por vapores hasta San Pedro, pero en cualquier tiempo hasta más allá de San Ramón.

San Joaquín queda a ocho leguas de San Ramón por tierra, y a doce por agua, siguiendo las vueltas del Machupo. En la estación en que nos encontrábamos, no tenía para elegir, pues la inundación de los campos no permitía cruzarlos. Hice cargar mi equipaje y partí con mi pequeña flota de cinco piraguas, unas tripuladas por los indios baures, que reman de pie, y otras por los itonamas, que se quedan sentados. Todos, rivalizando en fuerza, me hicieron cubrir la distancia con rapidez. El curso del Machupo, muy tortuoso y muy profundo en todas partes, está agradablemente bordeado por bosques que no son su menor ornamento. Nunca había visto tantos delfines. A cada instante pasaban cerca de mi piragua; disparé contra ellos sin resultado, y ya tenía miedo de no poder procurarme un ejemplar de animal tan interesante, cuando uno de los intérpretes que yo conservaba siempre junto a mí para interrogarlo, preguntarle el nombre de los lugares y transmitir mis órdenes a los capitanes de mis piraguas, me tranquilizó al decirme que en fuerte de Beira los brasileños los harponean a fin de extraerle aceite para quemar.

16 de marzo

18 Esas secciones son las siguientes: Bechua, Gualane, Guachara, Yaca, Pacasnane, Muchusmo, Morochia, Guacleca y Yaracaca.

Misión de San Joaquín

Llegué muy temprano al puerto de San Joaquín, situado en la margen izquierda. De allí se llegaba a la misión por una calzada de un kilómetro de largo que cruzaba a través de un pantano. Quise ir a pie, pero los guardianes del puerto me dijeron que el pésimo estado del muelle no permitía aventurarse a ello. En consecuencia, mandé pedir caballos a la misión. A pesar de esta precaución pasé apreturas para llegar a la misión, pues el muelle estaba tan deteriorado que por poco más quedo allí con caballo y todo.

El cura y el administrador vinieron a mi encuentro y me recibieron de manera impecable. Me instalé en una habitación, y a la mañana siguiente proseguí con mis trabajos de investigación. Habiéndome enterado de que a unas cuatro leguas había varias palmeras que no conocía, monté a caballo para ir a reconocerlas. Acompañado por el cura y el administrador, me dirigí hacia el noroeste, atravesé un pantano de una legua de ancho y me metí en un terreno seco, notable por la gran cantidad de pepitas de hidratos de hierro que cubrían el suelo. Había tantas, que no dudo del gran provecho que podría sacarse de allí si se estableciesen forjas catalanas, para las cuales darían combustible los bosques de las inmediaciones. Al hallar esas riquezas mineralógicas, me asombré de que los jesuitas, tan industriosos, no hubiesen explotado este importante ramo, que habría duplicado sus recursos y cambiado la faz de las cosas en estas comarcas. Esperemos que los actuales gobernantes no dejen improductiva esa riqueza. A lo largo de más de dos leguas galopé por esas mismas vetas horizontales al descubierto, junto a espesos bosques no anegadizos.

17 de marzo

Cuando llegué al fin de mi carrera, me sorprendió la belleza de la vegetación. En los bosques de árboles inmensos y del más variado follaje se destacaba, en medio de los motacús y de muchas plantas que ya conocía, una magnífica palmera, llamada Palma de rosarios[19], porque sus cocos se utilizan para tornear las cuentas de los rosarios. Su tronco recto y liso está coronado con hojas agradablemente arqueadas, cuyos foliolos son igualmente colgantes y sueltos. Es sin disputa una de las palmeras más elegantes que haya encontrado. En el suelo crecían doquiera maravillosos helechos y los troncos de los árboles sostenían los tallos trepadores de una especie de *Palma Christi* cuyo fruto es diez veces más grande que el de la especie común. Aunque vivía continuamente en la campaña desde hacía diez meses, no dejé de quedarme maravillado ante la belleza de esta

19 Es la *Euterpe precatoria, Martius.*

naturaleza virgen y, sin embargo, de las más activas. En el linde de esos bosques admiré otras dos especies de palmeras, nuevas para mí. Una, muy esbelta, lleva sus hojas en una sola línea alterna de cada lado, de manera que forma un abanico del más hermoso color verde[20]; la otra es espinosa[21] de hojas parecidas, pero más pequeñas que la de *la Palma real* que encontré en Chiquitos. Me ocupé en dibujarlas, en hacerlas derribar y en llevar triunfalmente a la misión todos los materiales necesarios para poder pintar y describir bien a esos tres bellos vegetales, cuyo descubrimiento me hizo olvidar los torrentes de lluvia que me asaltaron al regreso. De camino, me hizo notar el administrador un fruto salvaje, de forma de pera, que no se come hasta que no se pone negruzco. Su gusto es entonces el de nuestra serba y sus pepitas interiores son análogas a las de este fruto.

Después de haber dibujado todo el día, monté a caballo para visitar los alrededores de la misión, reconociendo las mismas pepitas de hierro hidratado que había hallado la víspera. A menos de cuatro kilómetros, y en medio de un bosque, encontré los campos de cultivo del gobierno[22]. Son muy extensos y es realmente notable el vigor de las plantas que hay en ellos. Los bananos, las plantas de cacao, de caria de azúcar, de mandioca y de maíz tenían un magnífico desarrollo. Al regreso, pasé a dos kilómetros de la misión, cerca de una gran laguna que nunca se seca.

18 de marzo

San Joaquín fue fundada después de 1700 por los jesuitas, al este del Río Blanco, a mucha distancia de la misión actual; pero, so pretexto de que los salvajes atacaban y robaban a los indios baures –que integraban la población bajo el régimen de los administradores–, en marzo de 1796 la transfirieron al lugar en donde hoy está, es decir, a una plataforma rodeada de pantanos. Construidos muy sencillamente, sus edificios siguen siendo provisorios, y la misión no tiene nada de notable. Se fabrican allí los mismos objetos que en Concepción, y sus habitantes, 690 en total, todos de la nación baures[23], conservan absolutamente las mismas costumbres.

En San Joaquín habría podido remontar el Río Machupo y llegar directamente a San Pedro en pocos días. En esta época habría podido igualmente

20 Es la *Oenocarpus tarampabo*.

21 Es la *Mauricia armata*.

22 Los campos de los indios están muy alejados, en la confluencia de los ríos Machupo e Itonama.

23 Son cinco las parcialidades de la misión, a saber: Paschiono, Caparebocono, Tacarano, Abeabano y Tocono.

cruzar la llanura de la misión de Exaltación; pero este rápido viaje no habría llenado mi objeto. No quise tomar ninguno de esos caminos, prefiriendo hacer cien leguas más, bajando por el Machupo, para ver con mis propios ojos el curso del Río Itenes o Guaporé, y la confluencia de este ancho río con el Mamoré, el mayor de la provincia. No desconocía las dificultades de este largo viaje, sobre todo en la presente estación. Acostumbrado a no temer nada, no vacilé en la empresa. Provisto con mis mejores piraguas y acompañado con los mejores remeros de esas regiones, me dispuse a partir, después de haber permanecido solamente dos días en San Joaquín.

19 de marzo

Bogué todo el día por el Machupo, bajando hacia el nornoreste. Sus riberas estaban cubiertas de espesos bosques que ofrecían señales de la vegetación más activa. El aspecto salvaje, pero variado de esas soledades, no carecía de grandeza ni de amenidad. Por un lado el verde oscuro de las selvas, los meandros multiplicados del río, las bandadas de monos, los numerosos delfines que viajaban a nuestro alrededor; por otro, la multitud de aves ribereñas y de pájaros de tierra. Todo contribuía a animar el paisaje y tornarlo interesante. Hasta esta alternación de soles ardientes a lluvias torrenciales tenía cierto encanto, pues rompía la monotonía de estas regiones deshabitadas. A la noche me detuve a la orilla, y allí la lluvia a que me vi expuesto no me pareció tan agradable como durante el día.

El sol no estaba aún sobre el horizonte, y ya me encontraba bogando; pero a eso de las siete me detuvo un horrendo espectáculo. Encontré la piragua de unos indios de Magdalena, a quienes el administrador había enviado allí para que quemaran ramas de cierta especie de árbol, con el objeto de recoger sus cenizas, de las que se extrae la potasa necesaria para fabricar jabón. Desprovistos de armas, esos indios estaban acampados desde hacía varios días y habían comenzado su tarea. Parece que un jaguar hambriento vino de noche a atacarlos y que se había arrojado de pronto sobre uno de ellos, acostado en su hamaca, y se lo llevaba, cuando a sus gritos y a los de sus compañeros el jaguar lo dejó moribundo en el sitio, con la cabeza destrozada, y se había retirado. Encontré a los indios profundamente consternados, rodeando a su camarada herido, el cual murió pocos instantes más tarde. Les aconsejé que abandonasen ese paraje y no esperasen la noche siguiente porque seguramente se repetiría la visita. No pude menos que deplorar esta absurda disposición que, con el pretexto de evitar las riñas con los españoles, después del asunto de San Pedro –del que ya tendré ocasión de hablar más adelante–, quitaba sus armas a hombres constantemente expuestos a los mayores peligros en esos desiertos infestados de bestias feroces.

El río, de una anchura de cien metros, conservaba el mismo aspecto, sólo que por la margen izquierda desembocaban muchos arroyitos que servían para arrojar el exceso de agua de las llanuras. A mediodía llegué a un paraje en el que estaban situados a ambas márgenes los campos de los indios de San Ramón y de San Joaquín; todo denunciaba allí los terrenos más fértiles del mundo. Como de acuerdo con la elevación de las riberas, que se extienden en una larga distancia, ya había comprendido que estas tierras eran aptas para la agricultura, me sorprendió no encontrarlas más cerca de las misiones. A las dos llegué a la confluencia del Río Itonama con el Machupo, que sigue todavía con el nombre de Río Itonama, hasta reunirse con el Guaporé o Itenes. Divisé entonces, al norte, sobre la copa de los árboles, unas montañas que me hicieron sentir una gran satisfacción, pues desde mi partida de Chiquitos sólo había andado a través de planicies. Era la prolongación occidental de la Sierra del Diamantino. Desde ese lugar, innumerables delfines jugueteaban en las aguas, y descubrí, en un trayecto de varias leguas, tres especies de palmeras que no había encontrado en otras partes. A pesar de esta demora, a las cinco de la tarde desemboqué con gran alegría en el Río Itenes, uno de los cursos de agua mayores de Moxos, que reúne él solo todos los ríos de la provincia de Matto-Grosso, de Brasil, y los de las regiones norte y oeste de la provincia de Chiquitos. Al ver en la confluencia la orilla izquierda del Itonama tan alta sobre la superficie del agua, me sorprendió al comienzo que no se hubiese fundado allí ninguna población, pero el recuerdo de las innumerables discusiones entre portugueses y españoles sobre los límites de ambas potencias me dio en seguida la explicación.

Forte Do Príncipe de Beira (Brasil) y navegación por el Río Itenes o Guaporé

En ese lugar, el Itenes tiene cerca de dos kilómetros de ancho; sus aguas majestuosas corren con rapidez entre orillas arboladas e islas cubiertas con árboles del más pintoresco aspecto. En la orilla de enfrente alcancé a ver un puesto de brasileños, y hacia él me dirigí luchando contra la corriente. Cada piragua tenía su tambor y su pífano, que no dejaron de hacerse oír durante la travesía, a fin de anunciar que llevaban a una persona de consideración. Esa música semisalvaje, mezclada al ruido producido por la corriente del Itonama al chocar contra la del Itenes y originando allí una verdadera barra agitada, tenía algo de singular y de sobrecogedor a la vez. El puesto estaba ocupado por un sargento y cuatro soldados, los que tenían orden de no dejar

pasar a nadie sin informar al comandante del fuerte de Beira, situado dos leguas más abajo. Escribí de inmediato al comandante para pedirle permiso para pasar delante del fuerte, pues los brasileños se consideran amos de todo el cauce del río, a pesar de que Bolivia posee en propiedad la margen izquierda. Mientras aguardaba la respuesta a mi carta, me instalé en la casucha, en donde los pobres soldados me recibieron cordialmente. Semidesnudos, parecían estar en la mayor miseria. Ordinariamente se les da a cada uno de ellos por toda ración un puñado de larinha de pao (harina grosera de mandioca), y cada ocho días, algunos cartuchos, con los cuales tienen que ir a la selva para cazar tapires y alimentarse con ellos. Esa noche al cenar compartí mis provisiones con los soldados. Parecieron deslumbrados y más tarde oí a uno de ellos contar a los compañeros que regresaban de la cacería que había comido carne de res con bananas; las exclamaciones con que acompañó el relato me hicieron comprender que semejante plato constituía para él un lujo extraordinario.

Por la noche llegó la respuesta. El comandante me anunciaba que a la mañana siguiente me enviaría recibir con los oficiales. Los aguardé en vano, y a las nueve de la mañana ya comenzaba a aburrirme de verme, por así decirlo, prisionero, cuando un nuevo mensaje me hizo saber que los oficiales no podían venir por falta de barca y que se me permitía dirigirme directamente al fuerte. No esperé más y me embarqué. Pasé entre dos islas, admirando la belleza del río y las montañas que dominan su margen derecha. Vi a lo lejos flamear el pabellón brasileño sobre el fuerte cuadrado, rodeado de fosos y flanqueado por cuatro bastiones, todo muy bien construido por un ingeniero europeo con los gres rojos de la época carbonífera que componen las montañas adyacentes. A mi pesar, esta bandera me hizo recordar el bloqueo de Montevideo en 1826, el fuerte San José y mi encarcelamiento por una observación barométrica. Mis indios hicieron resonar los ecos de sus flautas y de sus tambores y llegué a la costa, en donde me esperaban tres oficiales: uno de ellos casi blanco, y los otros dos, mulatos. Me recibieron lo mejor que pudieron y me llevaron ante el comandante, que tenía el grado de teniente, un mulato muy moreno, que me acogió con grandes muestras de distinción y que, con el pretexto de honrarme más, me dio un cuarto en su propia casa, pero colocando a la puerta un centinela encargado de advertirlo de mis menores movimientos. Otros centinelas estaban cerca de mis piraguas; otros vigilaban al resto de mi gente; y los demás custodiaban día y noche al fuerte, sin duda por miedo a que yo pudiese verlo.

Permanecí en *Forte do Príncipe de Beira* cuatro días, durante los cuales el comandante puso todo su empeño para agasajarme, sin dejarme, empero, ver a su mujer, siguiendo en ello la costumbre de sus compatriotas. Lo rogué que me

hiciese arponear un delfín, y se dieron las órdenes pertinentes. Me hubiera gustado mucho salir para recorrer las montañas vecinas y hacerme una idea de la geología de la comarca; pero no era cosa fácil. Siempre había nuevos impedimentos, creados por la desconfianza del comandante. Por fin, después de haber agotado todos los medios, logré que me llevasen bajo escolta a la campaña de los alrededores, en donde sólo pude hacer observaciones en la dirección que me habían autorizado a visitar. Al comparar este carácter desconfiado de los agentes brasileños con la cordial franqueza de los españoles, me asombré de comprobar el contraste de dos naciones que, siendo de un origen común, son tan diferentes en lo que atañe a las relaciones.

Visité bosques inmensos llenos de palmeras y vi que las colinas en anfiteatro se elevan paulatinamente hacia el nordeste, y que el punto culminante de la cadena está mucho más lejos de lo que había creído en un principio. En todas partes el campo está formado por detritus de gres y es poco apto para la agricultura: sólo ciertas partes de las orillas del Itenes se señalan por la producción de excelentes ejemplares agrícolas.

Al tercer día me trajeron un delfín que acababan de arponear. Lo pagué generosamente y pedí otro. Satisfechos mis anhelos, me puse a estudiar este singular animal. Era una hembra que duró todavía seis horas con vida; estaba a punto de parir; sus mamas estaban crecidas y llenas de leche. Me llamó la atención la forma de sus dientes y, más que nada, encontrar su hocico cubierto de pelos rizados, cosa que no tienen nunca los delfines marinos. Esta captura me proporcionó dos individuos, contando el joven que estaba por nacer y que pude hacer preparar.

Los caimanes son muy golosos de la carne de delfín. Cuando preparaban la piel del mío, el aceite que se iba separando de ella por el lavado sobrenadaba en las aguas del Itenes y se lo llevaba la corriente. Atraídos por esta grasa, acudieron muchos caimanes del río a los alrededores. Uno de ellos, de más de cinco metros de longitud, nos observaba a veinte pasos de la costa, mostrando como de costumbre la punta de su hocico y la órbita saliente de sus ojos. Le disparé una bala, que lo alcanzó; furioso, avanzó contra mí con el mayor ímpetu; pero cuando aparecía sobre la orilla, le disparé casi a quemarropa una segunda bala que le destrozó la cabeza, y se hundió en las aguas. A la mañana siguiente, boyaba, muerto. Pero no pude hacer nada, por falta de medios para transportarlo a las montañas que tenía que atravesar para llegar a la costa del gran Océano.

Me habían dicho que el comandante tenía una voz muy buena, y le rogué que cantase; pero me dijo que preparaba para esa noche la representación de una fiesta que quería dar con motivo de la coronación de don Pedro II, emperador de Brasil. Efectivamente, por la noche, unos mulatos jóvenes vinieron a

bailar la contradanza brasileña, mucho más alegre que la contradanza española. Otros individuos bailaron el famoso *Batuqué*, por el cual estuvo a punto de estallar una revolución en Cuyabá en 1831, cuando el obispo la prohibió. Es la danza más indecente que pueda imaginarse, traída seguramente de las costas de Africa con los negros. Los brasileños de esas comarcas se divierten grandemente con ella, lo que habla muy poco en favor de sus costumbres. El comandante accedió a cantar, acompañándose con el mandolín de cuerdas metálicas. Me sorprendieron tanto la belleza de su voz como la excelencia de su escuela. Era sin disputa la voz más hermosa que hubiese oído desde que estaba en América.

Las rivalidades y querellas que nunca cesaron de existir entre las naciones portuguesa y española, a propósito de los límites de sus respectivas posesiones en América, impidieron a los españoles poblar sus fronteras. No ocupándose más que de las minas y despreciando la industria y el comercio, España descuidó demasiado en todas las épocas las fuentes futuras de prosperidad que tenía bajo su mano. No ha ocurrido lo mismo con los portugueses, que aprovecharon de esas disposiciones para apoderarse de todas las grandes vías de comunicación y construyendo en ellas fuertes que los convirtieron en únicos amos de la navegación interior. Fue así cómo a raíz de diversos tratados los portugueses construyeron el fuerte de Coimbra sobre el Río Paraguay, y el Forte do Principe de Beira, sobre el Itenes o Guaporé, con el fin de apoderarse del comercio del Amazonas y del Pará. En este último fuerte se mantiene una guarnición, reducida hoy a unos treinta hombres. Desde sus orígenes, fue un sitio de confinamiento en el que exilaban a los asesinos. Hoy se sigue enviando allí a los confinados políticos; por eso no se vacila en abandonarlos allí casi sin recursos. La aldea de Santa Rosa, que dependía del fuerte, está primitivamente alejada una media legua; pero en la actualidad sus casas se levantan en una línea en su inmediata vecindad y al norte. Su población[24], compuesta de 400 almas, es

24 No había podido obtener del comandante una información positiva sobre la población de ese paraje; pero quiso la casualidad que cayeran en mis manos muchos diarios brasileños, y en uno de ellos, publicado en Cuyaba en 1831, encontré la siguiente estadística de la capitanía general de Cuyaba o Matto Grosso en 1830. Hay en esta inmensa provincia dos ciudades, dos villas, seis burgos, cinco aldeas, dos misiones y tres fuertes, en total veinte parajes habitados y 30.702 almas, así distribuidas:

	Casas	Habitantes	
Matto Grosso, ciudad	419	1.920	
Cuyaba, *ídem*	1.781	4.906	comprendidos los aledaños
Diamantino, villa	481	4.734	población india
Villa María, *ídem*	165	1.281	
San Pedro del Rey Poconey, burgo	68	570	

una mezcla de negros y de mulatos que hacen algunos negocios con las gariteas de paso, especie de buques de regular tamaño, dotados de una toldilla, y que tres o cuatro veces por año parten de Pará, remontan el Río Madeira y luego el Guaporé hasta Matto-Grosso. Uno de esos barcos estaba entonces en el puerto, y a bordo compré algunas botellas de oporto, recién llegadas de Europa por este itinerario.

Quise obtener algunas informaciones sobre la navegación del Amazonas hasta el fuerte Beira, pero en vista de que el capitán del barco mostraba una reserva tan grande, tuve que valerme de tretas para lograr mi objeto. Esos barcos, de fondo plano, son del tamaño de una barcaza de veinticinco a treinta toneladas; podrían ser mucho mayores, teniendo en cuenta la profundidad de los ríos, pero están los rápidos del Madeira, que obligan constantemente a descargar las embarcaciones y a arrastrarlas en tierra por medio de rodillos. Es, por lo demás, la única dificultad de esta navegación, pues el río ofrece en todas partes, más acá y más allá de los rápidos, la necesaria profundidad para los más grandes vapores. Con los presentes inconvenientes, al partir de Pará las gariteas navegan a vela y a remo hasta la desembocadura del Madeira y remontan a remo hasta los primeros rápidos. Aquí comienza el trabajo. Están obligados a descargarlas y a arrastrarlas por tierra hasta más allá de esos obstáculos, que se renuevan veinte y tantas veces y hacen perder mucho tiempo. Después de este último rápido, las gariteas avanzan penosamente a remo hasta la confluencia con el Río Itenes o Mamoré, y desde este punto hasta el fuerte de Beira, en donde renuevan sus víveres para ir de inmediato aguas arriba

	Casas	Habitantes	
Pilar, *ídem*	115	558	
Santa Ana, *ídem*	14	155	
San Francisco, *ídem*	21	106	
San Vicente, *ídem*	103	531	
Río Grande, aldea	24	201	
Camapoa, *ídem*	95	314	
Albuquerque, *ídem*	19	131	
Jaurú, *ídem*	152	263	
Casalvasco, *ídem*	145	750	
Santa Ana da Chapada, misión	127	1.619	
Nossa Señora da Misericordia, *ídem*	299	1.886	
Coimbra, fuerte	27	145	es el fuerte que defiende
Miranda, *ídem*	33	245	la navegación del Río
Príncipe de Beira, *ídem*	73	400	Paraguay
Total	4.690	30.702	

hasta Matto-Grosso. Como en el viaje de Ida y vuelta se emplea generalmente un año, en Cuyaba se prefiere generalmente hacer traer las mercaderías de valor por tierra desde Río de Janeiro o de Santos, haciéndolas hacer ochocientas leguas a lomo de mula; las gariteas sólo transportan la carga pesada. Sin embargo, tres o cuatro de estas barcazas remontan todos los años los ríos desde Pará hasta Matto-Grosso y sacan buen provecho de su cargamento. Por uno de los marinos me enteré que en el viaje de ida suelen sembrar algunos campos y que levantan la cosecha al regreso. Cuando uno contempla la América del Norte, surcada en todo sentido por vapores y ferrocarriles, no puede menos que asombrarse de que las naciones que colonizaron la América meridional se hayan quedado tan rezagadas, no entrando ni de lejos en la vía del progreso. Esperemos que las antiguas ideas de los colonos portugueses cedan su lugar en el Brasil a miras más amplias y adecuadas para vivificar el comercio y para propagar la civilización en esas comarcas salvajes.

Desde hacía dos días reinaba un tiempo sereno, que había sucedido a las lluvias continuas que por espacio de tres meses rara vez habían dejado un solo día de calarme. Quise aprovechar de ello para seguir mi viaje. Además, los víveres de mis indios se agotaban y todavía teníamos que hacer una larga navegación antes de alcanzar el primer punto habitado. No me demoré más y abandoné el fuerte Beira, en donde, a pesar de las cortesías del comandante, me sentía demasiado mortificado para estar contento. Noche a noche se ejercía una vigilancia tan activa como en tiempo de guerra. En los bastiones todavía vírgenes del fuerte resonaba el alerta lanzado por centinelas apostados en todas partes y sucesivamente repetido por soldados poco acostumbrados a este servicio forzado. Por indiscreción de un viejo oficial paulista, que me había tomado cariño porque yo hablaba algo el guaraní, su lengua materna, supe que los efectivos del fuerte ascendían a treinta hombres. Como los centinelas sumaban quince, por lo menos, mi conciencia me reprochaba de ser la causa de las fatigas de esos pobres diablos, que sin duda maldecían la hora en que llegué.

Río Itenes

El río, llamado Itenes por los españoles[25] y Guaporé por los brasileños, presenta a partir del fuerte un ancho de dos kilómetros. Sus aguas claras, de tinte negruzco, corren lentamente en medio de bosques magníficos, de aspecto más salvaje que pintoresco. Aquí, en efecto, la naturaleza es demasiado grande, demasiado majestuosa, para permitir captar sus detalles. Es una hermosa soledad, raras veces turbada

25 Se le dio este nombre por los indios salvajes llamados así y que moran en sus orillas, entre el fuerte de Beira y su confluencia con el Mamoré.

por el viajero. Hasta los mismos pájaros se muestran contadas veces, y el único ornamento de esas sombrías selvas es su rica vegetación. Las islas igualmente arboladas y las azules montañas de la orilla derecha, que se recortan a lo lejos sobre el verde oscuro del follaje, interrumpen de vez en cuando esta uniformidad. Bogué rápidamente todo el día, arrastrado por la corriente, sin dejar de comparar en mi imaginación a esos hoy tristes y silenciosos desiertos, con lo que serán algún día, cuando venga a animarlos y a sacar provecho de ellos una población industriosa, cuando el comercio en plena actividad en Europa cubra sus aguas con vapores destinados a llevar la abundancia y la vida intelectual.

25 de marzo

Después de una fuerte jornada de camino, me detuve por la noche en la margen derecha, en medio de una selva espesa, en donde caminé por un suelo muy apto para la agricultura. Cada cual se acomodó como de costumbre; los indios en sus hamacas alrededor de grandes fogatas y nosotros en nuestros mosquiteros. Los brasileños del fuerte me dijeron que muchas veces ellos habían sido asaltados en esos parajes por los itenes, que viven en ambas márgenes del río, y tratan frecuentemente de arrebatar por la fuerza las armas y el hierro, que, después de su contacto con españoles y brasileños, se les han vuelto indispensables. Tuve que ampliar el sistema de precauciones a que tenía habituada a mi gente. Todos, yo inclusive, nos acostábamos siempre con nuestro fusil cargado con dos balas. Estaba profundamente dormido, cuando me desperté sobresaltado a los gritos de: ¡A las armas, llegaron los bárbaros! Me lancé fuera de mi mosquitero y oí, mejor que vi, que todos los indios se refugiaban en las piraguas. En el primer momento, en medio de la oscuridad más profunda, casi tomo a mis remeros por asaltantes, pero felizmente los reconocí cuando ya estaba por hacer fuego contra ellos. Todavía aturdido, y no encontrando al enemigo, pregunté la causa de esta alarma, y supe así que los itonamas, los más cobardes de mis remeros, habiendo oído un crujido de ramitas secas alrededor de nuestro campamento, creyeron que un gran número de hombres venía sigilosamente a sorprendernos y se habían levantado en masa a fin de refugiarse en sus piraguas.

A sus movimientos, un ruido mayor, semejante al de hombres que corren en la hojarasca, se oyó a nuestro alrededor, lo que determinó la gritería. Escuché, en efecto, pasos precipitados en la maleza y en el agua, sin poder reconocer, empero, si eran hombres o tapires. Hice varios disparos de fusil, después de lo cual el ruido se renovó, pero de más lejos. Mis hombres se quedaron en alerta toda la noche, sin que se registrasen nuevas alarmas. Me costó un trabajo tremendo impedir que mis itonamas se fuesen: no salieron de sus piraguas y

se quedaron en ellas toda la noche. Los indios baures fueron los únicos que quedaron junto a mí, lo mismo que los intérpretes, que no cesaron de referirme diversas circunstancias en que brasileños e indios habían sido víctimas de los salvajes de esos parajes.

Poco tranquilizados, mis hombres me obligaron, por así decirlo, ponerme en camino antes de aclarar; y hasta mis otras piraguas ya se me habían adelantado. Al atravesar las malezas de la orilla, un animal que no pude ver me dio un picotazo en la sien. Muchas veces había sentido el aguijón acerado de las avispas de esas comarcas, pero nunca había experimentado un dolor tan vivo. Estaba casi loco, y no pude calmar mis sufrimientos hasta después de haber aplicado en la parte dolorosa hojas masticadas de la primera planta que encontré a mano. A las diez de la mañana tenía extraordinariamente hinchada la cabeza. A mediodía el edema se extendía hasta la cintura; sufría en todo el cuerpo un embotamiento doloroso que duró tres o cuatro días, durante los cuales estaba torturado, pues no podía interrumpir, sin grave perjuicio, mis trabajos geográficos ni mis investigaciones de historia natural.

Tan hermoso como la víspera, pero mucho más tortuoso, en el río casi no se veían islas. Su margen izquierda está poblada con palmeras motacús y la derecha con los más variados árboles, entre los cuales se me ofrecieron esos hermosos vegetales de una especie nueva, conocida por los indios con el nombre de Chuco, y notable por sus hojas, que ostentan la forma de un disco compuesto de foliolos radiados, reunidos en el centro. La dibujé y recogí las partes transportables[26]. Vi también en la copa de los árboles, pero sin poderla cazar, una deliciosa especie de urraca con alas azules. Hice noche en la orilla derecha, en medio de bosques de palmeras y no lejos de inmensos pantanos. Había notado que las costas del Itenes eran aquí mucho más bajas y que las tierras adyacentes eran muchas veces anegadizas.

Como llovía a cántaros, los indios hicieron muchas cabañas techadas con hojas de palmera para estar al abrigo, de suerte que nuestro campamento ofrecía un curioso carácter. Sin embargo, mis remeros seguían con miedo, pues habían descubierto muchas veredas que les dieron la certeza de que los salvajes no estaban muy lejos. Mi perro, en efecto, ladró casi toda la noche, lo que nos obligó a mantenernos en guardia. Las huellas frescas que advertimos a la mañana siguiente nos demostraron que los itenes nos habían espiado; no cabía duda de que no se atrevieron a atacarnos porque supieron que éramos muchos. Los intérpretes me aseguraron que, sin que nosotros lo sospechásemos,

26 Es el *Thinax chuco*.

nos habían estado siguiendo todo el día. Por lo demás, más tarde me enteré, interrogando en la misión de Exaltación a algunos itenes convertidos al cristianismo, que tal espionaje estaba dentro de las prácticas de esta nación.

27 de marzo

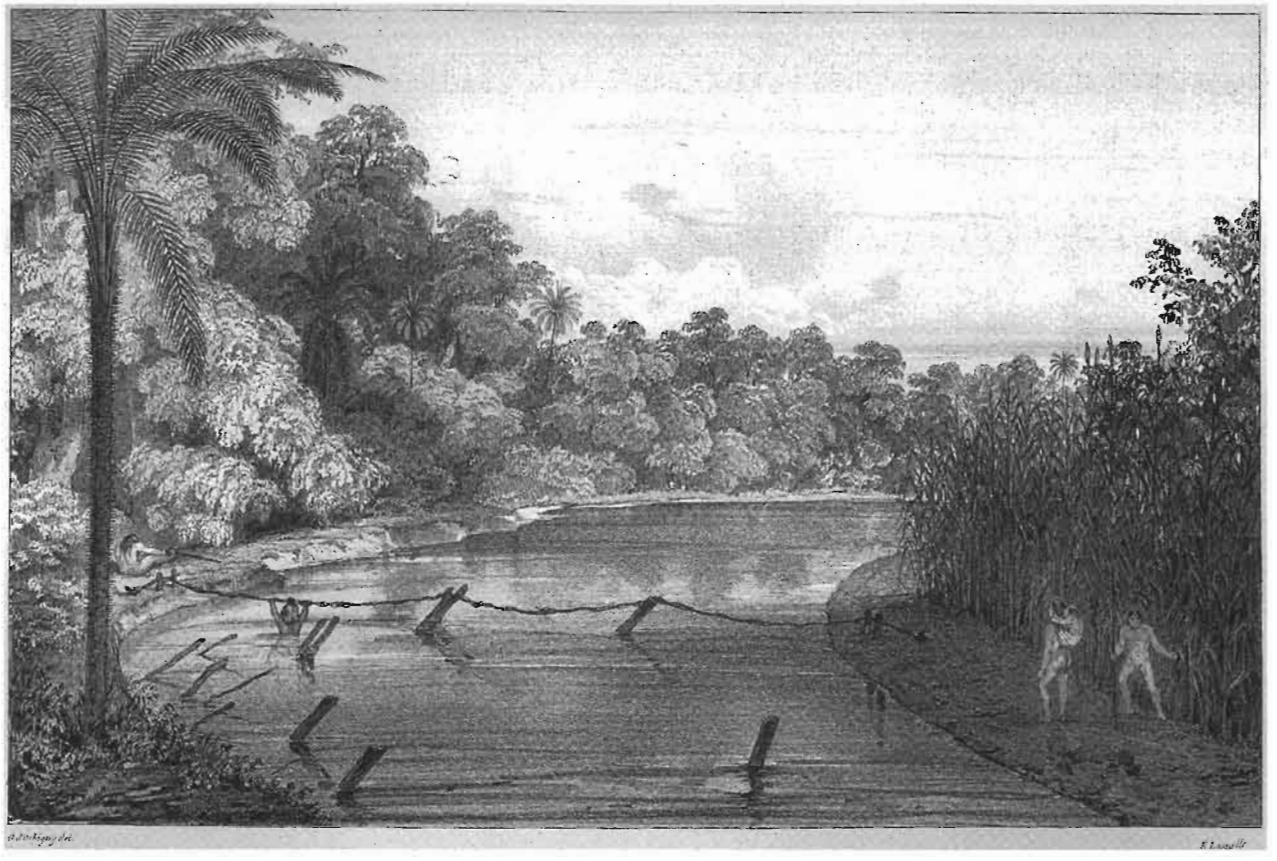
Estaba tanto más impaciente por ponerme en camino, cuanto que dentro de poco llegaría a la confluencia del Itenes con el Mamoré, alcanzando así el punto extremo de mis exploraciones hacia el norte, pues desde allí debería remontar el Mamoré hacia el sur para regresar a Santa Cruz de la Sierra. A las ocho de la mañana, con sol espléndido, caminaba por el extremo del delta formado por la reunión de los ríos mayores de esas regiones. Con una sola mirada abarcaba el curso de ambos. El mayor contraste existía entre esos dos ríos, y no podía sustraerme al espectáculo imponente que se desenvolvía ante mis ojos. Por un lado, el Itenes representaba el símbolo del reposo: bosques sombríos se extendían hasta el borde de sus aguas claras y límpidas, que corrían pandas y majestuosas; del otro, el Mamoré me ofrecía la imagen del caos, la inestabilidad de las cosas: sus rojizas aguas, muy agitadas, transportaban, espumeando, muchos restos de vegetales y hasta árboles gigantescos que la corriente había arrancado violentamente de las orillas. Nada era establece en su curso: si una de las costas mostraba terrenos del año casi desprovistos de vegetación y en los que crecían plantas anuales, la otra, armada en sus salientes por acantilados arenosos, constantemente minados por las apias, se desmoronaba de tanto en tanto con estrépito, arrastrando con ella en su caída árboles seculares y las más variadas plantas, y agitando sus aguas hasta gran distancia, en tanto que sus ensenadas quedaban atiborradas de una inmensa cantidad de árboles amontonados por las crecientes extraordinarias.

Como ya lo dije, el Itenes o Guaporé recibe todas las aguas de la provincia de Matto-Grosso y del norte y noroeste de Chiquitos. Todos sus afluentes descienden de colinas bajas y atraviesan una inmensa superficie de llanuras en donde las costas son fijas, de donde resulta que sus aguas muy rara vez están turbias y que jamás arrastran troncos. El Mamoré, por el contrario, nace en las montañas elevadas de las provincias de Cochabamba, de Mizque, de Valle Grande, o de la vertiente norte de los últimos contrafuertes de la cordillera. Todos sus afluentes, formados al principio por torrentes impetuosos, recorren la llanura con rapidez, socavando constantemente las orillas de una de sus márgenes, lo que hace que no sólo acarree sus aguas turbias, barrosas, sino también esa infinidad de árboles que arrastra su corriente. De esta distinta disposición resulta que el Itenes ofrece doquiera en sus costas sitios apropiados para fundar aldeas florecientes y estables, en tanto que el Mamoré no permite

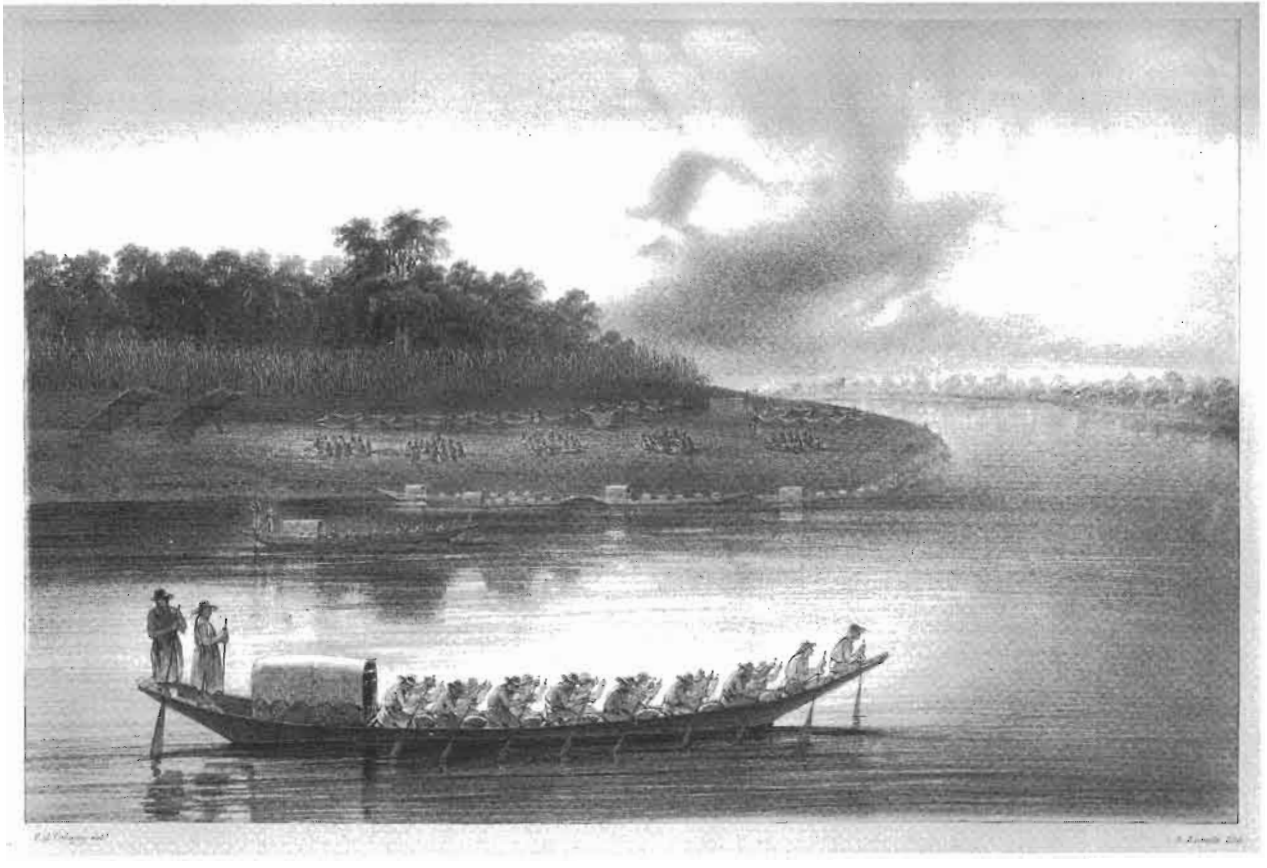
ningún establecimiento fijo, ni siquiera campos de cultivo; por eso, todas las misiones del Mamoré fueron levantadas sobre sus afluentes laterales y ninguna sobre el río mismo, como se puede comprobarlo por las de Santa Ana, San Javier, Trinidad, Loreto, etc.

Había entre mis intérpretes dos que habían participado en una expedición descendente, a una gran distancia, más allá de la confluencia de los dos ríos. Me aseguraron que el Mamoré, aunque no es tan ancho como el Itenes, es mucho más profundo. A seis días de viaje en piragua, en la confluencia con otro gran río (sin duda el Beni), viniendo desde el oeste, habían encontrado a una nación numerosa, llamada Tapaguara, que la habían llevado en parte a Exaltación. Agregaron mis informantes que esos indios, muy útiles a los brasileños en la navegación del Pará, remontaban a veces el nuevo afluente hasta Reyes y que los desertores brasileños tomaron este mismo camino y llegaron al mismo punto. De estos informes se desprendía claramente –y más tarde pude verificarlo– que el Río Beni, lejos de dirigirse hacia el Río Paro y de ahí al Ucayali, como podría creerse de acuerdo con el mapa de Brué de 1826, se une con el Mamoré allá por el 10° y que el río toma entonces el nombre de Madeira, hasta su confluencia con el Amazonas[27].

27 A mi regreso, en 1834, fui el primero en hacer conocer este importante resultado, del que pretendió apoderarse un autor, que nunca penetró en el interior, al antedatar en cinco años una memoria y un mapa.



Puente de lianas construido sobre el Río Piray por los indios Sirionos (Bolivia).



Travesía por el Río Mamoré, provincia de Moxos, Bolivia.

CAPÍTULO XXXIV

Viaje por el Río Mamoré. Estadía en las misiones Cayuvavas, Movimas, Canichanas y Moxos

Viaje por el Río Mamoré

Obligado finalmente a abandonar mi observatorio, dije adiós al Itenes, cuyas aguas, hasta mucho después de haberse echado en las del Mamoré, corrían separadamente, conservando su color propio. El Mamoré, tan ancho por lo menos como el Itenes, no tenía a esta altura selvas antiguas y su curso ofrecía doquiera terrenos de aluvión cubiertos de juncos en abanico, llamados Chuchio por los españoles[1], y piperáceas conocidas con el nombre de Lambaiva, cuyas hojas digitadas y blancuzcas se proyectaban sobre el verde tierno de los sauces o sobre el violáceo de los *Lisos*[2]. Atento al ruido de la corriente, a los árboles arrastrados y a la naturaleza de las orillas, había olvidado que tenía que luchar contra esas aguas impetuosas en una frágil embarcación construida con un tronco ahuecado, que el menor movimiento, el menor choque, podía hacer naufragar y cuya borda no se levantaba más de dos o tres centímetro de la superficie del río.

Entre el cúmulo de palmeras que ya conocía y que cubrían las tierras más altas, divisé a lo lejos, sobre la orilla, una especie nueva. Hice detener inmediatamente mis piraguas con el objeto de estudiarla. Pertenecía a la especie denominada por los brasileños Vinte pes (Veinte pies), una de las más elegan-

1 Con el tallo de esta especie hacen sus flechas todos los indios cazadores.

2 Es una planta en forma de árbol, que ya había encontrado en los bordes del Paraná, cerca de Corrientes.

1832
Río Mamoré

tes que hubiese encontrado. Esa alusión a los pies proviene de que sus raíces, que nacen del tronco a unos tres metros del suelo, parecen apuntarlo y divergen hacia la tierra, ofreciendo el más curioso aspecto. De la punta de un tronco esbelto y liso, de quince a veinte metros de alto, salen las hojas elegantemente recortadas, formando un encantador penacho; sus semillas sirven a los indios para tornear cuentas de rosario. Dibujé esta magnífica planta y recogí de ella algunas hojas y frutos[3].

Durante casi todo el día cayó una fuerte lluvia que hizo salir de los bosques millones de mosquitos, los que se refugiaron en nuestras piraguas y nos atormentaron todo el día, en lugar de reservar sus picaduras para la noche. Pasé delante de varios campamentos de indios salvajes, sin divisar uno solo. A cada paso reconocía sus veredas angostas, sobre todo en la margen derecha del Mamoré, cuyas tierras son más altas. Fue allí donde hice vivaquear; y ya fuese por que había jaguares en los alrededores, ya porque los itenes nos espiasen, lo cierto fue que mi perro no cesó en toda la noche de lanzarse de un lado a otro, teniéndonos así toda la noche sobresaltados.

Casi enfrente de mi campamento se juntaban el Mamoré y el Iruyani, cuyas aguas remontan a veces los indios cayuvavas de Exaltación hasta cerca

28 de marzo

de Reyes, sobre el Beni. Un poco más arriba se hallaba también la desembocadura del Río Matucaré, en cuyas márgenes hacia el interior viven los itenes. Según me contó uno de los intérpretes, esos indios tienen una aldea y magníficos campos sembrados con maíz, mandioca, bananas. En la época de sequía, hacen muchas incursiones a los campos de la misión de Exaltación, con el fin de procurarse armas y hierro. Vi una de sus balsas amarrada a la orilla así como huellas de pies recientes, pero no encontré a nadie.

Indudablemente habían caído lluvias abundantes en las fuente del Mamoré, pues sus aguas, muy crecidas, arrastraban muchos más árboles que de costumbre: el medio del cauce estaba de tal manera lleno de troncos que parecía una isla flotante. Para vencer más fácilmente la corriente, seguíamos siempre con nuestras piraguas la orilla que le era opuesta, pero las numerosas vueltas de río nos obligaban a menudo a pasar de una a otra costa. Entonces corríamos verdadero peligro. El más pequeño choque con esos árboles podía hundirnos y hacerme perder en un minuto la mayor parte de mis trabajos, que iban siempre conmigo. No pensaba más que en esta pérdida, y siempre me

3 Es la *Iriartea Orbignyana*, Martius.

encontraba listo para ganar la costa a nado si llegaba la ocasión. Felizmente, la habilidad y la silenciosa destreza con que mis pilotos y remeros, con los ojos siempre fijos en el río, redoblaban su actividad en los momentos difíciles, nos hicieron vencer todas las dificultades. En la parada de la noche, en medio de un bosque espeso de lo más salvaje, vi un árbol inmenso. Su tronco, a un metro del suelo, medía quince metros de circunferencia: era una higuera de la especie que los españoles llaman en Santa Cruz *Bibosi*. Sus raíces planas, divididas en láminas verticales, ofrecen tablas, y ya hechas que los indios cortan y preparan para hacer las cajas necesarias para el envío de las mercaderías del gobierno. Un jaguar nos tuvo desvelados toda la noche.

29 de marzo

En varios lugares las orillas del Mamoré me ofrecieron paisajes bastante alegres a causa de la variedad de la vegetación. Los sitios bajos estaban cubiertos de sensitivas de rosadas flores. Las partes un poco más secas exhibían cañas en forma de abanico, cuyas flores, como penachitos blanquecinos y flotando al capricho del viento, contrastaban con las mimosas florecidas, con el lambaiva de racimos azucarados y con los bejucos que caían doquiera entre las palmeras. Esta mezcolanza de la vegetación atraía a cada instante mis miradas. Todo me interesaba, hasta esas colonias de martín-pescadores con sus nidos escondidos en los agujeros de los acantilados arenosos, que nos perseguían desde lejos con sus gritos ensordecedores.

Llegué a uno de los puntos peligrosos del Mamoré, en donde este río se estrecha mucho y en donde sus aguas, mucho más impetuosas, corrían girando y engendraban remolinos en forma de embudo, demasiado fuertes para nuestras canoas. Crucé el río en medio de dos o tres de esos hervideros, que golpeaban en la piragua como si hubiese chocado contra una tosca. Miré a mi capitán, el cual a su vez, viendo que me había dado cuenta del peligro que corríamos, me dijo simplemente: "Cierra los ojos... Llegar pronto o morir". Redoblando de actividad y destreza, franqueamos por fin ese mal paso. Las demás piraguas encontraron más prudente cruzar por otro sitio. Expuesto todo el día a los ardores del sol más caliente, la reverberación de la luz en las aguas me ocasionó una inflamación en los párpados, lo que me hizo padecer mucho y me molestaba infinitamente en mis observaciones. Parecía que los jaguares se habían puesto de acuerdo para atormentarnos. En la parada de la noche nos vimos obligados a espantar a uno a tiros.

30 de marzo

Cuando viajan, los indios de la provincia de Moxos no tienen otra indumentaria que una larga camisa sin mangas, hecha con la corteza de la higuera *Bibosi*. Esos árboles abundaban en los parajes por los que cruzábamos, por lo que mis indios me rogaron insistente-

mente para que les permitiese detenernos y arrancar cortezas, a lo que accedí tanto más gustosamente cuanto que a cada momento los veía lanzar exclamaciones cuando descubrían uno de esos árboles que los provee de un tejido natural. Me detuve en un sitio poblado de esas higueras, y todos mis hombres se dispersaron para hacer su cosecha. Al poco rato en toda la selva resonaron los hachazos y el ruido de los árboles al caer. Eligen los árboles nuevos, sin nudos, y cortan primero un trozo de corteza para reconocer su calidad, pues no todos la tienen igualmente buena. Una vez hecha la elección, derriban el árbol, lo despojan de sus ramas y marcan en el tronco la longitud necesaria para cada camisa: la corteza debe ser enroscada en sí misma con el objeto de evitar las costuras. Hacen una incisión circular del largo buscado, practican una hendidura longitudinal, introducen debajo de la corteza un trozo de madera cortada en bisel y la despegan de la parte leñosa sin romperla. Una vez desprendida, la pliegan desde la punta de través, de modo que se separe la parte exterior, dura, de la interior, blanca, espesa y la única que utilizan. La enrollan luego, y sacan otra. En dos horas, mis setenta indios recogieron por lo menos materia prima para trescientas camisas. Por la noche, en la parada, se ocuparon del trabajo poco difícil de la preparación. Cada cual se fue al bosque para buscar un tronco para fabricar su camisa. Armados con una maza cuadrada y marcada con profundas estrías transversales, golpeaban sucesivamente con una u otra mano para separar las fibras de la corteza. Hicieron esta operación de ambos lados, la estiraron y la lavaron en el agua. La golpean todavía una vez más durante un tiempo más corto y la extienden como una pieza de ropa blanca. Para tener una camisa completamente confeccionada, sólo les falta ahora doblarla en dos, hacerle un corte para pasar la cabeza y coserla en los costados.

Por la noche habíamos llegado al campo más apartado de la misión de Exaltación, de la que sólo nos separaban dos jornadas de caminata, y nos detuvimos cerca de las plantaciones de banana y de cacao; encontramos allí una cabaña y a cuatro indios viejos que eran los guardianes de esas chacras. Eran las primeras caras humanas que encontraba desde mi partida de Beira. Cuando después de varios días uno no ha vivido más que de carne seca, sabe valorar mejor el precio de cualquier alimento fresco. Por eso, las bananas y la mandioca que me dieron a probar me supieron más sabrosas que la comida más espléndida. Tranquilizado con respecto a los jaguares, mi reposo, empero, quedó turbado por el ruido infernal que hicieron mis indios golpeando toda la noche a mi alrededor.

No sólo las grandes ciudades encierran una gran diversidad de lenguas: la prueba más evidente era este campamento mío. Al escuchar los distintos soni-

dos que llegaban a mis oídos, quise darme cuenta del número de lenguas que se hablaban en mi campamento, y con gran asombro descubrí que eran trece. Uno de mis ayudantes y yo éramos franceses; de los dos jóvenes designados por el gobierno boliviano para acompañarme, uno era de Santa Cruz y hablaba español; el segundo, nacido en Cochabamba, tenía como lengua materna el quechua, el idioma de los incas. Un criado que había tomado en La Paz era aymara. Un comerciante brasileño que me acompañaba hablaba portugués. De los tres indiecitos que me habían seguido, uno era chiquito, el otro cuciquia y el tercero *Mbuca ori*, era guarayo y hablaba guaraní. Entre mis remeros había baures, chapacuras, de Concepción e itonamas de San Ramón. Los cuatro indios guardianes de la cabaña eran cayuvavas, y entre ellos se encontraba un pacaguara. Si a estos idiomas se hubiesen agregado los conocidos por mis intérpretes, su número hubiese sido mucho más considerable. De todas esas lenguas, las más próximas eran sin discusión las europeas, porque entre las demás no había a menudo más nexo que el de las reglas gramaticales, ya que todas las palabras eran diferentes. Nada tan extraordinario como esta diversidad de lenguas que se encuentra en América. En efecto, la provincia de Moxos cuenta con doce y la de Chiquitos, unas quince. Hay, pues, veintisiete idiomas distintos en una superficie de menos de cincuenta mil leguas cuadradas, y sobre un total de unos cuarenta mil habitantes, hecho notabilísimo que obedece sin duda a causas excepcionales, como por ejemplo el aislamiento prolongado por mucho tiempo de cada nación.

Las orillas del Mamoré presentaban en esos parajes algunas modificaciones en su vegetación. En sus bosques divisaba de tanto en tanto palmeras cucich.

31 de marzo

Se veían igualmente algunos bambúes, que en los calveros resaltaban mejor. Tuve también ocasión de estudiar estos terreros del río: si quedan un año fuera de las aguas, se cubren de lisos, que son los primeros vegetales que nacen allí. Al segundo año los reemplazan los sauces, que pronto los ahogan. Al tercer o cuatro año, dominan los sauces y protegen el crecimiento de algunas lambaivas y de higueras bibosi. Los primeros en desaparecer son los lisos, le siguen luego los sauces a medida que se elevan los terrenos, hasta que al fin quedan dueños del terreno las lambaivas y las bibosi. Los demás árboles, especialmente las palmeras, al decir de los indios, no crecen sino muchos años más tarde, cuando el terreno no se inunda más que en la época de las crecientes accidentales.

Con el fin de evitarnos todas las vueltas del río y su corriente en contra, cuando salimos del último alto nos metimos en un pantano situado a la orilla derecha del Mamoré. Remontamos un arroyito que nos llevó hasta un extenso

lago, en donde casi nos perdimos porque no podíamos hallar la salida. A orillas de ese lago vi una especie de Victoria, semejante a la que describí en Corrientes y que tanto excitó mi admiración. Es una de las plantas más hermosas de América. Sus hojas circulares, de dos metros de diámetro, de bordes levantados como una bandeja, verdes encima y de un bello rojo debajo, están extendidas en la superficie del agua, como las hojas de nenúfar de nuestros pantanos; sus magníficas flores, rosadas o blancas, de un tercio de metro de largo, presentan un conjunto realmente maravilloso, digno de la vegetación grandiosa de esas regiones. El padre Lacueva y uno de mis intérpretes me contaron que cuando el naturalista Haenke vio por primera vez esta planta, se puso de rodillas para agradecer a la Providencia por una creación tan notable[4]. Nada, en efecto, es comparable a la alta idea que da de la fuerza creadora de la vegetación.

Dejé con alegría el pantano para retomar el Mamoré porque las hormigas nos estaban devorando; pero la salida fue muy difícil, pues la estorbaban una cantidad considerable de árboles amontonados por la corriente, que estuvieron a punto de hacernos naufragar más de una vez. Poco después divisamos una chacra que pertenecía a la misión de Exaltación. Nunca había visto tan espléndidas plantaciones de bananos y de cacao. Me ofrecieron los indios varios cachos de bananas y les compré algunos más, que les hice dar a los hombres de mis cuatro piraguas, recomendándoles bien a los itonamas, que son los que menos confianza inspiran, que no se apoderasen de nada. Navegué hasta el anochecer y crucé por terrenos bajos, inundados en parte, cuyas riberas arenosas se desmoronaban a cada paso y tornaban muy difícil la navegación a consecuencia de las ondas de proyección que formaba el desplazamiento de las aguas. Al acampar, y para que mis piraguas no se hundiesen por la noche, tuve que hacer caer trozos del pequeño acantilado hasta convertirlo en una rampa. Si en este tramo los mosquitos incomodan al viajero durante el día, se multiplican en tal forma al llegar la noche que a la hora del ocaso no se puede abrir la boca sin tragar un buen número. A la mañana siguiente, la franja costera descendió aún más, siempre removida por las corrientes. A menudo los desbordamientos arrancan todas las plantaciones; no hacía muchos años que los cayuvavas perdieron así todos sus campos de labranza y se vieron reducidos a vivir un año

1° de abril

4 Es la misma que los ingleses llamaron *Victoria regina* en 1826. La recogió en la Guayana inglesa el viajero Chonburk. La especie que vi en Corrientes en 1827 estaba en Francia desde 1829.

entero del tronco de la palmera totaí, la providencia de esas comarcas en las malas épocas. Hacia el mediodía llegué por fin al puerto de Exaltación, después de ocho largas jornadas desde mi partida del fuerte de Beira.

Misión de Exaltación de la Cruz

Situado en un pantano, a la orilla izquierda del Mamoré, el puerto está a medio kilómetro de la misión. En la playa se bañaban indios e indias. A través de una calzada me encaminé hacia la misión, en donde no pude ser peor recibido por el administrador, quien, a pesar de las órdenes precisas recibidas, durante mi estadía de seis días buscó mil maneras para mortificarme. Felizmente, el cura no procedió de la misma manera con respecto a mí. Trabajé, sin embargo, con la mayor diligencia posible, pues me urgía salir cuanto antes de esa desagradable residencia. Tenía que poner en orden mis notas y mis itinerarios geográficos, reunir los objetos de historia natural de los alrededores, estudiar la misión y sus archivos y, sobre todo, escribir vocabularios de las lenguas cayuvava, pacaguara e itenes. Tales tareas no me dejaban más que contados instantes de descanso, que aprovechaba cada noche para recorrer los aledaños, por ese entonces muy restringidos como consecuencia de unas inundaciones.

La misión de Exaltación de la Cruz fue fundada por los jesuitas, después de 1696 con indios cayuvavas, descubiertos por ellos en las márgenes del Mamoré[5]. La edificaron en una llanura, en medio de pantanos, y a cubierto de las grandes crecidas del Mamoré por un dique que la rodea y que los jesuitas habían levantado. La plaza, con sus palmeras, sus capillas y las casas de los jueces, se parece a la de las otras misiones. Construida según el gusto de la Edad Media, la iglesia está llena de ornamentos, de esculturas de buen gusto, y sus murallas, levantadas con tierra[6], están cubiertas de pinturas. El colegio, de una planta, está muy bien distribuido. El capricho de un administrador hizo desaparecer un precioso monumento. En los muros los jesuitas habían representado con detalles el mapa de la provincia, que debían conocer perfectamente, pero hacía unos años este administrador mandó borrarlo y lo reemplazó con caricaturas groseras, o con dibujos sobre temas de caza de jabalí, de

5 El padre de Eguiluz, en *Relación de la misión apostólica de los Moxos*, 1696, págs. 35, 37, cita solamente esta nación, entonces salvaje.

6 Es bueno consignar que no existen piedras en la provincia de Moxos.

ciervo, etc., ejecutados según los grabados europeos. Por sus productos y su industria, Exaltación de la Cruz es una de las misiones más ricas: sus tejidos son muy lindos y su cacao uno de los mejores.

La población se compone de 1.984 indios, de los que una decena son de la nación pacaguara, uno solo pertenece a los itenes y el resto son cayuvallas[7]. Son sin disensión los mejores hombres de la provincia por su franqueza, su falta de vicios y su amor por el trabajo. Son naturalmente robustos y de rasgos regulares. Tuve mucho tiempo conmigo a hombres de esta nación y no puedo sino hacer elogios de su carácter. Remeros infatigables, sus pilotos son los más experimentados. Ardientes y emprendedores, son, sin embargo, prudentes, respetuosos, sumisos y de una extremada condescendencia. Conservan todavía algunas supersticiones, que se remontan sin duda a su estado primitivo y que se manifiesta principalmente entre los encargados de vigilar los ganados. Por ejemplo, cuando un cayuvava sabe que su mujer no está bien de salud, nunca monta a caballo, de miedo a caerse o de enfermar aún más a su compañera. Después de la muerte de su mujer, los viudos se encierran un mes y durante su viudez nunca más vuelven a subir a caballo porque temen espantar al ganado.

No sin dificultades salí de Exaltación el 7 de abril. Como no quería darme piraguas, el administrador había hecho esconder las mejores. Las que conseguí eran tan malas que una de ellas, cuyo fondo agujereado había sido taponado solamente con arcilla, estuvo en un tris de causar la muerte a los que la tripulaban. Un junco destapó el agujero de la piragua, que se hundió; pero felizmente el caso ocurrió cerca de la costa y todos se salvaron. El Mamoré, que ahora navegaba yo aguas arriba lleno de esteros y de lagos más allá de sus orillas, no tiene nada de notable. Por la noche, me detuve junto a un pantano, en donde nos comieron los mosquitos. Cuando no dormía, oía a los indios golpearse continuamente en sus hamacas para espantar a esos importunos insectos.

7 de abril

Durante todo el día siguiente, mientras proseguía mi viaje por el río, veía en el aire, a gran altura, un crecido número de bandadas de grandes y pequeñas garzas que volaban en triángulo y cuyo ángulo de penetración estaba formado por dos filas de aves; tales bandadas se dirigían invariablemente de sur a norte. Era sin duda el momento de una de esas migraciones generales en que

7 Esta nación se divide en ocho secciones: los *Maisamaé*, *Maidebochoqué*, *Maidepurupiñé*, *Mairoaña*, *Marauqué*, *Maidijibobo*, *Maimajuya* y *Maimorosoya*. V. lo que acerca de esto dije en *El hombre americano*, pág. 357 de la ed. Futuro.

las aves ribereñas abandonan las regiones del sur, entonces demasiado secas, para ganar los pantanos de Moxos y del Amazonas, que para esa época comienzan a despejarse, dejando en la llanura muchos peces, cuya fácil captura ofrece un abundante alimento a esas aves viajeras.

Remontando el Mamoré, a unas quince leguas de Exaltación, encontré, en la orilla izquierda, la desembocadura del Río Yacuma, cuyas aguas límpidas y negruzcas corren por un lecho profundo, sin playas y de setenta a ochenta metros de ancho. Entré en este río, remontándolo; sus orillas cubiertas de malezas contrastan poco con las llanuras adyacentes, en parte desprovistas de árboles. A tres kilómetros de la desembocadura del Yacuma, alcancé su confluencia con el Rapulo, río menos ancho que aquél y que serpentea por la planicie. Antes se lo remontaba para llegar a la misión de San Borja[8], destruida en tiempo de los gobernadores españoles, después de la expulsión de los jesuitas. Un poco más allá de la confluencia encontré el puerto de la misión de Santa Ana, situada entre los dos ríos y a menos de un kilómetro de la orilla del Río Yacuma.

Misión de Santa Ana de Moxos

A través de una llanura inundada, llegué no sin trabajo a la misión, cuyo triste aspecto y su mala construcción me hicieron reconocer de inmediato que no había sido obra de los jesuitas. En efecto, erigida en su origen por los jesuitas una legua más al oeste, los gobernadores españoles la habían transferido al lugar en que la encontré. Esta misión, compuesta por indios de la nación Movima, fue fundada después de 1700. Los jesuita se llevaron allí a los movimas con el objeto de facilitar el tránsito fluvial con la misión de Reyes, que fundaban al mismo tiempo no lejos del Río Beni. A pesar de su posición y de la inundación temporaria de sus aledaños, la misión no tiene nada de insalubre. Está, eso sí, muy mal distribuida. Las casas de los indios no están en línea, y la puerta de la iglesia, en vez de dar a la plaza, se abre hacia el campo. La industria está muy poco adelantada allí; sus escasos campos de cultivo están situa-

8 Según el padre de Eguiluz, *Relación de la misión apostólica de los Moxos*, 1696, pág. 44, San Borja habría sido edificada en 1693, cerca del Río Maniquí, al pie de los últimos contrafuertes de la Cordillera, a unas doce leguas al norte de San José. Tenía 3.000 almas de las naciones Churimana –tribu de los moxos– y Moporoabocono. Esta misión fue abandonada hacia 1780, bajo el gobierno de los curas.

dos en medio de bosquecillos, cerca de los ríos Rapulo y Yacuma, pero existen dos buenos establecimientos para la cría de ganado. Su población, que alcanzaba en 1831 a 1.156 movimas, es notable por sus hermosas proporciones. Los hombres son allí grandes, robustos, bien plantados, y las mujeres tienen proporcionalmente una planta mejor que los hombres. Me asombraba encontrar a menudo muchachas de dieciséis a diecisiete años contra las cuales ciertamente yo no habría sostenido una lucha. Sus brazos vigorosos y hasta sus rasgos no tienen nada de femeninos. Los movimas son por regla general buenos, y en su cara llevan retratada su dulzura. Aunque muy diferente de la de las demás naciones, su lengua es de una extremada dureza a causa de la multiplicación de las consonantes. Tuve mucho trabajo para escribir un pequeño vocabulario, y sin el auxilio del administrador, muy versado en este idioma, no habría logrado un objeto.

A juzgar por la indumentaria de las mujeres, la miseria parece ser muy grande en la misión, lo que obedece a la rareza de tierras aptas para el cultivo del algodón; las indias tienen que hacerse sus tipois con tejidos de lana que provienen de Cochabamba. El cura me habló de ciertas supersticiones que se habían conservado hasta entre los indios; así, por ejemplo, cuando quedan viudos jamás quieren cazar jaguares, porque si no infaliblemente mueren, e incluso jamás matan una serpiente por temor a volverse leprosos.

La lluvia no había cesado de caer desde mi llegada a Santa Ana, de modo que nada pude hacer en la campaña. Para ir a la misión de Reyes se remonta el Yacuma hasta sus primeros afluentes, y después ya no hay más remedio que hacer un acarreo a través de la llanura para tomar el Río Quiquive, y bajando su curso se llega al Beni, y por ahí hasta Reyes. Había venido a Santa Ana con intención de hacer este viaje, pero los informes que obtuve del administrador me hicieron cambiar de parecer, pues la excursión me habría exigido por lo menos dos meses, lo que era demasiado, teniendo en cuenta la escasa importancia de esa misión. Me decidí a llegar a las otras. Por lo demás, por una piragua que llegó de Reyes durante mi estadía en Santa Ana, comprobé las dificultades que había de vencer. Los indios de Reyes pertenecen a la nación Maropas[9], y tienen los rasgos afeminados, regulares, semejantes a los de los mocetenes, de los que más tarde hablaré. Lo mismo que los indios del Perú, mastican la coca, y su camisa de lana es mucho más corta que la de los moxos.

Después de pasar tres días en Santa Ana, proseguí mi viaje con un tiempo espantoso. El viento del sur, cargado de lluvia, era tan fuerte que habría corrido a un seguro naufragio si hubiese sido lo bastante temerario como para

9 Véase *El hombre americano* (págs. 200 y 218 de la edición Futuro).

aventurarme con mis frágiles embarcaciones en las aguas entonces muy revueltas del Mamoré. Me pareció más prudente detenerme en las orillas del Yacuma. Los indios se pusieron a pescar allí con anzuelos atados al extremo de un alambre el pez conocido con el nombre de *palometa*. Semejante por su forma alargada a nuestro cargo, tiene el ornato de vivos colores amarillos. Sus dientes, triangulares, apretados y cortantes como una navaja, lo hacen temible a los indios, aunque éstos lo buscan mucho en razón de su utilidad. Como esos peces muerden implacablemente a los bañistas, llevándose el bocado, nadie se atreve a entrar en el agua; pero desde tiempo antiguo sus dientes sirvieron de tijeras a los indios de esas regiones. En efecto, es con los dientes de la palometa que los tejedores de Moxos cortan sus hilos y los indios sus cabellos.

El viento del sur había bajado tanto la temperatura, que mis pobres indios tiritaban con doce grados de calor.

A la mañana siguiente el tiempo más apacible y sobre todo menos húmedo me permitió continuar viaje. Remonté el Mamoré todo el día. A la tarde pasé frente a la desembocadura del Aperé, que, en tiempo de los jesuitas, llevaba a la antigua misión de San José. Al Río Aperé recibe, a un día de marcha aguas arriba en piragua, el Río San José. Los dos ríos bajan de los últimos contrafuertes de las Cordilleras y corren casi paralelamente en la llanura. A orillas del San José estaba en otro tiempo la misión del mismo nombre, antes floreciente, pero abandonada después de la expulsión de los jesuitas[10]. Ambos ríos, por lo demás, son navegables, lo mismo que el Rapulo y el Yacuma, por grandes embarcaciones hasta el pie de las montañas.

Las orillas del Mamoré no tenían ya esa salvaje belleza que había admirado cerca de la confluencia con el Itenes. Aquí todo parece provisorio: las orillas, como los pantanos y los cambios de dirección del río impetuoso, están marcados por terrenos recientes, por bancos de arena y bañados. Pasé frente a la antigua misión de San Pedro, situada en la margen derecha del Mamoré y fundada por los jesuitas a comienzos de 1700. Al establecer ahí su capital, esos religiosos habían reunido en ella todas sus fuerzas y los monumentos más suntuosos[11]; pero hacia

13 de abril

10 Según el padre de Eguiluz, *Relación de los Moxos* (1696), págs. 39 y 40, San José habría sido fundada en las llanuras del norte, al pie de los últimos contrafuertes de la Cordillera, con indios moxos. Esta misión estaba situada a dieciséis leguas al oeste de San Ignacio. En 1691 contaba con 2033 indios. Fue abandonada hacia 1780 bajo el régimen de los curas (Viedma, *Informe de la provincia de Santa Cruz)*.

11 En la nueva misión vi inmensos depósitos abarrotados con magníficos restos de esculturas de la antigua iglesia, e incluso traje a Francia algunos fragmentos que todavía conservo.

1820, temiendo que las sucesivas invasiones del Mamoré, cuyas aguas ya habían subido a las chacras, acabasen por amenazar a la misión misma, los administradores la trasladaron a una llanura, a unas doce leguas más arriba. De la antigua misión sólo subsiste un bosque de plantas de cacao.

Un poco más arriba el Mamoré se divide en tres brazos, formando islas y numerosos bañados, en los que nos metimos y de los que no salimos sino con gran trabajo, impedidos como estábamos en medio de los árboles amontonados por la corriente. Algo más allá, habiendo penetrado de nuevo en un pantano de la orilla izquierda, tuvimos que atravesar aguas putrefactas y azuladas, en las cuales las burbujas que reventaban en la superficie desprendían gases mefíticos que apestaban el aire. Al permanecer algunas horas en ese lugar infecto, dije a mis compañeros de viaje que seguramente alguno de nosotros atraparía los gérmenes de esas fiebres intermitentes que tan peligrosas son en aquellas comarcas. El pantano me llevó a un hermoso lago en cuyos bordes volví a ver con gran placer el maíz del agua. La noche nos sorprendió a la salida de ese lago y nos obligó a detenernos en un bosque, en donde recibí un aguacero muy fuerte.

14 de abril

El 14 me marché antes de la salida del sol, y a las ocho llegué a la desembocadura del Río Tijamuchi, que desciende las cordilleras. De un ancho de casi cien metros, pero muy profundo, el Tijamuchi sería navegable en cualquier tiempo, aún por vapores. Su curso es muy tortuoso; por eso se pone de cinco a seis días para remontarlo hasta la misión de San Ignacio, una de las más bellas y antiguas de la provincia, a donde no pude ir. La fundaron en 1689[12] con indios paunanas (tribu de los moxos) en mitad de la llanura. En 1691 contaba ya con 3.014 habitantes; su iglesia había sido levantada ya en 1694, y el padre de Eguiluz nos informa que, siguiendo la costumbre del Perú, en ella los indios bailaban delante de la procesión. Por tierra, esta misión dista unas quince leguas de Trinidad hacia el oeste. Más arriba de San Ignacio, el Tijamuchi recibe al Taricuri, igualmente navegable hasta el pie de las últimas montañas.

Después de medio día de camino, me metí en un bañado de la orilla derecha que me llevaba hasta el puerto de San Pedro.

12 Padre de Eguiluz, pág. 26.

Misión de San Pedro

Desde este punto me faltaban todavía tres kilómetros de bajos inundados para llegar a la misión. Mandé buscar caballos y me encaminé hacia ella. Tuve que atravesar algunos lugares en donde el agua me llegaba hasta sobre la silla del animal. El cielo estaba nublado, y me asombraba sentir una desagradable impresión de frío que no solía padecer cuando me mojaba diariamente; sin embargo, después de cruzar por un puente los primeros afluentes del Río Machupo[13], llegué a San Pedro, en donde las campanas anunciaron mi llegada. Acompañados de música, los jueces vinieron a mi encuentro y me rindieron todos los honores imaginables, de los que muy bien habría prescindido, pues no me encontraba nada bien. Mientras tanto, tuve que quedarme como dos horas así mojado, sin poder cambiarme de ropa. Parece que al cruzar la víspera los pantanos apestados había atrapado los gérmenes de la fiebre, que se declaró con extrema violencia en cuanto estuve en la habitación que me habían destinado. En efecto, me cogió un escalofrío de más de dos horas, al que sucedió un espantoso delirio que asustó a todos los habitantes de la misión y que duró toda la noche siguiente.

Desde hacía seis años había cruzado impunemente por todos los sitios malsanos. Como hasta entonces había quedado invulnerable, no creía que me pudiese atrapar la enfermedad; y así, poco accesible al miedo, a pesar de la fuerte sacudida que acababa de experimentar, las largas historias del cura y del administrador sobre la gravedad de las fiebres de esos parajes no pudieron quebrantar mi resolución. Sin pensar que, solo en medio de hombres semisalvajes, no podía contar con ninguna ayuda médica, al día siguiente me olvidé de mi enfermedad para no ocuparme sino de los intereses de mi viaje. Tenía muchos deseos de encontrarme para Semana Santa en las misiones moxos –las más celebradas desde el punto de vista religioso– para ver por mí mismo todo lo que en ellas pasaría en esta época; por eso me decidí a no quedarme más que un día (el domingo de Ramos) en San Pedro y a partir el día siguiente para San Javier, en donde me proponía dedicar los cuidados que requería mi salud. A pesar de mi excesiva debilidad y de los espantosos dolores de cabeza, pasé la jornada atareadísimo, viendo la misión en compañía del cura y tomando notas de cuanto podía interesarme en ella.

La misión está emplazada en una llanura inmensa, bastante alta y cruzada por pantanos en los que nacen los ríos Tamucu y San Juan, los primeros dos

13 Véase lo que dije de este río.

afluentes del Machupo. Todos sus actuales edificios son todavía provisorios y no tienen nada de notable.

La nación de los *canichanas* fue descubierta por los jesuitas en 1693[14]. En aquel entonces moraba en las márgenes del Mamoré y del Machupo y tres años más tarde se congregó espontáneamente y edifica una aldea, llamando a los religiosos para que la convirtieran al cristianismo. Se ha pretendido que era caníbal y que guerreaba a menudo con los cayuvavas y los itonamas. Y hoy todavía es para estos últimos objeto de temores tradicionales. En el lugar en que vi las ruinas, los jesuitas establecieron la misión de San Pedro, cuya posición central la convirtió muy pronto en capital de la provincia. Concentraron en ella todas sus riquezas, todas sus grandezas, y por sus monumentos, por el número de sus estatuas de santos, por las joyas que adornaban a sus vírgenes y a sus niños Jesús, por las planchas de plata que decoraban sus altares y, más que nada, por las hermosas tallas de madera de su iglesia, San Pedro no tardó en rivalizar no sólo con las catedrales de Europa, sino también con las más ricas iglesias del Perú. Cuando entregaron la misión a los curas, después de la expulsión de los jesuitas en 1767, inventariaron en ella 80 arrobas (1.000 kilos) de plata maciza, con un valor aproximado de ciento setenta mil francos.

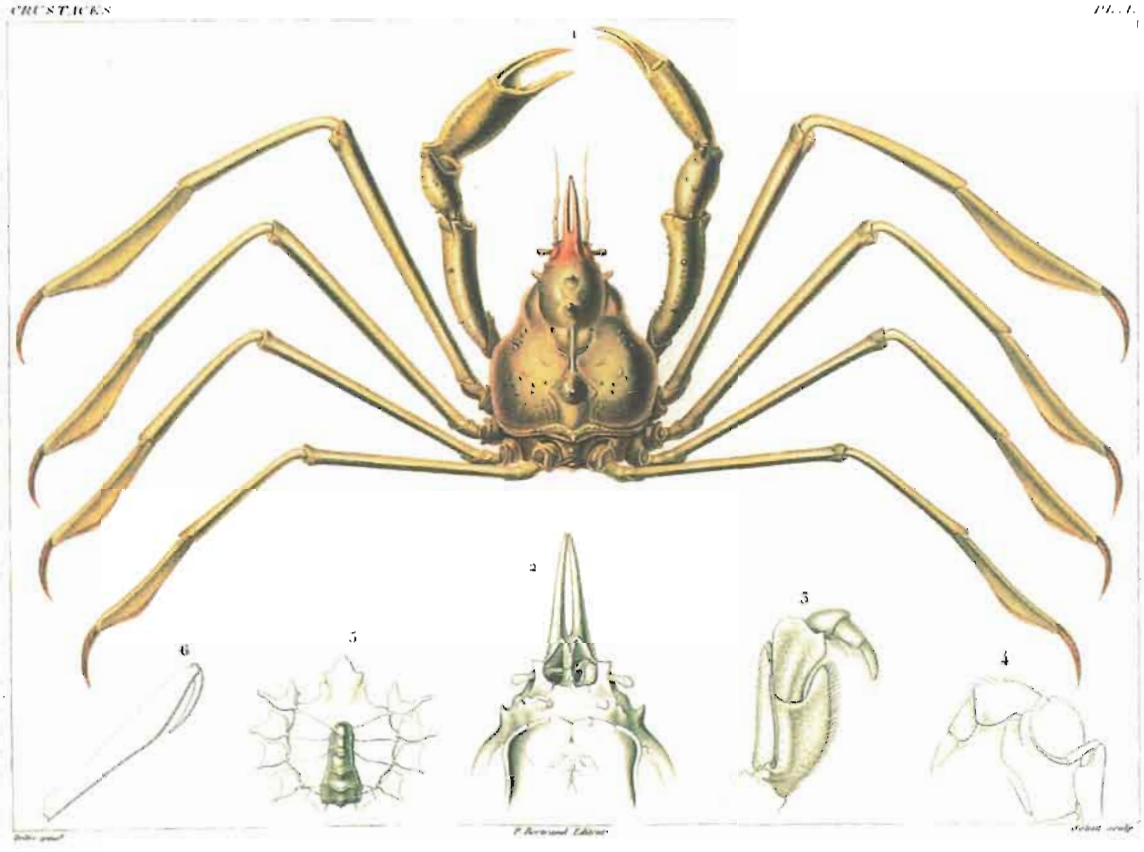
San Pedro fue dilapidada bajo el régimen de los curas, primero, y luego bajo el de los gobernadores. Lo mismo ocurrió bajo los administradores. Se la despojó de una parte de sus riquezas para sostener al ejército español, que mandaba el general Aguilera, sustrayendo de allí veinticinco arrobas (312 kilos) de plata[15]. Hacia 1820, San Pedro fue teatro de una revolución que provocó la muerte del cacique Marasa, matado por el gobernador, lo que trajo como consecuencia el incendio del colegio y la consiguiente destrucción de los preciosos archivos de la provincia. Más tarde cambiaron la misión a donde hoy está, reconstruyéndola provisoriamente. El traslado de la cabecera a Trinidad después de la muerte de Marasa, unido a las dilapidaciones y al cambio de sitio de la misión, la redujeron a la mayor miseria, y no hay duda de que hoy es la más pobre de todas. Allí los indios están apenas vestidos y carecen de víveres; por eso se han convertido en los mayores ladrones de la comarca: saquean los campos doquiera pasan, sin que nada se oponga a sus depredaciones; es a tal punto que se imponen a sus vecinos. Los trabajos de la misión apenas cuentan; solamente los indios se han reservado desde el tiempo de los jesuitas la fundición de campanas y de calderas.

---

14 V. el P. de Eguiluz, págs. 34-36. Este autor les llama *Canicianas*.

15 V. la historia de la provincia en el capítulo XXXVIII.

Ctenodactylus brasiliensis.



Eurypode d'Audouin; Eurypodius audouinii.

Al entrar en San Pedro me chocaron los rasgos repelentes de los indios canichanas que la habitan. Sus ojos pequeños, levantados por fuera, su nariz achatada y sus pómulos salientes los diferencian desfavorablemente de las otras naciones. Ni siquiera las mujeres tienen algo agradable. Los canichanas son robustos, bastante grandes, pero muy poco sociables. Hoy suman 1.576. Se parecen en todo a los indios tobas del Gran Chaco; por eso no me asombró mucho encontrar entre ellos aquella ceremonia practicada por los tobas en ocasión de la nubilidad de las indias. Aquí, como en el Gran Chaco, la muchacha es encerrada sola durante ocho días, lapso en que se la obliga al ayuno más riguroso. Es tal su indigencia que los canichanas no tienen miedo a nada cuando se trata de procurarse su sustento: cazan al jaguar para alimentarse de él y con el mismo fin llevan una guerra cruel a los caimanes. Esta caza llena de peligros parece convenirles. En cuanto ven un caimán en el río, algunos de ellos, provistos de un largo lazo de cuero, permanecen en la orilla, mientras otro, teniendo una larga pértiga a cuyo extremo está la punta del lazo, se mete en el agua y nada con una mano, aproximándose muy suavemente al animal, que, como de costumbre, permanece inmóvil, con la vista fija en su presa. El cazador trata de pasarle el lazo alrededor del cuello; si lo consigue, los demás sacan el reptil a tierra; pero si falla, no le queda otra posibilidad de salvación que perseguir al caimán, zambulléndose para asustarlo y tener tiempo de llegar a la orilla. Otros canichanas cazan al mismo animal con un simple palo afilado en los dos extremos y atado en medio de un lazo. Avanzan hacia el caimán; para coger el brazo del nadador, el reptil abre sus inmensas fauces, movimiento que el cazador aprovecha para introducir su trozo de madera y lo endereza perpendicularmente cuando el animal cierra sus dos mandíbulas. Con el trozo de madera clavado profundamente, los canichanas arrastran el animal con el lazo hasta la orilla. Esta caza provoca a menudo desgracias, y pasan pocos años sin que mueran algunos canichanas.

Al recorrer la fundición, entré en un galpón en el que vi amontonadas todas las esculturas de la antigua iglesia de los jesuitas. Noté sobre todo un púlpito y un confesionario todavía intactos que, por la profusión de tallas que cubrían toda su superficie, hubiesen podido ser el ornato de nuestros templos. Me quedé realmente asombrado y la curiosidad me llevó a apoderarme de un trozo que vi suelto en el suelo[16].

Entré en la iglesia, que me pareció muy mal construida y desmesuradamente recargada con imágenes de santos y ornamentos de plata. Entre ellos

16 Todavía lo conservo en mi colección americana.

reconocí, sin embargo, varias estatuas de madera esculpidas en Italia por los mejores maestros del siglo pasado. La iglesia estaba preparada para los oficios de Semana Santa; experimenté una especie de terror al ver no menos de veinte grupos de estatuas, casi de tamaño natural, que representaban todas las escenas de la Pasión. Estos grupos, pintados, ocupaban el medio de la iglesia. Allí se veía la flagelación, la coronación de espinas, el vía crucis y, finalmente, la crucifixión. Por lo general, los españoles exageran todo lo que se refiere al exterior de la religión; por eso, apenas se reconocen rasgos humanos en medio del cúmulo de llagas y de sangre que cubren las estatuas. Tal vez no me encontraba bien predispuesto, pero lo cierto fue que el espantoso espectáculo realmente me sobrecogió de horror. No compartí la exaltación con que el cura me alababa cada uno de esos grupos, repitiéndome en distintos tonos que la verdadera religión no se encontraba más que en Moxos.

Después de las vísperas, un tropel de indios, vestidos de manera burlesca, de rojo o con otros vivos colores y desempeñando el papel de judíos, recorrían la misión con pasos lentos, buscando a Jesucristo. Se dividieron en varios grupos, y por donde pasaban el pueblo se prosternaba delante de ellos. Por la noche, la banda volvió a reunirse y se puso en marcha, acompañada por una música de las más tristes. El lúgubre acorde de los tambores aflojados, de las flautas de acentos lastimeros y de otro instrumento, del que salían sonidos bajos y temblorosos[17], produjo en mi ser un efecto que no sabría definir. Todo mi sistema nervioso estaba alterado y no habría podido soportarlo más tiempo. El cura me dijo que los tambores representaban el ruido causado por el populacho enardecido contra Jesucristo, que las flautas simulaban los gritos, en tanto que las calabazas imitaban el terremoto.

15 de abril

A pesar del gran malestar que sentía, el lunes santo resolví dejar San Pedro para dirigirme a San Javier, distante unas doce leguas al sur. Monté a caballo para cruzar la llanura inundada hasta el puerto, situado a cerca de dos leguas. Cada vez que entraba en el agua, experimentaba una desagradable impresión, nueva para mí. Mientras tanto, el administrador había tenido la precaución de mandar a uno de los brazos más profundos del Río San Juan unos indios con cueros secos, con el objeto de hacérmelo cruzar en pelota, es decir, recogiendo las puntas del cuero y atándolas de manera que formen una navecilla cuadrada, en la que el viajero se coloca, en tanto que un indio la arrastra a nado hasta la otra orilla. Esta

17 Este instrumento se emplea solamente en esa circunstancia; está formado por un tubo largo a cuyo extremo está fijada una gran calabaza. Se sopla dentro de cierta manera.

nave vacilante, en la que no se puede hacer el menor movimiento si no se la quiere ver naufragar, me recordó el mismo modo de navegación en uso en la provincia de Corrientes. A pesar de estas precauciones, llegué completamente mojado al puerto, desde donde comencé mi navegación aguas arriba por el Mamoré. Este vasto río me ofrecía absolutamente el mismo aspecto que debajo de San Pedro, es decir que estaba bordeado de terrenos modernos y de pantanos, a los que entré varias veces para acortar camino y para romper más fácilmente la corriente.

Misión de San Francisco Javier

De camino me cogió la más violenta fiebre y durante dos horas luché contra los temblores, pues no quería interrumpir mis relevamientos con la brújula; finalmente salí del Mamoré por su orilla derecha y entré en un vasto bañado, en cuyas márgenes encontré el puerto de San Javier, señalado solamente por un galpón abierto a todos los vientos, en donde tuve que acostarme en el suelo, y pasar por un acceso de delirio tan violento, que mis compañeros se vieron obligados a velarme toda la noche, por temor de verme salir corriendo al campo. Como este acceso había sido mucho más fuerte que el primero, y yo sabía que esas fiebres rara vez dejan pasar el cuarto o quinto día sin llevarse al enfermo, informado desde ese momento de la marcha intermitente de la enfermedad, resolví detenerla inmediatamente después de mi llegada. Yo traía conmigo un pequeño botiquín en el que no había sido olvidado el sulfato de quinina. A la mañana siguiente, como no me sentía lo bastante fuerte como para subir a caballo, crucé el bañado en piragua y entré en un arroyuelo que me llevó a través de la llanura inundada hasta la misión de San Javier, en donde todos los habitantes blancos vinieron a recibirme, excusándose de mil maneras por no haber podido acompañarme, a causa de la Semana Santa, con música ni tocado las campanas, de todo lo cual los dispensé con gran alegría. Por lo demás, recibí la más solícita acogida del cura y del administrador, que me prodigaron las más delicadas atenciones.

17 de abril

Muchas veces había experimentado con los indios atacados del mismo mal que yo los efectos del sulfato de quinina, administrado durante o entre los accesos, y me había convencido de que su acción era mucho más rápida y eficaz si se lo tornaba durante el acceso de fiebre. De modo, pues, que resolví seguir este último método. Para encontrarme en condiciones, me purgué el miércoles por la mañana y

aguardé el ataque, que se adelantó una hora por lo menos. Dividí en tres dosis los treinta granos de sulfato de quinina y tomé la primera, diluida en una cucharada de vino, en lo más fuerte del escalofrío, que cesó casi instantáneamente; la segunda en el momento que comenzaba el delirio; y la tercera al iniciarse la transpiración. De esta manera reduje el acceso a la mitad y detuve la fiebre, que ya no volvió. Durante las ceremonias del miércoles santo deliraba. Desde mi cuarto, situado sobre la plaza y pegado a la iglesia, oía la música lúgubre, los golpes redoblados que se daban los indios y sus gritos de dolor. Todo eso, agregado a la imagen que me formaba del espectáculo de los penitentes ensangrentados, se tornó para mí en una terrible pesadilla que me oprimía horriblemente, aumentando mi sufrimiento.

El martes y los días siguientes los indios recorrieron la misión disfrazados de judíos. El miércoles casi todos los habitantes se impusieron un ayuno rigurosísimo que consiste en no tomar absolutamente nada hasta el domingo: es lo que le llaman ayunar hasta el traspaso. Lo mismo que en San Pedro, la iglesia estaba llena de grupos de estatuas. A pesar de la completa postración de mis fuerzas, quise verlo y oírlo todo. Antes de la puesta del sol, el cura comenzó su sermón en lengua moxa, y cuando terminó hombres y mujeres se golpearon el pecho con puñadas tan fuertes que las bóvedas del templo retumbaron largo rato; era un fragor de sonidos cavernosos cuyo conjunto hacía estremecer. La procesión salió por la noche. Llevaban los diferentes grupos de estatuas, y todos, con la espalda desnuda, sin distinción de sexo ni edad, se daban azotes con unos látigos de gruesos nudos, en tanto que los demás, según las penitencias que les habían impuesto, se desgarraban las carnes con látigos provistos de trozos de vidrio cortantes o de ganchos de hierro, que penetraban bastante profundamente en la carne, como para que los pacientes no pudiesen arrancarlos sino a costa de un gran esfuerzo, haciendo correr la sangre a su alrededor. Detrás de la procesión, que dio muy lentamente la vuelta a la plaza, venía una muchedumbre de penitentes, más culpables sin duda que los demás y ante cuya vista me horroricé. Unos arrastraban penosamente un enorme pedazo de madera por medio de una cuerda atada a la cintura y cuyos nudos, hechos expresamente, penetraban en la carne, y se martirizaban con garfios de hierro en las piernas o, con unas disciplinas armadas de puntas; otros llevaban un gran tronco sobre los hombros, con los brazos atados en cruz, y daban la vuelta a la plaza de rodillas. No pude soportar mucho rato este espectáculo realmente espantoso y regresé temblando a casa, exasperado de ver perpetuarse de esta manera, por el fanatismo de los curas, esos atroces abusos de una religión de paz y de misericordia.

Apenas había entrado en mi cuarto, cuando mi guarayito *Mbuca* ori se refugió en él, gritándome en su mal español: "¡*No está bueno*! ¡*Mucha sangre, mucho malo estos hombres*! ¡*Guarayos mucho buenos, no hay azotes, no hay sangre*!" Me costó bastante trabajo tranquilizarlo y mandarlo que se juntase con sus pequeños camaradas. En cuanto a mí, estaba como sobre ascuas durante esta escena, que duró más de dos horas, y no pude dormir, perseguido como estaba por esas imágenes.

19 de abril

El viernes santo las ceremonias fueron las mismas, con excepción del sermón, que versó sobre la agonía de Jesucristo. Cuando el orador describía a Cristo a punto de expirar, en la iglesia resonaron de nuevo los golpes que se daban los fieles y a los que se mezclaban los gritos de dolor, los sollozos de hombres y mujeres que, en la mayor desesperación, se retorcían los brazos, se arrancaban los cabellos y se martirizaban el pecho y el rostro o se descargaban tremendos golpes con las disciplinas. La procesión de la noche fue más sangrienta aún que la de la víspera; varios penitentes quedaron desmayados en la plaza, tanto por la pérdida de sangre como por la abstinencia a que estaban condenados desde el martes. Los indios moxos, entre los que ahora me encontraba, son los más fanáticos de la provincia, si se exceptúa sin embargo a los de Trinidad, que van más lejos aún que en San Javier. En aquélla, un indio viejo, que se sacrifica, es atado desnudo el jueves santo a una columna, escoltado por judíos armados de lanzas, látigos y otros instrumentos de suplicio con los que lo golpean en las cuatro esquinas de la plaza[18].

Asombrado de encontrar entre los indios de la nación de los moxos semejante exaltación religiosa, mientras que las demás naciones son mucho menos fanáticas, traté de investigar semejante anomalía. En Chiquitos, fundada también por los jesuitas, las ceremonias de Semana Santa se hacen como en Santa Cruz, es decir, con toda sencillez; en cuanto a las demás misiones de la provincia de Moxos, tales excesos están lejos de alcanzar el mismo grado. Llegué, pues, a la conclusión que esos extravíos no tenían su origen en las institucio-

18 En su pequeña memoria de 21 páginas titulada *Descripción sinóptica de Moxos* (pág. 20), impresa en Cochabamba en 1832, sin nombre de autor, don Matías Carrasco, ex gobernador de la provincia, se expresa en estos términos; " En la época de la cuaresma hacen estos naturales penitencias públicas, y es tanto lo que se azotan, mortifican y maceran que los mismos faquires de la India quedarían admirados. Las estaciones del jueves santo sigue un anciano que sacan de nazareno, desnudo y amarrado a una columna, escoltado de un piquete de judíos armados de lanzas, chicotes y otros instrumentos, que le aporrean, escarnian y lo azotan con mano feral".

nes generales de los jesuitas, sino que obedecían a causas particulares. Encontré más tarde esa explicación en la obra del padre de Eguiluz sobre la antigua religión de los Moxos[19]. Unos hombres que en su estado primitivo se consagraban a la castidad y al ayuno más riguroso para llegar a ser sacerdotes del jaguar; unos hombres a quienes la superstición llevaba a no temer la inmolación de sus mujeres y de sus hijos, tenían que convertirse, bajo el régimen de un catolicismo ciego, en más fanáticos aún. Esta transformación era tanto más fatal cuanto que, no estando ya gobernados espiritualmente por religiosos ilustrados, obedecían a eclesiásticos poco concienzudos, interesados en aumentar esos abusos para tener sobre aquéllos más influencia que los mismos administradores[20] y para gobernarlos despóticamente por el terror de rigurosas penitencias que pueden infligir bajo el pretexto más insignificante. Desgraciadamente, los abusos de este género son muy frecuentes todavía hoy. Los hombres juiciosos son raros en la provincia, en donde el espíritu de rapiña reemplaza muy a menudo al deseo de mejorar la posición social de los indígenas. En mis conversaciones con los curas, recogía de sus labios esta misma enojosa verdad, que los lleva a abusar así de la simpleza de sus crédulos administrados[21].

20 de abril

La misión permaneció el sábado sumergida en el silencio más profundo. El día de Pascuas todo cambió de aspecto. Cada familia había fabricado chicha y se había hecho una buena distribución de carne entre los indios, los cuales, pálidos sus rostros, arrastrándose apenas, antes de la misa tenían el aspecto de cadáveres ambulantes como consecuencia de los ayunos y de las torturas a que se habían sometido. Después del oficio una alegría sin límites ocupó el sitio de las escenas de duelo. No se oían más que risas y bulliciosas exclamaciones; pero el efecto de este licor fermentado en aquellos estómagos arruinados por cuatro días de abstinencia fue tal, que para la tarde casi todos los indios habían perdido la razón. Los lamentables resultados de semejantes abusos deben tener una in-

19 *Relación de la misión apostólica de los moxos*. (1696).

20 Se comprende fácilmente que esta rivalidad no podía existir en tiempos de los jesuitas; por ello, todo nos induce a creer que esos abusos fueron introducidos por los curas actuales.

21 Algunos eclesiásticos pronuncian a menudo sermones enderezados a obtener un interés puramente personal. Por ejemplo, si el día de los muertos los indios no llevan una buena ofrenda al cura, tendrán que temer que sus parientes muertos permanezcan indefinidamente en el purgatorio. Un cura predicaba a los indios de Concepción de Baures y pedía que le llevasen como ofrenda algodón hilado porque, decía, el hilo podrá facilitar a sus parientes el paso del purgatorio al paraíso. Sería fácil citar muchas otras supercherías del mismo género.

fluencia inmensa sobre la salud de los habitantes, un gran número de los cuales quedó enfermo como consecuencia de las penitencias de Semana Santa y de los excesos del día de Pascuas.

San Francisco Javier fue fundada por los jesuitas en 1690[22], en la orilla occidental del Mamoré, entre la boca del Río Tijamuchi y la del Aperé; en 1691 la misión comprendía ya 2.361 habitantes de la nación moxa. Después de la expulsión de los jesuitas, la cambiaron a la orilla opuesta del Mamoré, en una llanura inmensa, anegadiza en parte. Un arroyito comunica con el Mamoré y facilita la navegación durante la estación de las lluvias. Los edificios de San Javier de Moxos son provisorios; el colegio no tiene más que una planta; su único monumento notable es una cruz de caoba que se levanta en medio de la plaza, toda llena de incrustaciones del brillante nácar de las conchillas de agua dulce. Con respecto a las otras misiones, la industria está allí bien encaminada: los tejidos son muy hermosos, los trabajos de ebanistería y de taraceado de nácar están bien ejecutadas. Su población, compuesta hoy de 1370 habitantes, se ocupa asiduamente de agricultura y obtiene una buena cosecha de cacao. Los indios son muy buenos, sólo que demasiado fanatizados; lo mismo puede decirse de las mujeres. El cacique en un indio bastante culto como para desempeñarse perfectamente como administrador; su integridad, sobre todo, era a toda prueba. Creí que San Javier es el sitio donde abundan más los mosquitos. Fastidian noche y día y se convierten en un suplicio de todos los momentos.

Después que cesó mi fiebre, me encontraba en tal estado de languidez y de debilidad que había perdido mi ánimo para resolverme trabajar. No quise, sin embargo, permanecer más en San Javier, impaciente como estaba por continuar su viaje. Al sexto día de mi llegada me dispuse a partir para Trinidad, situada por tierra a doce leguas al sur. Crucé con bastante trabajo el arroyuelo, cuyas aguas habían descendido considerablemente, y gané el Mamoré con mis piraguas. El curso de este hermoso río, entonces más encajonado, se había tornado más majestuoso. Lo navegué todo el día, costeando ora pantanos, ora magníficas selvas hasta la confluencia del Río Ivari, en donde me detuve para pasar la noche en un bosque. La confluencia de esos dos ríos es quizás el punto más peligroso de toda la provincia para las piraguas. Chocando con fuerza las dos corrientes, forman allí a toda hora una fuerte marejada y espantosos remolinos que tragan a esas frágiles embarcaciones. Todos los años hay allí un gran número de siniestros, y

22 de abril

22 Padre Eguiloz, pág. 32.

tres días antes, se habían ahogado varias personas. Por la noche los jaguares nos tuvieron en alerta con sus rugidos, sin osar, empero, aproximarse.

El Río Ivari tiene sus fuentes en el país de los guarayos; atraviesa hacia el sudeste toda la llanura, sobre casi dos grados de longitud, recibe varios afluentes de esas mismas planicies, pasa a cuatro leguas de la misión de Loreto y no lejos de la de Trinidad, y se pierde en un brazo del Mamoré, con el cual corre todavía un largo trecho antes de reunirse con este último. La isla que entonces forma está cubierta por magníficos campos de bananeros, de mandioca y de otras legumbres, frutas y de muchos huertos de cacao. Hasta en los mismos bosques de las orillas pululan a menudo plantas salvajes de cacao, que no deja de dar sus buenas cosechas. Después de haber remontado el Río Iva durante los dos tercios de la jornada, entré en un arroyuelo de la orilla izquierda, en el que bogué en medio de bosques de palmeras carondai y más tarde en una llanura libre hasta la misión de Trinidad, a la que llegué hacia las cuatro de la tarde bajo un fuerte aguacero.

Misión de Trinidad de Moxos

Cuando mis piraguas se aproximaron a la misión, el gobernador, que estaba al acecho, hizo tocar las campanas y acudió a recibirme con todos los habitantes, con música al frente, con lo que, muy a mi pesar, tuve que recibir todos los honores reservados a los grandes personajes.

Trinidad es una de las más antiguas misiones de la provincia; la fundaron en 1687 los jesuitas, en el mismo sitio que hoy ocupa. En 1691 contaba ya con 2.253 habitantes de la nación de los moxos[23]. En 1824 se convirtió en la capital de la provincia. Se halla en medio de una inmensa llanura, a tres leguas al este del Mamoré y a dos del Ivari. Sus alrededores están desnudos de bosques, muy secos en invierno e inundados en verano. A un kilómetro hacia el este se encuentra un gran lago.

Es muy amplia su iglesia, y de buen gusto, aunque un tanto recargada de tallas de madera. La casa del gobierno, de un piso, es grande y cómoda. Por lo demás, y en cuanto a la distribución, la misión se parece a las otras. Por lo que se refiere a la industria, se hacen allí las mismas cosas que en San Javier. Sus 2.600 habitantes pertenecen a la nación moxos; son gente excelente, que comienza a civilizarse. Abandonan la indumentaria de la provincia para tomar

23 Padre de Eguiluz, págs. 21 y sgts.

la de las ciudades del interior. Hasta había mujeres que habían adoptado ya los vestidos con corpiño.

Todos los años los administradores de la provincia parten para Pascuas de sus misiones respectivas para llevar a la capital los productos del año; es entonces cuando llaman a sus parientes a Trinidad para entregarles lo que han obtenido para ellos en detrimento de las rentas del Estado. Con una enérgica medida, el gobernador interino pretendió reprimir esos desórdenes y expurgar la provincia de empleados poco escrupulosos: envió a todos los caminos emisarios encargados de apoderarse de la carga de las piraguas con el objeto de verificarlas en la capital. Aunque ejecutada un tanto brutalmente por los enviados, esta medida no dejó de producir su efecto. Se vio que todos los administradores se habían asegurado para sí muchas mercaderías más que las que pertenecían al Estado, lo que probaba el abuso de sus funciones y de su autoridad contra los pobres indígenas, a los que explotaban como a esclavos. Como a todos los habían encontrado culpables, fueron destituidos en el acto, y la capital vivía, por así decirlo, en plena revolución. No se oían más que lamentos y ásperas murmuraciones o violentas amenazas contra el jefe de la provincia. En mi viaje había visto a los administradores de todas las misiones, y todos ellos se creyeron en el deber de visitarme a cada rato, con lo que mi posición era realmente difícil en medio de tantos descontentos, cuyas palabras podían comprometerme. Pretextando mi indisposición, abandone la mesa común y me hice servir en mi cuarto, lo que me aisló más aún y me permitió conservar una absoluta neutralidad.

A la llegada de cada una de las piraguas, una multitud de pequeños mercaderes, venidos a este efecto de Santa Cruz y de Cochabamba buscaban a cual mejor engañar a los pobres indios, que no tenían ninguna idea del valor del objeto que les daban a cambio de su mercadería, consistente sobre todo en cacao.

Si el momento era poco propicio para gustar de tranquilidad en Trinidad, por lo menos me ofrecía una ocasión para comparar entre sí, y en uno solo de sus aspectos, los rasgos de las diversas naciones de la comarca. En efecto, la misión estaba llena de indígena de todas las naciones, cada una hablando su propia lengua. El robusto canichana, de rasgos feroces, contrastaba con el delgaducho itomana, el más cobarde de la región. Los rasgos dulces y la grave apostura de los cayuvavas diferían de los de los moxos y de los baures, tan bien alimentados. Esta reunión fortuita me permitió, pues, hacer muchas observaciones etnológicas comparativas desde el punto de vista físico y moral. Las lenguas tan diferenciadas de esos hombres nacidos en un territorio bastante

reducido, tenían algo misterioso. ¿Cómo, en efecto, viviendo en la misma llanura, doquiera recortada por canales –y por consiguiente, de caminos naturales–, esos hombres pudieron aislarse tan completamente unos de otros, para hablar lenguas en las que no había una sola palabra parecida? Si llegaron allí durante las antiguas migraciones de diversas partes del continente, ¿por qué no se encuentran entre ellos palabras provenientes de las lenguas más extendidas en otras partes? Me hacía a menudo estas reflexiones al escuchar, unos al lado de los otros, a los movimas, de idioma duro, lleno de sonidos compuestos de consonantes, y a los baures, de lenguaje dulce y armonioso. Además, por medio de los vocabularios que de cada una de esas lenguas había escrito, podía convencerme de las enormes diferencias que las separan.

Aunque todavía convaleciente y de una gran debilidad, concebí el proyecto de remontar las llanuras de Moxos hasta la Cordillera con el doble fin de atravesar esta cadena en un nuevo punto –estudiando así la geografía hasta entonces desconocida de la vertiente oriental– y de encontrarme en Cochabamba con el Presidente de la República a fin de someterle mis ideas sobre las mejoras y las reformas que podrían introducirse en la administración general de la provincia Moxos para el bienestar particular de los habitantes. En consecuencia, y como ya había tenido ocasión de probar el excelente carácter de los cayuvavas, le pedí al gobernador piraguas y remeros de Exaltación, y comencé a ocuparme de los preparativos de ese largo y penoso viaje de por lo menos trescientas a cuatrocientas leguas, en medio de comarcas salvajes, las más accidentadas del mundo.

10 de mayo

El 10 de mayo salí de Trinidad con las mejores piraguas de la provincia. La que me conducía, construida, como las demás, con un solo tronco ahuecado, tenía un metro y treinta y tres centímetros de ancho por trece de largo; su dotación era de dieciocho remeros y de tres pilotos de la nación cayuvava, entre los cuales se encontraba uno de los principales jueces de la misión y el mejor intérprete. Tenía tres piraguas más, una de las cuales era la cocinera. Debía comenzar por visitar la misión de Loreto, situada a unas doce leguas al sudeste, con el fin de proveerme en ella de los víveres necesarios para el viaje.

Llegué trabajosamente al Río Ivari, el cual me mostró, dos kilómetros más arriba, su confluencia con el brazo del Mamoré. El contraste es notable. El Ivari lleva lentamente sus aguas claras, pero negruzcas, en tanto que las del brazo del Mamoré, barrosas y casi rojas, ruedan con rapidez. Durante una legua seguí ese brazo, en medio de magníficos campos de bananeros, y desemboqué en seguida en el Mamoré. Estaba entonces muy bajo: en vez de ocupar una vasta extensión, sus aguas estaban estrechadas en un lecho profundo, bordea-

do de barrancas arenosas o de grandes bancos de arena. Algunos recodos estaban atascados por árboles amontonados por la corriente, ofreciendo realmente la imagen del caos. Me asombré al ver las orillas animadas doquiera por una cantidad innumerable de aves ribereñas. Ahí, en bandadas de varios millares, el acacalote se paseaba lentamente en las partes fangosas, en compañía de la espátula rosada, de tiernos colores, o de las blancas garzas, en tanto que los bancos de arena estaban cubiertos de picos de tijera y de golondrinas de mar, las que a nuestro paso hacían resonar el aire con sus chillidos, y, mezclados a muchos atajacaminos, parecían perseguirnos, con miedo de que fuésemos a perturbar sus nidadas. Me alegré hasta el atardecer con el espectáculo viviente de esas regiones. A la noche, hicimos alto en un banco de arena.

11 de mayo

Navegamos toda la jornada siguiente. A cada paso encontraba inmensas colonias de aves de los bañados y muchas piraguas que remontaban el río, sea hacia Santa Cruz, sea hacia Cochabamba, animando así este vasto río, al que hasta entonces, y a partir del Itenes, había encontrado triste y silencioso. Observé que cada nación tiene su manera de remar: sentados, los itonamas reman corto con su pagaya; los cayuvavas, también sentados, lo hacen lentamente, pero con fuerza, mientras que los baures se mantienen de pie. De todas esas naciones, los cayuvavas son los más famosos; y así, para sostener su reputación, se afanaban en ganar en velocidad a todas las piraguas que encontrábamos[24]. Tienen la costumbre de bañarse, o mejor dicho de zambullirse, tres veces por día: se detienen, se arrojan al río y se vuelven a vestir su camisa de corteza, continuando luego con el remo. Lo que más temen es mojar su larga coleta; por eso, tienen gran cuidado de levantarla por encima de su cabeza y de sostener la extremidad con la boca. Pasamos la noche en un banco de arena, frente a unos altos acantilados arenosos que, continuamente minados por la corriente, se desmoronaban en masas enormes, formando olas de proyección muy peligrosas para las piraguas, a las que llenan, haciéndolas zozobrar; por eso los indios se vieron obligados a velar toda la noche a fin de que el equipaje no se mojase.

12 de mayo

El 12 de mayo pasé primero delante de la boca de dos inmensos lagos de la orilla derecha, y pronto me encontré frente a la desembocadura de un río muy grande, llamado Securi, que viene sin duda de la Cordillera de Cochabamba, pero en el cual nadie ha entrado todavía. Ordené parar para reconocerlo, y comprobé que es casi tan

24 Cuando se remonta un río, se hacen de ocho a diez leguas por día, y más o menos el doble cuando se lo desciende, lo que depende de la rapidez de la corriente, variable según cada río.

ancho como el Mamoré, que las orillas son menos arenosas y que su lecho está más encajonado, Pensé que por medio de este gran río podría abrirse un camino hacia Cochabamba, reemplazando al que existe, en el que diariamente mueren viajeros en esas travesías de las montañas cubiertas de nieve. Desde ese momento, resolví intentar, si fuese posible, el reconocimiento de ese río; proyecto que, como se verá, pude llevar felizmente a término más tarde. Entretanto, continué el curso del río Mamoré que a eso de las once, me condujo a un pantano de la orilla derecha, y al borde del cual se encuentra el puerto de Loreto, situado a siete leguas al sudeste de la misión de ese nombre.

Misión de Loreto

El puerto, en donde encontré un gran número de piraguas y varios curas que se dirigían a Santa Cruz, se compone de dos casas; una de ellas es un amplio galpón para uso de los viajeros; la otra está destinada al alcalde del puerto, encargado de todos los detalles. Es allí a donde necesariamente hay que acudir para recoger las provisiones de viaje y allí fueron mis indios para matar las reses y hacer secar la carne, única provisión que puede procurarse en esos parajes. En vista de esto, pensé pasar unos días en Loreto; a este efecto me habían mandado algunos caballos. Partí, pues, acompañado por algunos curas y precedido por postillones provistos de tambor, que batían el parche mientras galopaban, costumbre que me pareció bastante original. Crucé por un hermoso huerto de cacao, luego un bosque de cañas y entré en un bañado cubierto de árboles, en donde era preciso a cada momento agacharse para pasar bajo los bejucos entrelazados o saltar las grandes raíces de las que el suelo aparecía sembrado. Llegué a una planicie inundada en la que los caballos se hundían hasta la rodilla. A una legua del puerto vi la estancia de Nieves, en donde se cría abundante ganado. Crucé un arroyuelo profundo, continuando por un bosque ralo que estaba anegado, y volví a encontrar en seguida unos pantanos en donde el agua llegaba hasta la barriga del caballo. A medio camino vino a mi encuentro el cacique, que me aguardaba con caballos de relevo, en los que galopamos, siempre con el tambor al frente, entre pantanos y bosques de palmeras carondais, hasta cerca de Loreto, en donde los caballos casi no hacían pie en un inmenso bañado; pero estos animales están tan habituados a semejantes caminos que tienen el pie tan seguro como el de las mulas de las montañas. Es realmente extraordinaria esta costumbre adquirida por los caballos de galopar al mismo tiempo que meten a cada momento la pata en los agujeros.

Es cierto que el jinete se resiente de ello por las sacudidas que recibe a cada instante. Cerca de Loreto, más allá del puente de madera que atraviesa el Río Tico, encontré al administrador y al gran vicario de la provincia con música. Las campanas anunciaron mi llegada; hice mi entrada triunfal en la misión, y recibí en ella los agasajos de estilo, así como la visita de todas las indiecitas, que me traían flores. El gran vicario y el administrador me recibieron como a un príncipe y apenas me dejaron tiempo para cambiarme las ropas empapadas y embarradas que me cubrían.

El resto de la jornada transcurrió en fiestas, y por la noche hubo baile. Los tambores anunciaron a los bailarines y a las bailarinas, los cuales, con una música al frente que ejecutaba una marcha, entraban al paso por parejas, con la más imperturbable seriedad. Desfilaron ante mí, saludándome, y fueron sucesivamente a colocarse en fila para la contradanza española. Las mujeres llevaban vestidos de indiana, o por lo menos se ataban su tipoi de esta tela a la cintura, se sujetaban arriba sus cabellos con una peineta, pero iban descalzas. Los varones, jóvenes de catorce años, usaban pantalón y camisa y se tocaban con un bonete blanco, completamente iguales a las mujeres de Normandía. Comenzaron su contradanza con gran seriedad, me saludaron luego y fueron a sentarse. Cuando sirvieron el ponche, unos comerciantes de Santa Cruz se mezclaron a las bailarinas, que se animaron algo ejecutando diversas danzas de boga en Santa Cruz; se habría dicho, sin embargo, que las mujeres parecían forzadas a divertirse.

Al día siguiente, recorrí la misión y sus alrededores con el gran vicario y el administrador. Loreto, la más antigua misión de la provincia, fue fundada por los jesuitas en 1684[25], cerca de la confluencia de los ríos Grande y Mamoré, es decir, un grado más al sur de su actual emplazamiento. Formada con indios que hablan dialectos de la lengua moxa, tenía 3.822 almas en 1691. Luego de cambiarla varias veces de lugar, después de la expulsión de los jesuitas se la estableció entre los ríos Tico e Ivari, a diez leguas más o menos de la unión de este último con el brazo del Mamoré, en medio de una llanura muy hermosa, en parte arbolada, sólo que demasiado húmeda en verano. Se llega a ella en piragua por el Río Tico, afluente del Ivari, que tiene sus fuentes en las llanuras anegadas del sudeste. Edificada como las demás misiones, Loreto posee una amplia y bella iglesia y una capilla situada fuera, cerca del cementerio. En ella había un inmenso jardín en el que por primera vez encontré árboles frutales. En una comarca en donde todos se contentan con los frutos silvestres, es muy

25 Padre de Eguiluz, pág. 16.

raro ver árboles plantados. Había en ese jardín guaporús, guayabos, chirimoyas y varios arbustos cubiertos con las más brillantes flores. Sus habitantes, que llegaban a 2.145, pertenecían a la nación moxa. Son buena gente, muy industriosa. Por otra parte, la misión está en las mismas condiciones que las demás.

Impaciente por proseguir mi camino, dos días después de mi llegada a Loreto volví a partir, en compañía de ocho o nueve comerciantes que debían también llegar hasta el puerto. El tiempo estaba amenazador, pero galopamos para llegar más pronto. A la hora y media llegamos a la estancia de Nieves. El cielo se mostraba tempestuoso en todas partes y el trueno hacía oír su fragor espantoso; con la tormenta encima, apresuré aún más mi cabalgadura, y apenas me había apeado cuando un verdadero diluvio inundó la tierra. Hay que haber soportado esas borrascas de las regiones tropicales para tener una idea exacta de la violencia del viento y de los torrentes de agua que atormentan entonces a la naturaleza aterrorizada.

CAPÍTULO XXXV

Viaje de Moxos a Cochabamba, remontando el Mamoré, el Chapare y el Río Coni hasta el territorio de los Yuracarés. Un alto con los Yuracarés. Vertientes de la Cordillera Oriental hasta Cochabamba

Viaje remontando el Mamoré, el Chapare y el Río Coni, hasta el territorio de los Yuracarés

Río Mamoré

Más de cuarenta piraguas iban a partir a un tiempo del puerto de Loreto. Era una verdadera flota. Los curas y comerciantes que las ocupaban quisieron encargarme de dirigir la marcha, viajando en convoy. Podía hacerlo muy bien, puesto que mis remeros eran los más hábiles. Acepté, pues, este honor y abandoné el último punto habitado de la provincia de Moxos, para ir aguas arriba hacia la Cordillera. Después de una legua de navegación en el bañado, volví a ver al Mamoré, siempre animado por una cantidad incontable de aves. Por la tarde, me detuve en un banco de arena para hacer noche. Cerca de ese lugar había un bosque. Pude gozar allí de un espectáculo delicioso. Todas las piraguas iban llegando, y cuando se acercaba cada una de ellas era saludada por los gritos alborozados de los que las habían precedido. Poco después, todos los indios se desparramaban por los bosques para cortar en ellos maderas para el fuego, estacas para las hamacas o cañas para construir la cama de los viajeros; volvieron a aparecer muy pronto, cargados con enormes palos que clavaron en el suelo. Colgaron las hamacas por grupos de remeros de cada piragua, y en el medio se encendió una fogata. Se hicieron otros hogares para preparar la cena.

15 de mayo

Nada tan curioso como nuestro campamento, que reunía a más de seiscientas personas. Se hablaban en él casi todas las lenguas de la provincia, sin que nunca se mezclasen las naciones. Todos los hombres blancos se habían reunido en el centro, mientras que, distribuidos por grupos, los baures, los itonamas, los movimas, los cayuvavas, los canichanas y los moxos charlaban en sus dialectos diferentes. En el seno de esos parajes salvajes, la playa ofrecía un escenario animadísimo. Cada grupo de hamacas blancas, suspendidas como festones alrededor del fuego, contrastaba con los mosquiteros de los viajeros y con la hilera de piraguas que se extendía en la playa. Sentados todos juntos en la arena, cenamos en común, mientras tenía lugar la más extraña conversación. Cada cual, al salir de Moxos, ya no tenía motivos para ocultar lo que allí ocurría. Como las indiscreciones de unos estimulaban las recriminaciones de los otros, poco a poco me revelaron los secretos sobre la conducta privada de los empleados de la provincia, y pude enterarme más en esa sola velada que en todos mis meses de permanencia.

Después de la cena, todos los indios, siguiendo su costumbre, se reunieron por nación para rezar en común. Muchas veces me habían sorprendido esos cánticos religiosos en medio de tales soledades; pero en esa ocasión, como las diversas naciones entonaron a la vez sus oraciones en su propia lengua y en tonos distintos, tuve que huir para salvar a mis oídos de la extraña cacofonía que resultaba de la mezcla de todas esas discordancias. Vestidos sólo con su tipoi, los indios se tienden en sus hamacas, en donde quedan toda la noche expuestos al fuerte rocío de las orillas de los ríos en esas cálidas comarcas y, además, a la picadura de miríadas de mosquitos; y así, mientras duermen, se los oye darse instintivamente cachetadas para ahuyentar a esos insectos importunos. Se levantan al amanecer, desatan sus hamacas y rezan con gran recogimiento su oración de la mañana, cantando en coro.

16 de mayo

Nos pusimos en camino después de salido el sol, pero a eso del mediodía se desató una violenta tempestad. Rugió el trueno, se levantó un viento muy fuerte y en un momento el Mamoré se encrespó con tal marejada que fue menester detenernos instantáneamente para no zozobrar con nuestras barquillas. Acampamos cerca de un bosque. Temiendo que el mal tiempo durase demasiado, los indios se pusieron a construir a toda prisa una cabaña de juncos, bajo la cual pude ponerme a cubierto de los chaparrones que duraron todo el resto del día. Construyeron también para sí largas cabañas, de suerte que en menos que canta un gallo nuestro campamento se transformó en una aldea. Soplaba el viento con tal furia que por poco más derriba nuestras chozas.

La distribución de las tormentas según las regiones es una cosa realmente curiosísima. Durante el verano (estación de las lluvias), los aguaceros inundan la tierra, sin que se oiga jamás un trueno y ni siquiera se dejen sentir fuertes vientos. En efecto, había viajado hasta entonces sin experimentar estas tempestades; pero en cuanto llega el invierno, de mayo a septiembre, el tiempo suele ser bueno: los vientos varían de norte a nordeste. De pronto se forma una tormenta en el sur, retumba el trueno, estalla el rayo y el viento ruge durante uno o dos días, después de lo cual renace la calma. Esas tormentas de invierno son tanto más singulares cuanto que son desconocidas en las montañas, en donde sólo reinan en verano, de noviembre a marzo; entonces son, por así decirlo, periódicas en Chuquisaca, por ejemplo, en tanto que nunca se desatan para esta época en Moxos.

La marejada que los vientos provocan en los grandes ríos no es el único peligro en medio de aquellas comarcas salvajes. La corriente con su oleaje mina las orillas de arena, en las cuales crecen a menudo árboles gigantescos, los cuales, balanceados por el viento, caen con gran estrépito en el agua, arrastrando con sus raíces una gran masa de tierra. Pueden arrastrar a las piraguas en su caída o hacerlas zozobrar con las olas de proyección que esos desmoronamientos provocan en el seno de las aguas.

Al mediodía siguiente el viento se hizo menos fuerte y pude reanudar mi camino, sin divisar ninguna de las restantes piraguas con las cuales había partido de Loreto; sin duda, se habrían dispersado por temor al mal tiempo. Un poco más altas, las riberas del Mamoré estaban bordeadas de grandes bosques, en uno de los cuales me detuve. Es imposible imaginar los cuidados delicados que mis indios tenían para mi, siempre atentos a adelantarse a mis más mínimos deseos. En los países más civilizados no podrían obtenerse tanto de hombres a sueldo, y obligados, por ende, a servirnos.

18 de mayo

Mucho más encajonado y menos ancho a esa altura, el Mamoré nos condujo el 18 de mayo, después de las nueve de la mañana, a su confluencia con el Río Sara[1], formado por la reunión del Río Grande con el Piray, de que ya tuve ocasión de ocuparme de hablar en Santa Cruz de la Sierra. El Río Sara parece poco considerable con relación al Mamoré, que todavía conserva, más allá de

1 Este río, que en las cartas de Brué se supone formado por el San Miguel de Chiquitos, es simplemente, como pude comprobarlo más tarde, la continuación de los ríos Grande y Piray reunidos, que nacen en los departamentos de Chuquisaca, de Cochabamba y de Santa Cruz.

esa confluencia, una anchura majestuosa y ondas límpidas, en tanto que el Sara arrastra aguas siempre rojizas y barrosas. Me detuve el resto del día en ese punto con el fin de aprovechar el sol para extender la carne seca que, con el agua del río, constituía toda mi despensa hasta llegar a Cochabamba. Una a una, vi llegar a todas las demás piraguas, veinte de las cuales entraron inmediatamente en el Río Sara, en tanto que las restantes esperaron conmigo la mañana siguiente.

9 de mayo

El 19 anduve por los meandros del Mamoré, bordeados de bancos de arena y en ocasiones de esteros. Me detuve un instante en uno de esos bancos, en donde mi perro anunció, por su manera de ladrar, la presencia de un jaguar cuyas huellas recientes se notaban en la playa. A poca distancia se dejaban oír los broncos gritos de los monos aulladores, y fui bastante afortunado como para conseguir dos magníficos machos de la especie de aluates rojos. Encontramos dos piraguas que descendían del territorio de los yuracarés, en donde los indios que las tripulaban se habían provisto de un crecido número de camisas de cortezas de árbol que habían arrancado de sus troncos y teñido de un color violeta muy vivo, con el jugo de una planta. Todos parecían así unos obispos. Como esas piraguas pertenecían a la nación cayuvava, los que las tripulaban reconocieron a mis remeros y fraternizaron con ellos. Vi con placer que mis indios les regalaban víveres, de los que los viajeros estaban completamente desprovistos, pues se habían ocupado demasiado de sus camisas de cortezas.

Río Chapare y Río Coni

A mediodía llegué a la confluencia del Chapare con el Mamoré. Este último es, sin duda, el más considerable de los dos, como que tiene sus fuentes en las montañas situadas al noroeste de Santa Cruz y al norte de las provincias de Valle Grande y de Totora. Abandoné el Mamoré para remontar el curso del Chapare que, menos ancho, no estaba bordeado de bosques modernos crecidos en los terrenos, sino de selvas tan antiguas como el mundo. Ya no había esos bancos de arena y esos bañados tan comunes en el Mamoré. El lecho más estable del Chapare era encajonado, profundo, y sus aguas claras y límpidas discurrían en medio de un oscuro verdor, formado por la mezcla de muchas especies de árboles, entre los cuales se encontraban gran cantidad de palmeras motacús y chonta. Sobre la margen derecha vi la desembocadura de un río, que los indios llaman Santa Rosa. Sostienen que ese río nace a seis leguas de

ahí en un lago situado en una magnífica llanura, en donde, cuando llegaron los jesuitas, vivían las tribus moxos con que se formó la misión de San Javier. Sus tranquilas aguas son de un color negruzco.

Un poco más lejos, me detuve cerca de una isla deliciosa, en el seno de un magnífico bosque, en donde muy pronto estuvimos acampados. La noche, de las más negras, lo parecía aún más bajo esta espesa bóveda de frondas. Los fuegos encendidos de trecho en trecho por los indios arrojaban sobre todos los objetos un resplandor incierto y daban un verdadero encanto a esta selva salvaje. A las ocho, mis setenta indios entonaron en coro y con música sus cánticos religiosos de la noche, que en esos parajes adquirían un carácter imponente que me conmovió. Nunca me habían parecido tan sencillos y tan solemnes. Los encontré demasiado cortos: su eco se había extinguido hacía ya rato y todavía trataba yo de escucharlos. Esos cantos me habían embarcado en una dulce melancolía que ritmaba con el vacío de mi pensamiento, y sobre todo con el respeto que me inspiraba la virgen belleza de esos parajes. Pronto todos mis compañeros de viaje gustaron el reposo, se apagaron las fogatas, la oscuridad tornóse completa y el silencio majestuoso de la selva sólo era interrumpido por el frufrú de las hojas ligeramente agitadas en la copa de los árboles o por el murmullo de las aguas en la ribera. Permanecí solo, despierto, no pudiendo olvidar las dichosas impresiones de esa velada, que desde entonces ha quedado grabada en mi recuerdo.

20 de mayo

La selva de las orillas del Chapare se alzó más y más, integrada siempre por árboles seculares. Yo no divisaba más que la pequeña faja de cielo que correspondía al surco cavado por el río, en medio de este océano de perpetuo verdor. El Chapare, en efecto, estaba más encajonado y su lecho era más estrecho, pero muy profundo. De tanto en tanto, oíamos los broncos acordes de los monos aulladores o divisábamos alegres tropeles de las demás otras especies de monitos. En un banco de arena encortinamos tres piraguas, ocupadas en hacer secar las mercaderías mojadas por el naufragio de una de ellas, que había chocado con uno de esos troncos tan numerosos ocultos bajo las aguas. Felizmente, nadie había muerto. Por la tarde, detenido en un bosque, una nube aislada bajo un cielo sereno se abrió de repente y nos empapó. A este primer aguacero siguieron varios otros, que nos obligaron a construir chozas para abrigarnos. La lluvia continuó todo el día siguiente y los que siguieron también, lo que nos molestó bastante. Empapados constantemente por la lluvia y por otra el 21 de mayo, parte caldeados por el aire, los cueros vacunos no curtidos que cubrían las pequeñas cabañas exhalaban un olor insoportable; además, nuestra carne seca

se resentía también con este tiempo y estaba tan abombada que había que tener valor para comerla. Todo eso, unido a mi estado de convalecencia y a la continua humedad en que pasaba mis días y mis noches, me provocó una de las enfermedades más peligrosas de las regiones cálidas y que fue causa de horribles padecimientos. Había podido cortar fácilmente la fiebre que se manifestó en muchos de mis compañeros de viaje; pero en medio de esos desiertos, nada pude hacer para aliviarme.

22 de mayo

El 22 advertí entre esta rica vegetación dos pequeñas palmeras, nuevas para mi[2], y por la tarde entreví en lontananza, por primera vez, las cumbres de la Cordillera, que pronto me ocultaron los árboles. Esas montañas alentaron mi valor, dándome la esperanza de llegar cuanto antes al puerto, del que, sin embargo, estaba todavía muy lejos.

23 de mayo

A pesar de la lluvia, el 23 sentí cierta alegría al ver la naturaleza embellecerse cada vez más a medida que avanzaba. Los árboles se alzaban siempre más y más, la vegetación era siempre más variada y todo era grande y bello en esas regiones vírgenes. Había llegado a una zona en donde llueve regularmente todo el año. Apenas sí, a intervalos, se divisan los rayos del sol a través de cortinas de nubes que lo ocultan casi constantemente. Esta circunstancia, unida al calor, da un desarrollo extraordinario a la vegetación. En todas partes los bejucos caen como guirnaldas desde lo alto de los árboles, cuya copa se pierde en las nubes.

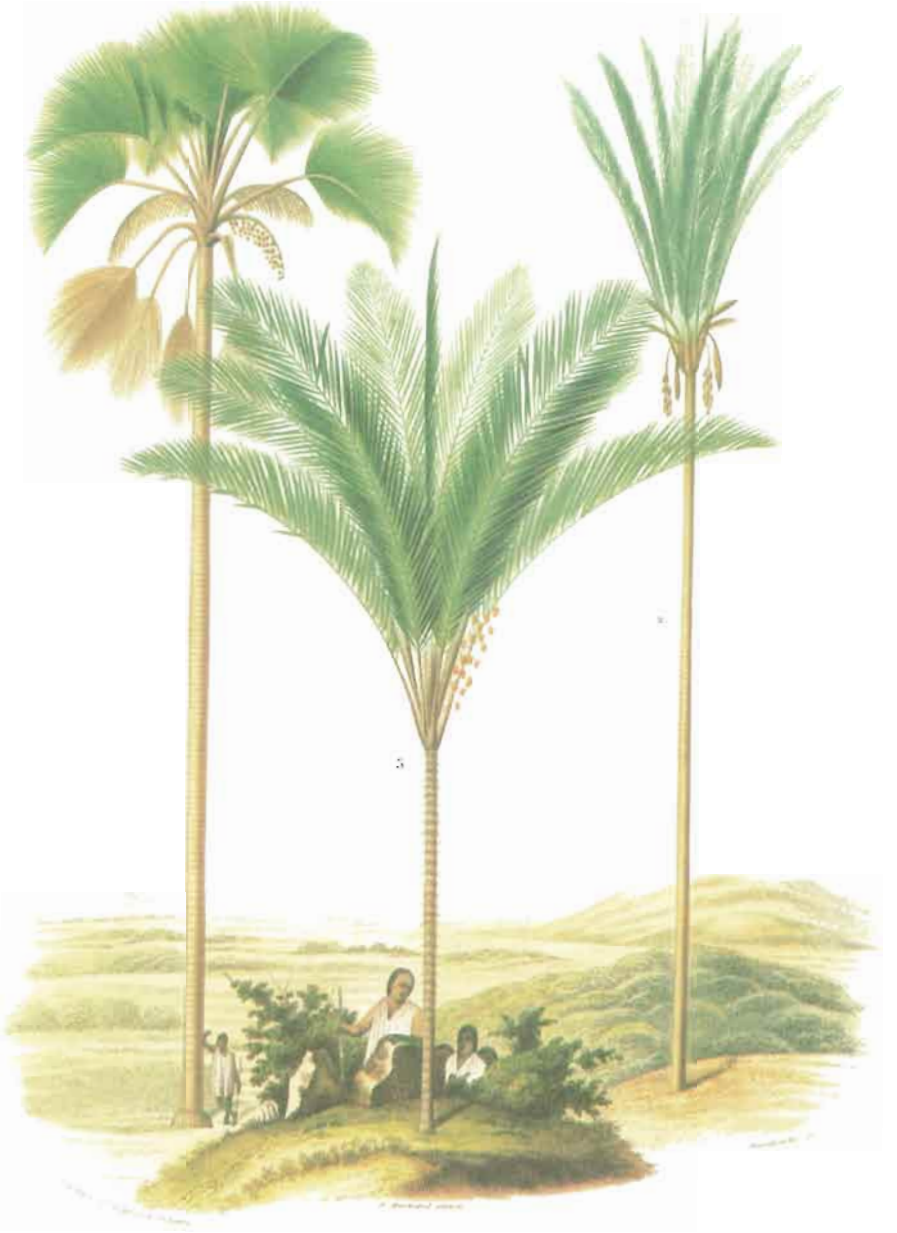
24 de mayo

El 24, la selva se adornó con el follaje de un gran número de nuevas palmeras, entre las cuales se distinguían la *Vina* y la *Veinte pes*. Cuanto más remontaba el río, más admiraba la riqueza de esas comarcas. Los recodos del Chapare, entonces más angosto, estaban adornados de cañas o de lisos, cuyo blancuzco follaje contrastaba con el verde oscuro de las selvas o los penachos elegantes de las palmeras. Me adentré varias veces en los bosques, en donde no me cansaba de admirar una vegetación cuya belleza sobrepasaba increíblemente todo cuanto en ese género había visto hasta entonces.

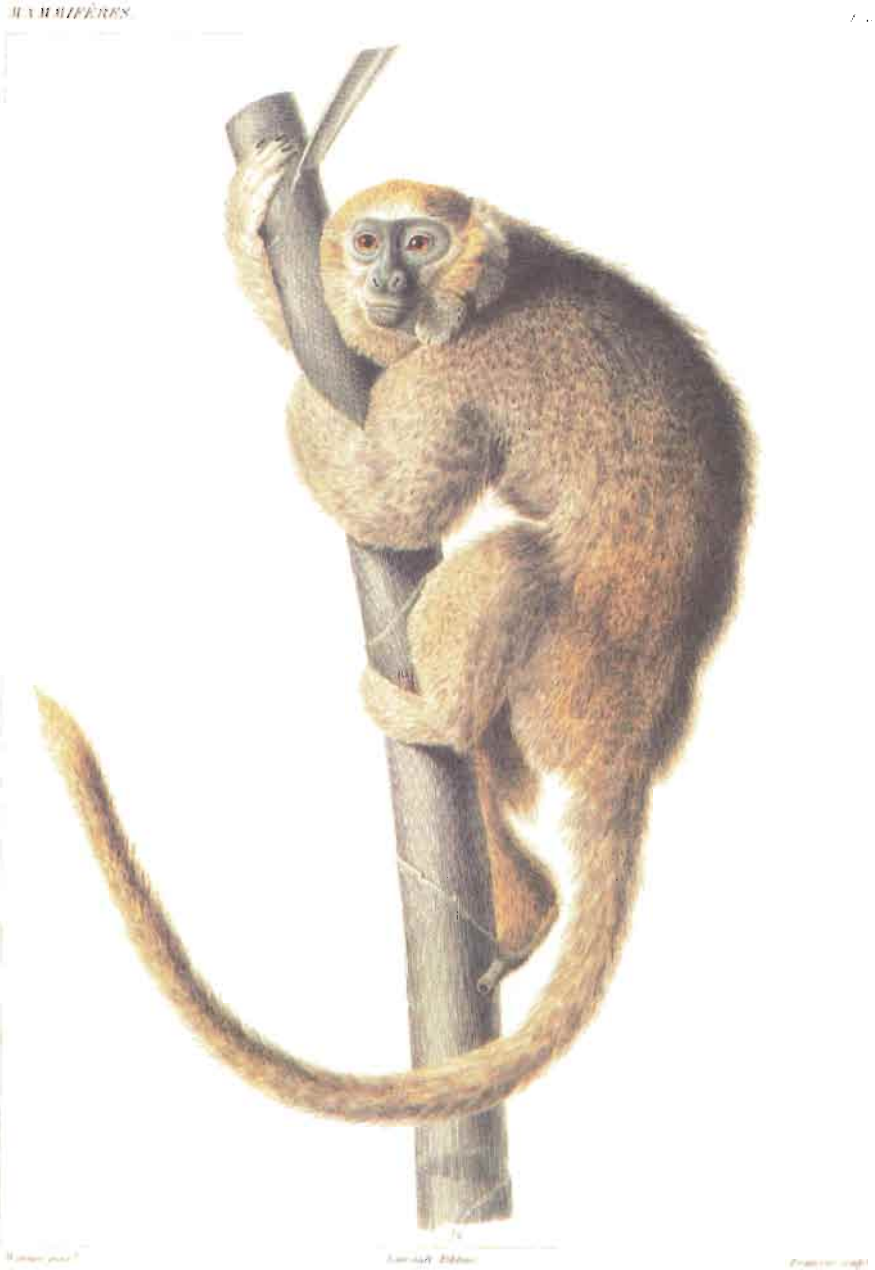
25 de mayo

El 25 mis indios quisieron tomar un brazo de una isla en donde la corriente parecía menos fuerte; pero casi nos morimos. Ese brazo estaba en su extremo lleno de árboles amontonados por el agua. Los remeros intentaron franquear una especie de estrecho en donde la corriente era rápida; pero mi piragua se enganchó en unas

2 Las *Geonoma Brongniartiana* y *Macrostachia*, Mart.



1: *Mauritia vinifera*; 2: *Astrocaryum huaimi*; 3: *Orbignia phalerata*.



Callithrix donacophilus.

ramas y se atravesó. El agua entraba ya por todos lados, cuando mis indios se echaron inmediatamente al río, y un poco sostenidos en las ramas y otro poco nadando, aguantaron la embarcación mientras esperaban a los indios de las demás piraguas, quienes a costa de no pocos trabajos me sacaron del mal trance. Desde cada piragua, como resultado de una antigua costumbre, arrojaron una espiga de maíz a tierra, sin duda para agradecer al dueño de todas las cosas por haberlos salvado así del peligro. Los indios hacen siempre lo mismo cuando afrontan o cuando salen de un riesgo. Por la tarde divisamos en la playa los primeros guijarros que hubiésemos visto desde Fuerte de Beira. Al verlos, los indios exultaron no sólo porque anunciaban la proximidad del país de los yuracarés, sino también porque como la provincia de Moxos no ofrece en ninguna parte una sola piedra, era para ellos un descubrimiento y al mismo tiempo un medio de procurarse fuego con un eslabón. Todos se pusieron a recoger las piedrecitas con tanto alborozo como si se hubiese tratado de gemas. Cada vez que una cosa nueva hiere nuestros sentidos, nos produce una sensación de felicidad. Veía a mis indios extasiarse con los guijarros, como un habitante de las montañas se anima con el espectáculo de los grandes árboles o como un cruceño se entusiasma contemplando las rocas.

Ensanchábanse las playas, las montañas se acercaban cada vez más, las orillas se cubrían ora de numerosas palmeras, ora de enredaderas de flores amarillas o violetas, o de vainilla embalsamada, ora aun de esos árboles misteriosos[3] cuya copa, como encendida, está desnuda de hojas y formada solamente con las más bellas flores rojas. Todo era encantamiento para mí, hasta la presencia de magníficas aves; pero entretanto, no llegué hasta la mañana del 27 de mayo a la confluencia de los ríos San Mateo y Coni, que forman el Río Chapare. En esos parajes las corrientes son rápidas y arrastran ya pesadas piedras. El San Mateo corre con estruendo en un lecho pedregoso, en medio de selvas admirables. Lo abandoné para remontar el Río Coni, mucho menos considerable y sobre todo poco profundo. Comprobé que el Chapare puede ser navegado por vapores hasta esa confluencia. Es en ese punto, completamente libre de inundaciones, donde, cuando se pueblen esas regiones, podrá establecerse ventajosamente un puerto en el que se embarcarán para Europa los productos agrícolas de las montañas situadas al noroeste de Cochabamba y de Valle Grande, mientras tanto, esas comarcas están tales como las crió la naturaleza.

27 de mayo

3 V. lo que digo de la cosmogonía y de la mitología de los yuracarés en el capítulo XXXVII.

Navegué trabajosamente el Río Coni, ya luchando contra una fuerte corriente, ya remontando rápidos que corrían sobre cascajares, pero gozando siempre en la orilla del espectáculo de la naturaleza más hermosa. Por fin, el 28 de mayo, después de catorce días de navegación, me detuve a la orilla izquierda, cerca de un estrecho sendero. Había cubierto la primera etapa de mi viaje. Impaciente por encontrar a los indios yuracarés, que sabía habitaban esos parajes, anduve una legua por la selva más hermosa y llegué a una cabaña de indios, en donde inmediatamente las indias se pusieron a asar raíces de mandioca y grandes bananas y me las ofrecieron con una gracia infinita. No sabría explicar el placer que sentí al saborear esos víveres frescos, que produjeron el mejor efecto imaginable en nuestra salud descalabrada a consecuencia de la mala alimentación con que habíamos tenido que conformarnos y de las lluvias continuas a que habíamos estado expuestos durante ocho días. Olvidé todas mis penurias al ver nuevas caras humanas. Me habían recomendado que tuviera especial cuidado de no hablar a los yuracarés de mi indisposición, pues si lo hubiesen sospechado les habría faltado tiempo para huir a la selva.

Yuracarés
28 de mayo

Estadía con los Yuracarés

A mi llegada, me había sorprendido el aspecto altivo de los yuracarés, quienes, no obstante, me acogieron perfectamente. Sus rasgos regulares, su color casi blanco, sus maneras desenvueltas, me sorprendieron tanto como la belleza de los parajes en que moran. Les pedí una casa, y ellos me la acordaron inmediatamente; me establecí entre ellos, en medio de los bosques, que no me cansaba de recorrer, tal era el encanto que en ellos encontraba. Las selvas vírgenes del Brasil, tan bien expresadas por uno de nuestros famosos pintores, en nada se parecen a los lugares en que me encontraba. Se diría que al pie los últimos contrafuertes de las Cordilleras, la naturaleza, bajo una temperatura cálida y constantemente húmeda, ha alcanzado un desarrollo que no admite comparación; por eso quedábame extasiado a cada paso delante de los cuatro pisos distintos de esta magnífica vegetación. Arboles de ochenta a cien metros de altura forman una bóveda perpetua de verdor, a la que adornan a menudo algunas pinceladas vivísimas, ya las magníficas flores rojas que cubren completamente a ciertos árboles, ya las flores de las enredaderas cuyas ramas caen hasta el suelo como cabelleras, formando glorietas. Es allí donde las nu-

merosas especies de higueras, de moreras[4] y de nogales[5] se mezclan con una inmensa cantidad de árboles de hojas generalmente enteras, cada uno de los cuales está tan cubierto de plantas parásitas que representa un verdadero jardín botánico. Debajo de este piso superior, y como protegidos por él se yerguen a veinte o treinta metros los troncos gráciles y erectos de palmeras de follaje tan variado en su forma y tan útil al hombre salvaje. Aquí están los penachos pennados de las *Vina* y de las *Acuñas*[6] o las copas de las otras especies[7] que dan una multitud de racimos de flores o de frutos, incesantemente cortejados por los pájaros más maravillosos. Más abajo aún, a tres o cuatro metros del suelo, crecen otras palmeras, mucho más enjutas que las primeras[8] y a las cuales derribaría el viento más débil; pero los aquilones no pueden agitar jamás sino la cima de los gigantes de la vegetación, que apenas si dejan llegar al suelo algunos rayos de sol. Pero hasta este mismo suelo está adornado con la más exquisita variedad de plantas, mezcla de helechos elegantes de hojas recortadas, de palmeritas de hojas enteras[9], y sobre todo de licopodios de una extraordinaria ligereza. Nada nos detiene bajo esta fronda perpetua: podemos recorrer todos los lugares sin temer las espinas ni las zarzas. ¿Quién podría pintar este admirable espectáculo y los gozos que nos hace sentir? El viajero maravillado se siente enajenado y su imaginación se exalta; pero si se recoge, si se compara en la escala de una creación tan imponente, ¡qué pequeño se siente! ¡Cómo su orgullo se humilla por la conciencia de su debilidad, en presencia de tanta grandeza!

Atraído como estaba por tantas cosas nuevas, mis días me parecían demasiado cortos para mis investigaciones de historia natural. Ya recogía plantas o dibujaba las diversas especies de palmeras, ya recorría esas bóvedas sombrías, persiguiendo las bandadas brillantes de las tangaras que revoloteaban alrededor de las flores de palmeras, a los chillones tucanes, tan buscados por los indios[10], o a los numerosos caciques; pero en cada caso me veía obligado a

---

4 Es una especie de morera que proporciona a los indios las mejores cortezas para la confección de sus vestidos. Se quita su corteza, parecida a la de los ficus pero mucho más fina.

5 En el suelo se encuentran a cada paso diferentes especies de grandes nueces, unas lisas, otras rugosas por fuera.

6 *Iriartea Orbignyana*, Martius.

7 *Iriartea phoeocarpa*, Mart.

8 *Chamoedorea gracilis*.

9 *Geonoma macrostachia*.

10 Preparan las pieles, con las que comercian luego con los indios de Moxos y con los habitantes de Cochabamba.

esperar que esas aves descendiesen hasta la segunda zona de vegetación, pues mis armas de fuego no podían llegar hasta la copa de los árboles. Creo que nunca me había sentido tan dichoso en ningún sitio, y, sin embargo, tenía que abandonarlo para pensar en remontar el río hacia la Cordillera.

Por informes que me suministraron algunos comerciantes de Cochabamba, conocía las dificultades y peligros a que se está expuesto en el trayecto hasta esa ciudad a través de la Cordillera. Por consiguiente, resolví intentar la apertura de una nueva ruta con Moxos por el Río Securi, cuya desembocadura había reconocido. A tal efecto, sabiendo que a mi regreso debía emprender una larga navegación con hombres sin experiencia, conseguí que uno de mis intérpretes –un cayuvava llamado Anselmo[11], hombre muy conocedor de las cosas locales y buen remero–, consintiese en abandonar a sus compatriotas para venir conmigo hasta Cochabamba; era una hazaña de su parte, puesto que antes que él ningún indio de Moxos había trepado hasta la Cordillera. Me informaron también que un cochabambino emprendedor, llamado *Amito*, acostumbrado a comerciar con los yuracarés, conocía bastante bien la lengua de esta nación para servirme de intérprete; lo hice venir, y por él me enteré de que la nación yuracaré efectivamente habitaba muy al norte todo el pie de las montañas. Le ofrecí seguirme, y aceptó. Terminados estos preparativos, dividí a mi gente, dejando en ese punto a mis preparadores encargados de completar mis colecciones, y me ocupé de los medios de llegar a Cochabamba. No era empresa fácil; empero, en este sentido fui bastante afortunado. Fui muy seguido hasta la antigua aldea de Asunción de *Isibolo*, distante una legua, para saber si habían llegado los muleros encargados del acarreo de las mercancías de los comerciantes; pero como por dos veces me había desencontrado con ellos, juzgué más prudente establecerme en la misma Isibolo, a fin de conseguir la primera recua de mulas que bajase de la montaña.

Después de cuatro días de descanso, quise hacer llevar mis maletas a la aldea de Asunción; hablé con los indios yuracarés, quienes prometieron ocuparse del asunto. Provistas de un pedazo grande de corteza de árbol, las mujeres cogieron cada una un bulto y se lo echaron a la espalda, reteniéndolo adelante por medio de una correa que pasan por la frente. Asombrado de ver a las mujeres cargadas, en tanto que los hombres que me acompañaban llevaban solamente su arco, sus flechas y su machete, se lo hice notar a uno de ellos, quien me respondió gravemente:

2 de junio

11 D'Orbigny escribe Enselmo; pero se trata evidentemente de una grafía fonética. *En*, para los franceses, suena *an*. (N. del T.).

—¿Cómo podría encargarme de eso? ¿Quién protegería a mi mujer si nos encontrásemos con un jaguar?

La razón me pareció buena. ¿Cómo, en efecto, podrían esos hombres, expuestos constantemente al ataque de las fieras, defender a su familia en viaje si llevasen una carga? De ahí su costumbre de dejar los bultos a las mujeres y de no llevar más que sus armas. Caminan delante, seguidos por las indias. Uno solo marcha detrás para caso de ataque. Como los indios no conocen el dinero, pagué ese servicio con rosarios que había comprado a los moxos.

Una vez en la aldea, me establecí en una casa deshabitada y continué con mis investigaciones, mientras aguardaba los medios de partir. De las cuatro o cinco casas todavía intactas, una sola estaba ocupada por una familia de yuracarés; todo lo demás estaba abandonado y se caía a pedazos. Al ver esos vestigios de Asunción, recordé que el venerable padre Lacueva había vivido allí de 1805 a 1823, predicando el cristianismo a la nación entera, que, en este sentido, había hecho progresos inmensos[12]. Hoy esos indios están diseminados por las selvas, dispuestos a reunirse cuando vuelvan los misioneros a esos parajes. Es lamentable abandonar tantos esfuerzos inútiles, sobre todo cuando ese punto puede ser de una importancia tan grande para el intercambio de las partes montañosas con las llanuras del centro y la navegación hacia el Amazonas.

La vegetación es admirable: todo es grandioso en la naturaleza; en la aldea, sin embargo, sufría horriblemente a consecuencia de las nubes de *marehui* que allí lo asaltan a uno. Esas moscas casi imperceptibles, inofensivas en apariencia, pican con un encarnizamiento sin igual. Cada picadura provoca bajo la piel una manchita de sangre y causa atroces picazones que duran varios días. Los indios están acostumbrados; no obstante, como resultado de la acción de esos insectos, su piel está rugosa y como tumefacta; pero para el extranjero es un sufrimiento permanente, a tal punto que me veía obligado a meterme bajo mi mosquitero para escribir y dibujar o permanecer todo el día en el bosque, lejos de las habitaciones. Hay que creer que esas plagas desaparecerán en cuanto una población numerosa venga a establecerse en esos parajes.

Al día siguiente de mi llegada a Asunción un mulero bajó de la montaña para buscar mercaderías que aún no estaban en el puerto. Como ya había dejado escapar dos ocasiones parecidas, resolví emplear la especie de autoridad que me había conferido el gobierno boliviano. Hice venir al arriero y le pedí

12 V. en el cap. XXXVII lo que digo en general acerca de la historia y la descripción del territorio y de los indios yuracarés.

sus mulas. Al principio me las negó; pero como no podía quedarme indefinidamente en ese lugar, exigí, por así decirlo, que me acompañase, pagándole más generosamente que los comerciantes. De esta manera pude tener la certeza de partir el 4 de junio.

Viaje por la vertiente de la cordillera oriental hasta Cochabamba

4 de junio

Al dejar Asunción, me metí en la selva en dirección al oeste, por un terreno desigual, cubierto de fragmentos de roca o de gres en descomposición. Nunca había tenido que vencer tantas dificultades como en esa senda tortuosa, en donde no se había intentado nada para mejorar el camino. Aquí las ramas atravesadas me obligaban a cada paso a acostarme sobre la mula para que no me volteasen; allí había que salvar el obstáculo de los árboles descuajados por el viento, saltando por sobre el tronco. Era un continuo ejercicio de equitación, que ponía a dura prueba al jinete. Por fin, después de tres leguas de camino, había llegado a las ruinas de la antigua misión de San Francisco, de la que ya no quedaban otras huellas que un matorral más espeso, compuesto por árboles distintos de los que los rodeaban. Muy cerca de allí encontré el Río San Mateo, que corría con estrépito, espumando sus límpidas aguas sobre un lecho de guijarros. Después de una legua por la selva, tomé la playa, en donde gocé de la más hermosa perspectiva posible. Enfrente, al oeste, se yergue el extremo de la famosa cadena *Yanacaca*, que se extiende a lo lejos, mostrando sus abruptas laderas cubiertas de árboles, y al pie de las cuales corre violentamente el San Mateo; muy pronto este río se divide en dos torrentes: uno, al oeste, que baja bramando de roca en roca, con el nombre del Río *Iterama* o *Paracti*, y otro que conserva su nombre de San Mateo. Largo rato contemplé el magnífico panorama que se ofrecía a mis ojos. Doquiera fogosos torrentes, blancos de espumas, separados por montañas arboladas que se elevan por gradas, mostrando sus crestas puntiagudas, es quizá el sitio más pintoresco y más salvaje que jamás hubiese visto.

Siguiendo la playa de la orilla derecha, atravesé el pequeño torrente de *Machia*, y más lejos, en piragua, el San Mateo, en un punto en que su corriente lo permite. Sus aguas son tan claras y límpidas que en cualquier parte pueden verse en el fondo guijas semejantes a las que cubren la playa. Por la otra costa anduve unos seis kilómetros, trepando por una suave cuesta, en terrenos de gres friable, muy arbolados, y llegué a las ruinas de la antigua reducción de San Antonio, en donde resolví pasar la noche en una casa abandonada, la única intacta. Esta reducción

de los yuracarés estaba deshabitada desde hacía varios años, pues los indios se habían desparramado por las selvas. Su situación era, sin embargo, encantadora, y los cacaotales de sus aledaños prueban la extrema feracidad de esos parajes.

Muchas veces había oído hablar de las grandes migraciones de hormigas que obligan a los moradores de las casas a desertar de ellas, y consideraba al hecho como fabuloso; pero me convencí de su exactitud cerca de San Antonio, al encontrarme en presencia de una de esas colonias viajeras. Hormigas grandes, caminando de frente por miríadas en una dirección única, cubrían una extensión de más o menos veinte metros de frente por diez de fondo. En cuanto mis guías las vieron, me gritaron para que no me acercase, y, para evitarlas, nos vimos obligados a abrirnos un camino a través del bosque. Esos enjambres andan lentamente, devorando todas las substancias animales que encuentran a su paso. ¡Desdichado del insecto, de la serpiente y hasta del pequeño mamífero que encuentren! Lo rodean en un segundo y a menudo lo matan con sus aguijones y sus fuertes pinzas. Apenas los indios advierten a esas falanges ambulantes, tratan de desviarlas de los senderos que siguen ordinariamente por medio del fuego; pero si no lo logran, o si son sorprendidos por su aparición, sacan a toda prisa todo lo que pueden de sus casas y las abandonan a esos animales, que las invaden con encarnizamiento y se quedan allí mientras encuentren qué comer. Cuando se van de las casas, uno puede estar seguro de encontrarlas libres de todos esos seres parásitos tan comunes en las regiones cálidas, tales como ratas, ratones y murciélagos entre los mamíferos, y carcoma, cucarachas, grillos y muchos otros insectos. Cuando las encontré, esas hormigas acababan de abandonar las casas de San Antonio, circunstancia sin la cual no habría podido ponerme al abrigo de una fuerte lluvia que comenzaba a caer.

5 de junio

Salí muy temprano y caminé por senderos espantosos que corrían en medio del bosque, paralelamente al curso del San Mateo, y luchando sin cesar contra todo género de obstáculos. A dos horas de camino de San Antonio llegué frente a la confluencia del Río San Mateo con el Iririzu, que baja del sudeste entre montañas aserradas. Todos los ríos son entonces impetuosos torrentes, atascados por masas enormes de rocas, entre las cuales salta el agua con estruendo. A partir de ahí, las dificultades del camino aumentan. Ya es el lecho mismo de un pequeño afluente del San Mateo, el Río Milila, por el que hay que andar entre piedras sueltas y movedizas, o ya son las riberas, cubiertas de admirable vegetación, subiendo y bajando constantemente entre los precipicios más espantosos[13]. Después de

13 Allí encontré la especie de palmeras que Martius llamó *Bactris faucium*.

muchos trabajos, llegué al lugar denominado Itira pampa[14], terreno más uniforme, en el que los misioneros hicieron magníficas plantaciones de cacao, todavía muy buenas, aunque están abandonadas a quienes quieran recoger sus frutos. Los chaparrones que nos cogían todas las tardes nos obligaron a acampar en ese sitio, en donde soportamos una lluvia torrencial sin poder encontrar el menor refugio. Me encontré allí con un gran número de árboles de quina, vegetales que aún no habían sido explotados en esas montañas[15].

Tenía que cruzar uno de los peores pasos del camino. Como el San Mateo corre entre abruptos paredones, me era imposible costear su curso. El camino pasa por la cima de una montaña llamada Cumbrecilla. Co-

9 de junio mencé a trepar poco a poco por una vereda que serpenteaba por un collado de lo más pedregoso, en el que, no obstante, pude admirar y recoger varias especies de palmeras[16], que crecían bajo la sombra protectora de gigantescos árboles. Fue en esos parajes donde por primera vez escuché las bellas gamas cromáticas del organista, el mejor cantor de esas regiones, tan ensalzado por los cochabambinos. Sin ver nada bajo esta bóveda de verdor, llegué trabajosamente hasta la cumbre de la montaña. La única senda por la que se podía bajar del otro lado era espeluznante. En una especie de zanja excavada por las aguas, mi mula resbalaba a menudo de ocho a diez metros por tierras arcillosas. En una de esas costaladas forzosas, me encontré enganchado por el cuello en unas enredaderas, mientras el animal había bajado hasta el fondo, teniendo que pasar unos trabajos tremendos para desasirme. No pueden compararse con nada esos caminos con pendientes empinadas, constantemente húmedas y cubiertas de bosques. Tuve que franquear al pie de la montaña, entre precipicios, los torrentes y las cuestas que separan los ríos *Yanamayo*, *Blanco* y *Millumayo*[17], tres afluentes occidentales del San Mateo, y pude llegar por fin, agotado de cansancio, a una de las chacras de un vallecito rodeado de montañas, llamado *Yunga de la Palma*[18], en donde me obligó a detenerme la lluvia.

Yunga de la Palma es una nueva colonia de Cochabamba, en donde se implantó la industria de la coca, tan productiva en la provincia de Yungas. Algunos

14 Itira es el nombre de la planta que da la tintura violeta que los indios utilizan para colorear sus camisas de cortezas.

15 En una memoria que envió en 1795 al gobernador Viedma, Haink cita también esta especie en esos parajes.

16 Encontré allí los *Hyospathe montana*, *Geonoma Orbignyana*, *Geonoma Desmarestii* y *Geonoma Jussieuana*.

17 Río salado, de *Millu*, sal, y *Mayo*, río, en lengua quechua.

18 Véase en la provincia de Yungas la explicación de esta palabra.

fuertes propietarios de Cochabamba tienen hoy allí sus cortijos, ora en la especie de llanura formada por la confluencia de varios ríos, ora en los ribazos vecinos. Sin embargo, al pensar en los inmensos beneficios de este cultivo, uno se asombra al ver una superficie tan grande de tierras todavía inculta. En efecto, apenas sí en medio de la selva se ven algunos limpiones pequeños. Observé que la coca, plantada en un terreno parejo, crece tan bien como en los collados. Admirable posición ocupa Yunga de la Palma: por todos lados se está rodeado de montañas arboladas que dividen profundos valles, por los que corren los torrentes más impetuosos. Al norte se hallan las crestas altas de Cumbrecilla –por las que acababa de pasar– y de Ninilo; al oeste, las dos eminencias de *La Cruz*; al sudeste, los tres picos romos, exactamente denominados Las tres Tetillas; al sursudoeste, por sobre las montañas en graderías que tenía que cruzar, se mostraban ya las cumbres nevadas de la Cordillera, que contrastaban con el calor y con la hermosa vegetación que me rodeaba por todas partes. Cerca de mí corría el San Mateo, blanqueando sobre múltiples rocas. En esta especie de cuenca recibe varios afluentes: por el norte, los tres ríos de que ya hablé, el Yanamayo, el Blanco y el Millumayo; por el sudeste, el río de Las tres Tetillas; por el sur y sursudoeste, el Yurakmayo[19] y el Chilliguar, y, por fin, el San Mateo. Los dos últimos tienen sus fuentes en las nieves cordilleranas, ya poco lejos de aquí.

Recorrí los alrededores en diferentes direcciones, recogiendo sucesivamente productos naturales de los tres reinos.

7 de junio

El 7 de junio quise partir a pesar de la lluvia, pues me esperaba una jornada muy dura. Anduve primero por la orilla izquierda del San Mateo en medio de una activísima vegetación, hasta el Yurakmayo, que crucé penosamente, luchando contra la corriente. Más allá trepé por la cuesta de la montaña y anduve por un despeñadero. Es una cornisa natural, sin parapeto, sobre paredones cortados tan a pique, que yo venía a quedar suspendido a doscientos o trescientos metros de altura sobre el torrente del San Mateo. Mis compañeros de viaje se apearon de sus mulas, por miedo de caer en esa sima abierta debajo de ellos, y siguieron a pie cerca de un kilómetro por ese camino que tiene apenas un metro de ancho. Yo, que sabía de la firmeza de pie de las mulas, preferí quedar sobre la mía, y me encontré bien; pues los peatones se vieron obligados a detenerse varias veces para recobrarse de los vahidos y vértigos que les daban el sordo rugir del torrente sobre las rocas y la vista del precipicio en cuyo fondo corre. Cuando en semejantes circunstancias puede conservarse la san-

19 Esta palabra viene de *Yurak*, blanco, y de *Mayo*, río, el Río blanco, en lengua quechua o de los Incas.

gre fría, se goza del encanto de contemplar esas majestuosas escenas de la naturaleza. En cuanto a mí, fiado completamente a mi cabalgadura[20], me dejaba guiar con toda seguridad y no perdía detalle de cuanto me rodeaba. Por una parte admiraba el paredón, antigua dislocación del suelo, cortado a pique encima de mi cabeza; por otra, contemplaba en el fondo del abismo el torrente cuyas aguas saltaban con fragor, y divisaba en la ribera opuesta los más accidentados y pintorescos ribazos.

Un poco más lejos bajé hacia el San Mateo, que era preciso cruzar. Los bramidos de la onda me hicieron creer por un segundo que la empresa era imposible, pero luego alcancé a ver dos gruesos troncos apoyados sobre dos rocas que servían de puente a los viajeros. Caminando sobre uno y afirmándose en el otro, los muleros pasan de una a otra orilla la carga sobre sus hombros, sin preocuparse del fragor de las aguas, que los tragarían si llegasen a perder el equilibrio. Como era preciso detenerse para descargar las bestias de carga, aproveché para dibujar ese paso, que tenía algo imponente. Se veía, en efecto, al San Mateo caer de peña en peña. Y si la vista se lanzaba más allá siguiendo las revueltas de esas grietas abruptas, a lo lejos se divisaban las cumbres nevadas en donde ese torrente recibe sus primeras aguas; y a cada lado, montañas escarpadísimas exhibiendo entre las rocas la vegetación más hermosa. Me estremecí, empero, cuando el arriero me mostró a mi izquierda la cuesta que debíamos trepar. Cada cual pasó como pudo por ese puente de una clase nueva, pero las mulas nos hicieron perder mucho tiempo: se las descendió un poco más abajo, hasta un sitio en que la playa era menos escarpada; unos de una orilla y otros en la otra, los muleros, ayudados por mis hombres, las ataban en sarta, una después de la otra, con una larga correa, y después de arrojarlas muy contra su voluntad al torrente, desde la orilla opuesta las atraían por medio de la cuerda. Las pobres bestias zangoloteadas por las aguas hacían pie en la orilla todavía temblando. Reunidos otra vez todos, y cargadas de nuevo nuestras mulas, comenzamos a trepar la montaña, completamente envuelta por las nubes. Ibamos subiendo lentamente en largas filas zigzagueantes por las faldas escarpadas de una cuesta empinadísima, teniendo siempre a una mano el paredón casi perpendicular como una muralla, y a la otra un precipicio aterrador. Subimos así todo el resto de la jornada, no sin admirar los magníficos helechos y algunas palmeras propias de estas regiones salvajes[21]. Llegué así al

20 Los nativos dicen de una buena mula que es un animal muy racional. En efecto, el viajero que no la contraria, puede, en los casos difíciles, fiarse completamente a su prudencia. A menudo parece reflexionar, y su determinación es siempre la más acertada.

21 La *Euterpe Andicola* y *Hainkcana*, Brongniart.

alto de la Aguada, en donde algunos metros de superficie llana permitieron construir un galpón bajo el cual pueden encontrar abrigo los viajeros. Ataron a las mulas en torno al galpón y los muleros fueron a recoger por los alrededores unas cañitas verticuladas, muy comunes en esos ribazos, para que las bestias repusieran sus fuerzas para la siguiente jornada. Una fuente bastante abundante, que mana de una peña vecina, subvino a nuestras necesidades. Por lo demás, estábamos tan rodeados por las nubes que no podíamos ver a diez metros. Tuve que esperar hasta la mañana siguiente para hacer mis relevamientos geográficos de todos los puntos visibles. La temperatura había cambiado mucho y experimentábamos ya una sensación de frío muy desagradable.

8 de junio

Al aclarar el cielo, despejado de las nubes que lo velaban la víspera, pude divisar los alrededores. Dominaba el San Mateo, que ya no se lo oía, y no veía más que las cumbres vecinas, tales como la Cruz y el Ninilo. Nos pusimos de nuevo en marcha sobre la cresta rasgada de la cadena, en medio de precipicios; trepamos trabajosamente todo el día por peñas resbaladizas o por piedras sueltas, que nos obligaban a detenernos a cada paso para dar un resuello a las mulas. Hicimos a lo sumo una legua por terreno horizontal, pero ya estábamos a una altura considerable. Había cambiado de forma la vegetación. Ya no se veían más que árboles achaparrados y, entre ellos, algunos quinos de hojas violetas[22] y helechos. El suelo estaba cubierto de grandes musgos. Me detuve en una de las primeras graderías de la montaña, llamada por esta razón la *Cumbre*. Aunque allí no se hacía parada, me detuve cerca del tronco inclinado de un árbol y recorrí los alrededores en la medida que lo permitía la irregularidad del suelo; tuve la fortuna de recoger varias plantas interesantes y de matar un nuevo picaflor, sin duda el último representante en estas alturas de esos pájaros ligeros tan comunes en las regiones calientes. Como de costumbre, las nubes nos rodearon, y luego de tres o cuatro horas, la lluvia, que nos empapó toda la noche, nos hizo helarnos de frío.

Cordillera Oriental

Obligados a dejar ese mal refugio, continuamos andando por el filo de la cresta en lo que los españoles de la región llaman Cuchilla. A medida que subía, la vegetación disminuía, y muy pronto, en el paraje denominado la Seja del monte[23], ya no quedaban árboles, sino plantitas rastreras, helechos y musgos. Por un lado di-

22 Haenke habla de esta especie y otra que se halla todavía más arriba en la montaña. Ninguna de ellas es explotada.

23 Aunque d'Orbigny vuelve a mencionar este lugar con la misma grafía, su nombre debe ser Ceja, pues por esta palabra se entiende en geografía toda arista o saliente de una sierra. (N. del T.).

visaba el valle profundo del San Mateo y por otro el del Chilliguar, y más allá, montañas altas en las que, por su distinto tono, veía dibujarse a la vez los diferentes límites horizontales de la vegetación: la zona inferior de los árboles se presentaba, según la distancia a que se hallase, bajo un color azulado o verde oscuro, que pasaba gradualmente al amarillo cuando llegaba a la zona de los helechos o de los musgos. Más arriba, entre los peñascos, se veían las combas verdes, parejas, formadas por pequeñas gramíneas alpinas; y todo eso estaba dominado por las cimas cubiertas de nieve. La Seja, situada ya a nueve leguas del pie de la montaña, es un alto en donde los muleros se detienen porque allí encuentran un poco de pasto para sus animales; pero no hay el menor abrigo para los viajeros, que se ven precisados a acostarse al aire libre. Seguí andando por la cresta, pero desde las combas más redondas y libres de obstáculos mi vista se paseaba por las cumbres vecinas. Pronto llegué a la zona de las pequeñas plantas gramíneas a ras del suelo, semejantes a ese césped liso como terciopelo de las regiones altas de los Alpes y de los Pirineos. Al comienzo bastante pasable, el tiempo se cargó de nubes cuando trepábamos los paredones del picado llamado la Tormenta y pronto nos envolvieron. Un viento impetuoso parecía querer arrebatarnos, como si ya lo hubiese hecho muchas otras veces con los viajeros, en tanto que se sucedían rápidamente ráfagas de granizo y de nieve. Este tiempo espantoso hizo palidecer a mis arrieros, que me comunicaron sus temores para el paso de las partes nevadas que ya comenzábamos a alcanzar. Como el tiempo se tornaba cada vez peor, después de cruzar el Ronco, nos vimos obligados a detenernos en una especie de vallecito sobre la vertiente occidental de la cresta, en el paraje llamado San Miguel, es decir, a unos cuatro kilómetros de la Tormenta. Ahí, sin ningún albergue, sin fuego, tuvimos que resignarnos a recibir la nieve, que caía en grandes copos. Nunca había experimentado una transición tan brusca del calor extremo al frío más penetrante. En efecto, al cabo de tres días había visto cómo la naturaleza cambiaba rápidamente de aspecto a medida que subía. Poco a poco habían desaparecido los árboles cuya copa se alza hasta el cielo, las elegantes palmeras de tronco esbelto y los helechos arborescentes de follaje tan ligero. A los árboles los habían reemplazado los chaparrales, a éstos, las pequeñas gramíneas, y la nieve había sucedido a los sitios risueños de las regiones cálidas, alegradas por esos pájaros pintados con colores tan vivos que con su sola presencia parecen animar a unas flores cuyo brillo no desmerece el de su plumaje. Tres días después de haber dejado la zona tórrida, me acostaba en la nieve, muy poco por debajo de la altura máxima de nuestro Monte Blanco.

Todos acurrucados unos juntos a los demás, para protegernos mejor del frío, no pudo visitarnos un sueño reparador, porque los muleros, muy inquie-

tos por el tiempo, se pasaron las horas contándose historias de todos los peligros que habían corrido al cruzar esas regiones elevadas, y las numerosas catástrofes acaecidas a viajeros, muchos cientos de los cuales habían perecido en esa travesía de doce leguas[24] que acabábamos de hacer. Sin embargo, las estrellas que brillaban en el cielo, de un azul intensísimo, nos daban alguna esperanza para el día siguiente.

Guiados por el sonido de los cascabeles, los arrieros fueron, antes de despuntar el alba, en busca de las mulas, que habían bajado las cuestas hasta encontrar algunos pocos pastos en una pendiente muy abrupta, encima de insondables precipicios. Las trajeron con toda felicidad, y con la aurora ya andábamos por veredas en parte cubiertas de nieve, que sólo la baquía de los guías puede advertir. A cosa de una legua antes de dejar la ladera occidental para tomar el lado opuesto, los arrieros me mostraron en los esquistos negruzcos cortados a pico la figura grosera de una guampa, lo que ha hecho que se bautizara ese punto célebre con el nombre de Salto del Cuerno. Como tanto a la ida como al regreso ese punto señala el fin o el comienzo de los desfiladeros más peligrosos, los arrieros establecieron una peregrina costumbre: la de hacer apear a los viajeros o a sus compañeros que por primera vez transitan por ese camino y obligarlos a bailar, ya para agradecer a la Providencia por haber salido bien de ese mal paso, ya para impetrar su buena voluntad. Según parece, esta costumbre es observada tan rigurosamente como el bautismo en el cruce de la línea en el mar; de esta manera, por respeto a una costumbre, ridícula sin duda en su forma, pero en el fondo conmovedora por el sentimiento religioso que parece animarla, yo también saludé con donaire el famoso Salto del Cuerno, esbozado en la roca por un gran pliegue sinuoso.

Pasando por profundas gargantas, tanto al este como al oeste de la cresta cubierta de nieves eternas, llegué a los puntos culminantes de la cadena, en donde no sin asombro encontré, a cerca de cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar, y en terrenos silurianos fuertemente levantados por conmociones geológicas, una gran cantidad de conchillas marinas fósiles. En esos parajes salvajes todo es contraste: si levantaba la mirada, veía encima de mí algu-

24 El padre Lacueva se expresa en estos términos en una nota manuscrita que me dio sobre el país de los yuracarés: "La entrada a estos lúgubres bosques es uno de los caminos más fragosos y arriesgados de cuantos transita el género humano. La elevada Cordillera que hay que atravesar es de doce leguas de largo sin el menor auxilio, que tampoco lo hay en todo el camino, cuyas frecuentes nevadas han hecho perecer desde el corto descubrimiento de aquellas montañas a centenares de personas y millares de bestias". En una relación manuscrita, Haenke dice que las nieves sepultaron allí a millares de hombres y de bestias.

nas peñas que horadaban las nieves y cuyo tono negruzco hacía destacar todavía más su blancura. Por donde yo pasaba se mostraban a mi vista piedras sueltas y algunas plantitas raras, tales como geranium, violetas, malváceas, saxífragas y valerianas, que se alzaban apenas algunos centímetros del suelo. Y si miraba más lejos, entreveía los valles profundos del San Mateo y del Chillignar, que presentaban entonces el aspecto de una fosa cavada en la roca y al borde de cuyos precipicios se veían algunas gramíneas aterciopeladas. Pasé cerca de un lago helado entre dos gargantas, y un poco más allá, al comienzo de uno de los valles laterales, encontré la célebre gruta de Palta Cueva, peña inmensa bajo la cual pueden cobijarse unas diez personas. Las numerosas osamentas de mulas desparramadas en todas direcciones advertían claramente del peligro de detenerse allí; peligro, sin embargo, difícil de evitar si se tiene en cuenta lo largo del trayecto y lo fragoso del camino. Palta Cueva es el único punto en el que el viajero puede encontrar un refugio en medio de esas regiones encumbradas y salvajes, y está colocada entre dos crestas que forman los puntos culminantes de todo el sistema. Si durante una parada la nieve cae en esos lugares, oculta y rellena todos los desfiladeros e intercepta las comunicaciones. Los viajeros tienen entonces que esperar que una serie prolongada de días claros haga fundir la nieve y les devuelva la libertad al descubrir las veredas. Hubo arrieros que se vieron detenidos allí tres meses ruidos y obligados a alimentarse –mientras se lo permitía la putrefacción– con la carne de sus mulas hambrientas, mientras que otros morían de inanición.

No me era permitido ya poner en duda la verdad de los peligros que corre el comerciante audaz que, para ir de Cochabamba a Moxos, toma este camino, el único, empero, que existe, a menos que se resigne a andar cerca de trescientas leguas, pasando por Santa Cruz de la Sierra. En consecuencia, me forjé el proyecto de buscar nuevas comunicaciones menos peligrosas. Apremiado por los arrieros para que saliésemos de Palta Cueva sin detenernos, por temor de que nos quedásemos detenidos, cruzamos la cresta que la domina. Una vez llegado a las últimas cimas, para vernos libres de todo peligro ya nos quedaba poco camino por hacer, pues ahora bajaríamos en seguida hacia las mesetas de la ladera sudoccidental de la Cordillera. En efecto, después de haber abandonado la montaña de Yurakasa, abandoné las cumbres nevadas en una rápida bajada.

Desde el alba no nos habíamos detenido un solo instante, pues los muleros apretaron el paso todo lo posible con el objeto de salir del peligro. A la noche estábamos cerca de *Quinticueva*, otra caverna natural ofrecida al viajero sobre la falda de una montaña seca y árida; pero, impacientes por encontrar parajes

poblados, los arrieros no quisieron hacer alto allí. Bajamos muy ligero por pendientes poco pronunciadas, andando por collados o valles cubiertos a veces de césped y otras de piedritas angulosas. A eso de las ocho, después de quince horas de marcha forzada sin probar un bocado en toda la jornada, llegamos a algunas casas del caserío de Cotani, habitado solamente por pastores quechuas. Los pobres indios entre los cuales nos habíamos detenido hicieron cuanto pudieron para sernos útiles: nos ofrecieron un techo para cobijarnos y papas hervidas, para alimentarnos. Hacía un frío seco, muy diferente del frío húmedo de la otra vertiente de la Cordillera. En efecto, en el norte llueve constantemente, en tanto que en el sur hay nueve meses en el año en que nunca se ve una sola nube. A un día de distancia, son dos comarcas completamente diferentes.

En las partes altas de esas mesetas el frío es demasiado tremendo para que pueda intentarse cualquier género de cultivos; por eso, todos los habitantes son allí pastores, a menos que no bajen hasta los valles para plantar en las tierras más aptas algunas papas, que, con un poco de carne seca de carnero, constituyen su único alimento. Diseminadas aquí y allí en los lugares abrigados, sus cabañas, casi siempre circulares y cubiertas de tierra, como las de los primeros Incas, forman pequeños grupos de una sola familia. Una cabaña para cada hogar, y otra más pequeña en donde se guardan las provisiones, eso es todo lo que poseen los pobladores. De día pastorean a las vacas o a las ovejas en la montaña, y todas las tardes arrean a las últimas hasta cerca de sus casas. Muy bondadosos y de una sobriedad sin par, esos hombres son felices en su rústica sencillez y no tienen ningún deseo de cambiar de posición.

A la mañana siguiente proseguí mi camino, después de haber estudiado los alrededores. Atravesé un collado y entré en el valle de Colomi, en donde se encuentra la gran aldea de ese nombre. Por un contraste curioso, las aguas de este valle, que bajan primero hacia el sur, se vuelven hacia el oeste y en seguida hacia el norte, para ir a la vertiente opuesta de la Cordillera. Es en más pequeño un caso semejante al del Río de La Paz. Ese lugar pertenecía todavía a las regiones secas y frías, casi desnudas de vegetación, que llaman puna; por eso, con excepción de algunos retazos de tierras bien situadas, todo lo demás sirve de pastoreo para los indios de la aldea. Trepé por una larga cuesta en tierras parecidas; lejos hacia el este, al pie de la montaña, divisaba la aldea Tiraque, situada detrás de la meseta de Bacas, por donde ya había pasado cuando fui de Cochabamba a Santa Cruz de la Sierra. Anduve mucho rato por la pendiente de las montañas que dominan el valle de Sacaba, parte de la gran meseta de Cochabamba, hollando restos de esquistos llenos de huellas de cuerpos orgánicos. Bajé en seguida al valle de Sacaba, uno de los más poblados, lleno

de caseríos de quechuas y de campos de cultivos. En menor escala volví a encontrarme con un valle, o mejor dicho una meseta, absolutamente idéntico a los de los alrededores de Cochabamba, de que ya tuve ocasión de hablar. Como no podía llegar el mismo día a la ciudad, hice un alto en el camino. Un indio rico me recibió con cordial hospitalidad. Me dio cuanto podía desear, sin aceptar la menor paga.

A la mañana siguiente, bastante temprano, después de andar por el valle hasta el sitio en que se estrecha y en que el lecho de su torrente, entonces seco, desemboca en la llanura de Cochabamba, llegué a la ciudad, un mes después de haber salido de Loreto de Moxos. Como hacía un año que vivía entre indios, fue para mí un gran placer contemplar las cúpulas de las iglesias de Cochabamba y volver a encontrarme en medio de una gran aglomeración humana. Todo me asombraba, todo me parecía extraordinario, hasta el pan, que no había saboreado desde que me marché de Santa Cruz de la Sierra.

CAPÍTULO XXXVI

Estadía en Cochabamba. Viaje a través de comarcas desconocidas para buscar un nuevo camino de Cochabamba a Moxos, hasta las regiones habitadas por los Yuracares. Estadía con estos indios

Estadía en Cochabamba

Me dirigí a la casa de un comerciante español a quien le había escrito para rogarle que me reservase un alojamiento; pero, enterado de mi llegada, el Presidente de la República me mandó al ex gobernador de Moxos, don Matías Carrasco, quien me obligó a hospedarme en su propia casa. Acompañado por este gobernador, me presenté luego ante el general Santa Cruz, quien me dispensó la acogida más perfecta. Desde que entré en la República mantuve una asidua correspondencia con ese jefe de Estado, pero nunca lo había encontrado a mano para agradecerle los favores que hasta entonces le debía. Le hablé largamente de la provincia de Moxos, de los innumerables abusos que en ella se cometían y de los medios de reforma que me parecían más convenientes. Todo lo escuchó con atención, y me encargó de redactar, en colaboración con el señor Carrasco, una memoria detallada, encaminada a servir de guía al nuevo gobernador que quería nombrar y al nuevo obispo de Santa Cruz, a quien le imponía la obligación de visitar la provincia para corregir los abusos religiosos. Le hablé también del proyecto que había concebido de abrir una nueva comunicación con Moxos. Aprobó el plan, aunque haciéndome entrever las dificultades que tendría que vencer y los peligros que me aguardaban en esas regiones desconocidas, en donde tendría que luchar de consuno contra la naturaleza virgen y quizás contra naciones salvajes. Firme en mi propósito, obtuve de él los medios para comenzar este empresa. Todo marchaba a medida de mis deseos, vien-

do con alegría que no había abogado en vano en favor de la causa de los pobres indígenas de las misiones.

Atareado con mis cosas, me había olvidado de la formalidad de presentarme ante el jefe de policía para hacer visar mi pasaporte. Engreído con su poder, este funcionario, a pesar de que me había encontrado en la casa del jefe supremo de la República, quiso hacerme comprender que él también tenía derecho a mandar. Y mientras los ministros y todas las autoridades me colmaban de agasajos, me mandó buscar con un celador, que tenía la orden de llevarme a las buenas o a las malas. Y de esta manera, tuve que pasar el bochorno de ser llevado por toda la ciudad como un delincuente e interrogado con una altanería a la que no estaba habituado. Hubiera podido quejarme al Presidente y hacerlo amonestar; pero me contenté con darle una lección de decoro y sobre todo de hospitalidad. Esta conducta de un subalterno debía sorprenderme tanto más cuanto que pocos días después recibía del Ministro del Interior el siguiente salvoconducto, que me complazco en dar a conocer para que se sepa cómo el gobierno boliviano me protegía en mis investigaciones y hasta qué punto contribuyó al éxito de mis viajes:

"REPUBLICA BOLIVIANA. Ministerio de Estado del despacho del interior. Palacio de gobierno de Cochabamba, a 25 de Junio de 1832.

"En cualquiera ciudad, pueblo o lugar de la República Boliviana que se presente el señor d'Orbigny, viajero francés, será tratado por las autoridades con la mayor consideración, auxiliándole con cuanto necesite y pida, dejándole transitar libremente y aún mandándole escoltar si pidiera algunos hombres para la seguridad de su persona.

"Su Excelencia, el Presidente de la República, mirará con el mayor desagrado" cualquier falta por pequeña que sea en la persona del señor d'Orbigny, tanto por los respetos que merece el gobierno francés, como por los servicios particulares que presta a la República.

"A los prefectos, gobernadores, corregidores y alcaldes se les encarga el cumplimiento de lo ordenado en este pasaporte.

"El ministro de estado del despacho del interior,

(firmado) CASIMIRO OLAÑETA"

Sólo permanecí veinte días en Cochabamba, y en ese lapso rara vez dejé de ir a palacio, ya para cenar con el Presidente, ya para pasar la velada con él. Me ocupaba también activamente con el señor Carrasco y con el coronel Dávila, gobernador de la provincia de Poopó, que había acudido a toda prisa

para asumir el gobierno de Moxos, de la reorganización de esta desdichada provincia y de los preparativos de mi expedición, que proyectaba encaminar hacia Tiquipaya y hacia la Cordillera de Tutulima. Había solicitado indios para cargar víveres y una persona encargada de hablarles en quechua y de pagarles, pues no quería de ninguna manera tener que lidiar con dinero. Durante el viaje, esta persona debía, además, recibir mis instrucciones sobre los lugares en que debía trazarse el camino más ventajosamente, a fin de fijar en él un sendero apropiado a las bestias de carga. En cuanto a mí, sólo ambicionaba el placer de prestar un servicio a la República.

El día de Corpus Christi el Presidente tuvo a bien invitarme para ver pasar desde los balcones del Cabildo o palacio de gobierno la procesión que daba vuelta a la plaza. Aquello me encantó, pues nunca había visto una ceremonia tan solemne. No había, como en La Paz, indios bailarines delante del Santísimo Sacramento, pero la afluencia de público era inmensa. Noté que todos los militares que formaban el cordón caminaban destocados, llevando su gran morrión colgado entre los dos hombros. Por lo demás, esta procesión no tenía nada de lúgubre como en La Paz, en donde todas las indias llevaban vestidos negros. Por el contrario, ofrecía el más alegre conjunto. Ese crecido número de vestidos de vívisimos colores, rojo, amarillo, verde, violeta y rosado, recordaba a distancia el esmalte de las flores de un arriate. En ninguna parte, en efecto, los trajes son tan vistosos; por eso, comparando a los indios de Cochabamba con los de las regiones habitadas por los aymaras, algunos españoles dicen que únicamente los primeros dejaron de usar el luto de sus antepasados, los Incas.

Otro día, el Presidente me comprometió para que lo acompañase a hacer una visita al convento de mujeres de Santa Clara, en donde tenía necesidad de reprimir ciertos desórdenes que habían requerido su intervención. Era una ocasión para penetrar en un convento enclaustrado que, sin esta coyuntura, habría intentado en vano. Acudí pues al convento en compañía del Presidente, los ministros, la señora de Santa Cruz y los edecanes del Presidente. Encontré un local inmenso, ocupado solamente por un pequeño número de hermanas; es por eso que una de éstas tenía un gran departamento en el que, además de las pensionistas, a menudo albergaban a unas docenas de mesticitas para que las sirviesen. Era ésta reunión de mujeres, algunas de las cuales tenían libertad para salir, lo que, unido a la rivalidad del poder, había engendrado las disensiones. En este asilo de humildad me encontré con un refinamiento que estaba lejos de esperar. Recorrimos los jardines particulares de cada religiosa. Se nos regaló con cantos en honor del Presidente, con una colación compuesta por los platos más delicados, y cada uno de nosotros recibió de las hermanas ya un

limón punteado con clavos de especia que representaban el corazón de Jesús, ya corderitos o pajaritos artísticamente hechos con hebras de plata.

En una de las veladas del Presidente, la señora de Santa Cruz me mostró para consultarme sobre su exactitud algunas vistas que acababa de recibir. No sabría decir lo que sentía al pasar una a una bajo mis ojos las imágenes de los principales monumentos de París. Por un momento me creí de vuelta en mi querida patria, de la que, sin embargo, me separaban todavía por mucho tiempo algunas miles de leguas.

Aunque no había perdido un momento, las formalidades que tenía que llenar me llevaron más tiempo que mis trabajos. Por fin todo estuvo listo y pude decir adiós al Presidente y a mis numerosos amigos.

Viaje a través de comarcas desconocidas para buscar un nuevo camino de Cochabamba a Moxos

2 de julio

El 2 de julio salí de Cochabamba, abandonando una vez más la civilización de una ciudad para hundirme de nuevo en los desiertos en donde estaría a solas conmigo mismo. Me acompañaban un religioso de San Francisco, que tenía la misión de convertir a la fe cristiana a los salvajes que encontrásemos; el señor Tudela, encargado de recibir mis instrucciones sobre la apertura del camino proyectado y de entenderse en quechua con los indios que cargaban mi equipaje; un mestizo, Amito, que conocía algo de la lengua de los yuracarés, a quienes me parecía que volveríamos a encontrar del otro lado de las Cordilleras; un mulato, sirviente mío, y otros para el religioso y para el señor Tudela. Anduve dos leguas y media por la bella llanura cultivada de Cochabamba y por la tarde llegué a la villa de Tiquipaya, en donde debía reclutar a los indios necesarios para la expedición. Allí fui objeto de la importuna curiosidad del cura y de los vecinos, quienes no podían comprender qué interés podía mover a un extranjero para emprender semejante viaje. Involuntariamente fui la causa de muchas lágrimas. En efecto, tuve casi que arrancar a la fuerza de sus familias a los indios que debían acompañarme. La absoluta necesidad de mi viaje tomábame, muy a mi pesar, insensible a los dolorosos llantos de una madre anciana y de una mujer joven que quedaban sin sostén. Como ya lo dije en otras ocasiones, en esas comarcas el indio no está, en verdad, obligado al servicio militar, pero recaen sobre él todas las demás cargas de la sociedad, sin que tenga jamás derecho a quejarse.

A la mañana siguiente, después de muchas demoras ocasionadas por la deserción de los indios de la aldea, pude partir con una parte de mis hombres indispensables, gracias a la precaución del alcalde, que los encerró la víspera. Mi expedición había armado tanto alboroto, que cuando cruzaba la campaña encontraba a cada paso mujeres acostadas a lo largo del camino con vasos llenos de chicha que vendían a sus compañeros de viaje. A más de un kilómetro de Tiquipaya llegué al pie de una empinada cuesta, que escalé en zigzag durante tres leguas, andando por terrenos secos y cubiertos de piedras sueltas, hasta llegar a la cumbre de la meseta de la Cordillera Oriental. Me detuve allí con el objeto de hacer relevamientos por medio de la rosa de los vientos de todos los puntos del extenso horizonte que se desplegaba a mis pies. Al sur estaba el hermoso valle de Cochabamba, que acababa de dejar, rodeado por montañas secas y áridas que contrastaban con la animación de la llanura. A la izquierda, una gran ciudad, embellecida con las cúpulas de sus edificios religiosos; luego, en todas direcciones, villorrios desparramados en medio de las numerosas cabañas del humilde descendiente de los Incas, semejantes a las de hace cuatro siglos, pero hoy rodeadas de jardines y de huertos, que comprenden a nuestros árboles frutales, llevados por los conquistadores del nuevo mundo, y de barbechos que todos los años surca el arado. Tal es el aspecto de la antigua *Colcha pampa* (llanura del lago) de los viejos Incas, que, al igual que los fértiles valles de Clisa y de Sacaba, que tenía al este, gozan durante nueve meses del año de una dulce temperatura y de un cielo sin nubes. Nada de lo que es característico de América me aparecía en esos parajes; por el contrario, todo te recordaba el suelo de nuestra bella Francia, de la que me encontraba lejos desde hacía más de seis años. Complacíame en ese engaño momentáneo. Paseaba mi vista por este hermoso paisaje con el mismo placer con que contemplamos el fiel retrato de un pariente querido de quien los separa una gran distancia; pero este solaz duró poco rato. Mis compañeros de viaje me arrancaron bastante bruscamente de mis ilusiones, de mi ensueño, señalándome el sol, ya muy alto en su carrera. Levanté los ojos... La naturaleza había cambiado de aspecto. Asperas montañas, barrancos profundos y el suelo más estéril se extendían a lo lejos y, simple orla de un cuadro rico, hacían resaltar la belleza de los valles, a los que, no sin pena, di un último adiós; luego me volví tristemente hacia la Cordillera Oriental, que iba a franquear por quinta vez.

A derecha e izquierda había picachos agudos, sobre los cuales, acá y allá, las puntas perforantes de una roca negruzca contrastaban con la blancura de las nieves de que están cubiertas; delante de mí, una meseta casi uniforme, a la que el pastor conduce sus ovejas durante el verano, pero que entonces, en

invierno, sólo la pueblan los ágiles guanacos y la ligera vicuña; retiros salvajes y silenciosos que también frecuenta el majestuoso cóndor. Tomé una senda a mi derecha, que recorrí durante dos leguas por una llanura bastante pareja. Encontrarnos allí algunos indios que nos dijeron que, lejos de ir hacia Tutulima, como lo creíamos, nos dirigíamos demasiado hacia el este, hacia la Yunga de Maica Monte, otro punto poblado en esas vastas soledades. Ya era demasiado tarde para regresar, por lo que resolvimos acampar al raso, a 4.500 metros de altura sobre el nivel del mar. Habíamos llegado a esas regiones que los montañeses llaman Puna Brava. Se hacía sentir allí un frío intenso, sin que nos fuera posible atenuarlo por medio del fuego. Se lo intentó hacer con hierbas secas, pero el fuerte viento reinante lo hizo esparcirse, sin que alcanzase a calentar el aire. La noche fue terrible: era tan intenso el frío que la humedad de nuestro aliento se iba quedando helada en nuestras ropas.

4 de julio

El 4 de julio hubo que comenzar la jornada volviendo sobre nuestros pasos hasta la cima de la cuesta de Tiquipaya. Tomé entonces una senda que, en medio de esas mesetas apenas accidentadas, serpentea por el valle de Altamichi, uno de los más altos quizás en que el hombre se haya atrevido a fijar su residencia. En efecto, a dos leguas, y abrigadas por una ligera escarpadura, vi las casas y las *pircas* de algunos indios pastores, cuyos rebaños ocupaban el fondo de la suave depresión del valle. El viento sur soplaba con fuerza y nos helaba la cara, haciéndola agrietarse por todas partes; a pesar de estos sufrimientos físicos, experimentaba un gran placer al encontrarme en esas cumbres elevadas, eterna morada de las escarchas. La vista de la nieve cubriendo todas las cumbres circundantes, las tropillas de vicuñas y de guanacos salvajes, así como la hierba seca e hirsuta que hollaba, todo se armonizaba. Desde el comienzo del valle veía los restos de una acequia que, en tiempos de los Incas, conducía las aguas desde las cumbres de la Cordillera hasta el valle de Cochabamba con el objeto de regar una extensa superficie. De aquel magnífico trabajo, de una extensión de seis a ocho leguas, hoy no quedan más que algunos trozos, pues el resto quedó destruido por las lluvias de tres siglos, y las aguas, en lugar de fecundar los campos de la llanura, en la vertiente sur de la cadena, se dirigen hacia el norte, hacia el Río Beni. Es uno de los vestigios de la extinguida civilización de los Incas.

Anduve al comienzo por el collado occidental del arroyito de Altamachi. El valle tornábase más profundo a medida que avanzaba; pasé al collado opuesto y comencé a treparlo en dirección a las cumbres nevadas que veía; pero el día ya muy adelantado me obligó a detenerme en un barranco, no lejos de un lago helado, a unos 5.000 metros de altura. El frío excesivo se hacía sentir allí con

tanto más rigor cuanto que carecíamos de prendas de abrigo, y era tal la rarefacción del aire que apenas podía respirar. La noche nos pareció muy larga, pero, como de costumbre, el día, consuelo del viajero, nos hizo olvidar todo.

Recorriendo las cimas parcialmente cubiertas de nieve que en todas partes mostraban sus numerosos lagos helados y sus peñas negruzcas desnudas, sin ofrecer, empero, más dificultades para atravesarlas que el exceso de frío y la rarefacción del aire, llegué pronto al punto culminante de esta especie de nudo aislado, perteneciente a la cadena oriental. Allí, a pesar de mis sufrimientos, me detuve para contemplar un espectáculo verdaderamente imponente: brillaba al sur un cielo purísimo; al norte, sobre la ladera de las llanuras cálidas, y a unos mil metros debajo de mí, se extendía hacia las lejanías del horizonte una zona permanente de nubes que chocaban contra las faldas más altas de las montañas y entre las cuales surgían, semejantes a islotes, las cimas de las cadenas inferiores. Comencé a bajar por suaves pendientes cubiertas de césped y dominando diversas zonas de lagos, primeras fuentes del Río Tutulima. Había, pues, cruzado sin obstáculos la cadena, con lo que había vencido ya una de las dificultades de mi empresa; ahora sólo me faltaba descender. Comparándolo con el camino de Palta Cueva y sus sitios tan peligrosos, me pareció que esta nueva ruta, en caso de que pudiera seguirla hasta Moxos, reemplazaría a la actual con la inmensa ventaja de no exponer a ninguna clase de riesgos a los hombres ni a las bestias.

Me dirigí hacia el nornoroeste, teniendo a cada lado las cimas nevadas. Anduve al comienzo por terrenos en declive, poco accidentados y cubiertos de césped; pero luego de haber descendido todo el día la cuesta occidental del Río Tutulima, a eso de las cuatro de la tarde me encontré completamente rodeado por aquellas nubes que había admirado por la mañana. Era imposible distinguir ningún objeto a diez pasos de distancia, y me habría visto fatalmente obligado a detenerme si no hubiese andado por un sendero apenas marcado entre las peñas de la pendiente muy abrupta y dispareja de un collado, en el que encontraba ora anchas grietas que había que saltar, ora peñascos aislados, sin contar los guijarros cortantes que rodaban a mi paso. Con la región de las nubes comenzó la vegetación; hasta entonces había sentido mi pecho oprimido; por eso, no sabría expresar con qué placer comencé a respirar más libremente un aire menos enrarecido y ya perfumado por las flores de las zonas más bajas. Después de atravesar una espesa capa de vapores blanquecinos, y cada vez que se apartaba de mis ojos el telón móvil de las nubes, entonces menos presurosas, divisaba todavía, a algunos miles de pies debajo de mí, en un profundo barranco cubierto de activa vegetación, unas cabañas que señalaban el

término de mi jornada. Más que descender, rodé hasta el límite de los bosques, y de ahí hasta el fondo del valle. Era noche cerrada cuando llegué, muerto de cansancio, a las chozas de Tutulima, último lugar en que el agricultor se haya atrevido a fijar su morada; y así, en sólo un día, había pasado de los hielos del polo a los límites de las regiones cálidas.

Al día siguiente me olvidé de todas mis fatigas cuando vi con alegría revolotear los ligeros picaflores; y mientras aguardaba a mi gente, que no se me reunió completamente sino dos días más tarde, me ocupé en investigaciones de historia natural, no sin lanzar algunas miradas hacia esa bóveda de nubes que se abría y se cerraba alternativamente sobre mi cabeza, pero que nunca bajaba hasta mí.

6 de julio

Tutulima no es más que un pequeño caserío, compuesto a lo sumo de ocho a diez casas de indios quechuas, colonos de un gran propietario de Cochabamba[1]. Estos arrendatarios cultivan con gran provecho unos maíz, otros caña de azúcar, o cuidan las hermosas plantaciones de naranjos, cubiertas a un tiempo de flores y de frutos. Cosechan también raíces de ajipa y de gualuza, excelentes para comer crudas. Este valle, estrecho y profundo, está cercado por ambos lados por montañas escarpadísimas. En la falda opuesta a la que había descendido, veía, en capas casi perpendiculares, esquistos casi siempre al desnudo y sólo cubiertos de vegetación en las desigualdades. Como un solo propietario venía por esos parajes, nunca pensaron en hacer un camino; por eso, la senda por la que había bajado era obra exclusiva de la naturaleza, sin que el arte hubiese tratado de resolver las dificultades. No obstante, sería muy fácil trazar sin muchos gastos, y haciéndolo sinuoso, un camino mucho más hermoso que el de la Cumbre. Entonces, este lindo valle, verdadero oasis perdido en medio de las escarpaduras de montañas abruptas, podría producir cien veces más. Hoy no está cultivado más que en ciertos puntos, y todo lo demás está cubierto todavía por la más rica flora de las regiones tropicales. Recogí allí varias especies de las más curiosas conchillas terrestres, que tuve que traer a lo largo de este viaje en el fondo de mi sombrero[2].

El 8, después de muchas contrariedades que provenían de la mala voluntad de los indios, varios de los cuales, una vez pagados, desertaron, me vi obli-

---

1 Entregados poco después de la Conquista, los títulos de este propietario le acuerdan como límites diez leguas de ancho, de este a oeste, limitadas al sur por la Cordillera y al norte por regiones desconocidas. Es de imaginar que con títulos tan vagos los interesados extienden sus propiedades según su propia conveniencia.

2 *Butímus onca*, etc.

8 de julio

gado a reemplazarlos en Tutulima en el momento de partir. Por fin abandoné este último punto habitado para hundirme en el desierto y para hollar, el primero, una tierra virgen. Tenía veinte indios de carga, lo que, unido a las personas de que hablé más arriba y sus criados, formaba un conjunto de veintinueve personas. Viendo que el valle de Tutulima se dirigía al nornoroeste por la brújula, corregido por la variación al este, y me proporcionaba una buena ruta, la seguí; por lo demás, me hubiera sido imposible escalar las escarpadas cuestas. Cargado con la gran brújula de alidada, con un fusil de dos caños, con un cuchillo de caza y con un hacha de mano para abrir los matorrales, yo encabezaba la marcha, no sin que me viera detenido a cada paso; a veces seguía el lecho del torrente, cruzaba y volvía a cruzar los ríos, según los obstáculos; otras veces, hacha en mano, me abría un camino a través de los bosques o de los matorrales de sus collados, desgarrado por las espinas, o bien teniendo que saltar peñascos de algunos metros de alto que habían sido arrastrados por el torrente y amontonados en los bordes. Las increíbles fatigas del día nos tornaron muy dulce la noche. El hueco de una peña, cerca del torrente, recibió a una parte de la caravana y la otra se agrupó alrededor.

No podría describir las sensaciones que me hacía experimentar la idea de haber llegado así a donde ningún otro alcanzara. Al mismo tiempo, me sentía dichoso por servir a mis semejantes y a las ciencias, haciendo a cada paso descubrimientos de historia natural y de geografía. Sumido en mis meditaciones, pasé una buena parte de la noche; acostado bajo mi peñasco salvaje, me mecía en esas dulces ilusiones y en esas esperanzas que sostienen al viajero y que todavía me sonreían, cuando al despuntar el día un organito, el pájaro cantor por excelencia, fiel habitante de los precipicios, comenzó desde una rama suspendida sobre el torrente con sus conciertos melodiosos, mezclados al ruido de las aguas rugientes. Las más dulces gamas cromáticas, la modulación de sonidos más puros y extensos se sucedían rápidamente. Lo escuchaba con un arrobamiento para el que me falta la palabra, y sus acentos armonizaban y ritmaban tan bien con mi estado de ánimo, que me habría gustado prolongar su duración; pero esta especie de éxtasis duró poco y mi vuelta en mí fue casi penosa. Cuando mi gente se despertó, se descubrió que seis indios habían desertado durante la noche con los víveres que cargaban. Sin embargo era menester afrontar nuevas fatigas.

La excavación de la roca bajo la cual me cobijé había sido producida por las corrientes, muy por encima del actual nivel de las aguas. Noté que los alrededores estaban cubiertos de bancos de cantos rodados asentados sobre

esquistos, formados probablemente por antiguos aluviones. Sabía que en los valles paralelos de Choquecamata, situados más al oeste, se habían encontrado entre esos cascajos muchas y muy grandes pepitas de oro. Por experiencia sabía también que ese metal se encuentra en las viejas erosiones de las rocas esquistosas. Quise averiguar si esos bancos de cascajos, que se hallan en condiciones tan semejantes a los de los lugares más ricos de explotación, contenían también oro. Arranqué unos trozos en un sitio en el que los cantos reposan sobre los esquistos, quité con cuidado las arenillas más inferiores, las lavé en una calabaza y extraje varias partículas de oro. Ese resultado me dio la certeza de que algunas búsquedas especiales y trabajos regulares en ese pequeño curso de agua procurarían grandes beneficios, sobre todo si se tiene en cuenta que esos cascajos auríferos, mezclados con cantos de cuarzo lechoso, se notan en una extensión detrás una legua. Hubiera podido solicitar la concesión de esta explotación, que indudablemente me habrían otorgado, pero yo había venido a América para hacer ciencia y no para enriquecerme[3].

9 de julio

El camino por el fondo del barranco tornábase cada vez más penoso. Los ribazos de la orilla derecha ofrecían, sin embargo, la posibilidad de abrir, con un poco de trabajo, un camino fácil si se lo trazaba a media altura de la montaña. Entretanto, como carecía de tiempo y de los medios para allanar los obstáculos, era menester salvarlos. Salté de piedra en piedra, pasé sobre peñascos y crucé unas diez veces el río, andando con el agua hasta la cintura, caminando sobre la roca resbaladiza y luchando contra la corriente rápida; tal fue la ruta de la jornada, en la que hice a lo sumo cuatro leguas.

10 de julio

Las orillas del torrente ofrecían por momentos lambaivas y pequeños bambúes verticulados, mezclados con una multitud de árboles diferentes, más variados a medida que se descendía; pero en medio de ese hermoso paisaje la naturaleza permanecía muda, inanimada. No había entonces esos pájaros numerosos que pululan en las selvas tropicales. Uno se siente inclinado a creer que la presencia del hombre es realmente la condición necesaria para que aparezcan los seres alados, o quizás era que el ruido del torrente espantaba a los pájaros; lo cierto es que apenas sí se divisaban allí algunas urracas chillonas o el solitario gallo de las rocas, el del plumaje encendido, únicos habitantes de esos collados fragosos. La jornada fue terrible. A dos leguas del punto de partida del Río Altamachi –en donde había iniciado mi ascensión desde el valle hasta la cumbre de las Cordille-

3 Más tarde me limitó a señalar el descubrimiento, a fin de que otros lo aprovechasen.

ras– el río se ensanchó considerablemente, tomando entonces el nombre de Río de Pedrillo. Más extendidas y profundas, las aguas caían en saltos, y cada vez que los obstáculos me obligaban a cruzarlas, era en verdad a riesgo de que me llevase la corriente; por eso me detuve a tres leguas de distancia de mi partida.

Hasta la confluencia del Río Altamachi, que viene del sudoeste, había andado en la dirección media del norte, de lo que me alegraba, pues pensaba que estaba en uno de los afluentes del Mamoré. Después de esa confluencia, volví hacia el nordeste, lo que sirvió para entonar mi ánimo. El 11 de julio, el torrente, cada vez más ancho, corría siempre con estrépito entre dos altas montañas arboladas; desde la hondonada en que me encontraba sólo podía divisar el paredón muy abrupto de una parte de la falda de la montaña. En algunos lugares el torrente se encajona tanto que tuvimos que pasar por las cornisas salientes del collado, en donde, suspendidos como estábamos sobre las aguas que saltaban de peña en peña, un paso en falso nos hubiera precipitado en ellas desde cincuenta metros de altura. Felizmente, las lianas a las cuales podíamos asirnos impidieron que ocurriesen otros accidentes que el acaecido a uno de mis indios, a quien una piedra que se descolgó desde la altura le quebró los huesos de la nariz. Andando por las cornisas, llegué hasta la confluencia de un río tan importante como el Altamachi, que corre desde el sur. Como tuve que pasar muchas peripecias para atravesarlo, a causa de lo escarpado de sus bordes, lo bauticé con el nombre de Río del Mal Paso. Al norte de esa desembocadura el valle sigue algunos grados hacia el este. Me detuve una legua más abajo.

11 de julio

Cuando atravesaba una espesura, di un fuerte hachazo a una rama seca, marchita, la cual, lejos de resistir el golpe, cedió mucho más fácilmente de lo que había creído, y uno de los ángulos de la herramienta me entró con violencia en la rodilla, y me penetró la rótula. Obligado, a pesar de esta herida, a subir y bajar, y a cruzar el río varias veces, me contenté con atarla con mi pañuelo; pero por la noche, completamente empapado y expuesto al fresco del rocío, sentí un vivo dolor que me impidió gustar el reposo.

Como consecuencia de mi herida, el 12 por la mañana apenas podía caminar; sin embargo, como me era imposible quedarme en ese lugar, tuve que continuar andando, con mayor dificultad aún, pues me torcí ligeramente el otro pie. Crucé no menos de cinco veces el río, pero la última era tan hondo que para atravesarlo fue necesario fabricar una balsa con ramas secas. Anduve todavía unas tres leguas escasas hacia el norte, pero en ese trecho había cruzado por la confluencia de un río bastante ancho que bajaba del sudoeste y al que, en razón de las rocas

12 de julio

que cubrían sus orillas, le llamé Río de las Peñas. Por la noche desertaron tres indios.

Menos encerrado, el río ofrecía de tanto en tanto espaciosas playas aguas menos encajonadas; pero en otros sitios había que escalar los ribazos o enormes peñascos. Había, además, cruzado siete veces el río, con el agua hasta el pecho, y visto dos afluentes que se arrojaban desde la orilla izquierda. El primero, que llamé Río *de Oro*, me presentó una dilatada superficie de cascajos situada muy por encima del actual lecho del río; lavé algunas piedras y conseguí una pepita de oro, signo cierto le las riquezas que allí se esconden. Al segundo río le llamé Río de la Paciencia, porque me detuve allí y debí aguardar en vano a una parte de mi caravana. Por primera vez encontré en esos lugares salvajes una magnífica especie de palmeras, que me apresuré a dibujar[4]: era quizá una de las más elegantes que hasta entonces hubiese visto. El grueso de la gente no pudo reunírsenos, y tuvimos que esperarla todo el día siguiente; asimismo sólo llegó una parte. La dirección que seguíamos era la noroeste, lo que comenzaba a inquietarme.

13 de julio

Impaciente por el tiempo perdido, el 15 me puse en camino antes de que llegasen los rezagados; muy pronto vi, en la orilla izquierda, un nuevo afluente cuyas riberas estaban cubiertas de piedrecitas de todos colores, rojas, violetas, negras, arrancadas sin duda a los esquistos de sus bordes[5]. Varias veces atravesé el torrente, pero en un sitio era tan hondo que hubo que construir una balsa para cruzar sus aguas límpidas y azules, muy semejantes a las de los Pirineos y los Alpes. Había visto a los yuracarés construir esas balsas con troncos de la palmera vina, que por allí se divisaban por doquier, y quise imitarlos. Mandé derribar esos árboles en la parte en que el tronco aparece hinchado, los hice cortar en pedazos, mandé agujerearlos en cada extremo y pasar en cada agujero una clavija de madera para juntar los trozos, atándolos con bejucos, y pronto tuve una balsa sólida que mi indio moxo remolcó a nado hasta la orilla opuesta y que sirvió sucesivamente para cruzar a toda mi gente. Poco después encontré un gran río. Hasta entonces podía creerme en uno de los tributarios del Mamoré: la dirección seguida era buena; pero de pronto se levantó delante de mí una cadena de montañas, y el río por donde me desplazaba, al recibir este otro curso de agua, que procedía del estesudeste, se volvió bruscamente hacia el noroeste. Toda mi esperanza parecía esfumada, pues sin ningún género de duda debía tratarse

15 de julio

4 Es la *Euterpe longivaginata*.

5 Lo llamé Río de las Piedrecitas.

de uno de los tributarios del Río Beni. Mi embarazo era extremo: no veía otro medio que el de salvar la Cordillera, cortando en ángulo recto la dirección que debía tomar. Atravesé el último vado y remonte el nuevo afluente[6]. Iba meditando en esa situación, cuando mis ojos, fijándose por casualidad en la arena, descubrieron las huellas de varios pasos humanos que también se dirigían hacia el nuevo afluente. Deseando comunicarme con los amos de esos parajes, seguí las huellas frescas, hasta que pronto divisé en medio del río a un salvaje que, armado con un arco, trataba de alcanzar con un dardo a un pez al que observaba atentamente en medio de una onda purísima. No pareció asustarse con nuestra presencia. Por su túnica sin mangas, por su alforja colgada del hombro izquierdo, por sus rasgos y sobre todo por las pinturas de su cara, reconocí inmediatamente que no era un yuracaré, de lo que, por otra parte, me convencí cuando le dirigí en la lengua de esta nación algunas palabras que no comprendió. Me hizo señas que fuera más lejos, en donde encontré a ocho indios de esta nación, la de los mocetenes, y a algunos yuracarés que estaban asando unos monos y unos pescados bajo una fogata de hojas de palmera. Unos y otros estábamos asombrados de encontrarnos, y la mayor curiosidad reinaba en uno y otro bando. Los salvajes se apresuraron a convidarme a compartir su comida; tuve que esperar al grueso de mi tropa para enterarme por el intérprete yuracaré dónde estábamos y con quiénes tratábamos. Eran indios mocetenes, que moraban a una jornada de allí, bajando por el mismo río; volvían de hacer una visita amistosa a los yuracarés, que viven al otro lado de la cadena, y algunos de estos últimos acompañaban de regreso a los visitantes.

Mezclados así, formábamos todos un grupo singular, con los más curiosos contrastes de color, de rasgos, de indumentaria. En tanto que cada cual se ocupaba de lo que le interesaba, yo volví a mi papel de observador. Comparé los caracteres físicos de las tres naciones americanas que se encontraban reunidas allí fortuitamente. El quechua montañas o descendiente de los Incas, de color oscuro, de cuerpo corto y ancho, cuyo tronco, por su gran desarrollo, no está en armonía con sus extremidades; el quechua, de nariz aquilina muy pronunciada, de cara grave y triste; junto a él, el yuracaré, casi blanco, de bellas formas esbeltas y masculinas, de rostro orgulloso y altanero; más lejos, el mocetene, que ocupaba entre aquéllos el justo medio por su estatura, por sus formas y por su color casi blanco, pero que tiene rasgos afeminados, una graciosa sonrisa, llena de dulzura, la nariz corta y la cara más o menos redonda.

6 Lo llamé Río de la reunión, porque mis hombres se reunieron allí con los yuracarés y los mocetenes.

Como lo hacía siempre en parecidas circunstancias, traté de explicarme esas diferencias por causas naturales, que influyen a la larga en los caracteres físicos y morales del hombre. Me preguntaba si la forma maciza de los quechuas y la amplitud extraordinaria de su pecho no estarían determinadas por la necesidad de aspirar una cantidad mayor de aire como consecuencia de la rarefacción de las mesetas altas en que viven. Me preguntaba también si la tez casi blanca de los yuracarés, que, por lo demás, tienen los rasgos de los quechuas, y si sus formas hermosas no provendrían de la continuidad de su permanencia en el corazón de esas selvas húmedas, cálidas e impenetrables a los rayos solares, tan diferentes a las regiones encumbradas secas en que viven las naciones montañesas. Preguntábame, finalmente, si los mocetenes que presentan los rasgos afeminados de los indios de las llanuras de Moxos y de Chiquitos no serían descendientes de las naciones de esa rama a quienes la misma causa hubiese desvaído su color. No me extenderé más en estas reflexiones, que, por lo demás, consigné en mi trabajo especial sobre el hombre americano.

Por la noche, como compañeros de armas, nos quedábamos todos juntos unos a los otros, a la orilla del río, bajo una espesa bóveda del más variado follaje. Por un lado se oía la lengua gutural de los quechuas, que recuerda a un bronco graznido; más allá el habla dulce y melosa de los mocetenes, que contrastaba con el lenguaje arrogante, con la palabra altiva y altanera de los yuracarés, oradores pretenciosos. Los idiomas del viejo mundo estaban allí en completa minoría: apenas sí tres o cuatro de nosotros los hacían oír. Es difícil darse cuenta de la impresión que recibe el viajero europeo ante el aspecto de los grandes trazos de una naturaleza imponente y salvaje cuando se ve rodeado de objetos tan distintos a los que encuentra en medio de la civilización de las ciudades. Estaba privado de todas las comodidades de la vida. Para descansar de las penosas fatigas, no disponía de otro lecho que un suelo húmedo; y, sin embargo, no habría cambiado mi situación actual por la más cómoda de todas en medio de la fiesta más suntuosa de nuestra brillante capital.

Por lo que llevo andado desde Tutulima, me siento inclinado a creer, y así se lo digo al señor Tudela durante el viaje, que, a la salida de aquel caserío, conviene tomar en seguida la ladera occidental de la montaña, sobre la orilla derecha del Río Tutulima y continuar hasta la confluencia con el Río del Mal Paso; cruzar este río y andar siempre por la misma ladera hasta el río de la Reunión. De esta manera sólo habría que descender una vez, en tanto que si se sigue por la montaña de la orilla izquierda habría que subir y bajar para cruzar sucesivamente los ríos Altamachi, de las Peñas, del Oro, de la Paciencia y Piedrecitas. Es conveniente evitar de cualquier modo esos ríos, pues son to-

rrentes rápidos, que pueden crecer de un momento a otro a causa de las lluvias y detener a los viajeros. ¡Cuántas veces no temí este tropiezo en el fondo de ese barranco en donde pasé cerca de siete días! Porque, si en vez del buen tiempo que tuve, me hubiesen cogido en mitad de mi recorrido las lluvias continuas y torrenciales que tuve que soportar cuando trepaba el camino de Asunción de Yuracarés a Cochabamba, me hubiera tenido que detener hasta que el tiempo bueno me permitiese continuar.

La nación mocetene que había encontrado, y a la que los yuracarés denominan maniquíes, vive en el fondo de la quebrada, a lo largo del Río Beni, desde ese punto hasta el norte de La Paz, es decir, en una extensión de unas cincuenta leguas geográficas, en donde está dividida en aldeas, a la sombra de las selvas. Más bajos que los yuracarés, los mocetenes tienen también rasgos distintos. Su carácter parece muy suave, y de buena gana hubiera accedido a su insistencia para que fuera a visitarlos a sus pagos, pero no me era posible. Son a un tiempo agricultores y cazadores. Andan por los cursos de agua para cazar monos y sajinos en los bosques adyacentes, o para espiar bajo la onda cristalina a los peces, a los que atraviesan con sus agudas flechas. Si la caza es abundante, la acecinan y regresan cargados de provisiones. A menudo bajan o remontan los torrentes en sus balsas. Su vestimenta consiste en una túnica sin mangas, hecha con tejido de algodón y teñida de un hermoso color violeta, festoneada de rojo. Llevan los cabellos cortados a escuadra por delante y unidos por detrás en una cola, de la que cuelgan sus cuchillos; no se depilan las cejas. Se pintan la cara, o mejor dicho, se la marcan con tres rayas azules: una en arco que va de mejilla a mejilla, pasando por el labio superior; la segunda debajo del labio inferior; y la tercera en la nariz. Se adornan la cabeza con plumas de alas de papagayos. Cuando van de viaje llevan colgado del hombro izquierdo un zurrón de lienzo. Noté que algunos tenían la piel jaspeada con blanco, lo que los asemejaba a los tapires.

Al día siguiente me separé de los mocetenes, que se volvieron a sus pagos, cargados con los presentes que les había hecho. Pero los yuracarés quisieron guiarnos hacia sus bosques; remontando el río durante dos leguas, nos condujeron al sitio al que llegaron cuando bajaron de la montaña. Como el día estaba ya muy avanzado para iniciar nuestra ascensión, la dejamos para el día siguiente, y dediqué totalmente las horas de luz al estudio de la magnífica vegetación que puebla esos parajes, que se compone principalmente de palmeras y recuerda mucho a la que ya describí en el país de los yuracarés. Para ahorrar nuestros víveres, en cuanto llegamos a la región de las palmeras hicimos de la médula de esos árboles el plato principal de nuestro sustento.

17 de julio

Con la salida del sol la caravana se puso en marcha. Al comienzo, perdido en medio de la espesura, asiéndose a las ramas para ayudarse a subir, cada uno trepó penosamente, sin divisar nada a su alrededor; luego, la selva menos espesa permite ver a través de los altos helechos, y juntamente con el cielo, la quebrada que abandonábamos. Después de algunas paradas que el cansancio hacía necesarias, a eso de las cuatro de la tarde llegamos por fin a la parte más encumbrada de la cadena, pero cuál no sería mi desesperación cuando me vi allí rodeado de nubes que me impedían distinguir nada a mi alrededor. Mi única esperanza de éxito fincaba en que eligiese un curso de agua, al que no podía reconocer desde la cima en que me encontraba. Esperé y dejé que mi gente se me adelantase. Una hora de inquietud me pareció demasiado larga, y ya pensaba casi a desanimarme, cuando, inesperadamente, las nubes se rasgaron por un momento y pude contemplar un inmenso horizonte. Los últimos contrafuertes de las montañas descendían lentamente, como surcos irregulares, cubiertos de árboles y serpenteando hacia un mar de verdor sin límites, formado por las selvas de las llanuras que bordean las montañas en una extensión de más de cuarenta leguas. Con gran ansiedad, seguía con mirada ávida la dirección de los barrancos profundos, buscando su punto de reunión para descubrir un curso de agua navegable. Un rayo de sol me reveló su existencia al hacer brillar a una considerable distancia un río que corría en medio de la selva, en la dirección del norte, a los 15° este. Aquello fue como el puerto que se abre al marino después de una larga navegación; ¡era el resultado de mis cálculos, el triunfo de mis ideas!... Un afluente del Río Securi, al que había dejado cerca de Trinidad de Moxos. Me entregué como una criatura a la alegría más loca.

Determiné la posición de todos los puntos visibles de esta inmensa superficie. Advertí que la cadena en que me encontraba, muy extendida hacia el este y hacia el oeste, servía de límite a las dos vertientes de los ríos Beni y Mamoré y era sin duda la continuación de la Cuesta de Yanacaca, vecina del Paracti. Al sur dormitaban todas las montañas que separan los ríos ya reconocidos por mí y pude dibujarlos. Distinguía perfectamente los cursos de los dos ríos de la Reunión de Pedrillo que forman el río de las Palmas, el cual, cuando más abajo y al sur, recibe al Río de Choquecamata y toma el nombre de Río Movía, el más importante y más oriental de los tributarios del Río Beni, que reúne todos los cursos de agua que había visto desde Altamachi. Toda la cumbre de la montaña, pero la cumbre solamente, está cubierta por una hermosa especie de palmeras que nunca hasta entonces había encontrado en otro lugar[7]. Recogí diversas partes de ellas y dibujé el conjunto.

7 *Iriartea Lamarckeana.*

Me reuní con mis compañeros después de una legua de camino espantoso, en el que me veía obligado a saltar de grandes alturas, colgándome de las enredaderas y corriendo veinte veces el riesgo de romperme la crisma. Los encontré tristes: en mi alegría me había olvidado que no había bebido en toda la jornada; pero ellos, a quienes no animaba el mismo interés, me lo recordaron amargamente. Confiando en la Providencia, que siempre se había mostrado tan benévola conmigo, eché una ojeada por los alrededores, pedí un vaso y me alejé. Mi gente me miraba como a un loco. Un instante después, con gran asombro de la caravana, regresaba con el vaso lleno de un agua purísima. En parecidas circunstancias, estando en la frontera del Paraguay, una vez un indio guaraní había aplacado mi sed devoradora al enseñarme que una especie de Bromelia encerraba siempre agua en el interior del cáliz formado por la reunión de sus hojas. Había visto a mi alrededor muchas de esas plantas parásitas en los troncos de los árboles, y encontró allí la misma ayuda que luego tantas veces me devolvió las fuerzas y el ánimo. A partir de entonces se acabaron las murmuraciones: cada cual se entregó a la cosecha de esa agua y a la satisfacción de la más imperiosa de las necesidades, mientras agradecían mi feliz descubrimiento.

Los primeros en llegar a esta parada fueron los yuracarés; habían encontrado allí un ligero abrigo de hojas de palmera, del que se apoderaron sin pensar en ofrecérnoslo. Cierto es que la noche hermosísima convidaba a vivaquear.

18 de julio

Anduve dos días bajando por la cresta de las mismas montañas, bajo una bóveda eterna de ramas entrecruzadas que el sol no atraviesa nunca con sus rayos; por eso, esos parajes húmedos dan nacimiento a plantas criptógamas bellísimas, con las que todos los días hacía un cargamento. Estas plantas integran hoy las colecciones del Museo y siempre traerán a mi memoria los más dulces recuerdos. Después de bajar por rápidas pendientes, llegué al río que los yuracarés denominan Icho. Allí encontré a unos indios ocupados en acecinar el pescado que habían matado con sus flechazos, con el objeto de llevárselo a sus casas. Se hace esta operación clavando en el suelo cuatro horquetas de un metro de alto, sobre las que se colocan ramas cruzadas que tienen por objeto recibir, como si fuese una parrilla, el pescado, puesto sobre los carbones encendidos. Como el Río Icho no era navegable, me dejé llevar por los yuracarés hacia otro afluente más importante.

Estadía con los Indios Yuracarés

Al dejar el río, comencé a trepar por una montaña bastante alta, formada por arena arcillosa y arcilla. Cuando estaba en la cima llovió, lo que tornó tan resbaladizo al sendero que me caí varias veces, lo mismo que mis compañeros de viaje. Uno de los yuracarés resbaló también y se quedó colgado de un árbol por la bandolera que sostiene su silbato y por otros adornos. Tuvimos bastante trabajo para descolgarlo. Tras no pocas fatigas, y completamente empapado después de cruzar el Río Iñesama, avanzaba en medio de la selva, andando por un sendero abierto. De pronto, mis yuracarés se detuvieron y me hicieron señas para que los imitase: cada uno de ellos cogió el silbato que llevan colgado a un costado y todos juntos lanzaron tres agudos silbidos que el eco repitió a lo lejos. Por un segundo me creí traicionado, pero de inmediato prosiguieron su camino y algunos minutos después llegábamos a una casa de la misma nación. Me enteré de que un yuracaré jamás llega de improviso a una casa porque eso se consideraría señal de hostilidad. La choza era un amplio galpón cubierto de hojas de palmeras, abierto en los dos extremos y rodeado de campos de bananeros. Me recibieron sin cumplidos. Las mujeres, sin embargo, me presentaron raíces de mandioca asadas. En cuanto entramos, uno de mis yuracarés fue a sentarse en silencio junto al dueño de casa. Uno de ellos, sin mirarlo, pronunció un animado discurso, que duró más de dos horas, empleando entonaciones que eran alternativamente graves y cálidas. Cuando terminó, el jefe de familia, sin mirar tampoco al primer orador, habló tanto tiempo como él. Toda la noche transcurrió en coloquios de este tipo, relativos a nuestra llegada, y cuyo sentido no tenía nada de inquietante. Dormimos todos bajo el mismo techo con la familia de yuracarés.

20 de julio

A la mañana siguiente, los habitantes de la barraca quisieron acompañarnos hasta otra de sus cabañas. Los hombres cogieron sus arcos y sus flechas, en tanto que las mujeres cargaban no solamente todo el haber de la familia, sino también ora a sus hijos, ora los monos, las gallinas o los loros, lo cual constituía para ellas un duro peso. Una de esas mujeres llevaba así una gran harpía domesticada, a la que empero habían tenido que atar para que no tuviera posibilidad de dañar con sus garras aceradas. Los yuracarés estiman mucho a esas aves, cuyas plumas de las alas y de la cola les sirven para emplumar las flechas, mientras que el plumón blanco, colocado más cerca del cuerpo, lo emplean para cubrirse la cabeza en las grandes ceremonias. Después de una marcha penosa por los ribazos del Río Iñesama, llegué a las casas de los últimos yuracarés, en donde me regalaron

caña de azúcar. Crucé el afluente del Río Moleto, en el que había resuelto embarcarme. Remonté este río y llegué por fin al corazón de la selva, a las casas de los primeros yuracarés, a quienes había encontrado en el río de la Reunión y en donde debía descansar de todas mis penurias.

Se despacharon correos en todas direcciones para prevenirles de mi visita a los yuracarés diseminados en los bosques. Después de despedir a mis quechuas, que regresaron a sus montañas, me instalé en un rincón de la casa de los yuracarés, en donde proseguí el estudio de los hombres singulares con quienes convivía, y me entregué de nuevo a mis investigaciones de historia natural, no descuidando además nada para obtener informes sobre los numerosos ríos todavía desconocidos por los geógrafos.

Dos días después, una bulliciosa charanga me anunció la llegada de una visita. Muy pronto vi a una docena de indios que caminaban en una sola fila. Tenían la cara y las piernas cruzadas por rayas rojas y negras, los cabellos bien peinados y cubiertos con ese plumón blanco de las águilas, bastante parecido por su color al polvo con que se embellecían nuestros padres. Todos estaban vestidos con una túnica sin mangas de corteza de morera, adornada con pinturas rojas muy regulares; llevaban además un ancho collar de perlas de vidrio, que pasaba por el hombro derecho y sostenía sus instrumentos de música, colgados del lado izquierdo. Llevaban el machete en la mano derecha, y en la izquierda su arco y sus largas flechas. Se adelantaron gravemente, y uno tras otro me hicieron una ligera inclinación de cabeza; sin decir una palabra fueron donde el dueño de casa, se sentaron en rueda, colocando su arco y sus flechas a la derecha, cruzáronse de brazos, teniendo la punta de su machete para abajo, y permanecieron así un rato silenciosos. Todos los moradores de la casa, primero los hombres y luego las mujeres, fueron a saludar a cada uno en particular pasando delante de ellos; luego, sin mirarse, comenzaron los discursos, que duraron todo el día. Yo también les espeté una pequeña arenga por medio de mi intérprete para agradecerles su cordial acogida, y encontré a los recién llegados muy dispuestos a servirme. Por la tarde, después de haberme saludado de nuevo, fueron en el mismo orden a hospedarse en una casa vecina. Supe que venían de las orillas del Río Icho.

No queriendo que se entibiase su buena voluntad, a la mañana siguiente me fui con ellos al corazón de la selva más hermosa del mundo para descubrir un árbol adecuado para construir una piragua. La recorrí sin inconveniente, siguiendo a mis salvajes hasta el árbol más grande, pues los conocen a todos. Al fin se elige uno de ellos: su tronco, que quizás ha visto varios siglos ya, de más de ocho metros de circunferencia en su base, es cortado en seguida por el

hacha, como una roca que zapa la mina. Vuelan las astillas, pero sólo por la tarde, después de un trabajo forzado, su caída hace temblar la tierra, derribando delante de él a todos los árboles que encuentra, los cuales siguen cayendo hasta más de cien pasos, arrastrados unos por los otros. Los hachazos redoblados retumbaron en la selva siete días seguidos, durante los cuales dirigí los trabajos de los indios y los alenté con mi ejemplo, trabajando con ellos. Finalmente, el decano de los árboles de los aledaños se transformó en una barca bastante grande. Los obstáculos que se oponen a su marcha hasta el río son allanados en diferentes sitios a la vez, a través de la selva y por espacio de un cuarto de legua; se la bota triunfalmente, con lo que ya comienzo a poder felicitarme por el éxito de mis anhelos. Para cumplir la misión que me había propuesto, ya no me restaba sino navegar hacia Moxos.

Mientras duró el trabajo, estudié constantemente ya a los yuracarés, ya a la admirable vegetación de las selvas en que viven. Un día abandonaba por un rato a mis obreros para cazar, y otro recorría las playas de los ríos, observando que están todas pobladas con gramíneas que podrán servir de alimento a las mulas cuando se haya trazado el camino.

Yaracarés

Para protegerse a un tiempo de la picadura de los mosquitos y de la mordedura de los murciélagos, los yuracarés duermen bajo una especie de mosquitero hecho con la corteza de las moreras; como ellos quieren mucho a sus perros, también los cubren durante la noche. Se despiertan al rayar el alba, y se ponen entonces a conversar largamente, sobre todo de los padres que perdieron; a menudo se los oye gemir y llorar. Una tarde se reunieron todos los indios en la casa en que yo estaba para bailar y beber chicha fabricada con raíces de mandioca. En grandes artesas de madera habían puesto el licor fermentado. Los hombres habían prevenido a sus vecinos de la reunión haciendo resonar en todas direcciones en la selva la estridencia de sus silbatos. Se habían cubierto el rostro y las piernas con pintura roja y negra: se habían cortado los cabellos y afeitado las cejas. Las mujeres se habían arreglado de la misma manera, y las muchachas se adornaron los hombros ya con un manojo de plumas rojas, ya con plumas negras y líos de élitros del bupresto gigante o cascabeles de cobre. Colocados en dos filas, todos se pusieron a bailar, al comienzo al son de las flautas de Pan, luego al son de las voces; se cruzaron de brazos yendo a compás, ya de un costado, ya del otro. Las mujeres vinieron a mezclarse con ellos y se colocaron entre cada bailarín, asiendo al principio el costado de la túnica de los hombres, cruzando en seguida sus brazos con los de ellos y saltando durante mucho tiempo, siempre con la seriedad más imperturbable. Las mujeres llevaban a la

espalda sus hijitos y las muchachas sus monos o cualquier otro animal que les plazca criar. Bailaron así una parte de la noche.

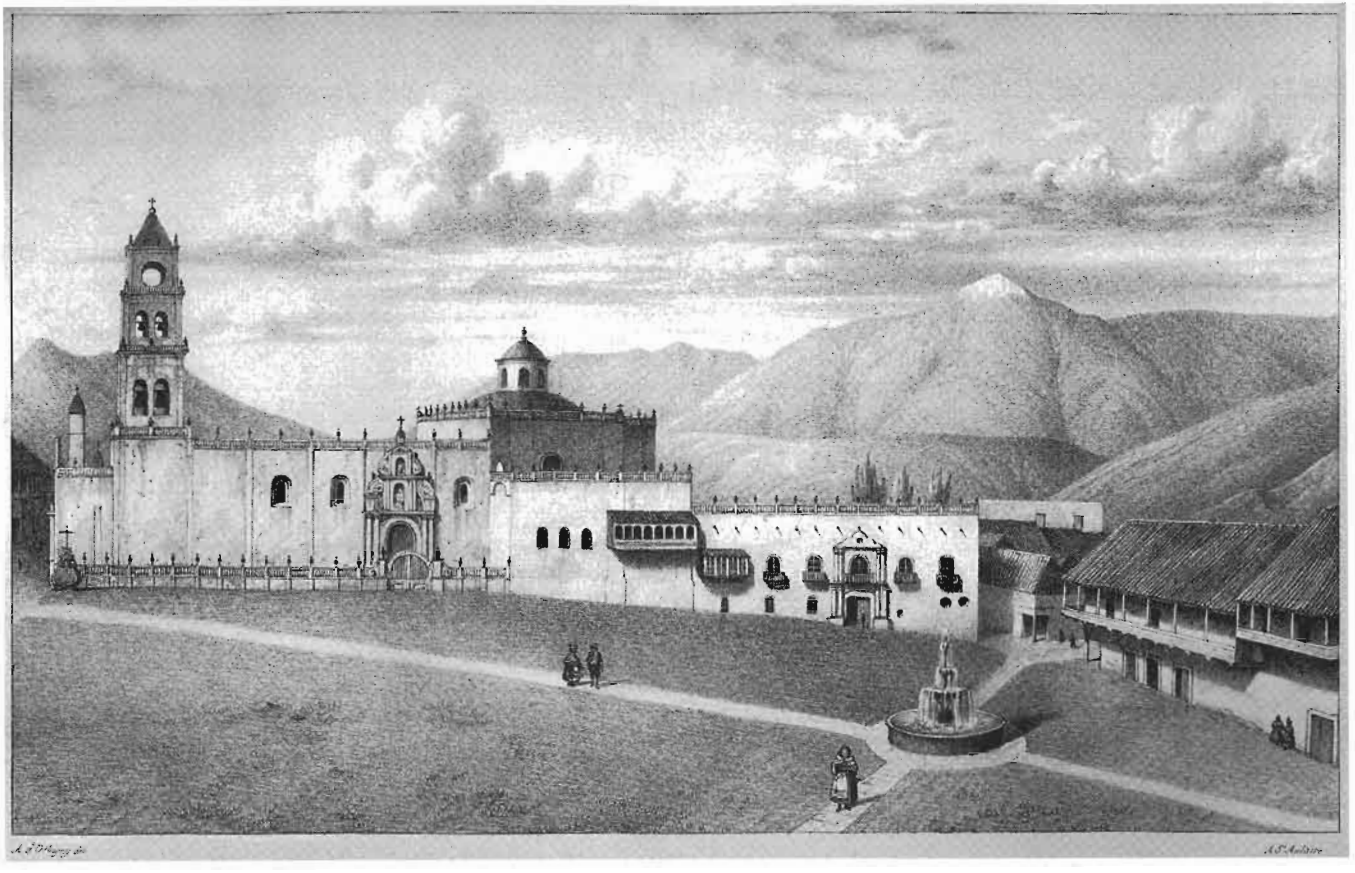
Al día siguiente, estando en el trabajo, algunos indios se quejaron de dolor de cabeza, que era sin duda una de las consecuencias de la fiesta. Para curarse, se hicieron clavar bajo la piel de las sienes unas agujas largas, y aseguraban que se sentían aliviados. Pretenden los yuracarés que los blancos traen siempre consigo enfermedades que de otra manera no padecerían; por eso no dejaron de achacar a nuestra llegada una tos convulsiva que se declaró durante nuestra estada. Y lo mismo ocurrió con los fuertes dolores reumáticos que sintió en la pierna la mujer del propietario de la casa en donde yo vivía. Para curarla, una vieja indígena se puso a fumar tabaco y le administró una especie de fumigación. Como el remedio no surtió efecto, al día siguiente le hicieron con un trozo de bambú muy filoso varias incisiones que determinaron una copiosa sangría; luego la pusieron a dieta rigurosa. Como ni por ésas la enferma se restablecía, la sacaron de la cabaña y la llevaron a la selva, bajo una pequeña enramada construida con hojas de palmeras. Unicamente la acompañaron su madre y su marido, y no quiso volver a su casa sino después de nuestra partida.

Un día, al regresar del trabajo, encontré a una india vieja de la casa presa de una cólera espantosa y rompiendo todos los cacharros de su cocina. Pregunté la causa y supe que obedecía al horror que los indios sienten por la carne de res y, por consiguiente, por nuestro alimento. Esta mujer había dado a mi criado algunas ollas de barro, de las que debía servirse exclusivamente para hacer su cocina, muy lejos de la de los yuracarés; pero como mi criado tuvo momentáneamente necesidad de una olla más grande, sacó una sin permiso y la volvió a poner era su lugar. Cuando la propietaria se percató de esta sustracción, temerosa de que le hubiese contaminado también los demás cacharros, lo rompió todo, agobiándolo a reproches. La labor de alfarería no es una operación ordinaria para ese pueblo supersticioso; por eso rodean al acto de precauciones singulares. Las mujeres, que son las que se encargan exclusivamente de esta tarea, se van a juntar la tierra con el mayor recogimiento y sólo cuando no hay cosechas pendientes; por miedo al rayo, se dirigen a los lugares más escondidos de la selva, de modo que no las vean, y construyen allí una cabaña. Mientras trabajan, celebran varias ceremonias y jamás abren la boca, hablándose por señas, pues están convencidas de que una sola palabra pronunciada haría romper infaliblemente todos los cacharros en el cocido; tampoco se acercan a sus maridos, pues si no todos los enfermos se morirían.

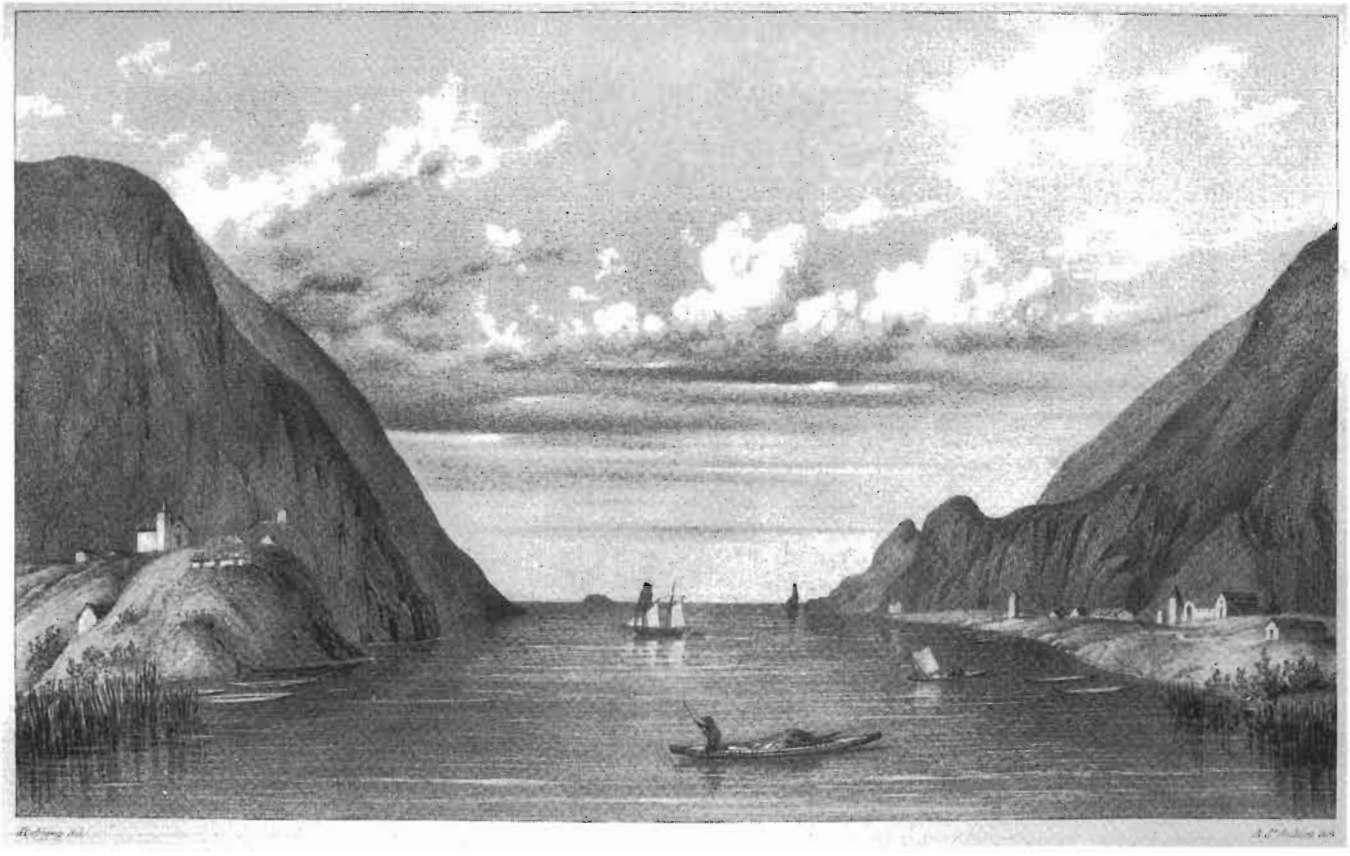
Poco hecho a las mortificaciones, el franciscano que me habían dado no cesó de quejarse durante nuestro viaje, empleando él solo casi todos los hom-

bres de mi séquito, a pesar de que tenía a lo sumo veintiocho años y que gozaba de excelente salud. Cuando llegó al país de los yuracarés, se volvió más exigente. Le parecía mal que yo dirigiese la marcha y que quisiese mandar a los obreros. Había querido obtener demasiado de los yuracarés, que no le guardaban ninguna consideración. En lugar de cumplir su misión, que era la de tratar de convertir a los indios, quedándose entre ellos, cambiaba todos los días de resolución y quería llegar por tierra al Río Coni o seguir hasta Moxos. Terminó por tomar este partido, lo que me contrarió, pues la piragua era ya demasiado chica para que cupiésemos todos sin peligro.

Antes de abandonar el país de los yuracarés, daré una descripción de sus costumbres tan singulares, acerca de las cuales no he hablado, sino accidentalmente.



Vista de la Plaza de Sucre, capital de Bolivia.



Estrecho de Tiquina en el lago Titicaca (Bolivia).

CAPÍTULO XXXVII

Descripción de los indios Yuracarés y viaje del territorio de Yuracaré a Moxos por el Río Securi

Descripción de los Indios Yuracarés[1]

Los yuracarés viven al pie de los últimos contrafuertes de la Cordillera Oriental, desde el este de Santa Cruz de la Sierra hasta el nordeste de Cochabamba, en una faja de veinte a treinta leguas de ancho por setenta y cinco de largo, comprendida entre los 66° y 69° de longitud y los 15° y 18° de latitud sur. Bajo el nombre de mansiños y de solostos, parecen haber vivido en esos mismos parajes desde los tiempos más remotos; pero se retiraron hacia el oeste para sustraerse a los ataques de los cruceños, que les daban caza para venderlos como esclavos[2]. En 1731 se presentó entre ellos un franciscano con el propósito de convertirlos; nunca más regresó, y diferentes vestigios, así como los relatos de los yuracarés, inducen a creer que ese religioso fue su víctima[3]. En tiempos de los jesuitas, los yuracarés fueron obligados también a huir, hostigados de una parte por los moxos, y de otra por los chiquitos de Buena Vista, cerca de Santa Cruz, quienes, comisionados por los jesuitas para traer neófitos, hacían frecuentes correrías hasta el Río Chimoré, sorprendían allí a los yuracarés, los cargaban de amarras y los llevaban así a las

1 Ya he hablado de los yuracarés (*El hombre americano*), pero completaré aquí su descripción por la exposición de muchos hechos, que el cuadro restringido de esa obra no me permitió incluir.

2 Sin duda hacia 1680.

3 Estos datos, y muchos otros que seguirán, fueron sacados de un manuscrito del padre Lacueva, que vivió dieciocho años entre los yuracarés.

misiones, a menudo hasta Concepción o Santiago de Chiquitos, lo que no les impedía regresar a veces a sus selvas. Sea lo que fuere, las palabras con aire de danza que todavía cantan en la lengua de los chiquitos y los nombres de las piraguas y de los remos que tomaron de la lengua de los moxos, prueban que han tenido contactos con esas naciones.

El carácter atrevido de los yuracarés los inclinó a comunicarse en todo tiempo con los españoles, de quienes tenían necesidad para procurarse instrumentos de hierro. Fue así cómo saquearon la Yunga de Choque Oma y que llegaron en distintas ocasiones ya a Chilón y a Mizque, ya a Tiraque y a Cochabamba, salvando los más espantosos precipicios. Los españoles de las montañas, que así los conocieron, pensaron reducirlos al cristianismo. En 1768 el obispo de Santa Cruz, don Francisco Ramón Hervoso, hizo abrir una senda hasta el Chaparí[4], siguiendo sus huellas por la cordillera nevada de Palta Cueva; pero se suspendió todo hasta 1775, época en que los dos hermanos don Angel y don Mariano Moscoso, curas ambos, uno de Punata y otro de Tarata, en el valle de Clisa, pidieron y obtuvieron del obispo permiso para intentar a su costa la reducción de los yuracarés. El 28 de junio de 1775 enviaron al padre Francisco Marcos, recoleto, quien partió con veinte hombres para abrir el camino. El religioso tuvo que vencer obstáculos sin cuento en medio de las nieves, de los precipicios y de la espesura de los bosques. Lo abandonaron sus hombres y se quedó solamente con cuatro hombres. Como encontrara algunos yuracarés, después de veinte días de marcha en su compañía, llegó a una de sus aldeas, situada sobre el Río Coni y poblada por ciento cincuenta habitantes de esta nación, los cuales lo recibieron muy bien, proporcionaron víveres y le expresaron sus deseos de hacerse cristianos. Después de darles a conocer sus condiciones, el religioso volvió a Cochabamba para dar cuenta de su misión.

Al año siguiente, el padre Marcos y otro religioso tornaron al Coni por el mismo camino y fueron acogidos con entusiasmo; construyeron una capilla y ya al año siguiente quinientos yuracarés se habían reunido, tanto en Coni como en San Antonio, donde se separó a la tribu de los cuchis[5]. Llevaron la reducción cerca del Río Paracti y la llamaron Ascensión de María Santísima. Viendo tan buenos resultados, pero habiendo gastado mucho sin ningún beneficio, el padre Marcos se presentó al arzobispo de Chuquisaca y a la Audien-

4 Viedma, *Informe de la provincia de Santa Cruz*, p. 339. Esta relación está hecha a partir de las piezas originales del padre Marcos, de San José y Menendes, en virtud de las órdenes que le diera Viedma el 23 de junio de 1778.

5 Muy pronto fue destruida esta misión.

cia de Charcas; el primero no le dio más que veinticinco pesos y la Audiencia le negó fondos. A punto de abandonar el establecimiento, el padre Marcos se desesperaba, cuando en 1779 nombróse gobernador de Moxos a don Ignacio Flores. Este funcionario tenía intención de abrir entre Moxos y Cochabamba un camino más directo que el de Santa Cruz. El padre Marcos aprovechó la ocasión para presentarse; recibió orden de cobrar mil pesos en Moxos, de tomar indios de esas misiones para que lo ayudasen a abrir esta nueva vía de comunicación y de adoctrinar a los yuracarés; pero cuando la obra estaba ya bastante adelantada, Flores recibió el comando de las tropas enviadas contra Tupac Amaru, y su lugarteniente en Moxos, Peralta, como tenía interés en que subsistiese el camino por Santa Cruz, retiró inmediatamente a los indios moxos, sin querer hacer nada en favor de la reducción ni de las nuevas comunicaciones.

La falta completa de recursos hizo desertar a los yuracarés, que volvieron al corazón de sus selvas, y esta reducción, al comienzo floreciente, se hallaba reducida a la tercera parte de lo que había sido, cuando, harto de tantas contrariedades, el padre Marcos la abandonó. Anduvo de mal en peor bajo los curas seculares hasta 1784, año en que un misionero de Apolobamba, Francisco Buyán, vino a hacerse cargo de ella, volvió a atraer a los fugitivos por la dulzura y allí permaneció hasta 1788; pero, privado de todo, sin encontrar apoyo alguno del gobierno y, sobre todo, no habiendo obtenido nada de los yuracarés, se fue de Ascensión, que quedó sin religioso.

Por otro lado, yendo una vez de Santa Cruz a Santa Rosa, don Andrés del Campo oyó hablar de una tribu de los yuracarés de esas regiones, los solostos, y fue en persona en 1789, siendo bien recibido por los indios, que solicitaron inmediatamente hacerse cristianos. En 1791 se fundó definitivamente la aldea de San Carlos, al noroeste de Santa Cruz de la Sierra, en donde todavía está.

El doctor Velasco fundó en 1793, por las fuentes del Río Mamoré, otra reducción de yuracarés, llamada San Francisco del Mamoré; pero al año siguiente la entregó al convento de franciscanos. Como esta misión estaba mal situada, entre las montañas, en 1799 se cambió por orden del gobernador a veintiséis leguas más abajo, en un terreno llano en el que muy pronto los campos de cacao, de tamarindos y de café dieron buenos frutos. Sin embargo, cuando menos se lo podía imaginar, la versatilidad de carácter de los yuracarés los llevó, el 2 de abril le 1805, a escapar todos a las selvas, abandonando la reducción después de haberle prendido fuego.

En 1795 el hermano Tomás Anaya fundó cerca del Río Coni la tercera reducción de indios de esta nación, llamada San José, de la cual se encargó el

colegio de Tarata en 1796, después del viaje de Bernardo Ximenes Bejarano, prefecto de misión[6], y del informe del naturalista don Tadeo Haink[7]. La transfirieron cinco leguas más al este, cerca del Río Chimoré, y se adoptaron todas las medidas para hacerla progresar. Hicieron inmensas plantaciones, y la misión estaba en franco tren de prosperidad, cuando en 1798 los indios se retiraron a los bosques. No obstante, regresaron todavía y huyeron de nuevo en marzo de 1805; más tarde volvieron a ser reunidos y luego dejados sin religiosos en el sitio en donde todavía están.

El padre Lacueva, que ya había habitado la misión del Mamoré, volvió a ella en 1805 acompañado por otros dos franciscanos. Con una paciencia infinita volvio a reunirlos en la reducción de Ascensión, situada entre los ríos Coni y Chaparí, en el lugar en que yo la había encontrado. Hizo inauditos esfuerzos para hacer adelantar esta misión; pero posteriormente hubo que abandonarlo todo por falta de religiosos.

De todas esas misiones sólo queda la de San Carlos, pues todas las demás fueron abandonadas; en cuanto a los yuracarés, éstan todavía se encuentran en sus selvas. La única sección de esta nación que nunca haya tenido trato con los religiosos es la que mora en las fuentes del Río Securi, en donde ahora me encontraba. Estos conservaron siempre su independencia.

Cuando se reflexiona en las inmensas ventajas que el comercio en general podría obtener de misiones bien organizadas al pie oriental de los Andes, misiones que podrían a la vez dar los mejores productos de las regiones tropicales y servir de puerto para la navegación interior de la provincia de Moxos, uno se asombra de que los diversos gobiernos que se han sucedido desde hace un siglo en ese territorio, no hayan tomado ninguna medida para asegurarse tantas ventajas. El íntimo conocimiento que adquirí de los intereses rivales que se han opuesto hasta hoy a la regularización de las misiones de los yuracarés me permite hacer una detallada exposición. Si los jesuitas, con su espíritu metódico, con sus recursos y su perseverancia, se hubiesen encargado de los yuracarés, habrían logrado sin duda importantes resultados; pero, libradas a la buena voluntad de los particulares o de los hermanos recoletos, cuando no a la de los franciscanos, que no podían invertir en la explotación muchos fondos, las misiones tenían que vegetar fatalmente, aparte de que se oponía siempre a su éxito el obispo de Santa Cruz, a quien con su debilidad lo alentaba el go-

6 Poseo el relato manuscrito de este viaje, del que daré un extracto en la parte geográfica.

7 Poseo el mapa que acompañaba a este informe, hecho sin duda según el itinerario del padre Bejarano.

bierno de Cochabamba. Después de la expulsión de los jesuitas, las provincias de Chiquitos y de Moxos dependieron de Santa Cruz de la Sierra y fueron consideradas como los huertos de esta ciudad, la cual recibía todos sus productos y proveía a aquéllas de los empleados religiosos o seculares necesarios para su administración. Cierto es que el intendente de Cochabamba gobernaba Santa Cruz de la Sierra, en tanto que Cochabamba dependía de la diócesis de Santa Cruz; de donde resultaba que si, por ejemplo, la administración intentaba abrir un camino de Cochabamba a Moxos por el país de los yuracarés o apoyar a las misiones de esta tribu, encontraba la más viva oposición del obispo de Santa Cruz, quien, valido de la inmensa influencia del clero en América, neutralizaba todas las buenas disposiciones o enervaba todos los esfuerzos intentados para establecer comunicaciones entre Cochabamba y Moxos. De esos intereses encontrados ha resultado que, hasta el día de hoy, la lucha continúa, sin que la firmeza del gobierno logre ponerle término ocupándose del mejoramiento general de su comercio interior. Como bajo los actuales gobiernos los motivos que se oponen a ese mejoramiento son muy conocidos, esperamos que las cosas tomarán un cariz más satisfactorio.

Los yuracarés, alrededor de 1300, están diseminados en el seno de las selvas más bellas del mundo. Viven al pie de los últimos contrafuertes de la rama oriental de la cordillera. Muy bien plantados, todo denuncia en ellos su fuerza y agilidad. Son derechos, proporcionados; su andar altivo y arrogante concuerda perfectamente con su carácter y la elevada idea que tienen de sí mismos. Su fisonomía es fina, llena de vivacidad y no carece de cierta jovialidad; sus facciones son más bien agraciadas que feas. Bien proporcionadas, más fuertes y más robustas aún que los hombres, las mujeres tienen los mismos rasgos, pero su cara es más redonda. Podría decirse que son lindas.

El carácter de los yuracarés ofrece la reunión más monstruosa de cuantos defectos puede acarrear en un hombre sin instrucción y supersticioso una educación que está libre a toda edad de reprimendas y aún de los consejos más elementales. Enemigos de cualquier especie de restricción que pudiera quitarles algo de su independencia, viven en familias, y en éstas se ignoran las mutuas consideraciones y la subordinación, pues cada individuo forma parte de ella por su propia cuenta y capricho. Siempre ambulantes, los yuracarés parecen huirse y nunca viven más de cuatro o cinco años en el mismo lugar. Desparramados en el corazón de la selva, se establecen no lejos de un arroyo o de un río, derriban los árboles y se construyen ahí un gran galpón abierto en ambos extremos y techado con hojas de palmeras; dentro colocan algunos estantes para depositar su vajilla, sus cajitas o sus ornamentos de danza, las cosas

que les parecen preciosas y su arco y sus flechas. En uno de los lados construyen pequeñas cabañas con cortezas de morera, bajo las cuales se protegen de los mosquitos y se acuestan sobre una estera fabricada con la unión de hojas de palmera vina, su recurso principal. Alrededor de esta cabaña plantan bananeros, yuca (mandioca), caña de azúcar y algunos otros vegetales, y van más lejos a cultivar otros campos en la selva. Se llega generalmente a sus casas por un sendero cuya entrada, cerca del río, está disimulada con unas zarzas.

Desde su nacimiento el joven yuracaré recibe los cuidados más tiernos de su madre, que se convierte en la esclava de todos sus caprichos, de todos sus antojos. Lo alimenta hasta los tres años y luego sigue educándolo. Hacia los ocho años comienza a preferir la compañía de su padre, quien lo lleva de caza o de pesca, cuando no se aleja demasiado, y le enseña a servirse del arco y de la flecha, así como de los demás trabajos de los hombres. Desde que aprende a caminar, no cesa de ejercitarse en el manejo del arco, pues la habilidad en esta arma constituye para él una primera necesidad. Sus flechas son largas, de un metro y medio, y están adornadas con plumas de las mayores aves de rapiña y con plumitas de vivos colores. Están artísticamente trabajadas y, según el uso para que se las destine, terminan ya en una larga lámina hecha con bambú, ya en largos astiles de la madera más dura de palmera, en cuya extremidad se coloca un gancho para los animales grandes, o ya por dos bastoncitos cruzados para la caza de pájaros. Las flechas para pescar en los ríos carecen de plumas y de ganchos. Su arco, tan largo como las flechas, está hecho con madera de palmera, es recto, y no se curva sino cuando se lo pone tenso. Para fabricar las flechas los hombres disponen de cabañas a las que nunca entran las mujeres. Les enseñan a los muchachos todos sus trabajos y el arte de la palabra, que, después de la caza, es lo más estimado entre ellos. En sus danzas, los jóvenes se diferencian de los casados por los manojos de plumas y los numerosos cascabeles que llevan en sus hombros.

El yuracaré no se casa joven porque la primera cualidad que debe demostrar es su consumada maestría en el arte de lanzar la flecha. Una vez que prueba ser buen arquero, hace su demanda a los padres de la mujer que desea, o su casamiento es improvisado por sus mismos padres durante una orgía. Se casa siempre en medio de una numerosa concurrencia. Cuando la familia está reunida y a todos los presentes se les ha calentado el garguero con la chicha, los abuelos unen a menudo a los jóvenes sin su consentimiento y casi a la fuerza. El que hace las veces de padrino hace uso primero los derechos que en otras partes están reservados al marido y, luego, conjuntamente los demás parientes se encierra con la joven pareja en una choza de corteza y les espeta un largo

discurso sobre sus deberes respectivos. Los yuracarés se casan entre parientes inmediatos, exceptuando, empero, el primer grado en línea recta. Si un joven quiere casarse con una muchacha que no es allegada suya, está obligado a comprar la buena voluntad de los padres por medio de numerosos regalos, o bien a batirse sucesivamente en duelo con cada uno de ellos[8]. No tienen por costumbre la poligamia, a menos que se trate de una excepción. A menudo rompen el vínculo, y esta ruptura viene en la mayoría de los casos de la mujer, que no ama ni estima a su marido sino en la medida que le proporcione caza. La nueva pareja vive casi siempre en la casa de la madre de la mujer, y allí se queda hasta que aumente la familia.

El yuracaré, cuyo carácter es una mezcla singular de vicios y de virtudes, es paciente en el sufrimiento, vivo de pensamiento y de acción y, sin embargo, perezoso. Envidioso, mentiroso descarado, ladrón, detesta hasta a sus mismos compatriotas. Se cree el primero del mundo y trata de ignorantes a todos los demás hombres, aun a los de la ciudad, a quienes mira por sobre el hombro. Se enoja cuando le llaman indio y cuando a su mujer no le dicen *señora*. A menudo adopta nombres de personas de quienes se habla con respeto. Así se ha visto yuracarés que se llamaban Audiencia, porque habían oído hablar de la Audiencia de Charcas, y aún había algún Fernando Séptimo, sin consentir jamás tomar su nombre de pila. El único nombre de que se acuerdan los yuracarés es el de un insecto, un pájaro o un animal cualquiera que se dan entre ellos desde su juventud. Cuando van a Cochabamba, no quieren mirar nada, tan superiores a todo se sienten; así, nunca admiran una iglesia ni otro objeto de arte, y el recuerdo que se llevan de la ciudad es siempre desfavorable a los ciudadanos. Son insaciables pedigüeños, a quienes nada detiene en su impertinencia: desean todo lo que ven y quieren siempre lo mejor. Si se les regala un gran número de objetos y se les niega uno solo, no tienen memoria más que para esa negativa.

A pesar de que tienen un concepto del bien y del mal y aunque consideran poco regular el robar, el mentir o el matar, parece que no reprueban estas acciones sino en los demás. Hacen depender la bondad moral de una sola cosa,

---

8 Entre los yuracarés convertidos al cristianismo, ninguno ha querido someterse al casamiento católico, a menos que los padres, no pudiendo conseguir que sus hijos se casasen como lo deseaban, no acudiesen a prevenir al cura el sábado por la tarde para que los casase por la fuerza al día siguiente antes de misa. 0, si no, advertían al cura cuando ya el matrimonio estaba consumado. No hacen ningún caso de la ceremonia religiosa. (Tengo estos informes, y muchos de los comprendidos en esta descripción, del padre Lacueva, que vivió dieciocho años con los yuracarés).

que consiste en no hacer reproches, en no enfadarse; por ello, se dicen entre sí: "eres muy bueno, nunca te has enojado conmigo, nunca me has reprochado nada". Es menester decir que una de sus numerosas supersticiones consiste en creer que cuando se los reprende, se enferman y mueren. Cuando un niño hace alguna travesura, si su madre tiene la desgracia de amonestarlo, todos los parientes se lo echan en cara a la progenitora, dejándole entrever que si llegase a perder a su hijo, éste no podría más tarde traerle la caza y la pesca, pues ellos todo lo relacionan con el interés personal. Nunca se vio a un padre corregir a su hijo; por eso, carecen de toda idea del derecho de corregir y hasta su mismo idioma no tiene una palabra para expresar este concepto. Los niños, pues, lo mismo que los hombres, quedan librados a todos sus caprichos, a todas sus pasiones. De este sistema de educación resulta que no consienten que se les enseñe la menor cosa, ni que se les dé un consejo. Sucedió en muchos casos que el único motivo dado por los indios para abandonar la misión residía en la predicación de los misioneros, que no podían tolerar porque la consideraban como una reprimenda.

Dije que los yuracarés no saben permanecer en un sitio, y eso obedece en el fondo a su gusto dominante por la caza y por la pesca.

En efecto, cada dos años abandonan su casa y sus campos, que pronto son invadidos por la selva, y, pretextando que ya no hay más caza o que acabaron todas las palmeras de los alrededores, van a establecerse a otro lugar. Allá por marzo, cuando la palmera Tembé[9] está todavía cubierta de frutos, con los que los yuracarés se alimentan una tercera parte del año, de febrero a junio eligen un día sereno, raro en esta época, y, guiados por el jefe de la familia, hermanos, yernos e hijos parten a un tiempo con las mujeres que cargan los enseres, y van a establecerse cerca de un río. En pocos días derriban los árboles, construyen sus casas, siembran las plantas necesarias para su comida y, mientras aguardan que fructifiquen, aprovechan de la abundante caza que encuentran en una comarca nueva, en tanto que las mujeres hacen cocer el fruto del tembé y fabrican con él la chicha. Pronto el maíz, la yuca y más tarde los bananeros dan sus productos y reemplazan al tembé y a la caza. Los hombres comen juntos, aparte de las mujeres, en la casita consagrada a la confección de las flechas. Mientras duran el maíz y la yuca, las mujeres no se ocupan casi de otra cosa que de hacer chicha, y los hombres de beberla, bailando y cantando. Ocurre que las provisiones, que, si se tomaran el cuidado de administrarlas, alcanzarían para el abastecimiento de todo el año, no tardarían en agotarse; y los

9 *Guilielma insignis*.

yuracarés se ven obligados a recurrir de nuevo a la caza. No quieren criar animales domésticos, pero les agrada mucho rodearse de los salvajes. A las gallinas les tienen horror porque se alimentan con cualquier especie de cosas inmundas. Cuando tienen algunas, no les dan maíz, diciendo que como no saben cultivarlo, tampoco deben comerlo. Rara vez prueban la carne de carnero, y mucho más raramente aun la de res, lo que consideran como una bajeza. En sus disputas, la mayor injuria que se puedan decir es llamarse *comedores de carne de res*, o, peor todavía, tratarse de cocineros[10].

Acompañan sus comidas con muchas prácticas supersticiosas. Al comer tienen gran cuidado de recoger ya un hueso de ave o de mamífero, ya las espinas del pescado, que arrojan al fuego o que van a enterrar a lo más espeso de la selva o a arrojar a un arroyo, a fin de que los animales de la especie muerta no se enojen y se dejen matar otra vez.

También la caza es objeto de supersticiones. Por ejemplo, cuando los yuracarés se disponen a perseguir a los grandes monos, comienzan por tomar un brebaje hecho con la corteza del sumuque (acacia que sirve para curtir), con el objeto de asegurarse una buena suerte y sobre todo para no recibir en la cabeza la flecha que lanzaron al aire, a la copa de los árboles, lo que por desgracia ocurre frecuentemente. Se pintan el rostro con mucho cuidado a fin de espantar a los animales feroces, y parten dos horas antes del día. Van juntos siempre y se dispersan en los bosques para seguir su caza; tienen un lenguaje convencional ejecutado con sus silbatos. Tal silbo, por ejemplo, pide auxilio, tal otro indica caza abundante o cualquier circunstancia particular. Los yuracarés jamás abandonan la flecha que arrojaron. Si queda clavada en las ramas de un árbol, se encaraman para buscarla y no se ahorran ningún esfuerzo para encontrarla. Suben a los árboles y sobre todo pasan de uno a otro por las copas con extrema agilidad. Cuando regresan de la cacería, ponen a todos los monos que mataron sobre una hoja de palmera, con la cabeza vuelta a un mismo lado, y un indio, con una fuente de chicha, los rocía diciéndoles: "Os queremos, puesto que os traemos a casa". Creen que después de haber realizado esta ceremonia los monos que quedaron en la selva deben estar muy contentos. Creen también que los perros no pueden cazar más si llegan a comer los huesos de las piezas cobradas; por eso no se los dan nunca. A las aves las asan sin vaciarlas.

Pescan de diversas maneras, con redes o con flechas. Las aguas de los ríos son muy límpidas; cuando las lluvias torrenciales las enturbian, pescan con

10 Se sabe que entre ellos sólo las mujeres cocinan.

red, casi siempre de noche. La pesca con la flecha se hace por el contrario cuando el agua está muy clara. Nadan sirviéndose de un trozo de madera muy liviana que se colocan en la axila, y entonces no temen ni la anchura ni la violencia de las corrientes. A menudo viajan por agua; en ese caso, derriban una palmera, ahuecan su tronco, meten dentro a sus hijos y a sus muebles, y el marido de un lado y su mujer del otro nadan así, siguiendo la corriente, diez o doce leguas en un día.

Comienzan a hablar mucho rato antes de la aurora y se levantan antes que el sol. En seguida van a bañarse, cualquiera que sea el tiempo. Se peinan cortándose los cabellos de adelante a la altura de las cejas. A tal efecto, siempre llevan consigo una peineta y su cuchillo, con el que se cortan los cabellos largos por la mañana estando en ayunas; el cuchillo está sujeto en dos mangos de madera, de modo que hace las veces de tijera. Cuando marchan al trabajo agrícola son realmente dignos de un cuadro. Andan en fila, tras de uno de ellos, que toca la flauta, todos pintarrajeados, vestidos con su túnica de corteza sin mangas, coloreada artísticamente, y adornados con las plumas más bellas y con cuentas de vidrio; el cuchillo colgado al cuello, el hacha al hombro, su pala a la cintura, el machete en la diestra, y en la izquierda el arco y las flechas.

Cuando se marchan a hacer desmontes, se cuidan muy bien, lo mismo que sus mujeres, de comer carne de pecarí (el jabalí de esas comarcas), por temor a verse aplastados por los árboles que caen. Cuando sembraron maíz no vuelven a los alrededores sino cuando ya lo creen maduro, pues temen verlo marchitarse si se aproximan antes de esta época. Si lo sembraron cerca de sus casas, momentáneamente se van a vivir más lejos. Creen también que el maíz muere infaliblemente si van a buscar sal durante el crecimiento de esta planta. Una vez maduro el maíz, hacen chicha con una parte de la cosecha y dejan perder el resto en el campo.

Tienen gran habilidad para los trabajos manuales, y, sin embargo, sólo fabrican sus arcos, sus flechas, planchas de madera talladas para imprimir en color sus camisas[11] de corteza de morera, o peines de pedacitos de caña sujetos con hilo de color artísticamente trenzado. Tales peines, muy buscados en las ciudades, unidos a los animales salvajes que crían y a las plumas que les arrancan a las brillantes aves de sus selvas, son los únicos objetos de comercio. Van a Cochabamba a cambiarlos por hachas, machetes y cuchillos, pues todo lo

11 Es muy curioso encontrar entre esos salvajes la impresión por medio de planchas de madera, en tanto que los dibujos sobre tela se ejecutan todavía a pluma en las misiones de Moxos.

demás les es indiferente. Son insaciables por esas herramientas y nunca creen tener bastantes; así, el yuracaré que no tiene cuarenta hachas se considera pobre. Se muestran muy exigentes en la elección de esas herramientas: bajo ningún pretexto se llevarían una si no les gusta. No hacen ningún caso de la vestimenta de los blancos, y si alguna vez se la ponen es para mofarse.

Cuando van de viaje, se ponen sus vestidos de corteza mejor pintados, se pintan la cara de rojo y negro, se cubren la cabeza –bien untada con aceite de coco– con el plumón blanco de las águilas y toman todos sus adornos de lujo. Si pasan por las inmediaciones de una casa, se bañan, se pintan de nuevo, dejan sus armas y su carga en la selva, y hacen resonar los aires con los sones de una flauta antes de llegar; luego, después de haber esperado un rato, se aproximan en fila con la mayor seriedad, llevando el machete en una mano y en la otra sus arcos y las flechas adecuadas para la caza del jaguar. Se dirigen hacia la casa en que los hombres se reúnen ordinariamente para hacer sus flechas y, antes de que lleguen, el vecino que quiere recibirlos coge igualmente su machete, su arco y sus flechas, se acerca a los visitantes con mucha gravedad y de pronto lanza un grito, dirigiéndose a uno de ellos y diciéndole: "¿Eres tú mi tío (o cualquier otro pariente) *que, al acordarte de mí, has venido a visitarme?*" .El otro se adelanta con la mayor arrogancia y le contesta en el mismo tono: "*Sí, yo soy quien, acordándome de ti, he venido a visitarte*". Se acercan el uno al otro y de pie, fuera de la casa, el primero, con increíble volubilidad, comienza una narración que parece estudiada y que dura horas enteras; de tanto en tanto, sacude su machete, gritando cada vez más fuerte. Se diría que es un discurso aprendido de memoria; a veces varían las entonaciones. Cuando el primero terminó, el segundo responde de la misma manera. A menudo los interlocutores permanecen así, a pie firme, un día entero, sin que la lluvia ni el sol los haga cambiar de actitud. Se cuentan entonces su origen, los sitios que habitaron sus antepasados, sus sufrimientos y los de los suyos y todo lo que acaeció desde la última vez que se vieron. Cuando acaban con esos relatos recíprocos, sin hablarse más, van a bañarse, entran en la casa, se sientan uno junto a otro y comienzan a llorar, cubriéndose la cara con sus cabellos, sin dejar de hablar horas enteras, por estrofas, como si recitasen versos, de los padres que perdieron y de sus buenas cualidades. Pasando bruscamente a un género de coloquio más simple, se preguntan recíprocamente, y con gran serenidad, noticias sobre su salud, y se le da de comer al viajero, que hace el ofrecimiento a todos los presentes. Por lo general permanecen tres días, durante los cuales no hacen más que hablar con todas las personas de las casas vecinas y pasan las noches sin dormir. Los viajeros están siempre sentados unos cerca

de los otros y caminan siempre en fila india. Antes de marcharse, van a decir adiós sucesivamente a los moradores de todas las casas.

Casi todas las mañanas al amanecer los viejos comienzan a llorar y lo hacen hasta que el sol esté alto. Hablan entonces no sólo de los parientes muertos, sino también de las contrariedades que pasaron o de las indisposiciones de sus allegados.

Si a menudo tienen un recuerdo para sus parientes, no por eso olvidan sus rencillas, sus motivos de odio, y no temen envenenar a sus enemigos. Son los únicos indígenas salvajes que conozcan el suicidio. Cuando están mucho tiempo enfermos, se ahorcan, y, si su disgusto es demasiado grande, se suben a la copa de los árboles y se arrojan al suelo para matarse. Entre ellos es muy común el duelo. Son motivos de duelo, por ejemplo, el casamiento de un indio con una muchacha en la que otro había pensado o la muerte de un hombre a consecuencia de la mordedura de una serpiente, porque en tal caso, los parientes del difunto creen que otra persona envió a la serpiente y que tienen que vengar la muerte por el duelo. De ahí que los duelos sean interminables. El que quiere batirse se baña, se atavía con los más bellos vestidos, va a la casa de su futuro adversario, y llama injuriando al que le tiene rencor. Advertido por las amenazas, el otro sale con las flechas hechas, expresamente para el duelo[12], se coloca a cinco pasos de distancia y presenta su hombro izquierdo a los golpes de su enemigo, el cual le dispara un flechazo en el brazo con su arco más fuerte. Le toca en seguida el turno al otro y disparan así ocho o diez veces, hasta que el que ataca se considera satisfecho o que el otro se confiesa vencido. A menudo resultan seriamente heridos y mueren; pues, sea por torpeza, sea por malicia, la flecha, en lugar de dar en el brazo –parte designada por las reglas del duelo– se clava en el costado o en el cuello, causando así heridas peligrosas.

Las jóvenes son criadas por las mujeres con los mismos cuidados que los varones, sin que jamás se las contraríe ni se las reprenda por sus caprichos. Cuando llegan a la nubilidad, sus padres la celebran con la fiesta más solemne. En cuanto la muchacha advierte que es mujer, se lo avisa a sus padres. La madre se echa a llorar y el padre construye con hojas de palmera, y cerca de la casa, una cabañita en la que encierra a su hija de modo que no pueda ver la luz; allí queda sometida al más riguroso ayuno durante cuatro días, lapso en el que la madre y todas las mujeres de la vecindad se van en fila a buscar leña,

12 Estas flechas están terminadas por un botón de madera del que parte una punta triangular de seis centímetros de largo por dos de ancho, que no puede penetrar más que hasta el botón.

agua y yuca (mandioca) de sus campos, en tanto que el padre fabrica un gran número de cuezos de madera o de hojas de palmera en los que las mujeres preparan la chicha. Cuando la bebida está fermentada, en la mañana del cuarto día, tres horas antes de la aurora, el padre, después de ataviarse, llama sucesivamente con grandes voces a todos los vecinos. Hacen sentar a la muchacha en una piedra, encienden un haz de hojas de palmera, y cada invitado corta a su vez un mechón de cabellos a la núbil, la cual corre gritando a esconderlo en el corazón de la selva, en el hueco de un árbol; luego regresa gravemente a sentarse en rueda. Cuando todos los parientes regresaron y tornaron ubicación, la joven ofrece a cada uno de ellos una calabaza de chicha muy fuerte, preparada para la ceremonia. Antes de comenzar a beber, los hombres toman a sus hijos sentados cerca de ellos y los golpean en los brazos con un agudo hueso de mono. En seguida todos beben, tocan la flauta, cantan y bailan hasta la noche. Ni la lluvia ni el rayo les impiden continuar hasta después de la puesta del sol. En esta fiesta, casi todos se llenan de heridas, que ellos llaman *culucute*. Se pinchan los brazos, frotan el hueso muy afilado de un mono con un pimiento muy fuerte y lo hacen pasar a través de la piel, como para hacer un sedal, a todo lo largo del brazo, desde el hombro hasta los dedos. "Culucutan" de esta manera a los jóvenes para que se vuelvan hábiles en la caza, y a cada herida le prometen al paciente una nueva especie de presa o de pescado. Le hacen padecer esta misma operación a las muchachas en los brazos y en las piernas para que tengan valor y fuerza, y hasta a los perros para que cacen mejor. He visto así a un joven en cuyo brazo se notaban las huellas de treinta y cuatro heridas dobles, o sea, sesenta y ocho agujeros.

Al día siguiente los vecinos se reúnen nuevamente para beber cerveza de maní. Quince o veinte días después recomienza la fiesta, y entonces la muchacha se mezcla a las mujeres y prepara ella misma la chicha apropiada para esta ceremonia. Cinco o seis meses seguidos se cubre la cabeza con corteza de árbol y jamás habla con los hombres. Los yuracarés someten a este ayuno riguroso a las núbiles en la creencia de que si no lo hiciesen sus hijos perecerían en accidentes, ya por la mordedura de una serpiente, ya por la tempestad, bajo las garras del jaguar, ya por la caída de una flecha o de un árbol. Lo hacen también para que la muchacha no sea miedosa y afronte, como ellos, todos los peligros. Los yuracarés se "culucutan" también los brazos cuando yerran un tiro de arco, y las piernas cuando se cansan caminando.

Las mujeres usan una camisa de corteza de árbol, pero más corta que la de los hombres. Cuando solteras, se adornan en las fiestas los hombros con manojos de plumas de vivos colores. Son las encargadas de cocinar, de fabricar

chicha, de sembrar los campos, salvo la yuca, cuyo cultivo está reservado a los hombres; de ir a buscar leña, agua y legumbres; hacer alfarería, ocultándose entonces a solas en la selva, sin hablar a los hombres; algunas saben hilar y tejer. De viaje, mientras que los hombres no llevan más que un hatillo liviano en la espalda, para no sentirse estorbados en el manejo de las armas, las mujeres cargan por lo general los muebles de la casa, cuando cambian de morada, y como si eso fuera poco, a sus pequeños cuando son madres. Sostienen su fardo hacia adelante por medio de una fuerte correa apoyada en la frente.

Como ya lo dije, el matrimonio se hace muchas veces por los padres en un momento de borrachera, sin el consentimiento de las partes, de donde resulta que la mujer no siempre ama a su marido y que a veces lo abandona para ir a casarse en otro lugar con otro hombre; el caso, sin embargo, es raro. Cuando las mujeres sienten los primeros dolores del parto, se marchan a la selva, en donde se hacen ayudar por sus parientas viejas. Inmediatamente después de alumbrar, se bañan en el arroyo vecino y regresan a su hogar para seguir con las tareas ordinarias. El marido tiene entonces el cuidado de ir a pescar un pez particular, que considera como el mejor en esta circunstancia. Cuando se reflexiona en los pocos cuidados que se prodigan a las mujeres salvajes, y aun a las mujeres de las ciudades de esas comarcas, cuando dan a luz, uno se asombra de que la civilización o la manera de vivir de las europeas acarree tan frecuentemente accidentes en los sobrepartos. ¿No habría que llegar a la conclusión de que las dificultades se multiplican a medida que nos alejamos de la naturaleza?

El egoísmo es tan grande en las mujeres como en los hombres y destruye a menudo en ellas sentimientos que se encuentran siempre hasta en los animales más feroces. Para ahorrarse el trabajo de criar a sus hijos, las mujeres yuracarés emplean medios para abortar o para no concebir. El infanticidio es también muy frecuente. Los hijos ilegítimos son inmediatamente ahogados por la madre o muertos por el padre; y hasta en los buenos hogares, cuando juzgan que ya tienen suficientes hijos para que los sostengan en su ancianidad, matan a los demás. Hacen lo mismo con los niños contrahechos, con los hijos adulterinos y cuando tienen varios del mismo sexo o cuando los primeros se les murieron, pues en este caso se tomarían el trabajo de criar a los últimos sin que sacasen provecho a su esfuerzo. Por lo demás, la mujer no tiene empacho en pregonar que no criará al hijo que lleva en su vientre. En contraposición con esta infame conducta, ocurre que las mujeres prodigan los cuidados más tiernos a los hijos que se deciden a criar y que, como ya lo dije, están siempre exentos de la más pequeña reconvención. En cuanto a los hijos, no sólo no

tienen ninguna deferencia para con sus padres viejos sino que los consideran como una pesada carga.

Las enfermedades de los yuracarés son fiebres, intermitentes o no, inflamaciones intestinales, solitarias y sobre todo pulmonías o pleuresías, ocasionadas por cambios de temperatura o por imprudencias. Como raramente piensan en el mañana, sufren prolongadas enfermedades, carecen pronto de todo y sus parientes no acuden casi nunca a socorrerlos. Su medicina se reduce a muy poco. Para los dolores perfuman la parte enferma con humo de tabaco o practican fuertes sangrías locales. Para la mordedura de una víbora, succionan el veneno y aplican cataplasmas. En las enfermedades internas administran fuertes purgantes, sacados de los árboles llamados tomochi y soto; mas como no siempre pueden calcular en su justeza la fuerza del remedio, ocurre que se envenenan a menudo. En ese caso, los parientes derriban el árbol del que extrajeron el jugo. Tienen más forma en los sistemas supersticiosos que en los remedios. Tienen curandero: que se sienta junto al enfermo, se escupe las manos y llama al alma del paciente; la miran en la palma de la mano y le habla con estas palabras: "Hoy estás en tal estado, mañana te sentirás mejor, pasado mañana estarás sano del todo".

Atribuyen generalmente sus enfermedades a las influencias de los hechiceros o de los espíritus malignos, sin buscar su causa natural. Aun cuando echasen por centenares las lombrices intestinales, enfermedad que provoca la mitad de las defunciones, no quieren creerle y se contentan con quemarlas con pimiento. Si tienen abscesos, dan el pus a ciertas hormigas para que no retorne a su cuerpo. Dirigen maldiciones al arco iris porque les anuncia enfermedades y hacen lo mismo cuando el cielo se pone rojo al anochecer. Cuando los extranjeros llegan a sus pagos, si relampaguea o truena del lado que llegaron los ven venir con pena porque esperan enfermedades. Por esta razón un extranjero nunca debe hablar de padecimientos, pues los yuracarés le huirían por temor de contagiarse de su mal. Cuando truena muy fuerte y el yuracaré está enfermo, creen que se muere o que se morirá. El canto de ciertos pájaros, que los indios creen viudos, es considerado como pronóstico infalible de graves epidemias. Las fuertes rachas de viento traen consigo espíritus maléficos y les causan vivos dolores y fuertes vómitos que se llevan a los enfermos. Creen igualmente que si regañan a sus hijos, éstos caerán enfermos; por el mismo motivo se cuidan mucho de arrancar una planta venenosa.

Cuando ven a sus padres muy enfermos, levantan una cabaña en uno de sus campos y cavan en ella una fosa en presencia del mayor número posible de parientes, pues los honores tributados de antemano al difunto están en rela-

ción directa con el número de asistentes. Cuando lo creen a punto de morir, llevan allí al enfermo. El moribundo lega entonces todo lo que le pertenece a sus hijos y recibe de los demás indios toda suerte de recomendaciones para los difuntos, a quienes se les ruega siempre para que los esperen con campos bien cultivados. Una vez muerto, se lo coloca en la fosa adornada con corteza de palmera, con la cabeza vuelta hacia el oriente, y todos los deudos hacen resonar los aires con sus gritos; algunos se arrojan sobre el cadáver en la fosa, otros desgarran su túnica para cubrirlo. Se entierran con él todos sus vestidos, su arco y sus flechas, regalos para los parientes que ya están en el otro mundo y algunos trastos que el difunto no pudo disponer en vida. Sobre su tumba se rompen todos los cacharros de cocina de su mujer y se quema todo lo que no regaló por miedo de que su alma vuelva a la casa para buscarlo y asuste a los sobrevivientes o los toque con el bastón que deben tener los muertos, lo que provocaría su deceso.

El amargo dolor expresado por la familia a la muerte de un yuracaré se prolonga años enteros. Todos los vecinos y allegados van a hacer al pariente más próximo los cumplidos de condolencia, que consisten en dos alaridos de dolor de parte del visitante y otros dos de parte del que recibe la visita. El campo del difunto queda abandonado y nadie recoge en él un fruto.

Como se ve, los yuracarés creen en la otra vida. El alma del difunto va bajo tierra en compañía de sus antepasados los mansiños a un lugar delicioso, en donde se goza de una dicha perfecta y en donde existe abundante caza, sobre todo de sajinos (la cacería preferida).

Sin gobierno alguno, sin ninguna subordinación de hijos a padres, los yuracarés no reverencian ni respetan ninguna divinidad. Creen que las cosas se formaron solas y que no deben estar reconocidos a ningún creador. Ni siquiera creen que deban esperar nada de una conducta más o menos irreprochable, pues el hombre nació dueño absoluto de sus acciones, buenas o malas. Si se les pregunta cuál es su dios bienhechor, muestran su arco y sus flechas, armas a las cuales deben su alimento.

Tienen, empero, una historia mitológica de lo más complicada, llena de ficciones en las que aparece un crecido número de seres fabulosos:

Comenzó el mundo en el corazón de las sombrías selvas habitadas por los yuracarés. Un genio maléfico, llamado Sararuma o Aima suñé, abrasó toda la campaña. No se escapó de este incendio ningún árbol, ningún ser vivo. Un hombre que había tenido la precaución de hacerse una morada subterránea muy profunda, a la que se había retirado con provisiones mientras durase el fuego, fue el único que escapó al desastre universal. Para asegurarse si las llamas tenían siempre la misma fuerza, este hombre sacaba de tanto en tanto

fuera de su agujero una larga vara. Las dos primeras veces la retiró encendida, pero a la tercera estaba fría. Aguardó todavía cuatro días antes de salir. Paseándose tristemente por esta tierra desolada, sin alimentos y sin abrigo, quejábase de su triste suerte, cuando, viniendo de tierras lejanas, Sararuma se le apareció, completamente vestido de rojo y le dijo:

—Aunque yo soy la causa de todo el mal, tengo, sin embargo, compasión de ti.

Luego le dio un puñado de semillas de las plantas más necesarias para la vida humana, ordenándole que las sembrase. Como por encanto se formó instantáneamente un bosque magnífico.

Poco tiempo después, este hombre se encontró (sin que se sepa cómo) con una mujer con la que tuvo varios hijos varones y una hija. Cuando ésta llegó a la edad de las pasiones, soñaba sola en medio de las selvas dilatadas; se queja a los ecos de la desgracia de su soledad. Cerca de un río, su mirada se fija con ternura en un hermoso árbol llamado Ulé, que está cuajado de flores purpúreas. ¡Si fuese hombre, lo amaría! ... Después de pintarle con achiote para embellecerlo más, la muchacha llora, suspira, aguarda, espera... Espera, y no en vano... El amor le debía un prodigio: el árbol se convierte en hombre, y la muchacha es dichosa. A la noche siguiente, ella ya no está sola. Ulé, transformado en hombre, le hace compañía; pero Ulé desaparece con la aurora y la muchacha teme haber conocido sólo una felicidad pasajera. Confía sus temores a su madre, la cual busca los medios para retenerlo. Ulé vuelve a la noche siguiente, y la joven desposada, siguiendo los consejos de su madre, lo amarra fuertemente y lo retiene de este modo junto a sí. Al cabo de cuatro días, Ulé consiente en quedarse y en casarse con la muchacha. Se le devuelve entonces la libertad.

Ambos esposos gozaban de una felicidad completa, cuando Ulé, que había partido con sus cuñados para una cacería de grandes monos (marimonos), fue víctima de un jaguar. Anhelante por volverlo a ver, su joven esposa fue a su encuentro llevándole chicha; se entera por sus hermanos de la desgracia que la hiere, y, desesperada, no temiendo ya ningún peligro, va a unirse con su Ulé para rendirle las últimas honras. Guiada por sus hermanos, llega donde su esposo, cuyos miembros dispersos yacen en la tierra ensangrentada. En su dolor, recoge con sumo cuidado los jirones del cuerpo, los acerca unos a otros para tratar de volver a ver a su esposo una vez más y los contempla deplorando su pérdida. Por segunda vez su amor es recompensado. Ulé resucita diciendo: "Me parece que dormí bien". Ebria de alegría, la joven esposa colma a Ulé de caricias. Juntos volvían a su morada, cuando Ulé, como tenía sed, se detuvo junto a un arroyo para beber. Quiso el azar que se mirase en la clara linfa y

advirtió que le faltaba un pedazo de mejilla. Al verse desfigurado así, no quiso acompañar más a su mujer, quien, a pesar de su viva insistencia, no pudo hacerlo cambiar de resolución.

No queriendo seguir a su mujer, Ulé le dice adiós y le recomienda que, si no quiere perderse al regresar a su casa, camine por la vereda sin detenerse, y sobre todo que no se vuelva cuando detrás de ella caigan desde la copa de los árboles ramas o cualquier otra cosa, sino que se diga entonces, sin mirar: "Es mi marido que caza". Trémula por lo que había sucedido, la pobre mujer volvía tristemente, prestando la mayor atención a las últimas recomendaciones de Ulé; pero en una ocasión, asustada por la caída de una gran hoja, olvidada de las instrucciones recibidas, mira hacia ese lado y pierde de tal manera la cabeza, que se extravía en la selva. Tratando de orientarse, corre ya en un sentido, ya en otro y acaba por encontrar un camino que, luego de una larga marcha, la conduce a la guarida de una familia de jaguares.

La madre de esos animales voraces estaba sola allí; recibe a la joven con muchas caricias, y para que sus hijos, que están de caza, no le hagan daño, la hace esconder. A su regreso, los jaguares sintieron que había algo extraño en la cabaña, y cuando la descubren quieren devorar a esta mujer, pero su madre la defiende. Los jaguares obligan a la muchacha a que les vaya quitando de la cabeza los insectos que tienen en ella y a que se los coma. Tenían, en efecto, la cabeza llena de una especie grande de hormigas venenosas, llamadas torocoté, pero como se trataba de comerlas, la pobre mujer, a pesar de su espanto, no pudo resolverse. Entonces la madre de los jaguares le dio a escondidas un puñado de semillas de zapallo para que, cuando tirase las hormigas al suelo, masticase en su reemplazo los granos. Esta treta resultó perfectamente con los tres primeros jaguares; pero el último estaba dotado de cuatro ojos, y los que tenía detrás de la cabeza vieron la superchería de la joven y su desobediencia. El animal, furioso, se lanzó sobre ella, la mató y sacó de su entraña un niño que estaba a punto de nacer. El jaguar se lo dio a su madre para que se lo comiese. Como tuviese por el niño la misma piedad que por su madre, la jaguar hembra lo colocó en una olla como para cocinarlo; pero en cuanto pudo, lo sacó de ahí, puso otra cosa en su lugar y lo cuidó lo mejor que pudo.

Criado por ella en secreto, el niño, llamado *Tiri*, alcanzó pronto la estatura de un hombre y guardó un gran reconocimiento hacia su libertadora, a quien le llevaba a escondidas el producto de su caza. Un día ella le dijo que un animal llamado *yxeté*[13] (la paca, de los brasileños) le comía todos los zapallos de

13 *Coelogenis*, Federico Cuvier.

su campo y que había que matarlo a flechazos. Tiri se quedó en acecho, pero habiendo dirigido mal su tiro solamente cortó la cola de la paca (es a partir de entonces que la paca no tiene cola). Vuélvese la paca hacia Tiri y le dice: "Vives en paz con los asesinos de tu madre, y a mí, que ningún daño te hago, quieres matarme". Ante estas palabras, que Tiri no comprendía, ruega al animal que lo espere y que le dé mejores explicaciones. Tiri siguió a la paca hacia su madriguera, y ésta le contó que los jaguares habían matado a su padre y a su madre, que habían querido comérselo a él también y que, habiendo sabido hace poco de su existencia, querían convertirlo en su esclavo. Sorprendido de estos hechos que ignoraba completamente y lleno de furor, Tiri, impulsado por las palabras de la paca, resolvió vengar la muerte de sus padres con la de los asesinos. Esperó que los jaguares volviesen separadamente con el producto de su caza y, sucesivamente, atravesó a los tres primeros con sus flechas. El cuarto, con sus cuatro ojos, vio venir la flecha y sólo resultó herido. Subió a la copa de los árboles para escapar, gritando: "¡Arboles, palmeras, amparadme! ¡Sol, estrellas, salvadme! ¡Luna, socórreme!". A estas últimas palabras la luna lo abrazó y lo escondió. Desde entonces los yuracarés creen verlo en el astro de la noche y los jaguares se han vuelto nocturnos.

Tiri estaba dotado de un poder sobrenatural; y así, viendo que su benefactora, la madre de los jaguares, estaba triste por la muerte de sus hijos, porque ahora ya no tenía a nadie para cultivar su campo, le hizo uno muy grande en un instante. Amo de toda la naturaleza, Tiri, sin embargo, se aburría de verse solo con ella y deseaba ardientemente un amigo. Un día, habiendo tropezado fuertemente contra un tronco, se arrancó la uña del dedo gordo, que puso en el agujero en donde había estado a punto de caer. Oyó hablar a su espalda, a escasa distancia, y, volviéndose a ese lado, vio a su uña transformada en un hombre, a quien llamó Caru y a quien hizo su confidente. Ambos amigos vivían en la intimidad más perfecta y pasaban su tiempo en cacerías. Entre otras cosas, un día un pájaro los invitó a comer a su casa. Pusieron sal en los platos. Cuando el pájaro la hubo probado, encontró este condimento tan agradable que sus amigos le dejaron la que tenían; pero como el pájaro ignoraba la propiedad de la sal, no se tomó ningún cuidado para preservarla y la dejó a la intemperie. Cayó una fuerte lluvia y la derritió: a partir de este suceso los yuracarés no tienen ya sal en sus selvas. Otra vez, otro pájaro los invitó a beber chicha en un vaso que se llenaba por sí mismo a medida que lo vaciaban. Sorprendido, Tiri quiso averiguar cuándo se detendría el flujo y le dio al vaso un ligero golpecito con una vara. El licor salió entonces en tal abundancia, que inundó toda la tierra e hizo perecer a su amigo. Cuando la tierra se secó, Tiri lo buscó por todas partes; encontró por fin sus huesos y lo resucitó.

Como los dos amigos comenzaban a sentirse muy aislados, experimentaban vivos deseos de ver seres semejantes. Con este objeto se unieron con la hembra del ave llamada *pospo*[14] y de esta unión nació de cada ave un varón y una mujer. Como las mujeres habían nacido con el pecho encima de los ojos, Tiri se vio obligado a colocarlo en el sitio en que hoy está. El hijo de Caru murió y fue enterrado por su padre. Al cabo de cierto tiempo, Tiri le dijo que fuese a donde estaba su hijo porque resucitaría, pero que prestase mucha atención para no comérselo. Caru no encontró en la tumba de su hijo más que una mata de maní, que arrancó. Como esta planta estaba llena de frutos, Caru tuvo deseos y los comió. En ese momento se oyó un gran ruido y Tiri dijo: "Caru desobedeció y se comió a su hijo; para castigarlo, él y todos los hombres serán mortales y estarán sujetos a todos los trabajos y a todos los sufrimientos". Poco después sacudió un árbol para comer de sus frutos. Cayó un pato y Tiri le mandó a Caru que lo cociese y se lo comiese. Cuando así lo hizo, Tiri le dijo: "Ese pato que comiste era tu hijo", lo que, al oírlo, le dio tal asco a Caru que devolvió todo lo que tenía en el estómago. Fue entonces cuando salieron de su boca los loros, los tucanes y todas las aves que conocen los yuracarés.

Tiri y Caru fueron a visitar a la madre de los jaguares, pero como le viesen ensangrentados los belfos, Tiri creyó que la fiera había encontrado hombres y los había devorado. La acusó de ese crimen, amenazándola de muerte si no lo confesaba. Cortóle primero la cerda de la cabeza, a lo que la jaguar le dijo que la perdonase, que iba a decir la verdad. Es cierto que había comido a una persona, pero se trataba de una persona que había muerto mordida por una serpiente y que yacía en cierto agujero que le mostró. Esta serpiente mataba de esta manera a cuantas personas salían de ese lugar. Por haber comido a un hombre muerto por otro animal, Tiri le dijo a la jaguar: "Tú y toda tu casta se alimentarán ahora de lo que otros maten", y la transformó en gallinazo[15]. Es por eso que estas aves tienen la cabeza pelada. Tiri llamó a una cigüeña y le ordenó que cogiese y matase a la serpiente. En seguida salieron del agujero los mansiños, los solostos, los quechuas o incas, los chiriguanos y todas las demás naciones conocidas por los yuracarés. La Tierra estaba poblada: iba a aparecer un hombre rey de todas esas naciones. Tiri tuvo miedo e hizo tapar el agujero. El punto de donde salió el género humano se encuentra cerca de un gran peñasco llamado *Mamoré*, al que nadie puede subir y al que nadie se acerca; tanto temen los yuracarés a una enorme serpiente que guarda la entrada. Ese lugar se encuentra cerca de la confluencia de los ríos *Sacta* y *Soré*, en las fuentes del Mamoré.

14 Creo que es el hocco.
15 El buitre iribú.

Tiri dijo a esas naciones: "Es menester que se dividan y poblen todos los puntos de la Tierra, para lo cual creo la discordia y les hago enemigos unos de otros". En ese preciso instante cayeron del sol muchas flechas, con las que se armaron principalmente los chiriguanos. Durante mucho tiempo todas esas naciones pelearon entre sí, hasta que Tiri las apaciguó, pero cada una se separó, pues tenían motivos de odio contra las demás, motivos que conservaron para siempre.

Concluida su tarea, Tiri no quiso vivir más en esas selvas; decidió marcharse lo más lejos que pudiese, y para saber de qué lado se extendía más la Tierra, envió hacia el oriente a un pajarito que había criado; éste volvió en seguida, en parte desplumado. Dedujo que la Tierra no era muy dilatada de ese lado. Lo envió al norte, y el pájaro volvio como la primera vez; pero cuando lo dirigió hacia el poniente, el pájaro estuvo ausente mucho tiempo y volvió con hermosas plumas. Tiri pensó entonces que debía dirigirse hacia ese punto y desapareció. Los yuracarés dicen que no murió, que no morirá y que al marcharse se llevó consigo a varios hombres que se han hecho inmortales como él y que rejuvenecen cuando llegan a viejos.

Todos los yuracarés, sin excepción, conocen esta leyenda mitológica y se quejan de cuantos desempeñaron en ella un papel: de Sararuma, porque todo lo quema; de Ulé, de Tiri y de Caru, porque no los hicieron inmortales. Lo mismo ocurre con Mororoma, dios del trueno, que desde lo alto de las montañas o desde la cima de las nubes observa a los hombres y les dispara rayos cuando no está contento; los yuracarés lo amenazan con sus flechas cuando truena; de Pepezu, dios del viento, que los arrebata del centro de los bosques; de Chuchu, dios de la guerra, que les enseña a combatir, y aún de Tele, que se les aparece vestido de blanco y les dicta instrucciones.

Los yuracarés descienden de los mansiños, que salieron del agujero con su arco, sus flechas y su flauta.

Viaje desde el territorio de los Yuracarés a Moxos por el Río Securi

El 30 de julio dije adiós a los yuracarés y me encaminé a la orilla del Río Moleto, en donde tenía mi piragua. Las aguas estaban muy bajas y el río lleno de rápidos. Necesité tres jornadas para hacer apenas las tres leguas que me separaban de la confluencia con el Icho. Siempre en el agua para arrastrar la piragua y casi sin calzado, con los pies hinchados, estaba expuesto durante el día a la lluvia y a las pica-

30 de julio

duras venenosas de los jejenes, a los que por la noche los reemplazan los mosquitos, más encarnizados aún. Con sobrados motivos se quejaban mis compañeros de viaje; sólo mi resignación y mi constante cooperación podían comprometerlos a persistir. En este trecho el Río Moleto recibe por occidente los ríos *Solotosama* y *Eñesama*[16], y el Ipuchi, por el oriente, todos los cuales corren entre colinas bajas, más señaladas al oeste, que son los últimos contrafuertes de la Cordillera.

En la confluencia de los dos ríos que forman el Securi, el cauce es más ancho y más profundo, y sería fácilmente navegable por barcos de fondo chato. Encontré allí a varios indios entregados a la pesca. Me siguieron por la orilla y al cabo de poco rato me dijeron que me detuviese en la margen izquierda, y me mostraron detrás de un matorral un sendero que no se podía divisar desde el río. Anduve por él, y a un kilómetro de distancia, en medio de la selva, encontré varias casas de un piso, construidas así para preservarse de la humedad. Me instalé en una de ellas, recientemente abandonada. Alentado por la esperanza de obtener algunas raíces de mandioca y banana, únicas provisiones que podía obtener en esos lugares salvajes, me quedé ahí. Las casas estaban desiertas, pues todos sus moradores se habían ido diez leguas al oeste, hacia el Amanasama, con el objeto de huir de una enfermedad que aseguraban existía entonces en ese paraje. A eso de las once del día siguiente, viendo que no llegaban los indios que habían ido a buscar víveres, resolví dirigirme a la piragua para partir. Todos nos embarcamos, pero nuestra frágil embarcación no tardó en zozobrar, y el franciscano, espantado, prefirió, con su hermano lego, renunciar al viaje, lo que disminuyó los riesgos del nuestro. Resolví marchar con Amito a Isiboro, desde donde seguiría fácilmente a Cochabamba. Durante estas conversaciones, los tres indios nos trajeron algunas provisiones, con las cuales había que abandonar del todo los parajes habitados y confiarse a los azares de una navegación cuyos obstáculos y duración no podía prever, y eso en compañía de gentes sin experiencia. Nuestra cuadrilla, compuesta de tres salvajes yuracarés, transformados en mis remeros; de mi indio moxo (Anselmo), que gobernaba a popa; de mi criado, que dirigía la barca a proa; del señor Tudela; y de mí, siete personas en total, dio su postrer adiós al país de los yuracarés y bogamos hacia regiones desconocidas.

1° de agosto

Durante una legua aun, tuvimos que vencer algunos rápidos llenos de árboles, y, luego de haber dejado atrás una islita, encontramos el río libre de

16 El nombre de este río proviene de la lengua de los yuracarés y está formado por las raíces Eñé (el pez llamado sábalo en Buenos Aires), y sama (río), es decir, río de los sábalos.

obstáculos. Me pareció entonces que era navegable, inclusive por vapores. Pensé que podría construirse en ese lugar, cuando se establezcan comunicaciones comerciales con la provincia de Moxos, un puerto que estaría situado en las tierras más fértiles del mundo. Nunca había encontrado un río más poblado de peces. Cada vez que arrojábamos la línea, la retirábamos casi en seguida con peces de gran tamaño, pertenecientes casi todos a los silúridos; había también muchos pacús, los mejores pescados de América. Al día siguiente volvimos a encontrar algunos estorbos causados por los árboles que las corrientes amontonan; luego el río tornóse ancho y profundo. Desaparecieron los jejenes, las palmeras vinas fueron más raras y reemplazadas por los motacús. En cada banco de arena pululaban picotijeras, golondrinas de mar y atajacaminos que hacían allí sus nidos, contentándose con depositar sus huevos en la arena. Pudimos hacer una amplia provisión de éstos. Por la tarde el cielo se cargó de negros nubarrones, y los relámpagos zigzagueaban en todas direcciones. Entonces, los yuracarés se pusieron a mascar tabaco y a escupir al aire, del lado de la nube, a fin de exorcizar la tempestad. Como ésta se alejó, en vez de descargarse sobre nosotros, los indios quedaron maravillados del efecto de su conjuro.

2 de agosto

3 de agosto

A pesar del ascendiente que había adquirido sobre mis remeros, su carácter debía convertirme poco más o menos en juguete de sus caprichos. En efecto, ¿cómo impedir a unos cazadores apasionados que hicieran alto para perseguir por la selva a una tropa de monos aulladores[17] que se mostraban en los árboles de la orilla y que, poco asustados, parecían divertirse con nosotros hasta el momento en que una tardía experiencia les enseñaba a temer la flecha mortífera de mis salvajes? ¿Cómo impedirles que persiguieran a esas bulliciosas bandadas de ligeros capuchinos, a esos hoccos chillones, o al sajino, el jabalí de esas regiones? No había más remedio que esperar que volviesen con sus piezas. Otra vez era una playa de abundantes peces en la que, mientras nosotros lanzábamos nuestros aparejos[18], ellos ensartaban con sus dardos a los peces que divisaban bajo la onda pura.

---

17 He aquí cómo preparan los yuracarés a los monos para comerlos. Primero los socarran para quitarles el polo, luego los lavan y los raspan en el agua. Los yacían, conservando las tripas después de lavarlas bien. Luego los cortan en cuartos y los asan en una parrilla de ramas colocada sobre un fuego ardiente. Los conservan así como provisión.

18 Ahí pesqué un pez de dos metros de largo, llamado pirarara en Brasil. Es un silúrido muy largo, rojo en la cola, amarillo en el vientre y castaño negruzco en el lomo, con estos dos colores muy marcados.

Los días se sucedían lentamente, a pesar de que las orillas estaban animadas siempre por los huéspedes de la selva, a los que divisábamos a cada paso en las playas o en los árboles. Aquí era un tapir que abandonaba precipitadamente la orilla; allí un carpincho, que se escondía en el agua cuando nos acercábamos; más lejos, un ciervo veloz, que se volvía varias veces para reconocernos mejor; o si no, eran los innumerables monos que saltaban de rama en rama. A menudo, al despuntar la aurora, crueles jaguares cuyas huellas frescas nos atemorizaban durante el día y cuyos rugidos por la noche habían turbado nuestro reposo, se paseaban lentamente por la barranca o, como los gatitos, jugaban en la playa, huyendo, sin embargo, al estampido de nuestras armas de fuego, menos atrevidos que el caimán acorazado que se dejaba ver a cada instante en las aguas.

Después de haber cruzado bosques poco elevados –indicio de tierras que se inundan en la época de las crecientes–, navegando por el curso profundo pero poco rápido del río, el 5 por la tarde llegué a la desembocadura del río que los yuracarés llaman Yaniyuta, que viene del este a reunirse con el Securi y aumenta considerablemente su ancho. Gracias al éxito de la caza y de la pesca, al principio hubo abundancia; pero a medida que avanzábamos la selva se tornaba cada vez más desierta. Por otra parte, deteriorada sin duda por la humedad en que nos encontrábamos, mi pólvora ya no servía para renovar nuestros víveres y tuve que compartir el producto de la caza de mis salvajes. La falta de éste pronto redujo todo nuestro alimento a pescado sin sal, y más tarde a algunas espigas de maíz que pedía a los yuracarés y a algunos palmitos que hacía derribar.

Ya comenzaba a entristecerme por lo largo y monótono de la navegación, cuando el 8 de agosto, a eso de las 11 de la mañana, llegué a la desembocadura de un río mucho más importante que el Securi, que viene del sudeste. Los yuracarés lo llaman Isiboro, y me dijeron que este inmenso curso de agua, formado por los ríos Isiboro, Samucebeté y Chipiriri, recibe todas las aguas de la vertiente oriental de la cadena del Iterama o del Paracti, comprendidas entre el Río San Mateo y el Yaniyuta, que habíamos encontrado tres días atrás. Viendo al Securi casi tan ancho como lo viera en su confluencia con el Mamoré, recobre ánimos, esperando llegar pronto a este río.

8 de agosto

Andábamos al día siguiente por los meandros bordeados de selvas, cuando divisé, posada en un árbol de la barranca, a la más hermosa, la más fuerte y la más noble de las aves de rapiña, una gran harpía[19] que levantaba su copete,

19 El Falco destructor. Esta especie es de casi doble tamaño que el águila real de Europa. Por lo general se dedica a cazara los monos grandes.

mirándonos, sin parecer alarmada por nuestra presencia. Por falta de buena pólvora, yo no podía disparar. Dejé obrar a mis yuracarés, que saltaron a tierra con la mayor diligencia, y uno de ellos la atravesó con su flecha. El ave, sin embargo, levantó vuelo, pero embarazada por una saeta de dos metros de largo, y pronto cayó en la selva, a donde mis cazadores la siguieron. Me regocijaba ya ante la idea de que traería a Francia esta hermosa pieza, cuando veo venir a mis indios con el ave, pero sin plumas en las alas ni en la cola, completamente pelada. Me había olvidado que los yuracarés estiman en alto grado las plumas de esta ave para usarlas en sus flechas y que, en los días de fiesta, se adornan con el plumón blanco que cubre su cuerpo; por eso les había faltado tiempo para apoderarse de todas esas partes. Bastante fastidiado al ver fracasadas mis esperanzas, reprendí ásperamente a mis yuracarés, ordenándoles que me trajesen el ave. Obedecieron y reanudamos el camino. Sentado en la piragua, coloqué frente a mí la harpía que creía muerta, mientras meditaba en mi contrariedad. Aturdida solamente por los golpes que había recibido en la cabeza, la harpía volvió poco a poco en sí sin que yo me diese cuenta, y, cuando menos lo imaginaba, se lanzó contra mí y sus garras me hicieron ocho heridas a la vez. La garra del pulgar, de nueve centímetros[20] de largo, me atravesó el antebrazo de parte a parte, entre el cúbito y el radio, desgarrándome un tendón. A mis gritos, acudieron en mi auxilio mis compañeros de viaje, y a costa de no pocos trabajos me libraron del animal furioso. Cubierto de sangre, para curarme no tuve otra cosa que jirones de mi pañuelo, y así permanecí durante el día expuesto a los ardientes rayos del sol y, por la noche, al frío del sereno. Se apoderó de mí una fiebre alta. Llegué a temer una infección tetánica, que felizmente no se produjo; pero sufrí mucho y durante un tiempo no pude servirme de mi brazo, ignorando incluso si, a consecuencia de la adherencia de la piel al tendón, no quedaría lisiado.

11 de agosto

En la tarde del 9 llegué a la confluencia del Río Sinuta, último tributario occidental del Securi. Navegué todavía dos jornadas enteras, y ya comenzaba realmente a alarmarme, cuando al decimotercer día de navegación el Mamoré se extendió ante mi vista en toda su grandeza. Al instante olvidé los padecimientos presentes y pasados. Estaba en Moxos, meta de mi empresa, y al día siguiente, después de haber remado toda la noche, volví a Trinidad, capital de esta provincia. Cuarenta días de fatigas y de privaciones de todo género, desde mi partida de Cochabamba, habían alterado de tal modo mis rasgos, que apenas me reconocieron.

20 Traje las garras de esta ave, que conservo como recuerdo de viaje.

El mapa de mi itinerario señalaba menos distancia que por el Chapare. Así, pues, había hallado una nueva ruta, menos peligrosa que la de Palta Cueva. En este trance mis súplicas fueron oídas una vez más, y ahora, con el trazado de este camino abierto a sus transacciones comerciales, podía ofrecer al gobierno boliviano, en parte al menos, un precio digno de los innumerables beneficios recibidos, sin que por eso me crea libre respecto a él de la imprescriptible obligación de una gratitud eterna.

Mi empresa había disgustado mucho a los funcionarios de Moxos, que, siendo de Santa Cruz de la Sierra, veían con malos ojos el establecimiento de esas comunicaciones más directas por Cochabamba. Se habían despertado las antiguas rivalidades y yo me sentía muy incómodo, incluso muy decepcionado. En Cochabamba había dejado al coronel Dávila dispuesto a partir para Moxos con el fin de proceder a las numerosas reformas que, de acuerdo con don Matías Carrasco, le habíamos señalado en provecho de los desdichados pobladores de esta provincia; pero las piraguas enviadas a Isiboro para buscarlo regresaron con sólo mis ayudantes, trayendo la triste nueva de que, al regresar de una velada, en la antevíspera de su partida, el coronel había tenido un súbito ataque de fuertes cólicos que determinaron su muerte pocas horas después. Veía con pena cómo se tornaban inútiles todos mis esfuerzos para mejorar la situación de los indígenas en este rincón apartado de Bolivia. Y anhelé salir cuanto antes de Moxos, remontando los ríos Sara y Piray hasta Santa Cruz de la Sierra.

CAPÍTULO XXXVIII

Generalidades geográficas, históricas, y estadísticas sobre la provincia de Moxos. De los adelantos comerciales e industriales que se podrían introducir allí

Generalidades geográficas

Situada al noroeste de la provincia de Chiquitos, la de Moxos forma una extensión oblonga orientada de noroeste a sudeste y comprendida entre los 10° y 16° de latitud sur y los 64° y 70° de longitud oeste de París. Esta superficie, de unos 22 grados cuadrados, o sea, 13.750 leguas, de veinticinco por grado de superficie, está limitada al este por pantanos, límites inciertos de la provincia de Chiquitos; al norte, por el curso del Río Guaporé o Itenes y por el Beni, que la separa de las posesiones brasileñas; al sur, por la provincia de Santa Cruz de la Sierra; al oeste, por los últimos contrafuertes de las cordilleras; y, más al norte, por el curso del Beni, cuya orilla occidental pertenece a la provincia de Apolobamba.

En estos límites la provincia de Moxos presenta una llanura uniforme, bordeada al este y al norte por las colinas de Chiquitos y las montañas de Brasil; al oeste y al sudoeste por los últimos contrafuertes de las cordilleras. Por un lado se comunica, al sur, con las llanuras de Santa Cruz de la Sierra y de Matto Grosso, y por otro, al norte, con las planicies del Amazonas. Es una inmensa hoya, completamente plana, tan anegadiza en la época de las lluvias, que se la puede recorrer de un extremo a otro en piragua, sin preocuparse por las líneas divisorias entre los numerosos ríos que la surcan. No se ve una sola montaña en esta provincia, sino apenas tres eminencias aisladas, que no se alzan a más de treinta metros sobre la llanura y a las cuales sólo la horizontabilidad del terreno les da una importancia relativa. Son las siguientes: 1°, al

este, el Cerro del Carmen, en las ruinas de esta misión; 2°, el Cerro de San Simón, al norte de Concepción; y 3°, el Cerro de San Ramón.

La provincia de Moxos pertenece por entero a la vertiente del Amazonas. Está surcada por un gran número de ríos navegables, que se reúnen en tres cursos de agua principales: el Guaporé o Itenes, el Mamoré y el Beni.

El Guaporé o Itenes se forma con los siguientes ríos:

Fuera de la provincia:

1° El Río Barbados.

2° El Río Verde.

3° El Río Serre, del que ya hablé en la descripción de Chiquitos.

4° El Río Blanco, que tiene su fuente al norte de Concepción de Chiquitos, sigue hacia el noroeste, pasa por Carmen y por Concepción de Moxos y va a reunirse con el Guaporé, cerca del fuerte de Beira. Es navegable hasta Chiquitos.

5° El Río Itomana, que, bajo el nombre de Río San Miguel, recibe una gran parte de las aguas de Chiquitos, se une al Huacaré, cerca de Guarayos, y sigue paralelamente al Río Blanco. Se arroja al Guaporé, conjuntamente con el Machupo, cerca del fuerte de Beira. Su curso es doquiera navegable por vapores hasta Chiquitos.

6° El Río Machupo. Este río está formado por un gran número de afluentes, que nacen en el seno de las llanuras anegadizas: el San Juan, navegable ya en San Pedro; el Moocho, el Molino, el Machupo y el Chananoca, reunidos todos cuando pasan cerca de las misiones de San Ramón y San Joaquín. El Río Machupo se une primero al Itonama, y a poco andar se arroja con él en el Guaporé, cerca del fuerte de Beira. Todos esos afluentes son navegables.

Acrecido con todos estos tributarios, el Guaporé corre al oestenoroeste en el momento de incorporarse al Mamoré, más o menos a los 12° de latitud sur.

El Mamoré se forma con un gran número de ríos que nacen todos en la vertiente oriental de las cordilleras. Comenzando por los afluentes más orientales, se cuentan:

1° El Río Ivary, que tiene sus fuentes en las planicies anegadizas, situadas al oeste del territorio de los guarayos, se dirige al noroeste, recibe en la margen izquierda a los ríos Tico y San Antonio y va a unirse con el Mamoré un poco más arriba de Trinidad de Moxos. Sería navegable en la mayor parte de su curso.

2° El Río Grande, que reúne él solo las aguas de las provincias montañosas de Chayanta, Cochabamba, Mizque y Valle Grande, baja luego por

la llanura de Santa Cruz y se une al Piraí para formar el Río Sara, al norte de la provincia de Moxos. Es navegable hasta cerca de Santa Cruz de la Sierra.

3° El Río Piraí. Nace en las montañas de Samaipata, provincia de Valle Grande, desemboca en la llanura de Santa Cruz de la Sierra, pasa cerca de esta ciudad y recibe gran número de afluentes; luego, paralelamente al Río Grande, sigue hacia el noroeste hasta unirse con éste para formar el Río Sara, muy al sur de los 15° de latitud. Solamente en la época de las grandes crecientes pueden navegarlo los barcos de porte regular.

4° El Río Ibabo, que tiene sus fuentes en la Cordillera Oriental, al este del país de los yuracarés, lleva el nombre de Yapacani y sigue paralelamente a los ríos Grande y Piraí, hasta unirse con el Sara, algunos kilómetros más abajo de la desembocadura del Piraí. Es navegable en la mayor parte de su curso.

5° El Río Mamoré. Nace al este del Río Ibabo, en las montañas de la vertiente oriental de las Cordilleras, en el territorio de los yuracarés. Recibe primero al Chimoré y corre al norte de la llanura de Moxos algunos grados hacia el oeste. Este río conserva su nombre de Mamoré al recibir todos los demás de la provincia hasta los 10° de latitud sur, en donde, luego de mezclar sus aguas con las del Beni, recibe el nombre de Madeira. Permite el tránsito de barcos hasta el pie de las cordilleras.

6° El Río Chapare, formado por el Coni, el San Mateo, el Paracti y muchos otros, nace al oeste del Mamoré, sobre la vertiente oriental de la Cordillera, en el territorio de los yuracarés, se dirige hacia el norte y se une con el Mamoré, al sur de los 15° de latitud sur. Es navegable hasta su confluencia con el Cori, es decir, hasta el comienzo de la llanura.

7° El Río Securi, que está formado por los ríos Chipiriri, Samucebelé, Isiboro, Yaniyuta, Securi y Sinuta, navegables todos hasta el pie de las cordilleras, recibe todas las aguas de la vertiente oriental de esas montañas, entre los 68° y 70° de longitud occidental, y se incorpora al Mamoré más arriba de Trinidad, al norte de los 15° de latitud.

8° El Río Tijamuchi, que nace en la Cordillera Oriental, al oeste de los últimos afluentes del Securi, recibe las aguas del Río Taricurí y atraviesa la llanura de Moxos, al nordeste, hasta el Mamoré, con el cual se une cerca de los 14° de latitud, algo más abajo de la misión de San Pedro. Pueden remontarlo grandes barcos hasta el pie de las montañas.

9° El Río Aperé. Nace al oeste del precedente, siempre en las mismas montañas. Recibe al Río San José, sigue la dirección nordeste y se arroja en el

Mamoré a menos de medio grado debajo del Tichamuchi. Es igualmente navegable hasta muy adentro de su curso.

10° El Río Yacuima. También tiene sus fuentes al oeste del Aperé, en la misma cadena, se une con el Río Rapulo, pasa cerca de la misión de Santa Ana y se arroja al Mamoré, muy al norte de los 14°. Se lo puede remontar hasta el fin de las llanuras.

11° El Río Iruyani nace en la llanura, recibe al Bococa y se une con el Mamoré al norte de los

12°, con el Itenes o Guaporé y continúa hacia el norte hasta el punto en que recibe al Beni. Se convierte entonces en el Río Madeira.

13° El Mamoré después de recibir estos once tributarios, se reúne finalmente, en el paralelo.

El Río Beni comienza en las montañas situadas al nordeste de la Cordillera, en las provincias de Cochabamba, de Sicasica, de Yungas, de Muñecas y de Apolobamba. Hacia el paralelo 14° desemboca en la llanura y recibe en seguida por el oeste a los ríos Mapiri o Caca, San José, etc. Sigue hacia el norte hasta los 11° y luego se vuelve hacia el nordeste hasta reunirse con el Mamoré en el paralelo 10°.

Cuando se contempla la provincia de Moxos desde el punto de vista hidrográfico, el estudioso se asombra de encontrar que, tomando solamente la vertiente del Mamoré, en una superficie cuadrada de 18 grados o 10.000 leguas haya treinta y cuatro ríos navegables en la mayor parte de su curso, mientras que no hay otro medio de desagüe que el Mamoré. De esta singular disposición resulta que en la estación lluviosa la mayor parte de las aguas de la provincia de Chiquitos, del centro de Bolivia y de la vertiente oriental de la Cordillera Oriental descienden a la vez, con más o menos fuerza, hasta el fondo de la hoya formada por la provincia de Moxos, en donde, no encontrando fácil salida, se desparraman por la llanura y causan las inundaciones periódicas de las que muy pocos puntos están libres. De donde resulta que en esta estación se puede recorrer en piragua toda la provincia, pasando a través de las líneas divisorias de las aguas que separan a los ríos. Sin embargo, si en la estación de las lluvias sólo quedan pequeñas partes aisladas, al abrigo de las inundaciones periódicas y permitiendo la cría de ganado o los cultivos agrícolas, en la estación seca todo cambia de aspecto; los ríos vuelven a entrar en sus lechos, praderas magníficas reemplazan a los pantanos y entonces la provincia ofrece doquiera un suelo virgen a la agricultura. Sus llanuras son un conjunto de praderas en las que, aquí y allí, se ven bosquecillos aislados, casi siempre lo bastante altos como para que no los alcancen las crecientes anuales.

Generalidades Históricas

Primera época

Antes de la llegada de los españoles

Los primeros historiadores que escribieron sobre la provincia de Moxos citaron un gran número de naciones distintas; pero reduciéndolas, por comparación de sus lenguas, a las que hablan solamente distintos dialectos, he logrado simplificarlas a nueve[1].

1° Los moxos, integrados por baures y muchojeones, que poblaban las llanuras del sur de la provincia, era la más numerosa de todas esas naciones.

2° Los itonamas, poco numerosos, que viven al nordeste de la provincia, en las márgenes del río de ese nombre.

3° Los canichanas, pequeña nación que vive en las orillas del Mamoré, cerca de la actual San Pedro.

4° Los movimas, nación que se había establecido en las orillas del Río Yacuma.

5° Los cayuvavas, que tenían sus aldeas al oeste del Mamoré, poco más arriba de su confluencia con el Guaporé.

6° Los itenes, que, todavía salvajes, poblaban las orillas del Río Guaporé o Itenes.

7° Los pacaguaras, que, desde los tiempos más remotos, se asentaron en la confluencia del Río Beni con el Mamoré.

8° Los chapacuras, establecidos en las márgenes del Río Blanco, al norte de Chiquitos.

9° Los maropas, asentados en las orillas del Río Beni, en la llanura.

De creer a los historiadores, y sobre todo al padre de Eguiluz[2], el número de los aborígenes era entonces mucho más considerable que hoy. Fijada su residencia en un mismo punto como consecuencia de sus creencias religiosas, las naciones estaban divididas en aldeas fundadas tanto al borde de los ríos o de los lagos, como en los bosques o en las llanuras, de los que creían descender. Pescadores, cazadores y sobre todo agricultores, la caza no era para los moxos más que una distracción, la pesca una necesidad y la agricultura el medio que

---

1 Véanse mis investigaciones sobre *El hombre americano*, en donde están descritas con detalles todas las naciones citadas aquí.

2 *Relación de la misión apostólica de los Moxos* (1696); pequeño folleto impreso de 67 páginas.

les procuraba la materia para las bebidas fermentadas. A éstas se las bebía en una casa común, en la que se recibía a los extranjeros y en la que se reunían para bailar.

El casamiento era una convención resoluble a voluntad de las partes y la poligamia era corriente. Muy supersticiosos, creían que cuando a alguien lo mordía una serpiente o un jaguar era porque su mujer le había sido infiel; y así, cada accidente parecido acaecido durante uno de sus viajes, acarreaba el castigo, a menudo la muerte de la mujer inocente y, siempre, el divorcio. Un Moxo inmolaba a su mujer si abortaba, por temor a la disentería, y a sus hijos, si eran gemelos. La mujer, por su parte, se desembarazaba a menudo de sus hijos cuando la fastidiaban. Los únicos antropófagos eran los canichanas.

Como no podían viajar por tierra en cualquier tiempo, las corrientes de agua eran sus caminos ordinarios, que recorrían incesantemente en piragua para cazar o pescar. Eran todos guerreros. La industria estaba bastante adelantada entre ellos. Conocían la escritura[3]. Tejían sus hamacas –indispensables en una comarca inundada– y su vestimenta. Adornábanse la cabeza con plumas y se pintaban el rostro o se agujereaban las alas de la nariz y el labio inferior para colgar de allí sus adornos. Los hombres llevaban en el cuello los dientes de sus enemigos muertos en la guerra.

El gobierno de los habitantes de Moxos era uniforme y bastante parecido al de Chiquitos. Cada nación se dividía en muchas tribus y cada tribu tenía un jefe, cuya influencia era muy limitada; de hecho, no existía ningún cuerpo de nación. Nombrados por la tribu, esos jefes guiaban a los guerreros en la batalla, daban consejos, pero nunca eran a la vez médicos y sacerdotes.

La religión era diferente no sólo según las naciones, sino también las tribus, cada una de las cuales tenía innumerables fiestas y solemnidades, en las que era parte principal el consumo de bebidas fermentadas. Su culto era a menudo el de la naturaleza: reverenciaban a un dios que gobernaba al agua, a los animales, a los cultivos, a la caza o a la pesca y dirigía a las nubes y al rayo; pero esta creencia no era tan difundida como el culto originado por el temor al jaguar, a quien se le erigían altares y se le dedicaban ofrendas, consagrándose uno o dos años a ayunos rigurosos y a la castidad para llegar a ser sus sacerdotes, comocoys o tiaraukis. La religión estaba basada menos en el amor que en el temor a los dioses: no admitía una verdadera adoración. Los sacerdotes eran también médicos.

---

3 Tal es por lo menos lo que afirma don Lázaro Rivera (*Informe general de la provincia de Santa Cruz*, pág. 89, parágrafo 521).

Por esta rápida reseña que acabo de hacer de los habitantes de la provincia de Moxos antes de la conquista de los españoles, se advierte que en ella había pocos elementos de prosperidad y, sobre todo, de civilización progresiva; por eso, esta provincia se encontraba absolutamente en las mismas condiciones que la de Chiquitos.

Segunda época

Desde la llegada de los primeros españoles a Moxos hasta el momento en que los jesuitas penetraron en la provincia (de 1562 a 1667)

Entre los historiadores reinan las más impenetrables tinieblas con respecto al descubrimiento de la provincia de Moxos. Parece, empero, que en 1562[4] los aventureros españoles, compañeros de Chávez, tuvieron conocimiento de ella, y que en 1564 Diego Alemán penetró allí por Cochabamba[5]. Lo que parece más cierto es que, después de traslado de la ciudad de Santa Cruz al lugar que hoy ocupa, algunos gobernadores de esta ciudad intentaron reducir a los indios de Moxos. Esto es lo que se desprende del acta del 2 de octubre de 1607, por la cual el gobernador Martín de Almendras Holguín dio en encomiendas a Gonzalo de Solís Holguín y a los suyos, por dos vidas, la provincia de Moxos, con la condición de que fundasen en ella una ciudad que habría de llamarse Santísima Trinidad y que adoctrinase a sus vecinos[6]. Los españoles hicieron las cosas tan mal, que disgustaron a estos últimos, los cuales rompieron toda relación con los habitantes de Santa Cruz.

Unos cuarenta años después, hacia 1647, habiéndose enterado los moxos por sus relaciones de la utilidad de las herramientas de hierro, quisieron procurárselas por trueques con los chiriguanos; pero al remontar el Piraí o el Río Grande, se encontraron con los cruceños, que les compraron sus plumas y sus tejidos de algodón y los comprometieron a que volviesen. Tomaron así confianza poco a poco y vinieron en oleadas a Santa Cruz. Tan bien se encontra-

---

4 Viedma, *Informe de la provincia de Santa Cruz*, pág. 39, parágrafo 494.

5 Garcilaso de la Vega, *Comentarías reales de los Incas*, pág. 242, a propósito de una incursión de los Incas a Musu, habla de la expedición de Diego Alemán a la provincia de Alusu, que los españoles llaman Moxos, en 1564; pero como evidentemente este autor confunde dos comarcas distintas en Musu y Noxos, no se sabc a qué atenerse. Sin embargo, parece cierto que Diego Alemán se dirigió a Moxos.

6 Viedma, *Informe*, págs. 139 y 145; parágrafos 494 y 520.

ban en ella, que en 1667[7], como tuvieran quejas contra una de las naciones salvajes que los rodeaban, solicitaron contra ésta el apoyo de los cruceños; éstos, que siempre contaban con hacerse de esclavos, aceptaron alborozadamente esta ocasión de intervenir en los asuntos de los moxos. Y partieron, acompañados por el jesuita Juan de Soto, que hacía las veces de cirujano.

Tercera época

Desde la entrada de los jesuitas en Moxos hasta su expulsión (de 1667 a 1767)

Durante la expedición, Juan de Soto no descuidó ningún medio para hacerse querer por los moxos y les ofreció volver con otros hermanos; aceptaron los indios, y cuando el padre dio la buena nueva al provincial, se designó, además de Soto, a José Bermudo y a Julián de Aller, para que fuesen a Moxos. Entraron en ella en 1668 y emplearon un año en adquirir las primeras nociones de la lengua moxa, sin mostrar a los indios su intención de convertirlos al cristianismo. En cuanto los religiosos aprendieron las primeras palabras, los moxos, temerosos de tener que soportar la esclavitud, se sublevaron y quisieron matar primero a los hermanos, pero, contenidos por el miedo a los cruceños, se contentaron con llevarlos de vuelta a Santa Cruz, declarándoles que no querían hacerse cristianos[8].

Cuando en 1671 el gobernador de Santa Cruz entregó oficialmente la conquista espiritual de Moxos a los jesuitas del Perú[9], éstos hicieron sucesivamente dos tentativas más, que no tuvieron ningún resultado. Lejos de desanimarse, el padre José del Castillo entró solo en Moxos en 1674, hizo algunos regalos a los indios y les prometió otros si consentían en venir a buscar algunos religiosos. Tuvo éxito su gestión, y al año siguiente llevó tres hermanos más, Pedro Marban, Cipriano Baracó y José Bermudo, que fueron recibidos muy bien por los Moxos[10]. Estos religiosos visitaron toda la zona ocupada por esa nación, regalando en todas partes a los indígenas lo que más estimaban éstos: chaquiras, cascabeles, anzuelos, cuchillos, etc., y pronto regresaron, to-

7 Padre Diego de Eguíltiz, Relación de la misión apostilíca de los moxos (1696), pág. 3.
8 Ibídem, pág. 4.
9 Viedma, *Informe*, pág. 139, parágrafo 494. -
10 Padre de Eguiliuz, págs. 5 a 7.

dos enfermos de fiebres intermitentes. Se consagraron dos años seguidos al estudio de la lengua y a ganar poco a poco la confianza de los indios mediante numerosos regalos. No obstante, aunque se hicieron indispensables a los indios por sus conocimientos en medicina, y aunque se ganaron su afecto por los muchos regalos, tuvieron que recurrir a la astucia para que se decidiesen, amenazando a los jefes con marcharse para siempre si no se resolvían a reunirse en aldeas y hacerse cristianos. Ante el temor de perderlos, los indios tomaron el partido de obedecer. Poco a poco fueron abandonando sus dioses, y en 1684, después de siete años de trabajo, los jesuitas fundaron la misión de Loreto[11].

Las continuas gestiones de los religiosos y el ejemplo de los vecinos de Loreto ganaron toda la nación de los moxos y sucesivamente se fundó Trinidad en 1687, San Ignacio en 1689, San Javier en 1690, San José en 1691 y San Borja en 1693. En 1696, finalmente, 19.789 indios[12] de la nación moxa eran cristianos, y algunas otras naciones, como los baures, los canichanas, los cayuvavas y los chapacuras habían recibido la visita de los jesuitas. Parece, sin embargo, que la reducción de estas naciones no se hizo sin la muerte de algunos religiosos[13], lo que no les impidió a los jesuitas persistir hasta que lograron la conversión de toda la provincia. Intentaron abrir una comunicación directa con Cochabamba, y lo consiguieron en 1688[14]. Finalmente, el ejemplo de Moxos arrastró a todas las demás naciones, y así los jesuitas fueron fundando San Pedro, Santa Ana, Exaltación, Magdalena, San Joaquín, Concepción de Baures, San Simón y San Martín. Comenzaron los religiosos por asegurar la existencia de sus misiones, trayendo de Santa Cruz numerosos ganados y estimulando la agricultura.

En Chiquitos adoptaron la lengua chiquita para hacer de ésta la lengua general de la provincia; pero en Moxos, quizás por miedo a mezclar naciones enemigas, conservaron en cada misión la lengua primitiva, mientras enseñaban las oraciones en español y formaban intérpretes de este idioma.

Perfeccionaron el tejido, conocido ya por los baures, enseñaron todos los oficios manuales, como en Chiquitos, y multiplicaron igualmente las ceremonias religiosas para entretener a los indios. Les enseñaron música y a tocar todos los instrumentos europeos y hasta utilizando los instrumentos que estaban ya en uso antes de su llegada. Crearon muchos empleos, con el fin de poder recompensar el buen comportamiento y los progresos industriales. Muy

11 Ibidem, págs. 16 y 17.

12 El padre Eguiluz da esta cifra, que es evidentemente exagerada.

13 Al padre Cipriano Baracé lo mataron los baures en 1702. (choix de lettres édifiantes, t, 7, pag. 322).

14 Padre de Eguiluz, pág. 29.

pronto dilatados cacaotales dieron abundantes cosechas, y de los talleres de todo género salieron tejidos y productos manufacturados que, llevados a Santa Cruz y de ahí a Perú, podían proporcionar a la provincia no sólo lo necesario, sino también lo superfluo. Cada iglesia se convirtió en un templo suntuoso, recargado de adornos, de estatuas y, sobre todo, de numerosas planchas de oro y plata. Casas de un piso alto ofrecían cómodo alojamiento para los religiosos y talleres para los obreros, en tanto que bien aireadas habitaciones se alineaban alrededor de una plaza para los indígenas. En fin, cincuenta años después de la aparición de los jesuitas en Moxos, las diversas naciones salvajes se habían reunido en quince misiones o grandes pueblos, en los que florecía la industria.

Los jesuitas, sin embargo, estaban muy lejos de haber alcanzado en Moxos, en donde esas misiones dependían de Perú, una administración tan progresista como en Chiquitos, que dependía del Paraguay. En primer lugar, no intentaron generalizar allí una lengua. Lo mismo que en Chiquitos, en Moxos había un superior para la provincia, que dependía del colegio de Cochabamba o de Charcas, y dos religiosos en cada misión, uno encargado de lo espiritual y el otro de la administración y de los talleres; pero, lejos de gozar todos de los mismos derechos, como en Chiquitos, los moxos se dividían en dos clases hereditarias: las familias, compuestas de artesanos de cualquier género y que constituían la aristocracia, y el pueblo, encargado de todo el trabajo ordinario, que representaba la clase baja y era contemplado como inferior a la otra. La verdad es que esta distinción hereditaria debía retrasar la marcha creciente de la civilización y de la industria, puesto que de esta manera la mitad de la nación se encontraba excluida de los adelantos y de los empleos de primer orden.

Si se compara a lo que dije de Chiquitos, he aquí el orden y las atribuciones respectivas de las autoridades entre los indígenas de cada misión.

El *Cacique*, jefe de la misión, era quien recibía directamente las órdenes de los jesuitas en lo que respecta a todas las ramas de la administración. Bajo sus órdenes tenía a un *Alférez* y dos *Tenientes*, que lo reemplazaban. Debajo de estos jefes estaban, además, dos *Alcaldes de familia* y dos *Alcaldes de pueblo*. Estos ocho jueces formaban el Cabildo o Municipalidad y usaban un bastón con empuñadura de plata.

La Familia o familias tenían, para cada clase de industria, un Mayordomo y su segundo, que seguían al maestro de capilla y al sacristán en jefe, como en Chiquitos[15]. Había mayordomos del colegio, de pintores, de carpinteros, de tejedores, de torneros, de herreros, de orfebres, de zapateros, etc.

15 Ver capítulo 32. Parágrafo 2. Tercera época.

El Pueblo se dividía en Parcialidades, cada una bajo las órdenes de un capitán y su segundo. Estos capitanes mandaban las piraguas en viaje y guiaban a los soldados o remeros. Estaban también los Fiscales, encargados de las sanciones, y un Alcalde de estancia, que vigilaba los cortijos en donde se criaban ganados. Todos estos empleados subalternos usaban como insignia una vara negra y concurrían a formar el Colegio, que se reunía en las grandes ocasiones y siempre en la época de las fiestas religiosas.

Si juzgamos el estado industrial por lo que aún subsiste, a pesar de la falta completa de conocimientos apropiados de los curas y administradores que se han venido sucediendo desde la expulsión de los jesuitas, debemos concluir que los vecinos de Moxos estaban tan adelantados como en las ciudades españolas hacia la mitad del siglo pasado. Se fabricaban allí tejidos finos y toda suerte de objetos diversos. En cuanto a la indumentaria, hombres y mujeres llevaban el *tipoi* de algodón y los cabellos largos. Los vestidos eran proporcionados por la comunidad. En cuanto al trabajo en común en campos y talleres, todo ocurría como en Chiquitos: se permitía a los indios cultivar sus propias parcelas.

Las horas de oraciones eran mucho más frecuentes que en Chiquitos. Habían introducido también la costumbre en uso en el Perú de hacer bailar delante de las procesiones a unos indios disfrazados[16]. Al describir los excesos de las prácticas religiosas actuales de los indios moxos durante la Semana Santa, había creído que esos abusos habían sido establecidos por los curas después de la expulsión de los jesuitas; pero al leer la descripción de las ceremonias de esa época, en vigor hacia fines del siglo XVII, me encuentro con que en el sermón de Pasión del Viernes Santo los indios se daban cachetadas y grandes golpes en el pecho, y que en la procesión un gran número de Penitentes de sangre se daban latigazos y disciplinazos, unos arrastrando pesadas vigas, otros llevando cruces en sus hombros alrededor de la plaza[17], exactamente como yo lo viera en 1832[18]. Por consiguiente, no cabía ninguna duda de que los jesuitas habían sido en Moxos infinitamente más severos que en Chiquitos en lo referente a los actos religiosos. Cierto es que, supersticiosos fuera de toda ponderación, los indígenas se prestaron y se prestan todavía a esos excesos con cierta furia. Acostumbrados en su culto primitivo a martirizarse en toda forma, in-

16 P. de Eguiluz, pág. 27. Este autor habla de cien bailarines delante de una procesión en San Ignacio.

17 Padre de Eguiluz, pág. 62.

18 V. Cap. 34, parágrafo 1. Misión de San Francisco Javier.

corporaron al cristianismo su misma exageración religiosa y su misma insensibilidad física. El que en estado salvaje no vacilaba en sacrificar a su mujer y a su hijo a vanas supersticiones y no temía someterse a todos los sufrimientos, una vez cristiano, tampoco podía temer hacerse dar de latigazos por el fiscal a la menor sospecha y castigarse a sí mismo cada vez que había creído ofender a la divinidad[19]. Por lo demás, uno no se asombra tanto de ese fanatismo cuando se traslada a la época en que se estableció. En aquel entonces, existía en España la Inquisición y en todas partes había más actos exteriores que hoy[20].

La comunidad vestía y alimentaba a los indios, se hacía una distribución quincenal de carne y se proveía a cada misión de todo lo necesario para las diversas explotaciones. Como los habitantes no tenían que preocuparse por el porvenir, vivían muy contentos, a pesar de la sujeción continua en que se encontraban, al menos si se juzga por el recuerdo que tienen de los jesuitas. Todos conservaron la tradición de aquellos tiempos en que se sentían mucho más dichosos que hoy.

En resumen, los indígenas tenían en Moxos menos libertad individual que en Chiquitos, y en cuanto a la religión estaban obligados a reglas generalmente reservadas a los claustros.

Con relación a su producción y a sus monumentos[21], Moxos había llegado a su estado más floreciente en 1767. La capital estaba en San Pedro, misión del centro, y los jesuitas tenían en ella una magnífica iglesia llena de esculturas, en la que había no menos de mil kilos de plata[22] en adornos, sin contar las joyas que cubrían a las vírgenes. La provincia rendía anualmente cerca de 60.000 pesos, o sea, 300.000 francos. Tal era el estado de Moxos cuando los jesuitas fueron expulsados de todas sus posesiones. Ante la conminación que recibieron de la Audiencia de Charcas, se retiraron de Moxos cien años después de haber entrado en esa vasta provincia, dejando en lugar de las tribus enemigas y salvajes que encontraron, una población semicivilizada y que vivía en paz.

---

19 El padre de Eguiluz, pág. 52, nos informa sobre la frecuencia de esos castigos y con qué facilidad se prestaban a ellos los indígenas.

20 En el castillo de la Favorita, cerca de Baden, se exhiben aún los instrumentos de suplicio que la favorita se aplicaba voluntariamente durante la Semana Santa.

21 Viedma, *Informe*, etc., pág. 140, parágrafo 496, se expresa en estos términos con respecto a los jesuitas: "Mediante una hábil política y un celo delicado, esos religiosos colocaron a la región en el estado más próspero, secundados en sus miras por la fertilidad del suelo y por los ingeniosos medios que enseñaron a los indios. En las quince misiones que abandonaron se había alcanzado el mayor grado de felicidad".

22 V. Cap. 35, parágrafo 1, Río Chapare y río Coni.

Cuarta época

Desde la expulsión de los jesuitas (de 1767 hasta 1832)

Inmediatamente después de la expulsión de los jesuitas, el obispo de Santa Cruz, Francisco Ramón de Herboso, dictó el 15 de setiembre de 1768 un reglamento, aprobado por la Audiencia de Charcas, en virtud del cual se conservaban todas las instituciones de los jesuitas, sólo que a éstos los reemplazarían los curas, únicos árbitros del gobierno espiritual y temporal de cada misión. Este reglamento autorizaba la libertad de comercio con los vecinos de Santa Cruz. La provincia de Moxos recibió, además, un gobernador español elegido entre los capitanes de la marina real; pero como éste no tenía derecho a intervenir en la administración de los curas, resultaron descomunales desórdenes. Tales curas, sin ninguna preparación técnica para dirigir la industria y careciendo de toda noción del idioma, no se ocuparon más que de sus intereses personales. Quedáronse allí veintidós años, lapso en el cual, como dice Viedma[23], "las misiones se convirtieron en el triste esqueleto de lo que habían sido. Las quince misiones se redujeron a once[24]; la mayor parte de sus riquezas fue saqueada y llevada al Brasil, y los desdichados indios perdieron el fruto de su buena instrucción. Florecieron los vicios al amparo de la ociosidad y las artes industriales cayeron en el olvido...".

Los abusos se hacían intolerables; pero entre los gobernadores españoles, mudos testigos de un estado de cosas que no podían remediar, hubo un hombre que osó alzar su voz. Fue don Lázaro de Rivera, quien presentó varias memorias a la Audiencia de Charcas y que, finalmente, en 1789, logró hacer adoptar su nuevo plan de reforma, que consistía en dejar a los curas el poder espiritual, en tanto que la explotación industrial de la provincia quedaría confiada en cada misión a un administrador secular que estaría encargado de seguir las antiguas reglas establecidas por los jesuitas. Ese nuevo reglamento prohibía el comercio bajo penas gravísimas. Nunca habían sido tan esclavos los indios: en lugar de un amo absoluto, tuvieron dos, cuyas continuas disensiones y mala conducta provocaron la pérdida de las misiones. No obstante, durante el primer año de vigencia de este reglamento, la provincia alcanzó a dar al Estado 46.000 pesos de renta, unos 260.000 francos.

---

23 Viedma, *Informe*, etc., pág. 140, parágrafo 498.

24 Las misiones abandonadas entonces por los curas fueron: San José, San Borja, San Martín y San Simón.

Animado por sentimientos muy liberales, don Francisco Viedma, intendente de Cochabamba, quiso sustraer a la esclavitud a los habitantes de Moxos[25]. Solicitó la libertad de esta provincia y su sumisión a las leyes que regían en el resto de las posesiones españolas del nuevo mundo; pero la Audiencia de Charcas mantuvo el reglamento de Rivera, que todavía hoy (1832) sirve de guía a los administradores.

Si la medida tomada por la Audiencia de Charcas determinó, por una parte, la conservación de las misiones de Chiquitos y de Moxos[26], por otra, dio origen a todos los desórdenes, como consecuencia de la rivalidad entre los poderes religiosos y seculares y de la escasa instrucción de los mandatarios de toda clase[27]. Preocupados por su medro personal, ávidos empleados recargaron a los indios de trabajo, y las rentas fueron disminuyendo cada vez más para el Estado, que ya no se preocupó más por dar lo necesario para el mantenimiento de las misiones ni dotar de herramientas a los talleres. La provincia no hizo más que vegetar.

Elegidos entre los oficiales de la marina real, los primeros gobernadores intentaron, empero, algunas mejoras; así, en 1792, Zamora dividió Magdalena para formar San Ramón[28]; en 1794 se fundó la misión Carmen con indios chapacuras[29]; y en 1796 cambiaron de sitio a San Joaquín; pero luego todo se redujo a enviar a los vecinos de Santa Cruz para que gobernasen Moxos.

Durante las guerras de la independencia, Moxos fue completamente abandonada, con lo que quedó al margen de la crisis política que de 1810 a 1824 atormentó al resto de América; pero se acordaron de ella, sin embargo, para poner a contribución la riqueza de sus iglesias. Las joyas de los santos y de las vírgenes habían sido saqueadas en distintas ocasiones, pero quedaban las planchas de plata de los altares que, como habían sido donadas al peso por inventario, no podían ser tocadas. Para sostener a las tropas españolas, el general Aguilera envió en 1814 a su hermano a Moxos, para que arrancase de cada iglesia una parte de los ornamentos. Sólo San Pedro proporcionó 352 kilos de plata.

En 1820 el rigor del gobernador Velasco provocó por primera vez una disputa entre los indígenas y la autoridad. Creyendo que tenía motivos de queja contra el cacique de San Pedro, llamado Marasa, el gobernador lo mandó llamar y le pidió su bastón, símbolo de poder. El cacique se lo negó, diciéndole que Dios se lo había dado. Indignado al ver a un indio resistírsele, Velasco

25 Viedma, Informe, pág. 142, parágrafo 505.
26 V. Cap, 32, parágrafo 2. Cuarta época.
27 V. los resultados descritos en Chiquitos, y particularmente lo que dije de cada misión cuando las visitas.
28 V. Cap. 32, parágrafo 2, Misión de Santa Magdalena de Moxos.
29 V. Cap. 33, parágrafo 2. Misión de Carmen de Moxos.

mató a Marasa de un pistoletazo en el pecho. Atraído por los gritos de los jueces, el hijo del cacique vino a retirar el cadáver de su padre y amotinó a los canichanas contra el gobernador, quien se vio obligado a encerrarse con sus soldados en el antiguo colegio de los jesuitas, desde donde hacía de tanto en tanto descargas contra los indígenas, lo cual los irritó más aún y les hizo lanzar gritos de venganza. Como no podían entrar en el colegio, los indios amontonaron alrededor de ese monumento, a pesar del fuego de los militares, todo el sebo que había en los depósitos, y las llamas lo rodearon en un instante. Obligado a salir, el gobernador resultó muerto, así como la mayor parte de sus soldados. Y pronto los preciosos archivos de la provincia, que contenían los trabajos manuscritos de los jesuitas, quedaron destruidos para siempre.

De Santa Cruz vinieron más tarde tropas para someter a los canichanas de San Pedro, ciudad que se trasladó a otro lugar, y la que hasta entonces había sido capital de esta misión fue llevada a Trinidad. Moxos decayó constantemente, y en 1829 las rentas estaban por debajo de los 20.000 pesos, o 100.000 francos, en tanto que en tiempos de los jesuitas llegaban a 300.000.

Cuando estuve en Chiquitos, en 1831, propuse al gobernador que hiciera con la provincia de Moxos un trueque de sal por ganados, propuesta que aceptó. Habiendo recorrido la provincia de Moxos, me esforcé, con arreglo a la autorización del Presidente de la República, y de común acuerdo con el señor Carrasco, en corregir por medio de un nuevo reglamento los abusos sin cuento que sufrían los desdichados indígenas. Como ya hemos visto, el coronel Dávila[30] fue arrebatado por una muerte violenta justamente cuando se disponía a aplicar esta sabia reforma. Este militar debía entenderse además con el obispo de Santa Cruz, señor Córdova, para hacer cesar los abusos religiosos; pero, a pesar de la visita de ese prelado ilustre, con quien me encontré más tarde en el Río Piraí, dudo mucho que el espíritu de rutina haya cambiado nada de cuanto existía, pues la provincia quedó confiada una vez más a las manos de un gobernador de Santa Cruz, hombre probo, pero de escasas luces.

Generalidades estadísticas. Estado actual de la provincia

Población

Por lo ocurrido con las misiones de Paraguay cabe creer que la conservación de las instituciones de los jesuitas bajo los diferentes gobiernos que se

30 V. Cap. 37, parágrafo 2.

han venido sucediendo desde hace sesenta y cinco años evitó la destrucción de las misiones de Moxos; por eso, en 1832, podía encontrar todavía intactas, bajo otros hombres, con costumbres distintas y una prosperidad muy inferior, todas las instituciones administrativas y religiosas que los jesuitas dejaron en la provincia en el momento de su expulsión en 1767.

Al recorrer la provincia, di un resumen detallado del estado actual de las misiones, de las costumbres y a los usos de las diferentes naciones que las habitan[31]. En esta síntesis, me limitaré a consideraciones de conjunto.

La población indígena actual, de 22.883 habitantes[32], pertenece todavía a nueve naciones distintas que conservaron su idioma particular. La nación de los moxos, con sus tribus de baures, es la más numerosa; pero ella no dio su idioma a la provincia, como la de los chiquitos a la provincia vecina. Parece que los jesuitas no adoptaron en Moxos el excelente sistema[33] de fusionar las naciones con el objeto de reducir los dialectos, y que conservaron todos los que encontraron en ese territorio. De donde resultó que, con excepción del cura, del administrador y de algunos indígenas intérpretes, nadie habla el español. Los curas y los administradores se comunican con los indios por medio de intérpretes, a menos que los primeros no utilicen, para sus deberes religiosos, los formularios dejados por los jesuitas, en los que las preguntas y las respuestas están expresadas en las lenguas indígenas[34].

Desde el punto de vista religioso, los habitantes de Moxos están gobernados hoy como en tiempos de los jesuitas; pero en lo que respecta al trabajo, su suerte no ha mejorado; todo lo contrario. Esos desgraciados deben todo su tiempo al Estado; apenas se les deja quince días al año para sembrar y para cosechar. Y tienen que vestirse. Están hundidos en la más profunda miseria, y sus costumbres son muy disolutas. Se castiga a latigazos a hombres y mujeres, según los caprichos de sus jefes españoles o indígenas; por eso su aspecto denuncia en ellos a seres degradados por la esclavitud.

---

31 V. caps. XXXIII y XXXIV.

32 Según Viedma, *Informe*, en 1788 la población habría sido de 22.000 almas. De modo, pues, que no habría habido ningún aumento de población en la provincia.

33 V. Cap. XXXII, parágrafo 2.

34 El incendio de San Pedro destruyó vocabularios manucristos dejados por los jesuitas. De las lenguas de la provincia sólo quedó el *Diccionario de la lengua moxa* del padre Marbán, impreso en 1701, y una gramática de la lengua baure que conservo en mi poder.

Temperatura, salubridad

Situada entre los 10° y los 16° de latitud sur, la provincia de Moxos es infinitamente más caliente que la de Chiquitos, aunque participa de las mismas condiciones meteorológicas. Sin embargo, las lluvias son allí más frecuentes y más prolongadas. Si en el centro de la provincia la estación seca y la estación de las lluvias están bastante diferenciadas, no ocurre lo mismo en el territorio de los yuracarés, en donde llueve primero sin interrupción de setiembre a mayo, y aún en el resto del año los chaparrones son tan frecuentes, que es rarísimo el día un poco aceptable. Lo cual se explica fácilmente; en efecto, los vientos del norte y del nordeste arrastran constantemente hasta allí nubes que, detenidas por la cordillera, tienen que estacionarse a la fuerza. En Moxos los vientos del sur determinan tal descenso de temperatura que relativamente se llega a sentir un frío muy crudo.

Como ya lo dije, la provincia se inunda completamente durante la estación de las lluvias, y cuando las aguas comienzan a evaporarse, quedan pantanos a menudo putrefactos, cuyas emanaciones provocan fiebres intermitentes muy comunes y que ocasionan una gran mortandad, sobre todo en los hombres, obligados a pasar las noches al aire libre durante sus navegaciones diarias.

Productos industriales

Los ganados introducidos en Moxos por los jesuitas se han multiplicado de manera considerable.

Del estado comparativo de 1825 a 1830 resulta un aumento inmenso en la cantidad de los rebaños y, consiguientemente, una mejora real en el estado de la provincia, En estas cifras no están comprendidas, sin embargo, las 10 000 cabezas de ganado salvaje de las llanuras de Carmen y otras tantas de los desiertos vecinos de la misión de Reyes.

Las demás ramas de la explotación industrial actualmente en vigor y que rinden al Estado son las siguientes:

El algodón, con el que en cada misión se fabrican tejidos en piezas[35], ponchos, sábanas, sobremesas, manteles, servilletas, medías, etc.; es el principal

35 Esos tejidos son: el lienzo, a 2 francos 50 céntimos la vara; la cotonía a 3,75 frs. la vara; el *listadillo** a 4,40 frs. la vara; la macana a 4,40 frs. la vara; 1 alemanesco a 130 francos la pieza, los caminos de mesa, a 60 francos la pieza. las toallas bordadas a 30 frs. cada una; los

renglón de la producción, y al que primordialmente e dedican los administradores y los curas. Pueden calcularse en el doble los productos que indican los registros anuales, pues todos los empleados defraudan las rentas del Estado en detrimento de los indígenas.

Después del algodón, el cacao es la rama del comercio que con más éxito se explota. Cada misión tiene sus plantaciones; se vende en pasta o se despacha en grano. En 1830 los administradores declararon 11 486 kilos, pero se cosecha más del doble[36].

La cera, que van a recoger a las selvas y que se refina como en Chiquitos, produce mucho menos: sólo se obtuvieron 557 kilos en 1830[37].

Las plantaciones de tamarindo dan una cosecha bastante abundante. Se lo envía a las montañas, en donde es empleado como remedio. En 1830 se recogieron 719 kilos[38].

La vainilla es silvestre en los bosques, en donde los indios van a veces a juntarla. En 1828 se vendieron por cuenta del Estado 4 kilos a 60 francos el kilo.

La caña de azúcar sólo es explotada para el consumo de los empleados.

El café se siembra en algunas misiones. En 1830 se cosecharon 575 kilos[39].

Se exportan las grasas que se obtienen de la matanza de reses en las distribuciones anuales: en 1830 se despacharon 15 417 kilos a razón de 1 franco el kilo.

En los bosques se extraen diversos aceites: 1º aceite de almendra, que se obtiene de un árbol inmenso y se vende a 80 francos el kilo; 2º el aceite llamado Aceite María; 3º el aceite de copahú, que se exporta al precio de 60 francos el kilo.

Se curten cueros para la exportación; en 1830 salieron 353 a 5 francos cada uno.

---

paños de *pescuezo* (bufandas) a 15 francos cada uno; los ponchos a 30 frs. cada uno; las sábanas a 50 frs. la pieza; las sobremesas a 50 frs. la pieza; las servilletas a 3,75 cada una; los vestidos bordadas a 35 frs. cada uno; las medias a 3,75 frs. el par; las hamacas a 50 frs. cada una, etc. En 1831 San Ignacio tenía 24 947 plantas de algodón.

* *Listadillo*, tela de algodón a listas azules y blancas, que usa para vestirme gente pobre. (N. del T.).

36 En pasta vale 12 pesos o 60 francos los 12 kilos. En grano vale la mitad.

37 Purificada y banca, vale 125 francos los 12 kilos. purificada y amarilla, 60 francos los 12 kilos. En 1830 San Ignacio tenía 48 636 plantas de cacao.

38 Se vende a 90 francos los 12 kilos. Había en San Ignacio, en 1831, 3 456 plantas de tamarindos.

39 Se vende a 30 francos los 12 kilos. En 1831 San Ignacio tenía 733 plantas de café.

A veces se cosecha tabaco; en 1828 se recogieron 200 kilos a 1,25 francos el kilo.

Se hacen, además, pequeñas obras de marquetería, cuyo producto nunca figura en los estados de cuenta, pues los empleados las regalan generalmente a sus protectores.

Se advierte generalmente una gran intermitencia en las rentas de la provincia; hay, no obstante, una progresiva mejora. Empero, no habría que creer en la veracidad de las sumas que figuran en los ingresos, pues ellas son la valuación del valor convencional según el cual deben tomar los objetos los empleados para pagarse sus salarios, y de ninguna manera el valor real de esos mismos productos, que están muy lejos de venderse a esos precios. El excedente de las mercaderías percibidas por los empleados en concepto de sueldos se envía a Santa Cruz, en donde se vende por cuenta del gobierno, el cual da en canje por año, a título de socorro, 400 panes de sal (la provincia no la produce), 200 mantas de lana, 1.000 kilos de hierro, 150 kilos de acero, 400 cuchillos, algunas resmas de papel, 1 saco de harina y 37 litros de vino para los oficios de la iglesia. Fácil es comprender cuán insuficientes son esas cantidades para una población de 23.000 almas.

Fuera de las plantas que se producen para el Estado, se cultivan todavía en Moxos todas aquellas que son propias de las regiones cálidas y que están destinadas al sustento de los vecinos. Esos productos son: arroz, maíz, maní, fréjoles, calabazas, mandioca, bananas, papas, papayas, etc.

Productos naturales

Teniendo en cuenta lo elevado de su temperatura, la provincia de Moxos suministra todos los productos naturales que ya indiqué en Chiquitos[40], sólo que visto el gran número de ríos y de lagos, es tan abundante la pesca que podría bastar a una gran parte de las necesidades de sus habitantes, si en Moxos hubiese la menor industria relativa a las pesquerías. Las maderas de construcción y de ebanistería son allí muy abundantes y variadas, lo mismo que las palmeras que bordean todos los ríos, y entre las cuales se encuentra la *totaí*, recurso del indio en los años de hambre. Hay, además, una inmensa cantidad de frutas salvajes. Al pie de las cordilleras (territorio de los yuracarés) el fruto del tembí procura a los indios una abundante alimentación. Encuéntranse allí

40 V. Cap. XXXII, parágrafo 3.

cuatro árboles: el tochore, el hunohuno, el puchichi, del que los indios sacan sus camisas de corteza, y el cheneche, con el cual fabrican cuerdas para sus arcos y sus redes. El itara da un magnífico color violeta; el cancasi, un rojo brillante; el utupi y el sabayesto, un negro bellísimo, y el yene, el azul. Existen también una multitud de plantas de aplicación en medicina y en tinturas que todavía no han sido estudiadas.

Adelantos agrícolas, industriales y comerciales de que se susceptible la provincia

Muchas mejoras podrían introducirse en la provincia de Moxos, y, en algunos casos, las mismas que en Chiquitos[41]. Me limitaré a citar las ramas más susceptibles de recibir un impulso nuevo y productivo. La primera tarea, indispensable para los trabajos agrícolas y ganaderos y aun para la salubridad, sería la construcción de pequeños canales, fáciles de abrir en esa tierra blanda, que desecarían los pantanos y aumentarían la superficie aprovechable. Para duplicar las tierras, bastarían algunas sangrías practicadas a trechos bastante cortos. De esta manera se aumentaría considerablemente el rebaño de bovinos, compuesto hoy por unos 120.000 animales, que podrían reproducirse por mitades cada año. Consiguientemente, las grasas y los cueros producirían una renta inmensa. Chiquitos, más propia para la cría de caballos, se reservaría esta industria, en tanto que el ganado bovino se reproduciría mejor en Moxos, en donde los caballos, acostumbrados a esos terrenos pantanosos, tienen los cascos débiles para resistir las montañas pedregosas.

En 1830 había ya 774 ovejas; por poco que se ocupasen de este ganado y de su reproducción, estos animales darían pronto lana para el abastecimiento de los telares; entonces, no solamente Moxos fabricaría frazadas, que hoy hace traer de las ciudades montañosas, sino que podría tejer lana en vez de algodón, con lo que dispondría de productos mucho más ventajosos.

Ventajas considerables se obtendrían de la cera de abejas. Bastaría establecer esta industria en Moxos para hacer excelentes velas con la grasa de las reses que se matan todos los años.

Una multitud de especies de índigo crece naturalmente en los sitios menos anegadizos, sin que se haya pensado en utilizarlo. En el país de los yuracarés, sobre todo, muchas plantas dan un excelente azul.

41 V. Cap. XXXII, p. 3.

La vainilla, silvestre en los bosques, se cultivaría con éxito, sobre todo para comerciar con Europa. Lo mismo ocurriría con los árboles de especias, que allí se aclimatarían fácilmente.

El cultivo del tamarindo, del cacao, del café y de la caña de azúcar podría recibir un nuevo impulso, y, bajo un régimen más racional, llegaría a quintuplicar su producción. Otro tanto puede decirse del maíz, del arroz, etc. En una palabra, Moxos sería apta para todas las plantas de las regiones cálidas.

Las más hermosas maderas de ebanistería y las maderas y plantas para tinturas podrían ser objeto de una provechosa exportación. Las palmeras suministrarían una gran cantidad de aceite de coco que hoy no se utiliza; se cosecharía también mucho aceite de almendra del país y de copahú. Una gran cantidad de árboles dan potasa por incineración y muchos otros producen las más aromáticas resinas.

Si no hubiese conocido la ley prohibitiva en vigor bajo la Colonia, habría podido asombrarme mucho de que los jesuitas, tan industriosos, no hubiesen sacado provecho de la rama de la industria más importante de ese territorio, cuyo porvenir hará cambiar la fisonomía de todo el Estado. Me refiero al hierro. En los aledaños de San Joaquín, y hasta en la misma plaza de esa misión, el suelo está por doquiera cubierto de hierro hidratado en grandes pepitas, cuya explotación sería tanto más fácil cuanto que el vecino Río Machupo ofrecería un medio ideal de lavado. Sólo se trataría, pues, de extraer el hierro a campo raso, lavarlo en el mismo sitio e instalar altos hornos o forjas catalanas alimentadas con carbón de madera que suministrarían los bosques inmensos de ese suelo virgen; de esta manera, Moxos se proveería del hierro necesario para sus diversas explotaciones y podría aun abastecer a las ciudades del interior, que traen esos productos de Europa.

Cuando se piensa en esa vasta red de ríos navegables que surcan en todo sentido la provincia, se comprende que se iniciaría una vida nueva si el hierro llegase a ser común y, sin necesidad de acudir a las manufacturas europeas, proveyese las materias primas para la construcción de máquinas a vapor para la industria y especialmente para la navegación superior de toda la región del Amazonas. Moxos se convertiría entonces en la comarca más rica de Bolivia. No dudo un instante de que el bienestar producido por las minas de hierro desdeñadas hasta ahora, y de que el impulso que daría a la civilización, serían más duraderos y cien veces superiores a esta proverbial riqueza de las minas de oro y de plata de La Paz, de Tipoani, de Chayanta, de Oruro y aun del famoso Potosí. Para obrar este cambio, bastaría con la presencia de un ingeniero de minas, acostumbrado a este género de explotación, corriente en los departamentos de los Pirineos orientales y de Aude, y en todo el este de Francia.

Junto a esta famosa fuente de riqueza, siempre desdeñada por el minero peruano, los escritores hiperbólicos pretendieron encontrar oro en todas partes, incluso en Moxos, cuando, de acuerdo con la constitución geológica de la provincia, comprendí que no hay ninguna esperanza de encontrar allí este metal.

Si, teniendo en cuenta la escasa diferencia de nivel de sus planicies, Moxos no puede hallar en los cursos de agua de su centro tanta fuerza motriz natural para las fábricas como Chiquitos, en cambio podría encontrarlos muy numerosos si la industria tomase posesión de aquella innumerable cantidad de arroyos y de torrentes que bajan de la cordillera en el territorio de los yuracarés. Por lo demás, la abundancia de agua y de maderas se tornaría siempre, gracias al vapor, en un elemento de gran prosperidad industrial, en cuanto se reemplazaran las informes máquinas de Moxos con las nuestras, tan apropiadas para multiplicar los recursos.

Como ya dije, el comercio actual de Moxos es casi exclusivamente propiedad del gobierno, puesto que apenas si en el año entran unos pocos mercaderes por Santa Cruz y menos todavía por Cochabamba, pero como estos últimos mantienen una sorda rivalidad con los empleados, y como están sujetos a derechos[42], su número es poco considerable y, sobre todo, sin importancia comercial. Como de acuerdo con el sistema actual los empleados ponen todo su empeño en neutralizar la entrada por Cochabamba, con el objeto de reservar ese comercio a Santa Cruz, éste se ve reducido hoy a canjes sobre valores ficticios, puesto que el dinero aún no tiene curso en Moxos. El medio de dar a la provincia el impulso comercial de que es susceptible, sería aumentar su industria en todas las ramas de que hablé, abriéndole comunicaciones con Chiquitos, Santa Cruz, Cochabamba, Brasil y, especialmente, con Europa por los afluentes del Amazonas. Daré aquí un vistazo al comercio y a los medios de establecer fáciles relaciones.

En las presentes circunstancias, y en virtud de un decreto del prefecto de Santa Cruz, encaminado a prevenir el fraude, Moxos no puede, so pena de fuertes multas, establecer relaciones con Chiquitos. Para restablecer las comunicaciones, bastaría con remontar con embarcaciones los ríos San Miguel y

42 Se les cobra el diez por ciento de derechos; además, tienen que pagar un real por día (66 céntimos) por alojamiento y comida en la mesa común; cuando toman piraguas tienen que pagar tres reales por día a cada remero. Todas estas sumas se pagan en mercaderías sobre el valor corriente admitido, que es puramente convencional y tres veces superior al real, es decir , a razón de 10 francos el pan de sal, a 20 francos la frazada

Blanco, hasta cerca de San Javier y de Concepción de Chiquitos. Entonces la sal, que falta en Moxos, podría venir de Chiquitos, en donde abunda.

El comercio con Santa Cruz de la Sierra es prácticamente el único. Se hace remontando el Piraí hasta el puerto de cuatro ojos o el Río Grande hasta Payla o Bibosi, distante unas ciento cincuenta leguas de Loreto. El primer río ofrece rápidos difíciles de vencer en tiempo de sequía y nulos en la época de lluvias; con sus codos y recodos, el segundo aumenta mucho la distancia. Lo mismo que en Chiquitos, se transportan todos los artículos de recepturías[43], los que, con algo más de industria, podrían ser centuplicados. Para mejorar esta vía, pues, no habría más que reemplazar las piraguas, hechas con un solo tronco ahuecado, por barcos más ligeros y más altos sobre el nivel del agua, y hacer un muelle en Cuatro Ojos o en Bibosi, con el fin de poder atravesar en cualquier época esos inmensos pantanos, en los que las mercaderías se averían tan a menudo en el estado actual de cosas, pues no se ha hecho ninguna tentativa para mejorar los caminos.

La dificultad de comunicaciones, por una parte, y por otra, la proclividad de los empleados de Moxos, casi todos cruceños, a neutralizar los inauditos esfuerzos de los vecinos de Cochabamba, han tornado casi nulo el comercio de Moxos con esta ciudad, a pesar de las grandes ventajas que se obtendrían si sus productos pudieran despacharse en seguida al centro de la República. La navegación actual es larga y penosa por el Río Chapare[44], y los peligros a que se está expuesto al atravesar la cordillera de Palta Cueva[45] son incontables. Fue justamente con el objeto de allanar tales obstáculos que abrí una nueva ruta por Tiquipaya y el Río Securi[46], de ninguna manera peligrosa, y para la cual sólo falta trazar un camino de mulas, que, por lo demás, puede hacerse sin gastos con ayuda de los indios moxos, interesados en la apertura de una vía que daría un valor efectivo a las producciones de la agricultura y de la industria. Además, esta ruta serviría también para civilizar a los yuracarés y podría echarse mano a los recursos que ofrezcan las cien leguas de camino que hay que recorrer en ese trayecto. Como Cochabamba sólo da productos de las regiones templadas, faltan allí todos los de Moxos. Habría una doble ventaja en hacer directamente este comercio, sin pasar como hoy por Santa Cruz, lo que triplica inútilmente la distancia, puesto que para pasar por esta ciudad hay que

43 V. Cap. XXXVII.
44 V. Cap. XXXV, parágrafo 1.
45 V. Cap. XXXV, parágrafo 3.
46 V. Cap. XXXVI, parágrafo 2.

andar más de trescientas leguas. Creo, pues, que el gobierno boliviano, sin destruir el comercio de Santa Cruz, que importa mucho conservar, debería ocuparse también del de Cochabamba, que sería, si se considera el carácter emprendedor de sus habitantes, más adecuado para estimular a los moxos y, sobre todo, les daría una idea más exacta de las relaciones comerciales que se estilan en todas partes.

Con la navegación por el Itenes o Guaporé, Moxos podrá comunicarse con Matto-Grosso y Cuyaba, cuando estos dos países, Brasil y Bolivia, olvidando antiguas rivalidades de portugueses y españoles, se unan para establecer el comercio interior en sus dilatadas posesiones respectivas.

En el momento actual, los productos exportables consisten, igual que en Chiquitos, en cueros de ganado y de animales salvajes, hoy sin valor; cera, índigo, vainilla, azúcar, cacao, café, maderas de ebanistería y de tintura, aceites de coco, de ricino y de copahú; resinas diversas, de copal, etc. Como el dinero no tiene aún curso en Moxos, los primeros comerciantes europeos que llegasen allí harían operaciones tanto más ventajosas cuanto que los comerciantes actuales realizan ganancias inmensas al operar con mercaderías europeas compradas de segunda mano. Por lo demás, las mercaderías de importación en Moxos son las mismas que en Chiquitos[47].

En el Río Madeira se cuentan veintitantos rápidos que los barcos a vela o a remo no pueden remontar, pero que pueden bajar fácilmente aguas abajo. En efecto, si los hombres de las barcas pesadas llamadas gariteas, que remontan anualmente este río desde Pará hasta Matto-Grosso, se ven obligados en cada uno de esos rápidos (cachoeiras) a descargarlas, sacarlas trabajosamente a tierra y empujarlas y descargar y volver a cargar las mercaderías, a la vuelta navegan sin detenerse, como si tales rápidos no existiesen. Cuando se piensa que antes de la aplicación del vapor se consideraba al Ródano imposible de remontar en barco, hay que creer, de acuerdo con los informes que sobre esos rápidos obtuve, que se podría cruzarlos fácilmente remontándolos con vapores de mediano tamaño, sobre todo en la estación de las lluvias, de enero a marzo, cuando hay de tres a cinco metros más de profundidad que en la estación de sequía. Por otra parte, si se quisiera navegar todo el año, como esos rápidos ofrecen sólo pequeñas diferencias de nivel, bastaría con construir en los pasos más difíciles un pequeño canal paralelo al río y colocar en él una esclusa. De esta manera, la provincia de Moxos podría comunicarse directamente con Europa por medio del Madeira, el Amazonas y el océano Atlántico. Como las

47 V. Cap. XXXI, parágrafo 3.

selvas vecinas ofrecen por doquier maderas en profusión, se concibe qué baratas y fáciles de construir serían esas esclusas; pero sería necesario que Brasil prestase su apoyo a esta navegación.

De acuerdo con los informes que obtuve de los marineros brasileños que venían de Pará por esta vía, pienso que, tal como están hoy las cosas, los vapores podrían remontar desde el Atlántico hasta un poco más arriba de los rápidos en tiempo de crecientes. Una vez franqueados esos obstáculos, se abre para las relaciones comerciales una red inmensa de ríos navegables por grandes barcos a vapor.

1° Por el Río Beni se puede llegar a recibir al pie de las montañas las ricas producciones de las provincias de Apolobamba, Muñecas, La Paz, Yungas y Sicasica; así, la quina y todos los demás productos de la cordillera pueden embarcarse directamente a Europa en este extenso río, ahorrándose centenares de leguas de transporte a lomo de mula hasta los puertos del océano Pacífico, y la larga y peligrosa navegación por el Cabo de Hornos. La Paz y las demás ciudades del centro de Bolivia estarían entonces más cerca de Francia por comunicaciones directas, que lo que están ahora en cierta manera de Chile.

2° Remontando el Itenes o Guaporé, se puede ir hasta Chiquitos por los ríos Verde, Serre, Blanco, Itonama o San Miguel, aprovechando así los productos de esta extensa provincia. Navegando por el Río Barbados se puede llegar ahora hasta más allá de Matto-Grosso. Como en este punto los últimos afluentes del Amazonas se confunden, por así decirlo, con los primeros del Plata, en tiempo de lluvia se puede pasar con pequeños barcos de una cuenca a otra: un canal de 4.800 metros, abierto en un pantano[48], bastaría para completar un canal natural que comienza en la desembocadura del Amazonas y que termina a la entrada del Plata, recorriendo 34 grados de latitud, unas 1.200 leguas de longitud que atraviesan todo el centro de América meridional.

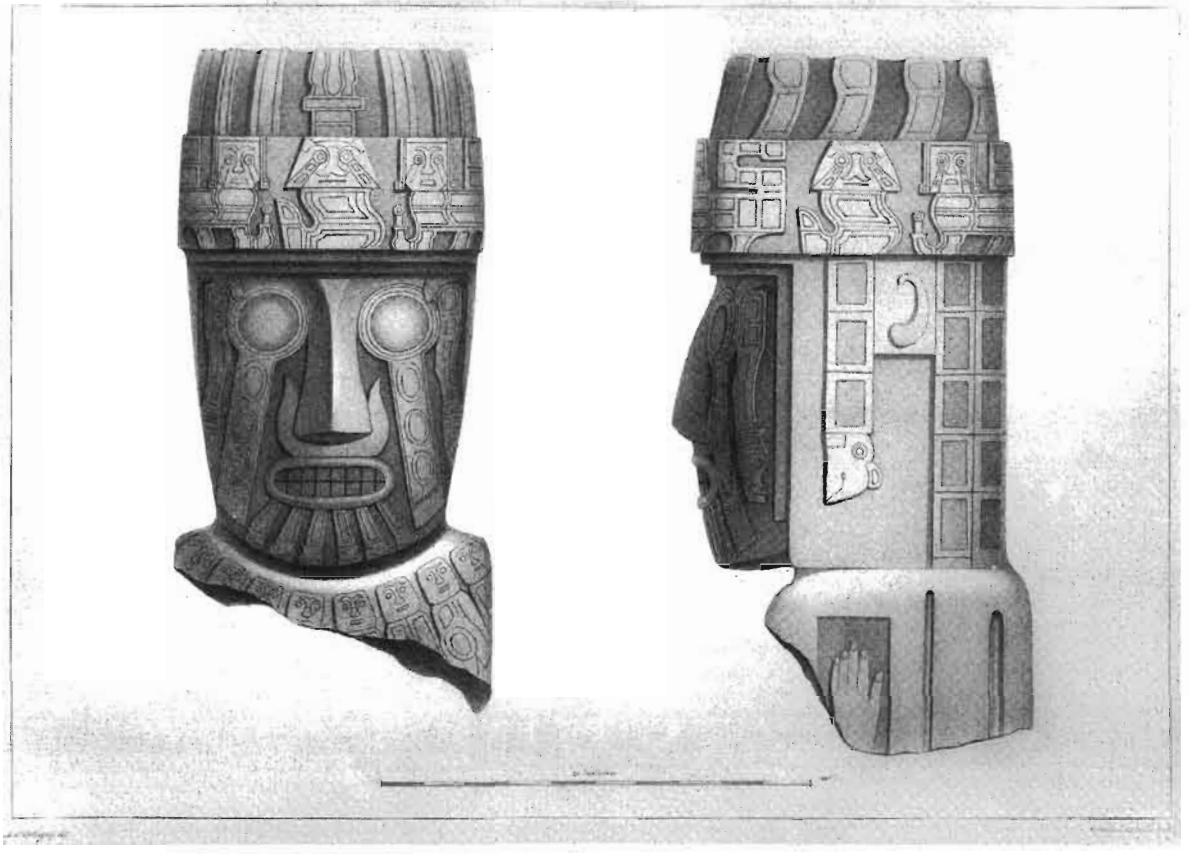
3° Por el Río Mamoré puede irse a la redonda en cualquier sentido: de un lado, remontando los ríos Grande y Piraí, hasta cerca de Santa Cruz de la

48 El señor Ferdinand Denis, a quien la geografía es deudora de tan buenos trabajos sobre Brasil, ha tenido la extrema delicadeza de facilitarme una carta manuscrita, obra de los ingenieros encargados de los límites americanos entre las posesiones de Portugal y de España. Esta carta, titulada *Carta limítrofe do Paiz, de Matto Grosso e Cuyaba, 1782 a 1790*, lleva la siguiente nota relativa a las fuentes de los ríos Paraguay y Guaporé: Istmo de 2400 bracas entre o Río da Prata e as Amazonas onde o Gobernador Luiz Pinto de Sauza, no anno de 1772 mandou passar huma embarcacao de carga, de seis remos por banda, comunicando o mar de Equinoxial como do paralelo de 36 graos de latitude austral, por um canal mais de 1.500 legoas, formado pela naturaleza.

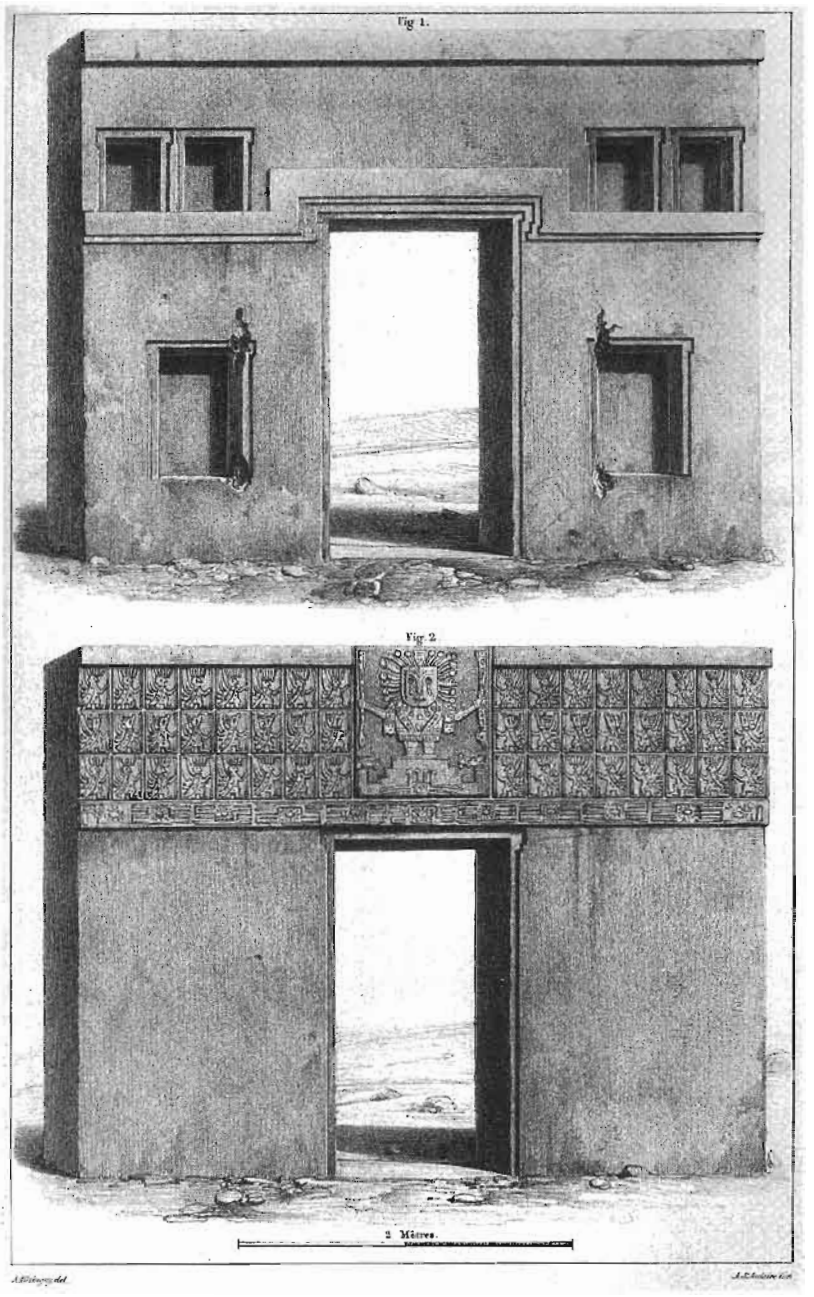
Sierra; de otro, por los ríos Mamoré, Chimoré, Chaparé, Securi, Isiboro, Tijamuchi, Aperé, Yacuma, Iruyani y sus tributarios, a todo el pie de la Cordillera Oriental, desde Santa Cruz de la Sierra, pasando por el territorio de los yuracarés, hasta seis grados al noroeste, aprovechando los numerosos productos comerciales de las provincias de Valle Grande, Mizque y Cochabamba.

En resumen, por los ríos Beni, Guaporé y Mamoré la provincia de Moxos puede ofrecer millares de leguas de una navegación fácil para vapores de cualquier porte. Por sus minas de hierro y por sus bosques, la provincia puede proporcionar todas las materias primas necesarias para mantener esta navegación. Podría, pues, convertirse en el centro de operaciones comerciales realizadas en vasta escala y destinadas a aprovechar todas las riquezas, hoy inútiles, del centro de América. En un siglo en que ya no hay dificultades invencibles para el genio de los hombres de ciencia y de industria; en un siglo en que las grandes medidas de los gobiernos y de las asociaciones han hecho tanto por el bien general y por la grandeza de los pueblos, esperemos que finalmente alguna nación europea, uniéndose con Bolivia, comience esta metamorfosis indicada para hacer de un país casi desierto centro de las operaciones comerciales e industriales más productivas para la nación que tome la iniciativa[49].

49 Conociendo la inmensa ventaja que el comercio podría obtener de la navegación en el Amazonas, el señor Vicente Pazos, cónsul de Bolivia en Inglaterra, presentó a los ministros de Marina y de Relaciones Exteriores, entre 1840 y 1844, y con celo y perseverancia dignos de todo elogio, distintos proyectos con el fin de obtener que Francia, más al alcance que las demás potencias, por sus colonias de la Guayana, de sacar ventajas inmediatas de esta navegación interior, se encargase de esta hermosa y vasta empresa. Los detalles estadísticos que he dado aquí con relación a las provincias de Moxos y de Chiquitos demuestran claramente sus ventajas comerciales, mientras que los datos expuestos aquí sobre la navegación interior atestiguan las posibilidades de ejecución. Sólo me resta añadir mis votos a los del señor Pazos para que mi patria enriquezca con este florón la gloriosa corona con que se adornó su testa durante tantos siglos. (Véase la pequeña memoria impresa titulada *Projet d un etablissement de navigation a vapeur entre la Guyane francaise et les républiques du Pérou, de l"Equateur et de la Bolivie, présenté au gouvernement de Sa Majesté le Roi des Francais par M. Vicente Pazos. París, 1844.)*



Cabeza de una estatua colosal, en las ruinas de Tiaguanao, Bolivia.



Puerta monolítica, de un templo de la nación aymara en Tiaguanaco.

CAPÍTULO XXXIX

Viaje por el Río Sara y el Río Piraí, de Moxos a Santa Cruz de la Sierra, y de Santa Cruz a Chuquisaca por las provincias de Valle Grande de la Laguna, etc.

Viaje por el Río Sara y el Río Piraí de Moxos a Santa Cruz de la Sierra

Una vez terminadas mis observaciones sobre la provincia de Moxos, no veía el momento de regresar a Santa Cruz con el fin de acercarme a mi patria. Sentía nostalgia y todos mis pensamientos mis pensamientos se volvían constantemente hacia Francia. Pero en esas comarcas, en donde a uno lo retiene una multitud de circunstancias, una cosa es proyectar la partida y otra la posibilidad de realizarla. El 15 de agosto salí de Trinidad y me encaminé por tierra hacia Loreto, a doce leguas de distancia, a través de llanuras magníficas, ornadas aquí y allá por numerosas palmeras caronday. Vi varias estancias y crucé tres ríos, el San Miguel, el Ivary y el San Antonio, muy bajos entonces, pero que sólo se podían pasar en piragua.

15 de agosto

Después de varios días de espera en Loreto, y ya casi enfermo de aburrimiento, conseguí por fin unas piraguas, pero no pude salir del puerto hasta el 19 de septiembre. Remonté el Mamoré durante tres días y al cuarto entré en el Sara, que no es otro que el Río Grande, cuyo nombre cambia momentáneamente desde la confluencia del Piraí hasta su unión con el Mamoré. Sus rojizas aguas contrastan con la limpidez de este último. Por lo demás, las riberas del Sara, con menos terrenos bajos, ofrecen el mismo aspecto: selvas de distintos árboles mezclados con palmeras mocatús. Las altas barrancas se mostraban en ambas orillas, pero en los troncos se reconocía fácilmente la línea de nivel de las inundaciones, que se advertía a un metro sobre el suelo. Podía estarse

seguro de que entonces las aguas crecían cuatro o cinco metros sobre su actual nivel.

5 de septiembre

El 5 de septiembre, al caer la tarde, vi en la orilla izquierda la desembocadura del pequeño Río Maravo, que nace en las llanuras inundadas. A la mañana siguiente, pasé por la confluencia del Río Ibabo, cuyas fuentes había visto en Tasajos, en Pampa Grande y en Vilca, en las montañas de la provincia de Valle Grande. Este río, formado al principio por el Surutu y el Yapacaní, se llama Ibabo cuando recorre la llanura; es navegable hasta el pie de las montañas. Después de una jornada entera de navegación por el Sara, llegué a su confluencia con el Piraí. En tiempos de los jesuitas se remontaba el Río Sara o Grande hasta el caserío de Payla al este de Santa Cruz; pero como esta ruta obligaba a hacer un gran rodeo, y era además muy peligrosa durante las crecientes, pues cuando el río se salía de madre era difícil volver a encontrar su lecho, se renunció a ella desde hace unos cincuenta años para preferir el Río Piraí. Mucho más angosto que el Grande, este río está menos expuesto a las crecientes devastadoras; se lo prefiere todavía a pesar de los rápidos que presenta en la estación seca. Cuando los vapores reemplacen a las frágiles piraguas, es probable que vuelva a abandonarse el Piraí para escoger el Grande, en donde la navegación será más fácil para los barcos grandes.

8 de septiembre

En ocasión de mi viaje a Cochabamba con el objeto de poner término a los abusos religiosos, el Presidente de la República, atendiendo a mis observaciones, había ordenado al señor obispo de Santa Cruz de la Sierra que visitase la provincia de Moxos. Esperaba, pues, encontrarlo en el Piraí. En efecto, el 8 de septiembre, cuando divisé las primeras canoas de su numeroso cortejo, las charangas me lo anunciaron. Elegimos un banco de arena. Las trece piraguas del obispo y las mías atracaron allí. Uno y otro saltamos a tierra, y después del abrazo[1] español más cordial, el señor Córdova y yo nos sentimos tan a nuestro gusto como si nos hubiésemos conocido de siempre. Hombre amable y culto, el señor obispo de Santa Cruz me colmó de muestras de consideración, y, bajo la carpa, mantuvimos largos coloquios sobre la desdichada provincia de Moxos y sobre los medios que me parecían más acertados para corregir los abusos de todo género que se cometían allí a diario. Tuve un momento de dicha al encontrar en él a

1 Abrazo, en español en el texto. Se conoce que a d'Orbigny debe haberle llamado la atención la efusividad de nuestro saludo que el francés, más sobrio en la expresión de sus sentimientos, no conoce casi hoy y que ignoraba en el pasado. (N. del T.).

un celosísimo protector del género humano, dispuesto a hacer cualquier cosa para mejorar la suerte de los indígenas. Durante casi veinticuatro horas nuestro campamento animó las orillas salvajes y silenciosas del Piraí. Sin embargo, fue necesario que nos separásemos, no sin lamentar que nuestra conversación no pudiese prolongarse más.

Mis remeros eran moxos. Cada vez que se bañaban, veía en sus hombros y en sus espaldas, semejantes a quemaduras, las anchas cicatrices producidas por las flagelaciones de Semana Santa. Mis preguntas me permitieron saber que los indios se muestran orgullosos de esas cicatrices y que se burlan de los que no las tienen.

Río Piraí
15 de septiembre

Remonté trabajosamente el Piraí hasta el 15 de septiembre; su lecho, al comienzo bastante profundo, se encontraba por momentos atestado de árboles que las corrientes habían arrastrado o de troncos que habían quedado fijos en el fondo y que provocan frecuentes accidentes a las piraguas. Los indios sirionós de las selvas vecinas emplean esas cepas para construir sus puentes suspendidos, de los que tuvimos que romper varios para pasar. Clavan estacas en la barranca, unas, derechas para soportar la cuerda, otras, oblicuas, para atarla, más o menos como en el sistema de los puentes suspendidos, amarran a ellas las lianas, que atan luego a esos troncos que sobresalen del agua y a otras estacas colocadas de la misma manera en la otra orilla. Esos bejucos quedan entonces suspendidos sobre las aguas y mujeres y niños se agarran a ellos para atravesar el curso de agua y no ser arrastrados por la corriente. De esos salvajes sólo vimos sus rastros recientes.

Pronto tuvimos que vencer sucesivamente una larga serie de rápidos, formados por especies de saltos de arcilla amarilla endurecida. En cada uno de ellos no había más remedio que descargar las piraguas y arrastrarlas con cabos aguas arriba en medio de la corriente, lo que demoraba mucho nuestra marcha. En dos de esos rápidos, algunos de mis indios, obligados a caminar en el agua, fueron gravemente heridos por el peligroso aguijón de las rayas armadas. Estos peces, como las pastinacas de nuestras costas, tienen en la punta de la cola un estilete filoso de diez centímetros de largo y provisto a los costados de dientes en sierra que desgarran las carnes, provocan atroces dolores y acarrean a menudo accesos de tétano; por desgracia, tales accidentes son muy frecuentes en los nacimientos de todos los ríos. En la época de las crecientes, cubren esas desigualdades de cinco a seis metros de agua, y se pasa sobre ellas sin siquiera sospecharlas. Por lo demás, estos rápidos eran muy interesantes para mí porque me dieron ocasión para reconocer en las arcillas la composición de ese suelo, ordinariamente recubierto de terreno de aluvión y de selvas. Había

visto su analogía con los terrenos fangosos de las pampas de Buenos Aires y hasta llegué a recoger en el fondo del gran río gran cantidad de huesos fósiles que no pude traer a Francia. A esos lugares bajos del río debo también el descubrimiento de un nuevo género de conchas de agua dulce, que se hunden en esas arcillas endurecidas, lo mismo que las conchas perforantes de nuestras costas marítimas[2].

13 de septiembre

El 13 cesaron de pronto las selvas de las orillas del Piraí, y navegábamos en medio de un estero a donde vienen a arrojarse dos riachos, el Palacios y el Palometas, que nacen en la llanura de Santa Cruz de la Sierra. Estos pantanos anunciaban el término de nuestro viaje. Ya era tiempo, pues carecíamos de víveres y yo tenía realmente necesidad de volver a encontrar la civilización y el descanso después de dieciocho meses de peregrinajes en medio de comarcas salvajes. El día 15 atravesé cuatro rápidos seguidos y llegué al puerto, señalado, en la margen izquierda por una gran cabaña techada con hojas de palmera y que estaba separado del caserío de Cuatro Ojos por un estero profundo de una legua de ancho. Después de hacer desembarcar todas mis colecciones en el puerto y habérselas entregado bajo recibo al guardián del mismo, me encaminé a Cuatro Ojos, en donde volví a mis andanzas terrestres, abandonando para siempre la navegación por los ríos, de la que estaba fatigadísimo.

16 de septiembre

Impaciente por llegar a Santa Cruz, al día siguiente volví a salir hacia la aldea de Palometas, a diez leguas de allí. Dejé atrás, primero, una pequeña colina arenosa, llamada Isla Pelada porque está rodeada de tierras anegadizas; luego, un pantano y un bosque no sin razón llamado Infiernillo: en efecto, el viajero se hunde tanto en ese terreno en hondonada y lleno de raíces, que casi me quedo allí con caballo y todo. Más allá crucé una llanura oval conocida con el nombre de *Potrero de las Vacas*, y entré en una selva de cuatro leguas de largo, en la que volví a encontrar la misma vegetación que observara en los alrededores de Santa Cruz. Al salir de la selva, estaba en el Rincón del Limón, llanura poblada de ganado y con algunos árboles aislados, en la cual divisé el caserío Puquio, y una legua más lejos Palometas, agradablemente situada en un terreno arenoso, un poco más alto que las llanuras circundantes.

Como no llevaba nada de lo que necesitaba para mis investigaciones, y como por lo demás ya conocía los alrededores de Santa Cruz, no hice más que dormir en Palometas y seguí hasta Portachuelo, situado a unas diez leguas al

2 Es el género *Mycetopus*.

sudeste. Entre ambos puntos se extiende una llanura arenosa, con algunos bosquecillos y árboles aislados, en donde sólo son dignos de mencionar los numerosos rebaños que allí pacen, las estancias a que pertenecen y tres puntos que se distinguen: Loma Alta, especie de colina arenosa, transversal a la dirección que yo seguía; el arroyuelo Asuvicito, uno de los afluentes del Río Palometas, que se desliza en medio de un bosque; y el caserío San Diego. Portachuelo es cabeza de distrito de esa campaña y uno de los puntos más poblados de la llanura de Santa Cruz. Se cultiva allí la caña de azúcar, el tabaco y se crían animales.

Santa Cruz

Quince leguas separan este lugar de Santa Cruz, y quise hacerlas en un día. A dos leguas de Portachuelo entré en un terreno arenoso, desigual, absolutamente semejante a las antiguas dunas, que han sido sin duda creadas por las arenas traídas desde las montañas por los desbordes del Río Piraí y amontonadas por el viento. En medio de esos singulares terrenos corren un gran número de riachuelos que se dirigen al Piraí, tales como los ríos Dorado, Maypuba y San Jorge. Después de este último curso de agua penetré en un bosque que creció en las antiguas dunas y, finalmente, divisé al Río Piraí, que a esta altura ofrece una playa de arenas movedizas de una legua de ancho, por la que corre, tanto en una como en otra orilla, una napa de agua, cuya mayor parte se filtra, en esta estación, a través de la misma arena y deja apenas un hilo en la superficie. Sólo me quedaba atravesar una llanura que me era muy conocida y de la que ya he hablado. ¡Con qué placer volvía a ver los alrededores de Santa Cruz, en donde alternativamente hiciera zoología y botánica, en donde todos me conocían, desde las autoridades hasta el último chicuelo, cualquiera fuese su pelaje! Al entrar en la ciudad, me detenían a cada paso y oía decir doquiera, como si se tratase de un acontecimiento: *Nos vuelve el naturalista*[3].

Regresé con placer a mi antiguo alojamiento y me tomé algunos días de descanso, esperando poder reunir mis colecciones, dejadas en Chiquitos. Recibí de nuevo todas las pruebas posibles de afecto y de consideración de parte de los vecinos; pero, debo confesarlo, las reuniones, los placeres de sociedad ya no tenían ningún encanto para mí. Tenía una idea fija que me perseguía sin cesar: el regreso a mi patria. Por eso, cada vez que desde mi puerta divisaba las montañas azuladas, suspiraba a mi pesar por el momento en que podría atravesarlas para llegar al puerto, meta de todos mis afanes. Me entregué al trabajo más tenaz para poner cuanto antes mis notas al día, y no me ocupé sino de aquello que pudiese acelerar mi partida. Cincuenta días después de mi llegada, ya había enviado bajo escolta

3 En español en el original.

mis colecciones a La Paz y me disponía a despedirme. Cuanto más pruebas de bondad se han recibido en un lugar, tanto más difícil es abandonarlo. En efecto, en ninguna parte sentí más pena que al dejar esta ciudad hospitalaria en donde me acogieron como a un compatriota, como a uno de los suyos.

¡Jamás olvidaré Santa Cruz, y ojalá pueda verse en estas líneas la más sincera expresión del reconocimiento que debo a sus vecinos!

Viaje de Santa Cruz a Chuquisaca, por las provincias de Valle Grande, de la Laguna y de Yamparaes

17 de noviembre

El 17 por la mañana, a eso de las seis, después de despedirme de todos los habitantes, las autoridades y un crecido número de personas acudieron para acompañarme; pero, con gran pesar de mi parte, todos tuvieron que aguardar hasta las tres de la tarde, hora en que llegaron las mulas. Aunque el día estaba ya muy avanzado, quise partir, por miedo a soportar el mismo retraso al día siguiente, y, sobre todo, para no cansar la paciencia de mis benévolos amigos que querían acompañarme. Salí de Santa Cruz con mi inmenso cortejo, y luego de despedirme de él, no sin sentir mucha pena, me detuve en el campo a legua y media de la ciudad.

Cuando llegué a Santa Cruz había venido por Monte Grande, por la ruta del Piraí; pero, con el pretexto de que en esta dirección no había pastos para las mulas, se había abandonado esta vía y ahora se hacía un gran rodeo con el fin de ganar las llanuras por el camino de la Cordillera. Me detuve cerca de la cabaña de una pobre gente, en un bosquecillo, y establecí mi vivac debajo de un cacto que, con sus ramas cruzadas que formaban una ancha copa, acogió a toda mi gente lo mismo que un árbol grande. Cito este hecho para demostrar qué idea errónea nos formamos en Europa de estos vegetales. En efecto, oculto bajo plantas parásitas, el tronco de este árbol tenía ciento ochenta centímetros de circunferencia, y el árbol entero, de unos quince metros de altura, podía cubrir con su sombra más o menos el mismo diámetro. Nada tan singular como el aspecto de todas las cosas reunidas alrededor de esta residencia campestre. Aquí, los pájaros silvestres domesticados; allí, sembrados en un montículo, plantas de pitahaya, luciendo sus hermosos frutos dorados; y por todas partes, troncos podridos o pequeños cántaros de terracota que encerraban enjambres inofensivos de esas abejitas llamadas señoritas, traídas de los bosques vecinos, lo mismo que los demás animales y las plantas. Parece que el hombre cuanto más se acerca a la naturaleza más le gusta rodearse de sus productos más sencillos.

A la mañana siguiente, a la salida del bosque, entré en una gran llanura arenosa, que surcaban los lechos secos de torrentes que corrían hacia el Río Grande. En medio de las arenas movedizas se encuentra un oasis cubierto de praderas y de chacras, en el que habita con su familia su propietario, un tal Mercado, que lleva allí una vida tranquila y apacible. Me recibió con la franca cordialidad de los cruceños y quiso que me quedase una noche; al día siguiente me acompañó y me hizo notar un gran manantial que surge de las arenas y la hermosa llanura de Espíritu Santo, después de la cual dejé a un lado el camino de la cordillera para seguir la nueva ruta abierta en el bosque, hasta el puesto aduanero, creado hacía poco.

Había comenzado la estación de las lluvias. Ya eran muy raros los días buenos, y tenía que contar con sufrir mucho en las ciento treinta y cinco leguas que tenía que andar; pero, después de haber recorrido Moxos, ya estaba acostumbrado a esta clase de inconvenientes. Habían trazado el nuevo camino durante la estación seca, sin brújula y sin pensar que vendría una estación lluviosa; la persona encargada de este trabajo había aumentado la distancia en más de un tercio sin tratar de vencer los obstáculos naturales. Por ejemplo, en lugar de disminuir la pendiente en los ribazos arcillosos, lo había trazado en una línea recta que resultaba tan inclinada, que las mulas resbalaban a cada paso y no podían trepar. Varias veces tuvimos que apearnos para empujar a nuestras bestias de carga. Por otra parte, las hondonadas formaban hondonadas espantosas, en los que nuestras cabalgaduras se hundían hasta las verijas. En una palabra, consideré este camino, del que me habían hablado mucho en Santa Cruz, como uno que tenía que ser necesariamente abandonado, a menos que se rectificase su trazado. Por fin, y a costa de no pocos trabajos, llegué a Potrero del Rey, en donde volví a tomar el antiguo camino. Como la lluvia continuaba con fuerza, para dormir no me quedó otro remedio que atar una cuerda entre dos árboles, colocar en forma de techo mis cojinillos de cuero curtido y cavar a mi alrededor un pequeño foso para que se escurriera la lluvia.

Había vuelto al camino por el que dos años atrás bajara de Samaypata a Santa Cruz; por eso dejaré de lado este tema. Al entrar en las montañas, había llegado a los últimos límites de la provincia de Santa Cruz.

Provincia de Valle Grande

De Angostura o de la desembocadura del Piraí en la llanura, fui penosamente hasta el pie de la famosa Cuesta de Petaca. Cuando la escalaba, recono-

cí que cierta región de areniscas friables estaba bastante llena de pepitas de hidratos de hierro como para ofrecer a las herrerías una rama industrial explotable. Faltaría solamente hacer algunas investigaciones para asegurarse de la riqueza de esta capa o filón. Cuando llegué a la cima de la montaña, me detuve en el sitio en que por primera vez había entrevisto las hermosas llanuras de Santa Cruz. Lleno de esperanza en aquella época, mis ojos devoraban ávidamente este mar azulado, tratando de descubrir en el por anticipado todas las riquezas que creía encontrar; pero ahora mis impresiones eran muy distintas. Era mi último adiós a este tierra prometida que nunca más volvería a ver. Tan bien me habían acogido en esta ciudad de las llanuras, que no podía pensar en ella sin una profunda tristeza, menos viva, sin embargo, que mi gratitud.

23 de noviembre

Después de una difícil marcha de seis días, siempre empapado por la lluvia, llegué por fin a la villa de Samaypata, de la que ya me ocupé. En ocasión de mi primera estadía, había lamentado mucho no haber podido visitar las antigüedades que, según me decían, cubrían toda una montaña, llamada por esta razón Cerro o Fuerte del Inca; por eso, en cuanto llegué me ocupé de la manera de hacer esta excursión al día siguiente. En efecto, me puse en camino con el corregidor. Bajamos de Samaypata al Río de Laja; luego, abandonándolo a dos kilómetros, volví al este y crucé una colina bastante alta. Bajé de nuevo hasta el lecho de un torrente cuyas laderas son muy escarpadas y me encontré al pie occidental del Cerro del Inca. Lo escalé por unas pendientes abruptas, sin camino, y tras de muchas dificultades llegué a lo alto de la montaña, en donde, con gran asombro de mi parte, encontré una plataforma inclinada, formada por una sola masa de gres que ocupaba toda la cumbre de una alta colina y ofrecía una superficie de doscientos metros de largo, cubierta de esculturas. Había traído cadenas de agrimensor y todo lo necesario para levantar el plano exacto.

Al principio no comprendía nada de este conjunto de fosos de formas variadas, cavados en la roca, de zanjas trazadas diversamente, de graderías y de puertas ocultas, todo lo cual presentaba un todo alargado y orientado de este a oeste; pero cuando pude captar el conjunto, dibujado con todas las proporciones, creí reconocer en él un lavadero de oro, que, aunque extrañamente colocado en el lomo de una colina, podía explicarse aún por el embolse de los arroyos vecinos en tiempos de lluvias. Dije en otro lugar que bajo el décimo Inca, Yupanqui, los incas quisieron intentar la conquista del territorio de los chiriguanos y que un considerable ejército vino durante dos años a establecerse en Samaypata[4].

4 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. VII, cap. XVII, pág. 244.

Es probable que a este ejército se deban las esculturas de esta cima y los numerosos restos de casas circulares que se encuentran allí en varios sitios, especialmente cerca de Samaypata y a un kilómetro al sur del Cerro del Inca. De todas maneras, como esos hombres no disponían de ninguna herramienta de hierro, se concibe cuántas dificultades tuvieron que vencer. Hacía falta, por un lado, el poder de un jefe, y por otro, la paciencia infinita de súbditos para terminar esta obra, todavía hoy intacta, a pesar de las devastaciones de los agentes atmosféricos durante cuatro o cinco siglos[5].

He aquí en qué me baso para conjeturar que este conjunto fue un lavadero de oro. En primer lugar debe suponerse que los incas no se habían puesto a

5 El conjunto esculpido se compone, en su extremo oriental, por los cimientos de una gran muralla G G, resto de almacenes o de viviendas. De ese punto se sube por una suave pendiente de treinta metros hasta el punto culminante. En este intervalo se advierten cuatro escalones tallados en la roca, y al norte, dos estanques I, uno cuadrado, de seis metros de largo, y otro ovalado, de siete metros, destinados sin duda a servir de depósitos para el agua. (Véase la sección debajo del plano). En el punto más alto se advierten dos estanques oblongos B, de doce metros de largo y separados por una parte en la que se tallaron cuatro asientos de cada lado, cuyo destino era quizá permitir que se sientan los obreros ocupados en lavar en esos estanques. Un poco más abajo está otro estanque anular A, de once metros de diámetro, alrededor del cual se ven dieciocho asientos tallados igualmente en la roca. Un conducto comunica a este estanque con otro colocado en la pendiente septentrional. Bajando siempre por la pendiente y caminando por la línea media, comienza, debajo del estanque A, un segundo estanque oblongo, excavado en el talud y cuyo largo es de dieciséis metros; debajo de éste existe un tercero, oblicuo, mucho más chico, y un cuarto estanque, oval, en el norte. De este último estanque transversal se divisa, siempre sobre la línea media de la pendiente, una parte C, de seis metros de ancho por cuarenta de largo, un poco cóncava, en la que existen tres cunetas en figura de rombo, que, en el supuesto de un lavadero, deberían servir para recoger las pepitas de oro (fig. II). Debajo de esas cunetas romboidales hay dos últimos estanques D, más allá de los cuales se extiende una muralla. Allí indudablemente terminaba la instalación del lavadero. Del otro lado de la muralla, y debajo, se ve todavía en una plataforma muy pareja un estanque E, de veintisiete metros de largo por doce de ancho. En esta plataforma, cerca del estanque, está la figura de un animal esculpido en relieve, y del otro lado un ave de gran tamaño, dibujada solamente en hueco. Debajo, en dos fosos en forma de media luna F F, cuya convexidad es inversa, se notan dos grandes animales dejados en relieve, y en el lado septentrional una serpiente igualmente esculpida en relieve en una cavidad semilunar. Más allá se prolongan dos inmensas graderías que terminan el conjunto por el oeste.

Hasta ahora no hablé más que de la parte convexa que ocupa la cima de la colina; réstame decir solamente dos palabras acerca de las dos cuestas paralelas, al norte y al sur de cada lado de la eminencia. Al norte, en la extremidad oriental, se ven anchas graderías y unas especies de fosos (H del plano y fig. III, el perfil), en donde hay una entrada reservada, y lo demás, tallado en la roca, muestra puertas disimuladas. En la cuesta se ven cuatro de esos fosos y varias amplias graderías, debiendo servir unas de escaleras y los demás destinados a otros usos. Al sur se ven muchas grandes graderías más y fosos anchos y largos.

tallar así la montaña para pasar el tiempo. En cuanto se quiere buscar un fin utilitario a esta construcción, se lo encuentra plenamente en mi hipótesis. Hay que trasladarse primero a los tiempos de los incas, cuando se podían emplear miles de brazos para satisfacer el menor deseo de sus jefes, y entonces se comprende qué fácil era acarrear desde el fondo de los ríos vecinos –todos ellos abiertos en suelos esquistosos y, por ende, debiendo contener oro–, las partes más adecuadas para sacarles el polvo. Las reliquias de la aldea, situada al sur, cerca del arroyo, explicarían por una parte la cantidad de gente empleada en la explotación, y por otra, las posibilidades de ésta. Por lo demás, de admitirse otra explicación, todo se comprende fácilmente. Los grandes fosos H del lado septentrional y los demás de la ladera opuesta habrán servido para depósito de los materiales a lavar. Los estanques I muy profundos, contendrían el agua para abastecer los estanques A y B, en donde los hombres, sentados, procedían a la dilución. Después de este trabajo, una vez retirados los guijarros mayores, el residuo debía pasar sucesivamente a los dos estanques inferiores, con el fin de retirar de ellos las materias extrañas, mientras que junto con el agua se arrojaban las últimas arenas auríferas al estanque C, destinado, según toda apariencia, a retener en sus ranuras las pepitas de oro que se buscaban después de la operación.

Tal es, según mi modo de ver, la explicación probable del lado positivo de esta montaña esculpida. En lo que se refiere al aspecto alegórico, relacionado con la religión, quizás podría verse en el estanque A, situado en el punto más alto del conjunto, la representación del sol, cuyos rayos serían las excavaciones triangulares del contorno. Dentro de esta hipótesis, sería lícito estimar también que las medias lunas F F de la parte baja representarían los primeros y los últimos cuartos de la luna, andando de este a oeste. En cuanto a la serpiente F, al ave y al otro animal al borde del estanque E, tenían tal vez un valor simbólico difícil de explicar hoy.

Si mi suposición tiene algún fundamento, debe pensarse que los alrededores encierran ricas minas de oro. En la parte geológica se ha visto que todos los lugares en donde se encontró este metal, Potosí, Oruro, etc., pertenecen a los esquistos o a las capas esquistosas del suelo siluriario. Pues bien, como esos suelos ocupan el fondo de los valles vecinos, todo induce a pensar que nuevas búsquedas en los antiguos aluviones de los ríos Grande, Piraí y sus tributarios, darían mayores probabilidades de éxito. Sobre todo, sería menester ocuparse de los cursos más cercanos al Cerro del Inca, para volver a encontrar el lugar explotado en tiempos de Yupanqui.

Después de recorrer un día entero el Cerro del Inca y de haber levantado el plano con toda la exactitud posible, regresé, satisfechísimo de mi excursión,

a Samaypata, en donde dos personas me regalaron unas especies de estrellas de piedra, de diez centímetros de diámetro y agujereadas en el centro, que son muy comunes en la vecindad de las antiguas habitaciones de los Incas. Supónese que eran armas. Es probable que se pasara un bastón por el agujero del centro y que se utilizara como empleaban sus mazas los antiguos.

Salí de Samaypata el 25 de noviembre y me encaminé a la capital de la provincia, la ciudad de Jesús del Valle Grande, distante unas diez leguas terrestres. Volví a trepar al sudoeste la alta colina que domina Samaypata, andando por terrenos áridos, y bajé por unos caminos muy malos a una llanura arenosa, poblada de acacias espinosas y poco apta para los cultivos; no obstante, vi allí potreros y muchos rebaños. Por el lado opuesto trepé a un barranco lleno de arbustos, entre los cuales mi arriero me señaló el que produce el bálsamo del Perú y la quinaquina. Pasé la noche en el lugarejo de Limón, no lejos del de Pirucilla.

25 de noviembre

Entre Samaypata y Valle Grande corren tres cadenas paralelas, que crucé oblicuamente: la Cuesta de Samaypata, la Cuesta del Limón y la Cuesta de San Blas, entre las cuales corren el riacho Vilma y los ríos de las Tembladeras, San Blas y Valle Grande, todos ellos afluentes comunes que se dirigen a Pampa Grande, y de ahí al Río Yapacaní. Todos esos valles ofrecen la temperatura de Provenza y pueden dar todos los productos de nuestra Europa templada. En la cumbre de la montaña del Limón, compuesta de arenisca, todas las plantas son aromáticas y expanden por la campaña un olor excelente. Algunas se emplean para conservar los tejidos de lana y reemplazan al alcanfor, sin ser tan desagradables. La ladera opuesta ofrece escasa vegetación y un terreno muy accidentado, en el que tuve que subir y bajar constantemente hasta el caserío de Pavas, y de ahí hasta el Río de las Tembladeras.

Todas las montañas circundantes se componen de areniscas friables, y las partículas desprendidas son arrastradas por las aguas pluviales hasta el fondo de los valles, en donde dejan filtrar constantemente en la arena una corriente que no se ve desde el exterior, de donde resultan suelos tan movedizos, que hay que atravesar lo más rápidamente que se pueda el Río de las Tembladeras si no se quiere correr el riesgo de que lo traguen. Cuando uno cruza su lecho, se ve a la superficie ponerse en movimiento, casi como si fuese un puente colgante. Dos leguas más abajo del punto en que lo crucé, este río se une con el San Blas, al que también llegué después de haber atravesado una colina bastante alta. Desde la orilla opuesta del San Blas la pendiente es muy rápida y se compone de areniscas vigorosamente erguidas hasta la cima de la cuesta del mismo nombre. Desde ese punto se domina un valle magnífico, dirigido

casi de norte a sur, y cubierto de pastos, más allá del cual, y al pie de la montaña paralela a la Cuesta de San Blas, divisaba la ciudad de Valle Grande, a la que llegué casi de noche. Me recibió allí el cura don José Rafael Salvatierra, uno de mis mejores amigos de Santa Cruz, y durante tres días los principales vecinos me colmaron de atenciones. Volví a encontrar allí el carácter jovial y las amables maneras de los cruceños.

Con relación a sus productos naturales, a su temperatura y a su insalubridad, la provincia de Valle Grande se encuentra absolutamente en las mismas condiciones que la de Mizque. Me excusaré, pues, de dar a su respecto detalles que son coincidentes. En efecto, esta circunscripción política no es más que la continuación de las cadenas montañosas y de las corrientes de agua que atraviesan la provincia de Mizque. Al norte se encuentra la cadena oriental, la que, después de haber seguido casi al este, dobla de pronto en San Pedro y se vuelve bastante bruscamente hacia el sur, algunos grados al este, pasa por Valle Grande y va a terminar a poca distancia cerca del Río Grande. La dirección de esta cadena determina la de los otros valles más orientales, formando un ángulo recto con las profundas incisiones del Río Grande, que sigue al estenornordeste. En resumen, la provincia de Valle Grande presenta un triángulo elevado, formado por un avance oriental muy pronunciado de los últimos contrafuertes de la Cordillera. Este conjunto de montañas poco recortadas, de valles altos y de valles profundos proporciona a la región todas las temperaturas, desde la zona apta para el trigo hasta la de la caña de azúcar. La principal industria es la cría de ganado.

Esta provincia, dependiente del departamento de Santa Cruz, no encierra más que tres parroquias y sus anexos, la ciudad de Valle Grande, Chilón y Samaypata, las que, según los informes suministrados por la Gula de Forasteros de 1835, tendrían 16.313 habitantes. Esta población sería, por consiguiente, mayor que en 1788[6]; pero como está probado por la mortalidad siempre creciente de Pampa Grande, que la población disminuye en la mitad de la provincia, cuesta creer que Samaypata y Valle Grande, los dos puntos exentos de esas plagas anuales, hayan registrado un crecimiento tan notable, cuando las guerras de la independencia dejaron en tiempo de Aguilera heridas todavía demasiado recientes para permitir suponer que desde 1824 tantas pérdidas hayan sido reparadas.

---

6 Viedma atribuye a la provincia 14.623 habitantes así divididos: 4.224 blancos, 4.239 mestizos, 3.929 mulatos, 317 indios y 40 negros. Hoy no existe ningún indio y los mestizos se encuentran en número muy reducido.

La ciudad de Jesús del Valle Grande, situada a ochenta leguas de Cochabamba, a cuarenta y ocho de Santa Cruz y a sesenta y seis de Chuquisaca, está edificada al lado de un barranco al pie oriental del último ramal de la Cordillera. Está rodeada por jardines en los que se notan nuestros árboles frutales. Dos calles principales la cruzan, bordeadas de casitas de un solo piso, construidas con ladrillos crudos y techadas con tejas. Dan sobre la plaza una iglesia en cruz y dos hermosas casas de dos pisos, con balcones de madera. Los alrededores serían encantadores si en ellos se plantasen árboles: todos los de Francia se darían aquí perfectamente, lo mismo que nuestros demás cultivos. La viña especialmente daría aquí excelentes cosechas, al igual que nuestros frutos de Provenza. El vecino valle apenas sí alimenta hoy a algunos rebaños de carneros, cuando, bajo la influencia de unos cultivos racionales, podría no sólo dar vinos para el abastecimiento de toda la República, sino también una multitud de productos todavía ignorados.

El curato de Valle Grande produce por año 20.000 francos: es tal vez uno de los más extensos de Bolivia, puesto que tiene por sucursales Pampa Grande y Pucara, la primera a quince leguas de distancia y la segunda a diez, y toda su circunscripción tiene treinta leguas de largo en su diámetro mayor.

30 de noviembre

El 30 de noviembre me despedí de los buenos habitantes de Valle Grande y me encaminé hacia Chuquisaca. Mi primera jornada sería de diez leguas hasta Pucara. Durante una legua anduve primero por una llanura, costeando al pie de las montañas, no sin pensar en las inmensas ventajas que la agricultura podía obtener de esas tierras vírgenes de toda labranza. Luego comencé a subir por unos collados reverdecientes. Allí no encontraba ya esa vegetación arborescente de las montañas de Yungas, sino apenas algunos matorrales achaparrados entre algunas gramíneas o fanerógamas poco variadas. Noté, sin embargo, varias especies de brezos de flores rojas y de ranunculáceas de flores de un bellísimo color amarillo. Cuando llegué a la cumbre de la cadena, divisé los puntos encumbrados cubiertos de musgos, de licopodios, o de un gran número de helechos, y toda esa vegetación había recobrado su frescura primaveral por la acción de las lluvias continuas. Por la cumbre de la cadena que dominaba todos los alrededores anduve unas tres leguas hacia el sur. Si dirigía mi mirada hacia el este, tenía a mis pies la continuación del valle, que se ahondaba cada vez más, y un poco más lejos, las montañas de areniscas desnudas. Si, por el contrario, miraba hacia el oeste, todo cambiaba de aspecto: era en todas partes una inmensa extensión de montañas separadas por valles profundos, entre los cuales distinguía en lontananza, como abismos, los ríos Mizque y Grande con sus cuestas

escarpadas. Antes de abandonar ese punto elevado, noté que ese último ramal de la Cordillera Oriental va abatiéndose hasta terminar a unas leguas al sur. No era ya esta cadena imponente que había cruzado cuando fui de La Paz a Yungas, ni siquiera esos lugares encumbrados que dominan a Cochabamba, mostrando doquiera sus nieves y sus escarchas perpetuas. Al disminuir de altura, la Cordillera había cambiado de forma y de aspecto. Una rápida pendiente de dos leguas por suelos de arenisca me llevó a Pucara, en donde me encontraba a unos quinientos o seiscientos metros debajo de la cresta que acababa de dejar.

Pucara no es más que un miserable villorrio en el que los arrendatarios fijaron su residencia para criar ganados vacuno y lanar. Si la aldea no fuera lugar forzoso de paso entre Santa Cruz y Chuquisaca, nadie seguramente pondría en ella los pies; pero el viajero está obligado a detenerse allí para contratar los guías y los caballos necesarios para la travesía del Río Grande, uno de los pasos peligrosos de la República. Los alrededores de Pucara ya no se parecen a las altas montañas: sus collados están cubiertos de breñales espinosos y se ven bosques espesos en todos los valles circunvecinos. El aspecto de esos valles, o, por mejor decir, de esas desgarraduras del suelo, tiene algo de salvaje y, sin embargo, majestuoso. La confluencia del Río Grande con el Mizque, que se divisa al oeste, a escasa distancia, es notable sobre todo por su profundidad y por las montañas escarpadas de sus orillas, que se elevan como altas murallas cubiertas de vegetación. Algunas excursiones por los alrededores de la aldea me proporcionaron muchos objetos de historia natural y sobre todo nuevas especies de picaflores.

Una vez que conseguí un buen guía y esos caballos acostumbrados a luchar contra la corriente, y llamados por eso vadeadores, salí de Pucara el 2 de diciembre. Tenía que hacer diez leguas hasta el Río Grande, y comencé a bajar por las pendientes más abruptas y por senderos apenas esbozados, al borde de espantosos precipicios, rodando junto con las piedras sueltas o resbalando por las partes arcillosas humedecidas por la lluvia que no cesó de caer. En Pucara la temperatura es fría, pero a medida que bajaba el calor se hacía sentir, hasta hacerme sufrir bastante a eso del mediodía. Había cruzado por varias zonas geológicas distintas, recogiendo fósiles silurianos y especialmente trilobites. Había visto a la vegetación cambiar de forma y admirado el conjunto que se me ofrecía, ya contemplase la profundidad del lecho del río, ya tratase de poner en orden esa multitud de montañas del lado opuesto. A pesar de haber andando todo el día, sólo pude llegar hasta el pie de la cuesta, en donde vivaqueé en un barranco profundo. Al llegar estaba realmente aturdido por todo lo que había visto desde la mañana. Los picachos de areniscos, mostrando sus flancos escarpados,

2 de diciembre

sus grietas profundas llenas de hermosísimos tejos, los efectos de las aguas en las negruzcas rocas silurianas en descomposición, viva imagen del caos, las bellas perspectivas, los variados bosques y hasta los resbalones que había dado con mi mula, a riesgo de rodar hasta el fondo, todo eso se representaba a un tiempo en mi imaginación. Un viaje por una comarca uniforme deja pocas huellas, pero la naturaleza accidentada nos proporciona más recuerdos en un día que semanas enteras en las llanuras. Es un cambio de todos los minutos, un panorama que se multiplica bajo todas sus formas, variando de aspecto y haciendo nacer a cada paso nuevas impresiones.

El paraje de mi campamento en nada se parecía al resto del collado. Ahora no había esas cumbres cubiertas de brezos o de criptógamas, ni esos terrenos breñosos de Pucara, ni los bosques de tejos que se veían allá abajo; la zona que había alcanzado no contenía más que una vegetación particular muy notable, compuesta de zarzas espinosas, semejantes a las que había notado en los alrededores de Chitón y muchos cactos de seis u ocho especies distintas: unos, semejantes a grandes árboles, ostentaban frutos bastante suculentos y una copa en forma de candelabro; otros, se arrastraban por el suelo y se ocultaban bajo sus numerosas espinas; y los más originales, erguidos como cirios de uno o dos metros de alto, ostentaban en su copa una larga cabellera blanca que caía a un lado. Aparte de esos vegetales, el suelo, como consecuencia de lo salobre de los terrenos, se cubría en los barrancos de salicores y otras plantas marítimas.

3 de diciembre

Cuando a la mañana siguiente desemboqué en el lecho del Río Grande y vi ese profundo y ancho surco por el que corren, saltando y espumando, unas aguas rojizas y cargadas de arcilla, recordé que mis guías me habían estado cansando la mayor parte de la noche con el relato de todos los accidentes ocurridos al cruzarlo. Y no me sorprendí. Constreñido en su lecho, el río no podía ser cruzado sino en un vado que hay en un lugar en que las aguas se dividen en tres brazos. Y aun así, este paso sólo puede hacerse en la estación seca, pues en la de las lluvias las aguas son demasiado profundas para pasarlas a caballo; entonces se construye una legua más abajo lo que se llama una maroma. En el lugar llamado Cucillo, en que el río corre entre dos montañas muy cercanas, se tiende de una a otra orilla una fuerte cuerda de bejucos, atada fuertemente a unos postes; se la pone lo más tirante posible y se suspende de ella una canasta en la cual se pasan hombres y mercaderías por medio de una cuerda de la que tira la gente apostada en ambos lados. Basta imaginarse al pobre viajero suspendido de tal suerte a más de cincuenta metros sobre aguas rugientes y rocas puntiagudas, sostenido por una cuerda tan poco sólida que se ven obligados a cambiarla todos los

años, y teniendo que cruzar así unos cien metros, esto para hacerse una idea de lo que debe sentir mientras dura ese trayecto aéreo. Comienza por descender rápidamente hasta el medio, en donde queda algunos instantes, hasta que los guardianes lo jalan lentamente con muchos esfuerzos. ¡A cuántos peligros esas máquinas mal construidas exponen al viajero y cuántos han sido los accidentes desde que los españoles, siguiendo las antiguas costumbres de los Incas, hicieron esas maromas sobre el mismo modelo! Esperemos que más adelante se reemplace las maromas con un puente colgante, con lo que a la seguridad de los pasajeros se unirán las ventajas de un paso permanente.

Todavía no habían reemplazado la maroma del año anterior, y los guías, prudentes, por miedo a un accidente no la utilizaban, lo que me obligó a pasar el río por el vado con los caballos de que ya hablé. Llegué al vado andando por unas playas cubiertas de plantas marítimas y de charcas, restos de desbordamientos y fuente de fiebres espantosas que diezman a los habitantes de esas comarcas. Extendidas en una vasta superficie y divididas en tres brazos, las aguas ofrecían en el vado menos dificultades. Los guías a caballo se nos adelantaron y nosotros no teníamos más que seguirlos. Nos recomendaron sobre todo que los imitáramos, poniendo a nuestros caballos vadeadores con la cabeza oblicuamente a la corriente, precaución sin la cual el animal, tomado de costado, no puede resistir y rueda en un segundo en medio de las olas que se lo llevan. Es así que el menor paso en falso compromete la vida de los viajeros. Por eso los guías hacen cruzar a los caballos por los sitios en que hay menos rocas bajo las aguas, a fin de que no tengan ocasión de tropezar. Ocurre a veces que, en mitad del trayecto, cuando lucha contra la fuerza de la corriente y está aturdido por el estruendo de las aguas, el viajero se marea y, dirigiendo mal su cabalgadura, corre el riesgo de perecer. Los caballos vadeadores son entonces una verdadera providencia, pues resisten a la mala dirección que se pretendía darles; el jinete en tal caso no tiene más que cerrar los ojos y dejar que su caballo siga a los demás: el animal parece redoblar su instinto y encargarse sólo de los riesgos de la travesía. Empleamos más de dos horas en cruzar los tres brazos y en hacer pasar las mulas de carga; pero la operación se realizó sin accidentes.

El Río Grande es uno de los mayores cursos de agua de Bolivia. Nace en las provincias de Chayanta, Tapacarí, Arque y Cochabamba, y recibe todos los torrentes de la ladera sur de la Cordillera Oriental. Después de haberse formado con el aporte de un gran número de arroyos, recibe por el norte el Río Tamborada[7], que al comienzo se dirige hacia el oeste en las mesetas de Clisa y

7 Es el río que pasa por Cochabamba.

de Cochabamba, se dirige hacia el sur y en seguida hacia el este, para atravesar la provincia de Arque; y el Río Mizque, que vi nacer en Baca y que se junta con el Chinguri o Chaluani, con el Chilón, el Pulquina, etc. Por el sur, el Grande recibe también un gran número de pequeños afluentes del norte de Potosí, de Chuquisaca y de los lugares más orientales. En el sitio en que lo crucé, el Grande ya había recibido el aporte de todos esos cursos de agua. A poca distancia de allí desemboca en la llanura de Santa Cruz, se une ahí con el Río de Acero y se dirige al nordeste hasta Payla, y en seguida a Moxos, en donde pasa a engrosar el Mamoré.

Provincia de Tomina

Al cruzar el Río Grande, había salido de la provincia de Valle Grande para entrar en la de Tomina, dependiente del departamento de Chuquisaca. Pasando un calor extremo, anduve por terrenos de aluvión o por colinas esquistosas. Bajé por la orilla derecha y comencé a andar ora por playas cubiertas de plantas marítimas, ora por el comienzo de la zona de los cactos, que ocupa cerca de quinientos metros de altura en los ribazos y da un tinte azul grisáceo que contrasta con el verde de los bosques situados más arriba. El conjunto del valle es triste; en todas partes se ven terrenos desnudos y cactos, que, aunque curiosos, no son los más indicados para embellecerlo, sin contar con que las enfermedades endémicas han ahuyentado a los habitantes, los cuales se han refugiado en los altos barrancos, en donde el cultivo de la caña de azúcar que llevaron consigo es lo único que pone una nota de alegría en ciertos parajes, tales como el Loro, Pampa Ruiz, etc., que se divisan a una gran altura. Pasé cerca de las míseras cabañas de Cerrillo, en donde algunas familias indígenas y de mulatos de tez enfermiza y casi todos desfigurados por enormes cotos, son los únicos seres que no temen desafiar las fiebres intermitentes a que están expuestos todos los años. La mayor miseria reina en este paraje. Ni siquiera pude encontrar allí una buena agua. Para beber, los habitantes van a buscarla al Río Grande, pero como es cenagosa, la clarifican aplastando en ella los tallos de una especie de bejuco, la cual no deja de indisponer a los que por primera vez toman esta agua clarificada de este modo.

Muy pronto dejé el río y comencé a trepar por un pequeño barranco, andando por esquistos en descomposición, en los cuales resbalaba a cada paso, sobre todo por la lluvia que caía con violencia. Subí trabajosamente todo el resto del día y por la tarde llegué a una chacra de Pampa Ruiz en donde me

cobijé bajo un galpón. Llovió torrencialmente toda la noche y al día siguiente no tuve más remedio que quedarme, pues el único camino trazado era el mismo lecho del Río Cucillo, en donde los torrentes saltaban con estrépito, rodando entre los peñascos. Aproveché el ocio para corretear por las vecinas montañas y recoger conchas terrestres a las que ese tiempo invitaba a salir de sus ocultos refugios; sin alejarme más que un kilómetro observé diecisiete especies.

5 de diciembre

Muy contento por no estar retenido allí más tiempo, el 5 pude por fin salir de Pampa Ruiz. Comencé mi ascensión a las montañas no sin experimentar grandes dificultades para atravesar varias veces el torrente siempre lleno de agua. Después de varias horas de lucha, alcance la primera bifurcación del barranco, en cuya prolongación el volumen del arroyo, considerablemente disminuido, no me ofrecía ya obstáculos. En ese delta existe una granja en la que se cultiva la caña de azúcar. Sus habitantes me recibieron cordialmente. Me tomé algunos momentos de reposo y me puse en marcha por un barranco profundo, sombreado de grandes árboles, entre los cuales noté un mirto cuyos frutos, entonces maduros, se parecían a los que había recogido en las márgenes del Río Santa Lucía, en la provincia de Corrientes. El barranco tornóse cada vez más profundo, y lo dejé para trepar por una cuesta difícil, cubierta de piedras movedizas, que me condujo hasta la cima de la montaña del Nuevo Mundo. Ahí me encontraba más o menos al nivel de Valle Grande, en unas mesetas cubiertas solamente con gramíneas y en las que se elevan de tanto en tanto cúpulas de areniscas friables en capas casi horizontales, presentando un aspecto muy singular. En una de ellas observé en graderías distintas muchos helechos curiosísimos que habían nacido entre las rocas. Al dejar los profundos barrancos en los que me sentía como encajonado desde hacía varios días, veía con placer cómo se desenvolvía delante de mí ese dilatado horizonte. No sin asombro, comprobé que las lluvias bienhechoras todavía no habían venido a vivificar esos parajes tan vecinos de Pampa Ruiz, en donde había estado retenido por ellas. A la tarde me detuve no lejos del pequeño caserío de Nuevo Mundo, habitado por pastores, y me instalé bajo una cornisa natural de arenisca. Aunque casi desnudos, los alrededores ofrecían, empero, con sus montecillos rocosos y las llanuras que los separaban, un aspecto tranquilo que no estaba exento de encanto. Las cabañas aisladas de los pastores y sus rebaños diseminados en la campaña animaban esta región, morada de reposo y de vida pastoril.

Al dejar el Nuevo Mundo y dirigirme al sur hacia el Pescado, bajé pronto hasta el fondo de unos barrancos doquiera cubiertos de magníficos tejos con

6 de diciembre

su follaje empenachado; pero tuve poco tiempo para admirarlos, pues la lluvia cayó de nuevo a torrentes, obligándome a vencer las mayores dificultades que hubiere jamás tenido. El suelo, compuesto de arcillas abigarradas, se volvió tan resbaladizo que a cada paso mi mula se caía o patinaba algunos metros, sin poder detenerse y a riesgo de rodar conmigo a los abismos; por eso varias veces me vi obligado a trepar a pie para disminuir el peligro. Nada en Europa es comparable a esos senderos que les llaman caminos: las aguas los socavan, uno se hunde en arcilla y hay que vencer la fuerza de los arroyos. Después de porfiada lucha, llegué a la cumbre de una alta colina; bajé a un segundo valle, atravesé de nuevo otra montaña, sin que dejasen de caer los chaparrones, y finalmente desde este último punto culminante vi la villa del Pescado y bajé por pendientes rápidas entre rocas en graderías.

El Pescado se halla en la margen izquierda del riacho del mismo nombre, que se dirige al sudeste, siguiendo un hermoso valle en donde el agricultor y el pastor encuentran grandes ventajas. Me dirigí a la casa del alcalde, quien, cuando me di a conocer, casi me salta al cuello, colmándome de atenciones. Atribuyo esta recepción a un artículo muy lisonjero para mí que el gobierno boliviano había hecho publicar el 11 de octubre último en el diario *El Boliviano*, para relatar el servicio que había prestado a la República al abrir el nuevo camino de Cochabamba a Moxos por el Río Securi[8]. La noticia de mi llegada se extendió rápidamente, y apenas pude tomarme algunos momentos de descanso, tanto fue el celo que el alcalde puso en hacerme conocer, trayéndome sucesivamente a los principales vecinos del lugar.

El Pescado está a quince leguas de Río Grande y a seis de la capital de la provincia, la ciudad de Padilla o de la Laguna que se halla en el mismo valle, pero sobre el ribazo opuesto. Esta provincia, que ocupa el extremo de las montañas de la orilla derecha del Río Grande y, por ende, las últimas comarcas accidentadas del departamento de Chuquisaca, encierra los siguientes cantones: Tomina, Tacopaya, Tarabuco, Pescado, Sopachuy, Pomabamba, Villar, Presto, Mojocoya, Tarbita y Sauses; en 1835[9] su población era de 24.881 almas. Cultívanse allí todos los frutos de las regiones templadas y frías, trigo, papas, etc.; pero la industria principal es la cría de los ganados vacuno y, sobre todo, lanar, cuyos rebaños recorren incesantemente los altos collados, en tanto que los valles están reservados para el cultivo. Esta provincia es poco rica,

8 V. Cap. XXXVI.

9 Guía de forasteros de la República Boliviana para 1935.

pero lo sería si la industria aprovechase sus lanas y si la agricultura llevase allí toda la perfección de nuestra Provenza. En efecto, la vid, el olivo, la rubia y las moreras darían magníficas cosechas, y, cuando el impulso del progreso vaya de los centros populosos a las regiones apartadas, esas colinas, esas montañas hoy sin vegetación, podrán poblarse con numerosas especies de nuestros pinos. Mientras tanto, satisfechos de sus actuales recursos, los habitantes no imaginan que les está reservado un porvenir más próspero.

8 de diciembre

El 7 de diciembre salí del Pescado para dirigirme a Tomina, situada seis leguas al sudeste. Bajé el valle y subí al collado opuesto por colinas bastante altas, entre las que corre un brazo del Río Pescado. Allí, con el pretexto de la lluvia, mi arriero quiso detenerse en un vallecito en donde la hierba podía servir para que nuestras mulas pastasen. Los alrededores están cubiertos de matas compuestas, en parte, de plantas solanáceas, recargadas entonces de flores violetas o azules. A la mañana siguiente subí a la cumbre de la cadena que separa la vertiente del Río Pescado de la del Tomina, y comprobé un fenómeno geográfico bastante singular. Circunscriptos por altas montañas, esos dos valles son paralelos y se orientan de noroeste a sudeste, pero los ríos que corren allí se deslizan en sentido contrario. En efecto, el río Pescado va al sudeste a reunirse con el Río Acero, en tanto que el Tomina sigue la dirección noroeste y se arroja en el Río Grande. Había llegado, pues, a la línea de demarcación de las aguas. Todos los suelos que hollaba pertenecían a épocas geológicas siluriana y devoniana y mostraban muchos fósiles. En el corazón de un dilatado y profundo valle, poblado por algunos frutales, alcanzaba a ver la villa de Tomina, situada en la orilla izquierda de un torrente cubierto con residuos de las rocas vecinas, y, en lo alto del valle, las partes arboladas. Como tienen la mala costumbre de prender fuego todos los años a las colinas de los alrededores para renovar el pasto, ocurre que la vegetación desaparece. Las aguas van comiendo las tierras expuestas a las lluvias torrenciales y la roca queda desnuda en todas partes. Si el geólogo encuentra allí más facilidades para reconocer la naturaleza, la edad de los suelos, el agricultor y el pastor ven disminuir sus recursos día a día: el primero pierde la tierra vegetal de todos los lugares en pendiente y los bosques que lo cubrían; el segundo, por la misma razón, no tiene más que rocas desnudas en los lugares en donde otrora sus rebaños encontraban un abundante sustento. Muchas veces señaló esta plaga devastadora que, so pretexto de una falsa ventaja para la agricultura, destruye todo el porvenir de esas regiones. Ya es tiempo de que el gobierno ponga término a este abuso, adoptando severas medidas para impedir que una comarca llena de recursos se transforme en un desierto inhabitable.

Tomina, rodeada de jardines, es una extensa villa extendida en donde viven agricultores y pastores, mezcla de españoles, de mestizos y de indios de la nación quechua. A pesar de los cultivos de una pequeña franja alrededor de la villa, el aspecto del valle es triste a causa de esas rocas desnudas y de los restos de las que los arroyos laterales arrastran hacia el río, cuya vasta playa sembrada de guijarros de todos colores es surcada, después de cada tormenta, por impetuosos torrentes que no se pueden cruzar sin correr grandes riesgos.

El 9 de diciembre me encaminé al oeste hacia Tacopaya, de la que estaba a ocho leguas. Cuando se la desciende, la veredita que conduce hasta ese lugar sigue por el fondo del valle, cortando varias veces el río, luego se eleva por la ladera de una alta colina árida, desprovista de vegetación, cuya cima muestra algunas capas levantadas que pertenecen a los suelos esquistosos. Bajé luego por una rápida pendiente al valle de Sauce Mayo, paralelo al de Tomina y del mismo aspecto, pero sin ser tan ancho ni tan profundo. Al volver a subir por el otro lado, no encontré pendientes tan escarpadas, sino unos terrenos análogos, cubiertos aquí y allá, en los barrancos, y algunos árboles espinosos. Anduve al comienzo por esquistos que contenían menos ferruginosas y un pequeño número de fósiles en capas muy empinadas; y luego, al acercarme a la cumbre de la montaña, algunos gres devonianos en capas casi horizontales. Desde el punto culminante de división de las aguas, me encontraba a escasa distancia de Tacopaya, cuyo valle profundo se mostraba a mis pies, semejante en su aspecto y paralelo a los dos precedentes. No obstante, en la parte baja de este valle el azul de lontananza me anunciaba unos bosques que los incendios anuales todavía no habían destruido. Tacopaya es una de las villas más considerables de la provincia, tanto por el número de sus habitantes españoles y quechuas, como por los cultivos de los alrededores; se cosechan allí cereales y papas. Indudablemente podrían sembrarse allí nuestros productos de Provenza, puesto que las heladas no se hacen sentir y ya crecen algunos frutales de las regiones templadas. Diré más: no sólo la temperatura es idéntica, sino también que hay, en el conjunto del paisaje, algo que recuerda, por ejemplo, los alrededores de Orange, en el departamento de Vaucluse. Por consiguiente, creo que la rubia, las moreras y muchos otros productos de esas regiones podrían ser introducidos con ventajas. La cumbre del valle parece estar llena de vegetación; tal es, por lo menos, lo que indica el color azul de las montañas.

9 de diciembre

Andando por el lecho del río, sembrado de cantos rodados traídos por las corrientes, me encaminé de Tacopaya a Tarabuco, que está a doce leguas al sudeste. Por espacio de unos cinco kilómetros, el sendero sigue al comienzo

10 de diciembre

por el fondo del valle, luego sube por esquistos negruzcos en descomposición de aspecto muy raro hasta la cumbre de una alta cadena, en donde volví a encontrar un gran número de conchas marinas en capas de terrenos silurianos. La cumbre sobre la cual me encontraba no era más que un ramal de la gran cadena que separa las vertientes de los ríos Grande y Acero, de la que no estaba más que a unas pocas leguas. Bajé por una pendiente abrupta hacía el Río Nima; volví a subir en seguida por unas areniscas, hasta un barranco estéril, en donde, sin embargo, recogí una magnífica especie de planta del género Chuquiraga cuya flor es persistente como la de la siempreviva; después de muchas fatigas, como consecuencia de los malos caminos, fui a vivaquear finalmente a la cumbre de la gran cadena. Me encontré allí con unas mesetas inmensas, cubiertas de gramíneas que, por su altura, pertenecían a la región fría o a las que los habitantes denominan Puna. Estas mesetas no son ciertamente tan altas como la meseta boliviana, pero sin embargo están a 3.500 metros sobre el nivel del mar. No existen cultivos más que en los valles laterales, pues todas las partes altas sirven solamente de pastoreo para los rebaños de ovejas. Por la noche sentí un frío muy vivo, al que ya me acostumbraría, pues había cambiado las regiones cálidas de la República por las zonas montañosas.

Una meseta casi horizontal sirve de línea divisoria entre las aguas de los ríos Grande y Acero. En efecto, algunos riachuelos se dirigen a cada lado de esta llanura, sin formar valles, los cuales no nacen sino a algunas leguas de distancia de allí, en donde se ahuecan de pronto y son muy profundos. A siete kilómetros de la cumbre de la cadena encontré Tarabuco, situado cerca de montículos de arenisca que, al sudeste y al noroeste, forman eslabones muy notables. Me sorprendí al encontrar, en vez de una villa floreciente, un montón de escombros. Durante las guerras de la independencia Tarabuco, que entonces estaba poblada por pastores quechuas, fue completamente incendiada y pasaron a filo de espada a muchos de sus vecinos porque la villa había traicionado a uno de los partidos. Desde esta época, todavía bastante reciente, no regresó a ella más que una parte de la población, y la mitad de las casas carecen de techo y se caen en ruinas. Esperemos que la tranquilidad de que goza hoy Bolivia vuelva a traer la prosperidad a esas llanuras, que pronto volverán a poblarse con numerosos rebaños.

11 de diciembre

Como era temprano, mis muleros resolvieron continuar hasta Yamparaes, de la que me separaban siete leguas de llanura. Anduve por la cumbre de la falda que separa al Río Grande de los primeros afluentes del Pilcomayo o, para

decirlo mejor, por la línea divisoria de las aguas entre el Plata y el Amazonas. En efecto, es más o menos a esta altura donde las aguas se separan para dirigirse a dos puntos tan alejados del océano Atlántico. A mitad del camino dejé atrás la provincia de Tomina para entrar en el territorio de la provincia de Yamparaes.

Provincia de Yamparaes

Desde mi partida de Valle Grande, no había transcurrido un solo día sin lluvia; pero, a medida que avanzaba, notaba que esas lluvias tornábanse periódicas y comenzaban regularmente todos los días a la misma hora. La experiencia me enseñó que, lejos de ser accidental, esta periodicidad es tan conocida por todos que en esta estación se suele recomendar que no se viaje sino por la mañana. Había notado que a eso de las tres de la tarde el tiempo se oscurecía. Nubes negras, cargadas de electricidad, recorrían los valles; tronaba en varios sitios a la vez. Siguiendo la marcha de las nubes, la lluvia inundaba los parajes por donde pasaban; el cielo se despejaba en seguida a las cinco o seis de la tarde y el tiempo volvía a serenarse hasta el día siguiente a la misma hora. Ese día yo estaba retrasado y los arrieros no cesaban de recomendarme que me diese prisa; pero no pude evitar la tormenta, lo que me alegró, pues nunca había gozado de un espectáculo más hermoso. Las nubes, que poco a poco se habían amontonado en los valles del sur, me escondieron completamente el horizonte. Los rayos hendían doquiera y se dejaba oír un constante retumbar. Las chispas eléctricas se desprendían oblicuamente en largos surcos de fuego de una nube oscura y fueron muy pronto seguidas por torrentes de lluvia. La tempestad vino de mi lado y me envolvió; entonces apenas podía ver en medio de las sombras y de los torbellinos de polvo. Los relámpagos brillaban a mi alrededor y difundían un olor sulfuroso. Mi mula, como por instinto, se detenía a cada momento, sin que lograse hacerla avanzar; estaba en la nube eléctrica y nunca me habían herido tanto la viva luz y las detonaciones repetidas del trueno. Comenzaba a encontrar demasiado hermoso el espectáculo, cuando al fin las nubes se abrieron de pronto, cayeron algunas grandes gotas y en menos de un minuto me encontré empapado. Me apuré lo más que pude, y cuando entré en la villa de Yamparaes los torrentes bramaban a mi alrededor y rodaban con estrépito sus aguas fangosas. El alcalde, en cuya casa me apeé, me reprochó mi imprudencia, cuyo alcance yo no comprendía todavía en toda su extensión. Más tarde, en efecto, me acostumbré a no viajar en esta estación

sino por la mañana. Un joven que estaba conmigo en una casa de Chuquisaca, hablaba de ir a un punto que distaba una legua. Algunas señoras le aconsejaban que no se fuese por miedo a la tormenta. El persistió y poco después fue víctima de su fanfarronada. A la tarde vinieron a anunciarnos que estando a caballo había sido muerto por un rayo.

El arroyo Yamparaes rugió durante una hora. Nadie habría podido cruzarlo entonces. Poco a poco la lluvia cesó y el campo recobró su aspecto ordinario. Solamente que en todas partes el agua había dejado zanjas, hasta en las calles no pavimentadas que recorrí por la tarde. Yamparaes es una villa grande, situada en lo alto de un valle, o mejor dicho de una meseta cubierta de tierra vegetal, en donde se cultiva trigo, quinua y maíz, en tanto que las partes altas sirven de pastoreo para las ovejas. Es cabecera de distrito de la provincia que rodea a Chuquisaca y, por consiguiente, residencia de un gobernador. Su circunscripción es muy extendida y su territorio cuenta con dieciocho villas[10]. Yamparaes está poblada por propietarios que hacen trabajar sus tierras; por algunos comerciantes; y por un crecido número de indios y de mestizos de quechua. La población total de la provincia es de 24.881 habitantes[11]. Se encuentra en las mismas condiciones que la provincia de Valle Grande, al mismo tiempo que ofrece, en sus montañas, regiones muy frías. Ciertas cumbres llegan hasta la altura de las nieves temporarias y sólo sirven para pastoreo. Por lo demás, la provincia abastece a la capital de Bolivia y da un excedente de trigo que sostiene el comercio con Santa Cruz de la Sierra. Como la provincia vecina de Cinti cultiva la vid en sus valles, me asombré de que esta industria no hubiese sido introducida en los valles tan calientes como aquellos de la provincia de Yamparaes. No hay duda de que ésta recibirá, sobre todo en lo que se refiere a la agricultura, un impulso nuevo que duplicará su producción.

A la mañana siguiente me encaminé hacia Chuquisaca, de la que no estaba más que a siete leguas, siempre dentro de la misma meseta y desde donde veía a cada paso algunas casitas aisladas o rebaños. Finalmente, llegué a dos montañas de altura media entre las cuales pasé y divisé un trecho más abajo la ciudad de La Plata o Chuquisaca, capital de la República, adonde llegué momentos después.

---

10 Yamparaes, capital, Yotala, Tuero, Quilaquila, Poopó, Siceha, Guata, Sarse, Poroma, Palca, Pacelia, Mojotoro, Arabate, Achilla, Santa Elena, Loma, Livilivi y Huata.

11 *Guía de Forasteros* de 1835.

CAPÍTULO XL

Estadía en Chuquisaca; viaje a Potosí; descripción de la ciudad y del Cerro de Potosí y viaje a Oruro

Estadía en Chuquisaca

Al bajar por la cuesta, como viese a mi derecha hermosos huertos de manzanos y advirtiese a lo lejos todos los atributos de una gran ciudad, cuyos muchos campanarios se acercaban cada vez más, experimenté una sensación que no puedo definir. Si por un lado me sentía dichoso al regresar a la civilización y gozar durante algún tiempo de sus ventajas, por otro, lamentaba perder la libertad de la vida semisalvaje que llevaba desde hacía dos años y tener que constreñirme a las exigencias a menudo estrafalarias de la sociedad. Preocupado con estas ideas, llegué a la capital de Bolivia y recorrí sus calles hasta la casa del decano Salvatierra, que me acogió con una bondad sin igual. Había tenido la amabilidad de buscarme un alojamiento y me instalé en casa del vicepresidente de la Corte Suprema, en uno de los costados de la plaza principal, en el barrio más elegante de la capital. Supe que el Presidente de la República había partido para Cobija, y como me era indispensable verlo, tuve que reanudar mis trabajos mientras lo aguardaba. Me ocupé a un tiempo en poner mis notas al día y en estudiar los alrededores desde los distintos puntos de vista de la historia natural.

En los tiempos más antiguos, Chuquisaca[1] formaba un gran burgo, poblado, como todos los alrededores, por indios de la nación quechua que pertenecían a la provincia de Charcas. En tiempos de Capac Yupanqui, quinto Inca,

1 *Chuquisaca*, viene de *choque chaca*, puente de oro.

hacia comienzos del siglo XIII, los Incas, que ya habían conquistado la provincia de Chayanta[2], enviaron mensajeros a los pobladores de Charcas, los cuales prometieron adoptar en lo sucesivo las leyes y la religión de los reyes de Cusco. Algunos años después, el hijo de éste, el Inca Roca[3], quiso hacer personalmente la conquista. Mandó mensajeros a la provincia de Charcas, la que titubeó algún tiempo; pero los ancianos, que tenían ante sus ojos el ejemplo de las provincias vecinas ya sometidas, resolvieron convertirse en fieles súbditos de los Incas. Enviaron delegados, que recibieron regalos, y, hasta la llegada de los españoles, el país entero quedó bajo la dependencia de los hijos del Sol.

En medio de las tinieblas que rodean los primeros tiempos de la conquista de América, cuando se dejan de lado las hazañas militares de los conquistadores de esta época para buscar simplemente lo que se relaciona con las provincias mismas, se advierte que los primeros españoles que recorrieron la provincia de Charcas fueron los que en 1536 integraban la expedición de don Diego de Almagro, cuando éste intentó la conquista de Chile[4]. Dos años más tarde, en 1538, después de la muerte de Almagro, el marqués don Francisco Pizarro, queriendo desembarazarse momentáneamente de sus capitanes turbulentos, los envió a cada uno por su lado para hacer nuevas conquistas. Acompañado por gente escogida, su hermano Gonzalo Pizarro se dirigió hacia Charcas, en donde tuvo que sostener varias batallas contra los indígenas, celosos de conservar su libertad[5]; pero las armas de los españoles eran tan superiores que los vencieron. Lo mismo ocurrió en Chuquisaca, en donde los castellanos se encontraron en una situación muy crítica. Cercados por todas partes, se vieron obligados a pedir auxilio. Sin embargo, conquistaron milagrosamente la victoria antes de que llegasen los refuerzos. Finalmente, vencidos los indígenas en todas partes, Francisco Pizarro distribuyó la comarca entre los conquistadores y dio los alrededores de Potosí a sus hermanos Gonzalo y Hernando, la provincia de Tapacarí a Garcilaso de la Vega, etc. En 1539, Francisco Pizarro mandó a Penancurez para que transformase la villa de Chuquisaca, compuesta

2 Herrera, Década V. pág. 76; Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales Incas*, lib. III, cap. XVII, pág. 95.

3 Garcilaso de la Vega, Ibídem, pág. 122.

4 Herrera, *Historia de las indias*, Dec. V, lib. VII, pág. 169, y lib. X, cap. 1, pág. 2-95; Garcilaso de la Vega, *Comentarios*, lib. II, cap. 20, pág. 87.

5 Garcilaso, *Comentarios*, lib. III, cap. 1, pág. 137. Un episodio de esta época demuestra que los indios no carecían de valor; siete indígenas de a pie, armados con arcos y flechas, osaron atacar a cuatro jinetes españoles, protegidos por sus corazas. Gomara, cap. 134, *Zárate*, lib. III, cap. 12.

de quichuas, en la ciudad española de *La Plata*[6], que no por eso dejó de conservar su nombre indígena. Con encarnizamiento sin igual comenzaron en seguida las guerras civiles entre los diversos conquistadores del Nuevo Mundo. A Francisco Pizarro lo mataron sus compatriotas; el hijo de Almagro se hizo proclamar gobernador. En tales circunstancias, España envió a Vaca de Castro para zanjar las diferencias; en 1544[7], nombró a Luis de Ribera gobernador de la ciudad de La Plata. La promulgación de las ordenanzas de la Corte de España relativas al bienestar de los pobres indígenas fueron en esta época la causa de nuevos disturbios entre aquellos soldados indisciplinados, y Chuquisaca, en vista de su lejanía de Lima, se convirtió en el juguete de los partidos. Sufrió sobre todo en 1546[8], durante las querellas entre Diego de Centeno y Francisco Carvajal; el primero en favor del rey de España, y el segundo estaba con Pizarro, durante el gobierno de Blasco Núñez Vela. El descubrimiento de las famosas minas de Potosí[9] enriqueció mucho a la provincia de Charcas y atrajo a ella a los españoles más ambiciosos; no obstante, después de la batalla de Guarina, en 1547[10], y la muerte de Pizarro, en 1548[11] hubo algunos instantes de tranquilidad. El presidente De la Gasca comisionó entonces a Diego Centeno para que fuese a Chuquisaca, con instrucciones muy favorables al bienestar de los indígenas[12], pero murió cuando se disponía a partir.

Acostumbrados al saqueo, todos los soldados que se habían quedado en las diversas provincias cometían tales depredaciones que la autoridad tuvo que ocuparse seriamente de este asunto. A este efecto, el Virrey y la Audiencia de Lima enviaron en 1552 a Pedro de Hinojosa como gobernador de la provincia de Charcas[13], pero a poco de llegar algunos españoles, capitaneados por don Sebastián de Castilla, se levantaron y le dieron muerte[14]. Aunque Sebastián de Castilla recibió el castigo de su crimen, fue muy pronto reemplazado por otro insurrecto no menos cruel, Vasco Godínez[15], quien mantuvo la rebelión hasta la llegada del mariscal Alvarado, enviado en 1553 para restablecer la

6 Garcilaso, *Comentarios*, pág. 139; Herrera, *Descript.*, pág. M.
7 Herrera, *Historia de los Hechos*, etc. Dec. VII, lib. VIII, cap. XVII
8 Garcilaso, *Comentarios*, lib. IV, cap. XXVIII, pág. 237. Herrera, Dec. VII, lib. X.
9 Herrera, Dec, VIII, lib. II, cap. XIII.
10 *Ibídem*, lib. IV, cap. II.
11 *Ibídem*, lib. IV, cap. XVI.
12 *Ibídem*, Dec. VII, lib. P, cap. II
13 *Ibídem*, Dec. VIII, lib. VII cap. XV.
14 *Ibídem*, lib. VII, caps. I y V,
15 *Ibídem*, Dec, VIII, lib. VIII, cap. VII

calma. Este se apoderó de Godínez, lo hizo descuartizar e infligió la pena capital a muchos de sus cómplices.

Por esta época apareció una segunda ordenanza de la Corte de España, que prohibía el trabajo personal de los indígenas[16]. Fácil es concebir el efecto que esta sabia medida debía producir en los indóciles capitanes españoles. Comenzó entonces la rebelión de Francisco Hernández Girón[17], que provocó tantos desórdenes, sobre todo en la desdichada provincia de Charcas, durante el año 1554[18]. La muerte de Girón restableció al fin la paz, y sólo a partir de entonces Chuquisaca comenzó a prosperar.

Habían construido en ella una iglesia magnífica, que en 1551[19] fue erigida en catedral. Como las minas de Potosí atrajeron cada vez más la atención del Rey, en 1559[20] establecieron en Chuquisaca una audiencia real, un arzobispado y, más tarde, una universidad, que fue luego todopoderosa y que hizo de Chuquisaca la ciudad culta del Alto Perú.

La lejanía en que Buenos Aires se encontraba de Lima, su capital, llevó a separar en 1776[21] al Perú en dos virreinatos. Buenos Aires se convirtió en la igual de la ciudad de los Reyes, y se le agregó Chuquisaca, lo mismo que todo el Alto Perú. Los virreyes del Río de la Plata no tardaron en percatarse de que su poder no podía llegar a una distancia tan grande; advirtiéndolo sobre todo cuando la revuelta de Tupác Amaru, último retoño de los Incas, que provocó tantos desastres de 1780 a 1781, mientras duró esta lucha de los desdichados indígenas contra los españoles para sustraerse al inhumano trabajo de las minas de Potosí[22]. Finalmente, en 1785, Chuquisaca vio restaurada a su audiencia real[23]. Como recompensa por sus inmensos servicios durante la guerra de Tupác Amaru, Flores, aunque americano, había sido nombrado presidente de la Audiencia, lo que encendió los celos entre los españoles. Segundo precursor de esta gran crisis política que debía separar a América de España, una riña de soldados con el pueblo sirvió de pretexto y causó la injusta caída de Flores[24].

---

16 *Ibídem*, Dec. VIII, lib. VIII. cap. XI.
17 Herrera, lib. VIII, cap. XII.
18 Herrera, Dec. VIII, lib. IX, caps. XIX y sigts. Garcilaso, *Comentarios*, pág. 442.
19 Jorge Juan, *Relación histórica*, T. III, pág. 193.
20 *Ibídem*, pág. 192.
21 Fúnez, *Ensayo de la historia del Paraguay*, T. III, pág. 196. *Guía de Forasteros de Buenos Aires para 1803*, pág. 32.
22 Fúnez,T. III, págs 242 y sigts especialmente 276.
23 Idem. pág. 348.
24 Idem. pág. 352.

El primer grito de la independencia nacional, lanzado el 16 de julio de 1809 en La Paz, tuvo gran repercusión. Entre el despotismo español y la independencia americana se entabló una lucha encarnizada, la misma que terminó en 1824 con la famosa batalla de Ayacucho, en el momento en que el Alto Perú se convirtió en la República de Bolívar, llamada más tarde Bolivia. Chuquisaca fue su capital provisoria; era todavía la sede de una escuela de derecho, de un arzobispado y de una corte suprema; de esta manera La Plata conservó siempre sus atributos de ciudad docta y conserva hoy todavía el primer rango entre las ciudades de América meridional. Es actualmente la ciudad de Sucre.

Chuquisaca, en donde viven unos 14 000 habitantes, se levanta al pie de altísimas colinas, en un terreno en pendiente, entre los dos brazos de un arroyo que, bajo el nombre de Río de la Plata, va a unirse con el Cachimayo, cerca de la aldea de Yotala. Sus calles, bien alineadas, dividen la ciudad en manzanas iguales; las casas son de dos pisos, muy adecuadas, edificadas con gusto y dominadas en ciertos barrios por los campanarios de diversos conventos[25]. Su plaza mayor, cuyo centro está adornado con una fuente, muestra en uno de sus lados una amplia catedral de tres naves, construida en estilo morisco, con una torre cuadrada de tres pisos y una cúpula inmensa. El interior de este edificio está cubierto de esculturas y de dorados. A un lado se ve la casa del gobernador, edificio cuadrado, de cómoda distribución. Los demás lados de la plaza tienen casas de dos pisos, en las que los almacenes ocupan el primer piso y los balcones de madera adornan el segundo piso. Cuanto más nos alejamos de la plaza, más bajas son las casas. Bajando de la plaza, se va al hospital, y más abajo todavía a un hermoso paseo desde el que se contempla la campaña.

En los alrededores de la ciudad se ven árboles frutales de Europa, tales como los manzanos y durazneros; algunas casas de campo son verdaderamente agradables. Entre ellas debo citar sobre todo Garcilaso, magnífico jardín en donde encontré una nueva especie de palmeras[26]: traída sin duda de los valles vecinos, en donde crece naturalmente.

Existe en Chuquisaca una muy buena sociedad integrada por magistrados, profesores, empleados civiles y militares, el alto clero, el comercio y grandes propietarios. Durante el período de sesiones del Congreso, encuéntranse

25 Había en otro tiempo cinco conventos de religiosos: los de San Francisco, Santo Domingo, de la Merced, San Agustín y además un colegio de jesuitas y un hospital de San Juan de Dios. Había dos conventos de religiosas: Santa Clara y Santa Monica.

26 *Diplotherium Torallyi.*

allí los diputados de todos los departamentos, de donde resulta que esta ciudad encierra una gran cantidad de gente culta y que se puede vivir en ella de la manera más agradable posible. Cuando se desciende de la clase superior de la población a las capas interiores, se advierte de inmediato una inmensa diferencia, más visible entre los artesanos. Estos no son ya españoles puros, sino mestizos de españoles e indios, conocidos en el país con el nombre de *cholos*. Por debajo de éstos aun están los indios, que forman las últimas clases y sobre los cuales recaen todas las cargas sociales. Son hombres sobrios y trabajadores, objeto del desprecio de todos y que se consuelan de ello bebiendo chicha muchas veces más de la cuenta. Si hombres y mujeres del gran mundo siguen las modas francesas, no ocurre lo mismo con las mestizas y las indias. Las primeras *(cholas)* llevan un vestido que es una mescolanza del de los indígenas y del de los europeos.

Por ejemplo, llevan mangas abullonadas y el resto de la vestidura con las formas regionales, pero recargado de adornos. Cuando se pasean con el pañuelo bordado en la mano, su chal y su pollera llena de cintas, con la cabeza adornada de abalorios y los pies calzados en zapatos de raso, se diría que salen de un baile. Recurren por lo demás a todas las astucias de la coquetería y sus costumbres son bastante livianas. Con excepción del sombrero, la indumentaria de los indios y de las indias difiere muy poco de la de los de La Paz.

Atacado por una fiebre intermitente desde que llegué a Chuquisaca, el sulfato de quinina me compuso muy pronto y pude reanudar mis trabajos ordinarios. Aproveché la estación para recoger plantas de las montañas vecinas y para darme una idea exacta de la geología local. En la pascua de navidad fui testigo de una costumbre peregrina. Todas las damas levantan altares en los que exponen niños Jesús acompañados por todos los atributos de su edad. Son pequeñuelos rodeados de juguetes y de adornos graciosísimos. Para ver esos altares, se visita a las damas, que rivalizan en lujo unas con otras. Es costumbre general engañarse en esas visitas: nos invitan, por ejemplo, a comer merengue y, en lugar de eso, encontramos algodón, lo que provoca la risa de los asistentes.

Me encontraba todavía en Chuquisaca durante el Carnaval y pude presenciar allí los mismos juegos que en las demás ciudades de América. Los hombres recorren las calles con unas escaleras, y en todas partes su paso despierta una pequeña guerra; las mujeres arrojan desde los balcones grajeas a los hombres, los cuales les tiran de vuelta huevos llenos de perfume. Estos últimos levantan sus escaleras, suben al asalto y persiguen a las mujeres para pintarlas de varios colores. Estas tratan de vengarse de sus agresores arrojándoles harina y bermellón. No se

1833

oyen entonces más que gritos alborozados. Todas las clases sociales se ponen en movimiento, pero cada una de ellas tiene sus juegos particulares, que duran hasta el miércoles de ceniza, en que la austeridad de la cuaresma y de los ayunos reemplaza a esta bulliciosa alegría.

Uno de los últimos arzobispos de La Plata, el señor Mojo, había sido obispo de México, en donde su gusto por la historia natural y por las antigüedades lo había llevado a reunir una buena colección de objetos curiosos, que en Chuquisaca pudo enriquecer con productos y antigüedades regionales. A su muerte, esas piezas se habían dispersado en parte, pero todavía quedaba una buena cantidad. Las vi y hablé de ellas al Presidente cuando volvió, y con gran alegría obtuve esos preciosos materiales[27] de historia americana.

Unicamente la esperanza de encontrarme con el Presidente de la República me hizo prolongar mi estada en Chuquisaca. Cuando regresó de Cobija, el jefe del Estado boliviano tuvo para mí muchas pruebas de bondad. Me dio las más vivas recomendaciones para las autoridades, y todo me inducía a creer que todavía, antes de llegar al puerto, habría de obtener en el altiplano una abundante cosecha de antigüedades. Por fin, lleno de gratitud, me dispuse a salir de Chuquisaca, en donde no había recibido más que atenciones de los vecinos y pruebas de consideración de los administradores.

Viaje a Potosí

Guiado por el señor Torally, médico francés con el cual había trabado amistad, salí de Chuquisaca el 10 de marzo para ir a Potosí, treinta y dos leguas al sudoeste. Bajé de la ciudad hacia el barranco de La Plata, lleno de casitas, y a más de dos kilómetros atravesé su lecho cubierto de cantos rodados. Comencé a trepar la cuesta del Tejar, montículo pelado que, sin embargo, sería muy fácil poblar con abetos, y al bajar tomé un pequeño barranco pedregoso que me llevó al Cachimayo. Este río tiene sus fuentes en las montañas del sur de la provincia de Chayanta y va a reunirse más abajo, cerca de Tuero, con el Pilcomayo, con el cual se arroja al Paraguay. Sus aguas, menos crecidas que en los meses precedentes, eran sin embargo difíciles de cruzar entonces. Su lecho, que corre entre esquistos en descomposición, está cubierto de cantos rodados

Cachimayo
10 de marzo

27 Varios de esos objetos han sido dibujados en las láminas de antigüedades: todos ellos figuran en mis colecciones particulares.

y de arenas que provienen de las capas de arenisca que coronan las montañas. Como no existe puente, en la estación de las lluvias hay que esperar a menudo varios días el momento oportuno para cruzarlo. En el valle han construido varios molinos de agua que funcionan cinco o seis meses al año. En la otra orilla escalé una cuesta pedregosa por un sendero tortuoso y establecí mi campamento en la cumbre de la montaña cerca de una cabaña de indios. Me encontraba a escasa distancia de las montañas de Huallas, que se divisan perfectamente desde Chuquisaca. Los alrededores están cubiertos de pasto, en los que en donde los indios hacen pacer a sus manadas de ovejas, mientras que ciertas partes abrigadas son empleadas para el cultivo de papa y trigo.

Se quejan con razón en Chuquisaca de la escasez de leña, que aumenta todos los días como consecuencia de la mala costumbre que tienen los indios de quemar anualmente el campo y de arrancar los arbustos en vez de cortarlos. Si el gobierno tomase a este respecto sabias medidas, prohibiendo esos incendios, fijando y regularizando la tala de árboles en las tierras fiscales; si, estableciendo una administración de selvas, utilizase las inmensas superficies que todavía posee, sembrándolas con nuestros árboles forestales, como álamos, encinas y sobre todo pinos, no dudo que podría asegurarse en el futuro rentas muy elevadas, al mismo tiempo que dotaría al país con una nueva industria, conservadora de los terrenos, ya que utilizaría un suelo hasta ahora parcialmente sin destino. Entonces hasta las mismas peñas se cubrirían de árboles, las nubes se detendrían allí, numerosas fuentes se formarían en los puntos culminantes y permitirían el riego y, consiguientemente, los cultivos en una multitud de valles hoy demasiado secos. Esta rama de la explotación, alentada en todas partes, significaría ella sola tanto como el producto actual de las minas, con tanta más razón cuanto que los alrededores de Potosí, de Oruro y de todos los lugares donde existen establecimientos metalúrgicos carecen de combustible, lo que retrasa considerablemente los trabajos e impide sacar ventajas reales, siendo así que esos terrenos son más propicios que muchos otros para esa clase de cultivos. No vacilo en llamar seriamente la atención a un gobierno amigo del progreso acerca de esta importante mejora, señalándola también a los propietarios, cuyas rentas bajan todos los años. Sería sobre todo un medio para tornar productivos lugares hoy completamente sin valor. Este pensamiento me ocupó una buena parte de la tarde, mientras mi mirada recorría las cimas desnudas de las montañas que me rodeaban y las comparaba mentalmente con la hermosa Suiza, no menos accidentada, o los Pirineos, cubiertos de álamos hasta en sus peñascos más escarpados.

Pilcomayo
11 de marzo

Al día siguiente bajé primero por suaves pendientes hasta el comienzo de la *Quebrada Seca*, en cuyo fondo anduve cerca de tres leguas, metiéndome cada vez más entre los paredones escarpados de la montaña. Pasé cerca del caserío de la Calera, así llamado por los hornos de cal que allí se ven y que anuncian la presencia de calcáreos. Más allá me encontré como en un foso por donde corría un torrente sobre un lecho de esquistos negruzcos en descomposición, cuyas capas, fuertemente levantadas, ofrecían un singular aspecto que contrastaba con las areniscas amarillentas de las cumbres vecinas. Después de una larga marcha entre restos de rocas, vine finalmente a parar al valle profundo por donde corre el Pilcomayo. A la entrada de la Quebrada Seca me llamó la atención el amontonamiento de los fragmentos de esquistos y de areniscas arrastradas por las lluvias torrenciales. Una inmensa superficie socavada está completamente cubierta por esos residuos. A la entrada del barranco, encontré el *Tambo de la fuente*, casa en que los viajeros pueden detenerse antes de cruzar el río. Allí me encontré con un compatriota que se ocupaba de su explotación comercial y del cultivo de algunos campos de los alrededores. Me detuve solamente algunos momentos con el objeto de visitar las cercanías y contratar un guía para cruzar el río.

El Pilcomayo, uno de los mayores cursos de agua de Bolivia, nace cerca de la meseta boliviana, en el valle de Tolapalca, al noroeste de Potosí, pasa cerca de Lagunillas, desciende entre altas montañas hasta no lejos de Yocalla, en donde gira al este para llegar al punto donde me encontraba. Se inclina luego un poco hacia el sur y entra en seguida en las llanuras del Gran Chaco, que cruza hasta llegar al Río Paraguay. Podría ser navegable en toda la llanura. A menos de un kilómetro más allá de Tambo hay una parte en donde el Pilcomayo se encuentra muy encajonado entre dos montañas; habían construido un puente allí, pero como a éste se lo llevó la corriente, quisieron hacer un puente colgante, que quedó en proyecto. Este punto es ciertamente muy favorable para una construcción de esta naturaleza, que prevendría los frecuentes siniestros, pues los viajeros, aun a riesgo de verse arrastrados por las corrientes o de perder allí sus mercaderías, se ven en la necesidad de vadear el río. En la estación lluviosa ocurre a menudo que las comunicaciones quedan interrumpidas ocho o quince días seguidos y que los viajeros están obligados a esperar el descenso de las aguas. Para evitar estas fastidiosas contingencias, se cruza el río más abajo, en un sitio en donde, mucho más ancho, se divide en varios brazos.

Al salir de Tambo, hice cerca de una legua andando por el medio mismo del Pilcomayo, que a menudo mide de una a otra orilla más de un kilómetro.

Este río forma una extensa playa cubierta de guijarros y de restos de rocas arrancadas a las montañas vecinas, y entre los cuales sus aguas corren ya reunidas en un solo haz y rodando con estrépito, ya divididas, y variando de dirección en cada creciente, lo que hace su pasaje muy variable. De donde resulta que los guías tienen que reconocer muy frecuentemente los puntos vadeables para poder dirigir con seguridad la marcha de los viajeros. En sus riberas noté algunas chacras con muchos árboles frutales y molinos de agua. Cuando éstos no están en reparación, lo que ocurre muy a menudo como consecuencia de las crecientes, dejan a sus propietarios buenas ganancias y animan el pie de los collados que bordean el río.

Departamento de Potosí

Al atravesar el Pilcomayo, crucé los últimos límites del departamento de Chuquisaca para entrar en el de Potosí. Pronto, después de un camino difícil y cansador, dejé el valle escalando las abruptas pendientes de la cuesta del *Terrado*. Al comienzo subí por esquistos azulados, que luego dejé por pizarras en donde noté la presencia de trilobites. Finalmente, esas rocas cedieron lugar a areniscas compactas y luego a la arcilla sobre la que se asientan las areniscas. Recogiendo muchas plantas, llegué a la cima de la cuesta, en donde me vi en una inmensa llanura cubierta de un verde pasto, en medio de la cual encontré la posta del Terrado, en donde me sentí muy contento de hallar un abrigo contra los chaparrones que me felicitaba de no haber sufrido cuando estaba en el Pilcomayo. La posta es una hermosa granja con pastos para mucho ganado, en tanto que varios lugares cultivados dan excelentes cosechas de trigo.

Al salir de Terrado, recorrí algunas llanuras frías, tapizadas no solamente con verde pasto, sino también con una multitud de flores de variados colores. Eran gladiolos amarillos o blancos o brillantes ranunculáceas.

12 de marzo Ocupado en estas cosas, y pensando en la utilidad que podría sacarse de estas tierras vírgenes, me acerqué poco a poco al caserío de *Cuchi Huasi* en donde algunas casitas de quechuas rodean una humilde capilla. Los alrededores, muy abarrancados, presentan un notable aspecto. Como las areniscas reposan sobre la arcilla, resulta que todos los bloques aislados de esas rocas resguardan a la arcilla, su soporte, del efecto incesante de las lluvias torrenciales que desnudan los terrenos a su alrededor y de esta manera cada bloque errático se encuentra levantado y colocado sobre un pie estrecho en forma de hongo. La gran cantidad de esos bloques o conjuntos

más o menos considerables de montículos da al campo una fisonomía singularmente pintoresca y hace de él uno de los lugares más curiosos.

De Cuchi Huasi me dirigí a las montañas que separan la vertiente del Pilcomayo de la del Mataca, su tributario meridional más importante. Por espacio de algunos kilómetros, anduve por la cima, teniendo al oeste un valle ancho, deshabitado, regado por el Río Juan Tapita, uno de los brazos del Pilcomayo, y al otro lado las quebradas profundas por donde corren los afluentes del Río Mataca, cuyo valle divisaba a tres o cuatro leguas y cuyas vueltas podía seguir hasta su unión con el Pilcomayo, a unas nueve leguas de distancia. Es imposible decir cuánto se ensancha el horizonte desde esas cumbres y hasta dónde puede perderse la vista; pero, en medio de esas campañas entrecortadas de valles y de montañas, la vista del viajero buscará en vano algunas casas. Se considerará muy favorecido si de tanto en tanto, como para recordar la presencia del hombre, puede ver unos rebaños de ovejas, guiados por el humilde descendiente de los quechuas, antiguos vasallos de los hijos del Sol. Visten todavía la misma ropa que llevaban en esta remota época. Armados con su honda, y siempre con su bolsita de coca, esas pobres gentes se creen dichosas cuando no están expuestas a los vejámenes y a los ultrajes que les prodigan las demás clases sociales; por eso en cuanto ven desde lejos a los viajeros, les huyen.

Como la arista de las montañas se volvía demasiado desigual, la senda baja por la derecha hasta un profundo barranco, llamado por esta razón Quebrada Honda. Allí, andando por el fondo de esta especie de foso, me llamó la atención la variedad de coloración de las capas que componen el suelo. Eran, en toda la extensión de la palabra, areniscas abigarradas de color violeta, rojo y amarillo. De esta manera llegué a la posta de Quebrada Honda, en donde me detuve algunas horas para que descansaran los caballos; luego proseguí mi camino. Por un camino muy incómodo, escalé sobre arenisca en descomposición hasta la cumbre de la cadena que había dejado durante el día. Del otro lado ya estaba en las mesetas altas, en donde caminé hasta la noche para alcanzar al grupo de cabañas de indios pastores de Lagunillas. A nuestra llegada, como vieran de lejos nuestras armas de caza, los habitantes nos tomaron por militares, a quienes temen, y se apresuraron a esconderlo todo para rehusarnos lo que pudiésemos pedirles. En efecto, como los hombres habían huido, en todas las casas no encontré más que mujeres, poco dispuestas a recibirnos por temor a que les pidiésemos contribuciones. Bastante trabajo me costó persuadirlas de que yo no era militar; pero a la sola vista del dinero cambiaron de repente sus modales, y pronto me ofrecieron todo lo que necesitaba con la hospitalidad más solícita.

Desde Chuquisaca era mucho lo que había subido: de la temperatura de Burdeos, por ejemplo, había pasado a la de Suiza. Ya las cumbres de todas las montañas exhibían plantas alpinas, y de tanto en tanto alcanzaba a ver al ciervo de las cordilleras (*Cervus antisiensis*, *d'Orb.*). Nuevamente había llegado a la zona de altura conocida con el nombre de Puna. Los alrededores de la parada estaban cubiertos de césped tachonado con un gran número de flores blancas o amarillas, todas pertenecientes a las plantas compuestas. Entre Terrado y Bartolo hay dieciocho leguas terrestres, y ya había hecho algo más de la mitad. A corta distancia de allí pasé cerca de tres lagos que dan su nombre a la comarca; sus aguas límpidas están pobladas con muchísimas aves que alegran ese paisaje gracioso en forma de hoya circundada por montañas. Al dejarlo, me encontré en una cumbre de arenisca desde la que divisaba a más de una legua al sur el villorrio de Mojotorillo, situado en las laderas del valle del Chorillo, al que bajé poco después. Desde Santa Cruz hasta entonces había andado siempre por terrenos de sedimento, formados por depósitos acuosos; me sorprendió pues, al pasar por el barranco de Chorillo, encontrar en todas partes residuos de rocas de origen ígneo y pórfidos de variados colores, de los que el arroyo estaba lleno. Hasta Bartolo todas las montañas ostentaban esas mismas rocas en medio de un suelo disparejo.

13 de marzo

Bartolo es un burgo grande habitado casi exclusivamente por indios quechuas pastores y agricultores; su aspecto es triste. Desprovistos de árboles, todos los parajes poblados de las regiones altas se parecen muy poco en general a nuestros burgos de Francia, siempre rodeados de jardines y muy a menudo de bosques. Los alrededores de Bartolo están bien cultivados; no se ven más que campos sembrados. No me detuve allí, y como todavía tenía que hacer doce leguas, resolví continuar. De la aldea bajé hacía el arroyo Pujioni, uno de los afluentes del Río Mataca, dominado por altas montañas apezonadas, las que atravesé pasando por una garganta cubierta de pasto y fui a vivaquear a más de una legua de ahí, en una llanura al borde de un arroyo. Los alrededores están cubiertos de pasto y los acantilados escarpados de las orillas del arroyo, compuestos de tierra arcillosa, están acribillados por las madrigueras de las vizcachas, mamífero roedor, pariente de las marmotas. Las espié a la nochecita y maté varias con toda facilidad. Son animales de gran agilidad que trepan por paredones casi verticales.

Al proseguir mi camino a la mañana siguiente, atravesé otra colina cubierta de pasto y divisé el Río Chaqui, que tiene sus fuentes a poca distancia de Potosí y se dirige al estesudeste, hasta el Río Mataca, del que es su fuente

14 de marzo

principal. Sobre el ribazo opuesto, a una legua más o menos, veía dibujarse en anfiteatro el burgo de Chaqui, uno de los más importantes de todos los alrededores y compuesto por gran número de casas y una iglesia. En sus campos circunvecinos se siembra trigo. Por lo demás, es este valle el último punto en que la agricultura pueda ofrecer algunas ventajas, pues más arriba la temperatura es demasiado fría. Remonté dos leguas el lecho del río hasta su primera bifurcación, cerca de la cual encontré la posta de *Negro Tambo*, en donde no me detuve para proseguir una legua más hasta el establecimiento de los baños sulfurosos de Potosí, o *Los Baños*.

Estas aguas termales de Potosí, situadas a cuatro leguas al nordeste de la ciudad, gozan de gran reputación en Bolivia. Allí vienen a curarse las afecciones reumáticas o cualquiera otra clase de dolencias. El establecimiento consiste en departamentos dispuestos alrededor de un amplio patio en donde los bañistas pueden instalarse. Allí pueden alojarse a poca costa y encuentran una mesa poco dispendiosa. Hay siempre muchos enfermos que han acudido de diversos puntos, sobre todo de Chuquisaca, de Potosí o de los valles vecinos, pero en balde se buscarían cualquiera de los refinamientos de que se rodearon en Europa nuestros establecimientos del mismo género. No solamente uno está privado del "confortable" de los baños de *Baden*, en el gran ducado de Baden, sino que hasta se carece de lo necesario. Un solo depósito cuadrado, en un lugar que a propósito lo han dejado muy oscuro, recibe en desorden a hombres, mujeres y niños. Se comprende que de ello deben resultar toda suerte de desórdenes, que necesariamente tienen que alejar a muchas personas. Aunque el agua se renueva por un pequeño canal de desagüe, que sirve para evacuar el desborde a medida que mana la fuente, no es menos cierto que el agua no está renovada más que en parte. Según el grado de calor que se quiera tener en un baño, uno se aproxima o se aleja más de la fuente, que es tan caliente que no se la puede soportar. Un grave inconveniente en los baños de Potosí consiste en la temperatura fría del lugar en que están ubicados. Se comprende que, siendo muy considerable la diferencia de calor que existe entre el depósito y el ambiente, la obligación de salir para volver a su departamento expone a los bañistas a frecuentes accidentes.

Para llegar a Potosí tenía todavía que cruzar un valle tan frío, como la meseta boliviana, situada a 4.000 metros sobre el nivel del mar. Altísimas montañas rodean este valle; su suelo parejo y pedregoso está cubierto de una vegetación muy pobre, que no ofrece a los rebaños más que un escaso sustento. Subiendo siempre, lle-

15 de marzo

gué gradualmente hasta el extremo del valle, en donde, después de trepar una pequeña cuesta de pórfido, me encontré muy cerca de ese Potosí de riqueza proverbial, de esa montaña misteriosa de la que tantos millones salieron, sin mejorar la suerte de los desdichados indígenas, instrumentos ignorados del esplendor de España durante algunos siglos.

Descripción de la ciudad y del Cerro de Potosí

Tenía a mis pies la ciudad de Potosí y a escasa distancia la montaña del mismo nombre, cuyo cono aplastado se proyectaba sobre el cielo purísimo. Me sorprendió al instante el gran número de casas y de ingenios abandonados que divisaba en el fondo del valle; no obstante, los monumentos y el aspecto grandioso de esta ciudad decadente tenían todavía algo de imponente junto a esas montañas áridas, morada constante de las escarchas y de la esterilidad. Bajé a la ciudad, en donde me instalé por unos doce días, durante los cuales exploré cuidadosamente todos los alrededores.

Desde la época más remota, los Incas sabían explotar las minas de plata por medio del fuego. Es así cómo la montaña de Porco[28], situada a algunas leguas de Potosí, tenía su explotación indígena mucho antes de la conquista de los españoles. Cito esta circunstancia porque condujo más tarde al descubrimiento de los tesoros escondidos en la montaña de Potosí. En efecto, en 1545[29], un indio de Porco, llamado Diego Wallpa, que perseguía a un ciervo, subió al cerro de Potosí; allí, como quedase enganchado en las ramas de una planta, ésta se desprendió del suelo y le descubrió un riquísimo mineral de plata. Su práctica en este género de explotación le hizo reconocer de inmediato el mineral: cogió unos trozos, que fundió en cuanto llegó a su casa, y transformó en plata pura. Continuó así algún tiempo a escondidas, pero uno de sus vecinos, llamado Guanca, habiendo notado la buena vida que se daba Gualca, logró arrancarle su secreto y ambos explotaron la mina en común; mientras tanto el segundo, menos hábil que el primero para purificar el metal, y como no hubiese logrado que su asociado le enseñase cómo se las arreglaba para ello, se enojó, y se lo fue a contar todo a un español del que era esclavo. Este euro-

28 Herrera, Dcc. VIII, lib. II, cap. XIV, pág. 40. Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, pág. 298.

29 Herrera, Dec. VIII, lib. II, cap. XIV, pág. 39. Jorge Juan, *Relación de un viaje*, tomo III, pág. 194.

peo, llamado Villarroel, vecino de Porco, se fue sin perder tiempo al paraje, en donde reconoció la inmensa riqueza del filón; el 21 de abril de 1545 solicitó la posesión de esas tierras y continuó su explotación, pagando la quinta parte al rey de España, según la costumbre. Este filón lleva todavía hoy el nombre de Veta Descubridora. Pocos días más tarde se descubrió el filón llamado Vela de Estaño; al año siguiente, el filón denominado Veta Mendieta; y, finalmente, el rico filón Vela Rica; eran éstos los cuatro principales que estaban en explotación.

Muy pronto la fama dio a conocer el descubrimiento de Potosí, y a él acudieron los españoles de todas partes, sobre todo de Chuquisaca, trayendo sus indios, y en poco tiempo Potosí se convirtió, a pesar de su temperatura glacial, en la ciudad más opulenta del Perú. Las insurrecciones de Castilla, de Godínez y de Girón, de las que ya hablé en Chuquisaca[30] y de la que Potosí fue teatro principal desde 1552 a 1554[31], no impidieron que la ciudad tomase cada día más desarrollo. Como los españoles ignoraban los medios de explotación de que se valían los indios, durante mucho tiempo les confiaban este trabajo mediante el abandono de una parte determinada del producto. Con sus pequeños hornos portátiles, los indios se establecían en las laderas de las montañas, sin usar otro fuelle que el viento natural. Y era así que para esta época a veces se veía durante la noche brillar en las montañas las llamas de algunos millares de esos hornos[32]. Finalmente, hacia 1567 un portugués llamado Enrique Garces[33], notó la gran analogía entre el bermellón y cierta piedra con la que los Incas se pintaban la cara de rojo: hizo un ensayo con ella y reconoció el mercurio. Buscó el sitio de donde provenían esas piedras y las encontró en Guanca, que recibió entonces el sobrenombre de Villca (la rica), nombre que los españoles corrompieron en Guanca Velica. Aunque anualmente se extraían hasta 400.000 kilos de mercurio, pasaron todavía cuatro años antes de que se lo emplease en las minas. En 1571 mandaron al Perú a Pedro Fernández de Velasco, que había aprendido en México la manera de trabajar la amalgama[34]. Este nuevo método de explotación merecía seguramente toda la atención del gobierno español; por eso al año siguiente don Francisco de Toledo (1572) quinto Virrey del Perú, quiso ir él mismo a Potosí[35]. Creó allí la moneda, co-

30 V. cap. 40, parágrafo I

31 Herrera, Dec. VIII, lib. X, cap. V, pág. 225.

32 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VIII, cap, XXV, pág. 301.

33 Herrera, Dec. VIII, cap. XV, pág, 41.

34 Garcilaso, *Comentarios*, lib. VIII, cap. XXV, pág. 301.

35 Manrique, *Descripción de la villa de Potosí*, pág. 1. *Colección de obras y documentos*, etc., T. 2.

menzó la construcción de la iglesia matriz, hizo ensanchar las calles y regularizó la explotación de las minas, sometiéndolas a las ordenanzas que la rigieron hasta hoy. En esta época, Potosí recibió un nuevo impulso, sus riquezas llegaron pronto a su máximum y se hicieron sentir en toda Europa.

Según los inventarios mandados a hacer en 1574 por el Virrey Toledo, Potosí había producido ya 76.000.000 de pesos o 380.000.000 de francos[36], y de 1574 a 1585, 35.000.000 de pesos o 175.000.000 de francos: en total, 555.000.000 en cuarenta años. Afirma un autor[37] que hasta 1638 se habían extraído de Potosí 395.619.000 pesos o 1.978.095.000 francos, lo que elevaba la renta de esas minas a 21.275.215 francos por año solamente para las sumas declaradas, en tanto que es cierto que deberían explotarse por lo menos un tercio más, cuyas rentas fiscales sustraían al gobierno español. A pesar de las sangrientas querellas que surgieron entre los españoles de dos provincias[38] a pesar de las continuas diferencias de los habitantes, Potosí suministró inmensas ganancias hasta fines del siglo XVII, y aun hasta mediados del siglo XVIII. Esas ganancias disminuyeron repentinamente después de esta época. A consecuencia de trabajos mal dirigidos que no permitían la fácil extracción del mineral, y en razón de la profundidad a que se había llegado, los principales filones se inundaron. Con la esperanza de desagotarlos, cavaron siete galerías de desagüe; pero como éstas, que llegaron a costar hasta 947 francos por metro[39], habían estado mal dirigidas y sus niveles tomados erróneamente, no dieron ningún resultado satisfactorio.

Al comienzo se perdía tanto mercurio en la extracción de la plata del mineral, que hacía falta por lo menos un kilo de aquél para obtener igual cantidad de plata. Un escritor de aquel entonces nos informa que de 1574 a 1633 se vendieron en Potosí, y con destino a explotación de las minas, 10.235.000 kilos de mercurio. Una nota oficial presentada al Virrey por el gobernador de Potosí, don Juan del Pino Manrique, el 16 de diciembre de 1787[40], dice que las minas no daban entonces más que cuatro marcos, que para un kilo de plata hacían falta 2.500 kilos de mineral, y que, de no haber sido por el establecimiento de la Mita[41], la ciudad estaría completamente arruinada; sin embargo,

36 Herrera, Dec. VIII, lib. II, cap. XV, pág 40.
37 Escalona, *Gazophilacio Perubico*, fol. 193.
38 Entre andaluces y vascongados. Manrique, *Descripción de la villa de Potosí*, pág. 4.
39 Tal es por lo menos lo que afirman las notas que me proporcionó la administración de la Moneda de Potosí.
40 *Colección de obras y documentos para la historia*, T. 2.
41 Ya hablé de la Mita. V. ese capítulo.

el cerro de Potosí producía todavía todos los años de 62.000 a 75.000 kilos de plata[42]. En 1825 formóse una compañía inglesa para explotarlo, pero esta asociación, que era más un negocio de banca que otra cosa, fracasó antes de llegar a las minas. Llegaron hasta Arica unas máquinas demasiado pesadas, las cuales, como no pudieron ser transportadas a lomo de mula, fueron rotas y vendidas como hierro viejo. Por otra parte el general Paroissien, a la sazón director, murió de pena y ningún trabajo más se inició en Potosí. Hoy (1833) casi no se extrae mineral. Los especuladores se conforman con comprar a los indios, a tanto la carga, minerales elegidos entre las antiguas excavaciones de los primeros mineros. Lo más común es que se aplaste el mineral por medio de un gran pisón puesto en movimiento por una palanca, mientras que todos los ingenios de las antiguas explotaciones caen en ruinas. Se tamiza ese mineral y se lo entrega a la amalgama.

El historiador Herrera[43] cuenta que la ciudad, la mayor del Perú, tenía hacia la época en que escribía (comienzos del siglo XVII) dos leguas de circunferencia y que su comercio era considerable. Dejando de lado la leve exageración del relato, lo cierto es que debía ser la ciudad más opulenta y más comercial, pues los mercaderes de todo género encontraban en ella inmensas ventajas para el cambio de sus mercaderías por plata en barra. En 1780, según Manrique, no había en la ciudad más que 24.206 almas, y según el censo de 1835 sólo había 13 650, incluidos los de los suburbios (Cercado). Así, esta ciudad tan rica otrora, decae a medida que disminuyen sus productos, y la amenaza, una ruina total si nuestra industria europea actual, con sus numerosos recursos, no acude a reanimar la explotación de las minas y a extraer una parte de las incalculables riquezas que indudablemente todavía quedan enterradas. Hoy se ve en las partes exteriores de la ciudad y en su interior casas y establecimientos abandonados.

Levantada a 4.166 metros sobre el nivel del mar, Potosí se halla al norte de la montaña del mismo nombre, a unos dos kilómetros de distancia, en un terreno en declive de la orilla derecha del arroyo, cuyas aguas eran empleadas antiguamente para mover muchos ingenios construidos para la molienda del

---

42 Manrique, op. cit., pág. 6. En esta época Potosí producía en concepto de derecho a la plata salida de las minas de 350.000 a 400.000 pesos por año, cerca de 200.000 pesos como tributo de los indios, y en total por todos los impuestos juntos 1.200.000 pesos, o sea, 6.000.000 de francos.

43 *Historia de las indias occidentales*, Dec. VIII. lib. II, cap. XIV, pág. 40. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Relación de un viaje a la América meridional*, tomo III, pág. 196, repiten lo mismo en 1748.

mineral. En ella se ve una gran cantidad de casas hermosas y calles bien trazadas. Sus dos principales monumentos son la iglesia y la Moneda. La Matriz, grande y vasta, es de una hermosa construcción; se levanta su fábrica en un terreno muy inclinado. La pendiente hace muy desiguales y de una apariencia antiestética los escalones que se construyeron allí. Esta irregularidad sólo podría desaparecer con una escalinata construida con gusto. La Moneda es un inmenso monumento que costó enormes sumas. En una comarca en donde no hay árboles y no existe un camino de carros que conduzca hasta las regiones boscosas, se concibe fácilmente la dificultad para reunir en Potosí las numerosas piezas de madera adecuadas para la construcción de las máquinas. En efecto, se las trae ya de Tucumán, ya de Cinti, haciéndolas recorrer unas cincuenta leguas por lo menos, y cada viga cuadrada de cuarenta centímetros de lado y de once metros de largo, por ejemplo, ha venido a costar más o menos seis mil francos de transporte, pues no se la puede arrastrar sino a fuerza de brazos. Basta esto para comprender los gastos que ocasionaron la multitud de aparejos necesarios en un establecimiento de Moneda muy complicado. Al recorrer los numerosos talleres de este vasto edificio[44], no me costó gran trabajo reconocer las mejoras de diverso género que podrían aportarse a los medios de explotación. Otro de los grandes gastos de la moneda lo ocasiona el precio muy elevado del combustible que se lleva allí desde muy lejos a lomo de llama. Al pensar en lo fácil que sería poblar las montañas y los valles vecinos con los árboles de nuestras montañas de Europa, me asombré de que el gobierno español nunca lo hubiese pensado. Espero que el actual Presidente de Bolivia, con su celo por el bienestar de su país, no descuide esta importante rama de la industria francesa que ya tuve ocasión de señalar[45] y que está destinada a cambiar el aspecto y los recursos de las partes montañosas.

Su población se compone de numerosos empleados de la Moneda y de la prefectura (pues Potosí es capital del departamento de ese nombre), de muchos comerciantes, de propietarios y mineros españoles, de un crecido número de mestizos de españoles y de indios que ejercen allí todos los oficios, y de indios quechuas ocupados en el trabajo libre de las minas; pues, felizmente para esta clase de la sociedad, la Mita (trabajo forzado de las minas) fue aboli-

44 Cuando vi los moldes de todas las medallas acuñadas en ocasión de las batallas y de los diferentes gobiernos, me imaginé que una colección histórica de ese género figuraría ventajosamente en la Biblioteca Real. Hice la solicitud al presidente, y conseguí que las hiciera acuñar de nuevo para mí. A mi regreso depositè esta colección, en la Biblioteca Real.

45 V. capítulo XL, parágrafo 2.

da en la época de la emancipación de América. Los trajes de los españoles responden a la moda europea; los de los indios se parecen en todo a los de Chuquisaca, con la diferencia de que las indias, a consecuencia de la baja temperatura, usan más polleras. Sus pantuflas, provistas de suelas altas que están adornados en el talón con franjas doradas y aun muchas veces con piezas de oro o de plata, están además adornados con un gran número de nudos y con una ancha banda de tejidos de lana negra que forman encima del pie una gran borla[46]. No conozco calzado más singular ni más incómodo.

Quise visitar con mayor detenimiento los alrededores de Potosí para darme una idea exacta de la notable conformación de los terrenos. Necesariamente mis primeras investigaciones debían tener por objeto el cerro de Potosí. Presenta la forma de un pan de azúcar aplastado, casi circular y completamente aislado en medio de una llanura rodeada por montañas. Junto a su lado norte, o del lado de la ciudad, el cerro está sin embargo unido a otra montaña más chica que llaman Guayna Potosí (el joven Potosí). Un día, acompañado por el prefecto y por todas las autoridades de la ciudad, escalé esta montaña famosa, a la que están unidas tantas grandezas para unos y tantas miserias para otros. Subí primero al Guayna Potosí y llegué al centro de las explotaciones. Vi una cantidad de bocas de minas[47] y montones de escombros[48], hoy removidos por todas partes para buscar en ellos los minerales que desdeñaban los primeros explotadores en vista de su escaso valor. Al examinar con cuidado las rocas que constituyen las montañas, llegué hasta el último punto en que se pueda ir a caballo e hice el resto a pie hasta la cima, en donde me instalé por una parte de la jornada en una pequeña plataforma de algunos metros de ancho. Subido a 4.888 metros sobre el nivel del mar, y por consiguiente a 78 metros más arriba que el pico de nuestro Monte Blanco[49], quise contemplar largo rato el magnífico espectáculo que se me ofrecía en todas partes.

Al norte, a 722 metros debajo de mi observatorio, tenía la ciudad cuyos detalles podía percibir; al noroeste, la quebrada de San Bartolo, en donde la cadena de montañas presenta una grieta profunda en la que se abisman las aguas del valle; al oeste, una cadena baja de montañas, más allá de la cual

---

46 Tengo en mi colección algunos de esos pantuflos.

47 Suman unas cinco mil aproximadamente, de las cuales, al decir de los lugareños, sólo se explotaron tres mil.

48 Creen los indios que la montaña de Potosí crece de diámetro cada año; esta creencia tiene su fundamento en el sentido de que todos los escombros arrojados fuera de las minas deben aumentar poco a poco el exterior de la montaña.

49 El Monte Blanco no tiene más de 4.810 metros de altura.

divisaba un pico nevado a gran distancia; al sudoeste se proyectaba también, por encima de todas las demás eminencias, el cerro Porco, cubierto de nieve y cuya riqueza mineral no le iba en zaga al de Potosí, pero cuyas minas tan productivas estaban inundadas desde hacía mucho; al sur veía una hermosa llanura verde en la que brillaban las límpidas aguas de tres lagos, de los cuales los dos mayores llevan los nombres de Pescococha y de Chalviri; y más lejos, algunas montañas menos elevadas que el cerro Potosí; la parte más hermosa se encontraba al este: eran al comienzo terrenos parejos, cubiertos de pasto; luego colinas que se van elevando gradualmente hasta las eminencias hirsutas, en donde las rocas negras esquistosas contrastan con la blancura de la nieve que recubre las partes menos escarpadas. Desde esas montañas, últimos límites visibles, bajan los arroyos que forman lagos escalonados. Contenidas ya naturalmente, ya artificialmente para alimentar a los ingenios de la ciudad, las aguas forman magníficos depósitos. Todo atraía mi atención, y yo no sabría decir qué fascinación tenía sobre mí cada trozo del dilatado horizonte que divisaba en todas las direcciones bajo un cielo tan puro. Por medio de la rosa de los vientos, hice relevamientos de todos los puntos circundantes, dibujando las formas orográficas y la disposición de las montañas y de los valles. En un vaso de plata hice hervir agua, a fin de obtener, por su temperatura en el momento de la ebullición, una altura aproximada que la falta de barómetros no me permitía lograr rigurosamente.

Al recordar cuánto había sufrido la primera vez que desde el nivel del mar había subido hasta la meseta occidental de la cordillera, en donde sin embargo no había ido más allá de los 4.500 metros, me asombré de no haber sentido ningún malestar cuando escalaba el cerro Potosí y de no experimentar más que una molestia muy fácil de soportar a 78 metros más arriba que la cumbre de nuestro Monte Blanco, en donde los efectos de la rarefacción del aire son tan marcados. Tuve que llegar necesariamente a la conclusión de que uno se habitúa fácilmente a vivir en esas altas regiones[50]. Por lo demás, durante mi travesía de la cordillera de Cochabamba, sea cuando fui a Tutulima[51], sea cuando venía de Yuracarés[52], había llegado a zonas más elevadas, puesto que había ido hasta el nivel de las nieves perpetuas en los lugares más cercanos al ecuador. La cumbre del cerro de Potosí, a veces coronada de nieve, no la conserva siem-

50 Como saben los que viven o viajan por el Altiplano, el hábito no ejerce ninguna influencia. A igual altura, hay zonas de puna y otras que no lo son. (N. del T.)

51 Capítulo XXXV, parágrafo 3.

52 Capítulo XXXVI, parágrafo 2.

pre; por eso, apenas si se veían algunas huellas, en tanto que otras montañas, que me parecían menos altas, estaban nevadas. Tuve que admitir entonces que la forma o la disposición de las montañas influye mucho sobre la persistencia de las nieves que reciben. Cuando terminé mis observaciones, bajé y proseguí mis investigaciones geológicas y recogí muchas muestras.

Juzgué interesante completar el inventario de la botánica de la zona vecina de las nieves y puse todo mi cuidado en formar la flora montañosa de los alrededores de Potosí. A este efecto hice frecuentes excursiones hacia los lagos superiores del valle. Estos viajes tenían para mí muchos encantos, pues la geología, la zoología y la geografía jugaban allí un papel de igual importancia. Saliendo de la ciudad hacia el este, subí poco a poco a unas magníficas praderas naturales, esmaltadas de flores, sobre todo de plantas compuestas. Noté allí una inmensa cantidad de bloques erráticos de traquitas; estaban allí como asentados sobre el suelo, sin que pudiera imaginarme cómo habían llegado desde las cumbres de las montañas vecinas, a menos que hubiesen sido transportados por el derretimiento de ventisqueros que hoy no existen en ninguna parte. Llegué así a cuatro kilómetros de la ciudad al primer lago, contenido por un dique magnífico y conocido bajo el nombre de Laguna de San Ildefonso. Un dique lo separa de la Laguna de San Pablo; *sus* límpidas aguas están cubiertas de numerosos cisnes [*sic*] y de muchas otras aves acuáticas de las regiones montañosas. Más allá de ese lago, proseguí por una quebrada bordeada de altas montañas hasta el tercer lago, conocido con el nombre de Laguna del Rosario, y finalmente hasta el cuarto y último, el cual se forma con las nieves derretidas que recubren las cimas que lo rodean. Este punto, término de mi recorrido, era el de la ascensión posible para los hombres. Sobre los peñascos nevados, en medio de los esquistos en descomposición, encontré deliciosos musgos, gramíneas de dorados penachos de especies raras, algunas valerianas, malváceas, muchos geranios, violetas y sobre todo una multitud de plantas compuestas. Todas formaban una alfombra y ninguna se elevaba a más de dos o tres centímetros del suelo. Subí así hasta el último límite de la vegetación alpina y hasta el nivel de las nieves perpetuas, que era inútil cruzar. A mi regreso a Europa, he visto en los Alpes y en los Pirineos regiones parecidas, pero la ausencia de abetos cambia completamente el aspecto de los lugares transatlánticos, y me pareció notar que la vegetación americana, en razón quizá de su mayor altura, es infinitamente más achaparrada, pues ninguna planta se alza a más de algunos centímetros del suelo.

Otras excursiones me llevaron al valle de Miraflor. Bajé entonces al lecho del río, al oeste de la ciudad, andando por terrenos cubiertos de esquistos y de

rocas en descomposición. A medida que avanzaba, veía cobrar altura a los vegetales. Tal especie, por ejemplo, que en las montarlas arriba de Potosí no sale de su condición de césped y alcanza apenas a algunos centímetros, en los barrancos situados debajo llega a dos o tres decímetros de altura. En medio del caos más singular, comienzan a mostrarse allí algunas plantas leñosas, por entonces florecidas. Cuando se penetra en la quebrada de San Bartolo[53], se cree descender a una sima. Es una grieta estrecha que se produjo en una cadena de montañas y por la cual pasan el río y el camino entre dos paredones escarpados, erguidos perpendicularmente a ambos lados. Se anda así dos kilómetros más o menos por un sendero difícil pero curioso y se desemboca finalmente en el hermoso valle de Miraflor, en donde se ven muchas casas de indios y campos cultivados, ora en la ladera de los collados, ora al borde mismo del río, el cual, unido con el Santa Lucía, se vuelve considerable y va a arrojarse más lejos en el Pilcomayo. Pasé algunos días en el caserío de Los Molinos, en compañía de un comerciante, compatriota mío, el señor Maupas, que poseía ahí un apeadero. Comparado con Potosí, morada de escarchas eternas, el valle de Miraflor es un verdadero paraíso; por eso los ricos de la ciudad tienen allí sus casas de recreo y encuentran frutas de los países templados.

En este valle profundo, dominado al este por montañas de gres y al oeste por arcillas abigarradas y por morros graníticos, visité el valle lateral de Santa Lucía, situado al oeste, subiendo. Vi allí una aldea en anfiteatro y hermosos campos de labranza sobre los residuos mezclados de rocas graníticas y de muschelkalk. Los habitantes, todos quechuas, son agricultores y pastores. Otro día bajé por el valle tres leguas hasta el villorrio de Taropaya, rodeado de sus chacras, y llegué hasta la hermosa casa de Miraflor, en donde vi, como para justificar su nombre, una cantidad de flores. A poca distancia, sobre la ladera occidental, existe una fuente termal abundante, que surge de la cima de la colina y se transforma en seguida en una lagunita, cuya agua tiene una temperatura tan elevada que no se puede poner la mano. El derrame de las aguas se desliza hacia el valle y forma varios depósitos naturales, cuya temperatura baja a medida que se desciende, de donde resulta que los bañistas pueden elegir el grado que les conviene, con tanta mayor facilidad, cuanto que no hay casas en los alrededores y que tales depósitos, a pesar de estar tan cerca de Potosí, no tienen ningún destino. Los alrededores del depósito superior están cubiertos de concreciones en todas partes. El carbonato de cal, que forma en el suelo

53 Es por error que en la parte geológica designo a esta quebrada con el nombre de Santa Bárbara.

una costra espesa, recubre los bordes de los depósitos y presenta allí la forma de superficies apezonadas o una especie de grutas, o a veces, rodeando las plantas que nacen un poco más abajo, da a esos parajes el aspecto más estrafalario. Las aguas de Miraflor son muy calientes y dan incrustaciones tan hermosas como las de la fuente de Clermont, en Auvernia. Sólo que aquí falta una población industriosa capaz de explotar una y otra de esas ventajas.

Viaje de Potosí a Oruro

Territorio del departamento de Potosí

28 de marzo

Después de haber residido en Potosí por espacio de trece días, que empleé en recoger todos los informes posibles del Prefecto y de las autoridades de la ciudad, de quienes recibí todas las finezas imaginables, quise ir a Oruro, distante unas setenta leguas al noroeste. Acompañado por los notables de Potosí y por varios compatriotas, jefes de casas de comercio, bajé hacia la quebrada de San Bartolo, en donde una vez más admiré en esta profunda grieta producida por las dislocaciones geológicas del suelo sus paredones escarpados y lo pintoresco de ese paisaje extraño, desde el fondo del cual divisaba apenas una parte de cielo. Dije allí mi último adiós a los habitantes de la hospitalaria localidad y proseguí viaje. Luego crucé los últimos lindes de la quebrada de San Bartolo y entré en el valle que ya había recorrido cuando iba a Miraflor. De nuevo contemplaba a mi derecha las altas montañas de arenisca, y a mi izquierda esas arcillas abigarradas en acantilados, y, más arriba, las cúpulas graníticas cuyas crestas hirsutas, negruzcas, contrastan con las capas estratificadas de las rocas vecinas, las cuales, por su horizontalidad, parecen ser posteriores a las cumbres surgidas del centro de la Tierra. Anduve toda la jornada tanto en el lecho del río, bordeado en ambas orillas por las chacras de los indios, como caminando por los ribazos, sobre arcillas abigarradas, llenas de cal sulfatada en cristales o sobre calcáreos compactos de una curiosa estructura.

Llegué así cerquita del villorrio de Taropaya, pero lo dejé a mi derecha y, por el otro lado del río, entré en la quebrada del mismo nombre. Es también un desgarrón producido por las dislocaciones del suelo las que interrumpen las montañas que bordean el valle por el oeste. En ese lugar veía doquiera antiguos restos de cultivos, hoy abandonados. Para no perder la tierra de labranza, los indígenas tienen la sabia precaución de elevar de trecho en trecho, en los

terrenos inclinados, unas pequeñas murallas en gradería destinadas a retenerla. Eran estas graderías las que divisaba en todas partes, subiendo cerca de una legua por la quebrada hasta el caserío llamado Tambillo, situado del otro lado de la montaña, en un sitio un poco más ancho, en donde me detuve para vivaquear. El aspecto de la campaña era severo y triste, pero tenía algo imponente. Veía montañas casi carentes de vegetación, pero cuyo conjunto no por eso dejaba de ser menos variado. Al norte y al sur, montículos de granito ocupaban todos los puntos culminantes y sus formas estrafalarias contrastaban con las capas de arcillas abigarradas y de calcáreos compactos en tablones que se veían en todas partes. Al oeste, en la cumbre del valle, el conjunto de alturas se complicaba de tal manera que no podía interpretarlo. Desde la tarde hasta la noche recorrí los alrededores, y al ver las hermosas vetas de mármol o de calcáreos compactos, azulados y veteados, me asombré de que no se los hubiera aprovechado para fundar, ora en el Río de Taropaya, ora en el Pilcomayo, situado muy cerca de allí, una marmolería que podría ser movida por las aguas. Me imagino que cuando cómodos caminos unan más íntimamente entre sí a todas las ciudades de Bolivia, la industria no dejará de explotar esta mina.

De Tambillo, distante siete leguas de Potosí, sólo me quedaban cinco por hacer hasta Yocalla. Proseguí mi ascensión por la quebrada de Taropaya, pero pronto la dejé a mi izquierda, en un lugar desde el que divisaba hacia el sudoeste una gran montaña granítica, la que sin duda da nacimiento a un arroyo, y comencé a trepar por collados secos y áridos, desprovistos de vegetación, pero en donde sin embargo divisaba, aquí y allá, algunos pastores con sus rebaños de ovejas. El fondo de la quebrada estaba completamente lleno de esquistos azulados del período siluriano. A medida que subía, veía a las rocas cambiar de naturaleza; muy pronto encontré areniscas amarillentas y duras, luego areniscas friables más oscuras, recubiertas de arcilla abigarrada, roja o violeta, y finalmente, ya en las cumbres, bancos enormes de mármol azulado pertenecientes al muschelkalk. Se concibe fácilmente que si la vegetación no ofrece ninguna variedad en ese paisaje, la naturaleza empero debe mostrar allí una multitud de aspectos diferentes, determinados por el color, la dureza y los accidentes diversos de las rocas, y sobre todo por su dislocación. En efecto, el camino está lleno de interés para el geólogo y ofrecería al artista muchos sitios dignos de sus lápices.

29 de marzo

Desde la cumbre de la montaña divisaba un horizonte bastante dilatado y cubierto de montañas: a mi frente, a cosa de una legua, tenía otra cumbre que me era menester alcanzar. Bajé a una quebrada y volví a subir por la cuesta de enfrente hasta la cima de una alta cadena, que domina el Río Pilcomayo desde

una altura tan considerable y tan vertical que el arriero me sorprendió diciéndome que teníamos que alcanzarlo. Nunca anduve quizás por una bajada tan rápida. Efectivamente, más que andar se rueda, al principio sobre piedras de arenisca, luego sobre esquistos que continúan hasta el fondo y muestran la enorme fuerza de sus capas. En la cumbre de la montaña me encontraba en la región fría, y podía dominar la naturaleza más accidentada; mas, a medida que me acercaba al río, la temperatura se elevaba, y sentía casi calor en el fondo del abismo, en donde las plantas más variadas anunciaban una zona más cálida. Tenía entonces al sudoeste cimas de imponente aspecto en las que nace un brazo del Pilcomayo, en tanto que el cuerpo principal del torrente viene majestuosamente del oeste, deslizándose entre montes de cimas peladas, de forma cónica. Al pasar el río por un puente, admiré sus aguas límpidas, que saltan con estruendo sobre bloques de granitos y de traquitas que obstruyen su lecho. Del otro lado, subiendo al sur de un arroyito, y a una legua de distancia, se extiende el villorrio de Yocalla, compuesto de una iglesia y de un número bastante grande de casas de indios quichuas, pastores y agricultores. En el corazón de esos terrenos accidentados, el hombre aprovechó todos los puntos cultivables para sembrar papa, primer recurso del indígena, y muchos otros productos de las regiones frías tales como la quinua, oca y cebada. Ningún sitio queda sin utilizarse, ni siquiera las cumbres de las montañas, en donde se ve pacer a numerosos rebaños de ovejas y de llamas.

Como todavía era temprano, mis arrieros quisieron apretar el paso para llegar a la posta de Leñas, seis leguas más lejos. Recorriendo campos bastante tristes, subía siempre el Yocalla, andando por el borde mismo del barranco. Pude advertir sin embargo que los terrenos habían cambiado de forma. Las rocas estratificadas eran reemplazadas por traquitas antiguas en descomposición, que, en lugar de dar a las montañas el aspecto accidentado de las escarpaduras, formaban colinas redondeadas, con eminencias cónicas, semejantes a las de nuestra Auvernia. Fui subiendo así poco a poco; luego, después de cruzar una montaña pétrea bastante difícil, me encontré por fin en una meseta uniforme casi horizontal, en donde encontré, junto con la fría temperatura de la puna, el triste aspecto de la cordillera. Se acabaron los árboles y los sitios cultivados; a lo sumo, había aquí llanuras cubiertas con esos pequeños arbustos que caracterizan a los parajes altos. El panorama era dilatado: al sur, a escasa distancia, estaba una grieta profunda por la que corre el Pilcomayo, cuyos meandros podía seguir a lo lejos; al norte, una montaña redondeada, muy alta y cubierta de pastos; al oeste, por encima de terrenos apezonados, a seis u ocho leguas de distancia, dos eminencias cónicas nevadas que se proyectaban sobre

el azul purísimo de un cielo sin nubes. A pesar de la profunda soledad en que se encuentra el viajero, perdido en medio de esos desiertos tranquilos, la grandeza del cuadro que se desenvuelve delante no deja de interesarlo y aún de encontrar cierto encanto en la contemplación. Mis ojos buscaban en vano a mi alrededor otras huellas humanas que la pequeña vereda por donde andaba. La naturaleza me pareció inanimada: experimenté una sensación de dicha cuando al fin advertí algunas aves ribereñas en las orillas de una laguna que costeaba y cuando vi a unos cóndores planear a una altura inconmensurable en la región etérea.

Bajando por una pendiente muy suave, por la vertiente occidental, de una eminencia, mis pasos me llevaban poco a poco hasta la posta de Leñas, triste caserío situado a corta distancia de una quebrada, al pie de una montaña de traquita cortada perpendicularmente. Me instalé en el tambo, una de las casas comunes que los españoles, como los antiguos incas, edificaron expresamente para los viajeros, los cuales pueden establecer su domicilio momentáneo entre esas cuatro paredes, si no temen demasiado los inconvenientes que resultan del paso de gente de toda calaña. A veces se encuentran en esas postas algunos recursos: pan, huevos y hasta aves de corral, que los indios venden cuando creen reconocer un burgués en el transeúnte, pues el militar sabe de antemano que carecerá de todo, a menos que no lo logre por la fuerza o que no comience por dar su dinero.

Por la tarde vi que los flancos escarpados de la vecina montaña estaban llenos de vizcachas, especie de roedor que se parece a nuestros conejos; me fui a espiarlas, y una hora después me había abastecido para el consumo de la cena y hecho provisiones para el día siguiente.

De Leñas hasta la posta de Lagunillas no hay más que seis leguas. Mis muleros, sin embargo, me apremiaron para partir con el objeto de aprovechar los buenos pastos de este último lugar, pues en todo este camino, con excepción de un poco de paja de cebada que se les da raramente, esos pobres animales tienen que conformarse con los recursos naturales del campo en que los sueltan por la noche. Recorriendo zonas poco accidentadas y hollando siempre terrenos parecidos, en cuanto al aspecto general de la vegetación, a los de la meseta de La Paz, bajé de la posta hacia el fondo de un pequeño barranco y volví a subir del otro lado por una pendiente suave de arenisca friable hasta la cumbre de una montaña que me separaba del Pilcomayo. Desde ese punto elevado, sobre una especie de cadena que era un ramal meridional de la Cordillera Oriental, cuyos picos nevados divisaba en lontananza hacia el oeste, descubría a mis pies el Río Pilcomayo –que corre por un lecho profundo– y

doquiera una naturaleza montañosa cuyo conjunto, siempre triste, no carece sin embargo de un carácter pintoresco. En la cumbre de la cuesta noté una cantidad de pequeños montículos formados con piedras colocadas en equilibrio unas sobre otras, que tantas veces había encontrado cuando venía de Tacna a La Paz; y no pude menos de sonreír al recordar el motivo de superstición que lleva a los crédulos aymaras a colocarlas así para asegurarse si sus mujeres les son fieles mientras ellos viajan. Había alcanzado en efecto los últimos límites de los parajes habitados por los quechuas, y en Lagunillas iba a entrar de nuevo en territorio de los aymaras.

Por una suave pendiente me alejé de los terrenos en parte desnudados y surcados por las erosiones que determinan las lluvias anuales. Anduve primero por areniscas friables, luego por calcáreos compactos o margosos, cuyas capitas onduladas, que darían mármoles encantadores, los hacen muy notables, y finalmente por arcillas abigarradas de rojo y de violeta, como las del valle de Miraflor, cerca de Potosí. Arrastrando sus aguas rojizas, coloreadas por las arcillas, el río corre por el fondo de este valle en un lecho bastante ancho, bordeado de praderas en las que pacen muchos rebaños de ovejas y de llamas. Estaba asombrado de no encontrar campos de labranza, y pensaba que esas riberas, lo mismo que los collados, podrían poblarse con una gran cantidad de árboles de nuestras selvas europeas, lo que no sólo animaría al paisaje, sino también proporcionaría una vegetación leñosa propia para subvenir a las necesidades numerosas de esas regiones completamente desprovistas de maderas para leña y para armazones.

Después de subir por terrenos análogos a los de la otra orilla, llegué a una cumbre que me separaba de la llanura de Lagunillas, a la que pronto bajé. Es una pequeña meseta circular, rodeada de montañas, en la que está situada la aldea de Lagunillas, nombre que proviene de una laguna que ocupa el medio de esta depresión, entre terrenos cenagosos y negruzcos. Llegué temprano y pasé el resto del día en recorrer los alrededores, que me parecieron de lo más curiosos. La laguna, de dos kilómetros de largo por uno de ancho, se encuentra al oeste de la aldea; lo demás, cubierto de praderas naturales, está regado por varios arroyos que penetran en la laguna y se deslizan luego al sudeste, hacia el Pilcomayo. A todos lados un círculo de montañas, de cumbres redondeadas en la parte occidental, pero variadas, muestra en el lado opuesto los cortes escarpados y las más hermosas columnas basálticas.

En el extremo oeste del lago un corte natural producido por un arroyo me permitió reconocer que el suelo está compuesto de turba negruzca, que me pareció muy apta para proporcionar un excelente combustible. Estoy conven-

cido de que sondeando en otros lugares se encontrarían espesos bancos de esta materia, la cual, sometida a la desecación, podría reemplazar a la leña, desconocida en esas comarcas. Como desde las cumbres de sus montañas, cubiertas en parte de pasto, hasta el borde de la laguna, la meseta de Lagunillas presenta suelos de la más variada naturaleza, es difícil concebir cómo los españoles no trataron de plantar allí árboles europeos. Las diferentes zonas de humedad de los terrenos ofrecen todos los elementos necesarios para la propagación de varios de nuestros pinos, álamos y hayas, con lo que dentro de unos veinte años esos parajes, hoy tristes y monótonos, se cubrirían de selvas y presentarían el aspecto de esos valles tan lindos de Suiza y de los Pirineos. Esperemos que el gobierno boliviano no siga descuidando esta importante rama de sus recursos futuros, y que, por ende, ha de verse a todas las regiones altas de la República cambiar de forma y sufrir una completa metamorfosis. Por lo demás, en este sentido el gobierno no tendría más que imitar a sus vecinos. Mendoza carecía igualmente de bosques y, sin embargo, hoy se ve allí un gran número de nuestros árboles forestales, los que dan abundantes frutos.

31 de marzo

Lagunillas está a seis leguas al estesudeste de la posta de Tola Palca[54]. Muy temprano bordeé la laguna y más allá escalé una colina andando por rocas traquíticas. Desde ese lugar, el más alto de los alrededores, abarcaba con una mirada el conjunto del valle circunscripto de Lagunillas; al oeste, una inmensa extensión de meseta, limitada al norte por la Cordillera Oriental, algunas de cuyas cumbres nevadas se destacaban en el horizonte; al este, unas simples colinas. Bajé por un terreno pedregoso hasta la llanura en donde volví a encontrar todo el aspecto de la cordillera: las mismas plantas pequeñas y achaparradas, las mismas rocas traquíticas y, en fin, hasta las mismas aves.

Desde mi salida de Chuquisaca, había seguido siempre, remontándolo, el curso del Pilcomayo y todavía debía acompañarlo hasta sus fuentes. Lo había cruzado, en efecto, cerca de Terrado[55]. Lo había encontrado nuevamente, menos caudaloso, en Yocalla. En la víspera había atravesado su curso una tercera vez, y en esa misma jornada debía ver sus últimas ramificaciones. Llegué a la llanura, atravesé uno de sus brazos que viene del sur y se desliza tranquilamente sobre un lecho de arena y volví a reunirme con su curso seis kilómetros más

54 *Tola* es el nombre de una pequeña mata compuesta que no crece más que en los sitios muy altos, y *palca*, como ya lo he dicho en otro lado, significa la confluencia de dos ríos o de dos arroyos.

55 V. más atrás parágrafo 2 de este mismo capítulo.

lejos. Aquí, una vez más pensé en las ventajas que ofrecerían sus riberas húmedas si se las poblase de bosques. Las nubes entonces se detendrían más tiempo sobre esas llanuras y la tierra se vestiría con una hierba más espesa y más apta para alimentar el ganado.

Lo mismo que en la meseta boliviana, veía pacer aquí y allá algunos rebaños de ovejas y de llamas, y a menudo contemplaba la apacible pero salvaje vicuña, que, a pesar de todos los esfuerzos intentados, nunca quiso someterse a la domesticidad. Nada más extraordinario, nada más ridículo diría, que la carrera de este animal: tiende su cuello y su galope es muy desgarbado. En varias ocasiones quise acercarme a esas vicuñas para disparar, pero en vano; en esas llanuras parejas es tal su vigilancia, que nunca se las puede sorprender

Meseta de Potosí

Siguiendo al comienzo por las orillas del Pilcomayo y atravesándolo más lejos, llegué a la posta de Tola Palca, una casa aislada que está al pie de un montículo traquítico. Me apeé allí y traté de procurarme víveres; pero no encontré, como de costumbre, más que algunos huevos y papas, con lo que hubo que conformarse. Me detuve sin embargo algunos momentos y dejé que mis animales de carga prosiguiesen su camino hacia la posta de Vilcapujio, de la que estaba todavía a cinco leguas al este. Al salir de la casa de Tola Palca, que se encuentra a 4.100 metros sobre el nivel del mar, anduve por una llanura regada por algunos pequeños cursos de agua que vienen de las montañas nevadas del norte y de las montañas mucho menos altas del sudoeste. Eran las últimas ramificaciones del Pilcomayo, que no son más que unos arroyuelos. De esta manera, y desde Chuquisaca, había visto a este vasto río ir disminuyendo gradualmente de fuerza la medida que subía y que dejaba atrás a sus afluentes; y me encontraba por fin en sus fuentes. La llanura es aquí horizontal, los arroyos tienen apenas su curso marcado y muchos puntos son fangosos o están por lo menos constantemente humedecidos por el agua dulce o por las aguas saturadas de una sal cuya eflorescencia blanquea la superficie, entonces desprovista de toda vegetación. Después de tres leguas por la llanura, elevándome muy insensiblemente, alcancé una pequeña colina, último límite de la vertiente oriental de la cordillera y al mismo tiempo línea de demarcación entre los departamentos de Potosí y Oruro. Allí, casi sin darme cuenta, había llegado al paso más alto de esas regiones, a 4.290 metros[56] sobre el nivel del mar y a 1.799 metros más arriba que el paso del Gran San Bernardo, en nuestros Alpes. La vista se extendía a lo lejos a un lado sobre la llanura de Tola Palca, y al

56 *Annuaire du Bureau des longitudes pour 1835*, pág. 151.

otro, muy debajo de mí, sobre la pequeña meseta de Vilcapujio, en donde corren los primeros afluentes del lago Panza, depósito sin salida que reúne todas las aguas de la meseta boliviana. Aunque poco importante, este paso señala la línea divisoria de las aguas de las pendientes que yo venía remontando desde Chuquisaca y Potosí, y que puede seguirse desde Montevideo y Buenos Aires, es decir, en una extensión de por lo menos setecientas u ochocientas leguas.

Territorio del departamento de Oruro

Con mis primeros pasos, ya estaba en la provincia de Poopó, dependencia del departamento de Oruro. Bajé por un mal sendero, trazado sobre una pendiente socavada por las aguas; anduve al comienzo sobre arenisca, luego sobre pizarras y esquistos, hasta el valle que forma una meseta alta y casi horizontal, rodeada en todas partes por montañas.

Nunca había notado un contraste tan grande entre las dos cuestas del valle: en efecto, al este las capas estratificadas y dislocadas en diversos sentidos mostraban profundos desgarrones, escarpaduras y numerosos accidentes, en tanto que al oeste las rocas traquíticas, surgidas del centro de la Tierra por antiguas deyecciones, presentaban por el contrario morros redondeados, cónicos y cubiertos de pastos. Observando esos contrastes y caminando por la llanura, al pie de los últimos ribazos, llegué a la posta de Vilcapujio, en donde para descansar de mis fatigas de la jornada no encontré absolutamente nada, ni siquiera una cara amable de huésped, pues el dueño de la posta era el hombre más grosero que hubiese encontrado hasta entonces.

Semejante al de Lagunillas, el valle de Vilcapujio es muy rico en pastos excelentes, regados por una multitud de arroyuelos que descienden de las montañas vecinas y traen allí humedad bienhechora. En este lugar, al abrigo de todos los vientos y morada constante de la tranquilidad, pensaba en los numerosos chopos que en Europa hubieran plantado al borde de todos esos cursos de agua y que vendrían a alegrar la vista, al mismo tiempo que ofrecerían recursos hasta el presente desconocidos. Pensaba también en los abetos y en los álamos que podrían poblar esas montañas, y trataba de figurarme el encantador aspecto que cobrarían entonces a los ojos del viajero esos parajes hoy nada pintorescos.

La aldea de Ancacato, situada a cinco leguas al noroeste de Vilcapujio, es la primera posta de la ruta por donde andaba. Para ir hasta ella hice al comienzo dos leguas por el llano, hollando siempre magníficas praderas y pasando

Meseta de Oruro 1° de abril

cerca de un morro de rocas al descubierto, compuesto de esquistos azulados cuyas capas están muy erguidas. Inmediatamente después entré en la quebrada de Ancacato, barranco profundo en donde uno se encuentra encajonado entre dos altas montañas y donde a menudo no hay otro camino que el lecho del mismo torrente, al cual lo alimenta el derrame de las aguas de todo el valle de Vilcapujio. Allí, en el corazón de la naturaleza más accidentada, noté uno de los hechos más curiosos de la geología. Esta profunda grieta del suelo no es en efecto otra cosa que el punto de separación y de contacto entre las rocas estratificadas soliviadas y las rocas levantadoras de origen ígneo. A la izquierda veía por doquier rocas traquíticas en descomposición que forman la continuidad de las montañas situadas al sur de Tola Palca y al sudoeste del valle de Vilcapujio. A la derecha, por el contrario, divisaba esquistos azulados o pizarras de la época siluriana, inclinados de distinta manera y coronados con gres del período devoniano. Así pues, las más antiguas capas de la corteza terrestre están en este lugar en contacto con las rocas de origen ígneo, que fueron las últimas en llegar a la superficie del globo.

Al admirar el verdadero caos que reina en el conjunto de esta quebrada, no dejé de apreciar todos sus detalles pintorescos. A veces se estrecha considerablemente y no ofrece más que un desfiladero entre rocas; pero en cuanto recibe otros barrancos laterales, la quebrada se ensancha momentáneamente y ofrece ya pequeños espacios de pasto, ya breves valles transversales en los que el humilde pastor indígena fijó su vivienda. Llegué a un sitio en donde el barranco se ensancha mucho. La aldea de Ancacato, situada en la margen derecha del río, con su iglesia sencilla y sus casitas agrupadas alrededor de ésta, presenta un aspecto extraño de tranquilidad que contrasta con la agitación de los terrenos del barranco que acababa de recorrer. Esta aldea está habitada por indios aymaras que se ocupan en hacer pacer a sus rebaños en las montañas vecinas, y en cultivar pequeñas parcelas de terrenos aptos para la siembra de papas.

Desde Ancacato me faltaban todavía cinco leguas hacia el oestenoroeste para llegar a la posta de Las Peñas, así llamada a causa del gran número de rocas escarpadas aisladas o desprendidas de la montaña, a cuyo pie están adosadas las casas. Resolví hacerlas para adelantar en una jornada mi marcha hasta Oruro. Al dejar la aldea, el barranco recibe otro por el norte y se vuelve un poco hacia el sudoeste; se estrecha una vez más a poca distancia y luego desemboca de pronto en una vasta planicie. El Río Ancacato sigue al oeste, bordeando los últimos contrafuertes de las montañas de la izquierda y se dirige

hacía el lago Panza, para pasar cerca de la aldea de Chillapata, mientras que el camino de Oruro se aparta de él y durante dos leguas sigue el pie de las montañas de la derecha. En este espacio tenía al oeste un horizonte que se extendía hasta la laguna de Panza, cuyas orillas sin embargo no alcanzaba a ver.

Esta laguna, de un grado de largo y de apenas cinco leguas de ancho, ocupa la parte más baja de toda la meseta boliviana. En efecto, el desborde del lago Chucuito forma el Río Desaguadero, navegable en todas partes, el cual, después de haber serpenteado durante unas setenta leguas hacia el sudeste viene a arrojarse a la laguna Panza. Las aguas se evaporan en este vasto depósito sin salida y están constantemente saladas. En medio está la isla de Choro y todos sus alrededores son muy populosos. Hay no menos de veintiuna aldeas en un radio de unas pocas leguas alrededor del lago, pues los indios se han sentido atraídos a este lugar a consecuencia de la facilidad que allí encuentran para la cría de sus rebaños de llamas y de alpacas.

Caminando por esta llanura poblada con las plantas llamadas talay y con un poco de hierba dura, bordeé la prolongación de las montañas que tenía a mi derecha en el barranco de Ancacato. No sin placer veía también un buen número de tumbas (chulpas) de los antiguos aymaras, semejantes a las que había visto en Palca, pero mucho más grandes. Son casas de tierra de tres a seis metros de alto, cuyo interior, cuando no han sido profanadas, conserva los cuerpos sentados y desecados de toda una familia. En el lugar en que me encontraba se presentaba la bifurcación del camino directo de Potosí a Tacna y del que va a Oruro. Dejé naturalmente el primero, que pasa por la provincia de Carangas y el despoblado, para internarme por el segundo. Muy pronto salí de la llanura para tomar al noroeste el valle de Cóndor Apacheta, a la entrada del cual me detuve en el caserío de Las Peñas.

Agradablemente situada está la posta de Las Peñas. Cuando se mira hacia el sudeste aparece la llanura en toda su extensión; pero si se vuelve la mirada hacia el sudoeste se advierten montañas de escasa altura, apezonadas en sus cumbres, que forman una de las cuestas del valle, en tanto que la pendiente abrupta y la vecindad demasiado grande de las rocas de la otra cuesta esconden toda la extensión de esta cadena, que forma la continuación del contrafuerte de Potosí, de la Cordillera Oriental. Si se dirige la vista en la dirección del valle, remontándolo, se advierte un pozo profundo cuyas laderas están en pendiente bastante empinada. En medio serpentea un arroyo y permite a los indios pastores fijar sus casas en uno de sus codos. La aridez de la comarca, en dondequiera se ven rocas desnudas y montañas desprovistas de vegetación, torna triste al paisaje, pero no es monótono. En vano se buscarán árboles y

hasta arbustos; la naturaleza todo lo niega. Es una región salvaje cuyo severo aspecto inclina a la melancolía.

En esos parajes, en donde muy a menudo una mala cabaña sin puerta y poco limpia recibe al viajero, no lo retienen ciertamente a éste las comodidades del albergue; por eso generalmente se levanta al rayar el alba, apremiado siempre como está o bien por estudiar sus alrededores o bien por reanudar su camino. A la mañana siguiente me levanté muy temprano con el fin de hacer de un tirón, si es que podía, las seis leguas que me separaban de la posta de Cóndor Apacheta y la misma distancia desde este último punto hasta el villorrio de Venta y Media, siempre sin salir del valle y siguiendo la dirección del noroeste. Como ya lo he dicho en la parte geológica, este valle presenta además uno de los hermosos y grandes hechos geológicos, de los que América muestra tantos ejemplos en tan vasta escala: es una de esas numerosas dislocaciones del suelo, de esas grietas rectas, que se prolongan en una extensión de más de veinte leguas. Como en un solo y mismo valle esas dos vertientes no están separadas más que por un ligero eslabón oblicuo, las aguas se dirigen allí, por un lado, de Cóndor Apacheta hacia el sudeste, y por otro, hacia el noroeste.

2 de abril

Siguiendo el borde del arroyo, remonté seis leguas hasta la posta de Cóndor Apacheta, situada en la cumbre del valle, en una pequeña cuenca cubierta de pasto y en la que pacen algunos rebaños, y trepé en seguida por una cuesta bastante empinada para llegar a la línea de división de las aguas. Entonces podía divisar, a un lado, los ligeros meandros del valle de Cóndor Apacheta, y al otro los del valle de Sora Sora. Al bajar por este último, volví a encontrar en todo los mismos accidentes de terreno y los mismos detalles. El fondo de la quebrada me servía casi siempre de camino, y andaba sobre los residuos de las rocas de los collados, arrancadas por las aguas en la estación de las lluvias. Era una mezcla de fragmentos de esquistos y de pizarras del pie de la montaña, y de las areniscas que la coronan. Se comprende fácilmente que, andando por un camino en que las mulas tropiezan a cada paso, el viajero se considera feliz cuando llega a destino después de una marcha de todo el día. Así, pues, vi aparecer con alegría la aldea de Venta y Media, que me prometía algún descanso. La aldea está situada en la margen izquierda de la quebrada, al pie de las montañas; es un conjunto de casas alrededor de una iglesia, cuyo melancólico aspecto no disuena con el de los alrededores, completamente desprovistos de vegetación.

De Venta y Media me faltaban seis leguas hasta Sora Sora y la misma distancia desde este punto a Oruro. Resolví hacerlas de un solo tirón. Al salir

3 de abril

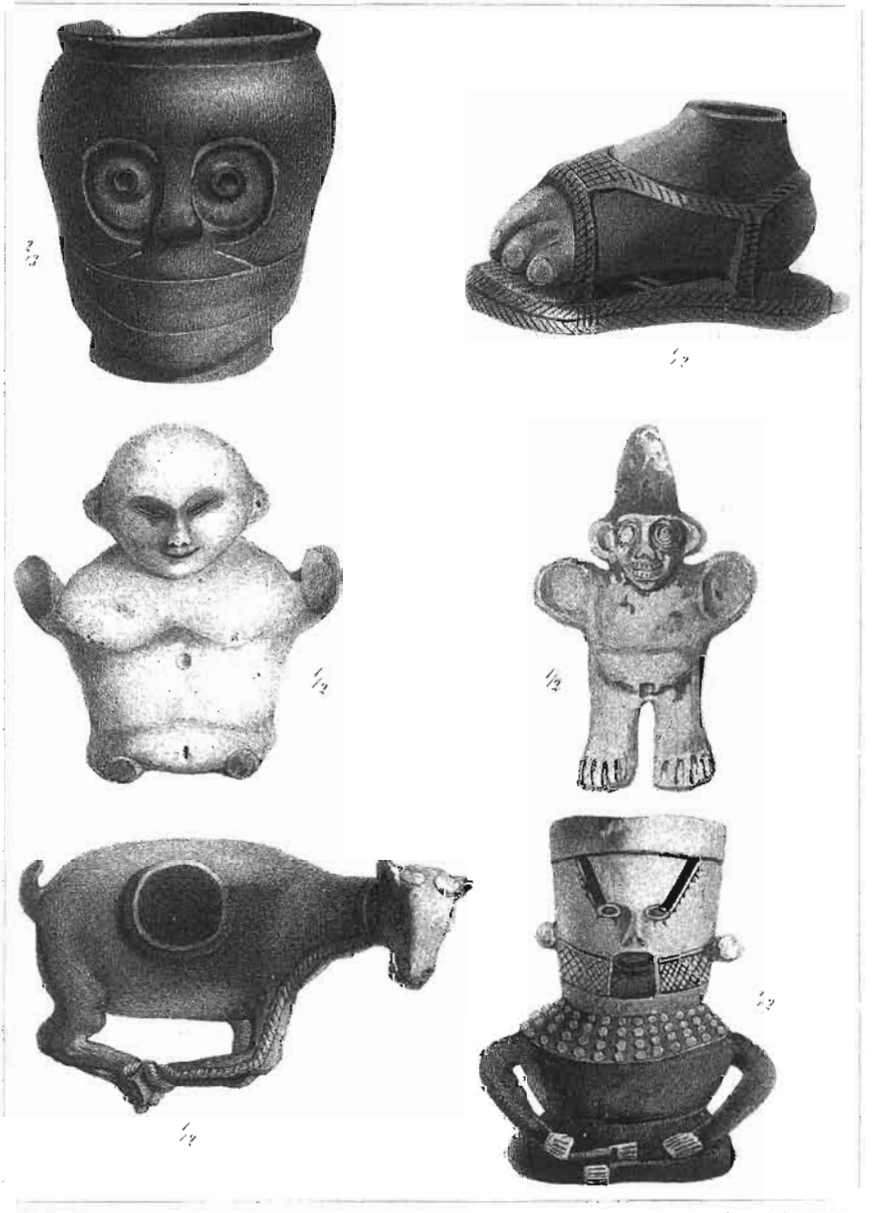
el sol, al día siguiente, continué hacia el noroeste por el fondo del mismo valle. A medida que avanzaba, el paisaje se tornaba más triste: los collados estaban más desnudos, la roca azulada se mostraba por todas partes y las piedras arrastradas por el torrente entonces casi seco, formaban amplias playas cuya vista no era nada agradable. A eso del mediodía vi primero, adosado a la montaña, un caserío sobre la orilla izquierda y pronto llegué a Sora Sora, vasto montón de casas habitadas por algunos propietarios y pastores aymaras. En ese pueblo, uno de los mayores de la provincia, hay comerciantes de comestibles, de bebidas y de todo cuanto denota la proximidad de una ciudad. Está situado en la margen izquierda de la quebrada en medio del valle, que en este lugar se ensancha mucho y desemboca en la llanura de Oruro. En efecto, una superficie pareja separa Sora Sora de los últimos contrafuertes de la Cordillera Oriental, cuya continuación puede verse a lo lejos sobre la derecha, en tanto que a la izquierda las montañas que forman el valle disminuyen gradualmente de altura, desaparecen completamente y permiten divisar una parte de la inmensa meseta boliviana.

Desde que había subido de las llanuras de Moxos y de Santa Cruz de la Sierra a las montañas, siempre había recorrido comarcas accidentadas al extremo; por eso, al salir de la aldea de Sora Sora, experimenté una verdadera satisfacción al no tener ya limitada mi mirada por las asperezas del suelo y al poder abarcar a un tiempo una dilatada superficie. Si las llanuras uniformes cansan, las montañas, a pesar de la gran variedad que presenten, llegan igualmente a hacer desear otra cosa. Al viajero le place encontrar accidentes del terreno que se valoricen unos con otros, llanuras que se sucedan a las cumbres: los contrastes son necesarios para sostener el interés de un camino.

Atravesé por última vez el arroyo de Sora Sora, que torna luego al sudoeste hacia la laguna de Panza, y entré en una llanura horizontal, dirigiéndome al cerro de Oruro, al que percibía a seis leguas de distancia al noroeste. Por lo general, la uniformidad de los terrenos llanos ofrece pocos encantos; pero esta vez no ocurrió así. Al principio una red de senderos trazados en la misma dirección entre los pastos duros dejaba al descubierto una tierra rojiza, que un fuerte viento juntaba, hacía remolinear y levantaba por los aires, como una columna vacilante. Este espectáculo se renovaba a cada momento delante de mí y me mostraba verdaderas trombas de polvo que se destacaban sobre un cielo purísimo y producían extraños efectos. Como la tierra que remueven con sus patas las bestias de carga es arrebatada inmediatamente por el viento, resulta que la senda se profundiza y forma zanjas, que, durante las lluvias, se llenan de agua y obligan a los viajeros a abrirse un nuevo camino lateral. La

misma cosa le ocurre pronto a este último; y entonces se vuelve a hacer otro camino al lado, lo que termina por formar una multitud de pequeñas cunetas paralelas, de un aspecto de lo más raro.

Cuando llegué a la tercera parte del camino, todas las sendas estaban llenas del agua dejada por la estación que recién terminaba, Y, más lejos, el campo, desnudo de toda vegetación, estaba completamente inundado. Fue allí donde vi uno de los efectos de espejismo más extraordinarios. Las aguas duplicaban la superficie y parecían extenderse a una distancia inmensa. El menor objeto, colocado ya en medio, ya fuera de esa superficie, se agrandaba de tal manera que parecía tocar los cielos. Una tropilla de mulas adquiría ante mis ojos la forma de grandes torres, de edificios a los cuales su agrupamiento variable hacía cambiar a cada momento de forma y de aspecto. A menudo un hombre aparecía como una línea vertical de una altura considerable. Observando por un lado las trombas de polvo, y por otro estos efectos de espejismo, salvé sucesivamente llanuras herbosas y llanuras inundadas, rojizas y saladas; antes de llegar a Oruro pasé todavía por verdaderas dunas de arenas móviles, a las que el viento hacía viajar. Me llamó la atención encontrar a cerca de 4.000 metros sobre el nivel del mar dunas semejantes en todo a las que se encuentran a la orilla del mar. La ilusión era tanto más completa cuanto que los terrenos vecinos, cubiertos de arcilla, están impregnados en todas partes de eflorescencias salinas y abundan todas aquellas plantas marítimas que tantas veces había podido observar en el litoral de la Vandea o de Bretaña. Finalmente, más allá de las dunas, me aproximé a la montaña de Oruro, al pie oriental de la cual se halla situada la ciudad.



Vasijas preincaicas

CAPÍTULO XLI

Oruro y sus alrededores. Reconocimiento de la provincia de Carangas. Viaje de Oruro a La Paz. Excursión por las Riberas del Lago Chucuito

Oruro y sus alrededores

Cuando me acercaba a Oruro, me chocaron el aspecto miserable de esta ciudad y la gran cantidad de moradas en ruinas que allí se veían por doquier. Se la hubiera creído abandonada, a tal punto son allí raros los habitantes. En efecto, había pasado por dos calles bordeadas de edificios semiderruidos sin ver a nadie. Al fin encontré algunas casas habitadas y pude hallar un albergue. Uno no se asombra tanto de la decadencia de una ciudad cuando conoce el motivo de su fundación, a cerca de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, en una meseta fría en donde el viento sopla casi continuamente. La riqueza que una ciudad debe a sus recursos agrícolas o a su industria es permanente y tiende a aumentar siempre por las mejoras sucesivas que traen la experiencia y los nuevos descubrimientos. Semejante a la suerte en el juego, la riqueza que sólo proviene de la explotación de las minas es muy efímera. En efecto, en cuanto el suelo deja de producir extraordinariamente, la mayor miseria viene de inmediato a reemplazar a la opulencia. Comparada con Oruro, Cochabamba es una prueba palmaria de la verdad de este principio. Esta última ciudad, exclusivamente agrícola, era despreciada por los españoles porque no tenía minas de oro ni de plata; pero la escasa importancia que se le concedía, durante el esplendor de Oruro y de Potosí, no le impidió crecer día a día hasta convertirse en la ciudad más floreciente del país. Solamente la concupiscencia de los hombres podía desafiar todas las inclemencias de ese suelo helado de las llanuras de Oruro y suge-

rirles la idea de fundar allí una ciudad. Esta prosperó mientras las minas produjeron grandes riquezas; pero apenas la plata dejó de abundar, cayó para siempre en una profunda miseria.

Desde los tiempos más remotos, Oruro había estado poblada por pastores aymaras que no habían temido explotar algunas de las minas de oro vecinas. El ardor de los españoles para procurarse recursos análogos a los de Potosí pronto los llevó a hacerles descubrir en las montañas vecinas de la actual ciudad unos filones que contenían una cantidad considerable de plata. Esta circunstancia atrajo inmediatamente al corazón de esos desiertos a una numerosa población, y en 1605 Diego de Padilla fundó allí la ciudad de San Felipe de Austria de Oruro, en honor de Felipe III, que reinaba a la sazón en España. A medida que en los aledaños descubríanse nuevos filones, la flamante ciudad crecía con gran rapidez. En efecto, las vecinas montañas, llamadas Pie de Gallo, San Cristóbal, la Flamenca, Bubiales y la Colorada, dieron lugar a las explotaciones de Las Sepulturas, Irooco y Toraca, que producían anualmente hasta un millón de pesos, o sea cinco millones de francos. Los lugares más alejados, como Antequera, Guanuni, Avicaya, la Joya, Hichocollo, Conde Auqui y Negro Pabellón, pronto ofrecieron millares de bocas de minas. Más de treinta grandes establecimientos y más de trescientos pequeños se encontraron a la vez en actividad; una sola mina, la denominada Salteada de Antequera, produjo a su propietario en cinco años seis millones de pesos (treinta millones de francos)[1].

La ciudad cobró poco a poco tal extensión, que en 1780 tenía unos 25.000 habitantes; pero varias circunstancias concurrieron a su ruina. Algunas de sus principales minas se inundaron, y hubo que abandonarlas por falta de bombas. Por otra parte, cuando acaeció la famosa insurrección de Tupác Amaru, en 1780, Oruro se resintió más que las demás ciudades, pues estaba situada en el centro de la población indígena insurreccionada en masa contra la opresión de los españoles y, más que nada, contra el trabajo forzado de las minas. En esta época la ciudad se vio varias veces reducida a su último extremo y perdió su principal recurso, los brazos de los indios. Sufrió todavía más cuando las guerras de la independencia. Tomada y retomada varias veces por los diferentes partidos, los españoles, que hicieron de ella el centro de sus operaciones militares, construyeron finalmente allí una fortaleza, lo que redujo en una tercera parte su superficie; sus alrededores quedaron asolados. En 1824, cuando renació la calma, después de la batalla de Ayacucho, Oruro, que tenía solamente 5.000 almas, igual que hoy, no era más que la sombra de lo que había sido.

1 *Iris de La Paz*, núm. II, 19 de septiembre de 1829.

Se levanta la ciudad sobre un terreno llano, al este de las montañas de Oruro, que forman una pequeña cadena orientada de nornoroeste a sudsudeste. Sus calles están bien alineadas y se ven dos iglesias parroquiales, la Matriz y San Miguel de la Ranchería, que no carecen de esplendor. Había también las iglesias y los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced y San Juan de Dios, pero los hermanos fueron enviados a otras ciudades y esos establecimientos religiosos están abandonados. Existen todavía dos ermitas, las de Socavón y Copacabana. La ciudad posee ahora un colegio de ciencias y artes, una escuela de enseñanza mutual, un hospital y una casa de mujeres que se consagran a la educación de las niñas huérfanas. Residen allí un prefecto, un gobernador militar de la fortaleza, un receptor de rentas, un ensayador de plata y un director de la oficina de rescate de oro y plata. Anualmente produce al Estado 35.000 pesos (175.000 francos).

Oruro es la capital del departamento del mismo nombre, compuesta de las siguientes provincias:

PROVINCIA DE ORURO, que comprende (Oruro, capital)	Antequera Caracollo Paria Sorasora La Joya Poopo
PROVINCIA DE POOPO, que comprende (Poopo, capital)	Challapata Condo Culta Quillacas Pampa Aullagas Llicla Salinas de Garci Mendoza Toledo Challacollo
PROVINCIA DE CARANGAS, que comprende (Huallamarca, capital)	Huallamarca Colque Choquecota Turco Audamarca Guachacalla Curaguara de Carangas

La población del departamento es de 113.064 habitantes, de los cuales más de las dos terceras partes pertenecen a la nación aymara.

Actualmente, las minas de plata de Oruro dan a lo sumo de 80.000 a 100.000 pesos (400.000 a 500.000 francos), pues casi todos los filones ricos están llenos de agua. En Sepulturas y en Irooco, todavía se explota a veces el oro, contenido en los filones, sin que el producto de esta explotación sea muy considerable. Las minas de estaño de Guanuni, las más ricas del mundo, eran otrora desdeñadas; hoy se las explota y proporcionan al comercio de cuatro a cinco mil quintales por año. Este resultado se podría centuplicar fácilmente; pero como el estaño tiene poco valor, no se lo extrae sino para dar a las mulas que vienen del Perú con aguardientes una carga de regreso con materias de que carecen allá. Lo único que permite explotar las minas de estaño de Oruro hasta el presente son los bajos precios de los transportes; de no ser por esta circunstancia, esas minas hubieran permanecido estériles, como lo están, en una multitud de lugares de Bolivia, las ricas minas de cobre y de plomo, cuyos gastos de transporte no permiten su extracción.

Inmediatamente después de mi llegada, fui a visitar al prefecto y al gobernador militar, quienes me informaron acerca de la mejor manera de emplear lo más útilmente posible los escasos días que podía consagrar al examen de Oruro y sus alrededores. Al día siguiente estudié las montañas en su aspecto geológico. Quise también visitar las minas explotadas. Noté entre los escombros la presencia de muchos minerales de hierro que no me parecieron explotables a causa de la gran cantidad de sulfuro con que están mezclados. Al contemplar minas tan ricas y hoy abandonadas, pensé que quizá sería fácil cavar un pozo en medio de los antiguos trabajos y colocar un cuerpo de bombas capaces de vaciarlas, continuando entonces la cosecha de millones; pero para ello sería necesario emplear máquinas que los sistemas actuales de transporte difícilmente podrían hacer llegar hasta estos parajes.

Los informes que había obtenido me decidieron a hacer un viaje a la provincia de Carangas, desde cualquier punto de vista esta excursión tenía para mí mucho interés. Me procuré una mula, un guía y un intérprete de la lengua aymara y, provisto con algunas cartas de recomendación, me dispuse a este viaje de ocho días a la parte menos conocida de la meseta boliviana.

Reconocimiento de la provincia de Carangas

Provincia de Oruro

Situada al oeste de Oruro y comprendiendo toda la parte occidental de la meseta boliviana, la provincia de Carangas es la continuación de las llanuras que había cruzado cuando venía de Tacna a La Paz. El 5 de abril salí muy temprano de la ciudad de Oruro con un ligero equipaje. Al principio hice más de un semicírculo para doblar la extremidad sur de la montaña, costeando rocas escarpadas de naturaleza traquítica, y luego me dirigí al noroeste para contornear el extremo de otra alta cadena dirigida al sudoeste. Esta cadena, llamada de San Cristóbal, es objeto de supersticiones por parte de los indios, que creen que no existía primitivamente en esos parajes, sino que fue transportada por espíritus maléficos. Es una sucesión de morros compuestos por rocas esquistosas, recubiertas de arenisca, y por filones de los que se ha extraído mucho oro. Pasé entre dos morros y desemboqué en la llanura, la que se extendía delante de mí como un pequeño mar. Inundada en parte, sus puntos más secos estaban cubiertos por una arcilla roja, tan cargada de eflorescencias salinas, que, a consecuencia del espejismo, parecían prolongar el agua más allá de sus verdaderos límites. En medio de este horizonte acuoso, veía al oeste un grupo de montañas hacia el cual me dirigí. Por efecto del espejismo, se asemejaba a esos islotes cónicos que se ven en el seno de los océanos. Entré en esos bañados en donde uno se hunde profundamente; tuve que atravesar el curso del Río Paria, que corre al sudoeste para arrojarse en el Desaguadero[2], y por poco más me quedo allí con mi mula; sin embargo, tuve que hacer todavía dos leguas más por ese camino inundado, al que más lejos sucedieron arcillas cubiertas de eflorescencias salinas, en las que crecen algunas plantas marítimas, tales como los salicores y otras que crecen en forma de césped circular. Finalmente tornóse la llanura más seca y se cubrió con algunas gramíneas duras y con una florecilla amarilla, que tantas veces había visto en los terrenos análogos de la Patagonia. Después de cinco leguas, llegué a la montaña de Guallapata, grupo traquítico aislado, cuya dirección general es casi noroeste. Su extremo sur es bastante alto, apezonado, luego va decreciendo poco a poco hacia el norte. En cada uno de

5 de abril

2 Allí vi, entre otras muchas aves ribereñas, una especie de aboceta blanca, cuyas patas, pico y alas son negros. Me pareció más grande que la especie europea. La cito aquí, pues nunca volví a encontrar otros individuos.

los vallecitos que forma se ven habitaciones de indios pastores. Uno de esos caseríos, el de Guallapata, presenta un aspecto bastante pintoresco.

Costeé durante algunas leguas la montaña, observando su composición geológica, y sobre todo las numerosas concreciones de carbonato de cal que provienen sin duda de alguna fuente de agua termal que ya no mana más; por lo menos la especie de encrostamiento de esta sustancia sobre las rocas de naturaleza ígnea y su exterior variado me recordaron lo que había visto cerca de Potosí[3] y lo que más tarde pude observar en la fuente incrustante de Clermont-Ferrand (Puy-de-Dóme). Esas capas amarillentas contrastan con las rocas de los alrededores, abruptas unas, otras semejantes a columnas.

Muy pronto alcancé el camino directo que lleva de Potosí a Tacna y me encontré muy cerca del Río Desaguadero que orillé durante tres leguas seguidas. Su curso, tan largo como el que había visto cuarenta o cincuenta leguas más arriba, se deslizaba en este lugar lentamente en un lecho bastante profundo, entre dos barrancas arcillosas rojizas, que trajeron a mi memoria, aunque en escala más pequeña, el recuerdo de las barrancas del Río Paraná que había visto más abajo de Santa Fe. Me detuve a la orilla del Desaguadero para cruzar sus aguas entonces saladas. Llamé a los indios apostados a este efecto y en una balsa me cruzaron a la otra orilla. Me hallaba al pie mismo de la montaña cónica de la Joya. Volví sobre mis pasos, rodeándola, y del otro lado de una ligera colina alcancé el burgo de la Joya, después de haber hecho once leguas en esta jornada.

La Joya debió su nombre a la enorme riqueza de la vecina montaña, en donde los primeros españoles descubrieron y explotaron filones que contenían a la vez oro y plata. Refiere la tradición también que encontraron allí rubíes, topacios, esmeraldas, cristal de roca y cal carbonatada de doble refracción, pero esto es ya mucho menos cierto. La montaña presenta la forma de un cono aislado, compuesto de rocas traquíticas, que se elevan a 200 ó 300 metros sobre la llanura. El burgo está situado en su pendiente meridional no lejos de una laguna en donde se reúnen todas las aguas; hacia el sur se levantan algunas pequeñas columnas. La posición de la Joya es deliciosa, pero un poco triste. Domina una inmensa llanura que se extiende al oeste hasta la cadena de Huallamarca, que se alcanza a ver en lontananza. En vano se buscarían árboles en estas altas regiones; la vegetación es allí precaria y achaparrada, y en todas partes reina una gran sequía. La Joya está habitada por pastores aymaras, pues la agricultura apenas produce un poco de papas y de quinua; por

3 V. cap. LX, parágrafo 3.

eso todos sus alrededores están poblados por numerosos rebaños de llamas y de alpacas. En cuanto a sus minas, a pesar de sus riquezas, no se las explota. El alcalde, en cuya casa me hospedé, me habló mucho del pasado esplendor de la Joya, la cual, según él, todavía merecería ese nombre si quisieran extraer el agua de sus minas.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, recorrí a pie todos los alrededores, recogiendo plantas y tratando de reconocer la edad geológica de la montaña.

6 de abril

Sin ser muy provechosa mi excursión tuvo no obstante para mí muchos encantos. Un frío bastante intenso y acompañado por un aire seco recorría rápidamente la campaña, y vi con alegría levantarse el sol sobre las últimas eminencias de la Cordillera oriental que se dibujaba todavía en el horizonte. Mientras esta región y toda la llanura permanecían envueltas en la sombra, la cadena de Huallamarca recibió torrentes de luz, que producían un efecto realmente mágico; pero en contados instantes el astro del día se mostró en todo su esplendor y la naturaleza se alegró con sus rayos. Poco a poco desapareció la helada blanca de la noche; se derritió el hielo de los arroyos, y las llamas, hasta entonces inmóviles, comenzaron a dispersarse por la llanura.

Provincia de Carangas

Para ir hasta Huallamarca tenía que hacer todavía trece leguas al oeste, 25° sur; regresé, pues, a casa del alcalde, y después de haber comido un poco de charque de carnero *(chalona)* con papas y pimiento, regalo de los habitantes, me dispuse a caminar toda la jornada. En cuanto dejé la Joya, entré en la provincia de Carangas. Sin caminos trazados, andaba siempre sobre la meseta seca y pareja. Si en un país accidentado se multiplican las superficies por la diversidad de los puntos de vista que se ofrece al viajero, no ocurre así con los terrenos llanos, en donde las leguas se suceden sin traer ningún cambio en el aspecto de la campaña. Muy pronto sin embargo divisé delante de mí la colina de Unchachata. Son conos traquíticos aislados que forman una cadena dirigida de noroeste a sudeste, que interrumpen la horizontalidad del terreno y surgen elevándose de cincuenta a cien metros. Adosadas a la cadena, hay algunas casas de indios pastores, y sin que tuviera ninguna subida ni bajada, pasé entre dos de esos picos, cuyo color negruzco contrasta con la uniformidad de la llanura, en la que volví a encontrarme del otro lado. Estaba completamente cubierta de t'ola, esa planta compuesta, característica de las mesetas, que había

encontrado primero en Santiago de Machaca y en Tola Pampa[4]. Esta planta cubre aquí toda la meseta y se extiende hasta perderse de vista al norte y al sur, expandiendo en el aire un fuerte olor aromático muy agradable, que parece ser exclusivo de estas campañas.

La uniformidad de la llanura y lo vasto del horizonte que se extendía ante mis ojos no recordaban nada la cumbre de una cadena, y sin embargo caminaba a más de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, sobre la cordillera misma, sobre esa cúpula inmensa que, a esta altura prodigiosa, forma mesetas semejantes a las planicies de los países llanos. En América todo es grandioso: los relieves, los valles; y el hombre, con sus proporciones ordinarias, parece más pequeño aún junto a esos grandes y vastos contrastes de la naturaleza. Perdido en esos terrenos áridos, me encontraba solo con mi guía; ninguna huella humana a nuestro alrededor, y sólo el paso de nuestras mulas interrumpía el silencio imponente del desierto. Ni una sola ave vino a alegrar nuestro camino, y todos los seres animados, hasta la ágil vicuña, parecían haber huido.

Después de diez u once leguas de llanura, me acerqué al fin a las montañas de Huallamarca, a cuyo pie anduve algún rato. Atravesé un curso de agua entonces casi seco, que se dirige al sur, y comencé a trepar del otro lado sobre aluviones de arena y guijarros profundamente gastados. A veces las aguas fluviales cavan un lecho tan profundo que uno se encuentra encajonado como en un foso, entre dos murallas. Esos pasos me recordaron los desfiladeros más extensos del camino de La Paz a Yungas. De la cumbre de una última colina de terrenos de aluvión dominaba el burgo de Huallamarca, capital de la provincia de Carangas, a donde llegué muy pronto. Me apeé en casa del cura, quien me recibió inmejorablemente. Era un hombre amable, cuya conversación me agradó mucho. Fui a visitar también al gobernador, quien me dispensó una cordial acogida.

Como todavía quedaban algunas horas de luz, las aproveché para recorrer los alrededores. Me encontraba en un collado en pendiente, abierto al este, en donde los indios cultivan la oca[5], la papa común y otra especie que llaman papa lisa. Esta última, en lugar de estar cubierta con una piel que no hay más remedio que quitar, lo está con una película tan delgada que no hace falta desprender. Su gusto es exquisito. Su hoja, muy gruesa, resiste perfectamente las heladas. Habría, pues, una doble ventaja para aclimatarla en Europa [6].

---

4 V. cap. XL, parág. 4.

5 Especie de oxálica, hoy naturalizada en Francia. Creo que he sido el primero en traerla en 1934.

6 También la traje al Jardín des plantes, pero ignoro qué ha sido de ella. Todavía estoy esperando y espero aclimatarla en Francia.

Por la tarde volví a Huallamarca, grande y hermosa villa, dotada con una amplia iglesia y formada con muchas casas de indios aymaras, rodeada de potreros y de chacruts; todas las casas están rodeadas por un cerco de piedra. Por un lado la montaña compuesta de arenisca se va elevando gradualmente, mientras que hacia el bajo los terrenos disminuyen poco a poco hasta confundirse con la llanura que había cruzado ese día. Más allá divisaba el cono de la Joya y la cumbre nevada del Illimani, del que sin embargo estaba a más de cuarenta leguas en línea recta. En esas altas regiones en donde no se ve una sola nube y en donde un cielo purísimo se deja ver casi constantemente, me parecía estar muy cerca del Illimani. Cuando esta montaña recibía todavía los últimos rayos del sol, mientras que todas las demás estaban ya en la sombra, la nieve me pareció de una blancura realmente extraordinaria.

Las montañas de arenisca friable de Huallamarca contienen muchas minas de cobre. El cura me mostró trozos de cobre nativo tan maleable, que no tenía necesidad de ninguna preparación para ser empleado en la industria. Como la roca es idéntica a la arenisca de Corocoro y como su cobre es también semejante, podría creerse que es la continuidad de las mismas capas, ocultas en parte por los poderosos aluviones de la llanura. Habría, pues, uno o dos grados, o sea cincuenta leguas de longitud de capas cobreñas, llenas de filones más o menos explotables de ese metal.

Después de recorrer nuevamente los alrededores, partí para Totora, a siete leguas al oeste. Anduve tres leguas por la misma vertiente oriental de la montaña, subiendo y bajando de la cumbre de los ribazos oblicuos a las quebradas que los separan, y caminando siempre por los antiguos aluviones de la víspera. Eran arenas o guijas que descansaban sobre lechos inclinados hacia la llanura. En el último vallecito se veían casas de agricultores y de pastores. En esos lugares apartados de todos los caminos, la llegada de un extraño es un acontecimiento; por eso, según los individuos o el juicio que sobre mí tenían formado, los indios escapaban al acercarme, creyéndome militar, o bien me consideraban con gran curiosidad. Trataba de tranquilizar lo mejor que podía a los que tenían miedo de mí, hablándoles por intermedio de mi lenguaraz. En cuanto dejaban de temerme, esos hombres me parecían de un natural extremadamente condescendiente.

Como Totora estaba del otro lado de la cadena, no podía llegar a ella sino atravesándola. Una hendedura vertical me proporcionó los medios. Juntamente con Apacheta de La Paz, es uno de los casos geológicos hermosos de estas comarcas. La montaña se agrietó de arriba abajo y se pasa por este desgarrón del suelo, en el que se ven a ambos lados las capas de arenisca que concuerdan.

Cuando subía, con mucha dificultad a causa de las piedras angulosas que allí abundan, noté en una infinidad de puntos zonas de óxido de cobre que denotaban la presencia de este metal. En la cumbre de la montaña había alcanzado las capas más superiores, y sólo me restaba descender por sus laderas. Me detuve allí algunas horas para estudiar mejor la geología y la botánica locales. Un arroyo cuyos bordes están cubiertos de hierba fresca, cosa rara en esas regiones, me hizo pensar que mi mula también podría aprovechar con ventaja este punto de parada.

Tres leguas de terrenos turbosos, regados por varios arroyos y en donde veía pacer una multitud de rebaños de llamas y de alpacas, me condujeron, después de haber dejado atrás una colina de aluviones antiguos, al pueblo de Totora, completamente rodeado por tumbas antiguas o chulpas, y situado en una pequeña llanura rodeada de extensas colinas. Me fui directamente a la casa del cura, quien acepto darme su hospitalidad.

Como había notado que varias tumbas estaban todavía intactas, traté de conseguir algunos obreros para hacer en ellas un registro; pero no era empresa fácil, pues los indios, sin duda para no profanar los sepulcros de sus antepasados, no quieren ni siquiera acercarse a ellos; por eso, y a pesar de toda la influencia del cura y del alcalde y hasta de mis ofrecimientos de dinero, no pude conseguir más que un solo hombre, y esto porque era mestizo de español. Abrí varias tumbas, cuya entrada mira siempre al oriente, y en todas encontré tres o cuatro cadáveres secos, sentados; pero tuve el disgusto de comprobar que ya habían sido registradas. Lo advertí en el desorden que reinaba en el interior de cada tumba; los cuerpos estaban hechos pedazos, lo mismo que los tejidos de paja que los envuelven[7]. Noté muchos vestidos, restos de vasos de terracota y utensilios de cocina. Cuando esas tumbas están intactas, los cuerpos aparecen colocados alrededor, los hombres con su indumentaria y las mujeres con sus adornos, tales como collares de piedras agujereadas o cuentas de cobre. Por lo general, cerca de esos cuerpos se encuentran vasos elegantes de una construcción particular, afectados solamente para este uso, de forma etrusca, y a menudo adornados con dibujos en colores que parecen grecas. Tales vasos, que al parecer contienen chicha, la bebida fermentada de los indígenas, están de pie y tapados con una pequeña cobertura. Pocas antigüedades conseguí en mis investigaciones del día, pero como mis gestiones hicieron conocer mi afán por poseerlas; pude, gracias a la amabilidad del cura y del alcalde, comprar algunas a los indígenas. Asimismo, tuve mis dificultades para lograrlas, pues los indí-

7 Más tarde conseguí una momia intacta, que dibujé.

genas atribuyen mucha importancia a la conservación de esas reliquias de sus antepasados.

8 de abril

Deseoso de llegar hasta los últimos puntos habitados del oeste, a la mañana siguiente salí muy temprano de Totora y me encaminé hacia las regiones desconocidas en las que nunca penetró el hombre de la ciudad. Subí por colinas de arena y de guijarros, y del otro lado mi mirada abarcó el inmenso valle de Viloma, cubierto de t'ola. Hasta donde alcanza la vista es una llanura orientada de noroeste al sudeste por la que corre el río que le da su nombre. Bajé insensiblemente, sin seguir ninguna senda trazada, y encontré el suelo cubierto con esos cristalitos de cuarzo que había visto cerca del Río Maure y en toda la Cordillera Occidental. La identidad fue para mí tanto más completa cuanto que encontré muy pronto montículos de conglomerados traquíticos blancos con sus piedras pómez, absolutamente semejantes a los de la Cordillera. Aquí, lo mismo que en Delinguil, la acción prolongada de las lluvias verticales había formado en esos montones muy friables especies de conos agudos y flechas muy notables a las que parecía que el menor viento derribaría. Andando por pastos duros y cortos, en medio de la t'ola, llegué al Río Viloma, en donde muchos rebaños de llamas y de alpacas pacían en compañía de las vicuñas salvajes, como si todas hubiesen estado igualmente reducidas a la domesticidad. Por el otro lado subí por un cuesta casi insensible y, al mismo tiempo que en la otra orilla, me encontré en una cadena paralela de conglomerados traquíticos y capas occidentales, una parte de los cuales estaba recubierta con un poco de vegetación, mientras que lo demás presentaba todavía formas diversas, determinadas por los agentes atmosféricos. Me dirigí hacia una alta montaña y, antes de llegar a su pie, pasé cerca de algunas casas de indios de Calacaya.

Antes de la conquista del país por los españoles, esta montaña, llamada Pucara, era, como todos los lugares que llevan esta denominación, una antigua fortaleza de los indígenas. La escalé para entrar en un pequeño valle prometiéndome visitarla más tarde detenidamente. Compuesta de areniscas friables, inclinadas hacia el este, la montaña presenta su ladera opuesta al corte de todas las capas, y al fondo del valle hay arcillas abigarradas rojas, como las de Miraflor[8], llenas de pepitas de sulfato de cal y filones de esta misma sustancia. Llegué una legua más abajo al oeste del valle, en Pachavi, de cuyas antigüedades, tesoro que se suponía oculto me habían hablado mucho. Me detuve en la cabaña de un aymara y en seguida me dirigí a pie hasta la monta-

8 V. cap. XL, parág. 4.

ña vecina en la que había alcanzado a ver un antiguo monumento que azuzaba mi curiosidad.

Guiado por un indio joven, trepé una cuesta abrupta y después le haber subido largo rato, llegué a una parte menos inclinada, en donde me encontré cerca de dos tumbas antiguas, una de las cuales, intacta, se llamaba, a causa de sus dimensiones, la Chullpa del Inca. Este sepulcro me interesó vivamente y me apresuré a dibujarlo. Es una especie de casa que forma un cuadrado oblongo de cinco metros y medio de largo por tres y medio de ancho, y seis metros y medio le alto y completamente edificada con piedras talladas, pero de una construcción ciclópea muy singular: sus piedras, en lugar de formar paralelogramos y estar posadas en hileras horizontales, conservaron a veces su forma angulosa primitiva, y entonces las tallaron de manera que las partes salientes de una correspondan a las partes entrantes de otra. Me afané por dar a mi dibujo la forma exacta de estas piedras. Este monumento mira hacia el este y está dotado de una sola entrada de paredes inclinadas de algo más de un metro de altura y colocada a la misma distancia del suelo. Esta entrada da a una pequeña cavidad alargada y en ojiva arriba, a cuyo alrededor hay cinco nichos: tres en el fondo c, c, c, y dos en las extremidades de cada uno de los cuales estaba indudablemente destinado a recibir un cuerpo sentado, como los enterraban siempre los antiguos habitantes de esos lugares. Como esa tumba había sido abierta hace mucho, no encontré en ella absolutamente nada; pero en los alrededores recogí varios trozos de piedras y lapislázuli, entre otras, que habían sido trabajadas y agujereadas de manera que formasen las cuentas de un collar[9]. Alrededor de ese monumento hay tres filas de graderías de piedras sueltas. Empleé toda la tarde en recorrer esta montaña, dominada por rocas raquíticas al desnudo y en examinar los restos de otra tumba, demolida en parte, pero absolutamente de la misma forma que la primera. Junto a esos monumentos encontré también muchas entradas subterráneas en las que me fue imposible penetrar.

Cerca de la casa en donde pasaría la noche había muchos sepulcros más, pero como estaban construidos de paja y de terrón, se hallaban lejos de tener la importancia de los dos primeros; por lo demás hacía mucho que los habían abierto. La noche me obligó a volver a mi albergue, humilde cabaña techada con paja y de forma circular, como las de los tiempos de los Incas. Una pobre familia de pastores indígenas me recibió allí lo mejor que pudo y con ella compartí la estrecha superficie interior de su techo.

9 En aymara los indios llaman a esas cuentas *mulli*.

9 de abril

Cerca de esta cabaña se abría la entrada casi oculta del famoso barranco de Pachavi, en el que a la mañana siguiente me adentré más de una legua para buscar antigüedades; vi allí algunos sembrados de papas y de cebada, disputados a esta naturaleza salvaje y estéril; luego, cuando llegué a su extremo, encontré doquiera restos antiguos: aquí muchos pedazos de terracota, allí grutas cuyas paredes estaban cubiertas con groseros dibujos trazados con carbón. Supónese que esas grutas, naturales unas, cavadas otras por las manos del hombre, encierran tesoros; muchos españoles hicieron excavaciones ya en ellas, y en Oruro me habían hablado como de una explotación segura. Como creo poco en esos pretendidos lapados, dirigí mis investigaciones hacia otro lado.

El indio que me acompañaba en ese laberinto de rocas me hizo ver con aire de misterio una rendija que sólo dejaba paso a un hombre, y caminando delante de mí, me anunció que iba a mostrarme la morada de sus antepasados de Pachavi cuando estaban en guerra con sus vecinos o cuando no podían ser descubiertos. Lo seguí trepando a duras penas, asiéndome fuertemente a las paredes de la roca, hasta que al fin, después de recorrer una distancia bastante grande, me encontré en una especie de circo muy singular, en el corazón de las rocas. En todas partes veía los cimientos circulares de antiguas habitaciones, cercos tallados en la roca y todo cuanto denunciaba la estada prolongada de numerosas familias. Este sitio muy curioso me interesó vivamente. Recorrí todas sus partes y no dejé de trepar a una explanada rodeada de rocas desde la que podía descubrirse, sin ser visto, toda la campaña circundante. Era desde este sitio donde los habitantes seguían los menores movimientos en la llanura. El indio me mostró también una gran piedra grande que colocaban a la entrada de la rendija cuando querían aislarse completamente. Una vez cerrada, hubiera sido absolutamente imposible entrar en este extraño retiro.

A mi regreso, andando en otra dirección, mi guía me hizo notar un gran número de cadáveres disecados que estaban debajo de una roca saliente. Cada uno de ellos, en cuclillas, estaba colocado aisladamente en un pequeño compartimiento de tierra, exactamente como las larvas de abejas en una colmena[10]. Ahí también podía reconocer, unos junto a los otros, a todos los miembros de una familia, el padre, la madre y los hijos. Creen en la comarca que los indios se enterraron así todos vivos para no sobrevivir a la muerte de su último Inca y para sustraerse al yugo de los españoles; pero nada prueba este aserto, y me inclino a creer, por el contrario, que los fueron poniendo sucesivamente

10 La mayor parte de las cabezas estaban deformadas.

allí a medida que iban muriendo. De otra manera, difícilmente se explicaría por qué habían rodeado a esos cadáveres, alguno de los cuales conserva todavía sus vestidos, con materias resinosas y aromáticas adecuadas para conservarlos. Si fuera lícito emitir una opinión relativa a las grandes tumbas situadas en las montañas, a las tumbas de tierra de las llanuras y a estas últimas, mucho menos raras, diría que las primeras eran las de los Incas, como lo quiere la tradición verbal; las segundas, las de los jefes indígenas sometidos a los Incas, y las terceras, las de gente de pueblo. Esta suposición, por otra parte, estaría de acuerdo con las tres clases de la sociedad tan netas en tiempo de los hijos del Sol. En todos los casos, todas esas tumbas son ciertamente muy anteriores a los españoles, pues desde la llegada de éstos y el establecimiento del cristianismo, los cuerpos fueron siempre llevados a los cementerios. Mi guía me dijo que en la comarca consideraban a tales sepulcros como de la misma época que las chullpas.

De regreso a la cabaña, después de un recorrido de ocho horas, encontré algunas papas hervidas que me dieron fuerzas para continuar mis investigaciones del día. Después de ver bien todos los alrededores, resolví volver sobre mis pasos para estudiar la montaña de Pucara, que sólo había entrevisto la víspera. Cuando llegué al punto más alto del sendero, trazado, dejé mi mula a mi guía y escalé a pie lo que faltaba, pero a duras penas, pues a menos que se conozcan perfectamente las vueltas y atajos todo lo demás es prácticamente inaccesible. En efecto, al pie de la muralla de piedras bastas que rodea la cumbre de la montaña trataron de hacer más empinadas las escarpaduras por medio de algunos cortes. La muralla tiene unos dos metros de alto, es muy ancha y forma un inmenso circo oblongo cuyo interior, en donde cabe perfectamente un hombre, trataron de allanar. Era allí donde durante sus guerras, cuando los indios estaban reducidos a su último extremo, se reunían con sus familias y algunos víveres. Sus armas defensivas eran piedras juntadas y puestas en numerosos montones y adecuadas para constituir poderosos proyectiles con sus temibles hondas. Vi allí muchas de esas municiones de guerra que se encontraban quizá desde las incursiones de los Incas al territorio de los aymaras, es decir, desde hacía cinco o seis siglos.

Este punto tenía para mí no sólo un interés relacionado con su antiguo destino guerrero, sino que su considerable altura sobre todos los lugares circundantes me permitía también hacer de él mi observatorio momentáneo. Veía a la vez al Sajama, la más alta montaña de la Cordillera Occidental, y el Illimani, uno de los gigantes de la cadena oriental de La Paz; así, la superficie que abarcaba con mi mirada tenía no menos de dos grados o cincuenta leguas.

Vasijas de los indígenas quechuas de la costa de Perú y de Bolivia.

1: *Cerous antisensis*; 2: *Cerous campestris*.

El Illimani con sus nieves se mostraba al norte 5° este, mientras que el Sajama y los demás picos nevados de la Cordillera Occidental se veían al sudoeste y al sudsudoeste. Entre esas dos cadenas alejadas percibía al noroeste colinas paralelas, unas ennegrecidas, cubiertas de arenisca, y otras deslumbrantes como la nieve, formadas por conglomerados traquíticos y piedra pómez, entre ellas algunas llanuras muy extensas cubiertas de t'ola; en el lado opuesto, la continuidad de las mismas cadenas y de los mismos valles. Por medio de la rosa de los vientos hice relevamientos de todos los puntos visibles y bajé a la llanura con un trabajo infinitamente mayor que el que había tenido para subir, pues las numerosas escarpaduras, acentuadas por el arte, tornaban mi marcha poco segura. Tuve, sin embargo, bastante suerte como para llegar abajo sin accidentes, pero en verdad muy cansado. Andando por el pie de la montaña llegué a una casa aislada de indios que dependía del caserío de Calacaya, en donde pedí y obtuve hospitalidad.

A mi regreso fui testigo de un espectáculo delicioso. En el instante en que los últimos rayos del sol poniente iluminaban todavía la parte oriental del valle, mientras que la otra estaba ya sumergida en la penumbra, los indios bajaron de las montañas y abandonaron las planicies para arrear a sus rebaños cerca de sus casas. En medio de la calma más perfecta yo los seguía en su lento andar; los veía acercarse poco a poco a mí; por fin llegaron todos. Los carneros entraron en sus corrales con cercos de piedra; las llamas y las alpacas quedaron libres alrededor de las casas. Estas últimas se acostaron con el ocaso, todas con la cabeza vuelta hacia el este. Cuando la naturaleza entera estuvo en reposo, también yo pensé en tirarme en el suelo de una de las cabañas con el objeto de recobrar mis fuerzas.

Como las llamas y las alpacas me habían interesado vivamente la víspera, quise levantarme al día siguiente antes de la aurora para estudiarlas. Las encontré en la misma actitud, sin que hubiesen absolutamente cambiado de lugar. Picaba el frío y la helada blanca cubría la campaña. Muchas veces había oído decir que las llamas, para servirme de la expresión de los indios, lloran todas las mañanas hasta que sale el sol, porque también ellas extrañan a los Incas, hijos del astro del día. Quedéme efectivamente sorprendido al ver a esos animales, todos acostados en la misma dirección, con la cabeza vuelta hacia oriente, y dejando escapar de tanto en tanto una especie de gemidos que duraron hasta que el campo quedó iluminado con oleadas de luz. Cuando la acción del sol derritió parte de la helada, las llamas más jóvenes se levantaron y se agruparon alrededor de sus madres; pero si una de ellas se equivocaba y se aproximaba a otra,

10 de abril

esta última echaba sus orejas hacía atrás en señal de descontento. Y si la llamita volvía a recomenzar, entonces, ya enojada del todo la hembra, en señal de cólera, le escupía en la cara a la locuela, que se alejaba de inmediato, abochornada por esta recepción. En cuanto el sol disipó en todas partes la escarcha, llamas y alpacas se levantaron una a una y se dirigieron a paso tardo hacia el sitio del valle en que acostumbran pacer. Unicamente las hembras se quedan cerca de las casas; a los machos los separan y los mantienen lejos de ahí. Las llamas son tan modosas como los hombres que las cuidan. Un indio nunca maltrata a los animales domésticos de que se rodea, y es tal su apego a ellos que más de una vez se le ve llorar cuando la necesidad de alimentarse lo obliga a matarlos. Me gustaba en esos indios la dulzura extraordinaria que ponen en todos sus actos y en todas las circunstancias de su apacible existencia. Tan bien me encontraba con estos hombres identificados con la naturaleza, en el corazón de esos desiertos silenciosos, alejados del tráfago del mundo civilizado, que tuve que hacer un gran esfuerzo para decidirme a partir. Miré por última vez la montaña de Pucara y me encaminé al nornoroeste, en dirección a Crucero, donde esperaba encontrar antigüedades.

Anduve durante dos leguas por el pie de colinas de conglomerados traquíticos, cuyas formas extrañas admiré una vez más; las vizcachas pululaban allí. Luego, después de cruzar al otro lado, encontré una legua más allá varios grupos de tumbas de tierra, semejantes a las que se ven por doquier en esas comarcas. Las registré cuidadosamente y recogí en ellas varios objetos interesantes para la antigua historia del país. Este lugar, poco distante del pueblo de Crucero, está cubierto de sepulcros: vi no menos de doscientos, agrupados aquí y allá en la parte más alta del campo. Desde lejos se habría tomado este lugar por una ciudad, pero sólo era morada de los muertos. Todas las tumbas habían sido exploradas, a pesar de lo cual encontré varios cadáveres enteros, envueltos en unas esteras de paja y atados de tal manera que en esa especie de cesta venía a quedar una abertura para la cara y dos más pequeñas para la punta de los pies; dentro de esa envoltura estaba el cuerpo reseco en una posición acurrucada, con las rodillas sobre el estómago y los brazos alrededor de las piernas. Se diría que los antiguos quisieron dar al cuerpo la posición que tenía en el seno de la madre antes de nacer, como si la vecindad entre la cuna y la sepultura uniera los dos términos de la vida del hombre, recordándole que nace solamente para morir.

Salí finalmente de Crucero y, buscando objetos de historia natural, crucé de nuevo la llanura de Viloma para regresar a Totora, de la que saliera tres días atrás. Al día siguiente fui a Huallamarca; con gran alegría de mi parte encon-

11 de abril

tré allí a un indio que me traía unas chinchillas, que había mandado buscar a la cordillera, en donde hoy son muy raras. Sentí un gran placer en poseer este animal, por cuanto su anatomía era entonces desconocida en Europa, aunque su piel constituyese desde hacía mucho una de las más preciadas. Estos animalitos habitan en las regiones más estériles y frías de la Cordillera, en donde llevan el mismo género de vida de nuestros conejos, cavándose madrigueras bajo los peñascos y saliendo sólo de noche. Cuando su piel se valorizó, los indios hicieron de ella una caza tan bárbara, que casi las han exterminado, de suerte que hoy son rarísimas.

En una larga conversación que mantuve con el cura, me enteré de que se habían descubierto muchas antigüedades en la aldea de Llanquera, a diez leguas al sudeste. Aunque este viaje alargaría mucho mi camino, resolví tomar esa dirección al regresar a Oruro. En efecto, el 12 salí de Huallamarca; anduve largo rato por la falda de la montaña, caminando alternativamente sobre aluviones antiguos, sobre areniscas llenas de cobre o sobre arcillas abigarradas. Más lejos bajé a la llanura y borneé el pie de las colinas. Pasé delante de la aldea de Chuquichambi, situada en una quebrada de la montaña, de la mejor manera expuesta a los rayos del sol. Frente a la entrada de la quebrada encontré un inmenso grupo de tumbas, llamado por esta razón Pataca Chulpa (las cien tumbas). Levantadas todas en un altozano, y bien orientadas hacia el este, ostentaban la forma de una pequeña ciudad. Una legua más lejos, frente al pueblo de Chanchiguel, encontré otro grupo de sepulcros, y en seguida un tercero. Todos están edificados con tierra roja y se levantan a cuatro o cinco metros, destacándose en la llanura cubierta de t'ola. Llegué así a Llanquera, en donde no encontré absolutamente nada de lo que me habían anunciado. No sólo no hallé ninguna antigüedad, sino que hasta perdí toda esperanza de descubrir algo en los alrededores, por lo que determiné volver a partir en el acto.

12 de abril

Las tres poblaciones que había visto en la jornada están en las mismas condiciones: todas situadas a mitad de la cuesta de la misma cadena en las quebradas. Su exposición al este y las montañas que les atajan el frío de la Cordillera permiten a sus vecinos, todos aymaras, cultivar en algunos sitios la papa, la papa lisa y la quinua, mientras que sus rebaños pacen en la llanura vecina o en las planicies del sudoeste, del otro lado de los cerros.

Como todavía tenía por delante algunas horas de luz, bajé a la llanura y me encaminé hacia Oruro, del que estaba a quince leguas al sudoeste. Después de cruzar un curso de agua casi seco, que recibe todos los arroyos de la cadena

de Huallamarca y se dirige al sudeste hacia el Desaguadero, me encontré con el mismo horizonte de t'ola que había cruzado cuando iba de la Joya a Huallamarca. Por la tarde llegué junto a dos cabañas de indios y me detuve para pasar la noche. Estaba en medio de este océano de t'ola, en terrenos de una desoladora uniformidad. Las cabañas circulares techadas con ramajes formaban un cono aplastado que se divisaba desde lejos. Allí dos pobres familias de aymaras cuidaban inmensos rebaños de llamas y cultivaban un poco de quinua, removiendo la superficie de esta tierra ingrata, que apenas sí les daba una cosecha suficiente para compensar este esfuerzo. Buena como es, esta pobre gente me hizo compartir su miserable pitanza, que consiste en unas cuantas papas y un poco de quinua, con las que hacen una especie de sopa.

13 de abril

Muy impaciente por volver a Oruro, y no sintiéndome por otra parte retenido por la belleza del lugar ni por las comodidades de la casa, reanudé mi camino. Después de andar siete leguas por la misma llanura, siempre uniforme, y divisando a lo lejos, sobre la izquierda el pueblo de Chiquina, llegué al Río Desaguadero, que crucé en un bote. Luego sólo me restaba atravesar la planicie pelada y en parte inundada que había cruzado cuando partí de Oruro. Por la tarde entré en la ciudad, en donde no me quedé más que un día antes de proseguir mi viaje.

Viaje de Oruro a La Paz

Provincia de Oruro

15 de abril

El 15 de abril dije adiós a Oruro y me dirigí hacia a La Paz, de la que estaba a cincuenta y tantas leguas al sudeste. Al salir de la ciudad, bordeé la montaña, que, según reconocí, era en todas partes de la misma naturaleza traquítica, disminuyendo poco a poco de altura para terminar al cabo de una legua. Desde este punto divisé aún, al noroeste 5° oeste, al Illimani, ese gigante de las mesetas, cuya blanca cabeza dominaba a todas las demás montañas. Una llanura salada, cubierta de plantas marítimas (sosa y salicor), por la que pasa el arroyo Paria, me condujo hacia otro grupo de cerros, por cuyo pie anduve dos leguas seguidas, mientras examinaba las pizarras y las areniscas que lo componen. En su extremo encontré a mi izquierda una laguna y a mi derecha el pueblo de Atita, como perdido en la llanura. Los terrenos, empero, se alzan de este lado y el horizonte aparece en todas partes limitado por montañas de mediana altura.

Desde ahí divisaba al Caracollo a tres leguas al norte, 30° oeste. El terreno pasa por un camino llano y los cerros continúan a ambos lados, pero a la distancia. Se trepa continuamente por una cuesta muy suave hasta Caracollo, por arcillas fangosas, rojizas, endurecidas completamente, idénticas a los terrenos de las pampas de Buenos Aires. El pueblo, que está situado en la llanura, y en cuyas alturas del oeste se levantan numerosas chulpas, es uno de los más extensos de la provincia de Oruro y el más populoso; sus numerosas casas y sus cercos de piedra que llegan hasta muy lejos le dan una aspecto curioso. Atita está agradablemente situada en medio de campos con mucho pasto y regados por una multitud de arroyuelos que serpentean en una campaña completamente pelada, pero en la que podrían crecer muchos árboles de las regiones templadas de Europa. Distante ocho leguas de Oruro, este punto se halla en la ruta que lleva directamente de Oruro a La Paz.

16 de abril

El 16 de abril continué hacia Reducto, de la que estaba a ocho leguas al oestesudoeste. Remonté el valle de Caracollo, manteniéndome siempre a distancia de las montañas de ambos lados, bajas las de la izquierda y las de la derecha elevándose por gradas. Siempre desprovisto de vegetación leñosa, el campo es igual al de las mesetas. Apenas sí se ven entre las gramíneas duras algunas plantas de t'ola. A tres leguas encontré una laguna ovalada, luego de la cual el valle se estrecha y termina. Atravesé una breve colina y me encontré en el lado opuesto con otro valle que sigue aproximadamente la misma dirección. En todas partes se camina por fragmentos de arenisca sobre un suelo árido y seco; sin embargo, al cabo de dos leguas el valle se ahonda, tórnase más húmedo, pacen en él numerosos rebaños y todo denota que sería posible acabar con tanta desnudez introduciendo nuestros árboles forestales. Anduve por los collados de la izquierda hasta el momento en que terminan por completo los cerros de ese lado. Entonces no tenía delante de mí más que una inmensa llanura hasta Reducto, primer lugar habitado de la provincia de Sicasica.

Provincia de Sicasica

El Reducto es un fuerte de tierra construido por los españoles durante las últimas guerras de la independencia. Sus altas murallas dominan la llanura que se extiende a su alrededor hasta una gran distancia. Hoy es una de las casas de posta del camino. Allí encontré a un coronel con reclutas y, una multitud de mujeres. Como cada militar no permanece en el cuerpo sino mientras tenga relaciones con

las indias, sucede que cuando un regimiento se desplaza, se ven en el camino, sea en mulas, en asnos o a pie, casi tantas mujeres como soldados y suboficiales. Es el complemento indispensable de los bagajes del ejército en tiempo de paz. Tales mujeres, parásitas de todos los cuerpos militares, cocinan para los soldados, remiendan su ropa y les son de gran utilidad; además, tienen para ellos una extraordinaria abnegación. Las numerosas habitaciones del Reducto estaban tan atestadas de esta gente, que a duras penas conseguí un lugar adecuado para acostarme en el suelo.

17 de abril

Al partir del Reducto, atravesé seis leguas de llanuras al oestenoroeste hasta Sicasica. Al principio tenía a mi izquierda una planicie que se extendía sin interrupción hasta Huallamarca, y del lado opuesto, los últimos contrafuertes de la Cordillera Oriental, que casi no había perdido de vista desde que salí de Potosí. La llanura seca y árida estaba cubierta de fragmentos angulosos de arenisca, lo que tornaba muy penosa la marcha. Cuando comparaba mentalmente el aspecto triste y uniforme de esta parte de la provincia de Sicasica con las montañas escarpadas y la activa vegetación de la región que había cruzado cuando fui de Yungas a Cochabamba, apenas podía imaginarme que comarcas tan distintas perteneciesen a la misma provincia. Tales contrastes, empero, hacen la riqueza de esta circunscripción política. Sicasica y sus alrededores encierran solamente minas de plata de una gran riqueza, pero en cambio los valles calientes suministran todas las provisiones de boca necesarias para esas explotaciones. Al acercarme a Sicasica, vi una montaña bastante grande que se alzaba al oeste y continuaba mucho más allá. El pueblo es importante. Todo habla de que allí han debido residir vecinos ricos; en efecto, se ven algunas casas espaciosas, con balcones. Debe su fundación exclusivamente a las minas de oro y de plata que lo rodean y que han producido sumas considerables. Aunque muchas se hallan inundadas, quedan todavía varias que se explotan muy provechosamente.

Después de un breve descanso en Sicasica, quise llegar hasta la posta de Chieta, cinco leguas más lejos. La campaña tórnase cada vez más rocosa y se cubre con fragmentos angulosos de piedra, provenientes de las montañas que se alzan gradualmente al nordeste para formar la Cordillera Oriental. Momentáneamente se interrumpen las montañas a la izquierda, reemplazadas por morros aislados, entre los cuales la vista puede extenderse a lo lejos hacia el Desaguadero. Frente a mí seguía teniendo al Illimani, que parecía guiar mi marcha. La posta de Chieta se compone de algunas casas de arrendatarios pastores y agricultores y de un cuarto común para los viajeros.

De la posta continué bordeando el pie de la Cordillera Oriental, andando por terrenos pedregosos o por llanuras siempre áridas. A mi izquierda seguía

18 de abril

viendo algunos pequeños morros de arenisca, y detrás, la continuación de las cadenas de Apacheta de La Paz, que había escalado cuando iba de Tacna a La Paz. Llegué a la aldea de Viscachani[11], así llamada a causa del gran número de vizcachas que cavaron sus madrigueras en los bordes de la quebrada vecina. Después de remontar esa quebrada y de rodear un cerro, me encontré frente al gran pueblo de Ayo Ayo, agradablemente situado al borde de la llanura, que a esa altura se extendía mucho hacia el sur. Esta llanura carece de piedras y presenta los pastos verdes y duros de las mesetas. Se ven por doquier numerosos rebaños de ovejas y de llamas. Lugares absolutamente idénticos me llevaron hasta el pueblo de Calamarca, en donde ya no estaba más que a doce leguas de La Paz. Situado a la entrada de un barranco de la Cordillera Oriental, este pueblo parece aún mayor que Ayo-Ayo. Domina toda la llanura, la cual, en este sitio completamente sin relieve, cambia de vertiente. Hasta entonces, las aguas se dirigen al sudeste y se reúnen cerca de Ayo-Ayo para arrojarse en el Desaguadero; pero más allá de Calamarca, los primeros arroyuelos corren hacia el noroeste, pasan cerca de Viacha y se arrojan al lago Chucuito; así, pues, aunque el lugar en que me encontraba era muy parejo e igual, representaba el límite de división de las aguas. Como esta región de las mesetas está muy poblada, mis arrieros prefirieron no detenerse en Calamarca y fui una legua más lejos a pedir hospitalidad a unos indios, que estuvieron a punto de negármela, pero los ruegos y, sobre todo, la vista del dinero, los decidieron a recibirme.

Deseando llegar temprano a La Paz, tomé la delantera, crucé algunos terrenos ondulados cuyas ligeras depresiones están cultivadas en todas partes y llegué a la última posta, la de Ventilla, desde la cual sólo me quedaban seis leguas de viaje. Me detuve breves instantes para tomar una ligera refacción y luego seguí por la llanura seca en la que se levantaban algunas casas diseminadas y que me llevó hasta La Paz[12], en donde obtuve el mismo departamento que ocupaba en 1830. Después de llenar las formalidades de práctica, me entregué a mis ocupaciones ordinarias.

La Paz
19 de abril

---

11 *Viscachani* viene de vizcacha, animal emparentado con las marmotas, y de la partícula colectiva *ni*, lo cual en aymara quiere decir guarida de las vizcachas.

12 Hace poco el general Ballivián hizo arreglar el camino que va de La Paz a Oruro, y hoy por fin (1845) algunos birlochos hacen el servicio de posta. Son, por lo demás, las primeras máquinas con ruedas que se hayan introducido en el país. Con muy poco trabajo podrá continuarse fácilmente este camino para coches hasta Potosí.

Esperábame un trabajo inmenso. Las colecciones reunidas por mí desde hacía tres años habían sido sucesivamente enviadas con escolta de una a otra prefectura y se hallaban reunidas en La Paz. Tenía que revisarlas, embalarlas de nuevo y poner todo en orden para regresar a mi patria. Esta esperanza me alentaba para trabajar sin descanso. Después de un viaje de tres años, después de haber recorrido algunos miles de leguas, me sentía dichoso por volver al fin al punto de partida. La Paz no me exigía nuevas investigaciones; la había suficientemente estudiado durante mi primera estadía. No ocurría lo mismo con la historia del país, que me presentaba todavía muchos cabos sueltos. Por ejemplo, me habría gustado ir hasta el Cusco para ver la antigua capital de los Incas y para recorrer sus monumentos; pero en ese caso habría tenido que abandonar mis colecciones, que yo mismo quería acompañar hasta el barco, pues esos documentos de diverso género me habían costado demasiado trabajo reunirlos para que los expusiese a cualquier peligro. Esto me obligó a renunciar a mi proyecto. Sin embargo, como me encontraba a escasa distancia del lago Titicaca o de Chucuito, no podía dejar de visitar en él los más antiguos monumentos de historia peruana, las numerosas antigüedades de Tiaguanaco. Resolví, pues, apartarme por unos días del trabajo de gabinete y visitar esos parajes, tan interesantes para la historia como para las ciencias naturales y geográficas. Podía hacerlo con toda comodidad, pues el prefecto de La Paz, don Francisco Pinedo, había hecho construir en el lago una pequeña goleta, la cual estaba a mi disposición para reconocer con más facilidad sus costas.

Mientras maduraba este proyecto, quise completar mis observaciones geográficas con la medida de una base que me diese a la vez la distancia real del Illimani y su altura sobre el nivel del mar. Por medio del punto de ebullición del agua, había logrado hasta entonces las alturas aproximadas de todas las ciudades; ahora quería obtener la de la llanura que domina La Paz. El prefecto me prestó un teodolito; pusieron a mi disposición soldados de policía para ayudarme y, acompañado por todas las autoridades, me fui a elegir el lugar de mis operaciones. Me bastaron dos días para este trabajo, y pude así medir una base de 4.848 varas españolas, lo que me dio ocho leguas de distancia real al Illimani.

En el convento de las Educandas encontré una carta geográfica manuscrita, sin nombre de autor, que contenía muchos detalles sobre el lago Chucuito[13]; la copié y, provisto de toda clase de cartas de recomendación, resolví empren-

13 Este mapa lleno de inexactitudes en lo referente a las distancias erales, pero conteniendo una serie de curiosos detalles, había sido levantado por el gobernador de Omasuyo con informes proporcionados por el piloto, patrón de la goleta.

der la proyectada excursión. En La Paz había trabado conocimiento desde hacía unos días con un inglés, el señor Juan Cristián Bawring, quien, en el momento de partir, me rogó insistentemente que le permitiese acompañarme en esta corta excursión, a lo que accedí con gusto.

Excursión a las márgenes del Lago Chucuito

El 4 de junio salí de La Paz, acompañado por un soldado de policía que me servía de criado. Subí a la meseta y me encaminé al noroeste, hacia Tiaguanaco, de la que estaba a quince leguas. Recorrí terrenos pedregosos, cortados de tanto en tanto por barrancos que descienden de la Cordillera Oriental, cuyos picos nevados admiraba. Llegué así al arroyo Laja, del otro lado del cual está el pueblo del mismo nombre, célebre por datar de tiempos de los Incas y porque en él celebraron los conquistadores la primera reunión cuando se trató de fundar la ciudad de La Paz[14]. Situada a seis leguas de La Paz, y muy bien emplazada en medio de la llanura, Laja conservó su extensión y puede aún pasar por uno de los grandes pueblos de estas comarcas. Está habitada por aymaras que cultivan los bordes del vallecito y llevan a pacer sus rebaños a los cerros vecinos. Su aspecto es agradable. Como mi jornada de marcha era larga, no hice alto allí y continué hacia Llocolloco, de la que aún estaba a cinco leguas.

4 de junio

A corta distancia de Laja, y siempre por la misma llanura, crucé el Río Vilaque y pasé en seguida entre morros que formaban una colina. Bajé al Río Colorado, así llamado por sus aguas rojas, que se coloran al pasar entre dos de los morros más altos, cuyas tierras están fuertemente saturadas de óxido de hierro. El camino sigue por este pequeño río, y cruza por este mismo sitio. Más allá encontré la llanura, que me llevó por pendientes insensibles hasta el pie de una alta cadena de capas de arenisca muy empinada que viene de Viacha. Aunque esta cadena no era muy alta, me exigió bastante tiempo para cruzarla y no pude llegar hasta la noche a Llocolloco. Antes de llegar al pueblo, oía en todas partes resonar en las cabañas el tamboril. Era el ensayo de las danzas que los indios se proponían bailar delante del Santísimo Sacramento el día de Corpus. Esos ruidos se redoblaron al llegar al pueblo mismo, en donde me apeé en casa del cura, que me hizo compartir su cena. Los habitantes del Perú y de todas las regiones altas condimentan sus platos con una cantidad tan grande

14 Poseo el acta de esta reunión, firmada por las personas que tomaron parte.

de ají, que el europeo no puede soportarlo. Sin exageración, cubren una tercera parte de los platos. El viaje durante todo el día me había abierto el apetito y comí con mucho gusto esos alimentos; pero muy pronto, ardiéndome la boca, sufrí mucho por la acción del ají.

Llocolloco está muy bien situada, no lejos de la orilla derecha de un arroyuelo, en un estrecho valle dirigido casi de este a oeste y formado por colinas de poca altura. Las cercanías sirven para el cultivo de la papa o proporcionan a los rebaños de ovejas excelentes pastizales. El pueblo es grande, espaciosa su iglesia y las casas están bien agrupadas a su alrededor.

Tiaguanaco

Después de recorrer los alrededores y hecho algunos relevamientos geográficos, mi ardiente deseo de ver los monumentos de Tiaguanaco, acerca de los cuales no había cesado de conversar con el cura, me hizo encaminar hacia ese pueblo, al que alcanzaba a ver en el mismo valle, a tres leguas al oeste, algunos grados al norte. Andando por praderas secas, me encontré muy pronto con la confluencia del arroyo Llocolloco con el que corría por otra rama del valle, formando los dos el Tiaguanaco. Este último se labra un lecho en una tierra vegetal muy productiva y pasa al norte del pueblo. Impaciente por llegar allí, apreté el paso; finalmente, a las once llegué. Rogué inmediatamente al corregidor que me diese un guía para que me llevase hasta los lugares en que se encuentran las antigüedades. Pedía demasiado, pues de inmediato reconocí que todos los alrededores estaban sembrados de ellas. En efecto, por doquier se ven entradas de subterráneos y cimientos de edificios, pero el fanatismo de los españoles los llevó a destruir todo aquello que pudiese darles una vaga idea de temores religiosos o recordarles las antiguas creencias de los Incas. Todas las piedras transportables, si estaban talladas, fueron llevadas por ellos a La Paz para construir puentes, iglesias o se emplearon en el mismo sitio en la construcción de edificios religiosos y casas de las aldeas vecinas. Es así como a cada rato veía en la iglesia de Tiaguanaco o en la casa del cura partes de esculturas arrancadas a los viejos monumentos. En plazas y patios los bancos son aún partes de pórticos cubiertos de bajorrelieves; encontré allí una infinidad de piedras esculpidas, enteras o mutiladas, y en cualquier sitio en que se cave se descubren restos de edificios. No se puede dar un paso sin hollar vestigios de una civilización extinguida. En esta tierra antigua, testigo del pasado esplendor de un pueblo acabado, no sabía en verdad a qué dar preferencia. Resolví comenzar por verlo todo para formarme una idea de conjunto, para luego estudiar los detalles con el mayor cuidado.

Independientemente de una gran cantidad de fragmentos diseminados, reconocí en la campaña los cimientos y algunas partes todavía en su sitio de tres monumentos principales, todos situados a corta distancia al sur de la al-

dea. El primero y más notable de todos, sobre el cual se labra la tierra ahora en casi todas sus partes, es cuadrado, de ciento setenta y cinco metros de lado. Está orientado al este 10° norte.

Su fachada occidental[15] se compone de una sucesión de pilastras monolíticas que se alzan a unos cuatro metros del suelo. Cada una de ellas, de forma oblonga, más ancha que gruesa, está provista de una canaladura a cada lado y encima: está plantada en la tierra y perfectamente alineada con las demás. Una sola de ellas yace en el suelo. Sin duda servían para formar una galería de once metros de ancho delante de un edificio del cual actualmente no se descubren más que los cimientos.

En el extremo norte de esta fachada se encuentra un pórtico monolítico, hoy caído y partido en dos. Este pórtico mide tres metros con dieciséis centímetros de alto por cuatro metros con quince centímetros de ancho y está hecho con un solo bloque de roca traquítica muy dura, en la cual se practicó una puerta de un metro de ancho por dos de alto, de jambas verticales. La parte del pórtico que mira al este tiene en su dintel una ancha banda de tallas formada con bajorrelieves que representan en el medio una cara de hombre en pequeño, de rostro cuadrado, mejillas cargadas de adornos, y cuya cabeza está rodeada por rayos, terminados unos en círculo y los demás en una cabeza de cóndor. Alrededor de su cuello penden otros rayos más pequeños. En cada hombro lleva una cara aplastada, de donde parte una especie de bandolera que se une a la cintura, y sobre el pecho un animal idéntico al que se advierte en el rayo medio que corona su cabeza y en el escudo inferior que tiene bajo sus pies. De cada brazo cuelga una cara, y sobre una faja que tiene encima de las piernas se advierte una línea de seis. Cada mano sostiene un cetro, cuya extremidad inferior lleva una cabeza de cóndor con su cresta. Este personaje está colocado sobre un pedestal en el que se han esculpido algunas cintas terminadas por cabezas de cóndor, cuatro en el medio y dos a ambos lados. Al lado del personaje, vense tres hileras paralelas de otras caras. Las hileras superior e inferior están formadas por ocho caras de cada lado, de rodillas ante el personaje del medio. Cada una de esas caras representa un hombre de perfil, dotado de alas, con la testa coronada y un cetro en la mano y cuyos adornos ostentan también cabezas de cóndor. La fila del medio está formada igualmente por hombres con la

15 Cieza de León, cap. CV, y Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, cap. 1, se expresan así: "Se ve también una muralla de piedras tan grandes, que admiramos la fuerza humana que ha podido llevarlas adonde están, sobre todo si se repara que a una gran distancia no hay rocas ni canteras de donde se haya podido extraerlas".

misma vestimenta y el mismo cetro, pero su cabeza aparece coronada con un cóndor. Hay debajo de todas estas esculturas una banda adornada con una greca extraña, en la que figuran cintas terminadas por cabezas de cóndor a las cuales rodean soles coronados que también llevan cabezas de cóndor en sus rayos.

Si se quiere interpretar esas esculturas, se podría ver en el personaje central a un rey todopoderoso cuyos dos cetros señalan el doble poder religioso y político; a su alrededor se prosternan los demás soberanos provistos de un solo cetro, lo que indicaría lo limitado de su autoridad. De estos últimos, los que tienen una cara humana y aparecen coronados simbolizarían las naciones semicivilizadas sometidas, en tanto que los demás, todavía salvajes, llevan la faz del cóndor, que los representa bajo la forma del ave más noble, de aquella cuyo alto vuelo le permite acercarse más al sol. Los rayos que ciñen la cabeza del personaje central y los soles del friso inferior, muestran, por lo demás, que para la época en que se erigieron esos monumentos, ya existía allí el culto del Sol en ese lugar, centro de una civilización muy adelantada y de una población muy numerosa. Si eso es así, y resulta muy difícil no admitirlo, como esos monumentos son anteriores a los Incas, que los descubrieron con ocasión de sus conquistas[16] bajo Maita Capac, cuarto Inca, hay que concluir que Tiaguanaco es en verdad la cuna de la civilización de los Incas y del culto del sol.

La cara occidental del pórtico no representa esculturas, sino solamente una franja superior saliente y otra más que encuadra el dintel de la puerta, presentando debajo algunas molduras. A ambos lados de ésta hay una hornacina bastante profunda que sin duda estaba cerrada, pues todavía se advierten allí una mancha de óxido de cobre y las huellas de goznes que los españoles habrán arrancado rompiendo la roca. Encima del marco de la puerta se encuentran dos hornacinas juntas a cada lado. Estas hornacinas están encuadradas con molduras en vaciado. El conjunto está artísticamente tallado, las aristas son pronunciadas y todo es de una perfecta regularidad. Uno se sorprende al pensar que esos trabajos fueron ejecutados sin la ayuda del hierro.

Delante de la fachada occidental de este primer monumento se ven los cimientos de otro cuerpo de arquitectura dependiente de éste, que presenta un cuadrado de ochenta metros de lado y once de ancho, el cual circunda a un amplio patio central.

Las fachadas norte y sur presentan columnatas de pilastras parecidas, muchas de las cuales están caídas y otras que fueron rotas para utilizarlas como materiales de construcción.

16 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, lib. III, cap. I.

Completamente desprovista de columnas, la fachada oriental deja, en medio, la entrada a un patio de setenta metros de ancho. El conjunto, ahora sembrado, muestra a cada paso restos de antigüedades. Vi una piedra grande, toda cubierta con la talla de una cara extraña, en parte gastada por el tiempo, y recogí allí varias piezas importantes, tales como una esfinge informe que representa una cabeza humana con unas especies de alas detrás, y una figura que representa groseramente a un jaguar parado sobre las patas traseras, con las fauces abiertas, las orejas gachas, las patas delanteras colgantes y el cuerpo rodeado por un cinturón. Vi sobre todo varios fragmentos de esas mismas figuras, lo que me induce a creer que tenían una significación particular.

Casi contiguo a este primer monumento, existe otro al oeste, mucho mas considerable; pero éste se halla tan desfigurado, que sólo pueden seguirse sus contornos exteriores. Como este monumento estaba en lo alto de un montículo levantado a fuerza de brazos, los españoles, que en todas partes creían hallar la famosa cadena de oro de Huayna Capac, sospecharon que podría estar escondida en el centro de este monumento, y emplearon centenares de obreros para derribarlo a fin de excavar hasta el subsuelo, de donde resulta que toda la parte central está tan desnaturalizada que no se puede reconocer nada allí. Este monumento, cuyo plano levanté, está orientado como el anterior, pero es más espacioso. Su forma es la de un rectángulo, dotado de un ángulo entrante en cada lado que mira al oeste; su mayor anchura era la que miraba a oriente, que mide no menos de doscientos ochenta metros y parece haber sido amurallada. Sin embargo, adelante se advierte otro recinto cuadrado de ciento treinta metros de ancho. Las fachadas norte y sur conservan todavía las mismas pilastras monolíticas que rodean el primer monumento; pero se notan entre cada una de ellas unas murallas de piedra sin argamasa, que no son quizá tan antiguas como lo demás. El centro de esas ruinas presenta un montículo de tierra de veinte a treinta metros de altura sobre el nivel de la llanura. Arriba y a los costados se ven por todas partes enormes bloques de piedra perfectamente tallados; fácil es, por consiguiente, comprender que la cima del montículo había servido de asiento a un edificio destruido por los españoles en sus excavaciones[17].

Al este de ese monumento, y a escasa distancia, sólo encontré la cabeza de las famosas estatuas colosales de piedra dura (traquitas) de que hablan los

17 Cieza de León, cap. CV, dice de este monumento: "Entre otras cosas que pueden admirarse existe una colina construida por el hombre; para que la tierra no se cayese, se la había rodeado de grandes construcciones de piedra, y no se sabe por qué se había levantado este edificio". (Garcilaso, *Comentarios de los Incas*, lib. III, cap.1).

primeros historiadores[18], pues los españoles, con su espíritu de destrucción, hicieron saltar en pedazos las estatuas con una carga colocada entre los dos hombros. Del mentón a la parte superior, esta cabeza mide un metro con veinte centímetros y tiene setenta centímetros de ancho. La estatua representa una cara humana un poco cuadrada, cuyo rostro es casi vertical, mostrando dos ojos redondos, de donde parten y bajan a las mejillas dos adornos semejantes a los de la cara del centro del pórtico que ya describí. La nariz, poco prominente, es angulosa. Su boca está muy groseramente dibujada y debajo de ella se ven algunos adornos. Está tocada con una especie de turbante formado con animales imaginarios esculpidos en relieve y de forma parecida a los de la citada figura, y el todo remata en una especie de corona. Ciñe su cuello un collar formado por personajes grotescos. A juzgar por los trozos que quedan, esta estatua carecía de brazos o, mejor, los tenía pegados a los lados, esbozados en la piedra. El conjunto de esta estatua colosal, de la que más tarde obtuve un modelo en pequeño, encontrado igualmente en Tiaguanaco, tiene todo el aspecto de las antigüedades egipcias, lo que demostraría que los progresos de la civilización han seguido en todas partes la misma marcha.

Dice Cieza de León que el vestido de las estatuas colosales llegaba hasta el suelo. No puedo saberlo; pero al menos, si he de juzgar por una estatua entera e inconclusa que encontré en el suelo, no lejos de allí, creería, por el contrario, que deberían parecérsele; llevaría entonces un cinturón y unas calzas, que eran, por otra parte, la indumentaria de la época, según puede verse en otra estatua de piedra mejor modelada, que se halló en el mismo lugar: estaba mutilada y no quedan más que el tronco y las piernas. En los hombros y en la espalda se reconocen unas figuras análogas a las que todavía llevan los indígenas durante sus fiestas religiosas. El cuerpo está bastante bien hecho, los brazos señalados en relieve y la mano pasablemente modelada. Esta estatua lleva un cinturón y unas calzas que le llegaban a las rodillas, parecidas a las que todavía hoy se ponen los indios. Encontré además muy cerca unas figuras de llamas y de alpacas esculpidas en piedra, que, sin duda, servirían de lámparas a los antiguos habitantes. Se encuentran otras parecidas en una extensa zona de las regiones montañosas.

Como tenía presente el relato de Pedro Cieza de León, que habla también de un vasto monumento diferente de los primeros, estaba muy contento

18 Carcilaso de la Vega, idem, lib. III, cap. I, y Cieza de León, cap. CV, dicen a propósito de esas estatuas: "En otro lugar, separado de la colina, había dos estatuas de gigantes esculpidos en piedra, vestidos con un amplio hábito que les llegaba al suelo y con la cabeza coronada."

de poder encontrarlo, como ya lo había hecho con los otros y con la estatua. El autor español se expresa en estos términos[19]: "No lejos de allí se ven también otros edificios gigantescos. Lo que más se admira en ellos son los grandes pórticos labrados en una sola piedra. Lo que aumenta la maravilla de los pórticos es que varios de ellos están asentados sobre piedras de una sola pieza, cuya medida dio treinta pies de largo, quince de ancho y seis de espesor. Es difícil concebir cómo y con qué instrumentos se ha podido cortarlos".

Por mi parte, he aquí lo que vi, medí y dibujé. Al noroeste de los primeros monumentos encontré ése de que acaba de hablar el historiador hispano; pero tuve la pena de notar en todas partes las huellas de la concupiscencia y del vandalismo de los europeos. Los pórticos ya no estaban de pie: la búsqueda de tesoros imaginarios los había llevado a cavar debajo, derribándolos por medio de cargas explosivas que estaban obligados a emplear para remover esas enormes masas, levantadas por hombres que nos obstinamos en tratar de salvajes, mientras que monumentos de la misma naturaleza en Egipto nos hacen considerar como muy antiguamente civilizados a los que los edificaron. ¡A tal punto se quiere negarles todo a los americanos!

El monumento presenta en su conjunto la forma de un cuadro de lados desiguales, cuyas fachadas oriental y occidental tienen ciento veintiocho metros de largo, mientras que las otras dos no tienen más que ciento doce. Los tres lados norte, sur y oeste están rodeados por murallas *a*, cuyos cimientos se ven y presentan en un ancho de cuarenta metros una parte más elevada, en medio de la cual se encuentra un vasto patio *d*, igualmente rodeado por murallas *c*. Este patio, abierto al este, presenta en este lado el macizo *e*, tan notable y del que habla Cieza de León, y al oeste una muralla *1*, formada por piedras artísticamente talladas.

Este macizo, cada una de cuyas piedras dibujé y medí con minuciosa exactitud, presenta el aspecto de una especie de plataforma compuesta por bloques perfectamente tallados, unidos por medio de grapas de cobre *c c*, de las que ya no quedan más que las huellas. Representa *a b* una superficie de dos metros de altura sobre el nivel del suelo, de cuarenta metros de largo por siete de ancho, formada por piedras enormes, sólo ocho de las cuales se usaron para su largo y dos para su ancho. Algunas miden siete metros con ochenta centímetros de largo, por cuatro metros con veinte de ancho y dos metros de espesor. Fueron éstas seguramente las que midió Cieza de León. Algunas están cortadas a escuadra, pero otras presentan una forma irregular. En la parte oriental de este

19 Pedro Cieza de León, cap. CV. Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, lib. III, cap. I.

macizo hay tres grupos de escaños o amplios asientos vueltos hacia el oeste y cortados en la piedra misma. Un grupo *d d* ocupa el medio del monumento en una extensión de dieciséis metros con sesenta centímetros, y se compone de siete compartimientos. Un grupo de tres compartimientos ocupa los extremos de cada lado. Entre el grupo del medio y el lateral, se alza sobre esas piedras un pórtico monolítico, análogo al que ya describí en el primer monumento; pero estos pórticos, más sencillos, tienen solamente en el dintel, al oeste, un friso formado por grecas que representan cabezas de cóndores y la figura del Sol; al este se ve un gran marco y dos hornacinas, una sobre la otra, como en el primer pórtico.

Frente a este macizo al oeste, y a cerca de seis metros de distancia, se encuentra una muralla muy notable por la perfección de la talla de sus piedras, de un basalto negruzco muy duro. Esta muralla *f*, frente a los asientos, está construida con piedras que son todas de igual dimensión y que tienen por todos lados una ranura *b b*; además, en cada una de esas piedras se han vaciado dos pequeñas hornacinas *a a*, perfectamente talladas y cuyos ángulos han sido muy bien tratados. Frente a los pórticos, cada bloque, igualmente muy bien tallado, tiene nichos de otra forma *a*. Todo proclama que la variedad de formas de las hornacinas era uno de los grandes adornos de las murallas, pues en todas partes se encuentran piedras ahuecadas de diversas maneras y cuyos detalles he dibujado.

Si se quiere explicar el uso de este monumento, podría suponerse que el macizo de piedras talladas era una sala de consejo en donde venían a sentarse los jefes durante las grandes ceremonias; el número impar de los asientos del medio indicaría por lo menos que había un presidente, un jefe único. Lo mismo podría decirse de los asientos laterales. De todas maneras, cualquiera que fuese su empleo, hay que hacerse una alta idea de la civilización de los que lo construyeron, pues para llegar a tales resultados fue menester disponer de millares de brazos y de medios de transporte que hoy no conocemos. Cuando se piensa, en efecto, en la inmensa extensión de los monumentos y en las enormes dimensiones de los bloques que se emplearon, uno se pregunta naturalmente si ahora llegaríamos a mover semejantes masas sin poner en juego todos los recursos de la mecánica. Se trata, sin embargo, de pueblos a los que les negamos toda facultad intelectual, pero que desde hace un gran número de siglos han realizado trabajos cuya ejecución demandaría actualmente todas las luces de nuestra civilización más adelantada.

¿De dónde extrajeron los indios esas piedras? ¿Cómo las transportaron? Y, ¿cómo, sin la ayuda del hierro, llegaron a tallarlas con tanta perfección? Tales son las tres preguntas que se formula quien contempla estos monumentos.

Para responder a las dos primeras, diré que los monumentos se componen de tres clases de rocas: areniscas compactas, blancuzcos; traquita gris granitoidea, llena de cristales de piróxeno, de apretada contextura; y de una roca basáltica azulada muy dura. Las piedras de arenisca pertenecientes a los terrenos devonianos son muy numerosas, y así tenía que suceder, pues tales rocas entran en la constitución de todas las colinas situadas al norte del Tiaguanaco; pero había siempre el problema de traerlas desde una legua de distancia por lo menos. Las piedras de traquita y de basalto presentan mayores dificultades, puesto que no existen en casi ninguna parte de los alrededores. No las he encontrado en diez leguas a la redonda. Como no sea que las hayan extraído de las islas del lago de Chucuito, ignoro completamente de dónde podrían provenir. Esta incertidumbre demuestra que han sido traídas desde muy lejos. Al recorrer la llanura vecina noté varios bloques que habían quedado en el camino, en la dirección del lago de Chucuito, lo que parecería indicar que provienen de allí; pero el lago está alejado cerca de tres leguas de los monumentos, y en sus orillas se extienden praderas rodeadas por las colinas de arenisca de Tiaguanaco y de Jesús de Machaca. Aquí las dificultades aumentan, pues habría que admitir que los bloques fueron transportados por agua. Si los peruanos hubiesen tenido en esas regiones abundancia de maderas y navíos de cierto tonelaje, todavía podría admitirse esta conjetura; pero las mesetas no producen un solo árbol, y la navegación antigua y la actual se hacía y se hace con barcas de junco. Teniendo en cuenta estas circunstancias, uno se queda perplejo sobre la procedencia de las piedras traquíticas y basálticas de los monumentos y sobre los medios empleados para acarrearlas. Un velo impenetrable oculta y sin duda ocultará siempre estas preguntas de tanta importancia para la historia mecánica de pueblos que, al igual que los egipcios, los peruanos y los mexicanos, quisieron mostrar su poderío por las masas que desplazaron para construir sus templos.

En cuanto a la pregunta sobre los medios de que se valieron los indígenas para tallar sus piedras sin el auxilio del hierro, he podido obtener algunos datos. Los peruanos conocían perfectamente las proporciones en que había que mezclar el estallo con el cobre para darle mayor dureza[20]. Utilizaban, pues, instrumentos de bronce para desprender la piedra y extraerla de la cantera. Servíanse también de tales instrumentos solos para terminar pacientemente la talla de los bloques de arenisca. En cuanto a las traquitas, la casualidad me hizo descubrir otro de sus procedimientos. Ya había notado en las piedras no terminadas de Tiaguanaco que las habían desbastado por capas sin que queda-

20 Traje varios de esos instrumentos así templados.

sen huellas de instrumentos. Estando examinándolas, recordé que en Potosí había visto a los indios desbastar piedras semejantes por medio del fuego: calientan mucho la parte que quieren sacar, le echan en seguida agua y una capa se desprende así en cada vez. Me enteré, además, por los indios de Tiaguanaco que todavía se emplean métodos idénticos para desbastar. El acabado de la talla se efectuaba con instrumentos de bronce.

Como todos esos monumentos se encuentran en el antiguo territorio de los aymaras y como esta nación ocupa el centro de las regiones pobladas por los quechuas y señaladas por la civilización de los Incas, ¿no podría suponerse que Manco Capac, primer Inca (el cual, según la tradición[21], salió de las orillas del lago de Chucuito, en donde se hallan los monumentos de Tiaguanaco), habría llevado desde ese punto al Cusco los restos de una civilización casi extinguida, que él habría tratado de hacer olvidar, con el fin de aumentar la gloria de sus creaciones personales? Sea como sea, la fuente común de la religión del Sol, tal como se desprende de los bajorrelieves, las tradiciones y el idioma, ¿no indicaría que los aymaras fueron la raíz primera de la civilización de las mesetas de los Andes? ¿No indicaría todo esto que entre ellos se desarrolló la vida agrícola y que en ellos germinaron también las ideas sociales? El primer gobierno monárquico y religioso nació en el corazón de esta sociedad, que llegó, muy antiguamente quizás, a un grado de civilización adelantada. De no ser así, sería imposible explicar cómo pudieron construirse monumentos tan vastos y que exigirían un concurso tan grande de brazos.

Cerca del pueblo, encontré una estatua informe, en parte desgastada por el tiempo, que representaba a un personaje y medía un metro con ochenta y un centímetros de alto, tallada toscamente en la arenisca y que, por su forma, me pareció de una edad completamente diferente a la de las demás antigüedades de Tiaguanaco. Es posible que esta estatua hubiera sido colocada en tiempo de los Incas.

Tiaguanaco está agradablemente situada en una llanura dominada al norte y al sur por colinas altas y regada al medio por un río que se dirige al oeste y arroja sus aguas en el lago de Chucuito, cuyas aguas límpidas se divisan a tres leguas de distancia. El pueblo es extenso, muy poblado; con relación al sitio en que se encuentra, su iglesia es hermosa y sus casas, como todas las del Altiplano, cuentan con grandes patios y con un buen número de compartimientos levantados con piedras sin argamasa, lo que da al conjunto un aspecto singular y tanto más triste por cuanto no se ve un solo árbol.

---

21 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*.

Toda la tarde del día de mi llegada, todo el día siguiente, lo mismo que el subsiguiente, los indios, con ocasión de las fiestas del Corpus, no dejaron de bailar al son del tamboril y de las flautas de Pan. Más de diez comparsas, ridículamente vestidas, iguales a las que había visto en La Paz, bailaron delante del Santísimo Sacramento, y por la noche hicieron otro tanto alrededor de la plaza, yendo de capilla en capilla. Ejecutada separadamente y sin acordes para cada una de las comparsas en particular, la música producía una cacofonía extraordinaria. Las danzas extrañas, bailadas por la noche a la luz de las fogatas que habían encendido alrededor de la plaza, daban a la escena un sello singular que no carecía de originalidad. Sentado en el pedazo de un pórtico antiguo cubierto de tallas y convertido en banco, permanecí una parte de la noche atento a este espectáculo, a cuyos actores sin embargo maldecí más tarde, pues durante dos noches seguidas no cesaron un solo minuto de recorrer las calles ejecutando sus salvajes conciertos.

Desde Tiaguanaco se ve a tres leguas de distancia al sudoeste el pueblo de Huaqui, situado no muy lejos de las márgenes del lago de Chucuito, y del otro lado de la entrada del valle, al oestenoroeste, el pueblo de Taraco, ubicado igualmente a orillas del lago. Cerca de este último se encuentran todavía los restos de aquellos monumentos que Garcilaso de la Vega[22] describió de la siguiente manera: "Allí existen grandes edificios, entre los cuales cabe señalar un patio cuadrado de quince brazas de ancho, con sus murallas de una altura dos veces la de un hombre. A un lado del patio hay una sala de cuarenta y cinco pies de largo por veintidós de ancho, con un techado que imita los de paja. Este patio, sus muros, el suelo, la sala, su techo son de una sola pieza, tallada en una roca. Hay también cerca de allí muchas piedras esculpidas, que representan a hombres y mujeres tan naturales que parecen vivos: unos de pie, otros sentados, cruzando un arroyo, con un cacharro en la mano, otros cargando sus hijos en las rodillas o en la espalda, en fin, en mil actitudes distintas". Me aseguraron que había todavía muchas reliquias de aquellos antiguos monumentos; empero, como quería emplear algunos días para visitar las islas del lago, me vi obligado a prescindir de mi viaje a Taraco.

7 de junio

El 7 de junio abandoné esta tierra clásica para ir a Avgachi, siete leguas al norte. Comencé por escalar la vecina montaña de Tiaguanaco, por arenisca, cuya pendiente está al norte y la escarpadura del lado del pueblo. Una vez en la cumbre de la cadena, me fui a un punto culminante en el que establecí provisionalmente mi

22 *Comentarios reales de los Incas, lib. III, cap. 1.*

observatorio para hacer relevamientos de todos los lugares visibles. Tenía un panorama realmente magnífico: al sur dominaba todo el valle de Tiaguanaco, que terminaba en el lago de Chucuito o Titicaca[23], cuyas aguas majestuosas se extendían al oeste. Siguiendo con la mirada sus orillas, veía al oeste, 11° sur, el Reducto o el fuerte que domina el paso del Desaguadero. Es en ese lugar donde el excedente de las aguas del famoso lago, escapándose a través de una colina, serpentea sesenta leguas en la llanura y va a formar más lejos el lago Panza. No lejos de ahí divisaba en la orilla que se alejaba de mí, hacia el oeste, los pueblos de Desaguadero y Zepita, dependiente del Perú, pues el Río Desaguadero sirve en ese lugar de límite natural entre las dos repúblicas. En la parte meridional del lago que se ofrecía a mis ojos, percibía también a lo lejos las montañas de Yunguyo, que lo ribetean al noroeste, y a mi derecha una multitud de islas que se elevan en medio de las aguas, como montañitas. Entre ellas, la isla Chiqui es la única que está aislada, pues las demás, al nornoroeste, representan un verdadero archipiélago. En él descollaban las islas Surique, Pariti, Quehaya y Amasa, la mayor de todas.

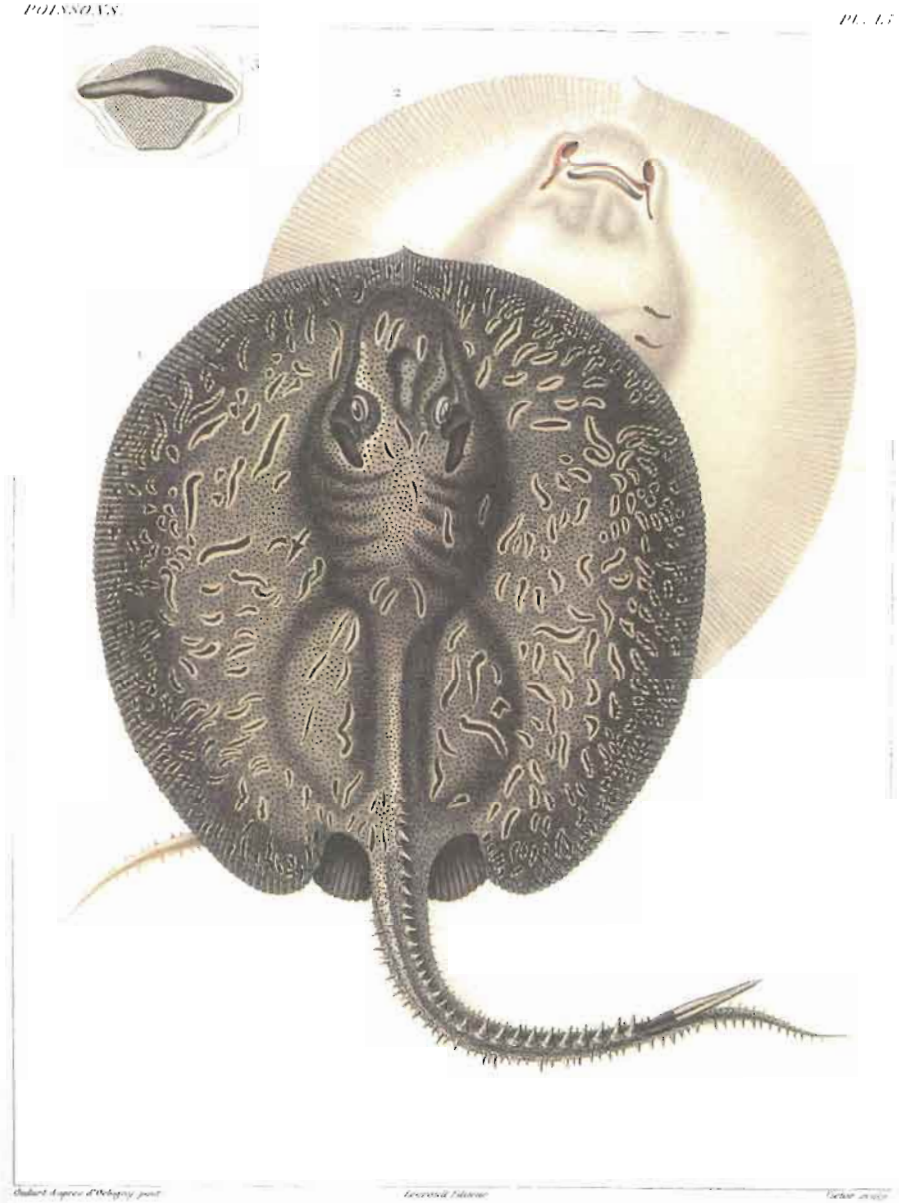
Al nordeste, del otro lado de la montaña, extendíase un dilatado valle, regado por varios ríos. Debajo de mí tenía la aldea de Lacaya, y del otro lado de la llanura, al pie de otra colina paralela a la cuesta de Tiaguanaco, se hallaba el pueblo de Aygachi. Desde mi observatorio veía además junto a los más hermosos campos por doquier cubiertos de casitas, el Illimani y el Sorata, esos dos gigantes de las montañas americanas, que ostentaban todo su esplendor. Si no hubiese percibido la ausencia total de vegetación leñosa, me habría sido difícil imaginarme que estaba a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. En efecto, ni un solo árbol se ofrecía ante mis ojos en esta tierra tan productiva, que, el día que se quiera, podrá poblarse con los más hermosos bosques de pinos, trasplantando así la hermosa Suiza a las montañas de la Cordillera. Entonces también el lago parecerá más hermoso y toda la campaña cambiará súbitamente de aspecto.

Por terrenos rocosos descendí hasta la aldea de Lacaya, en donde vi magníficos campos de trigo y muchos sembradíos de papas. En general, las orillas del lago están perfectamente cultivadas y producen excelentes cosechas en las partes abrigadas del viento del sur. Atravesé en seguida una hermosa llanura cubierta de tierra vegetal y regada por el Río Colorado y el Río Laja, llanura al otro lado de la cual encontré el pueblo de Aygachi, en donde me detuve sólo un momento,

Lago Chucuito

23 *Titi-caca* significa en aymara peña de plomo.

1-4: *Cavia australis*; 6-7: *Cavia flavidens*.



1-3: *Trygon histrix*.

pues tenía intención de recorrer las islas Amasa y Quebaya. Esta escala, empero, me proporcionó algunos vasos antiguos que el cura tuvo la gentileza de obsequiarme.

Costeando el pie de las colinas, llegué a las orillas del lago, y muy pronto me encontré en un istmo estrecho que separa la península de Yais de la tierra firme. Una vez del otro lado, tenía frente a mi el lindo pueblo del mismo nombre, agradablemente situado en la parte occidental de una alta colina, en una quebrada. Salí de ahí, atravesé la colina y me encontré frente a la isla de Amasa, la mayor de todas, de la que me separaba un breve estrecho, a través del cual se tuvo el cuidado de construir un malecón que, aunque en mal estado, me permitió cruzarlo. Me sorprendió la innumerable cantidad de aves ribereñas que hay en su litoral, sobre todo allí donde abundan unos juncos altos llamados totora. Vi allí una multitud de patos, gallaretas, pollas de apa y macaes, que retozan tan tranquilamente como si estuviesen en estado doméstico. Cierto es que los indígenas nunca cazan y que dejan vivir a su alrededor a todos los seres en la más perfecta seguridad.

De más de ocho kilómetros de largo por un ancho que varía de tres a cinco, la isla Amasa es una montaña alta compuesta de mármoles negros y azulados de la época carbonífera, absolutamente idénticos en su aspecto a los de los alrededores de Tournay en Bélgica. En estos terrenos, increíblemente atormentados por las conmociones geológicas, se ven por doquier enormes bloques de mármoles sueltos, que sólo piden el cincel para trocarse en el ornato de las casas de la República. La isla es alargada, muy irregular y cuenta con numerosos cabos separados por ensenadas. En ella el cultivador sólo dispone de muy pocos sitios para sembrar, pero los rebaños encuentran entre las rocas algunos pastos. Crucé un cerro, y al otro lado anduve por la orilla meridional de la isla, recorriendo todas las sinuosidades de la costa. Recogí allí varias conchillas fósiles incrustadas en el mármol. Después de una marcha larga y penosa, llegué a la extremidad de la isla, a un punto en donde un istmo muy estrecho la separa de la de Tirasa. Tenía entonces al alcance de mi vista, y no lejos de ahí, varios islotes cónicos y la extremidad de las islas Quebaya y Pariti.

La isla de Tirasa no tiene más que cuatro kilómetros de largo por uno de ancho. Está igualmente formada por rocas. En esta marcha al borde del agua sentía un placer que no podría describir. A 4.000 metros sobre el nivel del mar me creía a la orilla de un verdadero mar, y mi ilusión era completa. Las aguas de un azul oscuro, como en alta mar, aparecían en todas partes, y yo creía andar por el litoral de ciertos lugares accidentados de las costas de Bretaña. No faltaban ni siquiera las olas que un viento fuerte lanzaba contra la costa.

Cuando llegué al extremo occidental de la isla encontré una granja, cuyos habitantes indígenas me recibieron amablemente. Restábame todavía ver por este lado la isla Que baya, separada por un pequeño estrecho que crucé sin dificultad. Esta isla, la última a la que pueda llegarse sin haber embarcado, está orientada de noroeste a sudeste; lo mismo que las demás, está formada por hermosos mármoles azulados y negros, llenos de conchillas fósiles. Descubrí allí una gran cantidad de sepulcros, que en nada se parecían a los que ya había visto. Son recintos más o menos anchos, cuadrados o redondos, de uno o dos metros de alto y construidos con piedras sin mezcla. Cada uno de esos sepulcros está techado con piedras; pero como los antiguos no conocían la bóveda, pusieron unas piedras anchas, muy fuertemente cargadas alrededor, para que pudieran soportar una última, colocada en medio sobre las demás. En esas tumbas en donde los cadáveres están sentados, recogí cabezas cuya frente se halla tan deprimida que no podría ser sino el producto de una deformación artificial. Materialmente la frente ha desaparecido, y toda la masa cerebral está llevada hacia atrás. Noté que las cabezas más deformadas se encontraban en las tumbas más grandes; me parecieron pertenecer a seres humanos. Permanecí mucho tiempo ocupado en búsquedas en esas tumbas. Al cabo de tantos siglos, los cuerpos permanecen todavía intactos y en perfecto estado de conservación.

Desde el extremo occidental de la isla de Quebaya, que avanza en el lago como un cabo de quince kilómetros por lo menos, determiné la posición de todas las islas, que se me aparecían como panes de azúcar aplastados o como colinas oblongas, bastante altas sobre el nivel del agua. La más cercana era la isla larga de Parati. A lo lejos divisaba también la isla de Chique, en tanto que entre esos dos extremos se descubría el pico de la isla Surique, en donde dicen que hay muchas tumbas, pero a la que no pude llegar por falta de embarcación, y el archipiélago de Taquiri, formado por tres islas, todas de más o menos una legua de largo, que me ocultaban el estrecho de Tiquina, del cual no divisaba más que sus altas montañas.

Este estrecho, cortado casi a pique a cada lado[24], separa el lago de Chucuito en dos partes inmensas. Una, menor que la otra, en medio de la cual me encontraba, se llama más particularmente Laguna de Chucuito, mientras que la segunda es conocida en general bajo el nombre de Laguna de Titicaca o de Puno. La parte pequeña mide no menos de dieciocho leguas de largo por ocho de ancho, pero la otra tiene más de veintiocho leguas de longitud. Mirando

24 V. la pl. núm. 21, que me la comunicó el señor Bawring.

hacia el norte, descubría una vasta extensión del lago y, por encima de sus aguas majestuosas y de las colinas de la ribera opuesta, veía el pico nevado del Sorata que dominaba todo el cuadro.

Volví a mi albergue, pero como el sol estaba todavía alto sobre el horizonte para permitirme algunas horas de marcha, resolví cruzar a la orilla opuesta de la isla Tirasa y pasar la noche en la costa septentrional de la isla Amasa. En consecuencia, costeé las orillas accidentadas de la isla Tirasa, volví a cruzar el istmo de Amasa y seguí por la orilla de esta isla hasta el caserío de Patatani, adonde llegué de noche, después de una de las jornadas más duras que hubiese hecho quizá desde que estaba en viaje. Habitado por indios agricultores y pescadores, el lugarejo está situado agradablemente en una ensenada cultivable, al pie de peñascos de mármol negro muy escarpados. En la playa, cubierta de juncos y en donde jugueteaban una multitud de aves acuáticas, vi varios de esos extraños barcos de totoras, que llaman balsas en la comarca; éstas me dieron la idea de cruzar el lago en una de esas embarcaciones para dirigirme directamente a Guarinas, a la cual divisaba en la otra costa, a unas seis leguas de distancia. Hablé de ello al alcalde, quien me prometió hacer todo lo posible para preparar este viaje al día siguiente.

En una región donde no hay bosques, la industria local ha suplido esta falta desde los tiempos más remotos. Para navegar por el lago imaginaron los indígenas hacer unos rollos inmensos de totoras y atarlos juntos de modo que formasen barcas. En efecto, dos grandes rollos muy apretados, afinados en los extremos, y de cinco a seis metros de largo, constituyen el cuerpo de la embarcación; otros dos, mucho más estrechos, agregados encima a los costados, forman las bordas. Estas embarcaciones navegan a vela o a remo. La vela, lo mismo que todo lo demás, está hecha con tallos de totora cosidos juntos, y los remos consisten en una sola vara. Aunque la barca pueda zozobrar fácilmente, como no podría hundirse porque flota siempre, ya que los juncos contienen mucho aire, uno está seguro de encontrar un medio de salvación. No obstante, como semejante modo de navegación me hacía temer la pérdida de mis instrumentos y de mis armas, resolví enviar por tierra mis maletas con las mulas y aventurarme solo, dispuesto a cuanto pudiera suceder.

8 de junio

Al despuntar el día, recorrí los alrededores recogiendo plantas, cazando las aves de la ribera o estudiando las rocas vecinas, las cuales me ofrecieron algunos fósiles de los terrenos carboníferos. A eso de las nueve interrumpí mis investigaciones para embarcarme en mi bote de junco con un solo indio. Al comienzo una suave brisa me impulsó hacia el medio del lago, en donde sentí un frío punzante, que

la novedad del viaje, la belleza de las cristalinas aguas azules del lago y la vista majestuosa de sus orillas me habían impedido experimentar al principio. El cielo se cubrió con algunas nubes y el viento amainó. Me hallaba entonces a mitad de camino. Mi indio cogió entonces su canalete y, hundiendo cada extremo ya a babor, ya a estribor, se esforzó por hacernos adelantar, pero es fácil concebir la insuficiencia de ese medio de propulsión. Avanzábamos, en efecto, tan lentamente, que creía que no llegaríamos el mismo día. Me asombró de que a nadie se le hubiese ocurrido hasta entonces aconsejar a esos indios el uso de remos más enérgicos. Tenía tiempo de sobra para considerar todo lo que me rodeaba. Contemplaba ese singular conjunto de islas montuosas que había visitado en la víspera; veía el hermoso valle reverdeciente de Guarinas, testigo de aquellas cruentas guerras entre los insurrectos de Gonzalo Pizarro y las tropas reales españolas, que fueron vencidas en 1547[25], o me fijaba en las montañas de Guarinas y de Santiago, que se extendían hasta el famoso estrecho de Tiquina, al que percibía muy bien con sus dos pueblos a ambos lados, San Pablo al este y al oeste San Pedro. A lo largo de la costa veía también los pueblos de Ancomayo y Guarinas, cuyas casas se reflejaban en las aguas límpidas, de un azul oscuro como en alta mar; la profundidad del lago es muy grande, pero en la costa vecina hay muchos bajíos. Las aguas son allí tan claras, que hasta en una profundidad de veinte y más metros se distingue perfectamente el fondo, al cual tapiza de verde una especie de planta acuática que cubre todas las costas. A menudo veía a los peces brillar debajo de mí y mostrar sus plateados reflejos.

Hacia las dos se levantó una ligera brisa, y tuve esperanza de llegar por fin a tierra firme. Poco a poco nos fuimos aproximando a la isla alta de Guarinas, y a eso de las cuatro atracamos al fin en la playa, con gran contento de mi parte, pero aterido. Para tocar cuanto antes tierra, bajé a más de una legua de Guarinas, lo que me proporcionó el placer de recoger en la ribera varios objetos interesantes de historia natural. Inmediatamente después de mi llegada a Guarinas, importante población, muy populosa, una de las mejor situadas de la orilla del lago, inquirí si la goleta del señor Pinedo estaba allí, con el objeto de embarcarme en ella para proseguir mi exploración; pero no tenían la menor noticia de ella. Determiné, por lo tanto, ir al día siguiente a Achacaché, en donde suponían que estaría la embarcación. Mientras tanto, escalé la montaña vecina para hacer relevamientos de todos los puntos visibles. Descubrí un panorama de inmensa extensión y del más variado aspecto. Al oeste y al

25 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, lib. V, caps. XIX y XX.

norte tenía todas las islas y las partes accidentadas que ya había visto, y al lado opuesto, el inmenso valle de las Peñas, que desde allí se extendía, elevándose siempre, hasta el pie de la Cordillera Oriental. Me parecía que desde ese punto iba a tocar con la mano al Nevado de Sorata, al cual me acercaba siempre.

9 de junio

Al día siguiente me encaminé al oeste hasta el pueblo de Achacaché, del que estaba a cinco leguas. La visión de los llanos estrechos que se intercalan entre las colinas es de un aspecto muy pintoresco. Sólo faltan los árboles para hacer de él un sitio encantador. Achacaché, en donde no encontré la goleta, está situado en un hermoso valle, al pie de morros traquíticos de forma cónica. Es un gran pueblo, riquísimo, cuyos alrededores están todos cultivados y producen un trigo magnífico y excelentes papas; a cuatro kilómetros de distancia se ven las aguas límpidas de la parte mayor del lago, que se pierden en lontananza. Uno de los morros vecinos del pueblo me sirvió primero de observatorio; pero resolví medir una base en los alrededores, para calcular la distancia real al Nevado de Sorata, y trepar a uno de los puntos más altos de las montañas que separan en dos partes el lago, con el objeto de abarcar el conjunto por medio de la rosa de los vientos. La primera operación me llevó un día, y su resultado fue que el Sorata se encontraba a veintitrés kilómetros de distancia real de mi base. Su forma aplastada y su falda, más abrupta al este que al oeste, se perfilaban ante mis ojos de manera muy clara. Incluso, la ilusión era grandísima. A simple vista, habría creído no estar más que a dos leguas a lo sumo de ese gigante del Nuevo Mundo, cuya cima se encuentra a 7.696 metros[26] sobre el nivel del mar[27]. En la pendiente del Sorata me hicieron notar un antiguo canal de irrigación construido por los Incas, el cual, partiendo de las regiones nevadas, traía en otro tiempo las aguas hasta esta llanura. Es de piedra y se distingue perfectamente; se trata de una obra inmensa, que dejaron deteriorar.

11 de junio

El día de mi llegada había tenido un ligero acceso de fiebre con escalofrío, al que, sin prestar mayor atención, atribuí al cansancio de los días precedentes y que no me impidió trabajar continuamente. Dos días más tarde monté a caballo para ir en compañía del corregidor a la cumbre de la montaña más alta, situada al oeste. Anduve dos leguas por la llanura y comencé a trepar por sendas rocosas dificilísimas. Al promediar la ascensión, sentí todos los indicios precursores de la fiebre, los

26 Las mediciones posteriores, realizadas con elementos de que no podía disponer d'Orbigny, han corregido estas alturas, que aquí aparecen aumentadas en más de mil metros (N. del T.).

27 *Annuaire du bureau des longitudes*, 1835, pág. 150.

que no me impidieron proseguir. Pronto, atacado por un escalofrío violentísimo, sufrí cuanto puede decirse; sin embargo, quise llegar a la cima, en donde, debido a la rarefacción del aire, el frío me provocó un temblor más fuerte y dolores de cabeza realmente atroces. Mientras duró el escalofrío, me vi obligado a acostarme en el suelo; pero cuando el calor del acceso comenzó, quise, a pesar de mis sufrimientos, llegar al fin de mi carrera. Luchando contra la fiebre, determiné la posición de todos los puntos visibles del interesante conjunto que tenía ante mis ojos. En la otra orilla de un amplio golfo, veía el pueblo de Ancoraimes, situado al pie de una abrupta montaña. En esta parte del lago, la costa se extendía a lo lejos hacia el noroeste, hasta perderse en el horizonte, mostrando por doquier accidentes de terreno muy notables, entre los cuales figuraban algunos peñascos perpendiculares, llamados muy curiosamente *Púlpito del Diablo*. En medio de la inmensa extensión del lago, hacia el oeste, divisaba en lontananza las islas Chiquipa y Campanario, situadas no lejos de Escoma y que me parecieron arboladas[28]. Hacia el mismo lado, debajo de mí, se extendía el pueblo de Santiago de Guata[29]. Más allá del golfo que lleva al estrecho de Tiquina, veía en primer término la islita de Coati, en donde los Incas construyeron varios templos, entre otros uno que los habitantes dicen que estaba dedicado a la Luna y en el cual vivían las vírgenes del Sol[30]. Y más allá del Coati, alcanzaba a divisar la isla sagrada de Titicaca, en donde los Incas, para recordar de que allí habían nacido, hicieron construir uno de los

28 En efecto, me enteré que todos los años los indios van allá para hacer carbón., y talan así los árboles. Este hecho me dio la certeza de que todas las mesetas podrían igualmente poblarse con árboles.

29 El corregidor de Achacaché me aseguró que hay en ese pueblo muchas antigüedades; entre otras, una estatua colosal que el cura puso acostada y atravesada a la entrada del cementerio, con el objeto, según decía, de hacer perder a los indios todos los antiguos recuerdos que podrían relacionarlos con esa obra pagana.

30 Según los informes que conseguí, esta isla, de una legua de perímetro más o menos, está orientada de este a oeste. Al este se hallan las ruinas que se remontan a los tiempos de los Incas y que en la comarca consideran como el templo dedicado a la Luna. El monumento, de forma oblonga, presenta adelante una vasta explanada al borde del lago, del que lo separan cinco terrazas sucesivas. En los otros tres lados están las construcciones hechas con piedras brutas y de mortero, y recubiertas con una especie de mano de yeso. En esas construcciones hay trece puertas, cada una de las cuales está rodeada de una valla bastante regular, y dan a otras tantas habitaciones, siete en el medio y tres de cada lado. En los muros se ven varios nichos excavados muy profundamente. A la izquierda hay un recinto circular provisto de ocho nichos a la altura de un hombre. En el extremo occidental de la isla se encuentran otras ruinas en tan mal estado, que no se las puede interpretar. Todas las colinas de la isla están cubiertas de graderías escalonadas para facilitar los cultivos.

más ricos templos de su imperio[31]. Como no estaba yo para apreciar todas las bellezas del dilatado el panorama que podía abarcar, me limité a terminar mis relevamientos y a tomar algunas notas; luego, anduve cuatro leguas para regresar al pueblo. El cansancio de esta jornada aumentó el acceso de fiebre, que duró hasta bien entrada la noche siguiente.

---

31 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XXV, se expresa en estos términos sobre la isla y sus monumentos: "Entre otros templos famosos que en el Perú había dedicados al Sol, que en ornamento de oro y plata podían competir con el de Cusco, hubo uno en la isla llamada Titicaca... Dicen los Incas que el Sol puso allí sus dos hijos varón y mujer (Manco Capac y Mama Ocllo) cuando los envió a la Tierra para que adoctrinasen y enseñasen la vida humana a la gente barbarísima que entonces había en aquella tierra. A esta fábula añaden otra de siglos más antiguos. Dicen que después del diluvio dieron los rayos del sol en aquella isla y en aquel gran lago primero que en otra parte alguna... Por estas dos fábulas tuvieron los Incas y todos los de su Imperio, aquella isla por lugar sagrado, y así mandaron hacer en ella un riquísimo templo, todo aforrado con tablones de oro, dedicado al Sol, donde universalmente todas las provincias sujetas al Inca ofrecían cada año mucho oro y plata y piedras preciosas, en hacinamiento de gracias al Sol por los dos beneficios que en aquel lugar les había hecho. Aquel templo tenía el mismo servicio que toda aquella región; por ser tierra muy fría, no se coge de ninguna manera. En aquellos andenes lo sembraban con otras semillas, y con los muchos beneficios que le hacían, copian algunas mazorcas en poca cantidad, las cuales llevaban al rey por cosa sagrada y él las llevaba al templo del Sol, y ellas enviaban a las vírgenes escogidas que estaban en el Cusco, y mandaba que se llevasen a otros conventos y templos que por el reino había, un año a unos y otro año a otros, para que todos gozasen de aquel grano que era como traído del cielo. Sembraban dello en los jardines de los templos del Sol y de las casas de las escogidas, en las provincias donde las había, y lo que se cogía se repartía por los pueblos de tales provincias".

Por los datos que pude reunir, la isla del Titicaca contiene los restos de tres templos, uno solo de los cuales, el que está situado frente al estrecho de Tiquina, está algo conservado. Su fábrica consta de un cuerpo cuadrado de veinte varas de ancho, levantado sobre una terraza y construido con piedras, algunas de las cuales están talladas. El frente que mira al lago tiene cuatro puertas de faldones inclinados, dos de las cuales están simuladas y dos abiertas; por éstas se entra a las cámaras que se comunican con las habitaciones laterales. A ambos lados hay tres puertas; la del medio se abre sobre un salón central. La planta está en mal estado, pero se alcanzan a ver los restos de las habitaciones. El piso de cada cámara semejante a los techos de las tumbas de la isla Quebaya, es de piedras que forman proyección unas sobre las otras hacia el centro, y están recubiertas en el centro por grandes lajas. En todo el interior se advierten hornacinas practicadas en las murallas. Como el terreno está en pendiente, la fachada posterior de la fábrica está al nivel del primer piso, y no parece que hubiese habido cuartos de ese lado en la planta baja. En los tres ángulos de ese templo se advierten trazas de habitaciones pequeñas. A corta distancia de ahí adviértense también los restos de casas firmes de hornacinas. En opinión de los indios, esas ruinas serían los restos de un palacio de los Incas: el templo del Sol estaría más cerca de Tiquina. De otras ruinas al nordeste de la isla no quedan más que restos de murallas y un pórtico

Convencido de que esta fiebre no era más que una recaída de las fiebres intermitentes que había tenido en Moxos y en Chuquisaca, temí quedarme más tiempo, sin remedios y lejos de las ciudades; por lo demás, la postración en que me hallaba al día siguiente me impedía continuar mi viaje. Resolví, pues, con gran pesar, renunciar a él y regresar a La Paz, de la que me encontraba a veintidós leguas. Como dada mi debilidad no podía llegar en una sola jornada, me puse en camino con intención de llegar lo más lejos que pudiese. Llegué a Guarinas, y allí, sintiéndome con fuerzas para continuar, entré en las hermosas llanuras húmedas y cubiertas de pasto del valle de las Peñas, al final del cual se halla entre dos montañas el pueblo del mismo nombre, cinco leguas más allá de Guarinas. Como tenía una carta de recomendación para una dama que vivía en una alquería de *Yarbi chambi*, situada tres leguas más allá, preferí ir a pedirle hospitalidad antes que quedarme en una aldea en donde no conocía a nadie. Contorneé una alta montaña, crucé el lecho de varios torrentes y unas llanuras muy húmedas, y llegué finalmente a la granja, después de haber hecho trece leguas en la jornada. Agobiado por el cansancio, sentíame dichoso al encontrar descanso. Fui acogido con esa bondad que caracteriza a las mujeres americanas. Esta señora, cuyo nombre lamento no recordar, me prodigó todas las atenciones imaginables y no pareció contrariarse cuando le pedí permiso para pasar en su casa el acceso de fiebre que esperaba para el día siguiente.

12 de junio
Meseta

Como todas las casas de campo de esos lugares, Yarbi Chambi forma con las casitas de indios que la rodean una verdadera aldea, situada no lejos de una colina cónica. En nuestras pláticas, mi huésped me aseguró que, entre otras cosas curiosas de los alrededores, había en los cerros vecinos pequeños cóndores petrificados. Esta manera de designar el fenómeno, que yo habría de traducir por conchillas fósiles, me provocó el deseo de conocer la verdad. Como no esperaba la fiebre más que a eso de las ocho, al despuntar el día, cuando en toda la comarca blan-

13 de junio

---

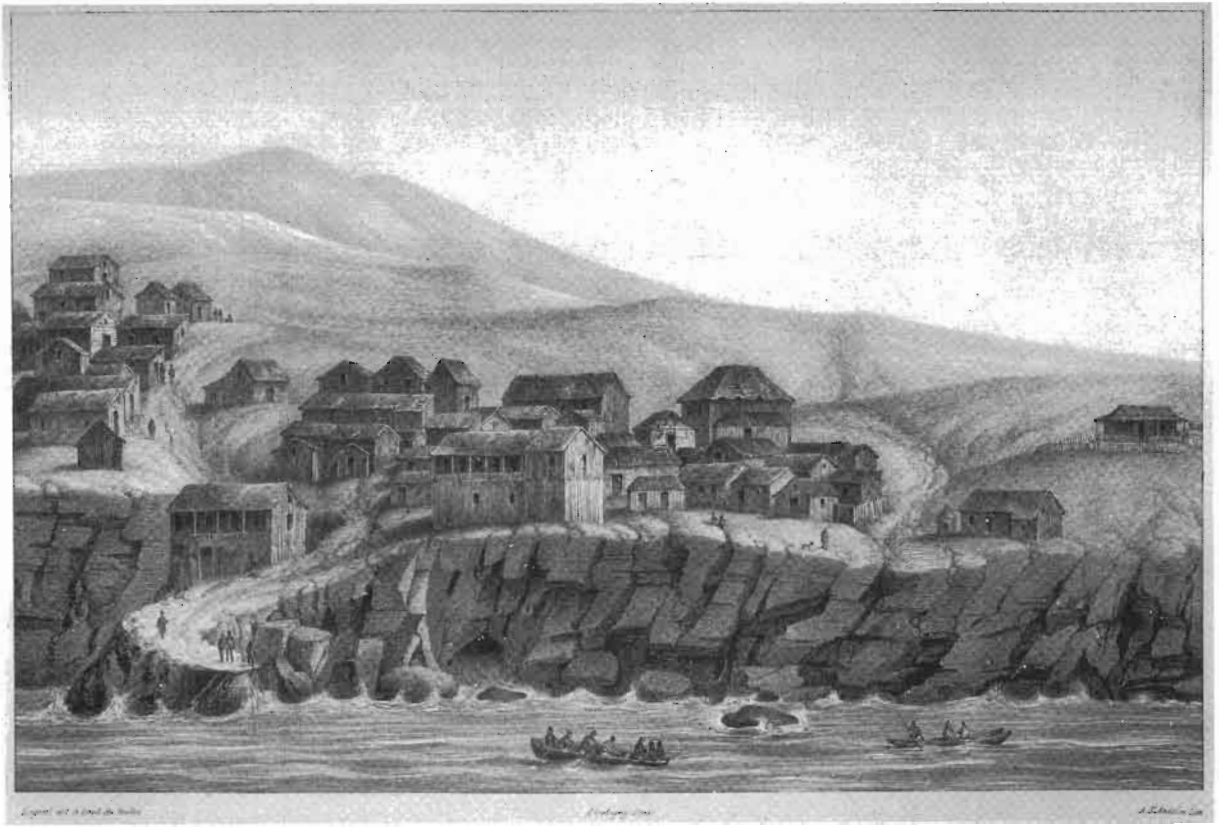
semejante a los de Coati. Lo mismo que ésta, toda la isla está cubierta de pequeñas terrazas dispuestas de manera que sea cultivable.

Por la diferencia de construcción y por las puertas de jambas inclinadas, como en los monumentos de Cusco, se advierte que la arquitectura de esta época era muy distinta de la que observé en Tiaguanaco. Es evidente que las puertas de jambas inclinadas, construidas para que el Inca pudiese pasar en litera son posteriores a las puertas derechas de todos los monumentos de Tiaguanaco, los cuales, sin embargo, tienen un aspecto de grandeza mayor que los otros y denotan el poderío del que los hizo levantar.

queaba la helada, yo recorría la colina, en la que, guiado por mi huésped y sus hijos, reconocí al punto que los pretendidos cóndores eran conchillas de espirífero, que reproducían bastante bien la figura de un cóndor volando[32]. Contento con este descubrimiento y con las numerosas conchillas de *productus* que iba encontrando, me había olvidado de mis padecimientos; pero la vuelta del escalofrío no tardó en recordármelos. Ansioso por recoger la mayor cantidad posible de esas conchillas fósiles, pertenecientes todas al terreno carbonífero, no abandoné el lugar hasta que ya no pude aguantar más la acción de la fiebre. Parece que tuve un acceso terrible con un delirio que preocupó mucho a mi huésped. Por eso me encontraba mucho más agotado al día siguiente, y tuve que armarme de valor para determinarme a intentar hacer a caballo las doce leguas que aún me separaban de La Paz, en donde podría encontrar los medios para curarme. Finalmente partí.

Estaba en una llanura inmensa, terminada al sur por unas colinas, al pie de las cuales veía a lo lejos los grandes pueblos de Carapata y de Pucarani; pero esta campaña, que en otra ocasión me habría admirado, estaba entonces desprovista de todo encanto para mí; que nada es tan cierto, como muchas veces lo comprobé, que las disposiciones físicas y morales en que uno se encuentra son prismas que colorean diferentemente los objetos. Después de una marcha de toda la jornada, bordeando el pie occidental de la Cordillera oriental, llegué a La Paz, en donde el sulfato de quinina pronto me devolvió la salud. Un solo pensamiento me embargaba: el ardiente deseo de retornar a mi patria.

32 La denominé por eso *Spirifer condor*.



Vista del puerto de Islay en el Perú.

CAPÍTULO XLII

Descripción de la provincia de Caupolicán[1]

Antes de salir de Bolivia, me parece que debo dar aquí la descripción detallada de la vasta provincia de Caupolicán, con el doble objeto de completar mis observaciones sobre las regiones septentrionales de la república y de realizar un trabajo semejante al de mis capítulos relativos a Chiquitos y Moxos. Lo hago con tanta más razón por cuanto que esta parte, la menos conocida quizá de toda América, es sin embargo, por los accidentes de su superficie, por la riqueza de sus productos y por las costumbres de sus habitantes, una de las más notables y más dignas de atención de los europeos. No me quedó tiempo para visitarla; pero los informes que pude procurarme son bastante completos como para dejar muy poco que desear[2].

La provincia[3] de Caupolicán está situada entre los 10° y 15° de latitud sur y los 70° y 73° grados de longitud occidental de París, y se extiende al norte de la margen izquierda del Río Beni. Orientada de nornoreste a sudsudoeste, presenta una superficie ovalada cuya longitud en leguas marinas es de ciento veinte unidades, por un

21 de agosto

1 Extracto este capítulo de la obra española que publico bajo el título de *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia*.

2 Estos informes he tomado de tres fuentes distintas: las debo a comunicaciones que me hiciera el señor Antonio Acosta y a dos pequeños manuscritos sin nombre de autor que encontré en La Paz, en 1833.

3 Durante mi estadía en Bolivia, Caupolicán dependía del departamento de La Paz; pero en 1843 el general Ballivián, al reunirla con Moxos y con el territorio de los yuracarés, formó con esas tres regiones el nuevo departamento de Beni.

ancho medio de sesenta leguas. Su extensión en leguas cuadradas de veinticinco por grado, es de unas seis mil doscientas cincuenta. Sus límites son: al sur, la cadena transversal de montañas que la separa de la provincia de Muñecas, departamento de La Paz; al oeste y al sudoeste, la misma Cordillera Oriental, con sus cumbres nevadas, que la limita claramente del lado de las provincias de Guancané y de Carabaya, república del Perú; al norte, por el lado del Perú y Brasil, inmensos territorios inhabitados desconocidos, residencia de algunas naciones todavía en estado salvaje; al este, el curso del Beni, que la separa de la provincia de Moxos.

Desde el punto de vista orográfico, esta comarca es una de las más curiosas. Comienza en esos picos nevados, morada de escarchas eternas, que forman, al oeste y al sudoeste, la Cordillera Oriental. En efecto, esta imponente cadena, en la que figuran las dos montañas más altas de América, el Illimani y el Anceo Unca (Nevado de Sorata), cuyas cumbres se elevan a más de 7.696 metros sobre el nivel del mar[4], corre de noroeste a sudeste, desde La Paz hasta fuera de los límites de Bolivia, al limitar la provincia al sudoeste. Otra cadena, situada al sur, mucho menos alta y transversal a la cordillera, parte de ésta como un contrafuerte y se dirige al estenordeste, reduciéndose siempre de altura hasta el momento en que acaba un poco al noroeste de Apolo. Una tercera cadena, paralela a esta última, e igualmente contrafuerte de la Cordillera Oriental, continúa al norte de la provincia. De estas tres cadenas principales resulta una vertiente central oblicua a la dirección de la Cordillera, que forma el gran valle de Pelechuco y de Tuyche, hacia el cual convergen las pendientes y los ramales laterales de las otras dos cadenas: la pendiente del valle central inclinándose al nordeste, y la del contrafuerte del sur al noroeste, en tanto que la pendiente del contrafuerte del norte se dirige al este. Todas estas montañas pierden altura gradualmente hacia el nordeste y terminan un poco al este de Aten y de Apolo, en donde, empero, se encuentra un eslabón independiente muy alto, el de Altuncama, cuya temperatura, apta para el cultivo de la papa, denota una altura de más de 2.500 metros sobre el nivel del mar. Más allá de este último accidente geográfico, situado ya en un suelo ondulado más que montañoso, comienzan las llanuras que se extienden sin interrupción a todo el resto de la provincia hacia el norte, donde se ven solamente algunas ligeras colinas.

Con excepción de Altuncama, que forma como una muralla, todas estas montañas son más escarpadas y más abruptas cuanto más se acercan a la Cor-

4 Como ya dijimos más arriba, esta medida ha sido rectificada posteriormente (N. del T.)

dillera. Cerca de Pelechuco las montañas presentan pendientes empinadas, paredones cortados a pico, picos agudos o espantosos precipicios formados por las dislocaciones del suelo que engendraron las revoluciones geológicas. Las alturas tornasen menos abruptas a medida que se alejan de esos centros de conmoción y son reemplazadas al este por unas colinas sencillas.

Aunque nada sé positivamente sobre la geología de la provincia, por lo que he visto en la Cordillera no lejos de ahí, al norte de La Paz, me inclino a creer que esta parte del sistema que se halla cerca de Pelechuco pertenece a la misma edad geológica, presunción que, por lo demás, parece corroborarse con los numerosos lavaderos de oro de esas regiones. Creo, pues, que los dos lados de la Cordillera, en Suches, en Pelechuco, e incluso hasta el Río Motosolo y en Mojos dependen de los terrenos silurianos, representados por esquistos y pizarras azuladas. Creo también que más abajo, como en Yungas, las montañas compuestas de arenisca pertenecen ya al período devoniano, ya al carbonífero. Podría creerse, finalmente, que las llanuras son, lo mismo que en Moxos, aluviones modernos o terrenos diluvianos.

La dirección de los ríos de una comarca montañosa depende siempre de su forma orográfica, puesto que las cadenas de montes determinan los grandes valles, y las pendientes de éstos, los valles de segundo orden. Dije que, partiendo de la Cordillera, la pendiente general engendra el gran valle de Pelechuco y de Tuyche, que sigue al nordeste. Es a la vez la dirección del río más importante de la provincia, el Tuyche, que con el nombre de Río Pelechuco comienza en las cumbres nevadas al este de la Cordillera de Suches, se forma con varios pequeños torrentes y baja así a Pelechueo. A la izquierda se le incorporan varios arroyuelos, y a la derecha, los torrentes de Santa Ana y Pilcobamba. Más abajo, y por el mismo lado, vienen a reunírsele el Río de Puente Grande, bastante caudaloso ya para que sea menester cruzarlo por un puente, y el Amantala, más considerable aún, que nace en la cadena del norte, lo mismo que el Río de Pata. La margen izquierda recibe también el Río de Matosolo, célebre por sus minas de oro, y más abajo el Río de Mojos. Después que el Pelechuco se ha engrosado con el Río de Pata, es bastante importante para que no se lo pueda pasar sino con ayuda de una balsa, por lo menos durante las crecientes. Toma entonces el nombre de Tuyche, desciende dando numerosas vueltas y sigue la dirección general estenordeste. Su curso se aumenta sucesivamente con la incorporación de los ríos Santa Cruz y Tapilí, por la margen derecha; el segundo es el más importante. A una gran distancia al este, cerca de San José, recibe por la orilla derecha al Chupiamonas. Finalmente, después de haber reunido casi todas las aguas de la región montañosa

habitada de la provincia, se incorpora, a cinco leguas al este de San José, al Río de los Mocetenes y forma entonces el Río Beni.

Cuando el Beni pasa cerca de San José ha recibido ya todas las aguas de las provincias de Muñecas, Yungas, Sicasica y Ayupaya, de las que ya hablé. Corre hacia el norte majestuosamente por la llanura, dando muchas vueltas. Se enriquece aún por la orilla izquierda con las aguas del Río Tumupaza y de los ríos Itaca y Tequije, cerca de Ixiamas, y, en Cavinas, con las del Río Madidi, que nace en la provincia peruana de Carabaya y corre paralelamente al Tuyche. El Beni continúa en seguida su curso por la llanura, inclinándose al nordeste hasta los 10° de latitud sur, en donde finalmente, unido con el Mamoré, forma el Madeira, uno de los más importantes tributarios meridionales del Amazonas.

El vecino riacho de Aten es el único que no se reúne con el Tuyche; se dirige hacia el sur y se incorpora al Mapiri. Puede decirse que la provincia está desprovista de lagos, salvo algunos pequeños situados cerca de Suches y en Cololo, al oeste de la Cordillera, en los lugares más altos. Uno de ellos, de casi una legua de largo por un cuarto de legua de ancho, está próximo a Suches; otros dos más chicos se hallan cerca de Cololo. Todos contienen aguas heladas en las que no viven peces.

En razón de su situación tropical y de sus montañas que se alzan hasta el nivel de las nieves perpetuas, para disminuir en seguida de altura hasta confundirse con las llanuras, la provincia de Caupolicán encierra todas las temperaturas, todos los climas. En efecto, si se quiere la temperatura más fría, las heladas todas las noches, acompañadas de una extrema sequedad, se la encuentra en Suches, en donde el invierno es perpetuo. Si, dentro de un clima también muy frío, se buscan las brumas, las nieblas, las nubes húmedas constantemente detenidas por la Cordillera, se las encuentra en Pelechuco. Esos dos extremos de frío seco y de frío húmedo, determinados por la rarefacción del aire y la altura de las montañas sobre el nivel del mar, pueden dar todas las zonas intermedias, inclusive el mayor calor de la zona tórrida. Así, Santa Cruz, Aten, Apolo, Pata y Mojos tienen la temperatura de los límites tropicales, es decir que siendo el calor el de los climas tórridos, el aire se ve allí moderado por la altura de las montañas; pero en el interior, en las parroquias de Tumupaza, de Ixiamas y de Cavinas se siente un calor tanto mayor por cuanto se vive en una llanura uniforme, horizontal.

Si Caupolicán participa de todas las temperaturas, si uno encuentra en ella a voluntad el frío del polo o el calor de la zona tórrida, las regiones de las lluvias son igualmente variables según los lugares. En Suches, situado al oeste de la Cordillera, el cielo es siempre purísimo, su temperatura seca y sólo en

verano, de diciembre a marzo, caen chaparrones, graniza o nieva. Cuando se cruza la Cordillera se encuentra un nivel permanente de nieves a unos 3.000 metros sobre el nivel del mar; allí, como en Pelechuco, por ejemplo, siempre hay brumas que ensombrecen el aire y llueve muy a menudo. Más abajo, el cielo vuelve a mostrarse puro y la lluvia cae principalmente en la estación ordinaria, es decir, de diciembre a marzo. Lo mismo ocurre en las llanuras, en donde, sin embargo, la estación lluviosa es todavía más regular.

Los vientos corren ordinariamente del norte o del noroeste trayendo un aire húmedo y caliente que favorece a toda la naturaleza; pero cuando de pronto, después de una tormenta, cambian y el viento del sur sopla con fuerza, la temperatura desciende inmediatamente diez grados por lo menos, y todo sufre las consecuencias: el hombre, los animales, la vegetación.

Como es de suponer, los productos naturales y el aspecto de la provincia varían de acuerdo con las diversas zonas de altura y de temperatura y con los climas que ellas determinan. En Suches, al oeste de la Cordillera, se está todavía en una parte de la gran meseta boliviana; el suelo allí es seco y árido y su vegetación pobre y achaparrada; la zoología y la botánica especialmente ofrecen allí un aspecto en todo análogo y a menudo idéntico al de la Patagonia.

Al este de la Cordillera una primera zona está cubierta de pastos más arriba de la zona de las nubes. Más abajo comienza la vegetación leñosa, que cubre entonces profusamente hasta los peñascos más escarpados. Aquí los más bellos árboles como follaje y como altura, entremezclados con los bejucos o las más variadas plantas, adornadas con brillantes flores; allá, elegantes palmeras de ligeros penachos; y en todas partes contrastes y perspectivas pintorescas, animando el paisaje los seres más diversificados de forma y de color[5]. Las aves, en efecto, rivalizan con las flores. Los numerosos loros, los gallos de las rocas, de plumaje de fuego; el cefalóptero, de oscuro ropaje, pero de forma extravagante; las cotingas, las tangaras de colores resplandecientes, los inconstantes picaflores y una multitud de otras clases pueblan los campos. No son menos numerosos los cuadrúpedos: en las mesetas, la llama y la alpaca, recurso del indígena de las sierras; más abajo, monos de variadas especies, ciervos, pecaríes, tapires y una multitud de otros seres que sería demasiado largo enumerar.

Cuando se baja a la llanura, se nota menos variedad. El suelo está por doquier salpicado por bosques espesos, tan antiguos como el mundo, y por pastos extensos. Aunque menos pródiga aquí, sin embargo la naturaleza es rica todavía, ya en animales salvajes, ya en plantas de toda especie. En resumen,

5 Es el mismo aspecto de la provincia de Yungas.

gracias a sus diversas zonas de altura, Caupolicán reúne a la vez casi todas las producciones naturales de Bolivia.

Historia

Primera época: antes de la llegada de los españoles

Si se juzga por el estado actual y por las tradiciones populares, la provincia de Caupolicán habría estado desde siempre habitada por tres naciones distintas: quechuas, apolistas y tacanas.

Atraída sin duda por la abundancia de oro y por los pastos apropiados para llamas y alpacas, la nación de los quechuas fundó desde los tiempos más remotos las aldeas de Suches y de Puyo-cucho[6]. Esos indígenas quedaron bajo el dominio de los Incas hasta la llegada de los españoles y dependientes de la provincia de Guancané o de Carabaya.

La nación de los apolistas vivía en el paraje que en su lengua particular se llama *Hahuachili*[7], situado no lejos del lugar ocupado hoy por los pueblos de Apolo y de Santa Cruz. Eran los apolistas de color bastante oscuro y de talla no muy alta; tenían los rasgos afeminados y el carácter suave y dócil. Por lo demás, nada se sabe de sus costumbres antes de la Conquista. Su lengua era completamente distinta de la quechua y tacana.

La nación de los tacanas vivía al este y al nordeste de la de los apolistas en esas regiones de montañas y de llanos que llamaba Irimo, o lugar de su origen. Se extendía desde Aten hasta más allá de Cavinas, es decir, en una ancha franja norte-sur, situada entre los últimos contrafuertes de las cordilleras y el Río Beni, desde los 11° hasta más allá de los 13° de latitud sur. Las tribus septentrionales de esta nación, cuya lengua era la tacana, les daban el nombre de toromonas. La lengua de los tacanas era una de las más duras de América. A juzgar por los que aún permanecen salvajes, vivían en tribus, sea en el corazón de las selvas húmedas de las últimas montañas, o en las inmensas planicies que las bordean. Hacían vida de cazadores, sin descuidar la agricultura. Cada hombre tenía que edificar para él solo la casa destinada a servirle de morada a él y a su familia; el desprecio por esta práctica le hacía perder el título de

6 Palabra que en quechua significa mansión de niebla; los españoles la corrompieron en Pelechuco.

7 Esta palabra significa interior.

hombre y lo convertía en el hazmerreír de sus semejantes. Las mujeres tejían groseramente el algodón y se fabricaban adornos brillantes, combinando agradablemente y tejiendo las plumas de las aves de sus selvas para hacerse con ellas turbantes[8]. Se cubrían algunas partes del cuerpo, pero los hombres iban completamente desnudos. Cada tribu tenía sus jefes, encargados de guiarla a la guerra o a las expediciones lejanas y que hacían las veces de médicos; pero entre ellos no existía, hablando en propiedad, un cuerpo de nación, aunque todas las tribus estuviesen unidas y en paz.

Al norte de esas tres naciones había todavía algunas más que nos son desconocidas: al norte, los huacanahuas, los suriguas y los belicosos machuis; al noroeste, los ultumecuanas u hombres rojos y los chuntaquiros.

Segunda época: desde la llegada de los españoles hasta nuestros días

Situada completamente fuera de las rutas seguidas por los aventureros españoles en la época de su llegada al Perú, la provincia de Caupolicán permaneció ignorada mucho tiempo. Las aldeas de Suches y de Pelechuco pasaron sin duda del yugo de los incas al de los diversos conquistadores, tan frecuentemente reemplazados en medio de las querellas siempre renovadas de esos tiempos tempestuosos que se extienden hasta el siglo XVII. Sin poder penetrar en las profundas tinieblas de esta parte de la historia de la provincia, que no se apoya en ningún documento impreso, es lícito imaginar que algunos de los propietarios a quienes en el reparto tocó Suches, Pelechuco y el resto de la provincia, habrían intentado penetrar en ella con el objeto de buscar minas, y que a esas excursiones o trabajos se debió la fundación por los indios de los pueblos de Pata y de Mojos, cuya fecha es imposible precisar.

El primer hecho histórico bien comprobado es la entrada de los franciscanos en la comarca. Enterados sin duda de la existencia de naciones salvajes, esos religiosos se decidieron a intentar su conquista espiritual. Entraron en ella hacia 1750 y fundaron con la nación de los apolistas las misiones de Apolo y de Santa Cruz del Valle Ameno. Tan bien lo lograron, que muy pronto las cabañas del estado salvaje fueron reemplazadas por una vasta iglesia, un convento y aldeas que respiraban orden y limpieza. No limitando a eso sus conquistas, animados por el celo más laudable, los franciscanos avanzaron hacia el interior. Cuando lograron reunir en la misión de Aten a los fieros tacanas,

8 Los de los hombres se llaman panisas, y los de las mujeres, toromayas.

abrieron un extenso campo a sus actividades. Con estas últimas, en efecto, podían adentrarse en la llanura, en donde otros tacanas los esperaban. Luego de muchas fatigas, esos religiosos penetraron en el corazón de lo deshabitado con el objeto de buscar en ellos nuevos prosélitos. A más de treinta leguas al este fundaron con los tacanas la misión de San José, luego sucesivamente las de Tumupaza e Ixiamas. Finalmente, se embarcaron en el Beni y llegaron todavía a fundar Cavinas, en los confines de las hordas salvajes.

Aunque los franciscanos no introdujeron en sus misiones el lujo de los templos ni la industria entre los habitantes, como lo hicieron los jesuitas en Chiquitos y en Moxos, no por eso dejaron de prestar grandes servicios a la humanidad, haciendo pasar un número bastante considerable de hombres del estado completamente salvaje a la semicivilización, al comienzo de la vida social. El principio de la comunidad era en toda su extensión el del gobierno de esas misiones. El convento de Apolo, que dependía de La Paz, proporcionaba los hermanos necesarios para su mantenimiento. Cada misión tenía en particular uno o dos religiosos encargados de la iglesia y de la administración. A los indios no se les enseñó a tejer, sino solamente la agricultura; por eso los misioneros sólo aprovecharon de los productos agrícolas, tales como el cacao, la coca y una infinidad de productos naturales que hacían recoger en las selvas.

Las ligeras cargas que estaban obligados a imponer a los indígenas para procurarse los medios de proveerlos de las herramientas necesarias para sus trabajos, parecieron, empero, demasiado duras a algunas naciones. El hombre completamente salvaje, libre en todas sus acciones, difícilmente concibe las obligaciones que una sociedad naciente debe prescribir si quiere prosperar; por eso le espanta la más pequeña contribución. Parece que los franciscanos habían reducido a los toromanas, más allá de Cavinas, y aun a ciertos pacaguaras; pero estos indígenas hicieron correr el rumor de que los misioneros, su color de religión, tenían un motivo especial de interés personal para congregarlos y hacerlos trabajar, y terminaron por echarlos, pidiéndoles que no volviesen más a sus pagos.

Hacia fines del siglo XVIII los franciscanos lograron todo el éxito que podían esperar. Sin embargo, es por esta época, antes de 1800, cuando, no sé con qué pretexto ni por cuáles motivos, esta orden abandonó su obra, con lo que todas las misiones, con Suches, Pelechuco, Pata y Mojos, ingresaron a la Corona española, formando la provincia de Caupolicán, dependiente de la intendencia de La Paz. Pusieron de inmediato un cura y un alcalde en cada una de las parroquias y se nombró un subdelegado para gobernar y dirigir la nueva circunscripción, de la que Apolo siguió siendo su capital.

Para el criterio de la autoridad superior, el mayor mérito de los funcionarios españoles consistía entonces en aumentar las rentas del Estado. Todo cuanto concurría a este fin, estaba recompensado particularmente. El primer subdelegado, don José Santa Cruz, padre del general Santa Cruz, más tarde Presidente de la República de Bolivia, puso de entrada todo su afán en someter a una contribución anual a los indígenas, hasta entonces libres de impuestos. Les fijó una tasa de cinco pesos por cabeza lo que entonces se llamaba real tributo impuesto al que estaban sometidas todas las demás naciones de las mesetas. Los indios de las misiones se sometieron a esta carga, y por este servicio el subdelegado de Santa Cruz recibió del rey de España el título de Maestre de campo; mas a partir de ese momento, las naciones todavía salvajes y dispuestas a someterse se internaron aún más en las selvas con el fin de sustraerse a este tributo anual y, sobre todo, a las vejaciones de todo jaez y a la violencia demasiado a menudo ejercida por los receptores de impuestos. Sin duda fue por esta razón que Cavinas, como la más alejada, pudo ser la única en esquivar este tributo.

Las cosas permanecieron así hasta 1814, época en que, a consecuencia de la lucha que se empeñó por la independencia nacional entre el partido patriota y las tropas españolas, Muñecas entró en Caupolicán y se esforzó por ganarla para la causa de la libertad. Se apoderó de la capital y de las demás parroquias; pero perseguido luego por el ejército español que mandaba el capitán don Agustín Ibarra, posteriormente Presidente de la República del Perú, fue expulsado de Apolo y más tarde de Aten, en donde sus últimos partidarios se hicieron matar antes que rendirse[9]. Fue entonces que un indio tacana, para escapar a los duros castigos que Gamarra infligía a los amigos de la libertad, se llevó consigo veinte familias y vivió siete años oculto en las selvas[10].

En 1824, después de la batalla de Ayacucho, Caupolicán pasó a depender del departamento de La Paz, uno de los seis en que se divide la República de Bolivia. Un gobernador reemplazó al subdelegado, pero nada cambió para los habitantes, que debieron continuar pagando su contribución anual. Hacia 1830 la cosecha de quina vino a dar una vida nueva a la comarca por el comercio que atrajo a ella. Reducidos hasta entonces al simple comercio de trueque, los vecinos comenzaron en esta época a conocer el valor de la moneda. Finalmente, hacia 1824, entre otras medidas adecuadas al mejoramiento de la pro-

9 Véase lo que acerca de esta lucha dije cuando hablé de Aten.

10 Véase esta historia especial de Aten.

vincia, ésta dejó de formar parte del departamento de La Paz, y hoy depende, como ya lo dije, del nuevo departamento del Beni.

Estado actual de la provincia

División política

Con el objeto de hacer conocer bien esta provincia, voy a describir separadamente cada uno de los lugares habitados.

Generalmente se divide a Caupolicán en dos partes: una llamada Partido Grande o Pueblos de Caupolicán, integrada por Suches, Pelechuco, Pata, Mojos, Apolobamba, Santa Cruz del Valle Ameno y Aten. La otra, conocida con el nombre de Partido Chico o Pueblos Interiores, está compuesta por San José, Chupiamonas, Tumupaza, Ixiamas y Cavinas.

Suches. Esta aldea, anexa a Pelechuco, pertenece a la vertiente occidental de la Cordillera Oriental; está situada en la misma ladera, entre montañas escarpadas, morada de escarchas eternas. Es una de las numerosas colonias que sólo podían despertar concupiscencia de los hombres y la sed de oro de Incas y conquistadores. En efecto, situada en medio de los desmontes de los antiguos lavaderos de oro, Suches sólo debe su fundación a esas explotaciones minerales que le dieron inmensas ganancias y que hoy todavía proveen por sí solas a las necesidades de treinta y dos familias de indios quechuas, habituados a este género de labores. El frío excesivo que allí se siente y la aridez de sus montañas no permiten ningún cultivo, y la única industria de sus pobladores es la búsqueda del precioso metal.

Formada por algunas cabañas plantadas sin ningún orden y desprovistas de comodidades, Suches ofrece pocas perspectivas de mejoramiento, a menos que algunos hombres inteligentes no vengan a explotar en grande, y por medios simples y menos costosos, las riquezas que encierra aún el suelo frío e inanimado de aquellas tristes comarcas. Suches es anexo de Pelechuco, pero no se pasa por allí para ir de Escoma a este último pueblo; se lo deja a la izquierda.

Los arroyuelos que nacen en Suches se arrojan en el Río Cojata, que se une con el lago Titicaca bastante cerca de Escoma.

Pelechuco, cuyo nombre es una corrupción de Puyocucho, que en la lengua de los quechuas significa escondrijo de las brumas, está situado a siete leguas de Suches, en la vertiente este de la Cordillera Oriental. Es de todas las

parroquias de la provincia la que se encuentra a mayor altura sobre el nivel del mar. En efecto, apenas se franquea la estrecha garganta de Cololo, rodeada de nieves perpetuas, aparece Pelechuco en el corazón de unas montañas escarpadas, sobre una ladera empinada y rocosa, a la derecha de un torrente. Su posición, muy vecina a la de las escarchas eternas, hace de él una comarca fría, en donde las lluvias son demasiado frecuentes para que se pueda vivir agradablemente.

Levantado en un terreno en pendiente y regado por excelente agua el pueblo no tiene nada de interesante ni sus calles son regulares. Está parcialmente habitado por indios quechuas que se ocupan en las montañas vecinas en la cría de vacas, ovejas y llamas, y en los alrededores cultivan algunos productos de las regiones frías, tales como papa y cebada, y más abajo, en los valles templados, racacha, camotes, calabazas, yuca o mandioca y maíz, en tanto que en los valles calientes siembran esas mismas plantas además de arroz, bananeros, ananás, papayos, gualuza, tabaco, caña de azúcar, algodón y coca. Sin embargo, si en las dos primeras regiones la salubridad de la temperatura permite cualquier especie de mejora, no ocurre lo mismo en las regiones cálidas, sobre todo en el fondo de los valles, en donde las fiebres intermitentes hacen estragos entre los habitantes que allí se instalan. Por lo demás, como para los indios es más fácil ganar mucha plata buscando la quina que abunda en las montañas de Motosolo, del Fuerte, Amantala, Yuncapampa y en los alrededores de Tapi, descuidan mucho la agricultura, lo que torna muy escasos y muy caros los artículos de primera necesidad. Muchos de ellos se ocupan en transportar a lomo de llama sea productos de otros lugares habitados de la provincia, sea cortezas de quina.

La población es de unas 2.500 almas, incluyendo el anexo de Suches y los diversos caseríos diseminados en los valles vecinos.

Como Pelechuco se encuentra al paso de la única entrada a la comarca, su ubicación comercial no puede ser más ventajosa. En efecto, todos los objetos de cambio traídos por los comerciantes y todos los demás productos de los demás cantones interiores tienen que pasar por allí. Por eso, el gobierno ha colocado allí a un perceptor de aduanas, dependiente de la administración principal de La Paz[11].

---

11 Saliendo de Sueltes, el camino principal actual es el que sigue: se camina primero por los ribazos, trepando durante tres leguas, hasta el Alto de Cololo; luego se hace una legua bajando por la cuesta por un camino malo, legua y media por collados y una ligera subida hasta Calantica; después se tiene una bajada de dos leguas y media hasta Garita, y ya

Pata. Este pueblo, situado en una colina cubierta de gramíneas o de bosques ralos, se compone de pobres cabañas alineadas, en las cuales viven ciento sesenta y cinco habitantes de la nación quechua, en una agradable temperatura, ligeramente caliente y húmeda, en medio de la comarca más fértil del mundo. Aunque el agua escasea en la misma Pata, sus alrededores ofrecen recursos inmensos para la cría de ganado y el cultivo de las plantas tropicales. En efecto, las amplias playas del Río Tuyche, que se halla a corta distancia, los bosques de sus orillas, las llanuras de Piliapo, la quebrada de San Antonio y una multitud más de parajes en los que los vecinos cultivan algunas parcelas de tierra, desbrozándola de su activa vegetación, prueban la extrema fertilidad de

---

Pelechuco no queda más que a una legua. Este camino, en muy mal estado y por el que sin embargo se cobra un peaje, sería muy fácil de mejorar, ya que abundan materiales de todas clases.

El pueblo de Pelechuco está a treinta y tres leguas al sur de Pata. La ruta corre como el ribazo derecho del valle de Pelechuco, subiendo y bajando sin cesar desde el lecho de los ríos hasta la cumbre de las cuestas que los separan. He aquí, con sus respectivas distancias, los detalles de este camino:

Desde Pelechuco, bajando siempre por la ladera de las montañas y pasando por Piguara y Lavanara, se llega al Río de Santa Ana, seis leguas. Del Río de Santa Ana se sube por una cuesta de media legua hasta Cocotica; luego se sigue el flanco de la montaña hasta Pasto Grande, una legua. Se baja por pendientes abruptas hasta Taunaza, una legua, desde donde no queda más que una suave bajada por el collado hasta el Río Pilcobamba, media legua. Después de cruzar este río, que no es más que un torrente con poca agua, se escala la montaña hasta el sitio llamado Huancapata, una legua y media. Se baja en seguida por caminos pedregosos hasta Quichara, una legua y media. Subiendo y bajando cortas distancias, se llega a Chamaljata, una legua, y por la ladera de la montaña a Culi, media legua. Subiendo veces, o bajando poco por las misma laderas, se llega a Mantaliata, dos leguas, desde donde ya sólo falta bajar hasta el Río de Puente Grande, al cual, mucho más importante que los demás, hay que cruzarlo por un puente de ramas, dos leguas. Saliendo del Río de Puente Grande, se sube por algunas cuestas y se sigue por el collado hasta Paracorín, una legua. Subiendo y bajando por pequeñas cuestas, se llega a Huayamacan, dos leguas y media. Se sigue por el collado y se atraviesan unas cuestas bastante cortas hasta el caserío del Fuerte, una legua. Se sube una pequeña cuesta y luego se baja por un sendero malísimo hasta Sumpulo, una legua. Se suben y bajan otras dos, igualmente muy malas, hasta el Río de Amantala, muy grande, siempre bastante caudaloso, una legua. De Río Amantala se trepa por una montaña durante una legua y se continúa por las laderas la misma distancia hasta Ayapata, dos leguas. Se baja luego hasta Raqui-raqui, una legua. Se sigue por el ribazo a Santa Rosa, una legua; luego se vuelve a subir a Cuquipata, media legua, y a Cruz-pata o San José, media legua. Se baja luego, se sube y se anda por el flanco de los ribazos hasta Peliapo, dos leguas. Después de bajar al valle de Pata y hacer una legua, atravesando el río de ese nombre por caminos que, por falta de atención, están llenos de zanjas, no queda más que subir durante una legua para llegar al pueblo de Pata.

estas regiones por así decir desérticas. La verdad es que las tierras cultivables podrían alimentar a una numerosa población, pero sólo hay allí un puñado de hombres que viven prácticamente perdidos en ese suelo todavía virgen.

Hoy sus habitantes cosechan suficiente arroz, maíz, yuca, bananas, caña de azúcar y maní para su consumo personal; pero su comercio se reduce a un poco de arroz y de tabaco que truecan por ropa. Algunos, sin embargo, prefieren explorar las selvas con el objeto de recoger en ellas productos naturales, como corteza de quina, bálsamo de copaiba, estoraque, incienso y resina copal. Se dedican también a pescar en el Tuyche sábalos y bagres, o a cazar en los bosques numerosas aves, monos de diversas especies, ciervos y demás cuadrúpedos.

Sin duda las colinas pueden ofrecer abundante alimento a los numerosos rebaños de vacas; pero en la actualidad los vecinos apenas tienen más de treinta, a causa de los estragos que causan los jaguares, que pululan en esas comarcas y que, en la estación de las inundaciones, como no pueden perseguir libremente a sus presas salvajes, ganan las alturas y atacan a los rebaños[12].

El anexo de Mojos se encuentra más o menos en las mismas condiciones que su parroquia. Como ésta, se levanta en una colina cubierta de gramíneas y está rodeado de tierras fértiles, de sitios adecuados para la cría de ganado y para los cultivos, sobre todo en su valle y en sus quebradas; pero aunque su población no sea más que de ciento veintidós almas, disfruta de mejores condiciones de existencia. Situado en un lugar alto, puede producir en sus valles plantas tropicales y, en las montañas vecinas, plantas de las zonas templadas, tales como trigo, papa, etc. Las llamas llegan hasta Mojos y acarrean mercaderías, lo que resulta infinitamente más barato que las mulas.

Podría criarse ventajosamente ganado y reanudar los trabajos de explotación de los lavaderos de oro en las montañas más cercanas a la Cordillera.

---

12 Pata está a siete leguas estesudeste, de Santa Cruz del Valle Ameno. Para llegar a este último punto se toma un sendero hecho por las mulas, recorriendo el siguiente itinerario: Saliendo de Pata se sube por una pendiente fácil hasta Huichu-huichu, una legua y media. Se sigue por el flanco de la montaña hasta Tentación, una legua y media. Se baja por un camino muy malo hasta Palizada, media legua. Una vez en la llanura, ha sido necesario colocar troncos de árboles atravesados para cruzar los zanjones, lo que no impide que las mulas, a causa de la mala construcción de ese camino y su falta de cuidado, no tropiecen con muchas dificultades, sobre todo en la estación de las lluvias. Se llega así a San Juan Pampa, tres leguas, en donde no se dispone más que de una mala calzada para llegar a Santa Cruz del Valle Ameno, media legua. Pata se encuentra doce leguas al sudeste de su anexo Mojos. Para llegar hasta allí, se cruza el Río Tuyche, y se enrumba hacia los cerros hasta el valle en donde está situado Mojos.

Apolobamba[13], hoy capital de la provincia, fue fundada hacia mediados del siglo pasado por misioneros franciscanos que reunieron allí a indios de la nación apolista y formaron con ellos una misión, la que, con otras dos poblaciones vecinas, formó hacia 1800 la provincia de Caupolicán.

Hállase Apolo en el centro de una llanura ligeramente ondulada, cubierta de plantas gramíneas. Este llano, de cinco a seis leguas de ancho, se prolonga de norte a sur en una extensión de doce a catorce leguas, formando un cuadrilátero. La llanura está limitada al sur por montañas a las cuales los valles que ellas forman le dan un aspecto muy pintoresco. Como una muralla, se alza al este una gran montaña, orientada de norte a sur, llamada Altuncama a causa de su altura sobre el nivel de la llanura. Al oeste corre paralelamente una colina baja, que separa la llanura de Apolo de la de Santa Catalina, ocupando la parte oeste y sudoeste. Este último valle horizontal, de doce leguas de largo por cinco de ancho y parcialmente cubierto de pastos, está cruzado por el Río Tupili, cuyas barrancas están decoradas en gran parte de su extensión con bosques espesos, que contrastan en tal forma con la llanura, que parecen plantados.

Tres grupos distintos forman el pueblo. Una parte, antes de cruzar el río, compuesta por casas diseminadas y llamada *Parcialidad de la Concepción*, está ocupada por los que ellos llaman en su lengua malaguas o extranjeros, y que venden toda clase de artículos. La segunda, situada en el centro, sobre una ligera elevación de areniscas rojas, del otro lado del río, se compone de la casa consistorial, la iglesia parroquial y el convento de los franciscanos, cuyo frente mira al oeste y da a una plaza en la que se ven diversos edificios en las partes norte y sur; al este, frente al convento, se hallan varias casas habitadas por indígenas. Estas, de quince a veinte metros de largo y con una sola puerta al este, están colocadas en anfiteatro sobre una colina, de modo que desde el convento pueda verse todo lo que pasa allí. Los franciscanos las dispusieron así para inspeccionar a sus indios y vigilar todos sus actos. Los comerciantes que entonces venían a la provincia tenían que hospedarse forzosamente en el convento y realizar sus trueques en presencia de los religiosos. Del otro lado de esta segunda parte del pueblo, sobre el camino de Aten, siguiendo el orden que acabo de describir, se encuentra la tercera parte, que está separada por un arroyo.

La temperatura de Apolo es agradable y sana; el aire es más seco que en Santa Cruz, a consecuencia de sus llanuras, que dejan libre entrada a todos los vientos. Se cultivan las mismas cosas que en los demás pueblos, pero la coca es

13 Bamba es una corrupción de pampa, que en. quichua significa llanura.

el único objeto importante en las operaciones de trueque con sus vecinos. Hay de dos mil a dos mil quinientas cabezas de ganado. Por poco que se afanasen sus habitantes, podrían tener indudablemente abundancia de todo. Un solo hecho lo prueba: un indio, llamado Pedro Chambi, consiguió gracias a su industria reunir y criar quince vacas; pues bien, a pesar de que en vida vendió muchas, al morir en 1823 dejó unas mil cabezas. Las colinas y las llanuras se poblarían fácilmente de rebaños, de manadas de ovejas y hasta de caballos. Las montañas de Altuncama podrían también, a causa de su altura, producir papas y vid.

La extracción de la quina cambió un poco la manera de ser de sus habitantes, comenzando por mostrarles el valor real de las cosas y por darles una idea del dinero. Este comercio les hizo conocer muchos objetos que ignoraban, aumentando para ellos las comodidades de la vida. Si hubiese continuado el comercio, habríanse encaminado ciertamente hacia una civilización contra la cual luchan sin cesar los que dirigen a los indios, bajo el fútil pretexto de que los extranjeros corrompen sus costumbres. Aunque eso sea cierto a veces, no pueden negarse las inmensas ventajas que traerían aparejadas la frecuencia y la variedad de las relaciones.

Hay unos 2.775 habitantes, todos apolistas. Muy dulces y dóciles, aman el placer sobre todas las cosas. Las numerosas fiestas del cristianismo, aumentadas aún por las costumbres locales, les proporcionan frecuentes motivos para reuniones y para alegres bailes, estimulados siempre por el aguardiente, del que abusan hasta perder los sentidos. Pasan así su vida sin preocuparse por su porvenir o el de sus hijos, confiando sin duda en la riqueza natural de la comarca que les da todo lo necesario. Su carácter es vivo y frívolo; son muy hábiles para imitarlo todo y más susceptibles de civilizarse todavía que las naciones indígenas de los Andes; pero para ello les faltan hombres que dejando de lado sus intereses personales, quieran consagrarse –gobernándolos tanto en lo moral como en lo físico– al desarrollo de sus facultades intelectuales y de su educación social[14].

La deliciosa posición de *Santa Cruz* le ha valido el sobrenombre de *Valle Ameno*. Nada, en efecto, tan encantador, pintoresco y alegre como sus alrededores, ninguna ubicación tan tranquila. Situado en una llanura, sobre una

14 De Apolo a Aten hay nueve leguas al sudeste, tomando el itinerario siguiente: partiendo de Apolo, se sigue por la llanura hasta Puente Chico, una legua; luego a Puente Grande, dos leguas, y hasta Pampa Tupili, tres leguas. Se sube en seguida la cuesta de Chimasacro Grande, una legua. Se la baja y se toma la pendiente de la montaña hasta Chimasacro Chico, una legua, y en seguida a Aten, una legua.

suave pendiente que se desliza hacia el sur, y al pie de un cerro de forma cónica, el pueblo está rodeado de colinas bajas, que se elevan gradualmente hacia el norte, hasta formar altas montañas cubiertas con el elegante follaje de las palmeras mezclando con las cimas gigantescas de los árboles más corpulentos. El contraste de las llanuras con las colinas cubiertas de una vegetación delicada y variada y el curso del Río Santa Cruz, que cruza por ahí expandiendo una agradable frescura, concurren a hacer de ese sitio el punto más agradable de la provincia.

Aunque pequeña –sólo tiene 941 almas, en parte de la nación apolista–, la parroquia de Santa Cruz es limpia, y cuando se echa una ojeada por los alrededores uno olvida fácilmente la irregularidad de sus calles y de sus casas. Los terrenos que la rodean dan en abundancia todas las producciones de la zona tórrida; de ahí que sus habitantes sean agricultores. No solamente están ricamente abastecidas de víveres, sino que, además, comercian lo que les sobra. Es así que secan las bananas, cortadas en lonjas, para transformarlas en excelentes frutas secas. Preparan su buen tabaco y la coca y los convierten en instrumento de canje, reemplazando a la moneda, hasta el presente sin curso entre ellos. Crían también muchos rebaños vacunos, que medran muy bien en las colinas. Hubo un tiempo en que se ocuparon con tal fiebre en la explotación de los quinos en sus montañas, que los destruyeron completamente, viéndose obligados ahora a alejarse diez o doce leguas para encontrarlos. La caza y la pesca son en sus pagos casi tan abundantes como en Pata; y lo mismo ocurre con los productos naturales. Además, en sus selvas se han descubierto infinidad de los más bellos árboles de ebanistería, tales como el granadillo, el guayabo o jacarandá.

En resumen, si los habitantes quisiesen aprovechar todas las ventajas que los rodean, de la cría de ganado y de la agricultura en el seno de sus tierras tan fértiles, en donde la naturaleza les ofrece sus tesoros, de la explotación razonable de los quinos, de las minas de oro y de plomo que se dice existen en la sierra de Santa Clara; podrían sin duda duplicar su riqueza; pero tendrían que sobreponerse a su natural apatía, que los lleva a no trabajar más allá de lo que pueda procurarles lo necesario para su vida. Cierto es también que para activar su ambición se requeriría de una población más numerosa y mercados más amplios.

Hasta 1830 era Santa Cruz un lugar muy sano; pero se ha observado que desde esa época enfermedades hasta entonces desconocidas comenzaban a hacer estragos entre sus habitantes. Hoy las fiebres intermitentes se han asentado en el pueblo. Algunos han creído[15] que provenían de la introducción de los árbo-

15 Es la opinión de uno de los autores de los manuscritos sobre la provincia que poseo.

les propios de los valles calientes; pero, de acuerdo con mis observaciones sobre la provincia de Valle Grande, creo que ese cambio obedece a las rozas anuales por medio del fuego, que los habitantes tienen la costumbre de practicar con el objeto de renovar los pastos de las llanuras y de las colinas. Por lo menos, está comprobado que muchos lugares hasta hace poco muy sanos, están invadidos hoy por esa plaga destructora, que gana a medida que se extienden los desmontes[16].

Aten. Antigua misión de los franciscanos, este pueblo está situado en medio de los cerros, en una hondonada bastante pareja. Aunque regulares, sus casas están diseminadas. Su clima, caluroso y húmedo es muy sano a pesar de las lluvias que allí caen frecuentemente. Sus productos, sus cultivos y su comercio son los mismos que los de Apolo. También se cría ganado en las llanuras herbosas de Tupili.

Sus dos mil treinta y tres habitantes, de una nación distinta de la de los apolistas, hablan la lengua tacana, quizás una de las más duras, más entrecortadas y más guturales de América. En armonía con su idioma, su carácter es sano, irritable, lleno de altivez y sin mucha alegría; empero, son mucho más ardorosos en el trabajo que los apolistas, sobre todo para la agricultura y para sus búsquedas en el corazón de las selvas. Cada indio debe levantar por sí solo la casa que querrá habitar más tarde con su familia; si falta a esta costumbre, heredada sin duda de su estado salvaje, deja de ser hombre y se cubre de oprobio. Como es pródigo y desea con fuerza conseguir adornos para sí y para su mujer, no teme ninguno de los trabajos que puedan procurárselos. Prefiere sobre todo los vasos de plata, que puede exhibir en su mesa, o los trajes más extraños, ora cubiertos de franjas, ora de partes brillantes, con los que sale hecho un mamarracho en las procesiones del culto católico para distinguirse de los demás. Los rasgos de los atenianos, de los que participan las mujeres, son bastante groseros; tienen la nariz corta y chata, son de un color moreno, y casi todos se pintan manchas blancas en la cara o en el cuerpo, lo que les da un aspecto bastante extraño.

Un episodio de la historia de la provincia, que se refiere particularmente a Aten, permite conocer el carácter de sus habitantes[17]. En 1814, después de la

16 Santa Cruz está a cinco leguas al oestesudoeste de Apolobamba; para llegar allí se sigue el siguiente itinerario: se sube la cuesta de Santa Teresa, una legua; se la desciende hasta Huilipisa, una legua; se anda por la llanura hasta Baquería, una legua, desde donde hay un terreno llano hasta Apolo, dos leguas.

17 Este interesante pasaje pertenece al señor don Antonio Acosta, quien tuvo a bien comunicármelo.

completa derrota que los españoles infligieron al destacamento del ejército patriota comandado por el general Pinedo, cuando éste se dirigía de Cusco a La Paz, su secretario, el doctor Muñecas, eclesiástico de mérito, se refugió con algunos oficiales y patriotas en el valle de Arecaja, en donde, gracias a su influencia, consiguió levantar en masa a sus pobladores contra los españoles. Después de una larga lucha, en la que sus improvisados soldados sostuvieron con heroico coraje la causa de la libertad y de la independencia, tuvieron que ceder al fin frente a los esfuerzos de las disciplinadas huestes españolas, y Muñecas se vio obligado a abandonar el valle de Larecaja, desde donde, seguido por algunos de los suyos, llegó a Aten por el Río Juyo. Con los indios atenianos, a los cuales levantó en seguida, se apoderó de Apolo. Los españoles, que no lo perdían de vista, no tardaron en enviar contra él algunas fuerzas. El capitán don Agustín Gamarra, más tarde Presidente de Perú, fue el encargado de esta expedición. Con semejante diferencia de fuerzas y de armas, los patriotas fueron vencidos en varios encuentros. Finalmente, sólo quedó Aten, de que los españoles resolvieron apoderarse. Doce atenianos, bajo las órdenes del capitán Pariamo, como no podían resistir a campo abierto a cien soldados veteranos y a quinientos flecheros, se emboscaron a una legua de Aten en un bosque espeso, situado en una colina, y resolvieron morir allí antes que rendirse. Después de un combate de dos horas, el capitán Pariamo fue el único que escapó, y Gamarra se apoderó de Aten, en donde, siguiendo la costumbre de los españoles, comenzó por castigar de una manera atroz a cuantos suponía que formaban parte del ejército patriota.

Como día a día aumentaban las persecuciones, un indígena llamado José Pacha, uno de los más comprometidos, propuso a veinte o treinta familias que abandonasen sus viviendas y se fuesen a buscar la tranquilidad a lo más espeso de las selvas. Guiadas por Pacha, esas familias buscaron un lugar en donde no pudiesen descubrirlas; atravesaron despoblados y se detuvieron al fin a doce o catorce leguas al este de Aten, en una hondonada que denominaron *Irimo*[18]. Allí permanecieron ocultas más de siete años. Gracias a las medidas que supo adoptar Pacha, nada faltaba en la nueva colonia. Para vestirse, se hicieron plantaciones de algodón, y mientras los hombres se ocupaban de la caza y de los cultivos, las mujeres tejían y cuidaban su hogar. Estableció el jefe una policía interior muy severa, distribuyendo los empleos según las sexos y la edad. Todo se hacía en común, tanto el cultivo como la caza. Los que cazaban hoy, mañana cultivaban, y los productos se repartían con igualdad, como si allí no hubiese habido más que una sola familia.

18 Era el sitio de donde la nación pretendía descender.

Para no renunciar a la religión católica, los vecinos de esta pequeña república edificaron una iglesia, en la cual colocaron algunas de las imágenes de santos que habían traído en su migración. Pacha, que se había adueñado de los poderes civiles, quiso también acumular las funciones religiosas. Celebraba los bautismos, bendecía los matrimonios y enterraba a los muertos; era a un tiempo cura, juez y legislador de su colonia. Entre las severas medidas de seguridad que había adoptado para no ser descubierto, se encontraba una ley, en virtud de la cual serían enterrados vivos todos aquellos que, bajo cualquier pretexto, se hubiesen puesto en comunicación con los vecinos de Aten. El temor a esta terrible ley protegió durante siete años su escondite; pero una circunstancia terminó al fin por hacerlos descubrir.

Una de las familias exiliadas, la de Manuel Cito, se componía de su mujer y de una hija de trece años. Esta muchacha, que había oído hablar mucho del gusto agradable que la sal daba a los alimentos, se forjó el proyecto de procurársela. A escondidas de sus padres, se escapó, se fue a Aten y allí, sin que nadie la viese, se apoderó de toda la sal que encontró en una casa aislada. El jefe, que se había percatado de la fuga, realizó una pesquisa para descubrirla y conminó severamente a los padres para que le dijesen qué había sido de ella. Tres días después, la muchacha reapareció con el producto de su robo; por la naturaleza del bulto descubrieron que había ido a Aten, lo que, por otra parte, confesó. Pacha quiso someterla a todo el rigor de la ley; pero en el momento de la ejecución, los vecinos imploraron su misericordia con tanta insistencia y la culpable hizo tantas promesas, que al fin el jefe la perdonó. Seis o siete meses más tarde, olvidándose de la clemencia de que había sido objeto, la imprudente emprendió otra excursión con el mismo objeto. Pacha la hizo buscar en todas direcciones con orden de infligirle el suplicio que merecía. Cuatro días después la detuvieron, y esta vez ni su llanto ni su desesperación pudieron salvarla. La enterraron viva.

Sobrecogidos de horror al enterarse de esta catástrofe, sus padres huyeron de Irimo y se fueron a Aten para quejarse al juez del espantoso castigo de su hija, descubriéndose así la morada de Pacha. Mandaron en seguida gente con orden de que se apoderasen del jefe, el cual fue llevado a La Paz para que lo juzgasen; pero tardaron tanto en ejecutarlo, que en 1825, cuando los patriotas tomaron La Paz, Pacha fue incluido en una amnistía general y regresó a sus pagos.

Irimo existe todavía, y se compone de las mismas familias, sujetas hoy a la jurisdicción civil y eclesiástica de Aten. Gracias a la extrema fertilidad de esas tierras, sus vecinos gozan de todas las comodidades de la vida, bajo una suave temperatura y una posición encantadora.

Las aguas del Río Aten se arrojan en las del Mapiri, uno de los afluentes del Beni. Es, por otra parte, el único curso de agua de la provincia que no desemboca en el Tuyche.

San José de Chupiamonas. Andando al estenordeste de Apolo y atravesando caminos espantosos, llenos de toda clase de peligros, en medio de despoblados sin fin, después de treinta y ocho leguas de fatigas, llégase a esta aldea, que toma su nombre del de un río, cuyas aguas bermejas van a arrojarse a corta distancia de allí en el Tuyche. El pueblo, que cuenta con sesenta y tres indios que hablan el mismo idioma que los atenianos, y semejantes a ellos en todo, se ubica cerca de la confluencia de un río con el Tuyche, tan ancho a esa altura que no se lo puede cruzar sino en balsa; por eso los vecinos de San José se hacen muy útiles a viajeros y comerciantes, pasándolos de una a otra orilla. Dado su escaso número de habitantes, se pensó incorporar esta aldea a Aten, pero las reclamaciones de los mercaderes la mantuvieron como un lugar indispensable al comercio.

La temperatura de San José es muy elevada, sin que ella engendre enfermedades, y su estadía es muy agradable. Parece que la naturaleza todo lo hubiese dado a estos parajes salvajes con una prodigalidad digna de la Tierra Prometida. El extranjero quédase allí pasmado de admiración ante la belleza de la vegetación y la abundancia de los frutos. Allí, en efecto, los bosques ofrecen dondequiera vainilla, bálsamo de copaiba, resinas, cortezas aromáticas, gomas, una multitud de plantas medicinales y cera y miel de abeja. Las frutas más exquisitas nacen espontáneamente, y entre ellas el cacao, que se encuentra por doquier en estado silvestre y da abundantes cosechas. La caza ofrece en abundancia aves y cuadrúpedos, entre los cuales pueden citarse el tapir, los osos hormigueros, los perezosos, muchos ciervos, los pecaríes y una especie muy pequeña de cerdo, que en la región llaman quebo-queres. En el Tuyche abunda la pesca. De extraordinaria fertilidad, la tierra produce en abundancia arroz, maíz, yuca, maní, bananas, ananás, algodón y caña de azúcar; pero todos estos productos se consumen en la aldea y no son objeto de comercio.

A doce leguas al nordeste de San José está situada la antigua misión de *Tumupaza*[19], hoy parroquia. Se halla en una suave colina compuesta de piedras blancas, en medio de una campaña horizontal, cubierta de selvas vírgenes y de algunos pequeños retazos de pastos. En los meses de agosto, septiembre y octubre, cuando se trepa a las colinas, se divisan humaredas en muchos sitios distintos; son quizás fogatas de indios salvajes, hasta ahora desconocidos, que se

19 Tumupaza, en tacana, significa piedra blanca.

han establecido en esos lugares tan fértiles que rodean a Tumupaza. La parroquia, habitada por 835 almas, está, con respecto a los productos agrícolas y ganaderos, exactamente en las mismas condiciones que San José.

Los indios, todos de la nación tacana, tienen una tez blanca mate, son bien proporcionados y de un aspecto gracioso. Su cara es regular y sus cabellos, muy finos, son negros. Su fisonomía es agradable y alegre, y todo en ellos denuncia el buen humor. Son muy sobrios. Su vestimenta consiste en una túnica de lana que cae hasta las rodillas, la cual no tiene más que medias mangas; además, van descalzos y nunca se cubren la cabeza. Las mujeres, siempre muy aseadas, gustan ataviarse y, en este sentido, pretenden mejorar a la misma naturaleza. A este efecto, y para tornear bien sus brazos y sus piernas, llevan desde su juventud varios brazaletes y ligas de tejido de algodón que modifican sus formas, perfeccionándolas. Se adornan el cuello con falso coral, y se muestran tan insaciables a este respecto, que, de ser posible, se cubrirían con un almacén de joyas. Llevan también una túnica de tejido de algodón sin mangas, que llaman *dapi*. Esta túnica, azul, blanca o roja, la reemplazan cuando pueden por una indiana rameada de color rojo. Van descalzas, como los hombres. Por lo demás, todo el haber de una familia consiste en su casa, sus utensilios de cocina, sus armas de caza, tales como arcos y flechas, dos o tres túnicas, otros tantos dapis y dos o tres frazadas con las que se envuelven en el suelo.

Sus tierras son muy productivas, pero la falta de comercio hace que no cultiven sino lo indispensable para su existencia. No conocen la plata amonedada[20], a la que hasta ahora reemplazan con sus productos, proveyendo a sus necesidades por medio de trueques. Su excelente cacao, hoy silvestre entre ellos, es lo bastante abundante como para abastecer el consumo de las mayores ciudades. Dicen los españoles que al cacao, al comienzo plantado, lo diseminaron los monos por los bosques. Sea como sea, esta planta cubre hoy inmensas extensiones, y podrían extraerse cantidades considerables sin más trabajo que el de recogerlo. Esta abundancia aumenta en relación con la extensión de los cacaotales, y sin embargo los indígenas se contentan con recoger lo necesario para pagar su contribución personal de todos los años, que es de seis libras de cacao en grano, ocho para la ración del cura y de diez a quince para procurarse la ropa de la familia. Lo demás, es decir, millares de libras, se pierde todos los años, abandonado a los pájaros y a otros animales de las selvas.

Prefieren dejar perder el excedente de sus cosechas antes que verse obligados por el cura o por el alcalde a llevarlo hasta la capital, a una distancia de

20 Ellos llaman *chipilo* a la plata metálica.

sesenta a ochenta leguas. En efecto, esos desdichados son las únicas bestias de carga de su región, y se alquilan lo mismo que las mulas. Además de sus víveres, cada hombre tiene que llevar a sus espaldas una carga de treinta y tres libras, pesadas en un cesto llamado chiquito, y por la cual recibe en pago una mercadería que no representa más que la mitad de su valor real. Cuando hacen esos viajes para el Estado, para el cura o para el alcalde, se les paga catorce reales (8 francos 75 céntimos); cuando es para los comerciantes, reciben tres pesos (15 francos) en Tumupaza, y tres pesos y medio (17 francos 50 céntimos) en Ixiamas.

La verdad es que esta carga no sólo los embrutece y les hace añorar constantemente su estado salvaje, en el cual por lo menos estaban libres, sino que también paraliza una de las ramas más productivas del comercio de la República. Si en el estado actual los habitantes se dedicasen más activamente a la cosecha de cacao, podrían centuplicar sus recursos; pero para ello sería menester que los caminos practicables permitiesen viajar con mulas, o que se pudiese recurrir a la navegación por el Tuyche. Como esta cosecha no los ocupa más que una parte muy pequeña del año, podrían emplear el resto tejiendo algodón, y así se evitarían pagar cinco francos por la vara del peor tejido de algodón que les traen los comerciantes.

Ixiamas. Este pueblo, antigua misión de los franciscanos, se halla al nornordeste de Tumupaza, en medio de una inmensa llanura entrecortada por selvas y pastizales. Capital de Partido Chico, por razón de su posición central con relación a los demás pueblos interiores, Ixiamas es el asiento de un vicariato distinto del de Apolo. En cuanto a la agricultura y a la caza, cuenta con las mismas ventajas que Tumupaza. Pero tiene, además, grandes ciervos, y se pesca regularmente en el Río Beni, que sólo está trece leguas al este. En agosto y septiembre de cada año los indios van a este río a recoger huevos de tortuga, que se encuentran en abundancia. Pescan también en los vecinos ríos de Tequije e Itaca, lo mismo que en los pantanos y charcas que se forman con ocasión de las crecientes.

Sus 1.170 vecinos pertenecen a la nación tacana y tienen todos la indumentaria y las costumbres de Tumupaza. Sus selvas, pobladas con árboles adecuados para la ebanistería, entre ellos el jacarandá y el acayú, son riquísimas en árboles resinosos, tales como el drago, y en plantas oleaginosas. Una de éstas, el *tumijojo*, es una palmera cuyos cocos, muy sólidos, contienen almendras llenas de un aceite que extraen para la iluminación de las iglesias y que rara vez exportan. También se saca aceite de diversas especies de palmeras, como del camoruru, cuya corteza es espinosa, de la tuema y del asajo. Se plan-

ta sobre todo este último en las aldeas mismas, cerca de las casas, en donde suelen verse también algunos tamarindos.

Se crían algunos rebaños y caballos, pero en número muy reducido.

Cavinas. Es la última misión al norte de la provincia, pues se halla a una distancia[21] inmensa de Ixiamas. Desde este pueblo, se llega navegando en balsas por el Río Beni, que pasa a poca distancia al este. A pesar de que en medio de semejantes llanuras se podría trazar fácilmente un camino, lo cierto es que se prefiere hacer el viaje por agua; pero debería hacerse más cómoda la navegación, empleando barcas en vez de balsas.

Reducida después que las demás parroquias, Cavinas está todavía exenta de tributos. Está poblada por tacanas y no tiene más jefe que su cura, encargado de dirigir a los vecinos tanto en lo civil como en lo espiritual. El es quien hace llevar sus productos a las demás aldeas y quien los cambia por los objetos que necesitan. Cuentan los alrededores con la misma producción que Tumupaza, pero existe además un árbol grande que da almendras encerradas en una gran corteza común. A primera vista podría creerse que las llanuras servirían provechosamente para la cría de ganado y de caballos; pero el gran número de murciélagos que por las noches hacen sangrías a los animales[22], impidieron hasta ahora la cría de caballos o de vacas.

Cerca de Cavinas, al norte, pasa el Río Madidi, que tiene sus fuentes no lejos de Carabaya, en el Perú. Se levanta la aldea en el delta muy angosto que forma la reunión de este río con el Beni. Su posición lo aproxima mucho a algunas tribus salvajes bien dispuestas a hacerse cristianas. Ya en 1830 vinieron por sí mismos a Cavinas setenta independientes, y, si el gobierno protege su conquista, las demás no tardarán en formar grandes aldeas, con tanta más facilidad cuanto que así se sustraerán a las incursiones de los belicosos machuis, sus implacables enemigos.

Población de la provincia

Como acaba de verse, la provincia de Caupolicán se compone de diez pueblos, cuya población, dividida por naciones, es la siguiente[23]:

---

21 El autor de una nota habla de cien leguas de distancia, lo que me parece muy exagerado.

22 Son especies del género vampiro.

23 Según datos obtenidos en 1832.

Nombre de los pueblos	Nombre de las naciones y su número por pueblo			Total de los habitantes por pueblo
	Quichuas	Apolistas	Tacaras	
Suches	2.500	—	—	2.500
Pelechuco				
Pata	165	—	—	165
Mojos	122	—	—	122
Apolo	—	2.775	—	2.775
Santa Cruz del Valle Ameno	—	941	—	941
Aten	—	—	1.033	1.033
San José de Chupiamonas	—	—	73	73
Tumupaza	—	—	885	885
Isiamas	—	—	1.170	1.170
Cavinas	—	—	1.000	1.000

El cuadro que precede demuestra que la población, toda indígena con excepción del cura y del alcalde de cada pueblo, se eleva todavía a 10.661 habitantes, de los cuales 2.787 son de la nación quechua, 3.716 de la apolista y 4.161 de la nación tacana. Si a esos números se les agrega aún unos 3.000 indios todavía salvajes al noroeste, al norte y al nordeste de Tumupaza y de Cavinas, se tendrá un total de 13.664 habitantes.

Las tres lenguas primitivas de la provincia se hablan todavía en todas partes; asi en Suches, en Pelechuco, en Pata y en Mojos los habitantes se expresan solamente en quechua; en Apolo y en Santa Cruz del Valle Ameno se continúa empleando el apolista; en tanto que en Aten y en todos los pueblos del interior se usa exclusivamente la lengua tacana. Como los franciscanos tenían necesidad de comunicarse sin cesar con los indígenas, en cada pueblo hay intérpretes; por lo demás, las relaciones comerciales debidas a las quina tienden a difundir el español entre los indios, que ya comienzan a comprender algunas palabras.

Muy sumisos por lo general, los indios acatan sin chistar las leyes que se les imponen, y su natural facilidad y su carácter les dan maña para todo. Lo que dije de cada parroquia bastará para hacer apreciar sus costumbres y sus hábitos. Agregaré solamente que todos son pobres, sin que esta pobreza los aflija porque tienen lo necesario para alimentarse, para vestirse, para proporcionarse placeres, y el porvenir de sus hijos, en una naturaleza tan fecunda, no puede inquietarlos nunca. Hoy por hoy, su pobreza relativa es una verdadera riqueza. ¿Cómo, en efecto, esas gentes desearían objetos que igno-

ran? ¿Y para qué iban a trabajar más de lo que necesitan para procurarse los que ya conocen? La apetencia de riquezas, el afán por procurarse en el porvenir toda clase de goces, son un comienzo de civilización, ajeno a pueblos tan próximos al estado primitivo como los habitantes de Caupolicán. La única manera de poner fin a esta apatía, a esta indolencia que se reprocha a todas las naciones todavía semisalvajes, es crearles por medio de la continuidad de las relaciones comerciales placeres acerca de los cuales aún no tienen idea.

Podría agregarse, en favor del carácter de los habitantes, que todos se consideran como de la misma familia. Por ejemplo, si a uno la cosecha no le rindió bastante para la provisión del año, le parece muy natural dirigirse a su vecino, el cual entrega con placer la mitad de lo que posee; por eso, los indígenas jamás piden ni la cosa más insignificante a los extraños, pues sus compatriotas están siempre ahí para ayudarlos. Si a sus hermanos les dan lo necesario para la vida, también entregan lo superfluo a los amigos. Los abusos introducidos por el clero, en Caupolicán como en la meseta boliviana, en ocasión de las fiestas del catolicismo, fueron sin duda la causa principal del desorden y de la ruina. Si en esos días en las aldeas del interior los indios se contentan con ponerse unos trajes grotescos o tocarse con el plumaje variado de las aves de sus selvas, mientras beben chicha –bebida fermentada hecha con yuca, que es poco fuerte y no ataca su salud–, no ocurre así en las demás. Junto con los trajes estrafalarios, se introdujo el aguardiente, que es para ellos, al mismo tiempo que un veneno para su salud, una de las causas de la ruina de su fortuna. Las fiestas religiosas, durante las cuales beben con sus amigos varios días seguidos, se multiplican a tal punto, que les queda poco tiempo para dedicar a la agricultura, y los mayores desórdenes son su natural consecuencia.

La provincia es en general muy sana. Nunca se ha padecido allí una enfermedad epidémica, y aun las afecciones endémicas son raras o están, por así decirlo, arrinconadas en puntos muy limitados. Porque las dos únicas calamidades que hoy perjudican el progreso de la población de la provincia podrán acabarse en cuanto se lo propongan. La primera son las viruelas, que se podrá eliminar gracias a la introducción de la vacuna; la segunda tiene por causa, en el interior, el viento del sur. Nada tan exagerado como el temor que inspira a los habitantes de las regiones cálidas el viento frío del sur, que baja inmediatamente la temperatura en 15 ó 20 grados cuando sucede al viento cálido del norte. Esté viento del sur, que trae un frío vivo, actúa con violencia en los hombres, siempre vestidos de la misma manera. Se comprende que, para atemperar sus efectos, bastaría con cubrirse un poco más, cosa que los indígenas no hacen y que les causa frecuentemente reumatismos y pleuresías que se llevan sobre todo un gran número de niños.

Eso es lo único que impide a la población crecer en proporción que sería muy rápida dada la extraordinaria fecundidad de las mujeres[24].

Existe en las llanuras una enfermedad que se llama espundia, que no es otra cosa que una afección sifilítica que se adquiere por contacto. Actualmente, cuando la enfermedad ataca la boca, la nariz u otras partes, tanto naturales como extranjeros se mueren después de diez o veinte años de horribles sufrimientos. Nuestros medios curativos también podrían curarla fácilmente o, por lo menos, disminuirían considerablemente su intensidad.

Productos naturales

En razón de las diversas zonas de altura y de temperatura que determinan sus montañas y sus llanuras, la provincia ofrece los más variados productos. Suches y Pelechuco alimentan los mismos animales que La Paz; pero a medida que se baja a los valles calientes, más se multiplican. Los mamíferos, sobre todo, son allí muy numerosos. Una multitud de monos recorren incesantemente las selvas, ofreciendo su carne al cazador indígena o su piel al comercio[25]. Varias especies de ciervos, unos pequeños, otros muy grandes[26], pueden procurar una caza muy abundante, lo mismo que el tapir[27], los pecaríes o jabalíes y una multitud de otros animales, como los hayupas[28]. Existen además animales extraños, como los perezosos[29] y los hormigueros[30].

Pocas comarcas son tan favorecidas por la variedad y belleza del plumaje de sus aves. Las montañas se animan con la presencia del brillante gallo de las rocas[31], del cefalóptero[32], de los colibríes, de las tangaras[33], de los cotingas[34],

---

24 El viento del sur no solamente mortifica a los habitantes de las aldeas, sino también que a veces compromete la cosecha de cacao. Parece influir igualmente en los animales. Se dice que se han encontrado algunos monos muertos de frío en las posturas más extrañas y con todos sus rasgos descompuestos.

25 *Mycetes seniculus* y Caraya.

26 *Cervus paludosus*; *campestris*, *rufus*, etc.

27 *Tapirus americanus*.

28 Es la paca, *Coelogenus fulvus*.

29 *Bradypus didactylus* y *tridactylus*.

30 *Myrmecophaga jubata*.

31 *Rupicola peruviana*.

32 *Cephalopierus ornatus*.

33 Una multitud de especies del género Tangara.

34 Varias especies del género *Ampelis*.

todos a cual más magnífico. Muchos loros y guacamayos parlanchines viven en los cerros o en las llanuras, en donde también se encuentran el curucú[35] y muchas especies de vivos colores. Al lado de estas especies vistosas, la caza puede proporcionar la excelente carne de los paujís[36] o pavas del monte, de los manacaracos o gallinetas del monte[37], de los huangues o de las palomas torcazas[38].

Los reptiles no son comunes y casi no hacen daño a los habitantes. Las tortugas de agua dulce[39] tan comunes en las orillas del Beni les proporcionan anualmente una inmensa cantidad de huevos.

Los ríos están llenos de peces, entre los cuales los sábalos[40], que remontan muy arriba y son los más abundantes. Péscase también allí el mucie de los quechuas, o veladores, un pez con manchas pardas y negras y de una extraordinaria actividad; bagres[41], sollos, suches y una infinidad más, que sería demasiado largo detallar. Hoy los indios pescan con flechas o con el jugo de una planta llamada manuno que, arrojado en el agua, hace morir inmediatamente al pez sin tornarlo nocivo. Se comprende que este último procedimiento no pueda ser empleado sino en un país en donde no se tema destruir al mismo tiempo toda la pesca futura; en nuestros ríos, la policía lo prohibiría inmediatamente.

En sus infinitas variedades, la vegetación ofrece una multitud de plantas útiles al hombre. Las maderas de construcción abundan doquiera y, entre éstas, las maderas más adecuadas para la fabricación de muebles preciosos, tales como el granadillo, el guayabo o palisandro; una madera completamente idéntica a nuestro boj, tan útil para el grabado sobre madera; y una multitud de otras especies que sólo hay que escoger. Las numerosas palmeras dan a la vez su madera dura como el hierro para la confección de las flechas del indígena, frutos suculentos y cocos oleaginosos que podrían utilizarse. Otros árboles, como el que produce las almendras, ofrecen también sus frutas. La copaiba abunda en las selvas, lo mismo que los árboles que producen las más variadas resinas, como el estoraque, el copal, el incienso, el drago, la grimilla, el acco-acco, etc.; otros árboles producen en abundancia la goma elástica o caucho. Algu-

35 Especie del género *Trogon*.
36 Es una especie de Penélope.
37 Es una especie del género *Tinamus*.
38 *Columba*.
39 Sin duda una especie del género *Emys*.
40 *Paca lineatus*.
41 Especies de los géneros *Pimelodos* y *Bagrus*.

nos como el yusuma o canción proporcionan raíces aromáticas; el campeche y el yarimilas, sus tinturas; en fin la gran variedad de las formas botánicas presenta muchas clases de ventajas industriales y comerciales.

Entre los productos de las plantas salvajes puedo citar también los árboles de cacao, que en los pueblos interiores forman hoy inmensos bosques que se extienden todos los años cada vez más y ofrecen al comercio inagotables recursos. Lo mismo sucede con la vainilla, natural en los bosques.

Hay una gran variedad de plantas medicinales. Pondré en primer lugar la quina o cascarilla[42], que abunda en todas las montañas vecinas de Pata, Moxos, Santa Cruz del Valle Ameno, Apolo y Aten, en donde sólo se explotan los alrededores, mientras que decenas de leguas de extensión, ya al norte, ya al sur, están todavía vírgenes de toda explotación. Otras plantas medicinales, conocidas solamente en la comarca, son el matico[43] de los españoles, al que los indios llaman mocomoco, cuyas hojas astringentes cierran las heridas, detienen la gangrena y son antiescorbúticas; el vejuco[44], célebre antídoto contra la picadura de las serpientes; el ebacua-ruro, que en tacana significa simiente de hijos. Son pequeños bulbos que los tacanas machacan y maceran en vino, para dárselo durante tres meses a las mujeres estériles antes de cierta época; el tribicirué produce precisamente el efecto contrario. En lugar de las cenizas llenas de potasa que mastican con la coca los habitantes de las mesetas, los indios del interior se sirven de las hojas de una planta llamada *chimacro*. Empléase también en medicina el *chepereque*.

Las plantas venenosas abundan igualmente. Entre ellas puede citarse el árbol de manuno, que crece cerca de Pata. La especie negra, tomada en una fuerte dosis, se vuelve un veneno terrible; pero la especie blanca no es más que un purgante. Se utiliza el manuno para pescar. Se lo ha llevado al interior con este fin, y al mismo tiempo para destruir los gusanos que atacan al ganado después de las mordeduras de los murciélagos.

De todos esos productos de la flora, sólo se exportan algunas maderas de ebanistería, cuando las piden; un poco de aceite de coco, de almendra y de copaiba, las resinas del estoraque, del copal y del incienso, y mucha quina y cacao.

El reino mineral ofrece también muchas ventajas naturales. Abunda el oro en una gran extensión. Se encuentran muchos lavaderos o aventaderos en

42 Especie del género *Cinchona*.
43 Especie de piperácea.
44 Especie del género *Aristolochia*.

los alrededores de Suches, en donde los antiguos incas lo explotaban y en donde los actuales habitantes continúan explotándolo; pero la falta de agua retrasa este tipo de trabajo. Existen además minas en estado de filones en el Río Mutusolo, en las playas del Pelechuco, más allá del pueblo. Las montañas de Sunichuli, en la dirección de Charasani y al norte de Pelechuco, encierran las más ricas vetas. El Río Amantala las ofrece también cerca de sus fuentes; se encuentran además lavaderos en los ribazos del Río Santa Rosa y en el Río Aten, pero no se los explota en ningún lugar. En todos los parajes en donde se encuentren rocas silurianas representadas por esquistos azulados, uno debe esperar encontrar oro, pues ese metal, cuando está en el fondo de los valles, proviene de las antiguas denudaciones geológicas de esas rocas. Se ha descubierto también una mina de plata y de plomo en las montañas de Santa Clara, cerca de Santa Cruz del Valle Ameno; tampoco se la explota.

Productos industriales

La provincia cuenta con algunas llamas en Suches y en los alrededores de Pelechuco. Los demás pueblos tienen algunos rebaños de vacas y ovejas, algunos caballos, mulas y asnos; pero tales rebaños están muy lejos de bastar a las necesidades de la población, la que se ve obligada a comprarlos a los comerciantes que entran en la provincia.

Muchos más numerosos son los productos de la agricultura. En los alrededores de Suches y de Pelechuco se cultiva la papa, la cebada para pastoreo, el trigo, la quinua, la occa[45] y todas las plantas de las regiones frías. En las demás aldeas, mucho más calientes, se cultiva maíz, arroz, coca, el mejor café del mundo, tabaco, algodón, caña de azúcar y muchos frutos y raíces, tales como papayo, naranjo, zapallo, bananero, ananás, maní, sandía, palta, racacha, camote, gualuza y yuca o mandioca[46]. Además en algunas aldeas del interior se ha introducido el tamarindo.

Estos productos agrícolas se consumen en la provincia, con excepción de un poco de coca, de tabaco, de café, de arroz y de bananas secas convertidas en orejones, que se cambian por mercaderías extranjeras.

---

45 Especie del género *Oxalis*, hoy plantada en Europa.

46 Es una especie del género *Janipha*.

Comercio

Resumiendo, los productos de diversos géneros que sirven al comercio de la provincia, pueden avaluarse aproximadamente en las siguientes cifras:

Coca, 20.000 arrobas (25 libras), a 20 francos	400.000
Cacao, 10.000 libras, a 5 francos en trueque	50.000
Tabaco, 10 000 nacos, a 2 francos 50 cent. en trueque	25 000
	475.000
Arroz, 100 quintales a 40 francos	4.000
Diversas drogas, maderas, monos, toros, etc	5.000
Quina, 3 000 quintales, a 40 francos	120.000 [47]
Total	604.000
Los gastos de la provincia son los,siguientes:	
Contribuciones personales de los indígenas	39.000
Derechos de aduana	80 000
Sueldos de los curas en especie y en dinero	70.000
Total	189.000

De acuerdo con estas sumas, se ve que quedan todavía a la provincia 415.000 francos, que los habitantes emplean para procurarse mercaderías del exterior.

El comercio de importación se hace con las provincias vecinas de la meseta del departamento de La Paz y con los peruanos. Como ya lo dije al hablar de las parroquias, este comercio es una simple operación de trueque sobre valores ficticios, muy por encima de su valor real, realizado por mercaderes viajantes que vienen especialmente para eso. Los artículos comerciales de importación son: la carne fresca o salada, el sebo, los quesos, el pan, la sal, la harina, el aguardiente, todo género de groseros tejidos indígenas de lana y de algodón para los indios y algo de paños europeos para los funcionarios; mulas, caballos y algunos burros de carga para los transportes.

El primer móvil del comercio y de la civilización de una comarca es la facilidad de comunicaciones. A este respecto, como ya se ha podido entrever

47 Cuando el gobierno establezca el Banco de Rescate, es indudable que esos productos se duplicarán, con lo cual la provincia gozará de una renta anual de 300.000 francos.

por los itinerarios, la imperfección de los caminos ha sido durante mucho tiempo el principal impedimento para su propagación, y este estado de cosas era mantenido por los funcionarios seculares o religiosos, con el fin de conservar el monopolio exclusivo de los trueques. En efecto, los gobernadores abandonaron por largo tiempo la reparación de los caminos, con lo que las relaciones comerciales no podían existir ya sin exponer a numerosos riesgos a hombres y animales. Era menester que el comerciante extranjero hiciese entrar en sus cálculos de pérdidas las mulas que se estropeaban y a las que morían a consecuencia de los malos caminos. Los trechos peores eran aquellos grandes espacios de terrenos fangosos en los que se habían colocado troncos atravesados, porque la falta de uno solo de esos troncos dejaba un hueco en el que la pobre mula se quebraba la pata, o se hundía hasta el pecho. El gobierno parece haber tomado ya a este respecto algunas medidas encaminadas a dar un impulso al comercio. Se han reparado algunas rutas antiguas y se trazó una nueva de veintidós leguas desde Apolo hasta Guanay.

Las obligaciones personales que pesan sobre los indios del interior, obligados a hacer el oficio de bestias de carga y de transportar mercaderías a hombros a una gran distancia, son sin duda la causa que retarda más el progreso comercial de estas comarcas, paralizando al mismo tiempo incluso el deseo de recoger los frutos que la naturaleza ofrece en todas partes espontáneamente.

Mejoras agrícolas, industriales y comerciales de que es susceptible la provincia

Dada la variedad de los terrenos y de las zonas de altura de la provincia, este capítulo podría extenderse hasta el infinito; pero no hablaré aquí más que de las mejoras que me parecen más especiales.

Hoy, a pesar de los excelentes pastos que la naturaleza presenta en las alturas de Pelechuco, en los alrededores de Pata, de Santa Cruz del Valle Ameno, de Apolo y de Aten; a pesar de los que ofrecen las llanuras de las poblaciones del interior, se ha visto que una de las ramas del comercio exterior era todavía la carne fresca o salada. No cabe duda de que estimulando en todos los lugares la cría de ganado, en vez de recibirlo de afuera, se podría, por el contrario, exportarlo al exterior. Los rebaños de vacas y de ovejas podrían también multiplicarse en una multitud de lugares y dar a la vez su lana y su carne. Sucede lo mismo con caballos y mulas, cuyo número facilitaría la extracción de mercaderías y aumentaría considerablemente las rentas. Los po-

bres indios del interior se verían entonces libres de sus cargas y podrían entregarse sin temor y activamente a la cosecha de sus productos naturales o simplemente a la agricultura. La inmensa extensión de las llanuras del interior haría de esa región, como en Moxos, el centro de la cría de ganado y de caballos, en donde miles de animales medrarían mientras la comarca adquiriría una fisonomía distinta. El gobierno encontraría allí para su ejército recursos que están lejos de poseer las repúblicas de Chile y del Perú.

La caza de animales dotados de una hermosa piel, como los monos aulladores (marimonos) negros o rojos, no dejaría de tener sus ventajas, lo mismo que la conservación de los cueros de tapir, que, bien curtidos, dan los mejores arreos para carruajes, o bien los cueros de ciervos, con los que se hacen esas pieles de ante que en Europa transforman ya sea en guantes muy solicitados, ya sea en calzados muy flexibles.

Los huevos de tortuga del Beni, mediante la preparación que se usa en las márgenes del Orinoco, darían excelente manteca de tortuga, uno de los elementos de la cocina de los indios.

La extraordinaria abundancia de peces en el Río Beni y en sus afluentes permitiría establecer en algunos lugares una pesquería en forma en la que se salaría o secaría el pescado de modo que se hiciese de esta industria un renglón importante del comercio exterior. Es probable que la conserva de pescado valorizase las ciudades de las mesetas, tales como La Paz y Oruro.

La vegetación, sobre todo, proporcionaría mejoras considerables. En cuanto la industria de las ciudades se apodere de los productos naturales del interior, se verá cómo las magníficas maderas de ebanistería, que abundan en las montañas y en las llanutas, se explotan cuidadosamente y se abren nuevos mercados al comercio. El boj, hoy raro en Europa, siempre muy caro y cuyas grandes chapas faltan en nuestra industria, sería ventajosamente reemplazado por las maderas amarillas tan compactas y tan tenaces que abundan en estas comarcas, en donde pueden obtenerse tablas de cualquier tamaño.

Las palmeras ofrecerían no solamente sus cocos al comercio y su madera a la ebanistería, sino también sus aceites a la industria. Lo mismo puede decirse de las grandes almendras de Cavinas.

Podría investigarse con más cuidado la existencia de resinas, sobre todo el copal, ingrediente de los más hermosos barnices de nuestra Europa.

La goma elástica, empleada en el viejo mundo para corsés, tirantes y ligas, conviértese día a día en la rama más productiva del comercio y de las industrias de los habitantes de Pará, los cuales van a abandonarlo todo para dedicarse a su cultivo en gran escala. ¿No podría la goma ofrecer aquí las mismas ventajas?

La quina, que durante algunos años ha producido millones, está lejos de agotarse. Hasta ahora se la buscaba en los alrededores de los lugares habitados; se trataría de proseguir la búsqueda en todas partes. Según he sabido, perdidos en el corazón de las selvas, los indios que se entregan a este género de explotación se dispersan por las montañas y cortan los arbustos sin precaución y sin elegir la estación. Desprovistos de abrigos para preservarse de las lluvias frecuentes, les sucede muy a menudo que pierden completamente su cosecha o que, por lo menos, se les avería considerablemente. Como esta cosecha puede convertirse en una de las ramas más seguras de la renta del gobierno, la administración debería vigilar para que los cortes fuesen metódicos, con el fin de no destruir, como se viene haciendo, todos los árboles a la vez en los lugares en que crecían naturalmente.

La necesidad de conservar nuestras maderas de construcción, de carpintería o para combustible, obligó a Francia desde hace mucho tiempo a crear una administración de bosques con el objeto de evitar los abusos de todo género y conservar recursos para el futuro. Es tiempo que Bolivia, cuyo gobierno posee todavía más de la mitad de las tierras, piense también en implantar una activa vigilancia y pueble con árboles europeos, tales como abetos, álamos, etc., las montañas vecinas a las grandes ciudades (La Paz, Chuquisaca y Potosí), con el fin de dotarlas de leña y de maderas de construcción. Bajo penas severísimas, debe impedir el desmonte de las montañas por medio del fuego, lo que aumenta día a día la sequedad al no detener ya a las nubes, destruye el riego natural de los campos y los torna incultos, o bien deja que las lluvias torrenciales arrastren la tierra vegetal, la que muy pronto es reemplazada en las cimas por rocas desnudas en los lugares donde otrora se encontraban los árboles más hermosos; debe prohibir a los indios arrancar, en vez de cortar las zarzas que sirven para calefacción y para hacer carbón, a fin de que las ramas vuelvan a brotar y que las cosechas, al sucederse, prevengan la completa destrucción de las plantas leñosas, que ya amenaza en muchos sitios; finalmente, debe regularizar y fijar la época de los cortes y vigilar la explotación en gran escala de la quina con el objeto de conservarla en el futuro y de utilizar totalmente el producto de las cosechas anuales.

El segundo renglón importante del comercio de la provincia, igualmente susceptible de una inmensa expansión, es, sin disputa, el cacao. Ya hemos visto que cerca de los pueblos del interior, en San José, en Tumupaza, en Ixiamas y en Cavinas, las selvas están pobladas de cacaotales, que dan anualmente cosechas abundantes, pero que los indios prefieren perder antes que recoger, para no verse obligados a acarrearlas a la espalda. Como se comprenderá, para

acabar con este estado de cosas, bastaría suprimir las obligaciones personales y, en el interés del comercio, establecer en cada parroquia una contaduría general, sea privada, sea del gobierno, que se encargase de dar a los indígenas el valor correspondiente en trueque de todo lo que pudiesen cosechar.

Aunque pudiese aumentarse en la provincia el cultivo de la coca, ésta no podría rivalizar con la de las provincias de Yungas y de Muñecas; pero aunque puedan estimularse los cultivos de arroz, maíz, café y tabaco; aunque pudieran ocuparse de las minas de oro que abundan en las montañas y obtener de ellas las ventajas que logran los especuladores; y aunque, finalmente, pudiera realizarse allí mismo el hilado del algodón y de la lana para el consumo local, creo que aquellas ramas del comercio y de la industria de que hablaba más arriba sólo deberían ser consideradas como de orden secundario.

Para que las diversas partes de un territorio den el máximo de sus productos, para que el comercio tenga allí una meta, un interés particular, es menester dar al contrario –aunque sea en detrimento de las demás actividades– una gran expansión a la rama comercial, que, con un mínimo de trabajo, puede ser la más útil, sobre todo cuando no tiene que temer la competencia vecina. En definitiva, pienso que para activar en la provincia de Caupolicán la cosecha de las dos únicas mercancías que ofrecen una general utilidad, por la expansión que el comercio puede dar a su cultivo, a saber, de un lado la quina en las montañas, y del otro el cacao en las llanuras, no se debería alentar la fabricación de tejidos, con el objeto de lograr nuevos mercados en las demás provincias de las mesetas. De esta manera, se procuraría dar a los indios los medios para estimularlos en la cosecha de la quina y del cacao.

La verdad es que si se pudiese en cada caso limitar los productos por provincias: dar, por ejemplo, a las mesetas de Bolivia, en los departamentos de La Paz, Oruro y Potosí, los tejidos de lana; a las provincias de Chiquitos y de Moxos, los tejidos de algodón; a las provincias de Yungas, de Muñecas, etc., el cultivo de la coca; a los valles templados de Sicasica, Ayupaya, Cochabamba y Chuquisaca, el cultivo del trigo, de los gusanos de seda y de la vid; a Santa Cruz de la Sierra, a Moxos y a Chiquitos, la cría de vacunos, de caballos y el cultivo de la caña de azúcar; a Caupolicán, finalmente, la quina y los cacaotales, puesto que estas plantas crecen allí naturalmente, se obligaría, por así decirlo, a los habitantes de cada provincia a un comercio interior de exportación mutua, que por doquier sembraría de consuno la riqueza y los gérmenes de la civilización.

Nuestros estados europeos necesitan su comercio mutuo para utilizar los productos especiales de cada uno de ellos. En este sentido, como la República

de Bolivia ofrece en sus diversas provincias todas las temperaturas y todas las zonas, y puede, por consiguiente, dar por medio de la industria productos adecuados a todos los pueblos del mundo, a todas las comarcas, se ve que pueden aplicársele en pequeño las grandes soluciones sobre el porvenir comercial.

La primera medida que debe tomarse para que Caupolicán progrese y para que adquiera la importancia comercial de que es susceptible, es sin disputa el establecimiento de vías de comunicación con las provincias del interior y entre los diversos puntos habitados. Hay caminos para mulas que son muy fáciles de trazar en todas las montañas y que costarán poco, puesto que el material más importante, la piedra, está al alcance de la mano y dura muchísimo, no exigiendo más que un mantenimiento de un costo poco considerable.

Desde el punto de vista de las vías de comunicación, Caupolicán es, quizá, la provincia más favorecida, pues está surcada por ríos navegables en los que parece que nadie pensó. ¿Concíbese, por ejemplo, que desde hace más de sesenta años se haga llevar a la espalda de los desdichados indígenas hasta la capital –una distancia de cincuenta o sesenta leguas– todos los productos de las aldeas de Ixiamas, de Tumupaza y de San José, cuando no había más que embarcarlas en el Río Beni y hacerlas remontar a una distancia muy cerca de Apolo? Y, además, ¿se concibe que, teniendo a su disposición un magnífico río como el Beni, lo hayan utilizado hasta entre Ixiamas y Cavinas simplemente con balsas, en tanto que en Moxos se navegaba ya con piraguas desde hace un siglo y medio? No cabe duda de que este estado de atraso de Caupolicán, aun en relación a las provincias vecinas, no proviene de la falta de comunicaciones. En efecto, hablarle a un habitante de Potosí, por ejemplo, de la provincia de Caupolicán, es hablarle de una comarca que no conoce más que de nombre, sin que sospeche ni remotamente lo que ocurre en ella.

Con medios tan fáciles como la navegación, se puede anticipar lo que serán Cavinas, Ixiamas y Tumupaza, el día en que barcas a vela o movidas por vapor puedan llevar sus productos, cualquiera que sea su peso, por un lado hasta cerca de Apolo, por el Tuyche, y por otro, hasta corta distancia de La Paz, por los ríos Mocetenes y Bogpi. Para suprimir la carga personal de los indios del interior, bastaría con establecer un servicio fluvial de barcas.

Me falta hablar de algunas otras mejoras indispensables para el bienestar de los habitantes de Caupolicán. En primer término, coloco la necesidad de detener la mortalidad infantil en el interior, provocada por el frío del viento sur, y la de los adultos, por los estragos de la viruela. Se podría, tal vez, el día que las escuelas de medicina de la República den más graduados, colocar en cada provincia un médico con honorarios fijos. Este, auxiliado por los curas,

tomaría las medidas preventivas para la conservación de los niños y para la propagación de la vacuna, así como las demás medidas sanitarias adecuadas para el mejoramiento de la provincia.

Misioneros instruidos y emprendedores, con el apoyo del gobierno, podrían igualmente encargarse de atraer a las castas salvajes que se encuentran al norte y al noroeste de Tumupaza, de Ixiamas y de Cavinas, y traerlas a un estado social más satisfactorio, reuniéndolas en aldeas, en donde comenzarían una conversión social que redundaría, sin duda, en el bien general del país.

Hoy el abuso de los licores fuertes, como el aguardiente, en ocasión de las fiestas religiosas, provoca a la vez la ruina de los indígenas, un gran menoscabo en su salud y un desarreglo en las costumbres, que son su inevitable consecuencia. ¿No se podría, sea aplicando un fuerte impuesto a ese género de bebidas, sea tomando cualquier otra medida que la sabiduría del gobierno juzgase conveniente, hacer cesar esos abusos, que embrutecen moral y físicamente a los que se entregan a ellos, y que tan dañinos son a los progresos sociales?

Una última medida, ya perfectamente sentida por el gobierno, consiste en el establecimiento de escuelas primarias en cada población, a fin de que el español, lengua nacional de la República, que se ha hecho cada vez más necesaria como consecuencia de las relaciones comerciales, reemplace poco a poco a las lenguas indígenas todavía en uso. Mientras tales lenguas subsistan, detendrán o cuando menos estorbarán mucho la marcha progresiva de la civilización.

CAPÍTULO XLIII

Partida de Bolivia. Viaje por mar de Arica a Islay y a Lima, por la Costa de Perú. Regreso a Europa por Valparaíso y el Cabo de Hornos

Partida de Bolivia. Viaje por mar de Arica a Islay y a Lima, por la Costa de Perú

De vuelta en La Paz, no perdí un segundo. Me ocupé sin descanso de los preparativos de mi partida, tanto más engorrosos, por cuanto me encontraba rodeado de todas las colecciones que había formado desde hacía tres años. A pesar de mis esfuerzos, la falta de medios de transporte me obligó a esperar la llegada de una recua de mulas de Tacna. Pude entonces decir adiós a los buenos paceños que tan bien me habían acogido. A fines de junio volví a pasar por última vez la cordillera, por la ruta que había tomado en 1830 cuando fui de Tacna a La Paz[1] y abandoné para siempre Bolivia después de haberla recorrido en todos sentidos durante más de tres años. Traía de esta hermosa y rica parte del continente americano no solamente una inmensa cantidad de materiales de todas clases, indicados para hacerla conocer desde diferentes puntos de vista, sino también el más vivo reconocimiento hacia su gobierno y hacia sus habitantes, de los cuales no había recibido más que favores y las pruebas más delicadas de estima y de hospitalidad.

Cordillera 27 de junio

Un admirable espectáculo atrajo mi mirada en la cumbre de la cordillera. En la bellísima noche de esas altas regiones de la atmósfera, bajo el cielo más

1 Véase Capítulo XXV.

puro del mundo, pude admirar a mis anchas desde mi observatorio, situado a 4.500 metros de altura sobre el nivel del mar, un eclipse total de luna, cada una de cuyas fases estuvieron inmejorablemente señaladas. Cuando no se ha visto a esos fenómenos de la naturaleza más que desde nuestros países brumosos de Europa, en donde el cielo está constantemente cargado de vapores, le es difícil a uno a imaginarse cuán distintos se muestran en la cima de los Andes, en donde durante nueve meses del año no aparece ninguna nube en el horizonte y los astros se destacan por las noches en un azul intensísimo. La luna despide allí una claridad desconocida en las regiones inferiores de la atmósfera, y las estrellas titilan con un fulgor vivísimo: es un espectáculo realmente imponente, que hace olvidar al viajero el frío agudo que lo penetra.

Después de una marcha cuyo ritmo se veía retardado por la cantidad de mulas de carga que llevaban mis colecciones, bajé hacia el gran Océano. No sabría expresar con qué sentimiento de alegría saludé de nuevo la vasta extensión de los mares cuando la entreví por encima de los últimos contrafuertes de la vertiente occidental de la cordillera: era la ruta que debía traerme de nuevo a Francia, objeto constante de mis pensamientos y de la cual únicamente pudo mantenerme tanto tiempo alejado el deseo de cumplir dignamente la misión que se me había confiado. A mi llegada a Tacna tuve una cuarta recaída de fiebre intermitente, que corté como de costumbre y de la que me olvidé al punto cuando me dieron la noticia de que un navío francés acababa de llegar al puerto y debía partir rumbo a Francia, después de haber recorrido la costa hasta Lima. Atravesé los desiertos de arena móvil que me separaban de Arica y me dirigí a toda prisa a esta ciudad, lugar de mi embarque. Traté con el capitán del *Philanthrope*, de Burdeos, el precio del pasaje en la suma de dos mil quinientos francos; y como unas cartas de recomendación me allanaron todas las dificultades con la aduana peruana, ya no tuve sino que esperar el momento en que el navío levara anclas. Este instante se hizo esperar demasiado para mis deseos, y para calmar un poco mi impaciencia tuve que dedicarme a mis afanosas investigaciones en la costa, mientras duraban los largos días que faltaban hasta la partida. En medio de mis continuas peregrinaciones y de los trabajos a que me entregaba constantemente, el regreso a mi patria se me presentaba siempre como una meta tan lejana, que en el instante de emprender mi vuelta no podía convencerme de que el término de mi exilio había llegado al fin y de que iba a ver realizados mis más caros anhelos.

Me embarqué el 25 de julio. Esa misma tarde zarpamos y di mis últimos adioses a las áridas costas de Arica y a las montañas nevadas de la Cordillera, cuya imponente cortina me velaba las dependencias de la República de Boli-

25 de julio

via. Bordeamos tres días seguidos las costas de Perú, acompañados por numerosos petreles negros, por algunos petreles gigantes y por una multitud de otras aves de alta mar, y viendo de tanto en tanto los Andes con sus nieves por encima de las costas secas y rojizas. El último día se distinguía en medio de las montañas el famoso volcán de Arequipa, al que su forma de cono truncado permitía reconocer perfectamente.

Los barcos mercantes que vienen al Océano Pacífico van necesariamente a Valparaíso y a Lima, y algunos hacen lo que llaman intermedios, es decir, un cabotaje que comienza en Chile y toca sucesivamente en los diversos puertos de la costa de Bolivia y del Perú, con el fin de comerciar en ellos. Por esta razón, el Philanthrope se había detenido en Cobija y en Arica; después, antes de regresar a Valparaíso, debía permanecer unos días en Islay, puerto de Arequipa, y en El Callao, puerto de Lima. Aunque esta combinación retardaba otro tanto mi viaje, acogí con placer una circunstancia que me permitía conocer varios lugares distintos del Perú. Bordeando costas áridas, en donde la mirada busca en vano el menor verdor, el día 28 doblamos unos enormes peñascos aislados, como islotes cónicos que forman el puerto de Islay, resguardándolo un poco de los vientos del sur que soplan todo el año, y echamos ancla en ese puerto, a escasa distancia de tierra. Unos acantilados recortan perpendicularmente esa costa. El mar choca con violencia sin igual contra esos paredones escarpados, se alza blanco de espumas y vuelve a caer como una lluvia menuda. Encima de las olas agitadas, en una campaña uniforme, seca y árida, en la que sólo se advierte un suelo polvoriento, se halla en un anfiteatro la triste aldea de Islay, compuesta de dos o tres calles paralelas, mal trazadas sobre la empinada cuesta. Sus casas son chozas de madera, techadas la mayor parte de las veces con esteras de juncos. La aduana, el alojamiento del vicecónsul inglés y los de algunos agentes de comercio son los únicos que se destacan en medio de la miseria del lugar. Islay estaba habitada por pescadores, cuando hace unos pocos años imaginaron hacer de él el puerto de Arequipa. Está a treinta leguas de esta ciudad; y, a pesar de la aridez del camino, desprovisto de agua, recibe casi todas las mercaderías que van a esa ciudad populosa, de más de 60.000 habitantes.

Perú, 28 de julio

Para bajar a tierra, se aprovecha una roca que avanza sobre el mar y en cuyo extremo se suspendió una escalera de madera sobre un andamio. Luchando con los esfuerzos de un mar constantemente agitado, hay que asirse con celeridad entre dos ondas a esta escalera, a

Islay

riesgo de romperse las piernas o de ver hacerse añicos el bote, sea contra las piezas de madera, sea contra los peñascos en que aquéllas se apoyan. La extrema dificultad que se tiene para bajar a tierra y aun para descargar las mercaderías, obliga a aguardar que el mar esté en calma. Cuando, está agitado, es imposible atracar.

Como ya lo dije al hablar de Cobija, nunca llueve en la vertiente occidental de la cordillera, desde el desierto de Atacama hasta Guayaquil. De ello resulta que toda esta parte está desnuda de vegetación; solamente en invierno las brumas se detienen en las montañas y hacen nacer allí algunas plantas efímeras que se secan de inmediato. Recorrí los alrededores, todos cubiertos de polvo traquítico, cuya blancura cansa la vista, y reconocí un canalito de terracota que trae desde dos leguas de distancia el agua para el consumo de los habitantes. Una enorme quebrada que baja de las montañas y que se percibe al norte de la aldea no presenta ninguna huella, humedad. Por doquier, las arenas móviles y las cenizas traquíticas reposan sobre rocas de la misma edad. En algunos sitios, y a pesar de la sequedad, encontré tres especies de plantas, que nacen en los arenales, pero ningún ser vivo se atreve a abordar aquellas tristes regiones. Otra quebrada, situada al sur de Islay, me mostró el mismo aspecto, sin ninguna apariencia de humedad.

El desembarco de las mercaderías, completamente detenido a causa del mal tiempo, que nos impidió durante cinco o seis días comunicarnos con tierra, nos retuvo en Islay hasta el 7 de agosto. Me habría aburrido mucho si no hubiese tenido que escribir y si no me hubiese distraído una afluencia considerable de aves marinas, semejante a la que encontré en el puerto de Arica en ocasión de mi primer viaje. Cubrióse el mar de bandadas de petreles negros que obscurecieron el horizonte. Esas miríadas de seres vinieron a rodearnos cuando perseguían bancos de pequeñas sardinas, y con sus tonos sombríos obscurecieron el mar en una extensión de media legua. Los pájaros bobos se zambullían a cual más y mejor por millares, dejándose caer en el agua cabeza abajo. Las golondrinas marinas revoloteaban en bandadas, en tanto que los graves cormoranes y los pelícanos nadaban en la superficie. Cuando los bancos de sardinas llegaron a la rada, todas las aves los siguieron; algunos tiros disparados al montón las abatieron en cantidad, sin que las demás se alarmasen por la espantosa carnicería que yo hacía. Como torrente desbordado, nada las detenía, y sólo abandonaron el sitio cuando los cardúmenes se alejaron.

Mientras duró el mal tiempo, podía admirar a mis anchas la furia del mar reventándose en la costa. Semejantes a montañas de nieve, las olas venían a quebrarse en las rocas y se perdían en seguida en nubes blancas y tenues, tanto

más hermosas por cuanto los rayos de un sol brillante les daban nuevo brillo. Difícilmente creería uno entonces que se hallaba en un océano cuya calma habitual le hizo denominar Pacífico. La ola se precipitaba con tal fuerza en una especie de gruta natural, situada cerca del desembarcadero, que producía allí un ruido comparable al choque mas violento, acercándose a veces al fragor de una descarga de artillería pesada.

Un día quise hacer una excursión a los cerros. Trepé por una suave pendiente de llanuras cubiertas de arenas móviles. Pronto advertí en el suelo algunas plantas secas, reemplazadas más arriba por plantas que vivían en el polvo y que no tenían otro alimento que el débil rocío de la estación. A una legua y media del puerto llegué al sitio denominado Los Olivos, en donde noté un gran número de esos árboles a los que riega un arroyuelo que viene desde lo profundo de un barranco lejano. Esos olivos ofrecen un singular contraste en medio de los collados sin verdor. Bajo una tienda encontré a una familia momentáneamente establecida allí para vigilar la cosecha y venta de las olivas. Testigo de su comida, la vi conformarse por todo alimento con un poco de maíz hervido en agua y unas olivas confitadas. El fondo del barranco de donde viene el arroyo me mostró, junto a otros olivos y durazneros plantados por los españoles, alguna vegetación indígena, formada por zarzas y plantas poco diversificadas. El paisaje que rodea a Islay está seguramente lejos de dar una idea satisfactoria de la riqueza proverbial del Perú que todavía se imaginan en Europa.

El 7 de agosto zarpamos para dirigirnos al Callao. Rodeados de aves marinas, navegamos lentamente a causa de la calma y no nos acercamos al Callao hasta el 14 del mismo mes. Al comienzo divisamos grandes rocas aisladas; luego, la isla de San Lorenzo, que debimos doblar, siguiendo a lo largo de sus costas recortadas, tristes, resecas y coronadas por morros de arena. Por fin, del otro lado se nos aparecieron de pronto los fuertes con la ciudad de El Callao y su rada llena de una multitud de navíos. El pabellón nacional flameaba en los barcos de guerra franceses, ingleses y americanos, y se veían también muchos navíos mercantes. Todo, en una palabra, anunciaba un gran centro de movimiento comercial. El Pilanthrope ancló en la rada y permaneció en el puerto dieciocho días, durante los cuales traté de ver bien los alrededores de El Callao y los de Lima.

7 de agosto

Dos barcos de guerra franceses se encontraban entonces en El Callao, la fragata *Thisbé* y el *brick Griffon*, comandada por el señor Du Petit-Tohuars. Me creí en el deber de visitar a los oficiales de los dos navíos. Encontré a bordo del Griffon toda la ayuda imaginable para

El Callao

mis andanzas por los campos de la historia natural y una compañía amable en su digno capitán y en todos sus oficiales. Permítaseme testimoniar aquí mi deuda de gratitud.

Este puerto, lo mismo que la ciudad de Lima, de la que se encuentra a dos leguas, ha sido descrito tantas veces por los viajeros del Perú, que me parece debo excusarme de dar aquí una descripción extensa. Me limitaré, pues, a algunos detalles relacionados con la impresión que recibí.

El puerto de El Callao, el mejor y más tranquilo de la costa peruana, está resguardado de los vientos del sur por una larga lengua pedregosa que avanza en el mar y por la isla de San Lorenzo, que forma con aquélla un semicírculo. No hay que temer, pues, ninguna ráfaga. A lo que se teme es a los terremotos, felizmente bastante raros. La gente recuerda aún los que destruyeron completamente a El Callao, llevaron algunos navíos hasta cerca de una legua tierra adentro, y cambiaron completamente el aspecto de la comarca. En efecto, en el campo pude ver guijarros arrastrados hasta allí y muchas otras huellas de aquellos desdichados sucesos[2].

El terremoto del 28 de octubre de 1746 no dejó en pie más que veinticinco casas en la capital e hizo perecer a once mil personas en Lima y El Callao.

La ciudad de El Callao, que continúa siendo provisional desde su destrucción, no está formada más que por casas de madera y depósitos de mercaderías. Tiene una gran calle paralela a la costa y otra que lleva hasta Lima. Al norte están los pantanos formados por la desembocadura del Rimac, río que pasa por Lima y fecunda su agricultura; al sur se hallan dos fuertes circulares, rodeados de bastiones cubiertos de artillería. Un muelle de madera sirve de desembarcadero. Los navíos de pequeño tonelaje pueden aproximarse hasta muy cerca para su descarga. Un gran movimiento comercial reina en El Callao, y todo anuncia la importancia de la ciudad a la que sirve de puerto.

Dos leguas de una grande y bella carretera conducen de El Callao a Lima. Algunos coches públicos transportan varias veces al día a los viajeros[3], lo que permite a los comerciantes venir por la mañana a Lima por sus negocios y estar de vuelta por la tarde en la ciudad. Después de cada revolución, este corto trayecto se ve infestado de ladrones que se emboscan, armados de fusiles, y desvalijan a los transeúntes; por eso no es prudente aventurarse allí de-

2 *Choix de lettres édifiantes*, tomo II, págs. 48 y sgts.

3 Cuando yo estaba en El Callao, se pagaba 2 pesos o 10 francos por persona para hacer esas dos leguas.

masiado temprano en la mañana, o demasiado tarde por la noche o a la hora de la siesta. La carretera, desnuda al comienzo, pasa en medio de un pantano y, ya cerca de Lima, se sombrea con las hermosas avenidas arboladas. La entrada a la ciudad en la que iba a pasar algunos días anuncia el esplendor pasado de la ciudad de los Reyes, en la que se vieron sucesivamente las escenas más sangrientas de la historia de la conquista[4] y la pompa desenfrenada de los españoles más ricos de América. Es allí donde residían los virreyes del Perú y donde la aristocracia diplomática y financiera ejercía su imperio. Lima, la más opulenta de las ciudades del Nuevo Mundo, es al mismo tiempo la más corrompida. Podría explayarme mucho sobre este tema y tratar de describir el lujo extraordinario de unos y la total miseria de los demás; pero no haría más que repetir lo que con tanta verdad dijo el autor de un librito publicado bajo el título de *Lima por dentro y fuera*[5], al hacer conocer las costumbres de esa ciudad en el siglo pasado; costumbres que, aunque muy cambiadas, nada ganaron en lo que respecta a la moral. Al perder su hegemonía como capital del virreinato, Lima cayó en la indigencia, sin que por eso disminuyese su lujo. De donde ha resultado una corrupción extraordinaria, que no hace más que aumentar día a día y a la que todo favorece: la dejadez de los habitantes, la sed de goces materiales de los hombres y, en las mujeres, la exageración de la vestimenta y, más que nada, el incógnito en que éstas viven siempre gracias a su vestido, pues todas llevan unas sayas negras plegadas que ciñen el cuerpo sin velar sus formas, y el famoso tapado de seda negra con que se envuelven la cabeza, sin mostrar nunca más que un ojo. Seguras de que nadie las reconocerá con esta indumentaria, las mujeres pueden intrigar a sus anchas, aun a su mismo marido, si les conviene. Esta extrema licencia y la miseria general del país, cuyas entradas están muy por debajo de los gastos necesarios para subvenir al lujo de que las mujeres gustan rodearse[6], las arrastra forzosamente hacia la inconducta. Por la noche, disfrazadas así, se vuelcan en las calles y en los espectáculos, en donde asaltan a los extranjeros.

Muy extendida, la ciudad de Lima ostenta una multitud de iglesias y conventos cuyas cúpulas son visibles desde todas partes[7]. Hay allí un hermoso

4 Bajo Pizarro y los primeros virreyes del Perú.

5 *Lima por dentro y fuera* contiene la crítica más severa y más exacta del estado de corrupción de la ciudad de los Reyes. Escrito a fines del siglo pasado, este pequeño volumen fue reimpreso hace pocos años.

6 Es raro que una de esas elegantes de Lima se rebaje hasta ponerse dos veces el mismo calzado o llevar medias que no sean de seda.

7 Se cuentan más de sesenta.

palacio para el presidente de la república, en otro tiempo sede del virrey, una linda plaza adornada con fuentes, calles bien cortadas, a las que prestan siempre su frescura claros arroyuelos, amplios paseos umbríos y encantadores alrededores, llenos de jardines y de casas de recreo. El Rimac, cuyas aguas distribuidas en una multitud de canales vivifican el valle, atraviesa la ciudad y es cruzado por un puente. No lejos se hallan los cerros de *San Cristóbal* y de San Bartolemé, cuya aridez contrasta con la fertilidad del rico valle del Rimac. En cuanto uno se aleja de las aguas, cualquiera sea la dirección que se tome, aparecen un desierto de arenas móviles y cerros completamente desnudos de vegetación, que rodean a este oasis. Porque en Lima, como en toda la costa, nunca llueve, y solamente el riego puede mantener en ella una vegetación puramente ficticia y en parte trasplantada. En efecto, con excepción de los bananeros, los huertos están compuestos exclusivamente por granados, olivos, naranjos e higueras traídos al Nuevo Mundo por los españoles. La vecindad de las montañas hace descender considerablemente la temperatura que Lima debería tener por su posición tropical. Se goza allí de un suave calor. Lo que sobre todo llama la atención es la invariabilidad del tiempo, que permite formar proyectos con mucha anticipación, sin temer verlos interrumpidos por esos días lluviosos, tan frecuentes en Europa. Sin embargo, la ciudad amanece todos los días envuelta en neblinas, que se disipan en cuanto sale el sol. La verdad es que si Lima no estuviese tan corrompida y si la vida material no fuese tan cara[8], sería una morada encantadora; pero esas lacras de los grandes centros que, en este sentido, no están redimidas por ninguna de las ventajas sociales que se encuentran en nuestras ciudades de Europa, alejarán siempre a las personas a quienes sus intereses no retengan dentro de su perímetro.

El Callao

Luego de unos días empleados en verlo todo en Lima, volví al Callao, en donde reanudé mis investigaciones de historia natural. Ora recorría las costas estudiando las conchas, ora penetraba en los pantanos del Rimac. A menudo dragaba el fondo del mar, acompañado por el señor Fontaine, médico del Griffon, o trepaba por las arenas móviles de la isla de San Lorenzo con el propósito de llegar a las cimas. Allí, las nubes que a veces se detienen hacen crecer en la arena algunas plantas, entre las cuales recogí una solanácea bulbosa cuya raíz, como la papa, es comestible y de un gusto bastante bueno. Otras veces perseguía sobre las rocas

8 Ninguna ciudad de América puede ser comparada a Lima por el alto precio de los artículos de primera necesidad. En el hotel se gasta muchísimo y todo es de una carestía fabulosa.

las bandadas de aves costeras, y sobre todo esos taciturnos pelícanos, que pasan inmóviles una parte del día, con el pico plegado sobre el cuello, en el descanso más absoluto.

Regreso a Europa por Valparaíso y el Cabo de Hornos

El 3 de septiembre, ya terminados todos los asuntos comerciales del Philanthrope, nos hicimos a la vela y muy pronto perdimos de vista al Perú.

3 de septiembre

Durante mucho tiempo los navíos españoles navegaban solamente cerca de la costa. El viento, que es favorable para ir de Valparaíso a Lima, tórnase contrario para volver, y cuando se va ciñendo la costa, emplean tres meses en esta travesía que, en sentido contrario, se hace en doce días. Un capitán español fue el primero en tomar la ruta de alta mar y, como encontró vientos favorables, llegó a Chile en menos de un mes. Desde entonces los barcos se apartan siempre cien leguas del continente para ir de Lima a Chile. Esta fue la ruta que seguimos, y después de veintitantos días de serena navegación en un mar magnífico, atracábamos en Chile.

Vi primero las islas de Juan Fernández, cubiertas de vegetación, y dos días después descendía en Valparaíso. Tres años de ausencia habían cambiado el aspecto de esta ciudad. Desde la última vez que pasara por allí habían construido un gran edificio para la administración de la aduana, y un muelle de madera, destinado a facilitar las maniobras de las lanchas, reemplazaba a la playa arenosa en la que había que encallar, hubiese o no oleaje. Volví a ver con interés los lugares que había recorrido tan a menudo; hice nuevas investigaciones, pero como estaba en Chile solamente de paso, me tardaba demasiado en partir para encontrar placer en mis trabajos. Finalmente, el 18 de octubre abandoné esta república y comencé mi travesía. Dije adiós por última vez a las costas americanas, no sin experimentar un instante de tristeza al pensar que no volvería a verlas más. Me había visto tan favorecido durante mi permanencia en el Nuevo Mundo, que no podía abandonarlo sin echar de menos a sus habitantes. Pero la pena de esta separación estaba compensada para mí por el sentimiento de vivísima gratitud a que me movía la benevolencia de que constantemente había sido objeto por parte de ellos.

27 de septiembre
Valparaíso

Acompañado por seis jóvenes de Bolivia, mandados por su gobierno a estudiar en Francia, navegué lentamente hacia Europa. Después de tener un

poco de mar gruesa en la costa chilena, a comienzos de noviembre, en días de calma perfecta, me encontré a algunas leguas del cabo de Hornos, cuyo cono aplastado, cubierto de nieve, se perfilaba en el horizonte. Era la última parte de América que debía percibir. Una larga pero feliz navegación me llevó hacia mi querida patria. El 1 de febrero de 1834, cuando las observaciones anunciaron la proximidad de tierra, experimenté una felicidad que nada puede igualar. Por la noche, la sonda tocó el suelo de Francia. Me levanté para ver las primeras arenas, sintiendo una emoción imposible de definir. Pocos momentos después, el faro de la torre de Cordouan nos anunció la desembocadura del Gironda, adonde entré el 2 de febrero. Todos mis pasados sufrimientos quedaban olvidados. Volvía a ver a mi familia, a mis amigos...; e iba a comenzar una nueva existencia.

Fin del Tomo IV

Indice
de los cuatro tomos

Tomo I

Presentación 5
Prólogo 9

Capítulo I

Primeros estudios y trabajos preparatorios del autor.
Su misión. Partida de Francia. Arribo y estadía en Tenerife.
Partida de Tenerife. Prosecución y fin de la travesía 13

Capítulo II

Estadía en Río de Janeiro. Partida y travesía a Montevideo 35

Capítulo III

Estadía en Montevideo. Viaje a Maldonado. Vueta y nueva estadía
en Montevideo 49
Estadía en Montevideo 49
Viaje a Maldonado 55
Nueva estadía en Montevideo 63

Capítulo IV

Viaje por la provincia de la Banda Oriental y primera estadía
en Buenos Aires 75

Capítulo V

Viaje por el Paraná, de Buenos Aires a Corrientes 99

Capítulo VI

Corrientes y sus alrededores. Primer viaje a Iribucuá 125
Corrientes y sus alrededores 125
Primer viaje a Iribicuá 133

Capítulo VII

Corrientes. Viaje a San Roque. Continuación al rincón de Luna 143
Corrientes 143
Viaje a San Roque 148
Continuación al Rincón de Luna 157

Capítulo VIII

Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itatí,
sobre el Paraná. Estadía en Itatí y vuelta a Corrientes 189
Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itatí,
sobre el Paraná 189
Estadía en Itatí y vuelta a Corrientes 199

Capítulo IX

Guerra de Misiones. Viaje remontando el Paraná. Caacaty
y sus alrededores. Viaje a la Laguna de Ibera 219
Guerra de Misiones 219
Viaje remontando el Paraná 224
Caacaty y sus alrededores 242
Viaje a la Laguna de Iberá 258

Capítulo X

Nuevo viaje por el Paraná. Excursiones al Chaco; los indios
Tobas y lenguas 291

Nuevo viaje por el Paraná 291
Excursiones al Chaco; los indios Tobas y lenguas 294

Capítulo XI

Vistazo sobre Corrientes y sus habitantes 319

Capítulo XII

Viaje por el Paraná, al regresar a Buenos Aires por la parte Sur
de Corrientes, la provincia de Entre Ríos, la de Santa Fe
y las regiones septentrionales de la provincia de Buenos Aires 399
Parte Sur de la provincia de Corrientes 399
Provincia de Entre Ríos 422
Provincia de Santa Fe 445
Provincia de Buenos Aires 466

Tomo II

Capítulo XIII

Vistazo histórico a Buenos Aires y estadía en esa ciudad 487
Vistazo a la historia de Buenos Aires 487
Estadía en Buenos Aires 504

Capítulo XIV

Viaje del Sr. Parchappe a la Cruz de Guerra 539

Capítulo XV

Estadía en la Cruz de Guerra. Excursión a los alrededores y regreso a Buenos Aires 589
Estadía en la Cruz de Guerra 589
Excursión a los alrededores 606
Regreso a Buenos Aires 625

Capítulo XVI

Viaje a Bahía Blanca 635

Capítulo XVII

Partida y viaje de Buenos Aires al Río Negro de Patagonia.
Primera estadía en Carmen. Viaje y estadía en la Bahía de San Blas 685

Partida y viaje de Buenos Aires al Río Negro de Patagonia 685
Primera estadía en Carmen 701
Viaje y estadía en la Bahía de San Blas 708

Capítulo XVIII

Primera visita a los Patagones, seguida de su descripción.
Viaje y estadía en la desembocadura del Río Negro. Excursión,
remontando el río, a la salina natural de Andrés Paz 759
Primera visita a los Patagones, seguida de su descripción 759
Viaje y estadía en la desembocadura del Río Negro 787
Excursión, remontando el río, a la Salina natural de Andrés Paz..... 800

Capítulo XIX

Viaje al Sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los Leones Marinos.
Estadía a la orilla sur del Río Negro y detalle sobre un saladero.
Viaje al árbol sagrado del Gualichu. Delegados oradores de los indios
Aucas y excursión a la salina de piedra y a la de Andrés Paz 813
Viaje al Sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los Leones
Marinos. Estadía a la orilla sur del Río Negro y detalle sobre
un saladero 813
Viaje al árbol sagrado del Gualichu. Delegados oradores de los
indios Aucas y excursión a la salina de piedra y a la de Andrés Paz ... 835

Capítulo XX

Viaje y estadía en San Javier y continuación de la descripción de los
usos y costumbres de los patagones. Cacería de avestruces.
Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Complot
de los Gauchos. Segundo Viaje al Sur. Nuevo ataque de las hordas
salvajes 853
Viaje y estadía en San Javier y continuación de la descripción
de los usos y costumbres de los patagones 853
Cacería de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado
crítico de Carmen. Complot de los Gauchos 871
Segundo Viaje al Sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes 886

Tomo III

Capítulo XXI

Descripción de los Indios Aucas y Puelches 909
Descripción de los Indios Aucas 909
Puelches 949

Capítulo XXII

Ojeada histórica a los establecimientos españoles de la Patagonia.
Descripción de Carmen de patagones y sus alrededores 957
Ojeada histórica a los establecimientos españoles
de la Patagonia 957
Descripción de Carmen de Patagones y sus alrededores 974

Capítulo XXIII

Partida de Carmen para Buenos Aires. Viaje a Montevideo;
navegación de ese punto a Chile, doblando el Cabo de Hornos.
Estadía en Chile 999
Partida de Carmen para Buenos Aires 999
Viaje a Montevideo. Navegación de ese lugar a Chile, doblando
el Cabo de Hornos 1002
Estadía en Chile 1014

Capítulo XXIV

Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia). Viaje por mar al Puerto de Arica y Perú. Viaje y estadía en Tacna 1027
Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia) 1027
Viaje por mar al Puerto de Arica 1037
Viaje y estadía en Tacna 1044

Capítulo XXV

Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la cordillera de Los Andes. Estadía en La Paz 1051
Viaje de Tacna a La Paz 1051
Estadía en La Paz 1082

Capítulo XXVI

Viaje a las provincias de Yungas, Sicasica, de Ayopaya, en la ladera oriental de Los Andes bolivianos 1103
Viaje a la provincia de Yungas 1103
Viaje por la provincia de Sicasica 1134
Viaje por la provincia de Ayopaya 1142

Capítulo XXVII

Cochabamba y sus alrededores. Viaje a Santa Cruz de la Sierra, por las provincias de Clisa, Mizque y Valle Grande 1151
Cochabamba y sus alrededores 1151
Viaje a Santa Cruz de la Sierra 1164
Provincia de Clisa 1164
Provincia de Mizque 1166
Provincia de Valle Grande 1179

Capítulo XXVIII

Estadía en Santa Cruz de la Sierra y viaje por los alrededores 1197
Estadía en Santa Cruz de la Sierra 1197
Nueva estadía en Santa Cruz 1228

Capítulo XXIX

Historia y descripción de Santa Cruz de la Sierra 1235
Historia 1235
Descripción de Santa Cruz 1242
Circunscripción y referencias geográficas 1242
Productos naturales de Santa Cruz 1244
Población, costumbres, usos 1246
Industria, producción, comercio 1250
Descripción de la ciudad 1253

Capítulo XXIX, Bis.

Partida a la provincia de Chiquitos. Estadía en las misiones del oeste y centro de la provincia de Chiquitos 1255
Partida a la provincia de Chiquitos 1255
Estadía en las misiones del oeste de la provincia de Chiquitos 1265
Misión de San Javier 1265
Misión de Concepción 1270
Estadía en las misiones del centro de la provincia de Chiquitos 1276
Misión de San Miguel 1276
Misión de Santa Ana 1278
Misión de San Ignacio 1285
Misión de San Rafael 1291

Capítulo XXX

Viaje a las misiones del Sur de la provincia de Chiquitos y regreso a las misiones del Centro y Oeste 1295
Viaje a las misiones del Sur de la provincia de Chiquitos. 1295
Camino a San José 1295
Misión de San José y camino a Santiago 1299
Misión de Santiago de Chiquitos 1310
Misión de Santo Corazón de Jesús 1318
Misión de San Juan Bautista 1331
Regreso a las misiones del centro y oeste de la provincia de Chiquitos 1333

Capítulo XXXI

Viaje al territorio de los Guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan 1339
Viaje al territorio de los Guarayos1 1339
Descripción de los Guarayos y de la comarca que habitan 1350

Tomo IV

Capítulo XXXII

Generalidades geográficas, históricas y estadísticas sobre la provincia de Chiquitos. De las mejoras industriales y comerciales que se podrían introducir allí 1361
Generalidades geográficas 1361
Generalidades históricas 1365
Primera época: Antes de la llegada de los españoles 1365
Segunda época: Desde la llegada de los primeros españoles a Chiquitos hasta el momento en que penetraron los jesuitas en la provincia (de 1542 a 1690) 1369
Tercera época: Desde la entrada de los jesuitas a Chiquitos hasta su expulsión (de 1691 a 1767) 1373
Cuarta época: Desde la expulsión de los jesuitas en 1767 hasta nuestros días 1384
Generalidades estadísticas. Estado actual de la provincia 1390
Población 1390
Temperatura. Salubridad 1402
Productos industriales 1403
Productos naturales 1406
Mejoras agrícolas, industriales y comerciales de que es susceptible la provincia 1412
Nota suplementaria 1419

Capítulo XXXIII

Viaje a la provincia de Moxos por el Río San Miguel. Estadía en las misiones de Baures e Itonamas de la provincia de Moxos. Fuerte del Principe de Beira y navegación por el Río Itenes o Guaporé . 1425
Viaje a la provincia de Moxos por el Río San Miguel 1425
Estadía en las misiones de Baures e Itonamas 1430
Misión del Carmen de Moxos 1430
Misión de la Purísima Concepción de Baures 1433
Misión de Santa Magdalena de Moxos 1440
Aldea de San Ramón 1446
Misión de San Joaquín 1448
Forte Do Príncipe de Beira (Brasil) y navegación por el Río Itenes o Guaporé 1451

Capítulo XXXIV

Viaje por el Río Mamoré. Estadía en las misiones Cayuvavas, Movimas, Canichanas y Moxos 1463
Viaje por el Río Mamoré 1463
Misión de Exaltación de la Cruz 1469
Misión de Santa Ana de Moxos 1471
Misión de San Pedro 1475
Misión de San Francisco Javier 1481
Misión de Trinidad de Moxos 1486
Misión de Loreto 1490

Capítulo XXXV

Viaje de Moxos a Cochabamba, remontando el Mamoré, el Chapare y el Río Coni hasta el territorio de los Yuracarés. Un alto con los Yuracarés. Vertientes de la Cordillera Oriental hasta Cochabamba 1493
Viaje remontando el Mamoré, el Chapare y el Río Coni, hasta el territorio de los Yuracarés 1493
Río Mamoré 1493
Río Chapare y Río Coni 1496
Estadía con los Yuracarés 1502
Viaje por la vertiente de la cordillera oriental hasta Cochabamba .. 1506

Capítulo XXXVI

Estadía en Cochabamba. Viaje a través de comarcas desconocidas para buscar un nuevo camino de Cochabamba a Moxos, hasta las regiones habitadas por los Yuracares. Estadía con estos indios 1517
Viaje a través de comarcas desconocidas para buscar un nuevo camino de Cochabamba a Moxos 1520
Estadía con los Indios Yuracarés 1534

Capítulo XXXVII

Descripción de los indios Yuracarés y viaje del territorio de Yuracaré a Moxos por el Río Securi 1541
Descripción de los Indios Yuracarés1 1541
Viaje desde el territorio de los Yuracarés a Moxos 1561

Capítulo XXXVIII

Generalidades geográficas, históricas, y estadísticas sobre la provincia de Moxos. De los adelantos comerciales e industriales que se podrían introducir allí 1567
Generalidades geográficas 1567
Generalidades Históricas 1571
Primera época: Antes de la llegada de los españoles 1571
Segunda época: Desde la llegada de los primeros españoles a Moxos hasta el momento en que los jesuitas penetraron en la provincia (de 1562 a 1667) 1573
Tercera época: Desde la entrada de los jesuitas en Moxos hasta su expulsión (de 1667 a 1767) 1574
Cuarta época Desde la expulsión de los jesuitas (de 1767 hasta 1832) 1579
Generalidades estadísticas. Estado actual de la provincia 1581
Población 1581
Temperatura, salubridad 1583
Productos industriales 1583
Productos naturales 1585
Adelantos agrícolas, industriales y comerciales de que se susceptible la provincia 1586

Capítulo XXXIX

Viaje por el Río Sara y el Río Piraí, de Moxos a Santa Cruz de la Sierra, y de Santa Cruz a Chuquisaca por las provincias de Valle Grande de la Laguna, etc. 1595
Viaje por el Río Sara y el Río Piraí de Moxos a Santa Cruz de la Sierra 1595
Viaje de Santa Cruz a Chuquisaca, por las provincias de Valle Grande de la Laguna y de Yamparaes 1600
Provincia de Valle Grande 1601
Provincia de Tomina 1611
Provincia de Yamparaes 1617

Capítulo XL

Estadía en Chuquisaca; viaje a Potosí; descripción de la ciudad y del Cerro de Potosí y viaje a Oruro 1619
Estadía en Chuquisaca 1619
Viaje a Potosí 1625
Departamento de Potosí 1628
Descripción de la ciudad y del Cerro de Potosí 1632
Viaje de Potosí a Oruro 1641
Territorio del departamento de Potosí 1641
Territorio del departamento de Oruro 1648

Capítulo XLI

Oruro y sus alrededores. Reconocimiento de la provincia de Carangas. Viaje de Oruro a La Paz. Excursión por las Riberas del Lago Chucuito 1655
Oruro y sus alrededores 1655
Reconocimiento de la provincia de Carangas 1659
Provincia de Oruro 1659
Provincia de Carangas 1661
Viaje de Oruro a La Paz 1674
Provincia de Oruro 1674
Provincia de Sicasica 1675
Excursión a las márgenes del Lago Chucuito 1679

Capítulo XLII

Descripción de la provincia de Caupolicán 1703
Historia 1708
Primera época: antes de la llegada de los españoles 1708
Segunda época: desde la llegada de los españoles hasta nuestros días 1709
Estado actual de la provincia 1712
División política 1712
Población de la provincia 1725
Productos naturales 1728
Productos industriales 1731
Comercio 1732
Mejoras agrícolas, industriales y comerciales de que es susceptible la provincia 1733

Capítulo XLIII

Partida de Bolivia. Viaje por mar de Arica a Islay y a Lima, por la Costa de Perú. Regreso a Europa por Valparaíso y el Cabo de Hornos 1739
Partida de Bolivia. Viaje por mar de Arica a Islay y a Lima, por la Costa de Perú 1739
Regreso a Europa por Valparaíso y el Cabo de Hornos 1747

Indice de materias de los cuatro tomos 1765

Indice de materias de los cuatro tomos

Nota: los números romanos indican el tomo y los números arábicos la página

A

Abajeños, habitantes de las provincias argentinas: III, 1185.
Abejas de Chiquitos (Bolivia): III, 1289.
Abipones, indios del Chaco: I, 446.
Abuso de bebidas fuertes en Caupolicán: IV, 1738.
Aceite de coco en Chiquitos: IV, 1416.
Acero, (Bolivia): IV, 1611, 1613, 1616.
Achacaché, localidad vecina al lago de Chucuito: IV, 1597.
Achekenat-Kanet, espíritu maligno de los patagones: II, 770.
Achilla, aldea, provincia de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Achiras, arroyo de las pampas: II, 654, 682.
Acuñas, palmera de Bolivia: IV, 1501.
Acutani, aldea de Sicasica (Bolivia): III, 1136.
Acutani, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Adelantos de Caupolicán: IV, 1731, 1732.
Adelantos comerciales en Moxos: IV, 1586.
Adelantos agrícolas en Chiquitos: IV, 1412, 1413.
Adelantos agrícolas en Moxos: IV, 1586.
Administraciones en Corrientes: I, 358.
Administración militar en Corrientes: I, 361.
Administración de la Patagonia: III, 994.
Administración de los jesuítas: IV, 1378.
Administración de Moxos bajo los jesuítas: IV, 1576.
Agricultura de la Patagonia: III, 991.
Aguas curativas del Paraná: I, 423.
Aguas (su profundidad en las pampas): II, 663.
Aguas, sus colores: I, 295.
Aguas termales en Caracato (Bolivia): III, 1141.
Aguas termales en Chiquitos: III, 1302; IV, 1631, 1641.
Aguilera, general de Moxos: IV, 1586.
Albuquerque, aldea de Brasil: IV, 1455.
Alcachofa silvestre de las pampas de Buenos Aires: I, 476.
Alemán (Diego), en Moxos durante 1564: IV, 1573.
Alfaro, comerciante de la Patagonia.: II, 698; III, 997.
Algarrobo (árbol frutal): II, 839; III, 1175.
Algodón de Chiquitos: IV, 1404.
Algodón en Moxos: IV, 1404.
Almagro (Diego), conquistador: IV, 1620.
Almendral, paseo de Valparaíso (Chile): III, 1017, 1018.
Alonzo de Mendoza, fundador de La Paz (Bolivia): III, 1084.
Alpacas, animales domésticos de Bolivia: IV, 1671.
Altamachi (Río de), provincia de Cochabamba, Bolivia: IV, 1526.
Altamachi, valle de la cordillera oriental (Bolivia): IV, 1522.
Altares naturales en Santa Cruz (Bolivia): III, 1232.
Alto de Cobija, montaña del lado de Bolivia: III, 1028.
Altuncama, montaña de Caupolicán (Bolivia): IV, 1704, 1716.
Alvarádo, de Chuquisaca: IV, 1621.
Alvarez (Don Manuel), comerciante: II, 702; III, 997.
Amamasama, aldea de los Yuracarés (Bolivia): IV, 1562.
Amandau (Ignacio), indio guaraní de la Colonia: I, 89.
Amantala, límite de Caupolicán (Bolivia): IV, 1704, 1713.
Amasa, isla del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1690, 1693.
Ancacato, límite del departamento de Oruro: IV, 1649.
Ancacato, Poopó (Bolivia): IV, 1649.
Ancco-Unca, montaña de Sorata (Bolivia): IV, 1704.
Ancomarca, montaña de Perú: III, 1049, 1064.
Ancomayo, población sobre la margen del Chucuito: IV, 1696.
Ancoraimes, población del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1698.
Ancumani, montaña de Bolivia: III, 1069.
Andes, montañas (Ver explicación): III, 1069.
Andonaegui, sus órdenes sanguinarias a las misiones: I, 70, 279.

Angadas, jangadas de Corrientes: I, 231.
Animales criados en Brasil: I, 365.
Animales de Chiquitos (Bolivia): IV, 1403.
Animales de los bosques en los lugares habitados: IV, 1427.
Animales en procura de la sal: I, 457.
Animales, manera de criarlos: I, 161.
Animales marinos de las costas de la Patagonía: II, 808.
Animales diversos en las salinas de la Patagonia: II, 808.
Animales salvajes de Moxos: IV, 1429.
Anumbí, pájaro cantor: I, 79.
Antara, mina de plata de Bolivia: III, 1141.
Antequera, población, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1567.
Antiguas estancias de los jesuítas de las misiones: I, 264.
Antiguas tribus de Río de Janeiro, todas guaraníes: I, 41, 42.
Antiguos vasos de los aymarás: IV, 1664.
Antigüedades de Samaypata (Bolivia): IV, 1602.
Antigüedades de los incas: IV, 1698, 1699.
Antigüedades de Tiaguanaco (Bolivia): IV, 1680.
Antiguo lavadero de oro en Samaypata (Bolivia): IV, 1602.
Antiguo pórtico monolítico de Tiaguanaco (Bolivia): IV, 1681.
Antiguos aluviones en Bolivia: IV, 1654.
Antiguos monumentos en Tiaguanaco (Bolivia): IV, 1681.
Antiguos templos de Tiaguanaco: IV, 1681.
Apacheta de La Paz, montaña de Bolivia: III, 1078.
Apachetas, montículos de piedras elevados por los aymarás de Bolivia: III, 1053.
Aperé, río de Moxos (Bolivia): IV, 1473, 1569.
Apolista, natural de Bolivia: IV, 1706.
Apolo, población de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706, 1716,
Apopaya, provincia de Cochabamba (Bolivia): III, 1142.
Apopaya, río de Bolivia: III, 1142.
Aprisionamiento por los brasileños: I, 65.
Apypé, isla sobre el Paraná: I, 195.
Arabate, población de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Aracoyo, lago sobre la Cordillera de Perú: III, 1063.
Arani, población, provincia de Clisa (Bolivia): III, 1166.
Aras o guacamayos azules, aves: I, 226.
Araucanos de las pampas, una nacionalidad: II, 647, 772, 786, 798; III, 909.
Árbol sagrado del gualíchu, en la Patagonia: II, 835, 836.
Árboles frutales europeos en Maldonado: I, 56.
Arenga a indios del Sur: II, 842.
Arequipa, ciudad de Perú: IV, 1741.
Arica, ciudad de Perú: III, 1038.
Aridez de las costas de Perú: IV, 1741.
Armado, pez del Paraná: I, 112.
Aroma, acacia: I, 453.
Arredondo, gobernador de Buenos Aires: II, 493.
Arroyo Azul, laguna de las pampas: II, 610.
Arroyo Chaticó, laguna de las pampas: II, 655.
Arroyo de las Achiras, laguna de las pampas: II, 654.
Arroyo de las Achiras, en la Bahía Blanca (pampas): II, 682.
Arroyo de las Mostazas, laguna de las pampas: II, 655.
Arroyo del Tandil, laguna de las pampas: II, 645.
Arroyo Gualiche, laguna de las pampas: II, 610.
Arroyo Pareja, laguna de la Bahía Blanca: II, 657.
Arroyo Quequén, laguna de las pampas: II, 650.
Arroyo Salado, laguna de las pampas: II, 653.
Arroyo Tapalquen, laguna de las pampas: II, 610.
Arroyo Viruta, laguna de las pampas: II, 655.
Artículos de exportación en Moxos: IV, 1585.
Artigas (general) en Maldonado: I, 60.
Artigas en las misiones: I, 220.
Ascensión, aldea de Guarayos, provincia de Chiquitos (Bolivia): III, 1341, 1351.
Ascensión de Yuracarés (Bolivia): IV, 1542.
Asesinatos en la Bajada: I, 433.
Aspecto de localidades sin cultivo alguno: I, 434.
Aspecto de ríos de Mamoré a Moxos: IV, 1465.
Asunción de Isibolo (Reducción de indios Yuracarés, Bolivia): IV, 1504.
Asunta, misión de Guarayos, provincia de Chiquitos: III, 1341.
Asusaqui, aldea, provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1216.
Atacama (desierto), lago de Bolivia: III, 1035.
Atalaya (Punta de), en el Plata: II, 693.
Ataque a Bahía Blanca por los indios: II, 753.
Ataque de los Indios en la Patagonia: II, 876, 896, 897.
Ataque por corsarios: I, 469.
Aten, localidad en Caupolicán (Bolivia): IV, 1709, 1717, 1719.
Atita, localidad, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1675.
Aucas naturales de las pampas: II, 643, 786, 798; III, 909.
Aucas que atacaron a Carmen de Patagones: II, 896, 897.
Audamarca, población en Carangas (Bolivia): IV, 1657.
Avanzadas de los indios en la Patagonia: II, 795.
Avanzadas sobre Baradero: I, 479.
Avara, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Aves aglomeradas en gran número: I, 423.
Aves de Caupolicán: IV, 1728.
Aves de Corrientes: I, 329.
Aves de Chiquitos (Bolivia): IV, 1409.
Aves de ríos sobre las aguas del lago Chucuito: IV, 1693.
Aves de Santa Cruz: III, 1245.
Aves de Yungas (Bolivia): III, 1118.
Aves ictiófagas: I, 423.
Aves pelagianas de Cabo de Hornos: III, 1008.
Aves pescadoras sobre la costa del Perú: III, 1042.
Aves en la estación de lluvias en los pantanos de Moxos: IV, 1428.
Aves salvajes en las márgenes del Paraná: I, 112.
Aves silvestres de las márgenes del Paraná: I, 111.
Aves viajeras sobre la costa del Perú: IV, 1742.
Avestruz de América: I, 84.
Avestruces de América; su caza en la Patagonia: II, 872.
Avestruz petiso de la Patagonia: II, 827.
Avicaya, mina de plata en Bolivia: IV, 1656.

Avgachi, localidad de La Paz (Bolivia): IV, 1689, 1690.
Aymarás, indios de Bolivia: III, 1060, 1074.
Ayo-Ayo, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Ayo-Ayo, localidad, provincia de Sícasica (Bolivia): IV, 1677.
Ayolas, conquistador del Paraguay: I, 321; III, 1237; IV, 1369.
Ayquile, localidad, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1176.
Ayuno de cuaresma en Santa Cruz:: III, 1229.
Ayuno de Semana Santa en Moxos: IV, 1482.

B

Baca, localidad, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1167.
Bagres, peces de Caupolícán: IV, 1715.
Bagual (Laguna del), lago de las pampas: II, 622.
Bahía Blanca, costa Sur: II, 657, 658.
Bahía de San Blas, en la Patagonia: II, 708.
Bahía de Samborombón, en la desembocadura del Plata: II, 694.
Bahía de Todos los Santos, en la Patagonia: II, 717.
Bahía de Barragán en el Plata: II, 692.
Bahía de Ros, costa de la Patagonia: II, 747, 818, 892.
Bahía del Agua de los Loros, costa de la Patagonia: II, 818, 892.
Baile en Chiquitos (Bolivia): III, 1278, 1279.
Baile en itaty (Corrientes): I, 215.
Baile en Moxos (Bolivia): IV, 1491.
Baile en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia): III, 1203.
Bajada, capital de la provincia de Entre Ríos: I, 114, 430.
Ballena capturada sobre la costa de la Patagonia: II, 819.
Ballenas, sus migraciones: I, 30.
Ballenas en grupos, cerca de las Malvinas: III, 1007.
Balsa, embarcación de junco del lago Chucuito (Bolivia). IV, 1695.
Balsa, embarcación de cuero, lago de Bolivia: III, 1032.
Balsero, el indio que conduce las balsas: III, 1032.
Bambús en el Paraná: I, 231, 234.
Banco de Brasil compuesto de crustáceos: I, 30.
Banco Chico, banco de arena en el Plata: II, 693.
Banco de Ortíz, banco de arena en el Plata: II, 692, 693.
Bancos de crustáceos que nutren a las ballenas: I, 30.
Banda Oriental, república: I, 49 y sigts.
Banda Oriental (viaje a través de la): I, 75.
Bañado, pantano de la pampa: II, 572.
Bañados, pantanos de Corrientes: I, 190.
Baños, aguas termales de Potosí (Bolivia): IV, 1631.
Baños de mar en Tenerife: I, 22, 23.
Baqueanos o guías de las pampas: II, 575, 591.
Barbados, río de Chiquitos (Bolivia): IV, 1364.
Barbaseo, planta que sirve para la pesca: III, 1287.
Baradero, localidad sobre el Paraná: I, 479.
Baradero, brazo del Paraná: I, 105.
Barragán, bahía del Plata: II, 692.
Barrancas del Norte, acantilados de la Patagonia: II, 696, 794.
Barrancas del Sur, acantilados de la Patagonia: II, 795.
Barranqueras, villorrio de Corrientes: I, 241, 242.
Barra del Río Negro en la Patagonia: II, 696, 698.
Bartolo, localidad de Potosí (Bolivia): IV, 1630.
Barúa, su memoria sobre las misiones: I, 278.
Batel, río de Corrientes: I, 158.
Batuque, baile de Santa Cruz: III, 1205.
Baures, nacionalidad de Moxos: IV, 1434, 1571.
Bebidas fuertes de Caupolicán: IV, 1738.
Beira, fuerte de Brasil: IV, 1451.
Bella Vista, localidad cerca de Corrientes: I, 406.
Bendición de Corrientes: I, 134.
Bendición de alimentos en Chiquitos: III, 1283.
Beni, río de Moxos: IV, 1570, 1724.
Bibosi, higuera gigante de Moxos: IV, 1465.
Bibosi, misión, provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1219.
Bilbao (Dámaso) gobernador de Yungas: III, 1123.
Blanca (Laguna de la Patagonia): II, 711.
Blanca (Laguna de las pampas): II, 590.
Blanco, río de Moxos (Bolivia): IV, 1431, 1568.
Blanco, río de Bolivia: IV, 1364.
Blasco Núñez Vela, virrey: IV, 1621.
Bokis, valle de Chiquitos (Bolivia): III, 1318.
Bolas perdidas, armas de los indios de las pampas: II, 797.
Boleadoras, armas de los indios pampas: I, 138.
Bolero, baile de Santa Cruz (Bolivia): III, 1204.
Bomberos, centinelas avanzados en la Patagonia: II, 837.
Borda (Isla de), en la Patagonia: II, 717.
Bosques de naranjos en Corrientes: I, 286.
Bosques, refugios de animales en Moxos durante las inundaciones: IV, 1443.
Botánica de Corrientes: I, 342.
Botánica de los alrededores de Montevideo: I, 53.
Braseritos, para hacer fuego en Corrientes: I, 208.
Brasileños vencidos en Carmen de Patagones: III, 968, 969.
Brojelones, tiques de Santa Cruz: III, 1225.
Bromelia, planta que contiene agua: IV, 1533.
Bucareli, relativo a la expulsión de los jesuitas: I, 281.
Buena distribución de las calles de Buenos Aires: II, 515.
Buena Vista, misión en Santa Cruz: III, 1246.
Buenos Aires, sus alrededores: II, 653.
Buenos Aires, su historia: II, 487.
Buenos Aires, ciudad del Plata: I, 91.
Buey (Médano del) dunas de las pampas: II, 611.
Bustamante, localidad de Chile: III, 1022.

C

Caacaty, población de Corrientes: I, 243.
Caballadas de las pampas: II, 582, 583.
Caballo arrastrado por un jaguar: I, 172.
Caballos en Chiquitos: IV, 1408, 1412.
Caballos nadando en el Paraná: I, 114.
Caballos, maneras de criarlos en Buenos Aires: II, 547.

Caballos, manera de domarlos: II, 547.
Caballos adiestrados para cruzar ríos, en Bolivia: IV, 1608, 1609.
Caballos salvajes en Corrientes: I, 212, 438, 439.
Caballu-Cuatiá, aldea sobre las márgenes del Paraná: I, 426.
Cabo Corrientes, costas de las pampas: II, 694.
Cabo de Hornos: III, 1080; IV, 1747.
Cabo San Andrés: II, 695.
Cabo San Antonio, en el Plata: II, 694.
Cabo Santa María, en el Plata: II, 694.
Cacao en Chiquitos: IV, 1413.
Cacao en Moxos: IV, 1584.
Cacao, uno de los cultivos de Moxos: IV, 1442.
Cacao silvestre en Caupolicán: IV, 1723, 1735.
Cacería de avestruces de América en la Patagonia: II, 872.
Cacería de caballos salvajes: I, 439.
Cacería de grandes ciervos en Corrientes: I, 265, 269.
Cacería de focas sobre la costa de la Patagonia: II, 821.
Cacería de monos: I, 193, 194.
Cacería de vicuñas sobre las cordilleras: III, 1062.
Cacerías de los indios aucas en las pampas: II, 654, 660.
Cachalotes sobre las costas brasileñas: I, 44.
Cacharros de barro en Itati, su fabricación: I, 206.
Cachimayo, río de Bolivia: IV, 1625.
Cachucha, danza de Chile: III, 1017.
Caciques en Moxos: IV, 1438.
Cacique Maica: II, 677.
Cacique Muñol, de las pampas: II, 677.
Cacique Negro (Laguna del), lago de las pampas: II, 644.
Cacique Venancio, de las pampas: II, 647.
Cactus enorme, Santa Cruz, Bolivia: IV, 1600.
Cactus, gran número, en Valle Grande (Bolivia): IV, 1609.
Cadáveres disecados en Bolivia: IV, 1667.
Café en Moxos: IV, 1584.
Cahuá, camisa de lana de los indios aymarás: III, 1090.
Caída sobre un caballo: I, 224.
Caiconi, yacimiento minero en Bolivia: III, 1122.
Caimanes en Moxos (Bolivia): IV, 1446.
Caimanes, manera de cazarlos: I, 131.
Calacala, aldea, provincia de Quillacollo (Bolivia): III, 1157.
Calacaya, aldea, provincia de Carangas (Bolivia): IV, 1665.
Calacote, población sobre la cordillera de Bolivia: III, 1071.
Calamarca, población, provincia de Sicasica (Bolivia): IV, 1677.
Calamares, moluscos que saltan sobre las embarcaciones: I, 44.
Calamarca, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Calana, aldea de Perú: III, 1051.
Calera, aldea de Bolivia: IV, 1627.
Callao, puerto de Lima: IV, 1743.
Calles de Corrientes: I, 367.
Calmas sobre la costa de Perú: III, 1037.
Camapoa, aldea brasileña: IV, 1455.
Camichis moñudos (Kamichi Huppé), aves: I, 106, 113.
Camisa de cortezas en Moxos: IV, 1465.
Campaña de Chiquitos: III, 1297.
Campanario, isla del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1698.
Campesino de Santa Cruz: III, 1213.
Campos de cultivo en Moxos: IV, 1435.
Campos semejantes a los de Francia: I, 430.
Canal de irrigación sobre los Andes: IV, 1697.
Canales de desagüe de las minas de Potosí: IV, 1634.
Canción armoniosa: III, 947, 948.
Canciones guaraníes: I, 363, 364.
Candelaria, aldehuela de la provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1214, 1215.
Canelón Chico: I, 79.
Canelón Grande, río de la Banda Oriental: I, 79.
Canelones, localidad de la República del Uruguay: I, 78.
Cangrejos de los ríos de Brasil: I, 40.
Canichanas, nacionalidad de Bolivia: IV, 1476, 1571.
Cantarillos, recipientes de barro cocido: I, 208.
Cañada, nombres de las ciénagas de Corrientes: I, 152.
Cañada, ciénaga de las pampas: II, 572, 612.
Cañadón (ciénaga) de las pampas., II, 610.
Caña de azúcar en Corrientes: I, 253.
Caña de azúcar, cultivada en Santa Cruz: III, 1219; IV, 1404.
Caña de azúcar en Moxos: IV, 1584.
Caña de azúcar cultivada en las montañas: IV, 1612.
Capac-Yupanquí, incas: III, 1153; IV, 1619.
Capiñata, localidad de Sicasica (Bolivia): III, 1136.
Capoeiras o capociras, de Brasil: III, 1306.
Caquel (Laguna de) lago de las pampas: II, 643.
Carabaya, provincia de Perú: IV, 1704.
Caracara, ave parasitaria: II, 711.
Caracato, población vecina de La Paz (Bolivia): III, 1140.
Caracollo, población de Oruro (Bolivia): IV, 1657, 1675.
Características de los chilenos: III, 1015.
Caranguas, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1657, 1661.
Carapata, localidad vecina a La Paz (Bolivia): IV, 1701.
Carayas: I, 193.
Carava, capilla, provincia de Sicasica (Bolivia): III, 1140.
Caravuatá, planta que almacena agua para las sequías: I, 176.
Carcarañán, río de las pampas: I, 459.
Carcarañán, Gaboto establece un puerto: I, 459.
Carcokies, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1371.
Carcuata, aldea de Yungas (Bolivia): III, 1130.
Cardos de las pampas: II, 513.
Cardoso, empleado de la aduana de la Patagonia: II, 701.
Cargadero, montaña de Yungas (Bolivia): III, 1132.
Cargadores indios en Caupolicán: IV, 1724.
Cari, antiguo cacique de los quichuas: III, 1153.
Carmen de Patagonia, su situación crítica: II, 797.
Carmen de Patagones: II, 700.
Carmen, misión en Moxos (Bolivia): IV, 1430.
Carnaval en Chuquisaca (Bolivia): IV, 1624.
Carnaval en Santa Cruz: III, 1208, 1228.

Carpinchos, de Corrientes: I, 131.
Carvajal (Francisco), conquistador: IV, 1621.
Carreras de caballos: II, 551; III, 1231.
Carretas de Corrientes: I, 263, 272, 273.
Carretas de las pampas: II, 579, 580.
Carretas de viaje en la Banda Oriental: I, 88.
Casa Blanca, localidad, ruta de Valparaíso a Santiago (Chile): III, 1022.
Casa Blanca, aldehuela de Perú: III, 1051.
Casalbasco, localidad de Brasil: III, 1337; IV, 1455.
Casamiento de araucanos de la Patagonia: III, 932, 933.
Casamiento de los Yuracarés de Bolivia: IV, 1554.
Casamientos prematuros en Moxos: IV, 1441.
Casas de Buenos Aires: II, 514.
Casas de Corrientes: I, 366, 367.
Cascada en Yungas (Bolivia): III, 1124.
Cascarilla, quinina de Bolivia: III, 1121.
Cascavi, capilla, provincia de Sicasica (Bolivia): III, 1140.
Castilla, jefe de una revuelta en Chuquisaca: IV, 1621.
Cataratas del Mamoré, en Moxos: IV, 1465.
Cataratas del río Piray (Bolivia): IV, 1597.
Catonapapa, danza de Chiquitos: III, 1279.
Caupolicán, provincia de Bolivia: IV, 1703.
Cautivos de los aucas en las pampas; II, 619.
Cavari, localidad de Sicasica (Bolivia): III, 1140, 1141.
Cavendish, corsario de las costas de la Patagonia y Buenos Aires: II, 491; III, 959.
Cavinas, localidad de Caupolicán (Bolivia): IV, 1710, 1725.
Cayuvava, nacionalidad de Bolivia: IV, 1470, 1571.
Caza de lobos marinos en la Patagonia: II, 735, 736, 748.
Caza del jaguar: I, 118.
Ceibo, árbol magnífico de Bolivia: III, 1177.
Cena en Corrientes: I, 135.
Centeno (Diego), conquistador: IV, 1621.
Cera de Moxos: IV, 1584, 1586.
Cera, manera de recogerla en Chiquitos: III, 1288, 1291; IV, 1403.
Cerrillo, aldehuela, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1611.
Cerrito Colorado, montaña de las pampas: II, 590.
Cerro del Inca, montaña esculpida por los antiguos Incas: IV, 1602.
Cerro de las Chaquiras, montaña de Chiquitos: III, 1299, 1302.
Cerro de Montevideo: I, 49, 52.
Cerro de Santa Lucía, montaña de Santiago (Chile): III, 1023.
Cerro de Vizcachal, montaña de Yungas (Bolivia): III, 1132.
Cerro Largo, montaña de Valle Grande (Bolivia): III, 1193.
Céspedes (Luis), en el Paraguay: I, 276.
Cetáceos de gran dimensión: I, 19.
Chajá, pájaro del Paraná: I, 113.
Chacra, granja de cultivo: I, 126.
Chacra, granja de cultivo de Buenos Aires: II, 552.
Chaco (Gran Chaco): I, 193.
Chacu, caza de vicuñas: III, 1062.
Challacollo, localidad, provincia de Poopo (Bolivia): IV, 1657.
Challapata, localidad, provincia de Poopo (Bolivia): IV, 1657.
Challhuani, localidad, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1173.
Chalona, carne de ovino desecada: III, 1073.
Chambé, danza de Santa Cruz: III, 1204.
Chanacoca, río de Moxos: IV, 1568.
Chanchiguel, aldea, provincia de Carangas (Bolivia): IV, 1673.
Chanchitos de la India en Perú: III, 1052.
Changos, indígenas del lado de Bolivia: III, 1030.
Chañar, arbusto del sur de las pampas: II, 656, 709.
Chapacuras, nacionalidad boliviana: III, 1272; IV, 1571.
Chapare, río de Moxos: IV, 1496, 1569.
Chaparrales de Chiquitos: III, 1306.
Chaparrones en Moxos: IV, 1439.
Chapinas, mulas inútiles para el servicio: II, 552.
Chaqui, localidad, departamento de Potosí: IV, 1631.
Chaqui, río del departamento de Potosí: IV, 1631.
Charcas, antigua denominación de Chuquisaca (Bolivia): IV, 1622.
Charapacce, aldea de yungas (Bolivia): III, 1134.
Charque, alimento seco: I, 135, 169.
Charula, capilla, provincia de Sicasica (Bolivia): III, 1140.
Chascomús, localidad de las pampas: II, 642.
Chaticó, laguna de las pampas: II, 655.
Chayanta, aldehuela, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1568.
Chayanta, montaña de Bolivia: IV, 1568.
Chayanta, provincia de Bolivia: IV, 1625.
Chicha, bebida fermentada: III, 1146, 1157; IV, 1438.
Chile, república: III, 1014; IV, 1747.
Chillapata, aldea de la provincia de Poopo: IV, 1650.
Chilón, localidad, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1179.
Chimoré, río de Moxos: IV, 1569.
Chinas, guijarros de la Patagonia: II, 709.
Chinchilla: IV, 1671.
Chinchiri, aldehuela, provincia de Ayopaya (Bolivia): III, 1148.
Chinganas, danzas de Chile: III, 1017.
Chipana, antiguo cacique de los quichuas: III, 1153.
Chipiriri, río de Moxos: IV, 1569.
Chiqui, isla del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1690, 1694.
Chiquina, localidad, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1674.
Chiquipa, isla del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1698.
Chiquitos, nacionalidad de indios bolivianos: III, 1267, 1280; IV, 1366.
Chiquitos, provincia del departamento de Santa Cruz (Bolivia): III, 1255; IV, 1361.
Chirca, árbol cuya corteza sirve para teñir: I, 209.
Chiriguana, miel de avispas: III, 1232.
Chiriguanos, tribu de la nacionalidad guaraní en Bolivia: III, 1190, 1221, 1237.
Chitiopa, laguna, provincia de Chiquitos: IV, 1365.
Chochis, montaña de Chiquitos: III, 1306.
Cholas, mestizas de india y español en Bolivia: III, 1091.
Cholechoel, isla en el Río Negro de la Patagonia: II, 719, 779.
Cholos, mestizos de indios: IV, 1624.

Choluncoy, aldehuela de Perú: III, 1054.
Chonta, palmera de Santa Cruz: III, 1224.
Choque Camata, río de (Bolivia): IV, 1532.
Choquecota, localidad de Carangas (Bolivia): IV, 1657.
Choqueyapu, antigua denominación de La Paz (Bolivia): III, 1084.
Choquetanga, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Chorillo, valle del departamento de Potosí: IV, 1630.
Chuchio, arroyo en Mojos: IV, 1463.
Chuchu, dios de la guerra de los yuracarés (Bolivia): IV, 1561.
Chucuito, lago sobre los Andes bolivianos: IV, 1679, 1689.
Chulpa, antigua tumba de los aymarás (Bolivia): IV, 1650, 1664, 1672, 1673.
Chulumani localidad, capital de Yungas, Bolivia: III, 1114.
Chunquiaguillo, yacimiento aurífero en Yungas (Bolivia): III, 1122.
Chuntaquiros, tribu de Bolivia: IV, 1709.
Chuño, papas heladas y secadas: III, 1057, 1131.
Chupé, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1111.
Chupiamonas, río, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705.
Chuquichambi, aldea, provincia de Crangas (Bolivia): IV, 1672.
Chuquiraga, planta de las montañas de Bolivia: IV, 1616.
Chuquisaca, ciudad capital de Bolivia: IV, 1618, 1619.
Churlakin, cacique de los patagones: II, 866.
Chuspa, bolsa en la cual los aymarás llevan la coca: III, 1091.
Cielo de Chile: III, 1018.
Ciervos en Chiquitos: IV, 1409.
Ciervos en la Patagonia: II, 730.
Ciervos (muy grandes) en Corrientes: I, 265.
Cimbra, instrumento de caza en Corrientes: I, 147.
Cinti, provincia de Bolivia: IV, 1618.
Circuata, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1130.
Cisneros, de Buenos Aires: II, 497.
Clases de la sociedad de Santa Fe: I, 449, 450.
Clisa, localidad del mismo nombre (Bolivia): III, 1165.
Clisa, valle, provincia de Cochabamba: III, 1166.
Clisa, provincia del departamento de Cochabamba: III, 1166.
Coacollo, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Coati, isla del lago de Chucuito llena de monumentos: IV, 1698.
Cobija, puerto de Bolivia: III, 1029.
Coca, hoja que mascan los indios en Bolivia: III, 1054, 1115.
Coca, silvestre, en Valle Grande (Bolivia): III, 1193.
Cochabamba, capital del departamento del mismo nombre (Bolivia): III, 1152; IV, 1517.
Cochabamba, su valle (Bolivia): III, 1153.
Cocos botryophorá: III, 1224.
Código jurado boliviano: III, 1232.
Coimbra, fuerte de Brasil: IV, 1455.
Colcapirqua, localidad de Quillacollo (Bolivia): III, 1157.
Colcha Pampa, antiguo nombre de Cochabamba: IV, 1521.
Colmenares de los Bolivianos: IV, 1600.
Colomi, valle, provincia de Cochabamba (Bolivia): IV, 1515.
Colonia del Sacramento, ciudad del Plata: I, 89.
Colonias en la Patagonia: III, 959.
Colonos españoles en la Patagonia: III, 965.
Colorado, río al borde del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1690.
Coloración de las aguas: I, 191.
Colque, localidad de Carangas (Bolivia): IV, 1657.
Colquiri, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Colla, nombre de los montañeses en Santa Cruz: III, 1201.
Comerciantes de Buenos Aires: II, 517, 518, 534.
Comercio con el Paraguay: I, 351.
Comercio de Buenos Aires: II, 531.
Comercio de Caupolicán (Bolivia): IV, 1732.
Comercio de Chiquitos: IV, 1416.
Comercio de Corrientes: I, 349, 350.
Comercio de la Patagonia: III, 991.
Comercio de los jefes militares en las expediciones: II, 595, 596.
Comercio de los indios de las pampas: III, 920.
Comida (costumbres de Santa Cruz): III, 1189.
Comida de los Yuracarés de Bolivia: IV, 1548.
Concepción, misión de Baurés, en Moxos (Bolivia): IV, 1433, 1434.
Concepción, misión en Chiquitos (Bolivia): III, 1268.
Concesión de tierras en las pampas: II, 601, 602.
Conchas fósiles, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1614, 1615.
Conchas fósiles de la Patagonia: II, 726.
Conde Auqui, mina de plata en Bolivia: IV, 1656.
Condo, localidad, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1657.
Cóndor Apacheta, valle de Oruro (Bolivia): IV, 1650.
Cóndores de la Patagonia: II, 824.
Conductores de mulas en las montañas de Bolivia: III, 1063, 1076, 1187.
Conejos en las costas del Paraná: I, 420, 421.
Confluencia del Guaporé con el Mamoré en Moxos: IV, 1459.
Coni, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1501, 1569.
Conmociones en la Patagonia: II, 884, 885.
Conservación de bosques en Bolivia: IV, 1733, 1734, 1735.
Conspiración de Santa Cruz: III, 1229.
Construcción de casas en las pampas. II, 540.
Contribuciones en Caupolicán (Bolivia): IV, 1711.
Conventos de mujeres en Cochabamba: IV, 1519.
Convoyes de carretas en Corrientes: I, 263, 264.
Convoyes de piraguas en Moxos: IV, 1493.
Copahú o copaiba en Caupolicán: IV, 1715.
Copahú en Moxos: IV, 1584.
Copal en Caupolicán: IV, 1715.
Copiapó, ciudad de Chile: III, 1029.
Coquimbo, ciudad de Chile: III, 1029.
Corachapi, capilla y explotación de minas de la provincia de Sicasica (Bolivia): III, 1137, 1141.
Corcovado, montaña de Brasil: I, 36, 37.
Cordillera, provincia de Bolivia: IV, 1600.
Cordillera Oeste: III, 1056.
Cordillera Este (Bolivia): III, 1105, 1148; IV, 1513, 1521, 1608.
Córdova, obispo de Santa Cruz: IV, 1596.
Coripaloma, montaña en Mizque (Bolivia): III, 1169.

Coripata, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1114.
Cormorans o piqueros, pájaros de la costa de Perú: III, 1024.
Cormorans, pájaros del Paraná: I, 119.
Corocoro, aldea, minas de cobre del departamento de La Paz (Bolivia): III, 1077.
Coronda, aldea sobre las márgenes del Paraná: I, 457.
Coronilla, montaña, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1193.
Corregidor de los chiquitos: IV, 1378.
Correos en Corrientes: I, 359.
Corrientes (Cabo de), sobre las costas de las pampas: II, 694.
Corrientes en Cabo de Hornos: III, 1011, 1012.
Corrientes en el Gran Océano: III, 1028.
Corrientes, provincia: I, 125.
Corrientes, historia: I, 319.
Corrientes, río de Corrientes: I, 420.
Corrientes, ciudad: I, 366.
Corrupción de los chiquitos: IV, 1386.
Corsarios en el Paraná: I, 469, 470.
Costa de Zapata, montaña de Chile: III, 1022.
Costas de Chile: III, 1012.
Costas de la Patagonia: III, 957.
Costumbres en Corrientes: I, 373, 374, 387.
Costumbres de las mujeres de Corrientes: I, 389.
Costumbres de los habitantes de Moxos: IV, 1434.
Cotani, localidad, provincia de Cochabamba (Bolivia): IV, 1515.
Cotoca, localidad, provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1212.
Cotorras en la Cordillera: III, 1056.
Covareca, tribu de Chiquitos (Bolivia): III, 1280, 1292.
Crespo, isla en el Río Negro, Patagonia: II, 705.
Crecidas del Pilcomayo en Bolivia: IV, 1625.
Crecidas periódicas del Paraná: I, 458.
Creencias religiosas de los yuracarés (Bolivia): IV, 1556.
Creencias religiosas en Chiquitos: III, 1281.
Cría de animales en la Patagonia: III, 989.
Cristales de cuarzo sobre las cordilleras: III, 1065; IV, 1665.
Cruces indicando la sepultura de hombres víctimas de jaguares sobre las márgenes del Paraná: I, 425.
Crótalo o serpiente de anillos: III, 1223.
Cruce de ríos en Corrientes: I, 185.
Cruce de ríos en Bolivia: IV, 1609.
Cruceños del campo: III, 1213.
Crucero, aldehuela, provincia de Carangas (Bolivia): IV, 1672.
Crustáceos en Corrientes: I, 334.
Crustáceos en la Patagonia: III, 988.
Cruz de Guerra, fuerte de las pampas: II, 589.
Cruz de Guerra (Laguna de la), en las pampas: II, 594.
Cruz de Guerra (Médano de), dunas de las pampas: II, 591.
Cuaresma en Santa Cruz: III, 1229.
Cuatro Ojos, puente del Piray, cerca de Santa Cruz: IV, 1598.
Cuchi Huasi, localidad de Bolivia: IV, 1628.
Cucich, palmera de Chiquitos: III, 1341.
Cucillo (Río de), provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1612.
Cuciquia, tribu de Chiquitos (Bolivia): III, 1272.
Cuesta de Petaca, montaña de Valle Grande (Bolivia): III, 1194.
Cueros, manera de prepararlos: I, 169.
Cueros curtidos en Chiquitos: IV, 1404.
Cueros curtidos en Moxos: IV, 1584.
Culta, localidad de Bolivia: IV, 1657.
Cultivos sobre las márgenes del lago de Chucuitos: IV, 1690.
Cultivo de tabaco: I, 251.
Cumbrecilla, montaña de Yuracarés (Bolivia): IV, 1508.
Curaca, cacique de indios: III, 1096.
Curaguará, localidad en Carangas (Bolivia): IV, 1657.
Curavés, tribu de Chiquitos: III, 1322.
Curichis, pantanos de Santa Cruz: III, 1260, 1263.
Curucanecas, tribu de Chiquitos: III, 1292.
Curucús, pájaros de Corrientes: I, 200.
Curuminacas, tribu de Chiquitos: III, 1280.
Curupai, árbol con cuya corteza se tiñe (Corrientes): I, 200, 210.
Cusich, palmera magnífica: III, 1269.
Cuyaba, ciudad de Brasil: IV, 1454.

D

Danza de los guarañocas de Chiquitos: III, 1311.
Danza de los indios aymarás de Bolivia: III, 1096.
Danzas de los indígenas de Chiquitos: III, 1278, 1279, 1312; IV, 1393.
Danzas de negros en Montevideo: 1, 72.
Danzas religiosas de los aymarás de Bolivia: IV, 1689.
Dautan, capitán de corsarios de Buenos Aires: II, 695, 708, 715.
Dávila, designado gobernador de Moxos (Bolivia): IV, 1518, 1581.
Delfines de agua dulce en Moxos: IV, 1433.
Delfines sobre la costa de Perú: III, 1037.
De Laforet, cónsul general de Francia en Chile: III, 1024.
Delinguil, montaña de Bolivia: III, 1065, 1066.
Denominaciones de ríos: I, 190, 191.
Desaguadero, fuerte de Bolivia: IV, 1690.
Desaguadero, río sobre las alturas de los Andes (Bolivia): III, 1075; IV, 1650, 1660, 1674, 1690.
Desbordamiento del Río Negro en la Patagonia: II, 881, 882.
Desembocadura del Plata: I, 50.
Desfile de carretas en las pampas: II, 541, 542.
Desierto sobre la costa de Perú: III, 1043.
Desierto sobre las cumbres de la cordillera: III, 1062.
Despoblado, desierto sobre las montañas: IV, 1652.
Despoblado, desierto en las mesetas de las cordilleras: III, 1062.
Diamantino, ciudad del Brasil: IV, 1454.
Diluvio universal de los araucanos: III, 942.
Disposiciones preliminares del autor: I, 14.
Distribución de alimentos en Moxos: IV, 1435.
Distribución de aguas en Tacna: III, 1048.
Distribución de las casas en Buenos Aires: II, 515.
Distribución de lluvias en Bolivia: IV, 1495, 1496.

Diversas aves de las llanuras de la Patagonia: II, 844.
Diversiones de los indios de Caupolicán IV, 1727.
Diversas aves acuáticas sobre el Paraná: I, 425, 453, 454.
Diversas aves acuáticas de Corrientes: I, 152.
Diversos animales de Entre Ríos: I, 442.
Diversos murciélagos de Chiquitos: III, 1264.
División del territorio de Corrientes: I, 358, 359.
Dolores, aldea cercana a Buenos Aires: II, 643.
Don Pedro I, emperador del Brasil: II, 501.
Dorado, río de Santa Cruz (Bolivia): IV, 1599.
Dorado, pez del Paraná: I, 112.
Dorrego, gobernador de Buenos Aires: II, 690.
Duelo de los yuracarés de Bolivia: IV, 1552.
Dunas de arenas en Maldonado: I, 55.
Dunas de arenas en las planicies de las cordilleras: IV, 1653.
Dunas de arenas en las costas de la Patagonia: II, 731, 817.
Du Petit Thouars, comandante del Griffon, en Perú: IV, 1743.
Duraznos Silvestres en Corrientes: I, 285.
Duraznos en los bosques del Paraná: I, 100, 101.

E

Echaurri expulsa a los franceses de Maldonado: I, 60.
Eclipse de luna sobre los Andes: IV, 1740.
Edificios de Corrientes: I, 368.
Educación en Corrientes: I, 362, 363.
Efectos de las aguas sobre las márgenes del Paraná: I, 123.
Efectos del viento sobre las llanuras: I, 434.
Ejército en marcha en Bolivia: IV, 1676.
Elater, insecto luminoso de Montevideo I, 75, 76.
Elefante marino, lobo marino de la costa patagónica: II, 739.
Elefantes marinos o focas de la costa de la Patagonia: II, 735.
Elio, gobernador de Montevideo: I, 70; II, 497.
El tiempo, su división por los araucanos: III, 948.
Embarcación de junco del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1695.
Empedrado, río de Corrientes: I, 150.
Empedrado, villorrio de Corrientes: I, 404, 405.
Emperador de Brasil, encuentro con él: I, 39.
Enfermedades de animales: I, 172, 173.
Enfermedades de los yuracarés: IV, 1555.
Enfermedades de Corrientes: I, 391, 392, 394.
Envenenamiento de indios aucas en la Patagonia: II, 901.
Encadenadas, lago de las pampas: II, 586.
Enjuiciamiento en San Pedro, sobre el Paraná: I, 477, 478.
Espejismo de las planicies de los Andes IV, 1653.
Espejismo de las pampas: I, 78.
Espíritus malignos de los Patagones: II, 770.
Estación de las lluvias en Santa Cruz: III, 1222.
Estatua colosal en Tiaguanaco: IV, 1683.
Estera de las pampas: II, 572.
Esteros en Corrientes: I, 130.
Extracción de piedra en Potosí: IV, 1628, 1639.

F

Foca con crines sobre las costas de la Patagonia: II, 821.
Foca de trompa sobre las costas de la Patagonia: II, 735.
Fosforescencia del mar: I, 29.
Fósiles sobre las márgenes del Paraná: I, 428.
Funcionarios que abusan de sus cargos en las pampas: II, 632.

G

García (Alejo), portugués, entra por primera vez en Chiquitos: III, 1222; IV, 1369.
Gran Diosa, aldea provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1214.
Gritos de las aves de los pantanos: I, 424, 456.
Guacamayos rojos en Corrientes: I, 235.
Guachacalla, población en Carangas (Bolivia): IV, 1657.
Guaicarás, aldea de Corrientes: I, 132.
Gualice, arroyo de las pampas: II, 611.
Gualichu, genio del mal en la Patagonia: II, 759, 836, 838.
Gualillas (Paso de) en Perú: III, 1059.
Guancané, provincia de Perú: IV, 1704.
Guanca Velica, ciudad de Perú: IV, 1633.
Guano, fertilizante de la costa de Perú: III, 1042.
Guanuni, mina de plata en Bolivia: IV, 1656.
Guaporé, río de Moxos (Bolivia): IV, 1451, 1568.
Guarachas, zorros de la Patagonia: II, 733.
Guaraní, antigua lengua de Brasil: I, 42, 43.
Guaraníes en Bolivia: III, 1200, 1201.
Guaraníes vendidos por los portugueses: I, 276.
Guarañocas, tribu de Chiquitos: III, 1311.
Guarapo, bebida hecha con miel: III, 1289.
Guarayito, montaña de Chiquitos: III, 1275.
Guarayos (región de), provincia de Chiquitos (Bolivia): III, 1339.
Guarayos, tribu de guaraníes de Bolivia: III, 1340, 1350.
Guardia del Monte, localidad de las pampas: II, 561.
Guarinas, sobre las márgenes del Chucuito (Bolivia): IV, 1695.
Guata, localidad, provincia de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618
Guatoroch, caucho: III, 1270.
Guayquiraró, río sobre el límite de Corrientes: I, 422.
Guayra, antiguo nombre de las misiones: I, 276
Guazaroca, tribu de Chiquitos: III, 1280.
Guazos, hombres del campo chileno: III, 1018.
Guías en las pampas: II, 561, 575, 590.
Guido (Tomás), ministro de Buenos Aires: II, 691.

H

Habitantes de los campos de Corrientes: I, 385.
Haciendas agrícolas de Yungas (Bolivia): III, 1114.
Hahuachili, antiguo nombre de Capoulicán (Bolivia): IV, 1708.
Harpa de los indios guaraníes: I, 243.

Herboso, obispo de Santa Cruz en 1768: IV, 1579.
Hernandarias, sobre el Paraná: I, 275.
Heroísmo de un niño: I, 175.
Hierra, marca de ganado en los campos: I, 162.
Higuerón, higuera de Moxos: IV, 1465.
Hinojosa, conquistador de Chuquisaca: IV, 1621.
Historia de Chiquitos: IV, 1365.
Historia de Corrientes: I, 319.
Historia de Montevideo: I, 68.
Historia de Moxos: IV, 1571.
Historia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1708.
Holandeses en Buenos Aires: II, 491.
Hombres de color: I, 35.
Hospitalidad de los campesinos: I, 248.
Huachos, huérfanos de Santa Cruz: III, 1233.
Huallamarca, localidad en Carangas (Bolivia): IV, 1657, 1662.
Huallamarca, montaña de Bolivia: IV, 1663.
Huaqui, localidad sobre el lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1689.
Huarinas, localidad de Bolivia: III, 1084.
Huarichona, río de Moxos: IV, 1445.
Huataasis, tribu de Chiquitos: III, 1292.
Huesos fósiles en la Patagonia: II, 826.
Huesos fósiles sobre las barrancas del Paraná: I, 108.
Huevos de tortuga: I, 454.
Huiliches, nombre de los Patagones: II, 778.
Hundimiento de las márgenes del Mamoré en Moxos: IV, 1470.
Hychicollo, mina de plata en Bolivia: IV, 1656.

I

Ibabo, río de Moxos: IV, 1569.
Ibahaí, árbol de buen fruto, de Corrientes: I, 200.
Ibapohí, higuera parasitaria de las palmeras: I, 247.
Ibaporú, fruta de Santa Cruz (Bolivia): III, 1246.
Ibá virá, fruta de Santa Cruz: III, 1246.
Ibá viyú, fruta de Corrientes: I, 250.
Ibá viyú, fruta de Santa Cruz: III, 1246.
Iberá, gran lago de Corrientes: I, 266.
Icho, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1533, 1561.
If, árbol común en Bolivia: III, 1177.
Ilo puerto del Perú: III, 1029.
Illimani, montaña de Bolivia: III, 1069, 1078, 1127; IV, 1663, 1668, 1674, 1676, 1678, 1704.
Importación en Buenos Aires: II, 532.
Impostor vuelto a encontrar en Montevideo: I, 50.
Inaken, patagones del sur: II, 778.
Inca Roca: III, 1170; IV, 1620.
Incendio en el campo: I, 235; II, 559, 600, 604, 727; III, 1178, 1301.
Incendio en las montañas (Bolivia): III, 1152.
Independencia de Buenos Aires: II, 497.
Indígenas de Caupolicán (Bolivia): IV, 1726.
Indigo en Chiquitos (Bolivia): IV, 1403.
Indigo en Moxos: IV, 1586.
Indios amables: I, 460.
Industria bajo los jesuitas en Moxos: IV, 1577:
Industria en Santa Cruz: III, 1250, 1251.
Ingleses en Buenos Aires: II, 491.
Inocentes (día de) en Santa Cruz: III, 1208.
Inquisivi, localidad de Sicasica, Bolivia: III, 1134, 1135.
Insalubridad en los valles: III, 1176.
Insectos en Chiquitos: IV, 1410.
Insectos en Corrientes: I, 334.
Insectos sobre la superficie del agua de mar: I, 44.
Insectos luminosos en la noche: III, 1317.
Insectos penetrantes: I, 214.
Insectos de las pampas: II, 566.
Insectos vueltos a encontrar en las alturas en las salinas de la Patagonía: II, 806.
Instrumentos de música originales de Moxos: IV, 1434.
Intermedios sobre la costa de América: IV, 1742.
Iñesama, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1534
Ipias, montaña de Chiquitos: III, 1306.
Ipuchi río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1562.
Irala, conquistador de Santa Cruz: III, 1237, 1303; IV, 1369.
Irimo, antiguo nombre de Caupolicán (Bolivia): IV, 1708, 1720.
Ririzu, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1507.
Irubicuá, en Corrientes: I, 139.
Irupana, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1115, 1123.
Iruyani, río de Moxos: IV, 1570.
Isallo, pañolón de los indios aymarás: III, 1091.
Isiboro, río de Moxos: IV, 1569.
Isla de Borda, en la Patagonia: II, 717.
Isla de Cholechoel, en el Río Negro: II, 719, 779.
Isla de Crespo, en el Río Negro (Patagonia): II, 705.
Isla Larga en la Patagonia: II, 717.
Isla Rasa en la Patagonia: II, 717,
Isla de las Gamas, en la Patagonia: II, 717.
Isla de los Arroyos, en la Patagonia: II, 717.
Isla de los jabalíes, en la Patagonia: II, 713.
Islas del Paraná: I, 415, 416, 417.
Islas del río Guaporé: IV, 1457.
Islas de los Chanchos en la Patagonia: II, 717, 721.
Islas Malvinas en la Patagonia: III, 962.
Islas, bosques de Corrientes: I, 128, 129.
Islay, puerto de Arequipa, en Perú: III, 1029; IV, 1741.
Itaca, río, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706.
Itá Corá (parque de piedras), en Corrientes: I, 196.
Itapaqué, aldehuela de Santa Cruz: III, 1256.
Itaty, aldea cercana a Corrientes: I, 199.
Itenes, nación de Bolivia: IV, 1458, 1571.
Itenes, río de Moxos (Bolivia): IV, 1451, 1570, 1590.
Iterama o Paracti, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1506.
Itira Pampa, centro de Yuracarés (Bolivia): IV, 1508.
Itonama, nacionalidad de Moxos (Bolivia): IV, 1440, 1571.

Itonama, rio de Moxos: IV, 1440, 1443, 1568.
Ivary, río de Moxos: IV, 1485, 1568.
Ixiamas, localidad en Caupolicán (Bolivia): IV, 1710, 1724.

J

Jacanas, ave acuática: I, 128.
Jaguar: I, 107, 225, 230; IV, 1450.
Jaguar, mula muerta por un: III, 1199.
Jarayes, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1365.
Jaurú, aldea de Brasil: IV, 1455.
Jesuítas en Chiquitos: IV, 1373.
Jesuítas en Moxos, en 1667: IV, 1574.
Jesuítas de las misiones en el Paraguay: I, 274.
Jesuitas en la Patagonia: III, 961.
Jesús del Valle Grande, ciudad de Bolivia: IV, 1605.
Joya, localidad y mina de plata en Oruro (Bolivia): IV, 1657, 1661.
Joya, montaña de Bolivia: IV, 1661.
Juan de la Piedra, fundador de San José (Patagonia): III, 966.
Juan de Soto en Moxos: IV, 1574.
Juan Tapita, río de Bolivia: IV, 1629.
Jugadores de cartas en Buenos Aires: II, 629, 630.
Juncal (Laguna del) en las pampas: II, 646.

K

Kamichi Huppé (camichis moñudos), aves: I, 105, 113.

L

Lacaya, aldea sobre las márgenes del lago Chiquito: IV, 1690.
La Cruz, antigua costumbre caballeresca: III, 1232.
Lacueva, misionero entre los guarayos: III, 1347.
Lago que sirve para dividir las aguas: IV, 1445.
Lagos de los ríos del Paraná: I, 460.
Lagos diversos de Corrientes: I, 126.
Lagos de Guarayos, provincia de Chiquitos: III, 1349.
Lagos salados de la Patagonia: III, 977.
Laguna, ciudad de Bolivia: IV, 1613.
Laguna Brava, cerca de Corrientes: I, 126.
Laguna de Mercedes, en Tenerife: I, 27.
Laguna de Galván, en las pampas: II, 583.
Laguna del juncal, en las pampas: II, 646.
Laguna de los Migueleños, en Chiquitos: III, 1296; IV, 1364, 1365.
Laguna Grande, en la Patagonia: II, 790.
Lagunillas, aldehuela de Bolivia, departamento de Potosí: IV, 1629.
Lagunillas, aldehuela en Oruro (Bolivia): IV, 1644, 1645.
Laja, localidad cercana a La Paz (Bolivia): IV, 1679.
Lambaiva, árbol de Moxos: IV, 1463.
Lambaiva, fruta de Santa Cruz: III, 1264.
Langostas de Corrientes: I, 201.
Lanza, general del ejército independiente: III, 1144.
Lanza, ciudad de Yungas (Bolivia): III, 1115, 1123.
Lapacho, árbol de flor roja: I, 200.
La Paz, ciudad de Bolivia, capital de departamento: III, 1081.
Lara (Punta de), en el Plata: II, 688.
Larata (Laguna de), cerca de Cochabamba (Bolivia): III, 1160.
Las Abras, montaña en Valle Grande (Bolivia): III, 1192.
Las Bacas, montañas de Yungas (Bolivia): III, 1132.
Las Conchas, localidad próxima a Buenos Aires: I, 479.
Las Peñas, población próxima a La Paz (Bolivia): IV, 1649.
Las Saladas, localidad de las pampas de Buenos Aires: II, 559.
Las Vacas, localidad de la Banda Oriental: I, 90.
Laurani, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Lavalle (general) de Buenos Aires: I, 448; II, 511, 690.
Lavalleja (general) de Montevideo: I, 72; II, 501.
Lázaro de Ribera, gobernador de Moxos: IV, 1579.
Lengua guaraní en Corrientes: I, 363, 364.
Lenguas, nacionalidad del Gran Chaco: I, 298.
Leñas, poste de Bolivia: IV, 1643.
Leyes sin cumplirse en Buenos Aires: II, 523.
Liebre de las pampas: II, 650, 710.
Límites de la campaña de Corrientes: I, 178, 179.
Limón, aldehuela, provincia de Valle Grande (Bolivia): IV, 1605.
Limón, montaña de Valle Grande (Bolivia): IV, 1605.
Liniers, virrey de Buenos Aires: II, 494.
Lisos, árbol de Moxos: IV, 1463.
Livilivi, localidad, provincia de Yamparaés: IV, 1618.
Llacota, poncho de los aymarás de Bolivia: III, 1090.
Llanquera, villorrio, provincia de Carangas: IV, 1673.
Llicla, localidad de la provincia de Poopo (Bolivia): IV, 1657.
Lloco Lloco, localidad cerca de La Paz (Bolivia): IV, 1679.
Lluta, valle de Perú: III, 1044, 1060.
Lluvias en Corrientes: I, 123, 236.
Lluvias en Moxos: IV, 1495.
Lluvias periódicas en las montañas de Bolivia: IV, 1617.
Lluvias en Caupolicán (Bolivia): IV, 1707.
Lluvias continuas en Yuracarés: IV, 1497.
Lluvias periódicas en las montañas: IV, 1617.
Lobo de aceite, foca de la costa de la Patagonia: II, 739.
Lobo rojo en Corrientes: I, 269.
Lobos marinos en la desembocadura del Plata: I, 45.
Lobos, aldea de las pampas: II, 545, 632.
Locro, guiso de Santa Cruz: III, 1216.
Loma, localidad de la provincia de Yamparaés: IV, 1618.
Lomas, región de colinas en Corrientes: I, 129.
López, gobernador de Santa Fe: I, 448.
Loreras, mujeres cazadoras de cotorras en Corrientes: I, 127.
Loreto, misión en Moxos (Bolivia): IV, 1490.
Loro, aldehuela, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1611.
Los Obrajes, localidad en La Paz (Bolivia): III, 1083, 1103.
Los Olivos, villorrio cercano a Buenos Aires: I, 481.
Lucha de las misiones: I, 219.

Lucha de un jaguar con un toro: I, 225.
Lugares de Buenos Aires: II, 515.
Lugares de Corrientes: I, 367.
Luján, localidad de las pampas de Buenos Aires: I, 561.
Lujón, su indolencia en las misiones: II, 277.
Luna (Rincón de), en Corrientes: I, 160.

M

Machacamarca, río de Bolivia: III, 1144.
Machacamarca, localidad de Apopaya (Bolivia): III, 1144.
Machia, cascada de Yuracarés (Bolivia): IV, 1506.
Machis, médicos de los araucanos: III, 935.
Machuis, tribu de Bolivia: IV, 1709.
Machupo, río de Moxos: IV, 1446, 1568.
Madera para quemar de Bolivia: IV, 1626.
Maderas para construcción en Corrientes: I, 352.
Maderas para construcción de Bolivia: IV, 1414.
Maderas para ebanistería de Moxos: IV, 1587.
Maderas de ebanistería en Caupolicán: IV, 1729.
Maderas petrificadas sobre las márgenes del Paraná: I, 428.
Madidi, río, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706.
Magallanes, en la Patagonia: III, 958.
Maiz del agua, planta magnífica: I, 294.
Maíz mascado, maíz apisonado para hacer chicha: III, 1146.
Maldonado en la desembocadura del Plata: I, 55 a 63.
Maloya, pantanos de Corrientes: I, 150, 288, 289.
Malvinas, islas: III, 962.
Mamelucos, habitantes, San Pablo en las misiones: I, 219, 276.
Mamelucos de Chiquitos: IV, 1374, 1375.
Mamíferos de Caupolicán: IV, 1728.
Mamíferos de Chiquitos: IV, 1407.
Mamíferos de Corrientes: I, 327, 328.
Mamoré, río de Moxos: IV, 1463, 1568.
Manantiales de Napostá, en las pampas: II, 657.
Mandurria, especie de ibis: I, 118.
Manera de sujetar los caballos en las pampas: II, 574.
Manera de hablar lenta en Corrientes: 1, 364.
Manera de remar de las nacionalidades de Moxos: IV, 1489.
Maniquíes, nacionalidad de Bolivia: IV, 1531.
Mansilla (general), en Montevideo: I, 74.
Mansiños, antecesores de los yuracarés (Bolivia): IV, 1541, 1561.
Manso, capitán de Santa Cruz: IV, 1371.
Manzanos, en Chuquisaca (Bolivia): IV, 1619.
Mañana en Buenos Aires: II, 518.
Mar Chiquita, laguna de las pampas: II, 590.
Mar Pacífico: III, 1012.
Mara o liebre de las pampas: II, 650, 710.
Maravo, río de Moxos: IV, 1596.
Marca del ganado en Corrientes: I, 163, 167.
Marcelino de la Peña, gobernador de Chiquitos: III, 1295, 1336, 1337
Marihuí, mosca que pica durante el día: III, 1197.
Mariano (Laguna de), en las pampas: II, 645.
Mariquita, danza de Santa Cruz: III, 1205.
Mármoles de Bolivia: IV, 1642.
Mármoles negros, islas del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1693.
Maroma, cuerda suspendida para el cruce de ríos: IV, 1610.
Maropas, nacionalidad de Bolivia: IV, 1472, 1571.
Martineta, ave de la Patagonia: II, 751.
Martínez, en Montevideo: 1, 69.
Martín Garcia, fuerte a la entrada del Uruguay: 1, 91.
Martín Pescador, ave: I, 227.
Martín Rodríguez, de Buenos Aires: I, 499.
Masacre de Guaycurús en el Paraguay: I, 300, 301.
Mataca, río de Bolivia: IV, 1629.
Malaguas, nombre de los extranjeros en Apolo: IV, 1716.
Mate, en Corrientes: 1, 136.
Matico, planta medicinal de Bolivia: III, 1121.
Maticos, ave de Chiquitos: IV, 1409.
Matto Grosso, ciudad de Brasil: III, 1336.
Matto Grosso, estadística: IV, 1454.
Maure, río de las mesetas bolivianas: III, 1066.
Mayo (25), fiesta política: I, 144, 145.
Maypuba, río de Santa Cruz (Bolivia): IV, 1599.
Mbocobis, indios: I, 451.
Médano, duna de las pampas: II, 585, 591, 593, 617.
Médano del Buey, duna en las pampas: II, 611.
Médano Monigotes, duna en las pampas: II, 591, 593.
Médanos de la Cruz de Guerra, dunas de las pampas: II, 593.
Médanos de la Sed, dunas de las pampas: II, 617.
Médanos de Ocá, dunas de las pampas: II, 610.
Médanos de los pozos de Piche, dunas de las pampas: II, 584.
Médanos de Rojas, dunas de las pampas: II, 619.
Medidas de las tierras en las pampas: II, 607.
Medios curativos en Caupolicán: IV, 1730.
Megacéfalos, insectos nocturnos: I, 232.
Megaterio en Luján y al sur de las costas del Paraná: I, 461.
Meguilla, río de Yungas (Bolivia): III, 1128.
Mendoza (Alonzo), fundador de La Paz (Bolivia): III, 1084.
Mendoza, conquistador en el Plata: II, 488.
Mercurio, su empleo en la explotación de minas: IV, 1633.
Meteorología de la Bahía Blanca: II, 679.
Mexillones, bahía sobre la costa de Bolivia: III, 1028.
Mezcla de población en Corrientes: I, 372.
Mezcla de razas en las pampas: II, 573, 574.
Mica utilizada para adornar las iglesias de Chiquitos: III, 1266.
Mica, sus yacimientos en Chiquitos: III, 1287.
Miel de Chiquitos: III, 1289.
Migración de aves en Moxos: IV, 1470.
Migueleños, laguna de los, en Chiquitos: III, 1296; IV, 1364, 1365.
Milicia de campaña en las pampas: II, 561.
Milila, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1507.
Militares (su conducta) en Buenos Aires: II, 561.

Militares, su aspecto y su disciplina en Buenos Aires: II, 567.
Milluhuala, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1114.
Millu Mayo, río de Bolivia: IV, 1508.
Minas, el trabajo forzado en ellas: III, 1085.
Minas de hierro en Moxos: IV, 1587.
Minas descubiertas en Potosí: IV, 1621, 1631.
Miraflor, valle cercano a Potosí: IV, 1639.
Miranda, fuerte de Brasil: IV, 1455.
Misión, su orden: III, 1288.
Misiones, provincia: I, 275.
Mita, trabajo de las minas en Perú: III, 1086.
Mitología de los yuracarés (Bolivia): IV, 1556.
Mizque, provincia de Cochabamba (Bolivia): III, 1166.
Mizque, río (Bolivia): III, 1171.
Mobiliarios de Corrientes: I, 370.
Mocetenes, indígenas de Bolivia: IV, 1529.
Mocetenes, río de Bolivia: IV, 1706.
Mococas, tribu de Chiquitos: III, 1272.
Moderno lavadero de oro en Suches (Bolivia): IV, 1712.
Mojocoya, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Mojos, río de la provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705.
Mojotorillo, localidad del departamento de Potosí: IV, 1630.
Mojotoro, localidad de la provincia de Yamparaés: IV, 1618.
Moleto, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1535, 1562.
Molino, río de Moxos: IV, 1568.
Molinos (Los), aldehuela del departamento de Potosí: IV, 1640.
Moluscos de agua dulce: I, 79.
Moluscos de Chiquitos: IV, 1410.
Moluscos de Corrientes: I, 334.
Momias naturales en Bolivia: IV, 1666, 1673.
Monigotes (Médanos), dunas de las pampas: II, 591, 593.
Moneda de Potosí: IV, 1635.
Monos de Corrientes: I, 122.
Monos de Moxos: IV, 1497.
Monos nocturnos en Moxos: IV, 1433.
Montañas de Cobija (Bolivia): IV, 1964.
Montañas de Apolo Bamba: IV, 1704.
Montañas de Brasil: I, 32.
Monte (Laguna del), en las pampas: II, 620.
Monte Grande, bosque, en Santa Cruz (Bolivia): III, 1199.
Montera, peinado de las mujeres aymarás: III, 1091.
Montero, jefe de los araucanos, fusilado por Rosas: II, 665, 673.
Montevideo, ciudad: I, 49, 63, 72; III, 1003.
Moocho río de Moxos: IV, 1568.
Morochata, localidad, provincia de Ayopaya (Bolivia): III, 1147.
Mororoma, dios del trueno de los Yuracarés (Bolivia): IV, 1561.
Morotocas (cos), tribu de Chiquitos: III, 1331.
Morro, montaña de Arica, Perú: III, 1038.
Motacus, palmera de Santa Cruz: III, 1199.
Motosolo, río de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705.
Molino de caña de azúcar: I, 130.
Mosquitos en Corrientes: I, 112, 120, 227, 229; II, 583.
Movia (Río de), en Bolivia: IV, 1532.
Movima, nacionalidad de Moxos: IV, 1472, 1571.
Moxos, localidad de Caupolicán (Bolivia): IV, 1709, 1715.
Moxos, nacionalidad de Bolivia: IV, 1571.
Moxos, superficie y límites: IV, 1567.
Moxos, su situación en 1767: IV, 1579.
Moxos, ríos de la provincia: IV, 1568, 1569.
Muchojeones, nacionalidad de Bolivia: IV, 1571.
Muchos Pozos (Laguna de los), en las pampas: II, 623.
Muerte de un yuracaré: IV, 1556.
Mulas (sus instintos) en las montañas: III, 1139.
Mulita, especie de tatú: II, 645.
Multiplicidad de lenguas: IV, 1467.
Muñecas, provincia de La Paz (Bolivia): IV, 1706.
Muñol, cacique de las pampas: II, 677.
Murciélagos por miríadas en Carmen de Moxos: IV, 1430.

N

Napostá, arroyo de las pampas: II, 656.
Naranjal, aldehuela, provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1219.
Naranjales en los bosques del Paraná: I, 100, 101.
Naufragio en el Plata: II, 687.
Naufragios sobre las costas de la Patagonia: II, 719, 720.
Navarro, localidad de las pampas: II, 547, 559, 793.
Navegación en Caupolicán: IV, 1737, 1738.
Navegación en Moxos: IV, 1597.
Navegación, de Chiquitos a Buenos Aires: III, 1325; IV, 1419.
Navegación en el Paraná: I, 292.
Naves entradas en Buenos Aires: II, 531.
Naves desaparecidas en la Patagonia: II, 719, 727, 824.
Navidad, fiesta en Chuquisaca: IV, 1624.
Negro, río de Moxos: IV, 1435.
Negro, río de la Patagonia: II, 697, 698.
Negro, río próximo a Corrientes: I, 190.
Negros muertos de frío en la Patagonia: II, 830.
Nevado de Sorata, montaña de Bolivia: III, 1069.
Nieve en el Este de la Cordillera (Bolivia): IV, 1513, 1522.
Nidos de pájaros en Maldonado: I, 57.
Nidos de pájaros colgando de ramas: I, 426, 427.
Niguá, insecto penetrante: I, 214; III, 1234.
Niyuta, montaña de Perú: III, 1038, 1061.
Noches con mosquitos en Moxos: IV, 1430.
Nubilidad de las mujeres yuracarés: IV, 1552.
Nuestra señora de la Misericordia, misión en Brasil: IV, 1455.
Nuevo Mundo, montaña, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1612.
Nuflo de Chaves en las misiones: I, 293.
Nuflo de Chaves en Chiquitos: III, 1237, 1303; IV, 1371.
Núñez Cabeza de Vaca en Chiquitos: IV, 1369.
Nutrias de río en el Paraná: I, 123, 441.

Ñ

Ñacurutú, ave nocturna: I, 113, 404.
Ñandú, avestruz de América: I, 84; II, 872.

O

Objetos de cuero fabricados en Moxos: IV, 1584.
Ocá (Médano de), duna de las pampas: II, 610.
Oca, especie de oxálida de Bolivia: IV, 1662.
Océano Atlántico, atravesado en Río de Janeiro: I, 28.
Océano Pacífico: III, 1028; IV, 1741.
Ocovaya, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1115, 1123.
Ojota, sandalia de los indios aymarás: III, 1091.
Olivares sobre la costa de Perú: III, 1046; IV, 1743.
Olas en Mamoré (Moxos): IV, 1496.
Ondu, danza de Santa Cruz (Bolivia): III, 1204.
Opaña, villorrio próximo a La Paz (Bolivia): III, 1104
Oración de la tarde en viaje a Moxos: IV, 1494.
Oración de la tarde en Chiquitos: II, 655.
Organito, pájaro cantor de Bolivia: IV, 1525.
Oro, lavaderos de las minas: IV, 1526.
Oro, minas del río de Motosolo (Bolivia): IV, 1705.
Oro (trazas en Chiquitos): IV, 1293.
Oropesa, antiguo nombre de Cochabamba: III, 1154.
Orotava (Tenerife): I, 21.
Ortiz (Banco de), en el Plata: II, 692, 693.
Oruro, departamento de Bolivia: IV, 1647, 1653.
Oruro, minas de plata y estaño en Bolivia: IV, 1656.
Oruro, ciudad capital del departamento: IV, 1652, 1653.
Ossorio (Luis de): III, 1153.
Otukés, tribu de Chiquitos: III, 1322.
Ovejas en Moxos: IV, 1586.
Ovejas de las cordilleras: III, 1070.

P

Pacaguara, nacionalidad de Bolivia: IV, 1571.
Pacajes, provincia de La Paz (Bolivia): III, 1072.
Pacelia, localidad, provincia de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Pacha, legislador indio: IV, 1720.
Pachaví, aldehuela, provincia de Carangas (Bolivia): IV, 1665.
Pachaví, quebrada de Bolivia: IV, 1667.
Pachia, localidad de Perú: III, 1052.
Pacoani, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Pacu, aldehuela de Santa Cruz: III, 1210.
Pacus, pez de Bolivia: IV, 1563.
Padilla (Diego de), fundador de la ciudad de Oruro: IV, 1656.
Padilla, ciudad de Bolivia: IV, 1613.
Paiconeca, tribu de Chiquitos: III, 1272.
Paititi en Chiquitos: IV, 1370.
Pajonales, pantanos de las pampas: II, 571.
Palacios, río de Santa Cruz (Bolivia): IV, 1598.
Palantelén (Laguna de), de las pampas: II, 576.
Palca, localidad de Perú: III, 1055.
Palca, localidad de Bolivia, cercana a La Paz: III, 1105.
Palca, localidad, provincia de Yamparaés: IV, 1618.
Palca Grande, provincia de Cochabamba (Bolivia): III, 1145.
Palma real, palmera hermosa de Chiquitos: III, 1273.
Palmares, bosque de palmeras: III, 1298.
Palmeras de Caupolicán: IV, 1729.
Palmeras de Chiquitos: IV, 1411.
Palmeras diversas de Moxos: IV, 1448.
Palmera trepadora de Moxos: IV, 1435.
Palmera pindo: I, 120.
Palomas diversas de Bolivia: III, 1134, 1144.
Palomas salvajes de la Patagonia: II, 854.
Palometa, pez del Paraná: I, 112.
Palometas, río, provincia de Santa Cruz: III, 1243; IV, 1598.
Palometas, localidad de Santa Cruz (Bolivia): IV, 1598.
Palta Cueva, cordillera Este, de Bolivia: IV, 1514.
Pampa Aullagas, localidad en Poopo (Bolivia): IV, 1657.
Pampa Grande, valle, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1187.
Pampa Grande, localidad de Valle Grande (Bolivia): III, 1185.
Pampa Ruiz, aldehuela, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1611.
Pampas, definición de esta palabra: I, 90.
Pampas, nombre dado a los araucanos de las pampas: III, 912.
Pampas, llanuras de Buenos Aires: I, 476; II, 571.
Pampa Tupili, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1717.
Pampero, viento del sudoeste en las pampas de Buenos Aires: I, 46; II, 686.
Pan de Azúcar, montaña de Maldonado: I, 57.
Pan de Azúcar, montaña de Brasil: I, 38.
Pan de Buenos Aires: II, 517.
Panza, lago sobre la cordillera de Bolivia: III, 1075; IV, 1650.
Papa lisa, nueva especie de papa: IV, 1662.
Paracti, río de la región de los Yuracarés: IV, 1506, 1569.
Paraguay, río. IV, 1362.
Parahiva, tribu de Brasil: I, 42.
Paraná, río: I, 99.
Paraná de las Palmas, brazo del Paraná: I, 99.
Parapiti, río de Santa Cruz: III, 1243.
Parchappe (M.), su viaje: II, 495, 539.
Parco (lago de), provincia de Clisa (Bolivia): III, 1166, 1167.
Paredón, localidad, provincia de Clisa (Bolivia): III, 1166.
Pareja, arroyo de las pampas: II, 657.
Pari, aldehuela, provincia de Santa Cruz: III, 1212.
Paria, localidad, provincia de Oruro (Bolivia): IV, 1657.
Paria, río sobre la meseta boliviana: IV, 1659.
Pariti, isla del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1689, 1694.
Parlamento, consejo de indios en las pampas: II, 654.
Paroissien, general de Bolivia: IV, 1635.
Partida de Francia: I, 18.
Partido (Médano), duna de las pampas: II, 586.

Pascanas, paradas en los viajes: III, 1067, 1193.
Pascua de Natividad, fiesta en Chuquisaca: IV, 1624.
Pascuas en Santa Cruz: III, 1231.
Paso, localidad, provincia de Cochabamba (Bolivia): III, 1157.
Pasorapa, localidad, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1176.
Pata, río de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705.
Pata, localidad de Caupolicán (Bolivia): IV, 1709, 1714, 1715.
Pataca Chulpa, cien tumbas, en Bolivia: IV, 1673.
Patagón, nacionalidad de la Patagonia: II, 759, 773, 856.
Patagones, nombre colonia de Carmen de Patagones: III, 968.
Patagonia, historia de su descubrimiento: III, 957.
Patatani, población cerca del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1695.
Pato real: I, 119.
Paunacas, tribu de Chiquitos: III, 1272.
Paurito, localidad, provincia de Santa Cruz: III, 1211, 1246.
Pavas del monte, pájaro: I, 227.
Payla, aldehuela, provincia de Santa Cruz: III, 1257.
Paz de Ayacucho, ciudad de Bolivia: III, 1089: IV, 1678.
Paz entre Buenos Aires y Brasil: II, 509.
Pecarí o jabalí de América: I, 197.
Peces que abundan en Caupolicán. IV, 1729.
Peces de Chiquitos: IV, 1410.
Peces de Corrientes: I, 333.
Peces de la Patagonia: III, 987.
Peces de Santa Cruz: III, 1245.
Peces del Paraná: I, 112.
Peces voladores en el Océano Pacífico: III, 1037.
Pedro Primero, emperador del Brasil, su reencuentro: I, 39.
Pehuenches, tribu de ataucanos: III, 910, 911.
Pejerrey, pez de la costa patagónica: II, 737.
Pejichi, tatú que vive en Santa, Cruz: III, 1227.
Pelechuco, localidad de Caupolicán (Bolivia): IV, 1704, 1705.
Pelícano de la costa de Perú: III, 1042.
Pelota, embarcación hecha con cuero de vacuno. I, 159.
Pelota (Paso en): I, 186.
Peludo, especie de tatú: II, 645.
Pemanas, bebida fermentada de Chiquitos: III, 1284.
Penancurez, fundador de Chuquisaca: IV, 1620.
Penoquis, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1374.
Peña (Marcelíno, de la), gobernador de Chiquitos: IV, 1389.
Peñas (Las), en la provincia de Poopo (Bolivia): IV, 1649.
Peones, trabajadores de campo: I, 130, 255.
Pepezu, dios del viento para los Yuracarés (Bolivia): IV, 1561.
Pepita de oro muy grande en Bolivia: III, 1122.
Perdices en Montevideo y en la Banda Oriental: I, 84.
Periodicidad de las lluvias en las montañas: IV, 1617.
Perro guardián de una tropilla: I, 182.
Perro perdiguero, cazador de perdices: I, 213.
Perro salvaje: I, 402.
Perros muertos todos los años en Buenos Aires: II, 524.
Pesca en medio de Barbaseo: III, 1287.
Pescado, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Pescado, río, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1614.
Petaca, montaña de Bolivia: III, 1194; IV, 1601.
Pico de Tenerife: I, 22.
Pie de Gallo, mina de plata en Bolivia: IV, 1656.
Pichi, especie de tatú de las pampas: II, 653, 711.
Picunches, indios del Sur: III, 911.
Pilar, localidad de Brasil: IV, 1455.
Pilcobamba, río de la provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705, 1714.
Pilcomayo, río de Bolivia: IV, 1616, 1627, 1640, 1643, 1646.
Pimientos, manera que los comen en Bolivia: IV, 1679, 1680.
Pincheira entre los araucanos: II, 647.
Piqueros, pájaros de la costa de Perú: III, 1042.
Piques, mosquito penetrante de Corrientes: I, 214, 215.
Piraguas de Moxos: IV, 1427.
Piratas en el Paraná: I, 469, 470.
Piray, río de Moxos: IV, 1569, 1597.
Piray, río de Santa Cruz: III, 1194, 1226.
Pirucilla, aldehuela, provincia de Valle Grande: IV, 1605.
Pisco, puerto de Perú: III, 1029.
Pitajaya, fruta de Santa Cruz:: III, 1246.
Pitajaya, aldehuela, provincia de Santa Cruz: III, 1211.
Pizarro (Francisco), conquistador: IV, 1620.
Planicies de la Patagonia: II, 709, 814, 837.
Planicies de Moxos: IV, 1427.
Planicies inundadas de Moxos: IV, 1442.
Plantas aromáticas de Bolivia: IV, 1607.
Plantas cultivadas de Corrientes: I, 353.
Plantas de los alrededores de Montevideo: I, 54.
Plantas de las regiones elevadas de Bolivia: IV, 1639.
Plantas marítimas en las montañas de Bolivia: IV, 1609.
Plantas medicinales de Caupolicán (Bolivia): IV, 1730.
Plata (La), ciudad capital de Bolivia: IV, 1621.
Plata (minas): IV, 1656, 1658.
Plata piña, plata virgen: II, 495.
Población de Buenos Aires: II, 526.
Población de Chiquitos: IV, 1390, 1391.
Población de Corrientes: I, 348.
Población de la provincia de Caupolicán: IV, 1725, 1726.
Población de Moxos: IV, 1581, 1582.
Población de Santa Cruz: III, 1246, 1247.
Pocolualle, localidad próxima a Tacna (Perú): III, 1051.
Pocona, localidad, provincia de Mizque: III, 1170.
Policía de Corrientes: I, 361.
Pomabamba, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Poopo, localidad, capital de provincia de Bolivia: IV, 1657.
Poopó, localidad, provincia de Yamparaés: IV, 1618.
Poopo, provincia del departamento de Oruro (Bolivia): IV, 1648.
Popham, en Maldonado: I, 61.
Popham, en Buenos Aires: II, 494.
Porco, montaña de Bolivia: IV, 1638.
Porongo, localidad de Santa Cruz: III, 1246.

Poroma, localidad, provincia de Yamparaes: IV, 1618.
Porpitas en el Océano Atlántico: I, 29.
Portachuelo, localidad de Santa Cruz: III, 1246; IV, 1599.
Porteños, habitantes de Buenos Aires, sus maneras: II, 520.
Potosí: montaña del lado de las minas: IV, 1637.
Potosí, minas descubiertas: IV, 1621, 1632.
Potosí, ciudad capital de departamento: IV, 1628, 1632.
Potrero Largo, llanura, provincia de Chiquitos: III, 1262.
Potrero de Upayares, llanura, provincia de Chiquitos: III, 1262.
Potrero de Yupees, en Chiquitos: III, 1309.
Potreros, cercos naturales: III, 1210, 1223.
Poturero, tribu de Chiquitos: III, 1322.
Pozos de Piche (Médanos de los), dunas de las pampas: II, 584.
Pregoneros nocturnos en Chile: III, 1018.
Presidio, lugar de deportación en la Patagonia: III, 968.
Presto, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Primero de año: II, 692.
Primeras tierras utilizadas: I, 19.
Príncipe de Beira, fuerte de Brasil: IV, 1454.
Primavera en Chiquitos: III, 1313.
Primavera en Corrientes: I, 192.
Prisioneros en Corrientes: I, 360.
Procellaria pelagica, ave: I, 19.
Procesión en Chiquitos: III, 1282.
Productos industriales de Moxos. IV, 1583.
Producto de las minas de Potosí: IV, 1633.
Productos de la provincia de Moxos: IV, 1584.
Productos de las estancias de Buenos Aires: II, 554, 557.
Productos de exportación de Moxos: IV, 1589.
Productos industriales de Chiquitos. IV, 1403.
Productos industriales de Caupolicán (Bolivia): IV, 1731.
Productos naturales de Chiquitos: IV, 1406, 1407.
Productos naturales de Moxos: IV, 1585.
Pucara, localidad de Valle Grande (Bolivia): IV, 1607.
Pucara, antigua fortaleza de los indios aymarás: IV, 1665, 1668.
Pucarani, localidad próxima a La Paz (Bolivia): IV, 1701.
Puelches, nacionalidad de las pampas: II, 771, 787; IV, 947.
Puente Grande, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705, 1714.
Puente Grande, río de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705, 1714.
Puente de los sirianós sobre el Piray (Bolivia): IV, 1597.
Puerto Deseado, en la Patagonia: III, 963.
Puerto de la Unión, en la Patagonia: II, 717.
Puerto La Mar, puerto de Bolivia: III, 1031.
Pulperías, tabernas de Buenos Aires: II, 541, 542.
Pulquina, aldehuela, en Valle Grande (Bolivia): III, 1181, 1182.
Pulquina, río, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1182.
Punata, localidad, provincia de Clisa (Bolivia): III, 1166.
Puna Brava, lugares altos y fríos: III, 1138, 1167.
Punta Atalaya, cabo del Plata: II, 693.
Punta de la Memoria, cabo del Plata: II, 693.
Punta de la Pantomima, en la costa de la Patagonia: II, 793.
Punta del Indio, cabo del Plata: II, 693.
Punta del Infierno, cabo en la Patagonia: II, 713.
Punta del Elefante, cabo en la Patagonia: II, 720.
Punta de Santiago, cabo del Plata: II, 692.
Punta Gorda, cabo sobre el Paraná: I, 444.
Punta Lara, cabo del Plata: II, 688.
Punta Negra, cabo en la desembocadura del Plata: I, 45, 57.
Punta Piedras, cabo en el Plata: II, 693.
Punta Piedras, cabo sobre la costa de la Patagonia: II, 731.
Punta Rasa, en la costa de la Patagonia: II, 696, 731, 733.
Punta Rubia, cabo sobre la costa de la Patagonía: II, 696.
Puquio, aldehuela de Santa Cruz (Bolivia): IV, 1598.
Puyo Cucho, antiguo nombre de Pelechuco (Bolivia): IV, 1708.

Q

Quebaya, isla del lago de Chucuito: IV, 1690, 1693.
Quebrada de las Animas, cerca de La Paz (Bolivia): III, 1104.
Quebrada de Muelles, próxima a Tacna (Perú): III, 1045, 1046.
Quebrada de Palca, quebrada de Perú: III, 1053.
Quebrada del Escrito, próxima a Tacna (Perú): III, 1045.
Quebrada de los Gallinazos, sobre la costa de Perú: III, 1045.
Quebrada Honda (Bolivia): IV, 1629.
Quebrada Seca, próxima a Chuquisaca (Bolivia): IV, 1627.
Quecubu, espíritu maligno de los araucanos: II, 770.
Quequén, arroyo de las pampas: II, 650.
Querandís, tribu de araucanos en las pampas: III, 912.
Querencia (Laguna de la), en la Patagonia: II, 838.
Quichuas, indios de Bolivia: III, 1152, 1158; IV, 1529.
Quila Quila, localidad de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Quila Quila, montaña de Yungas (Bolivia): III, 1124, 1125.
Quillacas, localidad, provincia de Poopo (Bolivia): IV, 1657.
Quillacollo, localidad, capital de la provincia del mismo nombre (Bolivia): III, 1152.
Quillacollo, provincia de Cochabamba (Bolivia): III, 1151.
Quilmes, localidad de Buenos Aires: II, 690.
Quinina (estimulante nervioso) en Caupolicán (Bolivia): IV, 1701.
Quintas, lugares habitados de Buenos Aires: II, 554.
Quioma, mina de plata: III, 1177.
Quiquive, río de Moxos (Bolivia): IV, 1472.
Quirquincho, tatú de, la Patagonia: II, 711, 712.
Quisere, lago de la provincia de Chiquitos: IV, 1365.
Quisere, río, provincia de Chiquitos: III, 1265.
Quitemocas, tribu de Chiquitos: III, 1272.
Quituriqui, danza de Chiquitos: III, 1279.

R

Ramada, parada en Chiquitos: III, 1274.
Ramada para pasar la noche: I, 129, 255.
Rancho, cabaña de los gauchos: I, 85.
Ranqueles, tribu de araucanos de las pampas: II, 655; III, 911.
Rapulo, río de Moxos: IV, 1471, 1472.

Rarefacción del aire sobre las montañas: IV, 1698.
Ratas en Buenos Aires: II, 518.
Ratas en Corrientes: I, 178.
Rayas en los ríos de Corrientes: I, 232.
Rayas en los ríos de Moxos: IV, 1597.
Raymi, fiesta del Sol: II, 1096.
Recado, silla de montar de Buenos Aires: II, 543.
Recepción en Chiquitos: III, 1278.
Reclutamiento militar en Buenos Aires: II, 569.
Reclutamiento militar en Bolivia: III, 1143, 1163, 1182, 1213.
Reducto, fuerte de Bolivia: IV, 1675.
Reforma de Moxos (Bolivia): IV, 1581.
Religión de Moxos bajo los jesuitas: IV, 1576, 1577.
Religión de las antiguas gentes de Moxos (Bolivia): IV, 1572.
Religión de los guarayos, tribu de los guaraníes: III, 1344, 1353.
Remedios de Corrientes: I, 394.
"Repartimiento" de indios en Perú: III, 1086.
República Oriental del Uruguay: I, 72.
Reptiles de Chiquitos: IV, 1409.
Reptiles de Corrientes: I, 332.
Reptiles de la Patagonia: III, 987.
Reptiles de Santa Cruz: III, 1245..
Reunión militar en las pampas de Buenos Aires: II, 567.
Revolución de Buenos Aires: II, 510..
Reyes, misión de Moxos: IV, 1471..
Riacho del Inglés, arroyo, costa de la Patagonia: II, 726.
Riachos, brazo del Paraná: I, 231.
Riachuelo, riacho de Buenos Aires: II, 636.
Riachuelo, riacho de Corrientes: I, 149, 212.
Ribera (Luis), conquistador: IV, 1621.
Rimac, río que cruza Lima (Perú): IV, 1744.
Rincón de Luna, lengua de tierra de Corrientes: I, 160.
Rinconada de Chaney, capilla, provincia de Santa Cruz: III, 1216.
Riñas de gallos en La Paz: III, 1096.
Río de Altamachi, provincia de Cochabamba: IV, 1526.
Río de las Astas, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1192.
Río Ayopaya, provincia de Ayopaya (Bolivia): III, 1142.
Río Barbados, provincia de Chiquitos: IV, 1364.
Río Blanco, en Yuracarés (Bolivia): IV, 1508.
Río Blanco o Baures, provincia de Chiquitos: IV, 1364.
Río Chacjro, en Yungas (Bolivia): III, 1110.
Río Chalideo o Saladillo en las Pampas: I, 192; III, 619, 620.
Río Challuani, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1175.
Río Choque Camata (Bolivia): IV, 1532..
Río Colorado, de las pampas del Sur: II, 674.
Río de Azufre, arroyo de Perú: III, 1060.
Río de Chilon, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1180.
Río de Chuchi, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1171.
Río de Chupe, en Yungas (Bolivia): III, 1112.
Río de Colquiri, Sicasica (Bolivia): III, 1140.
Río de Conda, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1168.
Río de Copachuncho, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1174.
Río de Copi, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1171.
Río de Janeiro, ciudad de Brasil: I, 31.
Río de la Paciencia (Bolivia): IV, 1528.
Río de La Paz, en Yungas (Bolivia): III, 1127.
Río de la Plata: I, 43; II, 691.
Río de la Reunión (Bolivia): IV, 1529.
Río de las Peñas (Bolivia): IV, 1528.
Río de las Piedras Blancas, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1191.
Río de Machacamarca, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1171.
Río de Meguilla, en Yungas (Bolivia): III, 1128.
Río de Mizque, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1171..
Río de Muqui, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1171.
Río de Pocona, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1169.
Río de Pulquina, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1182.
Río de Rocha, valle de Cochabamba (Bolivia): III, 1155.
Río de Saboreca, en Chiquitos: III, 1310.
Río de Samaypata, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1191.
Río de San Carlos, en Chiquitos: III, 1310.
Río de San Juan, en Chiquitos: III, 1306.
Río de San Luis, en Chiquitos: III, 1310.
Río de San Miguel, provincia de Chiquitos: III, 1263, 1310, 1340, 1347; IV, 1362.
Río de San Pedro, en Chiquitos: III, 1310.
Río de Solacama, en Yungas (Bolivia): III, 1124.
Río de Suri en Yungas (Bolivia): III, 1131.
Río de Tamampaya, en Yungas (Bolivia): III, 1122.
Río de Tasajos, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1184.
Río de Tayoé, en Chiquitos: III, 1310.
Río de Tembladeras, en Valle Grande (Bolivia): III, 1186.
Río de Tucabaca, en Chiquitos: III, 1322, 1327; IV, 1363.
Río de Uracirchiquía, en Chiquitos: III, 1310.
Río de Vilca, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1188.
Río del Mal Paso, región de los Yuracarés (Bolivia): IV, 1527.
Río del Oro (Bolivia): IV, 1528.
Río del Paraguay, en Chiquitos: IV, 1362.
Río Grande, aldea de Brasil: IV, 1455.
Río Grande, río de Bolivia: III, 1171, 1177, 1183, 1257; IV, 1608, 1609, 1610.
Río Huacani, provincia de Chiquitos: IV, 1365.
Río Huanctata en Yungas (Bolivia): III, 1123.
Río Icho (Bolivia): IV, 1533.
Río Iñesama en Yuracarés (Bolivia): IV, 1534.
Río Kikusos, en Chiquitos: III, 1324.
Río Manueleo en la Bahía Blanca: II, 669.
Río Millu Mayo, en Yuracarés: IV, 1508.
Río Moleto, en Yuracarés (Bolivia): IV, 1535.
Río Movía (Bolivia): IV, 1532.
Río Napostá, en las pampas: II, 661.
Río Negro, río de Corrientes: I, 190.
Río Negro, en la Patagonia: II, 697, 698.
Río Palacios, provincia de Santa Cruz: III, 1243.

Río Palometas, provincia de Santa Cruz: III, 1243; IV, 1598.
Río Parapíti, provincia de Santa Cruz: III, 1243.
Río Projera, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1194.
Río Piray, provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1194, 1226.
Río Ponacaché, provincia de Ayopaya (Bolivia): III, 1148.
Río Quisere, provincia de Chiquitos: III, 1265.
Río Saladillo, en las pampas: II, 610.
Río Salado, en las pampas de Buenos Aires: II, 573.
Río San Mateo, en Yuracarés: IV, 1509.
Río San Rafael, en Chiquitos: III, 1310; IV, 1362.
Río Santo Tomás, en Chiquitos: III, 1327, 1329; IV, 1363.
Río Sauce Chico, en las pampas: II, 661.
Río Sauce Grande, en las pampas: II, 655.
Río Serre, provincia de Chiquitos: IV, 1364.
Río Tamborada, valle de Cochabamba (Bolivia): III, 1155.
Río Tapanakich, en Chiquitos: III, 1327, 1329; IV, 1363.
Río Verde, provincia de Chiquitos: IV, 1364.
Río Yanamayo, región de Yuracarés (Bolivia): IV, 1508.
Ríos anómalos: II, 616.
Rivadavia, presidente de la Argentina: II, 499, 501.
Rocas de Cobija (Bolivia): III, 1033.
Rocas en Maldonado: I, 55.
Rodríguez, comandante de la Patagonia: II, 701.
Rojas (Médanos de): dunas de las pampas: II, 619.
Rondeau (general), de Montevideo: I, 70.
Ros, bahía sobre la costa de la Patagonia: II, 747, 818, 892.
Rosario, ciudad sobre el Paraná: I, 108, 464.
Rosas (Juan Manuel), presidente de Buenos Aires; II, 639, 690; III, 1000.
Rosas entrega animales a López, de Santa Fe: I, 448.
Rumba, danza de Santa Cruz: III, 1205.
Rutas de Chiquitos: IV, 1414.

S

Sábalo, pez de Caupolicán: I, 454; IV, 1715.
Sacacirca, localidad, provincia de Clisa (Bolivia): III, 1156.
Sacaba, localidad, provincia de Cochabamba: IV, 1515.
Sacaba, valle de Cochabamba: III, 1115; IV, 1515.
Saho, palmera de la provincia de Chiquitos: III, 1260.
Sajama, montaña de las cordilleras de Bolivia: IV, 1671.
Sal, su transporte en Chiquitos: III, 1307.
Saladero, saladero de animales: II, 831.
Saladillo, río de las pampas: II, 610.
Salado, río de las pampas: II, 573.
Salado, arroyo de las pampas: II, 653.
Salina del Algarrobo, aguas saladas de la Patagonia: II, 841.
Salina de Andrés Paz, lago salado de la Patagonia: II, 800, 808.
Salina de Piedras, lago salado de la Patagonia: II, 845.
Salina de San José, lago salado de Chiquitos: IV, 1364.
Salinas, localidad de Brasil: III, 1337.
Salinas de Garci Mendoza, localidad de Poopó (Bolivia): IV, 1657.
Salitral, terreno salado de las pampas: II, 617, 734.
Salitrales, tierras saladas: I, 172.
Salteada de Antequera, mina de plata de Bolivia: IV, 1656.
Salubridad de Chiquitos: IV, 1402.
Salubridad de Moxos: IV, 1583.
Saludo común en Corrientes: I, 134.
Salvatierra, cura de Guarayos, provincia de Chiquitos: III, 1351.
Samaypata, localidad, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1190; IV, 1602.
Samborombón (Bahía de), en el Plata: II, 694.
Samocosis, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1371.
Samucebelé, río de Moxos: IV, 1569.
Samucus, tribu de Chiquitos: III, 1322; IV, 1368.
San Andrés de Machaca, localidad del departamento de La Paz (Bolivia): III, 1074.
San Andrés, cabo sobre las costas de las pampas: II, 695.
San Antonio, antigua reducción de Yuracarés (Bolivia): IV, 1506.
San Antonio, cabo en el Plata: II, 694.
San Antonio de Burucuyá, localidad de Corrientes: I, 244.
San Antonio, río de Moxos: IV, 1588.
San Antonio, aldea de Corrientes: I, 213.
San Bartolomé, montaña próxima a Lima (Perú): IV, 1746.
San Bartolo, corte de una montaña: IV, 1640.
San Benito, localidad, provincia de Clisa (Bolivia): III, 1166.
San Blas (Bahía de), en la Patagonia: II, 707.
San Blas, montaña, provincia de Valle Grande (Bolivia): IV, 1605.
San Blas (Río de), provincia de Valle Grande (Bolivia): IV, 1605
San Borja, misión abandonada de Moxos: IV, 1471, 1575.
San Carlos, localidad de Santa Cruz: III, 1246; IV, 1544.
San Carlos, montaña de Chiquitos: III, 1298, 1334.
San Cosme, aldea de Corrientes: I, 134.
San Cristóbal, mina de plata en Bolivia: IV, 1656.
San Cristóbal, montaña cercana a Lima (Perú): IV, 1746.
San Cristóbal, montaña de Bolivia: IV, 1568.
San Cristovao, en Río de janeiro: I, 39.
San Felipe, en la Patagonia: III, 959.
San Felipe de Austria o villa de Oruro (Bolivia): IV, 1656.
San Francisco, localidad de Brasil: IV, 1455.
San Francisco, misión abandonada en Yuracarés (Bolivia): IV, 1506.
San Francisco de Mamoré, en Yuracarés (Bolivia): IV, 1543.
San Ignacio, misión en Chiquitos: III, 1285.
San Ignacio, misión en Moxos: IV, 1474, 1575.
San Joaquín, misión en Guarayos, Chiquitos: III, 1342, 1351.
San Joaquín, misión en Moxos: IV, 1448.
San Jorge, río de Santa Cruz (Bolivia): IV, 1599.
San José, antigua misión en Moxos: IV, 1473, 1575.
San José, antigua misión de Misiones: I, 274.
San José, localidad de la Banda Oriental: I, 82.
San José, localidad de Caupolicán (Bolivia): IV, 1710, 1722.
San José, río de Moxos: IV, 1569.
San José, montaña de Chiquitos: III, 1301.
San José, península en la Patagonia: III, 963.

San José, reducción de Yuracarés (Bolivia): IV, 1543.
San José, misión en Chiquitos: III, 1299.
San José de Flores, localidad próxima a Buenos Aires: II, 539.
San Juan, río de Moxos: IV, 1568.
San Juan, antigua misión de Chiquitos: III, 1305, 1330, 1331.
San Juan, montañas de Chiquitos: III, 1314, 1330; IV, 1362.
San Julián, puerto de la Patagonia: III, 963.
San Isidro, localidad vecina a Buenos Aires: I, 100.
San Lorenzo de la Frontera, antiguo nombre de Santa Cruz: III, 1241.
San Lorenzo, isla próxima a Lima (Perú): IV, 1743.
San Lorenzo, localidad sobre la margen del Paraná: I, 463.
San Lorenzo, montañas de Chiquitos: III, 1298, 1304.
San Luis Gonzaga, reducción de Guarayos, provincia de Chiquitos: III, 1351.
San Mateo, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1501, 1509, 1569.
San Miguel de Sapa, aldea próxima a Arica (Perú): III, 1042.
San Miguel, misión de Chiquitos: I, 262.
San Miguel, río de Chiquitos y Moxos: III, 1310; IV, 1425, 1568.
San Miguel, río próximo a Loreto (Moxos): IV, 1595.
San Nicolás de los Arroyos, sobre el Paraná: I, 108, 457.
San Pablo, localidad sobre el borde del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1696.
San Pablo, reducción de Guarayos, provincia de Chiquitos: III, 1340, 1342, 1352.
San Pedro, antigua misión de Moxos: IV, 1473.
San Pedro, avenida de La Paz (Bolivia): III, 1099.
San Pedro de Cardeña, antigua denominación de Cochabamba: III, 1153.
San Pedro del Rey Poconey, localidad de Brasil: IV, 1454.
San Pedro, río de Moxos: IV, 1568.
San Pedro, sobre el lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1696.
San Rafael, misión de Chiquitos: III, 1291, 1292.
San Ramón, misión de Moxos: IV, 1446.
San Roque, localidad de Corrientes: I, 148, 149.
San Roquito, aldea de Corrientes: I, 222.
San Vicente, localidad de Brasil: IV, 1455.
San Xavier, misión de Moxos: IV, 1481, 1575.
San Xavier, misión, provincia de Chiquitos: III, 1265, 1266.
Santa Ana, catarata en Caupolicán (Bolivia): IV, 1705, 1714.
Santa Ana da Chapada, misión en Brasil: IV, 1455.
Santa Ana, islas de Brasil: I, 31.
Santa Ana, localidad de Brasil: IV, 1455.
Santa Ana, misión de Chiquitos: III, 1278, 1279.
Santa Ana, misión de Moxos: IV, 1471.
Santa Bárbara, quebrada de Chiquitos: III, 1295.
Santa Cruz (Bolivia): III, 1214.
Santa Cruz de Guarayos, reducción, provincia de Chiquitos: III, 1346, 1352.
Santa Cruz de la Sierra, ciudad capital de departamento: III, 1201: IV, 1599.
Santa Cruz de la Sierra, provincia: III, 1197.
Santa Cruz de la Sierra, sobre Chiquitos: III, 1303.
Santa Cruz de Tenerife: I, 21.
Santa Cruz del Valle Ameno, localidad, provincia de Caupolicán: IV, 1709, 1715, 1717.
Santa Cruz, río de la provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1705.
Santa Elena, localidad de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Santa Fe, provincia y ciudad sobre el Paraná: I, 445.
Santa Lucía, localidad de Corrientes: I, 413.
Santa Lucía, localidad, departamento de Potosí: IV, 1640.
Santa Lucía, río con pantanos en Corrientes: I, 154, 260, 408.
Santa Lucía, río de la Banda Oriental: I, 80.
Santa Lucía, río de Bolivia: IV, 1640.
Santa Magdalena, misión de Moxos: IV, 1440.
Santa María, cabo, en el Plata: II, 694.
Santa Rita de la Esquina, localidad de Corrientes: I, 419.
Santa Rosa, localidad, provincia de Santa Cruz: III, 1246.
Santa Rosa, capilla, provincia de Ayopaya (Bolivia): III, 1147.
Santiago, montaña de Chiquitos: III, 1314.
Santiago, capital de Chile: III, 1023.
Santiago, misión de Chiquitos: III, 1310.
Santiago de Guata, localidad próxima al lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1698.
Santiago de Machaca, (Bolivia) sobre la Cordillera: III, 1072.
Santo Corazón, misión de Chiquitos: III, 1318.
Santo Domingo Soriano, localidad, fundación: I, 68.
Sapos, su cría en Corrientes: I, 126.
Sara, río de Moxos: IV, 1495, 1569, 1595.
Saravecas, tribu de Chiquitos: III, 1280.
Sardinas, sus bancos sobre la costa de Perú: IV, 1041.
Sarmiento (conquistador) en la Patagonia: II, 958.
Sarse, localidad, provincia de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Sauce, aldea, provincia de Santa Cruz: III, 1212.
Sauce Chico, río de las pampas: II, 661.
Sauce Grande, río de las pampas: II, 655.
Sauce Mayo, valle, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1615.
Sauces, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Sauces sobre el Paraná: I, 110.
Securi, río de Yuracarés y de Moxos: IV, 1489, 1561, 1569.
Sed (Médanos de la), duna de las pampas: II, 617.
Semana Santa en Corrientes: I, 132.
Semana Santa en Moxos: IV, 1483.
Semana Santa en Santa Cruz: III, 1230, 1231.
Señorita, pequeña abeja de Chiquitos y de Santa Cruz: III, 1232.
Serenos, pregoneros durante la noche en Chile: III, 1018.
Serpiente enorme: I, 213.
Serpientes de cascabel: III, 1223.
Serpientes de las pampas: II, 581.
Serpientes venenosas: I, 453.
Serranos, habitantes de las montañas: III, 1249.
Serre, río de Chiquitos: IV, 1364, 1568.
Sicasica, Provincia del departamento de La Paz (Bolivia): III, 1134, 1135; IV, 1675.

Siceha, localidad, provincia de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Sierra de San José, montaña de Chiquitos. III, 1304.
Sierra de Santiago, montaña de Chiquitos: III, 1314.
Sierra del Tandil, montaña en las pampas: II, 695.
Sierra de la Tinta, montaña en las pampas: II, 648, 649.
Sierra de la Ventana, montaña en las pampas: II, 678.
Siesta en Buenos Aires: II, 518.
Silata, montaña de Yungas (Bolivia): III, 1123.
Singulares aspectos de las playas del Paraná: I, 406, 407.
Siniestros en el Pilcomayo (Bolivia): IV, 1627.
Sinuta, río de Moxos: IV, 1569.
Sipe Sipe, localidad, provincia de Quillacollo (Bolivia): III, 1162.
Sirionós, indios de Moxos sobre el río Piray: III, 1220; IV, 1597.
Sivisicosis, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1371.
Sobremonte, virrey de Buenos Aires: II, 494.
Soldados ladrones en las pampas: II, 631.
Solís, descubridor, muerto en 1515 en Maldonado: I, 58, 59.
Solís en Buenos Aires: II. 487.
Solís Holguin (Gonzalo de), propietario de Moxos: IV, 1573.
Solotosama, río de Yuracarés (Bolivia): IV, 1562.
Solostos, nacionalidad de Bolivia: IV, 1541.
Sombrero, río de Corrientes: I, 149.
Sopachuy, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Sora Sora, localidad de Oruro (Bolivia): IV, 1651, 1657.
Sora Sora, valle del departamento de Oruro (Bolivia): IV, 1651.
Sorata, montaña de Bolivia: III, 1069, 1080; IV, 1690, 1695, 1697.
Soroche, efecto producido por la rarefacción del aire sobre las montañas: II, 1058.
Suanca, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Sucesión de la vegetación sobre las playas del Paraná: I, 415.
Suches, localidad de Caupolicán (Bolivia): IV, 1707, 1712.
Sucre, ciudad capital de Bolivia: IV, 1619.
Sumako, árbol que se utiliza la corteza para teñir: I, 209.
Sumuqué, palmera de Chiquitos: III, 1224.
Sunsas, montañas de Chiquitos: III, 1314.
Supersticiones de los araucanos: III, 940.
Supersticiones de los cayuvacas de Moxos: IV, 1501.
Supersticiones de los Itonamas de Moxos: IV, 1441.
Supersticiones de los Yuracarés: IV, 1537.
Suri, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1130, 1133.
Suriguas, tribu de Bolivia: IV, 1709.
Surique, isla del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1690, 1693.
Surubí, pez del Paraná: I, 112.

T

Tabaco en Moxos: IV, 1585.
Tabaco (cultivo de) en Corrientes: I, 251.
Tacana, nacionalidad de Bolivia: III, 1058; IV, 1708.
Tacna, ciudad de Perú: III, 1043; IV, 1740.
Tacopaya, cantón de Tomina (Bolivia): IV, 1613, 1614.
Tacora, montaña de Perú: III, 1038, 1059.
Talla de piedras para los antiguos monumentos: IV, 1687.
Tajesi aldehuela de la provincia de Yungas (Bolivia): III, 1107.
Tamampaya, río de Bolivia: III, 1122.
Tamaosis, río de Bolivia: III, 1279.
Tamarindos en Chiquitos: IV, 1403.
Tamarindos en Moxos: IV, 1584.
Tambillo, aldehuela de la provincia de Potosí (Bolivia): IV, 1642.
Tambo, casa levantada sobre las rutas para los viajeros: III, 1055; IV, 1643.
Tamoyo, nacionalidad de Brasil: I, 42.
Tanca, sombrero de los aymarás: III, 1090.
Tandil, fuerte de las pampas: II, 645.
Tandil, montaña de las pampas: II, 645.
Tandil, arroyo de las pampas: II, 645.
Tapacari, antigua provincia de los Quichuas (Bolivia): III, 1153.
Tapaguara, nacionalidad de Moxos: IV, 1460.
Tapalquen, arroyo de las pampas: II, 610.
Tapera de San Juan (Laguna de la), en Chiquitos: IV, 1365.
Tapiis, tribu de Chiquitos: III,1311.
Tapires diversos en Chiquitos: III, 1304.
Taquía, leña en las montañas: III, 1070.
Taquiri, isla del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1694.
Tarabuco, localidad de Tomina (Bolivia): IV, 1613, 1615.
Tarata, localidad, provincia de Clisa (Bolivia): III, 1166.
Tarbita, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Taricuri, río de Moxos: IV, 1474, 1569.
Taropaya, localidad del departamento de Potosí: IV, 1640.
Taruoch, montaña de Chiquitos: III, 1324.
Tasajos, aldehuela en Valle Grande (Bolivia): III, 1182.
Tayí, árbol de flor roja: I, 200.
Tehuelches, nacionalidad de la Patagonia: II, 759.
Tejar, montaña, provincia de Chuquisaca: IV, 1625.
Tejidos de Chiquitos: IV, 1405.
Tele, ser fabuloso de los yuracarés (Bolivia): IV, 1561.
Tembladeras (Río de las), provincia de Valle Grande: IV, 1605.
Temblores de tierra en Chile: III, 1019.
Temblores de tierra en Perú: IV, 1744.
Temperatura de Buenos Aires: II, 596.
Temperatura de Caupolicán: IV, 1706.
Temperatura de Moxos: IV, 1583.
Temperatura de la Patagonia: III, 977.
Temperatura de Chiquitos: IV, 1402.
Tempestad en el Cabo de Hornos: III, 1009.
Tenerife, isla: I, 22.
Tequije, río, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706.
Terrado, montaña de Bolivia: IV, 1628.
Tierra del Fuego (Patagonia): III, 1009.
Teteo, la muerte entre los guarayos: III, 1355.
Tetruel, cacique de los araucanos en las pampas: II, 660.
Teyú, gran lagarto: I, 58.
Tiaguanaco, localidad, departamento de La Paz (Bolivia): IV, 1680, 1687, 1688.

Tico, río de Moxos: IV, 1491, 1568.
Tijamuchi, río de Moxos: IV, 1474, 1569.
Tijeras, aldehuela de Santa Cruz: III, 1209, 1211.
Timbó, árbol de Corrientes: I, 200.
Tinajas, vasijas de barro cocido: I, 206, 207.
Tinamou, perdiz de las llanuras, en las pampas: I, 84.
Tinta, montaña de las pampas: II, 648, 649.
Tintin, localidad, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1176.
Tiquina, estrecho del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1694.
Tiquipaya, localidad, provincia de Cochabamba: IV, 1520.
Tiraque, localidad, provincia Clisa (Bolivia): III, 1166; IV, 1515.
Tirasa, isla del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1693.
Titicaca, isla sagrada del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1698.
Titicaca, lago sobre las alturas de los Andes: IV, 1678, 1690.
Titipacha, capilla de Sicasica (Bolivia): III, 1136.
Titipacha, valle de Sicasica (Bolivia): III, 1136.
Tobas, nacionalidad del Gran Chaco: I, 297.
Toco, localidad, provincia de Clisa, (Bolivia): III, 1166.
Todos los Santos (Bahía de), en la Patagonia: II, 717.
Tojos, ave de Chiquitos: IV, 1409.
Tola, planta de las mesetas de la Cordillera: IV, 1646, 1662.
Tolapalca, llanura entre las montañas de Bolivia: IV, 1627, 1646.
Toldería, campamento de indios en las pampas: II, 655, 705.
Toldos, tiendas de indios en la Patagonia: II, 701, 705.
Toledo, localidad, provincia de Poopo (Bolivia): IV, 1657.
Toledo (Don Francisco), virrey de Lima: III, 1153; IV, 1633.
Toledo (Gil), gobernador de Chiquitos: III, 1279; IV, 1388.
Tomina, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Tomina, provincia de Chuquisaca (Bolivia): IV, 1611.
Tomina, río de la provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Topo, adorno de los indios de Bolivia: III, 1091.
Toraca, mina de plata de Bolivia: IV, 1656.
Torally, médico en Chuquisaca: IV, 1625.
Tormenta., montaña de Bolivia: IV, 1512.
Toromonas, tribu de los tacanas de Bolivia: IV, 1708.
Tortugas de agua dulce: I, 420.
Tortugas, sus huevos, en Caupolicán: IV, 1729.
Totora, localidad, provincia de Carangas (Bolivia): IV, 1663.
Totora, localidad de la provincia Mizque (Bolivia): III, 1171.
Totora, junco del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1695.
Trabasicosis, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1371.
Trinidad, misión de Moxos: IV, 1486, 1575.
Trigo en Buenos Aires: II, 540,
Trigo en Maldonado: I, 57.
Trigo cultivado en la provincia de Entre Ríos: I, 427.
Trigo (campos inmensos de), en Bolivia: III, 1152.
Trinidad, reducción de guarayos, en Chiquitos: III, 1346, 1352.
Tucavaca, valle de Chiquitos: III, 1306.
Tucavaca, río de Chiquitos: III, 1306, 1327.
Tucutucu, rata que vive sobre tierra en las pampas: II, 656.
Tuero, localidad, provincia de Yamparaés: (Bolivia): IV, 1618.
Tumbas antiguas de las islas del lago Chucuito: IV, 1694.
Tumbas antiguas de los aymarás: III, 1040; IV, 1650, 1664, 1666, 1672.
Tumupaza, localidad en Caupolicán (Bolivia): IV, 1710, 1722.
Tumupasa, río, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706.
Tupac Amaru, último de los incas, su revolución en Perú: III, 1087, 1153; IV, 1622, 1656.
Tupac Catari, su revolución el, Perú: III, 1088.
Tupili, río, provincia de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706.
Turba sobre las montañas de Bolivia: IV, 1645.
Turco, localidad, provincia de Carangas (Bolivia): IV, 1657.
Turobo, aldehuela de Santa Cruz: III, 1219.
Tutulima, aldehuela, provincia de Cochabamba: IV, 1525.
Tuyche, río en Caupolicán (Bolivia): IV, 1706, 1714.
Tuyancani, montaña de Bolivia: III, 1065,

U

Unchachata, colina de Bolivia: IV, 1661.
Unitario, partido político de Buenos Aires: II, 690.
Urco, jubones de lana de los indios aymarás: III, 1091.
Uribús, ave familiar en Moxos: IV, 1436.
Urina, aldehuela, provincia de Santa Cruz: III, 1257.
Utulme Cuana, tribu de Bolivia: IV, 1709.

V

Vaca de Castro, virrey: IV, 1621.
Vaca Loncoy, punta de la Bahía Blanca: II, 658.
Vacuna en Buenos Aires: II, 493.
Vainilla en Chiquitos: IV, 1404.
Vainilla en Moxos: IV, 1584.
Valdelirios, reglamento para los misioneros: I, 279.
Valparaíso, ciudad de Chile: III, 1014; IV, 1747.
Valle Fuerte, región cálida: III, 1176.
Valle Grande, capital de provincia de este nombre: IV, 1605.
Valle Grande, provincia de Santa Cruz (Bolivia): III, 1179; IV, 1605.
Valle Grande, río de la provincia de este nombre: IV, 1605.
Valles, valles calurosos en Bolivia: III, 1139.
Vampiros, insectos luminosos: I, 80, 120.
Vapores en el Paraná: I, 103.
Vasco Godinez, rebelión en Chuquisaca: IV, 1621
Vegetación de Caupolicán: IV, 1729.
Vegetación de Corrientes: I, 328.
Vegetación de Chiquitos (Bolivia): IV, 1410.
Vegetación de la Patagonia: III, 990.
Vegetación de Santa Cruz (Bolivia): III, 1245.
Vegetación de la provincia de Yungas (Bolivia): III, 1108, 1121.
Vegetación de Río Grande (Bolivia): IV, 1607.
Vegetación magnífica en Yuracarés (Bolivia): IV, 1501.
Vegetación en las playas del Paraná: I, 414, 415.
Vejuco, planta medicinal de Bolivia: III, 1121.
Velasco utiliza el primer mercurio de Bolivia: IV, 1633.

Velorio, (ceremonia) en ocasión de la muerte de un niño: I, 156, III, 1157.
Venancio, cacique de las pampas: II, 647.
Venta y Media, localidad de Poopo (Bolivia): IV, 1651.
Ventana, montaña de las pampas: II, 678.
Ventilla, puesto cercano a La Paz (Bolivia): IV, 1677.
Vera (Alonso de) funda Corrientes: I, 321.
Verde, río de Chiquitos: IV, 1364.
Verenguela, localidad de la meseta boliviana: III, 1074.
Viaje por el Paraná: I, 399.
Viajes en piragua en los ríos de Moxos: IV, 1427.
Viana, gobernador de Montevideo: I, 70.
Victoria, planta de Moxos: IV, 1468.
Viedma (Francisco), intendente de Cochabamba: IV, 1579.
Viedma (Francisco) en la Patagonia: III, 963.
Viento Sur muy frío en Moxos: IV, 1472.
Vientos de Caupolicán (Bolivia): IV, 1706.
Vilaque, aldea de las alturas de los Andes: IV, 1679.
Vilca, aldehuela, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1187.
Vilca, valle, provincia de Valle Grande (Bolivia): III, 1187.
Vilcapujio, aldehuela en Poopo (Bolivia): IV, 1647, 1648.
Viloma, capilla, provincia de Quillacollo (Bolivia): III, 1161.
Viloma, río sobre la meseta boliviana: IV, 1665.
Viloma, valle de la meseta boliviana: IV, 1665.
Villa Bella o Matto Grosso, ciudad de Brasil: III, 1336.
Villa María, localidad de Brasil: IV, 1454.
Villar, localidad, provincia de Tomina (Bolivia): IV, 1613.
Villarino: III, 965.
Vina, palmera de Moxos: IV, 1498.
Vinchuca, mal olor de las casas de Yungas (Bolivia): III, 1113.
Vintipes, palmera de Moxos: IV, 1463, 1498.
Viña Perdida, aldehuela, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1179.
Viñedo en Chiquitos: III, 1277.
Viñedos en las alturas de la Cordillera: III, 1047.
Viruela epidemia, sus efectos en Chiquitos: III, 1267, 1268.
Viruta, arroyo de las pampas: II, 655.
Visitas de los yuracarés de Bolivia: IV, 1551.
Víbora, aldehuela de Santa Cruz (Bolivia): III, 1223
Vizcacha, animal de Bolivia: IV, 1630.
Vizcachal, montaña de Yungas (Bolivia): III, 1131.
Vizcachani, aldea, provincia de Sicasica (Bolivia): IV, 1677.
Volcán de Arequipa: IV, 1741.

W

Wallpa (Diego), descubridor de las minas de Potosí: IV, 1632.
Whitelocke capitula en Buenos Aires: I, 60.

Y

Yacuma, río de Moxos: IV, 1471, 1472, 1570.
Yahá-pé, aldehuela de Corrientes: I, 212.
Yais, lugar próximo al lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1693.
Yais, aldea cerca del lago Chucuito (Bolivia): IV, 1693.
Yamparaés, localidad, capital de la provincia de ese nombre (Bolivia): IV, 1617.
Yanacaca, cadena de montañas en Bolivia IV, 1506, 1532.
Yanacaché, localidad de Yungas (Bolivia): III, 1109.
Yanamayo, río, región de Yuracarés (Bolivia): IV 1508.
Yaniyuta, río de Moxos: IV, 1569.
Yapacani, río de Moxos: IV, 1569.
Yarayes, nacionalidad de Chiquitos: IV, 1365, 1368.
Yarayes (Laguna de) en Chiquitos: III, 1326; IV, 1365.
Yarbichambi, aldehuela próxima a La Paz (Bolivia): IV, 1700.
Yatai palmera: I, 136, 247.
Yataity, bosque de palmeras: I. 158.
Yataity Guacu, aldehuela de corrientes (gran bosque de palmeras): I, 250.
Yatebu, aldea de Corrientes: I, 261.
Yety, papas dulces: I, 201.
Yotala, localidad, provincia de Yamparaés (Bolivia): IV, 1618.
Yuncayancani, mina de plata en Bolivia: III, 1141.
Yunga de Choqueoma, provincia de Mizque (Bolivia): III, 1173.
Yunga de la Palma, en Yuracarés (Bolivia): IV, 1508.
Yunga de Maica Monte, provincia de Cochabamba (Bolivia): IV, 1522.
Yungas, provincia de Bolivia: III, 1085.
Yunguyo, montañas del lago de Chucuito (Bolivia): IV, 1690.
Yupanqui, décimo Inca: III, 1190.
Yupanqui, su conquista de los chiriguanos: IV, 1602.
Yuracarés, sus creencias religiosas: IV, 1556.
Yuracarés, su gobierno: IV, 1556.
Yuracarés, su mitología: IV, 1556.
Yuracarés, indígenas de Bolivia: IV, 1502, 1529, 1533, 1541, 1556.
Yuracarés, región de Bolivia: IV, 1502.
Yurucaritia, tribu de Chiquitos: III, 1272.

Z

Zabala hace edificar Maldonado: I, 60.
Zabala funda Montevideo: I, 68.
Zabala en las misiones: I, 282.
Zacocies, antigua nación de Chiquitos: IV, 1370.
Zamora, gobernador de Moxos, funda Carmen en 1794: IV, 1431.
Zamora, gobernador, divide Magdalena: IV, 1580.
Zapata, montaña de Chile: III, 1022.
Zapateo, danza de Chile: III, 1017.
Zélée, corbeta francesa, en Montevideo: I, 53, 55.
Zepita, localidad de Perú: IV, 1690.
Zoología de la Patagonia: III, 979.
Zorrillo, zorro de la Patagonia: II, 750.
Zorros guarachas de la Patagonia: II, 733.

Los cuatro tomos de
Viaje a la América Meridional
se terminaron de imprimir
el 19 de agosto de 2002,
en los talleres de Plural editores,
La Paz, Bolivia.

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF